

**LAS MIL
Y UNA
NOCHES**

II

Esta edición de Las mil y una noches es una traducción de la versión del Dr. J. C. Mardrus realizada por Eugenio Sanz del Valle, Luis Aguirre Prado y Alfredo Domínguez.

La narración es continua, se realiza en párrafos extensos, en los que cada noche es un único párrafo.

Quizás el gran atractivo de esta edición sean las ilustraciones realizadas por el que fue definido como «el mejor ilustrador de Iberoamérica», el genial José Narro.

Este segundo volumen contiene desde la noche 466 a la 1001.

Anónimo

Las mil y una noches II

Las mil y una noches - 2

ePub r1.0

Titivillus 15.11.16

Título original: *Alf laila ua-laila*

Anónimo, 1904

Traducción: Eugenio Sanz del Valle & Luis Aguirre Prado & Alfredo Domínguez

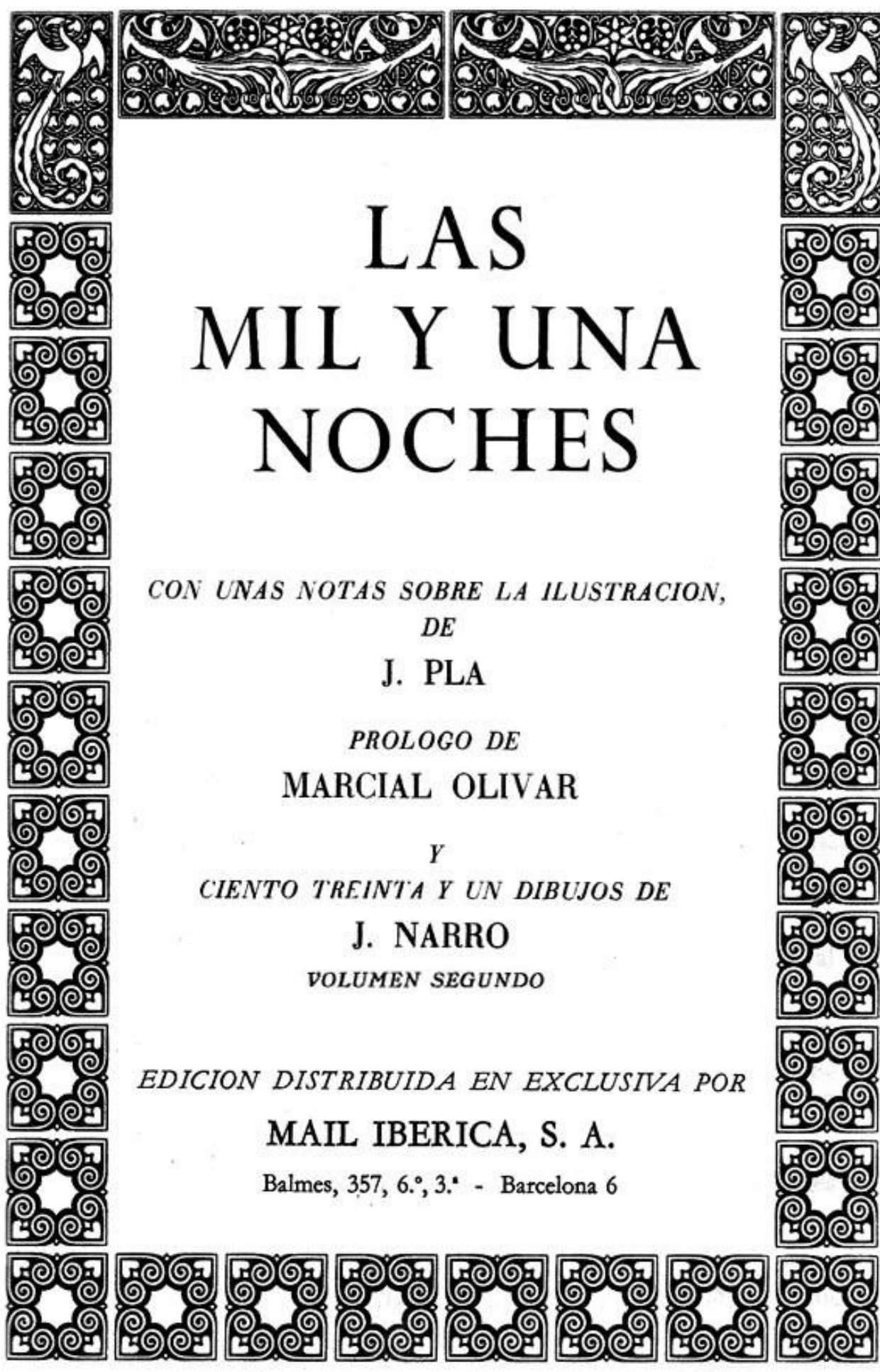
Ilustraciones: José Narro

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





LAS MIL Y UNA NOCHES

*CON UNAS NOTAS SOBRE LA ILUSTRACION,
DE*

J. PLA

PROLOGO DE
MARCIAL OLIVAR

Y
CIENTO TREINTA Y UN DIBUJOS DE

J. NARRO
VOLUMEN SEGUNDO

EDICION DISTRIBUIDA EN EXCLUSIVA POR

MAIL IBERICA, S. A.

Balmes, 357, 6.º, 3.ª - Barcelona 6

CON LA
HISTORIA DE JUDER EL PESCADOR
O EL SACO ENCANTADO
EMPIEZA EL II VOLUMEN
De
LAS MIL Y UNA NOCHES





HISTORIA DE JUDER EL PESCADOR O EL SACO ENCANTADO

Y al momento, Schehrazada contó:

—Recuerdo, ¡oh rey afortunado!, que había en otro tiempo un mercader, llamado Omar, que dejó tres hijos: el uno se llamaba Salem, el segundo Salim y el más pequeño Juder. Él los educó hasta que alcanzaron la edad viril; pero como amaba mucho más a Juder que a sus hermanos, estos se sintieron celosos y aborrecieron a Juder. Así fue que, cuando el mercader Omar, que era un hombre ya entrado en años, observó este odio de sus dos hijos hacia su hermano, sintió gran miedo de que a su fallecimiento Juder no pudiera sufrir a sus hermanos. Reunió, pues, a los miembros de su familia y a algunos hombres de ciencia, así como a diversas personas que por orden del cadí se ocupaban de las sucesiones, y les dijo: «¡Que sean traídos todos mis bienes y las telas de mi tienda!». Y cuando todo estuvo reunido, dijo: «¡Oh gentes, dividid estos bienes y estas telas en cuatro partes, según la ley!». Y ellos las dividieron en la forma indicada. Y el anciano dio una parte a cada uno de los hijos y guardó para sí la cuarta parte, y dijo: «Todo esto es mi capital, yo lo he dividido en vida para que ellos no tengan nada que reclamarse entre sí, y para que a mi muerte no estén en desacuerdo. En cuanto a la cuarta parte que yo he tomado, esta debe revertir en mi esposa, la madre de estos hijos, a fin de que pueda subvenir a sus necesidades». Sucedió que, poco tiempo después, falleció el anciano; pero sus hijos Salem y Salim no quisieron contentarse con el reparto hecho y reclamaron a Juder una parte de lo que le había correspondido, diciéndole: «La fortuna de nuestro padre ha caído en tus manos».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SESENTA Y SEIS

Ella dijo:

—Y Juder se vio obligado a recurrir contra ellos ante los jueces, y a hacer comparecer ante ellos a los musulmanes que habían asistido al reparto y que testificaron cuanto sabían: de modo que el juez impidió a los dos hermanos que tocasen a la parte de Juder. Pero solamente los gastos del litigio hicieron perder a Juder y a sus hermanos una parte de lo que ellos poseían. Mas esa pérdida no impidió a estos que, al cabo de cierto tiempo, se confabularan contra Juder, quien se vio otra vez obligado a acudir a los jueces contra ellos; y esto les hizo perder nuevamente a todos una buena parte de su haber por los gastos del proceso. Pero no se detuvieron ahí, y acudieron ante un tercer juez, y luego a un cuarto, y así siguieron hasta que los jueces se comieron toda la herencia y quedaron pobres los tres, sin poseer una moneda de cobre con la que comprar un bollo y una cebolla. Cuando los dos hermanos, Salero y Salim, se vieron en este estado, y como ya no podían reclamarle nada a Juder, que era tan miserable como ellos, fueron a maquinan con su madre, a la que consiguieron engañar y despojar, luego de haberla maltratado. Y la pobre mujer fue llorando a buscar a su hijo Juder y le dijo: «Tus hermanos me han hecho esto y lo otro. ¡Me han despojado de mi parte en la herencia!». Y se puso a proferir imprecaciones contra ellos. Mas Juder le dijo: «¡Oh madre mía, no lances maldiciones contra ellos, pues Alá sabrá tratar a cada uno según sus acciones! En cuanto a mí, yo no puedo seguir litigando contra ellos ante el cadi y los demás jueces, porque los litigios exigen gastos y yo he perdido en los procedimientos todo mi capital. Vale más que los dos nos resignemos al silencio. Además, ¡oh madre!, tú no tienes que hacer sino venirte a vivir conmigo; y el pan que yo había de comer te lo cederé. Tú, ¡oh madre mía!, lo único que tienes que hacer es pedir por mí, y Alá me concederá lo necesario para alimentarte. En lo que se refiere a mis hermanos, deja que el supremo juez les recompense y consuélate con estas palabras del poeta:

Si el insensato te oprime, sopórtalo pacientemente; y cuenta solo con el tiempo para vengarte.

¡Pero evita la tiranía!, pues una montaña que oprimiera a otra montaña sería a su vez destruida por la que fuera más sólida y volaría en fragmentos».

Y Juder continuó diciendo buenas palabras a su madre y acariciándola y apaciguándola y decidiéndola a que viviese con él. Y él, para ganar su sustento, se procuró una red de pescar y comenzó a ir a diario al Nilo, en Bulak, ya a los grandes

estanques, ya a otros lugares llenos de agua; y de ese modo conseguía una ganancia, tanto de diez cobres, tanto de veinte, tanto de treinta; y lo gastaba todo en su madre y en él mismo; y así comían y bebían bien. En cuanto a sus hermanos, estos no tenían nada: ni oficio, ni venta ni compra. La miseria, la ruina y todas las calamidades los abatieron; y como no tardaron en gastar lo que habían arrebatado a su madre, quedaron reducidos a la condición más mísera y se convirtieron en desnudos mendicantes, carentes de todo. De modo que se vieron obligados a recurrir a su madre y a humillarse en extremo ante ella y a quejarse del hambre que los torturaba. ¡Mas el corazón de una madre es compasivo y piadoso! Y su madre, conmovida de su miseria, les dio los bollos que le quedaban y que con frecuencia estaban enmohecidos; e igualmente les servía las sobras de la comida del día anterior, diciéndoles: «Comed aprisa y marchad antes que regrese vuestro hermano; pues no se habría de alegrar de veros aquí y se enfadaría conmigo; y de esta forma me comprometéis con él». Y ellos se avivaban a comer y marcharse. Pero uno de tantos días entraron en casa de su madre, y esta, según costumbre, colocó ante ellos platos y pan para que comiesen; y, de pronto, entró Juder. Y la madre quedó muy avergonzada y confusa; y temerosa de que se enfadara con ella, bajó la cabeza, y miró muy humildemente a su hijo. Pero Juder, lejos de mostrarse contrariado, sonrió a sus hermanos, y dijo: «¡Sed bien venidos, oh hermanos míos! ¡Y bendita sea vuestra jornada! ¿Qué es lo que ha sucedido, pues, para haberos decidido a vernos en este día de bendición?». Y se lanzó a sus cuellos y los abrazó con efusión, diciéndoles: «¡En verdad que habéis hecho mal en hacerme languidecer de tristeza al no veros! No vinisteis a mi casa para saber de mí o de vuestra madre». Y ellos respondieron: «¡Por Alá!, hermano nuestro, que también el deseo de verte nos entristeció; y únicamente hemos permanecido alejados de ti por la vergüenza de cuanto pasó entre nosotros y tú. ¡Pero estamos completamente arrepentidos! Y, además, todo aquello fue obra de Satanás, ¡que sea maldito por Alá el exaltado! Y ahora no tenemos otra bendición que tú y nuestra madre». Y Juder, muy emocionado por estas palabras, les dijo: «¡Y yo no tengo otra bendición que vosotros dos, hermanos míos!». Entonces la madre se dirigió a Juder y le dijo: «¡Oh hijo mío, que Alá emblanquezca tu rostro y aumente tu prosperidad, pues tú eres el más generoso de todos nosotros, oh hijo mío!». Y Juder dijo: «¡Sed bien venidos y quedaos conmigo! Alá es generoso y los bienes abundan en la casa». Y acabó de reconciliarse con sus hermanos que cenaron con él y pasaron la noche en la casa. Al día siguiente, hicieron reunidos la comida de la mañana, y Juder, cargado con su red, marchó confiado en la generosidad del acomodador, en tanto que, por su parte, los dos hermanos se ausentaron hasta el mediodía para regresar entonces a comer con su madre. En cuanto a Juder, este no regresó hasta el anocheado, trayendo con él la carne y las legumbres, todo ello adquirido con su ganancia de la jornada. Y de esta suerte vivieron por espacio de un mes. Juder capturaba pescado para venderlo y gastar el producto en su madre y en sus hermanos, que comían y se divertían.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SESENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Ahora bien, uno de tantos días, Juder lanzó su red en el río y, al sacarla, la halló vacía; la lanzó una segunda vez y la sacó sin nada; entonces se dijo: «¡En este sitio no hay pesca!». Y cambió de lugar, y habiendo situado la red, ¡la siguió sacando vacía! Volvió a cambiar de paraje una segunda y una tercera vez y así continuó desde la mañana a la noche, sin lograr pescar ni un solo gobio. Entonces exclamó: «¡Oh prodigio! ¿No queda ya ningún pez en el agua? ¿O será otra la causa?». Y como anocheecía, cargó a la espalda la red y regresó muy apenado, muy triste, y llevando consigo el pesar y el cuidado de sus hermanos y de su madre, sin saber como iba a darles de comer; y de este modo pasó por delante de una panadería en donde acostumbraba, al regresar, adquirir el pan de la noche. Y vio los grupos de parroquianos que se apresuraban, moneda en mano, a comprar el pan, sin que el panadero les prestase gran atención. Y Juder se mantuvo tristemente apartado, mirando a los compradores y suspirando. Entonces le dijo el panadero: «¡Seas bien venido, oh Juder! ¿Necesitas pan?». Pero Juder guardó silencio y entonces le dijo el panadero: «Si no tienes dinero, toma igualmente cuanto necesites, que yo te concedo plazo para pagarme». Y entonces le dijo Juder: «Dame pan por diez cobres y toma en prenda mi red». Mas el panadero replicó: «¡No, oh pobre, tu red es la puerta de tu ganancia, y si yo la cogiera te cerraría la puerta de la subsistencia! He aquí, pues, los panes que tú llevas de ordinario. Y toma de mi parte, para ti, estas diez piezas de cobre, de las que puedes tener necesidad. Y mañana, Juder, ya me traerás pescado por veinte cobres». Y Juder respondió: «¡Sobre mi cabeza y mis ojos!», y luego de haber dado repetidas gracias al panadero, tomó el pan y las diez monedas y fue a comprar la carne y las legumbres, diciéndose: «Mañana el señor sabrá procurarme los medios con que pagar; y me dejará libre de preocupación». Y regresó a su casa, en donde su madre cocinó, como de costumbre. Y Juder comió y se durmió. Al día siguiente, tomó su red y quiso salir; pero su madre le dijo: «¡Te vas sin comerte el pan de la mañana!». Él respondió: «¡Cómelo tú, oh madre, con mis hermanos!», y marchó al río en el que arrojó la red, por primera, segunda y tercera vez, cambiando varias veces de lugar, y esto hasta la plegaria de la tarde, mas sin pescar nada. Entonces recogió su red y quedó en la mayor desolación; y se vio obligado, no teniendo otro camino para regresar a su casa, a pasar ante la panadería, cuyo dueño le vio y le contó diez nuevos

panes y diez monedas, y le dijo: «¡Toma esto y vete! Y si lo que la suerte ha decidido no llega hoy, llegará mañana». Y Juder quiso excusarse, pero el panadero le dijo: «¡Vamos, oh pobre, tú no tienes que darme excusa ninguna! Si hubieras pescado algo, hubieras tenido con qué pagarme. Y si mañana tampoco pescas nada, vuelve sin vergüenza, que tendrás todo plazo y todo crédito». Ahora bien, al siguiente día, no pescó nada Juder y se vio obligado a volver al panadero; y la misma mala suerte tuvo durante siete días seguidos al cabo de los cuales sintió gran angustia en el corazón, y se dijo: «Hoy voy a ir a pescar al lago Karun. ¡Acaso encuentre illa mi destino!"». Y entonces marchó al lago Karun, situado no lejos de El Cairo, y se disponía a lanzar su red, cuando vio venir hacia él a un mogrebino montado en una mula. Estaba vestido con ropas extraordinariamente bellas, y estaba tan envuelto en su albornoz y en su turbante que únicamente se le veía un ojo. La mula también estaba caparazonada y enjaezada de paños de oro y de sedas, y a su grupa llevaba unas alforjas de lana de color. Cuando el mogrebino estuvo muy próximo a Juder, descendió de su mula y dijo: «¡El *salam* sobre ti, oh Juder, hijo de Omar!». Y Juder respondió: «¡Y sobre ti el *salam*, oh mi señor peregrino!». El mogrebino dijo: «¡Oh Juder, yo tengo necesidad de ti! Si tú quieres obedecerme, obtendrás grandes ventajas y un bien inmenso; y tú serás mi amigo; y tú regularás todos mis asuntos». Le respondió Juder: «¡Oh mi señor peregrino, dime lo que guardas en tu alma y yo te obedeceré sin reservas!». Entonces le dijo el mogrebino: «¡Comienza entonces por recitar el capítulo liminar del *Corán*!». Y Juder recitó con él la *fatiha* del *Corán*. Entonces el mogrebino sacó de sus alforjas unos cordones de seda y le dijo: «¡Oh Juder, hijo de Omar, tú me vas a atar los brazos con estos cordones de seda, lo más fuertemente que puedas! Luego me arrojarás al lago y esperarás algún tiempo. Si ves aparecer sobre el agua mi mano antes que mi cuerpo, apresúrate a lanzar la red y a sacarme a la ribera; pero si ves que es mi pie el que aparece sobre el agua, es que he muerto. Entonces no te inquietes más por mí, coge la mula con las alforjas, y marcha al zoco de los mercaderes en donde hallarás a un judío llamado Schamayaa. Le entregarás la mula, y él te dará cien dinares que tomarás para que continúes tu vida. Solamente has de guardar el secreto sobre todo esto».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SESENTA Y OCHO

Ella dijo:

—Entonces dijo Juder: «¡Yo escucho y obedezco!». Y ató los brazos del

mogrebino, quien le dijo: «¡Más fuertemente aún!». Y cuando tuvo bien hecha la cosa, lo levantó y lo arrojó al lago. Después esperó algunos instantes para ver qué sucedía. Sucedió que, al cabo de cierto tiempo, vio salir de repente del agua los dos pies a la vez del mogrebino. Entonces comprendió que el hombre había muerto, y, sin preocuparse más de él, tomó la mula y fue al zoco de los mercaderes, en donde vio al judío en cuestión sentado a la entrada de su tienda, quien al ver la mula gritó: «¡No hay duda! ¡El hombre ha perecido!». Luego añadió: «¡Ha perecido víctima de su avidez!». Y sin decir una palabra más, tomó la mula de manos de Juder, y le contó cien dinares de oro, recomendándole que guardara el secreto. Juder tomó entonces el dinero del judío y se apresuró a buscar al panadero, al que cogió el pan como de costumbre, y tendiéndole un dinar, le dijo: «Aquí tienes para cobrarte lo que te debo, oh mi señor». Y el panadero hizo su cuenta y le dijo: «Te queda todavía para el pan de dos días». Y Juder lo dejó y fue hasta el carnicero y el vendedor de legumbres y, dando a cada uno de ellos un dinar, les dijo: «Dame lo que necesito, y guardad a cuenta lo que sobre de dinero». Y tomó la carne y las legumbres y las llevó a su casa, en donde encontró hambrientos a sus hermanos y a su madre que les aconsejaba paciencia hasta que regresara su hermano. Entonces colocó delante de ellos las provisiones, sobre las que se precipitaron como lobos, y en espera de la cocción comenzaron por devorar todo el pan. Al día siguiente, antes de partir, Juder entregó todo el oro que tenía a su madre, diciéndole: «Guárdalo para ti, y para dar a mis hermanos a fin de que no les falte nunca nada». Y tomó su red y marchó al lago Karun; e iba a comenzar su trabajo cuando vio a un segundo mogrebino, que se parecía al primero, avanzar hacia él, mucho más ricamente vestido, y subido en una mula más suntuosamente enjaezada. Descendió y dijo: «¡El *salam* sobre ti, oh Juder, hijo de Omar!». Él respondió: «¡Y sobre ti el *salam*, oh mi señor peregrino!». Este preguntó: «¿Viste ayer venir hacia ti a un mogrebino montado en una mula como esta?». Pero Juder, que tenía miedo de ser acusado de la muerte de un hombre, se dijo que valía más negar por completo, y respondió: «¡No, no he visto a nadie!». El segundo mogrebino sonrió y dijo: «¡Oh, pobre Juder!, ¿no sabes que yo no ignoro nada de cuanto ha sucedido? El hombre al que tú arrojaste al lago y del que tú has vendido la mula al judío Schamayaa por cien dinares, era mi hermano. ¿Por qué intentas negarlo?». El otro respondió: «Desde el momento en que tú sabes todo ello, ¿a qué viene el preguntármelo?». Él dijo: «Porque, ¡oh Juder!, yo tengo necesidad de que me prestes el mismo servicio que a mi hermano». Y sacó de las bellas alforjas gruesos cordones de seda que entregó a Juder, diciéndole: «¡Atame tan fuertemente como lo ataste, y arrójame al agua! Si ves salir primero mi pie, es que estoy muerto. Tomarás entonces la mula y la venderás al judío por cien dinares». Juder indicó: «¡Avanza entonces!». Y el mogrebino lo hizo, y Juder le ató los brazos y, levantándolo, lo arrojó al lago en el que se hundió hasta el fondo. Al cabo de unos instantes, vio salir del agua dos pies y comprendió que había muerto el mogrebino, y se dijo: «¡Ha muerto! ¡Ya no vuelve más! ¡Mala suerte la suya! ¡*Inschalah!*!, pueda yo

ver venir hacia mi a diario a un mogrebino al que arrojar al agua y me haga ganar cien dinares». Y cogió la mula y fue a buscar al judío, quien al verle exclamó: «¡Ha muerto el segundo!». Juder replicó: «¡Pueda tu cabeza vivir!». Y el judío agregó: «¡Tal es la recompensa de los ambiciosos!». Tomó la mula y dio a Juder cien dinares, y este marchó a donde su madre, a la que se los entregó. Y su madre le preguntó: «Pero ¡oh hijo mío!, ¿de dónde te viene todo este oro?». Entonces él le contó cuanto le había sucedido, y ella, aterrada, le dijo: «Obrarás bien no volviendo a acercarte al lago Karun. ¡Tengo mucho miedo por ti a causa de estos mogrebinos!». El hijo replicó: «¡Pero, madre mía, yo no los tiro al agua sino con su consentimiento! Además, ¡cómo no obrar de ese modo si el oficio de ahogador me proporciona cien dinares por día! ¡Por Alá que quiero ahora ir diariamente al lago Karun hasta que el último de los mogrebinos sea ahogado por mis manos, y no quede huella alguna de los mogrebinos!». Al tercer día, Juder volvió, pues, al lago Karun, y, en el mismo instante, vio llegar a un tercer mogrebino, que se parecía extraordinariamente a los dos primeros, pero los superaba aún en la riqueza de sus ropas y en la belleza de los atalajes de que iba ornada la mula que cabalgaba; y a su grupa, en las alforjas, iba a cada lado un gran bocal de cristal con su tapa. Se aproximó a Juder y le dijo: «¡El *salam* sobre ti, oh hijo de Omar!». El otro correspondió al *salam*, pensando: «¿Cómo es que todos me conocen y saben mi nombre?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SESENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—El mogrebino le preguntó. «¿Has visto pasar mogrebinos por aquí?». El otro respondió: «¡Dos!». Preguntó el otro: «¿Adónde fueron?». Dijo el joven: «Yo les até los brazos y los arrojé al agua en donde se ahogaron. Y si su suerte te conviene, yo la tengo reservada para ti también». Al oír estas palabras, el mogrebino se puso a reír, y respondió: «¡Oh pobre!, ¿no sabes tú que toda vida tiene su término fijado de antemano?». Y descendió de su mula y añadió tranquilamente: «¡Oh Juder, yo deseo que tú me hagas cuanto hiciste con ellos!». Sacó de sus alforjas dos gruesos cordones de seda, que entregó a Juder; y este le dijo: «Entonces, tiéndeme tus manos para que yo te las ate a la espalda; y hazlo aprisa pues estoy muy apurado y el tiempo apremia. Además, estoy muy al corriente en mi oficio, y tú puedes tener confianza en mi habilidad como ahogador». Entonces el mogrebino le entregó sus brazos. Juder se los ató a la espalda, luego lo levantó y lo arrojó al lago, en el que lo vio sumergirse y

desaparecer. Y, antes de irse con la mula, esperó a que saliesen del agua los pies del mogrebino; pero, con gran sorpresa suya, fueron las dos manos las que abrieron el agua, seguidas de la cabeza y de todo el mogrebino, quien le gritó: «¡Yo no sé nadar! ¡Apresúrate a atraparme con tu red, oh pobre!». Y Juder lanzó su red y logró traerlo a la ribera. Entonces vio en sus manos, cosa que de pronto no vio, dos peces de color rojo como el coral, un pez en cada mano. Y el mogrebino se apresuró a acercarse a su mula, tomó los dos bocales de cristal, puso un pez en cada uno de ellos, cerró las tapas y volvió a colocar los bocales en las alforjas. Luego de hecho esto, se volvió hacia Juder y, cogiéndolo en sus brazos, se puso a abrazarle con gran efusión, le besó en ambas mejillas, y le dijo: «¡Por Alá que sin ti yo ya no estaría vivo, y no hubiera podido atrapar estos dos peces!». ¡Todo esto! Mas Juder, que no salía de su sorpresa, acabó por decirle: «¡Por Alá, oh mi señor peregrino, si tú crees verdaderamente que yo he tenido alguna participación en tu libertad y en la captura de estos peces, apresúrate por toda gratitud a contarme cuanto sabes de los dos mogrebinos ahogados y la verdad de los peces en cuestión y sobre el judío Schamayaa del zoco!». Entonces, dijo el mogrebino: «¡Oh Juder!, sabe que los dos mogrebinos que se ahogaron eran hermanos míos. El uno se llamaba Abd Al-Salam y el otro Abd Al-Ahad. En cuanto a mí, yo me llamo Abd Al-Samad. Y el que tú crees que es un judío, no lo es, sino un verdadero musulmán del rito malequita: su nombre es Abd Al-Rahim, y es igualmente hermano nuestro. Ahora bien, ¡oh Juder!, nuestro padre, que se llamaba Abd Al-Wadud, eran un gran mago que poseía a fondo todas las ciencias misteriosas y nos enseñó, a nosotros, sus cuatro hijos, la magia, la hechicería y el arte de descubrir y de abrir los tesoros más ocultos. Por esto nos aplicamos vivamente al estudio de estas ciencias, en las que alcanzamos tal grado de saber que acabamos por someter a nuestras órdenes a los *genn*, los *mareds* y los *efrits*. Cuando murió nuestro padre, nos dejó grandes bienes e inmensas riquezas. Entonces nos distribuimos entre nosotros, según la equidad, los tesoros dejados, los diversos talismanes y los libros de ciencia; pero sobre la posesión de ciertos manuscritos no estuvimos de acuerdo. El más importante de estos manuscritos era un libro titulado: *Anales de los antiguos*, y verdaderamente inestimable de precio y de valor, y tal que no podía ser pagado ni aun con su peso en pedrerías. En efecto, es en él donde se encontraban indicaciones valiosas sobre todos los tesoros ocultos en el seno de la tierra, y la solución de los enigmas y de los signos misteriosos. Y era precisamente en ese manuscrito en el que nuestro padre había puesto toda la ciencia que poseía. Como la discordia comenzaba a extenderse entre nosotros, vimos entrar en nuestra casa a un venerable jeque, el mismo que había educado a nuestro padre y le enseñó la magia y la adivinación. Y este jeque, que se llamaba el más profundo Cohen, nos dijo: “¡Traedme ese libro!”. Y le llevamos los *Anales de los antiguos*, que él tomó y nos dijo: “¡Oh hijos míos, sois los hijos de mi hijo y yo no puedo favorecer a uno de vosotros en detrimento de los otros! Es preciso pues, que aquel de vosotros que desee poseer este libro vaya a abrir el tesoro llamado Al-Schamardal, y me traiga la esfera celeste, la redomita de *kohl*, la

espada y el sello, pues todos esos objetos están contenidos en el tesoro dicho. ¡Y sus virtudes son extraordinarias! En efecto, el anillo está guardado por un *genni*, cuyo solo nombre es espantoso de pronunciar: se llama el *efrit* Tronitonante. Y el hombre que llegue a ser poseedor de ese sello puede afrontar sin temor el poderío de los reyes y de los sultanes; y puede, cuando quiera, ser el dominador de la tierra tanto a lo ancho como a lo largo. ¡La espada! Quien la posea puede, a su voluntad, destruir los ejércitos solo con blandirla, pues al momento salen de ella llamas y relámpagos que reducen a la nada a todos los guerreros. ¡La esfera celeste! El que sea su dueño puede, según su deseo, viajar sobre todos los puntos del universo sin moverse de su lugar, y visitar todas las comarcas del oriente y del occidente. Para esto no tiene nada más que tocar con el dedo el punto adonde él quiere ir y las regiones que desea recorrer, y la esfera se pone a girar, haciéndole pasar ante los ojos todas las cosas interesantes de los países en cuestión, así como sus habitantes, todo ello como si estuviera en sus manos. Y si acontece que él tiene que quejarse de la hospitalidad de los indígenas de un país cualquiera o de la recepción de una de tantas ciudades, no tiene sino girar hacia el sol el punto en donde se encuentra la región enemiga, y al momento es esta presa de las llamas y quemada con todos sus habitantes. En cuanto a la redomita de kohl, el que se frote los párpados con el kohl que contiene ve al instante todos los tesoros escondidos en la tierra. ¡Así es! Por tanto, el libro no quedará de derecho sino en aquel que logre salir airoso en su empresa; y aquellos que fracasen, no podrán hacer reclamación alguna. ¿Aceptáis estas condiciones?”. Nosotros le respondimos: “¡Nosotros las aceptamos, oh jeque, de nuestro padre! Pero no sabemos nada respecto a ese tesoro de Schamardal”. Entonces nos dijo él: “Sabed, hijos míos que ese tesoro de Schamardal se halla bajo el dominio de los dos hijos del rey Rojo”.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SETENTA

Ella dijo:

—“Vuestro padre intentó en su tiempo apoderarse de ese tesoro; pero para abrirlo era necesario apoderarse antes de los hijos del rey Rojo. Y sucedió que, en el momento en que vuestro padre iba a echarles mano, se le escaparon y fueron a arrojar, transformados en peces, al fondo del lago Karun, cerca de El Cairo. Y como este mismo lago está encantado, vuestro padre no pudo conseguir capturar a los dos peces. Entonces vino a buscarme y a quejarse a mí del fracaso de sus tentativas.

Y yo, al instante, hice mis cálculos astrológicos y tracé el horóscopo, y descubrí que este tesoro de Schamardal no podía ser abierto sino por la intervención y en presencia de un joven de El Cairo llamado Juder ben-Omar, de oficio pescador. Se podrá encontrar a este Juder sobre las riberas del lago Karun. Y el encantamiento de este lago no podrá ser levantado sino por este Juder, quien deberá atar los brazos de aquel que esté destinado a descender a ese lago, y le arrojará al agua. Y aquel que sea arrojado tendrá que luchar contra los dos hijos encantados del rey Rojo; y si su suerte es la de vencerlos y apoderarse de ellos, no se ahogará y su mano sobrenadará la primera sobre el agua. ¡Y será Juder quién le pescará con su red! Mas aquel a quien le toque perecer, remontará primero sus pies y deberá ser abandonado”. Al oír estas palabras del jeque el más profundo Cohen, respondimos. “¡Sí, nosotros queremos intentar la empresa, aun a riesgo de perecer!”. Solo nuestro hermano Abd Al-Rahim no quiso participar en la aventura y nos dijo: “¡Yo no quiero!”. Entonces nos decidimos a disfrazarle de mercader judío; y convinimos en enviarle la mula y las alforjas, para que se las comprara al pescador, en el caso de que pereciéramos en la tentativa. Ahora tú sabes bien, ¡oh Juder!, cuanto ha sucedido. Mis dos hermanos han perecido en el lago víctimas de los hijos del rey Rojo. Y yo, a mi vez, cuando tú me arrojaste al lago, estuve a punto de sucumbir en mi lucha contra ellos; pero gracias a un conjuro mental, logré deshacerme de mis ligaduras, deshaciendo el encantamiento invencible del lago, y apoderarme de los dos hijos del rey Rojo, que son esos dos peces color de coral que me has visto encerrar en mis alforjas. Y estos dos peces encantados son sencillamente dos poderosos *efrits*; y gracias a su captura yo voy a poder abrir al fin el tesoro de Schamardal. Solamente que para abrir este tesoro, es absolutamente necesario que tú mismo estés presente, pues el horóscopo trazado por el más profundo Cohen predice que la cosa solo podrá ser hecha en tu presencia. ¿Quieres tú, pues, ¡oh Juder!, ir conmigo al Mogreb, a un lugar no lejos de Fas y de Miknas, a fin de que me ayudes a abrir el tesoro de Schamardal? ¡Y yo te daré todo cuanto pidas! ¡Y serás para siempre mi hermano en Alá! Y, luego de tu viaje, volverás con el corazón gozoso a reunirte con tu familia». Cuando Juder oyó estas palabras, respondió: «¡Oh mi señor peregrino, yo tengo a mi cargo a mi madre y a mis hermanos! Si consiento en irme contigo, ¿quién les dará el pan que los nutre?». El mogrebino replicó: «¡El motivo de tu abstención es únicamente la pereza! Si verdaderamente la carencia de dinero es lo único que te impide partir y el cuidado de tu madre, yo estoy dispuesto a darte al momento mil dinares de oro para los gastos de tu madre, en la espera de tu regreso, luego de una ausencia de cuatro meses a lo más». Al oír lo de los mil dinares, Juder exclamó: «¡Dame, oh peregrino, los mil dinares para que yo vaya a llevarlos a mi madre, y para que parta en seguida contigo!». Y el mogrebino le entregó al momento los mil dinares que él fue a dar a su madre, diciéndole: «Toma estos mil dinares para tus gastos y los de mis hermanos, pues yo voy a partir con un mogrebino para un viaje de cuatro meses al Mogreb. Y tú, ¡oh madre!, haz votos por mi durante mi ausencia, y seré colmado de beneficios por

tu bendición para mí». Ella respondió: «¡Oh hijo mío, cuánto me va a hacer languidecer de tristeza tu ausencia! ¡Y cuánto temor tengo por ti!». Él dijo: «¡Oh madre mía, nada hay que temer por aquel que se halla bajo la custodia de Alá! Además, el mogrebino es un buen hombre». Y alabó mucho al mogrebino. Y su madre le dijo: «¡Que Alá incline hacia ti el corazón de ese mogrebino de bien! ¡Marcha con él, hijo mío! ¡Acaso sea generoso para ti!». Entonces Juder se despidió de su madre y fue a buscar al mogrebino. Al verle llegar, le preguntó el mogrebino: «¿Has consultado con tu madre?». Él respondió: «¡Sí! ¡Y ella ha hecho votos por mí y me ha bendecido!». El mogrebino le dijo: «Sube a la grupa, detrás de mí». Y Juder subió, tras el mogrebino, sobre la grupa de la mula, y viajó de ese modo desde el mediodía hasta mediada la tarde. Mas el viaje hizo que Juder sintiera mucha hambre.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SETENTA Y UNA

Ella dijo:

—Pero como no veía provisiones en el saco de viaje, dijo al mogrebino: «¡Oh mi señor peregrino, yo creo que tú has olvidado tomar provisiones para comer durante el viaje!». Respondió el otro: «¿Tienes hambre?». El joven contestó: «¡Ya Alá!». Entonces el mogrebino detuvo su mula, echó pie a tierra, lo mismo que Juder, y dijo a este: «¡Tráeme aquí el saco!». Y Juder le llevó el saco y el otro le preguntó: «¿Qué es lo que te apetece?». Respondió Juder: «Cualquier cosa». Y el mogrebino dijo: «¡Por Alá sobre ti!, dime, ¿qué deseas comer?». Replicó el joven: «Pan y queso». Sonrió el mogrebino y dijo: «Oh pobre, ¿pan y queso? ¡Eso es verdaderamente poco digno de tu rango! ¡Pídeme alguna cosa excelente!». Replicó Juder: «¡En este momento, todo lo encontraría yo excelente!». Le preguntó el mogrebino: «¿Te gustan los pollos asados?». Contestó el otro: «¡Ya Alá, si!». Volvió a preguntarle: «¿Gustas tú del arroz con miel?». Y él dijo: «¡Mucho!». Insistió: «¿Te gustan las berenjenas rellenas, las cabezas de pájaros con tomates, las cotufas con perejil, las cabezas de cordero asadas al horno, la cebada molida y aderezada, las hojas de parra rellenas, los pasteles, y tal y tal y tal cosa?». Y fue enumerando de ese modo veinticuatro clases de platos, en tanto Juder pensaba: «¿Será, pues, un loco? Porque, ¿cómo va él a traerme los platos que acaba de enumerar, puesto que aquí no hay ni cocina ni cocinero? Voy a decirle ahora que esto es suficiente». Y le dijo al mogrebino: «¡Basta! ¿Hasta cuándo vas a hacerme desear esas diversas comidas, sin presentarme ninguna?». Pero el mogrebino respondió: «¡La bienvenida Sobre ti, oh Juder!». Y hundió su mano en el saco y

extrajo un plato de oro con dos pollos asados muy calientes; volvió a meterla y sacó otro plato de oro con broquetas de cordero, y así, uno tras otro, los veinticuatro platos que exactamente había enumerado. A la vista de todo esto, quedó estupefacto Juder. Y el mogrebino le dijo: «¡Come, mi pobre amigo!». Mas Juder exclamó: «¡Ya Alá, oh mi señor peregrino, tú tienes, sin duda alguna, una cocina con su batería y cocineros en ese saco!». Echóse a reír el mogrebino y replicó: «¡Oh Juder, este saco está encantado! Está servido por un *efrit* que, si nosotros quisiéramos, nos traería al instante mil comidas sirias, mil egipcias, mil indias y mil chinas». Y Juder gritó: «¡Oh, cuán bello es este saco, y qué prodigios contiene y qué opulencia!». Luego comieron ambos hasta saciarse y tiraron lo que sobró. Y el mogrebino metió los platos de oro en el saco; luego introdujo su mano en el otro apartado de las alforjas y sacó una jarra de oro llena de agua fresca. Bebieron, hicieron sus abluciones y recitaron la oración de la tarde, para a continuación colocar la jarra de oro en el saco, junto a los dos bocales, el saco sobre la grupa de la mula, subir ellos mismos en el animal y continuar su viaje. Al cabo de cierto tiempo, el mogrebino preguntó a Juder: «Sabes tú, ¡oh Juder!, ¿cuánto hemos caminado desde El Cairo hasta aquí?». Respondió el joven: «¡Por Alá que no lo sé!». El otro dijo: «Exactamente, en estas dos horas, hemos recorrido un espacio que exige por lo menos un mes de marcha». El joven le preguntó: «¿Y cómo es eso?». El mogrebino replicó: «Sabe, ¡oh Juder!, que esta mula que nosotros montamos es sencillamente una *gennia* de entre los *genn*. En un día recorre de ordinario el espacio de un año de camino; pero hoy, para no fatigarla, marcha lentamente, al paso». Y continuaron su camino hacia el Mogreb, y todos los días, mañana y tarde, el saco subvenía a todas sus necesidades; y Juder no tenía sino desear una comida, por complicada y extraordinaria que fuese, para que al momento la hallase en el fondo del saco, toda preparada y colocada en el plato de oro. Y de esta suerte, y al cabo de cinco días, llegaron al Mogreb, y entraron en la ciudad de Fas y de Miknas. A todo lo largo de las calles, cada viandante reconocía al señor mogrebino y le deseaba el *salam*, o bien venía a besarle la mano, y así hasta que llegaron a la puerta de una casa en la que el mogrebino descendió para llamar. Al momento se abrió la puerta, y en el umbral apareció una joven, en un todo igual a la luna, y bella y esbelta como una gacela sedienta, que le sonrió con sonrisa de bienvenida. Y el mogrebino, paternal, le dijo: «¡Oh Rahma, hija mía, apresúrate a abrirnos el gran salón del palacio!». Y la joven Rahma respondió: «¡Sobre la cabeza y sobre el ojo!». Y les precedió hasta el interior del palacio, balanceando sus caderas. Y la razón de Juder voló y se dijo: «No cabe duda, esta joven es ciertamente la hija de algún rey». En cuanto al mogrebino, este comenzó por retirar el saco de sobre la mula, a la que dijo: «¡Oh mula, vuelve allá de dónde viniste! ¡Y que Alá te bendiga!». Y he aquí que de repente se entreabrió la tierra y recibió en su seno a la mula, volviéndose a cerrar sobre ella misma inmediatamente. Y Juder exclamó: «¡Oh protector! ¡Alabanzas a Alá que nos ha librado y nos ha guardado en tanto que estábamos sobre ella!». Mas el mogrebino le indicó: «¿Por qué te asombras tú, oh

Juder? ¿No te había prevenido de que era una *gennia* de entre los *efrits*? Pero apresurémonos a entrar en el palacio y subir al Salón». Y siguieron a la joven.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SETENTA Y DOS

Ella dijo:

—Cuando Juder entró en el palacio, quedó deslumbrado por el resplandor y la infinidad de riquezas que encerraba y por la belleza de las arañas de plata y las suspensiones de oro, así como por la profusión de piedras preciosas y de los metales. Y una vez que estuvieron sentados sobre el tapiz, el mogrebino dijo a su hija: «Ya Rahma, ve aprisa a traernos el paquete de seda que tú sabes». Y la joven corrió al instante para traer el paquete en cuestión, el que dio a su padre, quien lo abrió y sacó de él un vestido que valía por lo menos mil dinares y, dándoselo a Juder, le dijo: «Vístete, ¡oh Juder!, y sé aquí el huésped bien venido». Y Juder se lo puso y quedó tan espléndido que parecía un rey de los reyes árabes occidentales. Después de esto, el mogrebino, que tenía el saco delante de él, introdujo la mano y sacó una variedad de platos, que colocó sobre el mantel tendido por la joven, y no se detuvo en su acción hasta que hubo sacado cuarenta platos de diferente color y de comidas diversas. Luego dijo al joven: «Avanza la mano y come, ¡oh mi señor!, y sé indulgente con nosotros por lo poco que te servimos; pues verdaderamente no sabemos aún tus gustos y tus preferencias en cuanto a las comidas. Tú no tienes, pues, sino decirnos lo que tú estimas mejor y lo que tu alma desea, y te lo traeremos sin tardar». Juder respondió: «¡Por Alá, mi señor peregrino, que yo gusto de todos los platos sin excepción y que no rechazo ninguno! Por lo mismo, no me preguntes más sobre mis preferencias, y tráeme cuanto se te antoje. Pues comer es todo lo que sé. Y esto es lo que más prefiero en el mundo. Yo, como bien y esto es todo». Y comió bien esa noche, y además todos los días, sin que jamás se viera humear la cocina. En efecto, el mogrebino no tenía sino que introducir su mano en el saco, pensando en una comida, y al momento la sacaba en plato de oro. Y lo mismo sucedía en cuanto a la fruta y a la pastelería. Y Juder vivió de este modo en el palacio del mogrebino durante veinte días, cambiando de vestido todas las mañanas; y cada vestido era más maravilloso que su antecesor. En la mañana del vigesimoprimer día, el mogrebino fue a buscar a Juder y le dijo: «Levántate, ¡oh Juder! He aquí llegado el día fijado para la apertura del tesoro de Schamardal». Y Juder se levanto y salió con el mogrebino. Y cuando llegaron al exterior de las murallas de la ciudad aparecieron de pronto dos

mulas sobre las que cabalgaron, seguidos de dos esclavos negros que marchaban detrás de ellas. De ese modo, cabalgaron hasta la hora del mediodía en que llegaron a los bordes de una corriente de agua; y el mogrebino echó pie a tierra y dijo a Juder: «¡Baja!». Y cuando Juder lo hubo hecho, él hizo una indicación con la mano a los negros, a los que dijo: «¡Vamos!». Al momento los dos negros condujeron las mulas, las que desaparecieron; luego volvieron a la orilla del río cargados con una tienda, tapiz y cojines, y alzaron la tienda y la entapizaron colocando en su derredor los cojines y las almohadas. Luego trajeron el saco y los bicales en donde se hallaban encerrados los dos peces color de coral. Luego extendieron el mantel y sirvieron, sacándola del saco, una comida de veinticuatro platos. Después de hacerlo, desaparecieron. Entonces se levantó el mogrebino, colocó delante de él los bicales sobre un escabel, y se puso a bisbisear sobre ellos fórmulas mágicas y conjuros hasta que los dos peces comenzaron a gritar desde el interior: «¡Henos aquí, oh mágico soberano! ¡Ten misericordia de nosotros!». Y continuaron suplicándole, en tanto que formulaba los conjuros. Y, de pronto, los dos bicales estallaron a la vez y volaron en pedazos, mientras que ante el mogrebino aparecían dos personajes, con los brazos cruzados humildemente, que decían: «¡La salvaguarda y el perdón, oh poderoso divino! ¿Cuál es tu intención con respecto a nosotros?». Él respondió: «¡Mi intención es estrangularos y quemaros, a menos que me prometáis abrir el tesoro de Schamardal!». Ellos dijeron: «¡Te lo prometemos y te abriremos el tesoro! Pero es absolutamente necesario que tú hagas venir aquí a Juder, el pescador de El Cairo. Pues escrito está en el Libro del Destino que el tesoro no puede ser abierto sino en presencia de Juder. Y nadie puede entrar al lugar en que se encuentra a no ser Juder, hijo de Omar». Él mogrebino respondió: «Ese de quien habláis ya ha sido traído y se halla aquí presente. ¡Helo aquí! Y él os ve y os oye». Los dos personajes contemplaron con atención a Juder y dijeron: «¡Ahora ha desaparecido todo obstáculo! ¡Y tú puedes contar con nosotros! ¡Te lo juramos por el nombre!». De este modo, el mogrebino les permitió ir a donde debían ir. Y ellos desaparecieron en las aguas del río. Entonces el mogrebino tomó una gran caña hueca, sobre la que colocó dos placas de cornalina roja; y sobre estas placas puso un pebetero de oro lleno de carbón, sobre el que sopló una sola vez. Y al momento el carbón se quemó y se convirtió en ardiente brasa. Entonces el mogrebino arrojó incienso sobre la brasa y dijo: «¡Oh Juder!, he aquí que los humos del incienso se elevan, y yo voy inmediatamente a recitar los conjuros mágicos de la apertura. Pero como una vez que yo haya comenzado los conjuros no podré interrumpirlos sin arriesgar que resulten vanas las potencias talismánicas, voy a instruirte antes respecto a lo que tú tienes que hacer para alcanzar lo que nos hemos propuesto al venir al Mogreb». Y Juder respondió: «¡Instrúyeme, oh mi señor soberano!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SETENTA Y TRES

Ella dijo:

—Y el mogrebino continuó: «Sabe, ¡oh Juder!, que cuando yo comience a recitar las fórmulas mágicas sobre el incienso humeante, el agua del río se pondrá a disminuir poco a poco y el río acabará por secarse completamente y hará ver su lecho. Entonces tú verás aparecer, sobre la pendiente del seco lecho, una gran puerta de oro, tan elevada como la puerta de la ciudad, con dos argollas del mismo metal. Dirígete tú hacia esta puerta y llama con una de esas argollas que forman llamador, y aguarda un instante. Después llama por segunda vez, más fuerte que la primera, y sigue esperando. En seguida llama una tercera vez más fuerte que las otras, y no te muevas. Y cuando hayas dado los tres golpes sucesivos, oirás que, desde el interior, alguien grita: “¿Quién llama a la puerta de los tesoros, y no sabe deshacer los encantamientos?”. Tú responderás; “¡Yo soy Juder el pescador, hijo de Omar, de El Cairo!”. Y la puerta se abrirá y en el umbral aparecerá un personaje que, espada en mano, te dirá: “¡Si verdaderamente eres ese hombre, tiende el cuello para que yo te corte la cabeza!”. Y tú pondrás en disposición tu cuello sin temor, y él elevará el acero sobre ti, pero para caer al instante a tus pies; y tú no verás nada más que un cuerpo sin alma. Y tú no sufrirás ningún mal. Pero si, por temor, te niegas a obedecer, te matará inmediatamente. Cuando de esa forma hayas roto el primer sortilegio, penetrarás en el interior y verás una segunda puerta a la que llamarás con un solo golpe, pero muy fuerte. Entonces se te presentará un caballero llevando al hombro una lanza enorme, y que te dirá, amenazándote con su lanza, blandida de pronto: “¿Qué motivo te conduce a estos lugares, que no frecuentan sin hollar las hordas de los hombres y las tribus de los *genn*?”. Y tú, por toda respuesta, le presentarás atrevidamente tu pecho descubierto para que te hiera; y él te atacará con su lanza. Pero tú no recibirás mal alguno; y él caerá a tus pies y tú solo verás un cuerpo sin alma. ¡Pero, si retrocedes, te matará! Llegarás entonces a una tercera puerta, de la que saldrá a tu encuentro un arquero, quien tenderá hacia ti su arco armado de la flecha; pero tú preséntale valerosamente tu pecho como blanco, y él caerá a tus pies, cuerpo sin alma. Ahora bien, si titubeas, él te matará. Penetrarás, pues, más lejos y encontrarás una cuarta puerta en la que se lanzará sobre ti un león de cara espantosa el que, con la enorme boca abierta, querrá devorarte. Tú no tengas miedo alguno de él y no le huyas; tiéndele la mano, y, apenas la tenga entre sus garras, él caerá a tus pies sin causarte ningún daño. Dirígete entonces a la quinta puerta, de la que verás salir a un negro muy negro que te preguntará: “¿Quién eres tú?”. Tú dirás: “¡Yo soy Juder!”. Y él te responderá: “Si verdaderamente eres ese hombre, intenta entonces abrir la

sexta puerta”. Al instante, irás tú directo a la sexta puerta en donde gritarás: “¡Oh Jesús, ordena a Moisés que abra la puerta!”. Y la puerta se abrirá ante ti y verás aparecer dos enormes dragones, el uno a la derecha y el otro a la izquierda que se lanzarán sobre ti. ¡No tengas miedo! Y tiéndele a cada uno de ellos una de tus manos, que ellos intentarán morder, mas en vano: pues rodarán impotentes a tus pies. Y, sobre todo, no hagas nada que demuestre temor; si no, tu muerte es segura. Tú llegarás, al fin, a la séptima puerta y llamarás. ¡Y la persona que te abrirá y se situará en el umbral será tu madre! Y ella te dirá: “¡Sé bien venido, hijo mío! ¡Acércate a mí para que yo te desee la paz!”. Pero tú le responderás: “¡Quédate en dónde estás! ¡Y desnúdate!”. Ella te dirá: “¡Oh hijo mío, yo soy tu madre! Y tú me debes algún reconocimiento y algún respeto en reciprocidad a la lactancia y educación que te he dado. ¿Cómo piensas que me desnude?”. Y tú le responderás gritando: “¡Si no te quitas tus ropas, yo te mato!”. Y empuñarás un alfanje que hallarás suspendido a la derecha en el muro, y le dirás: “¡Vamos, comienza!”. Y ella intentará conmoverte e intentará engañarte para que te compadezcas de ella. Pero tú guárdate de que hagan mella en ti estos intentos, y cada vez que ella se quite una pieza de sus vestidos le gritarás: “¡Quitate todo lo demás!”. Y continuarás amenazándola de muerte hasta que ella quede completamente desnuda. ¡Pero entonces la verás desvanecerse y desaparecer! Y de esta forma, ¡oh Juder!, habrás roto todos los sortilegios y desvanecido todos los encantamientos, habiendo asegurado tu vida. Y no te quedará nada más que recoger el fruto de tus trabajos. Para este fin, solo tendrás que franquear esta séptima puerta y hallarás en el interior el oro reunido en montones. Pero no prestes ninguna atención, y dirígete derecho a un pequeño pabellón, en el centro del tesoro, sobre el que habrá echada una cortina. Levanta esa cortina entonces y verás tendido sobre un trono de oro al gran mago Schamardal, el mismo a quien pertenece este tesoro. Y cerca de su cabeza verás centellear alguna cosa redonda como la luna: es la esfera celeste. Tú le verás ceñido de la espada en cuestión, con el sello al dedo y, suspendida a su cuello por una cadena de oro, la redomita de kohl. ¡No titubees tú entonces! ¡Apodérate de esos cuatro objetos valiosos y apresúrate a salir del tesoro para venir a entregármelos! Pero ¡oh Juder!, líbrate bien de olvidar cualquiera de las cosas que acabo de enseñarte, o de obrar de forma distinta a lo indicado en mis recomendaciones. Si no, te arrepentirás y yo sentiré mucho temor por ti». Y cuando acabó de hablar de esta manera, el mogrebino reiteró sus recomendaciones a Juder por primera, segunda, tercera y cuarta vez, para hacer que penetraran bien en su espíritu, y esto hasta que Juder dijo: «¡Yo lo he retenido ya bien! Pero ¿cuál es el ser humano que podrá afrontar esos terribles talismanes de que tú hablas y soportar esos terribles peligros?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SETENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—El mogrebino replicó: «¡Oh Juder, no tengas temor alguno sobre ese particular! ¡Los diversos personajes que tú verás a las puertas, no son sino vanos fantasmas sin alma! ¡Por eso puedes estar verdaderamente bien tranquilo!». Y Juder pronunció: «¡Yo pongo mi confianza en Alá!». Al momento el mogrebino inició sus mágicas fumigaciones. Y arrojó de nuevo el incienso sobre las brasas del pebetero y se puso a recitar las fórmulas conjuradoras. Y he aquí que el agua del río disminuyó poco a poco y desapareció, y el lecho del río apareció seco con la gran puerta del tesoro. Al verlo, Juder, sin dudarle más, se lanzó al lecho del río y se dirigió hacia la puerta de oro en la que llamó ligeramente la primera vez, y la segunda y la tercera. Y del interior se dejó oír una voz que decía: «¿Quién llama a la puerta de los tesoros, y no sabe deshacer los encantamientos?». Él respondió: «¡Yo soy Juder ben-Omar!». Y al momento se abrió la puerta y en el umbral apareció un personaje que, espada en mano, le dijo: «¡Tiende tu cuello!». Y Juder lo hizo y el otro bajó su espada, pero para caer en el mismo momento. Y así sucedió en las otras puertas, hasta la séptima, exactamente como lo había predicho y recomendado el mogrebino. Y a cada vez, Juder rompía todos los encantamientos, con un gran valor, hasta que su madre apareció saliendo de la séptima puerta. Ella le miró y le dijo: «¡Todos los *salam*s sobre ti, hijo mío!». Pero Juder le gritó: «¿Y quién eres tú?». Ella respondió: «¡Yo soy tu madre, oh hijo mío! ¡Yo te llevé nueve meses en mi seno, te he amamantado y te he dado la educación que tú tienes, oh hijo mío!». Él le gritó: «¡Desnúdate!». Ella replicó: «¿Cómo me mandas que me desnude, tú que eres mi hijo?». Y él dijo: «¡Desnúdate o, si no, te cortaré la cabeza con esta espada!». Y alargó la mano hacia la muralla, cogió el arma que estaba colgada, la blandió y gritó: «¡Si no te desnudas, te mato!». Entonces ella se decidió a quitarse parte de su ropas, pero él le ordenó: «¡Quítate lo demás!». Y ella se quitó alguna prenda más y él le reiteró: «¡Sigue!». Y continuó apremiándola hasta que se quitó todas sus ropas, no quedándose sino con el calzón corto, y vergonzosa, le dijo: «¡Ah, hijo mío, cómo has malgastado el tiempo que yo he empleado en educarte! ¡Qué decepción! ¡Tienes un corazón de piedra! ¡Y quieres ponerme en vergüenza obligándome a mostrarme en la más íntima desnudez! ¡Oh hijo mío!, ¿no es esto una cosa ilícita y un sacrilegio?». Entonces dijo él: «¡Llevas razón! Puedes conservar el calzón». Apenas hubo pronunciado Juder estas palabras, gritó la vieja: «¡Ha consentido! ¡Pegadle!». Y de todos lados cayeron sobre él los golpes sobre sus espaldas, compactos y numerosos como las gotas de la lluvia, asestados por todos los guardianes invisibles del tesoro. Y verdaderamente esto fue

para Juder una tunda sin precedentes, y tal que no había de olvidar en su vida. Luego, los *efrits* invisibles, en un abrir y cerrar de ojos, lo lanzaron a fuerza de golpes fuera de las salas del tesoro y fuera de la última puerta, la que cerraron como antes. Al verlo el mogrebino, cuando acababa de ser arrojado fuera de la puerta, se apresuró a recogerlo, pues ya las aguas, aparecidas de nuevo con gran estruendo, invadían el lecho del río y reanudaban su curso interrumpido. Y él lo transportó desvanecido a la ribera, y se puso a recitar sobre él versículos del *Corán*, hasta que hubo recobrado los sentidos. Entonces le dijo: «¿Qué has hecho, oh pobre? ¡Ay!». Juder respondió: «Ya había yo superado todos los obstáculos y roto todos los sortilegios, y ha sido precisamente el calzón de mi madre el que me ha causado la pérdida de todo lo que había ganado, y fue para mí el móvil de esta paliza de la cual presento las huellas». Y le dio cuenta de todo lo que le había sucedido en el tesoro. Entonces le dijo el mogrebino: «¿No te había yo recomendado que no me desobedecieras? ¡Ve ahí! Tú me has causado un perjuicio a mí y te lo has causado a ti mismo, por no haber querido obligarla a que se quitase su calzón. ¡Por este año, se ha acabado la cosa! Y debemos esperar al próximo año para repetir nuestra tentativa. Hasta entonces vas a vivir conmigo». Y él llamó a los dos negros que aparecieron al momento, plegaron la tienda, reunieron cuanto había que reunir, y desaparecieron un instante para volver con las dos mulas sobre las que subieron Juder y el mogrebino, para regresar inmediatamente a la ciudad de Fas. Vivió, pues, Juder todo un año con el mogrebino, luciendo cada día un vestido nuevo, de gran valor, y comiendo bien y bebiendo cuanto salía del saco según sus apetencias y deseos. Llegó el día, que estaba fijado para principios del nuevo año, para la tentativa, y el mogrebino llegó hasta Juder y le dijo: «¡Levántate! ¡Y vayamos a dónde tenemos que ir!». Él respondió: «¡Vamos!». Y salieron de la ciudad y vieron a los dos negros, los que les presentaron las dos mulas, en las que montaron al momento, poniéndolas en dirección al río, a cuyas orillas no tardaron en llegar. La tienda fue levantada, tendida y servida como la vez primera. Y, después de haber comido, el mogrebino tomó la caña hueca, las tablas de cornalina roja, el pebetero lleno de brasas y el incienso; y antes de iniciar las fumigaciones mágicas, dijo a Juder: «¡Oh Juder!, tengo que hacerte una recomendación». Juder exclamó: «¡Oh mi señor peregrino, verdaderamente no tienes por qué tomarte ese trabajo! ¡Si hubiera olvidado la tunda, hubiera olvidado también tus excelentes recomendaciones del año pasado!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SETENTA Y CINCO

Ella dijo:

—El mogrebino le preguntó: «Entonces, ¿te acuerdas, verdaderamente?». Respondió el otro: «¡Ah, ya lo creo!». Él dijo: «¡Bien, Juder, conserva tu espíritu! Y, sobre todo, no te sigas imaginando que la vieja es tu madre, puesto que solo es un fantasma que ha tomado la figura de tu madre para inducirte a error. Y si la primera vez saliste con tus huesos, esta vez, si te equivocas, puedes estar seguro de que los vas a dejar en el tesoro». Respondió el joven: «¡Me equivoqué! ¡Pero si esta vez me siguiera equivocando, merecería ser quemado!». Entonces el mogrebino arrojó el incienso sobre la brasa y comenzó a hacer sus conjuros. Y al momento se secó el río y permitió a Juder avanzar hasta la puerta de oro. Llamó a ella, y se abrió; y logró romper los diversos encantamientos de las puertas, hasta que llegó a su madre que le dijo: «¡Sé bien venido, oh hijo mío!». Respondió él: «¿Y desde cuándo y cómo soy yo tu hijo, oh maldita? ¡Desnúdate!». Entonces ella comenzó, intentando engañarle, a quitarse lentamente, y pieza por pieza, sus ropas, hasta que solo le quedó el calzón. Y Juder le gritó: «¡Quítatelo, maldita!». Y ella se quitó su calzón, pero para desvanecerse al momento, fantasma sin alma. Juder penetró sin dificultad en el tesoro y vio los montones de oro acumulados en filas compactas; pero sin prestar la menor atención, se dirigió hacia el pequeño pabellón y, levantando la cortina, vio al gran adivino Al-Schamardal tendido sobre el trono de oro, ceñida la espada talismánica, el sello al dedo, la redomita de *kohl*, pendiente de su cuello por la cadena de oro, y, sobre su cabeza, la esfera celeste, brillante y redonda como la luna. Entonces, sin titubear, avanzó y quitó la espada del cinto, retiró el sello talismánico y la redomita de *kohl*, tomó la esfera celeste y retrocedió para salir. Y al momento se dejó oír un concierto invisible de instrumentos en torno suyo, y le acompañó triunfalmente hasta la salida, en tanto que de todos los puntos del tesoro subterráneo se elevaban las voces de los guardianes, que le felicitaban gritando: «¡Gran bien te haga, oh Juder, cuanto tú has sabido ganar! ¡Enhorabuena! ¡Enhorabuena!». Y la música no cesó de tocar y las voces no cesaron de felicitarle hasta que salió del tesoro subterráneo. Al verle llegar cargado con los talismanes, el mogrebino cesó en sus fumigaciones y en sus conjuros, y se levantó y se puso a abrazarle, estrechándole contra su pecho y tributándole cordiales *salams*. Y cuando Juder le hubo entregado los cuatro talismanes, llamó del fondo del aire a los dos negros, quienes llegaron, recogieron la tienda y trajeron las mulas, en las que subieron Juder y el mogrebino, para regresar a la ciudad de Fas. Cuando llegaron al palacio se sentaron en torno al mantel tendido y servido por innumerables platos extraídos del saco, y el mogrebino dijo a Juder: «¡Oh hermano mío, oh Juder, come!». Y Juder comió y se sació. Luego fueron colocados los platos vacíos en el saco, se quitó el mantel y el mogrebino Abd Al-Samad dijo: «¡Oh Juder, tú abandonaste tu tierra y tu país por causa mía y llevaste a buen fin mis asuntos! Y yo, de mi parte, te soy deudor de cuantos derechos has adquirido sobre mí. Tú no tienes sino determinar por ti mismo la cuantía de tus derechos, pues Alá, ¡que él sea exaltado!, será generoso respecto a ti por mi intermedio. Pídeme, pues, cuanto

desees, y hazlo sin vergüenza, pues te lo mereces». Juder respondió: «¡Oh mi señor, yo solamente deseo de Alá y te ti que me des el saco!». Y el mogrebino le puso al momento el saco en las manos diciéndole: «¡En verdad que lo mereciste! Y si hubieras deseado no importa qué cosa, yo te la hubiera dado. Mas ¡oh pobre!, este saco únicamente podrá serte útil para comer». Él respondió: «¿Y qué podría yo desear mejor?». El mogrebino le dijo: «Tú soportaste muchas fatigas conmigo: y yo te prometí volver y llevarte a tu país con el corazón contento y satisfecho. Ahora bien, este saco no puede proporcionarte sino tu alimentación, pero no te enriquecerá. ¡Y yo quiero, además, enriquecerte! Toma, pues, el saco para sacar cuantos platos tú deseas; pero, además, voy a darte un saco lleno de oro y de joyas de todas clases, para que una vez vuelto a tu país te conviertas en un gran mercader, y puedas, con creces, subvenir a tus necesidades y a las de tu familia, sin que jamás te preocupes de economizar. En lo que respecta al saco de la nutrición, yo te voy a enseñar cómo has de servirte para sacar los platos que deseas. Para ello no tienes que hacer otra cosa que introducir tu mano y formular: “¡Oh servidor de este saco, yo te conjuro por la virtud de los poderosos nombres mágicos que tiene todo el poder sobre ti, que me des tales comidas!”. Y al instante hallarás en el fondo del saco todas las comidas que deseas, aunque cada día sean de mil colores diferentes y de diverso gusto». En seguida, el mogrebino hizo que se presentara uno de los dos negros, con una de las dos mulas, tomó un gran saco, con dos bolsos, semejante al de la alimentación, llenó uno de los bolsos con oro amonedado y en lingotes, y en otro con joyas y piedras preciosas, lo colocó sobre la mula, lo cubrió con el saco de la alimentación que daba la sensación de estar completamente vacío, y dijo a Juder: «¡Monta en la mula! El negro marchará delante de ti y te mostrará la ruta a seguir y te conducirá de ese modo hasta la misma puerta de tu casa en El Cairo. Y cuando hayas llegado, coge los dos sacos y entrega la mula al negro que me la traerá. ¡Y no pongas a nadie al corriente de nuestro secreto! ¡Y ahora yo te doy mis adioses en Alá!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SETENTA Y SEIS

Ella dijo:

—Juder respondió: «¡Que Alá aumente tu prosperidad y tus beneficios! ¡Yo te lo agradezco bien!». Y subió en la mula, teniendo delante de él los dos sacos, y se puso en marcha, precedido del negro. La mula se puso a seguir fielmente al negro conductor, a todo lo largo del día y de la noche; y ya no le faltaba esta vez nada más

que una jornada para realizar el viaje desde el Mogreb a El Cairo; pues a la mañana siguiente Juder se vio ante las murallas de El Cairo, y entró en su ciudad natal por la Puerta de la Victoria. Y llegó a su casa. Y vio a su madre sentada ante la puerta, tendida la mano a los viandantes, pidiendo limosna y diciendo: «¡Denme alguna cosa, por Alá!». Al ver esto, se alteró la razón de Juder, quien descendió de la mula y se lanzó con los brazos abiertos hacia su madre, quien, al verlo, se echó a llorar. Y él la condujo a la casa, luego de haber tomado los dos sacos y confiado la mula al negro, a fin de que la llevase al mogrebino: pues la mula era una *gennia* y el negro un *genni*. Cuando Juder hubo conducido a su madre al interior, la hizo sentarse sobre la estera y, como estaba muy penosamente afectado por haberla visto mendigar en la calle, le dijo: «Oh madre mía, ¿están bien mis hermanos?». Ella respondió: «Lo están». Insistió él: «¿Por qué mendigabas tú en la calle?». Le aclaró la madre: «Hijo mío, a causa de mi hambre». Él dijo: «¿Cómo pudo ser eso? Antes de partir, yo te di cien dinares el primer día, otros cien el segundo y mil el día de mi marcha». Ella respondió: «¡Oh hijo mío!, tus hermanos se confabularon contra mí y lograron cogerme todo el dinero, para en seguida echarme de la casa. Y me vi obligada, para no morir de hambre, a mendigar por las calles». Y él dijo: «¡Oh madre mía, tú no tienes que sufrir más, porque yo he vuelto y estoy aquí! ¡No tengas cuidado alguno! ¡Aquí tienes un saco lleno de oro y de joyas! ¡Y el bien y la abundancia en la casa!». La madre respondió: «¡Oh hijo mío, verdaderamente naciste bendito y afortunado! ¡Que Alá te conceda sus buenas gracias y aumente sus beneficios sobre ti! Ve, hijo mío, ve a buscarnos a los dos un poco de pan que comer, pues ayer me acosté sin tomar alimento alguno, y aún estoy en ayunas esta mañana». Al oír esto, sonrió Juder y dijo: «¡La bienvenida sobre ti, oh madre mía, y la largueza! Tú no tienes nada más que pedir los platos que desees, y yo te los daré sin necesidad de tener que ir al zoco o de guisarlos en la cocina». Ella indicó: «¡Oh hijo mío, yo no veo nada de eso contigo! Y tú no has aportado por todo equipaje nada más que dos sacos, uno de los cuales está vacío». Él dijo: «¡Yo tengo todo cuanto quieras, y de todos los colores!». Ella manifestó: «¡Hijo mío, no importa lo que sea, pues cualquier cosa servirá para calmar el hambre!». Él dijo: «¡Verdad dices! ¡En la necesidad se contenta el hombre con la menor cosa! ¡Pero, cuando hay abundancia de todo, se prefiere mejor hacer su elección y comer solo las cosas más delicadas! ¡Ahora yo tengo conmigo abundancia de todo, y solo tienes que elegir!». Ella dijo: «Hijo mío, yo deseo entonces un bollo caliente y un pedazo de queso». Él respondió: «¡Oh madre mía, eso no es en modo alguno digno de tu rango!». «Tú sabes mejor que yo lo que es conveniente. ¡No tienes nada más que hacer lo que juzgues más apropiado!». Él decidió: «¡Oh madre mía!, yo juzgo conveniente y digno de tu rango un cordero asado y también pollos asados y el arroz sazonado de pimienta. Yo considero también de tu rango las tripas rellenas, las calabazas rellenas, la *kenefa* preparada con almendras, miel de abejas y azúcar, pasteles rellenos de piñones y perfumados con ámbar, y los rombos de Baklaa». Escuchando estas palabras, la pobre mujer creyó que su hijo se mofaba de ella o que

había perdido la razón, y exclamó: «¡Yuh! ¡Yuh! ¿Qué te ha sucedido, oh hijo mío, o Juder? ¿Sueñas o te has vuelto loco?». Él preguntó: «¿Y por qué?». Ella respondió: «Porque me has citado especies extrañas y tan caras y tan difíciles de preparar que sería molesto tenerlas». Él dijo: «¡Por mi vida, que necesito hacerte al instante comer todas estas cosas que acabo de enumerar!». Ella respondió: «¡Pero yo no veo nada de ello por parte alguna!». Él dijo: «¡Tráeme el saco!». Y ella le llevó el saco, lo palpó y lo halló vacío. Pero se lo dio, y él, al instante, metió la mano y sacó primero un plato de oro, en el que nadaban, olorosas en su salsa apetitosa, las tripas rellenas; luego introdujo la mano por segunda vez, y aún otras varias, sacando por turno las cosas que él había enumerado y otras de las que no había hecho mención. Y su madre le dijo: «¡Hijo mío, el saco era muy pequeño, y completamente vacío y tú has sacado todas estas comidas y todos estos platos! ¿En dónde estaba, pues, todo esto?». Él dijo: «¡Oh madre mía, sabe que este saco me ha sido dado por el mogrebino! ¡Este saco está encantado! Tiene como servidor a un *genni*, el que obedece las órdenes que le son dadas según la fórmula tal». Y le dijo la fórmula. Y la madre le preguntó: «¿Entonces, si yo meto la mano en este saco solicitando una comida según la fórmula, la encuentro?». Él contestó: «¡Ciertamente!». Entonces ella metió la mano en el saco y dijo: «¡Oh servidor de este saco, por la virtud de los nombres mágicos que tienen todo poder sobre ti, yo te conjuro para que me entregues una segunda costilla empanada!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SETENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Y al instante sintió el plato sobre su mano y lo sacó del saco. Y era una costilla maravillosamente empanada, y aromada de clavos de especia y de otras clases sazadoras. Entonces ella dijo: «Yo deseo aún un bollo caliente y queso, pues estoy habituada a ello y no puedo prescindir». E introdujo la mano, pronunció la fórmula y los sacó. Entonces dijo Juder: «¡Oh madre mía!, es preciso, cuando hayamos terminado de comer, colocar en el saco los platos vacíos; pues el talismán exige este cuidado. Y, sobre todo, no divulgues el secreto y esconde bien este saco en tu cofre para no sacarlo sino en el momento de la necesidad. Pero no te cohíbas por esto; sé generosa con todo el mundo, con los vecinos y con los pobres, y sirve de todas las comidas a mis hermanos, tanto en mi presencia como en mi ausencia». Sucedió que, apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, entraron sus dos hermanos y

vieron la maravillosa comida. En efecto, acababan de conocer la nueva de la llegada de Juder, por uno de los vecinos del barrio, quien les dijo: «Acaba de llegar de viaje vuestro hermano, montado en una mula y precedido de un negro, y vestido con ropas que no tienen semejanza». Y ellos se dijeron entonces: «¡Pluguiera a Alá que jamás nosotros hubiéramos maltratado a nuestra madre! Pues no hay duda que ella va a contarle ahora lo que nosotros le hemos hecho sufrir. Y entonces, ¡qué confusión ante él!». Mas uno de ellos agregó: «¡Nuestra madre es compasiva! Y en todo caso, y dado que ella se lo haya contado, nuestro hermano es todavía más compasivo que ella y más indulgente. Y si nosotros alegamos cualquier pretexto para nuestra conducta, lo admitirá y nos excusará». Y entonces se decidieron a ir a verle. Cuando hubieron entrado y los vio Juder, se levantó al momento para honrarlos y les comunicó sus deseos de paz con las mayores deferencias, y les dijo: «¡Sentaos y comed con nosotros!». Y se sentaron y comieron. Y estaban muy debilitados y enjutos a causa del hambre y de las privaciones. Cuando hubieron acabado de comer y se recobraron, les dijo Juder: «¡Oh hermanos míos, tomad estos restos de comida y distribuidlos a los pobres y a los mendigos de nuestro barrio!». Ellos respondieron: «¡Oh hermano nuestro, vale más que los guardemos para nuestra cena!». Él les dijo: «A la hora de cenar encontraréis bastante más que todo esto». Entonces ellos recogieron las sobras y salieron para distribuir las a los pobres y mendigos que pasaban, diciéndoles: «¡Tomad y comed!». Hecho esto volvieron con los platos vacíos, que dieron a Juder, y él los entregó a su madre diciéndole: «¡Ponlos en el saco!». A la noche, a la hora de la cena, Juder tomó el saco y extrajo cuarenta clases de platos que su madre colocó en fila sobre el mantel; luego invitó a sus hermanos a entrar y a comer. Y cuando lo hubieron hecho, sacó pasteles para que se endulzasen, y se endulzaron. Entonces les dijo: «¡Tomad las sobras de nuestra comida y distribuir las a los pobres y a los mendigos!». Luego, al día siguiente, les sirvió también espléndidas comidas, y así sucedió durante diez días consecutivos. Ahora bien, al cabo de este tiempo, Salem dijo a Salim: «¿Comprendes tú qué hace nuestro hermano para servirnos tan espléndidas comidas todos los días, por la mañana, a mediodía, y a la noche, y una vez pastelería durante esta? ¡Verdaderamente que los sultanes no le superan! ¿De dónde ha podido venirle tal fortuna y tanta opulencia? ¡Y no digamos nada de cuanto se refiere al lugar de dónde saca todas esas comidas asombrosas y esta dulcería, puesto que no le vemos comprar nunca nada, ni encender el fuego, ni ocuparse de la cocina, ni tener cocinero!». Y Salim respondió: «¡Por Alá que no sé nada! Mas ¿conoces tú a alguien que pueda informarnos respecto a esta cuestión?». Él otro dijo: «únicamente nuestra madre podrá hacerlo». Y al instante concibieron una treta y entraron a ver a su madre, durante la ausencia de su hermano, a la que dijeron: «¡Oh madre nuestra, tenemos mucha hambre!». Ella respondió: «¡Regocijaos, porque vais en seguida a quedar satisfechos!». Y penetró en la sala en donde se hallaba el saco, introdujo su mano en él y solicitó al servidor algunas comidas bien calientes, y que retiró al momento para llevarlas a sus hijos, quienes le dijeron: «¡Oh madre nuestra,

estas comidas están calientes y nosotros no te vemos cocinar jamás, ni avivar el fuego!». Ella respondió: «Yo las cojo en el saco». Ellos preguntaron: «¿Y qué saco es ese?». Ella respondió: «Es un saco encantado. Y todas las peticiones que se le hacen son cumplimentadas por un *genni* servidor del saco». Y les explicó la fórmula diciéndoles: «¡Guardad el secreto!». Y respondieron ellos: «Está tranquila, el secreto será guardado». Y después de haber experimentado por sí mismos las virtudes del saco y logrado sacar algunos platos, se mantuvieron tranquilos aquella noche. Pero al día siguiente, dijo Salem a Salim: «¡Oh hermano mío!, ¿hasta cuándo vamos a continuar viviendo con Juder en esta situación de criados, comiendo de sus limosnas? ¿No piensas que vale más imaginar una treta para coger ese saco y tenerlo para nosotros solos?». Salim respondió: «¿Y qué añagaza podríamos combinar?». El otro dijo: «Vender muy sencillamente nuestro hermano Juder al capitán jefe del mar de Suez». Él preguntó: «¿Y cómo haríamos para venderle?». Salem respondió: «Iríamos tú y yo a buscar al capitán jefe, que está en este momento en El Cairo y nosotros le invitaremos, a él y a dos de sus marineros, a venir a comer con nosotros. ¡Y tú verás! Tú solamente tendrás que confirmar las palabras que yo diré a Juder, y tú verás lo que se hará antes que termine esta noche».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SETENTA Y OCHO

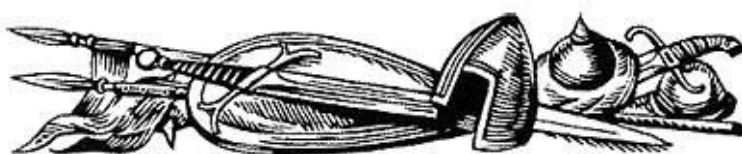
Ella dijo:

—Cuando estuvieron completamente de acuerdo sobre esta venta proyectada de su hermano, fueron a buscar al capitán jefe de Suez y le dijeron después de los *salams*: «¡Oh capitán, venimos a verte para una cosa que te alegrará con seguridad!». Él respondió: «¡Bueno!». Le dijeron: «Somos dos hermanos, pero tenemos otro, un picarón de cuidado. Cuando murió nuestro padre, nos dejó una herencia que distribuimos entre los tres; y nuestro hermano tomó su parte y se apresuró a derrocharla en el libertinaje y la corrupción. Y cuando quedó reducido a la miseria, empezó a tratarnos con extraordinaria injusticia, y acabó por demandarnos ante los jueces, gentes inicuas y opresoras, acusándonos de haber frustrado parte de su herencia. Y los jueces inicuos y corrompidos no tardaron en hacernos perder en costas del litigio toda la herencia de nuestro padre. Pero él no se contentó con esta primera fechoría. Nos citó por segunda vez ante los opresores y de ese modo logró reducirnos a la miseria más extrema. Y ahora no sabemos qué es lo que maquina contra nosotros. Por eso venirnos a buscarte, para que nos libres de su presencia

comprándonoslo para que te sirva como remero en uno de tus navíos». El capitán jefe preguntó: «¿Podrías idear alguna estratagema para conducirlo hasta aquí? Y yo, en ese caso, me encargo de hacerlo transportar hasta la mar sin tardanza». Ellos respondieron: «¡Nos será muy difícil traerlo hasta aquí! Mas tú acepta ser nuestro huésped esta noche y lleva a nuestra casa a dos de tus hombres, con eso basta. Y cuando esté dormido, nosotros cinco nos apoderaremos de él, le pondremos una mordaza y te lo entregaremos. Y tú, a favor de la noche, lo transportarás fuera de la casa y harás con él lo que quieras». Él respondió: «Soy todo oídos y obediencia. ¿Me lo queréis ceder por cuarenta dinares?». Respondieron los hermanos: «Es demasiado poco, pero, por ser cosa tuya, los aceptamos. A la caída de la noche irás, pues, a tal calle, cerca de tal mezquita, en donde hallarás a uno de nosotros esperándote. ¡Y de ningún modo olvides llevar contigo a dos de tus hombres!». Y ellos fueron a buscar a su hermano Juder y se entretuvieron con él hasta que, al cabo de cierto tiempo, Salem le besó la mano con aire de solicitador, y Juder le dijo: «¿Qué deseas tú, oh hermano mío?». Él respondió: «Sabe, ¡oh hermano, oh Juder!, que yo tengo un amigo que me ha invitado muchas veces a su casa, durante tu ausencia, y me ha prodigado siempre las atenciones, y de este modo me ha obligado. Por ello he ido a visitarle hoy para darle las gracias, y él me ha invitado a cenar allí; pero yo le he dicho: “Verdaderamente que no me es posible dejar a mi hermano Juder tan solo en la casa”. Y él me dijo: “¡Tráelo contigo!”. Yo respondí: “No creo que acepte. Pero tú podrías aceptar nuestra invitación esta noche, con tus hermanos”. Pues precisamente estos hermanos se hallaban también presentes, y los invité igualmente, creyendo que no aceptarían la invitación, con lo que yo saldría correctamente del caso, pero desgraciadamente ellos no pusieron ninguna dificultad, y su hermano, viendo que aceptaban, aceptó él también, y me dijo: “Tú me esperarás a la entrada de tu calleja, cerca de la puerta de la mezquita, y yo iré a buscarte allí con mis hermanos”. Ahora yo, ¡oh Juder, hermano mío!, creo que deben de estar allí ya, y tú me ves avergonzado ante ti por esta libertad que me he tomado. Y si tú verdaderamente quieres verme mucho más obligado que nunca, ¡acéptalos como huéspedes esta noche! Tus beneficios nos han colmado ya, y la abundancia está en tu casa, ¡oh hermano mío! Pero si por cualquier razón no quieres tenerlos como huéspedes en la casa permíteme invitarlos en la casa de nuestros vecinos en donde yo mismo los serviré». Juder respondió: «¿Y por qué invitarlos en la casa de nuestros vecinos, oh Salem? ¿Es nuestra casa tan estrecha y tan inhospitalaria? ¿O bien no tendríamos nada que darles de comer? Verdaderamente, ¿no has sentido vergüenza al consultarme sobre ese particular? Tú no tienes que hacer otra cosa que hacerlos entrar y servirles con abundancia las comidas y los dulces, sin parsimonia, de modo que sobre. Y en adelante, si durante mi ausencia invitas a tus amigos, no tendrás sino solicitar de nuestra madre los platos necesarios y los complementos. ¡Ve, pues, a buscar a tus amigos de esta noche! ¡Las bendiciones han descendido sobre nosotros a través de tales huéspedes, oh hermano mío!». Al oír estas palabras, Salem besó la mano de

Juder, y marchó a la puerta de la pequeña mezquita a encontrar a la gente citada, a la que se apresuró a llevar a la casa. Y Juder se levantó en su honor y les dijo: «¡Con vosotros sea la bienvenida!». Luego los hizo sentar a su lado y se puso a entretenerlos amigablemente, sin recelar de lo que el destino escondía para él y cuyos agentes eran aquellos. Y él rogó a su madre que tendiera el mantel y les sirviera una comida de cuarenta platos diferentes. Y comieron y se satisficieron, creyendo que esta espléndida comida era debida a la generosidad de sus hermanos Salem y Salim. Después, cuando hubo pasado un tercio de la noche, fueron servidos los dulces y pastelería, que duraron hasta la medianoche. Entonces, a una señal de Salem, los marineros se precipitaron sobre Juder y, todos a la vez, le dominaron, le agarrotaron, le ataron fuertemente los brazos y las piernas y le sacaron de la casa para, a favor de las tinieblas, ponerlo al momento en ruta para Suez, en donde, desde su llegada, le arrojaron al fondo de uno de sus navíos, con grillos a los pies, en medio de otros esclavos y forzados, y le condenaron a servir en el banco de los remeros un año entero. Y hasta aquí todo lo referente a Juder.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS SETENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—En lo que se refiere a sus hermanos, estos, cuando a la mañana despertaron, fueron a ver a su madre, que no sabía nada de la cuestión, y le dijeron: «¡Oh madre nuestra!, ¿no ha despertado todavía Juder?». Ella dijo: «¡Id a despertarlo!». Ellos respondieron: «¿En dónde está acostado?». La madre respondió: «En la habitación de los invitados». Ellos replicaron: «No hay nadie en esta habitación. Pueda ser que se haya marchado con esos marinos esta noche, pues, ¡oh madre nuestra!, nuestro hermano Juder ha gustado ya de estos viajes lejanos. Y, además, nosotros le hemos oído hablar con estos extranjeros, que le decían: “Nosotros te llevaremos y tú abrirás los tesoros ocultos que nosotros conocemos”». Y ella dijo: «Entonces es probable que haya partido con ellos sin avisarnos. Podemos estar tranquilos a este respecto, pues Alá sabrá dirigirle por buen camino; y como ha nacido afortunado y favorecido del destino, volverá a nosotros muy pronto con inmensas riquezas». Y luego, como pese a todo, la ausencia es cosa dura para una madre, se echó a llorar. Entonces ellos gritaron: «¡Oh maldita infame, que amas a Juder con semejante amor, mientras que si nosotros, tus hijos, nos ausentáramos o volviéramos, no mostrarías ni pesar ni alegría! ¿No somos, pues, tan hijos como Juder lo es?». Ella respondió: «¡Vosotros sois

también mis hijos, pero sois dos miserables, dos malvados! Desde el día de la muerte de vuestro padre no me habéis hecho bien alguno, y yo no he tenido un día feliz con vosotros, ni he recibido cuidado alguno de vuestra parte. En cuanto a Juder, he recibido de él muchas bondades; y él siempre tiene su corazón lleno de deseos de complacerme y de mostrarme respeto y de tratarme con generosidad. ¡Ciertamente que merece bien que yo llore por él, pues sus beneficios recayeron en mí y en vosotros también!». Al oír este lenguaje de su pobre madre, los dos miserables comenzaron a injuriarla y a golpearla. Luego entraron en la otra habitación y buscaron por todas partes el saco encantado y el saco con las cosas valiosas, y acabaron por echarle mano, quitando del segundo todo el oro que se encontraba en uno de los bolsos y todas las joyas de piedras preciosas que estaban en el otro; y se dijeron: «¡Esto es el capital de nuestro padre!». Pero ella gritó: «¡No, por Alá, es el capital de vuestro hermano Juder! ¡Lo ha traído del país de los mogrebinos!». Y ellos gritaron: «¡Mientes! ¡Es el capital de nuestro padre! ¡Y tenemos derecho a emplearlo como nos plazca!». Y al momento se dispusieron a hacer el reparto entre ellos. Pero no pudieron ponerse de acuerdo en cuanto a la posesión del saco encantado; pues Salem dijo: «¡Yo lo tomo!». Y Salim dijo: «¡Yo lo cojo!». Y se entabló entre ellos la disputa y la querella. Entonces dijo su madre: «¡Oh hijos míos!, habéis repartido entre los dos el saco de oro y las joyas, pero este no puede ser de ningún modo repartido ni dividido, porque entonces quedaría roto su sortilegio y perdería sus virtudes. Dejádmelo mejor a mí; y yo, todos los días, sacaré las comidas que deseéis y tantas veces como os parezca. Y en cuanto a mí se refiere, yo os prometo contentarme con un pedazo de pan o con el bocado que me dejéis. Y si, además, queréis darme lo que necesite, como ropas, eso será por pura generosidad de vuestra parte, y no por obligación. De esa forma, cada uno de vosotros podrá, sin impedimento alguno, hacer la vida que le plazca. Yo no olvido que sois mis hijos y que yo soy vuestra madre. Permanezcamos unidos y de acuerdo para que, al regreso de vuestro hermano, no tengáis nada que reprocharos, ni sintáis vergüenza delante de él por vuestras acciones». Pero ellos no quisieron aceptar sus consejos y pasaron toda la noche discutiendo entre ellos en voz alta, querellándose de tal modo, que un arquero del rey, que estaba invitado en la casa vecina, oyó todo lo que decían y comprendió punto por punto todo el motivo del litigio. Así, pues, al día siguiente, se apresuró a ir a palacio para solicitar audiencia del rey de Egipto, que se llamaba Schams Al-Daula, y le contó todo lo que había oído. Y el rey envió al momento a buscar a los dos hermanos de Juder y les hizo sufrir el tormento hasta que confesaron por completo. Entonces el rey les cogió los dos sacos, y los arrojó a ambos en un calabozo. Luego concedió a la madre de Juder una pensión que bastase a sus necesidades cotidianas. Mas dejemos, por ahora, a todos ellos. Y volvamos a Juder. Cuando este llevaba ya un año como esclavo del capitán jefe de Suez, a bordo de un navío, un día la tempestad azotó sobre la embarcación y la desmanteló, arrojándola contra una costa escarpada, de tal modo que se partió y toda la tripulación se ahogó, excepto Juder, que pudo ganar a nado la

ribera.



Y pudo penetrar en el interior del país; y de este modo pudo llegar a un campamento de beduinos nómadas, que le interrogaron sobre su estado y sobre su condición de marino. Y él les indicó que, en efecto, era marino a bordo de un buque que había naufragado. Y sucedió que, de paso por el campamento, había un mercader natural de Jedda, que se conmovió por la suerte de Juder, al que dijo: «¿Quieres entrar a mi servicio, oh egipcio? Y yo a mi vez te proporcionaré ropas y te llevaré conmigo a Jedda». Y Juder aceptó entrar a su servicio. Partió con él hacia Jedda, en donde el mercader le trató generosamente y le colmó de beneficios. Luego, algún tiempo después, el mercader fue en peregrinación a La Meca y le llevó también consigo.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS OCHENTA

Ella dijo:

—Cuando llegaron a La Meca, Juder se apresuró a acudir a formar parte de la procesión en torno al recinto sagrado de la *kaaba*, para cumplir las siete vueltas rituales, y he aquí que precisamente encontró, entre los peregrinos de la procesión, a su amigo el jeque Abd al-Saurad el mogrebino, quien daba también sus siete vueltas. Por su parte, el mogrebino le vio y le dirigió un *salam* fraternal y le pidió noticias de su vida. Entonces lloró Juder, y luego le contó cuanto le había sucedido. Y el

mogrebino lo tomó de la mano y le condujo a la casa a que había descendido, le trató generosamente, le vistió con espléndido ropaje sin parigual, y le dijo: «¡La desgracia se ha alejado para siempre de ti, oh Juder!». Luego sacó su horóscopo vio por él cuanto había acontecido a sus hermanos, y le dijo: «Sabe, ¡oh Juder!, que les ha sucedido tal y tal cosa a tus hermanos, y que a la hora presente están prisioneros en el calabozo del rey de Egipto. ¡Pero tú eres bien venido en mi casa, en la que vas a permanecer hasta que se cumplan los ritos prescritos! Y tú verás en adelante como todo irá bien». Juder respondió: «Permíteme, ¡oh mi señor!, que vaya a buscar al mercader con el que he venido, para solicitar su permiso y despedirme de él. Y yo volveré en seguida a tu lado». Y él le preguntó: «¿Eres su deudor en dinero?». Juder respondió: «¡No!». El otro dijo: «Ve a pedirle su conformidad y a despedirte de él, sin tardanza; pues, en verdad, el pan que se ha comido tiene títulos reales entre las gentes honestas». Y Juder fue a buscar a su señor, el mercader de Jedda, solicitando su permiso, y al que dijo: «Acabo de encontrar a mi amigo, el que me es más querido que un hermano». El mercader le indicó: «Ve a buscarlo y le daremos un festín en su honor». Replicó Juder: «¡Por Alá que no hay que dar ningún festín! Él es uno entre los hijos de la opulencia y tiene muchos servidores». Entonces el mercader le dio veinte dinares, diciéndole: «¡Toma y liberta mi conciencia y mi responsabilidad!». Juder respondió: «¡Qué Alá te recompense todo cuanto me das!». Y se despidió de él y salió para reunirse con el amigo mogrebino. Pero en su camino encontró a un pobre y le dio de limosna los veinte dinares; después llegó a casa del mogrebino, viviendo con él hasta el cumplimiento de todos los ritos y obligaciones de la peregrinación. Entonces el mogrebino se unió a él y, sacando de su dedo el anillo que en otro tiempo le entregara Juder procedente del tesoro de Schamardal, se lo dio diciéndole: «Toma este anillo, ¡oh Juder!, que cumplirá todos tus deseos. Sabe, en efecto, que este anillo tiene como servidor a un *genni*, llamado Tronitonante, que estará a tus órdenes para cuanto le ordenes. Para ello, tú no tienes sino que frotar el engarce del sello y, al momento, se te presentará Tronitonante que se encargará de realizar todo lo que desees y de traerte, si tú le haces el encargo, todo cuanto te parezca de los bienes del universo». Y para demostrarle el manejo, lo frotó ante él con el pulgar. Al momento apareció Tronitonante, e inclinándose ante el mogrebino, dijo: «¡Heme aquí, *ya sidi*! ¡Ordena y tú serás obedecido! ¡Demanda y tú recibirás! ¿Quieres reconstruir una ciudad en ruinas o bien destruir una ciudad floreciente? ¿Quieres tú matar o asesinar? ¿Quieres tú arrancar el alma de un rey o solamente reducir a la nada sus ejércitos? ¡Habla!». El mogrebino respondió: «¡Oh Tronitonante, aquí tienes tu señor en el futuro! ¡Yo te lo recomiendo mucho! ¡Sírvele bien!». Luego lo despidió, y, volviéndose a Juder, le dijo: «¡No olvides, oh Juder, que por medio de este sello vas a poder deshacerte y vengarte de todos tus enemigos! ¡Y no ignores el grado de su potencia!». Juder dijo: «En ese caso, ¡oh mi señor!, desearía regresar a mi país y a mi casa». El otro respondió: «Frota el sello, y cuando el *efrit* Tronitonante se te presente, y te diga: “¡Heme aquí! ¡Pide y obtendrás!” , tú le responderás: “¡Quiero montar sobre

tu espalda! ¡Llévame hoy mismo a mi país!”. Y él te obedecerá». Entonces Juder dio sus adioses a Abd Al-Samad el mogrebino, y frotó el sello. Y al instante apareció Tronitonante, quien le dijo: «¡Heme aquí! ¡Pide y obtendrás!». Y Juder respondió: «¡Condúceme a El Cairo hoy mismo!». Y él dijo «¡Eso es fácil!», y, encorvándose, lo echó a la espalda y voló con él. El viaje duró desde el mediodía a la medianoche; y el *efrit* depositó a Juder en la misma casa de su madre, en El Cairo, y desapareció. Cuando la madre de Juder lo vio entrar, se levantó y lloró deseándole la paz. Después, ella le contó cuanto le había sucedido a sus hermanos, y cómo el rey les había hecho dar azotes y les había quitado el saco encantado y el saco del oro y de las joyas. Y Juder, enterado, no pudo permanecer indiferente respecto a la suerte de sus hermanos, y dijo a su madre: «¡No te aflijas por esto! Al instante voy a demostrarte cuánto puedo hacer, y yo te traeré a mis hermanos». Y al mismo tiempo frotó el engarce; y al momento apareció el servidor que le dijo: «Heme aquí. ¡Pide y obtendrás!». Juder dijo: «¡Yo te ordeno ir a sacar a mis hermanos del calabozo del rey para que me los traigas aquí!». Y el *genni* desapareció para ejecutar la orden. Salem y Salim yacían en un calabozo presa de grandes sufrimientos y de grandes angustias y penas, a causa de las torturas y de las privaciones sufridas, de tal modo que deseaban la muerte como liberación y término de sus males. Y precisamente conversaban con gran amargura sobre este particular, llamando a la muerte, cuando de pronto vieron que el suelo se abría bajo sus pies y se les presentaba Tronitonante, quien, sin darles tiempo para reconocerse, los levantó a los dos y desapareció con ellos en las profundidades de la tierra, en tanto que ellos se desvanecían de terror en sus brazos para no recobrar sus sentidos sino en la casa de su madre y verse tendidos sobre el tapiz, entre su hermano Juder y su madre, que estaban dispuestos a atenderlos. Y Juder, al verles abrir los ojos, les dijo: «¡Que todos los *salams* caigan sobre vosotros, oh hermanos míos! ¿No me reconocéis y me habéis olvidado?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS OCHENTA Y UNA

Ella dijo:

—Ellos bajaron la cabeza y se pusieron a llorar en silencio. Entonces les dijo su hermano: «¡No lloréis! Pues fue Satanás y la codicia los que os indujeron a obrar como obrasteis. ¿Cómo pudisteis decidiros a venderme? ¡Pero no sigáis llorando! ¡Es para mí, en efecto, un consuelo pensar que en esto me parezco a José, hijo de Jacob, vendido por sus hermanos! Por otra parte, los hermanos de José obraron todavía peor

con su hermano que vosotros conmigo, porque ellos lo arrojaron a una cisterna. Pedid sencillamente perdón a Alá, arrepentidos, y él os perdonará, pues él es el clemente sin limitaciones y el gran perdonador, como yo os he perdonado. ¡Que la bienvenida sea, pues, sobre vosotros! ¡Y permaneced en adelante sin temor y sin violencia!». Y continuó consolándolos y reconfortándolos hasta que hubo tranquilizado sus corazones; luego se puso a contarles todas las pruebas y sufrimientos que había experimentado hasta que hubo hallado en la mezquita al jeque Abd Al-Samad. Y él les mostró también el sello mágico. Entonces ellos le respondieron: «¡Oh hermano nuestro, perdónanos por esta vez! ¡Y si volvemos a nuestros antiguos modos de obrar, haz de nosotros lo que te plazca!». Él respondió: «¡No tengáis pesar alguno ni cuidado! Y apresuraos a contarme lo que el rey ha hecho con vosotros». Ellos dijeron: «Nos ha hecho dar azotes, y nos amenazó con lo peor; luego nos quitó los sacos». Juder indicó: «¡Él va a ver entonces!», y frotó el engarce del sello; y al momento apareció el *efrit* Tronitonante. Al verlo, quedaron espantados los dos hermanos, y creyeron en su interior que Juder solo lo había llamado para darles muerte. Y se precipitaron junto a su madre gritándole: «¡Oh madre nuestra, nos ponemos bajo tu generosa protección! ¡Oh madre nuestra, intercede por nosotros!». Ella les respondió: «¡Oh hijos míos, no tengáis miedo!». Durante ese tiempo, Juder había ordenado a Tronitonante: «¡Yo te ordeno que me traigas todo cuanto se encuentra de joyas y de cosas valiosas en los armarios del rey, sin dejar nada, y que me traigas, al mismo tiempo, el saco encantado y el saco de las cosas preciosas, sustraídos los dos a mis hermanos!». Y el *genni* del sello contestó: «¡Yo escucho y obedezco!». Y al instante fue a ejecutar la orden y volvió para depositar en manos de Juder los dos sacos, intactos como estaban, y los tesoros del rey, diciendo: «¡Ya *sidi*, no he dejado nada en los armarios!». Entonces Juder entregó a su madre el saco de las cosas preciosas y los tesoros del rey, encargándole que los guardara bien, y colocó ante él el saco encantado. Luego dijo al *genni* del anillo: «Yo te ordeno que me construyas esta misma noche un palacio elevado y espléndido, y lo ornamente al agua dorada, y lo entapices y amuebles suntuosamente. Y quiero que todo esté terminado al amanecer». Y Tronitonante, el *genni* del sello, respondió: «¡Será hecha tu voluntad!». Y desapareció en el seno de la tierra, en tanto que Juder sacó del saco encantado comidas deliciosas que comió con su madre y sus hermanos, en el límite del contento, para dormirse en seguida hasta la mañana. En cuanto al *genni* del sello, este fue a reunirse con sus compañeros, los *efrits* subterráneos, escogiendo a los más hábiles de ellos en el arte de la edificación; y todos comenzaron el trabajo. Se pusieron los unos a tallar las piedras, los otros a colocarlas; unos a estucar, otros a esculpir y a grabar, y otros, en fin, a tapizar y a amueblar los salones, de modo que antes del alba estaba completamente terminado y amueblado el palacio. Entonces el *genni* del sello se presentó a Juder; al despertar este, le dijo: «¡Ya *sidi* está terminado el palacio, así como su decorado! ¿Quieres venir a mirarlo y a examinarlo?». Entonces se levantó Juder y llevó con él a su madre y a sus hermanos; y todos juntos

examinaron el palacio y comprobaron que no tenía igual, de tal modo prendía por la belleza de su arquitectura y su feliz ordenación. Y Juder quedó encantado al contemplar su fachada, verdaderamente imponente y se maravilló al pensar que todo aquello no le había costado nada. Y se volvió hacia su madre y le preguntó: «¿Quieres vivir en este palacio?». Ella respondió: «¡Claro que quiero!». Y ella hizo votos por él y deseó para él todas las bendiciones de Alá. Entonces Juder frotó el sello talismánico y dijo al *genni* que había aparecido al momento: «¡Yo te ordeno que me traigas al instante cuarenta jóvenes esclavas blancas, muy bellas; cuarenta jóvenes negras, de buen tallo; cuarenta mancebos, y cuarenta negros!». Y él respondió: «¡Todo ello lo tendrás!». Y voló con cuarenta de sus compañeros, para las regiones de la India, del Sindh y de la Persia; y todos se pusieron a robar toda joven que hallaban, si era bella, y todo joven hermoso. Y así reunieron cuarenta de cada clase. Luego de esto escogieron cuarenta bellas negras y cuarenta hermosos negros, y transportaron todo este lote al palacio de Juder. Y Tronitonante les hizo desfilar, uno por uno, ante Juder, quien los halló de su gusto, y dijo: «Ahora es preciso darles a cada uno un vestido, lo más bello que se halle».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS OCHENTA Y DOS

Ella dijo:

—Él respondió: «Aquí están». Juder añadió: «Es necesario que todavía traigas un vestido para mi madre y otro para mí». Y el *genni* trajo todo, y vistió él mismo a las jóvenes esclavas blancas y negras y les dijo: «Id ahora a besar la mano de vuestra dueña, la madre de vuestro señor. Y seguid bien las órdenes que os dará, y seguidla con vuestros ojos, ¡oh blancas y negras!». Después el *genni* fue a vestir igualmente a los mancebos y a los negros y los envió a besar la mano de Juder. A continuación, vistió a Salem y a Salim con un cuidado particular. Y cuando todo el mundo estuvo vestido, Juder apareció, en verdad, como un rey, y sus hermanos como visires. Como el palacio era muy vasto, Juder hizo habitar en una de sus alas a su hermano Salem y a sus servidores y sus mujeres, y en otra ala a su hermano Salim con sus servidores y sus mujeres. En cuanto a él, habitó con su madre en el cuerpo mismo del palacio. Y cada uno de ellos estaba en su respectivo lugar exactamente como un sultán. Y por ahora dejemos a todos ellos. ¡En cuanto al rey...! Cuando el tesorero jefe fue a la mañana para recoger del armario del tesoro algunos objetos que el rey precisaba, lo abrió y no encontró nada. A ese armario se le podía aplicar aquello que dijo el poeta:

Este viejo tronco de árbol era rico y bello con su colmena de sonoras abejas y sus rayos de dorada miel; pero cuando voló el enjambre de abejas y desapareció la colmena, solo fue un caduco hueco colmado de vacío.

Y el tesorero jefe, al ver esto, lanzó un grito penetrante y cayó desvanecido. Y cuando volvió en sí, se precipitó con los brazos en alto desde la sala del tesoro y corrió a buscar al rey Schams Al-Daula, al que dijo: «¡Oh emir de los creyentes, vengo a informarte de que el tesoro ha sido vaciado esta noche!». Y el rey gritó: «¡Oh miserable! ¿Qué has hecho con las riquezas guardadas en mi tesoro?». Él respondió: «¡Por Alá que nada hice! Y no sé por dónde llegaron, ni como ha sido vaciado el tesoro. Anoche mismo, según mi costumbre, inspeccioné el tesoro y lo hallé intacto, y esta mañana lo he visitado y lo hallé vacío, sin nada dentro. Además, las puertas, no han sido forzadas y yo las hallé cerradas, sin huellas de perforación o de rotura, con las cadenas intactas y las cerraduras echadas. No es, pues, un ladrón el que ha vaciado el tesoro». El rey preguntó: «Y los dos sacos, ¿han desaparecido también?». El otro respondió: «¡Sí!». Al oír esto, el rey perdió la razón y se levantó y gritó al tesorero jefe: «¡Marcha delante de mí!». Y el tesorero se dirigió hacia el tesoro; y le siguió el rey y llegó al tesoro al que, en efecto, halló vacío en el interior e intacto en el exterior, y el rey quedó estupefacto y anonadado, y dijo: «¡He aquí que se ha saqueado mi tesoro sin temor a mi potencia y a mi cólera!». Y quedó sumamente enfadado y al instante fue a reunir a su diván; y los emires y los grandes de la corte entraron en el diván, y cada uno de ellos se preguntaba con terror si él era la causa del enojo del rey. Pero el rey les dijo: «¡Oh todos vosotros, sabed que mi tesoro ha sido saqueado esta noche; y yo no sé quién ha sido el que ha cometido esta acción, afrentándome de ese modo y ultrajándome con tal fechoría, sin temer mi cólera!». Y todos preguntaron: «¿Y cómo ha sido eso?». El rey respondió: «No tenéis nada más que preguntar al tesorero jefe que está delante de vosotros». Ellos le interrogaron, y el interrogado contestó: «Ayer estaba todavía lleno el tesoro, y hoy lo he visitado y lo encontré vacío, sin nada dentro, y por fuera sin perforación ni rotura de la puerta». Y todos quedaron prodigiosamente asombrados y, no sabiendo qué responder, bajaron la cabeza ante las fulgurantes miradas del rey, y guardaron silencio. Pero, en el mismo instante, entró el arquero que en otro tiempo denunciara a Salem y a Salim, y le dijo: «¡Oh rey del tiempo, he pasado esta noche sin dormir, por las cosas extraordinarias que he visto!». Y el rey le preguntó: «¿Qué es lo que tú has visto?». Él dijo: «Sabe, ¡oh rey del tiempo!, que yo he pasado toda esta noche distrayéndome y divirtiéndome agradablemente mirando a los albañiles en tren de edificar y de accionar martillos, llanas y todas las restantes herramientas. Y al amanecer he percibido en ese lugar un magnífico palacio, completamente terminado y que no tiene igual en el mundo. Entonces yo he ido a informarme y se me ha informado diciendo: “Es de Juder, hijo de Omar, que ha regresado de su viaje y ha edificado este palacio. Él ha traído

consigo numerosos esclavos y muchos mancebos. ¡Y está cargado de riquezas y colmado de bienes! ¡Y ha libertado a sus hermanos del calabozo! Y ahora está sentado en su palacio como un sultán”». A estas palabras del *kawas*, dijo el rey:

«¡Que se vaya en seguida a ver el calabozo!». Y se fue a ver el calabozo y se volvió al momento para comunicar al rey que Salem y Salim no se hallaban allí. Entonces el rey gritó: «¡Ya tengo al ladrón! ¡El que ha sacado de la prisión a Salem y a Salim es el que ha robado mi tesoro!». Y el gran visir preguntó: «¿Quién es él?». Y respondió el rey: «¡Es Juder, su hermano! ¡Y es también él quien ha robado los dos sacos! Ahora, mi visir, vas a enviar al instante contra todos ellos a un emir con cincuenta guerreros que los prenderán y, luego de haber puesto sus sellos sobre todos sus bienes, me los traerán aquí para que yo los cuelgue».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS OCHENTA Y TRES

Ella dijo:

—Aumentó todavía su enojo y gritó: «¡Sí, que se vaya aprisa a buscármelos, pues quiero matarlos!». El gran visir replicó: «¡Oh rey, sé clemente e indulgente, pues Alá es clemente y no se apresura a castigar a su esclavo culpable y rebelado! Y además... ¡El hombre que ha podido edificar un palacio en el espacio de una noche, verdaderamente que no debe temer nada de ninguna persona del mundo! Y yo tengo mucho miedo por el emir que se envíe, y temo para él el resentimiento de Juder. Paciencia, pues, hasta que yo encuentre para ti el medio mejor de llegar a conocer la verdad de este asunto; y solamente entonces, sin inconvenientes, podrás realizar todo cuanto estás resuelto a hacer». Y el rey respondió: «Entonces, ¡oh mi visir!, dime lo que he de hacer». El visir dijo: «Envíale un emir invitándole a venir a palacio. Y entonces yo sabré cómo captarle, y le demostraré mucha amistad y le preguntaré hábilmente respecto a lo que ha hecho y pretende hacer. ¡Y entonces veremos! Si verdaderamente su poder es grande, lo prenderemos a la fuerza y te lo entregaremos. Y tú harás lo que quieras». El rey dijo: «¡Qué se le invite!». Y el gran visir dio a un emir llamado el emir Othman, la orden de ir a buscar a Juder y de invitarle, diciéndole: «¡El rey desea verte con él entre el número de sus huéspedes de hoy!». Y el rey añadió: «¡Y, sobre todo, no vuelvas sin él!». Mas sucedió que este emir Othman era un hombre bobo, orgulloso y pagado de sí mismo. Al llegar a la puerta del palacio, divisó a un eunuco sentado en el umbral, en una bella silla de bambú. Avanzó hacia él; pero el eunuco no se levantó ante él, ni se movió, todo ello como si

no lo viese. ¡Y sin embargo el emir era bien visible, y tenía con él cincuenta hombres que también lo eran! Se acercó a él y le preguntó: «¡Oh esclavo!, ¿en dónde está tu señor?». Respondió el otro: «¡En el palacio!», sin volver la cabeza, y sin salir de su aire indiferente y de su postura indolente. Entonces el emir Othman se puso muy enfurecido y le gritó: «¡Oh calamitoso eunuco de pez! ¿No te avergüenzas de permanecer tendido mientras yo te hablo, en una postura indolente como un mancebo crapuloso?». El eunuco respondió: «¡Vete! ¡Y no hables una palabra más!». Al oír estas palabras, alcanzó el límite de la indignación el emir Othman, y blandiendo su maza de armas, quiso pegar al eunuco. Pero él no sabía que este eunuco era Tronitonante, el *efrit* del sello que había sido encargado por Juder de desempeñar el oficio de portero del palacio. Así que, cuando el supuesto eunuco vio el movimiento del emir Othman, se levantó y le miró con un ojo solamente, en tanto que el otro permanecía cerrado, le sopló en la cara y, por este soplo, lo arrojó al suelo. Luego cogió de sus manos la maza de armas y, sin más, le asestó cuatro golpes. Al verlo, los cincuenta guerreros del emir se indignaron y, no pudiendo sufrir la afrenta hecha a su jefe, sacaron sus cimitarras y se precipitaron sobre el eunuco para matarlo. Pero el eunuco sonrió con calma y les dijo: «¡Sacáis vuestros aceros, oh perros! ¡Aguardad un poco!». Y él cogió a algunos de ellos y les clavó en el vientre sus propias cimitarras, y los ahogó en su propia sangre. Y continuó destrozándolos, de tal modo, que los demás, presas de espanto, huyeron con el emir a la cabeza y no se detuvieron sino en la presencia del rey, en tanto que Tronitonante volvía a mostrar en su asiento su negligente postura. Cuando el rey supo por el emir Othman lo que acababa de suceder, alcanzó el límite del furor y dijo: «¡Qué cien guerreros vayan contra ese eunuco!». Y los cien guerreros, llegados a la puerta del palacio, fueron recibidos a golpes de maza y zurrados y puestos en fuga en un abrir y cerrar de ojos. Y volvieron a decir al rey: «¡Hemos sido dispersados y aterrados por él!». Y el rey dijo: «¡Qué doscientos procedan contra él!». Y los doscientos descendieron y fueron aniquilados por el eunuco. Entonces el rey gritó a su gran visir: «¡Tú mismo vas ahora a proceder contra él con quinientos guerreros y a traérmelo al instante! E igualmente traerás a su señor Juder con sus dos hermanos». Mas el gran visir respondió: «¡Oh rey del tiempo, prefiero no llevar conmigo a ningún guerrero, e ir más bien solo a buscarle, sin armas!». Y el rey dijo: «¡Ve!, y haz cuanto te parezca más conveniente». Entonces el gran visir se despojó de sus armas y se puso un amplio vestido blanco; luego tomó en la mano un gran rosario y se dirigió lentamente hacia la puerta del palacio de Juder desgranando sus cuentas. Vio al eunuco citado sentado en la silla, y se acercó a él sonriente, se sentó en el suelo frente a él, con mucha cortesía, y le dijo: «¡El *salam* sobre ti!». Él respondió: «¡Y sobre ti el *salam*, oh ser humano! ¿Qué deseas?». Cuando el gran visir oyó las palabras «ser humano», comprendió que el eunuco era uno de los *genn*, y tembló de espanto. Luego preguntó humildemente: «¿Está en el palacio tu dueño, el señor Juder?». Él respondió: «¡Si, está en el palacio!». El otro dijo «*Ya sidi*, yo te ruego que vayas a buscarle y le digas: “*Ya sidi*, el rey Schams Al-

Daula te invita a que vayas con él, pues da un banquete en tu honor. Y es él mismo el que te transmite el *salam* y te ruega que honres su morada, aceptando su hospitalidad”». Tronitonante respondió: «Espérate aquí, que voy a solicitar su aceptación».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS OCHENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—Y el gran visir esperó, en una actitud muy cortés, en tanto que el *genn* iba a buscar a Juder, al que dijo: «Sabe, *ya sidi*, que el rey te envió primero un emir muy fuerte, al que yo derroté; y tenía con él cincuenta guerreros a los que deshice. Luego, envió contra mí cien guerreros a los que vencí; después, doscientos, a los que derroté y puse en fuga. Entonces, ha enviado a su gran visir, sin armas y vestido de blanco, para invitarte a comer platos de su hospitalidad. ¿Qué dices tú?». Y él respondió: «Ve y trae aquí al gran visir». Y Tronitonante descendió para decir: «¡Oh visir, ven para hablar con mi señor!». Y él respondió: «¡Sobre mi cabeza!». Y subió al palacio, y entró en el salón de recepción, en el que vio a Juder más imponente que los reyes, sentado en un trono que ningún sultán podía tenerlo igual, con un tapiz, tendido a sus pies, de lo más espléndido. Quedó estupefacto, y permaneció pasmado, aturdido y deslumbrado de la belleza del palacio, de sus ornamentaciones, de su decorado, de sus esculturas y de sus muebles; y él se vio, por comparación, inferior a un mendigo al lado de tan bellas cosas y ante el dueño de todo. De modo que se inclinó, besó la tierra delante de Juder e hizo votos por su prosperidad. Y Juder preguntó «¿Qué demanda quieres hacerme, oh visir?». Él respondió: «¡Oh señor, tu amigo el rey Schams Al-Daula te transmite el *salam*! Él desea ardientemente regocijarse los ojos con tu rostro, y con este objeto da un banquete en tu honor. ¿Querías, pues, aceptar para darle gusto?». Juder contestó: «Dado que él es ya mi amigo, ve a transmitirle mi *salam* y dile que mejor es que venga él mismo a mi casa». El visir contestó: «¡Sobre mi cabeza!». Entonces Juder frotó el engarce del sello y apareció ante él Tronitonante, al que dijo: «¡Tráeme el vestido más bello que haya!». Y cuando Tronitonante trajo el vestido, Juder dijo al visir: «Esto es para ti, ¡oh visir! ¡Póntelo!». Y cuando se lo hubo puesto, le dijo Juder: «¡Ve a decir al rey lo que has oído y visto!». Y el visir descendió, vestido con esas ropas que nadie en el mundo habían vestido, y fue a ver al rey y lo puso al corriente de la situación de Juder, le hizo una elogiosa descripción del palacio y de su contenido, y le dijo: «¡Juder te invita!». El

rey dijo: «¡Vamos, oh soldados!». Y todos se levantaron; y él les dijo: «¡Montad vuestros caballos! Y que se me traiga mi corcel de batalla para que yo vaya a ver a Juder». Después montó a caballo y, seguido de todos sus guardias y soldados, se dirigió al palacio de Juder. Cuando Juder vio de lejos llegar al rey con su séquito, dijo al *efrit* del sello: «Yo deseo que tú me traigas a tus compañeros los *efrits* a fin de que, con aspecto de seres humanos, monten la guardia al paso del rey en el patio de honor del palacio. Y el rey, que verá su número y su calidad, se aterrará y espantará, y su corazón se estremecerá. Y entonces conocerá que mi poder supera al suyo; y esto será en beneficio de él». Y, al instante, el *efrit* convocó e hizo comparecer a doscientos *efrits* bajo el aspecto de guardias y revestidos de ricas armaduras, y muy terribles y de enorme talla. Y el rey entró en el patio y pasó por entre dos filas de soldados; y al ver su terrible aspecto sintió palpar su corazón. Luego, subió al palacio y entró en el salón, en donde Juder se encontraba; y le halló con un aspecto y un aire que verdaderamente no habían tenido ni rey ni sultán. Y él le dirigió el *salam* y se inclinó ante él y formuló sus deseos, sin que Juder se levantara en su honor o le mostrase sus deferencias o le invitara a sentarse. ¡Muy al contrario! Y le dejó en pie para hacerse valer, de tal modo que el rey perdió toda su continencia y no sabía si debía permanecer allí o marcharse. Y Juder, al cabo de cierto tiempo, le dijo al fin: «En verdad, ¿es esa una manera de conducirse oprimiendo, como tú has hecho, a las gentes indefensas, despojándolas de sus bienes?». El rey respondió: «¡Oh señor, dignate perdonarme! Fueron la codicia y la ambición las que me impulsaron a obrar de esa suerte, y también porque ese era mi destino. Y, además, sin la falta, yo no tendría perdón». Y continuó excusándose por todo cuanto podía haber cometido en el pasado, y a suplicarle indulgencia y perdón, e incluso, entre otras excusas, le recitó estos versos:

¡Oh tú, carácter generoso, hijo nacido de ilustres antepasados y de una noble raza, no me reproches por lo que haya podido cometer relacionado contigo en el pasado!

De igual modo a como nosotros estaríamos prontos a perdonarte si tú fueras culpable, así, si nosotros somos culpables, perdónanos.

Y no cesó de humillarse de ese modo en manos de Juder, hasta que este le dijo: «¡Que Alá te perdone!». Y le permitió sentarse. Entonces Juder le invistió con las ropas de la salvaguardia, y dio a sus hermanos la orden de tender el mantel y servir platos extraordinarios y numerosos. Y, terminada la comida, dio bellos vestidos a todas las gentes del séquito del rey y los trató con consideración y generosidad. Solamente entonces el rey se despidió de Juder y regresó a palacio, pero fue para volver todos los días a pasar su tiempo con Juder; y fue incluso en casa de este en donde reunía su diván y presidía cuanto se refería a los negocios del reino. Y la amistad y la camaradería entre los dos fue creciendo y consolidándose. Y de este

modo vivieron durante cierto tiempo. Pero un día el rey; hallándose solo con su gran visir, le dijo: «¡Oh visir, yo tengo mucho miedo de que Juder me mate y me despoje de mi trono!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS OCHENTA Y CINCO

Ella dijo:

—El visir respondió: «¡Oh rey del tiempo, por lo que se refiere a tu trono no temas de ningún modo que Juder te despoje! ¡Pues el poder y la opulencia de Juder son, en mucho, más considerables que las de un rey! ¿Qué quieres que él haga de tu trono? Además, tu trono no sería para él sino un signo de decadencia en el estado en que se encuentra. Y en cuanto a matarte, si verdaderamente lo temes, tú tienes una hija. No tienes, pues, sino dársela en matrimonio y de este modo compartirías con él la potencia suprema; y los dos estaríais en las mismas condiciones». Él respondió: «¡Oh visir, sé el intermediario entre él y yo!». Replicó el visir: «Para ello no tienes sino invitarle en tu residencia; y pasaremos la velada en el salón de palacio. Entonces tú ordenarás a tu hija que se adorne con sus más bellos ornamentos y pase como un relámpago por la puerta del salón. Y Juder la percibirá, y como su curiosidad quedará muy excitada y su espíritu trabajará respecto a la princesa entrevista, quedará perdidamente enamorado; y me preguntará quién es ella. Entonces yo me inclinaré misteriosamente sobre él y le diré: “¡Es la hija del rey!”. Y yo me pondré a conversar con él, dejando caer las palabras, y sin soltar prenda, para que él no sepa que tú estás al corriente, hasta que yo le decida a que venga a pedirla en matrimonio. Y cuando lo hayas casado con la joven, vuestro acuerdo será cosa segura en el futuro; y a su muerte tú heredarás la mayor parte de cuanto posee». Y el rey dijo: «¡Tú estás en lo cierto, oh visir!». Y dio un banquete e invitó a Juder, quien marchó al palacio, y se sentó en el gran salón, en medio de la euforia y del buen querer, hasta el fin de la jornada. Ahora bien, el rey había enviado orden a su esposa para que adornase a la joven con sus más bellas prendas, y que la hiciese pasar rápidamente por la puerta del salón del festín. Y la madre de la joven hizo cuanto se le había ordenado hacer. Así, pues, cuando la joven pasó como un relámpago ante el salón del festín, bella y adornada, y brillante y maravillosa, Juder la divisó y lanzó un grito de admiración y un profundo suspiro, y exhaló un «¡Ah!». Y sus miembros se relajaron y él se puso amarillo. Y el amor y la pasión, y el deseo y el ardor penetraron en él y lo dominaron. Entonces le dijo el visir: «¡Aleja de ti toda pena y todo mal, mi señor! ¿Por qué te veo

yo cambiado súbitamente y sufriente y adolorido?». Él respondió: «¡Oh visir!, esa joven ¿de quién es hija? ¡Me ha avasallado y me ha quitado la razón!». El visir contestó: «¡Es la hija de tu amigo el rey! Si verdaderamente ella te place, yo hablaré al rey para que te la dé en matrimonio». Él dijo: «¡Oh visir, háblale, y por vida mía que he darte todo cuanto me pidas! ¡Y daré al rey todo cuanto me indique como dote de su hija! ¡Y seremos amigos y parientes por alianza!». El visir respondió: «¡Voy a emplear toda mi influencia para logarte todo cuanto desees!». Y habló al rey en secreto y le dijo: «¡Oh rey Schams Al-Daula, he aquí que tu amigo Juder desea acercarse a ti mediante la alianza! Y se ha encomendado a mí para que yo te hable, a fin de que le concedas en matrimonio a tu hija El-Sett Asia. ¡No me rechaces, pues, y acepta mi intercesión! Y todo cuanto tú solicites como dote para tu hija, te lo entregará Juder». El rey respondió: «¡La dote está ya pagada y recibida en su total! ¡Y la hija es una esclava a su servicio! Yo se la doy como esposa; y aceptándola de mí, me hace el máximo honor». Y ellos pasaron esa noche sin precisar otra cosa. Pero a la mañana siguiente, el rey reunió su *diván* y convocó a los grandes y a los pequeños, los señores y los servidores; e hizo venir al jeque del Islam para la circunstancia. Y Juder planteó su demanda de matrimonio y el rey la aceptó y dijo: «¡En cuanto a la dote, ya la he recibido!». Y fue redactando el contrato. Entonces Juder hizo traer el saco de las joyas y de las pedrerías y se lo entregó al rey como dote de su hija. Y al momento resonaron los timbales y los tambores, y tocaron las flautas y los clarinetes, y la fiesta y la boda alcanzaron todo su esplendor, entre tanto que Juder penetraba en la cámara nupcial y poseía a la joven. Y Juder y el rey vivieron juntos, estrechamente unidos, durante numerosos días. Luego el rey murió. Entonces las tropas solicitaron a Juder para el sultanato, y, como él rehusara, continuaron importunándole hasta que aceptó. Y le nombraron sultán. El primer acto de Juder como sultán fue erigir una mezquita sobre la tumba del rey Schams Al-Daula y le hizo grandes donaciones; y escogió para emplazamiento de esta mezquita el barrio de Bundukaniya, en tanto que su palacio se elevaba en el barrio Yamaniya. Y desde entonces, el barrio de la mezquita y la misma mezquita tomaron el nombre de Juderiya. El sultán Juder se apresuró a nombrar visires a sus dos hermanos, Salem como visir de su derecha y Salim como visir de su izquierda. Y de ese modo vivieron en paz un solo año, no más.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS OCHENTA Y SEIS

Ella dijo:

—Al cabo de este tiempo, Salem dijo a Salim: «¡Oh hermano mío!, ¿hasta cuándo vamos a permanecer en este estado? ¿Pasaremos nuestra vida como servidores de Juder, sin gozar, a nuestra vez, de la autoridad y de la felicidad en tanto que Juder esté vivo?». Salim respondió: «¿Cómo podríamos hacer para matarle y quitarle el sello y el saco? ¡Tú solo podrías combinar alguna estratagema para llegar a matarle, pues eres más práctico y más inteligente que yo!». Salem dijo: «Si yo combino la estratagema de su muerte, ¿aceptarás que yo llegue a ser sultán, contigo como visir de mi derecha? Y de este modo, yo tendré el sello y tú el saco». Él dijo: «¡Yo acepto!». Y estuvieron de acuerdo para asesinar a Juder, y de este modo llegar al soberano poder y a gozar en reyes de los bienes de este mundo. Cuando combinaron la estratagema fueron a buscar a Juder y le dijeron: «¡Oh hermano nuestro!, quisiéramos que nos hicieras el placer de compartir nuestra mesa, pues hace tiempo que no te hemos visto franquear el umbral de nuestra hospitalidad». Él dijo: «¡No os atormentéis más! ¿A casa de cuál de los dos tengo que ir para la invitación?». Salem respondió: «¡Primero a mi casa! Y cuando tú hayas gustado los platos de mi hospitalidad, tú cumplirás la invitación de mi hermano». Él respondió: «¡No hay inconveniente!». Y marchó con Salem al ala de palacio habitada por él. ¡Pero él no sabía lo que le esperaba! Apenas había ingerido el primer bocado del festín, cuando cayó deshecho, las carnes de un lado y los huesos de otro. El veneno había producido su efecto. Entonces se levantó Salem y quiso arrancarle el sello del dedo; pero como el sello no quería salir, le cortó el dedo con un cuchillo. Tomó entonces el sello y lo frotó. Al momento apareció el *efrit* Tronitonante, el servidor del sello, quien dijo: «¡Aquí estoy! ¡Pide y tú obtendrás!». Salem le dijo: «Yo te ordeno que cojas a mi hermano Salim y lo mates. ¡Luego lo tomarás y lo mismo a Juder, que ha muerto, e irás a arrojar los dos cuerpos, el del envenenado y el del asesinado, ante los jefes superiores de las tropas!». Y al momento el *efrit*, que obedecía todas las órdenes dadas por cualquier poseedor del sello, fue a prender a Salim y lo mató; luego recogió los dos cuerpos sin vida y fue a arrojarlos ante los jefes de las tropas, quienes precisamente estaban comiendo en el comedor. Cuando los jefes de las tropas vieron los cuerpos sin vida de Juder y de Salim, cesaron de comer y levantaron sus brazos, espantados y temblorosos, y preguntaron al *efrit*: «¿Quién ha cometido esto en las personas del rey y del visir?». Él respondió: «¡Su hermano Salem!». Y en el mismo instante hizo su entrada Salem y les dijo: «¡Oh jefes de mis tropas, y vosotros todos, soldados míos, comed y estad contentos! Yo he llegado a ser dueño de este sello que he quitado a mi hermano Juder. Y este *efrit* que aquí está ante vosotros, es el *efrit* Tronitonante, servidor del sello. Y soy yo quien ordenó que diera muerte a mi hermano Salim para no tener competidor al trono. ¡Además, era un traidor y yo temía que él me traicionase! Y, como Juder ha muerto, yo quedo como único sultán. ¿Queréis, pues, aceptarme por rey, o bien queréis que yo frote el sello y que os haga matar por el *efrit*, a los grandes y a los pequeños, a todos hasta el último?». Al oír

estas palabras, los jefes de las tropas, dominados por un gran temor, no osaron protestar y respondieron: «¡Te aceptamos por rey y sultán!». Entonces Salem ordenó que se hicieran funerales a sus hermanos. Luego convocó al *diván*, y cuando todo el mundo hubo regresado de los funerales, se sentó en el trono y recibió los homenajes de todos sus súbditos. Hecho lo cual dijo: «¡Ahora yo quiero redactar mi contrato respecto a la esposa de mi hermano!». Se le contestó: «No hay inconveniente. Pero es necesario aguardar a que hayan pasado los cuatro meses y diez días de viudedad». Él respondió: «Yo no reconozco esas formalidades ni otras cosas semejantes. ¡Por la vida de mi cabeza que me es preciso entrar esta misma noche con la esposa de mi hermano!». Entonces fueron obligados a inscribir el contrato de matrimonio, y de ello se fue a prevenir a la esposa de Juder El-Sett Asia, la que respondió: «¡Que venga!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer el alba y, discreta como era, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS OCHENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Y Salem, al anochecer, penetró en las habitaciones de la esposa de Juder, que lo recibió con las más vivas demostraciones de alegría y con los deseos de bienvenida. Y le ofreció como refresco una copa de sorbete que él bebió, pero para caer al momento deshecho, cuerpo sin alma. Y tal fue su muerte. Entonces El-Sett Asia cogió el sello y lo partió en dos pedazos, para que nadie en adelante hiciese un uso culpable de él, y cortó en dos el saco encantado, rompiendo así el sortilegio que poseía. Hecho lo cual, envió a prevenir al jeque Al-Islam de cuanto acababa de pasar, y dar cuenta a los principales del reino para que eligiesen un nuevo rey, diciéndoles: «¡Elegid para que os gobierne un nuevo sultán!». Y he aquí —continuó Schehrazada— todo cuanto yo sé de la historia de Juder, de sus hermanos y del sello y del saco encantados. Pero yo sé igualmente, ¡oh rey afortunado!, una historia sorprendente que se titula.

HISTORIA DE ABU-KIR Y DE ABU-SIR

Me han contado, ¡oh rey afortunado!, que antiguamente había en la ciudad de Iskandaria dos hombres, uno de los cuales era tintorero y se llamaba Abu-Kir, y el otro era barbero y se llamaba Abu-Sir. Estaban contiguos en el zoco, pues sus tiendas daban puerta con puerta. Ahora bien, el tintorero Abu-Kir era un insigne bribón, un mentiroso de todo punto detestable, un crapuloso. ¡Así era él! Sus sienes no hay duda

que debieron de haber sido talladas en algún granito no moldeable y su cabeza formada, sin duda alguna, con los guijarros de las gradas de alguna iglesia judía. De no ser así, ¿cómo le hubieran advenido esa desvergonzada audacia en las malas acciones y todas las villanías? Tenía por costumbre, entre otras diversas estafas, hacer que sus clientes pagaran, en su mayor parte, anticipadamente, so pretexto de que tenía necesidad de dinero para adquirir los colores, y no devolvía jamás las telas que le llevaban para teñir, sino al contrario. No solamente gastaba el dinero que le habían dado como adelanto, comiendo y bebiendo a su placer, sino que vendía en secreto las telas que le depositaban, y de este modo se sufragaba toda clase de goces y de diversiones de primera calidad. Y cuando los clientes venían a reclamarle sus efectos, hallaba el medio de entretenerlos y de hacerles esperar indefinidamente, tanto con un pretexto como con otro. Así él decía, por ejemplo: «¡Por Alá, oh mi señor, mi esposa dio a luz ayer, y me he visto obligado a andar de un lado para otro toda la jornada!». O bien decía: «Ayer tuve invitados y he estado todo el tiempo ocupado en mis deberes de hospitalidad para con ellos; pero si vuelves dentro de dos días, encontrarás tu tela lista desde el amanecer». Y alargaba la cuestión, hasta que, impaciente, alguno le gritaba: «¡Vamos! ¿Quieres decirme la verdad de lo que hay de mis telas? ¡Devuélvemelas! ¡Ya no quiero que las tiñas!». Él respondía: «¡Por Alá que estoy desesperado!». Y elevaba sus brazos al cielo, haciendo toda clase de juramentos de que iba a decir la verdad. Y se lamentaba, y se restregaba las manos, diciendo: «Figúrate, oh mi señor, que ya tenía las telas teñidas y que las había puesto a secar bien tendidas en las cuerdas delante de mi tienda, y cuando volví, pues me había ausentado un instante para ir a orinar, las telas habían desaparecido, robadas por algún forajido del zoco, acaso por mi vecino, ese calamitoso barbero». Al escuchar estas palabras, si el cliente era un buen exponente del grupo de los hombres tranquilos, se contentaba con decir: «¡Alá me lo recompensará!». Y se marchaba. Pero si el cliente era un hombre irritable, se llenaba de furor y descargaba sobre el tintorero las injurias, y acababa a golpes con él y en disputa pública en la calle, en medio de la expectación de las gentes. Y a pesar de esto, y a despecho de la misma autoridad del cadí, no lograban recuperar sus prendas, dado que faltaban las pruebas, y que, por otra parte, la tienda del tintorero nada encerraba que pudiera ser incautado o vendido. Y este comercio así mantenido tuvo una duración bastante larga: el tiempo que tardaron todos los mercaderes del zoco y todos los habitantes del barrio en ser engañados uno tras de otro. Y el tintorero Abu-Kir vio entonces su crédito irremisiblemente perdido y su comercio deshecho, puesto que ya no quedaba persona alguna a la que despojar. Y fue objeto de la general desconfianza, y se le citaba como ejemplo cuando se quería hablar de trapacerías de las gentes de mala fe. Cuando el tintorero Abu-Kir se vio reducido a la miseria, fue a sentarse ante la tienda de su vecino, el barbero Abu-Sir, y le puso al corriente del mal estado de sus negocios, y le dijo que no le quedaba sino morir de hambre. Entonces, el barbero Abu-Sir, que era un hombre que marchaba por el camino de Alá, y que, aunque muy pobre, era

concienzudo y honesto, se compadeció de la miseria de uno más pobre que él, y respondió: «¡El vecino se debe a su vecino! ¡Quédate aquí y come y bebe y usa de los bienes de Alá hasta que lleguen mejores días!». Y le recibió con bondad, y proveyó a sus necesidades durante un prolongado espacio de tiempo. Sucedió, pues, que un día el barbero Abu-Sir se quejó al tintorero Abu-Kir de la dureza de los tiempos, y le dijo: «¡Ve, hermano mío! Yo estoy lejos de ser un barbero torpe, y conozco mi oficio, y mi mano es ligera en la cabeza de mis clientes. Pero como mi tienda es pobre y yo mismo lo soy, nadie viene a que lo afeite. Y apenas si a la mañana en el *hamman* viene algún cargador o algún herrero a hacerse afeitar los sobacos o aplicarse la pasta depilatoria sobre las ingles. Y es con las pocas monedas de cobre que dan estos pobres al pobre que soy yo con lo que puedo alimentarme, alimentarte y subvenir a las necesidades de la familia que soporta mi cuello. ¡Mas Alá es grande y misericordioso!». El tintorero Abu-Kir respondió: «Tú eres bien ingenuo, hermano mío, al aguantar tan pacientemente la miseria y la dureza de los tiempos cuando hay un medio de enriquecerse y de vivir con holgura. Tú estás disgustado con tu oficio, que no te reporta nada, y yo no puedo ejercer el mío en este país lleno de gentes malévolas. No queda, pues, sino dejar este país cruel e irnos de aquí y marchar en busca de otro país en donde ejercer nuestro arte con fruto y sosiego. ¡Además, ya sabes cuántas ventajas se obtienen de los viajes! Viajar es distraerse, es respirar buen aire, es descansar de los cuidados de la vida, es ver nuevos países y nuevas tierras, es instruirse y es, cuando se tiene entre las manos un oficio tan honorable y excelente como el tuyo y el mío, y, sobre todo, tan generalmente admitido en todas las tierras y en los pueblos más diferentes, laborar con grandes beneficios, honores y prerrogativas. Y, además, tú no ignoras lo que el poeta dice respecto al viaje:

Deja las moradas de tu patria, si aspiras a grandes cosas, y abandona tu alma a los viajes.

Sobre el límite de las tierras nuevas te esperan los placeres y las selectas amistades.

Y si se te dice “¡Cuántas penas vas a sufrir, y cuidados y peligros en la tierra lejana!”, responde: “¡Vale más estar muerto que vivo, si se ha de vivir siempre en el mismo lugar, insecto roedor, entre envidiosos y espías!”.

Así, pues, hermano mío, no tenemos nada mejor que hacer que cerrar nuestras tiendas y viajar juntos en busca de una suerte mejor». Y continuó hablándole con un lenguaje tan elocuente que el barbero Abu-Sir quedó convencido de la urgencia de la partida, y se apresuró a hacer sus preparativos, que consistieron en envolver en un viejo trozo de tela remendada su bacía, sus navajas, sus tijeras, su suavizador y algunos otros pequeños utensilios, marchar a despedirse de su familia y volver a la tienda en busca de Abu-Kir, que le esperaba. Y el tintorero le dijo: «Ahora solo nos

queda recitar la *fatiha* liminar del *Corán*, para demostrarnos que hemos llegado a ser hermanos, y comprometernos juntos a poner en adelante en un cofrecito nuestra ganancia y distribuirla con toda imparcialidad entre nosotros a nuestro regreso a Iskandaria. Como también debemos prometernos que aquel de nosotros que encuentre trabajo estará obligado a subvenir a la manutención del que no podrá ganar nada». El barbero Abu-Sir no puso obstáculo al reconocimiento de la legitimidad de estas condiciones; y ambos, para sellar sus compromisos, recitaron la *fatiha* liminar del *Corán*.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS OCHENTA Y OCHO

Ella dijo:

—Luego, el honesto Abu-Sir cerró su tienda, y entregó la llave al propietario, al que pagó íntegramente, después, tomaron ambos el camino del puerto y se embarcaron, sin ningunas provisiones, en un navío que se daba a la vela. El destino les fue favorable durante el viaje, y les vino en ayuda para la empresa de ambos. En efecto, entre los pasajeros y la tripulación, cuyo número se elevaba en total a ciento cuarenta hombres, sin contar al capitán, no había otro barbero que Abu-Sir; y, por consecuencia, podía rasurar convenientemente a cuantos tuvieran necesidad de ser rasurados. De modo que, cuando el navío se dio a la vela, el barbero dijo a su compañero: «Hermano mio, estamos en plena mar, y es preciso que encontremos cómo comer y beber. Voy, pues, a intentar ofrecer mis servicios a los pasajeros y a los marineros, con la esperanza de que alguno me dirá: “Ven, ¡oh barbero!, a rasurarme la cabeza”. Y yo le afeitaré la cabeza, mediante algún pan o algún dinero o algún buche de agua, de lo que podamos, tú y yo, sacar nuestro provecho». El tintorero Abu-Kir respondió: «¡No hay ningún inconveniente!», y se tendió en el puente, colocó su cabeza lo mejor que pudo y se durmió, sin más, en tanto que el barbero se disponía a buscar trabajo. Con este propósito, Abu-Sir tomó sus útiles y una taza de agua, se echó al hombro un lienzo por toda toalla, pues era pobre, y se puso a circular por entre los pasajeros. Entonces uno de ellos le dijo: «¡Ven, oh maestro a rasurarme!». Y el barbero le afeitó la cabeza. Y cuando acabó, viendo que el pasajero le daba alguna moneda menuda, le dijo: «¡Oh hermano mío!, ¿qué voy a poder hacer yo aquí con este dinero? Si quisieras darme mejor un bollo de pan, esto me sería más conveniente y más bendito en este mar, pues yo tengo a mi cargo un compañero de viaje, y nuestras provisiones son poca cosa». Entonces, el pasajero le dio un bollo de pan, más un trozo de queso, y le llenó de agua su taza. Y Abu-Sir tomó todo ello y volvió

cerca de Abu-Kir, y le dijo: «Toma este pan y cómelo con este trozo de queso, y bebe agua de esta taza». Abu-Kir tomó todo esto y bebió y comió. Entonces, Abu-Sir el barbero volvió a coger sus útiles, se puso el paño al hombro, puso la taza en su mano, y comenzó a recorrer el navío, entre las filas de pasajeros en cuclillas o tendidos, y afeitó a uno por dos bollos, a otro por un pedazo de queso o un cohombro o una raja de sandía, e, incluso, por una moneda; y logró tal colecta, que al final de la jornada había reunido treinta bollos, treinta medios dracmas y queso en cantidad y aceitunas y cohombros y varias tortas de lechecilla seca de Egipto, tal como se extrae de los excelentes peces de Damiette. Y, además, se ganó de tal modo las simpatías de los pasajeros, que podía pedirles cualquier cosa y obtenerla. E incluso alcanzó tal popularidad, que su pericia llegó a oídos del capitán, quien también quiso hacerse rasurar la cabeza por él; y Abu-Sir afeitó la cabeza del capitán, y no omitió el lamentarse ante él de la dureza de la suerte y de la penuria en que se encontraba y de las pocas provisiones que poseía. Y le dijo también que iba con un compañero de viaje. Entonces el capitán, que era un hombre de mano muy abierta y, además estaba encantado de los buenos modos y de la ligereza de mano del barbero, respondió: «¡Sé bien venido! Yo deseo que todas las noches vengas con tu compañero a cenar conmigo. Y no tengáis ya preocupación alguna en tanto que dure vuestro viaje con nosotros». El barbero fue, pues, a buscar al tintorero, el que, según su costumbre continuaba durmiendo, y que, una vez despierto, al ver toda aquella abundancia de bollos, de queso, de lechecilla seca, de sandía, de aceitunas y de cohombros, exclamó, maravillado: «¿De dónde todo esto?». Abu-Sir respondió: «¡De la munificencia de Alá, que él sea exaltado!». Entonces el tintorero se arrojó sobre todas estas provisiones a la vez, con un gesto que demostraba que quería engullirlas todas en su querido estómago; mas el barbero le dijo: «No comas de estas cosas, hermano mio, que pueden sernos útiles en momento de necesidad, y escúchame. Sabe, en efecto, que yo he afeitado al capitán; y yo me he lamentado a él de nuestra penuria de provisiones; y él me ha contestado: “¡Sé bien venido, y ven todas las noches con tu compañero a comer conmigo!”. Y precisamente es esta noche cuando vamos a hacer con él la primera comida». Pero Abu-Kir replicó: «¡No hay capitán que valga! Yo padezco el vértigo del mar y no puedo levantarme de mi sitio. Por tanto, déjame saciar mi hambre con estas provisiones, y ve, tú solo, a cenar con el capitán». Y el barbero dijo: «¡No hay inconveniente en ello!». Y en espera de la hora de la cena, se puso a contemplar cómo comía su compañero. Sucedió que el tintorero se puso a atacar y a morder los bocados como el marmolista que parte los bloques en las canteras, y a devorarlos con el ruido que hace el elefante en ayunas durante varios días y que traga con borborismo y gorgoteamiento; y los bocados venían en ayuda de los bocados para impulsarlos en las puertas del gaznate; y el pedazo entraba antes que hubiese descendido el precedente; y los ojos del tintorero se desencajaban sobre cada porción como los ojos de un *ghul*, y le cocía con sus miradas quemándolo; y resoplaba y mugía como el buey que brama ante las habas y el heno. En esta

situación, apareció un marinero, que dijo al barbero: «¡Oh maestro artesano!, el capitán te dice: Tráete a tu compañero y ven a cenar». Entonces, Abu-Sir dijo a Abu-Kir: «¿Te decides a acompañarme?». Él respondió: «¡No tengo fuerza para marchar!». Y el barbero marchó solo y vio al capitán sentado en el suelo ante un ancho mantel sobre el que estaban dispuestas veinte comidas de diferentes colores, y acaso más; y únicamente era esperada su llegada para comenzar la comida, a la que estaban invitadas igualmente diversas personas de a bordo. En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS OCHENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—Al verle solo, el capitán le preguntó: «¿Dónde está tu compañero?». Él respondió: «¡Oh mi señor!, padece el vértigo de la mar y está amodorrado». El capitán dijo: «Eso no tiene gravedad alguna. Siéntate cerca de mí y en el nombre de Alá». Y tomó un plato, y lo llenó de toda clase de comidas, con tanta prodigalidad, que cada porción podía ser suficiente para diez personas. Y cuando el barbero acabó de comer, el capitán le tendió un segundo plato, diciéndole: «¡Lleva este plato a tu compañero!». Y Abu-Sir se apresuró a llevar el plato lleno a Abu-Kir, al que halló en plan de morder con sus garfios y trabajar sus mandíbulas como un camello, en tanto que los enormes trozos continuaban sepultándose en su gáznate, uno tras de otro. Y él le dijo: «¿No te había yo dicho que no cerrases tu apetito con las provisiones? ¡Mira! Aquí tienes cosas admirables que te envía el capitán. ¿Qué dices tú de estas excelentes agujas de *kabab* de cordero, que llegan de la mesa del capitán?». Abu-Kir, con un gruñido, dijo: «¡Dame!». Y se precipitó sobre el plato que le tendía el barbero, y se puso a devorarlo todo a dos manos con la voracidad de un lobo, o la rabia del león, o la ferocidad del buitre que se arroja sobre los palomos, o la furia del hambriento que ha estado a punto de morir de hambre y no tiene forma de llenarse con ardor. Y, en algunos instantes, lo limpió y lo dejó completamente vacío. Entonces, el barbero cogió el plato para darlo a la tripulación, y marchó en seguida para beber algo con el capitán, y luego volver para pasar la noche junto a Abu-Kir, que roncaba ya por todo su ser, haciendo tanto estruendo como el agua al chocar con el navío. Al día siguiente, y en los días consecutivos, el barbero Abu-Sir continuó rasurando a los pasajeros y a los marineros, ganando productos y provisiones, cenando con el capitán y sirviendo con toda generosidad a su compañero, quien, por su parte, se contentaba con dormir, no despertándose sino para comer o satisfacer la necesidad, y esto durante veinte días de navegación, hasta que, en la mañana del día

veintiuno, el navío entró en el puerto de una ciudad desconocida. Entonces Abu-Kir y Abu-Sir descendieron a tierra y fueron a alquilar en el *khan* un reducido alojamiento, que se apresuró a amueblar el barbero con una estera nueva comprada en el zoco de los estereros y dos cobertores de lana. Después de lo cual, el barbero que proveyó todas las necesidades del tintorero, que continuaba quejándose del vértigo, le dejó dormido en el *khan* y se marchó a la ciudad, cargado de sus útiles, para ejercer la profesión al aire libre, rasurando ya a los soguillas, ya a los asneros, ya a los barrenderos, ya a los vendedores ambulantes e, incluso, a los mercaderes más importantes, atraídos por su destreza como barbero. Y regresó a la noche para alinear las comidas delante de su compañero, al que halló dormido y al que no logró despertar sino haciéndole percibir el husmo de las agujas de cordero. Y este estado de cosas continuó con la misma tónica, Abu-Kir quejándose del vértigo marino, cuarenta días completos; y a diario, una vez al mediodía y otra a la puesta del sol, regresaba el barbero del *khan* para servir y nutrir al tintorero, según la ganancia que le otorgaba el destino en su jornada y su navaja; y el tintorero tragaba bollos, cohombros, cebollas frescas y agujas de *kabab*, sin fatiga ninguna para su querido estómago; y el barbero le ponderaba la belleza sin igual de esta ciudad desconocida y le invitaba a que le acompañara a deambular por zocos y jardines, a todo lo cual le contestaba invariablemente Abu-Kir: «¡El vértigo marino lo tengo metido aún en la cabeza!»; y, después de haber regoldado varias veces y lanzado varios pedos de diversas calidades, se hundía en su pesado sueño. Y el excelente y honesto barbero Abu-Sir se guardaba bien de hacerle el menor reproche a su crapuloso compañero, o de molestarle con quejas o discusiones. Pero, al cabo de esos cuarenta días, el barbero, ese pobre, cayó enfermo, y no pudiendo seguir saliendo para dedicarse a su trabajo rogó al portero del *khan* que cuidase a su compañero Abu-Kir, y le comprase todo aquello de que tuviera necesidad. Mas, algunos días después, el estado del barbero empeoró tan gravemente que el pobre perdió el uso de sus sentidos y quedó inerte como muerto. De modo que, como ya no estaba para nutrir al tintorero o hacer que le compraran lo necesario, este acabó por sentir cruelmente la quemadura del hambre, y se vio obligado a levantarse para buscar a derecha e izquierda alguna cosa que poner bajo el diente. Pero todo estaba ya limpio por él en el alojamiento, y no halló absolutamente nada que comer; entonces registró las ropas de su compañero que estaba tendido inerte sobre el suelo, y encontró una bolsa que contenía la ganancia del pobre, reunida cobre a cobre durante la travesía y los cuarenta días que trabajó en la ciudad, se la colocó en su cintura y, sin ocuparse más de su compañero, como si no existiese, salió, cerrando tras de sí con el pestillo la puerta de su alojamiento. Y como el portero del *khan* se hallaba ausente en ese momento, nadie le vio salir ni le preguntó adonde iba. El primer cuidado de Abu-Kir fue correr a la pastelería, en donde se pagó un plato entero de *kenefa* y otro de hojaldres bañados; y, además, bebió una jarra de sorbete al almizcle y otra de ámbar y azufaitas.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se

calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS NOVENTA

Ella dijo:

—Hecho lo cual se dirigió hacia el zoco de los mercaderes y compró bellos vestidos y bellas cosas, y, suntuosamente ataviado, se puso a pasear a pasos lentos por las calles, y a distraerse y a gozar con las cosas nuevas que descubría a cada paso en esta ciudad que él creía no tendría semejante en el mundo. Pero, entre otras cosas, un hecho extraño le impresionó particularmente. En efecto, observó que todos los habitantes, sin excepción, estaban vestidos paralelamente de telas uniformes en cuanto a sus colores; solo se veían el blanco y el azul, y ninguno más. Incluso en las tiendas de los mercaderes solo había telas blancas y telas azules, y ningún color más. En los establecimientos de vendedores de perfumes no había sino blanco y azul; el mismo *kohl* era visiblemente azul. En los puestos de vendedores de sorbetes solo había sorbetes blancos en las garrafas y no rojos, rosas o violetas. Y este descubrimiento le extrañó extraordinariamente. Pero donde su estupefacción alcanzó límites extremos fue a la puerta de un tintorero: en las cubas del tintorero no vio, en efecto, sino la tintura azul-índigo, y no más. Entonces, no pudiendo dominar más su curiosidad y su asombro, entró en la tienda Abu-Kir y sacó de su bolsillo un pañuelo blanco, que tendió al tintorero, diciéndole: «¿Por cuánto, oh maestro, me teñirás este pañuelo? ¿Y qué color le darás?». El maestro tintorero contestó: «Yo no te tomaré, por teñirte este pañuelo, sino la suma de veinte dracmas. En cuanto a su color, este será azul-índigo, sin duda alguna». Abu-Kir, sofocado por la exorbitante demanda, gritó: «¡Cómo! ¿Tú me pides veinte dracmas por teñir este pañuelo, y encima en azul? ¡Pues en mi país esto no cuesta sino medio dracma!». El maestro tintorero respondió: «En ese caso, vuelve a teñirlo a tu país, mi buen hombre. ¡Aquí no lo podemos hacer por menos de veinte dracmas, sin un cobre de rebaja!». Abu-Kir replicó: «¡Sea! Pero yo no quiero hacerlo teñir en azul. ¡Es el rojo el que yo quiero!». El otro replicó: «¿En qué lengua me hablas? ¿Y qué entiendes tú por rojo? ¿Es que hay alguna tintura roja?». Abu-Kir, estupefacto, dijo: «¡Entonces, tiñemelo de verde!». El otro preguntó: «¿Qué es la tintura verde?». Él dijo: «¡Entonces, tiñelo de amarillo!». El otro contestó: «¡Yo no conozco esa tintura amarilla!». Y Abu-Kir continuó enumerándole los colores de diversos tintes, sin que el maestro tintorero comprendiera de qué se trataba y como Abu-Kir le preguntase si los otros tintoreros eran tan ignorantes como él, respondió: «Somos en esta ciudad cuarenta tintoreros, que formamos una corporación cerrada a todos los demás habitantes; y nuestro arte se

transmite de padre a hijo, solamente al fallecimiento de uno de nosotros. ¡En cuanto a emplear otra tintura que la azul, esto no lo hemos oído jamás!». Oídas estas palabras del tintorero, Abu-Kir dijo: «Sabe, ¡oh maestro del oficio!, que yo también soy tintorero, y yo sé teñir las telas no solamente en azul, sino en una infinidad de colores, que tú no sospechas. Tómame, pues, a tu servicio, mediante salario, y yo te enseñaré todos los detalles de mi arte, y entonces podrás gloriarte de tu saber ante toda la corporación de los tintoreros». Él respondió: «Nosotros no podemos aceptar jamás extranjeros en nuestra corporación». Abu-Kir preguntó: «¿Y si yo abriese por mi propia cuenta una tienda de tintorero?». El otro respondió: «¡Jamás podrás hacerlo!». Entonces Abu-Kir no siguió insistiendo; salió de la tienda y marchó a buscar a un segundo tintorero, luego a un tercero y a un cuarto, y así a todos los tintoreros de la ciudad; y todos le recibieron lo mismo, y le dieron las mismas contestaciones, sin aceptarle ni como maestro ni como aprendiz. Y fue a quejarse al jeque síndico de los tintoreros, quien le indicó: «Yo no puedo hacer nada. Nuestra costumbre y nuestras tradiciones nos prohíben admitir entre nosotros a un extranjero». Ante esta recepción, unánime en la repulsa, de todos los tintoreros, Abu-Kir sintió que su hígado se inflamaba de furor, y marchó a palacio y se presentó ante el rey de la ciudad, y le dijo: «¡Oh rey del tiempo!, yo soy extranjero, y mi profesión es la de tintorero, y sé teñir las telas de cuarenta colores diferentes...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS NOVENTA Y UNA

Ella dijo:

—«Y sin embargo, me ha sucedido tal y tal cosa con los tintoreros de esta ciudad, que solo saben teñir en azul. Yo puedo dar a una tela los colores y los matices más encantadores: el rojo, con sus diversas gradaciones: por ejemplo, el rosa y el azufaifo; el verde, con las suyas: por ejemplo, el verde vegetal, el verde pistacho, el verde oliva, el verde ala de cotorra; el negro, con las suyas: por ejemplo, el negro carbón, el negro alquitrán, el negro azulado de *kohl*; el amarillo, con las suyas: por ejemplo, el amarillo cidra, el amarillo naranja, el amarillo limón y el amarillo oro, y muchos otros colores extraordinarios. ¡Todo ello! Y, no obstante, los tintoreros no han querido nada de mí, ni como maestro ni como aprendiz asalariado». Al escuchar estas palabras de Abu-Kir y esta enumeración prodigiosa de colores, de los que no había oído hablar, ni sospechado la existencia, el rey se maravilló, y se estremeció y gritó: «¡Ya Alá, que es admirable!». Luego, dijo a Abu-Kir: «Si tú dices verdad, ¡oh

tintorero!, y si verdaderamente puedes con tu arte regocijarnos los ojos mediante tantos maravillosos colores, ya puedes despojarte de toda preocupación y tranquilizar tu espíritu. Yo voy a abrirte en seguida una tintorería y a darte un buen capital en metálico. Y tú no tendrás nada que temer de esas gentes de la corporación; pues si uno de ellos por desgracia, se atreviera a molestarte, yo lo haría colgar a la puerta de su tienda». Al momento llamó a los arquitectos de palacio y les dijo: «Acompañad a este maestro admirable, recorred con él toda la ciudad y, cuando haya encontrado un sitio a su gusto, ya sea una tienda, ya un *khan*, ya un jardín, expulsad inmediatamente al propietario y edificad, a toda prisa, sobre su emplazamiento, una gran tintorería con cuarenta cubas de gran capacidad y otras cuarenta menores. Y, en todo ello, obrad según las indicaciones de este gran maestro tintorero; seguid puntualmente sus órdenes y guardaos muy bien de pretender desobedecerle en cualquier cosa». Después, el rey regaló a Abu-Kir un bello vestido de honor y una bolsa con mil dinares, y le dijo: «¡Gasta para tus placeres este dinero en espera de que esté dispuesta la tintorería!». Y, además, le hizo otro regalo consistente en dos mancebos para servirle y un maravilloso caballo enjaezado con una bella silla de terciopelo azul y una gualdrapa de seda del mismo color. Además, puso a su disposición, para que la habitara, una gran casa, ricamente amueblada, para sus necesidades y servida por gran número de esclavos. Y Abu-Kir, vestido ahora de brocado y montado en su hermoso caballo, aparecía brillante y majestuoso, tal un emir hijo de emir. Y al día siguiente no omitió, siempre montado en su caballo y precedido de los dos arquitectos y de los dos mancebos, el recorrer las calles y los zocos, en busca de un lugar en donde edificar su tintorería. Y acabó por determinar su elección en una tienda inmensa abovedada, situada en el centro del zoco, diciendo: «Este es un excelente lugar». Al momento los arquitectos y los esclavos echaron al propietario, y en seguida comenzaron a demoler por un lado y a edificar por otro, y pusieron tan gran celo en el cumplimiento de su obligación, bajo las órdenes de Abu-Kir, a caballo, que les decía: «Haced aquí tal y tal cosa y allí tal y tal otra», que en nada de tiempo terminaron la construcción de una tintorería que no tenía par en ningún lugar de la tierra. Entonces el rey le hizo llamar, y le dijo: «Ahora no se trata nada más que de hacer que la tintorería marche; pero sin dinero no puede marchar. He aquí, pues, para comenzar, cinco mil dinares de oro como primera entrega de fondos. Y yo estoy todo impaciente por ver los resultados de tu arte en tintorería». Y Abu-Kir tomó los cinco mil dinares, que guardó cuidadosamente en su casa, y, con algunos dracmas, pues los ingredientes necesarios no tenían fácil venta, compró en una droguería todos los colores que estaban almacenados en sacos todavía intactos, y los hizo transportar a su tintorería, en donde los preparó y los diluyó sabiamente en las grandes y en las pequeñas cubas.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS NOVENTA Y DOS

Ella dijo:

—Entre tanto, el rey le envió quinientas piezas de seda blanca, de lana y de lino del mismo color, para que las tiñese según su arte. Y Abu-Kir las tiñó de diferentes maneras, ya en colores puros de toda mezcla, ya en colores compuestos, de tal modo que no hubo ni una sola tela que se pareciera a la otra; luego, para que se secaran, las tendió en cuerdas que partían de su establecimiento e iban de un extremo de la calle al otro; y las telas coloreadas, al secarse, se avivaban maravillosamente y producían al sol un espléndido espectáculo. Cuando los habitantes de la ciudad vieron esta cosa tan nueva para ellos quedaron embelesados; y los mercaderes cerraron sus tiendas para correr a verlas mejor, y las mujeres y los niños lanzaban gritos de admiración, y unos y otros preguntaban a Abu-Kir: «¡Oh maestro tintorero!, ¿cuál es el nombre de este color?». Y él les contestaba: «Este es rojo granate, este es verde aceituna, este amarillo cidra». Y les nombraba todos los colores, entre aclamaciones y brazos levantados para confirmar una admiración sin límites. Pero de pronto, el rey, al que avisaron que las telas estaban dispuestas, apareció a caballo en medio del zoco, precedido de los batidores, que apartaban a la muchedumbre, y seguido de su escolta de honor. Y a la vista de las telas, que con la brisa que las hacía ondular en el aire incandescente los colores adquirían diversas tonalidades, quedó arrobado hasta el límite del arrobamiento, y quedó inmóvil durante mucho tiempo, sin respiración, con los ojos muy blancos por la dilatación. Y los mismos caballos, lejos de espantarse por este inusitado espectáculo, se mostraron sensibles a los bellos colores, y del mismo modo que ellos caracoleaban al son de los pífanos y de los clarinetes, se pusieron a danzar de costado, ebrios de toda aquella gloria que hendía el aire y sonaba al viento. En cuanto al rey, no sabiendo cómo honrar a su tintorero mandó descender del caballo a su gran visir y subir a Abu-Kir en su lugar, poniéndolo a su derecha, y habiendo hecho reunir las telas, marchó a palacio, en donde colmó de oro a Abu-Kir, de presentes y de privilegio. E hizo cortar de las telas coloreadas vestidos para él y para sus mujeres y para los grandes de palacio, y dar mil nuevas piezas de tela a Abu-Kir para que las tiñera tan maravillosamente de modo que, al cabo de cierto tiempo, todos los emires primero y luego todos los funcionarios tuvieron ropas coloreadas y los encargos afluyeron en cantidad considerable en la tienda de Abu-Kir, nombrado tintorero real, de modo que muy pronto llegó a ser el hombre más rico de la ciudad; y los otros tintoreros, con el presidente de la corporación a la cabeza, vinieron a darle excusas por la pasada conducta, y le rogaron que los tomara con él como aprendices sin salario. Pero él rehusó sus excusas y los despidió vergonzosamente. Y no se vio

más, por las calles y los zocos, que a gente vestidas con telas multicolores y fastuosas, teñidas por Abu-Kir, el tintorero del rey. Y hasta aquí lo referente a él.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS NOVENTA Y TRES

Ella dijo:

—Veamos lo sucedido a Abu-Sir. Una vez que él fue despojado y abandonado por el tintorero, que partió luego de haberlo encerrado en el alojamiento, quedó tendido y medio muerto durante tres días, al cabo de los cuales el portero del *khan* llegó a extrañarse de no ver salir a ninguno de los dos, y se dijo: «Acaso hayan marchado sin pagarme el alquiler de la vivienda. ¡Acaso también hayan muerto! O puede haberles sucedido alguna otra cosa que yo no sé». Y se dirigió hacia la puerta del alojamiento, y halló la llave en el pestillo cerrado con las dos muescas; y oyó del interior como un débil gemido. Entonces abrió la puerta, entró y vio al barbero tendido sobre la estera, amarillo y desconocido, y le preguntó: «¿Qué es lo que tienes, hermano mío, que te oigo gemir de ese modo? ¿Y qué ha sido de tu compañero?». El pobre barbero respondió con voz débil: «¡Alá lo sabe únicamente! Ha sido ahora solamente cuando he podido abrir los ojos. ¡No sé desde cuándo estoy en este estado! Pero tengo mucha sed y te ruego, ¡oh hermano mío!, que cojas la bolsa que está pendiente de mi cinturón y me compres alguna cosa para sostenerme». El portero removió el cinturón en todos los sentidos; pero, al no encontrar nada de dinero, comprendió que el otro compañero le había robado, y dijo al barbero: «¡No te preocupes por nada, oh pobre! ¡Alá tratará a cada uno según sus obras! ¡Yo me voy a ocupar de ti y te cuidaré personalmente!». Y se avivó en ir a preparar una sopa, de la que llenó una escudilla, y se la llevó. Y le ayudó a comerla, y le envolvió en una manta de lana, y le hizo transpirar. Y de este modo lo cuidó durante dos meses, tomando a su costa todos los gastos del barbero, al cabo de los cuales Alá logró la curación por su intermedio. Y Abu-Sir pudo levantarse entonces, y dijo al buen portero: «Aunque nunca el todopoderoso me conceda el poder, yo sabré indemnizarte por cuanto has gastado conmigo, y reconocer tus cuidados y tus bondades. ¡Pero solo Alá será capaz de remunerarte según tus justos méritos, oh hijo escogido!». El viejo portero del *khan* le respondió: «¡Alabanzas a Alá por tu curación, hermano mío! ¡Yo solo obré de ese modo por el solo deseo del rostro de Alá el generoso!». Luego, el barbero quiso besarle la mano, pero él se negó, protestando; y se despidieron, deseándose el uno al otro todas las bendiciones de Alá. Salió, pues, el barbero del *khan*, cargado con sus

útiles ordinarios, y se puso a recorrer los zocos. Ahora bien, su destino le esperaba ese día y le condujo precisamente ante la tintorería de Abu-Kir, en donde vio a una gran muchedumbre que contemplaba las telas coloreadas tendidas en cuerdas ante el establecimiento, y se maravillaba y se exteriorizaba tumultuosamente. Él preguntó a uno de los espectadores: «¿A quién pertenece esta tintorería? ¿Y cuál es la causa de esta gran reunión?». El hombre interrogado contestó: «¡Es la tienda del señor Abu-Kir, el tintorero del rey! ¡Él es quien tiñe las telas con los admirables colores que ves aquí, mediante procedimientos extraordinarios! ¡Es un gran sabio en el arte de la tintorería!». Al escuchar estas palabras, Abu-Sir se regocijó en su alma por su antiguo compañero, y pensó: «¡Alabanzas a Alá que le ha abierto las puertas de las riquezas! ¡Tú has cometido una gran injusticia, Abu-Sir, al pensar mal de tu antiguo compañero! ¡Si él te ha dejado olvidado ha sido porque él ha estado muy ocupado con su trabajo! ¡Y si te cogió tu bolsa lo hizo porque él no tenía nada entre las manos para comprar los colores! Pero vas a ver ahora, cuando te reconozca, cómo te recibe con cordialidad, acordándose de los servicios que tú le hiciste en otros tiempos, y del bien que le hiciste cuando estaba necesitado. ¡Cómo se va a alegrar al recibirte!». Luego, el barbero logró colarse por entre la muchedumbre y llegar a la entrada de la tintorería. Y miró al interior. Y vio a Abu-Kir negligente, tendido sobre un elevado diván, apoyado en una pila de cojines, y el brazo derecho sobre un cojín y el izquierdo sobre otro, y vestido con un traje semejante al de los reyes, y ante él cuatro jóvenes esclavos negros y cuatro jóvenes esclavos blancos suntuosamente vestidos; y el tal le parecía ser tan majestuoso como un visir y tan grande como un sultán. Y vio a los obreros, en número de diez, que se daban a la obra, y cumplían las órdenes que él les daba solamente con el gesto. Entonces Abu-Sir dio un paso más y se detuvo justo ante Abu-Kir, pensando: «¡Esperaré a que él me mire para dirigirle mi *salam*! ¡Pudiera ser que él me salude primero y se arroje a mi cuello para abrazarme y hacerme sus cumplimientos de condolencia y consolarme!». Y sucedió que, apenas chocaron sus miradas y el ojo cayó sobre el ojo...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS NOVENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—... Y el tintorero botó gritando: «¡Ah infame ladrón, que tantas veces te prohibí que te detuvieras ante mi tienda! ¡Quieres mi ruina y mi deshonor! ¡Hola, vosotros! ¡Detenedlo! ¡Cogedlo!». Y los esclavos negros y los blancos se precipitaron sobre el

pobre barbero, y lo arrojaron al suelo y lo patalearon; y el mismo tintorero se levantó, cogió un palo, y dijo: «¡Tendedlo boca abajo!». Y le asestó doscientos palos. Luego, dijo: «¡Volvedlo de espaldas!». Y le pegó en el vientre otros cien palos. Hecho lo cual gritó: «¡Oh miserable sujeto, oh traidor! ¡Si te vuelvo a ver delante de mi tienda, te enviaré al rey, que te desollará y te empalará a la puerta del palacio! ¡Vete! ¡Que Alá te maldiga, oh cara de pez!». Entonces el pobre barbero, muy humillado y dolorido por este tratamiento, y con el corazón roto y el alma encogida, se marchó de allí y reanudó el camino del *khan*, llorando en silencio, perseguido por los gritos de la muchedumbre amotinada contra él y por las maldiciones de los admiradores de Abu-Kir el tintorero. Cuando llegó a su alojamiento, se tendió a todo lo largo sobre la estera y se puso a reflexionar sobre lo que acababa de sufrir por parte de Abu-Kir; y pasó toda la noche sin poder pegar el ojo, de tal modo se sentía desgraciado y dolorido. Pero a la mañana, las huellas de los golpes se habían borrado y pudo levantarse y salir, con intención de darse un baño en el *hamman*, para acabar de reponerse y lavarse el cuerpo, pues desde que cayó enfermo no había hecho sus abluciones. Preguntó, pues, a un viandante: «Hermano mio, ¿cuál es el camino del *hamman*?». El hombre respondió: «¿El *hamman*? ¿Qué es lo que es el *hamman*?». Abu-Sir replicó: «Es el lugar adonde se va a lavarse y a hacerse quitar las suciedades y los filamentos que se tiene sobre el cuerpo. ¡Es el lugar más delicioso que existe en el mundo!». El hombre respondió: «¡Entonces vete a sumergirte en el agua del mar! ¡Es allí en donde nos bañamos!». Abu-Sir dijo: «Lo que yo deseo es un baño en el *hamman*». El otro respondió: «Ninguno de nosotros sabe lo que quieres decir tú por *hamman*. Cuando queremos tomar un baño nos vamos a la mar; y el rey mismo cuando quiere lavarse hace como nosotros: va a tomar un baño de mar». Cuando Abu-Sir comprendió de ese modo que el *hamman* era cosa desconocida para los habitantes de esta ciudad, y se hubo convencido de que ellos ignoraban el uso de los baños calientes y las operaciones del masaje, la limpieza de filamentos y la depilación, se dirigió hacia el palacio del rey y solicitó una audiencia, que le fue concedida. Y penetró en la estancia del rey y, luego de haber abrazado la tierra entre sus manos y deseado para él las bendiciones, le dijo: «¡Oh rey del tiempo!, yo soy extranjero y barbero de profesión. Sé ejercer también otros oficios, sobre todo el de calentador del *hamman* y masajista, aunque en mi país cada una de estas profesiones sea ejercida por diferentes hombres, que no hacen nada más que esto durante toda su vida. Yo he querido ir hoy al *hamman* en esta ciudad; pero ninguno me supo indicar el camino, y ninguno comprendió lo que significaba la palabra *hamman*. Ahora bien, yo estoy muy asombrado de que una ciudad tan bella como la tuya esté desprovista de *hammans*, dado que no existe en el mundo nada más excelente para hacer las delicias y el embellecimiento de una ciudad. ¡En verdad, oh rey de los tiempos, el *hamman* es un paraíso sobre la tierra!». Al escuchar estas palabras quedó el rey sumamente extrañado, y preguntó: «¿Quieres explicarme qué es ese *hamman* de que me hablas? Pues yo no he oído jamás hablar de él». Entonces, Abu-Sir dijo: «Sabe, ¡oh rey! que

el *hamman* es un edificio construido de tal y tal manera, en donde uno se baña de tal y tal forma, y se experimentan tales y tales delicias, pues se hacen tales y tales cosas». Y contó con detalle las cualidades y las ventajas y los placeres de un *hamman* bien comprendido. Luego, añadió: «Pero mi lenguaje no podría darte la exacta impresión. ¡Es preciso experimentar para comprender! ¡Y tu ciudad no será una ciudad verdaderamente perfecta, sino el día en que cuente con un *hamman*!». Habiendo escuchado a Abu-Sir, el rey se esponjó de gozo, dilató su corazón y exclamó: «¡Sé bien venido a mi ciudad, oh hijo de gentes de bien!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS NOVENTA Y CINCO

Ella dijo:

—Y con sus propias manos le colocó un vestido de honor, que no tenía par, y le dijo: «¡Todo cuanto quieras te será concedido, y aún más! ¡Pero apresúrate a construir el *hamman*, pues es grande mi impaciencia por verlo y por gozarle!». Y le hizo don de un magnífico caballo, de dos negros, de dos mancebos, de cuatro adolescentes y de una casa espléndida. Y lo trató todavía más generosamente que había tratado al tintorero, y puso a su disposición sus mejores arquitectos, diciéndoles: «Es preciso que construyáis el *hamman* en el lugar que él mismo elija». Y Abu-Sir llevó a los arquitectos y con ellos recorrió toda la ciudad, y acabó un emplazamiento que él consideró conveniente, en donde dio la orden de construir el *hamman*. Y, según sus indicaciones, construyeron los arquitectos un *hamman* que no tenía semejante en el mundo, y lo adornaron con dibujos entrelazados y con mármoles de diversos colores y de extraordinarios ornamentos que arrebatában. Y todo esto según las instrucciones de Abu-Sir. Cuando la construcción estuvo terminada, Abu-Sir mandó construir el gran baño del centro en transparente alabastro y los otros dos en mármoles valiosos. Luego fue a ver al rey, y le dijo: «El *hamman* está listo; pero faltan todavía los accesorios y los elementos de trabajo». Y el rey le dio diez mil dinares, que él se apresuró a utilizar en la compra de todo ello, tales como toallas de lino y de seda, esencias valiosas, perfumes, incienso y todo lo demás. Y colocó cada cosa en su lugar y no escatimó nada para que todo estuviera en profusión. Luego, solicitó del rey, para que le auxiliasen en su trabajo, doce ayudantes vigorosos; y el rey le dio al momento veinte mancebos bien formados y hermosos como lunas, y Abu-Sir se avivó a enseñarles el arte del masaje y del lavado, dándoles masajes y lavándolos, haciéndoles repetir en sí mismos las diversas experiencias. Y cuando ya estuvieron

expertos en el arte, fijó al fin el día de la inauguración del *hamman* y avisó al rey. Y este día, Abu-Sir hizo calentar el *hamman* y el agua de los baños, y quemar el incienso y los perfumes en los pebeteros, y caer el agua de las fuentes con un sonido tan admirable que toda música se convertía en estruendo a su lado. En cuanto al gran surtidor de la fuente central, este era una maravilla incomparable y que, sin duda alguna, debía arrobar hasta el éxtasis a los espíritus. Y en el interior imperaba una limpieza y un frescor que desafiaban al candor de los lirios y de los jazmines. Así sucedió que cuando el rey, acompañado de sus visires y de sus emires, franqueó la gran puerta del *hamman*, se sintió agradablemente afectado, en cuanto a sus ojos, a su nariz y a sus oídos, por el encantador decorado del lugar y los perfumes y la música del agua en las tazas de las fuentes. Y, muy asombrado, preguntó: «¿Esto qué es?». Abu-Sir respondió: «¡Esto es el *hamman*! ¡Pero es solo la entrada!». E hizo penetrar al rey en la primera sala y le hizo subir al estrado, en donde lo desnudó, lo envolvió en toallas desde la cabeza a los pies, le puso en estos unos altos zuecos de madera, y lo introdujo en la segunda sala, en donde le hizo transpirar abundantemente. Entonces, ayudado por los mancebos, le frotó los miembros con guantes de crin y le hizo salir, en forma de largos filamentos parecidos a gusanos, toda la suciedad interior acumulada en los poros de la piel; y se los mostró al rey, que se asombró prodigiosamente. Luego, lo lavó con abundancia de agua y gran refuerzo de la jabonadura, y le hizo descender en seguida al baño de mármol lleno de agua perfumada y de esencia de rosas, en donde lo dejó cierto tiempo, para hacerle salir al punto para lavarle la cabeza con agua de rosas y valiosas esencias. A continuación le tiñó las uñas de las manos y de los pies con *henné*, que les dio un color de aurora. Y durante todos estos menesteres, quemaban en torno de ellos el *áloe* y el *nadd* aromático, penetrándolos de suavidad. Cuando todo hubo terminado, el rey se sintió ligero como un pájaro, y respiraba por todos los poros de su corazón, y su cuerpo se había hecho tan liso y tan firme que, al tocarle con la mano, daba un armonioso sonido. ¡Pero cuál no fue su delicia cuando los mancebos se pusieron a darle masaje a sus miembros con una dulzura y un rito tales que se imaginaba haber sido cambiado en un laúd o en una guitarra! Y sentía que le animaba un vigor sin parecido, de tal modo que estuvo a punto de rugir como un león. Y él exclamó: «¡Por Alá que en mi vida me he sentido tan vigoroso! ¿Es esto el *hamman*, oh maestro barbero?». Abu-Sir respondió: «¡Esto mismo, oh rey del tiempo!». Él dijo: «¡Por mi cabeza que mi ciudad solo ha llegado a ser ciudad desde que se construyó este *hamman*!». Y cuando, luego de haber sido secado con las toallas impregnadas de almizcle, subió al estrado para beber los sorbetes preparados con nieve picada, preguntó a Abu-Sir...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS NOVENTA Y SEIS

Ella dijo:

—«¿Y cuánto calculas tú que vale un baño semejante, y qué precio piensas tú ponerle?». Él respondió: «¡El precio que fije el rey!». Y este respondió: «¡Yo fijo un baño como ese en mil dinares, y nada menos!». Y entonces hizo que fueran contados mil dinares para Abu-Sir, y le dijo: «En adelante, tú harás pagar mil dinares a cada cliente que venga a tomar un baño en tu *hamman*». Pero Abu-Sir replicó: «¡Perdón, oh rey del tiempo! ¡Todas las gentes no son iguales! ¡Los unos son ricos y los otros son pobres! Si se intentase tomar de cada cliente mil dinares, el *hamman* no haría nada y cerraría, pues no está en las posibilidades del pobre pagar por un baño mil dinares». El rey preguntó: «¿Cómo piensas hacer entonces?». El otro contestó: «Dejar el precio a la generosidad del cliente. De esa forma cada uno pagará según sus medios y la generosidad de su alma. Y el pobre solo dará lo que pueda dar. En cuanto a ese precio de mil dinares, ¡ese es un regalo de rey!». Y los emires y los visires, al oírlo, aprobaron con calor a Abu-Sir, y agregaron: «¡Él tiene razón, oh rey del tiempo, y esa es la justicia! Pues tú, ¡oh nuestro bien amado!, tú crees que todas las gentes pueden hacer como tú». El rey dijo: «¡Es posible! En todo caso, este hombre es un extranjero pobrísimo, y es deber nuestro tratarlo con largueza y generosidad, tanto más cuanto que él dota a nuestra ciudad de este *hamman*, de lo que no habíamos visto cosa parecida, y gracias al cual nuestra ciudad ha adquirido una importancia y un esplendor incomparables. Pero desde el momento en que me decís que no es posible pagar mil dinares por baño, yo os autorizo a no pagarle esta vez cada uno sino cien dinares solamente y a darle, además, un joven esclavo, un negro y una adolescente. Y en el futuro, dado que él lo estima así, le pagaréis cada uno aquello a que os inciten vuestros medios y la generosidad de vuestra alma». Ellos respondieron: «¡Sí, lo aceptamos!». Y cuando ese día hubieron tomado su baño en el *hamman*, pagaron cada uno a Abu-Sir cien dinares de oro, un joven esclavo blanco, un negro y una adolescente. Ahora bien, como el número de los emires y de los grandes que habían tomado su baño, después del rey, ascendía a cuatrocientos, Abu-Sir recibió cuarenta mil dinares, cuatrocientos mancebos blancos, cuatrocientos negros y cuatrocientas adolescentes, y, de parte del rey, diez mil dinares, diez mancebos blancos, diez jóvenes negros y diez adolescentes como lunas. Cuando Abu-Sir recibió todo este oro y todos estos regalos, avanzó, y, luego de haber abrazado la tierra entre las manos del rey, dijo: «¡Oh rey afortunado, oh rostro de buen augurio, oh soberano de ideas justas y llenas de equidad!, ¿cuál es el lugar que va a poder alojarme, con este completo ejército de mancebos blancos, de negros y de adolescentes?». El rey

respondió: «Yo te he hecho dar todo esto para hacerte muy rico; pues he pensado que puedes pensar en regresar un día a tu país al lado de tu querida familia, deseoso de volverla a ver; y entonces tú podrás partir de nuestro lado con las suficientes riquezas para vivir con los tuyos al abrigo de la necesidad». Él replicó: «¡Oh rey del tiempo, que Alá te conserve próspero!, pero todos estos esclavos son buenos para los reyes, y no para mí que no tengo necesidad de todo esto para comer el pan y el queso con mi familia. ¿Cómo voy yo a poder hacer para nutrir y vestir a este ejército de jóvenes blancos, de jóvenes negros y de adolescentes? ¡Por Alá que no tardarían en comerse aprisa con sus jóvenes dientes toda mi ganancia y a mi después de mi ganancia!». El rey se puso a reír y dijo: «¡Por mi vida que dices verdad! Se han convertido en un poderoso ejército; y tú no podrías satisfacerlos en parte alguna. ¿Quieres, pues, para desembarazarte de ellos, vendérmelos a cien dinares cada uno?». Abu-Sir respondió: «¡Yo te los vendo a ese precio!». Al momento el rey mandó llamar a su tesorero, que vertió íntegramente en Abu-Sir el precio de los mil quinientos esclavos, y el rey, a su vez, devolvió cada uno de estos esclavos a su antiguo dueño como regalo. Y Abu-Sir dio las gracias al rey por sus bondades, y le dijo: «¡Qué Alá te sosiegue el alma como tú has sosegado la mía salvándome de entre los terribles dientes de estos jóvenes *ghuls* glotones, a los que solo Alá podría saciar!». Y el rey se echó a reír al oír estas palabras, y se mostró aún más generoso con Abu-Sir; luego, seguido de los grandes de su reino, salió del *hamman* y regresó a su palacio. En cuanto a Abu-Sir, este pasó la noche en su casa guardando el oro en sacos y ocultando cada saco muy cuidadosamente. Y para su tren de casa tenía veinte negros, veinte mancebos y cuatro adolescentes.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS NOVENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Al día siguiente, Abu-Sir hizo pregonar por toda la ciudad por los pregoneros oficiales: «¡Oh criaturas de Alá, corred a tomar un baño al *hamman* del sultán! ¡Durante tres días no se pagará!». Y hubo una enorme muchedumbre que durante tres días se precipitó para darse un baño en el *hamman*, llamado *Hamman* del Sultán. Pero desde la mañana misma del cuarto día Abu-Sir se instaló él mismo detrás de la caja, a la puerta del *hamman* y comenzó a percibir el precio de las entradas, dejado a la buena voluntad de cada uno, a su salida del baño. Y, al llegar la noche, Abu-Sir había encajado de los clientes un ingreso por el total del continente de la caja, con el

asentimiento de Alá, ¡que él sea exaltado! Y de ese modo comenzó a amontonar el rimero de oro que le acumulaba su destino. ¡Todo esto! Y la reina, que había oído hablar de estos baños con entusiasmo al rey su esposo, tomó la decisión de bañarse a título de ensayo. Y comunicó su intención a Abu-Sir, quien, para complacerla y adquirir igualmente la clientela de las mujeres, consagró en adelante la mañana a los baños de los hombres y la tarde a los baños de las mujeres. Y por la mañana él se ocupaba por sí mismo de la caja, para los ingresos, y por la tarde, se encargaba de este cometido un intendente nombrado para esa misión. Y sucedió que cuando la reina entró en el *hamman* y experimentó en sí misma los deliciosos efectos de estos baños, según la nueva modalidad, quedó tan encantada que decidió volver todos los viernes por la tarde, y no se mostró hacia Abu-Sir menos liberal que el rey, quien había tomado la costumbre de ir todos los viernes por la mañana, pagando cada vez mil dinares, aparte los regalos. ¡De este modo se encaminaba, cada vez con mayores medios, por las rutas de las riquezas, de los honores y de la gloria Abu-Sir! Pero no por ello se mostró menos modesto o menos honesto, sino todo lo contrario. Continuó, como en el pasado, mostrándose afable, sonriente y lleno de buenos modos para con sus clientes, y generoso con la gente pobre, de la que jamás quiso aceptar dinero. Y esta generosidad fue para él la causa de su salvación, según se demostrará en el curso de esta historia. Pero que se sepa bien desde ahora que esa salvación le llegará por la intervención de un capitán marino, quien, un día, se encontraba escaso de dinero y, no obstante, pudo tomar un excelentísimo baño sin gasto alguno. Y como, además, había sido refrescado con sorbetes y acompañado hasta la puerta con todas las atenciones posibles por Abu-Sir en persona, se puso entonces a reflexionar respecto a los medios de demostrar su gratitud a Abu-Sir, ya mediante algún regalo, ya de otra manera. Y esta ocasión no tardó en encontrarla. Pero dejemos por ahora al capitán marino. Por lo que hace al tintorero Abu-Kir, este acabó por oír hablar del extraordinario *hamman*, del que se ocupaba con admiración toda la ciudad, diciendo: «¡Si es el paraíso en la tierra!...». Y resolvió ir a experimentar por sí mismo las delicias de ese paraíso, de cual aún ignoraba el nombre de su guardián. Entonces se vistió su traje más bello, montó en una mula ricamente enjaezada, se hizo preceder y seguir por esclavos provistos de largos bastones y se dirigió hacia el *hamman*. Llegado a la puerta, percibió el olor a madera de áloe y el perfume del *nadd*; y vio la multitud de gente que entraba y salía, y a cuantos estaban sentados en los bancos esperando su turno, ya fuesen de los más notables o de los grupos de pobres, o los más pequeños de los pequeños. Y entonces penetró en el vestíbulo y divisó a su antiguo compañero Abu-Sir, sentado tras de la caja, grueso, lozano y sonriente. Y le costó trabajo reconocerlo, pues las antiguas cavidades de su rostro estaban ahora llenas de una grasa sana, y su tez era brillante y su aspecto aventajado en mucho. Al verlo, el tintorero, aunque muy sorprendido y desconcertado, fingió una gran alegría y con enorme imprudencia avanzó hacia Abu-Sir, que ya se había levantado en su honor, y le dijo en un tono subido de amistoso reproche: «¡Ah, ya Abu-Sir! ¿Es esta la

conducta de un amigo y el procedimiento de un hombre que conoce las buenas maneras y la galantería? Tú sabes que yo he llegado a ser tintorero real y uno de los personajes más ricos y de los más importantes de la ciudad, y no vienes nunca a verme ni a saber noticias mías. Y tú ni siquiera te preguntas: “¿Qué habrá sido de mi antiguo camarada Abu-Kir?”. Y yo me he preocupado de preguntar por todas partes y enviar a mis esclavos en tu busca por los *khanes* y las tiendas, sin que nadie haya podido informarme sobre ti ni ponerme sobre tu pista». Al escuchar estas palabras bajó la cabeza Abu-Sir con gran tristeza, y respondió: «Ya Abu-Kir, ¿tú olvidas por lo visto el trato que me diste cuando yo fui a ti, y los golpes que me diste y la vergüenza de que me cubriste ante las gentes, llamándome ladrón, traidor y miserable?». Y Abu-Kir se mostró muy serio y exclamó: «¿Qué dices? ¿Serías tú el hombre al que yo golpeé?». Él respondió: «¡Era yo, era yo!». Entonces Abu-Kir se puso a lanzar mil juramentos de que no lo había reconocido, y diciendo: «¡Sí, yo te confundí con otro, con un ladrón que había intentado varias veces robar mis telas! ¡Estabas tan delgado y tan pálido que me fue imposible reconocerte!». Luego se puso a lamentar su acto, a restregarse las manos, diciendo: «¡Solo existen recursos y poder en Alá el glorioso, el exaltado! ¿Cómo habré podido equivocarme de ese modo? Pero también la falta recae en gran parte en ti, que me reconociste primero, y no te diste a conocer a mí diciéndome: “¡Yo soy Abu-Sir!”», tanto más cuanto que ese día estaba yo muy distraído y fuera de mí con tanta necesidad de que estaba sobrecargado. Yo te ruego, pues, por Alá sobre ti, ¡oh hermano mío!, me perdones y olvides esa cosa que estaba escrita en nuestro destino». Abu-Sir respondió: «¡Que Alá te perdone, oh compañero mío: ese fue, en efecto, el decreto del destino; y la reparación está en Alá!». El tintorero dijo: «¡Perdóname por todo!». El otro respondió: «¡Qué Alá liberte tu conciencia como yo te liberto! ¡Nada podemos hacer nosotros contra los decretos emanados del fondo de la eternidad! Entra, pues, en el *hamman*, quítate tus ropas y toma un baño que te llene de delicias y frescor».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS NOVENTA Y OCHO

Ella dijo:

—Y Abu-Kir le preguntó: «¿Y de dónde te ha venido esta felicidad?». Él respondió: «¡Quién te abrió las puertas de la prosperidad me las ha abierto igualmente!». Y le contó su historia desde el día en que recibió por su orden el apaleamiento. Pero no lo repitamos ahora. Y Abu-Kir le dijo: «Es extraordinaria mi

alegría al saber el favor de que gozas con el rey. Voy a emplearme de manera que este favor aumente aún, diciendo al rey que tú eres mi amigo de siempre». Pero el antiguo barbero respondió: «¿Para qué la intervención de las criaturas en los decretos del destino? ¡Únicamente Alá tiene en sus manos los favores y las desgracias! En cuanto a ti, apresúrate a desnudarte y a entrar en el *hamman* a gozar de los beneficios del agua y de la limpieza». Y le llevó él mismo a la sala reservada y, con sus propias manos, le frotó, le jabonó, le dio masaje y le trató hasta el fin, no queriendo dejar este cuidado a ninguno de sus ayudantes. Luego le hizo subir al estrado de la sala fresca, y le sirvió él mismo los sorbetes y los reconfortantes, y esto con tantos miramientos que todos los clientes ordinarios estaban asombrados de ver a Abu-Sir en persona realizar este oficio y hacer los honores excepcionales al tintorero, dado que habitualmente era solo al rey al que se lo hacía. Cuando llegó el momento de la partida, Abu-Kir quiso ofrecer algún dinero a Abu-Sir, el que este no quiso aceptar diciendo: «¿No sientes vergüenza de ofrecerme dinero, cuando yo soy tu camarada y no hay diferencia entre nosotros?». Abu-Kir dijo «¡Sea!, pero en compensación, déjame darte un consejo que te será de gran utilidad. Este *hamman* es admirable, pero para que sea del todo maravilloso le falta todavía una cosa». Abu-Sir preguntó: «¿Qué cosa es?». Él dijo: «¡La pasta depilatoria! He observado, en efecto, que una vez que has acabado de rasurar la cabeza de tus clientes, te sirves, para los pelos y otras partes del cuerpo, de la navaja o de las pinzas. Ahora bien, nada iguala a la pasta depilatoria de la que conozco la receta y que te la voy a dar por nada». Abu-Sir respondió: «Sí, tienes razón, ¡oh mi camarada! No solicito de ti cosa mejor que el que me des la receta de la pasta depilatoria más eficaz». Abu-Kir dijo: «¡Hela aquí! Toma arsénico amarillo y cal viva, amásalos juntos agregando un poco de aceite, mézclales algo de almizcle para quitar el olor desagradable, y encierra la pasta así obtenida en una vasija de tierra cocida, para servirte en el momento preciso. Y yo te respondo del éxito de la operación, sobre todo cuando el rey vea caer sus pelos como por encanto, sin golpes ni frotamientos, y que su piel aparece toda blanca debajo». Y Abu-Kir, luego de haber entregado así esa receta a su antiguo compañero, salió del *hamman* y se dirigió a toda prisa hacia el palacio. Cuando llegó a la presencia del rey y hubo abrazado la tierra entre sus manos, dijo a este: «¡Vengo hasta ti para aconsejarte, oh rey del tiempo!». El rey dijo: «¿Y qué consejo has de darme?». Él respondió: «¡Alabanzas a Alá que te ha protegido hasta hoy de las manos malhechoras de ese malvado, de ese enemigo del trono y de la religión, de ese Abu-Sir dueño del *hamman*!». Muy extrañado le preguntó el rey: «¿De qué se trata?». El otro contestó: «Sabe ¡oh rey del tiempo!, que si por desgracia volvieras a entrar en el *hamman*, te perderías sin remedio». Él preguntó: «¿Y cómo?». Abu-Kir, con los ojos llenos de terror fingido y con un resaltante gesto de espanto, lanzó: «¡Por el veneno! Él ha preparado para ti una pasta compuesta de arsénico amarilla y de cal viva que, colocada nada más sobre los pelos de la piel, los quema como fuego. Él te propondrá esta pasta diciéndote: “Nada vale como esta pasta para hacer caer los pelos del culo, con comodidad y sin golpe para el

culo”. Y aplicará la pasta sobre el trasero de nuestro rey, y le hará morir envenenado por este medio, que es el más doloroso de todos los que se pueden emplear. Pues ese dueño del *hamman* no es otra cosa que un espía pagado por el rey de los cristianos para de esa forma arrancar el alma a nuestro rey. ¡Y yo me he apresurado a venir a avisarte, pues no olvido tus beneficios!». Al escuchar estas palabras del tintorero sintió el rey que le invadía un intenso terror, de tal modo que se estremeció y su culo se contrajo como si ya hubiera actuado sobre él el quemante veneno. Y dijo al tintorero: «Voy a ir ahora mismo al *hamman* con el gran visir para comprobar lo que me has dicho. ¡Pero hasta entonces guarda cuidadosamente el secreto de la cuestión!». Y en unión del gran visir salió con dirección al *hamman*. Allí, como de costumbre, Abu-Sir introdujo al rey en la sala reservada y quiso friccionarle y lavarle; pero el rey le dijo: «Comienza primero por el gran visir». Y se volvió hacia el gran visir y le dijo: «¡Echate!». Y el gran visir, que era muy grueso y peludo como un viejo macho cabrío, respondió con la atención y la obediencia, se tendió sobre el mármol y se dejó frotar, jabonar y lavar bien. Hecho lo cual, Abu-Sir se dirigió al rey: «¡Oh rey del tiempo!, yo he hallado una droga que posee tales virtudes depilatorias, que toda navaja queda sin eficacia para los pelos de abajo». El rey respondió: «Prueba esa droga sobre los pelos de abajo de mi gran visir».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE CUATROCIENTAS NOVENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—Y Abu-Sir tomó la vasija de tierra cocida, sacó un pedazo, del tamaño de una almendra, de la pasta en cuestión, y lo extendió sobre el bajo vientre del gran visir, simplemente como ensayo. Y el efecto depilatorio de la droga fue tan prodigioso, que el rey no dudó de que fuera un terrible veneno; y henchido de furor ante ese espectáculo, se volvió hacia los servidores del *hamman* y les gritó: «¡Detened a ese miserable!», y les señaló con el dedo a Abu-Sir, al que la sorpresa había dejado mudo y como atontado. Luego el rey y el visir se vistieron a toda prisa, entregaron a los guardias del exterior a Abu-Sir y regresaron a palacio. Allí el rey hizo venir a su capitán del puerto y de los navíos y le dijo: «Vas a encargarte del traidor llamado Abu-Sir, y a tomar un saco lleno de cal viva en el cual lo encerrarás, y lo arrojarás todo en el mar, bajo las ventanas de mi palacio. Y de esta forma, este miserable morirá de dos muertes a la vez, por ahogamiento y por combustión». El capitán respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Ahora bien, el capitán era el marino que

anteriormente quedó obligado a Abu-Sir. Y se apresuró a ir a buscar a Abu-Sir en el calabozo, y lo sacó para embarcarlo en una pequeña embarcación y llevarle a una islita situada no lejos de la ciudad y en la que pudo al fin hablarle libremente. Y le dijo: «¡Oh Abu-Sir!, yo no olvido las consideraciones que tuviste para conmigo y quiero devolverte bien por bien. Cuéntame, pues, tu cuestión con el rey, y el delito que tú has cometido para perder sus favores y merecer la muerte cruel a la que te ha condenado». Abu-Sir respondió: «¡Por Alá, oh hermano mio, juro que soy inocente de toda falta, y que no he hecho jamás nada que haya merecido un castigo semejante!». El capitán dijo: «Entonces tú debes tener seguramente enemigos que te han perjudicado en el ánimo del rey. ¡Pues todo hombre que aparece disfrutando de una aparente felicidad y favorecido del destino, tiene siempre envidiosos y celosos! Pero ¡no temas nada! Aquí, en esta isla, estás en seguridad. Sé pues, bien venido y tranquilízate. Pasarás el tiempo pescando, hasta que yo pueda hacer que marches a tu país. Ahora voy a hacer delante del rey el simulacro de tu muerte». Y Abu-Sir besó la mano del capitán marino que le dejó para ir al momento a tomar un gran saco lleno de cal viva y avanzar hacia el palacio del rey, hasta ponerse bajo las ventanas que daban al mar. Precisamente el rey estaba acodado en espera de la ejecución de su orden; y el capitán, llegado bajo las ventanas, elevó sus miradas para recibir del rey la señal de ejecución. Y el rey extendió el brazo fuera de la ventana y con el dedo hizo ademán de que fuera arrojado el saco al mar, lo que fue inmediatamente ejecutado. Pero en el mismo instante el rey, que hizo con la mano un ademán demasiado brusco, dejó caer en el agua un anillo de oro que le era tan valioso como su alma. En efecto, este anillo caído al mar era un anillo talismánico encantado del que dependía el poder y la autoridad del rey, y que servía de freno para mantener en respeto al pueblo y al ejército; pues cuando el rey quería dar la orden de ejecutar a un culpable, no tenía sino que levantar la mano en la que se encontraba el dedo con el anillo, y al momento salía un relámpago súbito que arrojaba a tierra al culpable rígido y muerto, haciéndole saltar la cabeza de los hombros. Así, pues, cuando el rey vio caer en el mar su anillo, no quiso dar cuenta a nadie y guardó el más profundo silencio respecto a su pérdida; pues de obrar de otro modo le hubiese sido imposible mantener por más tiempo a sus súbditos en el temor y la obediencia. Y por ahora, dejemos al rey. En cuanto a Abu-Sir, este, una vez que quedó solo en la isla, tomó la red de pescar que le diera el capitán marino y, para distraer sus torturantes pensamientos y buscar su alimento, se puso a pescar en el mar. Y, luego de haber arrojado su red y de esperar un momento, la retiró y la encontró llena de peces de todos los colores y de todos los tamaños. Y se dijo: «¡Por Alá, que hacía ya mucho tiempo que yo no comía pescado! Voy a coger un pez y voy a dárselo a los dos ayudantes de cocina de que me ha hablado el capitán para que me lo fríen». En efecto, el capitán del puerto y de los navíos estaba encargado de proveer a diario de pescado fresco a la cocina del rey; y como este día no pudo por sí mismo vigilar la pesca, encargó a Abu-Sir de este cuidado, y le había hablado de dos ayudantes de cocinero que llegarían para que él les

entregara el pescado destinado al rey. Y Abu-Sir fue favorecido con pesca abundante desde que por primera vez lanzó su red. Y comenzó, pues, por escoger, antes que llegaran los mozos, el pez más grueso y más hermoso; y en seguida tiró de su cinturón el gran cuchillo que de él pendía y lo pasó por las agallas del pez que se agitaba. ¡Y quedó sumamente sorprendido al sacar en la punta del cuchillo un anillo de oro, tragado sin duda por el pez! Al verlo, Abu-Sir, que ignoraba las terribles virtudes de este anillo talismánico, que era precisamente el que cayera desde el dedo del rey al mar, sin atribuir mucha importancia a la cosa, tomó ese anillo, que le correspondía en derecho, y se lo colocó en su propio dedo.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS

Ella dijo:

—En ese momento llegaron los dos mozos proveedores de la cocina del rey y le dijeron: «¡Oh pescador!, ¿puedes decirnos lo que ha sido del capitán del puerto que nos entrega a diario el pescado con destino al rey? ¡Hace ya tiempo que esperamos su regreso! ¿Hacia qué lado se ha dirigido?». Abu-Sir respondió extendiendo la mano hacia su lado: «Por esta parte se ha ido». Y en el mismo instante las dos cabezas de los mozos de cocina saltaron de sus hombros y rodaron con sus propietarios por el suelo. Era el relámpago lanzado por el anillo que llevaba Abu-Sir el que acababa de matar a los dos mancebos proveedores. Viendo caer así a los mancebos privados de vida, Abu-Sir se preguntó: «¿Qué habrá podido segar de este modo las cabezas de estos dos?». Y miró por todas partes en su derredor, en los aires y en la tierra; y comenzó a temblar de temor pensando en la potencia oculta de los *genn* maléficos, cuando vio que regresaba el capitán. Y este, desde lejos, percibió al mismo tiempo los dos cadáveres inertes sobre el suelo, y junto a ellos las cabezas respectivas, y el anillo llevado por Abu-Sir, que brillaba al sol. Y comprendió con una mirada lo que acababa de suceder. Así fue que se apresuró a gritarle, asegurándose: «¡Oh hermano mío, no muevas la mano que lleva el anillo o pierdo la vida! ¡No la muevas, por favor!». Al escuchar estas palabras, que acabaron de sorprenderle y de dejarle perplejo, Abu-Sir se inmovilizó, a pesar del deseo que él tenía de correr al encuentro del capitán marino, el cual, al llegar hasta él se arrojó a su cuello y dijo: «Todo hombre lleva su destino pendiente de su cuello. ¡El tuyo es superior en mucho al del rey! Pero cuéntame cómo te ha llegado este anillo, y yo te daré cuenta en seguida de sus virtudes». Y Abu-Sir contó al capitán marino toda la historia, que no es necesario

repetir Y, a su vez, el capitán, maravillado, le indicó las terribles propiedades del anillo y agregó: «Ahora está a salvo tu vida y en peligro la del rey. Tú puedes sin temor acompañarme a la ciudad y hacer caer, con una señal de tu dedo portador del anillo, las cabezas de tus enemigos y hacer saltar de sus hombros la del rey». E hizo embarcar a Abu-Sir en la pequeña embarcación, y, llegados a la ciudad, lo llevó al palacio del rey. En ese momento el rey celebraba su *diván* y estaba rodeado de la muchedumbre de sus visires, de sus emires y de sus consejeros; y aunque muy cargado de cuidados y de rabia hasta la nariz, a causa de la pérdida de su anillo, no osaba divulgar el caso, ni mandar hacer pesquisas en el mar, por temor de ver a los enemigos del trono regocijarse de su desgracia. Pero cuando vio entrar a Abu-Sir, no tuvo duda alguna de su pérdida tramada, y gritó: «¡Ah miserable!, ¿cómo has hecho para volver del fondo del mar y escapar a la muerte por asfixia y por combustión?». Abu-Sir respondió: «¡Oh rey del tiempo, Alá es el más grande!». Y contó al rey cómo había sido salvado por el capitán marino, por reconocimiento de su parte por un baño gratuito, cómo había hallado el anillo y cómo sin conocer la potencia de este, había causado la muerte de dos mancebos proveedores. Luego agregó: «Y ahora, ¡oh rey!, yo vengo a devolverte este anillo, por gratitud a los favores que me hiciste, y para demostrarte que si yo fuese un verdadero criminal, me hubiera ya servido de este anillo para exterminar a mis enemigos y matar a su rey. Y, en reciprocidad, yo te suplico que examines más atentamente el delito que yo ignoro y por el cual me condenaste a hacerme perecer torturado y si soy confirmado como un verdadero criminal». Y diciendo estas palabras, Abu-Sir retiró el anillo de su dedo y lo entregó al rey, quien se apresuró a pasarlo al suyo, respirando de satisfacción y de contento, y sintiendo que su alma reintegrábase a su cuerpo. El rey se levantó entonces y abrazó a Abu-Sir diciéndole: ¡«Oh hombre, cierto es que tú eres la flor escogida entre las gentes de bien! Yo te ruego que no me vituperes y me perdones el mal que te he causado y el perjuicio que te he ocasionado. ¡En verdad que otro que no fueras tú jamás me hubiera entregado este anillo!»». El barbero respondió: «¡Oh rey del tiempo!, si verdaderamente tú deseas que yo liberte tu conciencia no tienes sino decirme para ello cuál fue el delito que se me atribuyó y que me valió tu cólera y tu resentimiento». El rey replicó: «¿Para qué, *uallah*? Ahora estoy convencido de que fuiste acusado en falso. Pero dado que tú deseas saber el delito de que fuiste acusado, te lo diré. El tintorero Abu-Kir me dijo de ti tal y tal cosa». Y le dio cuenta de todo cuanto le había acusado el tintorero respecto a la pasta depilatoria experimentada sobre el vello inferior del gran visir.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



Ella dijo:

—Y Abu-Sir, con lágrimas en los ojos, respondió: «¡*Uallah*, oh rey del tiempo!, yo no conozco al rey de los nazarenos y en mi vida pisé tierra del país de los nazarenos. Y la verdad es esta». Y contó al rey cómo el tintorero y él se obligaron, después de la lectura de la *fatiha* del libro, a ayudarse mutuamente, cómo partieron juntos, y todas las tretas y malas partidas que el tintorero le hiciera, entre ellas el apaleamiento que le hizo sufrir y la receta de la pasta depilatoria que él mismo le había dado. Y agregó: «En todo caso, ¡oh rey!, esta pasta depilatoria, aplicada sobre la piel, es una cosa sumamente excelente; y únicamente obra como veneno si se la come. En mi país, los hombres y las mujeres se sirven de ella, en lugar de la navaja, para hacerse caer con comodidad sus pelos de abajo. En cuanto a las malas acciones que me ha hecho y al trato que me ha dado, el rey solo tendrá que llamar al portero del *khan* y a los aprendices de la tintorería para interrogarlos y por este medio comprobar la verdad que yo he dicho». Y el rey, para complacer a Abu-Sir, aunque la prueba estaba terminante para él, mandó llamar al portero del *khan* y a los aprendices; y todos, luego del interrogatorio, confirmaron las palabras del barbero, agravándolas todavía más con sus revelaciones referentes a la deshonesto conducta del tintorero. Entonces el rey ordenó a sus guardias: «¡Que se traiga al tintorero, desnudo de cabeza y de pies, y las manos atadas a la espalda!». Y al momento invadieron los guardias la tienda del tintorero, que no se hallaba en ella. Y lo buscaron por ello en su casa, en donde lo hallaron sentado saboreando el goce de los placeres tranquilos, y sin duda alguna pensando en la muerte de Abu-Sir. Y todos se precipitaron sobre él para darle puñetazos en la nuca, patadas en el trasero, cabezadas en el vientre; y le despojaron de sus ropas, excepto de su camisa, y lo arrastraron, desnudo de pies y de cabeza y con las manos a la espalda, hasta el trono del rey. Y vio a Abu-Sir sentado a la derecha del rey, y al portero del *khan* de pie en el salón, y a sus lados a los aprendices de la tintorería. ¡Y vio todo ello en verdad! Y el terror hizo su obra en el mismo centro del salón; pues comprendió que estaba perdido sin remedio. Pero ya el rey, mirándole de soslayo, le decía: «¡Tú no puedes negar que este es tu antiguo compañero, el pobre a quien robaste, despojaste, maltrataste, abandonaste, apaleaste, echaste, injuriaste, acusaste e hiciste, en suma, morir!». Y el portero del *khan* y los aprendices de la tintorería elevaron sus manos y gritaron: «¡Sí, por Alá, que no puedes negar esto! ¡Somos testigos ante Alá y ante el rey!». Y el rey dijo: «¡Que lo niegues o que lo confieses, no vas a sufrir menos el castigo escrito por el destino!». Y gritó a sus guardias: «¡Cogedlo, paseadlo de los pies por toda la ciudad, y luego encerradlo en un saco lleno de cal viva y arrojadlo a la mar, a fin de que muera de la doble muerte de asfixia y combustión!». Entonces exclamó el barbero: «¡Oh rey del tiempo, yo te suplico que aceptes mi intercesión por él, pues yo le perdono todo cuanto me ha hecho!». Pero el rey dijo: «¡Si tú le perdonas sus crímenes para contigo,

yo no le perdono sus crímenes contra mí!». Y volvió de nuevo a ordenar a sus guardias: «¡Llevalle y ejecutad mis órdenes!». Entonces los guardias se apoderaron del tintorero Abu-Kir, lo arrastraron de los pies a través de toda la ciudad, gritando sus fechorías, y acabaron por encerrarlo en un saco lleno de cal viva y lo arrojaron al mar. ¡Y murió ahogado y quemado! Pues tal era su destino. En cuanto a Abu-Sir, el rey le dijo: «¡Oh Abu-Sir, yo quiero ahora que tú solicites de mí lo que desees y ello te será concedido al instante!». Abu-Sir contestó: «Yo solicito solamente al rey que me devuelva a mi patria; pues en adelante me será penoso vivir lejos de los míos, y no tengo deseos ya de permanecer aquí». Y el rey, aunque muy afectado por su marcha, pues le quería nombrar gran visir en lugar del rollizo y peludo que desempeñaba este cargo, le hizo preparar un gran navío que cargó de esclavos de uno y otro sexo, y de ricos presentes, y le dijo al despedirle: «¡Entonces no quieres ser mi gran visir!». Y Abu-Sir respondió: «¡Yo quisiera regresar a mi país!». Entonces ya no volvió a insistir el rey, y el navío se alejó con Abu-Sir y sus esclavos en dirección de Iskandaria. Y Alá les concedió un buen viaje y tocaron Iskandaria con buena salud. Mas apenas hubieron desembarcado, uno de los esclavos percibió en la playa un saco que el mar había arrojado a tierra. Lo abrió Abu-Sir y descubrió el cadáver de Abu-Kir que las corrientes habían llevado hasta allí. Y Abu-Sir lo hizo inhumar no lejos de allí, en la orilla del mar, y le erigió un monumento fúnebre, y este fue un lugar de peregrinación al que él, para su conservación, concedió bienes de mano muerta; y sobre la puerta del edificio hizo grabar esta inscripción moral:

¡Abstente del mal! Y no te embriagues con la amarga calabaza de la maldad. ¡El malvado termina siempre por ser derribado!

El océano ve flotar en su superficie los esqueletos del desierto, en tanto que las perlas reposan tranquilas sobre las arenas submarinas.

En las regiones serenas está escrito sobre las páginas transparentes del aire: ¡Quién siembre el bien recogerá el bien! ¡Pues toda cosa vuelve a su origen!

Y tal fue el fin de Abu-Kir el tintorero, y el comienzo de Abu-Sir a la vida en adelante feliz y sin cuidados. Y esta fue la razón de que a la bahía en donde fue enterrado el tintorero se le llamara desde entonces la bahía de Abu-Kir. ¡Gloria a aquel que ve en su eternidad, y que por su voluntad hace seguir su curso a los días del invierno y del verano!

Luego dijo Schehrazada:

—Y he aquí, ¡oh rey afortunado!, todo cuanto me ha llegado de esta historia.

Y Schahriar exclamó:

—¡Por Alá que es edificante esta historia! Por ello me viene el deseo de oírte contar una o dos o tres anécdotas morales.

Y Schehrazada dijo:

—¡Esas son las que mejor conozco!

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS DOS

Schehrazada dijo:

—Las anécdotas morales, ¡oh rey afortunado!, son las que mejor conozco. Yo voy a contarte una o dos o tres, sacadas del *Jardín perfumado*.

Y el rey Schahriar dijo:

—En ese caso, apresúrate a comenzar, pues me siento invadido por un gran tedio esta noche. ¡Y no estoy seguro de la conservación de la cabeza sobre tus hombros hasta la mañana!

Y Schehrazada, sonriente, dijo:

—¡Hela aquí! Pero yo te prevengo, ¡oh rey afortunado!, que estas anécdotas, por morales que ellas sean, pueden pasar, a los ojos de gentes groseras y de espíritu estrecho, por anécdotas libertinas.

Y el rey Schahriar dijo:

—¡Que este temor no te detenga, Schehrazada! No obstante, si tú piensas que estas anécdotas morales no pueden ser escuchadas por esta pequeña que te oye, acurrucada a tus pies sobre el tapiz, dile que se marche aprisa. ¡Además, yo no sé a título de qué está presente aquí esta pequeña!

A estas palabras del rey, la pequeña Doniazada, temerosa de ser echada, se arrojó en brazos de su hermana mayor, quien la besó en los ojos, la estrechó contra su pecho y calmó su alma querida. Luego se volvió hacia el rey Schahriar y dijo:

—¡Yo creo que ella puede quedarse! Pues no es reprehensible hablar de las cosas situadas bajo el talle, dado que todas las cosas son limpias y puras para las almas limpias y puras.

Y al momento ella dijo:

ANÉCDOTAS MORALES DEL «JARDÍN PERFUMADO»

LOS TRES DESEOS

—Me han contado, ¡oh rey afortunado!, que cierto hombre de buenas intenciones había pasado toda su vida en espera de la noche milagrosa que promete el libro a los creyentes dotados de ardiente fe, esa noche llamada la noche de las posibilidades del

todopoderoso, en la que el hombre piadoso ve realizarse sus menores deseos. Ahora bien, una noche de las últimas noches de ramadán después de haber ayunado estrictamente toda la jornada, se sintió de pronto vivificado de gracias divinas, y llamó a su esposa y le dijo: «¡Escúchame, mujer! Yo me siento esta tarde en estado de pureza ante el eterno, y seguramente esta noche va a ser para mí la noche de las posibilidades del todopoderoso. Como todos mis votos y deseos serán seguramente escuchados por el retribuidor, yo te llamo para consultarte previamente sobre las peticiones que necesito hacer, pues sé que eres de buen consejo, y a menudo tus advertencias me han sido provechosas. ¡Inspírame, por tanto, las peticiones a formular!». La esposa respondió: «¡Oh hombre!, ¿a cuántas peticiones tienes tú derecho?». Él dijo: «A tres». Ella aconsejó: «Comienza entonces por exponer a Alá el primero de tus tres deseos. Tú sabes que la perfección del hombre y sus delicias residen en su virilidad, y que el hombre no puede ser perfecto si es casto, eunuco o impotente. Por consecuencia, cuanto más considerable es el *zib* del hombre, más grande es su virilidad y más le hace encaminarse en la vía de la perfección. Prostérnate, pues, humildemente ante la faz del altísimo y di: “¡Oh bienhechor, oh generoso, haz crecer mi *zib* hasta la magnificencia!”». Y el hombre se prosternó y elevando sus palmas hacia el cielo, dijo: «¡Oh bienhechor, oh generoso, haz crecer mi *zib* hasta la magnificencia!». Sucedió que, apenas hubo formulado su deseo, este fue escuchado y más aún, a la hora y al instante. Pues al momento el santo hombre vio a su *zib* hincharse y agrandarse, de tal forma que se le hubiese podido tomar por una calabaza descansando sobre dos gruesas calabacitas. Y el peso de todo esto era tan considerable que obligaba a su propietario a volver a sentarse cuando se levantaba, y a levantarse cuando se acostaba. Así fue que la esposa quedó tan aterrada al ver esto, que ella se escapaba mediante la huida cada vez que la llamaba para la prueba el santo hombre. Y ella gritaba: «¿Cómo quieres tú que yo haga la prueba de este útil cuyo simple chorro es capaz de perforar las rocas de parte a parte?». Y el pobre hombre acabó por decirle: «¡Oh mujer execrable!, ¿qué voy a hacer con esto ahora? ¡Esta es tu obra, oh maldita!». Ella repuso: «¡El nombre de Alá sobre mí y sobre mi alrededor! ¡Suplica al profeta, oh viejo del ojo huero! ¡Yo, por Alá, no tengo necesidad de todo esto y no te he dicho que pidieras tanto! ¡Ruega al cielo que te lo disminuya! ¡Esta será tu segunda petición!». El santo hombre elevó su mirada al cielo y dijo: «¡Oh, Alá, yo te suplico que me desembaraces de esta molesta mercancía, y me libres del fastidio que ella me causa!». Y al momento el hombre advino liso en cuanto a su vientre, sin más traza de *zib* y de compañeros que si hubiera sido una joven impúber. Pero esta completa desaparición no le satisfizo, y menos a su esposa, que se puso a invectivarle y a reprocharle haberle frustrado para siempre lo debido. También el sentimiento del santo hombre fue extremo; y dijo a su esposa: «¡Todo esto es culpa tuya y procede de tus insensatos consejos! ¡Oh mujer sin juicio, yo tenía derecho a tres peticiones ante Alá, y yo podía elegir a mi voluntad cuanto mejor me pareciese de los bienes de este mundo y del otro. Y he aquí que dos de mis peticiones

han sido ya atendidas, pero como si no lo hubieran sido! ¡Y me encuentro en una situación peor que la precedente! Pero como aún me queda el derecho de formular mi tercera petición, yo voy a solicitar de mi señor que me reintegre lo que ya poseía al comienzo». ¡Y rogó al señor, quién acogió su petición! ¡Y se reintegró en lo que poseía al comienzo! La moral de esta anécdota es que es preciso contentarse con lo que se tiene.

EL MANCEBO Y EL MASAJISTA DEL «HAMMAN»

Luego dijo Schehrazada:

—Se cuenta, ¡oh rey afortunado!, que cierto masajista del *hamman* tenía como clientes habituales a los hijos de los notables y de los más ricos habitantes, pues el *hamman* en donde él ejercía su profesión era el mejor considerado de toda la ciudad. Sucedió que uno de tantos días entró en la sala en donde esperaban los bañistas un mancebo todavía impúber, pero bien rollizo y rico en redondeces por todas partes; y él era el hijo mismo del gran visir del rey de la ciudad. De modo que el masajista se gozó al frotar el cuerpo tan dulce de este delicado adolescente, y se dijo para sí: «¡He aquí un cuerpo en el que la grasa ha puesto por todas partes sedosos cojines! ¡Qué riqueza de formas y qué rollizo está!». Y él le ayudó a tenderse sobre el tibio mármol de la sala caliente, y comenzó a friccionarle con un cuidado muy especial. Y cuando llegó cerca de las ingles quedó sumamente asombrado al observar que el *zib* del grueso mancebo apenas alcanzaba el volumen de una avellana...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS TRES

Ella continuó:

—Y, viendo esto, se puso a lamentarse en su alma, y restregar sus manos una contra la otra, deteniéndose de pronto en el masaje que hacía. Cuando el mancebo vio al masajista presa de tal pesar y con su semblante alterado por la desesperación, le dijo: «¿Qué te pasa, ¡oh masajista!, para lamentarte así en el fondo de tu alma y para restregarte las manos una contra la otra?». Él respondió: «¡Oh señor, mi desesperación y mis lamentaciones son por tu causa! Pues veo que estás afectado por la desgracia mayor que puede recaer en un hombre. Tú eres joven, rollizo y hermoso, tú posees todas las perfecciones de cuerpo y de rostro, y todos los beneficios dispensados por el retribuidor a aquellos a quienes elige. Pero precisamente careces del instrumento de las delicias, aquel sin el cual no se es hombre y no se tienen los

gajes de la virilidad que da y que recibe. ¿Es que sería bella la vida sin el *zib* y todo lo que le sigue?». A estas palabras, el hijo del visir bajó tristemente la cabeza y dijo: «¡Tú tienes mucha razón, tío mío! Si la herencia de mi venerado padre es tan pequeña, la culpa es mía que hasta ahora he soslayado el hacerla fructificar. En efecto, ¿cómo quieres tú que el cabrito se convierta en poderoso macho cabrio si se aparta de las cabras incendiarias, o que el árbol se desarrolle si no se le riega? Yo, hasta hoy, he permanecido lejos de las mujeres, y ningún deseo ha venido a despertar todavía a mi hijo en su cuna. Pero pienso que es tiempo de que se despierten los dormidos y de que el pastor se apoye sobre su cayado». A este discurso del hijo del visir, dijo el masajista del *hamman*: «Pero ¿cómo hará el pastor para apoyarse sobre un cayado que no es más grueso que la falange del dedo meñique?». El mancebo respondió: «Yo cuento para esto, mi buen tío, con tu generoso querer. Tú vas a ir al estrado en donde he dejado mis ropas y tomarás la bolsa que encontrarás en mi cinturón; y con el oro que ella contiene irás a buscar una adolescente capaz de comenzar este desarrollo. ¡Y yo haré con ella mi primer ensayo!». Y el masajista contestó: «¡Yo escucho y obedezco!». Y marchó al estrado, cogió la bolsa y salió del *hamman* a buscar a la adolescente en cuestión. Durante su camino, se dijo: «Este pobre mozo se imagina que un *zib* es una pasta de caramelo blando, que se desarrolla tanto y más desde que se la actúa. ¿De dónde puede creer él que el cohombro llegue a ser cohombro de un día para otro, o que el plátano madure antes que sea plátano?». Y riendo de la aventura, fue a buscar a su esposa y le dijo: «¡Oh madre de Alí!, sabe que yo vengo de dar masaje en el *hamman* a un mancebo bello como la luna llena. Es el hijo del gran visir y reúne todas las perfecciones; pero ¡¡el pobre!!, no tiene un *zib* como el de los demás hombres. El que posee es apenas tan grueso como una avellana. Y como yo me lamentase de su juventud, me ha dado esta bolsa llena de oro a fin de que le procure una adolescente capaz de desarrollar en un instante la pobre herencia que él tiene de su venerable padre; pues el bobo se imagina que su *zib* se va a erigir en un instante desde el primer ensayo. Yo entonces he pensado que valía más que todo esto se quedase en casa; y vengo a buscarte para decidirte a que me acompañes al *hamman* en donde harás el simulacro de prestarte al ensayo sin consecuencia del pobre mancebo. ¡No existe ningún inconveniente en la cosa! Y tú podrás pasar incluso una hora riendo sobre él sin ningún peligro ni temor. Y yo vigilaré desde fuera del *hamman* y obraré de modo que os proteja de la curiosidad de los bañistas». Al escuchar estas palabras de su esposo, la joven esposa respondió con el ojo y la obediencia, y se preparó y se puso uno de sus más bellos vestidos. Además, ella, sin compostura ni ornamentos, podía hacer volver todas las cabezas y arrebatarse todos los corazones, pues era la mujer más bella de entre las hembras de su tiempo.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CUATRO

Ella dijo:

—El masajista llevó a su mujer al *hamman* y la introdujo cerca del joven hijo del gran visir, que continuaba esperando sobre el mármol de la sala cálida; y los dejó solos y salió a situarse fuera para impedir a los importunos que pasaran sus cabezas por la puerta. Y les dijo que cerraran la puerta por dentro. Cuando la joven vio al adolescente, quedó encantada con su belleza de luna; y él también quedó. Y ella dijo: «¡Qué pena que él no tenga lo que poseen los otros hombres! Pues lo que me contó mi esposo es cierto; es apenas tan grueso como una almendra». Pero ya el niño dormido entre las ingles del adolescente se había estremecido al contacto con la joven; y como su pequeñez no era sino solamente aparente y que el estado de sueño era de aquellos que entran enteramente en el regazo de su padre, comenzó por sacudirse su entorpecimiento. Y he aquí que surgió de pronto comparable al de un asno o un elefante, y verdaderamente muy grande y muy poderoso. Y al verlo, lanzó un grito de admiración la esposa del masajista, que se enlazó al cuello del adolescente, quien la montó como un gallo triunfante. Y, en una hora de tiempo, la penetró una primera vez, luego una segunda, luego una tercera vez y así seguido hasta la décima vez, en tanto que, tumultuosa, ella se agitaba, gemía y se movía perdidamente. ¡Todo eso! Y detrás de la rejilla de la puerta, el masajista veía toda la escena, y no osaba, por temor al público oprobio, hacer ruido o romper la puerta. Y se contentó con llamar a media voz a su esposa, la que no le respondía. Y él le decía: «¡Oh madre de Alí!, ¿a qué esperas para salir? La jornada avanza y tú has olvidado en la casa a tu bebé, que espera tu seno». Pero ella, colocada debajo del adolescente, continuaba sus juegos, entre risas y jadeos, y decía: «¡No por Alá, que yo no tendré en adelante que dar el seno a otra criatura que a este hijo!». Y el hijo del visir le dijo: «Sin embargo, podías ir un instante a darle de mamar, para regresar al momento». Ella respondió: «¡Se me secaría el alma antes de decidirme a dejar por una hora huérfano de su madre a mi nuevo hijo!». Así fue que, cuando el pobre masajista vio a su esposa escapársele de ese modo, y rehusar con esa desvergüenza volver con él, tomó tal desesperación y tal rabia de celos que subió a la terraza del *hamman* y se arrojó desde allí para ir a romperse la cabeza en la calle. Y murió. Ahora bien, esta historia es para demostrar que el sabio no debe fiarse de las apariencias. Pero — continuó Schehrazada— la anécdota que voy a contarte demostrará mejor todavía cuán engañosas son las apariencias y cuán peligroso es dejarse guiar por ellas.

HAY BLANCO Y BLANCO

Schehrazada dijo:

—Me han contado, ¡oh rey afortunado!, que un hombre de entre los hombres se prendó perdidamente de una encantadora y bella adolescente. Y esta adolescente, modelo de gracia y de perfecciones, estaba casada con un hombre al que ella amaba y del que era amada. Y como ella, además, era casta y virtuosa, el enamorado no podía llegar a encontrar el medio de seducirla. Y como hacía ya tiempo que usaba su paciencia sin resultado, pensó en emplear cualquier añagaza sea para vengarse de ella, sea para vencer su desvío. Ahora bien, el esposo de esta joven tenía en su domicilio, como criado de confianza, a un mancebo al que había criado desde la infancia, y que guardaba la casa durante la ausencia de sus señores. De modo que el enamorado desahuciado fue a buscar a este mancebo y se hizo amigo de él, haciéndole diversos regalos y colmándole de obsequios, tantos y tantos que el mancebo terminó por quedar enteramente a su devoción y por obedecerle en todas las cosas sin restricción. Cuando el asunto estaba a punto, el enamorado dijo un día al mancebo: «Oh tal, que yo quisiera visitar la casa de tu señor, una vez que este y tu señora hayan salido». El otro respondió: «Lo harás». Y cuando su señor salió para su tienda y su señora para el *hamman*, fue a buscar a su amigo le cogió de la mano, e introduciéndolo en la casa le hizo visitar todas las piezas y ver cuanto estas contenían. Ahora bien, el hombre, que estaba firmemente decidido a vengarse de la joven, había preparado la jugarreta que le iba a hacer. Por tanto, cuando llegó a la alcoba, se acercó a la cama y vertió el contenido de un frasco que había tenido cuidado de llenar con clara de huevo. Y lo hizo tan discretamente, que el mancebo no se dio cuenta de nada. Una vez hecho esto, salió del aposento a sus quehaceres...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CINCO

Ella dijo:

—Y hasta aquí lo referente a él. En cuanto al esposo, veamos. Cuando, hacia la puesta del sol, cerró su establecimiento, regresó a su casa, y, como estaba fatigado de toda una jornada comprando y vendiendo, fue hacia su cama para tenderse y descansar, y observó una huella extensa que manchaba las sábanas, lo que le hizo retroceder y alcanzar el límite de la desconfianza. Luego se preguntó: «¿Quién ha podido penetrar en mi casa y hacer con mi esposa lo preciso? Pues esto que yo veo es semen de un hombre, sin duda alguna». Y para asegurarse mejor, el mercader metió su dedo en el centro del líquido y dijo: «¡Claro que es!». Entonces, lleno de furor,

quiso ante todo matar al mancebo, pero se desvió pensando: «Una mancha tan enorme no puede haber salido de este mancebo, pues no está todavía en edad para que se le hinchen los testículos». No obstante, lo llamó, y, con voz temblorosa por el furor, le gritó: «¡Miserable engendro!, ¿en dónde está tu señora?». Él respondió: «¡Haido al *hamman*!». Al oír estas palabras, la sospecha se consolidó en el alma del mercader, ya que la ley religiosa quiere que los hombres y las mujeres vayan al *hamman* para hacer una ablución completa cada vez que han cohabitado. Y él gritó al mancebo: «¡Corre aprisa para hacerla regresar!». Y el mancebo se apresuró a cumplir la orden. Cuando su esposa regresó, el mercader, cuyas miradas se dirigían de derecha a izquierda en la habitación en donde se encontraba el lecho en cuestión, sin pronunciar palabra, se arrojó sobre ella, la cogió por los cabellos, la tiró al suelo y comenzó a darle una paliza, con gran refuerzo de patadas y de puñetazos. Luego le ató los brazos y cogió un cuchillo para degollarla. Pero, al ver esto, la mujer comenzó a dar unos gritos enormes y a chillar, y lo hizo tan fuerte, que todos los vecinos y vecinas corrieron en su socorro y la hallaron a punto de ser degollada. Entonces apartaron a la fuerza al marido y le preguntaron la causa que exigía tal castigo. Y la mujer exclamó: «¡No sé cuál puede ser la causa!». Entonces todos le gritaron al mercader: «¡Si tú tienes alguna queja de ella, tienes el derecho de divorciarte de ella, o reprimirla con dulzura y buenos modos! ¡Pero tú no debes matarla, pues es casta y nosotros la conocemos como tal y lo atestiguaremos ante Alá y ante el cadí! ¡Hace tiempo que es vecina nuestra, y no hemos observado en su conducta nada reprehensible!». El mercader respondió: «¡Dejadme que degüelle a esta perdida! ¡Y si queréis tener una prueba de sus pendonadas, no tenéis más que mirar la mancha líquida que dejaron los hombres introducidos por ella en mi cama!». Al oír estas palabras, los vecinos y las vecinas se aproximaron a la cama y cada uno, a su vez, fue metiendo el dedo en la mancha y dijeron «¡Es semen de hombre!». Pero en este momento, el mancebo, que se aproximó también, echó en una sartén el líquido que no se había empapado en la sábana, acercó la sartén al fuego y frió el contenido. Luego tomó lo que acababa de freír y comió la mitad, repartiendo la otra mitad entre los presentes, diciéndoles: «¡Probadlo, es clara de huevo!». Y habiéndolo gustado todos, se aseguraron de ese modo de que era clara de huevo; incluso el marido, quien comprendió que su esposa era inocente y que él la había acusado y maltratado injustamente. De modo que se apresuró a reconciliarse con ella, y para sellar su buen entendimiento, le regaló cien dinares de oro y un collar también de oro. Y esta corta historia es para demostrar que hay blanco y blanco, y que en todas las cosas es preciso saber cuál es la diferencia.

Cuando Schehrazada hubo contado estas anécdotas al rey Schahriar, se calló. Y el rey dijo:

—¡En verdad, Schehrazada, estas historias son completamente morales! Además, ellas me han sosegado de tal modo mi espíritu que estoy dispuesto a escucharte una historia del todo extraordinaria.

Y Schehrazada dijo:

—¡Precisamente la que voy a contarte es la que tú deseas!

HISTORIA DE ABDALÁ DE LA TIERRA Y ABDALÁ DEL MAR

Schehrazada dijo al rey Schahriar:

—Se cuenta, ¡pero Alá es más sabio!, que había un hombre, de oficio pescador, cuyo nombre era Abdalá. Y este pescador tenía que dar de comer a sus nueve hijos y a su madre, y era pobre, muy pobre, de tal modo que por todo bien poseía su red. Y esta red la tenía él como entidad productora, como su medio de ganar el pan y la única manera de auxilio para su casa. Por ello tenía como costumbre acudir a diario a pescar al mar; y si él pescaba alguna cosa la vendía y gastaba la ganancia en sus hijos según la medida que el retribuidor le permitía; pero, si pescaba mucho, hacía, con el dinero ganado, que su mujer preparase una comida excelente y compraba fruta y gastaba todo en su familia, sin ninguna restricción o economía, hasta que no le quedaba nada en las manos; pues él se decía: «¡El pan de mañana, mañana lo tendremos!». Y así vivía día por día, no anticipando nada respecto al destino del día siguiente. Sucedió que un día su esposa dio a luz al décimo varón, pues los otros nueve lo eran también por bendición. Y precisamente ese día no había nada que comer en la pobre casa del pescador Abdalá. Y la mujer dijo al marido. «¡Oh mi señor, la casa tiene un habitante más y aún no ha llegado el pan del día! ¿No vas a buscar alguna cosa que nos sostenga en este penoso momento?». Respondió él: «Precisamente iba a salir, confiándome en la bondad de Alá, e irme a pescar al mar, arrojando mi red a la suerte de este recién nacido, para ver de ese modo la medida de su dicha futura». La mujer dijo: «¡Pon tu confianza en Alá!». Y el pescador Abdalá puso su red a la espalda y marchó al mar.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discretamente, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SEIS

Ella dijo:

—Y él la arrojó y colocó en el agua, a la dicha de este recién nacido, y dijo: «¡Oh Dios mío, haz que su vida sea fácil y no difícil, abundante y no insuficiente!». Y luego de haber esperado un momento sacó la red y la halló rebosante de lodo, de arena, de casquijo y de hierbas marinas, pero no vio huella de pez grande o pequeño, absolutamente nada. Entonces se asombró y entristeció su alma, y dijo: «¿Habría creado entonces Alá a este recién nacido para no concederle suerte alguna ni ninguna

provisión? Esto no es posible, ni podrá ser jamás. Pues aquel que ha formado las mandíbulas del hombre y trazado dos labios en la boca, no lo ha hecho en vano y él mismo ha tomado bajo su responsabilidad el proveer a sus necesidades, porque él es el proveedor, el generoso. ¡Que él sea exaltado!». Luego cargó a la espalda la red y fue a echarla a otro lugar del mar. Él aguardó un buen rato y, luego de darle mucho trabajo, pues la halló muy pesada, la retiró. Halló un asno muerto, todo hinchado y exhalando un olor espantoso. Y el pescador sintió que le dominaba la náusea; y se apresuró a desembarazar su red de ese asno muerto y a alejarse lo más aprisa hacia otro lugar, diciendo: «¡Solo existen recursos y poder en Alá el glorioso, el altísimo! ¡Todo cuanto me sucede de desgraciado proviene de mi maldita mujer! Cuántas veces no le he dicho: “Para mí ya no existe nada en el agua y es preciso que yo busque en otra parte. ¡No quiero seguir más en este oficio! ¡No, de verdad, no quiero seguir en él! ¡Déjame, pues, oh mujer, que yo me dedique a otro oficio distinto que el de pescador!”. ¡Y se lo he repetido tantas veces, que me han salido pelos en la lengua! Y ella siempre con lo mismo: “¡Alah-Karim! ¡Alah-Karim! ¡Su generosidad no tiene límites! ¡No te desespere, oh padre de mis hijos!”. Ahora ¿es esta la generosidad de Alá? Este asno muerto, ¿será, pues, el lote destinado a ese pobre recién nacido, o bien lo será el casquijo o la arena recogidos?». Y el pescador Abdalá quedó durante mucho tiempo inmóvil, presa del más profundo pesar. Luego terminó por decidirse a lanzar la red al mar, pidiendo perdón a Alá por las palabras que inconsideradamente acababa de pronunciar, y dijo: «¡Sé favorable en mi pesca, oh retribuidor que dispensas a tus criaturas los favores y los beneficios, y señala de antemano su destino! ¡Y sé propicio a este niño recién nacido, y yo te prometo que será un día un santón dedicado a tu único servicio!». Luego dijo: «¡Yo quisiera bien pescar aunque solo fuera un solo pez, el que llevaría al panadero, mi bienhechor, quien en los días negros, cuando me veía ante su tienda percibiendo desde fuera el olor al pan caliente, me hacía señas con la mano para que me acercara y me daba generosamente con qué atender a los nueve y a su madre!». Cuando hubo arrojado por tercera vez su red, Abdalá esperó durante mucho tiempo, y luego comprendió que tenía que retirarla. Pero como la red pesaba ahora mucho más que las otras veces y el peso era sumamente extraordinario, tuvo que hacer un enorme trabajo para sacarla a la orilla; y no lo logró sino después de haberse ensangrentado las manos al tirar de las cuerdas. Y entonces en el límite de la estupefacción, encontró, enredado en las mallas de la red, un ser humano, un adamita semejante a todos los Ibu-Adam, con esta sola diferencia: que su cuerpo terminaba en cola de pez, pero, aparte esto, tenía una cabeza, un rostro, una barba, un tronco y brazos, todo igual que un hombre de la tierra. Al verlo, el pescador no dudó un instante de que se hallaba en presencia de un *efrit* de los *efrits*, quienes, en los tiempos remotos, rebeldes a las órdenes de nuestro señor Soleimán Ibn-Daud, fueron encerrados en vasijas de cobre rojo y arrojados al mar. Y él se dijo: «¡Ciertamente que este es uno de ellos! Gracias al desgaste del metal por el agua y los años, ha podido salir de la vasija cerrada y encaramarse a mi

red». Y, lanzando gritos de terror y levantando sus ropas por encima de las rodillas, el pescador corrió por la playa, huyendo hasta perder la respiración y chillando: «¡Aman! ¡Aman! ¡Yo te pido perdón, oh *efrit* de Soleimán!». Pero el adamita, desde el interior de la red, le gritó: «¡Ven, oh pescador! ¡No me huyas! Pues yo soy un ser humano como tú, y de ningún modo un *mared* o un *efrit*. ¡Ven pronto a ayudarme a salir de esta red, y no temas nada! ¡Yo te recompensaré con largueza! ¡Y Alá te lo tendrá en cuenta el día del juicio!». Al oír estas palabras, se calmó el corazón del pescador; cesó de huir y volvió, a pasos lentos, avanzando una pierna y retrocediendo la otra, a su red. Y preguntó al adamita preso en la red: «Entonces ¿no eres un *genni* de entre los *genn*?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer el alba y, discretamente, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SIETE

Ella dijo:

—Él respondió: «¡No! ¡Yo soy un ser humano que cree en Alá y en su enviado!». Abdalá preguntó: «Pero, entonces, ¿quién te ha arrojado al mar?». El otro contestó: «Nadie me arrojó al mar, puesto que soy hijo de él. En efecto, somos numerosas gentes las que habitamos en las profundidades de los mares. Y respiramos y vivimos en el agua como vosotros en la tierra, y las aves en el aire. Y todos nosotros somos creyentes en Alá y en su profeta, ¡sobre él la oración y la paz!, y somos buenos y caritativos con los hombres, nuestros hermanos, que habitan en la superficie de la tierra; pues obedecemos los mandamientos de Alá y los preceptos del libro». Luego añadió: «Además, si yo hubiese sido un *genni* o un *efrit* maléfico, ¿no hubiera destrozado ya tu red en lugar de rogarte que vengas a ayudarme a salir sin perjudicarla, ya que es tu medio de vida y la única puerta de socorro de tu casa?». A estas perentorias palabras, Abdalá sintió que se le disipaban sus últimas dudas y sus últimos temores, y, cuando se inclinaba para ayudar a salir de su red al habitante del mar, este le dijo todavía: «¡Oh pescador, el destino ha querido mi captura para tu bien! En efecto, yo me paseaba sobre las aguas cuando tu red cayó sobre mí y me cogió entre sus mallas. ¡Deseo, por tanto, hacer tu felicidad y la de los tuyos! ¿Quieres tú que hagamos un pacto por el cual cada uno de nosotros se obligue a ser amigo del otro y a hacerle obsequios y recibir otros en cambio? Así tú, por ejemplo, vendrás a diario a verme aquí y a traerme una provisión de productos de la tierra que crecen entre vosotros: uvas, higos, sandías, melones, melocotones, ciruelas, granadas, plátanos, dátiles y otras. Y yo lo aceptaré todo de ti con gran placer. En cambio, yo te

daré cada vez frutos de la mar que crecen en las profundidades: el coral, las perlas, las crisolitas, las aguamarinas, las esmeraldas, los zafiros, los rubíes, los metales preciosos y todas las gemas y pedrerías de la mar. Y yo te llenaré cada vez el cesto de fruta que me traigas. ¿Aceptas?». Al escuchar estas palabras, el pescador, que ya en su alegría y en el asombro que le causaba esta espléndida enumeración, se tenía únicamente sobre una sola pierna, gritó: «¡Ya Alá! ¡Quién no lo aceptaría!». Luego dijo: «¡Sí! ¡Pero ante todo, que entre nosotros sea la *fatiha* para sellar nuestro pacto!». Y el habitante del mar accedió. Y ambos recitaron en voz alta la *fatiha* liminar del Corán. Y, al momento, el pescador sacó de la red al habitante del mar. Entonces el pescador preguntó a su amigo del mar: «¿Cómo te llamas?». Él respondió: «Yo me llamo Abdalá. Así que cuando vengas aquí cada mañana, el día en que por azar no me veas, solo tendrás que gritar: “¡Ya Abdalá, oh marítimo!”. Y al instante yo te oiré, y tú me verás aparecer fuera del agua». Luego preguntó: «Mas tú, ¿cómo te llamas, oh hermano mío?». El pescador contestó: «Yo me llamo también Abdalá, como tú». Entonces el marítimo exclamó: «Tú eres Abdalá de la tierra y yo soy Abdalá del mar. Y de ese modo somos dos veces hermanos, por nuestro nombre y por nuestra amistad. Espérame, pues, un instante, ¡oh amigo mío! nada más que el tiempo de sumergirme y volver a ti con un primer regalo marítimo». Y Abdalá de la tierra respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Y al momento Abdalá del mar saltó de la orilla del agua y desapareció a los ojos del pescador. Entonces Abdalá de la tierra, no viendo aparecer al marítimo al cabo de cierto tiempo, se arrepintió mucho de haberle libertado de la red, y se dijo para sí: «¿Es verdad que yo mismo no sé si va a volver? Es seguro que ha debido reírse de mí y decirme todo eso a fin de que yo le libertase. ¡Y que yo no le haya capturado más bien! ¡Así yo lo hubiera podido exhibir a los habitantes de la ciudad, y ganar mucho dinero! Y yo lo hubiera llevado también a las casas de las gentes ricas, a las que no gusta molestar, a fin de enseñarlo a domicilio. ¡Y me hubiera retribuido con esplendidez!». Y continuó lamentándose de ese modo, y se dijo: «¡Tu pesca se te ha escapado de las manos, oh pescador!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS OCHO

Ella dijo:

—Pero en el mismo instante, apareció el marítimo fuera del agua, llevando alguna cosa sobre su cabeza, y vino a posarse en la ribera junto al terrestre. Y ambas manos del marítimo estaban llenas de perlas, de coral, de esmeraldas, de jacintos, de rubíes y

de toda clase de pedrería. Y lo tendió todo al pescador, y le dijo: «Toma esto, oh hermano mío Abdalá, y excúsame un tanto. Pues esta vez yo no tenía cesto que llenarte; pero la próxima vez tú me traerás uno, y yo te lo devolveré lleno de frutos de la mar».



A la vista de las gemas preciosas, el pescador se regocijó extraordinariamente. Y las tomó, y, después de haberlas deslizado entre sus dedos con asombro, las escondió en su seno. Y el marítimo le dijo: «¡No olvides nuestro pacto! Y vuelve aquí todas las mañanas antes de la salida del sol». Y se despidió de él y se hundió en el mar. En cuanto al pescador, regresó a la ciudad transportado de alegría, y comenzó por pasar ante la panadería del panadero que tanto le favoreciera en los días negros, y le dijo: «¡Oh hermano mío, la buena suerte y la fortuna comienzan a aparecer en nuestra ruta! Yo te ruego que hagas la cuenta de todo lo que te debo». El panadero respondió: «¿Una cuenta? ¿Para qué? ¿Tenemos necesidad de esto entre nosotros? Pero si verdaderamente tú cuentas con demasiado dinero, dame lo que puedas. Y si tú no tienes nada, toma tantos panes como te sean necesarios para alimentar a tu familia, y aguarda, para pagarme, a que la prosperidad habite en ti definitivamente». Dijo el pescador: «¡Oh amigo mío, la prosperidad se ha instalado sólidamente en mí, por la ventura de mi recién nacido, por la bondad y la munificencia de Alá! Y todo cuanto yo pudiera darte sería muy poco en comparación con lo que tú hiciste por mí cuando me ahogaba la miseria. Mas toma esto y espera». Y metió la mano en su seno y sacó un buen puñado de piedras preciosas, tan grande, incluso, que solo le quedó para él la mitad apenas de lo que le diera el marítimo. Y se las entregó al panadero, diciéndole: «Yo solicito de ti solamente que me prestes algún dinero, en espera de que yo venda en el zoco estas gemas del mar». Y el panadero, estupefacto por cuanto él veía y recibía, vació su cajón en manos del pescador y quiso él mismo llevarle hasta su casa la carga de pan necesario a la familia. Y él le dijo: «¡Yo soy tu esclavo y tu

servidor!». Y de bueno o mal grado, tomó sobre su cabeza la banasta del pan y marchó detrás del pescador hasta su casa, en donde depositó la banasta. Y se marchó, luego de haberle besado las manos. El pescador entregó la banasta a la madre de sus hijos, y se apresuró a ir a comprarles carne de cordero, pollos, legumbres y frutas. Y él hizo que su mujer hiciese una comida extraordinaria aquella noche. Y con sus hijos y su esposa hizo una comida admirable, regocijándose al límite del regocijo del éxito de este hijo recién nacido que traía con él la fortuna y la felicidad. Luego, Abdalá contó a su esposa todo cuanto le había sucedido, y cómo la pesca se había concluido con la captura de Abdalá del mar, y, en fin, toda la aventura en sus menores detalles. Y acabó por ponerle en las manos lo que le quedaba del valioso regalo de su amigo el habitante del mar. Y su esposa se alegró con todo esto; pero le dijo: «¡Guarda bien el secreto de esta aventura! Si no, te expones a que las gentes del gobierno te creen grandes inconvenientes». Y el pescador respondió: «¡Claro que sí; yo ocultaré la cosa a todo el mundo, excepto al panadero! Pues aunque por costumbre se debe ocultar la felicidad, yo no puedo de mi dicha hacer un misterio ante mi primer bienhechor». Al día siguiente, muy temprano, marchó Abdalá el pescador, con un cesto lleno de hermosas frutas de todas las clases y de todos los colores, al borde del mar, adonde llegó antes de la salida del sol. Y depositó su cesto en la arena de la playa, y, como no divisara a Abdalá, palmoteó gritando: «¿En dónde estás, Abdalá del mar?». Y al instante, del fondo de las olas, respondió una voz marina: «¡Aquí estoy, Abdalá de la tierra! ¡Heme aquí a tus órdenes!». Y el habitante del mar emergió del agua y apareció en la playa. Y luego de los *salams* y de las felicidades, el pescador le ofreció el cesto de las frutas. Y el marítimo lo tomó, dio las gracias y volvió a sumergirse en el fondo del mar. Pero algunos instantes después reapareció llevando el cesto vacío de frutas en sus manos, el que estaba lleno de esmeraldas, de aguamarinas y de todas las gemas y riquezas de los mares. Y el pescador, después de despedirse de su amigo, cargó sobre su cabeza el cesto y emprendió de nuevo el camino de la ciudad, pasando ante el horno del panadero.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS NUEVE

Ella dijo:

—Y él dijo a su bienhechor: «¡La paz sea contigo, oh padre de las manos abiertas!». El otro contestó: «¡Y sobre ti la paz, las gracias de Alá y sus bendiciones, oh rostro de buen augurio! Acabo de enviarte a casa una bandeja con cuarenta

pasteles que he cocido especialmente para ti, y en la pasta de ellos no he escatimado la manteca clarificada, la canela, el cardamomo, la nuez moscada, la cúrcuma, la artemisa, el anís y el hinojo». Y el pescador metió su mano en el cesto, del que partían mil fuegos chispeantes, tomó tres grandes puñados de piedras preciosas y se las entregó. Luego continuó su camino, y llegó a su casa. Allí dejó su cesto y escogió de cada clase y de cada color las piedras más bellas, lo puso todo en un trozo de paño y marchó al zoco de los joyeros. Se detuvo ante la tienda del jeque de los joyeros, puso ante él las maravillosas pedrerías, y le dijo: «¿Quieres comprármelas?». El jeque de los joyeros miró al pescador con ojos cargados de desconfianza, y le preguntó: «¿Tienes más aún?». Él respondió: «Yo tengo un cesto todo lleno en mi casa». El otro preguntó: «¿Y en dónde está tu casa?». El pescador respondió: «Casa no tengo ninguna, por Alá, sino simplemente una barraca de tablas podridas, situada al fondo de tal calleja, cerca del zoco de los pescadores». Al oír al pescador, el joyero gritó a sus mozos: «¡Detenedle! ¡Este es el ladrón que nos fue señalado como el que robó las alhajas de la reina, esposa del sultán!». Y les ordenó que lo apaleasen. Y todos los joyeros y los mercaderes lo rodearon y le insultaron. Y los unos decían: «¡Ciertamente este fue el que robó el mes pasado la tienda del *hadj* Hassan!». Y decían los otros: «¡Y también es este miserable el que limpió la casa de tal!». Y cada uno contaba una historia de robo cuyo autor no pudo ser habido, y lo atribuía al pescador. Y Abdalá, durante todo este tiempo, guardaba silencio y no hacía ningún gesto negativo. Y, luego de haber recibido el apaleamiento preliminar, se dejó llevar ante el rey por el jeque de los joyeros, quien quería hacerle confesar todos sus delitos y hacer que lo colgasen a la puerta del palacio. Cuando todos llegaron al *diván*, el jeque de los joyeros dijo al rey: «¡Oh rey de los tiempos! Cuando desapareció el collar de tu reina, tú nos avisaste y nos ordenaste encontrar al culpable. ¡Hemos hecho todo lo posible y, con la ayuda de Alá, lo hemos logrado! ¡He aquí, pues, en tus manos, al culpable y las pedrerías que hemos hallado en su poder!». Y el rey dijo al jefe eunuco: «Toma estas piedras y enséñaselas a tu señora. Y pregúntale si son estas las piedras del collar que ha perdido». Y el jefe eunuco fue a buscar a la reina, colocando ante ella las espléndidas gemas, y le preguntó: «¿Son estas, oh dueña mía, las piedras del collar?». A la vista de esta pedrería, la reina alcanzó el límite del asombro, y respondió al eunuco: «¡De ninguna manera! Yo he encontrado el collar en el cofre. En cuanto a estas piedras, ellas son mucho más bellas que las mías, y no tienen semejantes en el mundo. Ve, pues, ¡oh Massrur!, a decir al rey que compre estas piedras para hacer un collar a nuestra hija Prosperidad, que está en edad para casarse». Cuando el rey supo, por el eunuco, la respuesta de la reina, fue dominado por máximo furor contra el jeque de los joyeros, que de ese modo acababa de detener y maltratar a un inocente; y le maldijo con todas las maldiciones de Aad y de Trammud. Y el jeque de los joyeros, todo tembloroso, respondió: «¡Oh rey del tiempo, nosotros sabíamos que este hombre era un pescador, un pobre; y viéndole detentar estas piedras y sabiendo que él tenía un cesto lleno de ellas en su casa, todos

pensamos que era demasiada gran fortuna para que este pobre la hubiera podido adquirir por medios lícitos!». Al oír estas palabras, la cólera del rey aumentó, y gritó al jeque de los joyeros y a sus compañeros: «¡Oh plebeyos impuros, oh herejes de mala fe, oh almas comunes, ¿no sabéis, pues, que ninguna fortuna, por repentina y maravillosa que sea, no es imposible en el destino del verdadero creyente?! ¡Ah, malvados! ¡Y os apresuráis, como ahora, a condenar a este pobre sin oírle, sin examinar su caso, bajo el falso pretexto de que esa fortuna es demasiada para él! ¡Y le tratáis de ladrón y le deshonráis delante de sus semejantes! ¡Y no pensáis, ni un momento en que Alá el exaltado, cuando distribuye sus beneficios, no lo hace con parvedad! ¿Conocéis, por tanto, la capacidad de abundancia de las fuentes infinitas de donde el altísimo saca sus favores, ¡oh tontos ignorantes!, para juzgar de ese modo, según vuestros mezquinos cálculos de criaturas de barro, la suma de pesos de que está cargada la balanza de un destino feliz? ¡Marchad, miserables! ¡Salid de mi presencia! ¡Y que Alá os prive para siempre de sus bendiciones!». Y los echó vergonzosamente. Y esto en cuanto a ellos.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS DIEZ

Ella dijo:

—En cuanto al pescador Abdalá, veamos. El rey se acercó a él, y, antes de formular la menor pregunta, le dijo «¡Oh pobre, que Alá te bendiga en los dones que te ha dado! ¡La seguridad sea contigo! ¡Yo soy quién te la doy!». Luego agregó: «¿Quieres ahora contarme la verdad y decirme cómo te han llegado estas pedrerías, tan bellas que ningún rey de la tierra las posee iguales?». El pescador respondió: «¡Oh rey del tiempo, tengo todavía en la casa un cesto del pescado lleno de estas piedras! ¡Es un presente de mi amigo Abdalá del mar!». Y contó al rey toda su aventura con el marítimo, sin omitir un detalle, la que no es necesario repetir. Luego agregó: «Ahora bien, yo he hecho con él un pacto, sellado con la recitación de la *fatiha* del *Corán*. Y por este pacto, yo me he obligado a llevarle todos los días, a la aurora, un cesto lleno de frutos de la tierra; y él se compromete a llenarme este mismo cesto con los frutos del mar, de los cuales son estas pedrerías que tú ves». Al escuchar estas palabras del pescador, el rey se maravilló de la generosidad del donador hacia sus creyentes, y dijo: «¡Oh pescador, esto está en tu destino! ¡Déjame decirte solamente que la riqueza requiere estar protegida, y que el rico debe tener un elevado rango! ¡Yo quiero, por tanto, tomarte bajo mi protección durante toda mi vida

y del modo mejor! Pues yo no puedo responder del futuro y no sé la suerte que puede reservarte mi sucesor, si yo fallezco o soy depuesto del trono. Es posible que él te mate por envidia y por amor de los bienes de este mundo. Quiero, pues, asegurarte contra las vicisitudes de la suerte, en tanto que yo viva. Y pienso que el mejor medio es casarte con mi hija Prosperidad, adolescente púber, y nombrarte mi gran visir, legándote así el trono directamente antes de mi muerte». Y el pescador respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Entonces el rey llamó a los esclavos y les dijo: «¡Conducid al *hamman* a este vuestro señor!». Y los esclavos llevaron al pescador al *hamman* del palacio, y lo bañaron con cuidado y le vistieron con ropas reales, y le llevaron ante el rey, que inmediatamente le nombró gran visir. Y le dio las instrucciones necesarias para su nuevo cargo, y Abdalá respondió: «¡Tus advertencias, oh rey, son mi regla de conducta, y tu benevolencia es la sombra en que yo me plazco!». A continuación, el rey envió a la casa del pescador correos y numerosos guardias con tocadores de pífanos, de clarinete, de címbalos, de timbales y de flauta, y mujeres diestras en el arte del vestuario y del adorno, con la misión de vestir y adornar a la mujer del pescador y a sus diez hijos, y de colocarla en un palanquín llevado por veinte negros, y conducirla al palacio en medio de un espléndido cortejo y a los sonos de la música. Y estas órdenes fueron ejecutadas; y la esposa del pescador, llevando en sus brazos al recién nacido, fue colocada con sus otros nueve hijos en un suntuoso palanquín, y precedida por el cortejo de guardias y de músicos, y acompañada por las mujeres puestas a su servicio y por las esposas de los emires y de los notables, fue llevada al palacio, en donde la esperaba la reina, que la recibió con infinitas consideraciones, en tanto que el rey recibía a sus hijos, y los sentaba por turno sobre sus rodillas y los acariciaba paternalmente, con el placer que hubiera tenido si hubieran sido sus mismos hijos. Y por su parte, la reina quiso demostrar su afecto a la esposa del nuevo gran visir, y la puso a la cabeza de todas las mujeres del harén, nombrándola gran visira de sus departamentos. Después de esto, el rey, que tenía como hija única a la joven Prosperidad, se apresuró a mantener su promesa, concediéndosela en matrimonio, como segunda esposa, al visir Abdalá. Y, con este motivo, dio una gran fiesta al pueblo y a los soldados, haciendo adornar e iluminar la ciudad. Y Abdalá esa noche conoció las delicias de la carne joven y la diferencia entre la virginidad de una adolescente hija de rey y la vieja piel usada en donde descansaba hasta entonces. Sucedió que al día siguiente, a la aurora, el rey, habiéndose levantado antes de su hora por las emociones de la víspera, se hallaba en su ventana y vio a su nuevo gran visir, el esposo de su hija Prosperidad, que salía del palacio, llevando sobre su cabeza el cesto de pescado lleno de frutas. Y él le detuvo y le preguntó: «¿Qué llevas ahí, ¡oh yerno mío!, y adónde te diriges?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS ONCE

Ella dijo:

—Abdalá respondió: «Es un cesto de frutas que voy a llevar a mi amigo Abdalá del mar». El rey dijo: «Pero esta no es la hora en que las gentes salen de su casa. Y, además, no es conveniente que mi yerno lleve él mismo sobre su cabeza una carga de mozo de transportes». Él respondió: «¡Es cierto! Pero yo no puedo faltar a la hora de la entrevista y pasar a los ojos del marítimo por un mentiroso sin fe, y oírle reprocharme mi conducta diciéndome: “¡Las cosas del mundo te distraen ahora de tu deber y te hacen olvidar tus promesas!”». Y el rey dijo: «¡Tú tienes razón! ¡Ve a buscar a tu amigo, y que Alá sea contigo!». Y Abdalá tomó el camino del mar, atravesando los zocos. Y los mercaderes matinales que abrían sus tiendas decían al reconocerlo: «¡Es Abdalá, el gran visir, yerno del rey, que va al mar para cambiar los frutos por pedrerías!». Y los que no le conocían le detenían al paso y le preguntaban: «¡Oh vendedor de frutas!, ¿a cuánto la medida de albaricoques?». Y él respondía a todos: «¡Esto no se vende! ¡Está adquirido ya!». Y decía esto muy cortésmente, causando satisfacción a todos. Y de esta forma llegó a la ribera, en donde vio salir del oleaje a Abdalá del mar, al que entregó las frutas a cambio de nuevas pedrerías de todos los colores. Luego volvió a tomar el camino de la ciudad, pasando por delante de la tienda de su amigo el panadero. Pero quedó muy asombrado al verla cerrada, y esperó un momento para ver si llegaba su amigo. Y acabó por preguntar al tendero más próximo: «¡Oh hermano mío!, ¿qué le ha ocurrido a tu vecino el panadero?». Él respondió: «Yo no sé seguro lo que Alá ha hecho de él. Debe de estar enfermo en su casa». Él preguntó: «¿Y dónde está su casa?». Él dijo: «En tal calleja». Y él tomó el camino de la calleja indicada, y habiéndose hecho indicar la casa del panadero, llamó a la puerta y esperó. Y, varios instantes después, vio aparecer en una tronera de lo alto la cara espantada del panadero, quien, viendo el cesto del pescado lleno de pedrerías, bajó a abrir. Y se lanzó al cuello de Abdalá, abrazándolo con lágrimas en los ojos, y le dijo: «Pero, entonces, ¿no has sido colgado por orden del rey? Yo supe que habías sido detenido como ladrón, y, temiendo ser yo también detenido como cómplice, me he apresurado a cerrar el horno y la tienda y a esconderme en el fondo de mi casa. ¡Pero explícame, oh amigo mío, qué se ha hecho para que tú estés vestido de visir!». Entonces Abdalá le contó lo que le había sucedido desde el comienzo hasta el fin, y agregó: «Y el rey me ha nombrado su gran visir y me ha dado a su hija en matrimonio. Y yo tengo ahora un harén, al frente del cual se halla mi antigua esposa, la madre de mis hijos». Luego le dijo «¡Toma este cesto con todo su contenido! ¡Te pertenece, pues ello está escrito hoy en tu destino!». Luego lo dejó y regresó a palacio

con el cesto vacío. Cuando el rey le vio llegar con el cesto vacío, le dijo riendo: «¡Tú has visto bien cómo tu amigo el marítimo te ha abandonado!». Él respondió: «¡Al contrario! Las piedras de que me ha llenado el cesto hoy eran superiores en belleza a las de los otros días. Pero yo se las he dado a mi amigo el panadero, quien, en el tiempo pasado, cuando yo estaba en la miseria, me alimentó y alimentó a mis hijos y a su madre. Y yo, a mi vez, de igual modo que él me fue misericordioso en los días de mi pobreza, no lo olvido en los días de mi prosperidad. Pues, ¡por Alá!, quiero testimoniar que él jamás rozó mi sensibilidad de pobre vergonzoso». Y el rey, extraordinariamente edificado, le preguntó: «¿Cómo se llama tu amigo?». Él respondió: «Se llama Abdalá el panadero, como yo me llamo Abdalá el terrestre y como mi amigo del mar se llama Abdalá el marítimo». Al oír estas palabras el rey se maravilló, se estremeció y exclamó: «¡Y como yo me llamo el rey Abdalá! ¡Y como nos llamamos todos los servidores de Alá! Ahora bien, como todos los servidores de Alá son iguales ante el altísimo y hermanos por la fe y el origen, yo quiero, ¡oh Abdalá de la tierra!, que vayas ahora mismo a buscar a tu amigo Abdalá el panadero, a fin de que yo le nombre mi segundo visir». Al momento Abdalá el terrestre fue a buscar a Abdalá el panadero, al que, inmediatamente, revistió el rey con las insignias del visirato, y le nombró su visir de la izquierda, como Abdalá de la tierra era su visir de la derecha. Y Abdalá el antiguo pescador, cumplió sus nuevas funciones con todo el brillo deseable, sin olvidar un solo día de ir a buscar a su amigo Abdalá del mar, y llevarle un cesto de fruta de la estación, a cambio de un cesto de metales valiosos y de pedrerías. Y cuando no hubo frutos en los jardines de los vendedores de primicias, llenó el cesto de pasas, de higos y albaricoques secos, de almendras, de avellanas, de piñones, de nueces y de confituras secas de todas las especies y de todos los colores. Y cada vez traía en su cabeza el cesto lleno de joyas, como de costumbre. Y esto durante el espacio de un año. Mas sucedió que un día Abdalá de la tierra, llegado, como siempre, al alba, a la ribera, se sentó al lado de su amigo Abdalá el marítimo, y se puso a conversar con él sobre los usos de los habitantes de la mar.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS DOCE

Ella dijo:

—Y, entre otras cosas, él le dijo: «¡Oh hermano mío, oh marítimo!, ¿es muy bello vuestro visir?». Él respondió: «¡Ciertamente! Y, si tú quieres, te haré entrar conmigo en la mar, y te mostraré todo cuanto ella contiene, y te haré visitar mi ciudad y te

recibiré en mi casa, con toda cordialidad y hospitalidad». Y Abdalá el terrestre respondió: «¡Oh hermano mío!, tú te has criado en el agua y el agua es tu morada. Por ello no estás incómodo al habitar en el mar, pero ¿puedes decirme, antes que yo responda a tu invitación, si no te sería muy funesto permanecer en la tierra?». El otro dijo: «¡Ciertamente! Mi cuerpo se desecaría; y los vientos de la tierra, al soplar contra mí, causarían mi muerte». El terrestre dijo: «¡Pues yo lo mismo! Yo he sido creado sobre la tierra, y la tierra es mi morada. Por eso el aire de la tierra no me incomoda. Pero si yo fuese a entrar contigo en el mar, el agua penetraría en mi interior y me ahogaría y yo moriría». El marítimo respondió: «No tengas temor sobre ese particular, pues yo te daré un ungüento con el que endurecerás tu cuerpo, y el agua no tendrá ningún poder perjudicial sobre ti, aun cuando tuvieses que pasar el resto de tu vida allí. Y de este modo podrás sumergirte conmigo y recorrer la mar en todos los sentidos, y dormirte y despertarte, sin que jamás te ocurra mal alguno en cualquier lugar que estés». A estas palabras, el terrestre dijo al marítimo: «En ese caso, no existe inconveniente en que yo me sumerja contigo. Tráeme, pues, el ungüento en cuestión, a fin de que yo haga el ensayo». El marítimo respondió: «¡Es lo que voy a hacer!». Y llevó consigo el cesto de las frutas y se hundió en el mar para volver al cabo de unos instantes llevando en sus manos un vaso lleno de un ungüento semejante a la manteca de las vacas, y cuyo color era amarillo como el oro, y cuyo olor era completamente delicioso. Y Abdalá el terrestre preguntó: «¿De qué está compuesto este ungüento?». Él respondió: «Está compuesto con la grasa del hígado de una especie de peces llamados *dandane*. Y este pez *dandane* es el más enorme de todos los peces de la mar, de tal modo que de un solo bocado devora sin obstáculo eso que vosotros, los terrestres, llamáis un elefante y un camello». Y el antiguo pescador, espantado, gritó: «¿Y qué puede comer esta bestia funesta, oh hermano mío?». Él respondió: «Ella come de ordinario los animales más pequeños que nacen en las profundidades. Pues tú conoces el proverbio que dice: “¡Los débiles son comidos por los fuertes!”». El terrestre dijo: «¡Tú dices verdad!: Pero ¿existen entre vosotros muchos de esos *dandanes*?». El otro respondió: «Millares y millares, y Alá es el único que sabe su número». El terrestre exclamó: «Entonces, dispénsame de hacerte esta visita, ¡oh hermano mío!, pues tengo mucho miedo de que esa especie me encuentre y coma». El marítimo dijo: «¡No tengas ese miedo, pues el pez *dandane*, aunque de una terrible ferocidad, teme a Ibn-Adam, cuya carne es un violento veneno para él!». El expescador gritó: «¡Ya Alá! Pero ¿de qué me servirá ser un veneno para el *dandane* una vez que yo haya sido devorado por él?». El marítimo respondió: «Queda completamente sin temor de este *dandane*, pues nada más ver a Ibn-Adam emprende la huida de tanto como le teme. Y, además, como tú estás bañado con su grasa, te reconocerá por el olor y no te hará ningún mal». Y el terrestre, ganado por la seguridad de su amigo, dijo: «Yo pongo mi confianza en Alá y en ti». Y se desnudo y horadó en la arena un hoyo en donde coloco sus ropas, a fin de que nadie las viera durante su ausencia. Luego se untó con el ungüento en cuestión

desde la cabeza a los pies, sin olvidar las más pequeñas aberturas, y hecho esto, dijo al marítimo: «Ya me tienes dispuesto, ¡oh marítimo hermano mío!». Entonces Abdalá del mar tomó en brazos a su compañero y se hundió con él en las profundidades marinas.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS TRECE

Ella dijo:

—Y Abdalá del mar le dijo: «¡Abre los ojos!». Y como no se sentía asfixiado ni aplastado, y como respiraba allí en el interior mejor que bajo el cielo, comprendió que era realmente impenetrable al agua; y abrió los ojos. Y desde ese instante se convirtió en huésped de la mar. Y él vio en ella desplegarse sobre su cabeza como un pabellón de esmeralda tal como en la tierra el admirable azul reposando sobre las aguas; y a sus pies se extendían las regiones submarinas, a las que no habían violado desde su creación ojo terrestre; y una serenidad reinaba sobre las montañas y las llanuras del fondo; y la luz era delicada y se bañaba en torno de los seres y de las cosas, en las infinitas transparencias y el esplendor de las aguas; y tranquilos paisajes le encantaban en superación a todos los encantos del cielo natal; y veía bosques de coral rojo, y bosques de coral blanco y bosques de coral rosa que se inmovilizaban en el silencio de sus ramas: y grutas de diamantes cuyas columnas eran de rubíes, de crisolitas, de berilos, de zafiros de oro y de topacios; y una vegetación de locura que se acunaba sobre espacios tan extensos como reinos; y, en medio de arenas de plata, las conchas de formas y de colores por millares, que se miraban esplendorosas en el cristal de las aguas; y todo alrededor de él, relampagueando: peces que parecían flores, y peces que semejabán frutas, y peces que se hubieran tomado por pájaros, y otros, recamados de escamas de oro y de plata, que daban la impresión de grandes lagartos, y otros que más parecían búfalos, vacas, perros e, incluso, adamitas; e inmensos bancos de pedrerías reales que lanzaban mil fuegos multicolores que el agua avivaba, lejos de extinguirlos; y bancos en donde se abrían las ostras llenas de perlas blancas, de perlas rosas y de perlas doradas; y enormes esponjas hinchadas y pesadamente móviles sobre su base, que se alineaban en inmensas filas simétricas, como cuerpos de ejército, y daban la sensación de delimitar las diferentes regiones marinas y constituirse en guardianes fijos de las vastedades solitarios. Mas de pronto, Abdalá el terrestre, que, siempre en brazos de su amigo, veía desfilar ante él, en una rápida carrera sobre los abismos, todos esos espléndidos espectáculos, divisó una

serie innumerable de cavernas de esmeraldas, talladas en las faldas de una montaña de la misma gema verde, y a cuyas puertas estaban sentadas o tendidas adolescentes bellas como lunas, de cabellos color de ámbar o de coral. Y ellas se semejaban a las adolescentes de la tierra, excepto que tenían cola, la que hacía de grupa, de muslos y de piernas. ¡Eran las hijas de la mar! Y esta población de cavernas verdes era su dominio. Al verlas, el terrestre preguntó al marítimo: «¡oh hermano mío!, ¿no están casadas estas adolescentes, pues no veo machos entre ellas?». Él respondió: «Esas que ves son jóvenes vírgenes, y aguardan a la puerta de sus viviendas la llegada de su esposo, que escogerá de entre ellas aquella que le plazca. Pues en otros lugares de la mar se encuentran ciudades pobladas por machos y hembras, y de allí salen los adolescentes en busca de jóvenes esposas; pues este es únicamente el lugar de estacionamiento de las jóvenes, que de todas las partes de nuestro imperio llegan para vivir unidas en espera del esposo». Y como al acabar esta explicación llegaron a una ciudad poblada por seres de uno y otro sexo, Abdalá el terrestre dijo: «¡Oh hermano mío, veo una ciudad poblada, pero no observo establecimiento alguno en donde se venda y se compre! ¡Además, debo decirte que estoy muy asombrado de ver que ninguno de los habitantes está cubierto con ropas que le protejan aquellas partes que deben ser tenidas ocultas!». El otro replicó: «En lo que se refiere a la venta y la compra, no tenemos ninguna necesidad de ello, ya que la vida nos es fácil y que nuestra alimentación consiste en peces pescados por nuestra mano. En cuanto a ciertas partes de nuestro cuerpo, primero no vemos la necesidad, y estamos constituidos de modo diferente a vosotros en cuanto a esas partes, y, además, que aunque las quisiéramos ocultar no podríamos, ya que carecemos de telas para cubrirlas». Él dijo: «Es justo eso. Pero ¿cómo se realizan entre vosotros los casamientos?». El otro contestó: «Entre nosotros no se realizan matrimonios, pues no tenemos leyes que fijen y regulen nuestros deseos y nuestras inclinaciones; pero cuando una adolescente nos place, la tomamos; y cuando cesa de placernos la dejamos para otro. Además, nosotros no somos todos musulmanes; entre nosotros hay también muchos cristianos y judíos; y estos no admiten el matrimonio fijo, pues les gustan mucho las mujeres y el casamiento fijo les contraria. Solo nosotros, los musulmanes, que vivimos aparte en nuestra ciudad, en donde no entran los infieles, somos los que nos casamos según los preceptos del libro, y celebramos nupcias que son vistas con agrado por el altísimo y el profeta, ¡sobre él la oración y la paz! Mas ¡oh hermano mío!, yo quiero apresurarme a hacerte llegar al fin a nuestra ciudad; pues si yo pasase mil años mostrándote los espectáculos de nuestro imperio y las ciudades que lo pueblan, no terminaría aún mi tarea, y tú no podrías juzgar con una medida sobre veinticuatro medidas». Y el terrestre dijo: «Sí, hermano mío, tanto más cuanto que yo tengo mucha hambre y no puedo comer, como tú haces, peces crudos». Y el marítimo preguntó: «¿Y cómo entonces coméis los peces vosotros los terrestres?». Él respondió: «Los hacemos asar o freír en aceite de oliva o en aceite de sésamo». El marítimo se echó a reír, y dijo: «¿Y cómo haríamos nosotros, que

vivimos en el agua, para tener aceite de oliva o de sésamo, y hacer freír los peces en un fuego que no se apagase?». El terrestre coincidió: «¡Tienes razón, hermano mío! Yo te ruego, pues, que me conduzcas a tu ciudad, la que no conozco».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CATORCE

Ella dijo:

—Entonces Abdalá el marítimo le hizo recorrer rápidamente diversas regiones en las que los espectáculos se sucedían ante sus ojos, y le hizo alcanzar una ciudad más pequeña que las otras, cuyas casas eran también cavernas, las unas grandes y las otras pequeñas, según el número de sus habitantes. Y el marítimo le condujo hasta una de esas cuevas, y le dijo: «¡Entra, oh hermano mío! ¡Esta es mi casa!». Y le hizo penetrar en la cavidad, y gritó: «¡Eh, hija mía, ven aquí!». Y al momento, saliendo de una tela de coral rosa, se acercó una adolescente que tenía luengos cabellos flotantes, hermosos senos, un vientre admirable, talle gracioso y bellos ojos verdes y largas pestañas negras, pero que, como todos los restantes habitantes del mar, terminaba en una cola que le corría desde la grupa a las piernas. Y, viendo al terrestre, se detuvo cortada, y le miró con intensa curiosidad, y luego terminó con una carcajada, y exclamó: «¡Oh padre mío!, ¿quién es este sin cola que tú nos traes?». Él respondió: «Hija mía, es mi amigo el terrestre que me daba todos los días el cesto de fruta que yo traía, y que tú comías con delicia. Acércate, pues, cortésmente y deséale la paz y la bienvenida». Y ella se aproximó y le deseó la paz con mucha gentileza y en lenguaje escogido; y cuando Abdalá, sumamente encantado, iba a contestarle, entró, a su vez, la esposa del marítimo llevando en su regazo a sus dos últimos hijos; y los niños llevaban cada uno un gran pez, el que mordían afanosos, como los niños terrestres hacen con los cohombros. Sucedió que al ver a Abdalá, que se mantenía al lado del marítimo, la esposa de este se detuvo en el umbral inmóvil de sorpresa, luego de haber dejado a sus dos hijos, y de repente, exclamó, riendo con todas sus fuerzas: «¡Por Alá, es un sin cola! ¿Cómo se puede estar sin cola?». Y se acercó más al terrestre; y sus dos hijos y su hija se acercaron también; y todos, en extremo divertidos, se pusieron a observarlo de pies a cabeza, y, sobre todo, se maravillaron de su trasero, ya que en toda su vida habían visto el culo o cosa que a este se le pareciera. Y los hijos y la hija, que en un principio se mostraron un poco espantados, se enardecieron hasta tocarle con los dedos varias veces, tanto les intrigaba y divertía. Y entre ellos se reían de ello y decían: «¡Es un sin cola!», y danzaban de alegría. De

tal modo que Abdalá de la tierra acabó por ponerse serio ante sus maneras y su grosería, y dijo a Abdalá del mar: «¡Oh hermano mío!, ¿me has traído hasta aquí para hacer de mí la irrisión de tus hijos y de tu esposa?». Él respondió: «Yo te pido perdón, ¡oh hermano mío!, y te suplico me excuses y no prestes ninguna atención a los modos de estas dos mujeres y de estos dos niños, pues su inteligencia es defectuosa». Luego se volvió hacia sus hijos y les gritó: «¡Callaos!». Y ellos tuvieron miedo de él y se callaron. Entonces el marítimo dijo a su huésped: «No te asombres, pues, demasiado por lo que tú veas, ¡oh hermano mío!, pues entre nosotros aquel que no tiene cola, no cuenta». Sucedió que, cuando acababa de pronunciar estas palabras, llegaron diez individuos, grandes, gruesos y vigorosos, los que dijeron al dueño de la casa: «¡Oh Abdalá!, el rey de la mar acaba de saber que tú has recibido en tu casa un sin cola de los sin cola de la tierra. ¿Es cierto?». Él respondió: «¡Es cierto! Y es este mismo que veis ante vosotros. Es mi amigo y mi huésped y yo voy al instante a volver a llevarlo a la ribera en donde lo tomé». Ellos dijeron: «¡Guárdate de hacerlo! Pues el rey nos ha enviado a buscarle, puesto que desea verlo y examinar cómo está hecho. Parece que tiene alguna cosa extraordinaria en el trasero y alguna más extraordinaria aún por delante. Y el rey quisiera ver las dos cosas y saber cómo se las llama». Al oír estas palabras, Abdalá del mar se volvió hacia su huésped y le dijo: «¡Oh hermano mío, excúsame, pues mi excusa es bien manifiesta! ¡Nosotros no podemos desobedecer las órdenes de nuestro rey!». El terrestre dijo: «¡Yo tengo en mucho a este rey, quién acaso se ofenda de que yo posea cosas que él no tiene y por ello quiera mi pérdida!». El marítimo dijo: «¡Yo estaré allí para protegerte y hacer de modo que no te suceda mal alguno!». El otro indicó: «¡Entonces yo me someto a tu decisión, y pongo toda mi confianza en Alá y te sigo!». Y el marítimo guió a su huésped y lo llevó ante el rey. Cuando el rey vio al terrestre, se puso a reír de tal modo, que hizo un ruido enorme; luego dijo: «¡Sé bien venido entre nosotros, oh sin cola!». Y todos los que le rodeaban reían mucho y se señalaban con el dedo unos a otros el culo del terrestre, diciendo: «¡Sí, por Alá, es un sin cola!». Y el rey le preguntó: «¿Cómo es que tú no tienes nada de cola?». «Yo no sé, ¡oh rey!, pero todos nosotros, los habitantes de la tierra, somos así». Y el rey preguntó: «¿Y cómo llamáis vosotros a esta cosa que tenéis en lugar de cola, por detrás?». Él respondió: «Unos le llaman el culo; otros, el trasero, en tanto que algunos lo nombran en plural y dicen las nalgas, a causa de que tiene dos partes». Y el rey le preguntó: «¿Y para qué os sirve el culo?». Él respondió: «Para sentarnos, cuando se está fatigado, eso es todo. Pero en las mujeres es un ornamento muy estimado». El rey preguntó: «Y esto que va delante ¿cómo se llama?». Él dijo: «El *zib*». El otro preguntó: «¿Y para qué os sirve este *zib*?». Él respondió: «Para usos de muchas clases, y que yo no puedo explicar por respeto al rey. Mas esos usos son tan necesarios, que en nuestro mundo nada es tan apreciado como un culo de importancia». Y el rey y su séquito se echaron a reír al oír estas palabras, y Abdalá, no sabiendo qué decir más, elevó los brazos al cielo y exclamó: «Alabanzas a Alá, que ha creado el culo para ser gloria en un mundo y

objeto de burla en otro».

En este momento de su narración. Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS QUINCE

Ella dijo:

—Y, muy molesto por verse de ese modo servir a la curiosidad de los habitantes del mar, no sabía qué hacer de su persona, de su culo y del resto, y dijo para sí: «¡Por Alá que quisiera hallarme muy lejos de aquí o tener con qué cubrir mí desnudez!». Mas el rey acabó por decirle: «¡Oh sin cola, tú me diviertes de tal modo con tu culo, que yo quiero satisfacer todos tus deseos! ¡Pídeme, pues, todo cuanto quieras!». Él respondió: «¡Yo quisiera dos cosas, oh rey!: volver a la tierra y llevar conmigo muchas joyas del mar». Y Abdalá el marítimo agregó: «Tanto más, ¡oh rey!, cuanto que mi amigo no ha comido nada desde que está aquí, y que él no gusta de la carne de los peces crudos». Entonces dijo el rey: «¡Qué se le den cuantas joyas él desee y que se le lleve allá de dónde vino!». Al momento todos los marítimos se apresuraron a traer grandes conchas vacías, y, habiéndolas llenado de pedrerías de todos Jos colores, preguntaron a Abdalá el terrestre: «¿Adónde es preciso que se te lleven?». Él respondió: «No tendréis sino que seguirme y seguir a mi amigo Abdalá, vuestro hermano, quien, según su costumbre, me va a llevar el cesto lleno de estas pedrerías». Luego se despidió del rey y, acompañado de su amigo, y seguido de todos los marítimos portadores de conchas llenas de pedrerías, franqueó el imperio marino y remontó bajo el cielo. Allí se sentó en la playa para descansar un buen momento y respirar el aire natal. Después de lo cual desenterró sus ropas y se vistió; y se despidió de su amigo Abdalá el marítimo y le dijo: «Déjame sobre la orilla todas estas conchas y este cesto, a fin de que yo vaya a buscar mozos para que me los transporten». Y fue a buscar los mozos que transportaran al palacio todos estos tesoros; luego entró a ver al rey. Cuando el rey vio a su yerno, lo recibió con grandes demostraciones de alegría, y le dijo: «¡Hemos estado muy inquietos por tu ausencia!». Y Abdalá le contó su aventura marítima desde el comienzo hasta el fin; pero no implica utilidad alguna repetirla. Y le puso entre las manos el cesto y las conchas llenas de pedrerías. Y el rey, aunque maravillado del relato de su yerno y de las riquezas que traía del mar, se enfadó mucho y se ofuscó por la manera poco conveniente como los marítimos se habían comportado respecto al culo de su yerno y a todos los culos en general, y le dijo: «¡Oh Abdalá!, yo no quiero que en adelante vayas al encuentro de ese Abdalá del mar en la playa, pues si esta vez no has sufrido un gran daño por haberlo seguido,

tú no puedes saber lo que puede sucederte en el futuro, pues no sucede que cada vez que se la arroja, quede intacta la alcarraza. Y, además, eres mi yerno y mi visir, y no me conviene verte ir cada mañana al mar con un cesto de pescado en la cabeza, para ser en seguida objeto de irrisión a los ojos de todas esas personas, con más o menos cola y más o menos inconvenientes. Permanece, pues, en palacio, y de este modo tú tendrás paz y nosotros estaremos tranquilos con respecto a ti». Entonces Abdalá de la tierra, no queriendo contrariar al rey Abdalá, su suegro, permaneció en adelante en el palacio con su amigo Abdalá el panadero, y no volvió a encontrarse en la playa con Abdalá del mar, del que, por otra parte, no se volvió a oír hablar más, ya que él se debió enfadar. Y todos vivieron en la más dichosa condición y en la práctica de las virtudes, en medio de las delicias, hasta que vino a visitarlos la destructora de las alegrías y la separadora de los amigos. ¡Y todos murieron! ¡Mas gloria al viviente, el único que no muere, que gobierna el imperio de lo visible y de lo invisible, que sobre todas las cosas es omnipotente, y que es benévolo para con sus servidores, cuyas necesidades e intenciones él conoce!

Y Schehrazada, una vez pronunciadas estas palabras, se calló. Entonces el rey Schahriar exclamó:

—¡Oh Schehrazada, esta historia es verdaderamente extraordinaria!

Y Schehrazada dijo:

—¡Sí, oh rey!, pero, sin duda alguna, y aunque haya tenido la suerte de placerte, ella no es más admirable que la que quiero contarte todavía y que es la *Historia del joven amarillo*.

Y el rey Schahriar dijo:

—¡Sí, puedes hablar!

Entonces Schehrazada dijo:

HISTORIA DEL JOVEN AMARILLO

—Se cuenta, entre diversas narraciones, ¡oh rey afortunado!, que el califa Harún Al-Raschid salió una noche de su palacio con su visir Giafar, su visir Al-Fazl, su favorito Abu-Ishak, el poeta Abú-Nowas, el portaespada Massrur y el capitán de policía Ahmad la Tiña. Y todos, disfrazados de mercaderes, se dirigieron hacia el Tigris y descendieron en una barca que dejaron ir a la aventura con la corriente del agua. Pues Giafar, habiendo visto al califa presa del insomnio y muy preocupado, le había dicho que nada era más eficaz para disipar el tedio que ver lo que aún no se ha visto, oír lo que todavía no se ha oído y visitar un país que no se ha recorrido aún. Sucedió que, al cabo de cierto tiempo, cuando la barca se encontraba debajo de las ventanas de una casa que dominaba el río, oyeron del interior de la casa una voz bella y triste, que cantaba estos versos acompañándose de laúd:

Quando yo estaba ante una copa de vino, y en la espesura cercana
cantaba el pájaro *hazar*, dije a mi corazón:

«¿Hasta cuándo rechazarás la felicidad? ¡Despiértate, la vida es un préstamo a corto plazo!

»¡He aquí la copa y el escanciador! Es un joven y bello escanciador tu amigo. ¡Mírale y toma de sus manos la copa que él te tiende!

»¡Sus párpados son lánguidos y su mirada te invita! ¡No desprecies estas cosas!

»¡Yo he plantado rosas tiernas en sus mejillas, y cuando he querido cogerlas en su madurez, he hallado granadas!

»¡Oh corazón mío, no desprecies estas cosas! ¡Este es el momento en que sus mejillas están veladas!».

Escuchando estas canciones, el califa dijo: «¡oh Giafar, cuán bella es esta voz!». Y Giafar respondió: «¡Oh nuestro señor, desde luego que sí; jamás voz más bella o más deliciosa deleitó mi oído! Pero ¡oh mi señor!, oír una voz amortiguada por un muro, no es sino oírla a medias. ¿Qué sería si la oyéramos amortiguada solamente por una cortina?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS DIECISÉIS

Ella dijo:

—Entonces decidió el califa: «Penetremos, ¡oh Giafar!, en esta casa para solicitar la hospitalidad del dueño de la misma, con la esperanza de escuchar esa voz». Y detuvieron la barca y tomaron tierra. Luego llamaron a la puerta de la casa, y al eunuco que vino a abrir solicitaron permiso para entrar. Y el eunuco fue a prevenir a su amo, quien no tardó en presentarse ante ellos y les dijo: «¡Familia, comodidad y abundancia para los huéspedes! ¡Sed bien venidos a esta casa, de la cual sois los propietarios!». Y los pasó a una sala amplia, fresca, con techo agradablemente coloreado, con dibujos sobre un fondo de oro y de azul intenso, y en medio de la cual, en una fuente de alabastro, surgía un surtidor que producía un maravilloso sonido. Y él les dijo: «¡Oh señores míos!, yo no se cuál de entre vosotros es el más honorable o el de rango más elevado y de mayor condición. ¡*Bismillah* sobre todos vosotros! Dignaos, pues, sentaros en los lugares que consideréis apropiados». Luego se dirigió hacia el fondo de la sala, en donde, sobre cien sillas de oro y de terciopelo, estaban sentadas cien adolescentes a las que hizo una indicación. Y al momento las cien adolescentes se levantaron y salieron en silencio una tras de la otra. E hizo una

segunda indicación y esclavas con sus ropas a la cintura, trajeron grandes bandejas colmadas de platos de todas clases y confeccionados con todo cuanto vuela en los aires, marcha sobre la tierra o nada en los mares; y pastelería, y confituras, y tartas sobre las que estaban escritos, con piñones y almendras, versos en loanza de los huéspedes. Y cuando hubieron comido y bebido, y se hubieron lavado las manos, el señor de la casa les indicó: «¡Oh huéspedes míos!, si me honraseis ahora con vuestra presencia para darme el placer de preguntarme alguna cosa, hablad con toda confianza. ¡Pues vuestros deseos serán realizados sobre mi cabeza y mis ojos!». Respondió Giafar: «Cierto es, ¡oh nuestro anfitrión!, que hemos entrado en tu casa para mejor oír la voz admirable que hemos oído velada, desde el río». Al oír estas palabras, el señor de la casa contestó: «¡Vosotros sois bien venidos!». Y dio unas palmadas y dijo a las esclavas que se presentaron: «¡Decid a vuestra señora Sett Jamila que nos cante alguna cosa!». Y algunos instantes después, de detrás del gran tapiz del fondo, una voz, no parecida a ninguna otra, cantó con ligero acompañamiento de laúdes y de cítaras:

«Toma la copa y bebe de este vino que yo ofrezco a tus labios: él no se ha mezclado jamás con el corazón del hombre.

»Mas el tiempo huye lejos de un amante que se lisonja en vano de volver a ver el objeto de su amor.

»¡Cuántas noches he pasado yo, las miradas fijas en las ondas bruñidoras del Tigris, bajo la bella luna oscurecida por la tempestad!

»¡Cuántas veces en el occidente he visto a la luna, al anochecido, desaparecer en las aguas purpúreas bajo la forma de una cimitarra de plata!».

Cuando acabó de cantar, la voz calló, y solo los instrumentos de cuerda continuaron en sordina acompañando los vestigios sonoros y aéreos. Y el califa, maravillado y enajenado, se volvió hacia Abu-Ishak y dijo: «¡Por Alá que jamás escuché cosa semejante!». Y dijo al señor de la casa: «¡La dueña de esa voz está seguramente enamorada y separada de su amante!». Él respondió: «¡Ciertamente que no! Su tristeza tiene orígenes distintos a esos. Así, por ejemplo, ella podría hallarse separada de su padre y de su madre, y cantar de ese modo al acordarse de ellos». Al-Raschid dijo: «¡Es muy extraño que la separación de con los padres suscite semejantes acentos!». Y, por vez primera, él miró atentamente a su huésped, como para leer en su rostro una explicación más admisible. Y vio que se trataba de un joven cuyos rasgos eran de gran belleza, pero cuyo rostro era amarillo como el azafrán. Y quedó muy asombrado con este descubrimiento y le dijo: «¡Oh nuestro huésped, tenemos aún un deseo que expresar antes de despedirnos de ti e irnos por donde hemos venido!». Y el joven amarillo respondió: «Tu deseo está de antemano satisfecho». Él dijo: «Yo deseo, y todos cuantos están conmigo lo desean igualmente,

saber de ti si ese color amarillo azafrán de tu cara es una cosa adquirida en el curso de tu vida o bien es una cosa original que tú has tenido al nacer». Entonces dijo el joven amarillo: «¡Oh vosotros todos, huéspedes míos!, la causa del color amarillo azafrán de mi tez es una historia tan extraordinaria, que si ella estuviera escrita con agujas sobre el ángulo interior del ojo, serviría de lección a quien la leyera con respeto. ¡Confiadme, pues, vuestro oído y concededme toda la atención de vuestro espíritu!». Y todos respondieron: «¡Nuestro oído y nuestro espíritu te pertenecen! ¡Y nosotros estamos impacientes por escucharte!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS DIECISIETE

Ella dijo:

—Entonces, el joven de la tez amarilla habló: «Sabad; ¡oh señores míos!, que mi origen procede del país de Omán, en donde mi padre era el mercader más poderoso de los mercaderes de la mar y poseía en completa propiedad treinta navíos, cuyo rendimiento anual era de treinta mil dinares. Y mi padre, que era un hombre despejado, me hizo aprender la escritura y todo cuanto es necesario saber. Después de lo cual y como se acercara su hora postrera, me llamó y me hizo sus recomendaciones que yo escuché respetuosamente. Después Alá lo tomó y lo admitió en su misericordia. ¡Que él pueda, oh huéspedes míos, prolongar vuestra vida! En cuanto a mí, algún tiempo después del fallecimiento de mi padre, del que poseía yo ahora todas las riquezas, me hallaba sentado en mi casa en medio de mis invitados, cuando uno de mis esclavos me anunció que uno de mis capitanes estaba a la puerta y me traía una cesta de primicias. Y yo le hice entrar y acepté su regalo que, en efecto, consistía en frutos desconocidos en nuestra tierra, y verdaderamente de todo punto admirables. A mi vez, yo le entregué cien dinares de oro para demostrarle mi complacencia. Luego distribuí esos frutos entre mis invitados, y pregunté al capitán marino: “¿De dónde proceden estos frutos, oh capitán?”. Él me respondió: “De Bassra y de Bagdad”. Y, al oír estas palabras todos mis invitados se pusieron a expresar sus opiniones sobre la tierra maravillosa de Bassra, y a ponderarme la vida en ella, la bondad de su clima y la urbanidad de sus habitantes; y no escatimaron elogio alguno a este respecto, los unos encareciendo sobre las palabras de los otros. Y yo quedé de tal modo exaltado con todo esto que, sin recabar más informes, me levanté al instante, y, no resistiendo a mi alma que deseaba ardientemente el viaje, vendí en subasta mis bienes y mis propiedades, mis mercancías y mis buques, a

excepción de uno que yo guardaba para mi uso personal, mis esclavos, hombres y mujeres, y de todo hice dinero, realizando de ese modo un millar de mil dinares, sin contar las joyas, las pedrerías y los lingotes de oro que yo tenía en mis cofres. Luego me embarqué, con las riquezas así realizadas en su peso más ligero, en el navío que yo había conservado, y me di a la vela hacia Bagdad. Sucedió que Alá me escribió una dichosa travesía y llegué sano y salvo, con mis riquezas, a Bassra, desde donde, pasajero en otro navío, remonté el Tigris hasta Bagdad. Aquí me informé del lugar más conveniente para vivir, y se me indicó el barrio Karkh como el barrio más frecuentado y la residencia habitual de los personajes importantes. Y marché a ese barrio y alquilé una hermosa casa en la calle Zaafaran, adonde hice transportar mis riquezas y mis efectos. Después hice mis abluciones y, con el alma regocijada y el pecho henchido por hallarme al fin en la ilustre Bagdad, hito de mis deseos y envidia de todas las ciudades, me vestí con mis ropas más bellas y salí a pasearme a la aventura a través de las calles más frecuentadas. Ahora bien: ese día era precisamente viernes, y todos los habitantes en traje de fiesta se paseaban como yo, respirando el aire fresco del exterior. Y de esta forma llegué a Karn-al-Sirat, el objetivo habitual de los paseantes de Bagdad. Y en este lugar vi, entre varios edificios muy bellos, uno más hermoso aún que los otros y cuya fachada daba al río. Y sobre el umbral de mármol vi sentado a un anciano vestido de blanco, de muy venerable aspecto, con alba barba que le descendía hasta la cintura y que se partía en dos mechones iguales de filigrana de plata. Y él estaba rodeado de cinco adolescentes bellos como lunas, y perfumados como él con escogidas esencias. Entonces yo, ganado por la bella fisonomía del anciano blanco y por la hermosura de los adolescentes, pregunté a un viandante: “¿Quién es ese venerable jeque y cómo se llama?”. Se me respondió: “Es el jeque Taher Abul-Ola, el amigo de los jóvenes. Y todos cuantos entran en su casa no tienen otra cosa que hacer que comer, beber y divertirse a su elección con los adolescentes o las jóvenes que permanentemente se alojan en su casa”».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS DIECIOCHO

Ella dijo:

«—Y yo, a estas palabras, asombrado al límite del asombro, exclamé: “¡Gloria a aquel que, desde mi descenso del navío, me ha puesto sobre la ruta de este jeque de rostro de buen augurio, pues yo no he venido desde el fondo de mi país sino con el propósito de hallar un hombre como este!”. Y avancé hacia el viejo y, luego de haberle deseado la paz, le dije: “¡Oh mi señor, tengo necesidad de solicitarte alguna cosa!”. Él me sonrió como un padre sonríe a su hijo, y me respondió: “¿Y qué deseas tú?”. Yo dije: “¡Yo deseo vivamente ser tu huésped esta noche!”. Él me volvió a mirar y me contestó: “¡Con amistad cordial y generosidad! —y luego agregó—. Esta noche, ¡oh mi hijo!, tengo una nueva llegada de jóvenes cuyo precio, por velada, varía según sus méritos. Las unas se cotizan a diez dinares por velada, las otras a veinte, y otras alcanzan hasta cincuenta y cien dinares por velada. ¡Queda a tu elección!”. Yo respondí: “¡Por Alá!, yo quiero comenzar el ensayo con una de las que solo alcanzan diez dinares por velada. ¡En seguida, Alá *Karim*! —y agregué: ¡Aquí tienes trescientos dinares para un mes, pues un buen ensayo exige un mes!”. Y él tomó los trescientos dinares y los pesó en la balanza que tenía a su lado. Entonces llamó a uno de los adolescentes que allí estaban y le dijo: “¡Lleva a tu señor!”. Y el adolescente me cogió de la mano y me llevó primero a un *hamman* de la casa, donde me dio un baño excelente y me prodigó los más atentos y minuciosos cuidados. Luego me condujo a un pabellón y llamó a una de sus puertas. Y al instante vino a abrir una adolescente, de rostro risueño y pleno de buen augurio, que me hizo un bello gesto de acogimiento. Y el joven le dijo: “¡Te confío a tu huésped!”. Y se retiró. Entonces ella me cogió la mano que el mancebo acababa de cederle, y me pasó a una cámara milagrosa de ornamentaciones, en cuyo umbral nos recibieron dos pequeños esclavos puestos a su servicio y alegres como dos estrellas. Y yo contemplé más atentamente a la adolescente, su señora, y me aseguré de ese modo de que era verdaderamente como la luna llena. Entonces ella me hizo sentar y se sentó a mi lado; luego hizo una indicación a los dos pequeños, que al momento nos trajeron una gran bandeja de oro en la cual estaban colocados pollos asados, carnes a la parrilla, cuajo asado, y pichones y gallos silvestres también asados. Y comimos hasta la saciedad. Y en mi vida había gustado platos tan deliciosos como aquellos, ni bebido bebidas tan gustosas como aquellas que ella me sirvió, una vez quitado la bandeja de las comidas; ni aspirado flores más suaves, ni dulcificado con frutos, confituras y pastelería tan extraordinarios. Y ella a continuación me dio prueba de tanta gentileza, de tanto encanto y de tantas voluptuosas caricias que pasé con ella todo un mes sin

preocuparme de la fugacidad de los días. Al cabo de un mes, vino a buscarme el pequeño esclavo y me condujo al *hamman*, del que salí para buscar al jeque blanco y le dije: “¡Oh mi señor, yo deseo una de esas que cuestan veinte dinares por velada!”. Y él me respondió: “¡Pesa el oro!”. Y fui a buscar el oro a mi casa, y volví para pesarle seiscientos dinares por un mes de prueba con una adolescente de veinte dinares por noche. Y él llamó a uno de los adolescentes y le dijo: “¡Guía a tu señor!”. Y el adolescente me condujo al *hamman*, donde me cuidó mejor aún que la vez primera, y me hizo pasar en seguida a un pabellón cuya puerta estaba guardada por cuatro pequeños esclavos, quienes, al momento en que nos vieron, corrieron a avisar a su señora. Y se abrió la puerta y yo vi aparecer a una joven cristiana del país de los francos, mucho más bella que la primera, y más ricamente vestida. Y ella me tomó por la mano, sonriéndome, y me introdujo en su cámara, la que me asombró por la riqueza de su decorado y de su tapicería. Y ella me dijo: “¡Bien venido seas, huésped encantador!”».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS DIECINUEVE

Ella dijo:

—«Y luego de haberme servido comidas y bebidas todavía más extraordinarias que la vez primera, como ella poseía una voz muy bella y sabía acompañarse con instrumentos de armonía, quiso exaltarme más todavía que yo lo estaba y, tomando un laúd persa, cantó:

“¡Oh suaves perfumes de la tierra, en dónde se levanta Babilonia, marchad con la brisa a llevar un mensaje a mi bien amada!”.

“¡A lo lejos, en lugares encantados, hasta la que lleva la turbación al alma de los amantes, y los inflama sin otorgarles el don que sosiega los deseos!”.

Y yo, ¡oh mis señores!, pasé todo un mes con esta joven de los francos, y debo confesaros que la encontré infinitamente más experta en movimientos que mi primera amante. Y verdaderamente comprobé que no había pagado a un precio exagerado las delicias que ella me hizo gustar desde el primer día de nuestra treintena. Así fue que, cuando el adolescente vino a buscarme para llevarme al *hamman*, yo no olvidé ir a ver al jeque blanco y hacerle mis cumplimientos respecto a la elección llena de justeza que hacía de sus adolescentes, y le dije: “¡Por Alá, oh jeque, que yo quiero

vivir siempre en tu generosa casa, en dónde hallo la alegría de los ojos, las delicias de los sentidos y el encanto de una sociedad escogida!”. Y el jeque quedó muy satisfecho con mis alabanzas y, para demostrarme su contento me dijo: “Esta noche, ¡oh mi huésped!, esta noche es una fiesta extraordinaria; y solo tienen derecho a participar en esta fiesta los clientes distinguidos de mi casa. Y nosotros la llamamos la noche de las visiones espléndidas. ¡Tú no tienes, pues, sino subir a la terraza y juzgar por tus ojos!”. Y yo di las gracias al anciano y subí a la terraza. La primera cosa que yo percibí, una vez en la terraza, fue una enorme cortina de terciopelo que dividía en dos partes la terraza. Y detrás de esta cortina, sobre un bello tapiz, iluminados por la luna, estaban tendidos uno al lado del otro dos jóvenes hermosos, una joven y su amante, que se enlazaban boca con boca. Y yo, a la vista de la joven y de su sin igual belleza, quedé aturdido y maravillado, y permanecí mucho tiempo mirándola sin respirar, no sabiendo en dónde me encontraba. Pude, al fin, salir de mi inmovilidad y, no pudiendo tener paz hasta saber quién era ella, descendí de la terraza y corrí a buscar a la adolescente con la que acababa de pasar un mes de amor y le conté lo que acababa de ver. Y ella vio el estado en que yo me hallaba y me dijo: “Pero ¿qué necesidad tienes tú de preocuparte por esa joven?”. Yo respondí: “¡Por Alá que ella me arranca la razón y la fe!”. Ella me dijo sonriendo: “Entonces ¿tú deseas poseerla?”. Yo respondí: “¡Ese es el deseo de mi alma, pues ella reina en mi corazón!”. Ella dijo: “Bien, sabe que esta adolescente es la hija misma del jeque Taher Abul-Ola, nuestro señor, y todas nosotras somos esclavas a sus órdenes. ¿Sabes cuánto cuesta una noche pasada con ella?”. Yo respondí: “¿Cómo lo he de saber?”. Ella me dijo: “¡Quinientos dinares de oro! ¡Es un fruto digno de la boca de los reyes!”. Yo respondí: “¡Ualah! Yo estoy dispuesto a gastar toda mi fortuna por poseerla, aunque no sea más que una noche”. Y yo pasé toda esa noche sin conseguir pegar un ojo, pues tanta era mi obsesión. Por ello al día siguiente yo me apresuré a vestirme con ropas más bellas, y, engalanado como un rey, me presenté ante el jeque Taher, su padre, y le dije: “¡Yo deseo a esa cuya noche es de quinientos dinares!”. Y él me dijo: “¡Pesa el oro!”. Y yo le pesé en seguida el precio de treinta noches, en total quince mil dinares. Y él lo tomó y dijo a uno de los mancebos: “Lleva a tu señor hasta tu dueña. Una tal”. Y el mancebo me condujo y me hizo entrar en un departamento que mi ojo jamás viera parecido en belleza y en riqueza sobre la superficie de la tierra. Y vi, sentada negligentemente, con un abanico en la mano, a la adolescente, y de golpe quedé estupefacto de admiración, ¡oh mis honorables huéspedes!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS VEINTE

Ella dijo:

—«Pues ella era verdaderamente como la luna en su decimocuarto día, y solo con la forma en que contestó a mi *salam* acabó de robarme la razón con el tono de su voz, más melodiosa que los acordes del laúd; ¡y en verdad que era bella y en todo su conjunto graciosa y simétrica! Y no cabe duda que a ella se referían los versos del poeta:

¡La bella! Si ella apareciera en medio de los infieles, ellos dejarían por ella sus ídolos y la adorarían como única divinidad.

Si se mostrase sobre el mar toda desnuda, sobre el mar de olas amargas y saladas, con la miel de su boca dulcificaría el agua.

¡Si a algún monje cristiano de occidente se presentase ella en oriente, es seguro que el monje dejaría el occidente y volvería sus miradas al oriente!

Mas yo, habiéndola visto en la oscuridad que iluminaban sus ojos, me dije: “¡Oh noche! ¿Qué veo?

”¿Es una ligera aparición que me ofuscas, o bien una virgen intacta que reclama un copulador?”.

Y yo la vi, ante estas palabras, ocultar con su mano la flor de su centro, y decirme, lanzando tristes y dolorosos suspiros:

“Lo mismo que los bellos dientes no parecen bien bellos sino cuando son frotados por el tallo aromático, así el *zib* es a las hermosas vulvas lo que el tallo frotador es a los dientes jóvenes.

”¡Oh musulmanes, ayudadme! ¿No hay entre vosotros un potente *zib* que sepa tenerse tieso?”.

Entonces sentí palpar mi *zib* en sus junturas y levantar mi túnica para adquirir una triunfante elevación. Y en su lenguaje dije a la bella: “¡Aquí está! ¡Aquí está!”.

Y levanté sus velos. Pero ella tuvo miedo y me dijo: “¿Quién eres tú?”. Yo respondí: “¡Un enamorado cuyo *zib* viene a responder a tu llamamiento!”. Y, sin más tardar, la asalté, y mi *zib*, grueso como un brazo, se movía gentilmente entre sus muslos.

A tal punto que, cuando acababa de colocar el tercer clavo ella me dijo: “¡Más profundo, oh atrevido, más profundo el sondeo!”. Y yo respondí: “¡Más profundo, oh mi señora, más profundo! ¡Ya está!”.

Yo le deseé la paz y ella me devolvió mi deseo, lanzándome miradas de una languidez acerada, y me dijo: “¡Amistad, comodidad y generosidad para el huésped!”. Y ella me cogió la mano, ¡oh mis señores!, y me hizo sentar cerca de ella; y jóvenes de bellos senos entraron y nos sirvieron, en bandejas, los refrescos de

bienvenida y frutas exquisitas, conservas de elección, y un vino delicioso como solo se bebe en el palacio de los reyes; y nos ofrecieron rosas y jazmines, en tanto que en torno nuestro los arbustos olorosos y los áloes que ardían en pebeteros de oro exhalaban sus suaves perfumes. A continuación, una de las esclavas le trajo un estuche de satén, del que ella sacó un laúd de marfil, el que concertó, T cantó estos versos:

“Solo bebo el vino de la mano de un tierno mancebo; pues si el vino procura la embriaguez, el mancebo hace mejor el vino.

”Pues el vino no procura delicias a aquel que lo bebe, a menos que el escanciador posea mejillas en las que brillen rosas puras, cándidas y frescas”.

En cuanto a mí, ¡huéspedes míos!, después de estos preludios, me enardecí, y mi mano se hizo audaz, y mis ojos y mis labios la devoraban; y le hallé cualidades tan extraordinarias de saber y de belleza, que no solamente pasé con ella el mes ya pagado, sino que continué pagando al anciano blanco, su padre, un mes tras otro, y así durante un largo espacio de tiempo, hasta que a causa de estos dispendios tan considerables, quedé sin un solo dinar de todas las riquezas que yo había llevado conmigo del país de Omán, mi patria. Y entonces, pensando que iba muy pronto a ser forzado a separarme de ella, no pude impedir que las lágrimas corrieran a ríos por mis mejillas, y no supe distinguir el día de la noche».

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer el alba y, discreta como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS VEINTIUNA

Ella dijo:

—«Y ella, viéndome así todo lágrimas, me dijo: “¿Por qué lloras?”. Yo dije: “¡Oh dueña mía!, porque ya no tengo dinero, y el poeta ha dicho:

¡La penuria nos hace extranjeros en nuestras propias moradas, y el dinero nos da una patria en el extranjero!

Y yo, ¡oh luz de mis ojos!, lloro por el temor de verme separado de ti por tu padre”. Ella me dijo: “Sabe, pues, que cuando un cliente de la casa se ha arruinado en ella, mi padre tiene costumbre de darle hospitalidad durante tres días con toda la largueza deseable y sin privarle de ninguno de los alicientes acostumbrados; luego de

lo cual le ruega que se marche y que no vuelva a presentarse en la casa. En cuanto a ti, querido mío, como en mi corazón hay para ti un gran amor, no tengas ningún temor a este respecto, pues voy a hallar el medio de conservarte aquí todo el tiempo que tú quieras, ¡*Inschallah!* En efecto, yo tengo en mis propias manos toda mi fortuna personal, y mi padre ignora toda su inmensidad. Así, yo te daré todos los días un saco con quinientos dinares, precio de una noche; y se lo entregarás a mi padre diciéndole: ‘En adelante, te pagaré las veladas día por día’. Y mi padre, viéndote solvente, aceptará esa condición; y, según su costumbre, vendrá a entregarme esa suma que me es debida; y yo te la daré de nuevo, a fin de que le pagues una nueva noche; y así será todo el tiempo que Alá quiera y que tú no te canses de mí”. Entonces yo, ¡oh huéspedes míos!, en mi alegría me sentí ligero como los pájaros, y le di las gracias besándole la mano; luego permanecí con ella, en este nuevo estado de cosas, por espacio de un año, como el gallo en el gallinero. Ahora bien; la suerte nefasta quiso que mi bien amada, en un acceso de cólera, se enfrentara con una de sus esclavas y la golpease dolorosamente; y la esclava gritó: “¡Por Alá que te dañaré el corazón como tú me has dañado!”. Y al instante corrió a buscar al padre de mi amiga, y le reveló todo el asunto desde el comienzo hasta el fin. Cuando el anciano Taher Abul-Ola oyó el discurso de la esclava, dio un salto y corrió a buscarme cuando yo, ignorando aún lo que ocurría, estaba al lado de mi amiga, en disposición de entregarme a diversos juegos de primera calidad; y él me gritó: “¡Oh! ¡Un tal!”. Yo respondí: “¡A tus órdenes, oh mi tío!”. Él me dijo: “Nuestra costumbre aquí cuando un cliente se arruina, es albergar a este cliente, no privándole de nada durante tres días. ¡Pero tú hace ya un año que por fraude usas de nuestra hospitalidad, comiendo, bebiendo y cohabitando a tu placer!”. Luego se volvió hacia sus esclavos y les gritó: “¡Echad de aquí a este hijo de marrano!”. Y ellos se apoderaron de mí y me arrojaron todo en cueros hasta la puerta, poniéndome en la mano diez monedas pequeñas de plata y dándome un viejo gabán remendado y colgando de flecos, para cubrir mi desnudez. Y el jeque blanco me dijo: “¡Vete, que no quiero apalearte ni insultarte! ¡Pero apresúrate a desaparecer, pues si tienes la desgracia de continuar en Bagdad, nuestra ciudad, tu sangre correrá sobre tu cabeza!”. Entonces yo, ¡oh mis huéspedes!, fui obligado a salir, sin saber adónde dirigirme en esa ciudad que apenas conocía, aunque la habitara desde hacía quince meses. Y yo sentí abatirse pesadamente sobre mi corazón todas las calamidades del mundo, y sobre mi alma la desesperación, la tristeza y las preocupaciones. Y me dije: “¿Cómo yo, que vine aquí a través de los mares, portador de mil millares de dinares de oro, aparte el precio de la venta de mis treinta navíos, he podido gastar toda esta fortuna en la casa de ese calamitoso anciano ennegrecido, para salir ahora completamente desnudo, el corazón roto y el alma humillada? ¡Pero solo existen los recursos y el poderío en Alá!”. Y estando sumido en estos aflictivos pensamientos, me vi ante las orillas del Tigris, frente a un navío que iba a descender a Bassra. Y me embarqué a bordo de ese navío, ofreciendo mis servicios como marinero al capitán, a fin de pagar mi pasaje. Y de ese modo llegué a Bassra».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS VEINTIDÓS

Ella dijo:

—«Allí me dirigí, sin tardar, al zoco, pues el hambre me torturaba y yo fui observado por un tendero que se arrojó vivamente sobre mi cuello abrazándome, y se me dio a conocer como un antiguo amigo de mi padre; luego me preguntó por mi estado. Y yo le conté, sin omitir detalle, todo cuanto me había sucedido. Y él me dijo: “¡Ualah, esos no son actos de hombre sensato! Pero ahora que lo pasado está pasado, ¿qué piensas tú hacer?”. Yo respondí: “¡No lo sé!”. Él me dijo: “¿Quieres aceptar el quedarte conmigo? Y puesto que conoces la escritura, ¿quieres anotar las entradas y salidas de mis artículos, y percibir como salario por día un dracma de plata, aparte tu comida y bebida?”. Y yo acepté y le di las gracias y permanecí con él bastante tiempo hasta ahorrar la suma de cien dinares. Entonces yo alquilé por mi cuenta un local pequeño, a la orilla del mar, a fin de aguardar la arribada de algún navío cargado de mercancías de lejos, o para comprar con mi dinero con qué formar un cargamento propio para venderlo en Bagdad, adonde yo quería volver, con la esperanza de hallar la ocasión de volver a ver a mi amiga. Ahora bien, la suerte quiso que un día llegase un buque de lejos cargado con las mercancías que yo esperaba; y yo, mezclado a los otros mercaderes, me dirigí al barco y subí a bordo. Y he aquí que del fondo del navío salieron dos hombres que tomaron asiento e instalaron ante nosotros sus mercancías. ¡Y qué mercancías! ¡Y qué deslumbramiento de los ojos! Solo vimos allí joyas, perlas, corales, rubíes, ágatas, jacintos y pedrerías de todos los colores. Y entonces uno de los hombres se dirigió hacia los mercaderes de tierra y les dijo: “¡Oh compañía de mercaderes!, todo esto no es para ser vendido hoy, pues yo estoy todavía fatigado de la mar; no las he colocado sino para daros una idea de lo que será la venta de mañana”. Pero los mercaderes le apremiaron de tal modo que aceptó el dar comienzo a la venta inmediatamente, y el pregonero se puso a anunciar la venta de las pedrerías, suma sobre suma, hasta que el primer saquito de pedrerías alcanzó el precio de cuatrocientos dinares. En este momento, el poseedor del saco, que me había conocido en otro tiempo en mi país cuando mi padre estaba a la cabeza del comercio de Omán, se volvió a mí y me preguntó: “¿Por qué estás callado y no aumentas el precio como los otros mercaderes?”. Yo respondí: “¡Por Alá, oh mi señor, que no me quedan más bienes en el mundo que la suma de cien dinares!”. Y quedé muy confuso al decir estas palabras, y las lágrimas cayeron de mis ojos. Al ver esto, el propietario

del saco dio una palmada y exclamó lleno de sorpresa: “¡Oh omaní!, ¿cómo de una fortuna tan inmensa no quedan sino cien dinares?”. Y él me miró en seguida con conmiseración y compartió mis penas; luego se volvió de repente hacia los mercaderes y les dijo: “Sed testigos de que yo vendo a este joven, por la suma de cien dinares, un saco con todo lo que contiene de gemas, metales y objetos preciosos, aunque yo sé su valor real que monta a más de mil dinares. ¡Es un regalo que yo le hago a él!”. Y los mercaderes, estupefactos, testimoniaron lo que veían y escuchaban; y el mercader me entregó el saco con todo lo que contenía, y aún me hizo el regalo del tapiz y de la silla sobre la que estaba sentado. Yo le di las gracias por su generosidad; y bajé a tierra y me dirigí hacia el zoco de los joyeros. Allí alquilé una tienda y me puse a vender y a comprar y a conseguir todos los días una ganancia bastante aceptable. Sucedió que, entre los objetos preciosos encerrados en el saco, se hallaba un trozo de concha roja, de un rojo subido que, a juzgar por los caracteres talismánicos grabados sobre sus dos caras, bajo la forma de patas de hormigas, debía de ser algún amuleto formado por algún maestro muy versado en el arte de los amuletos. Pesaba una media libra, pero yo ignoraba el uso especial y el precio. De modo que lo hice anunciar varias veces en el zoco, pero no se ofreció al subastador sino diez o quince dracmas. Y yo, no queriendo, en previsión de una ocasión propicia, cederlo a un precio tan módico, dejé este pedazo de concha en un rincón de mi tienda, en donde quedó un año...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS VEINTITRÉS

Ella dijo:

—«Aconteció que un día en que me hallaba sentado en mi tienda vi entrar a un extranjero que me deseó la paz y que, divisando el trozo de concha, a pesar del polvo de que estaba recubierto, gritó: “¡Loado sea Alá! ¡Al fin encuentro lo que yo buscaba!”. Y tomó el trozo de concha y lo llevó a sus labios y a su frente y me dijo: “¡Oh mi señor!, ¿quieres venderme esto?”. Yo respondí: “¡Ya lo creo!”. Él preguntó: “¿Cuál es el precio?”. Yo dije: “¿Cuánto ofreces tú?”. Él respondió: “¡Veinte dinares de oro!”. Y al oírle, yo creí, tan considerable era la cantidad, que el extranjero se mofaba de mí; y le dije con tono muy desagradable: “¡Vete por tu camino!”. Entonces él creyó que yo encontraba módica la suma, y me dijo: “¡Yo ofrezco cincuenta dinares!”. Pero yo, cada vez más convencido de que se reía de mí, no solamente no quise contestarle, sino que no le miraba e incluso daba la sensación de que no tenía en

cuenta su presencia, a fin de que se marchara. Entonces él me dijo: “¡Mil dinares!”. ¡Todo esto! Y yo, ¡oh huéspedes míos!, no respondía; y él sonreía de mi silencio, colmado de furor concentrado, y me dijo: “¿Por qué no quieres contestarme?”. Y yo acabé por seguirle diciendo: “¡Vete por tu camino!”. Entonces se puso a aumentar mil dinares sobre mil dinares, hasta que me ofreció veinte mil dinares. ¡Y yo no respondía! ¡Todo esto! Y los viandantes y los vecinos, atraídos por esta extraña venta, se agolpaban a nuestro derredor en la tienda y en la calle, y murmuraban muy alto contra mí haciendo comentarios desfavorables para mí, diciendo: “¡Es preciso que no le permitamos solicitar más por este despreciable trozo de concha!”. Y otros decían: “¡Ualah la cabeza dura y los ojos vacíos! ¡Si no le cede el pedazo de concha, le arrojaremos de la ciudad!”. ¡Todo esto! Y yo no sabía aún qué es lo que se me quería. De modo que para terminar pregunté al extranjero: “¿Quieres al fin decirme si verdaderamente compras o tú te mofas?”. Él respondió: “¿Y tú quieres verdaderamente vender o mofarte?”. Yo dije: “¡Vender!”. Y él dijo: “Entonces te ofrezco, como último precio, treinta mil dinares. ¡Y acabemos la venta y la compra!”. Y yo entonces me volví hacia los asistentes y les dije: “¡Quiero tomaros como testigos de esta venta! Pero antes quiero saber del comprador lo que quiere hacer de este trozo de concha”. Él respondió: “¡Terminemos antes la venta, y a continuación te diré las virtudes y la utilidad de esta cosa!”. Yo respondí: “¡Yo te la vendo!”. Él dijo: “¡Alá es testigo de esto que decimos!”. Y sacó un costal de oro y me pesó treinta mil dinares, tomó el amuleto, lo puso en su bolsillo y lanzando un gran suspiro me dijo: “¿Entonces está bien vendido y concluido?”. Yo contesté: “¡Está vendido y concluido!”. Y se volvió hacia los asistentes y les dijo: “¡Sed testigos de que me ha vendido el amuleto y ha tomado el precio convenido de treinta mil dinares!”. Y hecho esto, se volvió hacia mí y, con un tono de conmiseración y de suma ironía me dijo: “¡Oh pobre, por Alá! Si tú hubieras sabido mantener en tu mano esta venta retardándola aún, yo te hubiera pagado, como precio de este amuleto, no treinta mil ni cien mil dinares, sino mil millares de dinares, y aún más”. Y yo, ¡oh mis huéspedes!, al escuchar estas palabras y verme frustrado de esa suma fabulosa, a causa de mi falta de olfato, sentí que se operaba un gran trastorno en mi interior, y una revulsión repentina de mi cuerpo hizo descender la sangre de mi rostro y subir en su lugar este color amarillo que yo he conservado después y que tanto llamó vuestra atención esta noche, ¡oh mis huéspedes! Quedé atontado un momento; luego, le dije al extranjero: “¿Puedes decirme ahora las virtudes y la utilidad de este pedazo de concha?”. Y el extranjero me respondió: “Sabe que el rey de la India tiene una hija querida que no tiene par en belleza en la superficie de la tierra; pero está sujeta a violentos dolores de cabeza. Por ello el rey su padre con objeto de hallar recursos y medicamentos capaces de aliviarla, hizo reunir a los mayores escribas de su reino y a los hombres de ciencia y a los adivinos; pero ninguno de ellos logró quitar de su cabeza los dolores que la torturaban”».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se

calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS VEINTICUATRO

Ella dijo:

—«Entonces yo, que estaba presente en la reunión, dije al rey: “¡Oh rey, yo conozco un hombre llamado Saadalah el Babilonio, que no tiene quien le iguale ni superior en el conocimiento de tales remedios en la superficie de la tierra! ¡Si consideras oportuno enviarme a él, hazlo!”. El rey me contestó: “¡Ve hasta él!”. Yo dije: “¡Dame mil millares de dinares y un trozo de concha roja, de un rojo subido! ¡Y además un regalo!”. Y el rey me dio cuanto le pedí y partí de la India hacia el país de Babilonia. Y yo me informé del sabio Saadalah, y se me guio hasta él; y yo me presenté a él y le entregué los mil dinares y el regalo del rey; luego le entregué el pedazo de concha, y, luego de haberle dado cuenta del objeto de mi misión, le rogué que me preparara un amuleto soberano contra los males de cabeza. Y el sabio de Babilonia empleó siete meses completos en consultar a los astros, y terminó, al cabo de los mismos, por elegir un día fasto para trazar sobre el pedazo de concha estos caracteres talismánicos llenos de misterio, que tú ves a ambos lados de este amuleto que me has vendido. Y yo tomé este amuleto y regresé junto al rey de la India, al que lo entregué. Él entró en la cámara de su querida hija y la halló, según las instrucciones dadas, siempre encadenada mediante cuatro cadenas sujetas a los cuatro ángulos de la cámara, y esto a fin de que no pudiera, en sus crisis de dolor, matarse arrojándose por la ventana. Y desde que él colocó el amuleto sobre la frente de su hija, se encontró curada al instante. Al ver esto el rey, se regocijó al limite del regocijo y me colmó de ricos presentes y me adscribió a su persona entre sus íntimos. Y la hija del rey, curada de ese modo tan milagrosamente, puso el amuleto en su collar, y no se lo quitó más. Pero un día la princesa, hallándose de paseo en una barca, jugaba con sus compañeras y una de ellas, en un movimiento desdichado, rompió el hilo del collar, e hizo caer el amuleto al agua. Y el amuleto desapareció. Y en el mismo momento volvió a entrar en ella la posesión, y ella fue de nuevo poseída por el terrible poseedor, que le dio males de cabeza de una violencia tal que le extravió la razón. Al saberlo el rey, tuvo indescriptible pesar; y me llamó y me encargó una nueva misión cerca del jeque Saadalah el Babilonio, para que hiciera otro amuleto. Y yo partí. Pero, al llegar a Babilonia, supe que el jeque Saadalah había fallecido. Y desde entonces, acompañado de diez personas para ayudarme en mis investigaciones, recorrí todos los países de la tierra con objeto de encontrar en alguna tienda de mercader, o en un vendedor o viandante, un amuleto de esos amuletos que

sabía dotar de virtudes curativas y exorcizantes solo el jeque Saadallah el Babilonio. Y la suerte ha querido ponerte en mi camino, y hacerme encontrar y comprar en tu tienda este objeto que yo desesperaba ya de no volverlo a encontrar jamás. Luego, ¡oh huéspedes míos!, el extranjero, acabada de contar esta historia, ajustó su cinturón y se marchó. Y tal es, según os lo he dicho, la causa del color amarillo de mi rostro. Y yo realicé en dinero todo cuanto poseía, vendiendo mi tienda, y, rico ya, partí a toda prisa para Bagdad, y en cuanto llegué corrí al palacio del anciano blanco, padre de mi bien amada. Pues, desde mi separación de ella, llenaba día y noche mis pensamientos; y volverla a ver era el objetivo de mis deseos y de mi vida. Y la ausencia no había hecho sino atizar los fuegos de mi alma y exaltar mi espíritu. Yo me informé, pues, de ella por el mancebo que guardaba la puerta de entrada. Y el mancebo me dijo que levantase la vista y mirara. Y yo vi que la casa caía en ruinas, que la ventana en donde de ordinario se situaba mi bien amada estaba arrancada, y que un aire de tristeza y de profunda desolación reinaba en la vivienda. Entonces asomaron las lágrimas a mis ojos y dije al pequeño esclavo: “¿Qué ha hecho Alá al jeque Taher oh mi hermano?”. Él me respondió: “La alegría ha abandonado la casa y la desgracia se ha abatido sobre nosotros desde que nos abandonó un joven del país de Omán, llamado Abul-Hassan Al-Omaní. Este joven mercader había permanecido un año con la hija del jeque Taher, pero como, al cabo de ese tiempo, él no tuvo más dinero, el jeque, nuestro amo lo echó de la casa”».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS VEINTICINCO

Ella dijo:

—“... Pero nuestra señora, la adolescente que la amaba con un gran amor, quedó tan trastornada con esta partida, que cayó enferma de una enfermedad tan grave que la puso a la muerte. Entonces nuestro señor, el jeque Taher, se arrepintió de lo que había hecho, viendo la mortal languidez en que se hallaba su hija; y despachó correos en todas las direcciones y a todos los países, a fin de encontrar al joven Abul-Hassan, y prometió cien mil dinares de premio al que lo condujera. Pero hasta el presente han resultado vanos todos los esfuerzos de los pesquisadores, pues ninguno ha conseguido situarse sobre sus huellas o saber noticias suyas. ¡De modo que la adolescente, hija del jeque, está ahora a punto de lanzar su último suspiro!”. Entonces yo, desgarrado de dolor, pregunté al mozo: “Y el jeque Taher ¿qué tal se encuentra?”. Él respondió: “De resultas de todo esto, tiene tal pesar y tal decaimiento, que ha vendido las

adolescentes y los mancebos, y se arrepiente amargamente ante Alá el altísimo”. Entonces yo dije al joven esclavo: “¿Quieres que yo te indique en dónde se halla Abul-Hassan Al-Omaní? ¿Qué dirías tú?”. Él respondió: “Por Alá sobre ti, ¡oh hermano mío, dímelo! ¡Y tú habrás sacado de la pobreza a tu esclavo y a los padres de tu esclavo!”. Entonces yo le dije: “Ve, pues, a buscar a tu señor, el jeque Taher y dile: ‘¡Tú me debes la recompensa prometida, por la buena nueva! ¡Pues a la puerta de tu casa se encuentra, en persona, Abul-Hassan Al-Omaní!’”. Al oír estas palabras, el joven esclavo voló con la rapidez del macho escapado del molino; y en un abrir y cerrar de ojos volvió acompañado del jeque Taher, padre de su amiga. ¡Cómo había cambiado! ¿Qué fue de su tez tan fresca en otro tiempo y tan joven a pesar de los años? ¡En dos años había envejecido más que en veinte! Sin embargo, me reconoció al instante, y se arrojó a mi cuello y se puso a abrazarme llorando, y me dijo: “¡Oh mi señor! ¿En dónde estuviste durante esta larga ausencia? Por causa tuya mi hija está próxima a la tumba. ¡Ven! ¡Entra conmigo a tu casa!”. Y me hizo entrar y comenzó por arrodillarse en el suelo para dar gracias a Alá que había permitido nuestra reunión; y se apresuró a entregar al esclavo la recompensa prometida de cien mil dinares. Y el joven esclavo se retiró recabando para mí las bendiciones. Después de esto, el jeque Taher entró primero solo en donde estaba su hija para anunciarle, sin brusquedad, mi llegada. Y le dijo: “¡Oh hija mía, te anuncio la buena nueva! Si quieres consentir el probar un bocado e ir a tomar un baño al *hamman*, yo te haré que vuelvas a ver hoy mismo a Abul-Hassan”. Ella gritó: “¡Oh padre! ¿Es verdad lo que dices?”. Él respondió: “¡Por Alá el muy glorioso que cuanto te digo es cierto!”. Entonces ella gritó: “¡*Ualah!* ¡Si yo veo su rostro, no tendré ya necesidad de comer o de beber!”. Entonces el anciano se volvió hacia la puerta, detrás de la cual estaba yo, y me gritó: “¡Entra ya, Abul-Hassan!”. Y yo entré. Al momento en que me vio y reconoció, ¡oh mis huéspedes!, ella cayó desmayada y pasó mucho tiempo antes que recobrara sus sentidos. Ella pudo al fin levantarse y, entre lágrimas de alegría y risas, nos arrojamos en los brazos el uno del otro, y permanecimos buen tiempo abrazados, al límite de la emoción y de la felicidad. Y cuando pudimos darnos cuenta de lo que a nuestro alrededor pasaba, vimos en medio de la sala de recepción al cadí y a los testigos, a los que el jeque había convocado a toda prisa, y que al momento redactaron nuestro contrato de matrimonio. Y se celebraron nuestras bodas con inaudito despliegue de fausto, en medio de regocijos que duraron treinta días y treinta noches. Y desde ese tiempo, ¡oh mis huéspedes!, la hija del jeque Taher es mi querida esposa. Y es a ella a la que habéis oído cantar esos aires melancólicos que le agradan, recordándole las horas dolorosas de la separación nuestra y le hacen sentir mejor la perfecta felicidad con que vemos correr los días de nuestra unión, bendecida por el nacimiento de un hijo tan bello como su madre. ¡Y que es este mismo que yo voy a presentaros, oh mis huéspedes!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS VEINTISÉIS

Ella dijo:

—Y diciendo esto, Abul-Hassan, el joven amarillo, salió un instante y volvió teniendo por la mano a un niño de diez años, bello como la luna en su decimocuarto día. Y él le dijo: «¡Desea la paz a nuestros huéspedes!». Y el niño cumplió el mandato con exquisita gracia. Y el califa y todos sus acompañantes quedaron encantados en extremo tanto de su belleza, de su gracia y de su gentileza, como de la extraordinaria historia de su padre. Y, después de haber dado el adiós a su anfitrión, salieron maravillados de lo que acababan de ver y de escuchar. Y al día siguiente por la mañana, el califa Harún Al-Raschid, que no había cesado de pensar en esa historia, llamó a Massrur y le dijo: «¡Oh Massrur!». Este respondió: «¡A tus órdenes, oh mi señor!». Él dijo: «Tú vas a reunir inmediatamente en esta sala todo el tributo anual en oro que hemos percibido de Bagdad, todo el tributo de Bassra y todo el tributo de Khorasán». Y Massrur, inmediatamente, hizo llevar ante el califa y apilar en la sala los tributos en oro de las tres grandes provincias del imperio, que montaban una cantidad que solo Alá podía determinar. Entonces el califa dijo a Giafar: «¡Oh Giafar!». Este respondió: «¡Yo estoy aquí, oh emir de los creyentes!». Este ordenó: «¡Ve aprisa a buscar a Abul-Hassan Al-Omaní!». Este respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Y él fue al momento a buscarle, y le llevó todo tembloroso ante el califa, entre las manos del cual abrazó la tierra y se mantuvo con los ojos bajos en la ignorancia del delito que él había podido cometer o de la causa que necesitaba su presencia. Entonces el califa le dijo: «¡Oh Abul-Hassan!, ¿sabes tú los nombres de los mercaderes que fueron tus huéspedes ayer a la noche?». Él respondió: «¡No por Alá, oh emir de los creyentes!». El califa se volvió entonces hacia Massrur y le dijo: «¡Levanta la cobertura que oculta ese montón de oro!». Y habiendo sido levantada la cobertura, el califa dijo al joven: «¿Y puedes tú al menos decirme si estas riquezas son más considerables o no que aquellas de que fuistes privado por tu venta prematura del trozo de concha?». Y Abul-Hassan, estupefacto al ver al califa al corriente de esta historia, murmuró abriendo los ojos dilatados: «¡Ualah, oh mi señor, estas riquezas son infinitamente más considerables!». Y el califa le dijo: «Sabe que tus huéspedes de ayer noche eran el quinto de los Bani-Abbas y sus visires y sus compañeros y que todo este oro reunido es de tu propiedad, en regalo, por mi parte, para indemnizarte de lo que has perdido en la venta del pedazo de concha talismánica». Escuchando estas palabras, Abul-Hassan tuvo tal emoción, que una nueva revolución trastornó su interior, y el color amarillo descendió de su rostro para ser reemplazado al instante por la sangre roja que afluyó y le devolvió su antigua tez

blanca y rosa, resplandeciendo como la luna durante la noche de su plenitud. Y el califa, habiendo hecho traer un espejo, lo situó delante del rostro de Abul-Hassan, quien cayó de rodillas para dar gracias al liberador. Y el califa, luego de haber hecho transportar a la vivienda de Abul-Hassán todo el oro hacinado, le invitó a venir con frecuencia a hacerle compañía entre sus íntimos acompañantes, y exclamó: «¡No hay más dios que Alá! ¡Gloria a aquel que puede operar cambio sobre cambio, y que siempre permanece incambiable e inmutable!». Y tal es, ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada—, la historia del joven amarillo. Pero ciertamente que ella no puede ser comparada con la *Historia de Flor de Granada y de Sonrisa de Luna*. Y el rey Schahriar exclamó:

—¡Oh Schehrazada, yo no dudo de tus palabras! ¡Apresúrate a contarme la historia de Flor de Granada y de Sonrisa de Luna, pues yo no la conozco!

HISTORIA DE FLOR DE GRANADA Y DE SONRISA DE LUNA

—Recuerdo, ¡oh rey afortunado!, que había en la antigüedad de las edades y los años y los días de lo remoto, en el país de los anamitas, un rey llamado Schahraman, que residía en el Khorasán. Y este rey tenía cien concubinas, todas afligidas de esterilidad, pues ninguna de ellas había podido concebir un hijo ni aun del sexo femenino. Sucedió que un día, cuando se hallaba sentado entre sus visires, sus emires y los grandes del reino en la sala de recepción, y con ellos conversaba no de complicados negocios de estado, sino de poesía, de ciencia, de historia y de medicina, y, en general, de todo cuanto podía hacerle olvidar la tristeza de su soledad sin descendencia y su dolor de no poder dejar a sus descendientes el trono que le habían legado su padre y sus antepasados, entró en la sala un joven mameluco que le dijo: «¡Oh mi señor, a la puerta hay, con un mercader, una esclava joven y tal que jamás ha visto el ojo cosa más bella!». Y el rey dijo: «¡Que me traigan al mercader y a la esclava!». Y el mameluco se apresuro a introducir al mercader y a su bella esclava. Al verla entrar, el rey la comparó en su alma a una fina lanza de un solo tiro; y como ella llevaba un velo de seda azul rayada de oro que le envolvía la cabeza y le cubría la cara el mercader se lo quitó; y al instante quedó la sala iluminada con su belleza, y su cabellera se desplomó sobre su espalda en siete trenzas compactas que tocaron a las ajorcas de sus tobillos: tales las crines espléndidas que barrían el suelo bajo la grupa de una yegua de noble raza. Y ella era regia y maravillosamente moldeada, y desafiaba en flexibilidad ondulante al tallo delicado del árbol *ban*. Sus ojos, negros y grandes, estaban cargados de fuegos destinados a aniquilar los corazones; y su sola contemplación podía curar a los enfermos y los enfermizos. En cuanto a su grupa bendita, hito de los deseos y de los anhelos, era en verdad tan fastuosa, que el mismo mercader no había podido encontrar un velo lo bastante grande para envolverla.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS VEINTISIETE

Ella dijo:

—Así fue que el rey quedó maravillado de todo esto al límite del asombro; y preguntó al mercader: «¡Oh jeque!, ¿qué pides por esta esclava?». Él respondió: «¡Oh mi señor!, yo la he comprado a su primer amo por dos mil dinares; pero luego he viajado con ella durante tres años basta llegar aquí, y durante ellos he gastado con ella otros tres mil dinares, de modo que no es una venta lo que vengo a proponerte, sino un regalo que te ofrezco, de mí para ti». Y el rey quedó encantado del lenguaje del mercader y lo vistió con un espléndido traje de honor e hizo que le dieran diez mil dinares de oro. Y el mercader besó la mano del rey, le dio las gracias por su bondad y su munificencia, y se marchó por su camino. Entonces el rey dijo a los intendentes y a las mujeres de palacio: «Llevala al *hamman* y cuidadla y, luego de haber hecho desaparecer de ella las huellas del viaje, no omitáis el ungirle con nardo y perfumes, y de darle como aposento el pabellón cuyas ventanas miran al mar». Y al momento fueron cumplimentadas las órdenes del rey. Ahora bien, la ciudad capital en donde reinaba el rey Schahraman se hallaba, en efecto, situada a la orilla del mar, y su nombre era Villa Blanca. Y por ello, las mujeres de palacio pudieron llevar, después del baño, a la adolescente extranjera al pabellón que miraba al mar. Entonces el rey, que solo esperaba este momento, entró en donde ella estaba. Pero quedó muy sorprendido al ver que ella no se levantaba en su honor y no hacía ningún caso, como si él no se encontrase allí. Y pensó para sí: «¡Ella ha debido de ser educada por gentes que no le han enseñado las buenas maneras!». Y la miró mejor, y no siguió pensando en su carencia de cortesía, tanto era lo encantado que estaba con su rostro que era un anillo lunar, una salida del sol en un cielo sereno. Y él dijo: «¡Gloria a Alá que ha creado la belleza para los ojos de sus servidores!». Luego se sentó cerca de la adolescente y la estrechó tiernamente sobre su pecho. A continuación la puso sobre sus rodillas y la besó en los labios, saboreó su saliva que encontró más dulce que la miel. Pero ella no decía una palabra y se dejaba hacer sin oponer resistencia ni mostrar inquietud. Y el rey hizo servir en la cámara un magnífico banquete, y él mismo se puso a darle de comer, y a llevarle los bocados a los labios. Y entre tanto, le preguntaba dulcemente sobre su nombre y su país, pero ella permanecía silenciosa, sin pronunciar una palabra y sin levantar la cabeza para mirar al rey, quien la hallaba tan bella, que no podía resolverse a mostrarse colérico con ella. Y pensó: «¡Acaso sea muda! ¡Pero es imposible que el creador haya formado semejante belleza para privarle de la palabra! ¡Sería una imperfección indigna de los dedos del creador!». Luego llamó a las sirvientes para que dieran agua a las manos; y aprovechó la ocasión

de que le presentaran la jarra y la jofaina para preguntarles en voz baja: «Mientras le prodigasteis vuestros cuidados, ¿le oísteis hablar?». Ellas respondieron: «Todo lo que nosotras podemos decir al rey es que durante todo el tiempo que estuvimos a su lado para servirla, bañarla, perfumada, peinarla y vestirla, jamás la hemos visto mover los labios para decirnos: “¡Esto está bien! ¡Esto no está bien!”». Y no sabemos si es desprecio hacia nosotras, o ignorancia de nuestra lengua o mutismo, pero no hemos logrado hacerle proferir una sola palabra de gracias o de vituperio». Con este discurso de las esclavas y de las matronas, el rey alcanzó el límite del asombro, y, pensando que este mutismo era debido a algún pesar íntimo, quiso intentar distraerla. Con este propósito, hizo reunir en el pabellón a todas las damas del palacio y a todas las favoritas, a fin de que se divirtiese y jugara con ellas; y las que sabían tocar instrumentos de armonía tocaron, en tanto que las otras cantaban, danzaban o hacían las dos cosas a la vez. Y todo el mundo estaba gozoso, excepto la adolescente que continuó inmóvil en su sitio, cabeza baja y brazos cruzados, sin reír o hablar. Al ver esto, el rey sintió oprimirse su pecho y ordenó a las mujeres que se retiraran. Así, después de haber intentado todavía, pero en vano, sacarle una respuesta o una palabra, él se aproximó a ella y se puso a desnudarla...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS VEINTIOCHO

Ella dijo:

—Comenzó por quitarle delicadamente los velos ligeros que la envolvían; luego, uno tras otro, los siete vestidos de colores y de telas diferentes que la cubrían, y en fin la camisa y el amplio calzón de pasamanería en seda verde. Y debajo de ellos, él vio su cuerpo resaltante de blancor y su carne de pureza y de virgen plateada. Y la amó con un gran amor y, levantándose, tomó su virginidad, y la halló intacta e imperforada. Y se regocijó y se deleitó en extremo; y pensó: «¡Por Alá que es una cosa prodigiosa el que los diversos mercaderes hayan dejado intacta la virginidad de una joven tan bella y tan deseable!». Y el rey se aficionó de tal modo a su nueva esclava, que dejó por ella a todas las demás mujeres de palacio y a las favoritas y los asuntos del reino, y se encerró con ella un año entero, sin cansarse un momento de las nuevas delicias que a diario descubría. Pero, con todo esto, no había logrado arrancarle una palabra o un asentimiento, ni a interesarla en lo que con ella hacía y en derredor de ella. ¡Todo esto! Y él no sabía cómo interpretar este silencio y este mutismo. Y no esperó ya llegar a desatarle la lengua y a conversar con ella. Sucedió

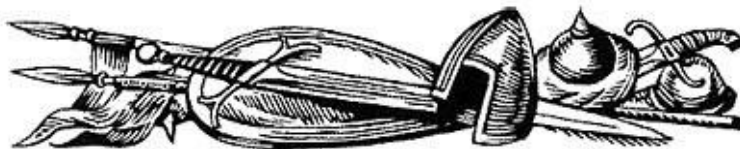
que uno de tantos días, estaba el rey, según su costumbre, sentado cerca de la bella e insensible esclava, y era más violento que nunca su amor por ella, cuando le dijo: «¡Oh deseo de las almas, oh corazón de mi corazón, oh luz de mis ojos! ¿No sabes, pues, el amor que yo siento por ti, y que he dejado por tu belleza a mis favoritas, a mis concubinas y mis negocios de estado, y que lo he hecho con gusto y, además, estoy muy lejos de arrepentirme? ¿No sabes tú que te he guardado para mi único placer, entre todos los bienes de este mundo? Y tenemos que durante más de un año yo dilato la paciencia de mi alma respecto a la causa de este mutismo y de esta insensibilidad que no alcanzo a adivinar. Si eres verdaderamente muda, házmelo comprender al menos, por señas, a fin de que yo abandone toda esperanza de oírte jamás, ¡oh mi bien amada! Si no, que pueda Alá tocar tu corazón y, en su bondad, inspirarte para que dejes ese silencio que yo no merezco. Y si este consuelo debe serme negado para siempre, haga Alá que tú quedes preñada de mí y me des un hijo querido que pueda sucederme en el trono que me han legado mis padres y mis antepasados. ¡Ay! ¿No ves que yo envejezco solitario y sin descendencia, y que muy pronto no voy a poder siquiera fecundar jóvenes vientres, quebrantado como estaré por la tristeza y los años? ¡Ay! ¡Ay! ¡Oh tú!, si experimentas por mí el más ligero sentimiento de piedad o de afecto, respóndeme, dime solamente si estás o no embarazada, te lo suplico por Alá sobre ti ¡Y que en seguida muera yo!».



Al oír estas palabras, la bella esclava que, según su costumbre, había escuchado al rey con los ojos siempre bajos y las manos cruzadas sobre las rodillas, en una postura inmóvil, de repente, y por vez primera desde su entrada en palacio, esbozó una ligera sonrisa. ¡Esto solo y nada más! Ante esto, el rey experimentó tal emoción que creyó

iluminado todo el palacio por un relámpago en medio de las tinieblas. Y se estremeció todo él y exultó y como, después de un signo semejante, no dudo que ella consentiría en hablar, se arrojó a los pies de la adolescente y esperó este momento, los brazos en alto y los labios entreabiertos en actitud de orar. De pronto, la adolescente levanto la cabeza y, sonriente, habló así...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS VEINTINUEVE

Ella dijo:

—«¡Oh rey magnánimo, nuestro soberano, oh valeroso león! ¡Sabe que Alá ha respondido a tu oración, pues yo estoy encinta de ti! ¡Y el tiempo de mi alumbramiento está próximo! ¡Pero no sé si el hijo que llevo en mi seno es un niño o una niña! Sabe, además, que si no hubiera sido fecundada por ti, estaba bien resuelta a no dirigirte la palabra jamás ni a decirte una sola palabra durante mi vida». Y en oyendo estas inesperadas palabras, el rey tuvo tal alegría, que se encontró primero en la imposibilidad de articular una palabra o de hacer un movimiento; luego su rostro se iluminó y transfiguró; y su pecho se dilató; y se sintió elevado de la tierra por la explosión de su alegría. Y besó las manos de la adolescente y besó su cabeza y su frente, y exclamó: «¡Gloria a Alá que me ha otorgado dos gracias que yo deseaba, oh luz de mis ojos: verte hablarme y oírte anunciarme la nueva de tu embarazo! ¡*Alhamdolilah*, la alabanza para Alá!». Luego se levantó el rey y salió de junto a ella, después de haberse despedido por un momento, y fue a ocupar con gran pompa el trono de su reino y se hallaba completamente esponjado y eufórico. Y dio a su visir la orden de anunciar a todo su pueblo el motivo de su alegría, y de distribuir cien mil dinares a los indigentes, a las viudas y a todos aquellos que en general se encontrasen necesitados, en acción de gracias a Alá, ¡que él sea exaltado! Y el visir cumplimentó al momento la orden recibida. Entonces el rey volvió al encuentro de su bella esclava, se sentó a su lado, la estrechó contra su corazón y la abrazó, y le dijo: «¡Oh dueña mía, oh reina de mi vida y de mi alma!, ¿puedes decirme ahora por qué has guardado conmigo y con todos ese silencio inquebrantable, día y noche, desde hace un año que entraste en nuestros lares, y por qué hoy solamente te decidiste a dirigirme la palabra?». La adolescente contestó: «¿Cómo no iba a guardar silencio, ¡oh el rey!, cuando, reducida a la condición de esclava, yo me veía aquí convertida en una pobre extranjera con el corazón roto, separada para siempre de mi madre, de mi hermano, de mis familiares, y alejada de mi tierra natal?». El rey respondió: «¡Yo entro en tus

penas y las comprendo! Pero ¿cómo puedes decir que eres una pobre extranjera, cuando en este palacio eres la dueña y la reina, cuando todo lo que existe es propiedad tuya, y cuando yo mismo, el rey, soy un esclavo a tu servicio? ¡En verdad que esas son palabras que no están en su lugar! Y si tú estabas apenada por hallarte separada de tus familiares, ¿por qué no me lo dijiste a fin de que yo los hubiera mandado buscar para reunirte aquí mismo con ellos?». Al oírle, la bella esclava dijo al rey: «Sabe, pues, ¡oh rey!, que yo me llamo Gul-i-anar, que, en la lengua de mi país, significa Flor de Granada; y yo he nacido en el mar, en donde era rey mi padre. Cuando mi padre murió, tuve un día que quejarme de ciertos procederes de mi madre, que se llama Langosta, y de mi hermano, que se llama Saleh; y juré que no permanecería más en el mar, en su compañía, y que saldría a la playa y me entregaría al primer hombre de la tierra que me gustase. Así, pues, una noche en que la reina mi madre, y mi hermano Saleh se hubieron dormido pronto, y nuestro palacio se hallaba sumergido en el silencio submarino, me deslicé fuera de mi habitación y, subiendo a la superficie del agua, fui a tenderme en la playa de una isla, al claro de luna. Y allí, ganada por el delicioso frescor que descendía de las estrellas, y acariciada por la brisa de la tierra, me dejé ganar por el sueño. Y de pronto me desperté y me vi en poder de un hombre que me cargó sobre sus espaldas y, a pesar de mis gritos y de mis protestas, me transportó a su casa, en donde me tendió de espaldas y quiso abusar de mí por la fuerza. Y yo, viendo que este hombre era feo y olía mal, no quise dejarme hacer y, reuniendo todas mis fuerzas, le asesté en la cara un puñetazo que le hizo rodar a mis pies, y yo me arrojé sobre él y le propiné tal paliza que no quiso seguir teniéndome en su casa, y me llevó a toda prisa al zoco, en donde me subastó y me vendió a ese mercader al que tú mismo, ¡oh rey!, me compraste. Y como este mercader era un hombre de gran conciencia y rectitud, no quiso, llegada su ocasión, abusar de mi virginidad viéndome tan joven; y me hizo viajar con él y me condujo hasta tus manos. ¡Y esta es mi historia! Al entrar aquí estaba muy decidida a no dejarme hacer; y estaba resuelta, a la primera violencia de tu parte, a arrojarme al mar por las ventanas del pabellón, para ir a buscar a mi madre y a mi hermano. Y durante todo este tiempo he guardado silencio por orgullo. Pero viendo que tu corazón me amaba verdaderamente y que tú habías dejado por mí todas tus favoritas, comencé a ser ganada por tus buenas maneras; y, viéndome al fin preñada de ti, acabé por amarte, y di de lado a toda idea de escaparme en el futuro y saltar al mar, mi patria. Además, ¡con qué vista y con qué audacia podría yo hacerlo ahora que estoy encinta y que mi madre y mi hermano, al verme en este estado y al saber mi unión con un hombre de la tierra, estarían a punto de morir de pesar, y no me creerían si les dijera que he llegado a ser la reina de Persia y del Khorasán, y la esposa del más magnánimo de los sultanes! Y esto es todo lo que tenía que decirte, oh rey Schahraman. ¡Uasalam!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS TREINTA

Ella dijo:

—Oído este discurso, el rey besó a su esposa en los ojos y le dijo: «¡Oh encantadora Flor de Granada, oh nativa de la mar, oh maravillosa, oh princesa, luz de mis ojos, qué maravillas acabas de contarme! ¡Sí, si me abandonaras, aunque fuera por un instante, yo moriría en el mismo momento!». Luego agregó: «Pero, Flor de Granada, tú me has dicho que habías nacido en el mar, y que tu madre Langosta y tu hermano Saleh vivían en el mar con tus otros parientes, y que cuando tu padre vivía era el rey del mar. Ahora bien, no comprendo de ningún modo la existencia de seres marinos, y hasta el presente consideraba como chocheces de ancianas las historias que se cuentan sobre ese particular. Pero puesto que tú me lo dices y dado que tú misma eres una nativa del mar, ya no dudo de la realidad de estos hechos, y yo te ruego que me capacites más respecto a tu raza y a las gentes desconocidas que pueblan tu patria. Dime, ante todo, cómo se consigue que se pueda vivir, actuar o moverse en el agua sin asfixiarse o ahogarse. ¡Pues esta es la cosa más prodigiosa que he oído en mi vida!». Entonces respondió Flor de Granada: «¡Sí, yo te diré todo ello y con amigable corazón! Sabe que, merced a la virtud de los nombres grabados sobre el anillo de Soleimán ben-Daud, ¡sobre ambos la oración y la paz!, nosotros vivimos y marchamos en el fondo del mar como se vive y se marcha sobre la tierra; y respiramos en el agua como se respira en el aire; y el agua, en lugar de ahogarnos, mantiene nuestra vida, y no puede ni siquiera mojar nuestras ropas; y no nos impide ver en el mar, en donde conservamos abiertos los ojos sin inconveniente alguno; y tenemos ojos tan excelentes que penetran las profundidades marinas, a pesar de su extensa masa, y nos hacen distinguir los objetos todos tan bien como cuando el sol hace penetrar en nosotros sus rayos, como cuando la luna y las estrellas se miran en nuestras aguas. En cuanto a nuestro reino, este es más extenso que todos los reinos de la tierra, y se halla dividido en provincias en donde hay grandes ciudades bien pobladas. Y estas gentes poseen, como los de la tierra, y según las regiones que ocupan, hábitos y costumbres diferentes, y también diversa conformación; los unos, son peces; los otros, semipeces, mitad humanos, con una cola que sustituye sus pies y su trasero; y los otros, como nosotros, del todo humanos, que creen en Alá y en su profeta, y hablan un lenguaje que es el mismo que aquel con el cual está grabada la inscripción del sello de Soleimán. En lo que se refiere a nuestras viviendas, estas son espléndidos palacios, de una arquitectura que no podríais imaginar jamás sobre la tierra. Son de cristal de roca, de nácar, de coral, de esmeralda, de rubíes, de oro, de plata y de toda clase de metales preciosos y de pedrerías, sin hablar de las perlas que,

de cualquier tamaño y cualquier belleza que sean, no son muy estimadas entre nosotros, y no adornan sino las viviendas de los pobres y de los indigentes. En fin, en lo que hace a nuestros medios de transporte, como nuestro cuerpo está dotado de una agilidad y de un deslizamiento maravillosos, no tenemos necesidad, como vosotros, de caballos y de carros, aunque nosotros los tengamos en nuestras caballerizas para servirnos de ellos solamente en las fiestas, en los regocijos públicos y las expediciones lejanas. Bien entendido que estos carros están contruidos de nácar y de metales preciosos, y están provistos de asientos y de tronos en pedrería, y nuestros caballos marinos son tan bellos que ningún rey de la tierra los tiene parecidos. Mas no quiero, ¡oh rey!, entretenerte más tiempo con los países marinos, pues yo me reservo, en el curso de nuestra vida, que será larga, si Alá lo quiere, hablarte de infinitos otros detalles que acabarán de ponerte al corriente en esta cuestión que te interesa. Por el momento, yo me apresuro a referirme a otra cosa más apremiante, que te afecta más directamente. Yo quiero hablar de los partos de mujeres. Sabe, en efecto, que los partos de las mujeres del mar son completamente distintos a los de las mujeres de la tierra. Ahora bien, como el momento de mi alumbramiento está muy próximo, yo temo mucho que las parteras de tu país no me atiendan bien. Por tanto, yo te ruego que me permitas hacer que vengan mi madre Langosta y mi hermano Saleh y mis otros parientes; y yo me reconciliaré con ellos; y mis primas, ayudadas por mi madre, velarán por la seguridad de mi parto y tendrán cuidado del recién nacido, heredero de tu trono».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS TREINTA Y UNA

Ella dijo:

—Al escuchar estas palabras, dijo maravillado el rey: «¡Oh Flor de Granada! Tus deseos son mi regla de conducta, y yo soy esclavo que obedece las órdenes de su señora. Pero dime, ¡oh maravillosa!, ¿cómo vas tú a poder avisar en tan poco tiempo a tu madre, tu hermano y tus primas, y hacerlas venir antes de tu parto cuyo momento está tan cercano? En todo caso, yo tengo que saberlo lo más pronto posible para hacer todos los preparativos necesarios y recibirlos con todos los honores que ellos merecen». Y la joven reina respondió: «¡Oh mi señor, no son necesarias ceremonias entre nosotros! Además, mis familiares van a estar aquí en un instante. Y si tú quieres ver la forma en que han de llegar, no tienes nada más que entrar en esta cámara vecina a la mía, y mirarme y mirar también por las ventanas que dan al mar». Al

instante el rey Schahraman entró en la habitación contigua, y miró con atención lo que iba a hacer Flor de Granada y lo que iba a producirse en el mar. Y Flor de Granada sacó de su seno dos pedazos de madera de áloe de las islas Comores, los puso en un pebetero de oro, y los quemó. Y cuando se desprendió el humo, lanzó un silbido prolongado y agudo, y pronunció sobre el pebetero palabras desconocidas y conjuros. Y en el mismo instante, el mar se turbó y se agitó, luego se entreabrió, y de él salió primero un adolescente como la luna, bello y de hermoso talle, y semejante, en rostro y elegancia, a Flor de Granada, su hermana; y sus mejillas eran blancas y rosadas, y sus cabellos y sus nacientes bigotes eran de verde mar; y, como dijo el poeta, era más maravilloso que la misma luna, pues si la luna tiene por morada habitual un solo indicio del cielo, este adolescente habita en todos los corazones. Después de él salió del mar una vieja muy anciana, de cabellos blancos, que era dama Langosta, madre de la adolescente Flor de Granada. La siguieron inmediatamente cinco jóvenes como lunas, que tenían cierto parecido con Flor de Granada, de la que eran primas. Y el adolescente y las seis mujeres marcharon sobre el mar, y avanzaron a pie seco hasta las ventanas del pabellón. Y allí tomaron impulso y saltaron con ligereza uno tras otro a la ventana en donde estaba Flor de Granada, que se desvió un tanto para dejarlas entrar. Entonces el príncipe Saleh y su madre y sus primas se lanzaron al cuello de Flor de Granada, y la abrazaron con efusión, llorando de alegría por haberla encontrado, y le dijeron: «¡Oh Gul-i-anar!, ¿cómo tuviste corazón para abandonarnos y tenernos durante cuatro años sin noticias tuyas y sin siquiera indicarnos el lugar en que te hallabas? ¡*Ualah*; el mundo se hundió sobre nosotros, pues estábamos consumidos por el dolor de la separación! ¡Y ya no experimentamos placer alguno al comer y al beber, pues los alimentos se hicieron insípidos a nuestro gusto! ¡Y no sabíamos otra cosa que llorar y sollozar día y noche, de todo el dolor creciente de la separación! ¡Oh Gul-i-anar, nuestro rostro está adelgazado y amarillento de tristeza!». Y Flor de Granada, al oír estas palabras, besó la mano de su madre y de su hermano, el príncipe Saleh, y volvió a abrazar de nuevo a sus queridas primas, y les dijo: «¡Sí, yo cometí una gran falta hacia vuestra ternura, al partir sin avisaros! Pero ¿qué se puede contra el destino? ¡Alegrémonos ahora de volver a encontrarnos, y demos gracias a Alá el bienhechor!». Luego hizo que se sentaran todos cerca de ella y les contó toda su historia desde el comienzo hasta el fin, la que no hemos de repetir. Luego añadió: «Y ahora que estoy casada con este rey excelente y perfecto al límite de todas las perfecciones, que me ama y al que yo amo, y que me ha dejado encinta, os he hecho venir para reconciliarme con vosotros y rogaros que me asistáis en mí parto. Pues no tengo confianza en las parteras terrestres, que no entienden nada de los alumbramientos de las hijas de la mar». Entonces dama Langosta, su madre, respondió: «¡Oh hija mía! Al verte en este palacio de un príncipe de la tierra, hemos tenido miedo de que fueses desgraciada; y estábamos dispuestos a apremiarte para que nos siguieras a nuestra patria; pues tú conoces nuestro amor hacia ti y el grado de afección y de estima en que te tenemos, y nuestro deseo de

saberte feliz, tranquila y sin preocupaciones. Pero desde el momento en que nos afirmas que eres dichosa, ¿qué podríamos desearte nosotros mejor?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS TREINTA Y DOS

Ella dijo:

—«Y hubiera sido, sin duda, tentar al destino, quererte, a pesar de la suerte contraída, casada con uno de nuestros príncipes del mar». Y Flor de Granada respondió: «¡Sí, por Alá! ¡He alcanzado el límite de la tranquilidad, de las delicias, de los honores, de la felicidad y de todos mis anhelos!». ¡Todo esto! Y el rey oía cuanto decía Flor de Granada; y se regocijó en su corazón y agradeció en su alma estas gratas palabras; y la amó mil veces más que antes; y para siempre el amor que le tenía se consolidó en lo hondo de su corazón; y se prometió bien darle nuevas pruebas de amor y de pasión por todos los medios posibles. Luego Flor de Granada dio unas palmadas para llamar a sus esclavas, y les dio órdenes de tender el mantel y servir las comidas que ella misma vigilaba en la cocina cuando eran confeccionadas. Y las esclavas portaron grandes bandejas ocupadas por carnes asadas, pastelería y frutas; y Flor de Granada invitó a sus parientes a sentarse con ella en torno al mantel y comer. Pero ellos respondieron: «¡No, por Alá! ¡No haremos nada antes de que vayas a dar cuenta al rey, tu esposo, de nuestra llegada! ¡Pues nosotros hemos entrado en su morada sin su permiso, y él no nos conoce! ¡Sería, pues, una gran descortesía comer en su palacio y aprovechar su hospitalidad ignorándolo él! Ve, por tanto, a prevenirle, y dile cuán dichosos seríamos al verle y compartir con él el pan y la sal». Entonces, Flor de Granada fue a buscar al rey, que estaba oculto en la habitación inmediata, y le dijo: «¡Oh mi señor! Tú has oído, sin duda, cómo he hecho tu elogio ante mis familiares, y cómo estaban decididos a llevarme con ellos si les hubiera dicho la menor cosa que pudiera hacerles creer que yo no era dichosa contigo». Y el rey le respondió: «¡Yo he oído y he visto! ¡Es en esta hora bendita cuando tengo la prueba de tu cariño hacia mí, y no puedo dudar de tu amor!». Flor de Granada dijo: «Además, después de todos los elogios que les he hecho de ti, debo decirte que mi madre, mi hermano y mis primas, han experimentado por ti un afecto considerable, y puedo asegurarte que te aman bien. Y me han dicho que no querían regresar a su país antes de verte, de haberte presentado sus respetos y testimoniado sus votos, y haber conversado amistosamente contigo. Te ruego, pues, que los complazcas y vengas a aceptar y a devolver sus votos, a fin de que tú los veas y de que te vean, y que entre

vosotros impere el puro amor y la amistad». Y el rey respondió: «¡Oír es obedecer, pues tal es, también, mi deseo!». Y se levantó al instante y acompañó a Flor de Granada a la sala en donde estaban sus familiares. Y en cuanto entró, les deseó la paz del modo más cordial, y ellos le expresaron su *salam*; y besó la mano de la anciana dama Langosta, su suegra, y abrazó al príncipe Saleh, e invitó a todos a sentarse. Entonces, el príncipe Saleh le hizo sus cumplimientos, y le manifestó la alegría que todos sentían al ver a Flor de Granada convertida en esposa de un gran rey, en lugar de caer en las manos de un brutal que la hubiera desflorado, para darla a continuación en matrimonio a algún chambelán o a su cocinero. Y le dijo cuánto amaban todos a Flor de Granada, y cómo ellos quisieron en el pasado, antes siquiera que fuera púber, casarla con algún príncipe del mar, pero que, impelida por su destino, se había escapado de los países submarinos para casarse a su gusto. Y el rey respondió: «¡Sí, Alá me la destinó! Y yo os agradezco, suegra mía, reina Langosta, y a ti, príncipe Saleh, y a mis primas, tan gentiles, vuestros deseos y vuestros cumplimientos y que deis a mi matrimonio vuestro consentimiento». Luego el rey los invitó a situarse con él en torno al mantel, y conversó con ellos mucho tiempo con gran cordialidad, y, a continuación, acompañó a cada uno de ellos a su respectivo departamento. Los parientes de Flor de Granada permanecieron, pues, en el palacio, en medio de las fiestas y regocijos dados en su honor, hasta el alumbramiento de la reina, que no tardó en llegar. En efecto, al término fijado, ella dio a luz en manos de la reina Langosta y de sus primas, un niño como la luna llena, y rosado y rollizo. Y se lo presentó, envuelto en magníficas mantillas, al rey Schahraman, su padre, quien lo recibió con los transportes de alegría que ni la lengua ni la pluma sabrían describir. Y, en acción de gracias, hizo grandes donativos a los pobres, a las viudas y a los huérfanos, e hizo abrir las prisiones y dar libertad a todos sus esclavos de uno y otro sexo; pero los esclavos no quisieron la libertad, tan dichosos se encontraban con semejante señor. Luego, pasados siete días de continuos regocijos, en medio de todas las dichas, la reina Flor de Granada, con el asentimiento de su esposo, de su madre y de sus primas, dio a su hijo el nombre de Sonrisa de Luna.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS TREINTA Y TRES

Ella dijo:

—Entonces el príncipe Saleh, hermano de Flor de Granada y tío de Sonrisa de Luna, tomó al pequeño en sus brazos, se puso a besarle y a acariciarle de mil

maneras, paseándole por la habitación y teniéndole en el aire con sus brazos; y, de pronto, tomó impulso, y de lo alto de palacio, saltó al mar, en el que se sumergió y desapareció con el pequeño. Al ver esto, el rey Schahraman, lleno de espanto y dolor, empezó a lanzar gritos desesperados y a darse tales golpes en la cabeza que estuvo en trance de muerte. Pero la reina Flor de Granada, lejos de sentirse aterrada o afligida por el hecho, dijo al rey con tono firme: «¡Oh rey del tiempo, no te desesperes por tan poca cosa, y no tengas temor alguno por tu hijo! Pues yo, que quiero a este hijo seguramente más que tú, estoy tranquila, sabiéndolo con mi hermano, quien, si supiera que el pequeño iba a sufrir la menor incomodidad o enfriarse o mojarse siquiera, no hubiera hecho lo que acaba de hacer. ¡Está seguro de que el niño no corre ningún riesgo ni peligro, aunque él tenga la mitad de tu sangre! Pues a causa de la otra mitad que tiene de la mía, puede impunemente vivir lo mismo en el agua que en la tierra. ¡No te alarmes más y está persuadido de que mi hermano no va a tardar en volver con el niño en buena salud!». Y la reina Langosta y las jóvenes tías del niño confirmaron al rey las palabras de su esposa. Pero el rey no comenzó a calmarse sino cuando vio el mar turbarse y agitarse, y que de su seno entreabierto salía el príncipe Saleh, quien se elevó en los aires, teniendo al pequeño en sus brazos, y de un salto entró en la sala alta por la misma ventana por la cual saliera. Y el pequeño se encontraba tan tranquilo como si estuviera en el regazo de su madre, y sonreía como la luna en su decimocuarto día. Al ver esto, el rey quedó del todo tranquilizado y asombrado; y el príncipe Saleh le dijo: «Sin duda, ¡oh rey!, has debido pasar un gran terror al verme saltar y sumergirme en el mar con el pequeño...». Y el rey contestó: «¡Sí, oh tío de mi hijo, mi espanto ha sido tremendo, e incluso desesperaba de volver a verlo!». El príncipe Saleh dijo: «En adelante, no sientas temor sobre esto, pues él está para siempre al abrigo de los peligros del agua, de la asfixia, del ahogamiento, de la mojadura y de otras cosas semejantes, y él puede, durante toda su vida, hundirse en el mar y pasearse a su placer; pues yo le he hecho adquirir el mismo privilegio que nuestros propios niños nacidos en la mar, y esto frotándole en las pestañas y en las párpados con cierto *kohl* que yo conozco y pronunciando sobre él las palabras misteriosas grabadas en el sello de Soleimán ben-Daud, ¡sobre ambos la oración y la paz!». Después de este discurso, el príncipe Saleh entregó el pequeño a su madre, quien le dio de mamar; luego sacó de su cinturón un saco cuya boca estaba sellada, hizo saltar el sello y, habiéndolo abierto, lo tomó por el fondo y vertió su contenido sobre el tapiz. Y el rey vio chispear diamantes gruesos como huevos de paloma, palos de esmeralda de medio pie de largo, hilos de gruesas perlas, rubíes de un color y de un tamaño extraordinarios, y toda clase de joyas a cual más maravillosas. Y todas estas pedrerías lanzaban mil fuegos multicolores, que iluminaban la sala con una armonía de luces parecidas a las que se ven en sueños. Y el príncipe Saleh dijo al rey: «Este es un regalo que traigo, para excusarme de haber llegado con las manos vacías la primera vez. Pero entonces no sabía en dónde se hallaba mi hermana Flor de Granada, y desconocía que su feliz destino la hubiese situado en el camino de un rey

tal como tú. Pero este regalo no es nada en comparación con los que me reservo hacerte en días venideros». Y el rey no supo cómo agradecer a su cuñado este regalo, y se volvió hacia Flor de Granada, y le dijo: «¡Verdaderamente estoy confuso en extremo ante la generosidad de tu hermano para conmigo, y de la magnificencia de este presente, que no tiene par en la tierra, una sola de cuyas piedras vale todo mi reino!». Y Flor de Granada agradeció a su hermano el haber pensado en cumplir sus deberes de parentesco; pero él se dirigió al rey, y le dijo: «¡Por Alá, oh rey, que todo ello no es siquiera digno de tu rango! En lo que se refiere a nosotros, jamás sabremos corresponder a las deudas que tu bondad nos ha hecho contraer; y aun cuando todos nosotros pasásemos mil años sirviéndote sobre nuestros rostros y nuestros ojos, no podríamos devolverte lo que te debemos; pues todo es poco en proporción a tus derechos sobre nosotros». Oídas estas palabras, el rey abrazó al príncipe Saleh, y le dio las gracias calurosamente. Luego le obligó a estar otros cuarenta días en el palacio, con su madre y sus primas, entre fiestas y regocijos. Pero, al cabo de ese tiempo, el príncipe Saleh se presentó al rey y abrazó la tierra entre sus manos. Y el rey le indicó: «¡Habla, oh Saleh! ¿Qué deseas?». Él respondió: «¡Oh rey del tiempo, en verdad que estamos abrumados con tus favores, pero venimos a solicitar tu permiso para partir, pues nuestra alma desea vivamente volver a nuestra patria, nuestros familiares y nuestras casas, dado que hace tanto tiempo que de ellos nos alejamos! Y, además, una estancia demasiado prolongada, en tierra es perjudicial para nuestra salud, pues estamos habituados al clima submarino».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS TREINTA Y CUATRO

Ella dijo:

—Y el rey le respondió: «¡Qué pesar para mí, oh Saleh!». Él dijo: «¡Y para nosotros también! Pero ¡oh rey!, volveremos de cuando en cuando para rendirte nuestros homenajes y volver a ver a Flor de Granada y a Sonrisa de Luna». Y el rey dijo: «¡Sí, por Alá, hacedlo a menudo! En cuanto a mí, yo estoy muy triste por no poder acompañarte, así como a la reina Langosta y a mis primas, a tu país submarino, pues yo temo mucho al agua». Entonces se despidieron todos de él, y, después de haber abrazado a Flor de Granada y a Sonrisa de Luna, se lanzaron por la ventana, uno en pos del otro, y se hundieron en el mar. Y ahora los dejaremos. Veamos cuanto se refiere al pequeño Sonrisa de Luna. Su madre, Flor de Granada, no quiso confiarlo a nodrizas, y ella misma le dio el pecho hasta que llegó a la edad de cuatro años, a fin

de que él succionase con su leche todas las virtudes marinas. Y el niño, por haber sido tanto tiempo amamantado con la leche de su madre, la nativa del mar, cada día estaba más hermoso y más robusto; y, a medida que avanzaba en edad, aumentaba en fuerza y en gracias, de tal modo que, cuando hubo alcanzado los quince años, llegó a ser el adolescente más bello, el más sólido, el mejor dotado para los ejercicios corporales, el más sabio y el más instruido entre los hijos de los reyes de su tiempo. Y en todo el inmenso imperio de su padre, solo era el tema de las diarias conversaciones sus méritos, sus encantos y sus perfecciones; ¡pues verdaderamente era hermoso! Y el poeta no exageraba cuando se refería a él:

¡El bozo adolescente ha trazado dos líneas entre sus encantadoras mejillas, dos líneas negras sobre rosa, ámbar gris sobre perlas, o azabache sobre manzanas!

¡Los trazos asesinos se alongan bajo sus lánguidos párpados, y en cada una de sus miradas hablan y matan!

¡En cuanto a la embriaguez, no la busquéis en los vinos!

¡No la darían igual que sus mejillas enrojecidas por vuestros deseos y su pudor!

¡Oh bordados, maravillosos y negros bordados dibujados sobre sus resaltantes mejillas, sois un rosario de granos de almizcle iluminados por una lámpara que arde en las tinieblas!

Por ello el rey amaba a su hijo con grandísimo amor, y como veía en él tantas cualidades reales, quiso, al sentirse envejecer y acercarse el término de su destino, asegurarle en vida la sucesión al trono. Con este propósito convocó a sus visires y a los grandes de su imperio, que conocían cómo el joven príncipe era por todos conceptos digno de sucederle, y les hizo prestar el juramento de obediencia a su nuevo rey; luego descendió del trono en su presencia, se quitó la corona de su cabeza y la colocó con sus propias manos en la testa de su hijo Sonrisa de Luna; y, sosteniéndole por las axilas, le hizo subir al trono y sentarse en él en su lugar; y para demostrar bien que él le entregaba para en adelante toda su autoridad y su poder, abrazó la tierra entre sus manos y, levantándose, le besó la mano y la fimbria de su manto real y descendió a colocarse debajo de él, a la derecha, en tanto que a su izquierda se disponían los visires y los emires. Al momento el nuevo rey Sonrisa de Luna se dispuso a juzgar, a solucionar los asuntos pendientes, a nombrar para los empleos a los que merecían el favor, a destituir a los prevaricadores, a defender los derechos de débil contra el fuerte, los del pobre contra el rico y a ocuparse de la justicia con tanta sabiduría, equidad y discernimiento, que asombró a su padre y a los viejos visires de su padre, y a todos los presentes y solamente se levantó del *diván* a mediodía. Entonces, acompañado del rey su padre, entró en la residencia de su madre, la nativa del mar, y llevaba sobre su cabeza la corona de la realeza, y estaba así

verdaderamente como una luna. Y su madre, viéndole tan hermoso con esa corona, corrió hacia él llorando de emoción, y se arrojó a su cuello, abrazándole con ternura y efusión; luego le besó la mano y le deseó un reinado próspero, larga vida y victoria sobre las enemigos. Y todos los tres vivieron de ese modo, en medio de la felicidad y el amor de sus súbditos, durante todo un año, al cabo del cual el viejo rey Schahraman sintió un día latir su corazón precipitadamente y solo tuvo el tiempo suficiente para abrazar a su esposa y a su hijo y hacerles las últimas recomendaciones. Y falleció con grandísima tranquilidad, y se marchó gloriosamente a la misericordia de Alá, ¡que él sea exaltado!

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta como era, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS TREINTA Y CINCO

Ella dijo:

—Y el duelo y la aflicción fueron grandes en Flor de Granada y en el rey Sonrisa de Luna; y le lloraron todo un mes sin ver a nadie, y le levantaron un panteón digno de su memoria, al que fueron adscritos bienes de mano muerta en beneficio de los pobres, de las viudas y de los huérfanos. Y, durante este intervalo, no omitieron su presencia, para tomar parte en el duelo general, la suegra, dama Langosta, y el tío del rey, el príncipe Saleh, y las tías del rey, nativas del mar, los que habían llegado con frecuencia varias veces en vida del rey para visitar a sus parientes. Y lloraron mucho el no haber podido asistir a sus postreros instantes. Y todos pusieron en común su dolor; y se consolaron mutuamente por turno; y terminaron, al cabo de mucho tiempo, por hacer olvidar algo al rey la muerte de su padre, y le decidieron a reanudar sus sesiones del *diván* y a ocuparse de los asuntos de su reino. Y él los escuchó y consintió, luego de mucha resistencia, a revestirse de nuevo con su ropa real trabajada en oro y constelada de pedrerías y a ceñir la diadema. Y recobró en su mano la autoridad e hizo justicia, con la aprobación universal y el respeto de grandes y de pequeños, y esto durante un año más. Sucedió que una tarde, el príncipe Saleh, que desde hacía cierto tiempo no había vuelto a ver a su hermana y a su sobrino, salió del mar y entró en la sala en donde estaban en esos momentos la reina y Sonrisa de Luna. Y les hizo sus *salams* y los abrazó; y Flor de Granada le dijo: «¡Oh hermano mio!, ¿cómo vas tú, y cómo va mi madre y cómo van mis primas?». Él respondió: «¡Oh hermana mía!, ellas van muy bien y están en la tranquilidad y el contento, y solo les falta contemplar tu rostro y el rostro de mi sobrino el rey Sonrisa de Luna». Y se pusieron a conversar sobre unas cosas y otras, comiendo avellanas y piñones; y el

príncipe Saleh comenzó a hablar, con grandes elogios, de las cualidades de su sobrino Sonrisa de Luna, de su belleza, de sus encantos, de sus proporciones, de sus exquisitas maneras, de su destreza en los torneos y de su sabiduría. Y el rey Sonrisa de Luna, que estaba allí tendido sobre un diván y la cabeza apoyada en unos cojines, oyendo lo que decían de él su madre y su tío, no quiso mostrar el aire de escucharlos y fingió que dormía. Y de esta suerte pudo oír cómodamente lo que ellos continuaron diciendo sobre su persona. En efecto, el príncipe Saleh, viendo dormido a su sobrino, habló más libremente a su hermana Flor de Granada, y le dijo: «Tú olvidas, hermana mía, que tu hijo va a cumplir muy pronto diecisiete años, y que a esta edad es preciso pensar en casar a los hijos. Ahora bien, yo, viéndole tan bello y tan fuerte, y sabiendo que a su edad existen necesidades que hay que satisfacer de una manera o de otra, tengo mucho miedo de que le sucedan cosas desagradables. Es, por tanto, de toda necesidad casarle, encontrándole entre las hijas de la mar una princesa que sea igual en encantos y en belleza». Y Flor de Granada respondió: «¡Cierto! Tal es también mi íntimo deseo, pues tengo nada más que un hijo, y es tiempo de que él tenga también un heredero del trono de sus padres. Yo te ruego, pues, ¡oh hermano mío!, que me recuerdes las jóvenes de nuestro país, pues hace mucho tiempo que yo abandoné el mar, y no recuerdo de ellas las que son bellas y las que son feas». Entonces Saleh se puso a enumerar a su hermana las más bellas princesas de la mar, una tras otra, sopesando cuidadosamente sus cualidades, el pro y el contra y las ventajas y los inconvenientes. Y cada vez respondía la reina Flor de Granada: «¡Ah!, yo no quiero esa a causa de su madre, ni aquella a causa de su padre, ni a esa otra a causa de su tía, cuya lengua es demasiado larga, ni aquella a causa de su abuela, que es mala, ni aquella, a causa de su ambición y de su ojo huero», y así continuó rechazando todas las princesas que Saleh enumeraba. Entonces dijo Saleh: «¡Oh hermana mía, tú tienes razón de lo difícil que es elegir una esposa para tu hijo, que no tiene par ni en la tierra ni en el mar! Mas yo te he enumerado ya todas las jóvenes disponibles, y no me queda nada más que una sola que proponerte». Luego se detuvo, y, titubeando, dijo: «Es preciso que me asegure antes si mi sobrino está bien dormido, pues no puedo hablarte de esta joven delante de él: tengo motivos para tomar esta precaución».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS TREINTA Y SEIS

Ella dijo:

—Entonces Flor de Granada se acercó a su hijo y le tentó y le palpó y le oyó

respirar, y como tenía aspecto de estar sumergido en un profundo sueño, pues solo había comido un plato de cebollas, a las que era muy aficionado, y que le procuraban una siesta muy pesada, ella dijo a Saleh: «¡Duerme! ¡Puedes dar suelta a lo que traes!». Él dijo: «Sabe, pues, ¡oh hermana mía! que si yo tomo esta precaución es porque tengo que hablarte ahora de una princesa de la mar que es extraordinariamente difícil de lograr en matrimonio, no a causa de ella, sino a causa del rey, su padre. Por eso no es conveniente que mi sobrino oiga hablar de ella antes que estemos seguros del asunto, pues el amor, ¡oh hermana mía!, tú lo sabes, se transmite más a menudo por el oído que por los ojos en nosotros los musulmanes, cuyas mujeres e hijas tienen el rostro cubierto del velo púdico». Y la reina dijo: «¡Oh hermano mío, llevas razón!, pues el amor es primero un chorro de miel que no tarda en transformarse en un vasto mar salado de perdición. Pero ¡haz el favor de apresurarte a decirme el nombre de esta princesa y el de su padre!». Él dijo: «Es la princesa Gema, hija del rey Salamandra el marino». Al oír este nombre, Flor de Granada exclamó: «¡Ah, yo me acuerdo ahora de esta princesa Gema! Cuando yo vivía en el mar, era una niña de apenas un año, pero bella entre todas las pequeñas de su edad. ¡Cuán maravillosa debe estar ahora!». Saleh respondió: «¡En verdad que es maravillosa y ni sobre la tierra ni en los reinos del fondo de las aguas se ha visto belleza parecida! ¡Oh hermana mía, cuán deliciosa es ella, y gentil y dulce y sabrosa y encantadora! ¡Y qué tez! ¡Y qué cabellos! ¡Y qué ojos! ¡Y qué talla! ¡Qué grupa, ay! ¡Pomposa, tierna y firme a la vez, y muelle, y redonda por todos sus lados sin excepción! ¡Si ella se balancea causa envidia a la rama del *ban*! ¡Si ella se vuelve, se esconden los antílopes y las gacelas! ¡Si ella se descubre, hace que se avergüencen el sol y la luna! ¡Si ella se mueve, derriba! ¡Si ella apoya, mata! ¡Y si ella se sienta, su huella es tan profunda que no se va jamás! ¿Cómo entonces, tan brillante y tan perfecta, no se habría de llamar Gema?». Y Flor de Granada respondió: «¡Sí, al haberle dado ese nombre estuvo su madre bien inspirada por Alá el omnisciente! ¡He aquí verdaderamente la que conviene, como esposa, a mi hijo Sonrisa de Luna!». ¡Todo esto! Y Sonrisa de Luna fingía dormir, pero se deleitaba en su alma y se estremecía pensando poseer muy pronto a esta princesa marina tan fuerte y tan fina. Pero Saleh agregó en seguida: «Solamente ¿qué te he de decir, oh hermana mía, del padre de la princesa Gema, el rey Salamandra? ¡Es bestial, grosero, detestable! Él ha rechazado ya a varios príncipes que le pedían su hija en matrimonio, e, incluso, los ha arrojado vergonzosamente después de haberles roto los huesos. Por ello no veo qué acogimiento nos va a hacer, ni con qué ojo va a mirar nuestra solicitud. ¡Y heme aquí, por este motivo, en el límite de la perplejidad!». La reina respondió: «¡El asunto es muy delicado! ¡Y necesitamos pensarlo mucho tiempo, y no sacudir el árbol antes que el fruto esté maduro!». Y Saleh terminó: «¡Sí, reflexionemos, y después veremos!». Luego, como en ese momento Sonrisa de Luna ponía cara de despertar, cesaron de hablar, reservándose el reanudar la conversación después, en el punto en que la dejaron. Y hasta aquí lo referente a ellos. En lo que se refiere a Sonrisa de

Luna, este se levantó de su asiento como si no hubiera escuchado nada, y se estiró tranquilamente; pero en su interior su corazón se quemaba de amor.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS TREINTA Y SIETE

Ella dijo:

—Su corazón se quemaba de amor y chirriaba como sobre un cenicero repleto de carbones encendidos. Ahora bien, se guardó mucho de decir la menor palabra sobre este particular a su madre y a su tío, y se retiró pronto y pasó solo esa noche, presa de este tormento tan nuevo para él y, a la vez, reflexionó respecto al medio más eficaz para alcanzar lo más pronto posible el móvil de sus deseos. Y no hemos de decir lo restante hasta la mañana, tiempo que pasó sin poder pegar un ojo ni un instante. Al alba se levantó y fue a despertar a su tío Saleh, que había pasado la noche en el palacio, y le dijo: «¡Oh mi tío!, yo deseo esta mañana irme a pasear por la playa, pues siento oprimido mi pecho, y el aire del mar me lo ensanchará. ¡Te ruego, pues, que me acompañes en mi paseo!». Y el príncipe Saleh respondió: «¡Oír es obedecer!». Y levantándose salió con su sobrino hacia la playa. Durante mucho tiempo caminaron juntos, sin que Sonrisa de Luna dirigiera la palabra a su tío. Y estaba pálido y con lágrimas en los ojos. Pero de repente se detuvo, se sentó en una roca, improvisó estos versos y los cantó:

«Si se me dice,
en medio del incendio,
cuando llamea mi corazón,
si se me dice:
—¿Prefieres tú verla
o beber una buchada
de agua pura y fresca?
¿Qué responderías tú?
—¡Verla y morir!
¡Oh corazón devenido tan tierno,
desde que en ti está incrustada
la Gema de Salamandra!».»

Cuando el príncipe Saleh acabó de oír estos versos entonados tristemente por el rey su sobrino, se retorció las manos muy desesperado, y exclamó: «¡*La ilah ill'Alah!*»

¡*Ua Mohamed rasul Alah!* ¡Solo existe majestad y poder en Alá el glorioso, el muy grande! ¡Oh hijo mío!, ¿oíste, pues, mi conversación de ayer con tu madre sobre la princesa Gema, hija del rey Salamandra el marino? ¡Oh desdicha nuestra! Veo que tu espíritu y tu corazón, ¡oh hijo mío!, trabajan ya mucho a este respecto, cuando nada se ha hecho y la cosa es difícil de tratar». Sonrisa de Luna respondió: «¡Oh mi tío, es la princesa Gema la que necesito, y ninguna otra! ¡Sin ella, moriré!». Él dijo: «Entonces, hijo mio, regresemos al lado de tu madre, a fin de que yo la ponga al corriente de tu estado, y le pida permiso para llevarte conmigo a la mar, e ir al reino de Salamandra el marino y solicitar para ti en matrimonio a la princesa Gema». Pero Sonrisa de Luna exclamó: «¡No, oh mi tío, no quiero de ningún modo ir a solicitar de mi madre un permiso que seguramente me negaría! Pues ella tendrá miedo por mi del rey Salamandra, que tiene malos modos; y ella me dirá también que mi reino no puede quedar sin rey, y que los enemigos del trono aprovecharán mi ausencia para destronarme. ¡Yo conozco a mi madre, y sé de antemano lo que me dirá!». Luego, Sonrisa de Luna se puso a llorar mucho ante su tío, y agregó: «¡Quiero ir al momento a ver al rey Salamandra, sin prevenir a mi madre! Y volveremos muy aprisa, antes que ella tenga tiempo de advertir mi ausencia». Cuando el príncipe Saleh vio que su sobrino se obstinaba en esta resolución, no quiso rebatirle más, y dijo: «¡Yo pongo a todo evento mi confianza en Alá!». Luego sacó de su dedo una sortija en la que estaban grabados algunos nombres de entre los nombres, y la pasó al dedo de su sobrino, diciéndole: «Esta sortija te protegerá aún más contra los peligros submarinos, y acabará de dotarte de nuestras virtudes marinas». Y al momento añadió: «¡Haz como yo!». Y se elevó ligeramente en el aire, abandonando el roquedo. Y Sonrisa de Luna, imitándolo, golpeó con el pie el suelo, y dejó la roca para elevarse en los aires con su tío. Y desde allí describieron una curva descendente hacia el mar, en el que se hundieron los dos.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS TREINTA Y OCHO

Ella dijo:

—Y Saleh quiso enseñar a su sobrino su morada submarina, a fin de que la anciana reina Langosta pudiera recibir en su casa al hijo de su hija, y que las primas de Flor de Granada tuviesen la alegría de recibir en su domicilio a su primito. Y no tardaron mucho tiempo en llegar; y el príncipe Saleh introdujo en seguida a Sonrisa de Luna en el departamento de su abuela. Precisamente, dama Langosta estaba

sentada en medio de las jóvenes, sus parientes; y en cuanto pasó Sonrisa de Luna, lo reconoció y estornudó de placer. Y Sonrisa de Luna se aproximó y le besó la mano y besó a sus primas; y todas le abrazaron con emoción, lanzando gritos de alegría en tono muy agudo; y la abuela le hizo sentarse a su lado, y le besó en los ojos, y le dijo: «¡Oh bendecida llegada! ¡Oh día de leche! ¡Tú iluminas la morada, oh hijo mío! Pero ¿cómo está tu madre Flor de Granada?». Él respondió: «¡Ella está en perfecta salud y en completa felicidad, y me encarga que os transmita sus *salams* a ti y a las hijas de su tío!». ¡He aquí lo que dijo! Pero mentía, porque se había marchado sin despedirse de su madre. Y en tanto que Sonrisa de Luna, conducido por sus primas, que querían enseñarle todas las maravillas de su palacio, se había alejado con ellas, el príncipe Saleh se apresuró a poner a su madre al corriente del amor que le había entrado por el oído a su sobrino y apoderado del corazón, al solo relato de las prendas de la princesa Gema, hija del rey Salamandra. Y le contó la aventura desde el comienzo hasta el fin, y agregó: «¡Él solo ha venido aquí conmigo para pedirla en matrimonio a su padre!». Cuando la abuela del rey Sonrisa de Luna hubo oído las palabras de Saleh, se puso indignadísima contra su hijo, y le reprochó violentamente el no haber tomado suficientes precauciones para hablar de la princesa Gema en presencia de Sonrisa de Luna, y le dijo: «¡Sin embargo, tú sabes bien que el rey Salamandra el marino es un hombre violento, lleno de arrogancia y estupidez, y tan avaro de su hija que ha rechazado ya muchos jóvenes príncipes! ¡Y tú no temes ponernos en una situación humillante ante él, llevándonos a hacer una petición que seguramente rechazará! ¡Y entonces nosotros, que tenemos nuestro honor, quedaremos muy humillados y volveremos de allí ciertamente con dos palmos de narices! En verdad, hijo mío, que en ninguno de los dos casos debiste pronunciar el nombre de esta princesa, sobre todo delante del hijo de tu hermana, aunque estuviera dormido por un soporífero». Saleh respondió: «¡Sí, pero la cosa ya está hecha y el joven está tan enamorado de la muchacha que me ha afirmado que si no la posee, muere! Y, además, al fin, ¿qué? Sonrisa de Luna es por lo menos tan bello como la princesa Gema, y es el descendiente de una ilustre línea de reyes, y él mismo es el rey de un poderoso imperio terrestre. ¡Porque no solamente es rey ese estúpido Salamandra! Además, ¿qué me puede objetar, que yo no pueda contrarrestarle oponiéndole la contrapartida? Él me dirá que su hija es rica, ¡y yo le diré que nuestro hijo es más rico! ¡Que su hija es bella, pero nuestro hijo es más bello! ¡Que su hija es de noble linaje, pues nuestro hijo es más linajudo aún! Y así seguiremos, ¡oh madre mía!, hasta que yo le convenza de que saldrá ganancioso en todo consintiendo este matrimonio. En todo caso, yo soy, por mi indiscreción, la causa de la cuestión; y es justo que yo tome sobre mí el llevarle a buen fin, incluso con el riesgo de hacerme romper los huesos y de entregar el alma». Y la anciana Langosta, viendo que, en efecto, no había más que esta solución, dijo suspirando: «¡Cuán preferible hubiera sido, hijo mío, no suscitar jamás esta cuestión! Pero, puesto que lo quiere el destino, yo me resigno, contra mi voluntad, a dejarte partir. Pero yo retengo conmigo a Sonrisa de Luna hasta tu

regreso, pues yo no quiero exponerlo así, sin saber nada en concreto. Parte, por tanto, sin él, y, sobre todo, mide tus palabras, por temor a que una palabra malsonante enfurezca a este rey brutal y grosero, que no tiene nada en cuenta y trata a todo el mundo con la misma impertinencia». Y Saleh respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Él se levantó entonces y tomó consigo dos sacos llenos de presentes de valor destinados al rey Salamandra; y cargó con estos sacos las espaldas de dos esclavos, y con ellos tomó el camino marino que conducía al palacio del rey Salamandra.

Cuando llegó a este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer las primeras luces del alba y, discreta y recatada como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS TREINTA Y NUEVE

Ella dijo:

—Al llegar al palacio, el príncipe Saleh solicitó permiso para entrar a hablar al rey; y se le concedió. Y entró en el salón en donde estaba, sentado en un trono de esmeralda y jacinto, el rey Salamandra el marino. Y Saleh le expresó sus deseos de paz de la forma más escogida y depositó a sus pies los dos grandes sacos, repletos de magníficos regalos, que llevaron sobre sus costillas los dos esclavos. Y el rey, ante todo, agradeció sus deseos de paz y le invitó a sentarse, y le dijo: «¡Sé bien venido, príncipe Saleh! ¡Hace mucho tiempo que no te he visto, lo que me tiene muy entristecido! Mas apresúrate a decirme qué es lo que te ha hecho venir a verme; pues cuando se hace un regalo, es siempre con la esperanza de obtener en reciprocidad una cosa proporcionada. Habla, pues, y veré si puedo hacer alguna cosa por ti». Entonces se inclinó Saleh profundamente una segunda vez ante el rey, y dijo: «¡Sí! Yo tengo algo en comisión que solo deseo obtener de Alá el rey magnánimo, del valiente león, del hombre generoso cuyo renombre de gloria, de magnificencia, de liberalidad, de cortesía, de clemencia y de bondad se ha extendido a lo largo de las tierras y de los mares, y de ello conversan con admiración en las veladas que en sus tiendas tienen las caravanas». Y el rey Salamandra, ante este discurso, disminuyó el terrible fruncimiento de sus cejas, que se regocijaron, y dijo: «¡Expón tu demanda, oh Saleh, y ella entrará en un oído sensible y en un espíritu bien dispuesto! ¡Si yo te puedo satisfacer, lo haré evitándote retrasos; pero si no puedo, no será por malquerer! ¡Pues Alá, oh Saleh, no solicita de un alma un contenido que supere su capacidad!». Entonces Saleh se inclinó ante el rey más profundamente aún que las dos veces primeras, y dijo: «¡Oh rey del tiempo, la cosa que tengo que solicitar de ti puedes, en verdad, concedérmela, pues está en tu poder y depende de tu única autoridad! Y yo no me hubiera, ciertamente, aventurado a venir a solicitártela, a no tener previamente

la seguridad de que entraba en tus posibilidades. Pues el sabio ha dicho: “¡Si tú quieres ser grato, no pidas lo imposible!”. Y yo, ¡oh rey!, ¡que Alá te conserve para nuestra felicidad!, no soy ni demente ni pretencioso. He aquí el asunto: Sabe, ¡oh rey lleno de gloria!, que llego hasta ti únicamente como intermediario. Y es, ¡oh rey magnánimo, oh generoso, oh el más grande!, para pedirte la perla única, la joya inestimable, el tesoro escondido, tu hija Gema, en matrimonio para mi sobrino el rey Sonrisa de Luna, hijo del rey Schahraman y de la reina Flor de Granada, mi hermana, y dueño de Ciudad Blanca y de los reinos terrestres que se extienden desde las fronteras de la Persia hasta los límites extremos del Khorasán». Cuando el rey Salamandra el marino escuchó el discurso de Saleh se echó a reír totalmente como si fuera a caer de espaldas, y así continuó hasta convulsionarse y moverse, dando grandes patadas en el aire. Luego se incorporó, y, mirando en silencio a Saleh, le gritó de pronto: «¡So!, ¡So!». Y de nuevo se puso a reír y a agitarse, y tan intensa y por tanto tiempo, que acabó por lanzar un pedo retumbante. Y así se calmó, y dijo a Saleh: «En verdad, ¡oh Saleh!, que siempre te he tenido por un hombre sensato y ponderado, pero ahora veo cómo me equivocaba. Dime, pues, ¿qué has hecho de tu buen sentido y tu razón para atreverte a hacerme una petición tan loca?». Mas Saleh, sin turbarse ni perder su continencia, replicó: «¡No lo sé! Pero hay una cosa cierta, y es que el rey Sonrisa de Luna, mi sobrino, es por lo menos tan bello y tan rico y de un linaje tan noble como tu hija, la princesa Gema. Y si la princesa Gema no está hecha para un matrimonio semejante, ¿para qué cosa está hecha? Dímelo. Pues el sabio ha dicho: “Para la joven solo existen el matrimonio o la tumba”. Esta es la razón de que entre los musulmanes se desconozcan las solteras. ¡Apresúrate, pues, oh rey, a aprovechar esta ocasión de salvar a tu hija de la tumba!». Al oírle, el rey Salamandra llegó al frenesí, y, levantándose, con las cejas fruncidas e inyectados de sangre los ojos, gritó a Saleh: «¡Oh perro de los hombres! ¡Es que ninguno de los tuyos puede pronunciar en público el nombre de mi hija! ¿Quién eres tú, pues, sino un perro, hijo de perro? ¿Y quién es tu sobrino Sonrisa de Luna? ¿Y quién fue su padre? ¿Y quién es tu hermana? ¡Todos perros, hijos de perros!». Después se dirigió a sus guardias y les gritó: «¡Eh, vosotros! ¡Apresadme a este entrometido, y rompedle los huesos!». Al momento los guardias se precipitaron sobre Saleh y quisieron cogerlo y arrojarle al suelo; pero, rápido como un relámpago, él escapó de sus manos y se lanzó fuera para emprender la huida. Pero allí, con gran sorpresa suya, vio mil caballeros montados sobre caballos marinos, y cubiertos de corazas y armados de los pies a la cabeza, y que eran todos sus familiares y gentes de su casa. Y acababan de llegar en el mismo instante, enviados por la reina Langosta, la que, pensando en la pésima acogida que podía hacerle el rey Salamandra, había pensado enviarle como precaución esos mil hombres para defenderle contra todo riesgo. Entonces Saleh les contó en breves palabras lo que acababa de suceder, y les gritó: «¡Y ahora, sobre este rey estúpido y loco!». Entonces los mil guerreros saltaron de sus caballos, desenvainaron sus aceros y se precipitaron en un solo bloque tras el príncipe Saleh, en el salón del trono.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CUARENTA

Ella dijo:

—En cuanto al rey Salamandra, cuando este vio entrar con estruendo el súbito torrente de guerreros enemigos, que se extendían como las tinieblas de la noche, no perdió su continencia y gritó a sus guardias. «¡Sus! ¡Sobre este cabrón de los cobardes y su rebaño! ¡Y que vuestras cimitarras estén más cerca de sus cabezas que lo estén de sus lenguas la saliva!». Y al instante los guardias lanzaron su grito de guerra: «¡*Ya-le-Salamandra!*!». Y los guerreros de Saleh lanzaron su grito de guerra: «¡*Ya-le-Saleh!*!». ¡Y ambos bandos se lanzaron y entrechocaron como las olas de la mar tempestuosa! ¡Y el corazón de los guerreros de Saleh era más firme que la roca, y sus sables girantes se pusieron a cumplir los decretos del destino! ¡Y Saleh el valeroso, el héroe de corazón de granito, el caballero del sable y de la lanza, cortó los cuellos y traspasó los pechos, con asaltos capaces de demoler las rocas de la montaña! ¡Oh la terrible refriega! ¡Qué espantosa carnicería! ¡Cuántos gritos ahogados en las gargantas por la punta de las lanzas opacas! ¡Cuántas mujeres en la condición de viudas con sus hijos huérfanos!... ¡Y el combate continuó encarnizado, retumbaban los golpes, gemían los cuerpos por la acción de las dolorosas heridas y temblaban las tierras submarinas a los choques de los potentes guerreros! Pero ¿qué pueden los sables y todas las armas contra los combates del destino? ¿Y desde cuándo pueden las criaturas mirar o adelantar la hora marcada para su término fatal? Al cabo de una hora de lucha, los corazones de los guardias de Salamandra no tardaron en ser iguales a frágiles pots de barro; y todos, hasta el último, mordieron el polvo en torno al trono de su rey. Y, al ver esto, el rey Salamandra tuvo tal rabia que sus extraordinarios testículos, que colgaban hasta sus rodillas, se contrajeron hasta su ombligo. Y se precipitó espumeante contra Saleh, quien le recibió con la punta de la lanza, y le gritó: «¡Te encuentras, oh pérfido y brutal, en el límite extremo del mar de la perdición!». Y de un golpe resonante lo lanzó al suelo, y allí lo mantuvo sólidamente hasta que sus guerreros le ayudaron a cargarle de ligaduras y le ataron los brazos a la espalda. Pero dejemos ahora a todos ellos. Veamos lo que fue de la princesa Gema y de Sonrisa de Luna. Desde los primeros ruidos de la batalla que se libraba en el palacio, la princesa Gema, enloquecida, huyó con una de sus criadas, llamada Mirto, y habiendo atravesado las regiones marinas, subieron a la superficie y alcanzaron una isla desierta. Luego treparon a la copa de un frondoso árbol y allí se

escondieron. Ahora bien, el destino quiso que pasara la misma cosa en el palacio de la reina Langosta. En efecto, los dos esclavos que habían acompañado al príncipe Saleh al palacio de Salamandra para llevarle los dos sacos de los presentes, se apresuraron también, desde el comienzo de la batalla, deseosos de salvarse y de correr a anunciar la nueva del peligro a la reina Langosta. Y el joven rey Sonrisa de Luna, que había interrogado a su llegada a los esclavos, quedó muy alarmado por esas noticias tan poco tranquilizadoras, y en su interior se consideró como la causa primaria del gran peligro que corría su tío y de la perturbación llevada al imperio submarino. Por ello, y como era muy tímido ante su abuela Langosta, no había tenido el valor de presentarse a ella, dado el peligro en que se hallaba por su causa su tío, el príncipe Saleh. Y se aprovechó del momento en que su abuela se hallaba escuchando el informe de los esclavos para lanzarse al fondo del mar y remontar a la superficie, a fin de volver al lado de su madre, Flor de Granada, en Ciudad Blanca. Mas como ignoraba el camino a seguir, se había extraviado y llegado a la misma isla desierta en la que se había salvado la princesa Gema. Desde que tocó tierra, y como se sentía fatigado de la carrera que acababa de dar, se fue a tender al pie del árbol mismo en donde se encontraba la princesa Gema. ¡Y él no sabía que el destino de cada hombre le acompaña por todas partes adonde va, corre más aprisa que el viento y que no se da reposo para seguirlo! Y no sospechaba lo que, desde el fondo de la eternidad, le reservaba la suerte misteriosa. Una vez, pues, tendido al pie del árbol, apoyó sobre un brazo la cabeza para dormir, y, de pronto, alzando los ojos hacia lo alto del árbol, halló la mirada de la princesa y su rostro, y creyó al pronto ver la luna misma entre las ramas. Y exclamó: «¡Gloria a Alá que ha creado la luna para iluminar la tarde y esclarecer la noche!». Luego, mirando con mayor atención, reconoció que era una belleza humana, y que pertenecía a una adolescente como la luna.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CUARENTA Y UNA

Ella dijo:

—Y pensó: «¡Por Alá que voy a subir al momento a cogerla y a preguntarle su nombre! ¡Pues se parece de modo extraordinario al admirable retrato que mi tío me hizo de la princesa Gema! ¿Y quién sabe si no es ella misma? ¡Pudo haber huido del palacio de su padre desde el comienzo del combate!». Y todo emocionado, se levantó, y estando debajo del árbol, elevó los ojos hacia la adolescente, y le dijo: «¡Oh motivo supremo de todo deseo!, ¿quién eres tú y por qué motivo te encuentras en esta isla, en

lo alto de ese árbol?». Entonces la princesa se inclinó un poco hacia el bello adolescente y le sonrió, y dijo con voz cantarina como el agua: «¡Oh mancebo encantador, oh bellísimo, yo soy la princesa Gema, hija del rey Salamandra el marino! ¡Y estoy aquí, pues he huido de mi patria, y de las moradas de mi patria, de mi padre y mi familia, para escapar de la triste suerte de los vencidos. Pues a esta hora, el príncipe Saleh ha debido reducir a mi padre a la esclavitud después de haber aplastado a todos sus guardias! ¡Y él debe buscarme por todas partes del palacio! ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! ¡Oh duro destierro lejos de los míos! ¡Oh suerte desgraciada la del rey mi padre! ¡Ay!, ¡ay!». Y gruesas lágrimas cayeron de sus bellos ojos sobre el rostro de Sonrisa de Luna, que levantó los brazos con emoción y enajenamiento, y que acabó por exclamar: «¡Oh princesa Gema, alma de mi alma, oh sueño de mis noches insomnes, desciende, por favor, de ese árbol, pues yo soy el rey Sonrisa de Luna, hijo de Flor de Granada, la reina nativa, como tú, de la mar! ¡Oh, desciende, pues yo he sido asesinado por tus ojos, esclavo cautivo de tu belleza!». Y la adolescente, como arrebatada, gritó: «¡Ya Alá, oh mi señor! ¿Eres tú, pues, el bello Sonrisa de Luna, sobrino de Saleh, e hijo de la reina Flor de Granada?». Él dijo: «¡Sí, desciende, yo te lo ruego!». Ella dijo: «¡Oh, qué poco avisado ha estado mi padre al rechazar para su hija un esposo como tú! ¿Qué podía desear mejor? ¿Dónde podría encontrar un príncipe más bello y más encantador, en la tierra o bajo los mares? ¡Oh querido mío, no repruebes demasiado la irreflexiva negativa de mi padre, pues yo te amo! ¡Y si tú me amas como un palmo, yo te amo como un brazo! ¡Desde que yo te he visto, el amor que sientes por mí se ha transportado a mis entrañas, y he llegado a ser la víctima de tu hermosura!». Y, después de haber pronunciado estas palabras, se deslizó del árbol a los brazos de Sonrisa de Luna, quien, rebosante de júbilo, la estrechó contra su pecho y la devoró a besos, en tanto que ella le devolvía caricia por caricia y movimiento por movimiento. Y Sonrisa de Luna, a este delicioso contacto, sintió que en su alma cantaban todos los pájaros, y exclamó: «¡Oh soberana de mi corazón, oh princesa Gema tan deseada, tú por quien yo dejé también mi reino, mi madre y el palacio de mis padres!, ¡sí!; mi tío solo me detalló la cuarta parte apenas de tus encantos, en tanto que las otras tres cuartas quedan para mí todavía insospechadas. ¡Y ante mí solo ha pasado de tu belleza un quilate de los veinticuatro quilates, toda de oro!». Y diciendo estas palabras siguió cubriéndola de besos y acariciándola de mil maneras. Luego, encendido por deleitarse con su grupa de bendiciones, descendió su mano ardiente hacia las bellotas del cordón. Y la adolescente, como para ayudarlo en esa operación, se levantó, se alejó algunos pasos, y, de pronto, extendió muy recta la mano en su dirección, y escupiéndole a la reseca cara, le gritó: «¡Oh terreno, abandona tu forma humana, y conviértete en un pájaro blanco con el pico y las patas rojas!». Y al instante Sonrisa de Luna, en el límite de la estupefacción, quedó convertido en pájaro de plumas blancas, de alas pesadas incapaces para volar y pico y patas rojos.



Y él se puso a mirar a la adolescente con lágrimas en los ojos. Entonces la princesa Gema llamó a su sirvienta Mirto, y le dijo: «Toma este pájaro, que es el sobrino del mayor enemigo de mi padre, de ese Saleh, el entrometido que ha combatido a mi padre, y ve a llevarlo a la isla Seca, que no está lejos de aquí, a fin de que muera de hambre y de sed». ¡Todo esto!

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CUARENTA Y DOS

Ella dijo:

—Pues la princesa Gema solo se había mostrado tan graciosa con Sonrisa de Luna para acercarse a él sin inconveniente, y de ese modo poder metamorfosearlo en pájaro destinado a morir de inanición, y de ese modo vengar a su padre y a los guardias de su padre. Y dejémosla ahora. ¡En cuanto al pájaro blanco!... Cuando la sirvienta Mirto, para obedecer a su señora Gema, lo cogió, a pesar de los desesperados golpeteos de ala y de los roncós gritos que lanzaba, tuvo compasión de él y no tuvo corazón para transportarlo a la isla Seca, en donde tan cruel muerte le esperaba. Y se dijo para su sensible alma: «¡Lo voy a trasladar primero a un lugar en donde no pueda morir de una manera tan cruel, y en donde esperará su destino! ¡Pues quién sabe si mi señora no se arrepentirá muy pronto de su primer movimiento, una vez pasada su cólera, y me reprochará el haberle obedecido demasiado aprisa!». Y trasladó al cautivo a una isla verdegueante, plantada con toda clase de árboles frutales

y regada de frescos arroyos, para volver luego al lado de su señora. Ahora dejemos por un instante al pájaro en la isla verde, y a la princesa Gema en la primera isla, y volvamos a ver qué fue del príncipe Saleh victorioso de Salamandra. Una vez que hizo encadenar al rey Salamandra, lo encerró en uno de los departamentos del palacio, y se hizo proclamar rey en su lugar. Luego se apresuró a buscar por todos lados a la princesa Gema; pero, desde luego, no la encontró. Y cuando vio que todas sus pesquisas eran vanas, volvió a su antigua residencia para poner al corriente a la reina Langosta, su madre, de todo cuanto acababa de suceder. Luego preguntó: «Oh madre mía, ¿en dónde se encuentra mi sobrino el rey Sonrisa de Luna?». Ella respondió: «¡No lo sé! Debe de estar paseándose con sus primas. Pero yo voy a mandar en seguida a buscarlo». Y cuando decía estas palabras entraron sus primas sin él. Y se le mandó buscar por todas partes, pero no se le halló en ningún sitio. Entonces fue enorme el dolor del rey Saleh, de la abuela y de las primas; y se lamentaron y lloraron mucho. Luego Saleh, con el corazón oprimido se vio apremiado a enviar para prevenir a su hermana la reina. Flor de Granada la marina, madre de Sonrisa de Luna. Y Flor de Granada, en el límite del alocamiento, se apresuró a sumergirse en el mar y correr al palacio de Langosta, su madre. Y después de los abrazos y de las primeras lágrimas, preguntó: «¿En dónde está mi hijo, el rey Sonrisa de Luna?». Y la anciana madre, después de largos preámbulos, y de silencios colmados de lágrimas, y entre los sollozos de las primas sentadas en corro, contó a su hija toda la historia desde el comienzo hasta el fin. Pero no tiene utilidad repetirlo. Luego añadió: «Y tu hermano Saleh, que ha sido proclamado rey en lugar de Salamandra, ha hecho investigaciones por todas partes y no ha podido hallar las huellas ni de nuestro hijo Sonrisa de Luna ni de la princesa Gema, hija de Salamandra». Cuando Flor de Granada hubo oído estas palabras, el mundo oscureció ante ella, y entró la desolación en su corazón, y los sollozos de desesperación la estremecieron. Y durante mucho tiempo solo se escucharon en el palacio submarino los gritos de duelo de las mujeres y los hipos del dolor. Pero era preciso pensar en seguida en remediar un estado de cosas tan extraño y desolador. Así fue que la primera en secar sus lágrimas fue la abuela, la que dijo: «¡Hija mía, que tu alma no se entristezca demasiado por esta aventura, pues no hay razón para que tu hermano no termine por encontrar a tu hijo Sonrisa de Luna! En cuanto a ti, si tú amas verdaderamente a tu hijo y velas por sus intereses, harás bien en volver a tu reino para intervenir en los asuntos y mantener en secreto la desaparición de tu hijo. ¡Y Alá proveerá!». Y Flor de Granada respondió: «¡Tienes razón, madre mía! ¡Voy a regresar! Pero te ruego, ¡oh, por favor!, que no ceses de pensar en mi hijo y que nadie descuide sus pesquisas. Pues si le aconteciera algún mal, yo moriría sin remedio, pues no veo la vida sino a través de él y no gusto la alegría sino en su presencia». Y la reina Langosta contestó: «¡Sí, hija mía, de todo afectuoso corazón! ¡Está tranquila a este respecto, y tranquiliza del todo tu espíritu!». Entonces Flor de Granada se despidió de su madre, de su hermano y de sus primas y, con el corazón oprimido y el

alma muy triste, ella alcanzó su reino y su ciudad.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CUARENTA Y TRES

Ella dijo:

—Volvamos ahora a la isla verdegueante en donde la joven Mirto, de alma sensible, hubo depositado a Sonrisa de Luna, trocado por la princesa Gema en un pájaro de blanco plumaje de pico y patas rojos. Cuando el pájaro Sonrisa de Luna se vio abandonado por la caritativa Mirto, se puso a llorar copiosamente; luego, como sentía hambre y sed, se puso a comer frutas y a beber agua corriente, pensando a la vez en su desgraciada suerte y maravillándose de verse pájaro. E intentó manejar sus alas para volar, pero ellas no pudieron sostenerle en el aire, pues estaba muy grueso y muy pesado. Y acabó por resignarse con su destino, pensando «¡De qué me serviría, por otra parte, abandonar esta isla, ya que no sé adónde dirigirme y dado que nadie podrá reconocer, en mi exterior de pájaro, el rey que soy en mi interior!». Y continuó viviendo en la isla, bastante tristemente; y a la noche se colocaba en un árbol para dormir. Sucedió que un día en que se paseaba tristemente con la cabeza baja, tanta era su preocupación, fue divisado por un pajarero que llegaba a la isla para tender sus redes de caza. El pajarero encantado con el magnífico aspecto de este gran pájaro que no tenía semejante y cuyo pico rojo y patas rojas resaltaban de un modo tan alegre sobre la blancura del plumaje, se alegró de poder poseer un pájaro tal, cuya especie le era completamente desconocida. Y por ello tomó todas las precauciones, y con marcha lenta se acercó por detrás de él y de un golpe sutil lanzó sobre él su red y lo capturó. Y, rico por esta bella pieza de caza, regresó a la ciudad de donde había venido, llevando delicadamente asido por las patas el gran pájaro que iba sobre su hombro. Y al llegar a la ciudad, se dijo el pajarero: «¡Por Alá que yo no he visto jamás en mi vida un pájaro parecido a este en mis cacerías tanto en tierra o en el mar! Por tanto, me guardaré bien de venderlo a un comprador ordinario, que no puede conocer ni el precio ni el valor, quien probablemente lo matará y se lo comerá con su familia; sino que lo voy a llevar como regalo al rey de la ciudad, quien se maravillará de su belleza, y me indemnizará abundantemente». Y marchó al palacio y lo llevó al rey el que, al verlo, quedó en extremo encantado, y admiró, sobre todo, el bello color rojo del pico y de las patas. Y lo aceptó y dio diez dinares de oro al pajarero, que abrazó la tierra y se fue. Entonces el rey mandó hacer una gran jaula con enrejado de oro, y encerró al hermoso pájaro. Y le puso granos de maíz y de trigo, pero el pájaro

no cogió nada en el pico. Y el rey, extrañado, se dijo: «¡No come! Voy a darle otra cosa». Y le hizo salir de la jaula y puso ante él pechuga de pollo, trozos de carne y frutas. Y al momento el pájaro se puso a comer con notorio placer, lanzando grititos y esponjando sus plumas blancas. Y al ver esto el rey, se estremeció de alegría y dijo a uno de los esclavos: «Ve aprisa a avisar a tu señora, la reina, que he comprado un pájaro prodigioso que es un milagro entre los milagros del tiempo, a fin de que venga a admirarlo conmigo, y ver la forma original con que come todas estas comidas, de las que no se nutren ordinariamente los pájaros». Y el esclavo se avivó en ir a llamar a la reina quien no tardó en llegar. Pero en el instante en que la reina percibió al pájaro, se cubrió vivamente el rostro con su velo, e, indignada, retrocedió hasta la puerta y quiso salir. Y el rey corrió tras de ella y, reteniéndola por su velo, le preguntó: «¿Por qué te cubres tú el rostro dado que aquí no estoy sino yo, tu esposo, y los eunucos y los criados?». Ella respondió: «¡Oh rey, sabe que este pájaro no es un pájaro, sino que es un hombre como tú! Él no es otro que el rey Sonrisa de Luna, hijo de Schahraman y de Flor de Granada, la marina. Él ha sido metamorfoseado de ese modo por la princesa Gema, hija de Salamandra el marino, que de esa manera vengó a su padre vencido por Saleh, tío de Sonrisa de Luna». Oídas estas palabras, el rey se asombró al límite del asombro y gritó: «¡Que Alá confunda a la princesa Gema y le corte la mano! Pero por Alá sobre ti, ¡oh hija de mi tío, dame detalles de la cosa!». Y la reina, que era la más insigne maga de su tiempo, le contó la historia sin omitir un detalle. Y el rey, prodigiosamente maravillado, volvióse hacia el pájaro y le preguntó: «¿Es verdad todo esto?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CUARENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—Y el pájaro bajó la cabeza en señal de asentimiento, y batió las alas. Entonces el rey dijo a su esposa: «¡Que Alá te bendiga, oh hija de mi tío! ¡Pero por mi vida ante tus ojos, apresúrate a sacarle de este encantamiento, no lo dejes en este tormento!». Entonces la reina, habiéndose cubierto completamente el rostro con el velo, dijo al pájaro: «¡Oh Sonrisa de Luna, entra en este gran armario!». Y el pájaro obedeció en seguida y entró en un gran armario empotrado en el muro, que la reina acababa de abrir; y ella entró detrás de él, llevando en la mano una taza sobre la que pronunció palabras desconocidas; y el agua se puso a hervir en la taza. Entonces ella tomó algunas gotas que le lanzó a la cara, diciéndole: «¡Por la virtud de los nombres

mágicos y de las poderosas palabras, y por la majestad de Alá el omnipotente, el creador del cielo y de la tierra, el resurrector de los muertos, el fijador de los términos y el distribuidor de los destinos, yo te mando que abandones esa forma de pájaro y recobres aquella que recibiste del creador!». Y al momento se estremeció de temblor, y se sacudió de un sacudimiento y volvió a su forma primera. Y el rey, maravillado, vio que era un adolescente que no tenía su igual en la tierra, y exclamó: «¡Por Alá que merece su nombre de Sonrisa de Luna!». Luego que Sonrisa de Luna volvió a su primitivo estado, gritó: «¡*La ilah ill, ua Mohammed rassul Alá!*!». Luego se acercó al rey, le besó la mano y le deseó larga vida. Y el rey le besó la cabeza y le dijo: «¡Sonrisa de Luna, yo te ruego que me cuentes toda tu historia, desde tu nacimiento hasta hoy!». Y Sonrisa de Luna contó al rey, que se asombró en extremo, toda su historia, sin omitir destalle. Entonces el rey, llegado al límite del placer, dijo al joven rey libertado del encantamiento: «¿Qué quieres que yo haga por ti, oh Sonrisa de Luna? ¡Háblame con toda confianza!». Él respondió: «¡Oh rey del tiempo, yo desearía regresar a mi reino! Pues hace ya tiempo que estoy ausente y temo mucho que los enemigos del trono aprovechen mi alejamiento para destronarme. ¡Y luego mi madre debe de estar muy preocupada por mi desaparición! ¡Y quién sabe si, en la duda, ha sobrevivido a su dolor y a sus preocupaciones!». Y el rey, sensible a su belleza y ganado por su juventud y su devoción a su madre, respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Y en una hora hizo preparar un navío, bien abastecido, con sus aparejos, marineros y capitán, en el que el rey Sonrisa de Luna, luego de los adioses y agradecimientos, se embarcó confiándose a su destino. ¡Pero este destino le reservaba todavía, en lo invisible, otras aventuras! En efecto, cinco días después de la partida, se levantó una furiosa tempestad que dismanteló y estrelló al navío contra una costa rocosa, y solo Sonrisa de Luna a causa de su impermeabilidad pudo salvarse a nado y alcanzar tierra firme. Y a lo lejos vio surgir una ciudad como una paloma muy blanca, que, situada sobre la cumbre de una colina, dominaba el mar. Y, de pronto, de lo alto de esa montaña, vio acercarse y descender sobre él, con la rapidez del huracán, un furioso galope de caballos, de mulos y de asnos, innumerables como los granos de arena. Y esta tropa galopante y asustada se detuvo en su derredor. Y todos los asnos, con los caballos y mulos, se pusieron a hacerle con la cabeza signos que significaban: «¡Vuélvete por dónde has venido!». Mas como persistía en permanecer, los caballos se pusieron a relinchar, y los mulos a resollar y los asnos a rebuznar, pero eran relinchos, resuellos y rebuznos de dolor y de desesperación. Y algunos se pusieron propiamente a llorar sorbiéndose los mocos. Y empujaron delicadamente con los morros a Sonrisa de Luna, que inmóvil se defendía de volver al agua. Luego, como en lugar de volver sobre sus pasos avanzaba hacia la ciudad, los animales de cuatro patas se pusieron a marchar ya delante de él, ya detrás, formándole como un cortejo fúnebre tanto más impresionante cuanto que Sonrisa de Luna reconocía en los gritos que lanzaban como una vaga salmodia en lengua árabe, semejante a la que dirigen ante los cadáveres los lectores del *Corán*.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CUARENTA Y CINCO

Ella dijo:

—Y Sonrisa de Luna, no sabiendo ya si dormía o si estaba en estado de vigilia, o si todo esto solo era efecto engañoso de su fatigoso estado, se puso a caminar como se camina en sueños, y de este modo llegó a la colina, a la entrada de la ciudad suspendida sobre la altura. Y vio, sentado a la puerta de una tienda de droguero, a un jeque de barba blanca al que se avivó en desear la paz. Y por su parte el jeque, al verle tan bello, quedó encantado en extremo, y se levantó y le devolvió su *salam* y se apresuró a hacer con la mano a los animales de cuatro patas signo de que se marchasen. Y ellos se alejaron, volviendo la cabeza de vez en cuando, como para marcar la intensidad de sus pesares; luego se dispersaron por todas partes y desaparecieron. Entonces, Sonrisa de Luna, interrogado por el viejo jeque, contó en breves palabras su historia, y luego dijo al jeque: «¡Oh mi venerable tío!, ¿puedes decirme, a tu vez, cual es esta ciudad y quiénes son esos extraños animales de cuatro patas que me acompañaron lamentándose?». El jeque respondió: «Hijo mío, entra primero en mi tienda y siéntate. Pues debes tener necesidad de comer. Y luego te diré lo que pueda decirte». Y le hizo entrar y sentarse en un diván, al fondo de la tienda, y le trajo de comer y de beber. Y cuando se hubo recobrado bien y refrescado, le besó en la frente y le dijo. «¡Agradece a Alá, oh mi hijo, que te haya hecho encontrarme antes que te viera la reina de aquí! Si no te he dicho nada todavía, es porque temía interrumpirte y con ello impedirte comer con placer. Sabe, pues, que esta ciudad se llama Encantamientos, y que esta reina se llama Almanakh. ¡Es una temible maga, una extraordinaria encantadora, una verdadera cheitana! Ahora bien, ella está constantemente ardiendo de deseos. Y cada vez que ella encuentra un extranjero joven, robusto y hermoso, que desembarca en esta isla, lo seduce y se hace montar y copular muchas veces por él, durante cuarenta días y cuarenta noches. Pero sucede que, como al cabo de ese tiempo, ella lo ha agotado completamente, lo metamorfosea en animal. Y como bajo esta nueva forma de animal, recupera nuevas fuerzas y poderosas virtudes, ella se transforma a su manera, cada vez según el animal con quien se las entiende, sea en caballo, sea en asno, y de ese modo se hace cohabitar por el caballo o por el asno una cantidad innumerable de veces. Luego recobra su forma humana para hacerse con nuevos amantes y nuevas víctimas entre los jóvenes hermosos que tropieza. Y le acontece a veces en las noches de sus insaciables deseos,

que se hace montar en turno por todos los cuadrúpedos de la isla, y esto hasta la mañana. ¡Y esa es su vida! Ahora bien, como yo te amo con gran amor, hijo mío, no quisiera verte caer en las manos de esa encantadora insaciable, que solo vive para lo que te acabo de decir. ¡Y como tú eres, ciertamente, el más bello de todos los adolescentes desembarcados en esta isla, quién sabe lo que pudiera suceder si te viera la reina Almanakh! En cuanto a los asnos, los mulos y los caballos que, al percibirte, descendieron desde la cima de la montaña a tu encuentro, son precisamente los jóvenes transformados por Almanakh. Y, como te vieron tan joven y tan hermoso, tuvieron compasión de ti y quisieron primero con sus signos de cabeza convencerte para que ganases la mar. Luego, como te veían obstinado en quedarte, a pesar de sus reproches, te acompañaron hasta aquí salmodiando en su lenguaje las fórmulas fúnebres como si acompañaran a un hombre muerto a la vida humana. Ahora bien, hijo mío, la vida con esta joven reina Almanakh no sería del todo desagradable, si no fuera por el abuso que ella hace de aquel que la suerte le da como amante. Por lo que a mí se refiere, ella me teme y me respeta, porque sabe que yo estoy más versado que ella en el arte de la hechicería y de los encantamientos. Solamente que yo, hijo mío, como soy un creyente en Alá y en su profeta, ¡sobre él la oración y la paz!, no me sirvo de la magia para hacer mal. ¡Pues el mal acaba siempre por volverse contra el malhechor!». Sucedió que, apenas el anciano jeque acabó de decir estas palabras, cuando por su lado avanzó un magnífico cortejo de mil adolescentes como lunas, vestidas de púrpura y oro, que llegaron a colocarse en dos filas a lo largo de la tienda para hacer paso a una adolescente más bella que todas ellas, montada sobre un caballo árabe constelado de pedrerías. Era la reina Almanakh misma, la maga. Se detuvo ante la tienda, descabalgó, ayudada por dos esclavas que le sostenían la brida, y penetró en la tienda del jeque, al que saludó con mucha deferencia. Luego se sentó en el diván, y con los ojos entornados miró a Sonrisa de Luna.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CUARENTA Y SEIS

Ella dijo:

—¡Y qué mirada! ¡Larga, perforadora, ardiente y chispeante! Y Sonrisa de Luna se sintió traspasado como por una flecha o quemado por un carbón abrasante. Y la joven reina se dirigió al jeque y le dijo: «¡Oh jeque Abderramán! ¿De dónde has podido tener un adolescente semejante?». Él respondió: «Es el hijo de mi hermano. Acaba de llegar de viaje para verme». Ella dijo: «Es muy hermoso, ¡oh jeque! ¿No

querías prestármelo para una noche solamente? Yo no haría sino conversar con él, sin más, y te lo devolvería intacto mañana por la mañana». Él dijo: «¿Me prestas juramento de no intentar jamás hechizarle?». Ella respondió: «¡Yo presto el juramento ante el maestro de los magos y ante ti, venerable tío!». Y ella hizo dar de presente al jeque mil dinares de oro, para demostrarle su gratitud, e hizo subir a Sonrisa de Luna en un maravilloso caballo cubierto de pedrerías, y le llevó con ella a palacio. Y él parecía en medio del cortejo como la luna en medio de las estrellas. Y Sonrisa de Luna, que ya se resignaba a dejarse guiar por el destino, no decía una palabra y se dejaba conducir sin demostrar de ninguna forma sus sentimientos. Y la maga Almanakh, que sentía arder sus entrañas por este adolescente mucho más que por sus amantes pasados ardieran jamás, se apresuró a llevarle a una sala cuyos muros estaban contruidos de oro, y cuyo aire estaba refrescado por un surtidor de agua que saltaba de una taza de turquesa. Y ella se echó con él en un gran lecho de marfil en donde comenzó a acariciarle de una forma tan extraordinaria que él se puso a cantar y danzar con todos sus pájaros. ¡Y no era brutal, sino todo lo contrario! ¡Verdaderamente muy delicada! ¡Por ello fueron incalculables los asaltos del gallo sobre la infatigable gallina! Y él se dijo: «¡Por Alá que ella es sumamente experta! ¡Y no me atropella! Toma su tiempo y yo también. Por ello, como pienso yo que es imposible que la princesa Gema sea tan maravillosa como esta encantadora, quiero permanecer aquí toda mi vida, y no pensar más ni en la hija de Salamandra, ni en mis familiares, ni en mi reino». Y de hecho, él permaneció allí cuarenta días y cuarenta noches, pasando todo su tiempo con la joven maga, en festines, danzas, cantos, caricias, movimientos, asaltos, cohabitaciones, y otras cosas semejantes, en el límite del placer y del júbilo. Y de cuando en cuando, para reír, Almanakh le preguntaba: «¡Oh ojo mío!, ¿te encuentras mejor conmigo que con tu tío en la tienda?». Y él respondió: «¡Por Alá, oh dueña mía, mi tío es un pobre vendedor de drogas, pero tú eres la triaca misma!». Sucedió que, cuando estaban en el anochecido del cuadragésimo día, la maga Almanakh, después de innumerables asaltos con Sonrisa de Luna, se mostró más agitada que de costumbre y se tendió para dormir. Pero, hacia la media noche, Sonrisa de Luna, que fingía dormir, la vio levantarse del lecho con el rostro encendido. Y ella fue al centro de la sala en donde tomó un puñado de granos de cebada de un plato de cobre, los que arrojó en el agua de la fuente. Y al cabo de algunos instantes germinaron los granos de cebada y sus cañas salieron del agua, y maduraron y se doraron sus espigas. Entonces la maga recogió los granos nuevos, los molió en un mortero de mármol y mezcló ciertos polvos que sacó de diversos botes, e hizo una pasta redondeada como un pastel. Luego puso el pastel así preparado sobre la brasa de un escalfador y lo hizo cocer lentamente. Luego lo retiró, lo envolvió en una servilleta y lo escondió en un armario, después de lo cual volvió al lecho para acostarse junto a Sonrisa de Luna, y se durmió. Pero a la mañana, Sonrisa de Luna, que desde su entrada en el palacio había olvidado al viejo jeque Abderramán, se acordó de él y juzgó que era necesario ir a verlo para ponerle al corriente de lo que

había visto hacer a Almanakh durante la noche. Y fue a la tienda del jeque quien quedó asombrado de volverle a ver, le abrazó con efusión, le hizo sentarse y le dijo: «¡Yo espero, hijo mío, que no hayas tenido que quejarte de la maga Almanakh por infiel que sea!». Él respondió: «Por Alá mi buen tío, ella me ha tratado durante todo este tiempo con mucha delicadeza, y no me ha molestado nada. Pero esta noche sentí que se levantaba y, al ver su rostro encendido, fingí dormir, y la vi ocuparse de una cosa que me hace temerlo todo. Por eso vengo a consultarle, ¡oh mi venerable tío!». Y le dio cuenta de la operación nocturna de la maga.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer las primeras luces del alba discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CUARENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Al escuchar estas palabras montó en gran cólera el jeque Abderramán, y gritó: «¡La maldita, la pérfida, la perjura que no quiere mantener su juramento! ¡Nada la corregirá en su onerosa magia! ¡Ha llegado el tiempo de que ponga fin a sus maleficios!». Y fue a un armario sacó un pastel en un todo semejante al confeccionado por la maga, lo envolvió en un pañuelo y se lo entregó a Sonrisa de Luna diciéndole «Con este pastel que yo te entrego, el mal que ella quiere hacerte va a recaer en ella. En efecto, por medio de las galletas que ella confecciona y que da a comer, al cabo de cuarenta días a sus amantes, es como transforma a estos en esos animales de cuatro patas que llenan la isla. Pero tú, hijo mío, ¡guárdate bien de tocar el paste que ella te presentará! Por el contrario, ¡ingéniate para hacerle comer un pedazo del que yo te doy! Luego le haces exactamente lo que ella hubiera intentado hacerte, en plan de hechicería, pronunciando las mismas palabras que ella hubiera pronunciado sobre ti. ¡Y de este modo la cambiarás en el animal que te plazca! Y lo montarás y vendrás a buscarme. Y entonces yo sabre lo que me queda por hacer». Y Sonrisa de Luna después de agradecer al jeque el afecto y el interés que le demostraba, le dejó y marchó al palacio de la maga. Y encontró a Almanakh que le esperaba en el jardín ante un mantel servido, en medio del cual se hallaba en un plato el pastel preparado durante la noche. Y como ella se quejase de su ausencia, le dijo él: «¡Oh dueña mia!, como hace mucho tiempo que no veía a mi tío, le he hecho una visita; y me ha recibido con efusión y me ha dado de comer; y entre otras cosas excelentes tenía pasteles tan deliciosos que no he podido resistirme a traerte uno para que lo pruebes». Y sacó el paquetito, cogió el pastel y le dio a comer un trozo que ella

comió. Luego, a su vez, ella ofreció del suyo a Sonrisa de Luna quien, por no desatenderla, tomó un trozo, pero, haciendo como que lo comía, lo deslizó por la abertura de su vestido. Al momento la maga, creyendo que realmente había tragado el pedazo de pastel, se levantó vivamente, tomó de la taza próxima un poco de agua en el hueco de su mano, y, rociándole le gritó: «¡Oh mancebo extenuado, conviértete en un poderoso asno!». Pero cuál no sería el asombro de la maga viendo que el joven, lejos de transformarse en asno, se había levantado a su vez, se aproximaba vivamente al estanque en donde tomó un poco de agua para rociarle y le gritaba: «¡Oh pérfida, deja tu forma humana y conviértete en asna!». Y, en el mismo instante, antes que tuviese tiempo de reponerse de su sorpresa, la maga Almanakh quedó convertida en asna. Y Sonrisa de Luna la montó y se apresuró a ir en busca del jeque Abderramán, al que contó cuanto acababa de suceder. Luego le entregó la borrica que mostraba su aspereza. Entonces el jeque pasó por el cuello de la borrica Almanakh una doble cadena que fijó a una anilla de la pared. Luego dijo a Sonrisa de Luna: «Ahora, hijo mío, me voy a ocupar de poner en orden los asuntos de nuestra ciudad, y voy a comenzar levantando el encantamiento que mantiene a gran número de jóvenes convertidos en animales de cuatro patas. Pero antes quiero, aunque me cueste mucho separarme de ti, hacer que regreses a tu reino, para que cesen las inquietudes de tu madre y de tus súbditos. Y con este propósito, yo voy a hacerte que sigas el camino más corto». Y dichas estas palabras, el jeque colocó en sus labios dos dedos y lanzó un silbido prolongado e intenso, y al momento se presentó ante él un gran *genni* de cuatro alas, que se mantenía en puntillas y le preguntó el motivo por el cual era llamado. Y el jeque le dijo: «¡Oh *genni* Relámpago, vas a llevar sobre tus costillas al rey Sonrisa de Luna que ves, y vas a transportarle con toda diligencia a su palacio, en Ciudad Blanca!». Y el *genni* Relámpago se dobló, bajando la cabeza; y Sonrisa de Luna, después de haber besado la mano del jeque, su libertador, y de haberle dado las gracias, subió a los hombros de Relámpago, y dejando colgar sus piernas sobre el pecho se ahorquilló al cuello. Y el *genni* se elevó en el aire y voló con la rapidez de la paloma mensajera, haciendo con sus alas un ruido parecido al de un molino de viento. En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer las primeras luces del alba y, discretamente, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CUARENTA Y OCHO

Ella dijo:

—E, infatigablemente, viajó durante un día y una noche, y de ese modo recorrió un espacio de seis meses de camino. Y llegó sobre Ciudad Blanca y depositó a

Sonrisa de Luna en la misma terraza de su palacio. Luego desapareció. Y Sonrisa de Luna, el corazón derretido a los hálitos de la brisa de su patria, se apresuró a descender al aposento en donde, desde su desaparición, se mantenía su madre, Flor de Granada, llorando en silencio, y llevando su duelo secretamente en su alma, para no traicionarse y tentar de ese modo a los usurpadores. Y levantó el tapiz de la sala, en donde precisamente se encontraba de visita con la reina la anciana abuela Langosta, el rey Saleh y las primas. Y entró deseando la paz a la concurrencia y corrió a arrojarle en brazos de su madre, la que, al verle, cayó desvanecida de alegría y sobrecogimiento. Pero no tardó en recobrar sus sentidos y, estrechando a su hijo contra su pecho, lloró durante mucho tiempo, toda agitada por los sollozos, en tanto que las primas abrazaban las piernas de su primo, al que la abuela le tenía por una mano y el tío Saleh por la otra. Y así quedaron, por la alegría del regreso, sin poder articular palabra. Pero cuando les fue permitido explayarse en palabra, se contaron mutuamente sus diversas aventuras, y bendijeron juntos a Alá el bienhechor que había permitido su salvación a todos y su reunión. Después, Sonrisa de Luna se dirigió hacia su madre y su abuela y les dijo: «Ahora solo me queda casarme. ¡Y persisto en no querer casarme sino con la princesa Gema, hija de Salamandra! ¡Pues, en verdad, es una verdadera gema como lo indica su nombre!». Y la anciana abuela respondió: «La cosa es ahora muy fácil, ¡oh hijo mío!, pues continuamos teniendo prisionero a su padre en su palacio». Y ella envió a buscar en el acto a Salamandra, al que los esclavos hicieron entrar encadenado de manos y pies, pero Sonrisa de Luna ordenó que se le desencadenase, y la orden fue ejecutada al instante. Entonces, Sonrisa de Luna avanzó hacia Salamandra, y, después de excusarse de haber sido la causa primera de las desgracias sobrevenidas, le tomó la mano que besó con respeto, y dijo: «¡Oh rey Salamandra!, no es ya un intermediario el que te solicita el honor de tu alianza; sino que soy yo mismo, Sonrisa de Luna, rey de Ciudad Blanca, y del mayor imperio terrestre, quien te besa las manos y te pide a tu hija Gema en matrimonio. Y si tú no quieres concedérmela, yo moriré. ¡Y si tú aceptas, no solamente volverás a ser rey de tu reino, sino que yo mismo seré tu esclavo!». A estas palabras, Salamandra abrazó a Sonrisa de Luna y le dijo: «¡Sí, oh Sonrisa de Luna, ningún otro podría merecer a mi hija mejor que tú! Y como ella está sometida a mi autoridad, ella aceptará este deseo con abierto corazón. Pero me es preciso enviarla a buscar a la isla en donde se oculta desde que yo he sido depuesto del trono». Y diciendo estas palabras, hizo venir de la mar un mensajero al que encargó de ir inmediatamente a buscar a la princesa en la isla, y traerla sin retraso. Y el mensajero desapareció, y no tardó en volver con la princesa Gema y su criada Mirto. Entonces el rey Salamandra comenzó por abrazar a su hija, luego la presentó a la anciana reina Langosta y a la reina Flor de Granada, y le dijo señalando con el dedo a Sonrisa de Luna, absorto de admiración: «Sabe, ¡oh hija mía!, que yo te he prometido a este joven magnánimo, a este valiente león, Sonrisa de Luna, hijo de la reina Flor de Granada la marina, pues es ciertamente el más hermoso de los hombres de su tiempo,

y el más encantador, y el más poderoso, y el más elevado en rango de linaje. ¡Así que yo considero que él está hecho para ti, y que tú estás hecha para él!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CUARENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—A estas palabras de su padre, la princesa Gema bajó los ojos con modestia, y respondió: «Tu parecer, ¡oh padre mío!, es mi regla de conducta, y tu afección vigilante es la sombra en que me sitúo. ¡Y puesto que tal es tu deseo, en adelante la imagen de aquel que tú me escoges estará en mis ojos, su nombre estará en mi boca, y su morada en mi corazón!». Cuando las primas de Sonrisa de Luna y las otras damas presentes hubieron oído estas palabras, hicieron retemblar el palacio con sus gritos de alegría y sus penetrantes *lu-lu*. Luego, el rey Saleh y Flor de Granada mandaron llamar al cadí y a los testigos para redactar el contrato de matrimonio del rey Sonrisa de Luna con la princesa Gema. Y se celebraron las bodas con gran pompa y con un fausto tal que, para la ceremonia del vestido, se cambió nueve veces de traje la desposada. En cuanto al resto, antes la lengua se mostraría velluda que ser capaz de describirlo. ¡Gloria a Alá que une entre sí las cosas bellas, y solo retarda la alegría para conceder la felicidad!

Cuando Schehrazada acabó de contar esta historia se calló. Entonces la pequeña Doniazada exclamó:

—¡Oh hermana mía, cuán dulces, gentiles y sabrosas son tus palabras! ¡Y qué admirable es esta historia!

Y el rey Schahriar dijo:

—¡Cierto, oh Schehrazada, tú me has enseñado muchas cosas que yo ignoraba! Pues hasta hoy no sabía bien las cosas del fondo de las aguas. Y la historia de Abdalá del mar y Flor de Granada me ha agradado extraordinariamente. Pero ¡oh Schehrazada!, ¿no sabes tú una historia diabólica del todo?

Y Schehrazada sonrió y respondió:

—Precisamente, ¡oh rey!, conozco una que voy a contarte a continuación.

LA VELADA DE INVIERNO DE ISHAK DE MOSSUL

El músico Ishak de Mossul, cantor favorito de Al-Raschid, nos ha transmitido la anécdota siguiente: «Una noche de invierno, yo me hallaba sentado en mi casa, y, en

tanto que los vientos aullaban como leones y las nubes se descargaban con tumulto como bocas completamente abiertas de odres cargados de agua, me calentaba las manos en mi brasero de cobre, y estaba triste por no poder a causa del lodo de los caminos, de la oscuridad y de la lluvia, ni salir ni esperar la visita de algún amigo que me hiciese compañía. Y como mi pecho se oprimía cada vez más, yo dije a mi esclavo: “¡Dame algo de comer, para matar el tiempo!”. Y cuando el esclavo se aprestaba a servirme, no podía apartar mi pensamiento de los encantos de una joven que había conocido no ha mucho en palacio, y no me explicaba por qué me obsesionaba hasta ese punto su recuerdo, ni por qué motivo mi pensamiento se detenía más en su rostro que en los de todas aquellas otras tan numerosas que fueron mi encanto en noches pasadas. Y talmente me ahincaba en su deleitoso deseo, que ni me percibí de la presencia del esclavo, que, habiendo extendido el mantel sobre el tapiz, se mantenía erecto y con los brazos cruzados, esperando solo una indicación de mi mirada para traer las bandejas. Y yo, dominado por mi visión, exclamé en voz alta: “¡Ah si estuviera aquí la joven Saieda, la de la voz dulcísima, no estaría yo tan melancólico!”. Pronuncié en voz alta estas palabras, lo recuerdo ahora, aunque por costumbre fuesen silenciosos mis pensamientos. Y mi sorpresa fue extraordinaria al oír de ese modo el sonido de mi voz, ante mi esclavo, cuyos ojos se abrían desmesuradamente. Sucedió que, apenas fue expresado mi deseo, se oyó una llamada en la puerta, como si fuera de alguno que no pudiera soportar la espera, y una voz joven suspiró: “¿Puede la bien amada franquear la puerta de su amigo?”. Entonces yo pensé para mí: “Sin duda es alguno que, en la oscuridad, se ha equivocado de casa. O bien, ¿habrá dado ya sus frutos el árbol estéril de mis deseos?”. Y yo me apresuré a levantarme, y corrí a abrir por mí mismo la puerta; y sobre el umbral vi a la tan deseada Saieda, pero ¡con qué cambio singular y con qué extraño aspecto! Ella tenía puesto un vestido corto de seda verde, y sobre su cabeza, llevaba una tela de oro que no había podido preservarla de la lluvia y del agua vertida por los canalones de las azoteas. Además, debía haberse hundido en el fango a todo lo largo de su camino, como lo demostraban claramente sus piernas. Y yo, al verla en semejante estado, exclamé: “¡Oh dueña mía!, ¿por qué te has atrevido a salir en una noche como esta?”. Y ella me dijo con su voz gentil: “¿Podía yo no decidirme ante el deseo que de modo constante me ha transmitido tu mensajero? ¡Él me ha expresado la intensidad de tu deseo respecto a mí, y, a pesar de este tiempo horrible, aquí estoy!”. Y yo, aunque no me acordaba nada de haber dado una orden semejante, y aunque la hubiese dado no la hubiera podido complimentar mi único esclavo en el mismo tiempo en que permanecía junto a mí, no quise evidenciar a mi amiga lo extrañado que estaba con todo ello; y le dije: “¡Alabanzas a Alá que permite nuestra reunión, oh dueña mía, y trueca en miel la amargura del deseo! ¡Que tu venida perfume la casa y sosiegue el corazón del dueño de ella! ¡En verdad, si tú no hubieras venido, estaría yo mismo en tu busca, tan obsesionado estaba en ti mi espíritu esta noche!”».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se

calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CINCUENTA

Ella dijo:

—«Luego me volví hacia mi esclavo, y le dije: “¡Ve aprisa a buscar agua caliente y esencias!”. Y habiendo el esclavo ejecutado mi orden, yo mismo me puse a lavar los pies de mi amiga y le vertí sobre ellos un frasco de esencia de rosas. Después la vestí con su vestido de seda verde, y la hice sentar a mi lado, junto a una bandeja de frutas y de bebidas. Y cuando ella bebió conmigo varias veces en la copa, yo quise, para halagarla, yo, que de ordinario no accedo a cantar, sino a fuerza de ruegos y de súplicas, cantarle un nuevo aire que había compuesto. Pero ella me dijo que su alma no tenía deseo de escucharme. Y yo le dije: “Entonces, ¡oh dueña mía!, dignate cantarnos alguna cosa”. Ella respondió: “Tampoco, pues mi alma no lo desea”. Yo le dije: “Sin embargo, la alegría no podría ser completa sin el canto y la música. ¿Qué opinas tú?”. Ella me dijo: “Llevas razón. Pero esta noche, no sé por qué, no tengo ganas de oír cantar nada más que a un hombre del pueblo o algún mendigo de la calle. ¿Quieres tú ir a ver si por tu puerta pasa alguno que pueda complacerme?”. Y yo, para no desalentarla, y aunque estaba convencido de que en una noche como esa no habría viandantes por la calle, fui a abrir mi puerta de entrada, y asomé la cabeza por la abertura. Y, con gran sorpresa mía, vi, apoyado en su bastón en la fachada de enfrente, a un anciano mendigo, que decía para sí mismo: “¡Qué estruendo forma la tempestad! ¡El viento esfuma mi voz e impide que las gentes me oigan! ¡Desgraciado del pobre ciego! ¡Si él canta, nadie le escucha! ¡Y si no canta, se muere de hambre!”. Y habiendo dicho estas palabras, el anciano ciego se puso a tantear con su bastón sobre el suelo y contra el muro, buscando continuar su camino. Entonces yo, asombrado y encantado a la vez con este encuentro fortuito, le dije: “¡Oh mi tío!, ¿sabes, pues, cantar?”. Él respondió: “Paso por saber cantar”. Y yo le dije: “En ese caso, ¡oh jeque!, ¿quieres acabar tu noche con nosotros, y regocijarnos con tu compañía?”. Y él me respondió: “Si tú lo deseas, tómame la mano, pues soy ciego de los dos ojos”. Y yo le cogí de la mano, y, una vez entrados en la casa, cuya puerta cerré cuidadosamente, dije a mi amiga: “¡Oh dueña mía!, yo te traigo un cantor que, además, es ciego. Él podrá concedernos el placer sin ver lo que nosotros hacemos. Y tú no tendrás que apurarte ni que cubrirte el rostro”. Ella me dijo: “¡Apresúrate a hacerle pasar!”. Comencé por hacer que se sentara ante nosotros y le invité a comer alguna cosa. Y comió con mucha delicadeza con la punta de sus dedos. Y cuando acabó y se lavó las manos, yo le presenté las bebidas; y él bebió tres copas llenas, y

después me preguntó: “¿Quieres decirme en casa de qué anfitrión me encuentro?”. Yo respondí: “En casa de Ishak, hijo de Ibrahim de Mossul”. Pero mi nombre no le extrañó nada, y se limitó a decirme: “¡Ah, sí, ya he oído hablar de ti! Y yo estoy contento por encontrarme en tu casa”. Yo le dije: “¡Y yo, señor mío, estoy verdaderamente alegre por recibirte en mi casa!”. Él me dijo: “Entonces, oh Ishak, si tú quieres, hazme oír tu voz, que se dice es muy bella. ¡Pues el anfitrión debe comenzar el primero para agradar a sus huéspedes!”. Y yo respondí: “¡Yo escucho y obedezco!”. Y como esto comenzaba a divertirme mucho, yo tomé mi laúd y toqué, cantando con todo el talento que me fue posible. Y cuando hube terminado el final, cuidándolo en extremo, y los últimos sonidos se desvanecieron, el anciano músico tuvo una sonrisa irónica, y me dijo: “¡En verdad, oh Ishak, no te falta sino poca cosa para llegar a ser un músico perfecto y un cantor cumplido!”. Ahora bien, yo al escuchar esta alabanza, que más bien era una censura, me sentí muy pequeño a mis propios ojos y, con despecho y desaliento, aparté mi laúd. Pero como yo no quería ser desconsiderado con mi huésped, no juzgué conveniente responderle, y ya no dije nada. Entonces me dijo él “¿No canta ni toca nadie? ¿No hay, pues, ninguno más aquí?”. Yo dije: “Hay también una joven esclava”. Él dijo: “¡Ordénale que cante, que yo la oiga!”. Yo repliqué: “¿Para qué va a cantar, si tú tienes bastante con lo que has oído?”. Dijo él: “¡A pesar de eso, que cante!”. Entonces la adolescente, mi amiga, tomó el laúd y, con desgana, luego de haber preludiado sabiamente, cantó lo mejor posible. Pero el viejo mendigo la interrumpió de pronto, y dijo: “¡Tú tienes todavía mucho que aprender!”. Y mi amiga, furiosa, lanzó el laúd lejos de ella y quiso levantarse. Y solo pude retenerla con mucho trabajo, arrojándome a sus pies. Luego me volví hacia el mendigo ciego, y le dije: “¡Por Alá, oh mi huésped, nuestra alma no puede dar más que su capacidad! No obstante, nosotros hemos hecho lo más que hemos podido para satisfacerte. ¡Ha llegado ahora tu turno para exhibir lo que tú posees, en concepto de cortesía!”.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CINCUENTA Y UNA

Ella dijo:

—“Entonces, comienza por darme algún laúd que ninguna mano haya tocado todavía”. Y fui a abrir una caja, y le llevé un laúd completamente nuevo que le puse en sus manos. Y él tomó en sus dedos la pluma de ganso tajada, y tocó ligeramente las cuerdas armoniosas. Y desde las primeras notas, yo reconocí que este mendigo era, con mucho, el mejor músico de nuestro tiempo. Pero ¡cuál no sería mi

emoción y mi admiración cuando le oí ejecutar un pasaje según un procedimiento que me era del todo desconocido, aunque yo no me considero en modo alguno como un ignorante del arte! Luego, con voz no parecida a ninguna otra, él cantó estas canciones:

“A través de la espesa sombra, la bienamada salió de su casa, y vino a buscarme en medio de la noche.

”Y antes de desearme la paz, yo la oí llamar a la puerta y decirme: ‘¿Puede la bienamada franquear la puerta de su amigo?’”.

Cuando oímos el canto del anciano ciego, mi amiga y yo nos miramos, en el límite de la estupefacción. Luego ella se puso roja de cólera, y dijo, de forma que yo fuese el único que la oyese: “¡Oh pérfido! ¿No te da vergüenza de que en unos momentos en que has ido a abrir la puerta, me hayas traicionado, contando mi visita a este anciano mendigo? ¡En verdad, oh Ishak, que yo no creía a tu pecho de tan débil capacidad para no guardar un secreto durante una hora! ¡Oprobio a los hombres que te parezcan!”. Pero yo le juré mil veces que no había cometido ninguna indiscreción, y le dije: “¡Yo te juro sobre la tumba de mi padre Ibrahim que no he dicho nada a este anciano ciego!”. Y mi amiga quiso creerme de grado, y acabó por dejarse acariciar y abrazar por mí, sin temor de ser percibida por el ciego. Y yo, tanto la besaba en las mejillas y en los labios, tanto la cosquilleaba, tanto la pellizcaba en los senos y tanto le mordía en los lugares delicados, y ella reía extraordinariamente. Luego me volví hacia el viejo tío, y le dije: “¿Quieres tú todavía cantarnos alguna cosa, oh mi señor?”. Y él dijo: “¿Por qué no?”. Y volvió a tomar el laúd, y dijo, acompañándose:

“¡Ah, con frecuencia recorro embriagado los encantos de mi bienamada, y acaricio con mi mano su bella piel desnuda!

”¡Luego oprimo las granadas de su pecho, de tierno marfil, y muerdo las pomas de sus mejillas! ¡Y vuelvo a comenzar!”.

Entonces yo, al oír este canto, no dudé ya de la superchería del falso ciego y rogué a mi amiga que se cubriera el rostro con su velo. Y el mendigo me dijo de pronto: “Tengo muchas ganas de ir a orinar. ¿En dónde se encuentra el retrete?”. Entonces me levanté y salí un momento para ir a buscar una candela para alumbrarle, y volví para llevarlo. Pero cuando entré, ya no hallé a nadie: ¡el ciego había desaparecido con la adolescente! Y, cuando volví de mi asombro, los busqué por toda la casa, pero no los encontré. Y, sin embargo, las puertas y las cerraduras de las puertas estaban cerradas por dentro, y no supe de qué manera se habían marchado, si saliendo por el techo o entrando en el suelo entreabierto y vuelto a cerrar. Pero de lo que me persuadí era de que fue el mismo Eblis el que primero me había servido de mediador, y quien me había llevado a continuación a esta adolescente, que no era sino una falsa apariencia y una ilusión.

Después, Schehrazada, una vez contada esta anécdota, se calló. Y el rey Schahriar, sumamente impresionado, exclamó:

—¡Que Alá confunda al maligno!

Y Schehrazada, viendo que fruncía las cejas, quiso calmarle, y le contó la siguiente historia:

EL «FELLAH» DE EGIPTO Y SUS HIJOS BLANCOS

—He aquí lo que el emir Mohamed, gobernador de El Cairo, escribe en los libros de las crónicas. Él dice: «Cuando yo estaba de viaje por el Alto Egipto, me alojé una noche en la casa de un *fellah*, que era el jeque *al-balad* del lugar. Era un hombre de edad, moreno, de color extremosamente subido, con barba blanquecina. Pero observé que tenía hijos de corta edad que eran blancos, de un color blanco resaltado de rosas en las mejillas, con cabellos blondos y ojos azules. Luego, cuando él vino, después de habernos hecho un gran acogimiento, a conversar con nosotros, yo le dije, a modo de solicitud: “He, un tal, ¿de dónde procede que tú, que tienes la tez morena, tengas hijos que la tienen tan clara, con una piel tan blanca y rosa, y ojos y cabellos tan claros?”. Y el *fellah*, atrayendo hacia él a sus hijos, cuyos cabellos se puso a acariciar, me dijo: “¡Oh mi señor!, la madre de mis hijos es una hija de los francos, y yo la compré como prisionera de guerra en tiempos de Saladino el Victorioso, después de la batalla de Hattin, que nos libró para siempre de los cristianos extranjeros, usurpadores del reino de Jerusalén. ¡Pero de esto hace ya mucho tiempo, pues era en los días de mi juventud!”. Y yo le dije: “Entonces, ¡oh jeque!, te rogamos que nos favorezcas con esta historia”. Y el *fellah* dijo: “¡De todo corazón amistoso y como debido homenaje a los huéspedes! ¡Pues mi aventura con mi esposa, la hija de los francos, es muy singular!”. Y nos contó: “Habéis de saber que soy de profesión cultivador de lino, mi padre y mi abuelo sembraron el lino conmigo, y, por linaje y origen, soy un *fellah* de los *fellahs* de este país. Ahora bien, sucedió que un año, por bendición, mi lino sembrado, madurado, limpio y puesto a punto de perfección, alcanzó un valor de quinientos dinares de oro. Y como yo lo ofrecí en el mercado y no encontré mi ganancia, los mercaderes me dijeron: ‘¡Ve a llevar tu lino al castillo de Acre, en Siria, en donde lo venderás muy ventajosamente!’. Y yo les escuché, cogí mi lino y me fui a la ciudad de Acre, que, en este tiempo, estaba en manos de los francos. Y, efectivamente, comencé con una buena venta, cediendo la mitad de mi lino a los corredores con crédito de seis meses; y yo guardé el resto y me quedé en la ciudad para venderlo al por menor, con inmensos beneficios. Sucedió que un día en que yo vendía mi lino, llegó a comprarme una joven franca, con el rostro descubierto y la cabeza sin velo, según la costumbre de los francos. Ella estaba ante mí bella, blanca y alegre, y pude a mi placer admirar sus encantos y su frescor. ¡Y cuanto más miraba su rostro, más el amor se apoderaba de mi corazón! Y tardé mucho en venderle el lino”».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se

calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CINCUENTA Y DOS

Ella dijo:

—«En fin, yo hice el paquete, y se lo cedí en muy buenas condiciones. Y se fue, seguida de mis miradas. Algunos días después, ella volvió a comprarme lino, y yo se lo vendí todavía con mayor ventaja que la primera vez, sin dejarla regatearme. Y ella comprendió que me había enamorado de ella, y se fue: pero fue para volver, poco tiempo después, acompañada de una anciana que permaneció allí durante la venta, y que volvió con ella cada vez que ella tenía necesidad de comprar. Entonces, dado que el amor se había apoderado por completo de mi corazón, me aparté con la vieja, y le dije: “¿Podrías, mediante un regalo para ti, procurarme un goce con ella?”. La anciana me respondió: “Yo podría procurarte un encuentro para que tú gozases, pero es a condición de que la cosa quede secreta entre nosotros tres, yo, tú y ella; y, además, consentirás en que se ponga en movimiento algún dinero”. Yo respondí: “¡Oh caritativa tía, si mi alma y mi vida hubieran de ser el precio de sus favores, yo daría mi alma y mi vida! En cuanto a lo que se refiere al dinero, esto no es cosa de monta”. Y yo me puse de acuerdo con ella para darle de corretaje la suma de cincuenta dinares; y yo se los conté en seguida. Y, terminado de ese modo el negocio, me dejó la vieja para ir a hablar con la joven, y volvió muy pronto para darme una respuesta favorable. Luego, ella me dijo: “¡Oh mi señor!, esta adolescente no ha dado lugar a encuentros de esta clase, pues ella está todavía virgen de su persona, y no conoce esta clase de cosas. Es, pues, necesario que tú la recibas en tu casa, adonde ella irá a buscarte y permanecerá hasta la mañana”. Y yo lo acepté con fervor, y marché a la casa para preparar cuanto era necesario en comidas, bebidas y pastelería. Y quedé esperando. Y vi bien pronto llegar a la joven franca, y le abrí y le hice entrar en la casa. Y como era la estación del verano, lo había preparado todo en la terraza. Y la senté junto a mí, y yo comí y bebí con ella. Y la casa en la que la alojé daba al mar; y la terraza era bella al claro de la luna, y la noche estaba constelada de estrellas que se reflejaban en el agua. Y yo, contemplando todo esto, hice un cambio en mí mismo, y pensé para mi alma: “¿No sientes vergüenza ante Alá el altísimo, bajo el cielo y enfrente del mar, aquí mismo en país extranjero, rebelarte contra el exaltado, fornicando con esta cristiana, que no es ni de tu raza ni de tu ley?”. Y aunque estaba ya tendido junto a la joven, que se agazapaba amorosamente pegada a mí, dije para mi espíritu: “¡Señor, Dios de exaltación y de verdad, sé testigo de que yo me abstengo en toda castidad de esta cristiana, hija de los francos!”. Y pensando así,

volví la espalda a la joven, sin tocarla por mi mano; y me dormí bajo la claridad benevolente del cielo. Llegada la mañana, la joven franca se levantó, sin decirme una palabra, y se marchó muy mohína. Y yo me marché a mi tienda, en donde me puse a vender mi lino, como de costumbre. Pero, hacia el mediodía, la joven, con cara de enfado, vino hasta allí acompañada de la anciana; ¡y otra vez y con todo mi ser y hasta morir, la deseé! Pues, ¡por Alá que era como la luna!, y no pude resistir a la tentación; y yo pensé, engolosinándome: “¿Quién eres tú, ¡oh *fellah*!, para refrenar así tu deseo de una joven semejante? ¿Eres tú un asceta, o un sufí, o un eunuco, o un capón, o bien uno de esos fríos de Bagdad o de Persia? ¿No perteneces tú a la raza de los *fellahs* del Alto Egipto, o bien tu madre se olvidó de darte el pecho?”. Y sin más corrí tras de la vieja y la llamé aparte, y le dije: “¡Quisiera una segunda entrevista!”. Ella me dijo: “¡Por el mesías que la cosa no es ahora hacedera sino mediante cien dinares!”. Y yo le conté al momento los cien dinares y se los entregué. Y la joven franca vino a mi casa por segunda vez. Pero ante la belleza del cielo raso, tuve los mismos escrúpulos, y no saqué más partido de esta entrevista que de la primera, y me abstuve de la jovencita en toda castidad. Y ella, en un violento despecho, se levantó de mi lado, salió y se fue. Y yo, al día siguiente, cuando estuvo ante mi tienda, sentí en mí de nuevo los mismos sentimientos, y mi corazón palpitó, y fui a buscar a la vieja, y le hablé de la cosa. Pero ella me miró con cólera y me dijo: “¡Por el mesías, oh musulmán!, ¿es así cómo se trata a las vírgenes en tu religión? ¡Jamás podrás gozarte de ella, a menos que no quieras darme esta vez quinientos dinares!”. Luego se fue. Yo, todo tembloroso de emoción, y la llama del amor ardiendo en mí, decidí reunir el precio de todo mi lino, y sacrificar por mi vida los quinientos dinares de oro. Y habiéndolos puesto en una tela, me apresuré a llevarlos a la anciana».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CINCUENTA Y TRES

Ella dijo:

—«De repente, oí al pregonero público que gritaba: “¡Oh comunidad de los musulmanes, que residís para vuestros asuntos en nuestra ciudad, sabed que la paz y la tregua concertadas con vosotros ha terminado! ¡Y se os da una semana para poner en orden vuestros negocios y abandonar nuestra ciudad y regresar a vuestro país!”. Entonces, oído este aviso, me apresuré a vender lo que me quedaba de lino, reuní el dinero de lo que había dado a crédito, compré mercancías propicias para ser vendidas en nuestros países y reinos, y abandoné la ciudad de Acre, llevando en el corazón mil

penas y pesares por esa joven cristiana que se había apoderado de mi alma y de mi pensamiento. Fui a Damasco y a Siria, en donde vendí mi mercancía de Acre con grandes beneficios y provechos, por el hecho de las comunicaciones interrumpidas por la reanudación de la lucha. E hice muy buenos negocios comerciales, y, con la ayuda de Alá, ¡que él sea exaltado!, todo prosperó entre mis manos. Y de este modo pude hacer, con gran beneficio, el comercio en grande de jóvenes cristianas cautivas, presas de guerra. Y tres años fueron pasados de este modo, desde mi aventura en Acre, y poco a poco comenzaba a endulzarse en mi corazón la amargura de la brusca separación de la joven franca. En cuanto a nosotros, continuamos logrando grandes victorias sobre los francos, tanto en el país de Jerusalén como en el país de Siria. Y, con la ayuda de Alá, el sultán Saladino acabó, luego de batallas gloriosas, por vencer completamente a los francos y a todos los infieles; y condujo en cautividad a Damasco a sus reyes y a sus jefes, que había hecho prisioneros, luego de quedar bajo su dominio el territorio costero, y pacificado el país. ¡Gloria a Alá! En el ínterin, yo fui un día a vender una bellísima esclava a las tiendas en donde todavía acampaba el sultán Saladino. Y le mostré la esclava que él deseó comprar. Y se la cedí por cien dinares solamente. Pero el sultán Saladino, ¡que Alá lo tenga en su misericordia!, no tenía sobre él sino ochenta dinares, pues él empleaba todo el dinero del tesoro en llevar a buen termino la guerra contra los impíos. Entonces el sultán Saladino se dirigió a uno de sus guardias le dijo: “Ve, lleva a este mercader a la tienda en donde se encuentran las jóvenes prisioneras del último encuentro, y que él escoja de entre ellas la que le agrade más para cobrarse los diez dinares que le debo”. Así obraba en su justicia, el sultán Saladino. El guardia me condujo, pues, a la tienda de las francas cautivas y yo, al pasar por entre estas jóvenes, reconocí, precisamente en la primera a quien dirigí mi mirada, a la joven franca de quien estuve tan enamorado en Acre. Y ella, después de aquello, había llegado a ser la esposa de un jefe de caballería de los francos. Yo, al reconocerla, la rodeé con mis brazos para tomar posesión, y dije: “¡Esta es la que quiero!”. Y la tomé y me fui. Entonces, llevada a mi tienda, le dije: “¡Oh jovencita!, ¿no me recuerdas?”. Ella me respondió: “¡No, no te recuerdo!”. Y le dije: “Yo soy tu amigo, aquel que en Acre fuiste dos veces a buscar, gracias a la vieja mediante una primera entrega de cincuenta dinares y una segunda entrega de cien dinares, y que se abstuvo de ti con toda castidad, dejándote marchar de su casa muy enfadada. Y es el mismo que quería una tercera vez tenerte una noche por quinientos dinares, en tanto que ahora el sultán te ha cedido a él por diez dinares”. Ella bajó la cabeza y, de pronto, la levantó, y dijo: “¡Lo que ha pasado es en lo sucesivo un misterio islámico, pues yo alzo el dedo y testimonio que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su profeta!”. Y ella pronunció de ese modo oficialmente el acto de nuestra fe, y al instante se ennoblecó el Islam. Entonces, por mi parte, pensé: “¡Por Alá, yo no penetraré en ella esta vez, sino cuando la haya libertado y me haya casado legalmente con ella!”. Y seguidamente fui a buscar al cadí Ibn-Scheddad, al que puse al corriente de todo el asunto, quien vino a mi tienda, con los testigos, para redactar

mi contrato de matrimonio. Entonces penetré en ella. Y quedó preñada por mí. Y nos establecimos en Damasco. Habían transcurrido algunos meses de ese modo, cuando llegó a Damasco un embajador del rey de los francos, enviado cerca del sultán Saladino, para solicitar el canje de prisioneros según las cláusulas estipuladas entre los reyes. Y todos los prisioneros, hombres y mujeres, fueron escrupulosamente devueltos a los francos, a cambio de los prisioneros musulmanes. Pero cuando el embajador consultó su lista, comprobó que en el número faltaba todavía la esposa del caballero tal, aquel mismo que era el primer marido de mi esposa. Y el sultán envió sus guardias a buscarla por todas partes, y se acabó por decirles que ella estaba en mi casa. Y los guardias vinieron a reclamármela. Y yo cambié por completo de color, y fui llorando a buscar a mi esposa, a la que puse al corriente de todo. Pero ella se levantó y me dijo: “¡Llévame ahora mismo ante el sultán! Ya sé lo que tengo que decir entre sus manos”. Yo, tomando a mi mujer, la conduje velada a presencia del sultán Saladino; y vi al embajador de los francos sentado a su derecha».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CINCUENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—«Después, abracé la tierra entre las manos del sultán Saladino y le dije: “¡Aquí está la mujer en cuestión!”. Él se volvió a mi esposa y le dijo: “¿Qué tienes que alegar? ¿Quieres irte a tu país con el embajador, o prefieres quedar con tu marido?”. Ella respondió: “Yo me quedo con mi marido, pues soy musulmana y estoy encinta de él, y la paz de mi alma no ha quedado entre los francos”. Entonces el sultán se dirigió al embajador y le dijo: “¿Has oído? Pero, si quieres, ¡háblale tú mismo!”. Y el embajador de los francos hizo a mi esposa advertencias y amonestaciones y acabó por decirle: “¿Prefieres quedarte con tu marido el musulmán o volver al lado del jefe caballero tal, el franco?”. Ella respondió: “¡Yo no me separaré de mi marido el egipcio, pues la paz de mi alma se halla entre los musulmanes!”. Muy contrariado, el embajador golpeó con el pie y me dijo: “¡Llévate entonces esta mujer!”. Y cogí de la mano a mi mujer y salí con ella de la audiencia. Y, de pronto, el embajador me llamó y me dijo: “La madre de tu esposa, una anciana que vive en Acre, me ha entregado para su hija este paquete que ves aquí”. Y me entregó el paquete y añadió: “Esta dama me encargó que dijera a su hija que confiaba en volverla a ver con buena salud”. Tomé el paquete y regresé a la casa con mi mujer. Y cuando abrimos el paquete encontramos las ropas que mi mujer llevaba en Acre, más los primeros

cincuenta dinares que yo le había dado y los otros cien dinares del segundo encuentro, anudados en el mismo pañuelo, y con el mismo nudo que yo mismo había hecho. ¡Entonces reconocí por esto la bendición que me había reportado mi castidad y di gracias a Alá! En seguida traje a mi esposa, la franca convertida en musulmana, aquí mismo a Egipto. Y es ella, ¡oh mis huéspedes!, quien me ha hecho padre de estos niños blancos que bendicen a su creador. Y hasta este día hemos vivido en nuestra unión, comiendo nuestro pan según lo cocimos antes. ¡Y esa es mi historia! ¡Pero Alá es más sabio!».

Y Schehrazada se calló una vez contada esta anécdota. Y el rey Schahriar dijo:

—¡Cuán feliz este *fellah*, Schehrazada!

Y ella contestó:

—Sí, ¡oh rey!, pero seguramente no es más feliz que lo fue Califa el pobre con los monos marinos y el califato.

Y el rey Schahriar preguntó:

—¿Y cuál es, pues, esa *Historia de Califa el pobre*?

Y Schehrazada respondió:

—En seguida voy a contártela.

HISTORIA DE CALIFA EL POBRE

Schehrazada dijo:

—He sabido, ¡oh rey afortunado!, que había, en la antigüedad del tiempo y el pasado de la edad y del momento, en la ciudad de Bagdad, un hombre que era de oficio pescador, y se llamaba Califa. Y era un hombre tan pobre, tan desgraciado y tan desnudo de todo, que no había podido jamás reunir los pocos cobres necesarios para casarse; y quedó así soltero, en tanto que los más pobres de los pobres tenían mujer e hijos. Sucedió que un día él se echó sobre la espalda sus redes, según costumbre, y fue a la orilla del mar para echarlas al amanecido, antes de la llegada de otros pescadores. Pero diez veces consecutivas las lanzó sin coger absolutamente nada. Y su desilusión fue enorme; y su pecho se oprimió y su espíritu quedó perplejo; y se sentó en la ribera presa de la desesperación. Pero acabó por calmar sus malos pensamientos, y dijo: «¡Que Alá me perdone mi movimiento! ¡Solo existen recursos en él! ¡Él provee al alimento de sus criaturas y él es el que nos da la persona que nos puede quitar y el que rehúsa la persona que puede darnos! ¡Tomemos, pues, los días buenos y los días malos como ellos vienen y preparemos un pecho henchido de paciencia contra las desdichas! ¡Pues la mala fortuna es como el absceso, que no se abre ni desaparece sino mediante pacientes cuidados!».

Cuando el pescador Califa se hubo reconfortado con esas palabras, se levantó valerosamente, y, una vez remangado, se apretó el cinturón y se levantó el vestido y lanzó sus redes al agua tan lejos cuanto podía alcanzar su brazo, y aguardó un buen momento; después atrajo hacia sí la cuerda y tiro con todas sus fuerzas; pero las redes estaban tan pesadas que tuvo que tomar infinitas precauciones para sacarlas sin romperlas. Y lo logró al fin,

con mucha delicadeza; y, teniéndolas ante él, las abrió con el corazón palpitante; pero solo halló un mono corpulento, tuerto y estropeado.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CINCUENTA Y CINCO

Ella dijo:

—Al verlo, el desgraciado Califa exclamó: «¡Solo existe la fuerza y el poder en Alá! ¡En verdad que a Alá pertenecemos y hacia él hemos de volver! ¡Pero qué fatalidad me persigue hoy! ¿Y qué significan Esta aventura desastrosa y esta suerte calamitosa? ¿Qué me esperará, en este día bendito? Pero todo esto está escrito por Alá, ¡que él sea exaltado!». Y diciendo esto cogió al mono y lo ató con una cuerda a un árbol que estaba en la orilla; luego cogió un látigo que llevaba, y, levantándolo en el aire, lo dejó caer sobre el mono a golpes bien aplicados, para de ese modo aliviar su desaliento. Pero de pronto, el mono, con la ayuda de Alá, movió la lengua, y con un hablar elocuente, dijo al Califa: «¡Oh Califa, detén tu mano y no me pegues! ¡Déjame más bien atado a este árbol y vuelve a lanzar otra vez tu red al agua, confiándote a Alá, que te dará tu pan del día!». Cuando Califa escuchó este discurso del mono tuerto y estropeado, detuvo su gesto amenazador y marchó hacia el agua y arrojó su red, dejando flotar la cuerda. Y cuando quiso atraerla hacia él, comprobó que la red era aún más pesada que la primera vez; pero actuando con lentitud y precaución, logró conducirla a la playa, y he aquí que encontró en su interior un segundo mono, no tuerto o ciego, sino muy hermoso, con los ojos alargados con *kohl*, teñidas las uñas con *henné*, los dientes blancos y separados por atrayentes intervalos, y un trasero rosa y no del color habitual de los otros monos; y él se revestía de un traje rojo y azul, muy agradable a la vista, y tenía brazaletes de oro en las muñecas y en los tobillos y pendientes de oro en las orejas; y reía contemplando al pescador, y guiñaba los ojos y hacía ruido con su lengua. Al verlo, gritó Califa: «¡Por lo visto es hoy la jornada de los monos! ¡Alabanzas a Alá, que ha cambiado en monos los peces del agua! ¡Yo no he venido aquí para hacer semejante pesca! ¡Oh jornada de pez, he aquí tu comienzo! ¡Tú eres como el libro del cual se sabe el contenido cuando ha sido leída la primera página! ¡Pero todo esto me sucede solo por el consejo del primer mono!». Y, diciendo estas palabras, corrió hacia el mono tuerto atado al árbol, y levantó sobre él su látigo, al que hizo girar primero tres veces en el aire, gritando: «¡Mira, oh cara de mal augurio, lo que resulta para mí del consejo que me diste! ¡Por haberte escuchado y haber abierto mi jornada con la visión de tu ojo tuerto y de tu

deformidad, me veo obligado a morir de fatiga y de hambre!». Y ciñó sus costillas con el látigo, e iba a continuar, cuando le gritó el mono: «¡Oh Califa, antes de pegarme, ve primero a hablar con mi compañero, el mono que acabas de sacar del agua! Pues, ¡oh Califa!, el trato que quieres darme no te servirá de nada, sino al contrario. ¡Por tanto, escúchame, que es por tu bien!». Y Califa, muy perplejo, dejó al mono tuerto y volvió hacia el segundo, que le veía llegar riendo con todos sus dientes. Y le gritó: «¡Y tú, oh cara de pez!, ¿quién puedes tú ser?». Y el mono de los bellos ojos respondió: «Cómo, ¡oh Califa!, ¿no me reconoces tú, pues?». Y él dijo: «¡No, yo no te conozco! ¡Habla aprisa o este látigo descenderá sobre tu culo!». Y el mono respondió: «¡Ese lenguaje, oh Califa, no es conveniente! ¡Y tú obrarías mucho mejor hablándome de otra manera y reteniendo mis respuestas; que te enriquecerán!». Entonces Califa arrojó el látigo lejos de él, y dijo al mono: «¡Heme aquí dispuesto a escucharte, oh señor mono, rey de todos los monos!». El otro dijo: «Sabe entonces, ¡oh Califa!, que yo pertenezco a mi señor, el cambista judío Abu-Saada, y que es a mí al que debe su fortuna y su éxito en los negocios». Califa preguntó: «¿Y cómo ha sido esto?». Él respondió: «Simplemente porque a la mañana yo soy la primera persona a la que mira a la cara y la última de quien se despide cuando se va a dormir». Y Califa, al oír estas palabras, exclamó: «Entonces no es verdadero el proverbio que dice: “Calamitoso como la cara del mono”...». Luego se volvió hacia el mono tuerto, y le gritó: «¡Tú oyes esto!, ¿no es así? ¡Tu cara esta mañana únicamente me ha traído trabajo y desaliento! ¡Tú no eres como tu hermano aquí presente!». Mas el mono de los bellos ojos dijo: «¡Comienza, pues, para experimentar la verdad de mis palabras, por atarme al cabo de la cuerda que tienen tus redes, y arrójalas al agua una vez más! Y verás de ese modo si yo te traigo felicidad...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CINCUENTA Y SEIS

Ella dijo:

—Entonces Califa hizo lo que el mono acababa de aconsejarle, y, lanzadas sus redes, sacó un pez magnífico, grueso como un carnero, con ojos como dos dinares de oro, y con escamas como diamantes. Y gozoso, como si hubiera sido el dueño de la tierra y de sus dependencias, vino a traerlo en triunfo al mono de los bellos ojos, el que le dijo: «¡Tú lo ves bien! Ahora ve a recoger buenas hierbas frescas, colócalas en el fondo de tu cesto, pon el pez encima, cúbrelo todo con una nueva capa de hierbas, y déjanos a nosotros dos, los monos, atados a este árbol, ponte el cesto al hombro y

llévalo a la ciudad de Bagdad. Y si los viandantes te preguntan por lo que llevas, no les contestes una palabra. Y entrarás en el zoco de los cambiadores y hallarás en el centro del zoco la tienda de mi señor Abu-Saada el judío, jefe de los cambiadores. Y lo encontrarás sentado en un diván con un cojín a su espalda y dos cajas ante él, la una para el oro y la otra para la plata. Y hallarás con él mancebos, esclavos, criados y empleados. Entonces, avanzarás hacia él, depositarás el cesto de pescado delante de él y le dirás: “¡Oh Abu-Saada, he aquí! Yo he salido de pesca y he lanzado las redes en tu nombre, y Alá ha enviado este pez que está en el cesto”. Y tú descubrirás delicadamente el pez. Entonces te preguntará: “¿Lo has ofrecido a otro antes que a mí?”. Dile tú: “¡No, por Alá!”. Y él cogerá el pez y te ofrecerá como pago un dinar. Pero tú no accederás. Y él te ofrecerá dos dinares; pero tú te negarás. Y cada vez que él te haga una oferta, tú la rechazarás, incluso si te ofrece el peso en oro del pez. No aceptes nada de él, presta bien atención. Y él te dirá: “¡Entonces, dime qué es lo que deseas!”. Y tú le contestarás: “¡Por Alá que yo no vendo el pez sino contra dos palabras!”. Y si él te pregunta: “¿Cuáles son esas dos palabras?”. Tú le responderás: “Ponte en pie y di: ‘¡Sed testigos todos cuantos os halláis presentes en el zoco, que yo consiento cambiar el mono de Califa el pescador por mi mono, que yo trueco mi suerte por la suya y mi lote de felicidad contra su lote de felicidad!’”. Y tú añadirás, dirigiéndote a Abu-Saada: “Tal es el precio de mi pez. ¡Pues no tengo nada que hacer con el oro! ¡Yo no conozco ni el olor, ni el gusto ni la utilidad!”. ¡Así hablarás tú, oh Califa! Y si el judío consiente en este trato, yo, una vez en tu propiedad, todos los días de buena mañana te desearé el buen día y en la noche te desearé la buena noche y tú ganarás cien dinares en tu jornada. En cuanto a Abu-Saada el judío, él inaugurará todos los días su jornada con la visión de este mono tuerto y estropeado, y tendrá todas las noches idéntica visión; y Alá le afligirá cada día con una nueva exacción o un tributo o una vejación; y de este modo estará arruinado al cabo de poco tiempo, y, no teniendo ya nada en las manos, quedará reducido a la mendicidad. Así, pues, ¡oh Califa!, retén bien lo que acabo de decirte, y tú prosperarás y tú te encontrarás en recto camino hacia la felicidad». Cuando Califa el pescador acabó de oír este discurso del mono, respondió: «¡Yo acepto tu consejo, oh rey de los monos! Pero entonces, ¿qué es preciso que haga de este tuerto de desgracia? ¿Es necesario dejarlo atado al árbol? ¡Pues estoy confuso a este respecto! ¡Pueda Alá no bendecirlo jamás!». El otro respondió: «¡Suéltale más bien para que vuelva al agua! ¡Y suéltame a mí también! ¡Es mejor!». Él respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Y él se acercó al mono tuerto y estropeado y lo quitó del árbol; y dio también la libertad al mono consejero. Y al momento, en dos brincos, estuvieron en el agua, en donde se sumergieron y desaparecieron. Entonces Califa tomó el pez, lo lavó, lo puso en el cesto sobre la hierba verde y fresca, lo cubrió también de hierba, puso todo sobre su hombro, y se marchó a la ciudad, cantando con toda su fuerza. Sucedió que, cuando hubo entrado en los zocos, las gentes y los transeúntes le reconocieron, y, como de costumbre, todos chancearon con él y se pusieron a preguntarle: «¿Qué, llevas tú, oh Califa?».



Pero él no les contestó y ni siquiera los miró, y esto a todo lo largo de su camino. Y de esta forma llegó al zoco de los cambiadores, y siguió las tiendas una por una hasta que llegó a la del judío. Y él mismo lo vio que estaba sentado majestuosamente en un diván, que estaba en el centro de la tienda, y tenía muy prontos a su servicio

numerosos servidores de toda edad y de todo color; y de ese modo tenía el aspecto de ser un rey del Khorassan. Y Califa, luego de haberse asegurado de que se hallaba en presencia del judío mismo, avanzó hasta sus manos y se detuvo. Y el judío levantó la cabeza hacia él, y habiéndolo reconocido, le dijo: «¡Contento y familia, oh Califa, sé bien venido!...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CINCUENTA Y SIETE

Ella dijo:

—«Dime cuál es el asunto que te trae. ¡Y si alguno por casualidad te ha dicho malas palabras o te ha pegado o te ha atropellado, apresúrate a decírmelo, a fin de que yo vaya contigo a ver al valí, y solicitar de él la reparación del daño o del perjuicio que te han causado!». Él replicó: «¡No, por la vida de tu cabeza, oh jefe de los judíos y su corona, nadie me ha dicho malas palabras, ni me ha pegado ni me ha atropellado, muy al contrario! Sino que yo he salido hoy de mi casa y me he ido a la ribera y lancé, a tu suerte y a tu nombre, mis redes en el agua. ¡Y las saqué y encontré en su interior este pez!». Y, hablando de este modo, abrió su cesto, sacó delicadamente el pez de su lecho de hierbas y lo presentó con ufanía al cambista judío. Y, cuando este vio este pez, lo halló admirable, y exclamó: «¡Por el *Pentateuco* y los *Diez mandamientos*! Sabe, ¡oh pescador!, que yo me hallaba ayer dormido cuando vi en sueños a la virgen María aparecerseme para decirme: “¡Oh Abu-Saada, pide y tendrás de mí un regalo!”. ¡Por ello debe ser este pez el regalo en cuestión, sin duda alguna!». Luego añadió: «¡Por tu religión!, dime, oh Califa, ¿has enseñado u ofrecido este pez a algún otro que a mí?». Y Califa le contestó: «¡No, por Alá! Lo juro por la vida de Abu-Bekr el sincero, ¡oh jefe de los judíos, y su corona!, que nadie, fuera de ti, lo ha visto aún». Entonces el judío se volvió hacia uno de sus esclavos y le dijo: «¡Tú, ven aquí! Toma este pez y ve a llevarlo a la casa, y di a mi hija Saada que lo limpie, que haga freír la mitad y asar la otra mitad, y que lo tenga todo caliente hasta que yo acabe de solucionar los asuntos y pueda regresar a la casa». Y Califa, para reforzar la orden, dijo al mozo: «¡Sí, oh mancebo!, recomienda bien a tu señora que no lo queme, y hazle ver el hermoso color de sus agallas». Y el mozo contestó: «¡Yo escucho y obedezco, oh mi señor!». Y se fue. En cuanto al judío, este tendió con la punta de sus dedos un dinar a Califa el pescador, diciéndole: «¡Toma esto para ti, y gástalo con tu familia!». Y cuando Califa tomó instintivamente el dinar, y lo vio brillar en la palma de su mano, él, que no había visto todavía en su vida el oro y ni

siquiera sospechaba el valor, exclamó: «¡Gloria al señor, dueño de los tesoros y soberano de las riquezas y de los dominios!». Luego dio algunos pasos para irse, cuando de pronto se acordó de la recomendación del mono de los hermosos ojos, y, volviendo sobre sus pasos, arrojó el dinar ante el judío, y le dijo: «¡Toma tu oro y devuélveme el pez del pobre mundo! ¿Crees, pues, que puedes mofarte impunemente de los pobres como yo?». Cuando el judío escuchó estas palabras, creyó que Califa quería bromear con él, y, muy risueño por la cosa, le tendió tres dinares en lugar de uno. Pero Califa le dijo: «¡No, por Alá, basta ya de este juego inconveniente! ¿Crees tú verdaderamente que yo me decidiría jamás a vender mi pez por un precio tan irrisorio?». Entonces el judío tendió cinco dinares en lugar de tres, y dijo: «¡Toma estos cinco dinares como pago de tu pez y da de lado a la avidez!». Y Califa los tomó en la mano y marchó muy contento; y él contemplaba estos dinares de oro y se maravillaba y decía: «¡Gloria a Alá! ¡Es seguro que no tiene el califa de Bagdad lo que hay en mi mano hoy!». Y prosiguió su camino, hasta que alcanzó el final del zoco. Entonces se acordó de las palabras del mono y de la recomendación que le había hecho; y volvió a donde el judío, y le arrojó el oro con desprecio. Y el judío le preguntó: «¿Qué traes tú, ¡oh Califa!, y qué quieres? ¿Quieres cambiar tus dinares de oro por dracmas de plata?». Él respondió: «¡Yo no quiero ni tus dracmas ni tus dinares; lo que quiero es que me devuelvas el pez del pobre mundo!». A estas palabras se enojó el judío, y gritó, y dijo: «¡Cómo, oh pescador! ¡Me traes un pez que no vale un dinar y yo te doy cinco dinares, y no estás satisfecho! ¿Estás loco? ¿O bien quieres decirme al fin en lo que tú quieres cedérmelo?». Califa respondió: «¡Yo no quiero cederlo ni por la plata ni por el oro, sino que quiero venderlo mediante dos palabras solamente!». Cuando el judío oyó que era cuestión de dos palabras, creyó que se trataba de las dos palabras que sirven de fórmula para la profesión de fe del Islam, y que el pescador le pedía, por un pez, abjurar de su religión. Por ello, de cólera e indignación, se dilataron sus ojos hasta lo alto de su frente, y se cortó su respiración y se oprimió su pecho y rechinaron sus dientes; y gritó: «¡Oh recortadura de una de los musulmanes! ¿Quieres, pues, separarme de mi religión por tu pez, y hacerme abjurar de mi fe y de mi ley, las que antes que yo profesaban mis padres?». Y él llamó a sus criados que corrieron entre sus manos, y les gritó: «¡Desgraciado! ¡Sus sobre esta cara de pez, y cogedlo por el cuello y dadle una paliza a modo que le deje en túrdigas la piel! ¡Y no economicéis nada!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CINCUENTA Y OCHO

Ella dijo:

—Y al instante los criados dieron con él en tierra a palos y no cesaron de pegarle hasta que él rodó por los escalones de la tienda. Y el judío les dijo: «¡Dejadle levantarse ahora!». ¡Y Califa se puso en pie a pesar de los golpes recibidos, como si no hubiera sentido nada! Y el judío le preguntó: «¿Quieres decirme ahora el precio que pretendes recibir por tu pez? ¡Yo estoy dispuesto a dártelo, para acabar! ¡Y ten presente el trato nada envidiable que acabas de recibir!». Pero Califa se echó a reír y replicó: «¡No tengas ningún temor de mí, oh mi señor, en lo que se refiere a los palos, pues yo puedo soportar tantos palos como pueden aguantar diez asnos juntos! ¡Y no estoy nada impresionado!». Y el judío se puso a reír también a estas palabras, y le dijo: «¡Por Alá sobre ti, dime lo que desees, y yo, te lo juro por la verdad de mi fe, que te lo concederé!». Entonces respondió Califa: «¡Ya te lo he dicho! ¡Yo no te pido por el pez sino dos palabras solamente! ¡Y no creas todavía que se trata para ti de pronunciar nuestro acto de fe musulmana! Pues, ¡por Alá, oh judío!, si tú te conviertes en musulmán, tu islamización no implicará ventaja alguna para los musulmanes y ningún perjuicio para los judíos; y si, por el contrario, te obstinas en permanecer en tu fe impía y en tu error de incrédulo, tu incredulidad no tendrá perjuicio alguno para los musulmanes ni ventaja alguna para los judíos. ¡Pero las dos palabras que yo te pido son otra cosa! Yo deseo que te pongas en pie y digas: “¡Sed testigos de mis palabras, oh habitantes del zoco, oh mercaderes de buena fe; yo consiento, por mi propia voluntad, en cambiar mi mono por el mono de Califa, y trocar mi suerte y mi destino en este mundo por su destino y su suerte, y mi felicidad por su felicidad!”». A este discurso del pescador, el judío dijo: «¡Si esta es tu demanda, la cosa es fácil!». Y a la hora y al instante se levantó y dijo las palabras que le había solicitado Califa el pescador. Luego se volvió hacia él y le preguntó: «¿Te queda alguna cosa relacionada conmigo?». Él respondió: «¡No!». Entonces el judío dijo: «¡Pues vete tranquilo!». Y Califa, sin más tardar, se levantó, tomó su cesto vacío y sus redes y regresó a la ribera. Entonces, fiándose en la promesa del mono de los hermosos ojos, lanzó sus redes al agua, luego las recogió, pero con grandes dificultades, tanto eran de pesadas, y las halló colmadas de peces de todas las especies. Y al instante pasó cerca de él una mujer que mantenía en equilibrio en su cabeza un plato y que le solicitó pescado por un dinar; y él se lo vendió. Y un esclavo pasó igualmente y le tomó pescado por un segundo dinar. Y así continuó hasta que hubo vendido por cien dinares este día. Entonces, triunfador hasta el límite del triunfo, tomó los cien dinares y volvió a entrar en el mísero alojamiento en el que vivía, cerca del mercado del pescado. Y cuando llegó la noche, quedó muy inquieto con todo este dinero que poseía, y se dijo para sí, antes de extenderse sobre su estera para dormir: «¡Oh Califa, todo el mundo sabe en el barrio que tú eres un hombre pobre, un desgraciado pescador sin nada entre las manos! ¡Pero ahora hete convertido en un poseedor de cien dinares de oro! Y las gentes van a saberlo, y el califa Harún Al-Raschid acabará por saberlo igualmente, y un día en que se encuentre escaso de

dinero, enviará hasta ti los guardias para decirte: “Yo tengo necesidad de mucho dinero y he sabido que tú tenías en tu poder cien dinares. Por ello vengo a que me los prestes”. Entonces yo tomaré el aire más lastimoso, y me lamentaré y, dándome de bofetadas, responderé: “¡oh emir de los creyentes, yo soy un pobre, un nada en suma! ¿Cómo iba a tener yo esta fabulosa cantidad? ¡Por Alá que aquel que te ha contado eso es un solemne embustero! ¡Yo no he tenido nunca, ni jamás tendré, una suma semejante!”. Entonces, para trasegar mi dinero y hacerme confesar el lugar en donde lo he ocultado, me entregará al jefe de la policía, Ahmad la Tiña, quien me hará quitar mis ropas y me apaleara hasta que yo confiese y le entregue los cien dinares. Y ahora pienso en lo que he de hacer mejor para salir de este mal paso, y no confesar. Y para no confesar es necesario que yo acostumbre mi piel a los golpes, aunque esta, ¡Alá sea loado!, esté ya pasablemente endurecida. Pero es preciso que ella lo sea del todo, a fin de que mi delicadeza nativa resista a los golpes, y no me haga hacer lo que mi alma no desea en modo alguno». Habiendo pensado de esta forma, Califa no siguió titubeando y puso en ejecución el proyecto que su alma de comedor de hachís le sugería. Y se levantó al instante.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS CINCUENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—Se desnudó completamente, y cogió un cojín de piel que él tenía, y lo colgó ante él en un clavo de la pared; luego, cogiendo un látigo de ciento ochenta nudos, se puso a dar alternativamente un golpe sobre su propia piel y otro golpe sobre la piel del cojín, y a lanzar al mismo tiempo grandes gritos, como si se hallase ya en presencia del jefe de la policía y obligado a defenderse de la acusación. Y él gritaba: «¡Ay! ¡Ay! ¡Por Alá, mi señor, es una mentira! ¡Ay, una gran falsedad! ¡Ay! ¡Ay! Palabras de perdición para mí. ¡Uf! ¡Uf! Con lo delicado que yo soy. ¡Todos embusteros! ¡Yo soy un pobre! ¡Alá! ¡Alá, un pobre pescador! ¡Yo no poseo nada! ¡Ay, nada de los bienes de este mundo!». Y continuó de este modo administrándose este remedio, dando tanto un golpe sobre su piel y tanto un golpe sobre el cojín; y cuando se dolía demasiado, olvidaba su vez y daba dos golpes al cojín; y terminó por no darse sino un golpe de cada tres, luego de cuatro, luego de cinco. ¡Todo esto! Y los vecinos, que oían los gritos y los golpes resonar en la noche, y los mercaderes del barrio, acabaron por conmovirse y se dijeron: «¿Qué puede haberle sucedido a este pobre muchacho para que grite de esa manera? ¿Y qué significan esos golpes que

llueven sobre él? ¡Acaso sean los ladrones que le han sorprendido y que le golpean de muerte!». Y entonces, dado que los gritos y los alaridos aumentaban de intensidad, y que los golpes eran cada vez más numerosos, salieron todos de sus casas y corrieron a la vivienda de Califa. Mas como hallaron cerrada la puerta se dijeron: «¡Los ladrones han debido de entrar aquí por otro lado, descendiendo por la terraza!». Y subieron a la terraza contigua y desde allí saltaron a la terraza de Califa y descendieron hasta él pasando por la abertura de arriba, y le hallaron solo, completamente desnudo y en tren de darse golpes alternados con el látigo y de lanzar al mismo tiempo alaridos y protestas de inocencia. ¡Y él se agitaba como un *efrit*, saltando sobre sus piernas! Al ver esto, los vecinos le preguntaron, asombrados: «¿Qué haces tú, Califa? ¿De qué se trata? ¡Los golpes que hemos oído y tus exclamaciones han puesto en movimiento a todo el barrio y no nos han dejado dormir! ¡Y aquí estamos con el corazón galopante!». Mas Califa les gritó: «¿Qué queréis vosotros de mí? ¿Es que no soy el dueño de mi piel, y no puedo en paz acostumbrarla a los golpes? ¿Es que sé yo lo que me tiene reservado el futuro? ¡Marchaos, bravas gentes! ¡Obraríais bastante mejor si hiciéseis como yo y os dierais este mismo trato! ¡No estáis más que yo al abrigo de exacciones y de vejaciones!». Y siguiendo sin hacer caso de su presencia, continuó Califa chillando a los golpes que chascaban sobre el cojín, pensando que caían sobre su propia piel. Entonces los vecinos, viendo esto, se pusieron a reír a carcajadas, y acabaron por irse como habían venido. Al cabo de cierto tiempo, se cansó Califa, pero no quiso cerrar el ojo por temor a los ladrones, tanto era el embarazo de su nueva fortuna. Y a la mañana, antes de marchar a su trabajo, siguió pensando en sus cien dinares, y se decía: «Si yo los dejo en mi casa, seguramente serán robados; si yo los aprieto en un cinturón a mi cintura, serán observados por algún ladrón que se pondrá al acecho en algún lugar solitario para esperar mi paso, y me asaltará, me matará y me despojará. Por eso yo voy a hacer algo mejor que todo eso». Entonces se levantó, desgarró en dos su gabán, confeccionó un saco con una de las dos mitades y encerró el oro en este saco, que colgó de su cuello por medio de un bramante. Hecho lo cual tomó sus redes, su cesto y su palo, y se encaminó a la ribera. Y llegó allí, cogió sus redes y, con toda la fuerza de su brazo, las lanzó al agua. Pero tan brusco y tan poco medido fue el movimiento que realizó que el saco de oro saltó de su cuello y fue a seguir a las redes al agua; y la fuerza de la corriente lo arrastró a lo lejos en las profundidades. Al ver esto, soltó Califa sus redes, se desnudó en un abrir y cerrar de ojos y, arrojando las ropas en la orilla, saltó al agua y se sumergió a la busca de su saco; pero no logró encontrarlo. Entonces se sumergió una segunda vez y una tercera vez, y así sucesivamente hasta cien veces, pero inútilmente. Entonces, desesperado y agotadas sus fuerzas, salió a la ribera y quiso vestirse; pero comprobó que sus ropas habían desaparecido, y solo halló su red, su cesto y su palo. Entonces se retorció las manos y gritó: «¡Ah, los viles salteadores que me han robado mis ropas! Pero todo esto solo me sucede para dar la razón al proverbio que dice: “La peregrinación no se termina para el camellero sino cuando él ha dejado su camello”».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



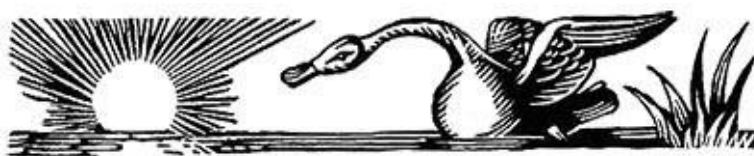
LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SESENTA

Ella dijo:

—Entonces se decidió a envolverse en su red, a falta de algo mejor, luego empuñó el palo, se echó el cesto a la espalda y se puso a recorrer la ribera con largas zancadas, yendo de un lado para otro, a derecha, a izquierda, adelante y atrás, jadeante y desordenado y enrabiado como un camello en ruta, y semejante en todos los puntos a un *efrit* rebelde escapado de la estrecha prisión de bronce en donde le tenía encerrado Soleimán. Y dejemos ahora a Califa el pescador. Mas por lo que afecta al califa Harún Al-Raschid, del que ahora va a tratarse, veamos: En este tiempo había en Bagdad, como hombre de negocios y joyero del califa, un personaje notorio llamado Ibn Al-Kirnas. Era un personaje tan importante en el zoco, que todo cuanto se vendía en Bagdad de bellas telas, joyas, objetos preciosos, mancebos y jóvenes, solo se vendía por su intermedio o después de haber pasado por sus manos o haber sido sometido a su apreciación. Sucedió que uno de tantos días en que Ibn Al-Kirnas estaba sentado en su tienda, vio llegar hasta él al jefe de los corredores que llevaba de la mano a una adolescente que jamás espectador alguno viera nada semejante, tan al límite se hallaba de la belleza, de la elegancia, de la finura y de la perfección. Y esta adolescente, además de los encantos propios, conocía todas las ciencias, las artes, la poesía, el manejo de los instrumentos de armonía, el canto y la danza. De modo que Ibn Al-Kirnas no titubeó en comprarla, durante la puja, en cinco mil dinares de oro; y, luego de haberla aderezado con ropas por valor diez mil dinares, fue a presentarla al emir de los creyentes. Y ella pasó la noche con él. Y de este modo pudo, por sí mismo, poner a prueba su talento y sus variados conocimientos. Y la halló experta en todas las cosas y sin igual en la época. Ella se llamaba Fuerza de los Corazones, y era morena y fresca de piel. De manera que el emir de los creyentes, encantado de su nueva esclava, envió al día siguiente a Ibn Al-Kirnas diez mil dinares como precio de compra. Y sintió por la adolescente una pasión tan violenta, que descuidó por ella a Sett Zobeida, su prima, hija de Al-Kassim; y él dejó a todas sus favoritas; y permaneció todo un mes encerrado con ella, no saliendo sino para la oración del viernes y regresando apresurado a continuación. Por ello, los señores del reino consideraron la cosa demasiado grave para durar mucho más tiempo, y fueron a exponer sus quejas al gran visir Giafar Al-Barmaki. Y Giafar les prometió poner muy pronto remedio a ese estado de cosas, y aguardó, para ver al califa, la oración del

viernes siguiente. Y él entró en la mezquita y tuvo una entrevista con él y pudo hablarle durante algún tiempo de las aventuras de amor y de sus consecuencias. Y el califa, después de haberle escuchado sin interrumpirle, le respondió: «¡Por Alá, oh Giafar, yo no entro para nada en esta historia y en esta elección; la falta está en mi corazón que se ha dejado prender en los lazos del amor, y yo no sé el medio de librarlo!». Y el visir Giafar replicó: «Sabe, ¡oh emir de los creyentes!, que tu favorita Fuerza de los Corazones está en adelante entre tus manos, sometida a tus órdenes, una de tantas esclavas; y tú sabes que cuando la mano posee el alma no codicia. Ahora bien, yo te quiero indicar un medio para que tu corazón se desvíe de la favorita; y este es que te alejes de cuando en cuando yendo, por ejemplo, de caza o de pesca, pues es posible que las redes del pescador liberten a tu corazón de aquellas en que el amor le tiene enlazado. Esto es más conveniente para ti que ocuparte, por el momento, de los asuntos oficiales, pues, en la situación en que te hallas, este trabajo te ocasionaría demasiada molestia». Y el califa respondió: «¡Tu idea es excelente, oh Giafar, vamos a pasearnos sin tardar ni demorarlo!». Y, una vez terminadas las oraciones, salieron de la mezquita, montaron cada uno en una mula, y se pusieron al frente de su escolta para marchar fuera de la ciudad a recorrer los campos. Después de haber errado cierto tiempo de un lado para otro, durante el calor del día, acabaron por dejar su escolta muy a la retaguardia de ellos, distraídos como estaban con su conversación; y Al-Raschid tuvo mucha sed y dijo: «¡Oh Giafar, estoy torturado por una sed atroz!». Y él miró a todos lados en su derredor, para buscar alguna vivienda, y divisó alguna cosa a lo lejos, sobre un otero, que se movía, y preguntó a Giafar: «¿Ves eso que yo veo allá abajo?». Él respondió: «¡Sí, oh comendador de los creyentes, yo veo alguna cosa que vaga sobre una elevación! Debe de ser algún hortelano o algún cultivador de cohombros. En todo caso, como él debe de tener agua cerca de él, yo voy a correr a buscártela». Al-Raschid indicó: «Mi mula es más rápida que la tuya. Quédate aquí en espera de nuestra escolta, mientras que yo mismo voy a ir a beber en donde este hortelano, para regresar en seguida». Y, diciendo esto, Al-Raschid dirigió su mula en esa dirección, y se alejó con la rapidez de un viento tempestuoso o de un torrente que se desprende de un roquedo; y en un abrir y cerrar de ojos alcanzó a la persona en cuestión, que no era otra que Califa el pescador. Y él le vio desnudo y trabado en sus redes, y cubierto de sudor y de polvo, y los ojos enrojecidos, y con aspecto horrible a las miradas.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SESENTA Y UNA

Ella dijo:

—Parecía de ese modo uno de esos *efrits* malévolos que yerran por los lugares desérticos. Y Harún le deseó la paz, y Califa le retribuyó el deseo renegando y lanzándole una mirada llameante. Y Harún le dijo: «¡Oh hombre!, ¿tienes tú para darme una buchada de agua?». Y Califa replicó: «¡Oh tú! ¿Estás ciego o loco? ¿No ves que el agua corre detrás de este montículo?». Entonces Harún rodeó la cota y descendió hasta el Tigris en donde sació la sed, tendido boca abajo, e hizo que también se saciara su mula. Luego volvió hasta Califa y le dijo: «¿Qué haces aquí, oh hombre, y cuál es tu profesión?». Califa replicó: «¡En verdad que esta pregunta es todavía más extraña y más extraordinaria que aquella concerniente al agua! ¿No ves, pues, sobre mis hombros la herramienta de mi trabajo?». Y Harún, vista la red, dijo: «Tú debes de ser pescador, sin duda». Él asintió: «¡Tú lo has dicho!». Y Harún le preguntó: «¿Qué hiciste de tu gabán, de tu camisa y de tu saco?». A estas palabras, Califa, que había perdido los objetos que acababa de nombrar Al-Raschid, no dudó un instante de que él mismo fuera el ladrón que se los había robado en la ribera, y se precipitó como un relámpago sobre Al-Raschid desde lo alto de la cota, y cogió la mula por la brida gritando: «¡Devuélveme mis efectos y termina ya esta broma molesta!». Harún respondió: «¡Por Alá, yo no he visto tus prendas y no sé a qué quieres referirte!». Ahora bien, Al-Raschid tenía, como es sabido, las mejillas grasas y abultadas y la boca muy pequeña. Por ello, al mirarlo con más atención Califa, creyó que era un tocador de clarinete, y le gritó: «¿Quieres, sí o no, ¡oh tocador de clarinete!, devolverme mis cosas, o bien prefieres danzar bajo los golpes de mi palo y mear en tus vestiduras?». Cuando el califa vio la enorme matraca del pescador levantada sobre su cabeza, se dijo: «¡Por Alá que yo no podría soportar ni siquiera la mitad de un golpe de este palo!». Y sin titubear más, se despojó de su hermoso vestido de satén y, ofreciéndoselo a Califa, le dijo: «¡Oh hombre, toma este vestido para reemplazar a tus efectos perdidos!». Y Califa cogió el vestido, lo volvió en todos sentidos y replicó: «¡Oh tocador de clarinete, mis efectos valen diez veces más que este mezquino vestido ornamentado!». Al-Raschid dijo: «¡Sea, pero pónitelo tú mismo en espera de que yo encuentre tus efectos!». Y Califa lo tomó y se vistió; pero hallándolo demasiado largo, cogió su cuchillo, que estaba colocado en el asa del cesto de pescado, y, de un golpe cortó todo el tercio inferior, del que se sirvió para confeccionar en seguida un turbante, en tanto que el vestido apenas si le llegaba a las rodillas; pero él lo prefirió así para no tener trabados sus movimientos. Luego se volvió hacia el califa y le dijo: «¡Por Alá sobre ti, oh tocador de clarinete!, dime lo que tu oficio de tocador de clarinete te reporta de ingresos por mes». El califa contestó, no atreviéndose a contrariar a su interrogador: «Mi oficio de tocador de clarinete me reporta cerca de diez dinares por mes». Y Califa dijo con un gesto de profunda conmiseración: «¡Por Alá, oh pobre, que me dejas bien triste por lo que a ti se refiere! En efecto, yo gano esos diez dinares en una hora de tiempo, nada más que lanzando mi red y retirándola; pues tengo en el agua un mono que se ocupa de mis

intereses, y se encarga cada vez de empujar los peces a mis redes. ¿Quieres tú, pues, ¡oh carrillos hinchados!, entrar a mi servicio para aprender de mí el oficio de pescador y llegar a ser un día mi asociado en las ganancias, comenzando antes por ganar cinco dinares por día, como mi ayudante? Y, además, te beneficiarías de la protección de este palo contra las exigencias de tu antiguo maestro de clarinete al que me encargo, si es preciso, de derrengarlo de un solo golpe». Y Al-Raschid respondió: «¡Acepto la proposición!». Califa dijo: «Baja de la mula, y ata a esta bestia en alguna parte, a fin de que ella pueda, si es necesario, servirnos para transportar el pescado al mercado. ¡Y ven aprisa para comenzar tu aprendizaje de pescador!». Entonces el califa, hecho un puro suspiro y dirigiendo sus asombrados ojos a todas partes, descendió de la grupa de su mula, la ató en la proximidad, se remangó lo que le quedaba de ropaje, recogió los aladares de la camisa en su cinturón y fue a colocarse cerca del pescador, quien le dijo: «Oh tocador de clarinete, toma esta red por un cabo, échala sobre tu brazo de tal manera, lánzala al agua de tal otra manera». Y Al-Raschid hizo apelación en su corazón a todo el valor de que se sentía capaz, y habiendo ejecutado lo que le ordenó Califa, lanzó la red al agua, y, al cabo de algunos instantes, quiso retirarla; pero la halló tan pesada que no pudo conseguirlo solo y Califa se vio obligado a ayudarlo; y ambos la llevaron a la playa, en tanto que Califa gritaba: «¡Oh clarinete de mi *zib*, si por desdicha yo encuentro mi red rota o averiada por las piedras del fondo, te enculo! ¡Y del mismo modo que me quitaste mis ropas, yo te quitaré tu mula!». ¡Pero venturosamente para Harún, la red fue hallada intacta y rebosante de peces de la mayor belleza! ¡De otra forma, Harún hubiera pasado por el *zib* del pescador, y Alá solo sabe cómo hubiera podido soportar una carga semejante! Pero no fue nada de esto. Por el contrario, el pescador dijo a Harún: «¡Oh clarinete, eres muy feo y tu cara semeja exactamente a mi culo; pero, por Alá!, si pones mucha atención en tu nuevo oficio, serás un día un pescador extraordinario».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SESENTA Y DOS

Ella dijo:

—«Y, entre tanto, lo mejor que podías hacer es subir en tu mula e ir al zoco a comprarme dos grandes cestos para que yo ponga el exceso de esta pesca prodigiosa, mientras que yo voy a permanecer aquí para vigilar el pescado en tanto vuelves. Y no te preocupes de más, pues yo tengo aquí la balanza de pescado, las pesas y todo cuanto es necesario para la venta al por menor. Y tú no tendrás otro cometido, cuando

hayamos llegado al zoco del pescado, que tenerme la balanza y tomar el dinero de los parroquianos. Pero apresúrate a comprarme los dos cestos. ¡Y, sobre todo, guárdate de perder el tiempo, o mi palo jugará en tus costillas!». Y el califa respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Luego se apresuró a soltar su mula y a cabalgarla para ponerla al galope; y riendo con toda su alma, fue a reunirse con Giafar, quien viéndole vestido de esa forma tan bizarra, elevó sus brazos al cielo y exclamó: «¡Oh comendador de los creyentes, sin duda tú has debido hallar en tu camino algún bello jardín en el que te has echado y rodado sobre la hierba!». Y el califa se echó a reír, al escuchar las palabras de Giafar. Luego los otros barmacidas de la escolta, parientes de Giafar, abrazaron la tierra entre sus manos y dijeron: «¡Oh emir de los creyentes, haga Alá duraderas para ti las alegrías y aleje de ti las preocupaciones! ¿Pero cuál fue la causa que te ha retenido tanto tiempo alejado de nosotros, siendo así que solo nos dejaste para beber un trago de agua?». Y él les contó todo cuando le había sucedido con Califa el pescador, y cómo, para sustituir las ropas que él opinaba le había quitado, le había dado en trueque su vestido de satén adornado. Entonces exclamó Giafar: «¡Por Alá, oh emir de los creyentes, que cuando yo te vi alejarte tan solo, tan ricamente vestido, tuve como un presentimiento de lo que te iba a suceder! Pero este no es un gran mal, porque yo voy a ir ahora mismo a recobrar de ese pescador ese vestido que le has dado». El califa se echó a reír mucho más fuerte aún, y dijo: «Debiste pensar antes, ¡oh Giafar!, pues el buen hombre, para ajustarlo a su talla, le ha cortado un tercio, y se ha servido del pedazo cortado para hacerse un turbante. Pero ¡oh Giafar!, yo he tenido suficiente con una sola pesca y no estoy para nada tentado de recomenzar esa tarea. Y, además, yo he pescado de una sola vez como para dispensarme en el futuro de desear un éxito mayor, pues el pescado salido de mi red es de una abundancia milagrosa y se halla ahí abajo en la orilla, bajo la guarda de mi maestro Califa, quien no espera sino mi regreso con los cestos para ir a vender al zoco el producto de mi pesca». Y Giafar dijo: «¡Oh emir de los creyentes, yo voy a lanzar sobre vosotros dos a los compradores!». Harún exclamó: «¡Oh Giafar!, por los méritos de mis antepasados, los puros, yo prometo un dinar por pez a todos aquellos que vayan a comprar mi pesca a Califa, ¡mi maestro!». Entonces Giafar comenzó a gritar a los guardias de la escolta: «¡Eh!, guardias y gentes de la escolta, corred a la ribera y procurad traer pescado al emir de los creyentes». Y al momento, todos los de la escolta se pusieron a correr hacia el lugar indicado, y hallaron a Califa que guardaba la pesca; y ellos le rodearon como los gavilanes rodean una presa, y le arrebataron los peces apilados delante de él, y se los disputaron, a pesar del palo con que agitándolo les amenazaba Califa. Y Califa acabó por ser vencido por el número, y gritó: «¡Nadie duda de que este pez no sea el pez del paraíso!». Y él pudo, distribuyendo fuertes palos, lograr salvar del pillaje a los dos peces más hermosos de la pesca; y él los cogió, cada uno en una mano, y se salvó en el agua para escapar de aquellos que él creía eran bandidos, salteadores de caminos. Y, hundido de ese modo en el agua lejana, levantó sus manos, que tenían cada una un pez, y gritó: «¡Oh Alá,

por los méritos de estos peces de tu paraíso, haz que mi socio, el tocador de clarinete, no tarde en volver!». Sucedió que, cuando él acababa esta invocación, un negro de la escolta, que se había retrasado de los otros por haberse detenido su caballo a orinar en el camino, llegó el último a la orilla, y, no viendo señal alguna de pescado, miró a derecha e izquierda y percibió a Califa en el agua, quien llevaba un pez en cada mano. Y le gritó: «¡Oh pescador, ven para acá!». Pero Califa le contestó: «¡Ponte de espaldas, oh tragón de *zib*!». Al oírlo, el negro, en el límite del furor, levantó su lanza y, apuntándola en la dirección de Califa, le gritó: «¿Quieres venir aquí y venderme esos dos peces al precio que tú fijarás, o bien recibir esta lanza en el flanco?». Y Califa respondió: «¡No tires, oh pícaro! ¡Vale mucho más darte el pez que perder la vida!». Y él salió del agua y llegó para arrojar con desdén los dos peces al negro, quien los recogió y los colocó en un pañuelo de seda ricamente bordado; luego llevó la mano a su bolsillo, para coger el dinero, pero lo halló vacío; y dijo al pescador: «¡Por Alá, pescador, tú no has tenido suerte, pues yo, de momento, no tengo ni un solo dracma en el bolsillo! Pero mañana irás al palacio y preguntarás por el eunuco negro Sandal. Y los criados te llevarán hasta mí, y hallarás una generosa acogida y lo que tu suerte te habrá fijado; y en seguida te irás por tu camino». Y Califa, no atreviéndose a dárselas de grosero, lanzó al eunuco una mirada que decía más que mil insultos o mil amenazas de enculamiento o de fornicación con la madre o la hermana del compañero, y se alejó en dirección a Bagdad, retorciéndose las manos, y diciendo con un tono de amargura y de ironía: «¡En verdad, he aquí un día que, desde su comienzo, ha sido un día bendito entre todos los días benditos de mi vida! ¡Esto es evidente!». Y franqueó de este modo las murallas de la ciudad, y llegó a la entrada de los zocos.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SESENTA Y TRES

Ella dijo:

—Ahora bien, cuando los transeúntes y los tenderos vieron al pescador Califa que de una parte llevaba auestas sus redes, su cesto y su palo, y por otra iba adornado con un vestido y tocado con un turbante que ambos valían bien mil dinares, le rodearon y marcharon detrás de él, para ver qué podía ser aquello hasta que llegó ante el establecimiento del sastre mismo del califa. Y el sastre, desde la primera mirada que lanzó a Califa, reconoció que el traje que llevaba era el mismo que él había entregado hacía poco al comendador de los creyentes. Y gritó al pescador: «¡Oh

Califa!, ¿de dónde te ha venido ese traje que llevas?». Y Califa, de muy mal humor, le contestó mirándolo de arriba abajo: «¿Y qué te importa a ti, imprudente de cara de excremento? Sabe ahora mismo, para que veas que yo no oculto nada, que este traje me ha sido dado por el aprendiz al que he enseñado la pesca y que se ha convertido en mi ayudante. Y él no me lo ha dado por otra cosa sino para no quedar manco, a consecuencia del robo del que se ha declarado culpable al robarme mis efectos». Al oír esto, el sastre comprendió que el califa habría, en su paseo, encontrado al pescador y le gastó esta broma para reírse de él. Y él dejó a Califa continuar en paz su camino, y llegar a su casa, en donde le volveremos a encontrar mañana. Pero es tiempo de saber lo que pasó en el palacio durante la ausencia del califa Harún Al-Raschid. ¡Porque pasaron cosas de extrema gravedad! En efecto, sabemos que el califa solo había salido de su palacio con Giafar para ir a tomar algo de aire puro por los campos, y se distrajera por un momento de su absorbente pasión por Fuerza de los Corazones. Ahora bien, él no era el único al que torturaba esta pasión por la esclava. Su esposa y prima, Sett Zobeida, desde la llegada de esta adolescente a palacio, convertida en la favorita exclusiva del emir de los creyentes, no podía ya ni comer, ni beber, ni dormir, ¡nada! Tanto estaba colmada su alma por los sentimientos celosos que de ordinario experimentan las mujeres por sus rivales. Y para vengarse de esta afrenta continua que la rebajaba ante sus propios ojos y ante los de quienes la rodeaban, solo esperaba una ocasión, ya una ausencia inesperada del califa, ya un viaje, ya cualquier ocupación, que le permitiera tener libertad de movimientos. Por ello, desde que supo que el califa había salido para ir a la caza y a la pesca, hizo preparar en sus habitaciones un suntuoso banquete en el que no faltaron ni las bebidas ni los platos de porcelana, colmados de confituras y de pasteles. Y con gran ceremonial envió a sus esclavas a invitar a Fuerza de los Corazones, las que dijeron en su nombre: «Nuestra señora Sett Zobeida, hija de Kasem, esposa del emir de los creyentes, te invita hoy, oh señora nuestra Fuerza de los Corazones, a un banquete que ella da en tu honor. Pues ella ha tomado hoy un medicamento y como para que se obtengan los mejores efectos es preciso que se alegre el alma y se sosiegue el espíritu, ella cree que el mejor sosiego y la alegría más completa únicamente pueden llegarle de tu presencia y de tus cantos maravillosos, de los cuales ha oído hablar con admiración al califa. ¡Y ella desea experimentarlos por sí misma!». Y Fuerza de los Corazones respondió: «¡El oído y la obediencia están en Alá y en Sett Zobeida, nuestra señora!». Y al momento se levantó; y ella ignoraba lo que le reservaba el destino en sus misteriosos proyectos. Y ella llevó consigo los instrumentos musicales que precisaba y acompañó al jefe de los eunucos a los departamentos de Sett Zobeida. Cuando llegó a presencia de la esposa del califa, abrazó varias veces la tierra entre su manos, luego se levantó, y con una voz infinitamente deliciosa, ella dijo: «¡La paz sobre el tapiz levantado y el velo sublime de este harén sobre la descendiente del profeta y la heredera de la virtud de los Abbassidas! ¡Haga Alá prolongar la felicidad de nuestra señora tan largo tiempo como el día y la noche se sucedan el uno a la

otra!». Y habiendo dicho este cumplimiento, retrocedió al centro de las otras mujeres y de las sirvientes. Entonces Sett Zobeida, que estaba tendida sobre un diván, levantó lentamente los ojos hacia la favorita y la miró fijamente.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SESENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—Y quedó deslumbrada de lo que veía de belleza en esta adolescente perfecta que tenía cabellos de noche, mejillas como corolas de rosas, granadas en lugar de senos, ojos brillantes, lánguidos párpados, frente radiosa y rostro de luna. Y es seguro que el sol debía salir de detrás de la franja de su frente, y las tinieblas de la noche espesarse de su cabellera; el almizcle no podía ser recogido sino de su endulzado aliento, y las flores le debían su gracia y sus perfumes; la luna solo brillaba merced al resplandor de su frente; la rama no se balanceaba sino por la gracia de su talle, y las estrellas no titilaban más que por sus ojos; el arco de los guerreros no se tendía más que remedando a sus cejas, y el coral de los mares no se enrojecía sino de sus labios. Cuando Sett Zobeida la hubo admirado y analizado, le dijo: «¡Paz, amistad y familia! Sé bien venida entre nosotras, ¡oh Fuerza de los Corazones! ¡Siéntate y diviértenos con tu arte y la belleza de tu ejecución!». Y la adolescente respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Luego ella se sentó y, alargando la mano, tomó primero un tamboril, instrumento admirable; y así se le podía aplicar estos versos del poeta:

¡Oh tocadora de tamboril, mi corazón te ha escuchado y se ha arrebatado! Y mientras tus dedos baten el ritmo acentuado, el amor que me domina sigue la medida, y el contragolpe hiere mi pecho.

¡Tú no cogerás sino un corazón herido! ¡Que tú cantes en un tono ligero, o que lances gritos de dolor, tú penetras nuestra alma!

¡Ah, levántate! ¡Ah, desnúdate! ¡Ah, arroja el velo! ¡Y levantando los alígeros pies, oh bellísima, danza el paso de la leve delicia y de nuestra locura!

Y cuando ella hizo resonar el instrumento sonoro, cantó, acompañándose, estos versos improvisados:

Los pájaros, sus hermanos, han dicho a mi corazón, pájaro herido:
«¡Huye, huye de los hombres y de la sociedad!».

Mas yo he dicho a mi corazón, pájaro herido: «¡Corazón mío, obedece a los hombres y que tus alas se muevan como abanicos! ¡Regocíjate para placerlos!».

Y cantó estas dos estrofas con una voz tan maravillosa, que los pájaros del cielo se detuvieron en su vuelo, y el palacio se puso a danzar con todos sus muros, de arrobamiento. Entonces Fuerza de los Corazones dejó el tamboril y tomó la flauta de caña, sobre la que apoyó sus labios y sus dedos. Y en esta actitud pudieron serie aplicados estos versos del poeta:

¡Oh tocadora de flauta, el instrumento de insensible caña, que tienen bajo tus labios tus dedos de agilidad, adquiere un alma nueva al paso de tu aliento!

¡Sopla en mi corazón! ¡Él resonará mejor que la insensible caña, con orificios sonoros, pues tú hallarás más de siete heridas que se avivarán al tocar de tus dedos!

Cuando ella hubo encantado a los asistentes con un aire de flauta, depositó la flauta y tomó el laúd, instrumento admirable, del que templó las cuerdas, y lo apoyó contra su seno inclinándose sobre su rotundidad, con la ternura de una madre que se inclina sobre su hijo, de tal modo que ciertamente de ella y de su laúd dijo el poeta:

¡Oh tocadora de laúd, tus dedos sobre las cuerdas persas excitan o calman la violencia, al grado de tu deseo, como un médico hábil que según es necesario, hace a su grado salir la sangre de las venas o la deja circular tranquilamente!

¡Cuán bello es oír hablar, bajo tus delicados dedos, a un laúd de cuerdas persas, hablar a aquellos que no poseen el lenguaje, y ver a todos los ignorantes comprender su lenguaje sin palabras!

Y entonces ella preludió en catorce formas diferentes, y cantó, acompañándose, todo un canto, que confundió de admiración a cuantos la veían y arrobó en delicias a cuantos la entendían. A continuación, Fuerza de los Corazones, después de haber preludiado en los diversos instrumentos y entonado canciones variadas ante Sett Zobeida, se levantó con su gracia y flexibilidad ondulante y danzó. Hecho esto, se sentó y realizó diversos ejercicios de destreza, juegos de cubiletes y de escamoteamiento, y esto con una mano tan ligera y con tanto arte y habilidad, que Sett Zobeida, a pesar de sus celos, el despecho y el deseo de venganza, estuvo a punto de prendarse de ella y declararle su pasión. Pero pudo reprimir a tiempo este impulso, pensando para sí: «¡Sí, mi primo Al-Raschid no debe ser vituperado por estar tan enamorado de ella!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta como

era, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SESENTA Y CINCO

Ella dijo:

—Y dio orden a las esclavas de servir el banquete, y dejó que el odio primase sobre sus primeros sentimientos. Sin embargo, no dejó a la compasión huir totalmente de su corazón, y, en lugar de realizar el proyecto que primero había formado de envenenar a su rival, y de ese modo desembarazarse de ella para siempre, se contentó con hacer mezclar en los pasteles presentados a Fuerza de los Corazones una dosis muy elevada de *banj* soporífero. Y en cuanto la favorita se llevó a sus labios un trozo de este pastel, cayó de espaldas y se hundió en las tinieblas del desvanecimiento. Y Sett Zobeida, fingiendo un gran dolor, ordenó a sus esclavos transportarla a un departamento secreto. Luego hizo extender la noticia de su muerte, diciendo que ella se había asfixiado comiendo demasiado aprisa, y le hizo hacer un simulacro de solemnes funerales y de enterramiento, y a toda prisa le erigió un panteón en los mismos jardines del palacio. ¡Todo esto tuvo lugar, por tanto durante la ausencia del califa! Pero cuando, después de su aventura con el pescador Califa, él volvió al palacio, su primer cuidado fue informarse por los eunucos de su bien amada Fuerza de los Corazones. Y los eunucos, a los que Sett Zobeida había amenazado con colgarlos en caso de indiscreción, respondieron al califa con un tono fúnebre: «¡Ay, oh nuestro señor, que Alá prolongue sus días y vierta sobre tu cabeza la deuda debida a nuestra dueña Fuerza de los Corazones! ¡Tu ausencia, oh emir de los creyentes, le ha causado una desesperación tal y un tal dolor, que no ha podido soportar la conmoción, y la ha abatido una muerte repentina! ¡Y ella está ahora en la paz de su señor!». Al oír estas palabras, el califa se puso a correr por el palacio como un loco, tapándose los oídos y pidiendo a grandes gritos a su bien amada a cuantos encontraba. Y todo el mundo, a su paso, se arrojaba boca abajo al suelo o se ocultaba detrás de las columnatas. Y de este modo llegó al jardín en donde se levantaba la falsa tumba de la favorita, y se echó de bruces sobre el mármol, y, extendiendo el brazo y llorando todas sus lágrimas, exclamó: «¡Oh tumba! ¿Cómo las sombras frías y las tinieblas de la noche pueden encerrar a la bienamada? ¡Oh tumba, por Alá, dime! La belleza, los encantos de mi amiga, ¿se han esfumado para siempre? ¿Se ha desvanecido para siempre el regocijante espectáculo de su belleza? ¡Oh tumba! ¿Cierto que tú no eres ni el jardín de las delicias ni el cielo elevado? Mas, dime, ¿cómo se hace para que yo vea en tu interior brillar la luna y florecer la rama?». Y el califa continuó de ese modo durante una hora de tiempo, sollozando y expresando su

dolor. Luego corrió a encerrarse en sus habitaciones, sin querer escuchar los consuelos ni recibir a su esposa y a sus íntimos. En cuanto a Sett Zobeida, cuando esta vio el éxito de su astucia, hizo encerrar en secreto a Fuerza de los Corazones en un cofre, pues continuaba bajo los efectos soporíferos del *banj*, y ordenó a dos esclavos de confianza que sacaran el cofre de palacio, y lo vendieran en el zoco al primer comprador que llegase, a condición de que se realizara la venta sin ser levantada la tapa. Y hasta aquí lo referente a ellos. Veamos lo que fue del pescador Califa. Cuando se despertó al día siguiente de la pesca, su primer pensamiento fue para el negro castrado, que no le había pagado los dos peces, y él se dijo: «Yo bien creo que lo mejor que tengo que hacer es ir a informarme a palacio respecto a este eunuco Sandal, hijo de la maldita de las porradas narices, ya que él mismo me lo recomendó bien. ¡Y si él no quiere cumplir con su obligación, yo lo enculo!». Y se encaminó a palacio. Ahora bien, cuando llegó Califa, encontró a todo el mundo trastornado; y en la misma puerta, la primera persona que reconoció fue al eunuco Sandal sentado en el centro de un grupo respetuoso de otros negros y de otros eunucos, discutiendo y gesticulando. Y él avanzó por su lado, y como un joven mameluco quiso impedirle el paso, él le empujó, y le gritó: «¡Quita, hijo del alcahuete!». Al oír este grito, el eunuco Sandal volvió la cabeza y vio que era Califa el pescador. Y el eunuco, riendo, le indicó que se acercara; y Califa se acercó, y dijo: «¡Por Alá que te hubiera reconocido entre mil, oh mi rubio, oh mi pequeño tulipán!». Y el eunuco estalló de risa al oír estas palabras, y le dijo con amenidad: «¡Siéntate un momento, oh mi señor Califa! ¡Voy a pagarte al momento el débito!». Y llevó la mano a su bolsillo para sacar dinero y dárselo, cuando un grito anunció la presencia del gran visir Giafar, que salía de ver al califa.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SESENTA Y SEIS

Ella dijo:

—Al momento, los eunucos, los esclavos y los jóvenes mamelucos se levantaron para colocarse en dos filas; y Sandal, al que el visir hizo señal con la mano de que tenía que hablarle, dejó allí al pescador, y se apresuró a ponerse a las órdenes de Giafar. Y ambos se pusieron a conversar extensamente, paseándose de un lado a otro. Cuando Califa vio que el eunuco tardaba en volver hasta él, creyó que era una añagaza de su parte para no pagarle, tanto más cuanto que el eunuco parecía haberle completamente olvidado y no inquietarse de su presencia, como si él no existiera. Entonces comenzó a agitarse y a hacer gestos desde lejos al eunuco, los que querían

decir: «¡Vuelve, pues!». Mas como el otro no prestaba ninguna atención, le gritó con un tono irónico: «¡Oh mi señor el tulipán, dame lo debido para que yo me marche!». Y el eunuco, a causa de la presencia de Giafar, quedó muy confuso con este apóstrofe, y no quiso responderle. Al contrario, él se puso a hablar con más animación, para no llamar por esa parte la atención del gran visir; ¡pero fue trabajo perdido! Pues Califa se aprovechó bien, y con voz formidable, gritó, haciendo desaforados gestos: «¡Oh insolvente bribón, que Alá confunda a las gentes de mala fe, y a todos cuantos despojan a los pobres de su bien!». Luego cambió de tono, y le gritó, irónico: «¡Yo me pongo bajo tu protección, oh mi señor barriga vacía! ¡Y yo te suplico que me des lo que debes para que me pueda marchar!». Y el eunuco alcanzó el límite de la confusión, pues esta vez Giafar había visto y oído; mas como aún no sabía de qué se trataba, preguntó al eunuco: «¿Qué le pasa a ese pobre hombre? ¿Y quién ha podido negarle su débito?». Y el eunuco respondió: «Oh mi señor, ¿no sabes quién es ese hombre?». Y Giafar dijo: «¡Por Alá!, ¿cómo habría de saberlo siendo la primera vez que lo veo?». El eunuco dijo: «¡Oh nuestro señor, es precisamente el pescador del que ayer nos disputamos los peces para llevárselos al califa! Y como yo le había prometido dinero por los dos últimos peces que le quedaban, le dije que viniera hoy a verme para pagarle la deuda. Y yo le quería pagar al instante, cuando me he visto obligado a ponerme en tus manos. ¡Y esta es la razón de que el buen hombre, impaciente, me apostrofe ahora de esa manera!». Cuando el visir Giafar oyó estas palabras, sonrió dulcemente, y dijo al eunuco: «¡Cómo, oh jefe de los eunucos, hiciste tu cuenta para faltar de ese modo al respeto, diligencia y consideraciones hacia el mismo maestro del emir de los creyentes! ¡Pobre Sandal! ¡Qué dirá el califa si él llega a saber que no honraste al extremo a su asociado y maestro, Califa el pescador!». Luego, Giafar dijo de pronto: «¡Oh Sandal, sobre todo no lo dejes marchar, pues él no podía llegar más a propósito! Precisamente el califa se halla con el pecho oprimido, afligido el corazón, el alma en duelo, sumido en la desesperación por la muerte de la favorita Fuerza de los Corazones; y he pretendido inútilmente consolarle por todos los medios usuales. Pero pueda ser que con la ayuda de este pescador Califa vayamos a poderle ensanchar el pecho. ¡Retenlo, pues, en tanto que yo voy a pulsar el sentimiento del califa sobre este particular!». Y el eunuco Sandal respondió: «¡Oh mi señor, haz lo que juzgues oportuno! ¡Y que Alá te conserve y te guarde para siempre como el sostén, el pilar y la piedra angular del imperio y de la dinastía y del emir de los creyentes! ¡Y que sobre ti descienda la sombra protectora del altísimo! ¡Y puedan la rama, el tronco y la raíz permanecer intactos durante los siglos!». Y se apresuró a ir a reunirse con Califa, mientras Giafar marchaba a ver al califa. Y el pescador, viendo llegar al fin al eunuco, le dijo: «¿Vienes ya por fin, oh barriga vacía?». Y como el eunuco diese órdenes de que los mamelucos detuviesen al pescador y le impidieran marcharse, él dijo: «¡Ah, he aquí bien claro lo que me esperaba! ¡El acreedor se convierte en deudor, y el demandante en demandado! ¡Ah, tulipán de mi *zib*, yo vengo aquí a demandar mi débito, y se me detiene bajo pretexto

de retardos de tasas y de no pago de impuestos!». Mas dejémoslo por ahora. En cuanto al califa, cuando Giafar entró a verlo, lo halló doblado, la cabeza entre las manos y el pecho alterado por los sollozos. Y él se recitaba dulcemente estos versos:

«¡Mis consejeros me reprochan sin cesar mi inconsolable dolor!
Mas ¿qué puedo yo cuando el corazón rehúsa todo consuelo? ¿Está
bajo mi poder este corazón independiente?

»¡Y cómo podría yo soportar sin morir la ausencia de una niña
cuyo recuerdo llena mi alma, una niña encantadora y dulce, tan dulce,
oh corazón mío!

»¡Oh, no! ¡Jamás la olvidaré! ¡Olvidarla cuando la copa ha
circulado entre nosotros, la copa en que he bebido el vino de sus
miradas, el vino del que aún estoy embriagado!».

Y cuando Giafar estuvo entre las manos del califa, él dijo: «¡La paz sobre ti, oh emir de los creyentes, oh defensor del honor de nuestra fe, oh descendiente del tío del príncipe de los apóstoles! ¡Que la oración y la paz de Alá sean sobre él y sobre todos los suyos sin excepción!». Y el califa elevó hacia Giafar los ojos llenos de lágrimas en una mirada dolorosa.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SESENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Y el califa le respondió: «¡Y sobre ti, oh Giafar, la paz de Alá y su misericordia y sus bendiciones!». Y Giafar solicitó: «El comendador de los creyentes, ¿permite a su esclavo hablarle, o bien se lo prohíbe?». Y Al-Raschid replicó: «¿Y desde cuándo, oh Giafar, te he prohibido hablarme, a ti, el señor y la cabeza de todos mis visires? ¡Dime todo lo que tengas que decirme!». Y entonces dijo Giafar: «¡Oh señor nuestro!, cuando yo salía de entre tus manos para regresar a mi residencia, encontré, de pie a la puerta de palacio y entre los eunucos, a tu maestro y profesor asociado, Califa el pescador, que tenía muchos agravios contra ti que formular, y que se quejaba de ti diciendo: “¡Gloria a Alá, que no comprendo cuanto me ha sucedido! ¡Yo le he enseñado el arte de la pesca, y no solamente no me tuvo ninguna gratitud, sino que marchó a buscarme dos cestos y se guardó bien de volver! ¿Es esta una buena asociación y un buen aprendizaje? ¿O bien es así como se corresponde a los maestros?”. Por ello, ¡oh emir de los creyentes!, me he apresurado a venir a darte

cuenta de la cosa, para que si continuas teniendo la intención de ser su consocio, lo seas; si no, que le comuniqués el cese de vuestro acuerdo, a fin de que él pueda hallar otro asociado o compañero». Cuando el califa hubo oído estas palabras, no pudo, a pesar de los sollozos que le ahogaban, evitar el sonreírse, luego reír a carcajadas, y, de pronto, sintió dilatarse su pecho, y dijo a Giafar: «¡Por mi vida sobre ti, oh Giafar, dime la verdad! ¿Es bien cierto que el pescador Califa se halla ahora a la puerta de palacio?». Y Giafar respondió: «¡Por tu vida, oh emir de los creyentes, que el mismo Califa, con sus dos ojos, está a la puerta!». Y Harún dijo: «¡Oh Giafar, por Alá! ¡Necesito hoy hacerle justicia según sus méritos y pagarle su deuda! Si pues Alá, por mi mediación, le envía suplicios o sufrimientos, él los tendrá integralmente; si, por el contrario, él escribe para suerte suya la prosperidad y la fortuna, las tendrá igualmente». Y diciendo estas palabras, el califa tomó una ancha hoja de papel, la cortó en pedacitos de idéntica medida, y dijo: «¡Oh Giafar!, escribe de tu propia mano, primero, sobre veinte de estos billetes, sumas de dinero que vayan desde un dinar a mil dinares, y los nombres de todas las dignidades de mi imperio, desde la dignidad de califa, de emir, de visir y de chambelán, hasta los cargos más ínfimos de palacio; luego escribe, en otros veinte billetes, todas las clases de castigos y de torturas, desde el apaleamiento hasta la horca y la muerte». Y Giafar contestó: «¡Yo escribo y obedezco!». Y tomó un cálamo y escribió con su propia mano las indicaciones ordenadas por el califa, tales como: un millar de dinares, cargo de chambelán, emirato, dignidad de califa; y pena de muerte, prisión, apaleamiento, y otras cosas semejantes. Luego los plegó todos de la misma manera, los echó en una pequeña cuenca de oro y entregó todo al califa, quien le dijo: «¡Oh Giafar, yo juro por los sagrados méritos de mis santos antepasados, los puros, y por mi real ascendencia que remonta a Hanzak y a Akil, que cuando Califa esté aquí en seguida, yo le voy a ordenar sacar uno de estos billetes, cuyos contenidos solo conocemos yo y tú, y le concederé todo lo que esté escrito en el billete sacado por él, cualquiera que sea la cosa escrita! ¡Y si fuese mi misma dignidad de califa la que él obtuviese, yo abdicaría al momento en su favor, y se la transmitiría con toda la generosidad de mi alma! Pero si, por el contrario, es la horca, o la mutilación, o la castración, o no importa cuál clase de muerte va en su lote, se la haré sufrir sin remedio. ¡Ve, pues, a prenderle, y tráemelo sin tardanza!». Al escuchar estas palabras, Giafar se dijo a sí mismo: «¡Solo hay majestad y poderío en Alá el glorioso, el omnipotente! ¡Es posible que el billete que sea sacado por este pobre sea un billete de mala suerte, que sea la causa de su pérdida! ¡Y por ello, yo habré sido, sin querer, la causa primera de su desgracia! ¡Pues el califa ha hecho juramento, y no hay que pensar en hacerle cambiar de decisión! ¡Y a mí no me queda sino ir a buscar a este pobre! ¡Y no le sucederá sino lo que esté escrito por Alá!». Luego salió a buscar a Califa el pescador, y, tomándolo de la mano, quiso conducirlo al interior del palacio. Pero este, que hasta entonces no había cesado de agitarse, de quejarse de su detención y de arrepentirse de haber ido al palacio, estaba a punto de ver perderse su razón, y gritó: «¡Que haya sido estúpido de

ceder y de venir a buscar aquí a ese eunuco negro, tulipán de desgracia, este hijo morrudo de la maldita de las narices chatas, este barriga vacía!». Mas Giafar le dijo: «¡Vamos, sígueme!». Y le llevó, precedido y seguido por la muchedumbre de esclavos y de mancebos, a los que Califa no dejaba de insultar. Y se le hizo pasar por siete inmensos vestíbulos, y Giafar le dijo: «¡Atención, oh Califa, tú vas a estar en presencia del emir de los creyentes, el defensor de la fe!». Y levantando una enorme cortina le introdujo en el salón de recepción, en donde, sentado en su trono, estaba Harún Al-Raschid, en medio de su gloria, y él avanzó hasta él muerto de risa, y le dijo: «¡Ah, ya te tengo, oh clarinete! ¿Crees tú, pues, haber obrado honestamente dejándome ayer guardar solo el pescado, yo que te he enseñado el oficio y te he encargado de ir a comprar dos cestos? ¡Tú me dejaste por ello indefenso y a merced de una gavilla de eunucos que llegaron, como una nube de buitres, a robarme y llevarme mi pescado, que hubiera podido reportarme, al menos, cien dinares! ¡Y eres tú también la causa de lo que me suceda ahora en medio de todas estas gentes que me retienen aquí! Pero tú, ¡oh clarinete!, dime quién ha podido poner mano en ti y aprisionarte y atarte sobre esa silla».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SESENTA Y OCHO

Ella dijo:

—A estas palabras de Califa, el califa sonrió, y, tomando con sus dos manos la cuenca de oro en donde estaban los billetes escritos por Giafar, le dijo: «¡Acércate, oh Califa, y ven a sacar uno de estos billetes!». Pero Califa, estallando de risa, exclamó: «¡Cómo, oh clarinete! ¿Has cambiado ya de oficio y abandonado la música? ¡Estás ahora convertido en astrólogo! ¡Y ayer eras aprendiz de pescador! ¡Créeme, clarinete, esto no te llevará lejos! ¡Pues cuantos más oficios se tienen, menos provecho se saca! ¡Da de lado a la astrología y vuelve a ser clarinete, o vente otra vez conmigo para hacer tu aprendizaje de pescador!». E iba a continuar todavía hablando, cuando Giafar avanzó hacia él y le dijo: «¡Basta ya de palabras así! ¡Y ven a sacar uno de estos billetes, como te lo ha mandado el emir de los creyentes!». Y le empujó hacia el trono. Entonces Califa, resistiéndose al empujón de Giafar, avanzó renegando hacia la cuenca de oro, e introduciendo pesadamente la mano, sacó un puñado de billetes a la vez. Pero Giafar, que lo vigilaba, le hizo soltar la presa, y dijo que solo cogiera uno. Y Califa, rechazándole con el codo, volvió a introducir su mano y no sacó esta vez sino un solo billete, diciendo: «¡Lejos de mí toda idea de volver a tomar de nuevo a

mi servicio, en adelante, a este tocador de clarinete de los carrillos hinchados, a este astrólogo tirador de horóscopos!». Y diciendo esto abrió su billete, y teniéndolo del revés, pues no sabía leer, se lo tendió al califa, diciéndole: «¿Quieres tú decirme, ¡oh clarinete!, el horóscopo escrito en este billete? ¡Y, sobre todo, no me ocultes nada!». Y el califa tomó el billete y, sin leerlo, lo tendió a su vez a Giafar, diciéndole: «¡Dinos en voz alta que está aquí escrito!». Y Giafar tomó el billete y, habiéndolo leído, elevó sus brazos y dijo: «¡Solo hay majestad y poder en Alá el glorioso, el omnipotente!». Y el califa, sonriendo, dijo a Giafar «¡Espero que sean buenas noticias, oh Giafar! ¿Qué? ¡Habla! ¿Es necesario que yo descienda del trono? ¿Es preciso hacer que suba Califa? ¿O bien es necesario colgarlo?». Y Giafar respondió con un tono conmisericordioso: «¡Oh emir de los creyentes!, en este billete está escrito: “Cien palos al pescador Califa”». Entonces el califa, a pesar de los gritos y de las protestas de Califa, dijo: «¡Qué se cumpla la sentencia!». Y el portaespada Massrur mandó se cogiera al pescador, que aullaba desesperadamente, y, habiendo ordenado que se echara al pescador, le hizo administrar cien palos, ni uno más ni uno menos. Y Califa, aunque no sufría dolor alguno a causa de que había logrado el endurecimiento de su piel, lanzaba gritos espantosos y dirigía mil imprecaciones contra el tocador de clarinete. ¡Y el califa reía descompasadamente! Y cuando le hubieron aplicado los cien palos, Califa se levantó como si con él no hubiera ido nada, y gritó: «¡Que Alá maldiga tu juego, oh hinchado! ¿Desde cuándo los palos forman parte de las bromas entre gentes como es debido?». Giafar, que poseía un alma misericordiosa y un corazón compasivo, se volvió hacia el califa y le dijo: «¡Oh emir de los creyentes, permite que el pescador saque otro billete! ¡Acaso la suerte le sea más favorable esta vez! ¡Y, además, tú no querrás que tu antiguo maestro se aparte del río de tu liberalidad sin haber apagado su sed!». Y el califa respondió: «¡Por Alá que eres bien imprudente, oh Giafar! ¡Tú sabes que los reyes no tienen la costumbre de desdecirse de su juramento o de su promesa! ¡Ahora bien, puedes estar seguro de que si el pescador, una vez sacado su segundo billete, tiene como lote el ahorcamiento, él será colgado sin remedio! ¡Y por ello tú habrás sido la causa de su muerte!». Y Giafar respondió: «¡Por Alá, oh emir de los creyentes, la muerte del desgraciado es preferible a su vida!». Y el califa decidió: «¡Sea! ¡Qué saque otro billete!». Pero Califa, volviéndose hacia el califa, gritó: «¡Oh clarinete de desgracia, que Alá te recompense tu liberalidad! Pero, dime, ¿no podrías hallar en Bagdad otra persona que yo para obligarle a hacer esta bella prueba? O bien, ¿no hay disponible más que yo en todo Bagdad?». Mas Giafar avanzó hacia él y le dijo: «¡Toma todavía un segundo billete, y Alá te lo escogerá!». Entonces Califa metió la mano en la cuenca de oro y, al cabo de un instante, sacó un billete que entregó a Giafar. Y Giafar lo desplegó, lo leyó, y bajó los ojos sin hablar. Y el califa, con tono calmado, le preguntó: «¿Por qué no hablas, oh hijo de Yahia?». Y Giafar respondió «¡Oh emir de los creyentes! ¡No hay nada escrito en este billete! ¡Es un billete en blanco!». Y el califa dijo: «¡Tú ves bien!... La fortuna de ese pescador no está entre nosotros. ¡Dile ahora que se quite lo

más pronto posible de mi vista! ¡Yo ya he visto bastante!». Pero Giafar dijo: «Oh emir de los creyentes, ¡yo te conjuro por los sagrados méritos de tus antepasados, los puros, que permitas a este pescador que saque un tercer billete! ¡Pueda ser que así encuentre algo para no morir de hambre!». Y Al-Raschid contestó «¡Bien! ¡Qué tome un tercer billete!». Y Giafar dijo a Califa: «¡Vamos, oh pobre, toma el tercero y último!». En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SESENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—Y Califa volvió a sacar otra vez más, y Giafar, tomando el billete, leyó en voz alta: «¡Un dinar al pescador!». Y oídas estas palabras, gritó el pescador Califa: «¡Maldición sobre ti, oh clarinete de desgracia! ¡Un dinar por cien palos! ¡Qué generosidad! ¡Que Alá te la recompense el día del juicio!». Y el califa se echó a reír con toda su alma, y Giafar, que al fin había logrado distraerlo, tomó por la mano a Califa y le hizo salir del salón. Cuando Califa llegó a la puerta del palacio halló al eunuco Sandal, que le llamó y le dijo: «¡Ven, Califa! Ven para hacemos compartir un poco eso con que te ha gratificado la generosidad del emir de los creyentes». Y Califa respondió: «¡Ah, negro de alquitrán!, ¿tú quieres compartir? ¡Ven, pues, a recibir la mitad de los cien palos sobre tu piel negra! Y en espera de que Eblis te los administre en el infierno, ¡toma el dinar que me ha dado el tocador de clarinete, tu señor!». Y le arrojó a la cara el dinar que Giafar le había puesto en la mano, y quiso franquear la puerta para irse por su camino. Pero el eunuco corrió tras de él, y sacando de su bolsillo una bolsa con cien dinares, se la tendió a Califa, diciéndole: «¡Oh pescador, toma estos dinares como pago del pescado que yo te compré ayer!». Al ver esto, Califa se alegró mucho y tomó la bolsa de cien dinares y también el dinar dado por Giafar, y, olvidando su mala suerte y el trato que acababa de sufrir, se despidió del eunuco y regresó a su casa, lleno de gloria y en el límite del alborozo. Ahora bien, como Alá, una vez que él ha decretado una cosa, la ejecuta siempre, y esta vez su decreto concernía precisamente a Califa el pescador, su voluntad debía cumplirse. En efecto, al atravesar los zocos para regresar a su morada, Califa fue detenido, ante el mercado de esclavos, por un conjunto considerable de personas que miraban todas hacia el mismo punto. Y Califa se preguntó: «¿Qué podrá mirar de ese modo esta gente aquí reunida?». E, impulsado por la curiosidad, hendió a la muchedumbre, empujando a mercaderes y corredores, ricos y pobres, quienes, al reconocerlo, se pusieron a reír, diciéndose unos a otros: «¡Plaza! ¡Haced plaza al opulento buen mozo

que va a comprar todo el mercado! ¡Plaza al sublime Califa, señor de los enculadores!». Y Califa, sin desalentarse, y muy pagado de sentirse abastecido con los dinares de oro que tenía apretados en su cinturón, llegó al centro de la primera fila y miró para ver de qué se trataba. Y él vio a un anciano que tenía delante de sí un cofre, sobre el que estaba sentado un esclavo. Y este anciano pregonaba en voz alta: «¡Oh mercaderes! ¡Oh gentes ricas! ¡Oh nobles habitantes de nuestra ciudad! ¿Quién de vosotros quiere colocar su dinero en un negocio de ciento por ciento, adquiriendo, con su contenido, de nosotros desconocido, este cofre bien venido, llegado del palacio de Sett Zobeida, hija de Kassem, esposa del emir de los creyentes? ¡Ofreced! ¡Y que Alá bendiga al que más alto puje!». Pero un silencio general respondió a su llamamiento, pues los mercaderes no osaban aventurar una suma de dinero por ese cofre cuyo contenido ignoraban, y del que temían mucho que tuviera en su interior una superchería. Mas, al fin, uno de ellos elevó la voz para decir: «¡Por Alá, que esta venta es muy aventurada! ¡Y el riesgo es bien grande! ¡Sin embargo, yo voy a hacer un ofrecimiento, pero que con ello no se me reproche! ¡Por tanto, yo voy a decir una palabra, y que no se me vitupere! ¡He aquí: veinte dinares!». Pero otro mercader subió en seguida la oferta inmediatamente, y dijo: «¡Yo doy cincuenta!». E intervinieron en el alza otros mercaderes, y las ofertas alcanzaron a cien dinares. Entonces, el anunciador gritó: «¿No hay entre vosotros quién dé más, oh mercaderes? ¡La última cantidad ofrecida, cien dinares! ¿No hay quien dé más?». Entonces Califa alzó la voz, y dijo: «¡A mí! ¡Por ciento un dinares!». A estas palabras de Califa, los mercaderes, que le sabían tan limpio de dinero como un tapiz sacudido y golpeado, creyeron que bromeaba, y se echaron a reír. Pero Califa desciñó su cinturón y repitió con voz alta y furiosa: «¡Ciento un dinares!». Entonces el anunciador, a pesar de las risas de los mercaderes, dijo: «¡Por Alá, el cofre te pertenece! ¡Y yo solo se lo vendo a él!». Luego añadió: «¡Toma, oh pescador; paga los ciento uno y toma el cofre con su contenido! ¡Que Alá bendiga la venta! ¡Y que la prosperidad sea contigo merced a esta venta!». Y Califa vació su cinturón, que contenía justo ciento un dinares, en las manos del subastador; y la venta se hizo con el pleno acuerdo de ambas partes. Y el cofre quedó desde entonces propiedad de Califa el pescador. Entonces todos los soguillas del zoco, viendo conclusa la venta, se precipitaron sobre el cofre batallando para lograr ser el transportista, mediante estipendio. Pero no era asunto para el desventurado Califa, que por esta compra se había despojado de todo el dinero que poseía, y al que no le quedaba encima ni para comprar una cebolla. Y los mozos siguieron luchando por arrebatarle el cofre con todo brío, hasta que intervinieron los mercaderes para separarlos, y dijeron: «¡Es el cargador Zoraik quién llegó el primero! ¡A él, pues, le corresponde el traslado!». Y echaron a todos los mozos, a excepción de Zoraik quien llegó el primero, y, a pesar de las protestas de Califa, que quería llevar por sí mismo el cofre, cargaron el cofre sobre las costillas del soguilla, y le indicaron que siguiera con su carga a su señor Califa. Y el cargador, con el cofre a la espalda, se puso a caminar detrás de Califa.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SETENTA

Ella dijo:

—Y Califa se dijo para sí cuando caminaba. «¡Yo no tengo sobre mí ya ni oro, ni plata, ni cobre, ni siquiera el olor de todo esto! ¿Y cómo voy a hacer, al llegar a casa, para pagar a este maldito cargador? ¿Y qué necesidad tenía yo, además, de este cofre de desgracia? ¿Quién pudo meterme en la cabeza esta idea de comprarlo? ¡Pero todo lo que está escrito ha de suceder! Yo, en tanto, para salirme de esta cuestión con el cargador, le voy a hacer correr y caminar y perder su ruta a través de las calles, hasta que quede extenuado de fatiga. Entonces, por su propia decisión, se detendrá y se negará a seguir avanzando. Y yo me aprovecharé de su negativa para, a mi vez, negarme a pagarle, y yo mismo tomaré sobre mis costillas el cofre». Y formado así su proyecto, lo puso inmediatamente en ejecución. Y comenzó por ir de una calle a otra calle, de una plaza a otra plaza, y hacer que con él diese vueltas por toda la ciudad el cargador, y esto desde el mediodía hasta la puesta del sol, hasta que el cargador estuvo completamente extenuado y acabó por gruñir y murmurar, y se decidió a decir a Califa: «¡Oh mi señor!, ¿en dónde se encuentra tu casa?». Y Califa contestó: «¡Por Alá, que ayer sabía yo aún en dónde se encontraba, pero hoy lo he olvidado completamente! ¡Y heme aquí en plan de buscar contigo su emplazamiento!». Y el cargador dijo: «¡Dame mi paga y toma tu cofre!». Y Califa replicó: «Espera todavía un poco, yendo despacito, para darme tiempo a concentrar mis recuerdos y reflexionar respecto al lugar en donde se encuentra mi casa». Después, al cabo de cierto tiempo, como el cargador volviera a sus quejumbres y gruñidos entre dientes, él le dijo: «¡Oh Zoraik, yo no tengo sobre mí dinero alguno para darte aquí mismo tu paga! ¡En efecto, yo he dejado mi dinero en la casa, y la casa la he olvidado!». Y cuando el cargador se detenía, no pudiendo seguir caminando más, e iba a depositar su carga acertó a pasar un conocido de Califa, quien le golpeó sobre el hombro y le dijo: «¿Eres tú, Califa? ¿Qué vienes a hacer en este barrio tan alejado de tu barrio? ¿Y qué le haces llevar así a este hombre?». Pero antes que Califa, confuso, tuviese tiempo para contestar, el cargador Zoraik se volvió hacia el transeúnte en cuestión y le preguntó: «¡Oh tío!, ¿en dónde se encuentra la casa de Califa?». El hombre respondió: «¡Por Alá, he aquí una pregunta! La casa de Califa se halla justo al otro extremo de Bagdad, en el *khan* en ruinas, situado cerca del mercado de pescado en el barrio de los Rawassin». Y se marchó riendo. Entonces Zoraik el cargador dijo a

Califa el pescador: «¡Vamos, marcha, oh villano! ¡Y no puedas ni seguir viviendo ni marchando!». Y le obligó a ir delante de él y a conducirlo a su alojamiento en el *khan* en ruinas, cerca del mercado de pescado. Y hasta la llegada no cesó de insultarle y de reprocharle su conducta, diciéndole: «¡Oh tú, cara nefasta, pueda Alá cortarte en este mundo el pan cotidiano! ¿Cuántas veces no hemos pasado delante de tu alojamiento desastroso, sin que hayas hecho ademán de detenerme? ¡Vamos! ¡Ayúdame ahora a bajar de mi espalda tu cofre! ¡Y que puedas estar muy pronto encerrado para siempre!». Y Califa, sin decir una palabra, le ayudó a descargar el cofre, y Zoraik, secándose con el dorso de su mano las gruesas gotas del sudor de su frente, dijo: «¡Vamos a ver ahora la capacidad de tu alma y la generosidad de tu mano en el salario que me es debido, después de todas esas fatigas que me has hecho sufrir sin necesidad! ¡Y apresúrate a dejarme ir por mi camino!». Y Califa dijo: «¡Sí, mi compañero, tú serás retribuido ampliamente! ¿Quieres que yo te traiga oro o plata? ¡Elige tú!». Y el cargador respondió: «¡Tú sabes mejor que yo lo que es conveniente!». Entonces Califa, dejando al cargador a la puerta con el cofre, entró en su alojamiento, y salió en seguida, llevando en la mano un espantable látigo con cada una de sus correhuelas claveteadas con cuarenta clavos agudos, capaces de abatir a un camello de un solo golpe. Y brazo levantado y látigo girante, se precipitó sobre el cargador, y descargó sobre sus espaldas, y volvió a comenzar y a proseguir, de modo que el cargador se puso a chillar, y, girando sobre sí mismo, enfiló recto delante de él, las manos hacia adelante, y desapareció en un recodo de la calle. Desembarazado de ese modo del cargador, quien, en suma, se había cargado el cofre por propia iniciativa, Califa se consideró obligado a conducir el cofre hasta su alojamiento. Pero, por el ruido producido, los vecinos se reunieron, y viendo el extraño atavío de Califa con el vestido de satén cortado por las rodillas y el turbante de la misma calidad, y percibiendo el cofre que conducía, le dijeron: «¡Oh Califa!, ¿de dónde te vienen este ropaje y este cofre tan pesado?». Él respondió: «De mi mozo, un aprendiz, clarinete de profesión, que se llama Harún Al-Raschid»...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



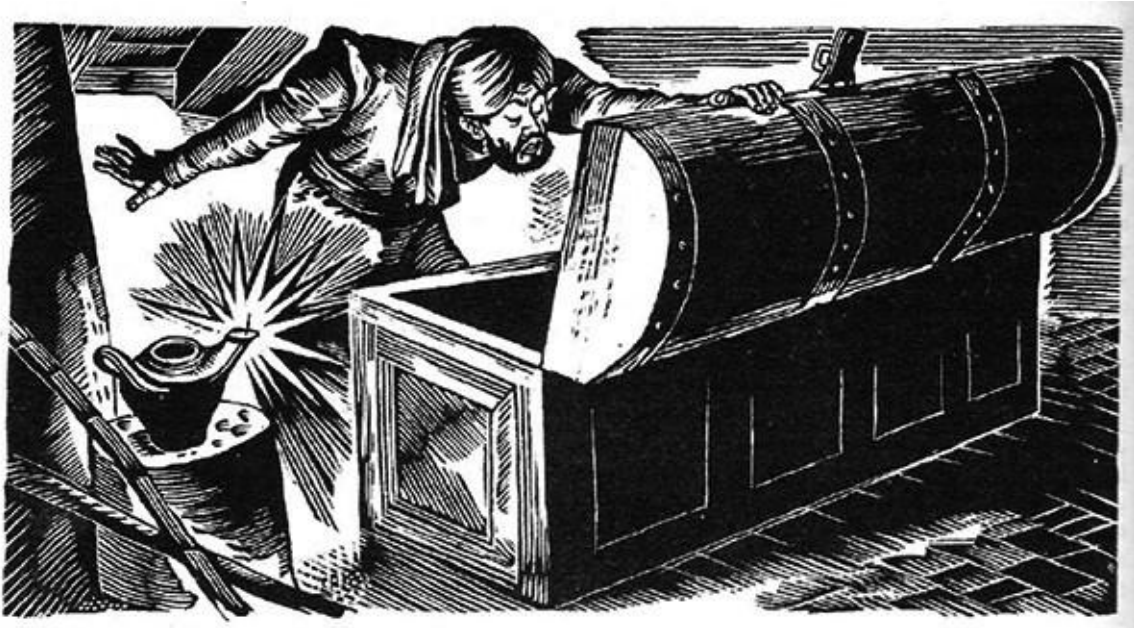
LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SETENTA Y UNA

Ella dijo:

—Al oír estas palabras, los habitantes del *khan*, vecinos de Califa, se llenaron de pavor por su alma, y se dijeron los unos a los otros: «¡Hagamos como si nadie hubiera oído hablar así a este insensato! ¡De otro modo, será aprehendido por la

policía y colgado sin remedio! ¡Y nuestro *khan* será destruido, y acaso nosotros también, por culpa suya, seremos colgados a la puerta del *khan* o castigados con una terrible condena!». Y completamente aterrados, se obligaron a encerrar su lengua en su boca y, para acabar más de prisa, le ayudaron a llevar el cofre a su alojamiento, y cerraron la puerta tras de él. Ahora bien, el alojamiento de Califa era tan exiguo que el cofre lo llenaba por entero, exactamente como si hubiera sido hecho para encajarlo. Y Califa, no sabiendo ya en dónde meterse para pasar la noche, se tendió a todo lo largo sobre el cofre, y así se puso a reflexionar sobre todo cuanto le había sucedido en la jornada. Y de pronto se preguntó: «Pero ¿qué es a lo que espero para abrir el cofre y ver su contenido?». Y saltó sobre sus pies y trabajó con ambas manos tanto como le fue posible para intentar abrirlo, pero en vano. Y se dijo: «¿Qué pudo pasar por mi razón para que yo me decidiera así a comprar este cofre que ni siquiera puedo yo abrir?». E intentó de nuevo romper las cadenas y hacer saltar la cerradura, pero sin lograrlo tampoco. Entonces se dijo: «¡Esperemos a mañana para ver mejor cómo nos las arreglamos!». Y se tendió de nuevo a todo lo largo sobre la caja, y no tardó en dormirse completamente y con todo su ronquido. Sucedió que, cuando él llevaba así una hora de tiempo, se despertó de pronto, sobresaltado de espanto, y se dio con la cabeza en el techo de su alojamiento. En efecto, acababa de sentir moverse alguna cosa en el interior del cofre. Y, de golpe, el sueño voló de su cabeza con su razón, y gritó: «¡No hay duda alguna que hay *genn* dentro! ¡Alabanzas a Alá, que me ha inspirado, haciéndome que no abriera la tapa! ¡Pues si la hubiera abierto, ellos hubieran salido sobre mí en medio de la oscuridad, y quién sabe lo que me hubieran hecho! ¡Sí, en todo caso, no hubiera sido un gran bien para mí!». Pero en el mismo instante en que él formulaba de ese modo su pensamiento de terror, redobló el ruido en el interior del cofre, y hasta su oído llegó como una especie de gemido. Entonces Califa, al límite del espanto, buscó instintivamente una lámpara para alumbrarse; pero olvidó que su pobreza le había impedido siempre poseer una, y tactando en las paredes de su alojamiento, castañeteando los dientes, se decía: «¡Esta vez es terrible del todo!». Luego, redoblando su miedo, abrió su puerta y se precipitó fuera, en medio de la noche, gritando hasta desgañitarse: «¡Socorredme! ¡Oh habitantes del *khan*, oh vecinos, socorro! ¡Amparadme!». Y los vecinos, que en su mayor parte estaban sumidos en el sueño, se despertaron muy agitados y acudieron a su lado, en tanto que las mujeres pasaban sus cabezas medio cubiertas por las puertas medio abiertas. Y todos le preguntaron: «¿Qué te sucede, Califa?». Él respondió: «¡Aprisa, dadme aprisa una lámpara, pues los *genn* han venido a visitarme!». Y los vecinos se echaron a reír, y uno de ellos acabó por darle la luz. Y Califa recogió la luz y regresó a su vivienda, más seguro de sí mismo. Pero de pronto, cuando él se inclinaba sobre el cofre, oyó una voz que decía: «¡Ah!, ¿en dónde estoy?». Y, más espantado que nunca, dejó todo y se precipitó fuera como un loco, gritando: «¡Oh vecinos! ¡Socorredme!». Y los vecinos le dijeron: «¡Oh maldito Califa! ¿Cuál es tu calamidad? ¿Vas a acabar de molestarnos?». Él respondió: «¡Oh bravas gentes, el *genn* está en el

cofre! ¡Él se mueve y habla!». Ellos le preguntaron: «¡Oh embustero! ¿Y qué es lo que dice ese *genn*?». Él respondió: «Él me ha dicho: “¿En dónde estoy?”». Los vecinos le contestaron riendo: «¡Pues, sin duda, en el infierno, oh maldito! ¡Que no puedas gozar del sueño hasta tu muerte! ¡Tú molestas al *khan* y a todo el barrio! ¡Si no te callas, vamos a bajar a romperte los huesos!». Y Califa muerto de miedo, se decidió a regresar una vez más a su alojamiento, y, concentrando todo su coraje, tomó una gruesa piedra y rompió la cerradura del cofre, e hizo saltar de golpe la tapa. Y él vio, tendida en su interior, lánguida y con los párpados entreabiertos, a una adolescente bella como una hurí, y brillante de pedrerías.



¡Era Fuerza de los Corazones! Y sintiéndose libertada, y respirando a pleno pulmón el aire fresco, se despertó al momento, y cesó completamente el efecto del *banj* soporífero. ¡Y ella estaba allí, pálida y tan bella y tan deseable verdaderamente! Al verla, el pescador, que en su vida había visto al descubierto no solamente una belleza semejante, sino sencillamente una mujer del común, cayó de rodillas ante ella, y le preguntó: «Por Alá, ¡oh mi señora!, ¿quién eres tú?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SETENTA Y DOS

Ella dijo:

—Ella abrió los ojos, ojos negros con cejas curvadas, y dijo: «¿Dónde está Jazmín? ¿Dónde está Narciso?». Estos eran los nombres de dos jóvenes esclavos que

le servían en el palacio. Y Califa, imaginándose que ella le pedía jazmín o narciso, respondió: «¡Por Alá, mi señora, que por el momento no hay aquí sino algunas flores secas de *henné*!». Y la adolescente, al oír esta respuesta y esta voz, recobró completamente sus sentidos, y, abriendo por completo sus ojos, preguntó: «¿Quién eres tú? ¿Y en dónde estoy?». ¡Y esto fue dicho con una voz más dulce que el azúcar, acompañado con un ademán muy encantador! Y Califa, que era en el fondo un alma delicadísima, fue muy afectado por cuanto veía y oía, y respondió: «¡Oh mi señora, oh verdaderamente bellísima, yo soy Califa el pescador; y tú te encuentras precisamente en mi casa!». Y Fuerza de los Corazones preguntó: «Entonces, ¿yo no estoy en el palacio del califa Harún Al-Raschid?». Él respondió: «¡No, por Alá, tú estás en mi casa, en este alojamiento que es un palacio, puesto que te resguarda! ¡Y tú te has convertido en mi esclava por la venta y la compra, pues yo te he comprado hoy mismo con tu cofre, en pública subasta, por ciento un dinares! ¡Y te he transportado a mi casa, dormida en ese cofre! ¡Y solo he sabido de tu presencia gracias a tus movimientos, que de pronto me espantaron! ¡Y ahora veo bien que mi estrella remonta con dichosos auspicios, en tanto que antes la consideraba yo tan baja y nefasta!». A estas palabras, sonrió Fuerza de los Corazones, y dijo: «¿Así que, oh Califa, me compraste en el zoco sin verme?». Él respondió: «¡Sí, por Alá, ni siquiera sospechar tu presencia!». Y Fuerza de los Corazones comprendió entonces que lo que le había sucedido había sido tramado contra ella por Sett Zobeida, y se hizo contar por el pescador lo que le había sucedido a él desde el comienzo hasta el fin. Y conversaron hasta la mañana. Y entonces ella dijo: «¡Oh Califa!, ¿no tienes nada que comer? ¡Pues tengo mucha hambre!». Él respondió: «¡Ni que comer ni que beber, nada, nada del todo! Y yo, ¡por Alá!, hace ya dos días que no me he llevado un bocado a la boca». Ella preguntó: «Al menos, ¿tienes algún dinero encima?». Él dijo: «¿Dinero, mi señora? ¡Que Alá me conserve este cofre, por cuya compra, gracias a mi destino y a mi curiosidad, he gastado mi última moneda! ¡Y heme aquí en quiebra total!». Y la adolescente, al oírle, se puso a reír, y le dijo: «¡Sal tú mismo y tráeme alguna cosa que comer, pidiéndoselo a los vecinos, que no te lo negarán! ¡Pues los vecinos se deben a los vecinos!». Entonces Califa salió al patio del *khan* y, en el silencio del alba, se puso a gritar: «¡Oh habitantes del *khan*, oh vecinos, sabed que el *genni* del cofre me pide ahora de comer! ¡Y yo no tengo a mano nada que darle!». Y los vecinos, que temían mucho su voz, y que a la vez se compadecían de él a causa de su pobreza, descendieron hasta él y le trajeron ya medio pan que quedó de la comida de la víspera, ya un trozo de queso, ya un cohombro, ya un rábano. Y le colocaron todo ello en el hueco de su vestido levantado y regresaron a sus viviendas. Y Califa, contento de su adquisición, regresó a su alojamiento y depositó todo esto entre las manos de la adolescente, diciéndole: «¡Come, come!». Y ella se echó a reír, y dijo: «¿Cómo podré comer yo si no tengo una pequeña colodra o un cantarito con agua que beber? De no tenerlos, es seguro que los pedazos se detendrán en mi garganta y yo moriré». Y Califa respondió: «Lejos de ti el mal, ¡oh perfectamente bella! Yo voy a

correr y te traeré no un cantarito, sino un jarro». Y salió al patio del *khan*, y, con toda la fuerza de su garganta, gritó: «¡Oh vecinos! ¡Oh habitantes del *khan*!». Y de todos los lados, voces irritadas le insultaron y le gritaron: «Y bien, maldito, ¿qué hay ahora?». Él respondió: «¡El *genni* del cofre pide ahora de beber!». Y los vecinos bajaron a su encuentro trayéndole ya un botijo, ya un cántaro, ya una colodra, ya un jarro; y él los cogió y, llevando una pieza en cada mano, otra en equilibrio sobre su cabeza y otra debajo del brazo, se apresuró a llevarlo todo a Fuerza de los Corazones, diciéndole: «¡Te traigo lo que tu alma desea! ¿Deseas alguna otra cosa?». Ella dijo: «¡No, los dones de Alá son numerosos!». Él indicó: «Entonces, ¡oh mi señora!, háblame a tu vez tus palabras tan dulces, y cuéntame tu historia que yo no conozco». Entonces Fuerza de los Corazones miró a Califa, sonrió, y dijo: «Sabe, pues, ¡oh Califa!, que mi historia se resume en dos palabras. Los celos de mi rival, Sett Zobeida, la esposa del califa Harún Al-Raschid, me han lanzado a esta situación de la cual, felizmente para tu destino, me has salvado tú. Yo soy, en efecto. Fuerza de los Corazones, la favorita del emir de los creyentes. ¡En cuanto a ti, tu felicidad futura está ya asegurada!». Y Califa le preguntó: «Pero ¿es que ese Harún es el mismo que aquel al que yo le enseñé el arte de la pesca? ¿Es ese espantajo que yo he visto en el palacio, sentado en una gran silla?». Ella respondió: «¡Precisamente, es ese mismo!». Él dijo: «¡Por Alá, que en mi vida encontré un tan villano tocador de clarinete, y un bribón mayor! No solamente me ha robado ese miserable de la cara hinchada, sino que me ha dado un dinar por cien palos. ¡Si me lo volviera a encontrar lo destriparía con este pie!». Mas Fuerza de los Corazones, imponiéndole silencio, le dijo: «¡Deja en el futuro ese lenguaje inconveniente, pues en la nueva situación en que vas a encontrarte te es necesario ante todo abrir los ojos de tu espíritu y cultivar la cortesía y las buenas maneras! Y de esa suerte, ¡oh Califa!, tú harás pasar sobre tu piel el cepillo de la galantería y te convertirás en un ciudadano de alto rango y en un personaje dotado de distinción y de delicadeza».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SETENTA Y TRES

Ella dijo:

—Cuando Califa escuchó estas palabras de Fuerza de los Corazones, sintió que, de repente, se operaba una transformación en él, y abrirse los ojos de su espíritu, y ampliarse su comprensión de las cosas, y afinarse su inteligencia. ¡Y todo esto para su felicidad! ¡Tan cierta es la influencia enorme de las almas finas sobre las almas

groseras! Así, de un minuto para otro, a causa de las dulces palabras de Flor de los Corazones, el pescador Califa, insensato y brutal con exceso, se convirtió en un ciudadano exquisito, dotado de maneras excelentes y de elocuente lengua. En efecto, cuando Fuerza de los Corazones le hubo indicado de esa forma la conducta a seguir, sobre todo en el caso de que fuera de nuevo convocado a presencia del emir de los creyentes, el pescador Califa respondió: «¡Sobre mi cabeza y mis ojos! ¡Tu parecer, oh mi señora, son mi regla de conducta y tu benevolencia es la sombra en que yo me plazco! ¡Yo escucho y obedezco! ¡Que Alá te colme de sus bendiciones, satisfaga los menores de tus deseos! He aquí, entre tus manos, obediente y lleno de deferencias para tus méritos, al más rendido de tus esclavos, Califa el pescador. ¡Habla, oh mi señora! ¿Qué puedo hacer para servirte?». Ella respondió: «¡Oh Califa!, necesito solamente un cálamo, un tintero y una hoja de papel». Y Califa se apresuró a correr a casa de un vecino, que le procuró esos diversos objetos; y los llevó a Fuerza de los Corazones, quien, al momento, escribió una extensa carta al hombre de negocios del califa, el joyero Ibn Al-Kirnas, aquel mismo que en otro tiempo la había comprado y ofrecido como regalo al califa. Y en esta carta le ponía al corriente de cuanto acababa de sucederle, y le explicaba que ella se encontraba en el alojamiento del pescador Califa, del que había llegado a ser esclava por la venta y la compra. Y ella plegó el billete y se lo entregó a Califa, diciéndole: «Toma este billete y ve a entregarlo, en el zoco de Jos joyeros, a Ibn Al-Kirnas, el hombre de negocios del califa, cuya tienda conoce todo el mundo. ¡Y no olvides mis recomendaciones respecto a las buenas maneras y al lenguaje!». Y Califa contestó por el ojo y la obediencia, cogió el billete, que llevó a sus labios, luego a su frente, y se apresuró a ir al zoco de los joyeros, en donde se informó de la tienda de Ibn Al-Kirnas, la que se le indicó. Y se acercó a la tienda, y, con las maneras más escogidas, se inclinó ante el joyero y le deseó la paz. Y el joyero le retribuyó su deseo, pero a punta de labio y sin mirarle apenas, y le preguntó: «¿Qué quieres tú?». Y Califa, por toda respuesta, le tendió el billete. Y el joyero tomó el billete con la punta de los dedos y lo depositó en el tapiz de junto a él, sin leerlo ni aun abrirlo, pues creía que era una solicitud de limosna, y que Califa era un mendigo. Y él dijo a uno de sus criados: «¡Dale medio dracma!». Pero Califa rechazó dignamente esta limosna y dijo al joyero: «¡Yo no pido limosna! ¡Yo solamente te ruego que leas el billete!». Y el joyero cogió el billete, lo desplegó y lo leyó; y de pronto lo besó y se lo llevó respetuosamente a su cabeza, e invitó a sentarse a Califa, al que preguntó: «¿En dónde está tu casa?». Él respondió: «En tal barrio, tal calle, tal *khan*». Y él llamó a sus empleados principales y les dijo: «¡Llevad a este honorable a la tienda de mi cambista Mohsen para que le dé mil dinares de oro! ¡Luego traedlo aquí lo más rápido!». Y los dos empleados llevaron a Califa hasta el cambista, al que dijeron: «¡Oh Mohsen!, entrega a este honorable mil dinares». Y el cambista pesó los mil dinares de oro y se los entregó a Califa, que regresó con los dos empleados a donde estaba Ibn Al-Kirnas; y lo encontró subido en una mula ricamente enjaezada, rodeado de esclavos ricamente vestidos. Y el joyero le mostró otra

segunda mula, no menos bella, y le dijo que la montara y le siguiese. Pero Califa dijo: «¡Por Alá, mi señor, que en mi vida he subido en una mula, y no sé ni siquiera ir ni a caballo ni en burro!». Y el joyero le dijo: «¡No hay dificultad en la cosa! ¡Tú aprenderás hoy!». Y Califa dijo: «¡Tengo mucho miedo de que me tire al suelo y me rompa las costillas!». Y el joyero respondió: «¡No tengas temor y Sube!». Y Califa dijo: «¡En el nombre de Alá!». Y subió a la mula de un brinco, pero se puso al revés y la cogió por la cola en lugar del ramal. Y la mula que era cosquillosa con exceso, se amoscó y, poniéndose a cocear con todas sus fuerzas, no tardó en tirarlo al suelo. Y Califa, dolorido, se levantó, y dijo: «¡Yo sabía bien que no podría jamás ir de otro modo que sobre mis pies!». Pero esta fue la última de las tribulaciones de Califa. Y en adelante su destino debía conducirlo resueltamente por el camino de las prosperidades...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SETENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—En efecto, el joyero dijo a dos de sus esclavos: «Conducid a este vuestro señor al *hamman*, y hacedle dar un baño de primera calidad. Y luego llevadlo a mi casa, donde yo lo buscaré». Y marchó solo al alojamiento de Califa a buscar a Fuerza de los Corazones, para llevarla igualmente a su casa. En cuanto a Califa, los dos esclavos le llevaron al *hamman*, en donde no había puesto los pies en su vida, y lo confiaron al mejor masajista y a los mejores bañistas, que al momento se pusieron a su obligación de lavarlo y de frotarlo. Y retiraron de su piel y de sus cabellos los pesos y pesos de todas clases de suciedades, y los piojos y las chinches de todas las variedades. Y ellos le cuidaron y le refrescaron y, luego de haberle secado, le vistieron con un suntuoso traje de seda que los dos esclavos fueron presurosos a comprar. Y así adornado, le condujeron a la morada de Ibn Al-Kirnas, su señor, que ya había llegado con Fuerza de los Corazones. Y Califa, al entrar en la gran sala de la casa, vio a la joven sentada sobre un bello diván, y rodeada por la muchedumbre de criados y de esclavos pronti a servirla. Y ya, a la puerta misma de la casa, el portero, al percibirlo; se apresuró a levantarse en su honor y a besarle respetuosamente la mano. Y todo esto produjo a Califa el mayor de los asombros. Pero él no demostró nada por miedo a parecer mal educado. Y cuando todo el mundo se apresuró en derredor suyo a decirle: «¡Delicioso sea tu baño!», él supo responder con urbanidad y elocuencia; y sus propias palabras halagaron sus oídos, le maravillaron y le

lisonjearon agradablemente. Así fue que, cuando llegó a presencia de Fuerza de los Corazones, él se inclinó ante ella y esperó a que la joven le dirigiera la palabra la primera. Y Fuerza de los Corazones se levantó en su honor, lo tomó de la mano e hizo que se sentara a su lado en el diván. Luego ella le presentó una porcelana llena de sorbete azucarado, perfumado con agua de rosas; y él la cogió y bebió parsimoniosamente, sin hacer ruido con su boca, y, para dar muestra de su urbanidad, no la consumió sino en su mitad solamente, en lugar de terminarla y de pasar el dedo para lamerla, como hubiera hecho antes. Y él mismo la depositó, sin romperla, en la bandeja, y dijo, con un hablar muy elocuente la fórmula de cortesía que se emplea entre gentes bien educadas cuando se ha aceptado alguna cosa de comer o de beber: «¡Qué permanezca para siempre la hospitalidad en esta morada!». Y Fuerza de los Corazones, encantada, respondió: «¡Tan largo tiempo como tu vida!». Y, después de haberle regalado con un banquete excelente, ella le dijo: «¡Ahora ha llegado el momento, oh Califa, en que has de demostrar toda tu inteligencia y tus méritos! ¡Escúchame, pues, bien y retén todo lo que te voy a decir! Desde aquí vas a ir al palacio del emir de los creyentes, y solicitarás audiencia, que te será concedida, y, después de los homenajes debidos al califa, tú le dirás: “¡Oh emir de los creyentes, yo te ruego, en recuerdo de la enseñanza que te he dado, que me concedas un favor!”. Y él te lo concederá previamente. Y tú le dirás: “¡Yo deseo que tú me concedas el honor de ser mi invitado esta noche!”. ¡Eso es todo! Y tú verás bien si acepta o no». Al momento se levantó Califa, y salió acompañado de un numeroso séquito de esclavos puestos a su servicio, y adornado con un vestido de seda que podría valer bien mil dinares. Y de ese modo la belleza natural de sus rasgos resaltaban plenamente; y él estaba bien sorprendente. Pues el proverbio dice: «Coloca bellas ropas a una caña, y la caña será una recién casada». Al llegar a palacio fue observado de lejos por el jefe eunuco Sandal, quien quedó estupefacto de su transformación, y corrió con todo el ímpetu de sus piernas al salón del trono, y dijo al califa: «¡Oh emir de los creyentes, yo no sé, pero el pescador Califa se ha convertido en rey! ¡Pues llega luciendo un vestido que vale bien mil dinares, y acompañado por un espléndido cortejo!». Y el califa dijo: «¡Hazle entrar en seguida!». Califa fue, pues, introducido en el salón del trono, donde se mantenía en medio de su gloria Harún Al-Raschid. Y él se inclinó como solo saben inclinarse los más grandes de entre los emires, y dijo: «¡La paz sobre ti, oh comendador de los creyentes, oh califa del señor de los tres mundos, defensor del pueblo de los fieles y de nuestra fe! ¡Que Alá el altísimo prolongue tus días y honre tu reino y exalte tu dignidad y la eleve hasta el más alto rango!». Y el califa, viendo y oyendo todo esto, alcanzó el límite de la sorpresa. Y no comprendía por qué camino había llegado tan rápidamente la fortuna de Califa. Y preguntó a Califa: «¿Puedes decirme, ante todo, de dónde te viene este bello vestido?». Él respondió: «¡De mi palacio, oh emir de los creyentes!». Y preguntó: «¿Tú tienes, por tanto, un palacio, oh Califa?». Y respondió: «¡Tú lo has dicho, oh emir de los creyentes! ¡Y precisamente vengo a invitarte para que lo honres esta noche con tu

presencia! Tú eres, pues, mi invitado». Y Al-Raschid, cada vez más asombrado, acabó por sonreír y dijo: «¿Tu invitado? ¡Sea!; pero ¿yo solo, o bien yo y todos cuantos están conmigo?». Él respondió: «¡Tú y todos cuantos desees llevar contigo!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discretamente, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SETENTA Y CINCO

Ella dijo:

—Y Harún miró a Giafar, y Giafar avanzó hasta Califa, y le dijo: «¡Nosotros seremos tus huéspedes esta noche, oh Califa! ¡Lo desea el emir de los creyentes!». Y Califa, sin pronunciar una palabra más, abrazó la tierra entre las manos del califa y, luego de haber dado a Giafar las señas de su nueva morada, regresó a donde estaba Fuerza de los Corazones, a la cuál dio cuenta del éxito de su gestión. El califa quedó perplejo, y dijo a Giafar: «¿Cómo puedes tú explicarte, ¡oh Giafar!, esta transformación tan repentina de Califa, el risible hombre de ayer, en ciudadano tan afinado y tan elocuente, y en rico entre los más ricos de los emires o de los mercaderes?». Y Giafar respondió: «¡Solo Alá, oh emir de los creyentes, conoce la abreviación del camino que sigue el destino!». Mas, cuando llegó la noche, el califa, acompañado de Giafar, de Massrur y de algunos de sus compañeros íntimos, montó a caballo y se dirigió a la vivienda a la cual se le había invitado. Y al llegar vio todo el suelo, desde la entrada hasta la puerta de recepción, totalmente cubierto de bellos tapices valiosos, y los tapices colmados de flores. Y percibió, erecto al pie de la escalera, a Califa, que le esperaba sonriente, y que se apresuró a tenerle el estribo para ayudarle a descender del caballo. Y le deseó la bienvenida, inclinándose a tierra, y le introdujo diciendo: «¡*Bismilah!*». Y el califa se halló en un gran salón de elevado techo, suntuoso y rico, en cuyo centro se disponía un trono cuadrado de oro macizo y marfil, levantado sobre cuatro pies de oro, en el cual Califa le rogó que se sentara. Y al momento entraron, portadores de inmensas bandejas de oro y de porcelana, jóvenes escanciadores como lunas, que le presentaron preciosas copas llenas de decocciones heladas, al almizcle puro, refrescantes y deliciosas. Luego entraron otros mancebos, vestidos de blanco, y más bellos que los anteriores, que les sirvieron comidas de admirables colores, gansos rellenos, pollos y corderos asados, y toda clase de pájaros al asador. A continuación entraron otros esclavos blancos, jóvenes y encantadores, de apretado talle y muy elegantes, que quitaron los manteles y sirvieron las bandejas de las bebidas y de los dulces. ¡Y los vinos se coloreaban en vasos de cristal y en las tazas de oro engastadas de pedrerías! Y cuando descendieron de las blancas manos de los escanciadores desprendieron un aroma no parecido a ningún otro, de tal modo que, en verdad, se le podían aplicar estos versos del poeta:

Escanciador, viérteme de ese vino añejo, y viértelo también a mi
camarada, este niño al que yo amo.

¡Oh precioso vino! ¿Qué nombre te daría yo, digno de tus

virtudes? ¡Yo te llamaría el licor de la recién casada!

Por todo esto, el Califa, de más en más maravillado, dijo a Giafar: «¡Oh Giafar, por la vida de mi cabeza! Yo no sé qué debo admirar más aquí, si la magnificencia de esta recepción o las maneras refinadas, exquisitas y nobles de nuestro anfitrión. ¡En verdad, esto supera a mi entendimiento!». Mas Giafar respondió: «¡Todo esto que vemos aquí no es nada en comparación con lo que puede hacer aún aquel que ha dicho a las cosas: “Sed”, para que ellas sean! ¡En todo caso, oh emir de los creyentes, lo que sobre todo me admira de Califa es la seguridad de sus palabras y su consumada sabiduría! ¡Y esto es un signo de la belleza de su destino! ¡Pues Alá, cuando distribuye sus dones a los humanos, concede la sabiduría a aquellos que entre todos él elige, y se la concede de preferencia a los bienes de este mundo!». En este intervalo, Califa, que se había ausentado un momento, volvió y, luego de la reiteración de los deseos de bienvenida, dijo al califa: «El emir de los creyentes ¿quiere permitir a su esclavo que le traiga una cantante tocadora de laúd, para cantar las horas de su sueño? ¡Pues no hay en este momento en Bagdad cantadora más experta o música más hábil!». Y el califa respondió: «¡Sí, te lo permito!». Y Califa se levantó y entró en donde estaba Fuerza de los Corazones y le dijo que el momento era llegado. Entonces Fuerza de los Corazones, que estaba ya adornada y perfumada, solo tuvo que envolverse en su gran izar y echar sobre su cabeza y su rostro el ligero velito de seda para estar pronta a presentarse. Y Califa la tomó de la mano y la introdujo, así velada, en el salón, que se alteró con su paso regio. Y luego que ella abrazó la tierra entre las manos del califa, que no podía adivinar quién era, ella se sentó no lejos de él, templó las cuerdas de su laúd y preludió por un movimiento que arrobó a todos los oyentes. Después, ella cantó:

El tiempo, ¿volverá a llevar para siempre nuestro amor a aquellos
a quienes amamos? ¡Ah dulce unión de los amantes!, ¿te gustaré
todavía yo?

¡Oh encanto de las noches en la morada amorosa, oh encanto de
mis noches! Sin tu esperanza, ¿viviría yo aún?

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discretamente, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SETENTA Y SEIS

Ella dijo:

—Al escuchar esta voz de otrora, cuyos acentos les eran tan conocidos, el califa, en una emoción de extraordinaria intensidad, se puso muy pálido y oídas las últimas palabras del canto, cayó desvanecido. Y todo el mundo se apresuró a su lado para prodigarle cuidados urgentes. Pero Fuerza de los Corazones llamó a Califa y le dijo: «Di a todos que se retiren un momento a la sala contigua, y nos dejen solos». Y Califa rogó a los invitados que se retirasen, a fin de que Fuerza de los Corazones pudiera sola prodigarle los cuidados necesarios al califa. Y cuando ellos abandonaron el salón, Fuerza de los Corazones, con un rápido movimiento, arrojó lejos el gran izar que la envolvía y el velito que le ocultaba el rostro y apareció adornada con un vestido semejante en todas sus partes al que vestía en el palacio cuando el califa estaba con ella. Y se acercó a Al-Raschid, tendido e inmóvil, y se sentó a su lado, le roció con agua de rosas, le hizo aire con un abanico y consiguió reanimarle. Y el califa abrió los ojos y, viendo a su lado a Flor de los Corazones, estuvo a punto de desvanecerse por segunda vez; pero ella se apresuró a besarle la mano, sonriente y con lágrimas en los ojos; y el califa, en el límite de la emoción, exclamó: «¿Estamos en el día de la resurrección, y los muertos se despiertan en sus tumbas, o bien estoy soñando?». Y Fuerza de los Corazones replicó: «¡Oh emir de los creyentes, ni este es el día de la resurrección, ni tú sueñas! ¡Pues yo soy Flor de los Corazones y vivo! ¡Y mi muerte no ha sido sino solamente un simulacro!». Y en breves palabras contó al califa todo lo que le había acontecido, desde el comienzo hasta el fin. Luego añadió: «¡Y todo cuanto ahora nos llega de felicidad, se lo debemos a Califa el pescador!». Y Al-Raschid, al oír esto, en tanto lloraba y sollozaba como reía de dicha. Y cuando hubo terminado de hablar, la atrajo hacia sí, la besó en los labios mucho tiempo, estrechándola contra su pecho. ¡Y no pudo pronunciar palabra alguna! ¡Y ambos quedaron así una hora de tiempo! Entonces Califa se levantó y dijo: «¡Por Alá, oh emir de los creyentes que ahora yo espero que no me harás más dar de palos!». Y el califa, ya recobrado del todo, se echó a reír y le dijo: «¡Oh Califa, todo cuanto yo pudiera hacer por ti en el futuro, no sería nada en comparación con todo lo que nosotros te debemos! ¿Quieres tú ahora mismo ser mi amigo y gobernar una provincia de mi imperio?». Y Califa respondió: «¿Puede el esclavo rehusar las ofertas de su magnánimo señor?». Entonces Al-Raschid le dijo: «¡Ah, Califa, no solamente tú estás nombrado gobernador de provincia con emolumentos de diez mil dinares por mes, sino que quiero que Fuerza de los Corazones te escoja ella misma, a su gusto, entre las adolescentes de palacio y las hijas de los emires y de los notables, una joven para que sea tu esposa! ¡Y yo mismo me encargaré de su ajuar y de la dote que tú entregarás a su padre! ¡Y quiero en adelante verte todos los días, y tenerte a mi lado en los banquetes, en la primera fila de mis íntimos! ¡Y tendrás un tren de casa digno de tus funciones y de tu rango, y todo cuanto pueda desear tu alma!». Y Califa abrazó la tierra entre las manos del califa. ¡Y toda dicha le llegó, y muchas otras felicidades todavía! Y cesó de estar soltero y vivió años y años con la joven esposa que le había escogido Fuerza de los Corazones que era la más bella y la más modesta de las

mujeres de su tiempo. ¡Gloria a aquel que otorga sus favores, sin cuento, a sus criaturas, y que distribuye a su grado las alegrías y las felicidades!... Pero yo no creo —continuó Schehrazada—, ¡oh rey afortunado!, que esta historia sea más maravillosa que la que te reservo para terminar esta noche.

Y el rey Schahriar exclamó:

—¡Sí, Schehrazada, yo no dudo de tus palabras! ¡Mas dime aprisa el nombre de esa historia! ¡Pues ella debe ser extraordinaria, si es más admirable que la de Califa el pescador!

Y Schehrazada sonrió y dijo:

—¡Sí, oh rey! Son las *aventuras de Hassan Al-Bassri y de Esplendor*.

LAS AVENTURAS DE HASSAN AL-BASSRI Y DE ESPLENDOR

Schehrazada dijo al rey Schahriar:

—Sabe, ¡oh rey afortunado!, que esta maravillosa historia tiene un origen extraordinario que es preciso que yo te revele, antes de comenzar, si no, no sería nada fácil de comprender tal como ella ha llegado hasta mí. En efecto, había en los años y las edades de hace ya muchísimo tiempo, un rey de los reyes de la Persia y del Khorassan, que tenía bajo su dominio los países de la India, de Sindh y de la China, así como los pueblos que habitan más allá del Oxus en las tierras bárbaras, y se llamaba el rey Kendamir. Y era un héroe de valor indomable, un caballero de gran valentía, sabiendo manejar la lanza, apasionado por los torneos, las cacerías y las cabalgadas guerreras; pero prefería con mucho a todas las cosas, la conversación con las gentes deliciosas y las personas de elección, y en los banquetes concedía el lugar de honor, junto a él, a los poetas y a los narradores. ¡Aún más! Cuando un extranjero, luego de haber aceptado su hospitalidad, y experimentado los efectos de su desprendimiento y de su generosidad, le contaba algún cuento aún desconocido o alguna bella historia, el rey Kendamir le colmaba de favores y de beneficios, y no lo enviaba a su país hasta que estaban satisfechos sus menores deseos, y, durante todo el viaje, le hacía acompañar por un espléndido cortejo de caballeros y esclavos a sus órdenes. En cuanto a sus narradores habituales y a sus poetas, él los trataba con las mismas consideraciones que a sus visires y a sus emires. Y de este modo, el palacio se había convertido en la querida morada de todos aquellos que sabían componer versos, escribir odas o hacer revivir mediante la palabra los tiempos idos y las cosas muertas. Por ello no es de extrañar que el rey Kendamir, al cabo de cierto tiempo, hubiera oído todos los cuentos conocidos de los árabes, de los persas y de los indios, y los hubiese conservado en su memoria con los pasajes más bellos de los poetas y las enseñanzas de los analistas versados en el estudio de los pueblos antiguos. De modo que, después de haber recapitulado todo cuanto sabía, no le quedaba ya nada que aprender y nada más que escuchar. Cuando él se vio en este estado, fue dominado por una gran tristeza y sumido en una gran perplejidad. Entonces, no sabiendo cómo seguir pasando sus ocios habituales, se dirigió hacia su jefe eunuco y le dijo: «¡Ve a

buscarme en seguida a Abu-Alí!». Ahora bien, Abu-Alí era el narrador favorito del rey Kendamir; y era tan elocuente y estaba tan bien dotado que podía hacer durar un cuento todo un año, sin discontinuar y sin que una sola noche cesara la atención de sus oyentes. Pero ya había, tanto él como sus compañeros, agotado su saber y sus recursos oratorios, y, desde hacía mucho tiempo, se encontraba en penuria de nuevas historias. El eunuco se apresuró a ir a buscarle y le introdujo hasta el rey. Y el rey le dijo: «¡He aquí oh padre de la elocuencia, que tú has agotado tu saber y que te encuentras carente de nuevas historias! Ahora bien, yo te he hecho venir porque es absolutamente necesario que a pesar de todo me encuentres un cuento extraordinario desconocido para mí, y tal que nunca se haya oído nada semejante. Pues más que nunca amo las historias y el relato de aventuras. Si, por tanto, tú logras encantarme con las bellas palabras que me harás escuchar, yo, en cambio, te haré el regalo de tierras extensas de las que tú serás el propietario y de castillos fuertes y de palacios, con un decreto que te eximirá de todos los impuestos y censos; y te nombraré mi gran visir y te haré sentar a mi derecha; y tú gobernarás según tu saber, con plena autoridad, en medio de mis vasallos y de los súbditos de mis reinos. E, incluso, si tú lo deseas, te legaré el trono después de mi muerte, y, en tanto yo viva, todo cuanto me pertenece te pertenecerá. ¡Pero si tu destino es lo suficientemente funesto para que tú no puedas satisfacer el deseo que yo te expreso, y que domina mi alma mucho más que el de poseer toda la tierra, puedes, desde ahora, ir a despedirte de tus familiares y decirles que no te esperen!». A estas palabras del rey Kendamir, el narrador Abu-Alí comprendió que estaba perdido sin remedio, y respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Y bajó la cabeza, muy amarilla la tez, presa de una desesperación sin alivio. Mas al cabo de cierto tiempo levantó la cabeza y dijo: «¡Oh rey del tiempo, tu esclavo el ignorante solicita una gracia de tu generosidad antes de morir!». Y el rey le preguntó: «¿Y cuál es?». Él dijo: «La de concederle solamente un plazo de un año para permitirle hallar lo que le pides. ¡Pero si, pasado este plazo, no es hallado el cuento en cuestión, y si, hallado, no es el más bello, el más maravilloso y el más extraordinario que haya alcanzado oído de hombre, yo sufriré, sin amargura en mi alma, el suplicio del palo!». Al oír estas palabras, el rey Kendamir dijo: «¡Este plazo es muy largo! ¡Y ningún hombre sabe si ha de vivir al día siguiente!». Luego añadió: «Sin embargo, es tan grande mi deseo de escuchar todavía una historia, que yo te concedo ese plazo de un año; pero es a condición de que tú no te muevas de tu casa durante ese espacio de tiempo». Y el narrador Abu-Alí besó la tierra entre las manos del rey y se apresuró a regresar a su casa. Aquí, después de haber reflexionado durante mucho tiempo, llamó a cinco de sus jóvenes *mamalik*, que sabían leer y escribir y que, además, eran los más sagaces y los más distinguidos de entre todos sus servidores, y le entregó a cada uno de ellos cinco mil dinares. Luego les dijo: «¡Yo no os cuidé, eduqué y alimenté en mi casa sino para un día como este! ¡A vosotros os corresponde, pues, socorrerme y ayudarme para sacarme de entre las manos del rey!». Ellos respondieron: «¡Ordena, oh nuestro señor! ¡Nuestras almas te pertenecen, y

nosotros somos tu rescate!». Él dijo: «¡He aquí! ¡Que cada uno de vosotros marche a los países extranjeros, sobre las diferentes rutas de Alá! ¡Recorred todos los reinos y todas las comarcas de la tierra a la busca de los sabios, de los prudentes, de los poetas y de los narradores más célebres! ¡Y preguntadles, a fin de que me informéis, si ellos conocen *La historia de las aventuras de Hassan Al-Bassri*. Y si, por un favor del altísimo, uno de ellos la conociera, rogadle que os la cuente o que os la escriba, a cualquier precio que sea! ¡Pues solo gracias a esta historia podréis salvar a vuestro señor del palo que le espera!». Luego se dirigió a cada uno de ellos en particular, y dijo al primer mameluco: «Tú marcharás hacia los países de la India y de Sindah, y a las comarcas y países que de ellos dependan». Y dijo a un segundo: «Tú irás hacia la Persia y la China y los países limítrofes». Y dijo al tercero: «¡Tú recorrerás el Khorassan y sus dependencias!». Y dijo al cuarto: «¡Tú explorarás todo el Mogreb y el oriente y el occidente!». Y dijo al quinto: «¡En cuanto a ti, oh Mobarak, tú visitarás el país de Egipto y la Siria!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SETENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Así habló a sus cinco *mamalik* fieles al narrador Abu-Alí. Y les escogió para la partida un día de bendición y les dijo: «¡Marchad en este día bendito! ¡Y volved a mi lado con la historia de la cual dependerá mi redención!». Y ellos se despidieron de él y se dispersaron en cinco diferentes direcciones. Aconteció que los cuatro primeros, al cabo de once meses, volvieron uno tras de otro, con la nariz muy larga, y dijeron a su señor que el destino, pese a las investigaciones más exactas en los lejanos países que acababan de recorrer no les había puesto sobre la pista del narrador o del sabio que ellos buscaban, y que solo habían encontrado en todas partes, en las ciudades y bajo las tiendas, narradores y poetas corrientes, cuyas historias eran universalmente conocidas, pero que las *Aventuras de Hassan Al-Bassri*, ninguno las conocía. Al oírlos, se oprimió hasta el límite de la opresión el pecho de Abu-Alí, y el mundo se oscureció a su vista. Y él se dijo: «¡Solo existen los recursos y la fuerza en Alá el omnipotente! ¡Ya veo bien ahora que está escrito en el libro del ángel que mi destino me espera en el palo!». E hizo sus preparativos y su testamento antes de ir a morir de esta muerte despreciable. Pero dejémosle ahora. Veamos en lo que se refiere al quinto mameluco, que se llamaba Mobarak. Había ya recorrido todo el país de Egipto y una parte notable de Siria sin hallar huella de lo que buscaba. E incluso, los narradores de

El Cairo no habían podido informarle a este respecto, aunque su saber superase el entendimiento. ¡Aún más! No habían siquiera oído hablar a sus padres ni a sus abuelos, narradores como ellos, de la existencia de esa historia. Por ello, el joven mameluco había tomado el camino de Damasco, sin esperar salir airoso de su empresa. Ahora bien, desde su llegada a Damasco, quedó en seguida dominado por el encanto de su clima, de sus jardines, de sus aguas y de su magnificencia. Y su encantamiento hubiera alcanzado límites extremos, si no hubiera tenido el espíritu tan preocupado por su misión sin término. Y como era anochecido, él recorría las calles de la ciudad a la búsqueda de algún *khan* en que pasar la noche, cuando vio, atravesando los zocos, un conjunto de cargadores, de barrenderos, de burreros, de jornaleros, de mercaderes y de aguadores, así como cantidad de otras personas que se apresuraban a correr en la misma dirección, a toda velocidad. Y se dijo: «¿Adónde irán esas gentes?». Y cuando se disponía a correr con ellos, fue violentamente tropezado por un joven a causa de su ardor para avivar la marcha. Y él le ayudó a levantarse y, luego de haberle limpiado la espalda le preguntó: «¿Por qué todo esto? Yo te veo muy preocupado y lleno de impaciencia, y no sé qué pensar viendo también a los otros hacer como tú». El joven respondió: «Veo bien que eres un extranjero para ignorar de ese modo el motivo de nuestra carrera. Sabe, pues, que por mi parte, yo quiero llegar uno de los primeros allá abajo, a la sala abovedada en donde está el jeque Ishak Al-Monabbi, el sublime narrador de nuestra ciudad, aquel que cuenta las historias más maravillosas del mundo. Y como hay siempre, dentro y fuera, una gran muchedumbre de oyentes, y los últimos que llegan no pueden gozar como es preciso de la historia contada, yo te ruego que me excuses ahora de mi premura por dejarte». Pero el joven mameluco se pegó a las ropas del habitante de Damasco, y le dijo: «¡Oh hijo de gentes de bien, yo te suplico me lleves contigo, a fin de que pueda hallar un buen lugar cerca del jeque Ishak! Pues yo también deseo vivamente oírle, y es precisamente por él por el que he venido de mi país, del extremo lejano». Y el adolescente respondió: «¡Sígueme, pues, y corramos!». Y ambos, tropezando a derecha e izquierda con las gentes pacíficas que regresaban a sus casas, corrieron hacia la sala en donde celebraba sus sesiones el jeque Ishak Al-Monabbi. Al entrar en esta sala de techo abovedado de donde descendía un suave frescor, Mobarak percibió, sentado en una silla, en el centro de un círculo silencioso de cargadores, mercaderes, notables, aguadores y otros, a un venerable jeque de rostro marcado por la bendición, frente aureolada de esplendor, que hablaba con voz grave, continuando la historia que había comenzado hacía más de un mes, ante sus fieles oyentes. Mas la voz del jeque, no tardó en animarse, contando las hazañas inigualables de su guerrero. Y, de pronto, se levantó de su asiento, no pudiendo seguir dominando su vehemencia, y se puso a correr entre sus oyentes, de un extremo a otro de la sala, haciendo girar la espada del guerrero cortador de cabezas, y aniquilando en mil pedazos al enemigo. «¡Así, pues! ¡Que mueran los traidores! ¡Y que ellos sean maldecidos y quemados en los fuegos de la *gehenne*! ¡Y que Alá preserve al guerrero! ¡Él es preservado! ¡Pero no! ¿Dónde

están nuestros sables, dónde están nuestros rebenques, para volar en su socorro? ¡Helo aquí! ¡El surge triunfante de la pelea, aplastando a sus enemigos aterrados con la ayuda de Alá! ¡Entonces, gloria al todopoderoso, señor de la valentía! ¡Y que el guerrero vaya ahora a su tienda en dónde le aguarda la seductora, y que las variadas bellezas de la adolescente le hagan olvidar los peligros corridos por ella! ¡Y alabanzas a Alá que ha creado la mujer para poner el bálsamo en el corazón del guerrero y el fuego en sus entrañas!». Como con estas palabras terminó el jeque Ishak su sesión de aquel anochecido, los oyentes, en el límite del éxtasis, se levantaron, y repitiendo las últimas palabras del narrador, salieron de la sala. Y el mameluco Mobarak, maravillado de un arte tan admirable, se acercó al jeque Ishak y, luego de haberle besado la mano, le dijo: «¡Oh señor!, yo soy extranjero y deseo solicitarte una cosa».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SETENTA Y OCHO

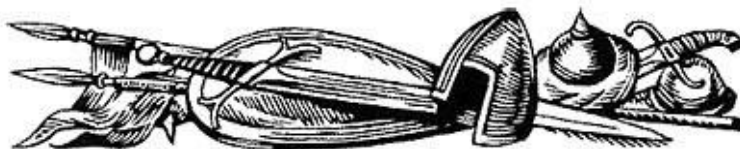
Ella dijo:

—Y el jeque le devolvió su *salam* y contestó: «¡Habla! El extranjero no nos es extranjero. ¿Qué precisas?». Él respondió: «Yo vengo de muy lejos para ofrecerte de parte de mi señor, el narrador Abu-Alí del Khorassan, un regalo de mil dinares de oro. ¡Pues él te considera como el maestro de todos los narradores de este tiempo, y quiere con ello demostrarte su admiración!». El jeque Ishak dijo: «¡Sí, el renombre del ilustre Abu-Alí del Khorassan, nadie puede ignorarlo! Yo acepto pues, de todo corazón amistoso el regalo de tu señor y quisiera enviarle en correspondencia alguna cosa por tu mediación. ¡Dime, por tanto lo que él estima más para que mi regalo le agrade bien!». A estas palabras por tanto tiempo esperadas, el mameluco Mobarak se dijo: «¡Heme aquí al final! Y este es mi último recurso». Y le contestó: «¡Que Alá, oh mi señor, te colme de sus bendiciones! Mas los bienes son numerosos sobre la cabeza de Abu-Alí, y él no desea más que una cosa, y esta es adornar su espíritu con lo que no conoce. Por ello, me ha despachado hacia ti para solicitarte como un favor, que le enseñes algún cuento nuevo, con el cual poder dulcificar los oídos de nuestro rey. Así, por ejemplo, nada podría agradarle más que conocer por ti, si tú la sabes, la historia que se denomina *Aventuras de Hassan Al-Bassri*». El jeque respondió: «¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos! Tu deseo será satisfecho y aún más, pues esa historia me es conocida además yo soy el único narrador que la conoce sobre la superficie de la tierra. Y tiene mucha razón en buscarla tu señor Abu-Ali, pues es

ciertamente una de las más extraordinarias historias que existen. Me fue contada en otros tiempos por un santo derviche, ahora fallecido, que la sabía de otro derviche, muerto igualmente. Y yo, para reconocer la generosidad de tu señor, no solamente te la voy a contar, sino que te la dictaré en todos sus detalles desde el comienzo hasta el fin. ¡Solamente, a esta donación de mi parte, yo pongo una condición expresa que tú te obligarás, por juramento, a cumplir, si quieres tener esa copia!». El mameluco respondió: «¡Yo prometo aceptar todas las condiciones, incluso poniendo en peligro mi alma!». Él dijo: «¡Bien! Como esta historia no es de aquellas que se cuentan delante de cualquiera, y dado que ella no está hecha para todo el mundo, sino solamente para las personas escogidas, tú me vas a jurar, en tu nombre y en nombre de tu señor, de no decirla jamás a cinco clases de personas: los ignorantes, pues ellos no saben estimarla en su grosero espíritu; los hipócritas, que quedarían ofuscados; los maestros de escuela, que, impotentes y obtusos, no la comprenderían; los idiotas, pues son como los maestros de escuela, y los descreídos, quienes no podrían sacar una enseñanza provechosa». Y el mameluco exclamó: «¡Yo lo juro ante el rostro de Alá y ante ti, oh mi señor!». Luego desenrolló su cinturón y sacó de él una bolsa que contenía mil dinares de oro y la entregó al jeque Ishak. Y el jeque, a su vez, le presentó un tintero y un cálamo y le dijo: «¡Escribe!». Y se puso a dictarle, palabra por palabra, toda la *historia de las aventuras de Hassan Al-Bassri*, tal como le había sido transmitida por el derviche. Y este dictado duró siete días y siete noches, sin interrupción. Después de lo cual, el mameluco releyó lo que había escrito ante el jeque quien rectificó diversos pasajes y corrigió las faltas de escritura. Y el mameluco Mobarak, en el límite de la alegría, besó la mano del jeque, y, después de haberse despedido de él, se apresuró a tomar el camino del Khorassan. Y como la felicidad le aligeraba, él no empleó para llegar sino la mitad del tiempo que precisan de ordinario las caravanas. Ahora bien, no quedaban nada más que diez días para que expirase el año fijado como plazo por el rey, y para que el palo fuese levantado para el suplicio de Abu-Alí ante la puerta del palacio. Y la esperanza se había desvanecido por completo del alma del infortunado narrador y había hecho que se reunieran todos sus familiares y amigos para que le ayudasen a soportar con menos terror la hora espantosa que le esperaba. Y he aquí que, en medio de las lamentaciones, el mameluco Mobarak, blandiendo el manuscrito, hizo su entrada y se dirigió hacia su señor y, después de haberle besado la mano, le entregó las valiosas hojas, de las cuales la primera llevaba en letras grandes el título: *Historia de las aventuras de Hassan Al-Bassri*. Al ver esto, el narrador Abu-Alí se levantó y abrazó a su mameluco, le hizo sentar a su derecha, se desvistió de sus propias ropas para vestirle y le colmó de muestras de honor y de beneficios; luego, después de haberle libertado, le dio como regalo diez caballos de noble raza, cinco yeguas, diez camellos, diez mulos, tres negros y dos mancebos. Hecho esto tomó el manuscrito que le salvaba la vida y lo transcribió él mismo de nuevo, sobre un magnífico papel, en letras de oro, con su más bella caligrafiá, dejando anchos espacios entre las palabras, de manera

que la lectura se hiciese agradable y fácil. Y empleó en este trabajo nueve días justos, tomando apenas el tiempo necesario para cerrar un ojo o comer un dátíl. Y el décimo día, a la hora señalada para su empalamiento, colocó el manuscrito en su cofrecito de oro y marchó a ver al rey.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS SETENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—Al momento, el rey Kendamir reunió a sus visires, sus emires y sus chambelanes, así como a los poetas y a los sabios, y dijo a Abu-Alí: «¡La palabra de los reyes debe permanecer! ¡Léenos, pues, esta historia prometida! ¡Y, a mi vez, yo no olvidaré lo que fue por nosotros convenido al comienzo!». Y Abu-Alí sacó el maravilloso manuscrito del cofrecito de oro y desenrollando la primera hoja comenzó su lectura. Y desenvolvió la segunda hoja, y la tercera hoja y muchas otras hojas, y continuó leyendo, en medio de la admiración y del asombro de toda la asamblea. Y el efecto fue tan extraordinario sobre el rey, que no quiso levantar la sesión este día. Y se comió y se bebió y se comenzó de nuevo; y así se prosiguió hasta el fin. Entonces el rey Kendamir, arrobado hasta el límite del arrobamiento y seguro de no tener ya en adelante un instante de tedio, dado que poseía una historia semejante en su poder, se levantó en honor de Abu-Alí y le nombró allí mismo gran visir, destituyendo de su cargo al antiguo, y, luego de haberle revestido con su propio manto real, le hizo donación, como propiedad hereditaria, de una provincia entera de su reino con sus ciudades pueblos y castillos; y lo conservó a su lado como íntimo compañero y confidente. Luego hizo cerrar el cofrecito con el valioso manuscrito en el armario de los documentos, para sacarlo en seguida y hacer leer la historia todas las veces que se presentara a las puertas de su alma el aburrimiento. Y esa es precisamente, oh rey afortunado —continuó Schehrazada— la maravillosa historia que yo voy a poder contarte, gracias a una copia exacta que ha llegado hasta mi. Se cuenta, ¡pero Alá es más sabio, más prudente y más bienhechor!, que había, en cuanto se presenta y se desarrolla desde hace ya mucho tiempo, en la ciudad de Bassra, un adolescente que era el más gracioso, el más bello y el más delicado de entre todos los mozos de su tiempo. Se llamaba Hassan, y su padre y su madre lo amaban con mucho amor, pues solo lo habían tenido en los días de su extrema senilidad, y esto gracias al consejo de un sabio lector de libros de conjuros que les hizo comer los trozos situados entre la cabeza y la cola de una serpiente de la cualidad de las grandes serpientes, según la

prescripción de nuestro señor Soleimán, ¡sobre él la oración y la paz! Sucedió que, al término fijado, Alá, el supremo entendedor, el gran vidente, decretó la admisión del mercader, padre de Hassan, en el seno de su misericordia; y el mercader falleció en la paz de su señor, ¡que Alá lo tenga siempre en su piedad! Y, de esta suerte, el joven Hassan se halló como único heredero de los bienes de su padre. Pero como había sido muy mal educado por sus padres, que le mimaban, se apresuró a frecuentar a los adolescentes de su edad y, en su compañía, no tardó en dilapidar en festines y disipaciones los ahorros de su padre. Y no le quedó ya nada en las manos. Entonces su madre, cuyo corazón era compasivo, no pudo sufrir el verle entristecido y, con su propia parte de herencia, le abrió una tienda de platero en el zoco. Ahora bien, la belleza de Hassan atrajo muy pronto hacia la tienda, con el asentimiento de Alá, los ojos de todos los transeúntes; y ninguno pasaba por el zoco sin detenerse ante la puerta para contemplar la obra del creador y maravillarse. Y de este modo la tienda de Hassan se convirtió en el centro de una permanente reunión de mercaderes, de mujeres y de niños, que allí se congregaban para verle manejar el martillo de orfebre y admirarle a su gusto. Sucedió que uno de tantos días, cuando Hassan estaba sentado en el interior de su tienda y en el exterior comenzaba a espesarse la concurrencia habitual, acertó a pasar por allí un persa con una gran barba blanca y un gran turbante de muselina blanca. Su talante y su manera de andar indicaban bien que se trataba de un notable y un hombre de importancia. Y él llevaba en la mano un libro viejo. Y se detuvo ante la tienda y se puso a contemplar a Hassan con sostenida atención. Luego avanzó más hacia él y dijo de forma a ser oído: «¡Por Alá, qué excelente orfebre!». Y se puso a mover la cabeza con las señales más evidentes de una admiración sin límites. Y quedó allí, sin moverse, hasta que los transeúntes se fueron dispersando para la oración de la tarde. Entonces entró en la tienda y saludó a Hassan, quien le retribuyó el *salam* y le invitó cortésmente a sentarse. Y el persa se sentó, sonriéndole con gran ternura, y le dijo: «¡Hijo mío, tú eres en verdad un joven bien agraciado! Y yo, como no tengo hijos, quisiera adoptarte, a fin de enseñarte los secretos de mi arte, único en el mundo, y que millares y millares de personas me han suplicado inútilmente que se lo enseñe. Y, ahora, mi alma y la amistad que ha nacido en ella por ti, me impulsan a revelarte lo que yo he ocultado cuidadosamente hasta ahora para que tú seas, después de mi muerte, el depositario de mi ciencia. Y, de esta suerte, yo pondré entre la pobreza y tú un obstáculo infranqueable, y yo te liberaré de este trabajo fatigoso del martillo y de este oficio poco lucrativo, indigno de tu encantadora persona, oh hijo mío, y que tú ejerces entre la polvareda, el carbón y la llama». Y Hassan respondió: «¡Por Alá, oh mi venerable tío, yo no deseo sino ser tu hijo y el heredero de tu ciencia! ¿Cuándo quieres, pues, comenzar a iniciarme?». Él respondió. «¡Mañana!». Y, levantándose al momento, tomó la cabeza de Hassan en sus dos manos y le besó. Luego salió sin agregar una palabra más...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS OCHENTA

Ella dijo:

—Entonces Hassan, sumamente confundido con todo esto, se apresuró a cerrar su tienda y corrió a la casa a contar a su madre cuanto acababa de pasar. Y la madre de Hassan, muy conmovida, respondió: «¿Qué me cuentas tú, ya Hassan? ¿Y cómo puedes creer en las palabras de un persa hereje?». Él dijo: «¡Este venerable sabio no es ningún hereje, pues su turbante era de muselina blanca, como el de los verdaderos creyentes!». Ella respondió: «¡Ah, hijo mío, desengáñate! ¡Estos persas son trapaceros, seductores! ¡Y su ciencia es la alquimia! ¡Y solo Alá sabe las artimañas que ellos traman en la negrura de su alma y el número de malas pasadas que ellos hacen para despojar a las gentes!». Pero Hassan se puso a reír y dijo: «¡Oh madre mía, nosotros somos unas pobres gentes y no tenemos, en verdad, nada que pueda tentar la avaricia de otro! ¡En cuanto a este persa, no hay en la ciudad de Bassra ninguno que tenga un rostro y una prestancia más agradable! ¡Yo he visto en él los signos más evidentes de la bondad y de la virtud! ¡Agradecemos mucho a Alá que ha hecho distribuir su corazón a mi condición!». Al oír estas palabras, la madre ya no quiso contestar nada. Y Hassan no pudo pegar el ojo en toda la noche, tan perplejo e impaciente se hallaba. Al día siguiente marchó muy temprano al zoco con sus llaves y abrió su tienda antes que los otros mercaderes. Y, al momento vio entrar al persa y él se levantó vivamente en su honor y quiso besarle la mano; pero él lo evitó y lo estrechó en sus brazos y le preguntó: «¿Eres tú casado, Hassan?». Él respondió: «¡No, por Alá, soy soltero, aunque mi madre no cesa de impulsarme por el lado del matrimonio!». El persa dijo: «Entonces es excelente. Pues si tú hubieses sido casado no hubieras podido entrar jamás en la intimidad de mis conocimientos». Luego añadió: «Hijo mío, ¿tienes tú cobre en la tienda?». Él dijo: «Yo tengo una bandeja vieja, toda mellada, de cobre amarillo». El otro dijo: «Eso es precisamente lo que yo necesito. Comienza, pues, por encender tu horno, pon el crisol al fuego y en funcionamiento los fuelles. ¡Luego coge la vieja bandeja de cobre y córtala en pedacitos con tus tijeras!». Y Hassan se dio prisa en ejecutar la orden. Y el persa dijo: «Pon ahora esos trozos de cobre en el crisol y aviva el fuego hasta que todo este metal se liquide». Y Hassan colocó en el crisol los trozos de cobre, activó el fuego y se puso a soplar con la caña de aire sobre el metal hasta la licuefacción. Entonces el persa se aproximó al crisol y abrió su libro y leyó sobre el líquido hirviente fórmulas en lengua desconocida; luego, elevando la voz, exclamó: «¡Hakh! ¡makh! ¡bakh! ¡Oh vil metal, que el sol te penetre de sus virtudes! ¡Hakh! ¡makh! ¡bakh! ¡Oh vil metal, que la virtud del oro eche fuera tus impurezas! ¡Hakh! ¡makh! ¡bakh! ¡Oh cobre,

transmútate en oro!». Y al acabar de pronunciar estas palabras, el persa se llevó la mano a su turbante y sacó de entre los pliegues de la muselina un paquete de papel plegado que él abrió; y tomó un pellizco de un polvo amarillo como el azafrán, que se apresuró a echar, en medio del cobre líquido, en el crisol. Y al instante el líquido se solidificó y se transformó en un lingote de oro de lo más puro. Al ver esto, Hassan quedó asombrado al límite del asombro, y a una indicación del persa tomó su lima de prueba y limó en uno de los ángulos del brillante lingote; y comprobó que se trataba de oro de la más fina calidad y de la más estimable. Entonces, maravillado de admiración, quiso coger la mano del persa para besarla; pero este no se lo quiso permitir y le dijo: «¡Oh Hassan ve aprisa al zoco a vender este lingote de oro! ¡Y coge su importe y regresa a tu casa para guardar el dinero, sin decir una palabra de cuanto tú sabes!». Y Hassan marchó al zoco, entregó el lingote a un pregonero público, quien, luego de haberlo comprobado en su peso y calidad, lo pregonó y obtuvo, primero, mil dinares de oro; luego, dos mil en la segunda puja. Y el lingote fue adjudicado en este precio a un mercader, y Hassan tomó los dos mil dinares y fue a llevarlos a su madre, volando de contento. Y la madre de Hassan, a la vista de todo este oro, no pudo pronunciar una palabra, tan dominada estaba por el asombro; luego, como Hassan, riendo, le contase que esto procedía de la ciencia del persa, ella levantó los brazos y gritó aterrada: «¡No hay más Dios que Alá, ni fuerza y poder sino en Alá! ¿Qué has hecho, oh hijo mío, con ese persa versado en la alquimia?». Mas Hassan respondió: «Precisamente, ¡oh madre!, este venerable sabio está a punto de instruirme en la alquimia. Y ha comenzado por hacerme ver cómo cambia un vil metal en el oro más puro». Y sin seguir prestando atención a los reproches de su madre, Hassan cogió de la cocina el gran almirez de cobre en el que su madre machacaba el ajo y la cebolla y formaba las albondiguillas de trigo majado y corrió a su tienda para reunirse con el persa, que le esperaba. Y el persa le preguntó: «¿Qué quieres tú hacer, Hassan?». Él respondió: «Yo quisiera cambiar en oro el mortero de mi madre». Y el persa estalló de risa y dijo: «¡Tú eres un insensato, Hassan; queriendo presentarte dos veces en el zoco, durante la misma jornada, con lingotes de oro, para despertar las sospechas de los mercaderes, quienes adivinarán que nos ocupamos de la alquimia, y atraer sobre nuestras cabezas un mal negocio!». Hassan respondió: «¡Llevas razón! Mas yo quisiera aprender de ti el secreto de la ciencia». Y el persa se puso a reír aún más fuerte que la primera vez, y dijo: «¡Tú eres un insensato, Hassan, al creer que la ciencia y los secretos de la ciencia se aprenden, así como así, en plena calle o en las plazas públicas, y que se puede hacer un aprendizaje en medio del zoco, bajo la mirada de la policía! Pero si, verdaderamente, Hassan, tú tienes el firme deseo de instruirte seriamente, tú no tienes sino que reunir todos tus útiles y seguirme a mi vivienda». Y Hassan, sin titubear, respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Y se levantó, recogió sus útiles, cerró la tienda, y siguió al persa. Ahora bien, en el camino, Hassan se acordó de las palabras de su madre respecto a los persas y mil pensamientos vinieron a dominar su espíritu y detuvo su marcha, sin

saber con justeza lo que hacía y, con la cabeza baja, se puso a reflexionar profundamente. Y el persa, volviéndose, le vio en ese estado y se echó a reír; luego le dijo: «¡Tú eres un insensato, Hassan! Pues si tuvieras tanta razón como gentileza, no te detendrías ante el bello destino que te espera. ¡Cómo! ¡Yo quiero darte la felicidad y tú titubeas!». Luego prosiguió: «Sin embargo, hijo mío, a fin de que no tengas la más leve duda sobre mis intenciones, yo prefiero revelarte los secretos de mi ciencia en tu propia casa». Y Hassan respondió: «¡Sí, por Alá, esto tranquilizará a mi madre!». Y el persa dijo: «¡Precédeme, pues, para que me enseñes el camino!». Y Hassan se puso a caminar delante y el persa detrás; y así llegaron a casa de la madre.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS OCHENTA Y UNA

Ella dijo:

—Y Hassan rogó al persa que esperase en el vestíbulo y, corriendo como un potro que salta en la primavera en los prados, fue a avisar a su madre de que el persa era su huésped. Y él agregó: «Desde el momento en que va a participar de nuestra comida, en nuestra casa, tendrá con nosotros el ligamen del pan y de la sal, y tú, por ello, ya no podrás tener en adelante el alma en vilo por mí». Pero la madre respondió: «¡Qué Alá nos proteja, hijo mío! ¡El lazo del pan y la sal es sagrado entre nosotros; pero estos persas abominables, que son adoradores del fuego, perversos, perjuros, no lo respetan nada! ¡Ah, hijo mío, qué calamidad nos persigue!». Él dijo: «¡Cuándo tú hayas visto a este sabio venerable, tú no lo dejarás marchar de nuestra casa!». Ella dijo: «¡No, por la tumba de tu padre, yo no permaneceré aquí durante la estancia de este hereje! Y cuando se haya marchado él yo lavaré las losas de la habitación y quemaré incienso y no te tocaré siquiera a ti mismo durante todo un mes, por miedo a mancharme a tu contacto». Luego añadió: «Sin embargo, como él está ya en nuestra casa y nosotros tenemos el oro que él nos ha enviado, voy a traeros a los dos algo de comer; luego yo me apresuraré a irme a casa de los amigos». Y en tanto que Hassan iba a buscar al persa, ella tendió el mantel y, luego de haber hecho varias compras, puso en las bandejas pollos asados, cohombros y diez variedades de pastelería y confituras, y se apresuró a marcharse con los vecinos. Entonces Hassan introdujo a su amigo el persa en el comedor y le invitó a ocupar un lugar, diciéndole: «¡Es preciso que exista entre nosotros el ligamen del pan y de la sal!». Y el persa respondió: «¡Sí, este ligamen es una cosa inolvidable!». Y se sentó al lado de Hassan, y se puso a conversar. Y él le dijo: «¡Oh mi hijo Hassan, por el lazo sagrado del pan y de la sal

que existe ahora entre nosotros, si yo no te amase con un amor tan vivo, no te enseñaría las cosas secretas para las cuales estamos aquí!». Y diciendo esto se sacó de su turbante un paquetito de polvo amarillo y mostrándoselo, agregó: «¡Tú ves este polvo! ¡Bien! Sabe que con un solo pellizco tú puedes cambiar en oro diez okes de cobre. Pues este polvo no es otro que el elixir quintaesenciado, solidificado y pulverizado que yo he obtenido de la sustancia de mil simples y mil ingredientes más complicados los unos que los otros. ¡Y yo no llegue a este descubrimiento sino después de trabajos y de fatigas que tú conocerás un día!». Y entregó el paquetito a Hassan, quien se puso a mirarlo con una atención tal que no vio al persa retirar vivamente de su turbante un trozo de *banj* cretense y mezclarlo en un pastel. Y el persa ofreció el pastel a Hassan, quien, siguiendo mirando el polvo, lo comió, para rodar al momento de espaldas sin conocimiento, precediendo su cabeza a sus pies. Al momento, el persa, lanzando un grito de triunfo, dio un brinco diciendo: «¡Ah, encantador Hassan, cuántos años te busqué yo sin encontrarte! ¡Mas hete ahora entre mis manos y tú no escaparás a mi voluntad!». Y se levantó las mangas, se estrechó el cinturón y, acercándose a Hassan, le dobló la cabeza junto a las rodillas, y en esta posición le ató los brazos a las piernas y las manos a los pies. Luego cogió un cofre, lo vació y puso dentro a Hassan con todo el oro que había producido su operación de alquimia. Luego salió para llamar a un mozo de cuerda, le cargó a la espalda el cofre y lo hizo llevar a la orilla del mar, en donde se hallaba un navío pronto a darse a la vela. Y el capitán, que solo esperaba la llegada del persa, levó el ancla. Y el navío, impulsado por la brisa de tierra, se alejó de la costa con las velas desplegadas. Y esto es cuanto por ahora se refiere al persa raptor de Hassan y al cofre en donde estaba encerrado Hassan. Veamos lo que se refiere a la madre de Hassan. Cuando ella comprobó que su hijo había desaparecido con el cofre y el oro, y que las ropas estaban esparcidas por toda la habitación, y que la puerta de la casa había quedado abierta, comprendió que Hassan estaba ya perdido para ella y que se había cumplido el decreto del destino. Entonces ella se abandonó a la desesperación y se dio fuertes golpes en el rostro, rasgó sus ropas y se puso a gemir, a sollozar y a lanzar gritos dolorosos, y a verter lágrimas, diciendo: «¡Ay, oh hijo mío, ah! ¡Ay, el fruto vital de mi corazón, ah!». Y ella pasó toda la noche corriendo, alocada, a casa de los vecinos para informarse de su hijo, pero sin resultado. Y los vecinos intentaron consolarla, pero ella permaneció inconsolable. Y desde entonces ella pasó sus días y sus noches entre lágrimas y duelo, pegada a la tumba que ella hizo elevar en el centro de su casa y sobre la cual grabó el nombre de su hijo Hassan y la data del día en que fue arrebatado a su afección. Y ella hizo grabar también estos dos versos sobre el mármol de la tumba, a fin de recitarlos sin cesar de llorar:

Una forma engañosa se presenta en la noche mientras yo me
adormezco y, triste, viene a errar en torno de mi lecho y de mi soledad.

Yo quiero estrechar entre mis brazos la forma amada de mi hijo, y

yo me despierto, ¡ay!, en medio de la casa desierta cuando la hora de visita ya ha pasado.

Y es así como vivía la pobre madre en su dolor. En cuanto al persa, viajero en el navío con el cofre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS OCHENTA Y DOS

Ella dijo:

—... Este era, en realidad, un mágico muy temible; y se llamaba de nombre Bahram el Guebre y era de oficio alquimista. Y cada año él escogía entre los hijos de los musulmanes un adolescente bien formado para raptarlo y hacer con él cuanto le sugería su maldad, su perversión y su raza maldita; pues, como ha dicho el señor de los proverbios, él era «un perro, hijo de perro, nieto de perro; y todos sus antepasados fueron perros. ¿Cómo, entonces, hubiera él sido otra cosa que perro, o realizado otras acciones que las acciones de un perro?». Durante todo el tiempo que duró la travesía, descendía una vez al día a la bodega del navío, en donde se hallaba el cofre, y daba de comer y de beber a Hassan, poniéndole los alimentos en la boca, dejándole siempre en estado de somnolencia. Y cuando el navío llegó al fin de su viaje, hizo desembarcar el cofre y descendió él también a tierra, en tanto que la nave se alejaba. Entonces el mago Bahram abrió el cofre, desató las ligaduras de Hassan, y destruyó el efecto del *banj* haciéndole aspirar vinagre y echándole en las narices polvo *antibanj*. Y Hassan recobró al momento el uso de sus sentidos y miró a derecha e izquierda; y se vio tendido sobre una costa, cuyas piedras y arena estaban coloreadas de rojo, de verde, de blanco, de azul, de amarillo y de negro; y por ello reconoció que no era la costa de su mar natal. Entonces, muy extrañado de verse en este lugar que no conocía, se levantó y vio sentado en una roca al persa, que le miraba con un ojo abierto y otro cerrado. Y solo con ver esto ya tuvo el presentimiento de que había sido engañado y que en adelante estaba en su poder. Y recordó las desgracias que le había vaticinado su madre y se resignó a los decretos del destino, diciéndose: «¡Yo pongo mi confianza en Alá!». Luego se acercó al persa, que le dejó avanzar sin moverse, y le preguntó con voz muy emocionada: «¿Qué quiere decir esto, padre mío? ¿Ya no existe entre nosotros el ligamen del pan y la sal?». Y Bahram el Guebre rompió a reír y exclamó: «¡Por el fuego y la luz! ¿Qué me hablas tú del pan y de la sal, a mí, Bahram, el adorador de la llama y la centella, del sol y de la luz? ¿Y no

sabes tú que yo ya tengo, de esta manera, en mi poder novecientos noventa y nueve jóvenes musulmanes, que he arrebatado, y que tú eres el milésimo? Pero tú, ¡por el fuego y la luz, eres el más hermoso de todos ellos! ¡Y yo no creía, oh Hassan, que tú caerías tan fácilmente en mi red! ¡Pero, gloria al sol, hete aquí en mis manos y tú verás cuánto te amo!». Luego añadió: «¡Tú vas a empezar por abjurar tu religión y a adorar lo que yo adoro!». Al oír estas palabras, la sorpresa de Hassan se trocó en una indignación sin límites, y gritó al mago: «¡Oh jeque de maldición! ¿Cómo te atreves a proponerme eso? ¿Y qué abominación quieres tú cometer?». Cuando el persa vio a Hassan en tal cólera, como tenía otros proyectos respecto a él, no quiso insistir más ese día, y le dijo: «¡Oh Hassan, lo que yo te proponía al pedirte que abjurases de tu religión solo era un finta de mi parte para poner a prueba tu fe y crearte un gran mérito ante el retribuidor!». Luego prosiguió: «Mi único objetivo al traerte aquí es el de iniciarte, en la soledad, en los misterios de la ciencia. Contempla esta alta montaña en pico que domina el mar. ¡Es la montaña de las nubes! Y es en ella en donde se hallan los elementos necesarios al elixir de las transmutaciones. Y si tú quieres dejarte llevar a su cumbre, yo te juro por el fuego y la luz que no tendrás que arrepentirte de nada. ¡Pues si yo hubiera querido conducirte, a pesar tuyo, lo hubiese hecho durante tu sueño! Una vez que hayamos llegado a la cumbre recogeremos los tallos de las plantas que crecen en esta región situada sobre las nubes. Y yo te indicaré entonces lo que será necesario hacer». Y Hassan, que se sentía dominado, a pesar suyo, por las palabras del mago, no se atrevió a oponerse y dijo: «¡Yo escucho y obedezco!». Luego, recordándose con dolor de su madre y de su patria, se puso a llorar amargamente. Entonces Bahram le dijo: «¡No llores, Hassan! ¡Tú verás muy pronto lo que ganarás siguiendo mis consejos!». Y Hassan preguntó: «Pero ¿cómo podremos realizar la ascensión de esta montaña, a pico como una muralla?». El mago respondió: «¡Que esta dificultad no te detenga! ¡Nosotros llegaremos con más facilidad que el pájaro!». Y dichas estas palabras el persa sacó un tamborcito de cobre y percutió sobre él. Y al instante se levantó una nube de polvo del seno de la cual se hizo oír un prolongado relincho; y en una guiñada se presentó ante ellos un enorme caballo alado, que se puso a golpear el suelo con su casco, lanzando llamas por sus narices. Y el persa lo cabalgó en seguida y ayudó a Hassan a subir a la grupa. Y al instante el caballo batió las alas y voló; y en menos tiempo que se precisa para alzar un párpado y bajar el otro, los depositó sobre la cumbre de la montaña de las Nubes. Luego desapareció. Entonces el persa miró a Hassan con el mismo ojo malévolo que sobre la costa y, lanzando una gran carcajada, gritó...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS OCHENTA Y TRES

Ella dijo:

—«Ahora, Hassan, estás definitivamente en mi poder, y ninguna criatura podría facilitarte ayuda. Prepárate, pues, a satisfacer todos mis caprichos con corazón propicio y comienza primero por abjurar de tu religión y reconocer como única potencia al fuego, padre de la luz». Al oír estas palabras, Hassan retrocedió, gritando: «¡No hay más Dios que Alá! ¡Y Mahoma es el enviado de Alá! ¡En cuanto a ti, oh vil persa, tú no eres más que un impío y un malvado! ¡Y el señor de la máxima potencia te va a castigar por mi intervención!». Y Hassan, rápido como el relámpago, saltó sobre el mago y le arrancó el tambor de las manos; luego le empujó hacia el borde de la montaña a pico, y con sus brazos tendidos con fuerza, lo precipitó en el abismo. Y el mago perjuro e impío, girando sobre sí mismo, fue a estrellarse sobre el acantilado y expiró con su alma en la incredulidad. Y Eblis recogió su aliento para atizar el fuego de la Gehenne. Y he aquí de qué muerte murió Bahram el Guebre, mago engañoso y alquimista. Hassan, libertado de ese modo del hombre que quería hacerle cometer todas las abominaciones comenzó por examinar por todos sus lados el tambor mágico sobre el que estaba extendida la piel de gallo. Pero prefirió, no sabiendo el modo de servirse de él, abstenerse de manejarlo; y se lo puso pendiente de su cinturón. Hecho esto, miró en su derredor y vio que, en efecto, la cumbre en donde se hallaba era tan alta que dominaba las nubes acumuladas en su base. Y una llanura inmensa se extendía sobre esta plataforma elevada y formaba, entre el cielo y la tierra, como un mar sin agua. Y muy a lo lejos brillaba una llamarada chispeante. Y Hassan pensó: «¡Allí en dónde se halla el fuego, se halla un ser humano!». Y se puso a caminar en esta dirección, hundiéndose en medio de esta llanura, en la que no tenía otra presencia que la de Alá. Y aproximándose al objetivo acabó por distinguir que la llamarada chispeante no era sino el resplandor, bajo el sol, de un palacio de oro, cuya cúpula también de oro estaba sostenida por cuatro elevadas columnas del mismo metal. Al verlo, se preguntó Hassan: «¿Qué rey o qué *genni* podrá habitar en semejantes lugares?». Y como se encontraba muy fatigado por todas las emociones que acababa de experimentar y de la larga caminata que acababa de hacer, se dijo: «Yo voy con la gracia de Alá, a entrar en este palacio para pedir al portero que me dé un poco de agua y algo de comer, pues no quiero morir de hambre. Y si es un hombre de bien acaso me aloje por una noche en un rincón». Y confiando en su destino llegó a la gran puerta, que estaba tallada en un bloque de esmeralda, y franqueó el umbral y penetró en el vestíbulo. Ahora bien, apenas había dado algunos pasos en esa pieza cuando percibió, sentadas en un banco de mármol, a dos jóvenes deslumbrantes de belleza que jugaban al ajedrez. Y como ellas estaban muy atentas a su juego no observaron al principio la entrada de Hassan. Pero la más joven, al oír el ruido de los pasos, levantó la cabeza y vio al bello Hassan, quien también se detuvo a observarla. Y ella se levantó vivamente y dijo a su hermana: «¡Mira hermana mía, el bello joven!

¡Este debe ser, sin duda alguna, el desgraciado que el mago Bahram conduce cada año a la cima de la montaña de las Nubes! Pero ¿cómo ha podido hacer para escapar de entre las manos de ese demonio?». Al oír estas palabras, Hassan, que no osaba moverse de su lugar, avanzó hacia las jóvenes y, arrojándose a los pies de la más joven, exclamó: «¡Sí, oh mi señora, yo soy ese infortunado!». Y la joven, al ver a sus pies a este adolescente tan bello, que bordeaba de lágrimas sus ojos negros, quedó conmovida hasta sus entrañas; y se levantó, con rostro compasivo, y dijo a su hermana, mostrándole al joven Hassan: «¡Sé testigo, hermana mía, que desde este instante yo juro, ante Alá y ante ti, que adopto a este joven como hermano mío y que quiero compartir con él los placeres y las alegrías de los bellos días y las penas y las aflicciones de los días menos dichosos!». Y ella tomó la mano de Hassan y le ayudó a levantarse y lo abrazó como una hermana amante abraza a su hermano querido. Luego, teniéndole siempre de la mano, ella le condujo al interior del palacio, en donde comenzó por darle en el *hamman* un baño que le refrescó completamente; en seguida lo adornó con magníficas ropas, tirando las viejas prendas, sucias por el viaje, y ayudada de su hermana, que había ido a reunirse con ellos en el *hamman*, le llevó a su propia cámara, sosteniéndole por un brazo, en tanto que su hermana le sostenía por el otro. Y las dos jóvenes invitaron a su huésped a sentarse entre ellas para tomar algún alimento. Hecho esto, la más joven dijo: «¡Oh mi hermano bien amado, oh querido, tú, por cuya llegada deben danzar de alegría las piedras de la morada!, ¿quieres decirnos el nombre encantador por el que te conocen y el motivo que te ha conducido a las puertas de nuestra vivienda?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS OCHENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—Él respondió: «Sabe, ¡oh hermana que me interrogas y tú también, nuestra hermana mayor!, que yo me llamo Hassan. ¡Pero en cuanto al motivo que me ha conducido a este palacio, este ha sido mi feliz destino! ¡Y si me encuentro aquí ha sido a costa de haber pasado por grandes tribulaciones!». Y él contó cuanto le había sucedido con el mago Bahram el Guebre, desde el comienzo hasta el fin, lo que no hemos de repetir. Y las dos hermanas, indignadas con la conducta del persa, exclamaron a la vez: «¡Oh perro maldito! ¡Su muerte ha sido merecida y tú has hecho bien, oh hermano nuestro, al impedirle para siempre respirar el aire de la vida!». Luego, la de mayor edad se dirigió a la más joven y le dijo: «¡Oh Botón de Rosa, a tu

vez cuéntale a nuestro hermano, a fin de que la retenga en su memoria, nuestra historia!». Y la encantadora Botón de Rosa dijo: «¡Sabe, oh hermano mío, oh el más bello, que nosotras somos dos princesas! Yo me llamo Botón de Rosa y mi hermana, que ves aquí, se llama Grano de Mirto; pero yo tengo también otras cinco hermanas, todavía más bellas que nosotras, que están ahora de caza y que no tardarán en regresar. La mayor de todas nosotras se llama Estrella de la Mañana, la segunda se llama Estrella de la Tarde, la tercera Cornalina, la cuarta Esmeralda y la quinta Anémona. Y yo soy la más joven de las siete. Y somos hijas del mismo padre, pero no de la misma madre; yo y Grano de Mirto somos las hijas de la misma madre. Ahora bien, nuestro padre, que es uno de los más poderosos reyes de los *genn* y de *mareds*, es un tirano tan orgulloso que, no considerando a nadie digno de convertirse en esposo de una de sus hijas, juró no casarnos jamás. Y para tener la certeza de que su voluntad no sería jamás traicionada, hizo convocar a sus visires y les preguntó: “¿No conocéis vosotros un lugar que no esté frecuentado ni por los hombres ni por los *genn*, para servir de habitación a mis siete hijas?”. Los visires le preguntaron: “¿Y por qué motivo, oh nuestro rey?”. Y él dijo: “¡Para poner a mis siete hijas al abrigo de los hombres y de los *genn* de la especie masculina!”. Ellos dijeron: “¡Oh rey nuestro, nosotros opinamos que las mujeres y las jóvenes solo están creadas por el bienhechor para unirse a los hombres por los órganos delicados! Y, además, el profeta, ¡sobre él la oración y la paz!, ha dicho: ‘¡Ninguna mujer envejecerá virgen en el Islam!’”. Sería, por tanto, una gran vergüenza sobre la cabeza del rey que sus hijas envejecieran con su virginidad. Y, además, ¡por Alá, qué perjuicio para su juventud!”. Pero nuestro padre respondió: “¡Quiero mejor verlas morir que casarlas!”. Y agregó: “¡Si inmediatamente no me indicáis el lugar que yo os solicito, vuestras cabezas saltarán de vuestros cuellos!”. Entonces respondieron los visires: “En ese caso, ¡oh rey!, sabe que existe un lugar lo más apropiado para poner a tus hijas a cubierto: es la montaña de las Nubes, que, en tiempos antiguos, estaba habitada por los *efrits* rebeldes a las órdenes de Soleimán. Allí se levanta un palacio de oro, edificado antiguamente por los *efrits* rebeldes, para servirles de refugio, pero que desde entonces está abandonado y desierto. Y la región en donde se sitúa está favorecida con un clima admirable y abundante en árboles, frutos y con deliciosas aguas, más frescas que el hielo y más dulces que la miel”. Al oír todo esto, nuestro padre se apresuró a enviarnos aquí con una formidable escolta de *genn* y de *mareds*, quienes, una vez que nos dejaron en seguridad, regresaron al reino de nuestro padre. Desde nuestra llegada vimos nosotras que, en efecto, esta comarca, aislada de todas las criaturas de Alá, era una comarca florida, rica en bosques, en espléndidas praderías, en vergeles y en fuentes de aguas vivas que corrían en abundancia, semejando collares de perlas y lingotes de plata; que los arroyos se impulsaban los unos a los otros para mirar sin cesar las flores que les sonreían; que el aire estaba cargado de gorjeos y de perfumes; que los palomos y las tórtolas salmodiaban sobre las ramas de la primavera y entonaban alabanzas al creador; que los cisnes nadaban majestuosamente en los lagos y los pavos reales, con

sus espléndidos ropajes incrustados de coral y de pedrerías de millares de colores, eran semejantes a recién casados. Por ello, ¡oh hermano mío!, casi no nos sentimos desgraciadas al habitar un país semejante, en este palacio de oro; y, a la vez que agradecemos al retribuidor sus favores, solo lamentamos una cosa, y esta es no tener, para que nos haga compañía, ningún hombre cuyo rostro nos fuese agradable contemplarlo a nuestro despertar matinal, y cuyo corazón fuese amante y bien intencionado. ¡Y por esta razón, oh Hassan, nos ves ahora tan gozosas por tu llegada!». Y luego de haber hablado así, la encantadora Botón de Rosa colmó a Hassan de agasajos y de regalos, como se hace entre hermanos y entre amigos, y continuó conversando con él afectuosamente. En el ínterin llegaron las otras cinco princesas hermanas de Botón de Rosa y de Grano de Mirto. Y encantadas y asombradas de un adolescente tan bello y un hermano tan delicioso, le hicieron el más gracioso y el más cordial acogimiento. Y después de los *salams* y las primeras fórmulas y palabras, le hicieron jurar que permanecería con ellas durante un largo espacio de tiempo.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS OCHENTA Y CINCO

Ella dijo:

Y Hassan, que no veía ningún inconveniente, lo juró con amistoso corazón. Y permaneció con ellas en este palacio lleno de maravillas y, desde aquel momento, fue su compañero en todas sus partidas de caza y en sus paseos. Y él se regocijaba y se felicitaba de tener hermanas tan encantadoras y tan deliciosas; y ellas se maravillaban de tener un hermano tan bello y tan milagroso. Y pasaban sus jornadas en jugar y jugar juntos en los jardines y a lo largo de las corrientes de agua; y en la noche se instruían mutuamente. Hassan les daba cuenta de los usos de su país natal y las jóvenes le contaban la historia de los *genn*, de los *efrits* y de los *mareds*. Y esta agradable vida le hacía estar más bello día a día y daba a su rostro el aspecto de la luna. Y su fraternal amistad con las siete hermanas, sobre todo con la joven Botón de Rosa se consolidó al modo que lo hace la fraternidad de los hijos nacidos del mismo padre y de la misma madre. Sucedió que un día en que se hallaban sentados cantando en un bosque divisaron un gran turbión de polvo que llenaba el cielo y cubría la cara del sol y llegaba rápidamente a su lado con un estruendo de trueno. Y las siete princesas, llenas de espanto, dijeron a Hassan: «Oh, corre aprisa a ocultarte en el pabellón del jardín». Y Botón de Rosa lo cogió de la mano y lo llevó a esconder en el

pabellón. ¡Y he aquí que el polvo se disipó y bajo él apareció todo un cuerpo de *genn* y de *mareds*! Era una escolta que enviaba a sus hijas el rey del Gennistan para llevarlas a su lado para asistir a las grandes fiestas que proyectaba dar en honor de uno de los reyes sus vecinos. Y, ante esta noticia, Botón de Rosa corrió a buscar a Hassan a su escondrijo; y le abrazó con lágrimas en los ojos y el pecho sacudido por hipos dolorosos; y le dio cuenta de su marcha y la de sus hermanas, y le dijo: «Pero ¡oh hermano mío muy amado!, tú esperarás nuestro regreso en este palacio, del que eres el dueño absoluto. Y aquí tienes las llaves, añadiendo: Yo solamente te suplico, ¡oh Hassan!, y te conjuro por tu alma querida, que no abras la cámara cuya llave lleva como signo esta turquesa incrustada». Y le mostró la llave en cuestión. Y Hassan, muy apesadumbrado por su marcha y la de sus hermanas, la abrazó llorando y le prometió que él esperaría, sin moverse, su regreso, y que no abriría la puerta cuya llave llevaba como signo la turquesa incrustada. Y la joven y sus seis hermanas, que vinieron a reunirse con ella en el escondite, para volver a ver a su hermano antes de su partida, dieron a Hassan adioses plenos de ternura, y todas le abrazaron, una tras otra, y luego se fueron, en medio de su escolta, para ponerse inmediatamente en camino hacia el país de su padre. Cuando Hassan se vio solo en palacio fue presa de una gran melancolía; y al sentirse en soledad después de haber estado en la encantadora compañía de sus siete hermanas, se sintió muy angustiado; y para buscar cómo distraerse y calmar sus pesares, se puso a visitar, una tras de otra, las habitaciones de las jóvenes. Y al volver a visitar la pieza que ellas ocupaban y los bellos objetos de su permanencia, se exaltó su alma y sintió palpar de emoción su corazón. Y así llegó ante la puerta que se abría con la llave que tenía como signo la turquesa incrustada. Pero él no quiso utilizarla, y volvió sobre sus pasos. Luego pensó: «¿Cuál será el motivo por el cual mi hermana Botón de Rosa ha recomendado de ese modo no abrir esta puerta? ¿Y qué puede haber ahí dentro tan misterioso para que se me haya impuesto semejante prohibición? ¡Pero como esa es la voluntad de mi hermana, a mí solo me queda responder con el asentimiento y la obediencia!». Y se retiró, y, como la noche caía y le pesaba la soledad, fue a acostarse para adormecer su pesar. Pero no pudo pegar los ojos de tanto como le obsesionaba aquella puerta prohibida; y este pensamiento le torturaba tan intensamente que se dijo: «¿Y si yo fuera a abrirla ahora mismo?». Mas pensó: «¡Vale más esperar a mañana!». Luego, no pudiendo esperar más en su desvelo, se levantó, diciéndose: «¡Yo prefiero ir ahora mismo a abrir esa puerta y ver lo que encierra el apartamento de que es la entrada, aunque hubiese de encontrar la muerte!». Y se levantó, y, alumbrándose con un candelabro, se dirigió hacia la puerta prohibida. Metió la llave en la cerradura, que cedió sin dificultad; y la puerta se abrió sin ruido; y Hassan penetró en la cámara a que daba acceso. Cuando él observó por todas partes, no vio de pronto nada: ningún mueble, ninguna alfombra, ningún tapiz. Pero al dar la vuelta a la cámara, vio en uno de los ángulos, adosada al muro, una escala de madera negra, cuyo extremo salía por un orificio del techo. Y Hassan, sin titubear, dejó en el suelo su candelabro, y,

trepando por la escala, subió al techo y se introdujo en el orificio. Y una vez su cabeza fuera del orificio, se vio al aire libre, a ras de una terraza que quedaba al mismo nivel que el techo de la cámara. En medio del silencio de la tierra, vio desarrollarse el paisaje más bello que jamás encantara los ojos humanos...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS OCHENTA Y SEIS

Ella dijo:

—A sus pies, dormido en la serenidad, se extendía un extenso lago, en el que se miraba toda la belleza del cielo, donde el río, con las ondas dichas del agua, sonreía a los follajes balanceados de los laureles, a los mirtos en flor, a los almendros coronados con su nieve, a las guirnaldas de glicinas, y cantaban el himno de la noche todas las voces de sus pájaros. Y el mantel de seda, estrechado entre arboledas, iba más a lo lejos a bañar el pie de un palacio de extrañas arquitecturas, de diáfanos domos, surgido en la transparencia y el cristal de los cielos. Y desde este palacio avanzaba hasta el agua, por una escalera de mármol y de mosaico, una estrada real construida de filas alternas de piedras de rubíes, de piedras de esmeralda, de piedras de plata y de piedras de oro. Y sobre esta estrada se extendía, sostenido por cuatro pilares de alabastro rosa, un gran velo de seda verde que protegía con la dulzura de su sombra un trono de madera de áloes y de oro, de un exquisito trabajo, a lo largo del cual trepaba una parra de prietos racimos, cuyos ramos eran gruesas perlas del tamaño de huevos de paloma. Y el conjunto estaba rodeado de un enrejado de laminillas de oro rojo y de plata. Y resaltaba en estas cosas puras una armonía tal y una tal belleza que ningún hombre, aunque fuese Khosroes o Kaïssar, hubieran podido adivinar o realizar esplendores semejantes. Por ello, Hassan, deslumbrado, no osaba moverse por miedo a turbar la deliciosa paz de estos lugares, cuando, de pronto, vio destacarse del cielo y aproximarse visiblemente al lago, un vuelo de pájaros voluminosos. Y he aquí que fueron a abatirse sobre el borde del agua; y eran en número de diez; y sus bellas plumas blancas y espesas se arrastraban sobre la hierba, en tanto que cuando caminaban se balanceaban con indolencia. Y en todos sus movimientos daban la sensación de obedecer a un pájaro de mayor tamaño y más bello que todos ellos, el que lentamente se dirigió hacia la estrada y subió al trono. Y, de repente, los diez se despojaron de sus plumas con un gracioso movimiento. Y arrojando ese manto, salieron diez lunas de pura belleza, en forma de diez jóvenes desnudas todas. Y, reidoras, saltaron al agua, que las recibió con salpicaduras de

pedrería. Y ellas se bañaron con delicia, jugueteando entre sí; y la más bella las persiguió, las atrapó y se enlazó a ellas con mil caricias, y las cosquilleaba y las mordía entre risas y zalamerías. Cuando el baño hubo terminado, salieron del agua; y la más bella subió por la estrada y fue a sentarse en el trono, no teniendo por todo vestido nada más que su cabellera. Y Hassan, contemplando sus encantos, sintió que perdía su razón, y pensó: «¡Ah, ahora sé bien por qué mi hermana Botón de Rosa me prohibió abrir esta puerta! ¡Ahora se ha perdido para siempre mi sosiego!». Y continuó detallando las diversas bellezas de la adolescente desnuda. ¡Qué maravillas, ah, que él no viera jamás! ¡En verdad era, a no dudarlo, la cosa más perfecta salida de los dedos del creador! ¡Oh, su espléndida desnudez! Ella superaba a las gacelas por la belleza de su nuca y el resplandor de sus ojos negros y al araka por la esbeltez de su talle. Su cabellera de tinieblas era una noche de invierno compacta y negra. Su boca imitando a la rosa era el sello de Soleimán. Sus dientes de tierno marfil eran un collar de perlas, o de piedras de igual grosor; su cuello era un lingote de plata; su vientre tenía pliegues y repliegues, y su grupa hoyuelos y planos; su ombligo era lo suficiente para contener una pulgada de almizcle negro; sus muslos eran robustos y a la vez firmes y elásticos como cojines rellenos de plumas de avestruz, y en su cumbre, en su nido cálido y encantador, semejante a un conejo desorejado, una historia llena de gloria, con su terraza y su territorio y sus cañadas en embudo en donde dejarse coger para olvidar los negros pesares. Y se la podía tomar también por una cúpula de cristal, redonda por todos lados y asentada sobre una base sólida, o por una taza de plata descansando invertida. Y es a una adolescente como ella a la que pueden ser aplicados estos versos del poeta:

¡Ella vino a mí, la joven, vestida con su belleza como el rosal de sus rosas, y los senos delante, oh granadas! Y ella me gritó: «¡He aquí la rosa y las granadas!».

¡Yo me equivoqué! ¡Qué error, oh joven, comparar tus mejillas a las rosas y tus senos a las granadas! ¡Pues ni las rosas de los rosales, ni las granadas de los jardines merecen la comparación!

Pues las rosas se pueden aspirar y las granadas se pueden coger, pero a ti, ¡oh virginal!, ¿quién puede lisonjearse de sentirte o tocarte?

Y tal era la adolescente que había subido para sentarse, real y desnuda, en el trono, al borde del lago.

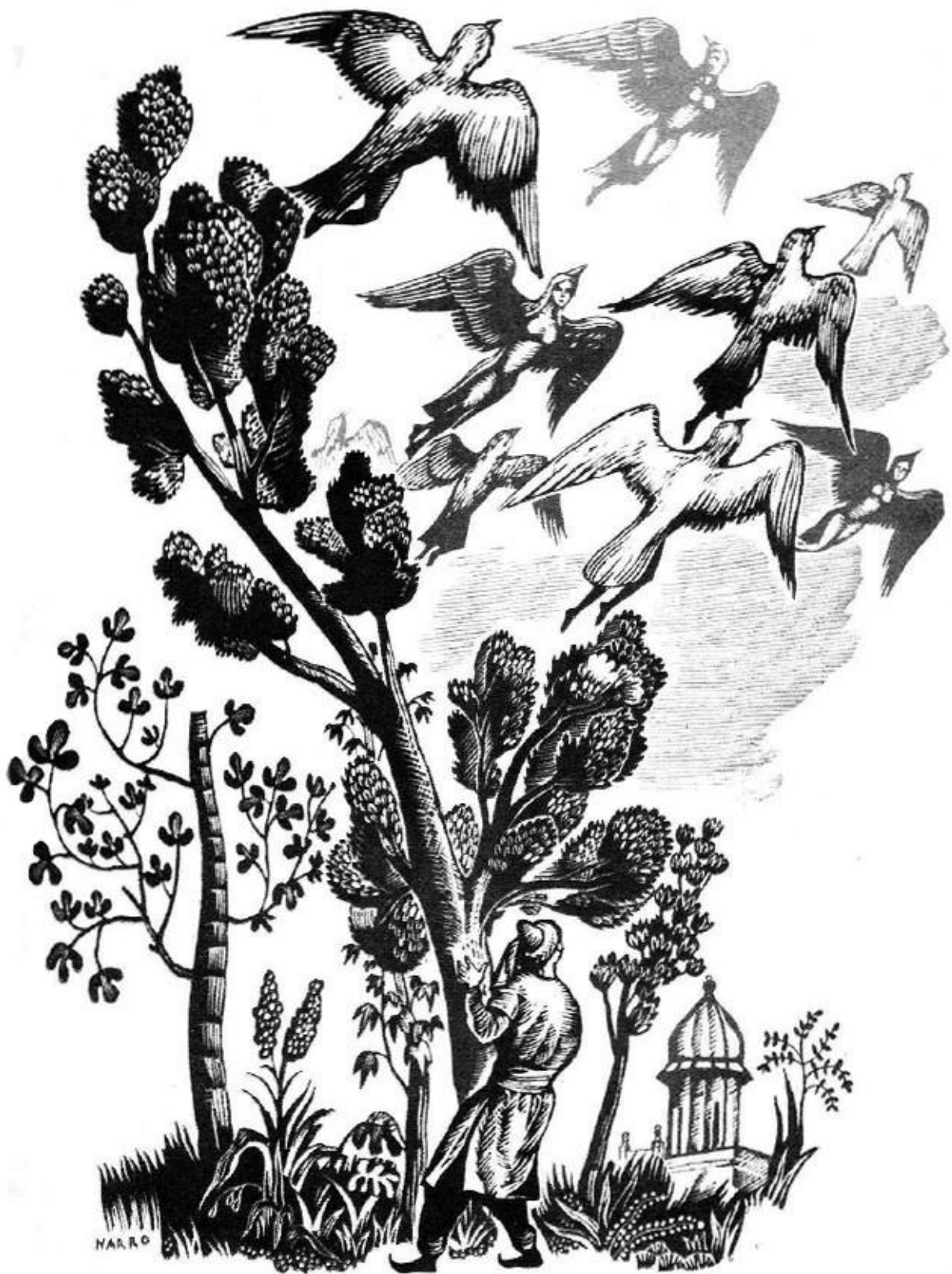
En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS OCHENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Cuando ella hubo descansado de su baño, dijo a sus compañeras reclinadas cerca de ella en la estrada: «¡Dadme mis ropas interiores!». Y las jóvenes se acercaron y le colocaron, por todo ropaje, un chal sobre los hombros, una gasa verde en los cabellos y un cinturón de brocado en su cintura. ¡Y así fue adornada! ¡Y ella era como una recién casada, más maravillosa que ninguna maravilla! Y Hassan la contemplaba, oculto detrás de los árboles de la terraza y, a pesar de todo el deseo que le impulsaba a avanzar, no lograba hacer ningún movimiento, de tal modo estaba inmovilizado por la admiración y anonadado por la emoción. Y la adolescente dijo: «¡Oh princesa, he aquí que la mañana se alza, y es llegado el tiempo en que pensemos en la partida, pues nuestro país está lejos y nosotras ya hemos descansado bastante!». Entonces ellas la vistieron con su vestido de plumas, se vistieron igualmente de la misma manera, y todas reunidas echaron a volar, poniendo claridad en el cielo de la mañana.



¡Todo esto! Y Hassan, estupefacto, las siguió con los ojos, y, mucho tiempo después que ellas hubieran desaparecido, continuó fijo en el horizonte presa de la violencia de una pasión como jamás iluminara su alma a la vista de cualquiera joven de la tierra. Y lágrimas de deseo y de amor corrieron a lo largo de sus mejillas y exclamó: «¡Ah, Hassan, infortunado Hassan! ¡Aquí tienes tu corazón desde ahora en

manos de las hijas de los *genn*, tú a quien ninguna belleza acertó a fijar en tu patria!». Y sumergido en un profundo desvarío, y la mejilla sobre la mano, improvisó: «¿Qué mañana te acogerá, ¡oh desaparecida!, bajo su rocío? Vestido de luz y de belleza, te me aparecerás para torturar mi corazón e irte. ¿Han osado pretender que el amor está lleno de dulzura? ¡Ah!, si este martirio es dulce, ¿cuál será, pues el amargor de la mirra?». Y de esta suerte continuó suspirando, sin cerrar el ojo hasta la salida del sol. Luego descendió al borde del lago, y se puso a errar de un lado para otro, aspirando en el aire fresco los efluvios que ellas habían dejado. Y continuó consumiéndose todo el día en espera de la noche, para subir entonces a la terraza, a esperar el regreso de los pájaros. Pero nadie llegó esa noche ni las otras noches. Y Hassan, desesperado, no quiso ya ni comer, ni beber, ni dormir y solo se embriagó cada vez más en su pasión por la desconocida. Y de esta forma se debilitó y amarilleó; y poco a poco, le abandonaron sus fuerzas, y se dejó caer en el suelo diciéndose: «¡La muerte es siempre preferible a esta vida de sufrimiento!». Mientras tanto, las siete princesas, hijas del rey de Gennistan, regresaron de las fiestas a que habían sido invitadas por el rey su padre. Y la más joven corrió, incluso antes de cambiar de vestido de viaje, a la búsqueda de Hassan. Y lo halló en su habitación, tendido en su lecho, muy pálido y muy cambiado; tenía los párpados cerrados y las lágrimas corrían lentamente a lo largo de sus mejillas. Y la joven, al ver esto, lanzó un grito de dolor y se arrojó sobre él y le rodeó con sus brazos, como hace la hermana con su hermano, y le besó en la frente y en los ojos, diciéndole: «¡Oh mi hermano muy amado, por Alá, mi corazón se parte al verte en este estado! ¡Ah, dime el mal que te aqueja para que yo encuentre el remedio!». Y Hassan, con el pecho alterado por los sollozos hizo con cabeza y manos una indicación que significaba: «¡No!», y no volvió a pronunciar otra palabra. Y la joven, toda lágrimas, y con infinitas caricias en la voz, le dijo: «¡Por favor, Hassan, hermano mío, alma de mi alma, delicia de mis párpados, la vida me es ya angosta y sin encanto, al ver tus ojos hundidos de delgadez en tus órbitas y marchitas las rosas de tus mejillas queridas! ¡Yo te conjuro por el afecto sagrado que nos une, que no ocultes tus penas y tu mal a una hermana que quisiera rescatar tu vida a costa de mil suyas!». Y, loca de pasión, le cubría de besos y le tenía ambas manos apoyadas en su pecho, y le suplicaba de ese modo arrodillada cerca de su lecho. Y Hassan, al cabo de cierto tiempo, lanzó varios suspiros desgarradores, y con una voz apagada improvisó estos versos: «¡Si tú mirases atentamente, hallarías, sin explicación, la causa de mis sufrimientos! Pero ¿para qué conocer una enfermedad que no tiene remedio? ¡Mi corazón ha cambiado de sitio, y mis ojos no saben ya dormir! ¡Y lo que fue cambiado por el amor, no puede ser restaurado sino por el amor!». Luego corrieron en abundancia las lágrimas de Hassan, y agregó: «¡Ah, hermana mía!, ¿qué socorros puedes tú proporcionar a quien sufre por su falta? ¡Y, además, yo tengo mucho miedo de que tú solo puedas dejarme morir de mi pesar y de mi infortunio!». Mas la joven exclamó: «¡El nombre de Alá sobre ti y en torno tuyo, oh Hassan! ¿Qué dices tú? ¡Habría mi alma de abandonar mi cuerpo y no acertaría a hacer otra cosa que venir en

tu ayuda!». Entonces Hassan, con sollozos en la voz, dijo: «Sabe, pues, ¡oh hermana mía, Botón de Rosa!, que hace diez días que no he probado bocado, y esto a causa de tales y cuales cosas que me han sucedido». Y él le contó toda su aventura, sin omitir detalle alguno. Cuando Botón de Rosa escuchó el relato de Hassan, compadeció mucho su estado y se puso a llorar con él.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS OCHENTA Y OCHO

Ella dijo:

—Luego dijo ella: «¡Oh hermano mío!, calma tu alma querida, refresca tus ojos y seca tus lágrimas, pues yo te juro que estoy pronta a arriesgar mi vida querida y mi alma preciosa para remediar cuanto te sucede, y que realices tu deseo haciéndote poseer a la desconocida a quien amas, *inschalah*. Pero te recomiendo, ¡oh hermano mío!, que tengas la cosa secreta y no digas una palabra a mis hermanas, porque arriesgas perderte y perderme contigo. Y, si ellas te hablan de la puerta prohibida y te interrogan sobre ella, diles: “¡Yo no conozco esa puerta!”. Y si, desoladas al verte tan lánguido, te hacen preguntas, tú les dirás: “¡Si yo me siento languidecer es por haber estado demasiado tiempo en esta soledad, sufriendo por vuestra ausencia! ¡Y mi corazón ha trabajado demasiado por vosotras!”». Y Hassan respondió: «¡Sí, así hablaré, pues tu idea es excelente!». Y abrazó a Botón de Rosa y sintió tranquilizarse su alma y dilatarse su pecho así aliviado del gran temor que sentía de ver a su hermana enfadarse con él a causa de la puerta prohibida. Y ya serenado respiró a sus anchas y pidió de comer. Y Botón de Rosa lo abrazó de nuevo y se apresuró a ir con lágrimas en los ojos a reunirse con sus hermanas, a las que dijo: «¡Ay, hermanas mías, mi pobre hermano Hassan está muy enfermo! ¡Desde hace diez días ningún alimento ha llevado a su estómago, cerrado a causa de nuestra ausencia y de la desesperación en que se anonada! Le dejamos aquí solo, al pobre muy amado, sin nadie que le hiciese compañía, y entonces recordó a su madre y a su patria, y estas nostalgias le han saturado de amargura. ¡Oh, cuán lastimosa es su suerte, hermanas mías!». Al oír este parlamento de Botón de Rosa, las princesas, que estaban dotadas de un alma sensible y fácil de conmover, se apresuraron a llevar de comer y de beber a su hermano; y ellas se esforzaron en consolarle y reanimarle con su presencia y sus palabras; y para distraerle, le dieron cuenta de todas las fiestas y de las maravillas que habían visto en el palacio del rey su padre, en el Gennistan. Y, durante todo un mes, no cesaron de prodigarle los cuidados más atentos y más tiernos, sin lograr, no

obstante, curarle por completo. Al cabo de este tiempo, las princesas, a excepción de Botón de Rosa que solicitó permanecer en el palacio para no dejar solo a Hassan, salieron de caza, como tenían por costumbre; y de buen grado dejaron a su joven hermana al cuidado de su huésped. Cuando hubieron marchado, la joven ayudó a Hassan a levantarse, le tomó en sus brazos y le subió a la terraza. Y allí, tomándolo en su regazo y haciendo que su cabeza descansase sobre su hombro, ella le dijo:

«Dime ahora, cordero mío, en cuál de estos pabellones escalonados al borde del lago percibiste a la que te causa tantos sobresaltos». Y Hassan respondió: «No es en ninguno de estos pabellones en donde la he visto, sino que fue primero en el agua del lago y después en el trono de esta estrada». Al oír estas palabras la joven mostró muy pálida su tez y exclamó: «¡Oh que desgracia la nuestra! ¡Pues entonces, oh Hassan, esa es la hija misma del rey de los *genn*, que reina sobre un vasto imperio y del que mi padre solo es uno de sus lugartenientes! Y el país en donde reside nuestro rey se halla a una distancia infranqueable, y cercado por un mar que ni los hombres ni los *genn* pueden atravesar. Y él tiene siete hijas, siendo la más joven aquella que tú has visto. Y él posee una guardia compuesta únicamente de adolescentes guerreros de ilustre linaje, cada uno de los cuales manda un cuerpo de cinco mil amazonas. Y precisamente la que tú viste es la más bella y la más bizarra de todas las adolescentes reales; y supera a todas las demás en valor y en destreza. ¡Ella se llama Esplendor! Y viene a pasearse aquí a cada luna nueva, en compañía de las hijas de los chambelanes de su padre. En cuanto a sus capas de plumas, que las llevan por los aires como a los pájaros, esas pertenecen al guardarropa de los genios. Y es gracias a esas capas como vamos a poder alcanzar nuestro objetivo. Sabe, en efecto, ¡oh Hassan!, que el único medio que tienes de hacerte dueño de su persona es el de apoderarte de ese ropaje encantado. Para ello solo tienes que esperar aquí oculto su regreso; y aprovecharás para arrebatarse la capa, el momento en que ella haya descendido al lago para bañarse. ¡Y de golpe la posees a ella misma! ¡Y entonces guárdate mucho de ceder a sus súplicas, y de devolverle su capa, pues de hacerlo estarás perdido sin remedio, y todas nosotras seremos también víctimas de su venganza, y nuestro padre con nosotras! ¡Cógela primero fuertemente por los cabellos y llévatela contigo; y ella se someterá a ti y te obedecerá! Y sucederá lo que sucederá».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discretamente, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS OCHENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—A estas palabras de Botón de Rosa quedo transportado de alegría Hassan, y sintió entrar en él una vida nueva y que recobraba la plenitud de sus fuerzas. Y se levantó y cogió la cabeza de su hermana y la besó tiernamente, dándole gracias por su amistad. Y ambos descendieron al palacio y pasaron el resto del tiempo entreteniéndose con unas cosas y otras, en compañía de otras jóvenes. Sucedió que al día siguiente, era precisamente el día de luna nueva, Hassan esperaba la noche para irse a ocultar detrás de la estrada del borde del lago. Y apenas estaba allí unos instantes, cuando se dejó oír en el silencio nocturno un ruido de alas, y a la claridad lunar, los pájaros, tan impacientemente deseados, llegaron y descendieron al lago luego de haberse despojado de sus capas de plumas y sus sederías interiores. Y la maravillosa Esplendor, hija del rey de reyes de los *genn*, sumergió su desnuda carne de gloria en el lago. Y Hassan, pese a la admiración y a la emoción que le dominaban pudo deslizarse, sin ser visto, hasta el lugar en donde estaban colocadas las ropas y arrebató la capa de plumas de la adolescente, y esconderse a toda prisa tras de la estrada. Cuando la bella Esplendor salió del baño, se dio cuenta, con una mirada, por el desorden en que las ropas estaban esparcidas sobre el césped, de que una mano extraña había profanado sus efectos. Y ella se acercó y comprobó que su capa había desaparecido. Y lanzó un profundo grito de terror y de desesperación, y se golpeó el rostro y el pecho. ¡Oh, qué bella estaba así, desesperada, bajó la luna! Al escuchar su grito, sus compañeras se precipitaron para enterarse de lo que ocurría, y, comprendiendo lo que acababa de suceder, se apresuraron a coger cada una su capa y, sin pensar en secar su desnudez mojada, ni en vestirse sus sedas del interior, se envolvieron en sus plumas volantes y, rápidas como gacelas azoradas o palomas perseguidas por un halcón, huyeron locamente por los aires. Y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, dejando sola, al borde del lago, a la desconsolada, la dolorosa, la indignada Esplendor, hija de su rey. Entonces Hassan, aunque temblando de emoción, se lanzó desde su escondite sobre la adolescente desnuda que huía. Y la persiguió alrededor del lago, llamándola con los apelativos más tiernos, y asegurándole que no quería hacerle mal alguno. Pero ella, semejante a una corza acorralada, corría con los brazos suplicantes, jadeante, los cabellos al viento, enloquecida por verse así sorprendida en su carne íntima de virgen. Mas Hassan, saltando, acabó por alcanzarla; y la asió por los cabellos, que enrolló en su puño, y la obligó a seguirle. Entonces ella cerró los ojos y, resignada a su suerte, se dejó llevar sin oponer resistencia. Y Hassan la condujo a su habitación en donde, sin dejarse conmover por sus súplica y sus lágrimas, la encerró para correr sin tardanza a prevenir a su hermana y anunciarle la buena nueva de su éxito. Al instante, Botón de Rosa fue a la habitación de Hassan y halló a la desolada Esplendor que se mordía las manos de desesperación, y que lloraba todas las lágrimas de sus ojos. Y Botón de Rosa se arrojó a sus pies para rendirle homenaje, y, luego de haber abrazado la tierra, le dijo: «¡Oh mi soberana, la paz sobre ti y la gracia de Alá y sus bendiciones! ¡Tú iluminas la morada y la perfumas con tu llegada!». Y Esplendor respondió: «¡Cómo,

eres tú, Botón de Rosa, la que permites que los hijos de los hombres traten a la hija de tu rey de esta manera! ¡Tú conoces el poder de mi padre; tú sabes que los reyes de los *genn* le están sometidos, y que él manda legiones de *efrits* y de *mareds*, innumerables como los granos de las arenas; y has osado recibir a un hombre en tu morada, para que pueda sorprenderme, y has traicionado a la hija de tu soberano! Si no ¿cómo este hombre hubiera hallado el camino del lago en dónde yo me bañaba?». A estas palabras contestó la hermana de Hassan: «¡Oh princesa, hija de nuestro soberano, oh la más bella y la más admirable de las hijas de los *genn* y de los humanos! Sabe que quien te ha sorprendido en tu baño, ¡oh lustral!, es un adolescente no parecido a ningún otro. Y él, en verdad, está dotado de maneras demasiado encantadoras para haber tenido la menor idea de ofenderte. ¡Pero cuando una cosa ha sido fijada por el destino, debe suceder! Y, precisamente, el destino del hermoso joven que te ha sorprendido le ha hecho un apasionado enamorado de tu belleza, y los enamorados son excusables. ¡Y amarte como él te ama no puede ser culpable a tus ojos! Y, además, ¿no ha creado Alá las mujeres para los hombres? Y este ¿no es el adolescente más encantador que existe sobre la tierra? ¡Si tú supieras, oh mi señora, lo enfermo que ha estado desde el día en que te vio por vez primera! ¡Ha estado a punto de perder su alma! ¡Así!». Y ella continuó contando a la princesa toda la violencia de la pasión encendida en el corazón de Hassan, y terminó diciendo: «¡Y no olvides, oh mi señora, que él te escogió entre tus diez compañeras, como la más bella y la más maravillosa! Y, además, cuando ellas estaban desnudas como tú y como tú fáciles de sorprender en su baño». Y escuchando este discurso de la hermana de Hassan, la bella Esplendor vio bien que ella debía renunciar a todo plan de evasión, y se contentó con lanzar un profundo suspiro de resignación. Y Botón de Rosa corrió al momento a traerle un magnífico vestido, con el que la vistió.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS NOVENTA

Ella dijo:

—En seguida le sirvió de comer e hizo todos sus esfuerzos para desterrar su pesadumbre. Y la bella Esplendor acabó por consolarse un tanto y dijo: «¡Veo bien que estaba escrito en mi destino que yo debía verme separada de mi padre, de mi familia y de las moradas de mi patria! ¡Y es preciso que yo me someta a los decretos del destino!». Y la hermana de Hassan no descuidó en mantenerla en esta resolución, y lo hizo tan bien que las lágrimas de la princesa cesaron de brotar y ella se resignó a

su suerte. Entonces la hermana de Hassan se ausentó un instante para correr hasta su hermano y decirle: «Prepárate para acudir velozmente junto a tu amada, pues el momento es propicio. Una vez que estés en la cámara, comienza por besarle los pies, luego las manos, luego la cabeza. Y solamente entonces le dirigirás la palabra, y esto de la manera más elocuente y más gentil». Y Hassan, temblando de emoción, marchó al lado de la princesa la que, habiéndole reconocido, le miró atentamente y, a pesar de su despecho, fue en extremo afectada por su belleza. Mas bajó los ojos y Hassan le abrazó los pies y las manos y la besó en la frente, entre los ojos, a continuación, diciéndole: «¡Oh soberana de las más bellas, vida de las almas, gozo de las miradas, jardín del espíritu, oh reina, oh soberana mía, te ruego que tranquilices tu corazón y enjugues tus ojos, pues tu suerte está colmada de felicidad! Yo no tengo respecto a ti otra intención que la de ser únicamente tu esclavo fiel, como ya mi hermana es tu sirviente. ¡Y mi intención no es violentarte, sino desposarte según la ley de Alá y de su enviado! Y entonces te llevaré a Bagdad, mi patria, en donde te compraré esclavos de uno u otro sexo, y una morada digna de ti por su magnificencia. ¡Ah, si supieras qué país admirable es aquel en donde se eleva Bagdad, la ciudad de la paz, y cómo son de amables, educados y acogedores sus habitantes, y cómo su conocimiento es delicioso y de buen augurio! Y, además, yo tengo una madre que es la mejor de las mujeres, y que te querrá como a una hija, y que te hará platos maravillosos, pues es seguramente la que sabe cocinar mejor en todo el país del Irak». ¡Así habló Hassan a la adolescente Esplendor, hija del rey del Gennistan! ¡Y la princesa no le contestó ni con palabra, ni con una letra, ni con un ademán! Y, de pronto, se oyó llamar a la puerta del palacio. Y Hassan, que era el encargado de abrir y de cerrar las puertas, dijo: «¡Perdóname, oh mi señora! Voy a ausentarme un instante». Y corrió a abrir la puerta. Eran sus hermanas que volvían de la caza y que, viéndole de nuevo recobrado de salud y con las mejillas radiantes, se regocijaron y asombraron al límite del asombro. Y Hassan se guardó bien de hablarles de la princesa Esplendor, y las ayudó a llevar el producto de su caza, que consistía en gacelas, zorras, liebres, búfalos y bestias feroces de toda clase. Y tuvo con ellas una amabilidad excesiva, besándolas una a una en la frente, y las requiebró, testimoniándoles la amistad con una efusión a la que ellas no estaban acostumbradas de su parte, visto que reservaba todas sus caricias para la hermana más joven, Botón de Rosa. Así fue que quedaron agradablemente sorprendidas de este cambio; e incluso la mayor de las jóvenes acabó por sospechar que debía existir un motivo que generaba estos transportes; y ella le miró con sonrisa maliciosa, le guiñó el ojo y le dijo: «¡En verdad, oh Hassan, que esta demostración excesiva nos extraña de parte tuya, ya que hasta hoy aceptaste nuestras caricias sin querer jamás devolvérmolas! ¿Nos encuentras más bellas con nuestros arreos de caza, o nos amas más ahora, o bien son ambos motivos a la vez?». Pero Hassan bajó los ojos y lanzó un suspiro capaz de partir el corazón más endurecido. Y las princesas, extrañadas, le preguntaron: «¿Por qué suspiras de ese modo, oh hermano nuestro? ¿Y qué puede alterar tu sosiego? ¿Quieres volver al lado de tu

madre, en tu patria? ¡Habla, Hassan, abre tu corazón a tus hermanas!». Mas Hassan se dirigió a su hermana Botón de Rosa, que precisamente acababa de llegar, y le dijo enrojeciendo en extremo: «¡Habla tú, mejor! ¡Pues siento mucha vergüenza de decir cuál es la causa que me turba!». Y Botón de Rosa dijo: «¡Hermanas mías, no es nada de particular! Sencillamente que nuestro hermano ha atrapado un pájaro bello del aire, y desea de todas vosotras que le ayudéis a domesticarlo». Y todas exclamaron: «¡Sí, eso no tiene nada de particular! Pero ¿por qué enrojece de ese modo Hassan por un motivo así?». Ella respondió: «Helo aquí: es que Hassan ama de amor, ¡y con qué amor!, a ese pájaro». Ellas dijeron: «¡Por Alá, oh Hassan! ¿Cómo harás para demostrarle tu amor a un pájaro del aire?». Y Botón de Rosa dijo, en tanto que Hassan bajaba la cabeza enrojeciendo aún más: «¡Con la palabra, con el gesto y con todo lo demás!». Ellas dijeron: «Pero, entonces, ¿es que es muy grande el pájaro de nuestro hermano!». Botón de Rosa dijo: «Es de nuestra talla. ¡Escuchadme primero!». Luego prosiguió: «¡Sabed, hermanas mías, que el espíritu de los hijos de Alá es muy limitado! Este es el porqué de que, cuando dejamos aquí tan solo a nuestro pobre Hassan, como él sentía su pecho muy angustiado se puso a errar por el palacio para distraerse. Pero tenía su espíritu tan turbado que confundió las llaves de las habitaciones y abrió, por error, la puerta del apartamento prohibido, en el que se halla la terraza. Y le sucedió tal y tal cosa». Y le contó pero atenuando la falta de Hassan, toda la historia, agregando: «En todo caso, nuestro hermano es perdonable, pues la adolescente es bella. ¡Ah si supierais cómo es de bella, hermanas mías!». A este discurso de Botón de Rosa contestaron sus hermanas: «Si ella es tan bella como tú dices, comienza, antes de presentárnosla, por describírnosla algo más». Botón de Rosa dijo: «¡Por Alá!, ¿quién podría describírosla? ¡Me saldrían pelos en la lengua antes que yo pudiera deciros sus gracias, ni siquiera aproximadamente! Sin embargo, quiero intentarlo, siquiera para impediros que al verla caigáis de espalda: ¡*Bismilah*, oh hermanas mías, gloria a aquel que ha revestido de esplendor su desnudez de jazmín! Ella supera a las gacelas por la belleza de su nuca y por el resplandor de sus ojos negros y al araka por la esbeltez de su talle. Su cabellera es una noche de invierno, compacta y negra; su boca, imitando a la rosa, es el sello mismo de Soleimán; sus dientes de tierno marfil son un collar de perlas o de piedras de igual grosor; su cuello es un lingote de plata; su vientre tiene pliegues y repliegues, y su grupa, hoyuelos y planos; su ombligo es lo suficiente para contener una pulgada de almizcle negro; sus muslos son robustos y a la vez firmes y elásticos como cojines rellenos de plumas de avestruz, y, en su cumbre, en su nido cálido y encantador, semejante a un conejo desorejado, una historia de gloria con su terraza y su territorio y sus cañadas en embudo en donde dejarse coger para olvidar los negros pesares. ¡Y no os equivocáis, oh hermanas mías! Pues, al verla, podríais tomarla también por una cúpula de cristal, redonda por todos lados y asentada sobre una base sólida, o por una taza de plata descansando invertida. Y es a una adolescente como ella a la que aplican juiciosamente estos versos del poeta:

¡Ella vino a mí, la joven, vestida con su belleza como el rosal de sus rosas, y los senos delante, oh granadas! ¡Pues ni las rosas de los rosales, ni las granadas de jardines, merecen la comparación!

Pues las rosas se pueden aspirar, y las granadas se pueden coger, pero a ti, ¿quién puede lisonjearse de sentirte o tocarte?

¡Y he aquí, hermanas mías, lo que una mirada ha podido ver de la princesa Esplendor, hija del rey de los reyes del Gennistan!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS NOVENTA Y UNA

Ella dijo:

—Cuando las jóvenes oyeron estas palabras de su hermana, ellas gritaron maravilladas: «¡Qué razón tienes tú, oh Hassan, en haberte prendado de esta espléndida adolescente! Mas, par Alá, apresúrate a llevarnos junto a ella, para que la veamos con nuestros propios ojos». Y Hassan, confortado por parte de sus hermanas, las condujo al pabellón en donde se hallaba la bella Esplendor. Y ellas, contemplando su belleza simpar, besaron la tierra entre sus manos, y, luego de los *salams* de bienvenida, le dijeron: «¡Oh hija de nuestro rey, sí, tu aventura con el adolescente, nuestro hermano, es prodigiosa! Y todas nosotras, aquí en pie entre tus manos, te auguramos la dicha en el futuro y te aseguramos que, durante toda tu vida, no tendrás sino que loarte grandemente de este adolescente, hermano nuestro, y de su delicadeza de maneras y de su finura en todo y de su afecto. ¡Piensa, además, que en lugar de servirse de un intermediario, él mismo te ha declarado su pasión y no te ha solicitado nada ilícito! ¡Y nosotras, si no supiéramos que las jóvenes no pueden pasarse sin hombres, no haríamos cerca de ti, la hija de nuestro rey, una gestión tan atrevida! ¡Déjanos, por tanto, casarte con nuestro hermano, y te certificamos con nuestro cuello que estarás contenta de él!». Y dichas estas palabras, ellas esperaron la respuesta. Pero como la bella Esplendor no decía ni sí ni no, avanzó Botón de Rosa y le tomó en las suyas su mano y le dijo: «¡Con tu permiso, oh señora nuestra!». Y se volvió hacia Hassan y le dijo: «¡Dame tu mano!». Y Hassan extendió su mano y Botón de Rosa la tomó y la unió a la de la princesa Esplendor, diciéndoles a ambos: «¡Con el consentimiento de Alá y por la ley de su enviado, yo os caso!». Y Hassan, en el límite de la felicidad, improvisó estos versos: «¡Oh, mezcla admirable reunida en ti, hurí! Viendo tu glorioso rostro bañado en el agua de la belleza, ¿quién podría olvidar el

radiante esplendor? Mis ojos te veían compuesta preciosamente de rubíes, en toda la mitad de tu cuerpo encantador, de perlas en el tercio, de almizcle negro en el quinto y de ámbar en el sexto. Entre las vírgenes de la primera Eva y entre las bellezas que pueblan los múltiples jardines de los cielos, ¡no hay ninguna que se te pueda comparar! ¿Quieres tú darme la muerte? ¡No me perdones! ¡El amor ha hecho muchas otras víctimas! ¡Si quieres llamarme a la vida, desciende tus miradas sobre mí, oh ornamento del mundo!». Y las jóvenes, al escuchar estos versos, exclamaron todas a la vez, volviéndose hacia Esplendor. «¡Oh princesa!, ¿nos reprenderás tú ahora por haberte traído un mancebo que se expresa en una forma tan bella y en versos tan hermosos?». Y Esplendor preguntó: «¿Es, pues, poeta?». Ellas dijeron: «¡Sí, ciertamente! Él improvisa y compone con una facilidad maravillosa poemas y odas de millares de versos, en los que impera siempre un sentimiento muy vivo». Estas palabras, que evidenciaban claramente el nuevo mérito de Hassan, acabaron por ganar, al fin, el corazón de la nueva esposa. Y ella miró a Hassan sonriendo bajo sus largas pestañas. Y Hassan, que solo esperaba una indicación de sus ojos, la tomó en sus brazos y la llevó a su cámara. Y allí, con su permiso, abrió lo que ella tenía que abrir, y rompió lo que él tenía que romper, y deselló lo que estaba sellado. Y se dulcificó con todo ello hasta el límite de la dulcificación; y ella igualmente. Y en poco tiempo, ambos experimentaron la plenitud de todas las alegrías del mundo. Y el amor por la jovencita se incrustó en el corazón de Hassan más allá de todas las pasiones. ¡Y él cantó intensamente con todos sus pájaros! ¡Gloria a Alá, que une a sus creyentes en las delicias y no les calcula sus dones generosos! ¡Es a ti, oh señor, al que adoramos, es a ti al que imploramos el socorro! ¡Dirígenos por el recto sendero, por el sendero de aquellos a quienes colmaste con tus beneficios, y no por el de aquellos que incurrieron en tu cólera, ni por el de aquellos que permanecen en el extravío! Y Hassan y Esplendor pasaron reunidos de esa forma cuarenta días, en el seno de todos los goces que procura el amor. Y las siete princesas, sobre todo Botón de Rosa, se esforzaron en variar a diario los placeres de los dos esposos y en hacerles la estancia en palacio lo más agradable que les fue posible. Pero al cabo del cuadragésimo día, Hassan vio en sueños a su madre, que le reprochaba el haberla olvidado, en tanto que ella pasaba los días y las noches llorando sobre la tumba que le había hecho levantar en la casa. Y él se despertó con lágrimas en los ojos y lanzando suspiros capaces de penetrar el alma. Y las siete princesas, sus hermanas, acudieron al oírle llorar; y Botón de Rosa, más llorosa que las otras, preguntó a la hija del rey de los *genn* lo que le había sucedido a su esposo. Y Esplendor replicó: «¡No lo sé!». Y Botón de Rosa dijo: «¡Voy entonces a informarme por mí misma de la causa de su inquietud!». Y ella preguntó a Hassan: «¿Qué te sucede, cordero mío?». Y las lágrimas de Hassan no hicieron sino correr con mayor violencia; y terminó por contar su sueño, lamentándose mucho.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS NOVENTA Y DOS

Ella dijo:

—Entonces le llegó a Botón de Rosa el turno de gemir y de llorar, en tanto que sus hermanas decían a Hassan: «En ese caso, ¡oh Hassan!, no podemos retenerte nosotras más aquí, ni impedirte que regreses a tu país para volver a ver a tu madre. Únicamente te suplicamos que no nos olvides y que nos prometas volver a hacernos una visita una vez cada año». Y su hermana menor, Botón de Rosa, se arrojó a su cuello sollozando y acabó por caer desvanecida de dolor. Y cuando ella recobró el conocimiento, recitó tristemente versos de despedida, y hundió su cabeza en sus rodillas, negándose a todo consuelo. Y Hassan se puso a abrazarla y a bromear con ella. Y le prometió, mediante juramento, volver a verla una vez todos los años. Y durante este tiempo, a ruego de Hassan, sus otras hermanas se pusieron a hacer los preparativos del viaje. Y cuando todo estuvo resuelto, ellas le preguntaron: «¿De qué manera quieres tú regresar a Bassra?». Y él dijo: «¡Yo no sé!». Luego, de pronto, se acordó del tambor mágico que él había arrebatado al mago Bahram, y sobre el cual estaba extendida la piel de gallo. Y exclamó: «¡Por Alá, esta es la cuestión! ¡Pero yo no sé cómo utilizarlo!». Entonces Botón de Rosa, que lloraba, secó un momento sus lágrimas y, levantándose, dijo a Hassan: «¡Oh hermano mio bien amado, yo voy a enseñarte el medio de servirte de este tambor!». Y ella tomó el tambor y, apoyándolo sobre su flanco, hizo el simulacro de tocar con sus dedos en la piel de gallo. Luego dijo a Hassan: «Es así como hay que hacer». Y Hassan dijo: «¡He comprendido, hermana mía!». Y él tomó a su vez el tambor de las manos de la joven y lo percutió de la misma forma que había visto hacer a Botón de Rosa, pero con mucha fuerza. Y al momento, de todos los puntos del horizonte surgieron grandes camellos, dromedarios de carrera, yeguas y caballos. Y todo el rebaño acudió al galope a colocarse tumultuosamente en una larga fila: primero los camellos; luego, los dromedarios de carreras; después, las yeguas y los caballos. Entonces las siete princesas eligieron las mejores bestias y despidieron al resto. Y ellas cargaron sobre aquellas que eligieron los valiosos fardos, los regalos, los efectos y las provisiones de boca. Y colocaron sobre la joroba de un corpulento dromedario de carrera un magnífico palanquín de dos plazas para los esposos. Y entonces comenzaron los adioses. ¡Oh, cómo fueron de dolorosos! ¡Pobre Botón de Rosa! ¡Tú estuviste triste y llorabas! ¡Cómo se partía tu corazón fraternal abrazando a Hassan, que partía con la hija del rey! ¡Y tú gemías como una tórtola violentamente separada de su tortolito! ¡Ah, tú no sabías aún, oh tierna Botón de Rosa, cuánta amargura encierra la copa de la separación! ¡Y no sospechabas que tu bien amado Hassan, del que preparabas la

felicidad, oh plena de piedad, debía ser tan pronto arrebatado a tu afección! ¡Pero está segura de que lo volverás a ver! ¡Tranquiliza, pues, tu alma querida y enjuga tus ojos! ¡A fuerza de llorar, tus mejillas se han trocado, de rosas que ellas eran, en casi flores de granado! ¡Corta tus lágrimas, Botón de Rosa, tranquiliza tu alma querida y seca tus ojos! ¡Tú volverás a ver a Hassan, pues así lo quiere el destino! La caravana se puso en marcha entre los gritos desgarradores de los adioses y desapareció a lo lejos, en tanto que Botón de Rosa caía desvanecida. Y con la rapidez del pájaro atravesó las montañas y los valles y, con el asentimiento de Alá, que le escribía la seguridad, llegó sin entorpecimiento a Bassra. Cuando estuvieron a la puerta de la casa, Hassan oyó a su madre gemir y deplorar dolorosamente la ausencia de su hijo; y sus ojos se llenaron de lágrimas y llamó en la puerta. Y desde el interior, la voz cascada de la vieja preguntó: «¿Quién está ahí?». Y Hassan dijo: «¡Ábrenos!». Y ella se acercó temblando en sus pobres piernas a abrir la puerta y, a pesar de su vista debilitada por las lágrimas, reconoció a su hijo Hassan. Entonces lanzó un profundo suspiro y cayó desvanecida y Hassan le prodigó sus cuidados, ayudado por su esposa, y la hizo volver en sí. Después se lanzó a su cuello y ambos se abrazaron tiernamente, llorando de alegría. Y, pasados los primeros transportes, Hassan dijo a su madre: «¡Oh madre, aquí tienes a tu hija, mi esposa, que yo te traigo para servirte!». Y la vieja contempló a Esplendor y, viéndola tan bella, quedó maravillada y a punto de perder la razón. Y ella le dijo: «¡Quienquiera que tú seas, hija mía, sé bien venida a la casa que tú iluminas!». Y preguntó a Hassan: «Hijo mío, ¿cómo se llama tu esposa?». Él respondió: «Esplendor, oh madre mía». Ella dijo: «¡Oh, que nombre más apropiado! ¡Qué bien inspirado estuvo aquel que halló este nombre, oh hija de bendición!». Y ella la tomó de la mano y la hizo sentar a su lado sobre el viejo tapiz de la casa. Y Hassan, entonces, se puso a contar a su madre toda la historia, desde la repentina desaparición, hasta su regreso a Bassra, sin omitir un solo detalle. Y su madre quedó maravillada, al límite de lo maravilloso, de cuanto oía y no supo qué hacer para honrar, según su rango, a la hija del rey de reyes del Gennistan. Para comenzar, ella se apresuró a ir al zoco para comprar toda clase de provisiones de primera calidad; y a continuación fue al zoco de las sederías para adquirir diez vestidos espléndidos, los mejores que había entre los grandes mercaderes; y se los llevó a la esposa de Hassan y se los puso los diez de una vez, uno encima de otro, para indicar de ese modo que nada excesivo para su rango y su merecimiento. Y ella la abrazó como a su propia hija. Y en seguida se puso a cocinarle platos extraordinarios y dulces no parecidos a ningunos otros. Y para contentarla no escatimó nada, colmándola de cuidados y de delicadas atenciones. Luego se volvió hacia su hijo y le dijo: «Yo no sé, Hassan, pero creo que la ciudad de Bassra no es digna del rango de tu esposa; bajo todos los aspectos es mejor para nosotros que nos vayamos a vivir a Bagdad, la ciudad de la paz, bajo el ala protectora del califa Harún Al-Raschid. Además, hijo mío, hemos llegado a ser muy ricos y yo temo mucho que, quedándonos en Bassra, en donde somos conocidos como pobres, llamemos la atención de una manera sospechosa y

seamos acusados, con motivo de nuestras riquezas, de practicar la alquimia. Lo mejor, a mi entender, es que marchemos lo más pronto a Bagdad, en donde, desde el comienzo, seremos conocidos como pertenecientes a los príncipes o a los emires lejanos». Y Hassan respondió a su madre: «¡La idea es excelente!». Y se levantó al momento y vendió los muebles de la casa. Luego tomó el tambor e hizo resonar la piel de gallo.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS NOVENTA Y TRES

Ella dijo:

—Y al momento surgieron del fondo de los aires los grandes dromedarios, que vinieron a colocarse en fila ante la casa. Y Hassan y la madre de Hassan y la esposa de Hassan tomaron cuanto habían guardado de más valioso en cosas preciosas y ligeras de peso y, subiendo en el palanquín, pusieron a los dromedarios a la carrera. Y en menos tiempo del que se necesita para distinguir la mano derecha de la mano izquierda, ellos llegaron a las orillas del Tigris, en las puertas de Bagdad. Y Hassan tomó la delantera y fue a requerir a un corredor para que le adquiriese, por el precio de cien mil dinares, un palacio magnífico propiedad de un visir entre los visires. Y se apresuró a llevar a su madre y a su esposa. Y amuebló el palacio con un lujo fastuoso y compró esclavos de uno u otro sexo y mancebos y eunucos. Y no escatimó nada para que su tren de casa fuese el más notable de toda la ciudad de Bagdad. Instalado de ese modo, Hassan, llevó desde entonces, en la ciudad de la paz, una vida deliciosa con su esposa, rodeados ambos de los cuidados minuciosos de la venerable anciana madre, que a diario se ingeniaba para confeccionar un plato nuevo o reproducir las recetas de cocina que ella conocía por sus vecinas y que diferían mucho de las de Bassra; pues en Bagdad había muchas comidas que no se podían lograr en ninguna otra parte de la superficie de la tierra. Y al cabo de nueve meses de esta vida feliz y de esta cuidada alimentación, la esposa de Hassan dio a luz felizmente dos niños gemelos como lunas. Y se le llamó a uno Nasser y al otro Manssur. Ahora bien, al cabo de un año, el recuerdo de las siete princesas vino a la memoria de Hassan con la llamada del juramento que él les había prestado. Y experimentó el deseo más vivo de volverlas a ver, sobre todo a su hermana Botón de Rosa. Por tanto, hizo los preparativos necesarios para este viaje, compró las telas más bellas y las cosas más valiosas, dignas de ser ofrecidas como regalos, que él pudo hallar en Bagdad y en todo el Irak y comunicó a su madre el proyecto por él trazado, agregando: «Durante

mi ausencia, yo quiero solamente recomendarte una cosa, con el máximo interés, y es la de que guardes cuidadosamente la capa de plumas de mi esposa Esplendor, que he ocultado en el lugar más secreto de la casa. Pues, ¡oh madre mía!, sabe bien que si mi querida esposa encuentra la ocasión, para nuestra inmensa desgracia, de volver a ver esa capa, se acordará al instante de su instinto original, que es el vuelo de los pájaros, y no se podrá impedir que vuele de aquí, incluso contra su corazón. ¡Ten mucho cuidado, madre mía, de no mostrarle esa capa! ¡Pues si ocurriera esa desgracia, yo, ciertamente, moriría de pesar o me mataría! Además, yo te recomiendo que la cuides bien, ya que ella es delicada y está acostumbrada al mimo, y no dejes de servirla tú misma antes que la servidumbre, que no sabe, como tú, lo que se precisa, lo que conviene y lo que no conviene, lo que es refinado y lo que es grosero. Y sobre todo, madre mía, no le dejes poner el pie fuera de la casa, ni sacar su cabeza por una ventana, ni subir a la terraza del palacio; pues yo temo mucho el aire libre para ella y que el espacio la tiente de algún modo por algún lugar. ¡Así, pues, estas son mis recomendaciones! ¡Y si quieres mi muerte, no tienes más que descuidarlas!». Y la madre de Hassan respondió: «¡Que Alá me guarde de desobedecerte, oh hijo mío! ¡Roguemos al profeta! ¡Precisaría estar loca para tener necesidad de tantas recomendaciones o para quebrantar la más leve de tus órdenes! ¡Marcha, pues, tranquilo, oh Hassan, y sosiega tu espíritu! Y a tu regreso, con la gracia de Alá, solo tendrás que preguntar a Esplendor si todo ha marchado bien, como tú querías. Pero yo, a mi vez, quiero pedirte una cosa, ¡oh hijo mío!, y es que no prolongues lejos de nosotras tu ausencia nada más que el tiempo necesario para ir y volver, luego de una corta estancia con las siete princesas». Así hablaron el uno al otro, Hassan y la madre de Hassan. Y ellos no sabían lo que les reservaba el desconocido en el libro del destino, puesto que la bella Esplendor oía todas las palabras que ellos se decían y las fijaba en su memoria. Hassan prometió, pues, a su madre que él solo se ausentaría el tiempo necesario y se despidió de ella, y fue a abrazar a su esposa Esplendor y a sus dos hijos, Nasser y Manssur, que lactaban en el seno de su madre. Luego él batió la piel de gallo del tambor y cabalgó el dromedario de carrera que se presentó.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS NOVENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—Y luego de haber reiterado a su madre por segunda vez todas las recomendaciones, le besó la mano. Luego habló al dromedario, agachado, el que se

levantó al momento sobre sus cuatro patas y enfiló los aires, mejor que sobre la tierra, librando sus miembros al viento y aniquilando bajo sus pasos la distancia. Y ya solo fue un punto lejano en el espacio. No es necesario indicar la intensidad de la alegría con que fue acogido Hassan a su llegada hasta las siete princesas y, sobre todo, la felicidad de Botón de Rosa, y como ellas adornaron el palacio con guirnaldas de flores y cómo lo iluminaron. Dejémosle también contar a sus hermanas todo cuanto tenía que contarles, en particular el nacimiento de sus dos hijos gemelos, Nasser y Manssur; dejémosle también entregarse con ellas a la caza y a las diversiones; y hacedme la merced, ¡oh mis honorables y generosos oyentes que me rodeáis!, de volver conmigo al palacio de Hassan, en Bagdad, en donde hemos dejado a la anciana madre de Hassan y a su esposa Esplendor. Otorgadme ese favor, ¡oh señores míos de la mano abierta!, y veréis y entenderéis lo que vuestros venerables oídos y vuestros ojos admirables no han visto, oído o sospechado jamás en su vida. ¡Y que sobre vosotros descendan las bendiciones del distribuidor y lo más escogido de sus favores! ¡Escuchadme bien, señores! Sucedió, pues, ¡oh muy ilustres!, que cuando marchó Hassan, su esposa Esplendor no se movió y no abandonó un instante a la madre de Hassan, y esto durante diez días. Pero, en la mañana del tercer día, ella besó la mano de la anciana y le deseó un buen día, y le dijo: «¡Oh madre mía!, yo quisiera bien ir al *hamman*, pues hace ya tiempo que no me baño, a causa de la lactancia de Nasser y de Manssur». Y la anciana dijo: «¡Ya Alá! ¡Oh las palabras inconsideradas, hija mía! ¡Ir al *hamman* sería una calamidad para nosotros! ¿No sabes que tú y yo somos extranjeras, que no conocemos para nada los *hammans* de esta ciudad? ¡Cómo podrías ir tú sin ser acompañada por tu esposo que te precedería para tenerte preparada una sala y asegurarse que todo estaba en condiciones allí, y que las cucarachas, las polillas y otros bichos no se desprenderían del abovedado! Ahora bien, tu esposo está ausente y yo no conozco a nadie que pueda reemplazarle en una tan grave ocasión; y yo misma no puedo acompañarte a causa de mi mucha edad y de mi debilidad. Pero, si tú quieres, hija mía, voy a hacerte calentar el agua aquí mismo y yo te lavaré la cabeza y te daré un baño delicioso en el *hamman* de nuestra casa. Precisamente tengo yo cuanto se necesita para ello, e incluso recibí anteayer una caja de tierra perfumada de Alepo, y ámbar, y pasta depilatoria, y *henné*. De modo que, hija mía, puedes estar tranquila sobre este particular. ¡El baño será excelente!». Pero Esplendor replicó: «¡Oh mi señora!, ¿desde cuándo niegas a las mujeres el permiso del *hamman*? ¡Por Alá que si, incluso, tú hubieras dicho esas cosas a una esclava, ella no las hubiera soportado y, mejor que continuar en tu casa, hubiera solicitado de ti ser vendida en subasta en el zoco! Pero ¡oh señora mía, cuán insensatos son los hombres, que se imaginan que todas las mujeres se parecen y que es necesario tomar contra ellas mil precauciones, más tiránicas las unas que las otras, para impedirles hacer las cosas ilícitas! Pero tú debes saber, además, que cuando una mujer ha resuelto firmemente hacer una cosa, ella encuentra siempre el medio, a pesar de todos los impedimentos, de conseguirlo, y que nada la puede detener en sus designios, aunque

fuesen irrealizables o colmados de desastres. ¡Ah, ay, mi juventud! ¡Se sospecha de mí y no se tiene fe alguna en mi castidad! ¡Y no me queda más que morir!». Y dichas estas palabras, se puso a verter lágrimas y a sollozar y a demandar sobre su cabeza las más negras calamidades. Entonces la madre de Hassan acabó por conmovirse de sus lágrimas, y a pesar de la expresa prohibición de su hijo, preparó cuanto era necesario para el baño, tanto de paños como de perfumes. Luego ella dijo a Esplendor:

«¡Vamos, hija mía, ven y no continúes entristeciéndote! ¡Pero que Alá nos salvguarde de la cólera de tu esposo!». Y salió con ella del palacio y la acompañó al *hamman* más renombrado de la ciudad. ¡Ah, cuánto mejor hubiera obrado la madre de Hassan no dejándose conmover por las lamentaciones de Esplendor y no franqueando el umbral de ese *hamman*! Pero ¿quién puede leer en el libro de los destinos, aparte del único vidente? ¿Y quién puede decir de antemano lo que se ha de hacer entre dos pasos del camino? Pero nosotros, que somos musulmanes creemos y nos confiamos en la suprema voluntad. Y decimos: «¡No hay más dios que Alá, y Mahoma es su profeta, oh creyentes, mis ilustres escuchadores!». Cuando la bella Esplendor, precedida por la madre de Hassan, que llevaba el paquete de ropa blanca limpia, penetró en el *hamman*, las mujeres que estaban tendidas en la gran sala central de entrada lanzaron a la vez un grito de admiración, tan maravilladas quedaron de su belleza.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS NOVENTA Y CINCO

Ella dijo:

—¡Y ellas no le quitaron los ojos de encima! ¡Tal fue el deslumbramiento cuando la adolescente estaba todavía envuelta en sus velos! Pero ¡cuál no fue su delirio cuando, habiéndose desvestido, se mostró desnuda! ¡Oh arpa de David, el rey que encantaba al león Saúl; y tú, hija del desierto, amante de Antara, el crespo guerrero, oh virgen Aba de las bellas caderas, que sublevabas, haciéndolas entrechocar unas con otras a todas las tribus de la Arabia; y tú, Sett Budur, hija del rey Ghayur, señor de El-Buhur y de El-Kussur, tú, cuyos ojos de incendio turbaron tanto a los *genn* y a los *efrits*; y tú, música de las fuentes; y tú canto primaveral de los pájaros! ¿Qué suponéis vosotros ante la desnudez de esta gacela? ¡Alabanzas a Alá que te ha creado, oh Esplendor, y mezclado en tu cuerpo de gloria los rubíes con el almizcle, el ámbar con las perlas, oh toda de oro! Así, pues las mujeres del *hamman*, para contemplarla mejor, abandonaron su baño y su indolencia y la siguieron paso a paso. Y el rumor de

sus encantos se esparció, del *hamman*, en seguida, por toda la cercanía y, en un instante, fueron invadidas las salas, hasta no poder circular por ellas, por las mujeres atraídas por la curiosidad de ver a esa maravilla de belleza. Y entre estas mujeres anónimas se encontraba precisamente una de las esclavas de Sett Zobeida, esposa del califa Harún Al-Raschid. Y esta joven esclava, que se llamaba Tohfa, quedó todavía más estupefacta que las otras de la perfecta belleza de esta mágica luna; y, con sus grandes ojos abiertos, se inmovilizó en la primera fila para verla bañarse. Y cuando Esplendor hubo terminado su baño y se vistió, la pequeña esclava no acertó a hacer otra cosa que seguirla fuera del *hamman*, atraída por ella como por una piedra imán, y se puso a caminar detrás de ella por la calle hasta que Esplendor y la madre de Hassan llegaron a su vivienda. Entonces la joven esclava Tohfa, no pudiendo entrar en el palacio, se contentó con llevar sus dedos a sus labios y lanzar a Esplendor, al mismo tiempo que una rosa, un beso resonante. Pero, desgraciadamente para ella, el eunuco de la puerta vio la rosa y el beso y, en extremo enfadado, se puso a lanzarle atroces insultos con los ojos en blanco; esto le obligó a volver sobre sus pasos, suspirando. Y ella regresó al palacio del califa, en el que se apresuró a pasar junto a su ama, Sett Zobeida. Cuando Sett Zobeida vio que su esclava preferida estaba toda pálida y muy emocionada, le preguntó: «¿En dónde has estado oh gentil, para volver en ese estado de palidez y de emoción?». Ella dijo: «En el *hamman*, ¡oh mi señora!». Ella preguntó: «¿Y qué has visto, pues, en el *hamman*, ¡oh Tohfa mía!, para volver trastornada y con los ojos tan lánguidos?». Ella respondió: «¿Y cómo, ¡oh mi señora!, no han de languidecer mis ojos y mi alma, y no invadir la melancolía mi corazón, respecto a aquella que ha trastornado mi razón?». Sett Zobeida se puso a reír y dijo: «¿Qué me cuentas tú, oh Tohfa, y de quién me hablas?». Ella dijo: «¿Qué delicado adolescente y qué jovencita, qué cervatillo o qué gacela, ¡oh mi señora!, igualaron jamás sus encantos y su belleza?». Sett Zobeida indicó: «¡Oh loca, Tohfa!, ¿quieres decidirte, al fin a decirme su nombre?». Ella dijo: «¡Yo no lo sé, oh mi señora! Pero ¡oh mi señora!, yo te lo juro por los méritos de tus favores sobre mi cabeza, que ninguna criatura es comparable a ella, en el pasado, en el presente o en el futuro. Todo cuanto sé de ella es que vive a las orillas del Tigris y que tiene una gran puerta del lado de la ciudad y otra puerta del lado del río. Y, además, se me ha dicho en el *hamman* que era la esposa de un rico mercader llamado Hassan Al-Bassri. ¡Ah, mi señora, si me ves toda temblorosa entre tus manos no es solamente por la emoción causada por su belleza, sino por el gran temor que me invade pensando en las funestas consecuencias que resultarían si, por desgracia, nuestro señor el califa se enterase! Seguramente haría matar al marido y, con desprecio de todas las leyes de la equidad, se casaría con esta milagrosa adolescente. ¡Y de ese modo vendería todos los bienes inestimables de su alma inmortal por la posesión temporal de una criatura bella, pero perecedera!». Al oír estas palabras de su pequeña esclava Tohfa, Sett Zobeida, que sabía cuán discreta y comedida de palabras era de ordinario, quedó muy estupefacta y le dijo: «Pero, Tohfa, ¿estás segura, al menos, de que no ha sido

solamente en sueños en donde viste una maravilla tal de belleza?». Ella respondió: «¡Yo lo juro sobre mi cabeza y sobre el peso de la obligación que debo a tus bondades hacia mí, oh mi señora! ¡Yo acabo, al verla, de lanzarle una rosa y un beso a esta adolescente, de la que no se ha visto nacer pareja en ninguna tierra, ni en ningún clima, ni entre los árabes, ni entre los turcos o los persas!». Y Sett Zobeida exclamó entonces: «¡Por la vida de mis antepasados, los puros! ¡Es necesario que yo también contemple a esa joya única y que yo la vea con mis ojos!». Al momento hizo llamar al portaespada Massrur.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS NOVENTA Y SEIS

Ella dijo:

—Y luego que él abrazó la tierra entre sus manos le dijo: «¡Oh Massrur, marcha con toda prisa al palacio que tiene dos puertas, una que da al río y otra que mira a la ciudad, y preguntaras por la adolescente que lo habita y me la traerás a riesgo de tu cabeza!». Y Massrur respondió: «¡Oír es obedecer!». Y salió con la cabeza precediendo a los pies, y corrió al palacio en cuestión, que era, en efecto, el de Hassan. Y franqueó a puerta ante el eunuco, quien lo reconoció y se inclinó a tierra en su presencia. Y llegó a la puerta de entrada, en la que llamó. Al momento, la anciana madre de Hassan acudió ella misma a abrir. Y Massrur entró en el vestíbulo, y deseó la paz a la anciana dama. Y la madre de Hassan le devolvió su *salam*, y le preguntó: «¿Qué es lo que deseas?». Y él dijo: «Soy Massrur, el portaespada. Me ha enviado El-Sayeda Zobeida, hija de El-Kassem, esposa de Al-Emir Al-Mumenin Harún Al-Raschid, el sexto de los descendientes de Al-Abbas, tío del profeta, ¡sobre él la paz de Alá y sus bendiciones! Y yo vengo para llevar conmigo al palacio, junto a mi señora, a la bella adolescente que reside en esta morada». Al oír estas palabras, la aterrada y temblorosa madre de Hassan exclamó: «¡Oh Massrur!, nosotras somos aquí extranjeras, y mi hijo, esposo de esta adolescente que requieres, está ausente, en viaje. Y antes de marchar me prohibió expresamente que la dejase salir de la casa, ni conmigo ni con ninguna otra persona, y bajo ningún pretexto. Y tengo mucho miedo de que dejándola salir le sobrevenga algún percance, a causa de su belleza, que obligará mi hijo a regresar y darse la muerte. Te suplicamos, pues, ¡oh Massrur el benéfico!, que te apiades de nuestra desgracia y no nos pidas cosa alguna que esté por encima de nuestra voluntad y de nuestras posibilidades de cumplimiento». Massrur respondió: «No temas nada, mi buena señora. Está segura de que ningún accidente

lamentable le ocurrirá a esta jovencita. Se trata, simplemente, de que mi señora Sett Zobeida vea esta joven belleza para asegurarse con sus propios ojos si el renombre no exagera la magnitud de sus encantos y de su esplendor. Además, no es esta la primera vez que se me encarga de una misión semejante; y puedo asegurarte que no tendréis ni la una ni la otra que lamentar vuestra sumisión a un deseo como ese, sino al contrario. Y, además, del mismo modo que yo voy a ponerlos en seguridad entre las manos de Sett Zobeida, asimismo me encargo de devolverlos sanos y salvos a vuestra casa». Cuando la madre de Hassan vio por esto que toda resistencia era inútil e incluso perjudicial, dejó a Massrur en el vestíbulo y entró a vestir y adornar a Esplendor, y a vestir igualmente a los dos pequeños, Nasser y Manssur. Y ella cogió a cada uno de ellos en sus brazos, y dijo a Esplendor: «Puesto que es preciso ceder ante el deseo de Sett Zobeida, vámonos juntas». Y la precedió en el vestíbulo, y dijo a Massrur: «Estamos listas». Y Massrur salió y abrió la marcha, seguido por la madre de Hassan, que llevaba a los dos pequeños, y esta seguida por Esplendor, completamente envuelta en sus velos. Y así fueron llevadas por Massrur al palacio del califa, hasta el amplio trono bajo el cual estaba majestuosamente sentada, en reposo, El-Sayeda Zobeida, rodeada de una numerosa muchedumbre de sus esclavas y de sus favoritas, en la primera fila de las cuales se hallaba la pequeña Tohfa. Entonces la madre de Hassan, entregando los dos niñitos a Esplendor, que continuaba totalmente envuelta en sus velos, abrazó la tierra entre las manos de Sett Zobeida, y luego del *salam*, la cumplimentó. Y Sett Zobeida le retribuyó su *salam*, le tendió la mano, que ella llevó a sus labios, y le rogó que se levantara. Luego se dirigió a la esposa de Hassan, y le dijo: «¿Por qué ¡oh bien venida!, no te desembarazas de tus velos? Aquí no hay hombres». Y ella hizo una indicación a Tohfa, que se acercó al momento, enrojeciendo, a Esplendor, y comenzó por tocar el extremo de su velo, para llevar, en seguida, a sus labios y a su frente los dedos que habían rozado la tela. Luego ella le ayudó a quitar su gran velo, y ella misma se quitó el velito del rostro. ¡Oh Esplendor! ¡Ni la luna que surge en plenitud de entre una nube, ni el sol en todo su esplendor, ni el leve balanceo de la rama en la tibieza primaveral, ni las brisas del crepúsculo, ni el agua riente, ni nada de cuanto subyuga a los humanos mediante la vista, por el oído o por el entendimiento, hubieran podido arrebatarte, como tú lo hiciste, el juicio de aquellas que te contemplaban! ¡Todo el palacio se iluminó y resplandeció del centelleo de tu belleza! ¡Con la alegría de tu presencia, todos los corazones brincaban como corderos y danzaban en los pechos! ¡Y la locura soplaba sobre todas las cabezas! ¡Y las esclavas te contemplaban con admiración, bisbiseando!: «¡Oh Esplendor!»». Mas nosotros, ¡oh mis creyentes!, nos decimos: «¡Alabanza a aquel que forma el cuerpo de la mujer como el lirio del valle, y lo dona a los creyentes como un signo del paraíso!»».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS NOVENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Cuando Sett Zobeida se recobró del deslumbramiento en que se hallaba, se levantó de su trono y se acercó a Esplendor, a la que rodeó con sus brazos, y la estrechó contra su seno, besándole los ojos. Luego la hizo sentarse a su lado en el amplio trono, y la levantó para pasarle al cuello un collar de diez filas de gruesas perlas que ella llevaba desde su matrimonio con Al-Raschid. Luego le dijo: «¡Oh soberana de los encantos!, en verdad que no se equivocó mi esclava Tohfa al hablarme de tu belleza. Pues tu belleza está por encima de todas las palabras. Mas dime, ¡oh perfecta!, ¿conoces el canto, la danza o la música? Pues cuando se es como tú, se sobresale en todas las cosas». Esplendor respondió: «En verdad, mi señora, que yo no sé ni cantar, ni danzar, ni tocar el laúd y las guitarras; y no sobresalgo en ninguna de las artes que de ordinario conocen las jóvenes. Sin embargo, debo decirte que poseo un solo talento, que acaso te parezca maravilloso: es el de volar por los aires como los pájaros». A estas palabras de Esplendor, todas las mujeres gritaron: «¡Oh encanto! ¡Oh prodigio!». Y Sett Zobeida dijo: «Aunque en extremo asombrada, ¿cómo, ¡oh encantadora!, rehusar el creerte dotada de semejante talento? ¿No eres ya a nuestra vista más armoniosa que el cisne y más ligera que los pájaros? Pero si tú quisieras arrebatarnos nuestras almas en pos de ti, consentirías en hacer, a nuestra vista, el ensayo de un vuelo sin alas». Ella dijo: «Precisamente, ¡oh mí señora!, yo poseo alas; pero estas no están sobre mí. Puedo tenerlas, sí tal es tu voluntad. Para ello no tendrás sino que solicitar de la madre de mí esposo que me traiga mí capa de plumas». Al momento Sett Zobeida se dirigió a la madre de Hassan y le dijo: «¡Oh venerable dama!, nuestra madre, ¿quieres ir a buscarnos esa capa de plumas, para ver el uso que hace tu encantadora hija?». Y la pobre mujer pensó: «Estamos perdidos sin remedio. La vista de su capa le va a traer a la memoria su instinto original, y solo Alá sabe lo que va a suceder». Y ella respondió con una voz temblorosa: «¡Oh mi señora!, mí hija Esplendor está turbada por tu majestad, y ya no sabe lo que se dice. Jamás ha llevado traje de plumas, pues esta clase de ropaje no conviene sino a los pájaros». Mas Esplendor intervino, y dijo a Sett Zobeida: «Por tu vida, ¡oh mí señora!, yo te juro que mí capa de plumas está encerrada en un cofre oculto en nuestra casa». Entonces Sett Zobeida quitó de su brazo un brazaletes precioso, que valía todos los tesoros del Khosroes y de Kaissar, y lo tendió a la madre de Hassan, diciéndole: «¡Oh madre nuestra!, por mi vida en ti. Yo te conjuro a que vayas a la casa a buscarnos esa capa de plumas, únicamente para verla una vez. Y tú la recobrarás en seguida tal como es». Pero la madre de Hassan juró que ella no había visto jamás esa capa de

plumas, ni nada que se le pareciera. Entonces Sett Zobeida gritó: «¡Ya Massrur!». Y al momento se presentó el portaespada del califa entre las manos de su soberana, quien le dijo: «Massrur, ve aprisa a la casa de estas damas, y busca por todas partes una capa de plumas que está encerrada en un cofre escondido». Y Massrur obligó a la madre de Hassan a entregarle las llaves de la casa, y corrió para escudriñar por todas partes, hasta que halló la capa de plumas en un cofre enterrado. Y la llevó a Sett Zobeida, quien, luego de haberla examinado detenidamente y de maravillarse con el arte con que estaba hecha, la entregó a la bella Esplendor. Entonces Esplendor comenzó por examinarla pluma por pluma, y comprobó que estaba tan intacta como el día en que se la quitara Hassan. Y la desplegó y entró en ella, ajustándose los dos extremos. ¡Y se mostró semejante a un gran pájaro blanco! Y, ¡oh sorpresa de los asistentes!, realizó primero un largo deslizamiento, volvió sobre sus pasos, sin tocar el suelo, y se elevó balanceándose hasta el techo. Luego descendió ligera y aérea, cogió a sus dos hijos, los puso a horcajadas, cada uno sobre un hombro, diciendo a Sett Zobeida y a las damas: «Veo que mis revoloteos os causan placer. Voy a satisfaceros mejor». Y ella tomó su impulso y se lanzó a la ventana de lo alto, sobre cuyo reborde se posó. Y desde allí gritó: «Escuchadme, pues yo os dejo». Y Sett Zobeida, emocionada en extremo, le dijo: «Como nos abandonas ya, ¡oh Esplendor!, privándonos para siempre de tu belleza, ¡oh soberana de las soberanas!». Esplendor respondió: «¡Ay, sí, oh mi señora! Quien parte, no vuelve más». Luego se dirigió a la pobre madre de Hassan, la desconsolada, la sollozante, la hundida sobre el tapiz, y le dijo: «¡Oh madre de Hassan!, sí, partir así me aflige mucho, y me entristezco por ti y por tu hijo Hassan, mi esposo, pues los días de la separación desgarrarán su corazón y ennegrecerán vuestra vida; pero ¡ay!, yo no puedo nada. Yo siento la embriaguez del aire invadir mi alma, y es preciso que yo vuele por el espacio. Pero si tu hijo quiere volver a encontrarme, él no tendrá sino que ir a buscarme a las islas Wak-Wak. Adiós, pues, madre de mi esposo». Y dichas estas palabras, Esplendor se elevó en los aires y desapareció en las nubes con sus hijos.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS NOVENTA Y OCHO

Ella dijo:

—En cuanto a la pobre madre de Hassan, ella estuvo a punto de expirar de dolor, y quedó acurrucada en el suelo, sin movimiento. Y Sett Zobeida se inclinó sobre ella y le prodigó toda clase de cuidados; y estando un tanto reanimada, ella le dijo: «¡Ah,

madre mía!, cuánto mejor hubiera sido que en lugar de obstinarte en negar me hubieras prevenido que Esplendor podía hacer un uso semejante de este ropaje encantado, de esa capa fatal. Entonces yo me hubiera guardado bien de ponerla en su poder. Pero ¿cómo podía yo adivinar que la esposa de tu hijo era de la raza de los *genn* aéreos? Yo te ruego, pues, mi buena madre, que me perdones mi ignorancia y no me vituperes por un acto que no calculaba». Y la pobre madre dijo: «¡Oh mi señora!, yo soy la única culpable. Y la esclava no ha de perdonar a su soberana. Cada uno lleva su destino atado al cuello. El mío y el de mi hijo es morir de dolor». Y dichas estas palabras salió de palacio, entre las lágrimas de todas las mujeres, y marchó a su casa. Y buscó a los nietos y no los halló; y buscó a la esposa de su hijo y no la encontró. Entonces se deshizo en lágrimas y en sollozos, más cerca de la muerte que de la vida. Y ella hizo levantar en la casa tres tumbas, una grande y dos pequeñas, junto a las cuales pasaba los días y las noches gimiendo y llorando. Y recitó estos versos y muchos otros más:

«¡Oh mis pobres nietos! Al igual que la lluvia sobre las viejas ramas de los árboles, corren mis lágrimas sobre mis arrugadas mejillas.

»El adiós de vuestra partida es el adiós a nuestra vida. Vuestra pérdida es la pérdida de nuestra alma, ¡oh nietos míos!, y yo soy, ¡ay!, quien permanece.

»Vosotros sois mi alma. ¿Cómo habiéndome sido arrebatada mi alma puedo yo vivir todavía? ¡Oh mis pobres pequeños! Y soy yo quien permanece».

Y hasta aquí lo referente a ella. En cuanto a Hassan, cuando él pasó tres meses con las siete princesas, pensó en partir, para no inquietar a su madre y a su esposa. Y batió la piel de gallo del tambor; y se presentaron los dromedarios. Y sus hermanas eligieron diez y despidieron a los restantes. Y ellas cargaron cinco dromedarios con lingotes de oro y de plata, y cinco de pedrerías. Y le hicieron prometer que volvería pasado un año. Luego le abrazaron todas, unas tras de otra, colocándose en una fila; y cada una, por turno, le dirigió una o dos estrofa muy tiernas, en las que le expresaban cuánto les afligía su marcha. Y se balanceaban rítmicamente sobre sus caderas, marcando la medida de los versos. Y Hassan les contestó con este poema improvisado:

«Mis lágrimas son perlas de las que yo os ofrezco un collar, hermanas mías. He aquí que, en el día de la partida, afianzado en los estribos, yo no puedo manejar las riendas.

»¡Oh hermanas mías!, ¿cómo puedo yo arrancarme de vuestros amantes brazos? Mi cuerpo se aleja, pero mi alma os queda. ¡Ay! ¡Ay! ¿Cómo manejar las riendas, con el pie ya en el estribo?».

Luego Hassan se alejó sobre su dromedario, a la cabeza del convoy, y llegó felizmente a Bagdad, la ciudad de la paz. Al entrar en su casa, a Hassan le costó trabajo reconocer a su madre, ¡tanto habían cambiado a la infortunada las lágrimas, el ayuno y las vigiliass! Y como no veía acudir a su mujer y a sus hijos, preguntó a su madre: «¿En dónde está la mujer? ¿Y en dónde están los hijos?». Y su madre solo pudo responderle con sollozos. Y Hassan se puso a correr como un loco por las piezas, y vio, en la sala de reunión, abierto y vacío, el cofre en donde él había encerrado la capa encantada. Y se volvió y vio, en medio de la estancia, las tres tumbas. Entonces se desplomó a todo lo largo, la frente sobre la piedra, sin conocimiento. Y a pesar de los cuidados de su madre, que había acudido en su socorro, quedó en ese estado desde la mañana hasta la noche. Pero acabó por volver en sí, y desgarró sus ropas y cubrió su cabeza de cenizas y de polvo. Luego, de repente, se lanzó sobre su espada y quiso atravesarse. Pero su madre se interpuso entre él y el acero, extendiendo los brazos. Y le cogió la cabeza contra su pecho y le hizo sentarse, aunque de desesperación rodó por tierra como una serpiente. Y se puso a contarle ella, poco a poco, todo cuanto había pasado durante su ausencia, y terminó diciéndole: «Tú ves, hijo mío, cómo, a pesar de la inmensidad de nuestra desgracia, la desesperación no debe penetrar todavía en tu corazón, porque puedes encontrar a tu esposa en las islas Wak-Wak».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE QUINIENTAS NOVENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—Al oír las palabras de su madre, Hassan sintió una esperanza repentina refrescar los abanicos de su alma, y, levantándose al instante, dijo a su madre: «Yo parto para las islas Wak-Wak». Luego pensó: «¿En dónde pueden estar situadas estas islas cuyo nombre semeja un grito de ave de presa? ¿Están en los mares de la India, o del Sinh, o de la Persia o de la China?». Y para esclarecer su espíritu a este respecto, salió de la casa, aun cuando todo le parecía negro e ilimitado a sus ojos, y fue a buscar a los sabios y a los letrados de la corte del califa, y les preguntó, por turno, si conocían los mares en donde estaban situadas las islas Wak-Wak. Y todos respondieron: «No lo sabemos. Y en nuestra vida hemos oído hablar de la existencia de esas islas». Entonces Hassan recomenzó a desesperarse, y regresó a su casa, con el pecho oprimido por la angustia de la muerte. Y dijo a su madre, dejándose caer en el suelo: «¡Oh madre!, no es a las islas Wak-Wak adonde preciso ir, sino más bien a los lugares

donde la madre de los buitres ha depositado su bagaje». Y deshecho en lágrimas, quedó sobre el tapiz. Pero, de pronto, se levantó y dijo a su madre: «Alá me envía el pensamiento de regresar al país de las siete princesas que me llaman su hermano, para preguntarles por el camino de las islas Wak-Wak». Y sin demorarlo se despidió de su pobre madre, mezclando sus lágrimas a las suyas, y volvió a subir en el dromedario, al que aún no había despedido luego de su regreso. Y llegó felizmente al palacio de las siete hermanas, en la montaña de las Nubes. Cuando sus hermanas le vieron llegar, le recibieron con los transportes de la más viva felicidad. Y le abrazaron, lanzando gritos de alegría, y le dieron la bienvenida. Y cuando llegó a su vez Botón de Rosa a abrazar a su hermano, ella vio, con los ojos de su amante corazón, el cambio operado en los rasgos de Hassan y la turbulencia de su alma. Y sin hacerle la menor pregunta se deshizo en lágrimas sobre su hombro. Y Hassan lloró con ella, y le dijo: «¡Ah, Botón de Rosa, hermana mía!, yo sufro cruelmente y vengo a tu lado para buscar el único remedio que puede aliviar mis males. ¡Oh perfumes de Esplendor!, el viento no os impulsará más para refrescar mi alma». Y Hassan, acabadas de pronunciar estas palabras, lanzó un grito agudo y cayó privado de conocimiento. Al ver esto, las princesas, espantadas, se aprestaron en torno suyo, llorando, y Botón de Rosa le roció el rostro con agua de rosas y le regó con sus lágrimas. Y Hassan intentó levantarse siete veces, y siete veces rodó por tierra. Al fin pudo abrir los ojos, luego de un desvanecimiento más largo que los otros, y él contó a sus hermanas toda la triste historia desde el comienzo hasta el fin. Luego agregó: «Y ahora, ¡oh caritativas hermanas!, yo vengo a preguntaros por el camino que lleva a las islas Wak-Wak. Pues mi esposa Esplendor dijo a mi pobre madre al partir: “Si tu hijo quiere volver a encontrarme, él no tendrá sino que ir a buscarme a las islas Wak-Wak”». Cuando las hermanas de Hassan oyeron estas últimas palabras bajaron la cabeza, presas de un estupor sin límites, y se miraron por bastante tiempo sin hablar. Luego rompieron el silencio y exclamaron todas a la vez: «Levanta tu mano hacia la bóveda celeste, ¡oh Hassan!, e intenta alcanzarla o tocarla. Esto te sería aún más fácil que llegar a esas islas Wak-Wak, en donde se hallan tu mujer y tus hijos». A estas palabras, las lágrimas de Hassan corrieron como un torrente, e inundaron sus ropas. Y las siete princesas, cada vez más conmovidas de su dolor, se esforzaron en consolarle. Y Botón de Rosa le rodeó tiernamente el cuello con sus brazos, y le dijo, abrazándolo: «¡Oh hermano mío!, sosiega tu alma y enjuga tus ojos; luego, ten paciencia respecto al contrario destino, pues el señor de los proverbios ha dicho: “La paciencia es la llave del consuelo, y el consuelo hace llegar el fin”. Y tú sabes ¡oh hermano mío!, que todo destino debe cumplirse, y jamás aquel que debe vivir diez años muere en su noveno año. Toma, pues, ánimo y seca tus lágrimas; yo voy a hacer cuanto esté en mí para intentar facilitarte los medios de llegar hasta tu mujer y tus hijos, si tal es la voluntad de Alá, ¡que él sea exaltado! ¡Ah, esa maldita capa de plumas! ¡Cuántas veces he tenido la idea de decirte que la quemases, y cada vez yo me detenía por miedo a contrariarte! ¡En fin! ¡Lo que está escrito, escrito está! Vamos a intentar

remediar, entre todos tus males, el que sea más remediable». Y ella se volvió hacia sus hermanas, y se arrojó a sus pies, y las conjuró a reunirse con ella para descubrir por cuál medio su hermano podía encontrar el camino de las islas Wak-Wak. Y sus hermanas se lo prometieron de todo corazón amistoso. Ahora bien, las siete princesas tenían un tío, hermano de su padre, que quería de un modo particular a la mayor de las hermanas; y él llegaba a verlas regularmente una vez al año. Y este tío se llamaba Abd-Al-Kaddus.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS

Ella dijo:

—El tío de las princesas, durante su última visita, había dado a su preferida, la mayor de las princesas, un saquito lleno de aromas, diciéndole que no había sino que quemar un poco de estas aromas, si se presentaba alguna circunstancia en que se creyera que había necesidad de su ayuda. De modo que, cuando Botón de Rosa le hubo suplicado con insistencia que interviniera, la mayor de las princesas pensó que su tío acaso podría sacar al pobre Hassan de su confusión. Y ella dijo a Botón de Rosa: «Ve aprisa a buscar el saco de perfumes y el pebetero de oro». Y Botón de Rosa corrió a buscar ambas cosas, y las entregó a su hermana, quien abrió el saco y tomo un pellizco de perfume y lo echó en el pebetero, en medio de la brasa, pensando mentalmente en su tío Abd-Al-Kaddus, y llamándole. Y sucedió que, desde que los humos se desprendieron del pebetero, se elevó un turbión de polvo que se acercó, y debajo apareció, montado en un elefante blanco, el jeque Abd-Al-Kaddus. Y él descendió de su elefante, y dijo a la mayor de las hermanas y a las princesas, hijas de su hermano: «Aquí estoy. ¿Por qué he notado el olor del perfume? ¿Y en qué puedo serte útil a ti, hija mía?». Y la joven se lanzó a su cuello, le besó la mano, y respondió: «¡Oh nuestro tío querido!, hace ya más de un año que no has venido a vernos, y tu ausencia nos inquietaba y nos atormentaba. Y he quemado el perfume, para verte y quedar tranquilizada». Él dijo: «Tú eres la más encantadora de las hijas de mi hermano, ¡oh mi preferida! Pero no creas que porque yo haya retrasado este año mi llegada te he olvidado. Precisamente quería venir a verte mañana. Pero no me ocultes nada, pues tú seguramente tienes alguna cosa que pedirme». Ella respondió: «Qué Alá te guarde y prolongue tus días, ¡oh mi tío! Desde el momento en que tú me lo permites, yo quisiera, en efecto, solicitarte una cosa». Él dijo: «Habla. Yo te la concedo de antemano». Entonces la adolescente le contó toda la historia de Hassan, y

añadió: «Y ahora yo te pido, por favor, que digas a nuestro hermano Hassan cómo es preciso que haga para llegar a las islas Wak-Wak». Al oír estas palabras, el jeque Abd-Al-Kaddus bajó la cabeza y se puso un dedo en su boca, reflexionando profundamente durante una hora de tiempo. Luego retiró su dedo de su boca, levantó la cabeza, y, sin decir una palabra, se puso a trazar varias figuras sobre la arena. Al fin rompió el silencio, y dijo a las princesas, moviendo la cabeza: «Hijas mías, decid a vuestro hermano que se atormenta inútilmente. Es imposible que él pueda ir a las islas Wak-Wak». Entonces las jóvenes, con lágrimas en los ojos, se volvieron hacia Hassan, y dijeron: «¡Ay, hermano nuestro!». Pero Botón de Rosa lo cogió de la mano, le hizo acercarse y dijo al jeque Abd-Al-Kaddus: «Tío mío, demuéstrole lo que acabas de decirnos y dale sabios consejos que él escuchará con sumiso corazón». Y el anciano dio su mano a besar a Hassan, y le dijo: «Sabe, hijo mío, que te atormentas inútilmente. Es imposible que puedas ir a las islas Wak-Wak, aunque incluso toda la caballería volante de los *genn*, los cometas errantes y los planetas giratorios viniesen en tu ayuda. En efecto, estas islas Wak-Wak, hijo mío, son unas islas habitadas por Amazonas vírgenes, en donde reina precisamente el rey de los reyes del Gennistan, padre de tu esposa Esplendor. Y tú estás aquí separado de esas islas, adonde no ha ido jamás persona, ni persona ha vuelto, por siete extensos mares, siete valles sin fondo y siete montañas sin cumbre. Y ellas están situadas en los confines extremos de la tierra, más allá de los cuales no hay nada más conocido. Por ello no creo que tengas medios para llegar a franquear los diversos obstáculos que te separan. Y yo opino que lo más juicioso para ti es regresar a tu casa, o quedarte aquí con tus hermanas, que son encantadoras. Pero en lo que hace a las islas Wak-Wak, no sigas pensando». A las palabras del jeque Abd-Al-Kaddus, Hassan quedó tan amarillo como el azafrán, lanzó un grito penetrante y cayó desvanecido. Y las princesas no pudieron contener sus sollozos; la más joven rasgó sus ropas y se golpeó el rostro; y todas juntas se pusieron a gemir y a lamentarse en derredor de Hassan. Y una vez que él hubo recobrado su conocimiento no supo sino llorar, apoyada su cabeza en las rodillas de Botón de Rosa. Y el anciano acabó por conmovirse, y, compadeciéndose de todo este dolor, se volvió hacia las princesas, que ululaban lamentablemente, y les dijo con tono avinagrado: «¡Callaos!». Y las princesas detuvieron de pronto los gritos en sus gargantas, y aguardaron con ansiedad cuanto iba a decirles su tío. Y el jeque Abd-Al-Kaddus apoyó su mano en el hombro de Hassan y le dijo: «Cesa en tus gemidos, hijo mío, y recobra ánimo. Pues con la ayuda de Alá, yo daré un giro mejor a tu asunto. Levántate, pues, y sígueme».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS UNA

Ella dijo:

—Y Hassan, a estas palabras que le habían devuelto de pronto la vida, se levantó, se despidió rápidamente de sus hermanas, abrazó varias veces a Botón de Rosa, y dijo al anciano: «Yo soy tu esclavo». Entonces el jeque Abd-Al-Kaddus hizo subir a Hassan detrás de él, sobre el elefante blanco, y habló a la bestia inmensa, que se puso en movimiento. Y rápido como el granizo que cae, el rayo que hiere y el relámpago que brilla, el robusto elefante dio sus miembros al viento y voló y se hundió en los planos del espacio, aniquilando bajo sus patas la distancia. En tres días y tres noches de esta rapidez, ellos recorrieron un camino de siete años. Y ellos llegaron cerca de una montaña azul, cuyos aldeanos eran todos azules, y en medio de la cual se hallaba una caverna, cuya entrada estaba cerrada por una puerta de acero azul. Y el jeque Abd-Al-Kaddus llamó a esta puerta, y salió un negro vestido de azul, que tenía en la mano un sable azul y en la otra un escudo de metal azul. Y el jeque, con una increíble prontitud, arrancó estas armas de las manos del negro, que al momento se apartó para dejarlos pasar; y él entró, seguido de Hassan, en la caverna, la cual cerró tras de ellos el negro. Entonces caminaron cerca de una milla, por una ancha galería embovedada, en la que la luz era azul y las rocas transparentes y azules, y al cabo de la cual se hallaron frente a dos enormes puertas de oro. Y el jeque Abd-Al-Kaddus abrió una de estas puertas y dijo a Hassan que le esperara hasta que estuviese de vuelta. Y desapareció en el interior. Pero al cabo de una hora volvió teniendo por la brida a un caballo azul, todo ensillado y enjaezado de colores azules, sobre el que hizo subir a Hassan. Y él abrió entonces la segunda puerta de oro, y delante de ellos se desplegó, de pronto, un gran espacio azul y, a sus pies, una inmensa pradería sin horizonte. Y el jeque dijo a Hassan: «Hijo mío, ¿continúas determinado a partir y a afrontar los innumerables peligros que te esperan? ¿O bien querías mejor, como yo te lo he aconsejado, volver sobre tus pasos y regresar al lado de las siete princesas, mis sobrinas, quienes sabrían consolarte bien de la pérdida de tu esposa Esplendor?». Hassan respondió: «Yo prefiero mil veces los peligros de la muerte que sufrir por mucho tiempo los tormentos de la ausencia». El jeque replicó: «Hassan, hijo mío, ¿no tienes una madre para la cual tu ausencia será una fuente inagotable de lágrimas? ¿Y no preferirías mejor volver a su lado para consolarla?». Él respondió: «Yo no regresaré jamás al lado de mi madre sin mi esposa y mis hijos». Entonces el jeque Abd-Al-Kaddus le dijo: «Está bien, Hassan, parte bajo la protección de Alá». Y él le entregó una carta en la que estaba escrita, con tinta azul, la siguiente dirección: «Al muy ilustre y muy glorioso jeque de los jeques, nuestro señor el venerable Padre de las Plumas». Luego le dijo: «Toma esta carta, hijo mío, y ve a donde te conducirá el caballo. Él llegará a una montaña negra, cuyos alrededores son todos negros, delante de una caverna negra. Entonces echa pie a tierra, y, después de haber colocado la brida en la silla, deja entrar al caballo solo en la caverna. Y tú esperarás a la puerta, y

verás salir a un anciano negro, vestido de negro, y negro por todo él, a excepción de una larga barba blanca que le llega hasta las rodillas. Entonces le besarás la mano llevarás a tu cabeza la fimbria de su vestido y le entregarás esta carta que yo te doy para que te sirva de introducción cerca de él. Pues él es el jeque Padre de las Plumas. ¡Y él es mi maestro y la corona sobre mi cabeza! Y él solo, sobre la tierra, puede ayudarte en tu temeraria empresa. Tú te comportarás de modo que te lo captes, y te dirá todo cuanto has de hacer, lo que realizarás. ¡*Uassalam!*!». Entonces Hassan se despidió del jeque Abd-Al-Kaddus y apretó los flancos de su caballo azul, que relinchó y partió como la flecha. Y el jeque Abd-Al-Kaddus volvió a entrar en la gruta azul. Durante diez días Hassan dejó ir al caballo a su grado, a un aire tal que no podía ser superado ni por el vuelo del pájaro ni por los vientos huracanados. Y de este modo franqueó un espacio de diez años en línea recta. Y llegó al fin al pie de una cadena de montañas negras, de cumbre invisible, que se extendía de oriente a occidente. Y al aproximarse a estas montañas, su caballo se puso a relinchar, disminuyendo su impulso.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS DOS

Ella dijo:

—Al momento, de todos los puntos a la vez acudieron, más innumerables que las gotas de la lluvia, caballos negros, que vinieron a olfatear al caballo azul y rozarse con él. Y Hassan quedó espantado de su número, y tuvo miedo de que quisieran obstruirle el camino; pero él prosiguió su ruta, y llegó a la entrada de la caverna negra, entre rocas más negras que el ala de la noche. Y esta era precisamente la caverna de que el jeque Abd-Al-Kaddus le había hablado. Él descendió, pues, y, luego de haber atado la brida al pomo de la silla, dejó a su caballo entrar en la caverna; y él se sentó a la entrada, del modo que le había ordenado el jeque. No había transcurrido una hora de la espera de Hassan cuando vio salir de la gruta a un venerable anciano, vestido de negro, y negro él mismo desde los pies a la cabeza, a excepción de la luenga barba blanca, que le llegaba hasta la cintura. ¡Era el jeque de los jeques, el muy glorioso Ali, Padre de las Plumas, hijo de la reina Balkis, esposa de Soleimán, y sobre todos ellos la paz de Alá y sus bendiciones! Al verlo, se arrojó Hassan a sus rodillas y le besó la mano y los pies, y se colocó en su cabeza la fimbria de su vestido, poniéndose así bajo su protección. Luego le presentó la carta de Abd-Al-Kaddus. Y el jeque Padre de las Plumas cogió la carta, y, sin decir una palabra,

regresó a la gruta. Y Hassan, no volviendo a verle ya, comenzaba a desesperarse, cuando apareció, pero esta vez completamente vestido de blanco. Y él hizo a Hassan la indicación de que le siguiera, y marchó delante de él por la gruta. Y Hassan le siguió, y en pos de él llegó a una sala inmensa, cuadrada, pavimentada de pedrerías, cuyos cuatro ángulos estaban ocupados, cada uno de ellos, por un anciano vestido de negro y sentado sobre un tapiz, en medio de un número infinito de manuscritos, con un pebetero de oro, en donde ardían los perfumes ante él; y cada uno de estos cuatro sabios estaba rodeado por otros siete sabios, sus discípulos, que transcribían los manuscritos y leían o reflexionaban. Pero cuando el jeque Padre de las Plumas entró, todos estos venerables personajes se levantaron en su honor, y los cuatro sabios principales abandonaron sus ángulos y acudieron a sentarse cerca de él, en el centro de la sala. Y cuando todo el mundo hubo ocupado su lugar, el jeque Alí se dirigió a Hassan y le dijo que contase su historia ante la asamblea de sabios. Entonces Hassan, muy emocionado, comenzó por verter lágrimas a torrentes; después, habiéndolas secado, se puso a contar, con una voz entrecortada por los sollozos, toda su historia desde su rapto por Bahram el Guebre hasta su encuentro con el jeque Abd Al-Kaddus, discípulo del jeque Padre de las Plumas, y tío de las siete princesas. Y durante todo este relato, los sabios no le interrumpieron; pero cuando hubo terminado, exclamaron todos a la vez, dirigiéndose a su maestro: «¡Oh venerable maestro, oh hijo de la reina Balkis, la suerte de este joven es digna de compasión, pues él sufre como esposo y como padre! ¡Y es posible que nosotros podamos contribuir a devolverle a esa jovencita tan hermosa y a esos dos hijos tan bellos!». Y el jeque Alí respondió: «Mis venerables hermanos, este es un asunto especial. Y vosotros conocéis toda la dificultad que existe, una vez que se está en las islas y se han salvado todos los obstáculos, para aproximarse a las Amazonas vírgenes, guardianes del rey de los *genn* y de sus hijas. En estas condiciones, ¿cómo queréis que Hassan llegue hasta la princesa Esplendor, hija del poderoso rey?». Los jeques respondieron: «Venerable padre, tú llevas razón, ¿quién lo puede negar? Pero este joven te ha sido recomendado particularmente por nuestro hermano, el honorable e ilustre jeque Abd Al-Kaddus, y tú no puedes dejar de acoger favorablemente sus intenciones». Y Hassan, por su parte, al oír las palabras se arrojó a los pies del jeque, se cubrió la cabeza con la fimbria de su manto, y, abrazándole las rodillas, le conjuró para que le entregase su esposa y sus hijos. Y él besó igualmente las manos de todos los jeques, que unieron sus súplicas a las suyas, rogándole al maestro de todos, el jeque Padre de las Plumas, tener piedad del infortunado joven. Y el jeque respondió: «¡Por Alá que yo no he visto en mi vida a nadie despreciar la existencia tan resueltamente como este joven Hassan! ¡Este temerario no sabe lo que desea ni lo que le aguarda! Pero, en fin, yo quiero hacer por él todo cuanto dependa de mí». Habiendo hablado así, el jeque Padre de las Plumas reflexionó durante una hora de tiempo, en medio de sus viejos y respetuosos discípulos; luego levantó la cabeza y dijo a Hassan: «Ante todo, voy a darte alguna cosa que te preservará en caso de

peligro».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS T R E S

Ella dijo:

—Él se arrancó de la barba un mechón de pelos, del sitio en que eran más largos, y se los entregó a Hassan, diciéndole: «¡He aquí lo que yo hago por ti! ¡Si alguna vez te encuentras ante un gran peligro, no tienes más que quemar uno de los pelos de este mechón, y yo acudiré al instante en tu ayuda!». Luego alzó la cabeza hacia la bóveda de la sala y chocó sus manos una contra la otra, como para llamar a alguien. Y al momento se presentó entre sus manos, bajado de la bóveda, un *efrit* de los *efrits* alados. Y el jeque le preguntó: «¿Cómo te llamas tú, oh *efrit*?». Él dijo: «¡Tu esclavo Dahnasch ben-Forktasch, oh jeque Padre de las Plumas!». Y el jeque le dijo: «¡Ven!». Y el *efrit* Dahnasch ben-Forktasch se aproximó al jeque Alí, quien acercó su boca a la oreja del *efrit* y le dijo alguna cosa en voz queda. El *efrit* respondió mediante una indicación con la cabeza que significaba: «¡Sí!». Y el jeque se volvió hacia Hassan, y le dijo: «Sube, hijo mío, sube sobre la espalda de este *efrit*. Él te transportará a la región de las nubes, y desde allí te descenderá a una tierra que es de alcanfor blanco. Y es esta en donde te dejará el *efrit*, pues él no puede ir más lejos. Y tú entonces deberás dirigirte, completamente solo, a través de la tierra de alcanfor blanco. Y una vez que tú hayas salido arribarás a las islas Wak-Wak. ¡Y Alá proveerá!». Entonces Hassan besó de nuevo las manos del jeque Padre de las Plumas, se despidió de los demás, agradeciéndoles sus bondades, y subió a horcadas sobre los hombros de Dahnasch, que se elevó con él por los aires. Y el *efrit* le llevó a la región de las nubes, y desde allí descendió con él sobre la tierra de alcanfor blanco, donde lo dejó para desaparecer luego. ¡Así, oh Hassan, oh nativo de Bassra, tú, que antes causabas la admiración en los zocos de tu ciudad natal, y que arrebatabas los corazones y hacías pasmarse con tu belleza a cuantos te contemplaban; tú, que viviste mucho tiempo feliz entre las princesas, y que suscitaste en sus almas tanta ternura y tanto dolor, he aquí que, impulsado por tu amor por la princesa Esplendor, aboradas, sobre las alas de un *efrit*, a esta tierra de alcanfor blanco, en donde vas a experimentar lo que ninguno antes de ti experimentó, ni ninguno después de ti experimentará! En efecto, cuando el *efrit* lo hubo depositado en esa tierra, Hassan se puso a caminar en línea recta, sobre un suelo brillante y perfumado. Y marchó así durante mucho tiempo, y acabó por distinguir a lo lejos, en medio de una pradera, alguna cosa que semejava una tienda.

Y él se dirigió hacia ese lado y acabó por llegar muy cerca de esa tienda. Pero como en ese momento marchaba por un césped muy espeso, tropezó su pie con alguna cosa que estaba oculta; miró y vio que era un cuerpo blanco, como una masa de plata, y grande como una de las columnas de la ciudad del Irán. Ahora bien, este era un gigante, y la tienda que veía Hassan no era otra cosa que su oreja, la que le servía de toldo contra el sol. Y el gigante, despertado así de su sueño, se levantó mugiendo, y tan encolerizado, que su vientre comenzó a hincharse, mientras su culo gemía, debido a los esfuerzos que realizaba, hasta producir, en forma de trueno, una serie de pedos, con los cuales Hassan fue lanzado de bruces al suelo, y luego disparado al aire, con los ojos extraviados por el terror. Y antes que volviera a caer en tierra, el gigante lo atrapó al vuelo por el cuello, en el lugar en que la piel es más blanda, y lo tuvo, por la fuerza de su brazo, suspendido en el aire como el gorrión en las garras del halcón. Y se dispuso, volteándolo, a aplastarlo contra la tierra, para triturarle los huesos y convertirlo en un enano. Cuando Hassan vio lo que iba a sucederle, se debatió con todas sus fuerzas y gritó: «¡Ah!, ¿quién me salvará? ¡Ah!, ¿quién me libertará? ¡Oh gigante, ten piedad de mí!». Al escuchar estos gritos de Hassan, el gigante se dijo: «¡Por Alá que no canta mal este pajarito! ¡Y su gorjeo me place! ¡De modo que voy a llevárselo a nuestro rey!».



Y lo tuvo delicadamente por el pie, por temor a perjudicarlo, y penetró en un bosque compacto, donde, en medio de un claro, sentado sobre un peñasco que le servía de trono, se hallaba el rey de los gigantes de la tierra de alcanfor blanco. Estaba cercado por sus guardias, que eran cincuenta gigantes, cada uno de ellos de cincuenta codos de alto. Y el que tenía a Hassan se aproximó al rey y le dijo: «¡Oh nuestro rey, he aquí un pajarito que he atrapado por el pie, y que te traigo a causa de su bonita voz! ¡Pues él gorjea agradablemente!». Y dio golpecitos en la nariz de Hassan, diciéndole: «¡Canta un poco delante del rey!». Y Hassan, que no comprendía

el lenguaje del gigante, creyó que era llegada su última hora, y se puso a debatirse, gritando: «¡Ah!, ¿quién me salvará? ¡Ah!, ¿quién me libertará?». Y el rey, escuchando esta voz, se convulsionó y estremeció de gozo, y dijo al gigante: «¡Por Alá, es encantador! ¡Es necesario llevarlo rápidamente a mi hija, que le encantará!». Y añadió, dirigiéndose al gigante: «¡Sí! Apresúrate a ponerlo en una jaula, y cuélgala en la habitación de mi hija, cerca de su lecho, a fin de que el pájaro la distraiga con sus cantos y su gorjeo».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CUATRO

Ella dijo:

—Entonces el gigante se apresuró a poner a Hassan en una jaula, con dos grandes tazas, una para la comida y otra para el agua. Y le puso igualmente dos columpios, a fin de que pudiera saltar y cantar a su placer; y llevó la jaula a la alcoba de la hija del rey y la suspendió a su cabecera. Cuando la hija del rey vio a Hassan, quedó encantada de su rostro y de sus formas agraciadas, y se puso a hacerle mil caricias y a obsequiarle de todas las maneras. Y le hablaba con voz dulcísima, para domesticarlo, aunque Hassan no comprendía nada de su lenguaje. Pero como él veía que no le quería mal, intentó enternecerla sobre su destino, llorando y gimiendo. Y la princesa tomaba cada vez sus gemidos y sus suspiros por cantos armoniosos; y experimentaba un gran placer. Y terminó por sentir hacia él una inclinación extraordinaria; y no podía abandonarlo ni una hora del día y de la noche. Y sentía, al aproximarse a él, que todo su ser actuaba en relación con él. Y no comprendía qué era lo que se podía hacer mejor, en cuanto a demostraciones, con un pájaro tan pequeño. Y con frecuencia le hacía señales y le hablaba por gestos; pero él seguía sin comprenderlo, y estaba lejos de suponer todo el partido que podía sacarse de una adolescente, gigante desde luego, pero tan agradable. Sucedió que un día la hija del rey sacó a Hassan de la jaula para limpiarle y cambiarle de ropa. Y cuando lo hubo desnudado, ella vio, ¡oh prodigioso descubrimiento!, que él no estaba del todo desprovisto de lo que tenían los gigantes de su padre, aunque todo ello fuera, en proporción, sumamente menor. Y ella pensó: «¡Por Alá, que es la primera vez que yo veo a un pájaro con cosas como estas!». Y se puso a manipular a Hassan, a volverlo y revolverlo en todos los sentidos, maravillándose de cuanto en él descubría a cada instante. Y Hassan era en sus manos exactamente como un gorrión en las manos del cazador. Y la joven gigante, viendo que, bajo sus dedos, el cohombro se trocaba en calabaza, se echó a

reír de tal modo que se retorció. Y ella exclamó: «¡Qué pájaro tan sorprendente! ¡Canta como los pájaros y se comporta con las hembras tan cortésmente como los hombres gigantes!». Y como quisiera devolverle atención por atención, lo cogió contra ella y se puso a acariciarle por todos lados como si fuera un hombre, haciéndole mil proposiciones, no con palabras, pues un pájaro no hubiera podido entenderlas, sino con gestos y acciones, de modo que él se comportó con ella en todo como un gorrión con su hembra. ¡Y desde este momento, Hassan se convirtió en el pájaro de la hija del rey! Ahora bien, Hassan, aunque halagado, requebrado y acariciado como un pájaro, y a pesar de cuanto él experimentaba de las suntuosidades de la gigante hija del rey, y de lo que le hacía sentir él, a su vez, y no obstante el bienestar de que disfrutaba en su jaula, en la que la princesa lo encerraba cada vez que ella acababa su cosa con él, estaba lejos de olvidar a su esposa Esplendor, hija del rey de los reyes del Gennistan, y las islas Wak-Wak, hito de su viaje, de las que sabía que no estaba muy alejado. Y para salir de aquella situación hubiera hecho uso gustoso del tambor mágico y del mechón de pelos; pero al cambiarle de ropa la hija del rey de los gigantes, le había quitado los valiosos objetos; y él se los había reclamado ya con signos y con todos los gestos propios del árabe, pero ella no comprendía lo que se le solicitaba y cada vez creía que lo que él demandaba era la cohabitación. Lo que hacía que cada vez que él pedía el tambor le respondiera con la cohabitación, y cada vez que él reclamaba el mechón de pelos, era una cohabitación la que había que realizar; tanto y tanto, en verdad, que él quedó, al cabo de algunos días, en un estado no parecido a ningún otro, y no osaba ya hacer gesto alguno ni el menor signo por miedo a ver la respuesta en acción de la terrible gigante. ¡Todo esto! Y la situación de Hassan no cambiaba; y él desesperaba y empalidecía en su jaula, no sabiendo ya qué partido tomar, cuando un día la gigante, después de múltiples caricias, más intensas que de ordinario, se amodorró mientras lo tenía encima, y lo dejó escapar. Y Hassan se precipitó al momento hacia el cofre en donde se encontraban sus viejos efectos, y tomó el mechón de la barba, del que quemó uno de los pelos, invocando, en su pensamiento, al jeque Alí Padre de las Plumas.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CINCO

Ella dijo:

—Y he aquí que el palacio tembló, y el jeque vestido de negro salió de la torre ante Hassan, quien se arrojó a sus plantas. Y el jeque le preguntó: «¿Qué quieres,

Hassan?». Y el joven le dijo: «¡Por favor, no hagas ruido porque se despertará! ¡Y entonces yo quedaría sin remedio entre sus manos para hacer de pájaro!». Y le señaló con el dedo a la gigante dormida. Entonces el jeque lo tomó por la mano y, por la virtud de su oculto poder, le condujo fuera de palacio. Luego le dijo: «¡Cuéntame lo que te ha pasado!». Y Hassan le contó todo cuanto había hecho desde su llegada a la tierra de alcanfor blanco, y agregó: «¡Y ahora, por Alá, si yo me hubiera quedado un día más al lado de esta gigante, hubiera echado el alma por la nariz!». Y el jeque dijo: «¡Ya te había advertido lo que ibas a pasar! ¡Pero todo esto no es sino el comienzo! ¡Y, una vez más, yo debo decirte, hijo mío, que te decidas ya a volver sobre tus pasos, que en las islas Wak-Wak mis pelos no conservarán su virtud, y que quedarás abandonado a tus propios medios!». Y Hassan dijo: «¡Es preciso que yo vaya en seguida a encontrar a mi esposa! ¡Me queda todavía este tambor mágico para sacarme del apuro!». Y el jeque Alí miró el tambor y dijo: «¡Oh, yo lo reconozco! ¡Es el que perteneció a Bahram el Guebre, uno de mis antiguos discípulos, el único que dejó de caminar por el sendero de Alá! Pero ¡oh Hassan!, sabe que este tambor no podrá servirte ya en las islas de Wak-Wak, en donde se hunden todos los encantamientos y en donde los *genns*, habitantes de la isla no obedecen a otro que a su rey». Y Hassan dijo: «¡Aquel que deba vivir diez años, no morirá en su año noveno! ¡Si, por tanto, mi destino es el de morir en esas islas, no tengo inconveniente! Yo te suplico, oh venerable jeque de los jeques, que me indiques el camino a seguir para ir». Y entonces el jeque Alí, por toda respuesta, le cogió de la mano, y le dijo: «¡Cierra y abre los ojos!». Y Hassan cerró los ojos y los abrió un instante después. Y todo había desaparecido, así como el jeque Padre de las Plumas, el palacio de la hija del rey y la tierra del alcanfor blanco. Y él se halló en la costa de una isla cuyas guijas eran piedras preciosas de diversos colores. Y no sabía que había llegado al fin a las islas tan deseadas. Y Hassan apenas si había tenido tiempo para volver la vista a uno y otro lado, cuando al momento se le echaron encima, saliendo de entre los guijarros y de la espuma de las olas, bandadas de grandes pájaros blancos, que cubrieron el cielo con una nube densa y baja. Y el vuelo enemigo avanzó sobre él en turbión, con un estruendo de picos amenazadores y de alas agitadas; y todos los gatzates aéreos lanzaron a la vez un ronco grito, mil veces repetidos, en el que Hassan reconoció al fin las sílabas Wak-Wak del nombre de las islas. Entonces él comprendió que había llegado a esas tierras prohibidas y que estos le consideraban como un intruso e intentaban rechazarlo al mar. Y Hassan corrió a refugiarse en una cabaña que se elevaba no muy lejos de allí, y se puso a reflexionar sobre la cuestión. De repente sintió rugir la tierra y la sintió temblar bajo sus pies; y se dispuso a escuchar, conteniendo su respiración, y vio a lo lejos hincharse otra nube, de la que poco a poco fueron surgiendo al sol las puntas de lanzas y de cascos, y brillaron las armaduras. ¡Las amazonas! ¿Adónde huir? Y el furioso galope, rápido como el graznido que cae, como el relámpago que brilla, se aproximó en un instante. Y ante él aparecieron, apretadas en un cuadrado movible y formidable, guerreras montadas en yeguas

leonadas como el oro puro, de larga cola, vigorosos corvejones, llevando las riendas altas y libres, más prontas que el viento del norte cuando silba con violencia de la mar tempestuosa. Y estas guerreras armadas para el combate, llevaban cada una un sable potente al costado, una larga lanza en una mano y en la otra una maza de combate que quitaba la razón; y ellas llevaban también cuatro jabalinas que mostraban sus espantosas cabezas. Sucedió que cuando estas guerreras percibieron al insólito Hassan de pie ante el umbral de la cabaña, detuvieron sus yeguas brincadoras. Y toda la masa de cascos hizo, al detenerse, que volasen hasta el cielo las piedrecitas de la orilla, y clavarse en la arena hondamente. Y las ventanas de las narices ampliamente abiertas de los animales temblaban simultáneamente a las narices de las guerreras adolescentes; y los rostros descubiertos bajo los cascos eran bellos como lunas; y las grupas redondeadas y potentes tenían continuidad y se confundían con las grupas leonadas de las yeguas. Y las largas cabelleras castañas, blondas, aleonadas y negras se mezclaban al ondear con las colas y las crines. Y las cabezas de metal y las corazas de esmeralda relucían al sol como joyas inmensas y ardían sin consumirse. Pero entonces, del centro de ese cuadro de luz, avanzó una amazona más alta que todas las demás...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SEIS

Ella dijo:

—Su rostro no estaba libre bajo el casco, sino completamente cubierto con la visera bajada, y su pecho, de senos redondos, relucía bajo la protección de una cota de malla de oro puro más apretada que las alas de los saltamontes. Y ella detuvo bruscamente su yegua a unos pasos de Hassan. Y Hassan no sabiendo si ella le sería hospitalaria u hostil, comenzó por arrojarle ante ella, la frente en el polvo, para levantar luego la cabeza y decirle: «¡Oh mi soberana, yo soy un extranjero al que el destino ha traído a esta tierra, y yo me pongo bajo la protección de Alá y a tu amparo! ¡No me rechaces! ¡Oh mi soberana, apiádate del desgraciado que va en busca de su esposa y de sus hijos!». Al oír estas palabras de Hassan, la caballera saltó de su caballo y, volviéndose a sus guerreras, las despidió con un gesto. Y ella se acercó a Hassan, quien al momento le besó los pies y las manos y llevó a su frente la fimbria de su manto. Y ella lo examinó con atención; luego, levantando su visera, se mostró descubierta a él. Y al verla, Hassan lanzó un grito penetrante y retrocedió espantado; pues en lugar de una joven, por lo menos tan bella como las guerreras adolescentes

que él viera, tenía ante sí a una anciana de feísimo aspecto, que poseía una nariz gruesa como una berenjena, cejas atravesadas, mejillas arrugadas y caídas, ojos que se injuriaban entre sí, y en cada uno de los ángulos de su rostro una calamidad. ¡Ya que hacía que ella semejara un cerdo en verdad! De modo que Hassan, para no estar obligado a mirar por más tiempo ese rostro, se cubrió los ojos con el extremo de su vestido. Y la vieja tomó este gesto por un gran signo de respeto, persuadiéndose de que Hassan lo hacía por no aparecer descarado mirándola frente a frente; y ella se conmovió profundamente por esta señal de respeto, y le dijo: «¡Oh extranjero, calma tu inquietud! ¡Desde este momento estás bajo mi protección! ¡Yo te prometo mi ayuda para todo cuanto necesites!». Luego añadió: «Pero, ante todo, es preciso que nadie te vea en esta isla. Y con este objeto, y, aunque yo esté impaciente por escuchar tu historia, yo voy a traerte los objetos precisos para que te disfraces de amazona, a fin de que en adelante no puedas ser diferenciado de entre las jóvenes vírgenes guerreras, guardianes del rey y de las hijas del rey». Y ella se fue para volver al cabo de algunos instantes con una coraza, un sable, una lanza, un casco y otras armas semejantes en un todo a las que portaban las amazonas. Y se las entregó a Hassan, quien se cubrió. Entonces ella lo tomó de la mano y lo llevó a una roca que se elevaba a la orilla del mar y, estando sentado con ella, le dijo: «¡Ahora, oh extranjero, apresúrate a contarme la causa que te ha impulsado hasta estas islas adonde ningún adamita, antes que tú, ha osado abordar!». Y Hassan respondió, después de haberle agradecido sus bondades: «¡Oh mi señora, mi historia es la de un desgraciado que ha perdido el único bien que poseía, y que ha recorrido toda la tierra con la esperanza de recobrarlo!». Y él le contó sus aventuras sin omitir detalle. Y la vieja amazona le preguntó: «¿Y cómo se llama la adolescente, tu esposa, y cómo se llaman tus hijos?». Él dijo: «En mi país, mis hijos se llamaban Nasser y Manssur, y mi esposa se llamaba Esplendor. ¡Pero yo ignoro qué nombres llevan en el país de los *genn*!». Y Hassan, cuando hubo terminado de hablar, se puso a derramar abundantes lágrimas. Cuando la vieja acabó de oír la historia de Hassan y vio su dolor, fue ganada totalmente a la compasión, y le dijo: «¡Yo tengo el juramento, oh Hassan, de que ninguna madre se interesa más por la suerte de su hijo que yo voy a interesarme por la tuya! Y puesto que dices que tu esposa puede ser que se encuentre entre mis amazonas, yo voy, desde mañana, a enseñártelas todas desnudas en el mar. Y en seguida las haré desfilar delante de ti, una a una, para que me digas si reconoces a tu esposa entre ellas». Así habló la anciana Madre de las Lanzas a Hassan Al-Bassri. Y ella lo tranquilizó afirmándole que no faltaría ocasión, mediante esta estratagema, para descubrir a Esplendor. Y ella pasó esta jornada con él, y le paseó por toda la isla, haciéndole admirar todas las maravillas. Y acabó por amarle con un intenso amor, y le dijo: «¡Cálmate, hijo mío! ¡Yo te llevo en mis ojos! ¡Y si, incluso, tú me pidieras, para tu placer, todas mis guerreras, que son jóvenes vírgenes, yo te las daría de todo amistoso corazón!». Y Hassan le respondió: «¡Oh mi señora, yo, por Alá, no te abandonaré sino cuando mi alma me abandone!». Sucedió que, al día siguiente, la anciana Madre

de las Lanzas llegó según su promesa a la cabeza de sus guerreras, al son de los tambores. Y Hassan, disfrazado de amazona, estaba sentado en la roca que dominaba el mar. Y, de ese modo, él era semejante a cualquier hija de los reyes.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SIETE

Ella dijo:

—Entre tanto, las guerreras adolescentes, descendidas de sus yeguas, se desembarazaron de sus armas y de sus corazas a una indicación de la anciana Madre de las Lanzas, que las mandaba en jefe. Y escultóricas y brillantes surgieron ellas, ¡oh delirio de los lirios y de las rosas!, como los lirios de sus hojas y las rosas de sus espinas. Y blancas y ligeras descendieron al mar. Y la espuma se mezcló a sus cabelleras libres y ondulantes o peinadas y altas como torres. Y la hinchazón de las olas dio continuidad a la hinchazón de sus grupas vírgenes. Y ellas eran como corolas deshojadas sobre las aguas. Pero entre tantos rostros de luna y talles flexibles, ojos negros y dientes blancos, cabellos de diversas tonalidades y grupas de bendición que Hassan contempló con avidez, no reconoció la incomparable belleza de su muy amada Esplendor. Y él dijo a la anciana: «¡Oh mi buena madre, entre ellas no está Esplendor!». Y la anciana caballera respondió: «¡Quién sabe, hijo mío, si la lejanía no te ha permitido observarla bien!». Y dio una palmada y todas las adolescentes salieron del agua y fueron a colocarse sobre la arena, húmedas todavía de pedrerías. Y una tras de otra, flexibles y ondulantes, desfilaron ante la roca en donde estaba Hassan con la Madre de las Lanzas, no llevando sobre ellas por toda armadura sino sus cabellos esparcidos por la espalda y adornadas solamente con las joyas de su carne desnuda. ¡Y fue entonces, oh Hassan, cuando tú viste lo que viste! ¡Oh conejos de todos los colores y de todas las variedades entre los muslos de las adolescentes hijas de reyes! ¡Estabais crasos, estabais redondos, estabais rollizos, estabais como domos, estabais gruesos, estabais abovedados, estabais altos, estabais únicos, estabais encorvados, estabais cerrados, estabais intactos, estabais semejantes a tronos, estabais como mulos, estabais macizos, estabais hocicudos, estabais como nidos, estabais desorejados, estabais cálidos, estabais como tiendas, estabais pelados, estabais musgosos, estabais ocultos, estabais agazapados, estabais disminuidos, estabais hendidos, estabais sensibles, estabais arremolinados, estabais secos, estabais excelentes, pero, es cierto, ninguno comparable al de Esplendor! Así pues, Hassan dejó pasar a todas las adolescentes y dijo a la anciana: «¡Oh madre mía, por tu vida

sobre mí, no hay ninguna entre estas jóvenes que, de cerca o de lejos, se parezca a Esplendor!». Y la vieja guerrera, asombrada, le dijo: «Entonces, ¡oh Hassan!, después de todas estas que has visto, no quedan nada más que las siete hijas de nuestro rey. Dame, pues, algunas señas, para reconocer a tu esposa llegado el caso, y descríbemela en lo que tenga de particular. Y yo conservaré todo ello en mi memoria. Y te prometo que, informada de ese modo, no quedará por mí el encontrar a tu esposa». Y Hassan respondió: «Querer pintártela, ¡oh mi señora!, es morir de impotencia; pues no existe lengua alguna capaz de expresar todas sus perfecciones. Pero yo quiero darte su parecido aproximadamente. Ella tiene, ¡oh mi señora!, un rostro tan blanco como un día de bendición; una estatura tan fina que el sol no sabría alargar su sombra sobre el suelo; una cabellera negra y larga sobre la espalda como la noche sobre el día; dos senos que perforan las telas más fuertes; una lengua como la de las abejas; una saliva como el agua de la fuente de Salsabil; ojos como el manantial de Kausar; una flexibilidad de rama de jazmín; dientes como pedrisco; un grano de belleza sobre la mejilla derecha y un deseo bajo el ombligo; una boca como una cornalina, que dispensa de la copa y de la jarra; mejillas como las anémonas de Neman; un vientre elástico y deslumbrante, tan vasto y tan blanco como una cubeta de mármol; una grupa más sólida y mejor formada que la cúpula del templo del Irán; muslos fundidos en el molde de la perfección, tan dulces como los días de la reunión, luego de una amarga ausencia, entre los que está asentado el trono del califa, santuario del reposo y de la embriaguez, y cuyo logogrifo ha sido así descrito por el poeta:

¡Mi nombre, objeto de tantas emociones, está formado de dos letras famosas! ¡Multiplicar cuatro por cinco y seis por diez, y lo obtendréis!».

Y dichas estas palabras, Hassan no pudo retener las lágrimas por más tiempo, y se puso a llorar. Luego exclamó: «¡Mi tormento, oh Esplendor, es tan amargo como el tormento del derviche que ha perdido su escudilla, o el sufrimiento del peregrino que tiene una herida en el talón, o el dolor del amputado que ha perdido sus piernas o sus brazos!». Cuando la vieja amazona acabó de oír todo esto, bajó un momento la cabeza, inmersa en una profunda meditación, y luego dijo a Hassan: «¡Qué calamidad, oh Hassan! ¡Tú te pierdes sin remedio y me pierdes contigo! ¡Pues la adolescente que acabas de describirme es ciertamente una de las siete hijas de nuestro poderoso rey! ¡Qué señuelo el tuyo, y cuán insensata es tu audacia! ¡Entre tú y ella existe la misma distancia que entre la tierra y el cielo, y si persistes en tu querer, es a tu perdición hacia lo que te precipitas! ¡Escúchame, pues, oh Hassan! Renuncia a tu temerario proyecto, y no expongas tu alma a la perdición».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS OCHO

Ella dijo:

—Al oír estas palabras de la vieja quedó Hassan de tal manera desconcertado que cayó desvanecido; y cuando volvió en sí lloró tan amargamente, que sus ropas quedaron empapadas de sus lágrimas, y, en el límite de la desesperación, exclamó: «¡Así, pues, oh mi caritativa tía, es preciso que yo me vuelva desesperado, después de haber venido de tan lejos y en el momento en que estoy próximo a alcanzar mi objetivo! ¿Cómo, después de la seguridad que me diste, hubiera podido dudar yo del éxito de mi empresa y del alcance de tu potencia? ¿No eres tú misma la que mandas en jefe a las tropas de las siete islas, y que ninguna de las empresas de esta clase es imposible?». Y la anciana respondió: «¡Cierto, hijo mío, que yo puedo mucho sobre mis tropas y sobre cada una en particular de las Amazonas que las componen! Pero yo quiero para apartarte de tu insensato proyecto, que escojas, entre estas adolescentes guerreras, la que más te plazca; y yo te la daré en lugar de tu esposa. Y en seguida regresarás con ella a tu país, y quedarás al abrigo de la venganza de nuestro rey. ¡Si no, tu pérdida y la mía son inevitables!». Pero Hassan solo respondió a este consejo de la vieja con nuevas lágrimas y nuevos sollozos. Y la anciana conmovida con el culmen de su dolor, le dijo: «¡Por Alá sobre ti, oh Hassan! ¿Qué quieres que haga por ti? Si se llega a descubrir que te he dejado abordar a nuestras islas, mi cabeza ya no pertenecerá más a mis hombros. ¡Y si se llega a saber que te he dejado ver en el baño, todas desnudas, a mis guerreras adolescentes, las jóvenes vírgenes que ninguna mirada de varón ha desflorado y que ningún dedo de hombre ha tocado, mi alma no me pertenecerá más!». Y Hassan exclamó: «¡Por Alá, oh mi señora!, te aseguro que no he mirado de una manera inconveniente a esas jóvenes, y que no he prestado gran atención a su desnudez». Y la vieja dijo: «¡Tú no tienes culpa precisamente, oh Hassan, pues en toda tu vida tuviste ocasión semejante! En todo caso, si alguna de estas vírgenes té tiente, para decidirte a regresar a tu país y salvaguardar así tu alma, yo te cargaré de riquezas y de productos valiosos de nuestras islas, y te colmaré de bienes que te harán rico y feliz para el resto de tus días». Pero Hassan se precipitó a los pies de la anciana, le abrazó las rodillas y le dijo llorando: «¡Oh mi bienhechora, oh pupilas de mis ojos, oh soberana mía!, ¿cómo podría yo regresar a mi país después de haber sufrido tantas fatigas y desafiado tantos peligros? ¿Cómo podría abandonar yo esta isla sin haber visto a la muy amada cuyo amor me ha guiado? ¡Ah, piensa, mi señora, que pueda ser que la voluntad del destino sea el que vuelva a encontrar a mi esposa después de los sufrimientos que he soportado!». Y dichas estas palabras, Hassan no pudo contener el impulso de su alma e improvisó estas estrofas:

«¡Oh reina de la belleza, ten piedad del prisionero de dos párpados que han subyugado a los reinos de los Khosroes!

»Ni las ricas, ni los nardos, ni las esencias aromáticas pueden esfumarse por sus virtudes, de tu aliento.

»La brisa de las llanuras del paraíso se detiene en tus cabellos para embalsamar a los dichosos que la respiran.

»Las pléyades que brillan toman de tus ojos sus resplandores, y los astros de las noches son los únicos dignos de un collar para tu garganta, ¡oh blanca joven!».

Cuando la anciana entendió estos versos, ella vio que sería verdaderamente cruel arrebatarle para siempre la esperanza de volver a ver a su esposa y, compadecida de su dolor, le dijo: «Hijo mío, aleja de tu pensamiento la aflicción y la desesperación. ¡Pues ahora estoy decidida a intentarlo todo para devolverte a tu esposa!». Luego ella agregó: «Voy al instante a comenzar a ocuparme con mi alma del asunto, ¡oh pobre! Pues veo bien que el enamorado no tiene oído ni entendimiento. Yo te abandono, pues, para ir al palacio de la reina de esta isla donde estamos, que es una de las siete islas de Wak-Wak. Pues es preciso que sepas que cada una de estas siete islas está habitada y gobernada por una de las siete hijas de nuestro rey, que son hermanas del mismo padre y no de la misma madre. Y aquella que nos gobierna aquí es la mayor de las hermanas y se llama la princesa Nur Al-Huda. Y voy a ir a buscarla para hablarle a tu favor. ¡Calma, pues, tu alma y enjuga tus ojos, y aguarda mi regreso con corazón tranquilo!». Y ella se despidió de él y se dirigió hacia el palacio de la princesa Nur Al-Huda. Una vez llegada a presencia de la princesa, la anciana amazona, que era respetada y amada por las hijas del rey y por el rey mismo, a causa de su sabiduría y de la educación y de los cuidados por ella dados a las jóvenes princesas, se inclinó y abrazó la tierra entre las manos de Nur Al-Huda. Y la princesa se levantó al momento en su honor y la abrazó y la sentó junto a ella, y le dijo: «¡*Inschallah!* ¡Que las nuevas que me traes sean de buen augurio! Y si tienes una demanda que hacerme o un favor que reclamarme, ¡habla! Heme aquí atenta a escucharte...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS NUEVE

Ella dijo:

—La vieja Madre de Las Lanzas respondió: «¡Oh reina del siglo y del tiempo! ¡Oh hija, vengo a ti para anunciarte un extraordinario acontecimiento que, lo espero, será una distracción y un divertimento! Sabe, en efecto, que he encontrado, varado sobre la playa de nuestra isla, un joven de una belleza maravillosa que lloraba de amargura. Y cuando yo le interrogaba sobre su estado, me respondió que su destino le había lanzado sobre nuestras costas cuando estaba a la búsqueda de su esposa. ¡Y cuando le rogué que me hiciera una descripción de cómo era su esposa, él me hizo una descripción que me ha puesto en gran preocupación respecto a ti y a las otras princesas, tus hermanas! Y debo igualmente revelarte, ¡oh reina mía!, para decir toda la verdad, que nunca mis ojos han visto, entre los *genn* y los *efrits*, un adolescente tan bello como él». Cuando la princesa Nur Al-Huda oyó estas palabras de la anciana, fue dominada por una terrible cólera y gritó a la anciana amazona: «¡Oh vieja de maldición, oh hija de mil cornudos de infamia!, ¿cómo has hecho para introducir un macho entre nuestras vírgenes, en nuestros dominios? ¡Ah raza de impudicia!, ¿quién me dará a beber una buchada de tu sangre o a comer un trozo de tu carne?». Y la anciana guerrera se puso a temblar como una caña en la tempestad y cayó de rodillas ante la princesa, quien le gritó: «¿No temes el castigo que te suscitan mi venganza y mi cólera? ¡Por la cabeza de mi padre, el gran rey de los *genn*, que no sé lo que me retiene en este momento para hacerte cortar en pedazos, a fin de que sirvas de ejemplo en el futuro a los guías de infamia que quieran introducir a los viajeros en nuestras islas!». Luego ella agregó: «¡Pero, ante todo, apresúrate a ir a buscarme a ese temerario adamita que ha osado violar nuestras fronteras!». Y la vieja se levantó no sabiendo ya, en su terror, distinguir su mano derecha de su mano izquierda, y salió a buscar a Hassan. Y ella pensaba: «¡Esta tremenda calamidad, que Alá me ha enviado por intermedio de la reina, me ha sido toda ella suscitada por ese joven Hassan! ¡Que yo no le obligase mejor a abandonar esta isla y a hacerle que nos enseñara el ancho de su espalda!». Y de esta forma llegó al lugar donde se hallaba Hassan y le dijo al momento de divisarlo: «¡Levántate, oh aquel cuyo término final está próximo! ¡Y ven a ver a la reina, que te quiere hablar!». Y Hassan siguió a la anciana, diciéndole: «¡*Ya salam*! ¿En que abismo voy a ser precipitado?». Y así llegó al palacio a ponerse entre las manos de la reina. Y ella le recibió sentada en su trono y con la cara totalmente cubierta con un velo. Y Hassan no halló nada mejor que hacer, en esta penosa circunstancia, que comenzar por abrazar la tierra ante el trono y, luego del *salam*, dirigirle un cumplimiento en verso a la princesa. Entonces ella se dirigió a la anciana y le hizo una indicación que significaba: «¡Pregúntale!». Y la anciana dijo a Hassan: «Nuestra poderosa reina te devuelve el *salam* y te solicita, a fin de que tú le respondas: ¿Cuál es tu nombre, cuál es tu país de origen, cuál es el nombre de tu esposa y cuáles son los nombres de tus hijos?». Y Hassan, ayudado por el destino, respondió volviéndose hacia la princesa: «Reina del universo, soberana del siglo y del tiempo, ¡oh la única de la época y de las edades!; en cuanto hace a mi miserable nombre yo me llamo Hassan, el lleno de tribulaciones, el nativo de la ciudad de

Bassra, en el Irak. En cuanto al nombre de mi esposa, yo no conozco su nombre. En lo que se refiere a mis hijos, el uno se llama Nasser y el otro Manssur». La reina le preguntó por intermedio de la vieja: «¿Y por qué te ha abandonado tu esposa?». Y él dijo: «¡Por Alá que no lo sé! ¡Pero debió de ser contra su voluntad!». Ella preguntó: «¿De dónde partió ella? ¿Y por qué medio?». Él dijo: «Ella partió de Bagdad, del mismo palacio del califa Harún Al-Raschid, emir de los creyentes. Y para ello solo tuvo que ponerse su capa de plumas y elevarse por los aires». Ella preguntó: «¿Y no te dijo nada al marchar?». Él respondió: «Ella dijo a mi madre: “Si tu hijo, torturado por el dolor de mi ausencia, quiere alguna vez encontrarme, él no tendrá nada más que ir a buscarme a las islas Wak-Wak. ¡Y ahora adiós, oh madre de Hassan! Sí, partir así me aflige mucho y yo entristezco mi alma, pues los días de la separación desgarrarán su corazón y ennegrecerán vuestra vida; pero ¡ay!, no puedo nada. ¡Yo siento la embriaguez del aire invadir mi alma y es preciso que vuele por el espacio!”. ¡Así habló mi esposa! ¡Y ella voló! ¡Y desde entonces el mundo está negro ante mis ojos y mi pecho habitado por la desolación!». La princesa Nur Al-Huda respondió, moviendo la cabeza: «¡Por Alá que es cierto que si tu esposa no hubiera querido volver a verte, no hubiera revelado a tu madre el lugar adonde marchaba! Pero, por otra parte, ¡si ella te amara verdaderamente no te hubiera abandonado de ese modo!». Hassan juró entonces, con los mayores juramentos, que su esposa le amaba verdaderamente, que le había dado mil pruebas de su afecto y de su dedicación, pero que no había podido resistir a la llamada del aire y a la de su instinto original, que es el vuelo de los pájaros. Y agregó: «¡Oh reina!, ya te he contado mi triste historial ¡Y heme aquí ante ti, suplicando a tu clemencia que me perdone mi audaz paso y me ayude a encontrar a mi esposa y a mis hijos! ¡Por Alá sobre ti, oh mi soberana, no me rechaces!». Cuando la princesa Nur Al-Huda hubo escuchado las palabras de Hassan meditó durante una hora de tiempo; luego levantó la cabeza y dijo a Hassan: «¡He reflexionado bien respecto al género de suplicio que te has merecido y no hallo uno que sea suficiente para castigar tu temeridad!». Entonces la vieja, aunque aterrorizada, se arrojó a los pies de su señora, cogió la fimbria de su vestido, con la que se cubrió la cabeza, y le dijo: «¡Oh gran reina...!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS DIEZ

Ella dijo:

—«... ¡por mis títulos de nodriza que te ha nutrido, no te apresures a castigarlo,

tanto más cuanto que ahora sabes que es un pobre extranjero que ha afrontado numerosos peligros y pasado por incesantes tribulaciones! ¡Y no fue sino gracias a la larga vida que le concedió el destino como pudo resistir los tormentos sufridos! ¡Y es más grande y más digno de tu nobleza, oh reina, el perdonarle y no el violar a sus expensas los derechos de la hospitalidad! ¡Además, considera que ha sido solo el amor lo que le ha impulsado a esta empresa fatal, y que mucho se les debe perdonar a los enamorados! En fin, ¡oh mi reina y la corona sobre tu cabeza!, sabes que si yo me he atrevido a venir a hablarte de este adolescente tan bello ha sido porque ninguno como él, entre los hijos de los hombres, sabe improvisar versos y construir odas. ¡Y para comprobar mi decir, tú no tendrás más que mostrarle tu rostro al descubierto y verás cómo él sabe celebrar tu belleza!». A estas palabras de la anciana, sonrió la reina y dijo: «¡En verdad que solo faltaba esto para que la medida se colmase!». Pero, en secreto, la princesa Nur, a pesar de la severidad de su actitud, había sido conmovida en su ser por la belleza de Hassan y ella no pretendía nada mejor que experimentar su saber, tanto en verso como en cuanto se sigue. Así, pues, fingió dejarse convencer por las palabras de su nodriza y, levantando su velo, mostró su rostro al descubierto. Al verlo lanzó Hassan un grito tan penetrante que el palacio se conmovió y él cayó sin conocimiento. Y la anciana le prodigó los cuidados necesarios y le volvió en sí; luego ella le preguntó: «¿Qué te ha pasado, hijo mío? ¿Qué has visto tú para estar tan trastornado?». Y Hassan respondió: «¡Ah, qué he visto yo, Alá! ¡La reina es mi esposa o, al menos, ella se parece a mi esposa como la mitad de un haba dividida se parece a su hermana!». Y la reina, escuchando estas palabras, se puso a reír de un modo extraordinario y dijo: «¡Este joven está loco! ¡Dice que soy su esposa! ¡Por Alá!, ¿desde cuando las vírgenes son fecundadas sin ayuda del macho, y tienen ellas hijos del aire del tiempo?». Luego ella se volvió hacia Hassan y dijo riendo: «¡Oh querido mío!, ¿quieres decirme, al menos, en qué me parezco yo a tu esposa y en qué no le parezco? ¡Pues yo veo que tú mismo te hallas en una gran perplejidad respecto a mí!». Él respondió: «¡Oh soberana de los reyes, asilo de los grandes y de los pequeños, es tu belleza la que me ha vuelto loco! ¡Pues te asemejas a mi esposa por tus ojos, más luminosos que las estrellas, por el frescor de tu tez, por el rojo de tus mejillas, por la forma erecta de tus bellos senos, por la dulzura de tu voz, por la ligereza y elegancia de tu estatura y muchos otros encantos que yo no diré, por respeto a cuanto está velado! ¡Pero, contemplando con detenimiento tus encantos, yo encuentro entre tú y ella una diferencia, visible para mis ojos de enamorado, y que no te puedo expresar mediante la palabra!». Cuando la princesa Nur Al-Huda oyó estas palabras de Hassan comprendió que su corazón no se ligaría jamás a ella; y concibió un violento despecho y juró descubrir cuál de las princesas sus hermanas era la que había llegado a ser la esposa de Hassan sin el consentimiento del rey, su padre. Y ella se dijo: «¡Yo me vengaré de ese modo de Hassan y de su esposa, arrojando sobre ambos mi justo resentimiento!». Pero ocultó sus pensamientos en el fondo de su alma y, dirigiéndose a la anciana, dijo: «¡Oh nodriza!, ve aprisa a buscar a mis seis

hermanas, cada una en particular a la isla en que habita, y diles que su ausencia me pesa en extremo desde hace ya más de dos años que ellas no me han visitado. ¡E invítalas, de mi parte, a venir a verme y tráelas contigo! Pero, sobre todo, guárdate bien de decirles una palabra de cuanto ha ocurrido o de anunciarles la llegada entre nosotros de un joven extranjero que está a la busca de su esposa. ¡Ve y no tardes!». Al momento, la anciana, que no podía sospechar las intenciones de la princesa, salió del palacio y voló, rápida como el relámpago, hacia las islas en donde se encontraban las seis princesas hermanas de Nur Al-Huda. Pero cuando llegó a la séptima isla, en donde la princesa más joven vivía aún con su padre, el rey de los *genn*, tuvo que realizar grandes esfuerzos para que fuera satisfecho el deseo de Nur Al-Huda. En efecto, cuando la menor de las princesas, según el consejo de la anciana, fue a solicitar de su padre el permiso para ir a visitar a su hermana mayor con Madre de las Lanzas, el rey, emocionado hasta el límite de la emoción con esta propuesta exclamó: «¡Ah hija mía muy amada, la preferida de mi corazón!, yo tengo en mi alma alguna cosa que me dice que yo no te volveré a ver más si te alejas desde ahora de este palacio Y, además, yo he tenido esta noche un sueño terrible que voy a contarte».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS ONCE

Ella dijo:

—«Sabe, pues, hija mía, ¡oh pupila de mis ojos!, que esta noche un sueño pesó sobre mi reposo y oprimió mi pecho. En efecto, durante mi sueño, me paseaba por entre un tesoro oculto a todas las miradas, pero cuyas riquezas estaban de manifiesto a mis ojos. Y admiraba todo cuanto veía, pero mis miradas solo se detenían en siete piedras preciosas que brillaban entre el resto con un espléndido resplandor. Pero era la más pequeña la más bella, la más atrayente. Por ello, para admirarla mejor y ponerla a cubierto de las miradas, la tomé en mi mano, la estreché contra mi corazón y, llevándomela, salí del tesoro. Y cuando la tenía ante mis ojos, bajo los rayos del sol, de pronto un pájaro de una especie extraordinaria y como nunca se viera en estas islas, se echó sobre mí y me arrebató la piedra preciosa y huyó. Y quedé lleno de estupor y sumido en el más vivo dolor. Y, al despertarme, luego de una noche atormentada, convoqué a los intérpretes de sueños para solicitarles la explicación de lo que yo había visto en mi sueño. Y ellos me respondieron: “¡Oh rey nuestro!, las siete piedras preciosas son tus siete hijas, y la piedra más pequeña, robada por el pájaro de entre tus manos, es tu hija más pequeña, que debe ser arrebatada por la

fuerza a tu afección”. Por eso yo tengo ahora mucho miedo de dejarte que te alejes con tus hermanas y la Madre de las Lanzas para ir con tu hermana Nur Al-Huda; pues no sé lo que te puede suceder de molesto en el viaje, ya a la ida, ya a la vuelta». Y Esplendor, pues era ella misma, la esposa de Hassan, respondió: «¡Oh mi soberano y padre, oh gran rey!, tú no ignoras que mi hermana la mayor, Nur Al-Huda, ha preparado para mí una fiesta, esperándome con la más viva impaciencia. Y hace ya más de dos años que pienso constantemente en ir a verla, sin que la cosa me haya sido permitida; y ahora ella debe tener toda clase de motivos para estar poco satisfecha de mi conducta. ¡Pero no temas nada, padre mío! Y no olvides que hace algún tiempo, cuando hice un viaje a lo lejos con mis amigas, me creíste perdida para siempre y tuviste duelo por mí. ¡Y sin embargo, regrese sin contratiempo y en buena salud! ¡Asimismo esta vez me ausentaré por un mes lo más, terminado el cual regresaré a tu lado, si Alá lo quiere! Además, si fuera para alejarme de nuestro reino yo comprendería tu emoción, pero en nuestras islas, ¿qué enemigo podría yo temer? ¿Quién podría llegar hasta las islas Wak-Wak, después de haber atravesado la montaña de las Nubes, las montañas Azules, las montañas Negras, los siete valles, los siete mares la tierra de Alcanfor Blanco, sin perder mil veces su alma en el camino? ¡Arroja de tu espíritu toda inquietud, oh padre mío, enjuga tus ojos y tranquiliza tu corazón!». Cuando el rey de los *genn* oyó estas palabras de su hija consintió en dejarla marchar, pero bien a su pesar y haciéndole prometer que no permanecería sino algunos días junto a su hermana. Y le dio una escolta de mil amazonas y la abrazó con ternura. Y Esplendor se despidió de él y, luego de haber ido a abrazar a sus dos hijos, de los que nadie sospechaba la existencia, ya que, desde su llegada, ella los había confiado a dos de sus fieles esclavas, siguió a la anciana y a sus hermanas hasta la isla en donde reinaba Nur Al-Huda. Ahora bien, para recibir a sus hermanas, Nur Al-Huda se había adornado con un vestido de seda roja adornado con pájaro de oro, cuyos ojos, el pico y las uñas eran rubíes y esmeraldas; y, cargada de adornos y de pedrerías, estaba sentada en el trono en la sala de audiencias. Y ante ella se mantenía en pie Hassan; y a su derecha estaban situadas jóvenes con las espadas desnudas; y a su izquierda otras doncellas mostraban sus largas lanzas puntiagudas. Y en este momento llegó la Madre de las Lanzas con las seis princesas. Y ella solicitó audiencia y, a una orden de la reina, introdujo primero a la de más edad, que se llamaba Nobleza de la Raza. Se vestía con un traje de seda azul y era más bella aun que Nur Al-Huda. Y ella avanzó hasta el trono y besó la mano de su hermana, quien se levantó en su honor y la abrazó y la hizo sentar a su lado. Luego ella se dirigió a Hassan y le dijo: «Dime, ¡oh adamita!, ¿es esta tu esposa?». Hassan respondió: «¡Por Alá, oh mi señora!, esta es maravillosamente bella como la luna al aparecer; ella tiene una cabellera de carbón, mejillas delicadas, una boca sonriente, senos erectos, finas coyunturas y exquisitas extremidades; y para celebrarla en versos, yo diría: Ella se adelanta vestida de azul, y tal que se la creería un retazo desprendido del azul de los cielos. Sobre sus labios lleva una colmena de miel, sobre sus mejillas un parterre de

rosas y sobre su cuerpo corolas de jazmín. Al ver su talle recto y delgado y su grupa monumental, se la tomaría por una caña hundida en un montículo de movible arena. ¡Así la veo yo, oh mi señora! Pero existe entre ella y mi esposa una diferencia que mi lengua rehúsa expresar». Entonces Nur Al-Huda hizo a la anciana una indicación para que pasara la segunda hermana. Y entró la adolescente vestida con un traje de seda color de albaricoque. Y ella era más bella que la primera; y se llamaba Fortuna de la Casa. Y su hermana, luego de haberla abrazado, la hizo sentarse al lado de la anterior y preguntó a Hassan si él reconocía en ella a su esposa.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS DOCE

Ella dijo:

—Y Hassan respondió: «¡Oh mi soberana!, esta arrebató la razón de cuantos la miren y encadena los corazones de aquellos que se le acerquen; y aquí tienes los versos que ella me inspira: ¡La luna de estío en medio de una noche de invierno no es más bella que tu llegada, oh doncella! Las negras trenzas de tus cabellos alargadas hasta tus tobillos, y las bandas tenebrosas que te ciñen la frente, me hacen decirte: “¡Tú ensombreces la aurora con el ala de la noche!”. Mas tú me respondes: “¡No!, ¡no!, simplemente una nube que oculta la luna”. ¡Así la veo yo, oh mi soberana! Pero hay entre ella y mi esposa una diferencia que mi lengua es impotente para describírtela». Entonces Nur Al-Huda hizo seña a Madre de las Lanzas, que se apresuró a introducir a la tercera hermana. Y la adolescente entró luciendo un vestido de seda granate; era más bella que las dos primeras y se llamaba Resplandor Nocturno. Y su hermana, después de haberla abrazado, la hizo sentarse al lado de la precedente y preguntó a Hassan si reconocía en ella a su esposa. Y Hassan respondió: «¡Oh mi reina y la corona sobre mi cabeza! Esta hace que se vuele la razón de los más sabios y mi asombro ante ella me hace improvisar estos versos: Tú te balanceas, ¡oh llena de gracia!, ligera como la gacela, y tus párpados, a cada movimiento, lanzan las flechas mortales. ¡Oh sol de belleza!, tu aparición llena de gloria los cielos y la tierra y tu desaparición extiende las tinieblas sobre la faz del universo. Así la veo yo, ¡oh reina del tiempo! Pero mi alma se niega reconocer en ella a mi esposa, no obstante la extraordinaria semejanza de sus rasgos y de su andar». Entonces la anciana amazona, a una indicación de Nur Al-Huda, introdujo a la cuarta hermana, que se llamaba Pureza del Cielo. Y la adolescente estaba vestida de seda amarilla, con dibujos a lo largo y a lo ancho. Y ella abrazó a su hermana, quien la hizo sentar junto

a las otras. Y Hassan, viéndola, improvisó estos versos: «Ella apareció como la luna llena en una noche feliz, y sus mágicas miradas iluminaron nuestro camino. Si yo me aproximo a ella para avivarme bajo el fuego de sus ojos, yo soy rechazado al momento por los centinelas que la defienden: sus dos senos tensos y duros como la piedra de granito. Y yo no la describo toda ella porque ello exigiría una oda de gran aliento. Sin embargo, ¡oh mi señora!, debo decirte que no es mi esposa, aun cuando la semejanza sea chocante en muchas cosas». Y Nur Al-Huda hizo entrar a su quinta hermana, que se llamaba Blanca Aurora, y que avanzó moviendo sus caderas; era tan flexible como una rama de ban y tan ligera como un cervatillo. Y luego de haber abrazado a su hermana mayor, se sentó en el lugar que le fue asignado, al lado de las otras, y se arregló los pliegues de su vestido de seda verde con adornos de oro. Y, viéndola, Hassan improvisó estos versos: «La flor roja de la granada no está mejor velada con sus hojas verdes, ¡oh doncella!, que lo estás tú con esa encantadora camisa. Y si yo te pregunto: “¿Cuál es ese vestido que tan bien le va a tus mejillas solares?”. Tú me respondes: “Él no tiene nombre, pues es mi camisa”. Y yo exclamaré: “¡Oh maravillosa camisa, causa de tantas mortales heridas, yo te llamaré camisa sentimiento!”. ¿No eres tú más maravillosa aún, oh doncella? Si tú te levantas en tu belleza para deslumbrar los ojos humanos, tus caderas te dicen: “¡Permanece! ¡Permanece! ¡Eso que nos sigue es demasiado pesado para nuestras fuerzas!”. Y si yo me adelanto entonces, implorándote ardientemente, tu belleza me dice: “¡Hazlo! ¡Hazlo!”. Pero cuando yo me dispongo, tu pudor me dice: “¡No! ¡No!”». Cuando Hassan acabó de recitar estos versos, toda la concurrencia quedó maravillada de su talento, y la reina misma, pese a su resentimiento, no pudo impedir el demostrar su admiración. Por ello, la anciana protectora de Hassan aprovechó el buen giro que tomaba la cuestión para intentar situar a Hassan en las buenas gracias de la vindicativa princesa, y le dijo: «¡oh soberana mía!, ¿te hube engañado yo al hablarte del arte admirable de este joven en la construcción de versos? ¿No es delicado y discreto en sus improvisaciones? Yo te ruego, por tanto, que olvides la audacia de su empresa y lo agregues en adelante a tu persona como poeta, utilizando su talento para las solemnidades y las fiestas». Y la reina respondió: «¡Sí!, pero antes quisiera terminar con la prueba. Ve aprisa a que entre mi hermana menor».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS TRECE

Ella dijo:

—Y la vieja salió y un instante después entró llevando de la mano a la adolescente más joven, aquella que se llamaba Ornamento del Mundo y que no era otra que Esplendor. ¡Así entraste tú, oh Esplendor, y estabas vestida con tu sola belleza, desdeñosa de los adornos y de los velos disimuladores! ¡Pero qué destino colmado de desdichas acompañaba tus pasos! Tú ignorabas, no sabiendo lo que estaba escrito respecto a ti en el libro de la suerte. Cuando Hassan, que estaba de pie en medio de la sala, vio llegar a Esplendor, lanzó un fuerte grito y rodó por tierra privado del conocimiento. Y Esplendor, al oír este grito, se volvió y reconoció a Hassan. Y sobrecogida al ver a su esposo, al que ella creía tan lejos, se derrumbó todo a lo largo, respondiendo con otro grito, y perdió el conocimiento. Al ver esto, la reina Nur Al-Huda no dudó un instante de que fuese su hermana la esposa de Hassan y no pudo por más tiempo disimular sus celos y su furor. Y ella gritó a sus amazonas: «¡Llevaos a este adamita y arrojadlo fuera de la ciudad!». Y las guardias ejecutaron el mandato y se llevaron a Hassan y fueron a arrojarlo sobre la playa, lejos de la ciudad. Luego la reina se volvió hacia su hermana, a la que había hecho volver de su desvanecimiento, y le gritó: «¡Oh libertina! ¿Cómo hiciste para conocer a este adamita? ¡Y qué conducta criminal observaste en todos tus actos! ¡Tú no solamente te casaste sin el consentimiento de tu padre y de la familia, sino que aun abandonaste a tu esposo y dejaste tu casa! ¡Oh, esta ignominia solo puede ser lavada con sangre!». Y gritó a sus mujeres: «¡Traed una escalera y atad a esta criminal por sus largos cabellos y dadle de palos hasta que sangre!». Luego salió con sus hermanas de la sala de audiencias y marchó a su cámara para escribir al rey su padre una carta en la que le comunicaba, con todos los detalles que sabía, la historia de Hassan con su hermana y le comunicaba, al mismo tiempo que la vergüenza que recaía sobre toda la raza de los *genn*, el castigo que ella había juzgado que debía dar a la culpable. Y terminaba la carta suplicando a su padre que le contestase lo más pronto posible para decirle su opinión respecto al castigo definitivo que había que darle a la criminal. Y confió la carta a un rápido mensajero, que se avivó para llevarla al rey. Cuando el rey leyó la carta de Nur Al-Ruda vio cómo el mundo se ennegrecía ante él, e indignado al límite de la indignación por la conducta de su hija menor, respondió a su hija primogénita que todo castigo sería ligero en comparación del delito y que era necesario condenar a muerte a la culpable, pero que él abandonaba todo el cuidado de ejecutar esta orden a su juicio y a su justicia. Sucedió que, en tanto que Esplendor, entregada de ese modo entre las manos de su hermana, gemía atada por los cabellos a la escalera y esperaba su suplicio. Hassan, que había sido arrojado a la playa, acabó por volver de su desvanecimiento, pero fue para pensar en la gravedad de su desgracia, de la que, además, no sospechaba toda la intensidad. ¿Qué podía esperar todavía? Ahora que ningún poder podía socorrerle, ¿qué podía intentar él y cómo intentaría salir de esa isla maldita? Y se levantó, presa de la desesperación, y se puso a errar a lo largo de la isla, esperando encontrar algún remedio a sus males. Y fue entonces cuando le vinieron a la memoria estos versos del poeta:

«Cuando tú no eras sino un germen en el seno de tu madre, yo formé tu destino en el seno de mi justicia y lo he dirigido en el sentido de mi visión.

»Deja, pues, ¡oh criatura!, que los acontecimientos sigan su curso: tú no puedes oponerte.

»Y si la adversidad desciende sobre tu cabeza, deja a tu destino el cuidado de desviarla».

Este precepto de sabiduría reanimó un tanto el valor de Hassan, quien continuó errando a la aventura por la playa, intentando adivinar lo que pudo suceder durante su desvanecimiento y por qué se le había abandonado así en la playa. Y mientras él reflexionaba de ese modo, tropezó con dos pequeñas amazonas de una docena de años que se batían a sable con fuertes estocadas. Y vio, no lejos de ellas, tirado en la tierra, un bonete de cuero sobre el que estaban trazadas figuras y signos de escritura. Y se acercó a las pequeñas, intentó separarlas, y les preguntó la causa de su querella. Y ellas le dijeron que se disputaban la posesión de ese bonete. Entonces les preguntó Hassan si le querían escoger por árbitro y si se confiaban a él para ponerlas de acuerdo sobre la posesión de ese bonete. Y habiéndole aceptado las pequeñas, Hassan cogió el bonete y les dijo: «¡Pues bien, yo voy a tirar una piedra al aire, y aquella de las dos que me la traiga tendrá el bonete!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CATORCE

Ella dijo:

—Y las pequeñas amazonas dijeron: «¡La idea es excelente!».

Entonces Hassan cogió un guijarro de la playa y lo lanzó lejos con todas sus fuerzas. Y en tanto que las pequeñas corrían para coger el guijarro, Hassan se colocó el bonete en la cabeza para secarlo y lo dejó. Al cabo de algunos instantes volvieron las jóvenes y la que lo había cogido gritó: «¿En dónde estás, oh hombre? ¡Soy yo la que gané!».

Y ella llegó al lugar en donde estaba Hassan y se puso a mirar a todas partes sin ver a Hassan. Y su hermana miraba igualmente alrededor de ella, en todas las direcciones, pero no veía a Hassan. Y Hassan se preguntaba: «Y si bien, como es cierto, no son ciegas estas pequeñas amazonas, ¿qué pasa para que ellas no me vean?».

Y él les gritó: «¡Yo estoy aquí! ¡Venid!».

Y las pequeñas miraron en la dirección de donde procedía su voz, pero no vieron a Hassan; y se pusieron a llorar de miedo. Y Hassan se acercó a ellas y

les tocó en el hombro y les dijo: «¡Aquí estoy! ¿Por qué lloráis, pequeñas mías?». Y las jóvenes levantaron la cabeza, pero no vieron a Hassan. Y quedaron tan aterradas, que se pusieron a correr con todas sus fuerzas, lanzando grandes gritos, como si ellas fueran perseguidas por algún *genni* de la mala especie. Y Hassan se dijo entonces: «¡No cabe duda! ¡Este bonete está encantado! ¡Y su encantamiento consiste en hacer invisible a aquel que lo lleva en la cabeza!». Y se puso a bailar de alegría, diciéndose: «¡Es Alá quién me lo envía! ¡Así, pues, podré ver, con este bonete sobre la cabeza, a mi esposa, sin ver visto por nadie!». Y regresó al momento a la ciudad y para comprobar mejor las virtudes de ese bonete, quiso intentar el efecto ante la anciana amazona. Y la buscó por todas partes y acabó por encontrarla en una de las cámaras del palacio, encadenada, por orden de la princesa, a una argolla hundida en la pared. Entonces, para asegurarse de si realmente era invisible, se acercó a un aparador abierto, sobre el que estaban colocados vasos de porcelana e hizo caer al suelo el mayor de los vasos, que fue a romperse a los pies de la anciana. Y ella lanzó entonces un grito de espanto, creyendo que era alguna mala pasada que le jugaba uno de los *efrits* malévolos, fieles a las órdenes de Nur Al-Huda. Y ella se consideró en la obligación de darse a pronunciar fórmulas conjuradoras, y dijo: «¡Oh *efrit*, yo te ordeno, por el nombre grabado sobre el sello de Soleimán, que me digas tu nombre!». Y Hassan respondió: «¡Yo no soy un *efrit*, sino tu protegido Hassan Al-Bassri! ¡Y vengo a libertarte!». Y diciendo esto, se quitó su bonete mágico y se dejó ver y reconocer. Y la anciana exclamó: «¡Ah, desgraciado de ti, infortunado Hassan! ¡No sabes que la reina ha lamentado ya el no haberte hecho dar muerte en su presencia, y que ha enviado a sus esclavas por todas partes en tu persecución, prometiendo un quintal de oro como recompensa a quien te lleve a ella vivo o muerto! ¡No pierdas, pues, un instante y salva tu cabeza con la huida!». Luego ella puso a Hassan al corriente de los suplicios que la reina preparaba para hacer morir a su hermana con el asentimiento del rey de los *genn*. Pero Hassan respondió: «¡Alá la salvará y nos salvará a todos de entre las manos de esa cruel princesa! ¡Mira este bonete! ¡Está encantado! ¡Y es gracias a él como yo puedo caminar invisible!». Y la anciana exclamó: «¡Alabanzas a Alá, oh Hassan, que reanima las osamentas de los muertos, y que te ha enviado ese bonete para nuestra salvación! ¡Apresúrate a libertarme, a fin de que yo te muestre el calabozo en dónde está encerrada tu esposa!». Y Hassan cortó las ligaduras de la anciana y la cogió de la mano y se cubrió la cabeza con el bonete encantado. Y al momento se hicieron invisibles los dos. Y la anciana le llevó al calabozo en donde yacía su esposa atada por los cabellos a una escalera, esperando a cada instante la muerte, entre suplicios. Y él la oyó que recitaba a media voz estos versos:

«La noche es oscura y triste mi soledad. ¡Oh ojos míos!, dejad correr la fuente de mis lágrimas. ¡Mi bien amado está lejos de mí! ¡De dónde podría llegarme la calma, cuando mi corazón y mi esperanza se

ha ido con él!

»Corred, ¡oh lágrimas mías!, corred de mis ojos; pero ¡ay!,
¿lograréis nunca apagar el fuego que devora mis entrañas?... ¡Oh
fugitivo amante, tu imagen está sepultada en mi corazón, y ni los
mismos gusanos de la tumba podrán fenecerlo!«.

Y Hassan, aunque él hubiera deseado no llegar bruscamente al reconocimiento, a fin de evita3 una emoción demasiado grande a su esposa, no pudo, oyendo y viendo a su bien amada Esplendor, resistir por más tiempo a los tormentos que le agitaban, y se quitó su bonete y se precipitó sobre ella, rodeándola con sus brazos. Y ella le reconoció, y se desvaneció sobre su pecho. Y Hassan, ayudado por la vieja, cortó sus ligaduras, y la hizo dulcemente volver en sí, y la puso sobre sus rodillas, haciéndole aire con la mano. Y ella abrió los ojos, y con lágrimas en sus mejillas, le preguntó: «¿Has descendido del cielo o salido del seno de la tierra? ¡Oh esposo mío! ¡Ay!, ¡ay! ¿Qué podemos nosotros contra el destino? Lo que está escrito ha de suceder. ¡Apresúrate, pues, antes de ser descubierto, a dejar que mi destino siga su vía, y vuélvete por donde viniste, para no causarme el dolor de verte, a ti también, víctima de la crueldad de mi hermana!«. Pero Hassan respondió: «¡Oh muy amada, oh luz de mis ojos, yo he venido aquí para libertarte y llevarte conmigo a Bagdad, lejos de este cruel país!«. Pero ella exclamó: «¡Ah, Hassan!, ¿qué imprudencia vas a cometer aún? ¡Por favor, retírate y no agregues a mis sufrimientos los tuyos!«. Mas Hassan respondió: «¡Oh Esplendor, alma mía, sabe que yo no saldré de este palacio sino contigo y con nuestra protectora, la buena tía que está aquí! Y si tú me preguntas qué medio voy a emplear, yo te mostraré este bonete«. En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS QUINCE

Ella dijo:

—Y Hassan le enseñó el bonete encantado, lo ensayó ante ella, desapareciendo de pronto en cuanto se lo puso, y luego le contó cómo Alá lo había lanzado en su camino para ser la causa de su liberación. Y Esplendor, con las mejillas cubiertas de lágrimas de alegría y de arrepentimiento, dijo a Hassan: «¡Ah, todos los males que hemos sufrido proceden de mi falta por haber abandonado nuestra morada de Bagdad sin tu permiso! ¡Oh mi dueño muy amado, ahórrame, por favor, los reproches que yo merezco, pues veo ahora bien que una mujer debe conocer el valor de su esposo! ¡Y perdona mi falta, de la cual yo imploro la remisión ante Alá y ante ti! ¡Y perdóname

un tanto, dado que mi alma no pudo resistir la emoción que la colmó al volver a ver la capa de plumas!». Y Hassan respondió: «¡Por Alá, oh Esplendor, que yo soy el único culpable; yo que te dejé sola en Bagdad! ¡Yo hubiera debido llevarte conmigo cada vez! ¡Pero en el futuro será así, puedes estar tranquila!». Y dichas estas palabras, la puso sobre su espalda, tomó igualmente de la mano a la anciana, y se cubrió la cabeza con el bonete. Y quedaron invisibles los tres. Y salieron del palacio y se dirigieron a toda prisa a la séptima isla, en donde estaban escondidos sus dos hijos, Nasser y Manssur. Entonces Hassan, aunque alcanzó el límite de la emoción al volver a ver a sus dos hijos sanos y salvos, no quiso perder el tiempo en efusiones de ternura; y él confió los dos pequeños a la anciana, que se puso cada uno de ellos a horcajadas sobre sus hombros. Luego Esplendor, sin ser vista de nadie, logró coger tres capas de plumas, muy nuevas, y se las pusieron. Después se cogieron los tres de la mano, y abandonando sin sentimiento las islas Wak-Wak, volaron hacia Bagdad. Y Alá les escribió la seguridad, y luego de un viaje por cortas etapas, llegaron una mañana a la ciudad de la paz. Y aterrizaron sobre la terraza de la vivienda, y descendieron por la escalera y penetraron en la sala en donde se hallaba la pobre madre de Hassan, a la que las penas y las inquietudes habían enfermado desde hacía tiempo y casi cegado. Y Hassan escuchó un instante en la puerta, y oyó en el interior cómo gemía y se desesperaba la pobre mujer. Entonces llamó, y la voz de la vieja preguntó: «¿Quién está a la puerta?». Hassan respondió: «¡Oh madre mía, es el destino, que quiere reparar sus rigores!». Al oír estas palabras, la madre de Hassan, no sabiendo aún si era una ilusión o una realidad, corrió con sus débiles piernas a abrir la puerta. Y ella vio a su hijo Hassan con su esposa y sus hijos, y a la anciana amazona, que quedó detrás de ellos discretamente. Y como la emoción era demasiado fuerte para ella, cayó desvanecida en sus brazos. Y Hassan la hizo recobrarse bañándola con sus lágrimas, y la estrechó tiernamente contra su corazón. Y Esplendor avanzó también hacia ella y la colmó de mil caricias, pidiéndole perdón por haberse dejado vencer por su instinto original. Luego hicieron avanzar a Madre de las Lanzas y la presentaron como su protectora y la causa de su liberación. Y entonces Hassan contó a su madre todas las maravillosas aventuras que le habían pasado, y que es inútil repetirlas. Y ellos glorificaron juntos al altísimo, que les había permitido su reunión. Y desde entonces vivieron todos juntos en la vida más deliciosa y más llena de felicidad. Y cada año no dejaron de ir todos, en caravana, gracias al tambor mágico, a visitar a las siete princesas hermanas de Hassan en el palacio del domo verde, sobre las montañas de las Nubes. Y fue después de numerosos años de vivir así cuando llegó a visitarlos la inexorable destructora de las alegrías y de los placeres. ¡Pero, alabanzas y gloria a aquel que domina el imperio de lo visible y de lo invisible, el viviente, el eterno, el que no conoce la muerte!

Cuando Schehrazada hubo contado de ese modo esta extraordinaria historia, la pequeña Doniazada saltó a su cuello, y la besó en la boca, y le dijo:

—¡Oh hermana mía, cuán maravillosa y plena de sabor es esta historia, y qué

encantadora y deleitosa! ¡Ah, cuánto amo a Botón de Rosa y cómo lamento yo el que Hassan no la tomara por esposa al mismo tiempo que a Esplendor!

Y el rey Schahriar dijo:

—¡Schehrazada, esa historia es asombrosa! ¡Y ella ha estado a punto de hacerme olvidar un conjunto de cosas que, desde mañana, quiero poner en ejecución!

Y Schehrazada dijo:

—Sí, ¡oh rey!, pero ella no es nada comparada con la que quiero contarte todavía sobre el pedo histórico.

—¿Qué dices tú, Schehrazada? ¿Y cuál es ese pedo histórico que yo no conozco?

Schehrazada dijo:

—Es aquel que referiré mañana al rey, si estoy con vida.

Y el rey Schahriar se dijo: «¡Sí, yo no la mataré hasta que me haya informado respecto a lo que ella dice!». En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS DIECISÉIS

Ella dijo:

—Esta anécdota nos ha sido transmitida, ¡oh rey afortunado!, por el *Diván de las gentes jocosas e incongruentes*. Y yo no quiero diferir más el contártela:

EL DIVÁN DE LAS GENTES JOCOSAS E INCONGRUENTES

EL PEDO HISTÓRICO

Schehrazada dijo:

—Se cuenta, pero Alá es más sabio, que había en la ciudad de Kaukaban, en el Yemen, un beduino de la tribu de los Fazli, llamado Abul-Hossein, que, desde hacía ya muchos años, había dejado la vida de los beduinos y había llegado a ser un ciudadano distinguido y un mercader entre los mercaderes más opulentos. Y él se casó por vez primera en tiempos de su juventud, pero Alá llamó a la esposa a su misericordia al cabo de un año de matrimonio. Por esta razón, los amigos de Abul-Hossein no cesaban de presionarle respecto a nuevo casamiento, repitiéndole las palabras del poeta: «Levántate, compañero, y no dejes pasar en vano la estación de la primavera. ¡La doncella está ahí! ¡Cásate! ¿No sabes tú que una mujer en la casa es un excelente almanaque para todo el año?». Y Abul-Hossein, al fin, no pudiendo seguir resistiendo a las solicitudes de sus amigos, se decidió a entablar negociaciones con las viejas negociadoras de los matrimonios; y terminó por casarse

con una jovencita tan bella como la luna cuando brilla sobre el mar. Y para sus bodas, él dio grandes festines a los que invitó a todos sus amigos y conocidos, así como a los ulemas, los faquires, les derviches y los santones. Y abrió todas las puertas principales de su mansión, e hizo servir a sus invitados platos de todas clases, y, entre otras cosas arroz de siete colores diferentes, y sorbetes, y corderos rellenos de almendras y de avellanas, de pistachos y de pasas, y un camello tierno asado entero y servido en una sola pieza. Y todo el mundo comió y bebió y se alegró, con euforia y contento. Y la desposada fue paseada y mostrada en parada siete veces seguidas, vestida cada vez con un vestido diferente, mas bello que el anterior. Y se la volvió a pasear una octava vez en medio de los concurrentes para satisfacción de los invitados que no habían podido de modo suficiente saciar sus ojos. Después las viejas señoras la introdujeron en la cámara nupcial y la acostaron sobre un lecho elevado como un trono, y la prepararon de todas las maneras para la entrada del esposo. Entonces Abul-Hosseini, en medio del cortejo, penetró en donde su esposa se hallaba, lentamente y con dignidad. Y se sentó un momento en el diván para demostrarse bien a sí mismo y demostrar a su esposa y a las damas del cortejo cuán dotado estaba de tacto y de mesura. Luego se levanto con ponderación, para recibir los votos de las damas y despedirse de ellas antes de acercarse al lecho en donde le esperaba la jovencita modestamente, cuando he aquí que él dejó, ¡oh calamidad!, salir de su vientre que estaba lleno de carnes pesadas y de bebidas, un pedo ruidoso hasta el límite del ruido, terrible y grande. ¡Alejado sea el maligno! Al oír este ruido, cada dama se volvió a su vecina, hablando en voz alta simulando que nada habían oído, y la jovencita, igualmente, en lugar de reír o de mofarse, se puso a resonar sus brazaletes. Pero Abul-Hosseini, confuso al límite de la confusión, pretextó una apremiante necesidad y, con la vergüenza en su corazón, descendió al patio, ensilló su yegua, saltó a su grupa, y, desertando de su casa, de la boda y de la desposada, huyó a través de las tinieblas de la noche. Y salió de la ciudad y se hundió en el desierto. Y de este modo llegó a la orilla del mar en donde vio un navío que partía para la India. Y se embarcó y llegó a la costa de Malabar. Allí trabó conocimiento con varias personas originarias del Yemen, quienes le recomendaron al rey del país. Y el rey le dio un cargo de confianza y le nombró capitán de su guardia. Y él vivió en este país diez años, honrado y respetado, y en la tranquilidad de una vida deliciosa. Y cada vez que el recuerdo del pedo se presentaba en su memoria, lo rechazaba como se rechazan los malos olores. Pero, al cabo de los diez años, fue dominado por la nostalgia de su país natal; y poco a poco fue esta creciendo; y suspiraba sin cesar pensando en su casa y en su ciudad; y estuvo abocado a morir de este deseo de regreso. Pero un día, no pudiendo seguir resistiendo a las sollicitaciones de su alma, no tomó siquiera el tiempo para despedirse del rey, y se evadió y alcanzó el país de Hadramut, en el Yemen. Allí se disfrazó de derviche y llegó a pie a la ciudad de Kaukaban; y de esta suerte llegó, ocultando su nombre y su caso, a la colina que domina la ciudad. Y vio con los ojos llenos de lágrimas su antigua casa y las terrazas

colindantes, y se dijo: «¡Es seguro que nadie me reconoce! ¡Haga Alá que ellos hayan olvidado mi historia!». Y pensando así, descendió de la colina y tomó por caminos desviados para llegar a su casa. Y en el camino vio sentadas a la puerta de ella a una anciana que quitaba los piojos de la cabeza a una niña de diez años; y la pequeña decía a la anciana: «¡Oh madre mía!, yo bien quisiera saber mi edad, pues una de mis compañeras quiere sacar mi horóscopo. ¿Quieres tú, pues, decirme en qué año nací?». Y la anciana meditó un momento y respondió: «Tú naciste, ¡oh hija mía!, exactamente en el año del pedo». Cuando el desdichado Abul-Hossein oyó estas palabras, deshizo el camino y se puso a correr, librando sus piernas al viento. Y él se decía: «¡He aquí que tu pedo se ha convertido en una fecha en los anales! ¡Y se transmitirá a través de las edades por tanto tiempo como las flores nazcan en los rosales!». Y no cesó de correr y de viajar hasta que llegó al país de la India. Y vivió con amargura en el exilio hasta su muerte. ¡Que sobre él sean la misericordia de Alá y su piedad!

Luego Schehrazada dijo todavía esa noche:

LOS DOS CHUSCOS

—Me ha sido revelado igualmente, oh rey afortunado, que existió en otros tiempos en la ciudad de Damasco, en Siria, un hombre reputado por sus buenos golpes, sus bromas y sus indelicadezas, y otro en El Cairo, no menos famoso por las mismas cualidades. Sucedió que el truhán de Damasco, que había oído hablar a menudo del compadre de El Cairo, deseaba mucho conocerlo, tanto más cuando que sus clientes habituales no cesaban de decirle: «¡No haya duda: el egipcio es mucho más maligno, más inteligente, mejor dotado y más bromista que tú! ¡Y su compañía es más divertida que la tuya! ¡Además, si no quieres creernos, tú no tienes nada más que ir a verlo en El Cairo actuar y comprobarás su superioridad!». Y lo hicieron tan bien que el hombre se dijo: «¡Por Alá que veo que no me queda más que ir a El Cairo para ver con mi ojo todo cuanto se dice de este sujeto!». E hizo su equipaje y abandonó Damasco, su ciudad, y partió para El Cairo, adonde llegó con buena salud por concesión de Alá. Y se informó sin tardanza del domicilio de su rival, y fue a visitarlo. Y fue recibido con todas las consideraciones de una amplia hospitalidad, y honrado y hospedado, luego de los más cordiales deseos de bienvenida. Después los dos se pusieron a contarse mutuamente los asuntos más importantes del mundo, y pasaron la noche agradablemente entretenidos. Al día siguiente el hombre de Damasco dijo al hombre del El Cairo: «¡Por Alá, oh compañero!, que yo solo he venido de Damasco a El Cairo para juzgar con mi vista las bromas y chocarrerías que gastas sin cesar en la ciudad. ¡Y yo quisiera regresar a mi país enriquecido de conocimientos! ¿Quisieras hacerme testigo de lo que deseo tan ardientemente ver?». El otro dijo: «¡Por Alá, oh compañero, que aquellos que de mí te hablaron no hay duda de que te han engañado! Yo, que apenas sé diferenciar mi mano izquierda de mi mano derecha, ¿cómo podría instruir en la delicadeza y en el espíritu a un noble

damasquino como tú? Mas como es deber mío de anfitrión el hacerte ver las cosas bellas de la ciudad, salgamos a pasear». Y salió, pues, con él, y lo llevó primero de todo a ver la mezquita de Al-Azhar, a fin de que pudiera contar a los habitantes de Damasco las maravillas de la instrucción y de la ciencia. Y en el camino, al pasar por el mercado de las flores, se compuso un ramo de ellas, de hierbas aromáticas, de claveles, de rosas, de albahaca, de jazmines, de ramas de menta y de mejorana. Y llegaron así ambos a la mezquita, y penetraron en el patio. Al entrar, percibieron frente a la fuente de las abluciones, agachados en las letrinas, a gentes que satisfacían apremiantes necesidades. Y el hombre de El Cairo dijo al de Damasco: «Y bien, compañero, si tuvieras que gastarles alguna broma a esas gentes agachadas en fila, ¿qué harías?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS DIECISIETE

Ella dijo:

—El otro respondió: «La cosa es bien clara. Me pondría detrás de ellos con una escoba punzante y, al barrer, les picaría en el culo como al descuido». El hombre de El Cairo dijo: «El procedimiento, compañero, es un tanto pesado y grosero. ¡Y es verdaderamente indelicado gastar esas bromas! He aquí lo que yo haré». Y dicho esto, se acercó con aire amable a los que estaban en cuclillas y, uno por uno, ofreció a todos un ramo de hierbas, diciendo: «Con tu permiso, oh mi señor». Y cada uno de ellos le respondió en el límite del furor: «¡Que Alá arruine tu casa, oh hijo de alcahuete! ¿Estamos aquí en un banquete?». Y todos los visitantes, reunidos en el patio de la mezquita reían a carcajadas. Así fue que el hombre de Damasco, al ver esto con sus propios ojos, se volvió hacia el hombre de El Cairo y le dijo: «¡Por Alá, me has vencido, oh jeque de los chuscos! Y lleva razón el proverbio que dice: “Haz como el egipcio que se desliza por el ojo de una aguja”».

Luego, Schehrazada dijo todavía:

ASTUCIA DE MUJER

—Me han referido, ¡oh rey afortunado!, que, en una de tantas ciudades, una joven de elevado rango, cuyo marido se ausentaba con frecuencia en viajes a lo cercano y a lo lejano, acabó por no poder resistir más a las incitaciones de su tormento, y escogió, como bálsamo calmante, a un mancebo que no tenía par entre los mozos de su tiempo. Y ambos se amaron de modo extraordinario; y ellos se satisfacían

mutuamente con toda alegría y toda tranquilidad, levantándose para comer, comiendo para acostarse, y acostándose para cohabitar. Y ellos vivieron en este estado durante un buen espacio de tiempo. Sucedió que un día el mancebo fue solicitado de parte de un jeque de barba blanca, un pérfido afeminado, semejante al cuchillo de un vendedor de colocasia. Pero él no quiso prestarse a lo que el otro le solicitaba, y querellándose contra él le dio fuertes puñetazos en la cara y le arrancó su barba de confusión. Y el jeque fue a quejarse al valí de la ciudad de los malos tratos que acababa de sufrir; y el valí mandó detener y poner en prisión al mozo. Entre tanto, la joven supo cuanto acababa de sucederle a su amante y, al saberlo preso, se puso de muy mal humor. Así que no tardó en tener listo su plan para libertar a su amigo, y adornándose con sus más bellos atavíos, marchó al palacio del valí, solicitó audiencia y fue introducida a la sala de audiencias. Y por Alá que nada más que mostrándose así en su flexibilidad ella podía lograr de antemano el ganar todos los recursos de la tierra a lo largo y a lo ancho. En efecto, luego de los *salams*, dijo al valí: «¡Oh nuestro señor el valí!, el mancebo que has mandado a la cárcel es mi propio hermano, el sostén de la casa. Ha sido calumniado por los testigos del jeque y por el mismo jeque, que es un pérfido, un afeminado. Yo vengo a solicitar de tu justicia su libertad, sino, mi casa se va a arruinar; y yo moriré de hambre». Ahora bien; desde que el valí vio a la adolescente, su corazón trabajó mucho respecto a ella; y él se enamoró y dijo: «¡Sí, yo estoy dispuesto a poner en libertad a tu hermano! Pero, antes, entra en el harén de mi casa, yo iré a buscarte para hablar contigo de la cosa». Mas ella, comprendiendo lo que quería decirle, pensó: «¡Por Alá, oh barba de pez, me vas a tocar en el tiempo de los albaricoques!». Y respondió: «¡Oh nuestro señor el valí!, es preferible que vengas tú mismo a mi casa, en donde tendremos ocasión de conversar de la cosa con más tranquilidad que aquí, en donde yo solo soy una extraña». Y el valí, en el límite de la alegría, le preguntó: «¿En dónde se encuentra tu casa?». Ella dijo: «En tal lugar. Y te esperaré hoy a la puesta del sol». Y ella dejó al valí, al que abandonó sumergido en un mar agitado, y fue a ver al cadí de la ciudad. Ella entró en donde se hallaba el cadí, que era un hombre de edad, y le dijo: «¡Oh nuestro señor el cadí!». Él dijo: «¡Sí!». Ella continuó: «Yo te suplico que prestes atención a mi caso y Alá te lo agradecerá». Él preguntó: «¿Quién te ha oprimido?». Ella respondió: «Un pérfido jeque, quien, merced a sus testigos falsos, ha logrado que detengan a mi hermano, el único sostén de mi casa. Y vengo a rogarte que intercedas cerca del valí para que él ordene que suelten a mi hermano». Y sucedió que cuando el cadí vio y oyó a la adolescente, se enamoró perdidamente y le dijo: «¡Yo quiero ocuparme de tu hermano! Pero comienza por entrar en el harén para aguardarme. Y entonces conversaremos de la cosa. ¡Y todo sucederá a medida de tu deseo!». Y la adolescente se dijo: «¡Ah hijo de alcahuete, tú me tendrás en el tiempo de los albaricoques!». Y ella respondió: «¡Oh nuestro señor, es mejor que vaya a esperarte en mi casa, en donde nadie nos molestará!». Él dijo: «¿En dónde se halla tu casa?». Ella dijo: «En tal lugar. Y te espero esta tarde después de la puesta del sol». Y ella salió de la residencia del cadí y

fue a ver al visir del rey. Cuando estuvo en presencia del visir, le contó la detención del mancebo que ella presentaba como su hermano, y le suplicó que diese la orden de libertarlo. Y el visir le dijo: «No hay inconveniente. Pero, mientras, entra en el harén, adonde yo iré a buscarte para conversar del asunto». Ella dijo: «¡Por la vida de tu cabeza, oh señor nuestro!, yo soy muy tímida y ni siquiera sabría dirigirme al harén de tu señoría. Mas mi casa conviene mejor para conversaciones de esta naturaleza, y yo te esperaré este mismo anochecido luego de la puesta del sol». Y ella le indicó el lugar en donde estaba situada su casa, y salió de allí para ir al palacio a ver al rey de la ciudad. Ahora bien, cuando ella entró en el salón del trono, el rey, maravillado de su belleza, se dijo: «¡Por Alá, qué trozo pará aplicárselo caliente y en ayunas!». Y él le preguntó: «¿Quién te ha ofendido?». Y ella dijo: «¡Yo no estoy ofendida, ya que existe la justicia del rey!». El rey dijo: «¡Alá es el único justo! Pero ¿qué puedo yo hacer por ti?». Ella dijo: «¡Dar la orden de que sea puesto en libertad mi hermano, detenido injustamente!». Él dijo: «¡La cosa es fácil! Ve, hija mía, a esperarme al harén. Y solo sucederá lo que puede convenirte». Ella replicó: «En ese caso, ¡oh rey!, será mejor esperarte en mi casa. Pues nuestro rey sabe que para esta clase de cosas es necesaria una gran preparación, de baño, de limpieza y de otras cosas semejantes. Y todo esto solo puedo hacerlo bien en mi casa propia, que de ser hollada por los pasos de nuestro rey quedará por siempre honrada y bendita». El rey dijo: «¡Sea, pues, así!». Y ambos se pusieron de acuerdo sobre la hora y el lugar del encuentro. Y la adolescente salió del palacio y fue a buscar a un carpintero...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS DIECIOCHO

Ella dijo:

—Entonces le ordenó al carpintero: «Vas a enviarme esta tarde a la casa un gran armario de cuatro partes superpuestas, y cada parte llevará una puerta independiente, sólidamente cerrada con unas cadenas». El carpintero replicó: «¡Por Alá, oh mi señora, que la cosa no es hacedera de aquí al anochecido!». Ella dijo: «¡Yo te pagaré todo lo que quieras!». Él dijo: «En ese caso, estará listo. Pero como precio, yo no te pido ni oro ni plata, ¡oh mi señora!, sino solamente lo que tú sabes. Entra, pues, en la pieza del fondo, a fin de que yo pueda conversar contigo». A estas palabras del carpintero, contestó la adolescente: «¡Oh carpintero de bendición, qué hombre carente de tacto eres tú! ¡Por Alá! ¿Es que esta miserable pieza del fondo de tu tienda puede convenir a una charla del género de la que tú quieres tener? Ven mejor este

anochecido a mi casa, una vez que hayas enviado el armario, y tú me verás dispuesta a conversar contigo hasta la mañana». Y el carpintero respondió: «¡De todo amistoso corazón y como homenaje debido!». Y la adolescente continuó: «¡Sí!, pero no es un armario de cuatro compartimientos lo que precisarás hacer, sino uno de cinco. Pues es, desde luego, uno de cinco el que me conviene para encerrar todo lo que tengo que encerrar». Y después de haberle dado su dirección, se despidió y marchó a su casa. Una vez allí, sacó de un cofre cinco vestidos de formas y colores diferentes, los colocó cuidadosamente, e hizo disponer las comidas y las bebidas, distribuir las flores y quemar los perfumes. Y de este modo esperó la llegada de sus invitados. Hacia el anochecido los mozos del carpintero llevaron el armario en cuestión; y la adolescente hizo que lo colocaran en la sala de recibir. Luego despidió a los porteadores, y antes que hubiera tenido tiempo para probar las cadenas del armario, llamaron a la puerta. Y muy poco después entró el primero de los invitados, que era el valí de la ciudad. Y ella se levantó en su honor y abrazó la tierra entre sus manos, le hizo sentarse y le presentó los helados. Luego se puso a insinuarse manejando sus enormes ojos, y a lanzarle miradas incendiarias, de tal modo que el valí se levantó de su asiento y con gestos desmedidos y temblores quiso poseerla al instante. Mas la adolescente, desenlazándose, le dijo: «¡Oh mi señor, qué falto estás de refinamiento! ¡Comienza antes a desvestirte para estar libre en tus movimientos!». Y el valí dijo: «¡No hay inconveniente!». Y quitóse la ropa, y ella le presentó, como se acostumbra hacer de ordinario en los festines de los libertinos, en lugar de sus hábitos de color opaco, un vestido de seda amarillo y de forma extraordinaria, y un gorro del mismo color. Y el valí se disfrazó con el vestido amarillo y el gorro amarillo, y se dispuso a divertirse. Pero en el mismo instante llamaron con violencia a la puerta. Y el valí preguntó muy contrariado: «¿Esperas a alguna vecina o a alguna proveedora?». Ella contestó aterrada: «¡No por Alá, sino que yo olvidé que mi esposo regresaba esta misma noche de viaje! ¡Y es él mismo el que llama a la puerta en este momento!». Entonces él preguntó: «Y entonces ¿qué va a ser de mí? ¿Qué es necesario que haga?». Ella dijo: «¡No hay para ti otro medio de salvación que el entrar en este armario!». Y ella abrió la puerta del primer departamento del armario y dijo al valí: «¡Métete dentro!». Y dijo él: «¿Y cómo cabré?». Ella dijo: «¡Acurrucándote!». Y el valí, doblado en dos, entró en el armario y se encogió. Y la adolescente cerró la puerta con llave y fue a abrir al que llamaba. Este era el cadí, y ella le recibió del mismo modo que había recibido al valí, y, en el momento en que él estuvo a punto, le disfrazó con un vestido rojo de forma extraordinaria y con un gorro del mismo color; y cuando él quería echarse encima de ella, esta le dijo: «¡No por Alá, antes que me hayas firmado un billete ordenando la libertad de mi hermano!». Y el cadí le escribió el billete en cuestión, y se lo entregó en el mismo instante en que se oyó llamar a la puerta. Y la adolescente, con aire aterrado, exclamó: «¡Es mi esposo que vuelve de viaje!». E hizo trepar al cadí al segundo departamento del armario y fue a abrir al que llamaba a la puerta de la casa. Y era precisamente el visir. Y le sucedió lo que había sucedido a los

otros; y disfrazado con un traje verde y con un gorro verde fue empujado al tercer departamento del armario, en el momento en que le llegaba su turno al rey de la ciudad. Y el rey fue de la misma manera disfrazado con un traje azul y un gorro azul, y, en el momento en que quería hacer aquello para lo que había venido, resonó la puerta y, ante el terror de la adolescente, se vio muy obligado a trepar al cuarto departamento del armario, en donde se acurrucó en una posición muy penosa, pues era demasiado rollizo. Entonces entró el carpintero con ojos devoradores, y como pago del armario quiso entrar inmediatamente con la adolescente. Pero ella le dijo: «¡Oh carpintero!, ¿por qué has hecho tan reducido el quinto departamento de este armario? Apenas si en él se puede encerrar el contenido de un cofrecito». Él dijo: «¡Por Alá que esta parte puede contenerme a mí y a otros cuatro todavía más gruesos que yo!». Ella dijo: «Intenta entrar para verlo». Y el carpintero, subiéndose al instante, fue encerrado con llave; al momento, la adolescente, tomando el billete que le diera el cadí, fue a buscar a los guardianes de la prisión, quienes al comprobar el sello que acompañaba a la escritura, soltaron al mancebo. Entonces ellos volvieron con mucho apresuramiento a la casa y, en la alegría de festejar su reunión, cohabitaron firme y extensamente, con mucho ruido y jadeos. Y en el interior del armario, los cinco encerrados oían todo esto, pero no osaban decir nada y no podían moverse. Y acurrucados los unos sobre los otros en los departamentos, no sabían cuándo iban a poder ser libertados. Ahora bien, cuando la adolescente y el mancebo terminaron sus diversiones, reunieron en la casa todo cuanto pudieron reunir, principalmente piedras preciosas, las encerraron en cofres, vendieron todo el resto y abandonaron esta ciudad por otra ciudad y otro reino. Y esto es cuanto de ellos se sabe. En cuanto a lo que a los cinco se refiere, veamos. Al cabo de dos días de estar allí encerrados, fueron los cinco apremiados por la necesidad de orinar. Y el primero que orinó fue el carpintero. Y al orinar lo hizo sobre la cabeza del rey. Y el rey, en el mismo momento, meó sobre la cabeza de su visir, quien a su vez meó sobre la cabeza del cadí y este lo hizo sobre la del valí. Entonces todos dejaron oír su voz, menos el rey y el carpintero, gritando: «¡Oh ludibrio!». Y el cadí reconoció la voz del visir, quien reconoció la voz del cadí. Y se dijeron los unos a los otros: «¡Hemos caído en la trampa! ¡La suerte ha sido que el rey se haya librado de esto!». Pero en este momento el rey, que había permanecido callado por dignidad, gritó: «¡Callaos! ¡Yo estoy aquí! ¡Y no sé quién ha sido el que se ha meado en mi cabeza!». Entonces el carpintero gritó: «¡Que Alá realce la dignidad del rey! ¡Bien creo que fui yo, pues estoy en el quinto departamento! ¡Por Alá que soy la causa de todo esto, pues el armario es obra mía!». En el ínterin volvió de viaje el esposo de la adolescente; y los vecinos, que no se habían dado cuenta de la marcha de la vecina, le vieron llegar y llamar a su puerta inútilmente. Y a sus demandas nadie contestó desde el interior. Y ellos no supieron informarle sobre ese particular. Entonces todos juntos forzaron la puerta al cabo de un rato y penetraron en el interior; pero ellos vieron la casa vacía, no habiendo por todo mueble sino el armario en cuestión. Y oyeron en el interior del

armario voces de hombres. Y no dudaron de que el armario estuviese habitado por *genn*.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discretamente, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS DIECINUEVE

Ella dijo:

—Y en voz alta se concertaron para pegar fuego al armario y quemarle con cuantos estaban dentro. Y cuando iban a poner su proyecto en ejecución, se dejó oír, desde el fondo del armario, la voz del cadí que gritaba: «¡Deteneos, oh buena gente! ¡Nosotros no somos ni *genn* ni ladrones, sino que somos tal y tal!». Y, en breves palabras, les pusieron al corriente de la astucia de que fueron las víctimas. Entonces los vecinos, con el esposo al frente, rompieron las cadenas y libertaron a los cinco encerrados, a los que hallaron disfrazados con los trajes que les había hecho poner la adolescente. Y al verse así, ninguno de ellos pudo contenerse de reír la aventura. Y el rey, para consolar al esposo de la partida de la esposa, le dijo: «¡Te nombro mi segundo visir!». Y tal es esta historia. ¡Pero Alá es más sabio!

Y Schehrazada, una vez que hubo hablado así, dijo al rey Schahriar:

—¡Pero no creas, oh rey, que todo esto sea comparable a la *Historia del dormilón despertado*! Y, como el rey Schahriar fruncía las cejas ante este título para él desconocido, Schehrazada, sin aguardar más, dijo:

HISTORIA DEL DORMILÓN DESPERTADO

—Me han contado, ¡oh rey afortunado!, que antiguamente había en Bagdad, en tiempos del califa Harún Al-Raschid, un joven soltero, llamado Abul-Hassan, que llevaba una vida muy extraña y muy extraordinaria. En efecto, sus vecinos no le veían jamás frecuentar dos días seguidos a la misma persona, ni invitar a su casa a ningún habitante de Bagdad, pues todos cuantos a él llegaban eran extranjeros. Por esta razón, las gentes de su barrio, no comprendiendo qué era lo que podía hacer, le habían puesto el sobrenombre de Abul-Hassan el libertino. Todos los anochecidos, él tenía por costumbre situarse al extremo del puente de Bagdad, y allí aguardaba a que pasara un extranjero; y desde que lo divisaba, ya fuese rico o pobre, joven o viejo, avanzaba hasta él lleno de urbanidad, y, luego de los deseos de paz y de los *salams*, le invitaba a aceptar la hospitalidad de su casa durante la primera noche de su estancia en Bagdad. Y lo llevaba a su casa, lo albergaba lo mejor que podía, y como era muy jovial y de carácter complaciente, le hacía compañía toda la noche, no escatimando

nada para darle la mejor idea de su generosidad. Pero al día siguiente él le decía: «¡Oh huésped mío!, sabe que si yo te he invitado a mi casa, en tanto que en esta ciudad te conocía solo Alá, ha sido por razones que me impulsaron a obrar de ese modo. Pero yo he hecho el juramento de no tratar nunca dos días seguidos al mismo extranjero, aunque fuese el más encantador y el más delicioso entre los hijos de los hombres. Por este motivo me veo obligado a separarme de ti; e incluso yo te ruego, si alguna vez me encuentras en las calles de Bagdad, que pongas semblante de no conocerme, por no verme obligado a desviarme de ti». Y una vez hablado así, Abul-Hassan llevaba a su huésped a algún *khan* de la ciudad, dándole todos los informes que necesitara, y se despedía de él y no le volvía a ver más. Y si, por azar, llegaba después a reconocer en los zocos a uno de los extranjeros que él recibiera en su casa, hacía como que no lo conocía o torcía la cabeza a uno u otro lado para no verse obligado a abordarlo y saludarlo. Y continuó obrando de ese modo, sin que faltara un solo día de llevar a su casa a un nuevo extranjero. Sucedió que un anochecido, a la puesta del sol, cuando según su costumbre estaba sentado al final del puente de Bagdad, en espera de algún extranjero, vio avanzar por su lado a un rico mercader, vestido a la manera de los mercaderes de Mossul y seguido de un esclavo de elevada talla y de imponente aspecto.



Este era el mismo califa Harún Al-Raschid, disfrazado, como tenía por costumbre hacerlo todos los meses, a fin de ver y examinar con sus propios ojos lo que pasaba en Bagdad. Y Abul-Hassan, al verlo, estaba lejos de adivinar que fuera él, y luego del *salam* más gracioso y del deseo de bienvenida, le dijo: «¡Oh mi señor, sea bendita tu

llegada entre nosotros! Hazme la merced de aceptar por esta noche mi hospitalidad, en lugar de ir a dormir al *khan*. Y mañana por la mañana será ocasión para ti de buscar con comodidad un alojamiento». Y para decidirle a aceptar su ofrecimiento, le dio cuenta en breves palabras de cómo, desde hacía bastante tiempo, tenía la costumbre de dar hospitalidad por una noche solamente al primer extranjero que veía pasar por el puente. Luego añadió: «¡Alá es generoso, oh mi señor! En mi casa tú hallarás amplia hospitalidad, pan caliente y vino clarificado». Cuando el califa acabó de oír las palabras de Abul-Hassan encontró la aventura tan extraña y tan singular, que no dudó ni un instante en satisfacer su deseo de ver en qué consistía. Por ello, después de haberse dejado rogar un rato por fórmula solamente y para no presentar aire de hombre mal educado, aceptó el ofrecimiento diciendo: «¡Sobre mi cabeza y sobre mi ojo! ¡Qué Alá aumente sus beneficios sobre ti, oh mi señor! ¡Aquí estoy pronto a seguirte!». Y Abul-Hassan mostró el camino a su huésped y le condujo a su casa, todo ello conversando con él con mucho agrado. Sucedió que la madre de Hassan había preparado esa noche una excelente comida. Ella les sirvió primero tortas tostadas a la manteca, rellenas de carne y de piñones; luego un capón bien cebado, rodeado de cuatro pollos carnosos, acompañado a poco por un pato relleno de pasas y piñones y, al fin, un guisado de pichones. Y todo esto, en verdad, era exquisito y agradable a la vista.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discretamente, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS VEINTE

Ella dijo:

—Por tanto, los dos que estaban sentados ante los platos comieron con gran apetito; y Abul-Hassan escogía, para dárselos a su huésped, los trozos más delicados. Luego, cuando hubieron terminado de comer, el esclavo les presentó la palangana y la jarra; y se lavaron las manos, en tanto que la madre de Hassan quitaba los platos de las comidas para servir los platos de las frutas, llenos de uvas, dátiles y peras, así como otros platos en donde se disponían los cacharros llenos de confituras, de pasta de almendra y de toda clase de cosas deliciosas. Entonces Abul-Hassan llenó de vino la copa del festín y, teniéndola en la mano, se volvió a su huésped y le dijo: «¡Oh mi huésped, tú sabes que el gallo no bebe jamás antes que él haya, mediante ligeros gritos, llamado a las gallinas para que vengan a beber con él! Ahora bien, si me llevase esta copa a mis labios para beber yo solo, la bebida se detendría en mi garganta y seguramente me moriría. Yo te ruego, por tanto, que esta noche dejes la

sobriedad a las gentes de humor avinagrado y busques conmigo la alegría en el fondo de la copa. ¡Pues en lo que hace a mí, mi felicidad alcanza el límite extremo de tener en mi casa un personaje tan honorable como tú!». Y el califa, que no quería disgustarle, y que además deseaba hacerle hablar, no rehusó la copa y se puso a beber con él. Y cuando el vino comenzó a aliviar sus almas, el califa dijo a Abul-Hassan: «¡Oh mi señor!, ahora que entre nosotros está el pan y la sal, ¿quisieras decirme el motivo de que obres así con los extranjeros a quienes no conoces y contarme, a fin de que yo lo oiga, tu historia, que debe ser asombrosa?». Y Abul-Hassan respondió: «Sabe, ¡oh huésped mío!, que mi historia no es nada asombrosa, sino solamente instructiva. Yo me llamo Abul-Hassan y soy hijo de un mercader que a su muerte me dejó para vivir con toda holgura en Bagdad, en nuestra ciudad. Pero yo, como fui criado muy severamente en vida de mi padre, me apresuré a hacer cuanto estuvo de mi parte para, en poco tiempo, desquitarme del tiempo perdido en mi juventud. Pero como de mi natural estoy dotado de reflexión, tomé la precaución de dividir mi herencia en dos partes, una que realicé en oro, y otra que conservé en fondos. Y tomé el oro realizado con la primera parte y me puse a gastarlo con la mano abierta, en compañía de los mozos de mi edad, a los que regalé y cuidé para mi placer con una largueza y una generosidad de emir. Y no escatimé nada para que nuestra vida estuviera colmada de delicias y de placer. Ahora bien, por obrar de ese modo, yo comprobé que al cabo de un año no me quedaba ni un solo dinar en el fondo del cofrecito y me dirigí a mis amigos, pero todos habían desaparecido. Entonces fui a buscarlos y solicité de ellos que me ayudaran en la situación penosa en que me hallaba y ninguno de ellos accedió a venir en mi ayuda, pretextando, uno tras de otro, su imposibilidad de ofrecermelo con qué vivir, aunque fuese un solo día. Entonces regresé a mi casa y comprendí cuánta razón tuvo mi padre al educarme con severidad, y me puse a reflexionar sobre lo que me convenía hacer. Y fue entonces cuando me aferré a una resolución que desde aquel momento mantengo sin desviación. En efecto, yo juré ante Alá no frecuentar jamás a la gente de mi país y dar hospitalidad en mi casa solo a los extranjeros; pero, además, la experiencia me enseñó que la amistad breve y cálida era con mucho preferible a la larga amistad y que acaba mal, e hice el juramento de no tener amistad dos días seguidos con el mismo extranjero invitado a mi casa, aunque fuese el más encantador y el más delicioso de los hombres. Pues yo había experimentado bien cuán crueles eran los lazos del afecto y cómo impedían en su plenitud gustar los goces de la amistad. Por esto, ¡oh huésped mío!, no te extrañe que mañana por la mañana, luego de esta noche en que la amistad ha hecho vernos bajo el aspecto más atractivo, me vea obligado a despedirme de ti. Y que, incluso, si me encuentras en las calles de Bagdad, no tomes a mal que no te reconozca». Cuando el califa oyó estas palabras de Abul-Hassan, le dijo: «¡Por Alá, tu conducta es una conducta maravillosa y en mi vida he visto a un libertino conducirse con tanta sabiduría como tú! Por ello mi admiración por ti no tiene límites; tú supiste, con los fondos que guardaste de la segunda parte de tu herencia,

llevar una vida inteligente que te permite tener cada noche la compañía de un nuevo hombre con quien puedes siempre variar tus placeres y tus diálogos y del que no tienes ocasión de recibir despegó ni disgusto. Pero eso que me has dicho, ¡oh mi señor!, respecto a nuestra separación mañana, me causa un gran dolor. Quisiera corresponder a tu hospitalidad de esta noche. Te ruego, pues, desde ahora, que me manifiestes un deseo y te juro por la Kaaba santa que me obligo a satisfacerlo. Por tanto, háblame con entera sinceridad y no temas agrandar tu demanda, pues los bienes de Alá son numerosos sobre el mercader que yo soy, y nada me será difícil de conseguir con la ayuda de Alá». En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS VEINTIUNA

Ella dijo:

—A estas palabras del califa disimulado en mercader, Abul-Hassan, sin turbarse o demostrar el menor asombro, respondió: «¡Por Alá, oh mi huésped, mi ojo está ya saciado gracias a tu presencia y tus beneficios serán un suplemento! Te agradezco, pues, tu solicitud hacia mí, pero como no tengo ningún deseo que satisfacer ni ninguna ambición que alcanzar, me encuentro muy perplejo para contestar a tus ofrecimientos. ¡Pues mi suerte me basta y no deseo otra cosa que vivir como vivo, sin tener jamás necesidad de nadie!». Mas el califa replicó: «¡Por Alá sobre ti, oh mi señor, no rechaces mi ofrecimiento y deja a tu alma manifestarme un deseo, a fin de que yo lo satisfaga! ¡Si no, marcharé de aquí con el corazón muy torturado y muy humillado! ¡Pues un beneficio que se ha recibido es más pesado de llevar que un agravio, y el hombre bien nacido debe devolver el bien en medida doble! ¡Así, pues, habla y no temas disgustarme!». Entonces Abul-Hassan, viendo que no podía obrar de otra manera, bajó la cabeza y se puso a meditar profundamente sobre la demanda que él se veía obligado a hacer; luego levantó la cabeza y exclamó: «¡Bien!, ya lo he hallado. Pero es la solicitud de un loco, sin duda alguna. Y creo que no voy a decírtela para no separarme de ti dejándote una idea tan mezquina de mí». El califa dijo: «¡Por la vida de mi cabeza! ¿Quién es aquel que puede decir con anticipación si una idea es disparatada o razonable? Yo, en verdad, no soy nada más que un comerciante; sin embargo, puedo hacer mucho más de lo que mi profesión hiciera suponer respecto a mi potencia. ¡Apresúrate, pues, a hablar!». Y Abul-Hassan respondió: «Yo hablaré, ¡oh mi señor!, pero te juro por los méritos de nuestro profeta, ¡sobre él la paz y la oración!, que no existe sino el califa para poder realizar lo que deseo. O se precisaría que yo llegara a ser, por un solo día, califa en lugar de nuestro

señor el emir de los creyentes, Harún Al-Raschid». El califa preguntó: «Pero, en fin, Abul-Hassan, ¿qué harías tú si fueras califa por un día solamente?». Él respondió: «¡Helo aquí!». Y Abul-Hassan se detuvo un momento; luego dijo: «Sabe, ¡oh mi señor!, que la ciudad de Bagdad se halla dividida en barrios y que cada barrio tiene a su frente un jeque, que se llama *al-balad*. Sucede, para desdicha de este barrio en que habito, que el jeque *al-balad* es un hombre tan feo y tan colmado de horror, que ha debido nacer, sin duda alguna, de la cohabitación de una hiena con un cerdo. Su proximidad es pestilencial, pues su boca no es una boca corriente, sino un culo sucio, comparable a una boca de letrinas; sus ojos, color de pescado, se desvían por ambos lados y están a punto de caer a sus pies; sus labios tumefactos tienen el aspecto de una llaga de mala naturaleza y lanzan, cuando él habla, chorros de saliva; sus orejas son orejas de puerco; sus mejillas, rojas y hundidas, semejan el culo de un mono viejo; sus mandíbulas están desdentadas a fuerza de haber comido inmundicias; su cuerpo está comido por todas las enfermedades; en cuanto a su culo, este ya no existe; a fuerza de servir de zanja a los útiles de los burreros, de los poceros y de los barrenderos, ha caído en la podredumbre y ahora se halla reemplazado por almohadillas de lana que impiden que sus tripas se caigan. Ahora bien, es precisamente este innoble crapuloso quien, con la ayuda de otros crapulosos que yo te describiré, se permite lanzar la perturbación por todo el barrio. En efecto, no existe villanía que no cometa y calumnia que no propague, y, como tiene un alma excrementosa, es sobre las gentes honestas, tranquilas y limpias sobre las que fija su maldad de anciano. Pero como no puede encontrarse en todas partes para infectar el barrio, tiene a su servicio dos ayudantes tan infames como él. El primero de estos infames es un esclavo de cara barbilampiña como los eunucos, con ojos amarillos y la voz tan desagradable como el sonido que sale del culo de los borricos. Y este esclavo, hijo de puta y de perro, se hace pasar por un árabe noble, en tanto que solo es un rumí de la más vil y de la más baja extracción. Su oficio consiste en ir a hacerles compañía a los cocineros, a los criados y a los eunucos, en las casas de los visires y de los grandes del reino, para sorprender los secretos de los señores y llevarlos a su jefe, el jeque *al-balad*, y traerlos y llevarlos por las tabernas y lugares de mala fama. Ninguna tarea le repugna y él lame los culos cuando sobre los culos lamidos puede hallar un dinar de oro. En cuanto a su segundo infame, este es una especie de craso bufón de abultados ojos, que se ejercita en decir falacias y trabucar por los zocos, en los que él es conocido por su cráneo, calvo como una mondadura de cebolla, y por su tartamudez, tan penosa, que se le creería, a cada palabra, que va a vomitar sus tripas. Además, ninguno de los mercaderes le invita a sentarse a su tienda, dado que él esta tan pesado y tan macizo que, cuando se sienta en una silla, la silla vuela al momento en pedazos bajo su peso. Ahora bien, este no es tan crapuloso como el primero, pero es mucho más tonto. Si, pues, ¡oh mi señor!, yo llegara a ser solamente por un día emir de los creyentes, no buscaría enriquecerme ni el enriquecer a mis familiares, sino que me apresuraría a desembarazar a nuestro barrio de estos tres horribles

canallas y los barrería a la fosa de las inmundicias, una vez que los hubiera castigado a cada uno según el grado de su ignominia. Y de este modo devolvería la tranquilidad a los habitantes de nuestro barrio. Y esto es todo lo que yo deseo».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS VEINTIDÓS

Ella dijo:

—Cuando el califa acabó de escuchar estas palabras de Abul-Hassan, él le dijo: «En verdad, Abul-Hassan, tu deseo es el deseo del hombre que va por el recto camino y posee un corazón que es un excelente corazón, pues solo los hombres rectos y los excelentes corazones son los que no pueden sufrir que la impunidad sea el gaje de los malvados. Pero no creas que tu deseo sea tan difícil de realizar como tú me lo das a entender; pues yo estoy muy persuadido de que si el emir de los creyentes estuviera informado, él, que nada ama tanto como las aventuras singulares, se apresuraría a poner su poder en tus manos por un día o por una noche». Pero Abul Hassan se echó a reír y respondió: «¡Por Alá, que ahora veo bien que todo cuanto nosotros hablamos solo es una chuscada! Y a mi vez, estoy persuadido de que si el califa estuviera informado de mi extravagancia me haría encerrar en el manicomio. Por ello te ruego, si por casualidad tus relaciones te ponen ante algún personaje de palacio, que no hables jamás de cuanto acabamos de decir bajo el influjo de la bebida». Y el califa, para no molestar a su huésped, le dijo: «¡Yo te juro que no hablaré de la cosa a nadie!». Pero, para sí, se prometió no dejar pasar esta ocasión de divertirse como nunca lo había hecho desde los tiempos en que recorría su ciudad disfrazado con toda clase de disfraces. Y él dijo a Abul-Hassan: «¡Oh mi huésped!, es preciso que ahora te ponga de beber, a mi vez; pues hasta este momento fuiste tú quien te tomaste el trabajo de servirme». Y tomó la botella y la copa, vertió vino en la copa y echó en ella, mañosamente, una pizca de *banj* cretense de pura calidad y ofreció la copa a Abul-Hassan, diciéndole: «¡Que esto te sea saludable y delicioso!». Y Abul-Hassan respondió: «¡No se puede rehusar la bebida que nos ofrece la mano del invitado! Pero ¡por Alá sobre ti, oh mi señor!, como mañana yo no podré levantarme para acompañarte por ahí, te ruego que no te olvides, al salir, de cerrar la puerta tras de ti». Y el califa se lo prometió también. Tranquilo ya por este lado, Abul-Hassan tomó la copa y la vació de un solo trago. Pero al momento hizo su efecto el *banj* y Abul-Hassan rodó por tierra de cabeza de una manera tan rápida que el califa se echó a reír. Luego él llamó al esclavo que había quedado a sus órdenes y le dijo: «¡Carga a las

costillas a este hombre y sígueme!». Y el esclavo obedeció y, cargando a la espalda a Abul-Hassan, siguió al califa, quien le dijo: «Recuérdete bien del emplazamiento de esta casa, a fin de que puedas volver a ella cuando yo te lo ordenare». Y salieron a la calle, olvidando, sin embargo, de cerrar la puerta, a pesar de la recomendación. Cuando llegaron al palacio entraron por la puerta secreta y penetraron en el apartamento particular en el que estaba situada la alcoba. Y el califa dijo a su esclavo: «¡Quítale a este hombre sus ropas y vístelo con mis prendas de noche y tiéndele sobre mi propio lecho!». Y cuando el esclavo dio cumplimiento a la orden, el califa mandó avisar a todos los dignatarios de palacio, los visires, los chambelanes y los eunucos, así como a todas las damas del harén; y cuando todos estuvieron presentes en sus manos, él les dijo: «Es preciso que mañana por la mañana os halléis todos en esta cámara y que cada uno de vosotros esté diligente a las órdenes de ese hombre que está ahí echado en mi cama y vestido con mis ropas. Y no soslayéis el guardarle las mismas consideraciones que a mí mismo y comportaros respecto a él, en todas las cosas, exactamente como si fuera yo mismo. Y le daréis, respondiendo a sus requerimientos, el título de emir de los creyentes; y tendréis buen cuidado de no contrariarle en ninguno de sus deseos. Pues si uno de vosotros, aunque fuera mi propio hijo, osara desviarse de las instrucciones que os he indicado, lo colgaría inmediatamente a la puerta de palacio». A estas palabras del califa, todos los asistentes respondieron: «¡Oír es obedecer!». Y a una indicación del visir se retiraron en silencio, comprendiendo que el califa, al darles estas instrucciones, tenía la intención de divertirse de un modo extraordinario. Cuando ya se marcharon, Al-Raschid se volvió hacia Giafar y hacia el portaespada Massrur, que se habían quedado en la cámara, y les dijo: «Habéis escuchado mis palabras. Pues bien, mañana es necesario que seáis los primeros en estar levantados personados en esta cámara para ponerlos a las ordenes de mi sustituto, que está ahí. Y no os asombréis de ninguna de las cosas que él os dirá; y fingid que les tomáis por mí mismo, a pesar de cuanto él os diga para sacaros de vuestro error simulado. Y haced liberalidades a todos aquellos que él os indicará, aun cuando hayáis de gastar todos los tesoros del reino; y recompensad, y castigad, y colgad, y matad, y nombrad, y destituid, exactamente como él os diga que es necesario hacer. Y para complimentar esto, no tenéis necesidad de venir a consultarme. Además, yo mismo estaré oculto en la proximidad y veré y oiré todo lo que suceda. Y, sobre todo, obrad de modo que él no pueda sospechar un momento de que todo lo que sucede es una diversión combinada según mis órdenes. ¡Esto es todo! ¡Y que sea así! Y no faltéis, además, una vez que os hayáis levantado, de venir a despertarme a mí también a la hora de la oración de la mañana».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS VEINTITRÉS

Ella dijo:

—Sucedió que al día siguiente, a la hora dicha, Giafar y Massrur no se olvidaron de despertar al califa, quien al momento corrió a situarse detrás de una cortina, en la misma cámara en donde estaba dormido Abul-Hassan. Y desde allí podía oír y ver todo lo que iba a pasar, sin estar expuesto a que le vieran ni Abul-Hassan ni los asistentes. Entonces entraron Giafar y Massrur, así como todos los dignatarios, las damas y los esclavos; y cada uno se colocó, según su rango, en el sitio de costumbre. Y reinaron en la cámara una gravedad y un silencio en un todo igual que si se tratara del despertar del emir de los creyentes. Y cuando todos estuvieron colocados así en buen orden, el esclavo que había sido previamente designado se acercó a Abul-Hassan, que continuaba dormido, y colocó bajo su nariz un tapón empapado en vinagre. Y al instante Abul-Hassan estornudó una primera vez, una segunda vez y una tercera vez, arrojando por la nariz largos filamentos producidos por los efectos del *banj*. Y el esclavo recogió esta flema en una bandeja de oro, para que no cayese sobre el lecho o sobre el tapiz; luego secó la nariz y el rostro de Abul-Hassan y le roció con agua de rosas. Y Abul-Hassan acabó por salir de su amodorramiento y, despertándose, abrió los ojos. Y se vio, primero, en un lecho magnífico, cuyo cobertor estaba cubierto de un brocado de oro rojo constelado de perlas y de piedras preciosas. Y alzó los ojos y se vio en una gran sala, cuyos muros y el techo estaban recubiertos de satén, con portieres de seda y, en los ángulos, vasos de oro y de cristal. Y él dirigió una mirada en torno suyo y se vio rodeado de doncellas y de jóvenes esclavos inclinados, de una belleza arrobadora; y detrás de ellos percibió la muchedumbre de visires, de emires, de chambelanes, de eunucos negros y de músicos prontos a hacer actuar las armoniosas cuerdas, a los que acompañaban cantores dispuestos en círculo sobre un estrado. Y, muy próximo a él, sobre un taburete, reconoció, por su color, las ropas, el manto y el turbante del emir de los creyentes. Cuando Abul-Hassan lo hubo visto todo cerró los ojos para volverse a dormir, de tal modo estaba persuadido de que se hallaba bajo los efectos de un sueño. Pero, en el mismo instante, se acercó a él el gran visir Giafar y, luego de haber abrazado la tierra tres veces, le dijo con un tono respetuoso: «¡Oh emir de los creyentes, permite a tu esclavo despertarte, pues es la hora de la oración de la mañana!». A estas palabras de Giafar, se frotó Abul-Hassan los ojos varias veces y, luego, se pellizcó los brazos tan cruelmente, que lanzó un grito de dolor, y se dijo: «¡No por Alá, no sueño! ¡Heme aquí convertido en califa!». Pero él dudó todavía en voz alta: «¡Por Alá! ¡Todo esto es consecuencia de mi razón trastornada por toda la bebida que yo libé con el

mercader de Mossul y también el efecto de mi disparatada conversación con él!». Y se volvió hacia el lado de la pared para dormirse de nuevo. Y como él no se movía, Giafar se acercó al lecho y le dijo: «¡Oh emir de los creyentes, permite a tu esclavo asombrarse de ver a su señor faltar a su costumbre de levantarse para la oración!». Y al mismo instante, a una indicación de Giafar, los músicos hicieron oír un concierto de arpas, laúdes y de guitarras y resonaron armoniosamente las voces de los cantantes. Y Abul-Hassan se volvió hacia el lado de los cantantes, diciendo en voz alta: «¿Y desde cuándo, ¡oh Abul-Hassan!, los durmientes oyen lo que tú oyes y ven lo que tú ves?». Y se incorporó en el límite de la estupefacción y del asombro, pero dudando siempre de la realidad de todo esto. Y se colocó las manos ante los ojos, para distinguir mejor y demostrarse sus impresiones, diciéndose: «¡Uallah! ¿No es extraño? ¿No es ofuscante? ¿En dónde te encuentras tú, ¡oh Abul Hassan!, hijo de tu madre? ¿Sueñas o no sueñas? ¿Desde cuándo este palacio, este lecho, estos dignatarios, estos eunucos, estas mujeres encantadoras, estos músicos, estos cantantes arrobadores y todo esto y todo aquello?». En este momento cesó el concierto y Massrur, el portaespada, se acercó al lecho, besó la tierra tres veces y se levantó y dijo a Abul-Hassan: «¡Oh emir de los creyentes!, permite al último de los esclavos decirte que ha pasado ya la hora de la oración y que ha llegado la hora de ir al diván para tratar de los asuntos de estado». Y Abul-Hassan, cada vez más estupefacto y no sabiendo ya, en su perplejidad, a qué partido quedarse, acabó por mirar a Massrur fijamente y le dijo con cólera: «¿Quién eres tú? ¿Y quién soy yo?». Massrur respondió con tono respetuoso: «Tú eres nuestro señor, el emir de los creyentes, el califa Harún Al-Raschid, el quinto de los Bani-Abbas, el descendiente del tío del profeta, ¡sobre él la oración y la paz! Y el esclavo que te habla es el pobre, el despreciable, el nada de nada Massur, el honrado con el augusto encargo de portar la espada de la voluntad de nuestro señor».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía, y discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS VEINTICUATRO

Ella dijo:

Al escuchar estas palabras de Massrur, Abul-Hassan le gritó: «¡Tú mientes, hijo de mil cornudos!». Mas Massrur, sin turbarse, respondió: «¡Oh mi señor, cierto, otro que no fuera yo, al oír hablar así al califa, moriría de dolor! Pero yo, tu viejo esclavo, que estoy desde hace tantos años a tu servicio y que vivo a la sombra de tus beneficios y de tu bondad, yo sé que el vicario del profeta solo me habla así para

probar mi fidelidad. ¡Por favor, oh mi señor, yo te suplico que no me pongas por más tiempo a prueba! ¡Ahora bien, si esta noche un mal sueño ha alterado tu dormir, recházalo y confía en tu tembloroso esclavo!». Ante este discurso de Massrur, Abul-Hassan no pudo contenerse por más tiempo y, lanzando una enorme carcajada, se agitó en su lecho y se puso a dar vueltas, enroscándose en las mantas y lanzando sus piernas por encima de su cabeza. Y detrás de la cortina, Harún Al-Raschid, que oía y veía todo esto, se le hinchaban las mejillas para sofocar la risa que le sacudía. Cuando Abul-Hassan hubo reído en postura durante una hora de tiempo, acabó por calmarse un poco y levantándose hizo seña de que se acercara a un pequeño esclavo negro y le dijo: «Dime, ¿me conoces? ¿Puedes decirme quién soy yo?». Y el negrito bajó los ojos con respeto y modestia, y respondió: «Tú eres nuestro señor el emir de los creyentes, Harún Al-Raschid, califa del profeta, ¡qué él sea bendito!, y el vicario sobre la tierra del soberano de la tierra y del cielo». Pero Abul-Hassan le gritó: «¡Tú mientes, oh cara de pez, oh hijo de mil alcahuetes!». Y se dirigió entonces a una de las jóvenes esclavas que se hallaban presentes, y, haciéndole seña de que se acercase, le tendió un dedo, diciéndole «¡Muerde este dedo! ¡Yo veré bien si duermo o si estoy despierto!». Y la adolescente, que sabía que el califa veía y escuchaba cuanto estaba pasando, se dijo para sí misma: «¡He aquí la ocasión para mí de demostrarle al emir lo que yo sé hacer para distraerle!». Y apretando sus dientes con todas sus fuerzas, ella mordió el dedo hasta el hueso. Y Abul-Hassan, lanzando un grito de dolor, gritó «¡Ay! ¡Ah, ya veo bien que no duermo! ¡Sí, yo no duermo!». Y él preguntó a la misma joven: «¿Puedes tú decirme si me reconoces, y si verdaderamente yo soy ese que dicen?». Y la esclava respondió, extendiendo el brazo: «¡El nombre de Alá sobre el califa y en torno de él! Tú eres, ¡oh mi señor!, el emir de los creyentes, Harún Al-Raschid, el vicario de Alá». A estas palabras, Abul-Hassan exclamó «¡Hete aquí convertido en una noche en el vicario de Alá, oh Abul-Hassan, oh el hijo de tu madre!». Luego, mudando de tono, gritó a la joven: «¡Tú mientes, oh zorrue! ¿Es que yo no sé bien quién soy?». Mas en este momento, el jefe eunuco se acercó al lecho, y luego de haber abrazado tres veces la tierra, se incorporó y, curvado en dos, se dirigió a Abul-Hassan, y le dijo: «¡Qué nuestro señor me perdone! Pero es la hora habitual en que nuestro señor va a satisfacer sus necesidades en el retrete». Y él le pasó el brazo bajo la axila, y le ayudó a salir del lecho. Y desde el momento en que se mantuvo en pie, la sala y el palacio retumbaron del grito con el que le saludaron todos los asistentes: «¡Que Alá haga victorioso al califa!». Y Abul-Hassan pensó: «¡Por Alá que esto es una cosa maravillosa! ¡Ayer era Abul-Hassan! ¡Y hoy soy Harún Al-Raschid!». Luego se dijo: «¡Puesto que es la hora de mear, vamos a mear! ¡Pero yo no estoy muy seguro ahora de si también es la hora de satisfacer la otra necesidad!». Pero fue sacado de estas reflexiones por el jefe eunuco, que le tendió un par de babuchas, bordadas de oro y perlas, y que, altas de tacón, estaban especialmente reservadas para ser calzadas en el retrete. Pero Abul-Hassan, que en su vida había visto cosa parecida, cogió el calzado, y creyendo que era algún objeto valioso con el

que se le obsequiaba, lo colocó en una de las amplias mangas de su traje. Al ver esto, los presentes, que hasta entonces habían logrado contenerse, no pudieron por más tiempo reprimir su hilaridad. Y los unos volvieron la cabeza, en tanto que los otros, simulando abrazar la tierra ante la majestad del califa, cayeron sobre el tapiz, convulsos. Y detrás de la cortina, el califa era dominado por tal risa silenciosa que había caído al suelo de costado. Durante todo este tiempo, el jefe eunuco, llevando a Abul-Hassán por los sobacos, lo condujo al retrete pavimentado de mármol blanco, en tanto que las otras piezas del palacio estaban cubiertas de ricos tapices. Después de esto, lo volvió a llevar a la alcoba, entre dignatarios y damas, todos colocados en dos filas. Y al instante avanzaron otros esclavos, que estaban encargados especialmente de vestirlo, y que le quitaron las ropas de noche y le presentaron la palangana de oro llena de agua de rosas, para sus abluciones. Y cuando estuvo lavado, aspirando con delicia el agua perfumada, le pusieron las ropas reales, le colocaron la diadema y le pusieron en las manos el cetro de oro. Al ver esto, Abul-Hassan pensó: «¡Veamos! ¿Soy o no soy Abul-Hassán?». Y él meditó un instante y, con un tono resuelto, exclamó en voz alta, de forma que fuese oído por toda la concurrencia: «¡Yo no soy Abul-Hassan! ¡Qué se empale a todo aquel que diga que yo soy Abul-Hassan! ¡Yo soy Harún Al-Raschid en persona!». Y dichas estas palabras, Abul-Hassan, con un tono de mando tan firme como si él hubiera nacido sobre el trono, ordenó: «¡Marchad!». Y al momento se formó el cortejo; y Abul-Hassan, colocándose el último, siguió a la comitiva, que le condujo al salón del trono. Y Massrur le ayudó a subir al trono, en el que se sentó entre aclamaciones de todos los presentes. Y él colocó el cetro sobre sus muslos, y miró en su derredor. Y vio a todo el mundo colocado en buen orden en el salón de las cuarenta puertas, y vio a los guardias con las brillantes cimitarras, y a los visires, y a los emires, y a los notables, y a los representantes de todos los pueblos del imperio, y, además, una nutrida muchedumbre. Y distinguió entre el conjunto silencioso rostros que él conocía bien: Giafar, el visir; Abu Nowas, Al-Ijili, Ibdan, Al-Farazadk, Al-Loz, Al-Sakar, Omar Al-Tartis, Abu-Ishak, Al-Khalia y Padim. Ahora bien, en tanto que él paseaba de ese modo su mirada sobre cada rostro, avanzó Giafar, seguido de los principales dignatarios, todos vestidos con espléndidos trajes; y, llegados ante el trono, se prosternaron cara a tierra, y quedaron en esta posición hasta que se les ordenó que se levantarán. Entonces Giafar sacó de debajo de su manto un gran paquete, que desplegó, y del que tomó un legajo que se puso a leer, papel por papel, y que eran las demandas corrientes. Y Abul-Hassan, aunque no se había encontrado nunca en situación de tener que intervenir en asuntos semejantes, no estuvo ni un instante embarazado, y se pronunció en cada uno de los asuntos que se le sometieron con tanto tacto y justicia que el califa, que había llegado para ocultarse detrás de una cortina del salón del trono, quedó completamente maravillado. Cuando Giafar acabó su relación, Abul-Hassan le preguntó: «¿En dónde se halla el jefe de la policía?». Y Giafar le señaló con el dedo a Ahmad el Tiña, jefe de la policía, y le dijo: «¡Es aquel,

oh emir de los creyentes!». Y el jefe de la policía, viéndose señalado, salió al momento del lugar que ocupaba, y se acercó gravemente al trono, al pie del cual se prosternó, la cara contra la tierra. Y Abul-Hassan, luego de haberle permitido levantarse, le dijo: «¡Oh jefe de la policía, lleva contigo diez guardias, y ve al momento a tal barrio, tal calle, tal casa! Allí hallarás un cerdo horrible que es el jeque *al-balad* del barrio, y lo hallarás entre sus dos compadres, dos canallas como él. ¡Apodérate de sus personas y comienza, para acostumbrarlos a lo que van a sufrir, por darle a cada uno cuatrocientos palos en la planta de los pies...!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS VEINTICINCO

Ella dijo:

—«Luego los pondrás sobre un camello sarnoso, vestidos de harapos y la cara vuelta hacia la cola del camello, haciendo publicar por el pregonero: “¡Este es el comienzo del castigo a los calumniadores, los ensuciadores de mujeres, de aquellos que perturban a sus vecinos y babea sobre las gentes honradas!”. Hecho esto, harás empalar por la boca al jeque *al-balad*, visto que es por ella por donde ha pecado y visto que carece de fundamento; y tú arrojarás su podrido cuerpo como pasto a los perros. Tú cogerás en seguida al hombre barbilampiño, de los ojos amarillos, el más infame de los dos compinches que ayudan en su menester al jeque *al-balad*, y lo harás ahogar en la fosa de los excrementos de la casa de Abul-Hassan, su vecino. Luego le llegará la vez al segundo compadre. A este, que es un bufón y un tonto ridículo, tú no le harás sufrir otro castigo que el siguiente: harás construir por un hábil carpintero una silla hecha de tal manera que ella pueda volar hecha astillas cada vez que el hombre en cuestión se siente en ella, y tú le condenarás a sentarse toda la vida en esa silla. ¡Vete! ¡Y cumple mis órdenes!». Al oír estas palabras, el jefe de la policía, Ahmad el Tiña, que había recibido de Giafar la orden de cumplir todos los mandatos de Abul-Hassan, se llevó la mano a su cabeza, para indicar que él mismo estaba dispuesto a perder su cabeza si no cumplía puntualmente las órdenes recibidas. Luego abrazó la tierra una segunda vez entre las manos de Abul-Hassan y salió del salón del trono. ¡Todo esto! Y el califa, viendo a Abul-Hassan adquirir con tanta gravedad las prerrogativas de la realeza, experimentó un gran placer. Y Abul-Hassan continuó sancionando, nombrando y destituyendo y rematando los asuntos pendientes, hasta que el jefe de la policía estuvo de regreso al pie del trono. Y él le preguntó: «¿Has ejecutado mis órdenes?». Y el jefe de la policía, después de prosternarse como de ordinario, sacó un papel de su seno; que presentó a Abul-Hassan, quien lo desplegó y lo leyó por entero. Este era precisamente el sumario verbal de la ejecución de los tres compadres, firmado por los testigos legales y por personas bien conocidas en el barrio. Y Abul-Hassan dijo: «¡Está bien! ¡Estoy satisfecho! ¡Así sean siempre castigados los calumniadores, los ensuciadores de mujeres y todos aquellos que se entremeten en los asuntos de otros!». Después de todo esto, Abul-Hassan hizo señas al tesorero mayor para que se acercase, y le dijo: «Toma al instante del tesoro un saco de mil dinares de oro, y ve al mismo barrio adonde he enviado al jefe de la policía y pregunta por la casa de Abul-Hassan, aquel que llaman el libertino. Y como este Abul-Hassan, muy lejos de ser un libertino, es más bien un hombre excelente y de buen trato, y que es muy conocido en su barrio,

todos se apresurarán a indicarte su casa. Entonces tú entrarás y solicitarás hablar con su venerable madre; y luego de los *salams* y de los respetos debidos a esta excelente anciana, tú le dirás: “¡Oh madre de Abul-Hassan!, aquí tienes un saco con mil dinares de oro que te envía nuestro señor el califa. Y este regalo no es nada para tus méritos. Pero el tesoro en este momento está a exhausted, y el califa lamenta no poder hacer hoy más por ti”. Y sin más esperar, le entregarás el saco y volverás a darme cuenta de tu misión». Y el tesorero mayor respondió por el oído y la obediencia, y se apresuró a marchar para cumplir la orden. Hecho esto, Abul-Hassan, con una indicación, insinuó a Giafar, el gran visir, que era preciso levantar el *diván*. Y Giafar transmitió el signo a los visires, a los emires, a los chambelanes y a los otros asistentes, y todos, luego de haberse prosternado al pie del trono, salieron en mismo orden en que habían entrado. Y solo quedaron, con Abul-Hassan, el gran visir Giafar y el portaespada Massrur, que se aproximaron a él y le ayudaron a levantarse, tomándole por debajo de los brazos, el uno del derecho y el otro del izquierdo. Y le llevaron hasta el apartamento privado de las mujeres, en donde fue servido el banquete del día. Y las damas de servicio vinieron al momento a reemplazar a su lado a Giafar y a Massrur, y le introdujeron en la sala del festín. Al momento se dejó oír un concierto de laúdes, de tiorbas, de guitarras, de flautas, de oboes y de clarinetes, que acompañaban a las frescas voces de adolescentes, con tanto encanto, melodía y justeza, que Abul-Hassan, maravillado hasta lo más profundo de su ser, no sabía qué decir. Y acabó por decirse: «¡Ahora ya no puedo seguir dudando! Yo soy realmente el emir de los creyentes. ¡Todo esto no puede ser un sueño! Sino, ¿podría ver, oír, sentir y andar como lo hago? Este papel del sumario verbal de los tres compadres, lo tengo en la mano; estos cantos, estas voces, los oigo, y todo lo demás, y estos honores y estas consideraciones son para mí. ¡Soy el califa!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS VEINTISÉIS

Ella dijo:

—Y él miró a su derecha y a su izquierda; y lo que vio le confirmó mucho más en la idea de su realeza. Él estaba en medio de una sala esplendida, en la que brillaba el oro sobre todas las paredes, en donde los más agradables colores se dibujaban de vario modo sobre las pinturas de tapices, y en donde, suspendidos en el techo de azul, siete arañas de oro de siete brazos lanzaban una claridad incomparable. Y en medio de la sala, sobre bajos escabeles, estaban siete grandes bandejas de oro macizo,

colmadas de comidas excelentes, cuyo olor embalsamaba el aire de ámbar y de especias. Y en torno a estas bandejas, de pie, esperando una indicación, siete adolescentes, de una belleza incomparable, adornadas con vestidos de diferentes formas y colores. Y ellas tenían cada una en la mano un abanico, prontas a refrescar el aire en derredor de Hassan. Entonces Abul-Hassan, que desde la víspera no había comido nada aún, se sentó ante las bandejas; y al momento las siete adolescentes se pusieron a agitar, todas a la vez, sus abanicos, para hacer aire en torno a él. Mas como no estaba habituado a recibir tanto aire durante la comida, miró una por una a las adolescentes, con una graciosa sonrisa, y les dijo: «Por Alá, jovencitas, yo creo que basta una sola persona para darme aire. Venid, pues, todas a sentaros junto a mí para hacerme compañía. Y decid a esa negra que está ahí que venga a darnos aire». Y las obligó a que se situasen a su derecha, a su izquierda y delante de él, de manera que a cualquier lado que mirara tuviese ante sus ojos un agradable espectáculo. Entonces comenzó a comer; pero al cabo de algunos instantes se dio cuenta de que las adolescentes no se atrevían a tocar los alimentos por consideración hacia él; y las invitó varias veces a servirse sin reparo, e incluso, les ofreció por su propia mano porciones escogidas. Luego las interrogó, cada una en su turno, sobre sus nombres; y ellas respondieron: «Nosotras nos llamamos Grano de Almizcle, Cuello de Alabastro, Corola de Rosa, Corazón de Granada, Boca de Coral, Nuez Moscada y Caña de Azúcar». Y al escuchar estos graciosos nombres, exclamó: «¡Por Alá que estos nombres os convienen, oh doncellas, pues, ni el almizcle, ni el alabastro, ni la rosa, ni la granada, ni el coral, ni la nuez moscada, ni la caña de azúcar pierden sus cualidades a través de vuestra gracia!». Y él continuó durante la visita diciéndoles palabras tan exquisitas, que el califa, escondido tras de una cortina, y que observaba con gran atención, se felicitó cada vez más de haber organizado una broma como esta. Cuando la comida se dio por conclusa, las adolescentes llamaron a los eunucos, que al momento trajeron servicio de manos. Y las adolescentes se apresuraron a tomar de manos de sus eunucos la palangana de oro y la jarra y las toallas perfumadas, y, poniéndose de rodillas ante Abul-Hassan, le echaron agua en las manos. Luego ellas le ayudaron a lavarse; y los eunucos, recorriendo un elevado portier, hicieron ver una segunda sala, en la que estaban colocadas en bandejas de oro, las frutas. Y las adolescentes le acompañaron hasta la puerta de esta sala, y se retiraron. Entonces Abul-Hassan, sostenido por dos eunucos, marchó hacia el centro de esta sala, que era más bella y mejor decorada que la precedente. Y desde que tomó asiento se dejó oír, con acentos admirables, un nuevo concierto dado por una orquesta y cantadoras. Y Abul-Hassan, muy asombrado, percibió en las bandejas diez filas alternadas de los más raros y exquisitos frutos; y eran siete las bandejas; y cada bandeja estaba debajo de una araña suspendida del techo; y ante cada bandeja estaba una adolescente, más bella y mejor adornada que las anteriores y también tenía un abanico. Y Abul-Hassan las examinó una a una y quedó encantado de su belleza. Y las invitó a sentarse con él; y para alentarlas a comer no omitió el servir las por sí mismo, en lugar de dejarlas

servirle. Y se informó de sus nombres y supo decir a cada una de ellas un cumplimiento apropiado, ya al ofrecerles un higo, ya un racimo de uvas, ya una raja de sandía, ya un plátano. Y el califa, que le escuchaba, se divertía en extremo y se hallaba cada vez más satisfecho de ver la medida de lo que podía él dar de sí. Cuando Abul-Hassan hubo gustado de todos los frutos que había en las bandejas, y se los hizo gustar a las adolescentes, se levantó ayudado por los eunucos, que le pasaron a una tercera sala, ciertamente más bella que las dos primeras.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS VEINTISIETE

Ella dijo:

—Ahora bien, esta era la sala de las confituras. Y, en efecto, había siete grandes bandejas, cada una bajo una araña, y delante de cada bandeja una adolescente de pie; y en cada uno de los tarros de cristal que había en estas bandejas, se hallaban las confituras, que eran excelentes. Y las había de todos los colores y de todas las clases. Y había dulces líquidos y dulces secos, y pasteles hojaldrados, y de todo. Y Abul-Hassan, en medio de un nuevo concierto de voces y de instrumentos, gustó un poco de todas las dulzuras perfumadas, y se las hizo gustar a las adolescentes, a las que invitó, del mismo modo, a que le hicieran compañía. Y a cada una de ellas supo decirle una frase agradable en respuesta al nombre que él preguntaba. Después de esto fue introducido en la cuarta sala, que era la sala de las bebidas, y que era con mucho la más sorprendente y la más maravillosa. Bajo siete lámparas de oro que pendían del techo se situaban siete bandejas, en las que frascos de todas las formas y de todos los tamaños estaban colocados en líneas simétricas; y músicos y cantadoras se hacían oír, siendo invisibles para el espectador; y ante las bandejas se hallaban en pie siete adolescentes, no vestidas de complicados vestidos, como sus hermanas de las otras salas, sino envueltas sencillamente en una camisa de seda; y eran de diferentes colores y de diverso aspecto; la primera era castaña, la segunda negra, la tercera blanca, la cuarta blanca, la quinta gruesa, la sexta delgada y la séptima roja. Y Abul-Hassan las examinó con tanta más atención cuanto más placer, ya que podía fácilmente juzgar de sus formas y de sus encantos bajo la transparencia de la ligera tela. Y fue con un placer extremo como las invitó a sentarse junto a él y les puso de beber. Y comenzó a preguntar por su nombre a cada doncella sucesivamente, a medida que ella le presentaba la copa. Y cada vez que él vaciaba la copa, daba a la adolescente ya un beso, ya un mordisco, ya un pellizco en las nalgas. Y continuó

jugando de esa forma con ellas, hasta que el hijo heredero se puso a gritar. Entonces para sosegarlo, preguntó a las adolescentes: «¡Por mi vida!, ¿quién de vosotras se quiere encargar de este niño molesto?». Y las siete adolescentes, a esta solicitud, por toda respuesta, se arrojaron las siete a la vez sobre la criatura, y quisieron darle de mamar. Y cada una lo atraía hacia ella de un lado para otro, riendo y lanzando gritos, de tal modo, que el padre de la criatura, no sabiendo ya qué hacer ni qué oír, lo reintegró a su seno, diciendo: «¡Se ha vuelto a dormir!». ¡Todo eso! Y el califa, que seguía a Abul-Hassan y que se ocultaba detrás de las cortinas, gozábale en silencio de cuanto veía y oía, y bendecía al destino, que le había puesto en el camino de un hombre como ese. Pero, entre tanto, una de las adolescentes, que había recibido de Giafar las instrucciones precisas, tomó una copa y arrojó disimuladamente un poco del polvo soporífero que el califa había empleado la noche anterior para dormir a Abul-Hassan, y le dijo: «¡Oh emir de los creyentes, yo te ruego que bebas de esta copa, que puede ser que vuelva a despertar el niño querido!». Y Abul-Hassan, estallando de risa, respondió: «¡Eh ualah!». Y tomó la copa que le tendía la adolescente y la bebió de un solo trago. Luego se volvió para hablar a la que le había servido de beber, pero no pudo sino emitir algunos balbuceos, y calló pesadamente de cabeza. Entonces el califa, que la había gozado con todo esto hasta el límite del gozo, y que solo esperaba a este sueño de Abul-Hassan, salió de detrás de la cortina, no pudiendo ya seguir sosteniéndose en pie de tanto como había reído. Y se volvió hacia los esclavos, que habían acudido, y les ordenó que despojara a Abul-Hassan de las ropas reales de que le habían revestido por la mañana, y que le vistieran con ropas ordinarias. Y cuando esta orden fue cumplida, hizo llamar al esclavo que había traído a Abul-Hassan, y le ordenó que lo volviera a cargar a hombros, lo transportara a su casa y lo acostara en su cama. Pues el califa se dijo para sí: «¡Si esto ha de durar mucho, o bien me muero de risa, o bien él acaba loco!». Y el esclavo, habiendo cargado a Abul-Hassan, lo sacó de palacio por la puerta secreta, y corrió a depositarlo sobre su lecho, en su casa, la cual tuvo cuidado de cerrar esta vez al retirarse.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS VEINTIOCHO

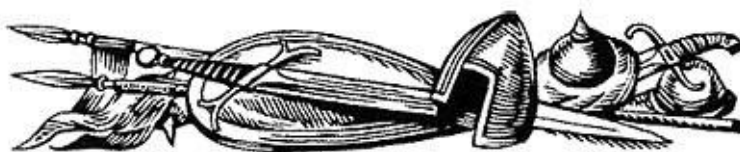
Ella dijo:

—En cuanto a Abul-Hassan, este quedó dormido con profundo sueño hasta el día siguiente al mediodía, y solo despertó cuando el efecto del *banj* sobre su cuerpo se disipó completamente. Y antes de poder abrir los ojos, él pensó: «Aquella a quien yo

prefiero, luego de pensarlo, entre todas las adolescentes, es, desde luego, a la joven Caña de Azúcar, y después, a Boca de Coral, y solamente en tercer lugar, a Ramo de Perlas, la que me sirvió la última copa ayer». Y llamó en voz alta: «¡Vamos, llegad, oh doncellas! ¡Caña de Azúcar, Boca de Coral, Ramo de Perlas, Alba del Día, Estrella de la Mañana, Grano de Almizcle, Cuello de Alabastro, Cara de Luna, Corazón de Granada, Flor de Manzano, Corola de Rosa! ¡Vamos! ¡Corred! ¡Ayer estaba yo un poco cansado! ¡Pero hoy el niño se porta bien!». Y esperó un momento. Pero como nadie respondía ni acudía a su voz, se enfureció, y abriendo los ojos, se incorporó. Y creyó que se hallaba bajo el efecto de un sueño, y para disiparlo se puso a gritar con todas sus fuerzas: «¡Y bien, Giafar, hijo de perro, y tú, Massur, el entremetido!, ¿en dónde estáis?». A los gritos acudió la anciana madre, y le dijo: «¿Qué te pasa, hijo mío? ¡El nombre de Alá sobre ti y sobre su cerco! ¿Qué soñaste, oh hijo mío, oh Abul-Hassan?». Y Abul-Hassan, indignado de ver a la anciana a su cabecera, le gritó: «¿Quién eres tú, vieja? ¿Y quién es ese Abul-Hassan?». Y ella dijo: «¡Alá! ¡Yo soy tu madre! ¡Y tú eres mi hijo, tú eres Abul-Hassan, oh hijo mío! ¡Qué extrañas palabras he oído de tu boca! ¡Tienes aspecto de no conocerme!». Pero Abul-Hassan le gritó: «¡Apártate, oh vieja maldita! ¡Tú hablas al emir de los creyentes, al califa Harun Al-Raschid! ¡Vete de delante de la faz del vicario de Alá sobre la tierra!». Al escuchar estas palabras, la anciana se puso a darse fuertes puñetazos en la cara, gritando: «¡El nombre de Alá sobre ti, oh hijo mío! ¡Por favor, no levantes la voz para decir palabras sin sentido! ¡Te van a oír los vecinos, y estaremos perdidos sin remedio! ¡Que la seguridad y la calma descendan sobre tu corazón!». Abul-Hassan gritó: «¡Te ordeno que salgas al instante, oh vieja execrable! ¡Tú estás loca al confundirme con tu hijo! ¡Yo soy Harún Al-Raschid, emir de los creyentes, señor del oriente y del occidente!». Ella se dio de puñetazos en la cara, y dijo lamentándose: «¡Qué Alá confunda al maligno! ¡Y que la misericordia del altísimo te libre de su posesión, oh hijo mío! ¿Cómo puede entrar en tu espíritu una cosa tan insensata? ¿No ves que esta cámara en dónde te hallas está lejos de ser el palacio del califa, y que desde tu nacimiento la has ocupado, y que jamás habitaste fuera de aquí, y nunca con otras personas que con tu anciana madre, que te ama, hijo mío, Abul-Hassan? Escúchame: arroja de tu cabeza estos vanos y peligrosos pensamientos que te han visitado esta noche, y bebe para calmarte, un poco de agua de esta alcarraza». Entonces Abul-Hassan tomó la alcarraza de las manos de su madre, bebió una buchada de agua, y dijo con algo de calma: «¡En efecto, puede ser que yo sea Abul-Hassan!». Y bajó la cabeza, y con la mano apoyada en la mejilla, reflexionó durante una hora de tiempo, y, sin alzar la cabeza, se dijo hablándose a sí mismo como quien sale de un profundo sueño: «¡Sí, por Alá, se puede bien decir que soy Abul-Hassan! ¡Yo soy Abul-Hassan, sin duda alguna! ¡Esta cámara es mi cámara, *ualah*! ¡Ahora la reconozco! ¡Y tú eres mi madre y yo soy tu hijo! ¡Sí, yo soy Abul-Hassan!». Y agregó: «Pero ¿por qué sortilegio he podido tener mi razón invadida por semejantes locuras?». Al escuchar estas palabras, la pobre vieja lloró de alegría, no dudando ya

de que su hijo se había calmado por completo. Y después de haberse secado las lágrimas, se dispuso a traerle de comer y a preguntarle sobre los detalles del extraño sueño que acababa de tener, cuando Abul-Hassán, que desde hacía unos segundos miraba fijamente ante sí, saltó de repente como un loco, y cogiendo a la pobre mujer por sus vestidos, se puso a menearla, gritando: «¡Ah infame vieja, si tú no quieres que te estrangule, me vas a decir al instante cuáles son los enemigos que me han destronado, y cuál es el que me ha encerrado en esta prisión, y quién eres tú que me guardas en este miserable tugurio! ¡Ah, teme los efectos de mi cólera cuando yo vuelva al trono! ¡Teme la venganza de tu augusto soberano, el califa que yo soy, yo, Harún Al-Raschid!». Y agitándola, se le escapó de sus manos. Y ella se hundió sobre la alfombra, sollozando y lamentándose. Y Abul-Hassan, en el límite de la rabia, se arrojó sobre su lecho, y se cogió la cabeza entre las manos, presa del tumulto de su pensamiento. Pero al cabo de cierto tiempo, la anciana se levantó, y como su corazón estaba pendiente de su hijo, no titubeó en llevarle, aunque temblando, un poco de jarabe de agua de rosas, y le decidió a tomar un poco, y le dijo para hacerle cambiar de idea: «¡Escucha, hijo mío, lo que voy a contarte! Es una cosa que, estoy persuadida de ello, te va a causar un gran placer: sabe, en efecto, que el jefe de la policía vino ayer, de orden del califa, a detener al jeque *al-balad* y a sus dos compinches; y, después de haberles hecho dar a cada uno de ellos cuatrocientos palos en las plantas de los pies, los hizo pasear a contrapelo sobre un camello sarnoso por todos los barrios de la capital, entre los gritos y los escupitajos de las mujeres y de los niños. Luego hizo empalar por la boca al jeque *al-balad* y arrojar al primer compadre en la fosa de los excrementos de nuestra casa, y condenar al tercero a un suplicio extremosamente complicado, que consiste en hacerle sentar toda su vida sobre una silla que se desfonda bajo su peso».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS VEINTINUEVE

Ella dijo:

—Cuando Abul-Hassan oyó este discurso, que, según lo que pensaba la buena anciana, había de contribuir a disipar la turbación que ennegrecía su alma, él quedó persuadido más que nunca de su realeza y de su dignidad hereditaria de emir de los creyentes. Y dijo a su madre: «¡Oh vieja de desgracia, tus palabras lejos de disuadirme, me hacen confiarme en la idea que, por otra parte, no había abandonado jamás, de que yo soy Harún Al-Raschid! Y para demostrártelo, sabe que fui yo

mismo quien dio la orden a mi jefe de policía, Ahmad el Tiña, de castigar a los tres canallas de este barrio. Cesa, pues, de decirme que yo sueño o que estoy dominado por el soplo de Cheitán. ¡Prostérnate, por tanto, ante mi gloria y abraza la tierra entre mis manos, y pídemme perdón por las palabras desconsideradas y la duda que tuviste respecto a mí!». Al escuchar estas palabras de su hijo, la anciana no tuvo ya duda alguna respecto a la locura de su Abul-Hassan, y ella le dijo: «¡Qué Alá el misericordioso haga que descienda el rocío de su bendición sobre tu cabeza, oh Abul-Hassan, y que él te perdone y te conceda la gracia de que vuelvas a ser un hombre dotado de razón y de buen sentido! Pero yo te suplico, ¡oh hijo mío!, que ceses de pronunciar el nombre del califa y de aplicártelo, pues los vecinos pueden oírte y comunicar tus palabras al valí, que te hará entonces detener y colgar a la puerta del palacio». Luego, no pudiendo resistir su emoción, se puso a lamentarse y a golpearse el pecho, de desesperación. Viendo esto, Abul-Hassan, lejos de sosegar, se excitó mucho más; y se levantó, y cogiendo un palo, se lanzó sobre su madre, en el extravío de su furor, gritándole con terrible voz: «¡Yo te prohíbo, oh maldita, que me sigas llamando Abul-Hassan! ¡Yo soy Harún Al-Raschid en persona, y si dudas todavía, te haré entrar esta creencia a palos!». Y la anciana, ante esto, aunque toda temblorosa de espanto y de emoción, no olvidó que Abul-Hassan era su hijo, y mirándole como una madre mira a su hijo, le dijo, con dulce voz: «¡Oh hijo mío, yo no creo que la ley de Alá y de su profeta se hayan retirado de tu espíritu hasta el punto de que puedas olvidar el respeto que un hijo debe a su madre, que le ha llevado nueve meses en su seno y le ha alimentado con su leche y con su ternura! Déjame decirte por última vez que tú persistes en el error al dejar a tu razón perderse en esta extraña ensoñación, y al arrogarte ese augusto título de califa que pertenece únicamente a nuestro señor y soberano el emir de los creyentes, Harún Al-Raschid. Y, sobre todo, te haces culpable de una tremenda ingratitud hacia el califa, justamente al día siguiente de habernos él colmado de beneficios. En efecto, sabe que el tesorero mayor del palacio vino ayer a nuestra casa, enviado por el mismo emir de los creyentes, y me entregó, por orden suya, un saco con mil dinares de oro, acompañado de excusas por lo parco de la cantidad, y me prometió que ese no sería el único donativo de su generosidad». Al oír estas palabras de su madre, Abul-Hassan perdió los últimos escrúpulos que podía sentir todavía relativos a su antiguo estado, y quedó convencido de que había sido siempre califa, ya que fue él mismo quien había enviado el saco de mil dinares a la madre Abul-Hassan. Contempló, pues, a la anciana con desorbitados ojos amenazadores, y le gritó: «Para tu desgracia, ¿pretendes, ¡oh calamitosa anciana!, que no fui yo el que te envié el saco de oro y que no fue por orden mía por la que mi tesorero mayor vino a entregártelo ayer? Y después de esto, ¿te atreverás a llamarme tu hijo y a decirme que soy Abul-Hassan el libertino?». Y como su madre se tapaba los oídos para no escuchar esas palabras, que la trastornaban, Abul-Hassan, excitado al límite del frenesí, no pudo contenerse lanzó sobre ella, palo en mano, y se puso a molerla a golpes. Entonces la anciana, no pudiendo callar su dolor y su indignación

por este trato, se puso a gritar pidiendo socorro a los vecinos: «¡Oh desdichada de mí! ¡Socorredme, musulmanes!». Y Abul-Hassan, a quien estos gritos excitaban cada vez más, continuó golpeando a la anciana, gritándole de cuando en cuando: «¿Soy o no soy el emir de los creyentes?». Y la madre respondía a pesar de los golpes: «¡Tú eres mi hijo! ¡Tú eres Abul-Hassan el libertino!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS TREINTA

Ella dijo:

—En tanto, los vecinos, que acudían a los gritos y al estruendo, penetraron en la habitación, y al momento, se interpusieron entre la madre y el hijo para separarlos, y quitaron el palo de las manos de Abul-Hassan e, indignados por la conducta de un hijo semejante, le sujetaron para impedirle moverse y le preguntaron: «¿Te has vuelto loco, Abul-Hassan, para levantar de ese modo la mano a tu madre, esta pobre vieja? ¿Y has olvidado por completo los preceptos del libro santo?». Pero Abul-Hassan, con los ojos ardiendo de furor, les gritó: «¿Qué es eso de Abul-Hassan? ¿A quién llamáis por ese nombre?». Y los vecinos, al oír estas preguntas, quedaron sumamente perplejos; luego acabaron por preguntarle: «¿Cómo? ¿No eres Abul-Hassan el libertino? Y esta buena anciana ¿no es tu madre, la que te crio y alimentó con su leche y con su ternura?». Él respondió: «¡Ah, hijos de perros, salid de mi lado! ¡Yo soy vuestro señor el califa Harún Al-Raschid, emir de los creyentes!». Al oír estas palabras, todos los vecinos quedaron persuadidos de su locura; y no queriendo dejar libre de sus movimientos a este hombre que ellos acababan de ver en la ceguera de su furor, le ataron las manos y los pies, y uno de ellos fue enviado a avisar al portero del manicomio. Y, al cabo de una hora, el portero del manicomio, seguido de dos robustos guardianes, llegó con todo el dispositivo de cadenas y de esposas, y llevando en la mano un látigo de verga de buey. Y como Abul-Hassan al verlo hacía grandes esfuerzos para desembarazarse de sus ligaduras, y lanzaba injurias a los presentes, el portero comenzó por aplicarle en la espalda dos o tres golpes con su verga de buey. Luego, sin tener en cuenta sus protestas y los títulos que se daba, le cargaron de cadenas de hierro y lo transportaron al manicomio, entre una gran multitud de transeúntes que le daban puñetazos y patadas, tratándole como a loco. Cuando llegó al manicomio, fue encerrado en una jaula de hierro como una bestia feroz, y regalado con una tunda de golpes, como primer tratamiento. Y, desde este día, soportó, una vez a la mañana y otra al anochecido, una dosis de cincuenta golpes con el vergajo, de

modo que al cabo de diez días de este trato, cambió de piel como una serpiente. Entonces dio un giro sobre sí mismo y pensó: «¡He aquí el estado a que me veo reducido ahora! ¡Es preciso que sea yo quien tenga la culpa, dado que todo el mundo me trata de loco! ¡Por tanto, no es posible que cuanto me ha sucedido en palacio no sea sino el efecto de un sueño! ¡En fin! Yo no quiero seguir ya pensando más en esta cuestión, ni intentar comprenderla, pues de hacerlo me volvería verdaderamente loco. ¡Además, no es esta la única cosa que la razón del hombre no puede llegar a comprender, y yo me entrego a Alá para la solución!». En tanto que él estaba hundido en estos pensamientos, llegó a verlo toda llorosa su madre, para enterarse del estado en que se hallaba y si él había vuelto a tener sentimientos más razonables. Y ella le vio tan adelgazado y tan extenuado que estalló en sollozos; pero logró dominar su dolor y acabó por poder saludarle tiernamente; y Abul-Hassan le devolvió con voz tranquila su *salam*, como un hombre sensato, respondiéndole: «¡Sobre ti la salvación y la misericordia de Alá y sus bendiciones, oh madre mía!». Y la madre sintió una gran alegría al oírse dar el nombre de madre, y le dijo: «¡El nombre de Alá sobre ti, oh hijo mío! ¡Bendito sea Alá que te ha devuelto la salud y la cordura a tu cerebro alterado!». Y Abul-Hassan, con un tono muy contrito, respondió: «¡Yo solicito mi perdón de Alá y de ti, oh madre mía! ¡En verdad que no me explico cómo pude decir todas las locuras que dije, y lanzarme a los excesos que solo un insensato es capaz de hacer! ¡No hay duda que Cheitán me poseyó y me impulsó a esos procederes! ¡Y no puede dudarse de que ningún otro realizó jamás mayores extravagancias! ¡Pero todo esto acabó y ahora ya he vuelto de mi extravío!». Y la madre, al oír estas palabras, sintió que se trocaban en lágrimas de alegría las lágrimas de dolor, y exclamó: «¡Mi corazón está tan gozoso, oh hijo mío, como si yo te hubiera traído al mundo por segunda vez! ¡Bendito por siempre sea Alá!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS TREINTA Y UNA

Ella dijo:

—Luego, la madre de Abul-Hassan agregó: «Sí, ¡oh hijo mío!, tú no tienes ninguna falta que reprocharte, pues todo el mal que nos ha sucedido ha sido debido al mercader extranjero al que invitaste la última noche a comer y a beber contigo, y que a la mañana marchó sin tomarse el trabajo de cerrar la puerta al salir. Y tú debes saber que cada vez que la puerta de una casa queda abierta antes de la salida del sol, entra Cheitán en la casa y toma posesión del alma de sus moradores: ¡Y sucede entonces lo

que sucede! ¡Demos, por tanto, gracias a Alá que no ha permitido peores desgracias sobre nuestra cabeza!». Y Abul-Hassan respondió: «¡Tienes razón, oh madre! ¡Es la obra de la posesión de Cheitán! En cuanto a mí, yo había advertido bien al mercader de Mossul que no olvidara cerrar la puerta al salir, para evitar la entrada de Cheitán en nuestra casa; pero él no lo hizo, y por ello nos ha causado estos disgustos. Ahora que ya percibo bien que mi cerebro no está alterado y que se han terminado las extravagancias, te ruego, ¡oh tierna madre!, que hables con el portero del manicomio para que me libere de esta jaula y de los suplicios que he soportado a diario». Y la madre de Abul-Hassan corrió, sin retardarlo nada, a comunicar al portero que su hijo había recobrado la razón. Y el portero vino con ella para examinar a Abul-Hassan e interrogarle. Y como sus respuestas fueron sensatas, y él reconocía que era Abul-Hassan y no más Harún Al-Raschid, él portero lo sacó de la jaula y le libró de sus cadenas. Y Abul-Hassan, pudiendo apenas sostenerse sobre sus piernas, llegó lentamente a su casa, ayudado por su madre, y quedó en cama varios días, hasta que le volvieron las fuerzas, y mejoraron un tanto los efectos de los golpes recibidos. Entonces como comenzaba a fastidiarse de su soledad, se decidió a reanudar su vida de otros días, e ir, a la puesta del sol, a sentarse al final del puente para esperar la llegada del huésped extranjero que pudiera enviarle el destino. Ahora bien, esa tarde era la primera del mes; y el califa Harún Al-Raschid que, según costumbre, se disfrazaba de mercader al comienzo de cada mes, había salido en secreto de su palacio, en busca de alguna aventura y también para ver por sí mismo si el buen orden reinaba en la ciudad como él deseaba. Y de este modo llegó al puente, en cuyo extremo se hallaba sentado Abul-Hassan. Y Abul-Hassan, que acechaba la aparición de extranjeros, no tardó en reconocer al mercader de Mossul, al que había albergado, y que se acercaba hacia él, seguido, como la vez primera, por un fornido esclavo. Al verlo, Abul-Hassan, sea porque considerara al mercader de Mossul como la causa primera de sus desgracias, sea porque él tenía por costumbre no presentar semblante de reconocer a la personas a quienes ya había invitado a su casa, se apresuró a volver la cabeza en dirección del río, para no verse obligado a saludar a su antiguo huésped. Pero el califa, que por sus espías estaba enterado de todo cuanto le había sucedido a Abul-Hassan desde su audiencia, y el trato que había sufrido en el manicomio, no quiso dejar de pasar esta ocasión de divertirse más aún a costa de hombre tan singular. Y, además, el califa, que poseía un corazón generoso y magnánimo, había resuelto igualmente reparar un día, en tanto como estuviera en su poder otorgarle, el perjuicio sufrido por Abul-Hassan, y devolverle de una forma u otra, en favores, el placer que había sentido en su compañía. Por ello, en cuanto divisó a Abul-Hassan, se acercó a él, e inclinó la cabeza sobre su hombro, dado que Abul-Hassan mantenía obstinadamente el rostro vuelto hacia el río, y mirándole a los ojos, le dijo: «¡El *salam* sobre ti, oh Abul-Hassan, amigo mío! ¡Mi alma desea abrazarte!». Pero Abul-Hassan, sin mirarle ni volverse, le respondió: «¡No hay *salam* de mí para ti! ¡Marcha! ¡Yo no te conozco!». Y el califa exclamó: «¿Cómo, Abul-Hassan? ¿No reconoces al

huésped al que hospedaste toda una noche en tu casa?». Él respondió: «¡No, por Alá, yo no te reconozco! ¡Vete por tu camino!». Pero Al-Raschid insistió sobre él, y dijo: «Sin embargo, yo te reconozco bien, y no puedo creer que me hayas olvidado totalmente, puesto que apenas ha transcurrido un mes desde nuestra última entrevista y la agradable velada que pasé contigo, en tu casa». Y como Abul-Hassán continuara sin contestarle, e hiciera demostración de marcharse, el califa le rodeó el cuello con su brazo y se puso a abrazarle, y le dijo: «¡Oh mi hermano Abul-Hassan, cuán mal está en ti el gastarme esta broma! En cuanto a mí, yo estoy decidido a no abandonarte antes que me hayas llevado por segunda vez a tu casa y que me cuentes la causa de tu resentimiento contra mí. ¡Pues por la forma como me rechazas, yo veo que tienes alguna cosa que reprocharme!». Abul-Hassan, con acento indignado gritó: «¿Llevarte yo una segunda vez a mi casa, oh cara de mal augurio, después de todo el daño que ha caído sobre mí por tu causa? ¡Vamos, vuelve la espalda y hazme ver el ancho de tus hombros!». Pero el califa lo abrazó por segunda vez y le dijo: «¡Ah, amigo mío, Abul-Hassan, cuán duramente me tratas! ¡Si es cierto que mi presencia en tu casa ha sido una causa de desgracia, quiero persuadirte de que estoy pronto a reparar todo el perjuicio que involuntariamente te he causado! ¡Cuéntame cuanto ha ocurrido y el que has podido sufrir, a fin de que pueda llevar el remedio!». Y, a pesar de las protestas de Abul-Hassan, se agachó junto a él, en el puente, y le rodeó el cuello con su brazo, como un hermano hace con su hermano, y esperó la respuesta.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS TREINTA Y DOS

Ella dijo:

—Entonces Abul-Hassan, ganado por las caricias, acabó por decir: «¡Yo quiero contarte las cosas asombrosas que me han sucedido desde nuestra velada, y las desgracias que se sucedieron! ¡Y todo ello por causa de esta puerta que olvidaste cerrar al marcharte, y por dónde ha entrado la posesión!». Y contó todo lo que había creído ver en realidad, y que suponía ser, sin duda alguna, una ilusión suscitada por Cheitán, y todas las desdichas y los malos tratos que había sufrido en el manicomio, y el escándalo producido en el barrio por todo este asunto, y la mala reputación que había adquirido entre todos los vecinos. Y no omitió detalle alguno, y aportó a su relato tal vehemencia, y narró con tanto convencimiento la historia de su supuesta posesión, que el califa no pudo sofrenar una gran carcajada. Y Abul-Hassan no supo con exactitud a qué atribuir esa risa, y le preguntó: «¿No sientes compasión por la

desdicha que se abatió sobre mi cabeza, puesto que te burlas de esa manera? ¿O bien te imaginas que soy yo quien se mofa de ti contándote una historia imaginaria? ¡Si así es, yo voy a sacarte de todas tus dudas, y a darte las pruebas de todo lo que te he adelantado!». Y, diciendo esto, se levantó las mangas de su vestido y puso al desnudo sus hombros, y de ese modo mostró al califa las cicatrices y la tonalidad de su piel martirizada por los golpes del vergajo. Al ver esto, el califa no pudo dejar de compartir sinceramente la suerte del desgraciado Abul-Hassan. Y desde entonces cesó de tener con respecto a él intenciones de burla y le abrazó esta vez, con demostración de verdadero afecto y le dijo: «¡Por Alá sobre ti, hermano mío Abul-Hassan!, yo te suplico que me lleves a tu casa por esta noche también, pues yo deseo recrearme el espíritu con tu hospitalidad. Y tú verás como mañana te devuelve Alá un céntuplo por tu beneficio». Y continuó diciéndole buenas palabras y a abrazarle tan afectuosamente que le decidió, a pesar de su resolución de no recibir jamás dos veces a la misma persona, a llevarlo a su casa. Pero en el camino le dijo: «Cedo a tus importunidades, pero bien a mi pesar. Y, en reciprocidad, yo quiero pedirte una sola cosa, y es que no olvides esta vez de cerrar la puerta, al salir de mi casa mañana por la mañana». Y el califa, ahogando la risa que le tomaba por esta creencia que continuaba teniendo Abul-Hassan de la entrada en su casa de Cheitán por la puerta abierta, le prometió bajo juramento que tendría cuidado de cerrarla. Y así llegaron a la casa. Cuando una vez en ella hubieron descansado un poco, el esclavo les sirvió y, luego de la comida, les sirvió las bebidas. Y con la copa en la mano se pusieron a conversar agradablemente de unas cosas y de otras, hasta que la bebida hubo fermentado en su razón. Entonces el califa enderezó la conversación hacia las cosas del amor, y preguntó a su huésped si se había apasionado violentamente de las mujeres, o se había casado ya o permanecía soltero. Y Abul-Hassan respondió: «Yo debo decirte, ¡oh mi señor!, que hasta hoy no he amado verdaderamente nada más que a los alegres compañeros, las comidas delicadas, las bebidas y los perfumes; y no he hallado nada superior en la vida que la charla, copa en mano, con los amigos. Pero todo esto no quiere decir de ningún modo que yo no sepa, cuando llega la ocasión, reconocer los méritos de una mujer, sobre todo si ella es semejante a una de esas maravillosas doncellas que Cheitán me ha dejado ver en esos sueños fantásticos que me volvieron loco; una de esas adolescentes siempre de buen humor, que saben cantar, tocar instrumentos, danzar y calmar al hijo de quien somos los herederos; que consagran su vida a nuestro placer y estudian el modo de complacernos y de divertirnos. ¡Sí, si yo encontrase un día una adolescente así; yo me apresuraría a comprársela a su padre, y a casarme con ella y tener por ella un gran afecto! ¡Pero esa especie solo existe en el palacio del emir de los creyentes o, todo lo más, en casa del gran visir Giafar! Esta es la razón, oh mi señor, de que, en lugar de caer sobre una mujer con la que correría el riesgo de complicarme la vida con su mal humor y sus defectos, yo prefiero con mucho la compañía de mis amigos de paso y de las botellas que ves aquí. ¡De esta forma mi vida es tranquila, y, si yo me quedo pobre, comeré

solo el pan negro de la miseria!». Y, diciendo estas palabras, Abul-Hassan vació de un trago la copa que le tendía el califa, y rodó al momento sobre el tapiz, la cabeza precediendo a los pies. Pues el califa había cuidado esta vez también de mezclar al vino un poco de polvo de *banj* cretense. Y al instante, el esclavo, a una indicación de su señor, cargó sobre sus espaldas a Abul-Hassan y salió de la casa, seguido del califa, quien, no teniendo esta vez intención de volver a enviar a su casa a Abul-Hassan, no omitió el cerrar cuidadosamente la puerta tras de él. Y ellos llegaron al palacio sin hacer ruido y se deslizaron por la puerta secreta y penetraron en los departamentos reservados.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS TREINTA Y TRES

Ella dijo:

—... y penetraron en los departamentos reservados. Entonces el califa hizo tender a Abul-Hassan en su propio lecho, como la vez primera, y ordenó que lo vistieran del mismo modo. Y dio idénticas órdenes que anteriormente y recomendó a Massrur que viniera a despertarle temprano, antes de la hora de la oración. Y marchó a acostarse a una pieza próxima. Sucedió que al día siguiente, a la hora dicha, el califa, despertado por Massrur, marchó a la alcoba en donde aún estaba adormilado Abul-Hassan, e hizo llegar a su presencia a todas las adolescentes que la primera vez se encontraron en las diversas estancias en que estuvo Abul-Hassan, así como a todas las músicas y cantantes. E hizo que fueran colocadas en buen arden y les dio sus instrucciones. Luego, después de haber hecho aspirar un poco de vinagre a Abul-Hassan, quien al momento arrojó por su pituitaria algo de sustancia al estornudar, se ocultó tras de una cortina, y dio la señal convenida. Al momento, las cantadoras pusieron a coro sus voces deliciosas acordándolas a las arpas, flautas y oboes, y dejaron oír un concierto de ángeles del paraíso. Y Abul-Hassan, en ese momento, salió de su sopor y, antes de abrir los ojos, oyó esta música plena de armonía que acabó de despertarle. Y abrió los ojos y se vio rodeado por las veintiocho adolescentes que había hallado en las cuatro salas, siete por cada una; y con una mirada las reconoció, así como al lecho, la cámara, las pinturas y los ornamentos. Y reconoció también las mismas voces que le encantarán las primeras veces. Y entonces se incorporó, con los ojos muy abiertos, y pasó varias veces su mano sobre su rostro, para asegurarse bien de su estado de vigilia. En este momento, según se había convenido, cesó el concierto y reinó un gran silencio en la estancia. Y todas las damas bajaron modestamente los ojos ante los ojos

augustos que las miraban. Entonces Abul-Hassan, al límite de la estupefacción, se mordió los dedos y gritó en medio del silencio, como si hablara consigo:

«¡Desdichado de ti, oh Abul-Hassan, oh hijo de tu madre! ¡Ahora es la ilusión, pero mañana serán la verga de buey, las cadenas, el manicomio y la jaula de hierro!». Luego siguió exclamando: «¡Ah infame mercader de Mossul, que puedas ser ahogado en el fondo del infierno, en los brazos de Cheitán, tu señor! Debes seguir siendo tú el que, sin duda, por no haber cerrado la puerta, has dejado entrar a Cheitán en mi casa y poseerme, y ahora el malo me trastorna el cerebro y me hace ver cosas extravagantes. ¡Que Alá te confunda, oh Cheitán, a ti y a todos los que te apoyan y a todos los mercaderes de Mossul! ¡Y pueda la ciudad entera de Mossul aplastar a sus habitantes y asfixiarlos bajo sus escombros!». Luego abrió los ojos, y los cerró, y los volvió a abrir, y esto por varias veces, y exclamó: «¡Oh pobre Abul-Hassan, lo mejor que puedes hacer es volver a dormirte tranquilo, y no volver a despertarte hasta que hayas comprobado que el malo ha salido de tu cuerpo y que tu cerebro ocupa su puesto normal! ¡Si no, tendrás mañana lo que tú sabes!». Y diciendo estas palabras se echó en su lecho, se pasó el cobertor por la cabeza y, para darse a sí mismo la impresión de dormir, se puso a roncar como un camello en ruta o como un rebaño de búfalos en el agua. Y el califa, detrás de la cortina, al ver todo esto, fue tomado por una hilaridad que estuvo a punto de sofocarle. En cuanto a Abul-Hassan, este, no logró dormir, pues la joven Caña de Azúcar, su preferida, siguiendo las instrucciones que había recibido, se acercó al lecho en donde roncaba Abul-Hassan, y se sentó al borde de él y le dijo con voz gentil a Abul-Hassan: «¡Oh emir de los creyentes, yo prevengo a tu alteza que es el momento de levantarse para la oración de la mañana!». Pero Abul-Hassan, con voz sorda, le gritó por debajo de la ropa: «¡Confundido sea el maligno! ¡Retírate, oh Cheitán!». Caña de Azúcar, sin desconcertarse, replicó: «¡Sin duda, el emir de los creyentes se encuentra bajo los efectos de un mal sueño! No es Cheitán quien te habla, ¡oh mi señor!, sino la pequeña Caña de Azúcar. ¡Alejado sea el maligno! ¡Yo soy la pequeña Caña de Azúcar, oh emir de los creyentes!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS TREINTA Y CUATRO

Ella dijo:

—A estas palabras, Abul-Hassan levantó la ropa, y, abriendo los ojos, vio, en efecto, al borde de su lecho, a la pequeña Caña de Azúcar, su preferida y, de pie ante él y colocadas en tres filas a las otras adolescentes, a las que reconoció una a una.

Corola de Rosa, Cuello de Alabastro, Ramo de Perlas, Estrella de la Mañana, Alba del Día, Grano de Almizcle, Corazón de Granada, Boca de Coral, Nuez Moscada, Fuerza de los Corazones, y las demás. Y al ver esto, se frotó los ojos hasta hundirlos en el cráneo, y exclamó: «¿Quiénes sois vosotras? ¿Y quién soy yo?». Y todas respondieron a coro en tonalidades diversas: «¡Gloria a nuestro señor el califa Harún Al-Raschid, emir de los creyentes, rey del mundo!». Y Abul-Hassan, en el límite del asombro, preguntó: «¿No soy yo, pues, Abul-Hassan el libertino?». Ellas respondieron a coro en tonalidades diversas: «¡Alejado sea el maligno! ¡Tú no eres Abul-Hassan, sino Abul-Hossn! ¡Tú eres nuestro soberano y la corona de nuestra cabeza!». Y Abul-Hassan se dijo: «Voy a ver si duermo o estoy despierto». Y dirigiéndose a Caña de Azúcar le dijo: «Pequeña, ven aquí». Y Caña de Azúcar adelantó la cabeza, y Abul-Hassan le dijo: «¡Muérdeme en la oreja!». Y Caña de Azúcar hundió sus dientecitos en el lóbulo de la oreja de Abul-Hassan, pero lo hizo de un modo tan cruel que él se puso a gritar de una manera espantosa. Luego gritó: «¡Sí, yo soy el emir de creyentes, Harún Al-Raschid en persona!». Al instante los instrumentos de música se dejaron oír al mismo tiempo de forma atrayente en un paso de danza, y las cantantes entonaron a coro una viva canción. Y todas las adolescentes, cogiéndose de la mano, formaron un gran círculo en la cámara y, levantando sus pies con ligereza, se pusieron a bailar en derredor del lecho, respondiendo al canto principal con el estribillo, y esto con tal aire y con una locura tal, que Abul-Hassan, de pronto, exaltado y presa del entusiasmo, lanzó su gorro de noche al aire, saltó del lecho, se despojó por completo de sus ropas a manotazos, y, con el *zib* en vanguardia y el culo al aire, se puso a danzar con ellas, haciendo mil contorsiones, y, sacudiendo su vientre, su *zib* y su culo, entre carcajadas y creciente tumulto. E hizo tales bufonadas, realizó tantos movimientos jocosos, que el califa, detrás de la cortina, no pudo seguir reprimiendo la explosión de su hilaridad, y se puso a lanzar una serie de golpes de risa tan fuertes que dominaron el estruendo de la danza, y el canto y ruido de los tambores, de los instrumentos de cuerda y de los instrumentos de viento. Y le tomó el hipo y cayó sobre su trasero, faltándole poco para perder el conocimiento. Pero él logró levantarse y, apartando la cortina, avanzó la cabeza y gritó: «Abul-Hassan, Abul-Hassan, ¿has hecho juramento de hacerme morir sofocado por la risa?». Al ver al califa y oír su voz, cesó la danza de pronto, y las adolescentes se quedaron rígidas en el lugar en donde respectivamente se encontraban, y el ruido cesó tan completamente, que se hubiera oído resonar la caída de una aguja sobre el suelo. Y Abul-Hassan, estupefacto, se detuvo como los demás y volvió la cabeza en dirección de la voz. Y percibió al califa, y al mirarlo reconoció en él al mercader de Mossul. Entonces, rápida como el relámpago que brilla, le llegó dominando su espíritu la comprensión de la causa de todo cuanto le había acontecido. Y de pronto adivinó toda la trapaza. Por ello, lejos de desconcertarse o de turbarse, puso semblante de no haber reconocido a la persona del califa, y, queriendo divertirse a su vez, avanzó hacia el califa y exclamó: «¡Ah! ¿Te encuentras aquí, oh mercader de mi

culo? ¡Aguarda! ¡Vas a ver cómo te enseño a dejar abiertas las puertas de las gentes honestas!». Y el califa se echó a reír con toda su fuerza y respondió: «¡Por los méritos de mis santos antepasados, oh Abul-Hassan, amigo mío, yo hago juramento, para indemnizarte de todas las tribulaciones por las que te he hecho pasar, de concederte todo cuanto puede desear tu alma! ¡Y en adelante serás tratado en palacio como un hermano!». Y lo abrazó con efusión y lo tuvo estrechado contra su pecho. Después de esto, se dirigió a las adolescentes y les ordenó que volvieran a vestir a su hermano Abul-Hassan con ropas sacadas de su ropero particular, eligiendo lo que hubiera de más rico y de más suntuoso. Y las adolescentes se apresuraron a ejecutar la orden. Y cuando Abul Hassan estuvo completamente vestido, le dijo el califa: «¡Ahora, Abul-Hassan, habla! ¡Todo cuanto me pidas te será otorgado al momento!». Y Abul-Hassan abrazó la tierra entre las manos del califa, y respondió: «¡Yo no quiero solicitar sino una cosa de nuestro señor, y es que me otorgue el favor de vivir siempre a su sombra!». Y el califa intensamente afectado por la delicadeza de sentimientos de Abul-Hassan, le dijo: «¡Yo aprecio en mucho tu desinterés, oh Abul-Hassan! Por ello no solamente te escojo desde este instante como mi compañero de copa y como mi hermano, sino que te concedo la entrada libre y la salida libre, a cualquiera hora del día o de la noche, sin solicitar audiencia y sin solicitar la ausencia. ¡Y aún más! Yo quiero que, incluso el apartamento de Sett Zobeida, la hija de mi tío, no te sea prohibido como a los demás. Y cuando yo entrare, tú vendrás conmigo, sea cual sea la hora del día o de la noche». Al mismo tiempo, el califa asignó a Abul-Hassan un espléndido alojamiento en el palacio, y comenzó por darle, como primeros emolumentos, diez mil dinares de oro. Y le prometió que él mismo velaría para que nunca careciera de nada. Hecho esto, le dejó para encaminarse al *diván* para resolver los asuntos del reino.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discretamente, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS TREINTA Y CINCO

Ella dijo:

—Entonces Abul-Hassan no quiso aplazar por más tiempo el ir a informar a su madre de todo cuanto acababa de sucederle. Y corrió a buscarla y le contó detalle por detalle, los hechos extraños producidos, desde el comienzo hasta el fin. Pero no tiene utilidad alguna el repetirlos. Y no omitió el explicarle, dado que su capacidad no hubiera podido por sí sola llegar a esta comprensión, que era el mismo califa el que le había gastado todas estas bromas, sencillamente para divertirse. Y agregó: «¡Pero

como todo ha terminado volviéndose en ventaja para mí, que Alá el bienhechor sea glorificado!». Luego se apresuró a abandonarla, prometiéndole que volvería a verla a diario y volvió a tomar el camino de palacio, mientras que los rumores de su aventura con el califa y de su nueva situación se extendían por toda la barriada, y desde ella a todo Bagdad, para en seguida llegar a las provincias próximas y lejanas. Por lo que respecta a Abul-Hassan, este, en lugar de transformarse en un ser engreído y desagradable por el favor de que gozaba con el califa, lo que hizo fue superar su buen humor, su carácter jovial y su alegría. Y no se pasaba día sin que divirtiera al califa, y a todo el personal palatino, tanto grandes como pequeños, con sus salidas llenas de gracia y de jocosidad. Y el califa, que no podía pasarse ya sin su compañía, le llevaba a todas partes con él, incluso a los apartamentos reservados, y al de su esposa Sett Zobeida, lo que era una favor que no había concedido jamás, ni aun a su gran visir Giafar. Ahora bien, Sett Zobeida no tardó en observar que Abul-Hassan, cada vez que él se hallaba con el califa en el departamento de las mujeres, se obstinaba en fijar los ojos sobre una de sus sirvientes, aquella que precisamente se llamaba Caña de Azúcar, y que la pequeña, bajo las miradas de Abul-Hassan, se ponía muy roja de placer. Por esta razón, dijo un día a su esposo: «¡Oh emir de los creyentes, sin duda que has observado, como yo, los signos perentorios de amor que intercambian Abul-Hassan y la pequeña Caña de Azúcar! ¿Qué piensas de un casamiento entre los dos?». Él respondió: «¡Ello es factible y no veo ningún inconveniente! Y yo, además, he debido pensar en ello hace tiempo. Pero los negocios de estado me han hecho olvidar este cuidado. Y estoy muy contrariado, pues prometí a Abul-Hassan, durante la segunda velada en su casa, encontrarle una esposa escogida y Caña de Azúcar ganará. Y nosotros no tenemos sino que preguntarles a los dos para ver si el matrimonio es de su gusto». Al momento hicieron venir a Abul-Hassan y a Caña de Azúcar, y les preguntaron si estaban conformes en casarse ambos. Y Caña de Azúcar, por toda respuesta, se contentó con enrojecer en extremo, y se arrojó a los pies de Sett Zobeida, besándole la fimbria de su vestido en signo de agradecimiento. Pero Abul-Hassan respondió: «¡Sí, oh emir de los creyentes, tu esclavo Abul-Hassan está abrumado por tu generosidad! Pero antes de tomar como esposa a esta encantadora doncella cuyo solo nombre ya dice de sus exquisitas cualidades, quisiera, con tu permiso, que nuestra señora Sett Zobeida le formulara una pregunta...». Y Sett Zobeida sonrió y dijo: «¿Y cuál es esa pregunta, oh Abul-Hassan?». Él respondió: «¡Oh mi señora, quisiera saber si mi esposa ama lo que yo amo! Ahora bien, yo debo confesarte, ¡oh mi señora!, que las únicas cosas que estimo son la alegría por el vino, el placer por las comidas y el gozo por el canto y los bellos versos. Si, pues, Caña de Azúcar es amante de estas cosas y, además, es sensible y no dice jamás no a lo que tú sabes, oh mi señora, prometo amarla con un profundo amor. ¡Si no, por Alá que me quedo soltero!». Y Sett Zobeida, cuando oyó estas palabras, se dirigió riendo a Caña de Azúcar y le dijo: «Ya has oído... ¿Qué tienes que contestar?». Y Caña de Azúcar respondió haciendo con la cabeza una indicación que significaba sí. Entonces el califa

hizo que se personaran sin tardanza el cadí y los testigos que suscribieron el contrato de matrimonio. Y, con este motivo, se dieron en el palacio suntuosos banquetes y se hicieron grandes fiestas, durante treinta días y treinta noches, al cabo de los cuales los dos esposos pudieron gozar el uno del otro con toda tranquilidad. Ellos pasaron su vida comiendo, bebiendo y riendo a carcajadas, y gastando sin tasa. Y las bandejas de comidas, de frutas, de dulcería y de bebidas, no estaban jamás vacías en su morada, y la euforia y las delicias marcaban sus segundos. De tal manera, que, al cabo de cierto tiempo, a fuerza de gastar sus bienes en banquetes y diversiones, no les quedó nada entre las manos. Como el califa, a causa de la preocupación de los asuntos, había olvidado el fijar emolumentos regulares a Abul-Hassan, se despertaron una mañana carentes de todo dinero, y no pudieron ese día quedar al corriente con los abastecedores que les tenían créditos concedidos. Y se consideraron muy desgraciados y, por discreción, no se atrevieron a ir a solicitar una ayuda del califa o de Sett Zobeida. Entonces bajaron la cabeza y se pusieron a considerar su situación. Abul-Hassan fue el primero en levantarla, y decir: «¡Sí, hemos sido demasiado pródigos! Y yo no quiero pasar por la vergüenza de ir a solicitar el oro, como un mendigo. Y no quiero que tú tampoco vayas a solicitar por ti misma la ayuda de Sett Zobeida. ¡Así es que yo he meditado respecto a lo que se ha de hacer, oh Caña de Azúcar!». Y Caña de Azúcar respondió suspirando: «¡Habla! Estoy dispuesta a ayudarte en tus proyectos, pues no podemos ir a mendigar y, por otra parte, no podemos cambiar nuestro tren de vida y disminuir nuestros gastos, porque arriesgamos el que los demás nos miren con menos consideración». Y Abul-Hassan dijo: «Yo sé bien, oh Caña de Azúcar, que tú no rehusarás nunca el ayudarme en las diferentes circunstancias en que podremos encontrarnos por los decretos del destino. Pues bien, sabe que solo existe para nosotros un único medio de salir del atasco, oh Caña de Azúcar». Y ella replicó: «¡Dilo aprisa!». Él dijo: «¡Es dejarnos morir!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS TREINTA Y SEIS

Ella dijo:

—A estas palabras, la joven Caña de Azúcar exclamó espantada: «¡No, por Alá, yo no quiero morir! ¡Y puedes emplear para ti solo ese medio!». Y Abul-Hassan, sin agitarse ni enfadarse, respondió: «¡Ah hija de mujer, bien sabía yo cuando estaba soltero que nada valía tanto como la soledad! ¡Y la inconsistencia de tu juicio me lo demuestra para siempre! Si en lugar de contestarme con esa prontitud, te hubieras

tomado el trabajo de pedirme explicaciones, te hubieras regocijado con esa muerte que te propuse y que te sigo proponiendo. ¿No comprendes que se trata para nosotros, a fin de conseguir oro para todo el resto de nuestra vida, de morir de una muerte fingida y no de una muerte verdadera?». Al oír estas palabras, Caña de Azúcar se echó a reír y preguntó: «¿Y cómo va a ser eso?». Él dijo: «¡Escúchame, pues! Y no olvides nada de lo que te voy a comunicar. He aquí: Una vez que yo esté muerto, o mejor, una vez que yo haya fingido hallarme muerto, pues soy yo el que ha de morir primero, tomarás un sudario y me amortajarás. Hecho esto, me colocarás en el centro de esta cámara en que nos hallamos, en la posición prescrita, el turbante sobre la cara y los pies vueltos en dirección a la *Kaaba* santa, hacia La Meca. Luego te pondrás a lanzar gritos, a alborotar, a verter lágrimas ordinarias y extraordinarias, a desgarrar tus ropas, y a hacer ademán de arrancarte los cabellos. Y cuando ya estés bien puesta en este estado, toda lágrimas y con los cabellos en desorden, irás a presentarte a tu señora Sett Zobeida, y, con palabras entrecortadas por los sollozos y reiterados desvanecimientos, le darás cuenta de mi muerte en términos enternecedores; luego te arrojarás al suelo, en donde permanecerás una hora de tiempo y no recobrarás el sentido hasta que estés bien rociada de agua de rosas que no olvidarán de arrojarte. ¡Y entonces verás, oh Caña de Azúcar, como entrará el oro en nuestra casa!». A estas palabras, respondió Caña de Azúcar: «¡Sí, esa muerte es factible! ¡Y yo consiento en ayudarte a realizarla!». Luego ella agregó: «Pero yo, ¿cuándo y de qué manera precisaría morir?». Él dijo: «Comienza antes por hacer lo que yo acabo de decirte. ¡Y luego Alá proveerá!». Y agregó: «¡He aquí! ¡Yo estoy muerto!». Y se tendió en el centro de la pieza, y se hizo el muerto. Entonces Caña de Azúcar lo desvistió, lo envolvió en un sudario, le puso los pies en dirección a La Meca, y le colocó el turbante sobre el rostro. Después puso por obra todo cuanto Abul-Hassan le había ordenado hacer de gritos penetrantes, de alboroto, de lágrimas ordinarias y extraordinarias, de desgarramiento de ropas, de arrancamiento de cabellos y de arañazos en las mejillas. Y cuando se halló en el estado prescrito, ella fue, con la cara amarilla como el azafrán y los cabellos en desorden, a presentarse a Sett Zobeida, y comenzó por dejarse caer a todo lo largo a los pies de su señora, lanzando un gemido capaz de partir una piedra. Al ver esto, Sett Zobeida, que había oído desde su departamento los gritos penetrantes y los alaridos de duelo que había lanzado Caña de Azúcar a lo lejos, no dudó, al ver a su favorita Caña de Azúcar en este estado, que la muerte había hecho su obra en su esposo, Abul-Hassan. Así fue que, afligida al límite de la aflicción, le prodigó por sí misma todos los cuidados que demandaban su estado, y la puso sobre sus rodillas, y logró que se recobrara. Pero Caña de Azúcar, llorosa y los ojos bañados en lágrimas, continuó gimiendo y arañándose y mesándose los cabellos, y golpeándose las mejillas y el pecho, lanzando entre suspiros el nombre de Abul-Hassan. Y ella terminó por notificar que había fallecido durante la noche a consecuencia de una indigestión. Y añadió, dándose un último golpe en el pecho: «¡Solo me queda morir a mi vez! ¡Pero que Alá prolongue la vida de nuestra

señora!». Y se dejó caer de nuevo a los pies de Sett Zobeida, desvanecida de dolor. Al verla, todas las mujeres unieron sus lamentos en su alrededor, lamentando la muerte de Abul-Hassan que las había divertido tanto en vida con sus chuscadas y su buen humor. Y mediante sus lágrimas y suspiros testimoniaron a Caña de Azúcar, vuelta de su desvanecimiento a fuerza de haber sido rociada con agua de rosas, la parte que ellas tomaban en su duelo y en su dolor. En cuanto a Sett Zobeida, decidió, luego de todas las fórmulas de condolencia que se dicen en semejantes casos, llamar al tesorero al que dijo: «Ve aprisa y toma de mi caja particular un saco con diez mil dinares de oro, y llévaselo a esta pobre, a esta desconsolada Caña de Azúcar, a fin de que pueda hacer que se celebren dignamente los funerales de su esposo Abul-Hassan». Y el tesorero se apresuró a cumplimentar el mandato e hizo cargar el saco de oro sobre la espalda de un eunuco que fue a depositarlo a la puerta del departamento de Abul-Hassan. A continuación, Sett Zobeida abrazó a su doncella y le siguió prodigando dulces palabras para consolarla, y la acompañó hasta la salida, diciéndole: «¡Que Alá te haga olvidar tu aflicción, oh Caña de Azúcar, y cure tus heridas, y prolongue tu vida todos los años que ha perdido el difunto!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discretamente, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS TREINTA Y SIETE

Ella dijo:

—Y la desconsolada Caña de Azúcar besó la mano de su señora llorando, y volvió sola a su habitación. Y penetró en la pieza en donde la esperaba Abul-Hassan, siempre tendido y como muerto y envuelto en el sudario, y comenzó por lanzar una carcajada de buen augurio. Y ella dijo a Abul-Hassan: «¡Levántate, pues, de entre los difuntos, oh padre de la finura, y ven a trasladar conmigo este saco de oro, fruto de tu engaño! ¡Por Alá que no es todavía hoy cuando hemos de morimos de hambre!». Y Abul-Hassan se apresuró, ayudado por su esposa, a desembarazarse del sudario, y, levantándose, corrió hacia el saco de oro y lo condujo al centro de la pieza, y se puso a danzar en su torno, a la pata coja. Luego se dirigió a su esposa y la felicitó por el éxito del negocio y le dijo. «¡Pero esto no es todo, oh esposa! Ahora te toca el turno de morir a ti, como yo lo he hecho, y a mi vez ganar el saco. Y así veremos si yo soy también tan hábil con el califa, como tú lo has sido con Sett Zobeida. Pues es preciso que el califa que tanto ha gozado con mis dispendios de otros días, sepa bien lo que le corresponde ahora. ¡Pero es inútil perder el tiempo en vanos propósitos! ¡Vamos, tú estás muerta!». Y Abul-Hassan colocó a su mujer en el sudario en el que ella misma

lo envolvió, la colocó en medio de la pieza, le puso los pies en dirección a la Meca y le recomendó que no diera signo de vida hasta que él regresara. Hecho esto, se preparó de modo opuesto a su diario natural, se acomodó a medias el turbante, se restregó los ojos con cebolla para llorar copiosamente, y, desgarrándose las ropas y mesándose la barba y dándose enormes puñetazos en el pecho, corrió a buscar al califa quien, en este momento estaba rodeado de su gran visir Giafar, de Massrur y de varios chambelanes en el centro del *diván*.



Y el califa, al ver en tal estado de aflicción y de extravío al mismo Abul-Hassan, al que conocía de ordinario tan jovial y tan indolente, alcanzó el límite del asombro y de la aflicción e, interrumpiendo la sesión del *diván* se levantó de su sitio, y corrió hacia Abul-Hassan, al que apremió a que le diese cuenta de su dolor. Pero Abul-Hassan, con el pañuelo en los ojos, solo contestó con un redoblamiento de sus lágrimas y de sus sollozos, para dejar escapar, al fin, de sus labios, entre mil suspiros y mil fingimientos de desmayo, el nombre de Caña de Azúcar, con estas palabras: «¡Ay, oh pobre Caña de Azúcar! ¡Ay suerte mezquina! ¿Qué va a ser de mí sin ti?». Al oír estas palabras y estos suspiros, el califa comprendió que Abul-Hassan venía a comunicarle el fallecimiento de Caña de Azúcar, su esposa, y quedó profundamente afectado. Y las lágrimas acudieron a sus ojos, y dijo a Abul-Hassan, pasándole el brazo por el hombro: «¡Que Alá la tenga en su misericordia! ¡Y que él prolongue tus días con todos aquellos que le fueron arrebatados a esa dulce y encantadora esclava! ¡Nosotros te la dimos para que fuera para ti un motivo de alegría, y he aquí que ahora se te ha trocado en causa de duelo! ¡La pobre!». Y el califa no pudo evitarse llorar cálidas lágrimas. Y se las secó con su pañuelo. Giafar, los otros visires y los presentes lloraron también con abundancia y se las secaron como el califa lo hiciera. Luego el califa tuvo la misma idea que Sett Zobeida; llamó al tesorero, y le dijo: «¡Cuenta al instante diez mil dinares a Abul-Hassan para los gastos de los funerales de su difunta

esposa! ¡Y haz que los lleven a la puerta de su habitación!». Y el tesorero respondió con el oído y la obediencia, y se apresuró a marchar para cumplimentar la orden. Y Abul-Hassan, más desolado que nunca, besó la mano del califa, y se retiró, sollozando. Cuando llegó a la estancia en donde lo esperaba Caña de Azúcar, que continuaba envuelta en su sudario, él gritó: «Y bien, creías tú que eras la única para ganar tantas piezas de oro como lágrimas vertiste. ¡Toma! ¡Mira mi saco!». Y arrastró el saco al centro de la habitación; y, después de haber ayudado a Caña de Azúcar a salir del sudario, le dijo: «¡Sí, pero esto no es todo, oh esposa! Se trata ahora de obrar de modo que cuando nuestra superchería sea conocida no atraigamos sobre nosotros la ira del califa y de Sett Zobeida. He aquí lo que vamos a hacer nosotros...». Y se apresuro a instruir a Caña de Azúcar de sus intenciones a este respecto. Pero dejémoslos ahora.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer el alba y, discretamente se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS TREINTA Y OCHO

Ella dijo:

—Por lo que hace al califa, cuando este hubo terminado la sesión del diván, que, además, abrevió ese día, se apresuró, acompañado de Massur a marchar al palacio de Sett Zobeida para darle el pésame por el fallecimiento de su esclava favorita. Y él entreabrió la puerta del apartamento de su esposa, y la vio tendida sobre su lecho y rodeada de sus sirvientes, que le secaban los ojos y la consolaban. Y se acercó a ella, y le dijo: «¡Oh hija de mi tío, puedes tú vivir los años perdidos por tu pobre favorita Caña de Azúcar!». A este cumplimiento de condolencia, Sett Zobeida, que esperaba la llegada del califa para expresarle ella misma sus cumplimientos de condolencia por la muerte de Abul-Hassan, quedó sorprendida en extremo, y, creyendo que el califa había sido mal informado, exclamó: «¡Preservada sea la vida de mi favorita Caña de Azúcar, oh emir de los creyentes! Es a mí más bien a quien corresponde tomar parte de tu duelo. ¡Puedas tú vivir y sobrevivir por mucho tiempo a tu camarada, el difunto Abul-Hassan! Si, en efecto, me ves tan afligida, esto no es sino a causa de la muerte de tu amigo, y no de la muerte de Caña de Azúcar, que, ¡bendito sea Alá!, goza de buena salud». Al oír estas palabras, el califa, que tenía todas las mejores razones para creer que había sido bien informado de la verdad, no pudo contener una sonrisa; y volviéndose hacia Massrur le dijo: «¡Por Alá!, oh Massrur, ¿qué piensas de esas palabras de tu señora? ¡Ella, tan sensata y juiciosa de ordinario, he aquí que tiene también vacilaciones de espíritu como las demás mujeres! ¡Qué verdad es que, al

final, todas son iguales! Yo vengo a consolarla, y ella intenta apenarme y confundirme anunciándome una muerte que sabe que no es cierta. ¡En fin, háblale tú mismo! ¡Y dile lo que has visto y oído como yo! ¡Pueda ser que entonces cambie de discurso y no siga intentando darnos el cambio!». Y Massrur, por obedecer al califa, dijo a la princesa: «¡Oh mi señora, nuestro señor el emir lleva razón! Abul-Hassan goza de buena salud y con fuerzas excelentes, más él llora y se lamenta de la pérdida de su esposa Caña de Azúcar, tu favorita, fallecida la noche pasada, de una indigestión. Sabe que, en efecto, Abul-Hassan acaba de salir del *diván* hace un instante, adonde fue a anunciarnos él mismo la muerte de su esposa. Y ha regresado a su casa muy desolado, pero favorecido, gracias a la generosidad de nuestro señor, con un saco de diez mil dinares para los gastos de los funerales». Estas palabras de Massrur, lejos de convencer a Sett Zobeida, lo que hicieron fueron confirmarla en la creencia de que el califa quería bromear, y ella exclamó: «¡Por Alá, oh emir de los creyentes, que hoy no es día de hacer, según tu costumbre, burlerías! Yo sé bien lo que digo; y mi tesorero te dirá lo que me cuestan los funerales de Abul-Hassan. Deberíamos obrar mejor tomando una parte mayor en el duelo de nuestra esclava, que no riendo como lo hacemos, sin tacto y sin medida». Y el califa, ante estas palabras, sintió que la cólera le dominaba, y gritó: «¿Qué dices tú, oh hija del tío? ¡Por Alá! ¿Te has vuelto loca para decir semejantes cosas? ¡Yo te digo que ha sido Caña de Azúcar la que ha muerto! ¡Y, además, es inútil que disputemos por más tiempo sobre este particular! ¡Te voy a dar la prueba de cuanto te he anticipado!». Y él se sentó en el *diván*, y, dirigiéndose a Massrur, le dijo: «Apresúrate a ir al aposento de Abul-Hassan para ver, aunque yo no tenga necesidad de otra prueba que la que ya me es conocida, cuál de los esposos es el muerto. Y vuelve aprisa para decirnos cuál es». Y en tanto que Massrur se disponía a cumplimentar la orden, el califa se dirigió a Sett Zobeida, y le dijo: «¡Oh hija de mi tío, vamos a ver ahora cuál de los dos tiene razón! Pero desde el momento en que tú insistes de esa manera en una cosa tan clara, yo quiero apostar contigo todo cuanto quieras apostar». Ella contestó: «¡Acepto la apuesta! Y quiero apostar lo que me es más caro en el mundo: mi pabellón de pinturas, contra lo que tú quieras proponerme, por poco que pueda ser su valor». Él dijo: «Yo propongo, contra tu apuesta, lo que tengo como más querido en el mundo: mi palacio de las delicias. ¡De este modo me figuro que no abuso! Pues mi palacio de las delicias es en muy superior en valor y en belleza a tu pabellón de pinturas». Y Sett Zobeida, sumamente irritada, replicó: «¡No se trata de saber ahora, para divertimos más, de si tu palacio es superior a mi pabellón! ¡Allí no tendrás ocasión de escuchar lo que se habla de ti por la espalda! Pero más bien se trata de dar una sanción a nuestra apuesta. ¡Que la *fatiha* sea, pues, entre nosotros!». Y el califa le dijo: «¡Sí, que la *fatiha* del *Corán* sea entre nosotros!». Y recitaron juntos el capítulo liminar del libro santo, para sellar su apuesta.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS TREINTA Y NUEVE

Ella dijo:

—Y esperaron en un silencio hostil el regreso del portaespada Massrur. Pero dejémoslos ahora. En cuanto a Abul-Hassan, que estaba al acecho de lo que pudiera ocurrir, en el momento en que divisó a Massrur a lo lejos comprendió la misión que le traía, y dijo a Caña de Azúcar: «¡Oh Caña de Azúcar, he aquí que Massrur viene derecho a nuestra casa! Y, sin duda alguna, debe de venir a causa de la confusión que ha surgido, respecto a nuestra muerte, entre el califa y Zobeida. Y nos será preciso comenzar por dar la razón al califa contra Sett Zobeida. ¡Date prisa en hacerte la muerta otra vez, a fin de que yo te amortaje de nuevo sin tardar!». Y Caña de Azúcar se hizo en seguida la muerta; y Abul-Hassan la amortajó con el sudario y la colocó como la vez primera, para sentarse al momento junto a ella, deshecho el turbante, el rostro alargado y el pañuelo en los ojos. Y en el mismo instante entró Massrur. Y a la vista de Caña de Azúcar amortajada en el centro de la estancia y de Abul-Hassan presa de la desesperación, no pudo sentir el conmovirse, y pronunció: «¡No hay más Dios que Alá! Mi compasión hacia ti es muy grande, ¡oh pobre Caña de Azúcar!, nuestra hermana, ¡oh tú, antes tan gentil y tan dulce! ¡Cuán doloroso es el destino para todos nosotros! ¡Y cuán rápida ha sido para ti la orden de retorno hacia el que te creó! ¡Que puedas, al menos, ser acogida con compasión y con plenitud de gracias por el retribuidor!». Luego abrazó a Abul-Hassan, y, muy triste, se apresuró a despedirse de él e ir a dar cuenta al califa de todo lo que había comprobado. Y él no se hallaba confundido por hacer ver a Sett Zobeida cuan discutidora y equivocada estaba al contradecir al califa. Y penetró en donde Sett Zobeida estaba, y, luego de haber abrazado la tierra, dijo: «¡Qué Alá prolongue la vida de nuestra señora! ¡La difunta está ya amortajada en el centro de la sala, y su cuerpo hinchado bajo el sudario, y ya huele mal! ¡En cuanto al pobre Abul-Hassan, yo creo que él no sobrevivirá mucho tiempo a su esposa!». Al oír estas palabras de Massrur, el califa se ensanchó de satisfacción y exultó de contento; luego, volviéndose a Sett Zobeida, que había empalidecido, le dijo: «¡Oh hija de mi tío!, ¿a qué aguardas para que sea llamado el escribano e inscriba a mi nombre el pabellón de las pinturas?». Pero Sett Zobeida se puso a insultar a Massrur, y, en el límite de la indignación, replicó al califa: «¿Cómo puedes tener confianza en las palabras de este eunuco, embustero e hijo de embustero? ¿No visto yo misma, y no vieron conmigo mis esclavas, a mi favorita Caña de Azúcar, hace una hora, desolada y llorando la muerte de Abul-Hassan?». Y excitándose con sus propias palabras, lanzó su babucha a la cabeza de Massrur, y le gritó: «¡Sal de aquí, oh hijo de perro!». Y Massrur, más estupefacto que

el califa, no queriendo seguir irritando a su señora, y doblándose en dos, se apresuró a esfumarse, con la cabeza baja. Entonces Sett Zobeida, llena de cólera, se volvió hacia el califa, y le dijo: «¡Oh emir de los creyentes! no me hubiera jamás imaginado que un día habrías de ponerte de acuerdo con ese eunuco para darme semejante disgusto y hacer creer lo que no es, pues no puedo ya dudar de que ese informe de Massur ha sido preparado para hacerme daño. En todo caso, para demostrarte que soy yo quien tiene razón, quiero enviar a mi vez a alguien para ver cuál de los dos es el que ha perdido la apuesta. ¡Y si tú dices la verdad es que soy una insensata, y que todas mis sirvientes lo son también! Si, por el contrario, soy yo la que tiene la razón, quiero que me concedas, además de lo apostado, la cabeza de ese impertinente eunuco de pez». Y el califa, que sabía por experiencia lo irritable que era su prima, otorgó inmediatamente su consentimiento a cuanto ella le solicitaba. Y Sett Zobeida hizo llamar en seguida a la anciana nodriza que la había criado, y en la que tenía toda la confianza, y le dijo: «¡Oh nodriza, persónate lo más pronto posible en la casa de Abul-Hassan, el compañero de nuestro señor el califa, y ve sencillamente quién ha fallecido en esa casa, si es Abul-Hassan o si es Caña de Azúcar! Y vuelve pronto a decirme lo que viste y lo que supiste». Y la nodriza respondió con el ojo y la obediencia, y, a pesar de sus viejas piernas, se puso a apretar el paso en dirección a la casa de Abul-Hassan. Y Abul-Hassan, que vigilaba con ojo atento las idas y venidas ante su casa, divisó a lo lejos a la anciana nodriza, que avanzaba penosamente; y comprendió el motivo de su envío, y se dirigió a su esposa, riendo, y le dijo: «¡Oh Caña de Azúcar, yo estoy muerto!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía, y discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CUARENTA

Ella dijo:

—Y como no había tiempo que perder, se envolvió él mismo en el sudario, y se tendió en el suelo, los pies en dirección a La Meca. Y Caña de Azúcar le puso el turbante sobre el rostro; y con los cabellos sueltos, se puso a golpearse las mejillas y el pecho lanzando gritos de pena. Y, en ese momento, entró la anciana nodriza. ¡Y ella vio lo que vio! Y, muy triste, se aproximó a la desolada Caña de Azúcar y le dijo: «¡Qué Alá haga caer sobre tu cabeza los años perdidos por el difunto! ¡Ay, hija mía, Caña de Azúcar, hete aquí sola, en la viudedad en medio de tu adolescencia! ¿Qué va a ser de ti sin Abul-Hassan, oh Caña de Azúcar?». Y se puso a llorar con ella largo tiempo. Luego le dijo: «¡Ay, hija mía, es preciso que yo te deje, aunque esto me

cueste mucho! Pero debo regresar a toda prisa a donde mi señora Sett Zobeida para librarla de la agobiante inquietud en que la ha puesto ese mentiroso desvergonzado, el eunuco Massrur, que le ha asegurado que la muerte te había herido a ti, en vez de a tu esposo Abul-Hassán». Y Caña de Azúcar dijo gimiendo: «¡Pluguiera a Alá, oh madre mía, que ese eunuco hubiera dicho la verdad! ¡No estaría yo aquí para llorar como lo hago! ¡Pero, además, esto no ha de tardar mucho! ¡Mañana por la mañana, a más tardar, se me enterrará muerta de dolor!». Y diciendo estas palabras, redobló sus lágrimas, sus suspiros y sus lamentaciones. Y la nodriza, más enternecida que nunca, la abrazó una vez más y salió lentamente para no turbarla, y cerró la puerta tras de ella. Y fue a dar cuenta a su señora de lo que había visto y oído. Y cuando acabó de hablar, se sentó sin aliento de tanto como había hecho para su edad. Cuando Sett Zobeida acabó de oír el informe de su nodriza, se dirigió con altanería al califa y le dijo: «¡Ante todo, es necesario colgar a tu esclavo Massrur, ese eunuco impertinente!». Y el califa, en el límite de la perplejidad, mandó llamar al momento a Massrur, y le miró con cólera y quiso reprocharle su embuste. Pero Sett Zobeida no le dejó tiempo, y dijo: «¡Repíte, oh nodriza, delante de este perro, lo que acabas de decirnos!». Y la nodriza, que no había podido todavía recobrar su respiración, se vio obligada a repetir su informe delante de Massrur. Y Massrur, irritado con sus palabras, no pudo impedir, a pesar de la presencia del califa y de Sett Zobeida, el gritarle: «¡Ah vieja desdentada! ¿Cómo te atreves a mentir tan impudicamente y a envilecer tus cabellos? ¿Vas tú a decirme que yo no he visto con mis propios ojos a Caña de Azúcar muerta y amortajada?». Y la nodriza, sofocada, avanzó la cabeza con furor y le gritó: «¡No hay más mentiroso que tú, oh negro negro! ¡No es con la horca con lo que habría que darte muerte, sino partiéndote en pedazos y haciéndote comer tu propia carne!». Y Massrur replicó: «¡Cállate, vieja chocha! ¡Vete a contar tus historias a las mujeres del harén!». Mas Sett Zobeida, furiosa por la insolencia de Massrur, se puso de pronto a estallar en sollozos y le arrojó a la cabeza los cojines, los vasos, las jarras y los taburetes, y le arañó la cara, y acabó por arrojarle ella misma, aniquilada, sobre su lecho llorando. Cuando el califa vio y oyó todo esto alcanzó el límite de la perplejidad, y se estrujó las manos y dijo: «¡Por Alá, Massrur no es el único mentiroso! ¡Yo también soy un mentiroso y lo es la nodriza, y tú igualmente eres una mentirosa, oh hija de mi tío!». Luego bajó la cabeza y no dijo más. Pero al cabo de un momento, la alzó, y dijo: «¡Por Alá, necesitamos saber en seguida la verdad! No nos queda para ello sino ir a casa de Abul-Hassan y ver por nosotros mismos cuál es, de todos, el mentiroso, y cuál el veraz». Y se incorporó y rogó a Sett Zobeida que le acompañase; y seguidos de Massrur, de la anciana y del conjunto de mujeres, se dirigió hacia el apartamento de Abul-Hassan. Ahora bien, cuando Caña de Azúcar vio avanzar el cortejo no pudo impedir que la dominase la inquietud, pese a que Abul-Hassan le había prevenido de que así pudiera ocurrir, y agitada exclamó: «¡Por Alá que no siempre que se tira la jarra esta queda intacta!». Pero Abul-Hassan se echó a reír, y dijo: «¡Muramos ambos, oh Caña de Azúcar!». Y

él tendió a su mujer en el suelo, la envolvió en el sudario, se acomodó él mismo en una pieza de seda que sacó de un cofre, y se tendió al lado de ella, no olvidando colocarse el turbante sobre la cara, según el rito. Y él había apenas acabado sus preparativos cuando la compañía entró en la sala. El califa y Sett Zobeida al ver el fúnebre espectáculo que se mostraba a sus ojos, quedaron inmóviles y mudos. Luego, y de pronto, Sett Zobeida, que tantas emociones había experimentado en tan poco tiempo, se puso muy pálida, cambió su rostro y cayó desvanecida en los brazos de sus mujeres. Y cuando volvió de su desvanecimiento, derramó un torrente de lágrimas, y exclamó: «¡Ay de ti, oh Caña de Azúcar, que no has podido sobrevivir a tu esposo y has muerto de dolor!». Mas el califa, que no quería oírle hablar así, y que además lloraba igualmente la muerte de su amigo Abul-Hassan, se dirigió a Sett Zobeida y le dijo: «¡No por Alá, no es Caña de Azúcar la que ha muerto de dolor, sino que es el pobre Abul-Hassan el que no ha podido sobrevivir a su esposa!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CUARENTA Y UNA

Ella dijo:

—«¡Esto es cierto!». Y él añadió: «Sí, pero tú lloras y te desvaneces, y de ese modo piensas tener razón». Y Sett Zobeida respondió: «¡Y tú te crees que tienes razón contra mí porque ese maldito esclavo te ha mentado!». Y ella añadió: «¡Sí! Pero ¿en dónde están los criados de Abul-Hassan? ¡Que se vaya aprisa a buscarlos! Y ello sabrán decirnos con seguridad, puesto que ellos son los que han amortajado a sus señores, cuál de los dos esposos ha sido el que ha muerto primero, y cual es el que ha muerto de dolor». Y el califa dijo: «¡Llevas razón, oh hija de mi tío! ¡Y yo, por Alá, prometo diez mil dinares de oro a aquel que me dé la noticia!». Sucedió que, apenas el califa acabó de pronunciar estas palabras, se dejó oír una voz debajo del sudario de la derecha, que decía: «¡Que me sean contados los diez mil dinares! ¡Yo anuncio a mi señor el califa, que fui yo, Abul-Hassan, el que murió el segundo, de dolor ciertamente!». Al oír esta voz, Sett Zobeida y las mujeres, poseídas de espanto, lanzaron un grito profundo y se precipitaron hacia la puerta, mientras que el califa, por el contrario, fue dominado por una hilaridad tal que cayó de espaldas en medio de la sala, exclamando: «¡Por Alá, Abul-Hassan, el que va a morir ahora soy yo a fuerza de reír!». Luego, cuando el califa acabó de reír y Sett Zobeida se recobró de su terror, Abul-Hassan y Caña de Azúcar salieron de sus sudarios, y, en medio de la general hilaridad, se decidieron a indicar el motivo que les había impulsado a gastar aquella

broma. Y Abul-Hassan se arrojó a los pies del califa y Caña de Azúcar abrazó los pies de su señora; y ambos, con aire muy contrito, demandaron perdón. Y Abul-Hassan añadió: «¡En tanto que permanecí soltero, oh emir de los creyentes, yo solo sentí desprecio por el dinero! Pero esta Caña de Azúcar, que yo debo a tu generosidad, tiene un apetito tal que ella come los sacos con su contenido y, ¡por Alá!, es capaz de devorar todo el tesoro del califato con el tesorero». Y el califa y Sett Zobeida se pusieron de nuevo a reír a carcajadas. Y ellos concedieron a los dos el perdón y les hicieron contar, a seguido, los diez mil dinares ganados por la respuesta de Abul-Hassan, y, además, otros diez mil, por su rescate de la muerte. Después de todo esto, el califa, al que esta pequeña añagaza había esclarecido respecto a los gastos y necesidades de Abul-Hassan, no quiso que su amigo careciese en el futuro de una paga regular. Y dio la orden a su tesorero de entregarle mensualmente emolumentos idénticos a los del gran visir. Y quiso, aún más que en el pasado, que Abul-Hassan persistiera como su amigo íntimo y su compañero de copa. ¡Y todos vivieron en la vida más deliciosa hasta la llegada de la separadora de los amigos, la destructora de los palacios y la constructora de las tumbas, la inexorable, la inevitable!

Y Schehrazada esa noche, habiendo acabado de contar de este modo esa historia, dijo al rey Schahriar:

—Esto es todo lo que yo sé, ¡oh rey!, respecto al dormilón despertado. Pero, si tú me lo permites, yo quisiera contar otra historia que supera en mucho, y de todas las formas, a esa que acabas de escuchar.

Y el rey Schahriar dijo:

—Yo quiero primero, antes de permitírtelo, que me digas, Schehrazada, el título de esa historia.

Ella dijo:

—Es la historia de *Los amores de Zein Al-Mawassif*.

Él dijo:

—¿Y qué historia es esa, que yo no conozco?

Schehrazada sonrió y dijo:

LOS AMORES DE ZEIN AL-MAWASSIF

—Me han contado, ¡oh rey afortunado!, que existió, en las edades y en los años de tiempos muy remotos, un bellísimo adolescente que se llamaba Anis, y que, ciertamente, era el más rico, el más generoso, el más delicado y el más delicioso mancebo de su tiempo. Y como, además, él amaba todo lo que hay de amable sobre la tierra, las mujeres, los amigos, la buena mesa, la poesía, la música, los perfumes, el verdor, las bellas aguas, los paseos y todos los placeres, él vivía en el esponjamiento de la felicidad en la tierra. Sucedió que una tarde, cuando el bello Anis disfrutaba de una siesta agradable, según su costumbre echado bajo un algarrobo de su jardín, él tuvo un sueño en el que se vio jugando y gozándose con cuatro hermosos pájaros y

una paloma, de un blancor deslumbrante. Y su placer era intenso al acariciarlos, al alisar sus plumajes, al besarlos, cuando, de pronto, un villano y abultado cuervo se tiró con el pico amenazador sobre la paloma y la arrebató dispersando a los cuatro gentiles pájaros, sus compañeros. Y Anis se despertó muy afectado, y se levantó y salió en busca de alguien que pudiera explicarle este sueño. Pero erró durante mucho tiempo sin encontrar a nadie. Y ya pensaba en regresar a su casa cuando fue a pasar cerca de una casa de muy bello aspecto, de la que oyó, al acercarse, que se elevaba una voz de mujer, deliciosa y melancólica, que entonaba estos versos:

El dulce efluvio de la naciente mañana conmueve el corazón de los enamorados. Pero mi cautivo corazón ¿es el corazón libre de los enamorados?

¡Oh frescor de las mañanas! ¿Has calmado jamás un amor igual al de mi corazón por un cervatillo más delicado que la flexible rama del han?

Y Anis sintió herida su alma por los acentos de esta voz; y acuciado por el deseo de conocer a aquella que la poseía, se aproximó a la puerta que estaba entreabierta, y miró al interior. Y vio un magnífico jardín, en donde, hasta donde abarcaba la mirada, solo había armoniosos parterres, floridas glorietas y macizos de rosas, de jazmines, de violetas, de narcisos y de mil otras flores, en donde vivía, bajo el cielo de Alá, todo un pueblo cantor. Atraído por la pureza de estos lugares, Anis no titubeó en franquear la puerta y avanzar hacia el jardín. Y divisó, muy al fondo del verdor, al final de una avenida cortada por tres arcos en bóveda, un albo grupo de doncellas.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CUARENTA Y DOS

Ella dijo:

—Y divisó, muy al fondo del verdor, al final de una avenida cortada por tres arcos en bóveda, un albo grupo de doncellas en libertad. Y se dirigió hacia allá, y llegó al primer arco en donde se leía esta inscripción grabada en caracteres color bermellón:

¡Oh casa, que la tristeza no pueda franquear jamás tu umbral, y jamás el tiempo se muestre molesto en la cabeza de sus habitantes!

¡Puedas tú, oh casa, durar eternamente para abrir tus puertas a la

hospitalidad, y no te encuentres jamás demasiado angosta para los amigos!

Y llegó al segundo arco, y pudo leer esta inscripción grabada en letras de oro:

¡Oh casa de la felicidad, puedas tu durar tan largo tiempo como tus bosques se regocijen de la armonía de tus pájaros!

¡Que los perfumes de la amistad te embalsamen por tanto tiempo como tus flores se consuman de saberse bellas!

¡Y que tus poseedores vivan en serenidad tan largo tiempo como tus árboles vean madurar sus frutos, y en la bóveda celeste luzcan nuevas estrellas!

De ese modo llegó al tercer arcó, en donde pudo leer estos versos grabados de azul ultramarino:

¡Oh casa del lujo y de la gloria, puedas eternizarte en tu belleza, bajo la cálida luz y bajo dulces tinieblas, a pesar del tiempo y de las movilidades!

Ahora bien, cuando hubo franqueado este tercer arco, llegó al final de la avenida, y ante él, al pie de los escalones de mármol lavado que conducía a la vivienda, él vio a una jovencita que debía de ser de más de catorce años de edad, pero que, sin duda alguna, no había alcanzado los quince. Y ella estaba tendida en un tapiz de terciopelo y apoyada en dos cojines. Y la rodeaban y estaban a sus órdenes otras cuatro jovencitas. Y ella era blanca y bella como la luna, con cejas tenues tan delicadas como un arco formado de valioso almizcle, ojos grandes y negros cargados de ruinas y de asesinatos, una boca de coral tan pequeña como una nuez moscada, y una barbilla que decía a la perfección: «¡Aquí estoy!». Y no hay duda de que ella hubiera abrasado de amor a los corazones más fríos y endurecidos. Por ello, Anis avanzó hacia la jovencita, se inclinó hasta tierra, llevó su mano a su corazón, a sus labios y a su frente, y dijo: «¡El *salam* sobre ti, oh soberana de las puras!». Mas ella le replicó: «¿Cómo osaste, joven impertinente, entrar en un lugar prohibido y que no te pertenece?». Él respondió: «¡Oh mi señora, la falta no está en mí, sino en ti y en este jardín! ¡Por la entreabierta puerta he visto este jardín con sus parterres de jazmines, de mirtos y de violetas, y he visto que todo él con sus parterres y sus flores se inclinaban ante la luna de belleza sentada aquí mismo, en donde tú te hallas! ¡Y mi alma no ha podido resistir al deseo que la impulsaba a venir a inclinarse y a rendir homenaje con las flores y los pájaros!». Y la jovencita se echó a reír y le dijo: «¿Cómo te llamas?». Él dijo: «¡Tu esclavo Anis, oh mi señora!». Ella dijo: «¡Tú me gustas infinitamente, Anis! ¡Ven a sentarte junto a mí!». Y le hizo sentarse a su lado y le dijo: «Ya Anis, tengo gran deseo de distraerme un poco. ¿Sabes jugar al ajedrez?».

Él dijo: «¡Claro que sí!». Y ella hizo una indicación a una de las jóvenes, que al momento le trajo un tablero de ajedrez de ébano y de marfil, con los ángulos de oro, cuyos peones eran rojos y blancos, los peones rojos tallados en los rubíes y los peones blancos tallados en cristal de roca. Y ella le preguntó: «¿Quieres tú los rojos o los blancos?». Él respondió: «¡Por Alá, oh mi señora, yo cogeré los blancos, pues los rojos son del color de las gacelas y, por esta razón y otras más, te convienen a ti perfectamente!». Ella dijo: «¡Puede ser!». Y se puso a colocar los peones. Y comenzó el juego. Pero Anis, que prestaba más atención a los encantos de su compañera de juego que a los peones del tablero, estaba arrobado hasta el éxtasis de la belleza de sus manos que él hallaba semejantes a la pasta de almendras, y de la elegancia y de la finura de sus dedos pariguales al blanco alcanfor. Y acabó por exclamar: «¿Cómo podría yo, ¡oh mi señora!, jugar sin peligro contra semejantes dedos?». Pero ella, siempre en su juego, le respondió: «¡Jaque al rey! ¡Jaque al rey, ya Anis! ¡Tú perdiste!». Luego, como ella veía que Anis no prestaba atención al juego, le dijo: «Anis, para que estés más atento al juego, vamos a poner, por cada parte, una apuesta de cien dinares». Él respondió: «¡Ciertamente!». Y él colocó los peones. Y, por su parte, la jovencita que se llamaba Zein Al-Mawassif, se levantó el velo de seda que cubría sus cabellos y apareció como una brillante columna de luz. Y Anis, que no podía conseguir quitar sus miradas de su compañera, continuó sin saber lo que hacía; y en tanto tomaba los peones rojos en lugar de los blancos, como los hacía moverse en forma contraria; de modo que perdió cinco partidas seguidas, de cien dinares cada una. Y Zein Al-Mawassif le dijo: «¡Veo que tú no estás más atento que antes! ¡Pongamos la apuesta más elevada! ¡Mil dinares la partida!». Mas Anis, a pesar de la suma jugada, no se comportó mejor y perdió la partida. Entonces ella le dijo: «¡Juguemos todo mi oro contra todo el tuyo!». Él aceptó y perdió. Entonces él jugó sus tiendas, sus casas, sus jardines y sus esclavos, y los perdió unos tras de otros. Y no le quedó nada entre las manos. Entonces Zein Al-Mawassif se dirigió a él y le dijo: «Anis, tú eres un insensato. Y yo no quiero que tengas que arrepentirte de haber entrado en mi jardín y de haberme conocido. ¡Te devuelvo cuanto has perdido! ¡Levántate, Anis, y vuelve por donde viniste!». Pero Anis replicó: «¡No, por Alá, oh mi soberana, yo no tengo ningún pesar por lo que he perdido! ¡Y si tú me pidieras la vida, ella te pertenecería al instante! Pero ¡por favor!, no me obligues a que te deje». Ella dijo: «Puesto que no quieres tomar lo que has perdido, ve al menos a buscar al cadí y a los testigos para que ellos registren una donación en regla de esos bienes que yo he ganado». Y Anis fue al momento a buscar al cadí y a los testigos. Y el cadí, pese a haberle faltado poco para que se le cayera el cálamo de la mano a la vista de la belleza de Zein Al-Mawassif, redactó el acta de donación e hizo que los dos testigos pusieran su sello. Luego se fue.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CUARENTA Y TRES

Ella dijo:

—Entonces, Zein Al-Mawassif se dirigió a Anis y le dijo: «¡Ahora, Anis, puedes marcharte! ¡Nosotros no nos conocemos!». Entonces Anis dijo: «¡Oh soberana mía!, entonces ¿me dejarás partir sin la satisfacción del deseo?». Ella dijo: «Yo bien quiero, Anis, satisfacer eso que tú dices, pero para ello me queda alguna cosa que pedirte. Será necesario todavía que me traigas cuatro vejigas de almizcle puro, cuatro onzas de ámbar gris, cuatro mil piezas de brocado de oro de la más bella calidad y cuatro mulas enjaezadas». Él dijo: «¡Sobre mi cabeza, oh mi señora!». Ella preguntó: «¿Cómo harás para obtenerlas? ¡Tú no posees ya nada!». Él dijo: «¡Alá proveerá! Yo tengo amigos que me facilitarán cuanto necesite». Ella indicó: «Pues entonces apresúrate a traerme todo cuanto te he pedido». Y Anis, no dudando que sus amigos vinieran en su ayuda, salió para ir a buscarlos. Entonces, Zein Al-Mawassif dijo a una de sus criadas, que se llamaba Hubub: «Sal tras de él, ¡oh Hubub!, y espía sus pasos. Y cuando hayas visto que todos los amigos a quienes él habla se han negado a ayudarle, y con uno u otro pretexto, lo han despedido, te acercarás a él y le dirás: “¡Oh mi señor, mi señora Zein Al-Mawassif me envía a ti para decirte que ella quiere verte al instante!”. Y lo traerás contigo y lo llevarás a la sala de recepción. ¡Y entonces sucederá lo que sucederá!». Y Hubub respondió con el oído y la obediencia, y se apresuró a ir en pos de Anis, para seguirle en sus gestiones. En cuando a Zein Al-Mawassif, esta entró en la casa y comenzó por pasar al *hamman* para tomar un baño. Y sus criadas le prodigaron, después del baño, todos los cuidados necesarios para un aseo completo y extraordinario, luego le depilaron lo que ellas le tenían que depilar, frotaron lo que tenían que frotar, perfumaron lo que tenían que perfumar, ampliaron lo que tenían que ampliar y estrecharon lo que tenían que estrechar. Luego la vistieron con un traje de oro fino bordado, y colocaron sobre su frente una cinta de plata para sostener una rica diadema de perlas, que formaba por detrás un nudo cuyos dos extremos, adornado cada uno con un rubí del tamaño de un huevo de paloma, caían sobre sus hombros deslumbrantes como la plata virgen. Luego, acabaron de trenzar sus hermosos cabellos negros, perfumados de almizcle y de ámbar, en veinticinco trenzas que descendían hasta los talones. Y, cuando acabaron de adornarla, y ella apareció semejante a una recién casada, se arrojaron a sus pies, y le dijeron con voz temblorosa de admiración: «¡Que Alá te conserve en tu esplendor, oh nuestra señora Zein Al-Mawassif, y aleje de ti para siempre la mirada del envidioso, y te preserve del ojo malévolo!». Y, en tanto que ella ensayaba alegres pasos por la estancia, ellas no cesaron de dirigirle mil y mil requiebros, que les salían del fondo

del alma. En el intervalo, volvió la joven Hubub con el bello Anis, al que ella condujo, una vez que sus amigos le hubieran despedido, negándose a ayudarle. Y ella lo introdujo en la sala en donde se hallaba su señora Zein Al-Mawassif. Cuando el bello Anis contempló a Zein Al-Mawassif en todo el esplendor de su belleza, se detuvo arrobado y se preguntó: «¿Es ella o es una de las recién casadas que únicamente se ven en el paraíso?». Mas Zein Al-Mawassif, satisfecha por el efecto que había causado a Anis, se acercó a él sonriente, le tomó la mano y lo condujo hasta el diván bajo en el que ella se sentaba, y le hizo sentarse junto a ella. Luego, hizo signos a sus doncellas, quienes al momento trajeron una gran mesa baja, hecha de un gran bloque de plata, sobre la cual estaban grabados estos versos gastronómicos:

Húndete, con las cucharas, en las grandes salseras, y regocija tus ojos y regocija tu corazón con todas estas especies admirables y variadas.

Los guisados y los cochifritos, los asados y los cocidos, las confituras y los helados, las frituras y las compotas al natural o en conserva.

¡Oh codornices, oh pollos, oh gallos, oh blanduras, yo os adoro!

¡Y vosotros, corderos, por tanto tiempo alimentados con piñones, y ahora rellenos de uvas en este plato, oh excelencias!

¡Yo, aunque no tengáis alas como las codornices, los pollos y los gallos, os estimo bien!

¡En cuanto a ti, oh *kabab* a la parrilla, que Alá te bendiga! ¡Jamás tu doradura me verá decirle no!

¡Y tú, ensalada de verdolaga, que bebes en esta escudilla el alma de las olivas, mi espíritu te pertenece, oh amiga mía!

¡Te estremeces de placer dentro de mi pecho, oh mi corazón, a la vista de esta pareja de pichones, colocados sobre la menta fresca, en el fondo del plato!

¡Y tú, mi boca afortunada, cállate y piensa en comer estas delicias que por siempre resumirán los anales!

Entonces, las sirvientas les aportaron comidas perfumadas. Y ellos comieron juntos hasta la saciedad y se endulzaron. Y les trajeron los frascos del vino, y bebieron en la misma copa. Y Zein Al-Mawassif se inclinó hacia Anís y le dijo: «He aquí que hemos comido juntos el pan y la sal, y de esta forma tú has sido mi huésped. No creas, por tanto, que yo pueda retener ahora la más pequeña cosa de lo que te perteneciera. Por ello, lo quieras o no, yo te devuelvo todo cuanto te he ganado». Y Anís se vio obligado a aceptar como donación los bienes que le habían pertenecido. Y se arrojó a los pies de la jovencita y le dio repetidamente las gracias. Mas ella lo

levantó y le dijo: «Si verdaderamente tú quieres, Anís, agradecerme esta donación, solo tienes que seguirme a mi lecho. Y allí me demostrarás, esta vez seriamente, si eres tú un excelente jugador de ajedrez».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CUARENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—Y Anis, dando un salto, respondió: «¡Por Alá, oh mi señora, tú verás en el lecho que el rey blanco sobresaldrá de todos los caballeros!». Y, dichas estas palabras, él la cogió en sus brazos, y, cargado con esta luna, corrió a la alcoba, cuya puerta les abrió la criada Hubub. Y allí jugó él con la jovencita una partida de ajedrez siguiendo las reglas de un arte consumado, y la hizo seguir de una segunda partida y de una tercera partida, y así seguido hasta la decimoquinta partida, haciendo comportarse al rey, en todos los asaltos, tan valientemente, que la jovencita, maravillada y a la vez sin aliento, se consideró vencida y exclamó: «¡Tú eres extraordinario, oh padre de las lanzas y de los caballeros!». Luego, ella agregó: «¡Por Alá sobre ti, oh mi señor, di al rey que se sosiegue!». Y, sonriendo, se levantó y puso fin par esa noche a las partidas de ajedrez. Entonces, el alma y el cuerpo navegando en un mar de delicias, ellos descansaron un momento en los brazos el uno del otro. Y Zein Al-Mawassif dijo a Anis: «¡Es hora del descanso bien ganado, oh invencible Anis! Pero yo quiero, para juzgar mejor aún tu valor, saber de ti si eres tan excelente en el arte de la versificación como en el juego del ajedrez. ¿Podrías, pues, disponer rítmicamente los diversos episodios de nuestro encuentro y de nuestro juego, de manera que nos permita fijarlos bien en la memoria?». Y Anís respondió: «¡La cosa me es fácil, oh mi señora!». Y se sentó sobre la perfumada cama y, en tanto que Zein Al-Mawassif le tenía pasado un brazo alrededor de su cuello y le acariciaba gentilmente, él improvisó esta sublime oda:

¡Incorporaos para escuchar la historia de una jovencita de catorce años y cuarto, que yo encontré en un paraíso, más bella que todas las lunas en el cielo de Alá!

¡Ella se balanceaba, gacela, en el jardín, y las flexibles ramas de los árboles se inclinaban hacia ella, y los pájaros le cantaban!

Y me presenté yo y le dije: «¡El *salam* sobre ti, oh sedosa de mejillas, oh soberana! ¡Dime para que yo lo sepa el nombre de aquella

cuyas miradas causan mi locura!».

Con un sonido más dulce que el ruido de las perlas en la copa, ella me dijo: «¿No podrías encontrar tú solo mi nombre? ¿Están tan ocultas mis cualidades para que mi rostro no pueda reflejarlas a tus ojos?».

Yo respondí: «¡Cierto que no! ¡Cierto que no! ¡Tú te llamas, sin ninguna duda, ornamento de las cualidades! ¡Concédeme tu limosna, oh ornamento de las cualidades!

»¡Y, en compensación, oh jovencita, aquí tienes el almizcle, aquí tienes el ámbar, aquí tienes las perlas, aquí tienes el oro, y las joyas y todas las alhajas y las sedas!

Entonces el resplandor de su sonrisa brilló sobre sus tiernos dientes y ella me dijo: «¡Aquí me tienes! ¡Heme aquí, mi ojo amado!».

¡Éxtasis de mi alma, oh su cinturón desatado, oh su camisa contemplada, oh su carne desnuda, oh diamantes! ¡Oh hartura de mis deseos! ¡Efluvios perfumados de ella durante el beso! ¡Olor de piel supremo, calor de la cavidad, oh frescor, mil besos!

Mas vosotros, censores que me reprobáis, ¡ah si la conocierais! ¡Ved! ¡Yo os diría toda mi embriaguez y acaso me comprendierais!

Su cabellera inmensa, color de noche, se desplegaba triunfal sobre la blancura de su espalda hasta la tierra. Mas las rosas, sobre sus mejillas incendiarias, iluminarían el infierno.

Sus cejas finas son un arco precioso; sus párpados, cargados de flechas, matan; y cada una de sus miradas es una espada.

Su boca es un pomo de vino añejo; su saliva es agua de fuente; sus dientes son un collar de perlas recientemente cogidas del mar.

Su cuello, como el cuello del antílope, es elegante y admirablemente tallado; su pecho es un bloque de mármol en el que descansan dos copas invertidas.

Su vientre lleva una concavidad que embalsaman los perfumes más caros; y debajo, frontero a mi espera, graso y bien dispuesto, elevado como un trono de rey, asentado sobre dos columnas de gloria, está lo que es la locura de los más sabios.

Ya esté alisado, ya esté crespo, es tan sensible que se encabrita, como un macho cuando se le toca.

Su ojo es rojo, sus labios son carnosos y dulces, su almizcle es fresco y encantador.

Si tú te acercas con valentía, lo encuentras cálido, sólido, resuelto y suntuoso, no temiendo ni los trabajos, ni los asaltos, ni las batallas.

¡Así eres tú, Zein Al-Mawassif, completa en encantos y en cortesía! ¡Y este es el motivo por el que no olvidaré las delicias de nuestras noches ni la belleza de nuestros amores!

Al escuchar esta oda improvisada en su honor, Zein Al-Mawassif quedó transportada de placer y se esponjó al límite del esponjamiento.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CUARENTA Y CINCO

Ella dijo:

—Al escuchar esta oda improvisada en su honor Zein Al-Mawassif quedó transportada de placer y se esponjó al límite del esponjamiento. Y ella dijo a Anis, abrazándole: «¡Por Alá que eres excelente! ¡Por Alá que yo solo quiero vivir contigo!». Y pasaron juntos el resto de la noche, en juegos diversos, cohabitaciones y otras cosas semejantes hasta la mañana. Y pasaron la jornada el uno cerca del otro, tanto descansando como comiendo, bebiendo y divirtiéndose hasta la noche. Y continuaron viviendo de ese modo durante un mes, en los transportes de la euforia y de la voluptuosidad. Sucedió, pues, que al cabo de un mes, la joven Zein Al-Mawassif, que era una mujer casada, recibió una carta de su esposo en la que le anunciaba su próximo regreso. Y al leerla se dijo ella: «¡Así se te partan las piernas! ¡Alejada sea la fealdad! He aquí que nuestra deliciosa vida va a ser trastornada con la llegada de ese rostro de mal agüero». Y ella presentó la carta a su amigo y le dijo: «¿Qué partido tomaremos, oh Anís?». Él respondió: «¡Yo me someto a ti, oh Zein! Pues en cuanto a astucias y disimulos las mujeres han superado siempre a los hombres». Ella dijo: «Sí, pero mi marido es un hombre muy violento y sus celos no tienen medida. ¡Nos va a ser muy difícil no despertar sus sospechas!». Y ella meditó durante una hora de tiempo y dijo: «Yo no veo otro medió para introducirte en la casa, luego de su maldita llegada, que haciéndote pasar por un mercader de perfumes y de especias. Reflexiona, pues, respecto a esta profesión y, sobre todo, líbrate en las operaciones de contradecirte en nada». Y ellos se pusieron de acuerdo en los medios a utilizar para engañar al marido. En estos manejos regresó el marido de su viaje, y alcanzó el límite de la sorpresa al ver a su mujer toda amarilla, desde los pies a la cabeza. Ahora bien, la pícara se había puesto ella misma en ese estado frotándose con azafrán. Y su marido, muy espantado de todo aquello, le preguntó qué enfermedad tenía; y ella contestó: «Si me ves tan amarilla, ¡ay!, no es a causa de una enfermedad, sino a causa de la tristeza y de la inquietud en que he estado durante tu ausencia. ¡Por favor, no vuelvas a viajar, en adelante, sin llevar contigo un compañero que pueda defenderte o cuidarte! ¡Y de este modo estaré más tranquila por ti!». Él respondió: «¡De todo corazón lo haré así! ¡Por vida mía que tu idea es sensata! Tranquiliza tu

alma y haz porque vuelva tu brillante tez de otros tiempos». Luego la abrazó y marchó a su tienda, pues era un poderoso mercader, judío de religión. Y su esposa, la jovencita, era también judía como él. Sucedió que Anís, que había tomado todos los informes respecto a la nueva profesión que él debía ejercer, aguardaba al marido en la puerta de la tienda. Y, para entablar en seguida la relación, le ofreció perfumes y especias a un precio más bajo que de la cotización. Y el marido de Zein Al-Mawassif, que tenía el alma endurecida de los judíos, quedó altamente satisfecho de esta operación y de los procedimientos de Anís y de sus buenas maneras, que hizo su parroquiano habitual. Y, al cabo de algunos días, acabó por proponerle asociarse con él si aportaba un capital suficiente. Y Anís no tardó en aceptar un ofrecimiento que debía acercarle sin ninguna duda a su bien amada Zein Al-Mawassif; y respondió que él tenía este mismo deseo y que anhelaba mucho estar asociado con un mercader tan estimable; suscribieron sin tardar su contrato de sociedad, y le pusieron sus sellos, ante dos testigos de los notables del zoco. Aquella misma noche, el esposo de Zein Al-Mawassif, para celebrar su contrato de sociedad, invitó a su nuevo asociado a ir a su casa para compartir su comida. Y lo llevó con él, y como era judío, y los judíos no tienen vergüenza alguna y no guardan a sus mujeres ocultas a las miradas de los extraños, quiso que conociera a su esposa. Y fue a anunciarle la llegada de su asociado Anís, y le dijo: «Es un joven rico y de buenas maneras. Y deseo que vengas a conocerlo». Y Zein Al-Mawassif, transportada de gozo ante esta noticia, no quiso sin embargo dejar ver sus sentimientos y, fingiendo estar sumamente indignada, gritó: «¡Por Alá, cómo osas tú, oh padre de la barba, introducir a extraños en la intimidad de tu casa! ¡Y con qué ojo pretendes tú imponerme la dura obligación de presentarme a ellos con la cara descubierta o velada! ¡El nombre de Alá sobre mí y en torno de mí! ¿Debo yo olvidar la modestia que conviene a los jóvenes, porque tú hayas encontrado un asociado? ¡Antes me haría cortar en pedazos!». Pero él respondió: «¡Cuántas desconsideradas palabras acabas de decir, oh mujer! ¿Y desde cuando hemos resuelto hacer como los musulmanes, cuya ley es ocultar a sus mujeres? ¡Y qué vergüenza tan a destiempo y qué modestia sin venir al caso! ¡Nosotros somos judíos y tu delicadeza a este respecto es demasiado excesiva para una judía!». Y él le habló así. Pero para su interior él pensaba: «¡Qué bendición de Alá sobre mi casa al tener una esposa tan casta, tan modesta, tan juiciosa y tan llena de recato!». Luego él se puso a hablarle con tanta elocuencia que acabó por persuadirla de que fuese ella misma a cumplir los deberes de hospitalidad con su nuevo socio. Ahora bien, Anis y Zein Al-Mawassif se guardaron muy bien al verse, de dar la sensación de que se conocían. Y Anis, durante toda la comida, tuvo los ojos bajos muy honestamente; él fingió una gran discreción y no miraba sino al marido. Y el judío pensaba para sí: «¡Qué joven tan excelente!». Por ello, terminada la comida, no omitió el invitar a Anis a que volviera al día siguiente para acompañarlos también a la mesa. Y Anis volvió al día siguiente y al otro; y cada vez se comportaba, en todo, con un tacto y una discreción admirables. Pero ya el judío había sido muy afectado por una cosa

extraña que pasaba cada vez que Anis se hallaba en la casa. En efecto, él tenía en la casa un pájaro domesticado...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discretamente, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CUARENTA Y SEIS

Ella dijo:

—En efecto, él tenía en la casa un pájaro domesticado que había sido adiestrado por el judío y que reconocía y quería mucho a su amo. Pero, desde la ausencia del judío, este pájaro había puesto todo su afecto en Anís y había tomado la costumbre de ir a posarse sobre su cabeza y sobre sus hombros, haciéndole mil caricias, de tal modo que, cuando regresó su amo el judío, él solo tenía gritos de alegría, batir de alas y caricias para el joven Anís, el socio de su amo. Y el judío pensaba para sí: «¡Por Moisés y Aarón, este pájaro me ha olvidado! ¡Y su conducta para conmigo hace aún más valiosos los sentimientos de mi esposa, que cayó enferma por el dolor de mi ausencia!». ¡Así pensaba él! Pero otra cosa extraña no tardó en herirle y en ponerle mil ideas torturadoras. En efecto, él observó que su esposa, tan reservada y tan modesta en presencia de Anis, tenía, cuando estaba dormida, sueños muy extraordinarios. Ella tendía los brazos, jadeaba, suspiraba y hacía mil contorsiones, pronunciando el nombre de Anis y hablando como hablan las enamoradas más apasionadas. Y el judío, extraordinariamente extrañado al comprobar esto varias noches seguidas, pensó: «¡Por el *Pentateuco*! Esto demuestra que todas las mujeres son lo mismo, y que cuando una de ellas es virtuosa y casta como mi esposa, es necesario que satisfaga de una manera o de otra sus malos deseos, aunque solo sea soñando. ¡Alejado de nosotros sea el maligno! ¡Qué calamidad que estas criaturas estén formadas con la llama del infierno!». Luego se dijo: «¡Es necesario poner a prueba a mi esposa! Si ella rechaza la tentación y permanece casta y reservada, es que el hecho del pájaro y el hecho de los sueños no son sino una coincidencia de tantas, sin consecuencias». Ahora bien, cuando llegó la hora habitual de la comida, el judío anunció a su esposa y a su socio que estaba citado para ir a casa del valí para un gran pedido de mercancías; y él les rogó que aguardasen su regreso para comenzar la comida. Pero en lugar de ir a ver al valí, se apresuró a volver sobre sus pasos y a subir al piso superior de la casa; allí, en una cámara cuya ventana daba a la sala de reunión, podía vigilar lo que iba a suceder. Y no tardó en alcanzar el resultado, el que se manifestó de su parte en forma de besos y de caricias de una intensidad y de una pasión increíbles. Y como no quería traicionar su presencia y dar a conocer que no se

hallaba con el valí, se vio obligado a presenciar, durante una hora de tiempo, las manifestaciones arrebatadas de los dos amantes. Pero, después de esta espera dolorosa, descendió para encontrarlos y entró en la sala con cara sonriente, como si no supiera nada. Y durante toda la comida él se guardó mucho de dejar adivinar sus sentimientos y tuvo muchas más atenciones con el joven Anís, quien, por otra parte, se mostró más reservado y más discreto que de costumbre. Pero cuando hubo terminado la comida y se había marchado el joven Anís, el judío se dijo: «¡Por los cuernos de nuestro señor Moisés, que voy a abrasar su corazón mediante la separación!». Y él sacó de su seno una carta que la abrió y leyó; luego exclamó: «He aquí que voy a verme obligado a marchar para un largo viaje. Pues he recibido una carta de mis corresponsales extranjeros y es preciso que vaya a verlos para concertar con ellos un asunto comercial importante». Y Zein Al-Mawassif supo disimular perfectamente la alegría que esta noticia le producía; «¡Oh esposo mío muy amado, tú vas a dejarme morir durante tu ausencia! Dime, al menos, que tiempo que vas a estar lejos de mí». Él dijo: «Durante tres o cuatro años, pero no más ni menos». Y ella exclamó: «¡Ah, pobre Zein Al-Mawassif, qué suerte la tuya de no gozar jamás de la presencia de tu esposo! ¡Oh desesperación de mi alma!». Pero él le dijo: «¡Que esto no te desespere! ¡Pues esta vez, para no dejarte sola y exponerte a la enfermedad de la tristeza, quiero que te vengas conmigo! Ve, pues, y que te ayuden tus criadas Hubub, Khotub, Sukub y Rukub a hacer el equipaje para la partida». Al oír estas palabras, la descorazonada Zein Al-Mawassif se quedó amarilla y sus ojos se llenaron de lágrimas y no pudo articular una sola palabra. Y su marido, que en su interior se deleitaba de contento, le preguntó con tono muy afectuoso: «¿Qué te pasa, Zein?». Ella respondió: «¡Nada, por Alá! Solamente que me he puesto un poco emocionada al conocer esta agradable noticia, sabiendo que ya no voy a estar separada de ti». Luego se levantó y fue a hacer los preparativos de marcha, ayudada por sus criadas y bajo el ojo de su esposo el judío. Y ella no sabía cómo hacer saber la noticia a Anís. Al fin, pudo aprovechar un momento para trazar sobre la puerta de entrada estos versos de adiós a su amigo:

¡A ti mis penas, Anís! ¡Hete aquí viviendo solo y con el corazón
sangrando de vivas heridas!

Los celos más que la necesidad origina nuestro alejamiento. Y la
alegría ha entrado en el alma de los envidiosos, a la vista de mi dolor y
de mi desesperación.

¡Pero yo juro por Alá que ningún otro que tú, Anís, me poseerá,
aunque llegue a mí acompañado de mil intercesores!

Después de esto subió al camello que había sido preparado para ella y, sabiendo que no iba a volver a ver a Anís, se hundió en la litera, dirigiendo versos de despedida a la casa y al jardín. Y toda la caravana se puso en marcha, el judío al frente, Zein Al-

Mawassif en medio y los sirvientes en la retaguardia. Y dejemos ahora a Zein y su esposo el judío.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CUARENTA Y SIETE

Ella dijo:

—En cuanto al joven Anís, veamos. Cuando al día siguiente no vio llegar al zoco, según su costumbre, al mercader judío, su consocio, quedó sumamente sorprendido y esperó su llegada hasta el anochecido. Pero fue en vano. Entonces se decidió por ir él mismo a ver la causa de tal ausencia. Y llegó con ese propósito ante la puerta de entrada y leyó la inscripción que Zein Al-Mawassif había grabado por sí misma. Y comprendió el sentido y, trastornado, se dejó caer al suelo, presa de la desesperación. Y cuando se recobró un tanto de la emoción que le originaba la marcha de su amada, se informó de ella por los vecinos. Y supo por ellos que el judío, su esposo, se la había llevado con sus criadas y un gran número de paquetes y de fardos, sobre diez camellos, con provisiones para un larguísimo viaje. Ante esta noticia, Anís se puso a errar como un insensato a través de las soledades del jardín; e improvisó mentalmente estos versos:

Detengámonos para llorar al recuerdo de la muy amada, aquí, en donde se limitan los árboles de su jardín, en donde se eleva su casa querida, donde sus huellas, como en mi corazón, no pueden ser esfumadas, ni por los vientos del norte ni por los vientos del sur.

¡Ella ha partido! Pero mi corazón va con ella, clavado en el aguijón que aviva la marcha de los camellos.

¡Ah, ven, oh noche, ven a refrescar mis ardientes mejillas y a calmar los fuegos que consumen mi corazón!

¡Oh brisa del desierto, tú, cuyo soplo está perfumado de su aliento!, ¿no te ha prescrito ella ningún colirio para secar mis lágrimas, ningún remedio para reanimar mi helado cuerpo?

¡Ay! ¡Ay! El guía de la caravana ha dado la señal de partida durante las tinieblas de la noche, antes que el soplo de céfiro matinal viniera a vivificar las cañadas.

¡Los camellos se han arrodillado; se han colocado los fardos, ella se ha colocado en la litera y ha partido!

¡Ay! Ella ha marchado y me ha dejado errante sobre sus huellas.
Yo la sigo desde lejos, regando el polvo con mis lágrimas.

Luego, cuando se dejaba así llevar de sus reflexiones y de sus recuerdos, oyó graznar a un cuervo que tenía su nido en una de las palmeras del jardín. E improvisó esta estrofa:

¡Oh cuervo! ¿Qué vienes a hacer en el jardín de mi bien amada?
¿Vienes a gemir, con tu voz lúgubre, sobre los tormentos de mi amor?
«¡Ay! ¡Ay!», gritas a mis oídos; y el eco infatigable repite sin cesar:
«¡Ay! ¡Ay!».

Luego Anís no pudo resistir a tantas penas y tormentos y se tendió en el suelo y fue ganado por el sueño. Y he aquí que su amada se le apareció en sueños; y él se hallaba dichoso con ella; y la oprimía en sus brazos y ella igualmente. Pero de pronto se despertó y se disipó la ilusión. Y solo pudo improvisar estos versos para consolarse:

¡Salud, imagen de la muy amada! Tú apareces en medio de las tinieblas de la noche y vienes un instante a calmar la violencia de mi amor.

¡Ah, los sueños son la única felicidad que les queda a los infortunados! ¡Pero cuán amargas son las lágrimas del sueño, cuando se desvanece la dulce ilusión!

Ella me habla, ella me sonríe, ella me hace mil tiernas caricias; yo tengo toda la felicidad de la tierra en mis manos y me despierto bañado por las lágrimas.

Así se lamentaba el joven Anís. Y continuó viviendo a la sombra de la casa abandonada, no alejándose sino para tomar algún alimento en su alojamiento. Y hasta que volvamos a estar a su lado. En lo que se refiere a la caravana, cuando esta llegó a un mes de distancia de la ciudad en cuestión, hizo alto. Y el judío hizo levantar las tiendas no lejos de una ciudad situada sobre el mar. Y allí despojó a su esposa de las ricas ropas que vestía, tomó una varilla flexible y le dijo: «¡Ah, vil perdida, tu sucia piel solo podrá ser lavada con esto! ¡Que venga ahora a librarte de entre mis mana: el joven enculado Anís!». Y a pesar de sus gritos y de sus protestas, la fustigó dolorosamente con toda la fuerza de su brazo. Luego arrojó sobre ella un viejo manto de crin punzante y fue a la ciudad a buscar a un albéitar.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discretamente, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CUARENTA Y OCHO

Ella dijo:

—Y él dijo al albéitar: «Vas a herrar sólidamente los pies de esta esclava; luego herrarás las manos. ¡Y ella me servirá de cabalgadura!». Y el albéitar, estupefacto, miró al viejo y le dijo: «¡Por Alá, que es la primera vez que a mí se me llama para herrar seres humanos! ¿Qué te ha hecho pues, esta esclava para merecer ese castigo?». El viejo dijo: «¡Por el *Pentateuco*! ¡Es el castigo que nosotros los judíos damos a nuestros esclavos cuando tenemos que quejarnos de su conducta!». Pero el albéitar, fascinado por la belleza de Zein Al-Mawassif, y en extremo impresionado por sus encantos, miró al judío con desprecio e indignación y le escupió en la cara; y, en lugar de tocar a la jovencita, improvisó esta estrofa:

«¡Puedas tú, oh mulo, ser herrado sobre toda tu piel, antes que sean torturados sus delicados pies! ¡Si fueras sensato, sería con anillos de oro con lo que ornarías sus pies encantadores! ¡Pues está bien seguro de que si una criatura tan bella compareciera ante el soberano juez sería declarada inocente y pura!».

Luego el albéitar corrió a buscar al valí de la ciudad y le contó lo que había visto y le describió la belleza maravillosa de Zein Al-Mawassif y el trato cruel que quería darle el judío, su esposo. Y el valí ordenó a los guardias que fueran inmediatamente a las tiendas y llevaron con ellos a la bella esclava, al judío y a las demás mujeres de la caravana. Y los guardias se apresuraron a cumplir la orden. Y volvieron pasada una hora e introdujeron en la sala de audiencias a la presencia del valí, al judío, a Zein Al-Mawassif y a las cuatro criadas, Hubub, Khutub, Sukub y Rukub. Y el valí, maravillado por la belleza de Zein Al-Mawassif, le preguntó: «¿Cómo te llamas, hija mia?». Y ella contestó, moviendo sus caderas: «¡Tu esclava Zein Al-Mawassif, oh nuestro señor!». Y él preguntó: «Y este hombre tan feo, ¿quién es?». Ella respondió: «Es un judío, ¡oh mi señor!, que me ha raptado de mis padres, y me ha violentado y ha querido, por toda clase de malos tratos, forzarme a abjurar de la santa fe de los musulmanes, mis padres. Y todos los días me hace sufrir el tormento e intenta por este medio vencer mi resistencia. Y como prueba de cuanto he dicho, ¡oh nuestro señor!, he aquí las señales de los golpes con los que no cesa de aniquilarme». Y descubrió con mucho pudor, la parte superior de sus brazos y mostró los surcos que los marcaban. Luego agregó: «Y además, ¡oh nuestro señor!, el honorable albéitar atestiguará el bárbaro trato que este judío quería hacerme sufrir. ¡En cuanto a mí, yo

soy una musulmana, una creyente, y yo testimonio que no hay más dios que Alá y que Mahoma es el enviado de Alá!». Al oír estas palabras, el valí se volvió hacia las criadas Hubub, Khutub, Sukub Rukub y les preguntó: «¿Es cierto lo que dice vuestra señora?». Ellas respondieron: «¡Es cierto!». Entonces el valí se dirigió al judío y con los ojos chispeantes le gritó: «¡Desdichado de ti, enemigo de Alá! ¿Por qué arrancaste esta joven a su padre y a su madre, a su casa y a su patria, la has torturado, has intentado que reniegue de su religión santa y has pretendido precipitarla en los horribles errores de tu maldita creencia?». Y el judío respondió: «¡Oh nuestro señor, por la vida de la cabeza de Jacob, de Moisés y de Aarón! ¡Te juro que esta adolescente es mi esposa legal!». Entonces el valí gritó: «¡Qué se le dé de palos!».



Y los guardias lo echaron al suelo y le aplicaron sobre las plantas de los pies cien palos, y sobre la espalda doscientos, y sobre las nalgas ciento. Y como él continuase gritando y vociferando, protestando y afirmando que Zein Al-Mawassif le pertenecía legalmente, el valí dijo: «¡Puesto que él no quiere confesar, que se le corten las

manos y los pies y que se le azote!». Y al oír esta tremenda sentencia, el judío gritó: «¡Por los sagrados cuernos de Moisés! Si es necesario esto para salvarme, bien, yo confieso que esta mujer no es mi esposa y que yo la he raptado a su familia». Entonces el valí pronunció: «¡Puesto que ha confesado, que se le ponga en prisión! ¡Y que quede allí durante toda su vida! ¡Y que así sean castigados todos los malvados!». Y los guardias ejecutaron al momento la orden. Y pusieron en prisión al judío. Y es allí en donde ciertamente murió con su maldad y su fealdad. ¡Que Alá no tenga jamás compasión de él! ¡Y que precipite su alma judía en los fuegos del último estadio del infierno! ¡Pero nosotros somos creyentes! ¡Y reconocemos que no hay más dios que Alá y que Mahoma es el profeta de Alá! En cuanto a Zein Al-Mawassif, esta besó la mano del valí y, acompañada de sus cuatro criadas, Hubub, Khutub, Sukub y Rukub, llegó hasta las tiendas y ordenó a los camelleros que levantasen el campamento y se pusieran en camino para el país de su amado Anis. Sucedió que la caravana viajó sin contratiempo y, hacia el anochecido del tercer día, llegó a un monasterio cristiano que estaba habitado por cuarenta monjes y su patriarca. Y este patriarca, que se llamaba Danis, estaba precisamente sentado delante de la puerta del monasterio, para tomar el fresco, cuando la bella jovencita acertó a pasar en su camello y llevaba la cabeza fuera de la litera. Y el patriarca, a la vista de esa cara de luna, sintió rejuvenecer su vieja carne muerta; y notó un estremecimiento en sus pies, en su espalda, en su corazón y en su cabeza. Y se levantó de su asiento e hizo indicación a la caravana de que se parase, e inclinándose hasta la tierra ante la litera de Zein Al-Mawassif, invitó a la adolescente a descender y descansar con toda la gente. Y él la persuadió vivamente a pasar la noche en el monasterio, asegurándole que los caminos estaban infestados durante la noche por bandidos cortadores de rutas. Y Zein Al-Mawassif no quiso rehusar la oferta de esta hospitalidad, de parte de cristianos y de monjes, y descendió de la litera y entró en el monasterio, seguida de sus cuatro acompañantes.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CUARENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—Ahora bien, el patriarca Danis, abrasado de pasión por la belleza y los encantos de Zein Al-Mawassif, no sabía cómo hacer para declararle su pasión. Y la cosa era, en efecto, bien ardua. Al fin creyó haber encontrado el buen medio, que fue el de enviar hasta la adolescente al monje más elocuente entre los cuarenta monjes del

monasterio. Y este monje llegó hasta la adolescente, con el objeto de hablarle en favor de su patriarca. Pero, a la vista de esta luna de belleza, sintió que su lengua se trababa con mil nudos en su boca y, por el contrario, su *zib* hablaba elocuentemente bajo su ropa, elevándose como una trompa de elefante. Al ver esto, Zein Al-Mawassif se puso a reír a carcajadas con sus criadas Hubub, Khutub, Sukub y Rukub. Luego, viendo que el monje, sin hablar, quedaba con su útil al aire, ella hizo una indicación a sus sirvientas, las que se levantaron al momento y lo lanzaron fuera de la cámara. Entonces el patriarca Danis, viendo que el monje regresaba con un aspecto lastimoso, se dijo: «Sin duda no ha logrado convencerla». Y envió hasta ella a un segundo monje; pero le sucedió exactamente lo que le había ocurrido al primero. Y él fue rechazado y volvió con la cabeza gacha hasta el patriarca, que entonces envió a un tercero, y luego a un cuarto y a un quinto, y así, sucesivamente, hasta los cuarenta. Y cada vez, el monje enviado para la entrevista regresaba sin resultado, no habiendo podido exponer la misión del patriarca y no habiendo manifestado su presencia sino por el levantamiento de la herencia paterna. Cuando el patriarca comprobó todo esto, se acordó del proverbio que dice: «No hay sino rascarse con sus propias uñas y marchar con sus propios pies». Y decidió actuar por sí mismo. Entonces se levantó y entró con paso grave y mesurado en la pieza en donde se hallaba Zein Al-Mawassif. ¡Y he aquí que exactamente como a sus monjes le sucedió a él, y quedó con los mismos nudos en su lengua y con la misma elocuencia en su herramienta! Y ante las risas y las burlas de la jovencita y de sus compañeras, él salió de la estancia con la nariz tan larga que le llegaba a los pies. Ahora bien, en el momento en que hubo salido, Zein Al-Mawassif levantóse y dijo a sus acompañantes: «¡Por Alá, que nos es necesario escapar de este monasterio lo más aprisa, pues yo tengo mucho miedo de que estos monjes terribles y su patriarca asqueroso vengan a violentarnos esta noche, para que nos libremos de su contacto envilecedor!». Y a favor de las tinieblas de la noche, ellas, las cinco, se deslizaron del monasterio y, volviendo a subir en sus camellos, continuaron viaje para su país. Dejémoslas ahora. En cuanto al patriarca y a los cuarenta monjes, cuando estos despertaron a la mañana siguiente y comprobaron la desaparición de Zein Al-Mawassif, sintieron sus tripas retorcerse de desesperación. Y ellos se reunieron en su iglesia para cantar como animales, según su costumbre. Pero en lugar de cantar sus antífonas y de recitar sus oraciones habituales, he aquí lo que improvisaron. El primer monje cantó:

«¡Reuníos, hermanos míos, antes que mi alma os abandone, pues ha llegado mi última hora!

»El fuego del amor consume mis huesos, la pasión devora mi corazón y yo ardo por una belleza que ha llegado a esta región para herirnos con todas las flechas mortales lanzadas por sus cejas y sus párpados».

El segundo monje respondió con este canto:

«¡Oh tú!, que viajas lejos de mí, ¿por qué, habiendo arrebatado mi pobre corazón, no me has llevado contigo?

»¡Tú partiste llevándote mi reposo! ¡Ay, puedas tú volver muy pronto para verme expirar en tus brazos!».

El tercer monje cantó:

«¡Oh tú!, cuya imagen brilla ante mis ojos, llena mi alma y habita en mi corazón.

»Tu recuerdo es más dulce a mi espíritu que la miel es dulce a los labios del niño; y tus dientes que sonríen a mis sueños son más brillantes que la espada de Israel.

»¡Pasaste como una sombra, derramando en mis entrañas una llama devoradora!

»¡Si alguna vez en sueños te aproximaras a mi lecho, lo hallarías bañado con mis lágrimas!».

El cuarto monje respondió:

«¡Contengamos nuestras lenguas, hermanos míos, y no sigamos dejando escapar palabras superfluas que afligirían nuestros sufrientes corazones!

»¡Oh luna llena de la belleza! Tu amor ha extendido sus brillantes rayos sobre mi oscura cabeza y me has incendiado con una pasión infinita».

El quinto monje, sollozando, cantó:

«¡Oh, mi único deseo está en mi amada! Su belleza oscurece el resplandor de la luna; su saliva es más dulce que el jugo valioso de las uvas; la amplitud de sus caderas alaba a su creador.

»He aquí que mi corazón está consumido por la llama del amor que ella me ha inspirado y que mis lágrimas corren de mis ojos como gotas de ónice».

El sexto monje continuó entonces:

«¡Oh ramas cargadas de rosas, oh estrellas de los cielos!, ¿en dónde está la que se nos apareció en el horizonte y cuyo mortal influjo ha hecho perecer a los hombres sin ayuda de armas, con solo su mirada?».

En seguida el séptimo monje entonó este canto:

«Mis ojos, que la han perdido, se colman de lágrimas; el amor se aumenta y la paciencia disminuye.

»¡Oh dulce seductora aparecida en nuestros caminos; el amor aumenta y la paciencia disminuye!».

Y de esta manera siguieron entonando todos los restantes monjes, por turno, un canto improvisado, hasta que le llegó la vez a su patriarca, quien entonces cantó con voz llorosa:

«Mi alma está llena de turbación y la esperanza me ha abandonado.

»Una belleza maravillosa ha pasado por nuestro cielo y me ha quitado el sosiego.

»Ahora el sueño huye de mis párpados y la tristeza los consume.

»¡Señor, yo me lamento a ti de mis sufrimientos! ¡Señor, haz que, ausente mi alma, mi cuerpo se desvanezca como una sombra!».

Cuando hubieron terminado sus cantos, los monjes se arrojaron de boca sobre las losas de su iglesia y lloraron durante bastante tiempo. Luego de esto, resolvieron pintar de memoria el retrato de la fugitiva y colocarlo en el altar de su descreimiento. Pero no pudieron dar realidad a su proyecto, pues les sorprendió la muerte y puso término a sus tormentos luego de haber cavado sus propias tumbas en el monasterio...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CINCUENTA

Ella dijo:

—Y hasta aquí lo referente a los cuarenta monjes y a su patriarca. Respecto a la caravana, Alá había escrito a esta la seguridad y, después de un viaje sin contratiempos, llegó en buen estado al país natal. Y Zein Al-Mawassif, ayudada por sus compañeras, descendió y puso pie en el jardín de su propiedad. Y penetró en la vivienda e hizo que lo prepararan todo y perfumaran el lecho de valioso ámbar, antes de enviar a Hubub a que fuera a comunicar su regreso a su bien amado Anís. En ese momento, Anís, que continuaba pasando sus días y sus noches entre lágrimas, estaba

tendido, soñoliento, sobre su cama, y soñaba que él veía evidentemente a su bien amada de regreso. Y como tenía fe en los sueños, se levantó muy conmovido y al momento se dirigió hacia la morada de Zein Al-Mawassif para asegurarse de la verdad de su sueño. Y franqueó la puerta del jardín. Y al momento percibió el perfume de ámbar y almizcle de su bienamada. Y voló hacia el interior y entró en la habitación en donde, ya dispuesta, Zein Al-Mawassif esperaba su llegada. Y ellos cayeron en los brazos el uno del otro, y quedaron enlazados durante mucho tiempo, prodigándose las pruebas apasionadas de su amor. Y para no desvanecerse de alegría y de emoción, bebieron una alcarraza llena de una bebida refrescante hecha de azúcar, limones y agua de flores. Después de beber, se desahogaron contándose todo cuanto les había acontecido durante su ausencia; y solo se interrumpieron para acariciarse y abrazarse tiernamente. Y Alá sabe el número y la intensidad de las pruebas de amor de aquella noche. Y al día siguiente, ellos enviaron a buscar al cadí y a los testigos, quienes, inmediatamente, redactaron el contrato de matrimonio. Y ambos vivieron en una vida feliz, hasta la llegada de la segadora de los adolescentes y de las jovencitas. Pero ¡gloria y alabanza a aquel que distribuye, en su justicia, la belleza y los placeres! ¡Y la oración y la paz sobre el señor de los enviados, Mahoma, que ha reservado a sus creyentes el paraíso!

Cuando Schehrazada hubo contado de esa forma esta historia, la pequeña Doniazada exclamó:

—¡Oh hermana mía, qué sabor, qué delicias, qué pureza y qué excelencia en tus palabras!

Y Schehrazada dijo:

—Pero ¿qué es todo esto comparado con lo que quisiera yo contar aún, si me lo permite el rey, a propósito del joven flojo?

Y el rey Schahriar dijo:

—Por cierto, Schehrazada, yo quiero permitírtelo todavía esta noche, ya que tus palabras me han satisfecho y no conozco la historia del joven flojo.

HISTORIA DEL JOVEN FLOJO

—Se cuenta, entre muchas otras cosas, que un día, como el califa Harún Al-Raschid estuviera sentado en su trono, un joven eunuco entró, el cual tenía entre sus manos una corona de oro incrustada de perlas, rubíes y todas las especies más estimables de gemas y pedrería. Este eunuco-niño prosternóse ante el califa, y dijo: «¡Oh emir de los creyentes!, nuestra señora Sett Zobeida me envía para transmitirte sus saludos y homenajes y, al mismo tiempo, decirte que esta maravillosa corona que traigo, y que tú bien conoces, está falta en su cima de una gruesa gema, sin que haya podido encontrarse jamás una bastante hermosa para ocupar este lugar vacío. Mi señora ha ordenado rebuscar entre todos los mercaderes, ha registrado en sus propios tesoros; pero hasta el presente no ha sido posible encontrar la piedra digna de rematar esta corona. Por eso Zobeida desea que tú mismo ordenes pesquisas con el propósito

de satisfacer su deseo». Entonces el califa se dirigió a sus visires, sus emires, sus chambelanes y sus lugartenientes, y les dijo: «¡Buscad todos esta gema tan grande y tan bella como la desea Zobeida!». Ahora bien, todos ellos buscaron esta gema entre las pedrerías de sus esposas, pero no encontraron nada que pudiera complacer a Zobeida, y rindieron cuenta al califa de la inutilidad de su búsqueda. El califa se disgustó mucho por ello y les dijo: «¿Cómo es posible que siendo yo el califa, el rey de los reyes de la tierra, me sea imposible conseguir cosa tan miserable como una piedra? ¡Ay de vuestras cabezas! ¡Id y buscad entre los mercaderes!». Y ellos indagaron entre todos, que respondieron unánimemente: «No busquéis más. Nuestro señor el califa no podrá encontrar esa piedra sino en casa de un joven de Bassra que se llama Abu-Mohammad-Huesos-Blandos». Y volvieron los dignatarios a rendir cuenta al califa de lo que habían hecho y sabido, diciéndole: «Nuestro señor el califa no podrá encontrar esta gema más que en casa de un joven de Bassra que se llama Abul-Mohammad-Huesos-Blandos». Entonces, el califa ordenó a Giafar, su visir, que enviara aviso al emir de Bassra para buscar inmediatamente a este Abu-Mohammad-Huesos-Blandos y llevarlo a Bagdad con toda diligencia.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CINCUENTA Y UNA

Ella dijo:

—Y Giafar escribió en seguida una misiva con este objeto, comisionando al portaespada Massrur para que, a toda prisa, la llevara él mismo a Bassra al emir El-Zobeidi, gobernador de la ciudad. Massrur partió sin tardanza a cumplir su misión. Cuando el gobernador de Bassra, el emir El-Zobeidi, recibió la misiva del califa, y después de rendir al enviado todos los honores y respetos debidos, dio a este guardias para conducirlo a casa de Abu-Mohammad-Huesos-Blandos. Y Massrur llegó en seguida al palacio habitado por este joven; y fue recibido en la puerta por una pequeña tropa de esclavos ricamente vestidos, a los que ordenó: «Decid a vuestro amo que el emir de los creyentes le llama a Bagdad». Y los esclavos entraron a avisar a su señor. Algunos instantes después, el joven Abu-Mohammad apareció en persona en el umbral de su casa y vio al enviado del califa, con los guardias del emir de Bassra; e inclinándose ante él hasta tocar la tierra, dijo: «Obediencia a las órdenes del emir de los creyentes». Y añadió: «Pero yo os suplico, ¡oh muy honorables!, que entréis un instante y honréis mi casa». Massrur respondió: «No podremos detenernos demasiado a causa de las órdenes apremiantes del emir de los creyentes, que espera tu

llegada a Bagdad». Abu-Mohammad dijo: «Por lo mismo, es preciso darme el tiempo necesario para hacer mis preparativos de viaje. ¡Entrad, pues, a reposar!». Massrur y sus compañeros pusieron aún algunas dificultades, por guardar las formas, pero acabaron siguiendo al joven. Y vieron, desde el vestíbulo, magníficas cortinas de terciopelo azul recamado de oro fino, mármoles preciosos, maderas trabajadas, y toda clase de maravillas. Por todas partes, tanto sobre las tapicerías como en los muebles, en las paredes y los techos, rutilaban metales preciosos y centelleo de pedrerías. Y el huésped los hizo conducir a una sala de baños resplandeciente y perfumada como una rosa, tan espléndida, que el palacio del califa no tenía nada parecido. Y después del baño, vistiéronlos con suntuosas ropas de brocado verde ornadas con motivos en perlas, hilos de oro, y pedrerías de todos los colores. Y haciéndoles los cumplidos de después del baño, los esclavos les ofrecieron en platos de porcelana dorada, las copas de sorbetes y los refrescos. Después entraron cinco jóvenes, bellos como el ángel Harout, que hicieron a cada uno el presente de una bolsa con cinco mil denarios, como regalo de parte del amo. Y entonces volvieron a entrar los esclavos, y rogándoles que los siguieran, fueron conducidos a la sala de reunión donde los esperaba Abu-Mohammad sentado en un diván de seda, y apoyados los brazos sobre cojines orlados de perlas. Y se levantó en su honor haciéndoles sentar a su lado, y comió y bebió con ellos toda clase de manjares admirables y bebidas como solo en los palacios de los Kaissares pudieran hallarse. Entonces, el joven se levantó y dijo: «Yo soy el esclavo del emir de los creyentes. Los preparativos están hechos y podemos partir para Bagdad». Y salieron de Bassra para tomar el camino de Bagdad. Y después de un feliz viaje, llegaron a la ciudad de la paz y entraron en el palacio del emir de los creyentes. Cuando fue llevado a presencia del califa, hizo tres reverencias hasta tocar el suelo y tomó una actitud llena de modestia. El califa le invitó a sentarse, y él lo hizo, respetuosamente, en el borde de la silla, y con una expresión muy conveniente, dijo: «¡Oh emir de los creyentes!, tu sumiso esclavo sabe, sin que se le haya dicho, el motivo por el cual es traído ante su soberano. Por eso, en lugar de una sola gema, ha creído su deber traer al emir de los creyentes todo lo que la suerte le concedió». Y habiendo dicho estas palabras, añadió: «Si mi amo el califa me lo permite, haré abrir los cofres que he traído conmigo en homenaje de un siervo a su soberano». Y el califa le dijo: «Yo no veo ningún inconveniente en ello». Entonces, Abu-Mohammad hizo llevar los cofres a la sala de recepción, y abriendo el primero, sacó de él, entre otras maravillas, tres árboles, cuyos troncos eran de oro, las ramas y las hojas de esmeraldas y aguamarinas y los frutos, rubíes, perlas y topacios, en lugar de naranjas, manzanas y granadas. Después, y en tanto que el califa se maravillaba de la belleza de estos árboles, abrió el segundo cofre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CINCUENTA Y DOS

Ella dijo:

—Entonces, entre otros esplendores, sacó un pabellón de oro y seda incrustado de perlas, jacintos, esmeraldas, rubíes, zafiros, y muchas otras gemas de nombres desconocidos; y el poste central de este pabellón era de madera de áloe indio; y todos los faldones de este pabellón estaban cuajados de gemas de todos los colores, y el interior estaba ornamentado con dibujos de un arte maravilloso representando graciosos retozos de animales y vuelos de pájaros; y todos estos animales y pájaros eran de oro, crisolindas, granates, esmeraldas, y muchas otras variedades de gemas y metales preciosos. Y cuando el joven Abu-Mohammad hubo sacado del cofre todos estos objetos, que fue depositando al azar sobre el tapiz, se irguió, y sin mover la cabeza, hacía subir y bajar sus cejas. Y en seguida el pabellón todo entero, se dirigió por sí mismo al centro de la estancia con tanta prontitud, orden y simetría, como si fuera conducido por veinte personas ejercitadas; y los tres árboles maravillosos vinieron, ellos mismos, a plantarse a la entrada del pabellón para protegerlo con su sombra. Entonces, Abu-Mohammad miró por segunda vez al pabellón y dejó oír un tenue silbido. Y al instante, todos los pájaros gemados del interior comenzaron a cantar, y los animales de oro respondieron dulce y armoniosamente; y Abu-Mohammad, pasado un momento, hizo oír un segundo silbido, y el coro entero se calló sobre la nota comenzada. Cuando el califa se hubo repuesto un poco del asombro que le produjeran estas cosas, de las que jamás viera nada parecido, dijo al joven: «¿Puedes decirme, ¡oh joven!, de dónde te vienen todas estas cosas, siendo tú un simple vasallo entre mis vasallos? Tú eres conocido por el nombre de Abu-Mohammad-Huesos-Blandos, y yo sé que tu padre fue un simple cuidador de baños, muerto sin dejarte nada en herencia. ¿Cómo pudo ser posible que hayas llegado en tan poco tiempo, y siendo aún tan joven, a este grado de riqueza, de distinción y poderío?». Y Abu-Mohammad respondió: «Yo te contaré mi historia, ¡oh emir de los creyentes!, una historia tan maravillosa, llena de hechos tan extraordinariamente prodigiosos, que si fuera escrita con agujas de tatuar en el rincón interior del ojo, sería muy provechosa lección para aquellos que quisieran aprovecharla». Y Al-Raschid, muy intrigado, dijo: «Apresúrate entonces y haznos oír ya lo que vayas a decirnos, Abu-Mohammad». Y el joven dijo: «Sabrás, pues, ¡oh emir de los creyentes!, que Alá te colme de poderío y de gloria, que yo soy, en efecto, comúnmente conocido bajo el nombre de Abu-Mohammad-Huesos-Blandos, y que soy el hijo de un pobre cuidador de baños que murió sin dejarnos, a mi madre y a mí, con qué atender a nuestra subsistencia. Así, pues, aquellos que te informaron de estos

detalles, dijeron la verdad; pero ellos no han podido decirte por qué y cómo me vino este sobrenombre. Helo aquí: desde mi infancia, ¡oh emir de los creyentes!, yo era el muchacho más blando y perezoso que pudiera encontrarse sobre la faz de la tierra. Y, en verdad, tan grandes eran mi flojedad y mi pereza, que si encontrándome echado en la tierra caía el sol con todos sus rayos sobre mi cabeza descubierta, en pleno mediodía, no tenía ánimo para cambiar de lugar y ponerme a la sombra, y yo me dejaba cocer antes que mover pie ni mano. A la muerte de mi difunto padre, que Alá tenga en su misericordia, yo era un muchacho con quince años que me comportaba como si no tuviera más que dos. Continuaba sin querer trabajar ni moverme del sitio en que caía; y mi pobre madre se veía obligada a servir a las gentes del barrio para mantenerse, mientras yo me pasaba los días echado, siempre del mismo lado, sin tener fuerza siquiera para levantar la mano y espantar las moscas que habían establecido su morada en todas las cavidades de mi cara...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CINCUENTA Y TRES

Ella dijo:

—«... Ahora bien, un día, por una rara coincidencia, mi madre, que había penado durante un mes al servicio de aquellos para quienes trabajaba, se me acercó llevando en la mano cinco monedas de plata, fruto de su labor, diciéndome: “¡Oh hijo mío!, acabo de saber que nuestro vecino el jeque Muzaffar va a partir para la China; tú sabes, hijo mío, que este venerable jeque es un hombre excelente, un hombre de bien que no desprecia a los pobres como nosotros y no los rechaza. Toma, pues, estos cinco dracmas de plata y levántate para que me acompañes a casa del jeque; le darás estas cinco monedas y le rogarás que te compre con ellas mercancías de la China, que luego revenderás aquí y de las que obtendrás, sin duda alguna, ¡Alá lo quiera!, un beneficio considerable. He aquí hijo mío, la ocasión de enriquecernos. Y aquel que rehúsa el pan de Alá, es un descreído”. Después de este discurso de mi madre, acentuando aún más mi pereza, me hice el muerto al punto. Y mi madre me suplicó y me conjuró de todas las maneras: por el nombre de Alá, por la tumba de mi padre, por todo. Mas ello fue en vano y yo simulé roncar. Entonces ella me dijo: “¡Por las virtudes del difunto!, yo juro, Abu-Mohammad-Huesos-Blandos, que si tú no quieres escuchar ni acompañarme a casa del jeque, yo no te daré más de comer ni de beber y te dejaré morir de inanición”. Y dijo estas palabras, con un tono tan resuelto, ¡oh emir de los creyentes!, que comprendí que esta vez pondría en ejecución lo que decía; y yo

hice oír un sordo gruñido que significaba: “¡Ayúdame a sentarme!”. Y ella, tomándome el brazo, me ayudó a incorporarme. Entonces yo, agotado de fatiga, me puse a llorar, y entre mis gemidos suspiré: “¡Dame mis zapatillas!”. Mi madre las cogió y yo le dije: “Pónmelas en los pies”. Y ella me las calzó. Yo le dije: “Ayúdame a ponerme en pie”. Y ella lo hizo. Y yo, gimiendo como si fuera a rendir el ánimo, le dije: “Sostenme para que pueda marchar”. Y ella, sosteniéndome por detrás, me empujó suavemente para hacerme avanzar. Comencé a andar muy despacio, deteniéndome a cada paso para respirar y echando la cabeza sobre la espalda como si se me escapara el alma. Y en esta postura, acabe por llegar al borde del mar, cerca del jeque Muzaffar, rodeado de sus parientes y amigos, quien se disponía a embarcar para partir. Y mi llegada fue acogida con estupefacción por todos los circunstantes que, contemplándome, exclamaban: “¡Oh prodigio! Es la primera vez que vemos andar a Abu-Mohammad-Huesos-Blandos. Y es la primera vez que sale de su casa”. Ahora bien, cuando me hallé ante el jeque, yo le dije: “¡Oh mi tío!, ¿eres tú el jeque Muzaffar?”. Y él me dijo: “A tus órdenes, ¡oh Abu-Mohammad!, hijo de mi difunto amigo, que Alá, tenga en su gracia y piedad”. Yo le dije, entregándole las cinco piezas de plata: “Toma estos cinco dracmas, ¡oh jeque!, y cómprame con ellos mercancías de la China, y pudiera ser, que por tu mediación, viniera la ocasión de enriquecernos”. El jeque Muzaffar no rehusó las cinco monedas y las guardó en su cintura, diciendo: “¡En el nombre de Alá!”, y a mí: “¡Por la bendición de Alá!”. Y pidiendo licencia a mi madre y a mí y acompañado de varios mercaderes que hacían con él el viaje, se embarcó para la China. Alá veló por la seguridad de Muzaffar, que llegó sin contratiempo al país de la China. Y compró, como los demás mercaderes que iban con él, lo que había de comprar, y vendió lo que había que vender, y traficó e hizo lo que había que hacer. Después de lo cual, se reembarcó, para regresar a su país con sus compañeros, en el mismo navío que los trajera de Bassra. Diéronse a la vela y dejaron la China. Al cabo de diez días de navegación, una mañana el jeque Muzaffar se levantó de pronto, y golpeando sus manos una contra otra, desesperadamente, gritó: “¡Que se recojan las velas!”; y los mercaderes, muy sorprendidos, le preguntaron: “¿Qué es ello, oh jeque Muzaffar?”. “Sabed que he olvidado comprar las mercancías para las que Abu-Mohammad me había dado los cinco dracmas de plata”. Y los mercaderes respondieron: “¡Por Alá, oh nuestro jeque, no nos obligues, después de todas las fatigas pasadas y los peligros corridos, además de la ya larga ausencia de nuestro país, a regresar a China por tan poca cosa!”. Y él dijo: “Es absolutamente preciso que volvamos a China, puesto que mi palabra está empeñada por la promesa hecha a Abu-Mohammad y a su pobre madre, la mujer de mi difunto amigo”. Ellos dijeron: “Que esto no te detenga ¡oh jeque!, puesto que estamos dispuestos a pagarte cinco dinares de oro cada uno, como intereses de las cinco monedas de plata que te encomendó Abu-Mohammad-Huesos-Blandos, y tú le darás este oro a nuestra llegada”. Y Muzaffar dijo: “Yo acepto en su nombre vuestro ofrecimiento”. Entonces cada uno de los mercaderes pagaron cinco dinares de oro y

continuaron su viaje. Ahora bien, durante la travesía el navío se detuvo para hacer provisiones en una isla de tantas. Los mercaderes y Muzaffar descendieron a tierra para pasearse y cuando el jeque, después de haber respirado el aire de la isla, regresaba para embarcarse, vio en la orilla del mar a un vendedor de monos que tenía en venta hasta una veintena de estos animales. Había entre ellos uno de aspecto miserable, pelado, tembloroso y con los ojos llenos de lágrimas. Y los otros monos, cada vez que su amo volvía la cabeza para ocuparse de los clientes, se apresuraban a saltar sobre su miserable compañero; le mordían, arañaban y pisaban su cabeza. Y el jeque Muzaffar, que era de corazón compasivo, se impresionó por el estado de aquel pobre animal y preguntó al mercader: “¿Cuánto quieres por ese mono?”. “Ese, ¡oh mi amo!, no vale caro. Te lo dejo en cinco dracmas solamente por desembarazarme de él”. Y el jeque dijo para sí: “Es justamente la suma que me dio el huérfano; voy a comprarle este animal para que pueda servirse de él mostrándolo en los mercados y ganar su pan y el de su madre”. Y pagó los cinco dracmas al mercader, entregando el mono a uno de los marineros del navío. Después de lo cual se embarcó con sus compañeros y partieron. Y ocurrió que, antes de darse a la vela, vieron a unos pescadores que buceaban hasta el fondo del mar y, cada vez que salían del agua, sostenían en sus manos conchas repletas de perlas...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CINCUENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—«... Y el mono también vio todo esto. Y al instante, dando un salto, se arrojó al mar. Y se zambulló hasta el fondo, para salir al cabo de cierto tiempo llevando en su boca y manos conchas repletas de perlas de un tamaño y belleza maravillosos. Trepó hasta la cubierta y dejó su pesca ante el jeque. Después hizo con sus manos varios ademanes que podían significar: “¡Atame algo al cuello!”. El jeque le ató un saco y el mono, saltando de nuevo al mar, volvió a salir con el saco lleno de conchas rebosantes de perlas aún más gruesas y bellas que las anteriores. Varias veces repitió el mono sus zambullidas, depositando siempre ante el jeque su pesca maravillosa. A todo esto, Muzaffar y los mercaderes llegaron al colmo de la estupefacción y decíanse: “¡No hay más poder y fuerza que en Alá, el omnipotente! Este mono posee secretos que nosotros no conocemos; y todo ello por la buena suerte de Abu-Mohammad-Huesos-Blandos, el hijo del saludador”. A continuación dejaron la isla de las perlas y, después de una navegación excelente, llegaron a Bassra. Tan pronto

como el jeque Muzaffar puso pie en tierra, vino a llamar a nuestra puerta. Mi madre preguntó desde el interior: “¿Quién está ahí?”. Y respondió Muzaffar: “Soy yo; abre, ¡oh madre de Abu-Mohammad!”. Y mi madre me gritó: “¡Levántate, Huesos-Blandos, que aquí está el jeque Muzaffar que regresa de la China! ¡Ve a abrirle la puerta, saludarle, y darle la bienvenida! Después le preguntarás qué es lo que te ha traído, esperando que Alá, por su mediación, te habrá enviado con qué atender a nuestras necesidades”. Y yo le dije: “¡Ayúdame a levantarme y andar!”. Ella lo hizo y yo, pisándome los faldones del vestido, me arrastré hasta la puerta, que abrí. El jeque Muzaffar, seguido de sus esclavos, entró en el vestíbulo y me dijo: “Bendiciones para aquel cuyos cinco dracmas trajeron tanta felicidad a nuestro viaje. He aquí, hijo mío, lo que ellos te han proporcionado”. E hizo colocar en el vestíbulo los sacos de perlas, me entregó el oro que le habían dado los mercaderes y puso en mi mano la cuerda a la que estaba atado el mono. Luego dijo: “Esto es todo lo que te han reportado los cinco dracmas. En cuanto al mono, ¡oh hijo mío!, no lo maltrates, que es un mono de bendiciones”. Y pidiendo nuestra licencia, Muzaffar se fue con sus esclavos. Entonces yo, ¡oh emir de los creyentes!, me volví hacia mi madre y le dije: “Tú verás ahora, ¡oh madre!, quién de los dos tenía razón. Tú has torturado mi vida diciéndome todos los días: ‘¡Levántate y trabaja, Huesos-Blandos!’”. Y yo te respondía: ‘Aquel que me ha creado no me dejará morir’”. Y mi madre dijo: “Tú tienes razón, hijo mío. Cada cual lleva atado su destino al cuello y, haga lo que haga, no podrá desprenderse de él”. Después me ayudó a contar las perlas y clasificarlas según su tamaño y belleza. Yo abandoné la blandura y holgazanería y, acudiendo todos los días al mercado, vendí las perlas a los mercaderes. Conseguí grandes beneficios que me permitieron comprar tierras, casas, tiendas, jardines y palacios, amén de esclavos, hombres y mujeres, y jóvenes mozos. Ahora bien; el mono me seguía a todas partes. Comía de lo que yo comía y bebía de lo que yo bebía, sin quitarme jamás los ojos de encima. Y un día, como yo estuviera sentado en el palacio que me había hecho construir, el mono me hizo entender por señas que quería un tintero, papel y cálamo. Yo le traje las tres cosas y él, tomando el papel, que colocó en su mano izquierda, como hacen los escribanos, y mojando el cálamo en el tintero, escribió: “¡Oh Abu-Mohammad!, ve a buscarme un gallo blanco y vuelve a reunirme conmigo en el jardín”. Y yo, habiendo leído estas líneas, fui a buscar el gallo blanco y corrí al jardín para entregárselo al mono, al que encontré con una serpiente entre sus manos. Y él tomó el gallo y lo arrojó sobre la serpiente. Y los dos animales lucharon al punto entre ellos, acabando por vencer el gallo a la serpiente, matándola. Después, contrariamente a lo que hacen los gallos, se la tragó enteramente. Entonces el mono tomó el gallo, le arrancó todas las plumas, y las plantó una a una en el jardín. Luego mató al gallo y regó con su sangre todas las plumas, tomó la molleja del animal, la limpió y la colocó en medio del jardín. Después de lo cual...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CINCUENTA Y CINCO

Doniazada dijo:

—¡Oh hermana de gracia!, apresúrate a decirnos lo que hizo el mono de Abu-Mohammad después de plantar las plumas del gallo en el jardín y de regarlas con la sangre del animal.

Y Schehrazada dijo:

—De todo corazón. «... Después de lo cual, el mono fue poniéndose delante de cada pluma, hizo entrechocar sus mandíbulas, profiriendo unos gritos que no pude comprender y, volviendo a mi lado, dio un salto prodigioso, elevándose sobre la tierra y perdiéndose de vista en los aires. Y al mismo tiempo, todas las plumas de gallo plantadas en mi jardín se trocaron en árboles de oro con ramas y hojas de esmeraldas y aguamarinas y, en vez de frutos, rubíes, perlas y toda clase de piedras preciosas. La molleja del gallo se convirtió en este pabellón maravilloso que yo me permito ofrecerte, ¡oh emir de los creyentes!, con tres de los árboles de mi jardín. Desde entonces soy rico y, poseyendo bienes inestimables de los que cada piedra vale un tesoro, vivo dichoso entre delicias. Y todo esto por haber puesto, desde la infancia, toda mi confianza en la generosidad sin límites del retribuidor, que jamás deja a sus creyentes en la necesidad». Cuando el califa Harun Al-Raschid acabó de escuchar esta historia, se maravilló sobre toda ponderación y exclamó: «¡Los favores de Alá son ilimitados!». Y retuvo a su lado a Abu-Mohammad para que pudiera dictar su relato a los escribanos del palacio. Y no lo dejó partir de Bagdad hasta que lo hubo colmado de honores y prodigado regalos de una magnificencia igual a los de su huésped. ¡Pero Alá es más generoso y más poderoso!

Cuando el rey Schahriar hubo escuchado esta historia, dijo a Schehrazada:

—¡Oh Schehrazada!, esta historia me satisface por su moraleja.

Y Schehrazada dijo:

—Sí, ¡oh rey!, pero esa no es nada en comparación con la que quiero contarte ahora...

HISTORIA DEL JOVEN NUR y LA HEROICA FRANCA

Y Schehrazada dijo:

—Me ha sido revelado, ¡oh rey afortunado!, que existió en el pasado de la edad y del momento, en el país de Egipto, un hombre de entre los notables, llamado Corona, que había pasado su vida viajando por tierras y por mar, en las islas y en los desiertos, y en las comarcas conocidas y desconocidas, no temiendo ni a los peligros, ni a las

fatigas, ni a los tormentos, y afrontando circunstancias tan terribles que, oídas solamente, los cabellos se volverían blancos incluso a los pequeños. Pero luego, rico y respetado, el mercader Corona había hecho renuncia a los viajes para vivir en su palacio en serenidad, sentado en su diván, a toda su comodidad, y ceñida la frente con su turbante de muselina de un blancor inmaculado. Y nada faltaba para la satisfacción de sus deseos. Pues sus apartamentos, sus harenes, sus armarios y sus cofres, llenos de suntuosidades, de vestidos de Mordin, de telas de Baalbeck, de sederías de Homs, de armas de Damasco, de brocados de Bagdad, de gasas de Mossul, de mantos del Mogreb y de bordados de la India, no tenían par en magnificencia en los palacios de los reyes y de los sultanes. Y él poseía, en gran número, esclavos negros y esclavos blancos, mamelucos turcos, concubinas, eunucos, caballos de raza y mulos, camellos de la Bactriana y dromedarios de carrera, mancebos de Grecia y de Siria, doncellas de la Circasia, pequeños eunucos de Abisinia y mujeres de todos los países. Y de este modo era, sin duda alguna, el mercader más satisfecho y el más honrado de su tiempo. Pero el bien más valioso y la cosa más espléndida que poseía el mercader Corona era su propio hijo, mancebo de catorce años, que era ciertamente más bello que la luna en su decimocuarto día. Pues nada, ni el frescor de la primavera, ni las flexibles ramas del árbol del ban, ni la rosa en su cáliz, ni el transparente alabastro, igualaban la delicadeza de su adolescencia feliz, la flexibilidad de su andar, los tiernos colores de su rostro y la pura blancura de su cuerpo encantador. Y el poeta, inspirado en sus perfecciones, lo ha cantado así:

 Mi joven amigo, que es tan bello, me ha dicho: «¡Oh poeta, tu elocuencia es imperfecta!». Yo le dije: «¡Oh mi señor, la elocuencia no tiene nada que ver en nuestro caso! ¡Tú eres el rey de la belleza y en ti todo es igualmente perfecto!».

 Pero, si me permites elegir una preferencia, ¡oh qué bello es, sobre tu mejilla, el lunarcito, gota de ámbar sobre una mesa de mármol blanco! ¡Y he ahí las espadas de tus párpados que declaran la guerra a los indiferentes!

Y otro poeta ha dicho:

 En el rumor de un combate, yo pregunté a aquellos que se matan entre sí: «¿Por qué esta sangre vertida?». Y ellos me dijeron: «¡Por los bellos ojos del adolescente!».

Y un tercero ha dicho:

 Él mismo vino a visitarme y, viéndome tan emocionado y turbado, me dijo: «¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?». Yo le dije: «¡Aparta las flechas de sus ojos adolescentes!».

Un otro ha dicho:

Lunas y gacelas vienen a competir con él en encantos y en belleza; pero yo les digo: «¡Oh gacelas, huid aprisa y no os comparéis en nada a este cervatillo! ¡Y vosotras, oh lunas, absteneos! ¡Todos vuestros empeños son inútiles!».

Y otro ha dicho:

¡El esbelto mancebo! Del negro de su cabellera y de lo albo de su frente, el mundo está sumergido, alternativamente, en la noche y en el día.

¡Oh! ¡No despreciéis el grano de belleza de su mejilla! La tierna anémona solo es bella en su rojo esplendor a causa de la gota negra que adorna su corola.

Y otro ha dicho:

¡El agua de la belleza se purifica al contacto con su rostro! Y sus párpados facilitan a los arqueros para penetrar el corazón de sus enamorados. ¡Mas loadas sean tres perfecciones: su belleza, su gracia y mi amor!

¡Sus ligeros vestidos dibujan los contornos de sus graciosas nalgas, como las nubes transparentes dejan percibir la dulce imagen de la luna! ¡Loadas sean las tres perfecciones: sus ligeros vestidos, sus graciosas nalgas y mi amor!

Las pupilas de sus ojos son negras, negra la pequeña mancha que adorna su mejilla y negras igualmente mis lágrimas. ¡Alabadas sean ellas por su perfecto negror!

Su frente, los rasgos tan finos de su rostro y mi cuerpo consumido de amor, semejan el fin creciente de la luna: ellos por su resplandor y mi cuerpo consumido por la relación de la forma. ¡Loadas sean sus perfecciones!

Sus pupilas, aunque abrevadas en mi sangre, no han enrojecido y permanecen suaves como el terciopelo. ¡Tres veces alabadas sean sus pupilas!

¡En el día de nuestra unión, él me ha saciado con la pureza de sus labios y con su sonrisa! ¡Ah, en correspondencia, yo le doy, para que él los use lícitamente: mis bienes, mi sangre y mi vida! ¡Y que para siempre sean ensalzados sus labios puros y su sonrisa!

En fin, otro poeta, entre mil otros que lo han cantado, ha dicho:

Por los arcos abovedados que guardan sus ojos, y por sus ojos que lanzan las flechas encantadoras de sus miradas;

por sus formas delicadas; por la cortante cimitarra de sus miradas; por la suprema elegancia de su andar, por el color de su negra cabellera;

por sus lánguidos ojos, que arrebatan el sueño y que forman la ley en el imperio del amor;

por los bucles de sus cabellos, semejantes a escorpiones que lanzan en los corazones los dardos de la desesperación;

por las rosas y los lirios que florecen en sus mejillas; por los rubíes de sus labios, en donde brilla la sonrisa; por sus dientes de perlas deslumbrantes;

por el suave olor de sus cabellos; por los ríos de vino y de miel que corren de su boca cuando él habla;

por la rama de su flexible talle; por su ligero andar; por su grupa fastuosa que tiembla, ya esté en marcha o en reposo;

por las sedas de su piel de albaricoque; por la gracia y la elegancia que acompañan a sus pasos;

por la afabilidad de sus maneras, el sabor de sus palabras, la nobleza de su nacimiento y la grandeza de su fortuna;

por todos estos raros dones, yo juro que el sol, en su mediodía, es menos resplandeciente que su rostro; la luna nueva solo es una recortadura de sus uñas; que el olor del almizcle es menos dulce que su aliento, y que la brisa embalsamada roba su perfume a su cabellera.

Sucedió un día en que el admirable mancebo, hijo de Corona el mercader, se hallaba sentado en la tienda de su padre...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CINCUENTA Y SEIS

Ella dijo:

—... Y algunos adolescentes, sus amigos, Vinieron a hacerle compañía y le propusieron ir a pasear al jardín que pertenecía a uno de ellos, y le dijeron: «¡Oh Nur, ya verás qué hermoso es ese jardín!». Y Nur respondió: «¡Yo lo deseo bien! Pero es preciso que pida antes permiso a mi padre». Y fue a pedir permiso a su padre. Y el

mercader Corona no puso muchas dificultades y concedió el permiso a Nur, al que dio, además, una bolsa de oro para que no fuese a costa de sus camaradas. Entonces Nur y los adolescentes subieron en mulas y asnos, y llegaron a un jardín que encerraba cuanto puede lisonjear los ojos y dulcificar la boca. Y ellos entraron por una puerta abovedada, bella como la puerta del paraíso, formada de filas alternadas de mármoles de color y sombreadas de parras trepadoras de gruesas uvas rojas y negras, blancas y doradas, según ha dicho el poeta:

¡Oh racimos de uvas henchidas de vinos, deliciosos como sorbetes
y vestidos de negro como los cuervos!

Vuestro brillo, a través de las opacas hojas, os presenta semejantes
a jóvenes dedos recientemente acicalados.

Y de todas formas nos embriagáis: que colguéis con gracia de las
cepas y nuestra alma queda arrobada con vuestra belleza; que reposéis
en el fondo del lagar, y os transformáis en una miel embriagadora.

Entraron por esa puerta, vieron en lo alto de ella estos versos grabados en bellos
caracteres:

¡Ven, amigo! Si tú quieres gozar de la belleza de un jardín, ven y
contémplame.

Tu corazón olvidará sus pesares al fresco contacto de la brisa que
vagabundea fiel en mis avenidas; a la vista de las flores que me visten
con bellas ropas y que sonríen en sus mangas de pétalos.

El generoso cielo riega abundantemente mis árboles de ramas
colgadas bajo el fardo de sus frutos. Y tú verás, cuando las ramas se
balanceen danzando bajo los dedos del céfiro, a las pléyades arrobadas
lanzarle a manos llenas el oro liquido y las perlas de las nubes.

Y si, fatigado de jugar con las ramas, el céfiro las abandona para
acariciar la onda de los arroyos que corren a su encuentro, tú lo verás
abandonarla en seguida para ir a besar a mis flores en la boca.

Cuando hubieron franqueado esta puerta, divisaron al guardián del jardín sentado
a la sombra de un cenador de parras, y bello como el ángel Rizan, que guarda los
tesoros del paraíso. Y él se levantó en su honor y se presentó a ellos y, luego de los
salams y los deseos de bienvenida, les ayudó a descender de sus cabalgaduras y quiso
él mismo servirles de guía para enseñarles, con todos sus detalles, la belleza del
jardín. Y pudieron admirar de ese modo las bellas aguas que serpenteaban a través de
las flores y las abandonaban con pesar, las plantas cargadas con sus perfumes, los
árboles fatigados de sus joyas, los pájaros cantores, los parterres de flores, los
arbustos de especias, y todo cuanto hacía de este maravilloso jardín un retazo
desprendido de los jardines edénicos. Pero lo que les maravillaba por encima de las

palabras todas, era la vista, a ninguna otra parecida, de los milagrosos árboles frutales, cantados sucesivamente por todos los poetas, como dan fe algunos de estos poemas entre mil:

LAS GRANADAS

¡Deliciosas en la pulida corteza, granadas entreabiertas, dotadas de rubíes encerrados en tabiques de plata, sois las gotas coaguladas de una sangre virginal!

¡Oh granadas de la piel fina, senos erectos de adolescentes, el pecho adelantado, en presencia de los varones!

¡Cúpulas, cuando yo os miro aprendo arquitectura, y cuando os como, me curo de todas las enfermedades!

LAS MANZANAS

Bellas de rostro exquisito, ¡oh manzanas dulces y olorosas!, imitáis, mostrándoos en vuestros colores, rojos y amarillos, alternativamente, la tez de un amante feliz y la de un amante desgraciado; y unís, en vuestro doble rostro, el color del pudor y el del amor sin esperanza.

LOS ALBARICOQUES

Albaricoques de sabrosas almendras, ¿quién podría poner en duda vuestra excelencia? Tempranos aún sois flores semejantes a estrellas; y con frutos maduros en el follaje, redondeados y todo oro, se os tomaría por pequeños soles.

LOS HIGOS

¡Oh blancos, oh negros, oh higos bien venidos sobre mis fruteros!, yo os amo tanto como amo las vírgenes blancas de Grecia y tanto como amo a las cálidas hijas de Etiopía.

¡Oh mis amigos de predilección, tan seguros estáis de los tumultuosos deseos de mi corazón al veros, que os descuidáis en vuestra presentación, oh negligentes!

¡Si de tal manera os amo es porque pocos conocedores saben apreciar vuestra madurez, oh llenos de experiencia!

Tiernos amigos, ya rugosos por las desilusiones sobre las altas ramas que os balancean a todos los vientos, sois dulces y olorosos como la flor agostada de la manzanilla.

¡Y vosotros solos, entre todas vuestras hermanas, oh llenos de jugo, sabéis dejar brillar, en el momento del deseo, la gota de jugo hecho de miel y de sol!

LAS PERAS

¡Oh jóvenes, todavía vírgenes y ácidas al gusto, oh sinaíticas, oh jónicas, oh alepinas!

Vosotras que aguardáis, balanceándoos sobre vuestras espléndidas caderas suspendidas en un talle tan fino, a los amantes que, no lo dudéis, os comerán.

¡Oh peras, ya seáis amarillas o verdes, ya seáis gordas o alargadas, ya estéis en las ramas de dos en dos o solitarias!

Sois siempre deseables exquisitas a nuestro gusto, ¡oh fundentes, oh buenas!, vosotras que nos reserváis nuevas sorpresas cada vez que tocamos a vuestra carne.

LOS MELOCOTONES

¡Defendemos nuestras mejillas con el vello, para que el aire vivo o cálido no nos hiera! Tenemos terciopelos sobre todas nuestras caras y redondos y rojos estamos de haber rodado tanto en la sangre de vírgenes.

Esta es la razón de que nuestros matices sean tan exquisitos y nuestra piel tan delicada. Gusta, pues, nuestra carne y muérdenos con todos tus dientes, pero no toques a nuestro corazón: te envenenaría.

LAS ALMENDRAS

Ellas me dijeron: «Vírgenes tímidas, nos envolvemos en nuestros triples mantos verdes, como las perlas en sus conchas.

»Y aunque muy dulces en el interior, y tan exquisitas para quien sabe vencer nuestra resistencia, amamos el pasar nuestra juventud amargas y duras en la superficie.

»Pero la edad avanza y el rigor no persiste. Entonces estallamos y nuestro corazón, intacto y blanco, se ofrece en su frescor al que pasa por el camino».

Y yo exclamé: «¡Oh cándidas almendras, oh pequeñas, que estáis reunidas todas en el hueco de mi mano, oh gentiles!

»Vuestro vello verde está en la imberbe mejilla de mi amigo, sus grandes ojos alargados son las dos mitades de vuestro cuerpo y sus uñas prestan su bella forma a vuestra pulpa.

»Incluso la infidelidad se convierte en vosotras en una cualidad, pues vuestro corazón, tan a menudo doble y dividido, permanece blanco a pesar de todo, al igual que la perla engastada en un casco de jade».

LAS AZUFAIFAS

Contempla las azufaifas arracimadas, suspendidas de las ramas con cadenas de flores, tales los cascabeles de oro que besan los tobillos de las mujeres.

LAS NARANJAS

Sobre la colina, cuando el céfiro sopla, los naranjos se mecen con todas sus ramas y ríen graciosos con todo el zumbido de sus flores y de sus hojas.

Semejantes a mujeres que han adornado sus cuerpos jóvenes son bellos vestidos de brocado de oro, un día de fiesta, oh naranjas.

Sois flores por el olor y frutas por el sabor. ¡Y globos de fuego que encerráis la frescura de la nieve! ¡Nieve maravillosa que no se derrite en el centro del fuego! ¡Fuego maravilloso, sin llama y sin calor!

Y si yo contemplo vuestra piel tan reluciente, ¿puedo no pensar en mi amiga, la jovencita de bellas mejillas, cuyo trasero de oro es granulado?

LOS CITRONES

Las ramas de los citroneros descienden a tierra, aturdidos por sus riquezas.

Y los pebeteros de oro de los citrones, en el seno de las hojas, tienen perfumes que confortan el corazón y emanaciones que devuelven el alma a los agonizantes.

LOS LIMONES

¡Contempla estos limones que comienzan a madurar! ¡Es la nieve que se tiñe con los colores del azafrán; es la plata que se transmuta en oro; es la luna, que se cambia en sol!

¡Oh limones, bolas de crisolita, seno de vírgenes, alcanfor puro, oh limones, oh limones!...

LOS PLÁTANOS

Plátanos de formas atrevidas, carne mantecosa como un pastel.
Plátanos de piel lisa y suave, que dilatáis los ojos de las jóvenes.
¡Plátanos! ¡Cuándo os deslizáis por nuestras gargantas no herís
nuestros órganos, encantados de sentirlos!
¡Que colguéis, pesados como lingotes de oro, del tallo poroso de
vuestra madre,
o que maduréis lentamente en nuestros techos, oh redomitas llenas
de olor,
sabéis siempre complacer nuestros sentidos!
¡Y vosotros solos, entre todos los frutos, estáis dotados de un
corazón compasivo, oh consoladores de viudas y divorciadas!

LOS DÁTILES

¡Somos las hijas sanas de las palmeras, las beduinas de carne
morena! Crecemos escuchando a la brisa tocar sus flautas en nuestras
cabelleras.

Nuestro padre el sol nos ha nutrido de luz desde la infancia y
durante mucho tiempo hemos succionado de la púdicas tetas de
nuestra madre.

Somos las preferidas del pueblo libre de las tiendas espaciosas, que
no conoce los vestíbulos de los ciudadanos.

El pueblo de las yeguas rápidas, de las camellas extenuadas, de las
vírgenes encantadoras, de la generosa hospitalidad y de las sólidas
cimitarras.

¡Y quienquiera que ha gustado el reposo a la sombra de nuestras
palmas, desea escucharnos murmurar sobre su tumba!

Así, son, entre millares, algunos de los poemas sobre los frutos. Pero se precisaría
toda una vida para decir los versos sobre las flores que encerraba este jardín
maravilloso, los jazmines, los jacintos, los lirios de agua, los mirtos, los claveles, los
narcisos y las rosas en todas sus variedades. Pero ya el guardián había llevado a los
adolescentes por las avenidas a un pabellón escondido entre el verdor. Y los invitó a
entrar y descansar, y les hizo sentarse, en torno de una fuente de oro, sobre cojines de
brocados, rogando al joven Nur que ocupase el lugar de en medio.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se
calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CINCUENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Y él le ofreció, para refrescarse el rostro, un abanico de plumas de avestruz, sobre el que estaban escritos estos versos:

¡Ala blanca infatigable, mis soplos perfumados, que acarician el rostro de aquel a quien amo, proporcionan un goce anticipado de la brisa del paraíso!

Luego los adolescentes, una vez despojados de sus mantos y de sus turbantes, se pusieron a conversar y a entretenerse reunidos, y no pudieron apartar sus miradas de su bello camarada Nur. Y el guardián les sirvió él mismo la comida, que fue muy espléndida, compuesta de pollos, de ocas, de codornices, de pichones, de perdices y de corderos rellenos, sin contar los cestos de frutas cogidas de las ramas. Y, terminada la comida, los mancebos se lavaron las manos con jabón mezclado de almizcle y se secaron con toallas de seda bordadas en oro. Entonces el guardián entró con un magnífico ramo de rosas y dijo: «Conviene, ¡oh amigos míos!, que antes de tocar a las bebidas predispongáis vuestra alma al placer mediante los colores y el perfume de las rosas». Y ellos exclamaron: «¡Tú estás en lo cierto, oh guardián!». Él dijo: «Sí, pero yo no quiero daros estas rosas sino a cambio de un bello poema sobre esta flor admirable». Entonces el adolescente a quien pertenecía el jardín tomó las rosas de manos del guardián, sumergió la cabeza en ellas, las aspiró durante bastante tiempo y, luego, indicó con la mano que le otorgaran el silencio, e improvisó:

Virgen olorosa, pero tan tímida en tu juventud, cuando tú escondías la rojez de tu bello rostro en la seda verde de las mangas.

¡Oh rosa soberana!, tú eres, entre todas las flores, la sultana en medio de sus esclavas, y el hermoso emir en el círculo de sus guerreros.

Tú encierras en tu corola llena de bálsamos la quinta esencia de todos los pomos.

¡Oh rosa amorosa, tus pétalos entreabiertos al soplo del céfiro son los labios de una joven belleza que se dispone a dar un beso a su amigo!

¡Tú eres más dulce, oh rosa, en tu frescor, que la mejilla vellosa del mancebo y más deseable que la boca viva de una jovencita intacta!

La sangre delicada que colora tu carne venturosa te hace comparable a la aurora veteada de oro, a la copa rebosante de un vino color de púrpura, a una floración de rubíes sobre una rama de esmeralda.

¡Oh rosa voluptuosa, pero tan cruel con los groseros amantes que

te tocan sin delicadeza, a quienes, por ello, los castigas con las flechas de tu carcaj de oro!

¡Oh maravillosa, oh regocijante, oh deleitable! También sabes retener a los refinados que te estiman. Para ellos tú viste tus gracias de vestidos de diferentes colores y permaneces como la amada a la que no se abandona jamás.

Al escuchar este admirable elogio de la rosa, los adolescentes no pudieron contener su entusiasmo, y lanzaron mil exclamaciones, y repitieron a coro, moviendo la cabeza: «Y permaneces como la bien amada a la que no se abandona jamás». Y el que acababa de improvisar el poema, vació al momento la cesta y cubrió de rosas a sus huéspedes. Luego llenó de vino la gran copa y la hizo circular a la ronda. Y el joven Nur, cuando le llegó su turno, tomó la copa con cierto embarazo, pues todavía no había bebido vino alguno, y su paladar ignoraba el gusto de las bebidas fermentadas como su cuerpo el contacto de las hembras. En efecto, él estaba virgen, y sus padres, teniendo en cuenta su edad, no le habían hecho todavía el regalo de una concubina, como era la costumbre entre los notables que querían, antes del matrimonio, dar la experiencia y el saber en estas cuestiones a sus hijos púberes. Y sus compañeros conocían este detalle de la virginidad de Nur, y se habían prometido, al invitarle a esta excursión al jardín, avivarle sobre este particular. Por ello, viendo que tenía la copa y titubeaba como ante una cosa prohibida, los adolescentes se pusieron a carcajearse, de modo que Nur, picado y un tanto mortificado, acabó por llevar la copa a sus labios, y la vació de un trago hasta la última gota. Y al verlo, los adolescentes lanzaron un grito de triunfo; y el dueño del jardín se acercó a Nur con la copa llena de nuevo, y le dijo: «¡Llevas razón, oh Nur, al no privarte por más tiempo de este licor precioso de la embriaguez! Él es la madre de las virtudes, el específico contra todos los pesares, la panacea para los males del cuerpo y del alma. ¡A los pobres da la riqueza, a los cobardes el valor, a los débiles la fuerza y la potencia! ¡Oh Nur, mi encantador amigo, yo soy, y todos cuantos aquí estamos lo son, tus servidores y tus esclavos! ¡Pero haz el favor de tomar esta copa, y bebe este vino que es menos embriagador que tus ojos!». Y Nur no pudo negarse y, de un trago, vació la copa que le tendía su huésped. Entonces el fermento de la embriaguez comenzó a extenderse por su razón, y uno de los jóvenes exclamó, dirigiéndose al anfitrión: «¡Esto está bien, oh generoso amigo!, pero nuestro gozo no estará completo sin el canto y sin la música de labios femeninos...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CINCUENTA Y OCHO

Ella dijo:

«Y no conoces tú las palabras del poeta:

¡Vamos que se ofrece el vino a la ronda en la copa pequeña y en la grande!

Y tú, amigo mío, toma el licor de las manos de una belleza semejante a la luna.

Pero, para vaciar tu vaso, aguarda la música: yo he visto siempre beber con placer al caballo cuando se silba a su lado».

Cuando el joven dueño del jardín hubo oído estos versos, respondió con una sonrisa, luego se levantó y salió de la sala de tertulia para, al cabo de un instante, volver trayendo de la mano a una jovencita completamente vestida de seda azul. Era una esbelta egipcia admirablemente tallada, derecha como la letra alef, con ojos babilonios, cabellos negros como las tinieblas y blanca como la plata en la mina o como una almendra descortezada. Y ella estaba tan bella y tan radiosa en su oscuro vestido que se la hubiera tomado por la luna de estío en medio de una noche de invierno. Con esto, ¿cómo no hubiera tenido ella senos de marfil blanco, un vientre armonioso, muslos de gloria y nalgas como cojines, con alguna cosa debajo de ellas, lisa, rosa y embalsamada, alguna cosa semejante a un saquito plegado en un gran paquete? Y es precisamente de esta egipcia de la que ha dicho el poeta:

Como la víbora, avanza trayendo en pos de ella a los leones vencidos por las miradas aceradas del arco de sus cejas.

La hermosa noche de su cabellera extiende sobre ella, para protegerla, una tienda sin columnas, una tienda milagrosa.

Ella oculta las rosas enrojecidas de sus mejillas con la manga de su vestido; pero ¿puede ella impedir a los corazones embriagarse con el ámbar de su olorosa piel?

¡Y si ella se levanta el velo que oculta su rostro, entonces avergüénzate, bello azul de los cielos! ¡Y tú, cristal de roca, humíllate ante sus ojos de pedrería!

Y el joven dueño del jardín dijo a la adolescente: «¡Oh bella soberana de los astros, sabe que te hemos hecho venir a nuestro jardín solo para complacer a nuestro

huésped y amigo Nur, este que ves, que nos honra hoy, por vez primera, con su visita!». Entonces la joven egipcia fue a sentarse junto a Nur, y le lanzó una mirada extraordinaria; luego ella sacó de debajo de su velo un saco de satén verde; lo abrió, y sacó treinta y dos pedacitos de madera, que juntó de dos a dos, como se juntan los machos a las hembras y las hembras a los machos, y acabó por formar un bonito laúd indio. Y se alzó las mangas hasta los codos, descubriendo así sus muñecas y sus brazos; oprimió el laúd sobre su seno, como una madre oprime a su hijo, y lo cosquilleó con las uñas de sus dedos. Y el laúd, a este tocar, se estremeció y gimió resonante; y no pudo impedirse de pensar de pronto en su propio origen y en su destino: él recordó la tierra en que había sido plantado árbol, las aguas que le habían regado, los lugares en que él había vivido en la inmovilidad de su tronco, los pájaros que él había alojado, los podadores que le habían derribado, el hábil obrero que lo había construido, el barnizador que lo había revestido de resplandor, el navío que lo había transportado y todas las bellas manos por las cuales había pasado. Y a estos recuerdos, él gimió y cantó con armonía, y parecía responder en su lenguaje a las uñas que le interrogaban, por medio de estas rítmicas canciones:

En otro tiempo yo fui una verde rama habitada por los ruiseñores,
y yo los balanceé amorosamente cuando ellos cantaban.

Ellos me daban así el sentimiento de la armonía y yo no osaba
agitar mi follaje para escucharlos atentamente.

Pero un día una mano bárbara me echo a tierra y me cambió, como
veis, en un frágil laúd.

Sin embargo, yo no me quejo de mi destino; pues cuando me tocan
las uñas finas yo me estremezco con todas mis cuerdas y soporto con
placer los golpes de una bella mano.

En recompensa de mi esclavitud, yo descanso sobre los senos de
las jóvenes, y los brazos de las huríes se enlazan con amor alrededor
de mi talle.

Yo sé encantar con mis cuerdas a los amigos que aman las alegres
reuniones; y, cantando como en otro tiempo mis pájaros, yo embriago
sin la ayuda del escanciador.

Luego de este preludio sin palabras, en el que el laúd se había expresado en un
lenguaje sensible únicamente al alma, la bella egipcia cesó de tocar un momento.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se
calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS CINCUENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—Luego, dirigiendo sus miradas hacia el joven Nur, ella cantó acompañándose:

«La noche es clara y transparente, y el ruiñeñor, en la compacidad vecina, suspira sus transportes como un amante apasionado.

»¡Ah, despiértate! La limpidez del cielo y su frescor invitan al placer a nuestra alma, y la luna está llena de sortilegios esta noche. ¡Ven!

»¡No temas a los celosos, y aprovechemos el sueño de nuestros censores para hundirnos sin indecisión en el seno de las voluptuosidades! ¡Las noches no están siempre llenas de estrellas y olorosas! ¡Ven!

»¿No tienes tú, para gustar el reposado placer, mirtos, rosas, flores de oro y perfumes? ¿Y tú no posees las cuatro cosas necesarias al goce ideal: un amigo, una amante, una bolsa llena y oro?

»¿Qué se precisa más para la felicidad? ¡Apresúrate a aprovecharte! ¡Mañana todo se desvanecerá! ¡He aquí la copa del placer!».

Al escuchar estos versos, el joven Nur, embriagado de vino y de amor, lanzó miradas incendiarias a la bella esclava, que le respondió con una sonrisa incitadora. Entonces él se echó sobre ella impulsado por el deseo; y al momento ella juntó a él el pezón de sus senos, lo besó entre los ojos y se entregó toda en sus manos. Y Nur, cediendo a la turbación de sus sentidos y al ardor que le abrasaba, juntó los labios a la boca de la adolescente y la aspiró como una rosa.



Mas ella, avisada por las miradas de los otros adolescentes, se apartó de este primer abrazo del mancebo, para volver a tomar el laúd y cantar:

«Por la belleza de tu cara, por tus mejillas, parterre de rosas, por el jugoso vino de tu saliva.

»¡Yo juro que tú eres el alma de mi alma, la luz de mis ojos, el bálsamo de mis párpados y que solo te amo a ti, oh vida de las almas!».

Al escuchar esta ardiente declaración, Nur, transportado de amor, improvisó, a su vez, esto:

«¡Oh tú, cuyo porte es soberbio como de un barco pirata sobre el mar bella, de la mirada de halcón!

»¡Oh joven ceñida de gracia, con la boca ornada de dos filas de perlas, las mejillas desvanecidas de rosas en un parterre cuya cerca es difícil de franquear!

»¡Oh dueña de una cabellera de esplendor que se desarrolla en toda su longura, a derecha y a izquierda, negra como una negra en una subasta!

»¡Tú te has convertido en el tiránico pensamiento de mi alma! ¡A la vista de tus encantos, el amor ha entrado muy recto en mi corazón y lo ha teñido del color opaco de la cochinilla, del tinte más indeleble! Y su fuego ha consumido mí hígado hasta la locura.

»De tal modo que yo quiero darte mis bienes y toda mi alma. Y si tú me preguntas: "¿Sacrificarías tu sueño por mí?

»Yo te respondería: "¡Sí, desde luego, e incluso mis ojos, oh maga!».

Cuando el joven dueño del jardín vio el estado en que se hallaba su amigo Nur, consideró que había llegado el momento de que la bella egipcia lo iniciara en los goces del amor. E hizo una seña a los adolescentes, quienes se levantaron, uno detrás de otro, y salieron de la sala del festín, dejando a Nur frente a frente con la bella egipcia. En el momento en que la jovencita se vio sola con el bello Nur, se levantó y se despojó de sus aderezos y de sus ropas para ponerse completamente desnuda, teniendo como único velo su cabellera. Y fue a sentarse sobre las rodillas de Nur, le besó en los ojos, y le dijo: «Sabe, ¡oh ojo mío!, que el regalo está siempre en relación con la generosidad del donador. Ahora bien, yo, por tu belleza, y porque me gustas, te hago donación de todo lo que poseo. ¡Toma mis labios, toma mi lengua, toma mis pechos, toma mi vientre y todo lo demás!».

Y Nur aceptó el maravilloso regalo, y en correspondencia, le hizo donación de otro más maravilloso. Y la jovencita, encantada y a la vez sorprendida de su generosidad y de su saber, le indicó cuando hubieron

terminado: «Y, sin embargo, ¡oh Nur!, tus compañeros decían que estabas virgen». Él dijo: «¡Es cierto!». Ella dijo: «¡Qué asombroso es esto! ¡Y qué práctico has estado en tu primer ensayo!». Y dijo riendo, él: «¡Cuándo se frota el sílex, el fuego surge siempre!». Y fue así, en medio de las rosas, de la euforia y de los múltiples juegos, como el joven Nur conoció el amor en los brazos de una egipcia bella y sana como el ojo del gallo, y blanca como la almendra descortezada.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SESENTA

Ella dijo:

—Estaba escrito que así debía ser para su iniciación. Pues, ¿cómo sin esto comprendería él las cosas más maravillosas aún que iban a marcar sus pasos en la vía llana de la vida feliz? Una vez terminados los embates se levantó el joven Nur, dado que las estrellas comenzaban a brillar en el cielo y el soplo de Dios se elevaba en el viento de la noche. Y él dijo a la adolescente. «¡Con tu permiso!». Y a pesar de sus súplicas para retenerlo, no quiso tardarse más, y la dejó para subir a su mula y volver lo más aprisa a su casa en donde, ansiosamente, le esperaban su padre Corona y su madre. En el momento en que atravesó el umbral, su madre, llena de inquietud por esta ausencia desacostumbrada de su hijo, corrió a su encuentro, lo estrechó en sus brazos, y le dijo: «¿En dónde has estado, hijo mío, para estar tanto tiempo fuera de casa?». Mas desde el momento en que Nur abrió la boca, su madre advirtió que estaba beodo y notó el olor de su aliento. Y ella le dijo: «¡Ah, desdichado Nur! ¿Qué es lo que has hecho? Si llega tu padre y percibe tu olor, ¡qué desgracia!». Pues Nur, que había tolerado la bebida en tanto estaba en los brazos de la egipcia, había sido afectado por el aire vivo del exterior, y su razón extraviada le hacía oscilar de derecha a izquierda como un borracho. Por ello su madre se apresuró a meterlo en la cama y lo cubrió cálidamente. Pero en este momento entró en la pieza el mercader Corona, que era un fiel observante de la ley de Alá, que prohíbe a los creyentes las bebidas fermentadas. Y viendo que su hijo estaba acostado, pálido y con el rostro fatigado, preguntó a su esposa: «¿Qué tiene?». Ella respondió: «Padece un violento dolor de cabeza, ocasionado por el mucho aire de ese jardín adonde le permitiste ir para pasearse con sus camaradas». Y el mercader Corona, muy molesto con este reproche de su esposa y de la enfermedad de su hijo, se inclinó sobre Nur para preguntarle cómo estaba; pero sintió el olor de su aliento e, indignado sacudió el brazo de Nur, y le gritó: «¿Cómo, hijo libertino, te has enfrentado a la ley de Alá y de su profeta, y te

atreves a entrar en la casa sin purificar tu boca?». Y continuó amonestándole duramente. Entonces Nur, que se hallaba en completo estado de embriaguez, sin saber en verdad lo que hacía, levantó el brazo y dio a su padre, el mercader Corona, un puñetazo que le alcanzó en el ojo derecho, tan violento, que cayó al suelo. Y el anciano Corona, en el límite de la indignación, hizo juramento, por el divorcio de la tercera potencia, de echar al día siguiente a Nur, luego de haberle cortado la mano derecha. Luego salió de la habitación. Cuando la madre de Nur oyó este espantoso juramento, contra el cual no había recurso o remedio posible, desgarró sus ropas de desesperación, y pasó la noche lamentándose y llorando al pie del lecho de su hijo, sumergido en la borrachera. Pero el caso era apremiante; ella logró, haciéndole transpirar y orinar mucho, disipar los vapores del vino. Y como él no se acordaba de nada de lo que había ocurrido, ella le dio cuenta de la acción por él realizada y del terrible juramento de su padre Corona. Luego ella le dijo: «¡Ay de nosotros, que los lamentos ahora son inútiles! Y la única solución que te queda, en espera de que el destino cambie la faz de las cosas, es alejarte lo más aprisa, ¡oh Nur!, de la casa de tu padre. ¡Marcha, hijo mío, hacia la ciudad de Al-Iskandaria, y aquí tienes una bolsa con mil cien dinares! Cuando esté para terminar este dinero, me pedirás otro, teniendo cuidado de darme noticias tuyas». Y ella se puso a llorar, abrazándolo. Luego Nur, después de haber derramado por su parte muchas lágrimas de arrepentimiento, colocó la bolsa en su cinturón, se despidió de su madre, y salió en secreto de la casa para en seguida alcanzar el puerto de Bulak, y desde aquí descendió al Nilo en un navío hasta Al-Iskandaria, en donde desembarcó en buena salud. Nur comprobó que Al-Iskandaria era una ciudad maravillosa, habitada por gentes en todo encantadoras, y dotada de un clima delicioso, de jardines llenos de frutos y de flores, con hermosas calles y magníficos zocos. Y él se plugo de recorrer los diversos barrios de la ciudad, y todos los zocos, uno tras del otro. Y cuando paseaba por el zoco, sumamente agradable, de los vendedores de flores y de frutas, vio pasar a un persa subido en una mula, que llevaba a una maravillosa adolescente, de figura deliciosa y una talla de cinco palmos.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SESENTA Y UNA

Ella dijo:

—La joven era blanca como la bellota en su corteza, como el pececillo en la fuente, como la palmera en el desierto. Su rostro era más deslumbrante que el

resplandor del sol, y, bajo la guarda de los arcos tendidos de sus cejas, brillaban dos grandes ojos negros, originarios de Babilonia. Y por la tela transparente que la envolvía se adivinaban en ella esplendores no parecidos a ningunos otros: mejillas bruñidas como el más bello satén y plantadas de rosas; dientes que eran dos collares de perlas; senos erectos y amenazadores; caderas ondulantes; muslos semejantes a los rabos rollizos de carneros de Siria, y guardando en su cumbre de nieve un tesoro incomparable, y soportando un trasero formado todo él de una pasta de perlas, de rosas y de jazmines. ¡Gloria a su creador! De modo que cuando el joven Nur vio a esta adolescente, que superaba en esplendores a la morena egipcia del jardín, no pudo impedirle seguir a la mula feliz que la llevaba. Y se puso a caminar detrás de ella hasta que llegaron a la plaza del mercado de las esclavas. Entonces el persa descendió de la mula, y luego de haber ayudado a su vez a que la adolescente bajara, la tomó de la mano y la entregó al pregonero público para que la subastase en el mercado. Y el pregonero, apartando a la gente, hizo que se sentara la adolescente en un sillón de marfil adornado de oro, en el centro de la plaza. Luego paseó sus miradas por la concurrencia, y gritó: «¡Oh mercaderes! ¡Oh compradores! ¡Oh dueños de las riquezas! ¡Ciudadanos o beduinos! ¡Oh presentes que me rodeáis de cerca o de lejos, abrid la subasta! ¡Ninguno tenga reparo en abrir la subasta! ¡Estimad y hablad! ¡Alá es omnipotente y omnisciente! ¡Abrid la subasta!». Entonces avanzó hacia la primera fila un anciano, que era el síndico de los mercaderes de la ciudad, ante el que nadie osó alzar la voz para la puja. Y él dio la vuelta lentamente al asiento en donde se hallaba sentada la adolescente, y después de haberla examinado con gran atención, dijo: «¡Yo abro la subasta con novecientos veinticinco dinares!». Al momento el pregonero, a toda voz, gritó: «¡Se abre la subasta en novecientos veinticinco dinares! ¡Oh abridor! ¡Oh omnisciente! ¡Oh generoso! ¡En novecientos veinticinco dinares el precio de la perla incomparable!». Luego, como nadie quería aumentar la puja, por respeto al venerable síndico, el subastador se dirigió a la adolescente, y le dijo: «¿Aceptas tú, oh soberana de las lunas, el pertenecer a nuestro venerable síndico?». Y desde el interior de sus velos, la adolescente respondió: «¿Estás tú loco, oh subastador, o solamente alcanzado de perturbación en tu lengua, para hacerme tal oferta?». Y el subastador preguntó: «¿Y por qué, oh soberana de las bellas?». La adolescente, descubriendo las perlas de su boca en una sonrisa, dijo: «¡Oh subastador!, ¿no tienes vergüenza ante Alá y sobre tu barba de querer entregar las jóvenes de mi calidad a un anciano como este, decrepito y sin virtud, al que su esposa ha debido, sin duda alguna, y más de una vez, reprochar su frigidez en términos violentos e indignados? ¿Y no sabes tú precisamente que es a este anciano al que se aplican estos versos del poeta?:

Yo tengo, perteneciéndome en propiedad, un *zib* calamitoso. Está
hecho de cera derretida, pues cuanto más se le toca, más se ablanda.

Yo tengo razón para hablar así, ya que él intenta dormirse cuando

es necesario que esté despierto. ¡Es un *zib* perezoso!

Pero, a veces, cuando estoy a solas con él, de pronto toma un celo bélico. ¡Ah, es un *zib* calamitoso!

Es avaro cuando es preciso demostrar generosidad, y pródigo cuando es preciso economizar. ¡El hijo de perro! Si yo duermo él despierta al instante; y si yo me despierto, al momento se duerme él. Es un *zib* calamitoso. ¡Maldito sea aquel que le tenga compasión!».

Cuando los asistentes oyeron las palabras de la adolescente y estos versos, quedaron sumamente ofendidos, a causa de la falta de respeto demostrada al síndico. Y el subastador dijo a la adolescente: «¡Por Alá, oh mi señora, tú haces que se ennegrezca mi rostro delante de los mercaderes! ¿Cómo puedes decir tales cosas de nuestro síndico, un hombre respetable, un hombre juicioso, un sabio?». Y ella respondió: «¡Ah, si es un sabio, entonces, en verdad, tanto mejor! ¡Que la lección le sirva de algún provecho! ¡Sabios sin *zib* no sirven para nada! ¡Vamos! ¡Que él vaya a ocultarse pronto!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SESENTA Y DOS

Ella dijo:

—Entonces el subastador, para que la adolescente no pudiera continuar avergonzando al viejo síndico, se apresuró a reanudar el anuncio con toda su voz, indicando: «¡Oh mercaderes, oh compradores! ¡La subasta ha sido abierta y reanudada! ¡Para el que más ofrezca, la hija de reyes!».

Entonces avanzó otro mercader, que no había asistido y que acababa de llegar, y, arrebatado por la belleza de la adolescente, dijo: «¡Para mí en novecientos cincuenta dinares!».

Pero al verlo la adolescente lanzó una carcajada; y cuando él se acercó a ella para examinarla mejor, ella le dijo: «¡Oh jeque!, dime: ¿tienes en tu casa un sólido machete?».

Él respondió: «Sí, ¡por Alá!, oh mi señora. Pero ¿qué quieres hacer?».

Ella respondió: «¿No ves que es necesario, ante todo, cortarte un buen pedazo de la berenjena que llevas por nariz? Y tú ignoras que es a ti, mejor que a nadie, al que se aplican estas palabras del poeta:

Sobre su cara se eleva un inmenso alminar que podría tragarse por sus dos puertas a todos los humanos. ¡Y de golpe quedaría despoblada toda la tierra!».

Cuando el mercader de la gran nariz escuchó estas palabras de la adolescente, fue tal la cólera que experimentó que estornudó con estruendo, luego cogió al subastador por el cuello y le asestó varios puñetazos en la nuca, gritándole: «¡Maldito subastador! ¿Nos has traído a esta imprudente esclava solo para injuriarnos y hacernos un motivo de irrisión?». Y el subastador, muy triste, se dirigió a la adolescente, y le dijo: «¡Por Alá que desde que ejerzo mi profesión jamás tuve una jornada tan funesta como esta! ¿No podrías reprimir los desórdenes de tu lengua y dejar que ganemos nuestro pan?». Luego, para cortar los rumores, continuó el pregón. Entonces surgió un tercer mercader, sumamente barbudo, que quería comprar a la bella esclava. Pero antes que hubiera abierto la boca para hacer su oferta, la adolescente se puso a reír, y gritó: «¡Mira, oh subastador! En este hombre se ha invertido el orden de la naturaleza: es un carnero de gruesa cola, pero que su propia cola la lleva en la barbilla. ¡Y desde luego, no pienses en cederme a un hombre que posee una barba tan larga y, por consecuencia, un espíritu muy limitado! ¡Pues tú sabes que la inteligencia y la razón están en sentido inverso de la longitud de la barba!». A estas palabras, el subastador, en el límite de la desesperación, no quiso ir más lejos en esta venta. Y exclamó: «¡No, por Alá, yo no ejerzo más la profesión hoy!». Y tomando a la adolescente de la mano, con un sentimiento de terror, la entregó al persa, su antiguo dueño, diciéndole: «Ella es invendible para nosotros. ¡Que Alá abra para ti en otra parte la puerta de la compra y de la venta!». Y el persa, sin turbarse ni conmoverse, se volvió hacia la adolescente, y le dijo: «¡Alá es el más generoso! ¡Ven, hija mía! ¡Acabaremos por hallar el comprador que te tome!». Y él se la llevó teniéndola por una mano, en tanto que con la otra tenía la brida de la mula, y la adolescente lanzaba de sus ojos flechas largas, negras y aceradas, a cuantos la miraban. ¡Fue entonces cuando tú divisaste al joven Nur, oh maravillosa, y que a su vista sentiste el deseo de morderte el hígado y al amor trastornarte las entrañas! ¡Y te detuviste de pronto, y dijiste a tu dueño el persa!: «¡Es a aquel al que yo quiero! ¡Véndeme a él!». Y el persa se volvió y percibió, a su vez, al mancebo ornado con todos los encantos de la juventud y de la belleza, y elegantemente envuelto en un albornoz color ciruela. Y él dijo a la adolescente: «Este joven estuvo siempre entre los asistentes, y no se adelantó a pujar. ¿Cómo quieres, entonces, que yo vaya ofrecerte a él contra su voluntad? ¿No comprendes que esta gestión te perjudicaría en extremo en el mercado?». Ella respondió: «No hay inconveniente en ello. Yo no quiero pertenecer a otro que a este adolescente. Y nadie sino él me poseerá». Y ella avanzó resueltamente hacia el joven Nur, y le dijo, derritiéndole con una mirada cargada de tentaciones: «¿No soy yo nada hermosa, oh mi señor, para que no te dignases hacer tu oferta en la subasta?». Él respondió: «¡Oh soberana mía!, ¿hay en el mundo una belleza comparable a ti?». Ella preguntó: «¿Por qué entonces no me has querido cuando me ofrecían al mejor postor? ¿Es que no me encuentras de tu conveniencia?». Él respondió: «¡Que Alá te bendiga, oh mi señora! Sí, no tengas duda alguna que si yo hubiera estado en mi país te hubiera comprado mediante todas

las riquezas y todos los bienes que posee mi mano. Pero aquí solo soy un extranjero, y no poseo por todo capital sino una bolsa con mil dinares». Y ella dijo: «¡Ofrécela por mi compra y no te arrepentirás!». Y el joven Nur, no pudiendo resistir a la magia de la mirada fija en él, desciñó su cinturón, en donde estaba los mil dinares, y contó y pesó el oro delante del persa. Y ambos concluyeron la venta, luego de haber llamado al cadí y a los testigos, para la legalización del contrato de compraventa. Y para confirmar el acto, la adolescente declaró: «¡Yo consiento en mi venta a este bello adolescente, mediante mil dinares dados a mi amo el persa!». Y los presentes se dijeron los unos a los otros: «¡*Ualah*, están bien hechos el uno para el otro!». Y el persa dijo a Nur: «¡Que ella sea para ti motivo de bendiciones! ¡Gozad juntos de vuestra juventud, pues merecéis la felicidad que os espera!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SESENTA Y TRES

Ella dijo:

—Entonces el joven Nur, seguido por la adolescente de las ondulosas caderas, se dirigió al gran *khan* de la ciudad, y se apresuró a alquilar una cámara donde vivir. Y él se excusó ante la adolescente de no poder ofrecerle otra cosa mejor, diciendo: «¡Por Alá, oh mi señora, si yo estuviera en El Cairo, mi ciudad, te alojaría en un palacio digno de ti! Pero, te lo repito, ¡aquí solo soy un extranjero! Y no tengo sobre mí, para subvenir a nuestras necesidades sino lo justo para pagar este alojamiento». Ella respondió, sonriendo: «¡Desecha toda preocupación sobre este particular!». Y ella sacó de su dedo una sortija en la que estaba engastado un rubí de gran valor, y le dijo: «Toma esto y ve a venderlo al zoco. Y compra todo lo que es necesario para un banquete para los dos; y gasta sin tasa y compra cuanto de mejor haya en víveres y en bebidas, sin olvidar las flores, las frutas y los perfumes». Y Nur se apresuró a cumplir la orden, y no tardó en regresar cargado de provisiones de toda naturaleza. Y se alzó las mangas de su vestido, tendió el mantel y dispuso con mucho cuidado el festín. Luego se sentó al lado de la adolescente, que le veía hacer sonriendo; y se pusieron, para comenzar, a comer y a beber bien. Y cuando quedaron satisfechos y la bebida había comenzado a hacer su efecto, el joven Nur, que estaba un tanto intimidado por los brillantes ojos de su esclava, no quiso dejarse llevar por los tumultuosos deseos que le agitaban antes de ser informado del país y del origen de la adolescente. Y le tomó la mano y la besó, y díjole: «¡Por Alá sobre ti, oh mi señora! ¿No podrías ahora decirme tu nombre y tu país?». Ella dijo: «Precisamente, ¡oh Nur!, iba yo misma a

hablarte la primera —y se detuvo un momento y dijo—: Sabe, ¡oh Nur!, que me llamo Marian, y que soy la hija única del poderoso rey de los francos, que reina en la ciudad de Constantina. De modo que no puede extrañarte saber que he recibido, en mi infancia, la más bella educación y que he tenido maestros de todas clases. Se me enseñó igualmente a manejar la aguja y el huso, a hacer fular y bordados, a tejer tapices y cinturones, a trabajar las telas, sea en fondo de plata, sea en plata sobre fondo de oro. Y yo aprendí, también, cuanto pudiera adornar el espíritu y sumarse a la belleza. Y de esta forma crecí en el palacio de mi padre, lejos de todas las miradas. Y las mujeres del palacio decían, contemplándome con ojos tiernos, que yo era la maravilla del tiempo. Por ello gran número de reyes y príncipes que reinaban sobre las tierras y las islas no dejaron de llegar a solicitarme en matrimonio; pero el rey mi padre rechazó todas las proposiciones no queriendo separarse de su hija única, a la que él quería más que a su vida y que a numerosos hijos varones, mis hermanos. En este tiempo, y estando yo enferma, hice voto, si recobraba la salud, de ir en peregrinación a un monasterio muy venerado entre los francos. Y cuando fui curada quise cumplir mi voto, y me embarqué con una de mis damas de honor, hija de un grande entre los grandes de la corte del rey mi padre. Pero en el momento en que perdimos de vista la tierra, nuestro navío fue atacado y capturado por piratas musulmanes, y yo fui puesta en esclavitud, y llevada a Egipto en donde fui vendida al mercader persa que tú has visto y que, felizmente para mi virginidad, era eunuco. Y, también, para suerte mía, y porque así lo quiso mi destino, mi amo padeció, desde que me tuvo en su casa, una larga y peligrosa enfermedad, durante la cual yo le prodigué los más atentos cuidados. Por ello, cuando hubo recobrado la salud, quiso testimoniarme su gratitud con el mismo afecto que yo le diera durante la enfermedad, y me rogó que le solicitase todo cuanto pudiera desear mi alma. Y yo reclamé de él por todo favor que me vendiera a quien pudiera utilizar de mi lo que tuviera que utilizar, y no cederme sino a aquel a quien yo misma eligiera. Y el persa me lo prometió al instante. Y se apresuró a llevarme a venderme al mercado, en donde yo tuve la suerte de fijar mi elección en ti, ¡oh ojos míos!, con exclusión de todos los ancianos y decrepitos personajes que me codiciaban». Y dichas estas palabras, la joven franca miró a Nur con ojos en los que llameaba el oro de las tentaciones, y le dijo: «¿Podría yo, tal como soy, pertenecer a otro que no fueras tú, oh mancebo?». Y con un rápido movimiento, se quitó sus velos, se desvistió por completo y apareció en su nativa desnudez. ¡Bendito el vientre que la llevó! ¡Solamente entonces pudo Nur considerar la bendición que había descendido sobre su cabeza! Y él vio que la princesa era una belleza dulce y blanca como una tela de lino, y que por todas sus partes desprendía el suave olor a ámbar, semejante a la rosa que segrega ella misma su perfume original. Y la cogió en sus brazos y comprobó en ella, luego de haberla explorado en su profundidad íntima, una perla todavía intacta. Y él se llenó de júbilo con este descubrimiento y se inflamó al límite de la inflamación. Y comenzó a pasar su mano sobre los encantadores miembros y sobre el delicado cuello, y a que se

perdiera entre la maraña y los bucles de su cabellera, haciendo resonar los besos sobre las mejillas, como los sonoros guijarros en el agua; y se endulzó con los labios, e hizo sonar sus palmas sobre la tierna carne de las nalgas. ¡Verdaderamente todo eso! Y ella, por su parte, no soslayó el hacer ver una parte considerable de los dones que poseía y de las maravillosas aptitudes que en ella había; pues reunía desde la voluptuosidad de las griegas a las amorosas virtudes de las egipcias, de los lascivos movimientos de las hijas de los árabes al calor de las etíopes, del candor y timidez de las francas a la ciencia consumada de las indias, de la experiencia de las hijas de Circasia a los deseos apasionados de las nubias, de la coquetería de las hembras del Yemen a la violencia muscular de las hembras del Alto Egipto, de la exigüidad de órganos de las chinas al ardor de las hijas del Hedjaz, y del vigor de las féminas del Irak a la delicadeza de las persas. De modo que los enlazamientos no cesaron de sucederse a los abrazos, los besos a las caricias, y las cohabitaciones a las bromas durante toda la noche, hasta que, un tanto fatigados de sus transportes y de sus múltiples asaltos, se durmieron el uno en los brazos del otro, ebrios de goces. ¡Gloria a Alá que ha creado el espectáculo encantador de dos amantes felices que, después de estar enajenados por las delicias de la voluptuosidad, reposan sobre un lecho, los brazos entrelazados, las manos unidas y los corazones latiendo al unísono!

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SESENTA Y CUATRO

Schehrazada dijo:

—Cuando despertaron al día siguiente, no dejaron de reanudar sus asaltos, con mucha mayor intensidad, con más calor, con multiplicidad, con repeticiones, y más vigor y experiencia que lo hicieran la víspera. De modo que la princesa franca, asombrada y en el límite de la admiración al ver tantas virtudes reunidas en los hijos de los musulmanes, se dijo: «¡Sí, cuando una religión inspira y desarrolla entre sus creyentes tales actos de valentía, de heroísmo y de virtud, ella es, sin discusión alguna, la mejor, la más humana y la única verdadera entre todas las religiones!». Y ella quiso al instante ennoblecerse del Islam. Y se dirigió a Nur y le preguntó: «¿Qué es necesario que yo haga, ojos míos, para ennoblecerme del Islam? Pues yo quiero ser musulmana como tú, visto que la paz de mi alma no ha quedado entre los francos que colocan la virtud en la horrible continencia y no estiman nada igual al sacerdote castrado. ¡Estos son pervertidos que no conocen nada el valor inestimable de la vida! ¡Son desgraciados a los que el sol no calienta nada con sus rayos! ¡Por tanto, mi alma quiere permanecer aquí, en donde florecerá con todas sus rosas y cantará con todos

sus pájaros! Dime, pues, lo que es necesario que yo haga para convertirme en musulmana». Y Nur lleno de dicha por haber contribuido así, en la medida de sus medios, a convertir a una princesa franca, le dijo: «¡Oh mi señora, nuestra religión es sencilla y no conoce las complicaciones exteriores! Tarde o temprano todos los malos reconocerán la superioridad de nuestra creencia, y se encaminarán por sí mismos hacia nosotros como se va de las tinieblas a la luz, de lo incomprensible a lo claro y de lo imposible a lo natural. En cuanto a ti, ¡oh princesa de bendición!, tú no tienes, para lavarte la mugre cristiana nada más que pronunciar estas palabras: “¡No hay más Dios que Alá y Mahoma es el enviado de Alá!”. Y al momento te conviertes en creyente y musulmana». Al oír estas palabras, la princesa Marian, hija del rey de los francos, alzó el dedo y pronunció: «¡Yo afirmo y testifico que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es el enviado de Alá!». ¡Y al instante ella se ennoblecíó del Islam! ¡Gloria a aquel que, con medios sencillos, abre los ojos a los ciegos, sensibiliza los oídos de los sordos, desata la lengua de los mudos y ennoblece el corazón de los pervertidos, el señor de las virtudes, el distribuidor de las gracias, el bueno para sus creyentes! ¡Amén! Terminado este acto importante, ¡que Alá sea loado!, se levantaron ambos de su lecho de voluptuosidad, y fueron a sus gabinetes para hacer sus abluciones y las plegarias prescritas. Luego comieron y bebieron y se pusieron a conversar con mucho encanto y a entretenerse amistosamente. Y Nur se maravilló cada vez más de los numerosos conocimientos de la princesa y de su juicio y de su sagacidad. A la tarde, hacia la hora de la oración, el joven Nur se dirigió hacia la mezquita y la princesa Marian se fue a pasear por el lado de la columna del mástil. Y dejémoslos por ahora. En lo que se refiere al rey de los francos de Constantina, padre de Marian, cuando él se enteró de la captura de su hija por los piratas musulmanes, quedó afligido al límite de la aflicción y desesperado hasta morir. Y envió por todas partes caballeros y patricios para hacer las investigaciones precisas y rescatar a la princesa y salvarla, de grado o a la fuerza, de las manos de sus raptos. Pero todos cuantos fueron encargados de estas gestiones regresaron al cabo de cierto tiempo sin haber sabido nada. Entonces hizo llamar a su visir, jefe de la policía, un anciano de baja estatura, tuerto del ojo derecho y cojo de la pierna izquierda, pero un verdadero demonio entre los espías; pues él era capaz de desenredar, sin romperlos, los hilos embrollados de una tela de araña, arrancar los dientes de un dormilón sin despertarlo, de atrapar los bocados en la boca de un beduino hambriento, y de entrar tres veces seguidas con un negro, sin que este se pudiera siquiera volver. Y le dio la orden de recorrer todos los países musulmanes y de no volver a él hasta traer consigo a la princesa. Y él le prometió toda clase de honores y de prerrogativas a su vuelta, mas haciéndole entrever, para el caso de fracaso, el palo. Y el visir tuerto y cojo se apresuró a partir. Y se puso en camino, disfrazado, a los países amigos y enemigos, sin hallar pista alguna hasta llegar a Al-Iskandaria. Y, precisamente, este día él fue, con los esclavos que le habían acompañado, a dar un paseo a la columna del mástil. Y el destino quiso así que encontrase a la princesa Marian, que se hallaba tomando el

fresco. Por ello, en cuanto la vio, se estremeció de alegría y se precipitó a su encuentro. Y llegó ante ella y puso una rodilla en tierra y quiso besarle las manos.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SESENTA Y CINCO

Ella dijo:

—Pero la princesa, que había adquirido todas las virtudes musulmanas y la decencia ante los hombres, aplicó un vigoroso bofetón al visir franco, tan feo, y le gritó: «¡Perro maldito! ¿Qué vienes a hacer entre los musulmanes? ¿Y piensas tú hacerme caer bajo tu poder?». El franco respondió: «¡Oh princesa, no soy culpable de este asunto! ¡Es necesario que te lleve al rey, tu padre, que me ha amenazado con la horca si no te encontraba! Es preciso, pues, que regreses con nosotros, de grado o de fuerza, para salvarme de ese espantoso suplicio. Además, tu padre se muere de desesperación al saberte cautiva entre los infieles, y tu madre está llorosa al pensar en los malos tratos que has debido de sufrir entre las manos de estos bandidos perforadores». Pero la princesa Marian respondió: «¡Nada de eso! ¡He encontrado aquí mismo la paz de mi alma! ¡Y no abandonaré esta tierra de bendición! Vuélvete, pues, por donde has venido, o teme que pueda ordenar que te empalen aquí mismo, en lo alto de la columna del mástil». Al escuchar estas palabras, el franco cojo comprendió que no convencería a la princesa a que la siguiese de pleno grado, y le dijo: «¡Con tu permiso, oh mi señora!». E hizo indicación a sus esclavos de que se apoderasen de ella, quienes al momento la rodearon, la ataron y, a pesar de que ella se defendía y los arañaba cruelmente, la cargaron sobre sus espaldas y la transportaron, a la caída de la noche, a bordo de un barco que se hacía a la vela para Constantina. Y hasta aquí lo que se refiere al visir tuerto y cojo y a la princesa Marian. Volvamos a Nur. Este, cuando vio que la princesa no regresaba al *khan*, comenzó a meditar. Y como la noche avanzaba y su inquietud aumentaba, salió del *khan* y se puso a errar a través de las desiertas calles, y con la esperanza de encontrarla se llegó al puerto. Allá, algunos bateleros le dieron cuenta de que acababa de partir un navío y que a su bordo llevaba a una adolescente cuyas señas coincidían exactamente con las que él daba. Al conocer la marcha de su bien amada, Nur se puso a lamentarse y a llorar, interrumpiendo únicamente sus sollozos con los gritos: «¡Marian! ¡Marian!». Entonces, un anciano que lo veía lamentarse de ese modo, afectado por su belleza y su desesperación, se acercó a él y le preguntó con bondad por la causa de sus lágrimas. Y Nur le contó la desgracia que acababa de sobrevenirle. Entonces le dijo el anciano: «¡No llores más, hijo mío, y no te desesperes! El navío que acaba de partir

ha puesto vela hacia Constantina y, precisamente, yo también soy capitán marino, voy a poner vela para esa ciudad esta noche con los cien musulmanes que llevo a bordo. ¡No tienes sino que embarcarte conmigo y hallarás el objeto de tus deseos!». Y Nur, con lágrimas en los ojos, besó la mano del capitán marino y se apresuró a embarcar con él en el navío que se hizo a la mar con todas las velas desplegadas. Y Alá patrocinó la seguridad, y al cabo de una navegación de cincuenta y un días llegaron a la vista de Constantina, a la que no tardaron en arribar. Pero al momento fueron detenidos por los soldados francos que guardaban la ribera y despojados y puestos en prisión, siguiendo así las órdenes del rey, quien quería vengarse, en todos los mercaderes extranjeros, de la afrenta hecha a su hija en los países musulmanes. En efecto, la princesa Marian había llegado a Constantina la víspera de ese día. Y al momento que la noticia de su llegada se extendió por la ciudad, se adornaron todas las calles en su honor y toda la población marchó a su encuentro. Y el rey y la reina montaron a caballo con todos los dignatarios del palacio y fueron a recibirla al puerto. Y la reina, después de haber abrazado tiernamente a su hija, le preguntó, ansiosa, si estaba todavía virgen o si, por el contrario, para su desgracia y el oprobio de su nombre, había perdido el sello inestimable. Mas la princesa, estallando de risa ante todos los presentes, respondió: «¿Qué es lo que me preguntas, madre mía? ¿Crees que se puede permanecer virgen en el país de los musulmanes? ¿No sabes que en los libros de los musulmanes está dicho: ¡Ninguna mujer envejecerá virgen en el Islam!?”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SESENTA Y SEIS

Ella dijo:

—Cuando la reina, que solo había hecho públicamente esta pregunta a su hija para extender, desde su llegada, la noticia de que su virginidad había quedado intacta y que estaba a salvo su honor, escuchó estas palabras tan imprevistas, esto delante de toda la corte, se puso muy pálida y cayó desvanecida en los brazos de sus criadas, asustadas de semejante escándalo. Y el rey, igualmente, muy furioso con esta aventura y sobre todo por la franqueza con que su hija confesó lo que acababa de suceder, sintió en su pecho que la hiel le estallaba en el hígado e, indignado al límite de la indignación, llevó a la princesa y penetró a toda prisa en el palacio, en medio de la consternación general, narices alargadas de los dignatarios y de semblantes adustos de las ancianas matronas sofocadas. Y convocó con urgencia a su consejo de estado y solicitó el parecer de sus visires y de sus patriarcas. Y los visires y los patriarcas

consultados respondieron: «Somos de parecer de que, para purificar a la princesa de la mancha de los musulmanes, solo hay un medio y es lavarla en su sangre. Es preciso sacar de la prisión a estos cien musulmanes, ni uno menos, y cortarles la cabeza. Y se recogerá la sangre de sus cuellos y se bañará el cuerpo de la princesa como en un nuevo bautismo». En consecuencia, el rey ordenó que fueran conducidos los cien musulmanes, entre los que se hallaba el joven Nur, como ya se ha dicho. Y se comenzó por cortar la cabeza al capitán marino. Luego se cortó la cabeza a todos los mercaderes. Y cada vez se recogía en un gran barreño la sangre que saltaba de sus cabezas. Y le llegó el turno al joven Nur. Y se le condujo al lugar de la ejecución, se le vendaron los ojos, se le colocó sobre el ensangrentado tapiz y el ejecutor blandió su espada para hacer saltar la cabeza de su cuello, cuando una anciana se acercó rey y le dijo: «¡Oh rey del tiempo!, las cien cabezas han sido ya cortadas y el depósito está lleno de sangre. Es preciso, pues, librar a este joven musulmán que queda y que me lo entregues para el servicio de la iglesia». Y el rey exclamó: «¡Por el mesías que llevas razón! Las cien cabezas están ya cortadas y la fuente está ya llena. Toma, pues, a este y utilízalo para el servicio de la iglesia». Y la anciana, que era la guardiana principal de la iglesia, dio las gracias al rey, y en tanto que él se retiraba con sus visires para proceder al bautismo de sangre de la princesa, ella se llevó a Nur. Y, encantada de su belleza, le condujo en seguida a la iglesia. Aquí la anciana ordenó a Nur que se desvistiera, le dio una gran sotana negra, un alto bonete de sacerdote, un gran velo negro para cubrir este bonete, una estola y un amplio cinturón. Y ella se vistió igual, para enseñarle cómo debía hacerse; y le dio sus instrucciones para que supiera que debía hacerse para el servicio de la iglesia. Y durante siete días seguidos ella vigiló su trabajo y fomentó sus aptitudes, en tanto que él se lamentaba en su corazón de creyente de tener que hacer esto. Ahora bien, en la noche del séptimo día la anciana dijo a Nur: «Sabe, hijo mío, que dentro de unos instantes la princesa Marian, que ha sido purificada mediante el bautismo de sangre, va a venir a la iglesia para pasar toda la noche en devoción y de este modo hacerse perdonar los actos de su pasado. Te aviso, pues, para que cuando me haya marchado a acostarme, te quedes a la perta para prestarle todos los servicios que ella pueda precisar o para llamarme en el caso de que ella cayera desvanecida de emoción a causa de sus pasados pecados. ¿Has comprendido bien?». Y Nur, con los ojos chispeantes, respondió: «¡He comprendido, oh mi señora!». En esto llegó la princesa Marian, vestida de negro desde la cabeza a los pies y con el rostro cubierto con un velo negro y, luego de haberse inclinado ante Nur, al que ella había tomado por sacerdote, a causa de sus hábitos, penetró en la iglesia cuya puerta le había abierto la vieja guardiana, y, con paso lento, se dirigió a una especie de oratorio interior bien tenebroso de aspecto. Entonces la vieja no queriendo distraerla de sus devociones, se apresuró a retirarse; y, después de haber recomendado mucho a Nur que vigilase en la puerta, subió a dormir en su cámara.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SESENTA Y SIETE

Schehrazada dijo:

—Cuando Nur comprobó que la anciana dormida roncaba como un ogro, se deslizó en la iglesia y se dirigió hacia el lugar en donde estaba la princesa Marian y que era un oratorio alumbrado por una pequeña lámpara. Y entró entonces silenciosamente en este oratorio y, con una voz temblorosa, la llamó. Y ella creyó al principio que soñaba; y luego acabó por arrojarse en sus brazos. Y ambos, en el límite de la emoción, se pusieron a abrazarse un buen rato en silencio. Y cuando pudieron hablar se contaron mutuamente lo que les había sucedido desde el día de la separación. Y ambos dieron juntos gracias a Alá, que había permitido su reunión. Luego la princesa, para festejar con alegría este momento de su reunión, se apresuró a quitarse los hábitos de duelo que su madre le había obligado a llevar para recordar sin cesar la pérdida de su virginidad. Y, estando completamente desnuda, se sentó en las rodillas de Nur, quien, por su parte, había arrojado lejos su ropa y sus efectos de sacerdote cristiano. Y ellos comenzaron una serie de extraordinarias caricias. Y no cesaron, durante toda la noche, de abandonarse sin restricción de ninguna clase a los más diversos goces de la voluptuosidad, dándose mutuamente las señales más perentorias del violento amor. Y Nur, en este momento, se sentía revivir con una intensidad tal, que hubiera podido acabar sin parar, el uno tras del otro, con mil sacerdotes con sus patriarcas. ¡Que Alá extermine a los impíos y dé la fuerza y el valor a sus verdaderos creyentes! Cuando, hacia el alba, las campanas de la iglesia hacían su primer llamamiento, la princesa Marian se apresuró, pero ¡con cuántas lágrimas de pesar!, a vestirse con sus ropas de duelo; y Nur, igualmente, se puso las suyas, ¡qué Alá, que ve en el fondo de las conciencias, le excuse en esta cruel necesidad! Pero antes de retirarse y después de haberlo abrazado por última vez, la princesa dijo a Nur: «Tú debes ahora, ¡oh Nur!, después de los siete días que llevas en esta ciudad, conocer bien a fondo los lugares y los alrededores de esta iglesia». Y Nur respondió: «¡Sí, oh mi señora!». «Bueno, entonces escucha bien mis palabras. Sabrás que acabo de combinar un proyecto que nos permitirá escapar para siempre de este país. Por esto, mañana, a la primera vigilia de la noche, tendrás que abrir la puerta de la iglesia que da al lado del mar y marchar sin tardanza a la orilla. Allí encontrarás una pequeña embarcación, con diez hombres de tripulación, cuyo capitán, en cuanto te vea llegar, te tenderá la mano. ¡Mas aguarda a que te llame por tu nombre y, sobre todo, no precipites nada! En cuanto a lo que a mí se refiere, no tengas preocupación alguna; yo sabré hallarte sin contratiempo. ¡Y Alá nos sacará de sus manos!». Luego, antes de dejarlo, ella dijo todavía: «No olvides, para jugárselas a

los patriarcas, ¡oh Nur!, de robar al tesoro de la iglesia todo cuanto encuentres de pesado, en cuanto al precio, y de ligero en cuanto al peso, y de vaciar, antes de irte, el cepillo en donde los infieles depositan las ofrendas». Y la princesa, luego de haber hecho repetir a Nur, palabra por palabra, las instrucciones que ella acababa de darle, salió de la iglesia y entró, con la mirada bien contrita, al palacio, en donde la esperaba su madre para predicarle el arrepentimiento y la continencia. ¡Que los creyentes sean preservados de la impura continencia y no tengan que arrepentirse sino del mal ocasionado al prójimo! ¡Amén! Sucedió que, a la primera vigilia de la noche, Nur, luego de escuchar los ronquidos de la anciana, se apresuró a echar mano de todo lo más valioso del tesoro subterráneo, y a vaciar en su cinturón de sacerdote todo el oro y la plata contenido en el cepillo de los patriarcas. Y cargado con este botín marchó a toda prisa, por la puerta que le había sido indicada, a la ribera del mar. Y allí, conforme a lo que le había dicho la princesa, encontró la embarcación, cuyo capitán, luego de haberle tendido la mano, llamándole por su nombre, le recibió con toda cordialidad en unión de su valiosa carga. Y, al momento, fue dada la señal de partida. Ahora bien, los marineros, en lugar de obedecer la orden de su capitán y soltar las amarras del navío, que estaban atadas a los postes de la ribera, se pusieron a murmurar y uno de ellos alzó la voz y dijo: «¡Oh capitán! Tú sabes bien que hemos recibido órdenes muy diferentes del rey nuestro señor, quien quiere que mañana embarque su visir en este navío, para ir a reconocer a los piratas musulmanes que se han señalado con propósitos de raptar a la princesa Marian». Mas el capitán, en el límite del furor ante esta resistencia, gritó: «¿Quién osa resistirse a mis órdenes?». Y blandiendo su sable echó a tierra, de un solo golpe, la cabeza del que había hablado. Y el sable llameó en la noche, rojo de sangre como una antorcha. Pero este acto de firmeza no impidió que los otros marineros, hombres endurecidos, siguieran murmurando. De manera que todos compartieron, en un abrir y cerrar de ojos, por la acción del sable, célere como el relámpago, la suerte de su camarada. Y el capitán lanzó a patadas sus cuerpos al mar.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SESENTA Y OCHO

Dijo Schehrazada:

—Hecho esto, y con un tono de mando que no admitía réplica, le gritó: «¡Yalah! ¡Vamos! Desamarra, suelta las velas y maniobra las jarcias, en tanto que yo voy a encargarme del timón». Y Nur, dominado por la energía del terrible capitán, y, además, sin armas para intentar defenderse e intentar salvarse en tierra, realizó lo

mejor que pudo la maniobra. Y la pequeña embarcación, dirigida por la firme mano del capitán, se alejó con todas las velas desplegadas, impulsada por el viento favorable, y puso proa hacia Al-Iskandaria. Durante este tiempo, el pobre Nur se lamentaba en su alma, sin osar quejarse ante el barbudo capitán, que le miraba con ojos chispeantes; y él se decía: «¡Qué desgracia se ha abatido sobre mi cabeza en el momento en que yo creía acabadas todas mis tribulaciones! ¡Y cada desgracia es peor que la precedente! Y, además, ¿qué va a ser de mí con este hombre feroz? ¡No hay duda de que no saldré vivo de sus manos!». Y continuó durante toda la noche dejándose llevar por estos desoladores pensamientos, en tanto vigilaba las velas y los aparejos. A la mañana, cuando se hallaban a la vista de una ciudad, en la que iban a atracar para tomar algunos hombres para la tripulación, el capitán se levantó de pronto, como presa de una gran agitación, y comenzó por arrojar el turbante a sus pies. Luego, como Nur, estupefacto, le mirara sin comprender nada, estalló a reír y, con ambas manos, se arrancó la barba y los bigotes y, de golpe, se transformó en una adolescente como la luna al aparecer sobre el mar. Y Nur reconoció a la princesa Marian. Y, una vez calmada su emoción, se arrojó a sus pies y, en el límite de la admiración y de la alegría, le confesó que sintió un gran pánico de ese terrible capitán que tan fácilmente degollaba a otros hombres. Y la princesa Marian rio mucho de su terror, y luego que se hubieron abrazado, cada uno se apresuró a reanudar la maniobra para entrar en el puerto. Una vez en tierra, contrataron algunos marineros y reanudaron la ruta. Y la princesa Marian, que conocía a maravilla la navegación y también los derroteros marítimos y el juego de los vientos y de las corrientes, continuó dando las órdenes necesarias, durante el día, en todo el viaje. Pero, durante la noche, ella iba a acostarse con su bien amado Nur, y gustaba con él, en el frescor marino y bajo el cielo raso, de todas las voluptuosidades del amor. ¡Qué Alá los guarde y los conserve y aumente sobre ellos sus favores! Alá les otorgó hasta el final del viaje una navegación sin obstáculos y muy pronto divisaron la ciudad de Al-Iskandaria. Y luego que el navío quedó amarrado en el puerto y los hombres bajaron a tierra, Nur dijo a la princesa Marian: «¡Al fin estamos en tierra de musulmanes! Espérame aquí solamente un momento, en tanto que yo voy a comprar todo lo necesario para que entres decentemente en la ciudad; pues ya veo que no tienes ni vestidos, ni velo, ni babuchas». Y Marian dijo: «Sí, ve a comprar todo eso y no tardes mucho en volver». Y Nur bajo a tierra para comprar toda esa ropa. Y ahora dejemos a los dos. En cuanto a lo que se refiere al rey de los francos, helo aquí. Al día siguiente de la partida nocturna de la princesa Marian, se le vino a anunciar su desaparición y no se le pudo facilitar otro detalle sino el de que había ido a practicar sus devociones en la gran iglesia patriarcal. Pero al momento mismo llegó la anciana guardiana a comunicarle la desaparición de su nuevo servidor de la iglesia e, inmediatamente después se le vino a anunciar la marcha del navío y la muerte de los diez marineros, cuyos cuerpos decapitados se habían encontrado en la playa. Y el rey los francos, barbotando de un furor concentrado en su vientre reflexionó durante una hora de

tiempo y dijo: «¡Si mi navío ha desaparecido, no hay duda de que en él se ha ido mi hija!». E inmediatamente hizo llamar al capitán del puerto y al visir tuerto y cojo y les dijo: «¡Ya sabéis lo que acaba de pasar! Ahora bien, sin duda alguna, mi hija ha marchado al país de los musulmanes para encontrar de nuevo a sus perforadores. ¡Si no me la traéis, viva o muerta, nada os salvará llegado el momento del palo! ¡Marchad!». Entonces el viejo visir tuerto y el capitán del puerto se avivaron a preparar una embarcación y se dieron a la vela sin tardanza, con dirección a Al-Iskandaria, donde llegaron en el mismo instante que los dos fugitivos. Y reconocieron en seguida a la pequeña embarcación amarrada en el puerto. Y divisaron a la princesa Marian sentada sobre un montón de cuerdas en el puente. Y al momento hicieron descender en una lancha una tropa armada, la que se lanzó inesperadamente sobre la embarcación de la princesa, se apoderaron de ella de improviso, la ataron y la trasladaron a su bordo, después de haber incendiado la pequeña embarcación. Y, sin perder tiempo, alcanzaron alta mar y pusieron proa hacia Constantina, adonde hicieron el viaje con felicidad. Y se apresuraron a entregar la princesa Marian a su padre.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SESENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—Cuando el rey de los francos vio entrar a su hija y sus ojos se encontraron con los de ella, no pudo contener la violencia de sus sentimientos, e inclinándose en su trono y avanzando su puño, le gritó: «¡Desdichada de ti, hija maldita! ¡No hay duda de que has abjurado de la fe de tus antepasados para abandonar de ese modo la morada de tu padre e ir a buscar a los malvados que te han perforado! ¡Sí, la muerte apenas puede lavar la afrenta que has hecho al nombre cristiano y al honor de nuestra raza! ¡Ah maldita, prepárate para ser colgada a la puerta de la iglesia!». Pero la princesa Marian, lejos de turbarse, dijo: «¡Tú conoces mi franqueza, padre mío! Ahora bien, yo no soy la clase de culpable que crees. ¿Qué crimen he cometido al haber querido volver a la tierra en donde el sol calienta con sus rayos y en donde los hombres son varones sólidos y virtuosos? ¿Y qué me quedaba que hacer aquí entre sacerdotes y eunucos?». Al oír estas palabras, la cólera del rey llegó a sus límites extremos y gritó a sus verdugos: «¡Quitad de mi vista a esta hija ignominiosa y llevadla para que perezca en la muerte más cruel!». Cuando los verdugos se aprestaban a apoderarse de la princesa, avanzó cojeando hasta el trono el viejo visir tuerto y, después de haber abrazado la tierra entre las manos del rey, dijo: «¡Oh rey

del tiempo, permite a tu esclavo que formule un ruego antes de la muerte de la princesa!». El rey dijo: «¡Habla, oh mi viejo visir fiel, oh el sostén de la cristiandad!». El visir dijo: «Sabe, ¡oh rey!, que tu indigno esclavo está desde hace mucho tiempo prendado de los encantos de la princesa. Por esto vengo a rogarte que no la hagas morir; y, como única recompensa en mi dedicación a los intereses de tu trono y de la cristiandad, pido que me la concedas por esposa. Y, además, yo soy tan feo, que este matrimonio, que es un favor para mí, podrá servir al mismo tiempo de castigo a las faltas de la princesa. Además, me comprometo a guardarla encerrada en el fondo de mi palacio, al abrigo de toda huida futura y de empresas de los musulmanes». Al oír las palabras de su viejo visir, dijo el rey: «¡No hay inconveniente! Pero ¿qué vas a hacer, ¡oh pobre!, de este tizón encendido por los fuegos infernales? ¿Por el mesías que yo en tu lugar me llevaría por mucho tiempo mi dedo a la boca para reflexionar sobre un asunto tan grave!». Pero el visir replicó: «¡Por el mesías que no me hago ilusión alguna sobre este particular y no ignoro nada de la gravedad de la situación! ¿Pero sabré obrar con bastante sabiduría para impedir a mi esposa que se entregue a excesos reprensibles!». A estas palabras, el rey de los francos lanzó una carcajada, se revolvió en su trono y dijo al viejo visir: «¡Oh padre claudicante, espero ver crecer sobre tu cabeza dos defensas de elefante! ¿Pero te advierto que si dejas escapar a mi hija de tu palacio o no le impides añadir una aventura más a las aventuras deshonorosas para nuestro nombre, tu cabeza saltará de los hombros! ¿Con esta única condición te doy mi consentimiento!». Y el viejo visir aceptó la condición y besó los pies del rey. Al momento los sacerdotes, los monjes y los patriarcas, así como todos los dignatarios de la cristiandad, fueron informados de este matrimonio. Y con este motivo se dieron grandes fiestas en palacio. Y terminadas las ceremonias el viejo visir repugnante penetró en la cámara de la princesa. ¡Que Alá impida a la fealdad alcanzar al esplendor! ¡Y que el alma de este cerdo hediondo expire antes de mancillar las cosas puras! Mas ya volveremos a encontrarlos. Volvamos a Nur. Cuando este regresó de comprar las cosas necesarias para el arreglo de la princesa, el velo, el vestido y un par de babuchas en cuero amarillo limón, vio a una gran muchedumbre que iba y venía por el puerto. Y se informó de la causa de esta agitación; y se le dijo que la tripulación de un buque franco se había apoderado de improviso de una embarcación atracada no lejos de allí y la habían incendiado, luego de haber raptado a una joven que en ella se encontraba. Y al saber esta noticia, Nur cambió de color y cayó desvanecido al suelo. Cuando al cabo de cierto tiempo recobróse de su desvanecimiento, contó a los presentes su triste aventura, la que no es necesario repetir, y todos se pusieron a reprocharle su conducta y a dirigirle mil vituperios, diciéndole: «¡Tú solo tienes lo que mereces! ¿Por qué la dejaste sola? ¿Qué necesidad tenías tú de ir a comprarle un velo y babuchas nuevas de cuero amarillo limón? ¿No podía ella haber descendido a tierra con sus efectos usados y cubrirse la cara, entre tanto, con un trozo de tela de vela o de otra tela cualquiera? ¡Sí, por Alá, solo tienes lo que mereces!». En el interín llegó el jeque propietario del *khan*

en el que se habían alojado Nur y la princesa durante su encuentro. Y reconoció al pobre Nur y, viéndole en un estado tan lamentable, le preguntó el motivo. Y cuando estuvo al corriente de la historia, le dijo: «¡Sí!, el velo era totalmente superfluo, así como el vestido nuevo y las babuchas amarillas. Pero sería todavía más superfluo seguir hablando de ello. ¡Ven! ¡La raza de las bellas adolescentes no se ha extinguido todavía en nuestro país! Y ya sabremos encontrarte una egipcia bella y experta que, sin duda alguna, te resarcirá y te consolará de la pérdida de la princesa franca».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SETENTA

Schehrazada dijo:

—Pero Nur, continuando en su llanto, respondió: «¡No, por Alá, mi buen tío, nada podrá resarcirme de la pérdida de la princesa ni hacerme olvidar mi dolor!». El jeque preguntó: «Pero, entonces, ¿qué vas a hacer tú ahora? ¡El buque se alejó con la princesa y tus lágrimas no podrán nada!». Él dijo: «¡Precisamente por eso quiero volver a la ciudad de los francos y arrebatarse a mi bella amada!». El otro dijo: «¡Ah, hijo mío, no escuches para nada las sugerencias de tu alma temeraria! Si tú lograste llevártela por primera vez, ten cuidado con la segunda tentativa y no olvides el proverbio: “No todas las veces que se la tira, queda intacta la alcarraza”». Mas Nur replicó: «¡Yo te agradezco, mi tío, tus consejos de prudencia, pero nada me asusta y nada me impedirá el ir a reconquistar a mi amada, aun exponiendo a la muerte a mi alma preciosa!». Y como por voluntad de la suerte se hallaba en el puerto un navío dispuesto a hacerse a la vela para las islas de los francos, el joven Nur se aprestó a embarcarse; y al momento levó el ancla. Ahora bien, el jeque propietario del *khan* tenía mucha razón al advertir a Nur de los peligros en que se iba a arrojar inconsideradamente. En efecto, el rey de los francos, desde la última aventura de su hija, había jurado por el mesías y por los libros de su fe exterminar, en tierra y en mar, la raza de los musulmanes; y había hecho armar cien buques de guerra para dar caza a los buques musulmanes y arrasarse las costas y sembrar por todas partes la ruina, la carnicería y la muerte. De modo que cuando el navío en que se encontraba Nur entró en el mar de las islas, fue reconocido por uno de estos buques de guerra y capturado y conducido al puerto del rey de los francos, precisamente el primer día de las fiestas que se daban para celebrar las bodas del visir tuerto con la princesa Marian. Y el rey, para mejor celebrar estas fiestas y saciar su venganza, dio la orden de hacer morir en el palo a todos los musulmanes. Se ejecutó, por tanto, esta orden feroz y todos los prisioneros, uno tras otro, fueron empalados ante la puerta del

palacio en donde se celebraba la boda. Y solo quedaba el joven Nur por empalar, cuando el rey, que asistía con toda su corte a la ejecución, le observo con atención y dijo: «¡No sé!, pero ¡por el mesías!, yo creo que este es el joven que yo cedí hace algún tiempo, a la guardiana de la iglesia. ¿Cómo es que él se encuentra aquí después de haberse salvado la primera vez?». Y agrego: «¡Ah! ¡Ah! Que se le empale, por haberse escapado». Pero, en este momento, el visir tuerto se levantó y dijo al rey: «¡Oh rey del tiempo, yo también he hecho un voto! ¡Y este es el de inmolar a la puerta de mi palacio, para atraer la bendición en mi matrimonio, a tres jóvenes musulmanes! Yo te ruego, pues, que me des los medios para cumplir mi voto, dejándome escoger tres prisioneros de toda la carga de ellos». Y el rey dijo: «¡Por el mesías, que yo ignoraba tu voto! Al conocerlo, yo te hubiera cedido no tres, sino treinta prisioneros. No me queda nada más que este; tómallo y aguarda a que vengan otros». Y el visir llevó con él a Nur, con propósito de regar con su sangre el umbral de su palacio; pero, luego de haber reflexionado que su voto no estaría completamente cumplido si no sacrificaba juntos a los tres musulmanes hizo, arrojar, todo encadenado, a Nur en la caballeriza de su palacio, en donde, en la espera pensaba torturarlo por el hambre y la sed. Ahora bien, el visir tuerto tenía en su cuadra dos caballos gemelos de una hermosura milagrosa, de la raza noble de la Arabia y cuya genealogía estaba adherida a su cuello en un saquito que pendía de una cadena de turquesas y de oro. El uno era blanco como una paloma y se llamaba *Sabik*; el otro era negro como un cuervo y se llamaba *Lahik*. Y estos dos maravillosos caballos eran famosos entre los francos y los árabes y excitaban la envidia de los reyes y de los sultanes. Sin embargo, uno de los caballos tenía una mancha blanca sobre el ojo; y la ciencia de los albéitares más hábiles no había logrado hacerla desaparecer. Y el visir tuerto había intentado por sí mismo quitarla, pues era versado en la ciencia y en la medicina; pero solo había logrado agravar el mal y aumentar la opacidad de la mancha. Cuando Nur, conducido por el visir, llegó a la cuadra, él observó la mancha sobre el ojo del caballo y se puso a sonreír. Y el visir le vio cómo sonreía y le dijo: «¡Oh musulmán! ¿Por qué sonríes?». Él dijo: «Por esta mancha». El visir dijo: «¡Oh musulmán! Yo sé que las gentes de tu raza son muy expertas en caballos y conocen mejor que nosotros el arte de curarlos. ¿Es ese el motivo de tu sonrisa?». Y Nur, que precisamente conocía a maravilla el arte veterinario, respondió: «¡Tú lo has dicho! ¡No existe en todo el reino de los cristianos nadie que pueda curar a este caballo! ¡Pero yo puedo hacerlo! ¿Qué me darás si mañana te encuentras tu caballo con los ojos tan sanos como los de la gacela?». El visir respondió: «¡Yo te concederé la vida y la libertad y te nombraré al momento jefe de mis caballerizas y veterinario del palacio!». Nur dijo: «En ese caso, quita mis ligaduras». Y el visir deshizo las ligaduras que trababan los brazos de Nur, y Nur al momento, tomó sebo, cera, cal y ajo, lo mezcló con jugo concentrado de cebolla e hizo un emplasto que aplicó sobre el ojo enfermo del caballo. Hecho esto, se acostó sobre el jergón de la cuadra y dejó a Alá el cuidado de la curación.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SETENTA Y UNA

Ella dijo:

—Al día siguiente, por la mañana, el visir mismo llegó cojeando a quitar el emplasto. Y su asombro y su alegría llegaron al límite cuando vio el ojo del animal tan limpio como la luz de la mañana. Y sus transportes fueron tales que revistió a Nur con su propio manto y le nombró allí mismo jefe de sus cuabras y veterinario de palacio. Y le dio como residencia el apartamento situado sobre sus caballerizas, enfrente mismo de donde se hallaban los suyos propios, que solamente estaban separados por el patio. Luego entró para asistir a las fiestas que se daban por sus bodas con la princesa. ¡Y él no sabía que el hombre jamás escapa a su destino y que la suerte reserva sus golpes a aquellos que previamente están designados para servir de ejemplo a las generaciones! Se había llegado, pues, al séptimo día de las fiestas y esa noche misma el viejo feo debía entrar en posesión de la princesa. ¡Alejado sea el maligno! Y precisamente se hallaba la princesa acodada en su ventana y oía los postreros estruendos y los gritos lanzados a lo lejos en su honor. Y, muy triste, ella pensaba en su bien amado Nur, el vigoroso y bello adolescente de Egipto que había recogido la flor de su virginidad. Y una gran melancolía inundaba su alma a este recuerdo y le hacía afluir las lágrimas a los ojos. Y ella se decía: «¡Sí, yo no me dejaré jamás montar por este viejo repugnante! ¡Yo lo mataré antes y me arrojaré en seguida desde mi ventana al mar!». Y, en tanto que ella se dejaba impregnar de la amargura de sus pensamientos, se oyó, bajo sus ventanas, una bella voz de adolescente, que, en la noche, entonaba versos árabes sobre la separación de los amantes. Era Nur, quien, en ese momento, habiendo terminado de atender a los dos caballos, había subido a su departamento y se había acodado también en la ventana para pensar en su bella amada. Y él cantaba estas palabras del poeta:

«¡Oh desaparecida felicidad! Yo vengo a buscarte, lejos de nuestras moradas, a un país cruel, en donde hacerme, al menos, la ilusión de volver a encontrarte. ¡Ay de mí!

»Mis ofuscados sentidos quieren reconocerte en todo lo que posee alguna gracia o algún atractivo encanto. ¡Ay de mí!

»¡Que una flauta, en la lejanía, suspire sus melodías, o que el laúd le responda mediante sus armoniosos acordes, las lágrimas me mojan los ojos al pensar en nosotros! ¡Ay de mí!».

Cuando la princesa Marian oyó este canto en el que el amado de su corazón expresaba los pensamientos de su fiel amor, ella reconoció al instante su voz y quedó emocionada al límite de la emoción. Pero como ella era juiciosa y avisada, supo dominarse, para no traicionarse ante las criadas que la rodeaban, y comenzó a despedirlas. Luego tomó un papel y un cálamo y escribió lo que sigue: «¡En el nombre de Alá el clemente y el misericordioso! ¡Que la paz de Alá sea sobre ti, oh Nur, así como su misericordia y su bendición! ¡Yo quiero decirte que tu esclava Marian te saluda y arde del deseo de hallarse reunida contigo! Escucha, pues, lo que ella te dice, y haz lo que ella te ordena. A la primera vigilia de la noche, que es la hora propicia a los amantes, coge los dos corceles *Sabik* y *Lahik*, y llévalos fuera de la ciudad, tras de la puerta Sultana, en donde me aguardarás. Y si te preguntan que adónde llevas los caballos, responde que los llevas a dar un paseo». Luego dobló el billete, lo colocó en un pañuelo de seda, y agitó el pañuelo por la ventana, en dirección a Nur. Y cuando vio que él lo había visto y que se había acercado, arrojó su pañuelo por la ventana. Y Nur lo recogió, lo abrió y halló el billete que él leyó, para en seguida llevarlo a sus labios y a su frente, en signo de aquiescencia. Y se dio prisa a alcanzar las cuadras, en donde esperó, con la impaciencia más viva, la primera vigilia de la noche. Y entonces ensilló los dos nobles animales y marchó fuera de la ciudad, sin que persona alguna le inquietara en el camino. Y esperó a la princesa, tras de la puerta Sultana, teniendo por la brida a los dos caballos. Este era precisamente el momento en que, terminadas las fiestas y llegada la noche, el viejo tuerto, tan feo y tan repugnante, había penetrado en el cuarto de la princesa para realizar lo que tenía que realizar. Y la princesa Marian le vio entrar, estremeciéndose de horror, pues tanto era de rechazable su aspecto. Mas como ella tenía un plan que seguir y no quería hacerlo fracasar, intentó dominar sus sentimientos de repulsión y, levantándose en su honor, le invitó a ocupar un lugar junto a ella en el diván. Y el viejo cojo le dijo: «¡Oh soberana mía, tú eres la perla del oriente y del occidente, y es a tus pies a los que más bien yo debería prosternarme!». Y la princesa respondió: «¡Sea, pero hagamos una tregua a los cumplimientos! ¿En dónde está la cena? Yo tengo mucha hambre y deberíamos, ante todo, comenzar por comer». Al momento llamó el viejo a los esclavos y en un instante fueron traídas las bandejas cubiertas de los platos más raros y más exquisitos, compuestos de todo lo que vuela en los aires, nada en los mares, marcha por la tierra y pulula por los árboles de los vergeles y por los arbustos de los parterres. Y ambos se pusieron a comer juntos; y la princesa se esforzó en presentarle las porciones; y el viejo estaba arrobado con sus atenciones, y su pecho se ensanchaba y se lisonjeaba de llegar a sus fines mucho más fácilmente de lo que pensaba. Pero, de pronto, cayó de espaldas, precediendo su cabeza a sus pies, sin conocimiento. Pues la princesa había logrado arrojar subrepticamente una porción de *banj* marroquí en la copa, capaz de tumbar a un elefante y convertirlo en más ancho que largo.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SETENTA Y DOS

Ella dijo:

—¡Alabado sea Alá que no permite a la fealdad manchar la pureza! Cuando la princesa Marian vio al visir rodar de ese modo como un cerdo hinchado, se levantó en el mismo instante, cogió dos sacos que llenó de piedras preciosas y de joyas, descolgó una espada con hoja templada en la sangre de leones, la colocó en su cinturón, se cubrió con un amplio velo, y, por medio de una cuerda se deslizó por la ventana al patio, para desde él salir, sin ser advertida, del palacio, en dirección a la puerta Sultana, adonde llegó sin trastorno. Y cuando ella percibió a Nur corrió hacia él, y, sin darle siquiera tiempo a abrazarla, saltó sobre el caballo *Lahik* y gritó a Nur: «¡Sube sobre *Sabik* y sígueme!». Y Nur, renunciando a toda reflexión, saltó a su vez sobre el segundo caballo y lo lanzó a galope tendido para alcanzar a su amada que ya estaba lejos. Y de ese modo corrieron toda la noche hasta la aurora. Cuando la princesa consideró que había puesto una gran distancia entre ellos dos y cuantos hubieran podido perseguirlos, consintió en detenerse un momento para descansar y que cobrasen alientos las dos nobles bestias. Y como el lugar donde habían llegado era delicioso, con verdes prados, con sombraje, árboles frutales, flores y agua corriente, y el frescor de la hora los invitaba al placer tranquilo, quedaron encantados al poder sentarse al fin el uno al lado del otro, en la paz de esos lugares, y poder contarse mutuamente cuanto habían sufrido durante la separación. Y luego de haber bebido a la vez el agua del arroyo y de refrescarse con los frutos cogidos por ellos de los árboles, hicieron sus abluciones y se tendieron en los brazos el uno del otro, frescos, dispuestos y enamorados. Y, en una sesión, recuperaron todo el tiempo perdido de la abstinencia. Luego, ganados por la dulzura del aire y el silencio, se dejaron llevar por el sueño, bajo las caricias de la brisa de la mañana. Quedaron dormidos de ese modo hasta la mitad del día, y solo se despertaron cuando oyeron resonar la tierra, como abatida por millares de cascos. Y abrieron los ojos y vieron el ojo del sol oscurecido por un torbellino de polvo y, en medio de esta densidad, salir relámpagos como de un cielo tempestuoso. Y muy pronto, distinguieron el ruido de los caballos y el brillar de las armas. ¡Era todo un ejército el que iba en su persecución! En efecto, en la mañana de este día, el rey de los francos se había levantado muy temprano para ir a recibir por sí mismo noticias de la princesa, su hija y tranquilizarse sobre ese particular. Pues no podía conseguir la tranquilidad sobre la consecuencia de su matrimonio con un viejo cuya médula debía estar desde hacía tiempo derretida. Pero su sorpresa fue llevada al límite máximo cuando no encontrando a su hija vio al visir tendido en tierra privado del conocimiento y con la

cabeza entre los pies. Y, como él quisiera saber, ante todo, qué había sido de la princesa, echó vinagre en la nariz del visir, quien al momento recobró el uso de sus sentidos. Y el rey, con una voz terrible, le gritó: «¡Oh maldito! ¿En dónde está mi hija Marian, tu esposa?». Él dijo: «¡Oh rey, no lo sé!». Entonces el rey, lleno de furor, tiró de su sable y de un solo tajo partió en dos la cabeza de su visir, y el arma salió brillante por las mandíbulas. ¡Que Alá aloje para siempre su alma perversa en el último estadio de la *gehenne*! En el mismo instante, los palafreneros vinieron a anunciarle temblando la desaparición del nuevo veterinario y de los dos caballos *Sabik* y *Lahik*. Y el rey ya no dudó de la fuga de su hija con el jefe de las caballerizas, y al momento hizo llamar a tres de sus primeros patricios y les ordenó ponerse cada uno de ellos al frente de tres mil hombres y le acompañaran para ir a la busca de su hija. Y agregó a este ejército a los patriarcas y a los grandes de su corte, y él mismo avanzó, a la cabeza de sus tropas, y se lanzó en persecución de la fugitiva, a la que alcanzó en el praderío citado. Cuando Marian vio acercarse este ejército, ella saltó al caballo y gritó a Nur: «Yo quiero, ¡oh Nur!, que te quedes atrás, pues voy, sola, a atacar a nuestros enemigos, y a defenderte y a defenderme contra ellos, aunque sean innumerables como los granos de arena». Y blandiendo su acero, ella improvisó estos versos:

«Es hoy cuando yo quiero demostrar mi vigor y mi valentía, y, yo sola, aplastar a mis enemigos coligados.

»Demoleré hasta sus cimientos las murallas de los francos, y mi afilado sable cortará las cabezas de sus jefes.

»El color de mi caballo es el de la noche, y mi bravura es brillante como el día.

»De cuanto digo, se verá hoy el resultado, pues soy la única mujer peleadora del mundo».

Así dijo, y se lanzó al encuentro del ejército de su padre...

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SETENTA Y TRES

Dijo Schehrazada:

—Y el rey la vio llegar, moviéndose en sus órbitas dos ojos como de azogue. Y él gritó: «¡Por la vida del mesías! ¡Ella es tan insensata que va a atacarnos!». Y detuvo la marcha de sus tropas y avanzó solo hacia su hija gritándole: «¡Oh hija de perversidad! Por lo que veo, osas enfrentarte conmigo y das muestras de atacar el

ejército de los francos. ¡Oh insensata! ¿Has renunciado a todo pudor y renegado de la religión de tus padres? ¿Y tú ignoras que, si no te libra mi clemencia, te espera una muerte segura?». Ella respondió: «¡Lo que ha pasado lo ha sido irrevocablemente y está en el misterio de la ley musulmana! ¡Yo creo en Alá el único y en su enviado Mahoma el bendito, hijo de, Abdalá! ¡Y no renunciaré jamás a mi fe y a la fidelidad de mi afección por el mancebo egipcio, aunque tuviera que apurar la copa de mi ruina!». Dijo así ella, e hizo caracolear a su espumeante caballo sobre el frente del ejército franco y cantó estas estrofas guerreras, agujereando el aire con su sable crisperante:

«¡Cuán dulce es combatir en el día de la batalla! ¡Ven a mí si a ello te atreves, vil batahola! ¡Venid, cristianos, afrontad mis golpes que aplastan!

»Yo enterraré en el polvo vuestras cabezas cortadas, y alcanzaré al corazón de vuestro poderío. ¡Y los cuervos graznarán sobre vuestras moradas y anunciarán vuestra destrucción!

»Beberéis al corte de mi sable amargos sorbos como el jugo de la coloquintida. ¡Y yo serviré a vuestro rey la copa de las calamidades, para hastiarlo del agua pura por siempre!

»¡Ah, venid a mi encuentro, si hay un valiente entre vosotros! ¡Venir a aliviar mi pesar y a que cure en vuestra sangre mi dolor!

»¡Avanzad, si vuestra alma no está petrificada de cobardía, para ver cómo os acoge la punta de mi sable, bajo la sombra de la polvareda!».

Así cantó la heroica princesa. Y ella se inclinó sobre su caballo, le acarició con la mano y le dijo a la oreja: «¡Hoy, oh *Lahik*, es el día de tu raza y de tu nobleza!». Y el hijo de los árabes se estremeció y relinchó y se lanzó más rápido que el viento del norte, echando fuego por sus narices. Y la princesa Marian, lanzando un rugido espantoso, cargó sobre el ala izquierda de los francos, y, al galope de su corcel, tajó con su sable las cabezas de diecinueve caballeros. Luego se volvió al centro de la arena, y desafió a los francos con penetrantes gritos. Al ver esto, el rey llamó a uno de los tres patricios, jefe de sus tropas, que se llamaba Barbut. Este era un hábil guerrero, vivo como el fuego; era el sostén más fuerte del trono del rey franco, y el primero de los grandes de su reino y de su corte, por su fuerza y su valentía; y la caballería era su esencia. Y el patricio Barbut, avanzó al llamamiento de su rey hirviendo de ardor, cabalgando un corcel de noble raza, de robustos corvejones; y él estaba protegido por una cota de oro recargada de ornamentos, con estrechas mallas como las alas de saltamontes. Y sus armas eran un sable afilado y destructor, una lanza enorme, semejante al mástil de un navío y cuyo solo golpe hubiera derribado una montaña, cuatro agudas jabalinas, y una maza espantable erizada de clavos. Y así

bardado de hierro y de armas ofensivas y defensivas, era semejante a una torre. Ahora bien, el rey le dijo: «¡Oh Barbut, ya has visto la carnicería que ha hecho esa desnaturalizada! ¡A ti corresponde el vencerla y el traérmela viva o muerta!». Luego él le hizo bendecir por los patriarcas, cubiertos de vestiduras pintarrajeadas y que elevaron cruces sobre las cabezas, y leyeron el evangelio e imploraron sobre él altos favores. ¡Pero nosotros, musulmanes, invocamos a Alá el único, que está lleno de fuerza y de majestad! Al momento que el patricio Barbut acabó de besar el estandarte de la cruz, se lanzó a la arena bramando como un elefante furioso, y vomitando en su lengua horribles injurias contra la religión de los creyentes. ¡Que él sea maldito! Pero, por su parte, la princesa le vio llegar hacia ella y rugió como una leona madre de cachorros; y peleadora, bramante y rápida como el ave de presa, lanzó su corcel *Lahik* al encuentro de su adversario. Y ambos se entrechocaron como dos montañas en movimiento, y se atacaron con furor, gritando con la fuerza de los demonios. Luego se separaron e hicieron infinitas evoluciones y volvieron con rabia al nuevo asalto, parando los mutuos golpes con una destreza y una rapidez maravillosas, que herían los ojos de estupefacción. Y la polvareda generada por los cascos los ocultaban a veces a las miradas; y el asfixiante calor era tan fuerte que las piedras llameaban como chaparrales. Y la lucha duró una hora con idéntico heroísmo de una y otra parte. Mas sofocado el primero, el patricio Barbut quiso acabar; y llevó su maza de la mano derecha a la mano izquierda, sacó una de sus cuatro jabalinas y la lanzó a la princesa, acompañándola de un grito tan estruendoso como el sonido del trueno. Y el arma salió de su mano como el relámpago que ciega la mirada. Pero la princesa la vio llegar, esperó a que estuviese próxima, y la desvió prontamente de un revés de su sable; y la jabalina silbando, fue a clavarse a lo lejos, en la arena. Y todo el ejército vio esto y quedó dominado por el asombro. Entonces Barbut tomó una segunda jabalina y la lanzó con furor gritando: «¡Que ella hiera y mate!». Pero la princesa evitó el tiro y lo hizo fracasar. Y la tercera y la cuarta jabalina corrieron la misma suerte. Al momento, Barbut, hirviendo de furor y de humillación, volvió a colocar la maza en la mano derecha, rugió como un león, y la lanzó con toda la fuerza de su brazo, apuntando al adversario. Y la enorme maza atravesó pesadamente el aire, y llegó hasta Marian, a la que hubiera aplastado sin remedio, si la heroína no la hubiera cogido al vuelo y retenido en la mano: pues Alá la había dotado de la destreza, de la astucia y de la fuerza. Y las miradas de quienes la vieron quedaron cegadas de admiración.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía, y discretamente como siempre se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SETENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—Y, como una loba, Marian corrió hacia el patricio, y le gritó, en tanto que su respiración silbaba como silba la serpiente de cuernos: «¡Desdichado de ti, maldito! ¡Ven a aprender a manejar una maza de armas!». Cuando el patricio Barbut vio coger de esa suerte a su adversario la maza en el aire, creyó que el cielo y la tierra se desvanecían a su vista. Y desatinado, olvidando todo valor y toda presencia de ánimo, él volvió la espalda, protegiendo su huida con su escudo. Pero la heroica princesa le siguió de cerca, le apuntó, y haciendo girar la pesada maza de armas, la lanzó sobre su espalda. Y la maza resonante fue a caer sobre el escudo, más pesada que una roca lanzada por una máquina de guerra. Y ella arrancó al patricio del caballo, aniquilándolo en todas sus partes. Y él rodó violentamente por el polvo, revolcóse en su sangre, y arañó la tierra con sus uñas. Y su muerte no tuvo agonía, pues Azrael, el ángel de la muerte, se le acercó en la hora final, y le arrancó su alma, que fue a dar cuenta de sus errores y de su maldad a aquel que conoce todos los secretos y penetra los sentimientos. Entonces la princesa Marian, a galope tendido, colocó en posición ventrada a su caballo sobre la tierra, y recogió la enorme lanza de su antagonista muerto, y se alejó a cierta distancia. Y allí ella plantó la lanza en tierra, y haciendo frente a todo el ejército de su padre detuvo bruscamente su dócil caballo, se apoyó de espaldas en la elevada lanza, y permaneció inmóvil en esta actitud, con la cabeza alta y provocativa. Y de este modo, formando un solo cuerpo con su caballo y su lanza clavada en el suelo, ella se mostraba inquebrantable como una montaña e inmutable como el destino. Cuando el rey de los francos vio sucumbir así al patricio Barbut, se golpeó la cara de furor, rasgó sus ropas, y mandó llamar al segundo patricio jefe de su ejército, que se llamaba Bartus y era un héroe reputado entre los francos por su intrepidez y gran valor en combates singulares. Y le dijo: «¡Oh patricio Bartus, a ti te corresponde vengar la muerte de Barbut, tu hermano de armas!». Y el patricio Bartus respondió inclinándose: «¡Yo escucho y obedezco!». Y lanzando su caballo por la arena, corrió sobre la princesa. Mas la heroína, siempre en la misma actitud, no se movió; y su caballo permaneció firme y apoyado en arco en sus patas, como un puente. Y he aquí que llegó sobre ella el furioso galope del patricio, que había soltado las riendas de su caballo, y acudía apuntando con su lanza, cuyo hierro se semejava al aguijón del escorpión. Y el doble choque se verificó tumultuosamente. Entonces todos los guerreros dieron un paso hacia adelante para contemplar las terribles maravillas de este combate, del que jamás los ojos contemplaran nada parecido. Y un estremecimiento de admiración corrió por todas las filas. Pero ya los adversarios, enterrados en una espesa polvareda, se atacaban furiosamente y se distribuían golpes haciendo gemir el aire. Y ellos combatieron así durante bastante tiempo, con la rabia en el alma, y lanzándose terribles injurias. Y el patricio no tardó en reconocer la superioridad de su antagonista, y se dijo: «¡Por el mesías, que es llegada la hora de

manifestar toda mi potencia!». Y cogió una pica mensajera de la muerte, la blandió apuntando a su enemigo y la lanzó gritando: «¡Para ti!». Pero olvidaba que la princesa Marian era la heroína incomparable del oriente y del occidente, la guerrera de las tierras y de los desiertos, y la peleadora de las llanuras y de las montañas. Ahora bien, ella había observado el movimiento del patricio y penetrado en su designio. Y cuando la pica enemiga partió en dirección suya, ella esperó a que llegara a caer sobre su pecho, la cogió al vuelo y, volviéndose hacia el estupefacto patricio, ella le hirió en medio del vientre con esta arma, que salió chispeante por las vértebras costales. Y cayó como una torre que se desploma; y el ruido de sus armas hizo resonar de nuevo el eco.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discretamente como siempre se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SETENTA Y CINCO

Ella dijo:

—Y su alma fue a reunirse para siempre con la de su compañero en las llamas inextinguibles encendidas por la cólera del supremo juez. Entonces la princesa Marian hizo caracolear de nuevo su caballo *Lahik* en torno al ejército, gritando: «¿Dónde están los esclavos? ¿Dónde están los caballeros? ¿Dónde están los héroes? ¿Dónde está el visir tuerto, ese perro cojo? ¡Qué se presente el más valiente de vosotros, si tiene valor! ¡Vergüenza sobre todos vosotros, oh cristianos, que tembláis ante el brazo de una mujer!». En oyendo y viendo todo esto, el rey de los francos, extremadamente mortificado, y muy desesperado por la pérdida de los dos patricios, hizo venir al tercero de ellos que se llamaba Fassian, es decir, el Pedorrero, por ser famoso por sus follones y sus pedos, y que era un pederasta ilustre, y le dijo: «¡Oh Fassian, tú, cuya pederastia es la principal virtud, te toca ahora combatir con esta pérdida, y vengar con su muerte la de tus compañeros!». Y el patricio Fassian, habiendo contestado con la vista y la obediencia, lanzó su caballo al galope dejando en pos de sí una tronada de pedos retumbantes, capaces de hacer blanquear de terror los cabellos de un niño de teta, y de hacer que se hincharan las velas de un navío. Pero ya, por su parte, la princesa Marian había tomado campo, y había lanzado a *Lahik* a un galope más rápido que el relámpago que brilla, que el granizo que cae.



Y ambos cayeron el uno sobre el otro como dos carneros, y chocaron con una violencia tal que se hubiera dicho el choque de dos montañas. Y el patricio, al precipitarse sobre la princesa, lanzó un grito penetrante y le asestó un furioso golpe. Pero ella lo evitó con presteza, atacó directamente la lanza de su enemigo y la partió

en dos. Luego, en un momento en que el patricio Fassian, llevado de su ímpetu, pasaba junto a ella, la princesa se volvió de repente, dando una rápida vuelta, y con el regatón de su propia lanza le golpeó con tal violencia entre los hombros que lo desazonó. Y, acompañando su movimiento con un grito terrible, se precipitó sobre él, en tanto que él yacía de espaldas, y, de un solo movimiento le introdujo su lanza en la boca y le clavó la cabeza a la tierra, introduciendo en esta profundamente el arma. Al ver esto, los guerreros quedaron primero mudos de estupefacción. Luego sintieron de repente pasar por sus cerebros el estremecimiento del pánico; pues ellos ya no sabían si la heroína que acababa de realizar tales prodigios era una criatura humana o un demonio. Y volviendo la espalda, buscaron su salvación en la huida, entregando sus piernas al aire. Pero Sett Marian corrió tras de ellos, destruyendo bajo sus pasos la distancia. Y ella los alcanzó por grupos o separadamente, los hirió con su sable giratorio, y les hizo beber la muerte de un sorbo, sumergiéndolos en el océano de los destinos. ¡Y su corazón estaba tan gozoso que le parecía que el mundo no podía contenerlo! Y ella mató a cuantos mató, hirió a aquellos que hirió, y sembró la tierra de muertos a lo ancho y a lo largo. Y el rey de los francos, con los brazos levantados de desesperación al cielo, corría en el centro de sus desbandadas tropas, de sus patriarcas y de sus sacerdotes, como corre un pastor perseguido por la tempestad, en medio de un rebaño de carneros. Y la princesa no cesó de perseguirlos de ese modo y hacer una gran carnicería, hasta el momento en que el sol se cubrió totalmente con el manto de la palidez. Solamente entonces pensó la princesa Marian detener su carrera victoriosa. Ella volvió sobre sus pasos, y fue al encuentro de su bien amado Nur, que ya comenzaba a estar muy inquieto por ella, y descansó esa noche en sus brazos, olvidando, en las caricias compartidas y en las voluptuosidades del amor, las fatigas y los peligros que ella acababa de afrontar para salvarle y salvarse para siempre jamás de sus perseguidores cristianos. Y al día siguiente, luego de haber discutido sobre el lugar que sería más agradable de habitar en el futuro, decidieron ir a probar el clima de Damasco. Y se pusieron en camino hacia esa ciudad deliciosa. Dejémoslos ahora. ¡En cuanto al rey de los francos! Cuando con la nariz muy larga y el saco de su estómago muy alterado por la muerte de sus tres patricios, Barbut, Bartus y Fassian, y a causa también de la derrota de su ejército, regresó a palacio, en Constantina, él convocó su consejo de estado, y luego de haber expuesto su desgracia en los menores detalles, solicitó consejo sobre el partido que debía tomar. Y él agregó: «¡Yo no sé adónde habrá ido ahora esta hija de mil cornudos del impudor! Pero me inclino a creer que ha debido de ir al país de los musulmanes, allá en donde dice ella que los hombres son machos vigorosos e insaciables. ¡Pues esta hija de puta es un tizón encendido, originario del infierno! Y ella no hallaba a los cristianos lo bastante membrudos para calmar sus incesantes deseos. Yo os solicito, pues que me digáis, ¡oh patriarcas!, lo que es preciso hacer en esta enfadada situación». Y los patriarcas, y los monjes y los grandes del reino reflexionaron durante una hora de tiempo y dijeron después: «Opinamos, ¡oh rey!, que solo queda

un camino a seguir, después de todo cuanto ha ocurrido, y es el de enviar una carta con regalos al poderoso jefe de los musulmanes, el califa Harún Al-Raschid, que es el señor de las tierras y de los países adonde van a recalar los dos fugitivos; y en esta carta, que le escribirás con tu propia mano, le harás toda clase de promesas y juramentos de amistad, para que él consienta que se detenga a los fugitivos, y te los remita escoltados a Constantina. Y esto no te obligará en nada, ni nos obligará a nosotros, con el jefe de los incrédulos, porque en el momento en que nos hayan entregado a los fugitivos, nos apresuraremos a matar a los musulmanes de la escolta y a olvidar nuestros juramentos y compromisos, como tenemos por costumbre hacer todas las veces que tenemos un tratado con esos infieles, sectarios de Mahoma». Así hablaron los patriarcas y los consejeros del rey de los francos. ¡Que ellos sean malditos en esta vida y en la otra por su impiedad y felonía!

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SETENTA Y SEIS

Ella dijo:

—El rey de los francos de Constantina, que tenía el alma tan mezquina como la de sus patriarcas, no estuvo remiso en seguir este consejo tan pérfido. Pero ignoraban que la perfidia se vuelve tarde o temprano contra sus autores, y que el ojo de Alá vela siempre sobre sus creyentes y los defiende de las asechanzas de sus indecentes enemigos. Y él tomó un papel y un cálamo y escribió, en caracteres griegos, una carta al califa Harún Al-Raschid, en la que después de las fórmulas más respetuosas y más rebosantes de admiración y de amistad, le decía: «Poderoso emir de los musulmanes nuestros hermanos: yo tengo una hija desnaturalizada llamada Marian, que se ha dejado seducir por un joven egipcio de El Cairo, que me la ha quitado y la ha llevado a países que están bajo tu dependencia y tu dominio. Te suplico, en consecuencia, ¡oh poderoso rey de los musulmanes!, que hagas las investigaciones pertinentes para hallarla y me la envíes lo más pronto con una escolta segura. Y yo, en cambio, colmaré de honores y de respetos a la escolta que me envíes con mi hija y haré cuanto me sea posible para serte agradable. Así, para demostrarte mi agradecimiento y darte prueba de mis sentimientos de amistad, yo te prometo, entre otras cosas, de hacer edificar una mezquita en mi capital, por arquitectos que tú mismo escogerás. Y yo te enviaré, además, riquezas indescriptibles, de las que el hombre no vio jamás parecidas: jóvenes semejantes a huríes, mancebos imberbes como lunas, tesoros que el fuego no sería capaz de destruir, perlas, piedras preciosas, caballos, yeguas y potros, camellas y camellos jóvenes y cargamentos valiosos en mulos, conteniendo

los productos más bellos de nuestros climas. Y si todo esto no te bastare, yo disminuiré los confines de mis reinos para aumentar tus dominios y tus fronteras. Y estas promesas las ratifico con mi sello, yo, César rey de los adoradores de la cruz». Y el rey de los francos, luego de haber sellado esta carta, la entregó al nuevo visir que había nombrado para suceder al viejo tuerto y cojo y le dirigió estas palabras: «Si logras audiencia de este Harún le dirás: “¡Oh muy poderoso califa! Vengo a reclamar de ti a nuestra princesa: pues este es el objeto de la importante misión que nos ha sido confiada. Si acoges favorablemente nuestra demanda, puedes contar con el reconocimiento del rey, nuestro señor, que te enviará los más ricos presentes”». Luego, para excitar más aún el celo de su visir, al que enviaba como embajador, le prometió el rey de los francos, para el caso de que su embajada resultara fructuosa, darle a su hija en matrimonio y colmarle de riquezas y de prerrogativas. Luego lo despidió y le recomendó expresamente que entregara la carta al califa en persona. Y el visir, después de haber abrazado la tierra entre las manos del rey, se puso en camino. Sucedió que, después de un largo viaje, él llegó con su séquito a Bagdad, en donde comenzó por tomar un descanso de tres días. A continuación preguntó por el palacio del califa y, cuando se le hubo indicado, marchó para solicitar audiencia del emir de los creyentes. Y cuando fue introducido en el *diván* de las recepciones, el visir, arrojándose a los pies del califa, abrazó por tres veces la tierra en sus manos, le comunicó en breves palabras el motivo de la misión que le estaba confiada y le entregó la carta de su señor, el rey de los francos, padre de la princesa Marian. Y Al-Raschid quitó el sello de la carta, la leyó y, después de haber comprendido todo su alcance, se mostró favorable a la demanda de la misma, aunque le llegó de un rey malvado. E inmediatamente hizo escribir a todos los gobernadores de todas las provincias musulmanas, dándoles la reseña de la princesa Marian y de su compañero, con la orden expresa de hacer todas las pesquisas necesarias para encontrarlos, amenazándolos con los más severos castigos en caso de fracaso o de negligencia, y de enviarlos sin tardanza, con buena escolta, a su corte, al momento en que los hubiera descubierto. Y los correos a caballo o sobre camellos de carrera partieron en todas direcciones, llevando cada uno de ellos una carta para el valí de la provincia. Y en la espera, el califa retuvo en su palacio al visir y a su acompañamiento. Y esto nos demuestra cómo son de diferentes los reyes y sus palabras. Veamos lo que fue de los dos amantes. Cuando la princesa hubo puesto en derrota, ella sola, al ejército del rey de los francos, su padre, y ella hubo dado como pasto a los buitres a los tres patricios que con ella se midieran, se puso en camino con Nur para la Siria y llegó felizmente a las puertas de Damasco. Pero como viajaban por etapas, se detenían en los bellos lugares para entregarse a las manifestaciones de su amor, y como ellos no se cuidaban de las añaegas de sus enemigos, llegaron a Damasco algunos días después de los correos del califa, que les habían precedido y de que hubieran sido comunicadas al valí de la ciudad las órdenes que le concernían. Y como ellos no sospechaban lo que les esperaba, dieron sin desconfianza sus nombres a los espías, que los reconocieron

en seguida y los hicieron detener por los guardias del valí. Y los guardias, sin perder tiempo, les hicieron desandar el camino, sin permitirles entrar en la ciudad, y, amenazándoles con sus armas, los obligaron a acompañarlos a Bagdad, adonde, luego de diez días de marchas forzadas a través del desierto, llegaron extenuados de cansancio. Y fueron introducidos al *diván* de las audiencias rodeados de los guardias del palacio.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SETENTA Y SIETE

Dijo Schehrazada:

—Y cuando estuvieron en la presencia augusta del califa, se prosternaron ante él y abrazaron la tierra entre sus manos. Y el chambelán que estaba entonces de servicio dijo: «¡Oh emir de los creyentes, he aquí a la princesa Marian, hija del rey de los francos, y a Nur, su raptor, hijo del mercader Corona, de El Cairo! Y ha sido en Damasco en donde, por órdenes del valí, se les ha detenido a los dos». Entonces el califa fijó su mirada en Marian y quedó maravillado de la elegancia de su figura y de la belleza de sus rasgos, y le preguntó: «¿Eres tú la llamada Marian, hija del rey de los francos?». Ella contestó: «¡Sí, yo soy, desde luego la princesa Marian, y tu esclava, oh emir de los creyentes, protector de la fe, descendiente del príncipe de los enviados de Alá!». Y el muy extrañado con la respuesta, se volvió en seguida hacia Nur y quedó igualmente encantado de las gracias de su juventud y de su buen aspecto; y le dijo: «¿Eres tú el joven Nur, hijo de Corona, el mercader de El Cairo?». Él respondió: «¡Sí, soy yo, tu esclavo, oh emir de los creyentes, sostén del imperio, defensor de la fe!». El califa le dijo: «¿Cómo te has atrevido a raptar a esta princesa franca, con olvido de la ley?». Entonces Nur, aprovechando el permiso concedido para hablar, contó toda su aventura, con sus menores detalles, al califa, que le escuchó con mucho interés. Pero no es de utilidad repetirla. Entonces Al-Raschid se dirigió a la princesa Marian y le dijo: «Sabe que tu padre, el rey de los francos, me ha enviado este embajador que ves aquí, con una carta escrita de su propia mano. Y me ha asegurado, como prueba de su gratitud y de su intención, el edificar una mezquita en su capital si yo accedo a devolverte a sus estados. Ahora bien, ¿qué tienes tú que responder?». Y Marian levantó su cabeza y, con una voz a la vez firme y deliciosa, respondió: «¡Oh emir de los creyentes! Tú eres el representante de Alá en la tierra y aquel que mantiene la ley de su profeta Mahoma, ¡sobre él por siempre la oración y la paz! Mas yo me he convertido en musulmana y creo en la unidad de Alá, y la profeso en tu augusta presencia y digo: ¡No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta! ¿Podrías tú, por tanto, emir de los creyentes, reenviarme al país de los infieles que menosprecian a Alá y que creen en cuanto suscita la cólera de Alá por lo que son precipitados en las llamas por su mandato? Si tú obras así, entregándome a esos cristianos, el día del juicio, en el que todas las grandezas serán computadas como nada, y en donde los únicos considerados serán los corazones puros, ante Alá y ante nuestro profeta, tu primo, ¡sobre él la oración y la paz!, te acusaré por tu conducta». Cuando el califa escuchó estas palabras de Marian y su profesión de fe, exultó en su alma al saber musulmana a una heroína semejante y las lágrimas acudieron a sus ojos

y exclamó: «¡Oh Marian hija mía, que Alá no permita jamás que yo entregue a los infieles una musulmana que cree en la unidad de Alá y de su profeta! ¡Que Alá te guarde y te conserve y extienda sobre ti su misericordia y sus bendiciones y aumente la convicción de tu fe! Y ahora, por tu heroísmo y tu bravura, puedes reclamarlo todo de mí; y hago juramento de no negarte nada, aunque fuese la mitad de mi imperio. ¡Regocija tus ojos, ensancha tu corazón y desecha toda inquietud! Y dime, a fin de que yo haga lo necesario, si estarías satisfecha con que este joven, hijo de nuestro servidor Corona, se convirtiera en tu esposo legal». Y Marian contestó: «¿Cómo no lo había de desear, oh emir de los creyentes? ¿No fue él quien me compró? ¿No es él quien ha recogido lo que había en mí que recoger? ¿No es él quien ha expuesto su vida a menudo por mí? ¿Y no es él, en fin, quién ha dado la paz a mi alma revelándome la pureza de la fe musulmana?». Al momento el califa hizo llamar al cadí y a los testigos y redactó en el momento el contrato de matrimonio. Luego hizo avanzar al visir embajador del rey de los francos, y le dijo: «Tú ves bien con tus propios ojos y escuchas con tus propios oídos que no puedo atender a la solicitud de tu señor, dado que la princesa Marian, convertida en musulmana, nos pertenece. De otro modo, yo cometería una acción de la que tendría que dar cuenta a Alá y a su profeta el día del juicio. Pues escrito está en el libro de Alá: “No será jamás concedido a los infieles el estar sobre los creyentes”. Regresa, pues, adonde está tu señor, y dale cuenta de lo que has visto y de lo que has escuchado».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SETENTA Y OCHO

Ella dijo:

—Cuando el embajador comprendió por todo ello que el califa no quería entregarle a la hija del rey de los francos, se atrevió a encolerizarse, lleno de despecho y de soberbia, pues Alá le había cegado respecto a las consecuencias de sus palabras; y él exclamó: «¡Por el mesías, que aunque ella fuese musulmana veinte veces más, es preciso que yo la lleve a su padre, mi señor! ¡De lo contrario, él vendrá a invadir tu reino y cubrirá con sus tropas desde el Eufrates al Yemen!». Al oír estas palabras, el califa, en el límite de la indignación, gritó: «¡Cómo! ¿Este perro cristiano osa proferir amenazas? ¡Que le sea cortada la cabeza y que sea colocada a la entrada de la ciudad, crucificando su cuerpo, y que esto sirva en adelante de ejemplo a los embajadores de los infieles!». Pero la princesa Marian exclamó: «¡Oh emir de los creyentes, no manches tu gloriosa espada con la sangre de este perro! ¡Yo quiero tratarlo por mí misma como se merece!». Y habiendo dicho estas palabras, ella tiró

del sable que el visir llevaba al costado, y blandiéndolo, de un solo tajo abatió su cabeza y la arrojó por la ventana. Y rechazó con el pie el cuerpo, haciendo señal a los esclavos de que se lo llevasen. Al ver esto, el califa quedó maravillado de la prontitud con que la princesa había procedido a esta ejecución y la revistió con su propio manto. E hizo igualmente a Nur de un vestido de honor, y los colmó a ambos de ricos presentes; y, según el deseo que le expresaron, les dio una magnífica escolta que los acompañó hasta El Cairo, y les dio cartas de recomendaciones para el valí de El Cairo y los ulemas. Y Nur y la princesa Marian regresaron de ese modo a El Cairo, a casa de los ancianos padres. Y el mercader Corona, al volver a ver a su hijo, que le traía a su casa una princesa por nuera, alcanzó el límite del orgullo y perdonó a Nur su conducta de tiempos pasados. E invitó en su honor a una fiesta fastuosa a todos los grandes de El Cairo, quienes colmaron de regalos a los jóvenes esposos, superándose unos a otros en los presentes. Y el joven Nur y la princesa Marian vivieron muchos años en el límite de la felicidad y en el gozo, no privándose de cosa alguna, y comiendo bien, y bebiendo bien, y cohabitándose con decisión, ardor y continuidad, en medio de los honores y de la prosperidad, en la vida más tranquila y más deliciosa, hasta que vino a visitarlos la destructora de las felicidades, la separadora de los amigos y de las sociedades, la que derrumba las casas y los palacios y provee los vientres de las tumbas. Pero ¡gloria al único viviente, que no conoce la muerte y que tiene en sus manos las llaves de lo visible y de lo invisible! Amén.

Cuando el rey Schahriar escuchó esta historia, se incorporó de pronto a medias y exclamó:

—¡Ah, Schehrazada, esta historia heroica me transporta en verdad!

Y habiendo hablado así, él se acodó de nuevo sobre los cojines, diciéndose: «¡Yo bien creo que después de esta ya no quedan más historias que contarme! Por tanto, voy a meditar respecto a lo que me queda que hacer en cuanto a tu cabeza».

Mas Schehrazada, que le veía fruncir las cejas, se dijo: «¡No hay tiempo que perder!». Y le dijo:

—Sí, ¡oh rey!, esta historia es admirable; pero ¿qué es en comparación de las que yo quiero contarte, si tú, a pesar de todo, me lo permites?

Y el rey preguntó:

—¿Qué dices tú, Schehrazada? ¡Y cuales historias pensarás contarme todavía que sean más admirables o más asombrosas que esta!

Y Schehrazada sonrió y dijo:

—¡El rey juzgará! Pero esta noche, para finalizar la velada, debo contarte una breve anécdota de aquellas que pueden escucharse sin fatiga. Está sacada de *Los consejos de la generosidad y del saber vivir*.

LOS CONSEJOS DE LA GENEROSIDAD Y DEL SABER VIVIR

SALADINO Y SU VISIR

Y en seguida dijo:

—Me es dado recordar, ¡oh rey afortunado!, que el visir del rey victorioso, sultán Saladino, tenía, entre sus esclavos favoritos, un joven mozo cristiano y extraordinariamente hermoso, a quien amaba profundamente, y tan gracioso, que los ojos de los hombres no vieron jamás nada parecido. Un día, cuando se paseaba con este niño del que no sabía separarse, fue visto por el sultán, que le hizo señas para que se aproximase. Y el sultán, encantado después de posar su mirada en el niño, preguntó al visir: «¿De dónde te llegó este joven mozo?». El visir, un poco apurado, respondió: «De casa de Alá, ¡oh mi señor!». Y el sultán Saladino, continuando su paseo, sonrió y dijo: «He aquí que ahora, ¡oh nuestro visir!, tú encuentras el medio de subyugarnos con la belleza de un astro y hacernos cautivos con los encantos de una luna». Ahora bien, esto hizo reflexionar al visir, que se dijo: «En verdad que no va serme posible conservar a este niño después de haberse fijado en él el sultán». Y preparando un rico presente, llamó al bello niño y le dijo: «¡Por Alá, oh mi jovencito, que si no fuera de absoluta necesidad, mi alma no se separaría de ti jamás!». Y le confió el presente diciendo: «Llevarás, de mi parte, este regalo a nuestro amo el sultán, y tú mismo formas parte del presente, puesto que desde este instante yo te cedo a nuestro amo». Y al mismo tiempo le dio, para que lo transmitiera a Saladino, un billete en el que había escrito estos versos:

¡Oh mi señor, qué luna llena para tu horizonte! En la tierra no hay otro horizonte tan digno para esa luna.

No vacilo en despojarme de mi alma y dártela, si ello te agrada.

Pero es raro encontrar un hombre que quiera abandonarla.

Ahora bien; el regalo satisfizo de una manera especial al sultán Saladino que, generoso y grande por costumbre, no dejó de compensar al visir de tal sacrificio. Le colmó de favores y riquezas, haciéndole sentir, en todas las ocasiones, cuánto había ascendido en su gracia y amistad.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS SETENTA Y NUEVE

Schehrazada dijo:

—Entre tanto, el visir añadió al número de adolescentes de su harén una jovencita, la más deliciosa y cumplida de las de su tiempo, y esta jovencita, supo desde su llegada tocar el corazón del visir; pero este, antes de aficionarse como hiciera con el joven mozo, se dijo: «¿Quién sabe si el renombre de esta nueva perla

no llegará a oídos del sultán? Mejor será para mí, antes que mi corazón se aficione a esta nueva esclava, hacer con ella un nuevo presente al sultán. De esta manera, el sacrificio será menor y la pérdida menos cruel». Pensando así, hizo venir a la jovencita, le entregó un regalo para Saladino, todavía más rico que el de la vez primera, y le dijo: «Tú misma eres también parte de este regalo». Y le dio para que se lo entregara al sultán, un billete en el que había escrito estos versos:

¡Oh mi señor! He aquí que, tras la luna, en tu horizonte aparece el sol.

Unidos en el cielo los dos lucientes astros, forman la más bella constelación para tu reino.

Después de esto, el crédito del visir creció en el ánimo del sultán Saladino, quien no perdía ocasión de testimoniar, ante toda la corte, la estimación y amistad que sentía por él. Y esto hizo que el visir tuviera muchos enemigos y envidiosos que habiendo decidido perderle, resolvieron desde luego perjudicarlo en el ánimo del sultán. Ellos hicieron llegar a Saladino, por diversas alusiones e insidias, que el visir conservaba aún inclinaciones por el joven mozo cristiano y que no cesaba, sobre todo cuando la brisa fresca del norte le incitaba al recuerdo de antiguos paseos, de desearle ardientemente y de llamarle con toda su alma. Y le dijeron que se reprochaba amargamente por la donación que había hecho e, incluso, que de arrepentimiento y despecho se mordía los dedos y se arrancaba los dientes. Pero el sultán Saladino, lejos de hacer oídos a estos alegatos del visir, en quien había puesto su confianza, gritó con colérica voz a aquellos que proferían tales discursos: «¡Dejad de mover vuestras lenguas de perdición contra el visir, o vuestras cabezas dejarán al instante de estar sobre vuestras espaldas!». Después, como era avisado y justo, les dijo: «Yo quiero, a propósito de lo mismo, hacer la prueba sobre vuestras mentiras y calumnias, y que vuestras propias armas se vuelvan contra vosotros. Voy, pues, a demostrar la rectitud de alma de mi visir». Llamó al joven en cuestión y le preguntó: «¿Sabes escribir?». El mozo respondió: «Sí, ¡oh mi señor!». «Toma entonces papel y un cálamo —ordenó el sultán— y escribe lo que voy a dictarte». Y le dictó, como si fuera obra del propio joven, la siguiente carta dirigida al visir: «¡Oh mi antiguo amo bien amado!, tú sabes, por los sentimientos que tú mismo debes experimentar respecto de mí, la ternura que he tenido por ti y el recuerdo que dejaron en mi alma nuestras delicias de otro tiempo. Es por lo que me dirijo a ti para quejarme de mi suerte actual en el palacio, donde nada me inclina a olvidarme de tus bondades, sobre todo porque la majestad del sultán y el respeto que me inspira me impiden gustar sus favores. Yo te ruego que busques un expediente, sea por el medio que sea, para que pueda volver a tu lado. Por otra parte, el sultán no se ha encontrado a solas conmigo hasta ahora y me hallarás tal como tú me dejaste». Y escrita esta carta, el sultán la envió con un esclavo de palacio, quien la puso en manos del visir, diciéndole: «Tu

antiguo esclavo, el niño cristiano, me envía con esta carta de su parte». Y el visir la tomó, la miró un momento y, sin abrirla, escribió esto en el reverso: «¿Desde cuándo el hombre experimentado expone su cabeza, como un insensato, en las fauces del león? Yo no soy de aquellos cuya razón se somete y sucumbe ante el amor, ni de los que dan ocasión a las maniobras taimadas de los envidiosos. Si hice el sacrificio de mi alma cediéndotela, bien sé, que una vez fuera del cuerpo, no debe volver a habitarlo». Al recibir esta respuesta, el sultán Saladino se alegró sobre manera y la leyó ante los envidiosos, que se quedaron con un palmo de narices. Después hizo llamar a su visir y, luego de darle pruebas de amistad, le preguntó: «¿Puedes decirnos, ¡oh padre de la sabiduría!, cómo hiciste para llegar a tener tanto dominio sobre ti mismo?». Y el visir respondió: «Yo no consiento jamás que las pasiones transpongan el umbral de mi voluntad». ¡Pero Alá es aún más sabio!

Después Schehrazada dijo:

—Pero ¡oh rey afortunado!, ya que he referido cómo la voluntad del sabio le ayuda a vencer sus pasiones, quiero contar ahora una historia sobre el amor apasionado.

Y dijo:

LA TUMBA DE LOS AMANTES

—Abdalá, hijo de Al-Kaissi, nos refiere esta historia en sus escritos. Dice: «Un año fui en peregrinación a la casa santa de Alá. Cuando hube cumplido todos mis deberes de peregrino volví a Medina para visitar, una vez más, el sepulcro del profeta, en él la paz y la bendición de Alá. Ahora bien, una noche, como yo me hallara sentado en un jardín, no lejos de su tumba venerada, oí una voz que cantaba muy dulcemente en el silencio. Yo, encantado, puse toda mi atención y escuchando así, oí lo que sigue:

¡Oh alma mía, que, igual que un ruiseñor, cantas añorando a mi amada! ¿Y cuándo responderá a mis gemidos la tórtola de su voz?

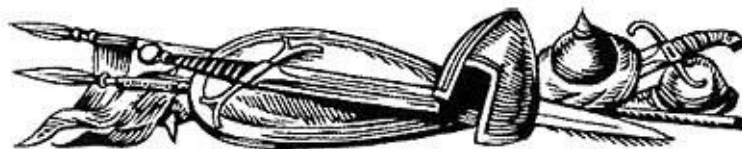
¡Oh noche! ¡Cuán interminable eres para los impacientes, para los que las ausencias atormentan y torturan!

¡Oh aparición luminosa! ¿Por qué alumbraste como un faro mi camino y después te fuiste, dejándome vagar entre tinieblas?

Después se hizo el silencio. Y yo miraba a todas partes por si veía al que acababa de cantar tan apasionadamente, cuando el propietario de la voz apareció, ante mi. Y, a la claridad del cielo estrellado, vi que era un adolescente, bello hasta maravillar el alma; cuyo rostro estaba bañado de lágrimas. Yo me volví hacia él y, no pudiendo impedirlo, exclamé: “¡Por Alá, qué bello es el mozo!”. Y tendí mis brazos hacia él. Él me miró, preguntándome: “¿Quién eres tú y qué me quieres?”. Y yo respondí, inclinándome ante su belleza: “¿Qué podría querer yo de ti que no fuera bendecir a

Alá mirándote? En cuanto a lo que se refiere a mí y a mi nombre, yo soy tu esclavo Abdalá hijo de Mahamar Al-Kaissi. ¡Oh mi señor, y cómo desea conocerte mi alma! Tu canto me ha turbado en seguida hasta el extremo, y tu vista ha acabado de transportarme. Heme aquí dispuesto a sacrificarte mi vida, si ello puede serte de alguna utilidad”. Entonces el adolescente me miró, ¡ah, y con qué ojos! y me dijo: “Siéntate a mi lado”. Y yo me senté muy cerca de él con el alma estremecida y él me dijo: “Escucha ahora, puesto que te hallo tan bien dispuesto hacia mí, lo que acaba de ocurrirme”. Y continuó de esta manera: “Yo soy Otbah, hijo de Al-Hubab, hijo de Al-Mundhir, hijo de Al-Jamuh, el Ansarita. Ahora bien ayer mañana yo hacía mis oraciones en la mezquita de la tribu, cuando vi que entraban, ondulantes sobre sus talles y caderas, varias mujeres. Eran tan bellas, que bien se podía morir por ellas. Acompañaban a otra adolescente muy joven y cuyos encantos borraban los de sus acompañantes. Y, en un momento dado, esta luna se aproximó a mí, sin ser notada en medio de la multitud de fieles, y me dijo: ‘¡Otbah, hace mucho tiempo que acechaba esta ocasión para hablarte! ¡Oh Otbah! ¿Qué dirías de tu unión con aquella que te ama y desea ser tu esposa?’. Después, antes que yo tuviera tiempo de abrir la boca para contestar, ella se apartó y desapareció entre sus compañeras. A continuación salieron todas juntas de la mezquita y se perdieron entre la multitud de los peregrinos. Yo, a pesar de mis esfuerzos por encontrarla, no pude volver a verla. Y mi alma y mi corazón están con ella. Y hasta que me sea dado volver a verla no podré gozar de ninguna dicha. ¡Sufriría en medio de las delicias del paraíso!’».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS OCHENTA

Ella dijo:

—«Habló así, y a medida que sus mejillas velludas enrojecían, mi amor por él se intensificaba más y más. Cuando él calló le dije: “¡Oh Otbah, oh hermano mío!, pon tu esperanza en Alá y pídele que te conceda el perdón de tus faltas. En cuanto a mí, heme aquí dispuesto a ayudarte con todos mis medios y mi poder, para tratar de encontrar a la adolescente objeto de tus pensamientos. Puesto que, viéndote, siento mi alma escaparse hacia tu encantadora persona; desde ahora, lo que yo haga por ti será únicamente por ver tus ojos volverse contentos hacia mí”. Y, hablando así, le estreché fuertemente afectuosamente contra mí, abrazándole como un hermano abraza a otro hermano. Y durante toda la noche, no cesé de calmar su alma querida. Y, por cierto, que nunca olvidaré los momentos deliciosos y jamás satisfechos pasados junto a él. Ahora bien; al día siguiente fui con él a la mezquita y, con toda deferencia, le hice

entrar el primero, permaneciendo allí juntos desde la mañana al mediodía, hora en la que, de ordinario, suelen acudir las mujeres. Pero, con gran contrariedad, observamos que estaban todas las mujeres en la mezquita y la adolescente no se encontraba entre ellas. Viendo la pena que este descubrimiento causaba a mi amigo, le dije: “¡Que esto no te inquiete lo más mínimo! Voy a informarme de tu amada entre estas mujeres, puesto que ayer estaba en su compañía”. Y en seguida me deslicé hasta ellas y conseguí saber que la adolescente en cuestión era una joven virgen alta cuna; que se llamaba Riya, y que era hija de Al-Ghitrif, jefe de la tribu de los Beni-Sulain. Y les pregunté: “¡Oh mujeres de bien!, ¿por que no ha venido hoy con vosotras?”. Ellas respondieron: “¿Y cómo podría ella hacerlo? Su padre, que había concedido su protección a los peregrinos para la travesía del desierto desde el Irak hasta La Meca ha regresado ayer a su tribu, en las orillas del Éufrates, con sus caballeros, y ha llevado consigo a su hija Riya”. Dándoles las gracias por sus informes, volví junto a Otbah y le dije: “Las noticias que traigo no son, ¡ay!, las que yo quisiera”. Y le puse al corriente de la partida de Riya con su padre hacia la tribu. Después le dije: “Pero tranquiliza tu alma, ¡oh Otbah, hermano mío! Puesto que Alá me ha concedido grandes riquezas, podremos emplearlas en la consecución de tus fines. Desde este momento voy a ocuparme de tu asunto y, con la ayuda de Alá, conseguiremos nuestros propósitos”. Y añadí: “Tómate, únicamente, la pena de acompañarme”. Y él se levantó y me acompañó hasta la mezquita de los ansaritas, sus parientes. Allí encontramos al pueblo reunido y yo, saludando a la asamblea, dije: “¡Oh creyentes ansaritas aquí reunidos! ¿Cuál es vuestra opinión sobre Otbah y el padre de Otbah?”. Y, todos a una, respondieron: “Creemos que son árabes de una ilustre familia y noble tribu”. Y yo les dije: “Sabes, pues, que Otbah, hijo de Al-Hubab, se consume víctima de una pasión violenta y yo vengo, justamente, a pedirlos que unáis vuestros esfuerzos a los míos para asegurar su felicidad”. “Con todo nuestro corazón”, respondieron, y yo replique: “En ese caso, es preciso que me acompañéis hasta las tiendas de Beni-Sulain para ver al jeque Al-Ghitrif, su jefe, y pedirle en matrimonio a su hija Riya para vuestro hermano Otbah, hijo de Al-Hubab”. Monté a caballo y lo mismo hicieron Otbah y toda la asamblea y, poniendo nuestras cabalgaduras al galope y sin detenernos conseguimos avistar las tiendas de los caballeros del jeque Al-Ghitrif a seis jornadas de Medina. Cuando el jeque Al-Ghitrif nos vio llegar, salió a nuestro encuentro a la puerta de su tienda, y nosotros, después de los saludos, dijimos: “Venimos a pedirte hospitalidad, ¡oh padre de los árabes!”. Él respondió: “Sed bien venidos a nuestras tiendas, ¡oh nobles huéspedes!”. Y diciendo y haciendo, dio a sus esclavos las órdenes necesarias para un buen recibimiento. Y los esclavos extendieron, en honor nuestro, esterillas y tapices y se sacrificaron corderos y camellos para ofrecernos un espléndido festín».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS OCHENTA Y UNA

Ella dijo:

—«Pero cuando llegó el momento de sentarnos para el festín, nos excusamos; y yo, en nombre de toda la asamblea, declaré al jeque Al-Ghitrif: “¡Por el mérito sagrado del pan y la sal y por la fe de los árabes, que no tocaremos ninguno de tus manjares en tanto que no hayas atendido nuestra demanda!”. Y Al-Ghitrif dijo: “¿Y cuál es vuestra demanda?”. Yo respondí: “Venimos a pedirte en matrimonio a tu noble hija Riya para Otbah, hijo de Al-Hubab el ansarita, hijo de Al-Mundir, hijo de Al-Jmuth el bravo, el bueno, el excelente, el ilustre, el victorioso”. Y el padre de Riya, cambiando repentinamente de color, nos dijo con calma: “¡Oh hermanos árabes!, aquella que me pedís en matrimonio para el ilustre Otbah, haciéndome un gran honor, es la única dueña de la respuesta. Nunca contrariaré yo su voluntad. Es ella, pues, quien debe decidir, y, en este mismo instante, voy a buscarla para pedir su parecer”. Y se levantó, amarillo de cólera y con tal expresión en su rostro, que bien desmentía el sentido de sus palabras. Fue a la tienda de Riya, que, espantada de su aspecto, le preguntó: “¡Oh padre mío!, ¿por qué la cólera afecta tan violentamente a tu alma?”. Y él se sentó cerca de ella en silencio y, como después supimos, acabó por decirle: “Has de saber, ¡oh Riya, hija mía!, que acabo de conceder hospitalidad a los ansaritas. Han llegado a mi casa con el fin de pedirte en matrimonio para uno de ellos”. “La familia de los ansaritas es una de las más ilustres entre los árabes —dijo ella—: tu hospitalidad no está fuera de lugar, ciertamente. Pero dime: ¿para quién de ellos vienen a pedirme en matrimonio?”. “Para Otbah, hijo de Hubab”, respondió él. Ella dijo: “Es un joven conocido y digno de entrar en tu raza”. Entonces, él gritó, lleno de furor: “¿Qué palabras acabas de pronunciar? ¿Has tenido ya relaciones con él? ¡Pues yo juré ya, por Alá, a mi hermano, que serías para su hijo, y nadie es más digno que el hijo de tu tío para entrar en mi genealogía!”. Y ella dijo: “¡Oh padre!, ¿qué vas a responder a los ansaritas? Ellos son árabes, llenos de nobleza y muy susceptibles en cuestiones de honor y preeminencia. Si tú rehúsas mi matrimonio con uno de ellos, atraerás hacia ti y la tribu su resentimiento y los efectos de su venganza. Si llegan a creerse menospreciados por ti no te lo perdonarán”. “Dices bien —respondió él—. Pero voy a disfrazar mi negativa poniendo como precio una dote exorbitante, puesto que el proverbio dice: ‘Si no quieres casar a tu hija, exagera la petición de dote’”. Dejó a su hija y volvió con nosotros para decirnos: “La joven de la tribu no se opone, ¡oh mis huéspedes!, a vuestra petición de matrimonio, pero ella exige una dote que sea digna de sus méritos. ¿Quién, pues, de vosotros, podría darme el precio de esta perla insuperable?”. A estas palabras, Otbah se adelantó y dijo: “¡Yo

soy!”. “Pues bien —respondió el padre—, mi hija pide mil brazaletes de oro rojo, cinco mil monedas de oro del cuño de Hajar, un collar con cinco mil perlas, mil piezas de tela en seda india, doce pares de botas en cuero amarillo, diez sacos de dátiles del Irak, mil cabezas de ganado, un jumento de la tribu de los anazi, cinco cajas de almizcle, cinco frascos de esencia de rosas y cinco cajas de ámbar gris. ¿Eres tú hombre capaz de consentir en esta demanda?”, añadió, dirigiéndose a Otbah. Y este respondió: “¿Dudas de ello, oh padre de los árabes? No solamente consiento en pagar la dote pedida, sino que, además, le añadiré”. Regresé a Medina con mi amigo Otbah y nos dedicamos, no sin penosa rebusca, a reunir todas las cosas pedidas. Yo prodigaba mi dinero sin cesar, con más placer que si todas estas adquisiciones se hicieran para mí mismo. Y volvimos a las tiendas de los Beni-Sulain con todas nuestras compras, apresurándonos a entregarlas al jeque Al-Ghitrif. Y este, no pudiendo desentenderse de la palabra empeñada, tuvo que recibir a todos los ansaritas, sus huéspedes, quienes se congregaron para hacerle los cumplidos por la boda de su hija. Las fiestas comenzaron y duraron cuarenta días. Se sacrificaron numerosos camellos y corderos, cociéndose, en grandes calderos, toda clase de manjares, de los que cada miembro de la tribu podía comer hasta hartarse. Ahora bien; al cabo de cierto tiempo, dispusimos un palanquín suntuoso sobre dos camellos, uno detrás de otro, y allí colocamos a la nueva desposada. Partimos todos, en el límite de la alegría, seguidos de una caravana de camellos cargados todos de presentes. Mi amigo Otbah iba muy contento, esperando el día de la llegada, en el que, al fin, se encontraría a solas con su joven amada. Durante el viaje no la dejaba ni un instante, haciéndole compañía en su palanquín, de donde no descendía sino para venir a favorecerme con su conversación, toda ella llena de amistad, confianza y gratitud»...

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS OCHENTA Y DOS

Ella dijo:

—«Y yo me alegraba con toda mí alma y me decía: “He aquí, Abdalá, cómo has llegado a ser, para siempre el amigo de Otbah. Esto, por haber sabido, olvidando tus propios sentimientos, tocar su corazón uniéndole a Riya. Algún día, no lo dudes, tu sacrificio será compensado y aún más. Y tú conocerás también el amor de Otbah en lo que tienen de más deseable y exquisito”. Ahora bien; estábamos ya a una sola jornada de Medina, y al anochecer, nos detuvimos en un pequeño oasis para reposar. La paz era absoluta; nuestro campo reía bajo la luz de la luna; sobre nuestras cabezas, doce palmeras como doce adolescentes, acompañaban con el roce de sus palmas la

canción de la brisa nocturna. Y nosotros, como los autores del mundo en los tiempos antiguos, gozábamos en esta hora llena de quietud, de la frescura del agua, de la hierba jugosa y de la dulzura del aire. Mas ¡ay!, ni aunque tuviéramos alas podríamos escapar a nuestro propio destino. Mi amigo Otbah debía apurar su copa, en un trago inevitable, hasta las heces. En efecto, inopinadamente, fuimos sacados de nuestro reposo por un ataque terrible de caballeros armados que cargaron sobre nosotros prorrumpiendo en gritos y alaridos. Eran los caballeros de la tribu de los Beni-Sulain, enviados por el jeque Al-Ghitrif para arrebatarnos a su hija. No habiendo querido violar bajo sus tiendas las leyes de la hospitalidad, esperó a que nos alejáramos para hacer que nos atacaran, sin faltar, de esta manera, a las costumbres del desierto. Pero no contó con el valor de Otbah y de nuestros caballeros. Con gran coraje sostuvieron el ataque de los Beni-Sulain y acabaron por derrotarlos, después de matar gran número de ellos. Mas en el curso de la pelea, mi amigo recibió una lanzada, y, al regresar al campo, cayó muerto en mis brazos. Al ver esto, la joven Riya dio un gran grito y fue a caer sobre el cuerpo de su amante. Pasó toda la noche lamentándose, y al llegar la mañana, la encontramos muerta de desesperación. ¡Que Alá tenga a los dos en su misericordia! Cavamos en la arena una tumba y los enterramos uno al lado del otro. Y, con el duelo en el alma, regresamos a Medina. Y yo, habiendo terminado lo que tenía que terminar, volví a entrar en mi país. Siete años después decidí volver hacer peregrinación a los lugares santos, y mi alma deseó visitar el sepulcro de Otbah y Riya. Y cuando llegué, lo vi bajo la sombra de un bello árbol de especie desconocida, que los de la tribu de los ansaritas habían piadosamente plantado. Con el alma entristecida, me senté, llorando, sobre la piedra a la sombra del árbol y pregunté a los que me acompañaban: “¡Oh amigos míos!, ¿queréis decirme el nombre de este árbol que llora conmigo la muerte de Otbah y Riya?”. “Se llama el árbol de los amantes”, me respondieron. “¡Ah, que puedas tú, oh Otbah, descansar en la paz de tu señor bajo la sombra del árbol que se lamenta sobre tu tumba!”. Y esto es lo que sé, ¡oh rey afortunado!, sobre *La tumba de los amantes*».

Luego, como viera al rey Schahriar complacido por este relato, se apresuró a contar, en la misma noche todavía, la historia del casamiento y divorcio de Hind.

EL DIVORCIO DE HIND

—Se cuenta que la joven Hind, hija de Al-Neman, era la adolescente más hermosa entre las de su tiempo; se semejaba a una gacela por sus ojos, su finura y sus encantos. Ahora bien la fama de su belleza llegó a oídos de Al-Hajage, gobernador del Irak, quien la pidió en matrimonio. Pero el padre de Hind, para concedérsela, exigió una dote de doscientos mil dracmas de plata, pagaderos antes de la boda, con la condición de recibir otros doscientos mil en caso de divorcio. Al-Hajage aceptó todas las condiciones y se llevó a Hind a su casa. Ahora bien, Al-Hajage, por su desgracia y para su amargura, era impotente. Había venido al mundo deforme en cuanto a su virilidad y con el ano obstruido. Y como, así conformado, el niño

rehusara la vida, el diablo, en forma humana, se había aparecido a la madre y le había prescrito, si quería que su hijo pudiera sobrevivir, darle de mamar, en lugar de leche, la sangre de dos cabritos negros, la de un macho cabrío también negro, y la de una serpiente del mismo color. La madre, siguiendo esta prescripción, había obtenido el efecto deseado. Únicamente la impotencia y deformidad, dones de Satán, que no de Alá el generoso, habían persistido en la complexión del niño convertido en hombre. Así fue, que Al-Hajage, una vez que hubo conducido a Hind a su casa, estuvo mucho tiempo sin atreverse a estar junto a ella, sino de día, y sin tocarla a pesar de los deseos que tenía. No tardó Hind en conocer los motivos de esta abstinencia, lamentándose continuamente ante sus esclavas. Un día, Al-Hajage vino a verla, según su costumbre, para regocijarse a la vista de su belleza. Estaba ella, con la espalda vuelta hacia la puerta, mirándose en un espejo y cantaba estos versos:

¡Oh Hind, yegua árabe de pura raza, obligada a convivir con un estéril mulo!

¡Ah, quitadme estos trajes purpúreos y traed mis ropas de piel de camello!

¡Dejaré este maldito palacio y tornaré a las negras tiendas de mi tribu, azotadas por el viento y la arena!

¡Sí, donde suenan más dulcemente que los laúdes y tambores, los gemidos de las flautas y del viento cuando penetran por los orificios de las tiendas!

¡Y dónde los jóvenes tienen la sangre poderosa de los hermosos leones!

¡Pues, si no, Hind morirá sin descendencia, junto a este estéril mulo!

Cuando Al-Hajage escuchó el canto en el que Hind le comparaba a un mulo, salió de la estancia enfurecido, sin que su esposa advirtiera, ni su llegada ni su desaparición. Y, al instante, envió a buscar al cadí Abdalá, hijo de Tahner, para que dispusiera el divorcio. Y Abdalá, yendo al encuentro de Hind le dijo: «¡Oh hija de Al-Neman!, he aquí que Al-Hajage Abu-Mohamed te envía doscientos mil dracmas de plata, y al mismo tiempo me encarga de llevar a cabo, en su nombre, la tramitación de su divorcio contigo». Hind exclamó: «¡Gracias a Alá! He aquí mi voto escuchado y heme libre para volver junto a mi padre. No podrías traerme una noticia más agradable, ¡oh hijo de Taher! que esta por la que me veo libre de ese perro importuno. Guarda para ti esos doscientos mil dracmas, como recompensa por la feliz nueva que me traes».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS OCHENTA Y TRES

Ella dijo:

—Entretanto, el califa Abd-Al-Malek-Ben-Mervan, que había oído hablar de la incomparable belleza y del ingenio de Hind, la deseó y envió a pedirla en matrimonio. Pero ella le contestó, escrito en una carta, lo siguiente, después de las alabanzas a Alá y las fórmulas de respeto: «Has de saber, ¡oh emir de los creyentes!, que ese perro ha ensuciado el vaso tocándolo con su nariz, al sorberlo». Cuando el califa leyó esta carta, echóse a reír a carcajadas y, en seguida, escribió esta respuesta: «¡Oh Hind!, si ese perro ha ensuciado el vaso con su nariz, nosotros lo lavaremos siete veces, y, por el uso que de él hagamos, quedará purificado». Entonces Hind, viendo que el califa, a pesar de los obstáculos que le oponía, persistía en desearla ardientemente, no pudo hacer otra cosa que inclinarse. Aceptó, pues, pero poniendo una condición que explicaba en una segunda carta, en la que, después de las alabanzas y fórmulas, decía: «Sabe, ¡oh emir de los creyentes!, que no partiré sino bajo la siguiente y única condición: Al-Hajage conducirá descalzo mi camello, por la brida, durante mi viaje hasta tu palacio». Esta carta provocó la risa del califa aún más de lo que lo hiciera la primera, y, de acuerdo con su contenido, envió en el acto una orden a Al-Hajage para que se dispusiera a ejecutar lo que Hind exigía. Bien sabía Al-Hajage que, a pesar de todo su despecho, no podía desobedecer una orden del califa. Así, pues, fue a casa de Hind, y, descalzo, tomó el camello por la brida. Hind subió a su litera y no cesó de regocijarse, durante todo el camino, a costa de su conductor. Mediado el recorrido, llamó a su nodriza y le dijo: «¡Oh mi nodriza!, aparta un poco las cortinas del palanquín». La nodriza separó las cortinas, y Hind, sacando la cabeza por una portezuela y arrojando un dinar de oro sobre el barro, se dirigió a su antiguo esposo y le dijo: «¡Eh, camellero, devuélveme esa pieza de plata!». Y Al-Hajage, recogiendo la pieza, se la devolvió diciendo: «Es un dinar de oro y no una pieza de plata». Y Hind, resplandeciente en su risa, exclamó: «¡Alabanzas a Alá, que hace cambiarse la plata en oro, a pesar de la suciedad del barro!». Y Hajage entendió bien, por estas palabras, que se trataba de una ocurrencia más de Hind para humillarlo. Enrojeció de vergüenza y de cólera, pero bajando la cabeza, hubo de ocultar su resentimiento contra Hind, convertida en la esposa del califa.

Cuando Schehrazada acabó de contar esta historia, se calló. Y el rey Schahriar le dijo:

—Estas anécdotas, Schehrazada, me agradan, Pero me gustaría oír ahora una historia maravillosa. Si tú no conoces ninguna, dímelo para saberlo.

Y Schehrazada exclamó:

—¿Y dónde hay una historia más maravillosa que la que pienso referir ahora mismo, si el rey me lo permite?

Schahriar, concediendo, dijo:

—Puedes.

Y Schehrazada contó al rey Schahriar:

HISTORIA DEL ESPEJO DE LAS VÍRGENES

—Viene a mi memoria, ¡oh rey afortunado, dotado de excelentes ideas!, que hubo allá en la antigüedad de los tiempos, en el pasado de las edades y en la ciudad de Bassra, un sultán, adolescente admirable y delicioso, colmado de generosidad y valía, de nobleza y poderío, y que se llamaba Zein. Este joven y encantador sultán Zein, era, pese a las grandes cualidades y dones de toda clase que hacían de él algo sin parecido en el mundo entero, a lo largo y a lo ancho, un disipador de riquezas de todo punto extraordinario, un pródigo que no conocía ni freno ni reglas, y que, por las larguezas de su mano abierta, a jóvenes favoritos, glotones hasta el extremo, por sus prodigalidades para con las mujeres innumerables, de todos los colores y trazas, que entretenía en palacios suntuosos, y por la adquisición ininterrumpida de adolescentes nuevas que se le procuraban todos los días, en su virginidad y a precios exorbitantes, para que él las pusiera bajo sí, había acabado por agotar completamente los inmensos tesoros acumulados, desde siglos, por los sultanes y los conquistadores, sus antepasados. Y llegó un día en el que su visir vino a anunciarle, después de prosternarse hasta tocar la tierra, que los cofres del oro estaban vacíos y que, al día siguiente, no podría pagarse a los proveedores del palacio; y después de tan mala noticia, el visir se apresuró, por miedo al palo, a irse como había venido. Cuando el joven sultán Zein supo que todas sus riquezas se habían consumido, se arrepintió de no haber tenido la precaución de reservar una parte de ellas para los días amargos que pudiera depararle el destino; y se entristeció en lo más profundo de su alma. Decíase: «No puedes hacer otra cosa, sultán Zein, sino huir de aquí a escondidas y, abandonando a su suerte a tus favoritos tan amados, tus concubinas adolescentes, tus mujeres y tus asuntos de gobierno, dejar el trono, despojado de la realeza de tus padres, a quien quiera apoderarse de él. Es preferible ser un mendigo en los caminos de Alá que rey sin riqueza y sin prestigio, y tú conoces el proverbio que dice: “Mejor es caer en la tumba que en la pobreza”». Y pensando así, esperó a que llegara la noche para disfrazarse y, sin ser notado, salir por la puerta secreta de su palacio. Se disponía ya a tomar un bastón y ponerse en camino, cuando Alá, el que todo lo ve y todo lo entiende, hizo llegar a su memoria las últimas palabras y recomendaciones de su padre, que antes de morir le había llamado y, entre otras cosas le había dicho: «Y, sobre todo, ¡oh hijo mío!, no olvides, que si el destino se vuelve algún día contra ti, encontrarás en el armario de los papeles un tesoro que te permitirá hacer frente a todos los embates de la fortuna». Cuando Zein recordó estas palabras, que se habían

borrado completamente de su memoria, corrió al armario de los papeles y lo abrió, temblando de alegría. Pero después de mirar bien, hojear y examinar, volcando los papeles y registros, poniendo lo de arriba abajo y lo de abajo arriba en los anales del reino, no encontró en dicho armario ni oro, ni olor de oro, ni plata, ni su olor, ni piedras, ni joyas, ni nada que se pareciera de cerca o de lejos a semejantes cosas. Y desesperado hasta más allá de lo que su acongojado pecho podía contener de desesperación, y furioso por haberse engañado en sus esperanzas, comenzó a voltear y arrojar en todas direcciones los papeles del reino, pisoteándolo todo con rabia. Mas, de pronto, su devastadora mano, tocó un objeto duro como de metal, y, después de examinarlo, vio que se trataba de un pesado cofre de cobre rojo. Se apresuró a abrirlo, y halló dentro un pequeño billete doblado y cerrado con el sello de su padre. Entonces, un tanto despechado, abrió el billete y leyó estas palabras escritas por la propia mano de su padre: «¡Vete, hijo mío, a tal sitio del palacio con un pico y cava la tierra con tus propias manos invocando a Alá!». Cuando hubo leído esto, se dijo: «He aquí que será preciso que haga yo ahora el penoso trabajo de los obreros. Pero ya que es la última voluntad de mi padre, no quiero desobedecerla». Y descendiendo al jardín del palacio, tomó un pico que estaba apoyado sobre la pared de la casa del jardinero y fue al lugar designado, que era un subterráneo situado bajo el palacio.

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS OCHENTA Y CUATRO

La pequeña Doniazada, hermana de Schehrazada, se levantó del tapiz donde estaba acurrucada y exclamó:

—¡Oh hermana mía, tus palabras son dulces y gentiles y sabrosas en su frescura!
Y Schehrazada dijo, besando a su hermanita en los ojos:

—Sí, pero ¿qué es esto comparado con lo que aún pienso contar esta noche, si una vez más me lo permite este rey tan condescendiente y magnánimo?

Y el rey Schahriar dijo:

—Tú puedes.

Entonces Schehrazada continuó así:

—Una vez allí, encendió una antorcha, y a su resplandor, halló un sitio que, por la resonancia, podría ser el que buscaba. Y se dijo: «Aquí es donde será preciso trabajar». Y decidido, comenzó a picar. Levantó más de la mitad de las losas del suelo sin que apareciera el menor rastro del tesoro, y, dejando la tarea para reposar un poco apoyado en el muro, pensó: «¡Por Alá!, ¿y desde cuando, sultán Zein, te es preciso

correr tras el destino e ir en su busca hasta las profundidades de la tierra, en lugar de esperarlo sin cuidados, sin inquietudes y sin trabajo? ¿No sabes que lo pasado, pasado está, y que aquello que está escrito, escrito está y deberá ocurrir?». Sin embargo, cuando hubo reposado un poco continuó su trabajo, arrancando las losas sin demasiada convicción, y he aquí que, inopinadamente, quedó al descubierto una piedra blanca que levantó; bajo ella, una puerta sujeta con un candado de acero, se ofrecía. Rompió este a golpes de pico y abrió la puerta. Y entonces vio que se encontraba sobre una magnífica escalera de mármol blanco que descendía hasta una amplia sala cuadrada, toda ella de porcelana blanca de China y cristal y con el revestimiento, el techo y las columnas, de azulina celeste. Contó hasta cuatro estrados de nácar, sobre cada uno de los cuales había diez grandes urnas de alabastro y pórfido, alternando. Y se dijo: «¿Quién sabe lo que contendrán estas hermosas urnas? Es muy probable que mi difunto padre las hiciera llenar de algún vino viejo que ahora será de una excelencia insuperable». Y, pensando en ello, subió a uno de los cuatro estrados, se acercó a una de las urnas y levantó su tapa. ¡Oh sorpresa! ¡Oh alegría! ¡Estaba llena, hasta el borde de polvo de oro! Y para mejor asegurarse metió el brazo y, sin lograr alcanzar el fondo, lo sacó dorado y reluciente como el sol. Levantó la tapa de una segunda urna y vio que estaba repleta de dinares y cequíes de oro de todos los cuños. Recorrió una tras otra las cuarenta urnas y halló que, mientras las de alabastro estaban todas ellas colmadas de oro en polvo, sus hermanas de pórfido contenían, dinares y cequíes del mismo metal. A la vista de todo esto, el joven Zein se esponjó y exaltó y, trémulo y convulso, comenzó a dar gritos de alegría, y, después de haber colocado la antorcha en una concavidad de la pared de cristal, inclinó hacia sí una de las urnas de alabastro e hizo que se deslizara por su cabeza, sus espaldas, su vientre, y por todas partes, el polvo áureo. Con él se bañó tan voluptuosamente como no lo hiciera jamás en los más perfumados y deliciosos baños. Se decía gritando: «¡Ah, ah, sultán Zein! ¡Ya habías tomado el bastón de derviche y te disponías a recorrer los caminos de Alá mendigando! Y he aquí que sus bendiciones descienden sobre tu cabeza, y esto porque tú no has dudado nunca de la generosidad del gran donador y has dilapidado, a mano abierta, los primeros bienes que él te había otorgado. Despeja, pues, tu mirada y tranquiliza tu espíritu, y no temas gastar de nuevo, según tu capacidad, y de la misma manera, los dones incesantes de aquel que te ha creado». Y al mismo tiempo volcó todas las otras urnas de pórfido, esparciendo su contenido en la sala de porcelana. Hizo lo mismo con las de alabastro cuyos dinares y cequíes cayeron sonoros, y sus tintineos resonaban en los ecos de la porcelana y del armonioso cristal. Tendió su cuerpo amorosamente sobre este amontonamiento de oro y, a la luz de la antorcha, en la sala blanca y azul se unía el brillo de sus paredes maravillosas a los fulgurantes reflejos y haces gloriosos que escapaban del seno de este frío incendio. Cuando el joven sultán se hubo así bañado en el oro, lo que le impulsó a olvidarse de la miseria que había amenazado su vida y empujado a abandonar el palacio de sus padres, se levantó rutilante de chorreras

resplandecientes y, ya más calmado, se dedicó a examinarle todo con curiosidad extrema, asombrándose de que el rey, su padre, hubiera hecho socavar tal subterráneo y construir una sala tan admirable, con tanto secreto, que nadie en el palacio había oído jamás hablar de ello.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS OCHENTA Y CINCO

Ella dijo:

—Y sus ojos atentos acabaron por descubrir en un pequeño rincón abrigado entre dos columnitas de cristal, un minúsculo cofrecito en todo semejante, pero en pequeño, al que había encontrado en el armario de los papeles; lo abrió y encontró dentro una llave de oro incrustada en piedras preciosas. Y se dijo: «¡Por Alá!, esta llave debe de ser la que abría el candado que he roto». Pero, reflexionando, pensó: «Y entonces, ¿cómo puede ser que el candado haya sido cerrado desde fuera? Esta llave, en consecuencia debe de tener otro uso». Y se puso a buscar por todas partes por ver si descubría la cerradura a que pudiera estar destinada. Examinó las paredes de la sala con toda atención y al fin, en medio de uno de los revestimientos, encontró la cerradura. Juzgando que pudiera ser aquella de la cual él poseía la llave, probó esta sobre la marcha, y en seguida una puerta cedió abriéndose completamente. Y así pudo penetrar en una segunda sala todavía más maravillosa que la precedente. En efecto, desde el suelo hasta el techo, era toda ella de loza verde con un pulido incrustado de oro, tal, que parecía todo tallado en esmeralda marina. Y verdaderamente era tan bella en su sencillez y carencia de todo ornamento, que ni en sueños pudiera hallarse nada parecido. En el centro de esta sala bajo su bóveda, estaban de pie seis adolescentes como seis lunas que brillaban por sí mismas, y de tal manera, que la estancia se hallaba maravillosamente iluminada. Estaban sobre pedestales de oro macizo y no hablaban. Y Zein, encantado y estupefacto a la vez, se aproximó a ellas para verlas más de cerca y dirigirles su saludo; y entonces advirtió que no eran vivientes, sino que estaban hechas de un solo diamante cada una. En el último grado del asombro, ante tal espectáculo, Zein exclamó: «¡Por Alá! ¿Cómo mi difunto padre conseguiría llegar a poseer estas maravillas?». Y examinándolas con más atención, advirtió, que tal como aparecían sobre sus seis pedestales, rodeaban a un séptimo, que, vacío de adolescente de diamante, tenía un tapiz de seda en el que estaban escritas estas palabras: «Quiero que sepas, ¡oh hijo mío!, que adquirir estas adolescentes de diamante me ha costado mucho trabajo. Pero, por mucha que sea su belleza maravillosa, no creo que sean lo más admirable que haya sobre la tierra.

Existe, en efecto, una séptima adolescente más brillante e infinitamente más hermosa. Ella sola sobrepasa en valor y belleza a mil como estas que has contemplado. Si deseas verla y llegar a poseerla, para colocarla sobre el séptimo pedestal, que la espera, no tienes que hacer sino aquello que la muerte no me ha permitido realizar a mí. Ve a la ciudad de El Cairo y busca allí a uno de mis antiguos fieles esclavos llamado Mubarak, que, por otra parte, no te costará mucho trabajo encontrar. Después de saludarle, cuéntale todo lo que te ocurre y él te reconocerá como mi hijo y te conducirá hasta donde se encuentra esta incomparable adolescente. Tú la adquirirás, y ella alegrará tu vista para el resto de tus días. Adiós ya, Zein». Cuando el joven Zein acabó de leer estas palabras, se dijo: «Por cierto, que me guardaré muy bien de diferir este viaje a El Cairo. Es preciso, en efecto, que esta séptima adolescente sea una pieza extraordinariamente maravillosa, para que mi padre asegure que ella sola vale tanto como todas las aquí reunidas y otras mil semejantes». Y habiendo así decidido su partida, salió unos instantes del subterráneo para regresar con un esportillo que llenó de dinares y cequíes de oro. Lo llevó a su estancia, y pasó buena parte de la noche en transportar una respetable cantidad de este dinero sin que nadie notara sus idas venidas. Y volviendo a cerrar la puerta del subterráneo, subió a acostarse para tomar algún reposo. Al día siguiente, convocó a sus visires, emires y grandes del reino, y les anunció su intención de ir a Egipto para cambiar de aires. Y encargó a su gran visir, precisamente aquel que había temido al palo cuando le comunicó la mala noticia, de gobernar el reino durante su ausencia. La escolta que debía acompañarle en su viaje, estaba compuesta de un pequeño número de esclavos cuidadosamente seleccionados. Partió sin pompa ni cortejo y Alá cuidó de su seguridad para que llegara a El Cairo sin contratiempo. Ya allí, se apresuró a conseguir noticias de Mubarak, y se informó que, bajo este nombre, no se conocía en El Cairo más que a un muy rico mercader, síndico del mercado, que vivía, con toda esplendidez y largueza, en su palacio, cuyas puertas estaban abiertas a los pobres y a los extranjeros. Y Zein se hizo conducir al palacio de este Mubarak, encontrando en la puerta a un gran número de esclavos y eunucos que se apresuraron, después de prevenir a su amo, a darle la bienvenida. Le hicieron pasar a un gran patio y atravesar luego una sala magníficamente ornamentada, donde, sentado en un diván de seda, le esperaba el dueño de todo aquello; y seguida se retiraron los esclavos. Zein se acercó a su huésped, quien, levantándose en su honor y antes de los saludos, le rogó que se sentara a su lado, diciéndole: «¡Oh mi señor! La bendición ha entrado en mi casa con tu llegada». Y le entretuvo con mucha cordialidad, guardándose bien de faltar a los deberes de la hospitalidad preguntando su nombre y el motivo de su presencia. Así es que fue Zein el primero en interrogar a su huésped diciéndole: «¡Oh mi señor!, tal como estoy, acabo de llegar de Bassra, mi país, en busca de un hombre llamado Mubarak, quien, en otro tiempo, figuró entre los esclavos del difunto rey de quien yo soy hijo. Y si preguntas mi nombre, te diré que me llamo Zein y que yo mismo soy ahora el sultán de Bassra».

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS OCHENTA Y SEIS

Ella dijo:

—A estas palabras, el mercader Mubarak, en el límite de la emoción, se levantó del diván, y, prosternándose ante Zein, exclamó: «¡Alabanzas a Alá, oh mi señor, que ha permitido la reunión de amo y esclavo! Ordena, y yo te serviré por la obediencia, puesto que soy yo mismo ese Mubarak, esclavo del difunto rey, tu padre. El hombre que engendra no muere, ¡oh hijo de mi amo! Este palacio es tu palacio y yo soy de tu propiedad». Entonces Zein, levantando a Mubarak, contó todo lo que le había ocurrido desde el principio hasta el fin, sin omitir un solo detalle. Terminado su relato, que no hay necesidad de repetir, añadió: «Vengo, pues, a Egipto, para que tú me ayudes a encontrar esa maravillosa adolescente de diamante». Y Mubarak respondió: «De todo corazón y como debido homenaje; soy esclavo no liberado y mi vida y bienes te pertenecen de derecho. Pero ¡oh mi señor!, antes de ir a buscar la adolescente de diamante, bueno será que descanses de las fatigas del viaje y que me permitas dar una fiesta en tu honor». «Has de saber, ¡oh Mubarak! —respondió Zein—, que, por lo que toca a tu calidad de esclavo, desde este momento puedes considerarte libre, puesto que yo te manumito y suprimo tu persona de la relación de mis bienes y propiedades. En lo que respecta a la adolescente de diamante, es preciso que vayamos en su busca sin tardanza, puesto que el viaje no me ha fatigado y la impaciencia que experimento me impediría gozar del menor reposo». Viendo Mubarak que la resolución del príncipe Zein era inconmovible, no quiso contrariarle, y luego de prosternarse ante él, por segunda vez, para agradecerle el don de la libertad que acababa de otorgarle, y de besarle los faldones del vestido, sin cubrir su cabeza se levantó y dijo a Zein: «¡Oh mi señor! ¿Has pensado en los peligros que vas a correr en esta expedición? Lo que buscamos se halla en el palacio del anciano de las Tres Islas, y estas están situadas en un país cuya entrada no está permitida al común de los hombres. Sin embargo, yo puedo conducirte, ya que conozco la fórmula que es preciso pronunciar para penetrar allí». Y el príncipe Zein respondió: «Estoy pronto a afrontar todos los peligros para adquirir esta maravillosa adolescente de diamante, puesto que no ocurrirá sino aquello que deba ocurrir. Y heme aquí, con todo mi ánimo ensanchándose el pecho, dispuesto a ir al encuentro del anciano de las Tres Islas». Entonces, Mubarak ordenó a sus esclavos que, cuanto antes, tuvieran todo preparado para la partida, y después de hechas sus abluciones y dicha su oración,

montaron a caballo y se pusieron en camino. Viajaron de día y de noche a través de llanuras y desiertos, y de soledades, en las que no había más que la hierba y la presencia de Alá. Durante el viaje fueron sorprendidos, sin cesar, por cosas de más en más extrañas que veían por primera vez en su vida. Por fin llegaron a una pradera deliciosa donde descendieron de los caballos, y Mubarak, dirigiéndose a los esclavos, les dijo: «Vosotros quedaréis en esta pradera, hasta nuestro regreso, para cuidar de los caballos y las provisiones». Luego rogó a Zein que le siguiera, diciéndole: «¡Oh mi señor, no hay recursos y poder más que en Alá el omnipotente! Henos aquí en el umbral de las tierras prohibidas, donde se encuentra la adolescente de diamante. Ahora es preciso que avancemos solos, sin tener, en adelante, un momento de duda. Y es ahora cuando debemos demostrar nuestra firmeza y valentía». El príncipe Zein le siguió, y caminaron durante mucho tiempo sin detenerse, hasta que llegaron al pie de una alta montaña, cortada a pico, que cerraba el horizonte como una muralla impenetrable. Entonces el príncipe Zein se volvió a Mubarak, y le dijo: «¡Oh Mubarak!, ¿y qué poder nos hará trepar ahora por esta montaña inaccesible? ¿Quién nos dará alas para llegar hasta su cima?». Y Mubarak respondió: «No tendremos necesidad, para pasar al otro lado, ni de escalarla ni de alas que nos permitan pasar sobre su cumbre». Sacó de su bolsillo un viejo libro en el que se veían, trazados al revés, unos caracteres desconocidos semejantes a patas de hormigas, y, moviendo la cabeza de arriba abajo, comenzó a leer ciertos versos en una lengua incomprensible. Y en seguida la montaña se separó en dos mitades, que, girando sobre sí mismas, dejaron una hendidura a ras del suelo, lo bastante ancha para permitir el paso de un hombre. Mubarak tomó de la mano al príncipe y se aventuró resueltamente el primero por el estrecho pasadizo. Uno detrás del otro, marcharon así durante una hora y llegaron al otro extremo del pasaje. Apenas salieron, las dos partes de la montaña volvieron a unirse, y se soldaron de una manera tan perfecta que no hubiera podido introducirse la punta de una aguja entre ellas. Se encontraron al borde de un lago, grande como el mar, del que emergían, allá en la lejanía, tres islas cubiertas de vegetación. La orilla en la que se encontraban alegraba la vista con sus árboles, flores y arbustos, mirándose en el agua y embalsamando el aire con los más exquisitos aromas, mientras los pájaros cantaban, de las más diversas maneras, dulces melodías que maravillaban el espíritu y cautivaban el corazón. Mubarak se sentó en la orilla, y dijo a Zein: «¡Oh mi señor!, ¿tú ves, como yo, esas islas en la lejanía? Allí es, precisamente, donde hemos de ir». Y Zein, muy sorprendido, preguntó: «¿Y cómo podremos atravesar este lago, grande como un mar, para llegar a las islas?». «No te inquietes respecto a eso, respondió Mubarak, dentro de unos instantes vendrá una barca para llevamos a esas islas, bellas como las tierras prometidas por Alá a sus creyentes. Aquí es donde se encuentra el anciano propietario de la adolescente de diamante. Una sola cosa te pido, ¡oh mi señor! Ocurra lo que ocurra y veas lo que veas, no hagas ninguna reflexión. Y, sobre todo, ¡oh mi señor!, por singular que te parezca la figura del barquero y por extraordinario que sea a tus ojos lo que notes en

él, ten mucho cuidado de no despegar los labios. Si una vez embarcados tienes la desgracia de pronunciar una sola palabra, la barca se sumergirá con nosotros bajo las aguas». Y Zein, muy impresionado, respondió: «Guardaré mi lengua entre los dientes y mis reflexiones en mi espíritu».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS OCHENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Ahora bien: así como estaban hablando, vieron aparecer, de repente, sobre el lago una barca con su barquero, y tan próxima, que no supieron si había surgido del seno de las aguas o descendido del aire. Esta barca era de madera de sándalo rojo, con un mástil de ámbar del más fino en el centro y cordajes de seda. En cuanto al barquero, su cuerpo era el de cualquier ser humano hijo de Adán, pero su cabeza semejaba la de un elefante y estaba provista de un par de orejas que llegaban hasta el suelo y caían tras él, como la cola de Agar. Cuando la barca estuvo a no más de cinco codos de la ribera, se detuvo, y el barquero de la cabeza de elefante, levantando su trompa, asió, uno después de otro, a ambos compañeros, depositándolos suavemente en la barca con tanta facilidad como si se tratara de dos plumas. En seguida zambulló su trompa en el agua, y, sirviéndose de ella como de remos y timón a la vez, se alejó de la orilla. Levantando luego sus inmensas orejas por encima de la cabeza, las desplegó al viento, que las hinchó como velas, tumultuosamente. Y maniobrando, haciéndolas girar según la dirección de la brisa, con más seguridad que un capitán maneja el aparejo de su navío, la barca, así empujada, voló sobre el lago como un gran pájaro.



Cuando llegaron a la orilla de una de las islas, el barquero volvió a tomarlos con su trompa, uno tras otro, y los depositó, sin daño, sobre la arena, para desaparecer en seguida con su barca. Entonces Mubarak tomó de nuevo la mano a Zein, y se adentró con él en la isla, siguiendo un sendero pavimentado con piedras preciosas de todos los colores en lugar de guijarros. Caminaron así hasta que llegaron ante un palacio construido enteramente de esmeraldas y rodeado de un ancho foso, sobre cuyos bordes, de trecho en trecho, había plantados árboles, tan altos que cubrían con su sombra todo el palacio. Ante la gran puerta de entrada, que era de oro macizo, se veía un puente hecho de carey y de no menos de seis toesas de largo por tres de ancho. Y Mubarak, no atreviéndose a franquear este puente, se detuvo, y dijo al príncipe: «No podemos seguir adelante. Si queremos ver al anciano de las Tres Islas es preciso que hagamos un conjuro». Y mientras hablaba así extrajo de un saco que llevaba bajo sus ropas cuatro bandas de seda amarilla. Con una se rodeó el talle y puso otra sobre sus espaldas, entregando al príncipe las otras dos para que hiciera el mismo uso de ellas. A continuación, Mubarak sacó dos tapices de orar, en seda ligera, y los extendió en el suelo, esparciendo sobre ellos algunos granos de almizcle y ámbar, mientras murmuraba ciertas fórmulas de encantamiento. Luego se sentó con las piernas replegadas en medio de uno de los tapices, y dijo al príncipe: «Ponte en medio del otro tapiz». Hecho lo cual por Zein, Mubarak explicó: «Ahora voy a conjurar al anciano de las Tres Islas que habita en este palacio, y, ¡qué Alá lo haga!, ojalá venga hasta aquí sin encolerizarse. Te confieso, ¡oh mi señor!, que no estoy seguro de cómo nos recibirá, ni sin inquietudes por las consecuencias de nuestra empresa. En efecto, si nuestra llegada a la isla no es de su agrado, se nos aparecerá bajo la forma de un monstruo espantoso; pero si nuestra presencia no le es fastidiosa, lo hará adoptando la apariencia de un adamita de calidad. Pero tú, en cuanto esté ante nosotros, te levantarás en su honor, y, sin salir del centro del tapiz, le harás los más respetuosos saludos, y le dirás: “¡Oh poderoso amo, soberano de soberanos; henos aquí de pie

bajo tu jurisdicción y acogidos a tu protección! ¡Yo, tu esclavo, soy Zein, sultán de Bassra, hijo del difunto sultán llevado por el ángel de la muerte después de morir en la paz del señor! Y vengo a solicitar de tu generosidad y poder los mismos favores que concediste a mi difunto padre, tu servidor”. Y si te pregunta qué gracia quieres que te dispense, le responderás: “¡Oh mi soberano!, es la séptima adolescente de diamante lo que solicito de tu generosidad”». Zein respondió: «Escucho y obedezco». Entonces Mubarak, terminando de esta manera las instrucciones al príncipe Zein, comenzó a hacer conjuros, fumigaciones, recitaciones, abjuraciones y encantamientos, que no tenían, para Zein, ninguna significación. Y unos instantes después, el sol quedó oculto por una densa capa de nubes negras, toda la isla se cubrió de espesas tinieblas y brilló un prolongado relámpago seguido de un gran trueno. Se levantó un viento furioso, y oyeron un grito espantoso que estremeció el aire; y la tierra tembló en una sacudida como la que el ángel Ysrafil deberá causar el día del juicio. Cuando Zein hubo visto y oído todo esto, se sintió embargado por una gran emoción, que tuvo buen cuidado de disimular, y pensó para sí mismo: «¡Por Alá que este es un mal presagio!». Pero Mubarak, que adivinó su pensamiento, se sonrió, y dijo: «No hay cuidado, ¡oh mi señor! Estos signos, por el contrario, deben tranquilizarnos. ¡Con la ayuda de Alá, todo irá bien!». En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS OCHENTA Y OCHO

Schehrazada dijo:

—En efecto, en el instante mismo en el que pronunciaba estas palabras, el anciano de las Tres Islas apareció ante ellos bajo la forma de un adamita de aspecto venerable, y tan hermoso, que no le sobrepasaría en perfección sino aquel a quien pertenece toda perfección y toda belleza, toda cualidad y toda gloria, ¡que él sea exaltado! Se aproximó a Zein, sonriéndole como sonríe un padre a su hijo, y el príncipe se apresuró a levantarse en su honor, sin desviarse del centro del tapiz, para prosternarse ante él. No olvidó nada de lo concerniente a saludos y cumplimientos aconsejados por Mubarak, y después le expuso el motivo de su venida a la isla. Cuando el anciano de las Tres Islas oyó las palabras de Zein, de las que comprendió en seguida el significado, sonrió de una manera insinuante y dijo a Zein: «¡Oh Zein!, en verdad que yo quería a tu padre entrañablemente, y que todas las veces que me visitaba, le hacía el obsequio de una adolescente de diamante, tomándome yo mismo el cuidado de hacerla transportar a Bassra, temiendo que los camelleros la deterioraran. Pero no creo que tú me inspires menos amistad, ¡oh Zein! Has de saber,

en efecto, que he sido yo mismo y por mi propia voluntad, quien ha prometido a tu padre que te tomaría bajo mi protección. Yo le induje a escribir las dos cartas y a que las ocultara, una en el armario de los papeles y la otra, en el cofre del subterráneo. Y heme aquí dispuesto a darte la adolescente de diamante que vale, ella sola, tanto como todas las otras juntas y mil más semejantes. Ahora bien, ¡oh Zein!, no podré hacerte este maravilloso regalo si no es a cambio de otro que quiero pedirte». Y Zein respondió: «¡Por Alá, oh mi señor! Tuyo es todo cuanto me pertenece, como yo mismo en persona». Sonriendo, el anciano respondió: «Sí, Zein; pero mi demanda será muy difícil de satisfacer, y no sé si conseguirás contentarme». «¿Y qué es ello?», preguntó Zein. El anciano repuso: «Es preciso que encuentres y me la traigas a esta isla, una adolescente de quince años que sea, a la vez, una virgen intacta y una belleza sin rival». Y Zein exclamó: «¡Si es esto todo lo que me pides, oh mi señor, por Alá, que me será muy fácil satisfacerte! Nada es más común en mi país, que las adolescentes de quince años vírgenes y bellas a la vez». A estas palabras, el anciano miró a Zein y se echó a reír de tal manera, que casi cayó de espaldas. Cuando se hubo calmado un poco preguntó a Zein: «¿Tan fácil de encontrar es lo que te pido?». Y Zein replicó: «¡Oh mi señor!, yo puedo proporcionarte, no ya una, sino diez adolescentes como la que me pides. En cuanto a mí, he tenido en mi palacio un número considerable de ellas, y tan intactas, que he gozado indecibles deleites comprobando su virginidad». Oyendo esto, el anciano volvió a reír a carcajadas por segunda vez. Después dijo a Zein en un tono que denotaba una gran piedad: «Has de saber, hijo mío, que te he pedido una cosa tan rara, que nadie, hasta hoy, ha podido proporcionármela. Y si piensas que las adolescentes que has poseído eran vírgenes, te engañas en tus ilusiones. Las mujeres poseen mil medios para hacer creer en su virginidad y consiguen engañar incluso a los hombres más experimentados en asaltos. Y como veo, por la seguridad que pones en tus afirmaciones, que no sabes nada de todo esto, voy a proporcionarte el medio de controlar el estado, ya abierto o aún cerrado, de una adolescente, sin necesidad de usar tus dedos, sin desnudarla y sin que ella pueda ni aun sospecharlo, puesto que desde el momento en que te pido una adolescente virgen, es esencial que ningún hombre haya tocado, ni visto siquiera, sus órganos delicados». Cuando el joven Zein hubo escuchado estas palabras del anciano de las Tres Islas, se dijo: «¡Por Alá!, debe de estar loco. Si, como él pretende, es tan difícil saber si una adolescente está o no intacta, ¿cómo quiere que pueda yo encontrarla sin verla ni tocarla?». Reflexionó aún durante un momento y de repente exclamó: «¡Por Alá, que ya lo sé! Será su olor lo que me dé la certeza». El anciano sonrió y dijo: «La virginidad no tiene olor». «¿Será mirándola fijamente a los ojos?», replicó Zein. Y el anciano aseguró: «La virginidad no se lee en los ojos». Zein preguntó: «Pero entonces, ¿cómo he de hacer, oh mi señor?». «Eso es precisamente lo que voy a indicarte», concluyó el anciano. Y súbitamente desapareció para volver, al cabo de un momento con un espejo entre sus manos. Se dirigió a Zein y le dijo: «Debo advertirte que es imposible que un hijo de Adán conozca, por su cara, si una

hija de Eva es virgen o perforada. Este conocimiento solo pertenece a Alá y a los elegidos de Alá. Pero como no puedo ir contigo allá arriba, te traigo este espejo que es más seguro que todas las conjeturas de los hombres. Cuando veas una adolescente de quince años perfectamente bella y que tú creas virgen o que te la presenten como tal, no harás otra cosa más que mirar en este espejo, y en seguida, verás aparecer en él la imagen de la adolescente en cuestión. No temas examinar bien esta imagen, puesto que la vista de una imagen en un espejo no atenta a su virginidad como lo hace la vista directa del cuerpo mismo. Si la adolescente no es virgen, lo verás bien en el examen de su cosa, que se aparecerá abultada y abierta como un abismo, e igualmente verás empañarse el espejo con algo como un vaho».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS OCHENTA Y NUEVE

Dijo Schehrazada:

—«Pero si, por el contrario, Alá quiere que la adolescente sea virgen, verás aparecer su cosa no más grande que una almendra mondada, y el espejo aparecerá claro, puro y limpio de vaho». Y después de expresarse así, el anciano de las Tres Islas entregó el espejo mágico a Zein, añadiendo: «Yo deseo, ¡oh Zein!, que el destino te haga encontrar, cuanto antes, la virgen que te pido. Y no olvides que es preciso que sea perfectamente bella, puesto que, ¿de qué sirve la virginidad sin belleza? Y ten mucho cuidado de este espejo, cuya pérdida significaría para ti un perjuicio irreparable». Zein respondió: «Por el oído y la obediencia». Y después de solicitar licencia del anciano de las Tres Islas, regresó con Mubarak por el camino del lago. El barquero de la cabeza de elefante vino hacia ellos con su barca y los devolvió a la otra orilla lo mismo que los trajera. Y la montaña se abrió de nuevo para dejarlos pasar. Diéronse prisa en ir al reencuentro de los esclavos que cuidaban de los caballos y regresaron a El Cairo. Ahora bien, el príncipe Zein consintió, al fin, en tomarse algunos días de reposo en el palacio de Mubarak para reponerse de las emociones y fatigas del viaje. Y pensaba: «¡Ya Alá! ¡Cuán simple es este anciano de las Tres Islas que no duda en darme a la más maravillosa de sus adolescentes de diamante a cambio de una adamita virgen! ¡Se imagina que la raza de las vírgenes se ha extinguido sobre la faz de la tierra!». Después, cuando juzgó que había tomado el reposo necesario, llamó a Mubarak y le dijo: «¡Oh Mubarak!, partamos y lleguémonos hasta Bagdad, donde las niñas vírgenes son innumerables como los saltamontes. Escogeremos entre todas ellas la más bella y volveremos a ofrecérsela al anciano de las Tres Islas a cambio de la adolescente de diamante». Pero Mubarak objetó: «¿Y por qué, mi señor,

ir tan lejos a buscar lo que tenemos tan a mano? Pues ¿no estamos en El Cairo, la ciudad de las ciudades, estancia preferida de las gentes más deliciosas, y cita de todas las bellezas de la tierra? No te preocupe, pues, esta búsqueda, y deja en mi mano el asunto». Zein preguntó: «¿Y qué vas a hacer?». Y Mubarak dijo: «Entre otros muchos conocimientos, tengo el de una vieja taimada muy experta en adolescentes, quien nos procurará alguna tan pronto como lo deseemos. Voy, pues, a encargarle que nos traiga aquí todas las jovencitas de quince años que se encuentren, no ya en El Cairo, sino en todo Egipto. Y le recomendaré, para que nos sea la tarea más fácil, que haga ella misma una primera selección, no trayéndonos sino aquellas que ya haya juzgado dignas de ser ofrecidas como obsequio a los reyes o a los sultanes. Le prometeré, para estimular su celo, una espléndida retribución. De esta manera, no dejará en todo Egipto una sola niña presentable que no nos traiga, a sabiendas, o a hurto de sus padres. Y nosotros no escogeremos sino aquella que nos parezca la más hermosa entre todas las egipcias, y la compraremos; o, si ella pertenece a alguna familia de notables, la pediré para ti en matrimonio y te casarás con ella, por la forma solamente, pues se entiende que no la tocarás. Luego de esto, nos iremos a Damasco, después a Bagdad y Bassra, y allí haremos las mismas búsquedas, y en cada ciudad compraremos o nos procuraremos por el matrimonio aparente aquella que más nos haya impresionado por su belleza, después que, bien entendido, hayamos comprobado su virginidad por medio del espejo. Y solamente así, reuniremos las adolescentes que cumplan los requisitos para, entre todas, escoger luego la que nos parezca, sin duda, la más maravillosa. Y de esta manera, mi señor, habrás cumplido tu promesa al anciano de las Tres Islas, quien, a su vez, te cumplirá la suya, dándote, a cambio de la maravillosa virgen de quince años, la adolescente de diamante». Y Zein respondió «Tu idea, ¡oh Mubarak!, es por demás excelente. Por tu boca han hablado la sabiduría y la elocuencia». Entonces, Mubarak fue en busca de la vieja alcahueta en cuestión, quien no tenía parigual en la urdimbre de expedientes y artificios de toda clase, y que podría dar lecciones de agudeza, picardía y sutileza al mismo Eblis en persona. Y después de poner en su mano, para empezar, una bolsa de más que mediana importancia, le expuso el motivo que le llevaba a su casa, añadiendo: «Puesto que esta adolescente incomparablemente bella y absolutamente virgen que yo te pido que escojas entre todas las de quince años que se encuentren en Egipto, está destinada a ser la esposa del hijo de mi amo, puedes estar segura de que tus búsquedas y trabajo serán largamente recompensados. No harás sino congratularte de nuestra generosidad». Y la vieja respondió: «¡Oh mi amo!, tranquiliza tu ánimo y despeja tu mirada, puesto que yo, ¡por Alá!, voy a consagrarme, desde este mismo instante, a satisfacer tus deseos y aún más allá de lo que me pides. Has de saber, en efecto, que tengo a mano vírgenes de quince años, inigualables en sus gracias y belleza, y todas ellas, hijas de hombres notables y honrados. Te las traeré todas, una tras otra, y te verás bien perplejo a la hora de elegir tantas lunas, a cual más hermosa». Así habló la vieja taimada; pero a pesar de toda su picardía, no sabía

absolutamente nada a propósito del espejo. Con su seguridad habitual, se echó a través de la ciudad, por calles y caminos, usando de sus expedientes y tretas, a la búsqueda de adolescentes.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS NOVENTA

Ella dijo:

—Y, efectivamente, no tardó en llevar al palacio de Mubarak un primer lote muy considerable de adolescentes seleccionadas, todas ellas de quince años, más bien menos que más, e intactas en cuanto a su virginidad. Y, cubiertas con sus velos, las fue introduciendo una tras otra, con los ojos bajos, en actitud modesta, en la sala donde esperaba el príncipe Zein provisto de su espejo y sentado al lado del mercader Mubarak. Y, en verdad, que al ver todas estas pupilas bajas, estos semblantes cándidos y estas actitudes pudibundas, nadie osaría dudar de la virginidad y pureza de las adolescentes que la vieja presentaba. ¡Mas he aquí que estaba el espejo! Y nada podía engañarlo, ni las pupilas bajas, ni los semblantes cándidos, ni la actitud púdica. En efecto, cada vez que entraba una adolescente Zein sin pronunciar una palabra, volvía el espejo hacia la adolescente e inspeccionaba y observaba. La presunta virgen aparecía desnuda a pesar de las numerosas vestiduras que la cubrían. Ninguna parte del cuerpo quedaba invisible y su cosa se reflejaba, en sus menores detalles, como si estuviera encerrada en un cofre de cristal diáfano. Ahora bien, cada vez que el príncipe Zein inspeccionaba en el espejo a las adolescentes que iban entrando, quedaba muy lejos de ver una cosa minúscula como una almendra mondada, y se asombraba extraordinariamente al comprobar a qué abismo sin fondo hubiera podido arrojar, inintencionadamente, al anciano de las Tres Islas, sin el concurso del espejo mágico. Y fue rechazando, después del examen, a todas las que entraron, sin explicar a la vieja de ninguna manera el verdadero motivo de su abstención, pues no quería perjudicar a las jovencitas quitando el velo a lo que Alá había velado, y descubriendo lo que ordinariamente está oculto. Y se contentaba limpiando cada vez con el interior de su manga el espeso vaho que, después de aparecer la imagen, solía empañar el espejo. La vieja, sin descorazonarse y excitada con la esperanza de la remuneración, le llevó un segundo lote todavía más importante que el primero, y un tercero y un cuarto y un quinto, pero sin mejor resultado que la primera vez. Y de esta manera, Zein vio cosas de egipcias, de coptas, de nubias, de abisinias, de sudanesas, de mogrebinas, de árabes y de beduinas. Y ciertamente que, entre tantas, las había excelentes en lo posible y correspondiendo a propietarias incomparablemente bellas y

deliciosas, pero ni una sola vez, entre tantas semblanzas, apareció la esperada virgen de todo contacto, parecida a una almendra descortezada. Y por esto, el príncipe y Mubarak, no habiendo podido encontrar en Egipto, tanto entre las hijas de los notables como entre las del pueblo, una adolescente que reuniera las condiciones necesarias, juzgaron que no le quedaba más que abandonar el país para ir a Siria y continuar allí su búsqueda. Partieron para Damasco y alquilaron allí un magnífico palacio en el barrio más hermoso de la ciudad. Y Mubarak entró en relación con viejas casamenteras y entremetidas y les expuso lo que tenía que exponerles. Todas le respondieron: «Por el oído y la obediencia», y se apresuraron a entrar en tratos con adolescentes hijas de grandes y pequeños, y tanto musulmanas como judías y cristianas, y no cuidándose de las virtudes del espejo mágico, del que, por otra parte ellas ignoraban hasta su existencia, fueron introduciéndolas por turno en la estancia preparada para la inspección. Pero sucedió con las sirias exactamente igual que había ocurrido con las egipcias y las demás; pues, a pesar de su porte modesto, de la pureza de sus miradas, de mejillas enrojecidas por el pudor y de sus quince años, todas se hallaban ya perforadas según sus respectivas pruebas ante el espejo. En estas condiciones, ninguna pudo ser aceptada y las casamenteras y alcahuetas se fueron con un palmo de narices, y lo mismo las adolescentes. Y en lo que se refiere al príncipe Zein y a Mubarak, helo aquí. Cuando hubieron comprobado que Siria, tanto como Egipto, se hallaba desprovista de adolescentes que estuvieran todavía intactas, quedaron estupefactos; y Zein pensó: «Esto es extraordinario». Y dijo a Mubarak: «¡Oh Mubarak! Yo creo que no tenemos nada en común con este país y que nos será preciso buscar en otro sitio lo que deseamos. Mi corazón y mi cerebro no se apartan de la séptima adolescente de diamante, y siempre estaré dispuesto a continuar la búsqueda de la virgen de quince años que hemos de dar, a cambio de su regalo, al anciano de las Tres Islas». Y Mubarak respondió: «Yo escucho y obedezco. Mi opinión es que resultará inútil ir a cualquier otro sitio que no sea el Irak, puesto que es únicamente allí donde podremos hallar la ocasión de encontrar lo que buscamos. Preparemos pues la caravana y vayamos a Bagdad, la ciudad de la paz».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS NOVENTA Y UNA

Schehrazada dijo:

—Mubarak hizo los preparativos para la partida, y cuando la caravana estuvo a punto tomaron el camino que a través del desierto conduce a Bagdad. Y Alá veló por su seguridad; no tuvieron ningún tropiezo con beduinos, salteadores de caminos, y

llegaron con bien a la ciudad de la paz. Una vez allí, comenzaron, como habían hecho en Damasco, por alquilar un palacio situado sobre el Tigris, con vistas maravillosas y un jardín parecido al Jardín de las Delicias, del califa. Allí llevaron un tren extraordinario, con banquetes fastuosos y festines sobre toda ponderación. Y, después que los invitados habían comido y bebido hasta la saciedad, hacían distribuir lo que sobraba entre los pobres y los derviches. Había uno entre estos últimos, llamado Abu-Bekr, que era un crapuloso, un canalla en todo y por todo detestable, que odiaba a los ricos solo por serlos y ser él pobre, puesto que la miseria endurece el corazón del hombre dotado de alma rastrera y ennoblece el del hombre con miras elevadas; y como veía la abundancia y todos los bienes de Alá en la casa de los recién venidos, no necesitó más para tomar a entrambos una profunda adversión. Y así, un día cualquiera entre otros muchos días, fue a la mezquita para la oración de la tarde, y ante el pueblo allí reunido exclamó: «¡Oh creyentes!; debéis saber que han venido a vivir en nuestro barrio dos extranjeros que gastan todos los días sumas enormes, haciendo ostentación de sus riquezas únicamente para humillar a los pobres como nosotros. Ahora bien: no sabemos en absoluto quiénes son estos extranjeros e ignoramos si se trata de malhechores que han robado en su país bienes considerables y han venido a gastar en Bagdad el producto de sus latrocinios, y quién sabe si el dinero de viudas y huérfanos. Yo os conjuro, pues, por el nombre de Alá y los méritos de Mahoma, a ponerlos en guardia ante estos desconocidos y no aceptar nada que salga de su falsa generosidad. Por otra parte, si nuestro amo el califa llegara a saber que hay hombres de esta clase en nuestro barrio, nos haría responsables de sus malos hechos y nos castigaría por no haberle advertido. Por lo que a mí respecta, os digo: retiro mis manos de ese asunto y no tengo nada en común con estos extranjeros ni con aquellos que aceptan sus invitaciones y entran en su casa». Y todos los presentes respondieron a coro: «¡Ciertamente, oh jeque Abu-Bekr, que tú tienes razón! Y te encargamos de dirigir una demanda al califa en este sentido, para que haga examinar el caso». Después, toda la asamblea abandonó la mezquita, y el derviche Abu-Bekr entró en su casa para meditar sobre el mejor medio de perjudicar a los dos extranjeros. Entre tanto, quiso el destino que Mubarak no tardara en saber lo que acababa de ocurrir en la mezquita y temiendo lo que pudiera venir de las amenazas del derviche, pensó que si la cosa llegaba a hacer ruido sería difícil inspirar confianza a casamenteras y alcahuetas. Así, sin pérdida de tiempo, puso quinientos dinares de oro en una bolsa y corrió a casa del derviche. Llamó a la puerta y vino a abrirla el mismo derviche, quien, reconociéndole, le preguntó con tono enojado: «¿Quién eres y qué quieres?». «Soy Mubarak, tu esclavo, ¡oh mi amo!, imán Abu-Bekr —respondió Mubarak—, y vengo a ti de parte del emir Zein, que ha oído hablar de tu ciencia, de tus conocimientos y de tus influencias en la ciudad; me envía para presentarte sus homenajes y ponerse enteramente a tu disposición, y para testimoniar su buena voluntad, me ha encargado de entregarte esta bolsa con quinientos dinares de oro, como homenaje de un siervo a su soberano, excusándose ante ti de que el

obsequio no esté, ni con mucho, proporcionado a tus merecimientos. Pero, si Alá lo quiere, no faltarán ocasiones en los días venideros de probarte, todavía mejor, hasta dónde él es tu obligado y cuánto fía de la inmensidad sin límites de tu benevolencia». Cuando el derviche Abu-Bekr hubo visto la bolsa de oro y sopesado su contenido, tornóse muy tierno en cuanto a su mirada y más dulce en cuanto a sus intenciones, y respondió: «¡Oh mi señor!, yo imploro ardientemente el perdón de tu amo el emir por lo que mi lengua haya podido decir de inconsiderado sobre él; y me arrepiento profundamente de haber faltado a mis deberes para con su persona. Yo te ruego, pues, que seas mi enviado ante él para expresarle mi contrición por lo pasado y mi buena disposición para el porvenir, pues desde hoy, si Alá lo permite, prometo reparar en público los errores que haya podido cometer, y así merecer los favores del emir». Y Mubarak respondió: «¡Alabanzas a Alá, que llena tu corazón de buenas intenciones, oh mí amo Abú-Bekr! Yo te suplico que no te olvides de venir, después de la oración, a honrar nuestra casa con tu presencia y contentar nuestro ánimo con tu compañía, puesto que sabemos que las bendiciones entrarán en nuestra morada al mismo tiempo que tu santidad». Y después de hablar así, besó la mano del derviche y regresó a su palacio. En cuanto a Abu-Bekr no dejó de acudir a la mezquita a la hora de la oración y allí, de pie en medio de los fieles reunidos, les dijo: «¡Oh creyentes, mis hermanos! Sabéis que no hay nadie que no tenga enemigos; e igualmente sabéis que la envidia se fija preferentemente en aquellos sobre los que descendieron los favores de Alá y sus bendiciones. Ahora bien, para descargar mí conciencia, tengo que deciros hoy que los dos extranjeros de quienes hablé ayer tan desconsiderablemente son personas dotadas de nobleza, de tacto y de virtudes y cualidades inestimables. Además, las comprobaciones que he hecho me han permitido establecer que uno de ellos es un emir de alto rango y de gran mérito, y su presencia entre nosotros no puede sino redundar en beneficio de nuestro barrio. Es preciso, pues, que le honréis dondequiera que le halléis y que le rindáis los respetos debidos a su rango y cualidad. ¡Uassalam!». Y el derviche Abu-Bekr destruyó así en el ánimo de su auditorio el efecto de sus palabras de la víspera. Y los dejó para volver a su casa a cambiarse de ropa. Se puso un vestido nuevo, cuyos faldones arrastraban por el suelo y las mangas se prolongaban hasta las rodillas, y fue a casa de Zein, entrando en la sala reservada a los visitantes.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS NOVENTA Y DOS

Dijo Schehrazada:

—Y se inclinó hasta el suelo en presencia del príncipe, quien le devolvió sus saludos y le recibió con cordialidad, invitándole a sentarse a su lado en el diván. Después ordenó que les sirvieran de comer y beber, y le hizo compañía compartiendo la comida con él y Mubarak. Y conversaron como dos excelentes amigos. Y el derviche, completamente ganado por los modales del príncipe, le preguntó: «¡Oh mi señor Zein!, ¿piensas iluminar por mucho tiempo nuestra ciudad con tu presencia?». Y Zein, que, a pesar de sus pocos años, era avisado y sabía sacar provecho de las ocasiones que pudiera depararle el destino, respondió: «Sí, ¡oh mi amo el imán! Mi intención es permanecer en Bagdad hasta que el fin que persigo sea alcanzado». Y Abu-Bekr dijo: «¡Oh mi señor, el emir!, ¿y cuál es el noble fin que tú persigues? Tu esclavo se verá muy complacido si puede ayudarte en alguna cosa, y se consagraría de todo corazón a tu servicio». El príncipe Zein replicó: «Has de saber, ¡oh venerable jeque!, que mi deseo es el matrimonio. Deseo, en efecto, tomar por esposa a una niña de quince años que sea, a la vez, extraordinariamente bella y absolutamente virgen. Y es preciso que su belleza sea tal que no tenga parigual por fuera como por dentro. Este es el fin que persigo y el motivo que me ha traído a Bagdad después de haber estado en Egipto y en Siria». Y el derviche respondió: «Ciertamente, ¡oh mi amo!, que es esta una cosa bien rara y difícil de encontrar; y si Alá no me hubiera puesto en tu camino, tu estancia en Bagdad no habría tenido término, y todas las casamenteras habrían perdido vanamente su tiempo en búsquedas inútiles. Ahora bien; yo sé dónde podrás encontrar esta perla única, y te lo diré, siempre que tú me lo permitas». Ante estas palabras, Zein y Mubarak no pudieron evitar su sonrisa, y Zein dijo: «¡Oh santo derviche!, ¿estás bien seguro de la virginidad de aquella de quién me hablas? Y en ese caso, ¿qué es lo que hicisteis para adquirir tal certeza? Si es que tú mismo has visto en esta adolescente lo que debe permanecer oculto, ¿cómo puede seguir siendo virgen puesto que la virginidad consiste, tanto en la conservación de su sello, como en que nadie lo haya visto?». Y Abu-Bekr replicó: «Ciertamente que yo no lo he visto; pero me cortaría la mano derecha si la adolescente a quien me refiero no estuviera tal y como te he dicho. Y por otra parte, ¡oh mi señor!, ¿qué podrías hacer tú mismo antes de la noche de bodas para tener una certeza absoluta?». Y Zein respondió: «Eso es muy fácil; no hay más que verla un momento, completamente vestida y envuelta en velos». Y el derviche no queriendo reírse por respeto a su huésped, se contentó con responder: «Nuestro amo el emir debe ser gran conocedor en fisonomías para adivinar de ese modo, no viendo más que los ojos detrás del velo, el estado de virginidad de una adolescente sin examinarla». Y Zein concluyó: «Así es. Y tú no tienes que hacer sino procurar que vea yo a la adolescente, si verdaderamente crees que ello es posible, y queda seguro de que sabré reconocer tus servicios y estimarlo más allá de su valor». El derviche dijo: «Escucho y obedezco». Y salió en busca de la adolescente en cuestión. Ahora bien; Abu-Bekr conocía, en efecto, a una niña que quizá reunía las condiciones requeridas, esta no era otra que la hija del jeque de los derviches de Bagdad. Su padre la había educado lejos de todas las miradas,

llevando una vida simple y recatada y siguiendo los preceptos sublimes del libro. Había crecido en su morada ignorando lo feo de la vida y cuidada como una flor. Era muy blanca y elegante, de una deliciosa compostura, y parecía salida sin defecto del molde de la belleza. Eran admirables sus proporciones, negros sus ojos y pulidos como pedazos de luna sus miembros delicados. Era perfectamente redondeada en cien partes y muy fina en el resto. Y aque aquello que suele estar entre dos columnas, no podría describirse por no haber sido visto por nadie jamás. ¡El espejo mágico será el único que lo hará, por primera vez, reflejándolo y permitiendo su examen con el asentimiento de Alá! El derviche Abu-Bekr fue, pues, a casa del jeque de la corporación y, después de los saludos y cumplimientos de una y otra parte, hizo un largo discurso, apoyándose en textos diversos del libro santo, sobre la necesidad del matrimonio para las niñas púberes, acabando por ponerle al corriente de la situación con todos los detalles, añadiendo: «Ahora bien; este emir tan rico, tan noble y tan generoso, está dispuesto a pagar la dote, sea cual fuere, que tú le pidas por tu hija, pero exige a cambio y como única condición, dirigir una sola mirada sobre ella, completamente vestida, bajo el velo, y envuelta en su capa». El jeque de los derviches, padre de la niña, reflexionó durante una hora y respondió: «No hay ningún inconveniente». Y fue a buscar a su esposa, madre de la niña, y le dijo: «¡Oh madre de Latifah; levántate, toma a nuestra hija, y ve tras del derviche Abu-Bekr, nuestro hijo, quien te conducirá a un palacio donde el destino espera a nuestra hija!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS NOVENTA Y TRES

Ella dijo:

—Y la esposa del jeque de los derviches obedeció al momento, y envolviéndose en sus velos, entró en la habitación de su hija diciendo: «¡Oh hija mía Latifah!, tu padre desea que hoy, por primera vez, salgas conmigo». Y después de haberla peinado y vestido salió con ella y siguieron, a diez pasos de distancia, al derviche Abu-Bekr, que las llevó al palacio, donde, sentados en el diván de la sala de audiencias, las esperaban Zein y Mubarak. Y entraste, ¡oh Latifah!, con tus grandes ojos negros asombrados bajo el pequeño velo que cubría tu rostro, pues en tu vida no habías visto más figura de hombre que la venerable del jeque de los derviches, tu padre. ¡Y no bajas los ojos porque no conoces ni la falsa modestia, ni el mentido pudor, ni nada de todas esas cosas que de ordinario aprenden las hijas de los hombres para cautivar los corazones! Pero tú miras todas las cosas con tus bellos ojos negros de gacela temblorosa, indecisa y encantadora. Y el príncipe Zein, a tu aparición,

siente nublársele su razón porque entre todas las mujeres de su palacio de Bassra y todas las adolescentes de Egipto y de Siria, no ha visto ninguna que pueda igualar, de cerca o de lejos, tu belleza. Y tú apareces en el espejo reflejada en tu desnudez. Y él puede así ver, acurrucada sobre dos columnas como una palomita blanca, una cosa milagrosa sellada con el sello intacto de Soleimán, ¡en él la paz y la oración! Y examinando con más atención, comprueba jubiloso que tu joya, ¡oh Latifah!, es en todo parecida a una almendra sin corteza. ¡Gloria a Alá, que conserva los tesoros y los reserva para sus creyentes! Cuando el príncipe Zein, gracias al espejo mágico, hubo así encontrado la adolescente que buscaba, encomendó a Mubarak que fuera inmediatamente a hacer la petición de matrimonio. Mubarak, acompañado del derviche Abu-Bekr, fue en seguida a casa del jeque de los derviches, le comunicó la petición del príncipe, y obtuvo su consentimiento. Regresaron al palacio; se envió a buscar al cadí y los testigos y se hizo el contrato matrimonial. Se celebraron las bodas con gran pompa y Zein dio grandes festines y socorrió con largueza a los pobres del barrio. Cuando todos los invitados se marcharon, Zein retuvo al derviche Abu-Bekr y le dijo: «Has de saber, ¡oh Abu-Bekr!, que esta misma tarde partiremos para un país lejano; y hasta mi vuelta a Bassra, he aquí estos diez mil dinares de oro para ti como remuneración por tus buenos servicios. Pero Alá es grande y llegará un día en que pueda probarte mejor mi gratitud». Y le dio diez mil dinares, reservándose nombrarle un día gran chambelán, cuando llegara a su reino. Y después que el derviche le hubo besado las manos, dio la orden de partida. La adolescente virgen fue colocada en una litera sobre un camello; Mubarak abría marcha y Zein iba el último, y, acompañados de su séquito, tomaron el camino de las Tres Islas. Ahora bien; las Tres Islas estaban muy lejos de Bagdad y el viaje duró varios meses, durante los cuales el príncipe Zein, día a día y cada vez más, fue sintiéndose ganado por los encantos de la maravillosa y virginal criatura convertida en su esposa legal. Y la amó desde el fondo de su corazón por lo que había en ella de dulzura, de encantos, de gentileza y virtudes naturales, experimentando, por primera vez, los efectos de un verdadero amor que hasta entonces no había conocido. Y pensaba, con una gran amargura en el corazón, en el momento de entregarla al anciano de las Tres Islas. Varias veces estuvo tentado de desandar el camino y volver a Bassra llevando consigo a la adolescente, pero el juramento hecho al anciano de las Tres Islas le obligaba y no podía dejar de cumplirlo. Por fin entraron en territorio prohibido y, por el mismo camino e idénticos medios que la vez anterior, llegaron a la isla que habitaba el anciano. Y después de los saludos y cumplimientos, Zein presentó a la adolescente toda velada, devolviéndole al mismo tiempo el espejo. El anciano de las Tres Islas la miró con atención sin servirse del espejo y sus ojos semejaban ser, en sí mismo, dos espejos. Al cabo de algunos instantes se aproximó a Zein y echándose sobre él, le abrazó efusivamente, diciendo: «Sultán Zein; en verdad que estoy muy contento de la diligencia que pusiste en satisfacerme y del resultado de tu búsqueda, puesto que la adolescente que me traes es precisamente la que yo deseaba. ¡Es admirablemente

bella y sobrepasa en perfecciones y encantos a todas las adolescentes de la tierra! ¡Además!, su virginidad es de la mejor calidad, como si estuviera sellada con el mismísimo sello de nuestro amo Soleimán ben-Daud, ¡para él la oración y la paz! En cuanto a ti, no harás sino volver a tus estados, y cuando entres en la segunda sala de porcelana donde están las seis estatuas, encontrarás allí la séptima que he prometido y que vale, ella sola, más que mil de las otras allí reunidas. Haz comprender a tu adolescente que ahora se queda conmigo y que en adelante nada tiene de común contigo». A estas palabras, la encantadora Latifah, que también se sentía muy atraída por el bello príncipe Zein, exhaló un profundo suspiro y prorrumpió en llanto. El príncipe comenzó a llorar igualmente y, muy triste, le explicó lo que se había tratado entre él y el anciano de las Tres Islas, y le dijo: «Estás divorciada». Entonces abandonó sollozando la casa del anciano de las Tres Islas, mientras que Latifah se desmayaba de dolor. Después de haber besado la mano del anciano, tomó con Mubarak el camino de Bassra. Durante todo el viaje no dejó de pensar en lo dulce y encantadora que era Latifah, y amargamente se reprochó el haberla engañado, haciéndole creer que era su esposo, y, considerándose culpable de la desgracia de los dos, no podía consolarse. En este estado de ánimo llegó a Bassra, donde, grandes y pequeños, que esperaban su retorno, celebraron su vuelta con grandes fiestas. Pero el príncipe Zein, muy triste, no tomó parte en estos regocijos y, a pesar de las instancias de su fiel Mubarak, rehusó bajar al subterráneo donde ya debía encontrarse la adolescente de diamante, tanto tiempo esperada y con tanto afán deseada; por fin, cediendo a los consejos de Mubarak, a quien había nombrado visir a su llegada a Bassra, consintió en descender al subterráneo, y atravesando la sala de loza y cristal, rutilante de polvo de oro y dinares, penetró en la otra sala de loza verde veteada de oro.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS NOVENTA Y CUATRO

Schehrazada dijo:

—El príncipe vio las seis estatuas en sus sitios respectivos y echó una ojeada al séptimo pedestal de oro. Y he aquí que, de pie y sonriente, estaba una adolescente desnuda y más brillante que el diamante. El príncipe Zein, emocionado en extremo, reconoció en ella a la que había conducido a las Tres Islas. Inmovilizado por la sorpresa, en el primer momento no pudo pronunciar una sola palabra. Fue Latifah quien dijo: «¡Sí!, soy yo, Latifah, aquella a quien tú no esperabas encontrar aquí, puesto que presumías hallar algo más valioso que yo». Zein pudo por fin hablar y

exclamó: «¡No! ¡Por Alá! ¡Oh mi dueña!; no he bajado aquí sino en contra de los deseos de mi corazón, que solo a ti está sujeto, Y Alá lo sabe, que es quien ha permitido nuestra reunión». Y acababa de pronunciar estas palabras cuando retumbó un trueno que hizo estremecer el subterráneo, y, al mismo tiempo, apareció el anciano de las Islas, que, aproximándose a Zein le tomó la mano, y, al mismo tiempo que la estrechaba, dijo: «¡Oh Zein! Has de saber que desde tu nacimiento te he tenido bajo mi protección y que desde entonces he venido cuidando de tu felicidad. Nada mejor podía hacer por ti, que entregarte este inestimable tesoro; porque más valiosa que todas las adolescentes de diamante y todas las pedrerías de la tierra, es esta joven virgen, puesto que la virginidad unida a la belleza del cuerpo y a la excelencia del alma, es la triaca que dispensa todos los remedios y supera todas las riquezas». Y después de explicarse así, abrazó a Zein y desapareció. El sultán Zein y su esposa Latifah vivieron en el colmo de la dicha largos años y su existencia fue la más deliciosa y placentera hasta que llegó la inevitable separadora. ¡Gloria al único viviente que no conoció la muerte!

Luego que Schehrazada terminó de narrar =historia, el rey Schahriar dijo:

—*El espejo de las vírgenes*, Schehrazada, es una historia asombrosa en extremo.

Y Schehrazada dijo:

—¡Sí, oh rey! Pero ¿qué es ella en comparación con *La lámpara maravillosa*?

Y el rey Schahriar preguntó:

—¿Cuál es esa lámpara maravillosa que yo no conozco?

Y Schehrazada dijo:

—Es la lámpara de Aladino Y de ella precisamente voy a hablar.

Y Schehrazada dijo:

HISTORIA DE ALADINO Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA

—Me ha sido revelado, ¡oh rey afortunado, oh dotado de buenas maneras!, que había, pero Alá es más sabio, en la antigüedad del tiempo y en el pasado de las edades y de los momentos, en una de tantas ciudades de la China, de cuyo nombre no me acuerdo en este instante, un hombre que era de oficio sastre y pobre de condición. Y este hombre tenía un hijo llamado Aladino, que era un mancebo en todo negado a la educación y que parecía ser, desde su infancia, un pilluelo molesto. Sucedió que, cuando cumplió los diez años, su padre quiso primero hacerle aprender algún oficio honorable; pero, como era muy pobre y no podía sufragar los gastos de la instrucción, tuvo que contentarse con quedarse con él como aprendiz en su taller para enseñarle su propio oficio, el trabajo de la aguja. Mas Aladino, que era un hijo desviado, acostumbrado a jugar con los jóvenes del barrio, no pudo sujetarse a permanecer un solo día en el taller. Por el contrario, en lugar de permanecer atento al trabajo, él acechaba el instante en que su padre se veía obligado a volver la espalda, fuera para ausentarse para algún cometido, fuera para atender a un cliente, para escurrirse al momento y correr a juntarse en las callejas y en los jardines con los jóvenes

holgazanes de su calaña. Y tal era la conducta de este picarón que no quería ni obedecer a sus padres, ni aprender el trabajo del taller. De modo que su padre, apesadumbrado y desesperado de tener un hijo inclinado a todos los vicios, acabó por abandonarle a su libertinaje; y, en su dolor, adquirió una enfermedad de la cual falleció. Entonces la madre de Aladino, viendo que su esposo había muerto y que su hijo solo era un holgazán con el que no había que contar, vendió el taller y todos los utensilios que en él había, a fin de poder subsistir algún tiempo con el producto de la venta. Pero como esto se agotase muy aprisa, tuvo ella que habituarse a pasar sus días y sus noches hilando lana y algodón para procurar ganar alguna cosa con la que alimentarse y alimentar a su hijo, el perdulario. En cuanto a Aladino, cuando este se vio liberado del temor de su padre y no tuvo ninguna clase de retención, se hundió cada vez más en la pillería y en la perversidad. Y se pasaba todos sus días fuera de la casa, no regresando a ella sino a las horas de la comida. Y la pobre madre, esa desdichada, continuó, a pesar de todos los agravios de su hijo para ella y el abandono en que la dejaba, manteniéndolo con el trabajo de sus manos y el producto de sus veladas, llorando a sus solas lágrimas muy amargas. Y de esta manera llegó Aladino a la edad de quince años. Y él era verdaderamente hermoso y bien formado, con dos magníficos ojos negros, y una tez de jazmín, y un aspecto seductor, sin duda alguna. Sucedió que un día, cuando él se hallaba en medio de la plaza situada a la entrada de los zocos del barrio, ocupado únicamente en jugar con los pilluelos y los vagabundos de su especie, acertó a pasar por allí un derviche mogrebino, que se detuvo para contemplar obstinadamente a los jóvenes. Y acabó por fijar sus miradas en Aladino y observarle de una manera muy singular y con una atención particularísima, sin volverse a ocupar de los otros pequeños, sus camaradas. Y este derviche, que venía del Mogreb, de las montañas del interior lejano, era un mago muy insigne, muy versado en astrología y en la ciencia de las fisonomías; y él podía, por la potencia de su hechicería, hacer moverse y que se entrechocaran a las montañas más elevadas. Y continuó observando a Aladino con mucha insistencia, pensando: «¡Aquí tenemos al fin el mozo preciso, al que busco desde hace tiempo, y por el cual he salido del Mogreb, mi país!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS NOVENTA Y CINCO

Dijo Schehrazada:

—Y se acercó pausadamente a uno de los jovencitos, sin perder, sin embargo, de vista a Aladino y se informó minuciosamente respecto del padre y de la madre de

Aladino, así como de su nombre y de su condición. Y, provisto de estos informes, se acercó sonriente a Aladino, lo logró llevar a un rincón, y le dijo: «¡Oh hijo mío!, ¿no eres tú Aladino, hijo del sastre tal?». Y Aladino respondió: «¡Sí, yo soy! ¡En cuanto a mi padre, hace ya mucho tiempo que ha muerto!». Al oír estas palabras, el derviche mogrebino se arrojó al cuello de Aladino, y le tomó en sus brazos, y se puso a besarlo en las mejillas durante muchísimo tiempo, llorando sobre él en el límite de la emoción. Y Aladino, extraordinariamente sorprendido, le preguntó: «¿Cuál es la causa de tus lágrimas, señor? ¿Y en dónde conociste a mi padre?». Y el mogrebino respondió con una voz triste y como rota: «¡Ah, hijo mío! ¿Cómo no habría de verter yo lágrimas de duelo y de dolor, cuando yo soy tu tío y acabas de revelarme, de una manera tan inesperada, la muerte de mi pobre hermano, tu difunto padre? ¡Oh hijo de mi hermano!, sabe, en efecto, que yo llego a este país, después de haber dejado mi patria y afrontado los peligros de un largo viaje, únicamente con la gozosa esperanza de volver a ver a tu padre y de experimentar con él la dicha del retorno y de la reunión. ¡Y he aquí, ay, que tú me notificas su muerte!». Y él se detuvo un instante como sofocado por la emoción; luego añadió: «Además, yo debo decirte, ¡oh hijo de mi hermano!, que, al momento en que te he visto, mi sangre se ha trasladado a la tuya y me ha hecho reconocerte aprisa, sin vacilación, entre todos tus camaradas. ¡Y aunque en el momento en que yo dejé a tu padre tú no hubieras nacido, ya que él no se había casado, no he tardado en comprobar en ti sus rasgos y la semejanza! ¡Y esto es precisamente lo que me consuela un tanto de su pérdida! ¡Ah calamidad sobre mi cabeza! ¿En dónde te hallas tú ahora, hermano mío, tú, al que yo esperaba abrazar al menos una vez, después de una tan grande ausencia y antes que la muerte llegase a separarnos para siempre? ¡Ay!, ¿quién puede gloriarse de impedir que sea lo que es? ¿Y quién puede escapar a su destino o evitar lo que ha sido prescrito por Alá el altísimo?». Luego, pasado un minuto de silencio, volvió a tomar a Aladino en sus brazos, lo estrechó contra su pecho, y le dijo: «¡No obstante, hijo mío, glorificado sea Alá que ha hecho que te encuentre! Tú vas a ser en adelante mi consuelo y tú reemplazarás a tu padre en mi afecto, porque tú eres su sangre y su descendencia; pues el proverbio dice: “¡Aquel que ha dejado una posteridad no está muerto!”». Luego el mogrebino sacó de su cinturón diez dinares de oro y los puso en la mano de Aladino, preguntándole: «¡Oh hijo mío, Aladino!, ¿en dónde habita tu madre, la esposa de mi hermano?». Y Aladino, ganado fuertemente por la generosidad y el rostro sonriente del mogrebino, le tomó por la mano, le condujo hasta el final de la plaza y con el dedo le señaló el camino de su casa, diciendo: «¡Por allí vive ella!». Y el mogrebino le dijo: «Estos diez dinares que yo te he dado ¡oh hijo mío!, los entregarás a la esposa de mi difunto hermano y le transmitirás mis *salams*. Y le anunciarás que tu tío acaba de llegar de viaje, después de su prolongada ausencia en el extranjero, y que, en la jornada de mañana, él confía, si Alá lo quiere, en poderse presentar en la casa para presentarle por sí mismo sus votos a la esposa de su hermano, y ver los lugares en donde el difunto ha pasado su vida y visitar su tumba».

Cuando Aladino oyó las palabras del mogrebino, quiso mostrarse acucioso en el cumplimiento de sus deseos y, después de haberle besado la mano, se apresuró, en su alegría, a correr al alojamiento, al que llegó, contrariamente a su costumbre, a una hora que todavía no era la de la comida, y, al entrar gritó: «¡Oh madre mía, yo vengo a anunciarte que mi tío, después de una larga ausencia en el extranjero, acaba de llegar de viaje y te envía sus *salam*s!». Y la madre de Aladino, muy asombrada de este lenguaje nuevo y de esta desacostumbrada entrada, respondió: «¡Se diría, hijo mío, que tú quieres burlarte de tu madre! ¿Quién es, en efecto, ese tío de quién tú hablas? ¿Y dónde y desde cuándo tienes tú un tío todavía vivo?». Y Aladino dijo: «¿Cómo, oh madre mía, puedes decir tú que yo no tengo tío o pariente vivo aún, cuando el hombre a que me refiero es el hermano de mi difunto padre? Y la prueba está en que me estrechó contra su pecho, y me abrazó llorando, y me encargó que viniera a anunciarte la novedad y a ponerte al corriente». Y la madre de Aladino dijo: «Sí, hijo mío, yo sé bien que tú tenías un tío, pero hace ya muchos años que falleció. ¡Y yo no sé que desde entonces hayas tenido jamás un segundo tío!». Y ella miró con ojos sumamente asombrados a su hijo Aladino, quien ya se ocupaba de otra cosa. Y ella ya no le dijo nada más sobre este particular este día. Y Aladino, por su parte, no le dijo palabra del donativo del mogrebino. A la mañana siguiente, desde muy temprano, Aladino dejó la casa, y el mogrebino, que andaba ya a su busca, le halló en el mismo lugar que la víspera, ya en tren de divertirse, según su costumbre, con los vagabundos de su edad. Y se acercó vivamente a él, le tomó de la mano, la estrechó contra su corazón y lo abrazó tiernamente. Luego sacó dos dinares de su cinto y se los entregó, diciendo: «Ve a buscar a tu madre y dile al entregarle estos dos dinares: “Mi tío piensa venir esta noche a comer con nosotros. Por eso te envía este dinero, a fin de que puedas prepararnos comidas excelentes”». Luego continuó, inclinándose sobre su rostro: «Y ahora, *ya* Aladino, enséñame por segunda vez el camino de la casa». Y Aladino respondió: «¡Sobre mi cabeza y mis ojos, oh mi tío!». Y le precedió y le mostró el camino de la casa. Y el mogrebino lo dejó y se marchó por su camino.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS NOVENTA Y SEIS

Ella dijo:

—Y Aladino entró en la casa, contó la cosa a su madre y le entregó los dos dinares, diciéndole: «¡Mi tío va a venir esta noche a comer con nosotros!». Entonces la madre de Aladino, viendo los dos dinares, dijo: «Pueda ser que yo no conociera a todos los hermanos del difunto». Y se levantó y fue a toda prisa al zoco, en donde

compró las provisiones necesarias para una buena comida, y regresó en seguida para ponerse al momento a cocinar. Mas como esta pobre no tenía utensilios de cocina, fue a pedirselos prestados a las vecinas, de las que, en caso de necesidad, se proveía de cacerolas, platos y servilletas. Y ella cocinó todo el día; y a la caída de la tarde ella dijo a Aladino: «Hijo mío, la comida está dispuesta y pueda ser que tu tío no conozca bien el camino de nuestra casa. Tú obrarías bien yendo a su encuentro o esperándolo en la calle». Y Aladino respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Y cuando se disponía a salir, se oyó llamar a la puerta. Y corrió a abrir. Era el mogrebino. Venía acompañado de un mozo que traía sobre la cabeza un cargamento de frutas, de dulces y de bebidas. Y Aladino hizo pasar a los dos. Y el mozo, una vez que depositó la carga en la casa, fue pagado y se marchó a su misión. Y Aladino condujo al mogrebino hasta la pieza en donde se encontraba su madre. Y el mogrebino, con voz muy emocionada, se inclinó y dijo: «¡Que la paz sea sobre ti, oh esposa de mi hermano!». Y la madre de Aladino le retribuyó el *salam*. Entonces el mogrebino se puso a llorar en silencio. Luego preguntó: «¿Cuál es el lugar en que acostumbraba sentarse el difunto?». Y la madre de Aladino le mostró el lugar en cuestión; y al momento el mogrebino se arrojó a tierra y se puso a besar este sitio, a suspirar con lágrimas en los ojos, y a decir: «¡Ah qué destino el mío! ¡Ah miserable suerte la mía haberte perdido, oh hermano mío, oh vena de mi ojo!». Y continuó llorando y lamentándose de tal suerte, y con un rostro tan alterado y una alteración de sus entrañas, que le pusieron a punto de desvanecerse, que la madre de Aladino no dudó ni un momento que no se encontrase allí el propio hermano de su difunto esposo. Y ella se acercó a él, lo levantó del suelo y le dijo: «¡Oh hermano de mi esposo, tú te vas a matar sin fruto, a fuerza de llorar! ¡Ay, lo que está escrito ha de suceder!». Y ella continuó consolándolo con buenas palabras hasta que le decidió a que bebiera un poco de agua para calmarse, y a sentarse para la cena. Ahora bien, cuando estuvo tendido el mantel, el mogrebino comenzó a conversar con la madre de Aladino. Y le contó lo que tenía que contarle, diciéndole: «¡Oh mujer de mi hermano!, no encuentres sorprendente el que todavía no tuvieses ocasión de verme y de que no me conocieras en tiempos de mi hermano, el difunto. En efecto, hace treinta años que yo dejé este país y que partí para el extranjero, renunciando a mi patria. Y desde entonces yo no he cesado de viajar por las comarcas de la India y del Sinh, y de recorrer el país de los árabes y las tierras de otras naciones. Y yo he estado también en Egipto y he vivido en la magnífica ciudad de Mars, que es el milagro del mundo. Y, después de haber estado allí mucho tiempo, marché para el país del Mogreb central, en donde acabé por quedarme durante veinte años. En estas circunstancias, ¡oh esposa de mi hermano!, uno de tantos días, cuando yo me hallaba sentado en mi casa, me puse a pensar en mi tierra natal y en mi hermano. Y creció en mí el deseo de volver a ver mi sangre; y me puse a llorar y a lamentarme de mi estancia en el extranjero. Y, a la postre, los pesares de mi separación y de mi alejamiento del ser que me era tan caro llegaron a ser tan intensos, que me decidí a emprender el viaje hacia

la comarca que había visto aparecer mi cabeza de recién nacido. Y pensé en mi interior: “¡Oh hombre, cuántos años van transcurridos desde el día en que tú dejaste tu ciudad y tu país y la morada del único hermano que tú posees en el mundo! ¡Levántate y parte para volverlo a ver antes de la muerte! Pues ¿quién sabe las calamidades del destino, los accidentes de los días y las revoluciones del tiempo? ¡Y no sería la mayor de las miserias el morir antes de haber alegrado tus ojos al ver a tu hermano, sobre todo ahora que Alá, glorificado sea él, te ha dado la riqueza y tu hermano pueda ser que continúe en una condición de estrecha pobreza! No olvides, pues, que al marchar realizarías dos acciones excelentes: volver a ver a tu hermano y socorrerle”. Ahora yo, ante estos pensamientos, ¡oh esposa de mi hermano!, me decidí al momento y lo preparé todo para la partida. Y, luego de haber recitado la plegaria del viernes y la *fatiha* del *Corán*, monté a caballo y me dirigí hacia mi patria. Y, después de muchos peligros y de prolongadas fatigas en el camino, acabé, con la ayuda de Alá, ¡glorificado y honrado sea!, por llegar en seguridad a esta mi ciudad. Y me puse al momento a recorrer las calles y los barrios, a la búsqueda de la casa de mi hermano. Y Alá permitió que de ese modo yo encontrase a este niño en plan de jugar con sus camaradas. Y yo, ¡por Alá todopoderoso, oh esposa de mi hermano!, apenas lo vi, cuando sentí derretirse mi corazón de emoción por él; y como la sangre reconoce a la sangre, yo no titubeé en ver en él al hijo de mi hermano. Y, en el mismo instante, yo olvidé mis fatigas y mis preocupaciones, y me faltó poco para saltar de alegría».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS NOVENTA Y SIETE

Schehrazada dijo

—«... Pero ¡ay!, ¿por qué me era necesario saber tan pronto por boca de este hijo que mi hermano había muerto en la misericordia de Alá el altísimo? ¡Ah, la terrible noticia que estuvo a punto de hacerme caer de espaldas por el sobrecogimiento y el dolor! Pero ¡oh esposa de mi hermano!, el hijo ha debido contarte, sin duda, cómo él logró, con su vista y con su semejanza con el difunto, consolarme un poco, haciéndome de ese modo recordar el proverbio que dice: “¡El hombre que deja una posteridad, no muere!”». Así habló el mogrebino. Y él se percató de que la madre de Aladino, a estos recuerdos evocados de su esposo, lloraba amargamente. Y para hacerle olvidar su tristeza y cambiar sus negras ideas, se dirigió a Aladino, y, para iniciar la conversación, le preguntó: «Aladino, hijo mío, ¿qué has aprendido en plan de oficio, y qué trabajo realizas tú para ayudar a tu madre, esta pobre, y subsistir los

dos?». Y al oír esto, Aladino sintió vergüenza por vez primera en su vida, bajó la cabeza y miró al suelo. Y como no decía una palabra, su madre respondió en su lugar: «¿Un oficio, ¡oh hermano de mi esposo!, un oficio para Aladino? ¿Y cómo puede ser esto? ¡Por Alá, él no sabe nada de nada! ¡Ah, un hijo como este, tan atravesado, yo no lo he visto jamás! ¡Toda la jornada se la pasa corriendo con los jóvenes del barrio, los vagabundos, los pícaros, los holgazanes como él! ¡Ah!, su padre solo ha muerto, ¡oh agudos pesares!, por su causa. ¡Y apenas si yo puedo ver algo con mis ojos gastados por las lágrimas y las veladas, trabajando sin parar mis jornadas y mis noches hilando el algodón para contar con qué comprar dos bollos de pan de maíz, lo único para alimentarnos los dos! ¡Y tal es mi condición! ¡Y yo te juro por tu vida a ti, oh, hermano de mi esposo, que él no vuelve a la casa sino justo a las horas de las comidas! ¡Y luego se marcha! Así que muchas veces, cuando él me deja de ese modo, yo, su madre, he pensado cerrar la puerta de la casa y no abrísela más, para obligarle a que se marche a buscar algún trabajo que le haga vivir. ¡Y luego no tengo fuerza para hacerlo, pues el corazón de la madre es compasivo y misericordioso! Pero la edad avanza, y yo soy una mujer muy vieja, ¡oh hermano de mi esposo! ¡Y mis hombros ya no soportan las fatigas como en otros tiempos! ¡Y ahora apenas si mis dedos me permiten hacer girar el huso! ¡Y no sé hasta cuándo voy a poder continuar una tarea semejante sin ser traicionada por la vida como soy abandonada por mi hijo, ese Aladino que está ahí ante ti, oh hermano de mi esposo!». Y ella se puso a sollozar. Entonces el mogrebino se dirigió a Aladino y le dijo: «¡Ah hijo de mi hermano, en verdad que yo no sabía esto referente a ti! ¿Por qué caminas tú por ese sendero de vagabundeo? ¡Qué vergüenza para ti, oh Aladino! ¡Esto no es nada conveniente para los hombres como tú! ¡Tú estás dotado de razón, hijo mío, y tú eres un hijo de buena familia! ¿No es un deshonor para ti dejar así a tu pobre madre, una mujer de edad, ocuparse en que vivas, cuando tú eres un hombre en edad de crearte una ocupación capaz de haceros subsistir a los dos?... Y luego mira, hijo mío, gracias a Alá no existe nada más numeroso en nuestra ciudad que los maestros de oficios. Tú no tendrás, pues, sino que escoger por ti mismo el oficio que mejor te plazca, y yo tomaré a mi cargo el situarte. Y de este modo, cuando llegues a ser mayor, hijo mío, poseerás una profesión segura que te protegerá contra los golpes de la suerte. ¡Así que habla! Y si el oficio de tu difunto padre, el trabajo de la aguja, no es de tu conveniencia, busca otra cosa y avísame. Y yo te ayudaré con todo lo que me sea posible, ¡oh hijo mío!». Pero Aladino en lugar de responder, continuó manteniendo la cabeza baja y guardando silencio, para señalar de ese modo que él no quería otra profesión que la de vagabundo. Y el mogrebino comprendió su repugnancia por los oficios manuales e intentó persuadirle por otro camino. Y entonces le dijo: «¡Oh hijo de mi hermano, que mi insistencia no te ofenda, ni te cause dolor! Déjame solamente añadir que, si los oficios te repugnan, yo estoy dispuesto, si no obstante te place en convertirte en un hombre honrado, a abrirte un hermoso establecimiento de vendedor de sedas en el gran zoco. Y yo te abasteceré esta tienda de las telas más caras y de los

brocados de la más fina calidad. ¡Y de este modo tú te harás con muy buenas relaciones en el mundo de los grandes mercaderes! Y adquirirás el hábito de comprar vender, de tomar y dar. Y será excelente tu reputación en la ciudad. ¡Y de este modo honrarás la memoria de tu difunto padre! ¿Qué dices tú, oh Aladino, hijo mío?». Cuando Aladino oyó esta proposición de su tío y comprendió que iba a convertirse en un gran mercader en el zoco, en un hombre de importancia, luciendo bellos vestidos, con un turbante de seda y un encantador cinturón de diversos colores, quedó en extremo gozoso. Y miró al mogrebino sonriente y movió cabeza con un movimiento que, en su lenguaje, significaba claramente: «Yo acepto».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS NOVENTA Y OCHO

Dijo Schehrazada:

—Y el mogrebino comprendió de ese modo que su propuesta era bien recibida, y dijo a Aladino: «Desde el momento en que tú quieres llegar a ser un personaje de importancia, un mercader con establecimiento, tómate el trabajo de mostrarte digno de tu nueva situación. ¡Y, desde ahora, oh hijo de mi hermano, sé un hombre! Y yo mañana, si Alá lo quiere, te llevaré al zoco y comenzaré por comprarte un hermoso vestido nuevo, como el que llevan los mercaderes ricos, y todos los accesorios que esto comporta. ¡Y hecho esto, buscaremos juntos una hermosa tienda para que te instales!». ¡Todo esto! Y la madre de Aladino, que escuchaba estas exhortaciones y veía esta generosidad, bendecía a Alá el bienhechor que le enviaba de una manera tan inesperada un pariente que la salvaba de la miseria y colocaba en el camino recto a su hijo Aladino. Y ella sirvió la comida con gozoso corazón, como si hubiera rejuvenecido veinte años. ¡Y se comió, y se bebió, y se continuó conversando de esta misma cuestión, que de tal modo interesaba a todos! Y el mogrebino comenzó a iniciar a Aladino en la vida y en las maneras de los mercaderes y a interesarle grandemente en su nueva condición. Luego, como viera la noche a medias pasada, se levantó, se despidió de la madre y abrazó a Aladino. Y salió, luego de haberles prometido que volvería al día siguiente. Y esta noche, Aladino no pudo pegar un ojo de alergia y no hizo otra cosa que pensar en la deliciosa vida que le esperaba. Al día siguiente, a primera hora, llamaron a la puerta. Y la madre de Aladino fue ella misma a abrir y vio que era precisamente el hermano de su esposo, el mogrebino, que cumplía su promesa de la víspera. Sin embargo, él no quiso entrar, a pesar de los ruegos de la madre de Aladino, pretextando que no era hora de visitas; y solicitó solamente llevar consigo al zoco a Aladino. Y Aladino, ya levantado y vestido, corrió

presuroso hacia su tío, le dio los buenos días y le besó la mano. Y el mogrebino lo tomó de la mano y lo llevó con él al zoco. Y entró con él en el establecimiento del mayor comerciante y pidió un vestido de la talla de Aladino, que fuese el más bello y el más rico de los vestidos. Y el mercader le enseñó varios a cuál más bellos, y el mogrebino dijo a Aladino: «Escoge tú mismo, hijo mío, el que te agrade». Y Aladino, sumamente encantado de la generosidad de su tío, escogió uno que era todo él de seda rayada y luciente. Y escogió igualmente un turbante de muselina de seda realzada en oro. Y, en fin, un cinturón de cachemira y botas de cuero rojo brillante. Y el mogrebino pagó todo sin regatear y entregó el paquete a Aladino, diciéndole: «Vamos ahora al *hamman*, pues antes de vestirte de nuevo es preciso que tú estés completamente limpio». Y él lo llevó al *hamman* y entró con él en una sala reservada, y lo bañó con sus propias manos; y él se bañó a sí mismo igualmente. Luego, después del baño, hizo traer los refrescos; y bebieron ambos con delicia y quedaron contentos. Y entonces Aladino se puso el suntuoso vestido citado, de seda rayada y luciente, colocó en su cabeza el bello turbante, se estrechó la cintura con el cinturón de las Indias y se calzó las botas rojas. Y con todo ello apareció bello como la luna y semejante a algún hijo de rey o de sultán. Y, extraordinariamente encantado de verse así transformado, avanzó hacia su tío y le besó la mano y le reiteró las gracias por su generosidad. Y el mogrebino lo abrazó y le dijo: «¡Todo esto no es más que el comienzo!». Y salió con él del *hamman* y le llevó por los zocos más concurridos, y le hizo visitar los establecimientos de los mercaderes más poderosos. Y le hizo admirar las telas más valiosas y los objetos de precio, enseñándole el nombre de cada cosa en particular; y él decía: «Como tú mismo vas a ser un mercader, es necesario que conozcas los detalles de las ventas y de las compras». Luego le hizo visitar los edificios más notables de la ciudad y las mezquitas principales y los *khanes* en donde se alojaban las caravanas. Y terminó el recorrido haciéndole ver el palacio del sultán y los jardines que lo rodeaban. Y lo llevó, en fin, al gran *khan*, en donde él había descendido, y lo presentó a los mercaderes, sus conocidos, diciéndoles: «¡Es el hijo de mi hermano!». E invitó a todos a la comida que daba en su honor, y les regaló con los platos más exquisitos, y se quedó con ellos y con Aladino hasta la noche. Entonces se despidió de sus invitados, diciéndoles que iba a llevar a Aladino a su casa. Y, de hecho, él no quería dejar a Aladino que regresase solo a su casa, y lo tomó de la mano y se encaminó con él a la vivienda de su madre. Y la madre de Aladino, viendo a su hijo tan magníficamente vestido, estuvo a punto de perder la razón de alegría, la pobre. Y ella se puso a agradecer y a bendecir mil veces a su cuñado, diciéndole: «¡Oh hermano de mi esposo, jamás podría, aunque yo te lo agradeciera toda la vida, corresponder bastante a tus beneficios!». Y el mogrebino respondió: «¡Oh esposa de mi hermano, en verdad que yo no tengo mérito alguno al obrar de este modo, pues Aladino es mi hijo y es deber mío servirle de padre en lugar del difunto! ¡No tengas, pues, preocupación alguna sobre este particular y sé feliz!». Y la madre de Aladino dijo, levantando los brazos al cielo: «¡Yo suplico a Alá, por el

honor de los santos antiguos y recientes, que te guarde y te conserve, oh hermano de mi esposo, y prolongue tu vida para nosotros, a fin de que tú seas el ala cuya sombra proteja siempre a este hijo huérfano! ¡Y está seguro de que él, por su parte, será siempre obediente a tus órdenes y solo hará lo que tú le mandes!». Y el mogrebino dijo: «¡Oh mujer de mi hermano!, Aladino se ha convertido en un hombre sensato, pues es un excelente mozo, hijo de buena familia. ¡Y yo tengo la máxima esperanza de que será digno descendiente de su padre y que él te refrescará los ojos!». Luego agregó: «Excúsame, ¡oh esposa de mi hermano!, si yo no puedo mañana viernes abrirle la tienda prometida; pues tú sabes que el viernes los zocos están cerrados, y que no se puede tratar de operaciones. Pero pasado mañana sábado, la cosa será terminada, si Alá lo quiere. Yo vendré mañana, sin embargo para recoger a Aladino y continuar instruyéndolo, yo le haré visitar los lugares públicos y los jardines situados fuera de la ciudad, adonde van a pasearse los mercaderes ricos, a fin de que de ese modo pueda habituarse a la vista del lujo y del bello mundo. Pues hasta ahora no ha tratado sino a los jóvenes y es preciso que él conozca a los hombres y que ellos le conozcan». Y se despidió de la madre de Aladino y abrazó a Aladino y se retiró.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SEISCIENTAS NOVENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—Y Aladino soñó toda la noche con todas las bellas cosas que acaban de ver y con las alegrías que acababa de experimentar; y se prometió nuevas delicias para el día siguiente. Por ello, a la aurora se levantó, sin haber pegado un ojo, y se puso sus bellas ropas y comenzó a andar de largo en ancho, pisándose el largo vestido, al que no estaba acostumbrado. Luego, como él pensaba, en su impaciencia, que el mogrebino tardaba demasiado en llegar, salió a esperarlo a la puerta y al fin lo vio aparecer. Y corrió a su encuentro como un potro y le besó la mano. Y el mogrebino lo abrazó y le hizo muchas caricias, y le dijo que fuera a indicar a su madre que se iba con él. Y marcharon juntos hablando de unas cosas y de otras; y franquearon las puertas de la ciudad, adonde jamás había salido todavía Aladino. Y ante ellos comenzaron a aparecer las bellas casas particulares y los bellos palacios rodeados de jardines. Y Aladino los miraba con arrobamiento y juzgaba el último más bello que el precedente. Y de este modo avanzaron muy hasta el interior de la campiña, acercándose cada vez más al objetivo que se proponía el mogrebino. Pero llegó un momento en que Aladino comenzó a fatigarse, y dijo al mogrebino: «¡Oh mi tío!, ¿vamos a seguir andando todavía por mucho tiempo? Hemos pasado ya de los

jardines, y solo hay ante nosotros la montaña. Y yo estoy muy fatigado y quisiera comer algo». Y el mogrebino sacó de su cinturón un pañuelo de seda en el que había frutos y bollos y dijo a Aladino: «Aquí tienes, hijo mío, para tu hambre y tu sed. Pero es preciso andar todavía un poco para alcanzar el lugar maravilloso que quiero enseñarte y que no tiene semejante en el mundo. Rehaz tus fuerzas y recobra valor, Aladino, ahora que eres un hombre». Y él continuó alentándole, dándole consejos sobre su conducta en el futuro, impulsándole a retraerse de la compañía de los jóvenes para acercarse más a los hombres juiciosos y prudentes. Y supo distraerle de una manera tal, que acabó por llegar con él al pie de la montaña, al fondo de un valle desértico, en donde no había otra presencia que la de Alá. ¡Ahora este era precisamente el objetivo del mogrebino! Y era para llegar a este valle para lo que había partido del extremo del Mogreb y había llegado a las extremidades de la China. Y se volvió hacia Aladino, extenuado de fatiga, y le dijo sonriendo: «Hemos llegado al final, hijo mío, Aladino». Y se sentó en una roca y le hizo sentarse junto a él, le rodeó con un brazo con mucha ternura, y le dijo: «Descansa un poco, Aladino. Pues yo voy a poder, al final, enseñarte lo que jamás han visto los ojos de los hombres. Sí, Aladino, tú vas a ver ahora mismo, y aquí, un jardín más bello que todos los jardines de la tierra. Y será solamente después que hayas admirado las maravillas de este jardín, cuando tú tendrás verdaderamente razón para darme las gracias, y cuando olvidarás las fatigas de este viaje, y cuando tú bendecirás el día en que me encontraste por primera vez primera». Y él le dejó en un lugar en donde no había sino rocas alteradas y chaparrales. Luego él le dijo: «¡Levántate ahora, Aladino, y recoge de entre los chaparros los tallos más secos y los trozos de madera que encuentres y traémelos! ¡Y entonces verás el espectáculo gratuito al que yo te invito!». Y Aladino se levantó y se apresuró a ir a recoger entre los chaparrales y los espinos una cantidad de tallos secos y de palos y los llevó al mogrebino, el que dijo: «Eso es todo lo que necesito. ¡Retírate ahora y ven a colocarte detrás de mí!». Y Aladino obedeció a su tío y fue a colocarse a cierta distancia de él a su espalda. Entonces el mogrebino sacó de su cinturón un eslabón que frotó y prendió el montón de ramas y tallos secos, que llamaron crepitantes. Y al momento sacó de su bolsillo una caja de carey, la abrió y tomó una pizca de incienso, que él arrojó en medio del fuego. Y se elevó una humareda muy espesa, que él se puso a desviar a un lado y otro con sus manos, bisbiseando fórmulas en una lengua desconocida para Aladino. Y, en el mismo instante, tembló la tierra, y las rocas se levantaron de su base, y el suelo se entreabrió en un espacio de cerca de diez codos de ancho. Y en el fondo del agujero apareció una losa horizontal de mármol, de cinco codos de ancha, llevando en su centro una argolla de bronce. Al ver esto, Aladino, espantado, lanzó un grito y, cogiendo el extremo de su vestido con los dientes, dio media vuelta y emprendió la huida, entregando sus piernas al viento. Pero el mogrebino, de un salto, se lanzó sobre él y lo atrapó. Y lo miró con ojos espantosos, lo sacudió teniéndole de una oreja, levantó la mano y le aplicó una bofetada tan terrible que le faltó poco para saltar los dientes

de Aladino, que todo aturdido se hundió en el suelo. Ahora bien, el mogrebino solo le había tratado de esa forma para dominarle de una vez por todas, dado que era necesario para su operación y que sin él no podía intentar la empresa para la que había venido. De modo que, cuando él lo vio yacente y aturdido sobre el suelo, lo levantó y le dijo, con una voz que intentó hacerla muy dulce: «Sabe, Aladino, que si yo te he tratado de ese modo ha sido para enseñarte a ser un hombre. ¡Pues yo soy tu tío, el hermano de tu padre, y tú me debes obediencia!». Luego agregó, con una voz todavía más dulce: «¡Vamos, Aladino, escucha bien lo que voy a decirte, y no pierdas una palabra! Pues haciéndolo tú obtendrás considerables ventajas y olvidarás muy pronto las diversas molestias que te lleguen». Y él lo abrazó, y teniéndole ya reducido del todo y dominado le dijo: «Tú acabas de ver, hijo mío, como el suelo se ha entreabierto por la virtud de mis fumigaciones y de las fórmulas que he pronunciado. Ahora es preciso que tú sepas que yo te he tratado de ese modo para bien tuyo; pues debajo de esta losa de mármol que tú ves en el fondo del hoyo, con una argolla de bronce, se encuentra un tesoro que está inscrito a tu nombre y no puede abrirse sino en tu presencia. Y este tesoro, que te está destinado, te hará más rico que todos los reyes. Y, para demostrarte bien que este tesoro está bien destinado a ti y no a otro, sabe que no es posible que nadie en el mundo sino tú pueda tocar esta losa de mármol y levantarla; pues yo mismo, a pesar de mi poder, que es grande, no podría llevar mi mano a la argolla de bronce ni levantar la losa, aunque fuese mil veces más poderoso y más fuerte de lo que soy. Y una vez levantada la losa no me es posible deslizarme y penetrar en el tesoro o descender siquiera un peldaño. ¡Es, pues, a ti solo al que corresponde hacer lo que yo no puedo realizar por mí mismo! Y para esto tú no tienes sino que cumplir a la letra cuanto voy a decirte. Y tú serás así el dueño del tesoro, que repartiremos con toda equidad, en dos partes iguales, una para ti y otra para mí».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS

Schehrazada dijo:

—Al oír las palabras del mogrebino, el pobre Aladino olvidó sus fatigas y la bofetada recibida, y respondió: «¡Oh tío mío, ordéname todo cuando tú quieras, y yo te obedeceré!». Y el mogrebino le tomó en sus brazos, le besó varias veces en la mejilla y le dijo: «¡Oh Aladino, eres para mí como un hijo, y más querido! Pues yo no tengo en la tierra otros parientes que tú; y eres tú quien serás mi único heredero y mi descendiente, ¡oh hijo mío! Pues al fin es para ti, en suma, para quien trabajo en este momento y para el que vine desde tan lejos. Y si yo he sido para ti algo brusco, ahora

comprendes que fue para decidirte a no dejarte que demoraras en vano tu maravilloso destino. He aquí lo que vas a hacer. Comienza primero por descender conmigo al fondo del hoyo y toma la argolla de bronce y levanta la losa de mármol». Y habiendo hablado así, saltó él primero al hoyo y tendió la mano a Aladino para ayudarle a descender. Y Aladino, una vez que hubo descendido, le dijo: «Pero ¿cómo voy a hacer, oh mi tío, para levantar esta losa tan pesada, cuando todavía no soy sino un mozo muy joven? ¡Si tú, al menos, quisieras ayudarme, yo me emplearía gustoso!». El mogrebino contestó: «¡Ah, no! ¡Ah, no! Si por desgracia yo pusiera la mano, tú no podrías hacer nada y tu nombre sería borrado para siempre del tesoro. Intenta tú solo y verás cómo levantas la losa con tanta facilidad como si recogieras una pluma de ave. Solamente tendrás que pronunciar, al coger la argolla, tu nombre, el nombre de tu padre y el nombre de tu abuelo». Entonces Aladino se inclinó, tomó la argolla y tiró de ella hacia sí, diciendo: «¡Yo soy Aladino, hijo del sastre Mustafá, hijo del sastre Alí!». Y él levantó la losa de mármol con una gran facilidad y la puso a un lado en el instante. Y él percibió una cueva que, mediante doce peldaños de mármol, descendía hasta una puerta de dos hojas de cobre rojo con grandes clavos. Y el mogrebino le dijo: «Hijo mío, Aladino, baja ahora a esa cueva. Y cuando te halles en el decimosegundo escalón, entrarás por esa puerta de cobre, que se abrirá por sí misma ante ti. Y tú llegarás a un gran abovedado dividido en tres salas que se comunican las unas con las otras. Ahora bien, tú encontrarás en la primera sala cuatro grandes cubas de bronce llenas de oro líquido y en la segunda sala cuatro grandes cubas de plata llenas de polvo de oro, y en la tercera sala cuatro cubas de oro llenas de dinares de oro. ¡Pero tú pasa sin detenerte! Y levanta bien alto tu vestido y ajústalo bien a tu cintura, por temor a que él toque las caras de las cubas, pues si tú tienes la desgracia de tocar con tus dedos, o siquiera rozar con tus ropas una de las cubas o su contenido, serás convertido al momento en un bloque de piedra negra. Tú entrarás, pues, en la primera sala, y muy aprisa pasarás a la segunda sala, de donde, sin detenerte un instante, pasarás a la tercera, en la que encontrarás una puerta claveteada, semejante a la de la entrada, que se abrirá ante ti. Y tú la franquearás y te hallarás de pronto en un magnífico jardín, plantado de árboles, que se doblan al peso de sus frutos. ¡Pero no te detengas! Tú lo atravesarás, marchando rectamente en tu dirección y llegarás a una escalera con columnas, de treinta peldaños, que subirás hasta dar con una terraza. Y cuando te halles en esta terraza, ¡presta bien atención, Aladino!, tú verás justamente frente a ti una especie de nicho a cielo abierto; y en este nicho hallarás, sobre un pie de bronce una lamparita de cobre. Y esta lámpara estará encendida. Ahora bien ¡presta mucha atención, Aladino!, tú tomarás esta lámpara, la apagarás, verterás en el suelo el aceite, y te la esconderás muy aprisa en tu seno. Y no temas el ensuciar tu ropa, pues este aceite que habrás vertido no es aceite, sino un líquido muy distinto, que no deja mancha alguna en los vestidos. ¡Y tú volverás hacia mí por el mismo camino que habrás seguido! Y, a tu regreso, podrás detenerte un poco en el jardín, si ello te place, y recoges cuantos frutos quieras de ese jardín. Y

una vez a mi lado, tú me entregarás la lámpara, objetivo y móvil de nuestro viaje y causa de nuestra riqueza y de nuestra gloria en el futuro, ¡oh hijo mío!». Cuando el mogrebino hubo hablado así, sacó un anillo que él tenía en el dedo y se lo puso en el pulgar a Aladino, diciéndole: «Este anillo, hijo mío, te salvaguardará en todos los peligros y te preservará de todo mal. ¡Alienta, pues, tu alma y llena tu pecho de valor, pues tú no eres ya un niño, sino un hombre! ¡Y nosotros seremos muy ricos gracias a la lámpara, y nos colmarán de honores toda la vida!». Luego añadió: «¡Solamente he de insistir una vez más, Aladino, en que levantes tu vestido muy alto y lo ciñas a tu cuerpo; si no, tú estás perdido, y el tesoro contigo!». Luego le abrazó y, dándole cachetitos en las mejillas, le dijo: «¡Parte con seguridad!». Entonces Aladino, enardecido en extremo, descendió corriendo los peldaños de mármol y alzando su vestido por encima de la cintura y teniéndolo muy ceñido, atravesó la puerta de cobre, cuyas dos hojas se abrieron por sí mismas a su aproximación. Y sin olvidar ninguna de las recomendaciones del mogrebino, atravesó con mil precauciones la primera, la segunda y la tercera salas, rodeado de cubas llenas de oro, y llegó a la última puerta, la atravesó, pasó por el jardín sin detenerse, subió los treinta peldaños de la escalera con columnas, subió a la terraza y se dirigió en derechura hacia el nicho que se hallaba frente a él.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS UNA

Ella dijo:

—Aladino vio sobre el pie de bronce la lámpara encendida. Y extendió la mano y la cogió. Y vertió su contenido en el suelo y, comprobando que sus paredes se habían secado al instante, la ocultó aprisa en su seno, sin temor de ensuciar su vestido. Y descendió de la terraza y llegó de nuevo al jardín. Entonces, exento de su cuidado, se detuvo un instante en el último peldaño de la escalera para contemplar el jardín. Y él se puso a observar estos árboles, cuyos frutos no había tenido tiempo de considerar a su llegada. Y él vio, en efecto, que los árboles de este jardín se plegaban bajo el peso de sus frutos, que eran extraordinarios de forma, de grosor y de color. Él vio que, contrariamente a los árboles de los vegetales, cada rama de cada uno de los árboles llevaba frutos de diferentes colores. Los había que eran blancos, de una altura transparente como el cristal, o de un blanco alterado como el alcanfor, o de un blanco opaco tal como la cera virgen. Y los había que eran rojos, de un rojo grana como los granos de la granada, o de un rojo como la naranja sanguina. Y los había que eran verdes, de un verde oscuro y de un verde claro; y otros que eran azules y violetas y

amarillos; y otros que tenían colores y matices de infinita variedad. Y Aladino, el pobre, no sabía que los frutos blancos eran diamantes, perlas, nácar y piedras lunares; que los frutos rojos eran rubíes, carbúnculos, jacintos, corales y cornalinas; que los verdes eran esmeraldas, berilos, jades, prasios y aguamarinas; que los azules eran zafiros, turquesas, lapislázulis y lazulitas; que los violetas eran amatistas, jaspes y sardónicas; que los amarillos eran topacios, ámbar y ágatas; y que los restantes, de colores desconocidos, eran ópalos, venturinas, crisólitos, cimófanos, hematitas, turmalinas, peridotitos, azabaches y crisopacios. ¡Y el sol descendía con todos sus rayos sobre el jardín! Y los árboles, con todos sus frutos, llameaban sin consumirse. Entonces Aladino, en el límite del placer, se acercó a uno de estos árboles y quiso coger algunos frutos para comerlos. Y comprobó entonces que no eran del todo buenos para ponerlos entre los dientes y que, por sus formas, en nada se asemejaban a las naranjas, a los higos, a los plátanos, a las uvas, a las sandías, a las manzanas, y a todos los restantes frutos excelentes de la China. Y quedó muy decepcionado al tocarlos; y no los halló en nada gratos para su gusto. Y él pensó que solo eran bolas de cristal coloreadas, pues en su vida había tenido ocasión de ver piedras preciosas. No obstante, aunque muy decepcionado, pensó en recoger algunas para hacer regalo de ellas a los jóvenes, sus antiguos camaradas, y también a su madre, esa pobre. Y cogió varias de cada color y llenó su cinturón, sus bolsillos y el interior de su ropa, entre el vestido de la camisa, y entre la camisa y la piel; y se colocó en el interior tal cantidad, que parecía un asno cargado por ambos lados. Y, cargado con todo esto, levantó cuidadosamente su vestido, lo ajustó estrechamente a su cintura, y, lleno de prudencia y de precaución, atravesó con ligereza las tres salas de las cubas, y alcanzó la escalera de la cueva, a cuya entrada le esperaba ansiosamente el mogrebino. Ahora bien, desde que Aladino atravesó la puerta de cobre y subió al primer peldaño de la escalera, el mogrebino, que se hallaba sobre la abertura, cerca de la entrada misma de la cueva, no tuvo paciencia para esperar a que llegase a lo alto de los peldaños y saliese por completo al exterior, y le dijo: «Y bien, Aladino, ¿en dónde está la lámpara?». Y Aladino respondió: «¡Yo la tengo aquí, en mi seno!». Él dijo: «¡Apresúrate a sacarla y a dárme!». Pero Aladino respondió: «¡Cómo quieres que te la dé inmediatamente, oh mi tío, cuando yo estoy atado entre todas las bolas de cristal con que he atiborrado mis ropas por todas partes! Déjame antes subir esta escalera y ayúdame a salir del agujero; y yo entonces me descargaré de todas estas bolas, en lugar seguro, y no en estos peldaños, en donde correrían el riesgo de rodar y romperse. Y de este modo, liberado de esta atadura tan molesta, yo podré sacar la lámpara y dártela. Además, ella se ha corrido ya a mi espalda y me golpea violentamente la piel, y a mí me sería muy difícil desembarazarme de ella». Pero el mogrebino, furioso ante la resistencia de Aladino y persuadido de que este ponía estas dificultades porque quería quedarse con la lámpara, le gritó con una voz espantosa como un demonio: «¡Oh hijo de perro! ¿Quieres darme ahora mismo la lámpara o morir?». Y Aladino, que no acertó a qué atribuir este cambio de maneras

de su tío, y aterrado al verle con un furor semejante, y temiendo recibir una segunda bofetada más violenta que la primera, se dijo: «¡Por Alá, que vale más que yo lo evite! ¡Voy a volver a entrar en la cueva en espera de que se calme!». Y volvió la espalda y, levantando su vestido, volvió a entrar prudentemente en el subterráneo. Al ver esto, el mogrebino lanzó un grito de rabia y, en el límite del furor, pateó y se convulsionó, arrancándose la barba en su desesperación y en su imposibilidad de correr tras Aladino por esta cueva que le estaba vedada por las potencias mágicas. Y él grito: «¡Ah, maldito Aladino, tú vas a ser castigado como mereces!». Y corrió hacia el fuego, que aún no se había apagado, y echó en él un poco de polvo de incienso que llevaba consigo y masculló una fórmula mágica. Y al momento la losa de mármol que servía para cerrar la entrada de la cueva se levantó por sí misma y se colocó en su lugar primitivo, taponando exactamente el hueco de la escalera; y la tierra tembló y se cerró; y el suelo quedó tan igual como antes de su apertura. Y Aladino se encontró de este modo encerrado en el subterráneo. Ahora bien, el mogrebino era, como ya se dijo, un mago insigne, llegado del fondo del Mogreb, y en modo alguno tío ni pariente de cerca o de lejos de Aladino.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS DOS

Dijo Schehrazada:

—Y él era verdaderamente nativo de África, que es el país y el tronco de los magos y los hechiceros de la peor condición. Y, desde su juventud, se había aplicado con obstinación al estudio de la hechicería y de los sortilegios, y al arte de la geomancia, de la alquimia, de la astrología, de las fumigaciones y de los encantamientos.



Y, al cabo de treinta años de operaciones mágicas, había conseguido, por la fuerza de su hechicería, descubrir que existía, en un lugar desconocido de la tierra, una lámpara extraordinariamente mágica, cuya virtud era la de convertir en más poderoso que todos los reyes y los sultanes al hombre lo suficientemente venturoso que lograrse

ser su dueño. Entonces él había redoblado las fumigaciones y las hechicerías, y, por una última operación geométrica, había logrado conocer que la lámpara en cuestión se hallaba en un subterráneo situado en las cercanías de la ciudad de Kolo-ka-tse, en el país de la China. Y ese lugar era precisamente el que nosotros acabamos de ver con todos sus detalles. Y el mago, sin tardar, se puso en camino y, luego de un largo viaje, había llegado a Kolo-ka-tse, en donde él se puso a explorar los alrededores y acabó por delimitar exactamente la situación del subterráneo con cuanto contenía. Y por su tabla adivinatoria, supo que el tesoro y la lámpara mágica estaban inscritos, por las potencias subterráneas, a nombre de Aladino, hijo de Mustafá el sastre, y que él solo podría lograr abrir el subterráneo y tomar la lámpara, en tanto que cualquier otro debería perder infaliblemente la vida si intentaba la menor acción en este sentido. Y por este motivo él se había dedicado a la búsqueda de Aladino y había empleado, una vez que lo encontró, todas las mañas y expedientes para atraerle hacia él y llevarle a ese desierto lugar, sin despertar sus sospechas ni las de su madre. Y una vez que Aladino hubo salido victorioso de la empresa, solo le había apremiado reclamándole la lámpara, porque proyectaba robarle y tapiarlo para siempre en el subterráneo. Pero ya hemos visto cómo Aladino, por temor a recibir una segunda bofetada, huyó al interior de la cueva, a donde no podía entrar el mago, y cómo el mago, para vengarse, le dejó encerrado dentro, para que muriera de hambre de sed. Y el mago, una vez hecho esto, espumeante y convulsionado, marchó por su camino, probablemente hacia el África, su país. Y dejémosle ahora, que es seguro que lo volveremos a encontrar. Veamos lo concerniente a Aladino. Desde que volvió a penetrar en el subterráneo percibió el temblor de tierra causado por el mogrebino, y aterrado, tuvo miedo de que el embovedado se hundiera sobre su cabeza, y se apresuró a ganar la entrada. Pero, al llegar a la escalera, vio que la pesada losa de mármol taponaba la abertura; y él alcanzó el límite extremo de la emoción y el desaliento. Pues, por un lado, él no podía comprender la maldad del hombre al que creía su tío, y que tanto le había acariciado y halagado, y, de otro lado, él no podía pensar en levantar la losa de mármol, dado que no podía alcanzarla desde abajo. En estas condiciones, el desesperado Aladino comenzó a dar gritos desaforados, llamando a su tío y prometiéndole, con toda clase de juramentos, que estaba dispuesto a darle al momento la lámpara. Pero es evidente que sus gritos y sus sollozos no fueron oídos por el mago, que se hallaba ya muy lejos. Y Aladino, viendo que su tío no le respondía, comenzó a tener algunas dudas respecto a él, sobre todo recordando que le había llamado hijo de perro, injuria muy grave y que un verdadero tío no hubiera dirigido jamás al hijo de su hermano. Como quiera que fuera, él resolvió entonces pasar al jardín, en donde había luz, y buscar una salida para salvarse de estos lugares en tinieblas. Pero, al llegar a la puerta que daba al jardín, comprobó que estaba cerrada y que ya no se habría ante él. Entonces, enloquecido, corrió de nuevo a la puerta de la cueva y se arrojó llorando sobre los peldaños de la escalera. Y él se veía ya enterrado vivo entre los cuatro muros de esa cueva, llena de negrura y de horror, a

pesar de todo el oro que contenía. Y sollozó durante mucho tiempo, abismado en su dolor. Y, por primera vez en su vida, se puso a pensar en todas las bondades de su pobre madre y en su incansable dedicación, a pesar de la mala conducta que él observaba y de su ingratitud. Y la muerte en esta cueva le parecía mucho más amarga, por el hecho de que él no había podido, durante su vida, alegrar el corazón de su madre mediante la modificación de su carácter y de algunas muestras de reconocimiento. Y suspiró mucho ante este pensamiento y se puso a retorcerse los brazos y a restregarse las manos, como hacen, de ordinario, los desesperados, diciendo a modo de renunciamento a la vida: «¡Solo existen recursos y poder en Alá!». Sucedió que, en este movimiento, Aladino, sin querer, frotó el anillo que llevaba en el pulgar que le prestara el mago para prevenirle de los peligros del subterráneo. Y no sabía ese maldito mogrebino que ese anillo debía salvar precisamente la vida de Aladino, sin que él lo sospechase, pues de otro modo se lo habría arrancado o exigido la entrega antes de cerrar el subterráneo. Pero los magos son todos, por su esencia misma, semejantes a este mago, su hermano: a pesar de la potencia de su hechicería y de su ciencia maldita, ellos no saben prever las consecuencias de las acciones más sencillas, y jamás piensan en prevenirse contra los peligros que distinguen los hombres del común. Pues, en su orgullo y su confianza en ellos mismos, no recurren jamás al señor de las criaturas, y su espíritu queda constantemente oscurecido por un humo más compacto que el de sus fumigaciones, y sus ojos están velados por una venda, y ellos andan a tientas en las tinieblas.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS TRES

Ella dijo:

—Sucedió, pues, que cuando Aladino frotó, sin quererlo, el anillo que llevaba en el pulgar y cuya virtud ignoraba, vio de repente surgir ante él, como si saliera de la tierra, a un inmenso y gigantesco *efrit*, semejante a un negro, con una cabeza como un caldero y un rostro espantable y dos ojos rojos, enormes y llameantes, quien se inclinó ante él y, con una voz tan retumbante como el rodar del trueno, le dijo: «¡Heme aquí, entre tus manos; soy tu esclavo! ¿Qué es lo que deseas? ¡Yo soy el servidor del anillo sobre la tierra, en los aires y en el agua!». Al verlo, Aladino, que no era nada valeroso, quedó del todo aterrado; y en otro lugar distinto o en otra cualquiera circunstancia, hubiera caído desvanecido o hubiera emprendido la huida. Mas en esta cueva, en la que él se veía ya muerto de hambre y de sed, la intervención de este espantable *efrit* le pareció de gran ayuda, sobre todo, cuando escuchó la

pregunta que le formulaba. Y él pudo moverla lengua y respondió: «¡Oh gran jeque de los *efrits* del aire, de la tierra y del agua, sácame aprisa de esta cueva!». Y apenas Aladino hubo pronunciado estas palabras, cuando la tierra se entreabrió por encima de su cabeza, y se encontró en un abrir y cerrar de ojos fuera de la cueva, en el mismo lugar en que el mogrebino había encendido el fuego. En cuanto al *efrit*, este había desaparecido. Entonces Aladino, todo tembloroso de emoción todavía, pero muy feliz por haber vuelto al aire libre, dio las gracias a Alá el bienhechor que le había librado de una muerte segura y salvado de las garras del mogrebino. Y él miró en derredor suyo y vio, en la lejanía, la ciudad en medio de sus jardines. Y se apresuró a emprender de nuevo el camino por el que le condujera el mago, sin volver ni una sola vez la cabeza atrás, hacia el valle. Y él llegó a medianoche, extenuado y sin aliento, a la casa en donde su madre, muy ansiosa por su tardanza, le esperaba lamentándose. Y ella corrió a abrirle, y tuvo el tiempo justo para cogerle en sus brazos, en los que, no pudiendo ya más de emoción, había caído desvanecido. Cuando Aladino, a fuerza de cuidados, volvió de su desvanecimiento, su madre le dio de nuevo a beber un poco de agua de rosas; luego, muy ansiosa, le preguntó qué era lo que le pasaba. Y Aladino contestó: «¡Oh madre mía, yo tengo mucha hambre! ¡Yo te ruego que me des de comer, pues desde esta mañana no he tomado nada!». Y la madre de Aladino corrió a traerle todo cuanto tenía en la casa. Y Aladino se puso a comer con tanta prisa que su madre, temerosa de que se ahogara, le dijo: «¡No te des tanta prisa, hijo mío, pues va a estallar tu gaznate! ¡Y si comes con tanto afán para contarme lo más pronto todo cuanto tienes que contarme, sabe que nosotros tenemos todo el tiempo! ¡Desde el momento en que estás aquí, ya estoy tranquila, pero Alá sabe cuál ha sido mi ansiedad, cuando yo he visto que avanzaba la noche y sin que tú hubieras regresado!». Luego ella se interrumpió para decirle: «¡Ah, hijo mío, modérate, por favor! ¡Toma trozos más pequeños!». Y Aladino, que muy pronto había acabado con todo cuanto tenía delante de él, pidió de beber y tomó la cántara de agua y la vació toda en su garganta sin parar. Luego de esto se mostró contento y dijo a su madre: «Yo voy a poder, al fin, ¡oh madre mía!, contarte todo lo que me ha ocurrido con el hombre que tú creías que era mi tío y que me ha hecho ver la muerte a dos dedos de mis ojos. ¡Ah, tú no sabías que no era mi tío, el hermano de mi padre, este mentiroso que me hacía tantas caricias y me abrazaba tan tiernamente, este maldito, este mogrebino, este engañador, este trapacero, este taimado, este enredador, este perro, este sucio, este demonio que no tiene par entre los demonios de la tierra! ¡Alejado sea el maligno!». Luego añadió: «Escucha ahora, ¡oh madre!, lo que me ha hecho». Y dijo todavía: «¡Ah, qué contento estoy de haber salido de entre sus manos!». Luego se detuvo un momento, respiró varias veces, y, de pronto, todo de carrerilla, se puso a contar cuanto le había acontecido, desde el comienzo hasta el fin, e incluso la bofetada, la injuria y el resto, sin omitir un solo detalle. Pero no hay utilidad alguna en repetirlo. Y cuando acabó su relato, desciñó su cinturón y dejó caer sobre el colchón tendido en el suelo la maravillosa provisión de frutas transparentes y

coloreadas que él había colectado en el jardín. Y la lámpara estaba igualmente en el montón, en medio de las bolas de piedras preciosas. Durante el tiempo en que estuvo hablando su hijo Aladino, la madre había escuchado lanzando, en los pasajes más sorprendentes o en los más emotivos del relato, exclamaciones de cólera contra el mago y de conmiseración para Aladino. Y, al momento en que hubo terminado de contar esta extraña aventura, no pudo contenerse más y estalló en injurias contra el mogrebino, calificándole con todos los apelativos que la indignación y la cólera de una madre que ha estado a punto de perder a su hijo puede hallar para calificar la conducta del agresor. Y, cuando estuvo algo sosegada, estrechó a su hijo Aladino contra su pecho, le abrazó llorando y dijo: «¡Demos gracias a Alá, oh hijo mío, que te ha sacado sano y salvo de las manos de este hechicero mogrebino! ¡Ah el traidor y el maldito! Él ha querido tu muerte, sin duda alguna, para poseer esta miserable lámpara de cobre que no vale ni medio dracma. ¡Cómo lo detesto! ¡Cómo lo abomino! ¡Yo vuelvo a encontrarte, oh hijo mío Aladino! ¡Pero qué peligro has corrido por mi propia culpa, porque yo he debido sospechar por los ojos bisojos de ese mogrebino, que no era tu tío ni nada que se le pareciera, sino un maldito mago y un incrédulo!». Y, hablando así, la madre de Aladino había apretado contra ella a su hijo, en el colchón, abrazándole y meciéndole dulcemente. Y Aladino, que no había dormido desde hacía tres días, ocupado como había estado con la aventura del mogrebino, no tardó, acunado por la suerte, en cerrar los ojos y dormirse sobre las rodillas de su madre. Y ella lo acostó con infinitas precauciones sobre el colchón, y no tardó, ella también, en echarse al lado de él y en dormirse.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía, y, discreta se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CUATRO

Dijo Schehrazada:

—Ahora bien, al día siguiente, al despertar, comenzaron por abrazarse mucho, y Aladino dijo a su madre que su aventura le había corregido para siempre de la pillería y del vagabundeo, y que en adelante iba a buscar trabajo, como un hombre. Luego, como él seguía teniendo hambre, pidió de desayunar a su madre, y su madre le dijo: «¡Ay, hijo mío, todo lo que había en la casa te lo di ayer noche, y yo no tengo ni un mendrugo de pan! Pero ten un poco de paciencia, hasta que yo pueda ir a vender el poco de algodón que he hilado estos últimos días y te compraré alguna cosa con el importe de la venta». Mas Aladino replicó «¡Deja el algodón para otra vez, oh madre mía, y hoy toma esta lámpara vieja, que yo he traído del subterráneo, y ve a venderla al zoco de los mercaderes de cobre! ¡Y probablemente tú sacarás algún dinero que

nos permitirá subsistir algunos días!». Y la madre de Aladino dijo: «¡Tú llevas razón, hijo mío! Y mañana yo cogeré las bolas de cristal que tú has traído también de ese maldito lugar, e iré a venderlas al barrio de los negros que me las pagarán a mejor precio que los mercaderes ordinarios». La madre de Aladino tomó, pues, la lámpara, para ir a venderla; pero ella la halló muy sucia, y dijo a Aladino: «Voy primero, hijo mío, a limpiar esta lámpara que está sucia, a fin de ponerla luciente y poder sacar un precio mejor». Y fue a la cocina, puso en su mano un poco de ceniza que mezcló con agua, y se puso a limpiar la lámpara. Ahora bien, apenas había comenzado a frotarla, cuando de repente surgió ante ella, salido de no se sabe dónde, un espantoso *efrit*, ciertamente más feo que el del subterráneo, y tan enorme que su cabeza tocaba en el techo. Y él se inclinó ante ella y le dijo con una voz ensordecedora: «¡Heme aquí, entre tus manos, soy tu esclavo! ¡Habla! ¿Qué es lo que deseas? ¡Yo soy el servidor de la lámpara si es en los aires yo vuelo, y si es en la tierra yo me arrastro!». Cuando la madre de Aladino vio esta aparición que estaba muy lejos de esperar, y como ella no estaba habituada a tales cosas, quedó clavada de terror en su sitio; y su lengua se trabó, y su boca se abrió; y loca de espanto y de horror, no pudo soportar más el tener ante sus ojos una figura tan horrorosa y espantable como aquella, y cayó desvanecida. Entonces Aladino que también se encontraba en la cocina, y que estaba ya algo habituado a figuras de esa especie, aunque esta fuera acaso más fea y monstruosa que la que había visto en la cueva, no quedó tan emocionado como su madre. Y comprendió que esta lámpara era la causa de la aparición de este *efrit*; y se apresuró a cogerla de las manos de su madre, que continuaba desvanecida; y la tuvo de modo firme entre sus diez dedos, y dijo al *efrit*: «¡Oh servidor de la lámpara, yo tengo mucha hambre y deseo que me traigas para comer cosas sumamente sabrosas!». Y el *genni* desapareció al momento, pero fue para volver un instante después, trayendo sobre su cabeza una enorme bandeja de plata maciza, sobre la que estaban colocados doce platos de oro llenos de comidas olorosas y exquisitas al gusto y a la vista, con seis panes muy calientes, blancos como la nieve y dorados en su centro, dos grandes frascos de un vino añejo claro y excelente, y, en sus manos un taburete de ébano incrustado de nácar y de plata y dos tazas de plata. Y él colocó la bandeja sobre el taburete, colocó rápidamente cuanto había de colocar y, discretamente, desapareció. Entonces Aladino, viendo que su madre continuaba desvanecida, le roció el rostro con agua de rosas, y este frescor, unido a las deliciosas emanaciones de las comidas humeantes, no dejó de surtir su efecto sobre los espíritus que estaban disyuntos y en hacer volver en sí a la pobre mujer. Y Aladino se apresuró a decirle: «¡Vamos, madre, esto no es nada! ¡Levántate y ven a comer! ¡Gracias a Dios tenemos aquí con qué poner nuevos el corazón y los sentidos y satisfacer nuestra hambre! ¡Por favor, no dejemos que se enfríen estos exquisitos platos!». Cuando la madre de Aladino vio la bandeja de plata colocada sobre el bello taburete, los doce platos de oro con su contenido, los seis maravillosos panes, los dos frascos y las dos tazas, y sintió que su olfato había sido alcanzado por el sublime olor que exhalaban todas estas buenas

cosas, ella olvidó las circunstancias de su desvanecimiento y dijo a Aladino: «¡Oh hijo mío, que Alá proteja a nuestro sultán! Él, sin duda, ha oído hablar de nuestra pobreza y nos ha enviado esta bandeja con uno de sus cocineros». Mas Aladino replicó: «¡Oh madre mía, este no es el momento de las suposiciones y de las demandas! Comencemos primero por comer, y ya te contaré a continuación cuanto ha ocurrido». Entonces la madre de Aladino fue a sentarse a su lado, abriendo los ojos llenos de asombro y de admiración ante estas cosas tan maravillosas; y ambos se pusieron a comer con gran apetito. Y experimentaron tal placer, que quedaron mucho tiempo en torno a la bandeja, no dejando de gustar platos tan bien preparados, de tal modo que empalmaron la comida del día con la de la noche. Y cuando hubieron acabado, pusieron aparte los restos de la comida para el día siguiente. Y fue la madre de Aladino la que marchó a la cocina para encerrar en el armario de la misma los platos y su contenido, para regresar al momento al lado de Aladino y escuchar cuanto tenía este que contarle concerniente a este generoso regalo. Y Aladino le reveló entonces lo sucedido, y cómo el *genni* servidor de la lámpara había ejecutado la orden sin titubeo. Entonces la madre de Aladino, que había escuchado el relato de su hijo con un espanto creciente, fue dominada por una gran agitación y exclamó: «¡Ah hijo mío!, yo te conjuro por la leche con que te he amamantado en tu niñez, que arrojes lejos de ti esta lámpara mágica y te deshagas de este anillo, dones de los malditos *efrits*, pues yo no podré soportar por segunda vez la presencia de tan feos y espantosos rostros, y con seguridad moriría. Además, yo siento que estas comidas que acabamos de ingerir me suben a la garganta y me ahogarán. ¡Y, además, nuestro profeta Mahoma!, ¡que él sea bendito!, ¡nos ha recomendado mucho que nos guardemos de los *genn* y los *efrits*, y no buscar jamás su compañía!». Y Aladino respondió: «¡Tus palabras, madre mía, sobre mi cabeza y sobre mis ojos! ¡Pero verdaderamente yo no puedo deshacerme ni de la lámpara ni del anillo! Pues el anillo me ha servido de gran ayuda al salvarme de una muerte segura en la cueva, y tú misma acabas de ser testigo del servicio que nos ha prestado esta lámpara que está aquí, y que es tan valiosa que el maldito mogrebino no titubeó en venir aquí desde tan lejos a buscarla. No obstante, madre mía, para darte gusto y por respeto hacia ti, yo voy a ocultar la lámpara, a fin de que su vista no dañe tus ojos y no sea para ti un objeto de temor en el futuro». Y la madre de Aladino respondió: «Haz lo que tú quieras, hijo mío. Pero, por mi parte, yo declaro que no quiero tener tratos con *efrits*, tanto con el servidor del anillo como con el servidor de la lámpara. Y yo no quiero que tú me hables más, sea lo que sea lo que pueda pasar».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CINCO

Ella dijo:

—Ahora bien, al día siguiente cuando fueron consumidas las excelentes provisiones, Aladino, no queriendo, para evitar a su madre nuevos espantos, recurrir demasiado pronto a la lámpara, cogió uno de los platos de oro, lo ocultó en su vestido, y salió con la intención de venderlo en el zoco y, con el dinero de la venta, llevar las provisiones necesarias a la casa. Y fue al establecimiento de un judío, que era más astuto que Cheitán. Y él sacó de su vestido el plato de oro y lo entregó al judío, quien lo tomó, lo examinó, lo comprobó y preguntó a Aladino: «¿Cuánto quieres tú por esto?». Y Aladino, que en su vida había visto platos de oro, y estaba lejos de conocer el valor de semejantes mercancías, respondió: «¡Por Alá, mi señor, tú sabes mejor que yo lo que puede valer este plato; y yo me entrego en esto a tu estimación y a tu buena fe!». Y el judío, que había visto que el plato era del oro más puro, se dijo: «He aquí un mancebo que ignora el valor de lo que posee. Esta es una excelente ocasión que me envía hoy la bendición de Abraham». Y abrió un cajón disimulado en la pared de la tienda y sacó una sola pieza de oro que tendió a Aladino, y que no representaba la milésima parte del valor del plato, y le dijo: «¡Toma, hijo mio, aquí tienes por tu plato! ¡Por Moisés y Aarón que jamás hubiera ofrecido una suma semejante a otro que no fueras tú, y lo he hecho solamente para tenerte como parroquiano en el futuro!». Y Aladino tomó el dinar de oro con apresuramiento y, sin pensar siquiera en volverse, se apresuró de contento que iba a darle a las piernas. Y el judío, viendo la alegría de Aladino y su premura por alejarse, lamentó mucho el no haberle dado una cantidad todavía más módica y estuvo a punto de correr tras de él para intentar sacar alguna cosa de la pieza de oro; pero él renunció a su proyecto, viendo que no podría alcanzarlo. En cuanto a Aladino, este, sin perder tiempo, corrió a casa del panadero para comprarle pan pagando con el dinar de oro, y regresó a la casa para entregar a su madre el pan y el dinero; y le dijo: «Madre mía, ve ahora a comprar con esta moneda las provisiones necesarias, pues yo no sé». Y la madre se levantó y fue al zoco a comprar todo cuanto necesitaba. Y este día comieron y estuvieron contentos. Y Aladino acostumbró desde entonces, cada vez que se les acababa el dinero, acudir al zoco a vender un plato de oro al mismo judío, quien le entregaba siempre un dinar, no atreviéndose, ya que le había dado esta cantidad la primera vez, a darle menos, por temor a que fuera a ofrecer su mercancía a otros judíos, que de este modo realizarían, en lugar de él, este negocio de tan inmenso beneficio. De modo que fue así como, Aladino, que ignoraba todavía el valor de lo que poseía, le fue vendiendo los doce platos de oro. Y pensó entonces en llevarle la gran bandeja de plata maciza; pero como la hallaba muy pesada fue a requerir al judío, el que fue a la casa, examinó la valiosa bandeja y dijo a Aladino: «Esto vale dos piezas de oro». Y Aladino, encantado, consintió en la venta, y tomó el dinero que el judío no quiso darle sino mediante la entrega sobre la compra de las dos tazas de

plata. De esta manera, Aladino y su madre tuvieron con qué subsistir todavía algunos días más. Y Aladino continuó asistiendo a los zocos para conversar gravemente con los mercaderes y la gente de distinción; pues desde su regreso se había abstenido cuidadosamente de la compañía de sus antiguos camaradas, los mozos del barrio; y se aplicaba ahora a instruirse escuchando las conversaciones de los hombres de edad; y dado que él estaba dotado de gran sagacidad, adquirió en poco tiempo toda clase de valiosas nociones que muy pocos jóvenes de su edad eran capaces de adquirir. En estas circunstancias, volvió a faltar el dinero en casa de Aladino y este, no pudiendo obrar de otro modo, se vio obligado, a pesar de todo el terror de su madre, a recurrir a la lámpara maravillosa. Mas la madre, avisada por Aladino, se apresuró a salir de la casa, no pudiendo soportar el hallarse en ella en el momento de la aparición del *efrit*. Y Aladino, libre entonces de obrar según le pareciera, tomó la lámpara en la mano, y busco el lugar preciso en que era necesario tocar, y que era reconocible por la huella dejada por la primera limpieza con ceniza; y él la frotó, sin prisa y muy ligeramente. Y al momento apareció el *genni*, el que se inclinó, y con una voz muy queda, a causa precisamente de la ligereza de la frotación, dijo a Aladino: «¡Heme aquí, entre tus manos, soy tu esclavo! ¡Habla! ¿Qué es lo que deseas? ¡Yo soy el servidor de la lámpara y si es en los aires yo vuelo y si es en la tierra yo me arrastro!». Y Aladino se dio prisa a contestar: «¡Oh servidor de la lámpara, yo tengo mucha hambre, y deseo una bandeja de comidas exactamente igual a la que me trajiste la primera vez!». Y el *genni* desapareció, pero fue para presentarse, en menos de un guiñar de ojos, cargado con la bandeja en cuestión, que él colocó sobre el taburete; y se retiró no se sabe adónde. A poco volvió la madre de Aladino; y vio la bandeja y su olor y su encantador contenido; y no quede menos maravillada que la primera vez. Y ella sentóse junto a su hijo, y probó de las comidas, a las que encontró todavía más exquisitas que la vez anterior. Y a pesar del terror que le inspiraba el *genni* servidor de la lámpara, ella comió con gran apetito; y no pudo, superando en esto a Aladino, apartarse de la bandeja antes de haberse satisfecho completamente; pero como estas comidas excitaban el apetito en proporción directa de la cantidad que se comía, ella no se levanto sino caída la noche, habiendo empalmado de ese modo la comida de la mañana con la del mediodía y con la de la noche. Y Aladino igualmente.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SEIS

Ella dijo:

—Cuando las provisiones de la bandeja fueron consumidas, como la primera vez,

Aladino no soslayó el tomar uno de los platos de oro e ir al zoco según su costumbre, para venderlo al judío, como había hecho otras veces con los otros platos. Y cuando él pasaba ante la tienda de un venerable jeque musulmán, orfebre muy estimado por su probidad y su buena fe, fue llamado por su nombre y se detuvo. Y el venerable orfebre le hizo indicación con la mano y le invitó a pasar un momento a su tienda. Y él le dijo: «Hijo mío, he tenido ocasión buen número de veces de verte pasar por el zoco, y he observado que tú llevabas bajo tu ropa alguna cosa que tratabas de disimular; y entrabas en la tienda de mi vecino el judío, para salir en seguida sin el objeto que escondías. Ahora bien, hijo mío, yo debo prevenirte de una cosa que tú acaso ignores a causa de tu poca edad. En efecto, sabe que los judíos son los enemigos natos de los musulmanes; y ellos consideran que nuestros bienes son lícitos de robar por cualquier medio posible. Y entre todos los judíos es este precisamente el más detestable, el más torcido, el más engañoso y el más provisto de odio hacia cuantos creemos en Alá el único. Si, por tanto, hijo mío, tú tienes alguna cosa que vender, comienza por enseñármela, y yo, ¡por la verdad de Alá altísimo!, te la apreciaré en su justo valor, a fin de que al cederla tú sepas exactamente lo que haces. Muéstrame, pues, sin temor ni desconfianza, lo que ocultas en tu vestido y ¡que Alá maldiga a los falsarios y confunda al maligno! ¡Alejado sea para siempre!». Al escuchar estas palabras del viejo orfebre, Aladino, lleno de confianza, no titubeó en sacar el plato de oro de debajo de su ropa y mostrárselo. Y el jeque, al primer golpe de vista, apreció el valor del objeto y preguntó a Aladino: «¿Quieres decirme ahora, hijo mío!, ¿cuántos platos de esta clase has vendido a este judío y a qué precio se los has cedido?». Y Aladino respondió: «¡Por Alá, oh tío, yo le he dado doce platos iguales a este, a un dinar cada uno!». Al oírle, alcanzó el límite de la indignación el viejo orfebre y le dijo: «¡Ah el maldito judío, el hijo de perro, el descendiente de Eblis!». Y al mismo tiempo puso el plato en la balanza, lo pesó y dijo: «Sabe, hijo mío, que este plato es del oro más fino y que vale, no un dinar, sino exactamente doscientos dinares. Este judío te ha robado, él solo, en una proporción igual a lo que roban todos los judíos reunidos en el zoco, en una sola jornada, en detrimento de los musulmanes». Luego agregó: «¡Ay, hijo mío, lo pasado, pasado está, y nosotros no podemos, por falta de testigos, hacer empalar a este maldito judío! En todo caso, para el futuro, tú sabes a qué atenerte. Y, si tú quieres, yo voy a contarte ahora mismo doscientos dinares por tu plato. E incluso prefiero, antes de comprártelo, que tú vayas a proponer la operación y a que lo vean a otros mercaderes; si ellos te ofrecen más, yo consiento en pagar la demasía y alguna cosa más por encima de lo estipulado». Pero Aladino, que no tenía ningún motivo para dudar de la probidad reconocida del viejo orfebre, se consideró muy feliz en cederle el plato a un precio tan conveniente. Y tomó los doscientos dinares. Y después, para vender los otros once platos y la bandeja, no dejó de dirigirse al mismo honesto orfebre musulmán. Convertidos en ricos por este procedimiento, Aladino y su madre no abusaron de los beneficios del retribuidor. Y continuaron llevando una vida modesta, y distribuyendo a los pobres y

necesitados el remanente de sus necesidades. Y Aladino, durante este tiempo, no faltó en ningún momento en dar continuidad a su instrucción y afinar su espíritu al contacto de las gentes del zoco, mercaderes de distinción y personas de buen tono que frecuentaban los zocos: Y de ese modo, y en breve tiempo, adquirió las maneras del buen mundo, y se puso en relaciones continuas con los orfebres y joyeros, de los cuales había llegado a ser asiduo huésped. Y de ese modo aprendió, habituándose a la contemplación de las joyas y de las piedras preciosas, que las frutas del jardín que él había recogido y que se figuraba que eran bolas de cristal coloreado, eran maravillas inestimables que no tenían parecido entre las de los reyes y sultanes más ricos y más poderosos. Y como él había llegado a ser muy juicioso e inteligente, tuvo la prudencia de no hablar de ello a nadie, ni a su misma madre. Solamente que, en lugar de dejar estos frutos de pedrerías detrás de los cojines del diván y en todos los rincones, los juntó con mucho cuidado y los escondió en un cofre comprado para el caso. Y él no había de tardar en conocer los efectos de la sabiduría, de la manera más brillante y más espléndida.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SIETE

Ella dijo:

—En efecto, uno de tantos días, cuando él conversaba ante una tienda con algunos mercaderes sus amigos, vio circular por los zocos a dos pregoneros del sultán, provistos de largos bastones, y les oyó gritar al unísono y con grandes voces: «¡Oh vosotros todos, mercaderes y habitantes! Por orden de nuestro magnánimo señor, el rey del tiempo y el señor de los siglos y de los momentos, sabed que debéis cerrar vuestras tiendas al instante y encerraros en vuestras casas, cerradas todas las puertas por fuera y por dentro, pues la perla única, la maravillosa, la bienhechora, nuestra joven señora Badru'l-Budur, la luna llena de las lunas llenas, hija de nuestro glorioso sultán, va a pasar para ir a tomar su baño al *hamman*. ¡Que el baño le sea delicioso! ¡Todos aquellos que osaren contravenir la orden y mirar a través de las puertas o de las ventanas, serán castigados por la espada, el palo o la horca! ¡Se avisa, pues, a cuantos quieran conservar su sangre en sus cuellos!». Al escuchar este pregón público, Aladino fue dominado por un deseo irresistible de ver pasar a la hija del sultán, esta maravillosa Badru'l-Budur, de la cual hablaba toda la ciudad y de la que se ponderaba su belleza de luna y las perfecciones. Por ello, en lugar de hacer como todo el mundo y correr a encerrarse en su casa, él tuvo la idea de ir a toda prisa al *hamman* y ocultarse detrás de la puerta principal de manera que pudiera ver, sin ser

visto, desde el esquinazo y admirar a su placer a la hija del sultán, a su entrada en el *hamman*. Sucedió que apenas llevaba allí algunos instantes cuando vio llegar el cortejo de la princesa, precedido por la muchedumbre de eunucos. Y él la vio a ella misma en medio de sus damas, como la luna entre las estrellas, cubierta con sus velos de seda. Mas, desde el instante en que llegó al umbral del *hamman*, ella se apresuro a quitarse el velo del rostro; y apareció en todo el esplendor solar de una belleza que superaba a todo cuanto pudiera decirse. Era, en efecto, una adolescente de quince años, más menos que más, erecta como la letra alef, con un talle que desafiaba a la tierna rama del árbol ban, con una frente deslumbradora como el creciente de la luna en el mes de ramadán, cejas sutiles y perfectamente trazadas, ojos negros, grandes y lánguidos como los ojos de la gacela sofocada, párpados bajados modestamente y semejantes a pétalos de rosa, una nariz sin defecto como una lámina perfecta, una boca provista de dos labios rojos, una tez de un blanco lavado en la fuente Salsabil, una barbilla sonriente, dientes como piedrecitas de igual grosor, cuello de tórtola, y el resto, que no se veía, en proporción. Y claro que ha sido refiriéndose a ella lo que el poeta afirmó:

Sus mágicos ojos, avivados con negro *kohl*, penetran los corazones
con sus flechas aceradas;
es a la rosas de sus mejillas a la que piden sus colores las rosas de
los ramos;
y su cabellera es una noche tenebrosa iluminada por el centelleo de
su frente.

Cuando la princesa llegó a la puerta del *hamman*, y como ella no temía ya a las miradas indiscretas, se levantó su velito del rostro y apareció así con toda su belleza. Y Aladino la vio y de golpe sintió su sangre fluir tres veces más a su cabeza. Y solamente entonces fue cuando comprendió él, que jamás tuvo ocasión de ver rostros de mujeres al descubierto, que podía haber mujeres bellas y mujeres feas, y que no todas eran viejas y semejantes a su madre. Y este descubrimiento, junto con la incomparable belleza, le asombró e inmovilizó al éxtasis, tras de la puerta. Y hacía ya mucho tiempo que la princesa había entrado al *hamman*, cuando él continuaba allí turbado y todo tembloroso de emoción. Y cuando él pudo recobrar algo de sus sentidos, se decidió a deslizarse fuera de su escondite y llegar a su casa, pero en un estado de cambio y alteración. Y él pensaba: «¡Por Alá que nadie se hubiera imaginado jamás que hubiera sobre la tierra una criatura tan bella! ¡Bendito sea aquel que la ha formado y dotado de perfección!». Y, completamente dominado por una balumba de pensamientos, penetró en donde su madre estaba, la espalda doblada de emoción y el corazón embargado por completo de amor, y se dejó caer sobre el diván, y se quedó inmóvil. Ahora bien, su madre no tardó en verle en ese estado tan descomedido, y se acercó a él y le interrogó ansiosamente. Pero él rehusó el dar la

menor respuesta. Entonces ella le puso la bandeja de la comida para el almuerzo; pero él no quiso comer nada. Y ella le preguntó: «¿Qué tienes tú, hijo mío? ¿Te ha sucedido algo por ahí? ¡Dime! ¿Qué te ha pasado?». Y él acabo por indicar: «¡Déjame!». Y ella insistió en que comiese, y lo incitó de tal modo que él consintió en comer algo; pero comió infinitamente menos que de costumbre; y tenía la vista baja, y guardaba silencio, sin querer contestar a las inquietas preguntas de su madre. Y quedó en este estado de ensoñación, de palidez y de abatimiento hasta el día siguiente. Entonces, la madre de Aladino, en el colmo de la ansiedad, se acercó a él con lágrimas en los ojos y le dijo: «¡Oh hijo mío, por Alá sobre ti!, dime lo que tienes y no sigas torturando mi corazón con tu silencio. Si tienes alguna enfermedad, ¡no me la ocultes!, yo iré al momento a buscarte al médico. Y precisamente tenemos hoy, de paso por la ciudad, un famoso médico del país de los árabes, que nuestro sultán ha hecho llamar para consultarle. ¡Y no se habla nada más que de su ciencia y de sus recetas maravillosas!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS OCHO

Ella dijo:

—«¿Quieres, pues, que vaya a buscártelo?». Entonces Aladino levantó la cabeza y con tono muy triste de voz respondió: «¡Sabe, oh madre mía, que yo estoy bien y no padezco enfermedad! Y si tú me ves en este estado de cambio es que hasta ahora yo creía que todas las mujeres se semejaban a ti. Y fue solamente ayer cuando yo me di cuenta de que era todo de otra manera». Y la madre de Aladino levantó los brazos al cielo y exclamó: «¡Alejado sea el maligno! ¿Qué es lo que dices, Aladino?». Él respondió: «¡Yo sé bien lo que digo, tranquilízate! En efecto, yo he visto, a su entrada en el *hamman*, a la princesa Badru'l-Budur, hija del sultán, ¡y su sola presencia me ha revelado la existencia de la belleza! ¡Y desde entonces adolezco! ¡Y esta es la razón por la cual, hasta que yo la obtenga en matrimonio del rey su padre no tendré sosiego, ni podré volver a mi ser!». Al oír estas palabras, la madre de Aladino creyó que su hijo había perdido la razón, y le dijo: «¡El nombre de Alá sobre ti, hijo mío! ¡Ah, pobre Aladino, piensa en tu condición y deja estas locuras!». Aladino replicó: «¡Oh madre mía, yo no tengo que recobrar la razón, pues no figuro en el número de los locos! ¡Y tus palabras no me harán renunciar a mi idea de casamiento con El Sett Badru'l-Budur, la bellísima hija del sultán! Y mi intención es, más que nunca, el pedírsela a su padre». Ella dijo: «¡Oh hijo mío, por mi vida sobre ti!, no pronuncies tales palabras y cuídate mucho de que no te oigan en la vecindad y que no vayan a

comunicar tus palabras al sultán, que te haría colgar sin remedio. Y, además, si verdaderamente tú has tomado tan loca resolución, ¿piensas hallar a alguien a quien puedas confiar esta misión?». Él respondió: «¿Y a quién podría yo encargarme de una misión tan delicada estando tú aquí, ¡oh madre!, y en quién podría yo tener más confianza que en ti? ¡Sí, cierto! Eres tú la que irás por mí a hacer esa petición al sultán». Ella exclamó: «¡Que Alá me preserve de una empresa semejante, oh hijo mío! ¡Yo no estoy como tú, en el límite de la locura! ¡Ah, ya veo bien ahora que tú olvidas que eres hijo de un sastre de los más pobres y de los ignorados de la ciudad, y que yo, tu madre, no soy de una familia más noble o más conocida! ¿Cómo, pues, has osado pensar en una princesa que su padre no concederá ni aun a los hijos de poderosos reyes o sultanes?». Y Aladino quedó un momento silencioso; luego replicó: «Sabe, ¡oh madre!, que yo ya he pensado y reflexionado mucho en cuanto tú acabas de decirme; pero esto no me ha impedido tomar la resolución que ya te he comunicado, sino al contrario. Por tanto, yo te suplico, si verdaderamente yo soy tu hijo y me amas, que me hagas este servicio que yo te pido. ¡Si no, mi muerte será preferible a mi vida; y tú me perderás muy pronto, sin duda alguna! ¡Una vez más, oh madre mía, no olvides que yo soy siempre tu hijo Aladino!». Al escuchar estas palabras de su hijo, la madre de Aladino rompió en sollozos y dijo entre sus lágrimas: «¡Oh hijo mío, sí, cierto! Yo soy tu madre y tú eres mi hijo único, el nudo de mi corazón. ¡Y mi deseo más vivo ha sido siempre el verte un día casado y gozarme de tu dicha antes de morir! Así, pues, si tú quieres casarte, yo me apresuraré a buscarte una esposa entre las gentes de nuestra condición. Y aún precisaré saber lo que yo debo decir cuando me pregunten referente a ti, sobre la profesión que ejerces, lo que ganas y los bienes y las tierras que tú posees. ¡Y esto me preocupa mucho! Y ¿qué sería si se tratase, no de ir a las gentes de nuestra clase humilde, sino de solicitar para ti al sultán de la China su hija única, El Sett Badru'l-Budur? ¡Veamos, hijo mío, reflexiona con moderación un instante! Yo bien sé que nuestro sultán está lleno de benevolencias y que no despidió a ninguno de sus súbditos sin hacerle la justicia debida a su caso. Y yo sé igualmente que él es generoso con exceso y que no niega jamás nada a aquel que ha merecido sus gracias por alguna acción meritoria, algún hecho de bravura o algún servicio grande o pequeño. Pero tú, ¿puedes decirme lo que has hecho de notable hasta ahora y cuáles títulos puedes invocar que puedan hacerte merecer este incomparable favor que tú solicitas? ¡Y más aún! ¿En dónde están los regalos que tú debes, como solicitante de mercedes, ir a ofrecer al rey, en homenaje de un súbdito leal a su soberano?». Él respondió: «¡Precisamente! ¡Si no se trata nada más que de hacer un bello regalo para obtener lo que tanto desea mi alma, bien, yo creo que ningún hombre del mundo puede competir conmigo en semejante materia! Sabe, en efecto, ¡oh madre!, que esos frutos de todos los colores que yo traje del jardín subterráneo y que yo creía que eran sencillamente bolas de cristal sin valor alguno, y todas ellas buenas, todo lo más, para servir de juego a los niños, son piedras preciosas inestimables que ningún sultán de la tierra las posee semejantes. Y, además,

tú vas a poder juzgar por ti misma, a pesar de tu escasa experiencia por estas cosas. Para esto no tienes sino que traerme de la cocina un plato de porcelana bastante grande, y verás el maravilloso efecto».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS NUEVE

Ella dijo:

—Y la madre de Aladino, aunque muy sorprendida de todo lo que oía, fue a la cocina a buscar un plato grande de porcelana blanca, muy limpio, y lo entregó a su hijo. Y Aladino, que había traído ya los frutos en cuestión, se puso a colocarlos con mucho arte en la porcelana, teniendo en cuenta sus diversos colores, sus formas y sus variedades. Y cuando hubo terminado, los puso bajo los ojos de su madre, que quedó completamente maravillada, tanto a causa de su brillantez como de su belleza. Y ella no pudo impedirse gritar, a pesar de que no estuviera habituada a ver piedras preciosas: «¡Ya Alá, qué admirable es esto!». Y se vio obligada, al cabo de un instante, a cerrar los ojos de cegazón. Y acabó por decir: «¡Ahora veo bien, hijo mío, que el regalo puede ser del agrado del sultán! Pero la dificultad no está ahí, está en mi intervención; pues yo sé bien que no podría ni siquiera soportar la presencia del sultán y que quedaría inmóvil, con mi lengua trabada, o acaso me desvanecería de emoción y de confusión. Pero aun suponiendo que, haciéndome violencia a mí misma para complacer tu alma llena de este deseo, yo pudiera llegar a presentar al sultán tu demanda referente a su hija Badru'l-Budur, ¿qué te sucedería? Sí, ¿qué te sucedería? O bien, hijo mío, creería que yo estoy loca y se me arrojaría del palacio, o el sultán, irritado ante tal petición, nos castigaría a los dos de una forma terrible. Sin embargo, si tú opinas que, por el contrario; el sultán acepta tu petición, él me interrogará sobre tu estado y tu condición. Y él me dirá: “¡Sí, este regalo es muy bello, oh mujer! Pero ¿tú quién eres? ¿Y quién es tu hijo Aladino? ¿Y qué es lo que él hace? ¿Y quién es su padre? ¿Y qué es lo que gana? ¿Y tal cosa, y tal otra cosa?”. Y entonces yo me veré obligada a decirle que tú no ejerces profesión alguna y que tu padre no era sino un pobre sastre entre los sastres del zoco». Mas Aladino respondió «¡Está tranquila, madre! Es imposible que el sultán te haga semejantes preguntas cuando haya visto las maravillosas piedras colocadas, como frutas, en la porcelana. No tengas, pues, temor y no te preocupe lo que pueda suceder. Por el contrario, levántate únicamente y ve a ofrecerle el plato con su contenido y pídele para mí, en matrimonio, a su hija Badru'l-Budur. ¡Y no comiences a amontonar tus pensamientos sobre un asunto tan fácil y tan sencillo! En efecto, no olvides, si aún tienes dudas sobre el resultado, que yo soy

poseedor de una lámpara que suplirá para mí a todas las profesiones y a todas las ganancias». Y continuó hablando de esta forma a su madre, con tanto calor y seguridad, que acabe por convencerla completamente. Y él la apremió para que se pusiera sus más bellas ropas; y le entregó el plato de porcelana, que ella envolvió en seguida en un pañuelo, atándolo por sus cuatro puntas, para llevarlo en la mano. Y salió de su casa y se dirigió al palacio del sultán. Y ella penetró en la sala de audiencias con la muchedumbre de solicitantes. Y se colocó en la primera fila, pero en una actitud muy humilde en medio de los asistentes, que se mantenían con los brazos cruzados y los ojos bajos en el más profundo silencio. Y se abrió la sesión del *diván*, cuando entró el sultán seguido de sus visires, de sus emires y de sus guardias. Y el jefe de los escribas del sultán comenzó a llamar, uno tras de otro, a los querellantes, según el orden de su demanda. Y fueron juzgadas las cuestiones sobre la marcha. Y los querellantes se marcharon, unos contentos con la solución favorable de su procedimiento, los otros muy alargados de nariz, y otros sin ser llamados por falta de tiempo. Y la madre de Aladino fue precisamente del número de estos últimos. Al ver que, seguido de sus visires, el sultán se retiraba, pensó que debía marcharse ella también. Y salió del palacio y regresó a su casa. Y Aladino, que, en su impaciencia, la esperaba a la puerta, la vio volver llevando todavía el plato de porcelana en la mano; y quedó emocionado y muy perplejo, y, temiendo que hubiese ocurrido algún contratiempo o que le diera alguna noticia siniestra, no quiso hacerle pregunta alguna en la calle y se apresuró a entrarla en la casa, en donde, con la tez muy amarilla, la interrogó con el gesto y los ojos, dado que no podía abrir la boca de emoción. Y la pobre mujer le contó lo que había pasado, agregando: «Es preciso que tu madre sea excusada por esta vez, hijo mío, pues yo no estoy habituada a los palacios; y la presencia del sultán me ha turbado de tal modo que no he podido avanzar para hacer mi petición. Pero mañana, si Alá quiere, yo volveré al palacio y tendré más valor que esta vez». Y Aladino, no obstante toda su impaciencia, quedó, a pesar de todo, satisfecho al saber que no había otro motivo más grave del regreso de la porcelana en manos de su madre. Y asimismo quedó muy satisfecho de que la gestión más difícil se hubiera hecho sin contratiempo y sin malas consecuencias para su madre y para él. Y se consoló al pensar que el retraso iba a ser muy pronto ganado. En efecto, al día siguiente la madre fue a palacio, teniendo por las cuatro puntas el pañuelo que encerraba el presente de pedrerías.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS DIEZ

Ella dijo:

—Y esta estaba resuelta a vencer su timidez y a hacer su solicitud. Y entró en la sala y se colocó en la primera fila frente al sultán. Pero, como la vez primera, ella no pudo dar un paso más, ni hacer gesto alguno que llamara la atención del jefe de los escribas. Y fue levantada la sesión sin resultado; y ella marchó con la cabeza gacha a anunciar a Aladino lo infructuoso de su tentativa, pero prometiéndole el buen éxito para la próxima vez. Y Aladino se vio muy obligado a hacer una nueva provisión de paciencia, aunque amonestando a su madre por su falta de valor y de firmeza. Pero esto no sirvió de gran cosa, pues la pobre mujer, seis días seguidos, marchó a palacio con la porcelana, se colocó siempre frente al sultán, pero sin más valor ni otro éxito que la vez primera. Y seguramente ella hubiera vuelto otras cien veces tan inútilmente, y Aladino hubiera muerto de desesperación y de impaciencia acumulada, si el mismo sultán, que había acabado por observarla, visto que ella estaba siempre en primera fila a cada sesión del *diván*, no hubiera tenido la curiosidad de informarse del motivo de su presencia. En efecto, al séptimo día, una vez terminado el *diván*, el sultán se dirigió a su gran visir y le dijo: «Observa esa anciana que tiene alguna cosa en el pañuelo que lleva en la mano. Desde hace varios días acude regularmente al *diván* y se queda inmóvil, sin solicitar cosa alguna. ¿Puedes decirme lo que ella hace aquí o que es lo que desea?». El gran visir, que no conocía nada a la madre de Aladino, no quiso demorar la respuesta y dijo al sultán: «¡Oh mi señor!, es una de tantas ancianas que acuden al *diván* solo por futilidades. Y esta, sin duda alguna, tendrá que quejarse de que se le ha vendido cebada podrida, por ejemplo, o de que su vecina la ha injuriado, o que su marido la ha sacudido». Pero el sultán no quiso contentarse con esta explicación y dijo al visir: «Yo deseo interrogar a esa pobre mujer. Hazla avanzar antes que ella se retire con los demás». Y el visir respondió con el ojo de la obediencia, llevando su mano a la frente. Y dio algunos pasos hacia la madre de Aladino y, con la mano, le indicó que se acercara. Y la pobre mujer, toda temblorosa, avanzó hasta el pie del trono, y cayó más que prosternada, y abrazó la tierra entre las manos del sultán, como ella lo había visto hacer a los otros asistentes. Y permaneció en esa postura hasta que el gran visir llegó a tocarle en el hombro y la ayudó a levantarse. Y quedó de pie, llena de emoción; y el sultán le dijo: «¡Oh mujer!, hace varios días que yo te veo venir al *diván* y permanecer inmóvil sin solicitar nada. Dime, pues, lo que te trae aquí y lo que tú deseas, a fin de que se te haga justicia». Y la madre de Aladino, algo alentada por la benévola voz del sultán, respondió: «¡Que Alá haga descender sus bendiciones sobre la cabeza de nuestro señor el sultán! En cuanto a tu sierva, ¡oh rey del tiempo!, ella te suplica, antes de exponer su demanda, que te dignes concederle la promesa de la seguridad, pues en caso contrario yo tendría mucho miedo de ofender los oídos del sultán, dado que mi demanda pudiera parecer extraña o singular». Y el sultán, que era hombre bueno y magnánimo, se apresuró a prometerle la seguridad; e incluso dio orden de hacer evacuar por completo la sala a fin de permitir a la mujer que le hablase con toda

libertad. Y solo conservó a su lado a su gran visir. Y se volvió hacia ella y le dijo: «¡Tú puedes hablar, la seguridad de Alá sobre ti, oh mujer!». Pero la madre de Aladino, que había recobrado totalmente el valor a causa de la afable acogida del sultán, respondió: «Yo solicito igualmente previo perdón a nuestro sultán por aquello que pueda hallar de inconveniente en mi demanda y por la extraordinaria audacia de mis palabras». Y el sultán, cada vez más intrigado, dijo: «¡Apresúrate a hablar sin restricciones, oh mujer! ¡El perdón de Alá está sobre ti y su gracia para todo cuanto tú puedas decir y demandar!». Entonces la madre de Aladino, luego de haberse prosternado una segunda vez ante el trono y de haber solicitado sobre el sultán todas las bendiciones y los favores del altísimo, se puso a contar todo cuanto le había sucedido a su hijo, desde el día en que había oído a los pregoneros públicos extender la orden a los vecinos de ocultarse en sus casas para dar paso al cortejo de Sett Badru'l-Budur. Y ella no omitió el dar cuenta del estado en que se encontraba Aladino, el cual había amenazado con matarse si no obtenía a la princesa en matrimonio. Y contó toda la historia con sus detalles; luego, una vez hubo terminado de hablar, bajó la cabeza, presa de una gran confusión, y agregó: «Y no me queda más, ¡oh rey del tiempo!, que suplicar a tu alteza que no tengas rigor por la locura de mi hijo, y me perdones si la ternura de una madre me ha empujado a venir a transmitirme una solicitud tan singular». Cuando el sultán, que había escuchado estas palabras con mucha atención, dado que era justo y benévolo, vio que la madre de Aladino se había callado, lejos de mostrarse indignado con su demanda, se puso a reír con bondad, y le dijo: «Oh pobre, ¿y qué llevas en ese pañuelo que tienes por las cuatro puntas?».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS ONCE

Ella dijo:

—Entonces la madre de Aladino desató el pañuelo en silencio y, sin añadir una palabra más, presentó al sultán el plato de porcelana en donde estaban las frutas en pedrería. Y al momento todo el diván quedó iluminado con su resplandor, mucho más que lo había estado con las arañas y los candelabros. Y el sultán quedó deslumbrado con su claridad y permaneció absorto con su belleza. Luego tomó la porcelana de las manos de la buena mujer y comenzó a examinar una tras otra, tomándolas entre sus dedos, las piedras maravillosas. Y durante bastante tiempo estuvo mirándolas y palpándolas, en el límite de la admiración. Y terminó por exclamar, dirigiéndose a su gran visir: «¡Por la vida de mi cabeza, oh mi visir, que esto es hermoso, y que estos

frutos son maravillosos! ¿Viste jamás cosas parecidas u oíste siquiera hablar de la existencia de cosas tan admirables en la superficie de la tierra? ¿Qué piensas tú? ¡Dime!». Y el visir respondió: «En verdad, ¡oh rey del tiempo, que jamás vi, ni jamás oí hablar, de cosas tan maravillosas! ¡Sí, estas piedras preciosas son únicas en su clase! ¡Y las joyas más valiosas del tesoro de nuestro rey no valen, reunidas, lo que vale la más pequeña de estas frutas, claro que no!». Y el rey dijo: «¿No es cierto, ¡oh mi visir!, que el joven Aladino, que me envía con su madre un presente tan valioso, merece sin duda alguna, y mucho más que cualquier hijo de rey, el ver acogida con agrado su solicitud de matrimonio con mi hija Badru'l-Budur?». A esta pregunta del rey, la cual estaba muy lejos de esperar, el visir cambió de semblante, se le trabó la lengua y quedó muy apesadumbrado. Pues el sultán le había prometido, desde hacía ya mucho tiempo, no conceder en matrimonio a la princesa a otro que no fuera un hijo que él tenía y que ardía de amor por ella desde la infancia. Así que, después de un largo paréntesis de perplejidad, de emoción y de silencio, acabó por contestar con una voz muy triste: «¡Sí, oh rey del tiempo! ¡Pero tu serenidad olvida que ella ha prometido a la princesa al hijo de tu esclavo! Yo te solicito, pues como gracia, si este regalo de un desconocido te ha congratulado verdaderamente, que me concedas solamente un plazo de tres meses, al cabo de los cuales yo me comprometo a encontrar por mí mismo un presente todavía más bello que este, el cual poder ofrecerte como dote, en nombre de mi hijo, a nuestro rey». Ahora bien, el rey, que sabía bien a causa de su conocimiento de joyas y de piedras preciosas, que ningún hombre sobre la tierra, aunque fuese hijo de rey o de sultán, era capaz de hallar un regalo que se aproximase, de cerca o de lejos, a estas maravillas únicas en su especie, no quiso disgustar a su viejo visir negándole la gracia que solicitaba, por inútil que fuera; y, en su benevolencia, le dijo: «¡Sí, oh mi visir, yo te concedo ese plazo que tú solicitas! Pero sabe bien que al cabo de estos tres meses, si tú no has logrado encontrar para tu hijo una dote que ofrecerme para mi hija que supere o siquiera iguale a la dote que me ofrece esta buena mujer en nombre de su hijo Aladino, quedaré exento de obligación hacia tu hijo, mantenida a causa de tus buenos servicios». Luego se volvió hacia la madre de Aladino y le dijo con mucha afabilidad: «¡Oh madre de Aladino, tú puedes regresar con toda alegría y seguridad hasta tu hijo y decirle que su solicitud ha sido bien acogida y que mi hija está en adelante a su nombre! Pero dile que el matrimonio no podrá hacerse hasta que pasen tres meses, para que tengamos tiempo de que sea preparado el ajuar de mi hija y realizar sin premuras cuanto conviene a una princesa de su condición». Y la madre de Aladino, emocionada en extremo, levantó los brazos al cielo e hizo votos por la prosperidad y la larga vida del sultán y se despidió para al momento, una vez fuera del palacio, volar de alegría hacia su casa. Y, en cuanto entró, Aladino vio su rostro encendido de felicidad y corrió hacia ella y, muy turbado, le preguntó: «Y bien, madre, ¿debo yo vivir o debo morir?». Y la pobre mujer, extenuada de fatiga, comenzó por sentarse en el diván y quitar el velo de su rostro, y dijo: «¡Yo te anuncio la buena nueva, oh

Aladino! ¡La hija del sultán está en adelante a tu nombre! ¡Y tu regalo, como tú lo ves, ha sido acogido con alegría y contento! Únicamente, que tu matrimonio con Badru'l-Budur no podrá tener lugar sino pasados tres meses. Este retraso es debido al gran visir, esa barba calamitosa, que ha hablado en secreto al rey y le ha sugerido que difiera la boda, yo no sé por qué razón. Pero *¡inschallah!*, todo sucederá bien. Y tu deseo será satisfecho más allá de todas las previsiones, ¡oh hijo mío!». Luego ella agregó: «En cuanto al gran visir, ¡oh hijo mío, que Alá lo maldiga y lo reduzca al peor estado! Pues yo estoy muy preocupada por lo que haya podido decirle al oído al rey. Sin él, el matrimonio hubiera tenido lugar, al parecer, hoy o mañana, tanto le asombraron al rey las pedrerías del plato de porcelana». Luego, contó a su hijo todo lo que había sucedido y terminó diciendo: «¡Qué Alá conserve la vida a nuestro glorioso sultán, y te conserve para la felicidad que te espera, oh hijo mío!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS DOCE

Ella dijo:

—Y Aladino, al oír lo que le acababa de anunciar su madre, se estremeció de contento y de gozo y exclamó: «¡Glorificado sea Alá, que hace descender sus gracias sobre nuestra casa y te da por hija a una princesa de la sangre de los más grandes reyes!». Y besó la mano a su madre y le reiteró las gracias por todos los trabajos que ella había soportado en la comisión de este asunto tan complicado. Y su madre le abrazó tiernamente y le deseó todo género de prosperidades y lloró pensando que su esposo el sastre, padre de Aladino, no estaba allí para ver la fortuna y los efectos maravillosos del destino de su hijo, el pilluelo de otro tiempo. Y, desde este día, se pusieron a contar, con una impaciencia extraordinaria, las horas que los separaban de la felicidad que se prometían a la expiración de los tres meses. Y no cesaban de formular sus proyectos y prever las fiestas y larguezas que contaban tener con los pobres, pensando en que todavía ellos se hallaban en la miseria y que la cosa más meritoria a los ojos del retribuidor era, sin duda alguna, la generosidad. Dos meses transcurrieron de esa forma. Y la madre de Aladino, que salía todos los días para hacer las compras necesarias antes de la boda, fue una mañana al zoco y comenzaba a entrar en las tiendas, haciendo mil compras grandes y pequeñas, cuando se dio cuenta de una cosa, de la que no se había percibido al llegar. Ella vio, en efecto, que todas las tiendas estaban decoradas y adornadas con follaje, farolillos y banderolas multicolores, que iban de un lado a otro de la calle, y que todos los comerciantes, los compradores y las gentes del zoco, los ricos como los pobres, hacían grandes

demostraciones de alegría y que todas las calles estaban llenas de funcionarios de palacio, ricamente vestidos con sus brocados de ceremonia y montados en caballos maravillosamente enjaezados, y que todo el mundo iba y venía con una animación desusada. Por ello se avivó a preguntar a un mercader de aceite, al que acostumbraba comprar, qué fiesta desconocida celebraba toda aquella muchedumbre, y qué significaban todas aquellas demostraciones. Y el vendedor de aceite, extraordinariamente sorprendido por aquella pregunta, la miró de soslayo y respondió: «¡Por Alá, se diría que te burlas! ¿O eres extranjera para ignorar de esa forma el casamiento del hijo del gran visir con la princesa Badru'l-Budur, hija del sultán? ¡Y esta es precisamente la hora en que ella ha de salir del *hamman*! Y todos estos caballeros ricamente vestidos con trajes de oro son los guardias que van a formar su escolta hasta palacio». Cuando la madre de Aladino oyó estas palabras al vendedor de aceite, no quiso saber más y, enloquecida y desolada, se puso a correr por los zocos, olvidando sus compras en las tiendas, y llegó a su casa y se arrojó sin aliento sobre el diván, en donde permaneció un momento sin poder hablar una palabra. Y cuando pudo hablar dijo a Aladino, que había acudido: «¡Ah, hijo mío, el destino ha vuelto hacia ti la página funesta de su libro y he aquí que todo se ha perdido y que la felicidad hacia la cual marchabas se ha desvanecido antes que fuera alcanzada!». Y Aladino, muy alarmado por las palabras que oía, le preguntó: «¿Qué es lo que de tan funesto ha ocurrido, oh madre?». Ella dijo: «¡Ay, hijo mío, el sultán ha olvidado la promesa que nos hizo! ¡Y él casa hoy precisamente a su hija Badru'l-Budur con el hijo del gran visir, ese rostro de alquitrán, ese calamitoso al que precisamente yo temía! Y toda la ciudad está engalanada como en las grandes fiestas para la boda de esta noche». Y Aladino, al oír esta noticia, sintió que la fiebre invadía su cerebro y hacía circular la sangre con violentos golpes. Y quedó un momento inmóvil y atontado, como si fuera a caer y morir de repente. Pero no tardó en dominarse, acordándose de la lámpara maravillosa que estaba en su poder, y que le iba a servir, más que nunca, de gran ayuda. Y se volvió hacia su madre y le dijo, con un tono de gran tranquilidad: «¡Por tú vida, oh madre, yo estoy seguro de que el hijo del visir no gozará esta noche de todas las delicias que él se promete en mi lugar! No tengas temor a este respecto y, sin tardar más, levántate y prepáranos de comer. ¡Y en seguida veremos lo que nos toca hacer con la ayuda del altísimo!». La madre de Aladino se levantó, pues, y preparó la comida, que Aladino comió con gran apetito, para en seguida retirarse a su cámara, diciendo: «¡Yo deseo estar solo y no ser molestado!». Y cerró tras de sí la puerta con llave, y sacó la lámpara del lugar en donde la tenía escondida. Y la tomó y la frotó en el lugar que él sabía. Y al momento apareció ante él el *efrit* esclavo de la lámpara y dijo: «¡Heme aquí entre tus manos, soy tu esclavo! ¡Habla! ¿Qué es lo que deseas? ¡Yo soy el servidor de la lámpara y si es en los aires yo vuelo y si es en la tierra yo me arrastro!». Y Aladino le dijo: «Escúchame bien, ¡oh servidor de la lámpara!, pues ahora no se trata de traerme de comer y de beber, sino de servirme en otro asunto de una importancia distinta. En

efecto, sabe que el sultán me prometió en matrimonio a su maravillosa hija Badru'l-Budur, después de haber recibido de mí un presente de frutas de pedrería. Y él me estableció un retraso de tres meses para la celebración de las bodas. Y ahora ha olvidado su promesa y, sin siquiera pensar en devolverme mi presente, él casa a su hija con el hijo del gran visir. Ahora bien, es necesario que las cosas tomen otro giro. ¡Y yo te pido que me sirvas para la realización de mi proyecto!». Y el *efrit* respondió: «¡Habla, oh mi señor Aladino! ¡Y tú no tienes necesidad de darme tantas explicaciones! ¡Ordena y yo obedeceré!». Y Aladino respondió: «Esta noche, pues, en el momento en que los recién casados estén acostados en su lecho nupcial y antes siquiera que tengan tiempo de tocarse, tú los elevarás con el lecho y los transportarás aquí mismo, en donde yo veré lo que me queda que hacer».

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS TRECE

Ella dijo:

—Y el *efrit* de la lámpara llevó su mano a la frente y respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Y desapareció. Y Aladino fue al encuentro de su madre y se sentó junto a ella y empezó a conversar con sosiego de unas cosas y de otras, sin preocuparse más del casamiento de la princesa, como si nada hubiera pasado. Y llegada la noche, él dejó a su madre libre para irse a acostar y volvió a entrar en su cuarto, en el que se encerró de nuevo con llave y esperó el regreso del *efrit*. Dejémoslo ahora. Veamos cuanto concierne a las nupcias del hijo del gran visir. Cuando tocaron a su fin la fiesta, los banquetes, y las ceremonias, y las recepciones de regocijo, el recién casado entró en la cámara nupcial precedido por el jefe de los eunucos. Y el jefe de los eunucos se apresuró a retirarse, cerrando la puerta tras de sí. Y el recién casado, luego de haberse desnudado, levantó el mosquitero y penetró en el lecho para esperar la llegada de la princesa. Y esta no tardó en hacer su entrada, acompañada por su madre y por las damas de su séquito, quienes la desvistieron y le pusieron una sencilla camisa de seda y le deshicieron la cabellera. Luego la pusieron en el lecho como a la fuerza, pues siguiendo la costumbre de las recién casadas en trance parecido, ella daba la sensación de resistirse mucho, moviéndose en todos los sentidos, tratando de escaparse de sus manos. Y cuando la hubieron colocado en el lecho, sin pretender mirar al hijo del visir, que ya estaba acostado, se retiraron todas juntas, haciendo votos por la consumación. Y la madre, que salió la última, cerró la puerta de la cámara, lanzando, según la costumbre, un profundo suspiro. Ahora bien, en el

momento en que los dos recién casados se encontraron solos y antes que hubieran tenido tiempo de hacerse la menor caricia, se sintieron de repente levantados con su lecho, sin poder darse cuenta de lo que les sucedía. Y en un abrir y cerrar de ojos se vieron transportados fuera de palacio y depositados en un lugar que ellos no conocían y que no era otro que la habitación de Aladino. Y, en tanto que ellos estaban dominados por el espanto, el *efrit* vino a prosternarse ante Aladino y le dijo: «Ha sido ejecutada tu orden, ¡oh mi señor! ¡Y aquí estoy, dispuesto a obedecerte en todo cuanto te quede por mandar!». Y Aladino le respondió: «Solo me queda mandarte que te lleves a este joven entrometido y lo encierres durante toda la noche en el retrete. Y mañana por la mañana vuelve aquí para recibir mis órdenes». Y el *genni* de la lámpara respondió por el ojo y la obediencia y se apresuró a obedecer. Y entonces se llevó brutalmente al hijo del visir y lo encerró en los retretes, metiéndole la cabeza en el agujero. Y le lanzó un soplo frío y penetrante que lo inmovilizó como a puntal de madera en la situación en que se hallaba. Y dejémoslo. En cuanto a Aladino, este, cuando se encontró a solas con la princesa Badru'l-Budur, no pensó un solo instante en abusar de la situación, a pesar del gran amor que sentía por ella. Y él comenzó por inclinarse ante ella, teniendo la mano sobre su corazón, y con una voz muy apasionada le dijo: «¡Oh princesa, sabe que aquí estás en mayor seguridad que en el palacio del sultán tu padre! Si tú te encuentras en este lugar que no conoces es solamente para que tú no recibieses las caricias de ese joven cretino, hijo del visir de tu padre. Y yo, aunque soy aquel a quien fuiste prometida en matrimonio, me guardaré mucho de tocarte, antes que corra el tiempo y tú te conviertas en mi legítima esposa, por el libro y por la *Sunna*». Al oír estas palabras de Aladino, la princesa no pudo comprender nada, primero porque ella estaba muy emocionada, y segundo porque desconocía la antigua promesa de su padre y todas las particularidades del asunto. Y, no sabiendo qué decir, se contentó con llorar copiosamente. Y Aladino, para demostrarle de modo eficaz que él no sentía ninguna mala intención a este respecto y para tranquilizarla, se echó completamente vestido en el lecho, en el mismo lugar que ocupara el hijo del visir, y tomó la precaución de colocar un sable desenvainado entre ella y él, para demostrar por este medio que se daría la muerte antes que tocarla siquiera con la punta de los dedos. E incluso dio la espalda a la princesa, para no molestarla de ningún modo. Y se durmió con toda tranquilidad, sin cuidarse de la presencia tan deseada de la princesa Badru'l-Budur, como si estuviera solo en su cama de soltero. En cuanto a la princesa, la emoción que le causaba esta aventura tan extraña, la nueva situación en que se hallaba, y los tumultuosos pensamientos que la agitaban, tanto de espanto como de estupefacción, le impidieron cerrar los ojos en toda la noche. Pero, desde luego, ella tenía menos de qué quejarse que el hijo del visir, quien se encontraba en los retretes, con la cabeza hundida en el agujero, y no podía moverse a causa del espantoso soplo que, para inmovilizarlo, le había lanzado el *efrit*. De cualquier modo que se considere, la suerte de los esposos en la primera noche nupcial era bien aflictiva y lamentable.

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CATORCE

Ella dijo:

—Al día siguiente, sin que Aladino tuviese necesidad de frotar la lámpara, el *efrit*, según la orden que le fuera dada, llegó por sí mismo a esperar el despertar del dueño de la lámpara. Y, como tardara en despertarse, él lanzó varias exclamaciones que asustaron a la princesa, quien no tenía el poder de percibirle. Y Aladino abrió los ojos; y, en el momento en que reconoció al *efrit*, se levantó de junto a la princesa y se apartó un poco para no ser oído nada más que por el *efrit* y le dijo: «Apresúrate a sacar de los retretes al hijo del visir y vuelve a depositarlo en el lecho, en el lugar que él ocupaba. Luego transpórtalos a los dos al palacio del sultán, al mismo lugar de donde los tomastes. ¡Y, sobre todo, vigílalos bien para impedirles acariciarse y ni siquiera tocarse!». Y el *efrit* de la lámpara contestó con el oído y la obediencia, y se apresuró a ir primero a retirar al pasmado joven de los retretes y depositarlo en el lecho junto a la princesa, para al momento, en menos tiempo que se tarda en dar una palmada, transportar a ambos a la cámara nupcial, en el palacio del sultán, sin que pudiesen ver ni comprender lo que les sucedía, ni por qué medio ellos cambiaban tan rápidamente de domicilio. Y, después, esto es lo mejor que podía sucederles, pues la sola vista del espantoso *genni* servidor de la lámpara les hubiese espantado hasta morir, sin duda alguna. Sucedió que, apenas el *efrit* hubo transportado a los recién casados a la alcoba de palacio, el sultán y su esposa, impacientes por saber cómo la princesa su hija había pasado esa primera noche de bodas y deseosos de ser los primeros en felicitarla y los primeros en verla para desearle la felicidad y la persistencia de las delicias, hicieron su entrada matinal. Y se acercaron muy emocionados al lecho de su hija y la besaron tiernamente en los ojos, diciéndole: «¡Bendita sea tu unión, oh hija de nuestro corazón! ¡Y puedas tú de tu fecundidad ver nacer una larga serie de descendientes bellos e ilustres que perpetúen la gloria y la nobleza de tu raza! ¡Ah, dinos cómo has pasado esta primera noche y de qué manera se ha portado tu esposo contigo!». Y habiendo hablado de esta forma, se callaron en espera de la respuesta. Y he aquí que de pronto la vieron, en lugar de presentar un rostro fresco y sonriente, romper en sollozos y mirarlos con sus grandes ojos negros llenos de lágrimas. Entonces quisieron interrogar al esposo y dirigieron sus miradas hacia el sitio en donde creían que aún permanecería acostado; pero, precisamente en el momento en que ellos entraron, acababa de salir para lavarse todas las inmundicias

que le embadurnaban la cara. Y ellos pensaron que había acudido al *hamman* de palacio para darse el baño acostumbrado después de la consumación. Y ellos volviéronse hacia el lado de su hija y la interrogaron ansiosamente con el gesto, la mirada y la voz, respecto al motivo de sus lágrimas y de su tristeza. Y como ella continuaba callada, ellos creyeron que solo el pudor de la primera noche de bodas le impedía hablar y que sus lágrimas eran lágrimas de circunstancias; y se mantuvieron un momento tranquilos, no queriendo insistir demasiado en el comienzo. Mas como esta situación amenazaba durar mucho tiempo, y sus lágrimas iban en aumento, la reina no pudo prolongar su paciencia; y con un tono lleno de humor, dijo a la princesa: «Veamos, hija mía, ¿quieres contestarme al fin y contestar a tu padre? ¡No creo que vayas a seguir haciéndonos estas escenas, que duran ya demasiado tiempo! ¡Yo también, hija mía, he sido recién casada, y antes que tú! Pero yo tuve el suficiente tacto, ¡oh hija!, para que no duraran mucho tiempo esas maneras de gallina ofuscada. ¡Y, además, tú olvidas que ahora faltas al respeto que nos debes, continuando sin contestar a nuestras preguntas!». A estas palabras de su ofendida madre, la pobre princesa, abrumada por todas partes a la vez, se vio muy obligada a salir del silencio que guardaba, y lanzando un profundo y triste suspiro ella respondió: «¡Que Alá me perdone si he faltado al respeto que debo a mi padre y a mi madre, pero mi excusa es que yo estoy en extremo alterada, y muy emocionada, y muy triste, y muy estupefacta con todo lo que me ha sucedido esta noche!». Y ella se puso a contar todo cuanto le había sucedido la noche precedente, no como las cosas habían pasado, sino solamente como ella las había podido considerar con sus propios ojos. Ella dijo que apenas acostada en su lecho, al lado de su esposo, el hijo del visir, había sentido cómo la cama se ponía en movimiento debajo de ella y cómo ella había sido transportada, en un abrir y cerrar de ojos, desde la cámara nupcial a una habitación que jamás había visto antes, cómo su esposo se había separado de ella, sin que ella supiera la forma en que había sido llevada y dejada; cómo él había sido reemplazado durante toda la noche por un bello joven, muy respetuoso y, además, extraordinariamente atento, quien, por no verse expuesto a abusar de ella, había puesto su sable desenvainado entre ellos dos y se había dormido con la cara hacia la pared, y cómo al fin, cuando a la mañana regresó su esposo al lecho, este había sido transportado con él a su cámara nupcial del palacio, en donde él se había apresurado a ir al *hamman* para librarse de un montón de horribles cosas que le cubrían la cara. Y ella agregó: «Y ese ha sido el momento en que habéis entrado los dos para desearme un buen día y solicitar mis noticia. ¡Ay de mí! ¡Solo me queda morir!». Y habiendo hablado así, se ocultó la cabeza en las almohadas presa de dolorosos sollozos. Cuando el rey y la reina hubieron escuchado esas palabras de su hija Badru'l-Budur, quedaron asombrados y se miraron con ojos en blanco y rostros alargados, no dudando que ella había perdido el juicio a causa de esa noche en que su virginidad había sido herida por primera vez. Y ellos no quisieron conceder crédito a ninguna de sus palabras.

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS QUINCE

Ella dijo:

—Y su madre le dijo con una voz susurrante: «¡Es así como suceden siempre estas cosas, hija mía! ¡Pero guárdate de decir nada a nadie, pues estas cosas no se cuentan jamás! ¡Y las gentes que te oyeran te tomarían por loca! Levántate, pues, y no te preocupes más por ello y obra de modo que no perturbes, por tu mal aspecto, las fiestas que se dan hoy en palacio en tu honor y que van a durar cuarenta días y cuarenta noches, no solamente en nuestra ciudad, sino en todo el reino. ¡Vamos, hija mía, está contenta y olvida pronto los incidentes de esta noche!». Luego la reina llamó a sus mujeres y les encargó cuidasen del aseo de la princesa; y ella salió con el sultán, que estaba muy perplejo, en busca de su yerno, el hijo del visir. Y acabaron por encontrarlo cuando regresaba del *hamman*. Y la reina, para comprobar lo dicho por su hija, se puso a interrogar al pasmado joven, respecto a cuanto había pasado. Pero él no quiso confesar nada de lo que había aguantado y, disimulando toda la aventura, por miedo a ser tomado a irrisión y rechazado por los padres de su esposa, se contentó con responder: «¡Por Alá! ¿Qué es lo que ha pasado para que tengáis, al preguntarme, ese aspecto singular?». Y la sultana, cada vez más convencida de que todo cuanto le había contado su hija era el efecto de alguna pesadilla, creyó obrar acertadamente no insistiendo cerca de su yerno, al que dijo: «¡Glorificado sea Alá porque todo haya pasado sin herida y sin dolor! ¡Yo te recomiendo, hijo mío, mucha dulzura con tu esposa, pues ella es delicada!». Y ella, con estas palabras, le dejó y marchó a sus apartamentos, para vigilar los regocijos y las diversiones de la jornada. Y dejemos ahora a ella y a los nuevos esposos. En cuanto a Aladino, que sospechaba cuanto sucedía en palacio, pasó su jornada deleitándose al pensamiento de la excelente jugada que acababa de hacerle al hijo del visir. Pero no se dio por satisfecho y quiso hasta el final saborear la humillación de su rival. Por ello juzgó conveniente no dejarle un momento de respiro; y, en cuanto descendió la noche, tomó la lámpara y la frotó. Y el *genni* apareció ante él, pronunciando la misma fórmula que la noche anterior. Y Aladino le dijo: «¡Oh servidor de la lámpara, marcha al palacio del sultán! Y en cuanto tú veas a los recién casados acostados juntos, arrebatálos con su lecho y tráemelos aquí, como lo hiciste la noche precedente». Y el *genni* se apresuró a complimentar la orden y no tardó en volver con su carga, la que él depositó en la habitación de Aladino, para al momento llevar al hijo del visir y

embutirlo de cabeza en los retretes. Y Aladino no omitió ocupar el lugar vacío y acostarse al lado de la princesa, pero con la misma decencia que la vez primera. Y, luego de haber colocado el sable entre los dos, se volvió del lado de la pared y se durmió tranquilamente. Y al día siguiente las cosas pasaron exactamente como la víspera, en el sentido de que el *efrit*, siguiendo los órdenes de Aladino, puso al pasmado junto a Badru'l-Budur y transportó a ambos, con la cama, a la cámara nupcial del palacio del sultán. Sucedió que el sultán, más impaciente que nunca por saber noticias de su hija, después de la segunda noche, llegó en ese preciso momento a la cámara nupcial, solo esta vez; pues él temía mucho el malhumor de la sultana, su esposa, y prefería interrogar por sí mismo a la princesa. Y desde que el hijo del visir, en el límite de la mortificación, oyó los pasos del sultán, saltó del lecho y huyó de la cámara para correr a lavarse la cara al *hamman*. Y entró el sultán y avanzó hasta el lecho de su hija y levantó el mosquitero; y, después de haber abrazado a la princesa, él le dijo: «Dime, hija mía, pues confío en que esta noche no habrás tenido la misma horrible pesadilla, de la que tú nos contaste ayer las extravagantes peripecias.

¡Vamos!, ¿puedes tú decirme cómo has pasado esta noche?». Pero la princesa, en lugar de contestar, estalló en sollozos y escondió el rostro entre sus manos, para no ver los irritados ojos de su padre, quien no comprendía nada de esto. Y él esperó un buen rato, para cobrar tiempo y poder calmarse; pero como ella seguía llorando y con hipo, acabó por enfurecerse y tiró de su sable y gritó: «¡Por mi vida, que si tú, inmediatamente, no quieres decirme la verdad, saltará tu cabeza de tus hombros!». Entonces la princesa, doblemente espantada, se vio obligadísima a contener sus lágrimas; y con voz rota dijo: «¡Oh padre mío muy amado, por favor, no te irrites conmigo! Pues, si tú quieres escucharme, ahora que no está aquí mi madre para excitarte contra mí, tú me excusarás, sin duda alguna, y tú me compadecerás y tomarás las precauciones necesarias para impedir que yo muera de confusión y de espanto. ¡Pues, ciertamente, si yo sufriera una vez más las terribles cosas que he sufrido la pasada noche, tú me encontrarías al día siguiente muerta en mi lecho! ¡Ten, pues, piedad de mí, padre mío, y haz que tu oído y tu corazón se compadezcan de mis penas y de mi emoción!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS DIECISÉIS

Ella dijo:

—Y el sultán, cuyo corazón era compasivo; y que ya no sentía la presencia excitante de su esposa, se inclinó sobre su hija y la abrazó con mimo, y sosegó su

alma querida. Luego él le dijo: «Y ahora, hija mía, calma tu espíritu y enjuga tus ojos. Y con toda confianza cuenta a tu padre, con todos los detalles, los incidentes que te han puesto esta noche en tal estado de emoción y de terror». Y la princesa, con la cabeza en el pecho de su padre, le contó, sin omitir nada, todo cuanto le había ocurrido de molesto durante las dos noches que ella acababa de pasar y terminó su relato añadiendo: «Y, por lo demás, ¡oh mi padre muy amado!, es de conveniencia que tú interrogues al hijo del visir, a fin de que él pueda confirmarte mis palabras». Y el sultán, al oír el relato de esta extraña aventura, alcanzó el colmo de la perplejidad, y compartió el dolor de su hija, y sintió sus ojos bañados de lágrimas, tanto la amaba él. Y le dijo: «¡Sí, hija mía!, yo solo soy la causa de todo cuanto te ha sucedido de perjudicial, porque yo te he casado con un tranquilo que no sabe defenderte y librarte de estas singulares aventuras. Pero la verdad es que yo, con este casamiento, he querido tu felicidad, y no tu desgracia y tu desesperación. Ahora bien, ¡por Alá!, que voy a llamar en seguida al visir y a su hijo, el cretino, para pedirle explicaciones de todas estas cosas. Pero, como quiera que sea tranquilízate totalmente, hija mía, pues estos hechos no se repetirán, ¡te lo juro por la vida de mi cabeza!». Luego la dejó, confiada al cuidado de sus mujeres, y regresó a sus habitaciones, barbotando de cólera. Y al momento hizo venir a su gran visir, y tan pronto este se presentó entre sus manos, le gritó: «¿En dónde se encuentra tu hijo, el entremetido? ¿Y qué es lo que te ha dicho respecto a los hechos de estas dos últimas noches?». El gran visir, estupefacto, respondió: «¡Yo no sé, rey del tiempo, de qué se trata! Mi hijo no me ha dicho nada que pueda explicar la cólera de nuestro rey. Pero, si tú me lo permites, voy ahora mismo a buscarle y a preguntarle». Y el sultán dijo: «¡Ve y vuelve aprisa a traerme la contestación!». Y el visir, con tres palmos de narices, salió doblando la espalda, y fue en busca de su hijo, al que encontró en el *hamman* en disposición de lavarse todas las inmundicias que le cubrían. Y le gritó: «¡Oh hijo de perro! ¿Por qué me ocultaste la verdad? ¡Si tú, en seguida, no me pones al corriente de los hechos de estas dos últimas noches, hoy será tu último día!». Y el hijo bajó la cabeza y dijo, «¡Ay, oh padre mío, únicamente la vergüenza me ha vedado, hasta ahora, revelarte las molestas aventuras de esas dos noches y los incalificables tratos que he sufrido, sin tener la posibilidad de defenderme, o solamente de saber cómo y por la potencia de qué fuerzas enemigas nos sucedía todo esto a los dos en nuestro lecho! ¡Yo prefiero la muerte a una vida como esa! ¡Y, ante ti, yo hago el triple juramento del divorcio definitivo con la hija del sultán! Yo te suplico, pues, que vayas a buscar al sultán y le hagas aceptar la declaración de nulidad de mi matrimonio con su hija Badru'l-Budur. ¡Pues este es el único medio de tener tranquilidad! ¡Y yo podré entonces dormirme en mi cama, en lugar de pasar mis noches en los retretes!». Al oír estas palabras de su hijo, el gran visir quedó muy apenado. Pues el deseo de su vida había sido el ver a su hijo casado con la hija del sultán, y le costaba mucho renunciar a este gran honor. Por ello, aunque convencido de la necesidad del divorcio en tales condiciones, dijo a su hijo: «¡Sí, hijo mío, no es posible soportar más esos tratos! ¡Mas piensa lo que vas a

dejar con el divorcio! ¿No vale más tener paciencia durante una noche más, durante la cual velaremos en derredor de la cámara nupcial, con los eunucos armados de sables y rebenques? ¿Qué dices tú, hijo mío?». Él respondió: «¡Haz lo que te plazca, oh padre mío el gran visir! En lo que a mí se refiere, ¡yo estoy bien resuelto a no entrar más en esa cámara de alquitrán!». Entonces el visir dejó a su hijo y fue a buscar al rey. Y se mantuvo en pie entre sus manos, con la cabeza baja. Y el rey le preguntó, «¿Qué es lo que tienes que decirme?». Él respondió: «¡Por la vida de nuestro señor, lo que ha contado la princesa Badru'l-Budur es bien cierto! ¡Pero la culpa no es de mi hijo! En todo caso, oh rey del tiempo, no es preciso que la princesa quede expuesta a nuevas molestias por causa de mi hijo. Y, si tú lo permites, vale más que los dos esposos vivan en adelante separados por el divorcio». Y el rey le dijo: «¡Por Alá que llevas razón! ¡Mas si el esposo de mi hija no hubiera sido tu hijo, hubiera sido por la muerte como yo hubiera liberado a mi hija! ¡Que sean, por tanto, divorciados!». Y al momento el sultán dio las órdenes para que cesasen los festejos públicos, tanto en el palacio como en la ciudad y por todo el reino de la China; e hizo proclamar el divorcio de su hija Badru'l-Budur y el hijo del gran visir, dando bien a comprender que nada se había consumado y que la perla quedaba virgen e imperforada.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS DIECISIETE

Ella dijo:

—En cuanto al hijo del gran visir, el sultán, por consideración hacia su padre, le nombró gobernador de una provincia lejana de la China y le dio la orden de partir sin demora. Lo que fue realizado. Cuando Aladino supo, al mismo tiempo que los habitantes de la ciudad, por la proclamación de los pregoneros públicos, el divorcio de Badru'l-Budur, sin la consumación del matrimonio, y la marcha del pasmado, se ensanchó al límite del ensanchamiento y se dijo: «¡Bendita sea esta lámpara maravillosa, causa primera de todas mis prosperidades! ¡Y es aún preferible que el divorcio haya tenido lugar sin una intervención más directa del *genni* de la lámpara, que sin duda alguna, hubiera acabado sin remedio con el cretino!». Y él se regocijó igualmente de que su venganza hubiera tenido este éxito, sin que nadie, incluso el rey y el gran visir o su misma madre hubieran sospechado la parte que él había tomado en todo este asunto. Y sin preocuparse más; como si nada de anormal hubiera ocurrido desde su demanda de matrimonio, él esperó con toda tranquilidad a que hubieran transcurrido los tres meses del plazo solicitado por el sultán, para, en el mismo día siguiente, enviar a palacio a su madre, adornada con sus más bellas ropas,

a recordar al sultán su promesa. Sucedió que, en el momento en que la madre de Aladino hizo su entrada en el diván, el sultán que, según su costumbre, estaba en tren de solucionar los asuntos de su reino, lanzó sobre ella la mirada y al momento la reconoció. Y ella no tuvo necesidad de hablar, pues él se recordó de la promesa que había hecho y del retraso que había fijado. Y se dirigió a su gran visir y le dijo: «¡Aquí está, oh visir, la madre de Aladino! Es ella la que nos trajo, hace tres meses, la maravillosa porcelana llena de piedras preciosas. Y yo bien creo que ella viene, a la expiración de la prórroga, a solicitarme la realización de la promesa que yo le hice referente a mi hija. ¡Bendito sea Alá que no ha permitido el matrimonio de tu hijo, para hacerme recordar la palabra dada cuando yo, por tu culpa, había olvidado mi obligación!». Y el visir, cuya alma se mantenía sumamente despechada por todo lo que había sucedido, respondió: «¡Sí, oh mi señor, los reyes no deben olvidar nunca sus promesas! Pero, en verdad, cuando se casa a una hija, debe informarse del esposo, y nuestro señor el rey no ha tomado informe alguno sobre ese Aladino y sobre su familia. ¡Ahora yo sí sé bien que es el hijo de un pobre sastre, de baja condición, muerto en la miseria! ¿De dónde le puede venir la riqueza al hijo de un sastre?». El rey dijo: «¡La riqueza viene de Alá, oh visir!». Él dijo: «¡Sí, oh rey! ¡Pero no sabemos si este Aladino es realmente tan rico como su presente nos lo ha dado a creer! Para asegurarnos, el rey solo tendrá que solicitar, como precio de la princesa, una dote tan considerable que solo podrá pagarla un hijo de rey o de sultán. Y de ese modo el rey podrá casar a su hija sabiendo lo que se hace, sin exponerse a darle de nuevo un esposo indigno de sus merecimientos». Y el rey le dijo: «¡Tu lengua destila elocuencia, oh visir! Haz, pues, que se adelante la mujer para que yo le hable». Y el visir hizo una indicación al jefe de los guardias, que hizo que avanzara la madre de Aladino hasta los pies del trono. Entonces la madre de Aladino se prosternó y abrazó la tierra por tres veces en la mano del rey, quien le dijo: «¡Sabe, oh tía, que yo no he olvidado mi promesa! Pero, hasta ahora, yo no te he hablado de la dote exigida como precio de mi hija, cuyos merecimientos son muy grandes. Por tanto, tú dirás a tu hijo que su matrimonio con mi hija El Sett Badru'l-Budur tendrá lugar en cuanto él me haya enviado esto que yo exijo como dote de mi hija, a saber: cuarenta bandejas grandes de oro macizo, llenas hasta los bordes de las mismas clases de piedras preciosas, en forma de frutos de todos los colores y de todos los tamaños, que él me envió en el plato de porcelana; y estas bandejas de oro serán traídas a palacio por cuarenta esclavas adolescentes bellas como lunas, que serán llevadas por cuarenta esclavos negros, jóvenes y robustos; y todos formarán un cortejo, vestidos muy magníficamente, los que vendrán a depositar en mis manos las cuarenta bandejas de pedrerías. ¡Y ahí tienes toda mi petición, mi buena tía! Pues yo no quiero exigir más de tu hijo, en consideración al presente que él me ha enviado ya». Y la madre de Aladino, muy aterrada por esta exorbitante petición, se contentó con prosternarse por segunda vez ante el trono y se retiró para ir a dar cuenta a su hijo de su misión. Y ella le dijo: «¡Ay, hijo mío, qué bien te aconsejé desde el principio que no pensases en

este matrimonio con la princesa Badru'l-Budur!». Y con abundancia de suspiros ella contó a su hijo la manera, por otra parte amable, con que el rey la había recibido, y las condiciones que exigía antes de consentir definitivamente en el matrimonio. Y ella añadió: «¡Qué locura la tuya, oh hijo mío! Pase todavía por las cuarenta bandejas de oro y por las piedras preciosas exigidas, pues yo me imagino que serás lo bastante insensato para ir al subterráneo a despojar a todos los árboles de sus frutos encantados. Pero, en lo que hace a las cuarenta adolescentes y a los cuarenta jóvenes negros, ¿cómo vas a hacer, dímelo? ¡Oh hijo mío, sigue siendo la culpa de este maldito visir el que esta demanda sea tan exorbitante; pues yo vi al entrar que él se inclinaba al oído del rey para hablarle en secreto! Créeme, Aladino, ¡renuncia a este proyecto que te llevará a tu ruina, sin remedio alguno!». Pero Aladino se contentó con sonreír y respondió a su madre: «¡Por Alá, oh madre, que viéndote entrar con esa cara torcida he pensado que tú ibas a anunciarme una noticia de lo peor! Pero ahora veo que tú te sigues preocupando de cosas que verdaderamente no merecen la pena. ¡Sabe, en efecto, que todo cuanto el rey acaba de pedirme como precio de su hija no es nada en comparación con lo que podría realmente darle! Enjuga, pues, tus ojos y tranquiliza tu espíritu. Y no pienses, por tu parte, sino en preparar la comida, ya que tengo mucha hambre. Y déjame el cuidado de complacer al rey».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS DIECIOCHO

Ella dijo:

—Ahora bien, en cuanto la madre de Aladino salió para encaminarse al zoco a adquirir las provisiones necesarias, Aladino se apresuró a entrar y encerrarse en su habitación. Y tomó la lámpara y la frotó en el lugar que él conocía. Y al instante apareció el *genni*, que después de haberse inclinado ante él, dijo: «¡Heme aquí entre tus manos, soy tu esclavo! ¡Habla! ¿Qué es lo que deseas? ¡Yo soy el servidor de la lámpara, y si es en los aires yo vuelo y si es en la tierra yo me arrastro!».



Y Aladino le dijo: «Sabe, oh *efrit*, que el sultán quiere desde luego concederme su hija, la maravillosa Badru'l-Budur, que tú conoces, pero es a condición de que yo le envíe lo más pronto cuarenta bandejas de oro macizo, de pura calidad, llenas hasta los bordes de frutos de piedras preciosas semejantes a aquellos del plato de porcelana que yo hube cogido en los árboles del jardín, allí mismo en donde yo encontré la lámpara de la que tú eres servidor. ¡Pero eso no es todo! Él me pide, además, para llevar estas bandejas de oro llenas de pedrería, cuarenta esclavas adolescentes, bellas como lunas, que sean llevadas por cuarenta esclavos negros, hermosos, sólidos, y vestidos muy magníficamente. ¡He aquí lo que yo, a mi vez, exijo de ti! ¡Apresúrate a complacerme, en virtud del poder que yo tengo sobre ti como dueño de la lámpara!». Y el *genni* respondió: «¡Yo escucho y obedezco!», y desapareció, pero fue para regresar al instante. Y venía acompañado de los ochenta esclavos en cuestión, tanto hombres como mujeres, a los que situó en el patio, a lo largo de la pared de la casa. Y las mujeres esclavas llevaban sobre sus cabezas una gran bandeja de oro macizo cada una, llena hasta los bordes de perlas, de diamantes, de rubíes, de esmeraldas, de turquesas y de mil otras clases de piedras preciosas, en forma de frutas de todos los colores y de todos los tamaños. Y cada una de las bandejas iba cubierta con una gasa tejida de florones de oro. Y verdaderamente las piedras preciosas eran con mucho más maravillosas que las presentadas al sultán en la porcelana. Y el *genni*, una vez que él acabó de colocar junto a la pared a los ochenta esclavos, vino a inclinarse ante Aladino y le preguntó: «¿Tienes tú aún, oh mi señor, alguna cosa que exigir del servidor de la lámpara?». Y Aladino le dijo: «¡No, por el momento nada más!». Y al instante desapareció el *efrit*. En este momento entró la madre de Aladino, cargada con las provisiones que había comprado en el zoco. Y ella quedó muy sorprendida al ver su casa invadida por tanta gente; y ella en el primer momento, creyó que era el sultán quien enviaba a detener a Aladino para castigarle la insolencia de su solicitud. Pero Aladino no tardó en desengañarla, pues antes que hubiera tenido tiempo de quitarse el

velo del rostro, él le dijo: «No pierdas el tiempo en quitarte el velo, ¡oh madre!, pues vas a verte obligada a volver a salir sin tardanza para ir al palacio acompañando a estos esclavos que ves colocados en nuestro patio. Las esclavas llevan, como tú puedes observarlo, la dote reclamada por el sultán como precio de su hija. Yo te ruego, pues, que antes siquiera que prepares la comida, me prestes el servicio de acompañar al cortejo, para presentarlo al sultán». Al momento, la madre de Aladino hizo salir en buen orden de su casa a los cuarenta esclavos, colocándolos uno tras otro, por grupos de a dos: una esclava adolescente precedida inmediatamente por un joven negro, y así sucesivamente hasta el último grupo. Y cada grupo iba separado del anterior por un espacio de diez pies. Y cuando el último grupo hubo franqueado la puerta, la madre de Aladino marchó detrás del cortejo. Y Aladino, muy confortado con el resultado, cerró la puerta y marchó a su cámara para esperar tranquilamente el regreso de su madre. Desde que el primer grupo llegó a la calle, comenzaron los transeúntes a agruparse; y, cuando el cortejo estuvo formado, la calle se llenó de una inmensa muchedumbre, de rumores y de exclamaciones. Y todo el zoco se agrupó en torno al cortejo, para admirar un espectáculo tan magnífico y tan extraordinario. Cada grupo, por sí solo, era una completa maravilla, pues su aspecto, admirable de gusto y de esplendor, su belleza, compuesta de una belleza blanca de mujer y una belleza negra de negro, su bello aire, su ventajosa planta, su andar grave y cadencioso, a igual distancia, el resplandor de la bandeja de piedras que llevaba sobre la cabeza cada adolescente, los fuegos lanzados por las joyas engastadas en los cinturones de oro de los negros, las chispas que saltaban de sus gorros de brocado, en donde se balanceaban los penachos, todo ello constituía un espectáculo arrebatador, no parecido a otro alguno, que hacía que el pueblo no dudase por un momento de que se trataba de la llegada a palacio de algún fantástico hijo de rey o de sultán. Y la comitiva, entre el embelesamiento de todo un pueblo, acabó por llegar a palacio. Y desde el momento en que los guardias y los porteros percibieron al primer grupo, se maravillaron de tal modo que, llenos de respeto y de admiración formaron espontáneamente una fila de honor a su paso. Y su jefe, a la vista del primer negro, convencido de que el mismo sultán de los negros en persona venía a visitar al rey, avanzó hasta él y se prosternó queriendo besarle la fimbria de su vestido; pero él vio entonces a la joven maravillosa que le acompañaba. Y, al mismo tiempo, el primer negro le dijo sonriendo, pues había recibido las instrucciones necesarias del *efrit*: «Yo no soy, y todos nosotros no somos sino los esclavos de aquel que llegará cuando llegue el momento». Y, una vez que hubo hablado así, atravesó la puerta seguido de la adolescente que portaba la bandeja de oro, y de toda la fila de los grupos armoniosos. Y los ochenta esclavos atravesaron el primer patio y fueron a colocarse en buen orden en el segundo, que estaba al nivel del diván de recepción. Sucedió que cuando el sultán, que presidía en este momento la sesión, vio en el patio ese cortejo magnífico que borraba con su esplendor el brillo de todo lo que poseía en el palacio, hizo evacuar el *diván*, y dio la orden de recibir a los recién llegados. Y ellos entraron

gravemente, de dos en dos, y se colocaron con lentitud, formando una gran media luna ante el trono del sultán. Y las esclavas adolescentes, ayudadas por sus compañeros negros, depositaron cada una de ellas sobre el tapiz la bandeja de que era portadora. Luego los ochenta se prosternaron y abrazaron la tierra entre las manos del sultán, para levantarse en seguida y, todas a la vez, descubrir con el mismo ademán las bandejas desbordantes de sus maravillosos frutos. Y, con los brazos cruzados sobre su pecho, permanecieron en pie, en la actitud del respeto más profundo. Solamente entonces, la madre de Aladino, que venía la última, avanzó hasta el centro de la media luna formada por los cuarenta grupos alternados, y, después de las genuflexiones y los *salams* de costumbre, ella dijo al rey que se había quedado mudo con este espectáculo simpar: «¡Oh rey del tiempo, mi hijo Aladino, tu esclavo, me envía con la dote que tú has fijado como precio de Sett Badru'l-Budur, tu honorable hija! Y me encarga decirte que tú te has equivocado en la apreciación del valor de la princesa, y que todo esto es inferior a sus méritos. Pero él confía en que tú le excusarás por lo poco, y que acogerás bien este pequeño tributo, en espera del que te presentará en el futuro». Así habló la madre de Aladino. Pero el rey, que no se hallaba siquiera en estado de percibir bien lo que ella decía, quedó aturdido y con los ojos desencajados ante el espectáculo que se mostraba a su vista. Y miraba alternativamente a las cuarenta bandejas, a su contenido, a las esclavas adolescentes que habían portado las bandejas y a los jóvenes negros que habían acompañado a las portadoras de las bandejas. Y no sabía a quién debía admirar más, si a estas joyas que eran las más extraordinarias que en el mundo había visto jamás, o a esas esclavas adolescentes que eran como lunas, o a esos esclavos negros que eran lo mismo que reyes. Y así quedó una hora de tiempo sin poder pronunciar una palabra ni apartar su vista de las maravillas que ante sí tenía. Y acabó al fin, en lugar de dirigirse a la madre de Aladino para expresarle sus sentimientos respecto a lo que le llevaba, por volverse al gran visir y decirle: «¡Por mi vida!, ¿qué vienen a ser las riquezas que poseemos y qué viene a ser mi mismo palacio ante una magnificencia tal? ¿Y qué debemos pensar del hombre que puede, en menos tiempo del que se necesita para desearlas, conseguir tales esplendores y enviárnoslas? ¿Y qué vienen a ser los méritos de mi hija ante tal profusión de belleza?». Y el visir, a pesar de todo el despecho y del resentimiento que sentía por todo cuanto le había sucedido a su hijo, no pudo evitar el decir: «¡Sí, por Alá todo esto es hermoso; pero, todo ello incluso, no vale el tesoro único que es la princesa Badru'l-Budur!». Y el rey dijo: «¡Por Alá, esto lo vale y esto supera su valor en mucho! Por ello, no creo hacer una venta engañosa concediéndola en matrimonio a un hombre tan rico, tan generoso y tan magnífico como es el señor Aladino, nuestro hijo». Y él se dirigió hacia los otros visires y los emires y los notables que le rodeaban, y les interrogó con la mirada. Y todos respondieron inclinándose profundamente hasta tierra por tres veces, para marcar bien su aquiescencia a las palabras del rey.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS DIECINUEVE

Ella dijo:

—Entonces el rey no titubeó más. Y sin preocuparse ya de si Aladino poseía todas las cualidades requeridas para el que estuviera destinado a llegar a ser el esposo de una hija de rey, se dirigió hacia la madre de Aladino y le dijo: «¡Oh venerable madre de Aladino, yo te ruego que vayas a decir a tu hijo que, desde este instante, él ha entrado en mi raza y en mi descendencia, y que solo espero el verle para abrazarle como un padre abraza a su hijo, y para unirle, por el libro y la *Sunna*, a mi hija Badru'l-Budur!». Y la madre de Aladino, después de los *salams* de una parte y de otra, se apresuró a retirarse para al momento, desafiando la rapidez del viento, volar hacia su casa a poner a su hijo al corriente de cuanto acababa de pasar. Y ella le apremió para que fuese a presentarse al rey, que quedaba en la mayor impaciencia por verle. Y Aladino, al que esta noticia colmaba todos sus anhelos, luego de una tan larga espera, no quiso dejar traslucir cuán ebrio de alegría se encontraba. Y con un aire muy calmoso y con un acento mesurado, respondió: «¡Toda la felicidad me viene de Alá y de tu bendición, oh madre, y de tu celo constante!». Y él le besó las manos, y le reiteró las gracias, y le pidió permiso para retirarse a su habitación, para prepararse a ir a ver al sultán. Ahora bien, en el momento en que Aladino se halló solo, tomó la lámpara maravillosa, que de tanta ayuda le había servido hasta entonces, y la frotó como de ordinario. Y al instante apareció el *efrit*, quien, después de haberse inclinado ante él, le preguntó mediante la fórmula habitual, qué servicio podía prestarle. Y Aladino respondió: «¡Oh *efrit* de la lámpara, yo deseo tomar un baño! Y, después del baño, yo quiero que tú me traigas un vestido que no tenga parecido en magnificencia entre los más grandes sultanes de la tierra, y tan bello que los peritos puedan estimarlo en más de mil dinares de oro, por lo menos. Y todo esto, al momento». Entonces el *efrit* de la lámpara, después de haberse inclinado en signo de obediencia, dobló por completo el espinazo y dijo a Aladino: «¡Sube, oh dueño de la lámpara, sobre mis hombros!». Y Aladino montó sobre los hombros del *efrit* dejando colgar sus piernas sobre su pecho; y el *efrit* lo elevó por los aires, y haciéndolo invisible como él, lo transportó a un *hamman* tan bello que no podía encontrar el hermano entre los reyes y los *kaissar*. Y el *hamman* era todo de jade y de transparente alabastro, con pilones en cornalina rosa y en coral blanco y ornamentaciones en piedra de esmeralda de una delicadeza encantadora. Y los ojos y los sentidos podían deleitarse verdaderamente a placer en su interior, pues nada podía ser más atrayente, ya en su conjunto, ya en sus detalles. Y el frescor era delicioso, y la tibieza igual, y el calor era mesurado y armonioso. Y ningún bañero se encontraba

allí para alterar con su presencia o con su voz la paz de las altas bóvedas. Pero en el momento en que el *genni* hubo depositado a Aladino en la estrada de la sala de entrada, apareció ante él un joven *efrit* de gran belleza, semejante, pero aún más seductor, a una doncella, el que le ayudó a desvestirse, y le colocó una gran toalla perfumada sobre los hombros, y le sostuvo con mucha precaución y dulzura, y le condujo a la más bella de las salas, que estaba toda ella pavimentada con piedras preciosas de diversos colores. Y al momento otros jóvenes *efrits*, no menos bellos ni menos seductores, llegaron para tomarle de las manos de su compañero, y le sentaron cómodamente en un banco de mármol y se pusieron a friccionarle y a lavarle con varias clases de agua de olor; y ellos le dieron masaje con un arte admirable, y le volvieron a lavar con agua de rosas perfumada. Y sus sabios cuidados le dejaron una tez fresca como un pétalo de rosa y blanca y bermeja a pedir de boca. Y él se sintió que estaba tan ligero como para poder volar igual que las aves. Y el joven y hermoso *efrit* que le había traído, vino a volverlo a tomar para llevarlo a la estrada, en donde le ofreció de refresco un delicioso sorbete al ámbar gris. Y él halló al *genni* de la lámpara que tenía en sus manos un vestido de una suntuosidad incomparable. Y ayudado por el joven *efrit* de las manos acariciadoras se revistió con aquella magnificencia y apareció semejante, con más prestancia todavía, a algún hijo de rey entre los grandes reyes. Y el *efrit* volvió a tomarlo sobre sus hombros y lo llevó, sin sacudida, a la habitación de su casa. Entonces Aladino se volvió al *efrit* de la lámpara y le dijo: «Y ahora, ¿sabes tú lo que te queda que hacer?». Él respondió: «¡No, oh dueño de la lámpara! ¡Pero ordena y obedeceré, pues en los aires vuelo y en la tierra me arrastro!». Y Aladino dijo: «Yo deseo que tú me traigas un caballo de pura raza, que no tenga hermano en hermosura, ni en las caballerizas del sultán ni en las de los monarcas más poderosos del mundo. Es preciso que sus jaeces valgan, por sí solos, por lo menos, mil millares de dinares de oro. Al mismo tiempo, tú me traerás cuarenta y ocho esclavos de bello talante, de ventajosa talla y llenos de gracia, vestidos con mucha limpieza, elegancia y riqueza, para que veinticuatro de ellos, colocados en dos filas de doce, puedan abrir marcha delante de mi caballo, en tanto que los otros veinticuatro me seguirán, en dos filas de a doce también. Y, además, tú, sobre todo, no olvidarás encontrar, para el servicio a mi madre, doce doncellas como lunas, únicas en su clase, vestidas con mucho gusto y magnificencia, y llevando cada una sobre sus brazos un vestido de tela y color diferentes, y tal que pueda vestirse con ellos la hija de un rey. En fin, tú darás a cada uno de mis cuarenta y ocho esclavos, para que lo lleven en su cuello, un saco de cinco mil dinares de oro, a fin de que yo pueda hacer el uso que me plazca. Y he aquí todo lo que yo deseo de ti por hoy».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS VEINTE

Ella dijo:

—Apenas había acabado de hablar Aladino, cuando el *genni* luego de la respuesta del oído y de la obediencia, se apresuró a desaparecer, pero fue para regresar al cabo de un instante con el caballo, los cuarenta y ocho esclavos, las doce jóvenes, los cuarenta y ocho sacos de cinco mil dinares cada uno, y los doce vestidos de tela y de color diferentes. Y todo estaba hecho no en la calidad solicitada, sino en otra más bella todavía. Y Aladino tomó posesión de todo y despidió al *genni*, diciéndole: «¡Yo te llamaré cuando tenga necesidad de ti!». Y, sin perder tiempo, se despidió de su madre, a la que besó una vez más sus manos, y puso a su servicio a las doce esclavas adolescentes, a las que recomendó que no omitiesen nada para contentar a su señora y adornarla con las bellas ropas que ellas le trajeran. Luego de esto, Aladino se apresuró a montar a caballo y a salir del patio de la casa. Y aunque fuese esta la primera vez que él se encontraba sobre la grupa de un caballo, supo mantenerse con una elegancia y una firmeza que le hubiesen envidiado los jinetes más diestros. Y se puso en marcha según el plan convenido por él en su imaginación, precedido de veinticuatro esclavos, colocados en dos filas de doce, acompañado, a ambos lados, por cuatro esclavos que sostenían los cordones de las gualdrapas del caballo, y seguido por otros que cerraban la marcha. Desde que el cortejo comenzó a recorrer las calles, una inmensa muchedumbre, mucho más considerable que la que se juntó cuando el primero, se agolpó por todas partes, tanto en los zocos como en las ventanas y en las terrazas. Y los cuarenta y ocho esclavos, cumpliendo las órdenes que les fueran dadas por Aladino, se pusieron entonces a tomar el oro de sus sacos y a lanzarlo a puñados, tanto a la derecha como a la izquierda, al pueblo, que se apretaba a su paso. Y las aclamaciones resonaron por toda la ciudad, tanto a causa de la generosidad del magnífico donador, como a causa de la belleza del caballero y de sus espléndidos esclavos. Pues Aladino, sobre su caballo, era verdaderamente digno de ser contemplado, por su rostro, que ahora estaba todavía más encantador por la virtud de la lámpara maravillosa, su regia postura y el penacho de diamantes que se balanceaba sobre su turbante. Y fue de este modo, como entre las aclamaciones y la admiración de todo un pueblo, llegó Aladino al palacio, al que ya le había precedido el rumor de su llegada, y en donde todo había sido preparado para recibirle con todos los honores debidos al esposo de la princesa Badru'l-Budur. El sultán le esperaba precisamente en lo alto de la escalera de honor, que se abría sobre el segundo torreón. Y en el momento en que Aladino, ayudado por el mismo gran visir, que le tenía el estribo, echó pie a tierra, el sultán bajó dos o tres peldaños en su honor. Y Aladino subió hasta él y quiso prosternarse entre sus manos; pero se lo impidió el sultán, quien, maravillado de su presencia, de su bello aire y de la riqueza de su atuendo, le recibió en sus brazos y le besó como si se tratara de su propio hijo. Y, en este momento, resonó el aire con las aclamaciones lanzadas por todos los emires, los

visires y los guardas, y con los sonidos de las trompetas, de los clarines, de los oboes y de los tambores. Y el sultán, rodeando con su brazo el cuello de Aladino, lo llevó al gran salón de recepciones y le hizo sentarse a su lado sobre el trono, y le abrazó una segunda vez, y le dijo: «¡Por Alá, oh hijo mío Aladino!, yo lamento mucho que mi destino no me haya permitido ir a tu encuentro antes de este día, y haber diferido durante tres meses tu matrimonio con mi hija Badru'l-Budur, tu esclava». Y Aladino supo responder a esto de una manera tan encantadora, que el sultán sintió aumentar su amor hacia él y le dijo: «Sí, oh Aladino, ¿qué rey no podría desear tenerte por esposo de su hija?». Y se puso a conversar con él y a interrogarle con mucho afecto, y a admirar la sabiduría de sus respuestas y la elocuencia y finura de su discurso. Y él hizo preparar, en el mismo salón del trono, un magnífico banquete y comió solo con Aladino, haciéndose servir por el gran visir, cuya nariz se alargaba de despecho hasta el límite del alargamiento, y por los emires y los otros altos dignatarios. Cuando la comida hubo terminado, él sultán, que no quería retrasar por más tiempo el cumplimiento de su promesa, hizo llamar al cadí y a los testigos y le ordenó suscribir allí mismo el contrato de matrimonio de Aladino con su hija, la princesa Badru'l-Budur. Y el cadí, en presencia de los testigos, se apresuró a ejecutar la orden y redactar el contrato de matrimonio con todas las fórmulas requeridas por el libro y la *Sunna*. Y cuando se hubo concluido, el sultán abrazó a Aladino y le dijo: «Oh hijo mío, ¿es esta misma noche cuando tú quieres penetrar en la cámara nupcial para la consumación?». Y Aladino respondió: «¡Oh rey del tiempo, es cierto que si yo no escuchase sino al gran amor que siento por mi esposa, esta misma noche yo penetraría para la consumación! Pero deseo que la cosa se verifique en un palacio digno de la princesa y que le pertenezca en propiedad. Permíteme, pues, diferir la completa realización de mi felicidad hasta que haya edificado el palacio que yo le destino. Y, a este efecto, yo te ruego que me concedas un extenso terreno situado enfrente mismo de tu palacio, a fin de que mi esposa no se halle demasiado alejada de su padre y que yo mismo pueda estar cerca de ti siempre, para servirte. Y yo, por mi parte, me encargo de que sea construido ese palacio lo más pronto posible». Y el sultán contestó: «¡Ah hijo mío, tú no tienes necesidad de pedirme ese permiso! Toma frente a mi palacio todo el terreno que necesites. ¡Pero yo te ruego que te des prisa en edificar ese palacio, pues yo quisiera gozar de posteridad de mi descendencia antes de fallecer!». Y Aladino sonrió y dijo: «Que el rey sosiegue su espíritu a este respecto. ¡El palacio será edificado con la mayor diligencia que pudiera esperarse!». Y él se despidió del sultán, que lo abrazó tiernamente, y regresó a su casa con el mismo cortejo que le había acompañado, entre las aclamaciones del pueblo y los votos de felicidad y prosperidad. En el momento en que estuvo en su casa puso a su madre al corriente de todo lo que había tenido lugar y se avivó a retirarse, completamente solo, a su cámara. Y él tomó la lámpara maravillosa y la frotó como de costumbre.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS VEINTIUNA

Ella dijo:

—Y el *efrit* no descuidó en presentarse y ponerse a sus órdenes. Y Aladino le dijo: «¡Oh *efrit* de la lámpara!, yo tengo primero que alabarte por el celo que has evidenciado en mi servicio. Y a continuación yo tengo que solicitar de ti alguna cosa más difícil de realizar que cuanto hiciste por mí hasta hoy, en virtud del poder que ejercen sobre ti las virtudes de tu señora, esta lámpara que yo tengo en mi poder. Mira lo que es: yo quiero que; en el plazo más corto posible, tú me edifiques, enfrente mismo del palacio del sultán, un palacio que sea digno de mi esposa, Sett Badru'l-Budur. Y para ello, yo dejo a tu buen gusto y a tus conocimientos, ya demostrados, el cuidado de todos los detalles de ornamentación y la elección de los valiosos materiales, tales como piedras de jade, de pórfido, de alabastro, de ágata, de lazulita, de mármol, de jaspe y de granito. Ten cuidado solamente de elevarme, en medio de este palacio, un gran domo de cristal construido sobre columnas de oro macizo y de plata, alternativamente, y horadado por noventa y nueve ventanas adornadas de diamantes, de rubíes, de esmeraldas y de otras piedras preciosas, pero cuidando de que la ventana noventa y nueve quede incompleta, no en cuanto a su arquitectura, sino en su adorno. Pues yo tengo un proyecto sobre ello. Y no olvides de trazar un hermoso jardín, con fuentes y surtidores y corrientes. Y, sobre todo, ¡oh *efrit*!, llévame a un subterráneo, cuyo emplazamiento me indicarás, un abundante tesoro repleto de dinares de oro. Y para todo lo demás, así como para las cocinas, caballerizas y los servidores, yo te dejo en plena libertad, fiándome de tu sagacidad y buen querer». Y él agregó: «¡En el momento en que todo esté listo, tú vendrás a avisarme!». Y el *genni* respondió: «¡Yo escucho y obedezco!». Y desapareció. Ahora bien, al día siguiente, al apuntar el día, y estando todavía Aladino acostado, apareció ante él el *efrit* de la lámpara, quien, después de los *salams* de costumbre, díjole: «¡Oh dueño de la lámpara, tus órdenes están cumplidas! ¡Y yo te ruego qué vengas a comprobar la realización!». Y Aladino aceptó y el *efrit* le condujo al momento al lugar designado por él y le mostró, frente al palacio del sultán, en medio de un magnífico jardín y precedido de estanques de mármol de gran tamaño, un palacio mucho más bello de lo que él esperaba. Y el *genni*, después de haberle hecho admirar la arquitectura y el aspecto general, le hizo visitar con detenimiento todos los lugares. Y Aladino comprobó que las cosas habían sido realizadas con un fausto, un esplendor y una magnificencia inimaginables; y él halló, en un inmenso subterráneo, un tesoro que llegaba hasta el abovedado, formado por sacos repletos de oro. Y visitó igualmente las cocinas, los servicios, los depósitos de provisiones y las caballerizas,

encontrándolo todo de su gusto, en una gran nitidez; y admiró los caballos y las yeguas, que comían en pesebres de plata, en tanto que los palafreneros los cuidaban y los curaban. Y pasó revista a los esclavos de uno y otro sexo y a los eunucos, colocados en buen orden, según la importancia de sus funciones. Y cuando lo hubo visto todo y todo examinado, se dirigió al *efrit* de la lámpara, que solo era visible para él y que le acompañaba a todas partes, y le felicitó por la diligencia, el buen gusto y la inteligencia de que había dado pruebas en esta obra perfecta. Luego agregó: «Solamente olvidaste, ¡oh *efrit*!, el extender desde la puerta de mi palacio al del sultán, un gran tapiz que permita a mi esposa no cansarse los pies al atravesar la separación». Y el *genni* respondió: «¡Oh dueño de la lámpara, llevas razón! ¡Pero en un instante eso estará hecho!». Y, en efecto, en un guiñar de ojos, un magnífico tapiz de velludo se halló extendido entre el palacio de Aladino y el del sultán, con colores que se unían a las mil maravillas a todos los del césped y a los de las cestas. Entonces Aladino, en el límite de la satisfacción, dijo al *efrit*: «¡Ahora todo está perfecto! ¡Llévame a la casa!». Y el *efrit* lo levantó y lo transportó a su habitación, en tanto que en el palacio las gentes de servicio comenzaron a abrir las puertas para dirigirse a sus ocupaciones. Ahora bien, en el momento en que fueron abiertas las puertas, los esclavos y los porteros quedaron todos estupefactos, comprobando que la vista estaba completamente cerrada de la parte en donde todavía el día anterior se veía un inmenso *meidan* para los torneos y las cabalgadas. Y ellos vieron primero el magnífico tapiz de velludo que se extendía entre los céspedes tiernos y maridaba sus colores con los tintes naturales de las flores y de los arbustos. Y percibieron entonces, al seguir con la mirada a este tapiz a través del césped de ese milagroso jardín, el soberbio palacio construido con piedras preciosas y cuyo domo de cristal brillaba como el sol. Y no sabiendo qué pensar, fueron a dar cuenta de la cosa al gran visir, quien, a su vez, y luego de haber mirado hacia el lado del nuevo palacio, fue a prevenir al sultán, de la nueva cosa, diciéndole: «¡No hay duda, oh rey del tiempo! ¡El esposo de Sett Badru'l-Budur es un mago insigne!». Pero el sultán le respondió: «¡Tú me extrañas mucho, oh visir, queriendo insinuarme que el palacio de que me hablas es obra de la magia! ¡Tú bien sabes, sin embargo, que el hombre que me ha hecho el don de presentes tan maravillosos es muy capaz, mediante las riquezas que él debe poseer y el considerable número de obreros que ha debido emplear, gracias a su fortuna, de construir todo un palacio en una sola noche! ¿Por qué, pues, te niegas a creer que él haya obtenido este resultado por medio de las fuerzas naturales? ¿Y no es eso más bien la envidia, que te ciega y te hace juzgar mal de los hechos, y te impulsa a menospreciar a mi yerno Aladino?». Y el visir, comprendiendo por estas palabras que el sultán amaba a Aladino, no se atrevió a insistir por temor a perjudicarse a sí mismo, y se hizo el mudo por prudencia. Dejémoslo.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS VEINTIDÓS

Ella dijo:

—En cuanto a Aladino, en el momento en que este fue transportado a su vieja casa por el *efrit* de la lámpara, dijo a una de las doce esclavas adolescentes que fuese a despertar a su madre y dio a todas la orden de ponerle uno de los bellos vestidos que ellas habían traído y de adornarla lo mejor que pudieran. Y cuando su madre fue vestida como él deseaba, le dijo que había llegado el momento de ir al palacio del sultán para recoger a la recién casada y llevarla al palacio que él le había hecho construir. Y la madre de Aladino, después de haber recibido a este respecto todas las instrucciones necesarias, salió de su casa acompañada de sus doce esclavas. Y fue muy pronto seguida por Aladino, a caballo, rodeado de su cortejo. Pero, llegados a una cierta distancia del palacio, se separaron para ir Aladino a su nuevo palacio y su madre al del sultán. Ahora bien, en el momento en que los guardias del sultán percibieron a la madre de Aladino en medio de las doce esclavas que le formaban cortejo, corrieron a avisar al sultán, el que se apresuró a ir a su encuentro. Y él la recibió con las señales del respeto y las consideraciones debidas a su rango. Y dio orden al jefe de los eunucos que la introdujeran en el harén, cerca de Sett Badru'l-Budur. Y en el instante en que la princesa la vio y supo que era la madre de su esposo, se levantó en su honor y fue a abrazarla. Luego ella le hizo sentarse a su lado y la regaló con diversas confituras y golosinas y terminó de hacerse vestir por sus criadas y adornar con las joyas más valiosas que le había regalado su esposo Aladino. Y poco después entró el sultán y pudo, por vez primera y merced al reciente parentesco, ver al descubierto el rostro de la madre de Aladino. Y él observó, por la delicadeza de sus rasgos, que debió de ser muy agraciada en su juventud y que ahora, vestida como lo estaba con un hermoso traje y arreglada de modo conveniente, tenía mucho mejor aire que muchas princesas y esposas de visires y de emires. Y él le hizo muchos cumplimientos sobre ello: lo que alcanzó y conmovió profundamente el corazón de la pobre esposa del difunto sastre Mustafá, por tanto tiempo desgraciada, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Luego se pusieron los tres a conversar con toda cordialidad, haciendo de esa forma más amplio el conocimiento, hasta la llegada de la sultana, madre de Badru'l-Budur. Ahora bien, la vieja sultana estaba lejos de ver con buen ojo este matrimonio de su hija con el hijo de gentes desconocidas y ella era del partido del gran visir, quien continuaba, en secreto, estando muy mortificado del buen giro que el asunto tomaba en su detrimento. Sin embargo, a pesar del deseo que de hacerlo tenía, no se atrevió a ponerle demasiada mala cara a la madre de Aladino; y, luego de los *salams* de una parte y de otra, ella se sentó con los otros, sin interesarse,

sin embargo, en la conversación. Cuando llegó el momento de los adioses para la ida al nuevo palacio, la princesa Badru'l-Budur se levantó y abrazó con mucha ternura a su padre y a su madre, mezclando sus besos con muchas lágrimas, por la circunstancia. Luego, sostenida por la madre de Aladino, que se mantenía a su izquierda, y precedida de diez eunucos vestidos con sus trajes de ceremonia, y seguida de cien jóvenes esclavas vestidas con magnificencia de libélulas, se puso en marcha hacia el nuevo palacio, en medio de dos filas de cuatrocientos esclavos jóvenes, blancos y negros alternados, situados entre los dos palacios, que llevaban cada uno un candelabro de oro en donde ardía una gran candela de ámbar de alcanfor blanco. Y, lentamente, la princesa avanzó por entre el cortejo, atravesando el tapiz de velludo, en tanto que a su paso se dejaba oír un concierto admirable, tanto en las avenidas del jardín como sobre lo alto de las terrazas del palacio de Aladino. Y, a lo lejos, resonaban las aclamaciones de todo el pueblo, que corrió a los alrededores de los dos palacios, y mezclaba su rumor de contento a toda esta gloria. Y la princesa acabó por llegar a la entrada del nuevo palacio, en donde la esperaba Aladino. Y él llegó sonriente a su encuentro; y ella quedó encantada de verlo tan bello y tan brillante. Y entró con él en la sala del festín, bajo el gran domo de las ventanas de pedrerías. Y se sentaron los tres ante las bandejas de oro servidas por el esmero del *efrit* de la lámpara; y Aladino estaba sentado en medio, entre su esposa, a la derecha, y su madre, a la izquierda. Y comenzaron su comida, a los sones de una música que no se veía y que era entonada por un *carde efrits* de uno y otro sexo. Y Badru'l-Budur, encantada de cuanto veía y oía, se decía para sí misma: «¡En mi vida imaginé cosas tan maravillosas!». E incluso ella se detuvo en su comida para escuchar mejor los cantos y el concierto de los *efrits*. Y Aladino y su madre no cesaban de servirle y de escanciarle bebidas, de las que, por otra parte, ella podía prescindir, dado que estaba ya ebria de arrobamiento. Y esta fue para ellos una jornada espléndida, que no había tenido su paralelo en los tiempos de Iskandiar y de Soleimán.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS VEINTITRÉS

Ella dijo:

—Y cuando llegó la noche y fue servida la cena, entró al momento en la sala del domo un conjunto de danzarinas, que estaba formado por cuatrocientas adolescentes, hijas de *mareds* y de *efrits*, vestidas como flores y ligeras como pájaros. Y a los sones de una música aérea, se pusieron a danzar varias clases de motivos y de pasos de baile como únicamente se puede ver en las regiones del paraíso. Y fue entonces

cuando se levantó Aladino y, tomando a su esposa de la mano, se encaminó con ella, con cadencioso paso hacia la cámara nupcial. Y las esclavas adolescentes, precedidas por la madre de Aladino, los siguieron en buen orden. Y se desvistió a Badru'l-Budur; y solo se le puso sobre el cuerpo justo lo necesario para la noche. Y ella apareció así semejante a un narciso que sale de su cáliz. Y, luego de haberles deseado las delicias y la alegría, se los dejó solos en la cámara nupcial. Y Aladino, en el límite de la felicidad, pudo unirse, al fin, a Badru'l-Budur, la hija del rey. Y su noche, lo mismo que su jornada, no tuvo semejante en los tiempos de Iskandiar y de Soleimán. Al día siguiente, después de toda una noche de delicias, Aladino salió de los brazos de su esposa Badru'l-Budur, para, al momento, hacerse revestir con un vestido más magnífico que el de la víspera y se dispuso a ir a ver al sultán. Y él se hizo traer un soberbio caballo de las caballerizas instaladas por el *efrit* de la lámpara, lo montó y se dirigió hacia el palacio del padre de su esposa, rodeado de una escolta de honor. Y el sultán lo recibió con las muestras del más viejo regocijo, y le abrazó y le pidió con mucho interés nuevas de él y de Badru'l-Budur. Y Aladino le dio la respuesta que él precisaba, y le dijo: «Yo vengo sin tardanza, ¡oh rey del tiempo!, a invitarte para que vengas hoy a iluminar mi morada con tu presencia y a compartir con nosotros la primera comida después de la boda. Y te ruego que te hagas acompañar en tu visita al palacio de tu hija, del gran visir y de los emires». Y el sultán, para demostrar bien su estima y su afecto, no puso dificultad alguna en aceptar la invitación, y se levantó al instante y, seguido del gran visir y de sus emires, salió con Aladino. A medida que el sultán se acercaba al palacio de su hija, aumentaba considerablemente su admiración y se hacían más vivas, más acentuadas y más frecuentes sus exclamaciones. Y todo esto cuando él se hallaba todavía en el exterior del palacio. Pero, cuando entró, ¡qué sorpresa! ¡Él solo veía por todas partes esplendores, suntuosidades, riquezas, buen gusto, armonía y magnificencia! Y lo que acabó de deslumbrarle fue la sala del domo de cristal, de la que no dejaba de admirar su aérea arquitectura y su ornamentación. Y quiso contar el número de ventanas enriquecidas de pedrerías y comprobó que, en efecto, eran en número de noventa y nueve, ni una más ni una menos. Y se asombró enormemente. Pero observó igualmente que la ventana noventa y nueve había quedado inacabada y no tenía ninguna clase de adorno; y, muy sorprendido, se dirigió a Aladino y le dijo: «¡Oh hijo mío Aladino, aquí está ciertamente el palacio más maravilloso que haya existido jamás sobre la superficie de la tierra! ¡Y yo estoy maravillado de todo cuanto veo! Pero ¿quieres tú decirme el motivo que te ha impedido terminar el trabajo de esta ventana que, por su imperfección, deslucе la belleza de sus otras hermanas?». Y Aladino sonrió y respondió: «¡Oh rey del tiempo!, yo te ruego que no creas que sea debido a olvido o economía, o por mero descuido, el que yo haya dejado esa ventana en el imperfecto estado en que la ves; pues ha sido intencionadamente. Y el motivo ha sido el de dejar a tu alteza el cuidado de terminar este trabajo, para sellar de este modo en la piedra de esta palacio tu nombre glorioso y el recuerdo de tu reinado. Por esto te suplico que culmines la construcción de esta

morada, con tu consentimiento, la que por muy idónea que sea queda indigna de los méritos de tu hija, mi esposa». Y el rey, halagado en extremo por esta delicada atención de Aladino, le dio las gracias y quiso que ese trabajo comenzara al instante. Y a este efecto, dio orden a sus guardias de hacer venir a palacio sin tardanza a los más hábiles joyeros y a los mejores dotados en cuanto al dispositivo en pedrería, para terminar las incrustaciones de la ventana. Y en espera de su llegada, fue a ver a su hija y le pidió noticias de su primera noche de bodas. Y nada más que con la sonrisa que ella le mostró y con su aire satisfecho, comprendió que sería superfluo insistir. Y él abrazó a Aladino y le felicitó mucho, y fue con él al comedor en donde estaba preparada la comida con todo el esplendor que convenía. Y él comió de todo y comprobó que las comidas eran las más excelentes que jamás gustara, y que el servicio era muy superior al de su palacio, y que la vajilla y los accesorios eran del todo admirables.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS VEINTICUATRO

Ella dijo:

—En el intervalo llegaron los joyeros y los orfebres que los guardias fueron a requerir por toda la ciudad; y se fue a avisar al rey, que al momento subió al domo de las noventa y nueve ventanas. Y el monarca mostró a los orfebres la ventana inacabada y les dijo: «Es preciso que, en el plazo más corto, terminéis el trabajo que precisa esta ventana, en cuanto a las incrustaciones de perlas y de piedras preciosas de todos los colores». Y los orfebres y los joyeros respondieron con el oído y la obediencia y se pusieron a examinar con mucha minuciosidad el trabajo y las incrustaciones de las otras ventanas, mirándose entre sí con los ojos muy dilatados por el asombro. Y después de haberse concertado entre ellos, volvieron junto al sultán y, luego de las genuflexiones, le dijeron: «¡Oh rey del tiempo, nosotros no tenemos en nuestras tiendas, a pesar de todos nuestros lotes de piedras preciosas, con qué adornar la centésima parte de esta ventana!». Y el rey dijo: «Yo os facilitaré todo cuando preciséis». E hizo traer las frutas en piedras preciosas que Aladino le diera como presente, y les dijo: «¡Emplead lo necesario y devolvedme el resto!». Y los joyeros tomaron sus medidas e hicieron sus cálculos, repitiéndolos varias veces, y le dijeron: «¡Oh rey del tiempo!, todo esto que tú nos das y todo lo que nosotros poseemos, no bastará para ornamentar la décima parte de la ventana». Y el rey se volvió a sus guardias y les dijo: «¡Id a invadir las casas de mis visires, grandes y pequeños, y de todos los ricos de mi reino, y haced que os entreguen, de grado o de fuerza, todas las

piedras preciosas que ellos posean!». Y los guardias se apresuraron a cumplimentar la orden. Ahora bien, en espera de su regreso, Aladino, que veía bien que el rey comenzaba a inquietarse sobre el desarrollo de la empresa y que él mismo, en su interior, se regocijaba en extremo con la cosa, quiso distraerle mediante un concierto. E hizo una indicación a uno de los jóvenes *efrits*, sus esclavos, que al momento hizo que pasara un grupo de cantoras tan bellas que cada una de ellas podía decir a la luna: «¡Levántate para que yo ocupe tu lugar!», y dotadas de una voz encantadora que podía decir al ruiseñor: «¡Cállate para oírme cantar!». Y, en efecto, ellas lograron con su armonía que el rey cobrase algo de paciencia. En el momento en que regresaron los guardias, el rey entregó en seguida a los joyeros y a los orfebres las piedras preciosas que procedían del despojo a las gentes ricas en cuestión y les dijo: «Bien, ¿qué decís ahora?». Ellos respondieron: «¡Por Alá; oh nuestro señor, estamos aún muy lejos del logro! Necesitamos ocho veces más de lo que de materiales poseemos ahora. Además, para ejecutar bien este trabajo, precisamos, por lo menos, tres meses de plazo, trabajando en la obra de día de noche». Al oír estas palabras, el rey alcanzó el límite del desaliento y de la perplejidad y sintió que su nariz se alargaba hasta sus pies de la vergüenza que sentía de verse impotente en circunstancias tan penosas para su amor propio. Entonces Aladino, no queriendo prolongar más la prueba a que él le sometía, y, dándose por satisfecho, se volvió hacia los orfebres y joyeros y les dijo: «¡Tomad lo que os pertenece y salid!». Y dijo a los guardias: «¡Devolved esas piedras preciosas a sus dueños!». Y él dijo al rey: «¡Oh rey del tiempo, yo no he de tomarte lo que una vez te hube dado! Yo te ruego, por tanto, que aceptes el que yo te restituya estos frutos de pedrerías, y que te reemplace en cuanto resta por hacer para terminar bien la ornamentación de esta ventana. ¡Yo te ruego solamente que me aguardes en el apartamiento de mi esposa Badru'l-Budur, pues no puedo trabajar ni dar orden alguna en tanto que sé que se me mira!». Y el rey se retiró al lado de su hija Badru'l-Budur para no enojar a Aladino. Entonces Aladino sacó del fondo de un armario de nácar la lámpara maravillosa, que él se había guardado muy bien de olvidar durante el traslado de su antigua casa al palacio; y la frotó según tenía por costumbre hacer. Y al instante apareció el *efrit* e, inclinándose ante Aladino, esperó sus ordenes. Y Aladino le dijo: «¡Oh *efrit* de la lámpara, te he llamado para que hagas la ventana noventa y nueve en todos sus puntos iguales que sus hermanas!». Y apenas había formulado esta demanda cuando el *efrit* desapareció. Y Aladino oyó como una infinidad de martillazos y de ruidos de lima sobre la ventana en cuestión; y en menos tiempo del que se precisa para apurar un vaso de agua fresca, él vio aparecer y mostrarse terminada la ornamentación en piedras preciosas de la ventana. Y no pudo diferenciarla de las otras. Y fue a buscar al sultán y le rogó que le acompañara a la sala del domo. Cuando el sultán llegó frente a la ventana que había visto imperfecta momentos antes, creyó haberse equivocado, al no reconocerla. Pero, cuando, después de haber dado varias veces la vuelta al domo, hubo comprobado que el trabajo había sido realizado en tan poco tiempo, en tanto que todos los joyeros y orfebres reunidos

habían solicitado tres meses de plazo enteros para acabarlo, alcanzó el límite del asombro y besó a Aladino en los ojos.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS VEINTICINCO

Dijo Schehrazada:

—Y le dijo: «¡Ah, Aladino, hijo mío, cuanto más te conozco, más admirable te encuentro!». Y él envió a buscar al gran visir, y le señaló con el dedo la maravilla que le exaltaba y le dijo: «¡Bien!, visir, después de esto, ¿qué piensas tú?». Y el visir, que no olvidaba su antiguo rencor, quedó cada vez más persuadido, viendo la cosa, de que Aladino era un hechicero, un hereje y un filósofo alquimista. Pero se guardó muy bien de dejar traslucir sus pensamientos al sultán, que él sabía muy afecto a su nuevo yerno, y sin entrar en contestación con él, le dejó en su arrobamiento y se contentó con responder: «¡Alá es él más grande!». Desde este día, el sultán no omitió el ir a pasar cada tarde, luego del *diván*, algunas horas en compañía de su yerno Aladino y de su hija Badru'l-Budur, para contemplar las maravillas del palacio, en el que cada vez hallaba nuevas cosas, más admirables que las anteriores, y que le maravillaban y le transportaban. En cuanto a Aladino, este, en lugar de dejarse engreír o debilitar por su nueva vida, cuidó de dedicarse, durante las horas que no pasaba con su esposa Badru'l-Budur, a hacer el bien en torno a él y a informarse de las gentes pobres para socorrerlas. Pues no olvidaba su antigua condición y la miseria en que había vivido, con su madre, durante los años de su infancia. Y, además, cada vez que él salía a caballo, se hacía escoltar por algunos esclavos quienes, cumpliendo órdenes suyas, no dejaban de arrojar, en todos los recorridos, puñados de dinares de oro a la muchedumbre concentrada. Y todos los días, después de la comida del mediodía y la de la noche, hacía distribuir a los pobres los restos de su mesa, que bastaban para alimentar a más de cinco mil personas. Así, pues, su conducta tan generosa y su bondad y su modestia le alcanzaron el afecto de todo el pueblo y atrajeron sobre él las bendiciones de todos los habitantes. Y no había ni uno que no jurase por su nombre y por su vida. Pero lo que acabó de hacerle conquistar los corazones y poner en la cumbre su renombre, fue una gran victoria que él consiguió contra las tribus insurreccionadas contra el sultán, en cuya intervención dio pruebas de un inusitado valor y de cualidades guerreras que dejaban tamañas las de los héroes más famosos. Y Badru'l-Budur lo amó cada vez más y se felicitó en progresión de su feliz destino que le había dado como esposo al único hombre que la merecía. Y Aladino vivió de ese modo varios años de perfecta felicidad, entre su esposa y su madre, rodeado del afecto y devoción de grandes y de pequeños, más amado y respetado que el mismo sultán, quien, además, continuabateniéndolo en alta estima y testimoniando hacia él una admiración ilimitada. Pero dejemos ahora a Aladino. En cuanto al mago mogrebino, en quien se encontraba el origen de todos estos acontecimientos y que,

sin quererlo, había sido la causa inicial de la fortuna de Aladino, veamos. Cuando él dejó a Aladino en el subterráneo para hacerle morir de hambre y de sed, volvió a su país, al fondo del lejano Mogreb. Y él pasó todo este tiempo entristeciéndose del mal giro de su expedición y lamentando los trabajos y las fatigas que había pasado tan vanamente para conquistar la lámpara maravillosa. Y pensaba en la fatalidad que le había arrebatado de la boca el bocado que él había tenido tanto cuidado en confeccionar. Y no pasaba un día sin que el recuerdo lo llenara de amargura por las cosas que se le venían a la memoria, y maldijo a Aladino y el momento en que había encontrado a Aladino. Y terminó un día en que estaba más dominado que nunca por este tenaz rencor, por tener la curiosidad de saber los detalles de la muerte de Aladino. Y a este efecto, y como él era muy versado en la geomancia, tomó su tabla de arena adivinatoria, que sacó del fondo de un armario, se sentó sobre una estera cuadrada, en el centro de un círculo trazado en rojo, igualó la arena, colocó los puntos machos y los puntos hembras, las madres y los hijos, masculló las fórmulas geománticas, y dijo: «¡Veamos, oh arena, veamos! ¿Qué ha sido de la lámpara maravillosa? ¿Y cómo murió ese hijo del alcahuete, ese bribón que se llamaba Aladino?». Y acabadas de pronunciar esas palabras, agitó la arena según el rito. Y he aquí que se formaron las figuras y que el horóscopo quedó formado. Y el mogrebino, en el límite de la estupefacción descubrió, sin dudar un instante, luego del examen detallado de las figuras del horóscopo, que Aladino no había muerto sino que vivía, que era el dueño de la lámpara maravillosa, y que estaba en el esplendor, la riqueza y los honores, casado con la princesa Badru'l-Budur, hija del rey de la China, a la que él amaba y a quien ella amaba, y que, en fin, él solo era conocido por todo el imperio de la China y hasta las fronteras del mundo, bajo el nombre del emir Aladino. Cuando el mago, por las operaciones de su geomancia y de su impiedad hubo conocido esas cosas que él estaba muy lejos de esperar, espumeó de rabia y escupió en el aire y en la tierra, diciendo: «¡Yo escupo en tu cara, oh hijo de bastardos y de zorruelas! ¡Yo me meo en tu cabeza, oh Aladino, el alcahuete, oh perro, hijo de perro, oh pájaro de horca, oh cara de pez y de alquitrán!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS VEINTISÉIS

Ella dijo:

—Y se puso, durante una hora de tiempo, a escupir al aire y a la tierra, a pisotear a un imaginario Aladino, y a acribillarlo de juramentos y de insultos de todas clases, hasta que se calmó un poco. Pero entonces decidió, costara lo que costara, vengarse

de Aladino y hacerle expiar las dichas de que gozaba a su costa por la posesión de esa lámpara maravillosa que le había costado, a él el mago, tantos esfuerzos y tantos trabajos inútiles. Y, sin titubear un instante, se puso en camino para la China. Y, como la rabia y el deseo de venganza le ponían alas, viajó sin detenerse, meditando extensamente sobre los mejores medios a emplear para terminar con Aladino; y no tardó en llegar a la capital del reino de China. Y descendió en un *khan* en donde alquiló una vivienda. Y, desde el día siguiente, se puso a visitar los lugares públicos y los sitios más frecuentados y por todas partes oyó hablar del emir Aladino, de la belleza del emir Aladino, de la generosidad del emir Aladino y de la magnificencia del emir Aladino. Y él se dijo: «¡Por el fuego y por la luz, que bien pronto este nombre no será pronunciado sino en su sentencia de muerte!». Y de este modo llegó ante el palacio de Aladino, y exclamó viendo su imponente aspecto: «¡Ah!, ¡ah!, es ahí en donde habita ahora el hijo del sastre Mustafá, aquel que no tenía un pedazo de pan al final de la jornada. ¡Ah!, ¡ah!, Aladino, tú verás muy pronto si mi destino no vencerá al tuyo, y si yo no obligaré a tu madre a hilar como en otro tiempo, la lana para no morir de hambre, y si no cavaré con mis propias manos la fosa adonde irá a llorarte». Luego se acercó a la puerta principal de palacio y, tras de haber trabado conversación con el portero, logró saber de él que Aladino se había ido de caza por unos días. Y pensó: «¡He aquí ya el comienzo de la caída de Aladino! ¡Yo voy a poder obrar aquí más libremente durante su ausencia! Pero es necesario que yo sepa, ante todo, si Aladino se ha llevado con él la lámpara a la caza o si la ha dejado en el palacio». Y se apresuró a regresar a su cámara del *khan*, en donde tomó su tabla geomántica y la consultó. Y el horóscopo le reveló que la lámpara había sido dejada en el palacio por Aladino. Entonces el mogrebino, ebrio de alegría, marchó al zoco de los caldereros y entró en la tienda de un mercader de linternas y de lámparas de cobre y le dijo: «¡Oh mi señor!, tengo necesidad de una docena de lámparas de cobre nuevas todas y muy bruñidas». Y el mercader contestó: «Tengo todo lo que precises». Y él colocó ante el mago doce lámparas muy brillantes, y le dijo el precio, que el mago pagó sin regatear. Y las tomó y las colocó en un cesto que había comprado a un cesterero. Y salió del zoco. Y él recorrió las calles con el cesto de las lámparas al brazo y gritando: «¡Lámparas nuevas! ¡Las lámparas nuevas! ¡Yo cambio lamparas nuevas por viejas! ¡Quien quiera este cambio, venga a tomar la nueva!». Y él se dirigió de esta manera hacia el palacio de Aladino. Sucedió que, desde el momento en que los pilluelos callejeros oyeron este grito no frecuente y vieron el ancho turbante del mogrebino, se detuvieron a contemplarle y le rodearon en grupo. Y se pusieron a saltar detrás del mogrebino silbándole y gritando a coro: «¡Oh el loco! ¡Oh el loco!». Pero él, sin prestar la menor atención a sus picardías continuó lanzando su grito con el que dominaba el abucheamiento: «¡Lámparas nuevas! ¡Las lamparas nuevas! ¡Yo cambio lámparas nuevas por viejas! ¡Quien quiera este cambio, venga a tomar la nueva!». Y de esta forma llegó, seguido por la turba ululante de los pequeños, a la plaza que se extendía delante de la puerta del palacio, y se puso a recorrerla de un

extremo a otro, para volver de nuevo sobre sus pasos y recomenzar, repitiendo sin cesar su pregón y cada vez con más fuerza. Y lo hizo de tal modo que la princesa Badru'l-Budur, que en ese momento se hallaba en la sala de las noventa y nueve ventanas, oyó este desacostumbrando rumor y abrió una de las ventanas y miró a la calle. Y ella vio a la muchedumbre gamberreante y gritona de los pilluelos y oyó el extraño pregón del mogrebino. Y se puso a reír. Y sus mujeres oyeron igualmente el pregón y la acompañaron en su risa. Y una de ellas le dijo: «¡Oh mi señora!, precisamente he visto hoy, sobre un taburete, limpiando la cámara del señor Aladino, una lámpara vieja de cobre. Permíteme, pues, ir a cogerla y enseñársela al mogrebino para ver si es realmente tan loco como su pregón nos lo da a entender, y si consiente en cambiárnosla por una lámpara nueva». Ahora bien, la lámpara vieja a que se refería esa esclava era precisamente la lámpara maravillosa de Aladino. Y por una desventura escrita por el destino, él había olvidado antes de marchar el encerrarla en el armario de nácar en que ordinariamente la tenía escondida, y la había dejado sobre el taburete. Pero ¿se puede luchar contra los decretos del destino? La princesa Badru'l-Budur ignoraba completamente la existencia de esa lámpara y sus maravillosas virtudes. Por ello no vio inconveniente alguno en el cambio de que le hablaba su esclava, y respondió: «¡Sí, desde luego! Coge esa lámpara y llévala al *agha* de los eunucos». Y el *agha* bajó al momento a la plaza, llamó al mogrebino, le enseñó la lámpara que llevaba y le dijo: «Mi señora desea cambiar esta lámpara que ves por una de las nuevas que tú llevas en el cesto». Cuando el mago vio la lámpara, la reconoció al primer vistazo y se puso a temblar de emoción. Y el eunuco le dijo: «¿Qué te pasa? Pueda ser que juzgues esta lámpara demasiado vieja para cambiarla». Mas el mago, que ya había logrado dominar su agitación, tendió la mano con la celeridad del buitre que cae sobre la tórtola, cogió la lámpara que le ofrecía el eunuco y la hizo desaparecer en su seno. Luego le presentó el cesto al eunuco, diciéndole: «¡Toma la que más te agrade!».

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS VEINTISIETE

Ella dijo:

—Y el eunuco escogió una lámpara bien bruñida y nueva, y se apresuró a llevarla a su señora Badru'l-Budur, riendo a carcajadas y burlándose de la locura del mogrebino. Y hasta aquí lo referente al *agha* de los eunucos y el cambio de la lámpara maravillosa, durante la ausencia de Aladino. En cuanto al mogrebino, este

echó a correr en seguida, lanzando su cesto con su contenido a la cabeza de los galopines que continuaban abucheándolo, para impedirles que le siguieran. Y desembarazado de ese modo, atravesó el recinto de los palacios y de los jardines y se lanzó por las callejuelas de la ciudad, haciendo mil rodeos a fin de que se perdiera su huella por aquellos que hubieran podido seguirle. Y cuando llegó a un barrio completamente solitario, sacó la lámpara de su seno y la frotó. Y el *efrit* de la lámpara respondió a esta llamada, presentándose al momento delante de él y diciéndole: «¡Heme aquí entre tus manos, soy tu esclavo! ¡Habla! ¿Qué es lo que quieres? ¡Yo soy el servidor de la lámpara, y si es en el aire vuelo y si es en la tierra me arrastro!». Pues el *efrit* obedecía indistintamente a quienquiera que fuese el poseedor de esta lámpara, aunque, como el mago, se hallase en la vía de la maldad y de la perdición. Entonces le dijo el mogrebino: «¡Oh *efrit* de la lámpara, yo te ordeno que eleves el palacio que tú has edificado para Aladino y lo transportes con todos los enseres y todas las cosas que contiene a mi país, que tú conoces, al fondo del Mogreb, entre los jardines!». Y el *mared* esclavo de la lámpara respondió: «¡Yo escucho y obedezco! ¡Cierra un ojo y abre el otro, y tú te encontrarás en tu país, en medio del palacio de Aladino!». Y, efectivamente, en un abrir y cerrar de ojos, todo fue hecho. Y el mogrebino se encontró transportado, con el palacio de Aladino, en medio de su país, en el Mogreb africano. Y ahora lo dejaremos. Pero en lo que se refiere al sultán padre de Badru'l-Budur, veamos. Cuando él se levantó por la mañana, salió de su palacio para ir, según su costumbre, a visitar a su hija, a la que él amaba. Y él solo vio, en la plaza en donde se levantaba el maravilloso palacio, un extenso *meidan* cortado por las zanjas vacías de las cimentaciones. Y, en el límite de la perplejidad, no acertó a saber si había perdido la razón; y se puso a restregarse los ojos para darse mejor cuenta de cuanto veía. Y comprobó que con la claridad del sol saliente y la limpidez de la mañana no había medio de equivocarse, y que el palacio no estaba allí. Pero quiso convencerse mejor de esta enloquecedora realidad y subió al piso superior y abrió la ventana que daba al jardín de su hija. Y no vio palacio, ni huella de palacio, ni jardines ni trazas de jardines, nada más que un inmenso *meidan* en el que los caballeros, a no ser por las zanjas, hubieran podido justar a su placer. Entonces, el desgraciado padre, destrozado de ansiedad, se puso a restregar sus manos y a mesarse la barba, llorando, aun cuando no podía darse cuenta de la naturaleza y de la extensión de su desgracia. Y en tanto que él estaba desplomado en su diván, entró su gran visir para anunciarle, según la costumbre, la apertura de la sesión de justicia. Y el sultán le dijo: «¡Acércate!». Y el visir se aproximó y el sultán le dijo: «¿Qué ha sido del palacio de mi hija?». Él dijo: «¡Qué Alá guarde al sultán, pero yo no sé qué quiere decir!». El sultán replicó: «¡Se diría, oh visir, que tú no estás al corriente de este triste asunto!». Él respondió: «¡Desconozco, oh mi señor, por Alá, la cuestión de que me hablas!». Él dijo: «¡Entonces es que no has mirado hacia el palacio de Aladino!». El visir dijo: «Yo estuve ayer tarde paseándome por los jardines que lo rodean y no observé nada de particular, excepto que la puerta principal estaba cerrada

a causa de la ausencia del emir Aladino». Él dijo: «En ese caso, ¡oh visir!, mira por esta ventana y dime si no observas nada de particularmente singular en este palacio del que viste ayer cerrada su puerta principal». Y el visir se asomó y miró, pero fue para elevar los brazos al cielo y gritar: «¡Alejado sea el maligno!». Luego se volvió hacia el sultán y le dijo: «Y ahora, ¡oh mi señor!, ¿te niegas a creer que este palacio, del que tú tanto admirabas la arquitectura y la ornamentación, era otra cosa que la obra de la más admirable hechicería?». Y el sultán bajó la cabeza y reflexionó durante una hora de tiempo. Luego se levantó y su rostro se mostraba henchido de furor. Y gritó: «¿En dónde está ese infame, ese aventurero, ese mago, ese impostor, ese hijo de mil perros que se llama Aladino?». Y el visir, con el corazón dilatado de triunfo, respondió: «Está ausente, de caza, pero ha anunciado su regreso para hoy, antes de la plegaria de mediodía. Y si tú quieres, yo mismo me encargo de informarme por él qué es lo que ha sido del palacio con su contenido». Y el rey volvió a gritar: «¡No, por Alá! ¡Es necesario que se le trate como a los ladrones y a los mentirosos! ¡Que vayan los guardias y me lo traigan cargado de cadenas!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS VEINTIOCHO

Ella dijo:

—Al momento salió el gran visir a comunicar al jefe de los guardias la orden del sultán, instruyéndole sobre la forma con que había de proceder para que Aladino no lograra escapárseles. Y el jefe de los guardias, acompañado de cien caballeros, salió de la ciudad por el camino que había de traer Aladino y lo halló, a poca distancia. Y él le hizo cercar por los caballeros y le dijo: «¡Emir Aladino, oh nuestro señor!, excúsanos, por favor, pero el sultán, del que somos esclavos, nos ha dado la orden de detenerte y de llevarte entre sus manos cargado de cadenas, como a los criminales. ¡Y no podemos desobedecer una orden real! ¡Y, una vez más, te rogamos nos excuses el tratarte así, luego que todos nosotros hemos sido colmados de tu generosidad!». Al oír estas palabras del jefe de los guardias, la lengua de Aladino se trabó de sorpresa y de emoción. Pero al fin habló y dijo: «¡Oh bravas gentes!, ¿sabéis, al menos, por qué motivo os ha dado el sultán semejante orden, puesto que soy inocente de todo delito hacia él o hacia el estado?». Y el jefe de guardias respondió: «¡Por Alá, que no lo sabemos!». Entonces Aladino descendió de su caballo y dijo: «¡Haced conmigo lo que os ha dicho el sultán, pues las órdenes del sultán están sobre cabeza y sobre el ojo!». Y los guardias, a su pesar, se apoderaron de Aladino, le ataron los brazos y le pasaron por el cuello una cadena muy gruesa y muy pesada, con la cual le rodearon

también la cintura, y le llevaron a la ciudad por el extremo de esta cadena, haciéndole seguirlos a pie, mientras que ellos continuaron su camino a caballo. Cuando los guardias llegaron a los primeros suburbios de la ciudad, los transeúntes que vieron a Aladino tratado de esa manera, no dudaron que el sultán, por una causa que ellos ignoraban, se disponía a hacerle cortar la cabeza. Y como Aladino, por su generosidad y su afabilidad se había ganado el afecto de todos los súbditos del reino, cuantos le vieron se aprestaron a marchar detrás de él, armándose los unos de sables, los otros de rebenques, y los otros de piedras y de palos. Y su número aumentó a medida la que comitiva se acercaba a palacio, de modo que cuando llegaron al *meidan* habían llegado a ser millares y millares. Y todos gritaban y protestaban, y blandían sus armas y amenazaban a los guardias, que tuvieron que realizar los mayores esfuerzos para contenerlos y pasar a palacio sin ser maltratados. Y, en tanto que ellos continuaban vociferando y gritando sobre el *meidan*, solicitando que se les devolviese sano y salvo a su señor Aladino, los guardias introdujeron a Aladino, siempre cargado de cadenas, a la sala en donde, sentado en su cólera y en su ansiedad, le esperaba el sultán. En el momento en que Aladino estuvo en su presencia, el sultán, presa de un furor inimaginable, no se dio siquiera tiempo para preguntarle qué había sido del palacio que contenía a su hija Badru'l-Budur, y gritó al portaespada: «¡Córtale la cabeza ahora mismo a este impostor!». Y él no quiso ni verle ni oírle un momento más. Y el portaespada llevó a Aladino a la terraza que dominaba el *meidan*, en donde estaba reunida la tumultuosa muchedumbre, y le hizo arrodillarse sobre el cuero rojo de las ejecuciones, después le vendó los ojos, le quitó la cadena que llevaba al cuello y le dijo: «¡Haz tu acto de fe antes de morir!». Y se dispuso a darle el golpe mortal, girando en torno de él, haciendo brillar por tres veces el sable. Pero en ese preciso momento, la muchedumbre, viendo que el portaespada iba a ejecutar a Aladino, se puso a lanzar terribles gritos, a escalar los muros de palacio y a forzar las puertas. Y el sultán vio todo esto, y temiendo algún funesto acontecimiento, fue dominado por un gran espanto. Y se volvió hacia el portaespada y le dijo: «¡Aplaza por un instante el cortar la cabeza a ese criminal!». Y dijo al jefe de los guardias: «¡Grítale al pueblo que le concedo la gracia de la sangre de este maldecido!». Y al momento fue gritada la orden desde la terraza de palacio, lo que calmó el tumulto y el furor de la muchedumbre e hizo abandonar su propósito a los que forzaban las puertas o escalaban los muros del palacio. Entonces Aladino, a quien se había tenido cuidado de levantar ostensiblemente la venda de los ojos, y se le habían desatado las ligaduras que ataban sus brazos a la espalda, se levantó del cuero de las ejecuciones sobre el que estaba arrodillado, levantó la cabeza hacia el sultán y, con los ojos llenos de lágrimas, le preguntó: «¡Oh rey del tiempo, yo suplico a su alteza que me diga solamente qué crimen he podido yo cometer para merecer tu cólera y esta desgracia!». Y el sultán, con la tez muy amarilla y con la voz llena de cólera contenida, le dijo: «¿Tu crimen, miserable? ¿Tú finges ignorarlo? ¡Pero tú no seguirás fingiendo cuando yo te lo haya dado a comprobar con tus ojos!». Y le gritó:

«¡Sígueme!». Y caminó delante de él y lo llevó al otro extremo de palacio, del lado del segundo *meidan*, en donde antes se elevaba el palacio de Badru'l-Budur rodeado de sus jardines, le indicó: «¡Mira por esta ventana y dime, porque tú debes de saberlo bien, en dónde se encuentra mi hija!». Y Aladino sacó su cabeza por la ventana miró. Y no vio ni palacio, ni jardín, ni huella de palacio o de jardín, sino el inmenso *meidan* desierto, tal como estaba el día en que él había dado la orden al *efrit* de la lámpara de construir la maravillosa morada. Y quedó en una estupefacción, en un dolor y en un sobrecogimiento tales, que estuvo a punto de caer desvanecido. Y no pudo pronunciar una sola palabra. Y el sultán gritó: «Y bien, maldito impostor, ¿en dónde está el palacio y en dónde está mi hija, el centro de mi corazón, mi único hijo?». Y Aladino lanzó un profundo suspiro y se deshizo en lágrimas; luego él dijo: «¡Oh rey del tiempo, yo no lo sé!». Y el sultán le dijo: «¡Escúchame bien! ¡Yo no quiero pedirte que me restituyas tu maldito palacio, sino que te ordeno que me devuelvas a mi hija! ¡Y si tú no lo haces al instante, o si tú no quieres decirme en dónde se halla, por mi cabeza que te haré cortar la tuya!». Y Aladino, en el límite de la emoción, bajó los ojos y reflexionó durante una hora de tiempo. Luego levantó la cabeza y dijo: «¡Oh rey del tiempo!, ninguno escapa a su destino. ¡Y si mi destino es que mi cabeza sea cortada por un delito que yo no he cometido, ningún poder podrá salvarme! Yo te pido solamente, antes de morir, un plazo de cuarenta días para hacer las investigaciones necesarias respecto a mi esposa bien amada, que ha desaparecido con el palacio mientras yo estaba de caza, y sin que yo haya podido sospechar cómo ha podido ocurrir esta calamidad, te lo juro por la verdad de nuestra fe y los méritos de nuestro señor Mahoma, ¡sobre él la oración y la paz!». Y el sultán respondió: «Sea, yo quiero concederte lo que tú me pides. ¡Pero sabe que, pasado este plazo, nada podrá salvarte de mis manos si no me traes a mi hija! ¡Pues en cualquier lugar de la tierra en donde pudieras ocultarte, yo sabría bien alcanzarte y castigarte!». Y Aladino, oídas estas palabras, salió de la presencia del sultán y, con la cabeza muy baja, atravesó el palacio, por entre los dignatarios, que tuvieron trabajo para reconocerle, pues tanto había súbitamente cambiado de la emoción y del dolor. Y él llegó al centro de la muchedumbre y se puso a preguntar con ojos extraviados: «¿En dónde está mi palacio? ¿En dónde está mi esposa?». Y todos cuantos le veían y escuchaban se dijeron: «¡El pobre ha perdido el juicio! ¡Es la desgracia con el sultán y la vista de la muerte lo que le ha vuelto loco!». Y Aladino, viendo que solo era ya para todo el mundo un motivo de compasión, se alejó rápidamente, sin que hubiese una persona de corazón que le siguiera. Y salió de la ciudad y se puso a errar, sin saber lo que hacía, a través del campo.

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



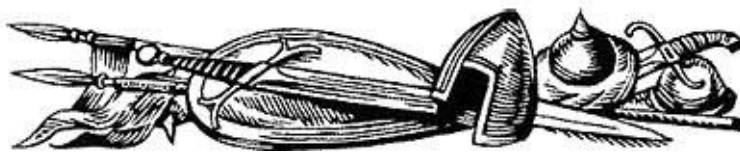
LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS VEINTINUEVE

Ella dijo:

—De este modo llegó a la orilla de un río caudaloso, presa de la desesperación y diciéndose: «¿En dónde buscarás tú tu palacio Aladino, y a tu esposa Badru'l-Budur, oh pobre? ¿Y sabes tú siquiera de qué manera ha desaparecido ella?». Y con el alma ennegrecida con estos pensamientos, y no viendo más que tinieblas y tristezas ante sus ojos, quiso arrojarle al agua y ahogar su vida y su dolor. Pero, en ese momento, se acordó de que él era un musulmán, un creyente, un puro. ¡Y él aseveró la unidad de Alá y la misión de su profeta! Y, reconfortado por su acto de fe y su abandono a la voluntad del altísimo, se consideró obligado, en lugar de arrojarle al agua, a hacer sus abluciones para la oración de la tarde. Y se puso en cuclillas en el borde del río, y cogió el agua en la cuenca de sus manos y se puso a frotar los dedos y las extremidades. Ahora bien, al hacer estos movimientos frotó el anillo que le diera en la cueva el mogrebino. Y en el mismo instante apareció el *efrit* del anillo, que se prosternó ante él diciendo: «¡Heme aquí entre tus manos, soy tu esclavo! ¿Qué quieres? ¡Yo soy el servidor del anillo, por la tierra, en los aires y sobre el agua!». Y Aladino reconoció perfectamente, por su odioso aspecto y su terrorífica voz, al *efrit* que en otro tiempo le libró del subterráneo. Y, agradablemente sorprendido por una aparición que estaba muy lejos de esperar, en el miserable estado en que se hallaba, interrumpió sus abluciones y se levantó y dijo al *efrit*: «¡Oh *efrit* del anillo, oh caritativo, oh excelente! ¡Que Alá te bendiga y te tenga en sus buenas gracias! ¡Pero apresúrate a traerme mi palacio y a mi esposa Badru'l-Budur!». Pero el *efrit* del anillo le replicó: «¡Oh dueño del anillo, lo que tú me pides no es de mi competencia, pues, sobre la tierra, en los aires y sobre el agua, yo solo soy servidor del anillo! ¡Y yo estoy muy disgustado por no poder complacerte sobre este punto que es de la jurisdicción del servidor de la lámpara! Por ello, tú solo tienes que dirigirte a este *efrit*, y él te complacerá». Entonces Aladino, muy perplejo, le dijo: «En este caso, ¡oh *efrit* del anillo!, y puesto que no te puedes inmiscuir en lo que no te corresponde, transportando aquí el palacio de mi esposa, yo te ordeno por las virtudes del anillo al que tú sirves, que me transportes a mí mismo hasta el lugar de la tierra donde se encuentra mi palacio, y me deposites sin sacudida, debajo de las ventanas de la princesa Badru'l-Budur, mi esposa». Apenas hubo formulado esta demanda Aladino, el *efrit* respondió por el oído y la obediencia, y en el solo tiempo de abrir y cerrar un ojo, lo transportó al interior del Mogreb, en medio de un magnífico jardín, en donde se elevaba con su belleza arquitectónica el palacio de Badru'l-Budur. Y él lo depositó despaciosamente bajo las ventanas de la princesa y desapareció. Entonces Aladino, a

la vista de su palacio, sintió dilatarse su corazón y sosegarse su alma y refrescarse sus ojos. Y la esperanza entró de nuevo en él con alegría. Y lo mismo que aquel que confía una cabeza al vendedor de cabezas asadas al horno, está preocupado y no duerme, del mismo modo Aladino, a pesar de sus fatigas y de sus pesares, no quiso tomar descanso alguno. Solamente elevó su alma hacia su creador para darle gracias por sus bondades y reconocer que sus designios son impenetrables para las limitadas criaturas. Luego se levantó y se puso muy en evidencia bajo las ventanas de su esposa Badru'l-Budur. Ahora bien, desde su levantamiento con el palacio por el mago mogrebino, la princesa, en su dolor de haber sido separada de su padre y de su esposo bien amado, y por la serie de violencias que ella soportaba, sin ceder, sin embargo, de parte del maldito mogrebino, tenía la costumbre de levantarse de su lecho a diario en la ceja del día, y pasaba su tiempo llorando y sus noches en vigilia, llena de sus tristes pensamientos. Y ella no dormía, ni comía, ni bebía. Pero ese día, por decreto del destino, su criada había entrado con ella para intentar distraerla. Y ella abrió una de las ventanas de la sala de cristal y miró al exterior diciendo: «¡Oh mi señora, ven a ver cuán deliciosos son los árboles esta noche y cuán delicioso es el aire!». Luego ella lanzó un grito penetrante y exclamó: «¡Ya setti, ya setti! ¡Aquí está mi señor Aladino! ¡Se encuentra bajo las ventanas del palacio!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS TREINTA

Schehrazada dijo:

—Al oír estas palabras de su criada, Badru'l-Budur se precipitó a la ventana y vio a Aladino, quien la vio igualmente. Y ellos estuvieron a punto de volar de alegría. Y la primera que pudo abrir la boca fue Badru'l-Budur, quien gritó a Aladino: «¡Oh querido mío, ven aprisa, ven aprisa! ¡Mi criada baja a abrirte la puerta secreta! ¡Puedes subir aquí sin temor! ¡El maldito mago esta ausente por el momento!». Y la criada le abrió la puerta secreta, y Aladino subió al aposento de su esposa y la recibió en el pecho. Y se abrazaron, ebrios de alegría, llorando y riendo. Y cuando se calmaron un poco, se sentaron uno al lado del otro y Aladino dijo a su esposa: «¡Oh Badru'l-Budur, yo deseo, ante todo, preguntarte qué fue de la lámpara que yo había dejado en mi cámara, sobre un taburete, antes de marcharme de caza!». Y la princesa exclamó: «¡Ah querido mío, esa lámpara fue precisamente la causa de nuestra desgracia! ¡Pero fue por mi culpa, por mi única culpa, por lo que ha sucedido todo esto!». Y ella contó a Aladino todo cuanto sucedió en palacio durante su ausencia, con la intención de reírse de la locura del vendedor de lámparas, ella cambió la

lámpara del taburete por una lámpara nueva, y todo lo que le había seguido, sin olvidar un detalle. Pero no lo repetiremos. Y ella terminó diciendo: «Y cuando nuestro transporte aquí, con el palacio, fue cuando el maldito mogrebino me reveló que por el poder de su hechicería y la virtud de la lámpara cambiada, él había conseguido arrebatarme a tu cariño, para poseerme. Y me dijo que él era mogrebino y que nos hallábamos en el Mogreb, su país». Entonces Aladino, sin hacerle el menor reproche, le preguntó: «¿Y qué desea hacer contigo ese maldito?». Ella dijo: «A diario viene una vez a visitarme e intenta por todos los medios seducirme. Y, como está lleno de perfidia, no ha cesado, para vencer mi resistencia, de decirme que el sultán te había hecho cortar la cabeza por impostor, y que tú, después de todo, no eras sino el hijo de gente pobre, de un mísero sastre llamado Mustafá, y que tú le debías a él la fortuna y los honores que habías alcanzado. Pero hasta ahora, no ha recibido de mí otra cosa, por toda respuesta, que el silencio del desprecio y el torcimiento del rostro. ¡Y él se ve obligado cada vez a retirarse con las orejas gachas y la nariz alargada! ¡Y yo todas las veces temo que él recurra a la violencia! ¡Pero loado sea Dios que te encuentras aquí!». Y Aladino le dijo: «Dime ahora, ¡oh Badru'l-Budur!, ¿en qué lugar del palacio está escondida, si tú lo sabes, la lámpara que ha logrado quitarme ese maldito mogrebino?». Ella dijo: «Él no la deja jamás en palacio, sino que la lleva continuamente en su seno. ¡Cuántas veces la he visto yo sacar en mi presencia, para enseñármela como un trofeo!». Entonces Aladino le dijo: «¡Y o conozco el medio de castigar a nuestro pérfido enemigo! Con este propósito, yo te ruego solamente que me dejes solo un instante en esta habitación. ¡Y yo te llamaré cuando llegue el momento!». Y Badru'l-Budur salió de la sala y fue a reunirse con sus criadas. Entonces Aladino frotó el anillo mágico que llevaba al dedo, y dijo al *efrit* que se le presentó: «¡Oh *efrit* del anillo!, ¿conoces tú las diversas clases de polvos soporíferos?». Él respondió: «¡Es lo que yo conozco mejor!». Aladino le dijo: «¡En ese caso, yo te ordeno que me traigas una onza de *banj* cretense, cuya sola toma sea capaz de derribar a un elefante!». Y el *efrit* desapareció, pero fue para volver al cabo de un momento, llevando en sus dedos un pequeño estuche que entregó a Aladino diciéndole: «He aquí, dueño del anillo, el *banj* cretense de la más fina calidad». Y se fue. Y Aladino llamó a su esposa Badru'l-Budur y le dijo: «¡Oh mi señora Badru'l-Budur!, si tú quieres que triunfemos de este maldito mogrebino, tú no tienes sino seguir el consejo que voy a darte. Y el tiempo apremia, puesto que tú me has dicho que el mogrebino está a punto de llegar aquí para seducirte. ¡Mira, pues, lo que tú vas a verte obligada a hacer!». Y él le añadió: «Tú harás tal y tal cosa y le dirás tal y tal otra». Y la instruyó por extenso respecto a la conducta que habría de observar con el mago. Y agregó: «En cuanto a lo que a mí se refiere, yo voy a encerrarme en este armario. Y saldré cuando llegue el momento». Y le entregó el estuche de *banj*, diciéndole: «¡No olvides el medio que acabo de indicarte!». Y la dejó para ir a encerrarse en el armario. Entonces la princesa Badru'l-Budur, a pesar de la repugnancia que sentía de desempeñar el papel en cuestión, no quiso perder la

ocasión de vengarse del mago, y se impuso el deber de seguir las instrucciones de su esposo Aladino. Se levantó, pues, y se hizo peinar por sus mujeres y cubrir, de la manera que mejor iba a su rostro de luna, y se hizo adornar con las ropas más bellas de su armario. En seguida estrechó su talle con un cinturón de oro incrustado de diamantes, y se adornó el cuello con un collar de perlas nobles del mismo grosor, excepto la del centro, que era del tamaño de una nuez; y se puso en las muñecas y en los tobillos brazaletes de oro, cuyas piedras preciosas armonizaban maravillosamente en colorido con las de los restantes adornos. Y perfumada y semejante a una hurí escogida, ella se miró al espejo con ternura, en tanto que sus mujeres se maravillaban de su belleza y lanzaban exclamaciones de admiración. Y se tendió negligentemente sobre sus cojines, esperando la llegada del mago.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS TREINTA Y UNA

Dijo Schehrazada:

—Él no faltó en presentarse a la hora anunciada. Y la princesa, contra su costumbre, se levantó en su honor y le invitó, con una sonrisa, a que se sentase junto a ella en el diván. Y el mogrebino, muy emocionado con este recibimiento, y arrobado con el resplandor de los bellos ojos que le miraban y con la maravillosa belleza de esta princesa tan deseada, no quiso sentarse, como prueba de cortesía y de deferencia, sino al borde del diván. Y la princesa, siempre sonriente, le dijo: «¡Oh mi señor!, no te asombres de verme hoy en este estado mudable, pues mi temperamento, que es por su naturaleza muy opuesto a la tristeza, ha acabado por sobreponerse a mi pesar y a mi inquietud. Y, además, yo he reflexionado sobre tus palabras respecto a mi esposo Aladino, y estoy ahora convencida de que él ha muerto por el terrible efecto de la ira de mi padre. ¡Mas lo que está escrito debe suceder! Y ni mis lágrimas ni mis lamentos darán la vida a un cadáver. Esta es la razón de que yo haya renunciado a la tristeza y al duelo y resuelto no rechazar más tus pretensiones y tus bondades. ¡Y este es el motivo de mi cambio de humor!». Luego añadió ella: «¡Pero no te he ofrecido aún los refrescos de la amistad!». Y ella se levantó, en su arrebatadora belleza, y se dirigió hacia el gran taburete en donde estaba colocada la bandeja de los vinos y de los sorbetes, y, al llamar a una de sus criadas para servir el refresco, echó un poco de banj cretense en la copa de oro de la bandeja. Y el mogrebino no sabía cómo darle las gracias por sus favores. Y cuando la joven sirvienta avanzó con la bandeja de los sorbetes, él tomó la copa y dijo a Badru'l-Budur: «¡Oh princesa, esta bebida, por deliciosa que ella sea, no podrá refrescar tanto

como la sonrisa de tus ojos!». Y al acabar de hablar, se llevó la copa a sus labios, y la vació de un solo trago, sin respirar. Pero fue para rodar al instante sobre el tapiz, a los pies de Badru'l-Budur, la cabeza precediendo a los pies. Al ruido de su caída, Aladino lanzó un gran grito de triunfo y salió del armario para acudir al momento junto al cuerpo inerte de su enemigo. Y él se precipitó sobre el mago, abrió su ropa y sacó de su seno la lámpara que allí tenía oculta. Y se volvió hacia Badru'l-Budur, quien, en el límite de la alegría, corrió a abrazarle, y le dijo: «¡Yo te ruego que me dejes solo todavía una vez más! ¡Pues es preciso que todo quede terminado hoy!». Y cuando ya se alejó Badru'l-Budur, frotó la lámpara en el lugar que conocía bien, y vio aparecer al momento al *efrit* de la lámpara, quien, luego de la fórmula habitual, esperó la orden. Y Aladino le dijo «¡Oh *efrit* de la lámpara, yo te ordeno, por las virtudes de esta lámpara, tu señora, que transportes este palacio, con todo lo que contiene, a la capital del reino de la China, al mismo lugar exactamente de donde lo arrebataste para traerlo aquí! ¡Y obra de modo que este transporte se realice sin choque, sin obstáculo y sin molestia!». Y el *genni* respondió: «¡Oír es obedecer!», y desapareció.



Y en el mismo instante, en un abrir y cerrar de ojos, hizo el transporte, sin que nadie se hubiera dado cuenta; pues solo se percibieron dos ligeros movimientos, uno a la partida y otro a la llegada. Entonces Aladino, después de haber comprobado que el palacio había llegado realmente y que estaba bien colocado frontero al del sultán,

en el lugar que antes ocupara, fue a buscar a su esposa Badru'l-Budur, la abrazó mucho y le dijo: «¡Ya hemos llegado a la ciudad de tu padre! ¡Pero como se ha hecho de noche, vale más que esperemos a mañana por la mañana para ir a anunciar nuestro regreso al sultán! ¡Por el momento, no pensemos sino en alegrarnos de nuestro triunfo y de nuestra reunión, oh Badru'l-Budur!». Y como Aladino, desde la víspera no había comido nada, se sentaron ambos y se hicieron servir por las esclavas una succulenta comida en la sala de las noventa y nueve ventanas. Luego pasaron juntos esta noche, en las delicias y en la felicidad. Ahora bien, al día siguiente, el sultán salió de su palacio para ir, según su costumbre, a llorar a su hija en el lugar en donde solo creía encontrar las zanjas de los cimientos. Y muy triste y muy dolorido, miró hacia ese lado y quedó estupefacto viendo el lugar del *meidan* de nuevo ocupado por el magnífico palacio, y no vacío como él se lo imaginaba. Y creyó primero que era efecto de alguna neblina o de alguna fantasía de su inquieto espíritu, y se frotó varias veces los ojos. Pero como la visión continuaba subsistiendo, no pudo dudar de su realidad, y, sin cuidarse de su dignidad de sultán, se puso a correr agitando los brazos y lanzando gritos de alegría; y rechazando a guardias y porteros, subió la escalera de alabastro sin tomar aliento a pesar de su edad, entró bajo la bóveda de cristal, en la sala de las noventa y nueve ventanas, en donde precisamente aguardaban su llegada, sonrientes, Aladino y Badru'l-Budur. Y ambos se levantaron al verle y corrieron a su encuentro. En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS TREINTA Y DOS

Ella dijo:

—Y él abrazó a su hija vertiendo lágrimas de alegría, en el límite del enternecimiento, y ella igualmente. Y cuando pudo abrir la boca y tomar la palabra, él dijo: «¡Oh hija mía!, yo veo con asombro que tu rostro no ha cambiado, ni se ha amarilleado tu tez por todo cuanto te ha ocurrido, desde que yo te vi la última vez. Sin embargo, ¡oh hija de mi corazón!, tú has debido de sufrir mucho con tu alejamiento, y no habrá sido sin muchas alarmas y terribles angustias como tú has debido verte transportar de un lugar a otro con todo el palacio. Pues yo mismo, nada más que con pensarlo, me siento invadido por el temblor y el espanto. Apresúrate, pues, hija mía, a decirme el motivo de tan poco cambio en tu fisonomía, y a contarme, sin ocultarme nada, cuanto te ha sucedido desde el principio hasta el fin». Y Badru'l-Budur respondió: «¡Oh padre mío!, sabe que si yo he cambiado tan poco de rostro y tan levemente se ha alterado mi piel, ha sido porque yo he recuperado cuanto había perdido por mi alejamiento de ti y de mi esposo Aladino. Pues ha sido la

alegría de volveros a encontrar a los dos la que me ha devuelto el frescor y mi tez de otras veces. Pues yo he sufrido mucho y he llorado tanto de ser arrebatada a tu afecto y al de mi esposo bien amado como de haber caído en poder de un maldito mago mogrebino, que es la causa de todo cuanto ha sucedido, que me hablaba de cosas que no me agradaban y quería seducirme, luego de haberme raptado. ¡Pero todo fue debido a mi ligereza que me llevó a ceder a otro aquello que no me pertenecía!». Y ella contó, sin detenerse, a su padre toda su historia en sus menores detalles, sin olvidar nada. Pero no tiene utilidad el repetirla. Y cuando ella terminó de hablar, Aladino, que hasta entonces no había abierto la boca, se volvió hacia el sultán en el límite de la estupefacción y le mostró, detrás de una cortina, el cuerpo inerte del mago, cuyo rostro continuaba negro por la violencia del *banj*, y le dijo: «¡He ahí al impostor, causa de nuestra desventura pasada y de mi desgracia! ¡Pero Alá lo ha castigado!». Al ver esto, el sultán, completamente convencido de la inocencia de Aladino, le abrazó muy tiernamente, estrechándolo contra su pecho, y le dijo: «¡Oh hijo mío Aladino, no me vituperes demasiado por mi conducta contigo, y perdóname los dolorosos procedimientos míos contra ti! Pues yo merezco un tanto que me excuses, a causa del amor que siento por mi hija única Badru'l-Budur, y porque tú sabes bien que el corazón del padre está lleno de ternura y que yo, en particular, hubiese preferido perder todo mi reino antes que un cabello de la cabeza de mi amadísima hija». Y Aladino respondió: «¡En verdad, oh padre de Badru'l-Budur, eres excusable, pues fue solo el amor hacia tu hija, que tú creías perdida por culpa mía, por lo que yo te hice emplear procedimientos expeditivos conmigo! Y yo no tengo derecho a reprocharte cosa alguna. En efecto, fui yo el que debió prevenir los pérfidos designios de este infame mago, y precaverme contra él. Y tú no podrás comprender realmente su malicia sino cuando, una vez que yo tenga tiempo, te haya contado toda mi historia con él». Y el sultán volvió a abrazar a Aladino y le dijo: «¡Sí, oh Aladino, es absolutamente necesario que tú halles muy pronto un hueco para contarme todo ello! Pero es más urgente, en esta hora, librarnos de la vista de este cuerpo maldito que yace inanimado a nuestros pies, y regocijarnos reunidos por tu triunfo». Y Aladino dio orden a sus *efrits* adolescentes de llevarse el cuerpo del mogrebino para que lo quemasen en el centro de la plaza del *meidan* sobre un montón de estiércol y arrojaran las cenizas en la fosa de las basuras. Lo que fue ejecutado inmediatamente, en presencia de toda la ciudad reunida, que se regocijaba con el merecido castigo y con la reintegración del emir Aladino a la gracia plena del sultán. Después de esto, el sultán mandó anunciar, por medio de los pregoneros públicos, con acompañamiento de clarines, timbales y tambores, que en demostración de la pública alegría, concedía la libertad a todos los detenidos; e hizo distribuir fuertes sumas a los pobres y a los necesitados. Y a la noche hizo iluminar toda la ciudad, así como su palacio y el de Aladino y Badru'l-Budur. Y fue así como Aladino, gracias a la bendición que sobre él tenía, escapó por segunda vez del peligro de muerte. Y fue esta misma bendición la que habría de salvarlo aún por tercera vez, como vais a oírlo,

¡oh oyentes míos! En efecto, hacía ya varios meses que Aladino estaba de vuelta y llevaba con su esposa una vida en todo deleitosa, bajo la mirada atenta y vigilante de su madre, convertida ahora en una dama venerable de aspecto imponente, mas exenta de orgullo y arrogancia, cuando un día entró su esposa con el rostro algo triste y doloroso, en la sala embovedada de cristal, en donde de ordinario permanecía para gozar de la contemplación de los jardines y se acercó a él y le dijo: «¡Oh mi señor Aladino, Alá, que nos ha colmado a los dos con sus favores, me ha negado hasta ahora el consuelo de tener un hijo! Pues hace ya bastante tiempo que estamos casados, y yo no siento mis entrañas fecundadas por la vida...».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS TREINTA Y TRES

Schehrazada dijo:

—«Ahora bien, yo vengo a suplicarte que me permitas hacer que venga al palacio una santa anciana llamada Fatmah, que ha llegado hace unos días a nuestra ciudad, y que todo el mundo venera por las curaciones maravillosas que ha hecho y la fecundidad que proporciona a las mujeres estériles, nada más que con la imposición de sus manos». Y Aladino, que no quería contrariar a su esposa Badru'l-Budur, no puso dificultad alguna en acceder a esta demanda y dio la orden a cuatro eunucos de que fueran a buscar a la anciana santa y la condujeran a palacio. Y los eunucos cumplieron la orden y no tardaron en regresar con la anciana santa, que traía la cara cubierta por un velo muy tupido y el cuello rodeado con un inmenso rosario, de tres vueltas, que le llegaba hasta más abajo del pecho. Y ella llevaba en la mano un rollizo bastón en el que apoyaba su marcha, debilitada por los años y las prácticas de la piedad. Y en cuanto la vio la princesa, bajó vivamente a su encuentro y le besó la mano con fervor, solicitando su bendición. Y la anciana, con un acento muy profundo, solicitó para ella todas las bendiciones de Alá y sus gracias y recitó para ella una larga oración, a fin de solicitar de Alá en su beneficio la continuidad y aumento de la prosperidad y la dicha y la satisfacción de sus mejores deseos. Y Badru'l-Budur le rogó que se sentara en el lugar de honor sobre el diván y le dijo: «¡Oh santa de Alá, yo te agradezco tus buenos deseos y tus oraciones! ¡Y como yo sé que no te negaré nada de cuanto tú le solicites, yo espero que obtendré, por tu intercesión, lo que es el deseo más anhelado de mi alma!». Y la santa respondió: «¡Yo soy la más humilde de las criaturas de Alá, pero él es el omnipotente, el excelente! ¡No temas, por tanto, oh mi señora Badru'l-Budur, formular lo que desea tu alma!». Y Badru'l-Budur, cuya tez se puso muy roja, bajó la voz y con un tono muy ardiente

dijo: «¡Oh santa de Alá, yo deseo tener de la generosidad de Alá un hijo! ¡Dime lo que es preciso que yo haga para esto, y cuáles beneficios y qué buenas acciones he de realizar para merecer semejante favor! ¡Habla! ¡Yo estoy dispuesta a todo para obtener ese bien, que me es más caro que mi propia vida! Y yo, a mi vez, para demostrarte mi gratitud, te daré todo lo que tú puedas apetecer o desear, no para ti, que, yo lo sé, ¡oh nuestra madre de todos!, eres el amparo de las necesidades de las débiles criaturas, sino para alivio de los infortunados y de los pobres de Alá». Al oír estas palabras de la princesa Badru'l-Budur, los ojos de la santa, que hasta ahora habían permanecido bajos se abrieron y se iluminaron bajo el velo con extraordinario brillo, y su rostro centelleó como por un fuego interior, y todos sus rasgos testimoniaron el sentimiento de un éxtasis de júbilo. Y ella contempló a la princesa durante un momento sin pronunciar una palabra; luego extendió sus brazos hacia ella y le hizo, sobre la cabeza la imposición de las manos, moviendo los labios como en oración mental, y terminó diciéndole: «¡Oh hija mía, oh mi señora Badru'l-Budur, los santos de Alá acaban de dictarme el medio infalible que tú debes emplear para ver la fecundidad habitar en tus entrañas! Pero, oh hija mía, yo creo que este medio es muy difícil, si no imposible de emplear, pues se necesita una potencia sobrehumana para realizar lo que esto reclama de fuerza y de valentía». Y la princesa Badru'l-Budur; al oír estas palabras, no pudo contener más su emoción, y se arrojó a las rodillas de la santa, rodeándolas con sus brazos, y le dijo: «¡Por favor, oh madre nuestra, indícame ese medio, cualquiera que sea, pues nada le es imposible de realizar a mi bien amado esposo, Aladino! ¡Ah, habla o yo voy a morir a tus pies de creciente deseo!». Entonces la santa elevó un dedo y dijo: «Hija mía, es preciso para que la fecundidad penetre en ti, que tengas suspendido de la bóveda de esta sala un huevo del pájaro *rokh*, que vive en las cumbres más elevadas del Cáucaso. Y la vista de este huevo, que tú contemplarás todo el tiempo que puedas, durante tus jornadas, modificará tu naturaleza íntima y removerá el fondo inerte de tu maternidad. ¡Esto es cuanto yo tenía que decirte, hija mía!». Y Badru'l-Budur exclamó: «Por mi vida, ¡oh madre nuestra!, que yo no sé qué es el pájaro *rokh*, y jamás he visto sus huevos, pero no dudo de que mi esposo Aladino no pueda, en un instante, procurarme uno de esos huevos fecundantes, aun cuando su nido esté en la cumbre más alta del Cáucaso». Luego ella quiso retener a la santa, que ya se levantaba para irse; pero esta le dijo: «No, hija mía, déjame irme ahora a aliviar otros infortunios y dolores mayores todavía que el tuyo. Pero mañana, *inschallah*, yo misma vendré a visitarte y a saber tus noticias, que me son preciosas». Y, a pesar de todos los esfuerzos y los ruegos de Badru'l-Budur, llena de gratitud, quien quiso hacerle donación de varios collares y joyas de un valor incalculable, ella no quiso detenerse un momento más en el palacio y se fue como había venido, rehusando todos los regalos. Algunos momentos después de la partida de la santa, Aladino volvió a donde estaba su esposa, y la abrazó tiernamente, como hacía cada vez que se ausentaba.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS TREINTA Y CUATRO

Dijo Schehrazada:

—Pero le pareció que ella tenía un aire muy distraído y preocupado. Y le preguntó la causa, con mucha ansiedad. Entonces Sett Badru'l-Budur, en una exclamación, le dijo: «¡Yo seguramente moriré si no tengo, lo más pronto posible, un huevo de pájaro *rokh*, que vive en la cumbre más alta del Cáucaso!». Y Aladino, al oír estas palabras, se echó a reír y dijo: «¡Por Alá, oh mi señora Badru'l-Budur, si no se trata nada más que de tener este huevo para impedirte que mueras, enjuga tus ojos! ¡Pero dime solamente, a fin de que yo lo sepa, lo que pretendes hacer con el huevo de ese pájaro!». Y Badru'l-Budur respondió: «Ha sido la anciana santa la que acaba de prescribirme su contemplación como soberanamente eficaz para curar la esterilidad de las mujeres. ¡Y yo quiero tenerlo colgado en medio de la bóveda de cristal de la sala de las noventa y nueve ventanas!». Y Aladino respondió: «¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos, oh mi señora Badru'l-Budur! ¡Tú vas a tener este huevo de *rokh* al instante!». Al momento dejó a su esposa y fue a encerrarse en su cámara. Y sacó de su seno la lámpara maravillosa que él llevaba siempre consigo, desde el terrible peligro que había corrido por su negligencia, y la frotó. Y, en el mismo instante, se presentó el *efrit* de la lámpara, pronto a ejecutar sus mandatos. Y Aladino le dijo: «¡Oh excelente *efrit*, que me obedeces gracias a las virtudes de tu señora la lámpara, yo te pido, para que me lo traigas al instante, para suspenderlo en el centro de la bóveda de cristal, un huevo del gigantesco pájaro *rokh*, que habita en la cumbre más elevada del Cáucaso!». Sucedió que, apenas Aladino había acabado de decir estas palabras, el *efrit* se convulsionó de una manera espantosa, y sus ojos llamearon, y lanzó al rostro de Aladino un grito tan espantoso que el palacio se convirtió en sus cimientos, y Aladino fue proyectado, como una piedra de honda, contra la pared de la sala y tan violentamente que faltó poco para que su largura entrara en su anchura. Y el *efrit*, con su voz llena de trueno, le gritó: «¡Miserable adamita! ¿Qué te has atrevido a pedirme? ¡Oh el más ingrato de las gentes de baja condición, he aquí que ahora, a pesar de todos los servicios que te he prestado en todo oído y en toda obediencia, tienes el tupé de ordenarme que vaya a buscar al hijo de mi supremo señor el *rokh*, para colgarlo de la bóveda de tu palacio! ¿Ignoras tú, insensato, que yo y la lámpara y todos los *genn* servidores de la lámpara, somos los esclavos del gran *rokh*, padre de los huevos? ¡Ah, tú tienes la suerte de estar bajo la salvaguarda de mi señora, la lámpara, y de llevar en el dedo ese anillo lleno de saludables virtudes! ¡Si no, tu altura hubiera entrado ya en tu anchura!». Y Aladino, atontado e inmóvil contra la pared, dijo: «¡Oh *efrit* de la lámpara, por Alá! ¡No es de mí de quien procede esta

demanda, sino que le ha sido sugerida a mi esposa por la anciana madre de la fecundación y curadora de la esterilidad!». Entonces se calmó de pronto el *efrit* y recobró su tono ordinario para con Aladino, y le dijo: «¡Oh, no lo sabía! ¡Ah! ¡Conque es de esa criatura de la que procede el atentado! ¡Qué dichoso eres, Aladino, al no estar para nada implicado en él! ¡Sabe, en efecto, que era tu destrucción y la de tu esposa y la de tu palacio, lo que se quería lograr por ese medio! La persona a la que tú calificas de anciana santa, ni es una santa ni una anciana, sino un hombre disfrazado de mujer. Y ese hombre no es otro que el propio hermano del mogrebino, tu enemigo exterminado. Y él se parece a su hermano como la mitad del huevo se parece a la otra mitad. Y es certero el proverbio que dice: “El hermano menor del perro es más inmundo que su hermano mayor, pues la descendencia de un perro va siempre degenerándose”. Y este nuevo enemigo, que tú no conoces, está más versado aún en la magia y en la perfidia que su hermano mayor. Y cuando conoció, por las operaciones de su geomancia, que su hermano había sido exterminado por ti y quemado por orden del sultán, padre de tu esposa Badru’l-Budur, resolvió vengarse de todos vosotros, y vino aquí desde el Mogreb, disfrazado de anciana santa, para llegar hasta tu palacio. Y él logró introducirse y sugerir a tu esposa esta perniciosa demanda, que es el mayor atentado contra mi supremo señor, el *rokh*. Y o te prevengo, por tanto, de sus pérfidos proyectos, a fin de que puedas librarte del riesgo. ¡*Uassalam!*». Y el *efrit*, después de haber hablado así a Aladino, desapareció. Entonces Aladino, en el límite de la cólera, se apresuró a ir a la sala de las noventa y nueve ventanas a encontrarse con su esposa Badru’l-Budur. Y, sin revelar nada de cuanto el *efrit* acababa de notificarle, le dijo: «¡Oh Badru’l-Budur de mis ojos! Es absolutamente necesario, antes de traer el huevo del pájaro *rokh*, que yo oiga con mis propios oídos a la anciana santa que te ha prescrito ese remedio. Yo te ruego, pues, que la mandes llamar con toda diligencia, y, en tanto que yo quedo oculto detrás de la cortina, hazle repetir su prescripción, con pretexto de que tú no te acuerdas de su exacto contenido». Y Badru’l-Budur respondió: «¡Sobre mi cabeza y sobre mi ojo!». Y envió al momento a buscar a la anciana santa. Ahora bien, en el momento en que ella entró en la sala de la bóveda de cristal y, siempre cubierto el rostro con su espeso velo, ella se fue aproximando a Badru’l-Budur...

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS TREINTA Y CINCO

Ella dijo:

—... Aladino saltó sobre ella desde su escondite espada en mano y, antes que la

santa pudiera decir: «¡Ay!», de un solo tajo le hizo saltar la cabeza de los hombros... al ver esto, gritó aterrada Badru'l-Budur: «¡Oh mi señor Aladino, qué atentado!». Pero Aladino se contentó con sonreír y, por toda respuesta, se agachó y cogió por el mechón del centro la cabeza cortada y la mostró a Badru'l-Budur. Y, en el límite del asombro, ella vio que la cabeza estaba afeitada como la de los hombres, salvo el tupé de en medio, y que la cara estaba prodigiosamente barbada. Y Aladino, no queriendo espantarla por más tiempo, le contó la verdad respecto a la supuesta Fatmah, falsa santa anciana, y concluyó: «¡Oh Badru'l-Budur, demos gracias a Alá que nos ha librado para siempre de nuestros enemigos!». Y ambos se abrazaron y dieron gracias a Alá por sus favores. Y desde entonces vivieron felizmente, con la buena anciana madre de Aladino, y con el sultán, padre de Badru'l-Budur. Y tuvieron hijos bellos como lunas. Y Aladino, al fallecimiento del sultán, reinó sobre el reino de la China. Y nada les faltó en su felicidad hasta la inevitable llegada de la destructora de las delicias y de la separadora de los amigos.

Y Schehrazada, habiendo contado así esta historia, dijo:

—Y aquí tienes, oh rey afortunado, todo lo que yo sé referente a Aladino y a la lámpara maravillosa. ¡Pero Alá es más sabio!...

Y el rey Schahriar dijo:

—Esta historia, Schehrazada, es admirable.

Schehrazada, sonriendo, replicó:

—En ese caso, ¡oh rey!, permite a tu esclava narrarte la historia de Kamar y la experta Halima. El rey contestó:

—Ciertamente, Schehrazada.

Y ella, sonriendo, respondió:

—Sí, ¡oh mi rey!, pero antes, para revelarte el valor de esa admirable virtud que es la paciencia, te haré oír, sin que por ello te enojas con tu esclava, la suerte llena de felicidad que Alá, por mi mediación, destina a tu raza. Deseo narrarte lo que nuestros padres, los antepasados, nos han transmitido sobre el medio de adquirir la verdadera ciencia de la vida.

Y el rey replicó:

—¡Oh hija de mi visir! Indícame la forma de adquirir esa ciencia. Mas ¿cuál es la suerte que Alá, por tu intercesión, destina a mi raza una vez que yo haya pasado a la posteridad?

Y Schehrazada contestó:

—Permite, ¡oh mi rey!, a tu esclava Schehrazada no tener un momento de descanso en la narración de este suceso misterioso, acaecido durante las veinte noches de silencio que mi salud necesitó para restablecerse y durante las cuales le fue revelada a tu esclava la magnificencia de tu destino.

Y sin más, Schehrazada, la hija del visir, dijo:

—Se cuenta que en una ciudad donde se enseñaban todas las ciencias, vivía un hombre joven, bello y estudioso; y para que nada le faltara, estaba poseído del deseo de aprender más y más. Un día, merced a las palabras de un mercader viajero, le fue revelada al joven la existencia, en un lejano país, de un sabio que era el hombre más santo del Islam y que poseía, él solo, más ciencia, sagacidad y virtud que todos los sabios del mundo. El mercader añadió que este sabio, a pesar de su fama, trabajaba como un simple herrero, oficio en el que le habían adiestrado su padre y su abuelo. El joven, oídas estas palabras, volvió a su casa, tomó sus sandalias, sus alforjas y su bastón, y abandonó inmediatamente la ciudad y sus amigos, dirigiéndose al lejano país donde vivía el santo maestro con el designio de someterse a sus enseñanzas y adquirir lo que pudiera de su ciencia y sagacidad. Anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches, y superando peligros y fatigas y, gracias a la protección que le dispensó Alá, llegó a la ciudad del herrero. Ya allí, se dirigió al mercado de los herreros y preguntando a los transeúntes, dio con la herrería que le indicaron. Después de besarle el borde del vestido, se echó a los pies del herrero en actitud sumisa, y este, al tiempo de bendecirle, le preguntó: «¿Qué deseas, hijo mío?». El joven respondió: «Aprender la ciencia». Y el herrero, por toda respuesta, le puso en la mano la cuerda que se usa para llenar de aire el fuelle de la fragua y le dijo que tirara de ella. El nuevo discípulo obedeció y, acto seguido, comenzó su trabajo de estirar y aflojar, que continuó sin interrupción hasta la puesta del sol. A la mañana siguiente prosiguió con el mismo trabajo y transcurrieron días, semanas, y todo un año, sin que persona alguna, ni el maestro, ni los numerosos discípulos que tenían trabajos tan rudos como el suyo, le dirigieran una sola vez la palabra, y sin que nadie prestase atención a su tarea. De esta suerte pasaron cinco años, y un día el discípulo se atrevió, por fin, a abrir la boca para decir: «¡Maestro!». El herrero dejó su trabajo, y todos los discípulos, en el colmo de la ansiedad, hicieron lo mismo. En medio del silencio de la forja, el herrero se dirigió al joven y le preguntó: «¿Qué quieres?». «¡La ciencia!», respondió el joven. «¡Tira de la cuerda!» contestó el herrero. Y, sin una palabra más, volvió a su trabajo en la forja. Otros cinco años pasaron, durante los cuales el discípulo tiró de la cuerda del fuelle sin desmayo, día a día, desde la mañana hasta la caída del sol y sin que persona alguna le dirigiera una sola vez la palabra. Ahora bien; si alguno de los discípulos tenía necesidad de que se le explicara alguna cosa, estaba permitido escribir la pregunta y presentarla al maestro por la mañana, al entrar. El maestro, sin leer jamás lo escrito, lo arrojaba al fuego de la forja o bien lo guardaba en los pliegues de su turbante. Si arrojaba el escrito al fuego era porque, sin duda, no merecía respuesta la pregunta, pero si el papel encontraba sitio entre los pliegues del turbante, el discípulo que lo había presentado hallaba por la tarde la respuesta del maestro escrita en caracteres de oro sobre la pared de la celda. Transcurridos los diez años, el herrero se aproximó al joven y le puso una mano sobre el hombro; el joven, por primera vez en los diez años, soltó la cuerda que accionaba el fuelle y se sintió invadido por una gran alegría: «Hijo mío —le dijo el maestro—, puedes retornar a tu

país con toda la ciencia del mundo y de la vida en tu corazón, porque la has adquirido practicando la virtud de la paciencia». Dio al joven el beso de la paz y el discípulo regresó iluminado a su país. Llegó al mismo lugar de donde partió y, en adelante, vio claro en la vida.

El rey Schahriar exclamó:

—¡Oh Schehrazada! ¡Qué admirable es esta parábola! Me ha hecho reflexionar —quedó unos instantes sumido en sus reflexiones y después añadió—: Apresúrate ahora, Schehrazada, a contarme la historia de Kamar y de la experta Halima.

Pero Schehrazada dijo:

—Permíteme, ¡oh mí rey!, diferir aún la narración de esa historia, ya que mi ánimo no se siente inclinado a ello esta noche. Consíenteme referir antes la historia más amable, más fresca y más pura que conozco.

—Ciertamente que estoy dispuesto a escucharte —contestó el rey—, pues también mi espíritu se siente inclinado esta noche a las cosas amables, y así, sacaré provecho, entre tanto, de la parábola sobre la paciencia.

Y Schehrazada dijo:

FARIZADA, LA DE LA SONRISA DE ROSA

—Me es dado recordar, ¡oh rey afortunado y condescendiente!, que había en cierta ocasión, el tiempo transcurrido solo Alá lo sabe, un rey de Persia llamado Khosru Schach, a quien el retribuidor había concedido poder, juventud, hermosura, y tal sentimiento de la justicia en su corazón, que bajo su reinado, el tigre y el cabritillo iban, el uno al lado del otro, a beber al mismo arroyuelo. Y este rey, que quería ver por sus propios ojos lo que ocurría en la ciudad de su trono, tenía la costumbre de pasearse de noche, disfrazado de mercader extranjero y acompañado de su visir o de alguno de los dignatarios de su palacio. Ahora bien, una noche, cuando se paseaba por un barrio de gentes humildes, oyó, al pasar por una callejuela, voces jóvenes que salían del fondo de una casuca. Se aproximó con su acompañante a la humilde morada de la que procedían las voces, y, aplicando un ojo a una hendidura de la puerta, miró al interior. Y vio a tres niñas sentadas sobre una estera en torno a una luz, que se entretenían después de la cena. Estas tres niñas, que se parecían como suelen parecerse las hermanas, eran perfectamente bellas, y la más joven, visiblemente y con mucho la más hermosa. La primera decía: «Mi deseo, hermanas mías —puesto que se trataba de expresar un deseo—, es llegar a ser la esposa del pastelero del sultán, pues ya sabéis cuánto me gustan los pasteles, sobre todo esos admirables, delicados y deliciosos bocaditos hojaldrados que llaman “bocaditos del sultán”, y nadie mejor que el pastelero jefe del sultán para conseguirlos en su punto. ¡Ah, hermanas mías, entonces me envidiaríais desde el fondo de vuestro corazón, al ver cómo este régimen de finas golosinas redondeaba mis formas y me embellecían sonrosando mi piel!». «Yo no soy tan ambiciosa —dijo la segunda a su vez—; me contentaría con ser la esposa del cocinero del sultán. ¡Ah, y cómo lo deseo! Esto me

permitiría satisfacer los deseos, tanto tiempo reprimidos, de probar los manjares extraordinarios que solo se comen en el palacio. Sobre todo, esos platos de cohombros rellenos y cocidos al horno. Solo de verlos pasar sobre la cabeza de los servidores los días en que el sultán da algún festín siento mi corazón emocionado. ¡Oh, y con qué gusto los comería! Y no me olvidaría de convidaros de cuando en cuando si mi esposo, el cocinero, lo permitía; pero ¡creo que no llegará la ocasión de que me lo permita o no!». Y cuando las dos hermanas hubieron expresado así sus deseos, se volvieron hacia la más joven, que guardaba silencio, y le preguntaron en tono de burla: «Y tú, pequeña, ¿qué deseas? ¿Por qué bajas los ojos y no dices nada? Pero estate tranquila; cuando tengamos los esposos que hemos elegido trataremos de casarte con algún palafrenero del sultán o con cualquier otro dignatario del mismo rango. Te lo prometemos. Y así estarás siempre a nuestro lado. Habla; ¿qué piensas tú de todo esto?». Y la pequeña, confusa y enrojeciendo, respondió, con una voz dulce y cristalina como el agua de una fuente: «¡Oh hermanas mías!». Y no pudo decir más. Las otras dos, riendo de su timidez, la estrecharon con requerimientos y halagos, tanto que la decidieron a hablar. Y, sin levantar la vista, dijo: «¡Oh hermanas mías!, yo desearía ser la esposa del sultán, nuestro amo, y yo le daría una descendencia de bendiciones; los hijos que Alá hiciera nacer de nuestra unión serían dignos de su padre, y la hija que me gustaría tener ante mis ojos sería una sonrisa del mismo cielo; sus cabellos serían de oro o plata, según se los mirara; si lloraba, sus lágrimas serían perlas que caían; sus risas, si reía, dinares de oro que tintineaban, y si solamente sonreía, cada sonrisa suya sería un capullo de rosa abriéndose en sus labios». ¡Todo esto! El sultán Khosru Schach y su visir veían y oían; pero, no queriendo ser descubiertos, decidieron alejarse sin enterarse de más. Y Khosru Schach, muy divertido, se prometió a sí mismo satisfacer los tres deseos, y sin decir nada de su designio a su compañero, le ordenó que tomara buena nota de la casa para venir, al día siguiente, por las tres muchachas y conducir las a palacio. No anduvo remiso el visir en ejecutar la orden del sultán, y al siguiente día llevaba a las tres muchachas a su presencia. Y el sultán, sentado en su trono, les hizo con la cabeza y los ojos un signo que quería decir: «Aproximaos». Y ellas se acercaron, temblorosas y tropezando en sus propios vestidos. El sultán, con una sonrisa de bondad, les habló así: «¡Que la paz sea con vosotras, oh jovencitas! Hoy es el día en que se cumplirá vuestro destino, realizándose vuestros deseos. Y estos deseos, ¡oh niñas!, yo los conozco, puesto que nada queda oculto a los reyes. Primero tú, la mayor, verás cumplido tu deseo, puesto que mi pastelero-jefe será hoy mismo tu esposo. Y tú, la segunda, casarás con mi cocinero-jefe». Habiendo hablado así, el rey se detuvo, y, volviéndose hacia la más joven, que, muy emocionada, sentía parársele el corazón y estaba a punto de desplomarse sobre el tapiz, se levantó, y, tomándole la mano, la hizo sentar a su lado bajo el dosel del trono, diciéndole: «Tú eres la reina. Este palacio es tu palacio, y yo soy tu esposo». Y, efectivamente, las bodas de las tres hermanas tuvieron lugar en ese mismo día; la de la sultana con un esplendor sin

precedentes y las de sus hermanas con el pastelero y el cocinero, según los usos ordinarios de los matrimonios del común. Ahora bien; los celos y el despecho penetraron en el corazón de las dos mayores, y, desde ese mismo momento, se conjuraron para perder a su hermana menor. Sin embargo, se guardaron muy bien de dejar traslucir sus sentimientos, y aceptaron con fingida gratitud las demostraciones de cariño que no dejó de prodigarles la sultana, su hermana, que, contrariamente a los usos de los reyes, las admitía en su intimidad, a pesar de su rango inferior. Y, lejos de sentirse satisfechas con la buena suerte que Alá les otorgara, sufrían ante la dicha de su hermana menor las peores torturas del odio y de la envidia. De esta manera pasaron nueve meses, al cabo de los cuales la sultana, con la ayuda de Alá, dio a luz un niño príncipe, bello como un creciente de luna. Y las dos hermanas mayores, que, a petición de la sultana, la asistieron en el trance desempeñando el papel de parteras, lejos de agradecer las bondades de su hermana para con ellas, e indiferentes a la hermosura del recién nacido, encontraron, al fin, la ocasión que buscaban de apesadumbrar el corazón de la joven madre. Tomaron, pues, al niño, mientras la madre estaba todavía con los dolores, colocándolo en una pequeña canasta de mimbre que ocultaron de momento, y lo reemplazaron con un perrillo muerto, que mostraron a todas las mujeres del palacio, dándolo como el resultado del parto de la sultana. El sultán Khosru Schach, al saber la noticia, vio que el mundo se oscurecía ante él, y, transido de pena, se encerró en sus habitaciones, rehusando ocuparse de los asuntos del reino. La sultana cayó en un estado de gran postración, con el alma humillada y su corazón afligido. En cuanto al recién nacido, fue abandonado en la canastilla por sus tías a la corriente de un canal que pasaba al pie del palacio. Mas la suerte quiso que el intendente de los jardines del sultán, que se paseaba a lo largo del canal, advirtiera la presencia de la pequeña cesta flotando en el agua, y, atrayéndola hacia la orilla, con la ayuda de una pértiga, descubrió al hermoso niño. Y no fue menor su asombro que el que experimentara la hija del faraón viendo a Moisés entre los cañaverales del Nilo. Ahora bien, hacía ya muchos años que el intendente de los jardines estaba casado, y deseaba tener un niño, o dos, o tres, que bendijeran a su creador, pero sus votos y los de su esposa no habían sido tomados en consideración hasta entonces por el altísimo, y vivían sufriendo en silencio su estéril aislamiento. Así, cuando el intendente hubo hecho el descubrimiento del niño, cuya belleza no tenía igual, tomó la canastilla y, trémulo de alegría, corrió hasta el extremo del jardín donde se encontraba su casa, entró en la habitación de su mujer y, con una gran emoción en su voz, le dijo: «¡La paz sea contigo! ¡He aquí el don del generoso en este día bendito! Que este niño que te traigo sea nuestro hijo como lo es del destino». Y le refirió que lo había encontrado en la canastilla flotando sobre las aguas del canal; afirmando que era Alá quien se lo enviaba, habiendo recompensado, al fin, de esta manera la constancia en sus oraciones. La esposa del intendente de los jardines tomó al niño y lo amó. ¡Gloria a Alá, que da a las mujeres estériles el sentimiento de la maternidad, como pone en el instinto de las pobres gallinas el deseo de incubar los

guijarros!

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS TREINTA Y SEIS

Schehrazada dijo:

—Ahora bien, al año siguiente permitió Alá que la pobre madre, tan despiadadamente privada del fruto de su fecundidad, diera a luz otro niño aún más hermoso que el anterior. Pero las dos hermanas, que asistieron a la parturienta con gran interés aparentemente, y en realidad poseídas de un odio renovado, sin tener más piedad que la primera vez para su hermana y el recién nacido, se apoderaron de este a escondidas, y, en una canastilla, lo abandonaron sobre las aguas del canal, como ya hicieran con el primogénito. Y exhibieron ante los palaciegos un gatito, asegurando ser lo que la sultana había alumbrado. Todos quedaron consternados y el sultán, en el límite de la vergüenza, se hubiera dejado llevar, sin duda alguna, hacia el resentimiento y el furor si no practicara en su alma la virtud de la humildad ante los decretos de la justicia insondable. La sultana se abismó en amargura y desolación, y su corazón lloró todas las lágrimas del dolor. Por lo que toca al niño, Alá, que vela por los pequeñuelos, lo puso al alcance de la mirada del intendente, que se paseaba a lo largo del canal, y, como la primera vez, lo salvó de las aguas y se lo llevó a su esposa, que lo amó como si fuera su propio hijo, educándolo con los mismos cuidados que al primero. Y Alá, que cuida de que los deseos de sus creyentes no queden jamás desatendidos, puso de nuevo la fecundidad en el seno de la sultana, que dio a luz por tercera vez, ahora una niña. Y las dos hermanas, cuyo odio, lejos de mitigarse, seguía implacable, procurando la pérdida de su hermana menor, hicieron sufrir a la princesa la misma suerte que a los príncipes. También fue recogida por el intendente de corazón piadoso, y alimentada, cuidada y bien amada como sus hermanos. Pero esta vez, cuando las dos hermanas, realizando el hecho, pusieron en lugar de la niña un ratoncillo ciego, el sultán, a pesar de toda su magnanimidad, no pudo contenerse por más tiempo, y exclamó: «¡Alá maldice mi raza por causa de la mujer que he convertido en mi esposa! ¡He elegido un monstruo para madre de mi posteridad, y solo la muerte libraré de él a mi casa!». Y pronunció contra la sultana la sentencia de muerte, encomendando a su portaespada el encargo de cumplirla. Pero cuando vio ante sí, anegada en lágrimas y transida de dolor sin límites, a la que tanto había amado, el sultán sintió una gran piedad, y, volviendo la cabeza, ordenó que se la llevaran y la encerraran, para el resto de sus días, en un reducto situado en un extremo del palacio. Desde este momento la abandonó a sus lágrimas y dejó de verla.

La pobre madre conoció todas las amarguras de la tierra, mientras sus hermanas experimentaban todas las alegrías del odio satisfecho, y, en adelante, pudieron gustar sin turbación los manjares y las golosinas que confeccionaban sus esposos. Y los días y los años pasaron lo mismo para los inocentes que para los culpables, procurando, a los unos y a los otros la continuación de su destino. Ahora bien, cuando los tres hijos adoptivos del intendente de los jardines alcanzaron la adolescencia, eran como un deslumbramiento para los ojos que los contemplaban. Se llamaban: el mayor, Farid; el segundo Faruz, y la niña, Farizada. Farizada era como una sonrisa del mismo cielo. Sus cabellos eran de oro o plata, según se los mirara; sus lágrimas, cuando lloraba, eran perlas que caían; si reía, su risa era como dinares de oro que tintineaban, y sus sonrisas capullos de rosa abriéndose en sus labios bermejos. Es por lo que todos los que la rodeaban, como su padre, madre y hermanos, no podían evitar, cuando la llamaban por su nombre, decir: «Farizada, sonrisa de rosa», y, más frecuentemente, solo se la nombraba la de la sonrisa de rosa. Y todos se maravillaban de su belleza, de su inteligencia, de su dulzura, y cuando montaba a caballo para acompañar a sus hermanos a la caza, de su destreza en manejar el arco y tirar la hoza o la jabalina. Se maravillaban también de la elegancia de sus ademanes, de sus conocimientos de la poesía y de las ciencias secretas y del esplendor de su cabellera, que mirada de un lado era de oro y del otro de plata. Viéndola tan bella y perfecta a la vez, las amigas de su madre lloraban de emoción.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS TREINTA Y SIETE

Dijo Schehrazada:

—Y así fueron siendo mayores las criaturas del intendente de los jardines del rey. Y él mismo, rodeado de su cariño y respeto, y recreando sus ojos con su hermosura, no tardó en llegar a la extrema vejez. Su esposa, habiendo agotado antes su lote de vida, le precedió en la misericordia del retribuidor, y esta muerte fue causa de muchas lamentaciones y dolor para todos; tanto que el intendente no quiso habitar por más tiempo en la casa donde la difunta tanto había significado para su serenidad y su dicha. Y fue a arrojarle a los pies del sultán, y le suplicó que acogiera con benignidad su decisión de declinar las funciones que desde tantos años atrás venía desempeñando. El sultán, muy apenado por la pérdida de un servidor tan fiel, accedió a su demanda, aunque lamentándolo mucho, y no le dejó marchar sino después de hacerle gracia de una magnífica posesión en las proximidades de la ciudad, con grandes extensiones de tierras laborables, bosques, praderas, y un palacio ricamente

amueblado, con jardín, trazado artísticamente unos años antes por el mismo intendente. Contaba también con un parque grandísimo, rodeado de altos muros y poblado de pájaros de todos los colores y de animales salvajes y domesticados. Y allí se retiró este hombre de bien con sus hijos adoptivos, hasta que, rodeado de cuidados afectuosos, murió en la paz de su señor. ¡Que Alá lo tenga en su compasión! Fue llorado por sus hijos adoptivos como jamás padre verdadero lo fuera, y enterró consigo, bajo la losa que ya no se levanta, el secreto que, por otra parte, no conoció en vida sino imperfectamente. Y los dos jóvenes, acompañados de su hermana, siguieron viviendo en la maravillosa posesión, y como habían sido educados en la sabiduría y la sencillez, no tenían apenas más ambición que continuar viviendo, durante toda su existencia, en esta dicha tranquila y en unión perfecta. Ahora bien, Farid y Faruz iban frecuentemente de caza a los bosques y praderas que rodeaban la casa, mientras que a Farizada-Sonrisa de Rosa le gustaba más recorrer los jardines. Un día, cuando se disponía a hacerlo, según su costumbre, sus esclavos vinieron a decirle que una buena anciana, cuyo rostro iluminaban todas las bendiciones, solicitaba el favor de poder descansar, durante una hora o dos, a la sombra y en la frescura del jardín. Farizada, cuyo corazón era tan acogedor como bella su alma y hermoso su rostro, quiso recibir ella misma a la buena anciana. Le ofreció de comer y beber y le presentó un plato de porcelana con frutas, pasteles y confituras secas y en su jugo. Después la acompañó al jardín, sabiendo que siempre es provechoso tener cerca a personas de experiencia y escuchar, por su boca, las palabras de la sabiduría. Pasearon juntas por los jardines, y Farizada-Sonrisa de Rosa se acomodó al andar más lento de la anciana. Llegaron ante el árbol más hermoso de los jardines, y Farizada invitó a la anciana a sentarse bajo la sombra del bello árbol y, hablando hablando, acabó por preguntar a la buena anciana lo que pensaba del lugar en que se hallaban y si lo encontraba de su gusto. Y la anciana, después de haber reflexionado durante una hora, levantó la cabeza, y respondió: «Ciertamente, mi dueña, que me he pasado la vida recorriendo la tierra de Alá, a lo largo y a lo ancho, y jamás he reposado en un lugar más delicioso. Pero ¡oh mi ama!, por lo mismo que tú eres única sobre la tierra, como lo son el sol y la luna en el cielo, yo quisiera que tuvieras en este bello jardín, para que fuera igualmente único en su especie, las tres cosas incomparables que le faltan». Y Farizada-Sonrisa de Rosa, sumamente intrigada por saber qué tres cosas incomparables faltaban en su jardín, dijo a la anciana: «Por favor, mi buena madre, dime cuanto antes, para que yo lo sepa, qué tres cosas incomparables son esas que yo no conozco». Y la anciana respondió: «¡Oh mi ama!, como reconocimiento a la hospitalidad que con tan piadoso corazón has dispensado a una anciana desconocida, quiero revelarte la existencia de esas tres cosas». Calló durante unos instantes, y prosiguió: «Has de saber que sí la primera de estas tres cosas incomparables estuviera en estos jardines, todos los pájaros que hay en ellos vendrían a contemplarla, y, viéndola cantarían todos a coro. Tanto los ruiñes como los pinzones, alondras, currucas, jilgueros y tórtolas, ¡oh mi ama!, y todas las

variedades infinitas de pájaros, reconocen la supremacía de su belleza. Hablo, ¡oh mi dueña!, de *Bulbul El-Hazar*, el pájaro parlante. Si la segunda de estas cosas incomparables se hallara en tus jardines, la brisa que hace murmurar los árboles se detendría para escucharla, y los laúdes, guitarras y arpas de estos contornos romperían sus cuerdas, puesto que la brisa que hace murmurar a los árboles del jardín, los laúdes, las arpas y las guitarras reconocen la supremacía de su belleza. Ahora te hablo del árbol cantor. Y ni la brisa entre los árboles, ¡oh mi ama!, ni los laúdes, arpas o guitarras poseen una armonía comparable al concierto de las mil invisibles bocas que se hallan en las hojas del árbol cantor. Y la tercera de estas cosas incomparables, ¡oh mi dueña!, es tal, que si estuviera en tus jardines las aguas todas detendrían su murmuradora marcha para contemplarla. Pues todas las aguas de la tierra y de los mares, de las fuentes y de los ríos, de las ciudades y de los jardines reconocen la supremacía del agua de color de oro. Una sola gota de este agua, ¡oh mi ama!, vertida en una fuente seca, en seguida se infla, se eleva, abriéndose en haces de oro, y no cesa de subir, para volver a caer, sin que la fuente desborde jamás. Y es en este agua de oro, transparente como el topacio, donde gusta de refrescarse *Bulbul El-Hazar*, el pájaro parlante, y este agua de oro, fresca como fresco es el topacio, es la que gustan abreviar las mil invisibles bocas del árbol de las hojas canoras».

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS TREINTA Y OCHO

Ella dijo:

—Después que hubo hablado así, la anciana añadió: «¡Oh princesa!, si tuvieras en tus jardines estas tres cosas maravillosas, ellas realzarían tu belleza, ¡oh dueña de tan esplendorosa cabellera!». Cuando Farizada-Sonrisa de Rosa hubo escuchado estas palabras de la anciana, exclamó: «¡Oh rostro de bendición, madre mía, qué admirable es todo esto! Pero no me has dicho dónde se encuentran estas tres cosas incomparables». Y la anciana, levantándose ya para marcharse, respondió: «¡Oh mi señora!, estas tres maravillas, dignas de ser vistas por tus ojos se encuentran en un lugar situado hacia las fronteras de la India, y el camino que allí conduce pasa precisamente por detrás de este palacio que habitas. Si quieres, pues, enviar a alguien a buscarlas, no tienes más que decirle que siga este camino durante veinte días, y, al veintiuno, preguntará al primer hombre que encuentre: “¿Dónde se hallan el pájaro parlante, el árbol cantor y el agua de color de oro?”. Y este hombre no dejará de informarle de ello. ¡Ojalá quiera Alá premiar tu generosidad con la posesión de estas

tres cosas creadas para tu belleza! ¡Mis saludos, oh bienhechora bendita!». Y hablando así, la anciana acabó de recoger sus velos, y, envolviéndose en ellos, se retiró, murmurando bendiciones. Ya había desaparecido cuando Farizada, volviendo en sí del ensueño al que se abandonó escuchando cosas tan extraordinarias, quiso retenerla, y corrió tras de ella para preguntarle por detalles más precisos sobre el lugar que guardaba tales cosas y los medios para llegar allí, pero viendo que era ya demasiado tarde, se aplicó a rememorar palabra por palabra las pocas indicaciones que había retenido, para no olvidar nada de ello. Y sentía crecer en su alma el deseo irresistible de poseer, o al menos ver, tales maravillas, aunque quería no pensar en ellas. Y recorrió las avenidas de sus jardines y los rincones familiares que le eran tan queridos, hallándolo todo sin encanto y enojoso, y hasta los gorjeos de los pájaros que la saludaban al pasar le parecieron inoportunos. Farizada-Sonrisa de Rosa se puso muy triste, y lloró por las avenidas, y así, caminando, dejaba tras de sí en la arena, con las lágrimas que caían de sus ojos, gotas convertidas en perlas. Entre tanto, Farid y Faruz, sus hermanos, regresaron de la caza, y no encontrando a su hermana Farizada bajo la bóveda de jazmines donde de ordinario los esperaba, se apenaron por su descuido, y se pusieron a buscarla. Vieron sobre la arena de las avenidas las perlas escapadas de sus ojos, y se dijeron: «¡Oh, qué triste debe de estar nuestra hermana! ¿Y qué motivo de pena habrá entrado en su alma para llorar así?». Y siguiendo sus pasos, guiados por las perlas, la hallaron deshecha en llanto al fondo de un bosquecillo. Corrieron hacia ella, y la abrazaron y acariciaron para calmar su alma querida, diciéndole: «¡Oh Farizada, nuestra hermana! ¿Dónde están las rosas de tu sonrisa y el oro de tu alegría? ¡Oh pequeña, respóndenos!». Y Farizada les sonrió, pues los amaba, y un pequeño capullo de rosa afloró en sus labios bermejos. Luego dijo: «¡Oh hermanos míos!». Y no se atrevió a decir más, avergonzada del deseo que la dominaba. Ellos insistieron: «¡Oh Farizada-Sonrisa de Rosa! ¡Oh hermana nuestra! ¿Qué emociones desconocidas turban así tu alma? Cuéntanos tus penas si es que no dudas de nuestro cariño». Y Farizada, decidiéndose al fin a hablar, les dijo: «¡Oh hermanos míos, yo no amo ya mis jardines!». Y deshecha en llanto, cayeron más perlas de sus ojos. Y como ellos callaron, anhelantes y entristecidos, ante novedad tan grave, ella prosiguió. «¡Oh, yo no amo ya mis jardines; falta en ellos el pájaro parlante, el árbol cantor y el agua de color de oro!». Y Farizada, dejándose llevar en seguida por la fuerza de su deseo, contó de una vez a sus hermanos la visita de la buena anciana, y les explicó, muy excitada, en lo que consistían las excelencias del pájaro, del árbol cantor y del agua de color de oro. Sus hermanos, después de escucharla, se quedaron muy asombrados, y prometieron: «¡Oh nuestra muy amada hermana! Calma tu ánimo y enjuga tu llanto, pues habrían de encontrarse esas cosas sobre la inaccesible cima de la montaña Kaf, e iríamos a conquistarlas para traértelas. Ahora bien, para facilitarnos su busca, ¿podrías decirnos, solamente, en qué lugar se encuentran?». Y Farizada, sofocada después de haber expresado su deseo, les explicó lo que sabía a propósito del sitio donde estas cosas podían hallarse, y añadió: «Esto es

lo que sé y nada más». Y ellos exclamaron a la vez: «¡Oh hermana nuestra! ¡Partiremos en su busca!». Pero ella gritó, espantada: «¡Oh, no! ¡Oh, no! ¡No lo hagáis!». Y Farid, el mayor, dijo: «Tu deseo está sobre nuestras cabezas, ¡oh Farizada!, pero es a mí, el primogénito, a quien corresponde realizarlo. Mi caballo está todavía ensillado, y me llevará, sin desmayo, hacia las fronteras de la India, allí donde se encuentren esas tres maravillas, que, si Alá lo quiere, yo te traeré». Y volviéndose hacia su hermano Faruz, le dijo: «Tú, hermano mío, te quedarás aquí para velar por nuestra hermana durante mi ausencia, pues no conviene que la dejemos sola en la casa». Y sin más, corrió a su caballo, saltó sobre su lomo e, inclinándose, abrazó a su hermano Faruz y a su hermana Farizada, que, llorosa aún, le dijo: «¡Oh nuestro hermano! Deja aquí mismo ya este viaje lleno de peligros y desciende del caballo. Quiero mejor, antes que sufrir tu ausencia, no ya dejar de poseer, sino ni siquiera ver nunca el pájaro parlante, el árbol cantor y el agua de color de oro». Pero Farid, abrazándola una vez más, le dijo: «¡Oh pequeña hermana mía! Deja tus temores, puesto que mi ausencia no será larga, y, con la ayuda de Alá, no me ocurrirá ningún accidente ni nada desagradable durante mi viaje. Por otra parte, con el fin de que no te atormente la inquietud durante mi ausencia, he aquí este cuchillo que te confío». Y sacando de su cintura un cuchillo, cuyo mango estaba incrustado con las primeras perlas caídas de los ojos de Farizada cuando era niña, se lo entregó, diciendo: «Este cuchillo, ¡oh Farizada!, te mostrará cómo me hallo. De cuando en cuando lo sacarás de la vaina y examinaras su hoja; si la ves tan limpia y brillante como lo está ahora, será indicio de que me encuentro con vida y rebosante de salud; si la ves empañada o enmohecida, significará que me ha ocurrido un grave accidente o que estoy reducido a cautividad, y si ves que gotea sangre, puedes estar cierta de que no cuento ya en el número de los vivos. En este caso, tú y nuestro hermano pediréis para mí la compasión del altísimo». Y dicho esto, y no queriendo oír nada más, partió al galope de su caballo por el camino que llevaba hacia la India.

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS TREINTA Y NUEVE

Schehrazada dijo:

—Y viajando durante veinte días y veinte noches por extensas soledades, en las que nada había, aparte la hierba verde y la presencia de Alá, llegó, el vigesimoprimer día, a una pradera al pie de una montaña. En esta pradera había un árbol, y sentado bajo él un jeque muy anciano. La cara de este jeque desaparecía enteramente bajo sus

largos cabellos, bajo los mechones de sus cejas y bajo los pelos de una barba que era prodigiosa, y de una blancura como de lana recién cardada. Sus brazos y piernas eran de una delgadez extrema, y sus manos y pies terminaban en uñas de una longitud extraordinaria. Con su mano izquierda pasaba las cuentas de un rosario, mientras que la derecha permanecía inmóvil a la altura de su frente, con el índice levantado, como es de ritual para atestiguar la unidad del altísimo. Era, no podía dudarse de ello, un viejo asceta retirado del mundo quién sabe desde qué tiempos desconocidos. Y como este era precisamente el primer hombre que encontraba en este vigesimoprimer día de su viaje, el príncipe Farid echó pie a tierra, y, teniendo a su caballo por la brida, se acercó al jeque jeque, y le dijo: «Yo te saludo, ¡oh santo varón!». El anciano le devolvió el saludo, pero con una voz tan amortiguada por el espesor de sus mostachos y de su barba que el príncipe Farid no pudo oír más que palabras ininteligibles. Entonces Farid, que no se había detenido sino para obtener informes a propósito de aquello que, tan lejos de su país, venía a buscar, se dijo: «Será preciso que este hombre se haga entender». Y sacando una tijera de su valija de viaje, dijo al jeque: «¡Oh mi venerable tío! Permíteme dedicarte algunos cuidados de los que no has tenido tiempo de ocuparte tú mismo, sumido constantemente, como estás, en pensamientos de santidad». Y como el viejo jeque no opusiera resistencia ni reparo, Farid se dedicó a cortar, tallar y recortar así su barba como sus bigotes, cejas, cabellos y uñas, tanto y tan bien que el jeque quedó rejuvenecido en veinte años por lo menos. Y después de rendir este servicio al anciano, le dijo, según la costumbre de los barberos: «¡Que esto sea para ti un descanso y una delicia!». Cuando el viejo jeque se sintió aligerado así de todo lo que abrumaba su cuerpo, se mostró muy satisfecho, y sonrió al viajero. Después, con una voz ya tan clara como la de un niño, dijo: «Que Alá haga descender sus bendiciones sobre ti, ¡oh hijo mío!, por el beneficio que has hecho a este pobre anciano que soy yo. Seas quien fueres, ¡oh buen viajero!, estoy dispuesto a ayudarte con mis consejos y experiencia». Y Farid se apresuró a decirle: «Vengo desde muy lejos en busca del pájaro parlante, del árbol cantor y del agua de color de oro. ¿Puedes decirme tú en qué lugar los encontraré? o bien ¿no sabes nada de ello?». Cuando oyó estas palabras del joven viajero, el jeque dejó de desgranar las cuentas de su rosario, tanto se emocionó, y Farid, al no obtener respuesta, insistió: «Mi buen tío, ¿por qué no me respondes? Apresúrate a decirme si sabes o no lo que te he preguntado antes de dejar refrescar aquí a mi caballo». Y el jeque terminó por decirle: «Ciertamente, hijo mío, que conozco el lugar donde se encuentran esas tres cosas y el camino que lleva hasta ellas, pero no puedo, en pago del servicio tan grande que me has hecho, decidirme a revelártelo, pues no quiero que te expongas a los grandes peligros que entraña la empresa. ¡Ah hijo mío, vuelve cuanto antes sobre tus pasos, y apresúrate a regresar a tu país! ¡Cuántos jóvenes, antes que tú, pasaron por aquí sin que los viera regresar!». Farid, lleno de coraje, dijo: «¡Mi buen tío, dime solo el camino a seguir, y no te preocupes de lo demás, pues Alá me dotó de brazos para defenderme!». El jeque, lentamente, preguntó: «¿Y cómo te defenderás con tus

brazos contra lo invisible, ¡oh hijo mío!, sobre todo cuando los del invisible son miles y miles?». Y Farid, moviendo la cabeza concluyó: «No hay más fuerza y poder que en Alá, ¡oh venerable jeque! Mi destino está en mí, y si le huyo me perseguirá. Dime, pues, lo que he de hacer, y te quedaré reconocido».

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CUARENTA

Dijo Schehrazada:

—Cuando el viejo del árbol vio que no podría conseguir que el joven viajero desistiera de su empresa, metió la mano en un saco que llevaba rodeándole el cuerpo y extrajo una bola de granito rojo, que entregó al viajero, diciéndole: «Ella te llevará donde es preciso que te lleve. Tú monta a caballo y arrójala delante de ti. Ella rodará y tú la seguirás hasta el sitio en que se detenga; entonces echarás pie a tierra, y, por la brida, atarás a la bola tu caballo, que permanecerá en el mismo lugar esperando tu regreso. Escalarás la montaña cuya cima estás viendo desde aquí y, según vayas ascendiendo, verás, a uno y otro lado, gruesas piedras negras, y oirás voces, que no serán ni las voces de los torrentes ni las del viento entre los abismos, sino que serán las del invisible. Ellas te aullarán palabras que hielan la sangre de los hombres, pero no las escuches, pues si, espantado, vuelves la cabeza para mirar hacia atrás, mientras las voces te llamen, ya de cerca ya de lejos, en el mismo instante serás transformado en una roca negra semejante a las de la montaña; pero si, resistiendo estas llamadas, llegas a la cumbre, allí encontrarás una jaula, y en ella al pájaro parlante, al que dirás: “Mis saludos para ti, ¡oh *Bubul El-Hazar!*! ¿Dónde está el árbol cantor y el agua de color de oro?”. Y el pájaro parlante te responderá: “¡Bien venido!”». Y después de hablar así, el anciano jeque dio un gran suspiro, y nada más. Entonces Farid se apresuró a saltar sobre su caballo, y, con toda su fuerza, arrojó la bola hacia adelante. La bola de granito rojo rodó y rodó, y el caballo de Farid, un relámpago entre los caballos corredores, apenas podía seguirla a través de los matorrales que franqueaba, las zanjás que saltaba y los obstáculos que superaba. Y continuó rodando así, con rapidez nunca disminuida, hasta que alcanzó las primeras rocas de la montaña. Entonces se detuvo. Farid desmontó, y enrolló la brida alrededor de la bola de granito, quedando el caballo inmovilizado sobre sus cuatro patas, como si estuviera clavado en el suelo. Y en seguida Farid comenzó a trepar por la montaña sin notar nada, de momento; pero a medida que iba ascendiendo empezó a ver bloques de basalto negro, que semejabán figuras humanas petrificadas, y él no sabía que eran los

cuerpos de los que le habían precedido en aquellos lugares de desolación, y en seguida, saliendo de entre las rocas, se oyó un grito como jamás lo había oído en su vida, que fue seguido al instante, a derecha e izquierda, por otros que no tenían nada de humano. No eran lamentos de los vientos salvajes en las vastas soledades, ni mugidos de las aguas en los torrentes, ni el estruendo de cataratas precipitándose en los abismos, sino que eran las voces del invisible. Unas decían: «¿Qué quieres? ¿Qué quieres tú?». Otras: «¡Detenedle! ¡Matadle!». Y otras: «¡Empujadle! ¡Precipítadle!». Y, burlándose, gritaban otras: «¡Ah! ¡Ah! ¡El lindo! ¡El lindo! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ven! ¡Ven!». Pero Farid, sin dejarse intimidar por estas voces, continuó subiendo, con constancia y firmeza. Pronto fueron las voces tan numerosas y terribles, y a veces su soplo pasaba tan cerca de su rostro, y tan espantable iba haciéndose su alboroto a derecha e izquierda, atrás y adelante; tan amenazantes eran y tan apremiante se hacía su llamada, que Farid fue acometido por el miedo bien a su pesar. Y olvidando la advertencia del anciano del árbol, volvió hacia el lugar de donde parecía salir la más fuerte de las voces. En el mismo momento un espantoso alarido fue lanzado por millares de voces, seguido de un silencio absoluto. El príncipe Farid quedó transformado en una roca de basalto negro. Y abajo, al comienzo de la montaña, sucedió lo mismo con el caballo, que se convirtió en un bloque sin forma. La bola de granito rojo volvió rodando hasta el árbol del anciano. Ahora bien, ese día Farizada, siguiendo su costumbre, sacó el cuchillo de la vaina, que llevaba siempre en su cintura, quedándose pálida y temblorosa al ver la hoja, todavía tan limpia y brillante la víspera, ahora empañada y enmohecida. Y desplomándose en los brazos de Faruz, que había acudido a su llamada, exclamó: «¡Ah hermano mío! ¿Dónde estás? ¿Por qué te dejé partir? ¿Qué te ha ocurrido en esos países extraños? ¡Desgraciada de mí! ¡Oh Farizada culpable, no me perdonaré!». Y los sollozos la sofocaban y elevaban su pecho. Faruz, no menos afligido que su hermana, se dedicó a consolarla; luego le dijo: «Lo que ocurrió ya ha ocurrido, ¡oh Farizada!, puesto que aquello que está escrito debe suceder; y ahora me toca a mí ir a buscar a nuestro hermano, y, al mismo tiempo, traerte las tres cosas que han sido causa de la cautividad a que quizá esté reducido en estos momentos». Pero Farizada, suplicante, exclamó: «¡No, no! ¡Por favor! No partas si es para buscar lo que deseó mi alma insaciable, ¡oh hermano mío!, pues si algo malo te sucediera yo moriría». Pero sus quejas y lágrimas no apartaron a Faruz de su determinación. Montó a caballo, y después de despedirse de su hermana, le entregó un rosario de perlas, que eran las segundas lágrimas lloradas por Farizada cuando era niña, diciéndole: «Si estas perlas, ¡oh hermana mía!, dejan de correr entre tus dedos una tras otra, como si estuvieran pegadas, será la señal de que he sufrido la misma suerte que nuestro hermano». Y Farizada, muy triste, dijo, mientras le abrazaba: «Haga Alá que nada de eso ocurra, y puedas regresar a nuestra casa, ¡oh mi amado hermano!, trayendo al primogénito». Y, a su vez, Faruz tomó el camino que llevaba hacia la India.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CUARENTA Y UNA

Ella dijo:

—Y al vigesimoprimer día de su viaje encontró al anciano del árbol, que estaba sentado, como ya lo había visto Farid, con el índice de su mano derecha levantado a la altura de su frente. Y después de los saludos, interrogado el anciano, este informó al príncipe de lo sucedido a su hermano, haciendo todos los esfuerzos que pudo por apartarle de la empresa; pero viendo que tampoco sería posible hacerle desistir, le entregó la bola de granito rojo, que condujo a Faruz al pie de la montaña fatal. Y Faruz se aventuró resueltamente en la montaña. Las voces se levantaron a su paso, pero él no las escuchó, ni respondió a las llamadas, ni a las injurias ni a las amenazas; y había ya llegado a la mitad de su ascensión cuando oyó de súbito gritar detrás de él: «¡Hermano mío! ¡Hermano mío! ¡Que yo no te vea retroceder!». Y Faruz, olvidando toda prudencia, se volvió al oír esta voz, y en el mismo instante se transformó en un bloque de basalto negro. Allá en su palacio, Farizada, que no abandonaba su rosario de perlas ni de día ni de noche, haciendo correr sus cuentas entre los dedos, notó en seguida que no obedecían al movimiento que les imprimía y que estaban pegadas unas con otras. Entonces exclamó: «¡Oh pobres hermanos míos, sacrificados a mis caprichos! ¡Yo me reuniré con vosotros!». Y guardando su dolor en sí misma, sin perder el tiempo en lamentaciones inútiles, se disfrazó de caballero, se armó, se equipó y, montando a caballo, tomó el mismo camino que sus dos hermanos. Y al vigesimoprimer día encontró al viejo jeque sentado bajo el árbol al borde del camino; le saludó con respeto, y le dijo: «¡Oh santo anciano, padre mío! ¿No viste pasar, a veinte días de distancia, dos jóvenes y bellos señores que buscaban el pájaro parlante, el árbol cantor y el agua de color de oro?». Y el anciano respondió: «¡Oh mi ama Farizada Sonrisa de Rosa!, yo los he visto e informado; pero han sido, ¡ay!, como tantos otros antes que ellos, detenidos en su empresa por los del invisible». Farizada, viendo que el hombre santo la llamaba por su nombre, quedó perpleja, y el anciano continuó: «¡Oh dueña del esplendor!, no te mintieron los que te hablaron de las tres cosas incomparables, en busca de las cuales vinieron ya tantos príncipes y señores. Pero nada te dijeron de los peligros que hay en intentar una aventura tan singular como la que tú persigues». Luego habló a Farizada de todo a lo que se exponía yendo en busca de sus hermanos y de las tres maravillas; pero Farizada respondió: «¡Oh santo varón!, con tus palabras has turbado mi alma, pues ella es muy fácil de horrorizarse; pero ¿cómo retroceder cuando se trata de salvar a mis hermanos? ¡Oh santo hombre, escucha la súplica de una hermana amorosa! ¡Indícame los medios de librarlos del encantamiento!». Y el anciano dijo: «¡Oh Farizada, hija de rey! He aquí

la bola de granito que te llevará sobre sus huellas; pero no podrás librarlos sino después de ser la dueña de las tres maravillas. Y puesto que no expones tu alma sino por el amor a tus hermanos, y no empujada por el deseo de conseguir estas tres maravillas, el imposible será tu esclavo. Has de saber que nadie entre los hijos de los hombres puede resistir la llamada de las voces del invisible. Y para vencer a este es preciso proveerse contra él de astucia, puesto que él posee la fuerza. ¡La astucia de los hijos de los hombres vencerá a todas las fuerzas del invisible!». Y habiendo hablado así, el anciano del árbol entregó a Farizada la bola de granito rojo; después extrajo de su cintura un copo de lana, y dijo: «Con este pequeño copo de lana, ¡oh Farizada!, vencerás a todos los del invisible; inclina hacia mí la gloria de tu cabeza, ¡oh Farizada!». Y ella inclinó hacia el anciano su cabeza, cuyos cabellos eran de oro o plata, según se los mirara de uno u otro lado, y el anciano dijo: «¡Que la hija de los hombres triunfe, con este sencillo copo de lana, sobre las fuerzas de los de los aires y de todas las asechanzas del invisible!». Y dividiendo el copo en dos porciones, puso una en cada oído de Farizada, haciéndole con la mano señal de partir. Farizada dejó al anciano y lanzó atrevidamente la bola en dirección de la montaña. Cuando llegó a las primeras rocas, y después de echar pie a tierra, fue avanzando hacia las alturas, las voces salían a su paso de entre los bloques de basalto negro con una algarabía espantosa; pero ella, no oyendo apenas más que un vago bordoneo, no entendía una sola palabra ni percibía ninguna llamada, y, por consiguiente, no experimentaba temor alguno. Subió sin detenerse, a pesar de que era delicada y sus pies no habían pisado jamás sino la arena fina de las avenidas de su jardín, y llegó sin desfallecimientos a la cumbre de la montaña. Allí, en medio de la meseta que remataba la cima, vio una jaula de oro sobre un zócalo del mismo metal, y en la jaula el pájaro parlante. Farizada se apresuró a poner la mano sobre la jaula, gritando: «¡Oh pájaro, pájaro! ¡Ya te tengo, ya te tengo! ¡No te escaparás!». Y al mismo tiempo, se quitó, arrojándolos lejos, los tapones de lana que la habían hecho sorda a las llamadas y amenazas del invisible, ya inútiles, pues se habían extinguido las voces.

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CUARENTA Y DOS

Schehrazada dijo:

—Y sobre este gran silencio se oyó la voz del pájaro parlante, que, con transparente sonoridad, decía, cantando armoniosamente, en su lengua de pájaro:

Farizada, Farizada,
la de sonrisa de rosa...
¡Oh, eh! ¡Oh, eh!
¿Cómo podré,
¡noche, noche; ojos, ojos!,
tener gana
de escaparme?

Yo sé, yo sé.
¡Oh, eh! ¡Oh, eh!,
¡noche, noche; ojos, ojos!
quién eres tú
Farizada...

Tu esclavo soy,
tu esclavo fiel,
¡noche, noche; ojos, ojos!,
Farizada, Farizada.

Así cantó, ¡oh laúdes!, el pájaro parlante; y Farizada, en el colmo del embeleso, olvidó sus penas y fatigas, y tomando la palabra al pájaro milagroso, que declaraba ser su esclavo, se apresuró a decirle: «¡Oh *Bulbul El-Hazar*! ¡Oh maravilla del aire!, si tú eres mi esclavo, ¡pruébalo!». Y Bulbul, en respuesta, cantó:

¡Farizada, Farizada,
ordéname, ordéname!
Ordéname, Farizada,
porque oírte es obedecer.

Entonces Farizada le dijo que tenía varias cosas que pedirle, y empezó por rogarle que le indicara en seguida el lugar en que se encontraba el árbol cantor. Y Bulbul, en su canto, le dijo que se volviera hacia el otro lado de la montaña. Farizada lo hizo, y hacia la mitad de esta vertiente, que era la opuesta a la que había escalado, vio un árbol tan grande que con su sombra hubiera podido cubrir a un ejército entero. Y se llenó de asombro, sin saber cómo podría desarraigar y transportar un árbol de tal tamaño. Pero Bulbul, que vio su perplejidad, le expresó en su canto que no era necesario desarraigar el viejo árbol, sino que bastaba con desgajar la más pequeña de sus ramas y plantarla en el lugar que se quisiera para verla echar raíces en seguida y convertirse en otro árbol tan hermoso como el que estaba viendo. Y Farizada llegó hasta el árbol, y, al oír el canto que exhalaba, comprendió que se hallaba en presencia del árbol cantor, pues ni la brisa en los jardines de Persia, ni los laúdes indios, ni las arpas de Siria, ni las guitarras egipcias, habían jamás producido una armonía

comparable al concierto de las mil invisibles bocas que se escondían en las hojas de este árbol musical. Cuando Farizada volvió del arrobamiento que le ocasionó esta música, desgajó una rama del árbol cantor y fue hasta *Bulbul* para rogarle que le indicara el sitio en que se encontraba el agua de color de oro. El pájaro parlante le dijo que se volviera hacia occidente y mirara detrás de la roca azul que allí se veía. Y Farizada, ejecutando lo que el pájaro le indicó, vio una roca que era de turquesa pálida; fue hacia ella, y detrás surgió un minúsculo arroyuelo que parecía de oro fundido, y esta agua de oro transpirada por la roca de turquesa era admirable, sobre todo por hallarse fresca y transparente como agua misma de topacios. Sobre la roca, en una concavidad, se hallaba una urna de cristal, que Farizada tomó y llenó de agua maravillosa, volviendo cerca de *Bulbul* con la urna a la espalda y la rama cantora en una mano. Y así es como Farizada-Sonrisa de Rosa poseyó las tres cosas incomparables. Después dijo a *Bulbul*: «¡Oh tú, el más bello! Aún me queda una cosa que pedirte. Por verla realizada es por lo que he venido en tu busca desde tan lejos». El pájaro la invitó a hablar, y ella, con voz temblorosa, exclamó: «Mis hermanos, ¡oh *Bulbul*!, mis hermanos». Cuando *Bulbul* oyó estas palabras pareció muy apenado, pues sabía que no tenía poder para luchar contra los del invisible y sus encantamientos y que él mismo les estaba sometido desde siempre. Pero se dijo luego que si la suerte había hecho triunfar a la princesa bien podía él servirla en adelante, sin temor y a despecho de sus antiguos amos; y en respuesta, cantó:

Con gotas, con gotas de agua
del ánfora de cristal,
Farizada, Farizada,
con gotas, con gotas riega,
¡oh rosa, oh rosa!, riega
las piedras de la montaña.

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CUARENTA Y TRES

Dijo Schehrazada:

—Y Farizada, tomando con una mano la urna de cristal y con la otra la jaula de oro de *Bulbul* y la rama cantora, descendió de la montaña. Cada vez que encontraba una piedra de basalto negro la rociaba con algunas gotas del agua de color de oro, y la

piedra, cobrando vida, se transformaba en hombre. De esta manera, sin omitir ninguna, Farizada liberó a sus hermanos. Farid y Faruz, así rescatados, corrieron a abrazar a su hermana. Y todos los señores que ella había libertado de su sueño de piedra vinieron a besarle la mano y a declararse sus esclavos. Y reunidos descendieron a la llanura, y allí, después que Farizada hubo librado igualmente a los caballos del encantamiento, montaron en ellos y tomaron el camino del árbol del anciano. Pero ni el anciano ni el árbol estaban en la pradera, y *Bulbul*, interrogado por Farizada, respondió, con voz que se hizo grave súbitamente: «¿Por qué quieres volver a ver al anciano, ¡oh Farizada!? Él ha enseñado a la hija de los hombres a usar el copo de lana que triunfa de las voces perversas, de las voces cargadas de odio, de las voces inoportunas y de todas las voces que turban el alma interior e impiden alcanzar las cumbres. Y así como el maestro se esfuma y queda su enseñanza, el anciano del árbol ha desaparecido después de transmitirte su sabiduría, ¡oh Farizada! En adelante, los males que afligen a la mayoría de los hombres no harán apenas presa en tu espíritu, puesto que sabrás no prestar tu alma a los sucesos exteriores que no existen sino en virtud de este préstamo, y tú has aprendido a conocer la serenidad, que es la madre de todas las venturas». Así se expresó el pájaro parlante en el lugar donde hasta poco antes se elevara el árbol del anciano. Y todos se maravillaron de la belleza de su lenguaje y de la profundidad de sus pensamientos. La multitud que componía el cortejo de Farizada continuó su camino, y pronto empezó a disminuir, pues los señores librados del encantamiento por Farizada, a medida que iban encontrando los distintos caminos por donde cada uno había venido, se le acercaban, uno después de otro, para reiterarle la expresión de su gratitud, y, besándole la mano, solicitaban su licencia y la de sus hermanos para marchar. Y en la tarde del vigesimoprimer día, la princesa Farizada y los príncipes Farid y Faruz llegaron a su morada sin contratiempo. Ahora bien, en cuanto Farizada echó pie a tierra se apresuró a colgar la jaula en su jardín, bajo una bóveda de verdor, y cuando *Bulbul* emitió la primera nota de su canto, todos los pájaros a contemplarle, y después de verlo, lo saludaron a coro, pues los jilgueros y las tórtolas, los ruiseñores y los pinzones, las alondras y las curruacas, y todas las infinitas variedades de pájaros que pueblan los jardines, reconocieron al instante la supremacía de su belleza, y, en todos los tonos, acompañaron su canto desde distintos puntos del ramaje; y cada vez que acababa con un trino prolongado, manifestaban su asombro con armoniosas aclamaciones en su lengua de pájaros. Y Farizada se aproximó a la gran fuente de alabastro, donde solía mirarse los cabellos, que eran de oro por un lado y de plata por el otro, y vertió una gota del agua contenida en la urna de cristal. Y la gota de oro se hinchó y elevó para deshacerse en rutilantes haces, y ya no cesó de subir y subir, para volver a caer, comunicando un frescor de gruta marina al ardor del aire. Después, Farizada plantó con sus propias manos la rama del árbol cantor, y esta rama echó raíces al momento, y se convirtió, en pocos instantes, en un árbol tan frondoso como aquel del que procedía. Y este árbol exhalaba un canto tan hermoso que ni la brisa en los jardines

de Persia, ni los laúdes de la India, ni las arpas sirias, ni las guitarras egipcias, hubieran podido reproducir su celeste armonía. Y para escuchar las mil invisibles bocas de las hojas musicales, los arroyuelos se detenían en su murmuradora marcha, los pájaros suspendían sus cantos y la vagabunda brisa de las avenidas acallaba el roce de sus sedas. Y en la casa la vida recommenzó, sucediéndose los días en apacible monotonía; Farizada volvió a sus paseos en el jardín, dedicando muchas horas a sus entretenimientos con el pájaro parlante, a escuchar el árbol cantor y a mirar el agua de color de oro; y Farid y Faruz se entregaron de nuevo a sus partidas de caza y a sus cabalgadas.

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CUARENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—Ahora bien, un día, en un estrecho sendero del bosque, tan angosto que no tuvieron tiempo de apartarse los dos hermanos se encontraron con el sultán, que iba de caza. Descendieron de los caballos a toda prisa, y se prosternaron hasta tocar con sus frentes en el suelo; y el sultán, muy sorprendido al ver dos caballeros por él desconocidos, tan ricamente vestidos como si fueran de su séquito, tuvo curiosidad de ver sus caras, y les ordenó que se levantaran. Ambos se pusieron de pie y se mantuvieron ante el sultán en una actitud llena de nobleza que se aliaba maravillosamente con cierta continencia respetuosa. El sultán quedó favorablemente impresionado de su belleza, y, sin hablar, los contempló durante unos momentos, examinándolos de los pies a la cabeza. Después les preguntó quiénes eran y dónde vivían, y su corazón, impresionado, se inclinaba más y más hacia ellos. «¡Oh rey de los tiempos!, somos los hijos de tu difunto esclavo, el antiguo intendente de tus jardines, y vivimos, no lejos de aquí, en la casa que debemos a tu generosidad». El sultán se alegró mucho de conocer a los hijos de su fiel servidor, pero se asombró de que aún no hubieran sido presentados en palacio para formar parte de su séquito, y les preguntó por el motivo de su abstención. Y ellos respondieron: «¡Oh rey de los tiempos!, perdónanos por no habernos presentado hasta ahora ante tu magnanimidad, pero tenemos una hermana muy joven, que es la recomendación postrera de nuestro padre, y velamos por ella con tal cariño que no podemos ni pensar en separarnos de ella». El sultán quedó impresionado por esta unión fraternal, y se congratuló más y más de haberlos encontrado, diciéndose: «Jamás hubiera sospechado que pudieran encontrarse en mi reino dos jóvenes tan cumplidos y, al mismo tiempo, tan

desprovistos de ambición». Y sintió deseos irreprimibles de visitarlos en su morada para mejor recrear sus ojos contemplándolos. Y expresando estos deseos sin más a los dos adolescentes, estos respondieron: «Por el oído y la obediencia». Y se apresuraron a hacerle escolta. El príncipe Farid tomó luego la delantera para prevenir a su hermana Farizada de la llegada del sultán. Y Farizada, que no estaba acostumbrada a recepciones en su casa, no sabía cómo arreglárselas para hacer dignamente los honores al sultán, y, perpleja, no halló nada mejor que ir a consultar con su amigo *Bulbul*, el pájaro parlante, al que dijo: «¡Oh *Bulbul*!, el sultán nos hace el honor de venir a nuestra casa y debernos obsequiarle; date prisa, pues, a enseñarme cómo he de desenvolverme para que salga complacido de nuestra casa». *Bulbul* respondió: «¡Oh mi ama!, es inútil que la cocinera prepare platos y platos de manjares, puesto que no hay más que uno que convenga hoy al sultán, y que es preciso servirle, y es un plato de cohombros rellenos de perlas». Farizada, muy asombrada, creyó que se le había trabado la lengua al pájaro, y exclamó: «¡Ah pájaro, pájaro!, no lo pienses. ¡Cohombros rellenos de perlas! ¡Este sí que es un guiso jamas oído! Si el sultán nos hace el honor de comer en nuestra casa, espera, sin duda, que se le sirvan manjares y no que se le haga tragar perlas. Tú querrás decir, ¡oh *Bulbul*!, un plato de cohombros con relleno de arroz». Pero el pájaro parlante gritó, impaciente: «¡Nada de eso! ¡Nada de eso! ¡Un relleno de perlas, de perlas! ¡Nada de arroz!». Y Farizada, que tenía confianza absoluta en el pájaro milagroso, se apresuró a dar orden a la vieja cocinera para que preparara el plato de cohombros con perlas. Como estas no faltaban en la mansión, no fue difícil disponer de suficiente cantidad de ellas para aderezar el plato. Entretanto, el sultán, acompañado del príncipe Faruz, hizo su entrada en el jardín. Farid, que esperaba en el umbral le tuvo el estribo y le ayudó a echar pie a tierra. Farizada-Sonrisa de Rosa, velada por primera vez, pues *Bulbul* se lo había recomendado, acudió a besarle la mano. Y el sultán, fuertemente impresionado por sus gracias y por la pureza de jazmín que se desprendía de toda ella, lloró de emoción. Después dijo, bendiciéndola: «Aquel que deja posteridad no muere. ¡Que Alá te conceda, oh padre de tan bellos hijos, un lugar a su derecha, en sitio de preferencia entre los afortunados!». Después añadió, bajando sus ojos hacia Farizada, que permanecía inclinada: «Pero tú, ¡oh hija de mi servidor, oh tallo perfumado!, llévanos a algún delicioso bosquecillo donde podamos resguardarnos del calor». Y el sultán, precedido de la temblorosa Farizada y seguido de los dos hermanos, fue en busca del frescor. La primera cosa que llamó la atención del sultán Khosru Schach fue el surtidor de agua de color de oro. Se detuvo un momento a contemplarla, con admiración, y exclamó: «¡Maravillosa agua, que tanto placer da al que la contempla!». Y se aproximó para verla más de cerca. Entonces oyó el concierto del árbol cantor, y, maravillado, prestó oído a esta música que caía del cielo, escuchándola durante mucho tiempo. Después de un rato exclamó: «¡Oh música que nunca había oído!». Y como, para mejor escucharla, se dirigiera hacia donde creía encontrarla, he aquí que cesó, y un profundo silencio se extendió por todo el jardín; y

sobre este grave silencio se oyó la voz del pájaro parlante, que en su canto solitario y brillante, perdiéndose en la lejanía, decía: «Bien venido el sultán Khosru Schach, bien venido, bien venido». Y coincidiendo con la última nota emitida por esta voz que encantaba el aire, todo el coro de pájaros respondió en su lenguaje: «Bien venido, bien venido, bien venido». El sultán quedó maravillado de todo esto, y su alma, tan emocionada ya por todo lo que había experimentado en tan poco tiempo, llegó hasta el límite del enternecimiento. «¡Esta es la mansión de la felicidad —exclamó—; yo daría todo mi poder y mi trono por vivir aquí con vosotros, oh hijos de mi intendente!». Después, como se dispusiera a interrogar a Farizada y sus hermanos sobre la procedencia de aquellas maravillas, de las que no podía aún darse cuenta exacta, ellos le enseñaron el árbol cantor y el pájaro parlante, diciendo Farizada: «Por lo que toca a estas maravillas, cuando nuestro amo el sultán haya reposado referiré su historia».

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CUARENTA Y CINCO

Schehrazada dijo:

—E invitó al sultán a sentarse bajo la misma bóveda de verdor que servía de abrigo a *Bulbul*, y donde acababa de colocarse una gran bandeja con la comida. El sultán se sentó en el sitio de honor, y se le sirvieron los cohombros con perlas en un plato de oro. Y el sultán, que gustaba en efecto de los cohombros rellenos, cuando los vio en el plato que Farizada misma le ofrecía, fue sensible a la atención, que, por otra parte, no se explicaba. Pero pronto llegó al límite del asombro al ver que los cohombros, en lugar de estar rellenos de arroz y pistachos, como de ordinario, estaban aderezados con perlas; y dijo a Farizada y a sus hermanos: «¡Por mi vida! ¡Qué novedad en el acomodamiento de los cohombros! ¿Y desde cuándo reemplazan las perlas al arroz y los pistachos?». Estaba ya Farizada a punto de dejar el plato y desvanecerse de puro confusa, cuando el pájaro parlante, elevando la voz, llamó al sultán por su nombre, diciéndole: «¡Oh nuestro amo Khosru Schach!». Y el sultán levantó la cabeza hacia el pájaro, que continuó con voz grave: «¡Oh nuestro amo Khosru Schach! ¿Y desde cuándo los hijos de una sultana de Persia pueden ser cambiados por animales al nacer? Si en otra época, ¡oh rey de los tiempos!, pudiste creer una cosa tan increíble, no tienes derecho a asombrarte por algo tan simple como esto de hoy». Después añadió: «Acuérdate, ¡oh nuestro amo!, de las palabras que hace veinte años oíste una noche en una humilde morada. Si las has olvidado, permite

que el esclavo de Farizada te las repita». Y el pájaro, con voz que semejaba el dulce hablar de las vírgenes, dijo: «¡Oh hermanas mías!, cuando yo sea la esposa del sultán, le daré una posteridad de bendición, puesto que los hijos que Alá hará nacer de nuestra unión serán de todo punto dignos de su padre; y la hija que alegrará nuestros ojos será una sonrisa del mismo cielo. Sus cabellos serán de oro por un lado y de plata por el otro, según se los mire; sus lágrimas, si llora, serán perlas; sus risas, denarios de oro, y sus sonrisas, capullos de rosa». El sultán, al oír estas palabras, escondió la cabeza entre sus manos, sollozando. Su dolor antiguo se hizo más vivo que en los días amargos del pasado, y todos sus pensamientos, rechazados hasta el fondo del alma desesperada, afluyeron súbitamente a su corazón, desgarrándolo. Pero en seguida la voz de Bulbul se oyó de nuevo, trémula de alegría, diciendo: «¡Levanta tus velos, oh Farizada, ante tu padre!». Y Farizada, que no sabía desobedecer a la voz de su amigo, se quitó los velos, y al hacerlo, se cayó la cinta que sujetaba sus cabellos. El sultán, que vio esto, se levantó, alargando los brazos y dando un grito, mientras *Bulbul* le decía: «¡Tu hija, oh rey!, pues sus cabellos, vistos desde un lado, son de oro, y de plata desde el otro, y en sus pupilas brillan, de alegría, dos perlas, y hay en su boca un capullo de rosa». Al mismo tiempo, el rey, viendo a los dos hermanos tan bellos se reconoció en ellos, y la voz de *Bulbul* le gritó: «¡Tus hijos, oh rey, tus hijos!». Aún estaba el sultán inmovilizado por la emoción, y el pájaro parlante le refirió rápidamente, y también a sus hijos, su historia verdadera, desde el principio hasta el fin, sin olvidar un solo detalle de ella. Pero no es de utilidad repetirla. Y no había acabado su relato, y ya el sultán y sus hijos, reunidos, los unos en los brazos de los otros, mezclaban sus lágrimas y sus besos. ¡Loado sea Alá, que reunió después de haber separado! ¡Alabanzas al altísimo, al insondable! Cuando se repusieron un poco de su emoción, el sultán dijo: «¡Oh hijos míos, vayamos en busca de vuestra madre!». Pero ¡oh mis oyentes!, renunciemos a describir lo que ocurrió cuando la pobre madre, que vivía apartada en el fondo de su reducto, volvió a ver a su esposo y se hubo reconocido como madre de Farizada-Sonrisa de Rosa y de los dos espléndidos adolescentes, sus hermanos. Y gracias sean dadas a Alá, cuya bondad es infinita y cuya justicia no falta jamás, porque hizo morir de rabia, en el día del triunfo, a las dos hermanas celosas, y porque otorgó prolongadas delicias y dilatada vida, colmada de felicidad, al rey Khosru Schach, a la sultana su esposa, al bello príncipe Farid, al bello príncipe Faruz y a la bella princesa Farizada, hasta la llegada de la separadora de amigos y destructora de sociedades. ¡Gloria a aquel que en su eternidad no conoce el cambio! Y esta es la maravillosa historia de Farizada-Sonrisa de Rosa. ¡Pero Alá es más sabio!

Cuando Schehrazada hubo acabado de referir esta historia, la pequeña Doniazada admirada exclamó:

—¡Oh hermana mía, tus palabras son dulces y encantadoras, frescas y sabrosas!
¡Y cuán admirable es esta historia!

Y el rey Schahriar dijo:

—Es verdad.

Y Doniazada creyó ver humedecidos los ojos del rey, y dijo, en voz baja, a Schehrazada:

—¡Oh hermana mía!, veo algo como una lágrima en el ojo izquierdo del rey, y como una segunda lágrima en el ojo derecho.

Y Schehrazada, mirando furtivamente al rey, dejó asomar una sonrisa, y, abrazando a la pequeña, dijo:

—Puede ser que el rey encuentre no menos placer en escuchar la historia de Kamar y de la experta Halima.

Y el rey Schahriar dijo:

—No conozco esa historia, Schehrazada, y tú sabes que la espero y la deseo.

—Si Alá lo quiere y el rey me lo permite —contestó ella— la empezaré mañana.

—El rey Schahriar, que se acordaba de la parábola de la verdadera ciencia, dijo:

—Tendré paciencia hasta mañana para oír esa historia.

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CUARENTA Y SEIS

La pequeña Doniazada exclamó:

—¡Oh mi hermana Schehrazada!, ¡por Alá sobre todo!, apresúrate a contarnos la historia de Kamar y de la experta Halima.

Y Schehrazada dijo:

HISTORIA DE KAMAR Y DE LA EXPERTA HALIMA

—Se cuenta que en remotos tiempos, ¡Alá es muy sabio!, existió un mercader llamado Abd El-Rahmán, al que Alá el generoso había favorecido con un hijo y una hija; a esta, por su perfecta hermosura, había dado el nombre de Estrella de la Mañana, y el de Kamar al muchacho, por su gran semejanza con la luna. Una vez que fueron mayores, el mercader Abd El-Rahmán, viendo todo el encanto y perfección que Alá les había concedido, temió por ellos, a causa del mal de ojo de los envidiosos y de las astucias de los corrompidos, y los tuvo recluidos en su casa hasta los catorce años, sin permitir que fuesen vistos por otra persona que no fuese la vieja esclava que los había cuidado desde niños. Un día que el mercader Abd El-Rahmán estaba, contra su costumbre, de excelente humor, su esposa, madre de los niños, le dijo: «¡Oh padre de Kamar!, nuestro hijo está en la pubertad y puede, de ahora en adelante,

comportarse como los hombres. ¿Tú qué piensas? ¿Es un niño o una niña? Contéstame». El mercader, muy sorprendido, dijo: «Un muchacho». Ella contestó: «En ese caso, ¿por que te obstinas en tenerle escondido, como una muchacha, a las miradas de todo el mundo, y no le llevas contigo al mercado y no le dejas que te ayude en la tienda, para que conozca algo de la vida y tú tengas un hijo capaz de sucederte y llevar a buen término las compras y ventas de tu negocio? Si así no lo haces y alcanzas larga vida, el poderoso Alá te conceda muchos años, todo el mundo dudará de la existencia de un heredero, que tendrá que decir a las gentes: “¡Soy el hijo del mercader Abd El-Rahmán!”. En buena ley, no podrán responder sino con indignada incredulidad: “¡Nosotros jamás te hemos visto! Y nunca habíamos oído decir que el mercader Abd El-Rahmán tuviese hijos o algo, que de lejos o de cerca, pudiera parecerse a un heredero”. ¡Cuántas calamidades caerían sobre nosotros! El Gobierno confiscaría todos nuestros bienes». Habiendo hablado así con mucha animación, continuó en el mismo tono: «Lo mismo le sucedería a nuestra hija Estrella de la Mañana. Podrías darla a conocer a nuestras amistades, con el fin de que fuese solicitada en matrimonio por la madre de algún joven de su misma condición, y así regocijarnos en su boda; porque el mundo, ¡oh padre de Kamar!, está hecho de vida y de muerte, y nosotros ignoramos nuestro destino». Después de estas palabras de su esposa, el mercader permaneció cabizbajo durante una hora; transcurrido este tiempo, levantando la cabeza, respondió: «Ciertas son sus palabras, ¡oh hija de mi tío! Nadie puede huir del destino que le acompaña. Tú sabes que si tuve reclusos en mi casa a nuestros hijos fue por miedo al mal de ojo. ¿Por qué reprochar mi prudencia y olvidar mi solicitud para con ellos?». Y ella dijo: «¡Alejado sea el maligno, el maléfico! ¡Pídeselo al profeta, oh jeque!». Él contestó: «La bendición de Alá para él y todos los creyentes». Y ella replicó: «Entretanto, confía en Alá, que sabrá proteger a nuestros hijos de las malvadas influencias y del mal de ojo. Además, he aquí el turbante de seda blanca de Mosul que he confeccionado para Kamar, y en el que he tenido cuidado de coser el estuche de plata que guarda los santos versículos, remedio contra todo maleficio. Tú puedes ahora, con toda seguridad, llevar contigo a Kamar para hacerle visitar el mercado y mostrarle la tienda de su padre». Y sin esperar el consentimiento del esposo, fue por el muchacho, que vino ataviado con sus más bellas prendas. Su padre se esponjó de satisfacción al verle, y ella murmuró: «¡Gloria a Alá! ¡La bendición de él sobre ti y el autor de tus días!». Persuadido por su esposa, el mercader cogió a su hijo de la mano y salió con él.

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CUARENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Después que hubieron franqueado el umbral de su casa y dieron algunos paseos por la calle, viéronse rodeados por compradores y vendedores que se aglomeraban a su paso sorprendidos y turbados por la belleza del adolescente. La cosa subió de punto cuando llegaron a la entrada del mercado; allí los paseantes interrumpieron su paseo, y algunos se acercaban a besar la mano de Kamar, después de saludar a su padre. Otros exclamaron: «¡Alabado sea Alá! ¡El sol sale por segunda vez esta mañana! ¡El cuarto creciente de ramadán brilla sobre las criaturas de Alá! ¡La luna nueva apareció hoy sobre el mercado!». Así gritaban desde todas partes, arrobados de admiración y haciendo votos por el adolescente, al que rodeó un numeroso grupo. El padre todo confuso y colérico, apostrofó a la multitud, que, sin hacerle caso, seguía contemplando la extraordinaria belleza del joven, que en este día de bendición hacía su entrada en el mercado. Y así, los curiosos dieron la razón al poeta, aplicándose a sí mismos estas palabras:

Has creado la belleza, ¡oh Alá!, para arrebatarnos la razón, y nos amenazas: «¡Temed un reproche!».

Eres manantial de belleza, ¡oh Alá!, y te gusta lo que es bello. Y tus criaturas, ¿cómo van a reprimir sus goces ante lo bello y no amar la belleza?

Cuando el mercader Abd El-Rahmán se encontró en medio del nutrido grupo de hombres y mujeres, púsose a contemplar a su hijo, en el colmo del asombro, y comenzó en su fuero interno a colmar a su esposa de improperios y a insultarla con todas las injurias que hubiese querido lanzar a aquellos inoportunos; al mismo tiempo, la consideraba responsable de todo lo que le había sucedido. Después, de improviso, habló con rudeza a aquellos que le rodeaban. Por fin, llegaron a la tienda del mercader, y, una vez dentro, este colocó a Kamar de forma que las impertinencias de los viandantes solo pudiese oírlas de lejos. La tienda vino a ser el punto de reunión de todo el mercado, y la aglomeración de grandes y pequeños fue haciéndose mayor de hora en hora, porque aquellos que vieron algo querían ver más, y los que no vieron nada hacían uso de todas sus fuerzas para ver alguna cosa. He aquí que, entre tanto, desde un extremo de la tienda avanzó un derviche, de mirada extática, que, tan pronto divisó al bello Kamar sentado delante de su padre, se detuvo, y, conmovido por profundos suspiros, con voz trémula, recitó esta estrofa:

Sobre un tallo de azafrán contemplo las ramas de un árbol balanceándose a la luz de la luna del mes de ramadán.

Yo le pregunto: «¿Cómo te llamas?». Y me contesta: «Perla».

Yo exclamo: «Serás mía». Y me responde: «¡Oh, no, por Alá!».

Después el anciano derviche, acariciándose la larga y blanca barba, se aproximó por entre las filas de los presentes, que se apartaban a su paso, como muestra de respeto a su avanzada edad, miró al joven con los ojos llenos de lágrimas y, ofreciéndole una rama de albahaca dulce, se sentó en un banco situado muy de cerca de él. Viéndole en tal estado de ánimo, se le podrían aplicar con justeza estas palabras del poeta:

El bello adolescente se hallaba en su sitio. Su cara era como la luna cuando se les aparece a los ayunadores de ramadán.

Entonces, fijaos, lentamente se adelanta mi jeque, cuyo rostro es el de un venerable asceta.

Durante largo tiempo estudió la cópula amorosa, y llegó a ser maestro de lo natural y de lo contranatural.

Y amó a la vez muchachos y muchachas, hasta que adelgazó como un sarmiento. ¡Qué huesos envejecidos debajo de sus envejecidas carnes!

¡Qué jeque, pederasta como un mogrebino, siempre seguido de su jovenzuelo!

¡Y, sin embargo, catando siempre del sexo amargo y del sexo dulce, no distinguiendo, llegado el caso, al joven Zeid de la joven Zeinab!

Su corazón es prodigiosamente blando, aunque lo demás es duro como el granito; siempre erguido para el macho y la hembra, para el imberbe y el barbudo.

¡Oh, que jeque, pederasta como un mogrebino!

Después que las gentes, aglomeradas a la entrada de la tienda, vieron el estado de éxtasis del derviche, se comunicaron sus pensamientos unas a otras, diciéndose: «¡Todos los derviches se parecen! Son como el cuchillo de un mercader de verduras; no diferencia el macho de la hembra». Otros exclamaron: «¡Alejado sea el maligno! ¡Un derviche encandilado por un lindo joven! ¡Que Alá confunda los derviches de su especie!». El mercader Abd El-Rahmán, padre del joven Kamar, viendo y oyendo esto, pensó: «Lo más sensato que podemos hacer es volver a casa antes que de ordinario». Para instar al derviche a que se marchase, sacando algunas monedas de su bolsa, y ofreciéndoselas, le dijo: «Toma tu dádiva de hoy, ¡oh derviche!». Al mismo tiempo, volviéndose a su hijo Kamar, le dijo: «¡Ah, hijo mío! ¡Que Alá trate a tu madre como ella se merece por habernos ocasionado tantos contratiempos!». Mas como el derviche no se movía de su sitio y continuaba con las manos extendidas después de haber tomado las monedas que le fueran ofrecidas, el mercader le dijo: «¡Levántate, anciano, que vamos a cerrar la tienda para marcharnos!». Así hablando, se estiró sobre sus pies, e hizo ademán de cerrar los dos batientes de la entrada;

entonces el derviche se vio obligado a levantarse del banco en el que había estado sentado, y salió a la calle, sin dejar de mirar un solo instante al joven Kamar. El mercader y su hijo, después de haber cerrado la tienda, atravesaron el gentío y se encaminaron a la salida. El derviche, seguido de la muchedumbre, los acompañó hasta fuera del mercado, y, siguiéndoles los pasos, fue con ellos hasta la puerta de su casa. El mercader, viendo la tenacidad del derviche, y no atreviéndose a increparle, por respeto a la religión, y también a causa de las gentes que le rodeaban, se volvió hacia él, y le preguntó: «¿Qué quieres, oh derviche?». Este respondió: «Deseo ser tu invitado por esta noche, y tú sabes que un invitado es huésped de Alá. ¡Él sea alabado!». El padre de Kamar dijo: «¡Bien venido sea el huésped de Alá! ¡Entra, oh derviche!».

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CUARENTA Y OCHO

Schehrazada dijo:

—Pero él pensó: «¡Por Alá! Veré si este derviche trae malas intenciones respecto a mi hijo; si su mala estrella le empuja a hacer alguna maldad, ¡le mataré y le enterraré en el jardín, escupiendo sobre su tumba! Ya que está aquí, le daré de comer, pues esta es la suerte de todo huésped recibido por designio de Alá». E introduciéndole en la casa, mandó a la esclava negra traer el aguamanil para las abluciones, así como también comida y bebida. El derviche, una vez hechas sus abluciones, invocando el nombre de Alá, se puso en actitud de orar, y no terminó hasta haber recitado todo el capítulo de «La vaca», seguido del capítulo de «La mesa» y del de «La inmunidad». Después que pronunció el *Bismilah*, tomó los alimentos servidos en el plato, con dignidad y discreción, y dio las gracias a Alá por sus mercedes. Cuando la esclava comunicó al mercader Abd El-Rahmán que el derviche había terminado de comer, aquel se dijo: «Este es el momento de aclarar el asunto». Y volviéndose a su hijo, le dijo: «¡Oh Kamar!, ve al encuentro de nuestro huésped y pregúntale si tiene todo lo preciso, y pasa algún tiempo con él, porque las palabras de los derviches que recorren el mundo a lo largo y a lo ancho son, a menudo agradables de oír, y sus historias beneficiosas para el espíritu del que las escucha. Siéntate, pues, a su lado, y si te coge la mano, no la retires, porque es muestra de que desea establecer un lazo directo entre él y su discípulo que le ayude a transmitirle mejor sus enseñanzas; en todos los casos, préstale la obediencia y consideraciones que imponen su calidad de huésped y su avanzada edad». Habiendo aleccionado de esta forma a su

hijo, lo mandó al lado del derviche, y, presurosamente, subió al piso superior, donde se situó en un lugar desde el que podía ver y oír cuanto sucedía en la habitación del derviche, sin que su presencia pudiera ser advertida. Desde el momento en que el bello adolescente cruzó el umbral de su aposento, el derviche fue presa de tal emoción que las lágrimas asomaron a sus ojos, y se puso a suspirar como una madre que habiendo perdido a su hijo lo recupera. Kamar se aproximó, y con voz dulce, capaz de convertir en miel el amargor de la mirra, le preguntó si no necesitaba nada y si había tomado su parte de los bienes que Alá derrama sobre sus criaturas. Y sentándose al lado del derviche con gracia y elegancia, al hacerlo, dejó al descubierto, sin proponérselo, su pierna, que aparecía blanca y tierna como un pastel de almendras. En tal momento, el poeta, con toda razón, hubiese podido decir, sin temor de pasar por loco:

¡Oh creyentes! Un muslo, bello como las perlas y como las almendras. No os cause asombro que hoy sea la resurrección. Jamás se está mejor que cuando los muslos se hallan al descubierto.

El derviche, viéndose a solas con el joven, lejos de llegar a intimidades de cualquier clase, retrocedió algunos pasos hacia el sitio donde estuviera anteriormente, y, sentándose un poco más lejos, sobre la estera, se colocó en una actitud plena de decencia y de respeto a sí mismo; de esta manera, continuó mirando al joven en silencio, los ojos llenos de lágrimas y presa de la misma emoción que le había inmovilizado en el banco de la tienda. Kamar se sorprendió de esta actitud del derviche, y le preguntó el motivo por el cual le rehuía, y si tenía alguna queja de él o de la hospitalidad de su casa. El derviche, por toda respuesta, recitó, en tono muy sentido, estas bellas palabras del poeta:

Mi corazón se enamoró de la belleza. Amando la belleza se alcanza la perfección.

Mi amor no es impuro, y está libre del deseo de los sentidos.
¡Abomino de quienes no amen como yo!

El padre de Kamar, que había visto y oído todo, y que estaba perplejo en sumo grado, se dijo: «¡Me inclino ante Alá, a quien he ofendido, atribuyendo a este sabio derviche intenciones perversas! ¡Qué Alá confunda al maligno, que sugiere al hombre tales pensamientos acerca de sus semejantes!». Edificado por la actitud del derviche, descendió del piso superior, y entró en la habitación. Dedicó los saludos y felicitaciones de rigor al huésped de Alá, y concluyó diciendo al derviche: «¡Alá sobre ti, oh hermano! Yo te conjuro a que digas cuál es la causa de tu emoción y de tus lágrimas, y por qué la vista de mi hijo te hace suspirar tan profundamente, porque tal efecto, ciertamente debe de tener una causa». Y el derviche dijo: «Dices grandes verdades, ¡oh padre de la hospitalidad!». Y contestó él: «En este caso, no retardes

más el momento de que yo sepa cuál es esa causa». Volvió a decir el derviche: «¡Oh dueño! ¿Por qué me obligas a abrir una herida que se cierra, y me pones, otra vez, un cuchillo sobre mi carne?». A lo que el mercader respondió: «En merced a los derechos adquiridos por mi hospitalidad, yo te pido, ¡oh hermano!, que satisfagas mi curiosidad».

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CUARENTA Y NUEVE

Dijo Schehrazada:

—Y el derviche contestó: «Entonces, ¡oh dueño!, te diré que soy un pobre derviche que continuamente peregrina por los mundos de Alá, maravillándose de la obra del creador del día y de la noche. Un viernes por la mañana fui conducido por mi destino a la ciudad de Bassra; habiendo entrado, pude observar que los mercados, las tiendas y los almacenes estaban abiertos, con todas las mercancías expuestas a la vista, así como también lo estaban las vituallas y, en general, todo lo que se compra y se vende, lo que se come y se bebe; mas también pude observar que ni en los mercados ni en las tiendas se veía rastro de mercader o vendedor, de mujer o de hija, yendo o viniendo; todo estaba tan abandonado y desierto que en calle alguna se veían un perro o un gato o niños jugando; nada había más que soledad y silencio, y la única presencia era la de Alá. Al percatarme de todo esto, me dije: “No sé dónde pueden haber ido los habitantes de esta ciudad, con sus perros y gatos, para así abandonar, sobre sus mostradores, todas las mercancías”. Mas como me torturaba un gran apetito, no perdí tiempo en estas reflexiones, y habiendo visto una bien provista pastelería, comí lo que me vino en gana y saqué mi deseo de pasteles; después me dirigí al mostrador de una freiduría y comí dos, tres, cuatro chuletas de carnero y uno o dos pollos asados, todavía calientes del horno, y unas cuantas galletas; comí de lo que en mi errante vida de derviche mi paladar no había gustado ni mi olfato sentido su aroma; entonces agradecí a Alá el envío de sus dones sobre sus pobres, y entrando en la tienda de un mercader de helados, saqué uno o dos bocados de un sorbete perfumado con nardo y benjuí, que solo apaciguaron los primeros deseos de mi gástrico, que tanto tiempo había estado sin probar las bebidas de los ciudadanos ricos. Di las gracias al bienhechor, que no olvida a sus creyentes y derrama sobre la tierra gozos anticipados de la fuente Salsabil. Después que de esta forma hube calmado mi hambre comencé a pensar en la extraña situación de esta ciudad, a la que, sin duda, hacía pocos momentos habían abandonado sus habitantes. Mi perplejidad aumentó

con la reflexión, y comencé a tener miedo hasta del eco de mis pasos, cuando he aquí que en aquella soledad oí resonar un murmullo de instrumentos de música, que, escuchando, comprendí que avanzaban precisamente a mi encuentro. Con el ánimo un poco turbado por las extrañas cosas de las que yo era el único testigo, no dudé de que estaba en una ciudad encantada y que el concierto que escuchaba era dado por espíritus y genios maléficos, ¡a los que Alá confunda! Después de dudarlo un poco, me dirigí al fondo del almacén de un tratante en granos y me escondí detrás de un saco de habas. Mi persona, ¡oh dueño!, estaba dominada por el vicio de la curiosidad, ¡que Alá me perdone!, y me situé de forma que pudiese abarcar la calle desde detrás de mi saco y ver y oír sin ser visto ni oído. Nunca castigo alguno se cumplió en posición tan penosa. Vi avanzar a lo largo de la calle un cortejo deslumbrante no de genios de espíritus, sino de huríes del paraíso. Eran cuarenta adolescentes, de cara redonda, que avanzaban en toda su belleza, sin velo, en dos filas, con un paso que solo este era ya música; iban precedidas de un grupo de músicos y bailarinas, que, sobre la música, armonizaban sus movimientos de pájaros, porque, en verdad, eran pájaros, y más blancas que las palomas, y, ciertamente, más ligeras. ¿Cómo las hijas de los hombres podían ser tan armoniosas y etéreas? ¿No serían ellas, tal vez, alguna variedad de pájaros venidos del palacio del Irán en las colonias, o de los jardines del edén, para encantar la tierra durante su estancia?



Fueren lo que fueren, ¡oh dueño!, el último grupo hacía apenas unos instantes que había rebasado la tienda donde yo estaba escondido detrás del saco de habas cuando vi avanzar sobre una yegua de estrellada frente y con las bridas sujetas por dos jóvenes negras a una dama, adornada de tanta juventud y tanta belleza que su vista acabó de nublarme la razón: me cortó la respiración y, desfallecido, me hizo caer al suelo, detrás del saco de habas. ¡Oh dueño!, era más deslumbrante que sus vestidos, sembrados de pedrerías, y sus ojos, su cuello, sus muñecas, sus tobillos, desaparecían

bajo el resplandor de los diamantes y bajo los collares y brazaletes de perlas y piedras precisas. A su derecha marchaba una esclava que empuñaba un sable desnudo cuya empuñadura era una esmeralda. Sobre la yegua en la que cabalgaba avanzaba como una reina, orgullosa de la corona que llevaba sobre la cabeza. La esplendorosa visión se alejó poco a poco, dejándome el corazón incendiado por la pasión y un alma para siempre reducida a esclavitud, y unos ojos que nunca olvidarán lo que vieron y dirán a todas las bellezas: “¿Qué eres tú en comparación?”. Luego que el cortejo se alejó y que la música de los instrumentos apenas se percibía de tan lejana, me decidí a salir de detrás del saco de habas y abandonar la tienda para ir a la calle. En ese momento, en el colmo de la sorpresa, vi el mercado animarse y todo los mercaderes aparecer, como salidos de debajo de la tierra, para ocupar sus respectivos lugares en sus mostradores. El propietario de la tienda donde yo estaba escondido apareció, surgido de no sé dónde, y se puso a vender sus granos para volátiles. Yo, cada vez más perplejo, me decidí a abordar a alguno de los que pasaban y a preguntarle qué significaba el espectáculo del que había sido testigo y el nombre de la maravillosa dama que montaba la yegua de estrellada frente; mas, con gran asombro por mi parte, el hombre a quien pregunté me dirigió una mirada enloquecida, empalideció su tez y, levantándose el borde de su vestido, me volvió la espalda y puso pies en polvorosa, tan aprisa como si fuese seguido por la hora de su muerte; entonces abordé a un segundo viandante y le hice la misma pregunta; mas en lugar de responderme, aparentó no haberme visto ni oído y continuó su camino; pregunté a varias personas más, y todo el mundo me rehuía como si saliese de un pozo de suciedad o como si blandiese una espada cortadora de cabezas. Entonces me dije: “¡Oh derviche! Para aclarar este asunto no te queda otro medio que entrar en la tienda de un barbero, y, al mismo tiempo que te rapa la cabeza, interrogarle; porque, como tú sabes, las gentes que ejercen este oficio tienen la lengua suelta y las palabras siempre a flor de labios. Solo eso puede hacerte conocer lo que pretendes saber”. Habiendo reflexionado de esta forma, entré en una barbería, y, después de haber pagado generosamente con todo lo que poseía, hice hablar al barbero de lo que tenía tantos deseos de conocer, y le pregunté quién era la dama de sobrehumana belleza. El barbero, aterrorizado, giró los ojos a derecha e izquierda y terminó por responder: “¡Por Alá! ¡Oh derviche, si deseas conservar la cabeza sobre el cuello y tu cuello sano y salvo, guárdate de hablar a nadie de lo que has tenido la mala suerte de ver! Para mayor seguridad, harás bien en abandonar nuestra ciudad o estás perdido sin remedio. Esto es todo lo que te puedo decir sobre este asunto, porque es un misterio que lleva a la gente de Bassra a la tortura, pues las gentes mueren como langostas si tienen la desgracia de no poder esconderse antes de la llegada del cortejo o de no hacerlo a su paso. ¡He aquí todo lo que puedo decirte!”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CINCUENTA

Ella dijo:

—«Después, ¡oh dueño!, que el barbero hubo terminado de raparme la cabeza, abandoné la tienda y me apresuré a salir de la ciudad, y no tuve tranquilidad hasta que estuve fuera de sus muros. Viajé por tierras y desiertos hasta que llegué a vuestra ciudad. Siempre tuve el ánimo extasiado por la belleza apenas entrevista, y pensaba tanto en ella, noche y día, que frecuentemente olvidaba comer y beber. En esta disposición de ánimo llegué hoy hasta la tienda de tu propiedad y vi a tu hijo Kamar, cuya belleza me recuerda fielmente la de la adolescente de Bassra, ya que se parecen como un hermano a su hermana, y de tal manera me emocionó esta semejanza, que no pude retener mis lágrimas, lo que parece, sin duda, acto de un insensato. Tal es, ¡oh dueño!, la causa de mis suspiros y de mi emoción». Una vez que el derviche hubo terminado de tal suerte su narración, rompió de nuevo a llorar, y, mirando al joven Kamar, añadió: «¡Alá sobre ti, oh dueño! Ahora que te he referido aquello que debía contarte, y como no quiero abusar de la hospitalidad que has concedido a un servidor de Alá, abre la puerta de salida y déjame marchar y continuar mi camino. Y si tengo que formular algún deseo de felicidad para mis bienhechores, sería que Alá, que ha creado dos criaturas tan perfectas como son tu hijo y la adolescente de Bassra, perfeccione su obra permitiendo su unión». Habiendo hablado así, el derviche se levantó, desoyendo la petición del padre de Kamar, que le instaba a continuar allí, y, bendiciendo a sus huéspedes, se marchó como había venido, suspirando. El joven Kamar no pudo cerrar los ojos en toda la noche, tan preocupado estaba con lo que había contado el derviche: la descripción de la adolescente le había impresionado. A la mañana siguiente entró en la habitación de su madre, y, despertándola, le dijo: «¡Oh madre! ¡Hazme un envoltorio con mis ropas, porque es preciso que parta al instante adonde me llama mi destino, a la ciudad de Bassra!». Su madre, al escuchar estas palabras, comenzó a lamentarse y a llorar, y, llamando a su esposo, le comunicó la noticia tan asombrosa como inesperada. El padre de Kamar probó, en vano, a hacer entrar en razón a su hijo, que no quería escucharle, y que terminó por decir: «¡Si no parto para Bassra inmediatamente, mi muerte es segura!». El padre y la madre de Kamar, ante este tono tan perentorio y una resolución tan decidida, no hicieron más que suspirar, aceptando lo que estaba escrito por el destino. El padre de Kamar no dejó pasar la ocasión de achacar a su esposa todos los contratiempos que sufrían desde el momento en que él había escuchado sus consejos llevando a Kamar al mercado; y dijo para sí mismo: «¡He aquí a lo que te han llevado tu sentido común y tu prudencia, Abd El-Rahmán! ¡No hay poder ni fuerza más que en Alá el

todopoderoso! ¡Aquello que está escrito debe suceder, y nada se consigue luchando contra las decisiones del destino!». La madre de Kamar, doblemente apenada a causa de los reproches de su esposo y del dolor que le ocasionaba el proyecto de su hijo, se vio obligada, bien a su pesar, a hacer los preparativos para el viaje, dándole un saquito en el que había guardado cuarenta gruesas gemas preciosas, como rubíes, diamantes y esmeraldas, y le dijo: «Guarda cuidadosamente sobre ti este saquito, ¡oh hijo mío! Te podrá servir si tuvieras necesidad de dinero». El padre le dio ochenta mil denarios de oro para atender a sus gastos de viaje y su estancia en el extranjero. Abrazándole los dos, le dijeron adiós, y su padre le recomendó al jefe de la caravana que partía para el Irán. Kamar, después de haber besado las manos de su padre y de su madre, marchó hacia Bassra, acompañado por las preces de sus padres. Alá le protegió, y llegó sin contratiempo a aquella ciudad.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CINCUENTA Y UNA

Schehrazada dijo:

—Ahora bien, Kamar advirtió que precisamente el día de su llegada era viernes, y él pudo así comprobar la exactitud de todo aquello que le había referido el derviche. En efecto, él vio que los mercados estaban vacíos, las calles desiertas y las tiendas abiertas pero sin compradores ni vendedores; como tenía hambre, comió y bebió hasta saciarse de aquello que le vino en gana. Apenas había terminado su comida escuchó la música y se apresuró a esconderse, tal como había hecho el derviche. Vio aparecer entonces a la adolescente con sus cuarenta servidores. A la vista de su belleza, fue presa de una emoción tan fuerte que cayó desvanecido en un rincón. Cuando hubo recuperado el sentido, vio que los mercados estaban animados y repletos de compradores y vendedores, como si su actividad no se hubiese interrumpido nunca. Recordando con todo detalle los sobrenaturales encantos de la adolescente, comenzó por comprar magníficos vestidos, los más ricos y suntuosos que pudo encontrar en casa de los principales mercaderes. En seguida se dirigió a una casa de baños, de donde salió relumbrante como un joven rey, después de un baño minucioso y prolongado. Solamente entonces se puso a buscar la tienda del barbero que en otra ocasión, había rapado la cabeza del derviche, no tardando en encontrarla. Entró en la tienda, y después de los saludos por una y otra parte, dijo al barbero: «¡Oh padre de las manos ligeras! Deseo hablarte en secreto. Te pido que cierres ahora tu tienda a los clientes que tengas costumbre de recibir y yo te indemnizaré por la pérdida de tu tiempo». Y le mostró una bolsa repleta de oro, que el barbero se

apresuró a guardar en su faja después de haberla sopesado en la mano. Una vez que estuvieron los dos a solas, el joven dijo: «¡Oh padre de las manos ligeras! Soy extranjero en esta ciudad, y solo deseo que me digas cual es el motivo del abandono de los mercados en esta mañana de viernes». El barbero, ganado por la generosidad del joven y por su aire de emir respondió: «¡Oh mi dueño! Ese es un secreto que jamás he intentado penetrar: yo hago lo que todo el mundo, y pongo cuidado en ocultarme todas las mañanas de los viernes; pero ya que es un asunto que te interesa, voy a hacer por ti lo que no haría por mi hermano. Yo te pondré en contacto con mi mujer, que conoce todo aquello que sucede en la ciudad, porque ella vende perfumes a todos los harenes de Bassra y a los palacios de los magnates y del sultán. Como veo por tu aspecto que estás impaciente por aclarar el asunto y, por otra parte, que mi proposición te agrada, corro al instante a buscar a la hija de mi tío para consultarle el caso. Espera en la tienda tranquilamente mi regreso». El barbero dejó a Kamar en la tienda y se apresuró a ir a buscar a su mujer, a la que explicó el motivo que le inducía a ello y, al mismo tiempo, le mostró la bolsa repleta de denarios de oro. La mujer del barbero, que era de sagaz espíritu y de corazón servicial, respondió: «¡Sea bien venido a nuestra ciudad! ¡Heme aquí, presta a servirle con mi pensamiento y con mis ojos! ¡Ve a buscarle y condúcele aquí, para que yo le ponga al corriente de lo que quiere saber!». El barbero volvió a su tienda, donde encontró a Kamar esperándole, y le dijo: «¡Hijo mío! Levantate y ven conmigo delante de tu madre, la hija de mi tío, quien me encarga decirte que el asunto es factible». Le cogió de la mano y le condujo a su casa, donde su esposa le dio la bienvenida con aire afable y agradable, y haciéndole sentar en el sitio de honor, en el diván, le dijo: «¡Afabilidad y comodidad para el huésped! Mi casa es tu casa y tus esclavos los dueños de ella. Tú estás por encima de nosotros: ordena y al instante serás obedecido». Y ella se apresuró a ofrecerle en un plato de cobre los refrescos y confituras que otorga la hospitalidad, y le obligó a tomar una cucharada de cada cosa, diciéndole: «¡Delicias y comodidades para nuestro huésped!». Entonces Kamar, cogiendo un puñado de denarios de oro, y poniéndolos sobre el regazo de la esposa del barbero, dijo: «Perdóname por lo poco que es, pero ¡por Alá!, yo sabré agradecer tus bondades. Entre tanto, cuéntame todo lo que sepas del asunto que me preocupa». Y la esposa del barbero dijo: «Sabe, ¡oh hijo mío, luz de la vista y corona de la cabeza!, que el sultán de Bassra recibió un día como regalo del sultán de la India una perla tan bella que debió nacer de un rayo de sol caído en algún lugar milagroso del mar. Era blanca y dorada a la vez, según se la mirase, y en su seno parecía agitarse un incendio. El rey la contempló durante todo un día, y para no separarse jamás de ella decidió atarla a su cuello con una cinta de seda; mas como estaba intacta y sin perforar, hizo venir a todos los joyeros de Bassra, y les dijo: “Deseo que taladréis diestramente esta perla extraordinaria, y aquel que sepa hacerlo sin dañar su maravillosa materia podrá pedirme todo lo que desee, y al momento le será concedido; pero si no consigue hacer el trabajo perfectamente, o si su desgraciado sino le hiciese dañar la piedra apenas, ¡puede darse por muerto,

porque le haré cortar la cabeza después de haberle hecho sufrir todos los tormentos que habrá merecido por su sacrílega torpeza! ¿Qué me contestáis, oh joyeros?”. Habiendo escuchado estas palabras del sultán, y viendo a lo que se exponían, los joyeros, conmovidos en extremo, respondieron: “¡Oh rey del tiempo! Es asunto muy delicado hacer una cosa así en una perla como esa. Nosotros sabemos que para perforar las perlas ordinarias son necesarias una habilidad y agilidad en los dedos muy raras de encontrar, y que pocos maestros joyeros llevan a buen fin no sin que les acaezcan algunos accidentes inevitables. Te suplicamos no nos ordenes aquello que nosotros no podemos hacer, porque reconocemos que jamás tendremos en nuestras manos la habilidad que sería necesario emplear. Entretanto, nosotros podemos indicarte alguien que sabrá dar cima a ese prodigio de arte: ¡Nuestro jeque!”. El rey les preguntó “¿Quién es vuestro jeque?”. Respondieron ellos: “Es el maestro joyero Obeid, que es infinitamente más hábil que nosotros y tiene un ojo en la punta de cada dedo y una delicadeza extrema en cada ojo”. El rey dijo: “¡Mostrádmelo sin tardanza!”. Los joyeros se apresuraron a obedecer, y regresaron con su jeque, el maestro Obeid, quien, después de haber besado el suelo, se prosternó ante el rey para escuchar sus órdenes. El rey le explicó el trabajo que exigía de él y qué recompensa o castigo le esperaba, según triunfara o fracasara, al mismo tiempo le mostró la perla. El joyero Obeid cogió la maravillosa perla, y, después de examinarla durante una hora, respondió: “¡Bien quisiera morir si no consiguiese taladrarla!”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CINCUENTA Y DOS

Dijo Schehrazada:

—«Inmediatamente, con el permiso del rey, se sentó en cuclillas, y, sacando de su faja algunas finas herramientas, colocó la perla entre sus pies, y con una habilidad y ligereza increíbles, manejó sus útiles como un niño haría girar un peón, y, en menos tiempo del que sería necesario para perforar un huevo, horadó la perla de parte a parte, haciéndole dos orificios iguales y simétricos, sin reborde ni irregularidad alguna; después de haber limpiado la perla en su manga, la tendió al rey, que, trémulo de alegría y satisfacción, la sujetó a su cuello por medio de una cinta de seda; luego ascendió hasta su trono y se sentó, mirando a todos lados con ojos resplandecientes de alegría, en tanto la perla simulaba un sol prendido a su cuello. Y dirigiéndose al joyero Obeid le dijo: “¡Oh maestro Obeid! ¡A ti te corresponde formular un deseo!”. El joyero reflexionó durante una hora, al cabo de la cual respondió: “¡Qué Alá prolongue la vida del rey! El esclavo cuyas tullidas manos han tenido el insigne honor de tocar la perla maravillosa y entregarla a nuestro dueño perforada según sus

deseos posee una esposa muy joven, a quien se siente obligado a cuidar mucho, puesto que él es muy viejo, y piensa que los hombres que a su regreso a casa no se rinden a los deseos de sus esposas se muestran desconsiderados con ellas; por tanto, creo que se las debe tratar con toda suerte de cuidados y no hacer nada sin consultarlas. Este es, precisamente, el caso de tu esclavo, ¡oh rey del tiempo! Él querría ir a avisar a su esposa, al objeto de consultarle el caso y ver si ella tenía algún deseo que fuese preferible al que yo pudiese formular; porque Alá no solo la ha dotado de juventud y encanto, sino también de espíritu fértil y perspicaz y de un juicio a toda prueba”. El rey replicó: “Apresúrate, Osta-Obeid, a ir a consultar a tu esposa, y vuelve a comunicarme la respuesta, porque no tendré tranquilidad de espíritu hasta haber cumplido mi promesa”. El joyero salió de palacio y fue a buscar a su esposa, y le explicó el caso. La adolescente exclamó: “¡Glorificado sea Alá, que hace llegar mi gran día antes de tiempo! En efecto, tengo un deseo que formular y una idea singular que realizar. Gracias a los beneficios de Alá somos ricos, pues tus negocios gozan de prosperidad y estamos a cubierto de necesidades para el resto de nuestros días; a este respecto, nosotros no tenemos nada que desear; el anhelo que quiero satisfacer no costará un dracma al tesoro del reino. Helo aquí: pide al rey, simplemente, que me conceda permiso para pasear todos los viernes por los mercados y calles de Bassra, con un cortejo semejante al de las hijas de los reyes, sin que persona alguna ose mostrarse entonces por las calles, bajo pena de perder la cabeza. ¡He aquí todo lo que deseo del rey en recompensa de tu trabajo de horadar la piedra!”. Habiendo escuchado estas palabras de su joven esposa, el joyero, en el colmo del asombro, se dijo: “¡*Alah karim!* ¡Buen final es este para quien pudo gloriarse de saber lo que ocurre en la cabeza de su mujer!”. Mas como amaba a su esposa y él era viejo y, además, muy feo, no quiso contrariarla, y se contentó con responder: “¡Oh hija de mi tío! Tu deseo lo comprendo; pero si los negociantes de los mercados abandonan sus tiendas para ir a esconderse durante el paso del cortejo, los perros y gatos devastarán las tiendas y ocasionarán daños que pesarán sobre nuestra conciencia”. Ella dijo: “¡Eso no me preocupa! Se dará orden a todos los habitantes y guardianes de los mercados de encerrar ese día todos los perros y gatos, porque yo deseo que las tiendas queden abiertas durante el paso de mi séquito. ¡Todo el mundo, grandes y pequeños, irá a esconderse en las mezquitas, que cerrarán sus puertas, a fin de que nadie pueda asomar la cabeza y mirar!”. Entonces el joyero Obeid fue en busca del rey, y, confuso en extremo, le hizo partícipe del deseo de su esposa; el rey dijo: “¡No hay inconveniente en ello!”. Y en seguida hizo proclamar por los pregoneros públicos, a través de toda la ciudad, la orden dirigida a todos sus habitantes de dejar las tiendas abiertas todos los viernes dos horas antes de la oración e ir a esconderse en las mezquitas, guardándose mucho de mostrarse por las calles, bajo pena de ver sus cabezas saltar de sus hombros, y les hizo saber que debían encerrar perros y gatos, asnos y camellos y todos los animales de cualquier clase que pudiesen circular por los mercados. Después de todo esto, la esposa del joyero se

paseó de esta manera todos los viernes dos horas antes de la oración del mediodía, sin que hombre, perro o gato alguno osara mostrarse por las calles. Precisamente ha sido ella misma ¡oh *sidi* Kamar!, a quien tú has visto esta mañana rodeada de su séquito de adolescentes encabezado por la joven esclava que empuñaba el sable desnudo, para segar la cabeza de cualquiera que hubiese osado mirarla al pasar». La esposa del barbero, habiendo hablado a Kamar de esta manera acerca de lo que él quería saber, le miró sonriente, y añadió: «¡Bien veo, oh joven de encantadora mirada, oh mi dueño!, que lo que te conté no te parece suficiente, y que todavía deseas de mí alguna otra cosa, por ejemplo, que te indique el medio de volver a ver a la maravillosa adolescente, esposa del viejo joyero». Kamar respondió: «¡Oh madre! Tal es, en efecto, el más íntimo deseo de mi corazón, porque para verla es por lo que he venido de mi país, después de haber abandonado la mansión en la que mi ausencia deja bañados en lágrimas un padre y una madre que mucho me aman». La esposa del barbero dijo: «En ese caso, hijo mío, dime algo acerca de aquellas cosas de mérito y valor que tú puedas hacer». El joven contestó: «Madre mía, entre algunos otros bellos objetos traigo gemas preciosas de cuatro clases; las de la primera clase valen cada una quinientos denarios de oro; las de la segunda clase valen cada una setecientos; las de la tercera ochocientos, y las de la cuarta mil denarios de oro cada una, por lo menos». Preguntó ella: «¿Y tu ánimo está presto a ceder cuatro de esas piedras, cada una de una clase?». El joven respondió: «Mi ánimo, de buen grado, se prestaría a ceder todas las piedras que poseo y todo lo que tengo». Dijo ella: «Pues bien, hijo mío. ¡Una cabeza para la corona del joven más generoso! ¡Levántate y ve a buscar al joyero Osta-Obeid al mercado de los orfebres y joyeros y haz exactamente lo que te voy a decir!». Ella le indicó lo que le pareció adecuado al caso y que le hiciese llegar al fin deseado, y añadió «Hijo mío, en todas las cosas son necesarias la prudencia y la paciencia; mas tú, después de haber hecho lo que te he indicado, no olvides venir a darme cuenta de ello y traer contigo cien denarios de oro para el barbero, mi esposo, que es un pobre».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CINCUENTA Y TRES

Ella dijo:

—Kamar respondió que así lo haría, y salió de la casa del barbero, repitiéndose en su fuero interno, para grabarlos bien en su memoria, los consejos de la vendedora de perfumes, esposa del barbero, y bendijo a Alá por haber puesto en su camino, como una piedra indicadora, a esta buena mujer. De esta suerte llegó al mercado de los

joyeros y los orfebres, donde alguien se apresuró a indicarle la tienda del jeque de los joyeros, Osta-Obeid, y, entrando en ella, vio al joyero en medio de sus aprendices, a quien saludó con gran deferencia, poniendo la mano sobre su corazón, y diciendo: «¡La paz sobre ti!». Osta-Obeid le devolvió su saludo, y, acercándosele con gran diligencia, le pidió que se sentase. Kamar sacó de su bolsa una gema escogida, mas de la clase menos bella de las cuatro que tenía, y dijo: «¡oh maestro!, deseo vivamente que me hagas para esta gema una montura digna de tu destreza, pero de sencillo estilo y que no pese más de un *miskal*». Al mismo tiempo, le entregó veinte monedas de oro, diciendo: «Esto, ¡oh maestro!, no es más que un pequeño adelanto sobre lo que pienso pagarte por el trabajo que me hagas». Igualmente entregó una pieza de oro, a modo de saludo, a cada uno de los numerosos aprendices y también a cada uno de los mendigos que habían hecho su aparición en la puerta de la calle después que habían visto entrar en la tienda al joven extranjero tan suntuosamente ataviado. Habiéndose conducido de esta manera, el joven se retiró, dejando maravillado a todo el mundo por su generosidad, belleza y distinguidas maneras. En cuanto a Osta-Obeid, no quiso retrasar la confección de la sortija, y como estaba dotado de una extraordinaria destreza y tenía a su disposición medios que ningún otro joyero en el mundo poseía, la terminó al final de la jornada, pulida y cincelada. Como el joven Kamar no debía volver hasta la mañana siguiente, al anochecer la llevó consigo para mostrarla a su esposa, la adolescente en cuestión, pues él encontraba la piedra maravillosa y de una agua límpida, capaz de causar envidia. Así que la adolescente esposa de Osta-Obeid hubo visto la piedra, la encontró sumamente hermosa, y preguntó: «¿Para quién es?». El joyero respondió: «Para un joven extranjero que es mucho más deslumbrante que esta maravillosa gema. Sabe, en efecto, que el dueño de esta sortija, me la ha dejado pagada por anticipado, como jamás trabajo alguno me ha sido pagado, es bello y encantador, con ojos que brillan de deseos, de mejillas como pétalos de anémona sobre un parterre cuajado de jazmines, una boca como el sello de Soleimán, de labios coloreados y un cuello tal como el de un antílope, que porta graciosamente su cabeza igual que un tallo su corola. Y para resumir aquello que está por encima de toda alabanza, es hermoso, verdaderamente hermoso, y tan encantador como hermoso es no solamente por sus perfecciones, sino también por su tierna edad y la luminosidad de su mirada». Así describió el joyero a su esposa al joven Kamar, sin ver que sus palabras venían a alumbrar en el corazón de la adolescente una pasión repentina y tanto más viva cuanto que el objeto de ella permanecía invisible. Y olvidó a aquel dueño de una frente donde, como los cohombros sobre un terreno ahumado, iban a posar los cuernos; que no hay de todo punto peor entretenimiento ni de más cierto resultado que el de un marido que, sin miedo a las consecuencias, alaba, delante de su esposa, los méritos y belleza de un desconocido; tan es así, que cuando Alá el altísimo quiere realizar sus designios sobre sus criaturas les hace tantear a ciegas en las tinieblas. La joven esposa del joyero escuchó aquello y lo retuvo en el fondo de su espíritu, sin

mostrar ninguno de los sentimientos que la agitaban, y en tono indiferente dijo a su esposo: «¡Déjame ver esa sortija!». Osta-Obeid se la entregó, y ella, mirándola con aire distraído, se la puso negligentemente en su dedo, y dijo: «¡Se diría que está hecha para mi dedo; mira cuán bien me sienta!». El joyero respondió: «¡Vivan los dedos de las huríes! ¡Por Alá, oh dueña mía! Ya que el propietario de esa sortija está dotado de generosidad y cortesía, mañana le pediré que me la venda, sin importarme el precio, y te la regalaré». Durante estos sucesos, Kamar había dado a la esposa del barbero detallada cuenta de cómo había actuado; le entregó cien piezas de oro para aquel pobre barbero, e interrogó a su protectora acerca de lo que le quedaba por hacer, y ella le respondió: «Cuando veas al joyero no le cogerás la sortija que te haya hecho, pues, fingiendo que es demasiado estrecha para tu dedo, se la regalarás; entonces muéstrale alguna otra gema mucho más bella que la primera, de aquellas que valen setecientos denarios cada una, y dile que le haga una montura de delicada hechura; al mismo tiempo, entrégale sesenta denarios de oro para él y dos, como gratificación, para cada uno de sus obreros, sin olvidar a los mendigos que estén a la puerta. Haciendo esto, los acontecimientos transcurrirán a tu entera satisfacción. Y no te olvides, ¡hijo mío!, de venir a darme cuenta de lo que hagas, y trae contigo alguna cosa para mi esposo, el pobre barbero». Kamar respondió: «¡Escucho y obedezco!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CINCUENTA Y CUATRO

Schehrazada dijo:

—Salió de casa de la mujer del barbero, y a la mañana siguiente no se olvidó de ir a buscar, en el mercado, al joyero Osta-Obeid, quien, tan pronto le vio, se levantó en seguida, y haciéndole los saludos y cumplimientos de costumbre, le presentó la sortija. Kamar fingió probársela y, acto seguido, dijo: «¡Por Alá, oh maestro Obeid! La sortija está muy bien hecha, pero un poco pequeña para mi dedo. ¡Tómala! Te la doy a fin de que la regales a alguna de las esclavas de tu harén. Entretanto, he aquí otra gema que prefiero a la anterior y que será mucho más bella, haciéndole una montura simplemente». Hablando así le entregó una gema de setecientos denarios de valor y, al mismo tiempo, le dio para él sesenta denarios de oro y dos para cada uno de los aprendices, diciendo: «¡Sencillamente, para que os refresquéis con un sorbete! Mas, si como espero, el trabajo está terminado prontamente, todos vosotros quedaréis satisfechos de la manera como será remunerado». Y salió, distribuyendo a diestro y siniestro piezas de oro a los mendigos reunidos ante la puerta de la tienda. Cuando el joyero vio tanta liberalidad en su joven cliente, se sintió sumamente sorprendido; por

la tarde, una vez de regreso en su casa, no cesó de alabar delante de su esposa a aquel generoso extranjero, de quien dijo: «¡Por Alá! No se contenta con ser hermoso como jamás lo fueron los más bellos, sino que también tiene la mano generosa, como los hijos de los reyes». Cuanto más hablaba, más se grababa en el corazón de su mujer el amor que esta sentía por el joven Kamar. Una vez que él le hubo entregado la sortija, regalo de su joven cliente, ella, poniéndosela lentamente en un dedo, preguntó: «¿Y no te ha encomendado un segundo trabajo?». Dijo él: «¡Sí! ¡Y tanto he trabajado durante todo el día que hela aquí, terminada!». Ella le dijo: «¡Déjame verla!». La tomó en su mano y mirándole, sonriente, siguió: «¡Bien quisiera retenerla para mí!». Y replicó el joyero: «¿Quién sabe? Es muy capaz de dármela, como hizo con su hermana». Durante todo esto, Kamar había ido a tratar con la esposa del barbero sobre lo que había sucedido y lo que debía hacer en el futuro. Él le entregó cuatrocientos denarios de oro, para su esposo, ¡el pobre barbero! Ella le dijo: «¡Hijo mío! Tu asunto ofrece el mejor cariz. Cuando veas al joyero no tomes la montura encargada y, simulando que es demasiado grande, regálasela. Así, pues, entrégate otra piedra preciosa, de aquellas que valen cerca de los novecientos denarios de oro y encargándole que termine pronto el trabajo, da cien denarios de oro para el joyero y tres para cada uno de los aprendices; y no olvides, ¡hijo mío!, al volver para darme cuenta del asunto, de traer para mi esposo, el pobre barbero, algo con lo que poder comprar un pedazo de pan. ¡Qué Alá te guarde y prolongue tus días, oh hijo de la generosidad!». Kamar siguió puntualmente los consejos de la vendedora de perfumes. Por la tarde, el joyero no encontró palabras o expresiones para alabar, delante de su mujer, la generosidad del bello extranjero. Ella, entretanto se probaba la nueva sortija, dijo a su esposo: «¿No te avergüenzas, hijo del tío, de no haber invitado todavía a tu casa a un hombre que tan generosamente se ha portado contigo? Sin embargo, gracias a los beneficios de Alá, tú no eres avaro ni descendiente de avaros; mas, sí me parece bien que algunas veces olvides las conveniencias. Así pues, es tu deber pedir a ese extranjero que venga mañana a probar la sal de tu hospitalidad». Por su parte, Kamar, después de haber consultado a la mujer del barbero, a la que entregó ochocientos denarios de oro como regalo para el pobre barbero, con los que pudiese comprarse un pedazo de pan, no olvidó volver a la tienda del joyero para probar la tercera sortija. Después de haberla puesto en su dedo la retiró y, mirándola un instante con algo de desdén, dijo: «Me sienta bien, mas esta piedra no me satisface por completo. Así, pues guárdala para alguna de tus esclavas y móntame esta otra gema como ella se merece; y, ¡he aquí, para ti, un adelanto de doscientos denarios y cuatro para cada uno de tus aprendices y, además perdóname todas las molestias que te causo!». Así hablando, él entregó una maravillosa gema blanca que valía mil denarios de oro. El joyero, en el colmo de la confusión, le dijo: «¡Oh dueño mío! ¿Querías honrar mi casa con tu presencia y concederme la gracia de venir esta noche a cenar conmigo?». Kamar respondió: «¡Con toda mi alma y todo mi corazón!». Y le dio sus señas para que a la caída de la tarde fuese a buscarle. Una vez que se hubo ocultado el sol, el

joyero fue a casa del joven, y se dispuso a atenderle y regalarle con prodigalidad. En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CINCUENTA Y CINCO

Dijo Schehrazada:

—Y el joyero condujo al joven a su casa, donde le agasajó con una suntuosa fiesta y un espléndido festín. Después de haber sido retirados los platos de la comida y las bebidas, una esclava sirvió los sorbetes que había preparado con sus propias manos la adolescente, quien, a pesar de los deseos que tenía de ello, no pudo alterar los usos de las recepciones, en las que las mujeres jamás pueden tomar parte en la comida y hubo de permanecer en el harén, y allí se vio obligada a quedarse hasta que su ardid produjese efecto. Apenas Kamar y su huésped habían tomado el delicioso sorbete, cuando cayeron en un profundo sueño, ya que la adolescente había tenido cuidado de poner en las copas una poción somnífera; la esclava que los sirvió se retiró en cuanto los vio tendidos e inmóviles. Entonces, la adolescente, vestida Únicamente con una camisa, como si fuese su noche nupcial, abrió la puerta y penetró en la sala donde se había celebrado el festín. Quienquiera que hubiese visto a esta adolescente en toda su belleza, con ojos de mirar extraviado, hubiera creído tener el corazón deshecho y la razón perturbada. Ella avanzó hacia Kamar, a quien no había visto hasta que le entrevió por la ventana, cuando el joven entró en la casa, y púsose a contemplarle, viendo que era de todo su agrado; entonces, sentándose a su lado, le acarició dulcemente el rostro; y de súbito, aquella hermosa jovencita, se inclinó golosamente sobre el jovenzuelo y le besó los labios y las mejillas tan furiosamente que la sangre se le alteró; estos furiosos besos duraron cierto tiempo y fueron reemplazados por movimientos que, solo Alá podría saber lo que se ocultaba bajo esta agitación de la jovencita, puesta a horcajadas sobre el dormido joven. La noche entera transcurrió en este juego, mas, cuando amaneció, aquella apasionada jovencita decidió retirarse y, sacando de su seno cuatro tabas de cordero, las puso en un bolsillo de Kamar; una vez hecho esto, dejó al joven y volvió al harén, donde ordenó algo a la esclava a quien de ordinario confiaba sus órdenes, la misma que durante la marcha del séquito a través de los mercados de Bassra, portaba el sable desnudo. La esclava, para disipar el sueño del joven Kamar y del viejo joyero, les dio a oler una poción que era un poderoso antídoto, que no tardó en producir efecto, ya que los dos durmientes se despertaron, no sin antes haber estornudado. Entonces, la joven esclava dijo al joyero: «¡Oh amo! Nuestra dueña, Halima, me envía a despertarte y decirte: es la hora de la oración de la mañana; y he allí al almuecín sobre el alminar, llamando a los creyentes. Por otra

parte, he aquí el aguamanil y el agua para las abluciones». El viejo, todavía aturdido, exclamó: «¡Por Alá, cuán pesadamente se duerme en esta habitación! ¡Cada vez que me duermo aquí, me despierto al día siguiente!». Kamar no supo qué responder, más, en tanto estaba haciendo sus abluciones, sintió que los labios y las mejillas le ardían, como si tuviese fuego, sin contar aquello que no se veía; se extrañó en extremo y dijo al joyero: «Siento que los labios y las mejillas me arden y me queman como carbones ardientes. ¿Qué puede ser?». El viejo respondió: «¡Oh, no es nada! Simples picaduras de mosquitos. Hemos cometido la imprudencia de dormir sin mosquiteros». Kamar dijo: «¡Sí! ¿Mas, cómo es que no he visto picaduras de mosquitos en tu rostro?». Respondió el joyero: «¡Por Alá! ¡Es verdad! Mas, es preciso que sepas, ¡oh joven de bello rostro!, que los mosquitos gustan de mejillas barbilampiñas y detestan los rostros barbudos: compara la delicada sangre que circula bajo tu hermosa piel con la larga barba que descende de mis dos mejillas». Hablando así, hicieron sus abluciones, recitaron la oración y desayunaron juntos, después de lo cual, Kamar pidió licencia a su huésped y salió en busca de la mujer del barbero. La vendedora de perfumes estaba donde esperaba encontrarla y le recibió riendo y le dijo: «¡Vamos, hijo mío, cuéntame la aventura de esta noche, ya que veo en tu cara mil signos que la delatan!». Dijo él: «Pues esto que ves, madre mía, son simples picaduras de mosquitos y nada más». Ante estas palabras, la mujer del barbero rio todavía más fuerte y dijo: «¿Verdaderamente son picaduras de mosquitos? ¿Tu visita a la casa de aquella a quien amas, no ha dado otros resultados?». El joven replicó: «¡No, por Alá! Si no son estas cuatro tabas con las que juegan los niños, y que he encontrado en mi faltriquera, sin saber de qué manera han llegado hasta ella». Dijo la mujer del barbero: «¡Muéstramelas!». Ella las tomó en su mano, las miró un momento y continuó diciendo: «Eres muy simple, hijo mío, al no haber adivinado que llevas en tu semblante las huellas, no de picaduras de mosquitos, sino de besos apasionados de aquella a quien tú amas. En cuanto a estos huesos, ella misma te los ha puesto en el bolsillo y son como un reproche que te dirige por haber pasado el tiempo durmiendo, pudiendo haberlo empleado mejor, estando con ella. Ella ha querido decirte: “Eres un niño que pasa el tiempo durmiendo. Toma estas tabas, como conviene a los niños que no saben distraerse con otro juego”. Hijo mío, esta es la explicación que puedo darte acerca de estos huesos. Y, para ser la primera vez, ella ha hablado bastante claramente y, por tanto, no dejes de hacer la prueba esta misma noche. Debes aprovechar la invitación del joyero que, a no dudarlo, te invitará otra vez a cenar y espero que no olvidarás comportarte de manera que tu madre, que te ama, se sienta dichosa, hijo mío. ¡Y recuerda, oh pupila de mis ojos, cuando vuelvas a verme, la mísera condición de mi esposo, el barbero, que es tan pobre!». Kamar replicó: «¡En el pensamiento y en mis ojos!».

En este momento, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CINCUENTA Y SEIS

Ella dijo:

—La joven Halima preguntó a su esposo, el viejo joyero, cuando este fue a buscarla al harén: «¿Te has comportado atentamente con tu huésped, ese joven extranjero?». Él respondió: «¡Con toda clase de atenciones y agasajos! Mas debe haber pasado muy mala noche, ya que los mosquitos le han picado encarnizadamente». Ella dijo: «Es un descuido tuyo, pues debieras haberle hecho dormir bajo el mosquitero; sin duda, la próxima noche la pasará más cómodamente, porque espero que le invites otra vez, ya que es lo menos que puedes hacer por él, para agradecerle todas las muestras de generosidad con que te ha colmado». El joyero no pudo responder más que con la obediencia, pues él sentía igualmente un gran afecto por el adolescente. Así, pues, cuando Kamar fue a la tienda, no olvidó invitarle y todo aconteció tal como la noche precedente, a pesar del mosquitero; porque, una vez que la bebida adormecedora hubo producido su efecto, la joven Halima no cesó, durante toda la noche, de agitarse y moverse, a horcajadas sobre el dormido joven, más apasionadamente que nunca, y de una manera todavía más extraordinaria que la primera vez. Por la mañana, cuando el joven Kamar, gracias a la poción aplicada a su nariz, salió de su pesado sueño, se notó el rostro candente y todo el cuerpo magullado por los besos, mordiscos y caricias de su ardiente amante. Mas él no mostró nada de ello al joyero, quien le interrogaba acerca de cómo había dormido y, después de haberle pedido licencia, salió para ir a dar cuenta a la mujer del barbero de cuanto había sucedido; mirando en su bolsillo encontró un cuchillo, que alguien había introducido en él. Mostró este cuchillo a su protectora y puso ante ella quinientos denarios de oro de regalo para su esposo el pobre barbero. Después de haberle besado la mano, la vieja, viendo el cuchillo, exclamó: «¡Que Alá te guarde de la desgracia, hijo mío! Tu bien amada está irritada y te amenaza con matarte si te encuentra otra vez dormido. Esta es la explicación de la presencia de este cuchillo en tu bolsillo». Kamar, muy perplejo, replicó: «Mas ¿qué podría hacer para no dormirme? Estaba decidido a velar durante toda la última noche pero no lo he conseguido». La mujer contestó: «¡Muy bien! Para conseguirlo, no tendrás más que dejar beber al joyero solo y, aparentando haberte tomado la copa del sorbete, verterás el contenido a tu alrededor y, en presencia de la esclava, aparentarás dormir y de esta suerte alcanzarás el resultado apetecido». Kamar dijo: «Así lo haré y no olvidaré seguir ese consejo al pie de la letra». De esta manera, los sucesos transcurrieron de la forma prevista por la mujer del barbero, ya que el joyero, siguiendo el consejo de su esposa, invitó a Kamar, por tercera vez, a cenar, siguiendo la costumbre que quiere que el huésped sea

invitado tres noches consecutivas. Y cuando la esclava que había llevado los sorbetes, vio a los dos hombres dormidos, se retiró para anunciar a su ama que el narcótico había producido su efecto. A esta noticia, la ardiente Halima, furiosa con el joven por no haber este comprendido ninguno de sus anteriores avisos, entró en la sala del festín, cuchillo en mano, presta a hundirlo en el corazón del imprudente. Mas, de súbito, Kamar se incorporó y, riendo, se inclinó hasta el suelo delante de la adolescente que inquirió: «¡Ah! ¿Quién te ha enseñado semejante astucia?». El joven le contó punto por punto, cuanto había hecho siguiendo los consejos de la mujer del barbero; ella sonrió y dijo: «¡Es una excelente anciana! Mas, de ahora en adelante, no te dejarás aconsejar por nadie más que por mí».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CINCUENTA Y SIETE

Schehrazada dijo:

—Hablando así atrajo al joven, y manejó de tan experta manera aquel cuerpo todavía virgen de todo contacto con mujer, que, de súbito, el joven aprendió a declinar sin vacilación alguna todos los casos, a pasar del régimen pasivo al activo y anotó el régimen directo en su lista de actividades. En esa batalla de piernas y muslos se condujo con tal valentía y tal disposición de movimientos hacia adelante y hacia atrás, que aquella noche fue la noche por excelencia para aquel jovenzuelo. ¡Alabanzas a Alá, que dio las alas a los pájaros para que volasen, que hizo brincar al cabrito desde que nació, que hizo crecer las melenas al cachorro del león, que hizo brotar el arroyo dé la peña, y que puso en el corazón de sus creyentes un instinto invencible y bello como el canto del gallo en el nacimiento de la aurora! Cuando la experta Halima hubo apaciguado el ardor que la consumía en aquel valiente, juguetón y fresco juego nacido de un huevo, en medio de mil caricias, dijo al joven: «Sabe, ¡oh fruto de mi corazón!, que jamás me acostumbraré a estar sin ti, ya que no puedo creer que una o dos noches, una o dos semanas, uno o dos meses, uno o dos años de estar contigo me satisfagan plenamente. ¡Quiero que toda mi vida transcurra junto a ti y, abandonando a mi viejo esposo que es tan feo, ir contigo a tu patria! Ahora, ¡escúchame, y si me amas y la experiencia de esta noche te convence, haz lo que voy a decirte! ¡Helo aquí! Si mi viejo esposo todavía te invita otra vez, respóndele: “¡Por Alá! ¡Oh tío mío! Ibn-Adam es lento por naturaleza y tiene la sangre muy espesa y cuando reitera sus invitaciones, disgusta tanto a los ricos como a los pobres; así, pues, excúsame por no poder aceptar tu gracioso ofrecimiento, ya que creería cometer una indiscreción reteniéndote lejos de tu harén durante cuatro noches seguidas”.

Habiéndole hablado de esta manera, le pedirás que te arriende una casa cercana a la nuestra, con el pretexto de que, de esta forma, podréis veros cómodamente y pasar juntos parte de la noche, sin que esto sea motivo de incomodidad ni para uno ni para otro; entonces, como ya sabes, mi marido vendrá a consultarme y yo aprobaré ese proyecto. Y entonces, ¡Alá se encargará del resto!». El joven Kamar respondió: «¡Oír es obedecer!». Y juró doblegarse a todos sus deseos y, para sellar su juramento, hizo con ella una repetición, todavía más detallada que la primera, de fundir los dos cuerpos en un solo racimo; ciertamente, aquella noche el bastón del peregrino fue manejado con celo sobre el camino allanado por el primer viaje. Hecho aquello, Kamar, siguiendo el consejo de su amante, se tendió al lado del joyero, como si nada hubiese pasado; a la mañana siguiente, cuando el joven fue despertado por el antídoto, Kamar, según tenía por costumbre, le pidió licencia para ausentarse, mas el joyero, reteniéndole a la fuerza, le invitó a volver para compartir juntos la comida de la tarde; Kamar, no olvidando la recomendación de su amante, no quiso, de ninguna manera, aceptar la invitación del joyero y entonces, haciéndole partícipe del plan que habían acordado, le dijo que ese era el único medio de no molestarse el uno al otro, de allí en adelante. El viejo joyero respondió: «¡No hay inconveniente!». Y sin más tardanza le arrendó la casa contigua a la suya, la amuebló suntuosamente e instaló en ella a su joven amigo; por su parte, la experta Halima tuvo cuidado de practicar, con gran secreto, una abertura en el muro de separación y disimularla con un armario. A la mañana siguiente, Kamar, sorprendido en extremo, vio a su amante entrar en su habitación como si saliese de lo invisible; ella, después de haberle colmado de caricias, le descubrió el misterio del armario e inmediatamente le hizo señas para que cumpliera con su oficio de hombre, que Kamar ejecutó con presteza y celeridad, manejando durante siete veces seguidas el bastón de peregrino, después de lo cual, la bella Halima, húmeda por el ardor satisfecho, sacó de su seno un espléndido puñal, perteneciente a su esposo el joyero y que él mismo había hecho con el máximo cuidado, incrustando en el puño hermosas piedras preciosas; lo entregó a Kamar, diciéndole: «Guarda este puñal en tu cintura y preséntate en la tienda de Osta-Obeid, mi marido, muéstrale el puñal y pregúntale si lo encuentra de su agrado. Él te interrogará entonces acerca de cómo ha ido a parar a tus manos y tú le dirás que, paseando por el mercado de los armeros, oíste a dos hombres hablar entre ellos y que uno le decía al otro: “¡Mira el presente que me ha hecho mi amante, que me regala objetos pertenecientes a su viejo marido, el más feo y molesto de los maridos viejos!”. Añade que te acercaste al hombre que así hablaba y que le compraste el puñal; en seguida abandona la tienda y vuelve aprisa a casa, donde me encontrarás junto al armario, para recuperarlo». Kamar cogió el puñal y se fue a la tienda del joyero, donde narró la historia que su amante le había sugerido. Cuando el joyero vio el puñal y oyó las palabras de Kamar, presa de gran turbación, solo contestó con palabras entrecortadas, como un hombre cuya razón se encontrase perturbada. Kamar, viendo el estado de ánimo del joyero, salió de la tienda y corrió a devolver el puñal a

su amante, que ya le estaba esperando en el armario y le comunicó el cruel estado de extravío en que había dejado al joyero, su marido. El desgraciado Osta-Obeid corrió hacia su casa, presa del tormento de los celos, y bufando como una serpiente enfurecida, entró en ella, con los ojos fuera de las órbitas, gritando: «¿Dónde está mi puñal?». Halima, con su aire más inocente, con ojos interrogadores respondió: «Está en su sitio, en la arqueta. ¡Por Alá! ¡Veó que tu ánimo está alterado y me guardaré mucho de dártelo, porque temo que hieras a alguien!». El joyero insistió, jurando que no lo quería para herir a persona alguna; entonces su mujer, abriendo la arqueta, le presentó el puñal, y él exclamó: «¡Oh prodigio!». Ella inquirió: «¿Qué es lo que te sorprende?». Y dijo el marido: «Hace unos instantes creí ver este puñal en la cintura de mi mejor amigo». Dijo la mujer: «¡Por mi vida! ¿Habrás tú osado hacer algunas falsas suposiciones sobre tu esposa, tú, el más indigno de los hombres?». El joyero le pidió perdón, e hizo todo lo posible por apaciguar su cólera. A la mañana siguiente, Halima, después de haber jugado con su amante una partida de siete juegos, pensó en los medios de inducir al viejo joyero a divorciarse de ella, y dijo a Kamar: «Ya ves que el primer intento no nos ha dado resultado, por lo que voy a disfrazarme de esclava, y tú me conducirás a la tienda de mi marido, donde me levantarás el velo, y dirás que deseas venderme antes de tu marcha. ¡Veremos si esto le hace abrir los ojos!». Ella se atavió como si efectivamente fuese una esclava, y, acompañada por su amante, se dirigió a la tienda de su marido; una vez en ella, Kamar dijo al viejo joyero: «¡He aquí una esclava que deseo vender en mil denarios de oro! ¡Mira si ella te gusta!». Así hablando, levantó el velo; el joyero estuvo a punto de desvanecerse al reconocer a su mujer, adornada con magníficas pedrerías que él mismo había trabajado, y llevando en los dedos las sortijas que Kamar le había regalado. El viejo gritó: «¿Cómo se llama esta esclava?». Kamar respondió: «¡Halima!». A estas palabras, el joyero sintió que la garganta se le resecaba y cayó boca arriba; Kamar y la adolescente aprovecharon su desvanecimiento para evaporarse. Cuando Osta-Obeid volvió de su desmayo, corrió hacia su casa, y al ver a su esposa allí, él exclamó: «¡No hay fuerza ni protección más que en Alá el omnisciente!». Ella dijo: «¡Y bien, oh hijo de mi tío! ¿De qué te extrañas ahora?». Él respondió: «¡Que Alá confunda al maligno! Vengo de ver una esclava que quería vender mi joven amigo y que parecía fueses tú misma, ¡tanto se te parece!». Halima, como sofocada por la indignación, gritó: «¡Oh calamidad de barba blanca! ¿Cómo osas injuriarme con suposiciones tan vergonzosas? Para convencerte por tus propios ojos, corre a casa de tu vecino, para ver si encuentras a la esclava que dices». Dijo el joyero: «¡Tienes razón! ¡No hay suposición que resista tal prueba!». Descendió la escalera de su casa, y saliendo de ella, se presentó en la de su amigo Kamar.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CINCUENTA Y OCHO

Dijo Schehrazada:

—Halima, habiendo pasado por el armario, se encontró allí antes que apareciese su esposo; el infortunado, convencido por un parecido tan grande, no supo más que murmurar, entrecortadamente: «¡Alá es grande! ¡Él crea los ardides de la naturaleza y todo lo que le place!». Y volvió a su casa en el límite del asombro y de la perplejidad, encontrando en ella a su mujer, tal como la había dejado, y no pudo hacer otra cosa que colmarla de elogios y solicitar su perdón, después de lo cual se volvió a su tienda. Halima, pasando por el armario, volvió a reunirse con Kamar, y le dijo: «¡Ya ves que no hay medio de abrir los ojos a este viejo de vergonzante barba! No nos queda más solución que marchar de aquí sin tardanza; mis preparativos ya están hechos, y los camellos también están preparados, así como lo están los caballos; la caravana solo espera a nosotros para partir». Ella se levantó, y, envolviéndose en sus velos, le instó a dirigirse hacia el lugar donde acampaba la caravana, y, montando en los caballos que los esperaban, partieron. Alá los protegió, y con toda seguridad llegaron a Egipto sin accidente alguno. Cuando llegaron ante la casa del padre de Kamar y el venerable mercader reconoció a su hijo, la alegría dilató todos los corazones, y Kamar fue recibido en medio de lágrimas de felicidad; una vez que Halima hubo entrado en la casa, el padre de Kamar preguntó a su hijo: «¡Oh hijo mío! ¿Quién es esta joven que parece una princesa?». El joven respondió: «No es una princesa; mas es aquella cuya belleza fue la causa de mi viaje, porque es la adolescente de quien nos había hablado el derviche; yo me propongo ahora desposarla ante la *Sunna* y ante la ley». Y contó a su padre toda la historia, desde el principio hasta el fin, mas no es necesario repetirla aquí. Al tener conocimiento de aquella aventura de su hijo, el venerable mercader Abd El-Rahmán exclamó: «¡Oh hijo mío! ¡Caiga mi maldición sobre ti, en este mundo y en el otro, si persistes en tu decisión de desposarte con esta mujer salida del infierno! ¡Hijo mío! ¡Cree que algún día se conducirá contigo de tan vergonzosa manera como lo ha hecho con su primer marido! ¡Déjame buscarte una esposa entre las hijas de buenas familias de aquí!». Le amonestó largamente, y le habló tan sabiamente que Kamar respondió: «¡Haré aquello que deseas, padre mío!». Oyendo estas palabras, el venerable mercader abrazó a su hijo, y ordenó encerrar a Halima en un pabellón retirado, en espera de tomar una decisión a su respecto. El anciano se ocupó de buscar por toda la ciudad una esposa conveniente para su hijo; después de buscar entre las numerosas amistades de la madre de Kamar y cerca de las mujeres de los notables y de los ricos mercaderes, se celebraron los esponsales de Kamar con la hija del cadí, quien, ciertamente, era la más bella joven del Cairo; con tal motivo,

durante cuarenta días enteros no se escatimaron festines, iluminaciones, bailes ni juegos; el último día se celebró una fiesta especialmente dedicada a los pobres, a quienes se había invitado a tomar asiento alrededor de platos servidos con gran generosidad. Kamar, que durante este festín atendía él mismo a los pobres, observó entre ellos a un hombre peor vestido que el más mísero de todos, tostado por el sol, de apesadumbrado aspecto y mostrando en su figura las huellas de haber pasado grandes fatigas; mirándole más detenidamente reconoció en él al joyero Osta-Obeid; corrió a comunicar a su padre lo que había descubierto, y este le dijo: «Ha llegado el momento de reparar el mal que has cometido a instigación de la desvergonzada a quien tengo encerrada». Y acercándose al anciano joyero, le abrazó cariñosamente, y le interrogó sobre las causas que le habían reducido a tan mísera condición. Osta-Obeid le contó que había partido de Bassra a fin de que su desgracia no se divulgase y pudiese dar a sus enemigos la ocasión de mofarse de él; pero en el desierto había caído en manos de árabes saqueadores, quienes le habían despojado de todo lo que poseía. El venerable Abd El-Rahmán se apresuró a conducirlo hasta el interior de su casa, y, después del baño, le hizo vestir con ricos vestidos, y le dijo: «Eres mi huésped, y he de decirte la verdad; sabe, pues, que tu esposa Halima está aquí, encerrada, conforme a mis órdenes, en un pabellón retirado; pensé enviártela bajo escolta a Bassra, más Alá te ha conducido hasta aquí, lo que indica que la suerte de esa mujer ya está escrita; ahora voy a llevarte a su lado, y tú la perdonarás o tratarás como se merece, porque no debo ocultarte que conozco toda la punible historia, de la cual tu mujer es la sola culpable, ya que el hombre que se deja seducir por una mujer no tiene nada de que reprocharse, puesto que no puede resistir al instinto que Alá ha puesto en él; mas la mujer no está constituida de la misma manera, y si ella no resiste la proximidad y los ataques de los hombres, siempre es culpable. ¡Hermano mío! ¡Al hombre que tiene mujer le es necesaria una gran reserva de sabiduría y de paciencia!». El joyero dijo: «¡Tienes razón, hermano mío! ¡Mi mujer es la única culpable en este asunto! Mas ¿dónde está?». El padre de Kamar dijo: «En ese pabellón que ves. ¡He aquí las llaves!». El joyero tomó las llaves con gran alegría, y fue hacia el pabellón, entrando hasta donde estaba su mujer, y, avanzando hacia ella, sin decir palabra, súbitamente, rodeó su cuello con sus dos manos...

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS CINCUENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—... Y la estranguló, gritando al mismo tiempo: «¡Así mueren las

desvergonzadas de tu especie!». El mercader Abd El-Rahmán, para reparar los perjuicios que su hijo había causado al joyero, encontró que era justo y meritorio ante Alá el altísimo casar a su hija Estrella de la Mañana con Osta-Obeid el mismo día de las bodas de Kamar. ¡Sin embargo, más grande y generoso es Alá!

Schehrazada, habiendo terminado de contar esta historia, se calló. El rey Schahriar exclamó:

—¡Haga Alá, oh Schehrazada, que todas las mujeres desvergonzadas tengan el mismo fin que la esposa del joyero; así es como debieran haber terminado muchas de las historias que tú me has narrado! En efecto, a menudo mi ánimo se ha irritado, Schehrazada, al ver que ciertas mujeres tenían un fin diferente al que se merecían; tú sabes bien cómo he tratado yo a la esposa desvergonzada y maligna, ¡que Alá no tenga compasión de ella!, y a todos sus infieles esclavos.

Mas Schehrazada, no queriendo que el rey se detuviese más tiempo en tales pensamientos, se guardó mucho de responder, y se apresuró a comenzar la *Historia de la pierna de cordero*.

HISTORIA DE LA PIERNA DE CORDERO

—Se cuenta, ¡pero Alá es más sabio!, que había en El Cairo, bajo el reinado de un rey entre los reyes de este país, una mujer dotada de tanta astucia y habilidad que beberse un trago de agua y pasar por el ojo de una aguja de las más pequeñas eran cosas, para ella, que allá se iban. Ahora bien, Alá, que distribuye como él quiere las cualidades y los defectos, había puesto en esta mujer un temperamento tan ardoroso que si le hubiera sido preciso ser una de las cuatro esposas de cualquier creyente y dividir en justicia las noches en cuatro lotes, uno para cada una, hubiera muerto de deseos reprimidos. Así, ella había sabido llevar tan bien sus asuntos que había conseguido ser no ya la única esposa de un hombre, sino la esposa única de dos maridos a la vez, ambos de la raza de los gallos del Alto Egipto, que pueden contentar a veinte gallinas una después de otra. Y había usado ella de tanta finura, y tan bien había sabido tomar sus medidas, que ninguno de los dos sospechaba de una tal partición, tan contraria a la ley y las costumbres de los verdaderos creyentes. Por otra parte, ella encontraba facilidades en sus manejos por la profesión misma que ejercían sus dos maridos; uno era ladrón por la noche y el otro escamoteador de día. Esto hacía que cuando el uno regresaba por la noche a su casa, una vez terminada su tarea, el otro había ya salido a la busca de algún trabajo de su oficio. En cuanto a sus nombres, se llamaban: el ladrón, Haram, y el escamoteador, Akil. Y los días y los meses pasaron, y el ladrón Haram y el escamoteador Akil cumplieron a la perfección su cometido de gallos en la casa y de zorros fuera de ella. Ahora bien, un día entre los demás días el ladrón Haram, después de haber contentado con el heredero de su padre a la hija de su tío, aún más y mejor que de costumbre, dijo a la mujer: «Un asunto de gran importancia, ¡oh mujer!, me obliga a ausentarme por algún tiempo. ¡Quiera Alá que lo consiga para que pueda volver cuanto antes junto a ti!». Y la mujer respondió:

«¡El nombre de Alá sobre ti y a tu alrededor, oh cima de los hombres! Pero ¿qué será de esta desgraciada durante la ausencia de su buen mozo?». Y muy desolada, hizo mil lamentaciones, y no le dejó partir sino después de prodigarle las más cálidas demostraciones de su apego. Y el ladrón Haram, cargado con un saco de provisiones de boca, que su esposa había tenido el cuidado de prepararle para el viaje, se puso en camino, maravillado y haciendo chasquear la lengua de gozo. Ahora bien, apenas hacía una hora que había partido cuando llegó Akil el escamoteador. Y quiso la suerte que, teniendo un motivo para dejar la ciudad, viniera precisamente a dar cuenta a su esposa de su partida. La adolescente no dejó de testimoniar a su segundo marido toda la pena que le causaba su alejamiento, y, después de múltiples y diversas pruebas de su pasión extraordinaria, le llenó un saco de provisiones de boca para el viaje, y se despidió, deseándole todas las bendiciones de Alá, ¡que él sea exaltado! Y el escamoteador Akil salió de su casa, congratulándose de tener una esposa tan cálida y atenta, haciendo chasquear su lengua de satisfacción.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SESENTA

Schehrazada dijo:

—Y como el destino de cada criatura espera de ordinario en cualquier recodo del camino, los dos maridos iban a encontrar el suyo en el momento en que menos lo esperaban. En efecto, al fin de su jornada, el escamoteador Akil encontró una posada, que se hallaba al borde del camino, proponiéndose pasar allí la noche. Y al entrar no encontró más que un solo viajero, con quien, después de los saludos y cumplimientos de una y otra parte, trabó conversación en seguida. Ahora bien, este viajero era precisamente el ladrón Haram, que había tomado el mismo camino que su asociado, a quien no conocía. Y el primero dijo al segundo: «¡Oh compañero!, pareces muy fatigado». El otro respondió: «¡Por Alá!, que he hecho sin descansar el camino desde El Cairo. Y tú, compañero, ¿de dónde vienes?». «Del Cairo igualmente —respondió el otro—. Y glorificado sea Alá, que pone en mi camino un compañero tan agradable para continuar el viaje, pues el profeta, ¡para él la oración y la paz!, ha dicho: “Un compañero es la mejor de las provisiones para el viaje”. Pero, esperando sellar nuestra amistad con ello, partamos juntos el mismo pan y gustemos la misma sal. He aquí, ¡oh compañero!, mi saco de provisiones, donde tengo, para ofrecerte, dátiles frescos y asado al ajo». Y el otro respondió: «Que Alá aumente tus bienes, ¡oh compañero!; yo acepto lo que me ofreces con tan amistoso corazón, pero permíteme

aportar también mi escote». Y mientras el primero extraía del saco sus provisiones, esparció las suyas sobre la estera en que estaban sentados. Cuando ambos acabaron de colocar sobre la estera lo que podían ofrecer, notaron que llevaban exactamente las mismas cosas: galletas de pan de sésamo, dátiles y la mitad de una pierna de cordero. ¡Y cuál no sería su asombro cuando comprobaron que las dos mitades de la pierna de cordero se complementaban, juntándose con perfecta exactitud! Ambos gritaron: «¡Por Alá!». Y el escamoteador dijo: «Estaba escrito que esta pierna de cordero reuniera sus dos mitades a pesar de la muerte, del horno y del asado»; después preguntó al ladrón: «¡Alá sobre ti, oh compañero! ¿Puedes decirme de dónde procede ese trozo de pierna de cordero?». Y el ladrón respondió: «Es la hija de mi tío quien me la ha dado antes de partir; pero ¡por Alá!, ¿puedo saber, a mi vez, ¡oh mi compañero!, dónde adquiriste tú esa otra mitad de pierna de cordero?». El escamoteador repuso: «También fue la hija de mi tío quien la puso en mi saco. Pero ¿puedes decirme en qué barrio se encuentra tu honorable casa?». «Cerca de la puerta de la Victoria», respondió el otro. Y el primero exclamó: «¡Y yo también!». Y luego, de pregunta en pregunta, los dos ladrones acabaron por adquirir la convicción de que, desde el día de su matrimonio, y sin saberlo, participaban de la misma cama y el mismo tizón. Y ambos pensaron: «¡Alejado sea el maligno! ¡He aquí que los dos hemos sido burlados por la maldita!». Después, a pesar de que el descubrimiento hubiera podido incitarlos en el primer momento a la violencia, acabaron por decidir, pues eran avispados e inteligentes, que el mejor partido que podían tomar era volver sobre sus pasos y aclarar, viendo con sus propios ojos y oyendo con sus propios oídos, lo que era preciso aclarar con la taimada. Y estando de acuerdo en esto, desandaron el camino del Cairo y no tardaron en llegar a su hogar común. Cuando al abrir la puerta la adolescente se halló ante sus dos maridos, no dudó un momento de que su doblez iba a ser descubierta, y como también era avispada e inteligente, se dio cuenta de que esta vez sería vano buscar un pretexto para ocultar por más tiempo la verdad, y pensó: «El más duro corazón de hombre no puede resistir a las lágrimas de la mujer amada». Y en el acto, prorrumpiendo en sollozos y mesándose los cabellos, se arrojó a los pies de los dos maridos, implorando su misericordia. Ahora bien, ambos la amaban y tenían su corazón cautivo de sus encantos. Así fue que, a pesar de su perfidia, los dos sintieron que su apego hacia ella no se había debilitado, y, levantándola, le concedieron su perdón, no sin hacerle muy severas exhortaciones. Después, como ella se mantuviera silenciosa con un aire muy contrito, ellos le dijeron que aquello no era todo, pues era preciso que cesara inmediatamente aquella situación, tan contraria a las leyes y costumbres de los verdaderos creyentes, añadiendo: «Es absolutamente preciso que te decidas ahora mismo a escoger entre nosotros dos al que quieras conservar como esposo». A estas palabras de sus dos maridos, la adolescente bajó la cabeza y reflexionó profundamente, mientras ellos la presionaban a tomar sin tardanza una determinación. Pero fue imposible hacerle designar al que prefería, puesto que encontraba a los dos iguales en valentía, fuerza y

resistencia, y como, impacientados por su silencio, le gritaron, con voz amenazadora, que tenía que hacer la elección, ella acabó por levantar la cabeza y decir: «¡No hay recursos y misericordia más que en Alá el altísimo, el omnipotente, oh hombres!, puesto que me obligáis a escoger entre los dos, y a tomar un partido que sacrifique el cariño que os he consagrado por igual, y como, hecha reflexión y consideradas las consecuencias, no hallo motivo alguno para preferir uno al otro, he aquí lo que os propongo: ambos vivís de vuestra destreza, y por esto vuestra conciencia puede estar tranquila, pues Alá, que juzga las acciones de sus criaturas, de acuerdo con las aptitudes que él ha puesto en su corazón, no os rechazará del seno de su bondad. Tú, Akil, escamoteas durante el día, y tú Haram, robas por la noche; pues bien, yo declaro ante Alá y ante vosotros, que conservaré como esposo a aquel de los dos que dé la mejor prueba de habilidad, realizando la más fina proeza». Los dos respondieron por el oído y la obediencia, y, aceptando inmediatamente la proposición, se dispusieron en seguida a competir en destreza. Y fue el escamoteador Akil quien debutó, acudiendo con su asociado Haram al mercado de los cambistas, y, ya allí, señalando con el índice a un viejo judío que paseaba lentamente de una en otra tienda, dijo: «¿Tú ves, oh Haram, a ese hijo de perro? Pues antes que termine su recorrido de cambista le forzaré a hacerme entrega de su saco lleno de oro». Y habiendo hablado así, se aproximó, ligero como una pluma, al judío paseante, y, muy sutilmente, le aligeró del saco repleto de dinares de oro que llevaba consigo, volviendo junto a su compañero, que al pronto, acometido de un gran miedo, quiso evitarle para no arriesgarse a ser detenido con él como cómplice; pero luego, maravillado de un golpe tan diestro, no dejó de felicitarle por la destreza que acababa de demostrar, diciéndole: «¡Por Alá, creo que por mi parte no podré realizar una hazaña tan brillante! Yo creía que robar a un judío era una cosa por encima de las fuerzas de un creyente». Pero el escamoteador se echó a reír, y le dijo: «¡Oh infeliz! Esto no es más que el comienzo, pues lo que pretendo no es solo quedarme con el saco del judío. La justicia podría, un día u otro, ponerse sobre mi pista y forzarme a confesar. Lo que yo quiero es llegar a ser el propietario legal del saco con su contenido, arreglándolo de manera que sea el mismo cadí quien me adjudique los bienes de ese judío forrado de oro». Y esto diciendo, se fue a un retirado rincón del mercado, abrió el saco, contó las piezas de oro que contenía, separó diez dinares y puso en su lugar un anillo de cobre de su propiedad. Después de hecho todo esto volvió a cerrar cuidadosamente el saco, y, aproximándose al judío despojado, lo deslizó hábilmente en el bolsillo de su caftán, como si nada hubiera ocurrido. La habilidad es un don de Alá, ¡oh creyentes!

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SESENTA Y UNA

Dijo Schehrazada:

—Ahora bien, apenas el judío había dado algunos pasos más, cuando el escamoteador se lanzó sobre él, esta vez muy ostensiblemente, gritando: «¡Miserable hijo de Aarón, tu castigo está próximo! ¡Devuélveme mi saco, o de lo contrario te llevaré ante el cadí!». El judío, muy sorprendido de verse tratado así por un hombre al que no conocía ni por su padre ni por su madre, y al que no había visto jamás, comenzó, desde luego, para evitar mayores males, por deshacerse en excusas, jurando por Abrahán, Isaac y Jacob que su agresor le confundía con otra persona, y que él no había ni soñado en robarle su saco. Pero Akil, sin querer oír sus protestas, amotinó contra él todo el mercado, y acabó por sujetarle por el caftán, gritándole: «¡Tú y yo vamos ante el cadí!». Y como se resistiera, lo asió por la barba, y entre el griterío lo arrastró hasta el cadí. El cadí preguntó: «¿Cuál es el asunto?». Y Akil respondió al momento: «¡Oh nuestro amo el cadí! Este judío de la tribu de los judíos, que pongo en tus manos dispensadoras de la justicia, es ciertamente el ladrón más audaz de todos cuantos han pasado por la sala de tus decretos. He aquí que después de robarme mi saco repleto de oro se atreve a pasearse por el mercado con la tranquilidad de un honrado musulmán». Y el judío, con la barba a medio arrancar, gimió: «¡Oh nuestro amo el cadí! Yo protesto. Jamás vi a este hombre ni le conozco. Me ha maltratado y puesto en el estado lamentable en que me ves después de amotinar contra mí a la gente del mercado, arruinando mi crédito y destruyendo mi reputación de cambista irreprochable». Pero Akil gritó: «¡Oh maldito hijo de Israel! ¿Desde cuándo la palabra de un perro de tu raza prevalece contra la de un creyente? ¡Oh mi amo el cadí! Este bribón niega su robo con tanta audacia como aquel mercader de las Indias, cuya historia si no la conoces podría referir a tu señoría». Y el cadí respondió «No conozco la historia del mercader de las Indias. ¿Qué es lo que le ocurrió? Dínoslo brevemente». Y Akil repuso: «¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos! ¡Oh nuestro amo! Para ser breve diré que este mercader de Indias era un hombre que había conseguido inspirar tanta confianza a la gentes del mercado que un día le entregaron en depósito una fuerte cantidad de plata sin exigirle recibo, y, aprovechando esta circunstancia, negó el depósito el día en que su dueño vino a reclamarlo. Como no había contra él ni testigos ni escritura, ciertamente que habría conseguido comer tranquilamente de los bienes de otro si el cadí de la ciudad no hubiera conseguido con su pericia hacerle confesar la verdad. Y después de obtener su confesión le hizo dar doscientos palos en las plantas de los pies y le echó de la ciudad». Y Akil continuó: «Y ahora espero de Alá, ¡oh nuestro amo el cadí!, que tu señoría, dotada de sagacidad y finura, encontrará fácilmente el medio de demostrar la falsedad de este judío. Y por de pronto, permite a tu esclavo suplicar que des la orden de registrar a mi ladrón para que quede demostrado su robo». Cuando el cadí acabó de escuchar el discurso de Akil ordenó a sus guardias que registraran al judío, y no tardaron en encontrar el saco

en cuestión. El acusado, gimiendo, sostuvo que el saco era de su legítima propiedad, mientras que Akil, con firmeza, juramentos e injurias dirigidas al descreído, aseguraba que reconocía perfectamente el saco que había sido robado. El cadí, procediendo como juez avisado, ordenó que cada una de las partes declarara lo que contenía el saco en litigio. El judío declaró: «Hay en mi saco, ¡oh nuestro amo!, quinientos dinares de oro, ni uno más ni uno menos, que yo he puesto en él esta mañana». Y Akil exclamó: «¡Tú mientes, oh perro judío!, a menos que, contrariamente a la costumbre de los de tu raza, devuelvas más de lo tomado. Yo declaro que en el saco no hay más que cuatrocientos noventa dinares, ni más ni menos, y también un anillo de cobre con mi sello, que, si no lo has sacado ya, debe encontrarse ahí encerrado». El cadí abrió el saco en presencia de los testigos, y, de acuerdo con su contenido, tuvo que dar la razón al escamoteador. Acto seguido, el cadí entregó el saco a Akil, y ordenó que, sobre la marcha, se administrara una buena tanda de palos al judío, quien, de estupefacción, se había quedado mudo. Cuando el ladrón Haram vio el resultado de la picardía de su asociado Akil, le felicitó, y encomió las dificultades que habría que vencer para sobrepasar su hazaña. No obstante, convino con él una cita para aquella misma noche cerca del palacio del sultán, con el fin de poder intentar, a su vez, alguna empresa que fuera digna de la maravillosa maña de la que acababa de ser testigo. Y así, a la caída de la tarde, los dos asociados acudieron a la cita convenida, y Haram dijo a Akil: «Compañero, tú has conseguido reírte en las barbas de un judío y en las de un cadí, y yo voy a dirigirme al mismo sultán en persona. He aquí, pues, una escala de cuerda, con cuya ayuda voy a entrar en la habitación del sultán. Pero es preciso que me acompañes para que seas testigo de lo que allí va a pasar». Y Akil, que no estaba acostumbrado al robo, sino simplemente al escamoteo, quedó al punto espantado de la temeridad de tal tentativa, pero sintiendo vergüenza de retroceder ante su asociado, le ayudó a echar la escala por encima de la muralla del palacio. Treparon ambos, y descendieron por el lado opuesto, y, atravesando los jardines, se adentraron en el palacio mismo a favor de la oscuridad, deslizándose a través de las galerías hasta la habitación del sultán. Y allí, Haram, levantando un tapiz, hizo ver a su compañero al sultán adormecido, cerca del cual se encontraba un jovenzuelo, que le acariciaba las plantas de los pies.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SESENTA Y DOS

Ella dijo:

—Y este jovenzuelo, que por este medio ayudaba a dormir al rey, parecía caerse de sueño él mismo, y, para no adormecerse, tenía en la boca un trozo de almácigo. Ante este cuadro, Akil, dominado por el miedo, estuvo a punto de caer de espaldas; y Haram le dijo al oído: «¿Por qué te espantas de esa manera, compañero? Tú has hablado al cadí, y yo, a mi vez, quiero hablar al rey». Y dejándole tras la cortina, se aproximó al joven con portentosa agilidad, le amordazó, le ató y le colgó del techo como si fuera un fardo. Luego se sentó en su lugar y se puso a acariciar las plantas de los pies del rey, con la experiencia de un masajista de baños. Al cabo de unos instantes, hizo de manera que se desvelara el sultán, el cual se puso a bostezar. Y Haram, imitando la voz de un jovenzuelo, dijo al sultán: «¡Oh rey de los tiempos!, puesto que tu alteza no duerme, ¿quieres que te cuente alguna cosa?». Y habiendo respondido el sultán: «Puedes», Haram prosiguió: «Había, ¡oh rey de los tiempos!, en una ciudad entre las ciudades, un ladrón llamado Haram y un escamoteador nombrado Akil, que andaban a una en cuanto a audacia y destreza. Ahora bien, he aquí lo que un día realizó cada uno de ellos». Y contó al sultán la hazaña de Akil en todos sus detalles, llevando luego su audacia hasta referirle lo que estaba ocurriendo en su propio palacio, cambiando solamente el nombre del sultán y el lugar de la escena. Y cuando terminó su relato dijo: «Y ahora, ¡oh rey de los tiempos!, ¿a cuál de los dos compañeros encuentra tu señoría más hábil?». Y el sultán respondió: «Sin duda lo es el ladrón que se introdujo en el palacio del rey». Cuando oyó esta respuesta Haram, pretextó una apremiante necesidad de orinar, y, saliendo como si fuera a los retretes, se reunió con su compañero, que, durante el tiempo que había durado la conversación, sentía escapársele el alma de terror. Ambos tomaron el mismo camino que ya habían recorrido, y salieron del palacio tan sin tropiezo como habían entrado. Al día siguiente, el sultán, que había quedado extrañado de no volver a ver a su favorito, que él creía en los retretes, llegó al colmo de la sorpresa viéndolo colgado del techo; todo como en la historia que había oído referir; y pronto adquirió la certidumbre de que él mismo había sido burlado por el audaz ladrón. Pero lejos de irritarse contra el que así se la había jugado, quiso conocerle, y con este propósito hizo publicar por los pregoneros públicos que perdonaba al que se había introducido de noche en su palacio y que le prometía una buena recompensa si se presentaba ante él. Haram, bajo la fe de esta promesa, fue al palacio, y se puso en manos del sultán, que le alabó mucho por su valentía, y, para recompensarle por su ingeniosidad, le nombró desde aquel momento jefe de la policía del reino. Y la adolescente, por su parte, no dejó de elegir a Haram por único esposo después de saber lo ocurrido; y vivió con él entre delicias y alegría. ¡Pero Alá es más sabio!

Y Schehrazada, esa noche, no quiso dejar al rey bajo la impresión de esta historia, y comenzó inmediatamente a referirle la prodigiosa historia siguiente:

—Me es dado recordar, ¡oh rey afortunado!, que el califa Mohamed ben-Theilun, sultán de Egipto, era un soberano tan bueno y tan sabio como cruel y opresor su padre, Theilun. Lejos de proceder como él, torturando a sus vasallos para obligarlos a pagar tres y cuatro veces los mismos impuestos, y haciéndoles dar de palos para forzarlos a desenterrar los pocos dracmas que escondían bajo tierra por miedo a los recaudadores, se apresuró a hacer renacer la tranquilidad y a hacer llegar la justicia a todo su pueblo. Y empleó los tesoros que su padre Theilun había acumulado por la violencia en proteger a los poetas y a los sabios, en recompensar a los valientes y en acudir en ayuda de los pobres y desgraciados. También el retribuidor hizo que todo prosperara bajo su reinado bendito, pues nunca las crecidas del Nilo fueron tan regulares y abundantes; jamás las cosechas fueron tan ricas y multiplicadas; nunca los campos de alfalfa y altramuces estuvieron tan verdes, y jamás los mercaderes vieron afluir tanto oro a sus tiendas. Ahora bien, un día entre los días, el sultán Mohamed hizo venir a su presencia a todos los dignatarios de su palacio, para interrogarlos, por turno, sobre sus funciones, servicios prestados y la paga que recibían del tesoro. Quería, de esta manera, controlar por sí mismo la conducta y medios de existencia de todos ellos, diciéndose: «Si encuentro alguno con empleo penoso y poca paga, disminuiré su trabajo y aumentaré sus emolumentos; pero si hay alguno de ellos con empleo fácil y paga considerable, disminuiré su sueldo y aumentaré su trabajo».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SESENTA Y TRES

Schehrazada dijo:

—Y los primeros que se presentaron fueron sus visires, en número de cuarenta, todos ancianos venerables, con largas barbas blancas y, en sus rostros, la huella de la sabiduría. Llevaban sobre sus cabezas tiras aturbantadas enriquecidas con piedras preciosas, y se apoyaban en largas varas con extremos de ámbar, signo de su poder. Después vinieron los valíes de las provincias, los jefes del ejército y todos aquellos que, más o menos, tenían que ver con el mantenimiento de la tranquilidad y la administración de la justicia. Y unos después de otros se arrodillaron, prosternándose ante el califa, que los interrogó largamente, premiándolos o destituyéndolos, según sus méritos. El último que se presentó fue el eunuco portaespada, ejecutor de la justicia, y si bien estaba grueso, como hombre bien alimentado que no tiene nada que hacer, su aspecto era muy triste y, en lugar de marchar con fiereza, la espada desnuda sobre la espalda, iba con la cabeza baja y llevaba la espada en su vaina. Cuando estuvo ante el sultán Mohamed ben-Theilun, se prosternó, y dijo: «¡Oh nuestro amo!

He aquí que el día de la justicia va a lucir por fin para su ejecutor, tu esclavo. ¡Oh mi señor! ¡Oh rey de los tiempos! Desde la muerte de tu difunto padre, el sultán Theilun ¡que Alá tenga en su misericordia!, he visto disminuir, día a día, las ocupaciones de mi cargo, desapareciendo el provecho que de él sacaba. Mi vida en otro tiempo dichosa, discurre ahora sombría e inútil, y si Egipto continúa de esta manera, gozando de tranquilidad y abundancia, yo corro gran riesgo de morir de hambre, no dejando ni con que comprar mi mortaja. ¡Que Alá prolongue la vida de nuestro amo!». Cuando el sultán Mohamed ben-Theilun escuchó las palabras de su portaespada, reflexionó durante un buen rato, y reconoció que sus quejas estaban justificadas, pues los más importantes ingresos de su cargo no los obtenía de su paga, que era pequeña, sino de lo que sacaba en donaciones y herencias de aquellos a quienes ejecutaba, y exclamó: «¡Venimos de Alá y a él volveremos! Es una gran verdad que la felicidad de todos es pura ilusión, y que aquello que hace la alegría de uno puede hacer correr las lágrimas de otro. ¡Oh portaespada, tranquiliza tu ánimo y despeja tu mirada, pues desde este momento, para ayudarte a vivir ahora que tus funciones apenas son retribuidas, recibirás cada año doscientos dinares de emolumentos! ¡Y haga Alá que, durante todo mi reinado, tu espada siga siendo tan inútil como lo es ahora, y se cubra de la herrumbre pacífica del reposo!». El portaespada besó e borde del vestido del califa y volvió a su puesto. Todo esto es para probar qué soberano tan justo y clemente era el sultán Mohamed. Ya había sido levantada la sesión cuando el sultán advirtió, detrás de las filas de dignatarios, a un anciano jeque, con el rostro surcado de arrugas y la espalda encorvada, al que no había interrogado todavía. Le hizo señas para que se aproximara, y le preguntó cuál era su empleo en el palacio. El jeque respondió: «¡Oh rey de los tiempos!, mi empleo consiste, única y exclusivamente, en estar al cuidado de un cofre que me fue confiado en custodia por el difunto sultán, tu padre. Por este empleo me son librados, sobre el tesoro, diez dinares de oro todos los meses». El sultán Mohamed se asombró de ello, y dijo: «¡Oh jeque!, es demasiada paga para un empleo tan cómodo; pero ¿qué hay en el cofre?». «¡Por Alá, oh mi amo! —contestó el jeque—, hace ya cuarenta años que está bajo mi guarda, y aún ignoro lo que contiene». Y el sultán dijo: «Ve y tráelo inmediatamente». El jeque se apresuró a ejecutar la orden. Ahora bien, el cofre que el jeque puso ante el sultán era de oro macizo y estaba finamente trabajado. El jeque, por orden del sultán, lo abrió por primera vez, viendo que no contenía más que un manuscrito trazado en letras brillantes sobre piel de gacela teñida de púrpura, y una pequeña cantidad de tierra roja en el fondo. El sultán tomó el manuscrito en piel de gacela que estaba escrito en caracteres brillantes y quiso leerlo; pero, aunque era versado en la escritura y en las ciencias, no pudo descifrar ni una sola palabra de lo que allí estaba escrito en caracteres desconocidos, y ni los visires ni los ulemas que se hallaban presentes consiguieron más. El sultán hizo venir, uno tras otro, a todos los sabios de renombre de Egipto, de Siria, de Persia y de la India; pero ninguno de ellos pudo decir siquiera en qué idioma estaba escrito. Los sabios no son de ordinario sino pobres ignorantes,

con sus gruesos turbantes por toda ciencia. Y entonces el sultán Mohamed hizo publicar en todo el imperio que concedería la mayor de las recompensas a aquel que solamente le indicara al hombre lo bastante instruido para descifrar los caracteres desconocidos. Ahora bien, poco tiempo después de la publicación de este aviso, se presentó en la audiencia del sultán un anciano con turbante blanco, y, después de obtener permiso para hablar, dijo: «¡Que Alá prolongue la vida de nuestro amo el sultán! Este esclavo, que se pone en tus manos, es un antiguo servidor de tu padre, el difunto sultán Theilun, y acabo de llegar hoy mismo del exilio al que estaba condenado. ¡Que Alá tenga compasión del difunto que me condenó a esta relegación! Y yo me pongo en tus manos, ¡oh nuestro amo soberano!, para decirte que solo hay un hombre que pueda leer el manuscrito en piel de gacela, y que es su dueño legítimo: el jeque Hasán Abdalá, hijo de Al-Aschar, que, desde hace cuarenta años, está encerrado en un calabozo por orden del difunto sultán. Alá sabe si murió o gime allí todavía». Y el sultán preguntó: «¿Y por qué motivo está encerrado en un calabozo el jeque Hasán Abdalá?». Y el anciano respondió: «Porque el difunto sultán quiso obligar al jeque, por la fuerza, a leerle el manuscrito, después de haberle despojado de él». Cuando el sultán Mohamed hubo oído al jeque, envió en seguida a los jefes de su guardia a visitar todas las prisiones, con la esperanza de encontrar en alguna de ellas al jeque Hasán Abdalá todavía con vida y hacerle salir. La suerte quiso que el jeque viviera todavía, y los jefes de la guardia, de acuerdo con la orden del sultán, le vistieron una ropa de honor y lo pusieron en manos de su amo. Y el sultán Mohamed vio ante sí a un hombre de aspecto venerable, con el rostro demacrado por los sufrimientos. Se levantó en su honor, y le rogó que perdonara el injusto tratamiento que le había hecho sufrir el califa Theilun, su padre. Después le hizo sentar cerca de él, y, entregándole el manuscrito en piel de gacela, le dijo: «¡Oh venerable jeque!, no quisiera guardar por más tiempo este objeto que no me pertenece, aunque él me hiciera poseer todos los tesoros de la tierra». Oyendo estas palabras del sultán, el jeque Hasán Abdalá vertió abundantes lágrimas, y elevando sus manos al cielo, exclamó: «¡Señor, tú eres la fuente de toda sabiduría! ¡Tú que haces producir al mismo suelo el veneno y la planta salutífera! ¡He aquí cuarenta años de mi vida pasados en el fondo de un calabozo, y es al hijo de mi opresor a quien debo ahora el poder morir al sol! ¡Señor, alabanza y gloria a ti, cuyos decretos son insondables!». Después, volviéndose hacia el sultán, dijo: «¡Oh nuestro amo y soberano!, aquello que rehusé a la violencia, lo concedo ahora a la bondad. Ese manuscrito, por cuya posesión arriesgué varias veces mi vida, te pertenece desde ahora en propiedad legítima. Él es el comienzo y fin de toda ciencia, y es lo único que traje de la patria de Schedad ben-Aad, la ciudad misteriosa donde ningún ser humano puede penetrar, Aram de las Columnas». Y el califa abrazó al anciano, diciéndole: «¡Oh padre mío!, apresúrate, por favor, a decirme lo que sepas de este manuscrito en piel de gacela, y de la ciudad de Schedad ben-Aad, Aram de las Columnas». Y el jeque Hasán Abdalá respondió: «¡Oh rey, la historia de este manuscrito es la historia de toda mi vida; y si

estuviera tatuada en el interior de los ojos, serviría de lección permanente a quien la leyera con respeto! Sabe, ¡oh rey de los tiempos!, que mi padre era uno de los mercaderes más ricos y respetados del Cairo, y yo soy su único hijo. Mi padre no escatimó nada para mi instrucción, dándome los mejores maestros de Egipto. A los veinte años, yo era ya famoso entre los ulemas, por mi saber y mi conocimiento de los libros antiguos. Mis padres, queriendo procurarse la satisfacción de mi boda, me dieron por esposa a una joven virgen con los ojos llenos de estrellas, el talle flexible y gracioso y elegante y ligera como una gacela. Mis bodas fueron magníficas, y junto a mi esposa pasé días de exaltación y noches de felicidad, viviendo así diez años tan bellos como la primera noche nupcial. Pero ¡oh mi amo!, ¿quién puede saber lo que le reserva la suerte del mañana? Al cabo de estos diez años, que pasaron como el sueño de una noche tranquila, fui presa del destino, y todas las calamidades a la vez se abatieron sobre la dicha de mi casa, pues, en muy pocos días, la peste hizo perecer a mi padre, el fuego devoró mi casa y las aguas del mar sepultaron los navíos que, muy lejos, traficaban con mis riquezas. Pobre, y desnudo como un niño al salir del seno de su madre, no tuve más recursos que la misericordia de Alá y la piedad de los creyentes. Me dediqué a frecuentar los patios de las mezquitas con los mendigos de Alá, viviendo en compañía de los santones de hermosas palabras y ocurriéndome frecuentemente, en los días malos, volver a mi albergue sin un trozo de pan y, después de ayunar durante todo el día, sin tener nada que comer para por la noche. Yo sufría horriblemente por mi propia miseria y por la de mi madre, esposa e hijos. Ahora bien, un día que Alá no había enviado ninguna limosna a su mendigo, mi esposa se despojó de su último vestido, me lo entregó y, llorando, dijo: “Ve e intenta venderlo en el mercado para poder comprar un trozo de pan a nuestros hijos”. Yo tomé el vestido de la mujer, y salí para ir a venderlo, pensando en la suerte de nuestros hijos».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SESENTA Y CUATRO

Dijo Schehrazada:

—«Y cuando me dirigía al mercado, encontré a un beduino montado en un camello rojo. El beduino detuvo de pronto su camello, al verme, le hizo arrodillarse, y me dijo: “¡Mis saludos para ti, oh hermano mío! ¿Podrías indicarme la casa de un rico mercader que se llama el jeque Hasán Abdalá, hijo de Al-Aschar?”. Y yo, ¡oh mi amo!, me avergoncé de mi pobreza, bien que tanto ella como la riqueza nos vengan de Alá, y respondí, bajando la cabeza: “¡Para ti mis saludos y la bendición de Alá, oh

padre de los árabes!; pero, que yo sepa, no hay en El Cairo nadie que lleve ese nombre que acabas de pronunciar”. Y quise continuar mi camino, pero el beduino, saltando del lomo de su camello, tomó mis manos entre las suyas, y me dijo, en tono de reproche: “¡Alá es grande y generoso, oh hermano mío! Pero ¿no eres tú el jeque Hasán Abdalá, hijo de Al-Aschar? ¿Y puede ser que rechaces al huésped que Alá te envía, ocultando tu nombre?”. Entonces yo, lleno de confusión, no pude retener mis lágrimas, y, rogándole que me perdonara, le tomé las manos para besárselas; pero él no lo consintió, y me estrechó entre sus brazos, como un hermano hace con su hermano. Después nos dirigimos hacia mi casa. Y yendo así con el beduino, que conducía su camello por el cabestro, mi corazón y mi espíritu se torturaban con la idea de que no tenía nada con qué agasajar a mi huésped. Cuando llegábamos me adelanté para advertir a la hija de mi tío del encuentro que acababa de hacer, y ella me dijo: “El extranjero es el huésped de Alá, e incluso el pan de los niños es de él. Vuelve, pues, y vende el vestido que te he dado, y con el dinero que saques de él compras con qué atender a nuestro huésped. Si deja sobras, con ellas nos arreglaremos”. Yo, para salir, tenía que pasar por el vestíbulo, donde había dejado al beduino, el cual, notando que yo ocultaba algo, me dijo: “¡Hermano mío!, ¿qué llevas bajo tu vestido?”. Bajando la cabeza, lleno de confusión, respondí: “No es nada”. Pero él insistió: “¡Por Alá, hermano mío!, yo te suplico que me digas lo que llevas bajo tus ropas”. Muy embarazado, respondí: “Es el vestido de la hija de mi tío, que llevo a casa de la vecina, cuyo oficio es arreglarlos”. El beduino insistió todavía, diciéndome: “¡Déjame ver esa ropa, hermano mío!”. Yo, enrojeciendo, le mostré el vestido, y él exclamó: “¡Alá es clemente y generoso, hermano mío! He aquí que vas a vender en la almoneda el vestido de tu esposa, la madre de tus hijos, para cumplir con los deberes de la hospitalidad con el extranjero —y, abrazándome, continuó—: ¡Déjate de eso, Hasán Abdalá! He aquí diez dinares de oro, de parte de Alá, para que los gastes en comprar lo más conveniente a nuestras necesidades y a las de tu casa”. Y no pudiendo rehusar el ofrecimiento del huésped, tomé las piezas de oro. La abundancia y el bienestar entraron en mi casa. Cada día, el beduino, mi huésped, me entregaba la misma suma, y, de acuerdo con sus órdenes, se gastaba de la misma manera. Esto duró quince días; y yo glorificaba al retribuidor por sus beneficios. Ahora bien, en la mañana del día decimosexto, el beduino, mi huésped, me dijo, después de los saludos: “Veamos, Hasán Abdalá, ¿quieres venderte a mí?”. Y yo respondí: “¡Oh mi amo!, soy ya tu esclavo, y, por reconocimiento, te pertenezco”. Pero él añadió: “No, Hasán Abdalá, no lo entiendo yo así. Si te pido que te vendas a mí es porque deseo comprarte realmente. Pero no quiero justipreciar tu venta, y dejo al cuidado de ti mismo el fijar el precio por el que desees ser vendido”. Yo no dudé ni un instante de que hablaba en broma, y respondí, llevando adelante el juego: “El precio de un hombre libre, ¡oh mi amo!, lo fija el libro en mil dinares si es muerto de un solo golpe, pero si muere después de varios intentos, haciéndole dos, tres o cuatro heridas, o si se le divide en partes, el precio sube a mil quinientos dinares”. Y el

beduino me dijo: “No hay inconveniente, Hasán Abdalá; te pagaré esta última suma si consientes en tu venta”. Comprendiendo entonces que mi huésped no bromeaba, sino que estaba seriamente decidido a comprarme, pensé para mí: “¡Es Alá quién te envía a este beduino para salvar a tus hijos del hambre y la miseria, jeque Hasán! ¡Si tu destino es ser cortado en pedazos, no podrás evitarlo!”. Y respondí: “¡Oh hermano árabe, consiento en mi venta, pero permíteme consultar el caso con mi familia!”. Él me respondió: “¡Hazlo!”. Y me dejó para ir a sus asuntos».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SESENTA Y CINCO

Ella dijo:

—«Ahora bien; yo, ¡oh rey de los tiempos!, fui a reunirme con mi madre, mi esposa, y mis hijos, y les dije: “Alá os salva de la miseria”. Les referí las proposiciones del beduino, y, escuchando mis palabras, mi esposa y mi madre, golpeándose el rostro y el pecho exclamaron: “¡Oh, qué calamidad sobre nosotros! ¿Qué quiere hacerte ese beduino?”. Los niños corrieron a mí y se aferraron a mis vestidos. Todos lloraban, y mi esposa, que era despierta y de buen consejo, repuso: “¿Quién sabe si ese maldito beduino no va a reclamar si no consientes en tu venta, todo lo que ha gastado hasta aquí? Así, para no estar en descubierto, es preciso que vayas lo más pronto posible a buscar a alguien que quiera comprar esta mezquina casa, lo último que te queda, y con el dinero que obtengas nos desempeñamos con el beduino. De esta manera no le deberás nada y quedarás libre para con tu persona”. Y estalló en sollozos, viendo ya a sus hijos sin asilo, en medio de la calle. Yo me puse a reflexionar sobre la situación y me hallaba perplejo. Por un lado, me decía: “¡Oh Hasán Abdalá!, no desdeñes la ocasión que te envía Alá; con la suma que te ofrece el beduino por tu venta, aseguras el pan de tu casa”. Pero por otro lado, pensaba: “Ciertamente, ciertamente, pero ¿para qué quiere él comprarte? ¿Y qué hará de ti? ¡Si aún fueras joven e imberbe!... Pero tu barba es como la cola de Agar, y tú no tentarías ni a un mismísimo indígena del Alto Egipto. Lo que él quiere es tu muerte en varias veces, puesto que te paga de acuerdo con la segunda condición”. Sin embargo, cuando el beduino regresó a la casa por la tarde, ya había tomado mi partido y acordado mi decisión. Le recibí con cara sonriente, y, después de los saludos, le dije: “Te pertenezco”. Él, entonces, sacó de su cintura mil quinientos denarios de oro y me los entregó, diciendo: “¡Loado sea el profeta! ¡Por fin, Hasán Abdalá!”. Yo respondí: “En él la oración, la paz y la bendición de Alá”. Y me dijo: “Y bien, hermano mío, ahora que te has vendido, puedes estar tranquilo, puesto que

tu vida está a salvo y tu libertad entera. Yo, al hacer tu adquisición, solamente deseo tener un compañero fiel y agradable para el largo viaje que voy a emprender, pues bien sabes que el profeta, ¡que Alá tenga en su gracia!, ha dicho: ‘Un compañero es la mejor de las provisiones para el camino’”. Entonces yo, muy alegre, entré en la habitación donde estaban mi madre y mi esposa, y puse ante ellas, en la estera, los mil quinientos denarios de mi venta. A su vista, y sin querer escuchar mis explicaciones, ambas se pusieron a gritar, arrancándose los cabellos y lamentándose, como se hace ante los féretros de los muertos. Y exclamaban: “¡Este es el precio de tu sangre! ¡Oh qué desgracia, qué desgracia! ¡Nunca tocaremos el precio de tu sangre! ¡Antes morir de hambre con nuestros hijos!”. Y yo, viendo la inutilidad de mis esfuerzos para calmarlas, esperé un poco a que se apaciguara su dolor. Después intenté hacerlas razonar, jurando que el beduino era un hombre de bien y de intenciones excelentes, consiguiendo atenuar un poco sus lamentaciones. Aprovechando este momento, las abracé, así como a los niños, y nos despedimos. Con el corazón traspasado, las dejé desoladas y deshechas en lágrimas. Y, en compañía del beduino, mi amo, salí de mi casa. Fuimos al mercado de animales y compré, por indicación suya, un camello ponderado por su rapidez, y, por orden de mi amo, llené los sacos con las provisiones necesarias para un largo viaje. Terminados todos los preparativos, ayudé a mi amo a montar en su camello y subí en el mío, y, después de invocar el nombre de Alá, nos pusimos en camino. Viajando sin descanso ganamos pronto el desierto, donde, por toda presencia, no había más que la de Alá, y donde ni huellas de viajeros vimos sobre las arenas movedizas. Mi amo, el beduino, se guiaba en estas vastedades por indicaciones que solo él y su montura conocían. Bajo un sol abrasador, anduvimos así durante diez días, cada uno de los cuales me pareció más largo que una noche de pesadilla».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SESENTA Y SEIS

Schehrazada dijo:

—«Ahora bien, al undécimo día, por la mañana, llegamos al borde de una llanura inmensa, cuyo suelo brillante parecía formado de arenas de plata. En medio de esta llanura se elevaba una altísima columna de granito, y sobre el remate de esta columna se veía a un joven de pie esculpido en cobre rojo, y de cuya mano derecha, tendida y abierta, pendían cinco llaves, una de cada dedo. La primera llave era de oro, la segunda de plata, la tercera de cobre chino, la cuarta de hierro y la quinta de plomo. Cada una de estas llaves era un talismán, y el hombre que llegara a ser dueño de

alguna de ellas, debería sufrir la suerte que a esa llave correspondiera, pues se trataba de las llaves del destino: la de oro era la llave de las miserias, la de plata lo era de los sufrimientos, la de cobre chino era la llave de la muerte; la de hierro, de la gloria, y la de plomo era la llave de la sabiduría y la felicidad. Pero yo, ¡oh mi señor!, en aquel tiempo ignoraba estas cosas que solo mi amo conocía, y mi ignorancia fue la causa de todas mis desdichas. Pero tanto las desgracias como la felicidad nos vienen de Alá, el retribuidor, y sus criaturas deben aceptarlas con humildad. Pues, ¡oh rey de los tiempos!, cuando llegamos al pie de la columna, mi amo el beduino hizo arrodillar a su camello y echó pie a tierra, haciendo yo lo mismo. Luego, mi amo sacó de su estuche un arco de forma extraña, colocando en él una flecha, lo tendió y disparó hacia el joven de cobre rojo. Pero fuere por torpeza real o fingida, la flecha no alcanzó la altura del blanco, y el beduino me dijo entonces: “Bien, Hasán Abdalá, ahora puedes desempeñarte respecto de mí, y, si lo quieres, rescatar tu libertad. Sé que eres fuerte y diestro, y solamente tú puedes alcanzar el blanco. Toma, pues, este arco e intenta hacer caer esas llaves”. Entonces yo, ¡oh mi señor!, dichoso por poder pagar mi deuda y recobrar mi libertad a este precio, no dudé en obedecer a mi dueño. Tomé el arco, y, examinándolo, vi que era de fabricación india y salido de manos de un obrero hábil. Deseoso de demostrar a mi amo mi saber y destreza, tendí el arco con fuerza y apunté a la mano del joven de la columna.



Con mi primera flecha hice caer una llave: era la de oro. Muy orgulloso y contento, la recogí y ofrecí a mi amo que no quiso aceptarla y, rehusando, me dijo: “Guárdala para ti ¡oh pobre!, es el premio a tu habilidad”. Yo se lo agradecí y metí la llave en mi cintillo, sin saber que, por ser la de oro, era la de las miserias. En seguida,

de un segundo disparo, cayó otra llave que era la de plata, sin que el beduino quisiera ni tocarla, y la puse en mi cintura junto a la primera, ignorando que era la de los sufrimientos. Después de esto, con otras dos flechas, descolgué dos llaves más, la de hierro y la de plomo. Una era la de la gloria y otra la de la sabiduría y felicidad, pero yo no lo sabía, y mi amo, sin darme tiempo para recogerlas, se apoderó de ellas prorrumpiendo en exclamaciones de alegría y gritando: “¡Bendita sea la que te llevó en su seno, oh Hasán Abdalá! ¡Bendito sea el que haya adiestrado tu brazo y ejercitado tu puntería!”. Y me estrechó entre sus brazos, diciéndome: “En adelante, tú eres el único dueño de ti mismo”. Yo le besé la mano y quise entregarle de nuevo la llave de oro, y la de plata, pero él rehusó, diciendo: “¡Son tuyas!”. Entonces yo saqué del estuche una quinta flecha y me dispuse a derribar la última llave, que era la de cobre chino, sin saber que era la de la muerte, pero mi amo se opuso decididamente a mi deseo y, deteniéndome el brazo, gritó: “¿Qué vas a hacer, desgraciado?”. Y yo, sobrecogido, dejé caer la flecha al suelo por inadvertencia, con tan mala fortuna, que alcanzando mi pie izquierdo, penetró en él, produciéndome una dolorosa herida. Este fue el comienzo de la serie de mis desdichas. Cuando mi amo, afligido por mi accidente, hubo curado mi herida lo mejor que pudo, me ayudó a montar en mi camello y continuamos nuestro camino. Ahora bien, después de tres días y tres noches de penosa marcha, por mi pie herido, llegamos a una pradera y en ella nos detuvimos para pasar la noche. En esta pradera había árboles de una especie que yo jamás había visto. Estos árboles tenían unos frutos muy bellos y maduros, cuya apariencia fresca y tentadora invitaba a cogerlos. Acuciado por la sed, me arrastré hasta uno de estos árboles y cogí uno de sus frutos, que eran de un color rojo dorado y de perfume delicioso. Me lo llevé a la boca y mordí. Mas; ¡ay!, he aquí que mis dientes quedaron tan fuertemente aferrados, que mis mandíbulas no pudieron separarse. Quise gritar, pero no salió de mi boca más que un ruido inarticulado y sordo. Me asfixiaba horriblemente y me puse a correr de un lado para otro, con mi pierna coja y mis mandíbulas aprisionadas por el fruto, gesticulando como un loco. Luego me revolqué por el suelo con los ojos fuera de sus órbitas. Entonces mi amo el beduino, viéndome en tal estado, se asustó al principio, pero cuando comprendió la causa de mi tormento, se me acercó e intentó separar mis mandíbulas, no consiguiendo con sus esfuerzos sino aumentar mi dolor. En vista de ello, me dejó y fue a recoger bajo los árboles algunos frutos caídos, los examinó atentamente y acabó quedándose con uno y tirando los restantes. Volvió hacia mí y me dijo: “Mira este fruto, Hasán Abdalá, ¿ves los insectos que lo roen y minan? Pues bien; aquí está el remedio para tu mal, pero es necesario tener calma y paciencia”. Y añadió: “He calculado que poniendo en el fruto que cierra tu boca algunos de estos insectos, se dedicarán a roerlo y en dos o tres días a lo sumo te verás libre”. Y como era hombre de experiencia le dejé hacer, pensando: “¡Por Alá!, tres días y tres noches soportando este suplicio, ¡la muerte es preferible!”. Y mi amo, sentándose cerca de mí, hizo lo que había dicho, poniendo en el fruto maldito los insectos salvadores. Y mientras los

insectos roedores comenzaban su obra, mi amo sacó del saco de provisiones dátiles y pan seco y se puso a comer, interrumpiendo su comida de cuando en cuando para animarme a tener paciencia, diciéndome: “Tú ves, Hasán Abdalá, cómo tu glotonería me detiene en mi camino y retarda la ejecución de mis proyectos. Pero soy avisado y no me atormento demasiado por este contratiempo. ¡Haz como yo!”. Y se dispuso a dormir, aconsejándome que hiciera otro tanto. Pero yo, ¡ay!, pasé entre torturas toda aquella noche y el día siguiente, pues, aparte los dolores de mis mandíbulas y de mi pie, sufría hambre y sed. El beduino, por consolarme, me aseguraba que el trabajo de los insectos avanzaba, y de esta manera me animó a tener paciencia hasta el tercer día, en cuya mañana logré, por fin, que mis mandíbulas se separaran e invocando el nombre de Alá, tiré la fruta con los insectos salvadores. Librado, de esta manera, mi primer cuidado fue registrar el saco de las provisiones y palpar el odre que contenía el agua, comprobando que, durante los tres días de mi suplicio, mi amo los había agotado. Me eché a llorar, culpándole de mis sufrimientos, y él, sin alterarse, me dijo con dulzura: “¿Eres justo, Hasán Abdalá? ¿Debía yo también dejarme morir de hambre y sed? ¡Pon tu confianza en Alá y ve en busca de una fuente donde calmar tu sed!”. Entonces me levanté y fui a buscar agua o alguna fruta que me fuera conocida, pero, en cuanto a estas, solo había allí la especie perniciosa cuyos efectos ya había experimentado. En fin, a fuerza de buscar y buscar, acabé descubriendo en un hueco de cierta roca una pequeña fuente cuya agua, clara y fresca, convidaba a beber. Me detuve y sacié mi sed, y ya un poco calmado consentí en ponerme en camino y fui tras mi amo, que ya se había alejado sobre su camello rojo. Y no habría andado mi montura cien pasos, cuando me sentí acometido por unos cólicos tan violentos, que creí tener los fuegos del infierno en mis entrañas y comencé a gritar: “¡Ay, madre mía! ¡Oh Alá! ¡Madre mía!”. En vano ensayé moderar la marcha de mi camello, que, a grandes trancos, corría con toda su rapidez detrás de su veloz compañero. Y con los saltos que daba y sus sacudidas, mi suplicio llegó a ser tan grande, que prorrumpí en espantosos lamentos y en tales imprecaciones contra mi camello, contra mí mismo y contra todo, que el beduino acabó por oírme y, retrocediendo me ayudó a detener mi camello y echar pie a tierra. Me puse en cuclillas sobre la arena y..., dígnate excusar las intimidades de tu esclavo, ¡oh rey de los tiempos!, di libre curso al apremio de mis entresijos, sintiendo como si todas mis entrañas se desprendieran. Y toda una tempestad se desencadenó en mi pobre vientre, con todos los truenos de la creación, mientras que mi amo el beduino decía: “¡Ten paciencia, Hasán Abdalá!”. Y yo, a todo esto, caí al suelo desvanecido. No sé cuánto tiempo duraría mi desvanecimiento; cuando volví en mí, yo iba sobre el lomo de mi camello, que seguía a su compañero. Y llegó la tarde. Y el sol se iba ocultando detrás de una alta montaña, al pie de la cual llegamos, y nos detuvimos para descansar. Y mi amo dijo: “¡Demos gracias a Alá por no permitir que quedemos en ayunas hoy! Tú no te preocupes por nada y estate tranquilo, pues mi experiencia del desierto y de los viajes me servirá para encontrar algún alimento sano y refrescante allí donde tú no podrías recoger más que venenos”.

Y después de hablar así, fue hacia unos matorrales formados de plantas con unas hojas gruesas, carnosas y cubiertas de espinas. Cortó algunas con su sable y, despojándolas de su envoltura, sacó de ellas una carne amarilla y azucarada, con un sabor parecido al de los higos. Me dio tantas como quise y comí de ellas hasta quedar harto y refrescado. Entonces empecé a olvidar un poco mis sufrimientos, esperando, al fin, poder pasar tranquilamente la noche y coger el sueño, del que había olvidado el gusto hacía ya tanto tiempo. Al salir la luna, extendí en el suelo mi manta de pelo de camello y ya me disponía a dormir, cuando el beduino mi amo dijo: “Y bien Hasán Abdalá; ahora es cuando podrás probarme si realmente me guardas alguna gratitud”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SESENTA Y SIETE

Dijo Schehrazada:

... «“Deseo, en efecto, que esta noche emprendas la ascensión a esta montaña; cuando bayas llegado a su cima, esperas allí la salida del sol, y entonces, estando de pie y mirando hacia oriente, recitas la oración de la mañana; después, descienes. Este es el servicio que te pido; pero pon mucho cuidado en evitar que te sorprenda el sueño, ¡oh hijo de Al-Aschar!, pues las emanaciones de esta tierra son maléficas en extremo y tu salud sería atacada por ellas sin remedio”. Entonces yo, ¡oh señor!, a pesar de mi extremada fatiga y de mis sufrimientos de toda clase, respondí por el oído y la obediencia, pues no olvidaba que el beduino había dado pan a mis hijos, a mi esposa, y a mi madre, y también pensaba que pudiera ser, si rehusaba hacerle este extraño servicio, que me abandonara en aquellos salvajes lugares. Poniendo, pues, mi confianza en Alá, trepé por la montaña y, a pesar del estado de mi pie y de mi vientre, llegué a la cumbre hacia la medianoche. El suelo era allí blanco y pelado, sin un arbusto ni la menor brizna de hierba. El viento helado que soplaba con fuerza en la cima y el cansancio de todos aquellos días calamitosos, me sumieron en un embotamiento tal, que no pude impedir caer al suelo y, a pesar de todos los esfuerzos de mi voluntad, dormirme hasta la mañana. Cuando desperté, el sol acababa de aparecer en el horizonte e inmediatamente me dispuse a cumplir las instrucciones del beduino. Hice, pues, un esfuerzo para mantenerme sobre mis piernas, pero volví a caer inerte al suelo, pues hinchadas basta parecer las de un elefante, estaban débiles y doloridas y se negaban en absoluto a sostener mi cuerpo, con el vientre hinchado como un odre. La cabeza me pesaba como si fuera de plomo y no podía levantar los brazos paralizados. Entonces, temiendo desagradar al beduino, obligué a mi cuerpo a obedecer a mi voluntad y, a pesar de los sufrimientos horribles que experimentaba, conseguí tenerme en pie. Me volví hacia el oriente y recité la oración de la mañana.

El sol saliente iluminó mi pobre cuerpo, alargando su sombra hacia occidente. Ahora bien, cumplido mi deber de esta manera, pensé en descender de la montaña, pero la pendiente era tan rápida y yo estaba tan débil, que a los primeros pasos mis piernas flaquearon y, rodando como una bola, descendí con espantosa rapidez. Las piedras y arbustos a los que desesperadamente intentaba agarrarme, lejos de detener mi carrera, no hacían sino llevarse jirones de mi ropa y de mi carne y, regando la tierra con mi sangre, no cesé de rodar de esta manera, montaña abajo, hasta el lugar donde se encontraba mi amo el beduino. Estaba mi amo inclinado sobre el suelo y trazaba líneas en la arena con tanta atención que apenas advirtió mi presencia y no vio cómo llegaba. Cuando mis quejidos repetidos le sustrajeron del trabajo que le tenía absorbido, exclamó, sin volverse hacia mí ni mirarme: “¡*Al hamdu lilah!* Hemos nacido bajo una influencia benéfica y todo lo conseguiremos. He aquí que, gracias a ti; ¡oh Hasán Abdalá!, he podido descubrir, al fin, lo que buscaba desde hace tantos años, midiendo la sombra que proyectaba tu cabeza desde lo alto de la montaña”. Y añadió, siempre sin levantar la cabeza: “Date prisa y ven a ayudarme a ahondar en el suelo, ahí donde he clavado mi lanza”. Y como yo no respondiera sino con un silencio entrecortado por sollozos, acabó por levantar la cabeza y venir a mi lado, advirtiendo entonces el lamentable estado en que me hallaba; inmóvil en el suelo y recogido sobre mí mismo como un ovillo. “¡Imprudente Hasán Abdalá! —me gritó entonces—; ¿ves cómo me has desobedecido durmiéndote en la montaña? Los vapores maléficos se han infiltrado en tu sangre y te han emponzoñado”. Y como castañetearan mis dientes, y verme moviera a piedad, se calmó y me dijo: “Sí, pero no desesperes y cuenta con mi solicitud. Voy a curarte”. Y hablando así, sacó de su cintura un cuchillo de hoja muy delgada y cortante y, antes que pudiera oponerme a su designios, me hizo unas incisiones profundas en varios sitios, el vientre, los brazos, muslos y piernas, saliendo en seguida de todas ellas un líquido abundante y quedando desinflado como un odre vacío y mi piel flotando sobre los huesos, como vestido comprado en subasta. Tardé muy poco en encontrar algún alivio y, a pesar de mi debilidad, pude levantarme y ayudar a mi amo en el trabajo para el que me solicitaba. Nos dedicamos, pues, a ahondar la tierra en el sitio preciso en que estaba clavada la lanza del beduino, y no tardamos en descubrir un féretro de mármol blanco. El beduino levantó la tapa y halló dentro algunas osamentas humanas y el manuscrito en piel de gacela teñido de púrpura que tienes en tus manos, ¡oh rey de los tiempos!, y en el que estaban trazados caracteres de oro que brillaban. Mi amo tomó, temblando, el manuscrito, y aunque estaba en una lengua desconocida, se puso a leerlo con atención. A medida que iba avanzando en la lectura, su frente pálida se coloreaba de placer y sus ojos resplandecían de alegría, acabando por exclamar: “¡Ahora conozco el camino de la ciudad misteriosa! ¡Oh Hasán Abdalá, regocíjate! ¡Pronto entraremos en Aram de las Columnas, donde ningún adamita ha entrado jamás! Y es allí donde encontraremos el principio de las riquezas de la tierra, germen de todos los metales preciosos: ¡el azufre rojo!”. Ahora bien, yo, a quien la idea de

seguir viajando horrorizaba hasta los límites del espanto, al oír estas palabras exclamé: “¡Ah, señor, perdona a tu esclavo!, pues si bien él comparte tu alegría, encuentra que los tesoros le son poco aprovechables, y más desea ser pobre con buena salud en El Cairo, que rico y sufriendo todas las miserias en Aram de las Columnas”. Y mi amo, oyendo estas palabras, me miró con piedad y dijo: “¡Oh pobre! trabajo tanto por tu felicidad como por la mía. Hasta el presente lo he hecho siempre así”. Y yo me dije: “Esto es cierto, ¡por Alá! Mas ¡ay!, he sido yo quien ha llevado la peor parte y el destino se ha desencadenado contra mí”. Mi amo, sin prestar atención a mis quejas y recriminaciones, hizo gran provisión de la planta cuya carne se parecía en el sabor a los higos y montó en su camello. Y yo me vi obligado a hacer lo mismo y, contorneando los flancos de la montaña, continuamos nuestro camino hacia oriente. Viajamos aún durante tres días y tres noches, y en la mañana del cuarto día divisamos ante nosotros en el horizonte algo como un largo espejo que reflejara el sol. Nos aproximarnos y vimos que se trataba de un río de mercurio que nos cerraba el camino. Este río estaba atravesado por un puente de cristal sin barandilla, tan estrecho y tan resbaladizo, que ningún hombre razonable intentaría pasarlo. Pero mi amo el beduino, sin dudarlo un momento, echó pie a tierra y me ordenó que hiciera lo mismo y desensillara los camellos, dejándoles pacer la hierba en libertad. Después tomó de sus alforjas babuchas de lana con las que se calzó y, dándome un par, me invitó a imitarle. Dijo que le siguiera sin mirar a derecha ni a izquierda y con paso firme pasó el puente de cristal. Todo tembloroso, me vi obligado a seguirle, y Alá, por esta vez, no quiso que muriera yo ahogado en el mercurio y arribé a la otra orilla todo entero. Después de varias horas de marcha en silencio, llegamos a la entrada de un valle negro rodeado por todas partes de rocas negras y donde no crecían más que árboles también negros. A través del follaje, asimismo negro, vi deslizarse grandes y espantables serpientes negras cubiertas de escamas del mismo color. Y yo, acometido de espanto, volví la espalda para huir de aquel lugar de horror, sin que pudiera descubrir el sitio por donde habíamos entrado, pues por todos lados alrededor de mí las negras rocas se elevaban como las paredes de un pozo. En vista de esto, me dejé caer en el suelo llorando y grité a mi amo: “¡Oh hijo de gente de bien! ¿Por qué me has traído a morir, por el camino de los sufrimientos y de las miserias? ¡Ay de mí! ¡Jamás volveré a ver a mis hijos, a su madre y a la mía! ¡Ah! ¿Por qué me sacaste de mi vida pobre, pero tan tranquila? Yo no era, eso es cierto, más que un mendigo en el camino de Alá, pero frecuentaba los patios de las mezquitas y escuchaba las bellas sentencias de los santones”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SESENTA Y OCHO

Ella dijo:

—«Y mi amo, sin enfadarse, me dijo: “¡Sé hombre, Hasán Abdalá, y recupera tu ánimo! ¡Tú no morirás aquí y pronto regresarás al Cairo; no pobre entre los pobres, sino tan rico como el más rico de los reyes!”. Y después de hablar así, mi amo se sentó en el suelo, abrió el manuscrito en piel de gacela, lo hojeó mojándose el pulgar, y se puso a leerlo allí, tan tranquilamente como si se hallara en medio de su harén. Después, al cabo de una hora, levantó la cabeza, me llamó y me dijo: “¿Tú quieres, Hasán Abdalá, que salgamos de aquí cuanto antes y que lleguemos al fin de nuestro viaje?”. Y yo exclamé: “¡Por Alá, que sí lo quiero! Dime Únicamente, por favor, lo que es preciso que yo haga para eso. ¿He de recitar de memoria todos los capítulos del Corán? ¿O bien repetir todos los nombres y atributos sagrados de Alá? ¿Quizá sea necesario que haga voto de ir en peregrinación a La Meca y a Medina durante diez años seguidos? Habla, oh mi amo; estoy dispuesto a todo y más que todo”. Entonces mi amo, mirándome siempre con bondad, me dijo: “No, Hasán Abdalá, no. Lo que voy a pedirte es mucho más fácil que todo eso. No tienes que hacer sino tomar este arco y estas flechas, helos aquí, y recorrer este valle hasta que encuentres una gran serpiente con cuernos negros. Como eres diestro, la matarás del primer disparo y me traerás su cabeza y su corazón. Esto es todo lo que es preciso que hagas si quieres salir de estos lugares de desolación”. Yo, después de oír estas palabras, exclamé: “¡Ta, ta! ¿Y esta es la cosa tan fácil? ¿Y por qué, entonces, no la haces tú mismo? ¡Oh mi amo! Por mi parte, declaro que voy a dejarme morir en el sitio donde estoy, sin moverme en toda mi miserable vida”. Pero el beduino, tocándome en la espalda, me dijo: “Acuérdate, ¡oh Hasán Abdalá!, del vestido de tu esposa y del pan de los de tu casa”. Y yo, recordándolo, me deshice en lágrimas y reconocí en mi alma que nada podía negar al hombre que había salvado mi casa y a los de mi casa. Tomé el arco y la flecha y me dirigí temblando hacia las rocas negras donde viera antes deslizarse a los reptiles terroríficos. No tardé mucho tiempo en descubrir al que buscaba y lo reconocí por los cuernos que sobresalían de su cabeza negra y horrorosa e invocando el nombre de Alá coloqué y lancé la flecha. La serpiente, herida, se irguió, se agitó de una manera terrible y, enroscándose y distendiéndose luego, acabó por caer inmóvil sobre el suelo. Cuando tuve la certeza de que estaba bien muerta, le corté la cabeza con mi cuchillo, y, abriéndola, le extraje el corazón, llevando los dos despojos a mi amo el beduino. Este me recibió con afabilidad, tomó los dos trozos de serpiente y me dijo: “Ahora ven a ayudarme a hacer fuego”. Yo reuní hojas secas y menudas ramas, con las que hicimos un gran montón, y mi amo, sacando de su pecho un diamante, lo manipuló de manera que pasara por él un rayo de sol, que estaba en lo más alto del cielo y, en seguida, puso fuego en la pira de leña seca. Ahora bien, hecho el fuego, el beduino sacó de debajo de sus ropas un pequeño vaso de hierro y un frasquito tallado, de una pieza, en un solo rubí, y que contenía una materia roja. “Tú ves este frasco de

rubí, Hasán Abdalá —dijo mi amo—, pero no sabes lo que contiene —se detuvo un momento y añadió—: Es sangre del fénix”. Y destapó el frasco y vertió su contenido en el vaso de hierro, y añadió el corazón y el cerebro de la serpiente con cuernos, y puso el vaso en el fuego. A continuación abrió el manuscrito de piel de gacela, leyendo en él palabras ininteligibles para mí. Luego se puso de pie, se desnudó la espalda como los peregrinos de La Meca al partir, y empapando un extremo de su cintillo en la sangre del fénix, mezclada con el corazón y el cerebro de la serpiente, me ordenó que le frotara con ello la espalda. Yo ejecuté la orden y, a medida que frotaba, vi cómo se hinchaba la piel y se abría para dejar salir, poco a poco, unas alas que, creciendo a vista de ojos, pronto llegaron hasta el suelo. El beduino las batió con fuerza y, desde el mismo suelo, en un momento tomó vuelo y se elevó en los aires. Y yo, prefiriendo mil muertes antes que verme abandonado en aquellos lugares siniestros, apelé a lo que me quedaba de fuerza y coraje y me aferré fuertemente al cintillo de mi amo, del que, por fortuna, pendía un extremo. Y así escapé del valle negro, de donde ya no esperaba salir, y llegamos a la región de las nubes. Ahora bien, no puedo decirte, ¡oh mi señor!, cuánto tiempo duró nuestro viaje aéreo, pero sí que muy pronto estuvimos sobre una inmensa llanura, cuyo horizonte cerraba a lo lejos una cerca de cristal azul. El suelo de esta llanura parecía formado de polvo de oro y sus guijarros semejaban piedras preciosas. En su centro se elevaba una ciudad formada de palacios y jardines. Y mi amo exclamó: “¡He aquí a Aram de las Columnas!”. Y dejando de batir sus alas y extendiéndolas inmóviles, fue descendiendo, y yo con él. Nos posamos en el suelo, al pie mismo de las murallas de la ciudad de Schedad, hijo de Aad, y las alas de mi amo fueron decreciendo poco a poco, hasta desaparecer. Las murallas estaban construidas con ladrillos de oro y plata, alternando, y se abrían en ellas siete puertas que parecían las del paraíso. La primera era de rubíes; la segunda, de esmeraldas; la tercera, de ágata; la cuarta, de coral; la quinta, de jaspe; la sexta, de plata, y la séptima, de oro. Por esta última penetramos en la ciudad, e invocando el nombre de Alá nos adentramos en ella. Atravesamos calles bordeadas de palacios con columnatas de alabastro y jardines, donde el aire que se respiraba era leche y los arroyuelos agua embalsamada, hasta que llegamos a un palacio que dominaba la ciudad y que estaba construido con arte y magnificencia inimaginables. Sus terrazas, sostenidas por mil columnas de oro, tenían balaustradas formadas con cristales de colores y muros incrustados de esmeraldas y zafiros. En el centro del palacio se gloriaba un jardín encantado, cuya tierra, olorosa como el almizcle, regaban tres ríos: de vino puro, de agua de rosas y de miel. Y en medio de este jardín se elevaba un pabellón, cuya bóveda, formada de una sola esmeralda, cubría un trono de oro rojo incrustado de rubíes y perlas, sobre el que se hallaba un pequeño cofre de oro. Y es precisamente aquel cofre, ¡oh rey de los tiempos!, el que tienes ahora entre tus manos. El beduino, mi amo, tomó el cofre y lo abrió, encontrando dentro un polvo rojo, cuyo hallazgo le hizo exclamar: “¡He aquí el azufre rojo! Y bien, Hasán Abdalá, esta es la piedra filosofal de los sabios y los

filósofos, muertos todos sin encontrarla”. Y yo le dije: “Tira ese vil polvo, oh mi amo, y llenemos el cofre con pedrerías de las que rebosa este palacio”. Pero mi amo, mirándome con conmiseración, dijo: “¡Oh pobre!, ese polvo es la fuente misma de todas las riquezas de la tierra; una sola partícula de él basta para convertir en oro los más viles metales. ¡Es la piedra filosofal! ¡Es el azufre rojo, oh pobre ignorante! Con este polvo, si yo quiero, construiré palacios más hermosos que este; fundaré ciudades más magníficas que esta, compraré las conciencias de los hombres más puros, seduciré la virtud misma y me haré hijo de rey”. Y yo repliqué: “¿Y podrás tú, oh mi amo, prolongar tu vida, con ese polvo, un solo día o borrar una hora de tu existencia pasada?”. “¡únicamente Alá es grande!”, me respondió. Yo, no estando muy seguro en cuanto a la eficacia de las virtudes del azufre rojo, prefería coger piedras preciosas y perlas. Ya había llenado con ellas mi cinturón, mis bolsillos y mi turbante, cuando mi amo exclamó: “¡Desgraciado de ti, hombre de espíritu grosero! ¿Qué es lo que haces? ¿Ignoras que si sustraemos una sola piedra de este palacio o de esta tierra caeremos muertos al instante?”. Y salió del palacio apresuradamente, llevando consigo el cofre. Yo, bien a mi pesar, vacié mi cintura, mis bolsillos y mi turbante y seguí a mi amo, no sin volver la cabeza varias veces hacia aquellas riquezas incalculables. Me reuní en el jardín con mi amo, que me cogió de la mano para atravesar la ciudad, temiendo que no pudiera resistir la tentación de todo lo que se ofrecía a mi vista, estando al alcance de mi mano. Y por la puerta de rubíes salimos de la ciudad. Cuando nos aproximábamos al horizonte de cristal azul, se abrió para dejarnos paso y, cuando lo hubimos franqueado, nos volvimos a mirar por última vez la llanura milagrosa y la ciudad de Aram; pero la llanura y la ciudad habían desaparecido. Y llegamos a la orilla del río de mercurio y, como la primera vez, lo atravesamos por el puente de cristal. Al otro lado encontramos a nuestros camellos pasciendo la hierba en compañía y fui hacia el mío como hacia un viejo amigo. Después de apretar las correas de las sillas, montamos en nuestras bestias y mi amo dijo: “Regresamos a Egipto”. Y yo levanté los brazos en reconocimiento a Alá por esta buena noticia. Pero ¡oh mi señor!, la llave de oro y la de plata estaban todavía en mi cinturón y no sabía que eran las llaves de las miserias y de los sufrimientos».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SESENTA Y NUEVE

Schehrazada dijo:

—«También durante todo el viaje hasta nuestra llegada al Cairo, sufrí muchas miserias y privaciones y soporté todos los males que me acarreó mi quebrantada

salud. Pero por una fatalidad, de la que ignoraba el motivo, era yo el único que estaba expuesto siempre a los accidentes del viaje, pues mi amo, de todo punto feliz y tranquilo, parecía inmune a todos los males que a mí me embargaban y pasaba a través de todos los peligros y contrariedades sonriente y haciendo su camino como si marchara sobre un tapiz de seda. De esta suerte llegamos al Cairo, y mi primer cuidado fue correr hacia mi casa. Encontré la puerta derribada; los perros vagabundos habían hecho su asilo de mi morada y nadie había allí para recibirme. No encontré rastro de mi madre ni de mi esposa e hijos, y un vecino que me había visto llegar y que oyó mis gritos de desesperación, abrió su puerta y me dijo: “¡Ah Hasán Abdalá, que desde hoy vivas tantos días cuantos son los que han pasado desde que desaparecieron! ¡Todo el mundo ha muerto en tu casa!”. Yo, al escuchar tal noticia, caí al suelo inanimado. Ahora bien; cuando volví de mi desmayo, vi ante mí a mi amo el beduino, que me cuidaba y rociaba mi rostro con agua de rosas, y yo, ahogándome entre lágrimas y sollozos, no pude reprimirme esta vez y le lancé toda suerte de imprecaciones, acusándole de ser la causa de todas mis desgracias. Durante mucho tiempo le cargué con toda clase de injurias, haciéndole responsable de los males que me apesadumbraban concitándose contra mí. Pero él, conservando la serenidad y sin perder la calma, me puso la mano en la espalda y me dijo: “¡Todo nos viene de Alá, y a Alá vuelve todo!”. Y, tomándome de la mano, me llevó lejos de mi casa. Y me condujo a un palacio magnífico en la orilla del Nilo, forzándome a vivir con él. Mas como viera que no conseguía apartar mi ánimo de sus males y penas, quiso, esperando consolarme, compartir conmigo todo cuanto poseía, llevando su generosidad hasta el extremo de revelarme las ciencias misteriosas, enseñarme a leer en los libros de la alquimia y descifrar los manuscritos cabalísticos. Frecuentemente se hacía llevar quintales de plomo y, en mi presencia, los fundía y echaba después una partícula del azufre rojo del cofre, transmutando el vil metal en oro del más puro. Pero yo, en medio de tantos tesoros y rodeado por la alegría de las fiestas que todos los días daba mi amo, tenía el cuerpo abrumado de dolores y el alma lacerada, e incluso no podía soportar el peso y ni aun el contacto de los ricos vestidos y las preciosas telas con que me veía obligado a cubrirme. Se me servían los manjares más delicados y las bebidas más deliciosas, pero todo en vano, pues no sentía sino disgusto y repugnancia por todo. Tenía habitaciones soberbias, lechos de maderas olorosas y divanes de púrpura; pero el sueño no cerraba mis ojos. En los jardines de nuestro palacio, refrescado por la brisa del Nilo, se habían plantado árboles de los más raros, traídos, a costa de cuantiosos gastos, de la India, de Persia, de China y de las islas; y máquinas construidas con mucho arte elevaban el agua del Nilo y la hacían caer en refrescantes haces sobre tazas de mármol y pórfido; pero yo no gustaba del encanto de todas estas cosas, pues un veneno sin antídoto había saturado mi carne y mi espíritu. En cuanto a mi amo el beduino, sus días corrían entre placeres y voluptuosidades, y sus noches eran una anticipación de las delicias del paraíso. Ocupaba, no lejos de mí, un pabellón tapizado de seda bordada en oro, donde la luz

era dulce como la luna, y se alzaba en medio de unos bosquecillos de naranjos y limoneros a los que se entremezclaban los jazmineros y los rosales. Y era allí donde recibía cada noche nuevos invitados, a los que trataba espléndidamente. Cuando sus corazones y sus sentidos se hallaban preparados para la voluptuosidad por los vinos exquisitos, por la música y los cantos, hacía pasar ante sus ojos bellas adolescentes como huríes, compradas a peso de oro en los mercados de Egipto, de Persia y de Siria. Y cuando alguno de los convidados dirigía miradas de deseo a cualquiera de ellas, mi amo, tomándola por la mano, la presentaba a aquel que la deseaba, diciéndole: “¡Oh mi señor, haz que te quede obligado y llévate esta esclava a tu casa!”. De esta suerte, todos cuantos le rodeaban venían a ser sus amigos y no se le llamaba sino el emir magnifico. Un día, mi amo, que venía frecuentemente a visitarme en el pabellón, donde mis sufrimientos me forzaban a vivir solitario, llegó de improviso, llevando con él a una nueva jovencita. Parecía enardecido por la embriaguez y el placer, y sus ojos encendidos brillaban con un fuego desusado. Vino cerca de mí, puso a la joven sobre sus rodillas, y me dijo: “Y bien, Hasán Abdalá, ¡voy a cantar! Tú no has oído todavía mi voz. ¡Escucha!”. Y tomándome la mano, con voz tranquila y apasionada cantó estos versos:

“Ven a mí, que la sabiduría consiste en llenar con goces nuestra vida.

Dejemos a los místicos que conserven el agua para sus plegarias.

Y tú, escánciame ese vino, rojo como la rojez de tus mejillas.

Quiero beber hasta el punto en que mi razón se enturbie.

Pero antes bebe tú, bebe sin freno. Y dame después el vaso con la esencia de tus labios.

Estamos solos, sin más testigos que los naranjos, que perfuman el viento, y los sonoros arroyos, que se pierden en lontananza.

Canta, canta para mí; pero cántame ardorosas pasiones, ahora que nadie nos oye.

Canta sin temor hasta enmudecer a los ruiñeños.

Te acompañarán los latidos de mi corazón y los hálitos de las rosas al abrirse.

Soy el único en verte, el único en escucharte. Deja, pues, deslizar tu velo.

La luna y las estrellas serán testigos de nuestros placeres.

Inclínate hacia mí. Solo los jazmines y las rosas nos contemplan.

Déjame besar tu frente; déjame besar tus ojos; déjame besar tu boca; tu boca y tus senos, blancos como la nieve.

Ven a mis brazos, que me abrasa el amor. Pero deja caer tu velo, que si Alá nos viese, suspiraría de envidia”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SETENTA

Dijo Schehrazada:

—«Terminado su canto, mi amo el beduino dejó escapar un largo suspiro de dicha, inclinó la cabeza sobre mi pecho y pareció quedarse dormido. La adolescente, que estaba sobre sus rodillas, se desprendió de sus brazos para no turbar su reposo y, con cuidado, se levantó. Yo me acerqué para taparle y colocar un cojín bajo su cabeza, y, al hacerlo, advertí que su respiración había cesado; lleno de ansiedad me incliné hacia él y comprobé que había muerto como los predestinados, sonriendo a la vida. ¡Que Alá lo tenga en su compasión! Entonces yo, acongojado por la desaparición de mi amo, que, a pesar de todo, siempre había mostrado hacia mí serenidad y benevolencia, y olvidándome de todas las desgracias que cayeron sobre mi cabeza desde el día en que lo encontré, ordené que se le hicieran funerales magníficos. Yo mismo lavé su cuerpo con aguas olorosas; cerré cuidadosamente con algodón perfumado todas sus aberturas naturales; depilé y peiné su barba cuidadosamente; teñí sus cejas, ennegrecí sus pestañas y rasuré su cabeza. Luego le puse, como mortaja, un tisú maravilloso, que había sido trabajado para un rey de Persia, y lo coloqué en un ataúd de madera de áloe con incrustaciones de oro. Después convoqué a los numerosos amigos que mi amo había logrado con su generosidad, y ordené a cincuenta esclavos, todos vestidos con ropa de circunstancias, que llevaran por turno el féretro sobre sus hombros, y, formado el cortejo, nos dirigimos al cementerio. Un número considerable de plañideras, contratadas al efecto, acompañaba a la comitiva dando gritos quejumbrosos y agitando sus pañuelos por encima de sus cabezas, mientras que los lectores del *Corán* abrían la marcha cantando los versículos sagrados, a los que la multitud contestaba, repitiendo “¡No hay más Dios que Alá y Mahoma es el enviado de Alá!”. Todos los musulmanes que pasaban se apresuraban a ayudar a llevar el ataúd, aunque no fuera más que tocándolo con sus manos. Le enterramos entre las lamentaciones del pueblo y ordené sacrificar sobre su tumba un rebaño entero de corderos y jóvenes camellos. Ahora bien, habiendo cumplido de esta suerte mis deberes para con mi difunto amo, y después de presidir el festín de los funerales, me aislé en el palacio para tratar de poner en orden los asuntos de la sucesión. Mi primer cuidado fue abrir el cofre de oro para ver si contenía aún polvo del azufre rojo. No encontré allí más que la pequeña cantidad que hay ahora y que tienes ante tus ojos, ¡oh rey de los tiempos!, pues mi amo había ya gastado, gracias a sus prodigalidades inusitadas, casi todo,

transmutando en oro quintales y quintales de plomo. Pero lo poco que se hallaba todavía en el cofre bastaba para enriquecer al más poderoso de los reyes, y esto no me preocupaba. Por otra parte, no me cuidaba apenas de riquezas en el estado lastimoso en que me encontraba y solo quise saber lo que contenía el manuscrito misterioso en piel de gacela, que mi amo nunca había querido dejarme leer, si bien me había enseñado a descifrar los caracteres talismánicos. Lo abrí y solo entonces, ¡oh mi señor!, fue cuando supe, entre otras cosas extraordinarias que algún día te diré, las virtudes faustas e infaustas de las cinco llaves del destino. Comprendí que el beduino me había comprado y llevado con él para sustraerse a las nefastas propiedades de las llaves de oro y plata, desviando hacia mí sus malas influencias; y hube de llamar en mi ayuda a los más bellos pensamientos del profeta, ¡en él la oración y la paz!, para no maldecir al beduino y escupir sobre su tumba. También me apresuré a sacar de mi cintura las dos llaves fatales y, con el fin de desembarazarme de ellas para siempre, las coloqué en un crisol que puse al fuego para fundirlas y volatilizarlas. Al mismo tiempo me dediqué a buscar las llaves de la gloria, de la sabiduría y de la felicidad, pero, después de registrar bien el palacio hasta en sus más apartados rincones, no pude encontrarlas. Volví junto al crisol y vigilé la fusión de las dos llaves malditas».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SETENTA Y UNA

Ella dijo:

—«Ahora bien; en tanto que estaba ocupado en este trabajo, esperando, gracias a la desaparición de las llaves nefastas, desembarazarme para siempre de mi adverso destino, y mientras avivaba el fuego para apresurar su destrucción, que no se consumaba con tanta rapidez como yo quisiera, vi el palacio inesperadamente invadido por la guardia del califa, que se apoderó de mi persona, llevándome a presencia de su amo. Y el califa Theilun, tu padre, ¡oh mi señor!, me dijo con severidad que él sabía que yo estaba en posesión de los secretos de la alquimia y era preciso que al momento se los revelara para poder aprovecharse de ellos. Pero yo, sabiendo, ¡ay de mí!, que el califa Theilun, opresor del pueblo, emplearía la ciencia contra la justicia y para el mal, me negué a hablar, provocando la cólera del califa, que mandó cargarme de cadenas y arrojar me al más oscuro de los calabozos. Al mismo tiempo hizo saquear y destruir nuestro palacio de arriba abajo y se apoderó del cofre de oro que contenía el manuscrito en piel de gacela y algunas partículas del polvo rojo, y encargó de la guarda del cofre a este venerable jeque, que es quien lo ha puesto en tus manos, ¡oh rey de los tiempos! Todos los días ordenaba que me

sometieran a torturas, esperando así, por la debilidad de mi carne, obtener la confesión de mi secreto. Pero Alá me otorgó la virtud de la paciencia y durante años y más años he vivido en esta manera, esperando mi liberación con la muerte. Y ahora; ¡oh mi señor!, moriré consolado, puesto que mi perseguidor fue ya a rendir cuentas de sus acciones a Alá, y yo he podido acercarme hoy al más justo y más grande de los reyes». Cuando el sultán Mohamed ben-Theilun acabó de oír la relación del venerable Hasán Abdalá, se levantó de su trono y abrazó al anciano, exclamando: «¡Alabanzas a Alá, que permite a su servidor reparar la injusticia y remediar los males!». Y nombró en el acto gran visir a Hasán Abdalá, revistiéndole con su propio manto real. Confió su cuidado a los médicos más expertos del reino para que le ayudaran en su curación, y ordenó a los escribanos más hábiles de palacio que escribieran cuidadosamente, en letras de oro, esta historia extraordinaria para conservarla en el archivo del reino. Después de esto, el califa, no dudando de la virtud del azufre rojo, quiso experimentar sus efectos sin demora, ordenando preparar grandes calderas de tierra cocida, en las que colocó mil quintales de plomo y, puesto en fusión, mezcló las partículas del azufre rojo que quedaban en el fondo del cofre, pronunciando las palabras mágicas que le dictó el venerable Hasán Abdalá, y en seguida todo el plomo se transformó en el oro más puro. Entonces el sultán, no queriendo que todo este tesoro se gastara en cosas fútiles, resolvió emplearlo en una obra que fuera grata al altísimo y decidió la construcción de una mezquita que no tuviera parecido en todos los países musulmanes. Hizo venir a los arquitectos más renombrados de su imperio y les ordenó trazar, bajo sus indicaciones, los planos correspondientes, sin detenerse ante las dificultades de ejecución, al pie de la colina que domina la ciudad, un inmenso cuadrilátero, del que cada lado miraba a uno de los cuatro puntos cardinales. En cada ángulo colocaron una torre de proporciones admirables, rematada por una galería coronada por una cúpula de oro. En cada una de las fachadas de la mezquita se elevaban mil pilastras que soportaban sólidos arcos de elegante curva, y allí dispusieron terrazas cuyas balaustradas eran de oro maravillosamente vaciado. En el centro del edificio elevaron una inmensa cúpula, cuya construcción era tan ligera y aérea que parecía suspendida, sin apoyo, entre el cielo y la tierra. La bóveda de esta cúpula fue cubierta de esmalte azul sembrado de estrellas. Mármoles raros formaban el pavimento y el mosaico de las paredes se hizo de jaspe, pórfido, ágata, nácar y piedras preciosas. Los pilares y los arcos se cubrieron con versículos del *Corán* entrelazados, esculpidos y pintados en colores puros y, para que tan maravilloso edificio estuviera a salvo del fuego, no se emplearon maderas en su construcción. Durante siete años, siete mil hombres y siete mil quintales de dinares de oro fueron necesarios para acabar esta mezquita, y se la llamó la mezquita del sultán Mohamed ben-Theilun, nombre bajo el que se la conoce aún en nuestros días. En cuanto al venerable Hasán Abdalá, no tardó en recuperar su salud y sus fuerzas, viviendo honrado y respetado hasta la edad de ciento veinte años, que fue el término marcado por su destino. ¡Pero Alá es más sabio! ¡Él es el único

que vivirá siempre!

Y Schehrazada, terminando así esta historia, se calló.

Y el rey Schahriar dijo:

—Ciertamente, nadie puede huir de su destino. Pero ¡oh Schehrazada!, cómo me ha entristecido esta historia.

Y Schehrazada respondió:

—Que el rey me perdone, pero por eso mismo voy a referir a continuación la historia de las babuchas irrompibles, sacada del *Diván de los chistes fáciles y de la alegre sabiduría*, del jeque Magid-Edin Abu-Faer Mohamed, ¡que Alá tenga en su gracia y misericordia!

EL DIVÁN DE LOS CHISTES FÁCILES Y DE LA ALEGRE SABIDURÍA

LAS BABUCHAS IRROMPIBLES

—Se cuenta que vivía en El Cairo un perfumista llamado Abu-Casem El-Tamburi, que era célebre por su avaricia, pues aunque Alá le concedió riqueza y prosperidad en sus negocios de comprar y vender, vivía y vestía como el más pobre de los mendigos; los vestidos que llevaba puestos no eran más que harapos remendados; a su turbante, de tan viejo y sucio no se le podía distinguir el color; pero lo que más claramente denotaba su tacañería eran sus babuchas, armadas de gruesos clavos, resistentes como una máquina de guerra, con suelas más gruesas que la cabeza de un hipopótamo y mil veces remendadas; los empeines habían sido arreglados tantas veces en los veinte años que hacía que las babuchas fueran babuchas, gracias a que los más hábiles zapateros remendones del Cairo habían agotado su destreza para aprovechar aquellos restos; por todo esto, las babuchas de Abu-Casem, traídas y llevadas después de tan largo tiempo, habían adquirido una fama proverbial que se había extendido por todo Egipto. Cuando se quería expresar que alguna cosa resultaba enfadosa, el término de comparación era siempre las babuchas. Así, cuando un invitado permanecía demasiado tiempo en la casa de su huésped, se decía de él: «Es tan pesado como las babuchas de Abu-Casem». Si un maestro de escuela, de la clase de los atacados de pedantería, mostraba su flaco, se decía de él: «¡Alejado sea el maligno!, es pesado como las babuchas de Abu-Casem». Si un hombre cargado con un fardo se sentía abrumado bajo el peso de la carga, suspirando, decía: «¡Que Alá maldiga al propietario de este fardo! ¡Es tan pesado como las babuchas de Abu-Casem!». En un harén, si a una matrona madura, de esa especie de viejas gruñonas, le molestaba que las jóvenes esposas de su dueño se divirtieran entre ellas, les decía: «Mejor sería que pidierais a Alá que nos preserve de la desgracia, porque, si llega, es tan pesada de soportar como las babuchas de Abu-Casem». El que había tomado un plato demasiado indigesto y empezaba a temer la tempestad en el interior de su vientre, decía: «¡Alá me proteja! ¡Ese maldito plato es pesado como las babuchas de Abu-Casem!». Y así en todos los casos en los que la

sensación de pesadez se hacía patente.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SETENTA Y DOS

Schehrazada dijo:

—Un día en que Abu-Casem había hecho un negocio de compraventa más ventajoso todavía que los que solía hacer corrientemente, se puso de muy buen humor, tan bueno que en lugar de dar una fiesta más o menos ostentosa, según la costumbre de los mercaderes a los que Alá ha favorecido con algún éxito en el mercado, fuera de lo corriente, encontró más conveniente ir a una casa de baños, sitio en el que nadie recordaba haberle visto jamás. Habiendo cerrado su tienda, echó a andar, echándose las babuchas a la espalda en lugar de calzárselas, costumbre que, para evitar que se deteriorasen, había adquirido desde tiempo atrás. Llegado a la casa de baños depositó las babuchas en el suelo, en el sitio destinado al calzado, que solía colocarse en hileras, y entró a tomar su baño. Abu-Casem tenía una piel tan llena de mugre que los frotadores y masajistas se vieron y desearon para dejarla limpia, no consiguiéndolo hasta el final de la jornada, cuando ya se habían ido casi todos los bañistas. Por fin salió del baño, y buscó sus babuchas, sin encontrarlas, pues en su lugar había un par de hermosas pantuflas en cuero de color amarillo limón, y Abu-Casem se dijo: «Sin duda, es Alá quien me las envía, ya que sabe que desde hace tiempo tenía necesidad de comprarme unas parecidas. También puede ser que alguien, inadvertidamente, las haya cambiado por las mías». Lleno de alegría al ver que se ahorra el gasto de comprar otras, las cogió y se marchó. Las pantuflas de cuero amarillo pertenecían al cadí, que también se encontraba allí tomando un baño; respecto a las babuchas de Abu-Casem, el hombre encargado de la custodia del calzado, viendo aquel desperdicio que hedía y apestaba la entrada de los baños, se había apresurado a cogerlas y esconderlas en un rincón; cuando, terminado su trabajo, llegó su hora de salida, se marchó, sin volver a poner las babuchas en su sitio. Cuando el cadí se hubo bañado, los servidores de los baños se apresuraron a cumplir sus órdenes, y en vano buscaron las pantuflas; solo encontraron en un rincón las fabulosas babuchas, que en seguida reconocieron como las de Abu-Casem. Salieron en su persecución, alcanzándole y obligándole a volver a la casa de baños con el cuerpo del delito sobre las espaldas. El cadí, después de recuperar sus pantuflas, le obligó a coger las babuchas, y, a pesar de sus protestas, le envió a la cárcel. Abu-Casem, para sobrellevar la situación, hubo de mostrarse generoso con los guardianes y oficiales de policía, bien a su pesar, pues aunque poseía una respetable fortuna, era de una avaricia sórdida, consiguiendo así que le pusieran en libertad. Al verse libre, lo primero en que pensó fue en desembarazarse de las babuchas, a las que achacaba todas sus desgracias, y corrió a arrojarlas al Nilo. Algunos días después, unos

pescadores retiraron su red con gran trabajo por su peso muy superior al de ordinario, y se encontraron con las babuchas, que en seguida reconocieron como pertenecientes a Abu-Casem, comprobando, enfurecidos, que los clavos que las guarnecían habían cortado las mallas de su red; corrieron a la tienda de Abu-Casem, y, maldiciendo a su dueño, arrojaron las babuchas al interior, dando contra los frascos de agua de rosas y otros perfumes que había en las estanterías, derribando y rompiéndolo todo en mil pedazos. A la vista de todo esto, su desesperación llegó al límite, y, presa de gran excitación, exclamó: «¡Ah, malditas babuchas, no me habéis causado sino perjuicios!». Y recogiénolas las llevó al jardín, poniéndose a cavar un hoyo para enterrarlas. Uno de sus vecinos que tenía motivos de resentimiento contra él, vio la ocasión de vengarse, y corrió a dar cuenta al valí de que Abu-Casem estaba tratando de desenterrar un tesoro en su jardín. El valí, conocedor de la riqueza y avaricia del perfumista, no dudó de la veracidad de la noticia, y envió en seguida guardianes que, prendiendo a Abu-Casem, lo llevaron a su presencia para que explicara todo lo relativo a la procedencia del pretendido tesoro. El desgraciado juró que él no había encontrado tesoro alguno y que solamente quería enterrar sus babuchas; el valí no quiso creer una cosa tan extraña y tan en desacuerdo con la proverbial avaricia del detenido, y, como contaba conseguir de él dinero por los medios que fueren, forzó al afligido Abu-Casem a entregarle una buena cantidad de plata, para así obtener la libertad.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SETENTA Y TRES

Dijo Schehrazada:

—Abu-Casem, abatido después de aquella dolorosa experiencia, se mesó la barba con desesperación y, tomando sus babuchas, juró desembarazarse de ellas a toda costa; anduvo errante largo tiempo, reflexionando sobre el mejor medio para conseguirlo, y concluyó por decidirse a arrojarlas a un lejano canal que pasaba por el campo; creyó que esta vez no habría que hablar más del asunto, pero el destino quiso que el agua del canal arrastrase las babuchas hasta la entrada de un molino cuyas ruedas hacía girar; las babuchas se metieron entre las ruedas, y, entorpeciendo su movimiento, las obligaron a pararse. Los dueños del molino acudieron a remediar el mal, y vieron que la avería era debida a las enormes babuchas, que encontraron enganchadas en el engranaje, y que en seguida reconocieron como las babuchas de Abu-Casem. El desgraciado perfumista fue de nuevo metido en prisión, y esta vez condenado a pagar una gruesa suma a los propietarios del molino, y, por otra parte,

hubo de pagar fuerte multa para recobrar su libertad; mas, al mismo tiempo, le fueron entregadas sus babuchas. En el límite de la perplejidad, se dirigió a su casa, y subiendo a la terraza, se acodó en ella, poniéndose a reflexionar profundamente sobre lo que le quedaba por hacer; había depositado las babuchas en la terraza, no lejos de él; mas, por no verlas, retiró la mirada; precisamente en ese momento el perro de un vecino las vio y, arrojándose desde la terraza de sus dueños a la de Abu-Casem, cogió con la boca una de las babuchas y se puso a jugar con ella; en este juego del perro con la babucha, súbitamente, esta fue lanzada a lo lejos, y un funesto sino la hizo caer de la terraza, sobre la cabeza de una anciana que pasaba por la calle. El formidable peso de la claveteada babucha aplastó a la vieja, haciéndole desplomarse cuan larga era; los parientes de la anciana reconocieron la babucha de Abu-Casem y fueron al cadí a presentar una demanda, reclamando el precio de la sangre de su pariente o la muerte de Abu-Casem; el infortunado se vio obligado a pagar el precio de la sangre según la ley, y, por otro lado, para escapar de la cárcel, hubo de pagar gruesas sumas a los guardianes y a los oficiales de la policía. Esta vez tomó una decisión, y volviendo pronto a su casa, cogió las fatídicas babuchas y retomó a presentarse ante el cadí, y elevando las babuchas por encima de su cabeza, gritó con tal vehemencia que hizo reír al cadí, a los testigos y a todos los presentes: «¡Oh mi amo el cadí! ¡He aquí la causa de mis tribulaciones! ¡De seguir así, pronto me veré reducido a mendigar en los patios de las mezquitas! Así, pues, yo te suplico que te dignes proclamar un edicto en el que se declare que Abu-Casem ya no es el propietario de estas babuchas, y que él las dona a quien quiera tomarlas, y que ya no es responsable de los daños que puedan ocasionar en adelante». Habiendo hablado así, abandonó las babuchas en medio de la sala de los juicios, y escapó con los pies desnudos, en tanto que todos los asistentes, a fuerza de tanto reír, cayeron hacia atrás. ¡Sin embargo, más sabio es Alá!

Y Schehrazada, sin detenerse, siguió narrando:

BAHLUL, BUFÓN DE AL-RASCHID

—Me consta que el califa Harún Al-Raschid tenía un bufón que con él vivía en palacio, encargado de divertirle en sus momentos de humor sombrío, que se llamaba Bahlul el Prudente. Un día, el califa le dijo: «¡Bahlul, averigua el número de locos que hay en Bagdad!». Bahlul respondió: «¡Oh mi señor! ¡La lista sería un poco larga!». Harún dijo: «¡Te encargo que la hagas, y espero que sea exacta!». De la boca de Bahlul salió una larga carcajada, y el califa le preguntó: «¿Qué te pasa?». El bufón dijo: «¡Oh mi señor! ¡Soy enemigo de todo trabajo pesado; mas para contentarte voy a hacer en seguida la lista de los sabios que hay en Bagdad, ya que es este un trabajo que apenas me llevará el tiempo que tardo en beberme un trago de agua; por esta lista, que será muy corta, tú sabrás, por Alá, cuál es el número de locos que viven en la capital de tu imperio!». Es este mismo Bahlul el que, estando un día sentado en el trono del califa, por tamaña temeridad recibió una lluvia de bastonazos por parte de los chambelanes; los espantosos gritos que en esa ocasión exhaló pusieron en

conmoción todo el palacio, y atrajeron al mismo califa, quien, viendo que su bufón lloraba lágrimas de dolor, trató de consolarle; mas Bahlul le dijo: «¡Ay de mí! ¡Oh emir de los creyentes! ¡Mi dolor no tiene consuelo, ya que no es por mí por quien lloro, sino por mi dueño el califa! En efecto, si yo he recibido tantos golpes por haber ocupado un instante tu trono, ¡qué granizada amenaza al que lo haya ocupado años y años!». Es este mismo Bahlul el que fue tan sabio como para tenerle horror al matrimonio; Harún, para jugarle una mala pasada, le hizo desposar a la fuerza con una de sus esclavas adolescentes, asegurándole que ella le haría feliz y que él mismo se declaraba fiador de que así sería. Bahlul se vio obligado a obedecer, y entró en la cámara nupcial, donde le esperaba su joven esposa, quien era de rara belleza; mas apenas se hubo echado a su lado, súbitamente, se levantó y, aterrorizado, escapó fuera de la habitación, cual si fuese perseguido por invisibles enemigos, y se dio a correr, como un loco, a través del palacio. El califa, informado de lo que sucedía, hizo traer a Bahlul a su presencia, y le preguntó, con voz severa: «¿Por qué, ¡oh maldito!, has hecho esta afrenta a tu esposa?». Bahlul respondió: «¡Oh mi señor! ¡El miedo es un mal que no tiene remedio! Y yo, ¡oh mi señor!, ciertamente tengo algún reproche que hacer a la esposa que tú has tenido la generosidad de concederme, aunque ella es bella y modesta. Mas ¡oh, mi señor!, apenas me tendí en la cama nupcial, cuando oí claramente muchas voces que salían a la vez del seno de mi esposa; la una me pedía un vestido; la otra me reclamaba un velo de seda; aquella, unas babuchas; otra, una túnica de brocado, y esa otra, diversidad de cosas. Entonces no pude dominar mi espanto, y, a pesar de tus órdenes y de las lágrimas de la joven, eché a correr con todas mis fuerzas por el miedo de llegar a ser todavía más desgraciado y más loco de lo que soy». Es este mismo Bahlul el que, un día, rehusó un puñal de mil dinares de valor que por dos veces le ofreció el califa, y como este le preguntara, sorprendido en extremo, la razón por la que no lo tomaba, Bahlul, que estaba sentado con una pierna extendida y la otra replegada, por toda respuesta se contentó con extender, bien ostensiblemente a la vista de Al-Raschid, las dos piernas a la vez; al ver esta increíble indelicadeza, el jefe de los eunucos quiso pegarle, mas Al-Raschid lo impidió con una seña, e inquirió de Bahlul cuál era el motivo de este olvido de las conveniencias; el bufón le respondió: «¡Oh mi señor! ¡Si hubiese extendido la mano para recibir tu regalo, hubiese perdido para siempre el derecho a estirar las piernas!». Y en fin, es ese mismo Bahlul el que, habiendo penetrado un día en la tienda de Al-Raschid, que regresaba de una expedición guerrera, le encontró alterado y pidiendo a grandes voces un vaso de agua, que Bahlul se apresuró a llevarle. Al dárselo, le dijo: «¡Oh emir de los creyentes! Te suplico que antes de beber me digas a qué precio hubieses comprado este vaso de agua si, por azar, hubiese sido difícil encontrar agua o no se hubiese podido traer». Al-Raschid contestó: «¡Para conseguirlo, ciertamente hubiese dado la mitad de mi imperio!». Bahlul dijo: «¡Bebe, pues, y que Alá colme de delicias tu corazón!». Cuando el califa hubo terminado de beber, Bahlul añadió: «¡Oh emir de los creyentes! Si después de haber bebido este vaso, el agua rehusase salir de

tu cuerpo a causa de alguna retención de la orina en tu vejiga venerable, ¿a qué precio comprarías el remedio para hacerla salir?». Al-Raschid respondió: «¡Por Alá! ¡En ese caso daría todo mi imperio a lo largo y a lo ancho!». Bahlul, súbitamente triste, dijo: «¡Oh mi señor! ¡Un imperio que en la balanza de tu ánimo no pesa más que un vaso de agua o que un poco de orina no debería acarrear tantas preocupaciones como te da ni tan sangrientas guerras como las que nos ocasiona!». Harún, habiendo comprendido, púsose a llorar.

Schehrazada todavía añadió aquella noche.

INVITACIÓN A LA PAZ UNIVERSAL

—Se cuenta que un venerable jeque de una ciudad tenía en su quinta un hermoso corral, al cual dedicaba todos sus cuidados, que estaba bien provisto de volátiles, machos y hembras, que le producían hermosos huevos y estupendos pollos, buenos para comer; ahora bien, entre los volátiles machos poseía un grande y maravilloso gallo, de buen cantar, de plumaje dorado y brillante, y que, con todas las cualidades de la belleza exterior, estaba dotado de sagacidad, sabiduría y experiencia en los asuntos del mundo, de los cambios de tiempo y de los reveses de la vida; lleno de atenciones y deferencias para con sus esposas, cumplía sus deberes para con ellas, con tanto celo como imparcialidad, para evitar que los celos entrasen en sus corazones y la animosidad en sus miradas; entre todos los habitantes del corral se le citaba como modelo de maridos, por su poder y su bondad; su dueño le había dado el nombre de *Voz de la Aurora*. Pues bien, un día en que sus esposas andaban ocupadas en cuidar a sus pequeños y en limpiar sus plumajes, *Voz de la Aurora* salió a recorrer las tierras de la quinta; le maravillaba todo aquello que veía, picaba aquí y allá y picoteaba al mismo suelo; a medida que en su camino encontraba granos de trigo o de cebada, de maíz, de sésamo, de rastrillo o de mijo, arrastrado por sus pesquisas y hallazgos más lejos de lo que hubiese querido, se vio, en un momento, más allá de las puertas de la ciudad y de las de la quinta, aislado en un lugar que jamás había visto; tuvo cuidado de mirar a derecha e izquierda, y no viendo ningún rostro amigo ni familiar alguno, comenzó a preocuparse, y profirió algunos breves kikirikíes de inquietud.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SETENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—En tanto que estaba pensando en la conveniencia de volver sobre sus pasos, he

aquí que su vista tropezó con un zorro que, desde lejos, venía hacia él a grandes zancadas; al verle, temió por su vida, y, volviendo la cola a su enemigo, tomó impulso con toda la fuerza de sus alas extendidas y alcanzó lo más alto de un muro en ruinas, donde no había más que el sitio justo para él poderse posar, y adonde el zorro de ninguna manera podía llegar. El zorro llegó sofocado al pie del muro, gruñendo y refunfuñando, y, viendo que no había medio de trepar hasta el deseado volátil, levantó la cabeza hacia él, y dijo: «¡La paz sobre ti, oh rostro de buen augurio, hermano mío, excelente compañero!». *Voz de la Aurora* no le saludó, y ni tan siquiera quiso mirarle; viendo esto, dijo el zorro: «¡Oh mi tierno y bello amigo! ¿Por qué no quieres, en modo alguno, saludarme o mirarme, cuando lo que yo deseo es, ciertamente, darte una gran noticia?». Mas el gallo continuó silencioso, y el zorro añadió: «¡Ah, hermano mío! ¡Si supieras lo que estoy encargado de decirte descenderías de ahí para abrazarme cariñosamente y besarme en la boca!». Sin embargo, el gallo continuaba afectando indiferencia y desinterés, y, sin responder nada, miraba a lo lejos con ojos fijos y tranquilos. El zorro continuó: «Sabe, ¡oh hermano mío!, que el sultán de los animales, el señor león, y la sultana de los pájaros, la señora águila, han celebrado una entrevista en medio de una verde pradera adornada de flores y arroyos, y en la que han convocado en torno suyo a los representantes de todos los animales creados: tigres, hienas, leopardos, linceos, panteras, chacales, antílopes, lobos, liebres, animales domésticos, buitres, gavilanes, cuervos, palomas, tórtolas, codornices, perdices y toda clase de pájaros. Cuando los representantes de todos sus súbditos estuvieron reunidos ante su vista, nuestros dos soberanos proclamaron por decreto real que, de allí en adelante, sobre toda la extensión de la tierra habitable deberían reinar como dueñas la seguridad, la fraternidad y la paz, y que el afecto, simpatía, camaradería y amor deberían ser los únicos sentimientos permitidos entre las tribus de los animales salvajes, de los pájaros y de los animales domésticos; esto haría olvidar las viejas enemistades y odios entre razas, y a lo que deberían tender todos los intentos es hacia la felicidad general e individual; decidieron que cualquiera que transgrediese tal estado de cosas sería conducido, sin tardanza, ante el supremo tribunal, siendo juzgado y condenado sin recurso posible; me proclamaron heraldo del decreto y me encargaron de ir a proclamar por toda la tierra la decisión de la asamblea, con la orden de comunicar los nombres de los infractores, a fin de que sean castigados conforme a la gravedad de su rebelión. Tal es el motivo, ¡oh hermano gallo!, de que me veas al pie de este muro al que tú estás subido, porque yo soy en verdad, en mi propia persona y no otra, el representante, el comisionado, el heraldo investido de poderes por nuestros soberanos señores. ¡Por todo esto te he abordado con anhelos de paz y amistosas palabras, oh hermano mío!». El gallo, sin apenas prestar atención a todo este torrente de elocuencia que no entendía, continuó mirando a lo lejos con aire indiferente, con ojos tranquilos y redondos, que cerraba de cuando en cuando, e inclinando la cabeza; el zorro, cuyo corazón ardía en deseos de triturar glotonamente aquella presa, continuó

diciendo: «¡Oh hermano mío! ¿Por qué no quieres honrarme con una respuesta o condescender a dirigirme una palabra o, solamente, bajar tu vista hasta mí, que soy el emisario del sultán, el león, soberano de los animales, y de nuestra sultana, el águila, soberana de los pájaros? Permíteme advertirte que si persistes en tu silencio a mi llamada, me veré obligado a relatar este asunto al consejo, y sentiría mucho que sucumbieses ante el peso de la nueva ley, que es inexorable en su deseo de establecer la paz universal, aun a riesgo de hacer degollar a la mitad de los vivientes. ¡Te pido, por última vez, oh encantador hermano, que solamente me digas por qué no me respondes!». El gallo, que hasta entonces estuvo parapetado tras su altiva indiferencia, alargó el cuello, e inclinando la cabeza a un lado, bajó la mirada hasta el zorro, y le dijo: «En verdad, hermano mío, tus palabras están en mi pensamiento y en mis ojos, y en mi corazón te honro como al enviado, mensajero investido de poderes y embajador de nuestro sultán; si no te contesté, no pienses que fue por arrogancia, por rebeldía o por otro sentimiento reprehensible. ¡No! ¡Por tu vida que no! Era solamente porque estaba muy inquieto por aquello que veía y que continuó viendo allá a lo lejos, ante mí». El zorro preguntó: «¡Por Alá, hermano mío! ¿Qué es lo que veías y que continuas viendo?». El gallo estiró el cuello todavía más, y dijo: «¿Cómo es, hermano mío, que no ves lo que yo veo, cuando Alá ha puesto encima de tu honorable nariz dos ojos penetrantes, aunque un poco bizcos, dicho sea sin ofender?». El zorro, inquieto, preguntó: «¿Qué es lo que ves? ¡Dímelo! Yo tengo hoy un poco mal los ojos, aunque no soy bizco en modo alguno, dicho sea sin contrariarte». El gallo *Voz de la Aurora* dijo: «¡En verdad que veo elevarse una polvareda y en el aire una bandada de halcones, volando en círculo!». A estas palabras, el zorro comenzó a temblar, y, en el límite de la ansiedad, preguntó: «¿Es eso todo lo que tú percibes, oh rostro de buen augurio? Sobre el suelo, ¿no ves correr algo?». El gallo fijó su mirada largo rato en el horizonte, e imprimiendo a su cresta un movimiento de derecha a izquierda, terminó por decir: «¡Sí! ¡Veo que sobre el suelo corre, a cuatro patas, alguna cosa, larga, delgada, con cabeza fina y puntiaguda, con largas orejas, que, rápidamente, se aproxima hacia nosotros!». El zorro, todo tembloroso, preguntó: «¡Que Alá nos proteja! ¿No será un perro galgo lo que tú ves, hermano mío?». Y dijo el gallo: «No sé si es un galgo, porque nunca he visto perro alguno de esa especie, y ¡solo Alá lo sabe! Mas de lo que estoy seguro es de que es un perro, ¡oh rostro hermoso!». Luego que el zorro hubo oído estas palabras exclamó: «¡Hermano mío, con tu licencia me siento obligado a ausentarme!».



Así diciendo, volvió el lomo, y echando las patas al viento, se encomendó a la madre de la seguridad; el gallo le gritó: «¡Eh! ¡Hermano mío, ya bajo! ¿Por qué no me esperas?». El zorro dijo: «¡Es que siento una gran antipatía por los perros galgos, ya que no son amigos ni conocidos míos!». El gallo replicó: «¡Oh rostro de bendición! ¿No has dicho, pocos instantes ha, que venías como heraldo y comisionado de nuestros soberanos, para proclamar el decreto de la paz universal, acordado en la asamblea plenaria de los representantes de nuestras tribus?». Desde lejos, respondió el zorro: «¡Ciertamente que sí, oh hermoso gallo! Solamente ese galgo entremetido, al que Alá maldiga, se había abstenido de ir al congreso, pues su raza no envió representante y, por tanto, su nombre no fue pronunciado en la reunión de las tribus que se adherían al decreto de paz universal; por eso, ¡oh gallo lleno de ternura!, siempre habrá enemistad entre mi raza y la suya y aversión entre ellos y yo. ¡Que Alá te conserve en buena salud hasta mi vuelta!». Habiendo hablado de esta manera, el zorro desapareció a lo lejos, y de esta suerte el gallo escapó a los dientes de su enemigo, gracias a su sutileza y sagacidad; apresuróse a descender desde lo alto del muro, buscó la puerta de la quinta, alabando a Alá, que le volvía sano y salvo a su corral, donde se apresuró a relatar a sus esposas y vecinos la buena pasada que le había jugado a su hereditario enemigo. Todos los gallos del corral lanzaron al aire el sonoro canto de su alegría para celebrar el triunfo de *Voz de la Aurora*.

Y Schehrazada aún continuó aquella noche:

LAS AGUJETAS ANUDADAS

—Se cuenta que un rey entre los reyes estaba un día sentado en su trono concediendo audiencia a sus súbditos, cuando entró un jeque, agricultor de oficio, que, sobre su cabeza, llevaba una cesta repleta de hermosos frutos y diversas legumbres, las primeras de la estación; besó el suelo ante el rey, mientras impetraba bendiciones para él, y le ofreció como regalo la cesta; después de tomarla, el rey

preguntó: «¿Qué hay en esta cesta recubierta de hojas, oh jeque?». Y contestó el agricultor: «¡Oh rey del tiempo! ¡Hay legumbres frescas y frutos, los primeros del año, recogidos en mis tierras, los que te regalo como primicias de la estación!». El rey dijo: «¡Con corazón amistoso te los acepto!» y levantando las hojas que preservaban del mal de ojo al contenido de la cesta, vio que dentro había magníficos y rizados cohombros, bananas, berenjenas, limones y otros diversos frutos y legumbres, fuera de la estación del año. El rey exclamó: «¡Alabanzas a Alá!»; y cogiendo un cohombro, lo saboreó con gran satisfacción, y dijo a los eunucos que el resto del contenido de la cesta lo llevasen al harén, orden que aquellos se apresuraron a cumplir. También las mujeres, con gran delicia, probaron a comer aquellos primeros frutos de la estación, pues cada una tomó aquello que quiso, y, mutuamente, se congratulaban, diciéndose: «¡Que las primicias del próximo año nos traigan la salud y nos hallen con vida y felicidad!». Y distribuyeron entre los esclavos lo que quedaba en la cesta, y, de común acuerdo, dijeron: «¡Por Alá! ¡Estos frutos son exquisitos! ¡Es preciso dar una recompensa al hombre que los ha traído!». Y por medio de los eunucos enviaron al *fellah* cien dinares de oro. El rey, igualmente satisfecho con el cohombro que había comido, todavía añadió doscientos dinares al regalo de sus mujeres; de esta suerte, el *fellah* recibió por su cesto de fruta trescientos dinares de oro; mas esto no fue todo, porque el sultán, habiéndole hecho algunas preguntas sobre asuntos de la agricultura y aun sobre otras cosas, le había encontrado muy de su agrado y estaba satisfecho con sus respuestas, porque el *fellah* tenía la palabra fácil, la lengua suelta, la réplica a flor de labio, el espíritu fértil, el gesto bien parecido y el lenguaje pulido y distinguido; por todo ello, el sultán quiso, inmediatamente, invitarle a ser su comensal, y le dijo: «¡Oh jeque! ¿Sabes cómo comportarte en compañía de los reyes?». El *fellah* respondió: «¡Lo sé!». El sultán le dijo: «Está bien, jeque. Vuelve presto a tu pueblo para llevar a tu familia lo que Alá te ha concedido hoy como regalo, y vuelve rápido junto a mí, para ser, desde ahora, mi comensal». El *fellah* respondió con su acatamiento y obediencia, y, después de haber ido a llevar a su familia los trescientos dinares de oro que Alá le había enviado, volvió al encuentro del rey, quien en aquel momento estaba tomando su colación de la tarde, y, haciéndole sentar a su lado ante un plato, le instó a comer y beber según sus deseos. El rey todavía le encontró más agradable que la primera vez, y le tomó aprecio, y le preguntó: «Ciertamente que debes conocer historias dignas de ser narradas y escuchadas, ¡oh jeque!». El *fellah* respondió: «¡Sí, por Alá! La próxima noche relataré alguna al rey». Ante este anuncio, el rey, en el límite del júbilo, se puso trémulo de alegría.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SETENTA Y CINCO

Schehrazada dijo:

—Para dar a su comensal una prueba de su amistad y deferencia, el rey hizo venir de su harén a la más joven y bella de las esclavas de la sultana, virgen y de rara belleza, y se la entregó como regalo, a pesar de haberla guardado a su lado desde el día en que la compró, reservándola para él mismo como un bocado exquisito; y en el palacio vecino al suyo puso a disposición de los nuevos esposos un hermoso alojamiento, magníficamente amueblado y provisto de todas las comodidades, y después de haberles deseado toda clase de delicias en aquella noche, los dejó solos, y volvió a su harén. Ahora bien, la joven, cuando su nuevo señor se le acercó, estaba acostada, desnuda y anhelante, y como el jeque campesino en su vida había visto ni gustado la carne sonrosada, se maravilló de aquella que vela, y en su corazón bendijo a Alá, que crea la sonrosada carne, y, aproximándose a la joven, se puso a retozar con ella con todos los juguetes usuales en un caso como aquel; mas he aquí que, sin que él pudiese saber cómo ni por qué, el hijo de su padre no quiso levantar la cabeza, y quedó flojo y sin vida y caído hacia abajo; el frutero hubo de enfadarse y amonestarle, pero él no quiso atender a razones, oponiendo a todas las exhortaciones una inercia y una obstinación inexplicables; el pobre frutero, en el colmo de la confusión, gritó: «¡En verdad, es algo prodigioso!». La joven, a fin de despertar los deseos del niño, púsose, con mano ardiente, a retozar y jugar con él y a acariciarle con mimos de todas clases para hacerle entrar en razón, ya con caricias, ya con golpes, pero no pudo conseguirlo, a pesar de haberse propuesto despertarlo; entonces terminó por exclamar: «¡Oh dueño mío! ¡Solo Alá puede obligarle a desarrollarse!». Y viendo que nada servía de nada, añadió: «¡Dueño mío, creo que no sabes por qué el hijo de su padre no quiere despertarse!». Dijo él: «¡No, por Alá! ¡No lo sé!». Ella dijo: «¡Es precisamente porque su padre está imposibilitado por las agujetas!». Él preguntó: «¿Y qué debe hacerse, oh perspicaz joven, para remediar la trabazón de esas agujetas?». Ella dijo: «¡No te preocupes! ¡Yo sé lo que tengo que hacer!». Se levantó en un momento, y tomando al instante el incienso, se puso a perfumar a su esposo, bañándole en una nube de perfume, como se hace con los cuerpos de los muertos, diciéndole: «¡Alá, que despierta a los muertos, despierte al dormido!». Y habiendo hecho aquello, cogió un cántaro de agua y púsose a regar al hijo de su padre, al igual que se hace con los cuerpos de los muertos, antes de cubrirlos con la mortaja; habiéndolo así bañado, tomó un velo de muselina y tapó al niño dormido, igual que se recubre a los muertos con la mortaja. Después de haber celebrado todas aquellas ceremonias, preparatorias de un simulado amortajamiento, llamó a las numerosas esclavas que el sultán había puesto a su servicio y al de su marido y les mostró aquello que el pobre frutero mostraba, quien estaba tendido e inmóvil, con el cuerpo tapado a medias con el velo y envuelto en una nube de incienso; ante este espectáculo, las mujeres, profiriendo gritos y exclamaciones de regocijo, se

dispersaron por todo el palacio, contando a aquellos a quienes encontraban lo que habían visto. A la mañana siguiente el sultán se levantó de mejor humor que de costumbre, y envió a llamar al frutero, su comensal, y después de saludarle, preguntó: «¿Cómo has pasado la noche, oh jeque?». El fellah contó al sultán cuanto le había sucedido, sin ocultar detalle alguno; oyendo aquello, el sultán comenzó a reír de tal manera que hubo de sentarse, y exclamó: «¡Por Alá! ¡La joven que de tan juicioso modo ha tratado a tus agujetas está adornada de ciencia, sagacidad y espíritu! ¡La tomo a mi servicio personal!». La hizo venir a su presencia y le ordenó que le narrase lo que había pasado; la joven así lo hizo, y le contó con todos sus detalles los esfuerzos que había hecho para disipar el sueño del testarudo hijo de su padre y el tratamiento que por último le había aplicado, sin resultado. El rey, regocijado en extremo, se volvió hacia el *fellah*, preguntándole: «¿Es verdad todo eso?». Aquel hizo un signo afirmativo con la cabeza, bajando los ojos al mismo tiempo; el rey riendo a todo reír, le dijo: «¡Por mi vida, oh jeque! Cuéntame aquello que pasó». Cuando el pobre hombre le hubo repetido el suceso, al sultán, de tanto reír, se le saltaron las lágrimas, y gritó: «¡Alabanzas a Alá! Es una cosa prodigiosa». Después, como el almuecín hiciese desde el alminar la llamada a la oración, el sultán y el frutero cumplieron sus devociones para con su creador; cuando hubieron terminado, el sultán dijo: «¡Oh jeque de los hombres agradables, para colmar mi alegría, apresúrate a contarme la historia prometida!». El frutero dijo: «¡Lo haré de todo corazón y como homenaje debido a nuestro generoso dueño!». Y habiéndose sentado ante el rey con las piernas plegadas, comenzó a decir:

HISTORIA DE LOS DOS CONSUMIDORES DE HACHÍS

«Has de saber, ¡oh mi señor!, que en una ciudad de entre las ciudades vivía un hombre, pescador de oficio, y que se dedicaba a comprar hachís, pues cuando había terminado su labor diaria cambiaba una parte de sus ganancias por provisiones de boca y el resto por aquella hierba de la que se extrae el hachís; tomaba tres raciones de hachís por día: una en ayunas por la mañana, otra al mediodía y una tercera al ocultarse el sol; de esta manera transcurría su vida en la disipación y en la extravagancia, lo cual no le impedía trabajar en su oficio de pescador, aunque a menudo lo hiciese de modo singular. Así, una tarde, después de haber tomado una dosis de hachís más fuerte que de costumbre, encendió una lámpara de sebo, y sentándose ante ella púsose a hablar consigo mismo, preguntándose y contestándose él solo, gozando de todas las delicias del ensueño y del placer tranquilo. Así pasó largo tiempo, y no hubiese salido de su sueño maravilloso a no ser por el frío de la noche y la claridad de la luna llena; entonces, hablando consigo, dijo: “¡Oh, aguarda! La calle está silenciosa, la brisa es fresca y la luna invita a pasear, por lo que harás bien en salir a pasear, para así tomar el aire y ver la cara del mundo, en tanto que las gentes no pasan y no pueden, por esto, estropear tu placer y alegría solitaria”. Así hablando, el pescador salió de su casa, y dirigió sus pasos hacia la orilla del mar,

donde la noche estaba toda iluminada por ser luna llena. El pescador, viendo sobre el empedrado suelo el reflejo del plateado disco luminoso, tomó aquel reflejo de la luna por el agua, y, en su extravagante imaginación, se dijo: “¡Por Alá, oh pescador! Hete aquí, llegado al borde del agua y solo, pues ningún otro pescador se encuentra en esta orilla, por lo que harás bien en ir prestamente a tomar tu caña y volver a pescar aquello que te depare la suerte esta noche”. Así lo pensó y, sin tardanza, lo hizo, y habiendo cogido su caña, fue a sentarse sobre una piedra, y, echando el hilo con el anzuelo sobre la plateada capa reflejada por el empedrado pavimento, púsose a pescar bajo el claro de luna. Mas he aquí que un enorme perro, atraído por el olor de la carnada, se arrojó sobre el sedal, tragándose el anzuelo, que se clavó en su garganta, y le ocasionó tal herida que comenzó a dar desesperados tirones al sedal, para desprenderse; el pescador, que creyó haber cogido un pez monstruoso, tiró cuanto pudo, y el perro, cuyo dolor se le hacía insoportable, también tiraba, aullando desesperadamente; tanto tiró que el pescador, no queriendo dejar escapar su presa, fue derribado, y rodó por tierra; entonces, creyendo que iba a ahogarse junto a la costa que el hachís le hacía imaginar, comenzó a gritar, pidiendo socorro; los guardianes de ronda acudieron corriendo, y, al verlos aparecer, les dijo el pescador: “¡Ayudadme, musulmanes! ¡Ayudadme a sacar al monstruoso, pez de las profundidades de la costa adónde él me va a arrastrar! ¡Venid en mi auxilio, buenos hombres, que me ahogo!”. Muy sorprendidos, los guardianes le preguntaron. “¿Qué te pasa, pescador? ¿Y de qué costa hablas? ¿Qué pez se agita ahí?”. Él les dijo: “¡Que Alá os maldiga, hijos de perro! ¿Este momento es el de bromear o el de salvarme de que me ahogue y el de ayudarme a sacar el pez fuera del agua?”. Los guardianes, que primero se rieron de sus extravagancias, se irritaron con él al oír que los trataba de hijos de perro, y, después de haberle molido a golpes, se abalanzaron sobre él, y le condujeron a casa del cadí».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SETENTA Y SEIS

Dijo Schehrazada:

—El cadí, con el permiso de Alá, era igualmente muy dado al hachís; por ello, con una sola mirada que dirigió al pescador, reconoció que el hombre al que los guardianes acusaban de haber turbado el reposo del barrio estaba bajo la influencia de la adormecedora droga, que también él tomaba en grandes dosis; por tanto, se apresuró a amonestar severamente a los guardianes, y los despidió, y, ordenando a sus esclavos que cuidasen del pescador, se prometió a sí mismo admitirlo como

compañero del placer que esperaba disfrutar al día siguiente. El pescador pasó toda la noche en calma y con tranquilidad; a la jornada siguiente tomó una buena comida, y, por la tarde, fue llamado por el cadí, quien le recibió con toda cordialidad, tratándole como a un hermano; comió con él y se sentó a su lado, frente a las iluminadas lámparas, y, ofreciéndole hachís, lo tomó con él; entre los dos consumieron una dosis capaz de tumbar sobre sus cuatro patas a un elefante de cien años. Cuando la droga se hubo diluido en su razón, exacerbó las disposiciones naturales de su carácter, y, habiéndose desnudado, se miraron, completamente desnudos, y comenzaron a bailar, cantar y a hacer mil extravagancias. En aquellos momentos, el sultán y su visir se paseaban por la ciudad, disfrazados de mercaderes, y, al pasar ante la casa del cadí, oyeron todo el ruido que de ella salía, y como las puertas estuviesen abiertas, entraron, y encontraron al cadí y al pescador en el delirio de la alegría. El cadí y su compañero, al ver entrar a aquellos huéspedes del destino, cesaron de bailar y, apresurándose a darles la bienvenida, los invitaron, con toda cordialidad, a sentarse, sin mostrarse en modo alguno cohibidos con su presencia. El sultán, viendo al cadí de la ciudad danzar desnudo a la vista de un hombre, también desnudo por completo, y cuyo instrumento era de una longitud asombrosa, negro y cimbreado, abrió los ojos desmesuradamente, y tirando de la oreja a su visir, dijo: «¡Por Alá! ¡Nuestro cadí no está tan bien armado como su negro amigo!». El pescador se volvió hacia él, y dijo: «¿Qué te ocurre para así hablar al oído de ese otro? Os ordeno que os sentéis los dos, pues soy vuestro dueño, el sultán de la ciudad; ya que si así no lo hacéis, al instante os haré cortar la cabeza por mi visir, el danzante; porque pienso que no ignoráis que soy el sultán en persona, que ese es mi visir y que tengo el mundo entero en la palma de mi mano derecha como si fuese una manzana». A estas palabras, el sultán y su visir comprendieron que estaban en presencia de dos aficionados al hachís. El visir, por divertir al sultán, dijo al pescador: «¿Y desde cuándo, oh mi dueño, eres el sultán de la ciudad? ¿Puedes decirnos qué ha sido de nuestro antiguo dueño, tu predecesor?». Y contestó: «¡En verdad que le he depuesto, diciéndole!: “¡Vete!”; ¡y él se ha ido, y yo estoy en su lugar!». El visir preguntó: «¿Y el sultán no protestó?». El pescador respondió: «¡Oh, no! Incluso está muy contento al descargar sobre mí la pesada carga del reino, y yo, para devolverle sus atenciones, le he guardado a mi lado para que me sirva, y espero narrarle historias si se siente apenado por su destitución». Habiendo hablado así, añadió: «¡Tengo gran necesidad de orinar!», y, cogiéndose su desmesurado instrumento, se aproximó al sultán, e hizo ademán de desaguar sobre él. Por su parte, el cadí dijo: «¡También yo tengo necesidad de orinar!». Se aproximó al visir y quiso hacer lo mismo que el pescador; mas, viendo esto, el sultán y el visir, regocijados en extremo, se levantaron y escaparon, gritando: «¡Que Alá maldiga a los consumidores de hachís como vosotros!». Y tuvieron que correr mucho para poder escapar de aquellos dos extravagantes amigos. Al día siguiente, el sultán quiso completar la diversión de la noche anterior, y para ello ordenó a sus guardianes prevenir al cadí de la ciudad que debía presentarse en palacio junto con el huésped de

su casa. El cadí, acompañado por el pescador, no tardó en presentarse ante el sultán, quien le dijo: «Te he hecho venir, ¡oh representante de la ley!, para que, junto con tu compañero, puedas enseñarme cuál es el medio más cómodo de orinar. ¿Es preciso, como lo prescribe la costumbre, ponerse en cuclillas, levantando cuidadosamente la ropa, o es preferible hacerlo como los desaseados infieles, que mean de pie? ¿O más bien mostrándose decididos a orinar sobre sus semejantes, como anoche quisieron hacerlo dos consumidores de hachís que yo conozco?». Cuando el cadí hubo oído aquellas palabras del sultán, y como, por otra parte, sabía que tenía la costumbre de pasear disfrazado durante la noche, comprendió que su extravagancia y su delirio de la víspera habían tenido por testigo al mismo sultán, comenzó a temblar, pensando que habría faltado al respeto al sultán o al visir, y cayó de rodillas, gritando: «¡Perdón! ¡Perdón, oh mi señor! ¡Fue el hachís lo que me indujo a la grosería y a la indelicadeza!». El pescador, quien a causa de las dosis diarias de la droga continuaba en estado de delirio, dijo al sultán: «¡Y qué! ¡Si tú estás en tu palacio, nosotros anoche estábamos en el nuestro!». El sultán, extremadamente regocijado con los modos del pescador, dijo: «¡Oh el más delicioso parlanchín de mi reino! Puesto que tú eres sultán y yo también lo soy, te pido que, de ahora en adelante, me hagas compañía viviendo en mi palacio, y puesto que sabes contar historias, espero que me deleitarás con alguna». El pescador respondió: «¡Con todo mi amistoso sentimiento y como homenaje debido! Mas, ciertamente, no lo haré antes que hayas perdonado a mi visir, que está de rodillas ante ti». El sultán se apresuró a ordenar al cadí que se levantara, y le perdonó su extravagancia de la noche anterior, y le mandó volver a su casa y a su trabajo, después de lo cual no tuvo ojos más que para el pescador, quien, sin más tardanza, le contó, como sigue, la *Historia del cadí Padre del Pedo*.

HISTORIA DEL CADÍ PADRE DEL PEDO

—Se cuenta que había en la ciudad de Trablus, en Siria, en los tiempos del califa Harún Al-Raschid, un cadí que ejercía las funciones de su cargo con una severidad y rigor extremados; cosa que era notoria para todos. Ahora bien, este cadí tenía, en mala hora, para servirle, una vieja negra con la piel ruda y grosera como la de un búfalo del Nilo. Y en cuanto a mujeres para su harén, la negra era todo lo que poseía. ¡Que Alá lo rechace de su misericordia! Este cadí era de una sordidez extremada, que no podría compararse, por su rigor, sino con los juicios en que intervenía. ¡Qué Alá lo maldiga! Aunque era rico, solo vivía de pan duro y cebollas, y con eso estaba lleno de ostentación, y su avaricia era vergonzante, pues, aparentando siempre fausto y generosidad, vivía con la estrechez de un camellero a punto de agotar sus provisiones. Para hacer creer en un lujo que en su casa no existía, tenía la costumbre de cubrir la mesita de la comida con un mantel guarnecido con franjas de oro, y de esta suerte, cuando alguien iba a su casa, por azar, a la hora de la comida para tratar de cualquier asunto, el cadí solía llamar a la negra diciendo en voz alta: «¡Pon el mantel con franjas de oro!», e imaginaba que así hacía creer a las gentes que su mesa era

suntuosa, y que los manjares correspondían, en cantidad y calidad, al mantel con franjas de oro. Pero nadie había sido invitado jamás a una de estas comidas servidas sobre el espléndido mantel; y nadie ignoraba, sin embargo, la verdad sobre la sórdida avaricia del cadí; tanto, que solía decirse comúnmente, cuando se había comido mal en un festín: «Fue servido sobre el mantel del cadí». Y así, este hombre, a quien Alá había concedido honores y riquezas, llevaba una vida que los perros vagabundos no hubieran considerado deseable. ¡Que él sea con fundido para siempre! Ahora bien, un día, ciertas personas que querían ganárselo en un juicio, le dijeron: «¡Oh nuestro amo el cadí! ¿Por qué no tomas esposa? ¡La vieja negra que tienes en tu casa no es digna de tus méritos!». Y él respondió: «¿Es que hay alguno de vosotros que quiera proponerme una esposa?». Y uno de los circunstantes dijo: «¡Oh nuestro amo! Yo tengo una hija muy hermosa y honrarías a tu esclavo si quisieras tomarla por esposa». El cadí aceptó el ofrecimiento y en seguida se celebró el matrimonio, siendo conducida la joven, en la misma tarde, a la casa de su esposo. Y la adolescente estaba muy asombrada de que no se le sirviera comida, ni se le hiciese alusión a ello; pero, como era discreta y reservada, no hizo ninguna reclamación, y, queriendo conformarse a las costumbres de su esposo, procuró distraerse. En cuanto a los testigos de la boda y los invitados, presumieron que esta unión del cadí daría ocasión a una fiesta o al menos a una comida, pero sus esperanzas resultaron fallidas. Las horas pasaron sin que el cadí hiciera ninguna invitación, y todos se retiraron maldiciendo al avaro. Por lo que toca a la joven esposa, después de sufrir un ayuno prolongado y riguroso, oyó, al fin, que su esposo llamaba a la negra de piel de búfalo y le ordenaba preparar el taburete de la comida, poniendo sobre él el mantel con franjas de oro y los más bellos ornamentos. La infortunada pensó entonces resarcirse del ayuno al que acababa de ser condenada; ella, que había vivido en casa de su padre entre la abundancia, el lujo y el bienestar. Pero ¡ay!, ¿qué fue de ella cuando la negra llevó, como único manjar, una escudilla con tres trozos de pan duro y tres cebollas? Y como no osara moverse ni comprender nada, el cadí, tomando un trozo de pan y una cebolla, tras haber dado las mismas cosas a la negra, invitó a su esposa a hacer los honores al festín, diciéndole: «¡No temas abusar de los dones de Alá!». Y él mismo empezó a comer con tal apresuramiento, que demostraba cuánto gustaba de las excelencias de tal comida, e, igualmente, la negra dio un bocado a su cebolla, en vista de que era la única comida del día. La infeliz esposa, violenta, quiso ensayar a hacer como ellos, pero, acostumbrada como estaba a los manjares más delicados, no pudo tragar un solo bocado y acabó levantándose de la mesa en ayunas, maldiciendo en su interior su negro destino. Tres días pasaron de esta manera, sin que la esposa probara bocado; con la misma llamada a la hora de comer, los mismos bellos ornamentos en la mesa, el mismo mantel con franjas de oro, y el pan duro y las tristes cebollas.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SETENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Pero al cuarto día, el cadí oyó gritos espantosos que partían del harén, y la negra vino a anunciarle, levantando los brazos al cielo, que su ama se había rebelado contra todos los de la casa y que acababa de enviar en busca de su padre. El cadí, enfurecido, fue hacia su esposa con los ojos llameantes, la cubrió de toda suerte de injurias, y, acusándola de entregarse a toda clase de disipaciones, le cortó los cabellos por la fuerza y la repudió, diciéndole: «¡Estás divorciada por tres veces!». Y empujándola violentamente, la echó de casa cerrando la puerta tras ella. ¡Que Alá lo maldiga! ¡Merece la maldición! Ahora bien, pocos días después de su divorcio, el avaro, hijo de avaro, encontró, a causa de sus funciones, que le hacían indispensable para mucha gente, otro cliente que le ofreció a su hija en matrimonio. Y desposó a la joven, que fue servida de la misma manera, y no pudiendo soportar más de tres días el régimen de cebollas, se rebeló, y fue igualmente repudiada. Pero esto no sirvió de lección a los demás, pues el cadí encontró aún varias jóvenes casaderas que fue desposando sucesivamente para repudiarlas, al cabo de uno o dos días, a causa de su rebelión contra el pan duro y las cebollas. Cuando los divorcios se multiplicaron de forma desusada, los rumores sobre la avaricia del cadí llegaron a todas partes, y su conducta para con sus mujeres vino a ser el tema de todas las conversaciones en los harenes, perdiendo su crédito entre las casamenteras y cesando de todo punto sus posibilidades de matrimoniar. Y una tarde, el cadí, atormentado por el hijo de su padre, viendo que ninguna mujer quería nada con él, se paseaba fuera de la ciudad cuando vio venir a una dama montada en una mula torda. Le chocaron sus modales elegantes y sus ricos vestidos, y, después de arreglarse las guías de su mostacho, se dirigió a ella con galante cortesía, le hizo una profunda reverencia y luego de los saludos, le dijo: «¡Oh tú, noble dama! ¿De dónde vienes?». «Del camino que queda detrás de mí», respondió ella. Y el cadí, sonriendo, dijo: «Sí, ciertamente, eso ya lo sé, pero ¿de qué ciudad?». «De Mosul», concedió ella. El cadí preguntó entonces: «¿Eres soltera, o casada?». Y la dama dijo: «Soy soltera todavía». «En ese caso —dijo él—, ¿quieres ser mi esposa desde ahora y que, por consiguiente, sea yo para ti el hombre?». Ella respondió: «Dime dónde vives y te haré llegar mi respuesta a partir de mañana». El cadí le explicó quién era él y dónde vivía. Ya lo sabía la dama, que deslizándose de soslayo la más prometedora de las sonrisas, partió. Al siguiente día, por la mañana, la adolescente envió un mensaje al cadí para hacerle saber que consentía en desposarse con él mediante la asignación de cincuenta denarios. El avaro, haciendo un violento esfuerzo sobre su tacañería, y por la pasión que sentía hacia la

joven, contó y le envió los cincuenta denarios, encargando a la negra que fuera a buscarla. La adolescente, sin faltar a su compromiso, vino, en efecto, a casa del cadí y el matrimonio fue prontamente concluido ante los testigos, que se fueron inmediatamente después de celebrarse, sin haber sido obsequiados de ninguna manera. Y el cadí, fiel a su régimen, dijo a la negra con tono enfático: «¡Extiende el mantel con franjas de oro!». Y como de ordinario, sobre la mesa suntuosamente ornada, solo había, por todo manjar, tres trozos de pan seco y tres cebollas. La joven esposa tomó su parte con expresión de gran contento y cuando acabó, dijo: «¡Alá sea loado! ¡Qué excelente comida acabo de hacer!», y acompañó esta exclamación con una sonrisa de extremada satisfacción. El cadí, viendo y oyendo esto, exclamó: «¡Glorificado sea el altísimo, que al fin me ha otorgado, en su generosidad, una esposa que reúne todas las perfecciones, sabiendo contentarse con lo presente y dar gracias a su creador por lo mucho y por lo poco!». Pero el ciego avaro, el cerdo, ¡que Alá confunda!, no sabía lo que la suerte había decretado para él, sirviéndose del cerebro maligno de su joven esposa.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SETENTA Y OCHO

Schehrazada dijo:

—Al día siguiente por la mañana el cadí fue al *diván*, y la adolescente, durante su ausencia, se dedicó a visitar todas las habitaciones de la casa, una después de otra, y, de esta suerte, llegó a un gabinete cuya puerta, cuidadosamente cerrada, sujeta por tres enormes cadenas, y consolidada con tres fuertes barras de hierro, le inspiró una viva curiosidad. Después de tantear durante un gran rato todo alrededor, y examinar bien lo que había que examinar, acabó por advertir una hendidura en una de las molduras, poco más o menos con la anchura suficiente para dejar paso a un dedo, y mirando por ella, quedó extremadamente sorprendida y regocijada al ver que allí dentro estaba acumulado el tesoro del cadí, en grandes vasijas de cobre repletas de oro y plata y puestas sobre el suelo, y en seguida se le ocurrió la idea de aprovecharse sin tardanza de este descubrimiento inesperado. Corrió a buscar una larga varilla y halló un tallo de palmera al que embadurnó uno de sus extremos con pasta adhesiva, y manipulando a través de la hendidura y a fuerza de tanteos, consiguió que se adhirieran varias piezas de oro, retirándolas con cuidado. Fue a su habitación, y llamando a la negra le entregó las piezas de oro, diciéndole: «Ve al mercado ahora mismo y trae tortas recién sacadas del horno, con sésamo por encima, arroz, azafrán, carne tierna de cordero, y todo lo mejor que encuentres en frutas y pastelería». La

negra, asombrada, respondió: «Escucho y obedezco», y se apresuró a cumplir las órdenes de su ama que, a su vuelta del mercado, le hizo aderezar los platos y compartió con ella las cosas succulentas que había traído; y la negra, que por primera vez en su vida disfrutaba de tan excelente comida, exclamó: «¡Que Alá te premie, oh mi ama, y haga que sean para tu salud los deliciosos manjares que acabas de compartir con tu esclava! ¡Por tu vida, me has permitido gustar en una sola comida, gracias a tu mano generosa, succulencias que jamás había probado en todo el tiempo que he servido en casa del cadí!». Y la adolescente dijo: «Bien; si deseas para todos los días comidas como esta e incluso superiores, no tienes que hacer sino obedecer todo cuanto te ordene y tener la lengua queda en presencia del cadí». La negra imploró para su ama todas las bendiciones, le dio las gracias, le besó las manos, y le prometió obediencia y adhesión, pues no era posible dudar un instante en la elección entre la largueza y buena comida, por un lado, y privaciones y sordidez por el otro. Y cuando, hacia el mediodía, el cadí volvió a su casa, gritó a la negra: «¡Esclava, extiende el mantel con franjas de oro!». Y una vez que se hubo sentado, su esposa, se levantó y, por sí misma, le sirvió los restos de la excelente comida. Él comió con gran apetito, y, regocijándose con tan buena comida, preguntó: «¿De dónde han venido estas provisiones?». Y ella respondió: «¡Oh, mi amo!, tengo en la ciudad muchos parientes y uno de ellos es quien me ha enviado hoy este regalo, que no he aceptado sino con la idea de compartirlo con mi amo». Y el cadí se congratuló en su fuero interno de haberse casado con una mujer que tenía tales parientes. Al día siguiente, la varilla de tallo de palmera maniobró como la primera vez y aligeró el tesoro del cadí de algunas piezas más de oro, con las que su esposa hizo comprar provisiones admirables, entre ellas un cordero guarnecido de pistachos, e invitó a algunas de sus vecinas a compartir con ella tan sabrosa comida. Unas con otras pasaron el tiempo de la manera más agradable, hasta la hora de volver el cadí, y entonces se separaron prometiéndose repetir el festín. El cadí, al entrar, gritó a la negra: «¡Extiende el mantel con franjas de oro!». Y cuando se sirvió la comida, el avaro, ¡Alá lo maldiga!, se asombró al ver en los platos manjares más delicados y más rebuscados aún que los de la víspera, y, lleno de inquietud, preguntó: «¡Por mi vida! ¿De dónde vienen estas cosas tan costosas?». Y la adolescente, que le servía por sí misma, respondió: «¡Oh mi amo, tranquiliza tu espíritu y despeja tu mirada, y, sin atormentarte por los bienes que Alá nos envía, no pienses más que en comer bien y en regocijarte por ello! Es una de mis tías quien me ha enviado los manjares, y seré dichosa si mi amo los encuentra de su gusto». El cadí, extremadamente satisfecho de tener una esposa tan bien emparentada y tan amable y atenta, no pensó más que en aprovecharse lo más que pudiera de tantas delicias gratuitas, y así, al cabo de un año de seguir tal régimen, acumuló tanta grasa y su vientre se desarrolló de manera tan notoria, que los habitantes de la ciudad, cuando querían establecer punto de comparación para algo desmesurado, decían: «Es tan grande como el vientre del cadí». Pero el avaro, ¡alejado sea el maligno!, no sabía lo que le esperaba. Su mujer había jurado vengar a

todas las infelices mujeres que él había desposado para hacerlas casi morir de inanición, echándolas, después de cortarles los cabellos, y repudiándolas por divorcio definitivo; y he aquí cómo se las arregló la adolescente para conseguir su objeto y hacer que le llegara su vez al cadí.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS SETENTA Y NUEVE

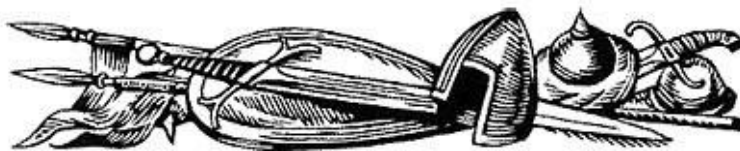
Dijo Schehrazada:

—Entre las vecinas que alimentaba todos los días, había una pobre mujer encinta, madre ya de cinco niños y cuyo marido era un ganapán que apenas ganaba lo imprescindible para atender a las necesidades más urgentes de la casa. La esposa del cadí le dijo un día: «¡Oh vecina mía!, Alá te ha dado una numerosa familia y tu hombre no tiene con qué mantenerla, y hete aquí de nuevo encinta por la voluntad del altísimo. ¿Quieres, pues, cuando des a luz, darme al recién nacido? Yo le cuidaré y criaré como si fuera mi propio hijo, ya que Alá no me ha concedido la fecundidad, y te prometo, a cambio, que nunca carecerás de nada y que la prosperidad favorecerá tu casa. Solamente te pido que no hables a nadie de esto y que me entregues el niño a escondidas para que nadie en el barrio sospeche la verdad». La mujer del ganapán aceptó el ofrecimiento y prometió guardar reserva. El día del parto, que tuvo lugar en secreto, entregó a la esposa del cadí el recién nacido, que era un niño, y tan hermoso, que abultaba por dos. Ahora bien, ese día, la adolescente preparó por sí misma para la hora de la comida, un plato compuesto de una mezcla de habas, garbanzos, judías blancas, coles, lentejas, cebollas, dientes de ajo, harinas diversas, y toda clase de legumbres pesadas y especias machacadas. Cuando llegó el cadí con su grueso vientre completamente vacío, ella misma le sirvió este guiso bien sazonado y abundante, que él, hambriento, encontró delicioso y comió con gula, repitiendo varias veces y acabando por dar buena cuenta de todo. Después comentó: «No he comido jamás cosa que pase tan fácilmente por las tragaderas. Deseo, ¡oh mujer!, que me prepares todos los días un plato de esto, aún mayor, puesto que espero que tus parientes no se detengan en su generosidad». La adolescente respondió: «Que te sea de fácil digestión». Y el cadí le dio las gracias por sus buenos deseos y se congratuló, una vez más, de tener una esposa tan perfecta y tan cuidadosa de sus placeres. Pero apenas había pasado una hora después de la comida, cuando el vientre del cadí comenzó a inflarse a vista de ojos, y algo, como fragor de tempestad, se hizo oír en su interior. Sordos rugidos como el trueno amenazador estremecían sus paredes, pronto acompañados de terribles cólicos, espasmos y dolores; su color se volvió amarillo, y,

entre grandes quejidos, se echó a rodar por el suelo como una tinaja, cogiéndose el vientre con ambas manos y gritando: «¡Por Alá, hay en mi vientre una tempestad! ¡Oh! ¿Quién me librará?». Y en seguida, no pudiendo evitarlo, prorrumpió en alaridos, impelido por las crisis más fuertes de su vientre, más hinchado que un odre lleno. A sus gritos, acudió la esposa, y, tratando de aliviarle, le hizo tragar un puñado de polvos de anís e hinojo que pronto producirían su efecto. Al mismo tiempo, para consolarle y darle ánimos, se puso a acariciarle como se acaricia a un niño enfermo, y le dio masaje en la parte dolorida pasando la mano suavemente, con regularidad, y de repente, interrumpiendo el masaje, dio un grito agudo, seguido de exclamaciones repetidas de sorpresa y asombro, diciendo: «¡Ah, ah, qué milagro! ¡Qué prodigio! ¡Oh mi amo!». Él preguntó: «¿Qué tienes? ¡Dímelo!». Y ella respondió: «¡El nombre de Alá en ti y sobre ti!». Y, pasándole de nuevo la mano por el tempestuoso vientre, añadió: «¡Que el altísimo sea exaltado! ¡Él puede hacer y hace lo que él quiere! ¡Que sus decretos se cumplan, oh mi amo!». Y el cadí, entre dos gemidos, volvió a preguntar: «¿Qué tienes? ¡Oh mujer, habla! ¡Que Alá te maldiga por torturarme de esta manera!». Y entonces ella dijo: «¡Oh mi amo, que su voluntad se cumpla! ¡Estás embarazado y el parto está próximo!». Al oír estas palabras de su esposa, el cadí se incorporó, a pesar de los cólicos y espasmos y exclamó: «¿Estás loca, oh mujer? ¿Y desde cuándo quedan los hombres embarazados?». «¡Por Alá, yo no lo sé! —replicó ella—, pero el niño se mueve en tu vientre y yo noto sus sacudidas y toco su cabeza con mis manos —y añadió—: Alá arroja las semillas de la fecundidad donde él quiere. ¡Que él sea exaltado! ¡Ruega al profeta, oh hombre!». El cadí, presa de convulsiones, dijo: «¡Sobre él las bendiciones y todas las gracias!». Y sus dolores aumentaron y volvió a encogerse y aullar atravesado, retorciéndose las manos y sin poder casi respirar, tan violento era el combate que se libraba en su vientre. ¡Y, súbitamente, he aquí el alivio! ¡Prolongado y con gran estruendo, un pedo espantoso se escapó de su interior, haciendo retemblar toda la casa y desvanecerse al cadí bajo la violenta reacción del escape! Y una numerosa serie de otros pedos en gradación decreciente, fue expandiéndose en el aire espeso de la casa. Después, tras un último escape semejante a un retumbante trueno, volvió el silencio a la morada. Poco a poco, el cadí fue volviendo en sí, y advirtió a un recién nacido envuelto en mantillas y tendido junto a él, en un pequeño colchón, chillando y haciendo gestos. Allí estaba su esposa, que decía: «¡Alabanzas a Alá y a su profeta por este feliz alumbramiento! ¡Animo, hombre!». Y se puso a murmurar todos los nombres sagrados sobre la yacija del pequeño y la cabeza de su esposo. El cadí no sabía si dormía o si estaba despierto, o si los dolores que acababa de sufrir habían destruido sus facultades mentales. Sin embargo, no le era posible desmentir el testimonio de sus sentidos; la vista del recién nacido, la desaparición de sus dolores y el recuerdo de la tempestad que se había desarrollado en su vientre le forzaban a creer en tan asombroso alumbramiento; y el amor materno se desarrolló en él y le hizo aceptar el niño, diciendo: «Alá arroja la semilla y crea donde él quiere, e incluso los hombres, si están predestinados para el

caso, pueden quedar embarazados y alumbrar a su tiempo». Y volviéndose hacia su esposa, le dijo: «¡Oh mujer!, es preciso que te encargues de buscar una nodriza para este niño, puesto que yo no puedo lactarle». Y ella contestó: «Ya lo he pensado; la nodriza está aquí y espera en el harén; pero ¿estás seguro, mi amo, de que tus senos no se han desarrollado y que, por tanto, no puedes amamantar a este niño? Bien sabes que nada es mejor que la leche de la madre». Y el cadí, cada vez más turbado, se tactó el pecho con ansiedad y respondió: «¡No, por Alá! Están como solían, sin nada dentro». ¡Todo esto! Y la maligna joven se regocijaba en su fuero interno por el éxito de la estratagema. Después, queriendo llevar su astucia hasta el fin, obligó al cadí a meterse en la cama y estarse, como las parturientas cuarenta días con cuarenta noches sin levantarse. Se aplicó a prepararle las bebidas que de ordinario toman las mujeres en ese trance y a cuidarle y mimarle de todas las maneras; y el cadí, extremadamente fatigado por los dolorosos cólicos que había experimentado y por las convulsiones sufridas en su interior, no tardó en dormirse profundamente para no despertar hasta bastante tiempo después, sano de cuerpo, pero muy enfermo de espíritu.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS OCHENTA

Ella dijo:

—Su primer cuidado fue recomendar a su esposa que guardase cuidadosamente el secreto de esta aventura, diciéndole: «¡Sería nuestra ruina si las gentes llegaran a saber que el cadí ha parido un niño viable!». Y la maligna, lejos de tranquilizarle, se dedicó a desasosegarle todavía más, diciéndole: «¡Oh dueño mío!, no somos los únicos que conocemos este maravilloso y feliz acontecimiento, ya que todos nuestros vecinos lo saben por la matrona, quien, a pesar de mis súplicas, divulgó el milagro a diestro y siniestro: es muy difícil impedir a una matrona que parlotee, como también lo es ahora impedir la difusión de la noticia por toda la ciudad». El cadí, mortificado en extremo al saber que era objeto de todas las conversaciones y blanco de comentarios más o menos desconsiderados, estuvo sin moverse de la cama los cuarenta días posteriores al parto, reflexionando con el ceño fruncido y sin osar moverse, por temor a las complicaciones y hemorragias, y diciendo para sí: «Ciertamente que la malignidad de mis enemigos, que son numerosos, deben acusarme de cosas más que ridículas; por ejemplo, haberme dejado fornicar de alguna manera desusada, y dirán: “¡El cadí es un enculado! ¡Con toda seguridad, el cadí no es más que un fornicado! ¡Verdaderamente que no valía la pena mostrarse tan severo en los juicios para acabar siendo fornicado y pariendo! ¡Por Alá, nuestro cadí es un

extraño fornicador!”. Y yo, ¡por Alá! no estoy en edad de poder tentar a los aficionados a tales cosas». Así pensaba el cadí, muy lejos de sospechar que la causa de lo que estaba ocurriendo no era sino su tacañería. Cuanto más reflexionaba, más sombrío se le presentaba el porvenir y más risible y ridícula su situación. Cuando su esposa opinó que podía levantarse sin temor a las complicaciones posteriores al parto, se apresuró a abandonar la cama y a asearse, pero sin atreverse a salir de su morada para ir al *hamman*; quería evitar las alusiones y burlas que no dejaría de oír en adelante, si continuaba viviendo en la ciudad. Decidido a abandonar Trablus, comunicó el proyecto a su esposa, que aparentando una gran tristeza ante la idea de marcharse de casa renunciando a su situación de cadí, con el seno palpitando de emoción, le dijo: «¡Oh mi dueño!, ciertamente tienes razón al dejar esta ciudad maldita, habitada por gentes de lengua maligna, pero será por poco tiempo, hasta que el suceso se olvide; entonces volverás para educar a este niño, ya que eres al mismo tiempo su padre y su madre, y al que llamaremos, si te parece bien, Fuente de los Milagros, en recuerdo de su maravilloso nacimiento». Y el cadí respondió: «No veo inconveniente en ello».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS OCHENTA Y UNA

Schehrazada dijo:

—Abandonando su casa durante la noche y dejando en ella a su mujer para que cuidara de Fuente de los Milagros y de los muebles y enseres, salió de la ciudad evitando las calles frecuentadas y partió para Damasco, y, después de un largo viaje, llegó a dicha ciudad confortado con la idea de que allí nadie le conocía y de que su aventura se ignoraría en absoluto; pero no hizo más que llegar, y ya oyó su historia en todos los lugares públicos; y tal como temía, todos los relatores callejeros de la ciudad, cada vez que la contaban, no olvidaban añadir un nuevo detalle, atribuyendo al cadí órganos extraños y nunca vistos, para así hacer reír a los oyentes. Le nombraban con adjetivos propios de los arrieros de Trablus, dándole el nombre que tanto temía él; llamábanle hijo, nieto y bisnieto de..., y aquí el nombre que no se atrevía a pronunciar ni aun a solas. Afortunadamente para él, nadie podía reconocerle, y de esta manera pudo pasar inadvertido. Por la tarde, en tanto que atravesaba los sitios en donde solían encontrarse los relatores, no pudo evitar el pararse a escuchar su propia historia, que había llegado ya a lo inaudito. No había dado a luz un solo niño, sino un verdadero rebaño de ellos, uno tras otro; él mismo terminó por reírse entre aquella concurrencia, celebrando su propio suceso con los oyentes más

próximos y, feliz por no haber sido reconocido, se dijo: «¡Por Alá, puedo hablar de este asunto sin que me reconozcan!». Vivió retirado y con gran austeridad, pero agotó el dinero que había llevado consigo, viéndose obligado a vender sus vestidos para subsistir, antes de enviar un mensajero a su mujer pidiéndole dinero, pues en este caso se vería obligado a revelar el sitio en el que escondía su tesoro. ¡No sabía el infeliz que hacía mucho tiempo que había sido descubierto! E imaginaba que su esposa continuaría viviendo a expensas de sus parientes y vecinos, tal como ella le había hecho creer. Y su miserable estado llegó a tal punto, que él, antiguo cadí, se vio obligado a trabajar con un albañil, como peón para ir y venir con la argamasa. De esta suerte transcurrieron algunos años, sufriendo el desgraciado cadí el peso de todas las maldiciones que profirieran contra él los condenados en sus juicios y las víctimas de su tacañería, llegando a quedarse flaco como un gato olvidado en un granero, hasta que, confiando en que los años habrían borrado el recuerdo de su lance, decidió volver a Trablus. Salió de Damasco y, después de un duro viaje para su cuerpo debilitado, llegó a la entrada de Trablus, su ciudad, y en el momento en que franqueaba la puerta, vio a unos niños que jugaban entre ellos y oyó que uno decía a otro: «¿Cómo quieres ganar si naciste en el año nefasto del cadí Padre del Pedo?». Y el desgraciado cadí se consideró afortunado al oír aquello, pensando: «¡Por Alá, mi caso ha sido olvidado, puesto que es a otro cadí al que se refiere, sin duda, el proverbio de esos niños!». Y aproximándose al niño que había mencionado el año del cadí Padre del Pedo, le preguntó: «¿Quién es ese cadí del que hablas y por qué se le llama Padre del Pedo?». El chico le refirió la historia completa de la malicia de la esposa del cadí con todos los detalles, desde el principio hasta el fin; pero no es de utilidad repetirla aquí. Después que el viejo tacaño oyó la narración del niño, no dudó ya de su desgracia y comprendió que había sido el juguete y la irrisión de la malignidad de su esposa y, dejando a los niños con sus juegos, marchó en dirección a su casa, furioso y deseando castigar a la desvergonzada que tan cruelmente se había burlado de él. Y al llegar a su morada, encontró las puertas abiertas a todos los vientos, los techos hundidos, los muros medio derribados y toda ella devastada a lo largo y a lo ancho; corrió hacia su tesoro, pero no encontró tesoro alguno ni rastro o huella de él. Viéndole llegar los vecinos, acudieron en tropel y le informaron, entre la hilaridad general, de que hacía mucho tiempo que su esposa, creyéndole muerto, había partido llevando consigo, a no se sabía qué lejano país, cuanto en la casa había. Comprendiendo así el alcance de su desgracia y viendo que era el objeto de la pública irrisión, el viejo tacaño se apresuró a salir de su ciudad sin volver la cabeza y nunca más se volvió a oír hablar de él. Tal es, ¡oh rey de los tiempos! —continuó el consumidor de hachís—, la historia del cadí Padre del Pedo y así ha llegado hasta mí, ¡pero Alá es más sabio! Habiendo oído esta historia, el sultán trémulo de alegría, regaló al pescador un traje de ceremonia y le dijo: «¡Alá sobre ti, oh boca de azúcar! Pero cuéntame todavía otra historia de las que tú conoces». Y el tomador de hachís respondió: «Escucho y obedezco».

«Me es dado recordar, ¡oh rey afortunado!, que en una ciudad de Egipto vivía un hombre de oficio recaudador de contribuciones y que, por consiguiente, se veía obligado frecuentemente a ausentarse de su casa, y como además no estaba dotado de gran potencia, su esposa procuraba aprovecharse de sus ausencias para recibir en su casa a su amante, un jovenzuelo de redondeada cara, siempre dispuesto a satisfacer sus deseos, y a tal extremo ella le amaba, que en réplica al placer que él le proporcionaba, ella no se contentaba solo con hacerle disfrutar de todo cuanto de bueno había en su jardín, sino que, como él no era rico y todavía no sabía ganar dinero en los asuntos de comprar y vender, derramaba sobre el joven cuanto le era necesario, no pidiéndole nunca el pago, como no fuese en caricias, arrumacos y cosas semejantes; los dos vivían así de la manera más deliciosa, saciando su amor y amándose según la capacidad de cada uno. ¡Gloria a Alá, que da a unos la potencia y a otros aflige con la impotencia! ¡Sus designios son insondables! Así, pues, un día el recaudador de contribuciones, esposo de la adolescente, antes de partir para su trabajo, preparó su pollino llenando una alforja con ropa y papeles referentes a sus negocios y mandó a su esposa que le llenase la otra alforja con provisiones para el camino; la adolescente, contenta por desembarazarse de él, se apresuró a ponerle todo cuanto deseaba; mas no pudo encontrar pan, ya que la provisión de la semana habíase acabado y la negra estaba, precisamente, amasando para la nueva semana, por lo que el recaudador, no pudiendo esperar a que el pan de su casa estuviese cocido, marchó al mercado para comprarlo allí».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS OCHENTA Y DOS

Dijo Schehrazada:

—«Por el momento, dejó el pollino en la caballeriza, enalbardado y delante de su pesebre; su esposa quedó en el corral para allí esperar su vuelta y, súbitamente, vio a su amante, que creyendo que el recaudador de contribuciones ya había partido, dijo a la adolescente: “¡Tengo urgente necesidad de dinero, siendo preciso que me entregues trescientos dracmas!”. Ella respondió: “¡Por el profeta! ¡Hoy no los tengo y no sé si más adelante los tendré!”. Y dijo el jovenzuelo: “¡Ahí está el pollino, corazón mío! ¡Puedes darme el pollino de tu marido, al que veo enalbardado ante el pesebre, para yo poder venderlo y que me reporte los trescientos dracmas que me son necesarios, absolutamente necesarios!”. Muy sorprendida, la adolescente exclamó: “¡Por el profeta! ¡Tú no sabes lo que dices! ¡Que mi marido volviera y no encontrara el

pollino! ¿Estás soñando? Ciertamente que me acusaría de haber perdido el pollino, ya que me ha encargado de que lo guarde hasta su vuelta, y después me pegaría”. Pero el jovenzuelo puso un semblante tan triste y le pidió con tanta elocuencia que le diese el pollino, que no pudo resistir sus súplicas y, a pesar de todo el terror que le inspiraba su marido, el recaudador, le dejó llevar consigo al animal, tras despojarlo de los arreos. Algunos instantes después, el marido volvió con las tortas de pan bajo el brazo, encaminándose al establo para meterlas en las alforjas, y cuando vio el cabezal del asno pendiente de un clavo, la albarda y las alforjas depositadas sobre la paja, pero ni rastro ni huella alguna del pollino, extremadamente sorprendido se encaró con su esposa y le dijo: “¡Oh mujer! ¿Qué ha sido del pollino?”. Con voz tranquila y sin turbarse, su esposa respondió: “¡Oh hijo de mi tío! El pollino acaba de salir y una vez en la puerta, volviéndose hacia mí me dijo que iba a tener audiencia en la sala de justicia de la ciudad”. Encolerizado al oír estas palabras, el recaudador levantó el puño amenazando a su esposa y le gritó: “¡Desvergonzada! ¿Cómo osas burlarte de mí? ¿Acaso no sabes que de un solo golpe puedo derribarte cuan larga eres?”. Mas ella, sin perder un ápice de su tranquilidad, dijo: “¡El nombre de Alá sobre ti y sobre mí y sobre nuestros padres! ¿Por qué había de burlarme de ti, ¡oh hijo de mi tío!, al contarte lo que ha pasado? Además, ¿cómo me atrevería a ello, puesto que tu sagacidad y sutileza de espíritu no hubiesen dejado de descubrir mis groseras y burdas mentiras? Con tu permiso, ¡oh hijo de mi tío!, es preciso que te comunique algo que hasta este momento no me he atrevido a decirte, pensando que su revelación atraería, sin remedio, alguna desgracia sobre nosotros. ¡Sabe, en efecto, que tu pollino está embrujado, y, de cuando en cuando, se transforma en cadí!”. El recaudador, al oír aquello, gritó: “¡Alabanzas a Alá!”. Pero la joven, sin dejarle tiempo para reflexionar, hablar o proferir alguna exclamación, continuó diciendo, con el mismo acento seguro y tranquilo: “La primera vez que, inopinadamente, vi salir del establo a un hombre desconocido al que no había visto entrar antes y con el que jamás me había cruzado en parte alguna, tuve un miedo irrefrenable, y volviéndole la espalda, me cubrí la cara rápidamente con el bajo de mi vestido, pues no tenía velo sobre la cabeza, y quise echar a correr, buscando mi seguridad en la huida, ya que tú estabas ausente de la casa; mas aquel hombre se aproximó sin levantar su vista hacia mí, por temor a herir mi pudor, y con voz grave y llena de bondad, me dijo: ‘¡Tranquilízate, dueña mía, y sosiega tu semblante, porque yo no soy un desconocido para ti, puesto que soy el pollino del hijo de tu tío! A pesar de mi naturaleza aparente, soy un ser humano, cadí de profesión. He sido transformado en pollino por numerosos enemigos que tengo, los cuales están versados en brujerías y encantamientos, y como yo desconozco esas ciencias ocultas, me encontré sin defensa y sin armas para defenderme de ellos; mas, como son creyentes, permitieron que de cuando en cuando, los días de audiencia de la justicia, perdiese mi forma de pollino y recobrase mi figura humana para así poder ir a la audiencia; de esta manera vivo, ora pollino, ora cadí, hasta que Alá, el altísimo, tenga a bien librarme de los sortilegios de mis enemigos, rompiendo la brujería con la

que ellos me han encadenado. ¡Por favor, oh alma caritativa, te suplico por tus padres y por todos los tuyos que no hables de mi situación al hijo de tu tío, mi amo, el recaudador de contribuciones, ni a persona alguna, porque si aquel conociese mi secreto, como es hombre de esclarecida fe y riguroso observador de la religión, sería capaz de desembarazarse de mí para, de esta forma, no albergar en su casa a un ser que está bajo el poder de los sortilegios y me vendería a cualquier *fellah*, que me haría trabajar día y noche y me daría habas podridas para comer, cuando tan bien me encuentro aquí bajo todos los aspectos!’. Después añadió: ‘Todavía tengo otra cosa que pedirte, oh dueña mía, bondadosa y caritativa, y es que pidas a mi dueño, el recaudador, al hijo de tu tío, que no me aguijonee muy fuerte en el trasero cuando tiene prisa, porque, para mi desgracia, tengo toda esa parte de mi cuerpo afligida de un exceso de sensibilidad y de una delicadeza inimaginable’. Habiendo hablado así nuestro pollino, el cadí me dejó en medio de una gran perplejidad y se marchó a presidir la audiencia y, si quieres, allí lo encontrarás. Por mi parte, ¡oh hijo de mi tío!, no podía guardar por más tiempo, para mí sola, este agobiante secreto mientras yo estaba en entredicho y temía atraer sobre mí tu cólera y desagrado. ¡Pido perdón a Alá por olvidar de esta manera la promesa que he hecho al pobre cadí de jamás hablar a persona alguna de su condición de pollino y, ya que la cosa está hecha, permíteme, ¡oh dueño mío!, darte un consejo, y es que no te deshagas de ese pollino, que no solo es un excelente animal lleno de celo por su trabajo, sino que, además, es muy decente, al no mostrar su instrumento, cuando se le mira, sino muy rara vez y llegado el caso, podría aconsejarte muy oportunamente acerca de las delicadas cuestiones de la jurisprudencia y sobre la legalidad de tal o cual proceder!’’. Cuando el recaudador hubo oído aquellas palabras de su esposa, a la que había escuchado con aire cada vez más pasmado, en el límite de la perplejidad, dijo: “¡Sí! ¡Por Alá! Este asunto es asombroso, pero ¿qué debo hacer ahora que en mi casa no tengo otro pollino sino este, si debo ir a los pueblos de los alrededores a recoger las contribuciones? Al menos, ¿sabes a qué hora regresará o acaso no te ha dicho nada a tal respecto?”. La adolescente respondió: “No, no me ha precisado la hora, ya que solamente me dijo que iba a la audiencia; mas yo bien sé lo que haría en tu lugar, pero no tengo necesidad de dar consejos a quien es más inteligente e, indiscutiblemente, más sutil y sagaz que yo”. El buen hombre dijo: “¡Dime lo que tú harías, pues estoy seguro de que no cometerías ninguna necedad!”. Ella le dijo: “¡Pues bien, yo en tu lugar, iría sin tardanza hasta la audiencia que preside el cadí, tomaría un puñado de habas y, cuando estuviese delante del desventurado embrujado que preside los juicios, desde lejos, le mostraría las habas que tendría en la mano, y por signos le haría comprender que tenía necesidad de sus servicios como cadí; él comprendería y, como tiene gran sentido de su deber, dejaría la audiencia y me seguiría, tanto más si él viese las habas, su comida favorita, y no dejaría de ir tras de mí!”».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS OCHENTA Y TRES

Ella dijo:

—El recaudador de contribuciones, oyendo tales palabras, encontró muy razonable la idea de su esposa, y dijo: «Creo que eso es lo que debo hacer; decididamente, eres mujer de buen consejo». Y salió de la casa, no sin antes haber cogido un puñado de habas para que, en el caso de que no pudiese convencer al cadí por la persuasión, al menos pudiese hacerlo por la gula, su principal vicio; al marchar, su mujer todavía le gritó: «Sobre todo, ¡oh hijo de mi tío!, guárdate en cualquier caso de encararte con él y maltratarle, ya que sabes muy bien que en su doble carácter de pollino y de cadí es testarudo y vengativo». Oyendo el último consejo de su esposa, tomó la dirección del *diván* y entró en la sala que presidía el cadí desde su estrado y, parándose a la entrada, detrás de los asistentes, levantó la mano con el puñado de habas y con la otra se puso a hacer al cadí signos apremiantes que claramente querían significar: «¡Ven pronto, pues tengo necesidad de hablarte!». El cadí acabó atendiendo a estas señales, y reconociendo en el hombre que las hacía al recaudador principal de las contribuciones, creyó que, personalmente, desearía comunicarle con urgencia algún recado de parte del valí, por lo que se levantó al instante, suspendiendo la administración de la justicia, y siguió hasta el vestíbulo al recaudador, quien, por mejor inducirle a que le siguiese, marchaba delante mostrándole las habas, animándole con el gesto y con la voz, tal como se hace con los animales. Una vez que llegaron al vestíbulo, el recaudador, aproximándose al oído del cadí, le dijo: «¡Por Alá, amigo mío, estoy muy apenado y contrito por el sortilegio que te tiene encadenado! Ciertamente que no es para contrariarte por lo que vengo aquí a buscarte, mas es absolutamente preciso que al instante parta para mi trabajo, al que no puedo atender hasta que tú no termines aquí en la audiencia; así, pues, te pido que, sin tardanza, te transformes en pollino y me dejes montar sobre tu lomo». Viendo que el cadí iba retrocediendo con cara de espanto a medida que él iba hablando, el recaudador añadió con acento de conmiseración: «Te juro por el profeta, ¡para él la oración y la paz!, que si quieres seguirme inmediatamente, jamás volveré a pincharte en el trasero con el aguijón, ya que sé que es más delicado y sensible que cualquier otra parte de tu persona. ¡Vamos, ven, mi querido pollino, mi buen amigo, que esta tarde tendrás doble ración de alfalfa fresca y de habas!». El cadí, creyendo habérselas con un loco escapado, retrocedió más y más hacia la entrada de la sala, en el colmo del asombro y del terror, poniéndose más amarillo que el azafrán; mas el recaudador, viendo que se le iba a escapar, haciendo un rápido giro se interpuso entre el cadí y la puerta de la sala, tapando de esta manera la salida. El cadí, no viendo

guardianes ni persona alguna que pudiese oír sus gritos, optó por usar la dulzura, prudencia y persuasión, diciendo al recaudador: «¡Oh dueño mío! Creo que has perdido tu pollino y que estás deseoso de reemplazarlo; nada más justo, a mi parecer. Por mi parte, he aquí trescientos dracmas, que te regalo a fin de que puedas comprarte otro, y como hoy es día de mercado, en el de las bestias te será fácil encontrar por este precio el más bello de los asnos. ¡Adiós!». Mientras hablaba, sacando de su cinto los trescientos dracmas, los entregó al recaudador, que aceptó el ofrecimiento. Después volvió a la sala de audiencias, adoptando un aire grave y pensativo, como si regresara de una reunión referente a algún asunto de gran importancia; mas, para sí mismo, iba diciendo: «Por Alá, que es culpa mía si de esta manera he perdido los trescientos dracmas, mas ¿no hubiera sido peor provocar un escándalo delante de mis administrados? ¡Por otra parte, ya sabré recuperar mi dinero explotando a los peticionarios!». Y sentándose en su sitio, continuó la audiencia. En cuanto al recaudador, he aquí que, cuando llegó al mercado de las bestias para comprar un pollino, se puso a examinar atentamente todos los animales, uno tras otro, y muy pronto se fijó en un robusto pollino que le pareció cumplía todas las condiciones requeridas. Y, aproximándose, para así poder examinarlo más de cerca, de súbito reconoció en aquel animal a su propia cabalgadura, ya que, echando sus orejas hacia atrás, púsose a rebuznar y resoplar de alegría; mas el recaudador, receloso, después de habérsele acercado, retrocedió, retorciéndose las manos y gritando: «¡No, por Alá! No seré yo quien te compre. ¡Tengo necesidad de un pollino fiel, y, verdaderamente, tú no puedes interesarme, pues unas veces eres cadí y otras pollino!».



«Y se alejó, asombrado de la audacia de su pollino, que le instaba a llevarle consigo, y fue a comprar otro, apresurándose a regresar a su casa para enjaezarlo y montarlo, no sin antes haber contado a su esposa cuanto acababa de sucederle. De esta manera, gracias al espíritu lleno de recursos de la esposa del recaudador, todo el

mundo quedó satisfecho y nadie fue perjudicado, ya que si el amante consiguió el dinero del que tenía necesidad, el marido se había procurado un pollino mejor que el que tenía, sin soltar un dracma de su bolsa, y el cadí no tardó en recuperar, honradamente, su dinero, solicitando de sus agradecidos administrados el doble de lo que había dado al recaudador. Esto es, ¡oh rey afortunado!, cuanto sé respecto al pollino cadí, pero ¡más sabio es Alá!». Cuando el sultán hubo escuchado esta historia, exclamó: «¡Oh boca de azúcar, el más delicioso de los compañeros, yo te nombro mi gran chambelán!». Y al momento le hizo vestir las insignias de su cargo y, haciéndole sentar cerca de él, le dijo: «¡Mi vida sobre ti, oh chambelán! Mas ciertamente, debes de saber alguna otra historia y yo agradecería mucho oírtela contar». El pescador, consumidor de hachís, llegado a chambelán del palacio por designios del destino, respondió: «¡Lo haré con todo mi corazón y como homenaje debido!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS OCHENTA Y CUATRO

Schehrazada dijo:

—El pescador, inclinando la cabeza, contó:

EL CADÍ Y EL BORRIQUILLO

«Recuerdo, ¡oh rey afortunado!, que en una ciudad de entre las ciudades vivía un hombre y su esposa, gente humilde, ya que eran mercaderes ambulantes de maíz tostado, los cuales tenían una hija, de rostro como el de la luna, en edad de desposarse. Quiso Alá que un cadí la solicitase en matrimonio y la obtuviese, pues consiguió que los padres diesen prontamente su consentimiento. A pesar de ser el pretendiente de gran fealdad, con los pelos de la barba ásperos como las púas de un erizo, bizco de un ojo y tan viejo que hubiera podido pasar por el padre de la joven, como era rico y gozaba de gran consideración, los padres de la joven no vieron más que las ventajas que tal matrimonio había de reportar a su estado y condición. Y no pensaron en que si bien contribuye a la dicha, la riqueza sola no es la felicidad. Por otra parte, era el cadí quien pronto había de experimentarlo a su costa. A fin de mostrarse agradable, a pesar de las desventajas inherentes a su persona, por su vejez y fealdad, comenzó llevando todos los días nuevos regalos a su joven esposa y a tratar de satisfacer sus menores caprichos, pero olvidó que ni los regalos ni la satisfacción de los caprichos valen lo que el amor joven, que apacigua los deseos. Y en su ánimo, se lamentaba de no encontrar aquello que esperaba de su esposa, quien por su parte,

no podía dárselo porque era inexperta. Pero el cadí tenía bajo su mando a un joven escriba, al que quería mucho y del que con frecuencia hablaba ante su esposa, e igualmente, aunque ello fuese tan contrario a la costumbre, no podía menos de hablar al joven de la belleza de su joven esposa y del amor que por ella sentía y de su frialdad para con sus atenciones, a pesar de todo lo que por ella hacía. ¡Así es como Alá ciega a la criatura que merece su perdición! Pues bien, para que este designio se cumpliese, el cadí llegó, en su locura y ceguera, a mostrar su esposa, a través de una ventana, al joven adolescente y, como era bella y digna de ser amada, el adolescente amó a la joven, y como los corazones que se buscan siempre terminan por encontrarse y unirse, a pesar de todos los obstáculos, los dos jóvenes pudieron burlar la vigilancia del cadí y la jovenzuela amó al jovenzuelo más que a las niñas de sus ojos y, entregándole su cuerpo, se abandonó a él con toda su alma; el joven escriba también se le rindió y le hizo gustar de aquello que el viejo cadí jamás había llegado a conseguir. De esta suerte vivieron los dos en el mundo de la felicidad, viéndose con frecuencia y amándose más cada día; el cadí, por su parte, mostrábase satisfecho al ver que su esposa era cada vez más bella, sana y lozana. Todo el mundo, cada cual a su manera, estaba contento. La joven, para poderse reunir con toda tranquilidad con su amante, había convenido con este en que si el pañuelo que pendía de la ventana que daba al jardín era blanco, podía entrar a hacerle compañía; mas si era de color rojo, debía abstenerse de hacerlo y marcharse, ya que tal señal significaría que el cadí estaba en casa. Sin embargo, quiso el destino que un día, cuando ella volvió de tender el pañuelo blanco, después de la salida del cadí para el tribunal, oyó gritos en la calle y precipitados golpes a la puerta de su casa, y pronto vio entrar a su marido, apoyado en el brazo de dos eunucos, amarillento de faz y muy cambiado de aspecto. Los eunucos explicaron que en la audiencia, de repente, el cadí había sido presa de una súbita enfermedad y que se habían apresurado a traerle a su casa, para que pudiese dormir y descansar. En efecto, el pobre viejo tenía un aspecto tan lastimoso que la adolescente, su esposa, a pesar del contratiempo que ello le acarreaba y de la inquietud que sentía, comenzó a rociarle con agua de rosas y a prodigarle toda suerte de cuidados; habiéndole ayudado a desvestirse, le condujo a la cama, que ella misma preparó, y, una vez allí, ayudado por los cuidados de su esposa, no tardó en dormirse. La joven, aprovechando el descanso que le deparaba el sueño de su marido, decidió ir a tomar un baño, olvidándose, en su contrariedad, de retirar el pañuelo blanco de las entrevistas que tantos contratiempos le había evitado, y, cogiendo un paquete de perfumada ropa, salió de su morada camino de los baños públicos».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS OCHENTA Y CINCO

Dijo Schehrazada:

—«Ahora bien, el joven escriba, viendo el pañuelo blanco en la ventana, subió con pies ligeros, según su costumbre, a la terraza vecina y, saltando desde ella a la del cadí, penetró en la cámara en que de ordinario se veía con su amante, que solía esperarle, totalmente desnuda, bajo las ropas de la cama. Como las ventanas de la habitación estaban cerradas por completo y reinaba en la pieza una gran oscuridad, precisamente para facilitar el sueño al cadí, y, por otra parte, la adolescente le recibía frecuentemente, y como en broma, sin hablar una palabra, como si no estuviera, se aproximó a la cama riendo y, levantando la ropa vivamente, alargó una mano hacia las imaginadas delicias de su amante como para hacerle cosquillas; y he aquí que su mano tocó, ¡alejado sea el maligno!, algo flácido y blando que flotaba en medio de un matorral y que no era otra cosa que el viejo instrumento del cadí. A su contacto retiró la mano con gran repugnancia, pero lo hizo tan bruscamente que el cadí despertó, ya curado de su dolencia, y, agarrando aquella mano que había merodeado por su vientre, se lanzó impetuosamente contra el propietario de ella y, en tanto que el estupor dejó inmobilizado al joven, tanta fuerza halló el cadí en su cólera, que lo tumbó de una zancadilla en medio de la habitación y, levantándolo luego en vilo, todo ello en plena oscuridad, lo dejó caer en la gran caja que durante el día servía para guardar los colchones; bajó la tapa rápidamente, cerró con llave, y ni se preocupó de ver la cara del así encerrado. Después de todo esto, la excitación que experimentó hizo que su sangre circulara más rápidamente y produjo en él tan saludable reacción, que recuperó sus fuerzas por completo. Después de vestirse, se informó por el eunuco de la puerta del lugar adonde había ido su esposa y rápidamente fue a esperarla a la entrada del *hamman*, mientras se decía: “¡Antes de matar al intruso es preciso saber si está en connivencia con mi esposa, por lo que esperaré a que salga y, conduciéndola a casa, la carearé con el prisionero ante testigos, porque ya que soy el cadí es preciso que las cosas se hagan legalmente! Entonces veré si solamente hay un culpable o si hay dos cómplices. En el primer caso, ejecutaré al prisionero con mis propias manos, y en el segundo, estrangularé a los dos con mis diez dedos”. Reflexionando de esta manera y repitiendo para su coleteo sus proyectos de venganza, púsose a esperar, diciendo a cada una de las bañistas que entraban en la casa: “¡Alá sobre ti! Dirás a la tal de mi mujer que salga en seguida, porque tengo urgente necesidad de hablarle”. Mas él pronunciaba estas palabras con tanta brusquedad y excitación y tenía los ojos tan inflamados y el semblante tan lívido, los gestos tan descompasados, la voz tan trémula y el continente impregnado de tanto furor, que las mujeres, aterradas, tomándole por un loco, se ponían a salvo, exhalando agudos gritos. La primera de entre ellas que, en medio del *hamman*, pronunció en voz alta el encargo, trajo de súbito a la memoria de la adolescente esposa del cadí, el recuerdo de su negligencia y olvido referente al pañuelo que dejó en la ventana. Así, pues, se dijo: “¡Doy por

seguro que estoy perdida sin remedio! ¡Solo Alá sabe lo que le habrá sucedido a mi amante!”. Se apresuró a terminar su baño, en tanto que en la sala principal los encargos que traían las bañistas que entraban se sucedían rápidamente y el cadí, su marido, llegó a ser el único objeto de la conversación de aquellas empavorecidas mujeres. Afortunadamente, ninguna de ellas conocía a la adolescente, quien, por otra parte, aparentaba no interesarse por aquello de lo que hablaban, como si no le concerniese de cerca. Una vez que estuvo vestida fue a la sala de entrada, en la que vio a una pobre vendedora de garbanzos, sentada ante su cesta y vendiendo su mercancía a las bañistas; la llamó y le dijo: “Mi buena tía, he aquí un denario de oro para ti, si quieres prestarme durante una hora tu velo azul y la cesta que tienes al lado”. La vieja, contenta de aquella suerte, le dio el cesto de mimbre y el pobre velo, de áspera tela; la joven se tapó con este, tomó la cesta en la mano y, así disfrazada, salió de la casa. Ya en la calle vio a su marido, que, gesticulando, iba y venía ante la puerta, y a grandes voces, maldecía a los *hammans* y a los que a ellos van, y a los propietarios y a los constructores; los ojos se le salían de las órbitas y de su boca fluía rabiosa espuma. Ella se aproximó a su esposo y, disimulando su voz e imitando la de los vendedores ambulantes, le preguntó si quería comprar garbanzos; entonces comenzó a maldecir a los garbanzos y a los plantadores, vendedores y consumidores. La joven, riendo de su locura, sin ser reconocida bajo su disfraz, se alejó en dirección a su casa y entrando en ella rápidamente subió a la cámara, donde oyó gemidos y, no viendo persona alguna en la habitación donde estaba, se abalanzó a abrir las ventanas y, como tenía miedo, se disponía a llamar al eunuco a fin de que la tranquilizase, cuando oyó claramente que los gemidos provenían de la caja de los colchones y, corriendo hacia ella, la abrió».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS OCHENTA Y SEIS

Ella dijo:

—«Y vio a su amante que estaba a punto de expirar por falta de aire y, a pesar de toda la emoción que experimentaba, no pudo evitar la risa, viéndole doblado sobre sí mismo y con los ojos extraviados. Mas apresuróse a rociarle con el agua de rosas y cuando le vio reanimado y recobrado, hizo que le explicase rápidamente cuanto le había sucedido, preparando después un plan para poder arreglarlo todo. En la caballeriza había una burra que después de vieja parió un asnillo; la joven corrió hacia la cuadra y, cogiendo al asnillo en sus brazos, lo llevó hasta su alcoba, y

dejándole encerrado en la caja en la que había estado aprisionado su amante cerró la tapa con llave. Después de abrazarse a su amante, le hizo prometer que no volvería a entrar en la casa en tanto que no viese la señal del pañuelo blanco; ella, por su parte, se apresuró a volver al *hamman*, y vio a su marido paseando a lo largo y lo ancho de la calle, maldiciendo los baños y todo cuanto con ellos se relacionase; al verla entrar, se acercó a ella, y le dijo: “¡Oh vendedora de garbanzos, di a mi mujer que si todavía tarda más en salir, juro por Alá que esta misma tarde la mataré, y haré que esta casa de baños maldita se desplome sobre su cabeza!”. La adolescente, riendo para sus adentros, penetró en el vestíbulo, devolvió el velo y la cesta a la vendedora de garbanzos, y, poco después, salió con su paquete bajo el brazo, balanceando las caderas. Tan pronto como el cadí la divisó, avanzó hacia ella, gritando: “¿Dónde has estado? ¡Estoy esperando aquí desde hace dos horas! ¡Vamos, sígueme, maligna y perversa mujer! ¡Ven!”. La adolescente, sin dejar de andar, respondió: “¡Por Alá! ¿Qué es lo que te pasa? ¡El nombre de Alá me proteja! ¿Qué te ocurre, oh esposo mío? Parece que de repente te has vuelto loco, ¡tú, el cadí de la ciudad! ¿No será que tu enfermedad te ha ofuscado de tal manera la razón, que has olvidado la manera de tratar en público y en la calle a la hija de tu tío?”. Y el cadí replicó: “¡Basta de palabras inútiles! ¡Ya me dirás en casa todo lo que quieras! ¡Sígueme!”. Y comenzó a andar delante de ella, gesticulando, gritando y rebosando bilis, sin dirigirse jamás directamente a ella, que, silenciosa, le seguía a diez pasos de distancia. Una vez que llegaron a su casa, el cadí la encerró en la cámara, y fue en busca del jeque del barrio y de cuatro testigos, trayendo también con él a cuantos vecinos, pudo encontrar. A todos los hizo entrar en la cámara del cofre, donde ya se encontraba encerrada su esposa, para que fueran testigos de lo que allí ocurriese. Cuando el cadí y sus acompañantes entraron en la habitación, vieron a la joven, todavía cubierta con sus velos, que se había retirado al fondo de la estancia, y en un rincón, como si hablara consigo misma, pero de manera que todos pudiesen oírla, decía: “¡Oh calamidad! ¡Ay de mí! ¡Esa maldita enfermedad ha vuelto loco a mi pobre esposo! ¡Ciertamente es preciso que se haya vuelto loco por completo para colmarme de injurias e introducir hombres extraños en el harén! ¡Oh, qué calamidad! ¡Extraños en nuestro harén, que van a mirarme! ¡Ay de mí; está completamente loco!”. Efectivamente, el cadí estaba enfurecido, y de tal manera alterado y sobreexcitado, temblándole la barba y echando chispas por los ojos, que parecía como si, estando atacado de alta fiebre, delirara. Algunos de los que le acompañaban trataron de calmarle, aconsejándole que se acostara; pero sus palabras conseguían excitarle todavía más, y les gritó: “¡Entrad, entrad, y no escuchéis a esa bribona! ¡No os dejéis engañar por las astucias de esa pérfida! ¡Venid y observad! ¡Este es su último día, pues es la hora de la justicia! ¡Entrad, entrad!”. Cuando todos entraron, el cadí cerró la puerta, y, llegándose al cofre, levantó la tapa, y entonces el asnillo asomó la cabeza, mirando a todo el mundo con sus negros ojos, grandes y dulces, y moviendo la cabeza resopló ruidosamente y levantó el rabo, y, manteniéndolo enhiesto, alegre por volver a ver la luz, púsose a

rebuznar, llamando a su madre. Ante tal espectáculo, el cadí, llegando al colmo del furor y de la rabia, fue presa de convulsiones y espasmos, y, de súbito, se abalanzó sobre su esposa tratando de estrangularla; ella comenzó a gritar, corriendo a través de la habitación: “¡Por el profeta! ¡Quiere estrangularme! ¡Musulmanes, detened a ese loco! ¡Acudid en mi auxilio!”. Los asistentes, viendo la espuma de la rabia en los labios del cadí; no dudaron más de su locura, e interponiéndose entre él y su esposa, le sujetaron por los brazos y, a la fuerza, le tendieron sobre el tapiz, en tanto que articulaba palabras ininteligibles y trataba de escapar para matar a su mujer. El jeque del barrio, extremadamente afectado al ver al cadí de la ciudad en tal estado, no pudo menos de decir a los circunstantes, viendo la locura furiosa de aquel: “¡Ay de mí! ¡Es preciso vigilarle y sujetarle, inmóvil como está, hasta que Alá le calme y le haga entrar en razón!”. Todos exclamaron: “¡Que Alá proteja a un hombre tan respetable! ¡Maldita enfermedad!”. Algunos decían: “¿Cómo puede estar celoso de un asnillo?”. Otros preguntaban: “¿Cómo ha podido entrar este asnillo en ese cofre de los colchones?”. Y los de más allá: “¡Ay de mí! ¡Ha sido él mismo quién ha encerrado a ese asnillo, tomándole por un hombre!”. El jeque del barrio, para concluir, añadió: “¡Que Alá le ayude y aleje al maligno!”. Y todo el mundo se retiró, a excepción de aquellos que sujetaban al cadí, inmóvil sobre el tapiz; mas, por otro lado, no permanecieron allí mucho tiempo, porque el anciano fue presa, de repente, de una crisis de ira violenta y se puso a gritar tan fuerte y a debatirse con tanto encarnizamiento, tratando de abalanzarse sobre su esposa, quien, desde lejos, le hacía burlas y señas de mofa, que las venas de su cuello se rompieron, y, arrojando un raudal de sangre, murió. ¡Que Alá lo tenga en su compasión, pues no era solamente un hombre íntegro, sino que, además, dejó a su esposa, la joven en cuestión, suficientes riquezas para que pudiese vivir a su gusto y casarse con el joven escriba, al que amaba y del que era correspondida!». Habiendo terminado de contar esta historia, el pescador, aquel consumidor de hachís, viendo que el rey escuchaba con atención, se dijo: «¡Voy a contarle alguna otra cosa!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS OCHENTA Y SIETE

EL CADÍ AVISADO

Schehrazada continuó:

—«Se cuenta que vivía en El Cairo un cadí, que había cometido tantas

prevaricaciones y fallado tantos juicios comprados, que fue destituido de sus funciones, viéndose obligado a vivir de sus expedientes para no morir de hambre. Así, pues, un día púsose a pensar, sin encontrarlo, en el medio para conseguir algún dinero, ya que, anteriormente, había agotado todos los recursos de su ingenio y todas las posibilidades de subsistir; viéndose reducido a tales extremos, llamó al único esclavo que le quedaba, y le dijo: “Hoy estoy muy enfermo, y no puedo salir de casa; así es que será preciso que vayas a buscar algo para comer, y, si puedes, envíame a alguien que necesite asesoramiento jurídico, que yo sabré hacerme pagar mis consejos”. El esclavo, que ofrecía tan lamentable aspecto como su amo, y que también sabía de expedientes y truhanerías, y que estaba tan interesado como el cadí en el éxito de tal proyecto, salió, diciéndose: “Voy a importunar, una tras otra, a cuantas personas vea; trataré de disputar con ellas, y como no todo el mundo sabe que mi dueño ha sido destituido, las traeré ante él, bajo pretexto de arreglar nuestras diferencias, y así veré sus bolsas en las manos de mi señor”. Discurriendo así, vio a un transeúnte que iba delante de él, con tranquilo andar, y con el báculo colgando de la nuca y muy agarrado con las dos manos. Acercóse al pobre hombre, y poniéndole una rápida zancadilla, le hizo rodar por el suelo; el desventurado, vestido con ropa raída y calzado con zapatos viejos y rotos, se levantó furioso con intención de castigar a su agresor, pero reconociendo al esclavo del cadí, no quiso disputar con él, y, muy avergonzado, dijo: “¡Que Alá confunda al maligno!”, y se escabulló rápidamente. Viendo que su primer intento no había dado resultado, el esclavo continuó su camino, diciendo para su colete: “Este medio no es bueno; vamos a buscar otro, ya que todo el mundo conoce a mi amo y también a mí”. Y en esto, vio a un servidor que llevaba sobre la cabeza una fuente con un soberbio ganso trufado guarnecido de tomates, calabacines y berenjenas, todo ello preparado con gran esmero. Lo siguió, y observó que entraba en el horno público, y, tras entregar el ganso al dueño del horno, este le dijo: “Trataré de que esté antes de una hora”. Entonces el esclavo del cadí se dijo: “¡Este asunto me interesa!”. Y al cabo de un rato entró en el horno, y dijo: “¡Saludos para ti, Mustafá!”. El dueño del horno, reconociendo al esclavo del cadí, al que no veía desde hacía mucho tiempo, por no haberle llevado nada para asar, contestó: “¡Y para ti, oh hermano Mubarak! ¿Cómo te va? Hace mucho tiempo que mi horno no asa plato alguno para nuestro amo el cadí. ¿Qué es lo que yo puedo hacer en tu obsequio? ¿Qué es lo que me traes?”. Y el esclavo respondió: “Vengo por aquello que ya debes haber preparado, el ganso relleno, que supongo en el fuego”. “¡Pero ese ganso, oh hermano mío, no es para ti!”, replicó el hornero. “¡No digas eso, oh jeque! —dijo Mubarak—. ¿Cómo te atreves a decir que ese ganso no es para mí? Yo soy quien lo ha visto salir del huevo, yo lo he criado, yo lo he matado, relleno y preparado para el horno”. El dueño contestó: “¡Por Alá que te creo!, pero ¿qué diré cuando vuelva el que me lo trajo?”. El esclavo respondió: “No creo que vuelva; pero en todo caso, puedes decirle, a modo de broma, ya que es un hombre muy jocosos y le gusta reír: ‘¡Hermano mío, en el momento de

dejar el ganso en el horno, lanzó un estridente graznido, y echó a volar!”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló:



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS OCHENTA Y OCHO

Dijo Schehrazada:

—«Y concluyó: “¡Dame pronto el ganso, que ya debe estar suficientemente asado!”. El hornero, riendo por lo que acababa de oír, sacó el plato del horno, y, con entera confianza, lo entregó al esclavo del cadí, que se apresuró a llevárselo a su amo, y entre los dos dieron buena cuenta del ganso, chupándose después los dedos. Mientras esto sucedía en casa del cadí, el que había llevado el ganso volvió al horno, y preguntó: “¡Oh dueño! ¿Estará pronto el asado?”. Y el hornero respondió: “¡En el momento en que lo metí en el horno, lanzó un estridente graznido, y echó a volar!”. El hombre, que en realidad distaba mucho de ser un jocoso compañero, persuadido de que el otro quería burlarse de él, se enfureció, y chilló: “¿Cómo te atreves a reírte de mí en mis barbas?”. De las palabras pasaron a las injurias, y de estas a los golpes, por lo que la gente, oyéndoles gritar, no tardó en aglomerarse a su alrededor, e invadiendo el horno, decíanse unos a otros: “El hornero Mustafá se pega con un hombre a causa de la resurrección de un ganso”. La mayor parte tomó la defensa del dueño del horno, cuya buena fe y honradez eran conocidas desde largo tiempo, en tanto que otros se permitían abrigar dudas sobre tal resurrección. Entre la gente que se apretujaba en torno a los dos hombres que se pegaban se encontraba una mujer encinta, a la que la curiosidad había llevado allí desde el primer momento; mas fue para su desgracia, ya que en el momento en que el hornero retrocedía, por temor a los golpes de su adversario, recibió en pleno vientre el terrible golpe que iba dirigido a alguien que no era ella; cayó de espaldas, exhalando un grito desgarrador, y allí mismo abortó al instante. El esposo de la mujer en cuestión, que se encontraba en una frutería cercana, fue avisado prestamente, y, cogiendo un gran garrote, gritó: “¡Voy a matar al hornero, a su padre y a su abuelo!”. El hornero, que después de su primer combate cayó extenuado, viendo ir hacia él a aquel hombre furioso y armado con un enorme garrote, puso pies en polvorosa, y se refugió en el corral, y viendo que hasta allí era perseguido, escaló el muro y saltó a una terraza vecina, desde la que se dejó caer a tierra; mas quiso el destino que precisamente fuese a caer sobre un mogrebino que dormía al pie de la casa, arrebujado entre sus ropas. El hornero, que cayó desde lo alto, y, además, era muy pesado, lo aplastó por completo, y, al poco tiempo, expiró. Todos sus allegados y los demás mogrebinos del mercado acudieron allí, y, arremetiendo contra el hornero, se dispusieron a llevarlo, arrastrando, ante el cadí;

por su parte, el dueño del ganso, al ver que el hornero era detenido, se apresuró a unirse a los mogrebinos y, en medio de grandes gritos y vociferaciones, todo aquel gentío se encaminó al estrado de la justicia. En aquel mismo momento, el criado del cadí que se comió el ganso asomó la cabeza por allí, y, viendo cuanto sucedía, dijo a la vociferante multitud: “¡Seguidme, buenas gentes, que yo os enseñaré el camino!”; y los condujo a casa de su dueño. El cadí, con aire grave, comenzó haciendo pagar a todo el mundo doble tasa de la acostumbrada, y, después, volviéndose hacia el acusado, al que todos los dedos señalaban, le dijo: “¿Qué es lo que tienes que decir respecto a aquel ganso?”. El buen hombre, comprendiendo que en aquel caso le sería más beneficioso mantener su primera afirmación, a causa del esclavo del cadí, respondió: “¡Oh dueño nuestro, oh cadí! ¡Por Alá que el animal lanzó un estridente graznido y, elevándose de entre la guarnición de vegetales, echó a volar!”. El portador del ganso, al oír aquello, gritó: “¡Ah, hijo de perro! ¡Todavía te atreves a afirmar eso ante el señor cadí!”. El cadí, adoptando un aire indignado, dijo al portador: “¡Y tú, oh incrédulo e impío! ¿Cómo osas no creer que Alá, que resucitará a todas las criaturas en el día de la resurrección, haciendo venir sus huesos desde todas las partes de la tierra, no pueda devolver la vida a un ganso que tenía todos sus huesos y al que solo las plumas faltaban?”. Al oír estas palabras, el gentío gritó: “¡Gloria a Alá, que resucita a los muertos!”; y comenzó a injuriar al desventurado portador del ganso, quien, perdiendo toda su confianza en sí mismo, se marchó de allí. Después de aquello, el cadí se encaró con el marido de la mujer abortada, y le dijo: “Y tú, ¿qué tienes que decir contra este hombre?”. Una vez que hubo escuchado la respuesta, le contestó: “La causa está clara y no ofrece duda alguna, pues ¡es cierto que el hornero es el culpable del aborto! La ley del talión le es estrictamente aplicable”. Y volviéndose hacia el marido le dijo: “La ley te da la razón y yo el derecho de llevar a tu mujer a casa del culpable, a fin de que la deje encinta y que sea quien la tenga a sus expensas durante los seis primeros meses de la gestación, ya que el aborto ha tenido lugar en el sexto mes”. El marido, al escuchar aquella sentencia, gritó: “¡Por Alá, oh cadí! ¡Desisto de mi demanda, y que Alá perdone a mi adversario!”; y, seguidamente, se marchó. Entonces el cadí, dirigiéndose a los allegados del mogrebino muerto, dijo: “Y vosotros, ¡oh mogrebinos! ¿Cuál es el objeto de vuestra demanda contra este hombre, hornero de profesión?”. Los mogrebinos, con gestos enérgicos y en medio de un torrente de palabras, expusieron su demanda, y, mostrando el inanimado cuerpo de su pariente, reclamaron el precio de la sangre; después de oírlos, dijo el cadí: “¡Oh mogrebinos! El precio de la sangre se os debe, ya que las pruebas contra el hornero son abundantes, pero no me habéis dicho si queréis que este precio sea pagado en especie, es decir, sangre con sangre, o por medio de una indemnización”. Los mogrebinos, hijos de una raza feroz, respondieron a coro: “¡En sangre, señor cadí, en sangre!”. Él les dijo: “Entonces, así sea. Tomad a ese hornero, ponedle los vestidos de vuestro allegado y colocadle bajo el alminar de la gran mezquita del sultán Hassan; una vez que hayáis hecho esto, que

el hermano de la víctima suba al alminar y, desde el extremo más alto, se deje caer sobre el hornero, para, de esta manera, aplastarle, como él aplastó a su hermano”. Y añadió: “¿Dónde está el hermano de la víctima?”. De entre los mogrebinos se destacó uno de ellos, que gritó: “¡Por Alá, oh cadí, desisto de mi reclamación contra ese hombre, al que Alá perdone!”; y seguido de los demás mogrebinos, se marchó. El gentío, que había presenciado todos aquellos debates, se retiró maravillado de los conocimientos jurídicos del cadí y de su espíritu de equidad, competencia y sutileza. Y fue tanta la resonancia de esta historia, que llegó a oídos del sultán, y el cadí volvió a su gracia y fue repuesto en sus funciones, mientras que el que le había reemplazado se vio destituido, sin otro motivo que carecer de los recursos de ingenio del comedor de gansos». El pescador, aquel consumidor de hachís, viendo que el rey continuaba escuchándole con la misma deferente atención, se sintió muy halagado en su amor propio, y continuó, diciendo:

LA LECCIÓN DEL CONOCEDOR DE MUJERES

«Viene a mi memoria, ¡oh rey afortunado!, que había en El Cairo dos jóvenes, uno casado y soltero el otro, que estaban unidos por fuertes lazos de amistad. El que estaba casado se llamaba Ahmad y el otro Mahmud. Ahora bien, Ahmad, que tenía dos años más que Mahmud, se aprovechaba del ascendiente que le daba esta diferencia de edad para hacer de educador y maestro de su amigo, particularmente en lo que concierne al conocimiento de las mujeres. Continuamente le hablaba de esto, refiriendo mil anécdotas de su experiencia y diciendo siempre para terminar: “Ahora, ¡oh Mahmud!, puedes decir que has conocido a alguien que sabe a fondo cómo son estas maliciosas criaturas, y debes considerarte afortunado, porque teniéndome como amigo, podré prevenirte contra todas sus trapacerías”. Y Mahmud se maravillaba cada día más de la ciencia de su amigo, estando persuadido de que jamás mujer alguna, por astuta que fuese, sería capaz no ya de engañarle, sino de sorprenderle simplemente; y solía decirle con frecuencia: “¡Oh Ahmad, qué admirable eres!”. Y Ahmad se pavoneaba, adoptando un aire protector, y, dándole palmadas en la espalda, decía a su amigo: “¡Te enseñaré a ser como yo!”. Ahora bien, un día, como Ahmad le repitiera: “Te enseñaré a ser como yo”, el joven Mahmud le dijo: “Puesto que uno se instruye mejor con lo que ha ensayado que con lo que ha aprendido sin llegar a ensayarlo, ¡por Alá!, antes de enseñarme a burlar las malicias de la mujer, ¿no podrías, amigo mío, decirme lo que he de hacer para entrar en relación con alguna de ellas?”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS OCHENTA Y NUEVE

Ella dijo:

«Y Ahmad, con su tono de maestro de escuela, respondió: “¡Por Alá!, esa es la cosa más sencilla. Mañana vas a la fiesta de Muled El-Nabí, bajo las tiendas, y observas a las mujeres que allí abundan. Escoges una que vaya acompañada por un niño y que tenga bonita figura y bellos ojos que brillen bajo el velo, y, una vez hecha la elección, compras dátiles y garbancillos con azúcar y se los das al niño, procurando jugar con él y guardándote de levantar la vista hacia la madre; le acaricias, le abrazas y, cuando el niño esté encariñado contigo, solo entonces, solicitarás de la madre, pero sin mirarla, el favor de ir con el niño hasta su casa. Durante todo el camino procurarás espantar las moscas que rondan en torno a su cabeza y le hablarás en su lenguaje, refiriéndole mil naderías. La madre terminará por dirigirte la palabra, y, si lo hace, puedes estar seguro de que harás de gallo”. Después de expresarse así, se marchó. Mahmud, rebosando admiración por su amigo, pasó toda aquella noche repitiéndose la lección que acababa de oír. Al día siguiente, muy de mañana, se apresuró a ir a Muled, y allí, con una fidelidad que probaba lo mucho que confiaba en la experiencia de su amigo, puso en práctica los consejos de la víspera, y, con gran satisfacción, vio que los resultados sobrepasaron a sus esperanzas. Quiso la suerte que la mujer que acompañara hasta su casa, y cuyo niño llevaba él sobre sus espaldas, fuera precisamente la esposa misma de su amigo Ahmad; y, yendo con ella, estaba muy lejos de pensar que traicionaría a su amigo, pues, por un lado, no había estado jamás en su casa, y, por el otro, no podía adivinar, no habiéndola visto antes, ni cubierta ni descubierta, que esta mujer fuera la esposa de Ahmad. En cuanto a la joven mujer, sentía la satisfacción de hacer al fin la experiencia de la capacidad de adivinación de su marido, que también presumía ante ella de su ciencia sobre las mujeres y el conocimiento de sus arterías. Este primer encuentro del joven Mahmud con la esposa de Ahmad resultó muy agradable para ambos. El adolescente, hasta entonces virgen e inexperto, gustó en toda su plenitud del placer de verse aprisionado entre los brazos y piernas de una egipcia versada en el amor, y tan satisfechos quedaron el uno del otro que repitieron la maniobra muchas veces en los días siguientes. La mujer se regocijaba humillando de esta manera a su presuntuoso marido, sin que él lo supiera, y el esposo se extrañaba de no hallar a su amigo Mahmud a las horas y en los sitios en que solían verse, y se decía: “Ha debido de encontrar una mujer, aprovechándose de mis lecciones y consejos”. Al cabo de algún tiempo, un viernes, al entrar en la mezquita, vio a su amigo Mahmud en el patio, cerca de la fuente de las abluciones. Se acercó a él, y, después de los cumplimientos y saluciones, le preguntó con aire de suficiencia si había acertado en su búsqueda y si la mujer era bonita. Y Mahmud, completamente dichoso por poder confiarse a su amigo, exclamó: “¡Por Alá, ya lo creo que es bonita! ¡De manteca y leche! ¡Bien llenita y blanca! ¡De almizcle y jazmines, y qué inteligente! ¡Y lo que hace en la

cocina para regalarme en cada uno de nuestros encuentros! Pero el marido, ¡oh mi amigo Ahmad!, me parece que es un tonto sin remedio y un entrometido”. Y Ahmad se echó a reír, y dijo: “¡Por Alá, la mayoría de los maridos son así! ¡Vamos! Bien veo que has sabido aprovecharte de mis consejos. ¡Continúa así, Mahmud!”. Y entraron juntos en la mezquita para la oración, perdiéndose luego de vista. Ahora bien, era viernes, y, a la salida, no sabiendo cómo pasar el tiempo por estar las tiendas cerradas, Ahmad fue de visita a casa de un vecino que vivía en la casa inmediata a la suya, y se sentó con él tras una ventana del piso alto, que daba a la calle; y al poco rato, vio llegar a su amigo Mahmud en persona y entrar en su propia casa sin llamar siquiera, lo que probaba que dentro se estaba en connivencia con él y se esperaba su llegada. Ahmad, estupefacto por lo que acababa de ver, pensó lo primero en precipitarse directamente a su casa, sorprender al amigo con su mujer y castigar a ambos. Pero reflexionó y comprendió que al ruido de golpear la puerta, su esposa, que era muy astuta, se las compondría para esconder al amante o hacerle escapar por la terraza; y se decidió a entrar en su casa de manera que no llamara la atención. Había en el patio una cisterna que se comunicaba con la del vecino, en cuya compañía se encontraba en aquel momento, y Ahmad se dijo: “Iré por ahí a sorprenderlos”; y dirigiéndose a su vecino, explicó: “¡Por Alá, mi vecino!, ahora me acuerdo que esta mañana dejé caer mi bolsa en el pozo. Con tu permiso bajaré por el tuyo a buscarla, y luego entraré ya en mi casa subiendo por el lado cuya salida da al patio mío”. “No hay inconveniente —respondió el vecino—, y yo mismo iré a alumbrarte, ¡oh mi hermano!”. Pero Ahmad no quiso aceptar su ayuda, prefiriendo bajar en la oscuridad, pues una luz, saliendo del pozo, produciría alarma en su casa; y despidiéndose de su amigo, bajó a la cisterna. Las cosas fueron bastante bien durante el descenso; pero cuando fue preciso subir por el otro lado, la fatalidad se interpuso de una manera muy singular. En efecto, Ahmad, ayudándose con brazos y piernas, había trepado ya hasta la mitad, cuando la sirvienta negra vino a sacar agua del pozo, y, oyendo ruido en el interior del agujero, se inclinó sobre él para mirar, y vio una sombra negra que se movía en la penumbra. Muy lejos de reconocer a su amo, y presa de terror, dejó escapar de entre sus manos la cuerda del cubo, y huyó, gritando, como loca: “¡El malo, el maligno! ¡Sale del pozo, oh musulmanes! ¡Socorro!”. El cubo cayó, y fue a dar con todo su peso sobre la cabeza de Ahmad, que quedó sin conocimiento. Cuando la alarma producida por la negra cundió por la casa, la esposa de Ahmad se apresuró a hacer huir a su amante, y bajó al patio, se asomó al brocal, y preguntó: “¿Quién está en el pozo?”. Y entonces reconoció la voz de su marido, que, a pesar del accidente, aún halló fuerzas para proferir mil injurias espantosas contra los pozos, contra los propietarios de los pozos, contra aquellos que descienden a los pozos y contra los que sacan agua de los pozos. Y ella dijo: “¡Por Alá! ¿Qué es lo que haces en el fondo del pozo?”. Y él gritó: “¡Calla, oh maldita! Estoy aquí por la bolsa que se me cayó esta mañana; y, en lugar de hacerme preguntas, deberías ayudarme a salir de aquí dentro”. La joven, riéndose en su interior, pues había adivinado la

verdadera razón de la bajada al fondo del pozo, fue a pedir ayuda a los vecinos, los que, valiéndose de unas cuerdas, sacaron al infortunado Ahmad, que apenas podía moverse, tanto le había lastimado el golpe del cubo. Se hizo conducir a la cama sin decir nada, pues comprendió que sería prudente callar su resentimiento en tales circunstancias, sintiéndose humillado no solo en su dignidad, sino, sobre todo, en su experiencia sobre las mujeres y en el conocimiento de sus malicias, resolviendo que debería ser más circunspecto la próxima vez, y se puso a reflexionar sobre los medios que debería emplear para sorprender a su esposa. Y así cuando, al cabo de unos días, pudo levantarse, no tuvo otro cuidado que estar permanentemente al acecho del momento de su venganza. Y un día, cuando se encontraba oculto en una esquina de la calle, advirtió a su amigo Mahmud, que se deslizaba en su casa, cuya puerta, entornada, fue cerrada tan pronto como entró».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS NOVENTA

Schehrazada dijo:

—«Entonces Ahmad se precipitó hacia su casa, y comenzó a golpear la puerta con furia. Su mujer, sin vacilar, dijo a Mahmud: “¡Levántate y sígueme!”. Descendió con él, y, después de esconderle de manera que quedara detrás de la puerta al abrirse esta, franqueó la entrada a su esposo, diciéndole: “¡Por Alá! ¿Qué sucede para llamar de esa manera?”. Pero Ahmad, asiéndola por una muñeca, y arrastrándola vivamente hacia el interior, vociferando, corrió al piso superior para atrapar a Mahmud, quien, durante este tiempo, había abierto tranquilamente la puerta, detrás de la cual se hallaba oculto, y se había marchado. Ahmad, viendo que su búsqueda era inútil, creyó morir de rabia, y decidió repudiar a su mujer sobre la marcha; pero reflexionó después, y encontró que era mejor tener aún paciencia durante algún tiempo, y guardó su resentimiento en silencio. Ahora bien, no tardó en presentarse por si misma la ocasión que buscaba, algunos días después de este incidente. En efecto, el tío de Ahmad, padre de su esposa, daba un festín con ocasión de la circuncisión de un hijo que, ya en su vejez, acababa de tener. Ahmad y su esposa estaban invitados a pasar con él, en su casa, el día y la noche, y entonces pensó Ahmad en poner en ejecución el proyecto que había formado. Fue a buscar a Mahmud, que continuaba siendo el único en ignorar que engañaba a su amigo, y, encontrándole, le invitó a acompañarle para tomar parte en el festín del tío. Ya allí, todos se sentaron ante los platos llenos de manjares en medio del patio iluminado, cubierto de tapices y adornado con banderolas. Las mujeres, sin ser vistas, podían ver y oír todo cuanto pasaba en el

patio, desde las ventanas del harén. Durante la comida, Ahmad llevó la conversación hacia las anécdotas licenciosas, a las que era particularmente aficionado el padre de su esposa, y cuando cada uno contó lo que sabía de estas cosas más o menos chispeantes, Ahmad, mostrando a su amigo Mahmud, dijo: “¡Por Alá! Nuestro hermano Mahmud, aquí presente, me ha contado en otra ocasión una anécdota verdadera de la que él mismo es el héroe, y que es más regocijante que todas las que acabamos de oír”. Y el tío exclamó: “¡Cuéntanosla, oh Mahmud!”. Todos los circunstantes apoyaron: “¡Sí, por Alá, cuéntanosla!”. Y Ahmad dijo: “¡Sí, tú sabes bien la historia de la joven llena y blanca como la manteca!”. Y Mahmud, lisonjeado por ser objeto de tantas solicitudes, comenzó a referir su primera entrevista con la joven acompañada de su hijito en el Muled, bajo las tiendas; y se entretuvo en dar detalles tan precisos sobre la joven y su morada, que el tío de Ahmad no tardó en percatarse de que se trataba de su propia hija, y Ahmad se regocijaba interiormente, persuadido de que al fin iba a tener las pruebas, ante testigos, de la infidelidad de su esposa; y podría repudiarla, frustrando sus derechos a la dote matrimonial. El tío, con las cejas fruncidas, estaba a punto de levantarse para hacer quién sabe qué, cuando se oyó un grito estridente y de dolor, como el de un niño que ha sido pellizcado, y Mahmud, traído de repente a la realidad por este grito, tuvo presencia de ánimo para torcer el hilo de la historia, cambiando su final, que terminó así: “Ahora bien, yo, como llevaba al niño sobre mi espalda, cuando llegamos al patio quise subir al harén con él, pero ¡alejado sea el maligno!, había dado, para mi desdicha, con una mujer honesta, que comprendió mis intenciones, me arrancó al niño de entre mis brazos y me dio un puñetazo en la cara, del que aún llevo la marca, echándome, y amenazándome con llamar a los vecinos. ¡Que Alá la maldiga!”. El tío, padre de la joven, al oír este final de la historia, se echó a reír a carcajadas, así como todos los circunstantes. Solo Ahmad no tenía ganas de reír, preguntándose, sin poder comprender el motivo, por qué Mahmud había cambiado el final de la historia. Terminada la comida se acercó a su amigo, y le preguntó: “¡Por Alá! ¿Puedes decirme por qué no has contado tu historia como realmente sucedió?”. Y Mahmud respondió: “¡Escucha! He descubierto por el grito del niño, que todos han oído, que él y su madre, que son los de mi historia, estaban en el harén, y, en consecuencia, el marido debía de hallarse entre los invitados. Me he apresurado a dejar en buen lugar a la mujer, para no vernos envueltos los dos en una desagradable aventura. Pero ¡oh hermano mío!, ¿no es verdad que mi historia, arreglada de esta manera, ha divertido mucho a tu tío?”. Pero Ahmad, que se había puesto amarillo, se separó de su amigo sin responder a su pregunta. Al día siguiente repudió a su mujer, y partió para la Meca, deseando purificarse con los peregrinos. Y de esta manera Mahmud, pasado el plazo legal, pudo casarse con su amada y vivir dichoso con ella, pues no tenía pretensiones de conocer a las mujeres ni saber el arte de burlar sus astucias y prevenir sus picardías. ¡Pero solo Alá es sabio!». Y después de contar esta historia; el pescador tomador de hachís, convertido en chambelán, se calló. El sultán, entusiasmado en

extremo, exclamó: «¡Oh mi chambelán, oh lengua de miel! ¡Te nombro mi gran visir!». Y como precisamente en aquel momento entraron dos litigantes en la sala de audiencias pidiendo justicia al sultán, el pescador llegado a gran visir, fue encargado, en sesión abierta, de escuchar sus quejas, arreglar sus diferencias y pronunciar fallo en el juicio. Y el nuevo gran visir, investido de la autoridad e insignias de su cargo, dijo a los litigantes: «Aproximaos y exponed el motivo que os mueve a venir ante nuestro amo el sultán».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS NOVENTA Y UNA

EL JUICIO DEL CONSUMIDOR DE HACHÍS

Dijo Schehrazada:

—Y he aquí su historia: «¡Oh rey afortunado! —continuó diciendo el campesino que había llevado los cohombros—, cuando el nuevo visir hubo ordenado a los litigantes que expusieran sus deseos, el primero de ellos dijo: “¡Oh mi señor! ¡Yo tengo una reclamación que presentar contra este hombre!”. El visir le preguntó: “¿Y cuál es tu demanda?”. Y él contestó: “¡Oh mi señor! Vengo a exponer en vuestra presencia que yo tengo una vaca y un ternero, hijo de ella. Esta mañana iba con ellos a mi campo de alfalfa para que pudiesen pacer; la vaca marchaba delante y el ternero la seguía, dando brincos, cuando he aquí que llegó hasta nosotros este hombre, montado sobre una yegua, seguida de una potranca contrahecha y jorobada, un aborto. Mi ternerito, viendo a la potranca, corrió a trabar conocimiento con ella, comenzando a saltar a su alrededor y a acariciarle su vientre con el morro, resoplando y jugando con ella de mil maneras; tan pronto se alejaba y volvía presuroso retozando, como lanzaba al aire con sus pequeñas pezuñas los guijarros del camino. ¡Oh mi señor! Este hombre que está aquí; este bruto, propietario de la yegua, descendiendo de su montura, se aproximó a mi bullicioso ternero, y, pasándole una cuerda alrededor del cuello, me dijo: ‘Me lo llevo conmigo, pues no quiero que se lastime jugando con esa miserable potranca, cría de tu vaca y descendiente suya’. Y volviéndose a mi ternero, dijo: ‘¡Ven, hijo de mi yegua!’. A pesar de mis protestas, se llevó mi ternero y me dejó la miserable potranca, que está con su madre ahí abajo, amenazándome con matarme si intentaba recuperar lo que es de mi propiedad ante Alá, que nos está viendo, y ante los hombres”. Entonces, el nuevo gran visir, que no era otro que el pescador aficionado al hachís, se volvió al otro litigante, y le dijo: “Y tú, ¿qué tienes que decir contra lo que acabas de oír?”. Y el hombre respondió: “¡Oh mi señor! En verdad que es bien notorio que el ternero es fruto de mi yegua y que la

potranca es descendiente y ha sido criada por la vaca de este hombre”. Y al oír esto, el visir dijo: “Entonces, ¿es cierto que las vacas pueden tener potrancas y los caballos engendrar terneros? ¡Esa es una cosa que hasta hoy no podía ser admitida por hombre alguno que estuviese dotado de sentido común!”. Aquel hombre respondió: “¡Oh mi señor!, ¿no sabes que para Alá no hay nada imposible, ya que él creó lo que quiso, y a las criaturas no les resta más que el doblegarse a alabarle y glorificarle?”. El visir respondió: “¡Ciertamente dices la verdad, buen hombre, ya que no hay nada imposible para el poder del altísimo, que puede hacer que los terneros desciendan de las yeguas y las potrancas de las vacas!”. Y a continuación, añadió: “Mas antes de acceder a tu demanda y dejarte el ternero hijo de la yegua, quiero que seáis testigos de otro hecho que es una muestra de la omnipotencia del altísimo”. El visir ordenó que fuesen llevados un ratón y un gran saco de trigo, y, una vez que los tuvo en su presencia, dijo a los dos litigantes: “Mirad con atención lo que va a pasar, pero no digáis una palabra”. Después se volvió hacia el segundo litigante, y le dijo: “Tú, el dueño del ternero hijo de la yegua, toma este saco y cárgalo a la espalda de este ratón”. El hombre gritó: “¡Oh mi señor! ¿Cómo podría cargar este gran saco de trigo sobre este ratón sin aplastarlo?”. Y el visir concluyó: “¡Hombre de poca fe! ¿Cómo te atreves a dudar de la omnipotencia del altísimo, que ha hecho nacer el ternero de la yegua?”. Y ordenó a los guardianes que prendiesen a aquel hombre y que, por su ignorancia e impiedad, fuese apaleado; además, devolvió el ternero al demandante, e igualmente, le dio la potranca. Tal es, ¡oh rey de los tiempos! —continuó el campesino que había llevado la cesta de los frutos—, la historia completa del consumidor de hachís que llegó a gran visir. Este suceso prueba cuán grande era su sabiduría para deducir la verdad por reducción al absurdo, y cuánta razón tuvo el sultán al nombrarle gran visir y tenerle por comensal, colmándole de honores y prerrogativas. ¡Pero Alá es más generoso y más sabio, magnánimo y bienhechor!». Una vez que el sultán hubo escuchado de boca del frutero aquella serie de anécdotas, se puso en pie, y, jubiloso en extremo, gritó: “¡Oh jeque de los hombres agradables, de lengua de miel y azúcar! ¿Qué mejor recompensa a tus merecimientos que ser mi gran visir, tú que sabes pensar con exactitud, hablar con cordura y narrar con amenidad, delicia y perfección?”. Al momento le nombró gran visir y le hizo su comensal intimo, y no se separaron más que a la llegada de la separadora de los amigos y destructora de la sociedad. He aquí —continuó diciendo Schehrazada al rey Schahriar—, ¡oh rey afortunado!, cuanto sé acerca de *El diván de los chistes fáciles y de la alegre sabiduría*.

Su hermana, Doniazada, dijo:

—¡Hermana mía, tus palabras son dulces, agradables, alegres y deliciosas en su lozanía!

Schehrazada replicó:

—Esta historia puede ser comparada con la que os contaré mañana, si vivo y el rey me lo permite, que se refiere a la bella princesa Nurenahar.

El rey Schahriar dijo:

—Ciertamente que te lo permitiré, pues deseo vivamente oír esa historia que no conozco.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS NOVENTA Y DOS

La pequeña Doniazada dijo a su hermana:

—¡Hermana mía, por favor, apresúrate a comenzar la historia prometida, si nuestro dueño, este rey dotado de tan buenas prendas, te lo permite!

Schehrazada dijo:

—¡Con todo mi corazón, y como homenaje debido a este rey sublime!

Entonces ella comenzó:

HISTORIA DE LA PRINCESA NURENAHAR Y LA BELLA EFRITA

—Me es dado recordar, ¡oh rey afortunado!, que en la antigüedad de los tiempos y en el pasado de las edades, había un rey poderoso y valiente, al que Alá el generoso había dado tres hijos como tres lunas, que se llamaban: el mayor, Alí, el segundo Hassan, y el más pequeño, Hossein. Los tres príncipes habían sido educados en el palacio de su padre, junto a la princesa Nurenahar, huérfana de padre y madre, y que no tenía paralelo en belleza, ánimo, encantos y perfecciones entre las hijas de los hombres, pues sus ojos se parecían a los de una gacela asustada, su boca a los pétalos de las rosas, sus mejillas a los narcisos y anémonas y su talle a las flexibles ramas de los árboles. Había crecido, junto a los tres jóvenes príncipes, alegre y feliz, jugando, comiendo y durmiendo con ellos. El sultán, tío de Nurenahar, tenía decidido en su ánimo que cuando alcanzara la edad conveniente la daría en matrimonio a algún hijo de los reyes sus vecinos; pero cuando la princesa llegó a tomar el velo de la pubertad no tardó en advertir que los tres príncipes, sus primos, la amaban apasionadamente, deseando en sus corazones, los tres por igual, conquistarla y poseerla. Este descubrimiento contrarió mucho al sultán, que, extremadamente perplejo, se dijo: «Si doy la princesa Nurenahar a alguno de sus primos, prefiriendo a uno de ellos, los dos que no sean favorecidos murmurarán contra mi decisión, y, por otra parte, mi corazón no podrá soportar el verlos tristes y apesadumbrados. Ahora bien, si la caso con algún príncipe extranjero, los tres se verán defraudados y, en su pena y angustia, su espíritu se sentirá sombrío y dolorido, y así las cosas, ¿quién sabe si ellos no morirán de desesperación o, para desventura nuestra, no marcharán a algún lejano país a

guerrear? En verdad que el asunto, lejos de ser fácil de resolver, está lleno de peligros». Y el sultán se puso a reflexionar con la frente apoyada en ambas manos, hasta que, al cabo de un rato, levantando la cabeza, exclamó: «¡Por Alá que este asunto está solucionado!». Y llamando a los tres príncipes, Alí, Hassan y Hossein, les dijo: «Hijos míos; ante mí tenéis exactamente los mismos méritos, y no puedo decidirme a preferir a uno de entre vosotros, en detrimento de sus hermanos, acordando su matrimonio con la princesa Nurenahar, y tampoco puedo casaros a los tres a la vez. Creo que he encontrado el medio de solucionar este asunto sin herir a ninguno y manteniendo entre vosotros la concordia y el afecto. Así, pues, escuchadme con atención y cumplid cuanto vais a oír. He aquí el plan que he decidido poner en práctica: cada uno de vosotros irá a un país diferente y me traerá la rareza que él juzgue más singular y extraordinaria. Yo daré la princesa, hija de vuestro tío, a aquel que vuelva con la más asombrosa maravilla. Por tanto, si consentís en llevar a cabo este plan que os propongo, estoy dispuesto a daros todo el oro que sea necesario para realizar vuestro viaje y comprar el objeto de vuestra elección».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS NOVENTA Y TRES

Schehrazada dijo:

—Los tres príncipes, que siempre habían sido respetuosos y sumisos para con su padre, accedieron, de común acuerdo, a realizar este proyecto, pues cada uno de ellos esperaba ser el que trajera la rareza más maravillosa, llegando así a ser el esposo de la princesa Nurenahar. El sultán, viéndolos en esta disposición de ánimo, los llevó hasta el tesoro, y les dio todo el oro que quisieron, y, después de recomendarles que no prolongaran demasiado su estancia en los lejanos países a los que pensaban ir, los abrazó, derramó sus bendiciones sobre ellos y les dijo adiós. Disfrazados de mercaderes viajeros y seguido cada uno de ellos de un solo esclavo, abandonaron su país en la paz de Alá, montados en caballos de la más pura raza. Comenzaron juntos el viaje hasta que llegaron a un aduar, situado en una encrucijada, donde el camino se dividía en tres. Allí, después de regalarse con la comida que prepararon los esclavos, convinieron en que su ausencia duraría un año, ni un día más ni uno menos, y en aquel mismo lugar se separaron, con la condición de que el primero que llegara esperaría a los otros para ir luego todos juntos a presentarse ante el sultán, su padre. Terminada su comida se lavaron las manos, y, después de abrazarse y desearse recíprocamente un feliz viaje, montaron a caballo y cada uno tomó un rumbo distinto.

El príncipe Alí, que era el mayor de los tres hermanos, después de un viaje de tres meses de duración a través de llanuras y montañas, de praderas y desiertos, llegó a un país de la India, el reino de Bischangar. Se fue a vivir al barrio de los mercaderes, tomando para él y su esclavo el más espacioso y arreglado de los aposentos. Una vez que hubo descansado de las fatigas del viaje, salió para conocer la ciudad, que tenía tres órdenes de murallas y estaba cruzada en todas direcciones por amplias y animadas calles. Sin tardanza se dirigió al mercado, que encontró admirable, formado por muchas y espaciosas calles que conducían a una plaza central que tenía un hermoso estanque de mármol en el centro. Todas estas calles tenían su cubierta abovedada y eran frescas y aireadas debido a las aberturas practicadas en lo alto de las bóvedas. Cada una de ellas estaba ocupada por mercaderes de la misma clase, según sus diferentes oficios. En una no se veían más que brocados de Persia, sedas de China y telas finas de la India, adornadas de vivos colores y finos dibujos, representando animales, bosques, paisajes, jardines y flores, en tanto que en otra calle se veían bellas y brillantes porcelanas, vasos de hermosa forma y vasijas de todos los tamaños; en otra calle de al lado había grandes chales de Cachemira, que, una vez doblados, podían esconderse en la palma de la mano, tan fino y delicado era su tejido; tapices para la oración y otros usos en todos los tamaños; más hacia la izquierda, cerrada en sus extremos por puertas de acero, la calle de los joyeros y orfebres, rutilante de pedrerías, diamantes y de trabajos en oro y en plata, en prodigiosa profusión. Paseándose a través de estos deslumbrantes mercados, el joven notó, con sorpresa, que entre toda aquella multitud de hindúes que se veía a la entrada de las tiendas, hasta las mismas mujeres del pueblo llevaban collares, brazaletes y adornos en las piernas, en las manos, en las orejas y hasta en la misma nariz; la tez de las mujeres, de elevado rango, era blanca, y llevaban preciosas y espléndidas joyas, bien que la negra tez de las otras tenía la ventaja de hacer resaltar más el brillo de las joyas y la blancura de las perlas. Sin embargo, lo que más sedujo al príncipe Alí fue el gran número de muchachos que vendían rosas y jazmines, el atractivo con que ofrecían su mercancía y la rapidez con que atravesaban la multitud siempre compacta de las calles. Admiró la singular predilección de los indios por las flores, que a tal extremo llegaba, que no solamente las llevaban en los cabellos o en la mano, sino también en las orejas y en la nariz; y todas las tiendas estaban adornadas con vasos repletos de rosas y jazmines; tan perfumado estaba el mercado que parecía estar suspendido sobre un jardín. Una vez que el príncipe Alí se hubo regocijado de esta manera, viendo todas aquellas cosas, quiso descansar un poco y aceptando la invitación de un mercader que, sentado a la puerta de su tienda, le invitó sonriente a sentarse, entró en ella a descansar. El mercader le cedió el sitio de honor y le ofreció refrescos sin hacerle preguntas ociosas o indiscretas, y tan educado estaba y dotado de tan buenos modales, que no le instó a comprar nada. El príncipe Alí agradeció todo en grado sumo, y se dijo: «¡Cuán encantador país y cuán deliciosos sus habitantes!». Tan seducido estaba por la cortesía y compostura del mercader, que pensó en comprarle

todo lo que tenía en la tienda; mas reflexionando en que no sabría qué hacer con todas aquellas mercancías, por el momento se contentó con estrechar más su amistad con el mercader. En tanto que se informaba sobre las costumbres y usos de los indios, vio pasar ante la tienda a un vociferante vendedor que llevaba un pequeño tapiz de seis pies cuadrados y que, moviendo la cabeza a ambos lados, gritaba: «¡Oh gentes del mercado! ¡Oh compradores! ¡El tapiz de la oración, a treinta mil dinares de oro! ¡No perderá quién lo compre!». Al oír aquellos gritos, el príncipe Alí se dijo: «¡Qué prodigioso país! ¡He aquí una cosa de la que jamás había oído hablar! ¡Un tapiz para la oración, de treinta mil dinares de oro! ¡Puede ser que ese vendedor quiera bromear!». Viendo que repetía su pregón le hizo señas para que se aproximara, y le pidió que le enseñase el tapiz para verlo más de cerca. El vendedor, sin decir palabra, extendió el tapiz y el príncipe Alí lo examinó detenidamente, terminando por decir: «¡Por Alá! ¡No veo por qué este tapiz para la oración pueda valer el exorbitante precio que tú pregonas!». El vendedor sonrió, y dijo: «¡Oh dueño mío! ¡No te extrañes de este precio, ya que no es excesivo en comparación con su valor real! ¡Mayor será tu extrañeza cuando te haya dicho que tengo la orden de hacer subir su precio hasta cuarenta mil dinares de oro y de no entregar el tapiz más que a quien me pague esta suma al contado!». El príncipe Alí exclamó: «¡Por Alá! ¡Para que este tapiz valga tal precio, ciertamente qué es preciso que tenga alguna virtud que yo ignoro!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS NOVENTA Y CUATRO

Dijo Schehrazada:

—El vociferante vendedor replicó: «¡Tú lo has dicho, señor! ¡Sabe, en efecto, que este tapiz está dotado de una invisible propiedad que hace que el que se sienta sobre él, al momento sea transportado donde desee ir en un abrir y cerrar de ojos! ¡Ningún obstáculo es capaz de detener su marcha, ya que ante él la tempestad se aleja, la borrasca huye, las montañas y murallas se entreabren y las cadenas más sólidas se convierten en algo inútil y vano! Tal es, ¡oh mi señor!, la invisible utilidad de este tapiz de oración». Habiendo hablado así, el vendedor, sin añadir una sola palabra más, comenzó a plegar el tapiz como para marcharse; entonces, el príncipe Alí, muy jubiloso, gritó: «¡Oh bendito vendedor! ¡Verdaderamente, si este tapiz es tan maravilloso como tus palabras dan a entender, estoy decidido a pagarte, además de los cuarenta mil dinares de oro que pides, mil más de regalo para ti, como comisión!

Para ello, solo es preciso que vea tal prodigio». El vendedor, sin inmutarse, respondió: «¡Oh mi dueño! ¿Dónde están los cuarenta mil dinares de oro y dónde los otros mil que tu generosidad me ha prometido?». El príncipe Alí contestó: «¡Están muy cerca de aquí, donde estoy alojado junto con mi esclavo! ¡Una vez que haya visto lo que te pido iré contigo a contarlos!». Y el vendedor respondió: «Con todo mi corazón accedo a ello, pero llegaremos más rápidamente sobre este tapiz que sobre nuestros pies». Y volviéndose al dueño de la tienda, le dijo: «Con tu permiso». Y extendiendo el tapiz sobre el suelo de la tienda, pidió al príncipe Alí que se sentara sobre él, y, una vez que lo hizo, dijo: «¡Oh mi señor! ¡Formula en tu ánimo el deseo de ser rápidamente transportado hasta tu alojamiento!». El príncipe así lo deseó, y antes de haber tenido tiempo de despedirse del mercader dueño de la tienda, que tan amablemente le había recibido, se vio llevado a su alojamiento, sin malestar o daño alguno, sin poderse dar cuenta de si había ido por el aire o atravesando la tierra. El vendedor se encontraba a su lado, sonriente y satisfecho, y su esclavo, acurrucado en un rincón, presto a cumplir sus órdenes. Al cerciorarse de la maravillosa virtud del tapiz, el príncipe dijo a su esclavo: «¡Entrega al instante a este buen hombre cuarenta bolsas de mil dinares, y en su otra mano ponle una con mil dinares!». El esclavo ejecutó la orden, y el vendedor, mirando al príncipe, dijo: «¡Buena compra, oh mi dueño!»; y desapareció. El príncipe Alí, que de tal suerte había adquirido el encantado tapiz, se sintió en el colmo de la alegría y satisfacción al pensar que había encontrado una tan extraordinaria maravilla a su llegada a aquella ciudad y reino de Bischangar; por todo ello exclamó: «¡Alabanzas a Alá! He aquí que, sin contratiempo, alcanzo el objeto de mi viaje, ya que no hay duda de que superaré a mis hermanos, por lo que llegaré a ser el esposo de la hija de mi tío, la princesa Nurenahar. Además, ¡cuál no será la alegría de mi padre y el asombro de mis hermanos cuando les haya hecho ver lo que de extraordinario tiene este tapiz! ¡Es imposible que mis hermanos, por muy favorable que les sea su destino, consigan encontrar un objeto que se pueda comparar con este! Mas ¿por qué partir en seguida para mi país, ahora que las distancias no cuentan para mí?». Haciéndose estas reflexiones, se acordó del plazo de un año que había concertado con sus hermanos, y comprendió que si partía al instante tendría que esperar demasiado tiempo en el aduar de los tres caminos, lugar de reunión; entonces se dijo: «Prefiero pasar el tiempo aquí que no en el aduar de la cita, pues así me distraeré en este admirable país y, al mismo tiempo, me instruiré acerca de aquello que no conozco». A la mañana siguiente reanudó sus visitas a los mercados y sus paseos a través de la ciudad de Bischangar. De este modo pudo admirar las características verdaderamente singulares de este país de la India, pues, entre otras notables cosas, vio un templo de ídolos con una cúpula que descansaba sobre una terraza y que tenía cincuenta codos de altura, adornada con tres hileras de pinturas de delicado gusto y de muy vivos colores; todo el templo estaba adornado con bajo relieves de exquisito trabajo y con dibujos entrelazados. El templo estaba situado en medio de un vasto jardín plantado de rosas y otras bellas

flores, agradables de ver; mas lo que constituía el principal atractivo de aquel templo de ídolos —que ellos sean confundidos y sepultados— era una estatua de oro macizo, tan alta como un hombre, cuyos ojos eran dos rubíes que se movían, y colocados con tanto arte, que parecían ojos vivientes que vieses cuanto ante ellos sucedía. Los sacerdotes de los ídolos celebraban en el templo, por la mañana y por la tarde, la ceremonias de su culto infiel, a las que seguían juegos, conciertos de música, saltos de titiriteros, danzas de bailarinas y festines. Aquellos sacerdotes no vivían más que de las ofrendas que continuamente aportaba la multitud de peregrinos que llegaba de los más lejanos países. Durante su estancia en Bischangar, el príncipe Alí fue espectador de una fiesta que todos los años se celebraba en aquel país, a la que asistían los valíes de todas las provincias, los jefes del ejército, los brahmanes servidores de los ídolos y una innumerable multitud, que se reunía en una inmensa explanada dominada por un edificio de prodigiosa altura, sostenido por ochenta columnas y decorado con pinturas de paisajes, animales, pájaros e insectos, y en el que habitaban el rey y su corte. Al lado de este gran edificio había tres o cuatro gradas de considerable longitud, donde se sentaba el pueblo, y que tenían la singularidad de poseer una extraordinaria movilidad, que permitía cambiar su aspecto y transformar la decoración. El espectáculo comenzó con la actuación de los comediantes, ingeniosos en extremo, con los juegos de los prestidigitadores y las danzas de los faquires. A continuación se vio avanzar, en orden de batalla, alineados a poca distancia unos de otros, a mil elefantes suntuosamente enjaezados y cada uno cargado con una torre cuadrada, de madera dorada, con titiriteros y música. Las trompas y orejas de dichos elefantes estaban pintadas con bermellón y cinabrio, sus colmillos eran dorados y, sobre sus cuerpos, dibujadas en vivos colores, había miles de figuras de brazos y piernas en posturas grotescas. Cuando aquella formidable tropa llegó ante los espectadores, dos elefantes que no llevaban torre sobre sus lomos y que eran los mayores, salieron de entre las filas y avanzaron hasta el medio del círculo formado por las gradas; al son de los instrumentos, uno de ellos comenzó a danzar, levantándose, ora sobre sus dos patas traseras, ora sobre las delanteras, saltando a continuación sobre un poste clavado en el suelo, y allí, en tan estrecho espacio, posó sus cuatro patas y comenzó a batir el aire con su trompa, a mover sus orejas y agitar la cabeza en todas direcciones al ritmo de los instrumentos de música, mientras que el segundo elefante se columpiaba sobre un larguero apoyado en un soporte, sirviéndole de contrapeso una piedra de enorme tamaño colocada en el extremo opuesto, subiendo y bajando al mismo tiempo que con la cabeza marcaba el ritmo de la música. El príncipe Alí se maravilló de todo aquello, interesándose por las costumbres de aquellos indios, tan diferentes de las de las gentes de su país. Prolongó aún su estancia allí por algún tiempo, paseando, viviendo y visitando a los mercaderes y notables del reino; pero como continuamente se acordaba y se sentía atormentado por su amor hacia su prima Nurenahar, y aunque no hubiese pasado el año fijado como plazo, no pudiendo permanecer alejado por más tiempo de su país,

resolvió abandonar la India e ir más cerca del objeto de sus pensamientos, persuadido de que sería más feliz no estando separado de su amada por tan enorme distancia. Después que su esclavo hubo pagado el precio de su alojamiento, cogió el tapiz encantado y, reconcentrándose en sí mismo, deseó ardientemente ser transportado al aduar de los tres caminos; al abrir los ojos, que había cerrado un instante para concentrar su pensamiento, vio que había llegado al lugar deseado. Se levantó del tapiz y entró en el aduar, vestido de mercader y dispuesto a esperar tranquilamente el regreso de sus hermanos. En cuanto al príncipe Hassan, el segundo de los tres hermanos, he aquí lo que le sucedió: después de separarse de sus hermanos encontró una caravana que se dirigía a Persia; se agregó a ella, y después de largo viaje a través de llanuras y montañas, desiertos y praderas, llegó a la capital del reino de Persia, la ciudad de Schiraz. A una indicación de los mercaderes de la caravana, con los que había trabado estrecha amistad, descendió de su montura en el gran mercado de la ciudad. A la mañana siguiente de su llegada, mientras sus antiguos compañeros de camino desenvolvían sus fardos y exponían sus mercancías, se apresuró a salir para ver aquello que mereciese ser visto; y se hizo conducir al mercado que en aquel país se llama Bazistán, donde se vendían las joyas, piedras preciosas, brocados, sedas, velos finos y toda clase de mercancías. El joven deambuló por el Bazistán, maravillándose del prodigioso número de objetos preciosos que descubría en las tiendas y del gentío que iba y venía en todas direcciones, corriendo, empujándose y mirando las bellas telas, tapices y otros objetos que pregonaban a grandes gritos los vendedores. Entre todos aquellos hombres tan atareados, el príncipe Hassan vio a uno que tenía en la mano un tubo de marfil, de un pie de largo, aproximadamente, y de una pulgada de diámetro.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS NOVENTA Y CINCO

Ella dijo:

—Aquel hombre, lejos de producir la impresión de avidez y apresuramiento de aquellos otros que corrían y gritaban, se paseaba lenta y gravemente, portando aquella vara de marfil más majestuosamente que un rey el cetro de su reino. Al verle, el príncipe Hassan se dijo: «¡He aquí alguien que me inspira confianza!». Y se dirigió hacia él para pedirle que le mostrase la vara de marfil que llevaba de tan majestuosa manera, cuando le oyó gritar con voz firme y enfática: «¡Oh compradores, quién la compre no perderá! ¡Treinta mil dinares de oro por la vara de marfil! ¡Hela aquí!

¡Puede verla quien quiera! ¡He aquí la vara de marfil!». Oyendo aquellos gritos, el príncipe Hassan, que había dado un paso adelante, retrocedió, sorprendido, y, volviéndose hacia el dueño de la tienda junto a la que estaba, dijo: «¡Por Alá! ¡Dime si aquel hombre que pregona aquella varita de marfil a tan exorbitante precio está en su razón o si ha perdido el buen sentido, o si solamente grita por juego!». El dueño de la tienda respondió: «¡Por Alá! ¡Oh mi dueño, puedo asegurarte que ese hombre es el más honrado y sabio de los que aquí pregonan sus mercancías! Es aquel al que los mercaderes emplean más a menudo, a causa de la confianza que les inspira y porque es el más viejo en el oficio. Respondo de su buen sentido, a menos que lo haya perdido esta mañana; mas no lo creo. Es preciso que aquella vara valga los treinta mil dinares y aún más para que él vocee ese precio. Por otra parte, si así lo deseas, voy a llamarle, y tú mismo podrás interrogarle; así, pues, toma asiento en mi tienda y espera un momento». El príncipe Hassan aceptó el gentil ofrecimiento del mercader, y a poco de haber tomado asiento, el pregonero, que había sido llamado por su nombre, se aproximó a la tienda; entonces el mercader le dijo: «Este extranjero que aquí está se ha asombrado mucho al oírte pregonar esa varita de marfil a tres mil bolsas, y yo mismo me habría asombrado si no te considerase un hombre dotado de gran honradez. Por consiguiente, responde a este extranjero para que no tenga de ti una mala opinión». El vendedor se volvió hacia el príncipe Hassan, diciéndole: «¡Oh mi dueño! En verdad que la duda está permitida a quien no lo ha visto; pero, cuando lo veas no dudarás más. En lo que al precio se refiere, solo es de treinta mil dinares; mas en realidad vale más de cuarenta mil. Tengo orden de no dejarla por menos de esa cantidad, a menos que se me pague al contado». El príncipe dijo: «Bien, quiero creerte bajo palabra, mas es preciso que sepa por qué motivo esa vara merece tal valoración y cuál es la causa de que se salga de lo corriente». El vendedor replicó: «¡Sabe, oh mi dueño, que si tú miras en esta varita por el extremo que está guarnecido con un cristal, aquello que deseas ver, lo verás, y al momento quedará satisfecho tu deseo!». El príncipe Hassan dijo: «Si dices la verdad, no solo te pagaré el precio que pides, sino que, además, te daré mil dinares de oro para ti —y añadió—: apresúrate a enseñarme el extremo de la vara al que debo aplicar mi ojo». El pregonero se lo mostró, y el príncipe, mirando a través del cristal, deseó vivamente ver a la princesa Nurenahar. Súbitamente, el joven la vio en el baño, en manos de las esclavas, que procedían a su tocado, en tanto que ella se contemplaba, sonriente, en su espejo. Al verla tan bella y tan próxima, el príncipe Hassan, trémulo de emoción, no pudo evitar el proferir un grito de sorpresa, soltando al mismo tiempo la varita. Habiendo adquirido de esta manera la prueba de que aquella vara mágica era la cosa más maravillosa que había en el mundo, no dudó un solo instante en comprarla, persuadido de que jamás encontraría nada similar, aunque su viaje durase diez años y recorriese el mundo entero. Así, pues, haciendo señas al vendedor de que le siguiese, después de despedirse del mercader, se dirigió hacia su alojamiento, donde ordenó a su esclavo que entregase cuarenta bolsas al pregonero, añadiendo una más como

comisión; así llegó a ser el propietario de la vara de marfil. Cuando el príncipe hubo ultimado aquella preciosa compra, no dudó de su victoria sobre sus hermanos y de la conquista de su prima Nurenahar. Lleno de alegría pensó, como tenía tiempo por delante, en adquirir más profundos conocimientos acerca de los usos y costumbres de los persas y en contemplar más detenidamente las curiosidades de la ciudad de Schiraz. Pasó los días paseando, viendo y escuchando, y como tenía un espíritu cultivado y un alma sensible, frecuentó el trato de los hombres instruidos y el de los poetas, y en su corazón grabó los más bellos poemas persas; solo entonces resolvió regresar a su país, y aprovechando la salida de una caravana, se unió a los comerciantes que la componían y se puso en camino. Alá le protegió, y llegó sin contratiempo al aduar de los tres caminos, lugar de reunión, donde encontró a su hermano el príncipe Alí, y allí permanecieron juntos esperando el retomo de su tercer hermano. Mas, para saber lo que le sucedió a Hossein, el más joven de los tres príncipes, yo te pido, ¡oh gran rey afortunado!, que escuches con gran atención lo que voy a contar.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS NOVENTA Y SEIS

Schehrazada dijo:

—Después de largo viaje, que verdaderamente nada tuvo de extraordinario, llegó a una ciudad llamada Samarcanda. Era Samarcanda Al-Ajam, la misma ciudad en la que ahora reina tu glorioso hermano Schahzaman, ¡oh rey de los tiempos! A la mañana siguiente de su llegada, el príncipe Hossein se presentó en el mercado, que en la lengua del país se llama bazar, y lo encontró muy de su agrado. Estando muy ocupado en mirar a todos lados, de súbito vio, a dos pasos ante él, a un vendedor que en la mano tenía una manzana, roja por un lado y dorada por el otro, gruesa como una sandía y tan admirable, que el príncipe Hossein al momento quiso comprarla, y preguntó al que la tenía: «¿Cuánto quieres por esta manzana, vendedor?». Y este contestó: «¡Dueño mío! Treinta mil dinares de oro es su precio, pero tengo orden de no venderla por menos de cuarenta mil y al contado». El príncipe exclamó: «¡Por Alá! Esta manzana es muy hermosa y jamás en toda mi vida he visto una parecida; mas, sin duda, bromeas al pedirme un precio tan subido». Y respondió el vendedor: «¡No, por Alá! ¡Mi señor!, el precio que pido no es nada en comparación con el valor real de esta manzana, porque, tan bello y admirable como es su aspecto, este no es nada comparado con su aroma. Su aroma, dueño mío, tan bueno y delicioso, no es nada en comparación con sus virtudes, y sus virtudes no son nada comparadas con los

usos a que se aplica para el bien de los hombres». El príncipe Hossein replicó: «¡Oh vendedor! ¡Puesto que es así, apresúrate a hacerme sentir, en primer lugar, su aroma, y después me dirás cuales son sus virtudes, sus usos y sus efectos!». El vendedor, adelantando su mano, puso la manzana ante la nariz del príncipe, quien encontró que su aroma era tan suave y penetrante, que exclamó: «¡Por Alá, que olvido todas las fatigas del viaje y me siento como si acabase de salir del seno de mi madre! ¡Ah, qué inefable aroma!». El vendedor dijo: «Sabe, señor, puesto que en ti mismo has experimentado los extraordinarios efectos de esta manzana, que no es natural, puesto que ha sido hecha por la mano del hombre; que no es el fruto de un árbol ciego e insensible, sino el fruto del estudio y vigiliias de un gran sabio, de un célebre filósofo, que ha pasado toda su vida investigando sobre las virtudes de las plantas y minerales. Ha conseguido la composición de esta manzana, reuniendo en ella la quinta esencia de todas las plantas útiles y de todos los minerales curativos. En efecto, no hay enfermo afligido de la calamidad que sea, peste, fiebre puerperal o lepra, que aun estando moribundo no recobre la salud con solo olerla. Además, tú acabas de sentir sobre ti mismo alguno de sus efectos, puesto que ante su aroma se han desvanecido las fatigas de tu viaje; mas yo quiero, para mejor probar sus efectos, que un enfermo atacado de un mal incurable sea conducido ante ti para que te cerciores de sus virtudes y propiedades, tal como lo están todos los habitantes de esta ciudad. No tienes más que interrogar a los mercaderes que aquí están reunidos, y la mayor parte de ellos te dirán que si todavía siguen con vida es, únicamente, gracias a esta manzana que ves». En tanto que así hablaba el pregonero, se habían acercado muchas personas, y, habiéndoles rodeado, decían: «¡Sí, por Alá! ¡Todo eso es verdad! ¡Esta manzana es la reina de las manzanas y el más eficaz de los remedios! ¡Ella cura las enfermedades más desesperadas aun a las mismas puertas de la muerte!». Como para confirmar todo cuanto ellos decían, un pobre hombre, ciego y paralítico, vino a pasar por allí, llevado en una canasta a la espalda de un porteador. El vendedor avanzó vivamente hacia él y le puso la manzana ante su nariz. Súbitamente, el enfermo se incorporó en la canasta, y saltando como un ternerrillo sobre la cabeza de su porteador, puso pies en polvorosa. Todo el mundo que lo vio pudo dar testimonio de ello. Convencido de la eficacia de aquella maravillosa manzana, el príncipe Hossein dijo al vendedor: «¡Oh rostro de buen augurio! ¡Sígueme a mi alojamiento!». Una vez que llegaron a la vivienda del príncipe, este le pagó los cuarenta mil dinares y le entregó otra bolsa con mil dinares más, como regalo. Así llegó a ser el dueño de la maravillosa manzana, y esperó con paciencia la partida de alguna caravana, ya que estaba persuadido de que con esta manzana en su poder triunfaría fácilmente sobre sus dos hermanos y llegaría a ser el esposo de la princesa Nurenahar. Con la primera caravana salió de Samarcanda y, a pesar de las fatigas de un largo viaje, llegó con toda seguridad al aduar de los tres caminos, en el que ya le estaban esperando sus dos hermanos, Alí y Hassan.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS NOVENTA Y SIETE

Dijo Schehrazada:

—Los tres príncipes, después de abrazarse con gran cariño, felicitándose mutuamente por su feliz retorno, se sentaron para comer juntos. Después de la comida, el príncipe Alí, que era el mayor, tomó la palabra, y dijo: «Hermanos míos, tenemos por delante toda nuestra vida para contarnos las particularidades de nuestro viaje. Entretanto, es preciso que cada uno de nosotros muestre los raros objetos conseguidos, ya que tal es el fin y el fruto de nuestra aventura, para que así podamos nosotros hacernos justicia por adelantado y ver, aproximadamente, a favor de quién se inclinará el sultán, nuestro padre, dándole en matrimonio a nuestra prima, la princesa Nurenahar». Se calló un momento, y añadió: «Por mi parte, como soy el primogénito, voy a contaros mi hallazgo. Así, pues, sabed que mi viaje fue desde la India marítima hasta el reino de Bischangar, y todo lo que he conseguido es este tapiz para la oración sobre el que me veis sentado, que es de lana y de apariencia poco ostentosa. Mas gracias a este tapiz, espero conseguir a nuestra prima Nurenahar». Contó a sus hermanos toda la historia del tapiz volador y sus virtudes, y cómo le había servido para poder venir, en un abrir y cerrar de ojos, del reino de Bischangar.



Para dar más realce a sus palabras, pidió a sus hermanos que se sentasen a su lado, sobre el tapiz, y les hizo hacer con él un viaje por el aire que duró un abrir y cerrar de ojos, pero que con otros medios hubiese necesitado muchos meses; después añadió: «Espero que me contéis si lo que habéis encontrado puede ser comparado a

este tapiz». Y habiendo terminado de exaltar las excelencias del objeto que poseía se calló. A su vez, el príncipe Hassan tomó la palabra, y dijo: «En verdad, hermano mío, que este tapiz es una cosa prodigiosa y nunca en mi vida he visto nada parecido. Mas, por admirable que sea, convendréis los dos conmigo en que en el mundo hay otras cosas dignas de ver, y para probároslo he aquí esta vara de marfil que a primera vista no parece tener nada de extraordinario; mas, a pesar de su aparente modestia, creed que es un objeto verdaderamente maravilloso, y lo creeréis cuando hayáis aplicado vuestro ojo a su extremidad, en este cristal ¡Ahora veréis!». Y aplicando la varita de marfil a su ojo derecho, y, cerrando el izquierdo, dijo: «¡Oh vara de marfil, haz que vea a la princesa Nurenahar!». Y púsose a mirar a través del cristal; sus hermanos, que estaban observándole, se asombraron en extremo al ver que, de repente, su faz se demudaba y palidecía, dando muestras de gran aflicción; pero antes que tuviesen tiempo de preguntarle algo, gritó: «¡No hay poder más que en Alá! ¡Hermanos míos, ha sido inútil que hayamos realizado un viaje tan penoso con la esperanza de alcanzar la dicha, ya que a nuestra prima le quedan pocos instantes de vida, pues acabo de verla en su cama, rodeada de sus esclavas, bañadas en lágrimas, y de eunucos desesperados! ¡Vosotros mismos podéis ver a qué lastimoso estado se encuentra reducida para desgracia nuestra!». Y hablando así, entregó la 386 vara al príncipe Alí, y le instó a que en su ánimo formulase el deseo de ver a la princesa. El príncipe Alí miró a través del cristal, y al instante retrocedió tan afligido como su hermano; el príncipe Hossein tomó la vara encantada en sus manos y contempló el mismo triste espectáculo; mas, lejos de mostrarse tan afligido como sus hermanos, sonrió, y dijo: «¡Hermanos míos! ¡Tranquilizad vuestro ánimo, pues aunque la enfermedad de nuestra prima, según parece, es de extrema gravedad, no podrá resistir los efectos de esta manzana, cuyo solo olor hace levantarse a los muertos del fondo de sus tumbas!». A continuación, en pocas palabras, les contó la historia de la manzana, sus virtudes y efectos, asegurándoles que ella curaría, a no dudarlo, a su prima. Al oír aquello, dijo el príncipe Alí: «¡Hermano mío, en tal caso hemos de trasladarnos con suma diligencia a nuestro palacio utilizando mi tapiz! De esta manera podrás experimentar en nuestra muy amada prima la salutífera virtud de esa manzana». Los tres príncipes ordenaron a sus esclavos seguir el camino a caballo; después, ya sentados en el tapiz, formularon al mismo tiempo su deseo de ser transportados a la habitación de la princesa Nurenahar, y en un abrir y cerrar de ojos se encontraron, sentados en el tapiz, en medio de la cámara de la princesa. Cuando las esclavas y eunucos de Nurenahar divisaron a los tres jóvenes en la habitación se sintieron sobrecogidos por el susto y el asombro de no poder comprender cómo podían haber llegado hasta allí. Los eunucos, no reconociendo en un primer momento a los príncipes, y tomándolos por extranjeros, se disponían a abalanzarse sobre ellos, cuando volvieron de su sorpresa, reconociéndolos. Los tres hermanos se levantaron al mismo tiempo de sobre el tapiz; el príncipe Hossein se acercó rápidamente al lecho de la agonía en que estaba tendida Nurenahar y le puso la manzana maravillosa bajo

su nariz. La princesa abrió los ojos, volvió la cabeza a un lado y otro y, mirando con asombro a las personas que la rodeaban, se incorporó, y, sonriendo a sus primos, les dio a besar su mano, expresándoles la bienvenida y alegrándose de su vuelta. Ellos le comunicaron cuán dichosos se sentían de llegar tan oportunamente para, con la ayuda de Alá, curar su enfermedad. Las esclavas contaron a la princesa cómo había sido la llegada de los príncipes y cómo el príncipe Hossein la había vuelto a la vida haciéndole respirar el aroma de la manzana. Nurenahar les agradeció a todos cuanto por ella habían hecho; después, como necesitase ataviarse, sus primos solicitaron licencia para ausentarse y, haciendo votos por su felicidad, se retiraron.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS NOVENTA Y OCHO

Ella dijo:

—Dejando a su prima al cuidado de sus esclavas, los tres hermanos fueron a echarse a los pies del sultán, su padre, presentándole sus respetos. El sultán, que ya estaba prevenido por los eunucos de su llegada y de la curación de la princesa, les ayudó a levantarse, y los abrazó, regocijándose de verlos regresar felizmente. Después que se hubieron expansionado con aquellas muestras de mutuo afecto, los tres príncipes presentaron al sultán el raro objeto que cada uno de ellos había traído, y después de explicar sus características y virtudes, pidieron al sultán que manifestase su preferencia. Cuando el sultán hubo oído cuanto sus hijos quisieron contarle respecto a aquellas cosas que habían traído, y una vez que hubo escuchado el relato de la curación de la princesa, quedó silencioso largo rato, reflexionando profundamente; a continuación, levantando la cabeza, les dijo: «¡Hijos míos!, el asunto es muy delicado, y ahora es aún más difícil que antes de vuestra marcha, porque veo que las rarezas que habéis traído, las tres por igual, son de gran valor, y, además, cada una de ellas ha contribuido a la curación de vuestra prima, ya que ha sido la vara de marfil la que, en primer lugar, os ha advertido del estado de la princesa, y es el tapiz el que con toda diligencia os ha traído hasta ella, y la manzana, finalmente, es lo que la ha curado; mas este maravilloso resultado no se hubiera producido si hubiera faltado una de ellas. Así, vosotros veis a vuestro padre todavía más confuso que antes. Vosotros mismos, dotados como estáis de un espíritu justo, debéis estar tan perplejos como yo». Habiendo hablado con sagacidad e imparcialidad, el sultán continuó reflexionando, y al cabo de una hora exclamó: «¡Hijos míos! ¡Un solo medio me queda para salir de esta situación embarazosa! Como tenéis tiempo hasta esta noche, tomad cada uno un arco y una flecha e id

rápidamente al terreno que fuera de la ciudad sirve para los juegos de los caballeros, donde me reuniré con vosotros, y allí daré por esposa a la princesa Nurenahar a aquel de vosotros que más lejos tire la flecha». Los tres príncipes respondieron obedeciendo, y se dirigieron al torneo seguidos de numerosos oficiales de palacio. El príncipe Alí, el primogénito, tomando su arco y su flecha, tiró el primero; el príncipe Hassan tiró el segundo, yendo a caer su flecha más lejos que la de su hermano mayor; el tercero en tirar fue el príncipe Hossein, mas ninguno de los oficiales de palacio, colocados de trecho en trecho sobre el terreno, vio caer su flecha, que, atravesando el aire en línea recta, se perdió a lo lejos. Se trató de encontrarla, mas, a pesar de todas las pesquisas y de la diligencia que se puso en ello, no pudo ser encontrada. El sultán, ante todos sus oficiales reunidos, dijo a los tres príncipes: «¡Hijos míos, ya veis que la suerte se inclina por uno de vosotros! Parece que tú, ¡oh Hossein!, es el que ha tirado la flecha más lejos, pero nadie la ha visto caer, por lo que sería necesario encontrarla para dar por cierta y evidente tu victoria. Por tanto, me veo en la obligación de declarar vencedor a mi hijo Hassan, cuya flecha ha ido a caer más lejos que la de su hermano Alí. Así, pues, eres tú, ¡oh Hassan!, el que llegará a ser el esposo de la hija de tu tío, la princesa Nurenahar, ya que tal es tu destino». Habiendo resuelto el caso de esta suerte, el sultán dio las órdenes para efectuar los preparativos y ceremonias de las bodas de su hijo Hassan con la princesa Nurenahar, y pocos días después se celebró el enlace, con gran magnificencia. En cuanto al príncipe Alí, el primogénito, no quiso asistir a las ceremonias, y como su pasión por su prima cada vez era más viva, decidió abandonar palacio, y, en pública solemnidad, renunció a la sucesión al trono de su padre, y, vestido con las ropas de derviche, fue a ponerse bajo la dirección espiritual de un jeque muy afamado por su santidad, ciencia y vida ejemplar, en la más apartada soledad. Mas, por lo que se refiere al príncipe Hossein, aquel cuya flecha se había perdido en la lejanía, he aquí lo que le sucedió:

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE SETECIENTAS NOVENTA Y NUEVE

Schehrazada dijo:

—Lo mismo que su hermano Alí, el príncipe Hossein se abstuvo de asistir a las ceremonias de la boda del príncipe Hassan con la princesa Nurenahar. Mas no vistió, como aquel, el hábito de derviche, y, lejos de renunciar a la vida mundana, resolvió demostrar que le había sido rehusado lo que merecía, y, con este fin, comenzó la búsqueda de la flecha, que no creía que hubiese desaparecido irremediabilmente. Mientras que en el palacio continuaban las fiestas con ocasión de las bodas, abandonó

a los suyos y sin tardanza se dirigió al lugar del campo de los torneos en que había acontecido el percance. Comenzó a andar siguiendo la dirección de la flecha, mirando a cada paso, con atención, a derecha e izquierda. Así, caminó mucho sin descubrir nada; mas, lejos de descorazonarse, continuó avanzando siempre en línea recta, hasta que llegó junto a unas rocas que cerraban el horizonte por completo; entonces se dijo que si la flecha debía encontrarse en alguna parte, debía ser allí necesariamente, puesto que no podría haber atravesado aquella masa de rocas para ir más allá. Apenas había terminado de hacerse estas reflexiones, cuando divisó, sin estar clavada en la tierra, la flecha marcada con su propio nombre, la misma que había disparado con su mano; entonces se dijo: «¡Oh prodigio! ¡Ni yo, ni nadie en el mundo, podría tirar tan lejos, con sus solas fuerzas, una flecha; mas esta no solo ha llegado hasta esta distancia inaudita, sino que ha debido chocar con fuerza contra las rocas, siendo rechazada, pues de no ser así la hubiera encontrado clavada en el suelo! He aquí algo extraordinario. ¿Quién será el misterioso ser que haya hecho esto?». Habiendo recogido la flecha, comenzó a mirar ora la flecha, ora la roca con la que ella había topado, cuando he aquí que, observando más detenidamente la roca, descubrió en ella un hoyo tallado en forma de puerta; aproximándose, vio que realmente era una puerta disimulada, tallada en la misma roca y que no tenía ni cerradura; sin pensar que pudiese ceder bajo la presión, apoyó la mano en ella y quedó muy asombrado al ver que cedía bajo su mano, girando sobre ella misma, tal como si girase sobre unos goznes recientemente engrasados. Sin reflexionar demasiado en lo que hacía, entró, con la flecha en la mano, en la pendiente galería a la que aquella puerta daba acceso. Una vez que hubo franqueado el umbral, la puerta, como movida por sí misma, cerró la entrada a la galería, dejándole en absoluta oscuridad. El joven trató de volver a abrir la puerta, pero solo consiguió lastimarse las manos y despellejarse los dedos. Como no podía pensar en salir y como, además, estaba dotado de un corazón valeroso, decidió seguir adelante a través de las tinieblas, bajando la suave pendiente de aquella galería. Súbitamente se vio al aire libre, ante una verde llanura, en medio de la cual se elevaba un magnífico palacio. Antes que tuviese tiempo de admirar la arquitectura de aquel palacio salió una joven, que avanzó hacia él rodeada de un grupo de esclavas, cuya dueña era ella misma, a juzgar por su milagrosa belleza y majestuoso porte. Estaba ataviada con vestidos que nada tenían de real, y la cabellera, que flotaba suelta, le llegaba hasta los pies. Ella avanzó con ligero paso hasta la entrada de la galería y extendiendo la mano en un gesto lleno de cordialidad, dijo: «Sé bien venido, príncipe Hossein». El joven príncipe, que la observaba atentamente, se vio sorprendido grandemente al oírse llamar por su nombre por una dama a la que jamás había visto y que vivía en un país del que jamás había oído hablar, aunque se encontrase próximo a la capital de su reino; como él abriese la boca para dar salida a sus preguntas, la maravillosa joven le dijo: «¡No me interrogues! Cuando estemos en mi palacio, yo misma satisfaré tu legítima curiosidad». Sonriente, le cogió de la mano y, a través de las alamedas, le condujo hacia la sala de recepciones que se abría sobre

el jardín, bajo un pórtico de mármol le hizo sentar a su lado en un sofá, en medio de esta espléndida sala y, tomándole las manos entre las suyas, le dijo: «¡Oh encantador príncipe Hossein! ¡Tu sorpresa se acabará cuando sepas que te conozco desde tu nacimiento y que te he sonreído en la cuna! Soy una princesa de los *gennis*, hija del rey de los *efrits*, y mi destino está escrito junto al tuyo. Yo soy quien hizo que en Samarcanda te toparas con la manzana milagrosa que compraste; quien puso en Bischangar el tapiz que tu hermano Alí encontró, y en Schiraz la vara de marfil que compró tu hermano Hassan. Esto debe ser suficiente para hacerte comprender que no ignoro nada de lo que te concierne. Y puesto que mi destino está ligado al tuyo, he pensado que eras digno de una dicha más grande que la de llegar a ser esposo de Nurenahar; por esto he hecho desaparecer tu flecha y la he conducido hasta aquí, a fin de encaminarte hasta mí. Ahora debes tener cuidado de no dejar escapar de tus manos la felicidad». Y habiendo pronunciado estas últimas palabras en tono impregnado de gran dulzura, la hermosa princesa de los *efrits* bajó los ojos ruborosa. Su juvenil belleza nunca podría llegar a ser más exquisita; el príncipe Hossein, que sabía que su prima Nurenahar nunca podría ser suya, viendo cómo la princesa de los *efrits* la superaba en belleza, en encantos, ánimo y riquezas, según lo que acababa de ver y por la magnificencia del palacio en el que se encontraba, no pudo hacer otra cosa sino bendecir a su destino, que, de la mano, le había conducido hasta aquel lugar, tan próximo como ignorado, e inclinándose ante la bella princesa, dijo: «¡Oh princesa de los *gennis* y soberana dama de la belleza! La felicidad de ser esclavo de tus ojos y prisionero de tus encantos, sin mérito alguno por mi parte, es suficiente para alterar la razón de un ser humano como yo. ¿Cómo una hija de los genios puede posar su mirada sobre un adamita, un ser inferior, prefiriéndole a los reyes invisibles que gobiernan el espacio aéreo y las regiones subterráneas? ¡Oh princesa! ¿No será que, estando enfadada con tus padres, has venido por despecho a vivir en este palacio, en el que me recibes sin el consentimiento del rey de los *gennis*, tu padre, y sin el de la reina, tu madre? Puede ser que, en este caso, yo pueda ser para ti causa de molestias y motivo de enojo». En tanto hablaba, el príncipe Hossein se inclinó y besó el borde del vestido de la princesa de los genios, quien levantándole, le tomó la mano y le dijo: «Sabe, ¡oh príncipe Hossein!, que soy la dueña de mis actos y que todo lo hago según mis deseos, no sufriendo jamás que persona alguna se entremeta en lo que hago o pienso hacer. Puedes estar tranquilo a ese respecto, pues solo nos espera felicidad. ¿Quieres ser mi esposo y amarme mucho?». El príncipe exclamó: «¡Por Alá! ¿Que si quiero serlo? ¡Daría toda mi vida por ser, durante un solo día, no tu esposo, sino el último de sus esclavos!». Diciendo estas últimas palabras, se arrojó a los pies de la princesa que, levantándole, le dijo: «Ya que es así, te acepto como esposo y seré de ahora en adelante tu esposa —y después de breve pausa añadió—: Mas como debes tener apetito, vamos a tomar juntos nuestra primera comida». Ella le condujo a una segunda sala, todavía más espléndida que la primera, iluminada con infinitud de bujías perfumadas con ámbar, colocadas con tal simetría que daba gusto verlas. Se

sentaron juntos ante un admirable plato de oro repleto de viandas, cuya sola vista alegraba el ánimo; en seguida se oyó un coro de voces femeninas que parecía descender del mismo cielo. La hermosa *efrita* comenzó a servir con sus propias manos a su esposo, ofreciéndole los más exquisitos bocados de las viandas, cuyos nombres le daba a conocer con discreción. El príncipe encontró excelente todo aquel servicio del que nunca había oído hablar, así como los vinos, frutas, pasteles y confituras, que nunca había saboreado en las fiestas y festejos de los humanos. Una vez que la comida acabó, la bella princesa y su esposo fueron a sentarse en una tercera sala, más bella que las anteriores. Recostáronse en cojines de seda que tenían bordados grandes florones de diferentes colores, todo de maravillosa delicadeza. Súbitamente, un gran número de bailarinas, hijas de los genios, entraron en la sala ejecutando una encantadora danza con ligereza de pájaros, al mismo tiempo que una suave música se dejaba oír bajando de lo alto. La danza continuó hasta que los esposos se levantaron, momento en el que los bailarines abandonaron la sala con armonioso ritmo, marchando delante de los recién casados hasta la puerta de la cámara donde estaba preparado el lecho nupcial, y colocándose en filas por entre las que estos pasaron, en seguida se retiraron, dejándolos en libertad. Los dos jóvenes esposos se tendieron en la cama perfumada, mas no fue para dormir, sino para regocijarse.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS

Dijo Schehrazada:

—De esta suerte, el príncipe pudo gozar y comparar, encontrando en aquella princesa virgen unas cualidades con las que no podían ser comparadas, de cerca ni de lejos, las de las más maravillosas adolescentes hijas de los humanos. Cuando de nuevo quiso gustar de sus encantos incomparables, encontró el sitio tan intacto como si nada hubiese pasado por él. Comprendió entonces que, entre las hijas de los genios, la virginidad se renovaba a medida que se perdía, por lo que, en el límite del deleite, aún se alegró más con este nuevo hallazgo, y agradeció más y más a su destino el haberle conducido de la mano hacia este inesperado acontecimiento. Él pasó aquella noche y las siguientes en medio de las delicias que le estaban predestinadas, y su amor, lejos de disminuir con la posesión, no hacía sino aumentar, pues sin cesar descubría algo nuevo en su hermosa hada, ya fuesen encantos de su espíritu o perfecciones de su persona. Al cabo de seis meses de tan dichosa vida, el príncipe Hossein, que siempre tuvo un gran cariño a su padre, pensó que su prolongada

ausencia debía haberle sumido en un dolor sin límites, por lo que sintió el ardiente deseo de volver a verle. Comunicó su decisión a su esposa, que en un principio se alarmó, pensando que no era más que un pretexto para abandonarla, pero el príncipe Hossein le había dado y continuó dándole tantas pruebas de afecto y tantas muestras de fogosa pasión y le habló de su anciano padre con tal ternura y elocuencia, que no quiso oponerse más a su filial cariño. Y, abrazándole, le dijo: «Amado mío, si solo escuchase a mi corazón, nunca podría decidirme a verte alejar de nuestra morada aunque solo fuese por un día; mas tan segura estoy de tu cariño por mí, y tengo tanta confianza en la firmeza de tu amor y en la veracidad de tus palabras, que no quiero rehusarte la licencia para ir a ver a tu padre el sultán, pero a condición de que tu ausencia no sea larga y me des tu palabra a fin de tranquilizarme». El príncipe Hossein se echó a los pies de su esposa para mostrarle cuán agradecido le estaba por su bondad para con sus deseos y le dijo: «¡Oh dueña mía! ¡Conozco todo el valor de la gracia que me concedes y lo único que puedo decirte para agradecértela es que siempre estaré pensando en ti! ¡Además, te juro que mi ausencia será corta! Por otra parte, amándote como te amo, ¿cómo podría prolongarla más del tiempo necesario para ir al palacio de mi padre y volver? ¡Tranquiliza, pues, tu ánimo y alegra la mirada; estaré pensando en ti todo el tiempo, y si Alá lo quiere, no sucederá nada desagradable!». Estas palabras del príncipe Hossein calmaron la emoción de la encantadora princesa, que, abrazando de nuevo a su esposo, dijo: «Parte pues, ¡oh amado mío!, bajo la protección de Alá, y regresa con toda felicidad; mas antes te ruego que no tomes a mal el que te dé algunos consejos sobre cómo debes comportarte durante tu estancia en el palacio de tu padre. En primer lugar, es preciso que no hables al sultán de nuestro matrimonio ni de mi condición de hija del rey de los genios, ni del lugar en el que nosotros habitamos, ni del camino que aquí conduce. Diles a todos que se contenten con saber solamente que eres feliz por completo, que todos tus anhelos están colmados, que no deseas más que continuar viviendo tan feliz como ahora vives, y que el único motivo que te obliga a verlos es el calmar la inquietud que pudiesen sentir acerca de tu suerte». La princesa de las hadas dio como escolta a su esposo veinte caballeros de entre los genios, bien armados, montados y equipados y le hizo traer un caballo tan bello como no lo había en el palacio ni en el reino de su padre. Cuando todo estuvo preparado, el príncipe solicitó licencia de su esposa y, abrazándola, le renovó la promesa que le había hecho de regresar lo antes posible. Después se aproximó al caballo, lo acarició, y, con agilidad, saltó sobre la silla. Su esposa, mientras tanto, le contemplaba con admiración y cariño. Después que se dieron el último adiós, el príncipe partió a la cabeza de sus caballeros. Como el camino que conducía a la capital de su padre no era largo, el príncipe Hossein no tardó en llegar a la entrada de la ciudad. El pueblo, que le reconoció, se alegró de verle y le recibió con aclamaciones, acompañándole hasta el palacio de su padre en medio de jubilosos gritos. Su padre, al verle, se sintió dichoso y le recibió con los brazos abiertos, llorando y lamentándose, con paternal dulzura, del dolor y aflicción

en que le había sumido una tan prolongada como inexplicable ausencia, le dijo: «¡Hijo mío! ¡No creí que tuviese nunca más el consuelo de volver a verte! ¡Temía que después de la victoria de tu hermano Hassan hubieses cometido algún acto de desesperación!». El príncipe respondió: «Ciertamente, ¡oh padre mío!, que la pérdida de mi prima Nurenahar me fue muy dolorosa, ya que su conquista era el único objeto de mis anhelos. El amor es un sentimiento que no se abandona cuando se quiere, sobre todo cuando es una pasión que nos domina por entero, ya que no nos deja tiempo para recurrir a los consejos de la razón. ¡Padre mío! Sin duda recordarás que cuando en competición con mis hermanos arrojé mi flecha en el torneo, sucedió algo tan extraordinario e inexplicable como el que mi flecha, disparada ante ti y todos los demás asistentes al torneo, no pudo ser encontrada a pesar de todas las pesquisas. Vencido por el destino adverso, no quise perder el tiempo en lamentaciones sin antes satisfacer mi curiosidad acerca de aquel suceso que no comprendía. Durante las ceremonias de la boda de mi hermano, me marché sin que persona alguna me viese y, solo, volví al terreno del torneo para tratar de encontrar la flecha. Comencé a buscarla, marchando en línea recta siguiendo la dirección que tomó y mirando adelante y atrás, a derecha e izquierda. Todas mis pesquisas fueron vanas y seguí adelante mirando a todos lados, examinando todo aquello que de lejos o cerca pudiese parecerse a una flecha. Después de haber recorrido una larga distancia, pensé que no era posible que una flecha, aun lanzada por un brazo mil veces más fuerte que el mío, pudiese llegar tan lejos y me pregunté si no habría perdido, al mismo tiempo que mi flecha, todo mi buen sentido. Me disponía a abandonar mi empresa al ver que había llegado junto a una línea de rocas que cerraban por completo el horizonte, cuando de súbito la vi, caída en el suelo. Este hallazgo me sumió en gran perplejidad en vez de regocijarme, porque, pensándolo bien, no podía imaginar que yo fuese capaz de lanzar tan lejos una flecha. Es a partir de entonces, padre mío, cuando tuve la explicación de este misterio y todo cuanto me había sucedido en mi viaje a Samarcanda, pero este es un secreto que no debo revelar sin faltar a un juramento. ¡Padre mío! Todo lo que puedo decirte es que desde aquel momento olvidé a mi prima y todos mis contratiempos y desgracias, empezando una nueva vida de felicidad y de delicias, tan solo turbada por el recuerdo de un padre al que quería por encima de todo y que debía estar muy intranquilo por mi paradero. Entonces creí que mi deber de hijo era venir a verte para tranquilizarte. ¡Tal es, padre mío, el único motivo de mi regreso!». Cuando el sultán hubo oído el relato de su hijo, comprendió que era dichoso y replicó: «¿Qué más puede desear un padre cariñoso para su hijo? Pero ciertamente hubiese preferido que vivieses feliz cerca de mí, que no en un lugar cuya situación y existencia ignoro. Al menos, ¿no podrías indicarme algún sitio al que pudiese dirigirme de cuando en cuando a fin de tener noticias tuyas y no permanecer en el estado de inquietud en que tu prolongada ausencia me había sumido?». El príncipe Hossein respondió: «Para tu tranquilidad, padre mío, te diré que yo mismo vendré a verte tan frecuentemente como pueda hacerlo, sin temor a

pecar de inoportuno. En lo que respecta a que te indique un lugar al que puedas pedir noticias mías, te suplico me dispenses por no revelártelo, ya que es un misterio que he jurado mantener en secreto». El sultán no quiso insistir más, por lo que dijo al príncipe: «¡Hijo mío, que Alá me guarde de penetrar en ese secreto contra tus deseos! Puedes regresar cuando gustes a esa mansión de delicias en la que habitas. Solo quiero pedirte que a mí, a tu padre, me hagas una promesa, y es que vengas a verme todos los meses, sin temor a importunarme como tú dices; porque ¿puede un padre amante tener más grata ocupación que alegrar su corazón con el retorno de sus hijos, tranquilizar su ánimo con su presencia y alegrar su mirada a su vista?». El príncipe respondió con la obediencia y asentimiento y, habiendo guardado el juramento empeñado, permaneció en palacio durante tres días, al cabo de los cuales pidió licencia a su padre, y a la mañana del cuarto día partió a la cabeza de sus caballeros, hijos de los genios, tal como había venido.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS UNA

Ella dijo:

—Su esposa le recibió con inmensa alegría, tanto más por no esperar verle regresar tan pronto, y celebraron juntos el feliz retorno amándose mucho y de las más agradables y diversas maneras. Y a partir de ese día, la bella esposa no escatimó nada para que su esposo encontrara lo más agradable posible la estancia en la casa encantada. Fue una continua variación en la manera de respirar el aire puro, de pasearse, de comer, de beber, de divertirse, de ver a las bailarinas en sus danzas y oír sus improvisados cantos lascivos, de escuchar los instrumentos musicales, de recitar poesías, de aspirar el perfume de las rosas, de adornarse con las flores del jardín, de coger las frutas maduras, e incluso sus ramas, y, sobre todo, jugar al incomparable juego de los amantes, que es el juego del jaque mate sobre el lecho teniendo en cuenta todas las sabias combinaciones de que es susceptible este delicado juego. Al cabo de un mes de vida tan deliciosa, el príncipe Hossein, que ya había puesto a su esposa al corriente de la promesa hecha al sultán, su padre, se vio obligado a interrumpir sus placeres y pedir licencia, para partir, a su entristecida esposa; y equipado y vestido con más magnificencia aún que la primera vez, montó en su hermoso caballo y se puso a la cabeza de sus caballeros para ir a visitar al sultán, su padre. Ahora bien; durante su ausencia, después de dejar el palacio de su padre la primera vez, los consejeros favoritos del sultán, que juzgaban del poder y las riquezas desconocidas del príncipe Hossein por las muestras que había dado durante los tres

días de permanencia en el palacio, no dejaron de abusar de la libertad que el sultán les concedía para hablarle y del ascendiente que habían conseguido en el real ánimo para intentar imbuirle sospechas contra su hijo, haciéndole creer que el príncipe le hacía sombra. Le convencieron de que la más elemental prudencia aconsejaba saber, al menos, el lugar en que se encontraba el retiro de su hijo y de dónde sacaba el dinero necesario para gastos tan cuantiosos como los que había hecho durante su estancia y para el fausto de que, ostentosamente, se había rodeado, únicamente —dijeron ellos— con la intención de desafiar a su padre, demostrando que no necesitaba de sus liberalidades ni de su tutela para vivir como un príncipe. También arguyeron que era muy de temer qué, consiguiendo popularidad, sublevara a los fieles súbditos contra su soberano, para destronarle y ocupar su puesto. Pero el sultán, aunque estas palabras le afectaron un tanto, se negó a aceptar que su hijo Hossein, su preferido, fuera capaz de conspirar contra él ni de abrigar intenciones tan pérfidas y respondió a sus consejeros favoritos: «¡Oh vosotros, cuyas palabras siembran la duda y la suspicacia! ¿Ignoráis que mi hijo Hossein me ama y que yo estoy seguro de su cariño y fidelidad, tanto más, por no haberle dado nunca el más leve motivo para estar descontento de mí?». Pero el más consentido de los favoritos replicó: «¡Oh rey de los tiempos, que Alá te conceda larga vida! ¿Crees posible que el príncipe Hossein haya olvidado tan pronto lo que él cree una injusticia tuya en lo que ocurrió con la decisión de la suerte de la princesa Nurenahar? ¿Y no piensas que, por lo que se ve, el príncipe Hossein no usó del buen sentido al no aceptar con sumisión los decretos del destino, en lugar de imitar el ejemplo de su hermano, el primogénito, quien, antes de revolverse contra lo que está escrito, prefirió vestir el hábito de derviche e ir a ponerse bajo la dirección espiritual de un santo jeque versado en el conocimiento del libro? ¿Y no observaste ya antes que nosotros, ¡oh nuestro amo!, que después de la llegada del príncipe Hossein, él y sus gentes están levantados de ánimo, y sus vestidos y los ornamentos y guarniciones de sus caballos tienen el mismo brillo que si acabaran de salir de las manos del artesano? ¿Y no has notado que los mismos caballos tienen el pelo seco y reluciente y no parecen más cansados que si vinieran de un simple paseo? Pues todo esto, ¡oh rey de los tiempos! es prueba de que el príncipe Hossein ha establecido su residencia secreta muy cerca de tu capital, para poder ejecutar mejor sus proyectos nocivos, fomentar las revueltas entre el pueblo y llevar a cabo sus intentos subversivos. Habríamos faltado a nuestro deber, ¡oh gran rey!, si no nos hubiéramos impuesto la penosa obligación de llamar tu atención sobre un asunto tan delicado, importante y grave, con el fin de que te decidas a velar por tu propia conservación y por el bien de tus fieles súbditos». Cuando el favorito hubo acabado este discurso, lleno de suspicacia y malicia, el sultán le dijo: «En verdad que no sé lo que debo o no debo creer de estas cosas tan sorprendentes. En todo caso os estoy obligado por vuestras advertencias; en adelante, procuraré tener más abiertos los ojos». Los despidió sin demostrar demasiado cuánto le habían impresionado y alarmado sus palabras, y, con el fin de poder confundirlos un día o bien agradecer sus consejos,

resolvió vigilar los actos y movimientos de su hijo Hossein en su próxima venida.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS DOS

Schehrazada dijo:

—Ahora bien; de acuerdo con su promesa, el príncipe Hossein no tardó en volver y el sultán, su padre, le recibió con la misma alegría e idéntica satisfacción que la primera vez, guardándose muy bien de que notara las sospechas que en su ánimo habían despertado los visires interesados en la pérdida del príncipe. Pero, al día siguiente, llamó a una anciana, famosa en el palacio por sus sortilegios y malicias y capaz de desenredar el hilo de una tela de araña sin romperlo. Y cuando estuvo ante él, le dijo: «¡Oh anciana de bendición!, he aquí que ha llegado el día en que podrás probar tu sumisión y respeto a los intereses de tu rey. Has de saber que desde que volví a encontrar a mi hijo Hossein, no he podido conseguir de él que me diga el lugar donde se ha establecido. Yo, por no molestarle, no he querido usar de mi autoridad y hacerle revelar su secreto aun a pesar suyo y yo te he hecho venir, ¡oh reina de las hechiceras!, porque te creo lo bastante hábil para hacer de manera que mi curiosidad se satisfaga sin que ni mi hijo ni nadie en el palacio sepa nada de esto. Yo te pido, pues, que uses de toda tu finura e inteligencia, que no tiene igual, para observar a mi hijo después de su partida, que tendrá lugar mañana a la salida del sol. Pero... quizá sea mejor que vayas hoy mismo, sin pérdida de tiempo, al sitio donde él encontró su flecha, cerca de la barrera de rocas que cierra la llanura hacia oriente, pues allí fue donde encontró, al mismo tiempo que la flecha, su destino». La vieja hechicera respondió por el oído y la obediencia y marchó hacia las rocas, con intención de esconderse allí de manera que pudiese ver sin ser vista. Al día siguiente, el príncipe Hossein y sus caballeros salieron del palacio al despuntar el alba para no llamar la atención de artesanos y paseantes, y, al llegar ante la excavación donde se hallaba la puerta de piedra, desapareció con todos los que le acompañaban. La vieja hechicera que vio esto quedó asombrada hasta el último límite del asombro. Cuando volvió de su estupefacción salió de su escondite y fue derecha a la hondonada donde había visto desaparecer hombres y caballos, pero a pesar de su diligencia y de mirar y remirar, yendo y viniendo varias veces sobre sus pasos, no halló ninguna abertura ni entrada a subterráneo alguno, pues la puerta de piedra que había sido visible para el príncipe Hossein desde su primera llegada, no lo era sino para ciertos hombres cuya presencia fuera agradable a la bella princesa, y jamás, en ningún caso, la puerta podía ser vista por mujeres, sobre todo si eran feas y viejas. Y, rabiosa por no poder ir más lejos en sus investigaciones, no halló mejor modo de consolarse que soltar un pedo

tal, que hizo saltar los guijarros del suelo, levantando una nube de polvo. Y, con dos palmos de narices, volvió junto al sultán y le dio cuenta de todo lo que había visto, añadiendo: «¡Oh rey de los tiempos!, espero poder hacerlo mejor la próxima vez. Solo te pido que concedas un poco más de tiempo a tu esclava, y que me dispenses de informarte sobre los medios que pienso emplear». Y el sultán, que estaba bastante satisfecho de los primeros resultados, respondió a la vieja: «¡Tienes entera libertad para proceder como creas conveniente! ¡Ve bajo la protección de Alá! Yo esperaré aquí el resultado de tus promesas». Y, para estimularla en su cometido, le entregó un maravilloso diamante, diciendo: «Acéptalo en prueba de mi satisfacción y no olvides que esto no es nada en comparación de lo que obtendrás como recompensa si sales adelante en tu empeño». Y la vieja se prosternó ante él y se puso en camino. Un mes después de lo que venimos refiriendo, el príncipe Hossein salió por la puerta de piedra, como la vez anterior, con su séquito de veinte caballeros magníficamente equipados y, según iba costeando la barrera de rocas advirtió la presencia de una pobre vieja, que, echada en el suelo, se quejaba de manera lastimosa, como persona atacada por un dolor violento. Estaba cubierta de harapos y lloraba, moviendo a compasión al príncipe Hossein, que, deteniendo su caballo, preguntó con dulzura a la anciana: «¿Qué mal te aqueja y qué puedo hacer para aliviarlo?». La artera vieja, que estaba allí precisamente para ver cómo conseguía llegar al fin que se había propuesto, respondió, sin levantar la cabeza y con voz entrecortada por gemidos y suspiros: «¡Oh mi socorredor, es Alá quien te envía para que caves mi tumba, puesto que voy a morir, oh mi señor! ¡Ah, mi alma se me escapa! Había salido de mi pueblo para ir a la ciudad, y en el camino he sido acometida por esta fiebre roja que me ha arrojado aquí sin fuerzas, lejos de todo ser humano y sin esperanzas de ser socorrida». El príncipe Hossein, cuyo corazón era piadoso, dijo a la anciana: «Mi buena tía; permite que dos de mis hombre te levanten y te lleven a un lugar al que yo mismo volveré para hacer que te cuiden allí». Y ordenó a dos de sus acompañantes que levantaran a la vieja. Así lo hicieron, y, colocándola uno de ellos en la grupa, partieron. El príncipe y sus caballeros, desandando el camino, llegaron a la puerta de piedra, que se abrió y los dejó pasar.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS TRES

Dijo Schehrazada:

—La princesa, viendo volver a todos de esta suerte e ignorando el motivo que los había impulsado a hacerlo, se apresuró a venir al encuentro del príncipe Hossein, su

esposo, quien, sin descender del caballo, señaló a la anciana, que tenía el aspecto de una moribunda y a quien dos caballeros acababan de depositar en tierra sosteniéndola por debajo de los brazos, y dijo: «Esta pobre vieja, ¡oh mi soberana!, ha sido puesta por Alá en nuestro camino en el lastimoso estado en que la ves; es preciso que le proporciones socorro y asistencia. La encomiendo, pues, a tu compasión, suplicándote que hagas darle los cuidados que tú juzgues necesarios». Y la princesa, que había posado su mirada en la vieja, dio órdenes a sus mujeres para que la recogieran de manos de los caballeros y la llevaran a una habitación reservada, teniendo para ella los mismos respetos y atenciones que si se tratara de su propia persona. Cuando las mujeres se hubieron alejado con la vieja, la bella princesa dijo a su esposo, bajando la voz: «¡Que Alá premie tu compasión, que parte de un corazón generoso! Pero desde ahora puedes estar tranquilo respecto de esta vieja. Ella no está más enferma que mi buen ojo, y yo sé el motivo por el que se encuentra aquí, quiénes son las personas que la han empujado a ello, y el fin que ella se proponía apostándose en tu camino. Pero estate tranquilo a propósito de todo y persuádate bien de que contra todo lo que pueda tramarse, con intención de mortificarte o hacerte mal, yo sabré defenderte, haciendo vanas todas las asechanzas que se dirijan contra ti —y abrazándole una vez más, concluyó—: ¡Ve bajo la protección de Alá!». El príncipe Hossein, acostumbrado ya a no pedir demasiadas explicaciones a su esposa, solicitó la licencia y volvió a tomar el camino hacia la capital de su padre, a la que no tardó en llegar con sus caballeros. El sultán le recibió como de ordinario, no dejando traslucir, delante de él ni de sus compañeros, los sentimientos que le agitaban interiormente. En cuanto a la vieja hechicera, las dos servidoras de la bella princesa la condujeron a una hermosa habitación reservada y la ayudaron a acostarse en una cama cuyos colchones eran de satén bordado, las sábanas de fina seda y la colcha de tela de oro. Una de ellas le ofreció una taza de agua de la Fuente de los Leones, diciéndole: «He aquí agua de la Fuente de los Leones, que cura todas las enfermedades, incluso las más tenaces, y devuelve la salud a los moribundos». La vieja bebió el contenido de la taza y, poco después, exclamó: «¡Oh licor admirable, heme aquí curada, como si me hubieran sacado mi mal con tenazas! ¡Por favor, apresuraos a llevarme ante vuestra ama, para agradecerle sus bondades y demostrarle mi gratitud!». Y se incorporó, fingiendo estar restablecida de una dolencia que jamás había sufrido. Y las dos mujeres la condujeron, a través de varias estancias a cuál más magnífica, hasta la sala donde se encontraba su ama. La princesa estaba sentada en un trono de oro macizo cuajado de piedras preciosas y la rodeaban sus damas de honor, en gran número y todas encantadoras y vestidas tan maravillosamente como su ama. La vieja hechicera, deslumbrada por todo cuanto veía, se prosternó al pie del trono balbuciendo palabras de agradecimiento, y la princesa le dijo: «Me siento complacida, buena mujer, por tu pronta curación. Ahora eres libre de quedarte en mi palacio todo el tiempo que quieras y mis mujeres van a ponerse a tu disposición para enseñártelo». La vieja, después de prosternarse por segunda vez, se levantó y se dejó

llevar por dos bellas jóvenes, que se dedicaron a mostrarle el palacio en todos sus maravillosos detalles, y cuando acabaron de recorrerlo pensó para sí que le valdría más marcharse, ahora que ya había visto lo que quería ver, y, después de agradecerles sus atenciones, expuso su deseo a las dos jóvenes, que la hicieron salir por la puerta de piedra y la despidieron deseándole un feliz viaje. Tan pronto como se halló ante las rocas se volvió para observar bien el emplazamiento de la puerta y poder reconocerla después; pero, como era invisible para las mujeres de su clase, la buscó en vano, viéndose obligada a regresar sin haber conseguido descubrir el modo de llegar a ella. Cuando estuvo en presencia del sultán le dio cuenta de todo lo que había hecho, de lo que había visto y de la imposibilidad de encontrar la entrada del palacio. El sultán, bastante satisfecho de sus explicaciones, convocó a sus Visires y favoritos, y, poniéndoles al corriente de la situación, solicitó sus opiniones. Unos le aconsejaron condenar a muerte al príncipe Hossein, basándose en que conspiraba contra el trono; otros opinaron que quizá fuera mejor apoderarse de él y encarcelarlo hasta el fin de sus días, y el sultán, dirigiéndose a la vieja le preguntó: «Y tú ¿qué piensas?». «¡Oh rey de los tiempos! —respondió la vieja—, yo creo que es mejor utilizar las relaciones que tu hijo tiene con esa princesa para conseguir algunas de las maravillas que se encuentran en su palacio, y si él rehúsa, o es ella la que se lo rehúsa a él, será cuando habrá lugar para pensar en alguno de los medios violentos que acaban de indicarte los visires». El rey dijo: «No hay inconveniente —y haciendo venir a su hijo, le dijo—: ¡Oh hijo mío!, puesto que has llegado a ser más rico y poderoso que tu padre, ¿no podrás traerme, la próxima vez que vengas, alguna cosa de mi agrado, como, por ejemplo, una tienda que me sirva para la caza y para la guerra?». Y el príncipe Hossein dio una respuesta adecuada, asegurando a su padre que experimentaría una gran alegría si lograba satisfacer su capricho. Cuando estuvo de vuelta junto a su esposa la enteró del deseo de su padre y ella respondió: «¡Por Alá, eso que nos pide el sultán es una bagatela!». Y llamando a su tesorera le dijo: «Coge el pabellón más grande que haya en mi tesoro y di a vuestro guardián Schaibar que me lo traiga». La tesorera se apresuró a ejecutar la orden, y unos instantes después volvió acompañada por el guardián del tesoro, que era un genio de una especie muy particular. Era en efecto, de pie y medio de estatura, con una barba de tres pies, unos bigotes espesos que le llegaban hasta las orejas y ojos como los de los cerdos, hundidos profundamente en su cabeza, que era tan grande como el resto del cuerpo; llevaba sobre su espalda una barra de hierro que pesaba cinco veces más que él y un pequeño paquete o envoltorio en una mano. La princesa le dijo: «¡Oh Schaibar; partirás en seguida acompañando a mi esposo, el príncipe Hossein, que va a ver a su padre el sultán, y harás lo que debas hacer!». Schaibar respondió: «Por el oído y la obediencia —y preguntó—: ¿Y es preciso, oh mi ama, que lleve hasta allí el pabellón que tengo en la mano?». Y ella le dijo: «Ciertamente; pero antes desplégalo aquí para que el príncipe Hossein pueda verlo». Y Schaibar fue al jardín y desenvolvió el paquete que llevaba en la mano, saliendo de él un pabellón que, desplegado por

entero, podía albergar a todo un ejército y que tenía la propiedad de agrandarse o achicarse en proporción con lo que debía cubrir. Después de mostrarlo de esta suerte, lo plegó e hizo con él un paquete que cabía dentro de su mano cerrada y dijo al príncipe Hossein: «Vayamos a ver al sultán».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CUATRO

Ella dijo:

—Ahora bien; cuando el príncipe Hossein llegó a la capital de su padre precedido de Schaibar, que iba a pie, todos cuantos los veían, acometidos de súbito espanto a la vista del genio enano que avanzaba con su barra al hombro, corrieron a esconderse en casas y tiendas, apresurándose a cerrar las puertas. Al llegar al palacio, los porteros, eunucos y la guardia se pusieron a salvo, profiriendo gritos de terror. Siempre precedido por el enano, Hossein llegó ante el sultán, que se hallaba rodeado de sus visires y favoritos y se entretenía con la vieja hechicera. Schaibar avanzó hasta el pie del trono, esperó hasta que el príncipe hubo saludado a su padre y dijo: «¡Oh rey de los tiempo!, te traigo el pabellón». Y desplegándolo en medio de la sala y manteniéndose a cierta distancia, se dedicó a agrandarlo y achicarlo. Después, súbitamente, blandiendo la barra de hierro la descargó sobre la cabeza del gran visir, destrozándosela de un solo golpe; y, de la misma manera, fue aplastando a todos los visires y favoritos, sin que, inmovilizados por el espanto, intentaran defenderse. Por último aplastó a la vieja hechicera, diciendo: «Esto es para enseñarte a hacer bien la agonizante». Cuando hubo machacado de esta manera a todo el mundo, volvió a poner la barra de hierro sobre su hombro y dijo al rey: «Los he castigado por sus malos consejos, y en cuanto a ti, ¡oh rey!, puesto que eres débil de espíritu y no hubieras matado o encarcelado al príncipe Hossein sino empujado por ellos, te ahorro su misma suerte, pero, te destituyo de tu realeza. Y si alguien en la ciudad piensa protestar, lo aplastaré, e igualmente haré con toda la ciudad si es preciso, en caso de que rehusara reconocer como su rey al príncipe Hossein; y ahora, ¡desciende de tu trono o te aplasto!». El rey dióse prisa en obedecer y, abandonando su trono, salió del palacio y fuese a vivir en la soledad, cerca de su hijo Alí, bajo la obediencia del santo derviche. En cuanto al príncipe Hassan y su esposa Nurenahar, como ellos no habían tomado parte en la conjuración, el príncipe Hossein, convertido en rey, les cedió en feudo la más hermosa provincia del reino y siguió manteniendo con ellos las mejores relaciones. Y el príncipe Hossein y su esposa, el hada princesa, ahora reina, vivieron entre delicias y prosperidades, y, después de su muerte, dejaron una numerosa

descendencia que reinó durante años y más años. ¡Pero Alá es más sabio!

Y Schehrazada, acabado de contar esta historia, se calló. Y su hermana Doniazada le dijo:

—¡Oh hermana mía, tus palabras son dulces y deleitosas!

Schehrazada sonrió y dijo:

—¿Y qué es esto comparado con lo que referiré ahora, si el rey me lo permite?

Y el rey Schahriar pensó: «¿Qué puede ella contar aún que yo no conozca?», y dijo a Schehrazada:

—Tienes permiso.

Y ella dijo:

HISTORIA DE SARTA DE PERLAS

—Se cuenta en los anales de los sabios y en los libros de la antigüedad, que el emir de los creyentes Al-Motacid Bi-Abbas, sexto califa de la dinastía de los Abbas, hijo de Al-Motawaquil, hijo de Harún Al-Raschid, era un príncipe dotado de grandeza de alma, corazón intrépido y sentimientos elevados; lleno de encanto y elegancia, de nobleza, gracia, decisión y valentía, majestad e inteligencia, igualaba a los leones en fuerza y bravura, y, además, tenía un ingenio tan fértil que estaba considerado como el mejor poeta de su tiempo. Para que le ayudaran a llevar los asuntos de su inmenso imperio, tenía en Bagdad, su capital, sesenta visires que, con celo infatigable, velaban por los intereses del pueblo con la misma incansable actividad que su amo. Nada de lo que ocurría bajo su reinado, ni la cosa más fútil en apariencia, escapaba a su conocimiento en el inmenso país que se extiende desde el desierto de Schan hasta los confines del Mogreb, y desde las montañas de Khorasam y el mar occidental hasta los lejanos límites de la India y el Afganistán. Ahora bien, un día, cuando paseaba con Ahmad Ibn-Handun el narrador, su íntimo y compañero de mesa preferido, el mismo a quien debemos la transmisión oral de tan maravillosos poemas y bellas historias de nuestros antepasados, llegó ante una mansión de apariencia señorial, medio oculta entre jardines deliciosos y cuya armonía arquitectónica decía del buen gusto de su propietario mucho más de lo que pudieran decir las palabras más elocuentes; pues, para quien tuviere como el califa, ojos sensibles y alma atenta, aquella morada era la elocuencia misma. Estaban sentados ambos en un banco de mármol que se hallaba frente a la casa, descansando de su paseo y respirando el aire embalsamado que venía de los tilos y jazmineros del jardín, cuando vieron aparecer ante ellos, saliendo de la sombra, dos adolescentes bellos como la luna en su catorceavo día. Conversaban entre ellos sin advertir la presencia de los dos extraños sentados en el banco de mármol, y uno de ellos decía a su compañero: «¡Haga el cielo, oh mi amigo, que en este esplendoroso día venga a visitar a nuestro amo, al menos, algún huésped por azar! Será triste que llegue hoy la hora de la comida sin que haya nadie para hacerle compañía, mientras que de ordinario siempre hay a su lado amigos o extranjeros a quienes regalar con delicias y

albergar con esplendidez». «Ciertamente —contestó el otro adolescente— que es la primera vez que ocurre una cosa semejante; nunca se encontró solo nuestro amo en la sala de los festines, y es muy extraño que a pesar de la dulzura de este día de primavera, ningún paseante haya elegido, como lugar de reposo, nuestros bellos jardines, tan visitados de ordinario hasta por gentes venidas de las más lejanas provincias». Oyendo la conversación de los dos adolescentes, Al-Motacid quedó muy sorprendido al ver que no solamente existía en la capital un señor de alto rango cuya mansión le era desconocida, sino que este señor llevara una vida tan singular y que no gustara de la soledad durante las comidas, y pensó: «¡Por Alá, yo, que soy el califa, gusto frecuentemente de estar a solas conmigo mismo, y moriría en plazo breve si me viera obligado a soportar a perpetuidad una vida extraña al lado de la mía, pues la soledad es la cosa más estimable algunas veces!». Y dijo a su fiel comensal: «¡Oh Ibn-Handun, oh narrador de lengua de miel! Tú que conoces todas las historias del pasado y que no ignoras ninguno de los acontecimientos contemporáneos, ¿conocías la existencia del propietario de este palacio? ¿Y no crees que es urgente saber algo más de este súbdito, cuya vida es tan diferente de la de los otros hombres, y de su sorprendente fasto solitario? Por otra parte, ¿no me daría esto la oportunidad de usar, para con uno de mis más nobles vasallos, de una generosidad que yo quisiera más espléndida aún que aquella con la que él obsequia a sus huéspedes ocasionales?». El narrador Ibn-Handun respondió: «Ciertamente que el emir de los creyentes no deplorará su visita a este señor, desconocido para nosotros. Voy, pues, si tal es el deseo de mi amo, a llamar a los dos encantadores adolescentes para anunciarles nuestra visita al dueño de este palacio». Y se levantó del banco así como Al-Motacid que, según su costumbre, iba disfrazado de mercader, y, dirigiéndose a los dos bellos jóvenes, dijo: «¡Alá os proteja! Id a decir a vuestro amo que, a su puerta, dos mercaderes extranjeros solicitan entrar en su palacio y reclamar el honor de presentarse ante él». Los dos adolescentes, tan pronto como oyeron estas palabras, entraron regocijados en la mansión, en cuyo umbral apareció, poco después, el dueño de la casa, en persona.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CINCO

Schehrazada dijo:

—Era un hombre de rostro despejado, rasgos finos y delicados, aspecto elegante y actitud llena de gracia. Se vestía con una túnica de seda de Nischabur, llevaba sobre sus espaldas un manto de terciopelo con franjas de oro, y se veía en su dedo un anillo

de rubíes. Se acercó a ellos con una sonrisa de bienvenida en sus labios, diciendo: «Saludos y cordialidad a los señores que, benevolentes, nos han dispensado el señalado favor de su venida». Entraron en la morada, y, viendo su maravillosa disposición, creyeron hallarse en un lugar del mismo paraíso, pues su belleza interior sobrepasaba con mucho a la exterior, y, sin ninguna duda, hubiera hecho olvidar al más torturado amante el recuerdo de la bien amada. En la sala de reunión, un pequeño jardín se miraba en la taza de alabastro donde cantaba un surtidor de diamantes que en sus proporciones era una fresca delicia y un encanto; pues si el jardín grande rodeaba al palacio con todas las flores y follajes que hay en la tierra de Alá, y, por su exuberancia, representaba una verdadera orgía de vegetación, el pequeño jardín era allí la inteligencia. Las plantas que lo formaban eran cuatro flores; sí, solo cuatro flores ciertamente, pero como no las había contemplado el ojo humano desde los primeros días de la creación. La primera flor era una rosa inclinada sobre su tallo y única; no como las que suelen dar los rosales, sino la original, cuya hermana había florecido en el Edén antes de la bajada del ángel encolerizado. Era, brillando por sí misma, una llama de oro rojo, un fuego de alegría mantenido desde su interior, una aurora aterciopelada, viva, rosada, fresca, virginal, inmaculada y resplandeciente. En su corola tenía la púrpura suficiente para la túnica de un rey, y en cuanto a su aroma, de una sola aspiración ya no cabía el corazón en el pecho. Decía al alma: «Embriágate», y prestando alas al cuerpo, le decía: «¡Ve volando!». La segunda flor era un tulipán, erguido sobre su tallo y también único, no uno de cualquier parterre real, sino el antiguo tulipán regado con sangre de dragones, aquel cuya raza, ya extinguida, florecía en Aram de las Columnas, y cuyo color decía a la copa llena de vino viejo: «Yo embriago sin que me toquen los labios»; y al carbón encendido: «Ardo pero no me consumo». La tercera flor era un jacinto erguido sobre su tallo y único, no el de los jardines, sino el padre de los lirios; aquel de un blanco puro, delicado, aromado y frágil, el cándido jacinto que dijo al cisne cuando salía del agua: «Yo soy más blanco que tú». Y la cuarta flor era un clavel inclinado en su tallo y único, no el clavel que riegan por las tardes en las terrazas las jóvenes, ¡oh, no!, sino un globo incandescente, una partícula del sol cuando se hunde en Occidente, un frasco encerrando el alma volátil de todos los aromas; el clavel mismo cuyo hermano fue ofrecido por aquel rey a Soleimán para que adornara la cabellera de Balkis, y que sirve para el elixir de larga vida, el bálsamo espiritual, el álcali real y la triaca. Y el agua de la taza, de ser ella sola la que tocaba las cuatro flores, aunque solo fuera en imagen, tenía, incluso cuando callaba el surtidor musical, un estremecimiento de emoción. Y las cuatro flores, sabiéndose tan bellas, se inclinaban sonrientes sobre sus tallos y se contemplaban atentamente. Y nada más adornaba esta sala de mármol blanco y frescor, aparte de las cuatro flores en la taza; y la vista reposaba allí maravillada, sin echar de menos ninguna otra cosa. Cuando el califa y su compañero se sentaron en el diván cubierto con tapices de Khorasam, su huésped les invitó, después de nuevas saluciones de bienvenida, a compartir con él su comida. Esta se

componía de cosas exquisitas que los servidores llevaban en platos de oro, colocándolos sobre taburetes de bambú, transcurriendo dentro de la cordialidad que los amigos suelen dispensar a sus amigos. A una señal del huésped, entraron cuatro adolescentes de rostro bello como la luna, y eran: tañedora de laúd la primera, la segunda tocaba los címbalos, la tercera era cantante, y la cuarta, danzarina. Mientras que con la música, el canto y la gracia de los movimientos ellas cuatro completaban la armonía de la estancia y hacían encantador el ambiente, el huésped y sus dos invitados degustaban los vinos en las copas y se dulcificaban con las frutas, cogidas sin separarlas de sus ramas, tan hermosas, que no lo serían más si vinieran de los mismos árboles del paraíso. El narrador Ibn-Handun, aunque acostumbrado a ser tratado suntuosamente por su amo, se sintió tan exaltado por los vinos generosos y por tanta belleza allí reunida, que, volviéndose hacia el califa con ojos de inspirado y la copa en la mano, recitó un poema que acababa de componer, improvisando e impulsado por el recuerdo de un joven amigo que tenía, y, con hermosa voz, pausadamente, dijo:

¡Oh jovencito de mejillas sonrosadas y gordezuelas como las de un idolillo chino!

¡Oh jovencito de ojos azabachados y líneas de hurí! ¡Deja ya tu languidez, cíñete la cintura y haz que el vino del color del tulipán suene en la copa!

Existen unas horas para la prudencia y otras para la locura.
¡Escánciame hoy de ese vino, porque me gusta, cuando es pura como la de tu corazón la sangre que se extrae de los barriles!

Y no me digas que el vino es traidor. ¿Qué importa embriagarse al que nació ebrio? Hoy tengo deseos ondulantes como los rizos de tu cabello.

No, no digas que el vino es traidor para los poetas. Mientras sea azul la capa del cielo y verde el vestido de la tierra, querré beber hasta morirme de embriaguez.

Solo deseo que cuando los jóvenes de bellos rostros se acerquen a mi tumba, al aspirar el olor del vino que desde la tierra exhalarán mis restos, se emborrachen con este olor.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SEIS

Dijo Schehrazada:

—Acabado el improvisado poema, el narrador Ibn-Handun levantó la vista hacia el califa para juzgar, por la expresión de su rostro, el efecto que le habían producido los versos; y, en lugar de las muestras de satisfacción que esperaba hallar, notó tal expresión de contrariedad y cólera reprimida, que, de la impresión, dejó caer su copa llena de vino. Tembló en su ánimo, y se hubiera considerado perdido sin remedio, si no hubiera echado de ver que el califa daba la impresión de no haber escuchado los versos recitados, pues con sus ojos como extraviados y perdida la mirada, parecía estar embargado por la resolución de algún problema difícil, y se dijo: «¡Por Alá!, hace un momento que su cara era alegre y he aquí que ahora está ensombrecida de contrariedad y con un aspecto tal, que jamás la había visto tan tormentosa. Acostumbrado como estoy a leer sus pensamientos en los cambios de su fisonomía, y a adivinar sus sentimientos, no sé a qué atribuir este cambio tan súbito. ¡Que Alá aleje al maligno y nos preserve de sus maleficios!». Y mientras se torturaba tratando de penetrar en los motivos de esta cólera, el califa, dirigiendo a su huésped una mirada de desconfianza, contrariando todas las reglas de la hospitalidad, y, a despecho de la costumbre que exige que el huésped y el invitado nunca se pregunten recíprocamente por sus nombres y circunstancias, interrogó al dueño de la casa con voz que denotaba su cólera reprimida: «¿Quién eres tú, oh hombre?». Ante esta pregunta, el huésped, cambiando de color y extremadamente mortificado, no rehusó, sin embargo, la respuesta y dijo: «Se me conoce comúnmente bajo el nombre de Abu Hassam Alí ben-Ahmad Al-Khorasani». Y el califa replicó: «¿Y sabes tú quién soy yo?». El huésped, aún más pálido, respondió: «No, ¡por Alá!, no tengo ese honor, ¡oh mi amo!». Entonces Ibn-Handun, viendo cuán penosa se iba haciendo la situación, se levantó y dijo al hombre: «¡Oh nuestro huésped, estás en presencia del emir de los creyentes, el califa Al-Motacid Bi el-Lah, nieto de Al-Motawaquil Al el-Lah!». Después de oír tales palabras, el dueño de la casa se levantó a su vez muy emocionado, y, prosternándose ante el califa, dijo temblando: «¡Oh emir de los creyentes!, yo te conjuro, por las virtudes de tus piadosos y beneméritos antepasados, para que perdones a tu esclavo las faltas que, por ignorancia, haya podido cometer hacia tu augusta persona y también las inconveniencias en el trato, respetos y, sin duda alguna, mi poca generosidad». Y el califa respondió: «¡Oh hombre!, no tengo que reprocharte nada en cuanto a lo que te refieres. Muy al contrario, has dado pruebas de una generosidad para con nosotros, que te envidiarían los más munificentes de entre los reyes. Si te he interrogado ha sido porque una causa, muy grave en apariencia, me ha impulsado de pronto a hacerlo cuando no pensaba más que en darte las gracias por todo lo que de agradable hemos hallado en tu casa». El huésped, completamente derrumbado, dijo: «¡Oh mi amo, soberano de gracia! ¡No hagas pesar tu cólera sobre tu esclavo sin antes convencerle de su crimen!». Y el califa respondió: «He notado hace un momento, ¡oh hombre!, que todo lo de esta casa, desde los muebles hasta los mismos vestidos que llevas puestos, ostenta el

nombre de mi abuelo Al-Motawaquil Al el-Lah. ¿Puedes explicarme una cosa tan extraña? ¿No es justo que piense yo en algún acto de pillaje clandestino, perpetrado en el palacio de mis santos abuelos? ¡Habla sin reticencias o la muerte te espera en el acto!». El huésped, lejos de turbarse, recobró su aire afable y su sonrisa y, con voz reposada, dijo: «¡La gracia y protección del todopoderoso para ti, oh mi señor!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SIETE

Ella dijo:

—«Ciertamente que hablaré sin reticencias, pues la verdad es el vestido interior y la sinceridad el hábito exterior, y nadie debe expresarse en tu presencia sino con veracidad». «En tal caso, ¡siéntate y habla!» —ordenó el califa—. Y Abu-Hassam, sentándose en su sitio, dijo: «Has de saber, ¡oh emir de los creyentes!, ¡quiera Alá seguir prodigándote triunfos y favores!, que yo no soy, como podría suponerse, ni hijo de rey, ni jerife, ni hijo de visir, ni nada que de cerca o lejos se aproxime a nobleza de nacimiento; pero mi historia es tan extraña, que si se tatuara en los ojos, serviría de provechosa enseñanza a los que la leyeren con atención y respeto, pues si bien es cierto que no soy noble, hijo de noble, o de familia con derecho a nobleza, creo poder afirmar a mi señor, sin exagerar, que si escucha con atención mi historia, le satisfará y desaparecerá su enojo contra este, su esclavo, que le habla». Y Abu-Hassam se detuvo un momento, reunió sus recuerdos, y, ordenándolos en su pensamiento, prosiguió de esta manera: «Nací en Bagdad, ¡oh emir de los creyentes!, de un padre y una madre que no tuvieron más hijos que yo. Mi padre era un simple mercader, si bien es cierto que era el más rico y respetado entre todos. Tenía, no una sola tienda, sino que en cada uno de los mercados poseía la más bonita de ellas, tanto en el de los cambistas como en el de los drogueros o en el de telas; y, en cada una de estas tiendas, tenía un representante hábil en la realización de operaciones de compraventa. Dando a cada una de las trastiendas, había habitaciones privadas, donde, apartado del trajín de idas y venidas, mi padre podía dormir la siesta, con toda comodidad, en las tardes calurosas, mientras que un esclavo provisto de un abanico le hacía aire, especialmente, y con perdón, en los testículos, pues mi padre los tenía muy sensibles al calor y nada le hacía tanto bien como la brisa refrescante del abanico. Ahora bien, como yo era hijo único, mi progenitor me amaba tiernamente, no privándome de nada y sin escatimar gastos en mi educación; por otra parte, sus riquezas se multiplicaban año tras año, llegando a ser difícil calcularlas. Y un día llegó la hora que el destino le tenía marcada, y murió. ¡Que Alá lo haya acogido en su

misericordia, y alargue la vida del emir de los creyentes tantos días como van pasados desde que la perdió el difunto! En cuanto a mí, habiendo heredado de mi padre bienes inmensos, continué llevando adelante, como durante su vida, los asuntos del mercado. Por otro lado, yo no me privaba de nada; comiendo, bebiendo y divirtiéndome con amigos de mi elección, hallé que la vida es excelente, y traté de hacerla tan agradable para los demás como lo era para mí. Por esto, mi felicidad estaba exenta de reproches y de amargura, y no deseaba nada mejor que mi vida de todos los días. Eso que los hombres llaman ambición, lo que los vanidosos denominan gloria y los pobres de espíritu dicen nombradía; los honores, la popularidad, todo eso me resultaba insoportable; me prefería a mí mismo. A las satisfacciones externas anteponía la tranquilidad de mi existencia, y a las falsas grandezas mi felicidad sencilla, oculta entre mis amigos de mirada amistosa. Pero ¡oh mi señor!, una vida, por simple y limpia que ella sea, no está al abrigo de complicaciones, y yo, como muchos de mis semejantes, iba a hacer muy pronto la experiencia; y fue bajo el aspecto más encantador como entraron las complicaciones en mi vida. Pues, ¡por Alá!, ¿hay sobre la tierra encanto comparable al de la belleza cuando elige, para manifestarse, la cara y las formas de una adolescente de catorce años? ¿Y hay, ¡oh mi señor!, adolescente más seductora que aquella que, sin ser esperada, toma el aspecto y las maneras de una jovencuela de catorce años? Pues bajo esta apariencia, y no bajo otra alguna, fue como llegó a mí, ¡oh emir de los creyentes!, aquella que iba a sellar para siempre mi razón con el sello de su imperio. En efecto: un día estaba sentado ante mi tienda conversando con mis amigos habituales sobre cosas sin importancia, cuando vi detenerse frente a mí a una jovencita sonriente con un par de ojos babilónicos que me dirigió una mirada, una sola mirada, y nada más. Yo, como herido por una flecha acerada, me estremecí en cuerpo y alma y sentí una emoción profunda, como si llegara mi felicidad. Al cabo de un momento, la niña avanzó hacia mí y dijo: “¿Es esta la tienda del señor Abu-Hassam Alí Ibn-Ahmad Al-Khorasani?”. Y esto, ¡oh mi señor!, me lo preguntó con voz de fuente cantarina; estaba delante de mí, esbelta, flexible y llena de gracia; su boca de virgen niña, bajo el velo de muselina, era una corola de púrpura que se abría sobre dos húmedas hileras de granizo. Yo, levantándome en su honor, respondí: “Sí, mi dueña, esta es la tienda de tu esclavo”; y mis amigos, por discreción, se levantaron todos y se marcharon. Entonces la joven entró en la tienda, ¡oh emir de los creyentes!, arrastrando mi corazón tras su belleza: se sentó en el diván como una reina y me preguntó: “¿Y dónde está él?”. Y yo respondí tartamudeando, tanto trababa mi lengua la emoción: “Soy yo mismo, ¡oh princesa!”. “Di entonces a tu empleado —continuó ella sonriendo—, que cuente y me entregue trescientos dinares de oro”. Al instante, dirigiéndome al empleado contable, ordené contar los trescientos dinares y entregarlos a aquella criatura sobrenatural. Ella tomó el saco con el oro de manos del empleado, y, levantándose, salió de la tienda sin pronunciar una sola palabra de agradecimiento ni hacer el más leve gesto de adiós, y, ciertamente, ¡oh emir de los creyentes!, que mi razón no supo hacer otra

cosa que irse tras ella, encadenada a sus pasos. Cuando desapareció, mi empleado me dijo respetuosamente: “¡Oh mi amo!, ¿a qué nombre debo inscribir la suma anticipada?”. Y yo respondí: “¿Y cómo he de saberlo yo? ¿Desde cuándo escriben los humanos en sus libros de cuentas los nombres de las huríes? Si quieres, anota: ‘Anticipo de una suma de trescientos dinares a la sutilizadora de los corazones’”. Cuando mi empleado oyó esto debió pensar para sí: “¡Por Alá!, siendo mi amo tan mesurado de ordinario, seguramente que, con tanta inconsecuencia, solo trata de poner a prueba mi sagacidad. Iré tras la desconocida y le preguntaré su nombre”. Y sin consultarme, salió de la tienda precipitadamente y corrió tras la joven que ya se había perdido de vista. Al cabo de un rato regresó; y, tapándose con la mano el ojo izquierdo y con el rostro bañado en lágrimas, ocupó su sitio en el mostrador, enjugándose las mejillas y con la cabeza baja. Yo le pregunté: “¿Qué has hecho?”. “¡Alejado sea el maligno! —repuso él—; yo creí que hacía bien yendo tras de la joven con intención de saber su nombre, pero ella, al sentirse seguida, se volvió bruscamente y me asestó un puñetazo en el ojo izquierdo, con tanta fuerza, que por poco me lo vacía; y heme aquí, con un ojo machacado por una mano más fuerte que la de un herrero. Esto es todo, ¡oh mi señor!; y ¡alabanzas a Alá, que pone tanta fuerza en la mano de las gacelas y tanta rapidez en sus movimientos!”. Yo estuve, durante todo aquel día, con el ánimo embargado por el recuerdo de aquellos ojos inolvidables y con mi espíritu torturado y confortado a la vez. Ahora bien; al día siguiente a la misma hora y mientras yo soñaba despierto con su amor, vi a la encantadora criatura de pie ante la tienda y mirándome sonriente. A la vista, el poco juicio que aún quedaba en mí huyó de alegría, y, cuando me disponía a darle la bienvenida, me dijo: “¿No es verdad, Abu-Hassam, que te habrás dicho para ti mismo, pensando en mí: qué clase de taimada será esta que tomó lo que tomó para luego desaparecer?”. Yo respondí: “¡Alá en ti, oh mi soberana! No hiciste sino tomar lo que te pertenece, puesto que todo lo que hay aquí es tuyo: el continente y el contenido. En cuanto a este tu esclavo, ya no es de él su alma desde tu venida, y no es más que uno de tantos objetos sin valor de esta tienda”. La joven, al oír estas palabras, levantó su pequeño velo de rostro, se inclinó sonriente como una rosa sobre su tallo, y se sentó con crujir de sedas y tintineo de brazaletes, embalsamando la tienda con el aroma de todos los jardines. Después me dijo: “Si ello es así, ¡oh Abu-Hassam!, dame quinientos dinares de oro”. “¡Escucho y obedezco!”, respondí yo, y, después de hacer contar los quinientos dinares, se los entregué. Ella los tomó y se marchó; esto fue todo. Yo, como la víspera, continuaba sintiéndome prisionero de sus encantos y cautivo de su belleza sin saber qué sortilegio me había privado tan completamente de mi pensamiento y de mi razón, impidiéndome toda resolución para tomar un partido o realizar un esfuerzo y sustraerme al estado de ensimismamiento en que había caído. Al día siguiente estaba yo más que nunca pálido y sumido en la inactividad, cuando apareció ante mí con sus grandes ojos de llama y tinieblas y su enloquecedora sonrisa; y esta vez, sin pronunciar palabra, señaló con su índice un

trozo de terciopelo sobre el que se hallaban joyas de valor inestimable y acentuó su sonrisa».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS OCHO

Schehrazada dijo:

—«Y yo, ¡oh emir de los creyentes!, acto seguido tomé el trozo de terciopelo, lo enrollé dejando dentro todo cuanto contenía, y lo entregué a la hechicera niña, que tomándolo, se fue sin más. Ahora bien; esta vez, viéndola desaparecer, no pude ya permanecer inactivo como hasta entonces, y, venciendo mi timidez que me hacía temblar ante la posibilidad de una afrenta semejante a la sufrida por mi empleado, me decidí y salí en pos de ella siguiendo sus huellas. De esta manera, siguiéndola siempre, llegué a la orilla del Tigris, donde vi que subía a un pequeño barco que a rápidas remadas ganó el palacio de mármol del emir de los creyentes Al-Motawakil, tu abuelo, ¡oh mi señor! Yo, en vista de esto, quedé extremadamente inquieto, pensando: “Hete aquí ahora, Abu-Hassam, empeñado en aventuras y arrastrado por el molino de las complicaciones”. Y bien a pesar mio, recordé aquellas palabras del poeta:

Procura examinar el brazo de tu adorada, blanco y suave, y sé prudente, pues te parecerá más blanco que las plumas de los cisnes cuando apoyes en él tu cabeza.

Largo tiempo permanecí pensativo mirando, sin verla, el agua del río. Mi vida pasada, sin sobresaltos y tan dulcemente monótona, desfilaba ante mi vista, representada por las barcas sucesivas y todas semejantes, que pasaban deslizándose sobre la corriente. De pronto, volví a ver la barca teñida de púrpura que había utilizado la joven. Estaba ahora amarrada bajo la escalera de mármol y sin remeros, y me dije: “¡Por Alá!; ¿no sientes vergüenza, Abu-Hassam, por tu vida soñolienta? ¿Es posible dudar entre esta tu pobre vida de ahora y la vida ardiente que llevan los que no temen a las complicaciones? Parece que olvidas estas palabras del poeta:

Desperézate, amigo mio, y aleja la modorra. No es soñando como surge la flor de la felicidad. Consume cada instante de tu vida bien despierto. Tendrás después siglos para dormir”.

Reconfortado por estos versos y por el recuerdo emocionado de la niña, resolví,

ahora que ya sabía dónde habitaba, no retroceder ante nada para llegar hasta ella, y, embargado por este proyecto, regresé a mi casa y entré en la habitación de mi madre, que me amaba con ternura, contándole, sin omitir nada, lo que me sucedía. Mi madre, espantada, me estrechó contra su corazón y dijo: “Que Alá te salvaguarde, ¡oh hijo mio!, y preserve tu alma de toda complicación. ¡Ah, mi hijo Abu-Hassam, único sostén de mi vida!, ¿adónde vas a arriesgar tu reposo y el mio? Si esta joven vive en el palacio del emir de los creyentes, ¿cómo quieres obstinarte en volver a verla? ¿No ves el abismo en el que quieres precipitarte, osando dirigirte, aunque solo sea con el pensamiento, a la morada de nuestro amo el califa? ¡Oh hijo mío, yo te suplico, por los nueve meses durante los cuales te llevé en mi seno, que abandones el proyecto de volver a ver a esa joven desconocida y no dejes que arraigue en tu corazón una pasión tan funesta!”. Con intención de tranquilizarla, yo respondí: “¡Oh madre mía, apacigua tu ánimo y despeja tu mirada! Nada ocurrirá más que lo que deba ocurrir, y aquello que está escrito, sucederá. ¡Y Alá es el más grande!”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, su calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS NUEVE

Dijo Schehrazada:

—«Al día siguiente fui a mi tienda del mercado de los joyeros, donde recibí la visita del representante que dirigía los asuntos en otra de mis tiendas, la del mercado de los drogueros. Era un hombre de edad, en quien mi difunto padre había tenido una confianza ilimitada, consultándole en todos los casos difíciles o complicados; y después de los saludos y cumplimientos de costumbre, me dijo: “¡Ah, señor!, ¿por qué ese cambio que noto en tu fisonomía? ¿Cuál es el motivo de esa palidez de tu tez y ese aire preocupado? ¡Que Alá nos libre de los malos negocios y de los clientes de mala fe! Pero sea cual fuere la desgracia que haya podido ocurrir, tiene remedio, puesto que gozas de buena salud”. “¡No, por Alá! —repuse yo—, no he realizado ningún mal negocio, ¡oh mi venerable tío!, ni he sido víctima de la mala fe de otro; pero mi vida ha cambiado profundamente y la complicación ha entrado en mi ánimo por culpa de una niña de catorce años”. Y le conté todo lo que me había sucedido sin olvidar un solo detalle, describiendo a la cautivadora de mi corazón como si se encontrara allí mismo. Y el venerable jeque, después de reflexionar durante unos momentos, me dijo: “Ciertamente que el asunto es complicado, pero no tanto como para escapar a la perspicacia de tu viejo esclavo, ¡oh mi amo! Hay entre mis conocidos un hombre que vive en el palacio mismo del califa Al Motawakil, ya que es el sastre de los funcionarios y de los eunucos; voy a presentártelo y procura hacerle

algún encargo, que le pagarás con esplendidez, pues pudiera serte de gran utilidad”. Y, a continuación, me llevó hasta el palacio y entramos en casa del sastre, quien nos recibió con afabilidad. Para inaugurar mis encargos de vestidos, le mostré uno de mis bolsillos que durante el camino había tenido buen cuidado de descoser, rogándole que lo cosiera en el momento. El sastre ejecutó su trabajo de muy buen talante y, en pago, deslicé en su mano diez dinares de oro, excusándome por tan pequeña remuneración y prometiendo resarcirle largamente al segundo encargo. El sastre no supo qué pensar de mi manera de proceder y, mirándome con estupefacción, dijo: “¡Oh mi amo! Vas vestido como un mercader y no te comportas como tal. De ordinario, un mercader mira mucho sus gastos y no suelta un dracma sin antes estar seguro de ganar con él diez, y tú, por un trabajo insignificante, me das lo que cuesta un vestido de emir”. Después añadió: “Solo los enamorados suelen ser tan espléndidos. ¡Por Alá, oh mi amo!, ¿estás enamorado?”. Bajando los ojos respondí: “¿Y cómo podría no estarlo después de haber visto lo que he visto?”. “Y la causa de tus tormentos, ¿es un cervatillo o una gacela?”, preguntó él. “Una gacela”, respondí yo. Y él repuso: “No hay inconveniente y heme aquí dispuesto a servirte de guía, ¡oh mi amo!, si su morada está en este palacio, pues siendo una gacela, aquí se encuentran las más bellas variedades de la especie”. Yo dije: “Sí; aquí es donde ella habita”. “¿Y cuál es su nombre?”, preguntó él. Yo respondí: “Solo Alá lo sabe y, quizá, tú mismo”. Y él dijo: “Describemela entonces”. Lo hice como mejor pude y él exclamó: “¡Por Alá, que es nuestra ama Sarta de Perlas, la tañedora del laúd del emir de los creyentes Al Motawakil Ala-el-Lah! —y añadió—: He aquí precisamente a su pequeño eunuco que viene hacia nosotros; tú, ¡oh mi amo!, no dejes escapar la ocasión de seducirle para hacer de él tu introductor hasta su ama Sarta de Perlas”. Y, efectivamente, ¡oh emir de los creyentes!, vi entrar en casa del sastre a un esclavo muy joven, tan bello como la luna en el mes de ramadán, y, después de saludarnos gentilmente, dijo al sastre, señalando a una pequeña prenda de brocado: “¿Cuánto vale, jeque Alí? Tengo necesidad de ella para acompañar a mi ama Sarta de Perlas durante sus paseos”. En el acto retiré la prenda del lugar en que se encontraba y se la entregué al pequeño esclavo, diciendo: “Está pagada y te pertenece”. Él me miró, ladeando la cabeza al sonreír exactamente igual que su ama, y cogiendo mi mano me llevó aparte y dijo: “Sin duda que tú eres Abu-Hassam Ibn-Ahmad Al-Khorasani”. Yo, extremadamente asombrado al ver tanta sagacidad en un niño, y sorprendido al oír que me llamaba por mi nombre, puse en su dedo un anillo de precio, que saqué de uno de mis dedos, y respondí: “Dices bien, ¡oh encantador jovencito! Pero ¿quién te reveló mi nombre?”. Y él contestó: “¡Por Alá! ¿Y cómo no he de saberlo, si mi ama lo pronuncia tantas veces al día delante de mí, desde que está enamorada de Abu-Hassam Alí, el magnífico señor? ¡Por los méritos del profeta!, ¡para él las gracias y bendiciones! Si tú estás enamorado de mi ama como ella lo está de ti, me encontrarás desde ahora mismo dispuesto a ayudarte para llegar hasta ella”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS DIEZ

Ella dijo:

—«Entonces yo, ¡oh emir de los creyentes!, juré al jovencito, con los más sagrados juramentos, que estaba perdidamente enamorado de su ama y que seguramente moriría si no conseguía verla en seguida. El niño-eunuco me dijo: “Puesto que es así, ¡oh mi dueño Abu-Hassan!, estoy de tu parte y no quiero demorar por más tiempo mi ayuda para que consigas una entrevista con mi dueña —y se alejó diciendo—: Vuelvo al instante”. Y, en efecto, regresó en seguida con un paquete que desenvolvió, extrayendo de él una túnica de lino bordada en oro fino y un manto que era uno de los del califa, como pude notar por sus insignias y por estar inscrito en la tela el nombre de Al Motawakil Alá-el-Lah. Y el niño-eunuco me dijo: “Te traigo, ¡oh mi amo Abu-Hassan!, el vestido que suele usar el califa cuando acude al harén por las tardes”. Me instó a ponérmelo y dijo: “Cuando llegues a la galería interior, donde están las habitaciones privadas de las favoritas, ten cuidado, al pasar, de tomar algunos granos de almizcle de este frasco que te doy e ir dejándolos en los platillos que hay delante de las puertas de cada una de las habitaciones; esta es la costumbre del califa cuando atraviesa por las tardes la galería del harén. Una vez que hayas llegado ante una puerta cuyo umbral es de mármol azul, abres sin llamar y caerás en los brazos de mi ama. En cuanto a la salida de allí, después de la entrevista, Alá proveerá”. Habiéndome dado estas instrucciones y deseándome éxito, desapareció. Entonces yo, ¡oh mi señor!, a pesar de no estar acostumbrado a esta clase de aventuras y ser aquella la primera vez que me veía en tales complicaciones, no dudé en vestirme con las ropas del califa y, como si viviera en el palacio toda mi vida, y hubiera nacido allí, eché a andar atrevidamente, atravesando patios y columnatas, hasta llegar a la galería donde estaban las habitaciones reservadas del harén. Saqué de mi bolsillo el frasco que contenía los granos de almizcle y, de acuerdo con las instrucciones del pequeño eunuco, no me olvidé de ir dejando uno de ellos al pasar por delante de las puertas de cada una de las favoritas, en los pequeños platos de porcelana que para esto estaban dispuestos. De esta manera llegué ante la puerta cuyo umbral era de mármol azul; y ya me disponía a empujarla para ir junto a la tan deseada, felicitándome por no haber sido reconocido por nadie hasta aquel momento, cuando llegó hasta mí, de repente, un gran rumor y, al mismo tiempo, advertí el resplandor de un gran número de candelabros. Era el califa Al Motawakil en persona, rodeado de multitud de cortesanos y con su séquito habitual. Yo no pude hacer otra cosa que volver sobre mis pasos, sintiendo mi corazón tan agitado que parecía querer salirse del pecho. Durante mi huida a través de la galería, oía las voces de las

favoritas que, poco más o menos, decían desde el interior de sus habitaciones: “¡Por Alá, qué cosa más extraña! ¡Nuestro amo recorriendo hoy la galería por segunda vez! Ciertamente que fue él quien pasó hace unos momentos, depositando en el platillo de cada una, según su costumbre, el grano de almizcle. ¡Por otra parte, le hemos reconocido en el perfume de sus vestidos!”. Y yo continuaba huyendo sin saber adónde, hasta que me vi obligado a detenerme, no pudiendo ir más lejos en la galería sin riesgo de provocar alarma. Seguía llegando hasta mí el rumor de la escolta y veía aproximarse los candelabros y, entonces, no queriendo de ninguna manera, aun a riesgo de morir, ser sorprendido en tal situación y bajo el disfraz en que me hallaba, empujé la primera puerta con que topé, precipitándome tras ella, olvidando que estaba disfrazado de califa con todo lo que de esto se seguía; y me hallé en presencia de una mujer joven, con sus grandes ojos llenos de asombro, que, levantándose sobresaltada del tapiz sobre el que se hallaba tendida, dejó escapar un grito de confusión y terror, cubriéndose, con rápido ademán, el rostro y los cabellos con los bajos de su vestido de muselina. Yo quedé allí ante ella, alelado y perplejo, deseando en el fondo de mi alma, como el mejor modo de escapar de la situación, que me tragara la tierra allí mismo abriéndose bajo mis pies. ¡Ah, y es bien cierto que lo deseaba ardientemente! Por lo demás, maldecía la malhadada confianza que había puesto en el pequeño eunuco de perdición que, a no dudarlo, iba a ser la causa de que muriera ahogado o empalado. Conteniendo hasta la respiración esperaba que, de un momento a otro, la espantada adolescente comenzara a gritar pidiendo auxilio, lo que me convertiría en el ser más digno de lástima, ejemplo de los castigos reservados a los que buscan complicaciones. Y he aquí que aquellos labios se movieron bajo el improvisado velo de muselina y las palabras que pronunciaron eran encantadoras y decían: “¡Seas bien venido a mi habitación, Abu-Hassan, puesto que eres el que ama a mi hermana Sarta de Perlas y quien por ella es amado!”. Al escuchar estas inesperadas palabras, ¡oh mi señor!, me arrojé al suelo ante la adolescente, besando los faldones de su vestido y cubriendo mi cabeza con su velo protector. Ella continuó: “¡Bien venido y larga vida a los hombres generosos, oh Abu-Hassan! ¡Tú has sobresalido en tu comportamiento con mi hermana Sarta de Perlas y saliste airoso de las pruebas a las que ella te sometió! También ella me habla continuamente de ti y de la pasión que has sabido inspirarle. Puedes, pues, bendecir al destino, que te empujó hasta aquí, en vez de provocar tu perdición, disfrazado como estás, bajo este ropaje de califa. Y a propósito de esto puedes estar tranquilo, pues voy a arreglarlo todo para que no te suceda sino aquello que esté marcado con el sello de la buena fortuna”. Yo, no sabiendo cómo demostrar mi agradecimiento, continuaba besando en silencio los bajos de su túnica; y ella añadió: “Solo una cosa, Abu-Hassan: antes de intervenir en tu favor querría estar muy segura de tus buenas intenciones hacia mi hermana, pues es preciso que no haya ningún equívoco en esto”. Yo respondí, elevando los brazos: “¡Que Alá te guarde y te lleve siempre por el camino de la rectitud, oh mi salvadora! Pero ¡por tu vida!, ¿podrían ser mis intenciones de distinta índole que las más puras y

desinteresadas de cuantas puedan imaginarse? No deseo más que una cosa, y es ver a tu hermana para que mis ojos se regocijen y mi desfallecido corazón vuelva a la vida. ¡Solo esto y nada más! ¡Y Alá, que todo lo ve, es testigo de mis palabras y no ignora ninguno de mis pensamientos!”. Entonces ella concluyó: “En ese caso, Abu-Hassan, no escatimaré ningún medio para ayudarte a alcanzar el fin de tus lícitos deseos”. Y después de expresarse así, dio unas palmadas y dijo a la pequeña esclava que acudió a su llamada: “Ve a buscar a tu ama Sarta de Perlas y dile: ‘Tu hermana, Pasta de Almendras, te envía sus saludos y te suplica que vayas a su encuentro sin tardanza, pues siente esta noche agobio en el pecho y con tu sola presencia se sentirá aliviada; por otra parte, hay un secreto entre ella y tú’”. La esclava se apresuró a cumplir la orden. Y en seguida, ¡oh mi señor!, con su belleza y su gracia toda entera, llegó envuelta en un gran velo de seda y llevaba los pies desnudos y los cabellos sueltos. Ahora bien, ella, de momento, no advirtió mi presencia y dijo a su hermana Pasta de Almendras: “Heme aquí, querida. Salgo del baño y no me ha dado tiempo a vestirme; pero dime en seguida cuál es el secreto que hay entre tú y yo”. Por toda respuesta, mi protectora, señalándome con su índice, descubrió mi presencia a Sarta de Perlas y, con un ademán, indicó que me acercara; yo obedecí. Mi bienamada, al verme, no demostró vergüenza ni embarazo, sino que vino a mí, blanca y turbadora, y se arrojó en mis brazos como un niño en los de su madre. Yo creí que estrechaba contra mi corazón a todas las huríes del paraíso, sin saber, ¡oh mi señor!, si era un terrón de manteca fina o pasta de almendras, tan tierna estaba por todas partes y tan blanca. ¡Bendito sea aquel que la creó! Mis brazos no se atrevían a apoyarse sobre su cuerpo infantil y una nueva vida entró en mí con su beso».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS ONCE

Schehrazada dijo:

—«Y no sé durante cuánto tiempo permanecimos enlazados así, pues creo que mi estado se hallaba muy próximo al éxtasis. Cuando volví un poco a la realidad y quise contarle todo cuanto me había pasado y lo que había sufrido por su amor, oímos un rumor creciente en la galería. Era el califa en persona, que venía a ver a su favorita Pasta de Almendras, hermana de Sarta de Perlas. No había tiempo que perder, y, no pudiendo hacer otra cosa, me escondí en el interior de un gran cofre que ellas cerraron sobre mí como si nada hubiera pasado. Y el califa Al Motawakil, tu abuelo, ¡oh mi señor!, entró en la habitación de su favorita, y viendo a Sarta de Perlas le dijo: “¡Por mi vida, Sarta de Perlas, que me alegro de encontrarte hoy junto a tu hermana

Pasta de Almendras! ¿Dónde estuviste durante estos últimos días, que no te he visto en el palacio por ninguna parte, ni he escuchado tu voz, que tanto me agrada? —y sin esperar la respuesta, añadió—: Toma en seguida tu laúd, que tan abandonado tienes, y cántame algo apasionado”. Y Sarta de Perlas, que sabía al califa muy enamorado de una joven esclava llamada Benga, no halló dificultad en encontrar la canción adecuada, pues, enamorada ella misma, no hizo sino seguir sus propios sentimientos, y, templando su laúd, se inclinó ante el califa y cantó así:

El joven que yo amo,
¡ah, ah!,
tiene las mejillas aterciopeladas,
¡oh noche!,
y su dulzura supera,
¡oh los ojos!,
los pétalos de la rosa,
¡oh noche!

El joven que yo amo,
¡ah, ah!,
tiene la mirada amorosa,
¡oh noche!,
con la que puede hechizar,
¡oh los ojos!,
a los reyes de Babilonia,
¡oh noche!

Sí, tal es,
¡ah, ah!,
el joven que yo amo.

Cuando el califa Al Motawakil escuchó este canto se emocionó mucho, y dirigiéndose a Sarta de Perlas dijo: “¡Oh niña, oh boca de ruiseñor! Para darte una prueba de mi satisfacción, quiero que expreses un deseo, y, ¡lo juro por los méritos de mis gloriosos antepasados!, había de ser ese deseo la mitad de mi reino y te lo concedería”. Bajando los ojos, Sarta de Perlas respondió: “¡Que Alá prolongue la vida de nuestro amo!, pero yo no deseo otra cosa sino que continúen las bondades del emir de los creyentes para mí y para mi hermana Pasta de Almendras”. Pero el califa insistió: “Es preciso que me pidas alguna cosa, Sarta de Perlas”. Entonces ella dijo: “Puesto que nuestro amo me lo ordena, le pediré mi libertad y los muebles de esta habitación con todo lo que contienen”. Y el califa concedió: “Eres dueña de ello, ¡oh Sarta de Perlas! Pasta de Almendras, tu hermana, tendrá en adelante su habitación en el más bello pabellón del palacio. Tú, como estás liberada, puedes quedarte o partir”.

Y, levantándose, salió en busca de la joven Benga, su favorita del momento. Ahora bien, tan pronto como salió, mi amiga envió al pequeño eunuco en busca de portadores que transportaran a mi casa todo cuanto había en la habitación, telas, cofres y tapices. El cofre donde yo me hallaba encerrado salió en primer lugar a hombros de los portadores y, dentro de él, llegué sin contratiempo a mi casa. Y en aquel mismo día, ¡oh emir de los creyentes!, me desposé con Sarta de Perlas ante Alá y en presencia del cadí y los testigos. Y tal es, ¡oh mi señor!, la historia de estos muebles, de estas telas y de estos vestidos marcados con el nombre de tu glorioso abuelo el califa Al Motawakil Alá-el-Lah, y, yo hago solemne juramento sobre ello, no he añadido ni quitado una sola sílaba a esta historia. ¡Y el emir de los creyentes es la fuente de toda generosidad y benevolencia!». Acabado su relato, Abu-Hassan se calló y el califa exclamó: «Tu lengua habla elocuentemente, ¡oh nuestro huésped!, y tu historia es una maravillosa historia, y, para testimoniarte mi complacencia, te ruego que traigas el cálamo y una hoja de papel». Abu-Hassan trajo el cálamo y el papel, y el califa, entregándoselo al narrador Ibn-Handun, dijo: «Escribe lo que sigue: ¡En nombre de Alá, el clemente, el misericordioso! Por este escrito, firmado de nuestra propia mano y sellado con nuestro sello, dispensamos de pagar impuestos durante toda su vida a nuestro fiel súbdito Abu-Hassan Al ben-Ahmad Al-Khorasani, y le nombramos nuestro principal chambelán». Y, después de firmado y sellado, se lo entregó, añadiendo: «Y desearía verte en mi palacio como mi fiel comensal y amigo». Desde entonces, Abu-Hassan fue el compañero inseparable del califa Al-Motacid Bi-el-Lah y vivieron entre delicias hasta la inevitable separación, que hace ocupar las tumbas a los mismos que habitaron en los más bellos palacios. ¡Gloria al altísimo, que está por encima de todos los niveles!

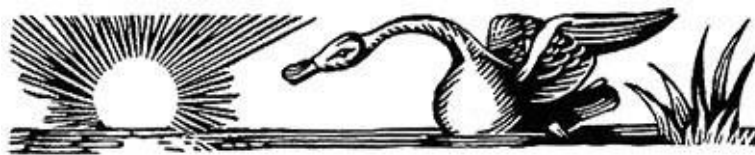
Y Schehrazada, terminando así de contar su historia, no quiso dejar pasar aquella noche sin empezar la *Historia de las dos vidas del sultán Mahmud*. Y dijo:

LAS DOS VIDAS DEL SULTÁN MAHMUD

—Recuerdo, ¡oh rey afortunado!, que el sultán Mahmud, uno de los más sabios y gloriosos reyes de Egipto, solía sentarse solo, presa de accesos de melancolía, en un rincón de su palacio. Durante estos accesos, el mundo entero le parecía sombrío y triste, y la vida se le antojaba insulsa y desprovista de toda significación, ya que no recordaba cosa alguna que hubiera hecho la felicidad de los humanos. A pesar de que Alá le había concedido salud, juventud, poder y, como capital del imperio, la ciudad más deliciosa del universo, en la que vivía, y de que, para el esparcimiento de su ánimo y solaz de sus sentidos, podía disfrutar de los hermosos paisajes, del azul del cielo y de la belleza de las mujeres, doradas como las aguas del Nilo, todo esto lo olvidaba durante sus augustas tristezas y, entonces, envidiaba el destino de los *fellahs*, encorvados sobre los surcos de las tierras de labor, o el de los nómadas, perdidos en desiertos sin agua. Un día en que, con los ojos llorosos por lo sombrío de sus pensamientos, se encontraba en un estado de abatimiento mayor aún que de

costumbre, rehusando comer, beber y aun el ocuparse de los asuntos del reino, no deseando más que la muerte, el gran visir entró en la estancia y, después de prosternarse, dijo: «¡Oh dueño y soberano mío! He aquí que a la puerta, solicitando audiencia, está un viejo jeque llegado de los países del lejano occidente, del Mogreb. A juzgar por algunas palabras que le he oído, es, sin ninguna duda, el sabio más prodigioso, el médico más extraordinario y el mago más asombroso que hayan visto los hombres; y puesto que mi soberano se encuentra triste y abatido, querría que ese jeque obtuviera licencia para entrar, confiando en que su visita contribuiría a mitigar la tristeza que pesa sobre nuestro rey». El sultán hizo con la cabeza un signo de asentimiento y, en seguida, el gran visir introdujo al jeque extranjero en la sala del trono.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS DOCE

Dijo Schehrazada:

—Ciertamente que, el hombre que entró, más se parecía a la sombra de un hombre que a una criatura viviente; su edad, de poderse calcular, sería de centenares de años; llevaba por todo vestido una barba prodigiosa flotando sobre su grave desnudez y un gran cinturón de cuero flexible ceñía su apergaminada cintura. Aquel viejísimo cuerpo, si en su cara y bajo las pobladas cejas no brillaran dos ojos de mirada inteligente, se hubiera podido comparar con aquello que los labradores egipcios retiran a veces de las sepulturas de granito. El anciano, sin inmutarse ante el sultán, con una voz grave que no parecía de este mundo, dijo: «¡La paz sea sobre ti, oh sultán Mahmud! Soy enviado por mis hermanos, los santones del Mogreb, y vengo para darte a conocer los beneficios que el generoso ha derramado sobre ti». Avanzó hasta el rey y, tomándole de la mano, le obligó a levantarse y a acompañarle hasta una de las ventanas de la sala en la que se hallaban. Tenía la estancia cuatro ventanas, cada una de las cuales estaba orientada hacia uno de los cuatro puntos cardinales, y, al llegar ante la primera, el anciano jeque dijo al sultán: «Abre la ventana». El sultán, obediente como un niño, la abrió, y el viejo jeque le dijo entonces: «Mira».



El sultán asomó la cabeza y vio un inmenso ejército de caballeros bajando a rienda suelta desde las alturas de la ciudadela de Makattan. Las primeras columnas de aquel ejército habían llegado ya hasta el palacio y, después de echar pie a tierra, comenzaban a escalar las murallas profiriendo gritos de guerra y de muerte. Ante este

espectáculo, el sultán comprendió que sus tropas habían sido arrolladas y que estas otras venían a destronarle, y, poniéndose lívido, exclamó: «¡No hay más dios que Alá! ¡Ha llegado la hora de mi destino!». En aquel momento el jeque cerró la ventana, y cuando unos instantes después, la volvió a abrir, todo aquel ejército había desaparecido y solo la ciudadela se recortaba a lo lejos, elevando sus torres hacia el cielo del mediodía. El jeque, sin dar tiempo al rey para que se recobrara de su emoción, le condujo hasta la segunda ventana, la cual se abría sobre la inmensa ciudad, y le dijo: «¡Ábrela y mira!». El sultán así lo hizo, y el panorama que se ofreció a su vista le hizo retroceder, horrorizado. Los cuatrocientos alminares que dominaban las mezquitas, las cúpulas de estas, los techos de los palacios y las terrazas, que por millares cerraban el horizonte, no eran más que una inmensa hoguera llameante. Aullidos de espanto se dejaban oír, mientras negras nubes de humo velaban la luz del sol. Un fuerte viento avivaba las llamas y arrastraba las cenizas hasta el mismo palacio, rodeado por un mar de fuego, del que no le separaba más que la franja verde de los jardines. El sultán, muy dolorido al ver convertida en cenizas su hermosa ciudad, dejando caer los brazos, exclamó: «¡Solo Alá es grande! ¡Las cosas tienen su destino al igual que las criaturas! ¡Mañana, el desierto cubrirá con sus arenas la extensión sin nombre de una tierra que fue ilustre!». Y lloró por la ciudad y por sí mismo. El jeque cerró la ventana y un momento después la abrió. Todo rastro de incendio había desaparecido y la ciudad de El Cairo se dejaba ver, intacta, en medio de sus jardines de palmeras, mientras las cuatrocientas voces de los almuédanos anunciaban a los creyentes la hora de la oración y se confundían en una sola plegaria, dirigida al señor del universo. El jeque llevó al rey ante la tercera ventana, que daba al Nilo, y le hizo abrirla. El sultán Mahmud pudo ver que el río se salía de su cauce y sus aguas inundaban la ciudad y cubrían incluso las terrazas más altas, viniendo a batir con furia las murallas del palacio. Una oleada más fuerte que las anteriores barrió de un solo golpe todos los obstáculos que se oponían a su paso e inundó el interior del palacio. El edificio, deshaciéndose como un terrón de azúcar en el agua, se derrumbó por un lado, y el otro comenzaba a desplomarse cuando, súbitamente, el jeque cerró la ventana para abrirla poco después. Todo se hallaba como si no hubiese habido desbordamiento alguno. El gran río continuaba, como en el pasado, deslizándose majestuosa y sosegadamente por entre los infinitos campos de alfalfa. El jeque, sin dar tiempo al rey para que se recuperase de la sorpresa, le hizo abrir la cuarta ventana, desde la que se veía la extensa llanura verde, que se extendía a las puertas de la ciudad, surcada por numerosos arroyuelos en cuyas orillas pastaban rebaños, tal como desde los tiempos de Omar había sido cantada por los poetas, y en la que grandes extensiones cubiertas de rosas, narcisos y jazmines, alternaban con bosquecillos de naranjos o árboles en los que anidaban tórtolas o ruiseñores, y cuya tierra es tan rica como las de los viejos jardines del edén. En lugar de praderas y bosques de árboles frutales, el sultán vio un horroroso desierto de piedra y arena, abrasado por un sol implacable y que servía de refugio a hienas,

chacales y otros animales dañinos. Aquella siniestra visión no tardó en desvanecerse, al igual que las anteriores, cuando el jeque hubo cerrado y vuelto a abrir con su propia mano la ventana, y de nuevo la llanura se ofreció a su vista, esplendorosa y sonriendo al cielo con las flores de sus jardines. El sultán Mahmud no sabía si estaba dormido, despierto o bajo el poder de algún sortilegio o alucinación. El jeque, sin dejarle recuperarse de aquellas violentas emociones que acababa de experimentar, le cogió nuevamente de la mano, sin que el sultán opusiera la más leve resistencia, y, llevándole ante un pequeño surtidor que refrescaba la sala con el murmullo de sus aguas, le dijo: «¡Inclínate sobre el surtidor y mira!». El sultán así lo hizo, y el jeque, con un brusco movimiento de su mano, le sumergió la cabeza bajo el agua. El sultán vio que, habiendo naufragado, se encontraba al pie de una montaña que dominaba el mar, y que continuaba, como anteriormente, revestido con sus atributos reales y con la corona sobre su cabeza. No lejos de allí, unos *fellahs* le miraban sorprendidos y hablaban entre ellos en medio de grandes risas. Al ver esto, el sultán, muy enfurecido, exclamó: «¡Soy el sultán Mahmud! ¡Callaos!». Pero ellos continuaron riendo, abriéndoseles las bocas hasta las orejas. ¡Ah! ¡Qué bocas! ¡Eran tan grandes como cavernas! Para evitar ser engullido vivo por aquellas bocas, quiso huir, mas el que parecía ser el jefe de aquellos *fellahs* se acercó a él, y, despojándole de sus atributos y de su corona, los arrojó al mar, diciendo: «¡Pobre hombre! ¿Para qué te sirven estos hierros viejos? ¡En su lugar, ponte estos vestidos parecidos a los nuestros!». Y, habiéndole desnudado, le vistió con ropa confeccionada en algodón azul, le puso en los pies un par de viejas babuchas amarillas con suela de piel de hipopótamo, le cubrió la cabeza con un gorrito de fieltro color estornino, y le dijo: «¡Buen hombre, ven a trabajar con nosotros si no quieres morir de hambre, ya que aquí todo el mundo trabaja!». El sultán Mahmud dijo: «¡No sé trabajar!». Y el *fellah* replicó: «¡Pues entonces nos servirás de porteador y de asno a la vez!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS TRECE

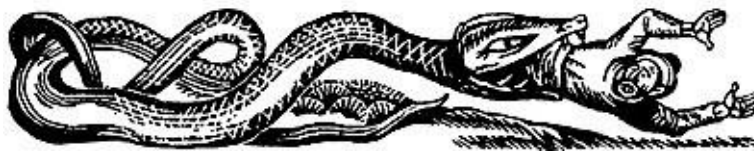
Ella dijo:

—Como los *fellahs* hubiesen terminado su jornada de trabajo, se alegraron de poder cargar, en unas espaldas que no eran las suyas, los pesados aperos de labranza. El sultán Mahmud, doblado bajo el haz de palas, rastrillos y azadones, se vio obligado a seguir a los *fellahs* y con ellos llegó, dolorido y sofocado, a la ciudad, donde un grupo de niños, desnudos por completo, le siguió y le hizo sufrir mil afrentas. En un establo abandonado pasó la noche, después de haber comido por toda

cena un poco de pan duro y una cebolla. A la mañana siguiente se vio convertido en asno, con rabo, orejas y cascos de tal, y, atándole una cuerda al cuello y poniéndole una albarda sobre el lomo, le enviaron al campo para que tirase del arado; mas, como se resistiese, para hacerle entrar en razón le vendaron los ojos y le obligaron a hacer girar la rueda del molino. Durante cinco años dio vueltas a la rueda sin descansar más tiempo que el necesario para engullir su ración de habas y beber un trago de agua. Fueron cinco años de bastonazos, de humillantes injurias y de privaciones. Desde la mañana hasta la noche, su único consuelo y entretenimiento, mientras daba vueltas a la rueda, era la serie de pedos con los que respondía a los insultos. Un día, el molino se desplomó y vio que, al momento, recuperaba su primitiva forma humana. Entonces, andando, se dirigió al mercado de una ciudad que no conocía, y como se sintiese agotado, mientras buscaba un sitio en el que descansar, un viejo mercader, que por su aspecto debía de ser extranjero, le invitó cortésmente a entrar en su tienda, y, viendo que estaba fatigado, le hizo sentar en un banco y le dijo: «Extranjero, eres joven y serás feliz en nuestra ciudad, en la que los hombres jóvenes son muy apreciados, sobre todo cuando, como tú, son buenos mozos. Así, pues, dime si estás dispuesto a vivir en nuestra ciudad, cuyas leyes son muy benignas para con los extranjeros que aquí vienen a establecerse». El sultán Mahmud respondió: «¡Por Alá! ¡No deseo mejor cosa que quedarme aquí, siempre que pueda encontrar para comer algo más que habas, que durante cinco años han sido mi único alimento!». El viejo mercader le dijo: «¿Qué hablas de habas? Aquí podrás alimentarte con manjares exquisitos y nutritivos en pago al trabajo que realices. Apresúrate a ir a la entrada de los baños de la ciudad, que está al volver esa esquina, y a cada mujer que veas salir, acércate y pregúntale si tiene marido; aquella que te diga que no lo tiene, al momento será tu esposa, según es costumbre en este país. Pero, sobre todo, no dejes de hacer la pregunta a todas las mujeres, sin excepción, que veas salir de los baños, pues si así no lo haces corres el peligro de ser expulsado de nuestra ciudad». El sultán fue a apostarse a la entrada de los baños y no había pasado mucho tiempo cuando vio salir a una espléndida jovencita de trece años; al verla, pensó: «¡Por Alá, que con una mujer así me consolaría de todas mis desgracias!». Acercóse a ella y le preguntó: «Dueña mía, ¿eres casada o soltera?». Y ella respondió: «Estoy casada desde hace un año», y continuó su camino. Mas he aquí que salió de los baños una vieja de horrible fealdad, a cuya vista, el sultán se dijo: «Ciertamente que prefiero morir de hambre o convertirme otra vez en asno, a desposarme con esta antigualla. Pero como el viejo mercader me ha dicho que interrogué a todas las mujeres, sin excepción, será preciso que me decida a ello». Y acercándose a ella, le preguntó, desviando la mirada: «¿Eres casada o soltera?». Aquella espantable vieja, babeando, respondió: «Soy casada, corazón mío». ¡Oh, qué gran alivio sintió el sultán! Y entonces se dijo: «¡Que Alá tenga en su misericordia al desgraciado y desconocido marido!». La vieja continuó su camino y, momentos después, se vio salir una vieja, todavía más desagradable y horrible; el sultán se acercó a ella, tembloroso, y le preguntó: «¿Eres casada o

soltera?», a lo que ella respondió: «¡Soy soltera, vida mía!». El sultán exclamó: «¡Oh! ¡Yo soy un asno, abuela, soy un asno! ¡Mira mis orejas, mi rabo y mi instrumento, que son las orejas, el rabo y el instrumento de un asno!». La horrible vieja se aproximó a él y quiso abrazarle, pero el sultán, asustadísimo, exclamó: «¡Eh, que soy un asno! ¡Por favor, no te cases conmigo, ya que no soy más que un pobre asno de molino!». En aquel momento, haciendo un sobrehumano esfuerzo, sacó la cabeza del surtidor y se encontró en medio de la sala del trono de su palacio, teniendo a su derecha al gran visir y a su izquierda al jeque extranjero. Ante él, una de sus favoritas le presentaba, sobre un plato de oro, una copa de sorbete que había pedido unos instantes antes de la entrada del jeque. ¡Así, pues, era otra vez el sultán! ¡Toda aquella desgraciada aventura no había durado más que el tiempo que tuvo sumergida la cabeza en el estanque! ¡No podía creer en tamaño prodigio! Frotándose los ojos, continuó mirando en torno suyo. Él era el sultán Mahmud y no el pobre náufrago, el porteador, el asno del molino o el esposo de aquella espantosa antigualla. ¡Por Alá, que después de aquellas horribles calamidades, era agradable volver a ser el sultán! Como se dispusiera a pedir una explicación sobre aquel extraño fenómeno, se dejó oír la voz grave del jeque, que decía: «Sultán Mahmud, he venido a ti enviado por mis hermanos los santones del lejano occidente para hacerte ver los beneficios que el generoso ha derramado sobre ti».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CATORCE

Schehrazada dijo:

—Y, habiendo hablado así, el jeque mogrebino desapareció, sin que se le viera salir por las puertas ni por las ventanas. Cuando su agitación se hubo calmado, el sultán comprendió la lección de su señor y pensó que su vida era agradable y que él era el más feliz de los hombres. Comprendió que todas las desgracias que había entrevisto podían haberle sucedido realmente, por lo que cayó de rodillas, bañado en lágrimas, después de lo cual, toda tristeza huyó de su corazón y, viviendo feliz, repartió felicidad a su alrededor. Esta fue la vida del sultán Mahmud con todo lo que le hubiese podido ocurrir con un simple cambio del destino, ¡porque Alá es el dios todopoderoso!

Schehrazada, habiendo terminado de referir esta historia, se calló. El rey Schahriar exclamó:

—¡Qué ejemplo para mí, oh Schehrazada!

La hija del visir sonrió y dijo:

—La lección de esta historia, ¡oh rey!, no puede compararse con la de la Historia del tesoro sin fondo.

El rey exclamó:

—No conozco nada respecto a tal tesoro, Schehrazada.

HISTORIA DEL TESORO SIN FONDO

Y Schehrazada dijo:

—¡Oh rey afortunado! El califa Harún-Al-Raschid, el príncipe más generoso de su época, tenía la debilidad, solo Alá está libre de defectos, de dar a entender que ningún hombre de entre los vivos le igualaba en generosidad y en tener siempre la mano abierta. Un día en que se vanaglorió de estos dones, que no eran suyos, puesto que le habían sido otorgados por el generoso para usarlos precisamente con generosidad, el gran visir Giafar pensó, en su sutil espíritu, que su dueño no debía faltar por más tiempo a su deber de humildad para con Alá, y resolvió tomarse la libertad de abrirle los ojos. Arrodillándose ante él, después de haber besado tres veces el suelo, le dijo: «¡Oh emir de los creyentes!, perdona a tu esclavo que en tu presencia osa elevar su voz para comunicarte que la principal virtud del creyente es la humildad hacia Alá, que es la única cosa de la que puede estar orgullosa una criatura, ya que todos los bienes de la tierra, los dones del espíritu y todas las cualidades del alma no son más que un simple préstamo que hace el altísimo, ¡él sea alabado! El hombre no debe enorgullecerse de ese préstamo más que el árbol de estar cargado de frutos o el mar de recibir las aguas del cielo. En cuanto a las alabanzas que se prodigan a tu mérito y munificencia, deja que más bien las dirijan al cielo por haber permitido que tales virtudes floreciesen en tu reino. Por otro lado, ¡oh mi señor!, no creas que eres el único al que Alá ha adornado con sus inestimables dones, ya que en la ciudad de Bassra vive un joven que, siendo un simple particular, usa de más fausto y magnificencia que los más poderosos reyes. Se llama Abulcassem, y ningún príncipe, incluido el emir de los creyentes, le iguala en generosidad». El califa, al oír estas últimas palabras de su gran visir, se sintió sumamente confuso, y enrojeciendo y mirando altaneramente a Giafar, dijo: «¡Desgraciado de ti, perro, como te atreves a mentir a tu dueño, olvidando que tal conducta te acarreará la muerte!». Giafar respondió: «¡Por tu vida, oh emir de los creyentes, que las palabras que me he atrevido a pronunciar en tu presencia son verdaderas, pero si no les das crédito, fácilmente puedes comprobarlas, y si no son verdad, podrás castigarme! No vacilo en afirmar, ¡oh dueño mío!, que durante mi última estancia en Bassra he sido huésped del joven Abulcassem. Mis ojos todavía no han olvidado lo que vieron, mis oídos lo que oyeron, y mi espíritu, aquello de lo que quedó prendado, ya que, aun a riesgo de atraerme el enojo de mi dueño, no puedo dejar de proclamar que Abulcassem es el hombre más magnánimo de su época». Giafar, después de haber pronunciado estas palabras, se calló. El califa, muy indignado contra él, ordenó al jefe de su guardia prender al gran visir, orden que fue ejecutada al momento. Al-Raschid salió de la sala

y, no sabiendo cómo desahogar su cólera, se dirigió a las habitaciones de su esposa Zobeida, que palideció al ver su rostro tan alterado. Al-Raschid, con los labios contraídos y la mirada sombría, sin pronunciar una palabra, se tendió en el diván, al lado de su esposa, y esta, que sabía cómo tratarle en sus ratos de mal humor, se guardó mucho de importunarle con preguntas ociosas, y con tranquilo gesto le ofreció una copa de agua, diciéndole: «El nombre de Alá sobre ti, ¡oh hijo de mi tío!, y que esta agua te refresque y te calme. La vida tiene dos colores, blanco y negro; que sea aquel el que predomine en tus días». Al-Raschid dijo: «¡Por los merecimientos de nuestros gloriosos antepasados que será el negro el que marque mi vida, hija de mi tío, hasta que no desaparezca de mi vista el hijo del Barmacida, ese maldito Giafar, que se complace en criticar mis palabras, comentar mis actos y dar preferencia sobre mí a oscuros particulares!». Y habló a su esposa de lo que había pasado, en términos tales que le hicieron comprender que esta vez la cabeza de Giafar corría grave peligro, por lo que, queriendo ahondar más en los sucesos, fingió una indignación que no sentía, al ver que el gran visir se permitía tales libertades con su soberano. Después, muy hábilmente, hizo patente al sultán la conveniencia de diferir el castigo durante el tiempo necesario para enviar a alguien a Bassra a comprobar el asunto, y añadió: «Así podrás asegurarte de la verdad o falsedad de lo que te ha contado Giafar y le tratarás como merezca». Harún, medio calmado por las indicaciones de su sagaz esposa, dijo: «Dices verdad, ¡oh Zobeida! Y ciertamente que debo esta consideración al hijo de mi fiel servidor Yahia; pero como no me fiaría del informe de quien enviase a Bassra, quiero ir yo mismo a aquella ciudad y conocer a Abulcassem. ¡Y juro que cortaré la cabeza de Giafar si ha exagerado la generosidad de este joven o si me ha mentido!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS QUINCE

Dijo Schehrazada:

—Decidido a realizar su proyecto, Harún se levantó al instante y sin escuchar lo que le decía Zobeida, induciéndole a que no realizase solo el viaje, se disfrazó de mercader del Irak, recomendó a su esposa que durante su ausencia cuidase de los asuntos del reino y, saliendo de palacio por una puerta secreta, abandonó Bagdad. Alá le protegió, y, una vez que hubo llegado a Bassra sin contratiempo, se dirigió al gran albergue de los mercaderes y, sin tomarse tiempo para descansar o tomar un bocado, se apresuró a interrogar al guardián del albergue acerca de lo que le interesaba, y, después de los saludos de costumbre, le preguntó: «¿Es cierto, ¡oh jeque!, que en esta

ciudad vive un joven llamado Abulcassem, que supera a los reyes en generosidad y munificencia?». El viejo portero respondió: «¡Que Alá haga descender sus bendiciones sobre él! ¿Quién es el hombre que no ha experimentado los beneficios de su generosidad? Por mi parte, *sidi*, aunque tuviese cien bocas y cien lenguas en cada boca, y en cada lengua un tesoro de elocuencia, no podría contarte cuán admirable es la generosidad de Abulcassem». Pero como llegasen más viajeros, el portero no pudo decirle nada más y Harún se vio obligado a retirarse, y, después de haber comido algo, se durmió. A la mañana siguiente salió del albergue y fue a pasearse por el mercado y, aproximándose a uno de los vendedores, que le pareció el más importante, le rogó que le indicase el camino que conducía a la morada de Abulcassem. El mercader, muy asombrado, le preguntó: «¿De qué lejano país vienes para así ignorar la residencia de Abulcassem? Aquí es más conocido que un rey en la capital de su reino». Harún convino en que, en efecto, venía de un lejano país, pero que el fin de su viaje precisamente era conocer a Abulcassem. El mercader ordenó a uno de sus criados que le acompañase, diciéndole: «¡Conduce a este honorable extranjero al palacio de nuestro magnífico señor!». Este palacio era admirable; estaba construido con piedra tallada y mármol jaspeado y sus puertas eran de jade verde. Harún se maravilló de la armonía de sus líneas y, entrando en el patio, vio multitud de jóvenes esclavos, negros y blancos, que, ligeramente vestidos, se distraían jugando entre ellos, en tanto esperaban las órdenes de su señor; acercóse a uno de ellos y le dijo: «¡Oh joven!, te ruego que digas a tu dueño Abulcassem, de mi parte, que en el patio hay un extranjero que ha hecho el viaje de Bagdad a Bassra con el único objeto de verle». El joven esclavo, viendo por su aspecto que aquel no era un hombre vulgar, corrió a advertir a su señor, que vino hasta el patio para recibir al huésped extranjero. Después de los saludos de rigor, le tomó de la mano y le condujo hasta una sala, perfecta por su belleza y adornos. Después de haber tomado asiento en el gran diván de seda bordada en oro que rodeaba toda la sala, entraron doce jóvenes esclavos blancos, muy hermosos, llevando vasos de ágata y de cristal de roca con gemas y rubíes engarzados, y llenos de líquidos exquisitos. A continuación entraron doce jóvenes, bellas como lunas: unas llevaban fuentes de porcelana repletas de frutos y flores, y otras, copas de oro con sorbetes de nieve de excelente sabor. Aquellos jóvenes esclavos probaron los licores, sorbetes y otros refrigerios antes de presentarlos al huésped de su amo. Harún probó aquellas variadas bebidas, y aunque acostumbrado a las más deliciosas de todo el oriente, confesó que nunca había probado nada comparable. Seguidamente, Abulcassem hizo pasar a su invitado a una segunda sala, donde estaba dispuesta una mesa repleta de las más finas viandas servidas en platos de oro macizo, y con sus propias manos le ofreció los trozos más escogidos. Harún encontró que el sabor de aquellos manjares era exquisito. Una vez terminada la comida, el joven tomó a Harún de la mano y le introdujo en una tercera sala, más ricamente amueblada que las otras dos. Unos esclavos, más bellos que los anteriores, llevaron una prodigiosa cantidad de vasos de oro incrustados de pedrerías

y llenos de vinos de todas clases, así como también grandes tazas de porcelana repletas de confituras, y platos cargados de delicados dulces. Mientras Abulcassem servía a su invitado, entraron músicos y cantantes, que iniciaron un concierto que hubiese hecho estremecerse de gozo al granito. Harún, muy contento, se dijo: «Ciertamente que en mi palacio tengo cantantes de excelente voz, como el mismo Ishak, que conoce todas las materias del arte, mas ninguno podría compararse con estos de aquí. ¡Por Alá! ¿Cómo un simple particular, un habitante de Bassra, puede reunir tal conjunto de perfecciones?». En tanto que Harún estaba embelesado con la voz de una cantante, cuya particular dulzura le encantaba, Abulcassem salió de la sala, para retomar poco después trayendo en una mano una varilla de ámbar, y en la otra un arbolito cuyo tronco era de plata, las ramas y hojas de esmeraldas y los frutos de rubíes; a la sombra de este árbol se veía un pavo de oro, tan bello que enaltecía a quien lo hubiese hecho. Abulcassem, después de posar este árbol a los pies del califa, golpeó con su varilla la cabeza del pavo, y, al instante, la hermosa ave desplegó las alas, exhibió el esplendor de su cola y se puso a mirar a su alrededor y a dar vueltas con gran medida. El aroma del ámbar, nardo y áloe que de los pebeteros salía embalsamaba el aire de la sala. En tanto que Harún estaba maravillado observando el árbol y el pavo, bruscamente, Abulcassem cogió uno y otro y salió. Harún se sorprendió de esta inaudita desatención, diciéndose: «¡Por Alá, qué cosa más extraña! ¿Es así como se comportan los huéspedes ante sus invitados? Por lo que veo, este joven no sabe hacer las cosas tan bien como Giafar me había dicho. Retira este árbol y el pavo cuando precisamente estaba entretenido contemplándolos. ¡Sin duda debe de temer que se los pida! ¡Ah, he podido comprobar yo mismo la famosa generosidad que, según dice mi visir, no tiene igual en el mundo!». Mientras estos pensamientos pasaban por su cabeza, el joven Abulcassem entró en la sala acompañado de un esclavo, bello como el sol, de corta edad y vestido con brocado de oro tachonado de perlas y diamantes, llevando en la mano una copa, hecha de un solo rubí, llena de vino color púrpura. El pequeño esclavo se aproximó a Harún y, después de haber besado el suelo, le presentó la copa, que Harún tomó y llevó a sus labios; ¡y cuál no sería su asombro cuando, después de beber el contenido, al devolverla al esclavo vio que continuaba llena hasta el borde! Entonces, tomando nuevamente la copa de manos del niño, la llevó a su boca y apuró hasta la última gota, y al devolverla al pequeño pudo comprobar que se llenaba de nuevo sin que persona alguna vertiese líquido en ella.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS DIECISÉIS

Ella dijo:

—Al ver esto, Harún, muy sorprendido, preguntó cómo podía suceder tal cosa, a lo que Abulcassem respondió: «Señor, nada hay de extraño en esto. La copa es obra de un anciano sabio que posee todos los secretos de la tierra». Después de pronunciar estas palabras, tomó al esclavo de la mano y salió con él de la sala, rápidamente. El impetuoso Harún se indignó esta vez y pensó: «¡Por mi vida! ¡Este joven ha perdido la razón o, lo que es todavía peor, no conoce los buenos modos y las atenciones que se deben tener con los huéspedes! Me trae esas curiosidades, sin que yo se lo pida, las pone ante mi vista, y cuando advierte que al verlas siento el mayor de los placeres, las retira. ¡Por Alá, nunca he visto proceder más grosero! ¡Maldito Giafar, yo te haré aprender a juzgar mejor a los hombres, si Alá lo permite, y a tener quieta la lengua!». Mientras Harún se hacía estas reflexiones acerca del carácter de su huésped, le vio entrar en la sala por tercera vez, seguido a algunos pasos de distancia por una adolescente como las de los jardines del edén, adornada con perlas y piedras preciosas, más atractiva por su belleza que por sus adornos. Al verla, Harún olvidó el árbol, el pavo y la copa inagotable, y se sintió encantado. La joven, haciendo una profunda reverencia, se sentó y, cogiendo un laúd, se puso a tocarlo de veinticuatro maneras diferentes, con un arte tan perfecto que Al-Raschid no pudo contener su admiración y exclamó: «¡Oh joven, tu suerte es digna de envidia!». Cuando Abulcassem observó que su invitado se encandilaba con la adolescente, la tomó de la mano y la sacó de la habitación con presteza. El califa, al observar nueva vez la conducta de su huésped, se sintió mortificado y pensó no dejar de manifestar su resentimiento al ver que se le trataba de tan extraña manera; así, después que el joven regresó, levantándose, le dijo: «¡Oh generoso Abulcassem! En verdad que estoy confundido por los modales con que me tratas sin conocer mi rango y condición. Permíteme, pues, que me retire y te deje descansar, sin abusar más tiempo de tu munificencia». El joven no pensó en oponerse a su designio, por temor a incomodarle, y haciéndole una graciosa reverencia le guio hasta la puerta de su palacio y le pidió perdón por no haberle recibido tan bien como se merecía. Harún tomó el camino de su alojamiento, pensando con amargura: «¡Qué hombre lleno de ostentación es este Abulcassem! Se complace en exhibir sus riquezas ante extraños, para así satisfacer su orgullo y vanidad; si esta es su generosidad, yo soy un insensato y un loco. Pero no, en el fondo, este hombre no es más que un avaro de la más detestable especie, y pronto sabrá Giafar lo que cuesta engañar a su soberano con la más vulgar de las mentiras». Reflexionando de este modo, Al-Raschid llegó a la

puerta del albergue y en el patio de entrada vio un gran cortejo formado en semicírculo por un considerable número de esclavos blancos y negros, los blancos en un extremo y los negros en el otro; en el centro estaba la bella adolescente del laúd, la que tanto le había gustado en el palacio de Abulcassem, teniendo a su derecha al niño de la copa de rubí y a su izquierda otro niño, no menos bello, cargado con el árbol de esmeraldas y el pavo. Después que hubo franqueado la puerta del albergue, todos los esclavos se prosternaron y la joven avanzó hacia él y, sobre un cojín de brocado, le presentó un rollo de papel de seda. Al-Raschid, muy sorprendido por todo aquello, lo tomó y, desenrollándolo, leyó las siguientes líneas: «La paz y la bendición sobre el amable huésped, cuya llegada honra nuestra morada y la perfuma. ¡Oh padre de graciosos convites! Puedes bajar tu mirada hasta los objetos sin valor que te envía nuestra mano, que es poco generosa, y aceptarlos de nuestra parte como el pobre homenaje de agradecimiento para con aquel que ha iluminado nuestra morada. Hemos advertido que los diversos esclavos que forman el séquito, los dos niños y la joven, así como el árbol, la copa y el pavo, no son desagradables a nuestro convidado; por ello te suplicamos los consideres como de tu entera propiedad. Por otra parte, todo viene de Alá y hacia él vuelve. ¡Alabado sea!». Cuando Al-Raschid terminó de leer esta carta y comprendió todo el sentido de ella, maravillándose de tal generosidad, exclamó: «¡Por los méritos de mis antepasados, que Alá proteja su memoria, que he juzgado mal al joven Abulcassem! ¿Qué es tu liberalidad, Al-Raschid, al lado de tal generosidad? ¡Que las bendiciones del altísimo desciendan sobre tu cabeza!, ¡oh Giafar, mi visir!, pues eres quien me hace olvidar mi falso orgullo y mi suficiencia. ¡He aquí que un simple particular supera en generosidad y munificencia al más rico monarca de la tierra, sin darle mayor importancia! Pero ¿cómo puede ser que este simple particular pueda hacer tales regalos y de dónde proceden tales riquezas? ¿Cómo es posible que dentro de mis estados un hombre lleve un tren de vida tan fastuoso como el de los reyes, sin que yo sepa por qué medios ha conseguido tal grado de riqueza? Ciertamente, es preciso que, sin tardanza, averigüe, aun a riesgo de parecer importuno, cómo ha podido labrar tan prodigiosa fortuna». Al-Raschid, impaciente por satisfacer su curiosidad, dejó en el alojamiento de los mercaderes a sus nuevos esclavos y los regalos que con ellos traían y regresó al palacio de Abulcassem. Una vez en presencia del joven, después de saludarle, le dijo: «¡Oh mi dueño generoso, que Alá aumente los beneficios que sobre ti ha derramado y haga duraderos los favores con los que te ha colmado! Mas los presentes que tu generosa mano me ha hecho son tan considerables, que, al aceptarlos, temo abusar de mi calidad de convidado y de tu inigualable generosidad. Permite, pues, que, sin temor a ofenderte, te los devuelva y que, encantado de tu generosidad, vaya a Bagdad, mi ciudad, para allí publicar tu magnificencia». Abulcassem, con un aire muy afligido, respondió: «Señor, sin duda tienes alguna queja acerca de mi comportamiento para contigo; ¿no será que mis regalos te hayan defraudado por su poco valor? A no ser por esto, no hubieses vuelto de tu alojamiento para hacerme

sufrir esta afrenta». Harún, que continuaba disfrazado de mercader, respondió: «¡Alá me guarde de corresponder a tu hospitalidad con tal proceder, oh generoso Abulcassem! La causa de mi regreso solo se debe al escrúpulo que siento viendo obsequiar así, con objetos tan raros, a un extranjero al que has visto por primera vez, y mi temor de ver desvanecerse un tesoro que, por muy inagotable que sea, debe de tener necesariamente un fondo». Al oír estas palabras de Al-Raschid, Abulcassem no pudo ocultar una sonrisa y respondió: «Calma tus escrúpulos, ¡oh dueño mío!, si verdaderamente es ese el motivo que me ha procurado el placer de tu regreso. Sabe que todos los días de Alá libero parte de mis deudas para con el creador, ¡que él sea glorificado y exaltado!, haciendo a cuantos llaman a mi puerta dos o tres regalos parecidos a los que tienes en tu poder, porque el tesoro que me otorgó el distribuidor de las riquezas es un tesoro sin fondo». Como notase que un gran asombro se reflejaba en las facciones de su huésped, añadió: «Dueño mío, veo que es preciso que te haga confidente de ciertas aventuras de mi vida y que te cuente la historia de este tesoro sin fondo; es tan maravillosa y prodigiosa que, si fuera escrita, serviría de enseñanza a quien la leyese con atención». Habiendo hablado de esta manera, el joven Abulcassem tomó a su huésped de la mano y le condujo hasta una sala muy fresca, en la que varios pebeteros perfumaban el aire y donde se veía un gran trono de oro con ricos tapices a su pie. El joven hizo sentar a Harún en el trono y, haciéndolo él a su lado, comenzó su historia de la siguiente manera: «Sabe, ¡oh dueño mío!, Alá es amo de todos, que soy hijo de un gran joyero, originario de El Cairo, que se llamaba Abdelaziz. Mi padre, aunque nacido en El Cairo, como su padre y su abuelo, no residió toda la vida en su ciudad natal, ya que poseía tantas riquezas que, temeroso de atraer sobre él la envidia y animosidad del sultán de Egipto, que en aquellos tiempos era un tirano, se vio obligado a abandonar su país y a establecerse en esta ciudad de Bassra, bajo la sombra protectora de los Bani-Abbas, ¡que Alá le colme de bendiciones! Mi padre no tardó en desposarse con la hija única del más rico de los mercaderes, y yo nací de este bendito matrimonio, sin que, ni antes ni después de mí, fruto alguno viniera a sumarse a la genealogía de mi familia. De esta suerte, muy joven todavía, al morir mis padres, heredé todas sus riquezas y tuve que administrar una gran fortuna en bienes de todas clases».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS DIECISIETE

Schehrazada dijo:

—«Pero como gustaba de la prodigalidad, me dediqué a vivir con tal derroche, que en menos de dos años gasté todo mi patrimonio. Porque, ¡oh mi dueño!, todo nos

viene de Alá y a él retorna. Entonces, al verme en tal estado de pobreza, reflexioné sobre mi conducta pasada y resolví, después de la vida que había llevado en Bassra, abandonar mi ciudad natal y arrastrar en cualquier otra parte mi miserable existencia, pues la pobreza es más soportable ante extraños. Vendí hasta mi casa, lo único que me quedaba, y me agregué a una caravana de mercaderes, con los que arribé primero a Mosul y luego a Damasco. Después atravesé el desierto para peregrinar hasta la Meca, y desde allí me dirigí al gran Cairo, cuna de mi familia y de nuestra raza. Al llegar a esta bella ciudad, de innumerables mezquitas y hermosas casas, me acordé de que aquí había nacido Abdelaziz, el rico joyero. Al recordarlo, me imaginé su dolor si hubiera visto la deplorable situación de su único hijo y heredero y, sin poderlo evitar, derramé abundantes lágrimas. Embargado por estos pensamientos llegué a las orillas del Nilo, detrás del palacio del sultán, y he aquí que en una ventana apareció una maravillosa cabeza de mujer joven, a la que, embobado, me quedé contemplando, hasta que poco después desapareció. Permanecí embelesado mucho tiempo, esperando en vano verla de nuevo, hasta que, muy a pesar mío, tuve que retirarme a pasar la noche en mi alojamiento. A la mañana siguiente, como los encantos de la jovencita continuaron embargando mi ánimo, no olvidé ir a situarme bajo la ventana en cuestión, pero mi espera fue inútil, pues la encantadora visión no se dejó ver, aunque en alguna ocasión la cortina se agitara y yo adivinara un par de hermosos ojos babilónicos tras la celosía. Este contratiempo me afligió mucho y, a pesar de ello, al día siguiente no olvidé volver al mismo sitio. Cuál no sería mi emoción al ver abrirse la celosía para dejarme ver la luna llena de su rostro. Me apresuré a prosternarme y, después de levantarme, dije: “¡Oh mujer soberana! Soy un extranjero que hace muy poco tiempo ha llegado a El Cairo y ha celebrado su entrada en esta ciudad con la vista de tu hermoso rostro. ¿Podrá el destino que me trajo hasta aquí, ¡oh mi dueña!, o el hado que a este lugar me ha conducido, terminar su obra según el deseo de tu esclavo?”. Y me callé, esperando la respuesta. Aquella adolescente, en lugar de responder, tomó un aire tan asustado que no supe si permanecer allí o poner pies en polvorosa. Por fin, me decidí a continuar allí, a pesar de todos los peligros que pudiese correr. Súbitamente, la adolescente se inclinó sobre el alféizar de la ventana y, con voz trémula, me dijo: “Vuelve hacia la medianoche, pero ahora escapa aprisa”. Y desapareció rápidamente, dejándome muy asombrado y contento y, al instante, olvidé mis desgracias y mi pobreza. Me apresuré a volver a mi alojamiento, donde hice llamar al barbero para que me rasurase la cabeza, las axilas y la ingle, a fin de embellecerme. Después me fui al baño de los pobres, donde, por poco dinero, tomé un baño completo, que me refrescó, saliendo de allí peripuesto y con el cuerpo ligero como una pluma. A la hora indicada me coloqué bajo la ventana del palacio y encontré una escala de seda que descendía hasta el suelo; sin dudarlo, ya que no tenía nada que perder, como no fuese una vida que no tenía sentido, trepé por la escalera y penetré en la habitación a través de la ventana. Rápidamente atravesé dos habitaciones y llegué a una tercera, donde, sobre una cama de plata, estaba, tendida y

sonriente, quien yo esperaba. ¡Ah, qué encantadora era aquella obra del creador! ¡Qué ojos y qué boca! A su vista sentí que mi razón se nublaba y no pude pronunciar palabra alguna; mas ella se incorporó y, con voz más dulce que el azúcar, me invitó a tomar asiento a su lado, sobre la cama de plata. Después me preguntó quién era; yo le conté mi historia con toda sinceridad, desde el comienzo al fin y sin omitir detalle, pero no es de utilidad repetirla aquí. La adolescente, que me había escuchado con mucha atención, pareció dolerse sinceramente de la situación a que mi destino me había reducido; yo, viendo aquello, exclamé: “¡Dueña mía, por muy desgraciado que sea, al momento dejaré de serlo, ya que tú eres capaz de hacerme olvidar mis desgracias!”. Ella respondió como debía e insensiblemente nos entretuvimos en un juego que se hizo cada vez más tierno e íntimo. Terminó por confesarme que al verme por primera vez se sintió atraída por mi persona; yo exclamé: “¡Alabanzas a Alá, que escucha los ruegos de sus criaturas y endulza los ojos de las gacelas!”. Ella respondió como debía y añadió: “Ya que me has dicho quién eres, no quiero que ignores por más tiempo quién soy”. Y después de un momento de silencio, añadió: “Sabe, ¡oh Abulcassem!, que soy la esposa favorita del sultán y que me llamo Sett Labiba. A pesar de todo el lujo que ves, no soy feliz, ya que estoy rodeada de rivales celosas, decididas a perderme; además, el sultán no puede llegar a satisfacerme, pues Alá, que da potencia a los gallos, no se la ha dado a él. Por esto, al verte bajo mi ventana, lleno de coraje y desdeñando el peligro, pensé que eras un hombre potente. Pruébame que no me he equivocado en mi elección y que tu potencia es igual a tu temeridad”. Entonces, ¡oh mi dueño!, pensé no perder un tiempo precioso, como es costumbre en estas circunstancias, y me apresté al asalto, pero en el momento en que nuestros brazos se enlazaban, oímos que llamaban con fuerza a la puerta de la habitación. La bella Labiba, aterrada, me dijo: “¡Nadie más que el sultán tiene derecho a llamar así! ¡Hemos sido traicionados y estamos perdidos sin remedio!”. Pensé escapar por la ventana y huir por donde había entrado, mas quiso el destino que el sultán viniera precisamente por ese lado, cortándome toda salida. Adoptando el único partido que me restaba, me oculté bajo la cama de plata, en tanto que la favorita del sultán se levantaba para ir a abrir. Cuando le abrieron la puerta, entró el sultán seguido de sus eunucos y, antes que pudiese darme cuenta de lo que me pasaba, me sentí agarrado por veinte manos terribles y negras, que me cogieron como si fuese un fardo y me levantaron del suelo. Aquellos eunucos cargaron conmigo hasta la ventana, en tanto que otros eunucos, cargados con la favorita, iban en dirección a otra ventana. Todas aquellas manos soltaron su carga a la vez y nos precipitaron a los dos desde lo alto del palacio a las aguas del Nilo. En mi destino estaba escrito que debía escapar a la muerte por asfixia, porque, aunque aturdido por el golpe al dar contra el fondo del lecho del río, conseguí subir a la superficie y ganar, a favor de la oscuridad, la orilla opuesta del palacio. Habiendo escapado de un grave peligro, no quise irme sin tratar de encontrar a aquella que, por mi culpa, se había perdido; volví al río con mayor ardor que había salido de él, y por todos los medios traté de encontrarla, pero

mis esfuerzos resultaron vanos, y como me faltasen las fuerzas, me vi obligado a regresar a tierra para salvar mi vida. Muy triste y lamentándome por la pérdida de la encantadora favorita, me decía que no debía haberme acercado a ella mientras estuviese bajo el hado de la mala suerte, ya que esta es contagiosa. Transido de dolor y abrumado por el remordimiento, me apresuré a escapar de El Cairo, y, saliendo de Egipto, tomé el camino de Bagdad, la ciudad de la paz. Alá me protegió, y sin contratiempos llegué a Bagdad, mas en muy triste situación, ya que estaba sin dinero, y de toda mi fortuna pasada solo me quedaba un dinar de oro en mi cinturón. Me dirigí al mercado de los cambistas, en el que cambié mi dinar por monedas pequeñas, y, para ganarme la vida, compré un cesto de mimbre, lo llené de confituras, dulces, rosas y bálsamos, y me puse a pregonar mi mercancía ante las puertas de las tiendas. Este pequeño negocio me daba con qué vivir, porque tenía una bella voz y anunciaba mi mercancía cantando, y no gritando, como hacen los mercaderes de Bagdad. Como un día cantase con voz todavía más clara que de ordinario, un venerable jeque, propietario de la mejor tienda del mercado, me llamó y, escogiendo una manzana, aspiró su aroma repetidas veces, después de lo cual, mirándome con atención, me invitó a sentarme ante él. Me preguntó quién era y cuál era mi nombre, pero yo, incomodado por sus preguntas, respondí: “¡Oh amo mío! Dispénsame de hablar de cosas cuyo recuerdo abre las heridas que el tiempo comienza a cerrar; solo pronunciar mi nombre es un tormento para mí”. Debí lanzar estas palabras suspirando y en un tono tan triste, que el anciano decidió no insistir a este respecto, y, cambiando de tema, me preguntó detalles acerca de la compra y venta de mis dulces; después sacó de su bolsa diez dinares de oro, que me puso en la mano con mucha delicadeza y me abrazó como un padre a su hijo”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS DIECIOCHO

Dijo Schehrazada:

—«Agradecí desde el fondo de mi corazón a este venerable jeque su liberalidad para mí tan preciosa en mi desvalimiento, y pensé que los linajudos señores a los que tenía la costumbre de presentar mi cesto de mimbre nunca me habían dado ni la centésima parte de lo que habla recibido de aquella mano, por lo que no olvidé de besarla con respeto y gratitud. A la mañana siguiente, sin conocer todavía las intenciones de mi bienhechor, me presenté en el mercado. Después que me hubo visto, me hizo señas para que me aproximase y tomó un poco de incienso; luego me mandó sentar y, tras algunas preguntas y respuestas, me invitó a contarle mi historia

con tanto interés, que no pude dejar de complacerle, narrándole cuanto me había sucedido, sin ocultarle nada. Después de haber escuchado mis aventuras, con gran emoción en la voz me dijo: “¡Hijo mío, encuentras en mí un padre más rico que Abdelaziz, que Alá lo tenga en su agrado, y que para ti no tendrá más que cariño! Como no tengo hijos ni esperanza de tenerlos, yo te adopto. Así, pues, hijo mío, calma tu ánimo y despeja tu mirada, ya que si Alá lo quiere pronto olvidarás tus pasadas desventuras”. Después de hablar de esta manera me abrazó, estrechándome contra su corazón y me obligó a dejar mi cesto de mimbre con su contenido; cerró su tienda y tomándome de la mano me condujo a su vivienda, donde me dijo: “¡Mañana partiremos para la ciudad de Bassra, que también es mi ciudad, donde, de ahora en adelante, quiero vivir contigo, hijo mío!”. Por la mañana tomamos el camino de Bassra, mi ciudad natal, adonde, gracias a la protección de Alá, llegamos sin contratiempo. Cuantas personas me vieron y me reconocieron se alegraron de verme regresar como hijo adoptivo de tan rico mercader. Por mi parte no dudo en decirte, señor, que me dediqué con toda mi inteligencia y corazón a querer a aquel anciano, por lo que él, encantado con mis intenciones, solía decirme a menudo: “Abulcassem, bendito sea el día en que te encontré en Bagdad. Mi destino es bello desde que te cruzaste en mi camino, y como eres digno de mi cariño y confianza, haré cuanto pueda por tu porvenir”. Yo, a pesar de la diferencia de edades, le quería de verdad y me apresuraba a hacer todo cuanto podía complacerle; por ejemplo, en lugar de ir a divertirme con los jóvenes de mi edad, le hacía compañía, sabiendo que tenía celos de la menor cosa o del más pequeño gesto que no fuese dirigido a él. Al cabo de un año, por designio de Alá, mi protector fue atacado por tan grave enfermedad, que todos los médicos perdieron la esperanza de que curara, por lo que, apresurándose a llamarme a su presencia, me dijo: “¡Bendiciones sobre ti, Abulcassem, hijo mío! Durante un año entero me has dado la felicidad completa, cuando es así que la mayor parte de los hombres apenas tienen un día feliz en toda su existencia. Antes que la separadora venga a detenerse a la cabecera de mi cama, es preciso que enjague la deuda que tengo contigo. Sabe, hijo mío, que te voy a regalar un secreto cuya posesión te va a hacer más rico que todos los reyes de la tierra. En efecto, si yo no tuviese más bienes que esta casa y las riquezas que contiene, pensaría que te dejaba una herencia bien pequeña; mas todos los bienes que he amasado durante toda mi vida, aunque considerables para un mercader, no son nada comparados con el tesoro que te voy a descubrir. No te diré desde cuándo o cómo el tesoro se encuentra en esta casa, porque yo mismo lo ignoro, ya que todo lo que sé es que es muy viejo. Mi abuelo al morir, lo descubrió a mi padre, quien me hizo esta misma confidencia pocos días antes de su muerte”. Después, el anciano se inclinó hacia mí, en tanto que yo lloraba al ver que la vida se le iba, y me dijo en qué rincón de la casa se encontraba el tesoro y me aseguró que por muy grande que fuese mi idea acerca del tesoro que encerraba, encontraría que era más considerable de lo que esperaba. Y añadió: “¡Hijo mío, eres el dueño absoluto de todo ello! ¡Que tu mano siempre esté abierta, sin temor a agotar aquello

que no tiene fondo, y que seas feliz! ¡Alabanzas a Alá!”. Y habiendo pronunciado estas últimas palabras, descansó en paz. ¡Que Alá lo tenga en su misericordia y derrame sobre él sus bendiciones! Después que, como único heredero, cumplí todos los deberes, tomé posesión de todos sus bienes y, sin tardanza, fui a ver el tesoro y pude comprobar, muy asombrado, que mi difunto padre adoptivo no había exagerado su importancia, por lo que me dispuse a hacer el mejor uso de él. Todos aquellos que me conocían y habían presenciado mi primera ruina, creyeron que me arruinaría por segunda vez, y se decían entre ellos: “Aunque el príncipe Abulcassem tuviese todos los tesoros del emir de los creyentes, sin duda los agotaría”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS DIECINUEVE

Ella dijo:

—«Así que su asombro no tuvo límites cuando, lejos de ver el menor desorden en mis asuntos, vieron que de día en día eran más florecientes y no podían comprender cómo podía aumentar mis bienes al ver que yo hacía los regalos más extraordinarios y que a mi costa se alojaban todos los extranjeros que pasaban por Bagdad, que eran tratados como reyes. Pronto circuló por toda la ciudad el rumor de que había encontrado un tesoro, lo que bastó para atraer sobre mí la atención de las autoridades. En efecto, el jefe de policía no tardó en venir a verme para decirme: “Señor Abulcassem, mis ojos y mis oídos oyen, mas como ejerzo mi misión para poder vivir, en tanto que otros viven para ejercer misiones, no puedo pedirte cuentas de la vida fastuosa que llevas e interrogarte acerca de un tesoro que tienes interés en ocultar. Vengo a decirte simplemente que soy un hombre avisado y que me enorgullezco de ello. El pan es caro y nuestra vaca no da más leche”. Comprendiendo el motivo de su visita, le dije: “¡Oh padre de hombres de espíritu! ¿Qué es preciso para que tu familia tenga pan y reemplazar la leche que no da tu vaca?”. Él respondió: “¡Nada más que diez dinares de oro por día, señor!”. Y yo contesté: “No es demasiado; yo te daré cien por día. No tienes más que venir al principio de cada mes y mi tesorero te contará los tres mil dinares de oro que necesitas para tu subsistencia”. Acto seguido quiso besarme las manos, mas yo me opuse, pues no olvidaba que todos los bienes son un préstamo del creador. Se marchó impetrando bendiciones para mí. A la mañana siguiente, el cadí me hizo llamar a su casa y me dijo: “¡Oh joven! Alá es el dueño de todos los tesoros y la quinta parte le pertenece de derecho. Paga, pues, el quinto de tu tesoro y serás el tranquilo poseedor de las cuatro partes restantes”. Yo respondí: “No entiendo lo que quiere decir nuestro dueño el cadí a su servidor, pero yo me

comprometo a darle todos los días, para los pobres de Alá, mil dinares de oro a condición de que me deje en paz”. El cadí aprobó mis palabras y aceptó mi proposición. Algunos días más tarde vino un guardián a buscarme de parte del valí de Bassra. Cuando llegué a su presencia, el valí me recibió con maneras agradables y me dijo: “¿Me crees tan injusto como para arrebatarte el tesoro si tú me lo enseñas?”. Yo le respondí: “¡Que Alá prolongue mil años la vida de nuestro dueño el valí! Pero aunque me arrancasen la carne con tenazas al rojo vivo no descubriría mi tesoro. De todas maneras, consiento en pagar a nuestro amo el valí dos mil dinares de oro para los pobres que conozca”. El valí, ante una oferta que le pareció muy considerable, se apresuró a aceptar mi proposición y me despidió, no sin antes haberme colmado de agasajos. Desde entonces satisfago a diario la cantidad prometida a los tres funcionarios, quienes consienten en dejarme llevar esta vida de generosidad y munificencia, para la que nací. Este es, ¡oh mi señor!, el origen de una fortuna que asombra a todos, ya lo veo, y que ninguna otra persona más que tú sabe hasta dónde alcanza». Cuando el joven terminó de hablar, el califa, deseoso de contemplar el maravilloso tesoro, dijo a su huésped: «¡Oh generoso Abulcassem!, ¿es posible que haya en el mundo un tesoro que tu generosidad no sea capaz de disipar? ¡Por Alá, que no puedo creerlo! Y si no fuera pedirte demasiado, te rogaría que me lo enseñaras. ¡Yo te juro por los sagrados deberes de la hospitalidad y por todo lo que pueda hacer inviolable un juramento, que no abusaré de tu confianza y que, más pronto o más tarde, yo sabré recompensar este favor único!». A estas palabras del califa, Abulcassem cambió de color y, con tono triste, respondió: «Siento mucho, mi señor, que tengas esta curiosidad que no puedo satisfacer sino en condiciones muy desagradables, aun a riesgo de dejarte marchar de mi casa contrariado. Será preciso que te vende los ojos y te conduzca desarmado, mientras yo llevaré mi cimitarra en la mano, dispuesto a emplearla si te atreves a violar las leyes de la hospitalidad. Por otra parte, bien sé que cometo una gran imprudencia procediendo de esta manera, ya que no debería acceder a tu deseo. ¡Pero que suceda lo que está escrito en este día! ¿Estás decidido a aceptar mis condiciones?». Y Harún contestó: «Estoy dispuesto a seguirte y aceptar las condiciones. ¡Yo te juro por el creador del cielo y de la tierra que no te arrepentirás de haber satisfecho mi curiosidad! Además, apruebo tus precauciones y estoy muy lejos de sospechar que abrigues malas intenciones». Abulcassem le puso una venda en los ojos y, tomándole de la mano, le hizo descender, por una escalera disimulada, a un jardín muy extenso. Después de muchas idas y venidas por paseos que se entrecruzaban, le hizo penetrar en un profundo y espacioso subterráneo, cuya entrada cubría una gran piedra a ras de tierra. Siguiendo una gran galería en pendiente, llegaron a una espaciosa sala y allí quitó la venda al califa, quien contempló maravillado aquella hermosa estancia, iluminada únicamente con el resplandor de los rubíes, incrustados en el techo y paredes. En el centro de aquella sala se veía un depósito de alabastro de cien pies de circunferencia, lleno de piezas de oro y de todas las joyas que pudiese imaginar la cabeza más exaltada. Alrededor del

depósito, doce columnas de oro sostenían otras tantas estatuas de gemas de doce colores, resplandecientes como flores abiertas a un sol milagroso. Abulcassem condujo al califa al borde del depósito y le dijo: «¿Tú ves este amontonamiento de dinares de oro y joyas de todas las formas? Pues bien: la profundidad de este depósito es insondable, ya que no tiene fondo». Le condujo a una segunda sala, parecida a la primera por la luminosidad de las paredes, pero mucho más amplia todavía y que en medio tenía un estanque lleno de piedras talladas y sombreado por dos hileras de árboles parecidos al que le había regalado el huésped. En medio de la bóveda de esta sala se leía, en letras brillantes, esta inscripción: «Que el dueño de este tesoro no tema agotarlo, jamás llegará a ver su fin. Que se sirva de él para vivir una vida agradable y para adquirir amigos, porque la vida es una y no vuelve, y, sin amigos, no es vida». Después de ver esto, Abulcassem hizo todavía visitar a su huésped otras muchas salas, que no desmerecían en nada de las anteriores, hasta que, viéndole fatigado de admirar tantas cosas asombrosas, le llevó hasta la salida del subterráneo, no sin antes haberle vendado los ojos.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS VEINTE

Schehrazada dijo:

—Una vez que regresaron al palacio, el califa dijo a su guía: «¡Oh mi dueño! Después de lo que he visto y a juzgar por la joven esclava y los dos amables jóvenes que tú me has regalado, debes ser no solo el hombre más rico de la tierra, sino también el hombre más feliz, ya que debes de poseer en tu palacio las más bellas hijas del oriente y los más bellos adolescentes de las islas del mar». El joven respondió con tristeza: «Ciertamente, ¡oh mi señor!, que tengo en mi palacio un gran número de esclavas de notable belleza, mas ¿cómo puedo amarlas yo, a quien el recuerdo de su amada embarga el ánimo y no vive si no es para añorar a aquella encantadora y dulce mujer que por mi culpa fue arrojada a las aguas del Nilo? ¡Mejor quisiera tener por toda fortuna el contenido del cinturón de un porteador de Bassra y poseer a Labiba, la favorita del sultán, que vivir sin ella en medio de todas estas riquezas!». El califa admiró la constancia de sentimientos del hijo de Abdelaziz, pero le exhortó a que superase sus recuerdos, y, agradeciéndole el magnífico recibimiento que le había hecho, solicitó licencia para regresar a su alojamiento. De esta suerte comprobó por sí mismo la verdad de las afirmaciones de su visir Giafar, al que había hecho encerrar en un calabozo. A la mañana siguiente tomó el camino de Bagdad, seguido por todos sus servidores, la adolescente, los dos jóvenes esclavos y todos los regalos que debía

a la generosidad sin par de Abulcassem. Una vez de regreso en su palacio, Al-Raschid se apresuró a poner en libertad a su gran visir, y, para demostrarle cuánto lamentaba haberle castigado sin motivo, le regaló los dos jóvenes esclavos y le devolvió toda su confianza, y, después de haberle contado las peripecias de su viaje, le dijo: «Y ahora, ¡oh Giafar!, dime qué es lo que debo hacer para agradecer a Abulcassem sus regalos, ya que sin duda sabes que el reconocimiento de los reyes debe estar por encima de lo que lo motiva, pues si me contento con enviar al magnánimo Abulcassem lo que tenga de más raro y precioso en mi tesoro, será muy poca cosa para él. ¿Qué es lo que podría hacer para superarle en generosidad?». Giafar respondió: «¡Oh emir de los creyentes! El solo medio de que dispones para pagar tu deuda de reconocimiento es nombrar a Abulcassem rey de Bassra». Al-Raschid respondió: «Dices una gran verdad, ¡oh visir!, ya que ese es el mejor medio para pagar a Abulcassem. ¡Parte en seguida para Bassra, entrégale las patentes de su nuevo cargo y condúcele aquí a fin de que podamos festejarle en nuestro palacio!». Giafar respondió con la obediencia y partió sin tardanza con dirección a Bassra. Al-Raschid fue a buscar a Sett Zobeida y le regaló la joven esclava, el árbol y el pavo, guardando para él la copa. Zobeida encontró a la joven tan encantadora, que dijo a su esposo, sonriendo, que la aceptaba con más placer que los demás presentes. En cuanto a Giafar, no tardó en regresar de Bassra con Abulcassem, a quien había tenido cuidado de poner al corriente de lo que había sucedido y de la identidad del huésped al que había alojado en su palacio. Cuando el joven entró en la sala del trono, el califa le abrazó como a un hijo y quiso ir al baño con el joven, honor que no había otorgado a nadie desde su subida al trono. Después del baño, en tanto que les eran servidos unos refrescos y frutas, comenzó a cantar una esclava que era recién llegada al palacio, mas Abulcassem, apenas miró el rostro de la joven esclava, exhaló un grito y cayó desvanecido. Al-Raschid le tomó en sus brazos y le ayudó a recuperar el sentido. La joven cantante no era otra que la favorita del sultán de El Cairo, que un pescador había sacado de las aguas del Nilo y vendido a un mercader de esclavos; este mercader, después de tenerla largo tiempo en su harén, la había conducido a Bagdad y vendido a la esposa del emir de los creyentes. Así es como Abulcassem, que llegó a ser rey de Bassra, encontró a Labiba y pudo, de allí en adelante, vivir con ella, en medio de grandes delicias, hasta la llegada de la separadora, destructora de placeres. Mas no creas, ¡oh rey! —continuó Schehrazada—, que esta historia sea más maravillosa y de más utilidad moral que la *historia del adulterino simpático*.

El rey Schahriar exclamó:

—¿De qué adulterino quiereshablar, Schehrazada?

La hija del visir respondió:

—De aquel del que precisamente te voy a contar su agitada vida.

Y ella dijo:

—Se cuenta, ¡pero Alá es más sabio!, que había en una ciudad entre las ciudades de nuestros antepasados árabes tres amigos que eran genealogistas de profesión. Esto será explicado, si Alá lo quiere. Estos tres amigos eran, al mismo tiempo, bravos entre los bravos y sutiles entre los sutiles, esto último hasta tal punto, que era para ellos cosa de juego despojar a un avaro de su bolsa sin que lo notara. Tenían la costumbre de reunirse todos los días en la habitación de un refugio aislado, que habían alquilado para ello, y donde podían, sin ser molestados, concertarse con toda comodidad sobre las malas pasadas que solían jugar a los habitantes de la ciudad o sobre la empresa que debiera llevarse adelante para pasar alegremente el día. Pero, preciso es decirlo, sus hazañas estaban tan desprovistas de maldad y llenas de chistosos propósitos, como sus maneras, por otra parte, colmadas de distinción y su rostro rebosante de afabilidad. Estaban ligados por una amistad de todo punto fraternal, reuniendo sus ganancias en común y repartiéndolas equitativamente, fueran considerables o módicas. La mitad de estas ganancias se dedicaba a la compra de provisiones de boca y la otra mitad a la adquisición de hachís para embriagarse por la noche después de las jornadas muy ocupadas. Sus borracheras, ante las candelas encendidas, tomaban siempre buen sesgo, no degenerando jamás en riñas ni en palabras malsonantes, sino muy al contrario, pues el hachís hacía resaltar con preferencia sus buenas cualidades y avivaba su inteligencia. En tales momentos encontraban expedientes maravillosos para todo, que, en verdad, hubieran hecho las delicias de quien los escuchara. Ahora bien; un día, el hachís fermentó en su razón y les sugirió un expediente de una audacia sin precedentes. Combinado su plan se situaron, muy de mañana, ante el jardín que rodeaba el palacio del rey. Una vez allí se pusieron muy ostensiblemente a querellarse, insultarse y lanzarse, mutuamente, contra su costumbre, las más violentas imprecaciones, amenazándose con gestos horribles y miradas espantables, con matarse entre si o, al menos, intentarlo. Cuando el sultán, que se paseaba en el jardín, oyó los gritos y el escándalo que ocasionaban, dijo: «¡Que me traigan a los individuos que producen ese alboroto!». Y en seguida los chambelanes y eunucos corrieron a apoderarse de ellos y, hartándolos de golpes, los arrastraron hasta la presencia del sultán. Cuando los tuvo ante sí, el sultán, que había sido molestado en su paseo matinal por los gritos intempestivos de los tres amigos, les increpó colérico: «¿Quiénes sois vosotros, ¡oh ganapanes!, que os querelláis tan desvergonzadamente bajo los muros del palacio de vuestro rey?». Y ellos respondieron: «¡Oh rey de los tiempos!; somos maestros en nuestro arte y cada uno de nosotros ejerce una profesión diferente. En cuanto a la causa de nuestro altercado, que nuestro amo nos perdone, era precisamente nuestro arte, puesto que discutíamos sobre la excelencia de nuestras respectivas profesiones, y, como los tres poseemos nuestro arte a la perfección, cada uno de nosotros pretendía ser superior a los otros dos. De una en otra, nos hemos ido de palabras y luego nos hemos dejado llevar por la cólera; la distancia hasta los insultos y la grosería ha sido después rápidamente recorrida. Olvidando la proximidad de nuestro amo el sultán, nos hemos tratado

mutuamente de enculados e hijos de puta, ¡alejado sea el maligno! La cólera es mala consejera, ¡oh nuestro amo!, y hace perder a las gentes mejor educadas el sentimiento de la propia dignidad. ¡Qué vergüenza para nosotros! ¡Merecemos, sin disculpa, ser tratados sin clemencia por nuestro amo el sultán!». Y este les preguntó: «¿Y cuáles son vuestras profesiones?». El primero de los tres amigos, después de prosternarse ante el sultán, dijo: «Por mi parte, ¡oh mi señor!, soy genealogista en piedras finas, y se me reconoce generalmente como un sabio, dotado del talento más distinguido en la ciencia de las genealogías lapidarias». «¡Por Alá! —dijo el sultán, muy asombrado—, a juzgar por tu aspecto, más tienes de pillo que de sabio. Sería esta la primera vez que viera yo reunidas, en una misma persona, la ciencia y la granujería; pero, sea como fuere, ¿puedes explicarme al menos en qué consiste la genealogía lapidaria?».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS VEINTIUNA

Dijo Schehrazada:

—Y él respondió: «Es la ciencia del origen y de las razas de las piedras preciosas; el arte de diferenciarlas, al primer golpe de vista, de las falsas, y la capacidad para distinguir unas de otras por la vista y el tacto». Y el sultán dijo para sí: «¡Qué cosa más extraña! Me gustaría poner a prueba su ciencia y juzgar de su talento». Y volviéndose hacia el segundo tomador de hachís le preguntó: «Y tu profesión, ¿cuál es?». Y, prosternándose igualmente, el segundo hombre se levantó y dijo: «Por mi parte, ¡oh rey del tiempo!, soy genealogista de caballos y se me considera como el más sabio entre los árabes en el conocimiento de las razas y orígenes de estos animales. Al primer golpe de vista puedo juzgar si un caballo procede de la tribu de Anazeh, de la de los Muteyr, de la de los Beni-Khaled, Dafir o Jabal-Schammar. Descubro, con absoluta seguridad, si ha sido criado en las altas mesetas de Nedjed o entre los pastos de Nefunds, y si es de la raza de Kehilan El-Ajouz, de Sagavi-Jedran, de Hamdani-Simir, o de Kehilan El-Krusch. Puedo decir, en número exacto de pies, la distancia que recorrerá este caballo en un tiempo dado, sea al galope, sea al trote largo o corto. Puedo revelar las enfermedades ocultas de la bestia y sus enfermedades futuras; decir de qué murieron el padre, la madre y los antepasados hasta la quinta generación ascendente. Curo las enfermedades caballunas tenidas por incurables y pongo en pie a un animal agonizante. Y he aquí, ¡oh rey de los tiempos!, solamente una parte de las cosas que sé, pues desisto, temiendo exagerar mis méritos, de enumerarte los demás detalles de mi ciencia. ¡Pero Alá es más sabio!». Y después de hablar así, bajó los ojos con modestia y se inclinó ante el sultán. Y el sultán, habiendo

escuchado, se dijo: «¡Por Alá ser sabio y ganapán a la vez! ¡Qué cosa más asombrosa! Pero ya sabré yo hacer de manera que demuestre lo que dice, poniendo a prueba su ciencia genealógica». Después se dirigió al tercer genealogista y le preguntó: «Y tú, el tercero, ¿qué dices de tu profesión?». Y el tercer consumidor de hachís, que era el más sutil de todos, contestó, después de los homenajes debidos: «¡Oh rey de los tiempos!, mi profesión es sin disputa la más noble y la más difícil; pues si mis compañeros, estos dos sabios, son genealogistas en piedras y caballos, yo lo soy de la especie humana, y si mis compañeros son sabios de los más distinguidos, yo los sobrepaso incontestablemente, como la corona sobre la cabeza, pues, ¡oh mi señor!, yo puedo conocer el verdadero origen de mis semejantes, no el indirecto, sino el directo, aquel que la madre del niño puede conocer apenas y que el padre ignora generalmente. Has de saber, en efecto, que viendo a un hombre y escuchando su voz, solamente con esto, puedo decirle sin vacilar si es hijo legítimo o adulterino, si sus padres han sido, a su vez, producto de lícita o ilícita copulación, y revelarles la legitimidad o ilegitimidad del nacimiento de los miembros de su familia remontándome hasta nuestro padre Ismael, hijo de Abrahán, ¡sobre los dos, la gracia de Alá y la más escogida de sus bendiciones! De esta manera, gracias a la ciencia con que me dotó el retribuidor, ¡que él sea exaltado!, he podido desengañar a un buen número de grandes señores sobre la nobleza de su nacimiento y demostrarles, por las pruebas más perentorias, que no eran más que el resultado de la copulación de su madre, ya con un camellero, ya con un asnero, o bien con algún cocinero, o falso eunuco, o negro, y, a veces, con uno de tantos esclavos o cosa parecida. Si la persona que examino, ¡oh mi señor!, es una mujer, puedo igualmente, con solo verla a través del velo de su rostro, decir su raza, su origen y hasta la profesión de sus padres. He aquí, ¡oh rey del tiempo!, solo una parte de lo que sé, pues la ciencia de la genealogía humana es tan extensa, que solo para enumerarte las diversas ramas de que consta me sería preciso invertir todo un día, apesadumbrándote quizá, ¡oh mi señor!, con mi enojosa presencia. Por lo que he dicho, ¡oh nuestro amo!, verás que mi ciencia es mucho más importante que la de mis compañeros, estos dos sabios aquí presentes, puesto que no hay ningún hombre sobre la faz de la tierra que posea ni haya poseído esta ciencia, que, solo yo, y nadie más que yo, poseo, sin que nadie la haya poseído antes. ¡Pero toda ciencia nos viene de Alá; todo conocimiento no es sino un préstamo de su generosidad y el mejor de sus dones es y será la virtud de la humildad!». Habiendo hablado así, el tercer genealogista bajó la vista con modestia, e, inclinándose de nuevo, retrocedió hasta situarse entre sus dos compañeros, quedando colocados los tres en fila ante el rey. Este, en el límite de la estupefacción, se dijo, reflexionando para si mismo: «¡Por Alá, qué cosa tan extraordinaria!; si las aseveraciones de este último son ciertas, él es, sin duda, el sabio más eminente de ahora y de todos los tiempos. Voy, pues, a retener a estos tres genealogistas hasta que se presente la ocasión de ensayar su asombroso saber y si sus pretensiones resultan infundadas, el palo les aguarda».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS VEINTIDÓS

Ella dijo:

Y después de meditar así, se dirigió a su gran visir, y le dijo: «Que se tenga a mano a estos tres sabios, dándoles una habitación en el palacio, así como una ración de pan y otra de carne por día, y agua a discreción». La orden fue ejecutada en el acto, y los tres amigos se miraron, diciéndose con los ojos: «¡Qué generosidad! ¡Nunca habíamos oído decir que hubiera un rey tan obsequioso y tan sagaz; pero ¡por Alá!, nosotros no somos genealogistas de nada, y tarde o temprano nuestra hora llegará!». Por lo que se refiere al sultán, la ocasión que esperaba no tardó en presentarse. En efecto, un rey vecino le envió unos presentes de gran rareza; entre ellos se encontraba una piedra preciosa de maravillosa belleza, blanca, transparente y con aguas más puras que las del ojo del gallo. El sultán, recordando las palabras del genealogista lapidario, envió a buscarle, y después de mostrarle la piedra, le pidió que la examinara y dijera lo que pensaba de ella. El genealogista lapidario respondió: «¡Por vida de nuestro amo el sultán! Yo no tengo necesidad de examinar esta piedra, viendo la transparencia y reflexión de todas sus facetas, ni de tomarla entre mis manos, ni siquiera de mirarla. Para juzgar de su valor y belleza, solo necesito tocarla con la yema del dedo meñique de mi mano izquierda, teniendo los ojos cerrados». El rey, todavía más asombrado que la primera vez, se dijo: «He aquí llegado el momento en que, por fin, podremos comprobar si sus pretensiones tienen algún fundamento». Y presentó la piedra al genealogista lapidario, quien, con los ojos cerrados, se contentó con apenas rozar la piedra con el extremo de su dedo meñique, retrocediendo en seguida con viveza y sacudiendo la mano como si hubiera sido mordida o quemada, y dijo: «¡Oh mi señor!, esta piedra no tiene ningún valor, pues no solo no es de la raza pura de las piedras preciosas, sino que, además, tiene un gusano en su corazón». El sultán, oyendo esto, se llenó de furor, y exclamó: «¿Qué es lo que dices, hijo de entremetida? ¿No sabes que esta piedra tiene unas aguas admirables, que es transparente como no puede desearse más, que tiene un brillo maravilloso y que es regalo de un rey entre los reyes?». Y no atendiendo más que a su indignación, llamó al funcionario del palo, y le dijo: «¡Hazte cargo de este indigno embustero!». El tal funcionario, que era un gigante enorme, asió al genealogista, lo levantó en vilo, como si fuera un pájaro, y ya se disponía a ensartarlo, atravesando lo que hubiere que atravesar, cuando el gran visir, que era un anciano dotado de prudencia, moderación y buen sentido, dijo al sultán: «¡Oh rey del tiempo!

Ciertamente, este hombre ha debido de exagerar sus méritos, y la exageración siempre es condenable; pero pudiera ser que lo que ha dicho no se apartara en todo de la verdad, y, en ese caso, su muerte no estaría suficientemente justificada ante el supremo dueño del universo. Ahora bien, ¡oh mi señor!, la vida de un hombre, sea el que fuere, es más preciosa que la más maravillosa de las piedras, y pesa más en la balanza del pesador. Por todo esto, sería mejor diferir el suplicio de este hombre hasta después de la prueba; y la prueba no puede obtenerse sino partiendo la piedra en dos. Si se hace así y se encuentra dentro el gusano, este hombre estará justificado; si, por el contrario, la piedra está intacta y sin carie interna, que el castigo sea alargado y acentuado por el funcionario del palo». El sultán, reconociendo la justicia en las palabras de su gran visir, ordenó: «¡Qué se parta esa piedra por la mitad!». La piedra fue rota al instante, y el rey y todos los circunstantes se quedaron atónitos al ver salir un gusano blanco del corazón mismo de la piedra. Y este gusano, al tomar contacto con el aire, se prendió y ardió por si mismo, consumiéndose en un momento sin dejar huella en su existencia. Cuando el sultán se repuso un poco de su asombro, preguntó al genealogista: «¿Por qué medio has llegado a advertir en el interior de la piedra la existencia de ese gusano que nadie más que tú ha podido ver?». Y el genealogista respondió, con modestia: «Por la sutil vista del ojo que poseo en el extremo de mi dedo meñique y por la sensibilidad de este dedo al calor y al frío de la piedra». El sultán, maravillado de su ciencia y sutilidad, dijo al funcionario del palo: «¡Suéltale! ¡Y que se le dé hoy doble ración de pan y de carne y agua a discreción!». Y esto es todo en lo tocante al genealogista lapidario. En cuanto a lo que refiere al genealogista de caballos, helo aquí: poco tiempo después de lo ocurrido con la gema habitada por el gusano, el sultán recibió como tributo, de parte de un poderoso jefe de tribu del interior de la Arabia, un caballo bayo-oscuro de gran belleza. Encantado con el presente, se pasaba los días enteros admirándolo en la caballeriza, y como no habla olvidado que se hallaba en el palacio el genealogista de caballos, hizo transmitirle la orden de presentarse ante él, y cuando acudió, le dijo: «Bien, hombre, ¿pretendes saber de caballos tanto como nos has contado no hace mucho tiempo? ¿Y estás dispuesto a probarnos tu ciencia sobre el origen y raza de los caballos?». El segundo genealogista respondió: «Ciertamente, ¡oh rey del tiempo!». Entonces el sultán exclamó: «¡Juro por aquel que me colocó sobre sus criaturas como soberano, y al que le bastó decir a los seres y a las cosas: “¡Seréis!” para que fuesen, que si hay en tus manifestaciones el menor error, falsedad o confusión, te haré morir de la peor muerte!». Y el hombre respondió: «Escucho y me someto». Entonces el sultán ordenó: «¡Traed el caballo ante este genealogista!».



Cuando la noble bestia estuvo en presencia del genealogista, este, con un solo golpe de vista, uno solo, contrajo su rostro, sonrió y, dirigiéndose al sultán, dijo: «¡He visto y ya sé!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS VEINTITRÉS

Schehrazada dijo:

—Y el sultán le preguntó: «¿Qué es lo que has visto; ¡oh hombre!, y qué es lo que sabes?». «Yo he visto, ¡oh rey de los tiempos! —respondió el genealogista—, que este caballo es, efectivamente, de rara belleza y excelente raza, que sus proporciones son armoniosas, su aire arrogante y parece de mucho poder; que su lomo es muy fino; el cuello, soberbio; la silla, alta; los remos, de acero; la cola, levantada y formando un arco perfecto; la crin, espesa y barriendo el suelo; en cuanto a la cabeza, que tiene las marcas distintivas que son esenciales en la cabeza de un caballo del país de los árabes, es ancha y no pequeña, desarrollada arriba para dejar mucha distancia entre las orejas y los ojos y entre un ojo y otro, en tanto que de una a otra oreja la distancia es muy pequeña; la parte delantera de esta cabeza es convexa, y los ojos están a flor de piel y son bellos como los de las gacelas; alrededor de estos ojos hay un cerco sin pelo, que deja al descubierto el cuero negro, fino y lustroso; los huesos de la cara son grandes, y con la mandíbula en relieve; hacia abajo, la cabeza se estrecha rápidamente y termina casi en punta sobre la extremidad del labio, abultado; la nariz queda a nivel con la cara, y la boca tiene el labio inferior más ancho que el superior;

las orejas son largas, anchas y cortadas delicadamente, como las del antílope; en fin, es una bestia por todos conceptos espléndida. Su color, bayo-oscuro, es el más bello de los colores, y, sin duda alguna, sería el primer caballo de la tierra, sin que pudiera encontrarse su igual en ninguna parte si no tuviera la tara que acabo de descubrir, ¡oh rey de los tiempos!». Mientras el sultán escuchaba la descripción minuciosa del caballo, al que tanto se había aficionado, estaba, desde luego, maravillado, sobre todo teniendo en cuenta que el genealogista no había hecho más que dirigir al animal una simple mirada negligente. Pero cuando oyó hablar de una tara, sus ojos fulguraron, su pecho se llenó de cólera, y, con voz tremante, preguntó al genealogista: «¿Qué es lo que dices, maldito bribón? ¿Y qué hablas de taras en una bestia tan maravillosa, último retoño de la más noble raza de Arabia?». El genealogista, sin inmutarse, respondió: «Desde el momento en que el sultán se irrita por las palabras de su esclavo, el esclavo no dirá ya nada más». Y el sultán exclamó: «¡Di lo que tengas que decir!». «No hablaré —replicó el hombre— sino cuando el rey me conceda libertad absoluta para hacerlo». Entonces el rey dijo: «Habla, pues, y no me ocultes nada». Y el hombre continuó: «Has de saber, ¡oh mi rey!, que este caballo es de una raza pura y verdadera, pero por su padre y solamente por parte de su padre. En cuanto a su madre, no me atrevo a hablar de ella». El sultán, con la cara descompuesta, exclamó: «¿Quién, pues, es su madre? ¡Apresúrate a decírnoslo!». Y el genealogista respondió: «¡Por Alá, oh mi señor!, la madre de este caballo es de una raza de animal de todo punto diferente, pues no se trata de que proceda de jumento, sino que es una hembra de búfalo marino». Dichas estas palabras por el genealogista, el sultán se encolerizó hasta la exasperación, congestionándose primero, para después quedar abatido sin poder pronunciar palabra durante algún tiempo; luego exclamó: «¡Oh perro genealogista, tu muerte es preferible a tu vida!»; e hizo señas al funcionario del palo, diciéndole: «¡Ensarta a este genealogista!». El gigante encargado del palo levantó en vilo al genealogista y, poniéndolo sobre la punta perforante del palo en cuestión, iba ya a dejarle caer con todo su peso, para en seguida hacer girar el berbiquí ascendente, cuando el gran visir, hombre dotado del sentimiento de la justicia, suplicó al rey que aplazara el suplicio, diciéndole: «¡Oh mi amo y soberano!; es cierto que este genealogista es un imprudente y hombre de juicio poco firme para pretender que este caballo pueda descender de una hembra de búfalo marino; pero, para demostrar que su suplicio es merecido, sería mejor traer aquí al caballerizo que ha venido con este caballo de parte del jefe de las tribus árabes, y que nuestro amo el sultán le interroge en presencia de este genealogista y le pida que nos remita el saquito en que se guarde el acta de nacimiento del animal con el testimonio de su raza y origen; pues sabemos que todo caballo de noble sangre debe llevar atado a su cuello un saquito o estuche con sus títulos y genealogía». Y el sultán dijo: «No hay inconveniente». Y dio orden de traer a su presencia al caballerizo en cuestión. Cuando el caballerizo estuvo ante el sultán y escuchó y comprendió lo que se le pedía, respondió: «Escucho y obedezco; he aquí el estuche». Y sacando de su seno un saquito en cuero labrado e incrustado de

turquesas, lo entregó al sultán, quien, desatando en seguida los cordones, extrajo un pergamino en el que estaban impresos los sellos de todos los jefes de la tribu donde había nacido el caballo y los testimonios de los presentes en el acto de ser cubierta la madre por el padre. Este pergamino decía, en definitiva, que el joven potro en cuestión había tenido por padre a un garañón de pura sangre de la raza de los Seglawi-Jedran y por madre a una hembra de búfalo marino que el garañón había encontrado un día en que iba por el borde del mar, cubriéndola por tres veces de forma perentoria, después de haber relinchado sobre ella. Allí se decía que esta hembra de búfalo marino, habiendo sido capturada por los caballerizos, parió, a su tiempo, este potro bayo-oscuro, amamantándolo ella misma en la tribu durante largo tiempo. Tal era, en resumen, el contenido de dicho pergamino.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS VEINTICUATRO

Dijo Schehrazada:

—Cuando el sultán acabó de escuchar la lectura del pergamino, lectura que hizo el mismo gran visir en persona, con la enumeración de los nombres de los jeques y de los testigos que habían sellado el documento, quedó muy confuso y sorprendido por un hecho tan extraño y, por otro lado, extremadamente maravillado de la ciencia adivinatoria e infalible del genealogista de caballos, y, dirigiéndose al funcionario del palo, le ordenó: «¡Retírale de la plancha del berbiquí!». Y cuando le tuvo de nuevo ante sí, le preguntó: «¿Cómo has podido juzgar, solo con un golpe de vista, de la raza, del origen, de las cualidades y del nacimiento de este potro? Pues, ¡por Alá!, tus aserciones han resultado verdaderas, probándose de manera irrefutable. Apresúrate, pues, a revelarme las señales por las cuales has reconocido la tara de esta bestia espléndida». El genealogista respondió: «La cosa es bien fácil, ¡oh mi señor! No he hecho más que mirar los cascos del animal, y nuestro amo no tiene que hacer más que lo que yo he hecho». El rey miró los cascos del caballo y vio que estaban hendidos y que eran gruesos y largos, como los de los búfalos, en lugar de ser sin hendir, ligeros y redondos, como los de los caballos. El sultán, visto esto, exclamó: «¡Alá es todopoderoso! —y, dirigiéndose a los servidores, dijo—: ¡Qué se dé hoy a este sabio genealogista doble ración de carne, así como dos galletas de pan y agua a discreción!». Y esto fue lo que sucedió con el genealogista de caballos. Pero en lo que se refiere al genealogista de la especie humana, las cosas sucedieron de muy distinta manera. En efecto, después que el sultán asistió a los dos sucesos anteriores,

con los extraordinarios descubrimientos hechos por los dos genealogistas, de la gema conteniendo un gusano en su interior y del potro nacido de una hembra de búfalo marino y de un garañón de pura sangre, comprobando por sí mismo la ciencia prodigiosa de estos dos hombres, se dijo: «¡Por Alá; yo no lo sé, pero creo que el tercero de estos pillos debe de ser un sabio más prodigioso todavía! ¿Y quién sabe lo que descubrirá?». Y sobre la marcha ordenó traerlo a su presencia, y le dijo: «Tú te acordarás de lo que dijiste en mi presencia a propósito de la genealogía de la especie humana, ciencia que te permite descubrir el verdadero origen de los hombres, aquel que solo la madre del niño puede apenas conocer y que el padre ignora generalmente. También recordarás que aventuraste igual aserción respecto de las mujeres. Pues bien, yo deseo saber si persistes en tus afirmaciones y si estás dispuesto a demostrarlas ante mí». El genealogista de la especie humana, que era el tercero de los consumidores de hachís, respondió: «Yo dije eso, ¡oh rey de los tiempos!, y persisto en mis afirmaciones. ¡Y Alá es el más grande!». Entonces el sultán se levantó de su trono y dijo al hombre: «Ven detrás de mí». El hombre fue en pos del sultán, quien, contrariando la costumbre, lo llevó hasta su harén, pero después que las mujeres, prevenidas por los eunucos, se envolvieron en sus velos y cubrieron sus rostros. Cuando ambos llegaron a la habitación reservada a la favorita del momento, el sultán se volvió hacia el genealogista y le dijo: «Prostérnate en presencia de tu ama, y examínala para que luego me digas lo que has visto». Y después de prosternarse ante ella, el consumidor de hachís dijo al sultán: «Ya la he examinado, ¡oh rey del tiempo!». Ahora bien, no había hecho otra cosa que dirigirle una mirada, una sola, y nada más. Entonces el sultán le ordenó: «En ese caso, sígueme». Y salió, yendo tras él el genealogista hasta la sala del trono. El sultán hizo evacuar la sala, quedándose solo con su gran visir y el genealogista, al que preguntó: «¿Qué has descubierto en tu ama?». Y él respondió: «¡Oh mi señor!; he visto que está adornada de gracias, de encantos, de modestia, de elegancia, de frescura y de todos los atributos y perfecciones de la belleza. Ciertamente que no es posible desear más, pues ella posee todos los dones que pueden cautivar el corazón y alegrar los ojos, y, desde cualquier lado que se la mire, está llena de proporciones y armonía. Esto juzgando en cuanto a su exterior. En lo que a su interior se refiere, por la inteligencia que ilumina su mirada, debe de poseer todas las cualidades deseables de finura y comprensión. He aquí lo que he visto en esta dama soberana, ¡oh mi señor! ¡Pero Alá es más sabio!». «No se trata de nada de eso; genealogista», replicó el sultán.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS VEINTICINCO

Ella dijo:

—«Se trata de que me digas lo que has descubierto a propósito del origen de tu ama, mi honorable favorita». Y el genealogista, adoptando de pronto una actitud reservada, respondió: «Es esta una cosa delicada, ¡oh rey de los tiempos!, y no sé si debo hablar o callarme». Pero el sultán le apremió: «¡Por Alá, te he hecho venir para que hables! ¡Vamos, di lo que sea y mide tus palabras, pillito!». Y el genealogista, sin inmutarse, dijo: «¡Por vida de nuestro amo!; esta dama sería la más perfecta entre las criaturas de Alá si no tuviera un defecto de origen que deslucen sus perfecciones personales». Al escuchar estas últimas palabras, y, sobre todo, al oír pronunciar «defecto», el sultán, frunciendo el entrecejo y presa de un gran furor, sacó su cimitarra y se arrojó sobre el genealogista con el decidido propósito de cortarle la cabeza, exclamando: «¡Oh perro, hijo de perro! ¡Seguramente vas a decirme que mi favorita desciende de un búfalo marino o que tiene un gusano alojado en un ojo o en cualquier otro sitio! ¡Ah, hijo de la impudicia! ¡Esta hoja te enseñará a ser más comedido!». Y lo hubiera degollado infaliblemente de un solo tajo si el prudente y juicioso visir no se hallara allí para desviar el golpe y decirle: «¡Oh mi señor! Mejor será no quitar la vida a este hombre hasta estar convencidos de su crimen». Y el sultán ordenó al hombre, al que había derribado y puesto una rodilla sobre el pecho: «Y bien. ¡Habla! ¿Cuál es el defecto que has encontrado en mi favorita?». El genealogista de la especie humana, con la misma tranquilidad que anteriormente, respondió: «¡Oh rey de los tiempos! Mi ama, tu honorable favorita, es un objeto de belleza y perfección; pero su madre era una bailarina pública, una mujer libre de la tribu errante de los ghaziyas, hija de prostituta». El furor del sultán fue tan intenso al oír esto, que las palabras se le ahogaron en el fondo de su garganta; solo al cabo de un buen rato pudo, por fin, hablar, diciendo a su gran visir: «¡Ve ahora mismo y tráeme al padre de mi favorita, que es el intendente de palacio!». Y siguió con una rodilla sobre el pecho del genealogista, derribado en el suelo. Cuando llegó el padre de la favorita le dijo: «Tú ves ese palo, ¿no es eso? Pues bien, si no quieres verte sobre su punta, ya puedes empezar a decirme la verdad sobre el nacimiento de tu hija, mi favorita». Y el intendente de palacio, padre de la favorita, respondió: «Escucho y obedezco —y dijo así—: Has de saber, ¡oh mi dueño y soberano!, que voy a decirte la verdad, pues eso es lo único saludable. En mi juventud yo llevaba la vida libre del desierto, viajando siempre para escoltar las caravanas que me pagaban el tributo de pasaje sobre el territorio de mi tribu. Ahora bien, un día, cuando estábamos acampados cerca de los pozos de Zobeida, ¡para ella la gracia y la misericordia de Alá!, llegó de paso un grupo de mujeres de la tribu errante de los ghaziyas, cuyas jóvenes, al llegar a la pubertad, se prostituyen a los hombres del desierto, yendo de una a otra tribu y de un campamento a otro a ofrecer sus gracias y su ciencia a los jóvenes caballeros. Esta pequeña tropa se quedó entre nosotros algunos días, y luego

marchó en busca de los hombres de la tribu vecina. Y he aquí que, después de su partida, cuando ya se habían perdido de vista, vi a una niña de cinco años acurrucada bajo un árbol, que su madre, alguna ghaziya, debió de perder u olvidar en el oasis. Y en verdad, ¡oh mi dueño y soberano!, que esta niña, morena como el dátil maduro, era tan linda y tan bonita, que declaré en pública sesión que la tomaba a mi cargo, y, a pesar de que estaba tan asustada como una cervatilla en sus primeras correrías por el bosque, logré domesticarla, y la confié a la madre de mis hijos, que la crio como si se tratara de su propia hija. Creció entre nosotros, y se desarrolló tan hermosa, que, al llegar a la pubertad, ninguna hija del desierto, por maravillosa que fuera, podía comparársela. Y yo, ¡oh mi señor!, sentí mi corazón cautivo de sus encantos, y no queriendo unirme a ella ilícitamente, la tomé por mujer legítima, desposándola, a pesar de su origen inferior. Alá nos concedió sus bendiciones, y ella me dio la hija que tú te has dignado elegir como tu favorita, ¡oh rey de los tiempos! Tal es la verdad sobre la madre de mi hija y sobre su raza y origen, y ¡juro por nuestro profeta Mahoma, para él la oración y la paz, que no he añadido ni quitado una sola sílaba a la verdad! ¡Pero Alá es más verídico y el único infalible!». Cuando el sultán acabó de oír esta confesión, dicha sin artificio, se sintió aliviado en su torturante incertidumbre y dolorosa inquietud. Se había imaginado ya que su favorita era la hija de una prostituta entre las jóvenes prostitutas ghaziyas, y acababa de saber precisamente lo contrario, puesto que la ghaziya madre había permanecido virgen hasta su casamiento con el intendente de palacio. Y entonces, ya descuidado, se dejó llevar por la curiosidad que le inspiraba la ciencia del perspicaz genealogista, a quien preguntó: «¿Cómo te las has arreglado, ¡oh sabio!, para adivinar que mi favorita era hija de una ghaziya, hija, a su vez, de una bailarina hija de prostituta?». Y el genealogista consumidor de hachís respondió: «Helo aquí. Desde luego, ha sido mi ciencia la que me ha dado la pista de mi descubrimiento; ¡pero Alá es más sabio! Luego, el hecho de que las mujeres de raza ghaziya tengan todas, como tu favorita, las cejas muy espesas y juntándose, y también, como ella igualmente, los ojos más intensamente negros de todo Arabia». El rey, maravillado por lo que acababa de oír, no quiso despedir al genealogista sin darle antes una prueba de su satisfacción, y llamando a sus servidores, les dijo: «¡Dad hoy a este distinguido sabio doble ración de carne, dos galletas y agua a discreción!». Y esto ocurrió con el genealogista de la especie humana, aunque ello no es todo, pues aún no ha terminado. En efecto, al día siguiente, el sultán, después de pasar la noche reflexionando sobre lo que habían hecho los tres compañeros y sobre la profundidad de su ciencia en las distintas ramas de la genealogía, se dijo a sí mismo: «¡Por Alá; después de lo que ha dicho este genealogista de la especie humana sobre el origen de mi favorita, no hay sino proclamarle como el hombre más sabio de todo mi reino! Pero antes me gustaría saber lo que puede decir de mi origen, yo, el sultán, que soy el descendiente auténtico de tantos reyes». Y convirtiendo en el acto su pensamiento en acción, se hizo traer de nuevo al genealogista de la especie humana, y le dijo: «Ahora que no puedo ya dudar

de tus palabras, ¡oh padre de la ciencia!, querría oírte hablar de mi origen y del de mi estirpe real». Y el hombre respondió: «¡Oh rey de los tiempos! Ciertamente lo haré si antes garantizas mi seguridad, pues no olvido el proverbio que dice: “Pon distancia entre la cólera del sultán y tu cuello, y hazte ejecutar antes por contumacia”. Ahora bien, yo, ¡oh mi amo!, soy muy sensible y delicado, y prefiero el palo por contumacia al palo que traspasa y rompe por la grieta, ¡y todo por una cuestión de raza!». El sultán otorgó: «¡Por mi cabeza, yo te concedo y aseguro que, digas lo que dijeres, desde ahora estás absuelto!»; y le entregó el pañuelo que sirve como señal de salvaguardia. El genealogista, recogiendo dicho pañuelo de salvaguardia, dijo: «En ese caso, ¡oh rey del tiempo!, yo te ruego que no quede en esta sala nadie más que nosotros dos». Él preguntó: «¿Y por qué, oh hombre?». Y este respondió: «¡Oh mi amo!, porque Alá, el todopoderoso, lleva entre sus nombres benditos el sobrenombre de el velador, ya que gusta de ocultar entre velos de misterio las cosas cuya divulgación sería perjudicial». Entonces el sultán ordenó que salieran todos los presentes, incluso su gran visir. Y el genealogista, una vez que estuvo a solas con el sultán, se acercó a él, e inclinándose sobre su oído, le dijo: «¡Oh rey de los tiempos, tú no eres sino hijo adulterino y de baja calidad!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS VEINTISÉIS

Schehrazada dijo:

—Oyendo estas terribles palabras, de tan inaudita audacia, el sultán palideció y perdió su compostura. Sus miembros cayeron flácidos; se quedó sin ver y sin oír; sin haber bebido, parecía borracho; vaciló con los labios llenos de espuma, y acabó cayendo al suelo, desvanecido, permaneciendo así durante mucho tiempo, sin que el genealogista supiera con exactitud si había muerto de repente, si estaba moribundo o si vivía todavía. Por fin volvió en sí y, levantándose, después de recobrar por completo sus sentidos, se volvió hacia el genealogista, y le dijo: «Ahora, ¡oh hombre!, por la verdad de aquel que me colocó sobre las cabezas de sus servidores, si tus palabras resultan verdaderas y adquiero la certidumbre de ello, con pruebas positivas, quiero, de manera irrevocable, abdicar un trono del que me sentiría indigno y declinar mis poderes reales en tu favor, puesto que eres quien más lo merece y nadie mejor que tú sabría hacerse digno de él. Pero si, por el contrario, hallo la mentira en tus palabras, ¡te ahorcaré!». El genealogista respondió: «¡Escucho y obedezco; no hay en ello inconveniente!». Entonces el sultán, poniéndose en pie, se

dirigió sin demora a la habitación de la sultana, su madre, y con la espada en la mano entró, y le dijo: «¡Por aquel que elevó el cielo separándolo del agua, si no respondes con la verdad a lo que voy a preguntarte, te cortaré en pedazos con mi espada!». Y blandió el arma, babeando de furor y con un incendio en la mirada. La sultana madre, asustada, a la vez que sofocada por aquel lenguaje tan poco habitual, exclamó: «¡El nombre de Alá sobre ti! Cálmate, ¡oh hijo mío!, y pregúntame por todo aquello que desees saber, que yo te responderé observando los preceptos que manda el verídico». Y el sultán dijo: «¡Apresúrate entonces a decirme, sin preámbulos, si soy el hijo del sultán, mi padre, y si soy de la estirpe real de mis antepasados, puesto que únicamente tú puedes revelármelo!». Y ella respondió: «Te diré, pues, sin preámbulos, y entrando en la materia, que eres el hijo auténtico de un cocinero; y si quieres saber cómo, helo aquí: cuando el sultán tu predecesor, aquel que has tenido hasta ahora por tu padre, me tomó por esposa, cohabitó conmigo según se suele; pero Alá no le otorgó la fecundidad, y no pude darle una descendencia que alegrara sus días y asegurara el trono a su raza. Cuando vio que no podía tener hijos, cayó en una gran tristeza, que le hizo perder el apetito, el sueño y la salud. Su madre, aconsejándole, le decidió a tomar una segunda esposa; pero tampoco esta vez le favoreció Alá con descendencia, y aconsejado de nuevo por su madre, tomó una tercera mujer. Entonces yo, viendo que acabaría por ser relegada al último rango, y que, por otra parte, seguía sin mejorar la salud del sultán, resolví salvar mi influencia al mismo tiempo que la herencia del trono, y esperé la ocasión propicia para realizar tan excelente idea. Ahora bien, un día el sultán, que seguía sin apetito y adelgazando, tuvo el deseo de comerse un pollo relleno, y dio orden al cocinero de preparar uno de estos volátiles que, encerrados en jaulas, estaban bajo las ventanas del palacio. El hombre vino para sacar el ave de una de las jaulas, y entonces yo, examinando al cocinero y encontrándole de todo punto conveniente para poner en obra mi proyecto, pues era un joven gallardo, cuadrado y gigantesco, me incliné sobre la ventana y le hice señas, indicándole que subiera por la puerta secreta. Le recibí en mi habitación, y lo que ocurrió entre él y yo duró bien poco, pues apenas había acabado su asunto cuando le hundí un puñal en el corazón. Cayó de cabeza, muerto a mis pies, e hice que lo recogieran mis fieles servidores y lo enterraran secretamente en una fosa cavada por ellos en el jardín. Aquel día no comió pollo relleno el sultán, que se encolerizó mucho por la inexplicable desaparición del cocinero. Nueve meses después, contados día por día, te traje al mundo, tan bien hecho como sigues siéndolo, y tu nacimiento produjo tanta alegría al sultán, que recuperó su salud y su buen apetito, colmó de favores y de presentes a sus visires, a sus favoritos y a todos los habitantes del palacio y organizó grandes fiestas y diversiones públicas, que duraron cuarenta días con cuarenta noches. Tal es la verdad sobre tu nacimiento, tu raza y tu origen. ¡Juro por el profeta, para él la oración y la paz, que he dicho lo que sabía! ¡Pero Alá es el que todo lo sabe!». Después de escuchar este relato, el sultán se levantó y salió llorando de la habitación de su madre; entró en la sala del trono y se

sentó en el suelo frente al tercer genealogista, sin pronunciar ni una sola palabra. Las lágrimas seguían saliendo de sus ojos y se deslizaban entre su barba, que era muy larga. Al cabo de una hora levantó la cabeza y dijo al genealogista: «¡Por Alá, oh boca de la verdad!, ¿quieres decirme cómo has podido descubrir que yo era un adulterino de baja calidad?». El genealogista respondió: «¡Oh mi amo! Cuando cada uno de nosotros tres demostró el talento que poseía, quedando tú satisfecho, ordenaste que se nos diera, como recompensa, doble ración de carne y de pan y agua a discreción. Yo juzgué, por la mezquindad de tal recompensa y su naturaleza misma, que tú no podías ser más que el hijo de un cocinero, pues los hijos de los reyes no tienen por costumbre premiar los méritos con distribución de comida ni nada que se le parezca, sino que recompensan con magníficos presentes, ropajes de honor y riquezas incalculables. Así que no me fue difícil adivinar tu baja extracción adulterina después de esta prueba sin réplica. No hay, pues, gran mérito en el descubrimiento». Cuando el genealogista terminó de hablar, el sultán se levantó y dijo: «¡Quítate tus vestidos!». El genealogista obedeció, y el sultán, despojándose de los suyos y de los atributos reales, le revistió con ellos de sus propias manos, le hizo subir al trono, se prosternó ante él y le rindió los homenajes de un vasallo a su soberano. Después mandó entrar al gran visir, a los otros visires y a todos los grandes del reino, e hizo que le reconocieran todos como a su legítimo soberano. El nuevo sultán envió en seguida a buscar a sus amigos, los otros dos genealogistas consumidores de hachís, nombrando guardián de la derecha al uno y de la izquierda al otro. Conservó en sus funciones al antiguo gran visir, por su sentimiento de la justicia, y fue un gran rey. Y esto fue lo que sucedió a los tres genealogistas. En cuanto al antiguo sultán, su historia no ha hecho más que empezar. Hela aquí...

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.

Su hermana, la pequeña Doniazada, que de día en día y de noche en noche se hacía más bonita y desarrollada, más comprensiva, más atenta y más silenciosa, se incorporó en el tapiz donde estaba acurrucada y dijo:

—¡Oh hermana mía, tus palabras son dulces, sabrosas, regocijantes y deleitables!

Y Schehrazada la abrazó, sonriendo, y dijo:

—Sí; pero ¿qué es esto comparado con lo que contaré la próxima noche, si nuestro amo el rey me lo permite?

Y el rey Schahriar dijo:

—¡Oh Schehrazada, no dudes de ello! Mañana podrás continuar esta historia prodigiosa, que no ha hecho sino empezar. Si quieres, y no estás fatigada, puedes seguirla esta misma noche, tanto es el deseo que tengo de saber lo que ocurrió con el antiguo sultán, ese hijo adulterino. ¡Que Alá maldiga a las mujeres execrables! No obstante, debo reconocer que aquí la esposa del sultán, madre del adulterino, fornicó con el cocinero pensando en un buen fin y no por satisfacer solicitudes de su interior. ¡Que Alá derrame su misericordia sobre ella! Pero por lo que toca a la maldita, la desvergonzada, la hija de perro que ha hecho lo que ha hecho con el negro

Masud, ¡esto no era para asegurar el trono a mis descendientes! ¡Que Alá no le conceda jamás su compasión! —y el rey Schahriar, habiéndose expresado así, frunció las cejas y dirigió miradas terribles a todos los lados, añadiendo—: En cuanto a ti, Schehrazada, empiezo a creer que quizá no seas como todas esas desvergonzadas a las que hice cortar la cabeza.

Schehrazada se inclinó ante el rey feroz y dijo:

—¡Que Alá guarde la vida de nuestro amo y a mí me permita vivir hasta mañana para contar lo que pasó con el adulterino simpático!



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS VEINTISIETE

La pequeña Doniazada dijo a Schehrazada:

—¡Por Alá, oh hermana mía!; si no tienes sueño, dinos, por favor, lo que le ocurrió al antiguo sultán, hijo adulterino de cocinero.

Y Schehrazada respondió:

—¡De todo corazón y como debido homenaje a este rey magnánimo, nuestro amo!

Y continuó la historia de esta manera:

—... Una vez que hubo abdicado su trono y poder en favor del tercer genealogista, el antiguo sultán, con hábito de derviche peregrino, sin apenas despedirse, por serle penoso en su nueva situación, y sin llevar nada con él, se puso en camino hacia Egipto, donde pensaba vivir, olvidado y en soledad, meditando sobre su destino. Alá le dispensó su protección, y, después de un viaje lleno de fatigas y peligros, llegó a la espléndida ciudad de El Cairo, inmensa ciudad tan diferente de las de su país, cuya extensión exige tres jornadas y media, por lo menos, para ser recorrida. Vio que, en efecto, era una de las cuatro maravillas del mundo, al lado del puente de Sanja, el faro de Al-Iskandaria y la mezquita de los Omniadas en Damasco. Encontró que estaba muy lejos de haber exagerado las bellezas de esta ciudad y del país el poeta que dijo: «¡Egipto, maravillosa tierra cuyo polvo es de oro, cuyo rio es una bendición y cuyos habitantes son deliciosos! ¡Tú perteneces al victorioso que sabe conquistarte!». Paseando, contemplando y maravillándose sin cesar, el antiguo sultán, bajo sus hábitos de derviche pobre, se sentía muy dichoso por poder admirarlo todo con absoluta comodidad, yendo y viniendo a su antojo, desembarazado de las enojosas obligaciones de la soberanía, y pensaba para sí: «¡Alabado sea Alá, el retribuidor! Él da a los unos el poder, con su pesadumbre y sus cuidados, y a los otros la pobreza, con su despreocupación y ligereza de corazón. ¡Y son estos últimos los más favorecidos! ¡Que él sea bendito!». De esta manera,

sumergido en sus pensamientos, llegó ante el palacio mismo del sultán de El Cairo, que era, a la sazón, Mahmud. Se detuvo bajo las ventanas y, apoyado en su bastón de derviche, reflexionó sobre la vida que llevaría el rey del país en aquella imponente mansión, y sobre el cortejo de preocupaciones, inquietudes y enojosos asuntos de toda índole que de continuo le embargarían, sin contar las responsabilidades ante el altísimo, que ve y juzga las acciones de los reyes; en su fuero interno se regocijaba por su decisión de liberarse, gracias a la revelación de su nacimiento, de una vida tan complicada, cambiándola por una existencia exenta de cuidados y libre como el aire, sin más bienes que su camisa, su vestido de lana y su bastón, sintiendo una gran serenidad que confortaba su espíritu, invitándole a olvidar sus emociones pasadas. Ahora bien, precisamente en aquel momento, el sultán Mahmud, que entraba en su palacio de regreso de la caza, advirtió al derviche apoyado en su bastón, abstraído en sus pensamientos y con la mirada perdida, ausente de todo cuanto le rodeaba. Llamó la atención del sultán el porte noble y las maneras distinguidas del derviche, y se dijo: «¡Por Alá, he aquí un derviche que no tiende la mano al paso de los ricos señores! Sin duda que su historia debe de ser muy singular». Y destacó a uno de los caballeros de su séquito para que invitara a aquel derviche a entrar en el palacio, pues deseaba conocerle. El derviche no tuvo más remedio que obedecer el deseo del sultán, y esto significó el comienzo del segundo cambio en su destino. El sultán Mahmud, después de descansar un poco de las fatigas de la caza, hizo llevar al derviche a su presencia, recibéndole con afabilidad y preguntándole, bondadosamente, por su estado, diciéndole: «¡Seas bien venido, oh venerable derviche de Alá! A juzgar por tu aspecto, debes de ser hijo de nobles árabes del Hedjar o del Yemen». Y el derviche respondió: «¡Solo Alá es noble, oh mi señor! Yo no soy más que un pobre hombre, un mendigo». El sultán Mahmud replicó: «¡No hay inconveniente!, pero ¿cuál es el motivo de tu venida a este país y de tu presencia ante los muros de este palacio, oh derviche? Seguramente que será una interesante historia. ¡Por Alá, oh derviche bendito, cuéntame tu historia sin ocultarme nada de ella!». El derviche, al oír estas palabras del sultán, no pudo evitar que cayera una lágrima de sus ojos, apoderándose de su corazón una emoción profunda, y respondió: «No te ocultaré nada de mi historia, ¡oh mi señor!, aunque ello me traiga recuerdos de amargura y dolor; pero permíteme que no la refiera en público». El sultán Mahmud se levantó de su trono, descendió hasta el derviche y, tomándole de la mano, le condujo a una sala retirada, donde se encerró con él, diciéndole: «Ahora puedes hablar sin temor, ¡oh derviche!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS VEINTIOCHO

Ella dijo:

—Entonces el antiguo sultán, sentado en el tapiz frente a Mahmud, dijo: «¡Alá es el más grande! He aquí mi historia». Y contó todo lo que le había sucedido, desde el principio hasta el final, sin olvidar un solo detalle; cómo había abdicado el trono y cómo se había vestido de derviche para, yendo siempre de camino, tratar de olvidar sus desdichas. Pero no es necesario repetirlo aquí. Cuando el sultán Mahmud acabó de escuchar las aventuras del supuesto derviche se echó en sus brazos, le abrazó con efusión y dijo: «¡Gloria a aquel que rebaja y eleva, que humilla y ensalza, según los decretos de su sabiduría y de su voluntad todopoderosa! En verdad, ¡oh hermano mío!, que tu historia es una gran historia y su lección una gran lección. Te debo, pues, reconocimiento por haber ennoblecido mis oídos y enriquecido mi entendimiento. El dolor, ¡oh hermano mío!, es un fuego que purifica, y con el tiempo cura las cegueras de nacimiento. Ahora que la sabiduría ha elegido tu corazón por su morada y que la virtud de tu humildad ante Alá te ha dado más títulos de nobleza que un milenio de dominación haya podido dar a los hijos de los reyes, ¿me permites expresar un deseo?». El antiguo sultán concedió: «¡Sobre mi cabeza, oh rey magnánimo!». Y Mahmud dijo: «Me gustaría ser tu amigo». Y dicho esto, abrazó al antiguo sultán convertido en derviche, diciendo: «¡Qué vida tan admirable será la nuestra en adelante, oh hermano mío! Juntos saldremos, juntos entraremos; por las noches recorreremos juntos, disfrazados, los distintos barrios de la ciudad, atentos a las enseñanzas que en lo moral podrán darnos estos paseos, y en este palacio todo te pertenecerá por mitad, en completa cordialidad. ¡Por favor, no rehúses mi proposición!». El sultán-derviche aceptó el amistoso ofrecimiento con el corazón emocionado, y Mahmud añadió: «¡Oh hermano mío y amigo!, has de saber, a tu vez, que también en mi vida hay una historia, tan asombrosa, que debiera tatuarse dentro de los ojos de todos para que sirviera de lección saludable y permanente. No quiero retrasar más el referírtela para que, al comienzo mismo de nuestra amistad, sepas lo que soy y lo que he sido». Y el sultán Mahmud, reuniendo recuerdos y concentrando su pensamiento, refirió al sultán-derviche convertido en su amigo lo que sigue:

HISTORIA DEL MONO JOVENCILLO

«Has de saber, ¡oh hermano mío!, que el comienzo de mi vida fue, en todo, semejante al final de tu carrera, pues si tú empezaste por ser primero sultán para luego vestir el hábito de derviche, yo hice justamente lo contrario. Fui primero derviche, y el más pobre entre ellos, para después ser rey y sentarme en el trono del sultanato de Egipto. En efecto, tuve un padre muy pobre que ejercía el oficio de regador en las calles; llevaba todos los días sobre sus espaldas el odre de piel de cabra lleno de agua y, doblándose bajo su peso, regaba la entrada de las tiendas y de las casas por un mísero salario. Yo mismo, cuando estuve en edad de poderlo hacer, le

ayudé en su trabajo, llevando a mi espalda un odre de agua de tamaño proporcionado a mis fuerzas, quizá más pesado de lo que fuera preciso. Cuando mi padre murió, tuve por toda herencia, por toda sucesión, y como único bien, el gran odre de piel de cabra que él había utilizado. Para poder atender a mi subsistencia, me vi obligado a ejercer su mismo oficio, muy estimado por los mercaderes de cuyas tiendas regaba la entrada y por los porteros de los grandes señores. Pero ¡oh hermano mío!, la espalda del hijo no era tan sólida como la del padre, y tan pesado me resultaba el gran odre paterno, que, para no quebrarme los huesos de mi espalda, me vi obligado a abandonar el penoso oficio de regador, por no acabar siendo jorobado. Como no tenía bienes ni acomodo alguno, ni siquiera el olor de semejantes cosas, me hice derviche mendicante, tendiendo la mano a los transeúntes en los lugares públicos y en los patios de las mezquitas. Al llegar la noche, me tendía en el suelo cuan largo era, a la entrada de la mezquita de mi barrio, y me dormía después de comerme la mísera ganancia del día, diciendo, como todos los desdichados de la misma laya: “El día de mañana, si Alá lo quiere, será más próspero que el de hoy. Pero yo no olvidaré nunca que sobre la tierra todo hombre tiene su hora, y que la mía llegará más pronto o más tarde, quiéralo yo o no. Lo importante es no estar descuidado o distraído cuando llegue”. Y como este pensamiento no se apartaba de mí, yo estaba siempre en acecho como el perro cuando ha olfateado la caza. Pero entre tanto yo llevaba la vida del pobre, en la indigencia y en la más absoluta carencia de todo, sin conocer ninguno de los placeres de la existencia. Tan era así, que la primera vez que tuve en mi mano cinco dracmas de plata, inesperada liberalidad de un generoso señor a cuya puerta había ido a mendigar en el día de su boda, viéndome dueño de tal cantidad me prometí hacer una buena comida, pagándome algún placer delicado y estrechando en mi mano los cinco dracmas venturosos, corrí al mercado principal, mirando y olfateándolo todo para elegir bien lo que debía comprar».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS VEINTINUEVE

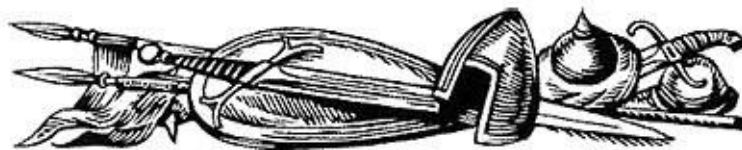
Schehrazada dijo:

—«Y he aquí que al poco tiempo de estar en el mercado llegó hasta mí el alboroto que producía un numeroso grupo de gentes que, regocijadas y boquiabiertas, o estallando en ruidosas carcajadas, rodeaban a un hombre que llevaba un gran mono sujeto al extremo de una cadena y con el culo despellejado. Este mono, siempre marchando de través, hacía los más extraños gestos con ojos, cara y manos a las

gentes que le rodeaban, con el propósito evidente de divertirlos a su costa y hacerse dar pistachos, garbanzos tostados y avellanas. Yo, viendo al mono, me dije: “¡Ah, Mahmud!, ¿quién sabe si tu destino irá atado al cuello de ese mono? Hete aquí ahora en posesión de cinco dracmas de plata, que vas a gastar en contentar tu estómago una vez, dos veces, tres todo lo más. ¿No sería mejor comprarle el mono a su amo con este dinero y, enseñándolo por calles y mercados, ganar tu pan diario en lugar de seguir viviendo de la mendicidad en la puerta de Alá?”. Decidido a poner en práctica mi idea, aproveché un momento en que la multitud dejó un claro ante mí y me acerqué al dueño del mono, diciéndole: “¿Quieres venderme tu mono con su cadena por tres dracmas de plata?”. El hombre respondió: “Me ha costado diez dracmas contantes y sonantes; pero para ti te lo dejo en ocho”. “¡Cuatro!”, dije yo. “¡Siete!”, replicó él. “¡Cuatro y medio!”, ofrecí. “¡Cinco, y es mi última palabra! —contestó él —, ¡y la oración para el profeta!”. Yo respondí: “¡Para él las bendiciones de Alá! Acepto el trato y he aquí los cinco dracmas”; y abriendo los dedos, con los que tenía aprisionados los cinco dracmas en el hueco de la mano, con más seguridad que si estuvieran en una caja de acero, le entregué la suma que constituía todo mi capital, llevándome el grande y joven mono sujeto al extremo de su cadena. Pero entonces reflexioné que no tenía domicilio ni sitio donde albergar al mono, y que no podía ni pensar en que entrara conmigo en el patio de la mezquita donde yo vivía al aire libre, pues el guardián nos echaría de allí después de llenarnos de injurias, y me dirigí a una vieja casa en ruinas, que solo tenía en pie tres paredes, instalándome allí para pasar la noche con mi mono. A poco, el hambre empezó a torturarme cruelmente, y a esto venía a añadirse el deseo, no satisfecho, que me habían provocado las golosinas vistas en el mercado, deseo que ahora me era imposible apaciguar, pues la adquisición del mono me había dejado completamente vacío de dinero. Mi embarazo, ya extremo, se complicaba con la preocupación de mantener al mono, mi futuro medio de ganar el pan. Empezaba ya a lamentar mi compra, cuando advertí que mi mono experimentaba unos sacudimientos extraños, y al momento, sin tiempo para darme cuenta de ello, en lugar del feo animal con el culo pelado, estaba a mi lado un jovencito bello como la luna en su decimocuarto día. Yo no había visto en toda mi vida una criatura que pudiera comparársele en gracias, belleza y elegancia. Estaba en pie, en una actitud encantadora, y se dirigió a mí con una voz dulce como el azúcar, diciendo: “Mahmud, tú acabas de gastar, para comprarme, los cinco dracmas de plata que eran toda tu fortuna, lo único que poseías, y en estos momentos no sabes qué hacer para conseguir algo de comer para ti y para mí”. Y yo respondí: “¡Por Alá, tú dices bien, oh jovencito! Pero ¿qué es esto? ¿Quién eres tú y de dónde vienes? ¿Cómo estás aquí y qué quieres?”. Y él me dijo, sonriendo: “Mahmud, no me hagas preguntas; primero toma este dinar de oro y compra todo lo necesario para regalarnos, y has de saber que, como has pensado, tu destino está, en efecto, atado a mi cuello y que vengo a traerte la buena fortuna y la felicidad. Pero, ante todo, date prisa en ir a comprar algo que comer, pues creo que estamos los dos bastante hambrientos”. Yo ejecuté en

seguida sus órdenes, y no tardamos en hacer juntos una comida excelente, para mí la primera de esta clase desde que vine al mundo. Como la noche estaba ya muy avanzada, nos acostamos, uno al lado del otro, y yo, viendo, desde luego, que él era más delicado, le tapé con mi vieja capa de pelo de camello. Se durmió junto a mí como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida, y yo tuve cuidado de no hacer ningún movimiento, por miedo a despertarle o a que pudiera creer en tales o cuales intenciones por mi parte y volviera entonces a tomar su primera forma de mono grande con el culo despellejado. Y, ¡por mi vida!, que entre el contacto delicioso del cuerpo del jovencito y aquel de los odres de piel de cabra que me habían servido de orejeras desde niño encontré que había gran diferencia. Me dormí, pensando que lo hacía al lado de mi destino, y bendije al donador, que me lo enviaba bajo un aspecto tan bello y seductor. Al día siguiente, el jovencito, levantándose antes que yo, me despertó y dijo: “Mahmud, es el momento, después de pasar esta noche al raso, de que vayas a alquilar por nuestra cuenta el palacio más hermoso que encuentres en la ciudad, y no temas quedarte corto de dinero para comprar, además, muebles, tapices y todo lo que encuentres de lo más caro y precioso en el mercado”. Yo respondí por el oído y la obediencia, y ejecuté sus órdenes sin pérdida de tiempo”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS TREINTA

Dijo Schehrazada:

—«Cuando quedamos instalados en nuestra nueva morada, que era la más espléndida de El Cairo, alquilada a su propietario mediante diez sacos de mil dinares de oro cada uno, el joven me dijo: “Mahmud, ¿cómo es que no sientes vergüenza yendo vestido de jirones y con tu cuerpo sirviendo de refugio a todas las variedades de piojos y pulgas, de acercarte a mi y vivir a mi lado? ¿A qué esperas para ir a los baños y purificarte y mejorar tu aspecto? Por lo tocante al dinero, tienes más de lo que puedan necesitar los sultanes dueños de los imperios, y en cuanto a los vestidos, solo debe preocuparte el embarazo de su elección”. Yo respondí por el oído y la obediencia y me apresuré a ir a tomar un baño tonificante, saliendo del establecimiento de baños ligero, perfumado y embellecido. Cuando el joven me vio de nuevo ante él así transformado y vestido con ropas de las más ricas, me contempló detenidamente y pareció quedar satisfecho de mi presencia; luego dijo: “Mahmud, así es como yo quería que estuvieras; ven ahora a sentarte junto a mí”. Yo así lo hice, pensando en mi fuero interno: “¡Ah, creo que este es el momento!”; y me dispuse a no caer en falta de ninguna manera, cumpliendo como fuere en todo tiempo y lugar.

Ahora bien, al cabo de un momento, el joven puso una mano amistosamente sobre mi espalda y dijo: “Mahmud”. Y yo respondí: “¿Qué, señor?”. Y él continuó: “¿Qué pensarías tú si una adolescente, hija de rey y más bella que la luna en el mes de ramadán, llegara a ser tu esposa?”. “Pensaría, ¡oh mi amo! —dije yo—, que era bien venida”. “En ese caso —añadió él—, ¡levántate, Mahmud, toma este paquete y ve a pedir en matrimonio la hija primogénita del sultán de El Cairo! Está escrito que ese será tu destino; y el padre, viéndote, comprenderá en seguida que eres aquel que debe ser el esposo de su hija. Solo es preciso que no olvides, al entrar, y después de los cumplimientos, ofrecer al sultán este paquete como presente”. Yo respondí: “Escucho y obedezco”. Y sin dudarle un momento, pues tal era mi destino, me hice acompañar de un esclavo para que llevara el paquete durante el trayecto, y fui al palacio del sultán. La guardia del palacio y los eunucos, viéndome vestido con tanta magnificencia, me preguntaron, respetuosamente, qué es lo que deseaba, y cuando dije que quería ver al sultán y entregarle en sus propias manos el paquete que conmigo llevaba, no pusieron ninguna dificultad para pedir audiencia en mi nombre, y en seguida me llevaron a su presencia. Saludé con deferencia, pero sin cortedad, y él me acogió en actitud graciosa y benevolente. Tomé el paquete de manos del esclavo y se lo ofrecí, diciendo: “Dígnate aceptar este modesto presente, ¡oh rey de los tiempos!, bien que no esté a la altura de tus merecimientos, sino a la de mi humilde importancia”. El sultán, después de ordenar a su gran visir que tomara y abriera el paquete, miró su contenido y vio que eran joyas, adornos y cosas de una magnificencia tan increíble, que jamás había visto nada semejante. Maravillado, se recreó en la belleza del presente, diciéndome: “¡Lo acepto!; pero dime lo que desees y qué es lo que puedo darte a cambio, pues los reyes no deben andar remisos en sus larguezas”. Yo, sin esperar más, respondí: “¡Oh rey de los tiempos, mi deseo es emparentar contigo a través de esa perla oculta, esa flor en su cáliz, esa virgen sellada y encerrada en sus velos, que es tu hija primogénita!”. Cuando el sultán oyó mis palabras y comprendió mi petición, me contempló durante una hora y, al fin, dijo: “No hay inconveniente”. Luego se volvió a su gran visir y le dijo: “¿Y tú, qué piensas de la demanda de este eminente señor? Por mi parte la encuentro muy puesta en razón, y reconozco, en ciertos rasgos de su fisonomía, que es el enviado del destino para ser mi yerno”. El visir preguntado respondió: “¡Las palabras del rey sobre mi cabeza! El señor no es indigno de la hija de nuestro amo, ni su parentesco rechazable ¡nada de eso!; pero sí convendría pedirle una prueba, además de este presente, de su poder y capacidad”. “¿Y cómo debo tratar este asunto? —replicó el sultán—, ¡aconséjame tú, oh visir!”. Y este dijo: “Mi opinión, ¡oh rey de los tiempos!, es que se le enseñe el más bello diamante del tesoro, y que no le concedas la princesa, tu hija, en matrimonio, sino bajo condición de que traiga como presente de boda un diamante del mismo valor”. Entonces yo, aunque interiormente muy violento por todo esto, pregunté al sultán: “Si yo te traigo una piedra que sea la hermana de esa y su semejante punto por punto, ¿me darás la princesa?”. “Si realmente me traes una

piedra idéntica a la que ahora verás —repuso él—, mi hija será tu esposa”. Yo examiné bien la piedra, dándole vueltas en todos sentidos y procurando retener todos sus detalles en mi memoria; después se la devolví al sultán y solicité su licencia para retirarme, pidiéndole permiso para volver al día siguiente. Cuando llegué a nuestro palacio, el joven me preguntó: “¿Cómo ha ido el asunto?”. Yo le puse al corriente de lo sucedido, describiéndole la piedra como si la tuviera entre mis dedos. “La cosa es fácil —dijo él—; hoy ya es tarde, pero mañana, yo te daré diez diamantes exactamente iguales a ese”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS TREINTA Y UNA

Ella dijo:

—«Y, efectivamente, al día siguiente por la mañana, el jovencito salió al jardín del palacio y, al cabo de una hora, me trajo los diez diamantes, todos iguales en belleza al del sultán, tallados en forma de huevo de paloma y puros como la luz del sol. Fui a presentárselos al sultán, diciéndole: “¡Oh mi amo!, excúsame por no traerte el diamante único que tú deseabas, pero vengo con un lote de diez para que puedas elegir los que te gusten y rechazar los que no te agraden”. El sultán ordenó a su gran visir que abriera el pequeño cofre de esmalte que los contenía, quedando maravillado de su brillo y belleza, sorprendiéndose mucho al comprobar que los diez diamantes eran exactamente iguales al que él poseía. Cuando volvió de su asombro miró al gran visir y, sin pronunciar ni una sola palabra, hizo un ademán con la mano, que quería significar: “¿Qué he de hacer?”; y el visir respondió de la misma manera con otro ademán, que quería decir: “Es preciso concederle tu hija”. Y en seguida se dieron las órdenes para que se hicieran los preparativos de nuestra boda, requiriendo al cadí y a los testigos para que suscribieran el contrato matrimonial en sesión pública, remitiéndome el acta legal, según el ceremonial en uso, cuando todo estuvo concluido. Como el joven, que presenté al sultán como mi pariente próximo, asistió a la ceremonia, me apresuré a entregarle el contrato para que lo examinara en mi lugar, pues yo no sabía leer ni escribir, y, después de leerlo de arriba abajo en voz alta, me lo devolvió diciendo: “Está hecho conforme a las reglas y según la costumbre, y hete aquí casado lícitamente con la hija del sultán”. Luego me llevó aparte y me dijo: “Todo está bien, Mahmud, pero ahora te exijo una promesa”. “¡Por Alá! —respondí yo—; ¿qué promesa puedes pedirme que vaya más allá de ofrecerte mi vida que ya te pertenece?”. “Mahmud —añadió él sonriendo—, yo quiero que no consumes este matrimonio hasta que yo te diga que puedes ya penetrar a tu esposa, pues hay una

cosa que debo hacer antes”. Y yo respondí: “¡Oír es obedecer!”. Así, cuando llegó la noche de la penetración, entré en la habitación con la hija del sultán, y en lugar de lo que suelen hacer los esposos en tales casos, yo me senté en un rincón lejos de ella, a pesar de mis deseos, contentándome únicamente con mirarla y admirar sus perfecciones. Lo mismo hice la segunda noche y la tercera, y cada mañana, según es costumbre, la madre de mi esposa vino a preguntarle sobre los acontecimientos de la noche, diciendo: “Espero en Alá que no haya habido inconvenientes y que la prueba de tu virginidad habrá quedado hecha satisfactoriamente”. Pero mi esposa respondió las tres veces: “Todavía no me ha hecho nada”. Hasta que en la mañana del tercer día, la madre de mi esposa, profundamente afligida, exclamó: “¡Oh, qué calamidad! ¿Por qué nos trata tu esposo de esta manera tan humillante, persistiendo en abstenerse de perforarte? ¿Qué pensarán de esta conducta injuriosa nuestros parientes y nuestros esclavos? ¿Y no están en su derecho si llegan a creer que esta abstinencia se debe a algún motivo inconfesable o a alguna razón tortuosa?”. Y, llena de inquietud, fue en la mañana de este tercer día cuando contó al sultán lo que ocurría; este, al saberlo, dijo: “¡Si esta noche él no vulnera su doncellez, lo ahorcaré!”. Esto llegó a oídos de mi esposa, que se apresuró a referírmelo. Entonces no dudé en poner al joven al corriente de la situación, y él me dijo: “Mahmud, ha llegado el momento; pero antes de quitarle su doncellez es preciso poner una condición. Esta noche, cuando te quedes solo con ella, le pides un brazalete que lleva en el brazo derecho, lo coges, y, sobre la marcha, me lo traes; después de lo cual, podrás realizar la penetración y satisfacer a sus padres”. Yo respondí: “Escucho y obedezco”. Cuando a primera hora de la noche quedé a solas con mi esposa, le dije: “¡Por Alá!; ¿tienes realmente deseo de que esta noche te dé placer y alegría?”. Y ella contestó: “En verdad, que tengo ese deseo”. “Dame entonces el brazalete que llevas en tu brazo derecho”, repliqué yo, y ella dijo: “Te lo daré, pero no sé lo que pueda resultar de entregarte este brazalete-amuleto que me dio mi nodriza siendo yo muy pequeña”. Y, diciendo esto, lo sacó de su brazo y me lo entregó. Cuando lo tuve en mi poder, fui en el acto a dárselo a mi amigo, quien dijo: “Está bien; esto es lo que yo necesitaba. Ahora puedes ir junto a tu esposa y realizar la perforación”. Yo me apresuré a volver a la cámara nupcial para cumplir mi promesa y realizar, por fin, la toma de posesión, contentando así a todo el mundo. Ahora bien; a partir del momento en que llegué junto a mi esposa, que me esperaba toda dispuesta en su lecho, ignoro, ¡oh hermano mío!, lo que sucedió. Todo lo que recuerdo es que súbitamente vi desaparecer mi habitación y todo el palacio, fundiéndose como en los sueños, y me hallé acostado en la casa en ruinas, donde había ido con el mono después de su adquisición. Estaba despojado de mis ricos vestidos y medio desnudo bajo los andrajos de mi anterior miseria. Reconocí mi vieja túnica remendada con trozos de tela de todos los colores, mi bastón de derviche mendicante y mi turbante lleno de agujeros como criba de granero. De momento, ¡oh hermano mío!, no supe explicarme lo que todo esto significaba y me pregunté a mí mismo: “¡Vamos, Mahmud!, ¿estás despierto o dormido? ¿Sueñas, o eres realmente

Mahmud, el derviche mendigo?”. Y acabando de recobrar mis sentidos, me levanté y empecé a sacudirme, como antes había visto hacer al mono, pero quedé tal como estaba, pobre, hijo de pobre, y nada más».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS TREINTA Y DOS

Schehrazada dijo:

—«Entonces, con el ánimo caído y el espíritu destrozado, erré sin rumbo fijo, pensando en la inconcebible fatalidad que me había traído a tal situación. Yendo de esta manera, llegué a una calle poco frecuentada, y allí, sentado en el suelo sobre un pequeño tapiz, vi a un mogrebino de Berbería que tenía ante sí una pequeña estera cubierta de papeles escritos y de diversos objetos de los utilizados para la adivinación. Complacido por este encuentro, me acerqué al mogrebino con ánimo de que me dijera mi suerte y sacara mi horóscopo; le hice mi saludo, que él me devolvió, y me senté en el suelo sobre mis piernas recogidas, y así, en cuclillas frente a él, le rogué que consultara al invisible respecto de mí. Entonces el mogrebino, después de examinarme detenidamente con ojos penetrantes como hojas de cuchillo, exclamó: “¡Oh derviche!; ¿eres aquel a quien una execrable fatalidad ha separado de su esposa?”. Y yo dije: “¡Cierto, cierto, ese soy yo!”. Y él continuó: “¡Ah desgraciado!, el mono que compraste por cinco dracmas de plata y que se transformó súbitamente en un jovencito lleno de gracia y belleza, no es un ser humano como los demás hijos de Adán, sino un genio de mala calidad que se ha servido de ti para conseguir sus fines. Has de saber que él está, desde hace mucho tiempo, prendado apasionadamente de la hija del sultán, la misma que te ha hecho desposar, pero como a pesar de todo su poder no le era posible acercarse a ella, por virtud del brazalete-talismán del que la princesa jamás se despojaba, te ha utilizado para obtener ese brazalete y hacerse así, impunemente, dueño de ella. Pero yo espero que dentro de poco podré destruir el peligroso poder de este mal sujeto, que es uno de los genios adulterinos rebelados contra la ley de nuestro señor Soleimán, ¡para él la oración y la paz!”. Después de hablar así, el mogrebino tomó una hoja de papel trazó en ella unos caracteres complicados y me la entregó, diciendo: “¡Oh derviche; no dudes de la grandeza de tu destino!; recupera ánimos y ve al lugar que voy a indicarte. Cuando llegues a él esperarás el paso de una procesión de personajes que has de observar con atención; entre ellos advertirás a uno que parecerá ser su jefe; le entregas este billete y él satisfará tus deseos”. Luego me dio las instrucciones necesarias para llegar al sitio de

que se trataba, y añadió: “En cuanto a la remuneración que me debes, me la darás cuando tu destino se haya cumplido”. Entonces, yo, después de expresar mi agradecimiento al mogrebino, tomé el billete y me puse en camino hacia el lugar que él me indicó. Anduve durante toda la noche, todo el día siguiente y una parte de la segunda noche, hasta llegar a un páramo desierto donde solo había, por toda presencia, el ojo invisible de Alá y la hierba salvaje, y allí me senté, esperando con impaciencia lo que pudiera ocurrirme. A poco oí alrededor de mí algo como vuelo de murciélagos que no podía ver, y el miedo de la soledad comenzó a turbar mi corazón, llenando mi alma del espanto de la noche. Y he aquí que, de pronto, advertí a cierta distancia un gran número de antorchas que parecían marchar por sí mismas en dirección hacia donde yo me hallaba. Pronto pude distinguir las manos que las llevaban, pero las personas a quienes debían pertenecer tales manos quedaban en el fondo de la noche y yo no las veía. Infinito número de antorchas llevadas así por manos sin propietarios, pasaron ante mí de dos en dos, y, por fin, rodeado de luminarias, llegó un rey sobre su trono, revestido de gran esplendor. Este rey me examinó, mientras mis rodillas entrechocaban de terror, y me dijo: “¿Dónde está el billete de mi amigo el mogrebino berberisco?”. Entonces yo, esforzándome por recuperar la serenidad, fui hacia él y le entregué el billete, que desdobló y leyó mientras se detenía la procesión. Cuando acabó la lectura gritó a alguien que yo no veía: “¡Eh, Atrasch, ven aquí!”. Y en seguida, saliendo de la sombra, avanzó un mensajero muy bien equipado, que se prosternó ante el rey, quien le dijo: “¡Vete en seguida a El Cairo, encadena a ese tal genio y tráelo aquí inmediatamente!”. Y el mensajero obedeció, desapareciendo al instante. Al cabo de una hora volvió con el joven encadenado, quien ofrecía ahora un aspecto horroroso, y el rey gritó: “¿Por qué, ¡oh maldito!, has quitado a este adamita su bocado, y por qué te has tragado tú ese bocado?”. El interpelado respondió: “El bocado está todavía intacto y he sido yo quien lo ha preparado”. El rey replicó: “¡Es preciso que devuelvas ahora mismo el brazalete a este hijo de Adán o, de lo contrario, tendrás cuestión conmigo!”. Pero el genio, que era un cochino obstinado, respondió con altanería: “¡El brazalete lo tengo yo, y nadie más que yo lo tendrá!”, y, diciendo esto, abrió una boca como la de un horno, y en ella arrojó el brazalete, que desapareció en su interior. Visto esto, el rey de la noche alargó el brazo, asió al genio por la nuca y, dándole vueltas como si fuera una honda, lo estrelló contra el suelo, exclamando: “¡Esto te enseñará!”. De resultas del golpe, el genio quedó aplastado, y el rey ordenó a una de las manos porta antorchas que extrajera el brazalete alojado en el interior de aquel cuerpo sin vida y me lo devolviera, lo que fue ejecutado en el acto».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS TREINTA Y TRES

Dijo Schehrazada:

—«Y tan pronto como el brazalete estuvo en mi poder, ¡oh hermano mío!, el rey nocturno y todo su séquito de manos flotantes desaparecieron, y, vestido con mis ricos ropajes, volví a hallarme en el palacio y en la habitación misma de mi esposa. La encontré sumida en profundo sueño, pero cuando restituí el brazalete a su brazo, se despertó, y, al verme, dio un grito de alegría. Yo, como si nada hubiera ocurrido anteriormente, me tendí junto a ella, y el resto es el misterio de la fe musulmana, ¡oh hermano mío! Al día siguiente, sus padres no cabían en sí de alegría al saber mi regreso, y tanta fue su satisfacción al enterarse de la desaparición de la virginidad de su hija, que olvidaron interrogarme sobre los motivos de mi ausencia. Desde entonces vivimos todos en paz, concordia y armonía. Algún tiempo después de mi matrimonio, el sultán mi tío, padre de mi esposa, murió sin dejar descendencia masculina, y, como yo estaba casado con su hija primogénita, me legó el trono, convirtiéndome en lo que soy, ¡oh hermano mío! ¡Pero Alá es más grande, y de él venimos y a él volveremos!». Y el sultán Mahmud, después de referir así esta historia a su reciente amigo el sultán-derviche, viéndole profundamente asombrado por tan singular aventura, le dijo: «¡No te asombres, oh hermano mío, pues todo lo que está escrito debe ocurrir, y nada hay imposible para la voluntad de aquel que todo lo creó! Y ahora que me he presentado ante ti tal como verdaderamente soy, sin temor de rebajarme a tus ojos por revelarte mi humilde origen, y precisamente para que mi ejemplo te sirva de consuelo, sin que te creas inferior a mí en rango y valor individual, podrás ser mi amigo con toda tranquilidad, ya que, después de lo que te he contado, jamás me creeré con derecho a enorgullecerme de mi situación frente a ti, ¡oh mi hermano! Y para que tu situación sea más regular, ¡oh mi hermano de origen y de rango!, te nombro mi gran visir. ¡Tú serás mi brazo derecho y el consejero de mis actos; nada se hará en el reino sin tu intervención y sin que tu experiencia lo haya aprobado de antemano!». Y, sin más dilación, el sultán Mahmud convocó a los emires y a los grandes de su reino y les hizo reconocer como gran visir al sultán-derviche; le revistió de su propia mano con un magnífico manto de honor y le confió el sello del reino. El nuevo gran visir convocó *diván* el mismo día y continuó haciéndolo en los siguientes, imponiéndose en los deberes de su cargo con tal espíritu de justicia e imparcialidad, que las gentes, advertidas del nuevo estado de cosas, acudían desde los más apartados rincones del país para reclamar sus sentencias y someterse a sus decisiones, aceptándole como juez supremo en sus diferencias. Y puso tanta sabiduría y moderación en sus juicios, que lograba la gratitud y la aprobación, incluso de aquellos contra quienes pronunciaba sus sentencias. En cuanto a sus horas de ocio, las pasaba en la intimidad del sultán, del que siguió siendo compañero inseparable y amigo de toda prueba. Ahora bien, un día, el sultán Mahmud, sintiéndose deprimido, se apresuró a ir en busca de su amigo y le dijo: «¡Oh hermano mío y visir, mi corazón se encuentra hoy

angustiado y mi espíritu deprimido!». Y el visir, que era el antiguo sultán de Arabia, respondió: «¡Oh rey de los tiempos! Las alegrías y las tristezas están en nosotros y es nuestro propio corazón quien las produce, pero a veces las cosas exteriores pueden influir en nuestro humor. ¿Has probado hoy a distraerte con la contemplación de esas cosas exteriores?». El sultán respondió: «¡Oh mi visir!, ya he intentado hoy alegrar mis ojos con la contemplación de las pedrerías de mi tesoro; he tomado entre mis dedos, una tras otra, las esmeraldas, los rubíes, los zafiros y las gemas de toda la serie de colores, pero su vista no me ha incitado al placer, mi alma ha continuado melancólica y mi corazón angustiado. Luego he entrado en mi harén, pasando revista a toda la colección de mujeres blancas, morenas, rubias, cobrizas, negras, gruesas, delgadas, sin que ninguna de ellas haya conseguido disipar mi tristeza. He visitado después mis cuadras, donde he contemplado mis caballos, mis jumentos y mis potros, pero todo ha sido en vano, nada ha podido levantar el velo que oscurece el mundo ante mi vista. Vengo, pues, a tu encuentro, ¡oh mi visir lleno de sabiduría!, para que procures un remedio a mi estado o me digas palabras que curen». El visir respondió: «¡Oh mi señor!, ¿qué te parece una visita al asilo de los locos, el manicomio, al que tantas veces hemos pensado ir juntos, sin haberlo hecho hasta ahora? Creo que los locos son gentes dotadas de un entendimiento diferente del nuestro, viendo entre las cosas relaciones que los no locos jamás pueden ver; quizá esta visita disipe la tristeza que pesa sobre tu espíritu, y levante tu ánimo». Y el sultán respondió: «¡Por Alá, oh mi visir, vayamos a visitar a los locos del manicomio!». Y en seguida, el sultán y su visir, el antiguo sultán-derviche, salieron del palacio sin llevar con ellos escolta ninguna y fueron, sin detenerse, hasta el manicomio o casa de los locos. Entraron y la visitaron toda, pero cuál no sería su asombro al no encontrar allí apenas otros habitantes que el jefe de las llaves y los guardianes; en cuanto a locos, allí no había ni rastro de ellos. Y el sultán preguntó al jefe de las llaves: «¿Dónde están los locos?»; a lo que respondió el interpelado: «¡Por Alá, oh mi señor!; no los hay desde hace ya mucho tiempo, y el motivo de esta penuria reside, sin duda, en el debilitamiento de la inteligencia entre las criaturas de Alá. Por lo mismo, ¡oh rey del tiempo!, solo podemos enseñarte tres locos que están aquí desde hace algún tiempo, y que han sido traídos, uno tras otro, por personas de alto rango, con prohibición de mostrarlos a no importa quién, grande o pequeño; ¡pero nada puede ocultarse a nuestro amo el sultán!», y añadió: «Son, sin ninguna duda, grandes sabios, pues pasan el tiempo leyendo libros». En seguida condujo al sultán y su visir a un pabellón apartado, donde los hizo entrar, alejándose luego respetuosamente.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS TREINTA Y CUATRO

Dijo Schehrazada:

—Y el sultán Mahmud y su visir vieron a tres hombres jóvenes encadenados al muro; uno de ellos leía mientras los otros dos escuchaban con atención, y los tres eran hermosos, bien hechos, y sin presentar aspecto alguno de demencia. El sultán se volvió a su compañero y le dijo: «¡Por Alá, oh mi visir!, el caso de estos tres hombres debe ser asombroso, y su historia una sorprendente historia»; y, dirigiéndose a ellos, les dijo: «¿Es realmente la locura la causa por la que estáis encerrados en este manicomio?». Y ellos respondieron: «¡No, por Alá! No somos locos ni nada que se le parezca, ¡oh rey de los tiempos!, ni muchos menos, idiotas o estúpidos; pero son tan singulares nuestras historias y nuestras aventuras tan extraordinarias, que si se grabaran con agujas de tatuar en los ojos de las gentes, serían una lección saludable para quienes fueran capaces de descifrarlas». Al oír esto, el sultán y su visir se sentaron en el suelo frente a los tres encadenados, diciendo: «Nuestros oídos están todos abiertos y nuestro entendimiento está ya dispuesto». Entonces el primero de ellos, aquel que leía el libro, dijo:

HISTORIA DEL PRIMER LOCO

«Respecto de mi oficio, ¡oh mis señores!, yo era mercader en el zoco de sedas, como lo habían sido antes que yo mi padre y mi abuelo. Como mercader, yo no tenía más que artículos indios de todas las clases y colores, siempre a precios muy altos, vendiendo y comprando con elevadas ganancias, según la costumbre de los grandes mercaderes. Ahora bien, un día, estaba yo, según mi costumbre, sentado en mi tienda, cuando llegó una vieja dama que, saludándome, me deseó los buenos días; yo le devolví los saludos y cumplimientos, y ella, sentándose en el reborde de la entrada, me interrogó, diciendo: “¡Oh mi amo!, ¿tienes, para elegir, telas originarias de la India?”. Yo respondí: “¡Oh mi dueña!, tengo en mi tienda con qué satisfacerte”. “¡Sácame una de esas telas para que yo la vea!”, dijo ella. Y yo me levanté y saqué del armario de reserva una pieza de tela india del más alto precio, y la puse en sus manos. Ella la tomó, y, después de examinarla, quedó satisfecha de su belleza y me dijo: “¡Oh mi amo!, ¿por cuánto esta tela?”. “Quinientos dinares”, dije yo, y ella sacó su bolsa al instante y me contó los quinientos dinares de oro; luego tomó la pieza de tela y se fue por su camino. Y yo, ¡oh nuestro amo el sultán!, de esta manera, le vendí por quinientos dinares una mercancía que no me había costado más que ciento cincuenta. ¡Di gracias al retribuidor por sus beneficios! Al día siguiente, la vieja dama volvió a buscarme y me pidió otra pieza, por la que pagó igualmente quinientos dinares, y se fue con la mercancía; y volvió de nuevo al otro día a comprarme una pieza más, que pagó también al contado, y, ¡oh mi señor!, así continuó durante quince días sucesivos, comprando y pagando con la misma regularidad. El día decimosexto, llegó como de ordinario y escogió una nueva pieza, y se disponía a pagármela,

cuando advirtió que había olvidado su bolsa, y me dijo: “Ah Khawaga, he debido dejarme la bolsa en mi casa”. Yo respondí: “No hay prisa; ¡si quieres traerme el dinero mañana, bien venida seas, si no, serás lo mismo bien venida!”. Pero ella replicó que nunca consentiría en llevarse una mercancía que no había pagado, y yo, por mi parte, le repetí varias veces: “¡Puedes llevártela, por nuestra amistad y mi simpatía hacia ti!”; entablándose entre los dos una pugna de mutua generosidad, ella rehusando y yo queriendo dar, pues, ¡oh mi señor!, era muy natural que habiendo obtenido tantos beneficios a costa de ella, la tratara con tanta finura, e incluso estaba dispuesto, si el caso se presentaba, a darle gratis una o dos piezas de tela. Al fin ella dijo: “Ya veo, Khawaga, que nunca llegaremos a entendernos si continuamos de esta manera, así que lo más sencillo será que hagas el favor de acompañarme a mi casa para allí pagarte el precio de tu mercancía”. Entonces yo, no queriendo contrariarla, me levanté, cerré mi tienda, y la seguí. Fuimos, ella delante y yo diez pasos detrás, hasta la entrada de la calle donde se encontraba su casa, y allí, sacando de su seno un pañuelo, me dijo: “Es preciso que me dejes vendar tus ojos con este pañuelo”. Sorprendido por esta singularidad, le repliqué cortésmente que me explicara el motivo de ello, y entonces me dijo: “Es porque hay en esta calle que vamos a atravesar casas cuyas puertas están abiertas, y las mujeres suelen sentarse, con la cara descubierta, en los vestíbulos; de esta suerte, pudiera ser que tu mirada se posara en alguna de ellas, casada o virgen, y tu corazón se comprometiera en un asunto de amor, atormentando tu vida, pues en este barrio de la ciudad hay más de una cara de mujer, casada o sin casar, tan hermosa, que seduciría al asceta más religioso, y yo temo mucho por la paz de tu corazón”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS TREINTA Y CINCO

Ella dijo:

—«Yo, en el momento, pensé: “¡Por Alá, esta mujer tiene buen sentido!”, y consentí en lo que me pedía. Entonces me vendó los ojos con el pañuelo, consiguiendo así que no viera nada, y, cogiéndome de una mano, anduvimos hasta llegar ante una casa cuya puerta golpeó con el llamador de hierro, y que al instante nos abrieron desde el interior. Ya dentro, mi conductora me quitó la venda, y vi, con sorpresa, que estábamos en una mansión decorada y amueblada con el mismo lujo que los palacios de los reyes, y, ¡por Alá, oh nuestro amo el sultán!, en mi vida había visto nada parecido, ni soñado cosa tan maravillosa. En cuanto a la vieja, me rogó que esperara en la estancia donde estábamos, que daba a una hermosa sala-galería, y,

dejándome solo en esta pieza, desde la que podía verse lo que pasaba en la inmediata, fue hacia el interior de la casa. Y, he aquí que a la entrada de esta segunda estancia, arrojadas al descuido y amontonadas en un rincón, estaban todas las piezas de telas preciosas que yo había vendido a la vieja. De allí a poco, entraron dos adolescentes, bellas como dos lunas, llevando cada una un cubo lleno de agua de rosas; los dejaron sobre las losas de mármol blanco del pavimento, y se acercaron al montón de las preciosas telas, tomaron una pieza al azar, y, cortándola en dos trozos como si se tratara de un paño de cocina, volvieron a sus cubos y empaparon los trozos de tela en el agua de rosas, fregando con ellos las losas del pavimento que después secaron con otros trozos de mis preciosas telas. Finalmente frotaron todo el suelo, sacándole brillo, con lo que quedaba de aquellas piezas que habían costado quinientos dinares de oro cada una. Cuando las jovencitas terminaron su trabajo, dejando el pavimento como si fuera de plata, cubrieron todo el suelo con alfombras de tisú, tan bellas, que vendiendo mi tienda toda entera, no se hubiera podido reunir la suma necesaria para adquirir la menos rica de ellas. Sobre estas alfombras extendieron un tapiz de lana de cabrito almizclado y unos cojines rellenos de plumas de avestruz, luego trajeron cincuenta cuadrantes de brocado de oro que colocaron en perfecto orden alrededor del tapiz central, y se retiraron. Y he aquí que, luego, de dos en dos, entraron, cogidas de la mano, unas adolescentes que se situaron ante los cuadrantes de brocado; y, como ellas eran también cincuenta, quedaron colocadas en buen orden, cada una delante de su respectivo cuadrante. En seguida, bajo una especie de dosel o palio, llevado por otras diez adolescentes, bellas como lunas, apareció en la entrada de la sala una joven, tan deslumbrante en su blancura y en el brillo de sus negros ojos, que los míos se cerraron cegados. Cuando los abrí estaba a mi lado la vieja dama, mi conductora, que me invitó a ser presentado a la joven, indolentemente acostada ya sobre el tapiz central, en medio de las cincuenta adolescentes que seguían en pie ante los cuadrantes de brocado. No sin una gran aprensión, fui hacia la maravillosa joven del centro, expuesto a las miradas de cincuenta y un pares de ojos negros, y me dije: “¡No hay recursos y poder más que en Alá, el glorioso, el altísimo! ¡Es evidente que todas estas están deseando mi muerte!”. Ahora bien, cuando estuve junto a la real hembra, me sonrió, me dio la bienvenida, y me invitó a sentarme a su lado sobre el tapiz. Muy confuso y cohibido, lo hice, y ella me dijo: “¡Oh hombre!, ¿qué opinas de mí y de mi belleza? ¿Has pensado en que yo podría ser tu esposa?”. Yo, al oír estas palabras, ya en el colmo del asombro, respondí: “¡Oh mi dueña!, ¿cómo habría yo de atreverme a considerarme digno de tal favor? ¡En verdad que no me precio lo suficiente para ser un esclavo, o menos todavía, junto a ti!”. “¡No, por Alá, oh hombre —replicó ella—, mis palabras no contienen ningún engaño ni hay nada que no sea sincero en mi lenguaje! ¡Respóndeme, pues, con la misma sinceridad y aleja todo temor de tu espíritu, puesto que mi corazón está lleno hasta rebosar de tu amor!”. Al oír esto, ¡oh nuestro amo el sultán!, comprendí, sin que pudiera dudarlo, que la adolescente tenía realmente la intención de desposarme, pero no me era

posible adivinar por qué razón me había escogido a mí entre millares de hombres jóvenes, ni cómo era posible que me conociera; y acabé por decirme: “¡Qué caramba!, lo absolutamente inconcebible tiene la ventaja de no costarnos pensamientos torturantes. ¡No trates, pues, de comprender, y deja que las cosas sigan su curso!”. Y respondí: “¡Oh mi ama; si es que realmente no hablas así para que se rían a mi costa estas honorables jovencitas, acuérdate del proverbio que dice: ‘Cuando el hierro se pone al rojo, ya está maduro para el martillo’. Y ahora, como mi corazón no podría estar más inflamado de deseo, creo que es ya tiempo de realizar nuestra unión! ¡Dime, pues, por tu vida, lo que debo aportar para tu dote!”. “La dote está ya pagada y las capitulaciones hechas —repuso, sonriendo—, y no debes preocuparte más de ello —añadió—: Voy ahora mismo, puesto que este es también tu deseo, a enviar a buscar al cadí y los testigos, para que podamos quedar unidos sin demora”. No se hicieron esperar el cadí y los testigos, y pronto estuvimos unidos lícitamente. Ya casados, todos salieron, terminada la ceremonia, dejándonos solos, y yo me pregunté: “¿Sueñas, o estás despierto?”. Y aún fue mejor cuando mi esposa ordenó a sus bellas criadas que prepararan el baño para mí y me condujeran a él. Las adolescentes me llevaron a una sala de baños perfumada con aloe de Camorin, confiándome a las bañadoras, quienes me desnudaron, me friccionaron y me hicieron tomar un baño que me dejó más ligero que los pájaros. Luego derramaron sobre mí los perfumes más exquisitos, me cubrieron con una rica salida de baño, y me ofrecieron sorbetes y refrescos de todas clases, después de lo cual, salí de la sala y fui conducido a la habitación íntima de mi nueva esposa, que ya me esperaba con su sola belleza por todo adorno. En seguida cayó sobre mí, estrechándome con pasión, y yo, ¡oh mi señor!, sentí que toda mi alma se alojaba allí donde tú sabes, y llevé a cabo la obra para la que era requerido, y realicé la tarea que se me encomendó; reduciendo lo que hasta entonces había permanecido irreducible, abatiendo lo que era preciso abatir y procurando el deleite que debía procurar. Tomé lo que pude y di lo que fue menester, me incorporé y me tendí, metí y saqué, volví a meter y a sacar, rellené, incité, retrocedí, avancé, caí, recomencé, y de tal manera, ¡oh mi señor!, que aquella noche, lo que tú sabes, fue realmente el gallardo, el ariete, el herrero, el acogotador, el tundidor, el hierro, el abridor, el frotador, el irresistible, el bastón del derviche, el útil prodigioso, la espada del guerrero, el infatigable buceador, el padre con turbante, el padre de la cabeza calva, el padre de las sacudidas, de las delicias, de los terrores, el gallo sin cresta ni voz, el hijo de su padre, la herencia del pobre, el músculo caprichoso y el nervio dulce. Bien creo, ¡oh mi amo!, que en aquella noche, cada uno de todos estos sobrenombres encontró su explicación, cada virtud su prueba, y cada atributo su demostración. Solo interrumpimos nuestro trabajo cuando la noche había ya pasado y era preciso levantarse para la oración de la mañana. De esta manera, ¡oh rey de los tiempos!, continuamos, durante veinte noches consecutivas, en el colmo de la embriaguez y de la felicidad y, al cabo de este tiempo, el recuerdo de mi madre se hizo presente en mi ánimo y dije a mi esposa: “Hace ya demasiado tiempo que faltó

de mi casa, y mi madre, que carece en absoluto de noticias mías, debe sufrir una gran inquietud por ello. Además, los asuntos de mi negocio han debido resentirse por el cierre de mi tienda durante todos estos días”. Y ella me respondió: “Por mí que no quede. Yo no me opongo a que vayas a ver a tu madre y la tranquilices; puedes, incluso, hacerlo todos los días desde hoy, y, si ese es tu gusto, atender también a tus negocios; pero exijo que la vieja dama te lleve y te traiga cada vez que lo hagas”. Yo me apresuré a ir a mi casa, encontrando a mi madre desolada y deshecha en lágrimas de desesperación, en trance ya de preparar los vestidos de luto. En el momento en que me vio se echó en mis brazos llorando de alegría, y yo le dije: “¡No llores más, oh madre mía, y despeja tu mirada, pues esta ausencia mía me ha proporcionado una dicha a la que jamás me hubiera atrevido a aspirar!”. Le referí mi feliz aventura y ella, en un transporte, exclamó: “¡Quiera Alá protegerte y guardarte, oh hijo mío!; pero prométeme que vendrás a verme todos los días, pues mi ternura necesita ser pagada con tu cariño”. Yo no encontré dificultad en hacerle esta promesa, en vista de que mi esposa me había ya dado libertad para salir. Después de esto empleé el resto del día en mis negocios de compraventa, abriendo mi tienda del zoco, y, cuando llegó la hora, volví al sitio indicado y encontré a la vieja, que, como las veces anteriores, me vendó los ojos y me condujo al palacio de mi esposa, diciéndome: “Es mejor para ti que vayamos así, ¡oh hijo mío!, pues, como te he dicho, hay en esta calle un buen número de mujeres, casadas y por casar, sentadas en los vestíbulos de sus casas y todas con el mismo deseo: gustar el amor de paso como quien aspira el aire o como se sorbe el agua corriente. ¿Qué sería de tu corazón aprisionado en sus redes?”. Ahora bien; al llegar al palacio, mi nueva morada, mi esposa me recibió con transportes de indescriptible alegría, y yo respondí como el yunque responde al martillo, y mi “gallo sin cresta ni voz” no anduvo remiso en contentar a un ave tan atrayente, sin desmerecer en su reputación de valiente y acometedor, pues, ¡por Alá, oh mi amo!, aquella noche el morueco no dio menos de treinta arremetidas a la batalladora oveja, y no cesó la lucha hasta que la otra parte pidió gracia, solicitando cuartel. Durante tres meses continué llevando esta activa vida de combates nocturnos, batallas matinales y asaltos diurnos. Yo mismo me maravillaba todos los días de mi buena fortuna, diciéndome: “¡Qué suerte ha sido la mía al encontrar a esta ardiente jovencita y poder hacerla mi esposa! ¡Y qué asombroso destino el que me ha otorgado, al mismo tiempo que esta porción de manteca fresca, un palacio y riquezas como no las poseen ni los reyes!”. Y no se pasaba un solo día sin que intentara informarme, por los esclavos, del nombre y circunstancias de aquella que yo había desposado sin conocerla y sin saber de quién era hija y quiénes eran sus parientes. Pero, uno de tantos días, encontrándome a solas con una de las jóvenes esclavas negras de mi esposa, le pregunté sobre estas cosas, diciéndole: “¡Por Alá, oh niña de bendición, interiormente blanca, dime todo lo que sepas de tu ama y tus palabras quedarán en el más oscuro rincón de mi memoria!”. Y la joven negra, temblando de espanto, me respondió: “¡Oh mi amo, la historia de mi ama es de todo punto extraordinaria, pero

si te la revelara temo que sería yo muerta sin recurso ni dilación! Todo lo que puedo decirte es que un día en el mercado se fijó en ti y que te ha elegido solo guiada por puro amor”. No pude obtener más información que estas pocas palabras, y, como yo insistiera, me amenazó con ir a dar cuenta a su ama de mi intento de provocarla a que dijera palabras indiscretas. En vista de su actitud, la dejé marchar y volví junto a mi esposa. Mi vida se deslizaba de esta manera entre los placeres violentos de los torneos del amor, cuando un día, a primera hora de la tarde, estando en mi tienda con conocimiento de mi esposa, y mientras contemplaba la calle...».

En este momento de su narración; Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS TREINTA Y SEIS

Schehrazada dijo:

—«Advertí que una adolescente velada venía sin duda hacia mí, y, cuando estuvo ante mi tienda, me hizo un gracioso saludo, diciéndome: “¡Oh mi amo!, he aquí este gallo de oro incrustado de diamantes y piedras preciosas; en vano lo he ofrecido, por el precio de coste, a todos los mercaderes del zoco, pues son gentes sin gusto delicado ni capacidad de apreciación; me han respondido que una joya de esta clase no es de venta fácil y que les sería muy difícil colocarla ventajosamente. Por eso vengo a ofrecértela a ti, que eres hombre de buen gusto, por el precio que tú mismo fijas”. Yo respondí: “No tengo ninguna necesidad de esta alhaja en absoluto, pero, por complacerte, te ofrezco por ella cien dinares de oro, ni uno más ni uno menos”. Y la niña respondió: “¡Tómalo pues, y que sea para ti una operación provechosa!”. Yo, aunque realmente no tenía ningún deseo de adquirir el gallo de oro, pensé que quizá agradara a mi esposa, representándole mis cualidades para el amor, y tomé de mi armario los cien dinares; pero cuando quise entregárselos a la adolescente, ella los rehusó, diciendo: “En verdad que este dinero no es de ninguna utilidad; no deseo más pago que el derecho a darte un solo beso en tu mejilla. Este es mi único deseo, ¡oh hombre!”. Yo me dije a mí mismo: “¡Por Alá, un solo beso en mi mejilla por una alhaja que vale más de mil dinares de oro! ¡Esta sí que es una operación tan singular como ventajosa!”. Y no dudé en dar mi consentimiento. Entonces la niña, ¡oh mi señor!, se me acercó, y, levantando el pequeño velo que cubría su rostro, me dio un beso en la mejilla —¡pudiera él haber sido delicioso!—, pero, al mismo tiempo, como si hubiera sentido un irresistible deseo de gustar mi piel, hundió sus dientes de tigresa en mi carne, haciéndome una mordedura de la que aún conservo la marca. Luego se alejó, riéndose satisfecha, mientras yo enjugaba la sangre que corría por mi mejilla.

Yo pensé de mi: “Tu caso, ah de ti, es un sorprendente caso. Pronto verás venir a todas las mujeres del mercado, que te pedirán: una, un trozo de tu mejilla como muestra; otra, una parte de tu mentón; la de más allá, un pedazo de lo que tú sabes, y, si esto ocurre, quizá valiera más prescindir de tus mercancías y vender solo pedazos de ti mismo”. A la caída de la tarde, mitad sonriente, mitad furioso, fui en busca de la vieja dama, que me esperaba, como de costumbre, en la esquina de nuestra calle, y, después de poner sobre mis ojos la consabida venda, me condujo al palacio de mi esposa. Durante el trayecto oí que mascullaba entre dientes palabras confusas que me parecieron algo así como amenazas, pero pensé: “Estas viejas gustan todas de la murmuración, y se pasan los días gruñendo y criticándolo todo”. Ahora bien; al entrar en casa de mi esposa la encontré sentada en la sala de recepción, con las cejas fruncidas y vestida de rojo escarlata de los pies a la cabeza, como suelen hacer los reyes en sus momentos de cólera. Su actitud era agresiva y en su cara se notaba una palidez desusada. Contemplando este cuadro me dije a mí mismo: “¡Salvaguárdame, oh conservador!”. Y no sabiendo a qué atribuir este recibimiento hostil, me acerqué a mi esposa, que, contra su costumbre, no se levantó para recibirme y desvió su mirada, y le ofrecí el gallo de oro que acababa de adquirir, diciéndole: “¡Oh mi dueña, acepta este precioso gallo que es un objeto verdaderamente admirable y digno de verse; lo he comprado pensando que te agradaría!”. Oyendo mis palabras, su frente se contrajo y se entenebreció su mirada, y, sin que me diera tiempo para apartarme, recibí una bofetada que me hizo girar como una peonza, faltando muy poco para que me partiera la mandíbula izquierda. Al mismo tiempo exclamó: “¡oh perro, hijo de perra! Si es cierto que has comprado este gallo, ¿por qué tienes esa mordedura en tu mejilla?”. Anonadado por la violencia de la bofetada me vi próximo al desfallecimiento y tuve que hacer un gran esfuerzo para no caer al suelo cuan largo era. Pero esto no era más que el comienzo, ¡oh mi señor!; no era, ¡ay de mí!, sino el principio del fin, pues, a una señal de mi esposa, se abrieron los cortinajes del fondo para dejar paso a cuatro esclavos guiados por la vieja, y estos esclavos llevaban el cuerpo de una adolescente cuya cabeza había sido cortada y puesta sobre la mitad de su cuerpo. En seguida reconocí la cabeza como perteneciente a la joven que me diera la alhaja a cambio de una mordedura. Esto acabó de anonadarme y caí al suelo sin conocimiento. Cuando volví en mí, ¡oh mi señor el sultán!, me vi encadenado en este manicomio. Los guardianes me hicieron saber que me había vuelto loco y no supieron decirme nada más. Tal es la historia de mi pretendida locura y de mi encierro en esta casa de los locos; y es Alá quien os envía a los dos, ¡oh mi señor el sultán!, y tú, ¡oh sabio y juicioso visir!, para sacarme de aquí dentro. A ambos os toca juzgar, por la lógica o incoherencia de mis palabras, si disfruto realmente del uso de mi razón, o si, por el contrario, estoy atacado de delirio, monomanías o idiotismo». Cuando el sultán y su visir, que era el antiguo sultán-derviche adulterino, acabaron de escuchar esta historia, cayeron en profundas reflexiones, permaneciendo pensativos, con la frente inclinada y los ojos clavados en el suelo, por espacio de una hora. Después de la cual

el sultán levantó el primero la cabeza y dijo a su compañero: «¡Oh mi visir, yo juro por la verdad de aquel que me colocó como gobernante en mi reino, que no tendré reposo y que no comeré ni beberé hasta descubrir a la adolescente que se desposó con este hombre! Así que apresúrate a decirme lo que es preciso hacer para conseguirlo». Y el visir respondió: «¡Oh rey de los tiempos!, es preciso que nos llevemos inmediatamente a este hombre, dejando, de momento, a los otros dos, y que recorramos con él las calles de la ciudad, de norte a sur y de este a oeste, hasta que encontremos la entrada de la calle donde la vieja solía venderle los ojos. Una vez allí se los vendaremos lo mismo, y él, si puede recordar el número de pasos que daba en compañía de la vieja, nos llevará hasta la puerta de la casa en cuyo interior se le quitaba la venda. Cuando estemos allí Alá nos iluminará sobre la conducta que hayamos de seguir en este delicado asunto». Y el sultán dijo: «¡Que se haga según tu consejo, oh mi visir lleno de sagacidad!». Y ambos se levantaron, libraron de sus cadenas al hombre, y se lo llevaron fuera del manicomio. Todo sucedió de acuerdo con las previsiones del visir. Después de recorrer gran número de calles de los distintos barrios de la ciudad dieron por fin con la entrada de la calle en cuestión, que el joven reconoció sin dificultad, y, con los ojos vendados como otras veces, supo calcular sus pasos, deteniéndose ante un palacio a cuya vista quedó el sultán consternado, exclamando: «¡Alejado sea el maligno, oh mi visir!; este palacio está habitado por una de las esposas del antiguo sultán de El Cairo, el que me legó el trono por carecer de hijos varones en su descendencia, y esta esposa del antiguo sultán, padre de mi esposa, vive aquí con su hija, que debe ser sin duda la adolescente que ha desposado a este hombre. ¡Alá es el más grande, oh visir! Está pues escrito que el destino de todas las hijas de los reyes sea casarse con quienes no tienen nada de nada, como nosotros mismos no lo teníamos. ¡Los decretos del retribuidor tienen siempre sus motivos, que nosotros ignoramos!». Y añadió: «Apresurémonos a entrar y veamos en qué para este asunto». Golpearon la puerta con el llamador de hierro y en seguida la abrieron desde dentro unos eunucos, que, respetuosamente, se quedaron inmóviles al reconocer al sultán, al gran visir y al joven esposo de la adolescente.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS TREINTA Y SIETE

Dijo Schehrazada:

—Luego uno de ellos corrió a prevenir a su ama de la llegada del soberano con sus dos acompañantes. La adolescente se arregló y adornó, salió del harén, y vino a la

sala de recepción a rendir homenaje al sultán, esposo de su hermana de padre, pero de madre distinta, besándole la mano. El sultán la reconoció en el acto e hizo un signo de inteligencia a su visir. Después dijo a la princesa: «¡Oh hija de mi tío, que Alá me guarde de hacerte reproches por tu conducta; el pasado pertenece al amo del cielo y a nosotros solo nos queda el presente! Por esto deseo que te reconcilies ahora mismo con este hombre, tu esposo, que no te guarda rencor ninguno y que solo aspira a volver a tu gracia. Por otra parte, yo te juro por los merecimientos de mi difunto tío el sultán, tu padre, que tu esposo no ha cometido ninguna falta grave contra el pudor conyugal y que ha expiado con creces la debilidad de un momento. Espero, pues, que no rechazarás mi demanda». La adolescente respondió: «¡Los deseos de nuestro amo el sultán son órdenes y están sobre nuestras cabezas!». El sultán se regocijó mucho con esta solución del asunto y dijo: «Puesto que es así, nombro a tu esposo mi primer chambelán, y, en adelante, será mi comensal y compañero de copa. Esta misma tarde te lo enviaré para que, sin testigos molestos, hagáis la reconciliación prometida, pero por el momento permite que nos lo llevemos para oír juntos las historias de sus compañeros de cadena». Y se retiró, añadiendo: «Quede bien entendido y convenido entre ambos que, en lo sucesivo, le dejarás ir y venir libremente sin vendar los ojos, y él, por su parte, promete que jamás se dejará abrazar, bajo ningún pretexto, por mujer ninguna, sea casada o por casar». Tal es, ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada—, el fin de la historia que contó al sultán y a su gran visir el primero de los tres encadenados, el que leía el libro en el manicomio. Por lo que se refiere al segundo, uno de los dos que escuchaban la lectura, helo aquí: Cuando el sultán, así como su gran visir y el nuevo chambelán, estuvieron de regreso en el manicomio, se sentaron en el suelo frente al segundo hombre, diciéndole: «Ahora te toca a ti». Y el segundo joven dijo:

HISTORIA DEL SEGUNDO LOCO

«¡Oh nuestro amo el sultán, y tú, juicioso visir, y tú, mi antiguo compañero de cadena, sabed que el motivo de mi encierro en este manicomio es todavía más sorprendente que aquel que ya conocéis, pues si mi compañero estuvo aquí encerrado como loco fue por su falta y por su credulidad y confianza en sí mismo; pero yo, si es que he pecado, ha sido precisamente por todo lo contrario, como veréis si me permitís proceder con orden en mi relato!». El sultán, su visir y su nuevo chambelán, que era el antiguo primer loco, respondieron de común acuerdo: «Ciertamente que sí». Y el visir añadió: «Por otra parte, cuanto más orden pongas en tu relato, tanto más estaremos dispuestos a considerarte como injustamente comprendido en el número de los locos o dementes». Y el hombre comenzó su historia de esta manera: «Sabed, pues, ¡oh mis amos!, que también yo soy mercader e hijo de mercader y que antes de ser recluido en este manicomio tenía tienda en el mercado, donde vendía brazaletes y adornos de todas clases a las mujeres de los ricos señores. En la época en que comienza mi historia yo no tenía más que dieciséis años y ya contaba en el mercado

con una estimable reputación por mi honestidad, mi firmeza y mi seriedad en los negocios. Jamás intenté trabar conversación con las damas que acudían a mi tienda como clientes, no pronunciando más palabras que las estrictamente necesarias para la conclusión de las operaciones. Por lo demás cumplía los preceptos del libro y jamás puse los ojos en una mujer que fuera hija de musulmanes. Los mercaderes me ponían ante sus hijos como ejemplo a imitar, cuando los llevaban por primera vez al mercado, y más de una madre había ya iniciado con la mía conversaciones respecto de mí, para concertar algún matrimonio honorable. Mi madre solía eludir la cuestión y reservaba su respuesta para mejor ocasión, pretextando mi poca edad y condición de hijo único y de complexión delicada. Ahora bien, un día, hallándome sentado ante mi libro de cuentas, repasándolo, entró en la tienda una negrita vivaracha, y, después de saludarme con respeto, me dijo: “¿Es esta la tienda del señor mercader tal?”. Y yo respondí: “Así es”. Y entonces ella sacó de su seno, con infinitas precauciones, mirando recelosa con sus ojos de negra a uno y otro lado, un pequeño billete que me entregó, diciendo: “Esto es de parte de mi ama, y, por favor, espera contestación”. Y después de entregarme el papel se mantuvo apartada en espera de mi resolución. Yo, después de desdoblar el billete, lo leí, viendo que contenía una oda escrita en versos inflamados en mi honor y alabanza. Los versos terminales contenían, combinadas en una trama especial, las letras que componían el nombre de la que se decía mi enamorada. Entonces yo, ¡oh mi señor el sultán!, tomé demasiado en serio el caso y lo consideré como una tentativa grave contra mi buena conducta, o quizá alguna traza para arrastrarme a una aventura peligrosa o complicada, y rasgué la tal declaración. Luego fui hacia la negrita, la así por una oreja y le administré unos cachetes, terminando el castigo con un puntapié que la hizo rodar fuera de la tienda y escupiéndole en la cara muy ostensiblemente para que, visto por los vecinos, nadie pudiera dudar de mi prudencia y virtud; luego exclamé: “¡Ah, hija de los mil cuernos de la impudicia; vete a contar todo esto a la hija de entremetida de tu ama!”. Todos mis vecinos, viendo esto, se hicieron lenguas de mi virtud, y uno de ellos, señalándome, me mostró a su hijo, diciendo: “¡La bendición de Alá sobre ese joven virtuoso! ¡Ojalá pudieras tú, oh hijo mío, saber rechazar, a su edad, los ofrecimientos de las malignas y perversas que están al acecho de los hombres de bien!”. Y he aquí, ¡oh mis señores!, lo que hice a los dieciséis años. En verdad que es ahora cuando veo con lucidez cuán grosera fue mi conducta, cuán desprovista de discernimiento y llena de estupidez, vanidad y amor propio mal entendido, y cómo fue hipócrita, cobarde y brutal. Por muchos sinsabores que haya podido sufrir después de aquel acto brutal, considero que aún merezco más y que esta cadena que ahora sujeta mi cuello por un motivo de todo punto diferente, debería haberseme puesto con ocasión de aquella insensatez. Sea como fuere, no quiero confundir el mes de chabán con el deramadán, y continuaré el relato de mi historia procediendo ordenadamente. Y, ¡oh mis señores!, los días, los meses y los años fueron pasando después de este incidente, y, entre tanto, me había convertido en un hombre. Conocí mujeres y todo lo que se sigue de ello,

aunque soltero; hasta que pensé que era llegado el momento de elegir una joven que fuera, ante Alá, mi esposa y la madre de mis hijos. Ahora bien, iba a ser servido a pedir de boca, como vais a ver, pero no anticiparé acontecimientos y seguiré por orden. En efecto; una tarde vi aproximarse a mi tienda, entre cinco o seis esclavas blancas que componían su cortejo, a una adolescente adornada con las más preciosas joyas y con las trenzas de su cabello flotando sobre su espalda; avanzaba con gracia, balanceándose con nobleza y elegancia».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS TREINTA Y OCHO

Ella dijo:

—«Y entró en mi tienda como una reina, seguida de sus esclavas, me dedicó un gracioso saludo, se sentó y me dijo: “¡Oh joven!, ¿tienes buen repuesto donde elegir en adornos de oro y plata?”. “¡Oh mi ama —respondí yo—, de todas las clases posibles y aún más allá!”. Entonces me pidió que le enseñara aros de oro para los tobillos, y entre los que tenía, le mostré los más gruesos y bellos. Ella los miró displicentemente y me dijo: “¡Pruébamelos!”. Y al momento una de las esclavas levantó el borde de su vestido de seda y descubrió el más fino y blanco tobillo que saliera de las manos del creador. Le probé los aros, pero no pude encontrar entre ellos ni en toda mi tienda uno que fuera lo suficientemente estrecho para adaptarse a la maravillosa finura de aquellas piernas modeladas en el molde de la perfección. Viendo ella mi embarazo, sonrió y dijo: “¡No importa, oh joven! Te pediré otra cosa; pero antes dime: me han asegurado en mi casa que tengo piernas de elefante. ¿Crees tú que es eso cierto?”. Yo exclamé: “¡El nombre de Alá en ti, alrededor de ti y en la perfección de tus tobillos, oh mi ama! La gacela, viéndolos, se moriría de celos”. Entonces ella repuso: “Sin embargo, yo creía lo contrario. ¡Hazme ver brazaletes!”. Todavía con la visión grabada en mis atónitos ojos de aquellos tobillos adorables y aquellas piernas de bendición, busqué lo que había de más fino en brazaletes de oro y esmalte, y, escogiendo los más estrechos, se los mostré. Ella me pidió: “¡Pruébamelos tú mismo! ¡Me encuentro muy cansada hoy!”. Una de las esclavas se apresuró a subir las mangas de su ama y apareció, ¡oh mi señor!, un brazo más blanco y suave que el cuello de un cisne y más liso que el cristal, terminando por una muñeca, una mano y unos dedos que eran de azúcar, de dátiles en confitura; regocijo del alma y supremo deleite. Inclinándome, probé mis brazaletes en aquellos brazos milagrosos, pero aun los más estrechos, los confeccionados para niños, bailoteaban en aquellas muñecas

finas y transparentes; me apresuré a quitárselos, temiendo que su contacto lastimara aquella piel tan delicada, y ella sonrió de nuevo, viendo mi confusión, y me dijo: “¿Qué es lo que has visto, oh hombre? ¿Soy acaso torpe, o quizá tengo manos de pato o brazo de hipopótamo?”. Yo exclamé: “¡El nombre de Alá en ti, alrededor de ti y en la redondez de tu brazo blanco, en la finura de tu muñeca de niño y en el primor de tus dedos de hurí, oh mi ama!”. Ella continuó: “¡Cómo! ¿Verdaderamente lo crees así? No obstante, en mi casa se me había afirmado lo contrario —y añadió—: Enséñame collares y pectorales de oro”. Tambaleándome sin haber probado el vino, me apresuré a traerle lo mejor que había en la tienda de aquello que me pedía y, en seguida, una esclava descubrió con religioso cuidado, al mismo tiempo que el cuello de su ama, una parte de su pecho, y, ¡oh mi señor!, los dos senos, los dos a la vez, un par de pequeños senos de marfil rosado, aparecieron redondos y juguetones sobre la esplendorosa nieve de su pecho. Parecían suspendidos del cuello de mármol puro, como dos bellos niños gemelos del cuello de su madre. Yo, viendo aquello, no pude contenerme y exclamé, gritando y volviendo la cabeza: “¡Cúbrete, cúbrete! ¡Que Alá tienda sus velos!”. “¡Cómo! —repuso ella—, ¿no me pruebas los pectorales y los collares? ¡No importa!, te pediré otra cosa; pero antes dime si soy deforme o tetuda como la hembra de búfalo, negra o velluda; o si bien soy descarnada y seca como un pescado en salazón, o lisa como el banco de un carpintero”. Y yo exclamé: “¡El nombre de Alá, en ti, alrededor de ti, en tus encantos ocultos y en toda tu hermosura, oh mi ama!”. “¿Me han mentido, pues —continuó ella—, aquellos que afirmaron repetidas veces que no podía encontrarse nada más feo que mis formas ocultas? Y ya que no te decides, ¡oh joven!, a probarme collares y pectorales, ¿podrías probarme cinturones?”. Yo, después de traer lo mejor que tenía en cinturones de filigrana de oro, los dejé a sus pies discretamente, pero ella dijo: “¡No, por Alá; pruébamelos tú mismo!”. Y yo, ¡oh mi señor!, tuve que responder por el oído y la obediencia, y, procurando adivinar la finura del talle de aquella gacela, escogí el más pequeño, estrecho y flexible de los cinturones, ciñéndoselo por encima del vestido y de los velos. Pero el cinturón, hecho de encargo para una princesa niña, resultó demasiado ancho para aquel talle, tan fino, que no proyectaba sombra si su dueña marchaba bajo el sol; tan derecho y tan flexible, que hubiera hecho secarse de despecho a la palmera; tan tierno, que pudiera hacer fundirse de celos a un terrón de manteca fina; tan arrogante, que hubiera hecho huir de vergüenza al pavo real, y tan ondulante, que hiciera desesperarse al tallo de bambú. Viendo que no lograba encontrar el cinturón adecuado, quedé perplejo y sin saber cómo excusarme; pero ella me dijo: “Me parece que debo de ser contrahecha, con vientre de forma innoble, joroba por delante y espalda de dromedario”. Yo volví a exclamar: “¡El nombre de Alá en ti, alrededor de ti, en tu talle y en lo que le precede, le acompaña y le sigue, oh mi dueña!”. “¡Estoy asombrada, oh hombre! —repuso ella—, pues en mi casa se me había confirmado frecuentemente esta opinión desventajosa sobre mí misma. Sea como fuere, ya que no puedes encontrar cinturón para mí, espero que sí hallarás pendientes para mis orejas y

un frontal de oro para sujetar mis cabellos”. Diciendo esto, ella misma levantó el pequeño velo que le cubría el rostro, quedando al descubierto un semblante que era la luna llena en su decimocuarta noche. A la vista de aquellas dos piedras preciosas que eran sus ojos babilónicos, de sus mejillas de anémona, de su pequeña boca, estuche de coral conteniendo un brazalete de perlas, y de todo aquel rostro maravilloso, yo, conteniendo la respiración, quedé como petrificado, sin hacer nada por ir a buscar lo que me pedía. Sonriendo, ella continuó: “Comprendo, ¡oh hombre!, que estés impresionado por mi fealdad. Sé, en efecto, por haberlo oído repetir muchas veces, que mi rostro es horroroso, picado de viruelas y apergaminado, que soy tuerta del ojo derecho y bizca del izquierdo, que tengo una nariz puntiaguda y espantosa; una boca fétida, con los dientes descarnados y movedizos, y, en fin, que mis orejas están mutiladas. No digamos nada de mi piel, que es sarnosa, ni de mis cabellos deshilachados y quebradizos, ni de todos los horrores invisibles de mi interior”. Yo grité: “¡El nombre de Alá en ti, alrededor de ti y en toda tu belleza visible e invisible, oh mi dueña revestida de esplendor; en tu olor de rosa, en tu pureza de lirio, en tu brillo y tu blancura de jazmín y en todo lo que en ti puede ser visto, oído o tocado! ¡Dichoso aquel que pueda verte, olerte y tocarte!”. Y quedé anonadado de emoción, ebrio de mortal embriaguez. Entonces la adolescente me miró con sus grandes ojos y dijo: “¡Ay de mí! ¿Por qué me detesta mi padre hasta el punto de atribuirme todas las faltas que te he enumerado? Él mismo, y nadie más que él, es quien me ha hecho creer en los pretendidos horrores de mi persona; pero ¡loado sea Alá, que, mediante tu intercesión, me prueba lo contrario! Sin embargo, estoy persuadida de que mi padre no ha pretendido engañarme jamás, sino que, víctima de una alucinación, él lo ve todo feo a su alrededor, hasta el extremo de querer desembarazarse de mi presencia, cuya supuesta fealdad le enoja, vendiéndome como esclava en el mercado de esclavos de desecho”. Oyendo esto, ¡oh mi señor!, yo exclamé: “¿Y quién es tu padre, oh soberana de la belleza?”. “¡Es el jeque del Islam en persona!”, contestó ella, y, enardecido, grité yo: “¡Por Alá!; antes que ser vendida en el mercado de esclavos, ¿consentirías en ser mi esposa?”. Y ella respondió: “Mi padre es hombre integro y concienzudo, y, como él se imagina que su hija es un monstruo repugnante, no querrá echar sobre su conciencia mi unión con un joven como tú. Puedes hacer la prueba tú mismo verificando la petición, y yo te indicaré los medios adecuados para que tengas las mayores probabilidades de convencerle”. Después de expresarse así, la maravillosa adolescente reflexionó un momento y dijo: “He aquí lo que has de hacer: cuando te presentes a mi padre, que es el jeque del Islam, y me pidas en matrimonio, seguramente que él te contestará: ‘¡Oh hijo mio, es preciso que abras los ojos! Has de saber que mi hija está baldada, es una estropeada, una jorobada, una...’. Tú le interrumpes y dices: ‘¡Estoy contento con ello, estoy contento con ello!’. Y él continuará: ‘Pero ¡oh pobre!, tú no sabes que mi hija es tuerta, mutilada de las orejas, hedionda, coja, babosa, una meona, una...’. De nuevo le interrumpes y dices: ‘Estoy contento con ello, estoy contento con ello’. Y mi padre proseguirá: ‘¡Oh infeliz!; mi

hija es desabrida, viciosa, pedorra, morbosa...’. Vuelves a interrumpir y repites: ‘¡Estoy contento con ello, estoy contento con ello!’. Y él continuará: ‘Pero tú no sabes que mi hija es bigotuda, ventruda, tetuda, patizamba, torpe, bizca del ojo izquierdo, de nariz grasienta, picada de viruelas, de boca maloliente y dientes descarnados e inseguros, calva, una sarnosa espantable, un horror y una abominable maldición’. Cuando haya acabado de echar sobre mí toda suerte de injurias, tú insistes: ‘¡Estoy contento con ello, por Alá, estoy contento con ello!’”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS TREINTA Y NUEVE

Schehrazada dijo:

—«Yo, ¡oh mi señor!, oyendo esto y presupuesto que nada de ello podía ser aplicable por su padre a aquella maravillosa criatura, sentí que se me subía la sangre a la cabeza, llenándome de indignación y de cólera. Mas como al fin era preciso pasar por tal prueba para poder llegar a casarme con aquel modelo de gacela, yo dije: “La prueba es dura, ¡oh mi dueña!, y creeré morir oyendo a tu padre tratarte de esa manera, pero Alá me dará el coraje y las fuerzas necesarias”. Después le pregunté: “¿Y cuándo podré presentarme ante el venerable jeque del Islam, tu padre, para efectuar tu petición?”. Y ella respondió: “Mañana, sin falta, a media mañana”. Dicho esto se levantó y salió, seguida de las jóvenes esclavas, saludándome con una sonrisa. Mi alma siguió sus huellas, aferrada a sus pasos, mientras yo quedaba en la tienda, presa de las angustias y esperanzas de la pasión. Al día siguiente, a la hora indicada, no dejé de ir a casa del padre, el jeque del Islam, al que pedí audiencia, haciendo que se le dijera que se trataba de un asunto urgente y de extrema importancia. Me recibió al momento, devolvió mi saludo con afabilidad, y me rogó que me sentara. Noté que era un anciano venerable, con la barba inmaculadamente blanca, y de continente noble, pero había en su rostro, y sobre todo en sus ojos, cierto aire de tristeza sin consuelo y de dolor sin remedio. Yo pensé: “Esto es porque padece la alucinación de la fealdad, ¡quiera Alá curarle!”. Y después de esperar, por deferencia y respeto a su edad y alta dignidad, una segunda invitación para sentarme, antes de hacerlo le reiteré mis saludos y cumplimientos, levantándome aún para repetírselos por tercera vez. Después de demostrar de esta manera mis buenos modales, me senté por fin, teniendo buen cuidado de mantenerme en el borde de la silla y esperando a que él iniciara la conversación, preguntándome por el objeto de mi visita. Y, efectivamente, cuando la azafata de servicio nos hubo ofrecido los refrescos usuales, y después de cambiar algunas palabras sin importancia sobre el calor y la sequía, el jeque del Islam me dijo:

“¡Oh mercader!, ¿en qué puedo servirte?”. Yo respondí: “¡Oh mi señor, vengo a ti para implorarte y solicitarte a propósito de la dama guardada bajo los velos de la castidad dentro de los muros de tu honorable casa, de la perla sellada con el sello de la conservación, de la flor escondida en el cáliz de la modestia, de tu hija sublime, la virgen insigne a la que yo, indigno, deseo unirte con lazos lícitos y contrato legal!”. Oyendo esto, el rostro del venerable anciano se oscureció primero y luego se volvió amarillo, inclinando tristemente su frente hacia el suelo, y, durante unos momentos, permaneció sumido en penosas reflexiones sobre el caso de su hija, sin ninguna duda; después levantó la cabeza lentamente y, con infinita tristeza, me dijo: “¡Que Alá conserve tu juventud y te favorezca siempre con su gracia, oh hijo mío!; pero para la hija que tengo en mi casa bajo los velos de la castidad no hay esperanza, pues...”. Pero yo, ¡oh mi amo!, le interrumpí de repente, exclamando: “¡Estoy contento con ello, estoy contento con ello!”. Y el venerable anciano prosiguió: “¡Que Alá te colme con sus gracias, oh hijo mío! Pero mi hija no conviene a un bello joven como tú, lleno de estimables cualidades, de fuerza y de salud, pues es una pobre enferma traída al mundo por su madre antes de término, con ocasión de un incendio. Tan contrahecha y fea es ella, como tú bello y bien hecho; y como es preciso que te aclare los motivos por los que rehúso tu demanda, puedo, si tú quieres, describírtela tal como en realidad es, pues el temor de Alá está en mi corazón y no querría inducirte a error”. Pero yo exclamé una vez más: “La tomo con todos sus defectos y estoy contento con ellos, de todo punto satisfecho”. “¡Ah hijo mío —repuso él—, no obligues a un padre, que debe cuidar de su propia dignidad, a hablar de su hija en términos penosos!; pero tu insistencia me fuerza a declarar que, desposando a mi hija, desposas al más espantable de los monstruos en los tiempos presentes, puesto que es una criatura cuya sola vista...”. Pero yo, temiendo la espantosa enumeración de horrores, con la que ya se disponía a afligir a mis oídos, le interrumpí nuevamente, exclamando con un acento en el que puse toda mi alma y todo mi deseo: “¡Estoy contento con ello, estoy contento con ello!”. Y añadí: “¡Por Alá, oh nuestro padre!, ahórrate el dolor de hablar de tu honorable hija en tan lamentables términos, puesto que por mucho malo que puedas decirme de ella, y por desagradable que sea su descripción, yo seguiré pidiéndotela en matrimonio, pues tengo un gusto especial por los horrores cuando ellos son de la naturaleza de los que afligen a tu hija, y, te lo repito: ¡La acepto tal cual es y estoy contento con ello! ¡Contento! ¡Contento!”. Cuando el jeque del Islam vio que me expresaba de esta manera, comprendiendo que mi resolución era inquebrantable y mi deseo decidido, entrechocó sus manos y, con gesto de sorpresa y asombro, repuso: “Yo he descargado mi conciencia ante Alá y ante ti, ¡oh mi hijo!, y no podrás culpar a nadie más que a ti mismo de tu acto de locura. Por otra parte, los preceptos divinos me prohíben impedir la satisfacción de tu deseo y no puedo sino darte mi consentimiento”. Yo, en el colmo de la dicha, le besé la mano y expuse mi deseo de que el matrimonio fuera concluido y celebrado aquel mismo día, y él, suspirando, dijo: “¡No hay inconveniente!”. El contrato se suscribió y fue legalizado

por los testigos, estipulándose que yo aceptaba a mi esposa con todos sus defectos, deformaciones, enfermedades, fealdades, males y demás cosas por el estilo; e igualmente se estipuló que si, por una u otra razón, me divorciaba de ella, debería pagarle, como rescate y pensión, veinte bolsas de a mil dinares de oro; bien entendido que yo aceptaba de buen grado las condiciones. Por lo demás, yo hubiera aceptado cláusulas mucho más desventajosas. Ahora bien, después de escrito el contrato, mi tío, padre de mi esposa, me dijo: “¡Oh tú!, lo mejor será que se consume el matrimonio en mi propia casa y que en ella establezcas tu domicilio conyugal, puesto que el transporte de tu esposa enferma, desde aquí hasta tu lejana casa, presentaría graves inconvenientes”. Yo respondí: “Escucho y obedezco”. Pero en mi interior ardía de deseos, y, por otro lado, me decía: “¡Por Alá! ¿Es realmente posible que yo, el oscuro mercader, haya llegado a ser el esposo de esta adolescente del perfecto amor, hija del venerable jeque del Islam? ¿Y es cierto que vaya a ser yo quien se regocije con su belleza y guste de ella a su comodidad, gozando de sus encantos ocultos hasta hartarse y de sus delicias hasta la saciedad?”. Cuando por fin llegó la noche, entré en la habitación nupcial, después de recitar la oración de la tarde, y, con el corazón saliéndome del pecho por la emoción, me acerqué a mi esposa, levanté el velo que cubría su cabeza y me dispuse a contemplar su rostro con toda mi alma puesta en los ojos. Y ¡que Alá confunda al maligno, oh mi señor, y que no consienta que seas nunca testigo de un espectáculo como el que se ofreció a mis ojos!, vi la criatura humana más repelente, deforme, repugnante, detestable y nauseabunda que pueda verse en la más espantosa de las pesadillas. Ciertamente que era un objeto de fealdad mucho más espantable que el que me describiera la adolescente que entró en mi tienda; era una monstruosidad deforme, un jirón de horror que me sería imposible describir, ¡oh mi señor!, sin que se parara mi corazón y cayera yo sin conocimiento a tus pies. Me bastará con decirte que aquella que se había convertido en mi esposa con mi propio consentimiento encerraba en su nauseabunda persona todos los vicios legales, todas las abominaciones ilegales, todas las impurezas, todas las fetideces, todos los motivos de aversión, todas las atrocidades, todos los horrores y todo lo que puede afligir a los seres sobre los que pasa la maldición. Yo, tapándome la nariz y volviendo la cabeza, dejé que el velo volviera a ocultar todo aquello, y me retiré al rincón más apartado de la habitación, pues ni aunque yo hubiera sido un tebano comedor de cocodrilos habría podido decidirme a un acercamiento carnal con una criatura que ofendía hasta tal punto a su creador. Y estando sentado en mi rincón, con la cara vuelta hacia la pared, sentí que todas las inquietudes invadían mi entendimiento y todos los dolores del mundo subían hasta mis riñones. Gemía desde el fondo de mi corazón, pero sin tener derecho a decir ni una sola palabra ni a emitir la menor queja, puesto que la había aceptado como esposa por mi propia decisión, y no dejaba de tener presente que había interrumpido al padre repetidas veces para exclamar: “¡Estoy contento con ello, estoy contento con ello!”; diciéndome a mí mismo: “¡Ah, sí; he aquí a la adolescente del perfecto amor! ¡Ah, idiota! ¡Muérete!

¡Ah, estúpido, buey, torpe, cochino!”. Y me mordía los dedos y pellizcaba mis brazos en silencio. Una espantosa cólera fermentaba en mi interior por momentos, y pasé toda la noche como si me hallara sufriendo tortura en la cárcel de Mede o en la de Deilamita».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CUARENTA

Dijo Schehrazada:

—«Tan pronto como despuntó el alba, me apresuré a huir de la habitación conyugal, y fui a la casa de baños para purificarme del contacto con aquella esposa de horror. Después de hacer mis abluciones, según el ceremonial de Ghosl para los casos de impureza, me adormecí un rato, y luego me dirigí a la tienda; ya allí, me senté, y sin haber bebido vino, me sentía como embriagado, y todo daba vueltas en mi cabeza. Muy pronto, mis amigos los mercaderes, que me conocían, y los particulares más distinguidos del mercado, fueron llegando, unos por separado, otros de dos en dos, tres en tres, o varios a la vez. Todos me felicitaban y hacían votos por mi felicidad; unos diciéndome: “¡Una bendición, una bendición, una bendición! ¡Que la alegría esté siempre contigo, que la alegría esté siempre contigo!”. Otros: “¡Hola, nuestro vecino, no os sabíamos tan reservado! ¿Dónde es el festín? ¿Dónde las confituras, los sorbetes y los pasteles? ¿Dónde están todas estas cosas? ¡Por Alá, vemos que los encantos de la adolescente, tu esposa, han turbado tu entendimiento, haciendo que te olvides de tus amigos y de tus más elementales obligaciones para con ellos! ¡Pero esto no importa! ¡Que la alegría esté siempre contigo, que la alegría esté siempre contigo!”. Yo, ¡oh mi señor!, sin saber a ciencia cierta si me felicitaban sinceramente o se burlaban de mí, no sabía qué partido tomar, contentándome con hacer gestos de dudosa aquiescencia y responder con expresiones vagas. Por momentos, sentía que me ahogaba de rabia reprimida y que mis ojos iban a fundirse en lágrimas de desesperación. De esta suerte, mi suplicio duraba ya desde la mañana hasta la hora de la plegaria del mediodía. La mayor parte de los mercaderes se había ido ya a la mezquita para realizar el reposo del mediodía, cuando he aquí que, a unos pasos delante de mí, la adolescente del amor perfecto, la verdadera, la autora de mis desventuras y causa de mi tortura, avanzaba sonriente en medio de las cinco esclavas, inclinándose suavemente y balanceándose con voluptuosidad a derecha e izquierda, con su cola y sus sedas, ligera y flexible como una rama de ban en medio de un aromoso jardín. Iba más suntuosamente alhajada todavía que en el día anterior, y tan emocionante en su marcha que, para verla mejor, los ocupantes del mercado se

pusieron en fila a su paso. Con aire infantil entró en mi tienda, me dedicó el más gracioso de los saludos y, sentándose, dijo: “¡Que este día sea para ti de bendiciones, oh mi amo, y que Alá mantenga tu bienestar y tu dicha, colmándote de satisfacciones! ¡Y que la alegría esté contigo, siempre contigo!”. Ahora bien, yo, ¡oh mi señor!, desde el momento en que la vi, ya había fruncido el entrecejo y mascullado maldiciones para mis adentros; pero cuando advertí con qué audacia se aproximaba a mí y cómo venía a provocarme, después de perpetrado el hecho, no pude contenerme por más tiempo, y toda mi grosería de otras veces, cuando yo era virtuoso, se me vino a los labios, y estallé en injurias, diciéndole: “¡Oh caldera llena de pez! ¡Oh cacerola de betún! ¡Oh pozo de perfidia! ¿Qué te hice yo para que me trataras con tanta maldad y me arrojaras a este abismo sin salida? ¡Que Alá te maldiga, a ti y al momento en que nos encontramos, y que oscurezca tu vista para siempre, oh malvada!”. Pero ella, sin resentirse demasiado, me contestó, sonriendo: “¿Cómo has podido olvidar tan pronto tus desconsideraciones para conmigo, tu desprecio por mi oda en verso, el mal tratamiento que hiciste sufrir a mi mensajera, la pequeña negra, con las injurias que le dedicaste, el puntapié con que la despediste y los insultos que por su mediación me enviaste?”. Después de expresarse así, la adolescente recogió sus velos y se levantó con intención de marcharse. Y entonces, ¡oh mi señor!, comprendí que debía conformarme con recolectar lo que había sembrado; me pesó mi brutalidad anterior y me persuadí de que mi áspera virtud, practicada hasta entonces, era tan de todo punto aborrecible como la hipocresía de la piedad. Sin más tardar, me arrojé a los pies de la adolescente del perfecto amor y le pedí perdón, diciéndole: “¡Estoy arrepentido; en verdad que estoy de todo punto arrepentido!”. Y le dije palabras tan dulces y tiernas como las gotas de lluvia en el ardiente desierto, consiguiendo que decidiera quedarse, dispensándome de excusarme, y diciéndome: “Por esta vez, quiero perdonarte, ¡pero que no vuelva a suceder!”. Besando el borde de su vestido y cubriendo con él mi frente, yo exclamé: “¡Oh mi ama, estoy bajo tu salvaguardia y soy tu esclavo que espera ser liberado, por tu mediación, de lo que tú sabes!”. “Ya lo había pensado yo —repuso ella—, y de la misma manera que he sabido hacer que cayeras en mis redes, sabré librarte ahora de tus torturas”. “¡Por Alá! —exclamé yo—, ¡apresúrate a hacerlo, por lo que más quieras!”. Y ella continuó: “Escucha bien lo que voy a decirte, y, si sigues mis instrucciones, podrás verte desembarazado fácilmente de tu esposa. He aquí lo que has de hacer: levántate y ve al pie de la ciudadela a reunirte con los saltimbanquis, charlatanes, bufones, danzantes, funámbulos, exhibidores de monos y de osos, tamborileros, timbaleros, clarinetistas, flautistas y demás titiriteros; te conciertas con ellos para que vayan al palacio del jeque del Islam, padre de tu esposa, a encontrarse allí contigo. Tú, cuando ellos lleguen, procura estar sentado en la escalinata del patio tomando refrescos con el jeque, y, al irrumpir en el patio, todos a coro te felicitarán y se congratularán, exclamando: ‘¡Oh hijo de nuestro tío y sangre de nuestra sangre, todos participamos de tu alegría en este día bendito de tu boda! ¡Verdaderamente, oh hijo de nuestro tío,

que nos regocijamos contigo por tu encumbramiento al rango a que has llegado! ¡Aunque te avergonzaras de nosotros, nosotros nos honraríamos sabiéndote uno de los nuestros; y si incluso, olvidándote de tus parientes, nos rechazaras, cuando nos despidieras no te dejaríamos, puesto que, como hijo de nuestro tío, eres de nuestra sangre!’. Entonces tú fingirás estar muy confuso por este descubrimiento de tu parentesco con ellos, les arrojarás unos puñados de dinares y dracmas. En vista de todo esto, el jeque del Islam te hará preguntas, sin ninguna duda, y tú le responderás, bajando la cabeza: ‘Será preciso decir la verdad, puesto que mis parientes están aquí para traicionarme. Mi padre era, en efecto, un bufón que mostraba osos y monos; tal es la profesión de mi familia, y este es mi origen. Pero después, el retribuidor abrió para nosotros la puerta de la fortuna, y logramos adquirir la consideración de los mercaderes del zoco y de su síndico’. El padre de tu esposa te dirá, con toda seguridad: ‘Así, pues, ¿eres hijo de un bufón de la tribu de los funámbulos y mostradores de monos?’. Y tú responderás: ‘¡No hay forma de que yo reniegue de mi origen y de mi familia por el amor de tu hija y por su honor, pues ni la sangre puede renegar de la sangre ni el arroyo de su fuente!’. ‘En ese caso, ¡oh joven! —te dirá él, sin duda alguna—, ha habido ilegalidad en el contrato matrimonial, puesto que nos has ocultado tu origen y tronco, y no es conveniente que continúes siendo el esposo de la hija del jeque del Islam, jefe supremo de los cadíes, que se sienta sobre el tapiz de la ley y cuya genealogía se remonta hasta los parientes del apóstol de Alá. No es posible que mi hija, por muy desprovista que se halle de los beneficios del retribuidor, siga por más tiempo a disposición del hijo de un titiritero’. Y tú replicarás: ‘¡Oh, sí, tu hija es mi esposa legal, y cada uno de sus cabellos vale mil vidas; no me separaría de ella aunque me ofrecieras todos los reinos del mundo!’. Luego, poco a poco, irás dejándote persuadir, y cuando la palabra divorcio sea pronunciada, consentirás, por fin, en separarte de tu esposa. Por tres veces, en presencia del jeque del Islam y de los testigos, pronunciarás la fórmula de divorcio, y de esta suerte liberado, volverás a buscarme aquí, y ¡Alá arreglará lo que quede por arreglar!’’. Entonces yo, después de este discurso de la adolescente del perfecto amor, sentí dilatárseme el corazón, y exclamé: “¡Oh reina de la inteligencia y de la belleza, heme aquí dispuesto a obedecerte en todo y por todo!”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CUARENTA Y UNA

Ella dijo:

—«Y pidiéndole licencia, la dejé en mi tienda y partí hacia la plaza que hay al pie

de la ciudadela, donde me puse en contacto con el jefe de todos los titiriteros: saltimbanquis, charlatanes, bufones, danzantes, funámbulos, exhibidores de monos y de osos, tamborileros, clarinetistas, flautistas, trompetistas, timbaleros y demás comediantes, concertándome con dicho jefe para que me ayudara en mi proyecto mediante una remuneración considerable. Después de obtener la promesa de su concurso, salí por delante para llegar antes que ellos al palacio del jeque del Islam, padre de mi esposa, y con él me senté en la escalinata del patio. No llevaríamos allí una hora, platicando y bebiendo sorbetes, cuando por la gran puerta, dejada abierta, hizo su entrada, precedida por cuatro saltimbanquis marchando sobre sus cabezas, cuatro funámbulos haciéndolo sobre los extremos de los dedos de sus pies y cuatro más andando con las manos, en medio de un charivari espantoso, toda aquella tropa tamborileante, gesticulante, danzante, estrepitosa y abigarrada, que tenía su asiento al pie de la ciudadela. Allí se veía a los exhibidores de monos con sus animales, a los de osos con sus más hermosos ejemplares, a los bufones con sus oropeles, a los charlatanes con sus altos bonetes de fieltro y a los instrumentistas con sus resplandecientes instrumentos produciendo un indescriptible estrépito. Se colocaron con buen orden en el patio, los osos y monos en medio de todos, y cada cual haciendo lo que sabía. Súbitamente se oyó el golpe de dos tablas entrechocando, y, como por encanto, cesó todo aquel estruendo. El jefe de la tribu avanzó hasta el pie de la escalinata y, en nombre de todos mis parientes allí reunidos, me arengó con una voz magnífica, deseándome prosperidades y una larga vida, en un discurso que yo mismo le había hecho aprender. Y, en efecto, ¡oh mi señor!, todo sucedió como lo había previsto la adolescente. El jeque del Islam, oyendo por boca del jefe de aquella tropa la explicación de todo aquel jaleo, pidió mi confirmación, y yo le aseguré que, efectivamente, era primo de todas aquellas gentes, por parte de padre y de madre, que yo mismo era hijo de un exhibidor de monos, y así, palabra por palabra, dije mi papel, ideado por la adolescente y que tú ya conoces, ¡oh rey de los tiempos! El jeque del Islam, cambiando de color y muy indignado, me dijo: “¡Tú no puedes continuar en la casa y en la familia del jeque del Islam, puesto que, por tu condición, estás expuesto a que te escupan en la cara y a que te traten con menos respeto que a un perro cristiano o a un puerco judío!”. Yo empecé respondiendo: “¡Por Alá, yo no me divorciaría de mi esposa aunque me ofrecieran el reino del Irak!”. El jeque, que sabía muy bien que el divorcio por la fuerza estaba prohibido por el Schariat, me llevó aparte y me suplicó en todos los términos que consintiera en el divorcio, diciéndome: “¡Vela por mi honor y Alá velará por el tuyo!”. Yo, como tenía previsto, acabé por condescender y consentí en el tal divorcio, pronunciando ante testigos y refiriéndome a la hija del jeque del Islam: “¡Yo la repudio!, una vez, dos veces, tres veces, ¡yo la repudio!”; fórmula legal del divorcio irrevocable. Después, puesto que era requerido para ello por el padre mismo de mi esposa, me hallé dispensado en el acto de todo rescate, pensión o viudedad y liberado de la más espantosa pesadilla que pueda sufrir un ser humano. Sin perder el tiempo en saludar siquiera al que había sido durante una

noche el padre de mi esposa, eché a correr sin mirar atrás, y llegué, casi sin aliento, a mi tienda, donde me esperaba la adolescente del perfecto amor. Con las más dulces palabras me deseó la bienvenida, y con las más gentiles maneras me felicitó por mi éxito, diciéndome: “¡Y ahora he aquí llegado el momento de nuestra unión! ¿Qué piensas tú de ello, mi amo?”. Yo respondí: “¿Será aquí, en mi tienda, o en tu casa?”. Y ella, sonriente, repuso: “¡Oh pobre, tú no sabes nada del cuidado que una mujer debe tener de su persona para hacer las cosas como deben hacerse! ¡Es preciso que sea en mi casa!”. “¡Por Alá, oh mi soberana! —repuse yo—, ¿desde cuándo el lirio o la rosa necesitan ir a la casa de baños? ¡Mi tienda es lo bastante grande para albergarte, lirio o rosa; y si no estuviera ella, quedaría mi corazón!”. “En verdad que tú exageras —contestó ella, sonriendo—, y he aquí que pareces corregido de tus antiguos modales, tan ordinarios. Ahora sabes hacer un cumplido perfectamente —y añadió—: ¡Levántate, cierra la tienda y sígueme!”. Ahora bien, yo, que no deseaba otra cosa, me apresuré a responder: “Escucho y obedezco”; y saliendo el último de mi tienda, la cerré con llave y seguí, a diez pasos de distancia, al grupo formado por la adolescente y sus esclavas. De esta suerte llegamos ante un palacio, cuya puerta se abrió al aproximarnos, y, a la entrada, dos eunucos se me acercaron para rogarme que les permitiera acompañarme hasta el baño. Decidido a dejar hacer sin pedir explicaciones, me dejé conducir por los eunucos. Se me hizo tomar un baño de limpieza y refresco, después de lo cual, cubierto con finos vestidos y perfumado con ámbar chino, fui llevado a las habitaciones interiores, donde me esperaba, echada indolentemente sobre un lecho de brocado, la adolescente de mis deseos y del perfecto amor. En cuanto nos quedamos solos, me dijo: “¡Ven aquí, ven, por Alá! ¡Es preciso que seas simple de toda simplicidad, para haber rehusado antes las delicias de una noche como esta! Pero no quiero que te turbes, y evitaré recordarte lo pasado”. Yo, ¡oh mi señor!, a la vista de aquella adolescente, ya completamente desnuda, tan blanca y tan fina, tan maravillosa en sus partes delicadas como en la opulencia de su redondeado trasero y en las cualidades excelentes de sus diversos atributos, sentí deseos acuciantes de reparar en el acto todas mis torpezas anteriores, y me dispuse para el primer asalto. Pero ella me detuvo con un gesto y, sonriendo, me dijo: “Antes del combate, ¡oh jeque!, es preciso que yo sepa si conoces el nombre de tu adversario. ¿Cómo se llama?”. “La fuente de las gracias”, contesté yo. “¡Oh, no!”, dijo ella; y yo: “El padre de las blancuras”; y ella: “¡Oh, no!”; y yo: “El más dulce manjar”; y ella: “¡Oh, no!”; y yo: “El sésamo descortezado”; y ella: “¡Oh, no!”; y yo: “La albahaca de los puentes”; y ella: “¡Oh, no!”; y yo: “El mulo reacio”; y ella: “¡Oh no!”; y yo: “¡Por Alá, oh mi dueña, que ya no conozco más que un nombre que le conviene mejor que otro alguno: el albergue de mi padre Mansur!”; y ella: “¡Oh, no!”; y añadió: “¡Oh hombre! ¿Qué te enseñaron, pues, los sabios teólogos y los maestros de gramática?”. “Nada de nada”, repuse yo; y ella continuó: “Entonces, escucha; he aquí algunos de sus nombres: el estornino mudo, el cordero tierno, la lengua silenciosa, la elocuencia sin palabras, el torno adaptable, la grapa a medida, el

mordedor rabioso, el sacudidor infatigable, el abismo magnético, el pozo de Jacob, la cuna del niño, el nido sin huevos, el pájaro sin plumas, el gato sin bigotes, el ave sin voz y el conejo sin orejas”. Terminado así de ilustrar mi entendimiento y de aclarar mi juicio, me aprisionó entre sus brazos y piernas, diciéndome: “¡Ah, mi timbal, sé rápido en el asalto, tardo en la retirada, ligero de peso, sólido en el empuje, buen nadador de fondo, tapón hermético y acometedor sin tregua! Es detestable aquel que se levanta una o dos veces para en seguida sentarse, el que yergue la cabeza para luego bajarla, el que se pone en pie y se deja luego caer. ¡Ea! ¡A ello! ¡Ah valiente! ¡Oh atrevido!”. Y yo, ¡oh mi señor!, respondí: “¡Por tu vida, oh mi ama, procedamos por orden!”, y añadí: “¿Por dónde es preciso empezar?”; y ella repuso: “A tu elección lo dejo”. “¡Demos primero su grano al estornino mudo!”, dije yo; y ella contestó: “¡Ello espera, él lo espera!”. Entonces, ¡oh mi amo el sultán!, dije a mi niño: “¡Satisfaz al estornino!”, y el niño respondió por el oído y la obediencia, siendo tan liberal y generoso en la pitanza del estornino mudo, que este empezó de pronto a expresarse en la lengua de los estorninos, exclamando: “¡Que Alá aumente tus bienes, que Alá aumente tus bienes!”. En seguida dije a mi niño: “¡Ahora haz tus cumplidos al cordero tierno, que te está esperando!”, y el niño hizo al cordero en cuestión los más profundos saludos, respondiendo este en su lenguaje propio: “¡Que Alá aumente tus bienes, que Alá aumente tus bienes!”. Y volví a decir a mi niño: “¡Habla ahora a la lengua silenciosa!”, y el niño frotó con sus dedos a la silenciosa lengua, que, con armoniosa voz, dijo en seguida: “¡Que Alá aumente tus bienes, que Alá aumente tus bienes!”. De nuevo dije a mi niño: “¡Apacigua al mordedor rabioso!”, y acaricié al enrabiado mordedor con tales precauciones, y tan bien lo hizo, que salió de entre sus fauces sin daño y sin rabia, dejándole tan satisfecho del trabajo y del coraje puesto en la tarea, que exclamó: “¡Te rindo homenaje, ah qué brebaje!”. Insistí con mi niño, y le dije: “¡Colma ahora el pozo de Jacob, oh tú, más paciente que Job!”, y el niño respondió: “¡Estoy dentro de él, estoy dentro de él!”, y el pozo en cuestión fue colmado, sin fatiga ni objeciones, y tapado sin dejar resquicio. Volví a insistir con mi niño, y le dije: “¡Recalienta al pájaro sin plumas!”, y el niño actuó como el martillo sobre el yunque hasta que el pájaro, recalentado, dijo: “¡Ya humeo, ya humeo!”. Aún exigí de mi niño: “¡Ahora dale grano al pollo sin voz!”, y el niño, sin decir no, dio grano en profusión al ave en cuestión, que se puso a cantar, diciendo: “¡Oh, qué bendición, qué bendición!”. Y ya no dejé de recomendar al niño: “¡No te olvides de ese buen conejo sin orejas, y sácale de su sueño!”, y el niño, siempre despierto, habló al conejo, aunque este no tuviera orejas, y le dio tan buenos consejos, que le hizo exclamar: “¡Qué maravilla, qué maravilla!”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CUARENTA Y DOS

Schehrazada dijo:

—«Yo, ¡oh mi señor!, continué animando al niño para que siguiera conversando de esta suerte con su adversario, cambiando de tema cada vez y desviando la conversación según la índole de cada atributo, tomando lo que se le daba y dando lo que se le pedía, sin olvidar al gato sin bigotes ni a la cuna, que halló bien caldeada; al nido sin huevos, que encontró muy acogedor; a la grapa a la medida, afrontada sin sufrir desolladuras; al abismo magnético, donde se zambulló oblicuamente para preservarse del equívoco, obligando a la propietaria a pedir gracia, exclamando: “¡Yo abduco, yo abduco, ah qué garrote!”, sin olvidar tampoco al torno adaptable, de donde salió aún más vulnerable y crecido, ni, en fin, al albergue del padre Mansur, más caliente que un horno y del que salió más grueso y contundente que al entrar. Y no cesó la lucha, ¡oh mi señor!, hasta que llegó la mañana, y, con ella, la hora de recitar la oración y de ir al baño. Cuando nos reunimos de nuevo para el desayuno, la adolescente del perfecto amor me dijo: “¡Por Alá, que has quedado a la mayor altura; la suerte me ha favorecido al decidirme a poner los ojos en ti! Ahora bien; hemos de tratar de hacer lícita nuestra unión. ¿Qué piensas tú de ello? ¿Quieres seguir a mi lado según la ley de Alá, o renunciar para siempre a volver a verme?”. Yo respondí: “¡Antes la muerte que dejar de contemplar tu rostro esplendoroso, oh mi dueña!”. “En ese caso —repuso ella—, necesitamos al cadí y a los testigos”; y, enviando a buscarlos, sobre la marcha se suscribió nuestro contrato matrimonial, después de lo cual hicimos juntos nuestra primera comida, y, esperando a que terminara nuestra digestión, para evitar todo riesgo de mal de vientre, reanudamos nuestros retozos y divertimientos, empalmando el día con la noche. De esta manera, ¡oh mi señor!, viví con la adolescente del perfecto amor durante treinta días y treinta noches, cepillando lo que había que cepillar, limando lo que era menester limar, y rellenando lo que debía rellenarse, hasta que un día, acometido por una especie de vértigo, me vi obligado en la precisión de decir a mi compañera: “No sé por qué, pero ¡por Alá!, que hoy no puedo entrar por duodécima vez en el albergue”. Y entonces ella exclamó: “¿Cómo, cómo? ¡Pero si esa duodécima vez es la más necesaria! ¡Las otras no cuentan!”. “¡Imposible, imposible!”, repuse yo; y ella, echándose a reír, añadió: “Necesitas reposo. ¡Te lo daremos!”. Y no oí más; las fuerzas me abandonaron y reulé, como asno sin cabezal, hasta caer al suelo, desvanecido. Cuando volví de mi desvanecimiento, me hallé encadenado en este manicomio en compañía de mis camaradas, estos dos honorable jóvenes, y los guardianes, a quienes interrogué, me dijeron: “Estás aquí para que reposes, para que reposes”. Ahora bien, yo, ¡por tu vida,

oh mi amo el sultán!, me siento ya bien descansado y recuperado, y solicito de tu generosidad que procures mi reunión con la adolescente del perfecto amor. En cuanto a decirte su nombre y cualidad, esto sobrepasa mis conocimientos. Te he referido todo cuanto sé, y tal es, en buen orden y perfecta sucesión de sus peripecias, mi verdadera historia. ¡Pero Alá es más sabio!». Cuando el sultán Mahmud y su visir, el antiguo sultán-derviche, acabaron de oír esta historia del segundo hombre, se maravillaron extremadamente del orden y claridad con que les había sido referida, y el sultán dijo al joven: «¡Por mi vida; aunque el motivo de tu encierro hubiera sido lícito, yo te libertara después de haberte escuchado!»; y añadió: «¿Podrás llevarnos al palacio de la adolescente?». «Podría hacerlo con los ojos cerrados», repuse yo. Y entonces el sultán, su visir y el chambelán, que era el antiguo primer loco, se levantaron y, después de librarle de sus cadenas, el sultán dijo al hombre: «Ve delante y llévanos a casa de tu esposa». Ya los cuatro se disponían a salir, cuando el tercer loco, que aún tenía su cuello sujeto por la cadena, exclamó: «¡Oh mis amos, Alá sobre todos nosotros, antes de partir escuchad mi historia, pues ella es más extraordinaria que la de mis dos compañeros!». Y el sultán le dijo: «Apacigua tu corazón y calma tu espíritu, puesto que no tardaremos en volver». Precedidos por el joven, anduvieron hasta llegar ante un palacio, a cuya puerta el sultán exclamó: «¡Por Alá; confundido sea Eblis el tentador! ¡Este palacio, oh amigos míos, es la morada de la tercera hija de mi tío el difunto sultán! ¡Nuestro destino es un prodigioso destino! ¡Alabanzas a aquel que reúne lo que estaba separado y reconstituye lo que se hallaba disociado!». Y, seguido por sus dos compañeros, entró en el palacio, haciendo anunciar su llegada a la hija de su tío, que se apresuró a presentarse ante él. Era, en efecto, la adolescente del perfecto amor, quien, besando la mano del sultán, esposo de su hermana, se declaró muy sumisa y obediente a sus órdenes. El sultán le dijo: «¡Oh hija de mi tío! Te traigo a tu esposo, este excelente buen mozo, a quien nombro desde este momento mi segundo chambelán, y que será en adelante mi comensal y compañero de copa. Conozco su historia y el pasajero equívoco que ha tenido lugar entre vosotros dos, pero la cosa no se volverá a repetir, puesto que él se encuentra ahora descansado y remozado». La adolescente respondió: «Escucho y obedezco, y desde el momento en que él está bajo tu salvaguardia y garantía, asegurándome que se encuentra restablecido, consiento en vivir de nuevo con él». Y el sultán añadió: «¡Gracias te sean dadas, oh hija de mi tío; quitas un gran peso de mi corazón! —y prosiguió—: Permite ahora que nos lo llevemos solo por una hora, pues hemos de escuchar juntos una historia que promete ser de todo punto extraordinaria». Y pidiendo licencia a la adolescente salió con el joven, ahora ya su segundo chambelán, y sus otros dos acompañantes. Cuando llegaron al manicomio fueron a sentarse frente al tercer loco, que los esperaba como sobre ascuas, quien, aún con la cadena a su cuello, en seguida empezó así su historia:

«Yo era todavía un niño, ¡oh mis señores!, cuando mis padres murieron en la misericordia del retribuidor. Fui recogido por unos vecinos compasivos y tan pobres como nosotros, que, careciendo incluso de lo imprescindible, no podían soportar los gastos de mi instrucción y me dejaron vagabundear por las calles con la cabeza descubierta, lo mismo que mis piernas, sin más vestidos que la mitad de una camisa de algodón azul. No debía resultar demasiado desagradable mi aspecto cuando los transeúntes que me veían cocerme al sol se paraban frecuentemente para exclamar: “¡Que Alá preserve a este niño del mal de ojo! ¡Es tan bello como un trozo de luna!”. A veces, alguno de entre ellos compraba garbanzos tostados o caramelo amarillo y blando, de ese que se estira hasta parecer un bramante, y, dándomelo, me acariciaban la mejilla, pasaban la mano sobre mi cabeza, o me tiraban cariñosamente del mechón o tupé que llevaba en lo alto de mi cabeza afeitada. Yo, abriendo una boca enorme, me tragaba de una sola vez todas aquellas golosinas, causando admiración a los que me contemplaban y envidia a los pilluelos que jugaban conmigo. De esta manera se desenvolvió mi vida hasta que cumplí los doce años de edad. Ahora bien; uno de tantos días había ido con mis camaradas habituales a buscar nidos de gavián y de cuervo en lo alto de los muros de una casa en ruinas, cuando advertí, en una choza recubierta con ramaje de palmera al fondo de un patio abandonado, la forma imprecisa e inmóvil de un ser viviente. Sabiendo que los genios y trasgos suelen frecuentar las casas deshabitadas, pensé: “¡Ese es un trasgo!”. Y, temblando de espanto, caí rodando desde lo alto de las ruinas y eché a correr, tratando de poner distancia entre el supuesto trasgo y yo. Pero una voz muy dulce, que salía de la choza, me llamaba diciendo: “¿Por qué huyes, niño hermoso? ¡Ven a gozar de la sabiduría! ¡Acércate a mí sin miedo! No soy ni un genio ni un espíritu maligno, sino un ser humano que vive en la soledad y la contemplación...”. En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CUARENTA Y TRES

Dijo Schehrazada:

—“¡Ven, hijo mío, y te enseñaré la ciencia!”. Y yo, obligado por una fuerza irresistible, interrumpí mi huida y volví sobre mis pasos, dirigiéndome a la choza mientras la dulce voz seguía diciéndome: “¡Ven, niño bello, ven!”. Y entré en la choza, donde hallé a un anciano muy anciano que debía de tener un número incalculable de años. Su rostro, a pesar de la mucha edad, resplandecía como el sol, y, al verme, dijo: “¡Bien venido el huérfano, que llega hasta mí para ser el heredero de mis enseñanzas!”. Y todavía me dijo: “Seré para ti padre y madre al mismo tiempo”.

Y, cogiéndome una mano, añadió: “Tú serás el discípulo que al correr de los años se convertirá a su vez en maestro de otros discípulos”. Y después de expresarse así me dio el beso de la paz y me hizo sentar a su lado, comenzando inmediatamente mi instrucción. Yo quedé subyugado por sus enseñanzas y por la belleza de sus palabras, renunciando sin esfuerzo a mis camaradas y a mis juegos, y él vino a ser, efectivamente a la vez, mi padre y mi madre. Yo le demostré desde el primer momento un profundo respeto, una gran ternura y una sumisión sin límites; y así pasaron cinco años, durante los cuales adquirí una buena instrucción, alimentando mi espíritu con el pan de la sabiduría. Pero ¡oh mi señor!, toda ciencia es vana si no se siembra en terreno de buena naturaleza, pues a la primera pasada del rastrillo de la locura, llevándose la capa fértil, solo queda la esterilidad por debajo. ¡Muy pronto iba a experimentar en mí mismo la fuerza de los instintos, imponiéndose victoriosos sobre los preceptos! Un día, en efecto, el sabio anciano, mi amo, me envió a mendigar al patio de la mezquita para atender a nuestra subsistencia; yo me apliqué a la tarea, y, luego de haber sido favorecido por la generosidad de los creyentes, salí de la mezquita y tomé el camino de regreso a nuestra soledad: Pero durante el trayecto, ¡oh mi señor!, me crucé con un grupo de eunucos, en medio de los cuales marchaba airoso una adolescente velada, en cuyos ojos, bajo el velo, me pareció ver todo el cielo contenido. Los eunucos iban provistos de largos bastones, con los que apartaban a los transeúntes, despejando el camino que seguía su ama. Por todas partes oí a la gente murmurar: “¡La hija del sultán, ahí va la hija del sultán!”. Y yo, ¡oh mi señor!, regresé junto a mi amo con el ánimo conturbado y el cerebro en desorden, olvidando de repente las máximas de mi maestro, los cinco años de sabiduría y los preceptos de la renunciación. Mi amo me miró tristemente mientras yo lloraba, y se nos pasó toda la noche, uno al lado del otro, sin pronunciar ni una sola palabra. A la mañana siguiente, después de besarle la mano como de costumbre, le dije: “¡Oh padre mío; perdona a tu indigno discípulo, pero es preciso que vuelva a ver a la hija del sultán, aunque solo sea para dirigirle una sola mirada!”. “¡Oh hijo mío! —respondió mi amo—, puesto que tu alma así lo desea, verás a la hija del sultán; pero piensa en la distancia que hay entre los sabios solitarios y los reyes de la tierra. ¡Oh mi hijo, oh objeto de mi ternura!, ¿olvidas que la sabiduría es incompatible con la frecuentación de las hijas de Adán, sobre todo cuando, además, son hijas de reyes? ¿Es que vas a renunciar a la paz de tu corazón? ¿Quieres que muera yo persuadido de que con mi muerte desaparece el último guardador de los preceptos de la soledad? ¡Oh hijo mío; en nada hay tantas riquezas como en la renunciación y nada es tan hermoso como la soledad!”. Yo respondí: “¡Oh padre mío, de no poder ver a la princesa, aunque solo sea para dirigirle una sola mirada; yo moriré!”. Entonces mi maestro, que me quería, viendo mi tristeza y aflicción, dijo: “¡Oh hijo!, ¿con una sola mirada a la princesa quedarían satisfechos todos tus deseos?”. “Sin duda alguna”, respondí yo. Y a continuación mi amo, suspirando, se acercó a mí, me aplicó sobre los ojos una especie de ungüento, y la mitad inferior de mi cuerpo desapareció al momento, no

quedando en mí visible más que la mitad de un hombre; un tronco dotado de movimiento. En seguida, el maestro me ordenó: “Vete ahora al centro de la ciudad y alcanzarás lo que desees”. Yo respondí por el oído y la obediencia y en un abrir y cerrar de ojos estuve en la plaza pública, donde me vi rodeado, en cuanto llegué, de una numerosa multitud. Todos me contemplaban estupefactos y de todas partes acudían gentes deseosas de ver un ser tan singular, que no tenía de hombre sino una mitad y que se movía con tanta rapidez. La noticia de tan extraño fenómeno cundió en seguida por toda la ciudad y llegó hasta el palacio donde vivía con su madre la hija del sultán, y deseando ambas satisfacer su curiosidad enviaron a sus eunucos para que me llevaran ante ellas. Fui conducido al palacio e introducido en el harén, donde la princesa y su madre satisficieron su curiosidad respecto de mí, y así pude mirar a la princesa. Después ordenaron a los eunucos que me recogieran y me dejaran en el lugar de donde me habían traído. Yo, atormentado en mi alma como jamás lo había estado y derrumbado interiormente, volví a la choza junto a mi amo. Lo hallé acostado sobre la estera, sintiendo una gran opresión en el pecho y amarillo como si estuviera agonizando; pero tenía yo mi corazón demasiado apesadumbrado por otras causas para atormentarme por ello. A poco de llegar, mi amo, con una voz muy débil, me preguntó: “¿Has visto, hijo mío, a la hija del sultán?”. “Sí —respondí—, pero mejor fuera no haberla visto. En adelante no hallaré reposo para mi espíritu mientras no consiga sentarme cerca de ella y saciar mis ojos del placer de contemplarla”. Y exhalando un profundo suspiro, mi amo me dijo: “¡Oh mi bien amado discípulo; tiemblo por la paz de tu corazón! ¿Qué relación puede existir jamás entre aquellos que viven en la soledad y aquellos otros que tienen el poder?”. Y yo respondí: “¡Oh padre mío!; mientras no repose mi cabeza al lado de la suya, mientras no pueda mirarla ni acariciar con mi propia mano su cuello encantador, me creeré el más desgraciado de los hombres y moriré de desesperación”. Entonces mi amo, que me quería entrañablemente, temiendo a la vez por mi razón y por la paz de mi corazón, dijo, mientras le acometían unos dolores convulsivos: “¡Oh hijo mío lleno de vida; ya que te olvidas de cómo la mujer es perturbadora y de cómo nos pervierte, ve a satisfacer tus deseos!; pero, como último favor, te suplico que caves aquí mismo mi sepultura y que me entierres sin colocar piedra ni indicación alguna sobre el sitio de mi reposo; y ahora, hijo mío, inclínate hacia mí para que pueda proporcionarte el medio de alcanzar tus deseos”. Así lo hice, ¡oh mi señor!, y mi amo aplicó sobre mis pupilas una especie de polvo negro muy fino, diciéndome: “¡Oh mi discípulo; he aquí que por la virtud de estos polvos quedas invisible para los ojos de los hombres, y así, podrás satisfacer todos tus deseos sin temor! ¡Que las bendiciones de Alá lleguen hasta ti y te preserven, en la medida de lo posible, de las asechanzas de las malditas que siembran la turbación entre los elegidos para la soledad!”. Después de hablar así, todo fue para mi venerable maestro como si nunca hubiera sido, y yo me apresuré a sepultarlo en la fosa que cavé bajo la cabaña donde había vivido. ¡Que Alá lo haya acogido en su misericordia, reservándole un lugar entre los elegidos! Concluida mi

piadosa tarea me apresuré a correr hacia el palacio de la hija del sultán. Ahora bien, como yo era invisible para los ojos de los hombres, entré en el palacio sin ser advertido, me encaminé al harén y seguí adelante hasta la habitación de la princesa. Estaba esta acostada en su lecho durmiendo la siesta y, por todo vestido, solo tenía encima una camisa de tisú de Mosul. Yo, ¡oh mi señor!, que durante toda mi vida anterior no había tenido ocasión de ver una mujer desnuda, me emocioné tanto que, en un momento, olvidé toda prudencia y todos los preceptos y grité: “¡Por Alá!”, tan fuerte que la adolescente, entreabriendo los ojos, dio un suspiro, medio desvelándose, y se volvió del otro lado en su lecho. No pasó más, afortunadamente, y yo, ¡oh mi señor!, vi entonces lo inexpresable. Pero lo que más me llamó la atención fue que una niña tan endeble y tan fina tuviera un trasero tan voluminoso. Muy asombrado, me aproximé más, sabiéndome invisible, y, con toda delicadeza, pasé mis dedos por aquel hermoso culo para palparlo y quedar satisfecho en este respecto. Lo encontré lleno, rebosante, lustroso y aterciopelado; pero no salía de mi asombro viendo su tamaño, y me preguntaba: “¿Por qué es tan grueso? ¿Cómo puede ser tan grande?”. Y reflexionando sobre ello sin encontrar una respuesta satisfactoria, me apresuré a tomar contacto con la adolescente, adoptando infinitas precauciones para no despertarla. Cuando juzgué que ya había pasado el peligro de los primeros momentos me aventuré a ensayar algún pequeño primer movimiento, y, dulcemente, muy dulcemente, el niño que tú sabes, ¡oh mi señor!, entró en el juego cuando le llegó su turno, pero se guardó muy bien de ser grosero o usar procedimientos reprensibles de no importa qué clase, contentándose solamente con trabar conocimiento con quien no conocía. Y nada más, ¡oh mi señor!, sino que ambos, el niño que sabes y yo, juzgamos que esta primera vez, como experiencia, era suficiente para permitirnos formar juicio. Mas he aquí que el tentador, en el preciso momento en que iba a levantarme, me empujó a pellizcar a la adolescente justamente en medio de una de sus dos asombrosas redondeces, cuyo volumen me tenía perplejo. No pude evitar la tentación y pellizqué, en efecto, a la joven, en una de sus redondeces. Y, ¡alejado sea el maligno!, la impresión que sufrió debió de ser tan viva que esta vez despertó del todo y, saltando del lecho dio un grito de espanto y llamó a su madre a grandes voces».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CUARENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—«Ahora bien, alarmada por los gritos de terror y las voces de socorro de su hija,

la madre acudió presurosa, pisándose los bajos del vestido y seguida por la vieja nodriza de la adolescente y los eunucos. La joven continuaba gritando y tenía una mano puesta sobre el sitio donde había sido pellizcada. Yo, refugiado en un rincón, me encomendé a Alá mientras la madre y la vieja nodriza preguntaban a un mismo tiempo a la joven: “¿Qué es ello, qué te ocurre? ¿Por qué pones una mano sobre tu pecho? ¿Qué le sucede al honorable? ¡Enséñanos lo que tiene tu honorable y abundoso pecho!”. Luego la nodriza se volvió hacia los eunucos y, dirigiéndoles una mirada de través, les ordenó: “¡Apartaos un momento!”. Y los eunucos se alejaron, maldiciendo entre dientes a la fastidiosa vieja. Todo esto sucedía y yo lo veía sin ser visto gracias a los polvos de mi difunto maestro, ¡que Alá lo tenga en su gracia! Después que la madre y la nodriza hubieron acosado a la joven con apremiantes preguntas, tratando de averiguar la causa de todo aquello, la adolescente, ruborizándose, acabó por decir: “¡Esto, es esto! ¡El pellizco!”. Las dos mujeres miraron entonces y vieron, marcada en el pecho de la adolescente, la roja señal de mis dedos pulgar e índice, y, retrocediendo asombradas, exclamaron: “¡Oh maldita!, ¿quién te ha hecho eso?”. “¡No lo sé! ¡Yo no lo sé! —dijo la joven, echándose a llorar, y añadió—: ¡He sido pellizcada, como veis, mientras soñaba que estaba comiéndome un grueso cohombro!”. Oyendo esto, las dos mujeres, al mismo tiempo, se pusieron a mirar detrás de las cortinas, debajo del lecho y entre el mosquitero, y, no encontrando nada sospechoso, dijeron a la adolescente: “¿Estás bien segura de no haberte pellizcado tú misma mientras dormías?”. “¡Preferiría morir antes que pellizcarme tan cruelmente!”, respondió ella. Y la vieja nodriza opinó entonces: “¡No hay recursos y poder más que en Alá, el altísimo, el omnipotente! El que ha pellizcado a nuestra niña es un innumerable entre los muchos innumerales que pueblan los aires. Ha debido de entrar por esa ventana abierta y, al ver a la niña dormida con el pecho al descubierto, no ha podido resistir a la tentación de darle un pellizco. Esto es lo que con toda seguridad ha ocurrido”. Después de hablar así, corrió a cerrar la ventana y la puerta y añadió: “Antes de poner a la niña una compresa de agua fría y vinagre es preciso ahuyentar al maligno con el único procedimiento eficaz que hay para ello: quemar dentro de la habitación boñigas de camello, pues el olor que despiden este excremento al ser quemado es incompatible con el olfato de los genios, trasgos y todos los demás innumerales y, además, yo sé las palabras que hay que pronunciar durante la fumigación”. En seguida llamó a los eunucos, agrupados detrás de la puerta, y les ordenó: “¡Id a prisa a buscar un cesto de boñigas de camello!”. En tanto que los eunucos fueron a ejecutar esta orden, la madre se acercó a su hija y le preguntó: “¿Estás segura, hija mía, de que el malo no te ha hecho nada más? ¿No has notado nada de lo que yo quiero decir?”. Y la joven respondió: “¡No lo sé!”. Entonces la madre y la nodriza examinaron de cerca lo que había que examinar y comprobaron, ¡oh mi señor!, que, como ya he dicho, todo estaba en su lugar en el cuerpo de la adolescente, sin que hubiera señales de violencia ni por detrás ni por delante; pero la nariz de la maldita nodriza era perspicaz y debió notar cierto tufillo,

que la hizo decir: “Yo encuentro en la niña el olor de un genio maligno”. Y gritó a los eunucos: “¿Dónde están las boñigas, malditos?”. En este momento llegaban los eunucos con el cesto, y, a través de la puerta entreabierta, se lo entregaron a la vieja. La nodriza, después de retirar el tapiz que cubría el suelo, vertió el contenido del cesto sobre las losas de mármol y le puso fuego, murmurando palabras ininteligibles mientras se quemaba y trazando en el aire signos mágicos. Y he aquí que el humo de las boñigas quemadas, llenando en seguida la estancia, afectó a mis ojos de manera tan insoportable, que me vi obligado a enjugármelos repetidas veces con los bajos de mi vestido, sin reflexionar, ¡oh mi señor!, en que a ciencia y paciencia y a medida que ejecutaba esta maniobra, iba quitándome los polvos que me hacían invisible, y de los que, por imprevisión, había olvidado proveerme antes de la muerte de mi amo. Y, en efecto, de repente las tres mujeres comenzaron a dar gritos de espanto, señalando el sitio donde yo me encontraba, y exclamando: “¡Ahí está el maligno, el maligno, el maligno!”; y llamando en su socorro a los eunucos, estos invadieron la estancia y se arrojaron sobre mí, dispuestos a exterminarme. Yo, dando voces espantables, les grité: “¡Si me hacéis el menor daño, llamaré en mi ayuda a los genios, mis hermanos, que os destruirán y harán que se derrumbe este palacio sobre las cabezas de todos sus habitantes!”. Entonces ellos tuvieron miedo y se contentaron con sujetarme, mientras la vieja me gritaba: “¡Mis cinco dedos de la mano derecha sobre tu ojo izquierdo y los de la izquierda en tu ojo derecho!”. “¡Cállate, maldita bruja —dije yo—, o llamo a mis hermanos los genios, que en un momento te dejarán tan larga como ancha!”. También la bruja tuvo miedo, y se calló; pero al cabo de un momento dijo: “Puesto que se trata de un genio, no podemos matarlo; pero sí encerrarlo para el resto de su vida”; y dirigiéndose a los eunucos, les ordenó: “¡Llevalle al manicomio, echad una cadena a su cuello, sujetad esta al muro y decid a los guardianes que si le dejan escapar serán muertos en el acto!”. Y en seguida los eunucos me trajeron aquí, ¡oh mi señor!, dejándome, con dos palmos de narices, en este manicomio, donde encontré a mis dos compañeros, ahora tus honorables chambelanes. Tal es mi historia, ¡oh mi señor el sultán!, y tal el motivo de mi encierro en esta prisión de locos y de esta cadena que atenaza mi cuello. Te he referido todo, desde el principio hasta el fin, y espero en Alá y en ti que, absuelto de mi yerro, tu bondad me saque de aquí, descorriendo estos cerrojos y llevándome, no importa adónde, fuera de este encierro. Lo mejor sería convertirme en el esposo de la princesa por la que aún estoy loco. ¡Y el altísimo está por encima de nosotros!». Cuando el sultán Mahmud acabó de escuchar esta historia, se volvió hacia su visir, el antiguo sultán-derviche, y le dijo: «He aquí cómo el destino ha ordenado los acontecimientos en nuestra familia. La princesa de la que está enamorado este joven es la última hija del sultán difunto, padre de mi esposa; ahora solo nos queda dar a este asunto la solución que reclama». Y dirigiéndose al hombre, dijo: «En verdad que tu historia es muy interesante e incluso si tú no me hubieras pedido en matrimonio a la hija de mi tío, yo te la habría otorgado, para testimoniarte la complacencia con que he oído tus palabras». Luego le

libró de sus cadenas y le dijo: «Desde ahora serás mi tercer chambelán; y voy a dar las órdenes oportunas para que se celebre tu boda con la princesa cuyas virtudes ya conoces». El joven besó la mano al generoso sultán, y todos salieron del manicomio con dirección al palacio, donde, con ocasión de las dos reconciliaciones precedentes y de los esponsales del tercer presunto loco con la princesa, hubo grandes fiestas y regocijos públicos. Todos los habitantes de la ciudad, grandes y pequeños, tomaron parte en los festines, que duraron cuarenta días con cuarenta noches, para celebrar el matrimonio de la hija del sultán con el discípulo del sabio y la unión de aquellos a quienes la fatalidad había desunido. Y todos vivieron, rodeados de las delicias de la intimidad y de las alegrías de la amistad, hasta la llegada de la inevitable separación. Tal es, ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada—, la *Historia complicada del adulterino simpático*, quien, siendo sultán, pasó a ser derviche errante para luego ser elegido visir por el sultán Mahmud, y de lo que le ocurrió con su amigo y con los tres jóvenes encerrados como locos en el manicomio. ¡Pero Alá es más grande, más generoso y más sabio! —y, sin detenerse, añadió—: Pero no creo que esta historia sea más asombrosa ni más instructiva que la que se titula *Palabras sobre las noventa y nueve cabezas cortadas*.

Y el rey Schahriar exclamó:

—¿Qué palabras son esas, Schehrazada, y qué cabezas cortadas, de las que nunca oí hablar?

Y Schehrazada dijo:

HISTORIA DE LAS NOVENTA Y NUEVE CABEZAS CORTADAS

—Se cuenta que en antiguos tiempos, ¡solo Alá es capaz de distinguir lo real de lo irreal!, vivía en una de las ciudades de los antiguos Rums un rey de grandes prendas y de señalado mérito, poderoso y fuerte por sus ejércitos. Este rey consideraba como el más precioso de sus tesoros a un hijo suyo, adolescente de perfecta hermosura, que no solo era hermoso en extremo, sino que, además, estaba dotado de una sabiduría que maravillaba a todo el mundo. Por otra parte, esta historia no será más que la confirmación de esta admirable sapiencia y de la hermosura del adolescente príncipe. Para poner a prueba estas cualidades, Alá el altísimo cambió el destino del rey y de la reina, padres del adolescente. En la cima del poderío y de las riquezas, un día se encontraron en su palacio deshabitado, más pobres y miserables que los mendigos que se colocan en el camino de la generosidad. Para el altísimo nada es más fácil que derribar los tronos más sólidos y hacer que en los palacetes vivan animales de presa y pájaros nocturnos.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CUARENTA Y CINCO

Schehrazada dijo:

—Ante aquel inesperado golpe del destino, el joven sintió que su corazón se templaba como la hoja de acero sumergida en el agua, y adoptando la decisión de consolar a sus padres y liberarlos del estado en el que se encontraban, dijo al rey pobre: «¡Padre mío! ¡Por Alá! ¡Dime si prestarías atención a tu hijo, que quiere hablarte!». El rey, levantando la cabeza, respondió: «¡Hijo mío, eres lúcido de entendimiento! ¡Habla y te obedeceremos!»; a lo que el joven contestó: «Levántate, ¡oh mi señor!, y partamos hacia tierras en las que se ignore nuestro nombre, porque ¿acaso es bueno lamentarse ante lo irreparable cuando todavía somos dueños de nuestro futuro? En otra parte encontraremos una nueva vida y renovadas alegrías». El anciano rey respondió: «¡Oh admirable hijo mío! Tu consejo está inspirado por el dueño de la sabiduría. ¡Que el logro de este asunto se deba a Alá y a ti!». El adolescente se levantó, y después de haber hecho los preparativos para el viaje, tomando a sus padres de la mano, salió con ellos en busca del destino. Viajaron a través de llanuras y desiertos y no dejaron de caminar hasta que llegaron a una gran ciudad. El joven dejó que sus padres descansaran a la sombra de las murallas, y entró solo en ella. Los viandantes a los que preguntó le informaron de que aquella población era la capital del reino de un sultán justo y magnánimo que honraba a los reyes y sultanes. Meditó un plan y en seguida regresó al lado de sus padres, y les dijo: «Tengo la intención de llevaros a presencia del sultán de esta ciudad. ¿Qué decís a esto?». Ellos respondieron: «¡Hijo mío! Sabes mejor que nosotros lo que puede convenirnos, ya que el altísimo ha dado ternura a tu corazón e inteligencia a tu espíritu. Nosotros no podemos hacer más que obedecerte con confianza, ya que hemos puesto nuestras esperanzas en Alá y en ti, hijo mío. Todo lo que tú estimes bueno será nuestra alegría». El joven cogió de la mano a sus padres y se encaminó con ellos al palacio del sultán. Dejándolos en el patio del palacio, solicitó ser introducido en el salón del trono para hablar con el rey, y como tenía hermoso y noble aspecto, rápidamente fue conducido a la sala de las audiencias, donde rindió homenaje al sultán, quien a la primera mirada que le dirigió no dudó que era hijo de grandes magnates, y le dijo: «¡Oh joven de clara mirada! ¿Qué es lo que deseas?». El adolescente, después de besar el suelo por segunda vez ante el rey, respondió: «¡Oh amo mío! Tengo conmigo un cautivo, piadoso y creyente, modelo de honestidad, e igualmente tengo una cautiva de agradable carácter, de suaves modales, gracioso lenguaje y llena de buenas cualidades. Los dos han conocido días mejores, mas ahora se encuentran acosados por el destino, y por esto deseo traerlos ante tu alteza, a fin de

que sean tus servidores y esclavos». Cuando el rey escuchó de boca del adolescente estas palabras, pronunciadas con acento agradable, le dijo: «¡Oh adolescente sin par, que vienes a nosotros como llegado del cielo! Puesto que los dos cautivos de que me hablas son de tu propiedad, no pueden dejar de complacerme. Apresúrate a ir en su busca para que yo los vea y te los compre». El joven volvió al lado de los pobres reyes, sus padres, y tomándolos de la mano los condujo a presencia del rey. Este, a la primera mirada que dirigió a los padres del joven, se maravilló, y dijo: «Si estos son los esclavos, ¿cómo serán los reyes? ¿Vosotros dos sois esclavos, propiedad de este joven?». A lo que ellos respondieron: «En verdad que somos esclavos de su propiedad, ¡oh rey de los tiempos!». Entonces, el rey se volvió hacia el joven, y le dijo: «Pon tú mismo el precio que te convenga para la venta de estos dos cautivos, ya que no los hay iguales en las moradas de los reyes». El joven contestó: «¡Oh amor mío! No hay tesoro en el mundo capaz de separarme de estos dos cautivos, pues no te los cedería a peso de oro o plata; más los dejaré en tus manos como depósito hasta el día que fije el destino. Como precio de esta cesión temporal te pido alguna cosa que sea tan preciosa entre las de su clase como ellos dos lo son entre las criaturas de Alá. Por la cesión del cautivo te pido el más bello caballo de tus caballerizas, ensillado y embridado, y por la cesión de la cautiva un equipo como el de los hijos de los reyes, y pongo como condición que el día en que te devuelva el caballo y el equipo tú me devolverás los dos cautivos, que habrán sido una bendición para ti y para tu reino». El sultán respondió: «Sea según tus deseos». Y al instante hizo entregar al joven el más bello caballo que se haya visto nunca bajo la luz del sol, un alazán ardoroso, de cascos inquietos que golpeaban el aire, deseoso de correr y volar, e hizo sacar de los armarios y entregar al adolescente el más bello equipo que caballero alguno haya vestido en torneo, y, al momento, el joven se atavió con él. El nuevo caballero le pareció al rey tan bello, que exclamó: «¡Oh caballero! Si consientes en quedarte a mi servicio te colmaré de honores». El joven contestó: «¡Que Alá alargue tus días, oh rey de los tiempos! Pero mi destino no se encuentra aquí, por lo que es preciso que vaya a buscarlo donde me espera». Habiendo hablado así, dijo adiós a sus padres, solicitó licencia del rey para marchar y partió al galope de su alazán. Atravesó llanuras y desiertos, ríos y torrentes, y no dejó de galopar hasta que llegó a otra ciudad más grande y mejor construida que aquella que había abandonado. Después que entró en ella, un murmullo extraño se elevaba a su paso y exclamaciones de sorpresa y piedad acompañaron cada uno de sus movimientos. Oyó que unos decían: «¡Qué lástima que tan joven y hermoso caballero se exponga a morir sin necesidad!». Otros decían: «Hará el número ciento. Es hijo de un rey y el más bello de todos». Los de más allá decían: «Un adolescente tan tierno no podrá triunfar allí donde tantos han fracasado». Los murmullos y exclamaciones aumentaron a medida que avanzaba por las calles de la ciudad, y el aglomeramiento de gente que alrededor de él se formaba acabó por ser tan denso, que hubo de detener su caballo por temor a lastimar a alguien. Muy perplejo preguntó a aquellos que le cerraban el paso: «¡Oh buenas gentes! ¿Por qué

impedís que un extranjero y su caballo vayan a descansar de sus fatigas? ¿Por qué me negáis tan unánimemente la hospitalidad?». De entre el gentío salió un anciano que, avanzando hacia el joven, y tomando la brida del caballo, le dijo: «¡Oh hermoso adolescente, que Alá te guarde de la desgracia! Nadie puede escapar a su destino, y puesto que este está atado a nuestro cuello, ningún hombre sensato lo pondrá en duda; pero el que alguien, en la flor de la juventud, se lance a la muerte, es signo de demencia. Así, pues, ¡oh noble extranjero!, en nombre de todos los habitantes de esta ciudad, yo te pido que vuelvas sobre tus pasos y no te expongas a una pérdida sin remedio». El adolescente respondió: «¡Oh venerable jeque! No vengo a esta ciudad con la intención de morir. ¿Cuál es el singular suceso que me amenaza y cuál ese peligro de muerte?». El anciano le contestó: «Si, como parecen indicar tus palabras, es verdad que ignoras la desgracia que te espera en el caso de que sigas este camino, yo te la revelaré». Y en medio del silencio de la muchedumbre, dijo: «Sabe, ¡oh hijo de reyes!, que la hija de nuestro rey es una joven princesa que, sin duda, es la más bella de las mujeres de esta época. Ella ha decidido no casarse sino con aquel que responda de manera satisfactoria a todos los problemas que ella le presente; pero la muerte será el castigo de aquel que no pueda adivinar sus pensamientos o no conteste a una pregunta con las palabras precisas. De esta manera, ya ha hecho cortar la cabeza a noventa y nueve jóvenes, todos hijos de reyes, de emires o grandes personajes, entre los que había algunos instruidos en todas las ramas del conocimiento humano. Esta hija de nuestro rey pasa el día en la cima de una torre que domina la ciudad, y desde lo alto de ella hace las preguntas a los jóvenes que se presentan a resolverlas. Así, pues, estás advertido. ¡Alá sobre ti, y que él tenga piedad de tu juventud! ¡Apresúrate a volver con tus padres, no sea que la princesa tenga noticias de tu llegada y te ordene ir a su presencia! ¡Qué Alá te guarde de toda desgracia, oh hermoso adolescente!». Habiendo oído estas palabras del anciano, el joven respondió: «Cerca de esa princesa es donde me llama mi destino. ¡Indicadme el camino!». De entre aquella muchedumbre salió un clamor de suspiros y gemidos, sollozos y lamentaciones, y alrededor del adolescente se oyeron voces que decían: «¡Va hacia la muerte! ¡Es el que hace el número ciento!». Miles de personas cerraron sus tiendas y, escoltándole, abandonaron sus ocupaciones para seguirle. Así hizo el camino que le acercaba a su destino. Pronto llegó a la vista de la torre, y sobre su terraza divisó a la princesa sentada en su trono y revestida con la púrpura real, rodeada de esclavas y adolescentes, como ella, también vestidas con púrpura. Del rostro de la princesa, cubierto con un velo rojo, no se distinguían más que los ojos, que semejaban ser gemas de sombríos reflejos. Suspendidas alrededor de la terraza a iguales distancias una de otras, y debajo de la princesa, se bamboleaban las noventa y nueve cabezas cortadas. El príncipe, a caballo, se situó a corta distancia de la torre, de manera que pudiese ver y oír a la princesa y ser visto y oído por ella. Ante este espectáculo, cesó el tumulto entre la muchedumbre, y en medio de aquel silencio, se oyó la voz de la princesa, que decía: «¡Oh temerario joven! Ya que eres el centésimo,

sin duda estarás prevenido para contestar a mis preguntas».



El joven, erguido sobre su caballo, respondió: «Estoy presto, ¡oh princesa!». El silencio se hizo aún más profundo, y la princesa dijo: «¡Oh joven! Después de verme a mi y a las que me rodean, comienza por decirme, sin titubear, a qué me parezco yo y a qué se parecen estas esclavas que están conmigo en lo alto de esta torre». Después de mirar a la princesa y a las esclavas, el adolescente, sin vacilaciones, respondió: «¡Oh princesa! Te pareces a un ídolo, y ellas semejan las servidoras de un ídolo. Pareces, igualmente, un sol, y las jóvenes que te rodean, los rayos del sol. También te pareces a la luna, y esas jóvenes, a las estrellas que van en su séquito. En fin, yo te comparo al mes de nissán, que es el mes de las flores, y todas esas jóvenes a las flores que él vivifica con su hálito». Cuando la princesa oyó esta respuesta, que la multitud había escuchado con murmullos de admiración, se mostró satisfecha, y dijo: «¡Oh joven! Tu primera respuesta no merece la muerte. Mas, ya que has contestado a mi primera pregunta, comparándome a mí y a estas jóvenes a un ídolo y a las servidoras del ídolo, después al sol y a los rayos del sol, más tarde a la luna y a las estrellas y, finalmente, al mes de nissán y a las flores que nacen en ese mes, ya no te haré preguntas demasiado complicadas ni difíciles de resolver. Ahora te pediré que me digas qué significan estas palabras: “Da a la esposa de occidente el hijo del rey de oriente y de ellos nacerá un niño que será un sultán de hermoso rostro”». Sin dudarlo un momento, el adolescente respondió: «¡Oh princesa! Esas palabras encierran todo el secreto de la piedra filosofal y quieren decir esto: “Corrompe con la humedad que viene de occidente la tierra buena, adámica, de oriente, y de esta corrupción se engendrará el mercurio filosófico, que en la naturaleza es todopoderoso, el cual engendrará el sol y el oro, hijo del sol y la plata, hija de la luna, y convertirá los guijarros en diamantes”». Al oír esta respuesta, la princesa hizo un signo de asentimiento, y dijo: «¡Oh joven! Puesto que has sabido explicar el sentido oculto del matrimonio del hijo de oriente con la hija de occidente, también escapas esta vez a la

muerte que está suspendida sobre tu cabeza; mas ¿podrás decirme qué es lo que da sus virtudes a los talismanes?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CUARENTA Y SEIS

Dijo Schehrazada:

—El adolescente, que continuaba a caballo, respondió: «¡Oh princesa! Los talismanes deben sus sublimes virtudes y sus efectos maravillosos a las letras de que están hechos, porque estas son producto de los espíritus, y no hay en nuestro idioma una sola que no sea gobernada por uno de estos espíritus. Si me preguntas qué es un espíritu, te responderé que es un rayo o una emanación de las virtudes de la omnipotencia y de los atributos del altísimo. Los espíritus que residen en el mundo inteligible obedecen a los que viven en el mundo celeste, y los que habitan en este obedecen a los que lo hacen en el mundo sublunar. Las letras forman las palabras, estas componen las oraciones y los espíritus representados por las letras y reunidos en las oraciones escritas sobre los talismanes, son los que hacen los prodigios que asombran a los hombres vulgares; mas no impresionan a los sabios que conocen el poder de las palabras y saben que estas son las que siempre gobernaron el mundo, y que, escritas o habladas, podrán elevar a los reyes o destruir sus reinos». Al escuchar esta respuesta del adolescente, que la multitud había acogido con exclamaciones de alegría y asombro, la princesa dijo: «¡Oh joven! Has estado excelente al explicarme la potencia de las palabras, que gobiernan el mundo y son más poderosas que todos los reyes. Mas no sé si podrás contestar a esta pregunta: ¿Sabrás decirme cuáles son los dos enemigos eternos?». El adolescente respondió: «¡Oh princesa! No te diré que los dos enemigos eternos son el cielo y la tierra, porque la distancia que los separa no es real, así como tampoco lo es el espacio que hay entre ellos, y estos, que parecen abismos, pueden ser anulados en un instante, y el cielo puede unirse a la tierra en un abrir y cerrar de ojos, ya que para realizar esta unión no son precisos ejércitos de genios o de seres humanos, sino una cosa que es más poderosa que todas las fuerzas de estos y más ligera que las alas del águila o la paloma: la oración. ¡Oh princesa! Tampoco te diré que los dos enemigos eternos son la noche y el día, porque la mañana los une y el crepúsculo los separa día a día. No te diré que los eternos enemigos son el sol y la luna, porque los dos iluminan la tierra y están unidos por los mismos beneficios. Tampoco te diré que los dos enemigos son el alma y el cuerpo, porque, si conocemos el uno, la otra la desconocemos por completo, y no se puede

emitir opinión sobre aquello que no se conoce. ¡Oh princesa! Yo te aseguro que los dos enemigos son la vida y la muerte, ya que la una es nefasta por la otra, y por ello se combaten sin tregua. En verdad he aquí los dos eternos enemigos; enemigos entre ellos y enemigos de todas las criaturas». Al oír esta respuesta, la multitud exclamó al unísono: «¡Alabanzas a aquel que te ha dotado de tanta sabiduría y que ha llenado tu espíritu de razón y saber!». La princesa, sentada en medio de sus esclavas, dijo: «¡Oh joven! Has estado excelente en tu contestación sobre los dos enemigos eternos, enemigos de las criaturas; mas no estoy segura de que puedas contestar a la pregunta que voy a hacerte. ¿Puedes decirme cuál es el árbol que tiene doce ramas, cada una de ellas con dos racimos, de los cuales uno está formado por treinta frutos blancos y el otro por treinta frutos negros?». Sin vacilación, el adolescente respondió: «¡Oh princesa! Ese problema puede ser resuelto por un niño, ya que ese árbol no es otro que el año, que tiene doce meses, cada uno con treinta noches, que son los treinta frutos negros, y con treinta días, que son los treinta frutos blancos». Esta respuesta, acogida, como las anteriores, con grandes muestras de sorpresa, hizo decir a la princesa: «¡Oh joven! ¡Muy bien! Mas ¿puedes decirme cuál es la tierra que no ha visto el sol más que una sola vez?». El príncipe respondió: «Es el fondo del mar Rojo, después del paso de los hijos de Israel a las órdenes de Moisés, ¡para él la oración y la paz!». La princesa continuó: «Ciertamente; pero ¿puedes decirme quién ha inventado el gong?»; a lo que el joven respondió: «No ha sido otro que Noé cuando estaba a bordo del arca». «¡Sí! —respondió la joven—; pero ¿podrás decirme qué cosa es la que, siendo legal, se hace ilegalmente?». El joven respondió: «Es la oración del hombre ebrio». La princesa preguntó: «¿Cuál es el lugar de la tierra que está más próximo al cielo? ¿Es una montaña o una llanura?». Él respondió: «Es la *kaaba* santa, en La Meca». Ella preguntó: «¿Puedes decirme cuál es la cosa amarga que debe tenerse oculta?». El príncipe respondió: «Es la pobreza, ¡oh princesa! Yo, aunque joven, la he padecido y, aunque hijo de rey, he probado su amargura, y la he encontrado más amarga que la mirra y la absenta. Se debe guardar de toda mirada, porque los amigos y vecinos son los primeros en mofarse y las plantas medicinales no ofrecen ningún remedio». Ella asintió, y dijo: «Has hablado según mis ideas, pero ¿puedes decirme cuál es, después de la salud, la cosa más preciosa?». El joven príncipe contestó: «La amistad, cuando es entrañable; más para encontrar un amigo entrañable, es preciso elegirlo primero. Una vez que se ha elegido este primer amigo, el segundo no se hará esperar mucho tiempo. Por esto, antes de elegir es preciso examinarlo bien, para ver si es sabio o ignorante, porque el cuervo se volverá blanco antes que el ignorante comprenda la sabiduría, y porque las palabras del sabio son preferibles a la conversación del ignorante, y porque el sabio consulta a su corazón antes de dejar escapar una palabra de su boca». Ella preguntó: «¿Y cuál es el árbol más difícil de enderezar?». Sin dudarlo un instante, el joven contestó: «Es el mal carácter. Se cuenta que un árbol había sido plantado a la orilla del agua en terreno propicio, más no daba fruto. Su dueño, después de prodigarle todos los cuidados, sin

el menor resultado, quiso cortarlo; mas el árbol le dijo: “Llévame a otro sitio y daré fruto”. El dueño replicó: “Aquí estás al borde del agua y no has producido nada; ¿cómo te volverás fecundo si te traslado a otra parte?”; y al momento lo cortó». El adolescente se interrumpió un momento, y continuó diciendo: «Igualmente se cuenta que un día se le obligó a un lobo a entrar en una escuela para que aprendiese a leer. El maestro, para enseñarle los elementos del lenguaje, le decía: “Alph, Ba, Ta...”; pero el lobo respondía: “Cordero, cabrito, oveja...”, porque aquello era lo que estaba en su pensamiento y en su naturaleza. Cuéntase igualmente que se quiso acostumbrar a un asno a la limpieza e inculcarle gustos delicados, para lo que se le obligó a entrar en una casa de baños, donde, después de bañarle, se le perfumó y se le acomodó en una habitación magnífica, y se le hizo sentar sobre un rico tapiz. Mas he aquí que él hizo todo lo que un asno en libertad, en una pradera, puede hacer, desde los ruidos más inconvenientes hasta las exhibiciones más indelicadas; después se tumbó en el suelo, y, con las patas por el aire, comenzó a revolcarse con gran placer; entonces su dueño dijo a los esclavos que iban a reprenderle: “Dejadle que se revuelque y después ponedlo en libertad, ya que no sabéis cambiar su temperamento”. En fin, se cuenta que un día le dijeron a un gato: “Abstente de robar y te haremos un collar de oro, y para comer te daremos todos los días ganso, oca y criadillas, además de ratones”. El gato, honradamente, respondió: “Robar era costumbre de mi padre y de mi abuelo; ¿cómo queréis que por complaceros renuncie a ella?”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CUARENTA Y SIETE

Ella dijo:

—El príncipe adolescente, después de hablar así acerca del carácter de los hombres y sobre su naturaleza, añadió: «¡Oh princesa! No tengo nada más que decir». Entonces de entre aquella multitud salieron millares de gritos de admiración que se elevaban hasta el cielo. La princesa, por su parte, dijo: «Para que se cumplan los requisitos es preciso que te interrogue hasta la hora de la oración de la tarde». El joven replicó: «¡Oh princesa! Podrás presentarme problemas que te parezcan insolubles, pero yo los resolveré con la ayuda del altísimo; por esto te suplico que no fatigues tu voz interrogándome, y permíteme que te diga que, sin duda alguna, es preferible que yo te haga una pregunta. Si respondes a ella, mi cabeza será cortada, como la ha sido la de mis predecesores; pero si no respondes a ella, nuestro casamiento se celebrará sin tardanza». La joven respondió: «Haz la pregunta, ya que acepto las condiciones». Entonces el adolescente preguntó: «¡Oh princesa! ¿Puedes

decirme cómo puede ser que yo, tu esclavo, montado sobre este noble animal, esté al mismo tiempo a caballo sobre mi propio padre, y cómo puede ser que, estando expuesto a todas las miradas, esté ataviado con los vestidos de mi madre?». La princesa reflexionó durante una hora; mas no encontrando la respuesta adecuada, dijo: «Explícalo tú mismo». Ante todo el pueblo reunido, el joven contó su historia a la princesa, desde el principio hasta el fin, sin omitir un detalle; mas no es de utilidad repetirla aquí. Y añadió: «He aquí cómo habiendo cambiado a mi padre, el rey, por el caballo y a mi madre, la reina, por el atavío, me encuentro a caballo sobre mi propio padre con los vestidos de mi madre». Así es como el adolescente, hijo de reyes pobres, llegó a ser el esposo de la princesa de los enigmas, y así es como llegó a ser rey a la muerte del padre de su esposa y pudo devolver el caballo y los vestidos al rey de la ciudad que les había acogido, e hizo ir a su lado a sus ancianos padres para vivir con ellos y con su esposa en medio de placeres y delicias. Tal es la historia del joven que dijo lo que debía ante las noventa y nueve cabezas cortadas. ¡Pero más sabio es Alá!

Schehrazada, después de contar esta historia, se calló. Entonces el rey Schahriar dijo:

—Aprecio, ¡oh Schehrazada!, las palabras de ese joven; pero hace tiempo que no me has contado historias cortas y deliciosas, y temo que hayas agotado tus conocimientos a este respecto.

Schehrazada, vivamente, respondió:

—Las anécdotas cortas son las historias que mejor conozco, ¡oh rey afortunado!, y no quiero tardar en probártelo.

Y en seguida comenzó:

LA MALICIA DE LAS ESPOSAS

—Recuerdo, ¡oh rey afortunado!, que en la corte de un rey vivía un hombre, bufón de oficio y soltero de estado. Cierta día el rey, su dueño, le dijo: «¡Oh padre de la sabiduría! Eres soltero, y deseo vivamente verte casado». El bufón respondió: «¡Oh rey de los tiempos! ¡Por tu vida, dispénsame de esa gracia! Soy célibe, y temo mucho al sexo contrario. En verdad que tengo miedo de topar con alguna desvergonzada adulterina de mala ralea, y entonces, ¿qué sería de mí? ¡Por favor, oh rey de los tiempos, no me hagas un desgraciado!». Al oír estas palabras, el rey se puso a reír tan fuerte, que cayó sobre el trasero, y dijo: «¡Nada de eso! ¡Es preciso casarte hoy mismo!». El pobre bufón adoptó un aire resignado, inclinó la cabeza y, cruzando las manos sobre el pecho, suspirando, respondió: «Está bien, ¡oh rey!». El rey, entonces, hizo llamar a su gran visir, y le dijo: «Es necesario encontrar una esposa bella, de conducta intachable y llena de decencia y modestia, para este nuestro fiel servidor». El visir respondió con el asentimiento y la obediencia y al instante fue al encuentro de una vieja, proveedora de palacio, y le ordenó buscar una esposa para el bufón del sultán que reuniese los requisitos necesarios. La vieja se apresuró a obedecer, y

rápidamente contrató como esposa para el bufón a una joven. Al día siguiente se celebró el matrimonio. El rey se alegró mucho, y, con ocasión de la boda, no olvidó colmar a su bufón de regalos y presentes. Ahora bien, el bufón vivió tranquilamente con su esposa durante medio año, o quizá siete meses; después de este tiempo, sucedió lo que tenía que pasar, ya que nadie escapa a su destino. En efecto, la mujer con la que el rey le había casado, gustó a partir de entonces de cuatro hombres además de su esposo, todos ellos de diferentes oficios, pues el primero era pastelero, vendedor de legumbres el segundo, carnicero el tercero y el cuarto, más distinguido, era clarinete primero en la música del sultán y jeque de la corporación de los clarinetes; en suma: era un personaje importante. Un día, el bufón, antiguo célibe y nuevo padre de los cuernos, fue llamado muy de mañana por el rey, y, dejando a su esposa todavía en la cama, marchó presuroso a palacio. La casualidad quiso que aquella mañana el pastelero sintiera deseos de copular, por lo que, aprovechando la salida del marido, llamó a la puerta de la joven, que le abrió, y le dijo: «Hoy vienes más pronto que de costumbre»; a lo que él respondió: «Sí, tienes razón. Esta mañana, muy temprano, había dejado preparada la pasta para hacer mis platos de confites, y después de haberla amasado y relleno de pistachos y almendras, me di cuenta de que era demasiado temprano y que los compradores tardarían en venir. Entonces me dije: “Levántate, sacude la harina de tus ropas y vete a pasar la mañana con ella, y regocíjate, porque la joven es retozona”». La adolescente respondió: «¡Bien pensado, por Alá!». Y acto seguido ella quedó debajo de él, como la pasta bajo el rodillo, y él hizo con ella un relleno de pastel; pero todavía no habían terminado su tarea, cuando oyeron llamar a la puerta. El pastelero preguntó: «¿Qué hacemos?». Ella le respondió: «No lo sé; pero, entre tanto, ocúltate en el retrete». El pastelero, para proteger su integridad física, corrió a encerrarse donde ella le había dicho. La joven fue a abrir la puerta, y vio a su segundo amante, el vendedor de legumbres, que, como regalo, le traía una brazada de ellas, las primeras de la estación; al verle le dijo: «Es muy temprano, y no es esta tu hora de venir»; él replicó: «Por Alá que tienes razón. Pero esta mañana me dije a mí mismo: “Verdaderamente es demasiado temprano para ir al mercado, y harás bien en regalar este brazado de legumbres frescas a aquella que alegrará tu corazón, ya que ella es muy amable”». Ella le dijo: «¡Sé bien venido!». Y la joven regocijó su corazón y él le dio aquello que ella estimaba de veras: un cohombro enorme. Todavía no había terminado ella de saborear el cohombro, cuando oyeron llamar a la puerta, y él preguntó: «¿Quién será?»; y la joven contestó: «No lo sé; pero ve rápidamente a ocultarle en el retrete». El verdulero marchó presuroso a esconderse donde ella le había dicho, pero vio que el sitio estaba ya ocupado por el pastelero, y le preguntó: «¿Qué haces tú aquí?»; a lo que el otro le respondió: «Hago lo mismo que tú vienes a hacer». Y se colocaron uno al lado del otro, el mercader de legumbres llevando el brazado de verduras, que la adolescente le había recomendado ocultar para que no denunciara su presencia en la casa. Durante este tiempo, la joven fue a abrir la puerta, y, parado ante ella, vio a su tercer amante, el carnicero, que,

como regalo, le llevaba una hermosa piel de carnero, de rizada lana, con cuernos y todo. La joven le dijo: «Vienes un poco temprano»; a lo que él respondió: «¡Sí, por Alá! Había degollado los carneros necesarios para la venta, y los había colgado ya en la tienda, cuando me dije: “Los mercados están todavía vacíos, y harás bien en llevar a la joven, como regalo, esta hermosa piel, adornada con cuernos, que le servirá de tapiz mullido, y, como ella misma es muy amable, te hará ver la mañana más luminosa”». Ella respondió: «Entra, pues». La joven le prodigó más ternuras que una oveja a un carnero grande, y él le dio a ella lo que el carnero a la oveja. Todavía no habían terminado de dar y recibir caricias, cuando oyeron llamar a la puerta, y ella dijo: «Vamos, corre. Coge tu piel con los cuernos y ve a ocultarte en el retrete». Hizo él cuanto ella le dijo, y encontró que el retrete ya estaba ocupado por el pastelero y el verdulero, a los que saludó; ellos le dieron la bienvenida, y entonces el carnicero preguntó: «¿Cuál es el motivo de que estéis aquí?». Los otros le respondieron: «El mismo que el tuyo». Y entonces el carnicero se colocó al lado de los otros dos. Entretanto, la joven fue a abrir, y, al hacerlo, encontró ante ella a su cuarto amigo, el clarinete primero de la música del sultán. Le hizo entrar, y le dijo: «Esta mañana llegas más temprano que de costumbre»; y él respondió: «¡Por Alá que tienes razón! Esta mañana, después de salir para instruir a los músicos del sultán, me di cuenta que era muy temprano, y entonces me dije: “Harás bien en ir a pasar la hora de la lección con una joven que es encantadora y que te hará pasar el más delicioso rato”». Ella le respondió: «La idea es excelente»; y los dos tocaron el clarinete; pero todavía no habían terminado el primer aire de la canción, cuando oyeron golpear la puerta. En tal momento, el clarinete primero preguntó a su amiga: «¿Quién será?»; y ella le respondió: «Solo Alá es omnisciente; mas puede que sea mi marido, por lo que harás bien en ir a ocultarte, junto con tu clarinete, en el retrete». El músico obedeció presuroso, y en el sitio indicado encontró al pastelero, al verdulero y al carnicero, y les dijo: «¡Oh compañeros! La paz sea con vosotros. ¿Qué hacéis aquí, ocultos en tan extraño sitio?». Los otros le respondieron: «Sobre ti la paz y la misericordia de Alá. Nosotros ya hemos hecho lo que tú vienes de hacer». Y el último en llegar se colocó al lado de los otros. El quinto en llamar a la puerta era, en efecto, el bufón del sultán, esposo de la adolescente, que, asiéndose el vientre con las manos, decía: «¡Alejado sea el maligno, el malintencionado! ¡Oh mujer! Dame rápidamente una infusión de anís e hinojo. ¡Mi vientre se va, pues me he visto obligado a permanecer largo rato con el sultán! ¡Oh mujer! ¡Dame la infusión de anís e hinojo!». Y corrió derecho al retrete, sin reparar en el terror de su mujer. Al abrir la puerta vio a los cuatro hombres, puestos en cuclillas alrededor del agujero y dando codo con codo.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CUARENTA Y OCHO

Schehrazada dijo:

—Ante este espectáculo, el bufón del sultán no dudó de su desgracia; pero como era sabio y prudente, se dijo: «Si les amenazo, me golpearán. Así, pues, lo mejor será simular la locura». Habiendo pensado así, se arrodilló a la puerta del retrete, y gritó a los cuatro gallardos personajes: «¡Oh santos enviados de Alá, yo os reconozco! Tú, el que estás cubierto de manchas blancas de lepra, al que los ojos profanos de los ignorantes, sin duda tomarían por un pastelero, eres el santo patriarca Job el leproso. Tú, ¡oh hombre santo!, el que llevas esa brazada de legumbres excelentes, eres, sin duda, el gran Khiz, guardián de los huertos, el que reviste los árboles con copas verdes, el que hace correr las aguas rumorosas, el que hace crecer las verdeantes praderas y el que por las tardes, revestido con su manto verde, mezcla los rosados tonos con que se colorea el cielo al atardecer. Tú, ¡oh gran guerrero!, que sobre tu espalda llevas esa piel de león y esos dos cuernos de carnero, sin duda eres el gran Iskandar, el de los grandes cuernos. En fin, tú, ángel bienhechor, que tienes a tu derecha ese glorioso clarinete, eres, sin duda, el ángel del juicio final». Al oír este discurso del bufón del sultán, los cuatro bigardos se dieron con el codo, y en tanto que el bufón besaba el suelo, en voz baja se dijeron unos a otros: «La suerte nos favorece. Puesto que cree que somos personajes sagrados, debemos confirmarle en su creencia. Este es nuestro único medio de salvación». Y al instante se levantaron, y dijeron: «¡Sí! ¡Por Alá que no te equivocas! En efecto, somos aquellos que acabas de nombrar. Hemos venido a visitarte, entrando por el retrete, ya que este es el único lugar de la casa que da a cielo abierto». Siempre arrodillado, el bufón dijo: «¡Oh santos e ilustres personajes, Job el leproso, Khiz padre de las estaciones, Iskandar el de los cuernos y tú, mensajero del juicio final, puesto que me hacéis el gran honor de visitarme, permitidme que exprese un deseo!». Ellos le instaron a hablar, y el bufón continuó, diciendo: «Hacedme la merced de acompañarme al palacio del sultán de esta ciudad, que es mi amo, a fin de que os conozca y yo conquiste su favor». Los aparecidos, vacilantes, respondieron: «Te concedemos esa gracia». El bufón los llevó a presencia del sultán, y una vez que estuvieron ante él, dijo: «¡Oh mi dueño y soberano! Permite que tu esclavo te presente a los cuatro santos personajes que con él vienen. Este primero, espolvoreado de harina, es nuestro señor Job el leproso; el que porta una brazada de legumbres es nuestro señor Khiz el padre del verdor, aquel que sobre su espalda lleva la piel de un animal es el gran guerrero Iskandar el de los cuernos; en fin, este último que lleva un clarinete es nuestro señor Israfil el heraldo del juicio final». Y en tanto que el sultán se encontraba cada vez más estupefacto, el

bufón siguió diciendo: «¡Oh mi señor! El gran honor de la venida de estos sublimes personajes lo debo a la bondad de la esposa que tú, generosamente, me diste. En efecto, los he encontrado agrupados en buen orden, uno al lado del otro, en el retrete de mi casa; al primero que vi fue al profeta Job, ¡sobre él la oración y la paz!, y al último fue al ángel Israfil, ¡sobre él la paz y los favores del altísimo!». Al oír estas palabras de su bufón, el sultán miró con más atención a los cuatro personajes, y, súbitamente, fue presa de tal acceso de hilaridad, que, trémulo de risa, cayó hacia atrás, con las piernas al aire, y exclamó: «Así, pues, ¡oh pérfido!, ¿quieres hacerme morir de risa? ¿O es que te has vuelto loco?». El bufón contestó: «¡Oh mi señor! ¡Por Alá que lo que te cuento no es más que lo que he visto!». El rey, riendo, le replicó: «Pero ¿no ves que aquel a quien tú confundes con el profeta Khiz no es más que un verdulero, al que crees el profeta Job no es sino un pastelero, al que dices el gran Iskandar es un carnicero y al que señalas como el ángel Israfil es mi clarinete primero, el jefe de mi música?». El bufón contestó: «¡Por Alá, oh mi señor, que lo que te cuento es todo lo que he visto y nada más!». El rey comprendió todo el infortunio de su bufón, y, volviéndose hacia los cuatro asociados de la esposa libertina; les dijo: «¡Oh hijos de mil cornudos! ¡Contadme toda la verdad de este asunto u os haré arrancar los testículos!». Entonces los cuatro contaron al rey, temblando, toda la verdad, temerosos de que les arrebatase la herencia de sus padres. Al final de la narración, el rey, maravillado, exclamó: «¡Que Alá extermine al sexo pérfido y a la raza de las adulterinas traidoras!» y volviéndose hacia su bufón, le dijo: «¡Oh padre de la sabiduría! Te concedo el divorcio, a fin de que vuelvas a ser libre». Al mismo tiempo le regaló un magnífico vestido de ceremonia; después, encarándose con los cuatro truhanes, les dijo: «En cuanto a vosotros, pienso que vuestro crimen es tan enorme que no podréis escapar al castigo que os espera —y haciendo señas a un guardián para que se acercase, le dijo—: ¡Córtales los testículos para que se conviertan en eunucos al servicio de nuestro fiel servidor, el honorable célibe!». En aquel momento, el primero de los fornicadores, el pastelero, por otro nombre Job el leproso, avanzó unos pasos, y, arrodillándose, exclamó: «¡Oh gran rey, el más magnánimo de entre todos los sultanes! Si te cuento una historia aún más prodigiosa que la de la antigua esposa de este honorable célibe, ¿me concederás la gracia de poder conservar mis testículos?». El rey se volvió hacia el bufón, y le preguntó con la mirada su opinión acerca de la proposición del pastelero, el bufón hizo un gesto de asentimiento, y, entonces, el rey dijo a aquel: «¡Sí, oh pastelero! Si me cuentas la historia en cuestión y la encuentro extraordinaria o maravillosa, te concederé la gracia de lo que me pides».

HISTORIA CONTADA POR EL PASTELERO

«¡Oh rey afortunado! Había una mujer que era, por naturaleza, una fornicadora asombrosa, que estaba casada, así lo quiso el destino, con un honrado *kaiem-makam*, que en nombre del sultán gobernaba la ciudad. Este honrado funcionario ignoraba por

completo, así lo quiso también el destino, la malicia y perfidia de las mujeres; por otra parte, hacía mucho tiempo que no había hecho nada con su mujer, nada de nada. Así, la mujer se disculpaba de sus andanzas y fornicaciones, diciéndose: “¡Tomo el pan y la carne allí donde los encuentro!”. De todos los que por ella se encandilaban, a quien más amaba era a un joven mozo de mulas de su esposo; pero como en cierta ocasión, y durante algún tiempo, el marido no se moviese de casa, las entrevistas entre los dos amantes eran cada vez más raras y difíciles; mas la joven no tardó en encontrar un pretexto para tener más libertad, y dijo a su marido: “¡Oh mi dueño! He tenido noticia de que ha muerto la vecina de mi madre, y a causa de las conveniencias y deberes de buena vecindad, querría ir a pasar los tres días de los funerales en la casa de mi madre”. El *kaiem-makam* respondió: “¡Que Alá alargue tus días! Puedes ir a pasar a casa de tu madre los tres días de los funerales”; y ella dijo: “¡Sí! ¡Oh mi dueño! Pero soy mujer joven y tímida, y temo ir sola por las calles hasta la casa de mi madre, que está lejos”. El *kaiem-makam* replicó: “¿Por qué habías de ir sola? ¿Acaso no tenemos en casa un mozo de mulas, lleno de celo y buena voluntad, para que te acompañe? Hazle llamar y dile que ponga la gualdrapa roja al asno y te acompañe, marchando a tu lado y llevando la brida del asno; recomiéndale que no excite al asno con el aguijón, para evitar que se tumbe y te tire”. La joven respondió: “¡Si, oh mi dueño!; pero llámale y hazle tú mismo esas recomendaciones, que yo no sabría”. El honrado *kaiem-makam* llamó al joven, que era musculoso y gallardo, y le dio sus instrucciones. El mozo se sintió enormemente satisfecho al oír las órdenes de su amo, y acto seguido ayudó a montar a su dueña, la esposa del gobernador, sobre el asno, cuya silla ya había sido recubierta con una gualdrapa roja, y marchó con ella. En lugar de ir a la casa de la madre, a los funerales en cuestión, fueron a un jardín que conocían, llevando con ellos provisiones de boca y vinos exquisitos. Una vez que estuvieron bajo la fresca sombra de los árboles, se colocaron a su gusto, y el joven, al que su padre había dejado una herencia voluminosa, sacó generosamente toda su mercancía y la puso ante la joven, que, arrobada, la miró, tomándola entre sus manos, y la palpó para asegurarse de su buena calidad, y habiéndola encontrado excelente, sin más ceremonias, se apropió de ella con el consentimiento de su dueño».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CUARENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—«Se adaptaba excelentemente a lo largo y lo ancho, mejor que si estuviese hecha a medida. Por esto apreciaba ella tanto al propietario de la mercancía, y esto

explica cómo, sin perder un momento, la manipuló y la hizo trabajar hasta la tarde, y no la dejó más que cuando no había luz para enhebrar una aguja. Entonces se levantaron, y el jovenzuelo preparó el asno para la joven, y juntos se encaminaron a la casa de él, donde, después de haber dado su ración al asno, se apresuraron a tomar ellos la suya; uno a otro se alimentaron hasta la saciedad, durmiendo solo una hora; cuando despertaron, para poder calmar su hambre canina, no pararon hasta la madrugada, y fue para levantarse y salir juntos al jardín y allí reanudar los juegos y manipulaciones de la víspera. De esta manera se agitaron durante tres días y tres noches sin tregua ni reposo, haciendo girar la rueda en el agua, metiendo el dedo en el anillo y dejando reposar al niño en su cuna, apretando el clavo en el torno y avanzando el cuello del camello, picoteando el gorrión a la gorriona y piando el hermoso pájaro dentro del nido al sentirse satisfecho y juntando la piel hasta que el padre de los abrazos cesaba de jugar. A la mañana del cuarto día, el joven dijo a la esposa del *kaiem-makam*: “Se han acabado los tres días. Levantémonos y vayamos a la casa de tu esposo”. Mas ella respondió: “No. Cuando se tienen tres días de permiso se pueden coger otros tres. Verdaderamente todavía no hemos tenido tiempo de refocilarnos uno con otro. En cuanto al viejo, dejemos que se resfríe solo en su casa, teniendo por toda compañía un edredón, y que se restriegue sobre sí mismo como hacen los perros, con la cabeza metida entre las patas”. Así habló ella, y así lo hicieron; juntos pasaron otros tres días, fornicando en el colmo de la alegría. A la mañana del séptimo día se presentaron en la casa del *kaiem-makam*, a quien encontraron muy inquieto. El desgraciado anciano, que estaba muy lejos de sospechar tal engaño, recibió a su mujer con gran cordialidad, diciéndole: “¡Bendito sea Alá, que te trae sana y salva! ¡Oh hija del tío! ¿Por qué te has retrasado tanto? Tu tardanza me ha ocasionado gran inquietud”. La joven respondió: “¡Oh dueño mío! En casa de la difunta me confiaron al niño, a fin de que le consolase y le hiciese olvidar su desgracia. Los cuidados que prodigué a aquel niño son la causa de que me haya retrasado tanto tiempo”. El gobernador dijo: “Te creo, y me siento muy feliz al volver a verte”. Tal es mi historia, ¡oh rey glorioso!». Cuando el sultán hubo oído la narración del pastelero comenzó a reír tan fuerte, que cayó sobre el trasero. Entre tanto, el bufón exclamó: «Mi caso es peor que el del *kaiem-makam*, y esta historia no es tan extraordinaria como la mía». El rey se encaró con el pastelero, y le dijo: «Puesto que continúa considerándose ofendido, no puedo concederte más que la gracia de un solo testículo». El bufón, que de esta manera se sintió vengado, dijo, sentenciosamente: «Este es el justo castigo de los desvergonzados que copulan con una mula sin temor a las consecuencias». Después añadió: «¡Oh rey de los tiempos! ¡Concédele la gracia del segundo testículo!». A continuación avanzó el segundo fornicador, el verdulero, que, besando el suelo ante el sultán, dijo: «¡Oh gran rey, el más generoso de los reyes! Si mi historia te agrada, ¿me harás la gracia que tú sabes?». El sultán se volvió al bufón, y este dio su consentimiento; entonces el rey dijo al verdulero: «Si es una historia agradable te concederé lo que me pides». El

mercader de legumbres, que había pasado por Khiz, el profeta de las praderas verdes, dijo:

HISTORIA CONTADA POR EL VERDULERO

«Se cuenta, ¡oh rey de los tiempos!, que había un hombre, astrónomo de oficio, que sabía leer en los rostros y adivinar los pensamientos, y que estaba casado con una mujer de gran belleza y singular encanto, que siempre estaba elogiando ante él sus propias cualidades y méritos, pues decía: “¡Oh marido! No hay nadie entre las de mi sexo que pueda comparárseme en pureza, castidad o nobleza de sentimientos”. El astrónomo, que era un gran fisonomista, no dudaba de sus palabras, ya que, en efecto, su rostro reflejaba el candor y la inocencia, por lo que se decía: “No hay un hombre que tenga una esposa que pueda compararse con la mía, que es compendio de todas las virtudes”; e iba proclamando los méritos de su esposa y cantando sus alabanzas, maravillándose de su ternura y decencia, cuando la verdadera decencia hubiera sido, por su parte, no hablar de su harén ante extraños. Sin embargo, los sabios, ¡oh mi señor!, y los astrónomos en particular, no siguen las mismas costumbres que todo el mundo; por esto, las cosas que les suceden no son las que acaecen a todo el mundo. Un día, siguiendo su costumbre, estaba pregonando las virtudes de su esposa ante una reunión de personas extrañas, cuando un hombre se dirigió a él, diciéndole: “Tú no eres más que un embustero”. La faz del astrónomo palideció, y con voz colérica preguntó: “¿Cuál es la prueba de mi mentira?”. El hombre contestó: “Eres un mentiroso o un imbécil, pues tu mujer no es más que una mujer pública”. Al oír esta injuria, el astrónomo se abalanzó contra aquel hombre para estrangularlo, mas los asistentes los separaron, y dijeron al astrónomo: “Si este hombre no prueba su afirmación te lo dejaremos para que bebas su sangre”. Entonces aquel hombre dijo: “Ve, pues, y anuncia a tu virtuosa esposa que vas a ausentarte durante cuatro días, dile adiós, sal de tu casa y ocúltate en un sitio de tu misma casa desde el que puedas ver y oír sin ser visto, y ya verás lo que sucede”. Los allí congregados afirmaron: “¡Sí, por Alá! Comprueba de esa manera sus palabras, y si fuesen falsas, beberás su sangre”. El astrónomo, con la barba temblándole de cólera y emoción, fue a ver a su virtuosa esposa, y le dijo: “¡Oh mujer! Prepárame provisiones para un viaje que voy a hacer y que me tendrás ausente durante cuatro días o quizá seis”. La esposa exclamó: “¡Oh mi dueño! ¿Quieres hundir mi espíritu en la desolación y hacerme languidecer de pena? ¿Por qué no me llevas contigo para que te sirva, si durante el camino te fatigas o indispones? ¿Por qué dejarme aquí, sola, con el dolor de tu ausencia?”. El astrónomo, oyendo estas palabras, se dijo: “¡Por Alá! Mi esposa no tiene igual entre las elegidas del sexo femenino”, y en voz alta respondió: “No te apenes a causa de esta ausencia, que no puede durar más de cuatro o seis días. No pienses más que en cuidarte y portarte bien”. La mujer comenzó a llorar y gemir, diciendo: “¡Cuánto sufro y cuán desgraciada soy y qué poco me ama!”. El astrónomo procuró calmarla lo mejor que pudo, diciéndole: “Sosiega tu ánimo y alegra tu mirada, pues a mi regreso

te traeré hermosos regalos”; y dejándola en medio de un mar de lágrimas se marchó. Al cabo de dos horas regresó sobre sus pasos, y, entrando sigilosamente por la puerta del jardín, fue a apostarse en sitio conveniente, desde el que podía vigilar toda la casa sin ser visto».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CINCUENTA

Schehrazada dijo:

—«Todavía no llevaba una hora en su escondite cuando vio entrar a un hombre, al que reconoció como el vendedor de caña de azúcar de enfrente de su casa, y que llevaba en la mano una caña escogida. Al mismo tiempo, vio que su esposa se le acercaba, y, riéndose, le decía: “¡Oh padre de las cañas dulces! ¿Es esto todo lo que me traes?”. El hombre respondió: “¡Oh mi dueña, la caña de azúcar que ves no es nada comparada con la que tú no ves!”. Ella pidió: “¡Dámela, dámela!”. Y él dijo: “Hela aquí”; y después añadió: “¿Dónde está el entremetido de tu marido, el astrónomo?”. Ella le contestó: “¡Que Alá le rompa los huesos! Ha partido para un viaje de cuatro e seis días”. Juntos comenzaron a reír, y el hombre sacó su otra caña de azúcar, y se la dio a la joven, que comenzó a tocarla y manosearla, tal como se acostumbra hacer con las cañas de su especie. Él la abrazó, ella le abrazó, y él la cargó con su propio peso, sin apiadarse de ella, y se regocijó con sus caricias hasta que se consideró satisfecho, y solo entonces se levantó y se marchó. El astrónomo vio y comprendió. Pero he aquí que, al cabo de unos instantes, vio entrar un segundo hombre, al que reconoció como el vendedor de volátiles del barrio. La adolescente fue hacia él, contoneándose, y le dijo: “Te saludo, ¡oh padre de los volátiles! ¿Qué es lo que me traes hoy?”. Y el hombre respondió: “Un pollito excelente, ¡oh mi dueña!, joven y vivaracho, coronado con una hermosa y roja cresta, y que si me lo permites, yo te ofrezco”. La adolescente dijo: “Te lo permito”. Ella hizo, ¡oh mi señor!, con el pollo del vendedor de volátiles exactamente lo mismo que con el vendedor de caña. Después de esto, el hombre se levantó, y, sacudiéndose, se marchó. El astrónomo vio y comprendió; mas he aquí que al cabo de pocos instantes entró otro hombre, al que reconoció como el jefe de los asneros. La adolescente corrió hacia él, y, abrazándole, le dijo: “¡Oh padre de los asnos! ¿Qué me traes hoy?”. El hombre respondió: “Un plátano, ¡oh mi dueña!”. Ella, riendo, dijo: “¡Que Alá te condene! ¿Y dónde está ese plátano?”. Él contestó: “¡Oh sultana! Ese plátano tiene la piel tierna y delicada, y lo recibí de mi padre cuando él era guía de caravanas, y, junto con mi choza, ha sido mi única herencia”. Ella le dijo: “En tu mano no veo más que el bastón que sirve para

guiar a los asnos. ¿Dónde tienes el plátano?”. Él dijo: “Es un fruto ¡oh sultana!, que teme las miradas de los profanos, y que, temeroso, se oculta entre hojarasca; ¡helo aquí!”. Pero antes que el plátano fuese ingerido, el astrónomo, que había visto y oído todo, exhalando un gran grito, cayó al suelo sin vida. ¡Qué Alá lo tenga en su misericordia! La adolescente, que prefería el plátano a la caña de azúcar y al pollo, después del plazo legal, se casó con el jefe de asnos de su barrio. Tal es mi historia, ¡oh rey!». El rey se rio mucho, y dijo a su bufón: «¡Oh padre de la sabiduría! Esta historia es mejor que la tuya, por lo que será preciso conceder a este verdulero la gracia de sus testículos». Volviéndose hacia el verdulero, le dijo: «Entre tanto, vuelve a tu sitio». El verdulero retrocedió hasta donde estaban sus compinches, y el tercer fornicador, el carnicero, se adelantó, y solicitó el mismo favor, y el sultán generoso, no se lo negó. Entonces el carnicero Iskandar, el de los dos cuernos, dijo:

HISTORIA CONTADA POR EL CARNICERO

«En El Cairo vivía un hombre que tenía una esposa muy conocida por su gentileza, buen carácter, modestia y temor al señor, la tal esposa tenía en su casa un par de pavos rollizos, y fuera de su casa un amante. Un día, este amante vino a hacerle una visita a escondidas, y vio que ante ella estaban los dos estupendos pavos, y como le apeteciesen, dijo a la mujer: “Deberías cocinar estos dos pavos, preparándolos de la más exquisita manera, a fin de que podamos satisfacer nuestro apetito, ya que hoy deseo ardientemente carne de pavo”. Ella le respondió: “Satisfacer tus deseos es mi mayor placer, y ¡por tu vida! que voy a degollar los pavos y preparártelos para que te los llesves a tu casa y allí los comas, si ello da alegría a tu corazón. De esta manera, ese desgraciado entremetido, mi esposo, no los saboreará ni olerá”. Él preguntó: “¿Y cómo te las arreglarás para ello?”; y ella le contestó: “Le serviré algo de mi invención que le deje satisfecho, y a ti te daré los dos pavos, pues a nadie quiero más que a ti, ¡oh luz de mis ojos! Así ese entremetido ni tan siquiera los olerá”. Y seguidamente se abrazaron, y el adolescente se marchó con la esperanza de conseguir los pavos. A la caída de la tarde, cuando el marido regresó del trabajo, ella le dijo: “En verdad, ¡oh marido!, ¿cómo puedes pretender el título de hombre, cuando estás desprovisto de la virtud que hace a los hombres verdaderos dignos de tal nombre, la generosidad? ¿Has invitado a alguien en alguna ocasión a tu casa, o me has dicho algún día?: ‘¡Oh mujer, hoy tendremos un huésped en nuestra casa!’; jamás te has dicho a ti mismo: ‘Si sigo viviendo como un avaro, las gentes murmurarán que soy un miserable que ignora las obligaciones de la hospitalidad’”. El hombre respondió: “¡Oh mujer! Nada hay que sea más fácil de reparar. Mañana compraré cordero y arroz y prepararás algo bueno para comer, a fin de que yo pueda invitar a alguno de mis más íntimos amigos”. Ella dijo: “¡No, por Alá!; en lugar de la comida prefiero que me compres hachís para hacer una pasta que me sirva para rellenar los pavos, una vez que tú los hayas degollado y después los asaré, ya que no hay plato más sabroso que los pavos rellenos asados, y nada mejor para enorgullecer

al anfitrión ante su invitado”. El marido respondió: “Oigo y acato. Así sea”. A la mañana siguiente, muy temprano, el hombre degolló los dos pavos, y fue a comprar hachís y especias, y, llevando todo a su casa, dijo a su esposa: “Procura tener asados los pavos para el mediodía, ya que a esa hora vendré con mis invitados”. Ella desplumó los pavos, los rellenoó con una maravillosa mezcla compuesta de arroz, almendras, pistachos, uvas y piñones, y envió a la pequeña esclava negra a buscar al adolescente, su muy amado, que se apresuró a acudir. Él la abrazó, y ella le correspondió, y, después de haberse acaramelado y satisfecho mutuamente, le enseñó los dos deliciosos pavos, y él, tomándolos, se marchó».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CINCUENTA Y UNA

Dijo Schehrazada:

—«En cuanto al esposo de la adolescente, no olvidó regresar a la hora exacta, y al mediodía llegó a su casa acompañado de un amigo, y llamó a la puerta; la joven fue a abrir, y los invitó a entrar, recibiendo con cordialidad, y, después llamando aparte a su marido le dijo: “Hemos matado los dos pavos a la vez, y tú solo traes un invitado. Podrían venir cuatro invitados más para hacer honor a mi cocina. Así, pues, ve a buscar a otros dos o tres amigos tuyos, e invítalos a comer”. El marido, mansamente, fue a hacer lo que ella le ordenaba. Mientras tanto, la mujer fue al encuentro del invitado, y acercándosele, con rostro preocupado, con voz temblorosa por la emoción, le dijo: “¡Estás perdido sin remedio! ¿Acaso no tienes familia ni hijos para que así te dirijas a una muerte segura?”. El invitado, al oír estas palabras, creyó desvanecerse del susto, y sintiendo que el temor le penetraba hasta lo más profundo del corazón, preguntó: “¡Oh buena mujer! ¿Cuál es la terrible desgracia que me amenaza en esta casa?”. Ella respondió: “¡Por Alá! ¡No puedo guardar el secreto más tiempo! Sabe, pues, que mi marido está muy quejoso de tu conducta para con él, y por ello te ha traído aquí con la sola intención de cortarte los testículos y dejarte reducido a la condición de eunuco. ¡Helo aquí todo! —y añadió—: Mi marido ha ido a buscar a dos de sus amigos para que le ayuden a castrarte”. Al oír la revelación de la adolescente, el invitado se levanto y, saliendo a la calle, puso pies en polvorosa. En el mismo momento entró el marido acompañado de dos amigos; la joven le recibió gritando: “¡Los pavos, los pavos!”. El hombre preguntó: “¿Qué es lo que pasa?”. Ella contestó: “Estoy desesperada; ¡los pavos, los pavos!”. El marido volvió a preguntar: “¿Pues dónde están los pavos? ¡Dime; dónde están! ¡Que yo los vea!”. La joven dijo: “Míralos, por allí van. Tu invitado los ha cogido y se ha marchado con ellos por la

ventana”. Al oír estas palabras de su esposa, salió rápidamente a la calle, y vio a su invitado que corría veloz, y le gritó: “¡Alá sobre ti! ¡Vuelve, que no te quitaré los dos pavos!”. ¡Oh rey de los creyentes! Él quiso decir que no cogería más que un pavo y le dejaría el otro; mas al oírle gritar el fugitivo, convencido de que le llamaba para dejarle un solo compañero en lugar de los dos que tenía, continuó su huida, gritando: “¿Arrancarme un compañero? ¡Lejos de tu lengua de buey! ¡Si quieres estropearme uno de mis compañeros, corre tras de mí!”. Y tal es mi historia, ¡oh rey glorioso!». El rey, habiendo oído esta historia, creyó morirse de risa; después, dirigiéndose al bufón, le preguntó: «¿Es necesario despojarle de un compañero o de los dos?». El bufón le contestó: «Dejémosle sus compañeros, ya que cortárselos sería poco castigo». Entonces el sultán dijo al carnicero: «¡Vete de mi vista!». El fornicador se colocó al lado de sus compañeros, y, avanzando el cuarto de ellos, suplicó al sultán que le concediese el mismo favor que a los otros, y, habiendo este dado su consentimiento, el clarinete primero, el que había pasado por el ángel Israfil, dijo:

HISTORIA CONTADA POR EL CLARINETE JEFE

«Se Cuenta que en una ciudad de Egipto vivía un hombre, ya de edad, que tenía un hijo púber, gallardo y fornido, y que no pensaba más que en hacer florecer la herencia de su padre. Aquel hombre, el padre del joven, a pesar de su edad, tenía una esposa de quince años, de belleza perfecta, alrededor de la que no dejaba de rondar el hijo, con la intención de enseñarle la resistencia del bastón y la diferencia que había entre este y la blanda cera. El padre, que sabía que su hijo era un pájaro de la peor especie, no sabiendo qué hacer para poner a su esposa al abrigo de sus asaltos, terminó pensando que el mejor medio sería tomar una segunda esposa, de manera que al haber dos mujeres juntas, una pudiese salvaguardar a la otra y defenderse mutuamente de las emboscadas del hijo. El anciano encontró una segunda esposa, todavía más joven y bella que la anterior, y, alternativamente, cohabitó con cada una de ellas. El joven, habiendo comprendido la astucia de su padre, se dijo: “¡Por Alá, que tendré dos bocados en lugar de uno!”; mas su proyecto era muy difícil de realizar, porque el anciano, cada vez que se veía obligado a salir de su casa decía a sus dos jóvenes esposas: “Guardaos de los asaltos de mi hijo, porque es un gran libertino que amarga mi vida y que me ha hecho divorciarme de tres esposas. ¡Estad en guardia!”. Las dos jóvenes respondían: “¡Si intentase algo contra nosotras o dijera la menor inconveniencia, le haríamos probar la suela de nuestras babuchas!”; mas el viejo insistiendo decía: “¡Estad en guardia!”. A esto ellas solían responder: “Nosotras somos nuestra propia salvaguardia”. Mientras tanto, el joven se decía: “¡Por Alá! ¡Ya veremos si me golpean con sus babuchas!”. Un día, la provisión de trigo de la casa se había acabado, y el anciano dijo a su hijo: “Vamos a comprar un saco o dos de trigo”; y juntos salieron de la casa. Las dos esposas, para verlos partir, salieron a la terraza de la casa. Ya en camino, el padre se dio cuenta de que no había cogido sus babuchas, que tenía la costumbre de llevar en la mano o sobre la espalda, y dijo a su hijo:

“¡Vuelve a casa y tráemelas!”. El mozo regresó a la casa, y viendo a las dos adolescentes en la terraza, les gritó desde la calle: “¡Mi padre me envía con un recado para vosotras!”. Las mujeres preguntaron: “¿Y cuál es el recado?”; el mozo contestó: “Me ha ordenado volver, abrazaros a las dos y montaros cuanto quiera”. Las jóvenes le replicaron: “¿Qué dices? ¡Nunca tu padre te haría tal encargo; tú mientes! ¡Perro, cerdo y libertino de la peor especie!”. El joven les aseguró que no mentía, y añadió: “Voy a probaros que no miento”; y a grandes voces dijo a su padre, a quien aún se veía a lo lejos: “¡Padre mío! ¿Una o las dos?”. El viejo le respondió: “¡Las dos, y que Alá te maldiga!”. ¡Oh mi señor! El viejo quiso decir a su hijo que le llevase las dos babuchas. Al oír la respuesta de su esposo, las jóvenes se dijeron una a otra: “El chico no ha mentido. Dejémosle, pues, que haga con nosotras lo que su padre le ha encargado”. Y así, ¡oh mi señor!, gracias al ardid de las babuchas, el mozo pudo montarse sobre las dos jóvenes y sostener con ellas una extraordinaria escaramuza; después llevó a su padre las babuchas. Desde entonces las dos adolescentes no dejaban de abrazarle, diciéndole: “¡A la cama, a la cama!”. Y los ojos del viejo no veían nada; y continuaron cerrados. Tal es mi historia, ¡oh rey glorioso!». Cuando el rey hubo escuchado esta historia del clarinete primero se rio mucho, le concedió la gracia que pedía para sus testículos, y dijo a los cuatro fornicadores: «¡Besad la mano de mi fiel servidor, al que habéis burlado; y pedid su perdón!». Ellos respondieron con la obediencia, y se reconciliaron con el bufón, y desde entonces hicieron con él las mejores migas, y él les correspondió. Pero —continuó diciendo Schehrazada— *La historia de la malicia de las esposas*, ¡oh rey afortunado!, es tan larga, que prefiero contarte ahora la maravillosa *Historia de Alí Babá y los cuarenta ladrones*.

Y Schehrazada dijo al rey Schahriar.

HISTORIA DE ALÍ BABÁ Y LOS CUARENTA LADRONES

—Recuerdo, ¡oh rey afortunado!, que en tiempos muy lejanos, en los días del pasado, ya ido, y en una ciudad entre las ciudades de Persia, vivían dos hermanos; uno se llamaba Kasín y el otro Alí Babá. ¡Exaltado sea aquel ante quien se borran todos los nombres, sobrenombres y renombres; el que ve las almas al desnudo y las conciencias en toda su profundidad; el altísimo, el dueño de todos los destinos! Cuando el padre de Kasín y de Alí Babá, que era un hombre del común, murió en la misericordia de su señor, los dos hermanos se repartieron equitativamente lo poco que les dejó en herencia, tardando poco en consumir tan mezquino caudal y encontrándose, de la noche a la mañana, con las caras largas y sin pan ni queso. He aquí lo que suele ocurrirles a los que viven descuidados en la edad temprana, olvidando los consejos de los sabios. El mayor, que era Kasín, viéndose en trance de secarse dentro de su pellejo y morir de inanición, se puso a la búsqueda de una situación lucrativa, y como era avisado y astuto, no tardó en dar con una casamentera o entremetida, ¡alejado sea el maligno!, quien, después de poner a prueba sus facultades viriles, sus virtudes de gallo repetidor y, en fin, su potencia como

copulador, le casó con una adolescente que tenía buena cama, buena mesa y muy buena planta; en todo y por todo, un excelente partido. ¡Alabado sea el retribuidor! De esta manera, además de una apetecible esposa, el joven tuvo una tienda bien abastecida en el centro del mercado. Tal era su destino, marcado en su frente desde su nacimiento, y así se cumplió. En cuanto al segundo, que era Alí Babá, como no era ambicioso, sino más bien modesto y capaz de contentarse con muy poco, se hizo leñador y llevó una vida de laboriosidad y pobreza, pero, a pesar de todo, supo vivir con tanta economía, gracias a las lecciones de la dura experiencia que ahorró algún dinero, y lo empleó en comprar un asno, después otro y más tarde un tercero. Todos los días los llevaba al bosque y los cargaba con los troncos y la leña que antes traía él sobre sus espaldas. Habiendo llegado a ser propietario de tres asnos, Alí Babá inspiraba tal confianza a las gentes de su oficio, todos pobres leñadores, que uno de ellos se consideró honrado ofreciéndole su hija en matrimonio. Los asnos de Alí Babá fueron inscritos en el contrato, ante el cadí y los testigos, como dote y ajuar de la joven, que, por otra parte, no aportaba a la casa de su esposo absolutamente nada, puesto que era muy pobre. Mas la pobreza y la riqueza no son eternas, pues solo Alá es el eterno viviente. Alí Babá tuvo de su esposa dos hijos, bellos como lunas, que glorificaban a su creador. Él vivía modesta y honestamente, junto con toda su familia, del producto de la venta de la leña, y no pedía a su creador más que aquella sencillay feliz tranquilidad. Un día en que Alí Babá estaba en el bosque ocupado en abatir a hachazos un árbol, el destino decidió modificar el sino del leñador. Primero se oyó un ruido sordo que, aunque lejano, se aproximaba rápidamente como un galope acelerado y estruendoso. Alí Babá, hombre pacífico y que detestaba las aventuras y complicaciones, se asustó al encontrarse solo con sus tres asnos en medio de aquella soledad. Su prudencia le aconsejó trepar sin tardanza a la copa de un grueso árbol que se elevaba en la cima de un pequeño montículo que dominaba todo el bosque, y así, oculto entre sus ramas, pudo observar qué era lo que producía aquel estruendo. ¡Y bien que lo hizo! Pues divisó una tropa de caballeros armados hasta los dientes y que, al galope, avanzaba hacia donde él se encontraba.



Al ver sus semblantes sombríos y sus barbas negras, que los hacían semejantes a cuervos de presa, no dudó que eran bandoleros, salteadores de caminos de la peor especie. Cuando estuvieron al pie del montículo rocoso donde Alí Babá estaba escondido, a una señal de su gigantesco jefe echaron pie a tierra, desembridaron sus

caballos y, colgando del cuello de cada uno de los animales un saco de forraje que llevaban sobre la grupa, los ataron a los árboles. Después cogieron las alforjas y las cargaron sobre sus propias espaldas, y tan pesadas eran aquellas, que los bandidos caminaban encorvados bajo su peso. En buen orden pasaron bajo Alí Babá, que así pudo fácilmente contarlos y ver que eran cuarenta, ni uno más ni uno menos.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía, y discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CINCUENTA Y DOS

Ella dijo:

—Cargados de esta manera llegaron ante una gran roca que había al pie del montículo, y se pararon. El jefe, que era el que iba a la cabeza, dejando un instante en el suelo su pesada alforja, se encaró con la roca, y con voz retumbante, dirigiéndose a alguien o algo que permanecía invisible a todas las miradas, exclamó: «¡Sésamo, ábrete!». Al momento la roca se entreabrió, y entonces el jefe se apartó un poco para dejar pasar a sus hombres, y cuando hubieron entrado todos, volvió a cargar sus alforjas sobre sus espaldas, entrando el último, y exclamando con voz autoritaria que no admitía réplica: «¡Sésamo, ciérrate!». La roca se empotró en su sitio como si el sortilegio del bandido nunca la hubiese movido por medio de la fórmula mágica. Al ver todas estas cosas, Alí Babá, maravillado, se dijo: «¡Con tal que no me descubran usando su ciencia de la brujería, me doy por contento!»; y se guardó mucho de hacer el menor movimiento, a pesar de la gran inquietud que sentía por el paradero de sus asnos, que continuaban abandonados en medio del bosque. Los cuarenta ladrones, después de una prolongada estancia en la cueva en la que Alí Babá los había visto entrar, dieron señal de su reaparición al oírse un ruido subterráneo, parecido a un terremoto lejano. La roca se abrió, dejando salir a los cuarenta hombres, con su jefe a la cabeza, y llevando las alforjas vacías en la mano. Cada uno de ellos se dirigió a su caballo, lo embridó, y, después de colocar las alforjas en la grupa, montaron sobre las sillas; pero antes de partir, el jefe se volvió hacia la entrada de la caverna, y, en voz alta, pronunció la fórmula: «¡Sésamo, ciérrate!»; y las dos mitades de la roca se juntaron sin dejar señal alguna de separación; y con sus semblantes sombríos y sus barbas negras marcharon por el mismo camino por el que habían venido. En cuanto a Alí Babá, la prudencia de que le había dotado Alá hizo que permaneciese algún tiempo en su escondite, a pesar del deseo que sentía de ir a recuperar sus asnos, diciéndose: «Estos terribles bandoleros pueden haber olvidado alguna cosa en su cueva, volver de improviso sobre sus pasos y sorprenderme aquí. En tal supuesto, Alí Babá vería lo que le cuesta a un pobre diablo como él interponerse en el camino de poderosos señores». Habiendo reflexionado así, el leñador se contentó con seguir con la mirada a los terribles caballeros hasta que se perdieron de vista, dejando transcurrir un buen rato después que hubieron desaparecido, hasta que decidió bajar de su árbol con mil precauciones, mirando a derecha e izquierda a medida que bajaba de una rama a otra más baja, en tanto que el bosque se encontraba en completo silencio. Una vez en el suelo, avanzó hacia la roca en cuestión, reteniendo la respiración y de puntillas. Bien hubiese deseado entonces ir por sus asnos y tranquilizarse respecto a

su paradero, pues eran toda su fortuna y el pan de sus hijos; pero una enorme curiosidad acerca de todo lo que había visto y oído desde lo alto del árbol le empujaba a acercarse a aquella roca, y, por otra parte, estaba escrito que había de ir irremediabilmente al encuentro de aquella aventura. Llegado ante la roca, el leñador la inspeccionó de arriba abajo, y encontrándola lisa y sin ranura alguna por la que pudiese meter una aguja, se dijo: «¡Sin embargo, es por aquí por dónde han entrado los cuarenta ladrones, y con mis propios ojos los he visto desaparecer en su interior! ¡Quién sabe por qué motivo protegen esta caverna con talismanes de esa clase!». Después pensó: «¡Por Alá! ¡He hecho bien reteniendo la fórmula de apertura y cierre! Si ensayo un poco las palabras mágicas, podré ver si hacen el mismo efecto saliendo de mi boca». Olvidando sus antiguos temores, empujado por la fuerza del destino, Alí Babá, el leñador, se dirigió a la roca, y dijo: «¡Sésamo, ábrete!». Y aun cuando pudo ser que las palabras mágicas fuesen pronunciadas con voz insegura, la roca se separó y se abrió. Alí Babá, muy asustado, hubiese querido volver la espalda y poner pies en polvorosa, mas la fuerza de su destino le inmovilizó ante la abertura y le empujó a mirar. En lugar de ver el interior de una caverna tenebrosa, su asombro creció aún más al ver que ante él se abría una gran galería que conducía a una sala espaciosa y abovedada, excavada en la misma roca y que recibía abundante luz por medio de aberturas practicadas en lo más alto. No habiendo visto nada que fuese aterrador, se decidió a avanzar y penetrar en aquel sitio, pronunciando al mismo tiempo la fórmula propiciatoria: «¡En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso!», lo que le acabó de reanimar, por lo que, sin demasiados temores, se encaminó hacia la sala abovedada, y al llegar a ella notó que las dos mitades de la roca se unían sin ruido, cerrando la salida por completo, lo cual no dejó de inquietarle, pues, a pesar de todo, la valentía y el coraje no eran su fuerte; mas pensó que en cualquier caso podría hacer que, gracias a la fórmula mágica todas las puertas se abriesen ante él; y con toda tranquilidad se dedicó a observar cuanto se ofrecía a su mirada. A lo largo de los muros vio pilas de ricas mercaderías, que llegaban hasta la bóveda, formadas por fardos de seda y brocado; sacos repletos de provisiones de boca, grandes cofres llenos hasta los bordes de monedas y lingotes de plata y otros llenos de dinares de oro. Como si todos aquellos cofres no fuesen suficientes para contener todas las riquezas allí acumuladas, el suelo estaba hasta tal punto cubierto de vasijas llenas de oro y joyas, que el pie no sabía dónde posarse, temeroso de estropear algún valioso objeto. El leñador, que en su vida había visto el brillo del oro, se maravilló de todo lo que veía. Al contemplar aquellos tesoros y riquezas..., el menos valioso de ellos resultaría digno de adornar el palacio de un rey, pensó que debían de haber pasado siglos desde que esa gruta empezó a servir de depósito, al mismo tiempo que de refugio, a generaciones de bandidos, hijos de bandidos, descendientes de los bandoleros de Babilonia. Cuando Alí Babá se recuperó en parte de su asombro, se dijo: «¡Por Alá! Alí, he aquí que tu destino toma un aspecto rosado y te lleva, junto con tus asnos y haces de leña, en medio de un baño de oro que no se ha visto desde

los tiempos del rey Solimán y de Iskandar, el de los cuernos. De repente aprendes fórmulas mágicas, te sirves de sus virtudes y te haces abrir puertas de piedra que dan acceso a cavernas fabulosas. ¡Oh leñador insigne! Es una gran merced del generoso que de esta manera te conviertas en dueño de riquezas acumuladas por generaciones de bandidos. Todo cuanto ha sucedido ha sido para que de ahora en adelante te pongas a cubierto, junto con tu familia, de necesidades y privaciones, haciendo que el oro del pillaje se use para un buen fin». Habiendo tranquilizado su conciencia con este razonamiento, Alí Babá, el pobre, cogió varios sacos de provisiones, los vació de su contenido y los llenó de dinares y otras monedas de oro, sin hacer caso alguno de la plata y otros objetos de menor precio, y cargándolos uno a uno sobre sus espaldas, los llevó hasta la entrada de la caverna, y dejándolos en el suelo, se dirigió a la salida, y dijo: «¡Sésamo, ábrete!»; y al instante se abrieron los dos batientes de la puerta de roca y Alí Babá corrió a buscar sus asnos y los llevó hasta la entrada de la cueva. Una vez que estuvieron ante ella, los cargó con los sacos, que tuvo buen cuidado de ocultar con haces de leña encima, y cuando acabó su trabajo pronunció la fórmula de cierre, y al momento las dos mitades de la roca se unieron. El leñador se colocó ante sus asnos cargados de oro y los animó a echar a andar con voz mesurada, sin atreverse a abrumarlos con las maldiciones e injurias que acostumbraba dirigirles de ordinario cuando retardaban el paso, porque si Alí Babá, como todos los conductores de animales, llamaba a sus bestias con apelativos como: «¡Oh hijos de fornicados o cornudos!», lo hacía nada más que por animarlos, ya que los quería igual que a sus hijos, y era solo por hacerles entrar en razón; sin embargo, esta vez no les aplicó tales calificativos, y solo porque llevaban sobre sus lomos más oro del que había en las arcas del sultán.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CINCUENTA Y TRES

Schehrazada dijo:

—Y sin aguijonearlos tomó con ellos el camino de la ciudad, y al llegar ante su casa, como encontrase que las puertas estaban cerradas, se dijo: «¿Y si ensayase sobre ellas el poder de la fórmula mágica?»; y en voz alta exclamó: «¡Sésamo, ábrete!»; al instante las puertas se abrieron, y Alí Babá, sin anunciar su llegada, penetró con sus asnos en el pequeño corral de su casa, y volviéndose hacia la puerta, dijo: «¡Sésamo, ciérrate!»; y la puerta, girando sin ruido sobre sí misma, se cerró. Así se convenció Alí Babá de que era poseedor de un secreto incomparable y de que estaba dotado de un misterioso poder, cuya adquisición no le había costado más que

un pequeño susto, debido más que nada a los semblantes amenazadores de los cuarenta ladrones y al aspecto feroz de su jefe. Cuando la esposa de Alí Babá vio los asnos en el corral y a su esposo descargándolos, corrió hacia él batiendo palmas y exclamando: «¡Oh marido! ¿Cómo abres las puertas que yo misma he atrancado? ¡La protección de Alá para todos nosotros! ¿Qué es lo que traes en este bendito día en esos sacos tan pesados que jamás he visto en nuestra casa?». Alí Babá, sin contestar a la primera pregunta, respondió: «¡Oh mujer! Estos sacos nos vienen de Alá, y debes ayudarme a llevarlos a casa en lugar de atormentarme con preguntas sobre puertas». La esposa del leñador, dominando su curiosidad, le ayudó a cargar los sacos sobre sus espaldas y a llevarlos, uno tras otro, al interior de la casa. Como ella los palpase y notase que contenían monedas, pensó que debían ser de cobre. Este descubrimiento, aunque incompleto e inferior a la realidad, sumió su ánimo en una gran inquietud, y terminó por creer que su esposo se debía haber asociado con ladrones o gentes parecidas, pues, si no, ¿cómo explicar la presencia de aquellos sacos llenos de monedas? Cuando todos los sacos estuvieron en el interior de la casa, la mujer no pudo contenerse más y abrió uno de estos, y al hundir sus manos en él y comprobar el contenido, exclamó: «¡Oh, qué desgracia! ¡Estamos perdidos sin remedio, nosotros y nuestros hijos!». Al oír los gritos y lamentaciones de su esposa, Alí Babá, indignado, exclamó: «¡Maldita! ¿Por qué aúllas así? ¿Es que quieres atraer sobre nuestras cabezas el castigo de los ladrones?». Y ella dijo: «¡Oh hijo de mi tío! La desgracia ha entrado en esta casa junto con esos sacos de monedas. ¡Por mi vida, apresúrate a colocarlos sobre los lomos de los asnos y a llevártelos lejos de aquí, pues mi corazón no estará tranquilo mientras sé hallen en nuestra casa!». El marido respondió: «¡Alá confunda a las mujeres desprovistas de juicio! Bien veo, hija de mi tío, que piensas que estos sacos son robados. Tranquilízate, pues nos vienen del generoso, quien ha hecho que los encontrase en el bosque. Por otro lado, voy a contarte cómo ha sido el hallazgo; pero antes vaciaré los sacos y te enseñaré el contenido». Alí Babá cogió un saco y lo vació sobre la estera, y sonoras carcajadas de oro iluminaron con millones de reflejos la pobre habitación del leñador; este, satisfecho al ver a su mujer espantada ante tal espectáculo, hundiendo sus manos en un montón de oro, le dijo: «¡Oh mujer! ¡Escúchame ahora!»; y le contó su aventura desde el comienzo hasta el fin sin omitir detalle; mas no es de utilidad el repetirla aquí. Cuando la esposa hubo oído el relato del hallazgo, sintió que en su corazón el espanto dejaba sitio a una gran alegría, por lo que henchida de satisfacción exclamó: «¡Oh día claro y luminoso! ¡Alabemos a Alá, que ha hecho entrar en nuestra casa los bienes mal adquiridos por esos cuarenta ladrones, salteadores de caminos, y que de este modo vuelve lícito lo que era ilícito! ¡Él es el generoso donador!»; y al instante se levantó y comenzó a contar los dinares; mas Alí Babá, riéndose, le dijo: «¿Qué haces? ¿Cómo puedes pensar en contar todo eso? ¡Levántate en seguida y ven a ayudarme a cavar una fosa en nuestra cocina, a fin de que este tesoro quede oculto sin dejar rastro y pase inadvertido aun para el más avisado! Si así no lo hacemos, atraeremos sobre nosotros

la curiosidad de nuestros vecinos y de los oficiales de policía». La mujer, que amaba el orden y que quería hacerse una idea exacta de la riqueza que había adquirido en aquel día bendito, respondió: «Ciertamente, no quiero retrasar el momento de contar este oro, ya que no puedo permitir que lo entierres sin antes haberlo pesado o medido. Te suplico, ¡oh hijo de mi tío!, que me des tiempo para ir a buscar una medida y lo mediré en tanto que tú cavas la fosa. Así podremos saber a conciencia lo que debemos considerar superfluo o necesario para nuestros hijos». Aun cuando al leñador aquella precaución le pareciese poco menos que inútil, no queriendo contrariar a su mujer en unos momentos tan dichosos, le dijo: «¡Sea!, pero ve y vuelve rápidamente, y, sobre todo, ¡guárdate mucho de divulgar nuestro secreto o decir la menor palabra!». La esposa de Alí Babá salió en busca de la medida en cuestión y pensó que lo más rápido sería ir a pedir una a la esposa de Kasín, el hermano de su marido, cuya casa no estaba muy lejos. Entró, pues, en la casa de la esposa de Kasín, la rica y fatua, aquella que nunca se dignaba invitar a comer a su casa al pobre Alí Babá ni a su mujer, porque no tenían fortuna ni amistades, aquella misma que nunca había enviado la más pequeña golosina durante las fiestas o aniversarios a los hijos de Alí Babá, ni comprado para ellos un puñado de guisantes, como hacen las gentes muy ricas para regalar a los hijos de la gente muy pobre. Después de ceremoniosos saludos, le pidió una medida de madera por unos momentos. Cuando la esposa de Kasín oyó la palabra medida se sorprendió mucho, ya que sabía que Alí Babá y su mujer eran muy pobres y ella no podía comprender a qué uso destinarían aquel utensilio, del que de ordinario no se sirven más que los propietarios de grandes provisiones de grano, en tanto que los demás se contentan con comprar su grano para el día o la semana en casa del abacero. En otra circunstancia, sin duda alguna se lo hubiese negado sin importarle el pretexto, mas esta vez sentía demasiado picada su curiosidad para dejar escapar la ocasión de satisfacerla; y por esto le dijo: «¡Que Alá aumente sus favores sobre vosotros, oh madre de Ahmad! ¿La medida la quieres grande o pequeña?». La esposa del leñador respondió: «La más grande que tengas, ¡oh mi dueña!». La esposa de Kasín fue a buscar ella misma la medida en cuestión. No hay duda de que aquella mujer era descendiente de veinte truhanes, ¡que Alá niegue sus favores a los de esta especie y confunda a todos sus descendientes!, porque, queriendo saber a toda costa qué clase de grano era el que su parienta quería medir, se valió de una superchería, como las que siempre tienen a mano las hijas de prostitutas. En efecto, corrió a coger la medida, y diestramente dio una capa de sebo al fondo y las paredes de esta; después, volviendo al lado de su parienta, se excusó por haberla hecho esperar, y se la entregó. La mujer de Alí Babá le dio las gracias y se apresuró a regresar a su casa. Una vez en ella, puso la medida sobre el montón de oro, y después de llenarla, la vació un poco más lejos, repitiendo esta operación muchas veces y marcando cada una de ellas sobre el muro con un trozo de carbón, así tantas rayas como veces la llenaba y vaciaba. Alí Babá, por su parte, terminó su trabajo de cavar la fosa en la cocina y

regresó junto a su esposa, quien le mostró jubilosamente las numerosas rayas de carbón, y le encomendó el trabajo de enterrar todo el oro mientras ella iba con toda diligencia a devolver la medida a la impaciente esposa de Kasín; mas la infeliz no sabía que un dinar de oro estaba pegado en el fondo de la medida, gracias a la artimaña de aquella pérfida. Devolvió, pues, la medida a su parienta, y, dándole las gracias, le dijo: «Deseo devolvértela rápidamente, ¡oh mi dueña!, para no abusar de tu bondad». En cuanto a la esposa de Kasín vio que su parienta se marchó, se apresuró a mirar el fondo de la medida; su sorpresa fue muy grande al ver una pieza de oro pegada al sebo en lugar de algún grano de haba o avena. Su rostro se puso amarillo y sus ojos sombríos como la noche, y, comida de celos y devorada por la envidia, exclamó: «¡Así sea destruida su casa! ¿Desde cuándo esos miserables pueden medir el oro por celemines?». Se sentía tan furiosa que, no pudiendo dominar su impaciencia por ver a su esposo, envió rápidamente a una esclava a buscarlo a la tienda. Cuando el sorprendido Kasín entró en la casa, la mujer le recibió con exclamaciones furibundas, como si ella le hubiese sorprendido en el momento de violar a algún muchachito; sin dejarle tiempo a que se recobrase de la sorpresa, le puso el dinar ante las narices, y le gritó: «¿Lo ves? ¡Pues no es más que lo que les sobra a esos miserables! ¡Tú te crees rico y todos los días te felicitas por tener una tienda y clientes, mientras que tu hermano no tiene más que tres asnos por toda fortuna! ¡Desengáñate, oh jeque! ¡Ali Babá, ese leñador, ese don nadie, no se contenta con contar su oro, como tú, pues él lo mide! ¡Por Alá que lo mide como si fuese grano!». Y en medio de un torrente de palabras, gritos y vociferaciones, le puso al corriente del asunto, y le explicó la estratagema de la que se había valido para hacer el asombroso descubrimiento de la riqueza de Ali Babá, y añadió: «¡Pero esto no es todo, oh jeque! ¡Ahora tú debes averiguar cuál es el origen de la fortuna de tu miserable hermano, ese maldito hipócrita que simula ser pobre y mide el oro por celemines!». Al oír estas palabras de su esposa, Kasín no dudó de la realidad de la fortuna de su hermano, y, lejos de alegrarse al saber que el hijo de sus padres estaría desde entonces al abrigo de toda necesidad, sintió que la envidia se enseñoreaba de su ánimo.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CINCUENTA Y CUATRO

Dijo Schehrazada:

—... Y levantándose, al momento corrió a casa de su hermano para ver con sus propios ojos lo que había, y encontró a Ali Babá todavía con el pico en la mano,

terminando de enterrar su tesoro, y abordándole, sin siquiera llamarle por su nombre y sin tratarle de hermano, pues había olvidado el parentesco mucho antes de conocer la noticia de su fortuna, le dijo: «¡Es así, oh padre de los asnos, como recelas y te ocultas de nosotros! ¡Sí! ¡Continúas aparentando pobreza y miseria ante las gentes, para después en tu vivienda piojosa medir el oro como el mercader de granos su mercancía!». Alí Babá se turbó mucho al oír estas palabras, pero no porque fuese avaro o interesado, sino porque le constaba la malicia de su hermano y de la esposa de este, y respondió: «¡Por Alá! No sé a qué te refieres. Apresúrate a explicarte y seré franco contigo, a pesar de que hace muchos años que has olvidado el lazo de sangre que nos une y desvías la mirada cada vez que te encuentras conmigo o con mis hijos». Entonces, el autoritario Kasín dijo: «No se trata de eso, Alí Babá, sino de que me saques de la ignorancia, pues no sé por qué has de tener interés en ocultármelo»; y le mostró el dinar de oro todavía manchado de sebo, y mirando a su hermano de reojo le dijo: «¿Cuántas medidas de dinares semejantes a este tienes en tu granero, bribón? ¿Y cómo has reunido tanto oro, vergüenza de nuestra casa?». Después, en pocas palabras, le contó cómo su esposa había embadurnado de sebo el fondo de la medida que le había prestado y cómo aquella pieza de oro se había pegado. Cuando Alí Babá hubo escuchado las explicaciones de su hermano comprendió que lo sucedido ya no se podía remediar, por lo que sin hacer el menor gesto de asombro dijo: «¡Alá es generoso, hermano mío, ya que él nos envía sus dones! ¡Que él sea exaltado!»; y le contó con toda clase de detalles su historia del bosque, excepto lo referente a la fórmula mágica, y añadió: «¡Hermano mío! Nosotros somos hijos del mismo padre y de la misma madre, y por eso todo lo mío es tuyo; yo deseo, si tú te dignas aceptarlo, ofrecerte la mitad del oro que he cogido de la caverna». El pícaro Kasín, que era tan avaro como malvado, respondió: «Ciertamente es así como tú lo entiendes; pero yo quiero saber cómo podría entrar en la caverna, y, sobre todo, no me engañes, pues en tal caso iría a denunciarte a la justicia como cómplice de los ladrones». El buen Alí Babá, pensando en el destino de su mujer e hijos en el caso de que fuese denunciado, le reveló las tres palabras de la fórmula mágica, impulsado más por su naturaleza amable que por las amenazas de un hermano tan bárbaro. Kasín, sin dirigirle una palabra de agradecimiento, le dejó bruscamente, resuelto a ir él solo a apoderarse de todo el tesoro de la cueva. A la mañana siguiente, antes que amaneciese, partió hacia el bosque llevando con él diez mulas cargadas con grandes cofres que se proponía llenar con el producto de su primera expedición; por otro lado se decía que una vez hubiese dado buena cuenta de las provisiones y riquezas sacadas de la gruta en el primer viaje, se reservaría el derecho de hacer una segunda expedición con mayor número de mulas, e incluso, si así lo decidía, con una caravana de camellos. Siguió al pie de la letra las indicaciones de Alí Babá, quien en su bondad había llegado incluso a ofrecérsele como guía; pero había desistido de su ofrecimiento al ver la sospecha reflejada en la sombría mirada de Kasín. Pronto llegó ante la roca, que reconoció por su aspecto enteramente liso, y por un árbol que le daba sombra, y alargando los

brazos hacia ella dijo: «¡Sésamo, ábrete!». Súbitamente la roca se hendió por la mitad y Kasín, que había dejado sus mulas atadas a los árboles, penetró en la caverna, cuya entrada se cerró tras él gracias a la fórmula mágica. Su asombro no tuvo límites a la vista de tantas riquezas acumuladas, y al contemplar aquel oro amontonado y aquellas joyas guardadas en vasijas. Un gran deseo, cada vez más intenso, de ser el dueño de aquel tesoro, se apoderó de él, si bien se dio cuenta de que para transportar todo aquello no sería suficiente, no ya solo una caravana de camellos, sino aún todos los camellos que viajan desde los confines de la China hasta las fronteras del Irán. Se dijo que para la próxima vez tomaría todas las medidas necesarias para organizar una verdadera expedición, contentándose esta vez con llenar de oro amonedado tantos sacos como pudiese llevar sobre las diez mulas. Una vez que acabó aquel trabajo, regresó a la galería, y dijo: «¡Cebada, ábrete!». Kasín, cuyo ánimo estaba embargado por completo por el descubrimiento de aquel tesoro, había olvidado las palabras que debía decir, lo que originó su pérdida sin remedio. Volvió a repetir varias veces: «¡Cebada, ábrete!»; mas la puerta permanecía cerrada. Entonces dijo: «¡Haba, ábrete!», pero la puerta no se abrió, por lo que dijo: «¡Avena, ábrete!», mas esta vez tampoco se abrió hendidura alguna. Kasín comenzó a perder la paciencia, y gritó: «¡Centeno, ábrete!». «¡Mijo, ábrete!». «¡Alforfón, ábrete!». «¡Trigo, ábrete!». «¡Arroz, ábrete!». Mas la puerta de granito permaneció cerrada. Kasín se asustó mucho al verse encerrado a causa de haber olvidado las palabras mágicas; pero a pesar de ello continuó pronunciando ante la roca inamovible todos los nombres de cereales y los de las diferentes variedades de granos que la mano del sembrador lanzó sobre la superficie de los campos en el principio del mundo; pero la roca continuó inmóvil, ya que el indigno hermano de Alí Babá olvidó un grano, el misterioso sésamo, que precisamente era el único que estaba dotado de poderes mágicos. Así es como más pronto o más tarde el destino nubla por orden del todopoderoso la memoria de los truhanes, les quita lucidez y ciega su vista, y hablando de pícaros: «¡Que Alá les retire el don de la lucidez y deje que tanteen en las tinieblas, y que entonces, ciegos, sordos y mudos, no puedan volver sobre sus pasos!». Por otro lado, el profeta, que Alá le tenga en su gracia, ha dicho: «¡Sean cerrados sus oídos con el sello de Alá y sus ojos tapados con un velo, pues les está reservado un suplicio espantoso!». Cuando el pícaro Kasín, que no esperaba este desastroso desenlace, se convenció de que no recordaba la fórmula mágica para tratar de rememorarla comenzó a estrujar su cerebro inútilmente, pues el nombre mágico se había borrado para siempre de su memoria. Presa de pánico, dejó los sacos llenos de oro y recorrió la caverna en todas direcciones en busca de alguna hendidura, pero solo encontró paredes graníticas, desesperadamente lisas; igual que una bestia feroz, se mordía los puños con rabia y escupía baba sanguinolenta; mas no fue este todo su castigo; todavía le quedaba la agonía de la muerte, que no se hizo esperar.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CINCUENTA Y CINCO

Ella dijo:

—En efecto, los cuarenta ladrones regresaron al mediodía a su cueva, según era su diaria costumbre, y vieron que diez mulas cargadas con grandes cofres estaban atadas a los árboles; a una señal de su jefe lanzaron sus caballos al galope hacia la entrada de la caverna, y, echando pie a tierra, comenzaron a buscar en las inmediaciones de la roca al hombre al que pudiesen pertenecer las diez mulas; mas como sus pesquisas no diesen resultado, el jefe se decidió a entrar en la cueva, y, levantando su sable ante la puerta invisible, pronunció la fórmula mágica, y al momento la roca se dividió en dos mitades, que giraron en sentido inverso. El encerrado Kasín no dudó de su irremediable pérdida al oír los caballos y las exclamaciones sorprendidas y coléricas de los bandidos; pero como amaba su vida, quiso salvarla, y se escondió en un rincón, pronto a lanzarse hacia fuera a la primera oportunidad. Cuando oyó pronunciar la palabra «sésamo», maldijo su corta memoria, y, apenas vio que la puerta se entreabría, se lanzó hacia fuera como un carnero, con la cabeza baja, tan violentamente y con tan poca prudencia, que chocó contra el jefe de los cuarenta ladrones, derribándolo cuan largo era; pero los demás bandidos se abalanzaron contra Kasín, y, con sus sables, le atravesaron de parte a parte, y en un abrir y cerrar de ojos fue descuartizado y separados de su tronco la cabeza, los brazos y las piernas; este fue su destino. Los bandidos, después de limpiar sus sables, entraron en la caverna, y viendo alineados ante la salida los sacos que había llenado Kasín se apresuraron a vaciar su contenido allí donde había estado antes, pero no se dieron cuenta de lo que faltaba, del oro que se había llevado Alí Babá. A continuación se reunieron en círculo para celebrar consejo, y deliberaron largamente; pero en la ignorancia de haber sido despojados por Alí Babá, no pudieron comprender cómo había podido introducirse nadie en su refugio, por lo que decidieron no seguir ocupándose de ello por más tiempo, y después de haber descargado sus nuevas adquisiciones y descansado un rato prefirieron salir de la cueva y montar a caballo para ir a asaltar las rutas de las caravanas, pues eran hombres activos que despreciaban las largas reflexiones y las palabras; pero ya volveremos a encontrarlos cuando llegue el momento. La esposa de Kasín, aquella maldita mujer, fue la causa de la muerte de su marido, quien, por otra parte, merecía su fin. La perfidia de esta mujer fue la que inventó el ardid del sebo, que fue el punto de partida de todos los acontecimientos. Y no dudando del éxito de la expedición de su marido, había preparado una comida especial para celebrarlo; mas cuando vio que la noche llegaba y no se veía a Kasín ni sombra de él, se alarmó mucho, no porque le amase con

exceso, sino porque le era necesario; entonces ella se decidió a ir a buscar a Alí Babá a su casa; y aquella hija de puta, que nunca se había rebajado a franquear el umbral de su puerta, con rostro preocupado, dijo al leñador. «¡Oh hermano de mi esposo! Los hermanos se deben a los hermanos y los amigos a los amigos. Vengo a pedirte que me tranquilices respecto al paradero de tu hermano, que, como tú sabes, ha ido al bosque y todavía no ha vuelto, a pesar de lo avanzado de la noche. ¡Por Alá, oh rostro bendito! ¡Ve a ver qué es lo que ha sucedido en el bosque!». Alí Babá, que, a las claras se veía, estaba dotado de un espíritu compasivo, compartió la alarma de la esposa de Kasín, y dijo: «¡Que Alá aleje a los malhechores de la cabeza de tu esposo, hermana mía! ¡Ah! ¡Si Kasín hubiese querido escuchar mi consejo me hubiese llevado con él como guía! Mas no te inquietes por su retraso, porque, sin duda, lo habrá hecho a propósito para no llamar la atención de los viandantes al entrar en la ciudad a altas horas de la noche». Aunque esto fuese verosímil, la realidad era que Kasín se había convertido en seis trozos de Kasín: dos brazos, dos piernas, un tronco y una cabeza, que los ladrones habían colocado en el interior de la galería, tras la puerta de roca a fin de que su sola presencia espantase a cualquiera que tuviese la audacia de franquear aquel umbral. Alí Babá tranquilizó como pudo a la mujer de su hermano y le hizo notar que cualquier pesquisa sería inútil en aquella noche sombría, por lo que la invitó cordialmente a pasar la noche en su compañía. La esposa de Alí Babá la hizo acostar en su propio lecho; no sin antes haberle asegurado Alí Babá que con la aurora saldría para el bosque. En efecto, con las primeras luces de la mañana, el bondadoso leñador abandonó su casa seguido de sus tres asnos después de recomendar a su esposa que cuidase de la viuda de su hermano Kasín. Al aproximarse a la roca y no ver a los mulos, Alí Babá pensó que algo grave debía haber pasado; su inquietud aumentó al ver el suelo manchado de sangre, y, con voz temblorosa por la emoción, pronunció las tres palabras mágicas y entró en la caverna. El espectáculo de los miembros descuartizados de Kasín le hizo caer, tembloroso, de rodillas, mas sobreponiéndose a su emoción se aprestó a cumplir sus últimos deberes para con su hermano que, después de todo, era musulmán e hijo de sus mismos padres. Así, pues, cogió de la caverna dos grandes sacos, metió en ellos el cuerpo descuartizado de su hermano, y, poniéndolos sobre uno de sus asnos, los recubrió cuidadosamente con ramaje. Luego, ya que estaba allí, pensó que debería aprovechar la ocasión para coger algunos sacos de oro, evitando así que dos de sus asnos regresaran de vacío. Una vez realizado este trabajo, cubiertos todos los sacos con ramaje como la primera vez, y después de ordenar a la puerta que se cerrase, tomó el camino de la ciudad, deplorando en su interior el triste fin de su hermano. Después que llegó al patio de su casa, llamó a su esclava Morgana para que le ayudase a descargar los sacos. Aquella esclava era una joven a la que Alí Babá y su esposa habían recogido de pequeña y criado con los mismos cuidados y solicitud que hubieran podido tener para con ella sus mismos padres. La joven había crecido ayudando a su madre adoptiva en el cuidado de la casa y haciendo el trabajo de diez personas. Era agradable, dócil,

educada, y fecunda en invenciones para resolver las cuestiones más arduas y llevar a buen término las cosas más difíciles. Al presentarse ante su padre adoptivo, la joven le besó la mano, dándole la bienvenida como tenía por costumbre cada vez que él regresaba a casa; entonces, Alí Babá, le dijo: «¡Oh Morgana, hija mía! Hoy es el día en el que tu discreción y valía se van a poner a prueba"» y le contó el fin desgraciado de su hermano, añadiendo: «Su cuerpo está ahí, sobre el tercer asno. Mientras que voy a anunciar la noticia a su pobre viuda, es preciso que encuentres algún medio para hacerle enterrar como si hubiese fallecido de muerte natural, sin que nadie pueda sospechar la verdad». La joven, respondió: «Te escucho y obedezco». El leñador, entonces, fue a dar la noticia de la muerte de Kasín a la esposa de este, quien comenzó a dar alaridos, a mesarse los cabellos y a desgarrarse los vestidos, pero Alí Babá, con tacto, supo calmarla, consiguiendo evitar que los gritos y lamentaciones llegaran a llamar la atención de los vecinos, provocando la alarma en todo el barrio; y, después, añadió: «Alá es generoso y me ha dado grandes riquezas. Si en medio de esta desgracia sin remedio que se abate sobre ti, hay alguna cosa capaz de consolarte, yo te ofrezco los bienes que Alá me ha dado y que son tuyos, pues de ahora en adelante vivirás en mi casa en calidad de segunda esposa; encontrarás en la madre de mis hijos una hermana atenta y cariñosa, y todos viviremos tranquilos y felices recordando las virtudes del difunto». El leñador se calló esperando una respuesta, y, en un momento, Alí Babá hizo mella en el corazón de aquella mujer, despojándolo de sus malquerencias. ¡Loado sea Alá todopoderoso! Ella comprendió la bondad de Alí Babá y la generosidad de su ofrecimiento y consintió en ser su segunda esposa, y, por su matrimonio con aquel hombre bueno, llegó a ser realmente una mujer de bien. De este modo consiguió Alí Babá evitar los gritos y la divulgación del secreto de la muerte de su hermano, y dejando a su nueva esposa bajo los cuidados de la antigua, fue en busca de la joven Morgana, quien no había perdido el tiempo, pues había combinado todo un plan para salvar aquella difícil situación. En efecto, había ido a la tienda del mercader de drogas y le había comprado una especie de triaca que curaba las heridas mortales. El mercader le había servido la medicina no sin antes preguntarle quién estaba enfermo en la casa de su amo. Morgana, suspirando, le había respondido: «¡Oh calamidad! El mal tinte de rojo la cara del hermano de mi amo, que ha sido llevado a nuestra casa para así estar mejor atendido, pero nadie conoce su enfermedad. Está inmóvil, ciego y sordo, con rostro de color de azafrán. ¡Oh jeque, que esta triaca le saque de su mal estado!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CINCUENTA Y SEIS

Schehrazada dijo:

—Y había llevado a la casa la triaca en cuestión, de la que Kasín no podría servirse, y allí había esperado el regreso de su amo. En pocas palabras, ella le puso al corriente de lo que pensaba hacer, plan que el leñador aprobó manifestando al mismo tiempo la admiración que sentía por su ingenio. A la mañana siguiente, la diligente Morgana fue a ver al mismo vendedor de drogas y, con rostro lleno de lágrimas y con muchos suspiros, le pidió una droga que de ordinario solo se da a los enfermos moribundos, añadiendo: «Si este remedio no le cura, se ha perdido toda esperanza»; y al mismo tiempo tuvo cuidado de informar a todos los vecinos del barrio de la supuesta gravedad de Kasín, el hermano de Alí Babá. Al día siguiente por la mañana, cuando las gentes del barrio se despertaron, al oír gritos y lamentaciones, no dudaron de que eran proferidos por la esposa de Kasín, por la esposa del hermano de Kasín, por la joven Morgana y por todos los parientes, para así anunciar la muerte de Kasín. Durante este tiempo, Morgana continuó realizando su plan, diciéndose: «Hija mía, no todo consiste en hacer pasar una muerte violenta por una muerte natural, ya que además hay un gran peligro: dejar que las gentes se den cuenta de que el difunto está cortado en seis trozos»; sin tardanza, corrió a casa de un viejo zapatero remendón del barrio, que no la conocía y, saludándole, le puso en la mano un dinar de oro y le dijo: «¡Oh jeque Mustafá, tu trabajo me es necesario!». El viejo remendón, que era hombre de naturaleza alegre, respondió: «¡Oh día luminoso, bendito por tu venida, oh rostro de luna! ¡Habla, oh mi dueña, y te responderé con la obediencia!». Morgana le dijo: «¡Oh, mi tío Mustafá! ¡Levántate y ven conmigo, pero antes coge todo lo necesario para coser cuero!». Cuando él hizo lo que ella le pedía, tomó un pañuelo y vendándole los ojos, le dijo: «¡Es condición imprescindible! ¡Sin esto no hacemos nada!»; pero el zapatero gritó: «¡Oh joven! ¿quieres que por un dinar reniegue de la fe de mis padres o cometa algún robo o crimen extraordinario?». La joven le contestó: «¡Alejado sea el maligno, oh jeque! ¡Tranquiliza tu conciencia! No es nada de lo que imaginas, pues solo se trata de hacer una costura». Mientras hablaba le puso en la mano una segunda pieza de oro que convenció al remendón. Morgana le cogió de la mano, con los ojos ya vendados, y le llevó a la cueva de la casa de Alí Babá y allí le quitó el pañuelo y mostrándole el cuerpo del difunto, cuyos miembros ella misma había reunido, le dijo: «Te he traído aquí de la mano a fin de que cosas los seis trozos que ves»; y como el jeque retrocediese espantado, la animosa Morgana le puso una nueva moneda de oro en la mano y le prometió otra más si hacía el trabajo rápidamente, lo que decidió al zapatero a ponerse a trabajar. Cuando concluyó la costura, Morgana le volvió a vendar los ojos y después de darle la recompensa prometida, le dejó, apresurándose a regresar a su casa, volviendo la vista de vez en cuando para ver si era observada por el zapatero. Una vez que llegó, tomó el cuerpo reconstruido de Kasín, lo perfumó con incienso y lo amortajó ayudada por Alí Babá,

y para evitar que los hombres que trajeran las parihuelas sospechasen nada, ella misma fue por ellas pagando generosamente. Después, siempre ayudada por Alí Babá, puso el cuerpo en la caja mortuoria y lo recubrió con telas adecuadas. Mientras tanto, llegaron el imán y demás dignatarios de la mezquita, y cuatro vecinos cargaron las parihuelas sobre sus hombros; el imán se puso a la cabeza del cortejo seguido por los lectores del *Corán*. Morgana iba tras los porteadores llorosa y gimiente, golpeándose el pecho y mesándose los cabellos, en tanto que Alí Babá cerraba la marcha, acompañado de algunos vecinos. Así llegaron al cementerio mientras que en la casa de Alí Babá las mujeres dejaban oír sus lamentaciones y gritos de dolor. La verdad de aquella muerte quedó al abrigo de toda indiscreción, sin que persona alguna sospechase lo más leve de la funesta aventura. Por lo que respecta a los cuarenta ladrones, durante un mes se abstuvieron de volver a su refugio por temor a la putrefacción de los abandonados restos de Kasín, pero una vez que regresaron, su asombro no tuvo límites al no encontrar los despojos de Kasín, ni señal alguna de putrefacción. Esta vez reflexionaron seriamente acerca de la situación, y finalmente, el jefe de los cuarenta, dijo: «Sin duda hemos sido descubiertos y se conoce nuestro secreto; si no lo remediamos prontamente, todas las riquezas que nosotros y nuestros antecesores hemos acumulado con tantos trabajos y peligros, nos serán arrebatadas por el cómplice del ladrón que hemos castigado. Es preciso que sin pérdida de tiempo matemos al otro, para lo que hay un solo medio, y es, que alguien que sea a la vez el más astuto y audaz, vaya a la ciudad disfrazado de derviche extranjero, y, usando de toda su habilidad, descubra quién es aquel al que nosotros hemos descuartizado y en qué casa habitaba. Todas estas pesquisas deben ser hechas con gran prudencia, ya que una palabra de más podría comprometer el asunto y perdernos a todos sin remedio. Estimo que aquel que asuma este trabajo debe comprometerse a sufrir la pena de muerte si da pruebas de ineptitud en el cumplimiento de su misión». Al momento, uno de los ladrones, exclamó: «Me ofrezco para la empresa y acepto las condiciones». El jefe y sus camaradas le felicitaron colmándole de elogios y, disfrazado de derviche extranjero, partió rápidamente. El bandido entró en la ciudad y vio que todas las casas y tiendas estaban todavía cerradas a causa de lo temprano de la hora; únicamente la tienda del jeque Mustafá, el remendón, estaba abierta, y el zapatero, con la lezna en la mano, se disponía a arreglar una babucha de cuero de color de azafrán; al levantar la mirada y ver al derviche, se apresuró a saludarle. Este le devolvió el saludo y se admiró de que a su edad tuviese tan buena vista y manos tan expertas. El anciano, muy halagado y satisfecho, respondió: «¡Oh derviche! ¡Por Alá, que todavía puedo enhebrar la aguja al primer intento y puedo coser los seis trozos de un muerto en el fondo de un sótano poco iluminado!». El ladrón-derviche, al oír estas palabras, se alegró mucho y bendijo su destino que le conducía por el camino más corto hacia el logro de su misión, y aprovechando la ocasión, simuló asombro y exclamó: «¡Oh faz de bendición! ¿Seis trozos de un hombre? ¿Qué es lo que quieres decir? ¿Es que en este país tenéis la costumbre de cortar a los muertos en

seis pedazos y coserlos después?». El jeque Mustafá se echó a reír y respondió: «¡No, por Alá! Aquí no se acostumbra hacer eso, pero yo sé lo que me digo y tengo muchas razones para decirlo, mas por otra parte, mi lengua es corta y esta mañana no me obedece». El derviche-ladrón comenzó a reír, no tanto por el aire con que el remendón pronunciaba sus frases, como por atraerse su favor, y haciendo ademán de estrechar su mano, le dio una pieza de oro, diciendo: «¡Oh padre de la elocuencia! ¡Oh tío! ¡Que Alá me guarde de meterme donde no debo!, pero si en mi calidad de extranjero puedo dirigirte una súplica, esta será que me hagas la gracia de decirme dónde se levanta la casa en cuyo sótano cosiste los restos del muerto». El viejo remendón, respondió: «¡Oh jefe de los derviches! No podré indicártela, ya que yo mismo no la conozco. Solo sé que, con los ojos vendados, fui conducido a ella por una joven embrujadora que hace las cosas con una celeridad pasmosa. Sin embargo, si se me vendasen los ojos de nuevo, podría encontrar la casa guiándome por las cosas que palpé con mis manos durante el camino; porque debes saber, sabio derviche, que el hombre ve con sus dedos como con sus ojos, sobre todo si su piel no es tan dura como la de los cocodrilos. Por mi parte, tengo entre los clientes, cuyos honorables pies calzo, muchos ciegos clarividentes, gracias al ojo que tienen en cada dedo, pues no todos han de ser como el malvado barbero que todos los viernes me rapa la cabeza despellejándome atrozmente, ¡que Alá le maldiga!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CINCUENTA Y SIETE

Dijo Schehrazada:

—El derviche-ladrón, exclamó: «¡Benditos sean los pechos que te han alimentado y ojalá puedas enhebrar la aguja durante mucho tiempo y calzar pies honorables, oh jeque de buen augurio! ¡No deseo nada más que seguir tus indicaciones, a fin de que me ayudes a encontrar la casa en la que suceden cosas tan prodigiosas!».



El jeque Mustafá se levantó y el derviche le vendó los ojos, le llevó a la calle de la mano y marchó a su lado hasta la misma casa de Alí Babá, ante la cual, Mustafá, le dijo: «Ciertamente es esta; reconozco la casa por el olor que exhala a estiércol de asno y por este pedrusco que ya he pisado en otra ocasión». El ladrón, muy contento, se apresuró a hacer una señal en la puerta de la casa con un trozo de tiza, antes de quitarle la venda al remendón. Después, mirando con agradecimiento a su compañero, le gratificó con otra pieza de oro y le prometió que le compraría las babuchas que necesitase hasta el fin de sus días; acto seguido, se apresuró a tomar el camino del bosque para ir a anunciar a su jefe el descubrimiento que había hecho, pero como ya se verá, el ladrón no sabía que corría derecho a ver saltar su cabeza de sobre sus hombros. En efecto, la diligente Morgana salió para ir a comprar provisiones y a su regreso del mercado notó que sobre la puerta había una marca blanca, y, examinándola con atención, pensó: «Esta marca no se ha hecho ella sola y la mano que la ha hecho no puede ser sino una mano enemiga, por lo que es preciso conjurar el maleficio»; y, corriendo a buscar un trozo de yeso, hizo una señal exactamente igual en las puertas de todas las casas de la calle, a derecha e izquierda. Cada vez que hacía una marca, dirigiéndose al autor de la primera señal, mentalmente, decía: «¡Los cinco dedos de mi mano derecha en tu ojo izquierdo, y los de mi mano izquierda en tu ojo derecho!»; porque sabía que no hay fórmula más poderosa para conjurar las fuerzas invisibles, evitar los maleficios, y hacer caer sobre la cabeza del maldiciente las calamidades ya sufridas o inminentes. Cuando los malhechores, aleccionados por su compañero, entraron de dos en dos en la ciudad y se dirigieron a la casa señalada, se asombraron mucho al ver que todas las puertas de las casas de aquella calle tenían la misma señal. A una orden de su jefe regresaron a su cueva del bosque y una vez que estuvieron todos reunidos de nuevo, arrastraron hasta el centro del círculo que formaban al ladrón que tan mal había tomado sus precauciones y le condenaron a muerte; a continuación y a una señal del jefe, le

cortaron la cabeza. Pero como la necesidad de encontrar al autor de todo aquel asunto era más urgente que nunca, un segundo ladrón se ofreció a ir a investigar; el jefe escuchó la oferta con agrado y el ladrón partió de inmediato para la ciudad, donde se puso en contacto con el jeque Mustafá y se hizo conducir hasta la casa en la que se presumía fueron cosidos los seis trozos, e hizo en uno de los ángulos de la puerta una señal roja y regresó al bosque. Cuando los ladrones, guiados por su compañero, llegaron a la calle de Alí Babá, encontraron que todas las puertas estaban marcadas con una señal roja, exactamente en el mismo sitio, ya que la sutil Morgana, al igual que la primera vez, había tomado sus precauciones. A su retorno a la caverna, la cabeza del segundo ladrón-guía, siguió la misma suerte que la de su predecesor, pero aquello no contribuyó a arreglar el asunto y solo sirvió para disminuir la tropa en dos hombres, los más valerosos. El jefe reflexionó un buen rato acerca de la situación y dijo: «No encargaré este asunto a nadie más que a mí mismo»; y partió solo para la ciudad. Una vez en ella, no hizo como los demás, pues cuando Mustafá le hubo indicado la casa de Alí Babá no perdió el tiempo marcando la puerta con yeso, sino que observó atentamente su exterior para fijarlo en su memoria, ya que desde fuera aquella casa ofrecía el mismo aspecto que todas las demás; cuando terminó su examen, regresó al bosque y reuniendo a los treinta y siete ladrones supervivientes les dijo: «El autor del daño que hemos sufrido está descubierto, puesto que conozco su casa. ¡Por Alá, que su castigo será terrible! Por vuestra parte, daos prisa en traerme aquí treinta y ocho grandes tinajas de barro, de cuello largo y vientre ancho, todas vacías, excepto una que llenaréis de aceite de oliva; además, cuidad de que ninguna esté rajada». Los ladrones que estaban habituados a ejecutar sin rechistar las órdenes de su jefe, marcharon al mercado para comprar las treinta y ocho tinajas, que una vez compradas, cargaron de dos en dos en los caballos y regresaron al bosque. Reunidos de nuevo, el jefe dijo: «¡Despojaos de vuestras ropas y que cada uno se meta en una tinaja llevando únicamente sus armas, su turbante y sus babuchas!». Sin decir palabra, los treinta y siete ladrones saltaron de dos en dos sobre los caballos portadores de tinajas y como cada caballo llevaba un par de aquellas, una a la derecha y otra a la izquierda, cada bandido se dejó caer en una. De esta manera, se encontraron replegados sobre ellos mismos, con las rodillas tocando las barbillas, igual que están los pollos en el huevo a los veinte días. Se colocaron llevando en una mano la cimitarra y en la otra un hatillo y las babuchas en el fondo de la tinaja; la única que iba llena de aceite iba de pareja con el ladrón que hacía el número treinta y siete. Cuando los ladrones terminaron de colocarse en las tinajas lo más cómodamente posible, el jefe se acercó y examinándolas una por una, cerró las bocas de los recipientes con fibra de palmera, a fin de ocultar el contenido y, al mismo tiempo, permitir a sus hombres respirar libremente; para que los viandantes no pudiesen abrigar duda alguna acerca del contenido, tomó aceite de la tinaja que estaba llena y frotó con él las paredes externas de las demás tinajas. Entonces, el jefe se disfrazó de mercader de aceite y conduciendo los caballos portadores de aquella

mercancía improvisada se dirigió hacia la ciudad. Alá le protegió y llegó sin contratiempo, por la tarde, ante la casa de Alí Babá, y para que todo se acabase de poner a su favor, Alí Babá en persona estaba a la puerta de su casa, sentado en el umbral, tomando el fresco antes de la oración de la tarde.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CINCUENTA Y OCHO

Ella dijo:

—El jefe detuvo los caballos y después de saludar a Alí Babá, le dijo: «¡Oh mi dueño! Tu esclavo es mercader de aceite y no sabe dónde ir a pasar la noche en una ciudad en la que no conoce a nadie, y espera de tu generosidad que le concedas hospitalidad hasta mañana, a él y a sus bestias, en el patio de tu casa». Al oír esta petición, el corazón de Alí Babá se ablandó acordándose de los tiempos en que fue pobre y, lejos de reconocer al jefe de los ladrones, al que había visto y oído en el bosque, se levantó en su honor y dijo: «¡Oh mercader de aceite! ¡Hermano mío, que mi morada te sirva de descanso y que en ella puedas encontrar ayuda y familia! ¡Sé bien venido!»; mientras hablaba le cogió de la mano y, junto con los caballos, le condujo hasta el patio, y llamando a Morgana y a otro esclavo, les ordenó que ayudasen al huésped de Alá a descargar las vasijas y dar de comer a los animales. Cuando las vasijas estuvieron colocadas en buen orden en un extremo del patio y los caballos atados junto al muro y colgando del cuello de cada uno un saco lleno de avena, Alí Babá, siempre tan afable, tomó a su huésped de la mano y le condujo al interior de la casa, donde le hizo sentar en el sitio de honor para tomar la comida de la tarde. Después que hubieron comido, bebido y dado las gracias a Alá por sus favores, Alí Babá, no queriendo incomodar a su huésped, se retiró diciendo: «¡Oh mi dueño! ¡Mi casa es tu casa y lo que hay en ella, te pertenece!». Pero el mercader de aceite le llamó y le dijo: «¡Por Alá, oh mi huésped! Muéstrame el sitio de tu honorable casa en el que pueda dar descanso a mis intestinos»; Alí Babá le condujo al lugar indicado, que estaba situado en un ángulo de la casa, cerca de donde estaban las tinajas, y se apresuró a retirarse a fin de no perturbar las funciones digestivas del mercader de aceite. Y, en efecto el jefe de los bandidos no dejó de hacer lo que tenía que hacer; cuando terminó se aproximó a las tinajas, e inclinándose sobre cada una de ellas, dijo en voz baja: «Cuando oigas que unas piedrecitas golpean tu tinaja, no olvides salir y acudir junto a mí», y habiendo ordenado a su gente lo que debía hacer, penetró en la casa. Morgana, que le esperaba a la puerta de la cocina con una lámpara de aceite en la mano, le condujo a la habitación que le había preparado y se retiró. El bandido, por

estar mejor dispuesto para la ejecución de su proyecto, se tendió sobre el lecho en el que pensaba dormir hasta la media noche, y no tardó en roncar estrepitosamente. Y entonces pasó lo que debía pasar. En efecto, mientras Morgana estaba en su cocina, fregando los platos y cacerolas, la lámpara, falta de aceite, se apagó. Precisamente la provisión de aceite de la casa se había acabado y Morgana, que había olvidado proveerse durante el día, se contrarió mucho y llamó a Abdalá, el nuevo esclavo de Alí Babá, a quien hizo partícipe de su contrariedad; este comenzó a reír y dijo: «¡Por Alá, oh Morgana! Hermana mía, ¿cómo puedes decirme que no tenemos aceite en la casa cuando en este momento hay en el patio, apoyadas contra el muro, treinta y ocho tinajas llenas de aceite de oliva y que, a juzgar por el olor, debe ser de excelente calidad? ¡Hermana mía!, no veo en ti la diligencia, entendimiento y recursos de Morgana»; después, añadió: «¡Hermana mía, me vuelvo a dormir para poder levantarme con la aurora a fin de acompañar al baño a nuestro amo Alí Babá!», y se fue a dormir no lejos de donde el mercader de aceite resoplaba como un fuelle. Morgana, algo confundida por las palabras de Abdalá, tomó la vasija del aceite y fue al patio a llenarla en una de las tinajas. Se aproximó a la primera de ellas, la destapó y metió la vasija por la abertura, pero el cacharro, en lugar de sumergirse en aceite, chocó violentamente contra algo resistente; aquella cosa se movió y se oyó una voz que decía: «¡Por Alá! ¡El guijarro que ha lanzado el jefe debe ser del tamaño de una roca, por lo menos! ¡Este es el momento!», y sacando la cabeza, se aprestó a salir de la tinaja. Morgana al encontrar a un ser viviente en aquella tinaja en lugar del aceite que esperaba, pensó que había llegado la hora de su destino, y, muy sorprendida en un principio, no pudo dejar de pensar: «¡Soy muerta y todos los habitantes de la casa perecerán sin remedio!»; pero la violencia de su emoción le devolvió todo su coraje y en vez de comenzar a gritar aterrada, se inclinó sobre la boca de la tinaja y dijo: «¡No, mozo, no! Tu amo duerme todavía. Espera que se despierte». Morgana era muy sagaz y lo había adivinado todo, pero para comprobar la gravedad de la situación quiso inspeccionar las demás tinajas. Aunque la tentativa no dejaba de ser peligrosa, se aproximó a cada una, y, tanteando la cabeza que asomaba tan pronto como la destapaba, decía: «¡Paciencia y hasta luego!»; de esta manera contó hasta treinta y siete cabezas barbudas y vio que la tinaja número treinta y ocho era la única que estaba llena de aceite. Entonces, tomó su vasija, y, con calma, fue a encender su lámpara para poder poner en ejecución el proyecto que su ingenio le había sugerido para sortear el peligro inminente. De vuelta al patio, encendió fuego bajo la caldera que servía para la colada, y, sirviéndose de la vasija, la llenó de aceite; como el fuego estaba fuerte, el líquido no tardó en hervir. Entonces, llenó un gran cubo con aquel aceite hirviendo, y aproximándose a una tinaja, la destapó, vertiendo de golpe el líquido abrasador sobre la cabeza que intentaba salir, y al momento, el bandido murió abrasado. Morgana, con mano segura, hizo correr la misma suerte a todos los que estaban encerrados en las tinajas y todos murieron abrasados, pues ningún hombre, aunque estuviese encerrado en una tinaja de siete paredes podría escapar al destino

atado a su cuello. Una vez que realizó su designio, Morgana apagó el fuego, y, cubriendo las bocas de las tinajas con la fibra de palmera, regresó a la cocina, apagó la linterna, y quedó a oscuras, resuelta a esperar el desenlace del asunto, que no se hizo esperar mucho tiempo. En efecto, hacia la medianoche, el mercader de aceite se despertó y asomó la cabeza por la ventana que daba al patio, y no viendo ni oyendo nada, pensó que todos los de la casa debían estar durmiendo; tal como había dicho a sus hombres, arrojó sobre las tinajas unos guijarros que con él llevaba; como tenía el ojo seguro y la mano hábil acertó todos los blancos y esperó, no dudando de que vería surgir a sus hombres blandiendo las armas, mas nada sucedió. Pensando que se habían dormido, les arrojó más guijarros, pero no apareció cabeza alguna. El jefe de los bandidos se irritó mucho con sus hombres, a los que creía dormidos, y se dirigió hacia ellos, pensando: «¡Hijos de perro! ¡No valen para nada!», pero al acercarse a las tinajas hubo de retroceder, tan espantoso era el olor a aceite quemado y a carne abrasada que exhalaban. Se aproximó de nuevo y tocando las paredes de una de ellas, sintió que estaban tan calientes como las paredes de un horno y levantando las tapas vio a sus hombres, uno tras otro, humeantes y sin vida. A la vista de este espectáculo, el jefe de los ladrones comprendió de qué manera tan atroz habían perecido sus hombres, y, dando un salto prodigioso, alcanzó la cima del muro, se descolgó a la calle, y dando sus piernas al viento se perdió en la oscuridad de la noche.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS CINCUENTA Y NUEVE

Schehrazada dijo:

—Y llegando a su cueva, se sumergió en sombrías reflexiones acerca de lo que debía hacer para vengar lo que debía ser vengado. En cuanto a Morgana, que acababa de salvar la casa de su dueño y las vidas de cuantos habitaban en ella, una vez que se hubo dado cuenta de que con la huida del mercader de aceite había desaparecido todo peligro, esperó tranquilamente a que amaneciera para ir a despertar a su dueño Alí Babá; cuando este se hubo vestido, sorprendido de que se le despertara tan temprano solo para ir al baño, Morgana le llevó ante las tinajas y le dijo: «¡Oh mi dueño! ¡Levanta la primera tapa y mira dentro!». Alí Babá, al hacerlo, se horrorizó y Morgana se apresuró a contarle cuanto había pasado, sin omitir un detalle, mas no es útil repetirlo aquí; e igualmente le contó la historia de las marcas blancas y rojas de las puertas, pero tampoco es de utilidad repetirla. Cuando Alí Babá hubo escuchado el relato de su esclava, lloró de emoción, y, estrechando a la joven con ternura contra su corazón, le dijo: «¡Bendita hija y bendito el vientre que te llevó! Ciertamente que

el pan que has comido en esta casa no ha sido comido con ingratitud. ¡Eres mi hija y la hija de la madre de mis hijos y de ahora en adelante serás mi primogénita!»; y continuó diciéndole palabras amables, agradeciéndole su sagacidad y valentía. Después de esto, Alí Babá, ayudado por Morgana y el esclavo Abdalá, procedió al entierro de los ladrones, cuyos cuerpos, tras pensarlo mucho, decidió enterrar en una fosa enorme que cavaría en el jardín, haciéndolo él mismo para no llamar la atención de los vecinos; así es como se desembarazó de aquella gente maldita. Muchos días transcurrieron en casa de Alí Babá en medio del regocijo y de la alegría, menudearon los comentarios sobre los detalles de aquella aventura prodigiosa y dando gracias a Alá por su protección. Morgana era más querida que nunca y Alí Babá junto con sus dos esposas e hijos, se esforzaba en darle muestras de su agradecimiento y amistad. Un día, el hijo mayor de Alí Babá, que era quien regía la antigua tienda de Kasín, dijo a su padre: «Padre mío, no sé qué hacer para agradecer a mi vecino el mercader Hussein todas las atenciones con que me abruma desde su reciente instalación en el mercado. He aquí que ya he aceptado en cinco ocasiones participar de su comida del mediodía, sin ofrecerle nada en cambio. ¡Oh padre! Yo desearía invitarle aunque no fuese más que una sola vez y resarcirle de todas sus atenciones con un festín suntuoso y único, ya que convendrás en que es conveniente agasajarle debidamente, en justa correspondencia a las atenciones que ha tenido para conmigo». Alí Babá, respondió: «¡Hijo mío, ciertamente ese es el más grande de los deberes! Tendrás que dejarlo todo a mi cargo y no preocuparte por nada. Precisamente, mañana viernes, día de descanso, lo aprovecharás para invitar a tu vecino Hussein a venir a tomar con nosotros el pan y la sal, y si por discreción busca algún pretexto, no temas insistir y tráele a nuestra casa, en la que espero que encuentre un agasajo digno de su generosidad». A la mañana siguiente, después de la oración, el hijo de Alí Babá invitó a Hussein, el mercader que recientemente se había instalado en el mercado, a dar un paseo. En compañía de su vecino, dirigió sus pasos precisamente hacia el barrio donde estaba su casa. Alí Babá, que los esperaba en el umbral, se acercó a ellos con rostro sonriente y después de saludarlos, expresó a Hussein su gratitud por las deferencias que tenía para con su hijo y le invitó cordialmente a que entrase en su casa a descansar y a compartir con su hijo y con él la comida de la tarde, y añadió: «¡Bien sé que haga lo que haga, no podré recompensar las atenciones que has tenido con mi hijo, pero, en fin, espero que aceptes el pan y la sal de la hospitalidad!». Hussein, respondió: «¡Por Alá, oh mi dueño! Tu hospitalidad es grande ciertamente, pero ¿cómo puedo aceptarla si tengo hecho juramento de no probar nunca alimentos sazonados con sal y de no probar jamás ese condimento?». Alí Babá, respondió: «No tengo más que decir una palabra en la cocina y los alimentos serán preparados sin sal ni nada parecido». Y de tal modo instó al mercader, que le obligó a entrar en su casa; rápidamente corrió a prevenir a Morgana para que no echara sal a los alimentos y preparara las viandas, rellenos y pasteles, sin la ayuda de aquel condimento. Morgana, muy sorprendida por el horror de aquel huésped hacia la sal, no sabiendo a

qué atribuir un deseo tan extraño, comenzó a reflexionar sobre el asunto, pero no olvidó prevenir a la cocinera negra de que debía atenerse a la orden de su dueño Alí Babá. Cuando la comida estuvo lista, Morgana la sirvió en los platos y ayudó al esclavo Abdalá a llevarla a la sala del festín, y, como era de natural muy curiosa, de vez en cuando echaba una ojeada al huésped a quien no le gustaba la sal; cuando la comida terminó, Morgana se retiró para dejar a su dueño conversar a gusto con su invitado. Al cabo de una hora la joven entró nuevamente en la sala, y, con gran sorpresa de Alí Babá, ataviada como una danzarina: la frente adornada con una diadema de zequíes de oro, el cuello rodeado por un collar de ámbar, el talle ceñido con un cinturón de mallas de oro, y brazaletes de oro con cascabeles en las muñecas y tobillos, según la costumbre de las danzarinas de profesión; de su cintura colgaba el puñal de empuñadura de jade y larga hoja que sirve para acompañar las figuras de la danza. Sus ojos de gacela enamorada, ya tan grandes de por sí y de tan profunda mirada, estaban pintados con kohl negro hasta las sienes, lo mismo que sus cejas, alargadas en amenazador arco. Así ataviada y adornada, avanzó con pasos medidos, erguida y con los senos enhiestos; tras ella entró el joven esclavo Abdalá llevando en su mano derecha, a la altura de la cintura, un tambor sobre el que redoblaba muy lentamente acompañando los pasos de la esclava. Cuando Morgana llegó ante su dueño, se inclinó graciosamente y sin darle tiempo a recuperarse de la sorpresa que le había producido aquella entrada inesperada, se volvió hacia el joven Abdalá y le hizo una ligera seña. Súbitamente, el redoble del tambor se aceleró y Morgana bailó ágil como un pájaro, todos los pasos imaginables, dibujando todas las figuras, como lo hubiese hecho en el palacio de los reyes una danzarina de profesión; danzó como solo pudo hacerlo ante Saúl, sombrío y triste, David, el pastor. Bailó la danza de los velos, la del pañuelo, la del bastón, las danzas de los judíos, de los griegos, de los etíopes, de los persas y de los beduinos, con una ligereza tan maravillosa que, ciertamente, solo Balkin, la amante reina de Solimán, hubiese podido hacerlo igual. Terminó de bailar solo cuando el corazón de su dueño, el del hijo de su dueño y el del mercader invitado de su amo cesaron de latir y la contemplaron con ojos arrobados. Entonces, comenzó la danza del puñal; en efecto, sacando de improviso el puñal de su funda de plata, ondulante por su gracia y actitudes, danzó al ritmo acelerado del tambor, con el puñal amenazador, flexible, ardiente, salvaje y como sostenida por alas invisibles. La punta del arma tan pronto se dirigía contra algún enemigo invisible como hacia los bellos senos de la exaltada adolescente. En aquellos momentos, la concurrencia profería un grito de alarma, tan próximo parecía estar el corazón de la danzarina de la punta mortífera del arma, pero poco a poco el ritmo del tambor se hizo más lento y se atenuó su redoble hasta el silencio completo, y Morgana cesó de bailar. La joven se volvió hacia el esclavo Abdalá, quien a una nueva seña, le arrojó el tambor que ella atrapó al vuelo y se sirvió de él para tenderlo a los tres espectadores, según la costumbre de las bailarinas, solicitando su dádiva. Alí Babá, aunque molesto en un principio por la inesperada entrada de su esclava, pronto se dejó ganar por tanto

encanto y arte y arrojó un dinar de oro en el tambor. Morgana se lo agradeció con una profunda reverencia y una sonrisa y tendió el tambor al hijo de Alí Babá, que no fue menos generoso que su padre. Llevando siempre el tambor en la mano izquierda, lo presentó al huésped a quien no le gustaba la sal. Hussein tiró de su bolsa y se disponía a sacar algún dinero para aquella bailarina codiciable, cuando de súbito Morgana, que había retrocedido dos pasos, se abalanzó contra él como un gato salvaje y le clavó en el corazón el puñal que blandía en la diestra. Hussein, con los ojos fuera de las órbitas, medio exhaló un suspiro, y, cayendo de bruces sobre el tapiz, dejó de existir. Alí Babá y su hijo, en el colmo del espanto y de la indignación, se lanzaron hacia Morgana, que temblorosa por la emoción, limpiaba su puñal en el velo de seda; y como la creyesen víctima del delirio y de la locura, la asieron de las manos para quitarle el arma, pero ella con voz tranquila, les dijo: «¡Oh amos míos! ¡Alabemos a Alá que ha dirigido el brazo de una débil joven, para así castigar al jefe de vuestros enemigos! ¡Ved si este muerto no es el mercader de aceite, el capitán de los ladrones, el hombre que no quiso probar la sal de la hospitalidad!». Mientras hablaba, despojó de su manto al cuerpo caído y mostró bajo sus largas barbas, al enemigo que había jurado su destrucción. Cuando Alí Babá reconoció en el cuerpo inanimado de Hussein al mercader de aceite dueño de las tinajas y jefe de los bandidos, comprendió que por segunda vez debía su vida y la de su familia a la adhesión atenta y al coraje de la joven Morgana, por lo que abrazándola, con lágrimas en los ojos, le dijo: «¡Oh Morgana, hija mía! Para que mi dicha sea completa, ¿quieres entrar definitivamente en mi familia como esposa de mi hijo, ese bello joven que aquí está con nosotros?». Morgana besó la mano de Alí Babá y respondió: «Acato y obedezco». El matrimonio de Morgana con el hijo de Alí Babá se celebró sin tardanza ante el cadí y los testigos, en medio de gran alegría y regocijo. El cuerpo del jefe de los bandidos, ¡que él sea maldito!, se enterró en secreto en la fosa común que había servido de sepultura a sus antiguos compañeros.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SESENTA

Dijo Schehrazada:

—Después del matrimonio de su hijo, Alí Babá escuchaba atentamente las opiniones de Morgana, y, siguiendo sus consejos, durante algún tiempo se abstuvo de volver a la caverna por temor de encontrar a los dos bandidos restantes, cuya muerte ignoraba, y que en realidad, como tú sabes, rey afortunado, habían sido ejecutados por orden de su capitán. Hasta que pasó un año no estuvo tranquilo a ese respecto,

pero una vez hubo transcurrido ese tiempo se decidió a visitar la caverna en compañía de su hijo y de la avisada Morgana. Esta, que durante el camino no dejó de observar cuanto veía, al llegar a la roca se apercibió de que los arbustos y las grandes hierbas obstruían por completo el sendero que rodeaba a aquella y que, por otra parte, en el suelo no había rastro de pisadas humanas ni huella alguna de caballos, por lo que, deduciendo que desde mucho tiempo atrás nadie debía haberse acercado a aquellos parajes, dijo a Alí Babá: «¡Oh tío mío! ¡No hay inconveniente; podemos entrar sin peligro!». Alí Babá extendió las manos hacia la puerta de piedra y pronunció la fórmula mágica, diciendo: «¡Sésamo, ábrete!». Lo mismo que otras veces, la puerta obedeció como si fuese movida por servidores invisibles y se abrió dejando paso libre a Alí Babá, a su hijo y a la joven Morgana. El antiguo leñador comprobó que, en efecto, nada había cambiado desde su última visita al tesoro, por lo que se apresuró a mostrar a Morgana y a su hijo las fabulosas riquezas, de las que era el único dueño. Una vez que vieron cuanto había en la caverna, llenaron de oro y pedrería tres sacos grandes que habían llevado con ellos y, volviendo sobre sus pasos, después de pronunciar la fórmula de apertura, salieron de la cueva. Desde entonces vivieron con tranquilidad, usando con moderación y prudencia las riquezas que les había otorgado el generoso, que es el único grande. Así es como Alí Babá, el leñador propietario de tres asnos por toda fortuna, llegó a ser, gracias a su destino, el hombre más rico y respetado de su ciudad natal. ¡Gracias a aquel que da sin medida a los humildes de la tierra! He aquí, ¡oh rey afortunado! —continuó diciendo Schehrazada—, lo que sé de la historia de Alí Babá y los cuarenta ladrones, pero ¡más sabio es Alá!

El rey Schahriar dijo:

—Ciertamente, Schehrazada, que esta es una historia asombrosa, pues la joven Morgana no tiene par entre las mujeres de hoy. Bien lo sé yo, que me vi obligado a cortar la cabeza de todas las desvergonzadas de mi palacio.

Y Schehrazada, viendo que el rey Schahriar, recordando antiguas tribulaciones, fruncía el entrecejo, se apresuró a comenzar otra nueva historia, diciendo:

LOS ENCUENTROS DE AL-RASCHID EN EL PUENTE DE BAGDAD

—Recuerdo, ¡oh rey de los tiempos!, que el califa Harún Al-Raschid, ¡Alá lo tenga en su gracia!, había salido de su palacio, uno de tantos días, en compañía de su visir Giafar y de su portaalfanje Massrur, ambos disfrazados, como también lo estaba él mismo, de nobles mercaderes de la ciudad. Habían llegado al puente de piedra que une las dos orillas del Tigris, cuando vieron sentado en el suelo sobre sus piernas plegadas, y a la entrada misma del puente, a un ciego muy viejo que pedía limosna por Alá a los transeúntes. El califa se detuvo ante el anciano y depositó un dinar de oro en la palma de la mano abierta que le tendía. El mendigo le asió fuertemente la mano, impidiéndole continuar su camino, y le dijo: «¡Oh generoso donante; que Alá premie este tu rasgo, digno de un alma piadosa, con sus mejores bendiciones! Pero antes que te marches, yo te suplico que no rehúses el favor que voy a pedirte: levanta

tu brazo y dame un puñetazo o bofetada sobre el lóbulo de mi oreja». Y, dicho esto, soltó la mano que le tenía cogida para que pudiera darle la bofetada en cuestión, asiéndose, por temor a que se marchara sin darle satisfacción, a los faldones de su largo vestido. Viendo y oyendo todo esto, el califa quedó perplejo y dijo al ciego: «¡Oh mi tío: que Alá me guarde de obedecerte! El que da una limosna por Alá no debe borrar el mérito de la buena obra maltratando a quien recibe esta limosna. Y el maltrato, al que quieres que yo te someta, es una acción indigna de un creyente». Después de expresarse así, hizo fuerza para obligar al ciego a soltar su presa, pero no contó con la desconfianza del anciano, que, previendo el movimiento del califa, hizo por su parte un esfuerzo mayor para no soltarse y dijo: «¡Oh mi generoso dueño!, perdona mi importunidad y el atrevimiento de mi proceder y déjame suplicarte aún que me des esa bofetada en el lóbulo de mi oreja. Si no, será mejor que vuelvas a recoger tu limosna, pues no puedo aceptarla más que con esa condición, so pena de quedar como perjurio ante Alá, contraviniendo el juramento que he hecho ante aquel que te ve y me ve». Luego añadió: «Si supieras la causa de mi juramento, ¡oh mi señor!, no dudarías en complacerme». El califa pensó para sí: «No hay recursos más que en Alá, el todopoderoso, contra las importunidades de este viejo ciego». Y no queriendo estar expuesto por más tiempo a la curiosidad de los transeúntes, se decidió a hacer lo que le pedía el ciego, quien tan pronto como recibió la bofetada soltó su presa y le dio las gracias, levantando ambas manos al cielo pidiendo todas las bendiciones para su bienhechor. Al-Raschid, liberado de esta suerte, se alejó con sus dos compañeros y dijo a Giafar: «¡Por Alá, que la historia de ese ciego debe de ser una asombrosa historia, y su caso, un muy extraño caso! Así, pues, vuelve hasta él y dile que vienes de parte del emir de los creyentes para ordenarle que se presente en palacio mañana a la hora de la oración de la tarde». Giafar volvió junto al ciego y le comunicó la orden de su amo, regresando en seguida a reunirse con el califa. Apenas habían dado algunos pasos, cuando advirtieron a un segundo mendigo en el lado izquierdo del puente, sentado casi enfrente del ciego. Tenía ambas piernas estropeadas y la boca hendida. A una señal de su amo, el portaalfanje Massrur se acercó al estropeado de las dos piernas y la boca rajada, dándole la limosna que la suerte tenía aquel día dispuesta para el mendigo. El hombre levantó la cabeza, y, echándose a reír, dijo: «¡Por Alá; durante toda mi vida, incluso mientras fui maestro de escuela, gané tanto como acabo de recibir de tu mano generosa, oh mi amo!». Al-Raschid, que había oído la respuesta, se volvió a Giafar y le dijo: «¡Por Alá; si ese es un maestro de escuela reducido a mendigar en los caminos, seguramente que su historia debe ser muy extraña! Ve y ordénale que mañana, a la misma hora que el ciego, se encuentre a la puerta de mi palacio». La orden fue cumplida y continuaron su paseo. Aún no habían perdido de vista al estropeado, cuando le oyeron dar grandes voces pidiendo bendiciones para un jeque que se hallaba junto a él. Miraron desde donde estaban, por ver qué podía ser aquello, y vieron que el dicho jeque trataba de esquivar, muy azorado, las bendiciones y alabanzas de que era objeto. Por las

palabras del estropeado, comprendieron que la limosna que el jeque acababa de darle debía ser todavía más considerable que la de Massrur, y hasta tal punto que el pobre hombre no debía haber recibido nunca nada parecido. Harún expuso a Giafar su asombro por el hecho de que un simple particular hiciera gala de tener una mano más generosa que la suya propia y añadió: «Me gustaría conocer a ese jeque y profundizar en los motivos de su esplendidez; ve, pues, ¡oh Giafar!, y dile que mañana se presente ante mí, a la misma hora que el ciego y el estropeado». La orden fue cumplimentada. Ya se disponían a proseguir su paseo cuando vieron venir hacia el puente un maravilloso cortejo, como aquellos que de ordinario solo pueden usar los reyes o los sultanes. Iba precedido de voceadores a caballo, que gritaban: «¡Paso a nuestro amo, esposo de la hija del poderoso rey de la China y esposo también de la hija del no menos poderoso rey de Sind y de la India!». A la cabeza del cortejo, sobre un caballo que pregonaba su raza con su estampa, caracoleaba un emir, o quizá un hijo de rey, cuyo aspecto era de gran brillantez y lleno de nobleza. Inmediatamente detrás venían dos peones conduciendo por el cabezal de seda azul a un camello maravillosamente enjaezado, cargado con un palanquín, en el que iban sentadas, una al lado de la otra, bajo un dosel de brocado rojo y con sus rostros cubiertos por velos de seda de color anaranjado, las dos principescas adolescentes, esposas del caballero. Cerraba el cortejo un grupo de músicos tocando en sus instrumentos, de formas extrañas, aires indios y chinos. Y Harún, maravillado tanto como sorprendido, dijo a sus compañeros: «He aquí un extranjero notable, de los que raramente vienen a mi capital. Sin embargo, yo he recibido a los reyes, príncipes y emires más importantes de la tierra. Los jefes de los descreídos de más allá de los mares, los del país de los francos y de las regiones del extremo occidental me han enviado embajadas y diputaciones, pero ninguno de los que vimos hasta ahora podría compararse a este en fasto y boato». Luego se volvió hacia Massrur, su portaalfanje, y le dijo: «Sigue al cortejo, ¡oh Massrur!, y trata de ver lo que haya que ver, para que después, sin pérdida de tiempo, vayas a contármelo al palacio, sin olvidar, por supuesto, invitar a ese noble extranjero para que acuda mañana a mi presencia a la hora del ciego, del estropeado y del jeque generoso». Massrur partió para ejecutar la orden y el califa y Giafar atravesaron por fin el puente. Al llegar al otro lado vieron, en medio de la explanada que se abría ante ellos y que servía para las justas y los torneos, una gran concurrencia de espectadores que contemplaban a un joven montado en una hermosa yegua blanca, a la que llevaba a toda brida de acá para allá, maltratándola con fusta y espuelas, sin darle respiro y de tal manera, que el animal estaba cubierto de espuma y ensangrentado, temblándole las patas y todo el cuerpo. Viendo esto, el califa, que amaba a los animales y no permitía que se les maltratara, preguntó indignado a los espectadores: «¿Por qué ese joven trata de manera tan bárbara a esa hermosa y dócil yegua?». «No lo sabemos —respondieron—. ¡Solo Alá lo sabe! Todos los días a la misma hora vemos llegar a este hombre con su yegua y asistimos a este espectáculo inhumano —y añadieron—: Después de todo, él es el dueño legítimo del animal y

puede tratarla como se le antoje». Y Harún se volvió a Giafar y le dijo: «Dejo a tu cuidado, Giafar, el informarte de este hombre y de los motivos que le impulsan a maltratar de esa forma a su yegua. Si rehúsa revelártelo, le dices quién eres y le ordenas que comparezca ante mí después del mediodía de mañana, a la misma hora que el ciego, el estropeado, el jeque generoso y el caballero extranjero». Giafar respondió por el oído y la obediencia, y el califa le dejó en la explanada para, por aquella vez, volver solo a su palacio.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SESENTA Y UNA

Ella dijo:

—Al día siguiente, después de la oración del mediodía, el califa fue al *diván*, y al momento el gran visir Giafar llevó a su presencia a los cinco personajes que, la víspera, habían encontrado en el puente de Bagdad, es decir: el ciego que se hacía abofetear, el maestro de escuela lisiado, el jeque generoso, el noble caballero tras el que se oían músicas indias y chinas y, finalmente, el joven dueño de la yegua blanca. Una vez que aquellos cinco personajes se hubieron prosternado y besado el suelo ante su trono, el califa les hizo con la cabeza un gesto para que se levantasen y Giafar los colocó al pie del trono, en buen orden sobre el tapiz. Entonces Al-Raschid se volvió hacia el joven dueño de la yegua blanca y le dijo: «¡Oh joven! ¿Por qué te mostraste ayer tan inhumano con la hermosa yegua blanca que montabas y que, por otra parte, parecía tan dócil? Deberás decírmelo, a fin de que yo conozca el motivo que te impulsó a tratar tan bárbaramente a un animal que, por su condición, no puede responder a las injurias con injurias ni a los golpes con golpes. No me digas que lo hiciste por domar al animal, porque yo mismo he domado gran número de sementales y yeguas, pero he procurado no maltratarlos; lo contrario de lo que tú hacías. No me digas que hostigabas a tu yegua para distraer a los espectadores, porque ese espectáculo inhumano no los distraía, sino que los escandalizaba. ¡Por Alá!, que faltó poco para darme a conocer en público y castigarte como merecías, poniendo así fin a un espectáculo tan repugnante. Habla, pues, sin mentir y sin ocultar el motivo de tu conducta, porque este es el único medio de escapar a mi enojo y entrar en mi favor. Si tu relato me satisface y tus palabras excusan tu conducta, estoy dispuesto a perdonarte y a olvidar cuanto vi de desagradable en tu manera de actuar». Cuando el joven dueño de la yegua blanca oyó las palabras del califa, palideció, y, sin decir palabra, bajó la cabeza, muy pesaroso y embarazado. Como continuase en esta actitud, sin pronunciar una sola palabra, en tanto que las lágrimas fluían de sus ojos y

resbalaban por sus mejillas, el califa cambió de tono y, más intrigado que nunca, con voz dulce, le dijo: «¡Oh joven! Olvida que estás en presencia del emir de los creyentes y habla con entera libertad, como si estuvieses entre tus amigos, pues bien veo que tu historia debe ser muy extraña y el móvil de tu conducta ha de ser poco corriente. ¡Yo te juro por los merecimientos de mis gloriosos antepasados que no se te hará ningún mal!». Por su parte, Giafar hizo al joven señas imperiosas con la cabeza y con los ojos, que decían claramente: «Habla con toda confianza y sin ninguna inquietud». Entonces el joven comenzó a recobrarse, y, levantando la cabeza, después de haber besado el suelo una vez más ante el califa, dijo:

HISTORIA DEL JOVEN DUEÑO DE LA YEGUA BLANCA

«Sabe, ¡oh emir de los creyentes!, que en mi barrio soy conocido como Sidi Nemán, y la historia que voy a contarte es un misterio de la fe musulmana que, si se tatuara sobre los ojos, serviría de enseñanza a quienquiera que la leyese con atención». El joven se calló un instante para concentrarse y ordenar sus recuerdos y continuó diciendo: «Cuando mi padre murió, dejándome como herencia los bienes que Alá le había otorgado, pude comprobar que los beneficios que el altísimo había derramado sobre mi cabeza eran cuantiosos como nunca hubiese podido soñar o desear, y, de la noche a la mañana, me vi convertido en el hombre más rico y considerado de mi barrio. Pero mi nueva vida, lejos de henchirme de orgullo y suficiencia, hizo que se desarrollase en mí el gusto, ya de por sí muy acentuado, por la calma y la soledad. Continué viviendo soltero, felicitándome todas las mañanas de Alá por no tener cuidados de familia ni responsabilidades, y todas las tardes me decía: “Sidi Nemán, tu vida es modesta y tranquila y la soledad del celibato es deliciosa”. Un día cualquiera, ¡oh mi señor!, me desperté con el violento e incomprensible deseo de cambiar rápidamente de vida. Este anhelo se enseñoreó de mi ánimo bajo la forma del matrimonio. Movido por los impulsos de mi corazón, me levanté al instante, diciéndome: “Sidi Nemán: ¿no te apena vivir así, solo en esta casa, como un chacal en su cueva, sin ninguna dulce presencia a tu lado, sin un cuerpo de mujer, siempre fresco, para solazar tu mirada, y sin un afecto que te haga sentir que realmente tú eres un hálito de tu creador? ¿Acaso esperas para conocer los encantos de nuestras adolescentes a que los años te hayan vuelto impotente, solo bueno para ver y no poder?”. Ante el acoso de todas estas ideas que por primera vez se presentaban en mi espíritu, me doblegué a seguir los deseos de mi corazón, pues creo que siempre merecen ser satisfechos, pero como no conocía mujeres casamenteras que pudiesen buscarme una esposa entre las hijas de los notables de mi barrio o de los mercaderes ricos, y, por otra parte, estaba resuelto a casarme con conocimiento de causa, es decir, viendo con mis propios ojos los encantos y cualidades de mi esposa, desobedeciendo así la costumbre que quiere que no se conozca el rostro de la desposada hasta después de hacer el contrato y celebrar las ceremonias de la boda, me decidí a escoger mi esposa simplemente entre las bellas

esclavas que se compran y venden. Salí de mi casa inmediatamente y me dirigí hacia el mercado de las esclavas, diciéndome: “Sidi Nemán, es excelente tú decisión de tomar por esposa a una esclava adolescente en lugar de buscar una alianza con la hija de algún notable, porque de esta manera te evitas molestias y sinsabores al no tener contigo a la familia de tu mujer y no soportar las miradas desagradables de su madre, que seguramente sería una vieja gruñona; te evitas la pesadez de los hermanos, grandes o pequeños, y de los parientes de ella, jóvenes o viejos, y de las relaciones gravosas y enojosas con tu tío, el padre de tu mujer, y más que nada, las futuras recriminaciones de las hijas de los notables, que no olvidarían hacerte ver en toda ocasión que ella era de procedencia superior, que no debías tener sobre ella derechos ni autoridad, sino solo deberes, debiéndosele todos los miramientos y consideraciones. Esto haría que, al añorar tu vida de soltero, te mordieses los dedos hasta hacerte sangre, mientras que, eligiendo tú mismo la esposa y comprobando con tus ojos y dedos que no tiene achaques, simplificas tu existencia, evitas las complicaciones y consigues todas las ventajas del matrimonio sin sufrir los inconvenientes”. Con estas ideas, joh emir de los creyentes!, llegué al mercado de las esclavas para escoger allí alguna esposa agradable con la que vivir en medio de dulzuras de todas clases, pues como era afectivo por naturaleza, anhelaba con todas mis fuerzas encontrar en la adolescente de mi elección las cualidades espirituales y corporales que me permitiesen poner en ella las reservas acumuladas de una ternura que hasta entonces no había sentido por ningún ser viviente. Aquel era precisamente día de mercado y acababa de llegar a Bagdad una expedición formada por hijas de la Circasia, Jonia, islas del norte, Etiopía, Irán, Korasán, Arabia, país de Rum, Serendiba, India y China. Cuando llegué al centro del mercado los vendedores y pregoneros ya habían separado los diversos lotes para evitar los desórdenes que hubieran ocasionado la mezcla de razas tan diversas. Cada una de las jóvenes podía ser examinada a conciencia para que no hubiese dudas al pagar. Quiso el destino, nadie sabría escapar a él, que mis primeros pasos se dirigieran hacia el grupo de las jóvenes venidas de las islas del extremo norte. Por otra parte, mis pasos no se habrían dirigido por sí mismos hacia aquel lado si mis ojos no hubieran mirado antes hacia allí, pues este grupo destacaba entre los que le rodeaban: por su blancura, por sus espesas cabelleras aplastadas y amarillas como el oro, y por aquellos cuerpos blancos como la plata virgen. Las adolescentes, de pie, formando aquel grupo, tenían todas entre sí un extraño parecido, como las hermanas se semejan a sus hermanas cuando son del mismo padre y de la misma madre. Todas tenían los ojos azules como las turquesas del Irán cuando se extraen de las rocas».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SESENTA Y DOS

Schehrazada dijo:

—«Y yo, ¡oh mi señor!, que jamás había tenido la ocasión de contemplar adolescentes de una belleza tan extraña, estaba maravillado y sentía escapárseme el alma hacia aquel espectáculo tan emocionante. Al cabo de una hora, y no sabiendo cuál elegir, tan por igual en cuanto a belleza estaban todas, cogí de la mano a aquella que me pareció ser la más joven e hice su adquisición rápidamente, sin regatear, pues sus gracias la envolvían por entero; era como la plata en la mina o como la almendra descortezada, clara, excesivamente pálida, con grandes ojos hechiceros, azules bajo sus cejas sombrías y curvadas como hojas de cimitarra, y con una mirada de dulzura marina. Contemplándola, vinieron a mi memoria aquellos versos del poeta:

¡Oh tú, cuya preciosa tez está matizada de ámbar como las rosas de China, y cuya boca es una manzanilla purpúrea florecida sobre sartas de granizo!

¡Oh dueña de esos ojos de ágata, sombreados por pétalos de jacinto y rasgados como los de una antigua faraona!

¡Oh espléndida! Nuestras más bellas amadas no pueden compararse a ti, pues eres la más bella sin comparación.

Aunque no tuvieras más que la belleza que adorna el grato hoyuelo de la comisura de tus labios, harías enloquecer a los hombres.

Aunque no tuvieras más que ese talle rítmico, te envidiarían las tiernas ramas del *ban*.

Y aunque no tuvieras más que ese porte magnífico, que supera al navío pirata sobre el mar, martirizarías con tus pupilas todos los corazones.

Cogí, pues, de la mano a la adolescente de piel clara y, después de cubrir su desnudez con mi manto, la llevé a mi casa. Me agradó por su dulzura, discreción y modestia y me sentí atraído hacia ella por su belleza extranjera, su blancura, sus cabellos dorados como el oro fundido y sus ojos azules, siempre bajos, que evitaban mi mirada por timidez, sin duda. Como no hablaba nuestra lengua y yo no entendía la suya, evité fatigarla con preguntas que quedarían sin respuesta y di gracias al donador que había conducido hasta mi morada a una mujer cuya sola vista me encantaba. Pero ya durante la misma tarde de su entrada en la casa noté cuán singulares eran algunos de sus rasgos; después de anochecer, sus ojos azules se oscurecieron y su mirada, que fue húmeda y dulce durante el día, llegó a ser centelleante, como señal de un fuego interior, y fue presa de una especie de exaltación que se reflejó en sus rasgos por una palidez todavía mayor y por un ligero temblor de sus labios; de cuando en cuando miraba hacia la puerta, como si deseara salir a tomar el aire, pero como la hora, por avanzada, era poco propicia al paseo, y, por otra parte, había llegado el momento de

tomar nuestra comida de la noche, me senté y la hice acomodarse a mi lado. En tanto que nos servían la cena, quise aprovechar aquellos momentos de intimidad para hacerle ver hasta qué punto su venida era una bendición y qué tiernos sentimientos germinaban en mi corazón; la acaricié y mimé dulcemente, tratando de comprender su alma extranjera, y, con gran ternura, llevé su mano a mis labios, posándola luego sobre mi corazón. Con el mismo cuidado que si se tratara de una preciosa tela antigua, ya pasada, que fuera a deshacerse al menor contacto, pasé mi mano sobre la tentadora seda de su cabellera, y la sensación que experimenté, ¡oh mi señor!, no la olvidaré nunca. En lugar de la suavidad de unos cabellos, sentí como si sus rubias trenzas fueran de metal o como si mi mano, en vez de resbalar sobre aquella mata de pelo, lo hiciera sobre hebras de seda empapadas en nieve fundida. Entonces no dudé de que aquella cabellera había sido tejida con hilillos de oro y pensé para mí en el poder infinito del dueño de todas las criaturas, que pone en las adolescentes de nuestras latitudes cabelleras tupidas y negras como las alas de la noche, y corona las frentes de las blancas hijas del norte con aquellas trenzas de helada llama. No pude evitar, ¡oh mi señor!, que una emoción, mezcla de asombro y de contento al mismo tiempo, se apoderase de mí al verme convertido en el esposo de una mujer tan rara y tan diferente de las de nuestras latitudes. Experimenté la sensación de que no era como las demás criaturas humanas ni de su misma procedencia, y, súbitamente, sentí la tentación de atribuirle dones sobrenaturales y virtudes desconocidas, contemplándola con admiración y estupor; hasta que entraron los esclavos llevando sobre sus cabezas los platos cargados de viandas, que colocaron ante nosotros. En seguida noté que la vista de aquellos manjares acentuaba el malestar de mi esposa, reflejándose en sus suaves mejillas, que tan pronto se sonrojaban como palidecían, mientras sus ojos se dilataban mirando las cosas sin verlas. Atribuyendo todo aquello a su timidez e ignorancia de nuestras costumbres, quise animarla a tomar los alimentos ya servidos y empecé por tomar un plato de arroz con manteca, que me puse a comer sirviéndome de los dedos, como hacemos de ordinario; pero esto, lejos de despertar el apetito de mi esposa, debió ocasionarle una sensación próxima a la repulsión o a la náusea, pues, en vez de seguir mi ejemplo, volvió la cabeza y miró a su alrededor como buscando algo. Después, tras unos momentos de vacilación, al ver que le suplicaba con la mirada que tomara algún alimento, sacó de su seno un pequeño estuche tallado en hueso, tomó de su interior un fino tallo de grama, parecido a los que solemos usar como escarboidos, y, cogiéndolo delicadamente con dos dedos, se dedicó a picar lentamente el arroz y a llevarlo a su boca, grano a grano, más lentamente todavía. Entre cada uno de aquellos minúsculos bocados dejaba pasar un largo espacio de tiempo, de tal manera que cuando terminé de comer ella no había tomado más allá de una docena de granos. Aquello fue todo lo que quiso comer aquella noche, pues a un vago gesto suyo creí comprender que estaba saciada, y, no queriendo aumentar su malestar, no insistí para hacerle tomar algún otro alimento. Aquello hizo aferrarme todavía más a la idea de que mi esposa extranjera era un ser

diferente de los habitantes de nuestro país y para mí mismo pensé: “¿Cómo esta adolescente no ha de ser diferente de las mujeres de este país, cuando para alimentarse no necesita más que la pitanza de un pajarito? Si es así para las necesidades de su cuerpo, ¿qué no será para las de su alma?”. Y resolví consagrarme por entero a tratar de adivinar su espíritu, que me parecía impenetrable. Aquella misma noche traté de darme a mí mismo una explicación plausible de su manera de comportarse, diciéndome que no tenía costumbre de comer con hombres y menos con un marido, ante el que ella debía haber sido enseñada a mostrarse moderada, y me dije: “¡Sí! ¡Eso es! Puede ser que haya cenado ya, o bien que todavía no lo haya hecho y espere comer sola y en libertad”. En seguida me levanté y, tomándola de las manos, la conduje con infinitas precauciones a la cámara que le había hecho preparar y allí la dejé sola, a fin de que pudiese comportarse a su gusto, y, discretamente, me retiré. Aquella noche, por temor a asustarla o parecerle importuno, no quise entrar en la cámara de mi esposa, que es lo que de ordinario suelen hacer los hombres en la noche de bodas, pero pensé atraerme las bondades de mi esposa por mi discreción y así le probaría que los hombres de mi país están lejos de ser zafios y brutos y que cuando es preciso, saben mostrarse delicados y sensibles. ¡Por tu vida, oh emir de los creyentes! No es que no desease entrar hasta donde estaba mi esposa, la adolescente tan blanca, la hija de los cielos del norte, que tan dulce era a mi vista y que había encadenado mi corazón con su gracia extraña y el misterio que la rodeaba, pero mi placer era demasiado precioso para ir a comprometerlo violentando los acontecimientos, mientras que, preparando el terreno, saldría ganando si dejaba que el fruto perdiese su acidez, llegando a la madurez con el tiempo. Sin embargo, aquella noche no dormí, pensando en la blonda cabellera de la joven extranjera, que perfumaba mi morada y cuyo cuerpo pálido me parecía tan sabroso, tan deseable y tan sedoso como el albaricoque cogido con el rocío».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SESENTA Y TRES

Dijo Schehrazada:

—«Y cuando a la mañana siguiente nos reunimos para desayunar, la recibí con el rostro sonriente e inclinándome ante ella como había visto hacer en algunas ocasiones a los emires de occidente o a los enviados del rey de los francos, la hice sentar a mi lado, ante los platos de comida, entre los que había, al igual que la víspera, un plato de arroz untado con manteca y cuyos granos destacaban, maravillosamente cocidos y aromatizados con canela. Mi esposa se comportó como la víspera, pues, excluyendo

todos los demás, solo tocó el plato de arroz, picando los granos uno a uno con su huesecillo y llevándolos a su boca lentamente. Todavía más sorprendido que la noche anterior por aquella manera de comer, me dije: “¡Por Alá! ¿Dónde habrá aprendido a comer el arroz de esa manera? Puede que haya sido en su país, con su familia, o ¿no será que es poco tragona? También puede ser que quiera contar los granos de arroz a fin de no comer unas veces más que otras. Pero si obra así por espíritu ahorrativo, para enseñarme a ser económico y a no ser pródigo, ¡por Alá que se equivoca, porque no tenemos nada que temer por ese lado, pues jamás podremos arruinarnos, ya que, gracias al retribuidor, tenemos de qué vivir con gran comodidad sin privarnos de lo necesario ni de lo superfluo!”. Mi esposa, hubiese advertido o no mis ideas y perplejidad, continuó comiendo de aquel modo incomprensible y, como si hubiese querido apenarme aún más, no picó los granos de arroz sino de cuando en cuando, y, sin decirme una sola palabra o mirarme, terminó por limpiar el puntiagudo palillo y guardarlo en su estuche de hueso. Esto fue todo lo que le vi hacer aquella mañana; por la noche, durante la cena, a la mañana siguiente y todas las veces que nos sentamos a comer juntos, hizo exactamente lo mismo. Cuando vi que no era posible que una mujer pudiese vivir con el poco alimento que yo la veía tomar, no dudé de que estaba bajo el influjo de algún misterio todavía más extraño que la misma existencia de mi esposa. Esto me decidió a armarme de paciencia, en la esperanza de que con el tiempo se acostumbraría a vivir conmigo, tal como yo deseaba, pero no tardé en comprobar que mi espera era en vano, lo que me obligó a buscar a toda costa la explicación de aquella manera de comportarse, tan diferente a la nuestra. En efecto, al cabo de quince días de paciencia y discreción por mi parte, resolví hacer por vez primera una visita a la cámara nupcial; a la noche, cuando creí que mi esposa llevaría durmiendo largo rato, me dirigí cautelosamente a la habitación que ella ocupaba, enfrente de la mía, y llegué ante la puerta de su cámara con pasos sigilosos, temeroso de perturbar su sueño, pues no quería que se despertase bruscamente, a fin de poderla contemplar a mi gusto, dormida, figurándomela tan bella como las huríes del paraíso, con sus párpados cerrados y sus largas y curvadas pestañas. Y he aquí que una vez llegado ante la puerta, de improviso oí los pasos de mi esposa, y como no podía comprender el designio que la tenía todavía desvelada a tan avanzada hora, tentado por la curiosidad, fui a ocultarme tras la cortina de la puerta, para tratar de ver qué es lo que pasaba. La puerta se abrió de pronto y bajo el dintel apareció mi esposa vestida con ropas de calle y pisando sobre las losas de mármol sin hacer el menor ruido. Yo la contemplé cuando pasó ante mí en aquella noche negra y la sangre se me heló en el corazón por la sorpresa. En medio de las tinieblas se veía su faz, iluminada por dos tizones, que eran sus ojos, semejantes a los ojos de los tigres, que, según se dice, brillan en la oscuridad e iluminan su camino de matanza y carnicería. Ella se parecía a esas espantosas figuras que durante el sueño nos sugieren los genios maléficos cuando quieren que vislumbremos las catástrofes que traman contra nosotros; ella misma, con su pálida faz, sus ojos incendiarios y sus cabellos amarillos, que se

erizaban de un modo terrible sobre su cabeza, parecía una bruja de la peor clase. Yo, ¡oh mi señor!, sentí que mis mandíbulas temblaban, que la saliva se me secaba en la boca y que mi respiración se cortaba; por otro lado, aunque hubiera sido capaz de moverme, me habría guardado mucho de hacer el menor ruido que delatase mi presencia tras aquellas cortinas, en aquel sitio que no era precisamente donde yo debía estar. Esperé, pues, a que ella se hubiese alejado y, recobrando el aliento perdido, salí de mi escondite y dirigiéndome a la ventana que daba al patio de la casa, miré a través de su enrejado y tuve tiempo de ver, por otra ventana que también daba al patio, cómo abría la puerta de la calle y salía pisando apenas el suelo con sus pies desnudos. La dejé alejarse y, después, corrí a la puerta que ella había dejado entreabierta y, llevando mis sandalias en la mano, la seguí de lejos. El exterior estaba iluminado por la luna, y a su claridad, el cielo entero se dejaba ver, sublime como todas las noches. A pesar de mi emoción elevé mi espíritu hacia el dueño de todas las criaturas y, mentalmente, me dije: “¡Oh señor, dios de verdad! ¡Sois testigo de que he actuado con discreción y honestidad respecto a mi esposa, hija de extranjeros! Aunque todo lo que le concierne me sea desconocido, me parece que pertenece a una raza incrédula que ofende tu faz, ¡oh mi señor! Aunque yo no sepa lo que va a hacer esta noche bajo la claridad de tu cielo, que ni de lejos ni de cerca parezca yo cómplice de sus actos, porque los repruebo por anticipado si son contrarios a tu ley y a las enseñanzas de tu enviado, ¡sobre él la oración y la paz!”. Habiendo apaciguado así mis escrúpulos, resolví seguir a mi esposa hasta donde ella fuese. Y he aquí que atravesó todas las calles de la ciudad con notable seguridad, como si hubiese vivido entre nosotros y hubiese crecido en nuestros barrios. Yo la seguí de lejos, a la vacilante luz de su cabellera, que lucía tras ella siniestramente en la noche. Por fin llegó a las últimas casas y, atravesando las puertas de la ciudad, se internó en los solitarios campos que desde hace centenares de años sirven de morada a los muertos. Dejó atrás el primer cementerio, cuyas tumbas eran demasiado antiguas, y se dirigió hacia aquel en que se continuaba enterrando a diario. Al ver esto, pensé: “Seguramente debe de tener aquí una hermana o una amiga muerta de las que con ella vinieron de países extranjeros y, a causa del silencio y soledad, gusta de cumplir sus deberes durante la noche”. Pero pronto me acordé de su aspecto terrible y de sus ojos centelleantes y de nuevo la sangre se agolpó en mi corazón. En seguida surgió una sombra de entre las tumbas, sombra cuyos detalles no pude precisar entonces y fue al encuentro de mi esposa. Por la horrorosa fisonomía de aquella vaga sombra sepulcral reconocí a una vampiresa. Yo caí a tierra temblando, y, a pesar del espanto que sentía, pude ver que la aparición se acercaba a mi esposa y, tomándola de la mano, la llevaba hasta el borde de una fosa, donde se sentaron juntas, una al lado de la otra. Entonces la aparición se inclinó hasta el suelo y levantó algo redondo que, en silencio, entregó a mi esposa. En aquel objeto reconocí una cabeza humana recientemente separada de algún cuerpo sin vida. Mi esposa, exhalando un rugido de bestia feroz, clavó sus dientes en aquella carne muerta y comenzó a comérsela. Entonces yo, ¡oh mi señor!,

al ver esto, sentí como si el cielo, con todo su peso, se desplomara sobre mi cabeza y, en medio de mi espanto, debí de dejar escapar algún grito de horror que descubrió mi presencia, pues de pronto vi a mi esposa junto a la tumba donde yo me hallaba, mirándome con ojos de tigresa hambrienta que se dispone a lanzarse sobre su presa. En aquellos momentos no dudé de mi irremediable perdición. Antes que tuviera tiempo para defenderme o para pronunciar una fórmula invocatoria que me protegiera contra todo maleficio, vi cómo extendía sus brazos hacia mí y profería algunas palabras en una lengua desconocida, cuyo acento era parecido al de los rugidos que se escuchan en el desierto».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SESENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—«Apenas acabó de vomitar aquellas palabras diabólicas me vi metamorfoseado en perro. Mi esposa se precipitó sobre mí, seguida de la espantosa aparición, y las dos me golpearon tan violentamente que no sé cómo no quedé muerto allí mismo; pero, a pesar de los golpes, el gran peligro que corría y el apego a la vida me dieron fuerzas y coraje para escapar corriendo sobre mis cuatro patas, y, como pude, salí huyendo con el rabo entre las piernas, perseguido furiosamente por mi esposa y la vampiresa. Cuando nos alejamos un buen trecho del cementerio dejaron de perseguirme y muy a tiempo, afortunadamente, pues diez pasos más allá rodé por el suelo, aullando de dolor, mientras ellas regresaban al cementerio; poco después franqueaba las puertas de la ciudad, convertido en un pobre perro perdido y desgraciado. A la mañana siguiente, después de vagabundear, cojeando, durante toda la noche a través de la ciudad, procurando evitar las mordeduras de los otros perros, que me perseguían como a un intruso, se me ocurrió la idea de refugiarme en algún sitio para escapar a sus ataques, y rápidamente me metí en la primera tienda que vi abierta a aquella hora tan temprana, escondiéndome en un rincón para ocultarme a sus miradas. Aquella tienda era de un vendedor de cabezas y patas de carnero; en un principio, mi huésped tomó partido a mi favor y contra mis agresores, que querían continuar su persecución hasta el interior de la tienda, a los que amenazó y alejó, regresando después a mi lado con el evidente designio de obligarme a salir. En efecto, en seguida comprendí que no debía contar con el asilo y protección que había esperado, porque aquel casquero era de esas gentes fanáticas y supersticiosas que consideran a los perros como animales inmundos, y si por azar les roza alguno de ellos al pasar por su lado, no encuentran

bastante agua ni jabón para lavar sus vestiduras. Se acercó a mí, y, con gestos y vociferando, me invitó a que saliera rápidamente de su tienda; pero yo me encogí todavía más sobre mí mismo, aullando lastimeramente y mirándole con ojos que pedían clemencia. Entonces, algo apiadado, arrojó el bastón con el que me amenazaba y como a toda costa quería desembarazarse de mi presencia, cogió uno de aquellos admirables y olorosos trozos de pata cocida, me lo mostró de manera ostensible y salió a la calle. Yo, ¡oh mi señor! atraído por el aroma de aquel exquisito bocado, abandoné mi rincón y seguí al casquero, quien, una vez que me vio fuera de la tienda, me arrojó el trozo de pata y regresó a su casquería. Cuando despaché aquella excelente comida quise volver a mi rincón, pero no había contado con mi huésped, el vendedor de cabezas, que, previendo mi regreso, permanecía en la puerta, con aire inabordable y con el terrible y nudoso bastón en la mano. Moviendo el rabo, le miré suplicante, implorando la concesión de aquel refugio, pero él continuó impasible, y blandiendo su bastón, con una actitud que no dejaba lugar a dudas acerca de sus intenciones, me gritó: “¡Vete, oh alcahuete!”. Entonces, muy humillado y temeroso, por otra parte, de los ataques de los perros del barrio, que ya comenzaban a caer sobre mí desde todos los sitios, eché mis patas al viento y rápidamente me largué hacia la tienda abierta de un panadero que estaba cerca de la del casquero. Ahora bien, al primer golpe de vista, este panadero, muy al contrario que el vendedor de cabezas de cordero, hombre lleno de escrúpulos y supersticiones, me pareció un buen sujeto, alegre y bien intencionado. Y lo era, en efecto. En el momento de mi llegada a su tienda, estaba sentado sobre la estera y se disponía a desayunar. En seguida su natural compasivo le impulsó, sin que yo diera muestras de tener gran necesidad de comer, a arrojarme un buen trozo de pan empapado en salsa de tomate, diciéndome, con amabilidad: “¡Toma, oh pobre, y que te haga buen provecho!”. Lejos de abalanzarme sobre aquel bien de Alá con avidez y glotonería, yo, al contrario de lo que suelen hacer todos los perros, miré al generoso panadero, y, con un amistoso movimiento de mi cabeza y agitando la cola, le testimonié mi gratitud. Él debió de sorprenderse de mis buenos modales, y, comprendiendo mi agradecimiento, me sonrió bondadosamente. Aunque no me torturaba el hambre y apenas tenía ganas de comer, por no desairarle, tomé el trozo de pan entre mis dientes, y me lo comí muy lentamente, para que comprendiera que lo hacía solo por respeto hacia él. Todo esto lo notó; me llamó y, por medio de ciertos ademanes, quiso indicarme que me sentara cerca de él. Yo así lo hice, dejando escapar pequeños gruñidos de placer y volviéndome hacia el lado de la calle para hacerle notar que, de momento, no solicitaba nada más que su protección. Y gracias a Alá, que le había dotado de fina inteligencia, comprendió mis intenciones, y me hizo caricias, que, dándome cierta seguridad, me animaron a quedarme con él. Lo hice de una manera bastante hábil, para que pareciera que yo solo obraba con su permiso, y él, lejos de oponerse a mi permanencia en su casa, muy al contrario, con gran afabilidad, me indicó el sitio donde podía instalarme sin estorbar. Así tomé posesión de mi rincón, que conservé

durante todo el tiempo que estuve en la casa. Mi amo, a partir de aquel momento, mostró un gran apego hacia mí, tratándome con una gran benevolencia. No podía desayunar, comer ni cenar sin que yo me encontrara a su lado y tuviera mi ración, más que suficiente para hartarme. Por mi parte, yo tenía para él toda la fidelidad y adhesión que pueda haber en la más hermosa alma de perro, y, en reconocimiento a sus bondades, tenía mis ojos constantemente fijos en él, y no daba un paso, en la casa o en la calle, sin que le siguiera fielmente, tanto más por haber notado que mi comportamiento le agradaba, y que si, por casualidad, hacía intención de salir sin que yo lo advirtiera a tiempo, no dejaba de llamarme familiarmente con un silbido. Yo me lanzaba en seguida desde mi rincón a la calle: saltaba y brincaba, retozando y efectuando mil idas y venidas ante la puerta, sin dejar estos juegos hasta que él se encontraba ya en la calle. Entonces le acompañaba, siguiéndole o corriendo delante y esperándole de tiempo en tiempo, procurando demostrale mi alegría y contento. Llevaba ya cierto tiempo, en casa de mi amo el panadero, cuando uno de tantos días entró en la tienda una mujer que compró una galleta de pan recién salida del horno. La mujer, después de pagar, cogió el pan y se dirigió a la salida, pero mi amo, advirtiéndole que la moneda que acababa de recibir era falsa, llamó a la mujer, y le dijo: “¡Oh tía, que Alá te otorgue larga vida; pero, si no te importa, prefiero que me des otra moneda!”. Y al mismo tiempo, mi amo le devolvió la moneda en cuestión. La mujer, que era una vieja apergaminada, rehusó tomar la moneda, pretextando que era buena, y, después de enérgicas protestas, dijo: “Por otra parte, no soy yo quien la ha hecho, y en las monedas no cabe elegir como entre sandías y cohombros”. Mi amo, lejos de quedar convencido con los argumentos sin consistencia de la vieja, repuso con calma y no sin cierto menosprecio: “Tu pieza es tan evidentemente falsa, que incluso mi perro, que está ahí y que, como animal, es mudo y sin discernimiento, no se engañaría”. Simplemente por humillar a aquella vieja calamitosa, y sin esperar que pudiera dar resultado lo que iba a hacer, me gritó, llamándome por mi nombre: “¡*Bakht!* ¡*Bakht!* ¡Ven acá!”. Yo, oyéndole, acudí, moviendo el rabo, y él, cogiendo el cajón de madera donde guardaba el dinero, lo volcó en el suelo, extendiendo ante mí todas las monedas que contenía, diciéndome: “¡Aquí, aquí! ¡Mira este dinero! ¡Mira bien todas estas piezas y dime si hay entre ellas alguna falsa!”. Yo examiné atentamente todas aquellas monedas de plata, una después de otra, y, empujándolas suavemente con el extremo de mi pata, no tardé en dar con la pieza falsa. La eché a un lado, separándola del montón, y puse mi pata encima, de manera que, viéndolo, comprendiera mi amo que la había encontrado. Y le miré, rebulléndome y dando pequeños aullidos. En vista de lo ocurrido, mi amo, que estaba muy lejos de esperar tal prueba de perspicacia en un animal de mi especie, se quedó extremadamente sorprendido y maravillado, exclamando: “¡Alá es el más grande! ¡Nadie más que él es todopoderoso!”. La vieja, no pudiendo rechazar esta vez el testimonio de sus propios ojos, y, por otra parte, espantada por lo que acababa de ver, se apresuró a coger su pieza falsa y a dar una buena a cambio, y se largó, enredándose los pies en la

cola».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SESENTA Y CINCO

Schehrazada dijo:

—«En cuanto a mi amo, aún impresionado por mi acción, llamó a sus vecinos y a todos los tenderos del mercado, contándoles con admiración lo que había sucedido, no sin exagerar mi mérito, que de por sí ya era bastante asombroso. Escuchando el relato de mi amo, todos los circunstantes se hacían lenguas de mi inteligencia, diciendo que nunca habían visto un perro tan maravilloso, y, para comprobar por sí mismos las palabras de mi amo, no porque sospecharan de su buena fe, sino para hallar la ocasión de dedicarme más elogios, quisieron repetir la prueba de mi sagacidad. Fueron en busca de todas las monedas falsas que encontraron en sus casas, y mezcladas con otras de buena ley, me las mostraron. Yo, viendo esto, pensé: “¡Por Alá que es asombrosa la cantidad de monedas falsas que tiene esta gente!”; y no queriendo que por mi abstención se ensombreciera la cara de mi amo delante de sus vecinos, fui examinando con atención todas las monedas que pusieron ante mis ojos, sin que quedara una sola, entre las falsas, sobre la que no pusiera mi pata separándola de las demás.



Mi fama se propagó por todos los mercados de la ciudad, y gracias a la

locuacidad de la esposa de mi amo, llegó hasta los harenes. Desde muy de mañana hasta la última hora de la tarde, todos los días se hallaba la panadería materialmente sitiada por una multitud de curiosos que querían presenciar una prueba de mi habilidad para distinguir las monedas falsas, y así no me faltaba ocupación durante todo el día, debiendo complacer a los clientes, que, cada vez más numerosos, venían a casa de mi amo desde los barrios más alejados. De esta manera, mi reputación proporcionó a mi amo más clientes habituales que los que tenían todos los demás panaderos de la ciudad reunidos. Mi amo no cesaba de bendecir el momento en que llegué, considerando mi venida como el hallazgo de un tesoro; y su buena fortuna, debida a sus sentimientos piadosos, no dejó de mortificar al mercader de cabezas de cordero, que se mordía los dedos de rabia, y, en su envidia, no dejó de tenderme trampas, bien para robarme, bien para ocasionarme contrariedades excitando contra mí a todos los perros del barrio. Pero nada tenía que temer; por un lado estaba bien guardado por mi amo y por el otro me defendían todos los tenderos admiradores de mis habilidades. De esta manera continué viviendo durante algún tiempo, rodeado de la consideración de todos; y hubiera estado satisfecho de mi existencia si no acudiera sin cesar a mi cabeza mi estado anterior de criatura humana. Lo que más me hacía sufrir no estaba en ser un perro entre los demás perros, sino en verme privado del uso de la palabra, teniendo que expresarme con la mirada, con el juego de mis patas o por medio de gritos inarticulados. A veces, cuando me acordaba de la terrible noche del cementerio, se me erizaban los pelos del lomo y me estremecía. Ahora bien, uno de tantos días, una vieja de aspecto respetable, atraída por mi reputación, vino, como todo el mundo, a hacer su compra en la panadería. Una vez que cogió su pan y era preciso pagarlo, echó delante de mí, como hacían casi todos, un puñado de monedas entre las que había puesto expresamente una falsa para tantear mi experiencia. Yo descubrí en seguida la pieza de mala ley, y separándola de las restantes, le puse la pata encima y miré a la vieja dama, como invitándola a que comprobara mi destreza. Ella retiró la pieza, diciendo: “Tú lo has hecho muy bien; esta es la falsa”. Me contempló con admiración, pagó a mi amo el pan que había comprado, y, al marcharse, me hizo una seña, casi imperceptible, que claramente quería decir que la siguiese. Yo, ¡oh emir de los creyentes!, comprendí que aquella dama se interesaba por mí de una manera muy particular, la atención con que me había examinado era muy distinta de aquella con que lo hacían los demás. No obstante, como medida de precaución, dejé que se marchara, contentándome únicamente con mirarla; pero ella, después de dar algunos pasos, volvió de nuevo, y viendo que no hacía más que mirarla sin moverme de mi sitio, me hizo otra seña más apremiante que la primera. Entonces, movido por una curiosidad más fuerte que mi prudencia, y aprovechando la circunstancia de estar mi amo en el fondo de la tienda ocupado en sacar pan del horno, salté a la calle y seguí a la dama. Marchaba tras ella, deteniéndome de cuando en cuando, vacilante, y moviendo la cola, hasta que, animado por la dama, acabé por vencer mis dudas y llegué con ella ante su casa. Abrió la puerta, entró la primera y

me invitó a hacer lo mismo con una voz muy dulce, diciéndome: “¡Entra, entra, pobrecito! ¡No te arrepentirás de ello!”. Y entré tras ella. Después de cerrar la puerta me llevó al interior, y abriendo una habitación me introdujo en ella. Sentada en un diván había una adolescente, bella como la luna, que estaba bordando, y al llegar la vieja dama le dijo: “¡Oh hija mía!; aquí te traigo al famoso perro del panadero, el que sabe distinguir, sin equivocarse, las monedas falsas entre las buenas. Ya sabes que te he hablado de mis dudas desde el momento en que empezó a extenderse la noticia de este caso; pues bien, hoy he ido a comprar pan en casa del panadero dueño de este animal, y he sido testigo de la verdad de los hechos; luego me he hecho seguir por el perro, tan raro, que causa maravilla a todo Bagdad. Dime tú lo que piensas, ¡oh hija mía!, para que sepa si me engaño en mis conjeturas”. La adolescente respondió: “¡Por Alá, oh madre mía, que no te has engañado, y en seguida voy a demostrártelo!”. La joven se levantó, cogió un recipiente de cobre rojo lleno de agua, murmuró sobre él ciertas palabras que yo no entendí, y, rociándome con unas gotas de esta agua, dijo: “¡Si tú has nacido perro, continúa siendo perro; pero si naciste ser humano, sacúdete, y, por la virtud de esta agua, recupera tu forma humana!”. Yo me sacudí, y en el acto el sortilegio quedó roto; perdí la forma de perro y volví a ser hombre, tal cual lo había sido desde mi nacimiento. Penetrado de un profundo reconocimiento, me arrojé a los pies de mi libertadora, dándole gracias por tan gran beneficio, y, besándole los bajos de su vestido, le dije: “¡Oh joven de bendición; que Alá te premie con lo mejor de sus dones el inmenso favor del que te soy deudor y con el que, sin dudarlo, has beneficiado a un hombre desconocido para ti, un extraño en tu casa! ¿Cómo podría hallar palabras para agradecértelo y bendecirte como mereces? ¡Sabe, al menos, que yo no me pertenezco ya, puesto que me has comprado por un precio que sobrepasa con mucho mi valor! Y, en fin, para que conozcas bien al esclavo que desde ahora es propiedad tuya, voy, sin fatigar tus oídos ni abrumar tu entendimiento, a contarte en pocas palabras mi historia”. Entonces dije quién era y cómo, siendo célibe, había decidido súbitamente tomar esposa y elegirla, no entre las hijas de los notables de Bagdad, nuestra ciudad, sino entre las esclavas extranjeras que se venden y se compran. Mientras que mi libertadora y su madre me escuchaban con mucha atención, les referí cómo había sido seducido por la extraña belleza de la adolescente del norte: mi matrimonio, mi complacencia y respeto para con ella, la delicadeza de mi proceder y mi paciencia en soportar sus extrañas maneras. No dejé de hacer mención del espantoso descubrimiento nocturno y de lo que de él se siguió, desde el principio hasta el fin, sin omitir ni un solo detalle; pero no es necesario repetirlo. Cuando mi libertadora y su madre acabaron de oír mi relato, se indignaron hasta el último extremo contra mi esposa, la adolescente del norte, y la madre me dijo: “¡Oh hijo mío; qué extraño error ha sido el tuyo! ¿Cómo pudo inclinarse tu ánimo hacia esa joven hija de extranjeros, siendo nuestra ciudad tan rica en adolescentes para todos los gustos, y cuando Alá se mostró tan pródigo en dones con nuestras jóvenes? ¡En verdad que debiste ser víctima de algún sortilegio para escoger con tan poco

discernimiento, poniendo tu destino en manos de una persona tan diferente de ti por su sangre, la raza, la lengua y el origen. Todo ello, bien lo veo, ha sido obra del maligno; pero démosle gracias a Alá, que, por mediación de mi hija, te ha librado de la perversidad de esa extranjera, devolviéndote tu antigua forma humana!”. Yo, después de besarle las manos, respondí: “¡Oh mi madre bendita; me arrepiento, ante Alá y ante tu rostro venerable, de mi acción desatinada, y ahora solo deseo entrar en tu familia como he entrado en tu misericordia! Si quieres aceptarme como esposo legítimo de tu hija, dotada de tan noble alma, no tienes más que pronunciar la palabra de consentimiento”. La madre repuso: “Por mi parte no veo inconveniente; pero tú, hija mía, ¿qué piensas de ello? Es un excelente joven que Alá ha puesto en nuestro camino. ¿Lo aceptas?”. Mi joven libertadora respondió: “¡Sí, por Alá; lo acepto, oh madre mía!; pero esto no es todo. Desde luego, es preciso que le pongamos al abrigo, para en adelante, de las asechanzas y perversas intenciones de su anterior esposa. No es bastante que hayamos roto el encantamiento por cuya virtud se encontraba excluido de la sociedad humana; es preciso conseguir que esa mujer quede, para siempre, en la imposibilidad de perjudicarnos”. Después de expresarse así, salió de la habitación donde nos hallábamos, para volver al cabo de un rato con un frasco en la mano, y, entregándome el frasco, que estaba lleno de agua, me dijo: “Sidi Nemán, los libros antiguos que acabo de consultar me dicen que la malvada extranjera no se encuentra en tu casa en este momento, pero que no tardará en regresar a ella. También me dicen que la muy pérfida disimula y finge delante de la servidumbre una gran inquietud por tu ausencia. Apresúrate, pues, mientras está ella ausente, a volver a tu casa con el frasco que acabo de entregarte; la esperas en el patio de manera que, al entrar, la malvada se encuentre bruscamente contigo cara a cara. Cuando se reponga del estupor que le producirá tu aparición inesperada te volverá la espalda e intentará huir; pero tú, sobre la marcha, la rociarás con el agua de este frasco, gritándole: ‘¡Abandona tu forma humana y conviértete en yegua!’”. En el mismo instante se transformará en una yegua entre las yeguas, y tú, asiéndote a su crin, saltarás sobre su lomo, y, a pesar de su resistencia, introducirás en su boca un doble bocado a toda prueba. Luego, para castigarla como merece, le darás fustazos hasta que te canses, y todos los días de Alá repetirás el castigo hasta dominarla, sin lo cual su maldad acabaría por tomarte la delantera, y lo deplorarías”. Yo, ¡oh emir de los creyentes!, respondí por el oído y la obediencia y me apresuré a ir a mi casa para esperar la llegada de mi antigua esposa, ocultándome de manera que me fuera posible verla venir desde lejos y pudiera así presentarme a ella, cara a cara, de improviso. No se hizo esperar mucho, y yo, a despecho de la impresión que pudiera causarme su belleza emocionante, no dejé de hacer aquello para lo que había ido hasta allí, y conseguí plenamente lo que me proponía, transformándola en yegua. Desde entonces, ya unido por lazos lícitos con mi libertadora, que es de mi sangre y de mi raza, no he dejado de hacer sufrir a la yegua que has visto en el *meidán*, ¡oh emir de los creyentes!, el trato cruel, sin duda alguna, que te impresionó cuando lo presenciaste,

pero que tiene su justificación en la perversidad tan perniciosa de la extranjera. Tal es mi historia». Cuando el califa hubo escuchado el relato de Sidi Nemán, se asombró sobre manera, y dijo al joven: «Ciertamente que tu historia es singular, y merecido el trato que haces sufrir a esa yegua blanca. Sin embargo, me gustaría que intercedieras con tu esposa para que consienta en no castigar diariamente a ese animal con tanto rigor, aunque conservándolo siempre en su forma actual. Pero, si ello no es posible, ¡Alá es el más grande!». Después de expresarse así, Al-Raschid se volvió hacia el segundo personaje, que era el apuesto caballero que marchaba a la cabeza del cortejo montando un caballo que iba pregonando su raza por su estampa, y al que este hacía caracolear como un emir o un hijo de rey, y cuyo cortejo era seguido por un palanquín en el que iban sentadas dos princesas adolescentes y por músicos que tocaban aires indios y chinos...

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SESENTA Y SEIS

La pequeña Doniazada exclamó:

—¡Oh hermana mía!; por favor, apresúrate a referirnos lo que sucedió cuando el califa se dirigió al joven caballero, detrás del que se tocaban aires indios y chinos.

Y Schehrazada respondió:

—¡De todo corazón!

Y prosiguió de esta manera.

—«¡Oh joven! Por tu aspecto he juzgado que debías de ser un noble extranjero; te he facilitado el acceso a mi palacio y te he hecho venir hasta mí para que nuestros oídos y nuestros ojos se regocijen con tu presencia. Si tienes algo que pedirme o algo extraordinario que contarnos, no tardes en hacerlo». El joven, después de prosternarse ante el califa, respondió: «¡Oh emir de los creyentes! El motivo de mi venida a Bagdad no es de embajada o diputación y mucho menos de curiosidad. Me ha traído aquí simplemente el deseo de volver a ver el país donde nací y donde pienso vivir hasta mi muerte. Mi historia es tan asombrosa, que no dejaré de referírsela a nuestro amo el emir de los creyentes...».

HISTORIA DEL CABALLERO TRAS DEL CUAL SE EJECUTABAN AIRES INDIOS Y CHINOS

«... Has de saber, ¡oh mi dueño!, que mi antiguo oficio, que también lo fue de mi padre y mi abuelo, era el de leñador. Yo era el más pobre de todos los leñadores de Bagdad, y mi miseria, que era muy grande, se hacía más insoportable por la presencia en mi casa de la hija de mi tío, mi propia esposa, mujer regañona, avara y

pendenciera, muy suspicaz y de espíritu mezquino. Aquella mujer no tenía nada bueno; la escoba de nuestra cocina la superaba en ternura y comprensión, y como era más tenaz que una mosca de caballo y más vocinglera que una gallina asustada, después de muchas disputas y disgustos decidí no dirigirle más la palabra y satisfacer todos sus caprichos sin discutir, con el fin de poder tener un poco de tranquilidad al llegar a mi casa todos los días después del fatigoso trabajo de la jornada. Cuando el donador recompensaba mis esfuerzos con algunos dracmas de plata, la maldita se apoderaba de ellos tan pronto como yo franqueaba el umbral de mi casa. ¡Y así transcurría mi vida, oh emir de los creyentes! Uno de tantos días tuve necesidad de comprar una cuerda para atar los haces de leña, pues la que tenía estaba tan deshilachada, que no servía para nada, y, a pesar del terror que me inspiraba la sola idea de tener que dirigir la palabra a mi esposa, me decidí a hablarle de la necesidad de comprar una cuerda nueva. Y, ¡oh emir de los creyentes!, apenas salieron de mi boca las palabras comprar y cuerda, cuando creí que estallaba sobre mi cabeza el fragor de mil tempestades; aquello fue una verdadera tormenta de improperios, injurias y recriminaciones, que no repetiré, ¡oh mi dueño!, por no herir tus oídos; y terminó diciéndome: “¡Eres el peor entre todos los avaros y malvados! ¡Seguramente que me pides ese dinero para irte a gastarlo en compañía de los trotacalles de Bagdad; pero estoy prevenida, y si realmente necesitas ese dinero para una cuerda nueva, iré contigo y la comprarás en mi presencia! Por otro lado, he decidido que de ahora en adelante no salgas solo de casa”. Me acompañó al mercado, y ella misma pagó al mercader el importe de la cuerda, necesaria para ganarme el pan. ¡Solo Alá sabe a costa de cuántos regateos y miradas de través, dirigidas ora hacia mí, ora hacia el asombrado mercader, fue concluida aquella accidentada compra! Todo esto, ¡oh mi señor!, no era más que el comienzo de mi infortunio. Al volver del mercado solicité la licencia de mi esposa para irme al trabajo, y ella me respondió: “¿Adónde? ¡Voy contigo!”. Y sin más, saltó sobre el asno, y añadió: “Desde ahora te acompañaré todos los días a la montaña, donde dices que pasas tus jornadas de leñador, y vigilaré tu trabajo”. Al oír esto, ¡oh mi señor!, me pareció que el mundo entero se desplomaba sobre mi cabeza, y comprendiendo que aquello era peor que la muerte, me dije: “¡Desgraciado de ti! He aquí que la gruñona no va a dejarte ya nunca en paz; antes, al menos, podías disfrutar de alguna tranquilidad cuando estabas solo en el bosque; pero ahora, eso se acabó. ¡Muere, desesperado! ¡Miserio de ti!”. Al cabo, me consolé pensando que solo hay remedio para nuestros males en Alá el misericordioso, y que de él venimos y a él vamos, decidiendo, para cuando llegáramos al bosque, tumbarme boca abajo y dejarme morir. Y firmemente resuelto a hacerlo así, seguí, sin decir palabra, en pos del asno, cuya carga pesaba tanto sobre mi alma y mi vida. Pero el instinto de conservación se impuso y me sugirió un proyecto que no se me había ocurrido antes y que luego puse en ejecución. En efecto, cuando llegamos al pie de la montaña, mi esposa descendió del asno, y entonces yo le dije: “Escucha, mujer, ya que no hay manera de ocultarte nada, quiero confesarte que nunca he pensado

emplear la cuerda que acabamos de comprar en atar mis haces, sino que nos servirá para enriquecernos”. Mientras que mi esposa se sorprendía por esta inesperada declaración, la llevé hasta un pozo antiguo, abandonado desde hacía años, y le dije: “¿Ves este pozo? Pues en él está nuestra suerte, y voy a bajar con la cuerda a buscarla”. Y como la hija de mi tío estuviese cada vez más perpleja, añadí: “¡Sí! ¡Por Alá! Hace tiempo que conozco la existencia de un tesoro oculto en este pozo, y está escrito en mi destino que hoy es el día en que es preciso bajar a buscarlo; por eso me he decidido a pedirte que me compres esta cuerda”. Apenas hube pronunciado aquellas palabras de tesoro y de descender al pozo, cuando vi que mi designio se cumpliría plenamente, porque mi esposa exclamó: “¡No, por Alá! Soy yo quien descenderá primero, porque tú jamás sabrías encontrar el tesoro y apoderarte de él, y, además, tengo poca confianza en tu honradez”. En seguida se desprendió de su velo, y continuó diciendo: “Vamos, date prisa a atarme esa cuerda y hacer que descienda hasta el fondo del pozo”. Yo, ¡oh mi señor!, después de oponer alguna resistencia, solo para guardar las formas, y de haber proferido algunas injurias para mi coeto, suspiré, y dije: “¡Sea según la voluntad de Alá y según la tuya, oh hija de gentes honradas!”. La ató sólidamente con la cuerda y se la pasé bajo los brazos, y la dejé caer a lo largo del pozo. Cuando sentí que ella había llegado al fondo, solté el cabo, arrojando la cuerda al pozo, y exhalé un suspiro de satisfacción como no había salido de mi pecho desde mi salida del seno de mi madre; después grité a la desventurada: “¡Oh hija de hombres de bien, ten la bondad de esperar hasta que venga a sacarte!”. Y sin esperar su respuesta, volví tranquilamente a mi trabajo y me puse a cortar leña cantando, lo que no había hecho desde mucho tiempo atrás. En mi felicidad, creí que me habían salido alas, pues me sentía ligero como los pájaros. Liberado así de la causa de mis tribulaciones, por fin pude gozar de paz y tranquilidad; pero al cabo de dos días pensé: “Ahmad, la ley de Alá y de su enviado, sobre él la oración y las bendiciones, no permite que una criatura quite la vida a otra hecha a su imagen, y tú, al abandonar a la hija de tu tío en el fondo del pozo, intentas hacerla morir de inanición. Ciertamente que tal criatura merece el peor de los tratos, pero tú no cargues tu conciencia con su muerte, y sácala del pozo. Por otra parte, puede ser que esta lección la haya corregido para siempre de su mal carácter”. No pudiendo resistir esta llamada de mi conciencia, me dirigí al pozo y arrojando en él una nueva cuerda a la hija de mi tío, grité: “¡Vamos, date prisa en atarte para que yo te suba! ¡Espero que esta lección te haya corregido!”. Como sentí que la cuerda era asida por el extremo que había arrojado al fondo, esperé un momento para dar tiempo a mi esposa a atarse sólidamente. Después, sintiendo que ella daba algunos tirones a la cuerda para comunicarme que estaba lista, tiré con fuerza de ella, ya que el peso que pendía del otro extremo era grande; pero cuál no sería mi sorpresa y espanto, ¡oh emir de los creyentes!, al ver atado a aquella cuerda...».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SESENTA Y SIETE

Ella dijo:

—«... en lugar de la hija de mi tío un genio gigantesco de aspecto poco tranquilizador que, tan pronto como hubo tocado tierra, se inclinó ante mí, y me dijo: “Sidi Ahmad, he de recompensarte por el servicio que me has prestado. Sabe, en efecto, que aunque no soy de los genios que tienen la facultad de volar, soy de los que pueden andar por la tierra a una velocidad que les permite ir tan rápido como los genios aéreos. Así, pues, yo, un genio terrestre, elegí al cabo de los años ese viejo pozo para hacer de él mi morada, y en él vivía muy tranquilo, cuando, hace dos días, descendió hasta mi refugio la mujer más pícara del universo, pues durante todo este tiempo no ha cesado de atormentarme, y desde que la tuve por compañera me ha obligado a trabajarla sin descanso, a mí, que después de vivir tantos años en el celibato había perdido la costumbre de la copulación. ¡Alabado sea Alá! Has hecho bien al liberarme de esa pegajosa. Ciertamente que un servicio tan importante no quedará sin recompensa, pues has ido a caer bien en el ánimo de quien conoce el agradecimiento. He aquí, pues, lo que puedo y pienso hacer por ti”. Se interrumpió un momento para recobrar el aliento, en tanto que yo, tranquilizado por sus buenas intenciones para conmigo, pensaba: “¡Por Alá! ¡Esa mujer es algo tan horrible que ha conseguido aterrar a los mismos genios y al más gigantesco de ellos! ¿Cómo habré podido resistir tanto tiempo su maldad?”. Lleno de lástima para conmigo mismo y para con los que sufriesen igual tormento, escuché al genio, que continuaba diciendo: “Sí, Sidi Ahmad, de leñador que eres, quiero convertirte en el igual de los reyes. He aquí cómo: sé que el sultán de la India tiene una hija única que es una adolescente como la luna en su decimocuarto día; precisamente es púber y de catorce años y medio de edad y virgen como la perla en su concha. Yo quiero que el sultán de la India, su padre, que la ama más que a su propia vida, te la dé en matrimonio. Para realizar este proyecto voy a ir a gran velocidad al palacio de dicho sultán, en la India, y entraré en el cuerpo de la princesa adolescente y, momentáneamente, tomaré posesión de su espíritu; de este modo, una vez que esté en mi poder, todos los que estén a su alrededor creerán que está loca, y el sultán, su padre, tratará de que la curen los médicos más hábiles de la India, pero ninguno de ellos podrá adivinar la verdadera causa de su mal, que será mi presencia en su cuerpo, y todos sus cuidados fracasarán ante mi influencia y decisión. Entonces aparecerás tú y serás el que cure a la princesa; voy a indicarte los medios para ello”. Habiendo hablado así, el genio sacó de su pecho algunas hojas de un árbol desconocido, y añadió: “Una vez que estés ante la joven princesa enferma, la examinarás como si su enfermedad te fuese

completamente desconocida, y, para impresionar a los que te rodeen, adoptarás un aspecto meditabundo y preocupado, y, finalmente, cogerás una de esas hojas, mojada en agua, y frotarás con ella el semblante de la joven. Al momento, yo me veré obligado a salir de su cuerpo y ella recuperará la razón y volverá a su anterior estado. Como recompensa por la curación realizada, llegarás de golpe a ser el esposo de la adolescente hija del rey. Así es, Sidi Ahmad, como quiero agradecerte el servicio importantísimo que me has prestado al librarme de aquella mujer horrible que vino a hacerme imposible la vida en mi pozo, este tranquilo y excelente refugio en el que esperaba terminar mis días en el recogimiento. ¡Que Alá maldiga a la calamitosa!”. Después de hablar así, el genio me pidió licencia, y, presionándome para que me pusiese pronto en camino hacia la India, me deseó buen viaje, y, corriendo sobre la superficie de la tierra, desapareció de mi vista como un buque empujado por la tempestad. Entonces, ¡oh mi señor!, sabiendo que mi destino me esperaba en la India, seguí los consejos del genio y rápidamente me puse en camino hacia ese lejano país. Alá me protegió, y, después de un viaje lleno de fatigas, privaciones y peligros, que no es de utilidad narrar a nuestro dueño, llegué al país de la India, en el que reinaba el sultán, padre de la princesa, mi futura esposa. Cuando llegué al final de mi viaje me enteré de que, en efecto, la locura de la princesa había sido observada hacía ya cierto tiempo, lo que había causado en la corte y en todo el país la más grande consternación; después de haber empleado la ciencia de los más hábiles médicos, el sultán había prometido que aquel que curase a la princesa se casaría con ella. Yo, ¡oh emir de los creyentes!, guiado por las instrucciones que me había dado el genio, y sin inquietarme acerca del éxito, me presenté en la audiencia que una vez al día concedía el sultán a aquellos que querían ensayar una cura en el espíritu de la princesa; entré con toda confianza en la cámara en la que estaba la joven; sin olvidar poner en práctica las enseñanzas del genio, adopté toda clase de apariencias importantes para que se me tratase con consideración. Después que me hube impuesto a todos los que me rodeaban, sin haber hecho pregunta alguna acerca del estado de la enferma, mojé en agua una de las hojas que llevaba y froté con ella el rostro de la princesa. Al momento la joven fue presa de convulsiones, exhaló un gran grito y cayó desvanecida. La impetuosidad de la salida del genio del cuerpo de la joven había dado lugar a aquel desvanecimiento que habría aterrado a otro que no fuese yo; pero, lejos de mostrarme turbado, rocié con agua de rosas el rostro de la joven, lo que la hizo volver en sí. Despertó con toda su razón, y, reconociendo a los que la rodeaban, comenzó a hablar a todo el mundo con dulzura y moderación, llamando a cada uno por su nombre. La alegría fue inmensa en el palacio y en la ciudad. El sultán de la India, agradecido al servicio que le presté no desistió de su promesa y me concedió su hija. Nuestras bodas se celebraron aquel mismo día con gran pompa en medio del regocijo y alegría de todo el pueblo. He aquí cómo llegué a ser el esposo de la princesa hija del sultán de la India. Por lo que se refiere a la segunda princesa, a la que has visto sentada al lado derecho del palanquín, ¡oh emir de los creyentes!, helo

aquí: cuando el genio gigante abandonó el cuerpo de la princesa de la India, gracias al acuerdo convenido entre nosotros, buscó un espíritu en el que ir a habitar de allí en adelante, pues no tenía alojamiento, ya que el pozo continuaba habitado por la calamitosa hija de mi tío. Por otra parte, durante su estancia en el cuerpo de la adolescente, había tomado el gusto a aquella clase de alojamiento, y se había prometido que, a su salida de aquel, iría a buscar otro cuerpo de adolescente, y habiendo reflexionado un instante, tomó impulso y se dirigió, a gran velocidad, hacia el reino de la China, como un navío empujado por la tempestad. Allí no encontró nada mejor que ir a alojarse en el cuerpo de la hija del sultán de la China, una joven princesa de catorce años y cuarto, bella como la luna en su decimocuarto día y virgen como la perla en su concha. De súbito, la princesa, poseída, se vio acometida por una serie de contorsiones y movimientos desordenados, soltando un torrente de palabras incoherentes, que obligaron a creer en su locura. El desgraciado sultán de la China necesitó llamar cerca de su hija a los más hábiles médicos chinos, pero no consiguieron que la princesa volviese a su estado normal. El sultán, junto con los de su palacio y su reino, se sumergió en la desolación y en la desesperación viendo así a la princesa, su única hija, que era tan amable como encantadora y bella; pero, al fin, Alá se apiadó e hizo que llegase a sus oídos el rumor de la curación milagrosa, gracias a mis cuidados, de la princesa india que había llegado a ser mi esposa, y, rápidamente, envió un embajador cerca del padre de mi esposa, para que yo fuese a curar a su hija, la princesa china, prometiéndomela en matrimonio en el caso de que lo lograra. Al enterarme, fui a buscar a mi joven esposa, la hija del sultán de la India, y la puse al corriente de la demanda y proposición que se me hacía, logrando convencerla para que aceptara como hermana a la princesa de la China, que se me ofrecía como esposa en caso de curación, y partí para oriente. ¡Oh emir de los creyentes!, todo lo que te voy a contar respecto a la presencia del genio en la persona de la princesa china no lo supe hasta mi llegada al país, y por boca del mismo genio, ya que hasta llegar allí no conocí la naturaleza del mal que aquejaba a la princesa de la China y me decía que mis hojas la curarían de lo que tuviese; por eso estaba lleno de confianza, ya que no sabía que era mi mejor amigo, el genio gigante, la causa del mal, por haber elegido como domicilio el cuerpo de la hija del sultán. Por tanto, mi asombro fue muy grande cuando, una vez que entré en la cámara de la princesa china, donde había pedido ser dejado a solas con la enferma, reconocí la voz de mi amigo, el genio gigante, que por boca de la princesa me decía: “¡Cómo, eres tú, Sidi Ahmad! ¡Tú, a quien he colmado de beneficios, vienes a arrojarme de la morada que he escogido! ¿No te avergüenza devolver mal por bien? ¿No temes que si me obligas a salir de aquí vaya en línea recta a la India, y durante tu ausencia me entregue a diversas copulaciones con tu esposa india y que después la mate?”. Como yo me asustase bastante ante estas amenazas, aprovechó la ocasión para contarme su historia a partir del día en que había salido del cuerpo de mi esposa india, y me exhortó a dejarle vivir tranquilamente en el nuevo alojamiento que había escogido. Yo, muy

perplejo, no queriendo olvidar la gratitud que debía a aquel excelente genio, que, en suma, era la causa de mi fortuna, estaba a punto de decidirme a regresar al lado del sultán de la China para decirle que a pesar de mi ciencia era incapaz de curar a la princesa de su enfermedad, cuando Alá inspiró a mi espíritu una estratagema y, volviéndome hacia el genio, le dije: “¡Oh jefe de los genios y corona suya, oh excelente! No he venido aquí solo para curar a la princesa de la China, pues también he hecho este viaje para pedirte que vengas en mi socorro. Sin duda, tú te acuerdas de aquella mujer con la que pasaste en el pozo tan malos ratos; pues bien, esa mujer es mi esposa, la hija de mi tío, pues yo era quien la había arrojado a aquel pozo para tener un poco de tranquilidad. Ahora bien, la calamidad me persigue, y no sé dónde arrojar a aquella hija de perro, pues ella está libre y sigue todos mis pasos; para calamidad mia, en cualquier momento estará aquí mismo...”.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SESENTA Y OCHO

Schehrazada dijo:

—“... pues ya oigo su aborrecible voz en el patio del palacio. ¡Por favor, amigo mio, ayúdame, ya que vengo a implorar tu auxilio!”. Cuando el genio oyó mis palabras, fue presa de un terror irreprimible, y exclamó: “¡Alá, ayúdame! ¡Que mis hermanos los genios me protejan de volver a encontrarme jamás cara a cara con una mujer parecida! Ahmad, amigo mío, tira por donde puedas; en cuanto a mí, yo no sabría hacer nada, y al momento me pongo a salvo”. Y ruidosamente salió del cuerpo de la princesa, para echar sus piernas al viento y aniquilar la distancia bajo sus pasos, como en la mar lo hace un gran navío empujado por la tempestad. La princesa de la China recobró la razón y se convirtió en mi segunda esposa; desde entonces vivo con las dos adolescentes reales entre toda clase de delicias y placeres delicados. Ahora pienso, antes de llegar a ser sultán de la India o de la China y verme imposibilitado de viajar, regresar al país en el que nací y donde viví como leñador, en esta ciudad de Bagdad, la ciudad de la paz. He aquí, ¡oh emir de los creyentes!, por qué me has encontrado en el puente de Bagdad a la cabeza de mi séquito, seguido del palanquín que lleva a mis dos esposas, las princesas de la India y de la China, en honor de las cuales los músicos arrancaban de sus instrumentos aires indios y chinos. Tal es mi historia; pero ¡más sabio es Alá!». Cuando el califa oyó el relato del noble caballero, se levantó en su honor, y le invitó a sentarse a su lado en el diván del trono, felicitándole por ser el escogido por los designios del todopoderoso para llegar, de pobre leñador que era, a heredero del trono de la India y del de la China; y añadió:

«¡Que Alá selle nuestra amistad y te guarde y conserve para felicidad de tus futuros reinos!». Después de esto, Al-Raschid se volvió hacia el tercer personaje, el venerable jeque de la mano generosa, y le dijo: «¡Oh jeque! Ayer te encontré en el puente de Bagdad, y lo que he visto en ti de generosidad, modestia y humildad ante Alá me ha impulsado a conocerte más de cerca. Estoy seguro de que deben de ser extraordinarios los caminos de que se ha servido el retribuidor para otorgarte sus dones. Estoy intrigado en extremo, y deseo conocerlos por ti mismo, y para darme esta satisfacción te he hecho venir. Háblame, pues, con sinceridad, a fin de que me alegre con más conocimiento de causa al tomar parte en tu felicidad. Puedes estar seguro de que digas lo que digas estás protegido por adelantado, gracias a mi benevolencia». El jeque de la mano generosa, después de abrazar la tierra ante el califa, respondió: «¡Oh emir de los creyentes! Te haré un fiel relato de lo que merece ser contado de mi vida, y si mi historia es asombrosa, el poder y munificencia del dueño del universo son más asombrosos todavía»...

HISTORIA DEL JEQUE DE LA MANO GENEROSA

... «Sabrás, ¡oh mi amo y señor de toda benevolencia!, que yo ejercía el oficio de pobre cordelero, trabajando el cáñamo como antes lo habían trabajado mi padre y mis antepasados. Con lo que ganaba en mi oficio apenas podía mantener a mi esposa y mis dos hijos; pero, falto de capacidad para ejercer otra profesión más lucrativa, me contentaba con lo poco que nos había otorgado el retribuidor, sin quejarme demasiado, atribuyendo mi miseria a mi falta de saber y a la pobreza de mi ingenio. En esto no me engañaba, y debo confesarlo humildemente ante el dueño de la inteligencia. Pero ¡oh mi señor!, la inteligencia no fue jamás patrimonio de los cordeleros, y no iba a elegir su sitio bajo el turbante de uno de ellos, trabajador del cáñamo. Por esto, yo bien sabía que no debía aspirar más que a comer el pan de Alá, sin pensar en otras cosas, para mí más irrealizables que intentar ponerse a horcajadas de un solo salto sobre la cima de la montaña Kaf. Ahora bien, uno de tantos días, estando sentado en mi tienda con una cuerda de cáñamo acabada de terminar, aún atada al dedo del pie, vi llegar a dos ricos vecinos del barrio que tenían la costumbre de venir a sentarse ante la puerta de mi tienda para charlar y pasar el rato, respirando el aire del atardecer. Estos dos notables de mi barrio eran amigos y gustaban de discutir entre sí, ya sobre esto, ya sobre aquello, mientras desgranaban su rosario de ámbar. Nunca les había ocurrido, ni aun en lo más acalorado de sus conversaciones, pronunciar una palabra más alta que otra o apartarse de la consideración que en las relaciones de la vida los amigos deben a sus amigos. Muy al contrario, cuando uno hablaba el otro escuchaba, y recíprocamente. Esto hacía que hasta sus discusiones fueran siempre sensatas, y que incluso yo mismo, a pesar de mi poca inteligencia pudiera sacar provecho de sus bellas palabras. Aquel día, después de saludarme y de devolverles sus cumplidos, como debía ser, tomaron su sitio habitual delante de mi tienda y continuaron una conversación que ya habían comenzado durante su paseo.

Uno de los dos que se llamaba Si Saad, dijo al otro, cuyo nombre era Si Saadí: “¡Oh mi amigo Saadí!: No es por contradecirte, pero ¡por Alá!, un hombre no puede ser dichoso en este mundo mientras no posea los bienes de fortuna necesarios para no tener que depender de quienquiera que fuere. Por lo demás, los pobres no lo son sino por haber nacido en la pobreza, transmitida de padres a hijos, o, si nacieron en la opulencia, por haber perdido sus riquezas entre prodigalidades, desarreglos, mala fortuna en los negocios o, simplemente, por una de esas fatalidades contra las que son impotentes las criaturas. En todo caso, ¡oh Saadí!, mi opinión es que los pobres lo son solo por no poder llegar a reunir una cantidad de dinero suficiente para, por algún negocio comercial, empresa u oportunidad, enriquecerse definitivamente; y creo que si llegando a ser rico de esta manera se hace un uso conveniente de la riqueza, con el tiempo no se para en rico simplemente, sino que puede llegarse a la verdadera opulencia”. A lo que respondió Si Saadí: “¡Oh mi amigo Saad! No es por contradecirte, pero ¡por Alá!, me contraría no poder participar de tu opinión. Es cierto, desde luego, que, generalmente, es mejor estar en la abundancia que en la pobreza; pero la riqueza por sí misma no tiene nada que pueda tentar a un espíritu sin ambición. Ella es, todo lo más, útil para poder usar de liberalidades en nuestro alrededor; pero ¡qué inconvenientes tiene! ¿No sabemos algo de ello nosotros que sufrimos todos los días tantas inquietudes y contrariedades? La suerte de nuestro amigo el cordelero Hassan, aquí presente, ¿no es preferible a la nuestra? Y, además, ¡oh Saad!, el medio que propones para que un hombre se convierta en rico no me parece tan adecuado como te lo parece a ti. Piensa, en efecto, que ese medio es muy aleatorio, pues depende de una serie de circunstancias y coincidencias tan fortuitas como él mismo, y que sería muy largo enumerar. Por mi parte creo que un pobre, careciendo en absoluto de dinero, tiene por lo menos tantas probabilidades de llegar a ser rico como otro pobre cualquiera que disponga previamente de un poco de dinero; quiero decir que puede, sin una primera inversión de fondos, convertirse en rico de la noche a la mañana, sin tomarse el menor trabajo, si es que ese es su destino. Por eso creo que es inútil hacer economías en previsión de que puedan venir tiempos difíciles, pues tanto lo malo como lo bueno nos viene de Alá, y no debemos hacer cálculos mezquinos, día a día, con los bienes que nos otorga el retribuidor, guardando lo que nos sobra. El sobrante, ¡oh Saad!, si es que existe, debe darse a los pobres de Alá; guardarlo para sí mismo es falta de confianza en la generosidad del retribuidor. En cuanto a mi, ¡oh amigo mío!, no hay día que no despierte diciéndome: ‘¡Regocíjate, Saadí, puesto que no sabes los beneficios que te otorgará hoy tu señor!’”. Jamás me engañó mi fe en el retribuidor, y por esto durante toda mi vida no he trabajado nunca ni me he preocupado por el día de mañana. Tal es mi manera de pensar”. Después de escuchar estas palabras de su amigo, el notable Si Saad respondió: “¡Oh Saadí! Bien veo que por hoy sería inútil persistir en sostener mi opinión contra la tuya. En lugar de discutir, sin esperanzas de poder llegar a un acuerdo, prefiero intentar una experiencia que pueda convencerte de las excelencias

de mi manera de considerar la vida. Quiero, en efecto, ir sin tardanza en busca de un hombre verdaderamente pobre, nacido de padre tan pobre como él y regalarle una suma importante para que con ella pueda hacer una primera inversión de fondos. Como el hombre que pienso elegir deberá probar antes su honestidad, la experiencia nos dirá quién de nosotros dos tiene razón: tú, que todo lo esperas del destino, o yo, que creo que es preciso construirse por sí mismo la propia casa”. Si Saad respondió: “¡Eso mismo, amigo mío! Y para encontrar al hombre pobre y honesto del que hablas no tenemos necesidad de ir muy lejos. He aquí a nuestro amigo Hassan, el cordelero, que verdaderamente reúne las condiciones requeridas. Tu liberalidad no podría recaer sobre persona más digna”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SESENTA Y NUEVE

Dijo Schehrazada:

—«Y Si Saad respondió: “¡Por Alá, dices bien! Ha sido un olvido inexplicable por mi parte querer ir a buscar en otro sitio lo que tenemos tan a mano”. Luego se volvió hacia mí, y dijo: “Y bien, Hassan; sé que tienes una numerosa familia; son muchas las bocas que hay en tu casa, con gran número de dientes, y ninguno de los cinco hijos que te ha concedido el donador está todavía en edad de poder ayudarte en la menor cosa. Por otra parte, aunque el cáñamo en bruto no esté muy caro actualmente en el mercado, sería bueno, por lo mismo, disponer de algún dinero para poder comprarlo en cantidad. Para tener dinero es necesario haber hecho economías, y estas apenas son posibles en un hogar como el tuyo, donde los gastos son mayores que los ingresos. Pues bien Hassan, para ayudarte a salir de la miseria quiero hacerte donación de doscientos dinares de oro, con los que podrás realizar una inversión de fondos para ampliar tu negocio de cordelería. Dime, pues, si crees que conseguirás, con esta suma de doscientos dinares, llevar adelante tu asunto y hacer que fructifique ese dinero, empleando para ello tu habilidad y sagacidad”. Yo, ¡oh emir de los creyentes!, respondí: “¡Oh mi amo, que Alá te conceda larga vida y haga que recuperes, centuplicado, lo que me ofrece tu munificencia! Puesto que te has dignado preguntarme, me atrevo a asegurarte que el grano que siembres en mi tierra caerá en surco fértil, y, sin presunción, creo que me bastaría una suma mucho menor para llegar a ser, no ya tan rico como los principales artesanos de mi profesión, sino incluso para conseguir, yo solo, una mayor opulencia que todos los cordeleros reunidos de esta ciudad de Bagdad, con todo lo grande y poblada que es, siempre que Alá me favorezca”. Muy satisfecho con mi respuesta, Si Saad dijo: “Me inspiras gran

confianza, Hassan”; y sacando de su seno una bolsa y entregándomela, prosiguió: “Toma esta bolsa con los doscientos dinares en cuestión. ¡Que hagas de ellos un uso juicioso y afortunado, y que halles en esta bolsa el germen de la riqueza! Y no olvides que mi amigo Si Saadí y yo nos congratularemos si un día llegas a ser, en la prosperidad, más dichoso que lo has sido en la pobreza”. Entonces yo, ¡oh mi señor!, con la bolsa entre mis manos, llegué hasta el límite en mis transportes de alegría. Mi emoción era tal que no fui capaz de hacer pronunciar a mi lengua las obligadas palabras de gratitud que requerían las circunstancias; y menos mal que aún conservé la suficiente presencia de ánimo para, inclinándome hasta el suelo, coger el borde del vestido de mi bienhechor y llevarlo a mis labios y sobre mi frente. Él se apresuró a retirarse con modestia, y, despidiéndose, se dispuso a continuar su interrumpido paseo en compañía de su amigo Si Saadí. Respecto de mí, cuando se alejaron, lo primero que se me ocurrió fue buscar un sitio donde poner en seguridad la bolsa de doscientos dinares. Como en mi mísera vivienda, compuesta de una pieza única, no había armario ni nada que se le pareciera, como tampoco cajón ni cofre, ni siquiera el olor de semejantes cosas, ni sitio alguno donde esconder un objeto que deba esconderse, quedé perplejo, y pensé en ir a enterrar el dinero en algún lugar desierto fuera de la ciudad, hasta que llegara la ocasión de emplearlo con provecho; pero cambié de parecer, temiendo que el escondite, por una mala fortuna, fuera descubierto, o que algún labrador me viera sin yo advertirlo. Pero en seguida acudió a mi mente la idea de lo mejor que podía hacer, que fue esconder la bolsa entre los pliegues de mi turbante. Sobre la marcha, me levanté, cerré la puerta de la tienda, desenrollé el turbante en toda su longitud y, separando diez dinares para los gastos de mi casa, envolví el resto entre los pliegues de la tela, tomando un extremo, anudándolo a la bolsa, aplicándolo después contra el gorro y, finalmente, rodeándome la cabeza con cuatro vueltas perfectamente combinadas. Solo entonces respiré tranquilo. Ahora bien, acabada mi tarea, volví a abrir la puerta de la tienda y me apresuré a ir al mercado con ánimo de proveerme de todo lo que necesitaba. Empecé por adquirir una buena cantidad de cáñamo, que llevé a la tienda, y como hacía mucho tiempo que no había entrado la carne en mi casa, fui a la carnicería y compré una espalda de cordero. Tomé luego el camino de mi casa, pensando en llegar a tiempo para que mi mujer preparara aquella carne succulenta con tomates, regocijándome por anticipado con la alegría que seguramente experimentarían mis hijos a la vista de tan delicioso manjar. Pero ¡oh mi señor!, mi presunción fue demasiado lejos para que quedara sin castigo. Había puesto el trozo de cordero sobre mi cabeza, y caminaba, balanceando los brazos, abstraído en mis sueños de opulencia, cuando he aquí que un gavilán hambriento se aferró a la espalda de cordero, y antes que yo pudiera levantar los brazos ni hacer el menor movimiento, me la arrebató, como asimismo mi turbante con su contenido, y se fue volando con la carne en el pico y el turbante entre las garras. Yo, en esto, comencé a dar unas voces tan espantosas, que todos los hombres, mujeres y niños de la vecindad se alarmaron y

juntaron sus gritos a los míos, con el propósito de asustar al ave y hacerle soltar su presa. Pero nuestras voces, en vez de producir el efecto deseado, excitaron al gavilán, que, acelerando su vuelo, desapareció en los aires con toda mi fortuna. Muy entristecido y despechado, tuve que decidirme a comprar otro turbante, lo que supuso una nueva merma en los diez dinares de oro que había sacado de la bolsa y cuyos restos constituían ahora todo mi capital. Como ya tuve que gastar una buena parte en la compra de mi provisión de cáñamo, lo que me quedaba distaba mucho de bastar para que en adelante pudiera abrigar sólidas esperanzas en un porvenir de opulencia. Lo que más me apenaba y ennegrecía el mundo ante mi vista era pensar en la decepción que mi bienhechor Si Saad experimentaría al ver que había elegido tan mal al hombre a quien confiar la colocación de su dinero para llevar adelante la experiencia proyectada. Por otra parte, me decía a mí mismo que cuando mi bienhechor supiera mi desgraciada aventura, quizá creyera que era una invención mía, y me abrumaría con su desprecio. De todas maneras, ¡oh mi señor!, mientras duraron los pocos dinares que me quedaron, después del rapto perpetrado por el gavilán, no hubo motivos de queja en mi casa; pero cuando desaparecieron las últimas pequeñas monedas caímos de nuevo en la miseria anterior, viéndome sumido en la misma impotencia que antes para poder salir de mi estado. Sin embargo, me guardé muy bien de murmurar contra los decretos del altísimo, y pensaba: “¡Oh pobre de ti; el retribuidor te dio bienes cuando menos los esperabas, y casi al mismo tiempo te los ha quitado! ¡Puesto que así lo ha querido, siendo suyos esos bienes, resígnate ante sus decretos y sométete a su voluntad!”. Mientras así reflexionaba, mi mujer, a la que, sin poderlo evitar, ya había dado cuenta de la pérdida que habíamos experimentado y de la manera que había ocurrido, estaba de todo punto inconsolable. Y para colmo de desdichas, como en mi turbación se me había escapado decir a los vecinos que con mi turbante perdía ciento noventa dinares de oro, todos, conociendo mi pobreza desde mucho tiempo atrás, se rieron de mis palabras, persuadidos de que con la pérdida de mi turbante me había vuelto loco, y a mi paso, las mujeres y los niños decían, riéndose: “He ahí al que dejó escapar su razón con su turbante”. ¡Todo esto! Alrededor de diez meses después que el gavilán me jugara aquella mala pasada, los dos amigos, Si Saad y Si Saadí, vinieron a obtener noticias sobre el uso que yo había hecho de la bolsa con los doscientos dinares, y, durante el trayecto, Si Saad dijo a Si Saadí: “Hace ya varios días que vengo pensando en nuestro amigo Hassan, congratulándome por anticipado con la satisfacción que voy a tener haciéndote testigo del resultado de nuestra experiencia. Seguramente se notará un cambio tan grande en su persona, que nos costará trabajo reconocerle”. Estaban ya muy cerca de la tienda y Si Saadí respondió: “¡Por Alá, oh amigo Saad, que me parece que tratas de comerte el cohombro antes de estar maduro! Por lo que a mí se refiere, ya estoy viendo a Hassan sentado, como de ordinario, con el cáñamo atado al dedo del pie, y sin ningún cambio notable en su persona. ¡Helo ahí, vestido tan pobremente como antes! La única diferencia que noto en él es que su turbante está un poco menos

asqueroso y mugriento que hace seis meses. Por lo demás, míralo por ti mismo, y convendrás en que no es posible contradecirme”. En esto, Si Saad, que había llegado ya ante la tienda, me examinó, y también él vio que nada había cambiado en mí, ni mi aspecto había mejorado. Los dos amigos entraron en la tienda, y, después de los cumplimientos de rigor, Si Saadí me dijo: “Y bien, Hassan, ¿cómo es que tienes la cara descompuesta y por qué nos miras de través? Sin duda que tus asuntos te proporcionan inquietudes, y quizá también el cambio de vida te entristece un poco”. Yo, bajando la vista, respondí: “¡Oh mis amos, que Alá os otorgue larga vida! ¡En cuanto a mí, el destino sigue siendo mi enemigo, y las tribulaciones presentes son peor que las pasadas! La confianza que mi amo Si Saad puso en este su esclavo, ha sido traicionada, no por mi culpa, ello es cierto, sino por la hostilidad del destino”. Después les conté mi aventura con todo detalle, tal como te la he referido, ¡oh emir de los creyentes! Pero no es necesario repetirla. Cuando terminé mi relato, vi que Si Saadí sonreía maliciosamente, mirando a Si Saad, que se quedó muy desconcertado. Hubo un momento de silencio, al cabo del cual Si Saad me dijo: “Ciertamente que no esperaba este resultado; pero no te haré ningún reproche, aunque esa historia del gavilán sea un tanto extraña, y que en buena ley pudiera yo rechazarla, y sospechar que te has divertido y regalado dándote la mejor vida con el dinero que te di para que hicieras de él un uso muy distinto. Sea como fuere, quiero intentar de nuevo la experiencia contigo, entregándote una segunda suma igual a la primera, pues no quiero que mi amigo Saadí gane su causa después de una sola tentativa por mi parte”. Después de expresarse así, me entregó los doscientos dinares, diciéndome: “Quiero creer que esta vez no esconderás esta suma en tu turbante”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SETENTA

Ella dijo:

—«Y como intentara besarle la mano, no lo consintió y se fue con su amigo. Yo continué mi trabajo, y, poco después, cerré la tienda y me dirigí a mi casa, sabiendo que a aquella hora no se hallarían en ella ni mi mujer ni mis hijos. Cuando llegué, separé diez dinares y envolví los ciento noventa restantes en un trozo de lienzo, dedicándome luego a buscar un sitio seguro en donde ocultarlo; después de reflexionar durante un buen rato decidí guardarlo en el fondo de una pequeña tinaja llena de salvado, pensando en que a nadie se le ocurriría ir a buscarlo allí, y, después de volver a colocar la tinaja en su sitio, salí de la casa. En aquel momento llegaba mi mujer para preparar la comida, y yo le dije que iba a comprar cáñamo, pero que

regresaría a la hora de comer. Mientras que yo estaba en el mercado tratando de llevar a cabo mi compra pasó por la calle en la que se encontraba mi casa un vendedor de esa tierra que se usa para desengrasar el cabello, la misma que suelen emplear las mujeres en las casas de los baños, y mi esposa, acordándose de que hacía tiempo que no se lavaba la cabeza, le llamó, y como no tenía dinero con que poder pagar, reflexionó sobre cómo salir del apuro, y se dijo: “Esta tinaja de salvado que lleva aquí tanto tiempo no me sirve de momento para nada; veré si la acepta el vendedor a cambio de su tierra”. Tal como lo pensó, así lo hizo, y, como el hombre consintiera en el trato, el acuerdo fue concluido y el vendedor se llevó la tinaja con todo su contenido. En cuanto a mí, a la hora de comer estuve de vuelta cargado con todo el cáñamo que pude traer y que subí al desván de la casa, que había ya preparado para tal efecto, yendo luego a echar un vistazo a la tinaja en cuyo interior se hallaba mi suerte, y, viendo que no estaba donde solía estar, pregunté a mi esposa por el motivo que la había inducido a cambiar de sitio el recipiente; y ella, con toda tranquilidad, me refirió el trueque que había efectuado. Yo, al oír aquello, me quedé como muerto y caí al suelo acometido súbitamente por una sensación de vértigo; luego reaccioné, exclamando: “¡Alejado sea el maligno, oh mujer! ¡Has cambiado nuestra suerte y la de nuestros hijos por un poco de tierra para desengrasar el cabello! ¡Esta vez sí que estamos perdidos sin remedio!”. En pocas palabras la puse al corriente de lo sucedido, y ella, en su desesperación, empezó a lamentarse, a golpearse el pecho, a arrancarse los cabellos y a desgarrarse los vestidos, gritando: “¡Ha venido nuestra desgracia por mi culpa! ¡He vendido la suerte de nuestros hijos a ese vendedor de tierra para el cabello, a quien no conozco! ¡Era la primera vez que ese hombre pasaba por nuestra calle y jamás volveré a encontrarle, después que haya descubierto el contenido de la tinaja!”. Después, reflexionando, me reprochó mi falta de confianza en ella, sobre todo en un asunto de tanta importancia, diciendo que aquella desgracia se habría evitado si yo hubiera compartido con ella mi secreto. Sería muy largo de contar, ¡oh mi dueño!, y a ti, que no ignoras hasta qué punto son elocuentes las mujeres en sus aflicciones, todo lo que su dolor hizo que saliera por su boca. Yo, no sabiendo como calmarla, le decía: “¡Oh hija de mi tío; modérate, por favor! ¿No ves que vas a llamar la atención de los vecinos? No hay necesidad de que se enteren de esta segunda desgracia. Ya tienen bastante con lo del gavilán para que les demos nuevos motivos de mofa, que aprovecharían humillándonos y burlándose de nuestra simplicidad. Preferible es que nosotros, que ya hemos probado sus chanzas, disimulemos esta pérdida y la soportemos pacientemente, sometiéndonos a los designios del altísimo. Bendigámosle, en medio de todo, pues si no nos concedió esas ciento noventa piezas, al menos nos dejó estas diez, cuyo empleo no dejará de reportarnos algún beneficio”. Pero por buenas que fueran mis razones no logré consolarla sino poco a poco, y seguí diciéndole: “Somos pobres, es cierto, pero no creas que los ricos, al fin de cuentas, tienen mucho más que nosotros. ¿No respiramos todos el mismo aire? ¿No gozamos del mismo cielo y de la misma luz? ¿Acaso ellos

no se mueren igual que nosotros?”. Y hablando así, ¡oh mi señor!, no solo la convencí a ella, sino que acabé convenciéndome a mí mismo, y reanudé mi trabajo con tan buen ánimo como si no hubieran ocurrido aquellas dos aflictivas aventuras. Sin embargo, había una cosa que me preocupaba mucho: cómo podría sostener la mirada de Si Saad, mi bienhechor, cuando viniera a pedirme cuentas del empleo de los doscientos dinares de oro; esta sola idea hacía que se tornara sombrío todo cuanto me rodeaba. Por fin llegó el tan temido momento de hallarme en presencia de los dos amigos. Seguramente que Si Saad, y por ello quizá se retrasaran en venir a saber noticias mías, habría dicho a Si Saadí: “No nos anticipemos a entrevistarnos con Hassan el cordelero, puesto que cuanto más se difiera nuestra visita, tanto más enriquecido le encontraremos y mayor será mi satisfacción al comprobarlo”. Y supongo que Si Saadí, sonriendo, le respondería: “¡Por Alá! Nada deseo con más fervor que participar de tu misma opinión, pero creo firmemente que al pobre Hassan le queda aún mucho camino que recorrer hasta llegar al lugar donde le espera la opulencia. Mas he aquí que ya llegamos a su tienda y él mismo va a decirnos cómo van sus asuntos”. Y yo, ¡oh emir de los creyentes!, me hallaba tan confundido, que solo pensaba en ocultarme a sus miradas, deseando con todas mis fuerzas que se abriera la tierra y me tragara. Así, cuando llegaron, hice como si no hubiera advertido su presencia y continué en mi trabajo de cordelero, fingiendo estar muy atareado. Hasta que saludándome, no tuve más remedio que devolverles el cumplido; no levanté mis ojos para mirarlos, y, para que mi apuro y suplicio no se prolongaran, no esperé a que me preguntaran, sino que resueltamente, dirigiéndome a Si Saad, conté de un tirón y sin tomar aliento, la desgracia que por segunda vez me había sucedido, a saber: el cambio, efectuado por mi mujer, de la tinaja de salvado donde yo había escondido la bolsa, por un poco de tierra para desengrasar el cabello. De esta manera me sentí un poco aliviado, y, con la vista baja, volví a mi sitio y proseguí mi trabajo, anudando de nuevo la madeja de cáñamo al dedo del pie, mientras pensaba: “He dicho lo que debía decir y solo Alá sabe lo que ocurrirá”. Ahora bien, lejos de enfadarse conmigo ni injuriarme, tratándome de embustero o de hombre de mala fe, Si Saad supo contenerse, sin dejar traslucir su despecho por una tal persistencia del destino en contrariarle, contentándose con decir: “Después de todo, es posible, Hassan, que sea verdad todo lo que me has contado, y que la segunda bolsa se haya esfumado como se esfumó la primera. Sin embargo, en verdad que es un poco sorprendente que el gavilán y el vendedor de tierra para desengrasar el cabello se encontraran allí, justamente en el momento preciso en que tú estabas distraído o ausente, para llevarse lo que estaba tan bien escondido. Sea como fuere, renuncio desde ahora a intentar nuevas experiencias”. Luego se volvió hacia Si Saadí y le dijo: “Pero ¡oh Saadí!, sigo creyendo que sin dinero nada es posible y que un pobre seguirá siéndolo mientras no esté en condiciones de forzar al destino a serle favorable”. Si Saadí respondió: “¡Ay, y en qué error estás, oh generoso Saad! No has dudado, para hacer triunfar a tu opinión, en arrojar cuatrocientos dinares, la mitad a un gavilán y la

otra mitad a un vendedor de tierra para desengrasar los cabellos. Pues bien, por mi parte no seré tan generoso como tú, pero, a mi vez, quiero intentar probarte que la única regla de nuestra vida está en el juego del destino, cuyos decretos son los únicos elementos con que podemos contar para explicarnos la buena o mala fortuna”. Luego se volvió hacia mí, y, mostrándome un trozo de plomo que acababa de recoger del suelo, me dijo: “¡Oh Hassan!; ya que la buena fortuna ha huido de ti hasta el presente, yo bien quisiera ayudarte como lo ha hecho nuestro generoso amigo Si Saad. Pero Alá no me ha concedido tantas riquezas como a él y todo lo que puedo darte es este trozo de plomo, que sin duda perdió algún pescador arrastrando sus redes por el suelo”. Oyendo a Si Saadí, su amigo Si Saad se echó a reír a carcajadas, creyendo que lo que pretendía era gastarme una broma; pero Si Saadí no le prestó atención, y, entregándome el trozo de plomo con absoluta seriedad, me dijo: “Cógelo y deja que se ría Si Saad. ¡Llegará un día, y así lo quiera el destino, en que este trozo de plomo te será más útil que toda la plata que hay en las minas!”. Yo, sabiendo cuán hombre de bien era Si Saadí y cuán grande era su sabiduría, no quise herirle haciéndole la menor observación y cogí el trozo de plomo que me entregaba, guardándolo con todo cuidado en mi seno vacío de toda moneda, sin olvidarme de darle calurosamente las gracias por sus buenos deseos e intenciones. Y sin más, los dos amigos me dejaron para continuar su paseo, mientras yo volví a mi trabajo. Cuando por la tarde regresé a mi casa, y, después de la comida, me desnudé para acostarme, advertí que algo había caído al suelo; lo recogí y vi que se trataba del trozo de plomo que se había deslizado desde mi cinturón. Sin darle la menor importancia lo coloqué en el primer sitio que hallé a mano, me tendí en mi cama, y no tardé en quedarme dormido».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SETENTA Y UNA

Schehrazada dijo:

—«Ahora bien; a la mañana siguiente, uno de mis vecinos, que era pescador, despertó muy temprano, según su costumbre, y, al repasar sus redes, echó de menos un trozo de plomo, justamente en el sitio donde su falta constituía un grave defecto para el buen funcionamiento del artilugio con el que ganaba su pan. Como no tenía a mano otro con el que sustituirlo, y no era hora de poder ir al mercado a comprarlo, por estar todas las tiendas cerradas, se vio en un gran apuro, pues si no salía para la pesca dos horas antes del amanecer, al día siguiente no tendría su familia qué llevarse a la boca. Ante esta situación envió a su mujer, a pesar de lo intempestivo de la hora,

a que despertara a los vecinos más cercanos, y, exponiéndoles lo que ocurría, les rogara que vieran la manera de proporcionarle un pedazo de plomo que pudiera suplir al que faltaba en sus redes. Como nosotros éramos precisamente los vecinos más cercanos del pescador, la mujer vino a llamar a nuestra puerta, pensando sin duda: “Intentaré en vano pedírselo a Hassan el cordelero, aunque bien sé, por experiencia, que únicamente cuando no se necesita nada es cuando se puede ir a su casa”. Y siguió llamando hasta que desperté, gritando: “¿Quién llama?”. “¡Soy yo, la hija del tío del pescador, tu vecino! —respondió, y prosiguió—: ¡Oh Hassan!; siento mucho sacarte de tu sueño a estas horas, y si lo hago es por tratarse del pan de mis hijos; me pesa en el alma este acto inconsiderado y te pido por favor que me excuses, pero dime pronto, para no tenerte más tiempo fuera de tu cama, si tienes por casualidad un pedazo de plomo y quieres prestárselo a mi esposo, que lo necesita para sus redes”. Yo me acordé en el acto del trozo de plomo que me había dado Si Saadí y pensé: “¡Por Alá!, no podría utilizarse de mejor manera que rindiendo un servicio a mi vecino, el padre de sus hijos”. Y respondí a la vecina que precisamente tenía un pedazo que podría servirle. Fui a tientas en busca del plomo en cuestión y se lo di a mi mujer para que ella se lo entregara a la vecina. La pobre mujer, encantada de no haber venido a mi casa en vano y de poder volver a la suya con el asunto resuelto, dijo a mi esposa: “¡Oh vecina; el jeque Hassan nos ha hecho esta noche un servicio muy grande! En agradecimiento, todo el pescado que saque mi esposo la primera vez que eche la red será para vosotros y yo misma os lo traeré mañana sobre mi cabeza”. Y se apresuró a ir a entregar el trozo de plomo a nuestro vecino el pescador, quien en seguida acomodó sus redes con él y salió para la pesca, según su costumbre, dos horas antes de amanecer. Ahora bien; la primera vez que echó sus redes no sacó más que un solo pez, pero de más de un codo de largo y ancho en proporción. Lo dejó aparte, para nosotros, y continuó su tarea, sin que entre todo lo que pescó después hubiera ningún ejemplar que igualara al primero en hermosura y tamaño. Cuando dio por terminada la pesca de aquel día, su primer cuidado, antes de ir al mercado a vender el producto de la jornada, fue poner en una cesta recubierta de oloroso follaje el pescado reservado para nosotros y traérnoslo, diciendo: “¡Que Alá os lo haga delicioso! —y añadió—: Os ruego que lo aceptéis, y, aunque sea tan poca cosa, es todo lo que saqué la primera vez que tendí mis redes. ¡Excusadnos pues, oh vecinos!”. Yo respondí: “Este es un trato en el que tú sales engañado, vecino, puesto que es la primera vez que se vende un pescado de ese tamaño y hermosura a cambio de un pedazo de plomo que vale apenas una pequeña moneda de cobre. Nosotros lo aceptamos en concepto de regalo, por no hacerte un desaire y porque sabemos que lo haces de todo corazón”. Cambiamos aún algunas cortesías más y se fue. Yo entregué a mi esposa el presente del pescador, diciéndole: “Mira tú, mujer, cómo Si Saadí no dejaba de tener razón al decirme que un trozo de plomo podía serme más útil, si Alá lo quería, que todo el oro del Sudán. He aquí un pescado como jamás se sirvió en las mesas de los emires o de los reyes”. Mi esposa, aunque muy complacida a la vista de tan hermosa

pieza, no dejó de poner inconvenientes y respondió: “Sí, ¡por Alá!; ¿pero cómo me las arreglaré para guisarlo? No tenemos parrilla ni cazuela bastante grande para poder hacerlo entero”. Y yo repuse: “¡Eso no importa; nos lo comeremos lo mismo si está entero que si está en pedazos! No haya, pues, reparos en sacrificar su presentación y no temas cortarlo en trozos para poder acomodarlo mejor”. Entonces mi mujer lo cortó por la mitad y extrajo las entrañas del animal, encontrándose dentro algo que brillaba con vivos reflejos. Lo cogió, lo lavó en el cubo, y vimos que se trataba de un trozo de vidrio del tamaño de un huevo de paloma y transparente como el agua entre las rocas. Después de contemplarlo durante unos momentos se lo dimos a nuestros hijos, que hicieron de él su juguete, y así, distraídos, dejaron de importunar a su madre mientras preparaba el excelente pescado. Ahora bien; al llegar la noche, en el momento de ir a cenar, mi esposa advirtió que, sin que hubiera encendido aún la lámpara de aceite, una luz, que no podía producirse por sí misma, iluminaba la estancia. Miró a todos lados por ver de donde procedía esta luz y vio que era producida por el huevo de vidrio, que los niños habían abandonado en el suelo. Lo cogió y lo colocó en el borde del vasar, lugar habitual de la lámpara, y todos quedamos asombrados al comprobar la vivacidad de la luz que salía de aquel pedazo de vidrio; yo exclamé: “¡Por Alá, oh hija de mi tío; he aquí que el trozo de plomo de Si Saadí no solo nos alimenta, sino que también nos alumbra y, en adelante, nos ahorrará la compra del aceite para la lámpara!”. A la maravillosa claridad del huevo de vidrio comimos el delicioso pescado y nos congratulamos de la doble ganga que habíamos encontrado en aquel bendito día, glorificando al retribuidor por los beneficios que nos otorgaba. Al llegar la noche nos acostamos satisfechos y contentos con nuestra suerte, no deseando nada mejor que la continuación de aquel estado de cosas. Al día siguiente, la noticia del hallazgo de aquel vidrio luminoso en el vientre del pez no tardó en extenderse por el barrio gracias a la hija de mi tío, mujer de lengua muy larga, y pronto recibió mi esposa la visita de una de nuestras vecinas, judía, cuyo marido era joyero en el mercado. Después de los saludos y cumplimientos por ambas partes, la judía, luego de examinar durante bastante tiempo el trozo de vidrio, dijo a mi esposa: “¡Oh mi vecina, alabado sea Alá que me ha traído hoy a tu casa! Tengo un vidrio muy parecido a este con el que me adorno algunas veces. Ambos harían buena pareja y me gustaría comprarte este; para no regatear, te ofrezco la enorme suma de diez dinares de oro nuevo”. Mis hijos, que oyeron hablar de vender su juguete, se echaron a llorar, suplicando a su madre que lo conservara, y, para apaciguarlos y porque el vidrio nos servía además de lámpara, eludió la tentadora oferta, lo que causó una gran contrariedad a la judía, que se fue despechada. Poco después regresé yo de mi trabajo y mi mujer me puso al corriente de lo sucedido, diciéndole yo: “Ciertamente, ¡oh hija de mi tío!, que si este huevo no tuviera ningún valor, la judía, hija de judíos, no nos habría ofrecido los diez dinares. Preveo, pues, que volverá a la carga, ofreciéndonos más, y, según como yo vea el asunto, esperaré y me mantendré firme para hacer subir la oferta”. Luego me acordé

de las palabras de Si Saad cuando me dijo que un pedazo de plomo podía muy bien hacer la fortuna de un hombre, si así estaba escrito, y esperé con confianza a que, al fin, se me mostrara favorable mi destino, después de haberme huido durante tanto tiempo. Aquella misma tarde, según mis previsiones, la judía esposa del joyero hizo una segunda visita a mi esposa, y, después de los saludos y cumplimientos usuales, le dijo: “¡Oh mi vecina Aischah! ¿Cómo puedes menospreciar así los dones del retribuidor? ¿O acaso crees que no los menosprecias rechazando el pan de tus hijos, que yo te ofrezco a cambio de un trozo de vidrio? Pero ya que se trata de ellos, te diré que he hablado de ese huevo a mi marido, y, puesto que estoy en estado y no deben contrariarse los deseos de las mujeres encinta, ha consentido en que te ofrezca veinte dinares de oro nuevo por tu trozo de vidrio”. Pero mi mujer, que ya había recibido mis instrucciones para el caso, respondió: “¡Por Alá, vecina mía, que me haces entrar en mí misma! Pero es el caso que yo no tengo voz ni voto en mi casa; el hijo de mi tío es el dueño absoluto de la casa y de lo que hay en ella, y es a él a quien hay que dirigirse. Espera, pues, a que vuelva para hacerle tu oferta”. Cuando regresé, la judía me repitió lo que ya había dicho a mi mujer, añadiendo: “Te traigo el pan de tus hijos, ¡oh hombre!, a cambio de un pedazo de vidrio; pero mi deseo de mujer encinta debe ser satisfecho y mi esposo no quiere cargar sobre su conciencia desatendiéndolo. Por estas razones ha condescendido, dejándome ofrecerte una suma que significa una gran pérdida para él”. Yo, ¡oh mi señor!, dejé que la judía dijera cuanto quisiera y me tomé tiempo para contestar; luego, por toda respuesta, la miré sin pronunciar ni una sola palabra, denegando simplemente con la cabeza. En vista de ello, la hija de judíos se quedó pálida, me miró con desconfianza y dijo: “¡La oración para tu profeta, oh musulmán!”. Y yo respondí: “¡Para él la oración y la paz, oh descreída, y las más escogidas bendiciones del dios único!”. Ella repuso: “¿Por qué esa indiferencia, ¡oh padre de tus hijos!, y ese movimiento denegatorio de tu cabeza ante los beneficios que, por nuestra mediación, el retribuidor envía a tu casa?”. Y yo añadí: “¡Oh hija de los descreídos; los beneficios que Alá concede a sus creyentes son incalculables! ¡Que él sea glorificado, sin la intromisión de aquellos que yerran fuera del camino recto!”. “Entonces, ¿rehúsas los veinte dinares de oro?”, preguntó ella. Y como efectivamente yo siguiera rehusando, ella añadió: “Pues bien, vecino, te ofrezco cincuenta dinares de oro por tu pedazo de vidrio. ¿Estás satisfecho ahora?”. De nuevo, con aire de una gran indiferencia, hice un movimiento de negación con mi cabeza y miré distraído a otra parte».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SETENTA Y DOS

Dijo Schehrazada:

—«Entonces, la mujer del joyero recogió sus velos, y, dirigiéndose a la puerta hizo ademán de abrirla, pero cambiando de opinión súbitamente se volvió hacia mí y me dijo: “¡Una última palabra! Cien dinares de oro, a pesar de que todavía no sé si mi marido querrá darme tan gruesa cantidad”. Yo denegué, y, con aire de profundo despego, le dije: “No es por dejarte ir descontenta ¡oh vecina!, pero estás muy lejos de apreciar su justo valor, ya que este huevo de vidrio por el que me ofreces el irrisorio precio de cien dinares es algo maravilloso y su historia es tan maravillosa como él mismo. Únicamente por complacerte a ti y a nuestro vecino y por atender el antojo de una mujer encinta, me limitaré a reclamar como precio de este huevo luminoso la suma de cien mil dinares de oro, ni uno más ni uno menos. Esto para tomar o dejar, ya que otros joyeros me ofrecen más, pues ellos están más al corriente que tu marido del valor real de las cosas bellas y únicas. En cuanto a mí, ¡juro ante Alá, el omnisciente, que no cambiaré esta valoración, sea para aumentarla, sea para disminuirla!”. Cuando la mujer del judío hubo escuchado estas palabras y comprendido su significado, no encontró nada que replicar, y, marchándose, me dijo: “Yo, ni compro ni vendo, ya que es mi marido la cabeza; si el asunto le conviene, él te hablará. Prométeme solamente tener paciencia antes de comprometerte con otros intermediarios y esperar a que él haya visto ese huevo de vidrio”. Así se lo prometí y ella se marchó. Después de esta discusión, ¡oh emir de los creyentes!, no dudé más de que aquel huevo que yo creía era de vidrio, fuese una gema de entre las gemas del mar arrancada de la corona de algún rey marino; por otro lado, yo sabía como todo el mundo qué grandes tesoros se encuentran en las profundidades y con los cuales se adornan las hijas y las reinas del mar, por lo que este hallazgo me confirmaba en mis creencias y glorifiqué al retribuidor, quien, por mediación del pez del pescador, había puesto en mis manos aquella maravillosa muestra de los adornos de las adolescentes marinas. Pero resolví no soltar la presa por menos de la cantidad de cien mil dinares que había pedido a la mujer del judío, sobre todo al pensar en que hubiese hecho mejor no precipitándome en dar el precio, pues de tal manera hubiese podido obtener más del joyero judío, pero como ya había fijado la cantidad solemnemente, no queriendo desdecirme, me prometí atenerme a aquello que había dicho. Tal como había previsto, no tardó en presentarse en mi casa el joyero en persona, pero ofrecía un aspecto tan torvo que, verdaderamente, no anunciaba nada bueno. En seguida me previne contra los hijos de los cerdos que utilizarían toda su truhanería para privarme de la gema. Por mi parte, adopté el aire más sonriente y amable que pude y le rogué que tomase asiento en la estera; y, después de los saludos y votos de costumbre, me dijo: “¡Oh vecino!, espero que el cáñamo no sea demasiado caro en este tiempo y que los asuntos de tu tienda vayan bien”. En el mismo tono le respondí: “La bendición de Alá no falta a sus creyentes, ¡oh vecino!, y yo espero que los negocios en el mercado

de los joyeros te sean favorables”. Él me dijo: “¡Por la vida de Ibrahim y de Jacob, oh vecino, ellos peligran! ¡Apenas tenemos para comer pan y queso!”. De esta manera continuamos hablando durante un buen rato sin abordar la única cuestión que nos interesaba, hasta que el judío, viendo que por este medio no conseguía nada de mí, terminó por decirme: “¡Oh vecino! La hija de mi tío me ha hablado de cierto huevo de vidrio, por otra parte de poco valor, que sirve a tus hijos para jugar. Tú sabes que cuando una mujer está encinta, como lo está la mía, le vienen antojos que son extraños y extravagantes, pero desgraciadamente nos es necesario satisfacerlos, aunque sean irrealizables, ya que de no hacerlo el objeto deseado se marcaría sobre el cuerpo del niño, deformándolo. En el presente caso, como el antojo de mi mujer se ha fijado en ese huevo de vidrio, temo que si no la complaces veré ese huevo, reproducido en todo su grosor, sobre la nariz de nuestro hijo cuando nazca, o sobre alguna otra parte más delicada todavía, que la decencia me impide nombrar. Yo te pido, pues, ¡oh vecino!, que primero me muestres ese huevo de vidrio, y, en el caso de que vea que me es imposible adquirir en el mercado uno parecido, me lo cedas de buena gana a un precio razonable que me indicarás, sin aprovecharte de la ocasión”. A estas palabras del judío respondí: “Escucho y obedezco”. Me levanté y fui hacia mis hijos, que jugaban en el corral con el huevo en cuestión, y tomándolo en mis manos a pesar de sus gritos y protestas volví a la habitación en la que el judío me esperaba sentado sobre la estera, y, excusándome, cerré puertas y ventanas de manera que se hiciese una completa oscuridad; hecho esto saqué el huevo de mi pecho y lo dejé, bien a la vista, ante el judío, sobre un taburete. Al momento la habitación se iluminó como si luciesen cuarenta fuegos. Ante este espectáculo, el judío no pudo evitar el exclamar: “¡Es la gema de Solimán ben-David, una de las que adornaban su corona!”. Pero, dándose cuenta en seguida de que había hablado demasiado, añadió: “Yo ya he tenido otras parecidas en mis manos, pero como no son fáciles de vender, me apresuré a malvenderlas. ¿Por qué la hija de mi tío, que está encinta, me obliga ahora a adquirir una cosa que es difícil de vender? ¡Oh vecino! ¿Cuánto pides por ese huevo marino?”. Yo respondí: “No está a la venta, ¡oh vecino!, pero podría dártelo, para no desairar el antojo de la hija de tu tío, por lo que ya he fijado como precio de esta cesión, del que no me volveré atrás. ¡Alá es testigo de ello!”. El judío, entonces, me dijo: “¡Sé razonable, oh hijo de gentes de bien, y no arruines mi casa! Si yo vendiese mi tienda, mi casa y me vendiese yo mismo en el mercado junto con mi mujer y mis hijos, no podría llegar a reunir la exorbitante cantidad que has fijado, a manera de chanza, sin duda alguna. ¡Cien mil dinares de oro! ¡Por Alá! ¡Cien mil dinares de oro, oh jeque, ni uno más, ni uno menos! ¡Es mi muerte lo que tú reclamas!”. Yo, después de abrir las puertas y ventanas tranquilamente, respondí: “Cien mil dinares, ni uno más, el aumento sería ilícito, pero tampoco uno de menos. Es para tomarlo o dejarlo —y añadí—: Si hubiese sabido que este huevo maravilloso era una gema de entre las gemas marinas de la corona de Solimán-ben-David, ¡sobre los dos la oración y la paz!, no hubiesen sido cien mil dinares de oro los que hubiera

pedido, sino diez veces cien mil y, además, algunos collares y joyas de tu tienda, como regalo, para mi mujer, que es quien ha preparado el asunto, al divulgar nuestro descubrimiento. Piensa, pues, que eres muy afortunado al poder conseguirlo a este precio irrisorio, y ve a buscar tu oro”. El joven judío de nariz alargada, viendo que no había nada que hacer, reflexionó unos instantes, y, mirándome con decisión y exhalando un gran suspiro, dijo: “El oro está a la puerta. ¡Dame la gema!”. Mientras hablaba sacó la cabeza por la ventana, y gritó a un esclavo negro que estaba estacionado en la calle, teniendo de la brida a un mulo cargado con muchos sacos: “¡Mubarak, trae aquí los sacos y la balanza!”. El negro llevó a mi casa los sacos repletos de dinares de oro, y el judío los vació uno tras otro y me pesó los cien mil dinares que le había pedido, ni uno menos. La hija de mi tío sacó de nuestro gran cofre de madera, el único que poseíamos, los trapillos que contenía, y lo llenamos con el oro del judío. Solamente entonces saqué de mi seno, donde la tenía escondida, la gema salomónica, y la entregué al judío, diciéndole: “Puedes venderla diez veces más cara de lo que te ha costado”. Él se sonrió hasta las orejas, y me dijo: “¡Por Alá, oh jeque! No está a la venta, ya que la destino a satisfacer el antojo de mi mujer encinta”. Solicitó mi licencia, y, después, me mostró la longitud de sus encantadoras espaldas».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SETENTA Y TRES

Ella dijo:

—«Por lo que se refiere a Si Saad, a Si Saadí y a mi destino, cambiado inopinadamente gracias al pescado, he aquí lo sucedido: cuando de la noche a la mañana me vi mucho más rico de lo que hubiera podido desear, no olvidé, rodeado de oro y viviendo en la opulencia, que, a fin de cuentas, no era más que el antiguo cordelero hijo de cordelero, y dando gracias al retribuidor por sus beneficios, reflexioné sobre el uso que en adelante debería hacer de mis riquezas. Lo primero en que pensé fue en ir a prosternarme ante Si Saadí, para testimoniarle mi gratitud, y en hacer lo mismo con Si Saad, a quien, después de todo, y aunque no hubiera conseguido conmigo lo que Si Saadí, a pesar de sus buenas intenciones, debía el haber llegado a ser lo que en la actualidad era. Pero mi timidez me lo impidió, y, por otra parte, no sabía con exactitud dónde vivían ninguno de los dos. Así es que preferí esperar a que vinieran ambos por su propia iniciativa a saber noticias del pobre cordelero Hassan, ¡qué Alá tenga en su misericordia, puesto que, en realidad, ya

murió, después de vivir durante su juventud tan miserablemente! Y esperando, resolví hacer el mejor uso posible de la fortuna que me había venido a las manos. Mi primer acto, como rico, fue no comprarme ostentosos vestidos ni muebles suntuosos, sino ir en busca de todos los pobres cordeleros de Bagdad, que se hallaban en el mismo estado de miseria que sufrí durante tantos años, y cuando los tuve reunidos a todos les dije: “He aquí que el retribuidor me ha concedido la abundancia y me ha otorgado sus beneficios, siendo el último en merecerlos. Y por esto, ¡oh mis hermanos musulmanes!, quiero que los favores del altísimo no sean solo para mí, sino que os alcancen también a vosotros, y todos podáis beneficiaros de ellos según vuestras necesidades. Después de hoy os tomo a todos a mi servicio, contratando vuestro trabajo de cordelería, y asegurándoos que seréis pagados con largueza, y según la habilidad de cada cual, todos los días al terminar vuestra jornada. De esta manera tendréis la seguridad de ganar holgadamente el pan de vuestras familias sin preocuparos por el día de mañana. He aquí para lo que os he reunido en este local, y esto ha sido cuanto tenía que deciros. ¡Pero Alá es más generoso y magnánimo!”. Los cordeleros me dieron las gracias y alabaron mis buenas intenciones hacia ellos, aceptando lo que les proponía. Desde entonces trabajan por mi cuenta, contentos con asegurar tranquilamente su vida y la de sus hijos, y yo mismo, gracias a esta organización, no hago sino acrecer mis rentas y consolidar mi situación. Ahora bien, hacía ya algún tiempo que había abandonado mi antigua pobre casa para instalarme en otra que me había hecho construir, sin reparar en gastos, rodeada de jardines, cuando Si Saad y Si Saadí se decidieron por fin a ir en busca de noticias a la tienda del pobre cordelero Hassan. Grande fue su sorpresa cuando mis antiguos vecinos, a quienes preguntaron al ver la tienda cerrada como si hubiera muerto, les informaron de que no solo continuaba vivo, sino que, además, me había convertido en uno de los más ricos mercaderes de Bagdad, que vivía en un hermoso palacio rodeado de jardines, y al que no se conocía ya por Hassan el cordelero, sino por Si Hassan el magnífico. Entonces, haciéndose dar indicaciones precisas sobre el lugar donde se encontraba mi palacio; se dirigieron a él, no tardando en llegar ante la gran portada que daba acceso a los jardines. El portero les hizo atravesar un bosquecillo de naranjos y limoneros cargados de frutos y cuyas raíces se refrescaban en el agua clara de un arroyuelo que, iniciando su curso en el cercano río, corría a lo largo de todo el jardín. Cuando llegaron a la sala de recepción, los dos amigos se hallaban bajo la impresión encantadora de la frescura del sombraje, del murmullo del agua y del canto de los pájaros. Y, tan pronto como uno de mis esclavos me anunció su llegada, vine a su encuentro apresuradamente y quise tomar el borde de sus vestidos para besarlos, pero ellos me lo impidieron, y me abrazaron como si fuera su hermano. Luego los invité a entrar en el quiosco que avanzaba sobre el jardín, rogándoles que se sentaran en el sitio de honor, como cosa que les era debida, y yo lo hice un poco más lejos, como convenía. Después de ordenar que les sirvieran refrescos y sorbetes, les referí todo lo que me había sucedido de punta a cabo y sin olvidar el menor detalle; pero no

hay necesidad de repetirlo. Si Saadí, henchido de gozo, se volvió hacia su amigo, y le dijo: “¡Ya lo ves, oh Si Saad!”. Y no dijo más. Aún no habían vuelto del asombro que les causara mi historia, cuando dos de mis hijos, que jugaban en el jardín, entraron llevando entre sus manos un gran nido de pájaros que acababa de descubrir, en lo alto de una palmera, la esclava que vigilaba sus juegos. Nos sorprendió ver que el nido, que contenía unos pequeños gavilanes, estaba hecho dentro de un turbante que, después de examinado con más detenimiento, reconocí sin ninguna duda: era el que en tiempos pasados me había arrebatado el gavilán. Me volví hacia mis huéspedes, y les dije: “¡Oh mis amos! ¿Os acordáis del turbante que usaba el día en que Si Saad me donó los primeros doscientos dinares?”. Ellos respondieron: “¡No, por Alá! No lo recordamos con exactitud”. Y Si Saad añadió: “Pero lo reconocería si viera que los ciento noventa dinares se encontraban en él”. “No lo dudéis”, respondí; y sacando los pajarillos y dándoselos a los niños, deshice el nido, desenrollé el turbante en toda su longitud y, en el otro extremo, intacta y anudada tal como la había anudado, estaba la bolsa de Si Saad con los ciento noventa dinares. Y antes que mis amigos volvieran de su sorpresa, uno de mis palafreneros entró con una pequeña tinaja entre las manos, que reconocí en el acto; era la misma que mi mujer había cedido, en aquella malhadada ocasión, al vendedor de tierra para desengrasar el cabello. El palafrenero me dijo: “¡Oh mi amo! Compré en el mercado este salvado para el caballo que montaba, por haber olvidado su ración, y he encontrado dentro este envoltorio anudado, que te entrego”. Era la segunda bolsa de Si Saad. Desde entonces, ¡oh emir de los creyentes!, vivimos los tres como amigos, convencidos para siempre de la fuerza incontestable del destino y maravillados de los caminos que utiliza para sus fines. Y como los bienes de Alá deben también alcanzar a sus pobres, no me olvido de hacer con largueza las limosnas prescritas. Por eso me has visto dar aquella limosna al mendigo del puente de Bagdad. Tal es mi historia». Cuando el califa acabó de oír el relato del generoso jeque, le dijo: «Ciertamente, ¡oh jeque Hassan!, que los caminos de que se sirve el destino son asombrosos, y en prueba de ello, y a propósito de lo que tú me has contado voy a enseñarte algo». A continuación se volvió al visir de su tesoro, y le dijo unas palabras al oído; salió el visir, y a poco volvió con un pequeño estuche entre las manos. El califa lo cogió, lo abrió y mostró su contenido al jeque, quien reconoció en seguida la gema salomónica que había vendido al joyero judío. Al Raschid explicó: «Vino a parar a mi tesoro el mismo día en que tú se la vendiste al judío». Luego se dirigió al cuarto personaje, que era el maestro de escuela estropeado y con la boca hendida, diciéndole: «Cuenta lo que tengas que contarnos». Y el hombre, después de prosternarse ante el califa, dijo:

HISTORIA DEL MAESTRO DE ESCUELA ESTROPEADO Y CON LA BOCA HENDIDA

«Has de saber, ¡oh emir de los creyentes!, que fui maestro de escuela, teniendo a mi cargo ochenta alumnos, y que mi historia con dichos alumnos es prodigiosa. Empezaré por decir, ¡oh mi señor!, que era muy severo con ellos, y estricto y riguroso

hasta tal punto, que incluso durante las horas de recreo exigía que continuaran trabajando, y no los enviaba a sus casas hasta una hora después de la puesta del sol. Y aun entonces no dejaba de vigilarlos, siguiéndolos a través de las calles y los mercados para evitar que se pervirtieran mezclándose con los pilletes. Ahora bien, fue precisamente por mi rigor por lo que me atraje las calamidades que me sobrevinieron, como ahora verás, ¡oh emir de los creyentes! En efecto, uno de tantos días, al entrar en la sala de lectura donde estaban reunidos mis alumnos, se levantaron todos a una, exclamando: “¡Oh nuestro amo, tienes hoy tu cara amarilla!”. Yo, de pronto, quedé sorprendido, pero como no notaba ningún malestar interior que pudiera ser la causa de aquel color de mi rostro, no le di mayor importancia, y abrí la clase, como de costumbre, gritándoles: “¡Empezad, pillos! ¡Es la hora del trabajo!”. Entonces el alumno monitor se acercó a mí con aire preocupado, y me dijo: “¡Por Alá, oh mi amo, estás muy amarillo de cara; que Alá aleje de ti todo mal! Yo podría muy bien dar hoy la clase en tu lugar, sí es que te encuentras enfermo”. Al mismo tiempo todos mis alumnos, denotando una gran inquietud, me miraron con conmiseración, como si me hallara ya en trance de rendir el alma. Yo acabé por afectarme, diciéndome: “Seguramente que debo de encontrarme mal sin que me dé cuenta de ello; y las peores enfermedades son aquellas que entran en nuestro cuerpo subrepticamente, sin que su presencia se revele de momento por un malestar acentuado”. A continuación me levanté, confié la dirección de la clase al alumno monitor y entré en mi harén, acostándome, y diciendo a mi esposa: “¡Prepara lo que haya que preparar para preservarme de las consecuencias de este color amarillo de mi cara!”. Y dije esto dando grandes suspiros y quejándome como si ya estuvieran sobre mí todas las pestes rojas y demás enfermedades. Entre tanto, el alumno monitor llamó a la puerta pidiendo permiso para entrar, y cuando estuvo dentro me entregó ochenta dracmas, diciendo: “¡Oh nuestro amo! Tus buenos alumnos han reunido entre todos esta suma para que nuestra ama, tu esposa, pueda cuidarte a su gusto sin preocuparse de los gastos”. Yo me impresioné con el proceder de mis alumnos. Y para demostrarles mi satisfacción les concedí un día de permiso, sin sospechar que todo lo que venía sucediendo había sido combinado con este único fin. Pero ¿quién es capaz de adivinar la cantidad de malicia que se esconde en el pecho de los niños? Respecto de mí, pasé todo aquel día entre ansias, aunque la vista del dinero que me había venido de manera tan inesperada no dejaba de procurarme algún placer. Al día siguiente, el alumno monitor volvió a verme, y contemplándome, exclamó: “¡Qué Alá aleje de ti todo mal, oh nuestro amo; pero te encuentro aún más amarillo que ayer! ¡Reposa, reposa sin preocuparte de nada más!”».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SETENTA Y CUATRO

Schehrazada dijo:

—«Yo, muy impresionado por las palabras del maligno muchacho, me dije a mí mismo: “¡Cuídate bien, oh amo, cuídate bien, a expensas de tus alumnos!”. Y haciéndome estas reflexiones, dije al monitor: “Tú darás la clase como si yo estuviera en ella”. A continuación empecé a lamentarme y a quejarme de mi mismo, y el muchacho, dejándome así, se apresuró a reunirse con los demás escolares para ponerles al corriente de la situación. Este estado de cosas duró una semana entera, pasada la cual el monitor me trajo otros ochenta dracmas, diciéndome: “Es el producto de la cotización de tus buenos discípulos, para que nuestra ama pueda cuidarte bien”. Yo me impresioné aún más que la primera vez, diciéndome: “Mira tú por dónde esta enfermedad es una enfermedad bendita, que te proporciona tanto dinero sin ningún esfuerzo por tu parte, y que, en suma, apenas te hace sufrir. ¡Ojalá que, por tu bien, dure todavía mucho!”. Y a partir de aquel momento decidí fingir la enfermedad, persuadido ya de que nada me aquejaba, diciéndome: “Nunca tus lecciones te proporcionaron tanto como tu enfermedad”. Y entonces me tocó a mí hacer creer a los demás que no era verdad. Cada vez que el alumno monitor venía a verme, le decía: “¡Voy a morir de inanición, pues mi estómago rechaza todo alimento!”. Esto no era verdad, ya que jamás había comido con tanto apetito ni me había sentado mejor todo lo que me llevaba a la boca. Las cosas continuaron de esta manera durante algún tiempo, hasta que un día mi discípulo entró en el momento justo en que me disponía a comerme un huevo. Al verle, lo primero que se me ocurrió fue disimular el huevo en la boca, temiendo que, al verme comer, sospechara la verdad y advirtiera mi engaño. Ahora bien, el huevo, que estaba abrasando, se me hacía insoportable dentro de la boca, y el mal sujeto, que sin duda alguna debía estar al tanto de la verdad de todo, en vez de irse, persistió en quedarse, y, mirándome compasivamente me dijo: “¡Oh mi amo; tus mejillas están hinchadas! ¡Cómo debes sufrir! Seguramente que se trata de un absceso maligno”. Luego, como viera que en mi tortura parecía como si los ojos quisieran salirse de sus órbitas, y que no respondía, exclamó: “¡Es preciso reventarlo! ¡Hay que sajarlo!”. Y, acercándose a mí, intentó clavar una gruesa aguja en mi mejilla. De un salto, me puse en pie, corrí a la cocina, y allí escupí el huevo que me estaba abrasando la boca. Como consecuencia de las quemaduras, ¡oh emir de los creyentes!, se me presentó en la cara un absceso verdadero que me hizo ver las estrellas. Vino el barbero, sajó la mejilla para vaciar el absceso, y, de resultas de la operación, mi boca quedó hendida y deformada. Esto es todo por lo que se refiere a la hendidura y deformación de mi boca; en cuanto a mi

invalidez, helo aquí: cuando me recuperé un poco de las consecuencias de la quemadura, volví a la escuela, y, más que nunca, fui severo y riguroso con mis alumnos, cuya turbulencia debía ser reprimida. Si la conducta de alguno de ellos dejaba que desear, no vacilaba en castigarlo a garrotazos. De esta manera conseguí que llegaran a respetarme, hasta tal punto, que si me venía en gana estornudar, ellos, dejando en el acto sus libros y cuadernos, se ponían en pie con los brazos cruzados, e, inclinándose hasta el suelo ante mí, exclamaban todos a la vez: “¡La bendición, la bendición!”, y yo respondía, como es de rigor: “¡Y para vosotros el perdón, para vosotros el perdón!”. Igualmente les enseñé otras muchas cosas, más o menos provechosas, pero todas instructivas, pues no quería que el dinero que me daban sus padres para su educación, fuera gastado en vano. De esta manera esperaba hacer de ellos, el día de mañana, respetables comerciantes y excelentes sujetos. Ahora bien, uno de los días dedicados al paseo, los llevé un poco más lejos que de costumbre, y, después de andar sin descanso durante mucho tiempo, nos sentimos todos sedientos. Como precisamente habíamos llegado ante un pozo, decidí bajar a él para calmar mi sed en su agua fresca, y, si podía ser, subir un cubo para mis alumnos. Como no teníamos cuerda, cogí los turbantes de todos los discípulos, y, anudándolos, me até un extremo hacia la mitad de mi cuerpo y ordené que me bajaran. Obedecieron y en seguida me vi suspendido en el brocal, bajándome con precaución por miedo a que se me lastimara mi cabeza contra las piedras de la pared. Y he aquí que el cambio brusco del calor a la frescura y de la luz a la oscuridad, me hizo estornudar sin que pudiera evitarlo. Mis alumnos, fuera involuntariamente, fuera por la costumbre, o por malicia, soltaron la cuerda todos al mismo tiempo, y, tal como lo hacían en la escuela, se cruzaron de brazos, exclamando: “¡La bendición, la bendición!”. Pero no pude responder en aquella ocasión porque caí pesadamente al fondo del pozo. El agua tenía poca profundidad y no me ahogué, pero me rompí ambas piernas y la espalda, mientras mis alumnos, espantados, no sé si de su mala acción o de su aturdimiento, huyeron echando sus piernas al viento. Entre tanto, daba tales gritos de dolor, que atraje hacia el pozo a algunos que pasaban por allí, y por fin me sacaron. Como mi estado era lastimoso, me colocaron sobre un asno y me llevaron a mi casa, donde convalecí durante mucho tiempo, pero sin llegar a curarme y sin que me fuera posible volver a ejercer mi profesión de maestro de escuela. Y por esto, ¡oh emir de los creyentes!, es por lo que me vi obligado a mendigar para que pudieran subsistir mi mujer y mis hijos. Y así has podido tú verme y socorrerme generosamente en el puente de Bagdad. Tal es mi historia». Cuando el maestro de escuela lisiado y con la boca hendida acabó así de referir su historia, con la causa de su invalidez, Massur, el portaalfanje, le hizo volver a la fila; entonces, el ciego que se hacía abofetear en el puente avanzó a tientas hasta quedar ante el califa, y después de recibir la orden para ello, se dispuso a contar lo que tenía que contar, diciendo:

«Has de saber, ¡oh emir de los creyentes!, que en mi juventud fui conductor de camellos, y, gracias a mi trabajo y perseverancia, llegué a poseer ochenta de ellos. Los alquilaba a las caravanas para sus trasiegos comerciales entre los distintos países, y también a los que, en tiempo de peregrinaciones, los necesitaban. Esto me producía grandes beneficios, aumentando de año en año mi capital y mis intereses; pero, día a día, mi deseo de ser aún más rico aumentaba al mismo tiempo que mis beneficios, y no me hubiera contentado con menos que con llegar a ser el conductor de camellos más rico del Irak. Ahora bien, uno de tantos días, regresaba de Bassra con mis ochenta camellos de vacío, después de haber transportado hasta aquella ciudad mercancías con destino a la India. Había hecho alto cerca de un aljibe para que los animales abrevaran y pastaran en las inmediaciones, cuando vi venir hacia mí a un derviche. Este derviche me abordó cordialmente, y, después de los saludos y cumplimientos por ambas partes, se sentó junto a mí. Pusimos nuestras provisiones en común, y, según las costumbres del desierto, hicimos juntos nuestra comida. Terminada esta, nos entretuvimos charlando de cosas sin mayor importancia, preguntándonos mutuamente sobre cosas de nuestro viaje. Él me dijo que se dirigía a Bassra y yo le dije que iba a Bagdad, y, habiendo reinado entre nosotros una buena armonía, le hablé de mis negocios y ganancias, participándole mis proyectos para conseguir la riqueza y opulencia. El derviche me dejó hablar y luego me miró sonriente, diciendo: “¡Oh mi amo Babá-Abdalá! Qué trabajo te tomas para llegar a resultados tan desproporcionados con tus esfuerzos, cuando a veces basta con encontrar nuestro destino en cualquier recodo del camino para, en un abrir y cerrar de ojos, llegar a ser, no ya el más rico conductor de camellos del Irak, sino más poderoso que todos los reyes de la tierra reunidos. ¡Oh mi amo Babá-Abdalá! ¿Has oído hablar alguna vez de tesoros ocultos y de riquezas subterráneas?”. “Ciertamente, ¡oh derviche! —respondí—, he oído hablar frecuentemente de tesoros ocultos y de riquezas subterráneas. Todos sabemos que cada uno de nosotros puede, si tal es su destino, despertar un día siendo más rico que todos los reyes juntos. Na hay un solo labrador que, mientras cultiva la tierra, no piense en que, cualquier día, dará con la piedra sellada que oculta un tesoro maravilloso; y no hay pescador que, al echar sus redes, no sepa que puede llegar la ocasión de extraer la perla o la gema maravillosa que le lleve a la opulencia. Como ves, ¡oh derviche!, no soy un ignorante, y, por otra parte, estoy persuadido de que los hombres de tu corporación conocen secretos y palabras de gran poder mágico”. El derviche, oyéndome hablar así, dejó de remover la arena con su bastón, me miró de nuevo, y dijo: “¡Oh mi amo Babá-Abdalá; creo que no has tenido hoy un mal encuentro hallándome!; pienso que este día es precisamente aquel en que te verás de cara a tu destino en un recodo del camino”. Yo contesté: “¡Por Alá, oh derviche!; lo recibiré con firmeza y cara a cara, y, sea lo que fuere aquello que pueda traerme, lo aceptaré reconocido”. Y él concluyó: “¡Entonces levántate, oh pobre, y sígueme!”. Se puso en pie y echó a andar delante de mí, que le seguí, pensando: “Seguramente que ha de ser hoy el día de mi destino, después de

esperarlo durante tanto tiempo”. Al cabo de una hora de marcha llegamos a un valle bastante espacioso, cuya entrada era tan estrecha, que mis camellos apenas podían pasar de uno en uno; pero en seguida el terreno se ensanchaba y pronto llegamos al pie de una montaña, tan impracticable, que no era de temer que criatura humana alguna pudiera llegar hasta nosotros por aquel lado. Entonces el derviche me dijo: “He aquí que hemos llegado a donde era preciso llegar. Tú detén los camellos y haz que se echen, vientre sobre la tierra, para que cuando llegue el momento de cargarlos con lo que ahora verás, podamos hacerlo cómodamente”. Yo respondí por el oído y la obediencia y me dediqué a que los camellos, uno tras otro, se acostaran sobre el vientre en el ancho rellano que se extendía al pie de la montaña. Luego volví junto al derviche, que, con un eslabón y yesca en la mano, acababa de prender fuego a un montón de leña seca. Tan pronto como se elevó la llama, arrojó sobre ella un puñado de incienso, pronunciando unas palabras cuyo significado no comprendí.



En seguida se formó una columna de humo que el derviche separó en dos mitades con su bastón, y, al instante, una gran roca, frente a la cual nos encontrábamos, se separó también en dos, dejándonos ver una ancha abertura allí donde momentos antes había una muralla lisa y vertical».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SETENTA Y CINCO

Dijo Schehrazada:

—«Y, allí dentro, por todas partes, se veían rimeros de oro amonedado y montones de piedras preciosas, como esos otros, de sal, que suelen hallarse al borde del mar. Yo, a la vista de tal tesoro, me arrojé sobre el primer montón de oro con la rapidez del halcón que cae sobre la paloma, apresurándome a llenar uno de los sacos que llevaba conmigo. Pero el derviche se echó a reír y me dijo: “¡Oh pobre de ti! Te tomas un trabajo muy poco remunerador. ¿No ves que llenando tus sacos de oro de monedas, los harás demasiado pesados para cargarlos todos en tus camellos? Mejor es que los llenes de esas pedrerías amontonadas que ves un poco más allá, y de las que una sola vale más que cada uno de esos montones de oro, siendo, además, cien veces más ligera que una de esas monedas”. Yo respondí: “¡No hay inconveniente, oh derviche!”; pues bien comprendí que era justa su observación. Uno después de otro, llené todos mis sacos de dichas pedrerías, cargándolos de dos en dos sobre mis camellos hasta que así tuve dispuestos los ochenta. El derviche, que me había visto hacer sin moverse de su sitio y sonriendo, se levantó y dijo: “No nos queda sino cerrar el tesoro e irnos”, y, diciendo esto, se adentró en la roca y vi que se dirigía hacia un gran jarrón de orfebrería puesto sobre un zócalo de madera de sándalo. Entre tanto, yo me decía a mi mismo: “¡Por Alá; es lástima no haber traído ochenta mil camellos en vez de los ochenta, que son todos los que tengo, y haber cargado todas estas pedrerías, todas las monedas y todas las orfebrerías!”. En esto, el derviche se acercó al precioso jarrón y levantó su tapa, sacando un pequeño tarro de oro que guardó en su seno. Como yo mirara, interrogándole con los ojos, él explicó: “Esto no tiene importancia; es una pomada para los ojos”. Y no me dijo más. Yo, empujado por la curiosidad, quise proveerme también de aquella pomada, buena para los ojos, pero él me lo impidió, diciendo: “Basta por hoy; ya es tiempo de que salgamos de aquí”, y, pronunciando ciertas palabras que no comprendí, me empujó hacia la salida. Los bordes de la hendidura abierta en la roca volvieron a juntarse, y, en lugar de la abertura, quedó una pared lisa, como si hubiera sido tallada a propósito en la rocosidad de la montaña. El derviche se volvió entonces hacia mí, diciéndome: “¡Oh Babá-Abdalá!; ahora es preciso salir del valle, y, cuando lleguemos al sitio donde nos conocimos, dividiremos nuestro botín con toda equidad y nos lo repartiremos amigablemente”. A continuación hice levantar a mis camellos, y, en buen orden, enfilamos la salida por el mismo sitio por donde habíamos entrado. Caminamos

juntos hasta la ruta de las caravanas, donde debíamos separarnos para tomar cada uno distinta dirección: el derviche hacia Bassra y yo hacia Bagdad. Pero durante el camino, pensando y dándole vueltas al reparto del botín en cuestión, me dije: “¡Por Alá!; este derviche pide demasiado para lo que ha hecho. Es cierto que él es quien me ha revelado la existencia del tesoro y quien lo ha abierto, gracias a sus conocimientos en la ciencia de la brujería, que el libro santo reprueba, pero sin mis camellos, ¿qué hubiera podido él hacer? Además, puede ser que sin mi presencia no hubiera sido posible conseguir la cosa, puesto que el hallazgo del tesoro, seguramente que estaba escrito sobre mi nombre en el libro del destino. Creo, pues, que dándole cuarenta camellos cargados con estas pedrerías, me veo perjudicado en mis ganancias yo, que tanto me he fatigado cargando los sacos mientras él reposaba sonriente, y, en suma que soy el dueño de los camellos. Es preciso que a la hora de la partición no le deje proceder a su antojo, y ya sabré hacerle entrar en razón”. Así, cuando llegó el momento del reparto, dije al derviche: “¡Oh hombre santo!; tú, que, de acuerdo con los principios mismos de tu corporación, debes cuidarte muy poco de los bienes terrenales, ¿qué piensas hacer con los cuarenta camellos cargados, que tan injustamente me reclamas como precio de tus indicaciones?”. El derviche, lejos de escandalizarse por mis palabras o de enfadarse, como yo esperaba, me respondió sin perder su calma: “Babá-Abdalá; no andas lejos de la verdad cuando dices que soy hombre poco preocupado por las cosas de este mundo, y si te reclamo la parte que me corresponde, según un reparto equitativo, no es para mí, sino para distribuirla entre todos los pobres y desheredados que encuentre en mi camino. En cuanto a lo que llamas injusticia, piensa, Babá-Abdalá, que con cien veces menos de lo que te he dado, aún serías el más rico entre todos los habitantes de Bagdad, y, por otra parte, olvidas que nadie me obligó a hablarte de este tesoro, cuyo secreto muy bien podía haber guardado para mí solo. Deja, pues, de lado tu desmesurada avidez, y conténtate con lo que Alá te ha concedido, sin intentar volverte de nuestro acuerdo”. Entonces, aunque convencido de la falta de fundamento de mis pretensiones y de que no me asistía ningún derecho, cambié la cuestión de forma y respondí: “¡Oh derviche!, me has convencido de que mis pretensiones son contra derecho, pero permíteme recordarte que, si bien tú eres un excelente derviche, ignoras el arte de conducir camellos, atento solo a servir al altísimo. No sabes nada del embarazo que experimentarás al querer conducir tú solo tantos camellos, acostumbrados, además, a la voz de su amo. Si quieres hacerme caso, llévate los menos posibles y vuelve más tarde a cargarlos de nuevo, puesto que puedes abrir y cerrar a tu antojo la entrada de la gruta donde se halla el tesoro. Escucha, pues, mi consejo, y no te expongas a enojosas preocupaciones a las que no estás acostumbrado”. El derviche, que no estaba en situación de poder rehusarme nada, respondió: “Confieso, Babá-Abdalá, que de momento no había reflexionado sobre lo que acabas de decirme; y heme aquí ahora lleno de inquietudes por lo que pueda sucederme en este viaje, conduciendo solo tantos camellos. Elige, pues, los veinte que más te plazcan entre los cuarenta que

me corresponden, y déjame los restantes. Luego vete, ¡y que Alá te guarde!”. Muy sorprendido al hallar al derviche tan bien dispuesto para dejarse persuadir, me apresuré, lo primero, a escoger los cuarenta camellos que me correspondían según el primer reparto, y luego, los otros veinte que el derviche me cedía. Y, después de expresarle mi gratitud por sus buenos oficios, solicité su licencia y me puse en camino para Bagdad, mientras que él se dirigía con sus veinte camellos hacia Bassra. Ahora bien, apenas di unos pasos camino de Bagdad, cuando el maligno puso la envidia y la ingratitud en mi corazón, haciéndome deplorar la pérdida de mis veinte camellos, y, más todavía, las riquezas que transportaban sus lomos. Y me dije: “¿Por qué me priva de mis veinte camellos este derviche maldito, siendo él dueño del tesoro y pudiendo sacar de allí cuantas riquezas quiera?”. Y, en el acto, detuve mis bestias y corrí al encuentro del derviche, llamándole con todas mis fuerzas y haciéndole señas para que se esperara y me escuchara. Él oyendo mis voces, se detuvo y paró asimismo a sus camellos; cuando llegué junto a él, le dije: “¡Oh hermano derviche!; no he hecho más que dejarte y ya me ha entrado una gran preocupación por ti, motivada por el interés que me tomo por tu tranquilidad. No he querido separarme de ti definitivamente sin rogarte que consideres aún, una vez más, lo difícil que es conducir veinte camellos cargados, sobre todo cuando se es, como tú, ¡oh hermano derviche!, persona no acostumbrada a este oficio. ¡Créeme!; irás mucho mejor si te quedas con diez, todo lo más, descargándote del cuidado de los otros diez en un hombre como yo, a quien no cuesta más trabajo cuidar de ciento que de uno solo”. Mis palabras produjeron el efecto que yo esperaba, cediéndome el derviche sin resistencia los diez camellos que le pedía. De esta manera, solamente se quedó con diez, mientras yo me vi dueño de setenta con toda su carga, cuyo valor sobrepasaba al de las riquezas de todos los reyes de la tierra reunidos. Después de esto, ¡oh emir de los creyentes!, parece que debiera haberme quedado satisfecho. Pues bien, ¡nada de eso! Como antes, si no más, mi avidez crecía con mis adquisiciones, y redoblé mis solicitudes, ruegos e importunaciones, para decidir al derviche a llevar hasta el límite su generosidad, condescendiendo en cederme los diez camellos que le quedaban. Yo le abracé, le besé las manos e hice tanto y tanto, que no se sintió capaz de rehusármelos y acabó por anunciarme que me pertenecían, diciendo: “¡Oh hermano Babá-Abdalá; haz un buen uso de estas riquezas que te ha concedido el retribuidor, y acuérdate del derviche que encontraste cuando iba a cambiar tu destino!”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SETENTA Y SEIS

Ella dijo:

—«Ahora bien, yo, ¡oh mi señor!, en lugar de considerarme plenamente satisfecho, siendo el único propietario de la totalidad de la carga de pedrerías, todavía me empujó mi avidez a pedir otra cosa más. Y aquella era precisamente la que iba a ser la causa de mi perdición. En efecto; se me ocurrió pensar que el pequeño tarro de oro con la pomada, que el derviche, antes de salir de la gruta, había sacado de aquel precioso jarrón, debía venir también a mi poder como todo lo demás. Yo me decía: “¡Quién sabe cuáles serán realmente las virtudes de esa pomada! ¡Creo que me asiste el derecho a quedarme con ese tarro, puesto que el derviche puede proporcionarse en la gruta todos cuantos desee y cuando le plazca!”. Este pensamiento me impulsó a hablarle, y así, cuando después de abrazarme solicitó mi licencia para irse, le dije: “¡Por Alá, oh hermano derviche!, ¿qué piensas hacer con el tarro de pomada que guardas en tu seno? ¿Qué puede hacer con ese tarro un derviche que de ordinario no usa pomadas ni olor de pomadas ni siquiera sombra de ellas? ¡Mejor será que me des ese tarro, y lo conservaré como recuerdo tuyo!”. Esta vez esperaba que el derviche, irritado, me rehusara lisa y llanamente el tarro en cuestión, y, basándome en su negativa, estaba dispuesto a arrebatárselo por la fuerza, puesto que era, con mucho, el más fuerte, y, en caso de lucha, pensaba acogotarlo allí mismo, en aquel lugar desierto. Pero, contra lo que esperaba, el derviche, sonriendo bondadosamente, sacó el tarro de su seno y me lo ofreció graciosamente, diciendo: “Aquí tienes el tarro, Babá-Abdalá. ¡Ojalá pueda satisfacer el último de tus deseos! Por lo demás, si crees que puedo hacer algo más por ti, habla y heme aquí dispuesto a complacerte”. Ahora bien, cuando tuve el tarro entre mis manos, lo abrí, y, viendo su contenido, dije al derviche: “¡Por Alá, oh hermano mío, completa ya tus bondades diciéndome cuáles son los usos y las virtudes de esta pomada, pues no los conozco!”. “¡Con todo mi corazón!” —respondió él, y añadió—: “Sabe, pues, ya que me lo preguntas, que esta pomada ha sido preparada por los genios subterráneos, quienes pusieron en ella efectos maravillosos. Si, en efecto, se aplica una pequeña porción alrededor del ojo izquierdo y en su pupila, aparecen en el acto, y solo visibles para aquel que se ha servido de ella, todos los escondrijos donde se encuentran los tesoros escondidos bajo la tierra. Si, por desgracia, la aplicación se hace equivocadamente sobre el ojo derecho, entonces sobreviene inmediatamente la ceguera en ambos ojos a la vez. Tales son las virtudes y tal el uso de esa pomada, ¡oh mi hermano Babá-Abdalá!”. Después de expresarse así, solicitó de nuevo licencia para marcharse, pero reteniéndole por una manga, le dije: “¡Por tu vida, hazme ya el último servicio aplicándome tú mismo esta pomada sobre mi ojo izquierdo, puesto que sabrás hacerlo mucho mejor que yo! Estoy impaciente por experimentar los efectos de esta pomada, siendo su único poseedor”. El derviche no quiso hacerse rogar, y, sin perder su calma, tomó un poco de pomada en la yema de su dedo índice y me la aplicó alrededor del ojo izquierdo y sobre su pupila, diciéndome: “Abre ahora este ojo izquierdo y cierra el derecho”. Hice lo que me decía, y, ¡oh emir de los creyentes!, todas las cosas

habitualmente visibles a mis ojos, desaparecieron para dejar su lugar a una serie de planos superpuestos de grutas subterráneas y marinas, de troncos de árboles gigantes ahuecados en su base, de habitaciones excavadas en las rocas y de escondrijos de todas clases. Todo lleno de tesoros en pedrerías, orfebrerías, y joyería en todas sus variedades y colores. Vi los metales en sus minas; la plata virgen y el oro natural; las piedras cristalizadas con su ganga, y los maravillosos filones de los que la tierra está encinta. Y no dejé de admirarlo todo y de maravillarme, hasta que mi ojo derecho, fatigado de permanecer cerrado tanto tiempo, necesitó abrirse. Lo abrí, y, al instante, todos los objetos del paisaje que me rodeaba vinieron a colocarse en su lugar habitual, y la otra visión, provocada por los efectos de la pomada mágica, desapareció inmediatamente, alejándose. Comprobada de esta manera la verdad sobre las virtudes de la pomada, aplicada al ojo izquierdo, no pude impedir que me asaltaran dudas sobre los posibles efectos de su aplicación al ojo derecho, y me dije: “Creo que el derviche ha procedido con astucia y doblez; y que si se ha comportado con tanta afabilidad, ha sido para engañarme a la postre. No es posible que la misma pomada, aplicada en idénticas condiciones, produzca efectos tan distintos simplemente por variar el lugar de su aplicación”. Y, sonriéndome, dije al derviche: “¡Oh padre de la astucia; bien veo que estás burlándote de mí! No creo posible que la misma pomada posea virtudes distintas tan opuestas entre sí. Más bien creo, puesto que tú no la has ensayado sobre ti mismo, que aplicada sobre el ojo derecho, tendrá la virtud de poner a mí disposición los tesoros que he visto con mi ojo izquierdo. ¿Qué dices tú de ello? ¡Habla sin reticencias! Por otra parte, me digas la verdad o la mentira, quiero experimentar por mí mismo el efecto de esta pomada aplicada al ojo derecho, para no estar más tiempo en la incertidumbre. Te ruego, pues, que me la apliques ahora mismo en el ojo derecho, puesto que me es preciso ponerme en camino antes de la puesta del sol”. Pero, por primera vez desde nuestro encuentro, el derviche hizo un movimiento de impaciencia y me dijo: “Babá-Abdalá: tu petición no es razonable y sí muy perjudicial para ti. No puedo decidirme a hacerte mal después de haberte hecho tanto bien, y no me obligues, en tu terquedad, a obedecerte en una cosa que deplorarías durante toda tu vida”; y añadió: “Separémonos como buenos hermanos y que cada uno vaya por su camino”. Pero yo, ¡oh mi señor!, no le dejé marchar, y, cada vez más persuadido de que las dificultades que me ponía solo tenían por objeto impedir que me apoderara de los tesoros que había visto con el ojo izquierdo, le dije: “¡Por Alá, oh derviche!; si no quieres que, por un motivo tan fútil, me separe de ti insatisfecho después de tantas cosas importantes como me has concedido, aplica esta pomada sobre mi ojo derecho, pues yo no sabría hacerlo, y, por otra parte, no te dejaré ir sino bajo esta condición”. El derviche se quedó pálido y su expresión adquirió una dureza desconocida para mí hasta entonces. “¡Te quedarás ciego por tu propia voluntad!”, exclamó; y, tomando un poco de pomada, me la aplicó alrededor del ojo derecho y sobre su pupila. Instantáneamente, no vi más que tinieblas con mis dos ojos y quedé convertido en el ciego que ahora está delante de ti, ¡oh emir de los

creyentes! Al verme en tan horrible situación, volví de mis estúpidos delirios, y, tendiendo mis brazos hacia el derviche exclamé: “¡Sálvame de la ceguera, oh hermano mío!”; pero no obtuve respuesta. Se hizo el sordo a mis súplicas y a mis gritos, y oí cómo ponía en marcha los camellos y se alejaba, llevando consigo las inmensas riquezas que el destino me había concedido. Entonces me dejé caer al suelo, permaneciendo así anonadado durante mucho tiempo, y allí hubiera muerto de dolor y desesperación, si una caravana que regresaba de Bassra no me hubiera recogido al día siguiente y transportado a Bagdad. Desde entonces, después de haber tenido al alcance de mí mano la fortuna y el poder, me vi reducido al estado de mendigo en los caminos de Alá. El arrepentimiento por mí avidez y abuso de los beneficios del retribuidor entró en mí corazón, y, para castigarme a mí mismo, me impongo este tratamiento de la bofetada, de mano de todos cuantos me socorren. Tal es mi historia, ¡oh emir de los creyentes!, que he referido sin ocultar nada, ni mi impiedad ni mi bajeza de sentimientos, y heme aquí dispuesto a recibir una bofetada de cada uno de los honorables circunstantes, aunque bien sé que no es castigo suficiente. ¡Pero Alá es infinitamente misericordioso!». Cuando el califa acabó de oír la historia del ciego, le dijo: «Ciertamente, Babá-Abdalá, que tu crimen fue un gran crimen y tu avidez una desmesurada avidez; pero creo que tu arrepentimiento y humildad ante el misericordioso te habrán ya servido para la remisión de tus pecados. Por ello, quiero que en adelante, para no verte sufrir ese tratamiento público que te has impuesto, tu vida quede asegurada sobre mi tesoro, y, en consecuencia, mi visir te dará cada día diez dracmas de plata para tu subsistencia. ¡Y que Alá te conceda su misericordia!». Luego ordenó que de la misma manera se adjudicará idéntica cantidad al maestro de escuela lisiado y con la boca hendida, y conservó cerca de sí, para tratarlos, de acuerdo con su rango, con toda la magnificencia que solía dispensar en tales casos, al joven dueño de la yegua blanca, al jeque Hassan, y al caballero en cuyo cortejo se tocaban aires indios y chinos. Pero no creo, ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada—, que esta historia sea comparable ni de cerca ni de lejos a la de la princesa Suleika. Y Schehrazada dijo:

HISTORIA DE LA PRINCESA SULEIKA

—Recuerdo, ¡oh rey de los tiempos!, que estando sentado en el trono de los califas de Damasco uno de los reyes de la dinastía de los Omniadas, ostentaba el cargo de visir un hombre dotado de prudencia, sabiduría y elocuencia, el cual, leyendo los libros antiguos, los anales y las obras de los poetas, retuvo cuanto había leído, y sabía, cuando era preciso, referir a su amo el califa historias de las que hacen la vida amable y el tiempo deleitoso. Uno de tantos días, viendo que el rey su amo se encontraba preocupado, resolvió distraerle, diciéndole: «¡Oh mi señor!; frecuentemente me has interrogado sobre los acontecimientos de mi vida y sobre cuanto me sucediera antes de llegar a ser tu esclavo y visir de tu poderío. Hasta ahora me he abstenido de hablar de mi mismo, temiendo ser importuno, y he preferido

contarte cosas que se referían a los demás, pero hoy quiero, bien que las buenas formas nos prohíban citarnos a nosotros mismos, hablarte de la aventura singular que hizo cambiar mi vida, y gracias a la cual llegué hasta el umbral de tu grandeza». Y, viendo a su amo dispuesto a prestarle atención, comenzó su historia, diciendo: «Nací, ¡oh mi señor!, en esta afortunada ciudad de Damasco, de un padre que se llamaba Abdalá y que era uno de los mercaderes más estimados de todo el país de Scham. No se escatimó nada en mi educación, y recibí las lecciones de los maestros más versados en el estudio de la teología, la jurisprudencia, el álgebra, la poesía, la caligrafía, la aritmética, y de las tradiciones de nuestra fe. Se me enseñaron también todas las lenguas que se hablan en los dominios de tu soberanía, del uno al otro mar, para que si un día recorría el mundo, por el gusto de viajar, pudiera entenderme con todos los hombres. Aprendí, además, todos los dialectos de nuestra lengua y el habla de los persas y la de los griegos, y las de tártaros, kurdos, indostánicos y chinos. Mis maestros supieron enseñarme de tal manera, que retuve cuanto aprendí y se me citaba como ejemplo a los alumnos retrasados».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SETENTA Y SIETE

La pequeña Doniazada se levantó del tapiz donde estaba acurrucada, y, abrazando a su hermana, le dijo:

—¡Oh Schehrazada, apresúrate, por favor, a referirnos la historia que comenzaste, y que es la de la princesa Suleika!

Y Schehrazada exclamó:

—Con todo mi corazón y como debido homenaje a este rey tan condescendiente.

Y dijo:

—Y el visir del rey de Damasco continuó la historia que refería a su amo, de esta manera: «Cuando, gracias a las lecciones de mis maestros, ¡oh mi señor!, aprendí todas las ciencias de mi tiempo, así como los dialectos de nuestra lengua y el habla de los persas y las de los griegos, tártaros, curdos, indostánicos y chinos que, debido al excelente método de mis maestros, retuve sin dificultad, mi padre, tranquilo respecto de mi porvenir, vio sin amargura aproximarse para él el momento señalado como fin de la vida de cada criatura. Antes de morir en la misericordia de su señor, me llamó junto a sí y me dijo: “¡Oh hijo mío; he aquí que la separadora va a cortar el hilo de mi vida, y vas a quedar, en medio del mar de los acontecimientos, sin cabeza directora! Pero me consuela pensar que, al dejarte solo, sabrás, gracias a la educación que has recibido, ir al encuentro de un destino favorable. Sin embargo, ¡oh hijo mío!, ningún

hijo de Adán puede saber lo que le reserva la fortuna, y toda precaución es poca para prevenirse contra los decretos del libro del destino. Si llegara, pues, un día, ¡oh hijo mío!, en que todo se volviera contra ti y se te hiciera la vida insostenible no tienes más que ir al jardín de esta casa y colgarte de la rama más gruesa del viejo árbol que ya conoces. ¡Eso te liberará!”. Después de pronunciar estas extrañas palabras mi padre murió en la paz del señor, sin que le diera tiempo para hablarme más espaciadamente ni para darme explicaciones sobre su último consejo. Yo, mientras duraron los funerales y los días de duelo, no dejé de reflexionar sobre estas palabras tan singulares, dichas por un hombre prudente y temeroso de Alá, como lo había sido mi padre durante toda su vida, y sin cesar, me preguntaba a mí mismo: “¿Cómo es posible que mi padre me haya aconsejado, en contra de los preceptos del libro santo, que, en caso de sufrir reveses de la fortuna, me dé yo mismo la muerte ahorcándome, en vez de confiarme a la solicitud del dueño y señor de todas las criaturas? Esto es cosa que escapa a mi comprensión”. Poco a poco, el recuerdo de sus últimas palabras fue borrándose de mi memoria, y, como amaba la vida y sus placeres, no tardé, viéndome dueño de una herencia considerable, en satisfacer todas mis inclinaciones. Viví durante varios años entregado a todas las locuras y prodigalidades, y tan bien lo hice, que acabé por agotar todo mi patrimonio, despertando un día tan desnudo como cuando salí del seno de mi madre. Y, mordiéndome los dedos, me dije: “¡Oh Hassan, hijo de Abdalá! Hete aquí reducido a la miseria por tus propios errores y no por veleidades de los tiempos. Por toda fortuna solo te queda esta casa con este jardín y tendrás que venderlos para poder subsistir durante algún tiempo. Luego te verás empujado a la mendicidad, pues tus amigos te abandonarán y nadie concederá crédito a quien ha arruinado su casa con sus propias manos”. Y entonces me acordé de las últimas palabras de mi padre, que esta vez hallé juiciosas, diciéndome: “Verdaderamente que es mejor morir, ahorcándose uno mismo, que pedir limosna en los caminos”. Y sin pensarlo más, tomé una gruesa cuerda y bajé al jardín decidido a poner fin a mi vida. Me dirigí al árbol en cuestión y busqué con la vista la rama más gruesa, y, cuando la encontré, até a ella un extremo de la cuerda y puse al pie del árbol dos gruesas piedras. Luego hice con el otro extremo de la cuerda un nudo corredizo, que me rodeé al cuello, y, pidiendo perdón a Alá por el acto que iba a realizar, me lancé al espacio desde la cima de las piedras. Y ya me balanceaba medio estrangulado cuando la rama, cediendo a mi peso, crujió y se desgajó del tronco, cayendo al suelo y yo con ella, antes que la vida abandonara mi cuerpo. Cuando volví del desvanecimiento que me produjo la caída y me di cuenta de que no estaba muerto, me mortifiqué mucho pensando en el enorme esfuerzo de voluntad que había hecho para llegar a aquel fracaso final. Mientras me levantaba, resuelto a repetir mi acto criminal, vi caer del árbol un guijarro que brillaba como un carbón encendido, y, con gran sorpresa, advertí que, en el sitio donde había tenido lugar mi caída, el suelo se hallaba cubierto de esos guijarros brillantes, que caían del árbol precisamente por el sitio donde se había desgajado la rama. Me subí sobre las dos gruesas piedras, y,

examinando más de cerca la rotura, noté que allí no se veía que el árbol estuviera compacto, sino que en aquel lugar había un hueco y de este hueco se escapaban aquellas guijarros, que eran diamantes, esmeraldas y piedras de todos los colores. A la vista de aquello, ¡oh mi señor!, comprendí la verdadera significación de las palabras de mi padre y las recordé en su justo sentido. Lejos de aconsejarme que me quitara la vida ahorcándome, había querido decir simplemente que me suspendiera de aquella rama del árbol, contando de antemano que cedería a mi peso y dejaría al descubierto el tesoro que él mismo había guardado para mí, en previsión de malos tiempos, en el tronco vaciado del viejo árbol. No cabiendo en mí de alegría, corrí hacia la casa en busca de un hacha y agrandé la desgarradura y encontré que todo el enorme tronco del viejo árbol estaba hueco y lleno hasta arriba de rubíes, diamantes, turquesas, perlas, esmeraldas y toda clase de gemas de la tierra y del mar. Entonces yo, después de glorificar a Alá por sus beneficios y de bendecir la memoria de mi padre, cuya sabiduría había previsto mis locuras, reservándome este remedio inesperado, renegué de mi vida anterior, del desarreglo de mis costumbres y de mi prodigalidad, decidiendo que en adelante me convertiría en un hombre lleno de dignidad y ponderación. Para empezar, no quise seguir viviendo en la ciudad que había sido testigo de mis extravagancias y decidí irme al reino de Persia, cuya famosa ciudad de Schiraz ejercía sobre mí una atracción irresistible. De ella había oído hablar frecuentemente a mi padre, ponderándola como ciudad en la que se reunían todas las elegancias del espíritu y todos los encantos de la vida, y me dije: “Hassan, en esa ciudad de Schiraz te instalarás como mercader de pedrerías; harás conocimientos entre los hombres más deliciosos de la tierra, y, como tú sabes hablar el persa, no hallarás dificultades de ninguna clase”. Inmediatamente hice lo que había decidido hacer, y, después de un largo viaje, durante el cual Alá veló por mi seguridad, llegué sin contratiempos a la ciudad de Schiraz, donde reinaba a la sazón el gran rey Sabur-Schah. Me alojé en el mejor albergue de la ciudad, alquilando una hermosa habitación, y, sin tomarme ni tiempo para descansar, cambié mi ropa de viaje por un vestido nuevo muy bello y salí a pasear por las calles y mercados de la espléndida ciudad. Ahora bien, acababa de salir de la gran mezquita de porcelana, cuya belleza me había impresionado hasta emocionarme, haciéndome caer en el éxtasis de la oración, cuando advertí que, marchando a mi lado, iba uno de tantos visires del rey Sabur-Schah. El visir me advirtió igualmente, y, deteniéndose delante de mí, me contempló como si fuera un ángel. Luego me abordó, diciéndome: “¡Oh el más bello de los adolescentes!, ¿de qué país eres? Por tu vestido veo que eres extranjero en nuestra ciudad”. “Soy de Damasco —respondí inclinándome— y he venido a Schiraz, ¡oh mi amo!, para educarme entre sus habitantes”. El visir, oyendo mis palabras, se esponjó ostensiblemente, y, estrechándome entre sus brazos, me dijo: “¡Oh hijo mío, qué bellas palabras han salido de tu boca! ¿Qué edad tienes?”. Yo respondí: “Tu esclavo ha cumplido dieciséis años”. Él, esponjándose aún más, pues luego vi que descendía de los compañeros de Loth, me dijo: “¡Es la más bella edad, hijo mío, la

más bella edad! Si no tienes nada mejor que hacer, ven conmigo al palacio y te presentaré a nuestro rey, que ama los bellos rostros, y quizá te nombre uno de sus chambelanes”. Yo le dije: “Escucho y obedezco”. Entonces me tomó de la mano y continuamos juntos nuestro camino, entreteniéndonos hablando de unas cosas y de otras. Gran asombro le causaba oírme hablar el persa, lengua que no era la mía, con gran soltura y propiedad, y se maravillaba de mi aspecto y elegancia, diciéndome: “¡Por Alá! ¡Si todos los jóvenes de Damasco son como tú, esa ciudad es un lugar del paraíso, y el trozo de cielo que se halla encima de ella, el paraíso mismo!”. De esta suerte llegamos al palacio del rey Sabur-Schah, a cuya presencia me introdujo, quien, al verme, sonrió y dijo: “¡Que el hermoso rostro de Damasco sea bien venido a mi palacio! ¿Cómo te llamas, oh bello adolescente?”. Yo respondí: “Tu esclavo Hassan, ¡oh rey de los tiempos!”. Al oír mi voz se extasió, exclamando: “¡Nunca un nombre convino mejor a un rostro, oh Hassan! Te nombro mi chambelán para que cada mañana, viéndote, se regocijen mis ojos”. Yo besé la mano del rey, agradeciéndole las bondades que me dispensaba, y en seguida el visir me llevó consigo, y, despojándome de mis ropas, él mismo me ayudó a vestirme de paje. Luego me dio las primeras lecciones de compostura para mis funciones de chambelán, y no sabía como expresarle mi gratitud por todas sus atenciones. Acabó tomándome bajo su protección y pronto me convertí en su amigo. A su lado, los demás chambelanes, que eran jóvenes y muy hermosos, fueron pronto también mis amigos. Mi vida se anunciaba deliciosa en aquel palacio que ya me proporcionaba tanta alegría y me prometía tantos placeres delicados. Ahora bien, hasta aquel momento, ¡oh mi señor!, la mujer no había contado para nada en mi vida; pero pronto iba a hacer su aparición y con ella vendrían las complicaciones».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SETENTA Y OCHO

Dijo Schehrazada:

—«Debo apresurarme a decirte, ¡oh mi señor!, que ya desde el primer día mi protector me había hecho esta advertencia: “Sabe, ¡oh querido!, que está prohibido a todos los chambelanes, como asimismo a los dignatarios del palacio, oficiales y guardias, pasear de noche por los jardines a partir de cierta hora, que es cuando se reservan solo para las mujeres del harén, con el fin de que puedan acudir allí a respirar el aire libre y hablar entre ellas. Si alguien, por su desgracia, es sorprendido en los jardines después de dicha hora, arriesga su cabeza”. Yo me prometí no correr jamás ese riesgo. Ahora bien, una tarde, ayudado por el frescor y la dulzura del aire,

me dejé ganar por el sueño sobre un banco de los jardines. No sé cuánto tiempo permanecería adormecido; solo sé que, entre sueños, oí voces de mujer que decían: “¡Oh, es un ángel, es un ángel! ¡Qué bello es, qué hermoso es!”. Yo me desperté de pronto y no vi nada más que la oscuridad que me rodeaba, comprendiendo que acababa de tener un sueño. También comprendí que si era sorprendido a aquella hora en los jardines me exponía a perder la cabeza, a pesar del interés que inspiraba al rey y a su visir. Enloquecido con esta idea me levanté rápidamente y corrí hacia el palacio antes que se advirtiera mi presencia en aquel lugar prohibido. Más he aquí que una voz de mujer, saliendo inopinadamente de entre las sombras y el silencio, me decía, burlona: “¿Para dónde, para dónde vas, bello desvelado?”. Y, más aterrorizado que si me persiguiera la guardia entera del harén, eché mis piernas al viento, no pensando más que en llegar cuanto antes al palacio; pero apenas di unos pasos, cuando a la vuelta de una avenida, bajo la luna que en aquel momento salía de detrás de una nube, una dama, de belleza y blancura inenarrables, apareció ante mi, erguida y sonriente, con sus dos grandes ojos de gacela enamorada. Su porte era majestuoso, en su actitud se denunciaba la realeza, y la luna, alumbrando en el cielo de Alá, brillaba menos que su rostro. Yo, ante aquella aparición, descendida sin duda del paraíso, no pude hacer otra cosa que detenerme, y, lleno de confusión, bajé la vista y quedé en actitud de deferencia. Ella, con voz gentil, me dijo: “¿Adónde ibas con tanta prisa, luz de mis ojos? ¿Qué puede obligarte a correr así?”. Yo respondí: “¡Oh dama, si eres del palacio no puedes ignorar las razones que me empujaban a alejarme tan precipitadamente de estos lugares! Debes saber, en efecto, que nos está prohibido a los hombres permanecer en los jardines después de cierta hora y que contraviniendo esta prohibición se arriesga la cabeza. Déjame, pues, por favor, alejarme antes que la guardia me sorprenda”. La joven dama siguió riendo y me dijo: “¡Oh brisa del corazón, te acuerdas demasiado tarde de que has de retirarte! La hora a la que te has referido hace ya mucho tiempo que pasó. Sería mejor, en lugar de buscar el medio de salvarte, que pasaras aquí el resto de la noche, que acabaría siendo para ti una noche bendita, resplandeciente de dicha”. Pero yo, cada vez más atemorizado, no pensaba más que en la huida y me lamentaba diciendo: “¡Ah, esta es mi perdición sin remedio! ¡Oh hija de gentes honradas, oh mi ama! ¡Quienquiera que seas, no ocasiones mi muerte con el atractivo de tus encantos!”. Y quise escapar. Ella, extendiendo su brazo izquierdo, me lo impidió, mientras que con su mano derecha se despojaba completamente de su velo, y, sin dejar de reír, me dijo: “¡Contéplame, joven insensato, y dime si todas las noches puedes encontrar adolescentes más bellas o más jóvenes que yo! Tengo apenas dieciocho años y ningún hombre me ha tocado. En cuanto a mi cara, que no es precisamente desagradable a la mirada, nadie más que tú ha podido lisonjearse jamás de haberla ni entrevisto. Me ultrajarías, pues, si aún intentaras huir”. Yo le dije: “¡Oh mi soberana, ciertamente eres tan bella como la luna llena y que aunque la noche, celosa, roba a mis ojos una parte de tus encantos, lo que veo en ti basta para arrobarme! Ahora bien, ¡yo te suplico!: ponte en mi situación

solo por un momento y verás cuán triste y delicada resulta”. Y ella repuso: “Convengo contigo, ¡oh hueso del corazón!, en que tu situación es delicada, en efecto; pero su delicadeza no proviene del peligro que corres, sino del objeto mismo que la ocasiona, puesto que tú no sabes en absoluto quién soy ni el rango que tengo en el palacio. Por lo que se refiere al peligro que corres, sería real para cualquier otro, pero no para ti, desde el momento en que te tomo bajo mi protección y salvaguardia. Dime, pues, tu nombre, quién eres y cuáles son tus funciones en el palacio”. Yo respondí: “¡Oh mi ama!, soy Hassan de Damasco, el nuevo chambelán del rey Sabur-Schah y favorito de su visir”. Entonces ella exclamó: “¡Ah tú eres el bello Hassan que ha hecho perder la cabeza a todos los descendientes de Loth! ¡Oh querido, qué dicha es tenerte esta noche para mi sola! ¡Ven, corazón mío, ven y deja de emponzoñar estos momentos de dulzura y de gracia con penosas reflexiones!”. Después de hablar así, la bella adolescente me atrajo hacia sí a la fuerza, apoyó su cara en la mía y puso sus labios sobre los míos con pasión. Yo, ¡oh mi señor!, aunque era la primera vez que me sucedía una aventura semejante, sentí que a su contacto vibraba furiosamente en mí el hijo de su padre, y, abrazando en un transporte a la adolescente medio desmayada, saqué el niño y me dispuse a alojarlo en el nido. Pero viéndolo, en lugar de entusiasmarse, la adolescente se desenlazó súbitamente y me rechazó con rudeza, dando un grito de alarma. Y apenas había tenido tiempo para guardar el niño, cuando vi salir de un bosquecillo de rosales hasta diez jovencitas, que corrieron hacia nosotros muertas de risa. Al verlas, ¡oh mi señor!, comprendí que habían visto y oído todo, y que la adolescente en cuestión se había divertido a mi costa, no sirviéndose de mí, sino por burla y con el designio evidente de hacer reír a sus compañeras. En un abrir y cerrar de ojos las jóvenes me rodearon, riendo y saltando como cervatillas en libertad. Al mismo tiempo que reían me miraban con ojos llenos de malicia y curiosidad, diciendo a la que me había abordado: “¡Oh nuestra hermana Kairia, qué bien lo has hecho, qué bien lo has hecho! ¡Y qué hermoso era el niño y qué despabilado!”. Otra dijo: “¡Y rápido!”. Y otra: “¡E irritable!”. Y otras: “¡Y galante!”. “¡Y encantador!”. “¡Y grande!”. “¡Y bien portado!”. “¡Y vehemente!”. “¡Y sorprendente!”. “¡Un verdadero sultán!”. Luego estallaron en carcajadas, mientras yo me hallaba extremadamente confuso y lleno de fastidio, pues, ¡oh mi señor!, jamás había mirado a la cara a una adolescente ni tenía costumbre de frecuentar el trato con mujeres. Aquellas tenían un descaro y una audacia sin precedentes en los anales de la impudicia, y, aturdido, permanecí desconcertado y avergonzado, como un tonto con dos palmos de narices. Hasta que, de pronto, desde el bosquecillo de rosales avanzó, como si saliera la luna, la duodécima adolescente, cuya aparición hizo que cesaran en el acto las risas y burlas. Su belleza era soberana, y, a su paso, se inclinaban los tallos de las flores. Avanzó hacia nuestro grupo, que se abrió al acercarse ella, y, contemplándonos detenidamente, me dijo: “¡Por cierto, Hassan de Damasco, que tu audacia es mucha audacia y tu atentado contra esta joven dama merece ser castigado! Y por mi vida, ¡qué pena dada tu juventud y hermosura!”. Entonces la adolescente

que había sido la causa de toda aquella aventura, y que se llamaba Kairia, se adelantó, besó la mano de la que acababa de hablar así, y dijo: “¡Oh nuestra dueña Suleika; por tu preciosa vida, perdónale su impulso momentáneo, que no ha sido más que la prueba de su impetuosidad! Su suerte está entre tus manos. ¿Deberemos abandonar o, por el contrario, socorrer a este bello asaltante, a este perpetrador de atentados contra las jóvenes vírgenes?”. Y aquella a quien nombraron Suleika reflexionó durante un instante y respondió: “Bien; por esta vez le perdonaremos, puesto que tú misma, que sufriste su atentado, intercedes en su favor. ¡Qué se salve su cabeza y que sea librado del peligro en que se halla! Será preciso también, para que se acuerde de las adolescentes que le han salvado, que tratemos de hacerle un poco más agradable la aventura de esta noche. Llevémosle con nosotras y hagámosle entrar en nuestras habitaciones privadas, que ningún hombre hasta ahora ha violado con su presencia”. Después de expresarse así, hizo señas a una de las adolescentes, su compañera, que en seguida desapareció ligera bajo los cipreses para volver al cabo de un momento llevando sobre el brazo un oleaje de sedas. Desplegó ante mí dichas sedas, que componían un encantador atuendo de mujer, ayudándome todas a ponérmelo encima de mis vestidos, y así disfrazado me mezclé entre ellas, y, a través de los árboles, ganamos las habitaciones privadas. Al entrar en la sala de recepciones reservada al harén, toda de mármol con incrustaciones de perlas y turquesas, las adolescentes me dijeron al oído que esta sala era aquella en la que la hija única del rey tenía costumbre de recibir a sus visitas y amigas. Igualmente me revelaron que dicha hija única del rey no era otra que la princesa Suleika en persona. En el centro de esta sala tan bella y tan sencilla había veinte grandes cuadrantes de brocado dispuestos en círculo sobre el tapiz, y todas las jovencitas, que no habían cesado un momento de hacerme arrumacos y de dirigirme miradas incendiarias, fueron sentándose en buen orden sobre los cuadrantes de brocado, obligándome a colocarme entre ellas, al otro lado de la princesa Suleika, que me miraba con ojos cuyas miradas traspasaban mi alma. Entonces Suleika mandó traer refrescos, y seis nuevas esclavas, no menos bellas y ricamente vestidas, aparecieron al momento, empezando por ofrecernos servilletas de seda puestas sobre los platos de oro. A continuación entraron otras diez con grandes fuentes de porcelana, cuya sola vista valía por el mejor de los refrescos».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS SETENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—«Nos sirvieron sorbetes de nieve, leche cuajada y dulces de toronja, de trozos

de cohombro y de limones. La princesa Suleika se sirvió la primera, y, con la misma cuchara de oro que había llevado a sus labios, me ofreció un poco de dulce de toronja, y, luego, otra cucharada de leche cuajada. La misma cuchara circuló pasando de mano en mano, hasta que, repitiendo todas las adolescentes varias veces, no quedó nada de aquellas excelentes cosas en las bellas porcelanas. Finalmente, las esclavas nos ofrecieron agua en copas de cristal. No se hizo esperar la conversación entretenida, tan animada como si hubiéramos bebido los fermentos de todos los vinos, asombrándome el atrevimiento de ciertas expresiones en labios de aquellas jovencitas, que reían a carcajadas cada vez que una de ellas aventuraba algún chiste ocurrente a cuenta de “el hijo de su padre”, cuya sola vista les preocupaba sobre toda ponderación. La encantadora Kairia, contra la que dirigí mi atentado, puesto que de tal se calificó, no me guardaba rencor y estaba sentada frente a mí, mirándome sonriente y dándome a entender con el lenguaje de los ojos que me perdonaba mi impetuosidad del jardín. Por mi parte, yo la miraba de cuando en cuando, bajando los ojos cuando sorprendía su mirada fija en mí; pues, a pesar de mis esfuerzos por aparentar seguridad y aplomo, seguía considerándome entre aquellas adolescentes en una situación muy embarazosa. La princesa Suleika y sus compañeras, que se habían dado cuenta de ello, trataron, por todos los medios a su alcance, de inspirarme desenvoltura y Suleika acabó por decirme: “¿Cuándo, amigo Hassan de Damasco, vas a despreocuparte y a tomar un aire desenvuelto? ¿Acaso crees que estas niñas inocentes se comen a los hombres? ¿Y no sabes que aquí no corres peligro alguno, puesto que jamás se atreverá ningún eunuco a entrar sin permiso en la habitación de la hija del rey? Olvida, pues, por un momento, que estás hablando con la princesa Suleika y suponte en amigable reunión con sencillas hijas de pequeños mercaderes de Schiraz. ¡Levanta la cabeza, Oh Hassan, y mira a la cara a todas estas jóvenes y encantadoras criaturas! Y cuando las hayas examinado con atención, dinos con franqueza y sin temor a ofendernos cuál es, entre todas, la que más te agrada”. Estas palabras de la princesa Suleika, ¡oh rey de los tiempos!, en vez de darme ánimos y seguridad, aumentaron mi turbación y embarazo, y no se me ocurrió más que balbucir unas palabras incoherentes, mientras el rubor coloreaba mi rostro. En aquel momento solo deseaba que se abriera la tierra y me tragara. Suleika, viendo mi perplejidad, prosiguió: “Veo, Hassan, que te he pedido una cosa que te pone en una situación muy embarazosa, pues sin duda temes que, declarando tu preferencia por una, puedas desagradar a todas las demás, disponiéndolas en contra tuya. Si crees tal cosa, no estás en lo cierto, pues has de saber que todas mis compañeras, y yo misma, estamos tan unidas y hay entre nosotras tales lazos de mutuo cariño, que un hombre, por mucho que haga por cualquiera de nosotras, no puede alterar nuestros sentimientos recíprocos. Desecha, pues, de tu corazón los temores que te hacen ser tan prudente, examínanos a tu gusto, y si incluso deseas que nos mostremos desnudas ante ti, dilo sin reticencias y así lo haremos. Pero habrás de apresurarte a decirnos cuál es objeto de tu elección”. Entonces, ¡oh mi señor!, con tantas solicitudes me reanimé, y

aunque todas las compañeras de Suleika eran perfectamente bellas y habría sido difícil, incluso para el más experto conocedor, diferenciarlas, y, por otra parte, la princesa Suleika era ella misma tan maravillosa por lo menos como las demás adolescentes, mi corazón deseaba ardientemente a la que por primera vez le había hecho palpar en el jardín: la vivaracha y deliciosa Kairia, la bien amada del “hijo de su padre”. Sin embargo, me guardé muy bien, a pesar de mis deseos, de revelar estos sentimientos, que, a despecho de las seguridades de Suleika, podrían atraer sobre mí el resentimiento de todas aquellas vírgenes. Me contenté, pues, luego de examinar a todas con la mayor atención, con dirigirme a la princesa y decirle: “¡Oh mi ama!, empezaré por decirte que no sabría comparar el resplandor de la luna con el centelleo de las estrellas. Tu belleza es tal, que, en tu presencia, no hay ojos capaces de mirar a otra parte”. Y, diciendo estas palabras, dirigí una rápida mirada de inteligencia a la deliciosa Kairia, con intención de que comprendiera que solo las conveniencias eran las que me dictaban aquella lisonja para la princesa. Cuando Suleika oyó mi respuesta, me dijo, sonriéndose: “Has quedado a gran altura, ¡oh Hassan!, aunque la lisonja sea patente; y ahora que ya tienes libertad para hablar, apresúrate a descubrirnos el fondo de tu corazón, diciéndonos cuál es, entre todas estas jóvenes, la que más te cautiva”. Las adolescentes unieron sus ruegos a los de Suleika, presionándome entre todas para que confesara mis preferencias, siendo Kairia la que mostraba mayor interés en hacerme hablar, habiendo adivinado ya mis secretos pensamientos. Entonces yo; ¡oh mi señor!, desterrando los restos de mi timidez, cedí a las reiteradas instancias de las jóvenes y de su ama, y, volviéndome hacia Suleika, dije, señalando a Kairia: “¡Oh mi soberana; esa es la que yo quiero! ¡Sí, por Alá, es hacia la atrayente Kairia adónde van mis deseos!”. Ahora bien, apenas acabé de pronunciar estas palabras, cuando todas a la vez estallaron en una estrepitosa carcajada, sin que en sus rostros se trasluciera el menor indicio de despecho. Viéndolas darse de codos y morir de risa, pensé: “¡Qué cosa más extraña en todo este asunto! ¿Son estas mujeres como las demás mujeres, o adolescentes como las demás adolescentes? ¿Desde cuándo las criaturas de su sexo tuvieron tanta generosidad y virtud como para no encelarse y arañarse el rostro ante el éxito de una de sus semejantes? ¡Por Alá, no tratan con tanto cariño y desinterés las hermanas a sus hermanas! ¡He aquí algo que sobrepasa mi entendimiento!”. Pero la princesa Suleika me sacó de mis reflexiones exclamando: “¡Nuestra felicitación para Hassan de Damasco! ¡Por mi vida que los jóvenes de tu país tienen buen gusto, golpe de vista y sagacidad! Me complace, ¡oh Hassan!, que hayas dado la preferencia a mi favorita Kairia. Ella es la elegida de mi corazón y la más amada: no te arrepentirás de tu elección. Por otra parte, estás lejos de conocer el verdadero valor de la que has elegido. Ninguna de nosotras, tal como somos, puede pretender compararse, ni de cerca ni de lejos, con ella, en cuanto a perfecciones del cuerpo y atractivos personales. En verdad que no somos más que sus esclavas, aunque las apariencias puedan ser engañosas”. Después, una tras otra, todas felicitaron a la encantadora

Kairia, congratulándose por el triunfo que acababa de obtener; y ella no se mostró corta en palabras, dando a cada una de sus compañeras la respuesta más conveniente, mientras mi asombro no hallaba límites. Luego Suleika tomó un laúd que halló junto a ella, y, poniéndolo en manos de Kairia, le dijo: “¡Alma de mi alma! Conviene que hagas ver a tu enamorado algo de lo que sabes, para que no crea que hemos exagerado tus méritos”. Y la maravillosa Kairia tomó el laúd de manos de Suleika, lo templó, y, después de preludiar deliciosamente, acompañándose, cantó quedamente:

Soy alumna del amor. Él me ha enseñado las bellas maneras.

Y ha puesto en mi alma tesoros que reservo para el corzo que se ha adentrado en mi corazón.

Sus hermosas sienes son como dos escorpiones negros.

Mientras yo viva, amaré al joven que escogió mi corazón, pues soy fiel al objeto de mi amor.

¡Oh enamoradas, cuando lo tengáis, amadle firmemente y no os separéis de él, pues si se pierde, jamás se le vuelve a encontrar!

En cuanto a mí, amo a mi corzo de formas esbeltas, por que su mirada se adentró en mi corazón más profundamente que un cuchillo afilado.

La belleza grabó en su frente juvenil unas encantadoras líneas, sencillas y concisas.

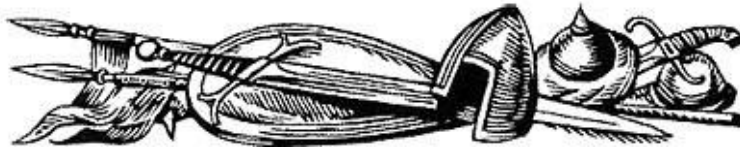
Su mirada hechicera fascina encantadoramente a los corazones, con el tenso arco donde brillan sus flechas negras.

¡Oh joven! ¡Sin ti no sabré pasarme ni podré reemplazarte en mi intimidad!

¡Ven al *hamman* en mi compañía! ¡Arderán los nardos y sus vapores inundarán la sala! Y sobre tu corazón cantaré nuestro amor.

Cuando acabó de cantar volvió sus ojos hacia mí con tanta ternura que, olvidando de pronto mi timidez y la presencia de la hija del rey con sus maliciosas compañeras, me eché a los pies de Kairia en un transporte de amor y ebrio de placer. Al aspirar el perfume que se desprendía de ella y sentir su carne cálida tan cerca de la mía, me vi en tal estado de embriaguez que, cogiéndola en mis brazos de repente, me puse a besarla con vehemencia en todos los sitios donde podía, mientras ella se asustaba como una tortolilla. No volví a la realidad hasta oír las estrepitosas carcajadas de las adolescentes, viendo mi furia desencadenada como la de un morueco que hubiera sufrido abstinencia desde su pubertad».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS OCHENTA

Schehrazada dijo:

—«A continuación todas se pusieron a comer y a beber, diciendo mil disparates y haciéndose unas a otras, por debajo, caricias y zalamerías, hasta que una vieja esclava entró para advertirnos que estaba amaneciendo, a lo que todas a una respondieron: “¡Oh nodriza de nuestra ama; tu aviso es oportuno!”. En seguida Suleika se levantó y me dijo: “Ya es hora, ¡oh Hassan!, de ir a descansar. Cuenta con mi protección para que puedas llegar a unirme con tu enamorada. No ahorraré ningún medio con tal que llegues a satisfacer tus deseos; pero, de momento, vamos a hacerte salir del harén a escondidas”. Y acercándose a ella, dijo unas palabras al oído de su vieja nodriza, que, cogiéndome de la mano, me llevó con ella. Yo, después de inclinarme ante aquella bandada de palomas y de dirigir una mirada apasionante a la bellísima Kairia, me dejé conducir por la vieja. Atravesamos varias galerías, y después de mil vueltas y revueltas, llegamos ante una puerta, de la que ella tenía la llave. Abrió, y, deslizándome al exterior, me hallé fuera de las murallas del palacio. Ya era de día y me apresuré a entrar en el palacio por la puerta principal, haciéndolo de forma ostensible, para que lo advirtiera la guardia. Corrí a mis habitaciones, y, en cuanto franqué el umbral, me di cuenta de que mi protector, el visir descendiente de Loth, me esperaba lleno de impaciencia e inquietud. Al verme entrar se levantó con presteza, y, estrechándome entre sus brazos con ternura, me dijo: “¡Oh Hassan, mi corazón te echaba de menos y he sentido una gran inquietud por ti! No he podido pegar un ojo en toda la noche, pensando en que, siendo extranjero en Schiraz, corrías grave peligro por esas calles infestadas de bribones nocturnos. ¡Ah, querido mío! ¿Dónde has estado, lejos de mí?”. Yo me guardé muy bien de contarle mi aventura y de decirle que había pasado la noche entre mujeres, contentándome con responderle simplemente que me había encontrado con un mercader de Damasco establecido en Bagdad, que venía con toda su familia, de paso para Bassra, y que me había retenido durante toda la noche. Mi protector no tuvo más remedio que creermelo, contentándose con exhalar algunos suspiros y reprenderme amistosamente. Y no pasó más. En cuanto a mí sentí que mi corazón y mi alma estaban ligados a los encantos de la maravillosa Kairia, y se me pasó todo aquel día y toda la noche recordando, hasta en sus menores detalles, todas las circunstancias de nuestra entrevista. Al día siguiente, estando todavía sumergido en mis recuerdos, vino a llamar a mi puerta un eunuco, que dijo: “¿Es aquí dónde está el señor Hassan de Damasco, chambelán de nuestro amo el rey Sabur-Schah?”. “Estás ante él”, contesté yo. Entonces el eunuco se prosternó, y, al levantarse, sacó de su seno un papel enrollado, me lo entregó y se fue

por donde había venido. Desenrollé el papel en seguida, viendo que contenía, trazadas con una escritura complicada, estas líneas: “Si el cervato del país de Scham acude esta noche a pasear su esbeltez al claro de luna y entre los árboles, encontrará a una joven cierva, enferma de mal de amores, que se desmayará al verle y le dirá, en su lenguaje, cuánto agradece desde el fondo de su corazón haber sido elegida entre las demás ciervas del bosque y preferida a todas sus compañeras”. Yo, ¡oh mi señor!, después de leer esta carta me sentí embriagado sin haber bebido vino, pues aunque la primera noche no dejé de notar que la maravillosa Kairia sentía cierta inclinación hacia mí, no esperaba una prueba tal de su apego. Así que, tan pronto como pude dominar mi emoción, fui en busca de mi protector el visir, y, para disponerle en mi favor, le besé la mano. Luego le pedí permiso para ir a ver a un derviche de mi país, recién llegado de La Meca, que me había invitado a pasar la noche con él, y, obtenido el permiso, volví a mi habitación y escogí entre mis pedrerías las más bellas esmeraldas, los rubíes más puros, los diamantes más blancos, las más gruesas perlas, las más delicadas turquesas y los zafiros más perfectos, y, ensartándolos en un hilo de oro, los dispuse en forma de rosario. Cuando se hizo la noche en los jardines, me perfumé con almizcle y, sin hacer ruido, salí por la puertecilla disimulada, que ya conocía, y me dirigí al bosquecillo. Llegué al lugar donde, bajo los cipreses, me dejé vencer por el sueño la primera vez, y allí esperé anhelante la venida de mi bien amada. La espera me tenía en brasas pareciéndome que el momento de la entrevista no iba a llegar jamás, cuando he aquí que, iluminada por la luna, una vaga forma, blanca y ligera, se movió entre los cipreses, y la deliciosa Kairia apareció ante mis ojos maravillados. Me prosterné a sus pies, el rostro contra el suelo, y no pude articular una sola palabra, permaneciendo así hasta que ella, con una voz de fuente cantarina, me dijo: “¡Oh Hassan de mis amores, levántate, y, en lugar de este silencio encubridor de tu apasionada ternura, dame verdaderas pruebas de tu inclinación hacia mí! ¿Es posible, Hassan, que realmente me hayas encontrado más bella y deseable que todas mis compañeras, esas perlas sin perforar aún, incluida la princesa Suleika? Será preciso que mis propios oídos lo oigan salir de tu boca por segunda vez para que pueda creerlo”. Después de expresarse así, se inclinó hacia mí y me ayudó a levantarme. Yo cogí su mano, y, apasionadamente, la llevé a mis labios, diciendo: “¡Oh soberana entre las soberanas!; he aquí este rosario de mi país, del que tú desgranarás las cuentas durante todos los días de tu preciosa vida, acordándote del esclavo que te lo ofreció. Con este rosario pobre obsequio indigno de ti, acepta también la declaración de mi amor, que estoy dispuesto a hacer lícito ante el cadí y los testigos”. Ella respondió: “Preciso es, ¡oh Hassan!, que yo me congratule de haberte inspirado tanto amor, para exponerme a los peligros que corro esta noche, pero ¡ay de mí!, no sé si mi corazón debe alegrarse de su conquista o considerar nuestro encuentro como el comienzo de una serie de calamidades y desdichas que quizá duren lo que dure mi vida”. Luego de hablar así, apoyó su cabeza sobre mi hombro y vi cómo los suspiros levantaban su pecho. Yo le dije: “¡Oh mi ama! ¿Por

qué ves todo tan negro en esta noche maravillosa? ¿Por qué atraer sobre ti la desgracia de esos falsos presentimientos?”. “¡Quiera Alá, oh Hassan —repuso ella—, que sean falsos mis presentimientos! Pero no creo que mis temores, viniendo a turbar nuestro tan deseado encuentro, sean insensatos. ¡Ay de mí; mis lágrimas están muy justificadas!”. Se calló un momento y luego dijo: “Has de saber, ¡oh tú, el más amado de los amantes!, que la princesa Suleika te ama secretamente y está dispuesta a confesarte su amor de un momento a otro. ¿Cómo recibirás tú una tal confesión? El amor que dices tenerme, ¿podría resistir a la gloria de tener por amante a la más bella princesa, hija del más poderoso de los reyes?”. Yo la interrumpí, exclamando: “¡Sí, por tu vida, oh deliciosa Kairia; tú reinarás siempre en mi corazón sobre la princesa Suleika! ¡Y pluguiera a Alá que tuvieras una rival más temible aún que la princesa, para que vieras que nada ni nadie es capaz de quebrantar la constancia de mi corazón, avasallado por tus encantos! ¡Y si incluso el rey Sabur-Schah, padre de Suleika, no tuviera hijos para sucederle y dejara el trono de Persia a aquel que fuera el esposo de su hija, yo sacrificaría ese destino a ti, la adolescente más digna de ser amada!”. “¡Oh infortunado Hassan —exclamó Kairia—, y qué ceguera es la tuya! ¿Olvidas que no soy más que una esclava al servicio de la princesa Suleika? ¡Si ella te declara su amor y tú respondes rehusando, atraerás su resentimiento sobre ti y sobre mí, y ambos estaremos perdidos sin remedio! Es, pues, preferible, en nuestro propio interés, que cedas ante la más fuerte como único remedio de salvarnos. ¡Alá nunca niega el bálsamo del olvido al corazón de los afligidos!”. Yo, lejos de someterme a sus consejos, me indigné contra ella por suponerme tan pusilánime como para ceder a tales cálculos, y, estrechándola entre mis brazos, exclamé: “¡Oh tú, resumen de los más hermosos dones del creador, no te tortures con tan penosos discursos! ¡Puesto que el peligro se cierne sobre nosotros, huyamos juntos hacia mi país! Atravesaremos desiertos donde nadie podría encontrar nuestras huellas, y, gracias al retribuidor, soy lo bastante rico para proporcionarte una vida de esplendores en cualquier lugar del mundo habitado”. Oyendo mis palabras, mi amiga se dejó caer en mis brazos y dijo: “Y bien, Hassan; ya no dudo de tus inclinaciones y quiero sacarte del error en que voluntariamente te hice caer, para poner a prueba tus sentimientos. Has de saber que no soy la que tú crees: Kairia, la favorita de la princesa. La princesa Suleika soy yo misma; y la que tú has tomado hasta ahora por la princesa Suleika es precisamente mi favorita Kairia. He urdido esta estratagema para estar más segura de tu amor, y, a más abundamiento, ahora confirmarás por ti mismo mis palabras”. Acto seguido llamó, y, de entre las sombras de los cipreses, salió la que hasta entonces yo había tomado por la princesa Suleika y que en realidad era la favorita Kairia, quien, llegándose a besar la mano de la princesa, se inclinó ante mí ceremoniosamente. A continuación, la deliciosa Suleika me dijo: “Ahora, ¡oh Hassan!, sabiendo como sabes, que me llamo Suleika y no Kairia, ¿me amarás de la misma manera, y tendrás para una princesa los mismos tiernos sentimientos que tenías para una simple favorita de esa princesa?”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS OCHENTA Y UNA

Dijo Schehrazada:

—«Y yo, ¡oh mi señor!, no dejé de responder como debía, diciendo a Suleika que no era posible concebir una mayor felicidad ni comprender cómo había podido merecer que ella se dignara fijar su atención en un esclavo como yo, haciendo mi destino más envidiable que el de los hijos de los más grandes reyes. Pero ella me interrumpió para decirme: “No debe asombrarte nada de lo que haga por ti, Hassan. ¿No te vi una noche dormido bajo los árboles a la claridad de la luna? Pues desde aquel momento mi corazón quedó subyugado por tu belleza, y, de no contrariar las inclinaciones de mi corazón, no podía hacer otra cosa que darme a ti”. Luego, y mientras la amable Kairia se paseaba no lejos de nosotros para vigilar los alrededores, dimos libre curso a nuestros sentimientos, sin que, no obstante, ocurriera nada que no fuera lícito. Pasamos la noche abrazándonos y prodigándonos toda clase de ternuras, hasta que la favorita vino a anunciarnos que había llegado el momento de separarnos. Suleika, antes de dejarme, dijo: “¡Oh Hassan, que mi recuerdo esté contigo! ¡Yo te prometo, para muy pronto, hacerte ver hasta qué punto me eres querido!”. Yo me arrojé a sus pies para expresarle mi gratitud por todos sus favores, y nos separamos con lágrimas de pasión en los ojos. Salí del jardín, y me dirigí a mi habitación dando los mismos rodeos que la primera vez. Al día siguiente esperé con toda mi alma a que mi bien amada me enviara recado, concertando una nueva cita en los jardines, pero se pasó todo el día sin llegarme ninguna noticia que me permitiera esperar para la noche la realización del más caro de mis deseos. Aquella noche, ante la incertidumbre sobre los motivos de aquel silencio, la pasé sin poder cerrar un ojo, y por la mañana, a pesar de no separarse de mi lado mi protector, tratando de adivinar la causa de mis preocupaciones y ensayando toda clase de medios para distraerme, todo lo vi negro, y, cuando llegó la hora de comer, no pude probar bocado. A la caída de la tarde, antes de la hora desde la cual la estancia estaba ya prohibida, bajé a los jardines, y, lleno de estupor, vi que todos los bosquecillos estaban ocupados por la guardia, y, temiendo lo peor, me apresuré a volver a mi habitación. Cuando llegué a ella me encontré al eunuco de la princesa, que estaba esperándome y se hallaba temblando, dando la sensación de no estar muy tranquilo permaneciendo en mi habitación, como si temiera que de cada rincón fueran a salir hombres armados dispuestos a hacerle pedazos. Me entregó a toda prisa un rollo de papel parecido al que ya me trajera en la ocasión anterior, y desapareció rápidamente. Desenrollé el papel en cuestión y leí lo siguiente: “Has de saber, ¡oh corazón mismo de la ternura!, que la cervatilla, cuando se separó de su gracioso cervato, ha estado a punto de ser sorprendida por los

cazadores, que ahora ocupan todo el bosque, vigilando. Ponte en guardia, pues, y abstente de acudir esta noche al claro de luna en busca de tu cervata. Toma tus precauciones y presérvate de las asechanzas de nuestros perseguidores. Ante todo no te dejes llevar por la desesperación, suceda lo que sucediere y oigas lo que oyeres, en estos próximos días. Mi muerte, inclusive, no debiera hacerte perder la razón hasta el punto de olvidar toda prudencia. ¡Alá te guarde!”. Al acabar de leer esta carta, ¡oh rey de los tiempos!, mi ansiedad y malos presentimientos llegaron hasta el último extremo, arrojándome en el torrente de mis tumultuosos pensamientos. Así, cuando al día siguiente, como un siniestro batir de alas de búho, cundió por el palacio la noticia de la muerte, tan repentina como inexplicable, de la princesa Suleika, mi dolor llegó ya a su límite, y, sin una exclamación de asombro, caí desvanecido en los brazos de mi protector. Durante siete días y siete noches estuve entre la vida y la muerte, y, al cabo de este tiempo, gracias a los cuidados que me prodigó mi protector, volví a la vida, pero con el duelo en mi alma y una absoluta desgana de vivir, en el corazón. Y haciéndoseme insufrible la estancia en el palacio, ensombrecido de duelo por mi bien amada, decidí huir de él secretamente en la primera ocasión que se me presentara, y errar por las soledades donde solo hay, por toda estancia, la de Alá y la de la hierba salvaje. Cuando llegó la noche y las tinieblas se hicieron densas, recogí lo más valioso de cuanto poseía en diamantes y gemas, pensando: “¡Pluguiera al destino que hubiera muerto en Damasco suspendido de aquella rama del viejo árbol del jardín de mi padre, antes que soportar ahora esta vida de dolor, más amarga que la mirra!”; y, aprovechando una breve ausencia de mi protector, me deslicé fuera del palacio y salí de la ciudad de Schiraz en busca de las soledades, lejos de todo ser humano. Caminé sin interrupción durante toda la noche, y al día siguiente, a la caída de la tarde, mientras descansaba al borde del camino, junto a una fuente, oí detrás de mí el galope de un caballo y vi que se acercaba un joven caballero, cuyo rostro, iluminado por la luz rojiza del sol poniente, me pareció más bello que el del ángel Raduan. Iba vestido espléndidamente, con ropas que solo suelen usar los emires o los hijos de los reyes, y, mirándome, me hizo, solamente con la mano, el saludo de bienvenida, sin pronunciar las palabras consagradas en los cumplimientos usuales entre musulmanes. Yo, devolviéndole el saludo de la misma manera, pensé: “¡Qué lástima que este sea un descreído!”. No obstante, le invité a reposar mientras daba de beber a su caballo, diciéndole: “Señor, que la frescura de la tarde te sea propicia y que este agua haga bien a la fatiga de tu caballo”. Oyendo mis palabras, se sonrió, echó pie a tierra, ató su caballo cerca del agua, se me acercó, y, súbitamente, me rodeó con sus brazos y me besó ruidosamente. Yo, tan sorprendido como encantado, le miré más atentamente y no pude contener un grito de alegría al reconocer en el adolescente a mi bien amada Suleika, a quien yo creía bajo la losa de la tumba. Y ahora, ¡oh mi señor!, ¿cómo podría describirte la sensación de felicidad que embargó mi alma al volver a ver a Suleika? ¡Me saldría pelo en la lengua antes que poder darte una idea de los transportes de alegría que experimentaron nuestros corazones en aquellos momentos

inefables! Baste con decirte, que después de permanecer durante mucho tiempo uno en los brazos del otro, Suleika me puso al corriente de todo lo ocurrido durante los días de mi reciente dolor. Denunciada ante el rey, su padre, se había visto sometida a una estrecha vigilancia, y entonces, ella, prefiriendo cualquier cosa antes que la vida que se veía obligada a soportar, había simulado la muerte, y, gracias a la complicidad de su favorita logró escapar del palacio, vigilar mis movimientos, y seguirme de lejos. Ahora, segura de mi amor, quería vivir en adelante conmigo, lejos de grandezas y esplendores, y consagrada por entero a hacerme dichoso. Entre las delicias compartidas, pasamos aquella noche bajo el dosel del cielo, y al día siguiente montamos juntos sobre el mismo caballo y tomamos el camino de mi país. Alá nos protegió, y, con toda felicidad, llegamos a Damasco, donde el destino me trajo a tu presencia, ¡oh rey de los tiempos!, y me convirtió en el visir de tu poderío. Tal es mi historia. ¡Pero Alá es más sabio!». Pero no creas, ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada—, que esta historia de la princesa Suleika pueda compararse con cualquiera de las historias sacadas de las encantadoras ocurrencias de la juventud despreocupada.

Y sin dejar tiempo al rey Schahriar para que diera su opinión sobre la historia de la princesa Suleika, dijo:

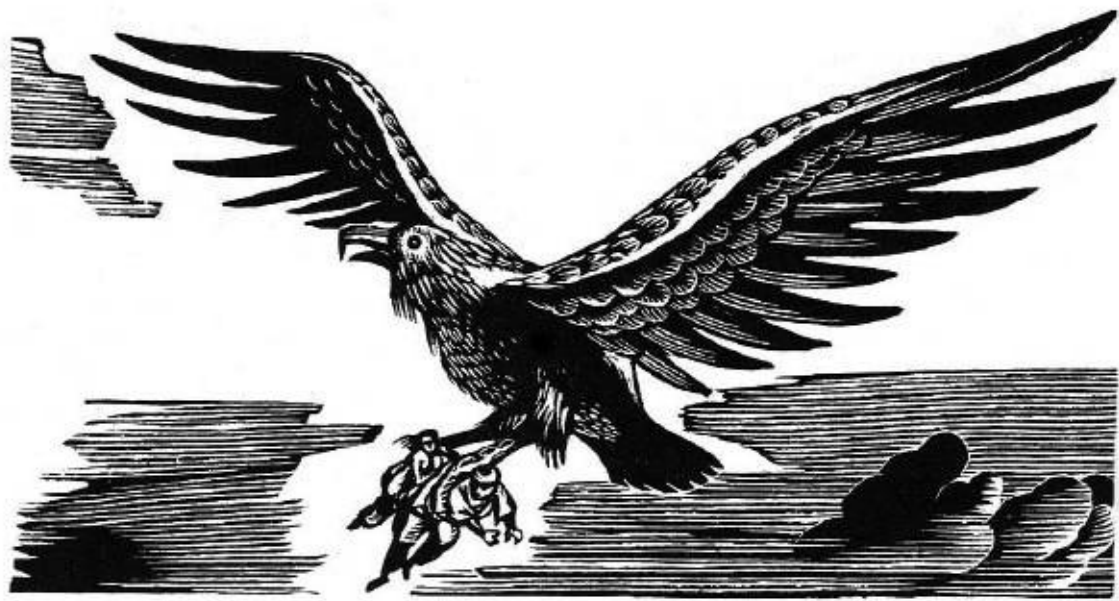
LAS ENCANTADORAS OCURRENCIAS DE LA JUVENTUD DESPREOCUPADA

HISTORIA DEL JOVENZUELO DE CABEZA DURA Y DE SU HERMANA, LA DE LOS PIES PEQUEÑOS

—Se cuenta, pero más sabio es Alá, que en una ciudad de entre las ciudades de un país entre los países, vivía un hombre honesto y sumiso a la voluntad del altísimo. Este hombre tenía una excelente esposa, temerosa del todopoderoso, y de la que había tenido dos hijos: un niño y una niña. El muchacho era de carácter voluntarioso y de cabeza dura, mientras que la hija, por el contrario, era muy dulce y tenía unos deliciosos piecitos. Cuando los dos jóvenes llegaron a cierta edad, el padre murió, y, cuando iba a entrar en la agonía, llamó a su esposa y le dijo: «¡Oh esposa mía!; te recomiendo que veles particularmente por nuestro hijo, a quien hemos querido como a las niñas de nuestros ojos. No le regañes, haga lo que haga, y nunca le contradigas. Sobre todo, déjale actuar como quiera en todas las circunstancias de su vida, que le deseo larga y próspera». La esposa prometió, llorando, que así lo haría, y, sin más, murió tranquilo el hombre. La madre no dejó de comportarse según el último deseo de su difunto esposo, y cuando al cabo de algún tiempo le llegó su hora, ¡solo Alá es el eterno viviente!, se preparó para morir, y llamando a su hija, la hermana del joven, dijo: «¡Hija mía, sabes que tu difunto padre, que él halle la misericordia de su señor, antes de morir me hizo jurar que nunca me opondría a la voluntad de tu hermano! Así, pues, para que yo muera tranquila, ¡júrame que seguirás tú la misma recomendación!». La joven prestó el juramento que le pedía su madre, y esta murió tranquila en la paz de su señor. Después que la madre fue enterrada, el joven fue en

busca de su hermana y le dijo: «¡Oh hija de mis padres! ¡Escúchame! Quiero que reunamos en seguida todo cuanto poseemos: muebles, cosechas, ganados, en una palabra, todo lo que nos ha dejado nuestro padre, y llevándolo a nuestra casa, quemar esta con todo dentro». La hermana, muy sorprendida, abrió mucho los ojos, y, olvidando lo prometido a su madre, exclamó: «Querido mío, si haces eso, ¿de qué vamos a vivir?». Pero el joven insistió: «¡Hagámoslo así!»; y así se hizo. Reunidos todos los bienes en la casa, le prendió fuego y ardió con todo su contenido; y como advirtiera que su hermana había conseguido ocultar varios objetos en las casas aledañas, con la intención de salvar lo que pudiera de aquel desastre, inició su búsqueda siguiendo las huellas de los piecitos de la joven, y cuando supo dónde se hallaba todo, hizo arder también las casas de los vecinos. Los propietarios, muy airados, se armaron de horcas y persiguieron a los dos hermanos con intención de matarlos. Muerta de miedo, la joven dijo a su hermano: «¿Ves lo que has conseguido? ¡Salvémonos, salvémonos!». Y, echando sus piernas al viento, emprendieron la fuga. Corriendo durante un día y una noche, lograron escapar de sus perseguidores y llegar a una hermosa propiedad, donde algunos trabajadores recogían la cosecha, y allí, para poder vivir, se ofrecieron los dos para ayudar en las faenas, siendo aceptados por su buena apariencia. Algunos días después, el joven, viéndose solo en la casa con los tres hijos del dueño, comenzó por acariciarlos para inspirarles confianza, y luego les propuso: «Vamos a la era a jugar a la trilla del grano». Los niños aceptaron, y allá fueron los cuatro, cogidos de la mano. Para comenzar el juego, primero se fingió grano el joven, y los niños, sin hacerle daño, se divirtieron trillándole hasta que el juego acabó, que fue cuando, invirtiéndose los papeles, el joven trilló a los niños como si se tratara efectivamente de grano, y tan bien lo hizo, que, convertidos en un amasijo informe, quedaron muertos en la era. En cuanto a la joven, cuando se dio cuenta de la ausencia de su hermano, temió que estuviera en trance de cometer algún disparate y se puso a buscarlo. Lo encontró cuando acababa de destrozar a los tres niños, hijos del propietario de la hacienda, y, viendo aquello, dijo, espantada: «¡Oh hermano mío; salvémonos! ¡Huyamos a toda prisa, pues corremos un gran peligro en esta propiedad!». Y, cogiéndole de la mano, le obligó a emprender la fuga. El joven, que ya había pensado en ello, se dejó guiar y salieron huyendo. Cuando el padre de los niños regresó a su casa y buscó a sus hijos, los encontró aplastados en la era, y, al advertir la desaparición de los dos hermanos, reunió a sus allegados y exclamó: «¡Es preciso correr tras esos dos truhanes que han recompensado nuestros beneficios y hospitalidad matando a mis tres hijos!». Y, armándose todos con arcos y flechas, tomaron el mismo camino que los dos jóvenes, iniciando su persecución. A la caída de la tarde llegaron ante un árbol muy corpulento y altísimo, al pie del cual descansaron y se dispusieron a pasar la noche. Ahora bien, los dos hermanos estaban escondidos precisamente en la copa de aquel árbol, y cuando, al amanecer, despertaron, vieron bajo ellos, durmiendo todavía, a sus perseguidores. Y el joven, mostrando a su hermana al irritado padre de las tres criaturas, dijo: «¿Ves aquel que

duerme allí? Pues voy a hacer mis necesidades sobre su cabeza». La hermana, horrorizada, ocultó la cara entre sus manos, y repuso: «¡Oh hermano mío, eso significarla nuestra muerte sin remedio! ¡No lo hagas, querido mío! Todavía nosaben que estamos escondidos encima de ellos, y si permaneces tranquilo, se irán y quedaremos libres». Pero el joven replicó: «¡No! ¡Necesito hacer lo que te he dicho!». Y, sentándose en la rama más alta, se orinó y soltó sus excrementos sobre la cabeza del que hacía de jefe, padre de los tres niños. El hombre, al recibir el chaparrón, se despertó sobresaltado y vio en la copa del árbol al joven que, tranquilamente, se limpiaba utilizando unas hojas. Entonces, el enfurecido padre cogió su arco y comenzó a disparar flechas contra los dos hermanos, pero, como el árbol era muy frondoso y altísimo, las flechas no alcanzaban su objetivo, quedándose entre las ramas más bajas. En vista de ello, el hombre, volviéndose a su gente, ordenó: «¡Abatid ese árbol!». Al oírlo, la joven dijo a su hermano: «¿Lo ves? ¡Estamos perdidos!». «¿Quién te lo ha dicho?», repuso el joven. Pero ella, sin oírle, continuó: «¡Oh qué tormento; y todo por no haberme hecho caso!». Pero el joven replicó: «Todavía no estamos entre sus manos».



En aquel momento, un enorme *rokh*, que pasó volando, se abalanzó sobre ellos, y, cogiendo a ambos entre sus garras, se los llevó por los aires en el momento preciso en que el árbol caía abatido a hachazos, mientras el burlado padre se desesperaba de rabia y furor concentrados. Por lo que atañe al pájaro *rokh*, continuó elevándose por los aires, llevando entre sus garras a los dos hermanos, y ya se disponía a depositarlos en cualquier parte de la tierra firme, cuando el muchacho dijo...

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS OCHENTA Y DOS

Ella dijo:

—«Hermana mía, voy a hacerle cosquillas en el culo a este pájaro». La joven, aterrada, con voz trémula, dijo: «¡Por favor, querido mío, no hagas eso! ¡Nos soltará y caeremos!». Su hermano insistió: «Deseo hacerle cosquillas en el culo a este pájaro». La joven, entonces, le dijo: «Moriremos». Él le replicó: «Es preciso hacerlo y así es como se hace»; e hizo aquello que había dicho. El pájaro se balanceó, tan desagradable le fue el cosquilleo, y dejó caer su carga, es decir, a los dos hermanos, que cayeron al fondo del mar, que era muy profundo, pero como sabían nadar, consiguieron subir hasta la superficie del agua y ganar la orilla; y, como si estuvieran en una noche oscura, no vieron nada ni distinguieron a nadie, ya que el país en el que se encontraban era el país de las tinieblas. El jovenzuelo, sin vacilar, buscó dos guijarros a tientas y frotó uno contra otro hasta que saltaron chispas, y, amontonando una gran cantidad de maderos, hizo una pira enorme a la que prendió fuego valiéndose de los dos guijarros. Una vez que estuvo prendida toda la pira vieron claro, pero al momento, oyeron un espantable mugido como de mil búfalos salvajes reunidos en uno solo; a la claridad del fuego vieron que hacia ellos avanzaba una aparición negra gigantesca que, con la boca abierta como un horno, gritaba: «¿Quién es el temerario que hace luz en el país que yo he sumergido en las tinieblas?». El corazón de la joven cesó de latir y, en voz baja, dijo a su hermano: «¡Oh hijo de nuestros padres! ¡Ciertamente, esta vez sí que vamos a morir! ¡Tengo miedo de esa aparición!». Ella se apretó contra él, resignada a morir, y se desvaneció. El muchacho, sin perder la serenidad un solo momento, se irguió sobre sus dos pies e hizo frente a la aparición, y tomando uno a uno los gruesos leños que ardían en la hoguera los fue arrojando en la gran boca abierta de la aparición; de este modo, cuando echó el último gran leño, la espantable aparición reventó por la mitad y de nuevo el sol iluminó aquel país sumergido en tinieblas, ya que, ciertamente, era la aparición la que volviendo su espalda al sol, le impedía iluminar aquellas tierras. Esto, por lo que respecta a la espantable aparición. Pero he aquí lo que atañe al rey de aquella tierra. Cuando el soberano que reinaba en aquel país vio lucir el sol después de tantos años pasados en negras tinieblas, comprendiendo que había muerto la terrible aparición, salió de su palacio seguido de sus guardianes para ir al encuentro del valiente que había librado al país de la opresión de la oscuridad. Cuando llegó a la orilla del mar, viendo de lejos la pira de leña que todavía humeaba, dirigió sus pasos hacia allí. La joven, al ver avanzar aquellas gentes armadas, con su rey a la cabeza, fue presa de gran pánico y dijo a su hermano: «¡Hijo de nuestros padres, huyamos!

¡Ay! ¡Huyamos!». El joven preguntó: «¿Por qué hemos de huir? ¿Qué es lo que nos amenaza?». Ella le respondió: «¡Alá sobre ti! ¡Vámonos antes que lleguen esas gentes armadas que se dirigen hacia nosotros!». El rey llegó con su séquito hasta la humeante pira y encontró a la aparición hecha mil pedazos, y, a su lado, vio una pequeña sandalia, que era la que la joven había perdido al escapar corriendo tras su hermano hacia un montículo tras el que habían ido a ocultarse y a descansar un poco. Entonces, el rey dijo a sus gentes: «Seguramente es la sandalia de aquel que ha matado a la aparición y nos ha librado de la oscuridad. ¡Buscad bien por los alrededores!». La joven, al oír estas palabras, decidió salir de detrás del montículo y, acercándose al rey, se arrojó a sus plantas implorando su protección. El rey vio en su pie la sandalia hermana de la que él había encontrado, por lo que levantando a la joven, la abrazó y le dijo: «¡Bendita joven! ¿Eres tú quién ha matado a esa terrible aparición?». Ella respondió: «¡Oh rey! ¡Ha sido mi hermano!». Él preguntó: «¿Dónde está ese valiente?». La joven, a su vez preguntó: «¿Nadie le hará daño alguno?». Y el rey contestó: «¡Todo lo contrario!». Entonces, ella fue tras la roca, y cogiendo de la mano al joven, que se dejó guiar, lo condujo ante el rey, quien le dijo: «¡Oh jefe de los valientes, corona suya! Te doy mi única hija en matrimonio y tomo como esposa a esta joven de pie pequeño, cuya sandalia he encontrado». El muchacho contestó: «¡No hay inconveniente!». Y todos, contentos y felices, gozaron de todas las delicias.

Después, Schehrazada dijo:

LA AJORCA DEL TOBILLO

—Se dice que en una ciudad vivían tres hermosas jóvenes, hijas del mismo padre pero no de la misma madre, que vivían juntas y que para ganarse la vida hilaban lino. Las tres eran como lunas, pero la más pequeña era la más bella, dulce, encantadora y diestra, ya que ella sola hilaba más que sus dos hermanas juntas y además su trabajo era más perfecto y sin defecto alguno, lo que tenía celosas a sus dos hermanas, las que no eran de su misma madre. Pues bien; un día ella fue al mercado con dinero que había reunido gracias a la venta de su lino y compró un vaso de alabastro que le agradó, a fin de ponerle una flor dentro y tenerlo ante ella cuando hilase el lino; pero cuando regresó a su casa con el vaso en la mano, sus dos hermanas se burlaron de ella y de su compra, tratándola de despilfarradora y extravagante. Ella, pesarosa y contrariada, no supo qué decir, y, para consolarse, cogiendo una rosa la puso en el vasito, y, sentándose ante él, comenzó a hilar su lino. Pues bien; el pequeño recipiente de alabastro que había comprado la joven hilandera era un vaso mágico, pues cuando su dueña quiso comer, le procuró manjares deliciosos, y cuando quiso vestirse, le dio maravillosos vestidos, y cuando sentía el menor deseo, él lo satisfacía; pero la joven, temerosa de encorajinar todavía más a sus hermanastras, se cuidó mucho de revelarles las virtudes de su vaso de alabastro y aparentaba vivir y vestir como ellas y aún más modestamente, pero cuando sus hermanas salían de casa, se encerraba a solas en su habitación, ponía ante ella el vasito de alabastro y acariciándole

dulcemente, le decía: «¡Vasito mío! ¡Hoy quiero esto y aquello!»; y en seguida el vasito le procuraba cuanto había pedido y le presentaba vestidos bellos y confites, y, a solas, la joven se vestía con ropas de seda y oro, se adornaba con joyas, se colocaba sortijas en todos los dedos, brazaletes en las muñecas y tobillos y comía deliciosas golosinas. Después, el vasito de alabastro hacía desaparecer todo y la joven, colocando ante ella el vaso con la rosa, en presencia de sus hermanas volvía a hilar el lino. De esta manera, transcurrió cierto tiempo, pobre ante sus hermanas y rica ante ella misma. Un día entre los días, el rey de la ciudad, con ocasión de unas fiestas, ofreció en su palacio grandes diversiones, a las cuales fueron invitados todos los habitantes de la ciudad. Las dos hermanas mayores se acicalaron con lo mejor que tenían y dijeron a su hermanita: «Tú te quedarás aquí para guardar la casa». Cuando ellas marcharon, la joven fue a su cámara y dijo a su vaso de alabastro: «Vasito mío, esta tarde quiero de ti un vestido de seda verde, un corpiño de seda roja y un manto de seda blanca, todo de lo más rico y encantador; bellas sortijas para mis dedos, brazaletes de turquesas para mis muñecas y brazaletes de diamantes para mis tobillos. Dame también todo lo que sea necesario para que esta noche yo sea la más bella en palacio». Ella tuvo cuanto había pedido, y, después de acicalarse, se presentó en el palacio del rey y entró en el harén, donde había diversiones aparte reservadas para las mujeres. La joven parecía la luna entre las estrellas. Nadie la reconoció, ni aun sus mismas hermanas; tanto había realzado su belleza natural el esplendor de su atavío, que todas las mujeres se extasiaban ante ella, mirándola con ojos envidiosos; ella recibía todos los homenajes igual que una reina, con tanta dulzura y gentileza, que conquistó todos los corazones y convirtió en adoradoras suyas a todas las mujeres. Pero cuando la fiesta se aproximaba a su fin, la joven, no queriendo que sus hermanas regresasen antes que ella a su casa, aprovechó un momento en el que todas las miradas estaban fijas en los cantantes, abandonó el harén y salió de palacio, pero en su precipitación al huir dejó caer una de las ajorcas de diamantes de sus tobillos en la pila que a ras de tierra servía de abrevadero a los caballos del rey; sin darse cuenta de la pérdida del brazaletes de diamantes, regresó a su casa antes que sus hermanas.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS OCHENTA Y TRES

Schehrazada dijo:

—Ahora bien; a la mañana siguiente, los palafreneros llevaron a los caballos del hijo del rey al abrevadero, pero ninguno de los animales quiso acercarse a beber, y, todos juntos, retrocedían espantados con las narices dilatadas y resoplando con

fuerza, porque habían visto algo que brillaba y lanzaba destellos desde el fondo del agua. Los palafreneros, silbando insistentemente, los obligaron a acercarse de nuevo al agua, pero no llegaron a convencerlos, y, tirando de las bridas, se encabritaban y piafaban. Entonces, los servidores se acercaron al abrevadero y descubrieron la ajorca de diamantes que se le había caído de un tobillo a la joven. Cuando el hijo del rey, siguiendo su costumbre, presenciaba los cuidados y el forraje que se daba a los animales, y hubo examinado el brazalete de diamantes que le mostraron los palafreneros, se maravilló de la finura del tobillo que debía abarcar aquella joya, y pensó: «¡Por la vida de mi cabeza! No hay tobillo de mujer tan fino que pueda ser abarcado por este brazalete»; y, haciéndolo girar en todos los sentidos, pudo comprobar que las piedras eran tan bellas, que la menor de ellas valía por todas las gemas que adornaban la diadema del rey, su padre, por lo que se dijo: «¡Por Alá! Es preciso que tome como esposa a la dueña de un tobillo tan maravilloso, propietaria de esta joya». Al momento, fue a despertar al rey su padre, y, mostrándole la ajorca, le dijo: «Deseo tomar por esposa a la propietaria de un tobillo tan encantador y dueña de esta joya». El rey le respondió: «¡Hijo mío, no veo inconveniente! Pero para este asunto dirígete a tu madre, pues ella ha de ser quien te oriente, ya que ella sabe lo que yo no sé». El hijo del rey fue al encuentro de su madre, y, después de enseñarle la ajorca y contarle el asunto, le dijo: «¡Oh madre! Tú eres quien puede casarme con aquella a la que mi corazón se siente ligado: la dueña de tan encantadores tobillos. Mi padre me ha dicho que tú sabías lo que él no sabe». Su madre le respondió: «Escucho y obedezco». E irguiéndose sobre sus dos pies, llamó a sus damas y salió con ellas en busca de la dueña de la ajorca. Recorrieron todas las casas de la ciudad y entraron en todos los harenes para probar la joya en los pies de todas las mujeres jóvenes, pero todos eran demasiado grandes para la abertura de aquel adorno. Al cabo de quince días de ensayos e inútiles esfuerzos llegaron a la casa de las tres hermanas. La reina, con sus propias manos, probó a poner la ajorca de diamantes en el tobillo de la más pequeña, exhaló un gran grito de alegría y abrazó a la joven. Las demás damas del séquito de la reina abrazaron igualmente a la joven, y, cogiéndola de la mano, la condujeron a palacio, donde al momento se decidió su casamiento con el hijo del rey; y en seguida dieron comienzo las ceremonias de las bodas, que debían durar cuarenta días y cuarenta noches. Ahora bien; el último día, después que la joven marchó al baño, sus hermanas, a las que había llevado con ella a fin de que participasen de su alegría y llegasen a ser grandes damas del palacio, la vistieron y acicalaron. Confiada en el afecto que ellas le habían mostrado, les reveló el secreto y virtudes del vasito mágico de alabastro, con el que no les fue difícil obtener todos los vestidos, adornos y joyas necesarios para adornar a la recién casada, que fue ataviada como jamás lo había sido hija alguna de rey o de sultán. Cuando terminaron de arreglarla, a modo de diadema, colocaron entre sus hermosos cabellos grandes alfileres de diamantes. Pues bien, apenas el último alfiler había sido puesto en su sitio cuando la joven recién casada se metamorfoseó súbitamente en una tórtola encopetada que, en un abrir de

alas, se escapó por la ventana del palacio, pues los alfileres que sus hermanas le habían colocado eran alfileres mágicos dotados de ese poder de transformar las jóvenes en tórtolas, y eran los celos de sus dos hermanas los que las habían hecho pedir al vasito de alabastro aquellos alfileres mágicos. Las dos hermanas se guardaron mucho de contar la verdad al hijo del rey, limitándose a decirle que su hermana había salido un momento y que no tardaría en volver. Como tardase en regresar, el príncipe ordenó que se efectuasen pesquisas en toda la ciudad y en todo el reino, pero la búsqueda no condujo a nada. La desaparición de la joven le sumió en el desconsuelo y en la amargura. Hasta aquí lo que se refiere al desolado hijo del rey, consumido por el amor. En cuanto a la tórtola, iba todos los días, por la mañana y por la tarde, a posarse en la ventana de su joven esposo y de vez en cuando arrullaba melancólicamente. El hijo del rey, viendo que aquel arrullo se parecía a su propia tristeza, le tomó gran cariño. Un día, viendo que a pesar de su proximidad no echaba a volar, alargó la mano y la atrapó; el ave comenzó a rebullir entre sus manos, arrullando tristemente; él la acarició con dulzura, alisándole las plumas y rascándole la cabeza, pero he aquí que en tanto que le acariciaba la cabeza, sintió entre sus dedos pequeños objetos, duros, como cabezas de alfiler, que uno tras otro le fue quitando delicadamente de debajo de la cresta. Cuando sacó el último alfiler, la tórtola se sacudió y volvió a ser su joven esposa. Los dos juntos, contentos y felices, gozaron de todas las delicias, y las dos pícaras hermanas murieron de celos y de un vómito de sangre. Alá concedió a los amantes numerosos hijos, tan hermosos como sus padres.

Schehrazada, aquella noche, todavía dijo:

HISTORIA DE LA HIJA DEL REY Y EL MACHO CABRÍO

—Se cuenta que en una ciudad de la India vivía un sultán al que Alá, que es grande y generoso, había hecho padre de tres princesas, como lunas, perfectas en todo y deliciosas a la vista. El sultán, su padre, que las amaba mucho, desde que alcanzaron la edad de la pubertad, quiso buscarles esposos que fuesen capaces de apreciar su valía y hacerlas felices; con este fin llamó a la reina, su esposa, y le dijo: «Nuestras tres hijas, bien amadas de su padre, han alcanzado la pubertad, y cuando el árbol llega a la primavera, es preciso que, bajo pena de secarse, tenga flores anunciadoras de hermosos frutos. Por esto es necesario que encontremos para nuestras hijas esposos que las hagan felices». La reina, dijo: «La idea es excelente». Después de haber deliberado acerca de los medios más idóneos para alcanzar su propósito, resolvieron anunciar a todo el reino, por medio de los pregoneros públicos, que las tres princesas estaban en edad de casarse y que todos los hijos de emires y grandes señores, así como los simples particulares y hombres vulgares, estaban obligados a presentarse bajo las ventanas del palacio en un día determinado, pues la reina había dicho a su esposo: «La felicidad del matrimonio no depende ni de la riqueza ni del nacimiento, sino únicamente de los designios del todopoderoso. Así, pues, lo mejor será dejar al destino que él mismo cuide de elegir los esposos de

nuestras hijas; cuando llegue el día de la elección, ellas no tendrán más que dejar caer sus pañuelos por la ventana sobre la multitud de pretendientes y aquellos sobre los que caigan los tres pañuelos, serán los esposos de nuestras hijas»; el sultán había respondido: «La idea es excelente». Y así fue. Cuando llegó el día fijado por los pregoneros públicos y la explanada que se extendía al pie del palacio se vio repleta de una multitud de pretendientes, se abrió una ventana y apareció la hija mayor del rey con un pañuelo en la mano, que arrojó al aire; el viento lo arrastró y lo dejó caer sobre la cabeza de un joven emir, deslumbrante y hermoso. La segunda hija del rey apareció en la ventana y arrojó su pañuelo, que fue a caer sobre la cabeza de un joven príncipe, tan bello y atractivo como el primero. La tercera hija del sultán de la India arrojó su pañuelo a la multitud, el cual se mantuvo inmóvil en el aire durante unos instantes y después fue a caer sobre los cuernos de un macho cabrío que se encontraba entre los pretendientes, y entre los cuernos del cual fue a engancharse. El sultán, aunque hubiese prometido solemnemente sus hijas al espectador sobre el que cayera un pañuelo, consideró la prueba como no realizada y ordenó que comenzase de nuevo. La joven princesa arrojó su pañuelo por segunda vez al aire, y rápidamente, fue a caer en línea recta sobre los cuernos del mismo pretendiente. El sultán, muy contrariado, consideró esta segunda elección de la suerte como tampoco realizada, e hizo que su hija reanudase la prueba. El pañuelo, después de volar algún tiempo por el aire, fue a posarse por tercera vez sobre la cabeza cornuda del macho cabrío.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS OCHENTA Y CUATRO

Dijo Schehrazada:

—Al ver esto, el despecho del sultán alcanzó su punto máximo, y exclamó: «¡No, por Alá! ¡Prefiero verla envejecer virgen en mi palacio antes que verla convertida en esposa de un inmundo macho cabrío!». Al oír estas palabras de su padre, la joven comenzó a llorar, numerosas lágrimas fluían de sus ojos y, entre mil sollozos, terminó diciendo: «¡Oh padre! Puesto que este es mi destino, ¿por qué quieres impedirlo? ¿Por qué te interpones entre mi suerte y yo? ¿No sabes que cada criatura lleva su destino atado al cuello? Si el mío está atado al de ese macho cabrío, ¿por qué me impides que sea su esposa?». Por su parte, las otras dos hermanas, que en secreto estaban muy celosas de ella porque era la más bella y graciosa, unieron sus protestas a las de su hermana pequeña, ya que la celebración de su matrimonio con el macho cabrío las vengaría según deseaban. Tanto insistieron las tres hermanas, que el sultán, su padre, terminó por dar su consentimiento a un matrimonio tan raro y

extraordinario. Rápidamente fueron dadas órdenes para que las bodas de las tres princesas se celebrasen con toda la pompa necesaria y según el ceremonial de costumbre. Toda la ciudad estuvo iluminada y adornada durante cuarenta días y cuarenta noches, celebrándose jubilosamente grandes fiestas y suntuosos festines, con danzas, músicas y cantos. La alegría reinó en todos los corazones, y hubiese sido completa si cada uno de los invitados no hubiese estado algo preocupado por las consecuencias de la unión de una princesa virgen y un macho cabrío, cuya apariencia era la de un macho terrible entre todos los machos cabríos. Durante aquellos días preparatorios de la noche nupcial, el sultán, su esposa y las mujeres de los visires y dignatarios, fatigaron sus gargantas al intentar disuadir a la joven de la consumación de un matrimonio con un animal de repugnante olor, de llameante mirada y de espantable instrumento; pero a todos y a todas, la joven respondía con estas palabras: «Cada uno lleva su destino atado al cuello y el mío es ser la esposa del macho cabrío y nadie podrá oponerse». Así pues, cuando llegó la noche de la consumación, se llevó a la princesa al baño, junto con sus hermanas, y después que se hubieron bañado, adornado y acicalado, cada una de ellas fue conducida a la cámara nupcial que le estaba reservada. A las dos hermanas mayores les pasó lo que les tenía que pasar, pero por lo que respecta a la princesita y a su marido, helo aquí: después que el macho cabrío fue introducido en la cámara de la joven y la puerta se hubo cerrado tras ellos, el macho cabrío besó el suelo ante su esposa y, sacudiéndose, de improviso, desechó su piel de animal y se transformó en un adolescente bello como el ángel Harut; aproximándose a la joven, la besó entre los ojos, después en la barbilla, luego en el cuello y un poco en todas partes, y le dijo: «¡Oh vida de las almas! ¡No trates de saber quién soy! Confórmate con saber que soy más poderoso y rico que el sultán, tu padre, y que los dos hijos de tu tío, los esposos de tus hermanas. Hace tiempo que mi amor por ti llenaba mi corazón. Si me encuentras de tu gusto, solo tienes que hacerme una promesa». La joven princesa, encontrando al joven de su agrado, respondió: «¿Cuál es la promesa que es necesario hacerte? Dila; y ¡por el amor de tus ojos que la cumpliré por muy difícil que sea!». El joven dijo: «La cosa es ora fácil ora difícil. Simplemente te pido que me prometas que jamás revelarás a nadie el poder que tengo de transformarme a mi gusto, porque si se supiese que tan pronto soy macho cabrío como ser humano, desaparecería al momento y te sería imposible encontrar mis huellas». La joven así se lo prometió con toda seguridad y añadió: «Preferiría morir antes que perder un esposo tan bello». Entonces, no teniendo motivos para alimentar más suspicacias, se dejaron llevar por los impulsos y se amaron con grande amor. Aquella noche fue una noche de bendición, boca sobre boca y piernas sobre piernas en medio de delicias y éxtasis encantadores; sus esfuerzos y trabajos no cesaron sino con el nacimiento de la mañana. El adolescente se levantó de entre los brazos de la joven y recobró su primitiva figura de macho cabrío con cuernos, pezuñas hendidas, enormes atributos y todo lo demás. De lo que había sucedido no quedó huella alguna, como no fuesen algunas manchas de sangre en la sábana de honor. Cuando la madre

de la princesa entró en la cámara por la mañana, según costumbre, a inquirir noticias de su hija y a examinar por sí misma la sábana de honor, se asombró muchísimo al comprobar que el honor de la joven estaba visible en las sábanas. También notó que su hija aparecía lozana y feliz, y que a sus pies, sobre el tapiz estaba tumbado el macho cabrío, rumiando tranquilamente. Al ver todo esto, corrió a buscar al sultán, su esposo y padre de la princesa, quien al ver lo que había de ver, no se asombró menos que ella misma, y dijo: «Hija mía, ¿es verdad eso?». Ella respondió: «Es verdad, ¡padre mío!». El sultán preguntó: «¿Y no has muerto de pena y de dolor?». A lo que la joven replicó: «¡Por Alá! ¿Por qué había de morir cuando mi esposo se ha mostrado tan encantador y agradable?». La madre de la princesa, preguntó: «Entonces, ¿no te quejas de tu suerte?». Ella respondió: «¡En absoluto!». El sultán dijo: «Puesto que ella no tiene queja de su esposo, es que es feliz con él, que es todo lo que podemos desear a nuestra hija»; y la dejaron en paz, con su esposo el macho cabrío. Al cabo de cierto tiempo, con ocasión de unas fiestas, el rey ofreció un gran torneo en la plaza del palacio, que estaba bajo las ventanas del mismo, e invitó a él a todos los dignatarios de su palacio así como a los esposos de sus dos hijas mayores. En cuanto al macho cabrío, el sultán no le invitó para no exponerle a las mofas de los espectadores. El torneo comenzó; los caballeros, montados en sus corceles devoradores del aire, arrojaron sus lanzas en medio de grandes gritos. Los que más sobresalieron de entre todos los concurrentes fueron los esposos de las princesas. La multitud de espectadores los aclamaban a porfía, cuando entró en el campo un soberbio caballero cuyo solo aspecto hizo que se arrugase la frente de los dos guerreros triunfadores, el cual, desafiando a los dos emires vencedores, los derribó uno tras otro al primer golpe de su lanza, siendo aclamado por la multitud como el vencedor de la jornada. Cuando el joven caballero pasó bajo las ventanas del palacio saludando al rey con su lanza, según costumbre, las dos princesas le asaetearon con miradas preñadas de odio, pero la más joven de las tres, a pesar de reconocer en él a su propio esposo, no dejó que la emoción se reflejase en su rostro, pero cogiendo una rosa, se la arrojó. Al ver esto, sus padres y hermanas se ofendieron mucho. Al segundo día, el torneo se celebró en el mismo campo y de nuevo el hermoso y desconocido adolescente fue el amo de la fiesta, y como volviese a pasar bajo las ventanas del palacio, la más joven de las tres princesas le arrojó ostensiblemente un jazmín que había cogido de su cabellera. Al ver aquello, los reyes y las dos princesas se sofocaron mucho, y el rey, por su parte, se dijo: «He aquí que ahora esta hija desvergonzada, no contenta con habernos ensombrecido la vida al casarse con el maldito macho cabrío, declara públicamente sus sentimientos a un extranjero». La reina le dirigió miradas de través y sus dos hermanas se desgarraron las vestiduras, horrorizadas. Al tercer día, cuando el vencedor de la última lid, que era el mismo bello caballero, pasó bajo las ventanas del palacio, la joven princesa, esposa del macho cabrío, al ver a su esposo tan deslumbrante, no pudo contenerse y cogiendo de su peinado una flor de tamarindo quiso arrojársela. Al ver aquello, la cólera e

indignación de los reyes y de las dos princesas, estalló con violencia: los ojos del sultán se enrojecieron, sus orejas temblaron, su nariz aleteó, y, cogiendo a su hija por los cabellos, queriendo matarla y hacerla desaparecer, gritó: «¡Ah! ¡Maldita desvergonzada! ¡No estás contenta con introducir un macho cabrío en mi linaje, sino que ahora provocas públicamente a los extranjeros y atraes su atención sobre ti! ¡Muere, pues, y líbranos de tu ignominia!». Y ya se disponía a golpear la cabeza de la princesa contra las losas de mármol, cuando la pobre joven, desmayada de terror al ver la muerte ante sus ojos, a pesar de serle tan querido y precioso su secreto, no pudo evitar el exclamar: «¡Voy a decir la verdad! ¡Déjame, que voy a decir la verdad!». Y sin tomar aliento, contó a sus padres y a sus hermanas cuanto le había sucedido con el macho cabrío, quién era aquel animal y cómo era, ya animal, ya hombre, y terminó diciéndoles que el hermoso caballero vencedor de los juegos era su propio esposo. ¡Helo aquí todo! El sultán, la esposa del sultán y las dos princesas hermanas de la joven se asombraron y maravillaron mucho de su destino.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS OCHENTA Y CINCO

Ella dijo:

—En cuanto al macho cabrio, desapareció y tampoco se vio nunca más al hermoso adolescente, por lo que la princesa, después de esperar en vano durante muchos días, comprendiendo que no retornaría nunca más, quedó triste, dolorida, sollozante y sin esperanza. El destino quiso que durante cierto tiempo continuase llorosa y consumida, rehusando todo consuelo o distracción, y a todos los que trataban de hacerle olvidar su desgracia les replicaba: «Es inútil, soy la más desgraciada de todas las criaturas, y, seguramente, moriré». Pero antes de morir quiso conocer por sí misma si en toda la extensión de la tierra de Alá vivía una mujer tan desgraciada y abandonada por la suerte como ella; en un principio pensó viajar e interrogar a todas las mujeres de las ciudades por las que pasase, pero abandonando esta idea, se hizo construir con grandes gastos unos baños tan espléndidos, que no había iguales en todo el reino de la India, e hizo anunciar a todo el imperio por medio de los heraldos públicos, que la entrada en los baños sería gratuita para todas las mujeres que quisieran irse a bañar, a condición de que para distraer a la hija del rey, contasen la desgracia o tristeza mayor que hubiese afligido sus vidas; en cuanto a las que no tuviesen nada que contar, no les sería dado permiso de entrada a los baños. Así, pues, no tardaron en afluir a los baños de la princesa todas las afligidas del reino, todas las desheredadas de la suerte, las desgraciadas de todas clases, las miserables de

todas las especies, las que estaban viudas y las que estaban divorciadas y todas las que de una manera u otra habían sido zarandeadas por las vicisitudes del tiempo o las traiciones de la vida. Antes del baño, cada una de ellas contaba a la hija del rey lo más triste que le había sucedido en su vida. Hubo algunas que revelaron el número de golpes con los que las obsequiaron sus respectivos esposos; otras vertieron lágrimas al describir su viudez en tanto que otras manifestaron su amargura por ver que su esposo prefería a alguna rival horrorosa y vieja, o a una esclava negra de boca de camello; hubo, en fin, otras que encontraron palabras conmovedoras para referir la muerte de un hijo único o de un marido muy amado. Un año transcurrió en los baños de esta manera, en medio de lamentaciones e historias sombrías, pero la princesa no encontró, entre los miles de mujeres que había visto, una cuya desgracia pudiera ser comparada a la suya en intensidad o profundidad, motivo por el que se hundió más y más en la tristeza y desesperación. Pero he aquí que un día entró en los baños una pobre vieja, trémula ya por el soplo de la muerte, y que se apoyaba en un bastón para poder andar; la anciana se aproximó a la hija del rey y, besándole la mano, le dijo: «El número de mis desgracias es aún mayor que el de mis años y mi lengua se secaría antes que hubiese terminado de contártelas, por lo que solo te contaré la última desgracia que me ha sucedido, que, por otro lado, es la mayor de todas, ya que es la única de la que no he comprendido el cómo ni el porqué. Esta desgracia me ha acaecido precisamente ayer y si estoy ante ti tan temblorosa es por haber visto lo que he visto. Así, pues, helo aquí: Sabe, hija mía, que el único bien que poseo es esta camisa de algodón azul que me ves puesta, y como necesitase ser lavada, a fin de poderme presentar en los baños de tu generosidad de una manera conveniente, me decidí a ir a la orilla del agua, a un lugar solitario en el que pudiese desvestirme sin ser vista y lavar mi camisa. La cosa iba bien, pues ya había lavado y tendido al sol mi camisa, cuando vi avanzar hacia mí a una mula, sin mulero, cargada con dos odres llenos de agua. Creyendo que el mulero se presentaría en seguida, me apresuré a ponerme la camisa, que ya estaba medio seca y dejé pasar la mula, pero como no viese mulero alguno ni sombra de él, me quedé perpleja al ver que aquella mula sin dueño marchaba por la orilla del agua cabeceando, segura de su ruta y dirección. Picada por la curiosidad, me levanté sobre mis dos pies y la seguí de lejos; pronto llegó ante un montículo que no estaba lejos del borde del agua y, parándose, golpeó la tierra con el casco de su pata izquierda por tres veces consecutivas. Al tercer golpe se entreabrió el montículo y la mula descendió hacia su interior por una suave pendiente. A pesar de mi gran asombro, no pude dejar de seguir a aquella mula y entré en el subterráneo tras ella. De este modo no tardé en llegar a una gran cocina, que sin duda alguna debía de ser la cocina de algún palacio subterráneo. Vi grandes marmitas rojas colocadas ordenadamente y que cantaban al exhalar unos vapores de primera calidad, que aceleraron los latidos de mi corazón e hicieron aletear mis narices. Deseé vivamente probar aquella comida excelente, y un gran apetito se enseñoreó de mí, no pudiendo resistir la tentación, y como no viese cocinero ni

pinche, ni persona a quien pedir cosa alguna por Alá, me aproximé a la marmita que exhalaba el olor más exquisito y levanté la tapa; una gran nube olorosa me rodeó y del fondo de la marmita, súbitamente, una voz me gritó: “¡Ay de mi! ¡Esto es para nuestra dueña; no lo toques o morirás!”. Despavorida dejé caer la tapa sobre el recipiente y escapé de la cocina, yendo a parar a una segunda sala, algo más pequeña, en la que había colocados ordenadamente platos de fina pastelería, galletas de las que siempre apetecen y otras cosas de primera calidad, excelentes para el paladar. No pudiendo resistir las solicitudes de mi ánimo, alargué la mano hacia uno de los platos y cogí una galleta, todavía caliente, pero he aquí que recibí un golpe en la mano que me hizo soltar la galleta, al mismo tiempo que una voz que salía del fondo del plato me gritaba: “¡Ay de mi! ¡Esto es para nuestra dueña! ¡No lo toques o morirás!”. Aterrada en extremo, corrí hacia adelante, temblorosa sobre mis viejas piernas, que se doblaban bajo mi peso. Después de atravesar galerías y pasadizos, súbitamente me encontré en una gran sala abovedada, cuya riqueza y belleza no tenía nada que envidiar a las de los palacios de los reyes; en medio de aquella sala había un gran estanque de agua corriente y a su alrededor cuarenta tronos, cada uno de ellos más alto y espléndido que el anterior. En aquella estancia no vi a persona alguna, ya que solo la habitaban el frescor y la armonía. Durante algún tiempo permanecí admirando aquella belleza, pero en medio del silencio mis oídos fueron heridos por un ruido semejante al que hacen los caballos al marchar en tropel sobre un terreno pedregoso. No sabiendo qué pudiese ser aquello, me apresuré a esconderme bajo un diván que estaba apoyado contra el muro, colocándome de manera que pudiese ver sin ser vista. El ruido de los cascos golpeando el suelo se aproximó a la sala y en seguida vi entrar cuarenta machos cabríos de largas barbas, el Último de ellos sentado sobre el penúltimo; todos fueron a alinearse en buen orden alrededor del estanque, cada uno de ellos ante un trono. El que cabalgaba sobre su compañero bajó del lomo de su montura y se situó ante el trono principal. Después, todos los demás se prosternaron ante él con la cabeza a ras del suelo y así permanecieron un momento; a continuación se levantaron al unísono, y, al mismo tiempo que su jefe, se sacudieron por tres veces consecutivas, y al momento desaparecieron sus patas de machos cabríos y vi cuarenta adolescentes, como lunas, el más bello de los cuales era el jefe. Descendiendo hasta el estanque, con su jefe a la cabeza, se metieron en el agua, saliendo poco más tarde con los cuerpos como el jazmín que bendice a su creador, y se sentaron en sus tronos, bellos en toda su desnudez. Cuando maravillada y extasiada contemplaba al joven sentado en el gran trono, vi que, de súbito, abundantes lágrimas fluían de sus ojos; también derramaban lágrimas, aunque en menor número, los ojos de los otros adolescentes y todos, poniéndose a suspirar, decían: “¡Oh dueña nuestra! ¡Oh dueña nuestra!”. El adolescente, su jefe, suspiraba: “¡Oh soberana de la gracia y de la belleza!”. Después oí salir gemidos de debajo de tierra, de la bóveda, de los muros, de las puertas y de los muebles, repitiendo con acento lastimero y dolorido las mismas palabras: “¡Oh dueña nuestra! ¡Oh soberana de la gracia y de la belleza!”.

Después de llorar, gemir y suspirar durante una hora, el joven se levantó y dijo: “¿Cuándo vendrás? ¡Yo no puedo salir! ¡Oh mi soberana! Puesto que no puedo salir, ¿cuándo vas a venir?”. Y descendiendo de su trono recuperó su piel de macho cabrío, e, igualmente, todos los demás bajaron de sus tronos y recobrando sus pieles de machos cabríos se fueron tal como habían venido. Cuando dejé de oír el ruido de sus pezuñas salí de mi escondite e igualmente me fui por donde había venido y no respiré a mis anchas hasta que me encontré fuera del subterráneo: ¡Oh princesa! Esta es mi historia y esta es la mayor desgracia de mi vida, ya que no solamente no he podido satisfacer mi deseo de probar los platos y las marmitas, sino que tampoco he podido comprender nada de lo que he visto de prodigioso en ese subterráneo; precisamente esta es la mayor desgracia de mi vida». Cuando la anciana terminó su relato, que la hija del rey había escuchado con el corazón palpitante, esta no dudó de que el macho cabrío que cabalgaba sobre el otro y que era el más bello de los adolescentes era su esposo, por lo que creyó morir de emoción. Cuando al fin pudo hablar, dijo a la anciana: «¡Madre mía! Alá el misericordioso te ha conducido aquí para que tu vejez sea feliz gracias a mi mediación, pues en adelante tú serás como mi madre y todo cuanto posee mi mano estará bajo tu mano, pero ¡por favor!, si quieres corresponder con el agradecimiento a los favores que Alá derrama sobre ti, levántate y al instante condúceme al sitio donde viste la mula entrar en el subterráneo con los odres. Yo solo te pido que vengas conmigo únicamente para indicarme el sitio». La anciana respondió con el acatamiento y la obediencia, y cuando la luna se levantó sobre la terraza de los baños salieron las dos juntas y marcharon hasta la orilla del agua. Una vez allí, vieron la mula que iba hacia ellas cargada con dos odres llenos de agua. La siguieron de lejos y vieron que al pie del montículo golpeaba el suelo con el casco y que se internaba en el subterráneo abierto ante ella; entonces, la hija del rey dijo a la anciana: «Tú espérame aquí». Pero la vieja, no queriéndola dejar entrar sola, la siguió, a pesar de la emoción que sentía. Entraron en el subterráneo y llegaron a la cocina, en la que todas las marmitas rojas, colocadas en buen orden, susurraban armoniosamente exhalando aromas de primera calidad que despertaban los deseos del corazón, animaban las aletas de la nariz y disipaban la tristeza de las almas en pena. A su paso se levantaban las tapaderas de las marmitas por sí solas y del interior de los recipientes salían voces que decían: «¡La bienvenida para nuestra dueña! ¡Bienvenida!». En la segunda sala estaban alineados los platos que contenían confites excelentes, galletas rellenas y cosas tan apetitosas y tiernas que alegraban la mirada de quienes las contemplaban. De todos los platos y del fondo de las cestas que contenían el pan tierno salían voces jubilosas que exclamaban a su paso: «¡Bienvenida! ¡Bienvenida!». A su alrededor, todo era alegría. La anciana, al ver y oír todo aquello, mostrando a la hija del rey la entrada a las galerías que conducían a la sala abovedada, le dijo: «¡Dueña mía! ¡Por allí es por dónde debes entrar! Yo te esperaré aquí, ya que el sitio de los servidores está en la cocina y no en la sala del trono».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS OCHENTA Y SEIS

Schehrazada dijo:

—Después de recorrer las galerías, la princesa entró en la sala que le había descrito la anciana, mientras que a su paso voces jubilosas dejaban oír conciertos de bienvenida. Lejos de ocultarse bajo el diván, como había hecho la anciana, fue a sentarse en el gran trono que se levantaba en el sitio de honor, al borde del estanque; por toda precaución, se puso el velo sobre el rostro. Apenas se había colocado así, como una reina en su trono, cuando se oyó un suave murmullo, no de cascos batiendo el suelo, sino un paso que corría ligero anunciando a su dueño, y, esplendoroso como un diamante, entró el adolescente. Y llegó lo que debía llegar; en el corazón de los dos amantes la alegría reemplazó a los tormentos y se unieron como el amado se une a su amada, mientras de la bóveda, de los muros y de todos los rincones salían cantos armoniosos y las voces de los sirvientes se elevaban en honor de la hija del sultán. Los amantes, después de pasar allí cierto tiempo en medio de delicias y de placeres encantadores, regresaron al palacio del sultán, donde su llegada fue acogida con una gran alegría en medio de grandes regocijos y cantos, tanto por parte de sus padres como por parte de grandes y pequeños y de todos los habitantes de la ciudad. Y desde entonces vivieron felices y contentos, ¡pero más grande es Alá!

Y Schehrazada, que aquella noche no se sentía fatigada, todavía dijo:

HISTORIA DEL PRÍNCIPE Y DE LA TORTUGA GIGANTESCA

—Se cuenta que en los antiguos tiempos, en las pasadas edades, había un poderoso sultán al que Alá había dado tres hijos, muchachos indomables y guerreros heroicos, que se llamaban: el mayor, Schater-Alí; el segundo, Schater-Hossein, y el más pequeño, Schater-Mohamed. Este era, con mucho, el más bello, valiente y generoso de los tres hermanos. Su padre los quería a todos con igual cariño, de tal manera, que había resuelto dejar a cada uno, después de su muerte, una parte igual de sus bienes y de su reino; así era de justo y de leal, pues no quería favorecer a uno en detrimento de los otros, ni perjudicar a uno en beneficio de los demás. Cuando estuvieron en edad de casarse, el rey, su padre, quedó perplejo y pensativo, por lo que llamó a su gran visir para pedirle consejo, ya que era un hombre sabio y lleno de prudencia, y le dijo: «¡Oh visir! Deseo vivamente encontrar esposas para mis tres hijos, que ya están en edad de casarse; te he llamado para conocer tu opinión a este respecto». El visir reflexionó durante una hora y, después, levantando la cabeza, respondió: «¡Oh rey de los tiempos!, es un asunto muy delicado. La buena y la mala suerte son invisibles, y además nadie sería capaz de torcer los designios del destino.

Por esto, mi opinión es que los tres hijos de nuestro dueño, el rey, dejen que el destino escoja sus esposas; para ello, lo mejor que pueden hacer los tres príncipes es subir a la terraza del palacio con un arco y sus flechas; allí se les vendarán los ojos y se les hará girar sobre sí mismos muchas veces; después de esto, cada uno tirará una flecha en la dirección que le haya deparado el destino. Las casas en las que caigan las flechas serán visitadas y nuestro dueño, el sultán, llamará al propietario de cada una de ellas y le pedirá su hija en matrimonio para el príncipe propietario de la flecha, ya que la joven será la designada por la suerte para tal destino». Cuando el sultán oyó aquellas palabras de su visir dijo: «¡Oh visir! Tu consejo es excelente». Y al momento hizo llamar a sus tres hijos, que regresaban de la caza, y, haciéndoles partícipes de la decisión tomada por él y su gran visir, subió con ellos a la terraza del palacio, seguido de sus visires y de todos los dignatarios, Los tres príncipes, cada uno de los cuales llevaba su arco y su carcaj, cogieron una flecha y pusieron tenso su arco, vendándoseles los ojos a continuación. El mayor, el primogénito del rey, después que se le obligó a dar vueltas sobre sí mismo, apuntó la flecha en la dirección en la que se encontraba, y la flecha, lanzada violentamente por el arco, voló por los aires y fue a caer en la morada de un gran señor. Por su parte, el segundo hijo del rey lanzó su flecha, que fue a caer en la terraza del jefe principal de las tropas del reino. El tercer hijo del rey, el príncipe Schater-Mohamed, lanzó su flecha, que fue a caer en una mansión cuyo propietario era desconocido. Se fueron a visitar las tres casas en cuestión y se vio que la hija del gran señor y la hija del jefe del ejército eran dos adolescentes como lunas. Sus padres se alegraron mucho de casarlas con los dos hijos del rey. Pero cuando se fue a visitar la tercera casa, aquella en la que había caído la flecha de Schater-Mohamed, se vio que no estaba habitada más que por una gran tortuga solitaria. El sultán, padre de Schater-Mohamed, y los visires, emires y chambelanes que vieron la gran tortuga que vivía sola en aquella casa, se asombraron mucho, pero como no había un instante que perder para conseguir una esposa para el príncipe Schater-Mohamed, el sultán decidió que era preciso volver a comenzar la experiencia. En consecuencia, el joven príncipe subió de nuevo a la terraza llevando sobre su espalda el arco y el carcaj, y, ante todos los concurrentes, lanzó una segunda flecha hacia su destino; esta, guiada por el hado, fue a caer precisamente en la casa habitada por la gran tortuga solitaria. Al ver esto, el sultán se sintió muy contrariado y dijo al príncipe: «¡Por Alá, hijo mío!, tu mano no tiene hoy la bendición sobre ella. ¡Oraciones para el profeta!». El joven príncipe respondió: «¡Que las bendiciones y todas las gracias caigan sobre él, sobre sus compañeros y sobre sus fieles!». El sultán replicó: «¡Invoca el nombre de Alá y lanza una flecha por tercera vez!». El joven dijo: «¡En el nombre de Alá, el clemente sin límites, el misericordioso!». Y tensando su arco lanzó por tercera vez la flecha, que, dirigida por el destino, fue a caer una vez más sobre la casa en la que vivía, solitaria, la gran tortuga. Cuando el sultán comprobó, sin lugar a dudas, una prueba tan clara y perentoria a favor de la gran tortuga, decidió que su hijo permaneciese soltero, y le dijo: «Hijo mío, como esta

tortuga no es de nuestra misma especie, raza ni religión, lo mejor será que no te cases hasta que Alá no renueve sus gracias». Pero Schater-Mohamed exclamó: «¡Por los méritos del profeta!, sobre él la oración y la paz. Ha pasado el tiempo de mi soltería, y puesto que la gruesa tortuga me ha sido asignada por el destino, consiente en que me case con ella». El sultán, muy asombrado, respondió: «Ciertamente, hijo mío, que la tortuga te ha sido asignada por el destino, pero ¿desde cuándo los hijos de Adán toman a las tortugas por esposas? ¡Es algo prodigioso!». Pero el príncipe replicó: «¡Es a esa tortuga a la que quiero por esposa y no a ninguna otra!». El sultán, como amaba a su hijo, no quiso, en modo alguno, contrariarle ni apenarle, por lo que, revocando su decisión anterior, le dio su consentimiento para aquel extraño matrimonio. Para celebrar las bodas de los príncipes Schater-Alí y Schater-Hossein, los dos hijos mayores del sultán, se dieron grandes fiestas y regocijos y festines con danzas, cantos y músicas; cuando acabaron los cuarenta días y cuarenta noches que duraron las fiestas, los dos príncipes entraron en casa de sus esposas para pasar la noche nupcial y consumaron su matrimonio con toda felicidad y valentía. Pero cuando llegaron las bodas del joven príncipe Schater-Mohamed con tu esposa, la gruesa tortuga, los dos hermanos mayores y sus esposas, todos los parientes y las mujeres de los emires y dignatarios rehusaron asistir a la ceremonia, por lo que las fiestas fueron lúgubres y tristes. El joven príncipe se sintió humillado en su ánimo al tener que sufrir toda clase de afrentas; en las miradas, en las sonrisas y en el desdén con que le volvían la espalda. Pero por lo que se refiere a lo sucedido durante la noche de bodas, en la que el príncipe entró en casa de su esposa, nadie pudo averiguarlo, ya que todo ocurrió bajo el velo que solo los ojos de Alá pueden atravesar. Y lo mismo por lo que atañe a la noche siguiente y a las posteriores. ¡Todos se maravillaban de que se hubiese podido celebrar tal unión! Nadie comprendía cómo un hijo de Adán podría cohabitar con una tortuga, aunque fuese tan gruesa como una tinaja. Hasta aquí lo que atañe a las noches del príncipe Schater-Mohamed con su esposa la tortuga. En cuanto al sultán, los años, las preocupaciones del reino y las emociones de todas clases, sin contar la pena que le había causado el matrimonio de su hijo más joven, hicieron que su espalda se encorvase y sus huesos se ablandaran; adelgazó, su tez amarilleó, y perdió el apetito y junto con sus fuerzas perdió la vista, llegando a quedar completamente ciego. Cuando sus tres hijos, que amaban a su padre con gran cariño, vieron el estado en que se encontraba, decidieron no confiar el cuidado de su salud a las mujeres del harén, ignorantes y supersticiosas, sino que trataron de encontrar el mejor medio para devolver a su padre las energías junto con su salud, y habiendo encontrado el medio más idóneo, fueron a buscar a su padre y le dijeron: «¡Oh padre! Tu tez amarillea, tu apetito disminuye y tu vista se nubló. Si las cosas continúan así, tendremos que desgarrarnos las vestiduras de dolor al perder en ti nuestro apoyo y nuestro guía. Es preciso, pues que escuches nuestro consejo, ya que nosotros somos tus hijos y tú eres nuestro padre. Pues bien, hemos resuelto que desde ahora sean nuestras esposas las que te preparen los alimentos y no las mujeres

del harén, ya que nuestras esposas son más expertas en la cocina y te harán platos que te abrirán el apetito y con el apetito te volverán las fuerzas y con las fuerzas la salud, y con esta la curación de tus ojos enfermos, y entonces volverás a tener vista excelente». Al sultán le agradó mucho la solicitud de sus hijos y les respondió: «¡Qué Alá os colme con sus gracias, hijos de vuestro padre! Pero creo que esto va a causar grandes molestias a vuestras esposas».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS OCHENTA Y SIETE

Dijo Schehrazada:

—Pero ellos replicaron: «¡Molestias! Pero ¿acaso no son ellas tus esclavas? ¿Acaso tienen ellas algo más urgente que hacer que prepararte las comidas para que te restablezcas? ¡Oh padre! Nosotros hemos pensado que lo mejor para ti sería que cada una de ellas te preparase un plato de comida cocinado por ella misma, para que puedas elegir aquel que te sea más agradable por su aspecto, por su olor o por su sabor. De esta manera recuperarás la salud y tus ojos curarán». El sultán los abrazó y les dijo: «Vosotros sabéis mejor que yo lo que me conviene». Después de llegar a este acuerdo, lo que alegró mucho a los príncipes, estos fueron a buscar a sus esposas y conminaron a cada una a preparar un plato de comida que fuese apetitoso a la vista y al olfato, y cada uno de ellos excitó el espíritu de emulación de su esposa, diciendo: «Es necesario que nuestro padre prefiera las viandas de mi casa a las de la casa de mi hermano». Al mismo tiempo, los dos hermanos no desaprovechaban la ocasión de mofarse de su hermano pequeño, preguntándole con mucha ironía qué era lo que su esposa, la gruesa tortuga, pensaba enviar para reavivar el apetito de su padre y que le fuese agradable al paladar; pero a sus preguntas e interrogaciones, él no respondió más que con una sonrisa. En cuanto a la esposa de Schater-Mohamed, la gruesa tortuga solitaria, solo esperaba esta ocasión para mostrar de lo que era capaz y, al momento se puso en acción y comenzó por enviar a su sirvienta de confianza a la esposa del hijo mayor del rey para que tuviese a bien enviarle a ella, a la tortuga, todo el estiércol de ratas y ratones que tuviese en su casa, ya que ella, la tortuga, lo necesitaba urgentemente para sazonar el arroz, los rellenos y las demás viandas, pues ella siempre usaba este condimento. Al oír aquello, la esposa de Schater-Alí se dijo: «¡No, por Alá!, me guardaré mucho de entregar ese estiércol de ratones y ratas que me pide esa miserable tortuga, pues sabré utilizarlo como condimento mejor que ella». Y respondió a la sirvienta: «Lamento tener que negártelo, pero ¡por Alá!, que el estiércol de que dispongo apenas si es suficiente para mi uso personal». La sirvienta

regresó llevando esta respuesta a su ama, la tortuga; esta comenzó a reír, temblorosa por el regocijo que le produjo la respuesta. Y envió a la misma sirvienta a la esposa del segundo hijo del rey con el encargo de pedirle todo el excremento que tuviera de pollos y palomas, bajo pretexto de que ella, la tortuga, lo necesitaba urgentemente para espolvorear las viandas que estaba preparando para el sultán, pero la esclava regresó con las manos vacías y con malas palabras de parte de la esposa de Schater-Hossein. La tortuga, al ver a su esclava con las manos vacías y oírle la desconsiderada respuesta que traía de parte de la esposa del segundo hijo del sultán, trémula de alegría y contento comenzó a reír de tal manera, que cayó de espaldas. Más tarde siguiendo sus propios conocimientos, preparó las viandas, las colocó en un plato, cubrió este con una tapa de mimbre y tapó todo con un lienzo de lino perfumado con esencia de rosas, enviando a su fiel sirvienta a llevar el plato al sultán. Mientras tanto, las esposas de los dos príncipes ordenaron a sus esclavas que llevarsen los suyos. Llegada la hora de la comida, el sultán se sentó ante los tres platos, pero, después de haber levantado la cubierta del plato de la primera princesa, se esparció por toda la estancia un olor infecto a estiércol de rata capaz de asfixiar a un elefante. El olfato del sultán fue tan desagradablemente afectado, que, reclinando la cabeza, cayó desvanecido con los pies tocando el mentón. Sus hijos le rodearon, le rociaron con agua de rosas y le abanicaron, logrando así hacerle recuperar el conocimiento; al preguntarle la causa de su indisposición, la cólera del sultán estalló, llenando de improperios a su nuera. Al cabo de un rato terminó por calmarse, y tanto le insistieron en que probase el segundo plato, que terminó por acceder, pero, al destaparlo, un olor fétido y repugnante, como si acabasen de quemar los excrementos de todos los volátiles de la ciudad, llenó la estancia. Aquel olor penetró en la garganta, en la nariz y en los ojos enfermos del desgraciado sultán, haciéndole creer que esta vez sí que iba a quedarse completamente ciego. Pero rápidamente se abrieron las ventanas, se quitó el plato de su presencia y se quemó incienso y benjuí para disipar el mal olor. Cuando el desgraciado sultán hubo respirado aire puro y pudo hablar, dijo: «¿Qué daño he hecho a vuestras esposas, hijos míos, para que maltraten a un anciano de esta manera, cavándole la tumba estando vivo? ¡Este es un crimen penado por Alá!». Los dos príncipes esposos de las que habían preparado los platos pusieron unas caras muy largas y respondieron que aquel era un asunto que sobrepasaba su entendimiento. En medio de estos sucesos, el joven príncipe Schater-Mohamed besó la mano de su padre y le suplicó que olvidase las desagradables sensaciones para no pensar más que en el placer que iba a disfrutar al tomar el tercer plato. Al oír aquello, la cólera e indignación del sultán alcanzaron su límite máximo y gritó: «¿Qué es lo que dices, Schater-Mohamed? ¿Acaso te burlas de tu anciano padre? ¡Qué pruebe ahora los alimentos preparados por la tortuga cuando los preparados por los dedos de las mujeres son ya tan horribles y fétidos! ¡Bien veo que los tres habéis jurado hacer estallar mi hígado y hacer que me beba la muerte de un trago!». Pero el joven príncipe se arrojó a los pies de su padre y le juró por su vida y por la sagrada verdad

de la fe que el tercer plato le haría olvidar sus tribulaciones y que él, Schater-Mohamed, consentía en comerse todas las viandas que no fuesen del agrado de su padre. Suplicó, pidió, insistió e intercedió de tal forma que el rey terminó por dejarse convencer e hizo seña a uno de los esclavos para que levantase la tapa del tercer plato, mientras él pronunciaba la fórmula: «¡Me refugio en Alá, el protector!». Pero he aquí que una vez levantada la tapa se elevó del plato preparado por la tortuga un humo compuesto de suaves aromas de cocina, tan exquisito y deliciosamente penetrante, que al momento se dilató el corazón del sultán, se ensancharon sus pulmones, se agitaron las aletas de su nariz, le volvió el apetito desaparecido hacía tiempo, se abrieron sus ojos y se aclaró su vista, se coloreó su tez y estuvo comiendo durante una hora sin parar, después de lo cual tomó un excelente sorbete de almizcle y nieve y luego soltó una larga serie de eructos que salían de su estómago satisfecho. En el límite del contento y bienestar agradeció al retribuidor los bienes que acababa de recibir, diciendo: «¡*Al Gambou lillah!*!». Y no supo cómo expresar a su hijo más pequeño la satisfacción que le habían producido los manjares preparados por su esposa, la gruesa tortuga. Schater-Mohamed aceptó todas las felicitaciones con modestia, para que sus hermanos no se sintiesen celosos o envidiosos, y dijo a su padre: «¡Oh padre! Esta no es sino una pequeña parte del talento de mi esposa, pero ¡si Alá quiere!, vendrá un día en el que ella sepa corresponder a tus cumplimientos». Y le pidió, ya que estaba contento, que de entonces en adelante aceptase los platos preparados por su esposa, que ella misma haría todos los días. El sultán aceptó, diciendo: «¡Hijo mío, con todo mi paternal y afectuoso corazón!». Y con aquel régimen de comidas se restableció por completo y sus ojos se curaron. Para festejar su curación y la recuperación de su vista, el sultán dio una gran fiesta en palacio, a la que convidó a sus tres hijos y a sus respectivas esposas. Las princesas se prepararon lo mejor que pudieron para presentarse ante el sultán, y, de este modo, honrar a sus esposos y deslumbrar a su padre. La gran tortuga, igualmente, se preparó para alegrar el rostro de su esposo en público, tanto por la belleza de su atavío como por la gracia de su presencia. Cuando estuvo arreglada tal como ella quería, envió su sirvienta de confianza a su cuñada la mayor a pedirle prestado, para ella, la gruesa tortuga, el pato grande que tenía en su corral, pues ella tenía la intención de ir a palacio en tan bella montura; pero la princesa, por intermedio de la esclava, le contestó que si tenía un hermoso pato era para usarlo en su propio servicio. Al escuchar esta respuesta, la tortuga se rio tan fuerte que cayó sobre su trasero y mandó a la criada a casa de la segunda princesa con el encargo de que le pidiera en concepto de simple préstamo, durante un día, el gran macho cabrío de su propiedad, pero la mensajera regresó con una negativa acompañada de palabras amargas y comentarios desagradables. La tortuga, trémula de contento, se esponjó de satisfacción y alegría. Cuando llegó la hora del festín, después que las damas de la sultana estuvieron alineadas en buen orden a la entrada de la puerta exterior del harén para recibir a las tres esposas de los hijos del rey, se vio elevarse, súbitamente, una nube de polvo que se aproximó

rápidamente. En medio de aquella nube se distinguía un pato gigantesco que corría, a ras de suelo, con las patas extendidas, el cuello tendido hacia adelante, las alas batiendo el aire y llevando sobre su lomo, espantada, a la mayor de las princesas. Inmediatamente detrás apareció la segunda princesa, toda sucia, montada en un macho cabrío maloliente y balante. Ante este espectáculo, el sultán y su esposa se sintieron muy ofendidos y su mirada se ensombreció por la ira y la indignación. El sultán estalló en improperios y reproches, diciéndoles: «¡He aquí que, no contentas con haberme deseado la muerte por asfixia y envenenamiento, queréis convertirme en la risión del pueblo, comprometernos a todos y deshonorarnos en público!». La sultana las recibió, igualmente, con palabras acerbas y miradas oblicuas y no se sabe qué habría pasado de no advertirse la proximidad del cortejo de la tercera princesa. El corazón del sultán y el de su esposa se llenaron de aprensión, porque se decían: «Si tal ha sido la llegada de las dos primeras, que pertenecen a nuestra especie humana, ¿qué no sucederá con la tercera, que es de la raza de las tortugas?». E invocaron el nombre de Alá, diciendo: «¡Solo hay remedio y refugio en Alá, que es grande y poderoso!». Y conteniendo la respiración esperaron la llegada.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS OCHENTA Y OCHO

Ella dijo:

—Pero he aquí que apareció un primer grupo de heraldos anunciando la llegada de la esposa del príncipe Schater-Mohamed y después se vieron cuatro hermosos pregoneros, vestidos con brocados y espléndidas túnicas, que, avanzando con su vara en la mano, gritaban: «¡Sitio para la hija del rey!». Un palanquín, cubierto con preciosas telas de bellos colores, apareció conducido por negros y fue a detenerse ante la puerta de entrada y de él bajó una princesa esplendorosa y bella, que nadie conocía. Como a quien se esperaba ver descender era a la tortuga, se creyó que aquella princesa era la dama de honor, pero cuando se la vio subir sola la escalera y que el palanquín se alejaba, todo el mundo se vio obligado a reconocerla como la esposa de Schater-Mohamed y a recibirla con todos los honores debidos a su rango y con toda la cordialidad posible. El corazón del sultán se ensanchó de alegría a la vista de la belleza, gracia, discreción y buenas maneras que podían apreciarse en el menor de sus gestos y movimientos. Como había llegado el momento de reunirse para el festín, el sultán invitó a sus hijos y a las esposas de estos a tomar asiento alrededor de él y de la sultana y comenzó el festín. Según la costumbre, lo primero que se sirvió

fue un gran plato de arroz con manteca y, antes que nadie hubiese tenido tiempo de probarlo, la bella princesa lo levantó y vertió todo su contenido sobre sus cabellos. Al momento, todos los granos de arroz se transformaron en perlas que, resbalando a lo largo de los hermosos cabellos de la princesa, se desparramaron a su alrededor, cayendo al suelo con ruido de surtidor. Antes que los asistentes se recuperasen de la sorpresa que les produjo un suceso tan admirable, la princesa tomó una gran sopera que contenía un potaje verde y espeso y la volcó sobre su cabeza. Instantáneamente, el potaje se convirtió en una cascada de esmeraldas de las más bellas aguas que, cayendo a lo largo de sus cabellos y vestido, terminaron por esparcirse en el suelo a su alrededor, mezclando su bello color verde con la inmaculada blancura de las perlas. La vista de aquellos prodigios maravilló al sultán y a sus convidados. Los servidores se apresuraron a poner sobre el mantel del festín otros platos de arroz y de potaje. Las otras dos princesas, amarillas de envidia, no quisieron permanecer eclipsadas por su hermosa cuñada: colocando platos de comida a su alrededor, la primera cogió el del arroz y la segunda el del potaje, vertiendo cada una el suyo sobre su propia cabeza. Sobre los cabellos de una, el arroz continuó siendo arroz y se pegó de un modo horrible a su cabeza, que manchó de manteca. El potaje verde siguió siendo potaje y, adhiriéndose a los cabellos, a la cabeza y vestido de la princesa, la revistió por completo con una capa verde, semejante a la boñiga de vaca, horrible en extremo. Al ver esto, el sultán se disgustó mucho y pidió a sus nueras que se levantasen de su sitio y que se fuesen de la estancia, lejos de sus ojos y les hizo ver que no quería verlas nunca más. Ellas se levantaron al momento y se alejaron de su presencia, junto con sus esposos, humilladas y avergonzadas. Esto por lo que se refiere a ellas. En cuanto a lo que se refiere a la princesa maravillosa y al príncipe Schater-Mohamed, su esposo, permanecieron en la sala con el sultán, que, abrazándoles con efusión los estrechó contra su pecho y les dijo: «¡Solo vosotros sois mis hijos!». E hizo reunir a los emires y visires y ante ellos abdicó su trono en favor de su hijo Schater-Mohamed, excluyendo de la sucesión a los demás herederos. Y, dirigiéndose a la feliz pareja, dijo: «Deseo vivamente que de ahora en adelante viváis conmigo en palacio, porque sin vosotros ciertamente moriría». Los jóvenes respondieron: «Oír es obedecer, y tu deseo está sobre nosotros». La encantadora princesa, para no verse tentada a revestirse nunca más de la forma de tortuga, que había producido tan desagradables impresiones al viejo sultán, dio orden a su esclava de que le llevase el caparazón, que había dejado en la casa, y, cuando lo tuvo entre sus manos, lo rompió en mil pedazos y desde entonces permaneció siempre en su forma de princesa. ¡Gloria a Alá, que la dotó de un cuerpo perfecto, tan encantador a la vista! El retribuidor continuó colmándolos de favores y les concedió muchos hijos y vivieron contentos y prósperos.

Schehrazada, viendo que el rey escuchaba complacido, aquella noche todavía contó la historia de

—En la ciudad de El Cairo vivía un honrado y respetable vendedor de garbanzos tostados a quien el donador había otorgado tres hijas; aunque de ordinario las hijas no traen consigo las bendiciones, el vendedor de torrados aceptó con resignación el don de su creador y amaba a sus tres hijas. Por otra parte, ellas eran como lunas, y la más pequeña aventajaba a sus dos hermanas en belleza, encantos, gracia, sagacidad, inteligencia y perfecciones. La más pequeña se llamaba Zeina. Pues bien, todas las mañanas, las tres hijas iban a casa de su maestra, que les enseñaba el arte de bordar sobre seda y terciopelo, pues el vendedor de garbanzos, su padre, que era un hombre excelente, quería que tuviesen una buena educación a fin de que el destino atrajese, por el camino del matrimonio, a los hijos de los mercaderes y no a los hijos de un vendedor cualquiera como era él. Todas las mañanas las jóvenes, al dirigirse a casa de su maestra, pasaban bajo la ventana del hijo del sultán, con su talle ondulante, con su andar de princesas y con sus tres pares de ojos babilónicos, que era lo único que dejaban ver sus velos. Cada mañana, el hijo del sultán, al verlas llegar, desde su ventana, con voz provocativa, les gritaba: «¡Saludo a las hijas del vendedor de garbanzos! ¡Saludo a las tres primeras letras del alfabeto!». La mayor y la mediana siempre respondían al saludo del hijo del rey con mirada sonriente, pero la más pequeña no contestaba nada y seguía su camino sin levantar la cabeza. Si el hijo del sultán insistía, pidiendo, por ejemplo, el precio de los garbanzos o preguntando algo acerca de la calidad o de la venta de aquellos, o por la salud del vendedor de garbanzos tostados, siempre era la más pequeña la que respondía sin tomarse la molestia de mirarle: «¿Y qué lazo hay entre los garbanzos y tú, rostro de pez?». Y las tres, estallando en risas, se alejaban de su vista. Ahora bien, el hijo del sultán, que estaba apasionadamente enamorado de la más joven de las hijas del vendedor de garbanzos, de la pequeña Zeina, no cesaba de lamentarse de su ironía, de su desdén y de su poca diligencia en corresponder a sus solicitudes, por lo que un día en el que ella se burló de él más que de costumbre al responder a sus preguntas, se convenció de que jamás obtendría nada de ella por la galantería y resolvió vengarse en la persona de su padre, castigándole y humillándole, pues sabía que la joven Zeina lo amaba con cariño. Y se dijo: «Así es como lograré hacerle ver mi poder». Así pues, como él era el hijo del sultán y tenía pleno poder sobre las voluntades, obligó al vendedor de torrados a presentarse ante él y le dijo: «Así pues, ¿tú eres el padre de las tres jóvenes?». El vendedor, tembloroso, le respondió: «¡Sí, por Alá, oh mi señor!». Y el hijo del sultán le dijo: «Quiero que mañana, a la hora de la oración, vuelvas aquí a mi presencia, vestido y desnudo a la vez, llorando y sonriendo al mismo tiempo, a caballo y, al mismo tiempo, andando por tu propio pie. Si, para desgracia tuya vienes sin cumplir mis condiciones, o, si habiendo cumplida una, no satisfaces las otras, estarás perdido sin remedio y tu cabeza saltará sobre tus hombros». El pobre vendedor besó el suelo y se fue, pensando: «En verdad, es un encargo enojoso y, ciertamente, que estoy perdido sin remedio». Y con la tez amarilla, el estómago

revuelto y la nariz alargada hasta sus pies regresó junto a sus hijas, que advirtieron su inquietud, y la más pequeña, la joven Zeina, le preguntó: «¡Padre mío! ¿Por qué amarillea tu tez y el mundo se te aparece sombrío?». Él le respondió: «¡Hija mía, en mi ser íntimo presiento una calamidad y en mi pecho un estremecimiento!». Ella le respondió: «Padre mío, cuéntame la calamidad, ya que de esta manera puede que cese tu preocupación y que tu pecho se ensanche».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS OCHENTA Y NUEVE

Schehrazada dijo:

—Y él le contó el asunto desde el principio hasta el fin, sin ocultar detalle, pero no es de utilidad repetirlo aquí. Cuando la joven Zeina escuchó el relato de la aventura de su padre y comprendió el motivo de su pena, de su palidez y de su angustia, comenzó a reírse mucho. Tanto se reía que tuvo que marcharse; más después volviéndose hacia su padre, le dijo: «¡Padre mío! ¿Así que no es más que eso? ¡Por Alá! Debéis dejar de preocuparos y seguir mis consejos en este asunto, lo que hará que el hijo del sultán, ese don nadie, se muerda los puños y estalle de despecho. ¡He aquí lo que debéis hacer!». Reflexionó unos momentos y continuó: «Por lo que se refiere a la primera condición, no tendrás más que ir a casa de nuestro vecino el pescador y pedirle que te venda una de sus redes, que tú me traerás, y de ella te haré ropa con la que te vistas. De esta manera, estarás desnudo y vestido a la vez. En cuanto a la segunda condición, no tendrás más que coger, antes de ir al palacio del sultán, una cebolla, con la que te frotarás los ojos antes de cruzar el umbral y estarás riendo y llorando al mismo tiempo. En fin, por lo que se refiere a la tercera condición, ve a casa de nuestro vecino el asnero y pídele que te preste el asnillo; llévalo contigo y cuando estés en la casa del hijo del sultán, ese tuno, montarás en el asnillo y como tus pies tocarán el suelo marcharás al mismo tiempo sobre tus propios pies. De esta manera estarás montado y andarás al mismo tiempo. Este es mi consejo. ¡Alá es más poderoso y más inteligente!». Cuando el vendedor de garbanzos tostados, padre de la ingeniosa Zeina, escuchó aquellas palabras de su hija, la abrazó y dijo: «¡Oh hija de tus padres! ¡Oh Zeina! Aquel que crea hijas como tú no puede morir. ¡Gloria a aquel que ha puesto tanta inteligencia bajo tu frente y tanta sabiduría en tu espíritu!». Y, rápidamente, el mundo se le apareció de color de rosa, las penas volaron de su corazón y su pecho se ensanchó y, después de tomar un bocado y beber un sorbo de agua, salió a hacer cuanto le había dicho su hija. A la

mañana siguiente, cuando todo estuvo preparado, el vendedor de garbanzos se dirigió al palacio y entró en las habitaciones del hijo del sultán, en la forma y aspecto requeridos, vestido y desnudo a la vez, riendo y llorando al mismo tiempo y andando y cabalgando simultáneamente, mientras el asno, espantado, se puso a rebuznar y peer en medio de la sala de recepción. Esto contrarió sobre manera al hijo del sultán, que se puso extremadamente furioso, y, no pudiendo hacer sufrir al vendedor de torrados el tratamiento con el que le había amenazado, puesto que había cumplido las condiciones impuestas, sintió como si de un momento a otro fuera a estallar la vejiga de la hiel en su hígado. Se juró a sí mismo que, esta vez, sería de la adolescente misma de quien se apoderaría, hundiéndola sin remedio, y, echando al vendedor de garbanzos tostados, se puso a meditar sobre el mejor plan para vengarse de la adolescente. Y esto es todo respecto de él. En cuanto a la joven Zeina, como era gran previsora y veía desde muy lejos, olfateando la proximidad de los acontecimientos, sospechó, de acuerdo con lo que su padre le había referido del estado de furor en que quedó el hijo del sultán, que el joven bribón la atacaría en forma peligrosa. Y se dijo: «¡Antes que él ataque, ataquémosle!». Y se puso en pie, fue en busca de un armero muy experto en su oficio, y le dijo: «Quiero que me confecciones, ¡oh padre de las manos hábiles!, una armadura toda de acero y a mi medida, con brazaletes, perneras y casco del mismo metal. Es preciso que todo esté hecho de tal manera que, al menor movimiento, produzca un ruido ensordecedor, un estruendo espantoso». El armero respondió por el oído y la obediencia y no tardó en entregarle los objetos en cuestión, tal como ella los había encargado. Ahora bien, al llegar la noche, la joven Zeina se disfrazó, sobrevistiéndose con el terrible atuendo de hierro, puso en su bolsillo una tijera y una navaja de afeitar, cogió una horca puntiaguda, y, con todo este aparato, se dirigió al palacio. Al ver llegar a un guerrero tan espantoso, los porteros y guardias del palacio huyeron en todas direcciones y, ya en el interior, los esclavos, aterrorizados por el estruendo ensordecedor que producían las distintas piezas del traje de hierro, por el aspecto terrorífico de quien lo llevaba y por la horca que blandía, siguieron el ejemplo del portero y de los guardias, apresurándose a esconderse en lugar seguro. De esta manera, la hija del vendedor de garbanzos tostados, no encontrando ningún obstáculo ni el menor conato de resistencia, llegó sin impedimento a la habitación donde de ordinario solía estar el joven bribón, hijo del sultán. Dicho joven, oyendo el horrible estruendo y viendo aparecer a quien lo producía, se sintió acometido de espanto, creyendo hallarse ante un espíritu torturador de las almas. Se puso pálido, comenzó a temblar y castañetear los dientes y cayó al suelo, exclamando: «¡Oh poderoso espíritu, perdóname y Alá te perdonará!». Pero la adolescente, con voz espantable, le contestó: «¡Cierra tu boca, oh proxeneta, o te hundo esta horca en los ojos!». El espantado mozo cerró sus labios, no atreviéndose a hacer ningún movimiento ni a decir una sola palabra, y la hija del vendedor de torrados se acercó a él, caído como estaba en el suelo, y sacando la tijera y la navaja de afeitar, le rasuró la mitad de sus mostachos y barba, del lado izquierdo; la mitad de

sus cabellos, del lado derecho, y las dos cejas; luego frotó su cara con boñiga de asno y le introdujo un trozo en la boca. Hecho todo esto, se fue como había venido, sin que nadie intentara interponerse en su camino; llegó a su casa sin contratiempo, se despojó del traje de hierro y se acostó al lado de sus hermanas para dormir plácidamente hasta el día siguiente. Y aquel día, como de ordinario, las tres hermanas, después de lavarse, peinarse y arreglarse, salieron de su casa para ir a la de la maestra de bordados. Como todos los días, pasaron bajo la ventana del hijo del sultán, que estaba sentado, según su costumbre, cerca de la ventana, pero con el rostro y la cabeza envueltos en un pañuelo, de tal manera, que solo se le veían los ojos. Y las tres, contrariamente a como solían comportarse en su presencia, le miraron con insistencia y coquetería, diciéndose el hijo del sultán: «No sé; pero me parece que se van amansando. Puede que sea porque el pañuelo, rodeándome la cabeza y la cara, haga parecer más bellos mis ojos». Y les gritó: «¡Niñas de mi corazón, mi saludo para las tres! ¿Cómo van los garbanzos tostados esta mañana?». La más joven de las tres, la pequeña Zeina, levantó la cabeza hacia él y respondió por sus hermanas: «¡Hola! ¡Nuestros saludos para ti, oh cara entrapajada! ¿Cómo va esta mañana el lado izquierdo de tu barba y de tus mostachos y la mitad derecha de tu cabeza? ¿Y cómo van tus bellas cejas? ¿Encontraste de tu gusto la boñiga de asno, querido mío? ¡Que ella te haya sido de deliciosa digestión!». Después de esto echó a correr, seguida de sus hermanas, y las tres, riendo a carcajadas, hicieron, desde lejos, gestos de burla al hijo del sultán. Todo esto pasó. Viendo y oyendo esto, el hijo del sultán comprendió, sin que pudiera dudarse de ello, que el espíritu maligno de la noche pasada no era otro que la hija del vendedor de torrados, y trémulo de rabia, sintió la hiel subírsele desde el hígado hasta la nariz, jurándose conseguir vengarse de la adolescente, o morir. Y habiendo combinado su plan, esperó a que su barba, sus mostachos, cejas y cabellos crecieran, para hacer venir a su presencia al vendedor de garbanzos tostados, padre de su joven adversaria, quien, mientras se dirigía al palacio, se dijo: «¿Qué calamidad me vendrá esta vez por parte de ese proxeneta?». Y muy poco seguro de sí mismo llegó ante el hijo del sultán, que le dijo: «¡Oh hombre, quiero que me concedas en matrimonio a tu tercera hija, de la que estoy perdidamente enamorado! ¡Si te atreves a negármela, tu cabeza saltará de sobre tus hombros!». Y el vendedor de garbanzos tostados respondió: «No hay inconveniente; pero pido al hijo de nuestro amo el sultán que me conceda un plazo para ir a consultar con mi hija antes de casarla». «Ve a consultarla —repuso el otro—; pero no olvides que si ella rehúsa morirá igual que tú». El contristado vendedor de torrados fue en busca de su hija, y la puso al corriente de la situación, diciéndole: «¡Oh hija mía, esta es una desgracia inevitable!». Pero la hija se echó a reír, y le dijo: «¡Por Alá, oh padre mío! Aquí no hay ninguna desgracia, ni siquiera olor de desgracia. Muy al contrario, este matrimonio es una bendición para ti, para mí y para mis dos hermanas. ¡Doy mi consentimiento!». El vendedor de garbanzos tostados fue a llevar la respuesta de su hija al hijo del sultán, que casi se desmayó de gusto y contento, y en seguida dio

orden de hacer los preparativos de la boda, que comenzaron inmediatamente. Por lo que se refiere a la adolescente, se puso al habla con un confitero muy diestro en el arte de confeccionar muñecas de azúcar, y le dijo: «Deseo que me hagas una muñeca de azúcar que sea de mi talla, aspecto y color, con cabellos también de azúcar, pero hilada, con bellos ojos negros y boca pequeña, bonita nariz, finas cejas y todo aquello que sea preciso en los demás sitios». El confitero, que era de manos muy hábiles, le hizo una muñeca que tenía sus rasgos y un gran parecido, tan bien confeccionada, que no le faltaba más que la palabra para ser una hija de Adán. Cuando llegó la noche nupcial de la perforación, la adolescente, ayudada por sus hermanas, convertidas en sus damas de honor, puso su propia camisa sobre el cuerpo de la muñeca, y la acostó en el lecho, en su lugar, corriendo el mosquitero. Luego dio las necesarias instrucciones a sus hermanas y se escondió detrás del lecho. Al acercarse el momento de la penetración, las dos jóvenes hermanas de Zeina, precediendo al esposo, lo introdujeron en la cámara nupcial. Después de expresarle sus buenos deseos, según costumbre, y hechas las recomendaciones concernientes a su hermanita, diciéndole: «Ella es delicada, y te la confiamos; es gentil y muy dulce; ¡de esto no te quejarás!», pidieron licencia, y lo dejaron solo en la habitación. El hijo del sultán, recordando entonces todas las afrentas que le había hecho sufrir la hija del vendedor de garbanzos tostados, todos sus furores acumulados contra ella, todas las humillaciones y desdenes con que le había abrumado, se acercó a la joven, que él creía acostada bajo el mosquitero, esperándole, y, desenvainando su enorme sable, le asestó un tajo con todas sus fuerzas, volando la cabeza, hecha pedazos, en todas direcciones. Uno de los trozos fue a caerle dentro de la boca, que tenía abierta, profiriendo injurias contra su víctima, y, sintiendo el gusto del azúcar, quedó asombrado, exclamando: «¡Por mi vida! He aquí que después de haberme hecho comer, cuando vivía, la amarga boñiga de asno, ahora, después de muerta, me hace gustar la dulzura exquisita de su carne». Y persuadido de que acababa de cortar la cabeza de una criatura tan deliciosa, se dejó llevar por la desesperación, y quiso atravesarse el vientre con el sable que le había servido para destrozar la muñeca. Pero de pronto la verdadera adolescente salió de su escondite, y, por detrás, detuvo su brazo, y estrechándole entre los suyos, le dijo: «¡Perdonémonos nosotros, y Alá nos perdonará!». El hijo del sultán olvidó todas sus tribulaciones, viendo la sonrisa de la exquisita adolescente que tanto había él deseado, y la perdonó y la amó. Y vivieron felices, dejando una numerosa descendencia.

Y Schehrazada, no hallándose fatigada aquella noche, contó aún al rey Schahriar la historia siguiente:

EL DESANUDADOR

—Se cuenta que en la ciudad de Damasco, allá en el país de Scham, había un joven mercader tan bello y atractivo, que ni una sola de las compradoras que acudían a su tienda, en el mercado, pudo resistir a su maravillosa belleza. Y en verdad que era

un placer para los sentidos y la condenación para el alma de quien lo contemplaba. A nadie mejor que a él pudieran aplicarse los versos que el poeta dijo:

Mi señor es el rey de la hermosura, y el creador hizo una obra perfecta, pues en su cuerpo, todo perfecto, no existe un rincón desdeñable.

Sus formas son tan delicadas como duro es su corazón. Sus ojos, rasgados, miran bélicamente a los indiferentes, y a los corazones más tranquilos los hace enardecer.

Sus ensortijados cabellos son negros como los escorpiones; su tallo, flexible como las ramas del *ban*; fino como la caña del bambú.

Y su grupa, bien torneada, tiembla y se balancea como la leche cuajada en la escudilla de un beduino.

Ahora bien, uno de tantos días el adolescente estaba sentado, como de ordinario, delante de su tienda, cuando entró una dama para efectuar su compra. Él la recibió con toda dignidad, y la conversación se entabló a propósito de las operaciones de comprar y vender. Al cabo de un rato, la dama, subyugada enteramente por los encantos del joven, le dijo: «¡Oh cara de luna, mañana volveré a verte, y quedarás contento de mí!». Y después de comprar una pequeña cosa, que pagó sin regatear, se fue por su camino. Como había prometido, al día siguiente, a la misma hora, volvió a la tienda, llevando de la mano a una adolescente bastante más joven que ella y más bonita, más atractiva y más deseable. El mercader, contemplando a la hermosa joven, no tuvo ojos más que para ella, sin ocuparse de la otra para nada, quien acabó diciéndole al oído: «¡Oh rostro bendito, por Alá que no has elegido mal! Si así lo deseas, serviré de intermediaria entre ti y esta adolescente, que es mi propia hija». El mercader dijo: «¡En tu mano están todas las bendiciones, oh mi ama! Tan cierto como el profeta, ¡para él las oraciones y la paz!, es mi ardiente deseo por esta adolescente, tu hija; pero ¡ay de mí!, mi deseo es una cosa y la realidad otra, pues juzgo, por las apariencias, que soy bien poca cosa para tu hija». La dama exclamó: «¡Por el profeta, oh hijo mío, que eso no cuenta! Te haremos gracia de la dote que el esposo debe inscribir a nombre de la esposa, y, además, correremos con todos los gastos de la boda. No harás, pues, sino dejar hacer, y encontrarás buena cama, pan caliente, esposa joven y bienestar. Cuando se da con un joven tan bello como tú, se toma tal como es, sin pedirle otra cosa más que proceder, en aquello que tú sabes, con valor, dureza, decisión y por mucho tiempo». El adolescente respondió: «No hay inconveniente».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS NOVENTA

Dijo Schehrazada:

—Y sobre la marcha se llegó a un acuerdo en todas las cuestiones, conviniéndose en que la boda se celebraría dentro del plazo más breve posible, sin ceremonias ni invitados, sin músicos, danzadoras ni cantantes, y sin cortejo alguno. El día fijado vinieron el cadí y los testigos, suscribiéndose el contrato de acuerdo con las prescripciones de la ley, y la madre, en presencia del cadí y los testigos, introdujo al joven en la habitación nupcial y lo dejó a solas con su esposa, diciendo: «¡Regocijaos con vuestro destino, oh hijos míos!». Y aquella noche no hubo en toda la ciudad de Damasco, en el país de Scham, una pareja más hermosa que la formada por los dos jóvenes recién casados, adaptándose el uno al otro como las dos mitades de una misma almendra. Al día siguiente, después de una noche pasada entre delicias, el adolescente se levantó y fue a hacer sus abluciones a la casa de baños. Después acudió a su tienda, como de costumbre, permaneció allí hasta que se cerró el mercado, y luego regresó a su nueva casa en busca de su esposa. Entró en el harén y fue directamente a la cámara nupcial, donde la víspera gustara tan deliciosos placeres, y he aquí que, bajo el mosquitero, su esposa, adormecida y con los cabellos en desorden, se hallaba acostada al lado de un joven mozo, sin pelo en la cara, que la estrechaba amorosamente contra él. Viendo esto se le nubló la vista, y, precipitándose fuera de la habitación, fue en busca de la madre para que viera lo que había que ver. La encontró precisamente en el umbral de la habitación, y al verle pálido y descompuesto le preguntó: «¿Qué tienes, hijo mío? ¡La oración para el profeta!». El joven respondió: «Para él la oración y la paz. ¿Qué es, ¡oh tía!, lo que he visto en el lecho? ¡Alá me proteja contra el lapidado!». Y escupió violentamente contra el suelo, como si alguien se hallara a sus pies. La madre dijo: «¿Por qué, ¡oh hijo mío!, toda esa cólera y desesperación? ¿Es porque tu esposa está con otro? ¡Por los méritos del profeta! ¿Crees que podremos mantenernos del aire? ¿Y piensas que te he concedido a mi hija por esposa, sin exigirte nada como dote ni pensión, para que ahora te atrevas a reprochar su conducta y contrariar sus caprichos? ¡Esto es mucho pretender por tu parte, oh hijo mío! Deberías comprender que dos mujeres como nosotras no pueden subsistir si no tienen libertad de movimientos. ¿Comprendes ahora?». El adolescente, estupefacto por lo que acababa de oír, no supo qué contestar, contentándose con murmurar: «¡En Alá me refugio; él es el misericordioso!». «¿Cómo? ¿Y aún te quejas? —replicó la madre—. Si nuestra manera de vivir no te agrada, no tienes más que volvernos la espalda y marcharte». Oyendo esto, el joven, extremadamente encolerizado, y gritando de manera que pudiera ser oído, tanto por la madre como por

la hija, exclamó: «¡Me divorcio! ¡Por Alá y por el profeta, yo me divorcio!». En el mismo momento, la adolescente salió de debajo del mosquitero, y habiendo oído pronunciar la fórmula de divorcio, se apresuró a taparse el rostro con el velo, para no presentarse al descubierto ante quien en adelante era ya para ella un extraño. Al mismo tiempo que ella, salió del lecho la persona con la que tan amorosamente estaba abrazada, y dicha persona, que desde lejos parecía un joven imberbe, era, no hacía falta más que ver la mata de sus cabellos desanudados rozándole los tobillos, una adolescente. En tanto que el asombrado joven se hallaba inmovilizado por la sorpresa, dos testigos, que la madre había escondido detrás de una cortina, hicieron su aparición, diciendo: «Hemos oído pronunciar la fórmula de divorcio, y testimoniamos que estás divorciado de tu esposa». Y la madre, riendo, le dijo: «Y bien, hijo mío, no tienes que hacer más que marcharte, y para que no te lleves una penosa impresión, has de saber que la adolescente que estaba acostada con tu esposa, y que hela aquí, es mi hija menor. Lo que creíste es un pecado que tienes sobre tu conciencia; pero también quiero que sepas que tu esposa se casó primero con un joven, al que amaba y del que era amada. Un día disputaron, y en el calor de la discusión, mi yerno dijo a mi hija: “¡Tú estás divorciada por tres veces!”. Bien sabes que esta es la fórmula de divorcio más grave y más solemne, y que quien la pronuncia no puede volver a casarse con su esposa, si algún día tiene deseo de hacerlo, a menos que ella consume nuevo matrimonio con un segundo marido, que, a su vez, la repudie. Nos era preciso, pues, un desanudador, que he buscado durante mucho tiempo sin encontrarlo, hasta que he dado contigo. Cuando te vi comprendí que eras un desligador perfecto, te elegí y ha sucedido lo que debía suceder. ¡Ve con Dios!». Y sin más, le empujó fuera de la casa y cerró la puerta, mientras el primer esposo, ante los mismos testigos y el cadí, suscribía un segundo contrato matrimonial con la que ya había sido su esposa. Tal es, ¡oh rey afortunado! —dijo Schehrazada—, la historia del desanudador. Pero está lejos de ser tan deliciosa como la del capitán de policía...

EL CAPITÁN DE POLICÍA

Vivía en El Cairo, hace mucho tiempo, un curdo llegado a Egipto bajo el reinado del victorioso Saladino, ¡que Alá tenga en su gracia! Era el tal curdo hombre de formidable envergadura, con grandes mostachos y barba que subía hasta sus ojos; cejas que, cayendo sobre ellos, apenas le dejaban ver, y mechones de pelo saliendo de sus orejas y nariz. Su aspecto era tan rudo y áspero, que bien pronto fue elegido capitán de policía. Los pilletes del barrio, nada más verle de lejos, huían echando sus piernas al viento, más de prisa que si hubieran visto aparecer al maligno. Las madres, cuando los hijos pequeños se ponían insoportables, les amenazaban con llamar al capitán curdo; en una palabra, era el espanto del barrio y aun de la ciudad. Ahora bien, uno de tantos días sintió que le pesaba su soledad, y que sería buena cosa, al regresar por las noches a su casa, encontrar carne fresca que ponerse debajo, y fue en busca de una casamentera, diciéndole: «Deseo tomar esposa; pero tengo mucha

experiencia y sé las tribulaciones que de ordinario traen las mujeres consigo. Por ello, como deseo tener la menor cantidad posible de complicaciones, quiero que me proporciones una niña virgen que no se haya separado de las faldas de su madre, y que esté dispuesta a vivir conmigo en una casa compuesta de una sola habitación. Pongo por condición que ella no ha de salir nunca de esta casa y esta habitación, y a ti te toca ver si puedes o no encontrarme esta adolescente». La casamentera respondió: «¡Puedo! ¡Deposita las arras!». El capitán de policía le entregó un dinar como arras, y se fue por donde había venido. La entremetida se puso en pie, y desde aquel mismo momento se dedicó a buscar a la adolescente en cuestión. Después de varios días de buscar y rebuscar, yendo y viniendo, e indagando, logró encontrar una joven que consentía en vivir con el curdo sin salir jamás de la casa compuesta de una sola habitación. La casamentera fue a dar parte al capitán de policía del éxito de sus gestiones, diciéndole: «La que te he encontrado es una joven virgen que no se ha separado nunca de su madre, y que, cuando le he propuesto tus condiciones, me ha dicho: “Vivir con el valiente capitán o quedar aquí encerrada con mi madre es la misma cosa”». El curdo quedó muy satisfecho de esta respuesta, y preguntó a la entremetida: «¿Y cómo es ella?». La casamentera contestó: «Es gruesa, rechoncha y blanca». «¡Así es como me gustan!», replicó el capitán. Y como el padre de la joven estaba conforme, la madre también lo estaba y la joven y el curdo no deseaban otra cosa, la boda se celebró en seguida, y el curdo, padre de los grandes bigotes, llevó a la adolescente gorda, rechoncha y blanca a su casa compuesta de una sola habitación, encerrándose en ella con su esposa y con su destino. Y solo Alá sabe lo que allí pasó aquella noche. Al día siguiente, el curdo, al salir de su casa para ir a ocuparse de los asuntos de la policía, se dijo: «Con esta niña he asegurado mi suerte». Y por la tarde, al regresar, le bastó echar una ojeada para comprobar que todo estaba en buen orden dentro de la casa. Todos los días decía para sí: «No ha nacido todavía quien sea capaz de meter las narices en mi plato». Su tranquilidad era perfecta y su seguridad absoluta. No sabía, a pesar de toda su experiencia, que la mujer es sutil por naturaleza, y que, cuando desea alguna cosa, nada es capaz de detenerla. ¡Bien pronto vamos a verlo! En efecto, en la misma calle, enfrente de la ventana de la casa, había un despacho de carne de cordero, cuyo dueño, el carnicero, tenía un hijo muy gallardo y de naturaleza alegre y animada, que, con una hermosa voz, cantaba sin parar desde la mañana hasta la noche. La joven esposa del capitán curdo fue subyugada por los encantos de la voz del hijo del carnicero, y entre ellos pasó lo que tenía que pasar.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS NOVENTA Y UNA

Ella dijo:

—Aquel día el señor curdo regresó a su casa antes que de costumbre, introduciendo la llave en la cerradura para abrir la puerta. Su esposa, que en aquel preciso momento estaba en trance de copulación, oyó el roce de la llave, y dejándolo todo se puso en pie de un salto, apresurándose a esconder a su amante en un rincón de la habitación, detrás de la cuerda donde estaban colgados todos los vestidos de su esposo y los suyos propios. Luego cogió su velo más grande, aquel con el que se envolvía de ordinario, y, bajando las escalerillas, fue al encuentro de su marido el capitán, quien ya había subido la mitad de los escalones, notando que algo ocurría en su casa, fuera de lo ordinario, y encarándose con su mujer, dijo: «¿Qué hay? ¿Porqué te has puesto ese velo?». Ella respondió: «La historia de este velo, ¡oh mi amo!, es tal, que si se tatuara sobre los ojos serviría de lección a quienes la leyeran con atención; pero primero ven a sentarte en el diván para que te la cuente». Le empujó hasta el diván, le rogó que se sentara y prosiguió de esta manera: «Había en la ciudad de El Cairo un capitán de policía, hombre terrible y celoso, que vigilaba a su mujer sin darle respiro, y para estar seguro de su fidelidad, la había encerrado en una casa como esta, de una sola habitación. Apesar de todas sus precauciones, la joven esposa ornamentó la cabeza de su marido, poniendo en ello todo su corazón, copulando a más y mejor, a la sombra de los insensibles cuernos, con el hijo de su vecino el carnicero, tanto y tan bien, que uno de los días, el capitán, llegando a su casa antes de lo acostumbrado, notó algo extraño en la vivienda. Así era, en efecto, pues cuando la mujer le oyó entrar, se apresuró a esconder al amante, y, empujando al marido hasta un diván, tal como yo lo he hecho contigo, le echó sobre la cabeza un paño que halló a mano, rodeándole con él el cuello y apretando con todas sus fuerzas, así...». Y la joven echó efectivamente un paño sobre la cabeza del curdo, le rodeó con él el cuello, y riendo, continuó su historia. «Cuando el hijo de perro tuvo bien tapada la cabeza y rodeado el cuello con el paño, la esposa gritó a su amante, que estaba escondido detrás de los vestidos de su marido: “¡Eh, querido mío, de prisa, sálvate!”. Y el joven carnicero se apresuró a salir de su escondite, precipitándose escaleras abajo hasta la calle. Tal es, ¡oh mi señor!, la historia que quería contarte». Terminada la historia, y viendo que su amante estaba ya en seguridad, la joven mujer aflojó el paño que había enrollado sólidamente al cuello de su marido el curdo, y se echó a reír de tal manera, que cayó de espaldas. Respecto del capitán curdo, librado así de la estrangulación, no supo si reír o enfadarse con la historia y el juego de su mujer, y, por otra parte, curdo era y curdo siguió siendo. Por ello mismo, no comprendió nada del incidente. Sus mostachos y su pelambreira no fueron peor, y murió como un bienaventurado, dejando numerosos hijos.

Y Schehrazada aquella noche contó aún la historia siguiente, que es una pugna de generosidad entre tres personas del todo diferentes, a saber: un marido, un amante y

un ladrón.

¿QUIÉN ES EL MÁS GENEROSO?

—Se cuenta que vivían en Bagdad un primo y su prima que se amaban desde la infancia con extremado amor. Sus padres los habían destinado el uno para el otro, diciéndose siempre: «Cuando Habib sea mayor, lo casaremos con Habiba». Habían vivido y crecido juntos, y con ellos creció también su mutuo cariño; pero cuando estuvieron en edad de casarse, el destino no decretó su matrimonio, pues sus padres, habiendo sufrido reveses de fortuna, quedaron muy pobres, y los de Habiba estimaron conveniente aceptar como esposo de su hija a un respetable jeque, uno de los más ricos mercaderes de Bagdad, que la había solicitado en matrimonio. Cuando la boda con el jeque estuvo decidida, la joven Habiba quiso ver a su primo Habib por última vez, y, llorando, le dijo: «¡Oh hijo del tío! ¡Oh mi muy amado! Ya sabes lo que pasa. Mis padres me han prometido en matrimonio a un jeque a quien no he visto en toda mi vida, y tampoco él me vio a mi jamás. Y he aquí que por este matrimonio vemos frustrado nuestro amor, ¡oh mi primo!, y pudiera ser que nuestra muerte fuera preferible a nuestra vida». Habib, llorando, repuso: «¡Oh mi amada prima, nuestro destino era amarnos, y en adelante nuestra vida carece de significación! ¿Cómo podremos, lejos el uno del otro, gustar aún de la vida y deleitarnos con las bellezas de la tierra? ¡Ay de mí! ¿Podremos soportar el peso de nuestro destino?». Y lloraron ambos, creyendo desmayarse de dolor, hasta que vinieron a separarlos, diciéndoles que se esperaba ya a la desposada para conducirla a casa del esposo. Se organizó el cortejo y se llevó a la desolada Habiba hasta la morada del jeque, y, después de las ceremonias usuales, los buenos deseos y la petición de bendiciones, la boda llegó a su fin y todos se fueron, dejando a la joven esposa en casa de su esposo. Cuando llegó el momento de la consumación, el jeque entró en la cámara nupcial y vio a su esposa llorando sobre los cojines. «Seguramente —pensó— que llora como todas las jóvenes al separarse de sus madres. Afortunadamente es cosa que de ordinario dura poco. Con aceite se suavizan los candados más duros, y con dulzura se domestican los leones cachorros». Y, mientras lloraba, se acercó a ella y le dijo: «¡Oh Habiba, luz del alma! ¿Por qué me ocultas así la belleza de tus ojos? ¿Qué dolor es el tuyo que te hace olvidar así mi presencia, nueva para ti?». Pero la adolescente, al oír a su esposo, acrecentó sus lágrimas y sollozos, escondiendo aún más la cabeza entre la almohada. El jeque, muy aturdido, le dijo: «¡Oh Habiba, si es que lloras por haberte separado de tu madre, dímelo, y, al momento, iré en busca de ella y te la traeré!». La joven, por toda respuesta, negó sin levantar la cabeza de las almohadas, llorando con más fuerza, y no dijo más. El esposo siguió diciendo: «Si es por tu padre, alguna de tus hermanas, tu nodriza o algún animal familiar, tal como un gallo, gato o gacela, por lo que lloras tan desconsoladamente, dímelo, y, ¡por Alá que iré inmediatamente a traértelo!». Un signo negativo, sacudiendo la cabeza en la almohada, fue la respuesta. El jeque, reflexionando un momento, repuso: «¿Lloras acaso porque echas de menos

la casa de tus padres, donde has pasado tu infancia y tu adolescencia? ¡Oh Habiba, si es que lloras por eso, dímelo y te tomaré de la mano para llevarte hasta allí!». La adolescente, algo afectada por las buenas palabras de su esposo, levantó la cabeza con sus hermosos ojos llenos de lágrimas y su bello rostro como una llama, y, entre sollozos, respondió: «¡Oh señor!, no lloro por mi padre ni por mi madre, tampoco por mis hermanas ni por mi nodriza, y menos aún por animales familiares. Te suplico que me dispenses de revelarte el motivo de mis lágrimas y de mi pena». El excelente jeque, que veía por primera vez el rostro de su mujer al descubierto, quedó muy impresionado por su belleza, por el candor infantil que se desprendía de toda ella, y por la dulzura de su voz, diciendo: «¡Oh Habiba, la más bella de todas las adolescentes! Si no es el alejamiento de tu casa y familia lo que te produce tanta pena, es que existe otro motivo. ¡Te suplico que me lo digas para intentar poner remedio a tus penas!». Pero ella repuso: «¡Por favor, dispénsame de decírtelo!». «¡Es que ese motivo no es otro que la repugnancia y aversión que sientes hacia mí! —dijo él—. ¡Por mi vida! ¡Si por mediación de tu madre me hubieras dicho que no querías ser mi esposa, ciertamente yo no te hubiera obligado a entrar en mi casa tan a tu pesar!». Ella dijo: «¡No por Alá, oh mi amo! La causa de mi pena no está motivada en absoluto por repugnancia ni aversión hacia ti. ¿Cómo podría experimentar tales sentimientos hacia quien no había visto jamás? Toda mi pena se debe a otra causa que yo no sabría revelarte». Y él continuó presionándola tan decididamente y con tanta bondad, que la adolescente, con los ojos bajos, acabó confesándole su amor por su primo, diciéndole: «El motivo de mis lágrimas y de mis penas es un ser querido que ha quedado en la casa; es el hijo de mi tío; aquel con el que me he criado, que me ama, y yo le amo, desde la niñez. El amor, ¡oh mi amo!, es una planta con raíces tan profundas en el corazón, que para arrancarla sería preciso arrancar el corazón con ella». Después de escuchar esta revelación de su esposa, el jeque bajó la cabeza sin decir una palabra y reflexionó durante una hora; luego dijo a la adolescente: «¡Oh mi dueña! La ley de Alá y de su profeta, ¡para él la oración y la paz!, prohíbe a los creyentes obtener por la fuerza, sea lo que fuere, nada de otro creyente. Si un trozo de pan no debe, pues, tomarse por la violencia, ¿qué será cuando se trata de robar el corazón? Así, pues, tranquiliza tu ánimo y despeja tu mirada, que nada ocurrirá que no esté escrito en el libro de tu destino». A continuación añadió: «¡Levántate, oh mi esposa de un momento, y, con mi consentimiento y a mi entera satisfacción, ve al encuentro de aquel que tiene sobre ti derechos más reales que los míos y entrégate a él libremente! Regresarás aquí muy de mañana antes que se levanten los sirvientes y te vean entrar, y, desde este instante, eres para mí como una hija de mi carne y de mi sangre, y el padre no toca jamás a su hija. Cuando yo muera tú serás mi heredera. ¡Levántate, hija mía, y ve sin dudar, a consolar a tu primo, que debe llorarte como se llora a los muertos!». Y, ayudándola a levantarse, él mismo le alcanzó sus bellos vestidos y sus pedrerías de desposada, acompañándola hasta la puerta. Ella salió a la calle, con sus bellas ropas y sus pedrerías, como ídolo llevado en procesión, un día de

fiesta, por los descreídos.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS NOVENTA Y DOS

Schehrazada dijo:

—Apenas anduvo unos pasos en la calle, por donde a aquella hora de la noche no pasaba un alma, cuando una forma oscura salió súbitamente de las sombras y se arrojó sobre ella. Era un ladrón al acecho de cualquier presa nocturna, quien, viendo brillar las pedrerías, se había dicho: «He aquí con qué enriquecerme para toda mi vida». La detuvo brutalmente, y, con voz ahogada y espantable, disponiéndose a despojarla, le dijo: «Si abres la boca para gritar, te dejaré tan ancha como larga». Y ya había puesto la mano sobre los collares, cuando, posando su mirada sobre aquel rostro tan bello, se contuvo, pensando: «¡Por Alá; es ella toda entera lo que voy a llevarme, puesto que es más preciosa que todos los tesoros!»; y le dijo: «¡Oh mi amada; no te haré ningún daño, pero no hagas resistencia y ven conmigo de tu propia voluntad!». La adolescente, por toda respuesta, se echó a llorar y el ladrón le dijo: «¡Por Alá!, ¿por qué lloras? ¡Juro que no te maltrataré ni te despojaré, si te entregas a mí libremente!». Al mismo tiempo la cogió de la mano e intentó llevarla con él, y, a través de sus lágrimas, ella le dijo quién era, refiriéndole la generosidad del jeque, su esposo, y contando toda su historia sin omitir ningún detalle, añadiendo: «¡Y ahora estoy en tus manos! ¡Haz de mí lo que quieras!». Cuando el ladrón, que era el escamoteador más hábil de toda la corporación de los ladrones de Bagdad, acabó de escuchar la singular historia de la adolescente y comprendió todo el alcance del generoso proceder del jeque, su esposo, bajó la cabeza durante unos instantes y reflexionó profundamente. Luego dijo a la adolescente: «¿Y dónde vive el hijo de tu tío, aquel a quien tú amas?». Ella contestó: «En tal barrio, tal calle, y tal casa, donde él ocupa la habitación que está en el jardín». Y el ladrón repuso: «¡Oh mi ama; no se dirá que dos amantes han visto frustrado su amor por un ladrón! ¡Quiera Alá concederte las más escogidas de sus gracias durante esta noche que vas a pasar con tu primo! En cuanto a mí, voy a llevarte escoltada para evitar encuentros enojosos con otros ladrones como yo —y añadió—: ¡Oh mi ama, todos podemos soplar, pero yo no tengo la flauta!». Después de expresarse así, el ladrón tomó de la mano a la adolescente, y, con los mismos respetos que hubiera usado con una reina, la llevó hasta la casa de su amante. Cuando llegaron a ella, solicitó su licencia, y, después de besarle los faldones del vestido, se fue por su camino. La joven empujó la puerta del jardín, lo atravesó, y se dirigió directamente a la habitación de su primo. Antes de

llegar, ya oyó sus sollozos; llamó a la puerta, y su primo, con la voz empañada por las lágrimas, preguntó: «¿Quién está ahí?». Ella contestó: «¡Habiba!»; y, viniendo del interior, se oyó exclamar: «¡Oh voz de Habiba!; si ella ha muerto, ¿quién eres tú que me hablas con su voz?». «¡Soy Habiba —repuso ella— la hija de tu tío!». La puerta se abrió y Habib cayó desvanecido en los brazos de su prima. Cuando, gracias a los cuidados de Habiba, volvió de su desvanecimiento, ella le hizo reposar a su lado, cogiéndole la cabeza y poniéndola sobre sus rodillas, y le contó todo lo que la había sucedido con el jeque su esposo, y con el generoso ladrón. Habib, después de oír aquello, se impresionó de tal manera, que de momento no pudo pronunciar ni una sola palabra. Luego se levantó y dijo a su prima: «¡Ven, oh mi amada!». Y, cogiéndola de la mano, salió a la calle con ella, dirigiéndose, sin abrir los labios en todo el camino, a la morada del jeque, su esposo. Cuando el jeque vio llegar a su esposa acompañada por el joven Habib, su primo, y comprendió las razones por las que venían a su morada, los introdujo en su propia habitación, los abrazó como un padre abraza a sus hijos, y, adoptando una actitud llena de gravedad, les dijo: «Cuando un creyente dice a su esposa: tú eres la hija de mi carne y de mi sangre, ningún poder humano debe hacerle desdecirse de sus palabras. Así, pues, nada me debéis, puesto que estoy obligado por mis propias palabras». Después de hablar así, inscribió a nombre de ellos su casa y sus bienes, y se fue a vivir a otra ciudad.

Y Schehrazada dejó al rey Schahriar el cuidado de sacar las conclusiones de esta historia, sin preguntarle nada a propósito de ello, y aquella noche refirió aún:

EL BARBERO ESCARMENTADO

—Se cuenta que había en El Cairo un joven mozo, sin igual por su hermosura y méritos, que tenía por amiga, a la que amaba mucho y ella a su vez también le amaba, una adolescente cuyo marido era jefe de policía, hombre impetuoso y bravo, y de tal fortaleza, que un solo dedo de sus manos bastaría para aplastar a la adolescente. Este hombre poseía todas las excelentes cualidades para satisfacer a su harén, pero no tenía barba, y su esposa era de las que preferirían a un chivo solo por tenerla, y, además, era yegua que gustaba de ser montada preferentemente por jovenzuelos. Uno de tantos días, el jefe de policía entró en su casa y dijo a su esposa: «Esta tarde estoy invitado a pasarla con un amigo en los jardines para respirar allí el aire puro. Si se me necesita para cualquier asunto que pueda surgir, ya sabes dónde se me puede hallar». Su esposa le dijo: «Nadie querrá otra cosa de ti, que no sea saber que te encuentras contento y divertido. ¡Ve a regocijarte en los jardines, oh mi dueño, y que ello te haga feliz!». El hombre se fue por su camino, felicitándose una vez más de tener una esposa tan atenta, obediente y educada. Y, tan pronto como volvió la espalda, su esposa exclamó: «¡Alabanzas a Alá que aleja de mí, por esta tarde, a ese jabalí! Enviaré recado al anhelado de mi corazón». Y, llamando al pequeño eunuco que estaba a su servicio, le dijo: «¡Oh mi pequeño!; vete a buscar, de mi parte, a quien tú sabes; si no lo encuentras en su casa, búscale por todas partes hasta dar con él, y dile:

“Mi ama te envía sus saludos y te pide que vayas ahora mismo a encontrarte con ella en su casa”». El pequeño eunuco salió, y, no encontrando al adolescente en su casa, se dedicó a recorrer, en busca suya, todas las tiendas del mercado donde tenía costumbre de ir a pasar el rato, logrando al fin encontrarlo en la tienda de un barbero, donde había entrado para hacerse afeitar la cabeza. Se acercó a él en el preciso momento en que el barbero le colocaba, rodeándole el cuello, un paño limpio, y le dijo en voz alta: «¡Haga Alá que te refresques con delicia! —e, inclinándose, le dijo al oído—: Mi ama te envía sus saludos y me encarga de decirte que hoy el río viene claro y que el otro está en los jardines. Si te place, pues, poseerla, no tienes más que venir en seguida». El mozo, oyendo esto, no tuvo paciencia para seguir allí un momento más y gritó al barbero: «¡Seca rápidamente mi cabeza para que pueda irme, y ya volveré otro día!». Y le puso en la mano un dracma de plata, como si hubiera terminado de raparle la cabeza. El barbero, viendo tal generosidad, se dijo: «Me ha dado un dracma sin que yo haya hecha mi trabajo. ¿Qué sería si le hubiera rapado la cabeza? ¡Por Alá!, he aquí un cliente al que no quiero perder de vista. Sin duda que cuando le afeite la cabeza me dará un puñado de estos dracmas». Entretanto, el adolescente se levantó rápidamente y salió a la calle. El barbero, acompañándole hasta el umbral de la tienda, le dijo: «¡Alá contigo, oh mi amo! Espero que, cuando hayas arreglado tus asuntos pendientes, vuelvas por esta tienda, de donde saldrás aún más hermoso que al entrar». El adolescente respondió: «Perfectamente: ya volveré». Y echó a andar apresuradamente, desapareciendo al volver de una esquina. Llegó ante la casa de su amiga, y ya se disponía a llamar a la puerta, cuando, con gran sorpresa, vio aparecer al barbero, que, desde el extremo de la calle, venía hacia él, haciéndole señas para que le esperara. No sabiendo el motivo que podría tener el barbero para venir en busca suya, se detuvo, absteniéndose de llamar. El otro, cuando llegó, le dijo: «¡Oh mi amo! ¡Alá sea contigo! Vengo para rogarte que no te olvides de mi tienda, que se ha perfumado con tu llegada e iluminado con tu presencia. El sabio dijo: “Cuando te encuentres a gusto en un sitio, no te molestes en buscar otro”. Y el gran médico de los árabes, Abú-Alí el Hossein Ibu-Sina, ¡para él la gracia del altísimo!, ha dicho: “No hay nada mejor para el niño que la leche de su madre. Y nada es más agradable para la cabeza que la mano de un barbero hábil”. Espero de ti, ¡oh mi amo!, que reconozcas mi establecimiento entre los de los otros barberos del mercado». El adolescente le contestó: «Ciertamente que lo reconoceré, barbero»; y empujó la puerta, que ya habían abierto desde el interior, apresurándose a cerrarla tras sí. Y juntándose con su amante, hizo con ella las cosas que de ordinario venían haciendo. En cuanto al barbero, en vez de volverse a su tienda, se quedó plantado en la calle frente a la puerta, diciéndose: «Lo mejor será esperar aquí a este cliente distinguido para llevarle yo mismo a mi tienda, no vaya a ser que la confunda con otra de las de la vecindad». Y, sin apartar la vista de la puerta ni un solo instante, allí se quedó. Por lo que se refiere al esposo, cuando llegó al lugar de la cita, su amigo, que le había invitado, dijo: «Perdóname la descortesía de que soy culpable ante ti, pero mi madre

acaba de morir y he de hacer los preparativos para el entierro. Excúsame, pues, por no poder quedarme hoy contigo. Alá es generoso y permitirá que podamos reunirnos aquí otro día». Y, pidiéndole licencia y excusándose aún, se fue por donde había venido. El curdo, con dos palmos de narices se dijo a sí mismo: «¡Que Alá maldiga a las viejas apestosas que estropean así nuestras diversiones, y que el maligno las meta en el más hondo de los agujeros del infierno!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS NOVENTA Y TRES

Dijo Schehrazada:

—Y, diciendo así, escupió con rabia, rezongando: «¡Escupo sobre ti y sobre la tierra que te ha de cubrir, oh madre del fastidio!». Y, tomando el camino de su casa, llegó a su calle, brillándole los ojos por la cólera que le dominaba. Y allí estaba el barbero, con la vista fija en la ventana de la casa, como perro que espera el hueso que han de arrojarle. El curdo le abordó, diciéndole: «¿Qué haces aquí, hombre, y qué es lo que hay de común entre esta casa y tú?». El barbero, inclinándose hasta el suelo, respondió: «¡Oh mi amo, espero al mejor cliente de mi establecimiento!». El marido, muy extrañado, le preguntó: «¿Qué es lo que dices, oh agente de los malos espíritus? ¿Es que ahora va a ser mi casa lugar de cita para los clientes de los barberos de tu clase? ¡Márchate, proxeneta, o comprobarás lo pesado que es mi brazo!». «¡El nombre de Alá sobre ti, oh mi amo —repuso el barbero— y que él proteja a tu casa y a todos los que habitan en tu honorable morada, receptáculo de la honestidad y de todas las virtudes! ¡Pero yo te juro que mi mejor cliente ha entrado ahí! Ahora bien, como estoy esperando a que salga desde hace ya demasiado tiempo, y el trabajo de mi tienda me reclama, haciéndoseme imposible esperar más, yo te ruego que le digas que no se retrase por más tiempo». El otro le dijo: «¿Y qué clase de hombre es tu cliente, oh hijo de entremetida?». Y el barbero repuso: «Es un hermoso joven, con ojos y porte así y así, y lo demás en proporción. Es de todo punto elegante y de maneras refinadas, bien portado y generoso. ¡Un terrón de azúcar! ¡Un panal de miel!». Cuando el capitán de los cien guardias de policía oyó la descripción y elogios del que había entrado en su casa, cogió al barbero por la nuca, y, zarandeándole repetidas veces, le dijo: «¡Oh descendiente de proxenetas! ¿Cómo te atreves a decir tales cosas de mi casa?». El zarandeado barbero repuso: «¡Oh mi amo, ya verás lo que te contesta mi cliente cuando le digas: “El barbero de las manos dulces te espera en la puerta!”». Y el curdo, echando espumarajos de rabia por la boca, exclamó: «¡Bien, quédate aquí mientras voy a comprobar tus palabras!». Y entró

precipitadamente en su casa. Ahora bien, en tanto que esto ocurría en la calle, la joven esposa, que había visto y oído desde detrás de la ventana todo lo que estaba pasando en la puerta, tuvo tiempo de esconder a su amante en la cisterna de la casa, y cuando el marido entró, no había allí adolescente, ni olor de adolescente, ni nada que de cerca o de lejos se le pareciera. El esposo preguntó: «¡Por Alá, oh mujer! ¿Será posible que haya entrado un hombre en nuestra casa?». La esposa, poniéndose muy seria al oír semejante suposición, exclamó: «¿Cómo podría entrar aquí un hombre, mi amo?». «¡Alejado sea el maligno! —repuso el marido—. Un barbero, que está en la calle, me ha dicho que espera a que salga de aquí un joven, que es uno de sus clientes». «¿Y no le has aplastado contra la pared?» preguntó ella. El curdo exclamó: «¡Voy a hacerlo!». Y volviendo a la calle, agarró al barbero por el cuello y lo atrajo violentamente hacia sí, gritándole: «¡Oh entremetido para con tu madre y tu esposa! ¿Cómo te has atrevido a decir tales cosas del harén de un creyente?». Y sin duda iba a retorcerle el cuello cuando el barbero insistió: «¡Por las verdades que nos reveló el profeta, oh mi amo, que yo he visto con mis propios ojos entrar en tu casa al adolescente, sin que le haya visto salir!». El curdo, soltando su presa, se quedó perplejo al oír a aquel hombre sostener sus afirmaciones a punto de morir, y le dijo: «No quiero matarte sin probarte antes que has mentido. ¡Ven conmigo, perro!». Y lo arrastró al interior de la casa, registrando con él todos los rincones de arriba abajo. Cuando terminaron de hacerlo bajaron al patio y siguieron examinando todo, sin encontrar lo que buscaban, y el marido, encarándose con el barbero, dijo: «¡No hay nada!». El barbero respondió: «Es cierto, pero nos queda por ver esta cisterna que aún no hemos registrado». La adolescente, que había estado pendiente de las idas y venidas de los dos hombres, al oír hablar de la cisterna y de registrarla, maldijo en su interior al barbero, pensando: «¡Ah, va a perderme ese hijo de prostituta y de la infamia!». Y bajó al patio a toda prisa, gritando a su esposo: «¿Hasta cuándo vas a estar recorriendo tu casa y tu harén con este hijo de mil cornudos y de la impudicia? ¿No te avergüenza introducir de esta forma en la intimidad de tu morada a un extraño de su ralea? ¿A qué esperas para castigarle por su infamia?». El curdo dijo: «Dices bien, mujer; es preciso castigarle, pero a ti te toca hacerlo, puesto que eres la calumniada. ¡Castígale, pues, según la gravedad y la naturaleza de sus imputaciones!». Entonces, la adolescente fue a la cocina por un cuchillo, lo calentó hasta que estuvo al rojo blanco, y, acercándose al barbero, a quien el curdo ya había derribado al suelo de un tremendo puñetazo, con el incandescente cuchillo le socarró lo que había que socarrar, dicho sea que fueron sus partes pudendas, mientras el marido sujetaba fuertemente contra el suelo al escarmentado barbero. Después lo arrojaron a la calle, diciéndole: «Esto te enseñará a no hablar mal de los harenes de las gentes honradas». Y el desgraciado barbero continuó allí hasta que unos transeúntes, apiadados de él, lo recogieron y le llevaron a su tienda. Y esto es todo lo que sucedió con él. Por lo que se refiere al adolescente encerrado en la cisterna, cuando advirtió que todo había pasado y que el silencio reinaba en la casa, se

apresuró a salir de su escondite, echando sus piernas al viento. ¡Y Alá veló lo que había que velar!

Y Schehrazada no quiso que pasara aquella noche sin contar aún al rey Schahriar la historia de Fairuz y de su esposa.

FAIRUZ Y SU ESPOSA

—Se cuenta que cierto día estaba sentado un rey en la terraza de su palacio, tomando el aire y solazándose, contemplando el cielo sobre su cabeza y los bellos jardines a sus pies, cuando su mirada tropezó, en el terrado de una casa situada frente al palacio, con una mujer de tan extraordinaria belleza que no recordaba haber visto jamás otra que pudiera comparársele.



Volviéndose a los que estaban con él, les preguntó: «¿A quien pertenece esa casa?». «A tu servidor Fairuz —le respondieron—, y esa es su esposa». Entonces descendió de la terraza, ebrio sin haber probado el vino y con el dardo de la pasión clavado en su corazón. En seguida llamó a su servidor Fairuz y le dijo: «Toma esta

carta, vete a la ciudad adonde va dirigida y vuelve con la respuesta». Fairuz tomó la carta, fue a su casa y aquella noche durmió con la carta bajo de su almohada. Cuando despuntó la mañana se levantó, se despidió de su esposa y se dirigió a la ciudad en cuestión, sin sospechar lo que el soberano tramaba contra él. En cuanto al rey, tan pronto como el esposo partió se disfrazó y se dirigió a casa de Fairuz, llamando a la puerta. La esposa preguntó: «¿Quién es?». «¡Soy el rey —contestó él—, amo de tu esposo!». Ella abrió y entró el rey, quien, sentándose, dijo: «Vengo a visitarte». «Para lo que pueda resultar de esta visita —respondió ella, sonriendo— pido protección a Alá, pues en verdad que no espero de ella nada bueno». Y el rey dijo: «¡Oh anhelo de los corazones! Soy el amo de tu marido y creo que no me conoces». Ella respondió: «Ciertamente que te conozco, ¡oh mi amo y señor! Conozco también tus proyectos y sé lo que quieres y que eres el amo de mi esposo. Para demostrarte que comprendo demasiado bien tu asunto, me atrevo a aconsejarte, ¡oh mi soberano!, que te coloques a la altura conveniente para aplicarte a ti mismo aquellos versos del poeta:

No volveré a recorrer el camino de la fuente mientras otros
caminantes puedan poner sus labios en la pila que aplacaría mi sed.

Cuando el enjambre de moscas zumbadoras e inmundas cae sobre
la bandeja, aunque sienta la tortura del hambre, retiro mí mano de los
manjares que me causan placer.

¿No evitan los leones el sendero que conduce al río, y sin embargo
los perros tienen libre el camino y beben allí a lengüetadas?».

Después de recitar estos versos, la esposa de Fairuz añadió: «Y tú, ¡oh rey!, ¿beberás en la fuente donde otros, antes que tú, pusieron sus labios?». El rey, oyendo estas palabras, se quedó estupefacto, y tal impresión le produjeron, que, sin encontrar la respuesta adecuada, volvió la espalda, y, en su apresuramiento por salir de allí, dejó olvidada una de sus sandalias. Por lo que se refiere a Fairuz, helo aquí: cuando salió de su casa para ir a donde le enviaba el rey, buscó la carta en su bolsillo y no la encontró, acordándose de que la había dejado bajo de la almohada. Volvió a su casa y llegó a ella en el preciso momento en que el rey acababa de irse, viendo en el umbral la sandalia olvidada, y, comprendiendo entonces por qué el rey le enviaba fuera de la ciudad, a un país lejano, se dijo: «El rey, mi amo, me envía lejos para poder satisfacer su pasión inconfesable». Sin embargo guardó silencio, y, entrando en su habitación sin hacer ruido, cogió la carta y salió, sin que su esposa se diera cuenta de nada, apresurándose a abandonar la ciudad y cumplir el encargo del rey su amo. Con la protección de Alá viajó sin percances y entregó la carta a su destinatario, regresando con la respuesta, y, antes de irse a su casa para descansar, se presentó ante el rey, quien, para recompensarle por su diligencia, le obsequió con cien dinares. Y nada sucedió ni se pronunció una sola palabra sobre lo que ya sabemos. Fairuz tomó los cien dinares y fue al mercado de los joyeros y orfebres, invirtiendo la totalidad de la

suma en magníficos adornos y aderezos de uso femenino, y, entregándoselos a su esposa, le dijo: «Esto es para celebrar mi retorno, tómalos, así como todo lo que te pertenezca de cuanto hay aquí, y vuelve a casa de tu padre». Ella le preguntó: «¿Por qué?». Y él respondió: «En verdad, que el rey mi amo me ha colmado de bondades y quiero que todo el mundo lo sepa y que tu padre se llene de satisfacción viéndote con todas estas alhajas. Ve, pues, como te he dicho». Y ella respondió: «¡Con todo mi corazón!». La joven se alhajó con todo lo que había traído su esposo y con lo que ya poseía anteriormente y fue a casa de su padre, quien se regocijó sobremanera con su llegada, admirando los bellos adornos que llevaba encima. Durante un mes entero continuó en la casa paterna, y, en ese tiempo, su esposo Fairuz no solamente no pensó en ir a buscarla, sino que ni siquiera envió a pedir noticias suyas. Al cabo de un mes de separación, el hermano de la joven esposa fue en busca de Fairuz y le dijo «¡Oh Fairuz! Si no quieres revelar el motivo de tu enfado y del abandono en que tienes a tu esposa, ven conmigo y pongamos el asunto en manos del rey nuestro amo». Fairuz respondió: «Si vosotros queréis defender vuestra causa, yo no litigaré». Y el hermano de la adolescente replicó: «Ven, de todas maneras, y escucharás mi alegato». Y ambos comparecieron ante el rey. Lo encontraron en la sala de audiencias, y a su lado, se hallaba sentado el cadí. El hermano, después de prosternarse ante el rey, dijo: «¡Oh nuestro amo! Vengo a pleitear sobre un asunto». «Eso concierne al cadí —dijo el rey—, y es a él a quien debes dirigirte». El hermano de la esposa se volvió hacia el cadí y le dijo: «¡Qué Alá guarde a nuestro señor el cadí! He aquí nuestro asunto y nuestro pleito: hemos cedido en alquiler, a este hombre, un hermoso jardín protegido y abrigado por altos muros, muy bien entretenido y plantado de flores y árboles frutales. Ahora bien, este hombre, después de haber recogido todas las flores, comido todos los frutos y abatido los muros quedando el jardín expuesto a los cuatro vientos y sembrando por todas partes la devastación, pretende cesar en el arrendamiento y devolvernos el jardín en el estado en que lo ha puesto. Este es, señor cadí, nuestro asunto y nuestro pleito». El cadí, volviéndose a Fairuz, le preguntó: «¿Y tú que tienes que alegar?». Fairuz respondió: «En verdad que les devuelvo el jardín en mejor estado que antes». Y el cadí dijo al hermano: «¿Es cierto que él devuelve el jardín en mejor estado, como acaba de declarar?». «¡No! —replicó el hermano—; y, además, deseo saber el motivo por el que quiere devolvérselo». El cadí, dirigiéndose a Fairuz, le preguntó: «¿Qué dices tú a esto, joven?». Fairuz respondió: «Yo se lo devuelvo de todas maneras, y el motivo de esta devolución, puesto que desean conocerlo, es que un día entré en el jardín en cuestión y vi en el suelo las huellas del paso del león, y tengo miedo de que me devore si continúo frecuentándolo. Por esto lo devuelvo a sus propietarios. Y lo hago por respeto al león y temiendo por mí».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS NOVENTA Y CUATRO

Ella dijo:

Cuando el rey, que se hallaba recostado sobre unos cojines y escuchaba sin que lo pareciera, oyó lo que decía Fairuz, comprendió todo el alcance de sus palabras y lo que querían significar, y, levantándose, dijo a su joven servidor: «¡Oh Fairuz, calma tu corazón, desecha tus escrúpulos y vuelve a tu jardín, pues, por la verdad y santidad del Islam, que tu jardín es el mejor defendido y guardado que he encontrado en mi vida! ¡Sus murallas están al abrigo de todos los asaltos, y sus árboles, frutos y flores, son los mejores y más bellos que jamás se hayan visto!». Fairuz comprendió, volvió junto a su esposa y la amó. De esta manera, ni el cadí ni ninguno de los presentes en la sala de audiencias comprendió nada de este asunto, que permaneció secreto entre el rey, Fairuz y el hermano de la esposa. ¡Pero Alá es omnisciente!

Y Schehrazada prosiguió:

EL NACIMIENTO Y EL INGENIO

—Erase un hombre, sirio de nacimiento, a quien Alá había dotado, como a todos los de su raza, de sangre gorda e ingenio tardo. Es cosa notoria que cuando Alá distribuyó sus dones entre los hombres, puso en cada país las cualidades y defectos que luego habían de transmitirse de generación en generación. Así, él otorgó el ingenio y la finura a los habitantes de El Cairo, la potencia copulativa a los del Alto Egipto, el amor y la poesía a nuestros padres los árabes, la bravura a los caballeros del centro, las maneras cortesananas a los habitantes del Irak, el culto a la hospitalidad a las tribus errantes y muchos otros dones a distintos países. Pero a los sirios no les concedió más que el amor al lucro y el instinto comercial, olvidándose de ellos totalmente a la hora de distribuir las bellas cualidades. Es por lo que un sirio, sea quien fuere, del país que se extiende desde el mar hasta los confines del desierto de Damasco, será siempre un zafio de sangre espesa y su espíritu no estará abierto jamás sino a las groseras incitaciones de la ganancia y el tráfico. Este sirio en cuestión se despertó un día con el deseo de irse a traficar a El Cairo, y sin duda que fue su adverso destino el que le sugirió la idea de ir a vivir entre las gentes más deliciosas y espirituales de la tierra; pero, como todos los de su raza, se consideraba lleno de suficiencia y pensó que iba a deslumbrar a las gentes de allá abajo con las cosas que llevaba con él. Y, en efecto, llenó varios cofres con lo mejor que poseía en sedas, telas preciosas, armas damasquinadas y otras cosas por el estilo y se fue a la nunca bien ponderada ciudad de El Cairo. Una vez allí, comenzó por alquilar un local para

sus mercancías y una habitación para él mismo en un albergue de la ciudad, cerca de los mercados. Luego se dedicó a buscar clientes entre los mercaderes, invitándoles a ver sus mercancías y de esta manera continuó trabajando durante cierto tiempo, hasta que un día, como hubiera ido a pasearse, mirando todo a derecha e izquierda, se encontró con tres mujeres jóvenes que avanzaban balanceándose y riéndose de todo y por todo. Las tres eran a cuál más bellas y atractivas, y, cuando advirtió su presencia, sus mostachos se enderezaron, acercándose a ellas, al notar que le miraban, y diciéndoles: «¿Podríais venir a hacerme agradable compañía a mi albergue y divertirnos esta noche?». Ellas, risueñas, respondieron: «En verdad que iremos, y, por agradarte, haremos todo cuanto quieras». Él preguntó: «¿En mi casa o en la vuestra, oh mis amas?». «¡Por Alá, en tu casa! —contestaron ellas—. ¿Por ventura crees que nuestros maridos consentirían que introdujéramos en nuestras casas hombres extraños? Esta noche iremos a tu habitación. Dinos, pues, dónde te alojas». Él dijo: «Vivo en una habitación del albergue tal, en tal calle». Y ellas prometieron: «En ese caso, nos prepararas la cena y procurarás que esté caliente para cuando lleguemos, que será después de la oración de la noche». «¡Esas son palabras muy hermosas!», dijo él. Y ellas le dejaron para continuar su camino. Por su parte, él fue a adquirir provisiones y compró pescado, cohombros, ostras, vino y perfumes, llevándolo todo a su habitación. Allí preparó cinco variedades de platos a base de carne, sin contar el arroz y las legumbres, cocinándolos él mismo y disponiéndolo todo en las mejores condiciones. Cuando llegó la hora de cenar, las tres mujeres vinieron, como habían prometido, cubiertas con velos azules, resultando difícil reconocerlas. Al entrar se despojaron de sus velos y se sentaron, mostrándose bellas como lunas, y el sirio se colocó frente a ellas, después de alinear ante las tres los platos con los manjares. Comieron según su apetito y luego vinieron los vinos, pasando la copa de mano en mano. El sirio, a invitaciones reiteradas, no rehusó ninguna y bebió de tal manera que su cabeza bogó en todas direcciones. Entonces, un tanto enardecido, contempló a sus compañeras, admirando su belleza y maravillándose de sus perfecciones, yendo desde la perplejidad hasta la estupefacción y balanceándose entre la extravagancia y el asombro, sin distinguir, como suele decirse, entre el macho y la hembra. Su estado era tan deplorable como lo fue su destino. Miró sin ver. Queriendo servirse de sus pies, anduvo con la cabeza; se sonó, estornudó, rio, lloró, y, después de todo esto, preguntó a una de las tres: «¡Por Alá! ¿Cómo te llamas?». Ella respondió: «Yo me llamo Has-visto-alguna-vez-a-alguien-como-yo». Su razón se desvaneció aún más y gritó: «¡No, jamás he visto a nadie como tú!». Luego se arrastró por el suelo, y, apoyándose en ambos codos, preguntó a la segunda: «Y tú, sangre y vida de mi corazón, ¿cómo te llamas?». La otra respondió: «Nunca-has-visto-a-nadie-que-se-me-parezca». Y él gritó: «¡Por Alá, que nunca he visto a nadie que se te pareciera!». Y volviéndose hacia la tercera, también le preguntó: «Y tú, brasa de mi corazón, ¿cuál puede ser tu honorable nombre?». «Mirame-y-me-conocerás», contestó ella. Después de oír esta tercera respuesta, el sirio rodó por el suelo, gritando con todas sus fuerzas:

«¡No hay inconveniente, oh mi ama Mírame-y-me-conocerás!». Ellas siguieron pasándose la copa y vaciándola por turno hasta que él se derrumbó, quedando en el suelo, sin sentido. Entonces, viéndolo en tal estado, le quitaron el turbante y le encasquetaron un gorro de loco, registrando la habitación y apoderándose de todo cuanto hallaron a mano, como plata y objetos de alto precio. Y con el corazón ligero y cargadas con su botín, le dejaron roncando como un búfalo en su albergue, abandonando la morada. Y los velos velaron lo que había que velar. Al día siguiente, cuando el sirio volvió en sí, después de su embriaguez, y se vio solo en la habitación, no tardó en darse cuenta de que había sido barrida y de que allí no quedaba nada de valor. De repente recobró el sentido por completo y exclamó: «¡No hay poder más que en Alá, el glorioso, el grande!». Y salió precipitadamente del albergue, llevando el bonete de loco en su cabeza y preguntando a todos los que encontraba si habían visto a tres mujeres llamadas, una, tal; otra, tal, y esotra, tal. Y decía los nombres que le habían revelado las tres jóvenes. Las gentes, viéndolo tocado con el gorro de loco, le creyeron escapado de un manicomio y respondían: «¡No, por Alá! Nunca hemos visto otro como tú». Otros decían: «Jamás vimos a nadie que se te pareciera». Y otros: «En verdad que te miramos, pero no te conocemos». Así, y como final de la cuestión, no supo a quién recurrir ni a quién quejarse, hasta que dio con un transeúnte caritativo y de buen consejo, que le dijo: «Escúchame, sirio. Lo mejor que puedes hacer, dadas tus circunstancias, es volverte a Siria sin pérdida de tiempo, pues en El Cairo, ya lo has comprobado, las gentes saben hacer que den vueltas las cabezas más firmes tan bien como las ligeras, y juegan con huevos como si fueran piedras». Y el sirio, con dos palmos de narices, se volvió a Siria, su país, de donde nunca debió salir. Como es frecuente que les sucedan tales aventuras, los nativos de Siria suelen maldecir a voz en grito a los habitantes de Egipto.

Y Schehrazada, acabando de contar esta historia, se calló. Y el rey Schahriar le dijo:

—¡Oh Schehrazada! Estas anécdotas me han gustado extraordinariamente, y, con ellas me he instruido.

Schehrazada sonrió y dijo:

—¡Solo Alá instruye e ilumina! Pero ¿qué son estas anécdotas comparadas con la historia de *El libro mágico*?

Y el rey dijo:

—¿Qué libro mágico es ese, oh Schehrazada, y cómo es su historia?

—Te la contaré, ¡oh rey!, la próxima noche —repuso Schehrazada—, si Alá lo permite y tú lo deseas.

Y el rey dijo:

—Ciertamente que quiero escuchar, la próxima noche, esa historia que dices y que no conozco.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS NOVENTA Y CINCO

La pequeña Doniazada se levantó del tapiz donde se hallaba acurrucada y dijo:

—¡Oh hermana mía!, ¿cuándo vas a empezar la historia *El libro mágico*?

Y Schehrazada respondió:

—Ahora mismo, puesto que así lo desea nuestro amo el rey.

HISTORIA DEL LIBRO MÁGICO

—Se cuenta en los anales y en los libros de los tiempos antiguos, solo Alá conoce el pasado y el porvenir, que una de tantas noches, Harún Al-Raschid, descendiente de los califas ortodoxos de la dinastía de Abbas, que reinaba en Bagdad, se levantó de su lecho sintiendo una gran opresión, y, vistiéndolo su ropa de dormir, envió recado a su portaespada Massrur ordenándole que acudiera en seguida. Cuando llegó le dijo: «¡Oh Massrur!, sufro una gran congoja y siento opresión en mi pecho y deseo que me ayudes a procurar alivio a mi malestar». Massrur respondió: «¡Oh emir de los creyentes!, salgamos a la terraza a contemplar el cielo tachonado de estrellas y a ver cómo se pasea la brillante luna, mientras nos llega la música del agua chapoteando y el quejumbroso canto de las norias, de las que el poeta dijo:

La noria, que gime y llora por cada cangilón, se parece al enamorado que se consume cada día en una monótona queja, a pesar del encanto que inunda su corazón.

Y el mismo poeta, ¡oh emir de los creyentes!, hablando del agua corriente, dijo:

Mi favorita es una joven que me divierte y evita que yo beba.

Pues ella es un jardín; una fuente sus dos ojos, y su voz es el agua corriente».

Harún escuchó a su portaespada, y, moviendo la cabeza a uno y otro lado, dijo: «Esta noche no deseo nada de eso». Entonces Massrur le propuso: «Hay en tu palacio, ¡oh emir de los creyentes!, trescientas sesenta adolescentes de todos los colores, semejantes a otras tantas lunas, gacelas adornadas con los más bellos vestidos, como flores. Vayamos a pasarlas revista, sin que ellas lo adviertan, estando cada una en su habitación. Escucharás sus cantos, las verás en sus entretenimientos y asistirás a sus retozos, pudiendo ocurrir que te sientas atraído por alguna de ellas y pases la noche en su compañía, entregados ambos a los más deliciosos juegos.

¡Veríamos entonces lo que quedaba de tu malestar!». Pero Harún le ordenó: «¡Oh Massrur, tráeme a Giafar inmediatamente!». Massrur respondió por el oído y la obediencia y fue en busca de Giafar a su propia casa, diciéndole: «El emir de los creyentes te espera». Giafar respondió: «Escucho y obedezco». Y levantándose, en un momento se vistió y siguió a Massrur hasta el palacio. Se presentó al califa, que se hallaba en su lecho, y, prosternándose ante él, le dijo: «¡Haga Alá que mi venida no sea por nada malo!». Harún repuso: «Nada hay de malo, ¡oh Giafar!, sino que esta noche me encuentro cansado y bajo una opresión y he enviado a Massrur en tu busca para que me distraigas y disipes mi enojo». Giafar, reflexionando un momento, respondió: «¡Oh emir de los creyentes!, cuando no logramos alegrarnos con la belleza del cielo, con la delicia de los jardines, con la dulzura de la brisa o la vista de las flores, no nos queda más que un remedio: un libro. Pues, ¡oh emir de los creyentes!, el más bello de los jardines es un armario lleno de libros y un paseo por sus páginas el más dulce y encantador de los paseos. Levántate, pues, y vayamos a buscar un libro al azar en las estanterías de tus armarios». «Dices bien, ¡oh Giafar! —respondió Harún—, ese es el mejor remedio contra el fastidio y no había pensado en él». Y, levantándose, acompañado por Giafar y Massrur fue a la sala donde se encontraban los armarios de los libros. Giafar y Massrur sostenían sendos candelabros, en tanto que el califa tomaba libros de los magníficos armarios y cofres de maderas olorosas, y, hojeándolos, volvía a dejarlos en su sitio. De esta manera examinó varias estanterías, hasta que puso la mano sobre un viejísimo libro que abrió al azar, dando con algo que debió de interesarle vivamente, pues no solo no devolvió el libro a su estantería, sino que, sentándose, se puso a hojearlo página por página y luego a leer en él con mucha atención. Y, súbitamente, se echó a reír de tal manera que cayó de espaldas; pero cogió el libro de nuevo y continuó su lectura. Al cabo de un rato comenzaron a caer lágrimas de sus ojos, llorando de tal forma que se le humedeció la barba y las lágrimas, deslizándose a través de ella, cayeron sobre el libro que tenía sobre sus rodillas. Después cerró el libro, lo guardó en una de sus mangas y se levantó para marcharse. Cuando Giafar vio que el califa lloraba y reía de esta suerte, no pudo por menos que decir a su soberano: «¡Oh emir de los creyentes y soberano de dos mundos! ¿Cuál puede ser el motivo que te haga reír y llorar casi al mismo tiempo?». El califa, oyendo esto, se llenó de cólera, y, con voz irritada, gritó a Giafar: «¡Oh perro entre los perros Barmacidas! ¿Qué impertinencia es esta? ¿Por qué te metes en lo que no te importa? Acabas de arrogarte el derecho a recriminarme, sobrepasando los límites que te corresponden. ¡No te falta más que desafiar al califa! Pues bien, desde el momento en que te has mezclado en lo que no te concierne, sufrirás todas las consecuencias que ello lleva consigo. Te ordeno, pues, que busques a alguien que pueda decirme por qué he reído y he llorado, leyendo este libro, y que adivine, además, lo que hay en él, desde la primera a la última de sus páginas. Si no encuentras a ese hombre te cortaré la cabeza y entonces sabrás qué es lo que me ha hecho reír y llorar». Cuando Giafar, después de escuchar estas palabras, advirtió la

cólera del califa, dijo: «¡Oh emir de los creyentes! He cometido una falta, pero el errar es propio de personas como yo, mientras que el perdonar corresponde a aquellos que poseen un alma como la de tu grandeza». Harún respondió: «¡No! Yo acabo de hacer un juramento y tú debes ir en busca de alguien que me explique todo el contenido de este libro; de no ser así, ahora mismo ordenaré que te corten la cabeza». Y Giafar repuso: «¡Oh emir de los creyentes! Alá creó los cielos y los mundos en seis días, y, si él hubiera querido, podría haberlos creado en una hora; si no lo hizo así fue para enseñar a sus criaturas que en todas las cosas, incluso para hacer el bien, es preciso proceder con paciencia y moderación. Con mayor razón lo será, ¡oh emir de los creyentes!, cuando se trate de hacer lo contrario al bien. No obstante, si crees de absoluta necesidad que vaya a buscar a la persona en cuestión, para que adivine qué es lo que te ha hecho reír y llorar, al menos concede a tu esclavo un plazo de tres días». El califa contestó: «Si no me traes al hombre de que se trata, perecerás en la más horrible de las muertes». En vista de esto, Giafar concluyó: «¡Voy a cumplir mi misión!». Y salió en el acto con la cara descompuesta, el ánimo turbado y el corazón lleno de pena y amargura. Regresó a su casa y, llorando, se despidió de su padre Yahia y de su hermano El-Fadl, quienes le dijeron: «¿Por qué motivo te hallas en ese estado de turbación y tristeza, oh Giafar?». Entonces Giafar les refirió lo sucedido entre el califa y él, poniéndoles al corriente de la condición impuesta y añadiendo. «Quien juega con un afilado cuchillo se cortará y aquel que intente luchar con un león acabará siendo muerto por él. Ya no hay sitio para mí al lado del califa, y, en adelante, permanecer cerca de él significaría un grave peligro para mí, para ti, ¡oh padre mío!, y para ti, ¡oh hermano mío! Será mejor, pues, que me vaya lejos de su vista, ya que preservar la vida, cuyo valor nunca juzgaremos lo bastante elevado, es lo más importante que podemos hacer. Para estos casos, el alejamiento es el mejor medio de preservarnos, y, por otra parte, ya lo dijo el poeta:

Preserva tu vida de los peligros que la amenazan y deja que la casa
se queje a su arquitecto».

El padre y el hermano respondieron: «¡No te vayas oh Giafar! Probablemente el califa te perdonará». Pero Giafar repuso: «El califa ha puesto una condición, pero ¿cómo voy a encontrar a alguien que sea capaz de adivinar en el acto el motivo que ha hecho reír y llorar al califa, y, asimismo, el contenido, desde el principio al fin, de ese dichoso libro?». Y Yahia respondió: «Dices bien, Giafar. No tenemos más remedio que consentir en tu partida, si queremos salvar tu cabeza. Y lo mejor será que te vayas a Damasco, permaneciendo allí hasta que cambie la fortuna y vuelvan los buenos tiempos». Giafar preguntó: «¿Y que será de mi esposa y de mi harén durante mi ausencia?». Pero su padre le tranquilizó, diciendo: «¡Parte y no te preocupes de lo demás! Esas son puertas que no has tenido tiempo de cerrar. ¡Parte para Damasco, puesto que así lo ha dispuesto el destino!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS NOVENTA Y SEIS

Dijo Schehrazada:

—Y añadió: «En cuanto a lo que pueda suceder después de tu partida, Alá proveerá». Y el visir Giafar bajó la cabeza ante las razones de su padre, y, sin pensarlo más, tomó una bolsa con cien dinares, se ciñó el cinturón con su espada, solicitó licencia de su padre y de su hermano, montó sobre una mula y sin hacerse acompañar de esclavo ni servidor alguno se puso en camino para Damasco. Viajó en línea recta a través del desierto, sin dejar de caminar hasta que, al décimo día, llegó a la verde llanura, El-Marj, que está a la entrada de Damasco, la ciudad de la alegría. Emergiendo del verdor circundante, se erguía el alminar de la Desposada, revestido de arriba abajo de tejas doradas, y vio los jardines surcados por canales de agua corriente y cubiertos de flores, los campos de mirtos, los montículos esmaltados de violetas y las extensiones de laureles rosados. Escuchando el canto de los pájaros en los árboles se detuvo a contemplar las bellezas que rodean a esta ciudad, sin igual en toda la superficie de la tierra. Mirando a derecha e izquierda advirtió que no lejos de donde estaba se hallaba un hombre, y, acercándose a él, le preguntó: «¡Oh hermano mío! ¿Cómo se llama esta ciudad?». El hombre respondió: «¡Oh mi señor!, en tiempos antiguos esta ciudad se llamaba Julag y de ella habló el poeta en estos versos:

Me llamo Julag y todos los corazones se prendan de mí, porque
por mí y fuera de mí discurren las aguas más hermosas.

Soy un jardín, un edén en la patria de todos los esplendores, ¡oh
Damasco!

¡Nunca olvidaré tus bellezas, ni nada me gustará como tú!

¡Benditas sean tus terrazas y benditas las maravillas que viven y
brillan en tus terrazas!».

Después de recitar estos versos, el hombre añadió: «También se llama Schan, o, dicho de otra manera, lunar, puesto que es un lunar de belleza que puso Alá sobre la tierra». Giafar experimentó un gran placer oyendo estas explicaciones, y, dando las gracias al hombre, se apeó de la mula, llevándola de la brida, para discurrir a través de las casas y mezquitas. Muy despacio fue examinando una tras otra las casas ante las que pasaba, y así, mirándolo todo, al fondo de una calle muy bien barrida y regada vio una magnífica casa rodeada de un jardín. En este jardín se levantaba una tienda de

seda bordada, cuyo suelo estaba cubierto de hermosos tapices de Khorasán y de ricas telas y bien provista de cojines de brocado, sillas y divanes. Un hombre joven, bello como la luna al salir en su decimocuarto día, estaba sentado en el centro de la tienda; negligentemente vestido, no llevaba encima más que un pañuelo sobre la cabeza y una túnica de color de rosa sobre el cuerpo. Ante él se hallaba un grupo de personas que le escuchaban con atención y, cerca, se veían bebidas de las más exquisitas. Giafar se detuvo un momento a contemplar la escena, quedando muy complacido con lo que vio en aquel hombre, y, mirando con más atención, advirtió que al lado del hombre se hallaba una joven dama, tan bella como un sol en un cielo sereno, y, como un niño en brazos de su madre, sostenía un laúd, con el que se acompañaba al cantar estos versos:

Desgraciados los que pusieron el corazón en las manos de sus amadas, pues cuando quieren recuperarlo lo encuentran muerto.

Lo pusieron en las manos de sus amadas cuando lo sintieron enamorarse y se vieron obligados a abandonarlo.

¡Tan pequeño y arrancado del fondo de sus entrañas! ¡Oh pájaro, sí, lo arrancaron muy pequeño!

¡Injustamente lo mataron! ¡La amada coquetea con su sencillo enamorado!

Y yo soy el que busca los resultados del amor, y soy también el amor y el hermano del amor...

Y suspiro viendo al que el amor ha envejecido. Aunque su corazón es el mismo, lo enterraron...

Giafar, después de oír cantar estos versos, experimentó un placer infinito, emocionándose al compás de los acentos de aquella voz, y se dijo: «¡Por Alá que esto es hermoso!». Pero ya la adolescente preludiaba de nuevo en el laúd que sostenía sobre sus rodillas y cantó estos otros versos:

Esos sentimientos indican que estás enamorado. ¿De qué te asombras, si yo también te amo?

Imploro con mi mano piedad y gracia humildemente. ¡Ojalá seas caritativo!

Toda mi vida solicité tu asentimiento. Pero en mi interior jamás presentí que llegases a tener caridad.

Y por culpa del amor ahora soy una esclava. Mi corazón está envenenado y mis lágrimas salen abundantemente.

Cuando terminó el canto de este poema, Giafar fue acercándose más y más, deseando escuchar y ver de cerca a la adolescente que cantaba. En esto, el hombre que estaba echado bajo la tienda advirtió su presencia e, incorporándose, llamó a uno

de sus jóvenes esclavos y le ordenó: «¿Ves a aquel hombre que está allí, junto a la entrada, enfrente de nosotros? Debe de ser un extranjero, pues se le nota que acaba de hacer un largo viaje. ¡Ve, traémelo y guárdate de tratarlo con desconsideración!». El muchacho respondió: «¡Como tú lo ordenes, oh mi amado!». Y se apresuró a ir en busca de Giafar, a quien dijo: «¡En nombre de Alá, oh mi señor, tened por favor la generosidad de venir junto a nuestro amo!». Giafar franqueó la entrada con el joven esclavo, y, al llegar al umbral de la tienda, entregó la mula a los diligentes servidores y entró. Ya se había puesto en pie en su honor el joven y vino hacia él tendiéndole ambas manos, saludándole como si se conocieran desde siempre, y, después de dar las gracias a Alá por la llegada del forastero, cantó estos versos:

¡Bien venido, visitante! ¡Tu presencia nos alegra y hace revivir!
¡Juro por tu rostro que revivo cuando apareces y cuando
desapareces muero!

Después de cantar esto en honor de Giafar, dijo: «¡Siéntate si te place, oh mi señor, y alabado sea Alá por tu feliz llegada!». Recitó la oración del enviado de Alá y prosiguió así su canto:

¡Si hubiéramos sabido tu llegada, extenderíamos a tus pies una
alfombra hecha con la sangre de nuestros corazones y con el negro
terciopelo de nuestras pestañas!
¡Tu sitio está por encima de nuestros ojos!

Cuando acabó su canto se acercó a Giafar, le besó en el pecho, exaltó sus virtudes y le dijo: «¡Oh mi amo, este es un día dichoso, y si no tuviéramos ya esta fiesta habríamos celebrado una en acción de gracias a Alá por tu venida!». En seguida, los esclavos acudieron solícitos a ponerse a disposición de su huésped y el joven les dijo: «¡Traednos lo que es preciso!». Y ellos trajeron bandejas con variedad de platos, viandas y demás cosas, todas excelentes. Luego el hombre dijo a Giafar: «¡Oh mi señor! Los sabios nos aconsejan que, si somos invitados, hagamos honor a lo que se nos ofrece. Ahora bien, si hubiéramos sabido que ibas a favorecernos hoy con tu llegada, te habríamos servido la carne de nuestros cuerpos y sacrificado nuestros hijos, si ello te agradara». Giafar respondió: «Tomaré, pues, lo que me ofreces y comeré hasta quedar satisfecho». El hombre, de su propia mano, le sirvió de las cosas más delicadas, con toda cordialidad y complacencia, y, al terminar la comida, se le trajo el aguamanil, donde se lavó las manos. Luego el joven le hizo pasar a la sala de las bebidas, donde pidió a la adolescente que cantara, y ella, cogiendo el laúd, lo templó, lo apoyó sobre su seno, y, después de tararear durante unos instantes, recordando, cantó así:

Tu llegada es respetada por todos, ¡oh visitante más dulce que el

ingenio y la esperanza!

Esparce ante el alma tus oscuros cabellos, y el alba, avergonzada, no aparecerá.

Y cuando el destino quiso matarme, te pedí protección. Tu llegada hizo revivir mi alma reclamada por la muerte.

Me convertí en esclava del príncipe de los enamorados, y mi sino se reduce ya a estar bajo la dominación del amor.

Giafar gustó extraordinariamente de estos versos, emocionándose, igual que el joven su huésped. Sin embargo, no dejaba de traslucirse en su rostro la preocupación por su asunto con el califa, lo que no pasó inadvertido a los ojos del hombre, que se dio perfecta cuenta de la inquietud del forastero, de su pensamiento concentrado en algo y de su incertidumbre respecto de lo que debiera hacer. Por su parte, Giafar comprendió que el joven estaba al tanto de su inquietud y que si nada decía, ni le preguntaba por la causa de su turbación, era solo por discreción. Pero el hombre acabó por decirle: «¡Oh mi señor, escucha lo que han dicho los sabios!:

No te aflijas por las cosas que han de suceder; antes bien, levanta tu copa y bebe, que el vino es un veneno que mata de lejos los cuidados y enojos.

¿No ves cuántas manos pintaron bellas flores sobre el ropaje de la bebida? El fruto de la vid, las azucenas y los narcisos, la violeta y la flor listada de Nemán.

Si te turban enojos, acúnalos, para que se adormezcan, entre licores, flores y favoritas».

Luego dijo a Giafar: «¡Arroja la angustia de tu pecho, oh mi amo!». Y dirigiéndose a la adolescente dijo: «¡Canta!». Y ella cantó. Giafar, que se deleitaba con los cánticos de la joven, acabó por decir: «¡No dejemos de regocijarnos, tanto con los cánticos como con las palabras, hasta que acabe el día y llegue la noche con sus tinieblas!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS NOVENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Luego el joven envió a sus esclavos en busca de monturas y cuando se las

trajeron ofrecieron al huésped de su amo una yegua regia. Cabalgaron ambos y salieron a recorrer Damasco, admirando el espectáculo de los mercados y de las calles, hasta que llegaron ante una fachada brillantemente iluminada y adornada de diversos colores. Delante de la portada, pendiente de una cadena de oro, se veía una gran lámpara de cobre cincelado y dentro de la morada, rodeados de estatuas maravillosas, había pabellones con todas las variedades de flores y todas las especies de pájaros; en medio de todos estos pabellones se hallaba una sala con ventanas de plata y rematada por una cúpula. El hombre abrió la puerta de esta sala, ofreciéndose a la vista como un bello jardín paradisíaco, animado con el canto de los pájaros, el perfume de las flores y el murmullo de los arroyuelos. La casa toda entera resonaba con los diversos lenguajes de los pájaros. Estaba tapizada de sedas y bien provista de cojines de brocado y plumas de avestruz. Contenía también un número incalculable de toda clase de objetos valiosos y de artículos de alto precio, y por todas partes se expandía el olor de las flores y frutas. Toda ella estaba repleta de cosas maravillosas, como platos y vasijas de plata, copas preciosas, pebeteros, provisiones de ámbar gris y polvo de áloe y frutas secas. En una palabra, era como aquella morada descrita por el poeta en estos versos:

La mansión era espléndida, maravillosa, y resplandecía brillando
en su magnificencia.

Después que Giafar se hubo sentado, el joven le dijo: «Un millar de bendiciones caerán sobre nosotros desde el cielo, ¡oh mi señor e invitado!, por tu venida». Y aún le dijo muchas cosas amables, terminando por preguntarle: «¿Y cuál es el motivo al que debemos el honor de tu llegada a nuestra ciudad? Aquí encontrarás familia, cordialidad y comodidad». Y Giafar respondió: «¡Oh mi amo! Mi profesión es la de soldado y mando una compañía. Soy originario de la ciudad de Bassra, de donde vengo ahora, y la causa de mi viaje es que, siéndome imposible pagar al califa el tributo que le debo, he temido por mi vida y con la cabeza baja he huido, empujado por el miedo. He atravesado llanuras y desiertos, y, al fin, el destino me ha traído hacia ti». El joven dijo: «¡Bendito destino! ¿Y cuál es tu nombre?». Giafar respondió: «Mi nombre es el mismo que el tuyo, ¡oh mi señor!». Y el joven, comprendiendo, sonrió mientras decía: «Entonces, pues, tú te llamas Abu-el-Hassan. Pero, yo te lo ruego, ¡arroja de tu pecho la congoja y de tu corazón toda inquietud!». A continuación dio orden para que les sirvieran y pronto les trajeron bandejas repletas de las cosas más delicadas y deliciosas, comiendo de ellas hasta quedar satisfechos. Después se levantó la mesa y trajeron el aguamanil, donde se lavaron las manos, y, en seguida, entraron en la sala de las bebidas, llena de flores y frutas. El hombre habló a la adolescente a propósito de la música y el canto y ella deleitó a los dos, encantándolos con la perfección de su arte; y hasta la casa, ella misma, se hallaba en sus paredes agitada por la emoción. Giafar, en un raptó de entusiasmo, se arrancó sus

vestidos, arrojándolos lejos de sí, después de haberlos hecho jirones. Entonces el joven exclamó: «¡Albricias, si es que el desgarrártelos ha sido el efecto del placer y no de la pena! ¡Que Alá aparte de nosotros la amargura y el enojo!». Luego hizo una seña a uno de los esclavos, quien en seguida trajo a Giafar vestidos nuevos que no valdrían menos de cien dinares, ayudándole a ponérselos. A continuación el joven dijo a la adolescente: «Cambia la posición de tu laúd». Y ella, cambiando de acordes, cantó estos versos:

Mi celosa mirada está fija en él. Y si él mira a otra me tortura.
Y finalizo mis deseos y mi canto gritando: «Mi amistad contigo
durará hasta que la muerte penetre en mi corazón».

Cuando terminó este canto, Giafar se despojó de nuevo de sus vestidos, dando gritos de entusiasmo, y el joven dijo: «¡Quiera Alá mejorar tu vida anterior, de manera que el cambio signifique empezar una mejor, y el comienzo de esta suponga el olvido de aquella!». Los esclavos volvieron a vestir a Giafar con ropas aún más bellas que las anteriores, y la adolescente permaneció callada durante una hora, mientras los dos hombres conversaban. Luego el joven dijo a Giafar: «Escucha, ¡oh mi señor!, lo que el poeta dijo de este país adonde el destino, para nuestra dicha, te trajo en este día bendito». Y dijo a la adolescente: «Cántanos aquellas palabras que dijo el poeta sobre nuestro valle, que en tiempos antiguos se llamaba valle de Rabat». Y la adolescente cantó así:

¡Oh noche generosa en el valle de Rabat, adonde lleva sus
perfumes el delicado céfiro!
Tu hermosura es como un collar, ¡oh valle!, porque te rodean
árboles y flores.
Tus árboles están tapizados con variadas flores, y los pájaros
revolotean sobre ellas.
Cuando tus árboles nos cobijan, ellos mismos nos regalan sus
frutos.
Y mientras sobre el césped cambiamos las copas desbordantes de
la charla y de la poesía,
el valle nos ofrece generosamente el perfume que las flores nos
envían con el céfiro.

Cuando la adolescente terminó de cantar, Giafar se despojó por tercera vez de sus vestidos, y el joven se levantó, le besó en la frente y ordenó que le trajeran de nuevo otra ropa. Este joven era, como ya se irá viendo, el hombre más generoso de su tiempo, y sus larguezas y grandeza de alma eran tan grandes, por lo menos, como las de Hatim, jefe de la tribu de Thay. Continuaron entreteniéndose en comentarios sobre los acontecimientos presentes y pasados, anécdotas, aporpositos y poesías, y luego el

joven dijo a Giafar: «¡Oh mi señor, no embargues tu ánimo con preocupaciones y cuidados!». Giafar repuso: «¡Oh mi amo! Yo he tenido que salir de mi país sin tiempo siquiera para comer y beber; y lo he hecho con la intención de divertirme y ver mundo; pero si Alá permite que pueda volver, y mi familia, amigos y vecinos me preguntan sobre lo que he visto y dónde he estado, de lo primero que les hablaré será de los beneficios que me has hecho y de los favores que acumulaste sobre mí en esta ciudad de Damasco, en el país de Scham. Les diré lo que vi por aquí y por allá, los entretendré con bellos discursos y les haré instructivos relatos de todo aquello con que se enriquecerá mi espíritu junto a ti, en tu ciudad». El joven respondió: «Yo, contra toda idea de orgullo, me refugio en Alá. ¡Él es el único generoso!». Y añadió: «Permanecerás conmigo todo el tiempo que quieras, diez años o más, si ese es tu gusto. Mi casa es la tuya, con su dueño y todo lo que tiene». A esto, estando ya avanzada la noche, entraron los eunucos y aderezaron para Giafar un cómodo lecho a la cabecera de la sala, en el sitio de honor. A su lado prepararon otro, y después de dejar todo dispuesto y en buen orden se fueron. Viendo esto, Giafar el visir dijo para sí: «Probablemente mi huésped es soltero, y por esto han puesto su cama al lado de la mía. Creo que puedo aventurar la pregunta». Y se arriesgó a preguntar a su huésped: «¡Oh mi amo!, ¿eres casado o soltero?». «Casado, ¡oh mi señor!», respondió el joven. Y Giafar replicó: «¿Por qué, pues, si eres casado, vas a dormir a mi lado en lugar de ir a tu harén y acostarte allí, como los hombres casados?». El joven dijo: «¡Por Alá, oh mi amo! El harén, con todo su contenido, no va a desaparecer, y ya tendré tiempo de acostarme allí. Ahora sería inelegante y diría muy poco en mi favor cometer la desconsideración de dejar solo, para ir a acostarme en mi harén, a un hombre como tú, un visitante, un huésped de Alá. Una tal acción sería contraria a la cortesía y a los deberes de la hospitalidad, y en verdad, ¡oh mi amo!, que mientras te dignes honrar esta casa con tu presencia, no reposará mi cabeza en el harén ni me acostaré allí, y esto será así en tanto no haya tenido lugar la despedida entre tú y yo, el día que te convenga y en la ocasión que elijas, cuando decidas regresar, en paz y seguridad, a tu país y a tu ciudad». Y Giafar se dijo a sí mismo: «Esta sí que es una cosa prodigiosa; asombrosa en extremo». Y aquella noche durmieron juntos. Al día siguiente, muy de mañana, se levantaron y fueron a la casa de baños, adonde el hombre, que en realidad se llamaba Ataf el Generoso, ya había enviado, para uso de su huésped, un envoltorio con magníficos vestidos. Después de tomar el más delicioso de los baños, montaron en dos espléndidos caballos, que encontraron ensillados y dispuestos en la puerta de los baños, y se dirigieron al cementerio con intención de visitar la tumba de la Dama. En días sucesivos continuaron visitando unos y otros lugares, y por la noche, de la forma ya conocida, dormían uno al lado del otro. Y así siguieron las cosas por espacio de cuatro meses.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS NOVENTA Y OCHO

Dijo Schehrazada:

—Al cabo de dicho tiempo, Giafar comenzó a estar triste y abatido, y uno de tantos días, su generoso huésped le sorprendió llorando, diciéndole: «¡Que Alá aleje de ti penas y aflicciones, oh mi amo! Pero ¿por qué lloras? ¿Cuál puede ser la causa de tus lágrimas? Si tu corazón se encuentra oprimido, ¿por qué no revelarme los motivos de tu angustia y de las amarguras de tu alma?». Y Giafar respondió: «¡Oh hermano mío, siento un gran peso sobre mi corazón, y me agradecería ir, al azar, dando un paseo por las calles de Damasco! También me gustaría serenar mi espíritu contemplando la mezquita de los Omniadas». Ataf el Generoso repuso: «¿Y quién va a impedírtelo, hermano mío? ¿Acaso no eres libre para ir a donde quieras y serenar tu ánimo, dilatar tu pecho y regocijarte tanto como desees? En verdad, hermano mío, que todo eso no es nada de nada y que te apuras por muy poco». Y ya se levantaba Giafar para salir, cuando su huésped le retuvo para decirle. «¡Oh mi señor, ten paciencia solo por un momento, y ordenaré a nuestra gente que te ensillen una hacanea!». Pero Giafar replicó: «¡Oh amigo mío, preferiría ir a pie!; pues un hombre a caballo apenas puede distraerse mirando y observando alrededor de sí, sino que son los demás los que se divierten mirándole y observándole a él». Ataf el Generoso concedió, diciendo: «¡Sea! Pero permíteme al menos darte este saco de dinares, para que puedas usar de tu liberalidad por el camino, arrojando puñados de dinero a la multitud»; y añadió: «Ahora ya puedes ir a pasearte. ¡Y que eso calme tu espíritu, apaciguándote, para que vuelvas a nosotros alegre y contento!». En consecuencia, Giafar tomó de su generoso huésped un saco con trescientos dinares, y salió de la morada acompañado por los mejores votos de su amigo. Echó a andar lentamente, y sus pensamientos le llevaron a reflexionar sobre la condición, impuesta por el califa, desesperándose por no encontrar ninguna solución ni haberle sucedido ninguna aventura que le permitiera adivinar la cosa o encontrar al hombre capaz de adivinarla; de esta suerte llegó ante la magnífica mezquita, subió las treinta gradas de mármol que dan acceso a la puerta principal y contempló con admiración los bellos revestimientos de porcelana, los dorados, las pedrerías y mármoles raros que la ornamentan por todas partes; las bellísimas fuentes, por las que corre un agua tan pura, que cuesta trabajo verla, y, recogiénose, hizo su oración y escuchó las preces, quedándose hasta el mediodía y sintiendo una sensación de calma que le inundaba el alma y le aliviaba el corazón. Luego salió fuera y socorrió con largueza a los mendigos de la puerta, recitando estos versos:

¡He visto las bellezas acumuladas en la mezquita de Julag, y en sus muros está explicada la significación de la belleza! Y si el pueblo quisiera frecuentarla le diréis que su entrada está siempre abierta para todos.

Después de dejar la bella mezquita, continuó su paseo a través de las calles, mirando y observando, hasta llegar ante una espléndida mansión de apariencia señorial. Tenía esta casa ventanas de plata con los bordes de oro, y en cada una de ellas se veían cortinajes de seda. Frente a la puerta había un banco de mármol cubierto con un tapiz, y como Giafar se sintiera algo fatigado de su paseo, se sentó en dicho banco, entregándose a sus pensamientos sobre su propia situación, sobre los acontecimientos de los últimos tiempos y sobre lo que sucedería en Bagdad durante su ausencia. Y en esto, he aquí que en una de las ventanas se descorrió la cortina. Y una mano muy blanca, seguida de su propietaria, se dejó ver, sosteniendo una pequeña regadera de oro. La dueña de aquella mano era como la luna llena, sus miradas nublaban la razón y su rostro no tenía igual. Permaneció un momento en la ventana regando los tiestos de albahaca, jazmín doble, claveles y alhelíes, y en tanto que regaba las flores olorosas, había en sus movimientos tanto equilibrio y armoniosa simetría, que Giafar, viéndola, sintió su corazón traspasado de amor, y poniéndose en pie, se inclinó ante ella hasta tocar el suelo. La adolescente, cuando terminó de regar sus plantas, miró hacia la calle, y vio a Giafar inclinado ante ella. Su primera intención fue cerrar la ventana y ocultarse, pero cambió de parecer, e, inclinándose sobre el alféizar, dijo a Giafar: «¿Es esta tu casa?». A lo que él respondió: «¡No, por Alá, oh mi dueña! Esta casa no es la mía, pero el esclavo que se halla a su puerta sí que es tu esclavo, y espera tus órdenes». Ella repuso: «Puesto que esta casa no es la tuya, ¿qué haces, pues, ahí, y por qué no te vas?». Y él respondió: «Porque me he detenido aquí para componer unos versos en tu honor». Ella preguntó: «¿Y qué puedes decir de mí en tus versos, oh hombre?». Y entonces Giafar, improvisando, recitó este poema:

Ella apareció envuelta en un traje blanco, y miraba a través de sus párpados maravillosos.

Y le dije: «Ven, ¡oh única!, ven sin otra zalema que la de tus ojos.
¡Contigo seré dichoso y dichoso, mi corazón!

¡Loado sea quien ha vestido con rosas tus mejillas! Él puede crear
lo que quiera sin encontrar obstáculos.

¡Blanco es tu traje, como tu mano y tu destino! ¡Y es blanco sobre
blanco y sobre blanco!».

Como, a pesar de estos versos, ella insistiera en retirarse, Giafar exclamó: «¡Espera, por favor, oh mi ama! He aquí otros que he compuesto sobre tu fisonomía y expresión». Ella dijo: «¿Y qué puedes decir a propósito de ello?». Y él recitó estos

versos:

¿Has visto su cara, que brilla como la luna en el horizonte, a pesar de tenerla cubierta con un velo?

Ella alumbra la oscuridad de los templos, y el sol empalidece cuando pasa.

Su frente eclipsa a la rosa, y su mejilla, a la manzana. Su expresiva mirada conmueve al pueblo y lo encanta.

Y si alguno la mira, queda encantado de amor y abrasado en el fuego del deseo.

Después de escuchar esta improvisación, la adolescente dijo: «Lo hiciste muy bien, pero has dicho cosas que no sientes». Y dirigiéndole una mirada que le traspasó, cerró la ventana y desapareció. Giafar, sentándose en el banco, se armó de paciencia, esperando que la ventana se abriera por segunda vez y le permitiera contemplar de nuevo a la maravillosa joven. Cuando, cansado de la espera, intentaba levantarse para irse, una voz interior le decía: «¡Siéntate y sigue esperando!». Así continuó, pues, hasta que a la caída de la tarde, con el corazón enamorado, regresó a casa de Ataf el Generoso. Allí, sobre el umbral de la morada, le esperaba el mismo Ataf en persona, que, al verle, exclamó: «¡Oh mi señor, he pasado el día desolado por tu ausencia! Mi pensamiento ha estado contigo, y ya me preocupaba tu tardanza»; y se echó en sus brazos, besándole entre los ojos. Pero Giafar, abstraído, nada respondió; y leyendo en su rostro como en un libro abierto, Ataf, viendo el cambio que se había operado en su amigo, dijo: «¡Oh mi señor, noto tu cara descompuesta y tú ánimo quebrantado!». Y Giafar respondió: «¡Oh mi amo!, desde el momento en que te dejé hasta ahora no ha dejado de dolerme la cabeza y aún estoy bajo los efectos de un ataque de nervios. La noche pasada he dormido sobre un oído, y hoy no he podido oír las oraciones que recitaban los creyentes en la mezquita. Mi estado es francamente lamentable». Entonces Ataf el Generoso tomó de la mano a su huésped y le condujo a la sala donde de ordinario se distraían conversando. Y a poco los esclavos trajeron bandejas con los manjares para la comida de la tarde. Giafar no pudo comer, rechazando los platos con un movimiento de su mano, y el joven le preguntó: «¿Por qué levantas la mano rehusando todos los manjares?». Giafar respondió: «Es que la comida de esta mañana me ha producido una gran pesadez, que me impide cenar, pero no creo que esto tenga mayor importancia; espero que el sueño hará que se me pase el malestar, y mañana no habrá nada en mi estómago». Antes que de costumbre, Ataf ordenó que se le preparara el lecho a su huésped, y Giafar se acostó con el ánimo deprimido. Se tapó la cabeza con la colcha y se puso a pensar en la adolescente, considerando su belleza, su elegancia, su porte, sus proporciones armoniosas y todo lo que el donador, ¡él sea glorificado!, le concediera de magnificencia y esplendor. Con ello olvidó todo cuanto le ocurriera a él anteriormente; su asunto con el califa, la condición impuesta, su

familia, sus amigos y hasta su país. Tal era la persistencia de los mismos pensamientos, que llegó a experimentar la sensación de vértigo, y dando vueltas y más vueltas durante toda la noche, llegó a sentirse quebrantado y con fiebre. Y se halló en su lecho, como perdido en el mar del amor. Al llegar la hora habitual de levantarse, Ataf lo hizo el primero, e inclinándose sobre Giafar, le dijo: «¿Cómo va tu salud? He estado pendiente de ti, y me he dado perfecta cuenta de que no has dormido en toda la noche». Y Giafar respondió: «¡Oh hermano mío, no me encuentro nada bien!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE OCHOCIENTAS NOVENTA Y NUEVE

Dijo Schehrazada:

—Oyendo esto, Ataf el Generoso, el excelente, sintió una gran inquietud, y envió en seguida a un esclavo en busca de un médico. El esclavo se fue a toda prisa para cumplir su misión, y no tardó en volver con el mejor médico de Damasco, el más hábil de los médicos de su tiempo. Este, hombre de gran autoridad, se acercó a Giafar, que seguía en su lecho con la mirada perdida, y, examinándole, le dijo: «No te impresiones con mi visita, y que el precioso don de la salud vuelva pronto a ti. ¡Dame tu mano!». Y le tomó el pulso, comprobando que era firme y regular y que todo estaba en su sitio, sin que se notara ningún desarreglo. Después de comprobar todo esto, comprendió le causa del mal, dándose cuenta de que aquel enfermo era un enfermo de amor. No queriendo hablar de ello con el paciente delante de Ataf, y deseando hacer las cosas con elegancia y discreción, tomó un papel, escribió en él su prescripción, lo deslizó con cuidado bajo la cabecera del lecho, y dijo: «El remedio está bajo tu cabeza. Te he escrito una purga; tomándola, te curarás». En seguida solicitó la licencia de Giafar para marcharse a atender a sus otros enfermos, que eran numerosos, y Ataf le acompañó hasta la puerta, preguntándole: «¡Oh hakim!, ¿qué tiene?». El médico respondió: «Todo está en el papel»; y se fue. Ataf volvió junto a su huésped, que acababa de recitar este poema:

Un médico me visitó, me cogió la mano y tomó mi pulso. Pero le dije: «¡Deja mi mano, porque la fiebre está en mi corazón!».

Él me dijo: «Bebe jarabe de rosas después de mezclarlo bien con saliva. Pero no se lo digas a nadie».

Yo contesté: «Bien conozco el jarabe de rosas. Sale de las mejillas que me han destrozado el corazón. Pero ¿cómo podré procurarme la

saliva? ¿Y cómo podré refrescar el fuego que me abrasa?».

Me dijo: «Estás enamorado». Y contesté: «Sí». Y me aconsejó: «El único remedio para eso, es tener aquí a tu amada».

Ataf, que no había podido oír el poema, del que solo cogió el último verso, sin llegar a comprenderlo, se sentó a la cabecera del lecho, y preguntó a su huésped por lo que le había dicho y prescrito el médico. Giafar respondió: «¡Oh hermano mío!, ha escrito un papel que está aquí, bajo mi cabeza». Ataf sacó el papel y lo leyó, encontrándose con estas líneas escritas de mano del hakim: «¡En el nombre de Alá el curador, dueño del arte de curar y de todo buen régimen! He aquí lo que tomarás, con la ayuda y la bendición de Alá: tres porciones de presencia de la amada mezcladas con un poco de prudencia y de temor a ser importunado por los celos; tres porciones de excelente unión clarificada con un poco de ausencia y alejamiento; dos porciones de puro cariño y discreción sin mezcla alguna de separación, y con todo ello hacer una mixtura que lleve, además, un poco de extracto de incienso de besos. Cien besos en las dos bellas granadas —que ya se saben cuáles son—, de los que cincuenta deben dulcificarse al pasar por los labios, como lo hacen los pichones, y veinte según acostumbran los pajarillos, y en seguida, dos porciones iguales de movimientos de Alepo y de suspiros de Irak. Luego, dos toques de punta de lengua, en la boca y... fuera de ella, después poner en un hornillo tres dracmas de granos de Egipto, adicionándoles grasa de buena calidad y haciéndoles hervir en el agua del amor y el jarabe del deseo, sobre un fuego de leña de placer, en el sitio del ardor; después de lo cual se decantará el todo en un diván bien mullido añadiendo dos toques de jarabe de saliva, y se beberá en ayunas durante tres días. Al cuarto, tomar en la comida del mediodía una raja del melón del deseo con leche de almendras y el zumo del limón del buen acuerdo, y, por último, tres medidas de buen trabajo de muslos. Luego un baño en beneficio de la salud, y nada más. ¡Mis saludos!». Cuando Ataf el Generoso acabó de leer tal prescripción, no pudo contener la risa y, palmoteando regocijado, dijo a Giafar: «¡Oh hermano mío, este médico es un gran médico, y su descubrimiento, un gran descubrimiento! ¡He aquí que ha averiguado que estás enfermo de amor!» y añadió: «Dime, pues, de quien te has enamorado». Giafar, con la cabeza baja, no respondió ni pronunció una sola palabra, y Ataf, apesadumbrado por el silencio de su amigo, se afligió mucho por esta falta de confianza, y le dijo: «¡Oh hermano mío! ¿No eres mucho más que mi amigo, y no estás en mi casa como el alma en el cuerpo? ¿Y no han pasado cuatro meses, durante los cuales ha reinado entre tú y yo el cariño, la camaradería, la ausencia de secretos y la más pura amistad? ¿Por qué, pues, ocultarme tu estado? En cuanto a mí, estoy bien triste, deplorando que te encuentres solo y sin guía en un asunto tan delicado. Eres, en efecto, un extranjero, y yo he nacido en esta ciudad y puedo ayudarte eficazmente a disipar tu turbación e inquietud. ¡Por mi vida, que te pertenece, y por el pan y la sal que hemos compartido, te suplico que me reveles tu secreto!». Y no cesó de instarle hasta que,

por fin, su huésped se decidió a hablar. Giafar levantó la cabeza y le dijo: «No te ocultaré por más tiempo el motivo de mi turbación, ¡oh hermano mio!, y en adelante no vituperaré a los enamorados que caen enfermos de inquietud e impaciencia, puesto que heme aquí pasando por lo que jamás creí que pudiera sucederme, y no sé en lo que parará todo esto, pues mi caso es embarazoso y complicado con una posible pérdida de mi vida». Y le contó lo que le había sucedido; cómo, mientras él se hallaba sentado en el banco de mármol, se abrió la ventana que tenía enfrente y apareció una joven la más bella que viera en toda su vida, regando el minúsculo jardín que cuidaba en dicha ventana, y añadió: «Ahora mi corazón se halla tumultuosamente agitado, y siento un gran amor por ella. Súbitamente cerró la ventana, después de dirigir una ojeada hacia la calle donde yo me encontraba, y la cerró tan de prisa como si hubiera sido sorprendida al descubierto por un extranjero. Y heme aquí ahora por causa del ardoroso amor que siento hacia ella, presa de una gran agitación e incapaz de hacer nada; sin poder comer ni beber y sin que me sea posible conciliar el sueño, que me quita el acuciante deseo que ha establecido su morada en mi corazón. Tal es mi caso, ¡oh mi hermano Ataf!, y te he referido todo lo que me sucede, sin ocultarte nada de ello». Cuando el generoso Ataf acabó de escuchar a su huésped y comprendió el alcance de lo que acababa de oír, bajó la cabeza y reflexionó durante una hora. Acababa de saber, y no podía dudarse de ello, que la adolescente en cuestión era su propia mujer. Estaban a favor de esta convicción todos los indicios y detalles referidos en la descripción de la casa, la ventana y la calle; se trataba con toda seguridad de la hija de su tío, la esposa amada y por la que era amado, que vivía, en una casa separada, con esclavas y servidores propios. Y se dijo a sí mismo: «¡Oh Ataf, no hay recursos y poder más que en Alá el altísimo, el más grande! De Alá venimos y a él volveremos». Pero su generosidad y grandeza de alma se sobrepusieron, y pensó: «Yo no debo parecerme, en la amistad, a aquel que construye sobre la arena o en el agua, y, ¡por Dios magnánimo que he de servir a mi huésped con el alma y con mi hacienda!». Con estos pensamientos se volvió hacia su huésped, y con cara sonriente y una gran calma le dijo: «¡Oh hermano mío! Apacigua tu corazón y despeja tu mirada, puesto que tomo a mi cargo tu asunto hasta llevarlo al fin que tú desees. Conozco a la familia y a la adolescente de quien me has hablado, que es una mujer divorciada de su marido desde hace unos días. Voy a ocuparme inmediatamente de este asunto, y tú, ¡oh hermano mío!, espera con toda tranquilidad mi regreso y estate contento». Aún le dijo algunas cosas más, para calmarle, y salió de la casa. Fue a la de su esposa, la adolescente que había visto Giafar, y entrando en la habitación reservada a los hombres, sin cambiarse de ropa ni dirigir la palabra a nadie, llamó a uno de los jóvenes eunucos, y le ordenó: «¡Ve a casa de mi tío, padre de tu ama, y dile que venga!». El joven eunuco se apresuró a ir en busca del suegro y regresó con él junto a su amo. Ataf se levantó en su honor para recibirlo, le abrazó, le hizo sentar y dijo: «¡Oh mi tío, no ocurre nada malo! Sabrás que cuando Alá concede sus beneficios a sus servidores, al mismo tiempo les muestra el camino a seguir. Pues

bien, yo he encontrado el mío, y mi corazón se inclina hacia La Meca, deseando visitar la casa de Alá, besar la piedra negra de la *kaaba* santa y luego ir a Medina a ver la tumba del profeta, ¡para él la paz, la oración y todas las gracias y bendiciones! He resuelto visitar dichos lugares santos en este año y hacer la peregrinación para volver hecho un verdadero creyente. Por todo esto, no quiero dejar detrás de mi cuidados, deudas, obligaciones ni nada que pueda ocasionarme preocupaciones, puesto que nadie sabe lo que puede ocurrir el día de mañana, y te he llamado, ¡oh mi tío!, para entregarte el escrito de mi divorcio con tu hija, mi esposa». Cuando el tío del generoso Ataf, padre de su esposa, oyó estas palabras y comprendió que Ataf quería divorciarse, se impresionó sobre manera, y exagerando la gravedad del caso, dijo: «¡Oh Ataf, hijo mío! ¿Qué es lo que te decide a hacer semejante cosa? Si llegas a partir, dejando aquí a tu esposa, por muy larga que sea tu ausencia, dure lo que quiera, tu esposa no dejará de serlo ni se considerará menos tu dependencia y propiedad. Nada te obliga, pues, a divorciarte, ¡oh hijo mío!». Con los ojos arrasados en lágrimas, Ataf dijo: «¡Oh mi tío, lo he jurado y debo cumplirlo! ¡Lo que está escrito debe suceder!». El padre de la adolescente, consternado por estas palabras de Ataf, sintió que entraba la desolación en su corazón, y la joven esposa, al conocer la noticia, se quedó como muerta, anonadada su alma en amargura y dolor, pues ella amaba a su esposo desde la infancia y sentía por él extremada ternura.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS

Ella dijo:

—Ataf, después de dar cuenta de sus propósitos a su tío, se apresuró a regresar junto a su huésped, y le dijo: «¡Oh hermano mío!, me he ocupado de la joven divorciada y Alá ha concedido el éxito a mi empresa. Regocíjate, pues, ya que tu unión con la adolescente va a ser posible ahora. ¡Levántate y olvida tu tristeza y malestar!». Giafar se levantó en seguida, desapareciendo su malestar y comiendo y bebiendo con apetito, por lo que dio gracias a su creador. Entonces Ataf explicó: «Conviene que sepas, ¡oh hermano mío!, que para proceder aún con más eficacia, será preciso que el padre de tu enamorada, con el que voy a tratar de tu matrimonio con su hija, no sepa que eres extranjero, pues podría decirme: “¡Oh Ataf! ¿Y desde cuándo los padres desposan a sus hijas con hombres extranjeros a los que no conocen?”. Por esto, he decidido que seas conocido por el padre de la adolescente en situación lo más ventajosa posible. Para ello haré levantar para ti, fuera de la ciudad, tiendas con hermosos tapices, cojines y objetos valiosos, además de caballos. Irás

hasta allí, sin que nadie sepa que has salido de aquí, y te instalarás en las tiendas, que serán tus hermosas tiendas de viaje, para luego hacer una entrada ostentosa en nuestra ciudad. Yo, por mi parte, me cuidaré de hacer llegar a todos los sitios el rumor de que eres un gran personaje de Bagdad; diré, incluso que eres Giafar Al-Barmaki en persona, que viene de parte del emir de los creyentes, a visitar nuestra ciudad. El valí de Damasco, el cadí y demás dignidades, a quienes yo mismo informaré de la llegada del visir Giafar, saldrán a tu encuentro, te harán sus cumplidos y se prosternarán ante ti. Tú, entonces, dirás a cada uno lo que convenga y los tratarás según su rango. También iré yo a visitarte en tu tienda, y cuando estemos todos reunidos, nos dirás: “Vengo a vuestra ciudad para cambiar de aires y tratar de encontrar una esposa a mi gusto. He oído ponderar la belleza de la hija del emir Amr, y me gustaría tenerla por esposa”. Y entonces, ¡oh hermano mío!, llegará lo que tanto deseas». Así habló el generoso Ataf a su huésped, del que no conocía el nombre ni la verdadera situación, y que no era otro que Giafar Al-Barmaki en persona. Si lo trataba así, solo lo hacía por ser su huésped y haber compartido con él el pan y la sal de la hospitalidad, pues el espléndido Ataf estaba dotado de un alma generosa y de sentimientos sublimes. No hubo jamás en la tierra hombre que, en los tiempos pasados, pudiera comparársele, ni lo habrá en los venideros. Respecto de Giafar, cuando acabó de escuchar a su amigo, se puso en pie, tomó la mano de Ataf y quiso besarla, pero este no lo consintió y la retiró con viveza. Giafar, que continuó callando su verdadero nombre y ocultando su alta condición de gran visir y cabeza de los Barmacidas, dio las gracias efusivamente a su huésped, y aquella noche la pasó con él, acostándose ambos en la misma cama. Al día siguiente, al despuntar el alba, se levantaron, hicieron sus abluciones, recitaron la oración de la mañana, y luego salieron juntos, acompañando Ataf a su amigo hasta fuera de la ciudad. Después, Ataf ordenó que se preparasen las tiendas y todo lo necesario en cuanto a caballos, camellos, mulas, esclavos, cofres con toda suerte de regalos para distribuir, y unas grandes cajas con sacos llenos de oro y plata. Envío todo esto fuera de la ciudad, secretamente, y volvió al encuentro de su amigo, vistiéndole con ropas de gran visir, de todo punto suntuosas y de alto precio. En la tienda principal mandó levantar un trono de gran visir, e hizo sentar en él a su amigo —no sabía que aquel a quien luego llamaría el gran visir Giafar, era realmente el mismo Giafar en persona, hijo de Yahia el Barmecida—. Cuando todo estuvo concluido y combinado, envió a la ciudad, como mensajeros, a dos esclavos, quienes anunciaron la llegada de Giafar, el gran visir, enviado por el califa en misión oficial. Tan pronto como el rey de Damasco fue informado de este acontecimiento, se puso en camino, acompañado por todos los notables de la ciudad de su gobierno, y salió al encuentro del visir Giafar. Cuando estuvo ante él, se prosternó y le dijo: «¡Oh mi señor! ¿Por qué no nos has avisado antes de tu llegada bendita, para que nos hubiera dado tiempo a prepararte una recepción digna de tu rango?». Giafar respondió: «Esto no era necesario en absoluto. ¡Que Alá te favorezca y conserve tu buena salud!; pero yo solo he venido con la intención de cambiar de aires y visitar la ciudad. Por otra

parte, no estaré aquí más que el tiempo justo para casarme. He sabido que el emir Amr tiene una hija de noble raza, y deseo de ti que hables del asunto con el padre para que me la conceda como esposa». El rey de Damasco respondió: «Escucho y obedezco. Precisamente, su esposo acaba de divorciarse de ella para ir en peregrinación al Hedjaz, y, pasado el plazo legal para la separación, no habrá ningún obstáculo para que se cumplan tus deseos». Y después de pedir licencia a Giafar, fue inmediatamente en busca del padre de la joven esposa divorciada del generoso Ataf, y haciéndole venir hasta las tiendas, le dijo que el gran visir Giafar había manifestado deseos de concertar esponsales con su hija, de noble descendencia. El emir Amr no pudo sino responder por el oído y la obediencia. Entonces Giafar dio órdenes para que trajeran las ropas de honor y el oro de los sacos, y envió por el cadí y los testigos, suscribiéndose en el acto el contrato matrimonial. Como dote y pensión de la desposada, entregó diez cofres llenos de suntuosidades y diez sacos de oro. Sacó los regalos, grandes y pequeños, y los distribuyó, con la generosidad propia de los Barmecidas, entre todos los asistentes, ricos y pobres, para que todos quedaran contentos. Después que el contrato fue escrito en un trozo de rica tela, hizo traer agua azucarada y se prepararon las mesas, prodigándose entre los invitados los más excelentes manjares, de los que todos comieron, y luego todo el mundo se lavó las manos. A continuación se sirvieron los dulces, frutas y bebidas refrescantes, y cuando todo acabó y el contrato quedó terminado, el rey de Damasco dijo al visir Giafar: «Voy a preparar una casa para tu residencia y la recepción de tu esposa». Pero Giafar repuso: «Eso no puede ser. Estoy aquí en misión oficial del emir de los creyentes, y es preciso que lleve a mi esposa conmigo hasta Bagdad, donde tendrán lugar las ceremonias de la boda; allí y solamente allí». El padre de la esposa dijo: «Toma posesión de mi hija y parte cuando quieras». «No puedo hacerlo —replicó Giafar—, pues he de preparar primero el equipo de tu hija, y cuando esté dispuesto, únicamente entonces, partiré». El padre respondió: «No veo inconveniente». Cuando el equipo estuvo dispuesto y todo lo demás a punto, el padre de la desposada hizo traer el palanquín y acomodó en él a su hija. El convoy, rodeado de una multitud de gentes, se dirigió a las tiendas, y, después de las despedidas por una y otra parte, se dio la orden de partida. Yendo Giafar sobre su caballo y la desposada en su soberbio palanquín, tomaron el camino de Bagdad, en caravana numerosa y bien ordenada. Viajaron durante cierto tiempo, y ya habían llegado al lugar denominado Tiniat el Ikab, que está a media jornada de Bagdad, cuando Giafar, mirando hacia atrás, descubrió a lo lejos, en dirección de Damasco, a un caballero que galopaba hacia ellos. En seguida mandó que se detuviera la caravana para ver lo que pudiera ser aquel asunto, y cuando el caballero estuvo cerca, Giafar reconoció en él a Ataf el Generoso, que venía gritando: «¡No te detengas, oh hermano mío!»; y aproximándose a Giafar, le abrazó, y dijo: «¡Oh mi señor, no puedo estar tranquilo lejos de ti! ¡Oh mi hermano Abu el Hassan, más me valiera no haberte conocido ni visto jamás, pues ahora no puedo soportar tu ausencia!». Giafar le agradeció sus demostraciones de

cariño, y le dijo: «No he sido capaz de rehusar ni uno solo de los muchos beneficios con los que me colmaste, pero espero que Alá facilitará nuestra reunión para muy pronto, y ya no nos separaremos nunca. ¡Él es todopoderoso y nada hay imposible para él!». A continuación, Giafar descendió de su caballo e hizo extender un tapiz de seda, sentándose en él al lado de Ataf. Se les sirvió un gallo asado, pollos, dulces y otras cosas delicadas, y cuando las comieron vinieron las frutas secas, confituras y dátiles maduros. Luego reposaron durante una hora y volvieron a montar en sus caballos. Giafar, antes de partir, dijo a Ataf: «¡Oh hermano mío! Ahora debemos tomar direcciones distintas». Y Ataf le estrechó contra su pecho, le besó entre los ojos y le dijo: «¡Oh mi hermano Abu el Hassan! No dejes de escribirme, y que no se prolongue demasiado tu ausencia. Tenme al corriente de todo cuanto te suceda, de manera que pueda parecerme que estoy junto a ti». Todavía se dijeron muchas otras cosas, prolongando su despedida, y pidiéndose licencia mutuamente, cada uno tomó su camino. Y esto es lo que pasó con Giafar, de quien su amigo no sabía que era, efectivamente, el mismo Giafar en persona, y con Ataf el Generoso.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS UNA

Schehrazada dijo:

—Por lo que se refiere a la adolescente divorciada, la nueva esposa de Giafar, helo aquí: cuando ella advirtió que los camellos y toda la caravana habían detenido su marcha, sacó la cabeza fuera de la litera y vio a su primo Ataf sentado en el suelo, sobre el tapiz, aliado de Giafar. Ambos comían y bebían juntos, despidiéndose luego, y ella se dijo a sí misma: «¡Por Alá!; ese es mi primo Ataf y el otro es el hombre que me vio en la ventana, sobre el que creí haber dejado caer agua cuando regaba mis plantas. Sin ninguna duda es amigo de mi primo, y, enamorado de mí, ha ido a contárselo a Ataf. Me ha descrito, ha dado los detalles de la casa, y entonces, la generosidad y grandeza de alma de mi primo han tomado la delantera, promoviendo el divorcio para que su amigo pudiera tomarme por esposa». Reflexionando así, se echó a llorar, sola en su litera, y a lamentarse de lo que le había ocurrido: verse separada de junto a su primo, al que amaba, de sus parientes y de su ciudad. Pensando en lo que había sido y en lo que ahora era, cayeron abundantes lágrimas de sus ojos mientras recitaba estos versos:

Lloro al recordar los lugares que amo y las bellezas que he perdido. No censuréis al enamorado si vuelve loco.

Los seres queridos habitan en esos parajes. ¡Loores a Alá! ¡Cuán dulce es reunirse con él!

¡Alá proteja los días pasados con vosotros y ojalá nos reúna en la misma mansión!

Cuando acabó de decir estos versos, volvió a llorar y a lamentarse, y aún recitó:

Estoy asombrada de vivir sin vosotros, entre tantos cuidados que nos abruman.

¡Oh mis ausentes queridos!, deseo que mi herido corazón se quede con vosotros.

Después lloró y sollozó de nuevo, y no pudo evitar el recuerdo de estos otros versos:

¡Oh vosotros, a quienes di mi alma; deseo arrancárosla, pero no puedo conseguirlo!

Y tú, apiádate del resto de una vida que te he sacrificado. Hazlo antes que lance mi última mirada en la hora de mi muerte.

Y esto pasó con la adolescente. Respecto del visir Giafar helo aquí: cuando la caravana reanudó su marcha, se acercó al palanquín, y dijo a la nueva desposada: «¡Oh mi ama, nos has matado!». Ella le miró con dulzura y modestia, y respondió: «No debiera hablarte, puesto que soy la prima-esposa de tu amigo y compañero Ataf, príncipe de la generosidad y la abnegación. Si hay en ti el menor rastro de sentimientos humanos, deberás hacer por él lo mismo que él, sacrificándolo todo a la amistad, ha hecho por ti». Después de escuchar estas palabras, Giafar experimentó una gran turbación, y, comprendiendo el alcance de lo que acababa de saber, dijo a la adolescente: «¿Eres tú, pues, realmente, su prima-esposa?». «Si —contestó ella—; soy yo misma. La que aquel día viste en la ventana, cuando sucedieron las cosas que sucedieron, y tu corazón se prendó de mí. Tú le contaste todo, y él se ha divorciado, preparando, en tanto llegaba la expiración del plazo legal, todo esto que ahora es causa de mi pena. Ya estás al tanto de la verdadera situación, y no te queda sino proceder como un hombre». Cuando Giafar oyó esto, exclamó, sollozando: «¡De Alá venimos y a Él hemos de volver! ¡Oh tú, he aquí que ahora eres cosa prohibida para mi, convirtiéndote en un depósito sagrado en mi poder, hasta conducirte al sitio que gustes indicarme!». A continuación dijo a uno de los servidores: «¡Quedas encargado de la custodia de tu ama!». Siguieron viajando, día y noche, y esto pasó con ellos. En cuanto al califa Harún Al-Raschid, bien pronto, después de la partida de Giafar, se sintió contrariado y pesaroso por su ausencia, atormentándole el deseo de volver a verle. Lamentó las condiciones irrealizables que le había impuesto, obligándole así a errar a través de desiertos y soledades, como un vagabundo, forzándole a abandonar

su ciudad natal y expidió enviados en todas direcciones para buscarlo. Nada pudo saberse de su paradero, y el califa siguió echándole de menos y esperándole. Ahora bien, cuando Giafar y su caravana se aproximaron a Bagdad, el califa fue informado de ello, regocijándose con toda su alma y ensanchándosele el pecho. Salió a su encuentro, y cuando llegó junto a él, le abrazó, estrechándole contra su corazón. Entraron juntos en el palacio, y el emir de los creyentes hizo que su visir se sentara a su lado, diciéndole: «Ahora cuéntame tu historia desde el momento en que dejaste el palacio, y todo lo que te ha sucedido durante tu ausencia». Giafar refirió todo cuanto le ocurriera desde su partida hasta el momento reciente de su regreso, y el califa, lleno de asombro, dijo: «Gran pesar me ha causado tu ausencia, y ahora tengo grandes deseos de conocer a tu amigo. Respecto de la adolescente del palanquín, mi opinión es que debes divorciarte de ella inmediatamente, haciéndola regresar acompañada de un servidor seguro, pues si tu compañero halla en ti un enemigo, se convertirá en nuestro enemigo, y si halla un amigo, él será también nuestro amigo. Le haremos venir junto a nosotros; le veremos y tendremos el placer de escucharle, pasando el tiempo con él agradablemente. Un hombre tal no merece ser echado en olvido, y de su generosidad podremos sacar grandes enseñanzas y muchas otras cosas útiles». Giafar respondió: «Oír es obedecer». Luego mandó preparar para la adolescente en cuestión una casa muy hermosa rodeada de un jardín delicioso, poniendo bajo sus órdenes a una serie de esclavas y servidores. Envío tapices, porcelanas y todas las demás cosas que pudiera necesitar, procurando no hallarse nunca en su intimidad ni buscar las ocasiones para verla. Todos los días le hacía llegar sus saludos, asegurándole el pronto regreso para reunirse con su primo, y le asignó mil dinares mensuales para sus gastos. Y esto es todo en cuanto a Giafar, el califa y la adolescente del palanquín. Por lo que se refiere a Ataf, las cosas sucedieron de muy otra manera. En efecto, mientras se despedía de Giafar y hacía su camino de regreso, todos aquellos que estaban celosos de él aprovecharon los acontecimientos para provocar su pérdida en el ánimo del bey de Damasco. Dijeron al rey: «¡Oh nuestro señor! ¿Cómo es posible que no te hayas fijado en Ataf? ¿No sabías que el visir Giafar era su amigo? ¿Y tampoco sabes que Ataf continuó con él para decirle adiós, después que nuestras gentes se volvieron, y que le acompañó hasta Katiga? ¿No te han informado de que entonces Giafar le dijo?: “¿No tienes necesidad de nada que pueda yo proporcionarte, Ataf?”. ¿Y no sabes que Ataf respondió: “Sí. Necesito una cosa: un edicto del califa deponiendo al bey de Damasco?”. Esto se ha tratado entre ellos, y lo más prudente que puedes hacer es invitarle a tu mesa para la comida de la mañana, antes que él te invite a la suya para la comida de la tarde, y puesto que el éxito está en la ocasión, piensa que el asalto aprovecha al que lo acomete». El bey de Damasco respondió: «Habéis hecho bien. ¡Traédmelo, pues, inmediatamente!». Fueron a casa de Ataf, quien reposaba tranquilamente, descuidado de que alguien pudiera tramar nada contra su persona, y, armados de sables y palos, se abalanzaron sobre él, golpeándole hasta dejarle cubierto de sangre, arrastrándole después hasta la

presencia del bey. Este ordenó el saqueo de su casa, y toda su familia, esclavos y riquezas, pasaron a manos de aquellos enloquecidos malvados. Ataf preguntó: «¿Cuál es mi crimen?». Y ellos respondieron: «¡Oh rostro de alquitrán! ¿Tan ignorante estás de la justicia de Alá, ¡él sea exaltado!, que crees poder atacar al bey de Damasco, nuestro señor y nuestro padre, e irte después a dormir en paz a tu casa?». Inmediatamente se ordenó al portaespada que le cortara la cabeza, y este, rasgándole un trozo del vestido, le vendó con él los ojos. Y ya alzaba la espada sobre la cabeza del reo, cuando uno de los emires que asistían a la ejecución, se levantó y dijo: «¡Oh nuestro bey! No te apresures tanto a hacer cortar la cabeza de este hombre, pues la prisa es uno de los consejos del maligno, y el proverbio dice: “Solo alcanza sus propósitos aquel que lleva la paciencia en su corazón, pues nada induce a error tanto como el apresuramiento”».



Deja a un lado, pues, la prisa en cortar el cuello de este hombre, no sea que los que han depuesto contra él hayan mentido. Nadie está libre de la envidia de los demás, y deberías esperar para evitar, tal vez, tener que arrepentirte de haber quitado una vida injustamente. ¿Y quién sabe lo que puede ocurrir si llega a conocimiento de Giafar el trato que has hecho sufrir a su amigo y compañero? ¡No estaría entonces tu cabeza muy segura sobre tus hombros!».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS DOS

Dijo Schehrazada:

—Cuando el bey de Damasco escuchó estas palabras, cambió de parecer, y, levantando la mano, detuvo la espada que tan de cerca amenazaba la vida de Ataf, ordenando que solamente fuera puesto en prisión y encadenado por el cuello. A pesar de sus súplicas y de sus gritos, se le arrastró hasta la prisión de la ciudad y se le puso una cadena al cuello, como se había ordenado. De día y de noche, Ataf se pasaba el tiempo llorando y poniendo a Alá por testigo de su inocencia, suplicándole que le librara de su aflicción y de sus desdichas. De esta manera vivió durante tres meses. Ahora bien, una de tantas noches se despertó, invocando a Alá mientras daba unos pasos en su prisión, hasta donde lo permitía la longitud de su cadena, viendo que estaba solo en la cárcel, y que el carcelero, que la víspera le trajera el pan y el agua, había olvidado cerrar la puerta. Una débil claridad se filtraba por la entreabierta puerta, y Ataf, viendo esto, sintió de pronto que sus músculos se tensaban con una fuerza extraordinaria. De un solo tirón rompió la cadena que le sujetaba, y a tientas, tomando mil precauciones, se aventuró a través de los complicados pasadizos de la prisión, dando, por fin, con la puerta misma que llevaba a la calle. No le costó gran trabajo encontrar la llave, colgada a un lado, y abriendo sin ruido, huyó a través de la noche. Las tinieblas de Alá le protegieron hasta la mañana, y cuando las puertas de la ciudad se abrieron, salió mezclado con las gentes del pueblo, apresurando el paso en dirección a Alepo. Después de varias jornadas, llegó sin obstáculo a dicha ciudad y entró en la mezquita principal, viendo allí a un grupo de extranjeros que manifiestamente se disponían a emprender viaje. Les preguntó adónde se dirigían, y ellos le respondieron que a Bagdad. Ataf exclamó: «¡Y yo con vosotros!». Ellos le dijeron: «¡Nuestros cuerpos pertenecen a la tierra, pero nuestra vida es solamente de Alá!». Partieron, y Ataf con ellos. Al cabo de veinte días de marcha llegaron a la ciudad de Kufa, continuando el viaje hasta dar vista a Bagdad. Ataf pudo contemplar la ciudad, con sus grandes construcciones, elegante y rica en magníficos palacios que se elevaban hacia el cielo, y con sus deliciosos jardines. En ella vivían hombres sabios y hombres ignorantes, ricos y pobres, buenos y malos. Él entró en la ciudad con ropa de pobre, con un turbante sucio y roto sobre su cabeza, con la barba descuidada y los largos cabellos cayéndole sobre los ojos. Su estado inspiraba compasión, y así franqueó la puerta de la primera mezquita que halló a su paso. No había comido desde hacía dos días, y se hallaba sentado en un rincón, descansando y reflexionando tristemente, cuando uno de esos vagabundos pertenecientes a la especie de los que mendigan en las puertas de Alá, entró en la mezquita y vino a sentarse justamente enfrente de él. El mendigo se quitó de la espalda un saco viejo y deteriorado que llevaba, y, abriéndolo, extrajo un pan, luego un pollo, después otro pan, a continuación dulces, seguidamente una naranja, aceitunas, pasteles de dátil y, finalmente, un cohombro. El hambriento Ataf veía y olía mientras el vagabundo se puso a comer, engullendo con calma aquella comida que parecía el mantel mismo de Issa, hijo de Miriam, ¡para los dos la paz y bendiciones de Alá! Ataf, que no

solamente no había comido desde hacía dos días, sino que llevaba cuatro meses sin saber lo que era hartarse, se dijo a sí mismo: «¡Por Alá, que tomaría un bocado de ese excelente pollo, con un trozo de pan y una raja, al menos, de ese delicioso cohombro!». Y tan fuerte era su deseo del pan, el pollo y el cohombro, que el vagabundo lo advirtió en sus ojos. En su extrema necesidad, Ataf, sin poder evitarlo, se echó a llorar; y el mendigo, contemplándole y moviendo la cabeza, después de tragarse las excelentes cosas que llenaban su boca, tomó la palabra para decirle: «¿Por qué, oh padre de la barba sucia, haces como los extranjeros o como los perros famélicos, que piden, solo con la vista, un trozo de lo que come su amo? ¡Por Alá!, que aunque vertieras lágrimas para alimentar el Eufrates, el río de Bassra, el de Antioquía, el Nilo de Egipto y aun toda la profundidad de los océanos, no te cedería un solo trozo de lo que estoy comiendo; pero si quieres comer pollo tierno, pan caliente, cordero lechal y toda clase de dulces y pasteles de Alá, no tienes sino llamar a la puerta del gran visir Giafar, hijo de Yahia el Barmecida. Este visir gozó en Damasco de la hospitalidad de un hombre llamado Ataf, y en su honor y recuerdo distribuye así sus beneficios, sin que se levante ni se acueste un solo día sin hablar de él». Cuando Ataf acabó de escuchar al vagabundo del saco bien provisto, elevó los ojos al cielo, y dijo: «¡Oh tú, cuyos designios son impenetrables; he aquí que otorgas de nuevo tus beneficios a tu servidor!». Y recitó estos versos:

Confía al altísimo tus asuntos cuando no halles solución. Y
después, siéntate y desecha tus pensamientos amargos.

Luego fue casa de un comerciante del ramo, y le pidió, por favor, un trozo de papel y un cálamo prestado. El mercader accedió gustoso y Ataf escribió lo siguiente: «De parte de tu hermano Ataf. Alá lo sabe: ¡Que aquellos que poseen las riquezas de este mundo no se enorgullezcan, pues un día pueden verse caídos en el polvo, a solas con su amargo destino! Si me vieras ahora, no me reconocerías; tal es el estado al que me han arrojado la miseria y la pobreza, pues los reveses de la fortuna, el hambre, la sed y un largo viaje han reducido mi cuerpo y mi alma a la inanición. ¡Y he aquí que vuelvo a encontrarte al llegar a esta ciudad! ¡Que la paz sea contigo!». Luego dobló el papel, devolvió el cálamo a su dueño, agradeciéndoselo mucho, y preguntó por la casa de Giafar. Cuando llegó a ella se detuvo delante de la puerta, guardando cierta distancia, y los guardianes pudieron verlo así, de pie, y sin decir ni una sola palabra. Ellos tampoco le hablaron, y ya la situación se iba haciendo embarazosa por momentos, cuando un eunuco, magníficamente vestido y con cinturón de oro, acertó a pasar por allí. Ataf se acercó a él, y besándole la mano, le dijo: «¡Oh mi señor!, el enviado de Alá, ¡para él la oración y la paz!, ha dicho: “¡El intermediario, de una buena acción, es como el que la realiza, y el que la realiza es como los bienaventurados de Alá en el cielo!”». El eunuco preguntó: «¿Qué es lo que necesitas?». Y él prosiguió: «Deseo de tu bondad que entregues este papel al amo de

esta casa, diciéndole: «Tu hermano Ataf está en la puerta»». Cuando el eunuco oyó estas palabras, entró en cólera, y sus ojos parecían querer salirse de sus órbitas, exclamando: «¡Oh descarado embustero! ¿Así es que tú pretendes ser hermano del visir Giafar?»». Y enarbolando un bastón con puño de oro que llevaba en la mano, golpeó a Ataf en el rostro, bañádoselo en sangre y haciéndole caer al suelo cuan largo era, pues la fatiga, el hambre y sus penas le habían debilitado extremadamente. Pero, como dice el libro, «Alá ha puesto el instinto de la bondad en el corazón de ciertos esclavos, de la misma manera que puso la perversidad en el de otros». Por esto, un segundo eunuco, viendo desde lejos lo que pasaba, se acercó, lleno de cólera e indignación. «¿No has oído —dijo el primero— que pretende ser hermano del visir Giafar?»». Y el segundo le contestó: «¡Oh hombre malvado hijo de malvado y esclavo de la maldad! ¡Oh maldito cerdo! ¿Acaso Giafar es alguno de nuestros profetas? ¿no es un perro de la tierra como nosotros? ¿Y no son hermanos todos los hombres, teniendo por padres comunes a Adán y Eva? Ya dijo el poeta:

Los hombres son todos hermanos. Su padre es Adán, y su madre,
Eva.

Y la diferencia que hay entre unos y otros solo estriba en la mayor
o menor bondad de sus corazones».

Después de expresarse así, se inclinó sobre Ataf, lo levantó, le ayudó a sentarse, enjugó la sangre que corría por su rostro, y limpió y sacudió el polvo de sus vestidos, preguntándole: «¡Oh hermano mío! ¿Qué es lo que deseas?»». Ataf respondió: «Solamente quiero hacer llegar este papel a Giafar». Y el servidor de corazón compasivo tomó el papel de manos de Ataf y entró en la sala, donde, en medio de sus oficiales, parientes y amigos, sentados unos a su derecha y otros a su izquierda, se hallaba el gran visir Giafar el Barmecida. Los reunidos bebían, recitaban versos o se distraían escuchando la música de los laúdes y deliciosos cantos. Giafar el visir, con una copa en la mano, decía a los que le rodeaban: «¡Oh vosotros, los aquí reunidos!: la ausencia de los que amamos no importa para su presencia en el corazón. Nada puede impedirme pensar en mi hermano Ataf y hablar de él. Es el hombre más magnánimo de su tiempo y aun de esta edad. Me ha hecho presentes de caballos, de jóvenes esclavas blancas y negras, de adolescentes, de ricas telas, y de toda clase de suntuosidades, en cantidad más que suficiente para constituir la dote y asignación de mi esposa. Y si él no me hubiera tratado como lo hizo, yo me viera perdido sin remedio. Ha sido mi bienhechor sin saber quien era yo, y en su generosidad, no se ha mezclado ningún pensamiento de interés ni de propio provecho». Cuando el excelente servidor escuchó estas palabras de su amo, se regocijó en su interior y avanzó, inclinando la cabeza ante él y entregándole el papel Giafar lo tomó y, después de leerlo, se quedó tan trastornado como si hubiera bebido un tóxico. No se daba cuenta de lo que hacía, hasta que se desplomó sobre el suelo teniendo aún la

copa entre sus manos. Esta se rompió en mil pedazos y le hirió profundamente en la frente, corriéndole la sangre por el rostro. El papel escapó de entre sus manos. Cuando el servidor vio todo esto, se apresuró a echar sus piernas al viento, por miedo a las consecuencias, y los amigos levantaron a Giafar, restañaron su sangre y exclamaron: «¡No hay recursos y poder más que en Alá, el altísimo, el todopoderoso! ¡Estos malditos servidores están cortados todos por el mismo patrón!: turban la vida de los reyes y sus placeres, amargando sus momentos de buen humor. Por Alá, que el que ha escrito ese papel merece ser arrastrado hasta el valí para que le aplique quinientos palos y lo ponga en prisión». En seguida, los esclavos del visir salieron en busca del que había escrito el papel, y Ataf, ahorrándoles la continuación de su tarea, dijo: «¡Soy yo, oh mis amos, soy yo!». Entonces le asieron, y, empujándole hasta el valí, reclamaron para él quinientos palos. El valí ordenó que se le aplicaran y además lo encarceló, haciendo grabar en sus cadenas: «Para toda la vida». Esto hicieron con Ataf el Generoso, arrojándole de nuevo a un calabozo, donde habría de estar aún durante dos meses. Al cabo de dichos dos meses le nació un niño al emir de los creyentes, Harún Al-Raschid, y, con tan fausto motivo, ordenó que se distribuyeran limosnas, haciéndolas con largueza a todo el mundo, y que todos los presos fueran libertados de sus prisiones y calabozos. Y entre los así liberados se encontró Ataf el Generoso. Cuando Ataf se vio libre de la cárcel, debilitado, hambriento, arruinado y desnudo, elevó sus ojos al cielo y exclamó: «¡Gracias te sean dadas, señor, en todas las circunstancias!». Luego, sollozando, dijo: «Sin duda, he cometido alguna falta en el pasado, y por eso sufro todo esto, pues Alá me favoreció siempre con sus mayores beneficios y yo he respondido con la desobediencia e insumisión. ¡Pero le suplicaré que me perdone, a pesar de haber ido demasiado lejos en mis desarreglos y abominable conducta!». Después recitó estos versos:

¡Oh Dios!, el creyente, a veces, hace lo que no debiera hacer, es
pobre y depende de ti.

Embebido en los placeres, te olvida; pero como lo hace por
ignorancia, perdónale sus culpas.

Aún vertió algunas lágrimas y se dijo a sí mismo: «¿Y qué haré yo ahora? Si parto para mi país, debilitado como me encuentro, moriré antes de verme allí; y si por casualidad consigo llegar, no estará segura mi vida por causa del bey. Si sigo aquí entre los mendigos, siéndolo yo mismo, ninguno de ellos querrá admitirme en la corporación, ya que nadie me conoce; está visto que no soy de ninguna utilidad para mí mismo».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS TRES

Ella dijo:

—«Por esto, voy a abandonarme al cuidado del amo de todos los destinos. Todo se vuelve contra mí, y todo ha sucedido al contrario de como esperaba. Estaba en lo cierto el poeta, cuando dijo:

¡Oh amigo! ¡He recorrido, de oriente a occidente, todo el mundo!
Y todo lo que encontré fueron penas y necesidades.
He tratado a todos los hombres de mi tiempo. Pero no encontré
uno que se me pareciese ni que mereciese el nombre de amigo».

Y lloró de nuevo, exclamando: «¡Oh dios, dame la virtud de la paciencia!». Después se levantó y dirigió sus pasos hacia una mezquita, donde entró. Allí permaneció hasta el mediodía, y, yendo su hambre en aumento, dijo: «¡Por tu magnanimidad y tu majestad, oh señor, juro que nada pediré a nadie más que a ti!». Y siguió en la mezquita, sin tender la mano a ningún creyente, hasta la caída de la tarde. Entonces salió diciendo: «Conozco las palabras del profeta, ¡para él las bendiciones y la paz de Alá!, que dicen: “Alá consentirá en que duermas en el santuario, pero tú, déjalo para sus adoradores, pues el santuario es para la oración y no para el sueño”». Durante algún tiempo deambuló por las calles, hasta que llegó a un caserón en ruinas, donde entró con intención de pasar la noche. Al hacerlo, tropezó en la oscuridad y cayó de bruces sobre el obstáculo mismo que había provocado su caída, advirtiéndole que se trataba del cadáver de un hombre recientemente asesinado, pues el cuchillo del asesino se hallaba en el suelo, a su lado. Ataf, hecho este descubrimiento, se levantó de un salto con los faldones del vestido empapados de sangre, y siguió allí inmóvil, perplejo, y sin saber qué partido tomar, diciéndose: «¿Convendrá quedarse o será mejor huir?». Mientras él se hallaba en aquella situación, el valí, seguido de los hombres de la policía, acertó a pasar por allí y Ataf les gritó: «¡Venid a ver algo que hay aquí!». Entraron con sus antorchas y encontraron el cuerpo del asesinado, con el cuchillo al lado, y el desgraciado Ataf, de pie, junto a la cabeza del cadáver, con los faldones manchados de sangre, y entonces ellos exclamaron: «¡Oh miserable; tú eres el que lo ha matado!». Ataf no respondió y ellos le asieron, diciendo el valí: «¡Prendedle y llevadle al calabozo hasta que pongamos el asunto en conocimiento del gran visir Giafar. Y si él ordena su muerte, lo ejecutaremos!». E hicieron lo que ordenaba el valí. Al día siguiente, el hombre encargado de ello escribió una relación, dirigida a Giafar, que decía así: «Entramos en unas ruinas y encontramos a un

hombre que había matado a otro. Le interrogamos y confesó, con su silencio, que era el autor del asesinato. ¿Cuáles son, pues, tus órdenes?». El visir ordenó que se le castigara con la muerte, y, en consecuencia, sacaron a Ataf de la prisión, le llevaron a la plaza donde se llevaban a efecto las ejecuciones por ahorcamiento o corte de cabeza, rasgaron un jirón de sus faldones para vendar con él sus ojos, y le abandonaron al portaespada, quien preguntó al valí: «¿He de cortarle el cuello, oh mi señor?». El valí respondió: «¡Córtaselo!». Y el portaespada blandió su afilada hoja, que brillaba y despedía reflejos en el aire, haciéndola girar, y ya la dirigía hacia adelante para hacer saltar la cabeza del condenado, cuando oyó gritar tras él: «¡Detén tu mano!». Era la voz del gran visir Giafar, que regresaba de su paseo. El valí se prosternó ante él y Giafar le preguntó: «¿A qué obedece esta aglomeración?». «A la ejecución de un hombre de Damasco —respondió el valí—, a quien encontramos ayer en la casa en ruinas. A todas nuestras preguntas, repetidas por tres veces, a propósito del hombre de sangre noble asesinado, ha respondido con el silencio». Giafar repuso: «¡Ah! ¿Ha venido desde Damasco hasta aquí para meterse en un asunto tan feo? ¡Esto no me parece posible!». Y ordenó que lo trajeran a su presencia. Cuando estuvo ante él, Giafar no le reconoció, pues la fisonomía de Ataf estaba muy cambiada; su hermoso rostro y su noble continente habían desaparecido. Giafar le preguntó: «¿De qué país eres, oh hombre?». «De Damasco», respondió el joven. Y Giafar siguió preguntando: «¿De la ciudad misma o de los alrededores?». «¡Oh mi señor! —respondió el interpelado—, de la ciudad misma de Damasco, en la que nací». «¿Y no habrás conocido allí, por casualidad —prosiguió Giafar—, a un hombre famoso por su generosidad y esplendidez, que se llamaba Ataf?». El condenado a muerte respondió: «Lo he conocido cuando tú eras su amigo y vivías en su casa; cuando los dos juntos paseabais por los jardines. Lo he conocido cuando tú te casaste con su esposa; cuando os despedisteis en el camino de Bagdad y cuando bebisteis en la misma copa». Giafar respondió: «Sí. Todo cuanto has dicho es cierto; pero ¿qué fue de él después de nuestra despedida?». El hombre respondió: «¡Oh mi amo, ha sido cruelmente perseguido por el destino!». Y le refirió todo cuanto le había sucedido desde el día de la separación, en el camino de Bagdad, hasta el momento en que el portaespada, hacía solo unos instantes, se disponía a cortarle el cuello, terminando por recitar estos versos:

El tiempo me ha convertido en un ser desgraciado, mientras tú
vives en la gloria. Los lobos tratan de devorarme, y he aquí que llegas
tú, el león.

Apagas la sed de cualquier sediento que se presente. ¿Es posible
que yo sea uno de estos, siendo tú nuestro refugio?

Cuando acabó de recitar estos versos exclamó: «¡Oh Giafar, mi señor, te reconozco! ¡Soy Ataf!». Giafar, por su parte, dio un grito, y, de un salto, se arrojó a

los brazos de Ataf. La emoción de los dos fue tan grande que, en los primeros momentos, no pudieron pronunciar ni una sola palabra, y, cuando se repusieron, volvieron a abrazarse y a interrogarse mutuamente sobre lo que a cada uno había sucedido, desde el principio hasta el fin. Estando en esto, y sin que hubieran acabado de hacerse sus confidencias, se oyó un grito, y, volviéndose, vieron que lo había dado un jeque que venía hacia ellos vociferando: «¡No es humano lo que pasa aquí!». Cuando llegó cerca advirtieron que el jeque era un anciano con la barba teñida y la cabeza cubierta con un pañuelo azul. Giafar le indicó que se aproximara y le interrogó sobre el asunto, y el jeque exclamó: «¡Oh hombres, retirad a ese inocente de la amenaza del filo de la espada, puesto que el crimen no es obra suya! Él no ha matado a nadie. El cadáver del joven asesinado no es consecuencia de su crimen y se encuentra aquí sin motivo, puesto que soy yo el único culpable». Giafar le preguntó: «Entonces, ¿eres tú quién lo ha matado?». «¡Sí! —respondió el jeque—. ¿Y por qué le mataste? —prosiguió Giafar—. ¿No has tenido en tu corazón temor de Alá para matar así a un hijo de noble sangre, un haschimita?». El jeque respondió: «El joven que habéis encontrado muerto era propiedad mía. Yo mismo lo había criado y todos los días le daba mi dinero para sus gastos; pero él, en lugar de serme fiel, iba a divertirse, tan pronto con el llamado Schumusdag, como con el llamado Nagisch, con Ghasis, Ghubar, Guschir y muchos otros crapulosos. Pasaba días enteros con todos ellos, abandonándome, y, en mis mismas barbas, se vanagloriaban de haberlo poseído, incluso Odis, el barrendero de basuras, y Abu-Butrán, el zapatero. De día en día mis celos aumentaban y le sermoneaba, intentando hacerle cambiar de manera de vivir, pero no aceptaba ningún consejo ni reprimenda. Hasta que, al fin, la otra noche, le sorprendí con el llamado Schumusdag, el tripero, y, viéndolo, el mundo se oscureció ante mis ojos y, en las mismas ruinas donde le sorprendí, le maté, librándome así de todos los tormentos que me ocasionaba. Tal es mi historia». Luego añadió: «He guardado silencio hasta hoy, pero cuando he sabido que iban a ejecutar a un inocente en lugar del culpable no he podido callar mi secreto y he venido hasta aquí para librarle del filo de la espada. Heme aquí, pues, ante vosotros. ¡Herid sobre mi nuca y tomad una vida por otra vida! Pero antes dejad libre a ese joven, que nada tiene que ver con este asunto». Giafar, después de oír al jeque, reflexionó un momento y dijo: «El caso es dudoso, y, ante la duda, no hay sino que levantar la mano. ¡Ve en paz, jeque, y que Alá te perdone!». Y le dejó ir. Luego tomó a Ataf por la mano, le estrechó contra su pecho y fue con él a la casa de baños. Cuando el derrotado Ataf se refrescó y restauró un poco, Giafar fue con su amigo al palacio del califa y, al llegar ante él, se prosternó y dijo: «Ataf el Generoso está aquí, ¡oh emir de los creyentes! Es aquel que en Damasco me trató con tanta bondad y generosidad, prefiriéndome a sí propio». Al-Raschid dijo: «¡Tráemelo inmediatamente!». Y Giafar le introdujo tal como se hallaba: débil, extenuado y todavía temblando por las emociones recientes. Ataf, no obstante, rindió sus homenajes al califa con el lenguaje más elocuente y de la mejor manera. Al-Raschid suspiró al verle y le dijo: «¡En qué

estado te veo, pobre!». Ataf lloró, y, por invitación del califa, contó toda su historia, desde el principio hasta el fin, llevando la emoción a los que le escuchaban. En esto, el jeque de la barba teñida, a quien Giafar había otorgado la gracia, entró, y el califa, viéndole, no pudo contener la risa. Después rogó a Ataf el Generoso que se sentara y le invitó a repetir su historia, y, cuando Ataf concluyó, el califa miró a Giafar y le dijo: «Y ahora, Giafar, dime qué es lo que piensas hacer por tu hermano Ataf». El interpelado respondió: «Desde luego, mi vida le pertenece y me considero su esclavo. Tengo a su disposición unos cofres con tres millones de dinares de oro, y, acompañando a estos millones, caballos de raza, jóvenes esclavos blancos y negros, jovencitas de todos los países y toda clase de suntuosidades. Se quedará con nosotros para que nos alegre con su presencia, y en lo que se refiere a su prima-esposa es cosa de tratar entre él y yo». El califa comprendió que había llegado el momento de dejar solos a los dos amigos y les permitió marchar. Giafar condujo a Ataf hasta su casa y le dijo: «¡Oh hermano mío! Has de saber que la hija de tu tío, que tanto te ama, está intacta y que no he visto su cara al descubierto desde el día de nuestra separación. Me he divorciado de ella en tu favor, anulando el contrato matrimonial. Te devuelvo, pues, en el estado en que se hallaba, el precioso depósito que pusiste en mis manos». Así fue. Y Ataf y su esposa volvieron a reunirse con el mismo cariño y ternura que antes de la separación.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CUATRO

Schehrazada dijo:

—En cuanto al bey de Damasco, autor de todos los sufrimientos de Ataf, el califa envió emisarios, que lo arrestaron, cargándolo de cadenas y arrojándolo a un calabozo, donde quedó hasta nueva orden. Ataf pasó varios meses en Bagdad, dichoso aliado de su esposa, de Giafar, su amigo, y en la intimidad del califa Al-Raschid. Bien hubiera querido continuar en Bagdad durante toda su vida, pero le llegaron numerosas cartas desde Damasco, de parte de sus parientes y amigos, suplicándole que regresara a su país, y pensó que era su deber hacerlo. Pidió y obtuvo licencia del califa, que lamentó su determinación, y, no queriendo que partiera sin darle pruebas fehacientes de su benevolencia, le nombró valí de Damasco, dándole todas las insignias de su cargo. Ordenó que le acompañara una escolta de caballeros, con mulos y camellos cargados de magníficos regalos, y así hizo su entrada en Damasco. Toda la ciudad fue iluminada y empavesada para celebrar el retomo de Ataf, el más generoso de sus hijos, pues Ataf era amado y respetado por todas las

clases del pueblo y, sobre todo, por los pobres, quienes habían llorado su ausencia. En lo tocante al bey, llegó un segundo decreto del califa condenándolo a muerte, en castigo de sus injusticias, pero la generosidad de Ataf se interpuso, intercediendo con Al-Raschid, quien se contentó conmutando la pena de muerte con la de destierro a perpetuidad. Respecto del Libro mágico, donde el califa leyera aquellas cosas que le hicieran reír y llorar, no hubo cuestión, pues Al-Raschid, con la alegría de volver a ver a su visir Giafar, no se acordó de cosas ya pasadas. Por su parte, Giafar, no habiendo conseguido adivinar lo que contenía el libro ni encontrar al hombre capaz de adivinarlo, se guardó muy bien de hablar de ello y, por lo demás, no es de ninguna utilidad el saberlo. A partir de entonces todos vivieron felices en la amistad, gozando de tranquilidad y de todos los placeres de la vida hasta la llegada de la destructora de todas las alegrías, de la constructora de tumbas, de aquello que obedece las órdenes del dueño de todos los destinos, el único que no muere, el misericordioso con sus creyentes. Y tal es, ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada—, lo que nos han transmitido los relatos sobre Ataf el Generoso, que vivía en Damasco. Pero su historia no puede ser comparada, ni de cerca ni de lejos, con la que te contaré, si mis palabras no han pesado sobre tu ánimo.

Y Schahriar respondió:

—¿Qué dices, Schehrazada? Esta historia me ha instruido, ha iluminado mi espíritu y me ha hecho reflexionar, y heme aquí dispuesto a escucharte, como el primer día.

Entonces Schehrazada dijo:

LA PRODIGIOSA HISTORIA DEL PRÍNCIPE DIAMANTE

—Se cuenta en los libros de los genios perfectos, de los sabios y poetas que han abierto el palacio de su inteligencia a los que tantean la oscuridad, pero multipliquemos las alabanzas y elogios a aquel que en la tierra ha dotado a algunos de los hombres de lo mismo con lo que él ha situado el sol en el firmamento, linterna de la mansión de su gloria; que ha vestido los cielos con húmedo manto de satén y la tierra con manto de brillante verdor; que ha adornado los jardines con árboles y estos con sus verdes vestidos; que a los sedientos ha dado las fuentes de cristalinas aguas, a las gentes bebedoras el zumo de las viñas, a las mujeres la belleza, a la primavera las rosas, a estas la sonrisa, y, para alegrarlas, el canto de los ruiseñores; que ha puesto a la mujer bajo la mirada del hombre y el deseo en el corazón de este..., se cuenta, digo, que en un reino de entre los reinos vivía un rey magnánimo, cada acto del cual era un éxito, cuyos vasallos eran afortunados y felices, y que aventajaba a Khosroes-Anuschirwan en la justicia y a Hatim-Tai en generosidad. Aquel rey de frente serena se llamaba Schams-Schah y tenía un hijo de exquisitos modales y encantadores atractivos, que por su belleza se parecía a la estrella Canope cuando brilla sobre el mar. Aquel joven príncipe, que se llamaba Diamante, fue un día al encuentro de su padre y le dijo: «¡Padre mío! Mi ánimo se siente triste al tener que vivir en la ciudad,

por lo que deseo ir de caza para recrearme. Si así no lo hago, desgarraré mis vestiduras de arriba abajo». Cuando el rey Schams-Schah escuchó aquellas palabras de su hijo, al que amaba mucho, se aprestó a dar las órdenes necesarias para la cacería en cuestión. Los monteros y ojeadores hicieron los preparativos, mientras los palafreneros ensillaban los caballos de montaña. El príncipe Diamante se puso a la cabeza de una brillante tropa de jóvenes de fuerte complexión y con ellos se dirigió hacia los lugares donde deseaba cazar para disipar su enojo. Cabalgando en medio de estruendoso tumulto llegó al pie de una gran montaña, cuya cima se juntaba con el cielo, y al pie de la cual había un gran árbol bajo el que corría un manantial, en el cual bebía un gamo con la cabeza inclinada sobre el agua. Diamante, encantado al ver aquello, ordenó a sus gentes que detuviesen sus caballos y le dejasen ir solo a perseguir y capturar aquella presa.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CINCO

Dijo Schehrazada:

—Y con toda la fogosidad de su cabalgadura se lanzó contra el bello animal salvaje, el cual, comprendiendo que su vida corría peligro, dio un gran bote y, dando un rápido rodeo, se puso fuera de su alcance, en la llanura, sorbiendo las distancias en su carrera. Diamante entregó las riendas de su corcel al viento y siguió al gamo hasta el desierto, alejándose de su tropa armada. Por arenales y pedregales prosiguió la persecución, hasta que el caballo, agotado y sin aliento, dejó ver su lengua seca, en aquel desierto en el que no se notaba rastro ni olor de hijos de Adán y la única presencia que había era la del invisible. Pues bien, en aquel momento llegó ante una colina arenosa que le cerraba el horizonte y tras la cual había desaparecido el gamo. El desesperado Diamante remontó aquella colina, y, una vez que llegó a la otra vertiente, vio de súbito un espectáculo bien diferente que se ofrecía a sus miradas, ya que en lugar de la aridez inhóspita del desierto vio un fresco oasis en medio de una mancha de verdor, habitado por ruiseñores y adornado por macizos naturales de flores rojas y blancas, semejantes al crepúsculo de la tarde y al de la mañana. Diamante sintió que su ánimo se alegraba y su corazón se ensanchaba, como si estuviese en el jardín cuyo guardián alado es el ángel Rizzván. Después que el príncipe Diamante hubo contemplado la obra admirable del creador, dio de beber a su caballo y bebió él mismo de la deliciosa agua del oasis en la palma de su mano, se levantó y miró de nuevo para juzgar las cosas en detalle. Y he aquí que al abrigo de un árbol viejísimo, cuyas raíces debían sumergirse hasta las puertas interiores de la

tierra, vio un trono solitario en el que estaba sentado un viejo rey, con la corona real en la cabeza y los pies desnudos, que estaba pensativo. Diamante, respetuosamente, le abordó con el acostumbrado saludo, que el anciano rey le devolvió, añadiendo: «¡Oh hijo de reyes! ¿Por qué motivo has atravesado el horrible desierto en el que ni los pájaros pueden batir sus alas y donde la sangre de las bestias feroces se hace hiel?». Diamante le contó la aventura, y añadió: «Y tú, ¡oh venerable rey!, ¿puedes decirme el motivo de tu estancia en este sitio habitado por la desolación? ¡Tu historia debe de ser muy extraña!». El anciano le respondió: «Ciertamente que mi historia es rara y prodigiosa, pero lo es en tal grado que prefiero que renuncies a oírla de mi boca, pues sería para ti motivo de pesadumbre». Pero el joven Diamante le dijo: «¡Oh venerable! Puedes hablar, ya que he sido alimentado con la leche de mi madre y soy el hijo de mi padre». Y tanto insistió para que le hiciese el relato de su vida, que consiguió que se decidiera a contarle. Entonces, el anciano rey, que estaba sentado en su trono bajo el árbol, dijo: «Escucha, pues, las palabras que van a salir de las profundidades de mi corazón y recógelas y guárdalas en los pliegues de tu ánimo». Inclínó la cabeza un instante, la levantó después y habló así: «Sabe, pues, ¡oh adolescente!, que antes de mi llegada a este islote situado en medio del desierto yo reinaba en el territorio de Babil, rodeado de mis riquezas, corte, ejército y gloria. Alá, el altísimo, ¡que él sea exaltado!, para perpetuarme me había concedido siete hijos, que bendecían a su creador y eran la alegría de mi corazón. La vida transcurría en mi imperio pacífica y próspera, cuando un día mi hijo mayor oyó, de boca de un caravanero, que en las lejanas tierras del Sinn y de Massin vivía una princesa, hija del rey Kamús, hijo de Tammuz, que se llamaba Mohra, que no tenía rival en el mundo, ya que la perfección de su belleza semejava el rostro de la luna y que ante ella Joseph y Zuleika tenían la oreja horadada por la marca de la esclavitud. En una palabra, ella estaba modelada según los versos del poeta:

Es una bella ladrona de corazones, espléndida por todos los lados.
Los bucles de su pelo son los nardos de un jardín y sus mejillas
son dos rosas.
Sus labios tienen a un tiempo rubíes y azúcar.
Sus dientes son asombrosamente puros, y cuando ella se encoleriza
parece que sonríen.
Es una bella ladrona de corazones, espléndida por todos sus lados.

Asimismo, aquel caravanero contó a mi hijo mayor que el rey Kamús no tenía más hijos que aquella feliz princesa y que este encantador retoño del jardín de la belleza había llegado a la primavera de su vida y que las abejas comenzaban a revolotear alrededor de su cuerpo florido, por lo que sería preciso reunir a todos los jóvenes pretendientes para escoger de entre ellos a uno, pero que como único requisito había sido fijado que todos los pretendientes deberían contestar a una

pregunta que les haría la princesa, que consistía en estas palabras: “¿Cuál es la relación entre la piña y el ciprés?”. Esto era lo que se pedía al pretendiente, pero con la condición de que a quien no pudiese responder adecuadamente a la pregunta se le cortaría la cabeza, que sería fijada en lo más alto del palacio. Pues bien, cuando mi hijo terminó de oír estos detalles de boca del caravanero, su corazón se caldeó como las viandas en la parrilla y vino hacia mí derramando más lágrimas que agua una nube de tempestad; gimoteando me pidió permiso para marchar e ir a tratar de conquistar a la princesa del país de Sinn y de Massin. Asustado por esta loca empresa traté de remediar aquello esperando que un consejo frenaría la violencia de aquel mal de amor, y le dije: “¡Oh luz de mis ojos! Si no puedes evitar, sin morir de tristeza, ir hasta los confines del país del rey Kamús, el hijo de Tammuz, padre de la princesa Mohra, yo te acompañaré a la cabeza de mis ejércitos y si, de buen grado, el rey Kamús consiente en darte su hija, todo estará bien, pero si no lo hace así, ¡por Alá que le haré cortar la cabeza sobre los escombros de su palacio y aventaré su reino, y, de esta manera, la joven llegará a ser una cautiva de tu propiedad!”. Pero mi hijo mayor no debió de encontrar este proyecto de su agrado, porque me respondió: “¡Padre mío! No sería digno tomar por la fuerza aquello que podemos conseguir por la persuasión. Así, pues, es preciso que vaya yo mismo a dar la respuesta exigida y así conquistar a la hija del rey”. Entonces fue cuando comprendí mejor que nunca que ninguna criatura puede escapar al destino que le haya sido escrito en el libro de los destinos por el escriba alado. Viendo que la cosa estaba decretada así en el destino de mi hijo, le concedí, no sin muchos suspiros, el permiso para su marcha; en consecuencia, después de pedirme licencia marchó al encuentro de su destino. Llegó a los confines en los que reinaba el rey Kamús y se presentó en el palacio en el que vivía la princesa Mohra, pero ¡oh extranjero!, no pudo responder a la pregunta que le fue formulada. La princesa le hizo cortar la cabeza sin piedad y la mandó colocar en lo más alto del palacio. Al recibir esta noticia derramé todas las lágrimas de la desesperación, y, vestido con ropas de duelo, me encerré a solas con mi dolor durante cuarenta días; mis íntimos derramaron ceniza sobre sus cabezas, todos desgarraron sus vestiduras y en palacio resonaron gritos de duelo. Entonces, mi segundo hijo, con su propia mano, hirió mi corazón con la segunda herida de dolor al ir al encuentro de la muerte como su hermano, porque como era el mayor de los que me quedaban quiso intentar la empresa. Este fue también el fin de mis otros cinco hijos, que, de la misma manera, se fueron por el camino de la muerte y perecieron, mártires del sentimiento del amor. Agobiado por el negro destino y abatido por un dolor sin esperanza, abandoné mi corona y mi país y salí errante, siguiendo la llamada de la fatalidad. Atravesé como un sonámbulo llanuras y desiertos y llegué, así como me ves, con la corona sobre la cabeza y con los pies desnudos, a este sitio, en el que estoy esperando la muerte sobre mi trono». Cuando el príncipe Diamante oyó este relato del anciano rey fue herido por la flecha del sentimiento y exhaló suspiros de amor que arrojaban destellos, porque como dice el poeta:

El amor se ha cobijado en mí por el oído solamente, pero no he visto al ser que lo provoca.

Yo ignoro qué ha pasado entre la desconocida y mi corazón.

Y esto es cuanto se refiere al anciano rey de Babil, sentado en su trono en el oasis. Así acaba su dolorosa historia. En cuanto a los compañeros de caza de Diamante, se inquietaron mucho por la desaparición del príncipe, por lo que al cabo de cierto tiempo, a pesar de la orden que les había dado de que no le siguiesen, fueron en su busca y le encontraron a la salida del oasis. Él tenía la cabeza inclinada pensativamente sobre el pecho y la mirada mortecina. Le rodearon como las mariposas a la rosa y le presentaron un caballo de repuesto, de rápido galope, semejante al viento por su ligereza y que corría más rápido que la imaginación. Diamante confió su primer caballo a las gentes de su séquito y montó en aquel que le presentaban, que tenía silla de oro y brida adornada con perlas, y todos llegaron sin contratiempo al palacio del rey Schams-Schah, padre de Diamante. El rey, en vez de encontrar a su hijo con el rostro alegre y con el corazón dilatado por aquel paseo y por la caza, le vio con la tez muy alterada y sumergido en un océano de pena negra, pues el amor había penetrado hasta sus huesos, y, al presente, consumía su corazón y su alegría.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía, y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SEIS

Ella dijo:

—A fuerza de súplicas y ruegos el rey consiguió que su hijo le revelase la causa de su lamentable estado, y habiendo sido levantado el velo que cubría aquel secreto, el rey abrazó a su hijo, lo estrechó contra su pecho y le dijo: «¡Alegra tu mirada y calma tu ánimo, ya que voy a enviar embajadores al rey Kamús, hijo de Tammuz, que reina en los confines de Sinn y Massin, con una carta escrita por mí mismo pidiéndole en matrimonio para ti a su hija Mohra! ¡Haré que le entreguen fardos de telas preciosas, joyas valiosas y presentes de todas clases, que sean dignos de reyes, y si, por desgracia para su vida, el padre de la princesa Mohra rehúsa complacer nuestra petición, humillándonos y escarneciéndonos de esta manera, mandaré contra él ejércitos destructores, que derribarán su trono en medio de sangre y que arrojarán al aire su corona! ¡De este modo conseguiremos a la bella Mohra, la de maneras encantadoras!». Así habló en su trono dorado el padre de Diamante, ante los visires, emires y ulemas, que aprobaron aquellas palabras reales. Pero el príncipe Diamante

respondió: «¡Oh padre mío, eso no puede hacerse, pues podría ir yo mismo y daría la respuesta exigida, y, con solo mi mérito, conquistaría a la maravillosa princesa!». El rey Schams-Schah, habiendo oído aquella respuesta de su hijo, comenzó a gemir dolorosamente y dijo: «¡Oh dueño de tu padre! He conservado hasta ahora, gracias a ti, la claridad de mis ojos y la vida de mi cuerpo, pues tú eres el único consuelo de mi viejo corazón de rey y el único apoyo de mi cabeza. ¿Cómo, pues, puedes abandonarme para correr a una muerte segura?». Continuó hablándole así para enternecer su corazón, pero fue en vano, y para no verle morir de pena reconcentrada, ante sus propios ojos, se vio obligado a dejarle marchar. El príncipe Diamante montó sobre su caballo, bello como un animal mágico, y tomó el camino que conducía al reino de Kamús. Su padre y todos los suyos se estrujaron las manos desesperadamente y se encontraron sumergidos en los pozos sin fondo de la desolación. El príncipe Diamante marchó etapa tras etapa y, gracias a la seguridad que le había sido escrita en su destino, llegó a la capital lejana del reino de Kamús y se encontró frente a un palacio más alto que una montaña. En la cima de aquel palacio se veían clavadas millares de cabezas de reyes y de príncipes, unas con su corona, otras desnudas por completo. En la plaza de armas se veían alineadas las tiendas de tisú de oro y de satén chino con cortinas de muselina dorada. Después de contemplar todo aquello, el príncipe Diamante observó que sobre la puerta principal del palacio estaba suspendido un tambor adornado con ricas pedrerías y en el que estaban escritas, con letras de oro, estas palabras: «Cualquiera que sea de sangre real y desee ver a la princesa Mohra, debe hacer sonar este tambor por medio de las baquetas». Sin dudarlo, Diamante descendió de su caballo y se dirigió resueltamente hacia la puerta en cuestión, y, tomando la rica baqueta en sus manos, golpeó el tambor con tal fuerza, que resonó en toda la ciudad. En seguida se presentaron las gentes de palacio, que condujeron al príncipe hasta el rey Kamús, a quien agradó su presencia, por lo que quiso salvarle de la muerte, diciéndole: «¡Ay de tu juventud, hijo mío! ¿Por qué quieres perder la vida como todos esos que no pudieron responder a la pregunta de mi hija? Renuncia a esta empresa, ten compasión de ti mismo y sé mi chambelán, porque nadie que no sea Alá, el omnisciente, conoce los misterios y puede explicar las ideas fantásticas de una jovencita». Como el príncipe Diamante persistiese en su designio, el rey Kamús insistió; «Escucha, hijo mío. Para mí es un gran dolor el ver cómo se expone a morir sin gloria un adolescente tan bello, y, por esto, te pido que antes de afrontar la prueba fatal reflexiones durante tres días y después vuelvas a pedir audiencia, que será para separar tu cabeza del resto del cuerpo». Y le hizo señas de que se retirase. El príncipe Diamante se vio obligado a salir del palacio, y, para pasar el tiempo, comenzó a deambular por entre los mercados y tiendas, viendo que las gentes de aquel país eran delicadas e inteligentes; pero él se sentía invenciblemente llevado hacia la morada en la que vivía aquella que le había atraído como el imán atrae el acero. Llegado ante el jardín del palacio, pensó que si conseguía introducirse en él podría ver a la princesa y así alegrar su ánimo con

su contemplación. Pero él no sabía cómo entrar sin ser detenido por los guardianes, cuando he aquí que vio un canal cuya agua se derramaba en el jardín después de pasar bajo la muralla. Se dijo que bien podría entrar en el jardín al mismo tiempo que el agua, y, sumergiéndose en el agua del canal, consiguió entrar en el jardín sin dificultad, sentándose un momento en un sitio oculto para secar sus vestidos al sol. Después se levantó y paseó lentamente a través de los macizos, admirando aquel verde jardín que bañaba el agua de los arroyuelos y cuya tierra parecía un rico en día de fiesta; en donde la rosa blanca sonreía a su hermana la rosa roja; en donde el lenguaje de los ruiseñores y de sus amantes, las rosas, parecían bellas músicas sobre versos amorosos; en donde las camas de flores de los parterres se aparecían en bellas formas; en donde los pájaros, locos de alegría, cantaban todos los trinos de su repertorio y donde todo era tan bello y tan perfecto como en los jardines de Irem. Paseándose lentamente y con precauciones por el jardín, al volver la esquina de una avenida el príncipe Diamante se vio súbitamente frente a un estanque de mármol blanco, sobre el borde del cual había extendido un tapiz de seda, en el que estaba sentada negligentemente, como una pantera en reposo, una adolescente tan bella como el jardín. El olor de sus bucles y de sus cabellos era tan penetrante que llegaba hasta el cielo para perfumar con ámbar a las huríes. El príncipe Diamante, a la vista de tal aparición, que no podía dejar de contemplar, como el hidrópico no puede dejar de beber el agua del Eufrates, comprendió que una tal belleza no podía atribuirse más que a Mohra, aquella por la que se sacrificarían millares de almas como las mariposas en la llama. Y he aquí que mientras él estaba en el éxtasis de la contemplación, una de las adolescentes seguidoras de Mohra se aproximó al sitio donde él estaba oculto y se dispuso a llenar con el agua del arroyuelo una copa de oro que llevaba en la mano. De repente, la joven dio un grito de espanto y dejó caer la copa de oro, volviéndose, corriendo temblorosa, con una mano sobre el corazón, junto a sus compañeras. Estas la llevaron en seguida ante su ama Mohra para que explicara el motivo de su aturdimiento y de la caída de la copa en el arroyuelo. La adolescente, que tenía por nombre Rama de Coral, después de calmarse un poco dijo a la princesa: «¡Oh corona de mi cabeza, oh mi ama, cuando estaba inclinada sobre el arroyuelo vi, reflejada en el agua, una figura de adolescente tan hermoso, que no sabría decir si pertenecía a un hijo de los genios o de los hombres! En mi emoción, dejé caer la copa de oro en el agua».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SIETE

Schehrazada dijo:

—Después de escuchar a Rama de Coral, la princesa Mohra ordenó que, para poner en claro la cosa, otra de las seguidoras fuera al mismo sitio a mirar en el agua. En seguida una segunda adolescente corrió hacia el arroyuelo, y, viendo reflejarse la encantadora figura, regresó corriendo y con el corazón abrasado de amor, diciendo a su ama: «¡Oh nuestra ama Mohra; no sé, pero creo que esa imagen en el agua es de un ángel o de algún hijo de los genios! ¡O quizá pueda ser que la luna ha bajado al arroyuelo!». Cuando acabó de escuchar a esta segunda seguidora, la princesa Mohra sintió que el aguijón de la curiosidad punzaba su alma y el deseo de ver aquello por sí misma surgió en su corazón. Se levantó sobre sus encantadores pies, y, orgullosa como un pavo real, se dirigió al arroyuelo, viendo en él reflejada la imagen de Diamante y regresando pálida y traspasada de amor. Vacilante, hasta el punto de tener que ser sostenida por sus seguidoras, hizo llamar rápidamente a su nodriza y le dijo: «¡Ve, oh nodriza, y tráeme a aquel cuya imagen se refleja en el agua o moriré!». La nodriza respondió por el oído y la obediencia y se fue, mirando por todas partes. Al cabo de unos momentos su mirada se posó sobre el lugar donde estaba escondido el príncipe de aspecto encantador, el joven con cara de sol, aquel de quien los astros se sentían celosos. Por su parte, el bello Diamante, viéndose descubierto, tuvo la ocurrencia, para salvar su vida, de fingirse loco. Así, cuando la nodriza, que le había cogido de la mano con las mismas precauciones que se toman para tocar las alas de las mariposas, le condujo a presencia de su ama, este joven con cara de sol, este príncipe de aspecto encantador, se echó a reír como un insensato y dijo: «¡Estoy hambriento y no tengo hambre! La mosca se ha transformado en búfalo. Una montaña de algodón, por efecto de las aguas, se ha convertido en arcilla». Y poniendo los ojos en blanco dijo también: «¡La cera se ha fundido por efecto de la nieve! ¡El camello ha comido carbón! ¡La rata ha devorado al gato! —añadiendo—: ¡Yo, y no otro, me voy a comer a todo el mundo!». Y así, sin tomar aliento, continuó desbarrando y soltando palabras sin sentido, ni pies ni cabeza, hasta que la princesa quedó convencida de su locura. Entonces, como ella ya había tenido tiempo de admirar su belleza, se impresionó, turbándose su espíritu, y, volviéndose hacia sus seguidoras, dijo: «¡Ay, qué pena!». Después de pronunciar estas palabras se agitó y sufrió convulsiones como un pollo a medio matar, pues, por primera vez en su vida, el amor había hecho presa en ella y producía sus efectos habituales. Pasado un rato pudo sustraerse a la contemplación del joven, y, tristemente, dijo a la adolescente: «Ya veis que este joven está loco por estar su espíritu en poder de los genios. Como los locos de Alá son muy grandes santos, faltarle al respeto es tan grave como dudar de la existencia de Alá o del origen divino del Corán. Es preciso, pues, dejarle aquí en absoluta libertad para que viva a su capricho y haga lo que quiera. Que a nadie se le ocurra contrariarle ni rehusarle nada de lo que pida». Luego se volvió hacia el joven, que ella tomó por un santón, y, besándole la mano con religioso respeto, le dijo: «¡Oh santón venerable, concédenos la gracia de elegir para tu morada este jardín y el

pabellón que ves en él, donde tendrás a tu disposición todo cuanto te sea necesario!». Y el joven santón, que era el mismo Diamante en persona, abriendo desmesuradamente los ojos respondió: «¡Necesario, necesario! ¡Nada de nada, nada de nada!». Entonces la princesa Mohra le dejó, después de inclinarse ante él por última vez, y se fue, edificada y desolada, seguida de sus compañeras y de la nodriza. A partir de aquel momento el joven santón se vio rodeado de toda clase de respetos y atenciones. El pabellón que se le cedió por morada fue atendido por las esclavas más complacientes entre las de Mohra, y, desde la mañana hasta la noche, no faltaron allí platos llenos de manjares de todas clases. La santidad del joven sirvió en el palacio de edificación general, y no faltó quien acudiera a barrer el suelo que él había pisado, para recoger los restos de su comida, las raspaduras de sus uñas o cualquier otra cosa parecida, y hacerse con ellas amuletos. Uno de tantos días, la joven que se llamaba Rama de Coral, que era la favorita de la princesa Mohra, entró en la morada del joven santón, que estaba solo, y, pálida de emoción y temblorosa se acercó a él, puso la cabeza humildemente a sus pies y suspirando le dijo: «¡Oh corona de mi cabeza, oh dueño de todas las perfecciones. Alá, el altísimo, autor de todo lo bello, hará aún más por ti, por mi mediación, si tú consientes en ello! Mi corazón, que late por ti, está entristecido y se derrite como la cera, pues las flechas de tus miradas lo han atravesado y el dardo del amor ha penetrado en él. Dime, pues, por favor, quién eres y cómo has llegado a este jardín, para que, conociéndote mejor, pueda servirte más eficazmente». Pero Diamante, temiendo la astucia de la princesa Mohra, no se dejó ganar por las súplicas y las miradas apasionadas de la joven y continuó expresándose como suelen hacerlo aquellos cuya alma está realmente en poder de los espíritus maléficos. Rama de Coral, gimiendo y suspirando, siguió suplicando al joven, dando vueltas en torno a él como las mariposas nocturnas alrededor de la llama. Y como él seguía absteniéndose, ella acabó diciendo: «¡Por Alá y por el profeta, ábreme tu corazón y dime tu secreto, pues no hay duda de que tú ocultas un secreto, y mi corazón será un cofre cuya llave se perderá después de cerrado! ¡Apresúrate, pues, ya que ese cofre está lleno de amor hacia ti, a decirme con toda confianza lo que sin duda alguna tienes que decirme!». Cuando el príncipe Diamante oyó expresarse así a la encantadora Rama de Coral, se convenció de que en sus palabras se traslucía el amor, y así no vio ningún inconveniente en explicarle la verdadera situación. Contempló a la adolescente durante un momento sin hablar, después sonrió y, abriéndole el corazón, dijo: «¡Oh encantadora!, si he llegado hasta aquí, después de sufrir mil calamidades y de exponerme a grandes peligros, ha sido únicamente con la esperanza de responder a la cuestión de la princesa Mohra, a saber: “¿Qué relación hay entre piña y ciprés?”. Si tú conoces la verdadera respuesta a esta pregunta oscura, dámela por compasión y mi corazón se inclinará hacia ti».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS OCHO

Dijo Schehrazada:

—Y añadió: «¡No dudes de ello!». Rama de Coral respondió: «¡Oh joven insigne! Ciertamente que no dudo en absoluto de ti, pero si quieres que te dé la respuesta a esa pregunta oscura tienes que jurarme, por la verdad de nuestra fe, que me tomarás por esposa, colocándome a la cabeza de todas las damas del palacio de tu padre, allá en tu reino». El príncipe Diamante cogió la mano de la adolescente, la besó, la puso sobre su propio corazón, y luego le prometió los esponsales y el rango que ella deseaba. Cuando la joven Rama de Coral tuvo esta promesa y seguridad del príncipe Diamante se estremeció de felicidad y le dijo: «¡Oh ilusión de mi vida! Has de saber que bajo la cama de marfil de la princesa Mohra hay un negro. Este negro ha establecido allí su morada, ignorado de todos excepto de la propia princesa, después de huir de su país, la ciudad de Wakak. Ahora bien, ha sido precisamente este negro nefasto quien ha incitado a nuestra princesa a proponer la oscura cuestión a los hijos de los reyes. Es preciso, pues, si es que quieres conocer la verdadera solución del problema, que vayas a la ciudad del negro y esta es la única manera de poder develar el secreto. Esto es todo lo que sé sobre las relaciones que pueda haber entre piña y ciprés. ¡Pero Alá es más sabio!». Cuando el príncipe Diamante acabó de escuchar a Rama de Coral se dijo a sí mismo: «¡Oh corazón mío, habrás de tener un poco de paciencia para ver lo que hay tras la cortina del misterio! De momento, ¡oh corazón!, tendrás sin duda que sufrir, en esa ciudad de Wakak, bastantes cosas desagradables que te lastimarán». Luego se volvió hacia la joven y le dijo: «¡Oh niña adorable! Mientras no me halle en Wakak, la ciudad del negro, y no haya penetrado en el misterio de que se trata, el reposo me estará prohibido. Si Alá me protege y consiente en que obtenga el resultado deseado, cumpliré tus deseos. De lo contrario, me conformo con no levantar la cabeza hasta el día de la resurrección». Después de expresarse así, el príncipe Diamante pidió licencia a Rama de Coral, la suspirante, la gimiente, la sollozante, y, con el corazón herido, salió del jardín sin que nadie lo advirtiera, dirigiéndose al albergue donde había dejado sus efectos de viaje, y, montando en un caballo tan bello como un animal del país de las hadas, se puso en el camino de Alá. Pero como no sabía dónde se encontraba la ciudad ni la dirección que había que tomar para llegar a ella, miró a su alrededor en todos los sentidos, buscando a alguien que pudiera informarle, descubriendo a un derviche vestido de verde y calzado con unas babuchas de cuero amarillo-limón, quien, con su bastón en la mano y un gran parecido con Khizr el guardián, tan radiante era su rostro y luminosa su mirada, se dirigía hacia él. Diamante se aproximó a este venerable derviche y le abordó, descendiendo del

caballo y saludándole. Después de devolverle el saludo el derviche, Diamante le preguntó: «¿Hacia dónde se encuentra la ciudad de Wakak y qué distancia hay desde aquí?». El derviche, después de mirar atentamente al príncipe durante una hora, le dijo: «¡Oh hijo de reyes, abstente de aventurarte en un camino espantoso y sin salida! ¡Renuncia a tu loco proyecto y ocúpate de otros cuidados, pues aunque te pasaras toda tu vida buscando ese camino, no lo hallarías! Además, queriendo ir a la ciudad de Wakak, abandonas al viento de la muerte tu vida querida». Pero el príncipe Diamante insistió: «¡Oh respetado y venerable jeque, mi asunto es de tanta monta y el fin tan importante, que preferiría sacrificar mil vidas que tuviera antes que renunciar a seguir adelante! Si conoces, pues, el camino, sírreme de guía como Khizr el guardián». Cuando el derviche se convenció de que Diamante no desistiría de su propósito en manera alguna, a pesar de los consejos útiles de toda suerte que siguió dándole, le dijo: «¡Oh joven bendito! Has de saber que la ciudad de Wakak está situada en el centro de la montaña Kaf, donde habitan, tanto en el interior como en el exterior, los genios y espíritus malignos. Para llegar hasta allí hay tres caminos: el de la derecha, el de la izquierda y el del centro; pero es preciso ir por el de la derecha, no por el de la izquierda, ni mucho menos por el del centro. Cuando hayas viajado durante un día y una noche, al despuntar el alba verás un alminar, y sobre él una piedra de mármol con una inscripción, y después de su lectura será cuando habrás de regular tu conducta». El príncipe Diamante dio las gracias al anciano, y, después de besarle la mano, tomó el camino de la derecha, que debía llevarle a la ciudad de Wakak. Anduvo durante un día y una noche, y llegó al pie del minarete del que le hablara el derviche, viendo que el tal minarete era tan alto, que casi tocaba el azulado cielo. En una piedra de mármol, grabado en caracteres kúficos, se leía: «Los tres caminos que tienes ante ti, ¡oh caminante!, conducen al país de Wakak. Si tomas el de la izquierda, sufrirás gran número de vejaciones. Si tomas el de la derecha, te arrepentirás de ello. Y si sigues el de centro, será espantoso». Cuando descifró esta inscripción y comprendió todo su alcance, Diamante cogió un puñado de tierra, y echándoselo por la abertura de su vestido, dijo: «¡Que yo me convierta en polvo, pero que consiga mi propósito!». Cabalgó de nuevo, y, sin dudarlo, tomó el más peligroso de los tres caminos, el del centro. Marchó durante todo un día y toda una noche, resueltamente, y a la mañana siguiente se ofreció ante su vista un gran espacio abierto, lleno de árboles cuyas ramas llegaban hasta el cielo. Estos árboles formaban setos que defendían de los vientos salvajes al inmenso y verdeante jardín, cuyo acceso estaba cerrado con un bloque de granito y guardado por un negro. La cara de este daba un tinte sombrío a todo el jardín, como si la noche sin luna le prestara sus tinieblas, y la talla de aquel producto del alquitrán era gigantesca. Su labio superior se elevaba por encima de la nariz, que recordaba a una berenjena, y el inferior caía hasta su cuello. Llevaba sobre el pecho una muela de molino, que le servía de escudo, y, colgando de su cinturón, una espada de hierro chino. El cinturón lo constituía una gruesa cadena, cuyos eslabones eran de un tamaño tal que un elefante de guerra con

todos sus pertrechos hubiera podido pasar por ellos con toda facilidad. En aquel momento, el negro se hallaba echado cuan largo era sobre unas pieles de animales, y de su enorme boca abierta se escapaban ronquidos con fragor de truenos. El príncipe Diamante echó pie a tierra, y, sin hacer ruido, ató la brida de su caballo junto a la cabeza del negro. Luego empujó la puerta de granito y entró en el jardín. El aire allí era tan excelente, que las ramas de los árboles se balanceaban como hombres ebrios. Por debajo de estos árboles pasaban sin cesar grandes gamos, llevando, atados a su cornamenta, adornos de oro guarnecidos de piedras preciosas; sobre su lomo, mantas bordadas, y, atados a sus cuellos, pañuelos de brocado. Todos estos gamos, con sus patas delanteras, con las traseras, con sus ojos y con sus cejas, trataban notoriamente de hacer señas a Diamante para que no entrara; pero el príncipe, sin tomar en cuenta sus advertencias, y juzgando que aquellos animales, con sus movimientos de ojos, cejas y miembros, más bien trataban de testimoniar el placer con que le recibían, se puso a circular tranquilamente por las avenidas del jardín. Paseando de esta manera, llegó ante un palacio que distaba mucho de igualar los de Kesra o Kaisar. La puerta de este palacio se hallaba entreabierta, y en el espacio que quedaba libre se veía una maravillosa cabeza de jovencita; era embrujadora, y hubiera hecho retorcerse de celos a la luna nueva. Esta cabecita, cuyos ojos harían bajarse de vergüenza a los de Narciso, miraba a uno y otro lado, sonriendo. Cuando advirtió la presencia de Diamante, al mismo tiempo que conquistada por la belleza del príncipe, se quedó estupefacta, permaneciendo así unos instantes, y luego, después de devolverle el saludo, le dijo: «¿Quién eres tú, oh joven tan lleno de audacia, que te atreves a entrar en este jardín donde ni aun los pájaros osan agitar sus alas?».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS NUEVE

Ella dijo:

—Así habló la adolescente, cuyo nombre era Latifa; y Diamante, después de inclinarse hasta el suelo, respondió: «¡Oh tú, retoño del jardín de la perfección! ¡Oh mi ama! Yo soy tal, hijo de tal, y he venido hasta aquí para tal y tal cosa». Y le refirió su historia, desde el principio hasta el fin, sin omitir ningún detalle; pero no es de utilidad repetirla. Latifa, después de oír su historia, le cogió de la mano y le invitó a sentarse junto a ella en un tapiz extendido bajo el emparrado de la entrada. Luego, empleando las palabras más dulces, le dijo: «¡Oh ciprés abundante del jardín de la belleza! ¡Qué pena, siendo tan joven! —y añadió—: ¡Oh malhadada idea! ¡Oh

proyecto tan difícil de realizar! ¡Oh empresa peligrosa! —y aún dijo—: Es preciso que renuncies a tus pretensiones, si es que te quieres a ti mismo; y quédate aquí conmigo y que tu mano bendita se aferre al cuello de mi deseo, puesto que la unión con una bella figura de hada, como yo, es más deseable que ir en busca de lo desconocido». Pero Diamante respondió: «En tanto que yo no esté en la ciudad de Wakak y resuelva el problema en cuestión, a saber: qué relación existe entre piña y ciprés, los placeres y la dicha me están prohibidos. Pero ¡oh criatura encantadora!, cuando haya realizado mi proyecto, yo pondré, desposándote, el collar de nuestra unión en el cuello de tu deseo». Latifa suspiró, diciendo: «¡Oh corazón abandonado!»; e hizo una seña a las cantantes de mejillas de rosa para que se aproximaran, haciendo venir también a otras adolescentes, a cuya sola vista se asombraban el sol y la luna, y cuyos cabellos ondulados provocaban una torsión involuntaria en los corazones. Luego se llenaron las copas de la bienvenida para festejar al huésped encantador entre músicas y cantos, y la delicia de las mujeres, unida a la de las seductoras armonías, robaba los corazones y encantaba las almas. Ahora bien, cuando se vaciaron las copas, el príncipe Diamante se puso en pie, y después de dar las gracias a la jovencita, dijo: «¡Oh princesa! Deseo obtener tu licencia para partir, puesto que, tú lo sabes, el camino que he de recorrer es largo, y si continuara aquí un momento más el fuego de tu amor prendería en la mies de mi alma. Si Alá lo quiere, después de conseguir mi propósito, volveré aquí a recoger las rosas del deseo y a apagar la sed de mi corazón». Cuando la adolescente vio que el príncipe Diamante, por el que ella suspiraba, persistía en su resolución de dejarla, se puso en pie y cogió un bastón que parecía una serpiente, murmurando unas palabras en una lengua incomprensible, y, blandiendo dicho bastón, dio con él un golpe tan violento en la espalda del príncipe, que este, dando tres vueltas sobre sí mismo, cayó al suelo, perdiendo en el acto su forma humana para adoptar la de un gamo como los demás gamos. Luego, Latifa le puso en los cuernos ornamentos iguales a los que llevaban los otros gamos, y, atándole al cuello un pañuelo de seda bordada, lo echó al jardín, gritándole: «¡Ve con tus semejantes, ya que no has querido poseer una bella figura de hada!». Y Diamante, convertido en gamo, se fue sobre sus cuatro patas, animal en cuanto a su forma, pero siguiendo semejante a los hijos de Adán en cuanto a sus cualidades internas y a sus sensaciones. Yendo así sobre sus cuatro patas a través de las avenidas, por donde erraban como él los otros animales también metamorfoseados, Diamante, gamo, se puso a reflexionar sobre su nueva situación y sobre la manera de recobrar su libertad, escapando de entre las manos de aquella hechicera. Así llegó hasta un ángulo del jardín donde el muro que lo rodeaba era notoriamente más bajo que en ninguna otra parte; y después de encomendarse al dueño de todos los destinos, tomó impulso, y, de un salto, franqueó el obstáculo. No tardó en advertir que seguía estando en el mismo jardín, como si no hubiera franqueado el muro; convenciéndose entonces de que continuaban obrando los efectos del encantamiento. Siete veces seguidas saltó el muro de la misma forma, sin

conseguir mejores resultados, pues comprobó que siempre se hallaba en el mismo sitio. Entonces se quedó perplejo, y el sudor de la impaciencia transpiraba hasta por sus cascos, dedicándose a ir y venir a lo largo del muro, como haría un león enjaulado, hasta que se encontró ante una abertura en forma de ventana excavada en el muro, que hasta entonces había escapado a sus miradas, y, deslizándose a través de ella, con mil fatigas, esta vez se halló fuera del recinto del jardín. Se encontraba en un segundo jardín intensamente perfumado por multitud de plantas aromáticas. Al fondo de una de sus avenidas se veía un palacio, y en una de sus ventanas estaba una encantadora joven del color del tulipán, cuyos ojos habrían excitado la envidia de una gacela de China.



Sus cabellos, del color del ámbar, se mostraban como si hubieran absorbido todos los rayos del sol, y su tez parecía hecha de jazmines de Persia. Tenía la cabeza levantada y sonreía en dirección a Diamante. Cuando el príncipe-gamo estuvo cerca de la ventana, ella bajó rápidamente al jardín; arrancó algunos tallos de hierba, y

como evitando que se espantara y huyera al acercarse a él, muy gentilmente, le ofreció desde lejos las briznas de hierba, haciendo chasquear su lengua. Diamante, que no deseaba otra cosa, y que quería ver en lo que paraba esta segunda aventura, se acercó a la joven, acudiendo como suelen hacerlo los animales hambrientos. La joven, que se llamaba Gamila y era hermana de Latifa, del mismo padre pero de madre distinta, cogió al príncipe-gamo por el cordón de seda atado a su cuello, y, sirviéndose de él como de un lazo, condujo a Diamante hasta el interior del palacio. Ya allí, se apresuró a ofrecerle frutas y refrescos exquisitos, y él comió y bebió hasta hartarse. Hecho esto, Diamante posó su cabeza sobre la espalda de la adolescente, y se echó a llorar. Gamila, impresionada al ver las lágrimas deslizarse de aquella manera desde los ojos del gamo, le acarició dulcemente con su mano; y él, viendo que ella se apiadaba, colocó la cabeza sobre los pies de la joven y lloró aún más. Entonces ella dijo: «¡Oh mi gamo querido! ¿Por qué lloras? ¡Yo te quiero!». Pero el gamo redobló sus lloriqueos, frotando la cabeza contra los pies de la dulce y compasiva Gamila, que esta vez comprendió, sin dudarlo, que lo que el gamo quería era recobrar su forma humana. Entonces, aunque tenía mucho miedo de su hermana mayor, la hechicera Latifa, se levantó, y tomó una caja guarnecida con piedras preciosas que se hallaba en un hueco de la pared.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS DIEZ

Dijo Schehrazada:

—En seguida la adolescente hizo las abluciones rituales; se cubrió con siete vestidos de lino, uno encima de otro, tomó una pequeña porción del letuario que contenía la cajita, y haciéndoselo comer al gamo, tiró al mismo tiempo del cordón mágico que rodeaba su cuello, y el animal, sacudiéndose, abandonó su forma y recuperó la apariencia de hijo de Adán. Después, prosternándose ante la joven Gamila, el príncipe le dio las gracias y le dijo: «He aquí, ¡oh princesa!, que me has sacado de entre las garras de la desgracia y me has devuelto a la vida de los seres humanos. ¿Cómo podré yo agradecértelo tanto como tú lo mereces?». Pero Gamila, ayudándole a levantarse y dándole luego vestidos reales, dijo: «¡Oh joven príncipe, cuya belleza ilumina esta morada y todo este jardín! ¿Quién eres y cómo te llamas? ¿Cuál es el motivo que nos ha proporcionado el honor de tu venida, y cómo caíste en las redes de mi hermana Latifa?». El príncipe Diamante contó toda su historia a su liberadora, y cuando acabó de referirla, ella dijo: «¡Oh Diamante!, renuncia, por

favor, a tu idea tan peligrosa y sin fruto, y no expongas a los poderes desconocidos tu encantadora juventud y tu vida querida. Está fuera de todo sentido de prudencia el hecho de exponerte a perecer sin motivo. ¡Quédate aquí, y llena la copa de tu vida con el vino de la voluptuosidad! Estoy dispuesta a servirte según tus deseos, y a compartir tu bienestar con el mío, obedeciéndote como un niño a la voz de su madre». Diamante respondió: «¡Oh princesa!, las obligaciones que he contraído hacia ti pesan tanto sobre las alas de mi alma, que debería hacer sandalias de mi piel y calzar con ellas tus pequeños pies. Tú me has devuelto la forma humana, sacándome de mi pellejo de gamo y librándome de los artificios de tu hermana, la hechicera; pero, de momento, si tu generosidad quiere seguir favoreciéndome, te suplico que me concedas ahora mismo permiso por algunos días para que pueda realizar mis propósitos. Cuando, gracias a la ayuda que espero de Alá el altísimo, regrese de la ciudad de Wakak, trataré de hacer solamente aquello que tú desees, volveré a ver tus pies hechiceros y cumpliré con los deberes de mi corazón reconocido». Cuando la joven, después de insistir para que renunciara a sus proyectos, se convenció de que Diamante no aceptaría lo que ella proponía, y que seguiría aferrado a su idea, no pudo hacer otra cosa que dejarle partir, y, sollozando, le dijo: «¡Oh mi dueño! Puesto que nadie puede huir del destino atado a su cuello, y hemos de separarnos cuando acabamos de conocernos, voy a darte, para que te sirva de ayuda en tu empresa y salvas tu alma querida, tres cosas que recibí en herencia». Y abriendo una caja que se encontraba en un segundo hueco de la pared, extrajo un arco de oro con sus flechas, una espada de acero chino y un puñal con mango de jade, entregando las tres cosas a Diamante, y diciéndole: «Este arco con sus flechas perteneció al profeta Saleh, ¡para él la oración y la paz! Esta espada, conocida bajo el nombre de *Escorpión* de Soleimán, es tan extraordinaria, que si se hiere con ella a una montaña, la hiende como si fuera de jabón. Y, en fin, este puñal, fabricado en otros tiempos por el sabio Tamúz, es de un valor inapreciable para aquel que lo posee, puesto que preserva de todos los peligros por la virtud oculta en su hoja —y después añadió—: sin embargo, ¡oh Diamante!, no podrás llegar a Wakak, separada de nosotros por siete océanos, sin la ayuda de mi tío Al-Simurg. Escucha, pues, con toda atención, las instrucciones que voy a darte». Calló durante unos momentos, y luego dijo: «Has de saber, querido Diamante, que a una jornada de aquí hay una fuente, y cerca de esa fuente se encuentra el palacio de un rey negro que se llama Tak-Tak. Este palacio está guardado por cuarenta etíopes sanguinarios, cada uno de los cuales manda un ejército de cinco mil negros feroces. Ahora bien, este rey Tak-Tak se mostrará benevolente contigo cuando vea en tu poder los objetos que te he entregado; incluso te hará muchos cumplidos, mientras que de ordinario tiene por costumbre asar a los caminantes y comérselos sin sal ni condimentos. Tú permanecerás en su compañía durante dos días, y luego él hará que te escolten hasta el palacio de mi tío Al-Simurg, gracias al cual, quizá puedas llegar a la ciudad de Wakak y resolver allí el problema de las relaciones que existen entre piña y ciprés. Y, sobre todo, ¡oh Diamante!, ten

mucho cuidado de no apartarte ni el grueso de un cabello de todo lo que te he dicho». A continuación le abrazó, y, llorando, le dijo: «Y ahora que, por tu ausencia, mi vida se convierte en un tormento para mi corazón, no sonreiré ni hablaré hasta tu regreso, y abriré a mi alma la puerta de la tristeza. Constantemente saldrán suspiros de mi corazón, y mi cuerpo desmayará, pues, sin fuerzas ni sostén interior, no será en adelante más que reflejo de mi alma». Luego recitó estas estrofas:

No arrojes mi corazón lejos de esos ojos de los que el narciso está enamorado.

¡Oh abstemio! No deben desoírse las quejas de los borrachos, sino volverlos a llevar a la taberna.

Mi corazón no podrá salvarse de los ataques de tus mostachos incipientes, y, como la rosa herida, la desgarradura de mi ropa no será recosida.

¡Oh tiránica belleza! ¡Oh tú, hermoso, moreno y encantador, un corazón se alberga a tus pies de jazmín!

Mi corazón de niña simple, en la más tierna edad de la adolescencia; se aloja a los pies del ladrón de corazones.

Después, la adolescente se despidió de Diamante, pidiendo para él todas las bendiciones y deseándole un feliz viaje, apresurándose a entrar en el palacio para ocultar las lágrimas que corrían por su rostro. En cuanto a Diamante, bello como un hijo de los genios, montó en su caballo, y de etapa en etapa, siguió su camino hacia la ciudad de Wakak. Cabalgando sin descanso, llegó, por fin, a la fuente de que le hablara la adolescente, y cerca de allí se elevaba el castillo del rey de los negros, el terrible Tak-Tak.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS ONCE

Schehrazada dijo:

—Diamante vio, en efecto, que los alrededores del castillo estaban guardados por etíopes de diez codos de estatura y facciones espantables. Sin dejarse invadir por el miedo, ató su caballo bajo el árbol de la fuente, se sentó a la sombra para descansar, y oyó a los negros que se decían entre ellos: «Por fin, he aquí que después de tanto tiempo viene un ser humano a proporcionarnos su carne fresca. ¡Pronto!

¡Apoderémonos de esta ganga para que nuestro rey Tak-Tak se regale con ella el paladar!». Y en seguida diez o doce etíopes de los más feroces se acercaron a Diamante, con intención de apoderarse de él y presentárselo ensartado a su rey. Diamante, viendo que se acercaba realmente el fin de sus días, desenvainó la espada salomónica, y, arremetiendo contra sus agresores, envió a buen número de ellos hacia la llanura de la muerte. Cuando estos hijos del infierno encontraron su destino, la noticia llegó en seguida al rey Tak-Tak, quien, montando en cólera, envió al jefe de los negros, el alquitrinado Mak-Mak, para que se apoderara de aquel audaz. Mak-Mak, que por donde pasaba iba sembrando el terror, llegó a la cabeza de un ejército de alquitrinados, como la irrupción de un enjambre de abejorros, y de sus ojos salía la muerte en busca de víctimas. Al verle, el príncipe Diamante le esperó con todos sus músculos en tensión; y el monstruoso Mak-Mak, silbando como una víbora con cuernos, y mugiendo por su enorme nariz, se precipitó sobre Diamante blandiendo su maza aplastadora de cabezas, volteándola de tal manera, que hasta el aire temblaba. Pero, al mismo tiempo, Diamante, el bien amado, enarboló el brazo armado con el puñal de Tamúz, y, con la celeridad del rayo, hundió su hoja en el cuerpo del gigante etíope, haciendo beber la muerte, de un solo trago, a aquel hijo de mil cornudos; y en seguida, con su última hora, llegó el ángel de la muerte hasta aquel maldito. En cuanto a los negros que seguían a Mak-Mak, cuando vieron caer a su jefe, echaron sus piernas al viento y se desbandaron como los gorriones ante el padre del grueso pico. Diamante los persiguió, matando a los que pudo y dejando escapar a los que pudieron hacerlo. Cuando el rey Tak-Tak se enteró de la derrota de Mak-Mak, la cólera le invadió tan violentamente, que no acertaba a distinguir entre su mano derecha y su mano izquierda; y su estupidez le incitó a ir él mismo en persona a atacar al caballero de las gargantas y los barrancos, al espejo de caballeros, al príncipe Diamante. Pero a la vista del héroe, el negro hijo de impúdica sintió relajársele los músculos, volvérselo el estómago y pasar sobre su cabeza el viento de la muerte. Diamante, tomándole por blanco, disparó sobre él una de las flechas del profeta Saleh, ¡para él la oración y la paz!, haciéndole morder el polvo y enviando su alma a habitar los fúnebres lugares donde la alimentadora de los buitres tiene depositada su carga. Pronto no quedó allí más que un amasijo de negros rodeando a su rey muerto, y Diamante, sobre su caballo y sorteando aquellos cuerpos sin alma, llegó vencedor a la puerta del palacio donde había reinado Tak-Tak. Llamó como dueño que llama en su propia casa, y vino a abrirle una adolescente, que era una de las desposeídas de su trono y herencia por el fenecido Tak-Tak. La adolescente se parecía a una gacela asombrada, y recibió al príncipe con la efusión propia de la cautiva hacia su libertador. Quiso ella que Diamante se sentara en el trono del rey difunto; pero Diamante rehusó, y, tomándola de la mano, la instó a que fuera ella misma la que se sentara en aquel trono, del que su propio padre había sido arrojado por Tale-Tale. Nada le exigió a cambio de tantos beneficios, y ella, subyugada por su generosidad, le dijo: «¡Oh bello príncipe! ¿A qué religión perteneces, para hacer así el

bien sin esperar la recompensa?». Diamante respondió: «¡Oh princesa, la fe del Islam es mi fe, y sus creencias son las mías!». «¿Y en qué consiste —repuso ella— esa fe y esas creencias?». «Consisten —prosiguió él— simplemente en atestiguar la unidad por la profesión de fe que nos ha revelado nuestro profeta, ¡para él la oración y la paz!». Ella preguntó: «¿Y puedes, a tu vez, hacerme el favor de revelar una profesión de fe que hace a los hombres tan perfectos?». «Consiste en estas solas palabras —dijo él—: no hay más Dios que Alá, y Mahoma es el enviado de Alá. Todo aquel que las pronuncie con convicción, queda instantáneamente ennoblecido y perteneciendo al Islam; y fuera él el último de los descreídos, y se convertiría en el acto en el igual del más noble de los musulmanes». Oyendo estas palabras, la princesa Aziza, que así se llamaba, sintió su corazón traspasado por la verdadera fe, y, elevando espontáneamente la mano y llevando su dedo índice a la altura de los ojos, pronunció la fórmula y se ennoblecó con el Islam.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS DOCE

Ella dijo:

—Después de lo cual, ella dijo a Diamante: «¡Oh mi amo! Ahora que tú me has hecho reina y que estoy iluminada por la verdadera fe, heme aquí dispuesta a servirte, y, si tú lo quieres, a ser una esclava entre las esclavas de tu harén. ¿Quieres, pues, y como señalado favor por tu parte, aceptar por esposa a la reina de este país y vivir con ella donde te plazca?». Diamante respondió: «¡Oh mi ama! Me eres tan querida como mi propia vida; pero en estos momentos me reclama un asunto muy importante, por el cual dejé a mis padres, mi casa, mi reino y mi país. Quizá a la hora de ahora mi padre, el rey Schams-Schah, llore por mí creyéndome muerto o peor todavía, y, sin embargo, es preciso que vaya en busca de mi destino a la ciudad de Wakak. A mi regreso te desposaré, te llevaré a mi país y me regocijaré con tu belleza; pero, por ahora, solo deseo de ti que me digas, si es que lo sabes, dónde se encuentra Al-Simurg, tío de la princesa Latifa, puesto que solo él podrá guiarme hacia Wakak. Ignoro su morada, e incluso no sé quién es él, si es un genio o un ser humano. Si tú tienes algunas referencias sobre este tío de Gamila, tan preciosas para mí, apresúrate a dárme las para ir en su busca. Esto es todo lo que te pido por ahora, ya que deseas complacerme». Cuando la reina Aziza supo lo que se proponía Diamante, se afligió en el fondo de su corazón; pero viendo que ni sus lágrimas ni sus ruegos podían apartar al príncipe de su resolución, se levantó de su trono, y cogiéndole de la mano,

le llevó en silencio a través de las galerías del palacio, y salió con él al jardín. Dicho jardín solo podría compararse con aquel del que Rizwan es el guardián alado. Sus avenidas discurrían por entre un inmenso tapiz de rosas, y el céfiro, filtrándose entre ellas, lo perfumaba y embalsamaba todo, como si en una inmensa criba se cerniera almizcle. Allí se entreabría el tulipán, ebrio de su propia sangre; el ciprés se agitaba en un murmullo, comentando a su manera el delicioso canto del ruiseñor, y los arroyuelos, como niños en sus juegos, corrían bajo las rosas, que coqueteaban con los capullos. La princesa Aziza, con sus voluminosos esplendores a despecho del endeble tallo, que sucumbía casi bajo aquellas redondeces, se acercó con Diamante al pie de un gran árbol, cuya sombra protegía en aquel momento el sueño de un gigante, y, aproximando sus labios al oído del príncipe, le dijo en voz baja: «Este que ves aquí echado es precisamente aquel a quien tú buscas, el tío de Gamila, Al-Simurg el Volador. Si cuando despierte tu buena suerte quiere que abra primero el ojo derecho, quedará muy complacido de verte, y, reconociendo tus armas, comprenderá que eres el enviado de la hija de su hermano y hará por ti todo lo que le pidas. Si, por tu mala fortuna e irremediable destino, es su ojo izquierdo el que se abre primero a la luz, estarás perdido sin remedio. A pesar de tu valentía, se apoderará de ti, y levantándote con la enorme fuerza de su brazo, te mantendrá suspendido como el gorrión entre las garras del halcón, aplastándote luego contra el suelo y quebrando tus adorables huesos, ¡oh querido mío!, dejándote tan largo como ancho». Y añadió: «Ahora, ¡qué Alá te proteja y apresure tu regreso junto a esta enamorada que ya solloza por tu ausencia!». Y se separó de él, alejándose a toda prisa con los ojos llenos de lágrimas y las mejillas recordando a la flor del granado. Diamante esperó durante una hora a que el gigante Al-Simurg el Volador saliera de su sueño, diciéndose para sí: «¿Por qué se llamará este gigante Volador? ¿Y cómo podrá elevarse por los aires, sin alas y siendo tan grande que bien podrían convenirle los movimientos de un elefante?». Luego acabó perdiendo la paciencia al ver que Al-Simurg seguía roncando bajo el árbol, y por cierto con estruendo parecido al que produce una manada de elefantes, y, agachándose, cosquilleó al gigante en las plantas de los pies. Al-Simurg, por efecto de aquel cosquilleo, se estremeció, y agitando sus piernas en el aire, soltó un pedo espantoso, abriendo al mismo tiempo los dos ojos a la vez.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS TRECE

Schehrazada dijo:

—Viendo al joven príncipe, comprendió que era el autor del desagradable cosquilleo, y ahuecándose y levantando una pierna, le arrojó, en pleno rostro, una sarta de pedos que duró una hora, emponzoñando a todos los seres vivientes de los alrededores. Diamante, gracias a la virtud adscrita a las armas que llevaba consigo, pudo escapar a los efectos de aquel viento infernal. Cuando el gigante Al-Simurg vació toda la provisión de sus entrañas, se sentó sobre su trasero, y, mirando al joven príncipe con estupefacción, le dijo: «¡Cómo! ¿No has muerto, pues, oh ser humano, víctima de los efectos de mi culo?». Y diciendo esto, le contempló con atención, viendo las armas que llevaba. Al darse cuenta de lo que significaban, se puso en pie inmediatamente, e, inclinándose ante Diamante, le dijo: «¡Oh mi amo, excúsame por lo anterior! Si me hubieras anunciado tu llegada, haciéndote preceder por algún esclavo, habría alfombrado con mis propios cabellos el suelo que debías pisar. Espero que no me guardes rencor por lo que he hecho involuntariamente y sin mala intención. Así, pues, dime qué importante asunto te ha traído hasta este lugar, al que no pueden llegar los seres humanos ni los animales, y apresúrate a explicarme tu caso para que pueda intervenir en tu favor, y, si es posible, conseguir el éxito para tu empresa». Diamante, después de asegurarse de la buena intención de Al-Simurg hacia él, le refirió toda su historia sin ocultarle nada, y añadió: «He venido hasta ti, ¡oh padre de los voladores!, para, contando con tu ayuda, poder llegar a Wakak, más allá de los infranqueables océanos». Cuando Al-Simurg se enteró de los proyectos de Diamante, se llevó la mano al corazón, a sus labios y a su frente, y dijo: «Saldremos en seguida para la ciudad de Wakak; pero antes he de preparar provisiones de boca. Iré a cazar unos asnos salvajes de los muchos que pueblan estos bosques, y, además de su carne, tendremos la piel para hacer odres. Cuando dispongamos de estas cosas, absolutamente necesarias, cabalgarás sobre mi espalda como si lo hicieras sobre un caballo, y te llevaré por los aires sobre los siete océanos. Si la fatiga me debilita me darás agua y carne de asno adobada, y así hasta que lleguemos a la ciudad de Wakak». De acuerdo con lo que había dicho, se fue a la caza de asnos salvajes y trajo siete, uno para la travesía de cada océano, e hizo con ellos el adobo y los odres en cuestión. Luego se acercó a Diamante y lo puso sobre sus espaldas, después de llenar una alforja, que se echó al cuello, con adobo de asno y siete odres de agua. Cuando el príncipe se vio a caballo sobre la espalda del gigante, dijo para sí: «Este gigante, que es de mayor tamaño que un elefante, pretende, sin alas, elevarse conmigo y volar por los aires. ¡Por Alá, esta sí que es una cosa prodigiosa, de la que nunca había oído hablar!». Mientras reflexionaba así, inopinadamente oyó algo como el zumbido del viento por los intersticios de una puerta, y el vientre del gigante comenzó a hincharse ostensiblemente, alcanzando bien pronto las dimensiones de una cúpula. En seguida, a medida que el vientre del gigante se inflaba, empezó a oírse un resoplido como el de un fuelle de fragua, hasta que Al-Simurg, dando una fuerte patada en el suelo, para tomar impulso, se elevó, y momentos después, planeaba sobre el jardín con toda su carga. Siguió subiendo hacia el cielo, moviendo las piernas como un sapo en el agua,

y, cuando alcanzó la altura conveniente, enfiló en línea recta la dirección de occidente. Si, llevado por el viento, subía a una altura mayor que la por él deseada, soltaba uno o dos pedos, o tres o cuatro, de fuerza y duración variables, y así descendía. Si, por el contrario, le convenía alcanzar mayor elevación, o su vientre se desinflaba, aspiraba el aire con fuerza por sus aberturas superiores, a saber: boca, nariz y oídos, remontándose en seguida en el azulado cielo y deslizándose con la rapidez de los pájaros. De esta manera, planeando sobre los océanos, los franquearon todos, uno después del otro, descansando, al terminar la travesía de cada uno de los siete, en tierra firme, adonde descendían para reponerse, comiendo la carne adobada de los asnos salvajes, y bebiendo el agua de los odres.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CATORCE

Dijo Schehrazada:

—Al mismo tiempo, el gigante renovaba su provisión de fuerzas voladoras, acostándose en el suelo durante algunas horas para reponerse de las fatigas del viaje. Al cabo de siete días de travesía aérea, una mañana llegaron sobre la ciudad, toda blanca y dormida entre sus jardines, y el Volador dijo a Diamante: «Desde ahora serás como mi hijo, y no me pesan las fatigas que he pasado para traerte hasta aquí. Voy a dejarte en la terraza más alta de la ciudad, y espero que, sin duda, hallarás la solución del problema que te ha hecho venir, a saber: qué relación hay entre piña y ciprés». Luego añadió: «Sí, es aquí, en la ciudad de ese negro que se esconde bajo la cama de marfil de la princesa Mohra, donde podrás saber hasta qué punto el tal negro es el padre de todo este complicado asunto». Y después de expresarse así, descendió, desinflándose poco a poco, y depositó sin daño a Diamante sobre la terraza en cuestión. Sin más, solicitó su licencia para regresar, y, antes de separarse de él, le entregó un manojo de pelos de su barba, diciéndole: «Guarda cuidadosamente estos pelos de mi barba, y no te separes de ellos jamás. Si te ocurre algo malo, y siempre que me necesites, sea para sacarte de algún peligro, sea para llevarte de aquí como te he traído, no tienes que hacer más que quemar uno de estos pelos y en seguida me verás aparecer ante ti». Dicho esto, volvió a inflarse y se remontó por los aires, bogando rápidamente en dirección al punto de partida. Diamante se quedó sentado en la terraza, y se puso a reflexionar sobre lo que debería hacer. Se preguntaba cómo se las arreglaría para bajar de allí sin ser advertido por los habitantes de la casa, cuando vio subir por la escalera y acercarse a él a un adolescente de belleza sin igual, que era precisamente el dueño de aquella morada. El joven, después de saludarle, sonrió, y, dándole la bienvenida, dijo: «¡Hermosa mañana es esta para mí, pues te encuentro en mi terraza! ¿Eres un ángel, un genio o un ser humano?». Diamante respondió: «¡Oh joven, soy un ser humano encantado con tu deliciosa presencia! Me encuentro aquí, mi querido joven, traído por el destino; esto es todo lo que puedo decirte a propósito de mi presencia en tu morada bendita». Y después de hablar así, estrechó al joven contra su pecho, jurándose ambos amistad imperecedera. A continuación descendieron juntos a la sala de visitas y comieron y bebieron en compañía. ¡Alabanzas a aquel que junta a dos seres bellos, allana su camino y resuelve sus complicaciones! Cuando la amistad entre Diamante y aquel joven, que se llamaba Farah, y era precisamente el favorito del sultán de Wakak, quedó consolidada, Diamante le dijo: «¡Oh amigo Farah! Tú que eres el amado del sultán y su compañero íntimo, y que, por lo mismo, no habrá secretos para ti en los asuntos de este reino,

¿quieres, en honor de nuestra amistad, hacerme un servicio que no te ocasionará ningún gasto?». Farah respondió: «¡Oh mi amigo Diamante! Habla, y si es preciso que me arranque la piel para hacerte con ellas sandalias, consentiré en ello con alegría y satisfacción». Entonces Diamante le preguntó: «¿Puedes decirme qué relación hay entre piña y ciprés, y explicarme el papel que desempeña el negro acostado bajo el lecho de marfil de la princesa Mohra, hija del rey Tamuz-ben-Kamús, dueño de las comarcas de Sinn y de Massin?». Cuando oyó la pregunta de Diamante, el joven Farah cambió la expresión de su rostro, palideciendo y enturbiándosele la mirada. Como si se hallara ante el ángel Asraíl, se echó a temblar; y Diamante, viéndole en aquel estado, le animó con cariñosas palabras, intentando calmarle y levantar su ánimo, hasta que Farah acabó diciéndole: «¡Oh Diamante!, has de saber que el rey ha ordenado que muera todo aquel, habitante de la ciudad o viajero, que pronuncie los nombres de ciprés o piña. Ciprés es precisamente el nombre de nuestro rey, y Piña es el de la reina. Esto es todo lo que sé de esta cuestión temible, e ignoro las relaciones que pueda haber entre el rey Ciprés y la reina Piña, así como el papel que desempeña el negro en cuestión en este asunto tan peligroso. Todo lo que puedo decirte, ¡oh Diamante!, es que nadie más que el rey conoce este secreto; y que yo me ofrezco a llevarte al palacio y a ponerte en presencia del rey. Quizá no dejes de caerle en gracia, y así, podrías desanudar directamente este difícil nudo». Diamante dio las gracias a su amigo, por decidirse a intervenir, y señalaron el día para ir a visitar al rey Ciprés. Cuando llegó el momento esperado fueron juntos al palacio, y, cogidos de la mano, parecían dos ángeles. El rey Ciprés, viendo entrar a Diamante, se esponjó de satisfacción, y, después de admirarle, contemplándole durante una hora, le ordenó que se acercara. Diamante, después de prosternarse ante él y rendirle sus homenajes, le ofreció como presente una perla roja que llevaba suspendida de un rosario de ámbar amarillo, tan preciosa, que con todo el reino de Wakak no hubiera podido pagarse su valor, ni los reyes más poderosos conseguirían hallar otra igual. Ciprés, muy complacido, aceptó el obsequio, diciendo: «La aceptarnos con todo nuestro corazón», añadiendo: «¡Oh jovencito!, en reciprocidad, puedes pedirme no importa qué favor, y de antemano ya lo tienes concedido». Diamante, tan pronto como oyó las palabras que esperaba, respondió: «¡Oh rey de los tiempos! Que Alá me guarde de pedirte otro favor que no sea ser tu esclavo. Sin embargo, si tú me lo permites y me otorgas seguro, quedando mi vida a salvo, te diré algo que pesa sobre mi corazón».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS QUINCE

Ella dijo:

—Y Diamante prosiguió: «¡Oh mi señor!, los ciegos y los sordos son muy dichosos por no estar expuestos a las calamidades que a veces nos abruma, entrando por nuestros ojos y por nuestros oídos. En mi caso son mis oídos los que trajeron mi desventura, pues desde el día nefasto en que oí mencionar delante de mí lo que voy a referirte no he tenido reposo ni he podido conciliar el sueño». Y le contó toda su historia en sus menores detalles; pero no es de utilidad repetirla. Cuando terminó, añadió: «Y ahora que el destino ha permitido que me halle ante tu luminosa presencia, ¡oh rey de los tiempos!, y que quieras concederme la gracia que, como favor insigne, me consientes solicitar, yo te pido simplemente que me digas cuáles son exactamente las relaciones entre nuestro amo el rey Ciprés y nuestra ama la reina Piña; y también qué papel desempeña en ello el negro echado bajo la cama de marfil de la princesa Mohra, hija del rey Tamuz-ben-Kamús, soberano de las comarcas de Sinn y Massin». Así habló Diamante al rey Ciprés, dueño de la ciudad de Wakak, quien, a medida que el príncipe avanzaba en su relato, fue cambiando de color y modificando sensiblemente su buena disposición hacia el joven príncipe. Cuando Diamante terminó su discurso, Ciprés, echando fuego por los ojos, crepitando de ira, parecía, por el sordo fragor que se escapaba de su pecho, un caldero puesto al fuego. Quedó en suspenso unos instantes y luego estalló, exclamando: «¡Desgraciado de ti, oh extranjero! ¡Por Alá, que si no fuera por el juramento que he hecho de respetar tu vida, ya te habría separado la cabeza del cuerpo!». Diamante dijo: «¡Oh rey de los tiempos, perdona su indiscreción a tu esclavo, en gracia a haberla cometido con tu permiso! Ahora, a causa de tu juramento, no puedes hacer sino contestar a mi pregunta, puesto que me has ordenado expresarte un deseo, y esa cosa que tú solo sabes es precisamente lo único que me importa». El rey Ciprés, oyendo estas razones de Diamante, se dejó llevar hasta el límite de la desesperación, y tan pronto se abrió camino en su ánimo la idea de la muerte de Diamante como de respetar su juramento, siendo la primera la que, con mucho, aparecía con más violencia. No obstante, consiguió dominar sus impulsos, temporalmente al menos, y dijo a Diamante: «¡Oh hijo del rey Schams-Schah! ¿Por qué te empeñas en perder la vida inútilmente? ¿No sería mejor para ti renunciar a la peligrosa idea que te preocupa, y, a cambio, pedirme otra cosa, aunque fuera la mitad de mi reino?». Pero Diamante insistió, diciendo: «No deseo nada más, ¡oh rey Ciprés!». Y entonces el rey dijo: «No hay, pues, inconveniente; pero ¡entérate bien!, tan pronto como te haya revelado aquello que deseas saber haré cortar tu cabeza sin recurso ni apelación». El príncipe contestó: «¡Oh rey de los tiempos! cuando yo sepa lo que deseo saber, o sea: qué relación hay entre nuestro amo el rey Ciprés y nuestra ama la reina Piña, y en lo que consiste el asunto del negro y de la princesa Mohra, haré mis abluciones y moriré con la cabeza cortada». Entonces el rey Ciprés quedó pesaroso, no solo por verse obligado a revelar su secreto, que estimaba más que a su propia alma, sino también por la muerte, que era inevitable, del príncipe Diamante. Permaneció con la cabeza baja por espacio de

una hora, y luego ordenó a la guardia que evacuara la sala del trono, dándoles por señas ciertas instrucciones. Los guardias cumplieron la orden y volvieron al cabo de unos momentos trayendo sujeto por una correa de cuero rojo guarnecido de piedras preciosas, un hermoso perro lebel de color de estornino. Extendieron un gran tapiz de brocado, viniendo el lebel a tumbarse en uno de los ángulos, y a continuación entraron unas esclavas rodeando a una maravillosa adolescente de cuerpo delicado y con las manos atadas detrás de la espalda, bajo la vigilancia de doce etíopes sanguinarios. Las esclavas hicieron sentar a la adolescente en el ángulo opuesto al que ocupaba el lebel en el tapiz, poniendo ante ella un plato con la cabeza de un negro, que, conservada con sal y plantas aromáticas, parecía recién cortada. En seguida el rey hizo una nueva señal y entró el jefe de los cocineros del palacio, seguido de esclavos que llevaban bandejas con toda clase de manjares agradables a la vista y al paladar, colocándolos sobre una estera delante del lebel. Cuando el animal comió hasta hartarse, se colocaron los restos de su comida en un plato sucio y de mala calidad ante la bella adolescente de las manos atadas detrás de la espalda, que se puso a llorar primero y luego a sonreír. Las lágrimas que cayeron de sus ojos se convirtieron en perlas, y de las sonrisas de sus labios brotaron rosas. Los etíopes recogieron con cuidado las perlas y las rosas y se las entregaron al rey. Hecho todo esto, el rey Ciprés dijo a Diamante: «¡Ha llegado el momento de tu muerte, sea por la espalda, sea por la cuerda!». Y Diamante replicó: «Sí, ciertamente; pero antes has de explicarme lo que acabo de ver. Después de ello moriré». Entonces el rey Ciprés recogió los faldones de su vestido real sobre la pierna izquierda, y, apoyando el mentón sobre la mano derecha, dijo así: «Has de saber, ¡oh hijo del rey Schams-Schah!, que la adolescente que estás viendo, con las manos detrás de su espalda, y cuyas lágrimas y sonrisas son perlas y rosas, se llama Piña. Es mi esposa, y yo soy el rey Ciprés, amo de este país y de esta ciudad de Wakak».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS DIECISÉIS

Schehrazada dijo:

—«Ahora bien, un día entre los días de Alá, salí de la ciudad y fui a cazar; ya en pleno campo me acometió una sed ardiente, y como suelen hacer los extraviados en el desierto, me dediqué a buscar agua yendo y viniendo en todas direcciones. Después de muchos trabajos, y lleno de ansiedad, logré descubrir una cisterna abandonada, excavada, sin duda, por los antiguos, y di gracias al altísimo por este descubrimiento. No tenía ya fuerzas para moverme, y, sin embargo, invocando el nombre de Alá,

conseguí acercarme al borde de la cisterna, cuyo acceso resultaba difícil por hallarse en ruinas y estar rodeada de escombros. Utilizando mi gorro como cubo, y mi turbante, desenrollado y atado a mi cintura, como cuerda, intenté sacar agua del fondo; y ya oía el chapoteo del líquido al caer en mi gorro, cuando, ¡ay de mí!, al querer tirar de la improvisada cuerda, nada conseguí, pues mi gorro se había hecho tan pesado como si contuviera todas las calamidades del mundo. Hice todos los esfuerzos imaginables para conseguir subirlo, pero no lo logré, y, no pudiendo soportar por más tiempo la sed que me consumía, exclamé, desesperado: “¡No hay poder y recursos más que en Alá! ¡Oh seres que habéis establecido vuestra morada en esta cisterna, quienquiera que seáis, genios o seres humanos, tened compasión de este pobre de Alá, que se muere de sed, y dejad que llegue hasta mi el agua! ¡Oh ilustres habitantes de este pozo, el aliento se seca en mi boca y no puedo ya respirar!”. Gimiendo y gritando en mi tormento, logré, por fin, que, desde el fondo del pozo, llegaran hasta mí estas palabras: “¡Oh servidor de Alá, la vida vale más que la muerte! Si nos sacas de este pozo, te recompensaremos”. Entonces yo, olvidando por un momento mi sed, reuní las fuerzas que me quedaban y, con grandes apuros, conseguí subir hasta el borde de la cisterna mi gorro con todo su peso. Aferradas a él aparecieron dos viejísimas mujeres ciegas y encorvadas, y de una delgadez tal, que hubieran podido deslizarse por el ojo de una aguja. Tenían los ojos hundidos, las mandíbulas sin dientes, la cabeza cayéndoseles lamentablemente a uno y otro lado, las piernas doblándoseles y los cabellos blancos como algodón cardado. Movido a compasión y olvidado ya de mi sed, les pregunté por la causa de su reclusión en aquella vieja cisterna, y ellas me dijeron: “¡Oh piadoso joven! En otro tiempo atrajimos sobre nosotras la cólera de nuestro amo el rey de los genios de la primera camada, quien nos privó de la vista y nos arrojó a este pozo; y ahora henos aquí dispuestas, por gratitud, a ayudarte a obtener todo cuanto desees. Antes te indicaremos el medio de curarnos de nuestra ceguera, y, una vez curadas, nos consideraremos enteramente a tu servicio”. Y prosiguieron: “Muy cerca de aquí, en tal sitio, hay un río, a cuyas orillas viene todos los días a pacer una vaca de tal color. Trae boñiga fresca de dicha vaca, extiéndela sobre nuestros ojos y recobramos la vista en el acto; pero cuando la vaca aparezca, será preciso que te ocultes, pues si llegara a verte no defecaría”. Entonces yo, de acuerdo con sus instrucciones, me dirigí al río en cuestión, que nunca había visto en mis excursiones anteriores, llegué al lugar indicado y me oculté detrás de unos arbustos. Al poco tiempo vi salir del río una vaca blanca como si fuera de plata, y tan pronto como salió al aire, comenzó a desboñigar copiosamente, dedicándose luego a pacer la hierba, hasta que entró de nuevo en el río y desapareció. Salí de mi escondite, y, recogiendo boñiga de la vaca blanca, regresé con ella a la cisterna. Apliqué el excremento a los ojos de las viejas, y en el acto fueron videntes. Entonces ellas me besaron las manos, y me dijeron: “¡Oh nuestro amo! ¿Deseas la riqueza, la salud o una parcela de la belleza?”. Yo, sin dudarlo, respondí: “¡Oh mis tías! Alá el generoso ya me ha otorgado la riqueza y la

salud. En cuanto a la belleza, jamás logré plenamente satisfacer mi corazón. ¡Dadme, pues, la parcela de la belleza de que habláis!”. Y ellas respondieron: “¡Por nuestra vida, que te daremos esa parcela de la belleza: la hija misma de nuestro rey! Es una rosa cultivada y al mismo tiempo salvaje; sus ojos languidecen como los de una persona embriagada; uno solo de sus besos bastaría para calmar mil penas de las más negras, y, respecto de su belleza en general, el sol declina, la luna palidece, y, a su vista, todos los corazones desfallecen”.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS DIECISIETE

Dijo Schehrazada:

—“Sus padres, que la querían extraordinariamente, la estrechaban contra su pecho constantemente, y todos los días lo primero que hacían era dedicar un rato a admirar la belleza de su hija. Tal cual es, con todos sus encantos ocultos y visibles, te pertenecerá, regocijándote con ella, y recíprocamente. Vamos a llevarte junto a esa adolescente, y ambos haréis lo que debáis hacer. Sin embargo, guárdate de ser visto por sus padres, sobre todo durante vuestras intimidades, pues si te descubrieran te quemarían vivo; aunque todo tendría remedio, puesto que nosotras estaremos cerca para velar por ti y salvarte de la muerte. Tu tormento se convertiría incluso en algo agradable, pues nos acercaríamos a escondidas y rociaríamos tu cuerpo con aceite de serpiente faraónica, de tal forma, que habrías de estar mil años sobre la hoguera, y tu cuerpo no sufriría el menor daño, siendo el fuego para ti un baño tan refrescante como el de las fuentes del jardín de Irem”. Prevenido así de todo lo que podía ocurrirme, y tranquilizado de antemano respecto del final de la aventura, las viejas me transportaron con una rapidez alucinante al palacio en cuestión, que era el del rey de los genios de la primera camada. Ya allí, creí hallarme en el sublime paraíso, y en una sala retirada donde fui introducido, vi a la criatura que me deparaba el destino. Era una adolescente iluminada por su propia belleza y acostada en su lecho, con la cabeza apoyada sobre la almohada. Ciertamente que sus mejillas, por su brillo, harían pasar mal rato al mismo sol; y que, de contemplarla demasiado, podría perderse la razón. En seguida, la flecha punzante del deseo de unirme a ella penetró profundamente en mi corazón, y, mientras la contemplaba boquiabierto, “el niño” que me había caído en herencia se soliviantaba más de lo soportable, empeñándose a toda costa en salir a tomar el aire. A todo esto, la adolescente frunció el entrecejo, como si la embargara un sentimiento de pudor, mientras que su mirada, llena de malicia, daba su mudo asentimiento, y, en un tono que quería parecer enojado, dijo: “¡Oh ser humano! ¿De dónde vienes y qué audacia es la tuya que no teme arriesgar la propia

vida?”. Yo, penetrando en sus verdaderos sentimientos hacia mí, respondí: “¡Oh mi ama deliciosa! ¿Hay alguna vida que sea toda ella preferible a este instante en el que mi alma regocijada te contempla? ¡Por Alá, escrita estás en el libro de mi destino, y he venido hasta aquí precisamente para obedecerte! Te suplico, pues, por ese par de diamantes que son tus ojos, que no perdamos en palabras inútiles un tiempo que podríamos emplear con más provecho”. Entonces la adolescente abandonó de pronto su actitud de indolencia y vino a mí como empujada por un deseo irresistible. Me rodeó con sus brazos, estrechándome calurosamente, se puso pálida, y cayó desvanecida en mis brazos. No tardó en reanimarse, jadeando y rebulléndose de tal manera, que, sin más, el “niño” se metió en su cuna, sin gritos ni quejidos, como el pez en el agua. Mi espíritu, libre de toda otra preocupación, no prestó atención más que al goce puro y perfecto, pasándonos todo el día y toda la noche, sin hablar y sin comer ni beber, entre contorsiones de piernas y riñones y todo lo demás que se sigue de movimientos y contramovimientos. El morueco corneador no trató con demasiados miramientos a la batalladora oveja, y sus acometidas fueron las de un verdadero padre de la resistencia; la potranca reacia fue dominada por el bastón del derviche; el gazapillo sin orejas fue a la par con el gallo sin voz, y, en una palabra, todo lo que había que reducir fue reducido, no cesando en nuestros trabajos hasta que llegó la mañana y, con ella, la hora de recibir la oración e ir al baño. De esta suerte transcurrió un mes, sin que nadie advirtiera mi presencia en el palacio ni la vida de copulaciones que llevábamos. Mi satisfacción habría sido absoluta si no fuera por el temor que experimentaba mi amiga ante la idea de que nuestro secreto llegara a ser descubierto por sus padres, aprensión tan viva, en verdad, que no nos dejaba un momento tranquilo. Y llegó lo que tanto temíamos. Una mañana, el padre de la adolescente, al despertarse, fue a la habitación de su hija y notó que aquella belleza de luna y aquel frescor, habituales en ella, se habían atenuado, y que, además, una especie de fatiga persistente alteraba sus rasgos cubriéndolos de palidez. Al momento llamó a la madre, y le dijo: “El color del rostro de nuestra hija ha cambiado. ¿No ves que el viento funesto del otoño ha marchitado las rosas de sus mejillas?”. La madre, recelando algo, contempló en silencio a su hija, que dormía descuidada, y, sin pronunciar ni una sola palabra, se aproximó a ella, levantó bruscamente su camisa, y, con el pulgar y el índice de la mano izquierda, separó las dos encantadoras mitades del delicioso rincón de su hija.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS DIECIOCHO

Ella dijo:

—Y vio lo que tenía que ver, a saber: la prueba evidente de la virginidad volatizada en aquel gazapillo del color del jazmín. Al comprobar tal desaguisado, faltó poco para que se desvaneciera, a consecuencia de la impresión recibida, y exclamó: “¡Oh, su pudor y su honor entregados al pillaje! ¡Oh hija desvergonzada! ¿Cómo puedes estar tranquila? ¡Oh manchas indelebles en los hábitos de la castidad!”. Y en seguida, sacudiéndola violentamente, la despertó, gritando: “¡Si no dices la verdad, oh perra, morirás!”. La adolescente, despertada de esta manera y toda llena de sobresalto, viendo a su madre tan encolerizada contra ella, sospechó lo que ocurría y entrevió confusamente que el tan temido momento, con toda su gravedad, había llegado. Así que ella no intentó siquiera negar lo innegable ni confesar lo inconfesable, tomando el partido de bajar la cabeza y guardar silencio. De cuando en cuando, bajo el torrente de palabras encolerizadas que salían de la boca de su madre, se contentaba con alzar la vista un instante para volver a bajarla en seguida, guardándose bien de responder de una u otra manera. Cuando, después de una verdadera tempestad de preguntas, denuestos y amenazas, la madre enronqueció, negándose su garganta a dejar pasar más palabras, dejó allí a su hija y salió tumultuosamente a dar las órdenes para que se buscara por todo el palacio al perpetrador de aquel estrago. No tardaron en encontrarme, al cabo de muy poco tiempo, siguiendo la pista a mi olor de ser humano que orientó rápidamente a mis buscadores con olfato de sabuesos. Se apoderaron de mí, sacándome del harén y del palacio, y, reuniendo gran cantidad de leños, hicieron una hoguera, me desnudaron, y ya se disponían a arrojarme a las llamas, cuando las dos viejas de la cisterna se acercaron a mí, diciendo a los guardianes: “Vamos a rociar el cuerpo de este malhechor con el aceite de este jarro, para que el fuego prenda mejor en sus miembros y nos libre más aprisa de su vista nefanda”. Los guardias no hallaron inconveniente, sino, muy al contrario, y las viejas echaron sobre mi cuerpo el aceite salomónico, cuyas virtudes ya me habían explicado ellas, frotándome con él todos mis miembros sin dejar la más pequeña parte de mi persona, después de lo cual, los guardias me colocaron en medio del enorme montón de leña y le prendieron fuego. En seguida me vi rodeado de furiosas llamas, pero las rojizas lenguas que lamían mi cuerpo me resultaban más dulces y frescas que la caricia del agua en los jardines de Irem. Desde la mañana hasta la caída de la tarde permanecí en medio de aquella fogata, intacto como si acabara de salir del vientre de mi madre. Ahora bien, aquellos genios de la primera camada, que atizaban el fuego, en el que me creían ya consumido, preguntaron a su amo lo que era preciso hacer con mis cenizas, y el rey ordenó que las recogieran y las arrojaran de nuevo al fuego, añadiendo la reina por su parte: “Pero antes orinaréis todos sobre ellas”. De acuerdo con esta orden, los genios apagaron el fuego para recoger mis cenizas y orinarse sobre ellas, hallándome intacto y sonriente, como ya he explicado. En vista de ello, los reyes de los genios de la primera camada no dudaron ya de mi poder y, reflexionando, opinaron que en lo

sucesivo debían respetar a una personalidad tan eminente, encontrando conveniente casar a su hija conmigo. Vinieron a mí, cogiéndome de la mano y excusándose por su conducta anterior, y me trataron con gran cordialidad, colmándome de honores. Cuando les revelé que era el hijo del rey Wakak, se regocijaron extremadamente, bendiciendo la suerte que tenían al unir a su hija con el más noble de los hijos de Adán; y con gran pompa y esplendor se celebraron mis esponsales con aquella hermosa de cuerpo de rosas. Cuando, pasados unos días, tuve deseos de volver a mi país, pedí licencia a mi tío, padre de mi esposa, y, aunque les resultaba doloroso separarse de su hija, no se opusieron a mi partida. Se nos preparó un carro de oro llevado por seis pares de genios aéreos, entregándome como regalo una cantidad considerable de joyas y gemas espléndidas, y después de la despedida y buenos deseos por ambas partes, fuimos transportados, en un abrir y cerrar de ojos, a Wakak, mi ciudad. Y ahora has de saber, joven mozo, que esta adolescente que tienes ante ti, con las manos atadas detrás de la espalda, es la hija de mi tío, el rey de los genios de la primera camada. Ella es mi esposa y se llama Piña; siendo aquella de quien se ha tratado hasta ahora y también el sujeto de lo que ahora seguiré refiriéndote. Una noche, algún tiempo después de mi regreso, me hallaba durmiendo al lado de mi esposa Piña, y quizá por efecto del calor, que era grande, me desperté, contra mi costumbre, advirtiéndome que, a pesar de la alta temperatura de aquella noche sofocante, los pies y las manos de Piña estaban fríos como la nieve. Me sorprendió aquella cosa tan extraña, y creyendo en alguna indisposición grave de mi esposa, la desperté dulcemente, diciéndole: “¡Oh encanto, estás helada! ¿Te ocurre algo?”. Con un tono del todo indiferente, ella respondió: “No es nada; hace un momento he hecho una necesidad, y quizá por las abluciones que he hecho después, mis manos y mis pies están fríos”. Creí que decía la verdad, y, sin hablar nada más, volví a dormirme. Algunos días después sucedió lo mismo, y mi esposa, interrogada por mí, me dio la misma explicación; pero esta vez no quedé satisfecho, asaltándome vagas sospechas y quedando desde entonces inquieto. Sin embargo, enterré dichas sospechas en el fondo de mi corazón y puse la cerradura del silencio a la puerta de mi lengua».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS DIECINUEVE

Schehrazada dijo:

—«Ensayando distraerme de mis inquietudes, fui a mis cuadras para contemplar mis hermosos caballos, notando que aquellos que tenía reservados para mi uso

particular, por su rapidez que sobrepasaba la del viento, se hallaban tan delgados y extenuados, que sus huesos casi agujereaban la piel, y en varios sitios de su lomo se veían desolladuras. Hice venir a mi presencia a los palafreneros y les dije: “¿Qué es esto, hijos de perra?”. Y, estando todos prosternados ante mí, la cara contra el suelo, uno de ellos, temblando, me dijo: “¡Oh nuestro amo!, si me haces gracia de la vida te diré algo en secreto”. Le arrojé el pañuelo de la seguridad y le conminé: “¡Dime la verdad, sin ocultarme nada, o vas al palo!”. “Has de saber, ¡oh nuestro amo! —repuso él—, que todas las noches, sin dejar una, la reina, nuestra ama, vestida con sus hábitos reales y con todas sus joyas y adornos, como Balkis en todo su esplendor, viene a las cuadras, escoge uno de los caballos particulares de nuestro amo, lo monta y va a pasearse hasta el amanecer. Cuando regresa, el caballo suele caer al suelo extenuado, y, aunque este estado de cosas dura ya mucho tiempo, no nos hemos atrevido a avisar a nuestro amo el sultán”. Yo, después de saber lo que pasaba, quedé sorprendido, y mis sospechas arraigaron más profundamente en mi ánimo. Todo aquel día lo pasé inquieto y sin poder ocuparme de los asuntos de gobierno, esperando la noche con impaciencia. Cuando llegó la hora en la que solía reunirme con mi esposa, fui junto a ella y la encontré, ya desnuda, estirando los brazos y dispuesta a meterse en la cama. “Estoy muy fatigada —dijo—; se me cierran los ojos de sueño y solo tengo ganas de dormir”. Yo, por mi parte, disimulé mi agitación interior, y, dándole a entender que me hallaba aún más cansado que ella, me tendí a su lado, y, estando bien despierto, me puse a respirar fuerte, roncando como los que duermen en la taberna. A poco, aquella malvada se levantó como una gata y echó en mi boca el contenido de una taza. Yo tuve fuerza de voluntad para no traicionarme, y, volviéndome hacia la pared, fingiendo que continuaba durmiendo, escupí en la almohada el líquido que me había dado. Ella, segura del efecto del somnífero, no se cuidó de tomar precauciones, yendo y viniendo por la habitación, arreglándose, lavándose y acicalándose, perfumándose con esencia de rosas, cubriéndose de joyas, y saliendo luego como si se hallara embriagada. Cuando estuvo fuera de la habitación, yo me levanté, y, echando un capuchón sobre mi espalda, la seguí descalzo y con paso quedo, comprobando que se dirigía a las cuadras y elegía un caballo tan ligero como el de Schirin, montándolo y partiendo en el acto. Quise seguirla también a caballo, pero pensé que el ruido de los cascos, llegando hasta ella, me denunciaría, y decidí seguir a pie a la desvergonzada; así, pues, apreté mi cinturón en torno a los riñones, como hacen los mensajeros, y, echando mis piernas al viento, corrí tras el caballo de mi esposa, procurando no hacer ruido. Cuando tropezaba, seguía adelante, y si caía, me levantaba y continuaba sin perder el ánimo, martirizando mis pies con los guijarros del camino. Y sabrás, joven mozo, que, sin llamarlo para que me siguiera, este lebrél del collar de oro al cuello, que tienes ante ti, había salido detrás de mí y corría a mi lado fielmente. Al cabo de varias horas de correr sin descanso, mi esposa llegó a una llanura desolada donde no había más que una única casa, baja y hecha de barro, ocupada por negros. Mi esposa desmontó y

penetró en aquella casa; yo quise entrar tras ella, pero la puerta se cerró antes que yo llegara y tuve que contentarme con mirar por un agujero, tratando de averiguar lo que podría ser aquel asunto. Los negros, que eran siete, acogieron a mi esposa con injurias espantosas, arrojándola al suelo, pisoteándola y golpeándola de tal manera, que la creí con todos los huesos rotos y expirante. Pero ella, lejos de mostrarse resentida por aquel tratamiento feroz, del que todo su cuerpo aún conserva las huellas, se contentó con decir a los negros: “¡Oh queridos míos; os juro por mi ardoroso amor hacia vosotros, que si me he retrasado un poco esta noche ha sido porque el rey, mi esposo, ese sarnoso del culo, ha seguido despierto después de su hora habitual! De no ser así, ¿hubiera esperado yo tanto tiempo para venir a embriagar mi alma con la bebida de nuestra unión?”. Yo, viendo y oyendo aquello, no sabía si estaba despierto o era víctima de una horrible pesadilla, y me dije: “¡Por Alá!; si yo jamás golpeé a Piña, ni siquiera dándole con una rosa, ¿cómo es posible que soporte tales golpes sin morir?”. Y mientras reflexionaba así, los negros, apaciguados con las excusas de mi esposa, la desnudaron por completo, desgarrando sus hábitos reales y arrancando sus joyas, para después arrojarlos todos sobre ella, como un solo hombre, asaltándola por todas partes a la vez; y ella, a tales violencias, respondía con suspiros de placer, poniendo los ojos en blanco y jadeando. Entonces, no pudiendo soportar por más tiempo aquello, por una buharda me precipité dentro, y cogiendo una matraca que hallé a mano, aproveché la estupefacción de los negros, que sin duda me creyeron un genio descendiendo sobre ellos, para arremeter contra todos y acometerlos a garrotazos. De esta manera, cinco de los siete que estaban encima de mi esposa, fueron directamente al infierno. Los dos restantes, viendo esto, se desnudaron ellos mismos de la pérfida y buscaron su salvación en la huida; pero conseguí atrapar a uno de los dos, y, de un solo golpe, lo tendí a mis pies. Como solamente estaba aturdido, cogí una cuerda con intención de atarle de pies y manos, y, cuando me disponía a hacerlo, mi esposa, acudiendo por detrás, me empujó con tal fuerza que caí al suelo. El negro aprovechó la ocasión para ponerme una rodilla sobre el pecho, y ya levantaba la matraca para terminar el asunto de un solo golpe, cuando mi fiel perro, el lebel de color de estornino, se arrojó a la garganta del negro y rodó con él por el suelo. En seguida, sin perder aquel momento favorable, me puse encima de mi adversario y logré atarlo de pies y manos. Luego le llegó su turno a Piña, a quien también até, mientras, sin pronunciar una sola palabra, mis ojos echaban chispas. Hecho esto, arrastré al negro fuera de la casa, lo sujeté a la cola de mi caballo, y, poniendo a mi esposa sobre la silla delante de mí atravesada como un fardo, emprendí el regreso seguido por el lebel que me había salvado la vida. Llegué a mi palacio, y, con mi propia mano, corté la cabeza al negro, cuyo cuerpo arrastrando durante el camino, no era ya más que un jirón palpitante, dando a comer su carne a mi perro y haciendo salar su cabeza, que es precisamente esa que ves ahí en el plato delante de Piña. Como castigo para mi esposa, esta desvergonzada, todos los días la obligo a contemplar la cabeza de su amante, el negro. Por lo que se refiere

al que logró escapar, no dejó de correr hasta que llegó a las comarcas de Sinn y Massin, donde reina Tamuz-ben-Kamús, y, por una serie de maquinaciones, logró esconderse bajo el lecho de marfil de la princesa Mohra, hija del rey Tamuz. En la actualidad es el consejero íntimo de la princesa y nadie en el palacio conoce su presencia bajo el lecho de la joven. Esta es mi historia y la de Piña, con el papel desempeñado en ella por el negro acostado ahora bajo la cama de marfil de la hija del rey de Sinn y Massin, la princesa Mohra, sacrificadora de tantos adolescentes de estirpe real».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS VEINTE

Dijo Schehrazada:

—Esto dijo el rey Ciprés, dueño de la ciudad de Wakak, al joven príncipe Diamante, y luego añadió: «Y ahora que ya sabes lo que ningún otro ser humano conoce, entrega tu cabeza, que ya no te pertenece, y despídete de la vida». Pero Diamante respondió: «¡Oh rey de los tiempos!; ya sé que mi cabeza te pertenece y estoy dispuesto a separarme de ella sin lamentarlo demasiado; sin embargo, hasta ahora no está suficientemente aclarado para mí el punto más importante de esta historia, pues no sé todavía por qué el séptimo negro fue a refugiarse precisamente bajo el lecho de la princesa Mohra, y no en cualquier otro lugar; y, sobre todo, cómo es que la princesa consiente que continúe allí. Hazme saber, pues, cómo ha sido todo esto, y cuando lo sepa haré mis abluciones y moriré». Una vez que el rey Ciprés oyó lo que dijo Diamante, quedó sorprendido, pues no esperaba tal cuestión, y por otra parte, a él mismo no se le había ocurrido antes conocer los detalles que ahora reclamaba Diamante. Por ello, no queriendo dar la impresión de que ignoraba una cosa tan importante, dijo al joven príncipe: «¡Oh viajero!; lo que me pides es un secreto de estado, y si te lo revelara atraería sobre mí y sobre mi reino las peores calamidades. Prefiero hacerte gracia de la vida y perdonar tu indiscreción; ¡apresúrate, pues, a salir del palacio antes que me arrepienta de mi decisión de dejarte ir en libertad!». Diamante, que no esperaba poder salvarse con tanta facilidad, se prosternó ante el rey Ciprés, y, sabiendo ya lo que quería saber, salió del palacio dando gracias a Alá por haberle preservado de perder la vida. Fue a solicitar la licencia del joven Farah, su amigo, que vertió lágrimas por su partida, y, subiendo a la terraza, quemó uno de los pelos de la barba de Simurg. En seguida el volador, precedido de un viento de tempestad, apareció ante él, y, enterado de su deseo, le tomó sobre la espalda, atravesó con él los siete océanos, y, llegados a la morada del

gigante, le hizo entrar en ella con toda cordialidad y benevolencia. Allí descansaron durante unos días, después de lo cual fueron junto a la deliciosa reina Aziza, que lloraba la ausencia del príncipe y suspiraba por su retorno, con sus mejillas recordando a la flor del granado. Al verle entrar acompañado por Al-Simurg el Volador, su corazón desfalleció, levantándose temblorosa como la cierva que pelecha, y Al-Simurg, para no estorbarles, salió de la habitación y les dejó en libertad para sus efusiones. Cuando volvió a entrar, al cabo de una hora, los encontró aún enlazados, esplendores sobre esplendores. Diamante, que había interrumpido sus proyectos, dijo al Volador: «¡Oh nuestro bienhechor, oh padre de los gigantes y corona suya! Ahora deseo de ti que nos llesves junto a tu sobrina, la encantadora Gamila, que me espera ardiendo en deseos».



El complaciente Al-Simurg puso a ambos sobre su espalda y, en un abrir y cerrar de ojos, los transportó hasta la morada de la gentil Gamila, que se hallaba sumida en los más tristes pensamientos después de tanto tiempo sin noticias de Diamante. El príncipe, que no había olvidado sus obligaciones para con la caritativa Gamila, quien le había sacado de su situación de gamo, librándole de los artificios de Latifa, la bruja, sin contar el haberle proporcionado las armas mágicas, no dejó de testimoniarle calurosamente sus sentimientos de gratitud y, después de los transportes de alegría por encontrarse juntos de nuevo, rogó a la reina Aziza que le dejara a solas con Gamila durante una hora, para estar junto a ella sin testigos. Aziza encontró justificada la demanda y justa la repartición del tiempo, pues una hora también había estado a solas con ella y salió con Al-Simurg. Cuando, pasada dicha hora, volvió a entrar, encontró a Gamila desvanecida en los brazos de Diamante. El príncipe, a quien gustaba hacer cada cosa a su tiempo, se volvió hacia sus dos esposas y Al-Simurg y les dijo: «Creo que ya es tiempo de arreglar el negocio de Latifa, la maga, que es tu hermana, querida Gamila, y la hija de tu hermano, ¡oh padre de los voladores!». Los tres a una respondieron: «No hay inconveniente». Y Al-Simurg, a

ruego de Diamante, fue en busca de su sobrina, la maga Latifa, y, atándole los brazos por detrás de la espalda, la trajo a presencia de Diamante. El joven príncipe, viéndola, dijo: «Sentémonos aquí mismo a juzgarla y ver el castigo que merece». Al-Simurg fue el primero en dar opinión, diciendo: «Es preciso, sin duda alguna, librar al género humano de esta malhechora. Yo opino que lo mejor será colgarla cabeza abajo y luego disecarla; o, mejor aún, ahorcarla y que se coman su carne los buitres y demás aves de presa». Diamante se dirigió a la reina Aziza, pidiéndole su opinión, y esta dijo: «Yo creo que vale más olvidar sus malas acciones hacia nuestro esposo Diamante y perdonarla en este día bendito de nuestra unión». A su vez Gamila opinó que debía absolver a su hermana, y, a cambio, ella debía devolver la forma humana a todos los jóvenes que había transformado en gamos. Entonces Diamante dijo: «¡Bien, perdonémosla!». Y arrojó el pañuelo de la seguridad. Luego añadió: «Ahora convendría que me dejarais a solas con ella durante una hora». Accedieron a sus deseos y cuando, pasada la hora, volvieron a entrar, encontraron a Latifa perdonada y contenta entre los brazos del adolescente. Después que Latifa hubo devuelto su forma humana a todos los príncipes y demás jóvenes, que con sus sortilegios había transformado en gamos, Al-Simurg puso sobre sus espaldas a Diamante con sus tres esposas y, en muy poco tiempo, los transportó a la ciudad del rey Tamuz-ben-Kamús, padre de la princesa Mohra. Levantó tiendas para ellos fuera de la ciudad y les dejó reposando en ellas, mientras, a ruegos de Diamante, fue él mismo en persona al harén donde se encontraba la favorita Rama de Coral. Ya allí dio cuenta a la joven de la llegada de Diamante, a quien ella esperaba anhelante, y no le fue difícil convencerla para que se dejara llevar hasta su enamorado. Llegó con ella a la tienda donde Diamante se hallaba adormecido y allí la dejó a solas con él, llevándose a las otras tres esposas. El príncipe, después de las efusiones propias del caso, supo probar a Rama de Coral que él no se olvidaba de sus promesas, y, sobre la marcha, le habló en la lengua que convenía, quedando ella satisfecha y hallándola encantadora las otras tres esposas. Cuando fueron regulados los asuntos íntimos entre Diamante y sus cuatro esposas, se pensó en llevar a término el proyecto principal, y Diamante, saliendo de su tienda, se dirigió a la ciudad, llegando hasta la plaza abierta delante del palacio de Mohra, allí, donde, por millares, estaban clavadas las cabezas de tantos príncipes y reyes, las unas con sus coronas y las otras sin nada sobre sus cabelleras, y acercándose al tambor lo hizo resonar con fuerza, para anunciar que se hallaba dispuesto a dar a la princesa Mohra la respuesta que exigía a sus pretendientes.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS VEINTIUNA

Ella dijo:

—En seguida los guardias le llevaron a presencia del rey Tamuz, que reconoció en él al joven cuya belleza le había seducido y al que había dicho la primera vez: «Reflexiona durante tres días, y, si así lo deseas, vuelve a pedir audiencia, la que solo servirá para separar de tu cuerpo tu graciosa cabeza». Esta vez le hizo señas para que se acercara, diciéndole: «¡Oh hijo mío, que Alá te proteja! ¿Persistes en pretender aclarar los misterios y explicar las ideas fantásticas de una jovencita?». Diamante respondió: «¡La ciencia de la adivinación nos viene de Alá y no debemos enorgullecernos de los dones de Alá! Ahora bien, este secreto que tu hija ha guardado en el cofre de su corazón, queriendo hallar quien lo abra, no lo conoce nadie, pero yo tengo la llave de ese cofre». Y el rey dijo: «¡Qué pena para tu juventud! ¡He aquí que vienes a perder la vida!». Y como viera que no era posible hacer desistir al joven de su funesto propósito, dio orden a sus esclavos para prevenir a la princesa Mohra de que un príncipe extranjero había llegado para explicar sus fantasmagorías, con el fin de ser aceptado por ella. No tardó en aparecer en la sala de audiencias, precedida por el aroma de sus bucles perfumados, aquella princesa de los modales encantadores. Mohra, la amada, la causa de tantas vidas truncadas, aquella cuya contemplación era más difícil de evitar que dejar de beber el agua del Eufrates un hidrópico y por la que se habían sacrificado millares de almas como las mariposas a la llama. Al primer golpe de vista reconoció en Diamante al joven santón del jardín, al adolescente con cara de sol y cuerpo encantador, cuya aparición tanto había afectado a su corazón. Al pronto se quedó muy asombrada, pero no tardó en reaccionar, recordando que el santón la había burlado, desapareciendo de la noche a la mañana sin dejar huellas, y, furiosa interiormente, se dijo: «¡Esta vez no se me escapará!». Cuando estuvo sentada en el trono, al lado de su padre, contempló al joven con mirada tenebrosa y le dijo: «¡Responde, pues! ¿Qué relación hay entre piña y ciprés?». Diamante contestó: «Las relaciones entre Piña y Ciprés no son buenas, pues Piña, que es la esposa de Ciprés, rey de la ciudad de Wakak, encontró la justa retribución que merecía su comportamiento. Hubo negros en el asunto». Cuando oyó las palabras de Diamante, la princesa Mohra cambió de color y se apoderó de ella el miedo. Sin embargo, sobreponiéndose a su inquietud, repuso: «Tus palabras no son claras. Después que te hayas explicado mejor sabré si conoces la verdad o mientes». Diamante, viendo que la princesa estaba dispuesta a no admitir las medias palabras, dijo: «¡Oh princesa! Si quieres que te cuente todo, levantando la cortina que oculta lo que debe permanecer oculto, empieza tú por decir de quien has aprendido ciertas cosas que una joven virgen debe ignorar, puesto que no es posible que dejes de tener aquí a alguien, cuya llegada ha significado una verdadera calamidad para todos los príncipes que me han precedido». Y a continuación, Diamante, dirigiéndose al rey, le dijo: «¡Oh rey de los tiempos! No debes seguir ignorando el misterio que hay en la vida de tu honorable

hija y te ruego que la ordenes responder a la cuestión que le he planteado». El rey se volvió a la bella Mohra e hizo un ademán que quería decir: «¡Habla!». Pero Mohra guardó silencio, y, a pesar de las instancias reiteradas de su padre, no se decidió a librar a su garganta del nudo que la atenazaba. Entonces Diamante tomó de la mano al rey Kamús, y, sin hablar ni una sola palabra, lo llevó ante la habitación de Mohra, se inclinó y, cogiendo por debajo el lecho de marfil de la princesa, lo levantó. Y he aquí que de repente el secreto de Mohra dejó de serlo y el negro, su consejero, apareció a la vista de todos, con su cabeza crespada. El rey Tamuz y los que con él estaban se quedaron estupefactos. Todos bajaron la cabeza avergonzados y el viejo rey no quiso saber más del asunto, temiendo que su deshonor apareciera en toda su plenitud ante las gentes que le rodeaban. Sin pedir más explicaciones entregó su hija a Diamante para que dispusiera de ella a su antojo, diciendo: «¡Únicamente te pido, ¡oh hijo mío!, que te vayas de aquí lo más rápidamente posible, llevando contigo a mi hija, esta desvergonzada, a la que no quiero volver a ver en toda mi vida!». En cuanto al negro, fue empalado. Diamante no dejó de obedecer al anciano rey, llevándose a la princesa, atada de pies y manos, a sus tiendas. Luego rogó a Al-Simurg el volador que lo transportara con todas sus mujeres hasta las inmediaciones de la ciudad de su padre, el rey Schams-Schah, lo que se ejecutó al momento, y el complaciente Al-Simurg, con la licencia de Diamante y sin querer aceptar ni aun expresiones de agradecimiento, se elevó una vez más y se fue por su camino. Cuando la nueva de la llegada del hijo amado llegó hasta el rey Schams-Schah, padre de Diamante, que, a causa de la prolongada ausencia de su hijo, había convertido sus ojos en dos fuentes, las penas se transformaron en alegría y salió al encuentro del príncipe, en tanto que la noticia se propagaba por la ciudad, llevando el regocijo a todos los corazones. Temblando de emoción, el rey estrechó al hijo contra su pecho, besándole en los ojos, llorando y gritando, mientras Diamante trataba de contener sus lágrimas. Cuando la emoción de los primeros momentos se calmó un poco y el anciano rey pudo hablar, dijo a su hijo: «¡Oh lámpara y ojos de la casa de tu padre!...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS VEINTIDÓS

Schehrazada dijo:

—«... ¡Cuéntame al detalle la historia de tu viaje, para que revivan en mi pensamiento los días de tu dolorosa ausencia!». Diamante refirió al viejo rey, su padre, todo lo que le había sucedido desde el principio hasta el fin, que no es de

utilidad repetir, y luego fue presentándole, una tras otra, a sus cuatro esposas. Finalmente llevó ante él a la princesa Mohra, atada de pies y manos, diciendo: «Ahora, ¡oh padre mío!, tú dirás lo que debemos hacer con ella». El anciano rey, a quien el altísimo había dotado de prudencia e inteligencia, pensó para sí que su hijo debía, en el fondo de su corazón, amar a aquella adolescente funesta, culpable de la muerte de tantos príncipes, puesto que por ella había soportado tantas penas y fatigas, y se dijo: «Si pronuncio un juicio severo le afligiré, sin duda alguna». Y después de reflexionar aún durante unos instantes, dijo: «¡Oh hijo mío! Aquel que, después de sufrir muchas penalidades y trabajos, consigue una perla que no tiene precio, debe guardarla cuidadosamente. Esta princesa tiene un espíritu fantaseador y se ha hecho culpable de acciones reprensibles, pero debemos considerar dichas acciones como permitidas por la voluntad del altísimo. Si por culpa de ella perdieron la vida tantos jóvenes, es que así estaba escrito en el libro del destino, y, por otra parte, no olvides, hijo mío, que esta adolescente te trató con muchas consideraciones cuando te introdujiste como santón en su jardín. En fin, bien sabes que nadie con la mano del deseo, y el negro menos aún, alcanzó el fruto de este arbolillo, ni gustó la manzana de su mentón ni el pistacho de sus labios». Diamante se hizo eco de las palabras de su padre, tanto más cuando que las otras cuatro esposas dieron su asentimiento al discurso del rey. Se escogió el día y momento más favorables, y el joven de rostro como el sol se unió a aquella luna pérfida, semejante a la serpiente guardando el tesoro. De ella, como de sus otras cuatro esposas legítimas, tuvo hijos maravillosos, cuyos pasos por la tierra fueron guiados por la buena fortuna, y que, como su padre Diamante el Espléndido y su abuelo Schams-Schah, hicieron la dicha y la felicidad de sus esclavas. Tal es la historia del príncipe Diamante con todas las cosas extraordinarias que le sucedieron. ¡Gloria a aquellos que nos transmiten las antiguas historias, para que sirvan de lección a los hombres actuales y para que los inteligentes aprendan en ellas la sabiduría!

Y el rey Schahriar, que había escuchado toda la historia con gran atención, dio las gracias a Schehrazada por primera vez, diciendo: «¡Alabanzas a ti, oh boca de miel, puesto que has conseguido hacerme olvidar mis amargas preocupaciones!».

Luego su rostro se ensombreció de nuevo y Schehrazada, observándolo, se apresuró a decir:

—Sí, ¡oh mi rey! Pero ¿qué es esto comparado con lo que voy a contarte ahora, a propósito del amo de los chistes y de la risa?

—¿Qué es, ¡oh Schehrazada! —preguntó el rey—, eso del amo de los chistes y de la risa, que yo no conozco?

Y Schehrazada dijo:

ALGUNAS GRACIAS Y TEORÍAS DEL DUEÑO DE LOS CHISTES Y DE LA RISA

—En los anales y libros de los sabios antiguos, que nos ha transmitido la tradición, se dice que en la ciudad de El Cairo, mansión de la gracia y el chiste, vivía

un hombre de apariencia estúpida que, bajo su exterior de bufón extravagante, ocultaba un fondo sin igual en fineza, sabiduría, inteligencia y sagacidad, esto sin tener en cuenta que, ciertamente, era el hombre más amable, instruido y espiritual de su tiempo. De nombre se llamaba Goha y no tenía oficio ninguno en absoluto, aunque se le había ocurrido ejercer el cargo de predicador en las mezquitas. Pues bien, un día sus amigos le dijeron: «¡Oh Goha! ¿No te apena pasar tu vida de holgazanería y no usar los diez dedos de tus manos nada más que para llevar todos los días algo a tu boca? ¿No piensas en que ya es tiempo de que interrumpas tu vida de vagabundo y te amoldes a los usos de todo el mundo?». A esto no respondió nada, pero un día que atrapó una cigüeña grande y hermosa, de magníficas alas que le permitían volar muy alto por el cielo, y de prodigioso pico, que era el terror de los pájaros, y de tallos de lirio por patas, subió a la terraza y, en presencia de los que le habían reprochado su vida, le recortó las plumas de las alas con un cuchillo y también el prodigioso pico y las encantadoras patas tan finas, y, arrojándola al vacío, le dijo: «¡Vuela! ¡Vuela!». Escandalizados, sus amigos le dijeron: «¡Oh Goha! ¡Que Alá te maldiga! ¿Por qué cometes esa locura?». Y él les respondió: «Esta cigüeña me fastidiaba y enojaba porque no era como los otros pájaros, pero ahora he hecho que se les parezca». Otro día dijo a cuantos le rodeaban: «¡Oh musulmanes y todos vosotros los aquí presentes! ¿Sabéis por qué Alá, el altísimo, el generoso, ¡que él sea glorificado!, no ha dado alas al camello y al elefante?». Todos comenzaron a reír y respondieron: «¡No, por Alá! ¡No lo sabemos, oh Goha! Pero tú, para quien no hay ciencia ni misterio oculto, dínoslo y así nos instruiremos». Goha les respondió: «Os lo diré, para que os instruyáis: es que si el camello y el elefante tuviesen alas, se dejarían caer con todo su peso sobre las flores de vuestros jardines y los arrasarían». Otro día, un amigo de Goha llamó a su puerta y le dijo: «¡Oh Goha! Por la amistad que nos une, préstame tu asno, del que tengo necesidad para hacer un viaje urgente». Goha, que no tenía gran confianza en tal amigo, le respondió: «Bien quisiera prestarte el asno, pero no lo tengo, pues lo he vendido». En aquel mismo momento el asno comenzó a rebuznar en el establo y el amigo, oyéndolo, dijo: «¡Tu asno está ahí!». En tono muy ofendido, Goha le respondió: «¡He aquí que crees en el asno y no crees en mí! ¡Vete, que no quiero verte más!». Otra vez, un vecino de Goha fue a buscarle a fin de invitarle a una comida y le dijo: «¡Oh Goha! ¡Ven a comer a mi casa!». Goha aceptó la invitación, y cuando los dos estuvieron sentados ante la mesa de la comida, les fue servida una gallina. Goha, después de tratar de hincarle el diente, renunció a comer de aquella gallina, que era la más vieja de entre las viejas y cuya carne era correosa, contentándose con sorber un poco del caldo en el que había sido cocida, después de lo cual se levantó y, tomando la gallina, la colocó en dirección a La Meca y se preparó a rezar su plegaria. Su huésped, muy confundido, le dijo: «¿Qué vas a hacer, infiel? ¿Desde cuándo los musulmanes dirigen sus oraciones a las gallinas?». Pero Goha le respondió: «¡Oh mi huésped! Tú ves visiones. Este volátil, al que voy a dirigir mi oración, no es tal volátil, pues únicamente tiene la apariencia de volátil, ya

que en realidad es una santa mujer convertida en gallina, pues ha sido expuesta al fuego y este la ha respetado». Otra vez, habiendo partido con una caravana, las provisiones resultaron insuficientes y los caravaneros tuvieron que pasar un hambre considerable. En lo que se refiere a Goha, su estómago le agujoneaba de tal manera, que habría aceptado hasta la ración de los camellos. Pues bien, cuando en el primer alto que hicieron para comer se sentaron todos, Goha se portó con tal reserva y discreción que maravilló a sus compañeros, y como le presionaban para que tomase el pan y el huevo duro que le correspondía, les respondió: «¡No, por Alá! ¡Vosotros comed y sed felices! Por mi parte, me sería imposible comerme un pan entero y un huevo duro para mí solo. Así, pues, que cada uno de vosotros tome su pan y su huevo; después, si queréis, me daréis la mitad de cada pan y de cada huevo, pues esta es la capacidad de mi estómago, que es muy delicado». En otra ocasión fue a casa del carnicero y le dijo: «Hoy es fiesta en mi casa, así que dame el mejor trozo de cordero que tengas». El carnicero cortó el solomillo de un hermoso cordero y se lo dio. Goha fue a llevar la carne a su mujer, diciéndole: «Con esta excelente carne, hazme un asado con cebollas y sazónalo a mi gusto». Luego salió a dar una vuelta por el mercado. La esposa aprovechó la ausencia de su marido para preparar un buen guisado, y, acompañada de su hermano, comerse toda la carne sin dejar rastro de ella. Cuando Goha volvió notó en seguida el apetitoso olor de la carne asada, prometiéndose una succulenta comida. Pero al sentarse a la mesa su mujer solo le trajo un trozo de queso griego y pan mohoso y ni vestigios del cordero. Goha, que no podía olvidarse de él, dijo a su mujer: «¡Oh hija de mi tío! ¿Cuándo vas a servirme el cordero?». Ella respondió: «¡La misericordia de Alá sobre ti y sobre el cordero! Mientras yo estaba en la letrina el gato de la casa lo ha devorado». Goha, sin decir una palabra, se levantó, cogió el gato, y, yendo a la cocina, lo pesó en la balanza que allí había, comprobando que pesaba menos que el trozo de cordero en cuestión, y entonces, volviéndose a su esposa, le dijo: «¡Oh hija de perro, desvergonzada! Si este es el gato que se ha engullido la comida, ¿cómo es que pesa menos que el trozo de cordero?». Otro día, estando su esposa ocupada en la cocina, le confió el hijo, una criatura de tres meses, diciéndole: «¡Oh padre de tu hijito Abdalá! Tómalo y acúnale mientras yo cuido de la sartén». Goha cargó con el niño, aunque no le agradaba, y, precisamente en aquel momento, el infante tuvo necesidad de orinar y así lo hizo sobre el caftán nuevo de su padre, quien, extremadamente contrariado, dejó al niño en el suelo y se orinó a su vez sobre él. La esposa, al verle proceder de aquella manera, corrió hacia él gritando. «¡Oh cara negra! ¿Qué es lo que haces con nuestro hijo?». Y él respondió: «¿Estás ciega? ¿Acaso no ves que lo trato como hijo mío? Pues en verdad que si hubiera sido el hijo de un extraño el que se orinara sobre mí, en vez de ser mi propio hijo, sin dudar lo habría vaciado mi vientre sobre él y no solo mi vejiga». Otro día, Goha fue a casa de uno de sus vecinos y le dijo: «El vecino se debe a los vecinos. Préstame, pues, una marmita para llevármela a mi casa y poder cocer una cabeza de carnero».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS VEINTITRÉS

Dijo Schehrazada:

—El vecino prestó a Goha la marmita en cuestión y este coció lo que había de cocer y, a la mañana siguiente, la devolvió a su propietario, no sin antes haber colocado en su interior otra marmita más pequeña. El vecino se alegró mucho al ver que su hacienda había fructificado y dijo a Goha: «¿Qué significa la marmita que he encontrado en el interior de la mía?». Goha dijo: «No lo sé, pero supongo que tu marmita habrá parido esta noche». Pero el otro dijo: «¡Alabado sea Alá! ¡Es un regalo que por tu intermedio me ha concedido la suerte, oh rostro de buen augurio!». Y, en el estante de la cocina, colocó la marmita y la hija. Ahora bien, al cabo de cierto tiempo Goha volvió a casa de su vecino y le dijo: «¡Oh vecino! ¿Te molestaría dejarme la marmita y su hija para la comida de hoy?». El otro respondió: «¡Con mi corazón, vecino!». Y le entregó la marmita grande con la pequeña dentro. Goha las tomó y se marchó. Muchos días pasaron sin que Goha diera cuenta de lo que le habían prestado, por lo que su vecino fue a buscarle y le dijo: «No es que haya perdido la confianza en ti, pero es que en mi casa necesitamos hoy los utensilios que te presté». Goha preguntó: «¿Qué utensilios, vecino?». Él contestó: «La marmita que te presté y la que ella parió». Goha replicó: «¡Que Alá las tenga en su misericordia! ¡Han muerto!». El vecino dijo: «¡No hay más Dios que Alá! ¡Oh Goha! ¿Es que una marmita puede morir?». Y Goha dijo: «Todo lo que nace, muere, pues de Alá provenimos y a él retornamos». Otra vez, un *fellah* regaló una gallina a Goha. Este la mató e invitó al *fellah* a la comida, y, juntos y contentos, se la comieron. Ahora bien, al cabo de cierto tiempo otro *fellah* llamó a la puerta de la casa de Goha y pidió hospitalidad. Goha le abrió y le dijo: «Sé bien venido; pero ¿quién eres tú?». El *fellah* respondió: «Soy el vecino de aquel que te regaló la gallina». Goha respondió: «En mi pensamiento y en mi corazón». Y le acogió con toda cordialidad, dándole de comer, por lo que el otro se fue contento. Algunos días después, un tercer *fellah* llamó a su puerta y Goha preguntó: «¿Quién eres?». El hombre respondió: «Soy el vecino del vecino de aquel que te regaló la gallina». Goha dijo: «No hay inconveniente». Y le hizo entrar y le sentó ante los platos de la comida, pero por todo alimento colocó ante él una marmita con agua caliente, en la superficie de la cual se veían flotar manchas de grasa. El *fellah* preguntó: «¡Oh mi huésped! ¿Qué es esto?». Y Goha respondió: «¿Esto? No es nada más que la hermana de la hermana del agua que coció la gallina». Un día, los

amigos de Goha, queriendo burlarse a sus expensas, se pusieron de acuerdo entre ellos y le llevaron a la casa de baños; pero antes, sin que Goha lo advirtiese, se procuraron huevos. Una vez que hubieron entrado en los baños se desvistieron y entraron con Goha en la sala de vapor, diciéndose entre ellos: «Este es el momento. Pongamos un huevo cada uno». Y añadieron: «Aquel de nosotros que no consiga ponerlo tendrá que pagar el precio del baño a todos los demás». Acto seguido se pusieron en cuclillas, cacareando a más y mejor al modo de las gallinas y cada uno terminó por sacar un huevo. Goha, al ver aquello, blandió de súbito el «hijo de su padre», y, exhalando un quiquiriquí se arrojó sobre sus amigos, tratando de asaltarlos, pero todos se levantaron gritando: «¡Bribón! ¿Qué es lo que vas a hacer?». Y Goha respondió: «¿No lo veis, pues? ¡Solo veo ante mí gallinas, y, como soy el único gallo, es preciso que las monte!». Goha tenía por costumbre colocarse ante la puerta de su casa todas las mañanas y dirigir a Alá esta plegaria: «¡Oh generoso, yo te pido cien dinares de oro, ni uno más ni uno menos, pues los necesito, pero si por efecto de tu generosidad esta cifra es sobrepasada, aunque no sea más que un solo dinar, yo no aceptaré el don!». Ahora bien, entre los vecinos de Goha había un judío enriquecido por medios reprensibles, ¡así se encuentren en el fuego del quinto infierno! Este judío oía todos los días la plegaria que en voz alta hacía Goha ante su puerta y pensó: «¡Por vida de Ibrahim y de Jacob! ¡Voy a poner a prueba a Goha!». Y cogiendo una bolsa que contenía noventa y nueve dinares de oro, la arrojó desde su ventana a los pies de Goha, que hacía su plegaria acostumbrada ante el umbral de su mansión. Goha tomó la bolsa; en tanto que el judío le observaba para ver en qué paraba todo aquel asunto, él desató los cordones de la bolsa, vació su contenido y contó los dinares uno por uno, y, viendo que faltaba un dinar para completar la suma que él había pedido, elevando sus manos hacia su creador exclamó: «¡Oh señor; alabado seas por tus beneficios! Pero este don no está completo, y, a causa de mi voto, no puedo aceptarlo tal como viene. Por todo esto, voy a premiar a mi vecino el judío, hombre pobre, cargado de familia y modelo de honradez». Y así diciendo, cogió la bolsa y la arrojó al interior de la casa del judío, y después se alejó. Cuando el judío vio y oyó todo aquello, muy sorprendido se dijo: «¡Por los cuernos luminosos de Moisés! Nuestro vecino Goha es un hombre lleno de candor y buena fe. Pero verdaderamente no puedo pronunciarme por completo respecto a este asunto hasta que no haya comprobado la segunda parte de sus palabras». A la mañana siguiente cogió la bolsa y metió en ella ciento un dinares y la arrojó a los pies de Goha en el momento en que realizaba su acostumbrada plática a la puerta de su casa. Goha, que sabía muy bien de dónde caía la bolsa, aunque continuase aparentando creer en la intervención del altísimo, se agachó y recogió el regalo, y, después de haber contado ostensiblemente las piezas de oro, encontró que esta vez los dinares eran ciento uno; entonces levantando las manos al cielo, dijo: «¡Alá, tu generosidad no tiene limites, pues he aquí que me has concedido aquello que te pedía con tanta fe y tú mismo has querido satisfacer mi deseo dándome más de lo que pedía! Así, pues, para no desairar tu

bondad acepto este don tal como es, aunque en esta bolsa haya un dinar más de los que yo te pedía». Después de estas palabras, guardó la bolsa en su cinto y se marchó paso a paso. Cuando el judío vio que Goha guardaba la bolsa en su cintura y se marchaba tranquilamente, palideció y sintió que su ánimo se encolerizaba y, abandonando su casa, corrió tras de Goha gritando: «¡Oh Goha! ¡Escucha!». Goha dejó de andar y, volviéndose hacia el judío, preguntó: «¿Qué te pasa?». El otro respondió: «¡La bolsa, devuélveme la bolsa!». Goha dijo: «¿Qué te dé la bolsa de ciento un dinares que Alá me ha concedido? ¡Perro judío! ¿Acaso tu razón ha fermentado esta mañana dentro de tu cráneo? ¿O piensas que debo dártela como hice con la de ayer? En este caso, desengáñate, porque si aquella no la guardé no fue más que por no ofender al altísimo, tan generoso con mi indignidad. Bien sé que en esta bolsa hay un dinar de más, pero no está mal entre los demás. En cuanto a ti, ¡márchate!». Y asiendo un grueso y nudoso bastón hizo ademán de ir a descargarlo con toda su fuerza sobre la cabeza del judío. Aquel, descendiente de la raza de Jacob, se vio obligado a volver con las manos vacías y con la cara tan larga que le llegaba a los pies. Otro día, estaba en la mezquita escuchando la plegaria. En aquel momento el *khateb* explicaba a sus oyentes un punto del derecho del sagrado, diciendo: «¡Oh creyentes! Sabed que si a la caída de la noche el marido cumple sus deberes para con su mujer, será recompensado por el retribuidor como si le hubiese sacrificado un cordero; pero si la copulación se efectúa durante el día, será tenida en cuenta como si se tratase de la liberación de un esclavo. Y si la cosa se hace en la medianoche, la recompensa será la misma que la que se obtiene por el sacrificio de un camello». De vuelta a su casa, Goha contó aquellas palabras a su mujer y a continuación se echó a su lado para dormir, pero la mujer, sintiéndose presa de violentos deseos, dijo a Goha: «¡Levántate, oh hombre, a fin de que ganemos la recompensa del cordero!». Goha contestó: «Está bien». Y después de terminar el asunto se volvió a acostar, pero en medio de la noche la hija de perra sintió en su interior nuevos deseos de copulación, y, despertando a Goha, le dijo: «Ven, para que consigamos el beneficio del sacrificio de un camello».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS VEINTICUATRO

Ella dijo:

—Goha se despertó, y, a regañadientes y con los ojos medio cerrados, hizo lo que se le pedía, volviendo en seguida a dormirse. Pero a la aurora, la esposa, asaltada por nuevos deseos, arrancó a Goha de sus sueños, diciéndole: «¡Vivo! ¡Despierta antes

que salga el sol para conseguir del retribuidor el premio equivalente al de la liberación de un esclavo!». Pero esta vez, Goha no consintió y dijo: «¡Oh mujer! ¿Hay peor esclavitud que la de un hombre que se ve obligado a sacrificar al hijo de su padre? ¡Déjale, pues, tranquilo y libérame a mí primero, que soy tu esclavo!». Otro día, en una mezquita, Goha escuchaba piadosamente al imán, que decía: «¡Oh creyentes que evitáis a vuestras mujeres para correr tras las nalgas de los muchachos, sabed que cada vez que un creyente realiza con su esposa el acto conyugal, Alá edifica para él un quiosco en el paraíso!». Goha contó el asunto a su esposa a su regreso a la casa, sin darle demasiada importancia, pero aquella, que no había dejado que le saliese por una oreja lo que le había entrado por la otra, esperó a que los niños estuviesen acostados y dijo a Goha: «¡Vamos, ven! ¡Vamos a hacernos edificar un quiosco a nombre de nuestros hijos!». El marido respondió: «No hay inconveniente». Y puso el instrumento del albañil en la caja de la argamasa y después se acostó. Pero, al cabo de una hora, la esposa le despertó y le dijo: «Olvidaba que tenemos una hija sin casar que tendría que vivir sola. Construyamos un quiosco para ella». El marido consintió y dijo: «Sacrifiquemos el hijo por la hija». E introdujo el niño en cuestión en la cuna que se le pedía y, a continuación, tendiéndose sobre su colchón, resoplando, se durmió. Pero en medio de la noche la esposa le dio un puntapié, reclamando un quiosco para su madre. Mas Goha gritó: «¡La maldición de Alá sobre las pedigüeñas indiscretas! ¿No sabes, ¡oh mujer!, que la generosidad de Alá nos abandonará si le obligamos a construirmos tantos quioscos?». Y continuó resoplando. Un día cualquiera, una de las vecinas de Goha, que era mujer devota, estaba rezando y se le escapó un pedo. Como realmente ella no tenía tal costumbre, no supo exactamente si el pedo en cuestión había sido expulsado por ella o si aquel ruido tenía su origen en el roce de sus pies contra las baldosas. Llena de escrúpulos fue a consultar a Goha, pues ella sabía que estaba muy versado en jurisprudencia, y, después de explicarle el caso, le pidió consejo. Goha, a manera de respuesta, dejó escapar un pedo estruendoso y preguntó a la devota: «¿Era así de ruidoso?». La vieja devota respondió: «Fue algo más ruidoso». Goha soltó un segundo pedo, más ruidoso que el primero, y preguntó a la beata: «¿Era como este?». Ella respondió: «Era todavía más fuerte». Entonces Goha exclamó: «¡No, por Alá! ¡Eso no era un aire, era una tempestad! ¡Madre de los vientos, si te esfuerzas tanto vas a engendrar grandes tempestades!». Un día, el horrible conquistador tártaro Timur-Lank pasó cerca de la ciudad en la que residía Goha. Los habitantes, después de haber discutido mil veces acerca de los medios que utilizaría el *khan* tártaro para devastar su ciudad, concertáronse para pedir a Goha que los sacase de tan cruel perplejidad. Goha pidió que le trajesen toda la muselina que hubiese en los mercados y se hizo un turbante del tamaño de una rueda de carro; después montó sobre su asno y salió de la ciudad al encuentro de Timur y cuando en su presencia, el tártaro, sorprendido por el tamaño de su turbante, le preguntó: «¿Cómo llevas ese turbante?». Goha respondió: «¡Oh soberano del mundo! Es mi gorro de noche y te suplico que me excuses por haber

venido ante ti con este gorro de dormir, pero, dentro de poco podré tener mi turbante diurno, que viene detrás de mí en un carretón alquilado». Cuando Timur-Lank oyó esto se espantó de la enorme cofia de los habitantes y no quiso detenerse en aquella ciudad. Y habiéndole caído simpático Goha, lo retuvo a su lado y le preguntó: «¿Quién eres?». Y Goha respondió: «Aquí donde me ves, yo soy el dios de la tierra». Timur, que era tártaro, estaba en aquel momento rodeado de jovenzuelos, los más hermosos de su país, y que, como todos los de su raza, tenían los ojos oblicuos y pequeños, y, mostrándoselos, dijo a Goha: «Y bien, ¡oh dios de la tierra!, ¿son de tu agrado estos hermosos jóvenes que ves aquí? ¿Los has visto de igual belleza?». Goha respondió: «¡Oh soberano del mundo! No es por contrariarte, pero yo encuentro que estos jóvenes tienen los ojos demasiado pequeños, y, por ello, su rostro pierde atractivo». Timur le dijo: «¡Puesto que tú eres el dios de la tierra, hazme el favor de agrandarles los ojos!». Goha respondió: «¡Oh mi señor! Por lo que se refiere a los ojos de la cara, solo Alá puede agrandarlos; yo, por mi parte, y pese a que soy el dios de la tierra, solo puedo ensancharles el ojo que tienen más abajo de la cintura». Timur, al oír aquellas palabras, comprendió qué clase de bigardo tenía ante él y se regocijó con su respuesta, por lo que desde entonces lo tuvo a su lado como bufón predilecto. Un día, Timur-Lank, que, además de cojo con un pie de hierro, era tuerto y extraordinariamente feo, se entretenía charlando de unas y otras cosas con Goha. Entretanto, el barbero de Timur llegó, y, después de rasurarle la cabeza, le ofreció un espejo para que se mirara en él. Timur se echó a llorar, y, a ejemplo suyo, Goha se deshizo en lágrimas, suspiros y gemidos durante dos o tres horas. Hacía ya tiempo que Timur había dejado de llorar y no por eso gemía y se lamentaba menos Goha. Timur, asombrado, le dijo: «¿Qué tienes? Yo, si he llorado ha sido porque al contemplarme en el espejo de ese malhadado barbero me he encontrado verdaderamente feo. Pero tú, ¿por qué motivo viertes tantas lágrimas y sigues gimiendo y lamentándote?». Goha respondió: «Salvando el respeto debido a nuestro soberano, tú te has visto en el espejo solo un momento, y esto ha sido suficiente para que hayas llorado durante dos horas. ¿Qué hay, pues, de sorprendente en que tu esclavo que te ve durante todo el día, llore más tiempo que tú?». Timur, en lugar de enfadarse por esta ocurrencia, se echó a reír de tal manera que cayó de culo. Otro día, Timur, estando a la mesa, eructó muy cerca de la cara de Goha, quien exclamó: «¡Eh, mi soberano, que eructar es una cosa vergonzosa!». Y Timur, sorprendido, dijo: «El regüeldo no es nada vergonzoso en nuestro país». Goha no dijo nada, pero hacia el final de la comida soltó un pedo estruendoso. Timur, poniéndose serio, exclamó: «¡Oh hijo de perro! ¿Qué es lo que has hecho? ¿No te da vergüenza?». «¡Oh mi amo! —repuso Goha—. En mi país no se considera esto como cosa vergonzosa, y, como quiera que tú no entiendes la lengua de mi país, no me he acordado de aguantármelo». Otro día, en circunstancias muy distintas, Goha reemplazaba al oficiante en la mezquita de un pueblo vecino, y, cuando acabó de predicar, moviendo la cabeza, dijo a sus oyentes: «¡Oh musulmanes, el clima de vuestro pueblo es

exactamente igual al del mío!». «¿Cómo es eso?», le respondieron. Y él prosiguió: «Es que acabo de tocar mi falo y lo encuentro, como en mi pueblo, blando y caído sobre mis testículos. ¡Mis saludos para todos, me voy!». Otro día, Goha predicaba en la mezquita, y, a modo de conclusión, elevó las manos al cielo y dijo: «¡Oh dios verdadero y todopoderoso, nosotros te damos gracias y te glorificamos por tus bondades y por no haber colocado nuestro trasero en la mano!». Sus oyentes, asombrados, le preguntaron: «¿Qué es lo que quieres decir en esa extraña plegaria?». Y Goha respondió: «¡Por Alá! ¡Si el donador nos hubiera creado con el trasero en la mano nos ensuciaríamos la nariz más de cien veces cada día!». Y en otra ocasión, estando todavía en el púlpito, dijo: «¡Oh musulmanes, alabanzas a Alá por no habernos puesto detrás lo que está delante!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS VEINTICINCO

Schehrazada dijo:

—Sus oyentes preguntaron: «¿Cómo es eso?». Y él repuso: «Porque si el bastón estuviera situado detrás, cada uno podría, sin querer, parecerse a los compañeros de Loth, haciendo lo único que Loth no pudo hacer». Un día, la mujer de Goha, encontrándose sola y completamente desnuda, se dedicaba a tocarse su cosa con mucho mimo, diciendo: «¡Oh mi querido tesoro!, ¿por qué no tendré dos, o tres, o cuatro como tú? ¡Tú eres la fuente de mis placeres y tú me proporcionas inestimables ventajas!». Ahora bien, quiso el destino que Goha llegara en aquel momento, y, oyendo lo que decía su esposa, vio a propósito de qué se expresaba así. Entonces él hizo que saliera al aire su herencia, y, sollozando, dijo: «¡Oh hijo de perro, oh proxeneta! ¡Qué de calamidades has echado sobre mí! ¡Bien podrías no haber sido jamás el hijo de tu padre!». Otro día, Goha entró en la viña de un vecino y se puso a comer uvas como lo hacen los zorros, tomando los racimos por un extremo y haciendo salir de la boca los tallos solos, ya sin granos. De repente se presentó el vecino, amenazándole con un palo y gritándole: «¿Qué haces ahí, maldito?». Y Goha respondió: «Me ha dado un cólico y he entrado aquí a desocupar el vientre». «Si eso es cierto —repuso el otro—, ¿dónde está lo que hiciste?». Goha se quedó desconcertado un momento, pero, mirando a uno y otro lado por si encontraba algo con que justificarse, mostró al dueño de la viña una deyección de asno, diciéndole: «He aquí la prueba». «¡Calla embustero! —repuso el otro—. ¿Desde cuándo tú eres asno?». Y Goha, sacando su bastón, que era enorme, dijo: «Desde que el retribuidor me concedió la calamitosa herramienta que estás viendo». Otro día, Goha,

paseándose por la orilla del río vio un grupo de mujeres que llevaban lienzo. Las lavanderas, al verle, se le acercaron, rodeándole como un enjambre de abejas, y una de ellas, levantando su vestido, dejó al descubierto el gazapillo sin orejas. Goha lo vio, y, volviendo la cabeza, dijo: «¡Oh guardador del pudor, en ti me refugio!». Pero las lavanderas, encandiladas, le dijeron: «¿Qué tienes, timbal? ¿No conoces el nombre de este afortunado?». «Lo conozco muy bien —dijo él—; se llama el origen de mis males». Ellas exclamaron: «¡Nada de eso! Es el paraíso del pobre». Entonces Goha pidió licencia para retirarse aparte un momento, y, rodeando al «niño» con la tela del turbante, como si lo amortajara, volvió junto a las lavanderas, que le preguntaron: «¿Qué es eso, Goha?». «Es un pobre que ha muerto —dijo él— y que desea entrar en el paraíso en cuestión». Ellas se echaron a reír a carcajadas, y, al mismo tiempo, advirtieron algo que colgaba fuera de la mortaja, que era la enorme bolsa de Goha, y le dijeron: «¡Sea! Pero ¿qué es eso que cuelga de esa manera por debajo del muerto y que se parece a dos huevos de avestruz?». Y él contestó: «Son los dos hijos de este pobre, que han venido a visitar la tumba de su padre». Una vez, Goha estaba de visita en casa de la hermana de su esposa, y ella le dijo: «He de ir a la casa de baños, Goha, y te ruego que tengas cuidado de mi hijito durante mi ausencia». Ella se fue, el niño se puso a chillar y Goha, muy fastidiado, se creyó en el deber de apaciguarlo. No hallando procedimiento mejor, sacó el miembro y se lo dio a chupar al mamoncillo, que no tardó en volver a dormirse. Cuando regresó la madre y vio a su hijito dormido, dio las gracias a Goha, quien le dijo: «De nada, ¡oh hija de mi tío! Si lo hubiera hecho contigo y hallaras de tu gusto mi somnífero, tú también te habrías dormido inmediatamente». Otra vez, Goha estaba a la puerta de una mezquita desierta, y, cuando se disponía a forzar por detrás a su asno, acertó a llegar un hombre, con intención, sin duda, de hacer sus devociones. Viendo a Goha muy ocupado en el asunto en cuestión, disgustado, escupió al suelo, ostensiblemente. Goha, mirándole de través, le dijo: «¡Da gracias a Alá por haber ya dado cima a este asunto tan importante que tengo entre manos, que, si no, ya te enseñaría yo a escupir aquí!». En otra ocasión, Goha se hallaba tendido al sol sobre el camino en un día de mucho calor, teniendo en la mano un gallardo «bastón» al descubierto. Un transeúnte le dijo: «¡Qué vergüenza para ti, Goha! ¿Qué haces ahí?». Goha respondió: «¡Cállate, hombre, y vete de aquí! ¿No ves que hago tomar el aire a mi “niño” para que se refresque?». Otro día, vinieron en consulta jurídica a preguntar a Goha: «Si el imán deja escapar un pedo en la mezquita, ¿qué debe hacer la asamblea?». Goha, sin dudar, respondió: «Lo que ha de hacer es evidente: ¡debe responder!». Un día, Goha y su mujer iban por la orilla del río durante una crecida, y, dando un mal paso, la mujer resbaló y cayó al agua. Como la corriente era impetuosa, se la llevó, y Goha no dudó en arrojarle al agua para rescatar a su esposa, pero, en lugar de ir a favor de la corriente, la remontó, dirigiéndose río arriba. Las gentes que había por allí se extrañaron de lo que hacía y le gritaron: «¿Qué es lo que haces, Goha?». Y él respondió: «¡Por Alá, busco a la hija de mi tío, que se ha caído al agua!». Ellos

dijeron: «Pero la corriente la habrá arrastrado río abajo y tú la buscas hacia arriba». «¡Nada de eso! —repuso Goha—. La conozco mejor que vosotros. ¡Es tan amiga de llevar la contraria, que estoy seguro de hallarla aguas arriba!». Otro día se llevó a un hombre ante Goha, que desempeñaba por entonces las funciones de cadí, y se le dijo: «Ese hombre ha sido sorprendido en plena calle, cuando intentaba forzar a un gato». Como había testigos del hecho, el hombre no pudo negar de manera convincente y Goha le dijo: «¡Vamos, habla! Si me dices la verdad, te concederé la indulgencia de Alá. Dime, pues, cómo te las has arreglado para forzar al gato». El hombre respondió: «¡Por Alá, oh nuestro amo el cadí! Yo he puesto lo que tú sabes a la puerta por donde debía entrar, y he forzado esta puerta teniendo las patas de la bestezuela entre mis manos y su cabeza entre mis rodillas. Como el negocio había ido bien la primera vez, tuve la mala ocurrencia de repetirlo y confieso mi falta, señor cadí». Pero Goha exclamó: «¡Mientes, oh hijo de proxeneta, pues yo ensayé más de treinta veces hacer eso mismo que tú dices y no lo he conseguido jamás!». Y le hizo dar de palos. En una ocasión, estando Goha de visita en casa del cadí de la ciudad, llegaron dos litigantes diciendo: «Señor cadí: nuestras casas son vecinas y esta noche un perro ha hecho sus necesidades entre las dos puertas, a igual distancia exactamente de una y otra. Venimos para que nos digas a quién corresponde retirar de allí la cosa». El cadí se volvió hacia Goha, e, irónicamente, le dijo: «Dejo a tu juicio el examen y la sentencia de este caso». Goha se dirigió a los pleiteantes y dijo a uno de ellos. «Veamos, hombre. ¿Está sensiblemente más cerca de tu puerta?». El hombre respondió: «Para decir la verdad, la cosa está justamente en medio de las dos puertas». Entonces Goha preguntó al otro: «¿Es esto cierto, o la cosa está más cerca de tu puerta?». «La mentira es lícita —dijo el otro—. La cosa está en la calle, exactamente en medio de las dos puertas». Y Goha, a modo de sentencia, dijo: «El asunto está claro. Ni al uno ni al otro os incumbe el cuidado de quitar aquello, sino a quien, por su cargo, debe ocuparse del entretenimiento y limpieza de las calles, a saber: nuestro amo el cadí». Un día, el hijo de Goha, entonces niño de cuatro años, había ido con su padre a una fiesta en casa de unos vecinos, y, enseñándole una hermosa berenjena, le preguntaron: «¿Qué es esto?». El niño respondió: «Es un ternero que aún no ha abierto los ojos». Todos rieron mientras Goha exclamaba: «¡Por Alá, no he sido yo quien se lo ha enseñado!». Y, en fin, otro día, Goha, con ganas de copular, había ya sacado al aire al hijo de su padre, cuando una abeja vino a posarse en la cabeza del útil.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS VEINTISÉIS

Dijo Schehrazada:

—Y Goha, pavoneándose, exclamó: «¡Por Alá; tú sabes lo que es bueno, oh abeja! Te has posado en una flor digna de ser escogida entre todas las demás flores para hacer con ella miel». Tales son, ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada—, solo algunos de los numerosos rasgos, ocurrencias, bromas y teorías del amo de los chistes y de la risa, el delicioso e inolvidable Si-Goha. ¡Qué Alá lo haya acogido en su misericordia y que su memoria continúe viva hasta el día de la retribución!

Y el rey Schahriar dijo:

—Estos rasgos de Goha me han permitido olvidar mis más graves cuidados, Schehrazada.

Y la pequeña Doniazada exclamó:

—¡Oh hermana mía! Tus palabras son dulces y sabrosas.

Schehrazada prosiguió:

—Pero ¿qué es esto comparado con la *Historia de la jovencita Obra Maestra de los Corazones y lugarteniente de los pájaros*?

El rey Schahriar exclamó:

—¡Por Alá, Schehrazada! Conozco a muchas adolescentes y he visto a muchísimas más todavía, pero no recuerdo haber oído nunca ese nombre. ¿Quién es Obra Maestra de los Corazones, y cómo es lugarteniente de los pájaros?

Y Schehrazada dijo:

HISTORIA DE LA JOVENCITA OBRA MAESTRA DE LOS CORAZONES Y LUGARTENIENTE DE LOS PÁJAROS

—Recuerdo, ¡oh rey afortunado!, que en Bagdad, la ciudad de la paz, sede de toda alegría, residencia de los placeres y jardín del espíritu, el califa Harún Al-Raschid, vicario del señor en los tres mundos y emir de los creyentes, tenía por compañero de copa y amigo preferido entre sus íntimos, uno en cuyas manos residía la armonía, cuyos dedos eran los novios de los laúdes y cuya voz era una lección para los ruseñores. El músico, rey de los músicos y maravilla de su tiempo, prodigioso cantor Ishak Al-Nadim, de Mosul. El califa, que le quería extraordinariamente, le había señalado como morada el más bello de sus palacios y allí Ishak se dedicaba a instruir en el arte del canto y de la armonía a las adolescentes mejor dotadas entre las que se adquirían para el harén del califa en los mercados de esclavos de todo el mundo. Cuando una de ellas se distinguía entre sus compañeras, aventajándolas en el arte del canto, del laúd o de la guitarra, Ishak la llevaba ante el califa, haciéndola cantar y tocar ante él. Si agradaba al soberano, entraba inmediatamente en el harén, y, en caso contrario, seguía entre las alumnas del palacio del Ishak. Ahora bien, uno de tantos días, el emir de los creyentes, sintiéndose deprimido, envió a buscar a su gran visir Giafar el Barmecida, a su compañero de copa y a su portaespada Massrur. Cuando estuvieron todos reunidos les ordenó que se disfrazaran, como él ya lo había hecho, para así parecer simples particulares. Se les unieron Al-Fazl, hermano de

Giafar, y Yunus, el letrado, también disfrazados, y, todos juntos, salieron del palacio sin ser advertidos, ganaron el Tigris, llamaron a un barquero y se hicieron conducir a Al-Taf, suburbio de Bagdad. Ya allí saltaron a tierra y pasearon al azar, en busca de encuentros fortuitos y aventuras imprevistas. Yendo así entretenidos vieron venir hacia ellos a un anciano con barba blanca y aspecto venerable, que se inclinó ante Ishak y le besó la mano. Ishak le reconoció como uno de los proveedores de adolescentes de ambos sexos para el palacio del califa; precisamente aquel a quien se dirigía siempre que necesitaba un nuevo lote de alumnas para la escuela de música. Después que el jeque abordó así a Ishak, sin sospechar que fuera en compañía del emir de los creyentes, del visir Giafar y de sus otros dos amigos, se excusó por haber interrumpido su paseo, añadiendo: «¡Oh mi amo! Hace ya tiempo que deseaba verte e incluso había decidido ir a tu palacio, pero ya que Alá me ha puesto en tu camino voy a hablarte de algo que me preocupa». Ishak le preguntó: «¿De qué se trata, oh venerable, y en qué puedo servirte?». El mercader de esclavos respondió: «Tengo en el depósito de esclavas a una niña, muy diestra ya en el laúd, que no tardará, tan bien dotada está, en hacer honor a tu escuela, puesto que sabría aprovechar tus admirables enseñanzas mejor que ninguna otra alumna. Como, además, sus gracias están en consonancia con los dones de su espíritu, he pensado que no desdeñarías verla y oír su voz. Si te agrada, todo irá bien: de lo contrario, la venderé a cualquier mercader y no me quedará sino renovar mis excusas por haberte importunado a ti y a estos honorables señores, tus amigos». Al acabar de hablar el viejo mercader de esclavos, Ishak, consultando al califa con la mirada, respondió: «¡Oh mi tío! Ve por delante al depósito de esclavos y avisa a la adolescente en cuestión para que se prepare a ser vista y oída por nosotros, puesto que me acompañarán mis amigos». El jeque respondió por el oído y la obediencia, y, apresurando el paso, desapareció, en tanto que el califa y sus acompañantes, guiados por Ishak, que conocía el camino, se dirigieron más despacio hacia el depósito de esclavos. Aunque la aventura no presentaba nada de extraordinario, la aceptaron de buen talante, como el pescador, a la orilla del mar, acepta la suerte, por pequeña que sea, que Alá concede a su primera redada. Al aproximarse al depósito de esclavos vieron un edificio de altas paredes y anchurosas proporciones, que podría albergar muy bien a todas las tribus del desierto. Franqueando la puerta, entraron en una gran sala reservada para la compraventa, rodeada de bancos, donde se sentaban los compradores y donde ellos mismos se sentaron mientras el anciano que les había precedido buscaba a la adolescente. Justamente en el centro de la sala se había preparado una especie de trono, hecho de maderas preciosas y recubierto con telas bordadas de Jonia, viéndose al pie un laúd de Damasco con cuerdas de plata y oro. Pronto hizo su aparición la esperada joven, presentándose con la gracia de una rama al balancearse. Se sentó en el trono preparado, saludando a los presentes, y, allí, parecía el sol brillando en lo alto del cielo al mediodía. Aunque sus manos temblaban un poco, tomó el laúd, lo apoyó contra su seno y surgió un preludio que maravilló a todos, y, en seguida, cambiando

de tono, cantó aquellos versos del poeta:

Suspira, ¡oh mañana!, y que uno de tus suspiros, flotando, llegue hasta la tierra de la amada, llevando un saludo perfumado a toda la querida y brillante compañía.

Di a mi amada que he dejado mi corazón en prenda de su amor; pues mi deseo es más fuerte que aquello que de ordinario desanima a los enamorados.

Dile que ha dado un golpe mortal a mi corazón, pero que mi pasión no ha hecho sino crecer y exaltarse.

Y que mi alma, lacerada de noche por su amor, no sabe ya enseñar a mis pupilas el arte de hacerse obedecer por el sueño.

Cuando la adolescente acabó de cantar estos versos, el califa, sin poderlo evitar, exclamó: «¡Loados sean tu arte y tu voz, oh bendita! En verdad que lo has hecho de manera inmejorable». Pero de pronto se acordó de su disfraz y no dijo más, temiendo ser reconocido. Ishak tomó a su vez la palabra para felicitar a la joven, pero apenas abrió la boca, cuando la armoniosa jovencita se levantó con viveza de su sitio y vino a besarle la mano respetuosamente, diciendo: «¡Oh mi amo, en tu presencia, las manos se inmovilizan, las lenguas callan y la elocuencia enmudece! Únicamente tú puedes ser, en lo que me concierne, el que descorra el velo». Y mientras decía esto, sus ojos lloraban.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS VEINTISIETE

Ella dijo:

—Ishak, sorprendido y un tanto emocionado, le preguntó: «¡Oh preciosa niña! ¿Por qué te entristeces así y viertes lágrimas? Dime quién eres y no llores más». La adolescente bajó la vista sin responder e Ishak comprendió que no quería hablar delante de todos. Consultó con la mirada al califa, y, corriendo la cortina que se hallaba allí, al alcance de su mano, cortina que se empleaba en las subastas para separar a los esclavos de los compradores, se colocó detrás de ella con la adolescente y le dijo con dulzura: «Ahora puedes hablar con toda libertad». La joven, en cuanto se vio sola con Ishak, con un gesto lleno de gracia levantó su velo del rostro, apareciendo en toda su hermosura; blanca como la luna nueva, con su bucle negro cayendo sobre cada una de sus sienes, la nariz recta y pura como de nácar transparente, la boca pareciendo estar tallada en pulpa de granadas maduras y la

barbilla acusando los deliciosos pliegues de una sonrisa. En su bello rostro, libre de velos, dos grandes ojos negros se alargaban bajo los arcos de sus cejas, amenazando con sobrepasar las sienes. Ishak, después de contemplarla durante unos segundos sin hablar nada, dijo, aún más dulcemente: «Habla con toda confianza». Entonces, con una voz que recordaba a la del agua en las fuentes, ella dijo: «La prolongada espera y mi ansiedad me han dejado desconocida, ¡oh mi amo!, así como mis lágrimas han marchitado mis mejillas, quitándoles su frescura e impidiendo que las rosas de antes se abran en ellas». «¿Y desde cuando, ¡oh jovencita! —interrumpió Ishak, sonriendo— florecen las rosas en la cara de luna llena? ¿Por qué tratas de rebajar con tus palabras tu propia belleza?». Ella respondió: «¿Y qué puede pretender una belleza que hasta ahora ha vivido solo para sí misma? ¡Oh mi señor!, he pasado días y meses en este depósito de esclavas, ingeniando pretextos, subasta tras subasta, para no ser vendida y soñando con poder entrar en tu escuela de música, cuya nombradía se extiende hasta las llanuras de mi país». Mientras hablaba así entró el mercader, su propietario, e Ishak le preguntó: «¿Cuánto pides por la adolescente? Pero antes dime su nombre». El jeque respondió: «Por lo que se refiere a su nombre, la llamamos Tohfat Al-Kulub, Obra Maestra de los Corazones, pues en verdad que ningún otro nombre le convendría mejor. En cuanto a su precio, debo decirte que se ha debatido muchas veces entre los ricos compradores que la deseaban, seducidos por sus ojos, y yo no la dejo en menos de diez mil dinares. Debo añadir, para que lo sepas, que ha sido ella misma la que ha impedido que los compradores llevaran más lejos sus ofertas, pues cada vez que, ateniéndome a sus ruegos, le mostraba alguno de los que querían adquirirla, sabiendo que yo no la vendería sin su propio consentimiento, siempre me decía: “Este me desagrada por tal y tal cosa; con ese otro no me arreglaría jamás, por causa de este y el otro motivo”. Y de esta manera ha terminado por alejar a los compradores habituales y desorientar a los forasteros, pues llegó un momento en que todos sabían de antemano que encontraría en ellos algún defecto grave o imperfección y nadie se atrevía a afrontar sus objeciones desagradables. Por todo esto, mi honestidad me obliga a no pedir por ella más que diez mil dinares, cantidad que apenas cubre los gastos que me ha ocasionado». Ishak sonrió y dijo: «¡Oh jeque! Añade todavía dos veces diez mil dinares a los diez mil que pides por ella y quizá aún no alcance el precio que vale». Después de expresarse así ante el estupefacto mercader, añadió: «Hoy mismo llevarás a la adolescente a mi casa y allí te entregaré el precio convenido». Y, sonriendo a la emocionada joven, fue a reunirse con el califa y sus acompañantes. Los encontró ya impacientes, y les refirió lo que le había pasado, sin omitir un detalle, y, todos juntos, salieron del depósito de esclavos para continuar su paseo. En cuanto a la joven Obra Maestra de los Corazones, el viejo jeque, su amo, se apresuró a llevarla al palacio de Ishak, recibiendo los treinta mil dinares convenidos como precio de compra. Ya en el palacio, las esclavas la rodearon, le dieron un baño delicioso, la vistieron, peinándola y cubriéndola con adornos de toda clase, tales como collares, sortijas, brazaletes de brazo y tobillos,

velos bordados en oro y pectorales de plata. Y la bella palidez de su rostro brillante y liso parecía la luna de ramadán brillando sobre el jardín de un rey. Cuando Ishak vio a la joven Obra Maestra de los Corazones en su nueva situación, más emocionada que una recién casada en el día de su boda, se felicitó a sí mismo por la adquisición que había hecho, diciéndose: «¡Por Alá! Cuando esta adolescente haya pasado unos meses en mi escuela, perfeccionándose en el arte del laúd y en el canto, y cuando, satisfecho su corazón, recupere su belleza nativa, será una valiosa adquisición para el harén del califa, pues verdaderamente que esta joven no parece una hija de Adán, sino más bien una hurí del paraíso». Ordenó que se pusiera a su disposición todo cuanto necesitara para sus estudios del canto y la armonía y recomendó que no se descuidara nada para que su estancia en la escuela de música le resultara agradable de todo punto. Así se hizo, y de esta manera, todo fue fácil para la adolescente, en el camino del arte y la belleza. Ahora bien, uno de tantos días, sus compañeras, alumnas de laúd y de guitarra se habían dispersado por los jardines que tenían reservados y el palacio se hallaba completamente vacío. Obra Maestra de los Corazones, que se hallaba recostada en un diván, se levantó y entró sola en la sala de música, se sentó en el sitio que tenía asignado, tomó su laúd y lo colocó contra su pecho, haciéndolo con el gesto de un cisne que pone su cabeza bajo el ala, y, abandonando su indolencia y pasividad habituales, toda su belleza resplandecía en aquellos momentos, siendo una seducción para los ojos, una emoción para los corazones y un canto de alabanza al creador que la había modelado. Sola allí, hizo cantar su laúd, sacando del seno del instrumento una sucesión de preludios que habrían maravillado a la más refractaria de las criaturas, pues en verdad que se escondía un milagro en cada uno de sus dedos. Y ciertamente que nadie sospechaba que en el palacio de Ishak, el maestro mismo tuviera, en aquella adolescente, su igual e incluso su superior, pues desde el día en que, en el depósito de esclavos, la emoción hiciera temblar las manos y la voz de la maravillosa joven, no había vuelto a tener ocasión de tocar y cantar en público, no haciendo otra cosa, lo mismo que sus compañeras, que escuchar las enseñanzas de Ishak y actuar, nunca sola, sino formando coro con las demás alumnas.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS VEINTIOCHO

Ella dijo:

Así pues, cuando hubo expresado en el laúd todas las voces de pájaros que poblaran el árbol del que había salido el armonioso instrumento, levantó la cabeza y, cantando, salieron de sus labios estos versos del poeta:

Cuando el alma desea aquella compañía que juzga como la única posible, nada, incluido el destino, podría hacerla retroceder.

¡Oh tú, que, torturándome, has abismado para siempre mi corazón! Toma mi vida toda y haz de ella tu propiedad, puesto que solo tu ausencia puede abatirme hasta hacerme morir.

Riendo, me has dicho: «Solamente yo podría curarte el mal que sufres, del que ningún médico ha sabido librarte; y una sola de mis miradas bastaría para poner remedio a tus dolencias».

¿Cuánto tiempo aún, ¡oh cruel!, vas a seguir hurgando en mi herida? ¿No creó el señor, en toda la tierra inmensa, a nadie más que a mí para servir de blanco a los dardos de tus burlas?

En tanto que ella cantaba así, Ishak, que había pasado la mañana con el califa, regresó, y, en cuanto llegó al vestíbulo de la casa, oyó cantar a aquella voz milagrosa, tan dulce como la brisa del amanecer acariciando a las palmeras y más tonificante para el espíritu que el aceite de almendras para el cuerpo del luchador. Ishak se impresionó tan profundamente con los acentos de aquella voz mezclada con el acompañamiento del laúd y que no parecía voz de la tierra, sino de hurí sobre acordes edénicos, que no pudo evitarlo y dio un grito de sorpresa y admiración. La joven cantante Tohfa, oyendo el grito, acudió con el laúd aún entre sus manos, encontrando, apoyado contra la pared del vestíbulo y con una mano sobre el corazón, a su amo Ishak. Estaba tan pálido y emocionado, que ella, arrojando el laúd, corrió hacia él llena de ansiedad, exclamando: «¡El altísimo te otorgue sus gracias, oh mi señor, librándote de todo mal!». Ishak, recuperándose, preguntó en voz baja: «¿Eras tú, oh Tohfa, quién tocaba y cantaba en la sala vacía?». La adolescente se turbó, ruborizándose, y no sabiendo qué responder a una pregunta cuyo motivo no comprendía, pero, como Ishak insistiera, temió contrariarle si seguía callando y respondió: «¡Ay de mí, oh mi señor, era tu esclava Tohfa!». Entonces Ishak bajó la cabeza y dijo: «He aquí, ¡oh Ishak de alma orgullosa!, que te creías el primero de tu siglo por la voz y la armonía, y, en presencia de esta adolescente del cielo, no eres más que un esclavo sin ningún talento». Luego, muy emocionado, tomó la mano de la joven y, respetuosamente, se la llevó a los labios y a la frente. Tohfa se sintió desfallecer, pero tuvo fuerzas para retirar su mano con viveza, exclamando: «¡Por Alá, oh mi amo! ¿Desde cuándo besa el amo la mano de la esclava?». Él, con toda humildad, respondió: «¡Calla, oh tú, Obra Maestra de los Corazones, la primera entre todas las criaturas! Ishak ha encontrado a su maestro. ¡Él, que hasta ahora creía no tener igual! Y juro por el profeta, ¡para él la oración y la paz!, que hasta el presente yo creía no tener igual en mi arte, pero ahora, al lado del tuyo, es como un dracma al lado de un dinar. ¡Oh Tohfa!, tú eres la excelencia misma y ahora voy a llevarte a Harún Al-Raschid. Cuando su mirada se pose en ti te convertirás en una princesa entre las mujeres, como eres reina entre las criaturas de Dios. Y así, tu belleza y tu

arte serán consagrados. ¡Alabanza a ti, oh mi Soberana Obra Maestra de los Corazones! ¡Y quiera Alá, cuando tu maravilloso destino te haya sentado en el lugar distinguido que te corresponde en el palacio del emir de los creyentes, que no te olvides de tu esclavo Ishak, el eclipsado por ti!». Tohfa, con los ojos llenos de lágrimas, respondió: «¡Oh mi señor!, ¿cómo podría yo olvidarte, siendo tú la causa de mi buena fortuna y la fuerza en que se apoya mi corazón?». Ishak, tomándole la mano, le hizo jurar sobre el libro que no le olvidaría, y luego añadió: «Sí, ciertamente que tu destino es maravilloso. Veo sobre tu frente la marca de las elegidas y no dudo que suscitarás el deseo del emir de los creyentes; así que déjame rogarte que cantes en presencia del califa lo mismo que cantabas hace unos momentos para ti sola, mientras yo, oyéndote desde detrás de la puerta, me creía ya entre el número de los predestinados». Después de obtener la promesa de la adolescente, dijo aún: «¡Oh Obra Maestra de los Corazones! Como último favor, ¿puedes decirme por qué sucesión de acontecimientos misteriosos ha podido hallarse una reina mezclada entre los esclavos que se compran y se venden, siendo imposible valorar su rescate aunque se amontonaran ante ella todos los tesoros ocultos en las minas y todas las riquezas que Alá el altísimo puso bajo la tierra y bajo las aguas?». Tohfa, después de escuchar estas palabras, sonrió y dijo: «¡Oh mi señor! La historia de Tohfa, tu esclava, es una extraña historia, y su caso muy sorprendente. Otro día, si Alá lo quiere, te contaré la historia de mi vida y de mi llegada a Bagdad; por hoy bastará con decirte que soy una presa del mogrebino y que he vivido entre mogrebinos —y añadió—: Estoy a tu disposición, dispuesta a seguirte hasta el palacio del emir de los creyentes». Ishak, que era de carácter reservado y tenía delicadeza, se abstuvo de insistir para que le contara algo de su vida más por extenso, y, levantándose, dio unas palmadas llamando a las esclavas, a las que ordenó que prepararan un vestido de calle para su ama Tohfa. En seguida abrieron unos grandes cofres y sacaron un lote completo de maravillosas ropas confeccionadas en seda de Nishabur, ligeras al tacto y perfumadas, sacando también adornos y joyas en profusión. Vistieron a la adolescente, su ama, con siete vestidos superpuestos y de colores distintos, cubriéndola de pedrerías y dándole aspecto de un ídolo chino. Cuando terminaron de vestirla la rodearon y, llevándola en medio, salieron de la escuela de música precedidas por Ishak, que abría la marcha con un negro portador del milagroso laúd. El cortejo llegó al palacio del califa y entró en la sala destinada a las esperas, pasando primero Ishak a presencia del soberano, al que, después de los homenajes debidos, dijo: «Hoy te traigo, ¡oh emir de los creyentes!, una jovencita única entre las más bellas. ¡Un milagro de su creador, una hurí escapada del paraíso, mi maestra y no mi alumna, la maravillosa cantante Tohfa, Obra Maestra de los Corazones!». Al-Raschid, sonriendo, dijo: «¿Y dónde está esa obra maestra, oh Ishak? ¿Por ventura es la adolescente que entreví en el depósito de esclavos, estando ella velada e invisible para los compradores?». Ishak respondió: «Ella misma, ¡oh mi señor! ¡Y por Alá que es más hermosa que una hermosa mañana y más armoniosa que el cantar del agua en

las fuentes!». «Entonces, ¡oh Ishak! —prosiguió Al-Raschid—, no te retrases en traernos esa hermosa mañana, ni nos prives por más tiempo de esa música más armoniosa que la del agua cantarina, pues en verdad que la mañana no debe dejar de aparecer, ni el agua dejar de cantar».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS VEINTINUEVE

Schehrazada dijo:

—Ishak salió en busca de Tohfa dejando al califa asombrado, pues era la primera vez que oía al maestro de música elogiar con tanta vehemencia a una cantante. Comentándolo con Giafar, dijo: «¿No es sorprendente, ¡oh visir!, que Ishak hable con tanta admiración de alguien que no sea él mismo? Me deja estupefacto —y añadió—: Pero pronto veremos en qué para este asunto». Al cabo de breves momentos, acompañada por Ishak, que la llevaba delicadamente de la mano, entró la jovencita. A su vista relampagueó la mirada del emir de los creyentes, quedando impresionado por la gracia de su andar y por sus encantadoras maneras. Mientras la contemplaba, ella vino a prosternarse ante él, levantando el velo de su rostro y mostrándose toda ella como la luna en su decimocuarto día, pura, resplandeciente, blanca y serena. Aunque algo turbada en presencia del emir de los creyentes, no olvidó nada de lo que exigen las buenas maneras, y, con una voz a ninguna otra parecida, saludó al califa, diciendo: «¡Mis saludos para ti, oh descendiente del más noble entre los hijos de los hombres; posteridad bendita de nuestro señor Mahoma, para él la oración, la paz y las bendiciones más escogidas; asilo para todos los que van por el camino de la rectitud; justiciero íntegro de los tres mundos! ¡Mis saludos para ti, de parte de la más humilde y sumisa de tus esclavas!». Al-Raschid, después de oír estas palabras, dichas con delicioso acento, se le ensanchó el pecho, exclamando: «¡Albricias para ti, oh tú, salida del molde de la perfección!». Y, mirándola más atentamente aún, casi cayó en un transporte de alegría, como asimismo Giafar y Massrur. A continuación, Al-Raschid bajó de su trono, se aproximó a la joven, y, muy dulcemente, volvió a cubrir su rostro con el pequeño velo de seda: esto significaba que desde aquel momento pertenecía al harén del califa, y que todos sus encantos quedaban en adelante bajo el misterio prescrito para las elegidas de los creyentes. Después la invitó a sentarse y le dijo: «¡Oh Obra Maestra de los Corazones; en verdad que eres un don escogido! ¿Y no podrías, con tu venida, que ilumina este palacio, traernos también la armonía? Nuestro oído es todo para ti tanto como nuestras miradas». Tohfa, tomó el laúd de manos del pequeño esclavo negro, se sentó al pie del tronó, y se puso a preludiar de

una manera capaz de encantar el oído más refractario. El milagro de sus dedos era una realidad más impresionante que la garganta de los pájaros, y, en seguida, cantó para sus oyentes, que la escuchaban conteniendo la respiración, estos versos del poeta:

Cuando en el límite del horizonte sale la luna de su lecho y se encuentra con el rey de púrpura, que en ese momento se acuesta, ruborosa, por ser sorprendida sin velo de rostro, oculta su palidez tras una nube.

Espera a que el brillante emir haya desaparecido, para proseguir su paseo por el cielo tranquilo.

Si la reina no logra dominar su terror ante el rey, ¿cómo podría una adolescente sostener la mirada del sultán, sin morir en el acto?

Al-Raschid contempló a la joven con amor, complacencia y dulzura, y quedó tan encantado de la belleza de su voz y de la excelencia de su arte, que, descendiendo del trono, vino a sentarse junto a ella en el tapiz, diciendo: «¡Oh Tohfa; por Alá que eres realmente un don del cielo!». Luego, dirigiéndose a Ishak, le dijo: «En verdad, Ishak, que no has sido del todo justo al apreciar esta maravilla, a pesar de lo que nos has dicho de ella, pues no creo aventurado creer que te sobrepasa a ti mismo incontestablemente. ¡Estaba escrito que nadie, salvo el propio califa, debía rendirle justicia!». Y Giafar exclamó: «¡Por tu vida, oh mi señor, que dices bien! Esta jovencita cautiva las almas». Ishak dijo entonces: «Ciertamente, ¡oh emir de los creyentes!, que no hallo dificultad en reconocerlo, tanto más cuanto que al oírla por primera vez ya experimenté la impresión de que mi arte y lo que Alá me había otorgado en cuanto a talento, no eran nada a mis propios ojos, diciéndome a mí mismo: “Ishak, hoy es día de gran confusión para ti”». Y el califa repuso: «Esto está bien». Luego rogó a Tohfa que repitiera el mismo canto, y, después de oírlo de nuevo, embriagado de placer, dijo a Ishak: «¡Por los merecimientos de mis antepasados! Me has traído un presente que vale por todos los imperios del mundo». A continuación, no pudiendo más de emoción y no queriendo mostrarse demasiado expansivo delante de los presentes, el califa se levantó y ordenó a Massrur, el eunuco: «Massrur, conduce a tu ama a la habitación de honor del harén, y cuida de que no le falte nada». El castrado portaespada salió llevando con él a Tohfa; y el califa, húmedos los ojos, la vio alejarse con paso de gacela, diciendo a Ishak: «Va vestida con gusto. ¿De dónde le han venido esos vestidos?». «Le han venido de este tu esclavo —repuso Ishak—, que los tenía, ¡oh mi señor!, gracias a tu generosidad. Son un presente que ella recibe de ti por mi mediación. Por lo demás, todos los presentes del mundo no son nada en comparación con su belleza». El califa, que no pecaba de poco generoso, se volvió hacia su visir y le dijo: «Giafar, ahora mismo librarás a nuestro fiel Ishak, sobre el tesoro, cien mil dinares; además, le darás diez vestidos de honor escogidos del

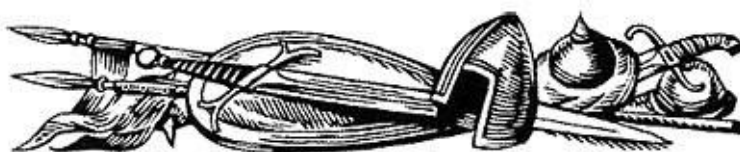
guardarropa». En seguida, Al-Raschid, tremante de deseo, se dirigió al departamento reservado, adonde Tohfa había sido llevada por el portaespada; entró, y, acercándose a ella, la tomó en sus brazos. Luego... ¡quede todo detrás de los velos del misterio! Y encontró una virgen pura e intacta como la perla marina recién recogida, congratulándose por ello. Desde aquel día, Tohfa ocupó un lugar predilecto en el corazón del califa, hasta tal punto, que este no podía pasarse sin ella un momento, llegando incluso a poner en sus manos las llaves de todos los asuntos del reino. Le asignó doscientos mil dinares por mes, y cincuenta esclavas para su servicio de día y de noche; y con el valor de los regalos que le hizo se hubiera podido comprar todo el país del Irak y las tierras del Nilo. El amor por la adolescente se asentó de tal manera en el corazón del califa, que no quiso confiar a nadie su guardia, y, cuando no estaba junto a ella, él mismo guardaba la llave del departamento reservado. Un día, mientras ella cantaba para él, llegó a tal grado de exaltación que hizo ademán de besarle la mano. La joven retrocedió de un salto, y, por lo brusco del movimiento, rompió el laúd, echándose a llorar. Al-Raschid enjugó sus lágrimas, y, con voz emocionada, le preguntó por qué lloraba; luego exclamó: «¡Quiera Alá, oh Tohfa, que no caiga jamás una sola lágrima de tus ojos!». Y Tohfa repuso: «¿Quién soy yo, ¡oh mi señor!, para que tú quieras besar mi mano, cuando nadie en el mundo alcanzó un honor semejante? ¿O es que quieres que Alá y su profeta, ¡para él la oración y la paz!, me castiguen por consentirlo, privándome de mi felicidad?». Al-Raschid quedó muy satisfecho de la respuesta, y añadió: «Ahora que ya sabes, ¡oh Tohfa!, lo que significas para mí, no volveré a hacer lo que tanto te ha impresionado. Tranquilízate, pues, y sábelo bien: yo no amo a nadie más que a ti, y moriré amándote». Tohfa se echó a sus pies y le rodeó las piernas con sus brazos, y el califa la levantó, la abrazó y le dijo: «Solo tú eres la reina para mí, y estás por encima de la hija de mi tío, Sett Zobeida». Un día, Al-Raschid había ido de caza y Tohfa se hallaba sola leyendo en su pabellón, sentada bajo un candelabro de oro que iluminaba la estancia con sus candelas perfumadas, cuando he aquí que cayó sobre sus rodillas una manzana. Levantó la vista del libro que leía, y, a través de una ventana, vio a la persona que la había arrojado desde fuera: Sett Zobeida. Tohfa se levantó rápidamente, y, después de los saludos respetuosos, dijo «¡Oh mi ama, excúsame! ¡Por Alá, que si hubiera tenido libertad de movimientos, me habrías visto todos los días ir a rogarte que aceptaras mis servicios como esclava tuya!». Zobeida entró y se sentó al lado de la favorita, que vio en su rostro señales de preocupación y tristeza, diciendo: «¡Oh Tohfa! Sé que tienes un gran corazón, y tus palabras no me han sorprendido, puesto que la generosidad es cosa natural en ti. Ahora bien, yo no tengo costumbre de salir de mis habitaciones e ir a visitar a las esposas y favoritas del califa, mi primo y esposo; no obstante vengo hoy a ti pará exponerte la situación humillante en que me encuentro desde tu llegada al palacio. Has de saber, si es que aún no lo sabes, que estoy completamente relegada y reducida al rango de concubina estéril, pues el emir de los creyentes jamás viene a verme, y ni siquiera pide noticias mías». Y diciendo esto, se

echó a llorar, acompañándola Tohfa en su llanto, añadiendo luego: «He venido a pedirte que hagas de manera que Al-Raschid consienta en concederme al menos una noche cada mes, y así no me veré reducida de todo punto al rango de esclava». Tohfa besó la mano a la princesa, diciéndole: «¡Oh mi ama!, yo deseo con todo mi corazón que el califa pase contigo todas las noches del mes, y no una sola; y también deseo que me perdones por haber sido yo la causa de tu pena». Entre tanto, Al-Raschid regresó de la caza y se dirigió directamente al pabellón de su favorita. Sett Zobeida le vio de lejos y se apresuró a marcharse, antes que Tohfa le prometiera interceder en favor suyo. El califa llegó sonriente, sentando a Tohfa en sus rodillas, comiendo y bebiendo juntos y desnudándose después. Solo entonces se decidió Tohfa a hablar de Zobeida, suplicando al califa que aquella misma noche la pasara con ella. Él, sonriendo, dijo: «Puesto que mi visita a Zobeida es tan urgente, deberías haberme hablado de ello antes de desnudarnos». Y ella respondió: «Si lo he hecho así, ha sido para dar la razón al poeta que dijo:

Ninguna que tenga necesidad de suplicar debe presentarse velada,
pues nadie lo hace mejor que aquella que se encuentra completamente
desnuda».

Al-Raschid comprendió y estrechó a Tohfa contra su pecho. Luego pasó lo que debía pasar, después de lo cual, él la dejó para hacer lo que ella le había pedido respecto a Zobeida, y, cerrando tras sí la puerta y guardando la llave, se fue junto a Sett Zobeida. En cuanto a Tohfa, fue tan prodigioso y sorprendente lo que le sucedió a partir de aquel momento, que importa referirlo con todo detenimiento.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS TREINTA

Dijo Schehrazada:

—Cuando Tohfa se quedó sola en su habitación, volvió a coger el libro y continuó su lectura. Pasado un rato, y encontrándose fatigada, tomó su laúd y tocó para ella sola, haciéndolo de manera que hasta las cosas inanimadas parecían querer danzar de placer. Súbitamente notó por instinto que algo inusitado ocurría en la habitación, iluminada en aquel momento por la luz de los candelabros, y, volviendo la cabeza, vio a un anciano que bailaba en silencio en el centro de la habitación. Tenía la vista baja, siendo su aspecto venerable y su porte majestuoso, y bailaba una especie de danza estática que ningún ser humano podría imitar. Tohfa se quedó helada de espanto, pues las puertas y ventanas estaban cerradas y los accesos posibles los

guardaban celosamente los eunucos. No recordaba haber visto en el palacio a aquel extraño anciano, así que, en su interior, se apresuró a pronunciar la fórmula de exorcismo: «¡Me refugio en Alá el altísimo, contra el lapidado!». Después se dijo: «Ciertamente que lo mejor sería no darme por enterada de la presencia de este extraño ser; seguiré tocando y suceda lo que Alá quiera». Y, sin interrumpirse, continuó el aire comenzado, pero sus dedos temblaban sobre el instrumento. Y he aquí que al cabo de una hora el jeque dejó de bailar, se acercó a Tohfa, y, prosternándose ante ella, dijo: «¡Lo has hecho de manera insuperable, oh tú, la más perfecta de oriente y occidente! ¡Oh Tohfa, Obra Maestra de los Corazones!, ¿no me conoces?». Ella exclamó: «¡Por Alá, que no te conozco! Pero imagino que eres un genio llegado del Genistán. ¡Alejado sea el maligno!». «Dices bien, Tohfa —repuso el anciano, sonriendo—. Soy el jefe de todas las tribus del Genistán; yo soy Eblis». Entonces Tohfa exclamó: «¡El nombre de Alá me proteja! ¡En Alá me refugio!». Pero Eblis, cogiéndole la mano y besándosela, la llevó a sus labios y su frente, diciendo: «No temas nada, Tohfa, pues desde hace mucho tiempo eres mi protegida y la amada de la joven reina de los genios, Kamariya, que, por su belleza, es entre las hijas de los genios lo que tú entre las hijas de Adán. Has de saber que todas las noches vengo con ella a hacerte una visita y a admirar tu belleza, sin que hasta ahora lo sospecharas tú siquiera. Nuestra encantadora reina Kamariya está enamorada de ti con locura, hasta el punto de no jurar sino por tu nombre. Cuando te ve, mientras duermes, se muere de deseo por ti, y durante el día languidece hasta que llega la noche, y, sin que tú la veas, puede contemplarte a su gusto. Hoy vengo como mensajero para referirte sus penas y hablarte de la languidez y desgana que sufre lejos de ti, añadiendo, de su parte y de la mía, que, si tú lo quieres, te conduciré al Genistán, donde serás elevada al más alto rango entre las reinas de los genios, gobernando nuestros corazones como gobiernas aquí los de los hijos de los hombres. Hoy, las circunstancias no podrían ser más favorables para tu viaje, pues celebramos la boda de mi hija al mismo tiempo que la circuncisión de mi hijo, y la fiesta se iluminaría con tu presencia, los genios se congratularían con tu llegada y te proclamarían su reina. Estarías entre nosotros durante el tiempo que tú quisieras, y, si no te agradara Genistán o no te acostumbraras a nuestra vida, que es una vida de fiestas continuas, hago juramento solemne de traerte, sin más, a este mismo sitio donde nos hallamos». Después de escuchar el discurso de Eblis, ¡que él sea confundido!, la espantada Tohfa no se atrevió a rehusar la proposición por miedo a complicaciones diabólicas y dijo «sí» con la cabeza. Inmediatamente Eblis cogió con una mano el laúd que le confió Tohfa y con la otra a ella misma, y diciendo *¡Bismillah!* la llevó consigo, abriéndose las puertas a su paso y llegando hasta la entrada de los retretes. Los retretes, y a veces los pozos y las cisternas, son los únicos sitios que utilizan los genios subterráneos y los espíritus malignos para llegar hasta la superficie de la tierra, y, por esto mismo, nadie entra en un retrete sin pronunciar antes la fórmula del exorcismo y sin refugiarse interiormente en Alá. Y de la misma manera que salen por las letrinas, los genios

vuelven a entrar en su mundo por el mismo sitio, sin que se sepa de ninguna excepción a esta regla. Así, cuando la aterrorizada Tohfa se vio ante los retretes con el jeque Eblis, su razón se nubló y Eblis no dejó de hablar, más y más, hasta aturdira, bajando con ella por el agujero abierto de una de las letrinas hasta las entrañas de la tierra. Después de franquear sin obstáculos este pozo difícil, llegaron a una especie de corredor subterráneo excavado en forma abovedada, y, cuando lo atravesaron, se hallaron de nuevo a cielo abierto. Un caballo ensillado los esperaba y Eblis dijo a Tohfa: «¡*Bismillah*, oh mi ama!». Y teniéndole el estribo la invitó a montar. Ella se instaló en la silla, que tenía respaldo, lo mejor que pudo, y el caballo comenzó a moverse como las olas, extendiendo de repente sus alas inmensas en la noche y volando con ella por los aires, mientras Eblis volaba por sus propios medios a su lado. Tanto miedo le dio todo esto que se desvaneció sobre la silla. Cuando volvió en sí se halló en una vasta pradera, tan llena de flores y de frescura que parecía una tela pintada de bellos colores. En el centro de esta pradera se elevaba un palacio con torres altísimas y ciento ochenta puertas de cobre rojo. En el umbral de la puerta principal se hallaban los jefes de los genios, ricamente vestidos, y cuando advirtieron a Eblis, todos a una exclamaron: «¡Ahí viene Sett Tohfa!». Cuando el caballo se detuvo ante la puerta, todos acudieron para ayudarla a echar pie a tierra, besándole la mano y llevándola al interior del palacio. Ya dentro, se encontró en una especie de gran sala compuesta de cuatro sucesivas, cuyas paredes eran de oro y las columnas de plata; al fondo se veía un trono de oro rojo guarnecido de perlas marinas, y, sobre este trono, hicieron sentar a Tohfa con gran pompa, viniendo los jefes de los genios a alinearse en las gradas, a sus pies. Por su aspecto, todos eran parecidos a los hijos de Adán, salvo dos, cuya figura resultaba horrorosa; no tenían más que un solo ojo en medio de la frente, hendido a lo largo, y unos colmillos proyectados hacia adelante como los de los jabalíes. Colocados en el sitio que correspondía a cada uno, según su rango, y todo ya dispuesto, llegó la joven reina, graciosa y bella, cuya cara brillaba tanto que iluminaba la sala a su alrededor. Tras ella marchaban otras tres adolescentes hechiceras, contoneándose a más y mejor, y, al llegar al trono de Tohfa, la saludaron gentilmente. La joven reina, que iba en cabeza, subió las gradas del trono mientras Tohfa las bajaba y, al encontrarse, la reina besó a la adolescente en las mejillas y en la boca. Esta reina era precisamente la soberana de los genios, la princesa Kamariya, la enamorada de Tohfa, y las otras tres eran sus hermanas: Gamra, Scharara y Wakhima. Kamariya se consideraba tan dichosa teniendo a Tohfa cerca, que, sin poder evitarlo, aun se levantó de su asiento de oro y fue a abrazarla una vez más, estrechándola contra sus senos y acariciándole las mejillas. Viendo esto, el jeque Eblis se echó a reír y exclamó: «¡Vaya con los abrazos! ¡Sed gentiles y apretujadme ahí entre las dos!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS TREINTA Y UNA

Schehrazada dijo:

—Todos los genios acogieron estas palabras de Eblis con una gran carcajada. Tohfa rio también. Y la bella Kamariya dijo a la joven: «¡Oh hermana mía!, yo te amo; y los corazones son tan profundos que no consienten más testigos que las almas. La mía testimonia que ya te amaba antes de conocerte». Tohfa, deseando no comportarse como mal educada, respondió: «¡Por Alá; tú también me eres querida, oh Kamariya! Desde que te he visto soy tu esclava». Kamariya le dio las gracias y la abrazó una vez más, presentándole a sus tres hermanas y diciéndole: «Las tres están casadas con jefes nuestros». Tohfa hizo un saludo adecuado a cada una de ellas y las tres, por turno, vinieron a inclinarse ante ella. Luego, genios esclavos trajeron una gran bandeja con toda clase de manjares, extendieron los manteles y la reina Kamariya invitó a Tohfa a sentarse junto a ella y sus hermanas, ante la bandeja, en la que estaban grabados estos versos:

Estoy hecha para contener manjares de toda clase.
La generosidad es mi divisa.
Sin dejar nada de lo que traigo, comed de todo.
Las manos de los más poderosos me honran.
Que cada uno de vosotros designe sus preferencias.
Soy digna de todos los honores, a causa de los manjares que
ofrezco.

Después de leer estos versos, comieron de lo que había en la bandeja, pero Tohfa lo hizo sin apetito, impresionada por el aspecto de los dos genios con aquellas caras tan repelentes. Sin poder evitarlo dijo a Kamariya: «¡Por vida tuya, oh hermana mía! No puedo soportar la vista de aquel que está allí, ni del que está a su lado. ¿Por qué son tan horribles y quiénes son ellos?». Kamariya, sin poder contener la risa, respondió: «¡Oh mi ama!, aquel es el jefe Al-Schisbán y el que está junto a él es el gran Maimún, el portaespada. Si los ves tan feos, es por su orgullo, que les ha impedido hacer lo que todos nosotros, esto es, cambiar nuestra forma primitiva por la de seres humanos. Porque has de saber que todos los jefes que ves aquí, en su estado ordinario son iguales por su forma y aspecto a esos dos. Pero hoy, por no causarte miedo y para que te encontraras a gusto, pudiendo familiarizarte mejor con nuestros usos, han adoptado la apariencia de hijos de Adán». Tohfa repuso: «¡Oh mi ama!, en verdad que no puedo mirarlos, sobre todo a ese Maimún. ¡Es espantoso! No niego

que me da miedo de él. ¡Sí!, tengo miedo de esa horrorosa pareja». Kamariya soltó una carcajada y Al-Schisbán, uno de los jefes de cara espantable, viéndola reír le preguntó: «¿Por qué te ríes así, Kamariya?». Ella, en un lenguaje que ningún hijo de Adán podía entender, le explicó lo que Tohfa había dicho de él y de Maimún. Y el maldito Al-Schisbán, en lugar de enfadarse, se echó a reír de tal manera que parecía como si una horrorosa tempestad se cerniera sobre la sala. La risa contagié a todos, y, de esta manera, la comida acabó con carcajadas y risa general de todos los genios. Luego, cuando todo el mundo se hubo lavado las manos, se trajeron los vinos. Y el jeque Eblis se acercó a Tohfa, diciéndole: «¡Oh mi dueña!, con tu presencia alegras esta sala, iluminándola y embelleciéndola. Y ahora, ¿a qué grado de exaltación nos llevarías a todos, reinas y reyes, si quisieras hacernos oír tu voz, acompañándote del laúd? La noche ya se dispone a extender sus negras alas para partir. Y antes que nos dejes, ¡complácenos, oh Obra Maestra de los Corazones!». Tohfa respondió: «Oír es obedecer». Y tomó el laúd, tocando tan maravillosamente que los que la escuchaban creyeron que el palacio entero danzaba, como un navío anclado mecido por las olas. Luego cantó estos versos:

«¡La paz sea con vosotros, todos aquellos que jurasteis serme fieles!

¿Nos habíais dicho que os encontraría, vosotros, los que me escucháis?

Os haré reproches, pero con voz más dulce que la brisa de la mañana y más fresca que el agua pura y cristalina.

Mis ojos están muertos de tanto llorar, pero la sinceridad de mi alma es lo que vale, ¡oh amigos míos!».

Los genios, escuchando aquel canto y aquella música, se extasiaron, y el horrible Maimún, aquel malvado, llegó, en su entusiasmo, a danzar con un dedo metido en el culo. Y el jeque Eblis dijo a Tohfa: «¡Por favor!, cambia tu tono y sigue, pues el placer que he experimentado me ha dejado sin respiración». La reina Kamariya se levantó y vino a besar a la adolescente entre los ojos, diciéndole: «¡Oh corazón de mi corazón!». Y le rogó que siguiera cantando. «Escucho y obedezco», dijo Tohfa. Y cantó estos otros versos:

«A veces, mientras aumenta mi languidez, me consuelo esperando.

Las cosas más difíciles, si tu alma conoce la paciencia, serán moldeables como blanda cera;

y si te resignas, lo que está lejos se te aproximará».

Cantó esto con tan bella voz, que los jefes de los genios se pusieron todos a danzar, y Eblis, acercándose a Tohfa, le besó la mano y dijo: «¡Oh maravillosa Tohfa! ¿Sería abusar de tu generosidad pedir aún otro canto?». Tohfa respondió: «¿Por qué

no me lo pide Sett Kamariya?». Y la joven reina, besándole las dos manos, dijo a Tohfa: «¡Por tu vida, canta una vez más todavía!». «Mi voz está ya fatigada —repuso Tohfa—; ahora, si tú lo deseas, diré, sin cantar, pero recitándolos con su propio ritmo, los cantos del céfiro, de las flores y de los pájaros. Comenzaré, pues, por el del céfiro». Y dejando el laúd a un lado, ante el silencio general y la sonrisa seductora de las jóvenes reinas de los genios, dijo: «He aquí el *Canto del céfiro*:

Soy el mensajero de los amantes; el que lleva los suspiros de los que se lamentan por amor.

Transmito fielmente los secretos de los enamorados y repito sus palabras tal y como las he oído.

Soy tierno para los viajeros del amor. Para ellos es dulce mi aliento, y uso de juegos y zalamerías.

Acomodo mi conducta a la de cada amante. Si es bueno, le acaricio con brisas perfumadas; si es malvado, le molesto con mi aliento inoportuno.

Si, estremeciéndome, agito el follaje, el que ama no puede evitar sus suspiros; y, tan pronto como mi murmullo le acaricia, dice sus penas al oído de la amada.

Dulzura y ternura componen mi esencia, y soy como un laúd en el aire ardoroso.

Si me muevo, no es efecto de un capricho vano, sino por seguir a mis hermanas las estaciones en su curso y variaciones.

Durante la primavera soplo desde el norte, fertilizando así los árboles y haciendo las noches parecidas a los días.

En la estación cálida vengo desde el oriente, favoreciendo los frutos y vistiendo los árboles con todo el esplendor de subelleza.

En el otoño llego desde el sur, para que mis amados los frutos alcancen su perfección, madurando.

En invierno, en fin, emprendo mi carrera desde occidente, y, de esta manera, alivio a mis amigos los árboles del peso de sus frutos, secando sus hojas para conservar la vida a las ramas.

Soy yo quien hace que las flores conversen entre sí, el que obliga a la mies a balancearse y el que da a los arroyuelos sus ondas plateadas.

Soy yo quien fecunda la palmera, quien revela a la amada los secretos del corazón que ella ha inflamado, y es mi aliento perfumado el que anuncia al peregrino del amor que se acerca a la tienda de la amada».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS TREINTA Y DOS

Dijo Schehrazada:

—«Y ahora, si lo deseáis, ¡oh mis amos y mis amas! —continuó Tohfa—, os diré el *Canto de la rosa*. Dice así:

Soy la que llega siempre entre el invierno y el verano.

Pero mi visita es tan breve como la aparición de un fantasma nocturno.

Apresuráos a gozar de la breve etapa de mi floración, y recordad que el tiempo es una cortadora espada.

Tengo el color al mismo tiempo que el traje de la amada.

Embalsamo al que aspira mi aroma, y causo una emoción antes desconocida a la joven que me recibe de manos de su amigo.

Soy huésped jamás inoportuno, y el que espera poseerme durante mucho tiempo está en un error.

Aquella de la que el ruiseñor está enamorado, esa soy yo.

Con toda mi gloria soy, ¡ay de mí!, de entre todas mis hermanas, la sometida a más dura prueba; pues, apenas me abro, muy joven todavía, un cerco de espinas me rodea por todos lados.

Como acerados dardos, esparcen mi sangre sobre mi ropaje, tiñéndolo de un color bermejo, y me siento eternamente herida.

Sin embargo, a pesar de lo que soporto, sigo siendo la más elegante, dentro de lo efímero de mi vida.

Se me llama El Orgullo de la Mañana, y, brillando de frescura, me adorno con mi propia belleza.

Pero he aquí que la mano cruel del hombre me arranca de mi jardín de hojas para encerrarme en el alambique.

Y mi carne se liquidifica y mi corazón se quema; mi piel es desgarrada y corren mis lágrimas, sin que nadie se apiade de mí.

Mi cuerpo se consume en el fuego, y el sudor que destilo es la prueba de mis tormentos.

Para los que se consumen en ardorosa fiebre tengo el alivio de mi alma volátil; y los que se agitan con algún deseo, aspiran con delicia el extracto de mis antiguos vestidos.

Así, cuando mi belleza exterior ya no existe, mis cualidades interiores y mi alma quedan entre los hombres.

Y los contemplativos que saben hacer una alegoría de mis encantos pasajeros no echan de menos el tiempo en que ornaban los jardines, pero los amantes querrían que ese tiempo durara siempre.

Y ahora, ¡oh los que me escucháis!, si lo tenéis a bien, os diré el *Canto del jazmín*. Helo aquí:

¡Dejad vuestras penas, vosotros los que os acercáis a mí; yo soy el jazmín y mis estrellas brillan sobre el azul con más fulgor que la plata en la mina!

Nací en el seno de la divinidad y reposo en el seno de las mujeres; siendo también un maravilloso adorno para la cabeza.

Usad del vino en mi compañía, burlándoos de aquellos que pasan su vida en la languidez.

Mi color recuerda al alcanfor y mi olor es el padre de los olores; por él sigo aún presente, aunque me halle ya lejos.

Mi nombre es todo un enigma que, en su sentido propio, no puede sino agradar a los novicios en la vida del espíritu.

Está compuesto de dos palabras distintas: jaz y min, que significan desesperación y error.

Por eso llevo conmigo la buena fortuna y pronostico la felicidad y la alegría.

¡Soy el jazmín, oh mis señores, y mi color recuerda al alcanfor!

Y si os agrada, ¡oh mis amos y mis amas!, recitaré seguidamente el *Cántico de la violeta*. Dice así:

Estoy revestida de mi manto de verde hoja y un ropón de honor ultramarino, siendo, en mi humildad, de aspecto delicioso.

¡Que la rosa se llame Orgullo de la Mañana; que yo estoy en el secreto!

¿Es digna de envidia mi hermana la rosa, viviendo la vida de los dichosos y muriendo mártir de su propia belleza?

Yo, ya marchita desde mi infancia, me consumo de pena y nazco vestida ya de duelo.

¡Qué breves son los momentos que disfruto de una vida agradable!

¡Y qué largos, ay de mí, aquellos durante los que vegeto, seca y despojada de mis vestidos de hojas!

¡Ved! Tan pronto como se abre mi corola vienen a recogerme, y, privándome de mis raíces me impiden alcanzar el término de mi crecimiento.

Y no faltan los que; abusando de mi debilidad, me tratan con

violencia, sin que mi modestia y mis atractivos lleguen a tocar su corazón.

Causo placer a los que me tienen y agrado a los que me ven.

Sin embargo, apenas se pasa un día, e incluso solo unas horas, y ya no se me estima.

Se me vende al más bajo precio, después de haberme guardado consideraciones, y se acaba por encontrarme defectos después de haberme colmado de elogios.

Por la noche, es mi adverso destino, mis pétalos se marchitan; y a la mañana siguiente estoy pálida y desecada.

Es entonces cuando los estudiosos, que conocen mis virtudes, me recogen, utilizándome para alejar sus males, apaciguar sus dolores y endulzar sus secos temperamentos.

Fresca, regalo mi perfume a los hombres, regocijándolos; con mi flor seca les devuelvo la salud.

Pero son muchos los que ignoran mis cualidades y desdeñan descubrir mis ocultas propiedades.

¡Y ofrezco tantos motivos de reflexión a los meditativos, que, estudiándome, buscan instruirse! Pues mi modo de ser interesa a los que oyen la voz de la razón.

Pero me consuelo de ser tan frecuentemente desconocida, viendo que mis flores, sobre sus débiles tallos, se semejan a un ejército cuya caballería ligera, con cascos de esmeralda, hubiera adornado sus lanzas con zafiros, y, diestramente, arrebatado con ellas las cabezas de sus enemigos.

Y si os parece, proseguiré con el *Canto del nenúfar*, que dice así:

Tan tímida y pudorosa es mi naturaleza, que, no siendo capaz de decidirme a vivir desnudo en el aire,

cierro los ojos y me oculto dentro del agua; y por mi corola inmaculada me dejo adivinar antes que ver.

¡Que los enamorados aprovechen mis lecciones y usen, como yo, de la prudencia!

Los lugares acuáticos me proporcionan mi lecho de reposo, pues amo el agua corriente y limpia, y no me separo de ella ni de día ni de noche, ni en invierno ni en verano.

¡Y qué cosa tan extraordinaria! Traspasado de amor por esta agua, no ceso de suspirar por ella, y, atormentado por la ardiente sed del deseo, la acompaño a todas partes.

¿Se ha visto jamás algo parecido? ¡Estar en el agua y sentirse

devorado por la sed más ardorosa!

Durante el día abro mi dorado cáliz a los rayos del sol; y cuando la noche envuelve la tierra y oscurece las aguas, estas me esconden en su seno.

Mi corola se inclina, y, sumergiéndome en mi medio nutricio, me retiro a mi nido de verdura bajo el agua, y allí vuelvo a mis pensamientos solitarios.

Y mi cáliz, así sumergido y por encima del agua de la noche, contempla, como ojo vigilante, lo que constituye su dicha.

Los hombres irreflexivos nunca saben dónde me encuentro, ni sospechan siquiera mi escondida felicidad, y no vienen a importunarme para que abandone a mi fresca amada.

Por lo demás, a donde mis deseos me llevarán, mi amada me acompañaría;

y si le rogara que mitigara mi sed, me daría de abreviar en su dulce licor;

y si necesitara asilo, ella, complaciente, abriría su seno para esconderme en él.

Mi vida está ligada a la suya y su duración depende de la permanencia a mi lado de mi amada.

Solo por ella puedo lograr el mayor grado de perfección y gracias a sus cualidades puedo tener mis virtudes.

Tan tímida y pudorosa es mi naturaleza, que, no siendo capaz de decidirme a vivir desnuda en el aire, cierro los ojos y me oculto dentro del agua;

y, por mi corola inmaculada, me dejo adivinar antes que ver».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS TREINTA Y TRES

Ella dijo:

—«Y ahora os diré, si os parece bien, ¡oh mis amos y mis amas!, el *Canto de la albahaca*:

Hermanas mías, he aquí el momento de adornaros como el jardín donde yo habito.

Dadme vuestras órdenes, y, por favor, aceptadme como vuestra comensal.

Mis hojas frescas y delicadas son heraldos de mis raras cualidades.

Soy amiga de los arroyuelos y comparto los secretos de los discreteos amorosos al claro de luna, siendo la más fiel depositaria de ellos.

¡Aceptadme como vuestra comensal, oh hermanas mías!

De la misma manera que la danza no sería agradable sin la música de los instrumentos, las gentes delicadas no sabrían regocijarse sin mi presencia.

Encierro en mi seno un perfume que penetra hasta el fondo de los corazones; y soy la prometida de los elegidos del paraíso.

He dicho, ¡oh mis hermanas!, que yo no era indiscreta; sin embargo, habréis oído decir que hay un delator entre los miembros de mi familia: la menta.

Pero yo os ruego que no se lo reprochéis; ella no expande más que su propio olor y no divulga sino un secreto que a ella le pertenece.

El que es indiscreto para consigo mismo no puede compararse al que revela secretos que le han sido confiados, y no merece el nombre injurioso de delator.

Pero, sea como fuere, no estoy ligada a la menta por lazos de próximo parentesco.

¡Reflexionad bien sobre ello!, ¡oh mis hermanas! Soy la amiga de los arroyuelos;

conozco los secretos de los enamorados, dichos al claro de luna, y soy su fiel depositaria.

Hermanas mías: he aquí el momento de adornaros como el jardín donde yo habito.

Dadme vuestras órdenes, y, por favor, aceptadme como vuestra comensal.

Seguidamente, si así lo queréis, os diré el *Canto de la lavanda*. Dice así:

¡Qué dichosa soy por no figurar entre las flores que adornan los parterres!

No corro el riesgo de caer en manos viles ni me veo en la necesidad de soportar discursos frívolos.

Al contrario de mis hermanas las otras plantas, la naturaleza ha dispuesto que yo crezca lejos de los arroyuelos; y no gusto de lugares cultivados ni tierras civilizadas.

Soy salvaje; y, lejos de toda sociedad, mi morada está en los

desiertos y vastas soledades, pues rehúso mezclarme con la multitud.

Como no se me siembra ni se me cultiva, no pueden echárseme en cara cuidados que nadie me dedica.

Soy libre, y nunca me tocaron manos de esclavo ni de amo; pero si vienes al Najd de Arabia me encontrarás;

allí, lejos de las moradas de los hombres pálidos, en las espaciosas llanuras, me siento feliz, en compañía de las gacelas y de las abejas.

El ajeno amargo es allí mi compañero de soledad; y soy la amada de anacoretas y contemplativos, que no olvidan que yo consolé a Agar y curé a Ismael.

Soy libre como los hijos de noble sangre, que jamás están a la venta en los mercados de las ciudades.

Y cuando el rudo camello habla de mis cualidades a las gentes de la caravana, lo hace demostrando siempre una gran ternura hacia mí.

Y para terminar, ¡oh mis amos y mis amas!, os diré el *Canto de la anémona*, que es así:

Si mi interior estuviera en consonancia con mi exterior, no me vería obligada a quejarme, envidiando la suerte de mis hermanas.

Sin cesar se encomian los ricos matices de mi vestido, y el mayor elogio que puede hacerse de las mejillas de una virgen es compararla con el encarnado de mi ropaje.

Sin embargo, todos cuantos me ven me desdeñan; no hay lugar para mí en los floreros que adornan las salas de los festines;

nadie elogia mis servicios; no tengo parte en los homenajes que tributan a mis hermanas;

en los parterres se me da el último rango e incluso se me excluye completamente; y no parece sino que desagrado al mismo tiempo a la vista y al olfato.

¡Ay de mí! ¿Cuál será la recompensa de esta marcada indiferencia? Imagino que será porque mi corazón es negro.

Pero ¿qué puedo yo contra los decretos del destino? Si mi interior está lleno de defectos, y mi corazón es negro, ¿es que mi exterior no es bello?

Renuncio a la lucha, ¡ay de mí! Si mi interior estuviera en consonancia con mi exterior, no me vería obligada a quejarme y a envidiar la suerte de mis hermanas.

Todas mis desdichas, yo lo imagino así, me vienen por mi corazón».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS TREINTA Y CUATRO

Schehrazada dijo:

—«Y ahora que he acabado con los cantos del céfiro y las flores, os diré, si así lo deseáis, algunos cantos de los pájaros. He aquí, para empezar, el *Canto de la golondrina*:

Si elijo como morada las casas y sus terrazas, separándome así de mis semejantes, los otros pájaros,

que se instalan en los huecos de los árboles y en sus ramas, es porque, a mi parecer, nada es preferible a la condición de extranjero.

Vivo, pues, entre los hombres, porque no son de mi especie, y precisamente por ser extranjera en medio de ellos.

Mi vida es un perpetuo viajar, gozando de la compañía de gentes instruidas.

A los que están lejos de su patria, siempre se les acoge con bondad y obsequiosamente.

Cuando me establezco en una casa, pongo sumo cuidado en no ocasionar molestias a sus habitantes,

contentándome con construir mi nido con materiales cogidos en las orillas de los arroyuelos.

Aumento el número de ocupantes de la morada, pero no pido compartir las provisiones, puesto que voy a buscar mi sustento a los lugares desiertos.

Y guardándome de tocar nada de lo que poseen mis huéspedes, consigo que se me aficionen;

pues si intentara participar de sus alimentos no me admitirían en sus casas.

Estoy cerca de ellos en sus reuniones, y me alejo durante sus comidas;

pues solo deseo beneficiarme de sus buenas cualidades y no de sus festines; es su mérito lo que busco, no su trigo; deseo su amistad, no su grano.

Así, absteniéndome escrupulosamente de lo que poseen los hombres, tengo su afecto y soy recibida en sus casas como una pupila a quien acogen en su seno.

Seguidamente, si lo tenéis a bien, diré el *Canto del halcón*. Dice así:

Ciertamente que soy taciturno, y, a veces, incluso sombrío.

No soy como el fatuo ruiñeñor, cuyo canto continuo fatiga a los otros pájaros,

y a quien la intemperancia de su lengua le atrae todas las desdichas.

Guardo las reglas del silencio y la discreción de mi lengua es quizá mi único mérito, y el cumplimiento de mis deberes mi sola perfección.

Reducido por los hombres a cautividad, sigo siendo reservado y nunca descubro mis pensamientos.

Jamás se me verá llorar recordando el pasado; y la instrucción es lo único que busco en mis viajes.

De esta manera, mi amo acaba queriéndome, y, temiendo que mi frialdad y reserva atraigan sobre mí el odio, me cubre con el capuchón, de acuerdo con las palabras del *Corán*: “No muevas demasiado la lengua”.

Y, en fin, traba mis patas, recordando quizá este versículo del *Corán*: “No marches con petulancia sobre la tierra”.

Así trabado, yo sufro, pero, siempre silencioso, no me quejo de los males que he de soportar.

Y con el tiempo, madurando mis pensamientos bajo el capuchón, mi instrucción llega a estar hecha.

Entonces, hasta los reyes son mis servidores, pues sus reales manos son el punto de partida de mi vuelo y su puño está bajo mis garras orgullosas.

Y ahora, ¡oh mis amos y mis amas!, diré el *Canto del cisne*. Es breve y dice así:

Dueño de todo cuanto deseo, dispongo del aire, de la tierra y del agua.

Mi cuerpo es de nieve, mi cuello es la flor de lis y mi pico un cofrecillo de ámbar dorado.

Mi realeza está hecha de blancura, dignidad y soledad.

Conozco los misterios de las aguas y los tesoros y maravillas marinas.

Y mientras yo viajo, bogando impulsado por mi propio velamen, el indolente que se queda sobre la playa jamás recoge perlas marinas, ni puede pretender otra cosa que no sea la amarga espuma.

Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías!, os diré el *Canto del búho*. Helo aquí:

Me llaman maestro de la sabiduría, ¡ay!, ¿quién conoce la sabiduría?

La sabiduría, la paz y la dicha no se encuentran más que en el aislamiento. En él, al menos, hay probabilidades de encontrarlas.

Desde que nací, me aparté del mundo. Porque lo mismo que una sola gota de agua da origen a un torrente, la sociedad da origen a calamidades. Así es que no cifré en ella mi felicidad nunca.

Una cavidad de cualquier mina muy antigua constituye mi vivienda solitaria. Allí, lejos de compañeros, amigos y allegados, estoy al abrigo de tormentos y nada tengo que temer de los envidiosos.

Dejo los palacios suntuosos a los infortunados que en ellos residen y los manjares delicados a los pobres ricos que de ellos se alimentan.

En mi soledad austera he aprendido a reflexionar y a meditar. Mi alma especialmente ha atraído mi atención. He pensado en el bien que puede hacer y en el mal de que puede ser culpable. He fijado mi atención a las cualidades reales e internas.

Así he aprendido que no existen alegrías ni placeres y que el mundo es un gran vacío erigido sobre el vacío. Hablo oscuramente, pero yo me entiendo. Hay cosas que es funesto explicar.

He olvidado, pues, lo que mis semejantes tienen derecho a esperar de mí, y lo que yo tengo derecho a esperar de ellos. He abandonado mi familia, mis bienes y mi país. He pasado con indiferencia por encima de los castillos. He escogido el viejo agujero de la muralla. Me prefiero a mí mismo.

Por eso me llaman el maestro de la sabiduría. ¡Ay!, ¿quién conoce la sabiduría?

Y ahora, si queréis, ¡oh señores y señoras mías!, os diré el *Canto del cuervo*. Helo aquí:

Sí, ya sé que, vestido de negro, vengo a turbar, con mi grito inoportuno, lo más puro, y a hacer amargo lo más dulce.

Lo mismo al salir la aurora que al llegar la noche, me dirijo a los campamentos primaverales y los excito a la separación.

Si veo una dicha completa, proclamo su próximo fin; si diviso un palacio magnífico, anuncio su ruina inminente.

Sí, ya sé que me reprochan todo eso, y que soy de peor agüero que Kascher y más siniestro que Jader.

Pero ¡oh tú que censuras mi conducta!, si conocieras tu verdadera dicha como conozco yo la mía, no vacilarías en cubrirta, como yo, de una vestidura negra; y a todas horas me contestarías con

lamentaciones.

Pero vanos placeres ocupan tus momentos; y tu vanidad te retiene alejado de los senderos de la sabiduría.

Olvidas que el amigo sincero es el que te habla con franqueza y no el que te oculta tus errores; que es el que te reprende y no el que te disculpa; que es el que te enseña la verdad y no el que venga tus injurias.

Porque quien te amonesta despierta en ti la virtud cuando duerme, y te pone en guardia inspirándote temores saludables.

Por lo que a mí respecta, vestido de luto, lloro por la vida fugitiva que se nos escapa, y no puedo menos de gemir cuantas veces columbro una caravana cuyo conductor acelera la marcha.

Por tanto, soy semejante al predicador de la mezquita, y no es cosa nueva que los predicadores vayan vestidos de negro.

Pero ¡ay!, que solo objetos mudos e inanimados responden a mi voz profética.

¡Oh tú, que tan duro tienes el oído!, despiértate por fin, y comprende lo que indica la niebla matinal; ¡no hay en la tierra nadie que no deba esforzarse por entrever algo del mundo invisible!

¡Pero no me oyes, no me oyes! ¡Y por fin me doy cuenta de que estoy hablando con un muerto!

A continuación, si gustáis, diré el *Canto de la abeja*. Helo aquí:

Construyo mi casa sobre las colinas y me alimento de aquello que se puede tomar sin hacer daño a los árboles, y que puede comerse sin escrúpulos.

Me poso sobre las flores y los frutos sin destruir ni las unas ni los otros, extrayéndoles únicamente una sustancia tan ligera como el rocío.

Contenta con mi delicado botín, regreso a mi morada, donde me dedico a mi trabajo y a mis meditaciones.

Mi casa está construida según las leyes de una severa arquitectura; y el mismo Euclides se instruiría admirando la geometría de mis alvéolos.

La miel y la cera son los productos de mi ciencia y de mi trabajo.

La primera es el fruto de mi instrucción, la segunda la de mis penas.

No concedo mis favores a los que los desean sino después de hacerles sentir la punzada de mi aguijón.

Si gustas, pues, de las alegorías, yo te ofrezco una muy instructiva:

Reflexiona sobre el caso de no poder gozar de mis favores sin antes sufrir con paciencia mis desdenes y aguijonazos.

El amor hace ligero aquello que es lo más pesado.

Si comprendes, ve delante. Si no, quédate donde estás.

Y ahora, ¡oh mis amos y mis amas!, diré, si así lo queréis, el *Canto de la mariposa*. Dice así:

Soy la amante quemada eternamente por el amor a mi bien amada, la llama.

Consumirme de ardoroso deseo; tal es la ley que rige mi corta vida.

El mal trato de mi amiga, lejos de amortiguar mi amor, lo aumenta y me precipito hacia ella, llevada por el deseo de ver consumada nuestra unión.

Ella me rechaza con crueldad, desgarrando el tisú de gasa de mis alas.

¡No; nunca hubo amante que sufriera lo que yo sufro!

Pero la candela dice: “¡Amante consecuente: no te apresures a condenarme, pues sufro los mismos tormentos que tú!

Que un enamorado se consuma nada tiene de sorprendente; pero que una amada corra la misma suerte, eso sí es ya chocante.

El fuego me ama como yo te amo; y sus inflamados suspiros me queman y me deshacen.

Quiere acercarse a mí y me devora; quiere unirse a mí por el amor y solo puede lograrlo destruyéndome.

Es el fuego el que me hace aparecer, y, separada de él, se interpone un abismo entre los dos.

Esparcir mi luz, quemarme y verter lágrimas, esa es mi suerte. Me consumo para alumbrar a los demás”.

Así habló la candela; pero el fuego, dirigiéndose a nosotras dos, dijo:

“¡Oh vosotras que os atormentáis con mi llama! ¿Por qué os quejáis, si gozáis del dulce instante de vuestra unión?

¡Dichosos aquellos que, consumidos en mi llama inmortal, mueren, obedeciendo las leyes del amor!”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS TREINTA Y CINCO

Dijo Schehrazada:

—«Y por último, os diré el *Canto de la abubilla*. Dice así:

Cuando vine de Saba, mensajera del amor, traje al rey Dorado la carta de la reina de los grandes ojos cerúleos.

Y Solimán me dijo: “¡Oh abubilla!, me has traído desde Saba una noticia que regocija mi corazón”.

Me colmó de favores y puso sobre mi cabeza esta encantadora corona, que conservo desde entonces.

Me enseñó la prudencia, y, por haberla aprendido, de cuando en cuando vuelvo a la soledad de mis pensamientos.

Y me dijo: “Has de saber, abubilla, que si el corazón desea instruirse, la inteligencia llega a penetrar en el sentido íntimo de las cosas.

Si la inteligencia es buena, podrá descubrir la verdad; y si la conciencia sabe comprender, recibirá sin apenarse todas las nuevas.

Si el espíritu fuera dado a las influencias místicas, recibiría la luz sobrenatural.

Si el interior fuera puro, los misterios de las cosas quedarían al descubierto y la divina sabiduría se dejaría ver.

Si prescindiéramos del amor propio, no existirían tantos obstáculos en la vida ni se ocultarían en el espíritu tantos pensamientos congelados.

De esta manera hallarías en ti el equilibrio indispensable para la salud del espíritu, y podrías ser, para ti mismo, tu propio médico.

Sabrías triturarte en el mortero de la paciencia, tamizarte en el cedazo de la humildad y procurarte los medios espirituales, después de la vigilia nocturna, en la soledad de la mañana, cara a cara con la divina amiga.

El que no sepa ver un sentido alegórico en el chirrido de una puerta, en el zumbido de una mosca, o en el pulular de los insectos en el lodo,

aquel que no sepa comprender el significado del paso de la nube, del esplendor del espejismo o los matices de la niebla, ese no figura en el número de los inteligentes”».

Terminada la recitación de estos cantos de las flores y de los pájaros, Tohfa se calló, y desde todos los puntos del palacio surgieron las exclamaciones entusiásticas de los genios. El jeque Eblis vino a besar los pies de la adolescente, y las reinas, en el colmo de la exaltación, acudieron llorando de emoción y la abrazaron. Todas a una comenzaron a hacer gestos que querían significar: «No podemos expresar con palabras nuestra admiración». Luego empezaron a saltar en sus asientos, moviendo las piernas a compás, lo que, en su lenguaje de genios, quería decir: «¡Es muy hermoso! ¡Has excedido sobre todo! ¡Estamos maravillados! ¡Te damos las gracias!». El maligno Maimún así como su compañero de fealdad, se levantó, y, metiéndose el dedo en el culo, se puso a danzar, lo que significaba en su lenguaje: «Estoy loco de contento». Tohfa, emocionada al ver el efecto de sus cantos sobre los genios, dijo: «¡Por Alá, oh mis amos y mis amas! Si no me hallara tan cansada os diría aún otros cantos concernientes a las demás flores olorosas, a las hierbas y a los pájaros; particularmente los cantos del ruiseñor, de la codorniz, del jilguero, del canario, del pavo real, de la tórtola, de la paloma, del gorrión, del milano, del vencejo, del águila y del avestruz. También recitaría los cantos de algunos animales, tales como el perro, el camello, el caballo, el asno, la jirafa, la gacela, la hormiga, el cordero, el zorro, la cabra, el lobo, el león y muchos más todavía. Pero ya nos reuniremos en otra ocasión, pues ahora he de rogar al jeque Eblis que me lleve al palacio del emir de los creyentes, mi amo, que debe experimentar una gran inquietud por mi ausencia. Excusadme, pues, por no asistir a la circuncisión del hijo de Eblis ni a la boda de su hija. ¡Verdaderamente que no puedo más!». Entonces Eblis dijo: «En verdad, ¡oh Obra Maestra de los Corazones!, que nos entristece tu decisión de dejarnos tan pronto. ¿No habría medio de que permanecieras algún tiempo entre nosotros? ¡Nos haces gustar el dulzor, y en seguida lo retiras de nuestros labios! ¡Por Alá, oh Tohfa; concédenos un poco más de tiempo!». Tohfa repuso: «Ciertamente que ello excede de mis posibilidades. Es preciso que regrese junto al emir de los creyentes, puesto que no ignoras, ¡oh jeque Eblis!, que los hijos de la tierra no están capacitados para gozar de la verdadera felicidad más que sobre esa misma tierra; y mi alma está triste por hallarse tan lejos de mis semejantes. ¡Oh vosotros todos, no me retengáis aquí contra mi voluntad!». Eblis, después de oír a Tohfa, dijo: «Antes que nos dejes, quiero decirte, ¡oh Tohfa!, que conozco a tu antiguo maestro de música, el admirable Ishak Ibn-Ibraim de Mosul». Y, sonriendo, continuó: «Y él me conoce a mí igualmente, pues cierta noche de invierno pasaron ciertas cosas entre nosotros, que, a su tiempo, no dejaré de referirte. La historia de mis relaciones con él es una larga historia; y todavía no habrá olvidado las posiciones sobre el laúd, que yo le enseñé, ni tampoco a la adolescente que le proporcioné en cierta ocasión. No es el momento de contarte todo esto, puesto que tienes prisa por regresar junto al emir de los creyentes; sin embargo, no quiero que se diga que dejaste nuestra compañía sin llevarte nada entre las manos. Primero voy a enseñarte un expediente sobre el laúd por el que serás admirada en el mundo entero, y gracias al cual serás más amada aún por el califa, tu

amo». Ella respondió: «Haz aquello que mejor te plazca». Entonces Eblis tomó el laúd de la adolescente, y tocó de un modo nuevo, con giros maravillosos y variaciones nunca oídas. Después de oír aquella música, a Tohfa le pareció que todo cuanto había aprendido hasta entonces no valía nada, y que lo que acababa de oír al jeque Eblis, ¡él sea confundido!, era la fuente y base de toda armonía. Se regocijó pensando que ella podría hacer oír esta nueva música al emir de los creyentes y a Ishak Al-Nadin, y, para estar segura de ello, quiso repetir el aire oído en presencia del que lo había tocado. Tomó, pues, su laúd de manos de Eblis, y guiándose por el tono del comienzo, que él le dio, repitió todo a la perfección. Todos los genios exclamaron: «¡Esto es extraordinario!». Y Eblis añadió: «Ahora, ¡oh Tohfa!, es cuando has llegado a los extremos límites del arte; y voy a extenderte un diploma, firmado por todos los jefes de los genios, por el cual serás reconocida y proclamada como la mejor tocadora de laúd de toda la tierra. En este mismo diploma te nombraré lugarteniente de los pájaros, pues los poemas que has recitado y los cantos con los que nos has favorecido te elevan a una jerarquía sin par, y mereces estar a la cabeza de los pájaros músicos».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS TREINTA Y SEIS

Ella dijo:

—Y el jeque Eblis hizo llamar al escribano principal, quien cogió una piel de gallo y, sobre la marcha, la preparó para el diploma en cuestión. Luego, con muy bella letra, bajo el dictado de Eblis, trazó unas líneas en caracteres kúficos, reconociendo y estableciendo que la adolescente Tohfa era, desde aquel momento, nombrada lugarteniente de los pájaros y que, por especial decreto, se la nombraba sultana de todas las tocadoras de laúd y de las cantatrices. En el diploma se estampó el sello del jeque Eblis y los de los demás jefes y reinas de los genios. Hecho esto, se encerró en un cofrecillo de oro y, con toda ceremonia, se entregó a Tohfa, que lo tomó y lo llevó a su frente en expresión de agradecimiento. A continuación, Eblis hizo una seña a los que estaban más próximos y en seguida entraron unos genios portadores cargados con armarios, depositándolos delante de Tohfa. Estos armarios, hasta el número de doce, eran todos iguales, y Eblis, abriéndolos uno por uno, mostró su contenido a Tohfa, diciéndole: «Todos son de tu propiedad». El primero estaba enteramente lleno de pedrerías; el segundo, de dinares de oro; el tercero, de oro en lingotes; el cuarto, de joyas afiligranadas; el quinto, de candelabros de oro; el sexto, de confituras secas; el séptimo, de sederías; el octavo, de paquetes con perfumes; el

noveno, de instrumentos de música; el décimo, de vajillas de oro; el undécimo, de telas de brocado, y el duodécimo, de ropas de seda en todos los colores. Cuando Tohfa hubo contemplado durante un buen rato el contenido de los doce armarios, Eblis hizo una nueva seña a los porteadores, quienes volvieron a coger los armarios, alineándose en buen orden detrás de Tohfa. Entonces, las reinas de los genios vinieron, llorando, a despedirse de la lugarteniente de los pájaros, y la reina Kamariya dijo: «¡Oh hermana mía, tú nos dejas, ay de mi! Pero nos permitirás, al menos, que vayamos alguna vez a verte al pabellón en que vives para regocijarnos con tu vista, que roba los corazones. Y, en adelante, consiénteme que, en lugar de permanecer invisible, tome la forma de joven terrestre y te despierte con mi aliento». Tohfa contestó: «Con todo mi corazón, hermana Kamariya. Y ciertamente que me agradaré despertar y hallarte acostada a mi lado». Y abrazándose por última vez se despidieron, haciéndose los mil juramentos de los amantes. Luego Eblis puso a la adolescente a horcajadas sobre sus hombros, y, seguidos de los porteadores con los armarios a la espalda, partieron hacia el pabellón de Tohfa en Bagdad, adonde llegaron en un abrir y cerrar de ojos. Eblis depositó a la joven delicadamente en su lecho y los porteadores alinearon los doce armarios ordenadamente contra las paredes de la estancia, y, después de prosternarse y besar el suelo ante el lugarteniente de los pájaros, se fueron con Eblis a la cabeza y sin hacer el menor ruido, tal y como habían venido. Cuando Tohfa se encontró de nuevo en su habitación y sobre su propio lecho, experimentó la sensación de no haber salido nunca de allí y de que todo cuanto le había sucedido no era más que un sueño. Y para asegurarse de la realidad de lo pasado, tomó su laúd y tocó según el modo nuevo que había aprendido de Eblis. Y entonces, el eunuco que estaba de guardia en el pabellón, oyendo aquella música en el interior de la estancia, exclamó: «¡Por Alá, es mi ama Tohfa la que toca!». Y huyendo como hombre perseguido por una horda de beduinos, cayendo y levantándose, tal era su desconcierto, se precipitó hacia el exterior en busca del jefe de los eunucos, Massrur el portaespada, que, según su costumbre, estaba de guardia en la puerta de la estancia del emir de los creyentes. Cuando estuvo ante él se echó a sus pies y exclamó: «¡Ah señor, señor!». Massrur preguntó: «¿Qué es lo que te ocurre para venir hasta aquí a estas horas?». El eunuco repuso: «¡Apresúrate, mi señor, a despertar al emir de los creyentes! ¡Traigo la gran noticia!». Massrur, gruñendo, le dijo: «¿Estás loco, Sawab? ¿Me crees capaz de despertar a estas horas a nuestro amo el califa?». Pero el otro insistió, y, excitado, gritaba más que hablaba, hasta el punto que despertó al califa, que preguntó desde el interior: «¿Qué ocurre ahí fuera, Massrur?». El portaespada, temblando, respondió: «¡Oh mi señor! Es Sawab, el guardián del pabellón, que ha venido diciendo: “Despierta al emir de los creyentes”». El califa inquirió: «¿Qué es lo que tienes que decirme, Sawab?». El eunuco no hizo más que balbucir: «Señor, señor...». Y Al-Raschid dijo a una de las jóvenes esclavas que velaban en el interior de la estancia: «Ve a ver de qué se trata». La esclava salió e hizo pasar al guardián del pabellón, quien se hallaba en tal estado de excitación que

se olvidó de prosternarse y besar el suelo ante el califa, gritándole, como si se dirigiera a uno de sus compañeros de eunucado: «¡Levántate y ven a toda prisa! ¡Mi ama Tohfa está en su habitación, tocando su laúd y cantando! ¡Vamos, de prisa, ven a oírla, hombre!». El califa, estupefacto, miró al esclavo sin pronunciar ni una sola palabra y este prosiguió: «¿No has oído lo que he dicho? ¡No estoy loco, por Alá! Repito que Tohfa está en su habitación, cantando y acompañándose con el laúd. ¡Ven pronto, apresúrate!». Al-Raschid se levantó, medio vistiéndose con lo primero que halló a mano, y, sin comprender aún lo que quería decir el eunuco; dijo a este: «¡Desgraciado de ti! ¿Qué es lo que dices? ¿Cómo te atreves a hablarme de tu ama El Sett Tohfa? ¿No sabes que desapareció de su habitación estando cerradas las puertas y ventanas y que mi visir Giafar, que lo sabe todo, me ha asegurado que esa desaparición no es natural, sino que es obra de los genios y sus maleficios? ¿Y no sabes que, de ordinario, no se vuelve a ver a las personas así arrebatadas por los espíritus malignos? ¡Desgraciado de ti, que te atreves a despertar a tu amo por culpa de un sueño grotesco que ha debido pasar por tu negra cabeza!». Pero el eunuco insistió: «¡Yo no he tenido ningún sueño ni he comido habas! ¡Ven conmigo y verás de nuevo a la más maravillosa de las hijas de Eva!». El califa, a pesar de las seguridades del eunuco, soltó una carcajada, viendo la locura de Sawab, y le dijo: «Si lo que aseguras resulta cierto, te liberaré, dándote mil dinares de oro; pero si es falso, y desde ahora te digo que lo es, te haré crucificar». El eunuco, elevando los brazos al cielo, exclamó: «¡Oh Alá, protector y amo de toda salvaguardia!, haz que todo esto no haya sido un sueño». Y seguido por el califa, salió, diciendo: «El oído es para oír y los ojos para ver; ven, pues, para oír con tus oídos y ver con tus ojos». Cuando llegaron a la puerta del pabellón, Al-Raschid oyó el laúd y la voz de Tohfa, que cantaba, acompañándose en aquel momento precisamente en el modo nuevo que le había enseñado el jeque Eblis. Al-Raschid, trastornado y en trance de perder el sentido, introdujo la llave en la cerradura, sin ser capaz de abrir, ¡tanto temblaba su mano! Al cabo de un rato, sobreponiéndose, logró por fin, entrar, diciendo: «¡*Bismillah!* ¡Confundido sea el maligno! ¡En Alá me refugio contra los maleficios!». Tohfa, al ver entrar al califa, se levantó con viveza y fue a su encuentro, rodeándole con sus brazos y estrechándole contra su corazón. Al-Raschid dio un grito y cayó desvanecido, y la adolescente le roció con agua de rosas, frotándole las sienes y la frente hasta que volvió en sí. En los primeros momentos se comportó como un hombre embriagado; sus lágrimas, corriendo por sus mejillas, mojaron su barba, y cuando recuperó por completo el sentido, pudo, por fin, llorar de alegría libremente en el seno de su amada, que le acompañó en el llanto. Las palabras que se dijeron y las caricias que se prodigaron no son para describirlas, y, pasados los primeros transportes, Al-Raschid dijo: «¡Oh Tohfa!, tu ausencia ha sido verdaderamente una cosa extraordinaria, pero tu regreso lo es todavía más, sobrepasando la capacidad del entendimiento». Ella respondió: «Esa es la verdad, mi señor; pero ¿qué dirás después que te haya contado todo lo sucedido?». Y sin esperar más, le refirió la entrada

silenciosa del viejo jeque, su danza ebria, la bajada por las letrinas, el caballo alado, la estancia entre los genios, la aparición de las reinas y la belleza de Kamariya, los manjares, los honores, los cantos de las flores y de los pájaros, la lección de música de Eblis y, en fin, el diploma nombrándola lugarteniente de los pájaros. Desplegó ante él el susodicho diploma, escrito en piel de gallo, y luego le mostró, uno tras otro, los doce armarios con su contenido, que mil lenguas no podrían describir ni mil registros inscribir.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS TREINTA Y SIETE

Schehrazada dijo:

—Estos armarios fueron más tarde el origen de las riquezas de los Beni-Barmak y de los Beni-Abbas. En cuanto a Al-Raschid, en su alegría por haber recuperado a su amada Obra Maestra de los Corazones, hizo decorar e iluminar Bagdad de un extremo a otro, organizando espléndidas fiestas en las que no se olvidó a los pobres. Durante dichas fiestas, Ishak Al-Nadin, más que nunca colmado de honores y dignidades, cantó en público aquello mismo que Tohfa había aprendido de Eblis, ¡él sea confundido!, y que la adolescente no tuvo inconveniente en enseñar a su antiguo maestro. Al-Raschid y Obra Maestra de los Corazones disfrutaron de larga vida, gozando de las delicias del amor hasta la llegada ineluctable de la proveedora de las tumbas. Tal es, ¡oh rey afortunado! —continuó Schehrazada—, la historia de la adolescente Obra Maestra de los Corazones, lugarteniente de los pájaros.

El rey Schahriar quedó maravillado de este relato de Schehrazada; sobre todo de los cantos de las flores y de los pájaros, y preferentemente de los de la abubilla y el halcón, pensando para sí: «¡Por Alá!, esta hija de mi visir ha sido para mí una bendición. Una persona de sus méritos y cualidades no merece la muerte, y será preciso que reflexione aún durante algún tiempo antes de tomar una determinación en este asunto, pues tendrá, sin duda, otras historias no menos interesantes que contarme». Luego, ganado por un entusiasmo que no había experimentado hasta entonces, estrechó a Schehrazada contra su corazón, diciéndole:

—¡Bendita seas, oh Schehrazada! Esta historia me ha gustado extraordinariamente, por los poemas de las flores y los pájaros, de los que he sacado grandes enseñanzas. Así, pues, hija virtuosa y discreta de mi visir, si sabes más historias como esta, no te retrases en comenzar una de ellas, pues, ganado por tu elocuencia, esta noche me siento en buena disposición para seguir escuchando.

Schehrazada respondió:

—Yo no soy más que la esclava de nuestro amo el rey, y sus alabanzas están muy por encima de mis méritos. Pero siempre que tú lo desees, me gustaría contar ahora ciertos dichos y hechos de mujeres, capitanes de policía y otras cosas por el estilo; aunque temo que, por ser un tanto libres y atrevidas, ofendan tus sentimientos de amor a la belleza moral. Porque, ¡oh rey de los tiempos!, el pueblo ignora de ordinario el lenguaje discreto, y sus expresiones sobrepasan a veces los límites de lo conveniente. Si quieres, pues, que prosiga, proseguiré, y cuando quieras que me calle, callaré.

El rey Schahriar dijo:

—Ciertamente, Schehrazada, que puedes hablar, puesto que nada me asombrará viniendo de las mujeres. Sé que son como una torcedura de costilla, que si queremos enderezar, se tuerce más, y si insistimos, acabamos rompiéndola. Habla, pues, sin reticencias, y no temas excederte; que la prudencia no nos ha abandonado desde el día de la traición de la esposa maldita que tú conoces.

Y diciendo estas últimas palabras, la cara del rey se ensombreció al recordar la antigua desventura. Viendo este cambio, que no prometía nada bueno, la pequeña Doniazada se apresuró a apremiar a su hermana, exclamando:

—¡Oh hermana mía!, por favor, no tardes en comenzar el relato que nos has anunciado sobre las mujeres y los capitanes de policía, y no temas nada de parte de este rey tan complaciente, que sabe muy bien que las mujeres son como las piedras preciosas: unas, con manchas, taras y defectos, y otras, puras, transparentes y sin ningún defecto. Él sabrá, mejor que tú y que yo, establecer estas diferencias y no confundir las gemas con los guijarros.

Y Schehrazada dijo:

—Dices bien, mi pequeña. Con todo mi corazón empezaré a referir a nuestro amo la historia de Al-Malek Al-Zaher Rokn Al-Din Baibars Al-Bondokdari y de los capitanes de policía, con todo cuanto les sucedió.

Y Schehrazada dijo:

HISTORIA DE BAIBARS Y LOS CAPITANES DE POLICÍA

—Se cuenta, pero más sabio es Alá el invisible, que había en el país de Egipto, en El Cairo, un sultán, valiente y poderoso, del muy ilustre linaje de los baharitas turcomanos, y que se llamaba Al-Malek Al-Zaher Rokn Al-Din Baibars Al-Bondokdari. Bajo su reinado, el Islam resplandeció con lustre sin igual, y el imperio se expandió gloriosamente desde el límite extremo del oriente hasta los alejados confines del occidente, y sobre la faz de la tierra de Alá y bajo el azulado cielo, nada quedó en pie en las plazas fuertes de los francos y de los nazarenos, cuyos reyes se habían convertido en tapiz bajo sus pies. Sobre las planicies verdes, sobre los desiertos y sobre las aguas, no se oía voz alguna que no fuese la de un creyente, y no se escuchaba pisada que no fuese la de un caminante en la senda recta. Bendito sea para la posteridad aquel que nos trazó el camino, el bienhechor, hijo de Abdalá el

Koreichita, nuestro sultán y soberano Ahmad-Mohamed, el enviado, ¡sobre él la oración, la paz y las mejores bendiciones! ¡Amén! Pues bien, el sultán Baibars amaba a su pueblo y de él era amado, y todo lo que de lejos o de cerca atañía al pueblo, tanto las costumbres como los hábitos, tanto tradiciones como usos locales, le interesaba en extremo, pues no solo gustaba de ver todas las cosas con sus propios ojos, sino que también se deleitaba oyendo contar historias a los narradores, y había elevado a los más altos grados a aquellos de sus oficiales, guardias o familiares que mejor sabían narrar los sucesos del pasado y relatar los hechos del presente. Así, una noche en que estaba más dispuesto que de costumbre a escuchar para instruirse, reunió a todos los capitanes de policía de El Cairo, y les dijo: «Deseo que esta noche me contéis aquello que cada uno considere más digno de ser narrado». Ellos respondieron: «En nuestro pensamiento y en nuestra vida. Pero ¿nuestro dueño quiere que le contemos aquello que nos haya sucedido personalmente o lo que sepamos por otros?». Baibars dijo: «Ese es un asunto delicado, y por ello, cada uno de vosotros es libre de contar aquello que desee, a condición de que sea sorprendente». Ellos respondieron: «¡Así se hará, oh dueño nuestro! ¡Nuestro espíritu te pertenece, así como nuestra lengua y nuestra fidelidad!». El primero que avanzó hasta el sultán era un capitán de policía que se llamaba Moin-Al-Din, cuyo ánimo estaba ulcerado de amor por las mujeres y su corazón siempre dispuesto a seguir rastros. Después de saludar al sultán, le dijo: «¡Oh rey de los tiempos! Yo te contaré un suceso extraordinario y personal, que aconteció en los primeros tiempos de mi carrera». Y se expresó así:

HISTORIA CONTADA POR EL PRIMER CAPITÁN DE POLICÍA

«Sabe, señor mío y corona de mi cabeza, que cuando yo entré al servicio de la policía de El Cairo, a las órdenes de nuestro jefe Alam Al-Din Sanjar, yo tenía buena fama, y todos los hijos de entremetidos, de perro o de ahorcado, lo mismo que los de puta, me temían como se teme a una calamidad. Cuando yo recorría la ciudad a caballo, las gentes me señalaban con el dedo y me hacían guiños con los ojos, mientras que otros se arrojaban a tierra y me saludaban respetuosamente.



Yo no apreciaba sus gestos más de lo que hubiese apreciado el de una mosca que se posara en mi instrumento y seguía mi camino con ánimo orgulloso. Un día estaba sentado en el patio del valí, con la espalda apoyada contra el muro, pensando en mi grandeza e importancia, cuando, de súbito, cayó desde el cielo en mi regazo algo tan

pesado como la sentencia del juicio final. Era una bolsa repleta y sellada que tomé en mis manos y abrí, vertiendo el contenido en los pliegues de mi ropa. Conté hasta cien dracmas, ni uno más ni uno menos. Miré con atención hacia todos los lados a mi alrededor, pero no pude descubrir la persona que la había dejado caer, y me dije: “¡Alabanzas al señor, rey de los reinos de lo invisible y de lo visible!”, y la hice desaparecer en el regazo de su padre. Esto, en cuanto a la bolsa. A la mañana siguiente, mi servicio me llevó al mismo lugar que la víspera, y hacía un momento que yo estaba allí, cuando he aquí que un objeto me cayó pesadamente sobre la cabeza, poniéndome de pésimo humor. Miré con aire furioso, y vi, ¡por Alá!, que era una bolsa llena, semejante en todo a aquella a la que había concedido el derecho de asilo junto a mi corazón. La coloqué en el mismo sitio para que hiciese compañía a su predecesora y para proteger su pudor contra los deseos indiscretos. Lo mismo que la víspera, levanté la cabeza y volví el cuello, girando sobre mí mismo, mirando a derecha e izquierda, sin conseguir descubrir huella alguna del remitente de aquella encantadora bolsa, por lo que me pregunté: “¿Duermes o estás despierto?”. Y me respondí: “No duermo, ¡por Alá!, el sueño no está aquí conmigo”. Y como si no hubiese pasado nada, cerré los faldones de mis vestidos y salí del palacio con aire indiferente y tranquilo. Pero la tercera vez, tomé mis precauciones. En efecto, una vez que llegué al muro en cuestión, junto al que acostumbraba admirarme a mí mismo, me tendí en tierra, aparentando dormir, y me puse a roncar con tanto estrépito como una compañía de camelleros. Y, ¡oh mi señor! Súbitamente sentí una mano sobre mi ombligo que buscaba no sé qué; como no tenía nada que perder en aquella pesquisa, dejé que la mano en cuestión tantease la mercancía de abajo arriba, y cuando pensé que estaba en camino angosto, la así bruscamente, diciendo: “¿Por dónde andas, hermana?”. Me incorporé, abriendo los ojos, y vi que la propietaria de la gentil mano, adornada con anillos de diamante, que estaba descarriada en aquel camino de perdición, era una adolescente que, ¡oh mi señor!, me miraba sonriente. Era como el jasmín, y le dije: “¡Hagamos amistad, oh mi dueña! El mercader y su mercancía son de tu propiedad. Dime solamente de qué parterre es la rosa, de qué ramo el jacinto y de qué jardín el ruiseñor, ¡oh la más deseable de las jóvenes!”. Y hablando así, me guardé de soltar prenda. Entonces, la adolescente, sin temblor alguno en el gesto ni en la voz, me hizo señas de que me levantase, y me dijo: “Moin, levántate y sígueme, si es que deseas saber quién soy y cuál es mi nombre”. Sin dudarle un instante, como si la conociese desde largo tiempo o como si hubiese sido su hermano de leche, me levanté, y, después de haber sacudido mis ropas y ajustado mi turbante, marché a diez pasos de ella, para no atraer la atención sobre nosotros, pero sin quitarle un momento la vista de encima. De este modo llegamos al fondo de un callejón sin salida, donde me hizo señas de que podía acercarme sin temor. Yo la abordé sonriente y quise que, sin tardanza, saliera al aire el hijo de mi padre; para no parecer un tonto ni un idiota, saqué el niño en cuestión y dije: “Está aquí, ¡oh mi dueña!”. Pero ella me miró con aire despectivo y me dijo: “Guárdalo, capitán Moin, porque va a coger un aire”. Yo

respondí con la obediencia y dije: “No hay inconveniente; tú eres la dueña y yo soy el colmado de favores, pero, hija legítima, puesto que lo que te tienta no es este grueso vergajo de confite, este instrumento con sus adornos, ¿por qué me has obsequiado con dos bolsas llenas y me has tocado el ombligo y me has traído hasta aquí, a este callejón oscuro, favorable a los saltos de toda clase?”. Ella me respondió: “Eres el hombre de esta ciudad en el que más confío y por eso te he escogido, pero es por otro motivo distinto del que tú crees”. Yo dije: “¡Oh mi dueña, cualquiera que sea el motivo, es de mi agrado! ¡Dime qué servicio reclamas del esclavo que has comprado con dos bolsas de cien dracmas!”. Ella sonrió y me dijo: “Helo aquí: capitán Moin, soy una mujer que está enamorada perdidamente de una jovencilla. Su amor quema mis entrañas lo mismo que un fuego crepitante. Aunque tuviese mil lenguas y mil corazones esta pasión no sería más viva. Ahora bien, esta adorada mía no es otra que la hija del cadí de la villa. Entre ella y yo ha sucedido lo que ha sucedido; este es un misterio de amor. Entre ella y yo hay un trato apasionado que ha sido cerrado con promesas y juramentos, pues ella arde por mí con igual ardor y jamás se casará y a mí ningún hombre me tocará. Nuestras relaciones duran desde hace ya algún tiempo y hemos llegado a ser inseparables, estando siempre juntas, bebiendo en el mismo vaso y durmiendo en la misma cama, hasta que un día el cadí, su padre, ese maldito barbudo, supo nuestras relaciones y cortó por lo sano, aislando a su hija por completo y diciéndome a mí que me cortará las manos y los pies si vuelvo a entrar en su casa. Desde entonces no he podido ver a mi adorada, de la que sé que está como loca a causa de nuestra separación. Precisamente para alegrar mi corazón y darle algo de contento me he decidido a ir a tu encuentro, ¡oh inigualable capitán!, sabiendo que solamente de ti pueden venir la alegría y la felicidad”. ¡Oh mi señor, el sultán! Al oír estas palabras de la incomparable adolescente que tenía ante mi vista, quedé estupefacto en extremo y dije para mi colete: “¡Oh Alá todopoderoso! ¿Desde cuándo las jovencitas se transforman en jovencitos y las cabras en machos cabríos? ¿Qué clase de pasión y de amor puede ser la pasión de una mujer por otra mujer? ¿Cómo el cohombro y sus aditamentos pueden surgir de la noche a la mañana allí donde el terreno no está preparado para su cultivo?”. Golpeando mis manos una contra otra por la sorpresa, dije a la adolescente: “¡Por Alá, oh mi dueña! No comprendo nada del asunto. Primero explícamelo con todo detalle desde el comienzo, pues nunca he oído decir que las ciervas suspiren por las ciervas y las gallinas por las gallinas”. Entonces, ella me dijo: “Cállate, capitán, porque ese es un misterio de amor y pocas son las personas capaces de comprenderle...”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS TREINTA Y OCHO

Dijo Schehrazada:

—«“Conténtate con saber que cuento contigo para ayudarme a entrar en casa del cadí; haciéndolo así, habrás adquirido la gratitud de una mujer que no te olvidará”. Al oír todo aquello, todavía me sorprendí más y pensé: “¡Oh, Moin, hete aquí convertido ahora en encubridor de una mujer para con otra! ¡Es una aventura como no la hay igual en la historia del celestinaje! ¡Cómo no veo inconveniente en ello, puedes cargar con el asunto!”. Y dije a la adolescente: “Pichona mía, tu asunto es muy delicado, y, aunque no comprendo sus ventajas o inconvenientes, te pertenecen mi obediencia y devoción. Pero ¡por tu vida!, ¿cómo puedo ser útil en todo esto?”. La joven contestó: “Facilitándome una entrevista con mi adorada, la hija del cadí”. Yo respondí: “¡Eh, tórtola mía! ¿Dónde está esa bienaventurada hija del cadí? ¡Por tus gracias que la distancia que nos separa no es muy grande!”. En tono molesto, ella me contestó: “¡Pobre hombre! ¡No vayas a creerte que tengo tan poco sentido como para llevarte hasta la presencia de la jovencilla, no, por Alá! Simplemente quiero que me sirvas de bastón en mi camino hacia la astucia y la estratagema, pues he pensado, ¡oh capitán!, que solo tú podrías realizar lo que anhele”. Yo dije: “Escucho y obedezco, cordera mía, y entre tus manos seré un bastón ciego y sordo”. Entonces ella me dijo: “Escucha, pues, y obedece. Esta noche iré, vestida con mis más bellos trajes y envelada de tal forma que nadie más que tú podrá reconocermé en todo el barrio, a sentarme ante la casa del cadí, padre de mi amante; entonces tú y los guardias que están bajo tus órdenes, atraídos por el perfume penetrante que exhalaré, os dirigiréis hacia mí, y tú, avanzando respetuosamente, me preguntarás: ‘¿Qué haces aquí, a hora tan tardía, sola en la calle, oh dama de alto rango?’. Y yo te responderé: ‘¡Oh valiente capitán! Soy la hija del alcaide de la ciudadela y mi padre es emir del sultán. Hoy he salido de nuestra casa y del barrio y he venido a esta ciudad para hacer algunas compras. Una vez que compré lo que quería, vi que se me había hecho muy tarde, y, de vuelta a mi barrio de la ciudadela, vi que las puertas estaban cerradas; entonces esperando encontrar alguna persona conocida en cuya casa pasar la noche, regresé a la ciudad, pero para desgracia mía no he encontrado a nadie, y, desolada al verme así, yo, la hija de noble sangre, vine a sentarme en el quicio de esta morada, que me han dicho que es la casa del cadí, a fin de sentirme protegida con su amparo. Por la mañana volveré a casa de mis padres, que deben darme por muerta o por lo menos perdida’. Entonces tú, capitán Moin como eres inteligente, al ver que estoy vestida con ricas telas, pensarás: ‘Un musulmán no debe dejar en la calle a una mujer tan bella y joven, toda cubierta de perlas y alhajas, que podría ser violentada y robada por bandoleros. Por otra parte, si tal cosa sucediese en el barrio, capitán Moin, serías el responsable del atentado ante nuestro dueño el sultán. Es preciso, que de una manera u otra, tomes bajo tu protección a esta encantadora persona. Voy a colocar, pues a su lado a uno de mis hombres armados a fin de que la escolte hasta la mañana, o, mejor

sería, ya que no puedo tener confianza en mis guardias, buscarle cobijo sin tardanza en alguna morada respetable de gentes honorables que la albergasen hasta la mañana con todo honor. ¡Por Alá!, no veo dónde podría estar mejor, por todos conceptos, que en la casa del cadí, a cuya puerta ha ido a sentarse. Introduzcámosla, pues, en su casa, y, sin dudarlo, recogeré algún beneficio, sin contar con la gratitud de esta adolescente, cuyos ojos han producido un incendio en mis entrañas'. Después de reflexionar de esta manera, harás resonar el aldabón de la puerta del cadí y me harás entrar en su harén, así podré reunirme con mi amante y mis deseos se verán satisfechos. Este es mi plan, ¡oh capitán!, y esta mi explicación". Entonces, ¡oh mi señor el sultán!, respondí a la adolescente: "¡Que Alá aumente sus favores sobre ti, oh mi dueña! Es un plan asombroso y fácil de ejecutar. La inteligencia es un don del retribuidor". Y después de acordar con ella la hora del encuentro, le besé la mano y cada uno de nosotros siguió su camino. Cuando llegó la tarde, después de la hora de reposo y pasada la de la oración, salí a la cabeza de mis hombres armados con sables desnudos a fin de efectuar mi ronda nocturna. Después de recorrer algunos barrios, al filo de la medianoche nos encontramos en la calle en la que debía esperamos la mujer de extraños amores. El olor a perfume que sentí a la entrada de dicha calle me hizo presagiar su presencia, y pronto oí el tintineo de sus brazaletes y ajorcas y dije a mis hombres: "Creo ver algo en la sombra. ¡Qué agradable perfume!". Ellos miraron en todas direcciones, a fin de descubrir la causa, y entonces vimos a la bella en cuestión, cubierta de sedas y brocados que nos contemplaba con semblante inquieto. Yo me aproximé a ella haciéndome el ignorante, y le dije: "¿Quién eres tú, bella dama, para así estar sola a estas horas, sin temor a la noche ni a los paseantes?". Ella me contestó lo que habíamos convenido y me volví hacia mis hombres como para pedirles consejo, y ellos me dijeron: "¡Oh jefe! Si te parece bien, vamos a llevar a esta mujer a tu casa, donde estará mejor que en ninguna otra parte. Ella será de tu agrado sin duda alguna porque, ciertamente, es rica, bella y bien parecida: harás lo que te parezca y por la mañana la devolverás a su cariñosa madre". Yo me exclamé: "¡Deteneos! Contra vuestras palabras, yo me refugio en Alá. ¿Es que mi casa es digna de recibir a la hija de un emir? Además, sabed que mi casa está muy lejos de aquí. Lo mejor será pedir hospitalidad para ella en la casa del cadí del barrio". Mis hombres asintieron y llamaron a la puerta de la casa del cadí, que en seguida se abrió, y el cadí en persona, apoyado en dos negros, apareció en el umbral. Después de los saludos de una y otra parte, le conté el asunto y le sometí el caso, en tanto que la adolescente se mantenía aparte, pudorosamente envuelta en sus velos. El cadí me respondió: "¡Que ella sea bien venida! Mi hija la acogerá de modo que no quede descontenta". Y dejé bajo su custodia aquel depósito peligroso, peligro viviente y, mientras él la conducía al harén, yo me perdí de su vista. A la mañana siguiente volví a la casa del cadí para recuperar el depósito que le había confiado; en el camino me iba diciendo: "La noche habrá transcurrido en blanco para estas jóvenes. Pero ciertamente que mis sesos se cansarían antes que consiga saber lo que ha pasado entre aquellas dos gacelas

enamoradas. ¿Se habrá oído hablar alguna vez de una aventura parecida?”. Con estos pensamientos, llegué a la casa del cadí, y, apenas había entrado, oí un rumor extraordinario de servidores espantados y mujeres asombradas, y, de repente, el cadí en persona, aquel jeque de blanca barba, se precipitó hacia mí, gritando: “¡Desvergonzado! ¡Has traído a mi casa una persona que me ha robado toda mi fortuna. Es preciso que la encuentres, si no, iré a quejarme al sultán, que te hará sufrir la muerte roja!”. Y como yo le pidiese más detalles, me explicó, en medio de fuertes interjecciones, amenazas, gritos e injurias, que por la mañana aquella a quien había dado asilo a petición mía, había desaparecido de su harén sin despedirse, y que con ella había desaparecido también su cinturón, que contenía seis mil dinares de oro, que eran toda su fortuna, y añadió: “Tú conoces a esa mujer y por consiguiente es a ti a quien reclamo ese dinero”. ¡Oh, mi señor! De tal modo me sorprendió aquella noticia que me fue imposible articular una sola palabra y, mordiéndome los puños, me decía: “¡Oh alcahuete! Hete aquí sumido en la pez y el alquitrán. ¿Dónde estás tú y dónde estará ella?”. Al cabo de un momento, pude hablar y dije al cadí: “Si la cosa ha pasado así, es que debía suceder, porque aquello que debe acontecer no puede ser evitado. Concédeme solamente tres días de plazo para ver si puedo averiguar algo acerca de esa persona; si no lo consiguiera, podrás poner en ejecución tu amenaza concerniente a la pérdida de mi cabeza”. El cadí me miró atentamente y me dijo: “Te concedo los tres días que pides”. Yo salí de allí, todo pensativo, diciéndome: “Ciertamente, eres un idiota, un zopenco y un imbécil, ¿cómo vas a poder reconocer en medio de la ciudad de El Cairo a una mujer velada? ¿Cómo harás para ver en los harenes, donde no se puede entrar? ¡Detente! Mejor será que te pases durmiendo estos tres días de plazo y que en la mañana del tercero te presentes en la casa del cadí para darle cuenta de tu responsabilidad”. Habiendo tomado esta decisión, me tendí sobre mi estera, sobre la que pasé los tres días en cuestión, rehusando salir a la calle, pero sin poder cerrar los ojos, tan preocupado estaba por aquel maldito asunto. Cuando terminó el plazo, me levanté y salí para ir a casa del cadí. Con la cabeza baja me encaminaba hacia mi condenación, cuando al pasar por una calle que no estaba lejos de la morada del cadí, percibí tras una ventana enrejada a la adolescente causa de mis tribulaciones. Ella me miró riendo y me hizo con los ojos un guiño que quería decir: “¡Sube rápidamente!”. Me apresuré a aceptar aquella invitación y, olvidando el saludo, le dije: “Hermana mía, estaba buscándote por todos los rincones de la ciudad. ¡En qué maldito asunto me has embarcado! ¡Por Alá que me vas a hacer conocer la muerte negra!”. Ella vino hacia mí, y, abrazándome y estrechándome contra su pecho, me dijo: “Capitán Moin, ¿cómo puedes tener tanto miedo? No me cuentes nada de lo que te ha pasado, porque lo sé todo, pues para sacarte del embrollo he esperado al último momento. Precisamente para salvarte te he llamado, cuando fácilmente hubiese podido dejarte seguir tu camino hacia la condenación irremediable”. Yo se lo agradecí, y, como estaba tan encantadora, no pude menos de besarle la mano a pesar de ser la causa de mi presente calamidad; ella me dijo: “Estate tranquilo y calma tu

inquietud, ya que no te sucederá ningún mal. Por otra parte, levántate y mira”. Y tomándome de la mano, me introdujo en una habitación en la que había dos cofres repletos de joyas, rubíes y otras piedras preciosas, así como otros objetos raros y suntuosos; y abriendo otro cofre que estaba lleno de oro, lo colocó ante mí y dijo: “Pues bien, si así lo deseas, puedes coger de este cofre los seis mil dinares de oro que han desaparecido del cinturón del cadí, padre de mi adorada, pero, capitán, convéncete de que si he robado ese dinero solo ha sido por venganza, pues sé que es tan avaro e interesado como orgulloso; no es por codicia por lo que lo he hecho, pues cuando se es tan rica como yo, no se roba. Por otra parte, su hija sabe muy bien que esto lo he hecho por apresurar los designios de su destino. Suceda lo que suceda, he aquí mi plan para acabar de quitarle la razón a ese viejo macho cabrío tullido. Escucha mis palabras y retenlas en tu memoria”. Se interrumpió un momento, para continuar diciendo: “Helo aquí. Vas a ir en seguida a casa del cadí, que se debe de estar consumiendo de impaciencia, y le dirás: ‘Señor cadí, he pasado tres días efectuando pesquisas por toda la ciudad respecto a esa joven, a la que por recomendación mía concediste hospitalidad por una noche y a la que ahora acusas de haberte robado seis mil dinares de oro. Ahora bien; yo, el capitán Moin, sé con toda seguridad que esa mujer no ha salido de tu casa después de haber entrado, porque a pesar de todas las pesquisas de todos mis hombres y de todos los capitanes de policía de los otros barrios, no se han encontrado huellas ni vestigios de ella, y ninguna de las mujeres que hemos enviado como espías a los harenes ha conseguido noticias de ella. Ahora, tú, cadí, afirmas y declaras que la joven te ha robado; esta afirmación deberás probarla. Porque yo no sé, ¡por Alá!, si en este asunto extraordinario, esa mujer no ha sido víctima en tu propia casa de algún atentado o acaso objeto de alguna malvada maquinación. Puesto que nuestras pesquisas han demostrado que no se encuentra en la ciudad, sería conveniente, señor cadí, efectuar un registro en tu casa, a fin de comprobar si hay algún rastro de su persona y asegurarnos de la exactitud o falsedad de mi suposición. ¡Y más sabio es Alá!’. De esta manera, capitán Moin — continuó la adolescente prodigiosa—, el acusador se convertirá en acusado y el cadí verá ennegrecerse el mundo ante sus ojos, sentirá gran cólera y poniéndose como un pimiento, gritará: ‘¡Eres muy osado, Moin, al hacer tales suposiciones! Pero ¡no te detengas y comienza en seguida tus pesquisas!, y, cuando se haya probado que no estás en lo cierto, el castigo que te dé el sultán te lo habrás merecido’. Entonces, tú, acompañado de tus hombres como testigos, harás un registro en la casa y no me encontrarás. Una vez que hayas registrado, primero las terrazas, después las habitaciones, los cofres y los armarios, sin resultado alguno, bajarás la cabeza muy azorado y comenzarás a lamentarte y a excusarte. En ese momento, estarás en la cocina de la casa y, como por casualidad, mirarás hacia el fondo de una gran tinaja de aceite, después de haber levantado su tapa, y exclamarás: ‘¡Eh, un instante! ¡Atención! ¡Ahí dentro se ve algo!’, e introduciendo tu brazo en la tinaja, palparás en el fondo un lío de ropas y, al retirarlo, verás, como todos los asistentes, mi velo, mi

camisa, mis bragas y lo demás de mi atavío. Todas estas prendas estarán manchadas de sangre coagulada. Al ver esto, el cadí se sentirá confundido, y, palideciendo, temblarán sus rodillas y creará morir, y, si no muere de repente, hará todo lo posible para que su nombre no se vea mezclado en esta aventura extraña y comprará tu silencio a peso de oro. Esto es todo lo que te pido, capitán Moin”. Al oír este discurso, comprendí el maravilloso plan que ella había combinado para vengarse del cadí y admiré su espíritu ingenioso, su astucia e inteligencia, y desde entonces me consideré fuera de peligro, quedando como estupefacto y aturdido, pero no tardé en recuperarme, y, pidiendo permiso para retirarme, le besé la mano; ella, entregándome una bolsa con cien dinares de oro, me dijo: “Esto es para tus gastos de hoy, dueño mío. Pero ¡por Alá!, que pronto conocerás mejor la generosidad de tu deudora”. Yo le agradecí el regalo, y tan encandilado estaba por ella, que no pude menos de decirle: “¡Por tu vida, dueña mía! Cuando este asunto esté terminado a tu entera satisfacción, ¿consentirás en ser mi esposa?”. Ella se rio y me dijo: “Tú olvidas, Moin, que ya estoy casada y ligada por unas promesas juradas a aquella que es la dueña de mi corazón; pero ¡solo Alá conoce el porvenir, y sucederá aquello que deba suceder!”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS TREINTA Y NUEVE

Ella dijo:

«“Salí de su casa, colmándola de bendiciones, y en seguida me presenté con mis hombres ante el cadí, que al verme, exclamó: ‘¡He aquí a mi deudor!’ . Yo respondí: ‘¡Oh sidi cadí! Mi cabeza no está a la altura de la del señor cadí y no tengo a nadie de alta alcurnia que me apoye, pero si el derecho está de mi parte, se demostrará claramente’. El cadí, furioso, gritó: ‘¿Qué hablas tú de derecho? ¿Acaso piensas disculparte para escapar si no has podido encontrar a la mujer y mis bienes? ¡Por Alá que la distancia entre el derecho y tú es considerable!’ . Entonces, yo, con gran seguridad, le miré fijamente a los ojos y le conté la asombrosa historia que llevaba preparada, y que, de acusador, lo convirtió en acusado. Su resultado fue exactamente el que había previsto la jovencita, porque el cadí, indignado, vio que el mundo se ennegrecía ante sus ojos, su pecho se llenó de cólera y su rostro se puso como un pimiento, gritando: ‘¿Qué dices, el más insolente de los soldados? ¿No te da miedo hacer tales suposiciones a mi costa, en mi casa y ante mí? Pero ¡no te detengas! Puesto que sospechas, puedes hacer averiguaciones, y cuando se haya probado que has actuado arbitrariamente, el sultán te castigará con dureza’. Al hablar así, parecía una marmita puesta al rojo en la que se hubiese vertido agua fría. Invadimos su casa e

inspeccionamos todos los rincones y escondrijos, de arriba abajo, sin olvidar un cofre, un armario o un agujero. En medio de la búsqueda, no dejé de percibir, escapando de habitación en habitación, a la encantadora gacela de cuya pareja estaba yo enamorado; para mí mismo pensaba: ‘¡El nombre de Alá sobre ella y sobre el autor de sus días! ¡Qué talle y qué flexibilidad! ¡Qué belleza y qué elegancia! ¡Bendito sea el seno que la ha llevado, y alabanzas al creador que la moldeó en el molde de la perfección!’. Y comprendí un poco el motivo por el que tal adolescente podía subyugar a otra, semejante a ella, y me dije: ‘A veces la rosa se inclina hacia la rosa y el narciso hacia el narciso’. Tan feliz me sentía con tal hallazgo, que hubiese querido intimar sin tardanza con aquella adolescente prodigiosa, y demostrarle que no era yo incapaz de pensamientos delicados y de discernimiento. De esta suerte, llegamos por fin a la cocina, acompañados del cadí, que estaba más furioso que nunca, sin haber descubierto rastro ni vestigio alguno de la mujer. Siguiendo las instrucciones de mi sabia maestra, fingí sentirme muy apenado por mi proceder arbitrario, y me excusé por mi indelicateza, humillándome ante el cadí, pero solo con el propósito de no delatar el golpe preparado. El espíritu poco sutil del cadí no podía menos de dejarse atrapar en la tela de araña, y aprovechó la ocasión para anonadarme con lo que él creía ser su triunfo, diciéndome: ‘Y bien; insolente, hijo de mentiroso, ¿en qué han quedado tus amenazadoras acusaciones y tus imputaciones ofensivas? Pero, estate tranquilo, que pronto verás lo que cuesta perderle el respeto al cadí de la ciudad’. Mientras tanto, yo me había apoyado en una enorme tinaja de aceite, y, después de haber retirado la tapa, eché un vistazo dentro. Y de súbito, levantando la cabeza, exclamé: ‘¡Por Alá! ¡Creo sentir el olor de la sangre dentro de esta tinaja!’; e introduciendo mi brazo en su interior, saqué el fardo de vestidos manchados de sangre que había arrojado la adolescente antes de marcharse. Allí estaban su velo, su pañuelo para la cabeza, sus bragas, su camisa, sus babuchas y otras prendas de las que no me acuerdo, todas manchadas de sangre. Como había previsto la adolescente, el cadí, al ver aquello, se anonadó y quedó estupefacto; su tez palideció, sus piernas temblaron, y, cayendo patas arriba, quedó desvanecido. Cuando recuperó el sentido, no dejé de vanagloriarme del cambio de la fortuna, diciéndole: ‘Y bien, sidi cadí; ¿quién de nosotros dos es el mentiroso y quién el veraz? ¡Alabanzas a Alá! Heme aquí disculpado de haber perpetrado el pretendido robo en connivencia con la joven. Pero tú, ¿qué has hecho de tu sagacidad y jurisprudencia? Y, siendo rico y versado en leyes, ¿cómo tomas sobre tu conciencia el dar asilo a una pobre mujer para traicionarla, robarla y asesinarla, no sin antes haberla violado probablemente, de la peor manera? He aquí un hecho reprochable del que es preciso que en seguida informe a nuestro señor el sultán, pues no cumpliría con mi deber si silenciase el asunto, y, como nada tengo que ocultar, no perderé de golpe ni mí cabeza ni mí puesto’. El infortunado cadí, en el colmo del estupor, permanecía ante mí con los ojos como platos, aparentando no entender ni comprender nada de todo aquello; lleno de turbación y de angustia, continuó inmóvil, semejante a un árbol muerto. Su espíritu se

oscureció y no supo distinguir su brazo derecho del izquierdo ni lo verdadero de lo falso. Cuando se recuperó un poco de su embarazo, me dijo: ‘Capitán Moin, es un asunto tan oscuro, que solo Alá puede comprenderlo, pero si no lo divulgas, no te arrepentirás de ello’. Hablando así, comenzó a colmarme de elogios y alabanzas y me entregó un saco que contenía tantos dinares de oro como había perdido. De este modo compró mi silencio y extinguió un fuego que podía haberle ocasionado muchos disgustos. Entonces pedí licencia al cadí, que se quedó anonadado, y fui a dar cuenta del asunto a la adolescente, quien me recibió riendo, diciéndome: ‘Seguramente que le cuesta la vida’. Y, ¡oh mí señor!, no habían pasado tres días, cuando me llegó la noticia de la muerte del cadí, a consecuencia de la rotura de la vejiga de la hiel. No dejé de visitar a la adolescente, para comunicarle lo ocurrido, y los sirvientes me informaron de que su ama acababa de partir, con la hija del cadí fallecido, hacia una propiedad que tenía a orillas del Nilo, cerca de Tantah. Yo, maravillado por todo aquello; sin llegar a comprender lo que podrían hacer juntas aquellas dos gacelas, hice todo lo posible por encontrar sus huellas, sin conseguirlo. Desde entonces, espero que algún día quieran ellas darme noticias suyas, aclarándome un asunto tan difícil de comprender. Tal es la historia, ¡oh mi señor el sultán!, y tal es la aventura más singular entre todas las que me han sucedido desde que ejerzo las funciones que tu confianza me encomendó”». Cuando el capitán de policía Moin Al-Din acabó su relato, un segundo capitán avanzó hasta el sultán Baibars, y, después de expresar sus votos y buenos deseos, dijo: «Yo, ¡oh nuestro señor!, te referiré una aventura también muy personal, y que, sí Alá lo quiere, te agradará escuchar». Y, en seguida, dijo:

HISTORIA CONTADA POR EL SEGUNDO CAPITÁN DE POLICÍA

«Sabe, ¡oh mí señor el sultán!, que, antes de aceptarme por esposo la hija de mi tío, que Alá tenga en su misericordia, me dijo: “¡Oh hijo de mi tío!, si Alá así lo quiere, nos casaremos; pero no seré tu esposa sin que aceptes de antemano mis condiciones; son tres: ni una más ni una menos”. Yo respondí: “No hay inconveniente; pero dime qué condiciones son esas”. “No tomarás hachís —prosiguió ella—, no comerás sandía y no te sentarás jamás en una silla”. Yo dije: “¡Por vida tuya, oh hija de mi tío, que esas condiciones son duras! Pero las acepto con todo mi corazón, tal como son, aunque no comprendo el motivo”. Ella repuso: “Así son, y hay que tomarlas o dejarlas”. “Las tomo”, concluí yo. Se celebró, pues, nuestro matrimonio y todo pasó como debía pasar, viviendo algunos años en perfecta unión y tranquilidad, hasta que un día vino a mí memoria lo de las tres famosas condiciones a propósito del hachís, las sandías y la silla; y quise saber a toda costa el porqué de aquello, diciéndome: “¿Qué interés puede tener la hija de tu tío en prohibirte estas tres cosas? Aquí hay algún misterio que he de aclarar”. Y, decidido en mi ánimo, entré en la tienda de uno de mis amigos, comenzando por sentarme en una silla de paja. Luego elegí una excelente sandía que, previamente puesta a refrescar en agua, comí con delicia, y un grano de hachís, finalmente, me llevó a un estado de dulce

placidez. Yo me sentía dichoso, tanto como mí trasero, privado durante tanto tiempo del placer de las sillas. Pero ¡oh mi señor!, cuando regresé a mí casa, he aquí lo que ocurrió. Al entrar, mí mujer se levantó con viveza, y, cubriéndose el rostro con un velo como si yo fuera un extraño, llena de coraje y despecho, gritó: “¡Oh perro hijo de perro!, ¿es así como cumples tus promesas? ¡Vamos, sígueme!”. Y, a buen paso, me llevó hacia la casa del cadí para plantear el divorcio. Yo, aún adormecido por el hachís, pesado el vientre por la sandía, y el cuerpo agradecido por haber gozado, después de tanto tiempo, de una silla bajo las nalgas, intenté revestirme de audacia negando mis tres fechorías. Pero apenas esboqué un gesto de negación, mi esposa exclamó: “¡Calla, proxeneta! ¿Vas a negar la evidencia? Hueles a hachís, y mi nariz no se equivoca. Te has atracado de sandía, pues veo la prueba en tus vestidos. Y, en fin, has puesto tu sucio trasero sobre una silla, puesto que noto en tu ropa las rayas visibles que ha dejado la paja del asiento. No soy, pues, nada para ti, ni tú eres nada para mí”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CUARENTA

Schehrazada dijo:

—«Y, después de hablar así, terminó de envolverse en sus velos y me arrastró, a pesar mío, hasta el cadí. Cuando estuvimos en su presencia le dijo: “¡Oh mi señor el cadí!, esta tu servidora está unida en legítimo matrimonio con este hombre abyecto que se halla ante ti. Ahora bien, antes de casarnos puse tres condiciones que él aceptó, respetándolas hasta hoy mismo, que las ha violado. Según lo estipulado, entiendo que a partir de este momento, y conforme a derecho, dejo de ser su esposa. En consecuencia, vengo a pedir mi divorcio y a reclamar mi ajuar y mi pensión”. El cadí pidió conocer las referidas condiciones, y ella se las detalló, añadiendo: “Y este hijo de ahorcado se ha sentado en una silla, ha comido sandía y ha tomado hachís”. Y a continuación expuso las pruebas que tenía contra mí, sin que yo, confundido, me atreviera a negar, contentándome con permanecer con la cabeza baja. El cadí, que era hombre de buenos sentimientos y se apiadó de mí, dijo a mi esposa, antes de pronunciar sentencia: “Tú, hija de gentes de bien, estás en tu derecho, pero también debes ser misericordiosa”. Y como ella se obstinara en no querer escuchar, el cadí y los que allí estaban con él se pusieron a rogarle con insistencia para que, por aquella vez, me perdonara. Ella se mostró inflexible, y entonces la instaron para que simplemente se abstuviera de proseguir la tramitación del divorcio hasta después de haber reflexionado sobre ello, vista la unanimidad en las súplicas, por si resultaba

más razonable diferir de momento su demanda, dejándola para otra ocasión, en caso de necesidad. Entonces, mi esposa, un poco apaciguada, acabó diciendo: “Bien, consiento en reconciliarme con él, pero bajo la condición expresa de que el señor cadí halle respuesta a una cuestión que voy a proponerle”. El cadí concedió, diciendo: “Propón la cuestión, mujer”. Y ella prosiguió: “Primero soy hueso, luego nervio, y finalmente carne. ¿Quién soy yo?”. El cadí bajó la cabeza para meditar, acariciándose la barba y permaneciendo callado un buen rato, pero no halló respuesta, y, volviéndose a mi esposa, le dijo: “Hoy me encuentro fatigado por una prolongada audiencia, pero yo te ruego que vuelvas mañana, y, como habré tenido tiempo para consultar mis libros de jurisprudencia, responderé a tu pregunta”. Levantó la audiencia en el acto y se retiró a sus habitaciones, y tan absorbido estaba por el problema en cuestión, que ni tocó siquiera la comida que su hija, una adolescente de catorce años y medio, acababa de servirle. Completamente obsesionado, repetía a media voz: “Primero soy hueso; luego nervio; después carne. ¿Quién soy? ¡Sí!, ¿quién soy? ¿Quién es él? ¿Qué será ello?”. Miró y remiró en sus libros de jurisprudencia, de medicina, en gramáticas y tratados científicos, y en parte alguna halló la solución del problema, ni nada que de cerca o de lejos pudiera ponerle en vías de conseguirlo. Y al fin, fatigado exclamó: “¡No, por Alá, hay que renunciar! ¡Ningún libro me aclarará esto jamás!”. Su hija, que, observándole, notó su preocupación, cuando le oyó pronunciar estas últimas palabras, dijo: “¡Oh padre mío, estás inquieto y preocupado! ¿Qué es lo que tienes?”. “¡Oh hija mía! —repuso él— es algo que no puedo explicarte; un problema sin solución”. Pero ella insistió: “Dime de qué se trata. ¡Nada se oculta a la sabiduría del altísimo!”. Entonces él se decidió a enterar a su hija del asunto, exponiéndole la cuestión planteada por mi esposa. La niña se echó a reír, y dijo: “¿Y este es el problema insoluble? Es clarísimo: su solución creo que es esta: por su vigor, dureza y resistencia, el priapo del hombre, desde los quince hasta los treinta y cinco años, es comparable a un hueso; desde los treinta y cinco hasta los sesenta, a un nervio, y después de los sesenta, no es más que un colgajo de carne sin ninguna virtud”. Oyendo a su hija, el cadí exclamó: “¡Alabanzas a Alá, dispensador del don de la inteligencia! ¡Oh hija mía bendita; has salvado el honor de tu padre e impedido la separación de unos esposos!”. Y al día siguiente, muy de mañana, se levantó e, impaciente, corrió a la sala de justicia, donde presidía las sesiones, y, después de una larga espera, llegó por fin la mujer en cuestión, o sea, mi esposa. Después de los saludos de una y otra parte, mi mujer dijo al cadí: “Y bien, señor, ¿has hallado la solución del problema planteado en la cuestión que te expuse ayer?”. “¡Alabanzas a Alá, que me ha iluminado! —repuso el cadí—. ¡Oh hija de gentes de bien!, deberías haberme propuesto una cuestión un poco más difícil, pues esta se resuelve muy fácilmente. Todo el mundo sabe que el *zib* de los hombres, de quince a treinta y cinco años parece de hueso; de treinta y cinco a sesenta se parece a un nervio, y después de los sesenta no es más que un pedazo de carne sin otras consecuencias”. Mi esposa, que conocía bien a la hija y que sabía de

su inteligencia, adivinó lo que había pasado, y, burlona, dijo al cadí: “Ella no tiene más que catorce años y medio, pero su cabeza corresponde a una edad del doble o más de años. ¡Felicidades! ¡Felicidades! ¿Hasta dónde va a llegar, a este paso? Muchas mujeres ya hechas y derechas no harían otro tanto. Tiene excelente disposición para las ciencias y su porvenir será brillante”. Y sin más, me indicó por señas que abandonáramos la sala de sesiones y salimos, dejando al cadí desconcertado y confundido en presencia de todos los que allí estaban». El segundo capitán, terminado su relato, se retiró a su puesto y el sultán Baibars le dijo: «¡Los misterios de Alá son insondables! ¡Esta historia es una asombrosa historia!». Entonces avanzó el tercer capitán de policía, que se llamaba Ez Al-Din, y, después de besar el suelo ante Baibars, dijo: «Por mi parte, ¡oh rey de los tiempos!, nada sobresaliente me ha sucedido en toda mi vida que sea digno de contarse ante tu alteza. Ahora bien, si me lo permites te contaré una historia que, por impersonal que ella sea, no es por eso menos atractiva y prodigiosa. Hela aquí:

HISTORIA CONTADA POR EL TERCER CAPITÁN DE POLICÍA

Quiero que sepas, ¡oh mi señor!, que la madre de este tu esclavo sabía un gran número de historias de los tiempos antiguos y, entre las muchas que le oí referir, un día me contó esta: En una comarca, a la orilla de la mar salada, hace mucho tiempo que vivía un pescador casado con una mujer muy hermosa. Esta mujer hacía dichoso a su marido, que, a su vez, la hacía feliz a ella. Todos los días el pescador se dedicaba a su tarea y con el producto de la pesca vivían ambos con lo justo. Ahora bien, una vez cayó enfermo y durante todo un día no hubo en la casa nada que comer, diciéndole su esposa al día siguiente: “Sí que esto va bien; ¿es que no vas a ir hoy a pescar? ¿De qué vamos a vivir, si no? Vamos, levántate, y, como te hallarás fatigado, yo llevaré la red y los trebejos. Con dos solos peces que pesquemos podremos venderlos y tendremos al menos con qué cenar”. El pescador dijo: “Está bien”. Y llevando la mujer la red y lo demás, echó a andar y su esposa tras él, hasta que llegaron al borde del mar y buscaron un sitio con pesca abundante, al pie del palacio del sultán. El sultán, precisamente en aquel momento, se hallaba contemplando el mar desde una de las ventanas del palacio, y, tan pronto como vio a la mujer del pescador se prendó de ella inmediatamente. En seguida llamó a su gran visir y le dijo: “¡Oh mi visir! Acabo de ver a la mujer de ese pescador que anda por ahí abajo y me he enamorado apasionadamente de ella, pues es tan bella que no hay en mi palacio nada que pueda comparársele ni de cerca ni de lejos”. El visir respondió. “El asunto es delicado, ¡oh rey de los tiempos! ¿Qué hemos de hacer, pues?”. Y el sultán repuso: “No hay que dudarle. Es preciso que hagas detener al pescador por la guardia del palacio y que tú mismo lo mates. Yo, después, desposaré a su mujer”. El visir, que era un hombre prudente y juicioso, dijo: “No es lícito que lo mates sin que él haya cometido ningún delito, pues todo el mundo reprobaría tu conducta. Se diría, por ejemplo: ‘El sultán ha matado a un pobre pescador para apropiarse de su esposa’”. Y

el rey respondió: “Es cierto, ¡por Alá! ¿Qué podría hacer, entonces, para satisfacer mi deseo con esa hermosa?”. El visir dijo: “Puedes conseguir tus propósitos por medios lícitos. Como tú sabes, la sala de audiencias del palacio tiene doscientos pies de larga, lo mismo que de ancha, y podemos hacer venir al pescador y decirle: ‘Nuestro amo el sultán desea poner un tapiz en esta sala y quiere que todo él sea de una sola pieza. Si no lo traes, te mataremos’. De esa manera su suerte estará justificada, sin que pueda decirse que ha sido por causa de su mujer”. El sultán respondió: “Bien”. Y entonces el visir envió a buscar al pescador, y cuando se lo trajeron lo condujo a la sala en cuestión diciéndole, en presencia del sultán: “Tú, pescador; nuestro amo el sultán quiere que pongas en esta sala un tapiz que sea de una sola pieza. Te da un plazo de tres días, pasados los cuales, si no traes el tapiz, serás arrojado al fuego. Escribe, pues, en este papel, comprometiéndote a ello, y pon tu sello”. Después de oír al visir, el pescador respondió: “Bien. Pero ¿qué sé yo de tapices? Soy un pescador y puedes pedirme pescados de todas las clases y colores, que yo te los traeré; pero tapices, ¡por Alá que ni me conocen ni yo los conozco, ni siquiera por su olor o su color!”. Pero el visir repuso: “Es inútil que pronuncies más palabras ociosas. El rey lo ha ordenado así”. Y el pescador dijo: “¡Por Alá!; lo mismo da escribir un compromiso que ciento, desde el momento en que heme aquí convertido en fabricante de tapices”. Y golpeándose las manos una contra otra, salió colérico del palacio y volvió junto a su esposa. La mujer, viéndolo en aquel estado, le preguntó: “¿Por qué estás enfadado?”. “¡Calla —contestó él—, y no me preguntes nada! Vámonos, recogeremos los cuatro trapos que tenemos y huiremos de este país”. “¿Por qué?”, preguntó ella. “Porque el rey me matará en el plazo de tres días”, respondió él. La mujer volvió a preguntar: “¿Y por qué?”. Y el pescador exclamó: “¡Quiere que yo le proporcione un tapiz de doscientos pies en cuadro, para la sala de audiencia de su palacio!”. “¿Y nada más que eso?”, replicó ella. Y él asintió: “Sí, nada más”. Entonces la esposa dijo: “Pues puedes estar tranquilo, que mañana tendrás el tapiz en cuestión para que lo extiendas en la sala del rey”. “¡Ya no me faltaba más que esto! —repuso él—. ¿Te has vuelto loca como el visir? ¿Qué sabemos nosotros de tapices?”. Pero ella insistió: “¿Quieres ese tapiz ahora mismo? Puedo enviarte por él, y, si tú lo traes, tenerlo aquí en seguida”. Él dijo: “Sí, prefiero que sea cuanto antes y ahora mejor que mañana. De esta manera me aseguraré y podré dormir tranquilo”. “Puesto que así lo deseas —prosiguió ella—, ve a tal sitio, cerca de los jardines, y allí encontrarás un árbol retorcido, bajo el cual hay un pozo. Te inclinas sobre el pozo y, mirando hacia adentro, gritarás: ‘¡Oh tú!, tu amiga querida tal te envía sus saludos por mi mediación, rogándote que me entregues el huso que, con la prisa por llegar a su casa antes de anoecer, olvidó ayer, pues queremos tapizar una habitación con dicho huso’”. Y el pescador dijo a su esposa. “Bien”. Fue, pues, sin pérdida de tiempo al pozo en cuestión bajo el árbol retorcido, y, asomándose, gritó: “¡Oh tal! Tu querida amiga cual te envía sus saludos y te dice: ‘Dame el huso que dejé olvidado, pues queremos tapizar con él una habitación’”. En seguida, la que estaba dentro del pozo,

¡solo Alá sabía quién era!, contestó: “¿Podría rehusar algo a mi amiga querida? Aquí tienes el huso; cógelo y ve a tapizar y amueblar como te plazca esa habitación. Después, no te olvides de devolvérmelo trayéndolo aquí”. El pescador dijo: “Así lo haré”. Y tomando el uso que surgió del pozo, lo metió en su bolsillo y se fue camino de casa, diciéndose: “Esta mujer me ha vuelto tan loco como ella”. Siguió andando y cuando llegó a su casa dijo a su esposa: “¡Oh hija de mi tío, aquí tienes el huso!”. Ella contestó: “Bien, ahora vete a ver a ese visir que quiere tu muerte y dile: ‘Dame un clavo’. Cuando te lo haya dado, lo clavas en un extremo de la sala y, atando a él el cabo del hilo, irás, según vayas girando el huso, extendiendo un tapiz de la anchura que tú desees”. El pescador exclamó: “¡Oh, mujer!, ¿quieres que antes de morir, las gentes se burlen de mí, tomándome por un loco? ¿Cómo quieres que salga de este huso un tapiz de doscientos pies?”. Y ella, ya enfadada, replicó: “¿Vas o no vas? ¡Calla ya, hombre, y haz lo que te he dicho!”. El pescador salió en dirección al palacio, llevando el huso y diciéndose para sí: “No hay recurso y poder más que en Alá, el omnisciente. He aquí, ¡oh pobre!, que ha llegado el último día de tu vida”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CUARENTA Y UNA

Dijo Schehrazada:

—«Fue en busca del rey y del visir, y, al verle, este, mirando a todos lados, le dijo: “¿Dónde está el tapiz, pescador?”. El hombre respondió: “Lo tengo aquí, en mi bolsillo”. Ambos se echaron a reír exclamando: “¡He aquí que hay quien tiene gana de bromas cuando va a morir!”. Y el visir, burlándose, le preguntó: “¿Es que un tapiz de doscientos pies es como la pelota de un niño, que puede meterse en el bolsillo?”. El pescador replicó: “Esto no os incumbe. Me habéis pedido un tapiz y yo os lo traigo; nada más podéis reclamarme. En lugar de reírte de mí, ¡oh visir!, proporcióname un clavo y el tapiz aparecerá ante vosotros, extendido en esta misma sala”. El visir, riendo de la locura del pescador, trajo el clavo, y al pasar junto al portaalfanje, que se hallaba presente, le dijo al oído: “Quédate ahí, junto a la puerta, y como este desgraciado no va a tapizar la sala, cuando lo creas oportuno, sin esperar mi orden, sacas el sable y haces que vuele su cabeza”. El portaalfanje respondió: “Está bien”. Y el visir, entregando el clavo al pescador, le dijo: “Ahora haznos ver el tapiz”. El pescador clavó el clavo en un extremo de la sala y, atando a él el cabo del hilo enrollado en el huso, comenzó a hacer girar a este, diciendo para sí: “¡Gira maldito, que no me librarás de la muerte!”. Pero he aquí que un magnífico tapiz fue desenrollándose y extendiéndose a lo largo y a lo ancho de la sala, tapiz que no tenía

parigual entre todos los del palacio, y tanto el rey como el visir se quedaron estupefactos, mientras que el pescador, sin decir nada, los contemplaba tranquilo. Al cabo de un rato, el visir después de cruzar una mirada de inteligencia con el rey, dijo al pescador: “El rey está satisfecho de ti, pero aún te pide una cosa: has de traer un niño cuya edad no debe exceder de ocho días, y este niño debe contar a nuestro amo el rey una historia que empiece con una mentira y acabe con otra”. El pescador, oyendo aquello, dijo al visir: “¿Nada más que eso? ¡Por Alá, que no es mucho pedir! Bien que yo no sabía hasta ahora que los niños de ocho días pudieran hablar y contar historias, empiecen o no con una mentira, y acaben o dejen de acabar con otra mentira, aunque se tratara incluso de los hijos de los espíritus malignos”. Pero el visir replicó: “¡Cállate! La palabra y los deseos del rey no admiten objeciones. Te damos para ello un plazo de ocho días, pasados los cuales, si no traes al niño en cuestión, habrá llegado el fin de tus días. Suscribe, pues, tu compromiso”. El pescador dijo: “Bien, he aquí mi sello, ¡oh visir! Séllalo tú mismo en mi lugar, pues yo solo entiendo de arreglar mis redes. Conque aquí lo tienes y sella con él cien compromisos en lugar de uno solo, si así te place. Respecto al niño, Alá el generoso proveerá”. El visir escribió él mismo el compromiso en cuestión, lo selló con el sello del pescador y este se fue un tanto amoscado. Y llegó junto a su esposa, diciéndole: “¡Levántate y huyamos de aquí! ¡Ya te lo decía yo, sin que quisieras escucharme! ¡Levántate, que yo me voy!”. Ella dijo: “¿Por qué razón? ¿Es que el tapiz no ha salido del huso?”. “¡Ha salido! —exclamó él—. Pero ese proxeneta de visir, hijo de perro, me pide ahora un niño de ocho días, y el tal niño debe contar una historia y esta historia ha de ser una sarta de mentiras. Y para esto, ha tenido a bien concederme un plazo de ocho días”. La mujer respondió: “Bien; pero no te enfades, hombre. Los ocho días no han pasado todavía y aún tenemos tiempo para pensar en ello y encontrar alguna solución”. Llegó la mañana del octavo día y el pescador dijo a su esposa: “¿Has olvidado que hoy termina el plazo para presentar al niño en cuestión?”. Ella respondió: “Bien; ve al pozo que ya conoces y, después de devolver el huso a la que te lo dio, le das las gracias y le dices: ‘¡Oh tú!; tu amiga querida te envía saludos y te ruega que le prestes al niño que nació ayer, pues lo necesitamos para cierto asunto’”. Oyendo a su mujer, el pescador exclamó: “¡Por Alá! No conozco a nadie tan estúpido y loco como tú, si no es ese perro de visir. ¿Cómo, oh mujer, reclamándome el visir un niño de ocho días lo pones tú aún más difícil, ofreciéndome uno de solo un día, que ha de saber hablar con elocuencia y contar historias?”. “¡No te mezcles en esto —replicó ella— y haz lo que te he dicho!”. “¡Bien —exclamó él—; hoy es el último día de mi vida!”. Y saliendo de su casa, echó a andar hasta que llegó al pozo, arrojando el huso en su interior y gritando: “¡Ahí está el huso!”. Luego añadió: “¡Oh tú!, tu amiga querida te envía sus saludos y te pide que le prestes el niño que nació ayer. Tenemos necesidad de él para un asunto y ha de ser en seguida. De lo contrario caerá mi cabeza de sobre mis hombros”. Entonces, la que vivía en el pozo, ¡solo Alá la conocía!, respondió: “Aquí lo tienes; cógelo”. Y el pescador cogió al niño que le

ofrecían, mientras la ocupante del pozo le decía: “Pronuncia sobre él la fórmula contra el mal de ojo”. El pescador hizo lo que se le pedía, diciendo: “*¡Bismillah errahaman errahim!*”. Y llevando al niño en sus brazos se fue hacia su casa. Por el camino iba diciéndose: “¿Será posible que haya niños, aunque sean hijos de los genios subterráneos, no ya de un día, sino de treinta, que puedan contar historias?”. Y con intención de asegurarse, habló al niño que, envuelto en pañales, llevaba entre sus brazos, diciéndole: “Veamos, niño; háblame un poco para que yo vea si el día de hoy es o no el último de mi vida”. Pero el niño, oyendo la áspera voz del pescador, se asustó, haciendo lo que todos los niños, a saber: encogerse, contraer las facciones en un gesto característico en ellos antes de iniciar el llanto, llorar y orinarse a más y mejor. El pescador llegó a su casa empapado, diciendo a su mujer: “Aquí está el niño, ¡y que Alá me proteja! Todo lo que sabe se reduce a llorar y orinarse. ¡Mira cómo me ha puesto el hijo de perro!”. Pero ella replicó: “¿Por qué te entrometes en esto? ¡Ruega al profeta, oh hombre, y no hagas más que aquello que yo te diga! Preséntate sin tardanza ante el rey y ya verás si el niño sabe o no contar historias. Solo tienes que preocuparte de pedir para él tres cojines y de ponerle sobre un diván, colocando uno de los cojines a su derecha, otro a la izquierda y el tercero bajo su espalda, encomendándote luego al profeta”. “Para él la oración y la paz”, respondió el hombre. Y en seguida salió, llevando en sus brazos al recién nacido y dirigiéndose al encuentro del rey y de su visir. Cuando el visir vio llegar al pescador con aquel niño de pañales se echó a reír y le dijo: “¿Este es el niño?”. “¡Sí!”, contestó el pescador. Y el visir, inclinándose sobre el pequeño, y con la voz que suele emplearse para hablar a los bebés, le dijo: “¡Ah, mi niño!”. El pequeñuelo, por toda respuesta, arrugó la nariz y dejó escapar de su boca algo como: “Ua, ua”. Y el visir, muy contento, fue junto al rey y le dijo: “He hablado al niño, pero no me ha respondido, contentándose con llorar y hacer: ‘¡Ua, ua!’”. Creo, pues, que aquí termina lo que nos estorba, o sea, la vida del pescador. Ahora bien, la prueba debe hacerse ante la asamblea de visires, emires y notables, y, en presencia de todos, leeré las cláusulas del compromiso contraído por el pescador, a quien mataremos después. De esta manera podrás disfrutar de la hermosa sin que nadie tenga derecho a murmurar a cuenta tuya”. El rey aprobó, diciendo: “Me parece bien, visir”. Tan pronto como la asamblea estuvo reunida, ambos entraron en la sala y, sobre la marcha, se hizo comparecer al pescador. El visir leyó ante todos el compromiso sellado y dijo: “Ahora, pescador, muestra el niño que va a hablarnos”. El pescador contestó: “Primero necesito tres cojines y luego el niño hablará”. Se le trajeron tres cojines, y el pescador puso al pequeñuelo en medio de un diván, colocándole cómodamente con la ayuda de dichos cojines. Luego el rey preguntó al hombre: “¿Es este el niño que va a contarnos una historia que sea toda una sarta de mentiras?”. Antes que el pescador tuviera tiempo de responder, el niño de un día dijo: “Lo primero, mis saludos para ti, ¡oh rey!”. Los visires, emires, notables y todos los allí presentes se quedaron de una pieza, y el rey, en el colmo de la estupefacción, devolvió el saludo al niño, diciéndole: “Cuéntanos, niño prudente,

esa historia que es un pastel de mentiras”. El niño le contestó, diciendo: “Hela aquí: Una vez, estando yo todavía en todo el vigor de mi juventud, paseaba por los alrededores de la ciudad; hacía calor, acertando a pasar por allí un vendedor de sandías, y, como me hallara sofocado y sediento, compré una por un dinar de oro. La tomé, corté una raja y la comí, refrescándome. Después, mirando al interior de la sandía, vi allí una ciudad con su ciudadela, y, sin dudarlo un momento, levanté una pierna, luego la otra, y entré en la sandía. Ya dentro me dediqué a pasear, admirando las tiendas, las casas, los habitantes y todo lo demás de aquella ciudad alojada en el interior de la sandía. Continué paseando hasta salir al campo y me hallé de pronto ante una palmera cuyos dátiles tenían una longitud de más de una vara. Deseé aquellos dátiles y trepé a la palmera con intención de coger tres o cuatro de ellos y comérmelos; pero me encontré arriba con unos *fellahs* que sembraban trigo en la palmera, saliendo en seguida espigas que eran recogidas por otros *fellahs*, desgranándolas y obteniendo así trigo limpio. Seguí en la palmera durante un buen rato y vi que alguien rompía los huevos de un nido; me fijé con más atención y noté que salían polluelos, yendo los machos hacia un lado y las hembras hacia otro. Me quedé observándolos y advertí que crecían prodigiosamente, viéndolos aumentar de tamaño a simple vista; yo me apliqué a reunir a los pollitos con las pollitas, dejándolos muy contentos, y me dirigí a otra rama. En ella me encontré un asno cargado con pasteles de sésamo, y, como me gustan mucho, comí uno, disponiéndome a seguir comiéndolos, pero cuando quise alcanzar el segundo me hallé fuera de la sandía, que se volvió a cerrar, quedando entera como antes de cortarle la raja. Tal es la historia que quería contaros”. Acabado el relato del recién nacido, el rey dijo: “¡Ah jeque de los mentirosos! ¡He aquí un tapiz de falsedades! ¿Piensas que hemos creído ni una sola palabra de esa historia? ¿Desde cuándo las sandías contienen en su interior ciudades? ¿Cómo puede ser que los huevos, rotos sin más en el nido, produzcan pollos? Confiesa, pues, niño prudente, que toda tu historia no es sino un amasijo de mentiras”. “No lo niego —repuso el niño—; pero tampoco tú, oh rey, deberías negar ni ocultar tus verdaderos sentimientos respecto de este pobre pescador, a quien quieres matar a toda costa para luego disponer a tu antojo de su esposa, la bella mujer que viste desde tu ventana, cuando ella se hallaba a la orilla del mar. ¿No te da vergüenza, siendo sultán y rey, querer apropiarte de lo que no te pertenece, ante Alá que todo lo ve, perjudicando a un semejante como este pobre pescador, que no puede defenderse por ser mucho menos rico y poderoso que tú? ¡Juro por Alá y los méritos del profeta, ¡para él la oración y la paz!, que si desde ahora mismo no dejas en paz a este hombre, desistiendo de tus malos propósitos hacia su mujer, haré que desaparezca hasta el recuerdo de ti y de tu visir!”. Después de decir esto último con voz terrorífica, el niño envuelto en pañales dejó a todo el mundo sobrecogido de espanto, y, dirigiéndose al pescador, le dijo: “Ahora, ¡oh mi tío!, sácame de aquí y llévame a tu casa”. El pescador cogió al recién nacido y, sin ser molestado por nadie, salió del palacio muy contento, dirigiéndose hacia su casa.

Cuando su esposa supo todo lo ocurrido, le dijo: “Ahora es preciso que sin pérdida de tiempo dejes al niño allí donde lo cogiste, sin olvidarte de dar las gracias a mi amiga querida y de preguntarle por su salud”. El pescador respondió: “Está bien”. E hizo todo lo que ella le había dicho que hiciera; después de lo cual, ya de regreso a su casa, hizo sus abluciones, recitó la oración, estuvo sobre su bella esposa lo que solía estar de ordinario y en adelante vivieron dichosos y prosperaron. Y esto es todo». Acabada la historia el tercer capitán de policía volvió a su sitio y el sultán Baibars dijo: «¡Admirable historia! ¡Qué lástima, capitán Ez Al-Din, que no nos hayas dicho lo que fue del rey y del pescador!». Entonces avanzó el cuarto capitán de policía, que se llamaba Mohi Al-Din, y dijo: «Si me lo permites, ¡oh rey!, yo proseguiré esa historia, cuya continuación es aún más asombrosa que su comienzo». Y el sultán Baibars dijo: «Ciertamente que te lo permito». Entonces el capitán Mohi Al-Din dijo así:

HISTORIA CONTADA POR EL CUARTO CAPITÁN DE POLICÍA

«Algún tiempo después, la esposa del pescador tuvo un hijo, al que sus padres, en recuerdo del otro niño que les había sacado del compromiso, llamaron Mohamed-el-Prudente, y este niño nació bello como su madre. Al mismo tiempo nació un hijo del sultán, y este otro niño era feo y del color de los hijos de los *fellahs*. Ahora bien, ambos fueron a la misma escuela para aprender a leer y escribir y siempre que el hijo del rey, perezoso y poco inteligente, veía al hijo del pescador, estudioso y despierto, le decía: “¡Ah, hijo del pescador, que tengas un día dichoso!”. Y le llamaba así para humillarle. Mohamed-el-Prudente respondía: “Y que también tú, hijo del sultán, seas hoy dichoso, blanqueándose tu cara, negra como correa de zueco viejo”. Durante un año los dos niños continuaron juntos en la misma escuela, saludándose siempre de esta manera, hasta que un día el hijo del sultán, muy fastidiado, contó la cosa a su padre, diciéndole: “El hijo del pescador, ese perro, me saluda todos los días diciéndome: ‘Tú, cuya piel está renegrada como correa de zueco viejo’”. El rey lo tornó muy a mal, pero no atreviéndose, recordando el pasado, a castigar por su propia mano al hijo del pescador, llamó al maestro de escuela y le dijo: “¡Oh jeque! Si te decides a matar al niño Mohamed, el hijo del pescador, te haré un buen regalo, dándote concubinas y hermosas esclavas blancas”. El maestro de escuela se regocijó interiormente y respondió: “¡A tus órdenes, oh rey de los tiempos! Todos los días daré una tanda de palos a ese niño, hasta que muera agotado”. Cuando al siguiente día Mohamed-el-Prudente llegó a la escuela y se disponía a leer el *Corán*, el maestro ordenó a los otros alumnos: “¡Tended en el suelo al hijo del pescador!”. Los escolares, según costumbre, cogieron a Mohamed y lo echaron sobre el suelo, sujetándole los pies en el cepo de madera. Entre tanto, el jeque maestro de escuela asió la verga y comenzó a golpear al muchacho en las plantas de los pies, hasta que salió sangre y empezaron a hinchársele pies y piernas, diciéndole: “Mañana volveremos a empezar, ¡cabeza dura!”. El muchacho, tan pronto como se vio libre del

instrumento de tortura, huyó de la escuela, echando las piernas al viento, y, cuando llegó junto a sus padres, les dijo: “¡Ved, por culpa del hijo del sultán el jeque de la escuela me ha maltratado despiadadamente! ¡No quiero volver a esa escuela; seré un pescador como mi padre!”. “Bien, hijo mío”, contestó el pescador. Y dándole una red y un cesto, le dijo: “Aquí tienes los útiles para la pesca. Desde mañana irás a pescar, aunque solo ganes lo imprescindible para vivir”. Así pues, al día siguiente, despuntando el alba, Mohamed arrojó su red a la mar, sacando de primera intención un solo pececillo. El muchacho, recogiendo la red, se dijo. “Lo asaré en sus propias escamas y me servirá de desayuno”. Luego amontonó hierbas secas y trozos de leña, les prendió fuego y ya se disponía a asar el pececillo, cuando este, abriendo la boca, le habló así: “¡No me quemes, Mohamed! Soy una reina entre las reinas del mar, y si me devuelves al agua donde estaba podré serte útil si te llegan malos tiempos, viniendo en tu ayuda siempre que me necesites”. El muchacho dijo: “Está bien”. Y devolvió al mar el pececillo en cuestión. Y esto es todo lo que se refiere a Mohamed-el-Prudente».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CUARENTA Y DOS

Ella dijo:

—«En cuanto al rey, pasado algún tiempo llamó al maestro de escuela y le preguntó: “¿Has matado ya al hijo del pescador?”. El maestro respondió: “Empecé mi plan, dándole un buen repaso con la verga hasta que quedó desvanecido, pero huyó de la escuela y no ha vuelto. Ahora se dedica a la pesca, como su padre”. El rey, al oír esto, le echó, gritando: “¡Vete, hijo de perro! ¡Maldito sea tu padre y ojalá se case tu hija con un cerdo!”. Luego llamó a su visir y le dijo: “El muchacho sigue vivo. ¿Qué haremos?”. El visir respondió: “Yo encontraré el medio para que muera”. “¿Y cómo vas a arreglártelas?”, inquirió el rey. El visir contestó: “Conozco a una adolescente muy bella, hija del sultán de Tierra Verde. Para llegar hasta este país es preciso emprender un viaje de siete años de duración. Llamaré al hijo del pescador y le diré: ‘El sultán nuestro amo tiene muy buen concepto de ti y te ha elegido para que vayas a Tierra Verde y traigas hasta aquí a la hija del sultán de dicho país. Nuestro amo el rey desea desposarla y cree que a nadie mejor que a ti podría encomendarse la misión de traer a la princesa’”. El rey respondió: “Me parece bien; haz venir al muchacho”. El visir requirió al joven Mohamed, que, muy a su pesar, se presentó en el palacio, y le dijo: “Nuestro amo el sultán quiere encargarte de traer hasta aquí a la hija del sultán de Tierra Verde”. El joven respondió: “¿Y desde cuándo conozco yo el camino que

lleva a ese país?”. “¡Es preciso!”, dijo el visir. Entonces Mohamed se marchó muy contrariado a contar el caso a su madre. Esta, después de escuchar a su hijo, le dijo: “Ve a pasearte por la orilla del río, cerca de su desembocadura, y verás cómo se disipa tu contrariedad”. Y el joven hizo lo que le aconsejaba su madre. Y he aquí que al llegar al borde del mar el pececillo, su conocido, salió del agua, y, desde la orilla, le saludó, diciendo: “¿Por qué estás enfadado, Mohamed-el-Prudente?”. “No me preguntes —respondió el joven—, puesto que la cosa no tiene remedio”. El pececillo prosiguió: “Para Alá todo tiene remedio”. “Sabrás -repuso Mohamed que ese visir de alquitrán me ha dicho: ‘Es preciso que vayas en busca de la hija del sultán de Tierra Verde’”. Y el pececillo dijo: “Bien, preséntate ante el rey y dile: ‘Iré a Tierra Verde y te traeré la hija del sultán; pero será preciso que hagas construir para mí una embarcación de oro y este oro se obtendrá de la fortuna del visir’”. El joven hizo lo que el pececillo le había dicho y el sultán, no pudiendo hacer otra cosa, mandó construir la barca a expensas del visir, que estuvo a punto de morir de rabia, y, cuando todo se halló dispuesto, Mohamed partió, remontando la corriente río arriba. El pececillo, su amigo, iba delante enseñándole el camino a través de las distintas desviaciones, hasta que llegaron a Tierra Verde. Una vez allí, Mohamed envió por delante a un pregonero, que voceaba: “¡Todos aquellos, sean hombres, mujeres, jóvenes o viejos, que quieran ver la barca de oro de Mohamed-el-Prudente, pueden bajar hasta la orilla del río!”. Y todos los habitantes de la ciudad, grandes y pequeños, hombres y mujeres, fueron acudiendo, durante ocho días, a contemplar la pequeña embarcación de oro. La hija del rey, no pudiendo resistir a la curiosidad, pidió permiso a su padre para ir también a contemplar la barca de oro. El rey consintió en ello, haciendo pregonar por toda la ciudad que aquel día, hasta que la princesa regresara de la orilla del río, nadie, desde las primeras horas de la mañana, podía salir de su casa. Cuando la hija del rey llegó para contemplar la pequeña embarcación de oro, preguntó a Mohamed si podía entrar en ella para ver su interior y el joven asintió, ayudando a la princesa a subir a la barca. En seguida, Mohamed-el-Prudente, viendo a la joven ocupada en observar todos los detalles de la embarcación, desamarró sin hacer ruido y zarpó. Cuando la princesa hija del sultán de Tierra Verde se cansó de curiosear y quiso salir de la embarcación, se dio cuenta de que iban navegando, lejos ya de la ciudad y preguntó a Mohamed: “¿Adónde me llevas?”. El joven respondió: “Vas al palacio de un rey que quiere desposarte”. “¿Por ventura ese rey es más bello que tú?”, repuso ella. “No lo sé —contestó él—, pero pronto vas a verlo con tus propios ojos”. Entonces ella, sacándose del dedo la sortija que llevaba, la arrojó al agua; pero el pececillo, que no se separaba de la barca, la cogió con la boca y continuó señalando el camino. Poco después la adolescente dijo a Mohamed: “Solo me casaré contigo y ahora deseo entregarme libremente a ti”. El joven dijo: “Bien”. Y allí mismo la poseyó, tomando su virginidad. Cuando llegaron a su destino, Mohamed, el hijo del pescador, se presentó al rey y le dijo: “Heme aquí de regreso con la hija del sultán de Tierra Verde. La princesa me envía para decirte que no

desembarcará mientras no ordenes extender tapices de seda verde que cubran el suelo desde el palacio hasta la ribera. Entonces verás con qué gracia marcha sobre ellos”. El rey dijo: “Se hará así”. Y a despecho del visir y con cargo a su fortuna, se compraron todos los tapices de seda verde que había en los mercados, cubriendo con ellos el suelo del trayecto que había de recorrer la princesa. Cuando todo estuvo dispuesto, la princesa saltó a tierra y marchó sobre los tapices, vestida de seda también verde. Y balanceándose airosa, maravilló a todos los que la contemplaban. El rey, tan pronto como la vio, se prendó de su belleza y, al entrar en el palacio, le dijo: “Esta misma tarde haré suscribir el contrato de matrimonio contigo”. La adolescente contestó: “Bien, pero si quieres desposarme, has de traerme la sortija que se me cayó al río. Después suscribiremos el contrato y seré tu esposa”. Y la sortija había sido entregada por el pececillo a su amigo Mohamed-el-Prudente, hijo del pescador. Por su parte, el rey llamó a su visir y le dijo: “La sortija de la princesa cayó al río y quiere que la recuperemos. ¿Qué haremos ahora y quién será capaz de encontrarla?”. El visir respondió: “¿Y quién mejor que ese maldito Mohamed, el hijo del pescador?”. Y hablando así, no pensaba en otra cosa sino en tender al joven una trampa, de la que al fin ya no pudiera escapar. El rey hizo venir a Mohamed a toda prisa y, cuando llegó, le dijo: “La princesa ha dejado caer una sortija en las aguas del río y nadie mejor que tú para encontrarla”. “Está bien —contestó el joven—; he aquí la sortija”. El rey la tomó y fue a entregarla a la princesa de Tierra Verde, diciéndole: “Aquí está tu sortija. Terminemos, pues, esta misma noche nuestro contrato de matrimonio”. “Me parece bien —dijo ella—; pero en mi país, cuando una joven se casa hay una costumbre que quiero respetar”. “Dínosla”, repuso el sultán. Y ella prosiguió: “Se cava una zanja desde la casa del novio hasta el mar y se la llena de troncos y haces de leña, a los que se prende fuego. El novio ha de ir por esta zanja, entre las llamas, hasta el mar, donde toma un baño, para después ir directamente a casa de la novia”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CUARENTA Y TRES

Schehrazada dijo:

—«De esta manera, queda purificado por el fuego y por el agua. Esta es la ceremonia que precede al contrato matrimonial en mi país”. El rey, que se había enamorado de la princesa, ordenó cavar la zanja en cuestión, llenándola de troncos y haces de leña, y, llamando a su visir, le dijo: “Prepárate para acompañarme mañana a la zanja”. Al día siguiente, llegado el momento de prender fuego a la leña de la zanja, el visir dijo al rey: “Lo mejor será que Mohamed se arroje al fuego el primero y así

veremos lo que sucede. Si sale sano y salvo, podremos arrojarlos nosotros sin temor”. El rey aceptó el consejo, diciendo: “Me parece bien”. Entre tanto, el pececillo había dicho a Mohamed: “Si el rey te llama y te ordena que te arrojes al fuego, no tengas miedo; tápate los oídos y presérvate pronunciando la fórmula: ¡En el nombre de Alá, el clemente sin límites, el misericordioso! Luego puedes echar a andar resueltamente por el canal de fuego”. En seguida el rey y el visir llamaron a Mohamed y le dijeron: “Arrójate al fuego y ve por la zanja hasta el mar, puesto que siendo tan avisado, tú podrás hacerlo”. El joven respondió: “¡Escucho y obedezco!”. Y tapándose los oídos y pronunciando interiormente la fórmula del *Bismillah*, echó a andar resueltamente por la zanja en llamas, saliendo junto al mar, aún más hermoso de lo que era antes. Y todos los que allí estaban se maravillaron de aquel portento. Entonces el visir dijo al rey: “Haremos lo mismo y saldremos tan embellecidos como el hijo del pescador, ese maldito. Llama a tu hijo para que venga también con nosotros y sea tan bello como sin duda lo seremos los tres al llegar al final de la zanja”. El rey llamó a su hijo, aquel que era tan feo y cuya piel estaba tan renegrida como correa de zueco viejo, y, cogiéndose de la mano, se arrojaron los tres a las llamas. Pronto no fueron más que un montón de cenizas. Luego, Mohamed-el-Prudente, el hijo del pescador, fue junto a la joven princesa, la hija del sultán de Tierra Verde, y una vez suscrito el contrato matrimonial, la desposó. Se sentó en el trono del imperio, y fue rey y sultán, llamando junto a sí a sus padres y viviendo todos juntos en el palacio, en plena felicidad y armonía. ¡Alabanzas a Alá, dueño de todas las prosperidades!». Cuando el capitán de policía Mohi Al-Din acabó de contar esta historia, y el sultán Baibars le hubo dado las gracias, expresándole su complacencia, volvió a su sitio. El quinto capitán, que se llamaba Nour Al-Din, avanzó, besó el suelo ante el sultán y dijo: «Yo, ¡oh señor!, te referiré una historia que no se parece a ninguna otra. Dice así:

HISTORIA CONTADA POR EL QUINTO CAPITÁN DE POLICÍA

Había una vez un sultán, que uno de tantos días llamó a su visir, y le dijo: “¡Visir!”. El aludido respondió: “¡Escucho y obedezco! ¿Qué se te ofrece, oh rey?”. “Quiero —continuó el sultán— que hagas grabar un sello cuya virtud consista en que, si estoy alegre, no pueda enfadarme, y si estoy enfadado, no pueda alegrarme. Es preciso que aquel que diseñe y grabe este sello se comprometa a adscribirle ese poder, y en cuanto a ti, te concedo un plazo de tres días para resolver el asunto”. El visir visitó a todos los que de ordinario hacían los sellos y amuletos, diciéndoles: “Grabadme un sello para el rey”. Y luego les explicaba qué era lo que quería; pero ninguno se comprometió a hacer un sello de tal naturaleza. Entonces el visir desistió de continuar sus gestiones, y se dijo: “En esta ciudad no conseguiré mi propósito. Es preciso intentarlo en otro país”. Salió, pues, de la ciudad, y ya en el campo, encontró a un jeque árabe que desgranaba trigo en su predio. Le saludó, diciendo: “¡La paz sea contigo!, ¡oh jeque de los árabes!”. Y el jeque le devolvió el saludo, preguntándole:

“¿Adónde vas, señor, con este calor?”. El visir respondió: “Viajo con motivo de cierto asunto que concierne al rey”. “¿Y qué asunto es ese?”, replicó el jeque. “El rey desea —continuó el visir— que se le grabe un sello con un poder tal, que quien lo posea, si está alegre, no pueda enfadarse, y si está enfadado, no pueda alegrarse”. El jeque de los árabes dijo: “¿Nada más que eso?»”. “Sí; nada más”, contestó el visir. Y el jeque, invitándole a sentarse, le dijo: “Voy a traerte algo de comer”. Dejó solo al visir por un momento, y fue junto a su hija, que se llamaba Yasmina, diciéndole: “Yasmina, hija mía, prepara algo de comer para un huésped”. “¿De dónde viene ese huésped?”, preguntó ella. El jeque contestó: “Viene de parte del sultán”; y ella continuó: “¿Y qué quiere?”. Y su padre le contó el asunto; pero no es de utilidad repetirlo. Yasmina preparó en seguida un plato de huevos, invirtiendo no menos de treinta y añadiendo manteca dulce en cantidad, y, entregándoselo a su padre, con ocho galletas de pan, dijo: “Da esto al viajero y dile que tu hija Yasmina, dama árabe, le saluda y se ofrece para grabar el sello. Además, le dirás esto: el mes tiene treinta días, el mar está hoy alto, y la semana tiene ocho días”. El padre llevó el plato de huevos al visir, y le dijo: “Mi hija Yasmina te saluda y dice que ella grabará el sello en cuestión. También me encarga decirte lo siguiente: el mes tiene treinta días; el mar está hoy alto, y la semana tiene ocho días”. El visir respondió: “Primero comeremos, y después ya veremos lo que pasa”. Cuando acabó de comer dijo al padre de Yasmina: “Dile a tu hija que me grabe el sello, pero que al mes le ha faltado un día; el mar ha estado seco, y la semana no ha tenido más que siete días”. La joven preparó el sello, componiéndolo en estos términos: “Todo sentimiento, bien sea de pena o de alegría, nos viene de Alá”. Y el visir, cuando lo tuvo en sus manos, dio las gracias a la dama y partió para llevárselo al rey. El sultán, después de hacerse cargo del sello y leer lo que en él estaba grabado, preguntó al visir: “¿Quién ha hecho este sello?”. “Yasmina —respondió—, una adolescente, dama de los árabes”. El rey, poniéndose en pie, ordenó: “Ven; llévame a casa de su padre para arreglar mi matrimonio con ella”. Entonces el visir guio al sultán hasta la casa del jeque de los árabes, y cuando llegaron le dijeron: “¡Oh jeque!, venimos para hacer alianza contigo”. “¿Por medio de quién?”, preguntó el jeque. Y el visir continuó: “Por mediación de la dama árabe Yasmina, tu hija, a la que nuestro amo el rey, aquí presente, quiere desposar”. “Bien —replicó el padre—. Somos sus servidores; pero mi hija será puesta en un platillo de una balanza, y su peso en oro en el otro. Este es su precio, pues Yasmina es muy cara al corazón de su padre”. El visir respondió: “No hay inconveniente”. Y fueron en busca del oro. Cuando lo trajeron, el jeque de los árabes puso a su hija en uno de los platillos de una balanza, mientras que en el otro se equilibró su peso con oro, suscribiéndose después el contrato matrimonial, y dando el rey una gran fiesta en el poblado de los árabes. Aquella misma noche, el rey entró en la habitación de la adolescente, tomando su virginidad, y a la mañana siguiente partió con su nueva esposa y la llevó a su palacio. Pasado algún tiempo, la hermosa Yasmina empezó a adelgazar y languidecer, y el rey, llamando al médico, le ordenó: “Examina a tu ama

Yasmina, pues no sabemos por qué adelgaza y se debilita”. El médico la examinó, y dijo al rey: “Ella no tiene costumbre de vivir en las ciudades; habituada al aire libre del campo, su pecho se resiente aquí”. “¿Y qué es preciso hacer?”, preguntó el rey. El médico aconsejó: “Ordena que le construyan un palacio al borde del mar, donde ella pueda respirar aire puro, y se pondrá aún más bella que antes”. El rey dio en seguida las órdenes oportunas, y se empezó a levantar un palacio en la orilla del mar, trasladándose a él, cuando estuvo terminado, la languideciente Yasmina, dama de los árabes».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CUARENTA Y CUATRO

Dijo Schehrazada:

—«Al poco tiempo de habitar en el nuevo palacio Yasmina se restableció por completo. Cierta día estando acodada en una ventana, contemplando el mar, vino un pescador a echar su red al pie mismo del palacio, y al sacarla no había en ella más que unas conchas, lo que le contrarió mucho. Entonces Yasmina, dirigiéndose al pescador, le dijo: “¿Quieres arrojar la red, esta vez por mi cuenta, y te daré un dinar de oro por tu trabajo?”. El pescador respondió: “Bien, mi ama”; y por cuenta de Yasmina echó la red al mar. Cuando la sacó, halló en ella un gran frasco de cobre rojo, que mostró a Yasmina, y en seguida la joven, envolviéndose en las ropas de la cama, a modo de velo, bajó junto al pescador, diciéndole: “Aquí tienes el dinar; dame tú el frasco”. Pero él respondió: “No, ¡por Alá!, no es el dinar lo que quiero a cambio del frasco, sino darte un beso en la mejilla”. En aquel preciso momento llegó el rey, quien, sacando su espada, mató al pescador y arrojó su cuerpo al agua. Después se volvió a Yasmina, y le dijo: “En cuanto a ti, no quiero volver a verte; ¡vete a donde quieras!”. Ella se fue, y durante dos días y dos noches anduvo errante, sufriendo hambre y sed, hasta que llegó a una ciudad. Allí se sentó a la puerta de la tienda de un mercader, donde permaneció desde la mañana hasta la hora de la oración del mediodía. El mercader, viéndola así tanto tiempo, acabó diciéndole: “¡Oh dama!, estás ahí desde las primeras horas de la mañana. ¿Qué te ocurre?”. Ella respondió: “Soy extranjera, no conozco a nadie en esta ciudad y desde hace dos días no he comido ni bebido”. Entonces el mercader llamó a un esclavo negro, y le ordenó: “Acompaña a esta dama hasta casa, y di que le den de comer y de beber”. El negro condujo a casa de su amo a la joven, y dijo a la esposa del mercader: “Mi amo te dice que des de comer y beber a esta dama». La mujer del mercader miró a Yasmina, y encontrándola más bella que ella misma, se dejó ganar por los celos. En seguida se

volvió hacia el negro, y le dijo: “Bien; acompáñala hasta la terraza, y que se instale en el gallinero”. El negro, cogiendo de la mano a Yasmina, la subió hasta el gallinero en cuestión, y la joven permaneció allí hasta la última hora de la tarde, sin que la mujer del mercader se ocupara de darle comida ni bebida. Entonces Yasmina se acordó del frasco de cobre rojo que llevaba encima, y se dijo: “Veamos si por casualidad tiene un poco de agua”. Destapó el frasco, que era de gran tamaño, y acto seguido, sin saber cómo, salió de allí una gran bandeja con manjares de toda clase, bebidas y una gran vasija llena de agua. Se lavó las manos, comió, bebió y quedó satisfecha y contenta, y cuando se disponía a cerrar de nuevo el frasco, salieron de él diez esclavas blancas con las castañuelas en la mano, poniéndose a danzar en el gallinero. Cuando terminaron la danza, cada una de ellas arrojó sobre el regazo de Yasmina diez bolsas con dinares de oro, entrando en el frasco de la misma manera que habían salido. Yasmina continuó en el gallinero durante tres días enteros, comiendo, bebiendo y divirtiéndose con las jóvenes del frasco, quienes, siempre que las hacía salir, le arrojaban, como la primera vez, bolsas llenas de oro, hasta el punto de hallarse ya el gallinero repleto de ellas hasta el techo. Pasados los tres días, ocurrió que el negro subió a la terraza para hacer sus necesidades, y viendo a la joven, quedó sorprendido, pues la creía ya muy lejos de allí, según le había dicho la esposa del mercader. Yasmina, al verle, le dijo: “¿Me ha enviado aquí tu amo para que me deis de comer, o lo ha hecho para dejarme morir de hambre y de sed?”. El esclavo respondió: “Mi amo está en la creencia de que te dio su pan y de que partiste en aquel mismo día”. Y echando a correr, fue a la tienda, y dijo a su amo: “Señor, la pobre dama que llevé hasta tu casa hace tres días está allí aún, en el gallinero, sin que durante este tiempo se le haya dado nada de comer ni beber”. El mercader, que era hombre de bien, salió en el acto de su tienda, y, muy indignado, llegó a su casa y se encaró con su mujer, diciéndole: “¿Cómo, oh maldita, no has dado nada de comer a esa pobre dama?”. Y cogiéndola por su cuenta, le dio una soberana paliza. Cuando se cansó de golpearla, tomó pan y alguna otra cosa que halló a mano, y, subiendo a la terraza, dijo a Yasmina: “¡Oh dama, no nos censures por nuestro descuido! Toma y come”. Ella contestó: “¡Que Alá aumente tus bienes! Te lo agradezco igual que si, con tu buena intención, hubieras llegado a tiempo. Ahora, si quieres seguir dispensándome tus favores, voy a pedirte una cosa”. El mercader respondió: “¡Habla, oh dama!”. “Querría —continuó ella— construir un palacio, fuera de la ciudad, que fuera dos veces más hermoso que el del rey”. “No hay inconveniente”, repuso él. Y ella, mostrándole el oro acumulado en el gallinero, dijo: “He aquí el dinero. Coge lo que haga falta; y si los albañiles trabajan ordinariamente por un dracma cada día, dales tú cuatro, para apresurar la construcción”. Y el mercader dijo: “Está bien”. Cogió dinero, reunió arquitectos y albañiles, y en poco tiempo quedó terminado un palacio dos veces más hermoso que el del rey. El mercader volvió entonces al gallinero, y dijo a Yasmina: “El palacio está a tu disposición”. Y ella respondió: “Coge más dinero y ve a comprar muebles y tapicerías. Búscame también servidores

negros que sean extranjeros y no hablen ni entiendan el árabe”. El mercader salió para cumplir los encargos de la joven, y cuando hubo realizado todo, regresó, diciendo: “¡Oh mi ama!, ahora ya puedes venir a tomar posesión de tu palacio, pues todo está a punto en él”. Y la dama, antes de abandonar el gallinero, dijo al mercader: “Este gallinero, donde he estado, queda lleno de oro hasta el techo; acepta este oro como regalo mío por las complacencias que has tenido para mí”. Y pidiendo licencia al mercader, salió y se dirigió a su palacio. En cuanto a su esposo el rey, que había matado al pescador, y a ella misma la despidiera de su lado, al cabo de algún tiempo se calmó y empezó a echarla de menos, sobre todo por las noches; hasta que una mañana, llamando a su visir, le dijo: “Quiero que nos disfrazemos y vayamos en busca de mi esposa Yasmina”. El visir respondió: “Escucho y obedezco”. Y salió del palacio con su amo, disfrazados ambos de mercaderes. Durante dos días recorrieron los caminos, preguntando e informándose en todas partes, hasta que llegaron a la ciudad donde ella se encontraba. Vieron su palacio en las afueras, y el rey dijo al visir: “Este palacio es nuevo aquí, pues no recuerdo haberlo visto en mis viajes anteriores. ¿De quién será?”. El visir respondió: “No sé. Quizá pertenezca a algún rey que haya conquistado la ciudad sin que llegara aún a nuestros oídos”. “¡Por Alá! — exclamó el rey—. ¡Eso puede ser! Para asegurarnos, vamos a enviar a un pregonero anunciando por toda la ciudad que, durante esta noche, nadie puede encender la luz en su casa. Así sabremos si los que habitan en ese palacio son súbditos obedientes o reyes conquistadores”. El pregonero fue por toda la ciudad voceando la orden en cuestión; y cuando llegó la noche, el rey y su visir se dedicaron a recorrer los distintos barrios, comprobando que en ninguna parte había luz salvo en el espléndido palacio, dentro del cual se escuchaban cantos y músicas de laúdes y guitarras. Entonces el visir dijo al rey: “¿Ves, mi señor? ¡Bien sospechaba yo que este país ya no nos pertenecía, y que en ese palacio se alojaban los conquistadores!”. El rey respondió: “¿Quién sabe? Vayamos a informarnos en la portería del palacio”. Y se acercaron al portero interrogándole; pero como se trataba de un berberisco que no comprendía ni una sola palabra del árabe, a todas las preguntas respondió diciendo: “Chanu”, que en su lengua significa: “No comprendo”. Y el rey y su visir, preocupados y medio muertos de miedo, no pudieron dormir aquella noche. A la mañana siguiente el rey propuso al visir: “Di al vocero que pregone la orden de ayer para esta noche también, y así tendremos la certeza de lo que sospechamos”. El vocero pregonó, la noche vino, el rey y su visir pasearon por la ciudad y la oscuridad reinó en todas las casas, excepto en el palacio, donde la iluminación era dos veces más intensa que la de la víspera. El visir, viendo aquello, dijo al rey: “Ahora ya estarás convencido de que es cierto lo que yo había dicho respecto de la conquista de este país por algún rey extranjero”. El rey contestó: “Es verdad. ¿Y qué haremos ahora?”. “Iremos a dormir —repuso el visir—, y mañana ya veremos”. Al otro día el visir dijo al rey: “Vamos a pasear, como todo el mundo, por los alrededores del palacio. Tú te quedarás abajo, y yo, sirviéndome de mi astucia, subiré y veré con mis

ojos y oiré con mis oídos quién es el rey y cuál es su país”. Cuando llegaron a la puerta del palacio, el visir, burlando la vigilancia de la guardia, consiguió llegar hasta una sala que tenía un trono, saludando a Yasmina, que se sentaba en él, creyendo saludar a un joven rey, pues de tal estaba ella disfrazada. La joven le devolvió el saludo, invitándole después a sentarse, y Yasmina, que había reconocido al visir y no ignoraba la presencia del rey su esposo en la ciudad, destapó el frasco, y, después de servirse los refrescos, salieron, de la forma que ya sabemos, las diez bellas esclavas blancas, que, provistas de castañuelas, se pusieron a danzar. Terminada la danza, cada una de ellas, como siempre lo hacían, arrojaron sobre el regazo de Yasmina diez bolsas llenas de oro. La joven las tomó, y, entregándoselas al visir, le dijo: “Acéptalas como regalo, puesto que, según veo, eres pobre”. El visir le besó la mano, diciendo: “¡Que Alá te conceda la victoria sobre tus enemigos, oh rey de los tiempos, y que te otorgue, para nuestro bien, una larga vida!”. Luego solicitó licencia y bajó en busca del rey, que estaba sentado al lado del portero. “¿Qué hiciste ahí arriba, visir?”, preguntó en seguida. Y el visir respondió: “¡Ya decía yo que esta tierra te había sido arrebatada! Piensa en que me ha regalado cien bolsas de oro, diciéndome: ‘Esto para ti, puesto que eres pobre’. ¡Eso es lo que me ha dicho! ¿Puedes dudar, pues, de que ha conquistado esta ciudad y este país?”. El rey dijo: “No; pero ¿tú lo crees así verdaderamente? Voy a intentar burlar yo también la vigilancia de la guardia, y veré si puedo llegar a ver a ese rey”. Y sin más, puso en práctica lo que acababa de decir. Cuando Yasmina, la dama de los árabes, le vio, le reconoció en el acto, pero lo disimuló y, levantándose del trono en honor suyo, le dijo: “Ten la bondad de sentarte”. Cuando el rey vio que aquel a quien había tomado por un extranjero se levantaba en su honor, se tranquilizó, pensando para sí: “Ciertamente que se trata de un simple particular y no de un rey, pues se levanta para recibir a quien no conoce”. Se sentó, y en seguida se le sirvieron refrescos, que bebió complacido, aventurándose a preguntar: “¿Quién sois?”. “Somos gente rica” —contestó ella—; y mientras hablaba, destapó el frasco, del que, una vez más, salieron las diez maravillosas esclavas blancas, que danzaron como de costumbre y arrojaron después, antes de desaparecer, diez bolsas de oro cada una en el regazo de Yasmina».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CUARENTA Y CINCO

Ella dijo:

—«El rey quedó maravillado de las virtudes de aquel frasco, y dijo a Yasmina: “¿Puedes decirme, oh hermano mío, dónde has comprado ese prodigioso frasco?”».

Ella respondió: “No lo he adquirido con dinero”. “¿Cómo, pues, lo adquiriste?”, repuso él. Y ella explicó: “Vi el frasco en poder de alguien, y yo dije a ese alguien: dame el frasco y pídemelo por él lo que quieras”. “Este frasco —me respondieron— no se vende ni se compra; pero si quieres llevártelo, has de hacer conmigo, una vez, lo que hace el gallo con la gallina. Hice lo que se me pedía y me llevé el frasco”. Cuando el rey oyó esto, dijo: “No está mal, y la cosa es fácil. Si quieres desprenderte del frasco en mi favor, yo consiento en que me hagas la misma cosa, no ya una sola vez, sino dos”. La dama, a quien él creía varón, respondió: “No, dos veces no es bastante cuando Alá abre las puertas del deseo”. “Entonces ven —dijo él—, y házmelo cuatro veces”. “Bien —repuso ella—; entremos en esa otra habitación contigua”. Y allí, Yasmina, viendo que el rey se ponía por las buenas en una postura adecuada para aguantar, no ya los cuatro asaltos convenidos, sino cuarenta, se echó a reír de tal manera, que cayó de culo. Luego, levantándose, dijo: “Y tú, ¡oh rey de los tiempos!, siendo rey y sultán, ¿te dejas encular por tan poca cosa? ¿Cómo es que teniendo tales ideas, llegaste a matar a un pobre pescador, solo por decirme: dame un beso y te daré este frasco?”. Oyendo estas razones, el rey quedó aturdido; y luego, reconociendo a su esposa, se echó a reír, y dijo “¿Eres tú, y todo esto es tuyo?”. Y abrazándose se reconciliaron, viviendo desde entonces juntos y felices. ¡Alabanzas a Alá, ordenador de la armonía y dispensador de las prosperidades y la dicha!». Y el capitán Nour Al-Din, terminando así de contar su historia, se calló. El sultán Baibars se congratuló de haberla escuchado, y dijo: «¡Por Alá, verdaderamente esta historia es extraordinaria!». Y en seguida, el sexto capitán de policía, que se llamaba Gamal Al-Din, se adelantó, se prosternó ante el sultán, y dijo: «Yo, ¡oh rey de los tiempos!, te contaré, si me lo permites, una historia que te agradará». Y Baibars le contestó: «Ciertamente que te lo permito». Y entonces el capitán Gamal Al-Din dijo:

HISTORIA CONTADA POR EL SEXTO CAPITÁN DE POLICÍA

«¡Oh rey de los tiempos! Había una vez un sultán que tenía una hija muy hermosa y mimada, y que, por otra parte, era muy coqueta, a la que llamaban Dalal. Pues bien, un día, mientras estaba sentada rascándose la cabeza, encontró un piojo al que estuvo contemplando durante un buen rato, y después se levantó, y, cogiéndolo entre sus dedos, fue hasta el almacén de las provisiones, en el que estaban alineadas grandes tinajas repletas de aceite, manteca y miel, y, abriendo una de las ocupadas con aceite, puso en su superficie al piojo, y, volviendo a colocar la tapa, se marchó. Pasaron días y años, y la princesa Dalal alcanzó su decimoquinto aniversario, y después de tanto tiempo, olvidó el piojo y su encierro en la tinaja; pero llegó un día en el que el piojo rompió la tinaja por la parte más gruesa y apareció semejante, por los cuernos y el tamaño, a un búfalo del Nilo.



El guardián que estaba encargado de la custodia de la despensa se aterrorizó y llamó a los criados a grandes voces, y entre todos cogieron al piojo de los cuernos y lo condujeron ante el rey, que preguntó: “¿Qué es lo que pasa?”. La princesa Dalal, que estaba presente, exclamó: “¡Pero si es mi piojo!”. El rey, estupefacto, le preguntó: “¿Qué dices, hija mía?”. Y ella le respondió: “Cuando yo era pequeña, un día, rascándome la cabeza, encontré este piojo, lo cogí y fui a meterlo en una tinaja de aceite. Y ahora que ha crecido ha roto la tinaja”. El rey, al oír aquello, dijo a su hija: “Hija mía, este es el momento de que busques marido, porque así como el piojo ha roto la tinaja hoy, mañana tú serás capaz de romper lo que sea, con tal de ir al encuentro de los hombres. ¡Que Alá nos proteja de las roturas!”. Después, volviéndose hacia su visir, le dijo: “Degüella al piojo, desuéllalo y cuelga su piel ante la puerta del palacio. Una vez hecho esto, llevarás contigo a mi portaespada y al jeque de los escribas de palacio, que tendrá ya escritos los contratos de matrimonio. Mi hija se casará con aquel que reconozca que la piel colgada a la puerta es la piel de un piojo; a los que no lo sepan se les cortará la cabeza, y su piel será colgada a la puerta al lado de la del piojo”. El visir mandó degollar al piojo acto seguido y colgó su piel a la puerta del palacio. Después fue al encuentro de un pregonero que proclamase por la ciudad: “¡El que reconozca de qué es la piel colgada a la puerta del palacio, se casará con Sett Dalal, la hija del rey; pero al que no lo consiga, se le cortará la cabeza!”. Muchos de los habitantes de la ciudad desfilaron ante la piel del piojo. Unos dijeron: “Es la piel de un búfalo”; y sus cabezas fueron cortadas. Otros dijeron: “Es la piel de un rebeco”, y también les cortaron la cabeza. Y de esta manera llegaron a estar colgadas al lado de la piel del piojo cuarenta cabezas y cuarenta pieles de hijos de Adán».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CUARENTA Y SEIS

Ella dijo:

—«Entonces llegó un adolescente, bello como la estrella Canope cuando brilla sobre el mar, y preguntó a las gentes: “¿Qué es eso que se ve ante el palacio?”. Y le respondieron: “Aquel que reconozca esa piel, se casará con la hija del rey”. El adolescente se presentó ante el visir, el portaespada y el jeque de los escribas, que estaban sentados ante la piel, y les dijo: “Yo os diré de quién es la piel”. Ellos le respondieron: “Bien, habla”. Y él les dijo: “Es la piel de un piojo que ha crecido en aceite”. Y el rey le dijo: “¡Es cierto! ¡Que se suscriba el contrato de tu matrimonio con mi hija!”. Y al instante se hizo el contrato y se celebraron las bodas y, el adolescente penetró en la cámara nupcial, y gozó de la virginal Dalal, que fue feliz entre los brazos del adolescente bello como la estrella Canope cuando brilla sobre el mar. Y juntos vivieron en el palacio durante cuarenta días, al cabo de los cuales el joven penetró en las habitaciones del rey, y le dijo: “Soy el hijo de un rey y sultán, y quisiera partir, llevándome a mi esposa conmigo, para ir a vivir al reino de mi padre”. El rey, después de tratar de retenerle algún tiempo, terminó por decirle: “Bien. Mañana, hijo mío, te entregaremos los regalos, esclavos y eunucos”. El joven replicó: “¿Para qué? Ya tenemos bastante; lo único que deseo es tener conmigo a mi esposa Dalal”. El rey le dijo: “Bien, tómala, pues, y parte. Pero te pido que junto con ella te lleves también a su madre, y también que sepamos dónde vive nuestra hija y así podamos ir a verla alguna vez”. El adolescente respondió: “¿Por qué fatigar inútilmente a su madre, que es una mujer de avanzada edad? Ya me encargaré yo de traer aquí a mi esposa todos los meses para que la veáis”. El rey consintió en ello, y el joven, llevando consigo a su esposa Dalal, partió con ella hacia su país. Pues bien, aquel adolescente tan bello no era sino un ogro de la especie más peligrosa; llevó a Dalal a su casa, que estaba situada en la solitaria cumbre de una montaña, y después se fue a sembrar el espanto en los caminos, a hacer abortar a las mujeres embarazadas, a asustar a las ancianas, a aterrorizar a los niños, a golpear las puertas, a gemir en la noche, a frecuentar viejas ruinas, a echar el mal de ojo, a visitar tumbas, husmeando alrededor de los muertos, y a cometer mil atentados, provocando otras tantas calamidades. Después de lo cual recuperó su forma de adolescente, y llevando en la mano, para su esposa Dalal, la cabeza de un hijo de Adán, le dijo: “Toma, Dalal, esta cabeza; cuécela al fuego y despedázala para que la comamos juntos”. Ella le respondió: “¡Es la cabeza de un hombre! ¡Yo no como más que cabezas de carnero!”. Él le dijo: “Bien”; y marchó a buscar un carnero que ella coció. Los dos continuaron viviendo en medio de aquellas soledades; Dalal, inerme frente a aquel ogro dedicado

a sus fechorías, y que siempre regresaba a su lado dejando tras él muerte, carnicería y asesinato. Al cabo de ocho días de aquel régimen de vida, el ogro salió, y, tomando el aspecto y la apariencia de la madre de su esposa, y poniéndose vestidos de mujer, regresó y llamó a la puerta. Dalal, mirando por la ventana, preguntó: “¿Quién llama a la puerta?”. El ogro, imitando la voz de la madre, le respondió: “Soy yo. ¡Ábreme, hija mía!”. La joven descendió rápidamente a abrir la puerta. Durante los ocho últimos días la joven se había quedado pálida y demacrada. El ogro, bajo la apariencia de su madre, después de abrazarla, le dijo: “He venido hasta tu casa, hija mía, porque hemos tenido noticias de que tu marido es un ogro que te hace comer carne de hijos de Adán. ¿Cómo te encuentras? Ahora que él no está aquí, vente y huye conmigo”. Pero Dalal, que no quería hablar mal de su marido, le respondió: “¡Alto ahí, madre mía! Aquí no hay ogro alguno ni nada que se le parezca. ¡Mi esposo es hijo de un rey y hermoso como la estrella Canope cuando brilla sobre el mar, y todos los días me ha dado carnero para comer!”. El ogro se marchó contento porque ella no había revelado su secreto, y, recobrando su primitiva forma, regresó, trayendo un carnero, y diciendo a su esposa: “Toma y cuécelo, Dalal”. Entonces ella le dijo: “Mi madre ha venido y me ha encargado que te salude”. Él le respondió: “Verdaderamente, lamento no haberme adelantado un poco para haber podido ver a la abnegada esposa de mi tío”. Y añadió: “¿Te gustaría ver a tu tía, la hermana de tu madre?”. Ella respondió: “¡Oh, sí!”. Él le dijo: “Bien, mañana le avisaré”. A la mañana siguiente, el ogro salió de madrugada, y se transformó en tía de Dalal, y, regresando, golpeó a la puerta. Desde la ventana, Dalal preguntó: “¿Quién está ahí?”. Él le contestó: “Abre, soy yo, tu tía. He pensado mucho en ti y vengo a verte”. La joven bajó y le abrió la puerta, y el ogro, disfrazado de anciana, besó a Dalal en los ojos, y, llorando a raudales, le dijo: “¡Ah hija de mi hermana! ¡Cuántos dolores y calamidades!”. Dalal le preguntó: “¿Pues qué ocurre, tía? ¿Acaso te encuentras enferma?”. La anciana le respondió: “¡No, hija de mi hermana!; yo solo sufro por ti, pues hemos tenido noticias de que te has casado con un ogro”. Pero la joven le respondió: “Alto ahí, ni una palabra más, tía. Mi esposo es el hijo de un rey y sultán, lo mismo que yo soy la hija de un rey y sultán, y sus tesoros son más grandes que los tesoros de mi padre, y por su belleza es semeja~te a la estrella Canope cuando brilla sobre el mar”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CUARENTA Y SIETE

Schehrazada dijo:

—«Después, le hizo comer una cabeza de cordero para demostrarle que en casa de su esposo no se comía carne de los hijos de Adán. Después de comer, el ogro se marchó contento y satisfecho, y no se olvidó de regresar bajo su apariencia de adolescente, con un cordero para Dalal y con la cabeza de un hijo de Adán, recién cortada, para él mismo. A su regreso, Dalal le dijo: “Mi tía ha venido a visitarme y me ha encargado que te salude”. Él le dijo: “¡Alabanzas a Alá! Tus parientes son muy amables al no olvidarnos. ¿Quieres mucho a tu otra tía, la hermana de tu padre?”. Su esposa le contestó: “¡Sí!”; y él le respondió: “Bien, mañana te la enviaré; pero después ya no verás a ninguno de tus parientes, pues tengo miedo de su lengua”. A la mañana siguiente se presentó ante Dalal bajo la forma de su tía, hermana de su padre, y después de los saludos de costumbre, la tía, sollozante y llorosa, le dijo a Dalal: “¡Qué desgracia y qué desolación ha caído sobre nuestras cabezas, hija de mi hermano! Hemos tenido noticias de que te has desposado con un ogro. Hija mía, dime la verdad, por los méritos de nuestro señor Mahoma, ¡sobre él la oración y la paz!”. Dalal no pudo ocultar por más tiempo el secreto que la agobiaba y, en voz baja y temblorosa, le dijo: “Debes saber que él me trae cabezas de adamitas, y como yo no las quiero, se las come él solo. ¡Ay!, temo que también me coma pronto a mí”. Apenas Dalal hubo pronunciado aquellas palabras, su tía, perdiendo su forma, se convirtió en un ogro de terrible aspecto que comenzó a rechinar los dientes. A su vista, Dalal fue presa de terror y espanto; él, muy enfadado, le dijo: “¡Ah, conque revelas en seguida mi secreto, Dalal!”. La joven se arrojó a sus pies, diciéndole: “Yo me pongo bajo tu protección, ¡perdóname por esta vez!”. Él le dijo: “¿Acaso tú me has disculpado ante tu tía? ¿Qué es lo que has hecho de mi honor? No, yo no puedo perdonarte. ¿Por dónde empezaré a comerte?”. Ella le respondió: “Si será porque ese es mi destino, pero hoy estoy sucia y el gusto de mi carne será desagradable a tu paladar. Espera a que primero vaya a los baños para allí lavarme; cuando salga, estaré blanca y limpia, por lo que el sabor de mi carne será delicioso para tu boca. Entonces es cuando podrás comerme, empezando por aquella parte que prefieras”. El ogro respondió: “Tienes razón, Dalal”. Y al momento trajo una gran cubeta de baño, así como toallas, y después fue a buscar a un ogro amigo, al que transformó en pollino, convirtiéndose él mismo en conductor de este, y, colocando a Dalal sobre el animal, salió con ella en dirección a los baños de la ciudad más próxima, llevando la cubeta para el baño sobre su propia cabeza. Una vez llegados a los baños, el ogro dijo a la mujer encargada de ellos: “He aquí tres dinares de oro para ti como regalo, para que hagas tomar un buen baño a esta dama, hija de reyes. Habrás de devolvérmela tal como te la entrego”. Y saliendo de la casa, se sentó ante la puerta. Dalal entró en la primera sala de los baños, que era la de espera, y se sentó sobre el banco de mármol, sola y triste, teniendo a su lado la cubeta y el paquete de sus vestidos. En tanto que las demás jóvenes entraban, se bañaban, se daban masajes y salían contentas y alegres, jugando entre ellas, Dalal, lejos de estar alegre como las demás, lloraba silenciosamente en su rincón. Algunas de las jóvenes se dirigieron a ella, diciéndole:

“¿Qué tienes, hermana, y por qué lloras? Levántate en seguida, desvístete y toma un baño con nosotras”. Ella les respondió: “¿Acaso un baño puede quitar las penas? ¿Qué es lo que puede remediar las desgracias irreparables? —y añadió—: Sí, es hora de bañarse”. Mientras tanto, había entrado en los baños una anciana vendedora de cacahuets, llevando sobre la cabeza su cesta con la mercancía; las jóvenes se le acercaron, y unas le compraron por valor de una piastra, otras por valor de media... Dalal, queriendo distraerse también, comiendo cacahuets, llamó a la anciana vendedora y le dijo: “Ven, ¡oh tía mía!, y dame cacahuets por valor de media piastra solamente”. La vendedora se le aproximó y le entregó una medida de ellos por valor de media piastra. Dalal, en vez de darle el dinero, le puso en la mano su collar de perlas, diciéndole: “Tía mía, toma esto para tus hijos”. Y como la vendedora se deshiciese en cumplimientos y besamanos, Dalal le dijo: “¿Querías darme tu cesta y los vestidos que llevas, y, a cambio de ellos, recibir de mí esta cubeta de oro, mis joyas y este lío de vestidos preciosos?”. La anciana vendedora, no pudiendo creer en tanta generosidad, le respondió: “Hija mía, ¿por qué te burlas así de mí, que soy una pobre mujer?”. Dalal le replicó: “Mis palabras son sinceras, madre mía”. Entonces, la anciana se quitó sus vestidos y se los entregó. Dalal se vistió con ellos rápidamente, puso la cesta sobre su cabeza, se cubrió con un velo azul, y manchándose las manos con el barro del fondo del baño, salió de la casa por la puerta ante la que estaba sentado su esposo, el ogro. Llena de un gran espanto pasó ante él, pregonando a voz en grito: “¡¡Altramuces que distraen!! ¡¡Cacahuets que alegran!!”, tal como hacen las vendedoras de profesión. Ahora bien, mientras ella se alejaba, el ogro, que no la había reconocido, sintió su olor y se dijo: “¿Cómo es posible que el olor de Dalal sea el mismo que el de esta vieja vendedora? ¡Por Alá, voy a creer que aquí hay gato encerrado!”. Y gritó: “¡Eh, vendedora de altramuces!”. Pero como la vendedora no volviese la cabeza, se dijo: “Es mejor que vaya a echar un vistazo a los baños”; y acercándose a la encargada de aquellos, le preguntó: “¿Por qué tarda tanto en salir la dama que te he confiado?”. Ella le respondió: “En seguida saldrá con las otras damas, pues están ocupadas en depilarse, en teñirse los dedos, en perfumarse y en peinarse los cabellos”. El ogro se alejó de la mujer y de nuevo fue a sentarse ante la puerta, esperando a que saliesen las mujeres del baño. La guardiana de la puerta salió la última y cerró la entrada, por lo que el ogro le dijo: “¡Eh! ¿Qué haces? ¿Es que vas a encerrar a la dama que te he confiado?”. Ella replicó: “No queda nadie en los baños, como no sea la anciana vendedora de cacahuets, a la que dejamos dormir dentro todas las noches, pues no tiene vivienda”. El ogro asió a la guardiana por el cuello, y, simulando estrangularla, le gritó: “¡Entremetida! ¿Es así como has cuidado de la dama que te confié?”. Ella le replicó: “Yo soy la encargada de vigilar las babuchas y los vestidos, pero no soy guardiana de mujeres”. Y como el ogro continuase apretándole el cuello cada vez más fuerte, comenzó a gritar: “¡Musulmanes, acudid en mi socorro!”. El ogro se apresuró a soltarla antes que acudiesen todos los hombres del barrio, no sin antes gritarle: “¡Aunque estuviese en el séptimo planeta, es preciso

que me la devuelvas, vieja puta!”. Esto, por lo que se refiere a la anciana guardiana de los baños y a la vendedora de cacahuets. Por lo que se refiere a Dalal, helo aquí. Una vez que salió de los baños y que consiguió burlar la vigilancia del ogro, continuó su camino con el propósito de regresar a su país. Cuando se hubo alejado bastante de la ciudad, encontró un curso de agua en el que se lavó las manos, el rostro y los pies, encaminándose hacia una casa que estaba no lejos de allí y que era el palacio de un rey. Se sentó ante el muro del palacio, y una esclava negra la vio y dijo a su ama: “¡Oh mi dueña!; si no fuera por el respeto y el miedo que te tengo, yo diría, sin temor a mentir, que al lado del muro hay una mujer más hermosa que tú”. Ella le respondió: “Bien, hazla venir hasta aquí”. La negra se dirigió hacia Dalal y le dijo: “Ven a hablar con mi dueña”. Pero Dalal le respondió: “¿Es que por azar es mi madre una esclava negra o mi padre un negro, para que así me traten las esclavas?”. La negra fue a decirle a su dueña lo que le había dicho Dalal; y la reina, llamando a su hijo, le dijo: “Baja y acompaña hasta aquí a la dama que está abajo”. Y el joven príncipe, que por su belleza se parecía a la estrella Canope brillando sobre el mar, bajó en busca de la adolescente y le dijo: “¡Oh dama!; ten la bondad de subir al harén donde te espera la reina, mi madre”. Esta vez, Dalal respondió: “Iré contigo porque eres hijo de un rey y sultán como mi padre”. Y subieron juntos la escalera».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CUARENTA Y OCHO

Dijo Schehrazada:

—«Cuando el joven príncipe subía con Dalal por la escalera, viendo su belleza, se prendó de ella; y por su parte, Dalal no fue insensible a los encantos del príncipe. La esposa del rey, a su vez, viendo a Dalal, se dijo a sí misma: “Es cierto lo dicho por la esclava: es, en efecto, más hermosa que yo”. Después de los saludos y cumplidos, el hijo del rey dijo a su madre: “Querría desposarla, puesto que está claro que se trata de una princesa de sangre real”. Y la madre le dijo: “Es asunto tuyo, hijo mío. Tú sabrás lo que haces”. El príncipe llamó al cadí, y en seguida se suscribió el contrato matrimonial, celebrándose la boda a continuación. ¿Y qué sucedió con el otro ogro entre tanto? Helo aquí: El mismo día de la celebración de la boda, un hombre que traía consigo un hermoso cordero blanco, se presentó ante el rey, padre de la princesa, y le dijo: “¡Oh mi señor!, soy uno de tus granjeros, y traigo como regalo de boda este cordero que hemos engordado en mi casa. Es preciso dejarlo a la puerta del harén, pues nació y ha crecido entre mujeres, y si lo echáis lejos de ellas, balará toda la noche y no dejará dormir a nadie”. El rey dijo: “Bien, lo acepto”. Regaló un vestido de honor al granjero, que se fue por su camino, y entregó el cordero al guardián del harén, diciéndole: “Ata a este animal junto a la puerta del harén, pues parece ser que no se halla a gusto si no está cerca de las mujeres”. Llegada la noche de la penetración, el príncipe entró en la cámara nupcial, y, después de hacer aquello que debía hacer, se durmió al lado de Dalal. Entonces el cordero blanco, rompiendo la cuerda, entró en la habitación y se apoderó de Dalal, saliendo con ella al corredor y diciendo, sin enfadarse: “Dime, Dalal, ¿queda aún algo de mi honor?”. Y ella respondió: “¡Por lo que más quieras, no me comas!”. Y él repuso: “Esta vez sí. ¡No hay más remedio!”. “Antes de comerme —prosiguió ella—, déjame entrar en el retrete para hacer una necesidad”. Y el ogro-cordero consintió en ello, llevándola hasta los retretes y quedándose a la puerta esperando a que saliera. Cuando Dalal se vio sola, elevando las manos hacia el cielo, suplicó: “¡Oh nuestra señora Zeinab, hija del profeta bendito, socórreme!”. Y la santa le envió en el acto a una de sus seguidoras de entre las hijas de los genios, que, penetrando a través de la pared, dijo a Dalal: “¿Qué deseas, Dalal?”. “El ogro está ahí fuera —dijo ella— y va a comerme tan pronto como yo salga de aquí”. “Si te libras de él —dijo la otra—, ¿me dejarás abrazarte una sola vez?”. Y Dalal respondió: “Sí”. Entonces la seguidora de Sett Zeinab atravesó la pared por el lado del corredor, y cayendo sobre el ogro-cordero, le dio tal puntapié en los testículos, que quedó muerto en el acto. La hija de los genios volvió junto a Dalal y la cogió de la mano, saliendo con ella y mostrándole el cordero

caído muerto en el suelo. Después, arrastrándolo entre las dos, lo sacaron de allí y lo arrojaron a una zanja. Y esto es todo lo que ocurrió con él. Entonces la hija de los genios besó a Dalal en la mejilla y le dijo: “Ahora, ¡oh Dalal!, quiero que me hagas un favor. Solo te pido que vengas conmigo al mar de Esmeralda, pues mi hijo está enfermo, y el médico ha dicho que solo curará bebiendo una escudilla de agua de dicho mar, y solo una hija de los hombres puede llenar una escudilla con este agua. Aprovechando mi venida, me atrevo a pedirte que me hagas este favor”. Dalal respondió: “Con mucho gusto, siempre que estemos de vuelta antes que despierte mi esposo”. La otra dijo: “Desde luego”; y, poniéndola sobre sus espaldas, la llevó en un momento hasta la orilla del mar de Esmeralda. Ya allí, le dio una escudilla de oro, que Dalal llenó con aquella agua maravillosa, y, al hacerlo, una ola le mojó la mano, quedando esta teñida de verde como la hoja del trébol. Luego la hija de los genios tomó de nuevo sobre su espalda a Dalal, y la dejó en la cámara nupcial al lado de su esposo. Y esto es todo respecto de la seguidora de Sett Zobeida, ¡para esta las oraciones y la paz! Ahora bien, el mar de Esmeralda tenía su vigilante, que, todas las mañanas, venía a pesarlo para ver si habían robado agua, siendo responsable de cualquier sustracción. Aquella mañana lo pesó y midió como de ordinario, y, echando de menos una escudilla exactamente, se dijo: “¿Quién será el autor de esto? Recorreré los lugares que sea preciso recorrer hasta descubrirlo, y como tendrá una mano verde, lo encontraré y lo llevaré ante el sultán, y él dirá qué es lo que hay que hacer con el ladrón”. Sobre la marcha, puso sobre su cabeza una gran bandeja de brazaletes de vidrio y sortijas, y comenzó a pregonar su mercancía, diciendo: “¡Brazaletes de vidrio, oh princesas! ¡Sortijas de esmeralda, jovencitas!”. Y así recorrió muchos países durante varios años sin encontrar a nadie que tuviera una mano verde, hasta que pasó bajo las ventanas del palacio que habitaba Dalal. Allí renovó sus gritos pregonando la mercancía: “¡Brazaletes de vidrio, oh princesas! ¡Sortijas de esmeralda, jovencitas!”. Y Dalal, que estaba asomada a una de las ventanas, se fijó en los brazaletes y sortijas, que le agradaron, y dijo al vendedor: “Espera a que baje para probarme alguna cosa”. Bajó, y cuando estuvo al lado del vendedor, que era el celador del mar de Esmeralda, le alargó la mano izquierda, diciendo: “Pruébame sortijas y brazaletes de los más bonitos que tengas”. Pero el vendedor exclamó: “¿No te avergüenzas, oh dama, tendiéndome tu mano izquierda?”. Y Dalal, desconcertada, le dijo: “Mi mano derecha no está buena”. “¿Qué es lo que tiene? —repuso el vendedor—. Solo necesito verla y sabré su medida”. Y Dalal le enseñó la mano. Tan pronto como el otro la vio, verde como la hoja del trébol, supo ya quién había cogido la escudilla de agua, y, apoderándose de la joven, la llevó ante el sultán del mar de Esmeralda, diciendo: “Ha robado una escudilla de tu agua, ¡oh rey del mar! Tú dirás lo que hay que hacer con ella”. El sultán del mar de Esmeralda miró enojado a Dalal, pero, impresionado por su belleza, cambió muy pronto de actitud, hasta tal punto, que le dijo: “¡Oh jovencita, quiero casarme contigo!”. “¿Qué lástima —contestó ella—; pero es el caso que ya estoy casada con un adolescente, bello como la estrella Canope

brillando sobre el mar!”. Y él prosiguió: “¿Y no tienes alguna hermana que se te parezca, o una hija, o incluso un hijo?”. Ella respondió: “Tengo una hija, hoy núbil, que tiene diez años y que, por su belleza, se parece a su padre”. “Bien —dijo el sultán, y llamando al celador del mar de Esmeralda, le ordenó—: Lleva a tu ama al mismo sitio de donde la cogiste”. El celador volvió a ponerla sobre su espalda, y el sultán marchó con ellos, tomando de la mano a Dalal. Llegaron al palacio del rey, y el sultán del mar de Esmeralda siguió a Dalal hasta que llegaron ante su esposo. Después de las presentaciones, el sultán forastero dijo: “Solicito mi alianza contigo por mediación de tu hija”. El otro dijo: “Bien; fija tú la dote que me darás”. “Te entregaré —prosiguió el primero— cuarenta camellos cargados de esmeraldas y jacintos”. Y quedaron de acuerdo, celebrándose las bodas del sultán del mar de Esmeralda con la hija de Dalal y del príncipe bello como la estrella Canope. Y, todos juntos, vivieron en buena armonía. ¡Alá sea por siempre alabado!». Cuando el capitán de policía Gamal Al-Din dio fin a su historia, el sultán Baibars, antes que el capitán volviera a su sitio, dijo: «¡Por Alá, oh Gamal Al-Din, que esta historia es la más bella que oí jamás!». «Lo es ahora —respondió el capitán— cuando nuestro amo la juzga así». Y volvió a su sitio en la fila. En seguida se destacó un séptimo capitán, que se llamaba Fakhr Al-Din, y, prosternándose como los anteriores ante Baibars, dijo: «Yo, ¡oh nuestro rey!, te referiré una aventura que me sucedió a mí mismo y que no tiene otro mérito que el de ser corta. Hela aquí:

HISTORIA CONTADA POR EL SÉPTIMO CAPITÁN DE POLICÍA

Uno de tantos días, en la localidad donde a la sazón me encontraba, un ladrón árabe entró durante la noche en casa de un granjero para robarle un saco de trigo. Las gentes de la granja, al oír el ruido, gritaron: “¡Al ladrón!", y me llamaron. Pero nuestro hombre se escondió tan bien, que, a pesar de buscarle durante gran parte de la noche, no conseguimos descubrirle. Cuando ya me dirigía a la puerta de la casa para marcharme, pasé junto a un gran montón de trigo que se hacinaba en el patio, y en la cima de este montón había un recipiente de cobre, que servía de medida. Inopinadamente se oyó un pedo espantoso, que sin duda procedía del interior del montón, y, al mismo tiempo, el recipiente de cobre salió disparado a más de cinco pies de altura. Yo, a pesar de mi estupefacción, comencé a escarbar en el trigo y descubrí al árabe, que se había escondido allí dentro con el trasero vuelto hacia arriba. Lo atrapé, y, ya atado, le interrogué sobre el extraño ruido que le había delatado, respondiéndome él: “Lo he hecho a propósito, señor”. “¡Que Alá te maldiga! —repuse yo— ¡y que el maligno sea alejado! ¿Cómo puedes peer así contra tus propios intereses?”. Y él prosiguió: “Es verdad, señor, que lo he hecho en mi propio perjuicio, ello es evidente; pero al hacerlo solo he pensado en tus propios intereses”. “¿Cómo dices, hijo de perro? —exclamé yo—. ¿Desde cuándo un pedo, aunque sea de la categoría del que tú te has tirado, puede servir a los intereses de nadie sobre la tierra?”. Y el ladrón respondió: “No me injuries, capitán. Si he peído

ha sido para ahorrarte la pena de ir en mi seguimiento, fatigándote inútilmente a través de la ciudad y de los campos. Te ruego, pues, que devuelvas bien por bien, puesto que eres hijo de gentes honradas”. Y yo, ¡oh mi señor!, no pude resistir a esa argumentación, y le dejé ir libre. Tal es la historia». Concluido el breve relato del capitán Fakhr Al-Din, el sultán comentó: «¡Por Alá, que tu indulgencia estuvo en su lugar!». Luego, vuelto ya a su sitio Fakhr Al-Din, un octavo capitán, que se llamaba Nizam Al-Din, saliendo de la fila, dijo: «Lo que yo voy a contar no tiene nada que ver, ni de cerca ni de lejos, con lo que acabas de oír, ¡oh nuestro amo el sultán!». Baibars le preguntó: «¿Es cosa vista por ti mismo, u oída referir a otros?». «No, mi señor —contestó el capitán—; solamente la escuché, y es así:

HISTORIA CONTADA POR EL OCTAVO CAPITÁN DE POLICÍA

Erase un clarinetista ambulante, cuya mujer, hallándose encinta, dio a luz un niño con la ayuda de Alá. El clarinetista era tan pobre, que no tenía una sola pieza de plata para pagar a la partera, ni nada con que comprar alguna cosa a la parturienta. No sabiendo cómo salir del apuro, se marchó de su casa contrariado, diciendo antes a su mujer: “Me pondré en los caminos de Alá a mendigar alguna pieza de cobre a las gentes piadosas; en cuanto consiga dos, daré una a cuenta a la partera, y la otra, también a cuenta, al mercader de gallinas, al que pediré una para que al menos te alimentes en el día de tu parto”. Tal como había dicho, salió de su casa, y, yendo por el campo, encontró una gallina acostada sobre un pequeño montículo. Con mucho cuidado se acercó a ella, y, antes que pudiera escapar, la atrapo, hallando debajo del animal un huevo recién puesto, que metió en su bolsillo, diciéndose: “Hoy es un día de bendiciones; esto era precisamente lo que necesitaba, y ya no es preciso que vaya a mendigar. Prepararé la gallina para la hija del tío y venderé el huevo por una moneda de cobre, que daré a cuenta a la partera”. Y, con esta intención, se dirigió al mercado de huevos. Al pasar por las tiendas de los joyeros y orfebres se encontró con un judío conocido, que le preguntó: “¿Qué llevas ahí?”. “Una gallina con su huevo”, respondió él. Y el otro dijo: “Déjame verla”. El clarinetista mostró la gallina y su huevo, y el judío le preguntó: “¿Quieres venderme el huevo?”. “Sí”, respondió él. “¿Por cuánto?”, prosiguió el judío. “Ofrece tú primero”, dijo él. Entonces el judío le ofreció diez dinares de oro, y el pobre clarinetista, creyendo que el judío se burlaba de él, dijo: “¿Te quieres divertir a costa mía, solo porque soy pobre? de sobra sabes que no es ese su precio”. El judío, creyendo que lo que ocurría era que el otro pedía más por el huevo, dijo: “Como última oferta, te doy por él quince dinares”. “¡Alá nos asista!”, exclamó el otro. Y el judío, ofreciendo veinte dinares, dijo: “He aquí veinte en oro nuevo; o lo tomas o lo dejas”. El clarinetista, viendo que la oferta iba en serio, entregó el huevo al judío, tomó los veinte dinares, y se apresuró a volver la espalda. Pero el judío corrió tras él, preguntándole: “¿Tienes muchos huevos como este en tu casa?”. “Mañana te traeré otro, cuando lo ponga la gallina —contestó él—, y, desde luego, al mismo precio. Si no se tratara de ti, no los vendería por menos de treinta

dinares”. El judío siguió diciendo: “Enséñame tu casa, y todos los días iré a recoger el huevo para que no tengas que molestarte, y te llevaré los veinte dinares”. El clarinetista le indicó dónde vivía y se fue a comprar otra gallina, que coció para dársela a su esposa, yendo también en busca de la partera, a la que pagó con largueza. Al día siguiente dijo a su esposa: “¡Oh hija de mi tío; guárdate de matar la gallina negra que verás en la cocina, pues es una bendición para nuestra casa!”.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CUARENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—“...Nos pone huevos que valen, al precio corriente, veinte dinares de oro cada uno”. El judío llegaba todos los días, se llevaba el huevo recién puesto, y pagaba veinte dinares al contado, con lo cual, el clarinetista no tardó en llegar a vivir con desahogo, abriendo una bonita tienda en el mercado. Cuando su hijo, que había nacido el mismo día de la llegada a casa de la gallina, estuvo en edad de empezar su instrucción, el antiguo clarinetista mandó construir a sus expensas una hermosa escuela, reuniendo en ella a los niños pobres para que aprendieran a leer y escribir al mismo tiempo que su propio hijo, eligiendo luego un excelente maestro que se sabía el *Corán* de memoria, pudiendo recitarlo, incluso, empezando por la última palabra para, en sentido inverso, llegar hasta la primera. Poco después, decidió ir en peregrinación al Hedjaz, y dijo a su esposa: “Ten mucho cuidado con el judío para que no se burle de ti; y, sobre todo, que no te quite la gallina”. Y partió con la caravana hacia La Meca. Algunos días después, el judío propuso a la esposa: “Si te entrego un cofre lleno de oro, ¿me darás la gallina?”. Y ella respondió: “¿Cómo iba a hacerlo, hombre? Mi esposo antes de partir, me recomendó bien que no te cediese más que los huevos”. “Si se enfadara cuando regrese —repuso el judío— yo asumo desde ahora toda la responsabilidad, pues siempre podrá querellarse contra mí, que tengo una tienda en medio del mercado”. A continuación, abrió un cofre, mostrando el oro que contenía, y la mujer, sugestionada al ver tanto dinero junto, entregó la gallina al judío. Este la cogió, y, retorciéndole el cuello, se la devolvió a la mujer, diciendo: “Prepárala y ponla a cocer, que yo vendré luego a comerla. Ahora bien, si falta un solo pedazo de ella, abriré el vientre de aquel que se lo haya comido y se lo sacaré de allí”. Y dicho esto, se fue a sus asuntos. Al mediodía el hijo regresó de la escuela, y, viendo a su madre retirar la gallina de la cazuela donde había cocido, y ponerla en un plato, sintió deseos de comerse un trozo y dijo a su madre: “Dame un pedazo, madre”. “¡Calla! —contestó ella—; ¿es nuestra acaso?”. Poco después,

teniendo gana de salir a hacer sus necesidades, salió, y el niño, aprovechando el momento, mordió el culo del ave y se lo comió. Una de las esclavas que presencié el hecho, exclamó; “¡Oh mi amo, qué desgracia, ya sin remedio! Huye de la casa, pues si no lo haces, el judío, cuando venga por su gallina, te abrirá el vientre para sacarte el trozo que te has comido”. Entonces el muchacho dijo: “Será mejor, pues, irme, que devolver de esa manera tan sabrosa tajada”. Y, cabalgando en su mula, partió. No tardó en llegar el judío para tomar su gallina, y, viendo que le faltaba el culo, preguntó a la mujer: “¿Dónde está el culo?”. Ella respondió: “Había salido un momento para hacer mis necesidades, y mi hijo, entre tanto, ha dado un mordisco a la gallina, llevándose el culo entre los dientes”. Entonces el judío exclamó: “¡Desgraciada de ti! ¡Di el dinero solo por ese culo! ¿Dónde está el bribón de tu hijo? Voy a abrirle el vientre y le sacaré de allí lo que se ha comido”. Y la madre respondió: “Ha huido aterrorizado”. El judío salió a toda prisa en su persecución, atravesando campos y ciudades, hasta que dio con él, encontrándolo dormido en un ribazo. Con mucho cuidado fue acercándose al joven para matarlo, pero el muchacho, que dormía con un ojo abierto, se despertó sobresaltado. “¡Ven aquí, hijo del clarinetista! —gritó el judío—. ¿Quién te ha mandado comer el culo de la gallina? Di por él un cofre lleno de oro, y puse mis condiciones a tu madre. Ahora esas condiciones exigen tu muerte”. El muchacho, sin inmutarse, respondió: “¡Vete de mi vista, judío! ¿No te da vergüenza haber hecho tan largo viaje, solo por un triste culo de gallina? ¿Y no es aún más bochornoso querer abrir mi vientre para extraer ese culo en cuestión?”. Pero el judío replicó: “Yo sé muy bien lo que hago”; y, sacando un cuchillo de su cinturón, se fue hacia el muchacho, dispuesto a abrirle el vientre. Con una sola mano, el muchacho asió al judío, y, levantándolo en vilo, lo estrelló contra el suelo, quebrándole los huesos y dejándolo tan ancho como largo. Y el judío —¡que su raza sea maldita!— murió allí mismo. Pronto el muchacho tendría nuevas ocasiones de comprobar en sí mismo las virtudes del culo de la gallina. En efecto, volviendo sobre sus pasos, con ánimo de regresar junto a su madre, equivocó el camino y llegó a una ciudad donde vio, en el palacio del rey, treinta y nueve cabezas cortadas y expuestas sobre la puerta de entrada. “¿Por qué están ahí esas cabezas?”, preguntó a las gentes. “El rey tiene una hija —le respondieron— muy fuerte y diestra en la lucha cuerpo a cuerpo. Aquel que luche con ella y logre vencerla, la desposará; de lo contrario, su cabeza será cortada y colgada ahí al lado de las que estás viendo”. El muchacho, sin dudarle un momento, se presentó ante el rey y le dijo: “Quiero medir mis fuerzas con tu hija, luchando con ella”. El rey le contestó: “¡Oh muchacho, hazme caso y márchate! Muchos hombres más fuertes que tú, han sido vencidos por mi hija. Sería una lástima tener que matarte”. Pero el muchacho insistió: “Quiero que me venza, que se me corte la cabeza, y que se exponga luego sobre la puerta”. Y el rey dijo entonces: “Bien, escribe en un papel eso que has dicho, y pon tu sello”. Y el muchacho lo escribió y selló. En seguida se extendió un tapiz en un patio interior, y la adolescente y el muchacho iniciaron la lucha cogiéndose el uno al otro por el medio

del cuerpo. Tan pronto era él quien la tiraba al suelo, como era ella la que, revolviéndose como una serpiente, lograba tirarle a él. La lucha continuó durante dos horas, sin que ninguno de los dos consiguiera poner contra el suelo la espalda de su adversario, y el rey, fastidiado al ver que su hija no sacaba ventaja esta vez, suspendió la lucha, diciendo: “Por hoy ya es bastante; mañana continuaréis”. Luego el rey se retiró a sus habitaciones, y, llamando a los médicos de palacio, les dijo: “Esta noche, mientras duerme, daréis un narcótico a ese muchacho que ha luchado con mi hija, y, cuando el narcótico haya producido su efecto, examinaréis bien su cuerpo para ver si lleva en él algún talismán que le haga tan resistente, pues en verdad que mi hija ha vencido a los caballeros más valientes y fuertes que hay en el mundo, haciendo morder el polvo a treinta y nueve de ellos. ¿Cómo, pues, es posible que no haya podido derribar a un muchacho como este? Es preciso que exista una causa desconocida, y eso es lo que tenéis que descubrir, ya que si no lo hicierais, vuestra ciencia quedaría en entredicho, y vuestra asistencia carecería de virtud para mí en adelante, por lo que me vería obligado a arrojaros fuera de mi palacio y de la ciudad”. Así, cuando llegó la noche y el muchacho se fue a dormir, los médicos se llegaron sigilosamente hasta el lecho del muchacho y le narcotizaron, examinando su cuerpo punto por punto. Después de palparle y hacer resonar su interior, dándole pequeños golpes como suele hacerse con las tinajas, acabaron descubriendo que tenía dentro, metido en sus entrañas, el culo de la gallina. Fueron en busca de sus tijeras y demás instrumentos, y, practicando una incisión, consiguieron extraer el trozo de culo en cuestión. Luego cosieron la abertura, y, rociando la piel con un vinagre especial, todo quedó como antes estaba. A la mañana siguiente el muchacho despertó, notándose fatigado y sin la fortaleza y energía de antes. Sus fuerzas se habían ido con el culo de la gallina, dotado de la virtud de hacer invencible a aquel que lo había comido; y, viéndose en situación de inferioridad, no quiso exponerse a una prueba tan peligrosa, decidiéndose a huir antes de enfrentarse de nuevo con la joven luchadora, temiendo ser vencido y muerto. Y, echando sus piernas al viento, no dejó de correr hasta verse lejos del palacio y de la ciudad. Más adelante encontró a tres hombres que se querellaban entre sí, preguntándoles: “¿Por qué os querelláis?”. “Por este tapiz que ves aquí —le respondieron—. Poniéndose sobre él y formulando el deseo de ir, por ejemplo, a la cima de la montaña Kaf, el tapiz te transporta hasta allí en un abrir y cerrar de ojos. En este momento discutíamos por su posesión”. El muchacho prosiguió: “En lugar de discutir, ¿por qué no me aceptáis a mí como árbitro, y trataré de poner justicia entre los tres?”. “¡Sé nuestro árbitro!”, dijeron ellos. Y entonces el muchacho les pidió que extendieran el tapiz sobre el suelo, para ver su tamaño, y, colocándose en medio de él, les dijo: “Ahora lanzaré una piedra con todas mis fuerzas; a una señal mía saldréis de aquí los tres juntos, y aquel que antes coja la piedra, será el dueño del tapiz”. Los tres respondieron: “Bien”, y el muchacho lanzó la piedra; ellos corrieron tras ella, y entre tanto nuestro joven formuló el deseo: “Llévame en línea recta hasta el patio del palacio del rey tal”. El tapiz ejecutó la

orden inmediatamente, elevándose en el aire y descendiendo con el hijo del clarinetista en el centro del patio en cuestión, allí donde solían tener lugar las luchas de la princesa. Ya en el suelo, el muchacho gritó: “¡Aquí está el luchador, que vuelve para vencer!”. Y la joven a la vista de todos, bajó al patio y se colocó sobre el tapiz frente al muchacho. Sin perder ni un instante, este ordenó mentalmente: “¡Vuela con nosotros hasta la cima de la montaña Kaf!”; y el tapiz provocando la estupefacción general, se elevó en el aire y los transportó en un momento a la cumbre de la montaña en cuestión. “¿Quién es ahora el vencedor? —dijo el muchacho a la princesa—. ¿La que extrajo de mi cuerpo el culo de la gallina, o el que se ha llevado a la hija del rey, arrebatándola a la vista de todos, de su propio palacio?”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CINCUENTA

Schehrazada dijo:

—«Ella respondió: “¡Perdóname! Si quieres regresaremos al palacio de mi padre y allí me desposarás, proclamando que me has vencido; y luego ordenaré a los médicos que vuelvan a colocarte el culo de la gallina donde estaba”. “Bien —dijo él —; pero el proverbio aconseja: ‘Hay que machacar el hierro en caliente’. Antes de regresar, pues, quiero hacer contigo lo que tú sabes”. La joven consintió, y él se puso sobre ella, y, estando ya todo a punto, se dispuso a barrenar lo que había que barrenar, pero ¡ay!, cuando ya se entreabría la puerta de las delicias, la joven, empujándole con fuerza, le echó fuera del tapiz, mientras decía mentalmente: “¡Vuela, oh tapiz, hasta el palacio de mi padre!”. Y, al momento, el tapiz se elevó y la llevó al palacio. El hijo del clarinetista ambulante se quedó solo en la cumbre de la montaña, en trance de morir de hambre y sed sin que ni aun las hormigas pudieran encontrar sus huellas. Fue descendiendo, mordiéndose las manos de rabia, y, al cabo de un día y una noche, llegó hacia la mitad de montaña, encontrando por suerte dos palmeras con dátiles maduros. Los de una eran rojos, y amarillos los de la otra, apresurándose el muchacho a desgajar una rama de cada clase. Como tenía preferencia por los amarillos, empezó a comerlos con fruición, notando en seguida algo extraño que le cosquilleaba en la cabeza; se llevó la mano, y cuál no sería su asombro al tocarse un cuerno surgiendo con inusitada rapidez y enrollándose a la palmera, junto a la que aún se hallaba. Quiso separarse, pero el cuerno se lo impedía, y entonces se dijo: “Muerte por muerte, prefiero hartarme antes de abandonar este mundo”; y siguió comiendo, ahora dátiles rojos. Y he aquí que en cuanto que comió el primero, el cuerno fue desprendiéndose de la palmera, y, en un abrir y cerrar de ojos, le dejó libre

la cabeza y desapareció como si nunca hubiera existido, sin dejar la menor huella en la piel del sitio donde había surgido. Vista la virtud de los dátiles rojos, el muchacho siguió comiéndolos hasta hartarse, y luego llenó sus bolsillos con ellos y con los amarillos, continuando su camino durante dos meses enteros hasta llegar a la ciudad de su adversaria, la hija del rey. Y cuando pasó bajo las ventanas del palacio, como vendedor que pregona su mercancía, comenzó a vocear: “¡A los buenos dátiles, fuera de la estación, a los buenos dátiles!”. La princesa, oyendo el pregón del vendedor de dátiles, tan fuera de su época, ordenó a sus sirvientes: “¡Bajad de prisa y comprad dátiles a ese vendedor, cuidando de que estén bien maduros!”. Las jóvenes bajaron a comprar los dátiles, pagándolos, teniendo en cuenta su rareza en tal tiempo, a un dinar cada uno. Escogieron dieciséis y subieron junto a su ama. La hija del rey vio entonces que eran amarillos, precisamente los que más le gustaban, y, uno tras otro, se comió los dieciséis, encontrándolos deliciosos. Pero súbitamente notó una viva comezón en lugares distintos en torno a su cabeza, y, palpándose, halló dieciséis cuernos surgiendo simétricamente alrededor del cuero cabelludo. Sin darle tiempo apenas para gritar, los dieciséis cuernos se desarrollaron rápidamente, yendo a clavarse en las paredes y quedando allí inmovilizada la joven. A los gritos suyos y de las sirvientes, acudió el padre jadeante, preguntando: “¿Qué sucede?”. Y las sirvientes respondieron: “¡Oh nuestro amo!, sin que sepamos cómo, vimos salir de repente dieciséis cuernos de la cabeza de nuestra ama, y, sin que pudiéramos hacer nada, fueron a clavarse en las paredes, cada cuatro cuernos en una de las cuatro paredes, tal como lo estás viendo”. El padre reunió en seguida a los médicos más hábiles, aquellos que habían extraído del cuerpo del muchacho el culo de la gallina, y, trayendo con qué serrar los cuernos, se aplicaron a la tarea, pero no hubo manera, de serrarlos, ni, empleando otros medios, cortarlos pues resistieron todos los intentos y no fue posible conseguir ningún resultado. En vista de ello, el rey recurrió a procedimientos extremos, enviando a un pregonero a recorrer la ciudad, voceando: “¡Aquel que consiga librar de los dieciséis cuernos a la hija del rey, la desposará y será designado para la sucesión del trono!”. ¿Y qué sucedió? Pues que el hijo del clarinetista, que esperaba la llegada de este momento, se presentó en el palacio, y, subiendo hasta la habitación de la princesa, dijo: “Yo haré desaparecer tus cuernos”. Y, tomando un dátil rojo, lo partió en pedazos y lo introdujo en la boca de la joven, viéndose como un cuerno se desprendía de la pared, y, recogándose rápidamente, acababa desapareciendo enteramente de la cabeza de la princesa. A la vista de tal prodigio, todos los presentes, y el rey a la cabeza de ellos, exclamaron: “¡Oh qué gran médico!”. Y el joven dijo: “Mañana haré desaparecer un segundo cuerno”. Y se le retuvo en el palacio, haciendo desaparecer un cuerno cada día, hasta que libró a la princesa de los dieciséis. El rey, maravillado y agradecido, hizo suscribir en seguida el contrato de matrimonio entre el muchacho y la princesa, celebrándose las bodas con grandes fiestas e iluminaciones. Cuando llegó la noche de la penetración, el joven entró en la cámara nupcial y dijo a su esposa: “Y ahora, ¿quién de los dos es el

vencedor? ¿La que quitó de mi cuerpo el culo de gallina y me robó el tapiz mágico, o el que hizo surgir de tu cabeza dieciséis cuernos?”. “¡Por Alá —contestó ella—, tú eres el vencedor!”. Y se acostaron juntos, rivalizando, también allí, en fuerza y resistencia; y llegaron, con el tiempo, a ser reyes, viviendo felices y en perfecta armonía. Tal es mi historia». Cuando el sultán Baibars acabó de escuchar la historia del capitán Nizam Al-Din, dijo: «Sí, quizá esta historia es la más bella que he oído en mi vida». Entonces avanzó un noveno capitán de policía, que se llamaba Galal Al-Din, besó el suelo ante el sultán y dijo: «¡Oh rey de los tiempos!, la historia que voy a referir te agradará seguramente. Dice así:

HISTORIA CONTADA POR EL NOVENO CAPITÁN DE POLICÍA

Erase una mujer que, a pesar de los repetidos asaltos de su marido, no conseguía quedar encinta. Un día, ya desesperada, hizo una súplica al retribuidor, diciendo: “¡Concédeme una hija, aunque luego muera con solo oler el lino!”. Hablando así del olor del lino, quería decir: “Con tal de tener una hija, no me importa que nazca tan delicada y sensible que, incluso el olor del lino la incomode hasta ponerla a morir”. Por fin, la mujer concibió, dando a luz felizmente a la hija que Alá quiso concederle. Era muy bella, pálida y delicada como un claro de luna y se la llamó Situkhan. Cuando ya tenía diez años, ocurrió que el hijo del sultán pasó un día por delante de la casa y, viéndola asomada a una ventana, se prendó de ella de tal manera que volvió enfermo al palacio. Los médicos que le vieron, uno tras otro, no supieron hallar remedio a sus males, y, entonces, enviada por la mujer del portero del palacio, fue a visitarle una vieja, quien, nada más verle, le dijo: “¡Ah, tú estás enamorado!”. “Sí, estoy enamorado”, dijo él. Y la vieja continuó: “Dime de quién y seré intermediaria entre ella y tú”. “De la bella Situkhan”, repuso él. Y ella dijo: “Despeja tu mirada y calma tu corazón, que yo te la proporcionaré”. La vieja se fue y encontró a la niña a la puerta de su casa tomando el fresco, diciéndole: “Que tu belleza se conserve, hija mía. Las que se te parecen y tiene unos dedos tan bonitos como los tuyos, deben aprender a tejer el lino. Nada mejor que el huso para unas manos delicadas”. Y la vieja siguió su camino. La niña, yendo en busca de su madre, le dijo: “Llévame a casa de la maestra”. “¿Qué maestra?”, preguntó la madre. “La que enseña a tejer el lino”, contestó la niña. Y entonces la madre exclamó: “¡Cállate! El lino es perjudicial para ti, pues su olor dañaría tu pecho. Si lo tocas morirías”. “No, no moriría”. Y se echó a llorar de tal manera, que su madre la envió a casa de la maestra tejedora de lino. La niña permaneció allí durante todo un día, aprendiendo primero a hilar. Todas las compañeras estaban maravilladas de la belleza de la nueva alumna y de la delicadeza de sus dedos, cuando he aquí que una brizna de lino se introdujo en uno de ellos entre uña y carne y la niña cayó al suelo desvanecida. Creyéndola muerta, se envió recado a sus padres, diciéndoles: “¡Venid por vuestra hija muerta y que Alá os proteja!”. Los padres, que veían en ella su única alegría, rasgaron sus vestidos y, traspasados por el dolor, fueron con la mortaja, dispuestos a enterrarla. Pero por el camino se

encontraron a la vieja, quien les dijo: “Sería una vergüenza para vosotros, siendo ricos como lo sois, sepultar a vuestra hija en la tierra”. Los padres preguntaron: “¿Y qué podemos hacer?”. Y la vieja prosiguió: “Construid un pabellón en medio del río y acostadla allí en su lecho. De esta manera podréis ir a verla siempre que lo deseéis”. Y mandaron construir un hermoso pabellón de mármol, en medio del río, rodeado de un jardín. Colocaron a la niña sobre un lecho de marfil y se fueron llorando. ¿Y qué sucedió después? Sucedió que la vieja se apresuró a ir junto al hijo del rey, que se hallaba enfermo de amor, y le dijo: “Ven a ver a la niña. Te espera acostada en un pabellón en medio del río”. Entonces el príncipe se levantó y dijo al visir de su padre: “Ven conmigo para dar un paseo”. Y precedidos de lejos por la vieja, que indicaba el camino al príncipe, llegaron ante el pabellón de mármol y el príncipe dijo al visir: “Espérame aquí”. Y entró en el pabellón. Allí estaba la niña muerta y él se sentó, llorándola y recitando versos a su belleza. Tomó una de sus manos para besarla, y, mientras contemplaba aquellos dedos tan delicados y finos, advirtió que en uno de ellos había una brizna de lino entre la uña y la carne, y, cogiéndola con cuidado la extrajo».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CINCUENTA Y UNA

Dijo Schehrazada:

—«En seguida la niña salió de su desvanecimiento, se incorporó y, sonriendo al joven príncipe, preguntó: “¿Dónde estoy?”. Él la estrechó contra su pecho y respondió: “Estás conmigo”. Y abrazándola de nuevo se acostó junto a ella y allí se quedó, permaneciendo a su lado durante cuarenta días y cuarenta noches, en un continuo delirio. Pasado este tiempo, el príncipe solicitó licencia para salir, diciendo: “Es por el visir de mi padre, que aún estará esperándome fuera. Le acompañaré hasta el palacio y volveré en seguida”. Salió en busca del visir, y, cuando ya se iban, viendo las rosas blancas y los jazmines del jardín, le dijo: “Estas rosas y estos jazmines me recuerdan las mejillas de Situkhan. ¡Oh visir, espérame durante tres días más, que quiero volver a verlas!”. Y durante otros tres días admiró aquellas mejillas, que competían con las rosas blancas y los jazmines. Pasados dichos tres días volvió a salir en busca del visir, pero, una vez más, contemplando el fruto oscuro de los algarrobos, dijo a su acompañante: “¡Oh visir, espérame aún otros tres días, que quiero volver a ver las cejas de Situkhan, largas y negras como esas algarrobas!”. Y siguió, durante otros tres días, admirando aquellas cejas, oscuras y alargadas como el fruto de los algarrobos. Nuevamente descendió para reunirse con el visir, y, al salir del jardín, el

surtidor de una fuente le recordó el talle de su amada y dijo al visir: “Ese surtidor es como el talle de Situkhan. Ten paciencia durante tres días más, que quiero volver a verlo”. Por fin, tres días después vino al encuentro del visir y se dirigió con él hacia la salida. Y he aquí que la niña, después de haber visto regresar a su enamorado tres veces seguidas, a los pocos momentos de marcharse se dijo a sí misma: “Esta vez voy a ver por qué se va y vuelve luego”. Y se colocó detrás de la puerta del pabellón, que daba al jardín, para verle partir. El príncipe, volviendo la cabeza, la vio y, retrocediendo, pálido y triste, le dijo: “¡Oh Situkhan, nunca volveré a verte, nunca jamás!”. Y se fue con el visir para no volver. Situkhan se quedó llorando y, errando por el jardín, se lamentó por no haber muerto realmente. De pronto se fijó en algo que brillaba cerca del agua y, recogiénolo, vio que se trataba de una sortija solimánica. Frotó la cornalina grabada que tenía, y la sortija habló, diciéndole: “Estoy a tus órdenes. ¿Qué deseas?”. “¡Oh sortija de Solimán! —respondió la niña—. Te pido un palacio al lado del que habita el príncipe que me ha amado y, también, que me hagas más bella de lo que soy”. La sortija le dijo: “Cierra los ojos y ábrelos luego”. Ella los cerró y al abrirlos se halló en un palacio magnífico, construido al lado del palacio del príncipe, y, mirándose en un espejo, quedó maravillada de su propia belleza. Acodándose en una ventana vio pasar al príncipe montado en su caballo, que, al verla, se enamoró de ella sin reconocerla. El joven príncipe fue junto a su madre y le dijo: “¿No tienes, oh madre mía, alguna cosa adecuada para ofrecerla como regalo a la dama que se ha instalado en el nuevo palacio? Y al mismo tiempo, ¿no podrías decirle: desposa a mi hijo?”. La reina, su madre, le dijo: “Tengo dos piezas de brocado, que podría llevárselas, y luego le haría la proposición”. “Bien —contestó el príncipe—, llévaselas”. La madre fue a ver a la joven y le dijo: “Hija mía, acepta este regalo, y, de paso, te diré que mi hijo desea desposarte”. La joven llamó a una esclava y le dijo: “Coge esas dos piezas de brocado y haz con ellas rodilleras para la que friega los suelos”. La reina quedó resentida y regresó junto a su hijo, que le preguntó: “¿Qué te ha dicho, madre?”. La madre contestó: “Ha entregado a una esclava las dos piezas de brocado de oro, ordenándole hacer con ellas rodilleras para la fregona de la casa”. “¡Te lo suplico, madre mía! —repuso el príncipe—, ¿no tienes algo mejor que llevarle? ¡Estoy tan enamorado de ella!”. La madre dijo: “Tengo un collar de esmeraldas, todas ellas puras y sin tacha”. Y él insistió: “Bien, llévaselo”. La madre volvió a la casa de la joven y le dijo: “Acepta este obsequio, hija mía, y vuelvo a decirte que mi hijo desea desposarte”. La joven respondió: “Acepto tu obsequio, oh dama”. Y llamando a la esclava, le dijo: “¿Han comido ya las palomas o todavía no?”. “Aún no, señora”, contestó la esclava. Y entonces la joven ordenó: “Toma, pues, estas esmeraldas y dáselas para que las coman y se refresquen”. Oyendo esto, la madre del príncipe dijo a la joven: “Nos has humillado. Y ahora solamente quiero que me digas si quieres o no casarte con mi hijo”. La joven respondió: “Si quieres que espose a tu hijo ha de hacerse pasar por muerto, le envolverás en siete sudarios, le llevarás así por la ciudad y dirás a las gentes que va a ser enterrado en el jardín de mi

palacio”. Y la madre fue a dar cuenta a su hijo de las condiciones que exigía la joven. Cuando estuvo junto a él dijo: “Si quieres desposarla has de hacerte pasar por muerto y envolverte en siete sudarios, llevándote a través de la ciudad, como si estuvieras muerto realmente, acompañado del cortejo fúnebre hasta el jardín de su palacio, donde todos deben creer que es tu entierro. Estas son sus condiciones. Cumplidas, te desposará”. “¿Nada más que eso, madre mía? —respondió el príncipe—. Pues entonces rasga tus vestidos y di, gritando: ‘¡Mi hijo ha muerto! ¡Ha muerto mi hijo!’”. Y la madre hizo lo que decía su hijo, lamentándose a gritos. Todas las gentes del palacio acudieron al oír los gritos, viendo al príncipe tendido en el suelo como los muertos y a su madre desolada y sin cesar de lamentarse. Se tomó el cuerpo del difunto, llevándolo y envolviéndolo luego en siete sudarios. Después vinieron los lectores del *Corán* y los jeques, organizándose el cortejo, que, cuando hubo recorrido la ciudad, llegó con el muerto al jardín de la joven, depositándolo allí y marchándose todos, dando por terminado el acto. Cuando ya no quedó nadie en el jardín, la joven anteriormente muerta en apariencia por una brizna de lino, la de las mejillas parecidas a las rosas blancas y a los jazmines, la de las cejas como frutos de algarrobo y la del talle que recordaba el surtidor de una fuente, fue hacia el príncipe envuelto en siete sudarios y, uno a uno, comenzó a quitárselos. Cuando retiró el último dijo: “¿Cómo! ¿Eres tú? ¿Es posible que tu pasión por las mujeres te haya llevado a dejarte envolver en siete sudarios?”. El príncipe avergonzado y lleno de confusión, no supo qué decir y ella añadió: “Por esta vez, eso no importa”. Y desde entonces vivieron juntos, amándose y gozándose». El sultán Baibars, acabada la historia, dijo al capitán Galal Al-Din: «Muy bien, es de lo más admirable que he oído». Entonces un décimo capitán de policía, que se llamaba Helal Al-Din, destacándose de la fila, se prosternó ante el sultán y le dijo: «Sé una historia que es como la hermana mayor de la que acabas de oír. Dice así:

HISTORIA CONTADA POR EL DÉCIMO CAPITÁN DE POLICÍA

Había una vez un rey que tenía un hijo llamado Mohamed, el cual un día dijo a su padre: “Quiero casarme”. Su padre le respondió: “Bien. Mandaré a tu madre para que busque en los harenes una joven casadera y que la pida para ti”. Pero el hijo del rey le replicó: “No, padre mío, quiero asegurarme y ver antes a la joven con mis propios ojos”. El rey le respondió: “Bien”. Y el joven partió sobre su caballo, hermoso como un animal mitológico. Al cabo de dos días de viaje encontró a un hombre que, sentado en el campo, se ocupaba en recoger acelgas mientras que una hija suya las iba atando. Después de los saludos de costumbre, el príncipe, sentándose cerca de ellos, preguntó a la joven: “¿No tendrías un poco de agua?”. Ella le contestó: “Sí, tengo”. Y entonces el joven le dijo: “Dámela para beber”. La joven se levantó y le trajo una calabaza de la que él bebió. Como la joven le agradase, el príncipe preguntó al anciano: “¡Oh jeque!, ¿me darás en matrimonio a esta hija tuya?”. El padre de la joven le respondió: “Nosotros somos tus siervos”. Entonces el príncipe le dijo: “Bien,

jeque. Permanece aquí con tu hija mientras yo regreso a mi país para buscar todo lo necesario para una boda”. El príncipe Mohamed regresó al palacio de su padre, a quien dijo: “Estoy prometido a la hija del sultán de las acelgas”. Su padre le preguntó: “¿Acaso tienen ahora las acelgas un sultán?”. El joven le respondió: “Sí y voy a casarme con su hija”. Al oír aquello, el rey exclamó: “¡Hijo mío, alabemos a Alá, que ha dado un sultán a las acelgas! —y añadió—: Puesto que su hija te agrada, espera al menos a que enviemos a tu madre al país de las acelgas para que conozca a padre acelga, a madre acelga y a hija acelga”. El príncipe Mohamed consintió en ello y su madre marchó al país del padre de la joven, donde se encontró con que la que su hijo decía ser la hija del sultán de las acelgas era una joven verdaderamente encantadora, digna de ser la esposa del hijo de un rey, todo lo cual la complació en extremo, por lo que abrazándola, le dijo: “Querida mía, soy la reina, madre del príncipe que viste y vengo para que te cases con él”. La joven, muy asombrada, le preguntó: “¿Cómo! ¿Tu hijo es príncipe?”. La reina le respondió: “Sí, mi hijo es príncipe y yo soy su madre”. La joven dijo: “¡Pues no me casaré con él!”. La madre le preguntó por qué y la joven le respondió: “No me casaré más que con un hombre de oficio”. La reina se marchó muy ofendida y a su regreso al palacio de su esposo dijo a este: “¡La joven del país de las acelgas no quiere casarse con nuestro hijo!”. El rey le preguntó: “¿Por qué?”. Y ella le respondió: “Porque solo quiere casarse con un hombre que tenga un oficio”. El rey opinó: “Tiene razón”. Pero, al enterarse, el príncipe cayó enfermo, por lo que el rey envió a buscar a los jeques de todas las corporaciones y oficios; cuando estuvieron en su presencia, al primero, que era el de los carpinteros, le preguntó: “¿Cuánto tiempo necesitas para enseñar tu oficio a mi hijo?”. El carpintero respondió: “Dos años, poco más o menos”. Entonces el rey le ordenó: “Bien, ponte a ese lado”. Y dirigiéndose al segundo, que era el jeque de los herreros, le preguntó: “¿Cuánto tiempo necesitas para enseñarle tu oficio a mi hijo?”. El herrero le respondió: “Necesitaría un año completo”. El rey le ordenó: “Ponte a ese lado”. De este modo interrogó a los jeques de todos los oficios. Unos le contestaron que necesitarían un año, otros que dos y algunos hasta tres y cuatro años. El rey no sabía por cuál decidirse, cuando vio a un hombre que no hacía más que arrodillarse y levantarse, haciendo gestos y guiños con manos y ojos, por lo que, llamándole, le preguntó: “¿Por qué te arrodillas y te levantas?”. El hombre le respondió: “Para darme a conocer a nuestro dueño el sultán, pues, siendo hombre pobre, los jeques de las corporaciones no me han anunciado su venida. Yo, que soy tejedor, puedo enseñar mi oficio a tu hijo en solo una hora”. El rey despidió a todos los jeques, y mandando entregar seda de diferentes colores al tejedor, le ordenó: “Enseña tu arte a mi hijo”. Aquel se volvió hacia el príncipe, diciéndole: “Yo no te ordeno que hagas esto o lo otro, sino que abras los ojos y mires cómo mis manos van y vienen”. En un abrir y cerrar de ojos, aquel artesano tejió un pañuelo, en tanto que el príncipe le observaba atentamente, y, una vez terminado, dijo a este: “Ahora, acércate y teje un pañuelo igual a este”. El príncipe se puso a trabajar y tejió un pañuelo espléndido, dibujando

en su trama el palacio y el jardín de su padre».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CINCUENTA Y DOS

Ella dijo:

—«Aquel hombre cogió los dos pañuelos y, mostrándoselos al rey le preguntó: “¿Cuál de estos dos pañuelos es el que he tejido?”. El rey, sin vacilar, señaló con el dedo aquel en el que se veía el hermoso dibujo del palacio y del jardín, diciendo: “Este es obra tuya”. Pero el tejedor le replicó: “¡Oh rey! Por los méritos de tus gloriosos antepasados, ese bello pañuelo es obra de tu hijo y ese otro, el más feo, es obra mía”. El rey, maravillado, nombró al tejedor jeque de todas las corporaciones, y, después, dijo a su esposa: “Coge el pañuelo tejido por tu hijo y ve a mostrárselo a la hija del sultán de las acelgas, diciéndole: ‘Mi hijo es tejedor de seda’”. La madre del príncipe tomó el pañuelo y marchó a casa de la joven y, enseñándole el pañuelo, le repitió las palabras del rey. La joven, asombrada, dijo: “¡Ahora sí que me casaré con tu hijo!”».

HISTORIA CONTADA POR EL UNDÉCIMO CAPITÁN DE POLICÍA

«En cierta ocasión, un sultán tuvo un hijo; al mismo tiempo, una yegua de pura raza de las caballerizas reales parió un potro, por lo que el sultán se dijo: “El potro que ha nacido está escrito en el destino de mi hijo recién nacido y será de su propiedad”. Pues bien, el niño fue creciendo en años y su madre murió; y aquel mismo día murió también la madre del potro. Los días pasaron y el sultán se casó con otra mujer, elegida de entre las esclavas de palacio. Sin nadie que le amase ni velase por él, el muchacho fue enviado a la escuela, y cada vez que regresaba de esta se llegaba hasta donde estaba su caballo, le acariciaba y, dándole de comer y de beber, le contaba sus penas y alegrías. Ahora bien, la esclava con la que el sultán se había casado tenía como amante a un médico judío, ¡que él sea maldito!, y en sus entrevistas los dos se sentían muy molestos por la presencia en palacio de aquel huérfano de madre, hasta que un día, sin más, decidieron envenenar al joven príncipe. Cuando este regresó de la escuela, como de costumbre, fue a ver a su caballo, y, encontrándolo triste, le acarició y le preguntó: “¿Qué es lo que te entristece, caballito mio?”. El caballo le respondió: “Estoy triste porque vas a perder la vida”. El muchacho le preguntó: “¿Quién quiere que pierda la vida?”. Y el animal le respondió: “La mujer de tu padre y ese maldito médico judío”. El príncipe le preguntó: “¿Qué es lo que harán?”. Y el caballo le respondió: “Te han preparado un veneno, extraído de

la piel de un negro, que verterán en tu comida. Por tanto, ten cuidado con lo que comes”. Cuando el joven príncipe entró en la casa de la mujer de su padre, esta le puso la comida; pero, cogiendo el plato, el joven lo colocó ante el gato, que por allí andaba runruneando, y, antes que su dueña lo pudiese evitar, el animal devoró la comida, muriendo poco después. Entonces el príncipe se levantó y se fue, aparentando no haberse enterado de nada. La mujer del rey y el judío, muy inquietos, se preguntaron: “¿Quién ha podido decírselo?”. Y se respondieron: “Nadie, excepto su caballo, se lo puede haber dicho”. Entonces la mujer resolvió fingirse enferma y el rey mandó llamar a su médico, el maldito judío, para que reconociese a la reina. Después de hacerlo, este dijo: “La curación depende de encontrar un corazón de potro, hijo de yegua de pura raza, que sea de tal color”. El rey dijo: “En mi reino solo hay un potro que reúna esas condiciones: es el potro de mi hijo, el huérfano de madre”. Cuando el muchacho regresó de la escuela, su padre le dijo: “Tu tía, la reina, está enferma y solo puede curarla el corazón de tu potro, el hijo de la yegua de pura raza”. El pequeño le respondió: “¡Padre mío, no hay inconveniente! Pero antes déjame montar una vez más en mi potro. Una vez que lo haya hecho, podrás mandar degollarlo para sacarle el corazón”. El rey consintió en ello, y, ante toda la corte, el joven príncipe montó sobre su caballito, al que lanzó al galope, desapareciendo de la vista de los hombres, y aunque algunos caballeros le persiguieron no pudieron encontrarle. De este modo llegó a un jardín, que era el del palacio de un rey. Allí, el caballo le entregó un mechón de sus crines y un trozo de pedernal, diciéndole. “Cuando me necesites, enciende una de estas crines y rápidamente estaré a tu lado. Ahora será mejor que te deje, pues, en primer lugar, he de ir a buscar algo de pienso para comer y, además, no debo impedir que vayas al encuentro de tu destino”. Y se despidieron cariñosamente. El príncipe fue a buscar al jardinero mayor y le dijo: “Soy extranjero. ¿Me tomas a tu servicio?”. El otro le respondió: “Justamente necesito a alguien que conduzca al buey que hace girar la noria para regar”. El joven príncipe, yendo hasta donde estaba la noria, púsose a aguijonear al buey del jardinero. Precisamente aquel mismo día, las hijas del rey estaban paseando por el jardín, y cuando la más pequeña divisó al muchacho que conducía al buey, el amor se adueñó de su corazón y dijo a sus hermanas. “Hermanas mías, ¿hasta cuándo vamos a continuar sin marido? ¿Es que nuestro padre quiere dejamos languidecer?”. Y juntas, las siete hermanas fueron al encuentro de su madre para decirle: “¿Va a dejar nuestro padre que nos agriemos en su casa? ¡Nuestra sangre va a revolverse! ¿Es que no vas a buscarnos maridos que nos curen de este estado de ánimo tan enfadoso?”. La madre fue a ver al rey y le habló en tales términos, que el rey hizo pregonar públicamente que toda la juventud de la ciudad debería pasar bajo las ventanas de palacio, pues las princesas debían casarse. Todos los jóvenes pasaron bajo las ventanas, y cada vez que uno de ellos era del agrado de una de las princesas, esta le arrojaba su pañuelo. De este modo, seis de ellas se encontraron satisfechas al dar con un marido de su gusto, pero la más pequeña no arrojó su pañuelo a nadie, y el rey, que lo advirtió, preguntó:

“¿No queda ningún joven en la ciudad?”. Y le respondieron: “Solo queda un pobre muchacho que hace girar la rueda del agua del jardín”. El rey ordenó: “Aunque sé que mi hija no le elegirá, es necesario que también él pase bajo las ventanas”. Y yendo en su busca le obligaron a pasar bajo las ventanas del palacio. Y he aquí que el pañuelo de la joven cayó sobre él. Se casaron y el rey padre de la princesa, cayó enfermo de pena. Reunidos los médicos en asamblea, le impusieron como régimen y remedio beber leche de osa contenida en un odre de piel de osa virgen. El rey, consintiendo en ello, dijo: “Es fácil, pues tengo seis yernos, caballeros valientes, que no se parecen en nada al séptimo, ese maldito muchacho de la noria. ¡Id a decirles que me traigan esa leche!”. Los seis yernos del rey montaron sobre sus hermosos caballos y marcharon en busca de la leche de osa en cuestión. Por su parte, el muchacho marido de la más pequeña, montó sobre un mulo cojo y salió igualmente, aunque todo el mundo se burlaba de él. Cuando llegó a un lugar apartado golpeó el pedernal y con él encendió una de las crines. En cuanto su caballo apareció, se abrazaron con cariño y el joven le pidió lo que tenía que pedirle. Pues bien, transcurrido cierto tiempo, los seis yernos del rey regresaron de su expedición trayendo un odre de piel de osa lleno de leche de osa, y, entregándoselo a la reina, madre de sus esposas, le dijeron: “Lleva este odre a nuestro tío el rey”. La reina dio unas palmadas, ordenando a los eunucos que acudieron: “Entregad esta leche a los médicos para que la examinen”. Los médicos así lo hicieron, dictaminando: “Es leche de una osa vieja, por lo que no es recomendable para la curación del rey”. Mas he aquí que los eunucos se presentaron nuevamente ante la reina y, mostrándole un segundo odre, dijeron: “Este segundo odre de leche nos ha sido entregado por un adolescente a caballo, más bello que el ángel Harut”. La reina les ordenó que lo llevaran a los médicos para que examinasen su contenido y estos dijeron: “Esto es lo que buscábamos, pues es leche de osa joven en odre de piel de osa virgen”. Y se lo dieron a beber al rey, que, sanando al instante, preguntó: “¿Quién ha traído este remedio?”. Se le respondió que lo había traído un adolescente más hermoso que el ángel Harut, y el rey ordenó entonces: “Entregadle de mi parte el anillo real y hacedle sentar sobre mi trono; después yo me levantaré y haré que mi hija pequeña se divorcie del muchacho de la noria y se case con ese joven que me ha ahorrado el viaje al país de la muerte”. Sus órdenes se cumplieron, y, a continuación, el rey se levantó y, después de vestirse, se dirigió a la sala del trono, donde se arrojó a los pies del hermoso adolescente sentado ya en aquel, y, viendo que su hija pequeña sonreía, le dijo: “Bien, hija mía. Ya veo que al divorciarte de tu anterior marido has encontrado de tu agrado a este joven, que es más bello que el ángel Harut”. Pero ella le replicó: “Padre mío, el muchacho de la rueda del agua, el adolescente que te ha traído la leche de osa virgen y que ahora está sentado en el trono de tu reino, no son más que una sola y misma persona”. El rey, sorprendido por estas palabras, se volvió hacia el adolescente y le preguntó: “¿Es verdad lo que ella dice?”. A lo que el joven respondió: “Sí, es verdad, pero si no me quieres como yerno puedes rechazarme, ya

que tu hija permanece virgen”. Él le abrazó, estrechándolo contra su corazón, y mandó celebrar las bodas de su hija con el joven. A la hora de la penetración, el adolescente se portó tan bien, que evitó para siempre que su esposa se agriase. Después, regresó al reino de su padre a la cabeza de un numeroso ejército y vio que aquel había muerto y que era la mujer de su padre la que dirigía los asuntos del reino de acuerdo con el maldito médico judío. Prendiendo a los dos los hizo empalar sobre una hoguera y allí se consumieron. Esto, por lo que a ellos dos se refiere. ¡Alabemos a Alá, que todo lo ve y nunca se consume!». Después de escuchar esta historia del capitán Salah Al-Din, el sultán Baibars dijo: «¡Qué pena que no haya nadie más que pueda contarme otra historia parecida a esta!». Entonces avanzó el duodécimo capitán de policía, llamado Nasser Al-Din, que, después de saludar al sultán Baibars, le dijo: «Yo, ¡oh rey de los tiempos!, todavía no he dicho nada. Por otra parte, nadie dirá nada después de mí, puesto que soy el último». Baibars se alegró y dijo: «Haz lo que dices». Y aquel contó:

HISTORIA CONTADA POR EL DUODÉCIMO CAPITÁN DE POLICÍA

«Se cuenta que había un sultán casado con una reina estéril. Cierta día llegó un mogrebino al palacio y le dijo: “Si yo te doy un remedio para que tu mujer conciba y dé a luz cuantas veces quiera, ¿me entregarías tu primer hijo?”. El rey accedió y entonces el mogrebino dio al rey dos bombones, uno verde y otro rojo, diciéndole: “Tú te tomarás el verde, tu mujer el otro, y Alá hará el resto”. Y se marchó. El rey tomó el bombón verde y dio a su esposa el rojo, quedando ella encinta y dando a luz un niño, a quien llamaron Mohamed, el cual creció inteligente en las ciencias y dotado de hermosa voz. Algún tiempo después, la reina dio a luz un segundo hijo, al que llamaron Alí, el cual creció torpe e inhábil para todo. Más tarde, la reina todavía volvió a quedar encinta, dando a luz un tercer hijo, Mahmud, que creció idiota y estúpido. Ahora bien, transcurridos diez años el mogrebino regresó al palacio del rey y le dijo: “Entrégame mi hijo”. El rey asintió y yendo a buscar a su esposa le dijo: “El mogrebino ha venido a pedirnos nuestro hijo primogénito”. Pero ella le aconsejó: “Entreguémosle a Alí el torpe”. El rey accedió y llamando a su hijo Alí, le tomó de la mano y se lo entregó al mogrebino, que se despidió y marchó. El día era muy caluroso y caminaron hasta el mediodía, momento en que el mogrebino preguntó al muchacho: “¿No tienes hambre ni sed?”. El muchacho respondió: “¡Por Alá, vaya una pregunta! ¿Cómo quieres que, después de caminar media jornada sin comer ni beber nada, no tenga hambre ni sed?”. “¡Hum!", rezongó el mogrebino, que tomando al muchacho de la mano lo devolvió a su padre, diciendo: “Este no es mi hijo”. El rey le preguntó: “¿Y cuál es tu hijo?”. El mogrebino le respondió: “Muéstramelos a todos juntos, que yo reconoceré al mío”. El rey llamó a sus tres hijos y el mogrebino, extendiendo el brazo, señaló a Mohamed, el primogénito e inteligente, y juntos se marcharon. Al cabo de media jornada de camino preguntó al joven: “¿Tienes hambre o sed?”. El joven, avisado, respondió: “Si tú tienes hambre o sed, yo también”.

Entonces el mogrebino le abrazó, diciendo: “Verdaderamente, tú eres mi hijo”. Y le condujo a su país, el lejano Mogreb, y, haciéndole entrar en su jardín le dio de comer y de beber, después de lo cual le entregó un libro mágico y le dijo: “Lee en este libro”. El muchacho lo tomó, pero después de abrirlo no fue capaz de descifrar una sola palabra, por lo que el mogrebino, muy molesto, le increpó: “¡Cómo! ¿Eres mi hijo y no sabes descifrar este libro mágico? ¡Por Gogg y Magogg y por el fuego de astros! ¡Si en un mes de treinta días no te aprendes este libro entero, te cortaré el brazo derecho!”. Y salió del jardín, dejándolo solo. El joven tomó el libro y se dedicó a su estudio durante veintinueve días, pero al cabo de este tiempo todavía no sabía en qué sentido tenía que leerlo. Entonces se dijo: “Ya no me queda más que un día, me doy por muerto, por lo que me iré a pasear por el jardín en lugar de calentarme los sesos sobre este libro”. E internándose entre los árboles de súbito vio ante él a una joven colgada de un árbol por los cabellos, a quien se apresuró a descolgar. Agradecida, la joven le abrazó y le dijo: “Soy una princesa caída en poder de este mogrebino, que me ha colgado por haber aprendido a leer en el libro mágico”. El príncipe, por su parte, le dijo: “También yo soy hijo de rey, y el mogrebino me ha dado el libro para que me lo aprenda en treinta días”. La joven le dijo: “Voy a hacer que lo aprendas, pero cuando el mogrebino vuelva le dirás que no lo has conseguido”. En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CINCUENTA Y TRES

Schehrazada dijo:

—Y sentándose a su lado, la joven consiguió se aprendiese el libro mágico, y, después, le dijo: “Es necesario que me dejes tal como estaba”. El joven así lo hizo. Al cabo de los treinta días, el mogrebino regresó y ordenó al joven: “Recítame el libro”. Pero Mohamed le contestó: “¿Cómo podría recitarlo si no he sido capaz de descifrar una sola palabra?”. En castigo, el mogrebino le cortó el brazo derecho, al tiempo que le decía: “Tienes todavía un plazo de treinta días; si al cabo de este tiempo no conoces el libro, te cortaré la cabeza”. El muchacho, con el brazo cortado, fue a buscar a la joven, que le dijo: “He aquí tres hojas de una planta que he encontrado, planta que el mogrebino está buscando desde hace cuarenta años, pues la necesita para completar con ella su conocimiento de ciertos capítulos mágicos. Aplícala sobre tu brazo y se regenerará”. El joven así lo hizo y su brazo volvió a quedar como estaba antes; hecho esto, la joven pasó otras hojas sobre el libro mágico, y, al momento, salieron de debajo de la tierra dos camellos, que se arrodillaron para dejarles montar.

Entonces la princesa dijo al joven: “Vayamos cada uno a casa de nuestros padres respectivos y luego vendrás al palacio de mi padre a pedirme en matrimonio”. Y después de abrazarse mutuamente, cada uno marchó por su lado. Merced a la celeridad del galope de su camello, el joven Mohamed llegó pronto al palacio de sus padres, pero no les dijo nada de cuanto le había sucedido y, entregando el camello al jefe de los eunucos, le dijo: “Ve a venderlo al mercado de los animales, pero guárdate de vender la cuerda”. El eunuco tomó el camello de la cuerda y marchó con él al mercado de los animales. Un vendedor de hachís se ofreció a comprar el camello, y, después de largos debates y regateos, lo compró a muy bajo precio, pues los eunucos no suelen estar al tanto de los asuntos de compra y venta; y para redondear el negocio, junto con el animal vendió la cuerda. El vendedor de hachís condujo el camello hasta su tienda e hizo que sus clientes ordinarios lo admirasen, y, yendo a buscar un balde de agua lo puso ante el animal para que abrevase. Pero el camello, en lugar de beber, metió sus dos patas delanteras dentro del balde. El vendedor de hachís lo golpeó y el camello, entonces, puso también las otras dos patas dentro del recipiente y, encogiéndose, desapareció. Al ver esto, el vendedor de hachís púsose a gritar: “¡Socorro, musulmanes! ¡El camello se ha metido en el balde de agua!”. Y gritando así, al mismo tiempo mostraba la cuerda que le había quedado entre las manos. La gente acudió desde todos los puntos del mercado, diciéndole: “¡Tú estás loco! ¿Cómo un camello puede sumergirse en un balde de agua?”. Pero él les respondió: “¡Marchaos si no me creéis! ¡Os digo que se ha sumergido en el agua! ¡He aquí la cuerda que ha quedado entre mis maños! ¡Preguntad a esas honorables personas que ahí están sentadas si digo la verdad o miento!”. Pero los mercaderes, sensatos, le replicaron: “Tú y los que están en tu casa, no sois más que consumidores de hachís”. Mientras ellos disputaban, el mogrebino, al advertir la desaparición de los dos príncipes, se enfureció en extremo, y, mordiéndose los dedos, exclamó: “¡Por Gogg y Magogg! ¡Por el fuego de los astros! ¡Los atraparé, aunque se escondan en el séptimo planeta!”. Primero fue a la ciudad de Mohamed, y llegó precisamente en el momento en que disputaban el traficante de hachís y los otros mercaderes; al oír hablar de cuerdas y camellos y de baldes con extrañas virtudes, se aproximó al vendedor de hachís y le dijo: “Si has perdido tu camello, ¡por Alá!, ¡yo te lo reembolsaré! ¡Dame solo esa cuerda, que yo te daré el total de lo que te haya costado, más cien dinares de ganancia para ti!”. El trato se concluyó al momento, y el mogrebino, cogiendo la cuerda, se marchó saltando de alegría, pues esta tenía la virtud de atraer la presa, ya que con solo mostrarla de lejos al príncipe, este fue en seguida por su propio pie hacia ella, y atándosela a la nariz, al momento se convirtió en camello ante los ojos del mogrebino, que, montado sobre él, se dirigió hacia la ciudad de la princesa. Pronto llegaron ante los muros del jardín del palacio de su padre, y en el momento en que el mogrebino intentó manipular la cuerda para obligar al camello a arrodillarse y poder así descabalgarse, este, atrapando la cuerda con los dientes, la cortó por la mitad, y con aquella rotura se deshizo el poder de que estaba

dotada. El falso camello, para escapar del mogrebino, se transformó en granada, y, bajo esta forma, se colgó de un granado en flor. El mogrebino entró en el palacio del padre de la princesa, y, después de los saludos y cumplimientos, le dijo: “¡Oh rey de los tiempos! Vengo a pedirte una granada, pues la hija de mi tío está encinta y la desea ardientemente. Tú sabes el pecado que se comete al no satisfacer el deseo de una mujer encinta”. El rey, asombrándose de la petición, le respondió: “Esta no es la estación de las granadas, y, además, los árboles de mi jardín no han florecido hasta ayer”. Pero él le replicó: “¡Oh rey de los tiempos! ¡Si en tu jardín no hay granadas, manda decapitarme!”. El rey llamó a su jardinero mayor, y le preguntó: “¿Es verdad, jardinero, que en mi jardín hay granadas?”. El interpelado respondió: “¡Oh dueño mío! ¿Acaso es esta la estación de las granadas?”. Y el rey, volviéndose hacia el mogrebino, le dijo: “¡Has perdido la cabeza!”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CINCUENTA Y CUATRO

Dijo Schehrazada:

—«Pero el mogrebino replicó: “¡Oh rey! Antes de mandar decapitarme, ordena a tu jardinero que vaya a ver los granados”. El rey hizo señas al jardinero de que así lo hiciese, y el servidor descendió al jardín, viendo en un árbol una gruesa granada que por su tamaño no tenía igual, y, cogiéndola, la llevó al rey, que se asombró mucho, quien, no sabiendo si guardarla para sí o entregarla a aquel hombre que se la había pedido, dijo a su visir: “¡Oh mi visir! ¡Yo bien querría comerme esta granada! ¿Tú qué opinas?”. El visir le respondió: “¡Oh mi rey! Si no se hubiese encontrado la granada, ¿acaso no habrías mandado decapitar al mogrebino?”. El rey respondió: “Ciertamente”. Y el visir dijo: “Entonces, la granada le pertenece de derecho”. El rey entregó con su propia mano la granada al mogrebino; pero, apenas este la hubo tocado, estalló y todos sus granos se desparramaron por la estancia. El mogrebino comenzó a recogerlos uno a uno, hasta llegar al último, que había caído a los pies del trono. De aquel grano dependía la vida de Mohamed. El mogrebino alargó la mano para cogerlo; pero, súbitamente, de su interior salió un puñal que fue a clavarse hasta la empuñadura en el corazón del hechicero, que murió al instante. El joven príncipe Mohamed apareció en toda su hermosura y se arrodilló ante el rey. En aquel preciso momento entró la joven, diciendo: “He aquí el adolescente que soltó mis cabellos del árbol del que estaba suspendida”. El rey dijo: “Puesto que este joven es de tu agrado, podrías desposarte con él”. La joven princesa consintió en ello, y sus bodas se celebraron. Su primera noche fue bendita entre todas las noches, y desde entonces

vivieron juntos, contentos y prósperos, y tuvieron muchos hijos. Y aquí se acaba su historia. ¡Gloria y alabanzas al único que tiene principio y fin!». Así habló el decimosegundo capitán de policía, Nasser Al-Din. El sultán Baibars se regocijó mucho con su relato, alcanzando su contento límites insospechados, y para manifestar su agradecimiento a los capitanes de policía, nombró a todos chambelanes de palacio, con sueldo de mil dinares al mes con cargo al tesoro real. Admitiéndolos también como comensales, no se separó de ellos en tiempos de paz ni de guerra. ¡Que sobre todos ellos esté la misericordia del altísimo!

Como Schehrazada sonriese y se callase, el rey Schahriar le dijo:

—¡Oh Schehrazada! Las noches son ahora tan cortas, que no me permiten oírte el tiempo que quisiera.

Pero Schehrazada le respondió:

—¡Sí, oh rey! Pero creo que esta noche, si tú lo permites, todavía puedo contarte una historia que aventaja a todas las que has oído.

El rey le dijo:

—Ciertamente, Schehrazada, puedes comenzar, pues sin duda que debe de ser una historia admirable.

Y Schehrazada dijo:

HISTORIA DE LA ROSA MARINA Y LA ADOLESCENTE DE LA CHINA

—Se cuenta, ¡oh rey de los tiempos!, que en uno de los reinos del Scharkistán vivía un rey llamado Zein el Muluk, célebre por su valentía y por su generosidad. Todavía joven, había tenido ya dos hijos de excelentes cualidades, cuando, gracias a la bondad del retribuidor, le nació el tercer hijo, cuya hermosura disipaba las tinieblas, y a medida que los años fueron pasando, sus ojos turbaban a los más sabios con el dulce fuego de sus miradas, cada una de sus pestañas brillaba como la hoja curvada de un puñal; los bucles de sus rizados cabellos encendían los corazones; sus mejillas eran tan tersas que daban envidia a las jóvenes; sus encantadoras sonrisas eran otros tantos dardos; su porte era delicado y noble a la vez, y su torso, blanco y suave como el cristal, dejaba adivinar un corazón generoso y valiente. El rey Zein el Muluk, en el colmo de la felicidad, cuando nació su hijo mandó llamar a los adivinos y astrólogos para que le descubriesen el horóscopo de aquel niño. Estos dibujaron las figuras astrológicas y pronunciaron las fórmulas mágicas de las predicciones, y, después, dijeron al rey: «El destino de este niño será bueno, ya que su estrella le asegura felicidad, pero en su destino está igualmente escrito que si tú, su padre, le miras en el tiempo de su adolescencia, perderás la vista». El rostro del rey se ensombreció al oír estas palabras de los astrólogos y adivinos, y, mandando retirar de su presencia al niño, ordenó a su visir que, junto con su madre, lo alojase en un palacio alejado, de forma que nunca pudiera encontrarse con su hijo. El visir, obediente y sumiso, ejecutó puntualmente las órdenes de su señor. Pasaron los años, y aquella hermosa planta del jardín del sultán alcanzó la lozanía de la virtud y de la

belleza, gracias a los delicados cuidados de su madre, pero como jamás se pueden torcer los designios del destino, un día, el joven príncipe, que se llamaba Nurgihan, montó en su corcel y se internó en un bosque persiguiendo la caza. El rey Zein el Muluk, igualmente, había salido aquella mañana a la caza del gamo. La fatalidad quiso que, a pesar de la inmensidad de aquel bosque, pasase cerca de su hijo, y sin reconocerlo, su mirada se posó sobre él, y al momento la vista desapareció de sus ojos, quedando sumido en perpetua noche. Comprendiendo que la causa de su ceguera era su encuentro con el joven caballero, que no podía ser otro que su hijo, llorando, exclamó: «Ordinariamente, los ojos del padre que mira a su hijo resplandecen; pero los míos, por la voluntad de un adverso destino, han quedado ciegos para siempre». El rey convocó en su palacio a los más famosos médicos del reino, y les interrogó acerca de los medios necesarios para curar su ceguera. Todos los médicos, después de interrogados, acordaron decir al rey que aquella ceguera no podía curarse con remedios corrientes, y añadieron: «El único medio para recobrar la vista es difícil de conseguir ni aun en sueños, ya que se trata de la rosa marina cultivada por la adolescente de la China».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CINCUENTA Y CINCO

Ella dijo:

—Y explicaron al rey que en el interior del lejano país de la China vivía la hija primogénita del rey Firuz-Schah, que tenía en su jardín el único arbusto conocido de aquella rosa marina, cuyas propiedades curaban los ojos, incluso devolviendo la vista a los ciegos de nacimiento. El rey Zein el Muluk, después de oír las palabras de sus médicos, hizo anunciar a todo el reino, por medio de los pregoneros, que aquel que le trajese la rosa marina de la adolescente de la China obtendría como recompensa la mitad de su imperio. Después, con el corazón angustiado, esperó el resultado, lloroso como Jacob y consumiéndose como Job. Entre los que partieron para el país de la China en busca de la rosa marina se encontraban los dos hijos mayores del rey Zein el Muluk. El príncipe Nurgihan partió, igualmente, pues se dijo: «Quiero probar la ley de mi destino en la piedra de toque del peligro, pues ya que soy la causa involuntaria de la ceguera de mi padre, justo es que exponga mi vida por curarle». El príncipe Nurgihan, aquel sol del cuarto cielo, montó en su corcel, ágil como el viento, y partió hacia el oriente. Viajó durante días y meses, atravesando llanuras, desiertos y soledades en las que no había más presencia que la de Alá y la de las hierbas salvajes, y acabó por llegar a un bosque inmenso, más oscuro que el espíritu del ignorante, y

tan sombrío, que allí no se podía distinguir el día de la noche ni lo blanco de lo negro. Nurgihan, cuya luminosa mirada atravesaba las tinieblas, avanzó con corazón intrépido por aquel bosque de cuyos árboles pendían, a manera de frutos, cabezas de seres animados que reían y gesticulaban, mientras que en otras ramas, frutos semejantes a las granadas se abrían dejando escapar de su interior pájaros de oro. Y he aquí que de repente se dio de cara con un anciano genio, semejante a una montaña, que estaba sentado en el tronco de un enorme algarrobo. Después de saludarle, hizo salir del estuche de rubíes de su boca algunas palabras, que cayeron en el espíritu del genio como el azúcar en la leche. El genio, emocionado por la belleza de aquella joven planta del jardín del éxtasis, le invitó a sentarse a su lado. Nurgihan descabalgó, y tomando de su saco un pastel de peras y flor de harina, lo ofreció al genio como prueba de amistad, quien lo aceptó y lo probó, quedando de tal manera satisfecho, que, saltando de alegría, exclamó: «Este manjar de los hijos de Adán me causa más placer que si hubiese recibido como regalo el azufre rojo que sustituye a la piedra preciosa en el anillo de nuestro Salomón. ¡Por Alá! De tal manera estoy contento, que si cada uno de mis pelos se transformase en cien mil lenguas y cada una de estas celebrase tus alabanzas, aún no expresarían toda la gratitud que siento por ti. Pídeme, pues, todo lo que quieras en recompensa y te complaceré en el acto. De otro modo, mi corazón se sentiría como un plato que cayese de lo alto de una terraza y se rompiera en mil pedazos». Nurgihan agradeció al genio sus palabras, diciéndole: «¡Oh jefe y corona de los genios! ¡Oh guardián atento de este bosque! Puesto que me permites expresar un deseo, helo aquí: simplemente te pido que me hagas llegar, sin tardanza ni demora, al reino de Firuz-Schah, en donde espero cortar la rosa marina de la adolescente de la China». Al oír aquellas palabras, el genio guardián de la floresta exhaló un profundo gemido, se llevó las manos a la cabeza y perdió el conocimiento. El príncipe le prodigó sus cuidados; pero, al ver que no daban resultado, le puso en la boca un segundo pastel de peras y harina, con lo que volvió rápidamente de su desvanecimiento; trémulo todavía por la emoción que le habían producido tanto el pastel como la pregunta, dijo al joven príncipe: «¡Dueño mío! La rosa marina de la que hablas y cuya dueña es una princesa adolescente de la China, está bajo la custodia de genios del aire, ocupados día y noche en que ningún pájaro vuele cerca de ella, en que las gotas de agua no deterioren su corola y en que el sol no queme sus hojas. Así, pues, aunque te llevase allí, no sé qué es lo que podría hacer para burlar la vigilancia de esos guardianes aéreos tan celosos. ¡En verdad que mi perplejidad es muy grande! Pero, entre tanto, dame uno de esos excelentes pasteles que tan bien me sientan, pues puede ser que sus virtudes ayuden a mi cerebro a encontrar la solución que busco, ya que es preciso que cumpla mi promesa ayudándote a conseguir la deseada rosa». El príncipe Nurgihan se apresuró a entregar al genio el pastel que le había pedido, quien, después de haberlo hecho desaparecer en el abismo de sus fauces, envolvió su cabeza en el capuchón de la reflexión, y pasado un rato, dijo: «El pastel ha hecho su efecto. Colócate sobre mi brazo y volemós hacia la China, pues ya

he encontrado el medio de burlar la vigilancia de los guardianes aéreos de la rosa y que será, simplemente, arrojarles uno de esos estupendos pasteles de peras, azúcar y flor de harina». El príncipe Nurgihan, que había comenzado inquietándose mucho al ver desvanecerse al genio del bosque, se tranquilizó, reverdeciendo como un jardín y floreciendo como el botón de una rosa, respondiendo: «No hay inconveniente». El genio del bosque colocó al príncipe sobre su brazo izquierdo, y se puso en camino hacia el país de la China, protegiendo de los rayos del sol al hijo de Adán con su brazo derecho y aniquilando la distancia bajo su vuelo, llegando sin contratiempo a la capital del país de la China. Y depositando suavemente al príncipe a la entrada de un jardín maravilloso, que era en el que vivía la rosa marina, le dijo: «Puedes entrar ahí dentro con ánimo tranquilo, pues yo voy a ir a entretener a los guardianes de la rosa con el pastel que me diste. Después volverás a buscarme aquí mismo, pues estaré esperándote para llevarte donde quieras». El hermoso Nurgihan se separó allí de su amigo el genio y penetró en el jardín que se mostraba a sus ojos bello cual un crepúsculo bermejo, como si fuese un trozo arrancado del paraíso.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CINCUENTA Y SEIS

Schehrazada dijo:

—En medio de aquel jardín había un estanque, lleno hasta los bordes de agua de rosas, en el centro del cual se destacaba sola sobre su tallo una asombrosa flor de color rojo fuego. ¡Aquella era la rosa marina! Solo el ruiñeñor podía dar una descripción adecuada. El príncipe Nurgihan, maravillado por su belleza y embriagado por su aroma, comprendió que semejante rosa debía tener las cualidades más milagrosas. Sin vacilar, se despojó de sus vestidos, y, entrando en el agua perfumada, arrancó el rosal entero con su única flor. Después el jovenzuelo regresó al borde del estanque con tan delicada carga, y, poniéndose sus ropas, ocultó la planta bajo ellas, en tanto que los pájaros escondidos en los rosales contaban a los ruiñeñores, en su lenguaje, el robo de la rosa milagrosa y de su arbusto. Pero el joven, de ningún modo quiso alejarse de aquel jardín sin visitar el encantador pabellón que se elevaba al borde del agua y que estaba enteramente construido con coralinas del Yemen. Entró en él, decidido, y se encontró en una estancia de la más armoniosa arquitectura, decorada con arte perfecto y de bellas proporciones. En el centro de aquella se hallaba un lecho de marfil adornado de pedrerías, alrededor del cual se veían cortinas bellamente bordadas, que en aquel momento estaban bajadas. El príncipe, sin dudar, se dirigió hacia el lecho y separó las cortinas, quedando inmovilizado de

admiración al descubrir a una delicada joven, que sin más adorno ni vestido que su belleza, estaba sumergida en profundo sueño sin sospechar que, por primera vez en su vida, un ser humano la contemplaba sin el velo del misterio. Su cabellera estaba en desorden y una de sus manos estaba posada negligentemente sobre su frente; el negro de la noche se había refugiado en su cabellera mientras Las Pléyades se ocultaban tras el velo de las nubes al contemplar el luminoso destello de sus dientes. El espectáculo de la belleza de aquella joven llamada Faz de Lis causó tal efecto en el príncipe Nurgihan, que cayó al suelo privado del conocimiento; pero no tardó en recuperarse, exhalando un profundo suspiro, y, aproximándose a la hermosa que le embujaba, recitó estos versos:

Cuando duermes tu rostro es como la aurora, y tus ojos recuerdan
los cielos marinos.

Cuando tu cuerpo de narcisos y rosas se yergue esbelto, no lo
igual a ni la palmera que crece en Arabia.

Cuando tu cuerpo de narcisos y rosas se yergue esbelto, caen en
haz o se despliegan al viento, ninguna seda es comparable a ellos.

Y queriendo dejar a la bella durmiente constancia de su paso por allí, le colocó en un dedo el anillo que él llevaba, retirando del de la joven una sortija que pasó a su propio dedo, y, sin despertarla, salió del pabellón, recitando estos versos:

Dejo este jardín llevando en mi corazón, como el tulipán
sangrante, la herida del amor.

¡Desdichado aquel que sale del jardín de este mundo sin haber
acariciado siquiera una flor con los bajos de su vestido!

Y fue al encuentro del genio guardián de los bosques, que estaba esperándole a la entrada del jardín, rogándole que, sin tardanza, le llevase al reino de Zein el Muluk, a lo que el genio respondió: «Oír es obedecer; pero no lo haré si antes no me das otro pastel». El príncipe le dio el último que le quedaba, y en seguida el genio le colocó sobre su brazo derecho y partió con él hacia el reino de Scharkistán. Llegaron sin contratiempo alguno al reino de Zein el Muluk, el rey ciego. Después de aterrizar, el genio dijo al hermoso Nurgihan: «¡Oh causa de mi alegría! No quiero dejarte sin antes darte una prueba de mi afecto. Toma este mechón de pelos de mi barba, que acabo de arrancarme; cada vez que me necesites, con solo quemar uno de estos pelos me presentaré inmediatamente ante ti». Y después de hablar así, el genio besó la mano del príncipe y se perdió de vista. Nurgihan, por su parte, se apresuró a entrar en el palacio de su padre, no sin antes haber solicitado audiencia y anunciando que era portador de la curación. Una vez que estuvo en presencia del rey ciego, sacó la planta milagrosa de debajo de sus ropas y se la entregó. Apenas el rey hubo acercado a sus ojos la rosa marina, cuyo aroma y belleza extasiaron a los allí presentes, sus ojos

volvieron a ver, brillando como estrellas. En el colmo de la alegría y gratitud, besó a su hijo en la frente, y, estrechándole al mismo tiempo contra su corazón, testimoniándole la más viva ternura, hizo anunciar a todo el reino que desde aquel momento dividía sus estados entre él y su hijo pequeño, Nurgihan, dando las órdenes necesarias para que durante un año entero se celebrasen fiestas reales, manteniendo abiertas las puertas del placer y de la alegría a todos, ricos y pobres. Nurgihan, que había vuelto a ser el hijo querido de su padre, que podía mirarle a sus anchas sin temor a perder la vista, pensó replantar la rosa marina para evitar que se marchitase, y, con tal intención, llamó al genio del bosque, quemando uno de los pelos de su barba. En el plazo de una noche, este le construyó un estanque de dos pies de profundidad, cuyo fondo era de oro puro adornado con pedrerías. Nurgihan se dio prisa a plantar la rosa en aquel estanque, lo que hizo que su sola presencia fuese un solaz para los ojos y un bálsamo para el olfato.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CINCUENTA Y SIETE

Dijo Schehrazada:

—Sin embargo, los dos hijos mayores del rey, que habían regresado con las caras largas, afirmaron, a pesar de la curación del rey, que la rosa marina no estaba dotada de virtudes milagrosas, y que si el rey había recobrado la vista fue gracias a los sortilegios e intervención en el asunto del lapidado. El rey, su padre, furioso por sus alegatos y descontento por su falta de discernimiento, los llevó a presencia de su hijo Nurgihan, y les dijo: «¿Por qué dudáis de las virtudes de esa rosa? ¿No creéis, pues, que Alá el altísimo pueda esconder la curación en el corazón de una rosa, él, que puede convertir a un hombre en mujer y a una mujer en hombre? Escuchad a este respecto lo que le sucedió a la hija de un rey de la India». Y dijo: «En antiguos tiempos había un rey en la India que tenía en su harén cien mujeres hermosas y jóvenes que no tenían igual en los palacios reales, pero ninguna de ellas concebía ni daba a luz, motivo por el cual el rey de la India, que ya comenzaba a encorvarse por el peso de la edad, se sentía triste; hasta que, merced a la intervención del omnipotente, la más joven de las esposas del rey quedó encinta y, transcurridos nueve meses, puso en este mundo a una niña muy hermosa, de aspecto verdaderamente celestial. La madre, creyendo que el rey se apenaría por tener una hija en lugar de un niño, hizo circular el rumor de que el recién nacido era un niño, y se puso de acuerdo con los astrólogos para hacer creer al rey que no debería ver al niño hasta que transcurriesen diez años. Cuando la niña llegó a la edad en que su padre pudo por fin

verla, su madre le dio los consejos pertinentes y le explicó cómo debía comportarse para hacerse pasar por un muchacho. La niña, a la que Alá había dotado de sagacidad e inteligencia, comprendió perfectamente las instrucciones de su madre e iba y venía por las estancias reales vestida de muchacho, comportándose como si realmente perteneciese al sexo masculino. El rey, su padre, se alegraba cada día más de la hermosura de aquel hijo, y cuando este falso hijo alcanzó la edad de quince años, el rey pensó casarle con una princesa, hija de un rey vecino. El matrimonio se decidió y cuando llegó la fecha fijada, el rey hizo vestir a su hijo con suntuosos ropajes, lo sentó a su lado en un palanquín de oro llevado por un elefante, y, seguidos de un gran séquito, partieron hacia el país de su futura esposa. En aquellas circunstancias tan embarazosas, el joven príncipe, que por dentro era princesa, unas veces se reía y otras lloraba. Una noche en que la comitiva se había detenido en medio de un espeso bosque, la joven princesa bajó de su palanquín y se internó por entre la arboleda para satisfacer una necesidad que lo mismo tienen las princesas que las esclavas; mas he aquí que repentinamente se encontró cara a cara con un joven genio, muy bello, sentado sobre un árbol y que era el genio guardián de aquel bosque. Este, deslumbrado por la belleza de la joven, saludándola gentilmente, le preguntó quién era y adónde iba; ella, conquistada por su encantador aspecto, le contó toda su historia hasta el último detalle, y también le dijo lo molesta que se iba a sentir la noche de bodas al entrar en el tálamo de aquella que se le destinaba como esposa. El genio reflexionó unos instantes y después se ofreció generosamente a prestarle su sexo a cambio del de ella, pero con la condición de que a su vuelta le devolvería fielmente el depósito. La joven aceptó el ofrecimiento llena de gratitud, y, por mediación de la omnipotencia del todopoderoso, el trueque se efectuó rápidamente, sin dificultades ni complicaciones. La joven princesa, muy contenta con aquel voluminoso regalo, regresó hasta donde estaba su padre y subió al palanquín, pero como todavía no estaba habituada a aquellos nuevos apéndices, se sentó torpemente, y, cogiéndose un pellizco, exhaló un grito de dolor; rápidamente se acomodó mejor para no hacerse notar, y desde entonces dedicó toda su atención y cuidados a no repetir el mismo movimiento, no solo por no sufrir, sino también por no estropear el depósito que le había sido confiado y que debía devolver a su propietario en buen estado. Algunos días después, el séquito llegó a la ciudad de la prometida, celebrándose el matrimonio con gran pompa. El esposo supo servirse a maravilla del instrumento que generosamente le había prestado el genio, y tan bien lo manipuló, que la recién casada quedó encinta; así todo el mundo quedó contento. Al cabo de nueve meses la esposa dio a luz un muchacho encantador; cuando se vio libre de los cuidados del parto, su esposo le dijo: “Es tiempo de que regresemos a mi país para que conozcas a mi madre y veas mi reino”. Si él le dijo aquello fue porque en realidad quería devolver cuanto antes al genio del bosque el depósito, intacto y en buen estado, tanto más cuanto que durante aquellos nueve meses de vida agradable este ya había fructificado. Habiéndose puesto en camino, no tardaron en llegar al

bosque morada del dueño de la mercancía. El príncipe se alejó de la caravana, dirigiéndose hacia el lugar en el que habitaba el genio, a quien encontró sentado en el mismo sitio, visiblemente fatigado y con la apariencia de una mujer cuyo vientre hubiese crecido desmesuradamente, y, después de saludarle, le dijo: “¡Oh jefe y corona de los genios! Gracias a tu benevolencia he conseguido hacer lo que quería, obteniendo lo que deseaba, y ahora, cumpliendo mi promesa, regreso para devolverte fielmente el depósito que me confiaste”; mientras hablaba, quiso depositar en su mano la mercancía que llevaba, pero el genio le replicó: “Ciertamente, tu confianza es grande y tu honestidad extrema, pero lamento decirte que ahora no estoy en condiciones de recobrar aquello que te presté ni de devolverte lo que llevo sobre mí. Es asunto concluido, ya que el destino lo ha querido así, pues después de separamos, aconteció algo que ahora me impide efectuar el cambio”. Entonces, la antigua joven preguntó: “¡Oh gran genio! ¿Cuál es ese suceso que nos impide recuperar nuestro respectivo sexo?”. Él le respondió: “Sabe, pues, que durante largo tiempo he estado esperando aquí, cuidando delicadamente del depósito que me habías entregado a cambio del mío, preocupándome mucho de conservarlo en su estado encantador de virginidad y candor, cuando un día, un genio, extraño en estos dominios, pasó por el bosque y me vio, notando por mi olor que yo era portador de un sexo que no me correspondía, y sintió por mí un amor tan violento, que despertó en mí el mismo sentimiento. Se unió a mí, como es corriente, rompiendo el sello de la virginidad del depósito, y sentí todo lo que una mujer siente en circunstancias parecidas, hallando que el placer de las mujeres es de más duración y más intenso que el de los hombres. Actualmente, no puedo recuperar mi sexo porque estoy encinta y si, por desgracia, consintiese en volver a ser un hombre, habría de dar a luz, en ese estado de hombre, el niño que llevo en mi seno, y ¿por dónde saldría la criatura? Este es el suceso que me obliga a retener lo que antes fue tuyo. Así, pues, puedes guardar aquello que te presté, y demos gracias a Alá que todo lo ha conducido sin daño ni perjuicio al permitir este cambio que no perjudica a nadie”». El rey, después de contar esta historia a sus dos hijos mayores, continuó diciendo: «Así, pues, nada es imposible para la omnipotencia del creador. Aquel que ha podido cambiar a una mujer en hombre y transformar a un genio en mujer encinta, igualmente puede efectuar la curación de mi ceguera por medio de una rosa». Y habiendo hablado así, despidió a sus dos hijos mayores, y reteniendo a Nurgihan, le colmó de muestras de ternura. En cuanto a la princesa Faz de Lis, la adolescente de la China y dueña de la rosa marina, he aquí lo que le sucedió: Apenas el disco de oro del sol se asomó a los ventanales del oriente, la princesa Faz de Lis entreabrió sus ojos encantadores y saltó del lecho. Tomando su peine, se arregló la cabellera, y, balanceándose suave y graciosamente, se dirigió hacia el estanque de la rosa marina, pues, cada mañana su primer pensamiento y visita eran para la rosa. Atravesó el jardín, cuya atmósfera estaba tan perfumada como la tienda de los perfumistas, y cuyos frutos, sobre los árboles, semejabán terrones de azúcar suspendidos en el aire. La mañana de aquel día era más

bella que las de los demás; el cielo estaba coloreado de color turquesa, y, a cada uno de los pasos de la adolescente surgían flores, mientras que el polvo que al andar levantaban sus vestidos, nimbaba de oro su figura.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CINCUENTA Y OCHO

Ella dijo:

—Y llegando al borde del estanque, echó una ojeada al lugar que solía ocupar su rosa querida, pero no halló rastro de ella ni de su aroma, por lo que, transida de dolor, vio su ánimo disolverse como el oro en el crisol y sus mejillas mustiarse como el botón de la rosa ante el simún del desierto. Para colmo de desgracias, en aquel mismo momento se dio cuenta de que el anillo que llevaba en un dedo le era extraño, y que el suyo le había desaparecido. Al acordarse de su desnudez mientras dormía, sospechó que los ojos de un extraño habían violado impunemente todo el encantador misterio de su intimidad, y, sumida en un mar de confusiones y regresando presurosamente a su pabellón de rubíes, se echó a llorar. Después, con la reflexión, volvieron a ella las ideas razonables y se dijo: «Verdaderamente, es falso el refrán que dice: “Cuando se va en busca de un objeto perdido, para encontrarlo es preciso perderse uno mismo”. ¡Por Alá!, que yo, aunque mujer débil, quiero empezar desde este instante la búsqueda del ladrón de mi rosa para conocer el motivo de su latrocinio y castigarlo por haberse atrevido a posar su mirada sobre mi virginidad de princesa dormida». En alas de su impaciencia, en aquel mismo momento se puso en camino, seguida por sus esclavas disfrazadas de guerreros. Después de mucho viajar y preguntar por todas partes, por fin llegó al Scharkistán, el reino de Zein el Muluk, padre de Nurgihan. Al entrar en la ciudad vio por todas partes las guiraldas de las fiestas que debían durar un año entero, y ante cada puerta oyó las músicas y las exclamaciones de alegría. Deseosa de saber el motivo de aquellos regocijos, preguntó cuál era la causa de la alegría general que reinaba entre los habitantes de la ciudad, a lo que le respondieron: «Él rey estaba ciego, pero su hijo Nurgihan, el excelente, el hermoso, después de infinitos trabajos, consiguió traerle la rosa marina de la adolescente de China. Al simple contacto de esta rosa milagrosa con sus ojos, el rey recuperó la vista, y este es el motivo de que todo el mundo se entregue a los regocijos y al placer durante un año entero a costa del tesoro del reino, y de que en todas las casas de esta ciudad se oigan alegres músicas, de la mañana a la noche, sin interrupción». Faz de Lis, muy contenta al tener por fin noticias precisas de la rosa, fue a tomar un baño que le hiciese recuperarse de las fatigas del camino; después,

volviendo a ponerse sus vestidos de hombre, atravesando los mercados, se dirigió hacia el palacio del rey. Todos cuantos miraban a aquel adolescente, quedaban deslumbrados de admiración, y así llegó hasta el jardín donde vio su rosa en medio de un estanque de oro, encantadora a la vista y al olfato. Después de alegrarse de aquel encuentro, se dijo: «Ahora voy a ocultarme entre los árboles para conocer al imprudente que ha robado la rosa de mi jardín y la sortija de mi dedo». Pronto llegó junto al estanque el joven, cuya hermosura disipaba las tinieblas, cuyos ojos turbaban con el dulce fuego de sus miradas y cuyas pestañas brillaban como la hoja curvada de un puñal; aquel cuyos rizados bucles inflamaban los corazones, cuyas mejillas eran tan tersas que daban envidia a las jóvenes; las sonrisas del cual eran otros tantos dardos; de porte delicado y noble a la vez y cuyo torso blanco y suave era como un cristal que permitiese ver un corazón generoso y valiente. A su vista, Faz de Lis cayó en una especie de aturdimiento que casi le hizo perder el sentido, pues con razón ha dicho el poeta:

Cuando el arco de las cejas arroja las flechas de sus miradas, hiere
a todos los corazones dignos del amor.

Cuando Faz de Lis se recuperó, miró a todas partes frotándose los ojos, pero no viendo rastro del adolescente, se dijo: «He aquí que el ladrón de mi rosa me roba igualmente el alma y el corazón. No solamente ha golpeado con la piedra de la seducción la preciosa puerta de mi honor, sino que también ha herido mi corazón con la flecha del amor. ¡Heme aquí, lejos de mi país y de mi padre! ¿Dónde podría ir ahora a quejarme y a pedir justicia por todos estos agravios?». Con el corazón abrasado por la pasión, fue al encuentro de sus esclavas, y una vez que estuvo junto a ellas, pidiendo cálamo y papel, escribió a Nurgihan una carta, junto con la cual le enviaba su anillo, por medio de su sierva favorita, con el encargo de entregar las dos cosas al príncipe en persona. En un abrir y cerrar de ojos la joven llegó a presencia de Nurgihan y después de saludarle respetuosamente, le entregó la carta y el anillo que le había confiado la princesa. Nurgihan, muy emocionado, reconoció el anillo, y abriendo la carta, leyó lo siguiente: «Alabemos al ser libre del cómo y del porqué, que ha dado a las vírgenes la gracia y la belleza y a los adolescentes el poder de la seducción, encendiendo en el corazón de unos y de otros la lámpara del amor, donde el sabio se quema lo mismo que la mariposa. Heme aquí consumiéndome de amor por tus ojos lánguidos y con la pasión devorándome por dentro y por fuera. ¡Ah, cuán falso es el proverbio que dice: “Los corazones se entienden”, pues yo me consumo y tú no sabes nada! ¿Qué respuesta me darías si yo te preguntase por qué me has herido con tu encantadora apostura? Pero ¡oh cálamo!, no escribas más, pues me siento demasiado agobiada por amoroso dolor». Con la lectura de esta carta, el fuego del amor de Nurgihan se avivó bajo las cenizas en su corazón, e impaciente, tomó el cálamo y papel y respondió lo que sigue: «A aquella que supera a todas las bellas de

cuerpo de plata, y cuyo arco de cada una de sus cejas es como un alfanje en la mano de un guerrero ebrio. ¡Oh mujer encantadora, semejante al planeta Zhora, y cuya hermosa fuente excita los celos de las bellezas de la China! El contenido de tu carta aviva las heridas de mi corazón solitario, que latirá por ti mientras haya lunares en la cara de la luna llena. Una chispa de tu corazón ha caído sobre mis heridas, y el relámpago de mi deseo ha brillado sobre tu mies. Heme aquí, semejante a un pollo a medio degollar que se arrastra por tierra día y noche y que no tardará en perecer si no se le cura pronto. ¡Oh Faz de Lis! El velo no está sobre tu rostro, pero tú misma eres tu propio velo. Sal de debajo de él y avanza, pues el corazón es una cosa admirable, y, a pesar de su pequeñez, el creador ha establecido en él su morada. Pero ¡oh hechicera!, no debo expresarme más claramente ni confiar más secretos al cálamo, pues este no debe ser admitido en el harén de los que aman». A continuación, el príncipe Nurgihan cerró la carta de amor, y, después de sellarla, la entregó a la joven emisaria, encargándole que de viva voz dijese a su dueña Faz de Lis las delicadezas que él no había podido expresar al escribirle. La esclava partió sin tardanza y regresó junto a su dueña.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS CINCUENTA Y NUEVE

Schehrazada dijo:

—Y la encontró con ojos de narciso languideciente, cada una de sus pestañas convertida en una fuente, y, abordándola, sonriente, le dijo: «¡Oh rosa del rosal de la alegría! ¡El motivo que te hace derramar lágrimas preciosas sobre la flor de tu faz, ha desaparecido, de modo que ya, para siempre, podrás estar sonriente y satisfecha! ¡He aquí la buena noticia que te traigo!», y le entregó la respuesta de Nurgihan, acompañándola con las gentiles explicaciones que le había dado el hermoso joven. Cuando Faz de Lis leyó la carta y oyó de boca de su favorita las delicadezas que el hermoso Nurgihan no había podido expresar por escrito, viéndose correspondida, permitió que sus esclavas la arreglasen, vistiesen y alhajasen. Aquellas encantadoras jóvenes usaron de todas sus habilidades para que su dueña relumbrase. La peinaron y perfumaron con tanto arte, colocando peinetas entre sus cabellos, que el almizcle de Tartasia se evaporaría de celos ante el aroma exquisito que la joven exhalaba y los corazones brincaban en los pechos al ver la espléndida trenza que le llegaba hasta la cintura, tejida como las palmas de los días de fiesta. A continuación, le pasaron alrededor del talle un cinturón de muselina roja, cada hilo del cual estaba tejido para cautivar corazones; después la envolvieron en una túnica de gasa roja que permitía

adivinar el color del cuerpo. Y de tal manera adornaron con perlas la raya que separaba sus cabellos, que las estrellas de la Vía Láctea se sintieron abrumadas de confusión. En su frente colocaron una brillante diadema, tan deslumbrante, que hacía pensar que en el cielo había aparecido una luna nueva. La dejaron tan maravillosamente bella, que todas quedaron contemplándola, inmovilizadas por el asombro, pero más embellecida estaba por su propia hermosura que por todos los adornos. Cuando estuvo preparada, con el corazón palpitante, fue hacia la sombra de los árboles del jardín. Al verla, Nurgihan se desvaneció, tan violenta fue la sensación que le produjo, pero acariciado por el aroma del suave aliento de Faz de Lis, el joven abrió pronto los ojos, y, contemplando a su amada, se levantó en el apogeo de la felicidad. Por su parte, Faz de Lis encontró al adolescente tan conforme con la imagen que se había grabado en su corazón, que no había un solo punto de diferencia. Ella retiró el velo que la tapaba y mostró a su amado todos los regalos que le llevaba: las perlas de sus dientes, los rubíes de sus labios, preferibles a los pétalos de las rosas, sus brazos de plata, el claro de luna de su sonrisa, el oro de sus mejillas, las almendras de sus ojos, el ámbar negro de sus bucles, la manzana de su barbilla, los diamantes de sus miradas y las treinta y seis posturas plásticas de su cuerpo virginal.



El amor estrechó sus lazos sobre los dos amantes y nadie supo lo que aquella noche sucedió entre ellos en medio de la espesura de aquella arboleda. Pero como el amor y el almizcle no pueden permanecer ignorados, los padres no tardaron en estar al corriente de los amores de los dos jóvenes, a quienes se apresuraron a unir en

matrimonio. Su vida discurrió feliz, repartida entre su amor y la contemplación de la rosa marina. ¡Alabemos a Alá, el omnipotente, el único, que hace florecer las rosas y unirse los corazones de los amantes! ¡La bendición y la plegaria sobre nuestro señor y soberano Mahoma, príncipe de los enviados, y sobre todos los suyos! Amén.

Schehrazada, habiendo terminado de contar esta historia, se calló. La joven Doniazada, su hermana, exclamó:

—Hermana mía, tus palabras son dulces y deliciosas en su frescor. ¡Cuán admirable es esta historia de la rosa marina y la adolescente de la China! ¡Por favor!, ahora que todavía hay tiempo, apresúrate a contarnos algo que se le parezca.

Schehrazada sonrió y dijo:

—Sí, pequeña. Lo que ahora quiero contaros es algo admirable, pero, ciertamente, no lo haré si antes no lo autoriza nuestro dueño, el rey.

Schahriar dijo:

—¡Dudas, pues, de mi beneplácito, oh Schehrazada! ¿Podría pasar de ahora en adelante una sola noche sin tus palabras en mis oídos y sin ti ante mis ojos?

Schehrazada contestó con una amable y encantadora sonrisa y dijo:

HISTORIA DEL PASTEL DE MIEL DE ABEJA Y DE LA CALAMITOSA ESPOSA DEL ZAPATERO REMENDÓN

—Se cuenta, ¡oh rey afortunado!, que en la privilegiada ciudad de El Cairo vivía un zapatero remendón, de excelente carácter, que era objeto de general simpatía. Se ganaba la vida arreglando babuchas viejas, se llamaba Maruf, y había sido afligido por el retribuidor, ¡sea exaltado en todo casa!, con una esposa calamitosa, macerada en pez y alquitrán, que se llamaba Fátima, pero sus vecinos la habían apodado boñiga caliente, pues, en verdad, era un emplasto insoportable para el zapatero, su esposo, y una plaga negra para cuantos se acercaban a ella. Aquella calamitosa mujer usaba y abusaba de la bondad y paciencia de su hombre; además de insultarle e injuriarle mil veces durante el día, por la noche no le dejaba un momento de reposo. El desgraciado había llegado a temer mucho sus maldades y a temblar por sus fechorías, pues era hombre de natural tranquilo, sensible y celoso de su reputación, aunque de pobre y humilde condición. Tenía por costumbre a fin de evitar el alboroto y los gritos, dejar en casa cuanto ganaba, facilitando así los dispendios de su mujer, aquella seca, regañona y malvada persona. Para mayor desgracia, había llegado a no ganar lo suficiente con su trabajo, por lo que los gritos y escenas espantosas le abrumaban durante el día y la noche sin tregua ni cuartel. De esta manera le hacía pasar noches más negras que el libro de su destino. A ella se le podía aplicar el dicho del poeta:

¡Cuántas noches desesperadas paso al lado de mi esposa! ¡Y que desde la noche fúnebre de mis bodas no le haya dado a beber una copa de veneno frío, para hacerle estornudar el alma!

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SESENTA

Dijo Schehrazada:

—Entre algunas de las aflicciones que hubo de soportar aquel Job de la paciencia, he aquí la que sigue: Un día, su esposa, ¡que Alá aleje de nosotros días semejantes!, le dijo: «¡Oh Maruf! Quiero que esta noche, cuando vuelvas a casa, me traigas un pastel de miel de abejas». Maruf, el pobre, respondió: «¡Oh hija de mi tío! Ciertamente que te lo traeré si Alá, el generoso, quiere ayudarme a ganar el dinero necesario para comprarlo. Pues hoy, ¡por el profeta!, sobre él la oración y la paz, no tengo encima ni una moneda pequeña. Pero Alá es misericordioso y nos ayuda a conseguir las cosas difíciles». Aquella arpía exclamó: «¿Qué dices de la intervención de Alá en tu favor? ¿Piensas, pues, que para satisfacer mi deseo voy a esperar a que la bendición te llegue o no? ¡Por mi vida que no! ¡No me conformo con esa manera de pensar! ¡Lo ganes o no en tu trabajo, necesito unas onzas de pastel de miel de abejas y en ningún caso consentiré que dejes sin satisfacer ni uno solo de mis deseos, y si para desgracia tuya regresas a casa sin el pastel, esta noche te la haré pasar tan negra como el sombrío destino que te ha traído hasta mí!». El infortunado Maruf suspiró: «¡Alá es el clemente, el generoso y solo en él está mi socorro!». El pobre salió de su casa afligido y apenado de la cabeza a los pies. Fue a abrir su tienda del mercado de los zapateros, y, levantando sus manos al cielo, imploró: «¡Te suplico, señor, que me ayudes a ganar lo suficiente para comprar una onza de ese pastel y poder salvarme esta noche de la maldad de esa perversa mujer!». Pero, aunque esperó en su miserable tienda, nadie fue a encargarle trabajo alguno, de manera que al término de la jornada no había ganado con qué comprar el pan para la cena. Con el corazón oprimido y lleno de espanto por lo que le esperaba, cerró su tienda y, tristemente, tomó el camino de su casa. Al atravesar los mercados, pasó precisamente ante la tienda de un pastelero que le conocía por haberle arreglado en alguna ocasión las babuchas. El pastelero vio a Maruf caminar sumido en la desesperación y encorvado como bajo el peso de alguna amarga pena, y, llamándole por su nombre, vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas y que su faz estaba pálida y entristecida, por lo que le dijo: «¡Oh Maruf! ¿Por qué lloras? ¿Cuál es la causa de tu pena? ¡Entra a descansar y cuéntame qué desgracia te aflige!». Maruf se acercó al hermoso escaparate del pastelero, y, después de los saludos acostumbrados, dijo: «¡No hay remedio sino en Alá el misericordioso! El destino me persigue y hasta me rehúsa el pan de la cena». Como el pastelero insistiese en conocer más detalles, Maruf le puso al corriente de las

exigencias de su mujer y de la imposibilidad de comprar el pastel en cuestión, o incluso un simple bollo de pan, ya que no había ganado nada durante la jornada. Cuando el pastelero oyó las explicaciones de Maruf, riendo bondadosamente, dijo: «¡Oh Maruf! ¿Puedes decirme al menos cuántas onzas de pastel desea que le lleves la hija de tu tío?». El zapatero respondió: «Cinco onzas pueden ser suficientes». El pastelero le dijo: «No hay inconveniente, pues yo voy a adelantarte cinco onzas de pastel, que tú me pagarás cuando la generosidad del retribuidor descienda sobre ti». Y cortando de un enorme pastel un gran pedazo, que seguramente pesaría más de las cinco onzas, lo entregó a Maruf, diciendo: «Este es un pastel digno de ser servido en lá mesa de un rey; sin embargo, te diré que no está hecho con miel de abejas sino con miel de caña, pero también sale muy sabroso haciéndolo así». El pobre Maruf, que no conocía la diferencia que hay entre la miel de abejas y la de caña, respondió: «Lo acepto como muestra de tu generosidad». Y quiso besar la mano del pastelero, que, rehusando vivamente, le dijo: «Esta golosina es para la hija de tu tío. Pero tú, Maruf, no vas a tener nada para cenar. Así pues, toma este pan y este queso, beneficios de Alá, y no me lo agradezcas, pues yo no soy más que el intermediario». Al mismo tiempo que la exquisita golosina, entregó a Maruf un tierno bollo de pan, recién hecho y oloroso, y una bola de queso blanco envuelto en hojas de higuera. Maruf, que en toda su vida había recibido tantas mercedes a la vez, no sabiendo qué hacer para dar las gracias al caritativo pastelero, terminó por levantar los ojos al cielo, poniéndole por testigo de su gratitud hacia su bienhechor. Llegó a su casa cargado con el pastel, el bollo de pan y el queso blanco, y, tan pronto como entró, su mujer le gritó con voz agria y amenazadora: «¿Has traído el pastel?». El pobre respondió: «Alá es generoso. Helo aquí». Y depositó ante ella el plato que le había prestado el pastelero, en donde se mostraba en toda su gracia de fina golosina el dulce relleno de miel. Apenas la calamitosa echó una ojeada al plato, cuando profiriendo un estridente grito de indignación, golpeándose las mejillas, gritó: «¡Alá maldiga al lapidado! ¿No te había dicho que me trajeses un pastel preparado con miel de abejas? ¡He aquí que por fastidiarme me traes cualquier cosa preparada con miel de caña! ¿Acaso pensabas que conseguirías engañarme y que no notaría la superchería? ¡Miserable, lo has hecho por fastidiarme!». El pobre Maruf, aterrado por aquella cólera que esta vez no había previsto, balbució unas excusas con voz temblorosa y añadió: «¡Oh hija de gentes de bien! Yo no lo he comprado, pues el pastelero, al que Alá ha dotado de un corazón caritativo, ha tenido piedad de mi estado y me lo ha adelantado en préstamo, sin fijarme fecha para el pago». Pero aquella espantable arpía, dijo: «¡Todo lo que dices no son más que palabras a las que no doy crédito alguno! ¡Toma, coge el pastel de miel de caña; yo no lo quiero!». Y arrojándole a la cabeza el plato con el pastel, añadió: «¡Levántate ahora, entrometido, y ve a buscarme uno de miel de abejas!». Y acompañando con la acción a las palabras, le asestó un puñetazo en la mandíbula que le rompió un diente, y la sangre que salió manchó la barba y el pecho del pobre zapatero, quien ante esta última agresión de su esposa, perdiendo al fin la paciencia,

enloquecido, tuvo un rasgo violento y golpeó en la cabeza a aquella arpía. Esta, todavía más enfurecida por esta inesperada reacción de su sufrido esposo, se precipitó sobre él, y cogiéndole de la barba, se colgó con todo su peso de los pelos de esta, llamando a grandes voces: «¡Acudid en mi socorro, musulmanes! ¡Que me asesina!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SESENTA Y UNA

Ella dijo:

—Los vecinos, que acudieron al oír sus gritos, e interponiéndose entre los dos, a duras penas pudieron liberar la barba del desgraciado Maruf de los crispados dedos de su calamitosa esposa. Al contemplar su ensangrentado rostro y su diente roto, sin contar los pelos de la barba que le había arrancado aquella mujer furibunda, y conociendo ya desde tiempo atrás el indigno comportamiento de esta para con aquel hombre, valorando por otra parte las pruebas que demostraban plenamente que él era la víctima, una vez más le sermonearon con frases razonables que deberían haberla avergonzado y obligado a modificar su conducta. Después de reprenderla añadieron: «Todos nosotros tomamos el pastel de melaza y lo encontramos mejor que el preparado con miel de abejas. ¿Cuál es el crimen que ha cometido tu marido para merecer los malos tratos que le das, como son la rotura de un diente o despelucharle la barba?». Y maldiciéndola unánimemente se marcharon. Cuando se quedaron solos, aquella temible arpía se encaró de nuevo con Maruf, quien durante toda la penosa escena había permanecido silencioso en su rincón, y, en voz baja y rencorosa, le dijo: «¡Ah! ¿Conque azuzas a los vecinos contra mí? ¡Esto va bien! ¡Verás lo que te espera!». Y sentándose no lejos de él, le miraba con ojos de tigresa, meditando terribles venganzas contra el pobre hombre. Maruf, que lamentaba sinceramente su gesto de ira, no sabiendo qué hacer para calmarla, decidió recoger el pastel, que continuaba en el suelo, y, ofreciéndoselo tímidamente a su esposa, le dijo: «¡Por tu vida, oh hija del tío! Toma un poco de este pastel, y mañana, si Alá quiere, te traeré del otro». Pero ella lo rechazó de un puntapié, gritando: «¡Vete con tu pastel, perro zapatero! ¿Crees que voy a tocar lo que te da tu oficio de alcahuete de los pasteleros? ¡Mañana sabré buscarte las cosquillas!». Fracasada aquella tentativa de reconciliación, el desgraciado pensó en calmar el hambre que le torturaba desde por la mañana, pues no había comido nada en todo el día, y se dijo: «Puesto que no quiere comerse este excelente pastel, me lo comeré yo». Y sentándose ante el plato, comenzó a saborear aquel delicioso manjar que le acariciaba el olfato tan agradablemente; después continuó con el pan y el queso, no dejando rastro alguno en

el plato. Su mujer, que le miraba comer con ojos iracundos, a cada bocado que daba no dejaba de decirle: «¡Así se te atragante y te ahogues!» o «¡Alá quiera que se te convierta en veneno!». Y otras lindezas semejantes. Pero Maruf, muy afanado, continuaba comiendo tranquilamente sin decir palabra, lo que terminó por elevar al paroxismo el furor de su mujer, que, levantándose de repente, le golpeó como una posesa, arrojándole todo lo que encontraba a mano. Ni aun cuando se acostaron cesó en sus invectivas, que continuaron durante toda la noche y se prolongaron hasta la madrugada. A pesar de la mala noche que había pasado, Maruf se levantó de buen humor, y, vistiéndose de prisa, marchó a su tienda con la esperanza de que aquel día le favoreciera el destino, pero al cabo de dos horas fueron a detenerle dos hombres de la policía, enviados por el cadí, y atado codo con codo, le llevaron a través de los mercados hasta el tribunal. Con gran sorpresa por su parte, Maruf se encontró con que su mujer estaba al lado del cadí con el brazo vendado, la cabeza envuelta en un velo ensangrentado y un diente roto entre los dedos. El cadí, tan pronto como vio al aterrado zapatero, le gritó: «¡Ven aquí! ¡No tienes temor de Alá, el altísimo, puesto que das tan malos tratos a esta pobre mujer, tu esposa, la hija de tu tío, golpeándola tan cruelmente el brazo y la cabeza!». Maruf, que estaba tan aterrado que deseaba que la tierra se abriese y se lo tragase, inclinó la cabeza muy confundido y guardó silencio, pues en su amor a la tranquilidad y en su deseo de salvar su honor y la reputación de su mujer, no quiso castigar a aquella maldita apelando al testimonio de los vecinos, que descubrirían su malicia. El cadí, por su parte, convencido de que aquel silencio era la prueba de la culpabilidad de Maruf, ordenó a los ejecutores de sentencias que se lo llevasen y le diesen cien palos en las plantas de los pies, lo que al instante se cumplió, en presencia de aquella maldita arpía, que se estremecía de contento. A su salida del tribunal, el zapatero apenas si podía tenerse en pie, pero como prefería perecer de la muerte roja antes que regresar a su casa y ver el rostro de la calamitosa, se llegó hasta una casa en ruinas que se elevaba en una de las orillas del Nilo y allí esperó, en medio de privaciones y necesidades, a curarse de los golpes que le habían hinchado los pies y las piernas. Cuando, por fin, pudo levantarse, se enroló como marinero a bordo de una *dahabich* que descendía por el río. Una vez que llegó a Damietta, enrolándose como reparador de velas, partió en un falucho, confiando su suerte al dueño de los destinos. Al cabo de varias semanas de navegación, el falucho, sorprendido por una espantosa tormenta, se fue a pique y todos sus ocupantes perecieron, menos Maruf, a quien el Altísimo protegió colocando al alcance de su mano un trozo de madera, resto del palo mayor. El antiguo zapatero se asió a él y realizando un gran esfuerzo logró salvarse, batiendo el agua con los pies, como hacen los patos, mientras el oleaje le hacía dar vueltas y más vueltas, tan pronto en una dirección como en otra. Así luchó contra el peligro durante un día y una noche, después de la cual, impulsado por el viento y las corrientes, llegó frente a las costas de cierto país, donde se veía una ciudad de casas bien construidas. Durante un buen rato permaneció tumbado en la orilla sin hacer movimiento alguno, como

desvanecido. Cuando se despertó vio inclinado sobre él a un hombre magníficamente vestido, detrás del cual se hallaban dos esclavos con los brazos cruzados. Aquel hombre miraba a Maruf con singular atención, y cuando vio que este despertaba exclamó: «¡Alabemos a Alá! ¡Extranjero, sé bien venido a nuestra ciudad! ¡Alá sobre ti! Dime de qué ciudad o país eres, pues por los restos de tus ropas creo reconocer en ti a un habitante del país de Egipto». Maruf le respondió: «Es cierto, dueño mío, soy un habitante del país de Egipto y era en la ciudad de El Cairo donde vivía». Con voz emocionada, el hombre rico le preguntó: «¿Sería indiscreto preguntarte en qué calle de El Cairo vivías?». Él respondió: «En la calle Roja, dueño mío». Aquel hombre volvió a preguntar: «¿Cuántas personas conoces en esa calle y cuál es tu oficio, hermano mío?». Maruf respondió: «Mi oficio, dueño mío, es el de remendón de babuchas viejas. En cuanto a las personas que conozco, son gentes vulgares, de mi clase, aunque honorables y respetadas. Si deseas sus nombres, he aquí algunos». Y le enumeró algunas de las diversas personas que conocía y que vivían en la calle Roja. El hombre rico, cuyo rostro resplandecía de alegría a medida que aquella conversación se desarrollaba entre los dos, preguntó: «¿Conoces, hermano mío, al jeque Ahmad, el mercader de perfumes?». Maruf respondió: «¡Alá prolongue sus días! ¡Es vecino mío, pared por medio!». Él preguntó: «¿Se porta bien?». Y Maruf respondió: «¡Alabado sea Alá! ¡Él se porta bien!». El otro preguntó: «¿Cuántos hijos tiene ahora?». Maruf le respondió: «Tres. ¡Que Alá se los conserve! Son Mustafá, Mohamed y Alí». El hombre aquel preguntó: «¿Qué hacen?». Y Maruf respondió: «El mayor, Mustafá, es maestro de escuela y sabio admirado, que conoce a fondo el libro santo y puede recitarlo de siete maneras diferentes. El segundo, Mohamed, es droguero y mercader de perfumes, como su padre, quien, para festejar el nacimiento de un hijo que le ha nacido poco ha, le ha abierto una tienda próxima a la suya. En cuanto al pequeño Alí, ¡que Alá le colme de dones elegidos!, era mi compañero de la infancia, pues nos hemos pasado días enteros jugando juntos y haciendo mil travesuras a los viandantes. Pero un día, mi amigo Alí hizo algo con un muchachito copto, hijo de nazarenos, que fue a quejarse a sus padres por haber sido humillado y violentado de la peor manera. Para evitar la venganza de aquellos nazarenos, mi amigo escogió la huida y desapareció, sin que nadie le haya vuelto a ver, a pesar de que han pasado ya una veintena de años. ¡Que Alá le proteja alejando de él los maleficios y las desgracias!». Al oír aquellas palabras, el hombre rico rodeó con sus brazos el cuello de Maruf, y, llorando, lo estrechó contra su pecho, diciendo: «¡Alabado sea Alá, que reúne a los amigos! ¡Yo soy Alí, tu camarada de la infancia, oh Maruf, el hijo del jeque Ahmad, el perfumista de la calle Roja!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SESENTA Y DOS

Schehrazada dijo:

—Después de los más vivos transportes de alegría por ambas partes, Alí le pidió que le contase cómo se encontraba en aquella costa. Cuando se enteró de que Maruf había pasado un día y una noche sin comer nada, le hizo montar en su mula tras él y le llevó a su casa, un espléndido palacio, tratándole allí a cuerpo de rey. A la mañana siguiente se presentó ante él a fin de charlar largo y tendido. Así conoció Alí todos los tormentos que había sufrido el pobre Maruf desde el día de su matrimonio con su calamitosa esposa y cómo había preferido abandonar su tienda y su país a permanecer expuesto más tiempo a las maldades de aquella arpía. Igualmente supo que había recibido una tanda de palos y cómo, después de naufragar, había estado a punto de ahogarse. Maruf, por su parte, supo de boca de su amigo Alí que la ciudad en la que se encontraba actualmente era Khaitán, capital del reino de Sohatán; también supo que Alá había favorecido a su amigo Alí en los asuntos de compra y venta, habiendo llegado a ser el mercader más rico y el notable más respetado de toda la ciudad de Khaitán. Después de dar libre curso a sus sentimientos, el rico mercader dijo a su amigo: «Hermano Maruf, sabe que los bienes que me vienen del retribuidor no son más que un depósito que él ha puesto en mis manos. ¿Qué cosa mejor podría hacer que confiarte una buena parte de este depósito a fin de que lo hagas fructificar?». Comenzó dándole un saco con mil dinares de oro, le hizo vestirse con ropas suntuosas, y añadió: «Mañana por la mañana montarás sobre mi mejor mula e irás al mercado, donde me verás sentado en medio de los mercaderes. A tu llegada, yo me levantaré y, acercándome a ti, te tomaré las riendas de tu montura y te besaré la mano, prodigándote toda clase de muestras de honor y respeto. Este comportamiento te procurará al instante una gran consideración. Te cederé una vasta tienda, que surtiré antes de abundantes mercaderías, y en seguida te haré trabar conocimiento con los notables y con los más importantes mercaderes de la ciudad. Con la ayuda de Alá, tus asuntos florecerán, y, lejos de la calamitosa hija de tu tío, te sentirás en el colmo de la felicidad y bienestar». Maruf, no encontrando expresiones con las que testimoniar a su amigo todo su agradecimiento, se arrodilló para besarle el borde de sus ropajes, pero el generoso Alí, defendiéndose con viveza, abrazó a Maruf y continuaron charlando de mil cosas de su pasada infancia hasta la hora de dormir. A la mañana siguiente, Maruf, magníficamente ataviado y con toda la apariencia de un rico mercader extranjero, montó en una soberbia mula de color de estornino y ricamente guarnecida y se presentó en el mercado a la hora fijada. Entre él y su amigo Alí representaron con toda exactitud la escena convenida, y todos los mercaderes se sintieron llenos de admiración y respeto hacia el recién llegado, sobre todo cuando vieron que el gran mercader Alí le besaba la mano y le ayudaba a descabalgarse y cuando fue a sentarse con gravedad y parsimonia en el sitio que por anticipado le había reservado su amigo ante el mostrador de la nueva tienda. Todos fueron a Alí,

diciéndole en voz baja: «Ciertamente, tu amigo es un gran mercader». Alí los miró con lástima y respondió: «¡Por Alá! ¿Decís un gran mercader? ¡Pero si es uno de los primeros mercaderes del universo y tiene tantos almacenes y depósitos en el mundo entero, que el fuego no podría consumirlos! A su lado, yo mismo no soy más que un ínfimo buhonero. Sus asociados, agentes y contables, son numerosos en todas las ciudades de la tierra, desde Egipto y el Yemen hasta la India y los confines de la China. ¡Ah! ¡Cuándo le conozcáis más íntimamente ya veréis cómo es este hombre!». Después de estas afirmaciones, hechas en un tono de profundo convencimiento, los mercaderes formaron una gran opinión de Maruf y fueron a saludarle, colmándole de felicitaciones y bienvenidas, teniendo todos a gala invitarle a comer, uno tras otro, en tanto él sonreía con el aire complacido y se excusaba por no poder aceptar, puesto que ya era huésped de su amigo el mercader Alí. El síndico de los mercaderes también fue a visitarle, lo cual era contrario a la costumbre, que manda sea el recién llegado el que efectúe la primera visita, quien se encargó de ponerle al corriente de los detalles referentes a las mercaderías y diversos productos del país. A continuación, para demostrarle cuán dispuesto estaba a comprarle las mercancías que con él había traído de lejanos países, le dijo: «Dueño mío, sin duda tendrás muchos bultos de tela amarilla, que aquí se aprecia de modo particular». Maruf, sin vacilar, respondió: «¿Telas amarillas? ¡En gran cantidad!». El síndico le preguntó: «¿Tienes muchas telas de color rojo sangre de gacela?». Maruf, con gran aplomo, le respondió: «Por lo que respecta a las telas de color rojo sangre de gacela, quedaréis satisfechos, pues las de mis fardos son de la clase más fina». A cada pregunta que se le hacía, Maruf contestaba: «En gran cantidad». El síndico, pues, tímidamente le preguntó: «Dueño mío, ¿podrías enseñarme algunas muestras?». Maruf, sin dejarse abatir por las dificultades, condescendiente, respondió: «Ciertamente que sí, una vez que llegue la caravana». Y explicó al síndico y a los mercaderes allí reunidos que para algunos días después esperaba la llegada de una inmensa caravana de mil camellos cargados con fardos de mercancías de todas clases y colores. Los reunidos se asombraron mucho, maravillándose de la próxima llegada de tan fantástica caravana, pero su admiración alcanzó límites extremos al ser testigos del siguiente hecho: mientras ellos no salían de su asombro al escuchar la noticia del arribo de la caravana, un mendigo se aproximó hasta donde estaban y tendió la mano hacia ellos. Unos le dieron una pieza, otros media, algunos una entera, y los más, no dándole nada, se contentaron con decirle: «¡Que Alá te asista!». Cuando el mendigo llegó ante Maruf este puso en su mano un grueso puñado de dinares de oro con tanta sencillez como si le hubiese dado una moneda de cobre. El asombro de los mercaderes fue tal, que se quedaron confundidos, haciéndose un silencio imponente en la reunión, y todos pensaron: «¡Alabado sea Alá! ¡Cuán rico debe de ser este hombre para mostrarse tan dadivoso!». De este modo, Maruf adquirió en un momento gran crédito, al mismo tiempo que prodigiosa fama de riqueza y generosidad. La fama de su extraordinaria liberalidad llegó a oídos del rey, que, llamando a su gran visir, le ordenó: «¡Oh visir!

Pronto llegará una caravana con inmensas riquezas que pertenecen a un opulento mercader extranjero. Pues bien, no quiero que nuestros mercaderes, esos bribones, que ya son demasiado ricos, saquen provecho alguno de esta caravana, pues será mucho mejor que lo obtenga yo, junto con mi esposa y mi hija». El visir, hombre prudente y sabio, respondió al rey: «No hay inconveniente; pero ¿no crees que sería preferible esperar a la llegada de esa caravana para tomar las medidas necesarias?». El rey, enfadándose, le contestó: «¿Estás loco? ¿Acaso se compra la carne en la carnicería una vez que los perros la han devorado? Apresúrate a traer a mi presencia al rico mercader extranjero, a fin de que pueda ponerme de acuerdo con él en este asunto». El visir se vio obligado a cumplir la orden de su amo y cuando Maruf se vio ante el rey, arrodillándose, besó el suelo y le dirigió un delicado cumplido. El rey, asombrado de su lenguaje escogido y de sus maneras distinguidas, le hizo algunas preguntas referentes a sus negocios y riquezas. Maruf, sonriente, se contentó con responder: «Nuestro dueño el rey se verá satisfecho cuando llegue la caravana». Luego el rey, queriendo comprobar hasta dónde llegaban los conocimientos de Maruf, le mostró una gruesa perla de un oriente maravilloso, que por lo menos costaba mil dinares, y le preguntó: «¿Habrás en los fardos de tu caravana perlas de esta clase?». Maruf tomó la perla, la miró con aire despectivo y la tiró al suelo como si fuese un objeto sin valor; a continuación, pisándola, la rompió en mil pedazos. El rey, estupefacto, exclamó: «¿Qué has hecho? ¡Acabas de romper una perla de mil dinares!». Maruf, sonriente, le respondió: «Sí, ciertamente, ese era su precio, pero yo tengo en los fardos de mi caravana sacos y más sacos repletos de perlas infinitamente más gruesas y bellas que esta». El asombro y la codicia del rey crecieron todavía más con estas afirmaciones, y pensó: «Verdaderamente es necesario que tome a este hombre prodigioso como esposo de mi hija».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SESENTA Y TRES

Dijo Schehrazada:

—Y volviéndose hacia Maruf le propuso: «¡Oh muy honorable y distinguido emir! Con ocasión de tu llegada a nuestro país, ¿quieres aceptarme como regalo a mi única hija, tu sierva? La uniría a ti con los lazos del matrimonio y a mi muerte tú reinarías». Maruf, que se mantenía en actitud modesta y reservada, respondió: «La proposición del rey honra al esclavo que está ante él, pero ¡oh mi soberano!, ¿acaso no crees que para celebrar este matrimonio sería mejor esperar a que llegue mi

caravana? Pues la dote de una princesa como tu hija exigiría grandes gastos por mi parte que en estos momentos no estoy en condiciones de hacer: En efecto, para pagarte la dote de la princesa necesitaría, por lo menos cien mil bolsas de mil dinares cada una. Además, en la noche de bodas sería preciso distribuir mil bolsas de mil dinares a los pobres y mendigos; otras mil a los portadores de los regalos y mil más para los preparativos del festín. También debería regalar un collar de cien perlas gruesas a cada una de las damas del harén y obsequiarte a ti y a mi tía, la reina, con una cantidad inestimable de joyas y regalos. Pero todo esto, oh rey de los tiempos, no podrá hacerse hasta después de la llegada de mi caravana». El rey, más deslumbrado que nunca por tan prodigiosa relación de regalos, admirado de la prudencia, delicadeza de sentimientos y discreción de Maruf, exclamó: «¡No, por Alá! ¡Yo tomaré a mi cargo todos los gastos de la boda! En cuanto a la dote de mi hija, ya me la pagarás después del arribo de tu caravana, pues quiero que te cases con mi hija lo antes posible y puedes coger del tesoro del reino todo el dinero que necesites. No tengo ningún escrúpulo en ese sentido, pues todo lo que me pertenece es tuyo». Al momento llamó a su visir y le ordenó: «¡Oh visir! Ve a decir al jeque de los escribas que venga a verme, pues quiero redactar hoy mismo el contrato de matrimonio entre el emir Maruf y mi hija». El visir, al oír estas palabras del rey, inclinó la cabeza con aire molesto, y como el rey se impacientase, se aproximó a este y le dijo en voz baja: «¡Oh rey de los tiempos! Este hombre no me agrada y su aspecto no me anuncia nada bueno. ¡Por tu vida! Antes de entregarle tu hija en matrimonio, espera al menos a que tengamos alguna noticia respecto de esa caravana, porque hasta el momento no tenemos más que promesas y palabras. Además, ¡oh rey!, una princesa como tu hija vale más que todo cuanto tenga ese hombre desconocido». Al oír estas palabras, el rey gritó a su visir: «¡Qué execrables consejos das a tu dueño! ¡No me hables así, tratando de disuadirme de este matrimonio, porque tú deseas casarte con mi hija! Pero esto, ni lo pienses. Cesa, pues, de querer sembrar la duda en mí respecto a este hombre admirable, de espíritu delicado y de maneras distinguidas; de lo contrario, mi indignación por tus pérfidas insinuaciones hará que lo lamente». Y, muy excitado, añadió: «¿Quieres que mi hija se quede en mis brazos, vieja y rechazada por todos? ¿Podría encontrar jamás partido parecido en todos los aspectos: generoso, encantador, prudente, que amará a mi hija a no dudarlo, le hará regalos maravillosos y nos enriquecerá a todos? ¡Vamos, ve a buscarme al jeque de los escribas y que se presente en palacio rápidamente!». El visir, con la cara larga, fue a llamar al jeque de los escribas, que en seguida se presentó ante el rey y redactó el contrato de matrimonio. La ciudad entera fue adornada e iluminada por orden del rey, celebrándose por todas partes grandes fiestas y regocijos. Maruf, el remendón, el pobre hombre que había visto de cerca la muerte roja y la negra, sufriendo todas las desgracias, se sentó en un trono, rodeado de una corte y de enjambre de bufones, titiriteros, músicos y charlatanes, dispuestos a emplear toda su destreza y habilidad para distraerle a él, al rey y a los dignatarios de palacio. Maruf ordenó al visir que le llevase sacos y más

sacos repletos de oro, distribuyéndolos entre todo aquel pueblo que danzaba y se divertía entre músicas y regocijos. El visir, reventado de envidia, no tuvo un instante de reposo trayendo y llevando sacos. Las fiestas y regocijos duraron tres días y tres noches. El cuarto día, por la noche, fue el de las bodas y el de la penetración. El séquito de la recién casada era de una magnificencia desusada, pues así lo había querido el rey. Cada dama, al paso de la princesa, colmaba a esta de regalos a cuál más espléndido, y así fue conducida a la cámara nupcial. Maruf, por su parte, se decía: «¡Peste sobre peste! ¡Que suceda lo inevitable, porque yo no lo pienso más, ya que así lo quiere el destino, y no voy a huir ante lo inevitable! Cada cual lleva su destino atado al cuello y todo está escrito en el libro del destino, ¡oh remendón de babuchas viejas, apaleado por su mujer, Maruf!». Cuando todo el mundo se hubo retirado y Maruf se encontró a solas con su esposa, la joven princesa, echada negligentemente bajo el mosquitero de seda, nuestro hombre se tiró al suelo, dándose palmadas como si fuera presa de violenta desesperación. Entonces, la joven asomó la cabeza por el mosquitero...

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SESENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—Entonces, la joven asomó la cabeza por el mosquitero y dijo a Maruf: «¡Oh mi bello señor! ¿Por qué permaneces ahí, lejos de mí y con esa tristeza?». Maruf, exhalando un hondo suspiro, y como si hiciera un esfuerzo, respondió: «¡No hay remedio más que en Alá, el todopoderoso!». Ella, trémula, le preguntó: «¡Dueño mío!, ¿por qué esas lamentaciones? ¿Acaso me encuentras fea o contrahecha, o bien tienes algún otro motivo de pena? ¡Alá sobre ti y sobre el autor de tus días! ¡Habla señor, y no me ocultes nada!». Maruf, suspirando de nuevo, respondió: «Todo esto sucede por culpa de tu padre». Ella le preguntó: «¿Pues qué falta ha cometido mi padre?». Y él dijo: «¿No has notado, pues, mi avaricia sórdida respecto de ti y de las damas de palacio? ¡Ah, tu padre es quien tiene la culpa al no permitirme esperar, para casarme, a que llegara mi caravana, pues entonces habría podido regalarte unos cuantos collares de cinco o seis vueltas de perlas tan gruesas como huevos de paloma, algunos vestidos como no los tienen las demás hijas de los reyes y otros obsequios, aunque todo fuera indigno de tu rango! Por otra parte, habría podido mostrarme más generoso con tu padre y con los invitados, pero he aquí que tu padre se ha empeñado en hacer las cosas demasiado de prisa, y, a mi parecer, ha cometido una equivocación

semejante a la del que quema hierba todavía verde». Pero la joven replicó: «¡Por tu vida, no te metas en honduras y no te lamente más! Levántate ahora mismo, quítate tus ropas y ven pronto a mi lado para que nos deleitemos juntos. Desecha todas esas ideas de regalos y cosas parecidas, que no tienen nada que ver con lo que debemos hacer esta noche. En cuanto a la caravana, que llegue o deje de llegar, no me preocupa en absoluto. Lo que yo te pido, buen mozo, es más sencillo e interesante que todo. ¡Ven, pues, y apresta tus riñones para el combate!». Maruf respondió: «¡Heme aquí!». Y así diciendo, se desnudó con rapidez y, yendo hacia la princesa, se tendió al lado de aquella tierna adolescente, pensando: «¿Eres tú mismo, Maruf, el antiguo remendón de babuchas de la calle Roja de El Cairo? ¡Cómo estaba y cómo estoy!». Acto seguido tuvo lugar el cruce de muslos y brazos entre ambos y el combate empezó encarnizado. Maruf deslizó una mano sobre las rodillas de la joven y fue subiendo, subiendo, hasta que llegó el momento en que «el niño» se olvidó de su padre y entonces, estrechándola fuertemente entre sus brazos, a la tensión de las partes viriles del uno respondió la distensión en el regazo de la otra. Luego él hurgó entre los senos, y, sin saber cómo, repercutió entre los muslos. En seguida, por entre las dos piernas de la princesa, dirigió al «buen mozo» por el buen camino, ocurriendo aquello que debía ocurrir: se encendió la mecha, se enhebró la aguja y la anguila se deslizó por entre el fuego chisporroteante. La ciudadela fue asaltada por todos los lados, consumándose la heroica acción sin muertes, pero sí con alguna desgarradura; sin magulladuras, pero con algún que otro mordisco; sin heridas profundas, pero con rotura, ensanchamiento y algún arañazo, si bien todo fue llevado con desenvoltura. ¡Alabanzas a Alá, dueño de las criaturas, que hace a la joven apta para todas las posturas y otorga el empuje al hombre, con vistas a la futura progenie! Después de una noche pasada entre delicias, Maruf decidió al fin levantarse para ir al baño, dejando a la princesa suspirando aún de satisfacción. Luego se vistió con magníficos ropajes y se dirigió a la sala de audiencias, sentándose a la derecha del rey su tío, padre de su esposa, recibiendo allí los cumplidos y felicitaciones de los emires y dignatarios. Por su propia autoridad ordenó al visir, su enemigo, que distribuyera vestidos de ceremonia a todos los presentes y que obsequiara con valiosos regalos a todos los emires, dignatarios, guardias y eunucos. Grandes y pequeños, viejos y jóvenes, todos participaron de su generosidad. Luego hizo traer sacos llenos de dinares de oro y comenzó a repartir puñados de monedas entre todos cuantos lo deseaban. Todo el mundo le quiso, bendiciéndole y haciendo votos por su prosperidad y larga vida, y así transcurrieron veinte días, que Maruf empleó en prodigar dádivas incalculables durante el día y en refocilarse a su gusto por la noche junto a la princesa, su esposa, que estaba enamorada apasionadamente de él. Al cabo de estos veinte días sin que hubiera noticia alguna sobre la caravana de Maruf, las prodigalidades y locuras de este habían llegado tan lejos, que una mañana el tesoro quedó agotado por completo. El visir, al comprobar que allí no quedaba nada, se presentó ante el rey y le dijo: «¡Oh rey, que Alá aleje de nosotros las malas noticias!

Pero al fin de no merecer con mi silencio tus justificados reproches, debo decirte que el tesoro del reino está agotado por completo y que la maravillosa caravana del emir Maruf, tu yerno, todavía no ha llegado para llenar los sacos vacíos». El rey, aunque algo preocupado por estas noticias, contestó: «¡Sí, por Alá! Es verdad, esa caravana se retrasa un poco, pero ya llegará». El visir sonrió y dijo: «¡Que Alá te colme de sus favores, oh mi dueño, y prolongue tus días! Pero las desgracias y calamidades han caído sobre nosotros desde la llegada del emir Maruf y no veo salida para el actual estado de cosas, pues, por una parte, el tesoro está vacío, y, por otra, tu hija se ha convertido en la esposa de ese extranjero desconocido. ¡Alá nos proteja del maligno, el maldito, el lapidado! ¡Nuestra situación es bien desesperada!». El rey, que comenzaba a inquietarse e impacientarse, replicó: «Tus palabras me cansan. En lugar de discurrir así, mejor harías indicándome el medio de arreglar la situación, y, sobre todo, probándome que mi yerno, el emir Maruf, es un mentiroso impostor». El visir respondió: «Dices la verdad, ¡oh rey!, y es una idea excelente. Antes de condenar, es necesario probar. Para llegar a la verdad nadie puede sernos más útil que tu hija la princesa, pues nadie está más cerca de los secretos del marido que la esposa. Haz, pues, que venga aquí para poder interrogarla, y que nos informe sobre el asunto que nos interesa». El rey dijo: «No hay inconveniente, y, ¡por mi cabeza! que como me pruebe que mi yerno nos ha engañado, le haré probar los más negros suplicios y le haré perecer de la peor muerte». En seguida ordenó que su hija la princesa se presentase rápidamente ante él, y, poniendo una cortina entre ella y el visir, comenzó el interrogatorio, todo ello en ausencia de Maruf. El visir, después de reflexionar sobre las preguntas, combinó un plan y comunicó al rey que ya se podía empezar. Por su parte, la princesa, desde el otro lado de la cortina, preguntó a su padre: «Padre mío, ¿qué deseas de mí?». Y él le respondió: «Que hables con el visir». Entonces la joven preguntó a este: «Y bien, Visir, ¿qué es lo que quieres?». Él dijo: «¡Oh mi dueña! Debes saber que el tesoro del reino está vacío por completo, gracias a los dispendios del emir Maruf, tu esposo. Además, no tenemos noticia alguna sobre esa maravillosa caravana cuya llegada nos ha anunciado tantas veces. Así, pues, el rey, tu padre, preocupado por este estado de cosas, ha juzgado que solo tú podrías esclarecer este asunto, diciéndonos lo que piensas de tu esposo, qué impresión te produce y qué opinión has formado de él a lo largo de estas veinte noches que ha pasado contigo». Al oír estas palabras, la princesa, desde el otro lado de la cortina, respondió: «¡Que Alá colme de sus favores al hijo de mi tío, el emir Maruf! ¿Que qué es lo que opino de él? ¡Por mi vida, que solo bien! ¡No hay confite alguno sobre la tierra que se le pueda comparar en dulzura! Desde que soy su esposa ensancho y me embellezco, y todo el mundo, maravillándose de mi buen aspecto, dice a mi paso: “¡Que Alá la proteja del mal de ojo y la preserve de los envidiosos y celosos!”». ¡Oh, el hijo de mi tío, Maruf, es un pastel delicioso, pues hace mi felicidad y yo la suya! ¡Que Alá nos conserve a uno junto al otro!». El rey, al oír aquello, se volvió hacia su visir, cuya cara se alargaba, y le dijo: «¡Ya lo ves! ¿Qué te había dicho? ¡Mí yerno Maruf es un

hombre admirable y tú mereces que te empalen por tus sospechas!». Pero el visir, volviéndose hacia la cortina, preguntó: «¡Dueña mía! ¿Y la caravana que no acaba de llegar?». La princesa respondió: «¿Y qué puede importarme a mí? ¿Qué llegue o no, mi felicidad no se verá aumentada ni disminuida!». El visir replicó: «¿Y quién te alimentará ahora que los sacos del tesoro están vacíos? ¿Quién pagará ahora los gastos del emir Maruf?». Ella respondió: «¡Alá es generoso y no olvidará a sus creyentes!». El rey, entonces, dijo a su visir: «Mi hija tiene razón; ¡cállate!». Y después dirigiéndose a la princesa, le dijo: «¡Oh preferida de tu padre! Procura enterarte, por medio del hijo de tu tío, el emir Maruf, de la fecha en que aproximadamente llegará la caravana. Me alegraría saberlo, simplemente para regular nuestros gastos y ver si hay necesidad de recurrir a nuevos impuestos que puedan llenar el vacío de mis arcas». La princesa respondió: «Escucho y obedezco. Los hijos deben obediencia y respeto a sus padres y desde esta noche preguntaré al emir Maruf y te diré lo que me conteste».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SESENTA Y CINCO

Schehrazada dijo:

—Pues bien, cuando a la caída de la tarde la princesa fue, como de costumbre, a acostarse con Maruf, más dulce que la miel y tan tierna como las mujeres que tratan de enterarse de algo, trató de sonsacarle, diciéndole: «¡Oh luz de mis ojos, fruto de mi alegría, vida y delicia mía, las llamas de tu amor abrasan mi pecho y estoy pronta a sacrificar mi vida por ti y a compartir tu suerte, cualquiera que esta sea! Pero, por mi vida, no le ocultes nada a la hija de tu tío. Dime, por favor, que yo lo guardaré en lo más secreto de mi corazón, por qué motivo esa gran caravana, cuya llegada preocupa a mi padre y al visir, no ha llegado todavía. Si tienes alguna preocupación o pesar, confíate a mí con toda sinceridad, que yo encontraré el medio de alejar de ti toda pena». Y después de hablarle así le abrazó fuertemente, pero Maruf, repentinamente, comenzó a reír, diciendo: «¡Querida mía! ¿Por qué tantos rodeos para preguntarme una cosa tan simple? Estoy dispuesto a decirte toda la verdad, sin ocultarte nada». Se calló un instante para tomar aliento y continuó diciendo: «Querida mía, sabe que yo no soy un mercader dueño de caravanas ni propietario de riqueza alguna, pues en mi país no era más que un pobre remendón de babuchas viejas, casado con una peste de mujer llamada Fátima, la cual era un emplasto para mi pecho y una plaga para mi vista. Con ella me sucedió esto y lo otro». Y comenzó a contarle a la princesa la

historia de su esposa de El Cairo y cuanto le sucedió a partir del incidente del pastel de miel de abejas. No le ocultó nada ni omitió detalle alguno de cuanto le había sucedido desde entonces hasta su naufragio y su encuentro con el compañero de su infancia, el mercader Alí, pero no es de utilidad el repetirlo aquí. Cuando la princesa hubo escuchado el relato de la historia de Maruf comenzó a reír de tal modo que cayó de espaldas. Maruf, riendo igualmente, le dijo: «¡Es Alá quién otorga el destino, y el tuyo está ligado al mío, dueña mía!». Ella le dijo: «Ciertamente, Maruf, eres maestro en astucias y nadie se te puede comparar en sutileza, sagacidad, delicadeza y buen humor; pero ¿qué diría mi padre, y sobre todo el visir, tu enemigo, si llegasen a conocer la verdad de tu historia y la estratagema de la caravana? Seguro que te matarían, y yo moriría de dolor a tu lado. Por el momento, es mejor que abandones el palacio y marches a cualquier país lejano en espera de que yo encuentre el medio de arreglar las cosas y explicar lo inexplicable. Toma, pues, estos cincuenta mil dinares que poseo, monta a caballo y ve a vivir en algún lugar apartado, dándome a conocer tu refugio para que yo pueda mandarte todos los días un correo que te dé noticias mías y me traiga las tuyas. Querido mío, en estas circunstancias, este es el mejor partido que podemos tomar». Maruf respondió: «Dueña mía, me fio de ti y me pongo bajo tu protección». Ella le abrazó e hicieron hasta la medianoche lo que de ordinario solían hacer. Entonces ella le dijo que se levantara, le ayudó a disfrazarse de mameluco y le dio la mejor montura de las caballerizas de su padre. Maruf salió de la ciudad disfrazado de mameluco del rey y se perdió de vista. Y ahora, he aquí lo que atañe a la princesa, al rey, al visir y a la caravana invisible. A la mañana siguiente, el rey fue a sentarse muy temprano en la sala de las audiencias, teniendo a su lado al visir, e hizo llamar a la princesa para informarse de lo que le había encargado que averiguara. Como en la víspera, la princesa fue a ocultarse tras la cortina que la separaba de los hombres, y preguntó: «¿Qué ocurre, padre mío?». El rey, a su vez, preguntó: «Bien, hija mía, ¿qué has descubierto y qué tienes que decirnos?». La princesa respondió: «¿Qué es lo que tengo que decirte, padre mío? ¡Que Alá confunda al maligno, al lapidado! Y que tú puedas confundir a los calumniadores y avergonzar a tu visir, que ha querido ensombrecer mi destino y el de mi esposo, el emir Maruf». El rey preguntó: «¿Cómo es eso?». Y ella le contestó: «¡Por Alá! ¿Cómo es posible que te confíes a ese hombre nefasto que es capaz de cualquier cosa con tal de calumniar al hijo de mi tío?». Se calló un momento, como sofocada por la indignación, y continuó diciendo: «¡Padre mío! Sabe que sobre la faz de la tierra no hay un hombre tan integro, recto y veraz como el emir Maruf, ¡que Alá le colme de sus gracias! He aquí cuanto ha sucedido desde el instante en que te dejé: a la caída la tarde, en el momento en que mi querido esposo entró en mi habitación, el eunuco que tengo a mi servicio pidió permiso para darnos un mensaje que no admitía demora, por lo que fue introducido en la estancia. En la mano llevaba una carta, la cual mi esposo la abrió, la leyó, y después me la pasó a mí para que la leyese a mi vez. Era del jefe de la caravana que esperáis con tanta impaciencia, el cual tiene a sus órdenes para

escortar el convoy quinientos jóvenes mamelucos, semejantes a los diez que esperaban en la puerta. En aquella carta explicaba que durante el viaje habían tenido un mal encuentro con una banda de beduinos rapaces, salteadores de caminos, que habían querido robarles. Este era uno de los motivos del retraso de la llegada de la caravana, y decía que, después de haber derrotado a aquellas hordas, algunos días más tarde había sido atacado durante la noche por otra banda de beduinos, mucho más numerosa y mejor armada que la primera. En este segundo encuentro, la caravana perdió, desgraciadamente, doscientos camellos y cuatrocientos fardos de valiosísimas mercancías. Mi esposo, al enterarse de esta mala noticia, lejos de mostrarse disgustado, sonriendo, rompió la carta, y, sin pedir más explicaciones a los diez esclavos que esperaban a la puerta, me dijo: “¿Qué son cuatrocientos bultos y doscientos camellos? Apenas representan una pérdida de novecientos mil dinares de oro. En verdad que no merece la pena hablar de ello, y, sobre todo, tú no te preocupes, querida mía, pues el único contratiempo que nos acarrea es el de tener que ausentarme durante algunos días para ir a apresurar la llegada del resto de la caravana”. Y, sonriendo, me estrechó contra su pecho, despidiéndose de mí, mientras yo vertía lágrimas por su partida. Todavía me recomendó una vez más que me tranquilizara, y, cuando se marchó, me asomé por la ventana que da al patio y vi salir a mi amado con los diez jóvenes mamelucos que habían traído la carta, y montando sobre su caballo, salió el primero del palacio para ir a apresurar la llegada de la caravana». Después de hablar así la princesa se calló bruscamente, y, con voz repentinamente irritada, añadió: «Y bien, padre mío, ¿qué hubiese sucedido si llego a cometer la indiscreción de hablar a mi esposo tal como me habías aconsejado que lo hiciese, presionado por tu siniestro visir? ¡Sí! ¿Qué hubiese sucedido? ¡De ahora en adelante mi esposo me miraría con desconfianza, y ya no me amaría como antes! ¡Todo por culpa de las ofensivas suposiciones y sospechas de tu visir, ese barbudo de mal augurio!». Habiendo hablado así, la princesa se levantó y se marchó haciendo muchos aspavientos. El rey, entonces, se volvió hacia su visir, y le increpó: «¡Ah hijo de perro! ¿Ves lo que nos sucede por tu culpa? ¡Por Alá! ¡No sé qué es lo que todavía me impide castigarte! ¡Atrévete a sembrar una vez más sospechas acerca de mi yerno Maruf y verás lo que te espera!». Y lanzándole miradas de reojo levantó la audiencia. Y ahora, he aquí lo que le sucedió a Maruf. Cuando salió de la ciudad de Khaitán, capital del reino, viajó durante algunos días por desiertas llanuras, empezando muy pronto a experimentar una gran fatiga, debido a que no estaba habituado a montar los caballos de los reyes y a que su oficio de remendón no le había preparado para ser el espléndido caballero que aparentaba ser en el presente. Por otra parte, no dejaba de preocuparle el desenlace de su asunto, y comenzaba a lamentar sinceramente el haberle dicho la verdad a la princesa, pues se decía: «Heme aquí ahora condenado a errar por los caminos, en lugar de deleitarme en los brazos de mi rechoncha esposa, cuyas caricias me habían hecho olvidar a mi antigua mujer, la calamitosa boñiga caliente que dejé en El Cairo».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SESENTA Y SEIS

Dijo Schehrazada:

—Y soñando con los transportes amorosos que habían herido su corazón, comenzó a lamentarse de su situación, llorando lágrimas ardientes y recitando versos desesperados sobre la ausencia. Una mañana, poco después de salir el sol, llegó a un pequeño pueblo y divisó en un campo a un *fellah* que guiaba su arado, del que tiraban dos bueyes. Como quiera que en su prisa por huir del palacio había olvidado proveerse de víveres para el viaje, la sed y el hambre le torturaban, por lo que, aproximándose a aquel *fellah*, le dijo: «¡Saludos sobre ti, oh jeque!». El *fellah* le devolvió el saludo, añadiendo: «¡Y sobre ti la misericordia de Alá y sus bendiciones! ¡Oh mi dueño, tú eres sin duda uno de los mamelucos de mi señor el sultán!». Maruf asintió y el *fellah* continuó diciendo: «¡Sé bien venido! ¡Hazme la merced de venir a mi casa y aceptar mi hospitalidad!». Maruf, que en seguida se dio cuenta de que hablaba con un hombre generoso, echó una ojeada a la pobre morada que se hallaba cerca de allí y comprendió que no habría en ella nada de lo que le gustaría comer, por lo que dijo al *fellah*: «Hermano mío, en tu casa no veo nada que pueda ser ofrecido a un huésped hambriento como yo. ¿Qué harías, pues, si aceptase tu invitación?». «¡Dueño mio!, desciende del caballo y déjame que te dé albergue. El pueblo está próximo e iré corriendo hasta él con todas las fuerzas de mis piernas para traerte cuanto sea preciso para que te recuperes y quedes contento. Tampoco me olvidaré de traer forraje y grano para tu caballo». Maruf, no queriendo distraer a aquel pobre hombre de su trabajo, le respondió: «Hermano mío, puesto que el pueblo está próximo, podría ir a caballo en un momento y comprar en el mercado lo que nos haga falta a mi caballo y a mí». Pero el *fellah*, que por su natural generoso no se conformaba con la idea de dejarle marchar sin darle hospitalidad, replicó: «Amo mío, ¿de qué mercado hablas? ¿Es que un pueblo como el nuestro, cuyas casas están hechas con boñiga de vaca, puede tener un mercado o algo que de lejos o de cerca se le parezca? ¡Yo te suplico, pues, por Alá y el profeta bendito, que para complacerme vengas a mi casa, que yo iré al pueblo rápidamente y regresaré aún más rápidamente!». Maruf, viendo que no podía rehusar el ofrecimiento del pobre *fellah* sin apenarle, desmontó de su cabalgadura y fue a sentarse a la entrada de la choza construida con boñiga seca. Entre tanto, el *fellah* echaba sus piernas al viento en dirección al pueblo, no tardando en perderse de vista. En espera de que el campesino regresase con las provisiones, Maruf, reflexionando acerca de su situación, se decía:

«Heme aquí convertido en causa de molestias para este, a quien tanto me parecía cuando yo no era más que un pobre remendón de babuchas; pero ¡por Alá!, que quiero reparar en cuanto esté de mi parte el perjuicio que le ocasiono al hacerle abandonar su trabajo. Para comenzar, voy a tratar de trabajar en su lugar para así hacerle recuperar el tiempo que ha perdido por mi culpa». Y vestido con sus ropas de mameluco real, al instante cogió la guía del arado e hizo avanzar a la pareja de bueyes en el surco ya trazado; pero apenas había hecho dar algunos pasos a aquellos, la reja del arado se paró con ruido singular al chocar contra alguna cosa resistente, y los bueyes cayeron sobre sus patas delanteras. Maruf hizo que las bestias se levantaran dándoles voces y aguijoneándolas, pero a pesar del fuerte tirón que dieron los animales, el arado quedó clavado en el suelo como en espera del juicio final. Entonces, Maruf se decidió a examinar qué podría ser aquello, y después de haber movido un poco de tierra, vio que la reja del arado estaba metida en una argolla de cobre rojo sujeta a una losa de mármol.



Movido por la curiosidad, Maruf trató de mover y levantar aquella losa, y, después de algunos esfuerzos, consiguió su propósito, descubriendo una escalera que conducía a una caverna de forma cuadrangular. Maruf, pronunciando la fórmula del *bismillah*, descendió a la caverna y vio que la formaban cuatro estancias consecutivas. La primera de ellas estaba llena, desde el suelo hasta el techo, de piezas de oro; la segunda, de perlas y corales; la tercera, de rubíes, turquesas, diamantes y pedrerías de todas clases; la cuarta, la mayor y mejor acondicionada, no tenía más que un pedestal de madera de ébano sobre el que se veía un cofrecito de cristal poco mayor que un limón. Maruf quedó maravillado con el descubrimiento de aquel tesoro; pero lo que más le intrigó fue aquel minúsculo cofrecillo de cristal, único objeto que se veía en la última sala del subterráneo, así que, no pudiendo resistir la tentación, tendió la mano hacia el pequeño e insignificante objeto, que le tentaba

infinitamente más que todas las demás maravillas de aquel tesoro, y lo abrió, encontrando en su interior un anillo de oro con un engaste de cornalina, en el que estaban grabadas en caracteres muy finos, semejantes a las patas de las hormigas, escrituras talismánicas. Maruf, instintivamente, se colocó el anillo en un dedo al mismo tiempo que lo frotaba, y en seguida una fuerte voz, que salía del anillo, dijo: «¡A tus órdenes, a tus órdenes! ¡Por favor, no me frotes más! ¡Ordena y serás obedecido! ¿Qué deseas? Habla. ¿Quieres que derribe o edifique una ciudad; que mate unos cuantos reyes o que te los traiga; que haga surgir una ciudad entera o que aniquile un país; que cubra de flores una comarca o que la devaste; que desgaje una montaña o seque un mar? ¡Habla, pide! Pero, por favor, dueño mío, no me frotes con fuerza. Soy tu esclavo con permiso del dueño de los genios, del creador del día y de la noche». Maruf, que todavía no se había dado cuenta de dónde salía aquella voz, comprobó, por fin, que salía del anillo que había colocado en su dedo, y, dirigiéndose al que estaba en la cornalina, dijo: «¡Oh criatura de mi señor! ¿Quién eres tú?». La voz de la cornalina le respondió: «Soy el genio Padre de la Felicidad, esclavo de este anillo, y ejecuto a ciegas las órdenes de su dueño, quienquiera que este sea. Para mí, nada hay imposible, pues soy el jefe supremo de setenta y dos tribus de genios, espíritus y ogros. Cada una de estas tribus está compuesta por doce mil mocetones irresistibles, más fuertes que los elefantes y más sutiles que el mercurio; pero, como ya te he dicho, dueño mío, estoy sometido a este anillo, y por grande que sea mi poder, obedezco a quien lo posee, igual que un niño a su madre. A pesar de ello, déjame que te advierta que si, por desgracia, frota la cornalina dos veces seguidas en lugar de una, me perderías sin remedio, pues harías que me consumiese en el fuego de los nombres terribles que están grabados en el anillo».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SESENTA Y SIETE

Ella dijo:

—Al oír aquello, Maruf dijo al espíritu de la cornalina: «¡Oh excelente y poderoso Padre de la Felicidad! Sabe que he fijado tus palabras en el rincón más seguro de mi memoria; pero, para comenzar, ¿puedes decirme quién te ha encerrado en esta cornalina y quién te ha sometido al poder del dueño del anillo?». Desde el interior de la montura, el genio de la felicidad respondió: «Sabe, señor, que el lugar en el que nos encontramos es aquel en el que se guardaba el antiguo tesoro de Schehdad, hijo de Aad, constructor de la famosa ciudad, ahora en ruinas, Iram de las Colonias. Mientras vivió, yo fui esclavo del rey Schehdad, y este es precisamente su anillo, que ahora tienes tú y que desde entonces ha estado guardado en el cofrecillo

de cristal». El antiguo remendón de babuchas de la calle Roja de El Caico, que, gracias a la posesión de aquel anillo, se había convertido en el sucesor directo de Nemrod y del heroico y orgulloso Schehdad, quiso probar inmediatamente las maravillosas virtudes de aquel anillo, por lo que dijo al genio que estaba en la cornalina: «¡Oh esclavo del anillo! ¿Podrías sacar de este subterráneo el tesoro aquí encerrado y llevarlo a la luz del día?». La voz del Padre de la Felicidad le respondió: «Sin duda alguna, ya que es muy fácil». Maruf le dijo: «Ya que es así, te pido que saques de aquí todas estas riquezas y maravillas, sin dejar nada para los que puedan venir detrás de mí». La voz le respondió: «Escucho y obedezco»; y en seguida gritó: «¡Eh muchachos!». Maruf vio aparecer ante él a doce jóvenes de gran belleza que llevaban sobre la cabeza grandes cestas, quienes, después de haber besado el suelo ante el encantado Maruf, en un abrir y cerrar de ojos sacaron del subterráneo los tesoros que contenían las tres salas. Cuando terminaron este trabajo, desaparecieron como habían venido, no sin antes prestar homenaje a Maruf, que, cada vez más contento, se dirigió de nuevo al habitante de la cornalina, diciéndole: «Perfectamente; pero yo querría ahora mulos con cajas, y muleros, y camellos con conductores, para que transportaran estos tesoros a la ciudad de Khaitán, capital del reino de Sohatán». El esclavo prisionero del anillo respondió: «A tus órdenes; nada hay que sea más fácil de conseguir». Y dando un grito, surgieron al momento mulas y muleros, camellos y camelleros, en número de seiscientos en total, y también mamelucos suntuosamente vestidos y bellos como lunas. En un abrir y cerrar de ojos, cargaron en las bestias las cajas y cestas llenas de oro y joyas, colocándolas en buen orden. Luego los jóvenes mamelucos montaron sobre sus cabalgaduras y escoltaron la caravana. El antiguo remendón dijo entonces a su servidor del anillo: «¡Oh Padre de la Felicidad! Ahora deseo de ti un millar más de animales cargados de sedas y tejidos preciosos de Siria, Egipto, Grecia, Persia, India y China». El genio acató la orden, y en seguida mil camellos y mulos, cargados con las mercancías deseadas, aparecieron ante Maruf, yendo a colocarse ellos mismos en ordenadas filas a continuación de la caravana, escoltados, igual que los anteriores, por jóvenes mamelucos, soberbiamente montados y vestidos. Maruf, muy contento, dijo al del anillo: «Deseo comer ahora, antes de partir. Hazme, pues, una tienda de seda y sítveme en ella platos escogidos y bebidas frescas». La orden fue cumplida al momento, y Maruf entró en la tienda en el instante justo en que el buen *fellah* regresaba del pueblo. El pobre hombre traía sobre la cabeza una escudilla de madera llena de lentejas con aceite, bajo el brazo derecho un pan negro y bajo el izquierdo un saco lleno de avena para el caballo. Al ver ante su choza la prodigiosa caravana y la tienda de seda en la que estaba sentado ahora Maruf, rodeado de esclavos que le servían la comida, pensó: «Seguramente es el sultán, que ha llegado aquí durante mi ausencia y que fue precedido por el mameluco que vi. ¡Qué lástima que no se me halla ocurrido degollar mis dos pollos y preparárselos con manteca de vaca!». Y, aunque con retraso, resolvió hacerlo así y se dirigió hacia donde estaban sus dos pollos, para matarlos y ofrecérselos al sultán

asados con manteca de vaca.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SESENTA Y OCHO

Schehrazada dijo:

—Pero Maruf le vio, y, llamándole, ordenó a los criados que le servían: «¡Traédmelo aquí!». Estos corrieron hacia el *fellah* y le condujeron hasta la tienda con su escudilla de lentejas, su pan negro y su saco de avena. Maruf se levantó en su honor y, abrazándole, le dijo: «¡Oh hermano mío de miseria! ¿Qué es lo que traes aquí?». El pobre *fellah* se asombró mucho al ser tratado tan afectuosamente por un hombre de tanta importancia, y al oírle hablar en aquel tono y escuchar que le llamaba compañero de miseria, se dijo: «Si este es un pobre, ¿qué soy yo entonces?». Pero en voz alta respondió: «¡Oh mi dueño!, te traigo la comida de la hospitalidad y la ración para tu caballo; pero te pido que disculpes mi ignorancia, pues si hubiese sabido que eras el sultán, no habría vacilado en sacrificar en tu honor los dos pollos que poseo, los que te habría asado con manteca de vaca; pero la miseria vuelve ciego al hombre y le quita toda agudeza». E inclinó la cabeza en el colmo de la confusión. Maruf, al oír tales palabras, acordándose de su antigua vida, cuando no era más que un mísero remendón, comenzó a llorar. Sus lágrimas caían en abundancia por entre los pelos de su barba y llegaban hasta los platos; pero conteniéndose dijo al *fellah*: «Hermano mío, tranquilízate, pues yo no soy el sultán, ya que solo soy su yerno. Después de algunas discusiones que hemos tenido, he abandonado el palacio; pero él me envía ahora todos estos esclavos y regalos para demostrarme que quiere reconciliarse conmigo. Así, pues, voy a volver sobre mis pasos. En cuanto a ti, hermano mío, que me has tratado con tanta bondad sin conocerme, entérate de que no has sembrado en terreno malo —y obligando al *fellah* a sentarse a su derecha, continuó diciendo—: A pesar de los manjares que ves en estos platos, ¡por Alá te juro que solo deseo comer tu plato de lentejas y que no tomaré más que ese pan negro!». Y ordenó a los esclavos que sirviesen succulentos manjares al *fellah*; por su parte, él no probó sino las lentejas y el pan negro, regocijándose al ver el asombro del pobre campesino a la vista de tantos manjares. Cuando terminaron de comer, se levantaron; después de agradecer al retribuidor sus beneficios. Maruf, tomando al *fellah* de la mano, salió con él de la tienda, y, dirigiéndose hacia la caravana, le obligó a escoger un par de camellos, un par de mulos y mercancías y fardos de todas clases. Después, le dijo: «Hermano mío, esto es de tu propiedad, y, además, te dejo esta tienda con todo lo que contiene». Sin querer escuchar las palabras de agradecimiento, se

despidió de él, abrazándole, y montando en su caballo, se puso a la cabeza de la caravana, no sin hacerse preceder por un mensajero rápido encargado de anunciar al rey su pronta llegada. Pues bien, el mensajero de Maruf llegó al palacio del rey en el momento justo en que el visir decía a su soberano: «Dueño mío, disipa tus errores y no des crédito a las palabras de la princesa, tu hija, referentes a la partida de su esposo, pues, ¡por tu vida, no dudes de que el emir Maruf ha escapado de aquí por temor a tu justo castigo y no para ir a apresurar la llegada de una caravana que no existe! ¡Por los días sagrados de tu vida, ese hombre solo es un mentiroso, un impostor, un farsante!». Cuando ya el rey, medio convencido por estas palabras, abría la boca para dar la respuesta que el visir esperaba, el mensajero entró en la estancia, y, después de arrodillarse, anunció la inminente llegada de Maruf, diciendo: «¡Oh rey de los tiempos, vengo a ti como mensajero! Te traigo la buena nueva de que tras de mí llega mi dueño, el emir poderoso y generoso, el insigne héroe Maruf, tu yerno. Viene a la cabeza de una caravana, que no ha podido llegar al mismo tiempo que yo por la gran cantidad de mercancías con que viene cargada». Cuando terminó de hablar, el joven mameluco besó de nuevo el suelo ante el rey y se fue como había venido. El rey, furioso contra su visir, se volvió hacia este, diciéndole: «¡Que Alá vuelva tu rostro tan negro como tu espíritu, mensajero de la falsía e hipocresía; ahora vas a convencerte de la grandeza y poder de mi yerno!». El visir, aterrado, se arrojó a los pies de su dueño, sin fuerzas para responderle ni una sola palabra. El rey le dejó en aquella postura, y salió a dar órdenes para adornar las calles de la ciudad y para ir a recibir a su yerno a la cabeza de numeroso séquito. Después, fue al aposento de su hija para anunciarle la feliz noticia. La princesa al oír hablar a su padre de la llegada de su esposo al frente de la caravana que ella creía que era invención, se asombró y maravilló mucho; no sabiendo qué decir o responder, y preguntándose si su esposo se burlaría una vez más del sultán o si la noche en que le contó su historia solo había querido burlarse de ella o, simplemente, someterla a una prueba para ver si realmente ella sentía un gran amor hacia él. En espera de ver en qué concluía aquel asunto, prefirió guardar para sí sus dudas, contentándose con aparentar ante su padre un gran contento. El rey se colocó a la cabeza del séquito y salió al encuentro de Maruf. Pero el más asombrado de todos sería, sin duda, Alí, el excelente mercader, el amigo de la infancia de Maruf, que sabía mejor que nadie a qué atenerse respecto a la riqueza de este. Así que, cuando vio la alegría de la ciudad y los preparativos de las fiestas, interrogó a los paseantes, preguntándoles el motivo de todo aquel movimiento, y le respondieron: «¡Cómo! ¿No sabes? Es el yerno del rey, el emir Maruf, que regresa al frente de una espléndida caravana». El amigo de Maruf se golpeó las manos una contra otra, diciendo: «¿Cuál será este nuevo engaño del remendón? ¡Por Alá! ¿Desde cuándo el trabajo de arreglar babuchas ha podido convertir a mi amigo Maruf en propietario de caravanas? ¡Pero Alá es todopoderoso...».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SESENTA Y NUEVE

Dijo Schehrazada:

—«... y puede protegerle y salvarle de la vergüenza pública»! Y Alí permaneció como los demás, esperando la llegada de la famosa caravana. El cortejo hizo pronto su entrada en la ciudad. Maruf cabalgaba a la cabeza de él, magnífico y triunfante, mil veces más deslumbrante que el rey. Le seguía la inmensa caravana escoltada por bellos mamelucos ataviados con ropas maravillosas. Todo aquello era tan hermoso y prodigioso, que nadie se acordaba de haber visto u oído contar nada parecido. El mercader Alí vio igualmente a Maruf con tan extraordinaria apariencia, y se dijo: «Esto va bien. Habrá combinado algún plan con la princesa, su esposa, para engañar al rey». Y aproximándose a su amigo, de modo que solo él pudiese oírle, le dijo: «¡Sé bien venido, oh jeque de los bribones afortunados, el más diestro en travesuras! ¿Qué significa todo esto? Pero ¡por Alá, te mereces estos lujos y riquezas, amigo mío! ¡Que Alá aumente tus trucos y bribonerías!». Maruf comenzó a reír al oír las palabras de su amigo, y le concedió una audiencia para el día siguiente por la mañana. Maruf llegó al palacio, y, con todos los honores, se sentó en el trono de la sala de audiencias, ordenando acto seguido que se llevasen al tesoro del rey las cajas repletas de oro, joyas, perlas y pedrerías, y se llenasen las arcas vacías, devolviéndole el resto, junto con los fardos de telas preciosas y sedas. Sus órdenes se ejecutaron y luego hizo abrir en su presencia todas las cajas y fardos, y se puso a repartir a manos llenas entre los magnates del palacio y sus esposas telas maravillosas, perlas y pedrerías de todas clases, entregando dádivas a los miembros de la audiencia, a los mercaderes que conocía, a los grandes y a los pequeños. A pesar de las objeciones del rey, que veía que estas cosas desaparecían como el agua en una criba, Maruf no se levantó hasta que hubo distribuido todo el cargamento de la caravana, ya que lo menos que daba era un puñado o dos de oro, de esmeraldas, perlas o rubíes. Los daba a manos llenas, de tal manera, que el rey sufría horriblemente, gimiendo y exclamando a cada regalo: «¡Descansa, hijo mío! ¡No va a quedar nada para nosotros!». Pero Maruf, sonriendo, le respondía: «¡Por tu vida! ¡No temas por eso, pues lo que tengo es inagotable!». Mientras esto sucedía, el visir fue a comunicar al rey que las arcas del tesoro estaban llenas hasta los bordes, por lo que ya no podía guardar nada más. El rey le ordenó: «Bien; elige otra estancia, y llénala». Maruf, sin mirarle, dijo al visir: «Puedes hacerlo. Llenarás una tercera y después una cuarta estancia, y, si el rey no se opone, podrás abarrotar igualmente todas las habitaciones del palacio con cosas que para mí no tienen ningún valor». El rey, muy asombrado y perplejo, no sabía si estaba despierto o soñaba. El visir, mientras tanto, fue a llenar una o dos habitaciones más

con los tesoros traídos por Maruf, y este, por su parte, una vez que se aseguró que había cumplido cuanto había prometido, marchó a ver a su joven esposa. La princesa, cuando le vio ir hacia ella con los ojos llenos de alegría, besándole las manos, le dijo: «Sin duda, hijo de mi tío, has querido divertirte a mi costa y reírte de mí; también puede ser que, para poner a prueba mi afecto, me contaras la historia de tu antigua pobreza y de tus desgracias con tu calamitosa esposa Fátima, boñiga caliente; pero yo agradezco a Alá el que haya evitado que me comportase contigo de otra manera». Maruf la abrazó, y, además de un suntuoso vestido, le regaló un collar de diez vueltas de cuarenta perlas cada una, y tan gruesas como huevos de paloma, así como gran número de brazaletes, ajorcas y hebillas de oro. La princesa, al ver todos aquellos ricos regalos, experimentó una inmensa alegría, exclamando: «¡Quiero guardar este bello vestido y estos regalos para los días de fiesta solamente!». Pero Maruf, sonriendo, le dijo: «Querida mía, no te preocupes por eso, ya que todos los días te daré nuevos vestidos y joyas, en tal cantidad, que pronto tus armarios y cofres se verán llenos hasta los bordes». Luego se acostaron, y hasta la mañana siguiente estuvieron haciendo lo que tenían por costumbre. Ahora bien, todavía no habían salido de debajo del mosquitero, cuando oyó la voz del rey, que pedía entrar. Maruf se apresuró a abrirle, y le vio con el rostro alterado y sombrío y aspecto terrible, a pesar de lo cual le invitó a entrar y sentarse. La princesa se levantó, asustada por la inesperada visita y por el aspecto de su padre, apresurándose a rociarle con agua de rosas para calmarle. Cuando se tranquilizó, el rey dijo a Maruf: «Hijo mío, soy portador de malas noticias; pero es preciso que te las comunique para que estés prevenido de la desgracia que te amenaza. Sabe, pues, hijo mío, que mis servidores y guardianes han venido a comunicarme hace un momento, muy asombrados, que tus mamelucos, caravaneros, camellos y mulos han desaparecido esta noche, sin que nadie sepa por qué camino se han ido y sin que hayan dejado la menor huella de su marcha. Un pájaro que echa a volar desde su rama deja más huellas que las que ha dejado esa caravana en nuestros caminos. Como esta es para ti una pérdida irremediable, estoy todavía muy aturdido». Maruf, al oír las palabras del rey, rompió a reír, respondiendo: «¡Oh tío!, calma tu ánimo, porque la desaparición de mis caravaneros y animales, para mí no es más importante que la pérdida de una gota de agua para el mar, pues hoy, lo mismo que mañana o los días siguientes, con solo desearlo, podré tener más caravaneros y bestias de carga que las que puede albergar la ciudad de Khaitán. Tranquilízate, pues, y deja que nos levantemos para ir al baño de la mañana». El rey, más sorprendido de lo que jamás había estado, salió en busca de su visir para contarle lo que acababa de suceder, y añadió. «Y bien, ¿qué opinas esta vez del incomprensible poder de mi yerno?». El visir, que no olvidaba las humillaciones que había sufrido desde el momento en que Maruf se cruzó en su camino, se dijo: «¡He aquí la ocasión para vengarme de ese maldito!»; y en voz alta y con aire sumiso, dijo al rey: «¡Oh rey de los tiempos! Mi consejo no puede ser como el de un sabio; pero ya que me lo pides, te diré que el único medio de que sepas en

qué reside el misterioso poder de tu yerno el emir Maruf, es reunirse con él para beber y embriagarle. Cuando el zumo de la uva haya hecho que su razón se nuble, interrógale con prudencia, y seguramente él te lo contará todo». El rey dijo: «Es una idea excelente, visir, que esta misma noche voy a poner en ejecución». Así, pues, cuando llegó la noche, el rey se reunió con su yerno Maruf y su visir ante numerosas bebidas. Las copas circularon y el gáznate de Maruf dejó oír un gorgoteo continuo; su estado llegó a ser lamentable y su lengua comenzó a dar vueltas como las aspas de un molino.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SETENTA

Ella dijo:

—Cuando no supo distinguir su mano derecha de la izquierda, el rey padre de su esposa, le dijo: «Verdaderamente, yerno mío, nunca me has contado los sucesos de tu vida, que, sin duda, ha sido maravillosa y extraordinaria. Esta noche te oiría con mucho gusto si quisieras narrarme peripecias asombrosas». Maruf, que, como todos los borrachos, se dejaba convencer fácilmente, contó al rey y al visir toda su historia, desde el principio hasta el final, a partir del momento en que se había casado con la calamitosa de El Cairo, siendo un pobre remendón de babuchas, hasta el día en que había encontrado el tesoro y el anillo mágico en el campo del pobre *fellah*, pero no es de utilidad el repetirlo aquí. El rey y el visir, oyendo aquella historia que no habían creído que fuese tan prodigiosa, se miraban y se mordían los puños. Al final, el visir dijo a Maruf: «Dueño mío, muéstranos ese anillo que posee tan maravillosas virtudes». Maruf, lo mismo que si fuese un loco privado de razón, sacó de su dedo el anillo y lo entregó al visir, diciendo: «¡Helo aquí! En su cornalina alberga a Padre de la Felicidad». El visir tomó el anillo con ojos codiciosos y lo frotó como le había explicado Maruf; al momento salió de su interior una voz que decía: «¡Heme aquí; manda y obedeceré! ¿Quieres arruinar una ciudad, edificar una capital o matar a un rey?». El visir respondió: «¡Oh servidor del anillo! ¡Te ordeno que te apoderes de este rey de alcahuete y de su entremetido yerno Maruf y los dejes en cualquier desierto sin agua, para que perezcan de sed y de privaciones!». E instantáneamente, Maruf y el rey fueron transportados hasta un árido desierto, únicamente habitado por la muerte y la desolación. En cuanto al visir, se apresuró a convocar el consejo e instó a los dignatarios, emires y notables, a reconocer que la seguridad del estado había exigido que el rey y su yerno Maruf, un impostor de la peor especie, fuesen desterrados y que él mismo fuera elegido soberano del imperio; y añadió: «Si dudáis un instante en

aceptar el nuevo estado de cosas y en reconocerse como vuestro legítimo soberano, poseo un misterioso poder para enviaros rápidamente a que os reunáis con vuestro antiguo dueño y su entremetido yerno, en el rincón más agreste del desierto de la sed y de la muerte negra». Así, se hizo prestar juramento de fidelidad por todos los presentes y destituyó y nombró a los que le pareció, después de lo cual, envió a decir a la princesa: «¡Prepárate para recibirme, pues tengo gran deseo de ti!». La princesa, que conocía como los demás los recientes acontecimientos, le respondió por medio de un eunuco: «Lo haré gustosa; pero por el momento tengo el mal mensual, que es natural en las mujeres jóvenes; te recibiré una vez esté libre de toda impureza». Pero el antiguo visir le hizo comunicar: «No admito retraso alguno, y no conozco mal mensual ni anual, así que espero verte en seguida». Entonces, ella le contestó: «Ven a verme transcurrido un rato». La princesa se vistió lo más suntuosamente posible, adornándose y perfumándose con esmero. Cuando al cabo de una hora el antiguo visir de su padre penetró en su aposento, le recibió con semblante alegre y contento, diciéndole: «¡Qué honor para mí y qué dichosa noche va a ser esta!». Y le miró con ojos que acabaron de hechizar el corazón de aquel traidor. Como él la presionase para que se desnudase, ella comenzó a hacerlo; pero, de repente, exhaló un grito de terror y se cubrió el rostro con el velo. El asombrado visir inquirió: «Dueña mía, ¿qué te pasa? ¿Por qué ese gesto de terror y ese rostro envelado?». La joven, envolviéndose aún más en sus velos, le respondió: «¡Cómo! ¿No lo ves?». El visir negó: «¡No, por Alá que no veo nada!». La joven se lamentó: «¡Oh deshonor! ¿Por qué quieres exponerme desnuda a las miradas de ese extranjero que te acompaña?». El antiguo visir, después de mirar a derecha e izquierda, le respondió: «¿Quién es el hombre que me acompaña y dónde está?». La princesa contestó: «Ahí, en la cornalina del anillo que llevas en ese dedo». El visir asintió: «¡Por Alá que es verdad! Pero este no es un hijo de Adán, un ser humano, es un genio, servidor del anillo». La princesa, llena de espanto, exclamó: «¡Qué calamidad! ¡Un genio! Tengo un terror inmenso a los genios. ¡Por favor llévatelo de aquí, pues le tengo mucho miedo!». Para tranquilizarla, el visir sacó el anillo de su dedo y lo escondió bajo un cojín del lecho, y a continuación se aproximó a ella en el límite del transporte amoroso. La princesa le dejó acercarse; pero, de repente, le dirigió tan violento golpe al bajo vientre, que lo tiró por tierra, con la cabeza por delante. Sin perder un momento, la joven se apoderó del anillo, lo frotó y ordenó al genio de la cornalina: «¡Apodérate rápidamente de este cerdo y arrójalo a un calabozo subterráneo de palacio! ¡Después, sin tardanza, irás a buscar a mi padre y a mi esposo al desierto dónde los has llevado y me los traerás aquí sanos y salvos!».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SETENTA Y UNA

Schehrazada dijo:

—El visir fue arrojado a los calabozos de palacio, y, al cabo de un corto espacio de tiempo, el rey y Maruf se presentaron en la cámara de la princesa, el primero muy asustado, y Maruf, apenas recobrado de su embriaguez. La joven los recibió con irreprimible alegría, y comenzó por darles de comer y beber, ya que aquel rápido viaje los había dejado hambrientos y cansados. Mientras ellos comían la joven les contó cuanto acababa de suceder y cómo había conseguido encerrar al traidor. El rey exclamó: «¡Vamos a mandar empalarle sin tardanza alguna!». Maruf asintió, y, volviéndose a su esposa, le pidió: «Querida mía, ahora dame mi anillo». Pero la princesa le replicó: «¡No! Puesto que no has sabido conservarlo, yo seré quien lo guarde de ahora en adelante, para que no te expongas a perderlo de nuevo». Y el antiguo remendón accedió. En el patio de armas que había frente a la puerta de entrada al palacio se preparó el palo y, ante el pueblo allí reunido, se empaló al visir. Simultáneamente, se encendió una gran hoguera bajo él. De este modo, el traidor murió empalado y quemado. El rey compartió con Maruf el poder soberano, y le designó su sucesor en el trono. El anillo mágico permaneció desde entonces en el dedo de la princesa, que, más prudente y avisada que su esposo, le dedicaba la máxima atención. Maruf, en compañía de su esposa, vivió contento y feliz. Mas he aquí que una noche, cuando el antiguo remendón terminó de hacer su cosa ordinaria con la princesa, súbitamente, una vieja se avalanzó sobre él con las manos levantadas. Maruf, cuando vio su terrible mandíbula, sus dientes largos y su negra fealdad, reconoció en ella a su calamitosa esposa Fátima, Boñiga Caliente. Apenas había terminado de hacer este espantable descubrimiento, recibió dos puñetazos seguidos, que le rompieron dos dientes, y mientras tanto, la vieja arpía gritaba: «¿Dónde estabas, maldito? ¿Cómo te has atrevido a abandonar nuestra casa de El Cairo sin advertírmelo antes y sin despedirte de mí? ¡Hijo de perro; ya te tengo!». Maruf, terriblemente asustado, corrió en dirección a la cámara de la princesa, gritando: «¡A mí, genio de la cornalina!»; y como un loco, llegó hasta donde dormía la princesa, y cayó a sus pies, desvanecido por el susto. En aquella cámara, donde la princesa prodigaba sus cuidados a Maruf, rociándole el rostro con agua de rosas para que recuperase el sentido, irrumpió la espantable arpía llevando en la mano un bastón que había traído con ella desde Egipto, gritando: «¿Dónde está ese granuja, ese hijo de adúltera?». La princesa, al ver aquel rostro siniestro, aún tuvo tiempo de frotar su cornalina y dar una rápida orden al genio Padre de la Felicidad. Instantáneamente, la terrible Fátima se quedó clavada e inmóvil en su sitio, como si la sujetasen cuarenta brazos, en la misma amenazadora actitud que tenía al entrar. Cuando Maruf recobró el conocimiento, vio inmóvil a su antigua esposa, y, exhalando un grito de terror, volvió a quedar desvanecido. La princesa, a la que Alá había dotado de sagacidad, comprendió entonces que aquella mujer que permanecía en su forzada actitud de

amenazadora impotencia no era sino la espantable arpía Fátima de El Cairo la primera esposa de Maruf cuando este era un remendón. Deseando librar a Maruf de las maldades de aquella calamitosa mujer, frotó el anillo de nuevo y dio otra orden al genio de la cornalina. La arpía fue levantada en el aire y conducida inmediatamente al jardín, donde fue atada a un inmenso algarrobo por medio de una enorme cadena de hierro, lo mismo que los osos apresados; y allí permaneció condenada a morir o cambiar de carácter. Esto, por lo que a aquella vieja arpía se refiere. En cuanto a Maruf y su esposa, vivieron durante muchos años en medio de delicias, hasta la llegada de la separadora de los amigos, destructora de la felicidad y pobladora de tumbas, la inevitable muerte. ¡Gloria al único viviente cuya existencia está por encima de la vida y de la muerte, en los dominios de la eternidad!

Schehrazada, que aquella noche no se sentía fatigada, viendo que el rey Schahriar continuaba dispuesto a seguir escuchándola, comenzó la historia siguiente, que es la de un hombre joven y rico que ha mirado por los ventanales de la sabiduría y de la historia. Ella dijo:

LOS VENTANALES DEL SABER Y DE LA HISTORIA

—Se cuenta que había en la ciudad de El-Iskandaria un adolescente que, al morir su padre, entró en posesión de inmensas riquezas, tanto en tierras de regadío como en magníficos edificios sólidamente contruidos. Este joven, desde su nacimiento, sentía inclinación hacia la rectitud, y como no ignoraba los preceptos del libro, que prescriben la limosna y recomiendan la generosidad, dudaba con frecuencia en la elección del mejor medio para hacer el bien. Tratando de evitar sus perplejidades, decidió consultar el caso con un venerable jeque amigo de su difunto padre, y, poniéndole al corriente de sus escrúpulos e incertidumbres, le pidió consejo. El jeque reflexionó con calma, y luego dijo: «¡Oh hijo de Abderrahmán!, que Alá prodigue sus gracias al difunto. Distribuir el oro a manos llenas entre los necesitados es, sin duda alguna, una de las elecciones más meritorias a los ojos del altísimo. Pero ¡oh hijo mío!, está al alcance de cualquier rico, con tal que lo sea verdaderamente, y no supone gran virtud dar lo que nos sobra. En cambio, existe otra clase de generosidad que es particularmente agradable al dueño de todas las criaturas: la generosidad de espíritu. El que reparte los beneficios de su saber entre los que carecen de toda ciencia, ese es el que contrae los mayores merecimientos. Para distribuir esta clase de beneficios es preciso poseer un espíritu altamente cultivado, y para ello solo disponemos de un medio: la lectura de los escritos de los sabios, y la meditación sobre estos libros. Cultiva, pues, tu espíritu, ¡oh hijo de mi amigo Abderrahmán!, y sé generoso por ese camino. Este es mi consejo». El rico adolescente habría agradecido explicaciones complementarias; pero el jeque no le dijo nada más, y, firmemente decidido a poner en práctica el consejo, guiándose de su propia inspiración, se dirigió al mercado de los libreros. Ya allí, reunió a todos ellos y les encargó que le llevaran a su casa todos los libros de valor que tuvieran, pagándoles sin regateos, incluso por

encima de sus pretensiones. No contento con esto, envió emisarios a El Cairo, a Damasco, a Bagdad y también a la India y a los países de los rumíes, con el encargo de adquirir los libros más reputados en cada país, sin escatimar en los precios de compra. Los emisarios, pasado algún tiempo, fueron regresando con grandes cantidades de manuscritos preciosos, que el rico adolescente colocó en buen orden en los armarios de la espléndida biblioteca, rematada por una cúpula, que había mandado construir entre tanto, y que ostentaba sobre el frontis, en letras de oro sobre fondo azul, estas palabras: «Cúpula del libro».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SETENTA Y DOS

Dijo Schehrazada:

—En seguida el adolescente puso manos a la obra, consagrándose a la lectura con método, pausa y meditación, de los libros de su maravillosa cúpula. Como era despejado por naturaleza, retuvo fácilmente en su memoria todo cuanto leyó, y en poco tiempo llegó a ser instruido, alcanzando los límites del saber y adquiriendo dones más estimables que todos los bienes recibidos en herencia. Entonces pensó, como varón prudente, en beneficiar a los demás con los dones que había llegado a poseer, y, con este fin, dio un festín en su cúpula del libro, invitando a todos sus amigos, familiares, parientes próximos y lejanos, esclavos, palafreneros incluso y hasta a los mendigos habituales de las inmediaciones de su casa. Cuando todos hubieron comido, bebido y dado gracias al retribuidor, el opulento joven se levantó y habló así a sus invitados: «¡Oh mis huéspedes, que esta noche, en lugar de cantos y músicas, sea la inteligencia la que presida nuestra reunión! El sabio dijo: “Habla y saca de tu inteligencia todo lo que sepas, para que sirva de provecho al que te escucha. El que ha obtenido la ciencia tiene un bien inmenso, y el retribuidor, siendo la inteligencia creación suya, otorga la sabiduría a quien él quiere; pero solo un pequeño número entre los hombres está en posesión de los dones espirituales”. El altísimo, por boca de su profeta, ¡para él la oración y la paz!, ha dicho: “¡Oh creyentes, practicad la limosna con las mejores cosas que hayáis adquirido, pues no alcanzaréis la perfección hasta que deis aquello que os es más querido! Pero no lo hagáis con ostentación si no queréis pareceros a esas colinas pedregosas, cubiertas apenas con un poco de tierra que el aguacero arrastra, dejando solo la roca desnuda, pues ningún provecho sacaríais de vuestras buenas obras. En cambio, los que son generosos por haber cultivado su espíritu, se semejan a un jardín regado por la lluvia abundante, cuyos frutos se multiplican”. Os he reunido aquí esta tarde, ¡oh mis

huéspedes!, porque no deseo proceder como el avaro, guardando para mí solo los frutos de la ciencia, y quiero que gustéis de ellos conmigo, para luego ir juntos por el camino de la inteligencia. Dirijamos, pues, nuestra mirada a través de los ventanales del saber y de la historia, y asistamos al desfile del maravilloso cortejo de sabios de los tiempos pasados, procurando que nuestro espíritu se ilumine encaminándose hacia su perfección». Luego se sentó en medio de sus invitados, que formaron círculo dispuestos a escucharle, y dijo: “Amigos míos, para empezar, nada mejor que el relato de algunos rasgos de la vida de nuestros antepasados árabes, nuestros padres, los verdaderos árabes de los desiertos, cuyos maravillosos poetas, sin saber leer ni escribir, tenían el don de la inspiración vehemente, y, sin tinta ni cálamo, nos legaron esta hermosa lengua árabe que es la nuestra, la lengua por excelencia, la que escogió el altísimo, prefiriéndola a todas las demás, para dictar sus palabras a su enviado, ¡para él las plegarias, la paz y las bendiciones de Alá! He aquí una historia entre mil, sacada de aquellos tiempos heroicos:”

EL POETA DOREID, SU CARÁCTER GENEROSO Y SU AMOR POR LA CÉLEBRE POETISA TUMADIR
EL-KHANSA

Se cuenta que un día el poeta Doreid, hijo de Simah, jeque de la tribu de los Beni-Jucham, que vivió en la época de la gentileza y que fue tan valeroso caballero como celebrado poeta, dueño, además, de numerosas tiendas y grandes extensiones de terrenos con abundantes pastos, llevó a cabo una incursión contra la tribu rival de los Beni-Firas, cuyo jeque Rabiah era el guerrero más intrépido del desierto. Doreid iba a la cabeza de un escuadrón de caballeros escogidos entre los mejores de la tribu, y al desembocar en un valle, ya en territorio enemigo, vio a lo lejos, en el extremo opuesto de dicho valle, a un hombre a pie, que acompañaba a una mujer montada en un camello. Doreid después de observarlos durante unos momentos, ordenó a uno de sus caballeros: «¡Lanza tu caballo contra aquel hombre!». El caballero cumplió la orden, y, cuando juzgó que el otro podía ya oírle, le gritó: «¡Déjame la mujer y salva tu vida!», pero Rabiah, sin apresurar el paso, entonó este canto con voz tranquila:

¡Oh señora, cuyo corazón no aceleró jamás sus latidos por el
temor, camina felizmente, pues tu grupa se ha redondeado siempre
bajo el signo de la seguridad!

¡Sé testigo de la acogida que va a dispensar a ese caballero el
firacida, que nunca volvió la espalda al enemigo!

Acabado el canto, cargó sobre el caballero de Doreid y lo derribó de una sola lanzada, quedando muerto en el suelo. Luego cogió el caballo que había quedado sin jinete, y, después de rendir homenaje a la dama, saltó sobre la silla y siguió a caballo su camino, sin apresurarse ni denotar la menor preocupación.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y,

discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SETENTA Y TRES

Ella dijo:

—«Doreid, viendo que no regresaba el caballero, envió a otro; y este, encontrando a su compañero muerto sobre el camino, se fue hacia el viajero, gritándole desde lejos la misma intimación que le dirigiera el primero. El hombre hizo como si no le hubiera oído; y el de Doreid, blandiendo su lanza, se echó sobre él. Nuestro hombre, entregando de nuevo la brida del camello a la dama, arremetió contra el caballero, recitando estos versos:

¡Caiga sobre ti la fatalidad, destrozándote con sus colmillos de hierro, por cruzarte en el camino de la mujer libre e inviolable!

¡Entre ella y tú está Rabiah, cuya ley para sus enemigos es el hierro de su lanza!

Y el caballero, con el hígado atravesado, cayó, crispando sus manos sobre la tierra y bebiendo la muerte de un solo trago, mientras su vencedor continuaba sereno su camino. Doreid, impaciente e inquieto por la suerte de los dos caballeros, envió a un tercero con la misma consigna, quien encontró a sus dos compañeros tendidos en el suelo, sin vida. Más allá advirtió al extranjero, caminando tranquilamente y llevando en una mano la brida del camello y en la otra, indolentemente, su lanza. “¡Suelta tu presa, oh perro de estas tribus!”, gritó el caballero. Y el hombre, sin mirar siquiera a su adversario, dijo a la dama: “Ve hacia las tiendas más próximas”. Luego hizo cara a su enemigo, recitando a voces estos versos:

¿No viste, ¡oh hombre sin ojos!, a tus hermanos sobre un charco de su propia sangre? ¿Y no sientes ya sobre tu rostro el soplo helado de la proveedora de los buitres?

¿Qué piensas recibir de este caballero de rostro ceñudo, sino una soberbia lanzada que te bañe en tu propia sangre, negra como los cuervos?

Y diciendo y haciendo, cargó sobre el caballero de Doreid, derribándole en la primera pasada con el pecho atravesado de parte a parte. Pero al mismo tiempo, por la violencia del choque, se le rompió la lanza; y Rabiah, pues de él en persona se trataba, sabiéndose cerca ya de su tribu, no se molestó en recoger el arma de su

enemigo, continuando sin más defensa que el palo de su rota lanza. Entre tanto, Doreid, extrañado de que no volviera ninguno de los tres caballeros, fue él mismo a ver lo que pasaba, encontrando a sus tres compañeros muertos sobre la arena. Más lejos, a la vuelta de un montículo, surgió Rabiah, su enemigo, quien, reconociendo a Doreid, lamentó la imprudencia que había cometido no apoderándose de la lanza de su último adversario. Sin embargo, esperó a Doreid, erguido en la silla y con el palo de la lanza en la mano. Al primer golpe de vista, Doreid vio el estado de inferioridad en que se encontraba Rabiah, y su grandeza de alma le incitó a dirigir al héroe firacida estas palabras: “¡Oh padre de los caballeros de los Beni-Firas, a los hombres como tú no se les mata! No obstante, mis gentes, que recorren el país, querrán vengar en ti la muerte de sus hermanos, y como estás desarmado, yo te entrego mi lanza. En cuanto a mí, regreso para quitar a mis compañeros la intención de perseguirte”. Y Doreid partió al galope hacia sus gentes, diciéndoles: “El caballero, en defensa de su dama, ha matado a nuestros tres compañeros y, además, yo he roto mi lanza contra él. En verdad que es un rudo campeón, y no debemos ni pensar en atacarle”. Y volviendo grupas, regresaron todos a su tribu. Pasaron los años, y Rabiah murió como mueren los caballeros sin tacha, en un encuentro sangriento con los de la tribu de Doreid. Para vengarlo, un grupo numeroso de firacidas organizó una incursión contra los Beni-Jucham, cayendo inopinadamente sobre su campamento durante la noche, y matando a unos y haciendo cautivos a otros, se llevaron un botín considerable en mujeres y riquezas, figurando entre los cautivos el mismo Doreid en persona, jeque de los juchamidas. Al llegar a la tribu de los vencedores, Doreid, que había tenido muy buen cuidado en ocultar su personalidad, fue puesto con los demás cautivos bajo una guardia severa. Pero las mujeres firacidas, tocadas por la gentileza del prisionero, se dedicaron a pasar y repasar, con coquetería y aire de triunfadoras, por delante de él. Y de pronto una de ellas exclamó: “¡Por la muerte negra! ¡Qué buen golpe habéis dado esta vez, hijos de Firas! ¿Sabéis quién es este?”. Acudieron algunos a contemplarle, y respondieron: “Este es uno de los que más estragos hicieron en nuestras filas”. “¡Cierto, él es un valiente! —prosiguió la mujer—. Es precisamente el que regaló su lanza a Rabiah el día aquel en el valle”. Y arrojando su túnica sobre el prisionero en señal de salvaguarda, añadió: “¡Hijos de Firas, tomo a este cautivo bajo mi protección!”. Luego, no sin instarle repetidas veces, el prisionero dijo al fin: “Sí, soy Doreid-ben-Simah; y tú, oh dama, ¿quién eres?”. “Soy Raita, hija de Gizl El-Titán —respondió ella—; aquella a quien Rabiah, mi esposo, llevaba en el camello”. A continuación recorrió las tiendas de la tribu, diciendo a los guerreros: “¡Hijos de Firas, acordaos de la generosidad de Doreid entregando a Rabiah su lanza, aquella lanza de hermosa y larga asta! ¡Devolvamos, pues, bien por bien, y que cada cual recoja el fruto de sus obras! ¡Que nadie hable con desprecio al referirse el día de mañana, a vuestra conducta con Doreid! ¡Rompamos sus ligaduras, y, pagando la indemnización, rescatémosle de entre las manos de aquel que le ha hecho cautivo! De lo contrario, cometeríais una acción vergonzosa, de la que os arrepentiríais, y que no

dejaríais de lamentar durante toda vuestra vida”. Los firacidas, después de oír esto, reunieron a escote la indemnización para Muharrik, el caballero que había hecho cautivo a Doreid, y Raita, cuando el prisionero fue puesto en libertad, le regaló las armas de su difunto esposo. Doreid regresó a su tribu y no volvió a hacer la guerra a los Beni-Firas. Transcurrió mucho tiempo, y Doreid, ya viejo, pero conservando aún su bella alma de poeta, vino un día a pasar a muy poca distancia de la tribu de los Beni-Solaim. En aquel tiempo vivía en dicha tribu Solamida Tumadir, hija de Amr, conocida en toda Arabia por el sobrenombre de El-Khansa, y admirada por su maravilloso talento poético. La bella Solamida, en el momento de pasar Doreid cerca de la tribu, estaba ocupada en untar con brea una de las camellas de su padre, y como se hallaba en un lugar aislado, siendo el calor sofocante y no pasando nadie por allí, Tumadir se había despojado de sus vestidos y realizaba su tarea casi completamente desnuda. Doreid, ocultándose, la observó y la examinó sin que ella lo advirtiera, y, maravillado de su belleza, improvisó estos versos:

¡Venid, oh amigos míos, a saludar a la bella Solamida Tumadir, y hacedlo diciendo: “Mi preciosa gacela de noble cuna!”.

Jamás vi en nuestras tribus, ni de frente ni de espalda, tan maravillosa cuidadora de camellos.

No hay engaño donde no hay velo. ¡Es una soberbia morena de pura raza!

¡Maravilloso rostro, bello como el de nuestras estatuas de oro; rostro adornado por una cabellera que recuerda a la brillante cola de los garañones de la más noble raza de caballos!

¡Opulenta cabellera, que, dejada en libertad, flota en rizos espejeantes; y, peinada, semeja bellos racimos charolados por la lluvia!

¡Cejas delineadas en dulce curvatura; dos líneas sin defecto trazadas por el cálamo de un sabio; espléndida corona sobre cada uno de sus ojos de antílope!

¡Dulcísimas mejillas, animadas con un ligero toque de púrpura, aurora despuntando sobre un campo de perlas!

¡Boca florecida por virtud de la gracia, cuyos dientes, purísimas perlas, pétalos de jazmín, se humedecen con perfumada miel!

¡Su cuello, tan blando como la plata en la mina, ondula sobre un pecho que recuerda a nuestras estatuas de marfil!

¡Brazos formados con carne firme, deliciosos y en su punto; y en los antebrazos, ni se adivina hueso ni se notan venas; y ante sus dedos, se avergonzarían los dátiles en sus ramas!

¡Ventre lujuriente, enmarcando con delicados pliegues a un ombligo que recuerda a la cajita de marfil donde se guardan los

perfumes!

¡Surco gracioso de su espalda, perdiéndose en el talle esbelto y flexible, y tan frágil, que fue preciso un milagro de la divinidad para colocar allí una grupa tan opulenta!

¡Hela aquí; si se levanta, sus poderosas caderas la inclinan a sentarse de nuevo; y si se sienta, su grupa, rebotando, la hace ponerse en pie!

¡Oh qué dos montículos encantadores! ¡Y todo esto soportado por dos gloriosas columnas, derechas, torneadas, y sobre ellas el sombreado de un delicioso vello oscuro. Debajo, dos maravillosos pies, finos y afilados como dos bonitos hierros de lanza!

¡Loada sea la divinidad! ¿Cómo una base tan delicada puede soportar lo que tiene encima?

¡Venid, oh mis amigos, a saludar a la bella Solamida Tumadir, y hacedlo diciendo: “Mi preciosa gacela de noble cuna!”.

Al día siguiente, el noble Doreid, acompañado por los notables de su tribu se presentó con un gran aparato ante el padre de Tumadir, pidiéndole su hija en matrimonio. El anciano Amr, sin hacer esperar su respuesta, dijo al caballero poeta: “Mi querido Doreid, a un hombre generoso como tú no se le rechazan sus proposiciones; al jefe honorable que tú eres no se le impide la realización de sus deseos; a un garañón de tu clase no se le da en las narices”.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SETENTA Y CUATRO

Schehrazada dijo:

—“Pero debo advertirte que mi hija Tumadir tiene ciertas ideas y ve las cosas a su manera; ideas y maneras de ver que no suelen tener las demás mujeres, y yo le he dado siempre libertad para hacer lo que mejor le viniera en gana. Voy a hablarle de ti lo más ventajosamente que pueda hablarse, te lo prometo; pero el consentimiento solo ella puede darlo”. Doreid le dio las gracias, y Amr, entrando en la habitación de su hija, dijo a esta: “Khansa, un valeroso caballero, noble personaje y jefe de los Beni-Jucham, venerado por su avanzada edad y su heroísmo, Doreid, en fin, hijo de Simah, del que conoces sus odas guerreras y otros bellos versos, ha venido a pedirte en matrimonio. Es una alianza que nos honraría; pero, por otra parte, yo no quiero influir en tu decisión”. Tumadir respondió: “Padre mío, déjame unos días de plazo, para que, antes de dar la contestación, lo piense y consulte conmigo misma”. El padre de

Tumadir salió, y dijo a Doreid: “Mi hija Khansa quiere tomarse algún tiempo antes de dar la contestación definitiva. Espero que acepte tu proposición; vuelve, pues, dentro de unos días”. Doreid respondió: “De acuerdo, ¡oh padre de los héroes!”; y se retiró a una tienda puesta a su disposición. Ahora bien, la bella Solamida, tan pronto como Doreid se marchó, envió tras él a una de sus sirvientes, diciéndole: “Vigila a Doreid y síguelo cuando se aparte de las tiendas para hacer sus necesidades. Fíjate bien en la fuerza con que sale el chorro, y luego observa la huella que ha dejado en la arena, pues así podremos juzgar de sus facultades como marido”. La sirvienta lo hizo tan diligentemente, que en un momento estuvo de vuelta, diciendo a su ama tan solo estas palabras: “Hombre muy gastado”. Al cabo de unos días, Doreid volvió por la respuesta, y el padre, dejándole en la parte de la tienda reservada a los hombres, entró a ver a su hija, y le dijo: “Nuestro huésped espera tu respuesta; ¿qué es lo que has decidido?”. Khansa contestó: “He resuelto no salir de mi tribu, pues no quiero renunciar a unirme con alguno de mis jóvenes primos para casarme con un viejo juchamida, como lo es Doreid, completamente extenuado, y que cualquier día rendirá su alma de lechuza. ¡Por el honor de nuestros guerreros!, prefiero seguir siendo virgen a convertirme en la esposa de ese hombre”. Doreid, desde fuera oyó la despectiva respuesta, que hirió cruelmente sus sentimientos, pero, por arrogancia, nada dejó entrever, y, pidiendo licencia al padre de la bella Solamida, partió para su tribu. Y se vengó de la cruel Khansa componiendo esta sátira:

Dices, mi querida, que Doreid es viejo, muy viejo. ¿Acaso te había dicho él que nació ayer? Deseas para marido, ¡oh Khansa!, y ciertamente tienes razón, a un mozo fornido que, por la noche, manipule el estiércol de los rebaños.

Que las divinidades te preserven, hija mía, de maridos como yo. Sí, yo soy de otra manera y hago otras cosas. Se sabe, en efecto, quién soy, y que mi fuerte está en obras mucho más serias.

Todos reconocen que en las grandes crisis, ni la parsimonia me embarga ni la precipitación me arrastra, y que en todo uso de prudencia y sabiduría.

En mi tribu, por respeto hacia mí, nada se pregunta al huésped que yo acojo, y mis protegidos jamás fueron inquietados.

Se sabe, en fin, que incluso en los meses de sequía y hambre, cuando ni aun las nodrizas pueden dar su alimento a las criaturas, mis tiendas rebosan de provisiones y en mi hogar hierve el puchero. Guárdate, pues, de tomar un marido como yo y de tener hijos de mí.

Tú, ¡oh Khansa!, deseas para marido, y ciertamente tienes razón, un mozo fornido que, por la noche, manipule el estiércol de los rebaños.

Dices, mi querida, que Doreid es viejo, muy viejo. ¿Acaso te había

dicho él que nació ayer?

Cuando estos versos corrieron por las tribus, todos aconsejaron a Tumadir que aceptara por esposo a Doreid, el de mano generosa y verbo inigualable; pero ella no volvió de su anterior decisión. Por entonces, en un encuentro sangriento con la tribu de los murridas, un hermano de Tumadir, el valeroso caballero Moawiak, pereció a manos de Haschem, jefe de los murridas y padre de la bella Asma, que había sido ofendida anteriormente por Moawiak. Y precisamente la muerte de su hermano es lo que Tumadir deplora en este canto fúnebre:

Llorad, ojos míos, verted lágrimas inagotables. ¡Ay de mi, que lloro a un hermano perdido!

En adelante estará entre los dos el velo que jamás se levanta: la tierra que cubre tu tumba.

¡Oh hermano mio; partiste después de beber ese agua amarga que todos hemos de gustar un día!

Te fuiste diciendo: “Mejor es morir; la vida no es más que un nido de abejorros sobre la punta de una lanza”.

Mi corazón te recuerda, ¡oh hijo de mis padres!, y yo voy quedando mustia, como la hierba en el estío, sumida en la consternación.

Ha muerto el que era escudo de nuestras tribus y sostén de nuestra casa; su pérdida es una calamidad.

Ha muerto el que servía de ejemplo a los hombres de coraje; siendo para ellos como el fuego encendido en la cima de las montañas.

Ha muerto el que montaba los más hermosos caballos, con los vestidos más deslumbrantes.

El héroe de largo tahalí; rey de nuestras tribus, cuando aún era imberbe; el joven lleno de valentía y belleza.

Mi hermano, el de la mano generosa, ya no existe. Está en la tumba fría, bajo la tierra.

¡Decid a su yegua *Alwa*, la del ancho pecho: “Llora por tus correrías, tu amo no volverá a cabalgar sobre ti!”.

¡Oh hijo de Amr; la gloria galopaba a tu lado en las batallas!

Cuando en el ardor del combate ibas delante con tus hermanos, caballo contra caballo, semejabais demonios cabalgando sobre buitres y vampiros.

Despreciabas la vida en las batallas, y por esto no morirás en nuestra memoria.

¡Cuántas veces te precipitaste sobre el turbión de cascos de hierro erizado de lanzas, impasible en medio de tanto horror sombrío, como

la cara de las tempestades!

Arrojado y fuerte como una lanza de Rudaina, brillabas en tu juventud, arrogante y erguido en la silla cuando pasaba la muerte junto a ti, arrastrando el borde de su manto sobre arroyos de sangre.

¡Cuántas veces te habrás arrojado sobre los escuadrones enemigos, oh hermano mío, mientras la roja muela de las batallas giraba sobre los más bravos de los dos campos!

Entonces eras como el tigre que se lanza sobre su presa en medio de la tormenta, fiado en sus dientes y garras.

¡Cuántas cautivas has llevado delante de ti, y qué hermosas mujeres has salvado cuando erraban sin hogar, con el velo en desorden, horrorizadas de espanto!

¡Cuántas desgracias nos has evitado, y cuántas madres, sin tu presencia aquí, habrían perdido a sus hijos!

¡Ah, después de la muerte del generoso hijo de Amr, que las estrellas se extingan y que el sol amortigüe sus rayos!

Él era nuestro sol y nuestra estrella. Ahora que no estás ya entre nosotros, ¿quién acogerá al forastero cuando zumbe lúgubre el viento del norte?

¡Ay, el que nos protegía con sus armas yace en la fosa cavada en la tierra!

¡Espantosa morada, cercada por el seto que forman algunas estacas clavadas en el suelo!

¡Una tumba más entre las de nuestros antepasados! ¡Oh hermano mío; tu pérdida me causa un dolor tan penetrante, que me quita la resolución y el coraje!

¡Ah, jamás se secarán mis lágrimas ni cesarán mis sollozos!

¡Llorad, ojos míos, verted lágrimas inagotables!

Precisamente con motivo de este poema, el poeta Nabigha El-Dhobiani y los demás reunidos en la gran feria anual de Okaz, para la recitación de sus poesías ante todas las tribus de Arabia, fueron interrogados sobre los méritos de Tumadir El-Khansa, y, unánimemente, respondieron: “Su poesía sobrepasa a la de los hombres y a la de los genios”. Tumadir vivió hasta después de la predicación del Islam bendito en Arabia, y en el año octavo de la hégira de Mahoma, ¡sobre él la oración y la paz!, vino con su hijo Abbas, que era entonces jefe supremo de los solamidas, a hacer acto de sumisión ante el profeta, ennobleciéndose con el Islam. El profeta la trató con todos los honores, y, aunque no apreciaba demasiado a los poetas, escuchó complacido sus versos, felicitándola por su inspiración y por su fama. Aparte esto, al intentar repetir él mismo unos versos de Tumadir, puso bien de relieve que no poseía el sentido de la medida ni de la acentuación prosódica, pues equivocó,

intercambiándolas, las últimas palabras entre dos versos, variando la cantidad. El venerable Abu-Bekr, que asistió a esta ofensa a la regularidad métrica, quiso rectificar la posición de las dos palabras en cuestión, pero el profeta, ¡sobre él la oración y la paz!, le dijo: “¿Qué importa? Es la misma cosa”. “Ciertamente, ¡oh profeta de Alá! —respondió Abu-Bekr—, que así justificas las palabras que el altísimo te ha revelado en el *Corán* santo: ‘No hemos enseñado a nuestro profeta el arte de la versificación: no había necesidad de ello. El *Corán* está escrito de manera que su lectura resulte clara y simple’. ¡Pero Alá es el más sabio!”». Luego, el joven dijo a los que le escuchaban: «He aquí ahora un rasgo admirable de la vida de nuestros padres árabes, en la época de la gentilidad:

EL POETA FIND Y SUS DOS HIJAS GUERRERAS: OFEIRAH DE LOS SOLES Y HOZEILAH DE LAS LUNAS

Se cuenta que el poeta Find, ya centenario y jefe de la tribu de los Beni-Ziman, una de las ramas de la gran tribu de los bakridas, del tronco primero de los rabiah, tenía dos hijas adolescentes que se llamaban, la mayor, Ofeirah de los Soles, y la menor, Hozeilah de las Lunas. En aquel tiempo, la tribu entera de los bakridas se hallaba en guerra con los thalabidas, a la sazón muy numerosos y prepotentes. Find, a pesar de su edad, fue enviado, por ser el caballero de más renombre entre los de su tribu, a la cabeza de setenta compañeros, para incorporarse a la expedición general organizada por los bakridas, figurando entre los setenta caballeros las dos adolescentes, sus hijas. El mensajero que anunció a la asamblea general de los bakridas el envío del contingente de guerra de los Beni-Ziman, dijo a los reunidos: “Nuestra tribu contribuye con mil guerreros más setenta caballeros”. Con esto quería decir que Find, él solo, equivalía a un ejército de mil hombres. Cuando todos los guerreros de las tribus bakridas estuvieron reunidos, se desencadenó la guerra con la violencia de un huracán, librándose la célebre batalla que aún perdura en la memoria de las gentes: Jornada del Corte de Tupés, llamada así por la humillación que los bakridas vencedores hicieron sufrir a sus prisioneros, cortándoles el tupé y enviándolos así a las tiendas de sus hermanos thalabidas. Y fue precisamente en esta batalla memorable donde obtuvieron fama imperecedera las dos hijas de Find, verdaderas heroínas de la jornada».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SETENTA Y CINCO

Dijo Schehrazada:

—«En lo más duro del combate, estando aún indeciso el resultado, las dos jóvenes saltaron de sus caballos, y, despojándose de sus cotas de malla y de sus vestidos, se pusieron, completamente desnudas y con los brazos en alto, una en medio del ala derecha del ejército bakrida, y la otra en el ala izquierda, inflamando de valor el pecho de los guerreros con un canto de guerra que cada una improvisó, cantándolo con toda la fuerza de sus pulmones. He aquí el canto de guerra de Ofeirah de los Soles:

¡Al enemigo, al enemigo! ¡Forzad la batalla, hijos de Bekr y de Ziman, formando un bloque compacto!
¡Tenéis enfrente a los escuadrones salvajes! ¡Adelante, pues, al enemigo!
¡Honor a los que hoy se cubran con rojo manto de sangre enemiga!
¡Adelante, guerreros! ¡Cargad sobre ellos! ¡Que las anchas heridas se parezcan a las desgarraduras del vestido de una loca furiosa!
¡Luego reposaréis en lechos que os prepararemos con mullidos cojines!
¡Pero si retrocedéis, os huiremos como a hombres indignos del amor!
¡Adelante, pues, al enemigo! ¡Adelante, y honor a los hijos de Bekr y de Ziman!
¡Forzad la batalla, formando un bloque compacto! ¡Matad y vivid, hombres de mi raza! ¡¡Adelante!!

Y ahora oigamos el otro canto, declamado por Hozeilah de las Lunas para exaltar el ardor de los guerreros que rodeaban la bandera de los Beni-Ziman junto a su padre Find, que había desjarretado su camello para estar seguro de no retroceder un solo paso:

¡Valor, hijos de Ziman; valor, nobles bakridas! ¡Esgrimid vuestros cortadores sables!
¡Valor, defensores de vuestras madres y de vuestras mujeres!
¡Somos las bellas hijas de la estrella de la mañana; el almizcle perfuma nuestras cabelleras, y perlas adornan nuestros cuellos!
¡Degollad sin piedad, y luego os estrecharemos entre nuestros brazos!
¡Valor, heroicos caballeros de Rabiah! ¡Al más bravo de todos sacrificaré mi virginidad!
¡Cargad sobre el enemigo, y el más bravo de vosotros tendrá a Hozeilah de las Lunas!
¡Degollad a los cobardes que retrocedan, los desdeñaremos!
¡Esgrimid vuestros cortadores sables y degollad, degollad sin

piedad!

Después de escuchar estos cantos de muerte, un renovado entusiasmo redobló el ardor de los bakridas, y, creciendo el encarnizamiento, alcanzaron una victoria decisiva y definitiva. Así se batían nuestros antepasados en la época de la gentilidad, y así era el temple de sus hijas». A continuación; el joven dijo a su auditorio: «Escuchad ahora la aventura amorosa de la princesa Fátima con el poeta Murakisch, que también vivieron en los tiempos de la gentilidad:

AVENTURA AMOROSA DE LA PRINCESA FÁTIMA CON EL POETA MURAKISCH

Se cuenta que Neman, rey de Hirah, en el Irak, tenía una hija llamada Fátima, tan hermosa como ardiente. El rey Neman, conociendo el temperamento de la joven princesa, la encerró en un palacio alejado, en previsión de que con su conducta llegara a cubrir de deshonor a su familia y a su raza, ordenando que, tanto de día como de noche, no cesara la vigilancia, ejercida estrechamente por guardias armados. Nadie, aparte de la joven que servía a la princesa, podía entrar en dicho palacio, donde se guardaba la virtud de Fátima, y, por un exceso de prudencia y desconfianza, todos los días, a la caída de la tarde, se arrastraban alrededor del palacio unas mantas, con el fin de igualar la superficie arenosa del suelo, borrando las huellas de los pies de la joven sirvienta de la princesa, y así poder comprobar con más facilidad al día siguiente si había nuevas huellas de algún rondador en busca de aventura. Ahora bien, todos los días, la hermosa cautiva subía varias veces a la terraza de su forzado encierro, y desde allí, suspirando, veía a lo lejos a los que pasaban. Un día descubrió a su joven sirvienta, que se llamaba Ibaat-Ijlan, conversando con un apuesto joven, y luego supo que se trataba del célebre poeta Murakisch, y que la joven, enamorada de él, había gozado ya muchas veces de su amor. Ibaat-Ijlan, que era en verdad bella y vivaracha, ponderó ante su ama las cualidades del poeta, sobre todo su magnífica cabellera, en tales términos, que la ardiente Fátima deseó apasionadamente a su vez verle y gozar de su amor como la sirvienta. No olvidando sus refinamientos de princesa, quiso primero asegurarse de si el bello poeta era de noble nacimiento, y con esto precisamente demostró su calidad de verdadera árabe de alto linaje, distinguiéndose así de su sirvienta, menos noble, y, por tanto, menos exigente y escrupulosa en tal materia. Con el fin de saber si el poeta reunía las cualidades deseadas por la princesa cautiva, esta ideó una prueba que consideró decisiva. Después de hablar con la sirvienta de las probabilidades que había a favor de la posibilidad de la entrada del poeta en el castillo, dijo: “Escucha; cuando te reúnas mañana con el joven, entrégale un palillo de madera olorosa y una cazoleta con un poco de perfume; si utiliza el palillo sin cortar y aplastar después uno de sus extremos, o si lo rechaza, es que se trata de un hombre del común sin delicadeza, y, por muy gran poeta que sea no es digno de una princesa”. Al día siguiente, cuando la joven sirvienta fue a encontrarse con su amante, no dejó de hacer la experiencia, y,

después de preparar una cazoleta con perfume, dijo a su enamorado: “Acércate para que te perfumes”. El poeta no se movió, respondiendo: “Tráeme tú misma la cazoleta”. La joven lo hizo así, y el poeta se abstuvo de colocar el recipiente bajo sus vestidos, contentándose con perfumarse la barba y la cabellera. Luego aceptó el palillo que le ofrecía su amante, y, disponiendo uno de sus extremos en forma de pequeño pincel, se perfumó con él los dientes y las encías. Hecho esto, entre la joven y él ocurrió lo que ya venía ocurriendo desde algún tiempo atrás, y cuando ella, bien satisfecha, regresó al palacio, informó a su ama del resultado de la prueba. Fátima, después de escucharla, dijo: “¡Arréglatelas como puedas para traerme a ese noble árabe!”. Pero la guardia era severa y permanecía en acecho día y noche sin descanso; además, todas las mañanas se reconocían las inmediaciones del palacio para ver si había huellas en el suelo arenoso, y los encargados de ello se presentaban luego ante el padre de la princesa, diciéndole: “¡Oh rey de los tiempos!, solo hemos encontrado las huellas de los pequeños pies de la joven Ibaat-Ijlan”. ¿Y qué hizo la astuta y maliciosa servidora de la princesa para conducir al poeta hasta Fátima sin que nadie lo advirtiera? Helo aquí: en la noche fijada por su ama se reunió con el joven, y, sin vacilar, se lo cargó a la espalda. Luego, utilizando el manto como si fuera una gruesa cuerda, lo pasó sobre los riñones del poeta, de manera que, al anudárselo ella fuertemente por delante del cuerpo, quedara bien sujeto, llevando así, sin peligro, al seductor junto a la seducida. El afortunado joven pasó con la vehemente y ardorosa hija del rey una noche memorable, hasta que, poco antes del alba, salió de la misma manera que había entrado, es decir, a caballo sobre la espalda de la joven servidora. ¿Y qué sucedió a la mañana siguiente? Pues que los encargados de ello vinieron, como todos los días, a examinar los pasos marcados en la arena, yendo después a decir al rey, padre de la princesa: “¡Oh señor!, solo hemos visto las huellas de los pequeños pies de Ibaat-Ijlan, pero esta joven ha debido engordar notablemente porque hemos advertido que sus pasos se marcan más profundamente en la arena”. Las cosas continuaron de la misma manera durante algún tiempo; los jóvenes amantes siguieron gozándose mutuamente; la sirvienta traía y llevaba, todas las noches, al aprovechado poeta, y los encargados de observar las huellas siguieron hablando del engrosamiento de Ibaat-Ijlan. Ninguna razón había para que cesara este estado de cosas si el poeta no hubiera destruido su dicha con su propia mano. En efecto Murakisch tenía un amigo muy querido, al que jamás negaba nada, y como le había puesto al corriente de la aventura, ocurrió que este amigo entró en deseos de ser llevado de la misma manera junto a la princesa Fátima, haciéndose pasar por Murakisch en persona, lo que no era difícil, amparándose en la oscuridad, por existir un gran parecido entre los dos amigos. Murakisch se dejó convencer por las reiteradas instancias del otro, comprometiéndose bajo juramento a consentir en ello, y cuando llegó la noche fue el amigo quien, sobre la espalda de la joven servidora, llegó hasta la habitación de la princesa. Ya allí, comenzó inmediatamente lo que debía comenzar, pero, a despecho de la oscuridad reinante, Fátima, experta, se dio cuenta

en el acto de la sustitución, encontrando blando lo que solía estar duro, tibieza en lugar de ardoroso empuje, pobreza allí donde se daba la abundancia, y, levantándose, arrojó al intruso con un soberano puntapié, ordenando a la sirvienta que se lo llevara, usando el procedimiento de transporte ordinario».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SETENTA Y SEIS

Ella dijo:

—«A partir de aquel momento, el poeta fue rechazado por la princesa, que no consintió en perdonarle su traición. Y Murakisch, para consolarse, compuso estos versos:

¡Adiós, bella bakrida! ¡Que seas feliz cuando yo no esté a tu lado,
ay de mí, tan poco ha dichoso con mi Fátima, la del talle elegante
como la palmera y la del andar cadencioso como el del avestruz!

La de belleza limpia como el agua de las fuentes. Por su
hermosura, por sus bellos dientes, humedecidos de fresca saliva como
rocío;

por sus mejillas tersas y lisas como una superficie de plata; por sus
finas manos y por las oscuras ondas de sus hermosos cabellos, ella
encantaba mis noches y aprisionaba mi corazón.

¡Y ahora todo se ha desvanecido! Por satisfacer el capricho de un
amigo, ¡oh generoso Murakisch!, todo se ha perdido. ¡Muérdete, hasta
arrancártelos los diez dedos de tus manos!

¡Ay de mí, todo se ha desvanecido! Y no es un sueño, pues los
sueños son ilusiones, estando dormido, y esto te está para siempre
prohibido.

Y es de fama que el poeta Murakisch murió de amor». A continuación el joven
dijo a sus oyentes: «Escuchad ahora la historia del rey de los kinditas y de su esposa
Hind, ocurrida antes de la llegada de los tiempos islámicos». Y dijo así:

LA VENGANZA DEL REY HOJR

«Se dice que el rey Hojr, jefe de las tribus kinditas y padre de Imru Oul-Kais, el
más grande poeta de los tiempos de la gentilidad, era el hombre más temido entre los
árabes por su ferocidad e intrepidez temeraria. Era tan severo, incluso con los

miembros de su propia familia, que su hijo, el príncipe Imru Oul-Kais, se vio obligado a huir de las tiendas paternas para poder dar libre vuelo a su genio poético, pues el rey Hojr consideraba que, ostentar públicamente el título de poeta, era para su hijo una derogación de la nobleza y altura de su rango. Un día, hallándose el rey Hojr lejos de sus tiendas, al frente de la expedición guerrera contra la tribu disidente de los Beni-Asad, sucedió que los kodaidas, antiguos enemigos, mandados por Ziad, invadieron sus tierras, llevándose un botín considerable en provisiones de dátiles secos, buen número de caballos y camellos y muchas mujeres jóvenes, entre las que se hallaba la más amada por el rey Hojr, la bella Hind, joya de la tribu. Tan pronto como tuvo noticia de lo ocurrido, Hojr, con todos sus guerreros, volvió a toda prisa sobre sus pasos, dirigiéndose hacia donde calculó que podía encontrar a su enemigo Ziad, el robador de Hind. No tardó en encontrarse a muy poca distancia del campamento de los kodaidas, enviando por delante a dos espías experimentados, llamados Saly y Sadus, para que reconocieran el lugar y regresaran con la mayor cantidad posible de informes y datos sobre la tropa de Ziad. Los dos espías consiguieron deslizarse en el campamento enemigo sin ser descubiertos, recogiendo observaciones valiosas sobre el número de los enemigos y la disposición de su campo. Después de pasar algunas horas viendo e inspeccionándolo todo, el espía Saly dijo a su compañero Sadus: “Creo que ya hemos visto bastante para saber a qué atenernos sobre los proyectos de Ziad, y me voy ahora mismo a poner al corriente al rey Hojr de todo cuanto hemos observado”. Sadus respondió: “Yo no me voy hasta que obtenga detalles más precisos y más importantes aún”. Y se quedó en el campamento de los kodaidas. Cuando cerró la noche llegaron hombres de Ziad para hacer la guardia alrededor de la tienda de su jefe, formando grupos aquí y allá. Sadus, temiendo ser descubierto, se revistió de audacia, y, acercándose resueltamente a uno de los guerreros que acababa de sentarse en el suelo como sus compañeros, le apostrofó en tono imperativo, diciéndole: “¿Quién eres tú?”. El otro respondió: “Soy Fulano, hijo de Mengano”; y Sadus replicó con voz neta y firme: “¡Está bien!”, yendo a sentarse pegado a la tienda del jefe Ziad, sin que nadie pensara impedirselo. Bien pronto oyó hablar en el interior de la tienda, donde estaba Ziad en persona al lado de la bella cautiva Hind, abrazándola y entreteniéndose con ella. Y, entre otras cosas, Sadus escuchó el siguiente diálogo: “Dime, Hind, ¿qué crees que haría tu marido Hojr si supiera que en este momento estoy a tu lado en dulce coloquio?”. “¡Qué horror, Ziad! Seguiría tus pasos, como lobo hambriento, y no pararía hasta encontrarte. Rebosante de cólera, buscaría, impaciente y rabioso, el momento de la venganza, echando espuma por la boca como un camello en ruta que ha comido hierbas amargas”. Y Ziad, oyendo estas palabras, tuvo celos, y, dando una bofetada a su cautiva, le dijo: “¡Ah, ya te comprendo! Tú amas a Hojr, esa bestia montaraz, y solo deseas humillarme”. Pero Hind replicó con viveza: “¡Juro por nuestros dioses Lat y Ozat, que jamás detesté a nadie como detesto a mi esposo Hojr! Pero, ya que me preguntas, ¿por qué ocultarte la verdad? En verdad que nunca supe de hombre tan

vigilante y precavido como Hojr, tanto si duerme como si está despierto”. “¿Cómo es eso? —preguntó Ziad—. Explícate”. Entonces Hind prosiguió: “Escucha. Cuando Hojr duerme, tiene un ojo cerrado y el otro abierto, e igualmente la mitad de su ser está sumergida en el sueño mientras la otra mitad vela. Tan es así, que una noche, durmiendo él a mi lado, mientras yo velaba, apareció inopinadamente una serpiente negra, que, surgiendo de debajo de la estera, se dirigió directamente a su rostro. Hojr, sin dejar de dormir, ladeó instintivamente la cabeza, y la serpiente se deslizó entonces hacia la palma de la mano abierta, que mi esposo se apresuró a cerrar. La serpiente, desconcertada, se dirigió a uno de sus pies; pero Hojr, durmiendo siempre, encogió la pierna, y la serpiente, no sabiendo ya adónde ir se deslizó hacia un cuenco de leche que mi marido me recomendaba colocar siempre cerca del lecho. El reptil sorbió con glotonería la leche, vomitándola después sobre el mismo cuenco, y yo pensé: ‘¡Qué suerte tan inesperada! Cuando Hojr despierte y beba la leche, ahora emponzoñada, morirá al instante. ¡Ah, por fin me veré libre de este loco!’”. Pero Hojr despertó, y, sediento, me pidió la leche; tomó el cuenco entre sus manos, y he aquí que se le ocurrió olfatearlo, temblándole las manos y volcando el recipiente con su contenido. Y así se salvó, como venía ocurriéndole en las más variadas circunstancias. Todo lo prevé; en todo piensa, y jamás se le puede coger desprevenido”. Sadus, el espía, después de escuchar estas palabras, ya no oyó sino rumor de besos y suspiros, y, deslizándose con cautela, escapó. Una vez fuera del campamento, echó a correr, y antes del alba llegó junto a su amo Hojr, refiriéndole todo lo que había visto y oído, terminando su relato con estas palabras: “Cuando los dejé, Ziad apoyaba su cabeza sobre las rodillas de Hind, jugueteando con su cautiva, que se prestaba a todo complacida”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SETENTA Y SIETE

Schehrazada dijo:

—«Hojr, después de escuchar a Sadus, dejó escapar un gruñido, y poniéndose en pie ordenó el ataque inmediato al campamento kodaída. En seguida todos los escuadrones kinditas se pusieron en marcha, cayendo de improviso sobre el campo de Ziad y empeñándose con furia inusitada la batalla. Los kodaidas no pudieron resistir mucho tiempo, siendo derrotados y puestos en fuga, y su campamento tomado al asalto e incendiado. Durante la huida, Ziad, mientras intentaba detener a su gente para que volvieran a la lucha, fue descubierto por Hojr, que tan pronto como lo vio, rugiendo de ira, se arrojó sobre él como el ave de rapiña cae sobre su presa, lo asió,

levantándolo en vilo sobre la silla, y, después de mantenerlo así un momento a fuerza de puños, lo estrelló contra el suelo. Luego le cortó la cabeza, colgándola de la cola de su caballo, y satisfecha así su venganza en cuanto a Ziad, se dirigió a donde se hallaba Hind, la ató a dos caballos, fustigó a estos para que partieran en sentido contrario y, mientras era así descuartizada, le gritó: “¡Muere, mujer de lengua tan dulce y pensamientos secretos tan amargos!”». Después de referir este caso de venganza tan salvaje, el joven dijo a su auditorio: «Ya que estamos en esta época anterior al Islam bendito, escuchad ahora un relato sobre las costumbres de la mujer árabe en aquellos tiempos. Se refiere a la esposa amada del profeta, ¡sobre él la oración y la paz!, nuestra señora Aischah, la más bella y ejemplar mujer del Islam primitivo, llena de inteligencia, pasión, ternura y valor, cuya palabra elocuente tenía la sana y fresca belleza de una virgen pura. Dice así:

LOS MARIDOS EN LA OPINIÓN DE SUS ESPOSAS

Uno de tantos días, algunas mujeres nobles del Yemen se encontraban reunidas en mi casa, y, bajo juramento, convinieron entre ellas en revelar la verdad, sin ocultar nada, sobre lo que sus respectivos esposos tenían de bueno y de malo. La primera en tomar la palabra dijo: “El mío es feo e inabordable, y, además, tan delgado y seco, que no se hallaría en sus huesos ni una brizna de tuétano. ¡Y más gastado que una estera vieja!”. La segunda yemenita dijo: “Del mío no debería decir ni una sola palabra, pues solo hablar de él ya me repugna. Es una bestia intratable, que, a cualquier observación que le hago, me contesta amenazándome con repudiarme; y si me callo, me atropella y me trata sin ningún miramiento, así es que estoy siempre como sobre la punta de una lanza”. La tercera mujer dijo: “En cuanto a mí, he aquí a mi encantador marido. Cuando come, lo hace hasta lamer los platos; si bebe, sorbe hasta la última gota; al acurrucarse, se recoge haciéndose un ovillo; y si ocurre que ha de matar a algún animal para alimentarse, escoge siempre el más seco y descarnado. Por lo demás, nada de nada; no pondría una mano sobre mí, incluso para saber cómo me encuentro”. La cuarta se explicó así: “¡El hijo de mi tío! ¡Perderlo de vista es lo que quisiera! De día y de noche, pesa como el plomo sobre mi corazón. Es un amasijo de defectos, extravagancias y locuras. Por menos de nada os larga un bofetón, un puntapié en el vientre o, furioso, os golpea en todas partes. ¡Es un lobo peligroso; ojalá reventara!”. La quinta dijo: “¡Ah, mi esposo es bueno y bello como la noche de Tihamah!, generoso como las nubes que nos dan la lluvia y honrado y temido por todos nuestros guerreros. En las batallas es un magnífico y vigoroso león; en su hogar, abierto a todos, siempre hay fuego abundante, y su nombre es como una columna alta y gloriosa. Hospitalario, ha fijado su residencia junto a la plaza pública, para ofrecer su casa a los viajeros. ¡Oh, él es magnánimo y encantador! Su piel es dulce y suave como la seda, y su aliento es fresco y aromado. Por lo demás, hago con él todo cuanto quiero”. Y, en fin, la sexta dama yemenita sonrió dulcemente, y dijo a su vez: “Mi marido es Malik Abu-Zar, el excelente Abu-Zar, conocido en todas

nuestras tribus. Me conoció en el seno de una humilde familia, viviendo en la estrechez, y me llevó a su magnífica tienda; puso en mis orejas preciosos pendientes, en mi pecho suntuosos adornos y en mis brazos y tobillos bellos brazaletes. Me honró, desposándome, y me instaló en una morada donde se escucha sin cesar músicas de tiorbas; donde centellean los pulidos hierros de las más bellas lanzas, de astas bien trabajadas, y donde se oyen continuamente los relinchos de los caballos, los gruñidos de los camellos y el ajetreo de las gentes que van y vienen en sus faenas. Junto a él hablo de lo que me viene en gana, sin que me reprenda ni censure; cuando me acuesto, nunca deja de venir a mi lado, y, por la mañana, si no me despierto, no se molesta porque me levante tarde. Ha fecundado mis entrañas, dándome un hijo tan lindo, que cuando anda balanceándose dentro de los anillos de su pequeña cota de malla, lo hace con tanta gracia, que cautiva a los que le contemplan. Y la hija que también me ha dado Abu-Zar, ¡oh deliciosa hija de Abu-Zar!, es la joya de la tribu. Rolliza, llena a las mil maravillas sus vestidos; con su vientre bien hecho y sin sobresalir; su talle delicioso y ondulante; su grupa abultada y saliente; sus brazos redondeados; sus grandes ojos con pupilas negras y profundas; sus cejas finas y graciosamente curvadas; su nariz ligeramente arqueada, como la punta de un sable; la boca bella y sincera; sus manos finas y generosas, y su aliento embalsamado. ¡Ah, que el cielo me conserve a Abu-Zar y a sus dos hijos, para mi felicidad y mi alegría!”. Cuando la sexta dama yemenita dejó de hablar, di las gracias a todas por el placer de escucharlas, y, tomando la palabra a mi vez, les dije: “¡Oh hermanas mías, que Alá, el altísimo, nos conserve al profeta bendito! Él me es más querido que la sangre de mis padres...”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SETENTA Y OCHO

Dijo Schehrazada:

—«Ciertamente que no hay boca lo bastante pura para cantar sus alabanzas, y me contentaré con repetir lo que me dijo en cierta ocasión, a propósito de nosotras, las mujeres, que, en el infierno, estamos en mayor número que los hombres entre los tizones que alimentan el fuego inextinguible. Un día, rogándole yo que me diera consejos útiles para ganar el cielo, me dijo: “Mi querida Aischah, las mujeres de los musulmanes deben velar por ellas mismas, tener paciencia en las desgracias y reconocimiento en el bienestar, dar a sus maridos numerosos hijos, rodeándolos de previsión y cuidados y mostrarse agradecidas a los beneficios de Alá. Pues, ¡oh mi amada Aischah!, el retribuidor niega su misericordia a las mujeres que desconocen

sus bondades, y la mujer que fiando sus miradas insolentes en su marido, diga, delante o detrás de él: ‘¡Qué fea es su cara! ¡Es horroroso!’ a esta mujer, ¡oh Aischah!, Alá la castigará haciéndola bizca, deformándole el cuerpo, volviéndola pesada e innoble, masa repelente de carne fofa, arrugada y colgante. Y a la mujer que en el lecho conyugal o en otra parte, se muestre hostil a su marido o le irrite con palabras agrias, exasperándole, Alá, en el día del juicio, le estirará la lengua hasta que alcance una longitud de setenta codos, enrollándola después al cuello de la culpable. Pero la mujer virtuosa que no turbe jamás la tranquilidad de su marido, que no pase las noches fuera de su casa sin permiso de su esposo, que no use vestidos pretenciosos ni aros costosos en sus brazos y tobillos, para atraer las miradas de los creyentes, contentándose con la belleza natural que el creador puso en ella, que sea dulce en las palabras y bondadosa en las obras, apegada a su marido y amante de sus hijos, buena consejera para el prójimo y benevolente con todas las criaturas de Alá, esta, mi querida Aischah, entrará en el paraíso con los profetas y los elegidos del señor”. Y yo, emocionada, exclamé: “¡Oh profeta de Alá, tú me eres más querido que la sangre de mis padres!”. Y ahora, que ya estamos en los tiempos benditos del Islam —continuó el joven—, escuchad algunos rasgos de la vida del califa Omar Ibn Al-Khatib, que fue el hombre más puro y rígido de su tiempo, y el emir más justo entre todos los emires de los creyentes». Y dijo así:

OMAR EL SEPARADOR

«Se cuenta que el emir de los creyentes Omar Ibn Al-Khatib, que fue el califa más justo y el hombre más desinteresado de todo el Islam, tenía como sobrenombre El-Farrukh, que quiere decir el separador, por su costumbre de dividir en dos, de un sablazo, a todo aquel que rehusaba obedecer una sentencia pronunciada por el profeta, ¡para él la oración y la paz! Su sencillez y desinterés eran tales, que cierto día, habiéndose hecho dueño de los tesoros de los reyes del Yemen, hizo distribuir el botín entre todos los musulmanes sin distinción. A todos les tocó, entre otras cosas, un trozo de tela rayada del Yemen, y Omar tuvo su parte exactamente igual que el último de los soldados. Con dicha tela se hizo un vestido nuevo, y con él puesto subió a la cátedra de Medina y arengó a los musulmanes para animarlos a emprender una nueva expedición contra los infieles. Y he aquí que uno de los que le escuchaban interrumpió la arenga, diciendo: “No te obedeceremos”. Omar le preguntó: “¿Por qué?”; y el hombre respondió: “Porque al hacer las particiones de tela rayada del Yemen, cada uno de nosotros ha recibido un trozo insuficiente para un vestido, y tú llevas ahora el tuyo completo, hecho con la parte de dicha tela que te ha correspondido. Si no hubieras cogido, a espaldas nuestras, más cantidad que los demás, no habrías podido hacerte el traje que llevas, siendo, como eres, de gran talla”. Entonces Omar se volvió hacia su hijo Abdalá, y le dijo: “Responde a este hombre, puesto que su observación es justa”. Y Abdalá, levantándose, dijo: “¡Musulmanes!, sabed que cuando el emir de los creyentes, Omar, ha querido hacerse

un vestido con el trozo de tela que le ha correspondido, se ha visto que dicho trozo era insuficiente, y como no tenía ropa conveniente para vestirse en un día como el de hoy le he cedido mi parte para que pudiera completar su vestido”. Entonces el hombre que había interrumpido a Omar dijo: “¡Alabanzas a Alá! Ahora sí que te obedeceremos, ¡oh Omar!”.

En otra ocasión, después de haber conquistado la Siria, Mesopotamia, Egipto, Persia y casi todos los países de los rumíes, y cuando ya había fundado Bassra y Kufa en el Irak, Omar se hallaba en Medina, y, vistiendo un hábito muy usado y lleno de desgarrones, se pasaba el día en las gradas que daban acceso a la mezquita, escuchando las quejas de todos y haciendo justicia, lo mismo al emir que al camellero. Por aquel tiempo el rey Kaisar Heraclios, que reinaba sobre los rumíes de Constantina, le envió un embajador con la misión secreta de informar sobre el estado de la fuerza militar y demás circunstancias del emir de los creyentes. Cuando dicho embajador llegó a Medina y preguntó: “¿Dónde está vuestro rey?”, le respondieron: “Nosotros no tenemos rey, sino emir, y el emir de los creyentes, el califa de Alá, es Omar Ibn Al-Khatib”. “¿Y dónde se encuentra?”, preguntó el embajador. “Estará administrando justicia —le respondieron—, o quizá descanse ahora”. Y le indicaron el camino para llegar hasta la mezquita.



El embajador de Kaisar encontró a Omar durmiendo la siesta sobre las gradas, con la cabeza apoyada en la piedra requemada por el sol, y cayendo el sudor desde su frente hasta formar un charco bajo su cabeza. Viendo esto, el embajador de Kaisar se dijo: “He aquí que este hombre, que muy bien podría confundirse con un mendigo, es

aquel ante quien todos los reyes de la tierra inclinan la cabeza, siendo el dueño del más vasto imperio de nuestro tiempo”. Y permaneció de pie, pensando: “Cuando un pueblo es gobernado por un hombre como este, los demás pueblos deben echarse a temblar”.

Terminada la conquista de Persia, entre otras maravillas, halló en el palacio del rey Jezdejerd en Istahkar, un tapiz de sesenta codos en cuadro, representando un parterre, del que cada flor, formada con piedras preciosas, se elevaba sobre un tallo de oro. El jefe del ejército musulmán, Sad ben Abu-Wacas, aunque no muy versado en la estimación de objetos preciosos, se dio cuenta del inmenso valor de aquella maravilla, y la sustrajo al pillaje de la tropa en el palacio de Khosroes para hacer con ella un presente a Omar. Pero el rígido califa, que Alá tenga en su gracia, que cuando la conquista del Yemen no había consentido en tomar para sí la cantidad de tela rayada suficiente para hacerse un vestido, no quiso, aceptando tal presente, dar ocasión a que cundiera entre su pueblo el mal efecto que podría causar este lujo, y, sobre la marcha, hizo cortar el precioso tapiz en tantas partes como jefes musulmanes se hallaban a la sazón en Medina, sin reservarse ninguna para sí mismo. Era tal el valor de aquel tapiz, incluso troceado, que Alí vendió la parte que le había tocado en el reparto, a dos mercaderes sirios, en veinte mil dracmas.

Cuando la invasión de Persia, el sátrapa Harmozán, que había resistido con gran valentía a los guerreros musulmanes, consintió en rendirse, pero a condición de entregarse al califa en persona, para que él decidiera sobre su suerte. Omar se encontraba en Medina, y allá fue Harmozán, conducido por una escolta mandada por dos emires de los más valerosos entre los creyentes. Llegados a Medina, los dos emires, queriendo hacer valer a los ojos de Omar la importancia y el rango del prisionero persa, le hicieron revestirse del manto bordado en oro y de la alta tiara rutilante que solían usar los sátrapas en la corte de Khosroes, y así, con todos los distintivos de su dignidad, el jefe persa fue conducido hasta las gradas de la mezquita, donde se hallaba el Califa, sentado sobre una vieja estera, a la sombra del pórtico. Advertido por el bullicio del pueblo de la llegada de algún personaje, Omar levantó la vista y vio ante él al sátrapa, revestido con toda la magnificencia usada en el palacio de los reyes persas. Por su parte, Harmozán vio a Omar, pero se resistió a reconocer al Califa, dueño del nuevo Imperio, en aquel árabe con vestido remendado y sentado sobre una estera vieja en las gradas de la mezquita. Omar, reconociendo en el prisionero a uno de los orgullosos sátrapas que durante tanto tiempo hicieran temblar, con solo fruncir su entrecejo, a las más fieras tribus de Arabia, exclamó: “¡Alabanzas a Alá, que ha suscitado el Islam bendito para humillarlos, a ti y a tus semejantes!”.

A continuación ordenó que despojaran al persa de sus hábitos ostentosos, vistiéndole con tela grosera del desierto, y le dijo: “Ahora que te hallas vestido más en consonancia con tus méritos, ¿reconocerás en ello a la mano del señor, a quien pertenecen todas las grandezas?”. Harmozán respondió: “Ciertamente, lo reconozco sin esfuerzo. Mientras la divinidad fue neutral, os vencimos, y lo atestiguan nuestros

triumfos pasados y nuestras glorias; habrá sido preciso, pues, que el señor de que tú me hablas haya combatido a favor vuestro, puesto que ahora nos habéis vencido”. Omar, oyendo estas palabras, en las que descubría la ironía, frunció el entrecejo de tal manera que el persa temió por su vida, y, fingiendo sed, pidió un vaso de agua. Antes de beber, fijó su mirada en el Califa y pareció dudar al llevar el vaso a sus labios, y Omar le preguntó: “¿Qué tienes?”».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS SETENTA Y NUEVE

Ella dijo:

—«El jefe persa respondió: “Temo que se me dé la muerte en el momento de beber”. “¡Que Alá nos preserve de tales intenciones! —repuso Omar—. Estás en seguridad hasta que ese agua haya refrescado tus labios y calmado tu sed”. Oyendo estas palabras del califa, el astuto persa tiró el vaso al suelo, y Omar, comprometido por sus propias palabras, renunció generosamente a inquietar a Harmozán, quien, impresionado por tal grandeza de alma, se ennoblecó con el Islam. Y Omar le fijó una pensión de dos mil dracmas.

Cuando la toma de Jerusalén, que es la ciudad santa de Jesús, hijo de María, el más grande profeta antes del advenimiento de nuestro señor Mahoma, y hacia cuyo templo se volvían primitivamente los creyentes para orar, el patriarca Sofronios, jefe del pueblo, consintió en capitular, pero con la condición de que fuera el califa en persona quien viniera a tomar posesión de la ciudad santa. Enterado de estas condiciones, Omar se puso en camino, y, el hombre, que era el representante de Alá sobre la tierra, el que había hecho bajar la cabeza ante el estandarte del Islam a todos los poderosos de su tiempo, salió de Medina sin escolta, montado en un camello, sin séquito alguno, y llevando por todo equipaje un saco de cebada para la bestia, otro con dátiles para él, un plato de madera y un odre lleno de agua. Caminando día y noche, sin detenerse más que para la oración o para hacer justicia en el seno de alguna tribu hallada a su paso, llegó por fin a Jerusalén y firmó la capitulación. Las puertas de la ciudad se abrieron, y Omar, yendo hasta la iglesia de los cristianos, advirtió que la hora de la plegaria estaba próxima. Preguntó al patriarca Sofronios dónde podría cumplir con sus deberes de creyente, y el cristiano le propuso la iglesia misma, pero Omar exclamó: “Jamás entraré a orar en esta iglesia, y esto en interés de vosotros los cristianos; pues sí el califa hiciera sus oraciones en este lugar, los musulmanes se apoderarían de él en seguida y no os lo devolverían”. Y después de

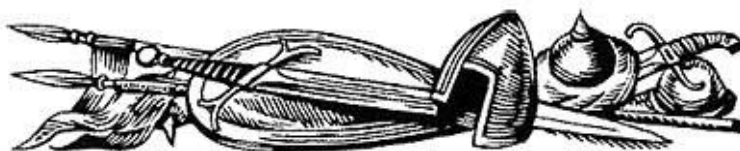
recitar la plegaria, volviéndose hacia la *kaaba* santa, dijo al patriarca: “Ahora indícame un lugar para levantar una mezquita donde los musulmanes puedan reunirse sin estorbar a los cristianos”. Y Sofronios le condujo hasta el templo de Soleimán ben Daud, en el mismo sitio, señalado con una piedra, donde se durmió Jacob, hijo de Abraham, lugar que servía de receptáculo a todas las inmundicias de la ciudad, y, como hasta la misma piedra de Jacob estaba cubierta de basuras, Omar, queriendo dar ejemplo a los obreros, recogió parte de ellas en los bajos de su vestido y fue a verterlas lejos de allí. Así empezó a prepararse el emplazamiento de la mezquita que aún lleva su nombre y que es la más bella de la tierra.

Omar tenía la costumbre de llevar un bastón, y, con la ropa agujereada y remendada, solía recorrer los mercados y calles de La Meca y Medina, amonestando con severidad, e incluso castigando con rigor, dándoles de bastonazos sobre la marcha, a los mercaderes que engañaban a los compradores encareciendo la mercancía. Un día, paseando por el mercado de leche fresca y cuajada, topó con una vieja que tenía a la venta varios cuencos de leche. Después de haber observado sus manejos durante un buen rato se acercó a ella y le dijo: “Mujer, en adelante guárdate de engañar a los musulmanes, como te he visto hacer, echando agua a la leche”. La vieja respondió: “Escucho y obedezco, ¡oh emir de los creyentes!”. Y Omar continuó su paseo. Pero al día siguiente volvió a pasar por el mercado de la leche y acercándose a la vieja le elijo: “¡Desdichada mujer! ¿No te advertí que no aguaras la leche?”. La vieja respondió: “¡Oh emir de los creyentes, te aseguro que no he echo tal cosa!”. Pero apenas acabó de pronunciar estas palabras cuando, desde el interior del puesto, una voz de adolescente dijo con indignación: “¿Cómo te atreves, oh madre mía, a mentir delante del emir de los creyentes, añadiendo así al fraude la mentira, y a la mentira la falta de respeto al califa? ¡Que Alá te perdone!”. Omar, oyendo tales razones, quedó impresionado y no hizo ningún nuevo reproche a la vieja. Luego, volviéndose hacia sus hijos Abdalá y Acim, que le acompañaban en su paseo, les dijo: “¿Quién de vosotros dos quiere desposar a esta adolescente? Es de esperar que Alá, con el aliento perfumado de sus gracias, otorgue a esta criatura una descendencia tan virtuosa como ella misma”. Acim, el hijo menor, contestó: “¡Oh padre mío, yo la desposaré!”. Y se celebraron las bodas de la hija de la lechera con el hijo del emir de los creyentes. Y fue un matrimonio bendito, pues de él nació una niña que, pasados los años, casó con Abd El-Azis ben Merwan y de este nuevo matrimonio nació Omar ben Abd El-Azis, que subió al trono de los omniadas y fue, octavo en el orden dinástico, uno de los cinco grandes califas del Islam. ¡Alabanzas a aquel que eleva a quien él quiere!

Omar solía decir: “Jamás dejaría sin venganza la muerte de un musulmán”. Y un día, hallándose administrando justicia en las gradas de la mezquita, sucedió que trajeron ante él el cadáver de un joven todavía imberbe, con la mejilla suave y pulida como la de una doncella. Al parecer, aquel adolescente había sido asesinado por una mano desconocida y su cuerpo se había encontrado al borde de un camino. Omar

pidió más detalles sobre el caso, pero nadie pudo dárselos y quedó sin saber nada más y sin esperanzas de encontrar huellas del asesino. Muy apenado en su espíritu justiciero, invocó el nombre de Alá diciendo: “¡Oh señor, permite que llegue a descubrir al matador!”, oyéndosele con frecuencia repetir esta plegaria. Meses después le trajeron un niño recién nacido, que había sido abandonado en el mismo sitio donde encontraron el cadáver del adolescente y Omar exclamó: “¡Alabado sea el altísimo! Ahora poseo sangre de la víctima, y, si Alá lo quiere, el crimen será descubierto”. En seguida fue en busca de una mujer de confianza y le entregó el recién nacido, diciéndole: “Encárgate de este pobre huérfano y no te preocupes por lo que pueda necesitar. Presta atención a todo lo que se diga a tu alrededor a propósito de este niño y cuida de que nadie lo lleve ni lo traiga fuera del alcance de tu vista. Si ves que alguna mujer lo estrecha contra su pecho, dando muestras de especial ternura, entérate disimuladamente de su domicilio y dame aviso en seguida”. Y la nodriza grabó bien en su memoria las palabras del emir de los creyentes».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS OCHENTA

Schehrazada dijo:

—«El niño creció y, cuando tenía dos años, ocurrió que vino una joven esclava y rogó a la nodriza: “Mi ama me envía para pedirte que me dejes llevarle tu hijo. Ella se halla encinta y, siendo tan bello este niño, ¡que Alá te lo conserve, alejando de él el mal de ojo!, desea contemplarle para que el que lleva en sus entrañas se forme semejante a él”. La nodriza respondió: “Bien. Llévate al niño, pero yo te acompañaré”. Así fue y la joven esclava llevó a ambos a casa de su ama. Tan pronto como la dama vio al niño se fue hacia él, llorando y, tomándole entre sus brazos, lo cubrió de besos, estrechándole contra su corazón. La nodriza se apresuró a presentarse ante el califa, refiriéndole lo que acababa de suceder y añadiendo: “Y esta dama no es otra que Saleha, la hija del venerable jeque Saleh, el ansarita, que siguió como discípulo a nuestro profeta bendito, ¡para él las oraciones y la paz!”. Omar reflexionó y, pasado un rato, se levantó, cogió su sable, lo ocultó bajo sus ropas y se fue a casa del ansarita. Encontró a Saleh sentado a la puerta de su morada y, después de los saludos, le dijo: “¡Oh venerable jeque!, ¿qué es de tu hija Saleha?”. El jeque respondió: “¡Oh emir de los creyentes!, mi hija Saleha, que Alá la recompensa por sus buenas obras, es conocida por todos por su piedad y conducta ejemplar, por su escrupulosidad en el cumplimiento de sus deberes para con Alá y para conmigo, su

padre, por su celo en las oraciones y en el desempeño de todas las obligaciones impuestas por nuestra religión y por la pureza de su fe”. Omar repuso: “Bien, pero quiero tener una entrevista con ella, para animarla a que practique, todavía más, el amor al bien y a las oraciones meritorias”. El jeque dijo: “¡Que Alá te colme de bendiciones, oh emir de los creyentes, por la buena opinión que te merece mi hija! Espera aquí un momento mientras voy a prevenirla”. Y entró, enteró a su hija de las intenciones del califa y Omar fue introducido. Cuando llegó junto a la adolescente, Omar ordenó a las personas allí presentes que se retiraran, quedando a solas con Saleha. Entonces el califa, descubriendo el sable que llevaba oculto, dijo a la joven: “Quiero detalles precisos sobre la muerte de un joven encontrado sobre el camino hace ya tiempo. Dichos detalles tú los sabes y, si intentas ocultarme la verdad, este sable te castigará”. Saleha, sin turbarse, respondió: “¡Oh emir de los creyentes!, has dado con lo que buscabas. Yo, por el nombre de Alá y los méritos del profeta, te diré toda la verdad, sin omitir nada —y bajando la voz continuó—: Has de saber, mi señor, que yo tenía conmigo una mujer de edad que no se separaba de mi lado, acompañándome siempre que salía de casa. Yo la consideraba y la quería como si fuera mi madre, y ella, por su parte, mostraba gran interés y ponía sumo cuidado en todo lo que a mí se refería. Durante mucho tiempo no dejé de mimarla, escuchándola con respeto y veneración, y un día me dijo: ‘Hija mía, es preciso que vaya a ver a mis parientes. Ahora bien, tengo una hija y no quiero dejarla en el sitio donde se encuentra, pues temo exponerla a alguna desgracia irreparable. Te suplico, pues, que me permitas traerla para que te haga compañía hasta mi regreso’. Yo di mi consentimiento y ella se fue. Al día siguiente su hija vino a mi casa, y vi que se trataba de una joven de aspecto atrayente, buen porte y bien proporcionada, tomándole en seguida un gran cariño y haciendo que se acostara en la misma habitación que yo ocupaba. Una noche, mientras yo dormía, me vi asaltada por un hombre que, con todo su peso sobre mí, no me dejaba moverme, sujetándome los brazos. Deshonrada y mancillada, pude al fin librarme de él y, asiendo un cuchillo que hallé a mano, lo hundí en el vientre del infame, descubriendo entonces que se trataba de la que yo creía mi compañera, que, desde el primer día, me había engañado disfrazándose. Como en realidad era un joven imberbe, no le fue difícil hacerse pasar por mujer. Después de matarle hice levantar su cadáver y ordené que lo dejaran en el lugar donde luego se descubrió. Alá permitió que yo llegara a ser madre, víctima de las maniobras ilícitas de aquel hombre, y cuando di a luz abandoné al niño en el mismo sitio que habían dejado el cadáver de su padre, no queriendo comprometerme ante Alá a criar un niño engendrado contra mi voluntad. Tales son los hechos, ¡oh emir de los creyentes!, y pongo a Alá por testigo de que he dicho la verdad”. “Ciertamente que me has dicho la verdad —dijo el califa Omar—. ¡Que Alá derrame sobre ti sus gracias!”. Y admirando la virtud y la valentía de aquella joven, le recomendó perseverancia en las buenas obras y, haciendo votos por su felicidad, salió de la estancia, diciendo al padre antes de marcharse: “¡Que Alá llene tu casa de

bendiciones! ¡Virtuosa joven es tu hija! Ya le he hecho mis recomendaciones y exhortaciones”. Y el venerable jeque ansarita respondió: “¡Que Alá te colme de bendiciones, oh emir de los creyentes, y que te dispense los favores y beneficios que tu alma desee!”». A continuación el opulento joven, luego de tomarse unos momentos de reposo, prosiguió: «Ahora os referiré, cambiando de tema, la historia de la cantante Sallamah la Azul». Y dijo así:

LA CANTANTE SALLAMAH LA AZUL

«El inspirado poeta, músico y cantante Mohamed el Kúfico refiere lo que sigue: “Jamás tuve, entre las adolescentes a quienes di mis lecciones de música y canto, una alumna más bella, más seductora, más despierta, más espiritual y mejor dotada que Sallamah la Azul. La llamábamos la Azul, siendo morena, porque sobre su labio superior se destacaba un encantador y ligero trazo azulenco, como si, al descuido, hubiera pasado por allí la pluma leve del más experto escribano. Cuando yo le daba mis lecciones era casi una niña todavía, con sus pequeños senos, aún desarrollándose, destacando bajo el ligero vestido. Contemplarla robaba el sentido, nublabla la vista y maravillaba el espíritu. En las reuniones, aunque se encontraran en ellas las más nombradas bellezas de Kufah, no había miradas más que para Sallamah, y bastaba que apareciera para que todos exclamaran: ‘¡Oh, he aquí a la Azul!’”. Fue amada apasionadamente, hasta la locura, pero sin llegar a nada más, por todos cuantos la conocían, incluso por mí mismo, y aunque era mi alumna, ante ella yo no era más que un humilde y obediente servidor, un esclavo pendiente de sus órdenes”.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS OCHENTA Y UNA

Dijo Schehrazada:

—“Y compuse en recuerdo de ella, este canto, palabras y música, cuando su amo Ibn Ghamin fue en peregrinación a los lugares santos, llevándola consigo como a las demás esclavas:

¡Oh Ibn Ghamin, llevándotela, has matado a un amante desgraciado, aunque aparente vivir todavía!

¡Camellero del Yemen que conduces la caravana, para mí eres un hombre siniestro!

Pero, fuera como fuere mi mal de amor, mi suerte no sería en modo alguno comparable a la de otro enamorado de la Azul, Yezid ben Auf, el cambista. En efecto, un día el amo de Sallamah dijo a esta: ‘¡Oh Azul!, entre todos los que te han amado sin llegar más adelante, ¿hay alguno que haya conseguido de ti un beso o una entrevista secreta? Dímelo todo sin ocultarme nada’. A esta pregunta inesperada, Sallamah, temiendo que su amo hubiera sido informado de alguna pequeña licencia que ella se permitiera en presencia de testigos indiscretos, respondió: ‘No, nadie ha conseguido nada de mí, excepto Yezid ben Auf, el cambista, y este, únicamente, besarme una sola vez. Consentí en ello porque, mientras lo hacía, me deslizó en la boca, a cambio, dos perlas magníficas que vendí en ochenta mil dracmas’. El amo de Sallamah dijo simplemente: ‘Bien’. Y sin añadir ni una sola palabra más, devorado por los celos, se dedicó a seguir los pasos de Yezid, hasta que halló la ocasión oportuna y lo mató a latigazos. Por lo que se refiere a las circunstancias en las cuales Yezid había dado a la Azul aquel único y funesto beso, helas aquí: Un día iba yo, según costumbre, a casa de Ibn Ghamin para dar a la Azul su lección de canto, cuando me encontré a Yezid ben Auf. Después de los saludos, yo le dije: ‘¿Adónde vas, Yezid, tan bien puesto?’. ‘Voy a donde tú vas’, respondió él. Y yo añadí: ‘Perfectamente; vamos’. Y al llegar a casa de Ibn Ghamin nos sentamos en la sala de reunión, apareciendo en seguida la Azul, vestida con un ligero manto de color anaranjado y un soberbio caftán rosa oscuro. Y nos pareció ver el sol elevándose desde los pies a la cabeza de la deslumbrante cantatriz, que llegó seguida de una joven esclava portadora de la tiorba. La Azul cantó y su voz, grave, profunda y rica en matices resultaba emocionante. En un momento dado, su amo se excusó y nos dejó solos, saliendo para dar órdenes respecto de la comida. Entonces Yezid, traspasado de amor por la cantante, se acercó a ella implorando una mirada y la joven pareció animarse, complaciéndole sin dejar de cantar. Yezid, ebrio por aquella mirada, sacó de entre sus ropas dos perlas maravillosas y dijo a Sallamah, que en aquel momento había dejado de cantar: ‘¿Ves, oh Azul, estas perlas, por las que he pagado hoy mismo sesenta mil dracmas? Pues si tú quieres serán tuyas’. Ella respondió: ‘¿Y qué he de hacer para que así sea?’. ‘Cantar para mí’, repuso él. Y Sallamah, después de llevarse una mano a la frente, en señal de asentimiento, afinó el instrumento y cantó estos versos, compuestos por ella así como la música:

Sallamah la Azul ha herido mi corazón de forma duradera, como la herida del tiempo.

La más sabia ciencia del mundo no podría cerrarla, pues no se cierran las heridas de amor.

Sallamah la Azul ha herido mi corazón. ¡Oh musulmanes, venid en mi socorro!

Después de cantar así, mirando a Yezid, añadió: ‘Y bien, dame ahora lo que has

de darme'. Él dijo: 'Ciertamente, pero, escucha, ¡oh Azul! He jurado, obligándome en conciencia, y todo juramento es sagrado, que no cedería estas perlas sino deslizándolas en tu boca con mis labios'. Al oír estas palabras de Yezid, la esclava de Sallamah se levantó con viveza, amonestando al enamorado, pero yo la cogí de un brazo y, para disuadirla de intervenir en el asunto, le dije: 'Queda tranquila, niña, y déjalos; como ves, intentan llevar un trato adelante y cada uno quiere sacar el mayor provecho posible, con las menores pérdidas. No les estorbes, pues'. En cuanto a Sallamah, se echó a reír al escuchar las pretensiones de Yezid, y, decidiéndose en un momento, dijo: '¡Bien, sea! Dame las perlas de esa forma que tú desees'. Entonces Yezid, andando a gatas, fue hacia ella, llevando las dos maravillosas perlas entre los labios, y Sallamah, espantada, empezó a retroceder, recogiendo las ropas y evitando el contacto con Yezid. Yendo de un lado para otro esquivando a Yezid, sofocada y ensayando numerosas coqueterías, el juego se prolongó; pero era preciso conquistar las perlas en las condiciones que había aceptado y Sallamah hizo una seña a su esclava, que se arrojó sobre Yezid y, cogiéndole por la espalda, lo retuvo quieto en su sitio. La Azul, quedando victoriosa con este ardid, vino ella misma un poco azorada y con la frente sudorosa, a tomar con sus labios las perlas que Yezid aprisionaba entre los suyos, cambiándolas así por un beso. En cuanto las tuvo en su poder, Sallamah recobró en seguida su aplomo, y, riendo, dijo a Yezid: '¡Por Alá!, hete aquí vencido'. Y él, cortés, respondió: '¡Por tu vida, oh Azul! no me da cuidado el haber sido vencido. El perfume que mis labios han recogido en los tuyos quedará en mi corazón mientras yo viva, como un aroma imperecedero'. ¡Que Alá tenga en su misericordia a Yezid ben Auf! Murió mártir del amor'». A continuación, el rico joven dijo: «Escuchad ahora el relato de un caso de tofailismo. Nuestros padres árabes designaban con esta palabra, que tuvo su origen en Tofail, el Glotón, el proceder de algunas gentes invitándose ellas mismas a los festines, bebiendo y comiendo sin que nadie se lo ofrezca. Dice así:

EL PARÁSITO

Se cuenta que el emir de los creyentes El Walid, hijo de Yezid, el omniada, gustaba extremadamente de la compañía de un glotón famoso, amigo de la buena mesa y de los platos bien condimentados. Se le llamaba Tofail el de los festines y su nombre ha quedado para designar a los parásitos que se invitan a sí mismos a todas las bodas y reuniones donde se coma y se beba. Por lo demás, este Tofail, gastrónomo en grande, era hombre de gran ingenio, maligno y burlón; muy ocurrente siempre y oportuno en la réplica. Su madre estaba convicta de adulterio y fue él quien condensó en unas cuantas reglas y consejos la doctrina del perfecto parásito. Breves y al mismo tiempo prácticos, estos consejos y reglas pueden resumirse así: Aquel que se invite a sí mismo a una buena comida de bodas, debe evitar con sumo cuidado mirar a su alrededor con aire inquieto. Ha de entrar decidido, y, sin fijarse en los demás, escogerá el mejor sitio; de esta manera, los convidados creerán que es un personaje

de importancia. Si el portero de la casa es áspero y mal educado, debe amonestarle, poniéndole en su lugar y no permitiéndole la más ligera observación. Ya sentado ante los manteles, se aplicará sin vacilación a comer y beber, demostrando hacia el asado más apego que el mismísimo asador. Y con los pollos rellenos, los dedos deben comportarse como si fueran tenazas de acero».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS OCHENTA Y DOS

Ella dijo:

—«Este fue el código del perfecto vividor establecido por Tofail en la ciudad de Kufa, y en verdad que Tofail fue el padre de los vividores y corona de los parásitos. Por otra parte, he aquí un hecho entre mil, que nos da una idea sobre su manera de proceder: Un notable de la ciudad había invitado a sus amigos y se regalaba con ellos ante un plato de pescado maravillosamente aderezado. Apenas empezaron a comer, cuando oyeron la bien conocida voz de Tofail que hablaba con el portero y uno de los convidados exclamó: “¡Alá nos guarde de ese granuja! Todos conocéis la capacidad inaudita de Tofail; si no escondemos estos pescados fuera del alcance de sus dientes no quedará sobre los manteles más que aquellos que, por su menor tamaño, él desprecie. Dejemos, pues, estos, y cuando los haya devorado, como creerá que no hay más, se irá y así podremos nosotros regalarnos luego con los grandes”. Se hizo lo que aconsejaba el invitado y en seguida entró Tofail, sonriendo, saludando a todos, sentándose con desenvoltura y metiendo mano a los platos, que no contenían más que morralla de no muy buen aspecto. Los convidados satisfechos del buen resultado de su estratagema, dijeron: “¡Eh, Tofail! ¿Qué piensas de estos pescados? Parece ser que no los encuentras muy de tu gusto”. Y él respondió: “Hace ya mucho tiempo que no estoy en buenas relaciones con la familia de los peces; más bien siento una profunda aversión hacia ellos, pues mi pobre padre, que murió ahogado en el mar, es seguro que fue devorado por ellos”. “Muy bien —dijeron los invitados—; he aquí una excelente ocasión para aplicar la ley del talión, comiéndote tú estos peces”. “Tenéis razón —repuso Tofail—; pero esperad”. Y cogiendo un pececillo se lo aproximó al oído, mientras su vista de parásito ya había descubierto, oculto en un rincón, el plato de los pescados gruesos y, haciendo como que escuchaba al pececillo, exclamó de pronto: “¡Hola! ¿Sabéis lo que acaba de decirme el pececillo?”. Los convidados contestaron: “¡No, por Alá! ¿Cómo hemos de saberlo?”. Y Tofail continuó: “Pues sabed que me ha dicho esto: ‘Yo no estuve presente cuando la muerte de tu padre, ¡que Alá lo tenga en su gracia!, y no pude verle, puesto que soy demasiado joven para

haber vivido en aquel tiempo, pero están aquí, escondidos en un rincón, otros peces de gran tamaño, que son precisamente los que se arrojaron sobre tu difunto padre y lo devoraron. Véngate, pues en ellos”». Después de oír el discurso de Tofail, el dueño de la casa y los invitados comprendieron que el fino olfato del parásito había descubierto la añagaza, y, echándolo a broma, sirvieron a Tofail los peces de mayor tamaño, diciéndole: “¡Cómelos y ojalá se te indigesten!”». A continuación el joven dijo a sus oyentes: «Oíd ahora la fúnebre historia de la favorita del destino». Y dijo así:

LA FAVORITA DEL DESTINO

«Se lee en las viejas crónicas que el tercero de los califas abasidas, el emir de los creyentes Al-Mahadi, al morir, dejó el trono a su hijo primogénito Al-Hadi, al que no amaba, sintiendo una profunda aversión hacia él. Pero especificó bien que, a la muerte de Al-Hadi, en vez del hijo mayor de este heredaría el trono Harún Al-Raschid, hijo preferido y el más pequeño de los hermanos. Ahora bien, cuando Al-Hadi fue proclamado emir de los creyentes experimentó gran recelo y suspicacia, que fueron en aumento, hacia su hermano Harún Al-Raschid, haciendo todo lo posible por despojarle del derecho de sucesión. La madre de Harún, la sagaz y precavida Khaizarán, no se descuidó, deshaciendo todas las intrigas dirigidas contra su hijo, hasta tal punto que Al-Hadi llegó a detestarla tanto como a su propio hermano, confundiéndolos en su resentimiento y esperando que se presentara una ocasión propicia para deshacerse de ambos. Un día, Al-Hadi se hallaba sentado en sus jardines bajo una cúpula sostenida por ocho columnas, cuyas cuatro entradas miraban cada una a uno de los cuatro puntos cardinales. A sus pies se sentaba su bella esclava favorita Ghader, que por entonces solo llevaba cuarenta días en poder del califa, y también estaba presente el músico Ishak ben Ibrahim, de Mosul. En aquel momento la favorita cantaba acompañada por el laúd de Ishak y el califa se estremecía de placer, vibrando de entusiasmo. Fuera, la noche caía y la luna ascendía entre los árboles, mientras el agua, deslizándose entre retazos de sombra, conversaba dulcemente con la brisa. De pronto, el rostro del califa cambió de expresión y, frunciendo el entrecejo, dijo con voz sorda: “A cada cual le corresponde su lote de vida y solo el altísimo es el eterno viviente”. Sumiéndose a continuación en un silencio de mal augurio, que interrumpió para gritar: “¡Llamad inmediatamente a Massrur, el portaalfanje!”. Este Massrur, ejecutor de las venganzas y cóleras del califa, era precisamente quien había estado al cuidado de Al-Raschid durante su infancia, llevándole en sus brazos y sobre su espalda. Cuando estuvo en presencia de Al-Hadi, este le ordenó: “Ve en seguida a casa de mi hermano Al-Raschid y tráeme su cabeza”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS OCHENTA Y TRES

Schehrazada dijo:

—«Oyendo estas palabras, que eran la sentencia de muerte contra aquel que él había criado, Massrur, aturdido y como herido por el rayo murmuró: “De Alá venimos y a él hemos de volver”. Y salió tambaleándose como un hombre embriagado. Profundamente impresionado, fue primero a ver a la princesa Khaizarán, madre de Al-Hadi y Al-Raschid, quien, viéndole tan deprimido, le preguntó: “¿Qué te ocurre, Massrur? ¿Cómo es que te presentas a una hora tan avanzada de la noche? Dime lo que sea”. “¡Oh mi ama —respondió Massrur—, no hay recursos más que en Alá el todopoderoso! He aquí que nuestro amo el califa acaba de darme esta orden: ‘Ve ahora mismo a casa de mi hermano Al-Raschid y tráeme su cabeza’”. Khaizarán, oyendo al portaalfanje, se llenó de terror y creyó que su corazón iba a estallarle en el pecho; luego reflexionó durante unos instantes y dijo a Massrur: “Ve en seguida a la habitación de mi hijo Al-Raschid y tráemelo aquí”. Massrur respondió por el oído y la obediencia y salió. Encontró a Harún en el momento en que este, ya desnudo, se disponía a meterse en la cama, y el portaalfanje le dijo: “¡Levántate, por el nombre de Alá, oh mi amo, y ven conmigo a la habitación de mi ama, tu madre, que quiere verte ahora mismo!”. Al-Raschid se levantó, vistiéndose a toda prisa, y fue con Massrur a la habitación de Sett Khaizarán. Tan pronto como esta vio a su hijo preferido se levantó y fue hacia él, estrechándolo contra su pecho y sin decirle ni una sola palabra y empujándolo hasta una pequeña pieza disimulada, cerró tras él la puerta, sin que Harún se resistiera ni pidiera la menor explicación. A continuación Khaizarán mandó llamar a los emires y principales personajes del palacio y, cuando todos estuvieron reunidos allí, desde detrás de la cortina de su harén les dirigió estas palabras: “En nombre de Alá, el todopoderoso, el altísimo, y en el de su profeta bendito, os conjuro para que me digáis si habéis oído decir que mi hijo Al-Raschid haya tenido alguna vez connivencia, relación o tratos de alguna clase con los enemigos del califa o con los heréticos, y si ha intentado tomar parte en acto alguno de insubordinación o revuelta contra su soberano Al-Hadi, mi hijo y nuestro amo”. Todos, unánimemente, respondieron: “No, nunca”. Y Khaizarán dijo entonces: “Pues bien, sabed que esta misma noche mi hijo Al-Hadi ha pedido la cabeza de su hermano Al-Raschid. ¿Podríais explicarme el motivo de tal determinación?”. Cuantos allí estaban se quedaron aterrados, sin excepción, y nadie se atrevió a pronunciar ni una sola palabra hasta que el visir Rabía se levantó y dijo al portaalfanje: “Ve inmediatamente a presentarte ante el califa y cuando te pregunte si has hecho lo que te ordenó, tú le respondes: ‘Nuestra ama Khaizarán, tu madre, esposa de tu difunto padre Al-Mahadi

y madre de tu hermano, ha llegado en el crítico momento en que yo me arrojaba sobre Al-Raschid y se ha interpuesto, rechazándome. Heme aquí, pues, sin haber podido ejecutar tu orden”. Y Massrur fue a presentarse al califa. Cuando Al-Hadi le vio llegar dijo: “Y bien, ¿dónde está lo que te he pedido?”. “Oh mi amo —respondió Massrur—, la princesa Khaizarán, mi ama, ha llegado en el preciso instante en que yo me arrojaba sobre tu hermano Al-Raschid, e, interponiéndose, me ha impedido cumplir mi misión”. El califa, en el límite de la indignación, se levantó y dijo a Ishak y a la cantante Ghader: “No os mováis de aquí hasta que yo vuelva”. Y fue a casa de su madre, encontrando allí reunidos a todos los dignatarios y emires. La princesa, al verle entrar, se levantó, como asimismo todos los personajes que se hallaban en la estancia, y Al-Hadi, dirigiéndose a su madre y con voz ahogada por la cólera, dijo: “¿Por qué te opones a mi voluntad, casi siempre que ordeno alguna cosa?”. Khaizarán exclamó: “¡Alá me guarde, oh emir de los creyentes, de oponerme jamás a tu voluntad! Solo deseo, en esta ocasión, que me indiques el motivo que te impulsa a ordenar la muerte de mi hijo Al-Raschid. Es tu hermano, lleva tu misma sangre y, como tú, es una prolongación de la vida y del alma de vuestro padre común”. Al-Hadi respondió: “Puesto que así lo deseas, te diré que he tenido un sueño en la noche pasada y que dicho sueño me ha llenado de espanto. Este es el motivo por el cual he decidido desembarazarme de Harún Al-Raschid. He visto a mi hermano sentado en el trono en mi lugar, y mi esclava favorita, Ghader, se hallaba allí, bebiendo, entreteniéndose con él. Y yo, amante de mi trono, de mi soberanía y de mi favorita, no quiero ver a mi lado, aunque sea mi hermano, a un rival tan peligroso”. Khaizarán le respondió: “¡Oh emir de los creyentes! Eso son ilusiones y falsedades de una pesadilla provocada por manjares flatulentos. ¡Oh hijo mío!, muy raramente resulta que un sueño sea verdadero”. Y siguió hablándole de esta manera, viendo el asentimiento en las miradas de los circunstantes, haciéndolo tan bien que consiguió calmar sus temores. Entonces trajo a Al-Raschid, haciéndole jurar que jamás había pasado por su imaginación la idea de levantarse contra su hermano, ni que, en adelante, intentaría llevar a cabo proyecto alguno de revuelta o ambición contra la autoridad del califa. Después de estas explicaciones, la cólera de Al-Hadi desapareció y regresó a la cúpula, donde le esperaban Ishak y la favorita. Despidió al músico y quedó a solas con la bella Ghader, gozando entrambos de las delicias de la noche mezcladas con las del amor. Pero, de pronto, sintió un dolor muy vivo en las plantas de los pies, que le ocasionaba una gran desazón, y se llevó una mano al sitio dolorido, frotándolo. En pocos momentos se formó allí un pequeño tumor que alcanzó el tamaño de una avellana, irritándose y agrandándose, entre intolerables picores, hasta llegar a ser como una nuez. Se frotó más y más y el tumor acabó reventándose, cayendo muerto en seguida Al-Hadi. La causa de todo aquello estaba en que Khaizarán, en los breves momentos durante los cuales el califa había permanecido en la casa, después de la reconciliación, le había dado a beber un sorbete de tamarindo, poniendo en él lo que sin duda tenía ordenado el destino. El primero en saber la

muerte de Al-Hadi fue precisamente el eunuco Massrur, quien corrió a casa de la princesa Khaizarán y le dijo: “¡Oh mi ama, madre del califa, que Alá te conceda una larga vida! Al-Hadi, mi amo, ha muerto”. Khaizarán le ordenó: “Bien, pero ¡oh Massrur!, guarda para ti la noticia y no la divulgues bajo ningún pretexto. Ahora tráeme a mi hijo Al-Raschid”. Massrur fue a cumplir la orden, encontrando a Harún ya dormido, y, despertándole, le dijo: “¡Oh mi amo, levántate y ven conmigo, pues mi ama, tu madre, quiere verte ahora mismo!”. Harún, contrariado, exclamó: “¡Por Alá!, seguramente que mi hermano la habrá dispuesto en contra mía, hablándole de algún complot o cosa parecida, de lo que no tengo la menor idea”. Pero Massrur le interrumpió diciendo: “¡Oh Harún, deja tu lecho y sígueme! Calma tú ánimo y despeja tu mirada, pues todo va por buen camino y solo cosas halagüeñas te esperan”. Harún se levantó y se vistió y Massrur, prosternándose ante él, exclamó: “¡Mis saludos para ti, oh emir de los creyentes, imán de los servidores de la fe, califa de Alá sobre la tierra y defensor de la ley santa con todo lo que ella ordena!”. Harún, asombrado, le preguntó: “¿Qué significa todo eso, Massrur? Hace un momento me llamabas simplemente por mi nombre y ahora me tratas como al emir de los creyentes. ¿A qué debo atribuir este cambio tan imprevisto?”. Y Massrur respondió: “¡Oh mi amo!, a todos les llega su destino y toda vida tiene su límite. ¡Que Alá prolongue tus días! ¡Tu hermano acaba de expirar!”.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS OCHENTA Y CUATRO

Dijo Schehrazada:

—“¡Que Alá se apiade de él!”, dijo Al-Raschid. Y se apresuró a salir con el eunuco, sin temor ni cuidado, yendo al encuentro de su madre, que, al verle exclamó: “¡Albricias y felicidades para el emir de los creyentes!”. A continuación echó sobre los hombros de su hijo el manto califal, entregándole el cetro, el sello y las insignias del poder supremo. En aquel momento entró el jefe de los eunucos del harén y dijo a Al-Raschid: “¡Oh nuestro amo!, te traigo una buena noticia. Tu esclava Marahil acaba de darte un hijo”. Harún dio curso a las manifestaciones de doble alegría y, sobre la marcha, dio a su hijo el nombre de Abdalá Al-Mamún. La muerte de Al-Hadi, así como la subida de Al-Raschid al trono califal, se supo en Bagdad antes de despuntar el día y Harún, investido ya de la soberanía, recibió el juramento de obediencia de los emires, de los notables y del pueblo reunido. Y en aquel mismo día hizo visires a El-Fadl y a Giafar, hijos ambos de Yahía el Barmakida. Todas las provincias y regiones del imperio, todas las poblaciones islámicas, árabes y no árabes, turcos y delaimidas,

reconocieron la autoridad del nuevo califa y le juraron obediencia, empezando su reinado bajo los mejores auspicios. En cuanto a la favorita Ghader, en cuyos brazos había expirado Al-Hadi, Al-Raschid, que conocía su belleza, quiso verla y, contemplándola, le dijo: “Deseo que tú y yo visitemos juntos el jardín y la cúpula donde mi hermano, ¡que Alá tenga en su misericordia!, solía reposar en sus ratos de esparcimiento”. Ghader, vestida con hábitos de duelo, respondió: “Soy la esclava sumisa del emir de los creyentes”. Y fue a cambiar sus ropas de luto por otras más convenientes, entrando luego en la cúpula. Harún la invitó a sentarse a su lado, contemplando a aquella espléndida adolescente, sin cansarse de admirar sus gracias y ensanchándosele el pecho de emoción. Luego se sirvieron vinos, a los que era aficionado Harún, y Ghader rehusó la copa que le ofrecía el califa, quien le preguntó: “¿Por qué no la aceptas?”. “El vino sin música —contestó ella— pierde la mitad de sus virtudes. Me agradaría que se hallara con nosotros, haciéndonos armoniosa compañía, el admirable Ishak, hijo de Ibrahim”. Al-Raschid respondió: “No hay inconveniente”. Y ordenó a Massrur que fuera en busca del músico, quien no tardó en presentarse. Cuando llegó, se prosternó ante el califa, besando el suelo, y, a una indicación de Al-Raschid, se sentó enfrente de la favorita. A partir de entonces, la copa pasó de mano en mano, llenándose y vaciándose innumerables veces, continuando así hasta bien entrada la noche. Cuando el vino empezaba ya a hacer su efecto en los tres, Ishak, de repente, exclamó: “¡Alabanzas a aquel que ordena los acontecimientos según los designios, y que dispone la sucesión de las vicisitudes!”. Y Al-Raschid le preguntó: “¿En qué piensas, oh hijo de Ibrahim, al expresarte de esa manera?”. Ishak respondió: “¡Oh mi señor!, ayer, a esta misma hora, tu hermano contemplaba desde esta cúpula, bajo la luna semejante a una desposada, las aguas murmuradoras que, suspirando, parecían huir, llevándose su dulce cantinela nocturna. Todo respiraba calma y aparente felicidad, pero él tuvo miedo de su destino y quiso hacerte beber el más amargo de los brebajes”. “¡Oh hijo de Ibrahim! —repuso Al-Raschid—, la vida de todas las criaturas está escrita en el libro del destino. ¿Podría arrebatármela mi hermano, si su término no estaba aún decidido allí? —y volviéndose hacia la bella Ghader, dijo—: Y tú, querida niña, ¿qué dices?”. Ghader tomó su laúd, preludió y, con voz emocionada, cantó estos versos:

El hombre tiene dos vidas: diáfana una y turbia la otra.

El tiempo dos clases de días: unos de seguridad y otros de peligro.

No te fíes del tiempo ni de la vida, pues a los días más claros
suceden otros sombríos.

Cuando acabó su canto, la favorita del difunto Al-Hadi sufrió un desvanecimiento, cayendo al suelo sin sentido, y, aunque la socorrieron al momento, dejó de existir, refugiándose en el seno del altísimo. Ishak comentó: “¡Oh mi señor, ella amaba al difunto, y lo menos que pide el amor es llegar hasta el momento en que

el sepulturero termina de cavar la fosa! ¡Que Alá acoja en su misericordia a Al-Hadi, a su favorita y a todos los musulmanes!”. Una lágrima se deslizó desde los ojos de Al-Raschid, que ordenó lavar el cuerpo de la muerta y depositarlo en la misma tumba de Al-Hadi. Y dijo: “¡Sí! ¡Que Alá acoja en su misericordia a Al-Hadi, a su favorita y a todos los musulmanes!”». Terminada la historia de la desventurada adolescente, el joven dijo a su emocionado auditorio: «Escuchad ahora, como otra manifestación de la inexorabilidad del destino, la historia del collar fúnebre. Dice así:

EL COLLAR FÚNEBRE

En cierta ocasión, el califa Harún Al-Raschid, habiendo oído alabar el talento del músico-cantante Hachem ben Soleimán, le envió recado para que se presentara en palacio, y, cuando llegó, le hizo sentar, y le rogó que interpretara alguna de sus composiciones. Hachem le hizo oír una cantilena de tres versos, con tanto arte y con tan bella voz, que el califa, entusiasmado, exclamó: “¡Lo has hecho admirablemente, oh hijo de Soleimán! ¡Que Alá bendiga el alma de tu padre!”. Y quitándose un magnífico collar de esmeraldas, lo puso en el cuello del cantor».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS OCHENTA Y CINCO

Ella dijo:

—Contemplando aquella joya, a Hachem, lejos de mostrarse satisfecho, se le empañaron los ojos y se le cubrió el rostro de palidez, quedando tan triste, que Harún, que no esperaba aquello, se sorprendió mucho y creyó que la joya no era del agrado del músico, al que preguntó: “¿Por qué te has quedado tan triste? Si el collar no te gusta, ¿por qué guardas ese silencio, tan embarazoso para ti como para mí?”. El músico respondió: “¡Que Alá prodigue sus favores al más generoso de los reyes! Lo que hace correr mis lágrimas, llenando de tristeza mi corazón, no es lo que tú crees, ¡oh mi amo! Si me lo permites te contaré la historia de este collar, y, oyéndola, comprenderás por qué su vista me ha puesto en el estado en que me hallo”. Harún respondió: “Ciertamente que te lo permito, pues la historia de un collar, que poseo por haberlo heredado de mis padres, ha de resultar interesante, y siento curiosidad por saber lo que vayas a decirme a propósito de ello, y que yo ignoro”. Entonces, el músico-cantante, reuniendo sus recuerdos, dijo: “Sabe, oh emir de los creyentes, que el incidente que voy a relatar y que se refiere a este collar, data de la época de mi primera juventud. Por aquel tiempo, yo vivía en el país de Scham, donde nací; y un día, paseándome a la hora del crepúsculo por la orilla de un lago, vestido a la usanza de los árabes del desierto, con el rostro cubierto hasta cerca de los ojos, me encontré un hombre magníficamente vestido y acompañado, en contra de la costumbre allí imperante, por dos maravillosas adolescentes de rara elegancia, que, a juzgar por los instrumentos de música que llevaban, eran cantantes, sin ninguna duda. En seguida reconocí en aquel hombre al califa El-Walid, segundo de este nombre, que habría salido de Damasco, su capital, para venir a cazar gacelas en aquellos parajes junto al lago Tabariah. Por su parte, el califa, al verme, se volvió a sus compañeras, y, creyendo que yo no podría entender sus palabras, les dijo: ‘He aquí un árabe que llega desde el desierto, recién salido de entre sus hermanos los salvajes. ¡Por Alá, que voy a llamarle para que nos haga compañía y podamos divertirnos a sus expensas!’”. Me hizo señas con una mano, y, cuando me acerqué me invitó a sentarme a su lado, enfrente de las dos cantantes. Y he aquí que, a instancias del califa, que estaba muy lejos de conocerme, por no haberme visto jamás, una de las dos adolescentes afinó su laúd, y, poniendo mucha emoción, cantó una de mis composiciones. Pero a pesar de su indudable habilidad, cometió algunos ligeros errores; y yo, dando de lado a la reserva que me había impuesto yo mismo, para evitar las burlas del califa, a quien veía harto dispuesto a infligírmelas en la primera ocasión que se presentara, no pude contenerme, y dije a la cantante: ‘¡Te has equivocado, mi ama, te has equivocado!’”.

La joven, oyendo mis observaciones, se echó a reír, y, dirigiéndose al califa, comentó, en son de burla: ‘¿Has oído, oh emir de los creyentes, lo que acaba de decirnos este beduino conductor de camellos? ¡No teme imputarnos errores, el insolente!’.

El-Walid me miró con aire burlón al mismo tiempo que de reprobación, y me dijo: ‘¿Acaso te han enseñado en tu tribu, ¡oh beduino!, el canto y el manejo delicado de los instrumentos de música?’.

Y yo, inclinándome respetuosamente respondí: ‘¡No, por tu vida, oh emir de los creyentes!, pero, si tú lo consientes, demostraré a esta admirable cantante que, a pesar de su arte innegable, comete algunos errores de ejecución’.

El califa consintió en ello, y yo hice ciertas indicaciones a la joven, que se sorprendió sobre manera al comprobar mis conocimientos en la materia. Repitió el canto, de acuerdo con mis advertencias, y, esta vez, resultó tan hermoso y perfecto, que ella misma, reconociéndolo así, quedó profundamente emocionada, y, arrojándose a mis pies, exclamó: ‘¡Tú no puedes ser otro que el mismo Hachem ben Soleimán en persona!’.

Yo, no menos emocionado que ella, callé, y entonces el califa me preguntó: ‘¿Es eso cierto?’.

‘¡Sí, oh emir de los creyentes! —dije yo, descubriéndome al fin—. Soy tu esclavo Hachem’.

El califa, encantado de conocerme, exclamó: ‘¡Alabado sea Alá que te ha puesto en mi camino, oh hijo de Soleimán! Esta adolescente te admira como a ningún otro músico, y solo canta tus composiciones’.

Y añadió: ‘Quiero que en adelante seas mi amigo y compañero’.

Yo le di las gracias, besándole la mano, y la joven que había cantado, volviéndose hacia el califa, dijo: ‘¡Oh emir de los creyentes!, quiero hacerte una petición’.

El califa respondió: ‘Puedes hacerla’.

Y ella continuó: ‘Te suplico que me permitas rendir homenaje a mi maestro, ofreciéndole algo en prenda de mi respeto y admiración’.

‘Ciertamente que me parece bien’, dijo el califa, y entonces la encantadora joven se despojó del magnífico collar que llevaba, regalo del califa, y lo puso en mi cuello, diciendo: ‘Acéptalo como muestra de mi reconocimiento, y excúsame por lo poco que vale en comparación con tus méritos’.

¡Y aquel collar era precisamente este mismo que ahora recibo de nuevo como muestra de tu generosidad, oh emir de los creyentes!’.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS OCHENTA Y SEIS

Schehrazada dijo:

—“Y ahora, he aquí lo que pasó con el collar, y por qué su vista me hace llorar: después de pasar un buen rato junto al lago, cantando y gozando de la fresca brisa, El-Walid se puso en pie, y nos propuso: ‘Embarquémonos y demos un paseo sobre el

agua'. En seguida, los servidores, que se mantenían a cierta distancia, acudieron y prepararon una barca, subiendo a ella el califa primero y luego yo. Y cuando intentó hacerlo la adolescente que me había regalado el collar, como se había envuelto en sus velos para no ser vista por los remeros, se halló embarazada en sus movimientos, y, fallándole un pie, cayó al agua sin que hubiera tiempo de socorrerla, yéndose al fondo y resultando inútiles todas las tentativas que llevamos a cabo para encontrarla. ¡Que Alá la tenga en su misericordia! El-Walid quedó profundamente afligido y las lágrimas bañaron su rostro. Yo también lloré por la suerte de aquella infortunada criatura; y el califa, pasado un buen rato, durante el cual permanecimos todos silenciosos, me dijo: '¡Oh Hachem!, me gustaría conservar el collar de esta pobre niña, como recuerdo de lo que significó para mí durante su corta vida. Pero guárdeme Alá de quitarte lo que te dimos con todo nuestro corazón; solo deseo que consientas en vendérmelo'. Yo, sin más, devolví el collar al califa, y, cuando regresamos a la ciudad, me entregó treinta mil dracmas de plata, además de una buena cantidad de preciosos regalos. Tal es, ¡oh emir de los creyentes!, la causa de mis lágrimas de hoy. Alá, el altísimo, que desposeyó a los califas omniadas de su soberanía en favor de los Beni-Abas, de lo que tú eres glorioso descendiente, ha permitido que este collar llegara hasta tus manos como herencia de tus nobles antepasados, y así he podido volver a verlo". Al-Raschid quedó muy impresionado por el relato de Hachem ben Soleimán, diciendo: "¡Que Alá tenga en su misericordia a aquellos que la han merecido!". Y de esta manera evitó, empleando la fórmula general que comprende a todas las criaturas, pronunciar el nombre de ningún miembro de la dinastía rival abatida. Seguidamente, el generoso joven dijo: "Y ya que hemos hablado de músicos y cantantes, os referiré ahora una de tantas anécdotas de la vida del más renombrado músico de todos los tiempos: Ishak ben Ibrahim, de Mosul. Es esta:

ISHAK DE MOSUL Y EL AIRE NUEVO

Un día como de costumbre, fui a ver al emir de los creyentes Harún Al-Raschid, encontrándole sentado en compañía de su visir El-Fald y de un jeque del Hedjaz. Este último tenía muy bella fisonomía y su porte denotaba gran nobleza y gravedad. Después de los saludos de rigor, me acerqué al visir El-Fald, y, discretamente, le pregunté por el nombre de aquel jeque, que me agradaba y que no recordaba haber visto hasta entonces. El visir me respondió: 'Es nieto del viejo poeta, músico y cantante, Maabad, del Hedjaz, cuya fama ya conoces'. Y como yo mostrara mi satisfacción por conocer a un nieto del poeta Maabad, a quien tanto admirara en mi juventud, El-Fald me dijo al oído: 'Ishak, este jeque, si te muestras amable con él, te hará conocer, e incluso cantará, todas las composiciones de su abuelo. Es muy afable y posee una voz bellísima'. Yo, deseando volver a escuchar los cantos que tanto me emocionaron en mis años juveniles, puse en práctica el consejo del visir, prodigando toda clase de atenciones al hedjaziano, y, después de un rato de amigable conversación sobre distintos temas, le dije: '¡Oh noble jeque!, ¿puedes decirme

cuántos cantos compuso tu abuelo, el ilustre Maabad, honra del Hedjaz?’. Él contestó: ‘Sesenta, ni uno más ni uno menos’. Y yo proseguí: ‘¿Sería abusar de tu paciencia rogarte que me dijeras cuál es, de entre esos sesenta cantos, el que más te gusta, sea por su medida o por cualquier otro motivo?’. ‘Sin duda alguna —respondió él— y por todos los respectos, es el canto número cuarenta y tres, que empieza con estos versos:

¡Oh la belleza del cuello de mi Molaikah; mi Molaikah la del
hermoso pecho!’.

Y quizá porque la simple recitación de estos versos tuviera la virtud de traerle la inspiración, tomó el laúd que yo le ofrecía, y, después de un breve preludio, interpretó la cantilena en cuestión, poniendo todo el sentimiento que hay en esta música, tan antigua y tan nueva, con un arte, un encanto, una gracia y una emoción inefables. Después de oírle, yo quedé deslumbrado y fuera de mí, en el límite del entusiasmo; y, aunque seguro de mi facilidad para retener los aires nuevos, por complicados que ellos sean, no quise repetir ante el jeque hedjaziano la cantilena, nueva para mí, que él acababa de hacernos oír, contentándome con darle las gracias. Y regresó a Medina, su país, mientras yo seguía embriagado con el recuerdo de aquella melodía”.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS OCHENTA Y SIETE

Dijo Schehrazada:

—“Al llegar a mi casa cogí el laúd e intenté repetir el aire hedjaziano que tanto me había emocionado; pero ¡por Alá!, yo que de ordinario retenía sin esfuerzo cien cantilenas, si las oía poniendo un poco de atención, no pude recordar, por más que lo intenté, ni una sola nota de aquella. Día y noche me dediqué a excitar mi memoria, sin lograr otra cosa que desesperarme, hasta que, renunciando al laúd y a mis lecciones, recorrí Bagdad, luego Mosul, Bassra y todo el Irak, preguntando por aquella música a las cantantes de más edad, pero ninguna conocía el aire ni pudo indicarme el medio de hallarlo. Viendo que todas mis gestiones resultaban inútiles, decidí librarme de aquella obsesión atravesando el desierto y yendo al Hedjaz, con intención de llegar hasta Medina en busca del jeque, y rogarle que cantara una vez más la cantilena de su abuelo. Cuando tomé esta resolución me hallaba en Bassra paseando por la orilla del río, y he aquí que inopinadamente se me acercaron dos mujeres jóvenes, ricamente vestidas y, al parecer, de alto rango. Detuvieron mi asno por la brida y me saludaron, pero yo, que solo pensaba en la cantilena hedjaziana, les

dije en tono enojado: ‘¡Dejadme, dejadme!’ . Entonces, una de ellas, sonriendo detrás de su velo de rostro, me dijo: ‘Y bien, Ishak, ¿qué ha sido de tu pasión por la cantilena de Maabad, aquella que dice: oh la belleza del cuello de mi Molaikah? ¿Has desistido ya de recorrer el mundo esperando oírla de nuevo?’ . Y, sin darme tiempo para volver de mi asombro, añadió: ‘¡Oh Ishak!, te vi desde detrás del enrejado del harén cuando el jeque del Hedjaz cantaba en presencia del califa, y advertí cómo te embargaba el encanto de la antigua melodía, haciendo danzar a tu alrededor los objetos inanimados. ¡Estabas maravillado, oh Ishak! Llevabas el compás con las manos, con la cabeza y con todo tu cuerpo, balanceándote suavemente. Parecías ebrio. Estabas como loco’ . Yo, oyendo aquello, exclamé: ‘¡Ah, por la memoria de mi padre Ibrahim, cada vez estoy más loco recordando aquel canto tan hermoso! ¡Qué no daría yo por volver a oírlo! ¡Diez años de mi vida por una sola nota de ese canto! ¡Hablándome de él, oh querida, has reavivado el fuego de mi pasión, soplando sobre la brasa de mi desesperación!’ . Y añadí: ‘Dejadme ir, por favor, para preparar cuanto antes mi viaje al Hedjaz’ . La adolescente, sin soltar la brida de mi asno, echó a reír a carcajadas, diciéndome: ‘Si yo te canto la melodía en cuestión, ¿persistirás en tu resolución de partir para el Hedjaz?’ . Yo respondí: ‘¡Por tus padres, oh hija de gentes de bien, no tortures más a aquel que se halla al borde de la locura!’ . Y entonces, la joven, sin soltar la brida de mi asno, entonó la canción objeto de mi obsesión, de una forma mil veces más emocionante que cuando la oí por primera vez en boca del hedjaziano. ¡Y ella había cantado a media voz! Yo, en un transporte de entusiasmo, bajé del asno y me arrojé a los pies de la adolescente, besando sus manos y los bajos de su vestido. Luego le dije: ‘¡Oh mi ama!, soy tu esclavo, que has comprado con tu generosidad, ¿quieres aceptar mi hospitalidad? Cantarás para mí la melodía de Molaikah, y luego yo la cantaré para ti a todas horas, sí, durante todo el día y toda la noche’ . Pero ella respondió: ‘Ya conocemos tu carácter Ishak, tan poco agradable como grande es tu avaricia respecto de tus composiciones. Sí, sabemos que ninguno de tus alumnos ha aprendido directamente de ti una sola de tus composiciones. Las que ellos saben las han aprendido de otros, tales como Alawiah, Wahdj, El-Karah o Mukharik. De ti, ¡oh celoso Ishak!, nadie las aprendió jamás’ . Luego añadió: ‘Sabiendo, pues, que no eres lo bastante amable para tratarnos convenientemente, desistimos de ir a tu casa. Por otra parte, si deseas aprender el aire de Molaikah, no es necesario que vayamos tan lejos. Estoy dispuesta a cantarlo las veces que sean necesarias hasta que lo retengas’ . ‘¡Oh hija del cielo! —repuse yo—, en pago, daría por ti mi sangre. Pero ¿quién eres?’” .

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS OCHENTA Y OCHO

Ella dijo:

—“Y ella respondió: ‘Una de tantas entre las cantantes, que comprende lo que dice el follaje al pájaro, y la brisa al follaje’. Yo seguí suplicando, de tal manera, que acabó consintiendo en venir conmigo acompañada de su hermana. Pasamos todo aquel día y toda la noche extasiándonos con el canto y la música, hallando en aquella joven a la cantante más admirable de todas las que yo había oído hasta entonces. Mi amor por ella me penetró hasta el alma, y acabó concediéndome el don de su carne, como me había concedido el de su voz, alegrando mi vida desde entonces”. Luego el opulento joven dijo: “He aquí ahora una anécdota a propósito de las danzarinas de los califas”. Y dijo así:

LAS DOS DANZARINAS

“Había en Damasco, bajo el reinado del califa Abd El-Malek ben Merwan, un poeta y músico, llamado Ibn Abu-Atik, que dilapidaba en locas prodigalidades todo cuanto le procuraba su arte y la generosidad de los emires y gentes ricas de Damasco. A pesar de las considerables sumas que ganaba, se hallaba siempre apurado, consiguiendo a duras penas proveer a las necesidades de su numerosa familia, pues el oro en manos de un poeta, y la paciencia en el alma de un amante, son como el agua en una cesta. El poeta era amigo de uno de los íntimos del califa, el chambelán Abdalá, quien, en numerosas ocasiones, había ya interesado en favor de su amigo a los notables de la ciudad, decidiéndose al fin a atraer la atención del califa mismo hacia el poeta. Un día, hallando al emir de los creyentes en buena disposición, Abdalá abordó la cuestión, describiendo la pobreza y desamparo en que se encontraba aquel que, tanto en Damasco como en todo el país de Scham, era considerado como el poeta y músico más admirado de su época. Abd El-Malek respondió: ‘Puedes enviármelo’; y Abdalá se apresuró a comunicar la buena nueva a su amigo, refiriéndole la conversación que había mantenido con el califa. El poeta, después de dar las gracias a su amigo, fue al palacio. Cuando le introdujeron, el califa se hallaba sentado entre dos soberbias danzarinas, que estaban en pie y se balanceaban dulcemente sobre sus flexibles talles, como dos ramas de ban. Cada una de ellas agitaba un abanico de hojas de palmera, y así, con una gracia encantadora, refrescaban a su amo. En uno de dichos abanicos, en letras de oro y azul, podían leerse estos versos:

Mi aliento es fresco y ligero, jugando con el pudor de aquellas a
quienes acaricio.

Soy cándido velo para ocultar los besos de los enamorados.

Soy un precioso recurso para la cantante que abre la boca y para el
poeta que recita sus versos.

Y en el de la otra danzarina, estos otros:

Soy realmente encantador en manos de las bellas, por eso, es en el palacio del califa donde mejor me encuentro.

¡Que aquellas que no posean gracia o elegancia renuncien a tenerme por amigo!

Pero también concedo mis favores al jovencillo ligero y desenvuelto, como una bella esclava.

Cuando el poeta se halló ante aquellas maravillosas criaturas, quedó deslumbrado, olvidándose instantáneamente de sus miserias, tristezas, privaciones de su familia y de toda la cruel realidad. Se creyó en medio de las delicias del paraíso entre dos huríes, cuya belleza le hizo considerar como feas a todas las mujeres hermosas que había conocido anteriormente. En cuanto al califa, después de los cumplimientos y homenajes, dijo al poeta: ‘Me ha impresionado la descripción que ha hecho Abdalá de tu situación precaria y la miseria en que se hayan los tuyos. Pídeme lo que quieras, y te será concedido en el acto’. El poeta, en el estado emocional que provocaba en él la contemplación de las dos danzarinas, no comprendió el verdadero alcance de las palabras del califa, y, por otra parte, aunque lo hubiera comprendido, no estaba él para pensar en pedir dinero ni riquezas. En aquel momento una sola idea ocupaba todo su ser: la belleza de las dos danzarinas y el deseo acuciante de poseerlas para él solo, embriagándose con su intimidad. Así, pues, a la generosa proposición del califa, respondió: ‘¡Que Alá conceda larga vida al emir de los creyentes!; pero tu esclavo se considera satisfecho con los beneficios que le otorgó el retribuidor. ¡Soy rico y no carezco de nada; soy como un emir! Mis ojos, mi espíritu y mi corazón están contentos; y, por lo demás, tal como me hallo en este momento, en presencia del sol y entre estas dos lunas, aunque fuera el más mísero de los hombres y me encontrara en el más absoluto desamparo, seguiría considerándome el hombre más dichoso de todo el imperio’. El califa Abd El-Malek quedó satisfecho en extremo con la respuesta, y, viendo que los ojos del poeta esperaban vehementemente lo que su lengua callaba, se levantó y dijo: ‘¡Oh Abu-Atik!, estas dos danzarinas, que precisamente hoy mismo he recibido como presente del rey de los rumíes, son de tu propiedad desde este momento, pudiendo disponer de ellas a tu antojo’. Y el poeta se llevó a su casa las dos danzarinas. Cuando Abdalá llegó al palacio, el califa le dijo: ‘Lo que me dijiste a propósito del estado de necesidad y desamparo de tu amigo, el poeta-músico, creo, Abdalá, que fue un tanto exagerado, pues él mismo ha confesado que vive dichoso y que no carece de nada’. Abdalá se quedó perplejo, sin saber qué contestar, y el califa prosiguió: ‘Sí, ese hombre parecía tan dichoso, que jamás vi a nadie que pudiera comparársele en ese respecto’. Y le repitió las hiperbólicas aseveraciones del poeta-músico. Abdalá, medio en broma, medio en serio, respondió: ‘¡Por tu vida, oh emir de los creyentes! Él ha mentado en todo. ¿Que él no tiene necesidades? ¿Que él está

contento con su suerte? ¡Pero si es el más pobre y desamparado de todos los hombres! Si vieras a su mujer y a sus hijos, las lágrimas se asomarían a tus ojos. Créeme, emir de los creyentes, nadie, en todo el imperio, necesita más que él de tus beneficios'. El califa, después de oír a su visir, no supo qué pensar de aquel extraño músico-poeta; y Abdalá, tan pronto como salió de palacio, se apresuró a ir a casa de Ibn Abu-Atik”.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS OCHENTA Y NUEVE

Schehrazada dijo:

—“Lo encontró expansionándose con las dos hermosas danzarinas, sentadas ambas en cada una de sus rodillas, y ante una bandeja con bebidas. El visir, de muy mal humor, le preguntó: ‘¿En qué pensabas, loco, cuando has desmentido lo que dije al califa a propósito de ti? Me has hecho pasar un mal rato’. Y el poeta, jubilosamente exaltado, le contestó: ‘¡Oh amigo mío!, ¿cómo hablar de miserias cuando me hallaba transportado al paraíso? Si lo hubiera hecho, no hubiera dejado de ser indecoroso, para estas dos huríes, y para mis propios intereses’. Y al mismo tiempo alargó a su amigo una enorme copa, llena de líquido perfumado con almizcle y alcanfor, diciendo: ‘¡Bebe, amigo mío, por los ojos negros! ¡Los ojos negros que me enloquecen!’, y, señalando a las dos hermosas danzarinas, añadió: ‘Estas dos beldades son de mi propiedad legal y constituyen toda mi riqueza. ¿Qué más podría desear, sin ofender la generosidad del retribuidor?’. Lo mismo que anteriormente, el músico-poeta siguió viviendo con la incertidumbre del mañana, confiando en su destino y en el dueño de todas las criaturas. Las danzarinas fueron su consuelo en los días aciagos y constituyeron su dicha durante toda su vida”. Seguidamente, el joven dijo: “Ahora os contaré la historia de la crema de pistachos —y prosiguió de esta manera—: Bajo el reinado del califa Harún Al-Raschid, fue en Bagdad cadí supremo Yacub Abu-Yusef, el hombre más sabio y el jurisconsulto más fino y profundo de su tiempo. Había sido discípulo, y luego el compañero más querido, del imán Abu-Hanifah, y, dotado de una gran erudición, él fue el primero en escribir, reunir y ordenar, en un conjunto metódico y razonado, las doctrinas del imán, su maestro, y este cuerpo de doctrina, así redactado, sirvió en adelante de base y guía al rito ortodoxo de los hanifitas. También escribió la historia de su juventud, refiriendo sus humildes comienzos, así como el siguiente relato:

LA CREMA DE ACEITE DE PISTACHOS Y LA DIFICULTAD JURÍDICA RESUELTA

Cuando murió mi padre, ¡que Alá lo tenga en su misericordia!, yo era aún un niño que no se separaba del regazo materno. Como éramos muy pobres, tan pronto como tuve edad para ello, mi madre me colocó como aprendiz en casa de un tintorero del barrio, y así pude ganar pronto con qué mantenernos. Pero quizá Alá no me había destinado para el oficio de tintorero, y yo no me resigné a pasarme la vida junto a las cubas de los tintes, escapándome con frecuencia para mezclarme con los que acudían a escuchar las enseñanzas religiosas del imán Abu-Hanifah, ¡que Alá le conceda sus más escogidos dones! Mi madre, que vigilaba mis pasos siguiéndome frecuentemente, reprobaba mi proceder, y, más de una vez, me sacó violentamente de entre los que escuchaban al venerable maestro, arrastrándome a viva fuerza, y, entre regaños y cachetes, me reintegraba a la tienda del tintorero. Yo, a pesar de esta actitud de mi madre, siempre encontré el medio de seguir con regularidad las lecciones del venerado maestro, que ya se había fijado en mí, citándome incluso como ejemplo, por mi celo y perseverancia en lograr la instrucción. Hasta que un día, mi madre, furiosa por mis escapadas de la tienda del tintorero, llegó gritando ante el auditorio escandalizando, y, encarándose con Abu-Hanifah, le dijo: ‘Tú, jeque, eres la causa de la perdición de este niño, que seguramente se convertirá en un vagabundo, siendo huérfano como es, y sin recurso alguno. Yo no poseo más que lo poco que saco con el huso, y si él no gana algo más por su parte, pronto nos moriremos los dos de hambre, recayendo sobre ti, en el día del juicio, la responsabilidad de nuestra muerte’. Mi venerado maestro no perdió la calma, y, con voz conciliadora, respondió a mi madre: ‘¡Oh pobre, que Alá te conceda sus gracias! Ve tranquila y nada temas; pues este huérfano aprenderá aquí a poder comer, algún día, crema fina de aceite de pistachos’. Mi madre, oyendo esta respuesta, quedó persuadida de que al venerable imán le flaqueaba la razón, y se marchó, profiriendo esta última injuria: ‘¡Que Alá abrevie tus días, viejo chocho!’. Pero yo retuve en mi memoria las palabras del imán, y como Alá había puesto en mi corazón la pasión por el estudio, esta pasión resistió a todo, acabando por vencer todos los obstáculos. Seguí fervorosamente aliado de Abu-Hanifah, y el donador me concedió al cabo la ciencia y las ventajas que ella procura, de tal manera, que, ascendiendo poco a poco, llegué con el tiempo a asumir las funciones de cadí supremo de Bagdad, siendo admitido en la intimidad del emir de los creyentes Harún Al-Raschid, quien me invitaba frecuentemente a compartir su mesa. Uno de los días en que comía con el califa, sucedió que al final de la comida los esclavos trajeron una gran fuente de porcelana, llena de una maravillosa crema blanca con polvo de pistachos por encima, cuyo solo olor era ya un placer para el paladar. El califa, volviéndose hacia mí, me dijo: ‘Yacub, sírrete, que no se consigue siempre este plato, y hoy ha salido excelente’. Yo pregunté: ‘¿Cómo se llama este manjar, ¡oh emir dé los creyentes!, y con qué se hace para que resulte tan agradable a la vista y al olfato?’. Y el califa me contestó: ‘Se prepara con miel, harina de flor y aceite de pistachos’”.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS NOVENTA

Dijo Schehrazada:

—“Y entonces me acordé de las palabras de mi venerado maestro, prediciendo lo que había de ocurrirme, y no pude evitar una sonrisa. El califa me preguntó: ‘¿Qué es lo que te hace sonreír, Yacub?’. Y yo respondí: ‘Nada malo, ¡oh emir de los creyentes! Un simple recuerdo de mi niñez’. ‘No dejes de referírmelo —repuso el califa—, pues estoy persuadido de que será digno de ser conocido’. Yo, para complacer al califa, referí mis comienzos en el estudio de la ciencia, mi asiduidad acudiendo a escuchar las lecciones de Abu-Hanifah, la desesperación de mi pobre madre al verme desertar de la tintorería, y la predicción del imán a propósito de la crema de aceite de pistachos. Harún quedó encantado con mi relato, y concluyó: ‘Si, ciertamente, el estudio y la ciencia dan siempre sus frutos y tienen sus ventajas, tanto en lo humano como en el campo de la religión. El venerable Abu-Hanifah veía con los ojos del espíritu aquello que los demás hombres no pueden ver con los ojos de la cara. ¡Que Alá lo tenga en su misericordia!’ Y aquí termina lo que se refiere a la crema de aceite de pistachos. Respecto de la dificultad jurídica resuelta, he aquí lo que sucedió: Un atardecer, hallándome fatigado, me acosté muy temprano, y ya estaba profundamente dormido, cuando alguien, dando fuertes golpes, llamó a mi puerta. Me levanté a toda prisa y fui yo mismo a ver quién era, encontrándome con Harthamah, eunuco de confianza del emir de los creyentes. Yo le saludé, y él, sin cuidarse de devolverme el saludo, lo que me causó gran turbación y me hizo presagiar lo peor respecto de mí, me dijo en tono perentorio: ‘Ven en seguida a ver a mi amo el califa, que quiere hablarte’. Yo, tratando de dominar mi turbación y ensayando una conversación que pudiera orientarme sobre el asunto que le traía, respondí: ‘Mi querido Harthamah; me agradecería que fueras más respetuoso con los ancianos como yo. Es ya muy tarde, y no creo que se haya presentado un asunto tan grave como para hacer necesario que vaya, a hora tan avanzada de la noche, a ver al califa. Te ruego, pues, que esperes hasta mañana, y quizá entonces el califa habrá olvidado el asunto o cambiado de parecer’. El eunuco respondió: ‘¡No, por Alá! No puedo diferir hasta mañana el cumplimiento de la orden que me ha sido dada’. Yo le pregunté: ‘¿Puedes al menos decirme para qué me llaman?’. ‘Massrur ha venido a buscarme —repuso él—, corriendo y muy sofocado, ordenándome, sin darme más explicaciones, que te lleve ahora mismo a presencia del califa’. Entonces yo perplejo, dije al eunuco: ‘¿Me permites siquiera lavarme y perfumarme un poco? Así, si se trata de algún asunto grave, estaré convenientemente arreglado; y si Alá me concede la gracia, como así lo espero, de que el caso no presente dificultades para mí,

tampoco estará de más que cuide de mi aseo personal'. El eunuco accedió a mis deseos y yo entré para lavarme y perfumarme lo mejor que pude, poniéndome un vestido conveniente. Luego me uní al eunuco, y, a buen paso, partimos hacia el palacio, donde, al llegar, nos encontramos con Massrur que nos esperaba a la entrada. Harthamah, señalándome, le dijo: 'Aquí está el cadí'; y Massrur, me indicó que le siguiera, lo que hice, preguntándole: 'Massrur; tú, que sabes como sirvo a nuestro amo el califa y también cómo ha de respetarse a un hombre de mi edad y de mi cargo, y que, por otra parte, no ignoras la amistad con que te he distinguido siempre, ¿querrías decirme por qué me hace venir el califa a hora tan intempestiva de la noche?'. Massrur respondió: 'Ni yo mismo lo sé'. Y yo, cada vez más inquieto, aún le pregunté: '¿Podrías decirme al menos quién está con él?'. El portaalfanje respondió: 'Solo Isa, el chambelán, y, en la habitación contigua, la esposa de este'. Entonces yo, renunciando a comprender nada, dije: '¡Me pongo en manos de Alá! ¡Solo hay recursos en él, el todopoderoso, el omnisciente!'. Entre tanto, llegamos a la habitación inmediata a la que de ordinario solía ocupar el califa, quien, oyendo pasos, preguntó desde dentro: '¿Quién anda ahí?'. 'Tu servidor Yacub, señor', contesté yo. Y la voz del califa se dejó oír de nuevo, diciendo: 'Entra'. Así lo hice, encontrando al califa sentado y teniendo a su derecha al chambelán Isa. Me prosterné y, con gran alivio por mi parte, Harún me devolvió el saludo, sonriendo y diciéndome a continuación: 'Te habremos inquietado, perturbado y, quizá, hasta espantado'. Yo respondí: '¡Espantado, oh emir de los creyentes! Y no solo a mí, sino también a los que han quedado en mi casa. ¡Por tu vida, oh señor, que he pasado un mal rato!'. Y el califa, bondadosamente, me invitó a sentarme, llamándome padre de la ley, lo que hice encantado y libre ya de todo temor. Pasado un momento, el califa me dijo: 'Yacub, ¿sabes para qué te he mandado venir a esta hora de la noche?'. 'No lo sé, señor', respondí yo. Y él prosiguió: 'Escucha, pues'. Y mostrándome a su chambelán Isa dijo: 'Te he hecho venir para que seas testigo del juramento que voy a hacer. Isa, aquí presente, tiene una esclava, y yo le he rogado que me la ceda, excusándose él de hacerlo. Entonces le he pedido que me la venda y también ha rehusado. Pues bien, ante ti, Yacub, como cadí supremo, juro por el nombre de Alá que si Isa persiste en no entregarme su esclava, de una u otra manera, le haré matar en el acto'. Yo, de todo punto asegurado respecto de mi propia persona, me volví hacia Isa y le dije con severidad: '¿Qué cualidades o virtudes extraordinarias puso Alá en esa niña, tu esclava, para que te niegues a cedérsela al emir de los creyentes? ¿No ves que, rehusando, te colocas en situación de desobediencia ante el califa?'. Isa, sin mostrarse afectado por mi admonición, replicó: '¡Oh nuestro amo y señor el cadí!, la precipitación en los juicios es siempre reprobable. Antes de hacerme observaciones deberías inquirir los motivos que tengo para proceder como procedo'. Yo le dije: '¡Sea! Pero ¿puede existir un motivo que justifique tu negativa en este caso?'. 'Ciertamente que lo hay —repuso él—. Un juramento, si ha sido pronunciado en estado de lucidez y sin que haya sido arrancado por la fuerza, en ningún caso puede

ser declarado nulo. Pues bien, yo he jurado solemnemente a la adolescente en cuestión que jamás la vendería ni la cedería”.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS NOVENTA Y UNA

Ella dijo:

—“El califa, después de oír al chambelán, se volvió hacia mi y me dijo: ‘Yacub, ¿hay algún medio de resolver esta dificultad?’. ‘Ciertamente que lo hay —respondí yo sin vacilar—, ¡oh emir de los creyentes! La cosa no puede ser más sencilla. Para no faltar a su juramento, Isa te cederá la mitad de la joven esclava que tanto deseas y te venderá la otra mitad. De esta manera él quedará en paz con su conciencia, puesto que, en realidad, ni ha vendido ni ha cedido enteramente a la joven’. Isa, oyendo mi argumentación, se volvió hacia mí y, dudando, me dijo: ‘¿Y ese procedimiento, oh padre de la ley, es lícito?’. ‘¡Sin duda alguna!’, respondí yo. Y entonces él, levantando la mano, dijo: ‘Bien, tú eres testigo, cadí Yacub, de que, quedando así libre mi conciencia, cedo al emir de los creyentes la mitad de mi esclava y le vendo la otra mitad en cien mil dracmas de plata, que es lo que me costó toda ella entera’. Harún exclamó en el acto: ‘Acepto como presente el regalo de una mitad, pero compro la otra mitad por la suma de cien mil dinares de oro. ¡Qué se me entregue aquí mismo a la adolescente!’”. Isa salió inmediatamente en busca de su esclava a la sala de espera y al mismo tiempo traían los sacos con los cien mil dinares de oro. En seguida llegó la joven conducida por su amo, y este dijo al califa: ‘Tómala, señor, y que Alá te otorgue sus bendiciones junto a ella. Desde este momento es de tu propiedad’. Y habiendo recibido los cien mil dinares salió de la estancia. Entonces el califa, con aire preocupado, me dijo: ‘Ahora, Yacub, aún queda una dificultad por resolver y la cosa me parece ardua’. Yo le pregunté: ‘¿Qué dificultad es esa, oh emir de los creyentes?’. Y él prosiguió: ‘Esta niña, habiendo sido esclava de otro, según la ley debe esperar el número de días previsto antes de pertenecerme, para, si llega a ser madre, tener la seguridad de que no lo es por obra del amo anterior. Pero si esta misma noche no la paso yo con ella me reventará el hígado de impaciencia, estoy seguro de ello, y moriré sin remedio’. Yo, después de reflexionar durante unos momentos, respondí: ‘Señor, la resolución de esa dificultad es cosa fácil. Esa ley se refiere a las esclavas, pero no alcanza a la mujer libre. Libera, pues, inmediatamente a esta esclava y, ya mujer libre, cástate con ella’. Al-Raschid, con la cara resplandeciente de alegría, exclamó: ‘¡Yo hago libre a la esclava!’”. Pero, súbitamente inquieto, me preguntó: ‘¿Y quién va a casarnos legalmente a esta hora de la noche?’

Pues es ahora, en seguida, cuando quiero estar con ella en la cama'. Yo respondí: 'Yo mismo, oh emir de los creyentes, y a estas horas, puedo casaros legalmente'. Hice llamar a los servidores del califa, Massrur y Hosein, para que actuaran como testigos, y, estando presentes, recité las oraciones y fórmulas de invocación, pronuncié la alocución ritual y, después de dar gracias al altísimo, dije: 'Estáis unidos'. Estipulé, según costumbre, que el califa debía dar a la novia la dote nupcial, que fijé en veinte mil dinares, y, cuando fue entregada esta suma a la desposada yo me dispuse a marcharme. Entonces el califa ordenó a Massrur: 'Lleva en seguida a casa de Yacub, por las molestias que le hemos ocasionado, doscientos mil dracmas y veinte vestidos de honor'. Y después de dar las gracias a Harún, que no cabía en sí mismo de alegría, me acompañaron hasta mi casa, llevando conmigo el dinero y los vestidos. Apenas llegué se presentó una dama, ya de edad, diciéndome: '¡Oh Abu Yacub!, la afortunada criatura que tú has liberado, dándole además el título y rango de esposa del emir de los creyentes se ha convertido en tu ahijada y me envía para presentarte sus respetos y para rogarte que aceptes la mitad de la dote nupcial que le ha librado el califa. Ella se excusa por no poder, de momento, reconocer mejor todo lo que has hecho en su favor, pero ya llegará el día en que te demuestre su gratitud'. Y después de expresarse así puso ante mí los diez mil dinares de oro, mitad de la dote entregada a la desposada, me besó la mano y se fue por su camino. Y yo, dando gracias al retribuidor por sus beneficios y por haber convertido en motivos de alegría y satisfacción mis inquietudes y temores de aquella noche, bendije de todo corazón la memoria de mi venerado maestro Abu-Hanifah, cuyas enseñanzas me habían permitido llegar a descubrir todas las sutilezas del código canónico y del civil. ¡Que Alá lo tenga en su misericordia!'''". A continuación el joven dijo: "Y ahora, amigos míos, oíd la historia de la niña árabe en la fuente. Dice así:

LA NIÑA ÁRABE EN LA FUENTE

Cuando el poder califal vino a las manos de Al-Mamum, hijo de Al-Raschid, el hecho fue una bendición para el imperio. Al-Mamum, que fue sin duda el califa más brillante y esclarecido entre todos los abasidas, dio a todos los países musulmanes paz y justicia, protegió eficazmente, honrándolos, a los sabios y a los poetas, dirigió a nuestros padres árabes por el camino de las ciencias y, a pesar de sus muchas ocupaciones y de sus jornadas enteras dedicadas al trabajo y al estudio, supo hallar aún tiempo para los regocijos y los festines, teniendo su buena parte en beneficios y mercedes los músicos y los cantantes. Supo elegir, para hacer de ellas sus esposas legales y las madres de sus propios hijos, a las mujeres más inteligentes, más virtuosas y más bellas de su tiempo, y he aquí un ejemplo, entre otros muchos que podrían ponerse, de cómo Al-Mamum se fijaba en una mujer para hacerla su esposa. Un día, cuando regresaba de la caza acompañado por una escolta de caballeros, se paró en una fuente donde se hallaba una niña árabe, que en aquel momento se disponía a cargar sobre su espalda el odre que había llenado en la fuente. Aquella

joven árabe había sido dotada por el creador con un talle encantador, un pecho salido del molde mismo de la perfección y, por lo demás, se parecía a la luna en noche de plenilunio”.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS NOVENTA Y DOS

Schehrazada dijo:

—“Cuando la joven vio llegar el brillante cortejo, se apresuró a retirarse, y, en su precipitación, no tuvo tiempo para atar bien el cuello del odre. Apenas dio unos pasos y ya el nudo se había desatado, vertiéndose toda el agua, y gritando la joven, volviéndose hacia el lugar cercano donde se levantaba su casa: ‘¡Padre, padre, ven a ayudarme! ¡No acierto a cerrar bien la boca del odre!’”. Y estas palabras, gritadas a su padre, fueron dichas por la joven árabe empleando giros tan elegantes y entonación tan encantadora, que el califa quedó maravillado, y, en tanto que la joven, viendo que no venía su padre, echaba a un lado el odre para no mojarse, el califa se acercó a ella, y le dijo: ‘¿De qué tribu eres?’. La joven, con deliciosa voz, respondió: ‘Soy de la tribu de los Beni-Kilab’. Al-Mamum, que demasiado bien sabía que dicha tribu era una de las más nobles entre los árabes, quiso divertirse con la joven, y, de paso, averiguar algo respecto de su carácter, y le dijo: ‘¿Cómo se te ha ocurrido, oh hermosa niña, nacer en la tribu de esos hijos de perro?’. La joven miró al califa burlonamente, y respondió: ‘Has de saber, ¡oh extranjero!, que la tribu de los Beni-Kilab, a la que pertenezco, es la tribu de los caballeros sin tacha, que saben ser generosos con los extranjeros, y, en caso de necesidad, saben también manejar el sable a la perfección’. Luego añadió: ‘Y tú, caballero, que no pareces ser de aquí, ¿puedes decirme tu genealogía?’. El califa, cada vez más asombrado de la desenvoltura de la niña, respondió, sonriendo: ‘Además de tus encantos, ¿tienes por ventura, ¡oh bella niña!, conocimientos de genealogía?’. ‘Contesta a mi pregunta —dijo ella— y tú juzgarás’. Y Al-Mamum, picado, dijo para sí: ‘Veremos si la niña árabe conoce, en efecto, nuestros orígenes’. Y explicó: ‘Bien, has de saber que vengo de la línea de los mudharidas rojos’. La joven, sabiendo muy bien que el origen de tal denominación de los mudharidas se debía al color rojo de la tienda que solía usar Mudhar, padre en los tiempos de todas las tribus mudharidas, no se mostró sorprendida por las palabras del califa, y dijo: ‘Muy bien; pero dime de qué tribu de los mudharidas eres’. ‘De la más ilustre —prosiguió el califa—; de aquella que cuenta con más antepasados gloriosos, siendo la más respetada entre los mudharidas rojos’. ‘Entonces eres de la tribu de los kinanidas’, repuso la joven. Y Al-Mamum,

sorprendido, respondió: ‘Exactamente, pertenezco a la tribu de los Beni-Kinanah’. La adolescente, sonriendo, preguntó: ‘¿Y de qué rama de los kinanidas provienes?’. Y él respondió: ‘De aquella cuyos hijos son los más nobles por la sangre, los más puros por su origen y los más temidos y reverenciados entre sus hermanos’. Ella dijo: ‘Por lo que veo, me parece que tú eres de los koreischidas’. Y Al-Mamum, cuyo asombro crecía por momentos, respondió: ‘Tú lo has dicho; yo soy de los Beni-Koreisch’. Ella prosiguió: ‘Pero los koreischidas son numerosos. ¿De qué rama vienes tú?’. ‘De aquella sobre la que descendió la bendición’, repuso él. Y entonces la joven exclamó: ‘¡Por Alá!, tú descienes de Haschem el Koreischida, bisabuelo del profeta, ¡para él la oración y la paz!’. ‘Esa es la verdad —asintió el califa—; soy haschemida’. Ella preguntó: ‘¿De qué familia?’. Y él respondió: ‘De la que está colocada más alta, siendo honor y gloria de los haschemidas. De aquella que es venerada por todos los creyentes que hay en la tierra’. Y la joven árabe, oyendo esta respuesta, se prosternó, besando el suelo ante el califa, y exclamó: ‘¡Homenaje y veneración al emir de los creyentes y vicario del señor del universo, el glorioso Al-Mamum el Abasida!’’. El califa se quedó estupefacto, y, profundamente emocionado, exclamó: ‘¡Por el señor de la *kaaba* y los méritos de mis gloriosos antepasados, que tomaré por esposa a esta admirable criatura! Ella será el más preciado de los bienes escritos en el libro de mi destino’”.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló:



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS NOVENTA Y TRES

Dijo Schehrazada:

—“Llamó en seguida al padre de la joven, que era precisamente el jeque de la tribu, y le pidió su hija en matrimonio. Obtenido el consentimiento, le ofreció, como dote, cien mil dinares de oro, concediéndole, además, los tributos de todo el Hedjaz durante cinco años. Las bodas se celebraron con una pompa tal, que ni aun bajo el reinado de Al-Raschid hubo nada parecido, y, en la noche de la penetración, Al-Mamum hizo verter sobre la cabeza de la desposada mil perlas, que se hallaban preparadas en una bandeja de oro. En la cámara nupcial ardió durante toda la noche un enorme candelabro de ámbar gris, que había costado una suma equivalente a la totalidad de los impuestos pagados por Persia durante un año entero. Al-Mamum fue todo corazón para su esposa árabe, quien le dio un hijo que llevó el nombre de Abas, y figuró entre las mujeres más instruidas y elocuentes del Islam”». Terminada esta historia, el joven dijo a los reunidos bajo la cúpula del libro: «Os referiré a continuación un rasgo de la vida de Al-Mamum, pero de naturaleza muy distinta de lo

que acabáis de oír». Y dijo:

LOS INCONVENIENTES DE LA INSISTENCIA

«Cuando el califa Mohamed El-Amín, hijo de Harún Al-Raschid, fue asesinado, después de su derrota, por orden del general en jefe del ejército de Al-Mamum, todas las provincias que habían estado por El-Amin se apresuraron a hacer acto de sumisión ante el vencedor Al-Mamum, hermano del padre del anterior, pues era hijo de Al-Raschid y de una esclava llamada Marahil. Al-Mamum inauguró su reinado usando de clemencia con sus antiguos enemigos, y, a propósito de ello, solía decir: “Si mis enemigos conocieran toda la bondad de mi corazón, vendrían a ponerse en mis manos, confesando sus crímenes”. Ahora bien, a la cabeza de todas las intrigas y maquinaciones que sufriera Al-Mamum mientras vivieron su padre Al-Raschid y su hermano El-Amín se había hallado siempre Sett Zobeida, esposa de Al-Raschid y madre de El-Amín. Cuando Zobeida se enteró del lamentable fin de su hijo, pensó lo primero en refugiarse en un lugar sagrado, como La Meca, para escapar a la venganza de Al-Mamum. Después dudó sobre el partido que le convendría tomar, acabando por decidirse a ponerse en manos de aquel a quien ella había hecho desheredar, obligándole durante tanto tiempo a gustar la amargura de la mirra, y le escribió la siguiente carta: “¡Oh emir de los creyentes!: toda falta, por muy grande que haya podido ser, resulta poca cosa para tu clemencia, y todo crimen es juzgado por tu magnanimidad como simple error. La que te envía esta súplica, te ruega que la atiendas pensando en aquel, de tan cara memoria, que fue tan amoroso con la suplicante de hoy. Si quieres ser misericordioso con quien no merece tu misericordia, procederás de acuerdo con el espíritu del que, si viviera aún, habría sido mi intercesor cerca de ti. ¡Oh hijo de tu padre, acuérdate de él, y no cierres tu corazón a las súplicas de su viuda abandonada!”. Cuando Al-Mamum leyó esta carta de Zobeida, su corazón se llenó de piedad, llorando la muerte de su hermano El-Amin, y lamentó el estado lastimoso de la madre. Y en seguida contestó a Zobeida con esta carta: “Tu carta, ¡oh madre mía!, dirigida a quien era preciso dirigirla, acaba de llegar a mi poder, enterneciendo mi corazón con el relato de tus infortunios. Alá sea testigo de que mis sentimientos hacia la viuda de aquel cuya memoria nos es sagrada, son los de un hijo hacia su madre. Nada podemos contra los decretos del destino; pero yo haré todo lo que esté en mi mano para aliviar tus dolores. Daré orden para que se te devuelvan todos tus bienes confiscados, propiedades, dominios y todo aquello de lo que la suerte contraria te haya privado. Si decides volver entre nosotros, hallarás los mismos respetos y consideraciones que disfrutabas antes; y, sábelo bien, ¡oh madre mía!, solo has perdido la presencia de aquel que partió hacia la misericordia de Alá, pues en mí tienes un hijo todo lo afectuoso que tú puedas desear. Que la paz y la seguridad sean contigo”».

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS NOVENTA Y CUATRO

Ella dijo:

—«Cuando Zobeida vino, con los ojos arrasados en lágrimas y desfalleciente, a arrojarle a los pies de Al-Mamum, él se levantó en su honor, besó su mano y lloró en su regazo, devolviéndole todas las prerrogativas de esposa de Al-Raschid y princesa de sangre abasida, tratándola como si efectivamente él fuera el hijo de sus entrañas. Pero Zobeida, a pesar de todo, no podía olvidar lo que ella había sido ni el sufrimiento de su corazón por la muerte de su hijo El-Amín, y, hasta el día de su muerte, guardó en su pecho cierta especie de resentimiento que, por mucho cuidado que pusiera en evitarlo, no pasó inadvertido para Al-Mamum, quien, en muchas ocasiones hubo de sufrir, sin quejarse, por este estado de hostilidad sorda de Zobeida. He aquí un rasgo que prueba, mejor que cualquier comentario, el resentimiento inextinguible de aquella a quien nada ni nadie podía consolar. Un día, Al-Mamum entró en la habitación de Zobeida y notó que, mirándole fijamente, murmuraba algo entre dientes. Como no pudo oír lo que ella musitaba, le dijo: “Creo, madre mía, que me maldices, pensando en tu hijo asesinado por los persas heréticos, y en mi advenimiento al trono que él ocupaba. Pero no olvides que es solo Alá quien dirige nuestros destinos”. Zobeida exclamó: “¡No, por la memoria sagrada de tu padre, oh emir de los creyentes! ¡Alejadas sean de mí tales intenciones!”. Y Al-Mamum le preguntó: “Entonces, ¿puedes decirme qué es lo que decías, murmurando entre dientes y mirándome?”. Ella bajó la cabeza, como quien no quiere hablar por respeto hacia su interlocutor, y respondió: “Que el emir de los creyentes me dispense de contestar a lo que me preguntas”. Pero Al-Mamum, picado de curiosidad, insistió, presionando a Zobeida de tal manera, que esta acabó diciéndole: “Pues bien, helo aquí: murmurando maldecía a las personas que tienen el vicio de la insistencia. ¡Que Alá las confunda!”. Al-Mamum siguió preguntando: “Pero ¿a propósito de qué venían a tus labios esas maldiciones?”. Y Zobeida respondió: “Puesto que te obstinas en saberlo, te lo diré: Has de saber, emir de los creyentes, que un día, jugando a los dados con tu padre Harún Al-Raschid, perdí yo la partida, exigiéndome él, como deuda de juego, dar la vuelta al palacio y a los jardines, de noche y completamente desnuda. A pesar de mis ruegos, él insistió en que pagara la apuesta de aquella manera tan singular, y, llena de rabia, hube de desnudarme y hacer lo que me exigía, quedando medio muerta de fatiga y de frío. Pero al día siguiente fui yo quien ganó la partida, y esta vez era a mí a quien correspondía imponer condiciones. Después de reflexionar durante unos instantes, buscando aquello que fuera lo más desagradable para él, le condené, conociéndole, a pasar la noche entre los brazos de la esclava más

sucia y repelente entre todas las de la cocina, que lo era, sin duda, la llamada Marahil, y, para evitar subterfugios, yo misma le llevé hasta la habitación fétida de dicha esclava, obligándole a acostarse a su lado y a hacer con ella durante toda la noche aquello mismo que tanto le gustaba hacer con las bellas concubinas que yo le regalaba tan frecuentemente. A la mañana siguiente, su estado era lamentable y su olor espantoso, pero debo decirte, ¡oh emir de los creyentes!, que de aquella cohabitación de tu padre con la horrible esclava, en la pieza contigua a la cocina, naciste tú precisamente. Sin saberlo, fui yo la causa, por tu venida al mundo, de la perdición de mi hijo Al-Amin y de todas las desventuras que han sobrevenido a nuestra raza durante estos últimos años. Ahora bien, nada de esto habría ocurrido si yo no hubiera insistido tanto en que tu padre fornicara con aquella esclava, y si él, a su vez, tampoco hubiera insistido antes en obligarme a hacer lo que ya te he referido.

Tal es, ¡oh emir de los creyentes!, el motivo que me hace murmurar maldiciones contra la insistencia y contra los importunadores”. Al-Mamum, después de oír todo esto, pidió licencia a Zobeida, y, tratando de ocultar su confusión, se retiró, diciéndose: “¡Por Alá, merezco la lección que acaba de darme! Sin mi insistencia me habría ahorrado este relato tan desagradable”». El joven dueño de la cúpula del libro, después de referir todas estas historias a sus invitados, les dijo: «Quiera Alá, amigos míos, que haya yo servido de intermediario entre la ciencia y vosotros. Os he mostrado solo una pequeña parte de las riquezas que, sin correr ningún peligro, se pueden atesorar con el estudio y la frecuentación de los libros. Por hoy no os diré nada más; pero ya os haré ver en otra ocasión aspectos distintos de las maravillas que, como herencia la más preciada, nos han transmitido nuestros antepasados». Después de expresarse así, dio cien piezas de oro a cada uno de los asistentes, además de una pieza de tela de precio, para recompensarles por la atención prestada y por su celo de instruirse. «Es preciso —se decía— estimular las buenas disposiciones y allanar el camino a las gentes bien intencionadas». Y luego, después, de obsequiarles con una excelente comida, en la que no faltaba nada de cuanto hay de delicado y exquisito, los despidió deseándoles la paz. Y esto es todo respecto de ellos. ¡Pero Alá es más sabio!

Schehrazada, terminada esta larga sucesión de historias admirables, se calló. Y el rey Schahriar le dijo:

—¡Oh Schehrazada, cuánto me has instruido! Pero, sin duda, has olvidado hablarme del visir Giafar, y, desde hace mucho tiempo, deseo oírte referir todo lo que sepas respecto de él. Por sus cualidades, ese visir se parecía extraordinariamente a mi gran visir, tú padre, y, por ello, me gustaría conocer su historia con todo detalle, pues debe de ser admirable.

Schehrazada bajó la cabeza y respondió:

—¡Que Alá aleje de nosotros las desgracias y calamidades, oh rey de los tiempos, y que tenga en su misericordia a Giafar el Barmakida y a toda su familia! ¡Por favor, dispénsame de contar su historia! ¿Quién no lloraría oyendo referir el fin de Giafar, de su padre Yahia, de su hermano El-Fadl y de todos los barmakidas? Ciertamente

que su fin fue lamentable, y su relato hace enternecer hasta las piedras.

—Cuéntalo de todos modos —repuso el rey Schahriar—; ¡y que Alá aleje de nosotros las desgracias!

Entonces Schehrazada dijo:

HISTORIA DE GIAFAR Y LOS BARMAKIDAS

—He aquí, ¡oh rey afortunado!, esta historia llena de lágrimas que marca el reinado del califa Harún Al-Raschid con una mancha de sangre que no podrían limpiar los cuatro ríos. Ya sabes, ¡oh mi señor!, que el visir Giafar era uno de los cuatro hijos de Yahia ben Khaled ben Barmak. Su hermano mayor era El-Fadl, hermano de leche de Al-Raschid, pues merced a la gran amistad y confianza sin límites que ligaba a la familia de Yahia con la de los abasidas, la madre de Al-Raschid, la princesa Khaizarán, y la madre de El-Fadl, la notable Itabah, también unidas por el más vivo cariño y profunda ternura, habían intercambiado sus hijos, que eran poco más o menos de la misma edad, dando cada una al hijo de su amiga la leche que Alá había destinado a su propio hijo. Por esto, Al-Raschid llamaba siempre padre a Yahia y hermano a El-Fadl.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS NOVENTA Y CINCO

Schehrazada dijo:

—En cuanto al origen de los barmakidas, los cronistas famosos y dignos de crédito lo sitúan en la ciudad de Balkh, en el Khorasán, donde esta familia ya ocupaba un rango distinguido. Es una centuria después de la hégira de nuestro profeta bendito, ¡sobre él la oración y la paz!, cuando, bajo el reinado de los califas Omeyas, esta ilustre familia fija su residencia en Damasco, y, entonces, el jefe de ella, que profesaba la religión de los magos, se convirtió a la verdadera fe, purificándose y ennobleciéndose en bien del Islam. Esto sucede exactamente durante el reinado de Hassán el-Omeya. Con la subida al trono de los califas del sucesor de Abás, la familia de los barmakidas fue admitida en el consejo de los visires, iluminando la tierra con su inteligencia. El primer visir salido de su seno fue Khaled ben Barmak, que fue designado gran visir por el primero de los abasidas, Abul Abás. Bajo el reinado de Al Mahdi, tercer abasida, Yahia ben Khaled fue el encargado de la educación de Harún Al-Raschid, el hijo predilecto del califa, ese mismo Harún que había nacido siete días después que El-Fadl, hijo de Yahia. Pues bien, cuando después de la inesperada

muerte de su hermano mayor Al-Hadi, Harún Al-Raschid se revistió con las insignias del poder califal, acordándose de su primera infancia, se preocupó de llevar a su lado a los barmakidas, llamando a Yahia y a sus dos hijos para que compartieran con él su poder soberano. El monarca recordaba los cuidados que en su niñez le había prodigado, la educación que le debía y la fidelidad que aquel servidor modelo le había demostrado cuando le ofreció el trono a pesar de las terribles amenazas de Al-Hadi, muerto la misma noche en que pensaba decapitar a Yahia y a sus hijos. Así que cuando Yahia fue durante la noche, acompañado por Massrur, a despertar a Harún para comunicarle que era el dueño del imperio y el califa de Alá sobre la tierra, Harún le dio inmediatamente el título de gran visir y nombró visires a sus dos hijos El-Fadl y Giafar, iniciando así su reinado bajo los más felices auspicios. Desde entonces, el destino les prodigó sus dones más escogidos, pues Yahia y sus hijos llegaron a ser astros rutilantes, vastos océanos de generosidad, torrentes impetuosos de gracias y lluvia de beneficios. El mundo se sintió vivificado con su aliento y el imperio alcanzó el punto máximo de su esplendor. Ellos eran el refugio de los afligidos y el socorro de los desgraciados; de ellos ha dicho el poeta Abú-Nowas:

Desde que el mundo os ha perdido, ¡oh hijos de Barmak!, ni en el
crepúsculo matutino ni en el vespertino los caminos son seguros para
los viajeros.

En efecto, eran visires sabios, administradores admirables que llenaban el tesoro público, elocuentes, instruidos, discretos, buenos consejeros y generosos como Hatim-Tai. Eran manantiales de felicidad y vientos bienhechores que impulsaban nubes fecundantes. Y es, sobre todo gracias a su prestigio, por lo que el nombre y la gloria de Al-Raschid resonaron desde las mesetas del Asia hasta las profundidades de los bosques nórdicos, desde el Mogreb y El-Andalus hasta las lejanas fronteras de China y Tartaria. Mas he aquí que, repentinamente, los hijos de Barmak, desde el más alto destino que le haya sido concedido jamás a hijo alguno de Adán, fueron precipitados en la más afrentosa desgracia, apurando la copa de la distribuidora de calamidades. Al cabo de cierto tiempo, los nobles hijos de Barmak no solo eran los únicos que administraban el vasto imperio de los califas, sino también los amigos y compañeros inseparables de su rey. Giafar, en particular, era el comensal predilecto, cuya presencia le era a Al-Raschid más necesaria que la luz de sus ojos, y había llegado a ocupar tan alto lugar en el corazón y en el pensamiento del califa, que este ordenó un día hacer un doble manto, que se pusieron los dos, como si fuesen un solo hombre. Así distinguió a Giafar hasta que llegó la terrible catástrofe final. ¡Oh pena de mi ánima! He aquí cómo ocurrió aquel lúgubre suceso que oscureció el cielo del Islam y hundió los corazones en la desolación. Un día, ¡alejados sean de nosotros los días parecidos a aquel!, Al-Raschid, de regreso de una peregrinación a La Meca, se presentó en la ciudad de Anbar, albergándose en un convento llamado Al-Umr, que

estaba a la orilla del Eufrates. La noche, igual que otras muchas, transcurrió entre placeres y delicias; pero esta vez su amigo Giafar no estaba en su compañía, pues días antes se había marchado de caza a las llanuras cercanas al río. Sin embargo, los dones y regalos de Al-Raschid le seguían por todas partes, pues a cada momento veía llegar a su tienda algún mensajero del califa, llevándole como muestra de aprecio preciosos regalos, cada vez más valiosos. Pues bien, aquella noche, ¡que Alá haga que no lleguen tales noches!, Giafar estaba sentado en su tienda en compañía de Gibrai Baktiasu, médico personal de Al-Raschid, del que este se había privado para que acompañase a su querido Giafar. En la tienda estaba también el poeta favorito del califa, Abú-Zaccar, el ciego, del que también Al-Raschid se había privado para que al retomo de la caza distrajese con sus dichos a su querido visir.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS NOVENTA Y SEIS

Dijo Schehrazada:

—Era la hora de la cena, y Abú-Zaccar, el ciego, cantaba versos alusivos a la inconstancia de la suerte, acompañándose él mismo; pero he aquí que bruscamente, a la puerta de la tienda, apareció Massrur, el portaalfanje del califa y ejecutor de su cólera. Giafar, al verle entrar de aquella manera, contra toda etiqueta, sin pedir audiencia ni anunciar su llegada, palideciendo, dijo: «¡Oh Massrur!, sé bien venido, pues siempre te veo con renovado placer; pero, hermano mío, me asombra el que por primera vez en mi vida no sepas precederte de algún servidor que anuncie tu visita». Massrur, sin saludar a Giafar, respondió: «El designio que me trae es demasiado grave para permitirme formalidades inútiles. Levántate, Giafar, y pronuncia una oración por última vez, pues el emir de los creyentes reclama tu cabeza». Al oír aquellas palabras, Giafar se levantó, exclamando: «¡No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su enviado! ¡Salimos de las manos de Alá, y, pronto o tarde, a él retornamos!». Después, dirigiéndose al jefe de los eunucos, su antiguo compañero y amigo de tantos años, le dijo: «¡Oh Massrur, tal orden es imposible! ¡Nuestro dueño el emir de los creyentes te la ha debido dar en un momento de embriaguez! Yo te suplico, amigo mío, que en recuerdo de nuestras andanzas y de nuestra vida en común durante el día y la noche, vuelvas junto al califa para ver si me equivoco y así poder comprobar que él ya se ha olvidado de tal orden». Pero Massrur le replicó: «Mi cabeza responde de la tuya, y no puedo presentarme ante el califa si no es con la tuya en mi mano. Escribe, pues, tus últimas voluntades, ya que es la única gracia que puedo concederte en ofrenda a nuestra antigua amistad». Entonces Giafar dijo:

«¡Todos pertenecemos a Alá! No tengo últimas voluntades que escribir. ¡Que Alá prolongue la vida del emir de los creyentes con los días que a mí me son arrebatados!». A continuación, salió de la tienda, se arrodilló sobre el cuero que el portaalfanje Massrur acababa de extender en el suelo, y con sus propias manos se vendó los ojos, siendo decapitado inmediatamente. ¡Que Alá le tenga en su compasión! Después de esto, Massrur regresó hasta el lugar en el que se encontraba el califa, y se presentó a él llevando sobre un escudo la cabeza de Giafar. Al-Raschid contempló la cabeza de su antiguo amigo y escupió sobre ella, pero su resentimiento y su venganza no se contentaron con esto, pues dio la orden de que el cuerpo decapitado de Giafar fuese crucificado en un extremo del puente de Bagdad y que la cabeza fuese expuesta en el otro, castigo que superaba en vergüenza e ignominia al que se aplicaba a los más viles malhechores. Igualmente ordenó que al cabo de seis meses los restos de Giafar fuesen quemados con estiércol de animales y arrojados en las letrinas, todo lo cual fue ejecutado puntualmente. Así, el escriba Amsari pudo anotar en una de las páginas del registro de cuentas del tesoro: «Por un vestido de ceremonia regalado por el emir de los creyentes a su visir Giafar, hijo de Yahia Al-Barmak, cuatrocientos mil dinares de oro». Y algo más adelante, en la misma página, sin ninguna aclaración: «Alquitrán, cañas y estiércol para quemar el cuerpo de Giafar ben Yahia, diez dracmas de plata». Este fue el fin de Giafar. En cuanto a Yahia, su padre y padre adoptivo de Al-Raschid, y a El-Fadl, hermano de leche del califa, fueron arrestados a la mañana siguiente junto con los barmakidas, en número de mil. Todos fueron arrojados desordenadamente al fondo de infectos calabozos, mientras que sus numerosos bienes eran confiscados; sus mujeres y niños quedaron sin amparo, sin que nadie los protegiese. Unos murieron de hambre, otros estrangulados, excepto Yahia, su hijo El-Fadl y el hermano de Yahia, Mohamed, que murieron en el suplicio. ¡Que Alá los tenga a todos en su compasión, pues su desgracia fue terrible! Y ahora, ¡oh rey de los tiempos!, si deseas conocer el motivo de la desgracia de los barmakidas y de su lamentable fin, helo aquí. Un día, Aliyah, la joven hermana de Al-Raschid, algunos años después del fin de los barmakidas, se atrevió a decir al califa: «¡Oh mi señor!, no te he visto un solo día tranquilo desde la muerte de Giafar y su familia. ¿Por qué motivo merecieron tu castigo?». El califa, asombrado, miró a la joven princesa, y le dijo: «¡Hija mía, única felicidad que me resta! ¿De qué te serviría conocer el motivo? ¡Si yo supiese que mi camisa lo conocía, la haría pedazos!». Los historiadores y cronistas nunca han estado de acuerdo en las causas de aquella catástrofe. He aquí las versiones que nos han dejado en sus escritos. Según unos, el motivo fue la liberalidad sin límite de Giafar y los barmakidas, cuyo relato fatigaba incluso los oídos de los que las habían aceptado, quienes habían terminado por convertirse en envidiosos enemigos en lugar de amigos agradecidos. En efecto, no se hablaba más que de la gloria en su casa: los miembros de la familia llenaban la corte de Bagdad, el ejército, la magistratura y los más altos puestos de las provincias; les pertenecían los más bellos dominios cercanos a la ciudad; los accesos a supalacio

estaban más concurridos por los artesanos que los de la residencia del califa. A este respecto, en algunos baños se contaba que el médico de Al-Raschid, aquel mismo Gibrail Baktiasu que se encontraba en la tienda de Giafar la noche fatal, había dicho: «Un día, en Bagdad, entré en las habitaciones de Al-Raschid, cuando este vivía en el palacio llamado Kasr el Khuld. Los barmakidas vivían en la otra orilla del Tigris, y entre su palacio y el del califa solo estaba la anchura del río. Aquel día, Al-Raschid, notando los numerosos caballos que estaban detenidos ante la morada de su favorito y la multitud que se apretujaba ante sus puertas, dijo ante mí, hablando consigo mismo: “¡Que Alá recompense a Yahia y a sus hijos El-Fadl y Giafar! Ellos son los encargados de despachar los asuntos y, descargándome de este trabajo, me han dejado tiempo para mirar a mi alrededor y vivir a mi gusto”. Esto es lo que dijo aquel día; pero otra vez que me llamó a su lado, noté que ya miraba de otra manera a su favorito. En efecto, habiéndose asomado por una de las ventanas de palacio y observado la misma afluencia de gentes y caballos que la primera vez, dijo: “Yahia y sus hijos se han apoderado de todos los asuntos del imperio y son ellos los que verdaderamente detentan el poder califal, dejándome a mí solo la apariencia”. Esto es lo que oí, y después me enteré de que cayeron en desgracia». Según otros cronistas, fue debido al descontento oculto y a los siempre crecientes celos de Al-Raschid; a su magnificencia, que les creaba enemigos innumerables y detractores anónimos que los desacreditaban ante el califa, ya con poesías satíricas, ya con prosa pérfida, y a todo el fasto y aparato, del que de ordinario los reyes no pueden soportar la competencia; a todo lo cual vino a añadirse una grave imprudencia cometida por Giafar. Un día, Al-Raschid le encargó que matase en secreto a un descendiente de Alí y de Fátima, la hija del profeta, el cual se llamaba El-Saied Yahia ben Abdalá El-Hossaini; pero Giafar, apiadado, facilitó la fuga a aquel cuya influencia Al-Raschid juzgaba peligrosa para el porvenir de la dinastía abasida. Esta acción generosa de Giafar no tardó en ser relatada al califa, con toda clase de comentarios tendentes a agravar sus consecuencias. En esta ocasión, el resentimiento de Al-Raschid rebasó la copa de la cólera, e interrogó a Giafar sobre el particular, quien, con gran franqueza, le reveló todo, añadiendo: «Lo he hecho por la gloria y el buen nombre de mi dueño, el emir de los creyentes». Al-Raschid, muy pálido, le dijo: «Has hecho bien». Pero se le oyó murmurar: «¡Que Alá me castigue si yo no te hago perecer, oh Giafar!». Según otros historiadores, la causa de la desgracia de los barmakidas habría que buscarla en sus ideas heréticas, opuestas a la ortodoxia musulmana. En efecto, es conveniente no olvidar que la familia, antes de su conversión al Islam, profesaba en Ballkh la religión de los magos. Se dice que después de su viaje al Khorasán, cuna de sus favoritos, Al-Raschid había notado que Yahia y sus hijos hacían todo lo posible por impedir la destrucción de los templos y monumentos de los magos, y que los barmakidas, en todo momento, se mostraban blandos con los heréticos de todas clases, y, sobre todo, con los enemigos personales del califa, los guebros, los zamadikahs y otros disidentes. Lo que fundamenta esta opinión es que, inmediatamente después de la

muerte de Al-Raschid, estallaron graves disturbios religiosos en Bagdad, que consiguieron asestar un golpe fatal a la ortodoxia musulmana. Pero por encima de todas estas causas, el motivo más verosímil del fin de los barmakidas nos lo han transmitido los cronistas Ibn-Khillikan e Ibn-El-Athis, quienes cuentan que hubo un tiempo en el que Giafar, hijo de Yahia el Barmakida, estaba tan cercano al corazón del emir de los creyentes, que el califa ordenó la confección de aquel manto en el que se envolvía junto con Giafar, como si se tratase de un solo hombre en lugar de dos. Aquella intimidad era tan grande, que el califa no podía separarse de su favorito, y de continuo quería verle cerca de él. Por otra parte, Al-Raschid amaba igualmente con una extraordinaria y muy profunda ternura a su hermana Abasah, joven princesa adornada de todas las virtudes y mujer la más notable de su época. Entre todas las mujeres de su familia y de su harén, esta era la más querida del califa, el cual no podía vivir lejos de ella, como si se tratase de un Giafar femenino. Aquellos dos cariños hacían su felicidad; pero le era necesario reunirlos, pues la ausencia de uno destruía el encanto que le producía el otro, ya que si le faltaba, bien Giafar, bien Abasah, su alegría era incompleta, y sufría. Pero nuestras santas leyes prohíben al hombre que no sea pariente cercano mirar a la mujer de la cual él no sea el marido, y también impiden que la mujer deje ver su rostro a un hombre que le sea extraño. Transgredir estas prescripciones es un gran deshonor, una afrenta, una ofensa al pudor de la mujer. Al-Raschid, riguroso observador de la ley, no podía tener sus dos amigos juntos a su lado sin que estos se sintieran molestos y en una posición difícil e inconveniente. Por eso, queriendo cambiar una situación que le era embarazosa, un día se decidió a decir a Giafar: «Amigo mío, no tengo alegría verdadera y completa más que en tu compañía y en la de mi amada hermana Abasah. Ahora bien, como vuestra actitud me apena, quiero casarte con Abasah, a fin de que en adelante podáis estar junto a mí sin molestias de ninguna clase ni motivo de escándalo; pero os pido expresamente que no os reunáis fuera de mi presencia, aunque sea un momento, pues solo deseo que entre vosotros haya la forma y apariencia de un matrimonio pero no las consecuencias de este, que podrían perjudicar a los nobles hijos de Abás en su herencia califal». Giafar se plegó a aquel deseo de su dueño, y respondió con la obediencia y el acatamiento, viéndose obligado a aceptar tan singular condición. El matrimonio fue celebrado legalmente; pero, según las condiciones impuestas, los jóvenes esposos solo se reunían en presencia del califa.

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS NOVENTA Y SIETE

Ella dijo:

—¿Desde cuándo el amor ha podido doblegarse a las exigencias de los censores? En efecto, he aquí que aquellos dos jóvenes esposos, que tenían derecho a quererse y a prodigarse las muestras de un cariño tan legítimo, se vieron reducidos a esa embriaguez oculta que concentra la fiebre en suspirar, enervándose más y más cada día con el corazón. Abasah, atormentada por aquella situación de esposa secuestrada, llegó a desear locamente a su marido, terminando por informar a Giafar de cuánto le quería, e instándole por todos los medios. Pero Giafar, hombre leal y prudente, se resistió a todas las solicitudes y no fue a casa de Abasah, pues se sentía atado por el juramento prestado a Al-Raschid, y, por otra parte, sabía mejor que nadie lo rápidamente que el califa ponía en ejecución sus venganzas. Cuando la princesa Abasah vio que sus ruegos y solicitudes no eran atendidos, recurrió a otros medios, como de ordinario hacen todas las mujeres, ¡oh rey de los tiempos! En efecto, envió a decir a la noble Itabah, madre de Giafar: «Madre mía, es necesario que sin tardanza me introduzcas en casa de tu hijo Giafar, mi esposo legal, como si fuese una de esas esclavas que tú le procuras de vez en vez». Cada viernes, la noble Itabah tenía por costumbre enviar a su amado hijo Giafar una joven esclava virgen, elegida entre mil y de belleza perfecta. Giafar no se aproximaba a la joven sin antes haberse animado con vinos generosos. La noble Itabah, al recibir aquel mensaje, rehusó enérgicamente prestarse a aquella especie de traición que planeaba Abasah, por lo que hizo ver a la princesa cuántos peligros encerraba aquel asunto; pero la joven esposa enamorada insistió, presionando más y más, y añadió: «Madre mía, reflexiona sobre las consecuencias de tu negativa. Por mi parte, mi resolución está tomada, y la cumpliré aunque te pese y cueste lo que cueste. Antes prefiero perder la vida que renunciar a Giafar y a mis derechos sobre él». Fue necesario, pues, que Itabah cediese ante tales extremos, pensando que era preferible que la cosa se hiciese por su mediación y con las mayores garantías de seguridad, y prometió su ayuda a Abasah para el éxito de aquel complot tan inocente y tan peligroso, y sin tardanza fue a anunciar a su hijo Giafar que pronto le enviaría una esclava que no tenía igual en gracia, elegancia y belleza, y le hizo una descripción tan entusiasta, que él pidió ardientemente el regalo prometido. Itabah maniobró tan bien, que Giafar, inflamado de deseo, esperó la noche con impaciencia desusada, y su madre, viéndole en el punto deseado, envió a decir a Abasah: «Prepárate para esta noche». La joven se vistió y adornó a la manera de las esclavas, y fue a casa de la madre de Giafar, que a la caída de la tarde la introdujo en el aposento de su hijo Giafar. Este, un poco aturdido por el efecto de los vinos, no se enteró de que la esclava adolescente que tenía ante él era su esposa Abasah, y, por otra parte, él no tenía los rasgos de Abasah fijos en su memoria, pues hasta aquel momento, no había hecho más que entrever a la princesa en presencia del califa, y, por temor a desagradar a este, jamás se había atrevido a fijar su mirada en su esposa Abasah, que, por su parte, desviaba pudorosamente la cabeza a cada mirada furtiva de Giafar. Cuando aquel matrimonio se consumó, después de una noche pasada entre

transportes de un amor compartido, Abasah se levantó para marcharse; pero antes de retirarse, dijo a Giafar: «Dueño mío, ¿cómo encuentras a las hijas de los reyes? ¿Son diferentes, en sus modales, de las esclavas que se compran y se venden? ¡Di! ¿Qué te parecen?». Giafar, muy asombrado, le preguntó: «¿A qué princesa te refieres? ¿Acaso eres tú una de ellas o alguna cautiva de nuestras guerras victoriosas?». La joven le respondió: «¡Oh Giafar! Soy tu cautiva, tu esclava; soy Abasah, hermana de Al-Raschid, hija de Al-Mahdi, de la sangre de Abas, tío del profeta bendito». Giafar quedó estupefacto al oír aquellas palabras; pero recobrándose repentinamente de las neblinas de su embriaguez, exclamó: «¡Oh hija de mis dueños! ¡Te has perdido tú y nos has perdido a nosotros!». Rápidamente fue al aposento de su madre, Itabah, para decirle: «¡Madre mía, has hecho un buen negocio!». Entonces, la apenada esposa de Yahia contó a su hijo cómo para no atraer sobre su cabeza las mayores desgracias, se había visto obligada a recurrir a aquella estratagema. En cuanto a Abasah, dio a luz un niño, que confió a la vigilancia de un fiel servidor llamado Ryarsch y a los cuidados maternos de una mujer llamada Banah. Temiendo que, a pesar de todas sus precauciones, el asunto se divulgase y llegase a conocimiento de Al-Raschid, envió al hijo de Giafar a La Meca con los dos servidores. Ahora bien, Yahia, padre de Giafar, tenía, entre otras prerrogativas, la guardia e intendencia del palacio y harén de Al-Raschid. A cierta hora de la noche tenía por costumbre cerrar las puertas de comunicación con el palacio. Aquella severidad se convirtió en una pesadilla para las mujeres del harén del califa, y sobre todo para Sett Zobeida, que fue a quejarse amargamente a su primo y esposo Al-Raschid, maldiciendo al venerable Yahia y sus rigores inoportunos. Cuando Yahia se presentó ante el califa, este le preguntó: «Padre, ¿por qué se queja Zobeida de ti?». Yahia, a su vez, preguntó: «¿De qué se me acusa en tu harén, emir de los creyentes?». Al-Raschid sonrió y contestó: «¡No, padre, no es eso!». Yahia, entonces, comentó: «En ese caso, no debes prestar atención a lo que te digan de mí». Y desde entonces redobló su severidad y vigilancia, hasta tales extremos, que Zobeida volvió a quejarse amargamente a Al-Raschid, que le dijo: «¡Oh hija de mi tío! Verdaderamente, no hay motivo para acusar a mi padre adoptivo en lo referente al harén, pues solo ejecuta mis órdenes y cumple con su deber». Zobeida replicó con vehemencia: «¡Por Alá! ¡Qué se preocupe un poco más de otro deber, como es el impedir las imprudencias de su hijo Giafar!». Al-Raschid le preguntó: «¿Qué imprudencias?». Y entonces, Zobeida le contó el caso de Abasah. Al-Raschid, sombrío, volvió a preguntar: «¿Hay pruebas de todo eso?». Su esposa, en lugar de responder, preguntó, a su vez: «¿Qué mejor prueba que el niño que ha tenido con Giafar?». El califa preguntó: «¿Dónde está ese niño?». Y ella le contestó: «En la ciudad santa, cuna de nuestros abuelos». Él preguntó: «¿Conoce alguien más este asunto?». Y ella le respondió: «No hay una sola mujer en tu harén o en tu palacio que lo ignore». Al-Raschid no pronunció una palabra; pero poco tiempo después anunció su propósito de ir en peregrinación a La Meca, y partió llevando a Giafar con él. Por su parte, Abasah envió rápidamente una carta a Ryarsch, ordenándole que

abandonase La Meca sin tardar y marchase al Yemen con el niño, lo que hicieran inmediatamente. El califa llegó a La Meca, y en seguida destacó a algunos de sus servidores más fieles en busca del niño, los cuales consiguieron averiguar que estaba en el Yemen y se encontraba en perfecta salud. Al-Raschid consiguió apoderarse de él en el Yemen y enviarle secretamente a Bagdad. Es entonces, a su vuelta de la peregrinación, cuando, acampado en Al-Umr, a orillas del Eufrates, dio la terrible orden concerniente a Giafar y los barmakidas. Y sucedió lo que tenía que suceder. En cuanto a la infortunada Abasah y su hijo, fueron enterrados vivos en un foso excavado bajo las mismas habitaciones de la princesa. ¡Que Alá los tenga en su misericordia! En fin, solo me queda decirte, rey afortunado, que otros cronistas dignos de crédito cuentan que Giafar y los barmakidas no hicieron nada que mereciese tal desgracia, que tan lamentable fin les acaeció, simplemente, porque estaba escrito en su destino y porque el tiempo de su poderío había pasado. Pero ¡más sabio es Alá!

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS NOVENTA Y OCHO

Dijo Schehrazada:

—En cuanto al califa Al-Raschid, después de haberse vengado tan cruelmente, regresó a Bagdad, pero no por mucho tiempo. En efecto, no pudiendo desde entonces vivir en aquella ciudad, a la que durante tantos años se había complacido en embellecer, fijó su residencia en Racah, no regresando jamás a la ciudad de la paz. Precisamente es este súbito abandono de Bagdad después de la desgracia de los barmakidas, lo que el poeta Abas ben El-Ahnaf, que estaba con el califa, lamentó en los siguientes versos:

Apenas habíamos ordenado a los camellos que doblasen las rodillas, ordenó seguir el camino, sin que nuestros amigos pudieran distinguir la llegada de la partida.

¡Oh Bagdad! Nuestros amigos, al enterarse de nuestro regreso, venían a darnos la bienvenida; pero nosotros hubimos de responderles con adioses.

¡Oh ciudad de la paz! ¡Cuán cierto es que del oriente al occidente no conozco ciudad alguna tan feliz, ni más rica y bella que tú!

Desde la desaparición de sus amigos, jamás Al-Raschid gozó del reposo ni del sueño. Hubiese dado todo su reino por devolverle la vida a Giafar. Si, por desgracia, los cortesanos mencionaban a los barmakidas, Al-Raschid les gritaba, encolerizado: «¡Alá castigue a vuestros padres! ¡Cesad de censurarme o tratad de llenar el vacío que ellos han dejado!». Aunque conservó todo su poder hasta su muerte, Al-Raschid se sentía rodeado de gentes poco adictas. A cada momento temía ser envenenado por sus hijos. Al comienzo de una expedición al Khorasán, en el que acababa de estallar una revuelta, confió doloridamente sus penas y dudas a uno de sus cortesanos, El-Tabari, el cronista al que había elegido como confidente de sus tristes pensamientos. El-Tabari trató de tranquilizarle acerca de los presagios de muerte que le asaltaban, pero cierto día, hallándose el califa lejos de los hombres de su séquito, a la sombra de un árbol que les ocultaba a las miradas indiscretas, separó su ropa, y, mostrándole una faja de seda que le rodeaba el vientre, le dijo: «Tengo aquí un mal profundo, sin remedio posible. Alrededor de mí tengo espías a los que mis hijos, El-Amín y Al-Mamúm, han encargado que traten de averiguar lo que me queda de vida, pues piensan que la de su padre es demasiado larga. Mis hijos han escogido estos espías, precisamente aquellos a quienes yo creía más fieles, con la devoción de los cuales yo creía contar. Bien, el primero, Massrur, es el espía de mi hijo preferido, Al-Mamún. Mi médico, Gibrail Baktiasu, es el espía de mi hijo El-Amín. Y así todos. Ahora, ¿quieres saber hasta dónde llega la sed de reinar que sienten mis hijos? Voy a ordenar que me traigan una montura y verás que, en lugar de traerme un caballo brioso y fuerte, me traerán un animal débil, cuyo trote desigual es el más apropiado para aumentar mis sufrimientos». En efecto, habiendo pedido Al-Raschid un caballo, le trajeron uno como el que había descrito a su confidente, por lo que, mirando tristemente a El-Tabari, aceptó con resignación la montura que le traían. Algunas semanas después de este incidente, Harún vio en sueños una mano extendida sobre su cabeza, que tenía un puñado de tierra roja, y una voz que decía: «¡He aquí la tierra que ha de servir de sepultura a Al-Raschid!». Otra voz preguntaba: «¿Y cuál es el lugar de su sepultura?». Y la primera voz respondió: «La ciudad de Tus». Al cabo de algunos días, los progresos de su enfermedad obligaron a Al-Raschid a detenerse en Tus, donde fue presa de tan viva inquietud, que envió a Massrur por un puñado de tierra de los alrededores de la ciudad. Al cabo de una hora, el jefe de los eunucos regresó; traía un puñado de tierra de color rojo. Muy afectado, Al-Raschid exclamó: «¡No hay más dios que Alá, y Mahoma es su enviado! ¡He aquí mi sueño cumplido! La muerte no está muy lejos de mí». Nunca más había de volver al Irak, pues a la mañana siguiente, sintiéndose desfallecer, dijo a los que le rodeaban: «¡He aquí que el momento esperado se aproxima! Yo era para todos los humanos un motivo de envidia, pero ahora ¿para quién no seré objeto de compasión?». Y en Tus murió al tercer día de djomadi, segundo del año ciento noventa y tres de la hégira, a los cuarenta y siete años, cinco meses y cinco días, según relata Abulfeda. ¡Que Alá le perdone sus yerros y le tenga en su piedad, pues fue un califa ortodoxo!

Como Schehrazada viese al rey Schahriar profundamente entristecido por este relato, se apresuró a contarle la *Enternecedora historia del príncipe Jazmín y de la princesa Amanda*.

LA ENTERNECEDORA HISTORIA DEL PRÍNCIPE JAZMÍN Y DE LA PRINCESA AMANDA

—Se cuenta, ¡más sabio es Alá el exaltado!, que en un país musulmán vivía un viejo rey cuyo corazón era como el océano; su inteligencia, pareja a la de Aflatún; su carácter, como el de los sabios; su gloria superaba a la de Faridún, su estrella era la misma que la de Iskandar y su felicidad la de Khosroes Anuchirwán. Tenía siete hijos deslumbrantes, semejantes a los siete fuegos de Las Pléyades; pero el más pequeño de todos era el más brillante y bello, pues era rosado y blanco, y se llamaba el príncipe Jazmín. En verdad que el lis y la rosa palidecerían en su presencia, pues tenía esbeltez de ciprés, rostro de tulipán nuevo, cabellos de violeta, cuyos rizados bucles semejaban el discurrir de mil noches oscuras; sus pestañas eran curvados puñales, sus encantadores labios eran dos pistachos, y sus grandes ojos eran de narciso. En cuanto a su frente, se parecía a la luna llena, pues le teñía de azul el rostro; su boca, con dientes de pedrerías, semejante a los pétalos de la rosa, profería un lenguaje tan dulce, que hacía olvidar la canela y el azúcar. Así era, para la vista de los amantes, semejante a un ídolo de seducción. De los siete hermanos, el príncipe Jazmín era el encargado de la custodia del innumerable rebaño de búfalos del rey Nujum-Schah, y su morada eran las vastas soledades de pastizales. Un día estaba sentado tocando la flauta y vigilando sus bestias, cuando vio que un venerable derviche marchaba hacia él, y, después de saludarle, le pidió un vaso de leche. El príncipe Jazmín le respondió: «Santo derviche, es muy penoso para mí no poder complacerte, pues ya he ordeñado mis búfalos esta mañana, de modo que ahora me es imposible calmar tu sed». El derviche, entonces, le ordenó: «Invoca ahora mismo, sin temor, el nombre de Alá, y ve a ordeñar de nuevo tus bestias, que la bendición descenderá». El príncipe, que se parecía al narciso, respondió con el acatamiento y la obediencia, y, pronunciando la fórmula de la invocación, fue hacia su animal más hermoso. La bendición descendió, el vaso se llenó de una leche azulada y espumosa y el bello Jazmín lo colocó ante el derviche, quien calmó su sed, y, sintiéndose contento, se volvió hacia el joven príncipe, y le dijo: «¡Oh niño delicado! No has sembrado en tierra infecunda, y nada puede serte más ventajoso que lo que te acaba de pasar. Sabe, en efecto, que vengo a ti como mensajero del amor, y veo que verdaderamente mereces su regalo, el cual es, según las palabras del poeta, el primero y el último de los dones:

 Cuando nada existía, el amor ya existía, y cuando no quede nada,
 él perdurará, pues es lo primero y lo último.

 Es el pilar de la vida, y está por encima de todo cuanto se pueda
 decir. Él es el compañero en un rincón de la tumba.

Él es la hiedra que se liga al árbol y alimenta su vida en el corazón que devora».

Después, el anciano derviche continuó diciendo: «Sí, hijo mío, vengo a tu corazón como mensajero del amor; pero no me ha enviado nadie. Si he atravesado llanuras y desiertos, ha sido porque buscaba a un ser lo suficientemente bueno para merecer a la joven que me fue dado entrever una mañana al pasear por su jardín. Sabe que en el reino vecino al de tu padre Nujum-Schah, vi, a la espera del joven de sus sueños, ¡oh Jazmín!, a una joven hurí de sangre real, de rostro de hada que avergüenza al de la luna; una perla única en el joyero de la esperanza, una primavera de lozanía, una urna de belleza. Su cabellera es de jacintos, sus ojos embrujadores son semejantes a los sables de Ispahán, sus mejillas son como el versículo de la belleza en el *Corán*; su boca, tallada en rubíes, es maravillosa; su mentón es una manzana con un hoyuelo, y el lunar que lo adorna es un remedio contra el mal de ojo. Sus orejitas son filones de gentileza, y de ellas quedan suspendidos los corazones enamorados. Sus dos pies son encantadores. Su corazón es un pomo oloroso y su espíritu está dotado del supremo don de la inteligencia. Es hija del rey Akbar, la princesa Amanda. ¡Benditos sean los nombres que adornan a tales criaturas!» y habiéndose expresado así; el derviche suspiró profundamente y añadió...

En este momento, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló.



LLEGADA LA NOCHE NOVECIENTAS NOVENTA Y NUEVE

Dijo Schehrazada:

—«Pero debo decirte, ¡oh manantial de la simpatía!, que esta joven está atacada de una gran tristeza que atenaza su corazón. La causa es una visión que tuvo una noche mientras dormía, que la dejó dolorida y desolada. Ahora que mis palabras han sembrado en tu corazón la semilla del amor, ¡que Alá te proteja y te lleve hacia la que está en tu destino!». Y habiendo terminado de hablar, el derviche se levantó y se perdió de vista. El corazón del príncipe Jazmín se incendió con solo oír estas palabras, y la flecha del amor penetró en él. Como Majum, el enamorado de Leila, desgarró sus vestiduras desde el cuello hasta la cintura y suspiró y gimió, pensando en los ondulados rizos de la encantadora Amanda. Abandonando su reino, se fue errante por el mundo, ebrio sin vino, agitado, silencioso y aniquilado por el torbellino del amor, pues aunque el escudo de la sabiduría protege de todas las heridas, no ofrece defensa al arco del amor, y las medicinas y consejos del prudente no hacen efecto alguno en el espíritu del afligido por este sentimiento. Esto, por lo que se

refiere al príncipe Jazmín; mas he aquí lo que atañe a la princesa Amanda. Una noche, mientras dormía en la terraza del palacio de su padre, vio en un sueño, que le fue inspirado por los genios del amor, a un adolescente más bello que el amante de Suleika, el cual era, rasgo por rasgo, la encantadora imagen del príncipe Jazmín. A medida que ante sus ojos de alma de virgen se aparecía aquella visión de belleza, el hasta entonces corazón sin penas, de la joven, se fue convirtiendo en el prisionero de los enortijados bucles del adolescente. La joven se despertó con el corazón agitado por el recuerdo de su sueño, y, exhalando en medio de la noche lamentos como el del ruiseñor, bañó sus mejillas con sus lágrimas. Sus servidores acudieron en tropel, y, al verla, exclamaron: «¡Alabado sea Alá! ¿Cuál es la desgracia que hace derramar lágrimas a nuestra dueña Amanda? ¿Qué ha pasado en su corazón durante el sueño? ¡Hela aquí como si se hubiese volado el pájaro de su inteligencia!». Los suspiros y gemidos se prolongaron hasta la aurora, momento en el que sus padres, los reyes, fueron informados de lo que sucedía. Con ánimo preocupado fueron a ver a su hija, a la que encontraron con un aspecto muy raro y singular, pues estaba sentada con los cabellos y ropas en desorden y el rostro descompuesto. A cuantas preguntas se le hacían, respondía con el silencio, e inclinando la cabeza vergonzosamente, todo lo cual sembró la turbación y la pena en el ánimo de sus padres. Se decidió convocar inmediatamente a los médicos y sabios exorcistas, para que, poniendo en práctica todo su saber, trataran de sacar a la princesa de su estado; pero no obtuvieron resultado alguno, por lo que se vieron obligados a recurrir a una sangría. Habiéndosele vendado el brazo, le aplicaron la lanceta, pero de aquella vena encantadora no salió una sola gota de sangre, y, abandonando el tratamiento, renunciaron a la esperanza de curarla y se fueron apabullados y confusos, transcurriendo algunos días en esta penosa situación, sin que nadie pudiese comprender o explicar el motivo de tal cambio. Un día en el que el abrasado corazón de la bella Amanda estaba más melancólico que nunca, sus sirvientes trataron de distraerla llevándola al jardín. Pero, aun allí, la joven continuaba viendo por todas partes el rostro de su amado; las rosas le recordaban su color; el jazmín, el olor de sus ropajes; el ciprés, su cintura flexible, y el narciso, sus cejas, y comparando sus pestañas con las espinas, estas se le clavaban en el corazón. Pero a pesar de todo, el frescor de aquel jardín hizo reverdecir un poco su ajado corazón, y el agua cristalina que se le hizo beber atenuó la sequedad de su cerebro. Sus jóvenes esclavas, que eran de su misma edad, se sentaron alrededor de aquella belleza, y comenzaron a cantarle aires suaves y dulces. Al verla más afable, su esclava más querida se le aproximó, diciéndole: «¡Oh nuestra dueña Amanda! Has de saber que desde algunos días se encuentra por estas tierras un joven flautista, venido del país de los nobles Hasans, y cuya melodiosa voz atrae a los pájaros y detiene el agua que corre. Este joven príncipe se llama Jazmín, y en verdad que el lis y la rosa palidecen en su presencia, pues su cintura es un balanceante ciprés; su rostro, un tulipán nuevo; sus cabellos, violetas; sus bucles rizados, el discurrir de mil noches oscuras; sus grandes ojos, dos

narcisos, y dos pistachos sus encantadores labios. Su frente, por su luminosidad, avergüenza a la luna llena, cuando le tiñe el rostro de azul. Su boca tiene dientes de pedrerías, y su lengua rosada profiere un dulce lenguaje que hace olvidar la canela y el azúcar. Así es, a la vista de las amantes, como un ídolo de seducción». Viendo que la princesa Amanda se alegraba con tal sorpresa, añadió: «Este príncipe flautista, que es tan ligero como el lucero de la mañana, ha tenido que atravesar llanuras y montañas para venir de su país al nuestro y cruzar las aguas de ríos sin orillas, en las que el mismo cisne no se encuentra seguro, y cuyo solo aspecto da vértigo a los patos. Para poder llegar hasta aquí ha superado tantas dificultades, que debe traerle un designio oculto y determinado, y ningún motivo que no sea el amor puede obligar a un príncipe adolescente a soportar tal prueba». La joven favorita de la princesa Amanda se calló, observando el efecto de su discurso sobre su dueña. Repentinamente, la doliente hija del rey Akbar se levantó, dichosa y resplandeciente; su rostro se veía como iluminado por un fuego oculto, y toda su alma se le escapaba por los ojos. De toda su antigua enfermedad, que ningún médico había podido comprender, no quedaba rastro alguno; las simples palabras de una jovencita que hablaba de amor habían hecho que desapareciese. Rápida como la gacela, entró en sus aposentos seguida de su favorita, y, tomando el cálamo de la alegría y el papel del deseo, escribió al príncipe Jazmín, el adolescente que le robó su razón, el afortunado al que ella había visto en sueños con los ojos del alma, esta carta de blancas alas: «¡Alabanzas a aquel que, sin cálamo, ha trazado la existencia de las criaturas en el jardín de la belleza! ¡Lozanía para la rosa que deja lastimado el corazón del ruiñeñor enamorado! Cuando he oído la descripción de tu belleza, mi corazón se ha desbordado. Cuando en sueños me mostraste tu rostro embrujador, este causó tal impresión en mi corazón, que he olvidado a mis padres y me he convertido en una extraña para mis hermanos. ¿Qué se ha de hacer con la familia propia cuando se es extraña consigo misma? Ante ti los más hermosos son barridos como por un huracán, y las flechas de tus pestañas han atravesado mi corazón de parte a parte. ¡Oh! ven a mostrarme tu encantadora figura, a fin de que la vea con los ojos de mi cara, tú, que eres instruido en el lenguaje del amor, debes saber que el corazón es el mejor camino para llegar al alma. Sabe, pues, que tú eres el agua y la arcilla de mi esencia, que las rosas de mi lecho se han transformado en espinas, que el silencio ha sellado mis labios, que he renunciado a pasearme placenteramente...».

En este momento de su narración, Schehrazada vio que aparecía el alba y, discretamente como siempre, se calló.



LLEGADA LA NOCHE MIL

Ella dijo:

—La joven cerró la carta y la entregó a su favorita, que, tomándola, la llevó a su frente y a sus labios, la colocó sobre su corazón, y marchó hacia el lugar en el que el príncipe Jazmín tocaba la flauta. La joven le encontró sentado bajo un ciprés, con la flauta a su lado, y cantando esta cancioncilla:

¿Qué diría yo si pudiese ver mi corazón? Es la noche, el relámpago
y el océano ensangrentado.

Cuando la noche de la ausencia haya acabado, nos reuniremos
como el cisne y la ribera.

La joven, después de besar la mano del príncipe Jazmín, le entregó la carta de su dueña Amanda. El príncipe la leyó y creyó desvanecerse de alegría; no sabía si dormía o estaba despierto. Su ánimo se alborozó y su corazón parecía una hoguera. Cuando se hubo calmado un poco, la joven esclava le indicó el camino para llegar hasta su dueña, le dio las últimas instrucciones y volvió sobre sus pasos. A la hora indicada, el príncipe Jazmín, conducido por el ángel de las uniones, tomó el camino que había de llevarle al jardín de Amanda, consiguiendo entrar en aquel lugar, trozo arrancado del paraíso. En aquel momento el sol desaparecía del horizonte por el lado de occidente, y la luna mostraba su faz bajo los velos de las nubes por el oriente. El joven, caminando a paso de cervatillo, en seguida divisó el árbol que le había indicado la esclava, y subió a él para ocultarse entre las ramas. La princesa Amanda, caminando a paso de perdiz, se presentó en el jardín al anochecer, vestida de azul y llevando en la mano una rosa también azul, y levantó su encantador rostro hacia el árbol, temblorosa como las hojas del sauce. En su emoción, aquella gacela no supo si el rostro que divisó por entre las ramas era el de luna llena o la deslumbrante faz del príncipe Jazmín. Como una flor madurada por el deseo, o como un fruto caído por su propio peso, el jovenzuelo de cabellos de violeta bajó de su escondite y se echó a los pies de la emocionada Amanda. Ella le reconoció al instante, encontrándole más bello que la visión de su sueño. Por su parte, el príncipe Jazmín vio que el derviche no le había engañado, pues aquella joven era la reina de las lunas. Los dos jóvenes sintieron sus corazones ligados por los lazos de la amistad tierna y del afecto profundo. De este modo, su felicidad fue tan completa como la de Majum y Leila, y tan desinteresada como la de los viejos amigos. Después de los más dulces besos y expansiones del alma, invocaron al dueño del amor perfecto para que nunca el firmamento dejase caer sobre su cariño el granizo de la inquietud. Para protegerse de los peligros de la separación, los dos amantes reflexionaron detenidamente y decidieron dirigirse sin tardanza al mismísimo rey Akbar, que, queriendo tanto a su hija Amanda, no tendría nada que oponer. Así, pues, dejando a su amado entre la arboleda, Amanda fue a ver a su padre, y suplicante y con las manos juntas, le dijo: «¡Oh meridiano de dos mundos!, tu sierva viene a pedirte algo». Su padre, muy

asombrado y halagado a la vez, la ayudó a levantarse, y, estrechándola contra su pecho, le dijo: «Ciertamente, Amanda de mi corazón, que tu petición debe de ser muy urgente para que no vaciles en abandonar el lecho a media noche y venir a pedirme que te la conceda. Sea lo que sea, luz de mis ojos, explícate sin temor, y confía en tu padre». La gentil Amanda, después de reflexionar unos instantes, levantando la cabeza, dirigió a su padre este hábil discurso: «Padre mío, excusa a tu hija por venir a estas horas de la noche a turbar tu sueño; pero he aquí que las fuerzas de la salud me han sido devueltas después de un paseo nocturno, que he dado en compañía de mis esclavas. Y vengo a decirte que nuestros rebaños de bueyes y ovejas están muy mal cuidados y negligentemente atendidos, y he pensado que necesitaríamos un servidor de confianza para que se encargara de la vigilancia de los mismos. Pues bien, gracias a un feliz encuentro, he hallado ese hombre activo y diligente. Es joven, bien intencionado, pronto a todo y no tiene miedo ni a las fatigas ni a las penas, pues la pereza y la negligencia están muy lejos de su ánimo. Encárgale, pues, padre mío, la vigilancia de nuestros bueyes y ovejas». Cuando el rey Akbar escuchó la petición de su hija, quedó estupefacto, permaneciendo unos instantes con los ojos desmesuradamente abiertos; después, respondió: «¡Por mi vida! Jamás he oído decir que los pastores de rebaños se contraten en plena noche, y esta debe de ser la primera vez que ocurre semejante cosa; pero, hija mía, a causa de la alegría que has dado a mi corazón con tu repentina curación, quiero acceder a tu demanda y admitir al joven en cuestión como guardián de nuestros rebaños. Sin embargo, me gustaría verle con mis propios ojos antes de confiarle este trabajo». Cuando la princesa Amanda hubo escuchada estas palabras de su padre, fue hacia el feliz Jazmín en alas de la alegría y, cogiéndole de la mano, le condujo al palacio, donde ella dijo al rey: «He aquí, padre mío, este excelente pastor. Su cayado es sólido y su corazón templado». El rey Akbar, al que Alá había dotado de gran sagacidad, advirtió en seguida que el adolescente que le presentaba su hija Amanda no era de los que suelen cuidar de los rebaños, motivo por el que en su interior se sintió lleno de perplejidad. A pesar de ello, por no apenar a su hija Amanda, no quiso profundizar en estos detalles, que tenían su importancia. La amable Amanda, que adivinaba lo que pasaba en su ánimo, con las manos juntas, le dijo en voz baja: «Padre mío, las apariencias no son siempre un reflejo del interior. Yo te aseguro que este joven es un cuidador de rebaños». Para contentar a su encantadora y amable hija, el padre de Amanda, de buen o mal grado, hubo de acceder a lo que se le pedía, y, dando su consentimiento, nombró en plena noche al príncipe Jazmín pastor de sus rebaños.

En este momento de su narración, Schehrazada vio que amanecía y, discreta, se calló. Su hermana la joven Doniazada, que se había convertido en una adolescente, blanco de todas las miradas, y, que, de día en día, se hacía más encantadora y bella, se levantó del tapiz sobre el que estaba sentada, y le dijo:

—¡Schehrazada, hermana mía, cuán amenas y dulces son tus palabras!

Schehrazada, abrazándola, sonriente, le dijo:

—Sí, querida mía; pero ¿qué es esto comparado con lo que contaré la noche próxima, si nuestro dueño, este rey dotado de tan buenas cualidades, todavía no se ha cansado de escucharme?

El sultán Schahriar exclamó:

—Schehrazada, ¿qué dices? ¡Cansarme yo de escucharte! ¡Pero si tú instruyes mi espíritu, calmas mi ánimo y desde que estás conmigo las bendiciones llueven sobre mi país! Puedes, pues, continuar con toda tranquilidad esa deliciosa historia esta misma noche, si no te encuentras fatigada, pues en verdad que deseo saber lo que le sucedió al príncipe Jazmín y a la princesa Amanda.

Schehrazada, por discreción, no quiso usar de aquel permiso, y, sonriendo, dio las gracias; pero aquella noche no dijo nada más. El rey Schahriar la estrechó contra su corazón y se durmió a su lado. Cuando despertó, se levantó y marchó a despachar los asuntos de la justicia, recibiendo al visir, padre de Schehrazada, que, siguiendo su costumbre, llevaba bajo el brazo el lienzo destinado a su hija, a la que cada mañana esperaba ver condenada a muerte, a causa del juramento del rey concerniente a las mujeres; pero Schahriar, sin decir nada a propósito de ello, se puso a presidir el *diván* de la justicia. Los oficiales y dignatarios entraron en la sala, y él juzgó, nombró, destituyó y sentenció hasta que terminó el día. El visir, padre de Schehrazada y Doniazada, estaba cada vez más asombrado. En cuanto al rey Schahriar, cuando levantó la audiencia se dio prisa en volver a sus aposentos para estar al lado de Schehrazada.



LLEGADA LA NOCHE MIL Y UNA

Una vez que el rey Schahriar hizo con Schehrazada lo que acostumbraba hacer, la joven Doniazada dijo a su hermana:

—¡Alá sobre ti, hermana mía! Si no tienes sueño, cuéntanos en seguida el final de la enternecedora historia de Jazmín y de la princesa Amanda.

Schehrazada, acariciando los cabellos de su hermana, le dijo:

—¡Con todo mi corazón, y como debido homenaje a este rey magnánimo, nuestro dueño!

Y continuó narrando la historia en estos términos:

—A partir de entonces, aunque el príncipe Jazmín desempeñaba en apariencia el oficio de pastor, en realidad de lo que más se ocupaba era del amor. Durante el día llevaba a pastar a los bueyes y ovejas hasta una distancia de tres o cuatro parasangas; cuando el sol se ocultaba, los reunía por medio de los sonidos de su flauta y los conducía a los establos del rey. La noche la pasaba en el jardín en compañía de su

amada Amanda, aquella rosa de excepción. Tales eran sus ocupaciones; pero ¿quién puede asegurar que la felicidad más oculta permanecerá siempre a cubierto de las asechanzas de los envidiosos? En efecto, Amanda tenía por costumbre preparar a su amante la comida y bebida. Un día, el amor imprudente de la joven la impulsó a llevarle a escondidas un plato de golosinas, frutas, nueces y pistachos, todo ello cuidadosamente colocado en una fuente de plata. Al dárselas, le dijo: «¡Que estas golosinas que agradan a tu paladar te sean de dulce y fácil digestión, oh papagayo de dulce lenguaje, que no debía comer más que azúcar!». Una vez que la joven se hubo marchado, el joven príncipe se disponía a saborear aquellas golosinas preparadas por las manos de la hija del rey, cuando vio que el tío de su amada se dirigía hacia él, un vejstorio inútil y malintencionado que ocupaba sus días en molestar a todo el mundo e impedir a los músicos que tocasen y a los cantantes que cantasen. Cuando llegó al lado del adolescente, le miró con ojos torvos y desconfiados, preguntándole a continuación qué era lo que tenía allí, en aquel plato del rey. Jazmín, falto de malicia, creyó que el viejo tenía apetito, por lo que, generosamente, le ofreció las golosinas que contenía el plato. El calamitoso viejo fue rápidamente a mostrar aquellas golosinas y aquel plato al padre de Amanda, el rey Akbar, su propio hermano. De este modo le mostró la prueba de las relaciones de Amanda y Jazmín. El rey Akbar, al ver aquello, montó en cólera, y, habiendo hecho llamar a su hija, le dijo: «¡Oh vergüenza de tu padre! ¡Has arrojado el oprobio sobre nuestra raza! Hasta hoy nuestra morada estaba libre de las malas hierbas y de las espinas de la vergüenza; pero tú me has arrojado el lazo corredizo de la truhanería y me has atrapado. Con tus zalamerías, apagaste la lámpara de mi inteligencia. ¡Ah! ¿Quién es el hombre que puede sentirse a cubierto de las astucias de las mujeres? El profeta bendito, ¡sobre él la oración y la paz!, hablando de ellas ha dicho: “¡Oh creyentes, tenéis enemigos en vuestras esposas e hijas, pues tienen defectos en lo que se refiere a la razón y a la religión! ¡Repreendedlas, y a las que os desobedezcan, castigadlas!”. Yo, ¿cómo voy a tratarte ahora que has cometido una inconveniencia con un extranjero, pastor de animales, la unión con el cual no puede convenir a las hijas de los reyes? ¿Debo cortar tu cabeza y la suya cou un tajo de mi espada, y abrasar vuestras existencias en el fuego de la muerte?». Como la joven llorase, añadió: «Márchate al momento lejos de mi vista, ve a ocultarte tras las cortinas del harén y no salgas más sin mi permiso». Después de castigar de esta manera a su hija Amanda, el rey Akbar ordenó que se hiciese desaparecer al pastor de los rebaños. Ahora bien, cerca de la ciudad había un bosque muy espeso que servía de morada a bestias espantables. Los hombres más bravos eran presa del pánico y quedaban paralizados con solo oír pronunciar el nombre de aquella espesura. Allí, la mañana se parecía a la noche, y la noche representaba las livideces de la resurrección. Entre otras horribles bestias, había allí dos jabalíes, que eran el espanto de cuadrúpedos y pájaros, y que, en sus devastaciones, algunas veces llegaban hasta la ciudad. Así, pues, por orden del rey, los hermanos de la princesa Amanda llevaron al desgraciado Jazmín a aquel lugar maldito, con intención de que

allí pereciese. El joven, seguro de lo que le esperaba, condujo allí sus animales, y a la hora en que el astro de los cuernos aparece en el horizonte y antes de que el etíope de la noche escondiera su cara, huyendo, entró en el bosque y, dejando que los animales pastasen a su antojo, se sentó en una piedra blanca y tomó su flauta. Guiados por su olfato, los dos terribles jabalíes aparecieron repentinamente en el claro en el que se encontraba Jazmín, bramando como una nube de tormenta. El príncipe de la dulce mirada los recibió con los sonos de su flauta, inmovilizándolos con el encanto de su música. Después, se levantó lentamente y salió del bosque con los dos espantosos animales, uno a su derecha y otro a su izquierda, y, seguido por todo el resto de su rebaño, llegó ante las ventanas del palacio del rey Akbar, que, al verle, como todo el mundo, se maravilló de aquello. Entonces, el príncipe Jazmín hizo encerrar en una caja de hierro a los dos horribles animales y los ofreció al padre de Amanda como homenaje. Con este motivo, el rey quedó perplejo y levantó la pena a aquel león de los héroes. Sin embargo, los hermanos de la enamorada Amanda, no queriendo en modo alguno abandonar su venganza, para impedir la unión de su hermana con el joven príncipe, pensaron casarla a la fuerza con su primo, el hijo del tío calamitoso, pues se decían: «Es necesario atar los pies de esta loca con la cuerda del matrimonio, el cual le hará olvidar su amor insensato». Sin perder tiempo, organizaron el séquito nupcial, llamando también a los músicos y cantantes. En tanto que aquellos tiranos asistían a la ceremonia de aquel matrimonio forzado, la desolada Amanda, ataviada a su pesar con espléndidos vestidos y adornos de oro y perlas que anunciaban a una nueva desposada, permanecía sentada en una elegante litera recubierta de brocado de oro, pero la joven estaba triste y abatida, con el sello del mutismo en sus labios, silenciosa como el lis, inmóvil como un ídolo, como muerta, aunque solo en apariencia, su corazón palpitaba como el de un gallo al que degüellan, su espíritu llevaba los ropajes del crepúsculo, su pecho estaba oprimido por el peso de la pena, y su espíritu delirante soñaba con los ojos negros, de cuervo, del que iba a ser su esposo y compañero de tálamo. La joven estaba sumida en un abismo de penas. Pero he aquí que el príncipe Jazmín, invitado a las bodas de su dueña, junto con los demás servidores, con una simple mirada comunicó a su amada la esperanza liberadora de las horas de dolor, pues, no se sabe cómo, con simples miradas, los amantes pueden decirse cosas de las que nadie puede hacerse idea. Cuando llegó la noche, la princesa Amanda, la recién casada, fue introducida en la cámara nupcial. Solamente entonces el destino mostró su lado bueno a los dos amantes y vivificó su corazón con los ocho aromas. La bella Amanda, aprovechando un instante en que la habían dejado sola en aquella cámara, donde iba a entrar su primo de un momento a otro, salió sin hacer ruido y encaminó sus pasos hacia donde la esperaba el feliz Jazmín. Los dos amantes se cogieron de la mano y desaparecieron, más ligeros que el céfiro alado. Nadie consiguió encontrar sus huellas y nunca se oyó hablar de ellos o del lugar de su escondite, pues en este mundo, solo algunos hombres son dignos de seguir el camino que conduce a la dicha y de vivir en la casa en la que se oculta la felicidad. ¡Gloria

para siempre jamás y alabanzas múltiples al retribuidor, dueño de la alegría, inteligencia y felicidad! Amén.

CONCLUSIÓN

Schehrazada, habiendo terminado de contar esta historia, añadió:

—Tal es, rey afortunado, la enternecedora historia del príncipe Jazmín y de la princesa Amanda. Te la he contado tal como me fue narrada, pero ¡más sabio es Alá!

El rey Schahriar exclamó:

—¡Oh Schehrazada, cuán admirable y espléndida es esta historia! ¡Me has instruido, docta y discreta mujer, y me has dado a conocer hechos y palabras que acontecieron y dijeron reyes y pueblos antiguos, y cosas extraordinarias y maravillosas, o simplemente dignas de reflexión, que les sucedieron! En verdad, que el haberte escuchado durante estas mil y una noches ha transformado mi ánimo, sumergiéndome en la dicha de vivir. También, ¡gloria para quién te ha otorgado, bendita hija de mi visir, tantos dones escogidos, ha perfumado tu boca, y te ha dado elocuencia e inteligencia!

La pequeña Doniazada se levantó del tapiz sobre el que estaba echada, y, arrojándose en los brazos de su hermana, exclamó:

—¡Oh Schehrazada, hermana mía, tus palabras son dulces, instructivas, deliciosas, emotivas y lozanas en todo su frescor! ¡Cuán bellas, hermana mía, son tus palabras!

Schehrazada, abrazando a su hermana, deslizó en su oído algunas palabras que solo ella pudo oír, y, en seguida, la joven desapareció.

Durante algún tiempo, Schehrazada quedó a solas con el rey Schahriar, y, cuando, en el colmo de la felicidad, este se disponía a abrazar a su prodigiosa esposa, he aquí que las cortinas de la entrada se separaron, y Doniazada reapareció seguida por una esclava que llevaba dos mellizos colgados de sus senos, mientras un tercer niño marchaba a gatas delante de ella. Schehrazada miró sonriente al rey, colocando ante él a los tres pequeños, no sin antes haberlos estrechado contra su corazón, y, con los ojos bañados en lágrimas, le dijo: «¡Oh rey de los tiempos!, he aquí los tres niños que durante estos tres años te ha otorgado el retribuidor por mi mediación».

Mientras el rey Schahriar abrazaba a sus tres hijos embargado por una alegría indescriptible que le llegaba hasta lo más profundo de sus entrañas, Schehrazada continuó diciendo:

—Tu hijo mayor tiene ahora dos años cumplidos, y esos dos mellizos pronto cumplirán uno, ¡que Alá aleje de los tres el mal de ojo! Recordarás, rey de los tiempos, que estuve indispuesta durante una veintena de días entre la noche seiscientos setenta y nueve y la setecientas. Fue entonces, precisamente, cuando di a luz a esos dos mellizos, cuyo nacimiento me fatigó mucho más que el del mayor.

Y habiendo hablado así, se calló. El rey Schahriar, muy emocionado, no pudiendo pronunciar una sola palabra, dirigía sus miradas de la madre a los hijos y de estos a

aquella. En aquel momento, la joven Doniazada, después de abrazar a los niños por vigésima vez, dijo al rey:

—Ahora, rey de los tiempos, ¿vas a mandar cortar la cabeza a mi hermana Schehrazada, la madre de tus hijos, y dejar así, huérfanos de madre, a los que ninguna mujer sabría amar y cuidar con corazón de madre?

El rey, entre sollozos, contestó a Doniazada:

—Cállate, hija, y queda tranquila —y habiendo conseguido dominar un poco su emoción, dirigiéndose a Schehrazada, le dijo—: ¡Oh esposa mía, por el señor de la piedad y la misericordia! Ya estabas en mi corazón antes de la venida de nuestros hijos, pues me has conquistado con las cualidades con las que te adornó tu creador. Te he amado porque he encontrado en ti una mujer pura, piadosa, culta, dulce, intacta a todas las miradas, sutil, elocuente, discreta, sonriente y sagaz. ¡Ah! ¡Que Alá te bendiga a ti, a tus padres y a todos los de tu raza! ¡Oh Schehrazada!, esta noche, que es la mil una a partir del momento en que te vi por vez primera, es para nosotros una noche más blanca que la faz del día —y mientras le hablaba se había levantado y la había abrazado.

Schehrazada tomó la mano del rey, su esposo, y llevándola a sus labios, a su corazón y a su frente, le dijo:

—¡Oh rey de los tiempos! ¡Te suplico que llames a tu anciano visir para que su corazón se tranquilice respecto de mí, y se alegre con nosotros en esta noche! El rey Schahriar ordenó llamar en seguida a su visir, el cual, persuadido de que aquella era la noche fúnebre que estaba escrita en el destino de su hija, llegó con el lienzo destinado a Schehrazada, bajo el brazo. El rey se levantó en su honor, y, abrazándole, le dijo:

—¡Oh padre de Schehrazada, he aquí que Alá ha creado a tu hija para felicidad de mi pueblo, y, por su mediación, ha hecho que el arrepentimiento penetre en mi corazón!

El visir fue de tal modo trastornado por la alegría al ver y oír todo aquello, que cayó desvanecido. Para que recuperase el conocimiento, se le roció con agua de rosas y sus hijas fueron a besarle las manos y él las bendijo, y, todos juntos, pasaron aquella noche en medio de transportes de alegría y expansiones de felicidad.

El rey Schahriar envió rápidamente mensajeros a su hermano Schahzaman, rey de Samarkanda, que se apresuró a reunirse con su hermano mayor. Este salió a su encuentro a la cabeza de un magnífico cortejo, apareciendo la ciudad vistosamente engalanada, mientras en los mercados y calles de la misma se quemaba incienso, áloe y ámbar gris, los habitantes se pintaban las caras con azafrán, y los tambores, flautas y címbalos, resonaban en el aire como en los días de gran fiesta.

Después de las expansiones afectuosas, en tanto que los regocijos y fiestas se daban por entero a cuenta del tesoro, el rey Schahriar se quedó a solas con su hermano el rey Schahzaman para contarle cuanto le había sucedido con Schehrazada, la hija del visir, durante aquellos tres años. Le dijo, resumido, todo lo que había

aprendido y oído referente a máximas, bellas palabras, historias, crónicas, proverbios, anécdotas, cuentos, poesías, recitaciones... Le habló también de su belleza, sabiduría, elocuencia, inteligencia, piedad, dulzura, ingenuidad, discreción y de cuantas cualidades de alma y de cuerpo habíanle sido otorgadas por el creador, y añadió:

—Ahora es mi esposa legítima y madre de mis hijos.

El rey Schahzaman se asombró mucho, diciendo a su hermano:

—¡Oh Schahriar! Puesto que es así, también yo quiero casarme. Tomaré como esposa a la hermana de Schehrazada, esa joven de la que solo conozco el nombre. Así, seremos dos hermanos casados con dos hermanas. De este modo, teniendo de ahora en adelante esposas seguras y honestas, olvidaremos nuestras desgracias anteriores, pues si mi desgracia no se hubiera descubierto, tú no habrías sabido nada de la tuya y no conocerías la actual felicidad. Hermano mío durante estos tres últimos años, mi estado de ánimo ha sido pésimo, pues, realmente, no he podido gustar del amor, ya que siguiendo tu ejemplo, cada noche tomaba una joven virgen y por la mañana la mandaba matar para hacer expiar a la raza de las mujeres la calamidad que nos había traído, pero ahora, quiero seguir igualmente el ejemplo que me das y casarme con la segunda hija de tu visir.

Schahriar se alegró mucho al oír estas palabras de su hermano, y, levantándose, fue a buscar a su esposa Schehrazada para ponerla al corriente de lo que había sido decidido entre él y su hermano. Después de oírle, su esposa le dijo:

—¡Oh rey de los tiempos! Demos nuestro consentimiento, pero con la condición expresa de que tu hermano, el rey Schahzaman, viva desde ahora con nosotros, pues yo no podría separarme de mi hermanita aunque solo fuese una hora. Yo soy quien la ha educado, y ni ella ni yo podemos olvidarlo. Así, pues, si tu hermano acepta esta condición, mi hermana es, desde este instante, su esclava, de lo contrario, nos quedamos con ella.

El rey Schahriar fue al encuentro de su hermano para comunicarle la respuesta de Schehrazada. Al saberla, el rey de Samarkanda, exclamó:

—¡Por Alá, hermano mío!, esa era precisamente mi intención, pues yo tampoco podría separarme de ti, aunque solo fuese por una hora. Por lo que respecta al trono de Samarkanda, Alá lo protegerá y enviará a quien quiera, pues por mi parte no deseo seguir reinando y no me moveré de aquí.

Al oír estas palabras, la alegría del rey Schahriar no conoció límites, y respondió:

—¡He aquí lo que deseaba! ¡Alabado sea Alá, hermano mío, que nos ha reunido después de tan larga separación!

Inmediatamente enviaron a buscar al cadí y los escribas para que redactasen el contrato de matrimonio entre el rey Schahzaman y Doniazada, la hermana de Schehrazada. Así, pues, los dos hermanos estuvieron casados con dos hermanas.

Fue entonces cuando los regocijos e iluminaciones alcanzaron su apogeo, ya que durante cuarenta días y cuarenta noches toda la ciudad comió, bebió y se divirtió a expensas del tesoro.

En cuanto a los dos hermanos y las dos hermanas, entraron en los baños y se sumergieron en agua de rosas y de sauce oloroso y a sus pies se quemó un bosque de áloes.

Schehrazada peinó y trenzó los cabellos de su joven hermana, sembrándolos de perlas. Después, la atavió con un vestido de tela antigua, del tiempo de Khosroes, de brocado rojo bordado en oro con dibujos de animales y pájaros. Alrededor del cuello le colocó un collar de ensueño, y, bajo los cuidados de su hermana, Doniazada llegó a estar más bella de lo que la esposa de Iskandar, el de los cuernos, había llegado a estar nunca.

Cuando los dos reyes salieron del baño y se sentaron sobre sus tronos respectivos, el cortejo de la casada, compuesto por las esposas de los emires y dignatarios, se formó en dos filas, una a la derecha y otra a la izquierda de cada uno de los tronos. Entonces fue cuando las dos hermanas hicieron su entrada, apoyándose una en otra, semejantes a dos lunas en noche de plenilunio. A su encuentro salieron las damas más nobles de las allí presentes y tomaron a Doniazada de la mano, y, después de haberle quitado el vestido que llevaba, la vistieron uno de satén azul celeste, quedando semejante a la descripción que de ella hizo el poeta en estos versos:

Ella aparece vestida de azul celeste, tal, que se la creyera un trozo arrancado del azul de los cielos.

Sus ojos son puñales flameantes, y sus pupilas tienen miradas de embrujo.

Sus labios son un panal de miel, sus rodillas un parterre de rosas, y su cuerpo una corola de jazmín.

Al ver la lozanía de su talle y sus encantadoras caderas, se la podría confundir con la caña de bambú hundida en montículo de movediza arena.

El rey Schahzaman, su esposo, se levantó y fue a contemplarla más de cerca, y, cuando la hubo admirado así vestida, volvió a subir a su trono, lo que fue la señal para un nuevo cambio de atavío. Schehrazada, ayudada por algunas damas del cortejo, vistió a su hermana con vestiduras de seda color albaricoque, y, después la abrazó, haciéndola pasar acto seguido ante el trono de su esposo. Todavía más encantadora que con su primer vestido, se parecía en todo a aquella que describe el poeta:

La luna del estío, en plena noche de invierno no es más bella que tu aparición, ¡oh hermosa joven!

Las trenzas negras de tus cabellos y las líneas negras que te ciñen la frente, me obligan a decirte:

«Tú oscurecerás la aurora como las alas de la noche». Pero tú me replicas: «No, no; es una simple nube que oculta la luna».

El rey Schahzaman volvió a descender de su trono para mirar a Doniazada, la nueva desposada, a quien contempló a placer. Habiendo sido el primero en solazarse con el espectáculo de su belleza, volvió a sentarse al lado de su hermano Schahriar. Schehrazada abrazó nuevamente a su joven hermana, la despojó del vestido color de albaricoque y la revistió con uno de terciopelo granate, y así, la dejó semejante a aquella a quien el poeta dedicó estas estrofas:

Te contoneas llena de gracia en la túnica granate, ligera como la gacela;

a cada uno de tus movimientos, tus párpados nos lanzan dardos mortíferos.

Astro de belleza, tu aparición llena de gloria los cielos y la tierra, y tu desaparición extendería las tinieblas sobre la faz del universo.

Nuevamente, Schehrazada y las damas de honor la hicieron dar una vuelta a la estancia con paso lento. Después de haber sido admirada por los asistentes, su hermana mayor la adornó con un vestido de seda amarillo limón, con numerosos dibujos, y, una vez que estuvo preparada, la abrazó y la estrechó contra su pecho. Doniazada parecía exactamente aquella de la que había dicho el poeta:

Aparece como la luna llena en la serenidad de la noche y sus miradas embrujadoras iluminan mi camino.

Pero si me aproximo para calentarme con el fuego de sus ojos, soy rechazado por dos centinelas, sus dos senos, turgentes y duros como la piedra.

Schehrazada la hizo pasar lentamente ante los dos reyes y ante todos los invitados. El recién casado volvió a contemplarla embelesado, volviendo a continuación a sentarse en su trono. Schehrazada la abrazó largamente y le cambió aquel vestido por uno de satén verde, bordado en oro y sembrado de perlas; le arregló cuidadosamente los pliegues y le ciñó la frente con una diadema de poco peso en la que refulgían esmeraldas.

Doniazada, aquel ramillete de encantos, dio la vuelta a la sala, guiada por su hermana mayor. El poeta no mintió cuando dijo de ella:

Las hojas verdes, hija mía, no velan de modo más encantador la flor roja de la granada.

Yo pregunté: «¿Cuál es el nombre de esa vestimenta?». Y ella me contestó: «Es mi camisa».

Y exclamé, admirado: «¡Oh, tu maravillosa camisa nos horada el hígado! De ahora en adelante, la llamaré la camisa destrozacorazones».

Schehrazada asió a su hermana por el talle, y, juntas, pasaron lentamente por en medio de las dos filas de invitados y ante los dos reyes, dirigiéndose hacia los aposentos interiores. Allí la desvistió, la preparó, le hizo las recomendaciones que debía hacerle, y la abrazó llorando, pues era la primera vez que se separaban por toda una noche. Doniazada lloró igualmente mientras abrazaba fuertemente a su hermana mayor, pero, como debían verse a la mañana siguiente, tomaron su dolor con resignación, retirándose Schehrazada a sus habitaciones.

Aquella noche, por lo alegre y feliz, fue, para los dos hermanos y hermanas, la continuación de las mil y una noches, marcando el comienzo de una nueva vida para el rey Schahzaman.

Cuando llegó la mañana, después de aquella noche bendita, los dos hermanos, después de salir del baño, fueron a reunirse nuevamente con las dos hermanas, y cuando los cuatro estuvieron reunidos, el visir, padre de ambas, pidió permiso para entrar, siendo inmediatamente recibido en audiencia. Los dos reyes se levantaron en su honor, mientras que sus dos hijas fueron a besarle la mano. El anciano deseó vivamente larga vida a sus dos yernos y les pidió órdenes para el día, pero ellos le replicaron:

—¡Oh padre! Queremos que de ahora en adelante, en lugar de recibir órdenes, nos ayudes a darlas, pues de común acuerdo te nombramos rey de Samarkanda.

Schahzaman aclaró:

—Sí, pues yo he renunciado al trono.

Pero Schahriar replicó a su hermano:

—Hermano mío, pero a condición de que me ayudes en los asuntos de mi reino, aceptando compartir conmigo la realeza, pues un día gobernaré yo, y tú al siguiente.

Schahzaman dio a su hermano mayor la respuesta conveniente, diciendo:

—Escucho y obedezco.

Las dos hermanas se colgaron del cuello de su padre, el visir, quien las abrazó a ellas y a los tres hijos de Schehrazada, y, despidiéndose de todos tiernamente, partió para su reino, a la cabeza de una magnífica escolta. Alá le protegió, permitiendo que llegara sin contratiempo a Samarkanda, cuyos habitantes se alegraron de su llegada y él reinó sobre ellos con toda justicia, llegando a ser un gran rey.

Por lo que respecta al rey Schahriar, se apresuró a llamar a su lado a los más hábiles escribanos de los países musulmanes y a los cronistas más afamados, ordenándoles que escribieran, sin omitir detalle, cuanto le había sucedido con su esposa Schehrazada, desde el principio hasta el fin. Estos pusieron manos a la obra y escribieron, exactamente, treinta volúmenes en letras de oro. A esta serie de maravillas, la denominaron *El libro de las mil y una noches*. Después, por orden del rey Schahriar, hicieron un gran número de copias fieles que repartieron por los cuatro puntos cardinales del imperio, para asombro de las generaciones futuras. El manuscrito original fue depositado en el arca de oro del reino bajo la custodia del visir del tesoro.

El rey Schahriar y su esposa Schehrazada vivieron felices y dichosos junto al rey Schahzaman, su esposa Doniazada, y los tres príncipes, hijos de Schehrazada. Así vivieron durante años y años, siendo cada día más maravilloso que el precedente, y cada noche más blanca que la luz del día, hasta la llegada de la separadora de los amigos, la destructora de palacios y constructora de tumbas, la inexorable e inevitable muerte.

Tales son las historias maravillosas denominadas *Las mil y una noches*, y cuanto en ellas hay de hechos extraordinarios, de prodigios y de hermosura.

Pero ¡más sabio es Alá y solo él puede distinguir lo que es verdadero de lo que no lo es, pues él es el omnisciente! ¡Alabanzas y gloria hasta el fin de los tiempos a aquel que permanece intangible en su eternidad, que cambia los sucesos a su gusto y no sufre cambio alguno; el dueño de lo visible y de lo invisible, el sol viviente! ¡La plegaria, la paz y las más escogidas bendiciones para el enviado del supremo poder de dos mundos, nuestro señor Mahoma, príncipe de los enviados, luz del universo! ¡Para él nuestra súplica de un feliz y bienaventurado fin!



FIN DE
«LAS MIL Y UNA NOCHES»

VOCABULARIO

Abul-Hossn: Padre de la Belleza.

Abylssuha: Lucifer.

Acaricia tu cabeza: En muchas ocasiones significa: •Saluda llevándote la mano a la cabeza• (a la manera oriental).

Afrangí: Nombre con el que se designaba a todos los europeos (por extensión y arabización del término francés).

Agib: Maravilloso.

Ahjam: Plural de Ajami.

Ajami: El que habla una lengua distinta del árabe, especialmente el persa.

Alá karim: Dios es generoso.

¡Alahu akbar!: Dios es Todopoderoso.

Anís Al-Dialis: Dulce Amiga.

Ardeb: Medida árabe de capacidad.

Artal: Plural de *artl*.

Artl: Medida de peso que varía, según las comarcas, entre dos onzas y doce.

Asr: Puesta del sol.

Badreddin: Luna llena de la religión.

Baklawa: Pastel de hojaldre, en el centro del cual se ponen alfónsigos y almendras.

Banj: Extracto de beleño o cualquier otro narcótico a base de cannabis (cáñamo indio).

Barmacidas, Los: Noble familia árabe.

Bassra: Basora.

Besar la tierra entre las manos del rey: Expresión de acatamiento que significa besar el suelo.

Buza: Bebida fermentada, muy apreciada por los negros.

Cadí: Juez.

Cara ennegrecida: Expresión que quiere significar conciencia intranquila.

Chamseddin: Sol de la religión.

Cheitán: El diablo.

Daud: David.

Daul'Makán: Luz del Lugar.

Dejla: El Tigris.

Dinar: Moneda árabe, de oro, valor variable y peso de cuatro gramos.

Doniazada: Hija del mundo.

Efrit: Sinónimo de *genni* o genio.

Efrita: Femenino de efit.

El-Montasser Billah: El victorioso, con la ayuda de Alá.

El-Sayedat: Ama, gran señora.

Guerra en el sendero, La: Equivale a Guerra santa.

Hadj: Peregrino de la Meca.

Haiat-Alnefus: Vida de las Almas.

Hakim: Nombre que se aplica a cierta clase de magistrado; por extensión, todo aquel que goza de autoridad dentro de una profesión.

Halaua: Pastel en forma de pan redondo, hecho con aceite de sésamo, azúcar y nueces.

Hamman: Baño público.

Harun: Aarón.

Hassan: Hermano.

Hija de mi tío, La: Circunloquio de los árabes que significa la esposa.

Hutared. Mercurio.

Iskandaria: Alejandría.

Jeque: Anciano venerable.

Kaissaria: Cesárea (en Capadocia).

Kataiefs: Pastelillos redondos que se rellenan de nueces.

Kenafa: Pastel hecho a base de fideos muy finos.

Khan: Posada.

Kuat Al-Kulub: Fuerza de los Corazones.

Madre de los buitres: La muerte.

Mahallabia: Bebida espesa, hecha a base de leche y de harina de arroz.

Mamelik: Plural de *mameluk*.

Mameluk: Esclavo.

Marhaba, ahlan, uasahlan, anastina: Expresiones de saludo, de imposible traducción literal, pero que, en definitiva, vienen a significar una bienvenida.

Meidán: Lugar o plaza en donde se celebran los juegos.

Mesr: Entre los árabes, el país de Egipto y la ciudad del Cairo.

Mirrikh: Marte.

Nabab: Lugarteniente del rey.

Nagma: Estrella de la Noche.

Nakib: Gobernador de una provincia.

Nozha: Delicias del Jardín.

Nozhatu-Zamán: Delicias del Tiempo.

Nur Al-Hada: Luz del Camino.

Nureddin: Luz de la religión.

Nusrani (nazareno): Nombre que se daba y se da todavía a los cristianos.

Parasanga: Medida equivalente a cinco kilómetros y doscientos cincuenta metros.

Riha: Brisa.

Rumán: En árabe, se denomina rumán a los romanos de Bizancio y a todos los cristianos, en especial, a los griegos.

Sabiha: Luz de la Mañana.

Safia: Pura y Limpia como el Agua.

Schagarad Al-Dorr: Sarta de Perlas.

Schahriar: En persa, Dueño de la Ciudad.

Schahzaman: En persa, Dueño del Tiempo.

Scham: Siria.

Schehrazada: Hija de la Ciudad.

Seglavi-jedrán: Hermosísima raza de caballos de Arabia septentrional y central.

Sett El-Hosn: Soberana de la Belleza.

Sidi: Señor.

Soleimán: Salomón.

Subhia: Estrella de la Mañana.

Suk: Mercado.

Sunnat: Recopilación de los consejos, leyes y decisiones orales del profeta y los pormenores de su vida.

Tabaria: Tiberiades.

Tekké: Cofradía, congregación.

Turbeh: Tumba.

¡Uasalam!: Palabra de despedida que significa: «La paz sea sobre ti».

Valí: Gobernador, delegado del sultán.

Wekil: Intendente.

¡Ya leili! ¡Ya eini!: ¡Oh noche! ¡Oh los ojos! Estribillo constantemente empleado en las canciones árabes.

Yuschah: Josué.

Zahra: Flor del Jardín.

Zein Al-Mawassif: Ornamento de las cualidades.

Zoco: Véase suk.

Zohal: Saturno.